This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

TAYLOR INSTITUTION
LIBRARY
University of Oxford

PRESENTED BY
Prof R.D.F. Pring-Mill,
August 2000.

Antonio Coll Pr. de Pina

VET. SPAN. III C. 165

MEDITACIONES ESPIRITUALES.

TOMO I.

Varios Prelados de España han concedido 2320 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

MEDITACIONES ESPIRITUALES

DEL

V. P. LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

TOMO I.

MEDITACIONES DE LA VIA PURGATIVA

Y

PRINCIPIOS DE LA ILUMINATIVA, Ó PARA PURIFICAR EL CORAZON Y OBTENER LA PERFECTA IMITACION DE JESUCRISTO.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA.
calle Nueva de San Francisco, núm. 17.

1856.

Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde.

Enteramente ha sido desolada toda la tierra, porque no hay ninguno que considere en su corazon. *(Jerem.* XII, 11).

CENSURA.

Por comision del M. Iltre. Sr. D. Ramon de Ezenarro, Pbro., Doctor en Jurisprudencia, Dignidad de esta Santa Iglesia, y Vicario General del Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Domingo Costa y Borrás, Obispo de Barcelona, he leido la obra cuyo título es: *Meditaciones espirituales* del V. P. Luis de La Puente, de la Compañía de Jesús.

Es esta una obra tan sólidamente escrita, que desde principios del siglo XVII hasta nuestros dias ha hecho constantemente las delicias, no ya solamente de los eclesiásticos, sino tambien de todos los fieles cristianos, así nacionales como extranjeros, que tratan de emprender y seguir el camino de la perfeccion. Los vastos y profundos conocimientos de aquel esclarecido Jesuita español resaltan en todas y cada una de las páginas de su inmortal obra, no menos que la adecuada y untuosa erudicion con que supo verterlos y ponerlos al alcance de todas las inteligencias. Muchos, incalculables y grandes son los frutos de salvacion que, de dos siglos y medio á esta parte, viene produciendo en las almas justas y pecadoras la asídua lectura de las MEDITACIONES del P. La Puente, y fue tal y tan general, ya desde que aparecieron estas, la aceptacion que merecieron en la Iglesia entera que, como las obras de la seráfica santa Teresa, de san Juan de la Cruz, del V. Luis de Granada y del V. Rodriguez, andan aquellas traducidas en todas las lenguas de Europa.

Inútil seria, pues, encarecer la suma utilidad de dichas MEDITACIONES tan universalmente reconocida; inútil tambien decir que pueden leerse *inofenso pede* ya en cuanto á la moral y buenas costumbres, ya en cuanto al dogma; pues basadas todas ellas en las sagradas Escrituras y tradiciones católicas, y adornadas con las mas puras máximas de los santos Padres y Doctores de la Iglesia, todo el mundo es testigo de lo cristalinas que son las aguas que por doquiera arrojan. ¡Ojalá viéramos tan generalizada entre los españoles la lectura de aquellas MEDITACIONES como se halla en el extranjero!

Barcelona 26 de junio de 1856.

FR. JAIME ROIG, *Pbro., Lector en Filosofía, de la Órden de Carmelitas Calzados exclaustrados.*

APROBACION.

Barcelona treinta de junio de mil ochocientos cincuenta y seis. En vista de la anterior censura, damos nuestra aprobacion para que se imprima esta obra.

DR. EZENARRO, *Vicario General.*

AL LECTOR.

Las MEDITACIONES ESPIRITUALES del V. P. Luis de La Puente, obra maestra de ascética, en la que se halla reunido de una manera admirable todo lo mas precioso de esta parte de la teología, sacado de las purísimas fuentes de las divinas Escrituras y tradicion católica, son una de las primeras obras que nos habíamos propuesto ofrecer á nuestros suscriptores para verlas generalizadas entre nuestros compatriotas. Una dichosa experiencia nos habia hecho conocer todo su mérito, y sentir cuán exacto es lo que dice el venerable Autor en el § XIII de su Introduccion, de que no solo son útiles para la lectura espiritual y para suministrar materia á la oracion y contemplacion, que es el fin principal para que fueron escritas, sino tambien que los predicadores *podrán ayudarse de ellas para los sermones y pláticas espirituales.* Son muchas las comunidades en Italia que no se sirven de otro autor para sus meditaciones, y predicadores hay que han predicado años enteros sin valerse cási de otro libro que de este.

En junio de 1848, seis meses antes de empezar la LIBRERÍA RELIGIOSA sus publicaciones mensuales, estábamos ya preparando su edicion, corrigiendo las muchas faltas con que habia afeado á las antiguas la incuria de los editores, valiéndonos para ello, entre otras, de la primera edicion que en 1609 se hizo en Barcelona; verificando sus citas y colocándolas donde corresponden; dando á sus apartados una distribucion mas cómoda para servir de puntos de meditacion, y preparándolas de modo que, sin alterar el texto y aun conservándole todos sus arcaismos que no

son contrarios á su claridad é inteligencia, estuvieran en disposicion de ser mas provechosas á todos.

Una larga y penosa enfermedad nos obligó á suspender nuestros trabajos, y como estábamos todavía convaleciendo de ella en Monserrat, cuando las repetidas y apremiantes instancias de nuestros amigos nos obligaron á publicar el primer prospecto, despues de haberlo tenido tres dias en la mano de aquella sagrada Vírgen, bajo cuya proteccion está la LIBRERÍA RELIGIOSA, y en seguida su primer tomo; no hemos tenido despues jamás el tiempo y reposo necesarios para concluir nuestros trabajos sobre el Padre La Puente y darles la última mano. Encargamos á otros la realizacion de nuestro proyecto; pero tuvimos el sentimiento de que nuestras esperanzas quedasen frustradas.

Aprovechando, pues, ahora el descanso que el Señor nos proporciona en nuestro confinamiento, hemos logrado darles cima. No habiendo tenido á la mano nuestros libros, ni sido posible procurarnos todos los que necesitábamos, no hemos podido recurrir en muchas cosas á las fuentes, y por esto la presente edicion no podrá salir con toda aquella perfeccion que deseábamos, marcando en cursiva lo que el autor cita, y haciendo notar que ciertas citas pertenecen á otros autores de lo que se creia cuando escribió nuestro venerable Autor, segun lo ha hecho ver la crítica de los dos últimos siglos. Sin embargo esperamos que no será sin provecho nuestro trabajo, y que lo recibirán benignamente nuestros suscriptores, á quienes encarecidamente rogamos que hagan conocer á cuantos puedan este tesoro de riquezas celestiales; que animen á todos á procurárselo en vista de la extremada baratura á que se lo ofrecemos, porque *non quaerimus quae vestra sunt sed vos* (II Cor. XII, 14), á fin de que muchos se aprovechen. ¡Ojalá no sean inútiles nuestros desvelos, y que, mientras la incredulidad y herejía hacen esfuerzos inauditos para inocular su veneno en los corazones de los españoles, logremos nosotros arraigar en ellos la piedad cristiana, principio único de nuestra ventura eterna y aun temporal!—*Vale.*

El Director de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

INTRODUCCION

PARA LAS

MEDITACIONES,

EN QUE SE PONE UNA SUMA DE LAS COSAS QUE ABRAZA LA PRÁCTICA Y EJERCICIO DE LA ORACION MENTAL.

Es tan alto y soberano el ejercicio de la oracion mental, en la cual se meditan los misterios de nuestra santa fe y se trata familiarmente con Dios nuestro Señor, que su principal maestro no puede ser otro que el mismo Espíritu Santo; el cual, como dice san Juan (I *Ioan.* II, 27), es la uncion que enseña todas las cosas, por cuya inspiracion los santos Padres la aprendieron y nos dejaron escritos muchos avisos y documentos muy importantes para ejercitarla con provecho, siguiendo la mocion del principal Maestro, á quien ellos siguieron. Á cuya imitacion, aprovechándome de su doctrina y experiencia, haré aquí una suma de las cosas principales que la oracion mental abraza; la cual será breve, clara y distinta, para que todos puedan entenderla y reducirla á práctica; dejando las declaraciones y razones mas largas de lo que dijere, para lo que otros doctores han escrito. Mas para que conste de la verdad y autoridad que tiene lo que digo, así en esta Suma, como en las Meditaciones de este libro, alegaré las fuentes de donde lo he sacado que son tres: la primera, es la sagrada Escritura, que es la fuente principal de esta ciencia del espíritu, en la cual está encerrada la vida eterna (*Ioan.* V, 39), y los medios altísimos que hay para llegar á gustarla en esta vida y poseerla cumplidamente en la otra. La segunda fuente, es los santos Padres que fueron maestros de la teología mística, escogiendo los mas antiguos y mas ilustrados de Dios en ella, como fueron los santos Dionisio, Basilio, Agustin, Crisóstomo, Casiano,

Gregorio, Bernardo y otros tales; y con ellos tomaré tambien por guia á nuestro Padre y fundador san Ignacio, de gloriosa memoria, siguiendo el órden y traza que nos dejó en el libro que hizo de Ejercicios espirituales, cuya autoridad es muy grande, así porque creemos, no sin mucho fundamento, que le escribió con especial revelacion é inspiracion de Dios, del modo que el Espíritu Santo le iba interiormente platicando y enseñando estos ejercicios: como tambien por estar aprobado por el sumo pontífice Paulo III en una bula que concedió el año de 1548, y anda al principio del mismo libro, cuya aprobacion ha confirmado la experiencia con maravillosos efectos, que Dios nuestro Señor ha obrado y obra cada dia en los que ejercitan sus meditaciones, como largamente lo prosigue el P. Pedro de Ribadeneyra en la historia que escribió de la vida de este esclarecido Santo (*lib.* I, c. 8).

Solamente quiero añadir aquí de su libro, que el reino de los cielos, que está encerrado en su doctrina, es semejante, así como la divina Escritura de donde él se sacó, al grano de mostaza; el cual siendo el menor de las semillas, crece tanto, que se hace como un árbol, en cuyas ramas descansan las aves del cielo (*Matth.* XIII, 31, 32). Porque, si miramos la corteza y apariencia de este libro, es pequeño y breve, y está escrito con palabras llanas y sencillas; pero si miramos lo que encierra, es eficaz en la virtud, encendido en los afectos, elevado en los sentimientos, extendido en los discursos, dilatado en los varios modos de orar y contemplar; de tal manera, que sobre sus ramas pueden hallar descanso y pasto espiritual los que como aves del cielo vuelan muy alto por la contemplacion, teniendo, como dice san Pablo (*Philip.* III, 20), su conversacion y trato allá en los cielos. Todo esto se verá claramente por lo que irémos apuntando en esta breve introduccion, y mas largamente dirémos en las seis partes de este libro, las cuales son como seis ramas del árbol de estos soberanos ejercicios, cuya sombra será remedio de los tentados y afligidos, sus hojas serán salud de los enfermos en el alma (*Apoc.* XXII, 2): sus flores olorosas confortarán á los principiantes en la virtud, sus frutos dulces darán fuerzas á los que aprovechan en ella, y su copa será descanso de los perfectos, porque todos hallarán meditaciones y modos de orar acomodados á su estado, como luego verémos.

Y para que se vea como la piedad y soberanía de la teología mística se funda en la verdad rigurosa de la teología escolástica, la tercera fuente de lo que dijere serán los doctores escolásticos; de los cuales solamente alegaré al angélico doctor santo Tomás, porque él

solo vale por diez mil testigos, y su doctrina es cierta, segura y muy abonada, y con las verdades de la teología escolástica apunta muy altos pensamientos y sentimientos de la mística; porque ambas son muy hermanas, y en ellas se señaló este glorioso Doctor y su maestro san Agustin y su compañero san Buenaventura, de cuya doctrina tambien me aprovecharé. Y porque, sin embargo de haber tenido tan buenas guias, puedo como hombre errar en lo que escribiere, quiero que todo ello vaya sujeto á la correccion de la santa madre Iglesia, que es el fundamento y coluna de la verdad; de la cual, si por ignorancia ó descuido me apartare, desde luego revoco lo que hubiere dicho.

§ I.

Qué cosa es oracion mental.

La oracion mental de que aquí hablamos (*S. Ignat.* in 1 exercit. primae hebdom.; *S. Thom.* 2, 2, *q.* 83, *art.* 1, *et alibi*) es obra de las tres potencias interiores del alma, memoria, entendimiento y voluntad, ejercitando con el divino favor sus actos cerca de los misterios y verdades que enseña nuestra santa fe católica, y hablando dentro de nosotros mismos con Dios nuestro Señor tratando familiarmente con él, pidiéndole sus dones, y negociando todo lo necesario para nuestra salvacion y perfeccion. De suerte, que la sustancia de la oracion mental consiste principalmente en estas cuatro cosas:

La primera es, con la memoria acordarse de Dios nuestro Señor, con quien se ha de hablar y negociar, y acordarse tambien del misterio que se ha de meditar, pasando brevemente por la memoria con claridad y distincion lo que ha de ser materia de la meditacion, de la manera que la fe lo enseña, y repartido por sus puntos, en la forma que despues pondrémos. Y porque esta memoria ó recordacion no sea seca, será bueno juntar con ella actos de fe, creyendo con la mayor viveza que pudiéremos las verdades de aquel misterio; porque Dios, que es suma verdad, las ha revelado, haciendo de la fe escalon para subir al perfecto conocimiento; porque, como dice Isaías (*cap.* II, *segun los LXX*), si no creeis, no entenderéis.

La segunda cosa es, con el entendimiento hacer discursos y consideraciones varias cerca de aquel misterio, inquiriendo y buscando las verdades que están encerradas dentro de él, con todas las causas, propiedades, efectos y circunstancias que tiene, ponderándolas muy en particular, de suerte, que el entendimiento forme un con-

cepto verdadero, propio y entero de la cosa que medita, y quede convencido y persuadido á recibir y abrazar aquellas verdades que ha meditado, para proponerlas á la voluntad, y moverla con ellas á ejercitar sus actos.

La tercera es, con la voluntad libre sacar varios afectos ó actos virtuosos, conformes á lo que el entendimiento ha meditado, unos en órden á sí mismo y otros en órden á Dios nuestro Señor, como son, aborrecimiento propio, dolor de pecados, confusion de su miseria, amor de Dios, confianza en su misericordia, alabanzas de Dios, hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, deseos de alcanzar las verdaderas virtudes y propósitos eficaces de hacer buenas obras y de mudar ó mejorar la vida, resignacion en la divina voluntad, ofrecimiento de hacer y padecer cuanto Dios ordenare y dispusiere, y otros semejantes; á los cuales llamamos afectos, porque se han de hacer con aficion y gusto de la voluntad, movida por lo que le ha mostrado el entendimiento; y en estos consiste lo que llamamos sustancial devocion, de la cual nace la paz y alegría espiritual del alma. Y á ellos, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 83, *art.* 3; *q.* 180, *art.* 7 *ad* 1), se ordena principalmente la meditacion y contemplacion y los demás actos del entendimiento, que se ejercitan en la oracion mental; por lo cual dijo de ella san Juan Damasceno, que es *ascensus mentis in Deum* (*lib.* III, *de fide ortho. cap.* 24), una subida de nuestro espíritu á Dios, juntándonos con él por actual conocimiento y amor.

La cuarta cosa es, hacer peticiones á Dios nuestro Señor, trabando pláticas y coloquios con él en razon de pedirle lo que la voluntad ha deseado y el entendimiento ha visto, y todo lo demás que hemos menester; en lo cual consiste lo que propiamente llamamos oracion, que es peticion humilde, confiada y ferviente de las cosas que nos convienen y deseamos alcanzar de Nuestro Señor.

Estas peticiones y coloquios se han de enderezar unas veces al Padre eterno, otras á su Hijo unigénito Jesucristo, otras al Espíritu Santo y otras á toda la santísima Trinidad, alegándoles títulos y razones que les muevan á concedernos lo que les pedimos.

Estos títulos se pueden tomar de tres partes. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 83, *art.* 17). Unos de parte de Dios, en cuanto Dios, es á saber, pidiéndole algo por su bondad, por el amor que nos tiene, por el deseo que tiene de nuestro bien, porque nos manda que le pidamos por la gloria de su santo nombre, para que sea alabado de todas sus criaturas; y finalmente, se puede hacer una como letanía de sus

perfecciones y atributos diciéndole: Concédeme, Señor, lo que te pido por tí mismo, por tu caridad, por tu misericordia, por tu liberalidad, por tu sabiduría, por tu omnipotencia, por tu inmensidad y eternidad, etc.

Otros títulos hay de parte de Jesucristo nuestro Señor, verdadero Dios y Hombre, es á saber, por su encarnacion y nacimiento, por su circuncision y presentacion al templo, por su huida á Egipto, por sus ayunos, por su hambre, frio y desnudez, y por todos los trabajos de su predicacion. Además, por los dolores, ignominias y tormentos de su pasion y muerte, alegando el sudor de sangre, la prision, los azotes, espinas, clavos, hiel y vinagre, con los demás: unas veces hablando con el Padre eterno, suplicándole me oiga por el amor que tiene á su Hijo, y por los servicios que le hizo y trabajos que por su amor padeció: otras veces hablando con el mismo Hijo de Dios, alegándole el amor que nos tuvo, y el oficio que tiene de redentor y abogado, y lo mucho que le costamos: otras veces hablando con el Espíritu Santo, pidiéndole lo mismo por el amor que tiene á Jesucristo nuestro Señor y por sus merecimientos. Y aquí tambien podemos hacer otra letanía de las virtudes del Redentor, alegando su humildad de corazon, su pobreza de espíritu, su mansedumbre, su obediencia, su paciencia, su misericordia y caridad, con las demás.

Otros títulos hay de parte de nuestra necesidad y miseria, alegando delante de Nuestro Señor, como David (*Psalm.* L, 7), que hemos sido concebidos en pecado, que tenemos terribles pasiones, fuertes enemigos, gravísimas ocasiones y peligros, y que nada podemos sin él. (*Psalm.* CXVIII). Que somos criaturas suyas, hechas á su imágen y semejanza; y que por esta causa el demonio nos persigue para destruirnos, y así que á él toca el ampararnos. Y en conclusion podemos hacer otro catálogo de nuestros pecados y miserias contándolas delante de Dios, y exagerándolas mucho, con dolor de nuestro corazon; porque cuanto mas las exagerarémos, tanto mas provocamos la misericordia de Dios á que las remedie.

Además de esto, en algun caso pueden los varones perfectos alegar con humildad los servicios pasados, á imitacion del santo rey Ezequías, que pedia á Dios prorogacion de la vida, alegándole que habia andado delante de él con perfecto corazon. (IV *Reg.* XX, 3). Y lo mismo hizo Cristo nuestro Señor cuando oró á su Padre, acabado el sermon de la cena (*Ioan.* XVII, 4), como en su lugar verémos.

Estos tres géneros de títulos se pueden mezclar unos con otros, al modo que decia David (*Psalm.* XXIV, 11): Por tu nombre, Señor, perdonarás mi pecado, porque es grande.

Estas y otras razones semejantes se han de alegar en la oracion, mas para mover nuestro corazon á que pida con fervor, devocion y confianza, que para mover á Dios á que nos oiga; porque mucho mas desea Nuestro Señor oirnos y darnos el espíritu bueno, que le pedimos, que nosotros recibirle. Pues, como dice san Agustin (lib. de verb. Dni. serm. 5 *et* 29), no mandara Dios que le pidiéramos, si no quisiera y deseara darnos lo que pedimos, y, pidiéndole del modo dicho, cumplimos todo lo que nos manda el Apóstol cuando dice (*Philip.* IV, 6, *et* I *ad Tim.* II, 1), que nuestras peticiones se presenten delante de Dios, no á solas, sino acompañadas con tres maravillosos actos, conviene á saber (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 83, *art.* 7), *con oracion* que levante nuestro espíritu y sus afectos á la presencia de Dios, *con obsecracion*, que alegue títulos para ser oidos, y *con hacimiento de gracias* por las mercedes recibidas, que nos disponga para recibir las que de nuevo pedimos.

Estas son las cosas principales que abraza la oracion mental, cuyo órden declaró san Agustin [1] (Lib. de spirit. et anima, *c.* 70) diciendo: *Meditatio parit scientiam, scientia compunctionem, compunctio devotionem, devotio vero perficit orationem.* La meditacion frecuente engendra ciencia y conocimiento de sí mismo y de Dios. La ciencia engendra afectos de compuncion por nuestros pecados y miserias. La compuncion despierta afectos de devocion con Dios, por sus grandezas y misericordias. Y la devocion perfecciona la oracion, haciendo que nuestro espíritu se junte amorosamente con Dios, y le pida las cosas decentes con el modo que conviene.

Resta que declaremos el modo como se ha de hacer cada cosa de estas, comenzando por lo que es mas propio y esencial á la oracion.

§ II.

Cómo se ha de hablar con Dios en la oracion mental.

Por lo que se ha dicho consta, que la esencia de la oracion mental propiamente consiste en hablar dentro de nosotros mismos con Dios nuestro Señor, para dos fines principales.

El primero es, para alabarle y bendecirle, por quien él es, y darle gracias por los beneficios y mercedes que nos hace, ejerci-

[1] Se cree ser de Alchero. *(Nota del Editor).*

tando aquel soberano modo de oracion que nos aconseja san Pablo (*Ephes.* v, 18-20; *Colos.* III, 16) diciendo: Llenaos del Espíritu Santo, hablándoos á vosotros mismos con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y tañendo en vuestros corazones á Dios, haciéndole gracias siempre por todas las cosas, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo á Dios Padre. En las cuales palabras apunta el santo Apóstol cuatro divinos afectos con que podemos hablar con Dios nuestro Señor dentro de nuestros corazones para el fin dicho; conviene á saber, salmos, himnos, cánticos espirituales y hacimientos de gracias.

Salmos interiores son los actos de amor de Dios con deseos y propósitos eficaces de servirle y obedecerle, ofreciéndose á guardar perfectísimamente sus mandamientos y consejos. Esta es la música que llama David (*Psalm.* XXXII, 2) salterio de diez cuerdas; porque así como quien toca el salterio ó arpa, menea todas sus diez cuerdas, ya unas, ya otras, ya todas juntas; así en la oracion, haciendo esta música á Dios, hemos de tener deseos fervorosos de ejercitar las virtudes de obediencia, humildad, paciencia, y las demás, ya una, ya otra, ya todas; y asimismo propósitos firmes de guardar los mandamientos de Dios y sus consejos, echando una vez mano de uno, y otras veces de otro, y otra de todos juntos.

Himnos son los afectos de alabanzas de Dios, contando todas las excelencias y perfecciones que tiene, y las obras que ha hecho, por las cuales es digno de que todas sus criaturas le alaben y glorifiquen. Unas veces puedo decir con los Serafines (*Isai.* VI, 3): Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de las batallas; y en lugar de esta palabra Santo, puedo poner otras semejantes, diciendo: Bueno, misericordioso, justo, sábio y poderoso eres, Dios y Señor mio, dignísimo de que los Serafines prediquen tu santidad y tus grandezas. Otras veces con los ancianos del Apocalipsis diré (*Apoc.* v, 12): Digno eres, ó Cordero de Dios, que fuiste muerto por nosotros, de recibir la virtud y divinidad, la sabiduría y fortaleza, la honra, gloria y alabanza, por todos los siglos, Amen. Otras veces, con los tres mancebos (*Dan.* III, 57) que estuvieron en el horno de Babilonia, convidaré á todas las criaturas, que alaben á Dios y le glorifiquen; y con David (*Psalm.* CII, 1) convidaré á mi misma alma y á todas sus potencias, que bendigan al Señor.

Cánticos espirituales son los afectos de gozo y alegría espiritual, gozándonos de que sea Dios quien es, y de los infinitos bienes que tiene en sí mismo, y de la gloria que le dan los Santos en el cielo, y

de los servicios que le hacen los justos en la tierra, y alegrándonos por la esperanza de los bienes eternos, y por la posesion que gozan los bienaventurados, diciendo aquello del Apocalipsis (*Apoc.* XIX, 6, 7): Aleluya, porque reina el Señor Dios nuestro todopoderoso: gocémonos y alegrémonos, y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha aparejado para ellas.

Accion de gracias son actos de agradecimiento por los beneficios que de Nuestro Señor hemos recibido, contándolos todos por menudo, y alabándole por cada uno de ellos. Y no solo tengo de darle gracias por los beneficios propios, sino tambien por los que hace á los Ángeles del cielo y á todos los hombres de la tierra, y á las criaturas insensibles, que no saben agradecérselos; y por los que hizo á los mismos demonios y á los condenados que no quieren serle agradecidos.

Con estos cuatro afectos podemos hablar con Nuestro Señor en la oracion, á fin de glorificarle y honrarle, procurando, como dice san Pablo (*Ephes.* V, 19), que el principio de estas nuestras hablas interiores sea el Espíritu Santo, y el medio ó medianero sea Jesucristo nuestro Señor, y el fin y persona á quien se endereza sea el Padre eterno; aunque tambien se pueden enderezar á todas tres Personas, como está dicho.

El segundo fin para que hemos de hablar con Dios nuestro Señor, es para pedirle nuevas gracias y dones celestiales en órden á nuestra salvacion y perfeccion á gloria suya. Estas peticiones y coloquios se pueden hacer de muchas maneras, conforme á la diversa disposicion del que ora y habla con Dios.

Unas veces hemos de hablar con él de la manera que un hijo habla con su padre, pidiéndole todas aquellas cosas que un buen hijo puede y debe pedir á un buen padre, con espíritu de amor y confianza. De esta manera hablamos con Dios en la oracion del Padre nuestro, á donde Cristo nuestro Señor declaró las cosas que se le han de pedir, como verémos en la meditacion que se hará sobre esta oracion en la parte III. (*Es la XIV*).

Otras veces hemos de hablar con Dios como un pobre miserable con un hombre rico y misericordioso, pidiéndole limosna. Con este espíritu oraba David (*Psalm.* XXIV, 16; XXXIX, 18) muy á menudo, llamándose pobre y mendigo, pidiendo limosna espiritual á Dios, que, como dice san Pablo, es rico para todos los que le llaman. (*Rom.* X, 12).

Otras veces hablarémos con Dios; como un enfermo habla con el

médico, declarándole su enfermedad, y pidiéndole remedio de ella; ó como un pleiteante, ó un reo habla con el juez, cuando le informa de su derecho, y le pide favorable sentencia, ó perdon de su delito; y en este caso el coloquio ha de ir acompañado con afectos de humillacion, de dolor de pecados, de propósitos de la satisfaccion y enmienda. De lo cual verémos adelante muchos ejemplos en las meditaciones de los milagros y parábolas de Cristo nuestro Señor.

Finalmente, otras veces podemos hablar con Dios con el espíritu que habla un discípulo á su maestro, pidiéndole luz y enseñanza de las cosas que no sabemos: ó como habla un amigo con otro, cuando razona con él sobre algun grave negocio, pidiéndole consejo, direccion y ayuda. Y si la confianza y el amor nos diere atrevimiento, podrá nuestra alma hablar con Dios como la Esposa habla con su Esposo con varios coloquios, de que está lleno el libro de los Cantares.

De todas estas maneras podemos hablar con Nuestro Señor en la oracion, vistiéndonos de los afectos dichos; una vez de uno, y otra de otro; porque todos caben en nosotros para con nuestro Dios, que es nuestro padre, nuestro médico, nuestro juez, nuestro amigo y esposo de nuestras almas. Verdad es que el acierto en estas peticiones y coloquios principalmente depende del Espíritu Santo, el cual, como dice san Pablo, pide por nosotros con gemidos, que no se pueden explicar (*Rom.* VIII, 26); porque con su inspiracion nos enseña, y mueve á pedir, ordenando las peticiones, y dispertando los afectos con que se han de hacer. Por lo cual dijo san Bernardo (*Serm.* 45 *in Cant.*), que la devocion es la lengua del alma, y quien la tiene sabe muy bien hablar y razonar con el Verbo eterno. Sin embargo de esto, de nuestra parte hemos de ayudarnos, y aprender á tratar y hablar con Dios, mirando el modo y el afecto con que unos hombres hablan con otros en los casos referidos.

Á lo cual añado, que aunque la oracion propiamente es plática y coloquio con Nuestro Señor, tambien podemos en ella hablar con nosotros mismos y trabar pláticas con nuestra misma alma. Unas veces exhortándonos, como dice san Pablo (*Colos.* III, 16), á nosotros mismos y avivándonos en los afectos y peticiones referidas; otras veces reprendiéndonos de nuestras culpas y tibiezas, avergonzándonos de lo mal que servimos á Dios.

De esta manera hablaba David con su alma muchas veces, diciendo (*Psalm.* XLI, 12): Ó alma mia, ¿por qué estás triste? y por qué me turbas? Espera en Dios, que todavía me queda tiempo de ala-

barle y confesar que es Salvador mio y Dios mio. Sujétate á Dios, alma mia, porque de él depende mi paciencia. (*Psalm.* LXI, 6). De estos coloquios hemos de hacer escalon para hablar con el mismo Dios, como le hizo el hijo pródigo cuando hablaba consigo mismo diciendo (*Luc.* XV, 17): ¿Cuántos jornaleros tienen abundancia de pan en la casa de mi padre, y yo perezco aquí de hambre? Quiero levantarme, ir á la presencia de mi padre y decirle: Padre, pequé contra el cielo y delante de tí: no soy digno de ser llamado tu hijo, tenme siquiera como uno de tus criados.

Finalmente, podemos en la oracion hablar tambien con la Vírgen nuestra Señora, con los Ángeles y Santos, para los mismos dos fines que se han dicho, ó para alabarlos y bendecirlos por la santidad y virtudes que tienen, y por los beneficios que nos hacen, ó para pedirles que nos ayuden y favorezcan en el negocio de nuestra salvacion. Para lo cual tambien podemos alegarles algunos títulos, que pusimos en el párrafo precedente, y otros especiales que hay para cada uno. Á la Vírgen santísima se ha de alegar, que es madre nuestra, y abogada de los pecadores, y que este oficio le encargó su Hijo para nuestro remedio, alegando tambien el amor que le tiene, y el deseo de que todos la amen y sirvan: suplicándola que haga con nosotros oficios de madre y abogada, y que muestre aquel amor y deseo en alcanzarnos lo que pedimos, para servir mejor al que tanto ama.

Asimismo al Ángel de nuestra guarda se le puede alegar que cumpla con el oficio que tiene de presentar á Dios nuestras oraciones, y procurar el buen despacho de ellas, y que le va su honra en que nosotros seamos buenos, y salgamos con la pretension del cielo; y que, pues no duerme el demonio para tentarnos, él no duerma, sino vele para defendernos. De la misma manera podemos hablar con los demás Santos que se ofrecieren en la materia de la meditacion, ó con quien tenemos devocion, mas para despertarla en nosotros que para moverles á ellos, porque como nos aman, y desean nuestra salvacion, están muy inclinados á solicitarla.

§ III.

De las virtudes que acompañan á la oracion mental, y de sus excelencias.

De lo dicho en los dos párrafos precedentes se sigue cuán excelente cosa sea la oracion mental, en la cual se ejercitan tantos y tan heróicos actos de las virtudes mas principales que hay en la vida

cristiana. Por lo cual con mucha razon dijo san Juan Crisóstomo (lib. II, de orando Deo *ad fin.*), que así como cuando entra la reina en una ciudad, entran con ella acompañándola muchas damas, y los grandes de la corte, sin otra innumerable gente de guarda que la sigue; así cuando la oracion entra en el ánima, entran con ella todas las virtudes, acompañando al espíritu de oracion. Unas virtudes van delante aparejando el camino, y disponiendo el alma para que ore debidamente, como es la fe, la humildad, la reverencia y pureza de intencion, y otras que despues dirémos, en cumplimiento de lo que dice el Sábio (*Eccli.* XVIII, 23): Antes de la oracion apareja tu alma, y no seas como hombre que tienta á Dios. Otras virtudes van por los lados, pegadas con ella, como es la caridad, la religion, devocion y sabiduría, con otros dones del Espíritu Santo, que esclarecen el entendimiento, y ayudan maravillosamente á la oracion, como se verá en la meditacion XXVII de la parte V. Otras innumerables virtudes se siguen despues de ella, como son fervientes deseos y propósitos de todo lo bueno, en materia de obediencia y paciencia, de templanza, modestia, castidad, y las demás. Y así las unas como las otras andan entretejiéndose con la oracion, y entre sí mismas ejercitando varios actos, que son adorno y atavío unos de otros. Porque la humildad se junta con la confianza y con la caridad; la caridad con la religion y con el agradecimiento; la religion con la obediencia y resignacion, y así hacen una música de muchas voces, con un concierto celestial y divino. Por lo cual muchos santos Padres dicen, que la oracion hace á los hombres semejantes á los Ángeles: no solo por ser obra de las potencias superiores, en que son semejantes á ellos, sino porque les comunica una vida angelical, llena de pureza y santidad. Por la oracion, cuando es perfecta, participan el amor ardiente de los Serafines, la plenitud de ciencia de los Querubines, la paz y quietud de los Tronos, el señorío de sí mismos de las Dominaciones, el poder contra los demonios de las Potestades, la magnanimidad para cosas maravillosas de las Virtudes, la discrecion en el gobierno de los Principados, la fortaleza en cosas arduas de los Arcángeles, y la obediencia en todas las cosas de los Ángeles; y finalmente la sabiduría, castidad y limpieza de los espíritus celestiales. Porque ninguna cosa, dice san Crisóstomo (*lib.* I de Precatione, *et hom. in Psalm.* IV), puede haber mas sábia, ni mas justa, ni mas santa, que el hombre que habla con Dios como conviene, de quien recibe abundantísimamente los dones y gracias, en que consiste la verdadera sabiduría, y perfecta justicia y

santidad. La razon de esto es, porque como Nuestro Señor es muy comedido, y nos inspira que oremos, habla con nosotros cuando le hablamos, y conversa familiarmente con los que entran dentro de su corazon á tratar y conversar con él; y la conversacion y habla de Dios no es de solas palabras, sino de obras; porque, como dice san Bernardo (*Serm.* 45 *in Cant.*), *Locutio Verbi est infusio doni;* el hablar Dios es comunicar dones, derramando sus gracias y virtudes en aquellos con quienes habla (I *Petr.* I, 8), llenándolos de la alegría espiritual que no se puede explicar, y de la paz que sobrepuja todo sentido. (*Philip.* IV, 7). Y por esto dijo David: Oiré lo que dentro de mí habla el Señor; porque hablará paz para su pueblo, y para sus santos, y para todos los que entran dentro de su corazon. (*Psalm.* LXXXIV, 9).

De aquí es, que en la oracion de tal manera hemos de hablar con Dios, que tengamos atencion á escuchar y oir lo que él nos habla con sus inspiraciones, para obedecerlas, y disponernos á recibir los dones que por ellas pretende comunicarnos, como verémos en la parte II, en la meditacion XXVI.

Por lo dicho consta la excelencia y necesidad de la oracion mental, de la cual dice Casiano (*Collat.* IX, *c.* 2), que tiene tanta trabazon con todas las virtudes, que ni ellas se pueden alcanzar, ni conservar perfectamente sin oracion, ni la oracion perfecta se alcanzará sin ellas; porque ella, dice, es el fin de todas, á quien van encaminados todos los trabajos que ponemos en ganarlas, por cuanto la oracion, de que aquí se trata, en su grado perfecto abraza la union con Dios, por medio del actual conocimiento y amor, con gran gozo en poseerle. De donde nace que, como dice san Juan Clímaco (*Grad.* 28), en la oracion paga Dios de contado el ciento por uno de lo que se deja ó se trabaja por su causa, con prendas grandes del premio último que ha de dar en la vida eterna. Muchas cosas pudiera decir de esta soberana virtud; pero déjolas, porque este libro se escribe para los que desean ejercitarla, por la grande estima que tienen de ella; y en los prólogos ó introducciones, que tendrá cualquiera de las seis partes de este libro, y en las mismas meditaciones, se dirán algunas cosas que descubran la excelencia de este soberano ejercicio, y los bienes que de él proceden.

TAYLOR INST. OXFORD

§ IV.

De la materia de la oracion mental para la meditacion.

La materia de la oracion mental, en que las tres potencias del ánima, especialmente el entendimiento, han de ejercitar sus actos, es todo lo que Dios ha revelado en la divina Escritura, especialmente los misterios principales de nuestra fe, que en ella están mas expresados y encomendados.

Estos misterios se pueden reducir en general á tres órdenes, acomodados á los varios estados de los que meditan (*D. Dionis. c.* 3 de Eccles. Hierar. c. 5), entre los cuales, unos son pecadores que desean salir de sus pecados, ó principiantes que desean mortificar los vicios y pasiones de la vida vieja; y estos caminan por el camino que llamamos via purgativa, cuyo fin es purificar el alma de todos estos vicios, y alcanzar la limpieza de corazon. (*S. Ignat.* in annot. 10). Otros pasan mas adelante, y aprovechan en la virtud, los cuales andan en el camino que llamamos via iluminativa, cuyo fin es ilustrar el alma con el resplandor de muchas verdades y virtudes, y alcanzar grande aumento de ellas. (*Iacob.* IV, 8). Otros son ya perfectos y muy ejercitados, los cuales caminan por la via que llamamos unitiva, cuyo fin es unir y juntar nuestro espíritu con Dios con union de perfecto amor. (*Psalm.* XXXIII, 6; I *Cor.* VI, 17). Cada una de estas personas ha de tener materia de meditacion acomodada á su estado y pretension, de la cual pueda fácilmente sacar los afectos y propósitos que pide su necesidad.

Y aunque esta materia se pudiera reducir á tres órdenes de misterios, y verdades acomodadas á estos tres estados y vias que se han puesto; mas para mayor claridad la reducimos en este libro á seis partes, dando dos á los que comienzan, y dos á los que aprovechan, y otras dos á los mas perfectos, en esta forma:

Los pecadores que desean de veras convertirse á Dios, y mudar la vida, han de tomar por materia de meditacion sus mismos pecados, y todas las cosas que ayudan para conocer el número y gravedad de ellos, y las que causan aborrecimiento y dolor de haberlos cometido. Y por cuanto el temor suele ser principio de la justificacion, todo lo que despierta este temor es materia de meditacion acomodada para ellos, como son las postrimerías del hombre, muerte, juicio particular y universal, infierno, y otras cosas semejantes que se pondrán en la parte I, con algunos modos de orar acomodados

para hacer exámen de la conciencia, para confesar y comulgar, y alcanzar la perfecta justificacion, que es el fin de la via purgativa.

Los que están ya justificados y desean granjear las virtudes, y crecer en ellas, han de tomar por materia propia de su meditacion los misterios de la humanidad de Cristo nuestro Señor, mientras vivió en esta vida mortal; porque su vida y doctrina, su pasion y muerte fue un perfectísimo dechado de toda virtud para toda suerte de justos, aunque en diferente manera; porque, como dice san Agustin (Tract. v super 1 Canon. Ioan.), y despues de él santo Tomás (2, 2, *quaest.* 24, *art.* 9), la caridad, cuando ya está engendrada, y ha nacido por medio de la penitencia, tiene los tres estados que se han dicho, de niñez espiritual, de aumento y perfeccion.

Los recien justificados, que son principiantes y como niños recien engendrados en el ser de la gracia, han de tomar por materia de meditacion los misterios de la Encarnacion y niñez de Jesucristo nuestro Señor, de las cuales se trata en la parte II; y en sus meditaciones hallarán motivos bastantes, así para proseguir la jornada de la via purgativa, mortificándose y purificándose de los vicios y pasiones que les han quedado de la vida vieja, como para comenzar la jornada de la via iluminativa, granjeando virtudes contrarias á sus vicios, y acomodadas á su estado.

Los que aprovechan y van creciendo en la virtud, tienen dos caminos para ello, uno haciendo, y otro padeciendo; quiero decir, ó ejercitando por su eleccion varias obras de virtud, que pertenecen á la vida activa y contemplativa, ó padeciendo con gran perfeccion grandes trabajos, persecuciones y aflicciones venidas por mano ajena. Y este camino, aunque es mas áspero, es mas eficaz para crecer en las virtudes, y llegar á la cumbre de ellas.

Estos dos caminos anduvo con gran excelencia Cristo nuestro Señor, de quien dice san Agustin (*In Psalm.* 49), que sus ejercicios entre los hombres fueron: *Mira facere, et mala pati*, hacer cosas maravillosas, y padecer cosas penosas, y todas para nuestra enseñanza; de las cuales se trata en las meditaciones de la parte III y IV. Porque en la tercera pondrémos los misterios de lo que hizo y dijo los tres años de su predicacion, desde el Bautismo hasta la última entrada en Jerusalen. Y en la cuarta, los misterios de su pasion y muerte. Y aunque ambos misterios nos enseñan á hacer y padecer; mas lo uno resplandece mas en los primeros, y lo otro en los postreros; los cuales son mas poderosos para movernos á todo género de virtud con mayor excelencia y perfeccion.

Finalmente, los que llegan á estado de perfeccion, caminando por la via unitiva, tienen otros dos caminos para alcanzar la perfecta union de amor. El primero es, contemplando la vida gloriosa de Cristo nuestro Señor, y las obras maravillosas que hizo despues de resucitado, enviando sobre sus discípulos el Espíritu Santo, que es espíritu de amor. Y de estos misterios trata la parte V. El otro camino es, contemplando los misterios de la Divinidad y Trinidad de Dios, sus perfecciones y beneficios, de que trata la parte VI. Y estas dos partes últimas son mas propias de los perfectos, conforme á lo que dijo David (*Psalm.* CIII, 18): Los montes altos son para los ciervos; pero la piedra ó peña es morada de los erizos: dando á entender en sentido místico, como apunta Casiano (*Collat.* X, *c.* 11), que los varones perfectos, que como ciervos corren ligeramente en el camino del cielo, se apacientan con la consideracion de los misterios de la divinidad y gloria de Cristo, figurados por los montes altos; mas los hombres espinados como erizos, con las espinas de sus culpas é imperfecciones, ó afligidos con trabajos, toman por remedio la consideracion de su tierra y polvo, y de los misterios de la humanidad y humildad de Jesucristo nuestro Señor, figurado por la piedra, en cuyas llagas descansan, y con su doctrina y ejemplos se sustentan y aprovechan.

De lo dicho se sigue, que las meditaciones de estas seis partes son como seis alas de los Serafines que tiene Dios en la tierra semejantes á los que vió el profeta Isaías (*c.* VI), con las cuales se apartan de lo terreno y vuelan á lo celestial; y despues que se han purificado, ilustrado y perfeccionado á sí mismos, vuelan tambien á purificar, ilustrar y perfeccionar á otros, deseando que ardan todos con el amor que arden ellos; porque para todos estos fines ayudan estas meditaciones, y en todas deben ejercitarse todos, aun los muy aprovechados; pero con diferente fin y modo. Y la razon es, porque como en los tres grados que hay de almas, es á saber, vegetativa, propia de las plantas; sensitiva, propia de los brutos; y racional, propia de los hombres, la superior, además de sus propias obras, hace tambien las obras de la inferior, aunque con mas excelente modo; así tambien, como dice santo Tomás (2, 2, *q.* 24, *art.* 9 *ad* 3), en los tres estados de gente que se dedica á la oracion y servicio de Dios, los que aprovechan se han de ejercitar en las meditaciones y obras de los principiantes, y los perfectos en las de ambos; pero con modo mas perfecto, sacando de ellas el fruto que se pretende con mas ventajas; esto es, mas perfecta mortificacion de sí mismos, y

mas acendrado modo de imitar á Cristo nuestro Señor en sus virtudes.

Demás de esto, la experiencia enseña, que cuando un espíritu ó afecto grande de alguna virtud predomina en un alma, de cualquier cosa que medita toma ocasion para cebarle y aumentarle. Si predomina espíritu de humildad, ora medite en el infierno, ora en el cielo, ora piense en sus miserias, ora en las excelencias divinas, de todo sacará afectos de humildad. Y si predomina en el corazon espíritu de amor, aunque medite en el juicio é infierno, todo lo convierte en afectos de amor. Así tambien los principiantes, y los que aprovechan, y los perfectos, de cualquier cosa que mediten pueden sacar los afectos y propósitos que son conformes á su estado y necesidad.

De aquí es, que aunque de ley ordinaria se ha de guardar el órden propuesto, pero no hemos de ir tan atados á él, que no sea lícito mudarle; antes algunas veces es conveniente, porque algunos no pueden aplicarse á consideraciones de temor, y se mueven fácilmente con meditaciones de amor, y otros al contrario. Unos hallan devocion y aprovechamiento considerando los misterios de la niñez de Cristo nuestro Señor; otros considerando los misterios de su pasion; y unos en un misterio, y otros en otro; y es bien no violentarles demasiado ni sacarles de su consideracion, por pasarles á otra; en la cual no hallarán lo que deseaban. Y á esta causa ha proveido Nuestro Señor, que la materia de la meditacion sea tan copiosa y extendida, para que todos puedan hallar alguna que sea á su propósito.

§ V.

De la entrada en la oracion.

Consejo es del Espíritu Santo, que antes de la oracion aparejemos el alma, porque si vamos sin aparejo, será como tentar á Dios, pretendiendo el fin y fruto de la oracion sin poner los medios ordenados para alcanzarle. (*Eccli.* XVIII, 23). Para esto es necesario antes de entrar en la oracion llevar prevenida la materia que se ha de pensar, porque regularmente no será la meditacion atenta y recogida si la materia no va prevenida y bien dispuesta, repartida por sus puntos, al modo que la pondrémos aquí. Aunque no por esto se quita, que si Nuestro Señor por especial inspiracion nos moviere á pensar otra cosa, no podamos ocuparnos en ella, dejando para otro tiempo la que llevábamos prevenida, porque el impulso divino es la

principal causa de esta obra, á quien hemos de seguir; advirtiendo, que no sea liviandad de ánimo y vaguedad del corazon, salpicar de una materia á otra sin bastante causa.

Presupuesto esto, antes de comenzar la meditacion se han de hacer las cosas siguientes: —1.ª Lo primero, se ha de levantar el corazon y las potencias del alma á Dios nuestro Señor, mirándole como está allí presente, con una vista interior, atenta, reverencial y amorosa; porque quien ha de hablar con algun príncipe, es necesario que vaya á su palacio, ó al lugar donde está, y se ponga en su presencia, porque con el ausente no podemos hablar; y pues Dios está presente en el cielo y en la tierra y en todo lugar asistiendo á todo, y viéndolo todo, cuando tengo de orar y hablar con él no he menester ir á buscarle á otro lugar, sino avivar la fe y mirar como está allí presente, persuadiéndome que cuando oro no estoy solo, sino que allí está tambien la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, con quien hablo, y él me ve y me oye, y suele responder dentro del corazon con inspiraciones é ilustraciones, comunicando luz de verdades al entendimiento, y afectos fervorosos de devocion á la voluntad, é infundiendo dones y virtudes y otras gracias en el alma, como está dicho.

Unas veces puedo mirar á Dios como está al rededor de mí, cercándome por todas partes, y á mí dentro de él como están los peces dentro del mar; otras veces le puedo mirar como está dentro de mí por esencia, presencia y potencia, conociendo lo que hago, y ayudándome para que lo haga; y de esta manera se cumple lo que Cristo nuestro Señor dijo (*Matth.* VI, 6): Cuando orares entra en tu retrete; esto es, dentro de tu corazon, y cerrando la puerta de tus sentidos, ora á tu Padre celestial en este lugar secreto; y tu Padre, que está allí y te ve, te dará lo que pidieres.

Esta verdad de la presencia de Dios dentro de mí y al rededor de mí, donde quiera que estoy orando, he de avivar mucho, para que me mueva á reverencia y confianza y á la debida atencion; y si con esta consideracion me sintiere movido á estos y otros semejantes afectos de devocion, bien puedo detenerme á gozar de este bocado que Dios me da, el tiempo que durare, pues ya esto es oracion, y muy buena; pero lo ordinario será detenerme en este pensamiento espacio de un *Pater noster*, aunque la presencia de Dios no se ha de perder de vista en todo el tiempo de la meditacion, segun aquello de David (*Psalm.* XVIII, 15): La meditacion de mi corazon siempre es en tu presencia; pero con mas fervor se ha de renovar al tiempo de las pe-

ticiones y coloquios, derramando, como dice David (*Psalm.* CXLI, 3), nuestra oracion en la presencia del Señor.

2.ª Hecho esto, lo segundo tengo de hacer una grande y profunda reverencia á la majestad de Dios, hincando delante de él las rodillas del corazon y del cuerpo, una y tres veces, como lo hacen los que entran en la presencia de los reyes: tengo de adorarle con espíritu, reconociéndole por mi Dios y Señor, Padre de inmensa majestad y Rey dignísimo de infinita reverencia, y con el cuerpo humillarme hasta pegar la boca con la tierra; y aun postrarme como lo hizo Jesucristo nuestro Señor en la oracion del huerto, de quien dice san Pablo (*Hebr.* v, 7), que fue oido del eterno Padre, por la grande reverencia que le tuvo, dándonos á entender lo que importa reverenciar á Dios en la oracion para que nos oiga.

3.ª Hecha esta humillacion, me hincaré de rodillas en el lugar señalado para orar: y luego será bueno persignarme con sentimiento de las palabras que entonces se dicen, pidiendo á Dios que por aquella señal me libre de los enemigos que suelen molestarnos en la oracion, diciendo con este afecto: *Per signum Crucis, de inimicis nostris libera nos Deus noster;* y luego añadiré: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*, como quien quiere comenzar su oracion, no en virtud suya, sino en virtud de la santísima Trinidad. Algunos suelen decir luego la confesion general para comenzar con humillacion y cumplir, como dice el Sábio, que el justo en el principio de la oracion es acusador de sí mismo (*Prov.* XVIII, *iuxta* 70). Otros suelen comenzar con hacimiento de gracias, siguiendo el órden que da san Basilio, del cual dirémos en la parte I, en la meditacion del exámen de la conciencia.

4.ª Pero puesto que cada uno puede comenzar por lo que mas ayudare á su devocion, lo que generalmente conviene á todos es, comenzar con una breve oracion que sea como preparatoria para lo que se pretende, en la cual supliquemos á Nuestro Señor enderece aquella obra á su honra y gloria, y nos dé la gracia necesaria para hacerla como él quiere. Esta breve oracion tengo de hacer hablando con Dios nuestro Señor, á quien miro presente, diciéndole con grandes veras y muy de corazon: Yo te ofrezco, Señor, todo lo que aquí pensare, dijere y tratare, para que todo vaya ordenado puramente á gloria y honra tuya: y suplícote por quien tú eres, me ayudes en esta hora para que yo acierte á orar de la manera que tú quieres, para gloria de tu santísimo nombre y provecho de mi alma, Amen.

Este modo de oracion se puede enderezar á las tres Personas di-

vinas en esta forma: Unas veces al Padre eterno, diciéndole: Padre soberano, yo te ofrezco esta mi oracion, unida é incorporada con la de tu Hijo unigénito Jesucristo mi Señor, por quien te pido me ayudes á orar al modo que él oraba, para que mi oracion te sea agradable como fue la suya.

Otras veces se puede enderezar al Hijo de Dios, diciéndole como los Apóstoles (*Luc.* XI, 1): Redentor y Maestro mio, enseñadme á orar, y ayudadme para que ore con una atencion, pureza y fervor semejante al que Vos teníais cuando orábais á vuestro Padre, para que mi oracion le sea acepta como fue la vuestra.

Otras veces al Espíritu Santo, diciéndole aquello del apóstol san Pablo (*Rom.* VIII, 26): Espíritu santísimo, yo soy un ignorante y miserable pecador, no sé lo que tengo de orar ni pedir, como conviene: Vos, Dios mio, pedid en mí, moviéndome á pedir con gemidos inenarrables, para que mi oracion sea bien recibida, procediendo de tan noble principio como Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos, Amen.

De este modo se cumple lo que dice san Dionisio (*c.* III, de Divinis nom.), que todo acto teológico, que es el que mira á Dios y trata de él y con él, se ha de comenzar por oracion, invocando el favor de la santísima Trinidad, que está presente en todo lugar, entregándonos á ella con peticiones puras, con entendimiento sosegado y con afecto bien dispuesto para la union que en este santo ejercicio pretendemos.

§ VI.

Del modo de meditar y discurrir en la oracion, y cómo hemos de resistir á las distracciones que allí nos combaten.

La obra del entendimiento, que llamamos meditacion, es de las mas dificultosas que hay en la oracion mental; porque puesto caso que es cosa fácil pensando en varias cosas, salpicando de una en otra sin órden y concierto, pero es muy difícil pensar en una sola con atencion, teniendo fija la memoria y entendimiento en Dios, sin divertirse y derramarse á otras cosas; y así los grandes Santos suelen padecer esta molestia algunas veces, y se quejan de ella. Job decia de sí mismo (*c.* XVII, 11-12): Mis pensamientos se han desbaratado, atormentan mi corazon, y convierten la noche en dia, porque me quitan la quietud del recogimiento en que solia gastar la noche.

Y David clamaba á Dios, diciendo: Mi corazon me deja y se sale de mi casa, ten por bien, Señor, librarme de este trabajo. (*Psalm.* XXXIX, 13-14).

Este mismo daño experimentamos todos, y suele proceder de varias raíces y principios. Lo primero, del demonio, por impedirnos el fruto de la oracion. Lo segundo, de la imaginacion propia, que es libre y cerril, instable y mal domada. Lo tercero, de algunas aficiones no mortificadas, las cuales llevan tras sí los pensamientos, porque donde está el tesoro, allí está el corazon. Lo cuarto, de cuidados que punzan y parten el corazon en mil partes. Lo quinto, de flojedad y tibieza, por no hacerse fuerza ni aplicarse á este tan noble ejercicio. Lo sexto, de ignorancia, por no saber discurrir, ni meditar, ni buscar las verdades ocultas, ni ponderarlas de modo que muevan la voluntad y despierten afectos de devocion. Esta ignorancia se remediará con la traza y modo que aquí pondré, presupuesto el favor del cielo.

Lo primero, en la meditacion nos hemos de actuar muy bien en la verdad del misterio que la fe nos enseña, procurando creerle y entenderle como pasó verdaderamente y como está revelado. Lo segundo, hemos de inquirir las causas y raíces verdaderas de donde procedió la cosa que meditamos, excluyendo las causas falsas ó aparentes; luego hemos de discurrir buscando los fines verdaderos á que fue ordenada, excluyendo tambien otros que no lo son. Lo cuarto, se han de inquirir los efectos que proceden de la tal cosa, esto es, los provechos ó daños que trae consigo. Y lo último, algunas propiedades y circunstancias que la acompañan. Esto se entenderá claramente por este ejemplo: Si quiero meditar el misterio de la Encarnacion, primero tengo de actuarme bien y entender lo que la fe enseña, es á saber, que el Hijo de Dios juntó consigo en unidad de persona nuestra humana naturaleza, de modo que verdaderamente Dios es hombre y el hombre es Dios. Luego tengo de inquirir las cosas arriba propuestas, ponderando como las causas y raíces de esta obra no fueron nuestros merecimientos, sino sola la bondad y misericordia de Dios, y los fines fueron la redencion del mundo y la manifestacion de la divina bondad y caridad. Despues miraré los provechos que por ella nos vinieron; es á saber, perdon de pecados, destruccion de la muerte, entrada en el cielo, y otros tales. Además los daños que nos vinieran si esta no se hiciera; quedando todos enemigos de Dios, esclavos del demonio, condenados al infierno. Y finalmente las circunstancias de esta obra, cuanto al lugar,

tiempo y modo, y las propiedades del cuerpo y del alma que tomó Dios cuando encarnó.

En cada cosa de estas ha de hacer páusa el entendimiento, deteniéndose en cada una todo el tiempo que hallare devocion y gusto espiritual, sin ansia de pasar á otra, moviendo la voluntad á varios afectos de amor y confianza, como se ha dicho, haciendo peticiones y coloquios con Nuestro Señor, conformes á lo que se ha meditado y deseado; y despues que nuestro entendimiento hubiere ponderado bien una cosa de estas, puede pasar á otra con la misma quietud y sosiego de ánimo, y así proceder en las demás. De todo esto verémos ejemplos llanos en las meditaciones siguientes, especialmente en las primeras, que serán dechado de las demás.

Solamente advierto, que cuando el Espíritu Santo con especial inspiracion nos mueve á orar, todo es fácil y suave; porque él recoge la memoria, aviva los discursos, arroja lluvias de meditaciones, enciende los afectos, concierta las peticiones, ordena los coloquios, y hace perfectamente toda la obra de la oracion, cooperando nosotros sin trabajo. Mas cuando falta este socorro especial, es necesario que nosotros mismos, usando de nuestro libre albedrío con el socorro de la gracia que nunca nos falta, apliquemos nuestras potencias al ejercicio de sus actos en la forma que está dicho, con lo cual provocamos al Espíritu Santo para que nos ayude con especial socorro de sus inspiraciones; porque los varones espirituales que tratan de oracion no han de ser como navíos de alto bordo que no pueden navegar si no es con viento; antes han de ser como galeras que navegan con viento y con remo; y cuando faltare el viento próspero de la divina inspiracion, han de navegar con el remo de sus potencias, ayudadas del divino favor, aunque no sea tan sensible. Y este modo de orar suele ser á veces mas provechoso aunque no sea tan gustoso, por lo mucho que se merece peleando contra las distracciones y sequedades del corazon; y si perseveramos remando y orando, á su tiempo vendrá Cristo nuestro Señor á visitarnos, con cuya visita cesará esta tempestad, como sucedió á los sagrados Apóstoles (*Matth.* XIV, 32) en un caso semejante, como despues verémos.

Las armas para pelear contra estas distracciones del corazon y sequedades del espíritu, principalmente son cuatro: La primera es humildad profunda, reconociendo nuestra flaqueza y miseria, y avergonzándonos de estar delante de Dios con tal distraccion, y acusándonos de las culpas pasadas y presentes, por las cuales somos cas-

tigados en ella; porque quien de esta manera se humilla en la oracion, en ella será ensalzado (*Luc.* XIV, 11).

La segunda es fortaleza de ánimo, haciendo una resolucion varonil de no admitir advertidamente pensamiento que nos aparte de lo que oramos, aunque sea de cosa que nos dé mucho gusto ó parezca muy importante, pues entonces ninguna lo es tanto como atender á lo que oro, y á Dios, delante de quien estoy para orar; y cuando, sin quererlo, me hallare distraido, volveré otra vez á atar el hilo del buen pensamiento y discurso comenzado; y si mil veces me distrayere, mil veces tornaré á lo mismo, sin perder el ánimo ni la confianza, acordándome que Abrahan (*Genes.* XV, 11-17), perseverando en ojear las aves importunas que acudian al sacrificio, vino á dormir un sueño misterioso, en que descubrió Dios grandes secretos y pasó como fuego por medio del sacrificio, en testimonio de que le aceptaba. (*D. Greg.* lib. XVI Moral. c. 19). Así yo trabajando con perseverancia en ojear los pensamientos importunos que inquietan el sacrificio de la oracion vendré con el favor de Dios á dormir el sueño quieto de la contemplacion, en el cual ilustre mi alma con su luz para que le conozca, y la encienda con el fuego de su amor para que le ame.

La tercera arma es la misma oracion, pidiendo á Nuestro Señor que dentro de nuestra alma edifique una ciudad de Jerusalen (*Psalm.* CXLVI, 2) que sea vision de paz, recogiendo los pensamientos y aficiones derramadas para que moren dentro de ella y se ocupen con quietud en la oracion, y lo mismo pediré á los santos Ángeles, que asisten á los que oran; y en este medio pondré mucha fuerza, porque la oracion es tan poderosa que puede alcanzar de Dios todas las cosas, y á sí misma con ellas, usando en medio de estas turbaciones de algunas breves oraciones á este propósito. Unas veces diré como David (*Psalm.* XXXIX, 13-14): Mi corazon me deja, mal que me pese: líbrame, Señor, de la fuerza que padezco, y no tardes en ayudarme. Otras veces diré lo que él mismo decia (*Psalm.* CXLII, 6): Mi alma está delante de tí como tierra sin agua, óyeme con presteza porque mi espíritu desfallece. Otras veces clamaré con los Apóstoles en medio de la tempestad (*Matth.* VIII, 25): Sálvame, Señor, porque perezco. Y como el ciego á quien el tropel de la gente impedia su oracion, levantaré la voz diciendo (*Luc.* XVIII, 38): Hijo de David, ten misericordia de mí. Y si persevero clamando aunque sea con sequedad y violencia, no dejará Cristo nuestro Señor

de compadecerse de mí, como se compadeció de este ciego, como ponderarémos en su lugar.

La última arma ha de ser una grande confianza en Dios nuestro Señor, persuadiéndonos que, pues nos manda orar, nos dará gracia y ayuda para ello, con lo cual podamos resistir al demonio, tener á raya la imaginativa, reprimir las pasiones, moderar los cuidados, y echar de nosotros las tibiezas, de modo que no nos impidan el ejercicio de la oracion. Pero con esta confianza hemos de juntar diligencia, procurando, como dice Casiano (*Collat.* IX, *c.* 3, *et* X, *c.* 10), quitar antes de la oracion las cosas que no querríamos padecer en ella, imitando en esto la sagacidad de nuestro adversario, el cual, como dice san Nilo abad (*c.* 48, 49 *y* 50), ordena todas las tentaciones que pone entre dia á las personas espirituales, para impedirles la oracion, y el fruto de ella. Tiéntalas de gula, para que en la oracion estén pesadas y soñolientas; tiéntalas de impaciencia, para que estén turbadas; y de curiosidad de sentidos, para que estén distraidas; y de muchedumbre de negocios, para que estén inquietas; y de soberbia ó ingratitud, para que estén secas; y pues no hemos de ser menos prevenidos y cuidadosos de nuestro bien, que el demonio lo es de nuestro mal, razon es concertar las obras y ocupaciones del dia, de modo que todas ayuden á tener bien oracion: y con esto en alguna manera cumplirémos lo que Cristo nuestro Señor dijo (*Luc.* XVIII, 1): Conviene siempre orar, y no desfallecer; pues siempre ora quien todo el tiempo gasta en oracion, ó en aparejarse para ella. Con esta confianza tengo de entrar en la oracion mental, diciendo á los demonios aquello del salmo (*Psalm.* CXVIII, 115): Apartaos de mí, malignos, porque quiero meditar los mandamientos de mi Dios. Y á mis potencias, pensamientos y afectos, les diré lo del otro salmo (*Psalm.* XCIV, 6): Venid todos juntos, y adoremos á Dios, postrémonos á sus piés, y lloremos delante de él, porque el Señor es nuestro Dios, y nosotros somos su pueblo, y ovejas de su rebaño.

§ VII.

Del modo como nos hemos de ayudar de la imaginacion y lengua y las demás potencias para la oracion mental.

Aunque la oracion mental, como se ha dicho, es obra de las tres potencias supremas del alma, por la parte que es espíritu puro, y se llama mente, de donde esta oracion tambien se llama mental, con

todo eso ayudan para ejercitarla las otras potencias del alma, que son mas inferiores.

Entre las cuales la primera es la imaginativa, la cual así como impide notablemente la oracion, cuando está mal domada y es vagabunda, así tambien ayuda mucho cuando puede con facilidad formar dentro de sí algunas figuras ó imágenes de las cosas que se han de meditar; porque esto es como atarla á un solo lugar, y poner delante del alma espiritualmente la cosa que medita como si la tuviera presente. Segun esto, antes de comenzar la meditacion, es bueno procurar con la imaginacion hacer dentro de nosotros alguna figura ó imágen de la cosa que pretendemos meditar, con la mayor viveza y propiedad que pudiéremos. Si tengo de pensar en el infierno, imaginaré un lugar como un calabozo oscuro, estrecho y horrible, lleno de fuego, y las almas dentro de él, ardiendo en medio de aquellas llamas. Y si he de pensar en el Nacimiento, formaré una figura de un portal desabrigado, y á un niño envuelto en pañales, puesto en un pesebre; y así en lo demás, advirtiendo que esto se haga sin quebrar la cabeza; porque quien tiene mucha dificultad en hacer tales figuras, mejor es dejarlas, y usar solamente de las potencias espirituales, al modo dicho. Pero al contrario, los muy imaginativos hán de estar sobre aviso, porque sus vehementes imaginaciones les pueden ser ocasion de muchas ilusiones, pensando que su imaginacion es revelacion, y que la imágen, que dentro de sí forman, es la misma cosa que imaginan; y por su indiscrecion suelen quebrarse la cabeza, y convierten en su daño lo que tomado con moderacion puede ser de provecho.

Tambien puede ayudar en la oracion la lengua, porque, como dice santo Tomás (2, 2, *q.* 83, *art.* 12), la oracion mental y la vocal, que se hace con palabras exteriores, no son contrarias, sino hermanas, que se ayudan una á otra. La oracion mental suele algunas veces prorumpir en la vocal, hablando palabras exteriores con Nuestro Señor, nacidas de la devocion y fervor interior (*D. August.* Ep. 121 ad Probam, *c.* 9), y la oracion vocal suele avivar el alma, para que tenga mas atencion en la mental; y así, cuando en ella nos sentimos distraidos ó secos, es buen remedio decir algunas palabras que nos despierten y recojan, ó hablando con Nuestro Señor, ó con nosotros mismos; porque como el cuerpo ayuda al alma, así las obras del cuerpo suelen ayudar á las almas, y la palabra exterior, y lo que dice la lengua, suele tocar al corazon. Esto, como advierte san Buenaventura (Processu. 7 Religionis, *c.* 3), se puede

practicar de dos maneras. La una es, componiendo cada uno las palabras como su necesidad ó su devocion se las dictare, sin reparar en que vayan bien ó mal concertadas; porque Nuestro Señor mas mira el concierto del corazon y el fervor de los afectos, que el de las palabras; y mas se aplaca con las razones toscas del hijo tartamudo y del pecador arrepentido, que con las muy compuestas del soberbio letrado. La otra manera es, diciendo alguna oracion compuesta por otro, como son las de la Iglesia ó de algun Santo, apropiándoselas á sí mismo, diciéndolas con tal afecto y sentimiento, como si él las fuera componiendo, al modo que dirémos en el párrafo IX.

Cuanto á los sentidos corporales, no se puede dar regla cierta, porque unos se hallan mejor teniendo los ojos cerrados, otros se ayudan con abrirlos, mirando al cielo ó alguna imágen: unos hallan estorbo en oir cualquier cosa; otros se encienden con oir algun canto ó música de la Iglesia: unos sienten devocion con darse frecuentes golpes en los pechos, como lo hacia san Jerónimo, á imitacion del publicano; otros la sienten con hacer muchas genuflexiones, como Simeon el de la coluna, que oraba hincando la rodilla con la cabeza hasta la tierra, y levantándose luego, repitiendo esto innumerables veces.

Lo mismo podemos decir de otros movimientos y composturas del cuerpo, como son, extender los brazos en forma de cruz, postrarse en el suelo, ponerse en pié fijo en un lugar ó pasearse por alguna parte, ó sentarse en algun asiento humilde: en todo lo cual se ha de escoger aquello que mas ayuda á la quietud y devocion del corazon, atendiendo á la flaqueza del que ora, y á la edificacion de los que están presentes, si el lugar es público, porque en tal caso aquella postura del cuerpo se ha de tomar, que no pueda ofender á los circunstantes.

§ VIII.

Del exámen de la oracion, y de los frutos que se han de sacar de ella.

Acabada la oracion, es muy provechoso examinar lo que en ella nos ha pasado, y aunque este exámen se deberia hacer despues de cualquier obra ó ejercicio de oracion vocal, sea rezo divino, ó rosario ó misa; pero en particular se debe hacer despues de la oracion mental retirada, en que se ha gastado una ó mas horas.

Lo primero, tengo de examinar si guardé las advertencias de las cosas que preceden á la oracion, como si previne la materia de la

meditacion, si me puse bien en la presencia de Dios, si le ofrecí con espíritu esta obra, y la pureza de intencion que en ella tuve, con lo demás, doliéndome de cualquier falta que hallare, proponiendo de enmendarme de allí adelante.

Lo segundo, he de examinar si estuve atento ó distraido, si devoto ó seco, si me contenté con solo discursos (porque esto no será oracion, sino estudio), ó si tuve buenos afectos y propósitos, si pedí y hablé con Dios en los coloquios con reverencia y confianza, ó sin ella; y si hallare que en todo me ha ido bien, daré gracias á Dios por ello, atribuyendo este buen suceso no á mis diligencias, sino á su gracia y misericordia; pero si hallare que me ha ido mal, examinaré la causa de esto, si fue alguna culpa mia, ó alguna pasion y aficion desconcertada, ó alguna remision y flojedad; y doliéndome de la culpa, propondré la enmienda con determinacion de mortificarme, y quitar lo que fue causa de este daño.

Lo tercero, he de examinar los movimientos, y las inspiraciones ó ilustraciones, y gustos espirituales que he sentido, mirando bien los efectos que han obrado en mí, para conocer si nacen de buen espíritu ó no, y tomar experiencia que me ayude á conocer la variedad de espíritus. Para lo cual ayudará saber las reglas que de esto se suelen dar, de las cuales se pondrán muchas en el decurso de estas meditaciones.

Lo cuarto, he de examinar los propósitos que hice en la oracion, para ver cuándo y cómo los he de poner en ejecucion; y generalmente he de examinar el fruto que saco de la oracion y trato con Dios, porque si mi oracion es árbol sin fruto, será maldita como la higuera (*Matth.* XXI, 19), y secarse ha luego; pero si lleva fruto, será bendita, y crecerá como árbol plantado á la corriente de las aguas. (*Psalm.* I, 3). Los frutos de la oracion son estos: reformar las costumbres; apartarnos de pecados, aunque sean muy ligeros; huir las ocasiones de ellos, y todo lo que es imperfeccion; domar las pasiones; enfrenar los sentidos; mortificar las inclinaciones siniestras; vencer las repugnancias y dificultades que siento en las virtudes; pelear valerosamente contra las tentaciones; alentarme á sufrir muchos trabajos con alegría; animarme á cumplir con prontitud la voluntad de Dios declarada en su santa ley, en los consejos evangélicos, y por las reglas y aranceles de mi estado y oficio. Además, procurar el aumento de las virtudes, imitando las de Jesucristo nuestro Señor, especialmente su caridad y humildad, su obediencia y paciencia en los trabajos, el amor á la cruz, y al desprecio y á la cas-

tigacion de la carne; y en particular cada uno ha de procurar la virtud que mas ha menester, atendida la calidad de su estado, sea modestia, ó castidad, ó fortaleza, ó alguna otra de las teologales ó morales, con una resolucion y propósito muy eficaz, como se pondrá en la meditacion XXIX de la parte I. Y cuando hiciere exámen de la oracion, tengo de apurar bien si he sacado alguno de estos frutos al modo dicho.

§ IX.

De varios modos que hay de orar en diversas materias, acomodados á diferentes personas y tiempos.

Está el gusto del hombre tan estragado en los ejercicios del espíritu, que fácilmente cobra tédio y fastidio si el manjar se le da guisado siempre de una misma manera, aunque sea muy precioso; como los israelitas se enfadaron del maná, con ser suavísimo, por ser siempre el mismo. (*Num.* XXI, 5). Á esta causa los Santos y maestros de espíritu han inventado varios modos de orar, guisando la oracion de muchas maneras, para que esta variedad quite el fastidio que podríamos tener de ejercitarla, cuando el espíritu de Dios nos va siempre renovando el gusto de ella, haciendo, como dice David (*Psalm.* XCV, 1), que siempre cantemos al Señor cantar nuevo.

En esto fue muy excelente el seráfico doctor san Buenaventura en muchos y muy largos tratados que hizo de estas materias; pero no lo fue menos nuestro glorioso Padre san Ignacio, poniendo en su pequeño libro, no solamente variedad de materia para la meditacion, sino varios modos de orar por exámenes de la conciencia, por aplicacion de los sentidos interiores del alma, por varias semejanzas y parábolas; y en especial enseñó tres modos de orar muy provechosos, acomodados á los que caminan por las vias arriba dichas, purgativa, iluminativa y unitiva, aunque todas tres son de gran provecho para todos.

El primer modo de orar es, por los mandamientos de Dios, y por los siete vicios capitales, que comunmente llamamos siete pecados mortales, y por las tres potencias del alma, y por los cinco sentidos, tomando todo esto por materia de meditacion y oracion. Este modo es propio de los que andan en la via purgativa, procurando limpiarse de sus pecados; y así lo declararémos en la parte I, haciendo especiales meditaciones de todas estas cosas, con las demás que pertenecen al modo de orar, examinando la conciencia, y apa-

rejándose para la confesion y comunion, con las cuales se alcanza la pureza del alma.

El segundo modo de orar es, por palabras, tomando por materia de meditacion algun salmo de David, ó algun sermon ó sentencia de Cristo nuestro Señor, ó alguna oracion ó himno de la Iglesia, rumiando cada palabra por sí, y sacando el espíritu y afecto que hay en ella; porque, como las palabras de la divina Escritura fueron dictadas por el Espíritu Santo, todas tienen algun misterio digno de ponderacion; y como la Iglesia es regida por el mismo Espíritu Santo, no dice palabra que no tenga mucho espíritu.

La forma de meditarlas es, mirando quién dice aquella palabra, á quién se dice ó endereza, á qué fin, con qué modo y espíritu se dijo, y qué es lo que se significa; es á saber, qué es lo que manda ó aconseja, amenaza ó promete, ó qué es lo que se pide ó pretende con ella, sacando de todo afectos conformes á lo que se hubiere ponderado.

Porque de otra manera se han de meditar las palabras que Dios dice al hombre, ó las que el hombre dice á Dios. Las primeras, como quien oye á Dios, que es su maestro, legislador, consejero, protector y galardonador, oyéndole con deseo de aprender lo que enseña, de ejecutar lo que manda, de seguir lo que aconseja, de temer lo que amenaza, y esperar lo que promete, y amarle por lo que dice.

Las segundas se han de rumiar con el espíritu con que las dijo el que las ordenó y conforme al fin á que van enderezadas. Lo cual se ve claramente en los Salmos de David, porque unos hizo con espíritu de alabar á Dios, y agradecerle los beneficios que habia hecho á su alma, ó á su pueblo: otros con espíritu de contricion, para pedirle perdon de sus pecados: y otros con espíritu de afliccion, junto con grande confianza para pedirle ayuda en las tribulaciones. Y así para rumiarlos, y decirlos con provecho, nos hemos de vestir, como advierte Casiano (*Collat.* x, *c.* 11), del mismo espíritu con que se dijeron, como si nosotros mismos los hubiéramos compuesto para el mismo fin.

Y la misma experiencia nos enseña, que quien se siente alegre por los beneficios recibidos de Dios, dice con devocion los salmos de alegría, como es: *Benedic anima mea Domino: et omnia quae intra me sunt, nomini sancto eius*, etc. *Laudate Dominum de coelis*, etc. Y por entonces no halla tanto jugo en el salmo *Miserere mei Deus*. Y al contrario, quien está afligido con sus pecados, dice con devocion

el salmo *Miserere mei*, y no se aplica por entonces á los salmos de alegría. Lo cual se ha de advertir para escoger por materia de meditacion las palabras y oraciones que frisan con el espíritu que sentimos, y con el fin que pretendemos.

Este segundo modo de orar es mas propio de los que caminan por la via iluminativa, pretendiendo el conocimiento y sentimiento de las verdades de la fe para crecer en el espíritu (*Medit.* XV *de la p.* I; VI *y* XII *de la p.* II; XIV *de la p.* III), y así pondrémos la práctica de él en la parte II y III, meditando por este modo la salutacion del Ángel, el cántico de la Vírgen, la oracion del *Pater noster*, y algunas sentencias y oraciones de Cristo nuestro Señor, cuyas palabras meditarémos siempre con mas atencion; porque, como dijo la Esposa (*Cant.* v, 19), sus labios destilan mirra primera, esto es, enseñan virtud excelentísima, la primera y mas aventajada de todas: y, como dijo san Pedro (*Ioan.* vi, 69), sus palabras son palabras de vida eterna. Y el mismo Señor dijo que sus palabras eran espíritu y vida; y así quien las medita como conviene, sacará abundancia de espíritu, y vida purísima de gracia, por la cual sea digno de la vida eterna.

El tercer modo de orar es por via de aspiraciones y afectos, que responden á las respiraciones del cuerpo, procurando que entre respiracion y respiracion salga de lo íntimo de nuestra alma algun afecto santo, ó algun gemido del espíritu, ó alguna breve oracion de las que llamamos jaculatorias, gastando todo el tiempo que hay entre una respiracion y otra en la ponderacion ó sentimiento, y gusto espiritual de lo que deseamos ó pedimos, ó de la cosa por que gemimos y suspiramos á Dios. Este modo es muy acomodado á los que caminan por la via unitiva, aspirando y anhelando á la union actual con Dios, y con este deseo procuran orar con la mayor continuacion y frecuencia que pueden; porque tan necesaria es la oracion para la perfecta vida espiritual del alma, como la respiracion para la vida del cuerpo, segun aquello de David (*Psalm.* cxviii, 131), que dice: Abrí mi boca y atraje el espíritu, porque deseaba tus mandamientos. Y en testimonio de esto, cuantas veces abren la boca para respirar, tantas querrian orar; y ya que esto no es posible, por nuestra flaqueza, toman á ciertos tiempos algun rato para este ejercicio, frecuentando de esta manera las oraciones jaculatorias, de que luego hablarémos, arrojándolas al cielo como dardos ó saetas que salen del corazon, como de un arco, con gran ímpetu de amor.

§ X.

De la contemplacion, y del modo como algunos pueden tener oracion mental sin muchedumbre de discursos.

Con lo que hasta aquí se ha dicho, quedan declarados los modos ordinarios que hay de tener oracion mental; los cuales son acomodados á toda suerte de personas que desean tratar con Dios, aunque no todas van de una manera: porque unas en su oracion tienen mas de discurso, y menos de afecto; otras al contrario, se contentan con pocos discursos, y se ocupan mas en afectos; y otras no han menester mas que una sencilla vista de la verdad, y con ella se mueven á todos los actos de devocion que se han referido, y estas gozan de lo que llamamos contemplacion; la cual, como dice santo Tomás (2, 2, *q.* 180, *art.* 3), es una vista sencilla de la verdad eterna, sin variedad de discursos, penetrándola con luz del cielo, con grandes afectos de admiracion y amor; á la cual ordinariamente no se llega, si no es por mucho ejercicio de meditaciones y discursos. Á la manera que una mujer, cuando pretende casarse con un hombre, gasta muchos dias en preguntar y averiguar quién es, inquiriendo su linaje, hacienda, condicion, salud, afabilidad, discrecion, virtud y las demás partes, discurriendo y pensando mucho sobre ellas: y en hallando que es á su gusto, le cobra amor y le toma por esposo; pero despues que ya le ha conocido y tomado por marido, no ha menester hacer nuevos discursos, sino con solo verle ó acordarse de él, ú oir su nombre, le ama, y desea darle contento, y estar siempre en su compañía. Y lo mismo pasa al discípulo que quiere escoger de nuevo algun maestro, y al criado que pretende tomar nuevo señor, y al amigo que desea trabar nueva y estrecha amistad con otro. Pues de esta misma manera los principiantes en la virtud y en el ejercicio de oracion han menester gastar mucho tiempo en meditaciones y discursos, inquiriendo quién es Dios, quién Cristo nuestro Salvador, sus perfecciones y virtudes, y sus obras maravillosas, moviéndose con estas consideraciones á amarle y tomarle por maestro, por señor, por amigo y esposo de sus almas. Pero despues que están muy ejercitados y enterados en esto, suele suceder algunas veces que una sencilla vista ó memoria de Dios sin nuevos discursos, baste para encenderles en su amor y en los demás afectos arriba dichos. Y aun algunos, con solo oir el nombre de Jesús, ó Padre, ó con oir el nombre de pecado mortal, infierno, ó cielo,

penetran en un momento lo que allí está encerrado con grandes afectos de amor ó dolor. Verdad es que, como nuestro entendimiento no hace mucha presa en las cosas que no percibe con los sentidos, fácilmente pierde la estima de las cosas espirituales y divinas, y se olvida de ellas, y así tiene necesidad de renovar á menudo las meditaciones y discursos que hizo al principio. De otra manera, ha de hallarse muy distraido y seco, si no es cuando Nuestro Señor, por especial favor, quiere sin ellos dar luz y noticia bastante para encender los afectos de amor, comunicando la gracia de la contemplacion.

De lo dicho infiero, para consuelo de algunas personas deseosas de tener oracion mental, y por falta de salud ú de otra causa no atinan á discurrir ni ahondar en lo que está encerrado dentro de los misterios de nuestra fe, que no se tengan por desahuciadas de lo principal que hay en este soberano ejercicio. Porque á los tales suele Dios conceder por título de su necesidad ó enfermedad lo que da á otros por título de muchos servicios y de largas meditaciones en que se han ejercitado; porque como es tan liberal y de buen contento, á ninguno pide mas de lo que conforme á su caudal puede darle, supliendo lo que le falta con sus divinas ilustraciones. Deben, pues, advertir las tales personas, que el fin de todas las meditaciones y discursos, que se pondrán en las seis partes de este libro, es alcanzar tres noticias ó conocimientos: uno de sí mismo y de sus innumerables necesidades y miserias de cuerpo y alma; otro de Jesucristo nuestro Señor, verdadero Dios y hombre; y de sus esclarecidas virtudes, especialmente las que resplandecieron en su nacimiento, pasion y muerte; y el tercero, de Dios trino y uno, y de sus infinitas perfecciones, y de los beneficios, así naturales como sobrenaturales, que de él proceden. Estos tres conocimientos andan encadenados entre sí, entrando y saliendo de uno á otro; subiendo de sí mismo y de Cristo á Dios; bajando de Dios á Cristo y á sí mismo; y de ellos, como dice santo Tomás (2, 2, *quaest.* 82, *art.* 3), nace la devocion, que abraza tres suertes de afectos que les corresponden en la voluntad.

Unos consigo mismos, confundiéndose por sus pecados y tibiezas, doliéndose de ellas, proponiendo la enmienda, y humillándose por la nada y culpa que tienen de su cosecha. Otros con Cristo nuestro Señor, compadeciéndose de sus trabajos, gozándose de sus virtudes, deseando imitarle en ellas, y pidiéndole gracia para ello. Otros con Dios nuestro Señor, admirándose de sus grandezas, alabándole por

ellas, agradeciéndole los beneficios que nos ha hecho, y ofreciéndonos muy de veras á servirle por ellos; mezclando con todo esto peticiones de las gracias y dones celestiales para sí y para toda la Iglesia y para otros prójimos, particularizando las cosas de que hay mayor necesidad. Presupuesto esto, cualquiera persona, deseosa de tener oracion mental, por flaca que sea, puede ponerse en la presencia de Dios vivo, que tiene cabe sí y dentro de sí; y renovando la noticia que tiene por la fe de las tres cosas dichas, ejercitar con sosiego los afectos que les corresponden. Unas veces confesando á Dios todas sus miserias una por una, con afectos de dolor y humillacion, pidiéndole que se las remedie. Otras veces pasando por la memoria las virtudes que resplandecen en algun misterio de Cristo nuestro Señor, su humildad, obediencia y paciencia, con afectos y deseos de imitarlas. Otras veces contando los beneficios que de Dios ha recibido con afectos de agradecimiento, ó acordándose de las infinitas perfecciones de Dios, de su bondad, misericordia y providencia, con afectos de alabanza y gozo. Y no será difícil, con el divino favor, sacar estos afectos, porque los misterios y verdades de nuestra fe son como pedernales que en tocándolos con el eslabon de cualquier sencilla consideracion arrojan centellas de amor; y si el alma está como yesca, bien dispuesta para recibirlas, luego levantan llamas de grandes sentimientos y afectos. Para hacer esto con mas facilidad, ayudará mucho haber leido primero alguna meditacion de las que se pondrán adelante, procurando recoger siempre en la memoria algunas verdades mas señaladas de nuestra fe, que sean cebo de estos sentimientos, al modo que decia la Esposa (*Cant.* 1, 12): Hacecillo de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos le pondré; dando á entender que tenia recogidas muchas verdades de los misterios que pertenecen á su amado, las cuales ponia delante de sí, mirándolas sencillamente con los ojos del espíritu, y abrazándolas con los afectos encendidos del corazon, y aplicándolas á sí misma con los propósitos eficaces de la imitacion.

De estas se ha de tomar una vez una y otra vez otra por fundamento de la oracion mental, á la manera que Cristo nuestro Señor, recogiéndose á orar en el huerto de Gethsemaní, tomó tres veces por tema y fundamento de su oracion estas breves palabras: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad sino la tuya. Y en la ponderacion y sentimiento de estas palabras gastó largo rato, como en su lugar verémos. (*Medit.* XXI *de la p.* IV).

§ XI.

De los modos extraordinarios de oracion mental, y de las muchas maneras como Dios se comunica en ella.

Por las cosas que se han dicho de la oracion consta llanamente, como dice san Agustin (*Epist.* 105), que es don del Espíritu Santo, prometido por Dios nuestro Señor á su Iglesia, cuando dijo: Derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalen (*Zach.* XII, 10) *Spiritum gratiae et precum.* Espíritu de gracia y de ruego, sin el cual espíritu ninguno ora acertadamente, porque, como dice san Pablo, por nuestras solas fuerzas no somos poderosos para tener un santo pensamiento (II *Cor.* III, 5), ni sabemos lo que hemos de orar como conviene, si el Espíritu de Dios no nos enseña y nos mueve á ello. (*Rom.* III, 26). Para lo cual tiene varios caminos, guiando á unos por uno y á otros por otro, de tal manera que seria error intolerable pensar que todos han de ir por el mismo camino, por el cual yo soy guiado; porque el Espíritu de Dios *est unicus, et multiplex* (*Sap.* VII, 22), es uno y muchos: uno en la sustancia y fin principal que pretende; y vario en los medios y caminos que toma para que se alcance.

Estos caminos en general son dos: uno ordinario que abraza los modos de oracion de que hasta aquí hemos tratado. Otro extraordinario que abraza otros modos de oracion mas sobrenaturales y especiales [1], que llamamos oracion de quietud ó silencio; con suspensiones, éxtasis ó raptos, con figuras imaginarias de las verdades que se descubren, ó con sola la luz intelectual de ellas; con revelaciones y hablas interiores, y con otros innumerables modos que tiene Dios de comunicarse á las almas, de los cuales no se puede dar regla cierta, porque no tiene otra regla que el magisterio y direccion del soberano Maestro que los enseña á los que quiere y como quiere; porque tales modos de oracion no han de ser pretendidos ni procurados por nosotros, so pena de ser soberbios y presuntuosos, y por el mismo caso indignos de ellos; antes cuanto es de nuestra parte hemos de rehusarlos con humildad, por el peligro que hay de ser engañados de Satanás, transfigurado en ángel de luz. Pero cuando Dios los comunicare, hanse de recibir con humildad y agradecimiento, y con grande cautela y prudencia, siguiendo algunos avi-

[1] Vide D. Thom. 2, 2, q. 117, art. 1 ad 3, et art. 3; et q. 175, art. 1 et 2, ad 1 et 2.

sos que irémos dando en este libro, especialmente en la parte III, meditando el milagro en que Cristo fue tenido por fantasma. Y en la parte V, meditando las apariciones y revelaciones que Cristo nuestro Señor hizo á sus Apóstoles y discípulos; en donde pondrémos las señales y efectos que obra en el alma la visita de Dios y la venida del Espíritu Santo, y la alteza de vida á que levanta por medio de sus siete dones y de sus celestiales inspiraciones, que es lo que deberíamos todos desear y pretender.

Mas para que tengamos alguna luz de estos modos extraordinarios y maravillosos que tiene Dios de regalar las almas y comunicárseles en la oracion mental, apuntaré algunos en que tambien se tocan algunas cosas que pasan ordinariamente por todos y es bueno saberlas; y ayudarán para entender un modo de oracion ordinario, por aplicacion de los sentidos, de que despues hemos de tratar.

Para cuya declaracion advierto, que como el cuerpo tiene sus cinco sentidos exteriores, con que percibe las cosas visibles y deleitables de esta vida, y toma experiencia de ellas, así el espíritu con sus potencias de entendimiento y voluntad, tiene cinco actos interiores, proporcionados á estos sentidos, que llamamos ver, oir, oler, gustar y tocar espiritualmente; con los cuales percibe las cosas invisibles y deleitables de Dios, y toma experiencia de ellas. De donde nace la noticia ó conocimiento experimental de Dios que excede incomparablemente á todos los conocimientos que proceden de nuestros discursos; así como se conoce mucho mejor la dulzura de la miel (*Ex Casian. Collat.* XII, *c.* 13), gustando un poco de ella, que haciendo grandes discursos para conocerla (*Ex Gerson*, 3 *p.* Trac. de mystica Theologia, *c.* 2, de divinis nominibus); y así por estas experiencias se alcanza la teología mística, que es la sabiduría y ciencia sabrosa de Dios, al modo que dice san Dionisio del divino Hieroteo, que conocia las cosas divinas, no solo por la enseñanza de los Apóstoles, ni solo por su industria y discurso, sino por aficion y experiencia de ellas; la cual se ensalza por medio de estos cinco sentidos interiores, de los cuales hace mucha mencion la sagrada Escritura y los santos Padres, especialmente san Agustin (Lib. X Confes., et lib. de Spiritu et Anima, *c.* 9), san Gregorio, san Bernardo y otros, cuyos dichos largamente trae san Buenaventura en el Tratado de los siete caminos de la eternidad, en el camino sexto, de quien tomaré algo de lo que aquí dijere, presuponiendo que, como dice el glorioso san Bernando (Lib. de dignit. et

natura amoris divini, *c.* VI, *et seqq.*; Serm. 21 in Cant.): *In huiusmodi non capit intelligentia, nisi quantum experientia attingit.* En muchas cosas de estas no alcanza la inteligencia mas de lo que percibe la experiencia; y por esto iré tambien apuntando cási la que tienen todos.

Primeramente, Dios nuestro Señor se comunica algunas veces por vista espiritual con sus ilustraciones, comunicando al entendimiento un modo de luz tan elevada, que por ella, como otro Moisés, mira y respeta al Invisible (*Hebr.* XI, 27), como si le viera; y aunque se queda con la virtud de la fe, mas queda tan ilustrada y perfeccionada cerca de sus misterios, que parece otra. Esta vista suele andar acompañada con un modo de alegría espiritual, que se llama júbilo, dando como saltos de placer y gozo por la novedad de las divinas grandezas que ha visto, conforme á aquello que está escrito en Job (*c.* XXXIII, 26): Hará oracion á Dios, y aplacarále, y verá su rostro con júbilo.

Á este modo de contemplacion ó vista interior nos convida el mismo Señor diciendo (*Psalm.* XLV, 11): Quietaos, y ved que yo soy Dios; que es decir: Cesad de pecados, y desocupaos de negocios terrenos, y atended con cuidado á la consideracion de mis obras, y vendréis á ver con grande luz que yo solo soy Dios, glorioso entre las gentes, y ensalzado en toda la tierra. Algo de esto comunica Nuestro Señor muy ordinariamente á sus siervos por unas ilustraciones repentinas, que á modo de relámpagos les descubren alguna verdad de nuestra santa fe (*Psalm.* CXII, 4, et XCVI, 9), con un modo muy diferente que antes la sentian; y aunque pasan presto, dejan el corazon muy encendido en varios afectos de amor de Dios ó dolor de pecados, segun lo pide la verdad que con aquella luz han visto. Con estas mismas ilustraciones toca tambien Dios nuestro Señor á los pecadores para convertirlos, descubriéndoles de repente la gravedad de sus pecados, el peligro de su condenacion, y otras semejantes verdades que les mueven y aficionan á mudar la vida, como dirémos largamente en la parte V, en la meditacion XXIX de la conversion de san Pablo.

El segundo modo de comunicarse Nuestro Señor es por el oido espiritual, hablando dentro del alma con sus inspiraciones unas palabras interiores, vivas y eficaces, y á veces tan distintas como las que se oyen con los oidos del cuerpo; con las cuales enseña alguna verdad, ó descubre su voluntad con tanta eficacia, que aficiona al cumplimiento de ella. Y á veces (*Cant.* V, 6), como dice de sí la Es-

posa, el alma se ablanda, enternece y derrite en amor de Dios; y la que tenia el corazon triste, desmayado, helado y duro para las cosas espirituales, con una de estas palabras interiores en un momento se pone alegre, confiada, encendida y blanda para lo que Dios quiere hacer de ella.

Y aunque estas palabras interiores suelen venir de un modo tan extraordinario, que solamente es conocido del que las oye; pero de otro modo ordinario pasan por todos, y se llaman inspiraciones; porque, como dice el glorioso doctor san Agustin (lib. de triplici habitaculo), la interior habla de Dios nuestro Señor es una secreta inspiracion por la cual invisiblemente descubre al alma su voluntad ó su verdad. Con esta habla á los justos y á los pecadores, y mas á menudo á los muy espirituales, y los enseña, corrige, reprende ó exhorta, consuela y mueve á las obras de virtud y perfeccion. Y así David, como tan experimentado en sentir estas inspiraciones é impulsos divinos, decia: Oiré lo que hablará el Señor en mí (*Psalm.* LXXXIV, 9), deseando que Dios le hablase, y mostrándose aparejado para cumplir lo que le dijese.

Estos dos modos de oracion ó contemplacion, por vista y oido espiritual, tocó el santo Job cuando dijo á Dios (*c.* XLII, 5): Con el oido te oí, y ahora mi ojo te ve. En lo cual da á entender, como apunta san Gregorio (lib. XXXII Moral. *c.* 4), que es mas noble modo de conocer á Dios por la vista interior, que por el oido; porque el oido tiene mas de oscuridad con las tinieblas de la fe, y la vista mas claridad, mirando á Dios mas de cerca y como mas presente; aunque otras veces en la Escritura se declara la suprema contemplacion por modo de oido, como verémos en la introduccion de la parte III.

El tercer modo de comunicarse Dios interiormente es por el olfato espiritual, infundiendo en el alma un olor y fragancia de las cosas espirituales tan suave, que conforta el corazon, y le aviva para pretenderlas y buscarlas, corriendo, como se dice en el libro de los Cantares (*Cant.* I, 5), tras el olor de sus suavísimos ungüentos. Y el glorioso evangelista san Juan, como tan experimentado en este trato interior con Dios, solia decir: *Odor tuus, Domine, excitavit in nobis concupiscentias aeternas.* Tu olor, Señor, despertó en nosotros deseos y aficiones eternas. (*Ex D. Bonav.* sup. dist. 6). Olor llama un sentimiento muy espiritual de las cosas eternas, que no vemos y creemos, y esperamos alcanzar, del cual proceden fervorosos actos de esperanza con deseos encendidos de pretenderlas, y un aliento

y esfuerzo grande para poner los medios posibles por alcanzarlas con una grande alegría, que el apóstol san Pablo (*Rom.* XII, 12) llama gozo en la esperanza; porque como los perros por el olor siguen la caza con gran ligereza y gusto, y no paran hasta llegar al lugar donde está, y, si pueden, hacen presa en ella; así las almas que en la oracion reciben este sentimiento y olor de la divinidad de Dios nuestro Señor, y de su sacratísima humanidad, de su caridad y bondad, y las demás virtudes, corren con gran fervor y diligencia en la pretension de las cosas eternas que han olido, y no paran hasta poseerlas del modo que pueden en esta vida, con esperanza de poseerlas enteramente en la otra. De lo cual tenemos algun indicio en las personas á quien Dios llama para vida religiosa, y les da algun sentimiento y olor de la suavidad, seguridad y santidad que hallarán en ella, por lo cual atropellan mil dificultades, y no descansan hasta alcanzar lo que desean; y por esta misma causa, dice san Pablo (II *Cor.* II, 15), que los justos son buen olor de Cristo nuestro Señor, porque sus esclarecidos ejemplos nos confortan, y mueven á seguirlos, y á imitar á Cristo, de quien ellos principalmente proceden.

El cuarto modo de comunicarse Dios nuestro Señor es por el gusto espiritual, comunicando al alma tanto fervor y dulzura en las cosas del espíritu, que le parecen desabridas las de la carne; y como dice David (*Psalm.* LXXXIII, 3), la misma carne juntamente con el espíritu se alegra en Dios vivo y en todas sus cosas; y por la experiencia de esta dulzura y de sus maravillosos efectos viene á conocer la grandeza de Dios, la excelencia de su ley, de las virtudes y premios celestiales. Por lo cual dijo David (*Psalm.* XXXIII, 9): Gustad, y ved cuán suave es el Señor; que es decir, si gustais quién es Dios, y las obras que dentro de vosotros hace, por este gusto conoceréis cuán suave es, cuán bueno, cuán sábio, cuán poderoso, cuán liberal y misericordioso. Y de la misma manera podemos decir: Gustad, y ved cuán suave es su yugo y su ley; cuán suave es la obediencia y humildad; la paciencia, templanza, castidad y caridad, porque cada virtud tiene su propia dulzura. Por lo cual dijo el mismo David (*Psalm.* XXX, 20): ¡Oh Señor, cuán grande es la muchedumbre de tu dulzura, que tienes escondida para los que te temen! Llámala grande y mucha, para significar que como en los manjares hay variedad de sabores, así tiene Dios en sus misterios y virtudes mucha variedad y grandeza de consuelos. Porque si el maná, siendo uno, tenia el sabor de todos los manjares, para regalar

con esta dulzura corporal á los justos (*Sap.* XVI), ¿qué mucho tenga Dios con eminencia la dulzura de todas las cosas para consolar á los que conversan con él por medio de la oracion? Y á unos la da meditando sus perfecciones, á otros meditando sus beneficios, y á otros meditando su santa ley; la cual, decia David (*Psalm.* XVIII, 11), que le sabia mas que la miel y el panal. Pero esta dulzura está reservada para los que temen á Dios y le reverencian, porque ellos solamente la gustan con mas abundancia; y aun despues de gustada no tienen, como dice Casiano (*Collat.* XII, *c.* 12), lengua para declararla, porque sobrepuja á todo lo que nuestro sentido alcanza. Verdad es que tambien da Dios parte de ella á los principiantes, y aun á los pecadores, para destetarlos de la leche de sus consuelos terrenos; pero muy mas copiosamente la da á los que por su amor se han mortificado en privarse de ellos.

El quinto modo de comunicarse Dios es por el tacto espiritual, tocando con sus inspiraciones amorosas lo mas íntimo del corazon, y juntándose el mismo Señor con el alma con tal blandura y aficion que no se puede explicar, si no es por las semejanzas de que hace mencion el libro de los Cantares, las cuales dejo porque nuestra grosería no se deslumbre con tanta ternura; pero todas van á parar en lo que dice el apóstol san Pablo (I *Cor.* VI, 17), que quien se junta con Dios se hace un espíritu con él; porque Dios interiormente le abraza con los brazos de su caridad, y le regala dándole interiores testimonios de su presencia, del amor que le tiene y del cuidado que tiene de él, con grandes señales de paz y amistad muy familiar; y quien se siente así favorecido se abraza con el mismo Dios con los brazos del amor, diciendo lo que dice la Esposa (*Cant.* III, 4): Tenerle he, y no le dejaré. Aquí se ejercitan los coloquios tiernos, las peticiones con gemidos inenarrables, y los actos que llaman anagógicos, muy elevados en materia de espíritu, los cuales concede Nuestro Señor de su bella gracia á quien quiere; pero no se han de pretender, sino recibir cuando se dieren, como ya se ha dicho.

Estos son los modos extraordinarios de comunicarse Nuestro Señor por los sentidos interiores del alma. Á nuestra cuenta solo está, con la divina gracia, mortificar muy bien los cinco sentidos corporales, para que Dios nos abra estos espirituales; porque, como dice san Gregorio (lib. XXX. Moral. ex D. Bonav. sup. dist. 4), si el sentido exterior se cierra, luego el sentido interior se abre. Y al contrario, dice san Agustin (lib. de Spiritu et Anima, *c.* 9), duérmese el sentido interior, si se entrega á sus deleites el exterior. De-

más de esto podrémos usar otro modo mas fácil de aplicar los sentidos interiores del alma sobre los misterios de nuestra santa fe, cuya práctica se verá en la parte II en la meditacion XXVI, con el cual nos disponemos para que nuestro Señor, si fuere servido, nos comunique la parte que de lo dicho nos conviniere.

§ XII.

Del tiempo ordinario y extraordinario que se ha de dar á la oracion mental, y de las oraciones jaculatorias.

El tiempo que se ha de gastar en la oracion mental es de dos maneras: uno es ordinario para cada dia, mientras durare la vida y la salud; otro extraordinario, recogiéndose á ciertos tiempos por espacio de una semana, ó dos ó mas, gastándolas todas en estas meditaciones y ejercicios, lo cual se puede hacer por varios fines y varias ocasiones.

Lo primero, cuando uno está muy cargado de pecados, y desea hacer una verdadera confesion y perfecta conversion, es admirable medio retirarse ocho dias ó mas á un lugar recogido, gastando todo aquel tiempo en pensar sus pecados, y en las meditaciones que mueven á dolor de ellos, y á hacer una mudanza de vida muy perfecta.

Lo segundo, cuando una persona desea aprender esta ciencia mística del espíritu, y saber orar mentalmente, tratar con Dios, y ganar en esto algun uso y experiencia, es bien dedicar un mes ó mas á este ejercicio, hasta salir bien industriado; porque dado caso que el principal maestro de esta ciencia es Dios, pero tambien ayuda tener maestro visible que enderece, y tomar tiempo para aprender y practicar lo que enseñare.

La tercera ocasion es, cuando alguno desea tomar estado, y duda del que le conviene tomar para su salvacion y perfeccion, ó cuando desea comenzar alguna empresa grave del servicio de Dios, pero está dudoso de lo que Nuestro Señor quiere; ó si está cierto de ello, desea entrar con buen pié, y aparejarse con oracion, negociando el favor divino para tener buen suceso. En tales casos es muy conveniente tomar algun tiempo de recogimiento, así como Cristo nuestro Señor antes de comenzar á predicar se recogió cuarenta dias al desierto.

La cuarta ocasion es, cuando los que usan esta oracion mental se ven muy resfriados, distraidos y secos en ella, y juntamente se

hallan muy tibios en las cosas del divino servicio : en tales casos es medio muy eficaz para renovarse y entrar en fervor dedicar ocho dias á estas meditaciones, gastando en ellas la mayor parte del dia; y porque la tibieza cási ordinariamente se entra poco á poco por todos, es bien cada año recogerse ocho dias para esto.

Finalmente, aunque no haya tibieza alguna, es bien de cuando en cuando darse un hartazgo de Dios, para crecer en su amor, y aventajarse mas en su servicio, como lo acostumbraron muchos santos, los cuales por este camino llegaron á muy altos grados de santidad.

En cuanto al tiempo ordinario, nó se puede dar regla general para todos, porque este tiempo se ha de medir con la salud y caudal, con el estado y oficio, y con las obligaciones y ocupaciones forzosas de cada uno. Pero atendiendo á todo esto, cuanto mas tiempo se pudiere dar á este ejercicio, sin faltar á las cosas sobredichas, será mejor. Ordinariamente convendria recogerse una hora por la mañana, ó á la noche; pues no sin causa Cristo nuestro Señor en la oracion retirada que hizo en el huerto de Gethsemaní gastó una hora, como se saca de la reprension que dió á san Pedro cuando le dijo (*Matth.* XXVI, 40) : ¿No has podido velar una hora conmigo? Pero quien no pudiere por sus ocupaciones estar una hora, esté siquiera media; y si no pudiere ni aun media, gaste siquiera un cuarto de hora en la oracion mental, que llamamos exámen de conciencia, del modo que despues le pondrémos, y dé algun mas tiempo á la oracion los dias de fiesta, pues se instituyeron para vacar á Dios.

Cerca de este tiempo ordinario se ha de advertir mucho, que despues que uno tuviere señalado el que ha de gastar cada dia en la oracion, ora sea por regla de su estado, como le tienen algunos religiosos, ora por especial devocion y direccion de los Padres espirituales, ha de ser muy constante en gastar todo aquel tiempo enteramente en su santo ejercicio, sin dejar pasar ni un solo dia ni perder de la hora un solo credo, porque el demonio con gran solicitud inventa mil ocasiones, ya de achaques corporales, ya de cuidados y negocios con título de piedad, á fin de que interrumpamos la oracion; porque dejándola un dia por pereza ó por otro fin torcido, se viene á dejar despues otro y otro dia y á veces para en dejarla del todo. Por lo cual dice san Crisóstomo (lib. I De orando Deo), que el justo ha de tener por cosa mas triste que la misma muerte ser privado de la oracion, á imitacion del santo profeta Daniel (*Dan.*, VI,

10), el cual tenia costumbre de orar tres veces al dia; y aunque el rey de Persia mandó que so pena de la vida ninguno por espacio de treinta dias orase á Dios, él no quiso dejar su acostumbrada oracion: *Ne tantillum quidem temporis sustinuit ab orando cessare.* Ni aun por un poquito de tiempo quiso cesar de orar, porque entendia que su vida espiritual estaba colgada de la oracion, y no queria por temor de la muerte del cuerpo poner á riesgo la vida del alma; la cual dice san Crisóstomo está como muerta cuando le falta la oracion, como el cuerpo queda muerto cuando le falta el alma. Y así como Daniel, aunque con ocasion de orar, se puso á peligro de muerte, porque fue echado en el lago de los leones; pero con efecto no murió, porque Dios le libró de aquel peligro cerrando las bocas de los leones, porque él abrió la suya para orar; así tambien podemos creer, que por cumplir la tarea de nuestra oracion, no perderémos vida ni contento, ni el buen despacho de otros negocios; antes por medio de la oracion nos disponemos para que Dios los tome á su cargo, y haga con su omnipotencia y sabiduría lo que nosotros no pudiéramos por nuestra flaqueza ó ignorancia; y si alguna vez por falta verdadera de salud, ó por causa legítima y urgente fuere forzoso interrumpir la oracion, pasado el impedimento hemos de volver luego á nuestro ejercicio, porque la interrupcion que comenzó por necesidad no prosiga por pereza.

Últimamente, para que ninguno se exima de este ejercicio tan soberano, añado que todos generalmente, así los que tienen tiempo señalado de oracion retirada, si quieren conservar su devocion, como los que no tienen este tiempo, para suplir esta falta deberian ejercitarse cada dia muchas veces en los actos de oracion mental ó vocal breves, que llamamos oraciones jaculatorias, de que hice mencion en el párrafo IX; en los cuales, como dice san Agustin (Epist. 121 ad Probam, *c.* 10; *Chrysost.* Homil. 79 ad Populum), se ejercitaban cada dia muchas veces los Padres del yermo, acordándose brevemente de Dios y de sus beneficios, ó de los propios pecados, y arrojando luego como dardo un fervoroso afecto al cielo, ó alguna peticion breve de alguna virtud, como seria, diciendo: ¡Oh Señor, quién nunca te hubiera ofendido! ¡Oh Dios mio, quién te amase! ¡Oh quién te obedeciese! Dame, Señor, limpieza de alma, humildad de corazon, pobreza de espíritu. Perdona, Redentor mio, mis pecados porque son muy graves.

Este modo de oraciones por ser breves son fáciles á todos y se pueden hacer con mas atencion y fervor, como lo advierte Casiano

(Lib. I De institutis, *c.* 10, *et Collat.* IX, *c.* 36); y por esta causa suelen ser muy eficaces para impetrar de Nuestro Señor lo que pedimos; porque, como dice san Basilio (In constitut. Monastic. *c.* 2), mas vale orar poco y bien con atencion, que orar mucho de otra manera; porque Dios no es vencido con la muchedumbre de oraciones, sino con el peso y fervor de ellas.

La brevedad de estas oraciones se ha de recompensar con la frecuencia, procurando por medio de ellas cumplir en alguna manera lo que Cristo nuestro Señor dijo (*Luc.* XVIII, 1): Conviene siempre orar y nunca faltar; esto es, no faltar ni en el tiempo señalado para la oracion, ni en el fervor de ella, ni en la confianza, ni en la frecuencia posible multiplicando estas oraciones jaculatorias; las cuales, como dice David (*Psalm.* LXXV, 11), son reliquias de los santos pensamientos que tuvimos por la mañana, haciéndonos fiesta y conservando la devocion todo el dia.

San Crisóstomo dice (Lib. I De orando Deo, *ad finem*), que por lo menos deberíamos ofrecer á Dios cada hora una de estas oraciones: *Ut orandi cursus cursum diei aequet*, para que el curso de la oracion iguale al curso del dia: de modo que, cuando el reloj da su hora, sirva de despertador para la oracion. Pero los fervorosos procuran mucha mayor frecuencia imitando á los santos monjes de Egipto, de quien dice Casiano (*lib.* III, *c.* 2, *et lib.* II, *c.* 11), que cuando trabajaban oraban tambien todo el dia: *Preces et orationes per singula momenta miscentes*. Mezclando con las obras de manos, oraciones y afectos por todos los momentos del dia; y por este atajo llegaban en breve á mucha santidad, y alcanzaban grandes merecimientos. Y no es mucho seamos muy codiciosos de este santo ejercicio, porque, como dice san Buenaventura (Opusc. de perfect. vitae, *c.* 5), en todo tiempo y en cada hora podemos ganar con la oracion cosa que vale mucho mas que todo el mundo. Y vese claramente ser así, porque si un hombre gastase todo el dia en hacer actos interiores de blasfemias, venganzas, odios de Dios, y propósitos de otros graves pecados, al fin del dia habria merecido terrible infierno. Luego si al contrario le gasta en actos interiores de esta oracion mental, frecuentando los buenos deseos y propósitos de agradar á Dios con peticiones de las virtudes, al fin del dia se hallará con increible ganancia de dones celestiales y del premio eterno; porque no es Dios menos liberal en premiar, que riguroso en castigar.

De estas oraciones jaculatorias pondrémos muchas en las medita-

ciones de este libro, especialmente en la parte III, ponderando las breves oraciones que hicieron á Cristo nuestro Señor algunos leprosos y ciegos, la Cananea, las hermanas de Lázaro, y otras semejantes.

§ XIII.

Algunas advertencias cerca de las meditaciones siguientes.

Para el buen uso de las meditaciones que se siguen, advierto que se pueden leer con varios fines, para los cuales tambien se han escrito.

El primer fin es, para ocupar un rato de tiempo en aquel nobilísimo y provechosísimo ejercicio que llamamos leccion espiritual; en la cual, como dicen los santos Padres (*Aug.* Serm. 22 ad fra.; *D. Isidor.* Lib. 3 De summo bono, *c.* 8; *D. Bern.* Serm. 20 ad sororem), Dios habla al corazon lo mismo que está en el libro, ilustrando el entendimiento con la luz de las verdades que allí están escritas, y encendiendo la voluntad con fuego de otros semejantes afectos. Y á esta causa en algunas meditaciones me alargo algo mezclando algunos avisos y reglas de perfeccion cerca de los vicios ó virtudes de que allí se trata, para que aprendan tambien la ciencia del espíritu los que las leyéren con este fin; los cuales han de leerlas con atencion y reposo, rumiando y ponderando lo que van leyendo, con sentimiento de ello: de modo que con la leccion junten algun modo de meditacion, suplicando primero á Nuestro Señor les dé luz, y les hable al corazon las palabras del libro, diciéndole aquello de Samuel (I *Reg.* III, 10): Habla, Señor, que tu siervo oye.

El segundo fin principal de leer estas meditaciones es, para recoger materia de oracion y contemplacion retirada y á sus solas con Nuestro Señor; porque, como dice san Bernardo (In scala claustralium, *c.* 10), la leccion dispone y ayuda para la meditacion, y sin ella, ó cosa equivalente, suele ser errada, vaga y distraida: y en tal caso solamente se han de leer los puntos que bastan para meditar en la hora señalada. Y porque á veces un punto es largo y abraza tres y cuatro consideraciones, cuyo número se apunta en el márgen, será bien repartir el tal punto en muchos, y recoger para la meditacion brevemente dos ó tres verdades de aquellas consideraciones para rumiarlas mas despacio; y si alguno quisiere recoger materia mas copiosa de meditacion, podrá de dos hacer una.

Pero hase de advertir, que aunque en ellas se pone la práctica de la oracion mental, ejercitando afectos, peticiones y coloquios, ninguno ha de ir atado á las palabras con que se dicen, sino él mismo las ha de inventar como se las dictare Nuestro Señor, y la luz de la verdad que considera, y el mismo sentimiento de devocion: la cual, como ya se ha dicho, es lengua del alma, y quien la tiene sabe muy bien hablar con Dios, y sin ella está como mudo, y entonces es bien aprovecharse de los coloquios que van aquí puestos, haciéndolos como propios.

El tercer fin de leer estas meditaciones puede ser para platicarlas á otros; porque á los maestros de espíritu y confesores pertenece dar semejantes puntos de meditacion á sus discípulos y penitentes, industriándolos en este modo de oracion cuando son capaces de ella; pero no han de darlas todas á todos, sino escoger las meditaciones, puntos y consideraciones que son mas acomodadas al estado y capacidad del que las recibe. Y además de esto, podrán tambien ayudarse de ellas para los sermones ó pláticas espirituales, que se suelen hacer en comun á los que viven en religion ó fuera de ella, con deseo de alcanzar la perfeccion propia de su estado.

Para todos estos fines he procurado que las meditaciones vayan fundadas y acompañadas con lugares de la divina Escritura, que se escribió para los mismos; y así van aquí declarados cási todos los cuatro Evangelistas, la mayor parte de los Actos de los Apóstoles, el principio del Génesis, y otros muchos lugares del Viejo y Nuevo Testamento. Y porque muchos de ellos pueden tener varios sentidos, he procurado escoger el mas recibido, segun la declaracion de los Santos de quien he sacado estas consideraciones, y tambien de lo que han experimentado otros varones espirituales á quien Nuestro Señor ha comunicado estos sentimientos.

De aquí es, que los que son amigos de variedad en estos ejercicios del espíritu hallarán en este libro varias meditaciones para diversos tiempos de Adviento, Cuaresma, domingos y fiestas principales del año, acomodándose en cada tiempo al espíritu que en él la Iglesia representa. Y porque muchos tienen devocion de tener meditaciones repartidas para los siete dias de la semana, tambien hallarán aquí variedad de ellas. Los que tratan de purificarse de vicios en la via purgativa, hallarán meditaciones de los siete pecados mortales, para cada dia la suya, y fácilmente pueden recoger otras de las siete cosas principales que hay en esta via; es á saber: meditacion de pecados, muerte, juicio particular, juicio universal, in-

fierno, purgatorio y gloria. Además, de siete insignes pecadores que convirtió Cristo nuestro Señor; es á saber: san Mateo, la Magdalena, la Samaritana, la Mujer adúltera, Zaqueo, el buen Ladron y Saulo.

Los que tratan de ganar virtudes en la via iluminativa hallarán meditaciones de las siete peticiones del *Pater noster*, de las ocho Bienaventuranzas, de las siete Estaciones en que se suma la pasion de Cristo nuestro Señor, de las siete palabras que habló en la cruz, y fácilmente pueden escoger siete parábolas ó siete milagros los mas insignes para los siete dias de la semana.

Los que tratan de union en la via unitiva, hallarán meditaciones de los siete atributos divinos en que principalmente se ceba esta union, es á saber, la bondad, caridad, misericordia, inmensidad, sabiduría, omnipotencia y providencia. Y si quieren meditar los beneficios divinos, hallarán meditaciones de las obras que hizo Dios los seis dias primeros del mundo y el descanso del dia séptimo. Además los siete premios de la gloria que Cristo nuestro Señor declaró en el sermon de las Bienaventuranzas, y los que prometió á los siete obispos del Apocalipsis. Y á este modo se hallarán varias meditaciones del Santísimo Sacramento y de la Vírgen nuestra Señora y para los quince misterios del Rosario. Todo lo cual se puede buscar fácilmente en las tablas que se pondrán al fin del libro.

Finalmente, cada parte de las seis que tiene este libro en que están varias meditaciones con varios modos de orar y contemplar, es como un convite de muchos y diversos manjares guisados de muchas maneras, los cuales se ponen en la mesa no para que cada convidado coma de todos, aunque los puede probar todos, sino para que coma principalmente del manjar que mas gusto le da, ó que es mas conforme á su complexion ó necesidad, dejando los demás para otros que hallarán gusto donde él no le halla, porque tienen otra complexion ó necesidad diferente de la suya; porque seria gran ignorancia en esta materia, querer llevar á todos por el modo de orar que á mí me da gusto, despreciando á los que van por otro. Y así cada uno guiándose parte por el consejo y direccion del maestro espiritual, parte por la experiencia de su consuelo y aprovechamiento, echará mano de las meditaciones y modos de orar que para este fin mas le hacen, aunque no es malo probar de todo (I *Thes.* v, 21), porque quizá Nuestro Señor me abrirá camino donde yo pensaba que le tenia muy cerrado.

De lo dicho concluyo que los que desean subir cada dia por la

escalera mística de Jacob (*Genes.* XXVIII, 12), que san Agustin llama escalera del paraíso, y san Bernardo escalera de religiosos, cuyos escalones son leccion, meditacion, oracion y contemplacion, hallarán en este libro materia y enseñanza para esta subida, confiando principalmente en la divina gracia, con cuyo favor todos podrémos subir y llegar á la union con el Señor, que está en su cumbre, convidándonos á subir por ella. Y para esto envia sus santos Ángeles, los cuales suben y bajan para bien nuestro: suben á presentar á Dios nuestros deseos y peticiones, y bajan con el buen despacho de ellas, y siempre nos animan á subir cada dia con grande perseverancia, hasta que entremos en el paraíso de nuestro Dios, donde le veamos y gocemos por todos los siglos de los siglos. Amen.

PARTE PRIMERA.

DE LAS MEDITACIONES DE LOS PECADOS

Y

POSTRIMERÍAS DEL HOMBRE,

CON LOS MODOS DE ORAR, PROPIOS DE LOS QUE CAMINAN POR LA VIA PURGATIVA, PARA PURIFICARSE DE SUS VICIOS.

INTRODUCCION.

DE LA PUREZA, QUE ES FIN DE LAS MEDITACIONES DE LA VIA PURGATIVA.

Entre las excelencias que tiene el uso frecuente de la meditacion y oracion mental, la primera, que abre camino para otras muchas, es purificar, como dice san Bernardo (Lib. I De consideratione, ad Eugen. *c.* 7), la misma fuente donde nace. Y porque nace de dos fuentes, una superior que es Dios con sus inspiraciones, y otra inferior que es el alma con sus potencias; su excelencia consiste en limpiar esta segunda fuente en virtud de la primera, purificando la memoria de olvidos culpables, el entendimiento de errores, la voluntad de torcidos quereres, los apetitos de sus pasiones desenfrenadas, los sentidos de sus demasías, la carne de sus regalos sensuales, y el alma de sus viciosas costumbres; por lo cual dijo el apóstol san Pedro (*Act.* xv, 9), que Dios purifica los corazones con la fe, no porque la fe sola baste para esto, sino porque la fe, avivada con la profunda consideracion de las verdades y misterios que revela, despierta los actos y afectos del alma que disponen con la divina gracia para la perfecta purificacion del corazon.

Y aunque esta excelencia se halla en todas las meditaciones de los misterios de nuestra santa fe; pero señaladamente resplandece en las

que pertenecen á la via purgativa, cuyo fin principal es mover la voluntad á los actos y ejercicios con que se alcanza la perfecta pureza, y se abren las zanjas para el edificio de las virtudes.

Estos se reducen á tres órdenes. El primero abraza los actos de conocimiento propio con desprecio de sí mismo, en que consiste la verdadera humildad, como dice san Bernardo (Tract. de decem grad. humilit.; Serm. 36 in Cant.). Y es de dos maneras: una es propia de justos que nunca pecaron, y procede del conocimiento de la nada que tenemos de nuestra cosecha, el cual se alcanza principalmente con las meditaciones que se pondrán en la parte VI. Otra es propia de los que han sido pecadores, y procede del conocimiento de los pecados y miserias en que hemos caido, y esta se alcanza con las meditaciones de esta parte I, cuyos actos son despreciarse á sí mismo, tenerse por digno de ser despreciado de todos, y cuanto es de su parte desearlo y procurarlo ejercitando algunas humillaciones, y aceptando las que le vinieren del modo que se irá practicando en las mismas meditaciones.

El segundo órden abraza los actos que disponen para nuestra justificacion, es á saber, temor de la divina justicia, esperanza en la divina misericordia, dolor perfecto de los pecados, riguroso exámen de la conciencia, confesion humilde y entera de mis culpas, satisfaccion con obras de penitencia para vengar en mí mismo las injurias que hice contra Dios, y otros semejantes.

El tercer órden abraza los actos que ayudan para quitar las raíces y reliquias de los pecados pasados, á fin de no volver mas á ellos, como son: la castigacion de la carne para sujetarla al espíritu, la mortificacion de los apetitos desenfrenados reduciéndolos al medio de la razon, abnegacion de la voluntad propia para que se conforme con la divina, aborrecimiento de sí mismo y de todas las cosas en que se ceba el amor propio, para que halle entrada dentro del corazon Dios nuestro Señor y su santo amor.

Estos son los pasos que se han de andar en la via purgativa para hacer una conversion muy perfecta, porque dado caso que, segun el consejo del Sábio (*Eccli.* XXXI, 27; XXXIII, 23), en todas nuestras obras hemos de ser diligentes y fervorosos, pero en ninguna mas que en la obra de nuestra justificacion y los medios que se ordenan á ella, cumpliendo por lo menos lo que san Pablo nos encargó cuando dijo (*Rom.* VI, 19): Que empleásemos nuestras potencias en procurar la justicia y santidad con aquella diligencia que antes las empleamos en servir á la maldad. Y como dice san Agustin

(Praefat. in Psalm. XXXI): *Quales impetus habebas ad mundum, tales habeas ad Artificem mundi.* Procura tener tales ímpetus de amor al Artífice del mundo, como los tenias al mismo mundo, sirviendo al Criador con la aficion ferviente que solias servir á la criatura, llevando enteramente la imágen del Adan celestial, como llevaste la del Adan terreno. Y porque el santo Apóstol, como pondera san Gregorio (lib. XIX Moral. *c.* 10), dijo esto, condescendiendo con nuestra flaqueza, es razon que los fervorosos procuren ser mucho mas diligentes en lo bueno que antes eran en lo malo, cumpliendo lo que aconseja el profeta Baruch (*c.* IV, 28), cuando dice: Que nos convirtamos á Dios diez veces mas que nos apartamos de él. Así lo hicieron la gloriosa Magdalena, Zaqueo, Saulo y otros insignes penitentes, de cuyas conversiones maravillosas harémos especiales meditaciones en la parte III, en las cuales se podrán ejercitar los que hubieren pasado por las que aquí se pondrán, y aunque estas son mas propias de los que desean convertirse á Dios nuestro Señor fervorosamente, y de los principiantes en la virtud que pretenden purificarse de todas las reliquias y resabios de la vida vieja; mas como dice el Espíritu Santo (*Eccli.* V, 5; *Prov.* XXIV, 16), que ninguno pierda el temor del pecado perdonado, y que el justo cae siete veces al dia, razon es que tambien los justos de cuando en cuando renueven estas meditaciones para purificarse de los pecados presentes y asegurar mas el perdon de los pecados pasados, pues por esto nos dice el Eclesiástico (*c.* XVIII, 22), que no cesemos de orar ni de justificarnos hasta la muerte. Y Cristo nuestro Señor en el Apocalipsis (*c.* XXII, 11) dice que el justo se justifique mas, y el santo se santifique mas, creciendo cada dia en la pureza de la conciencia y en la santidad de la vida.

MEDITACION PRIMERA FUNDAMENTAL.

DEL FIN PARA QUE FUE CRIADO EL HOMBRE, Y LAS DEMÁS COSAS QUE LE SIRVEN.

—Esta primera meditacion es principio y fundamento de la vida espiritual; porque, como dice Casiano (*c.* 4 *et* 5), en su primera colacion del fin, ante todas cosas hemos de poner los ojos en el fin de nuestra vida y de nuestra profesion, así en el fin último que es el reino de los cielos, como en el fin y blanco mas cercano que es la

pureza del corazon, sin la cual no se alcanza este reino, porque el fin es regla de los medios, y conforme á él se han de regular y enderezar todas las obras de nuestra vida; y así en esta meditacion deben ejercitarse frecuentemente todos los que caminan por cualquiera de las tres vias arriba dichas, pues todas ellas van á parar á un mismo último fin. Y servirá tambien de ejemplo en que se vea puesto en práctica lo que queda dicho de la oracion mental.—

Habiendo, pues, hecho las tres cosas que dijimos en el párrafo V, antes de comenzar la meditacion para atar la imaginacion á un lugar, del modo que aquí se puede hacer, imaginaré á Dios nuestro Señor (*Apoc.* IV, 9; XXII, 13) sentado en un trono de infinita majestad, como un mar inmenso de donde salen los rios de las criaturas, volviéndose todas á él y trayéndolas él á sí como á su último fin y lugar de su perpétuo descanso. Luego humildemente le pediré lo que pretendo en esta meditacion, conviene á saber, luz celestial para conocer mi verdadero último fin, y enderezar segun él mi torcida vida, diciendo aquello de David (*Psalm.* XLII, 5): Envia, Señor, de lo alto tu luz y tu verdad, para que ellas me guien y me lleven á tu santo monte y á tus eternas moradas, pues me criaste para vivir en ellas. Hecho esto, comenzaré la meditacion en la forma que sigue.—

PUNTO PRIMERO.— 1. El primer punto será traer á la memoria el fin para que fue criado el hombre, que es para alabar, reverenciar y servir á su Dios, y por este camino salvar su alma, segun lo que san Pablo dijo á los romanos (*Rom.* VI, 22): Teneis por fruto la santificacion, y por fin la vida eterna, que es decir: El blanco y fin de vuestras obras en esta vida es servir á Dios con pureza y santidad (*Casian.* ubi supra); y el fin último á que se ordenan es alcanzar la vida eterna.—Sobre esta verdad ha de formar el entendimiento sus discursos para sacar á luz lo que está encerrado en ella, ponderando quién me crió y ordenó para este fin, y por qué causa: cuán soberano fin sea este, cuán mal le he pretendido en la vida pasada, cuán á peligro he estado de perderle, cuán graves daños se me seguirán si le pierdo, cuán grandes bienes si le alcanzo, y como es razon que de hoy mas le pretenda para alcanzarle. Con cada una de estas consideraciones moveré la voluntad á los afectos y actos que ella pide, de esta manera:

Lo primero, tengo de ponderar como la infinita majestad de

[1] Ex P. Ign. in fundamento exercitiorum.

Dios, que no tiene necesidad de sus criaturas, no por mis merecimientos, sino por sola su bondad, me crió á su imágen y semejanza, no para que viviese á mis anchuras siguiendo mis antojos, ni para que buscase honras ó dignidades, riquezas ó regalos, ó alguna otra cosa criada, sino para que le reverenciase y alabase, para que le amase y obedeciese en esta vida mortal, y despues alcanzase la vida eterna. Y aunque bastara darme por fin el que mi naturaleza pedia, no se contentó Dios con esto, sino por sola su misericordia me ordenó y levantó á otro fin mas alto y soberano que es verle claramente y gozarle, y ser bienaventurado como lo son los Ángeles, y como lo es el mismo Dios, conforme á lo que dijo san Juan (*Ioan.* III, 2): Serémos en la gloria semejantes á Dios, porque le verémos como él es. ¡Oh caridad inmensa de nuestro soberano Dios! ¿Qué es esto, Señor, que haceis? ¿Á una criatura tan miserable como el gusanillo del hombre levantais á un fin tan alto, como es veros claramente en vuestra gloria? ¿Por ventura no estaba yo obligado á serviros de balde como esclavo? pues, ¿por qué me señalais tan esclarecido galardon? Bendita sea vuestra infinita misericordia, y os alaben los Ángeles por esta soberana merced. ¿Qué os daré yo, Señor, por tan grande beneficio? Yo me ofrezco de serviros toda mi vida de balde, sin pretender otro interés mas que serviros; porque servir á Dios es reinar. Y pues sois mi primer principio y último fin, dad luego principio á mi nueva vida, y ayudadme con vuestra gracia para que alcance el último fin de ella. Amen.

2. Despues ponderaré cuán mal he pretendido este fin en la vida pasada, viviendo como si fuera criado, no para servir á Dios, sino para servir á mis gustos, y buscar honras, regalos y riquezas, haciendo por esta causa innumerables pecados, como si el fin de mi vocacion hubiera sido, no la santidad (I *Thes.* IV, 7), sino la inmundicia; no la libertad de espíritu, sino la libertad de carne. ¡Oh miserable de mí, cuán ciego y errado he andado en lo que mas me importaba saber! ¡Oh cuán ingrato he sido á quien me crió para tan alto fin, y cuán mal he correspondido á quien tanto bien me hizo! ¡Oh Criador mio, quién nunca te hubiera ofendido! Perdona, Señor, mis yerros, por quien tú eres, y ayúdame á salir de ellos para que enderece lo restante de mi vida conforme al fin para que me la has dado.

3. Luego podré considerar los daños grandes que se me seguirán si pierdo este fin, pues no hay mayor pérdida que perder el alma, perder la divina gracia, perder la paz y alegría de la concien-

cia, y perder la bienaventuranza, con lo cual anda junta la eterna condenacion y la pérdida del mismo Dios. Pues, ¿qué me aprovechará ganar todo el mundo si pierdo mi alma y pierdo á Dios, en cuya comparacion el mundo es nada? (*Matth.* XVI, 26). Al contrario, si alcanzo este fin, alcanzo la posesion del mismo Dios, salvaré mi alma, tendré paz y alegría de corazon, seré amparado de la divina Providencia, hallaré quietud y descanso perpétuo como le hallan todas las cosas en su fin y centro. Pues siendo esto así, como es, anímate, ó alma mia, á buscar el fin para que Dios te crió, y pon en esto todos tus cuidados, pues no hay cosa que mas te importe. Conviértete á Dios que es tu descanso, porque fuera de él todo es tormento: si sirves á Dios, ¿qué mas quieres? Si tienes á Dios, ¿qué mas buscas? Si Dios es tu posesion, ¿qué te falta? Dale gusto en pretenderle, y confia de alcanzarle, porque ama á sus criaturas, y gusta de que alcancen el fin para que las crió. (*D. August.* Lib. I Confes. *c.* 1). Ó Dios infinito, centro de mi alma, conviérteme á tí para que descanse, pues me hiciste para tí, y mi corazon está inquieto hasta que llegue á tí. Ó Padre eterno, pues me criaste para que te amase como hijo, dame gracia, por quien tú eres, para que te ame como padre. Ó Hijo unigénito del Padre, y Redentor del mundo, pues me criaste y redimiste para que te obedeciese y te imitase, ayúdame para que siempre te obedezca y en todo te imite. Ó Espíritu santísimo, pues por tu bondad me criaste para que fuese santo, concédeme que lo sea para gloria tuya. Ó Ángeles del cielo, ó Santos bienaventurados que habeis alcanzado el fin para que fuísteis criados, suplicad á ese Señor de quien gozais, que yo tambien le alcance, subiendo á gozar de él en vuestra compañía por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. En concluyendo el primer punto, se ha de pasar al segundo, que es traer á la memoria el fin para que fueron criadas todas las demás cosas de la tierra, es á saber, para que ayuden al hombre á conseguir el fin último de su creacion, tomándolas por medio para servir á Dios nuestro Señor, y salvarse, segun lo que dijo el real profeta David de su pueblo: Dióle Dios las regiones de las gentes, y poseyeron las haciendas de los pueblos, para que guarden sus santos mandamientos y busquen su santa ley. (*Psalm.* CIV, 44).-Sobre esta verdad tengo de ponderar, lo primero, cuán liberal se ha mostrado Dios conmigo en criar tanta muchedumbre de criaturas tan bellas y maravillosas por mi respeto, y no solamente crió las necesarias para conservar mi vida, sino otras muchas para

mi regalo y entretenimiento, y para recreacion de mi vista, oido, olfato, gusto y tacto. Por lo cual tengo de darle muchísimas gracias, pues el bien que hizo á estas criaturas, mas le hizo á mí que á ellas, pues se lo hizo á ellas por mi respeto. Bendígante, Señor, todas estas criaturas tuyas, y mi alma te alabe y glorifique por todas ellas. Gracias te doy por el ser que das á los cielos y á los elementos, á los animales y á las plantas, y á los demás cuerpos de la tierra. Gracias te doy tambien por la hermosura de los colores, por la suavidad de los sonidos, por la apacibilidad de los olores, por la dulzura de los manjares, por la blandura de los vestidos y por todas las cosas que recrean mis cinco sentidos, pues las criaste para mí y para que te alabase y sirviese con ellas.

2. Luego ponderaré cuán bien cumplen las criaturas con el fin para que Dios las crió, sirviéndome y regalándome porque Dios se lo manda; y al contrario, cuán mal he cumplido y cumplo yo con mi fin, usando mal de ellas para ofender á Dios, poniendo en ellas mi último fin, como si fuera criado para gozar de ellas, haciendo fin de lo que era medio. Y si discurro por mis sentidos, hallaré que han estado amancebados con las criaturas, usando de ellas solo por su deleite y no para glorificar á Dios, que me las dió. Por lo cual justamente merecia que Nuestro Señor me las quitara, y que librara, como dijo por Oseas (*Osee,* II, 9), su trigo y vino, su lino y lana, de la servidumbre que tienen en mi poder, aprovechándome de ellas contra su inclinacion para ofender á su Criador. Ó Criador justísimo, ¡cómo no has hecho justicia del que tal agravio hizo á tus criaturas, usando de ellas contra tí! Ó alma mia, ¡cómo no te confundes de semejante alevosía! y cómo no te avergüenzas de tan gran vileza como has hecho, apocándote á poner tu último fin en cosa tan vil como es la criatura, con injuria del Criador! Ó Dios mio, ¡cuán ingrato he sido á tus soberanos beneficios; pues lo que me diste para servirte, lo convertí en ocasion de ofenderte! Perdona, Señor, mi desagradecimiento, y ayúdame para que de aquí adelante no use tan mal de lo que me diste para mi bien.

3. Tambien puedo considerar como estas criaturas fueron criadas, como dice la divina Escritura, para que por ellas conociese las perfecciones y excelencias del Criador, y le amase de todo mi corazon (*Sap.* XIII, 5; *Rom.* I, 20); y así puedo imaginar, que cada una me está dando voces y diciendo: Esta perfeccion que tengo, mejor está en Dios que en mí: él me la dió, conócele, ámale y usa de ella por su servicio, y con esta consideracion me provocaré á subir

de las criaturas visibles al Criador invisible, para unirme con él, como mi último fin.

Punto tercero. — 1. El tercer punto es una conclusion práctica sacada de lo dicho en los dos puntos precedentes; es á saber: -El modo como tengo de usar de aquí adelante de las criaturas, y la indiferencia que ha de tener mi voluntad en el uso de ellas, no queriendo mas de lo que me ayudare para servir al Criador y alcanzar el fin para que fuí criado, procurando, cuanto es de mi parte, no querer mas riqueza, que pobreza; honra, que deshonra; salud, que enfermedad; vida larga, que corta; sino solamente lo que de esto mas conviniere para salvarme; pues en buena prudencia cae no tomar de los medios mas de lo que conviniere para alcanzar el fin, como de la medicina no se toma mas cantidad de la necesaria para la salud.

2. Con esta consideracion tengo tambien de entrar dentro de mi corazon y hacer anatomía de las inclinaciones y aficiones desordenadas que tiene á las riquezas, honras y regalos; á los padres, deudos y amigos, y á su propia salud y vida, procurando mover mi voluntad á que quiera mortificar la demasía en el amor de las criaturas, persuadiéndome á esto por la razon dicha y por otras que puedo adquirir con mi discurso, especialmente de la divina Providencia, la cual acude con mas cuidado á los que totalmente se resignan en las manos de Dios, arrojando en él, como dice san Pedro (I *Petr.* v, 7), todos sus cuidados por servirle con mayor perfeccion. Pues es certísimo que Cristo nuestro Señor cumplirá la palabra que nos dió cuando dijo (*Matth.* vi, 33): Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura, que fue decir: Buscad en primer lugar el reino de Dios, que es vuestro último fin, y su justicia, que son los medios para alcanzarle, y si esto hiciéreis, estad ciertos que la providencia de vuestro Padre celestial os proveerá de las cosas temporales necesarias para pasar la vida.

3. Y porque yo no puedo por mis fuerzas alcanzar esta resignacion, tengo de acudir al que me las puede dar, haciendo algun coloquio con Nuestro Señor y diciéndole muy de veras: Confieso, Dios mio, que mi corazon está muy pegado y asido á las criaturas con amor desordenado, y pues yo soy tan miserable y flaco, que puedo asirme á ellas, y no puedo desasirme, favoréce con tu omnipotencia á mi flaqueza, destruyendo esta trabazon y arrancando de mí este desordenado amor, para que te ame y sirva con todo mi cora-

zon y con todas mis fuerzas, pues eres mi fin y mi descanso, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen. *La materia de estos tres puntos se tratará mas largamente en la parte VI.*

Punto cuarto.—De los mismos principios se ha de sacar otra conclusion práctica, como fundamento de la via purgativa: conviene á saber, que tengo de aborrecer el pecado sobre todas las cosas aborrecibles del mundo, porque solo el pecado mortal es contrario á mi último fin, y por solo él se pierde. De suerte, que ni la pobreza, infamia, deshonra, dolor ó enfermedad, ni la vileza de linaje, ó rudeza de ingenio, ó falta de ciencias naturales, ni todas las demás miserias del mundo son contrarias derechamente á mi fin último, ni le perderé por ellas, sino solo por el pecado mortal; por el cual cuanto es de mi parte destruyo el verdadero último fin, que es Dios, negándole, como dice san Pablo (*Tit.* I, 16; *Philip.* III, 19), con las obras, y finjo otro último fin para mí mismo, que es la criatura, á la cual tomo por Dios. Y por esto dice el Apóstol (*Ephes.* V, 5), que los glotones tienen por Dios al vientre, y los soberbios á su gloria, y los avarientos hacen ídolo del dinero.

Esta verdad se ha de ir ponderando en las meditaciones siguientes, para movernos al aborrecimiento de tan gran mal como es el pecado, y á purificarnos de él con gran cuidado.

MEDITACION II.

DE LA GRAVEDAD DEL PECADO, POR EJEMPLOS DEL PECADO DE LOS ÁNGELES, DE ADAN Y OTROS PARTICULARES.

—El fin de esta meditacion es, conocer por ejemplos la gravedad del pecado para aborrecerle, y la terribilidad de la divina justicia en castigarle, para temerla y aplacarla con la penitencia, y la instabilidad del hombre en lo bueno para conocer su flaqueza y no fiarse de sí, sino humillarse delante de Dios; y todo esto se ha de pedir á Nuestro Señor á la entrada de la meditacion, suplicándole ilustre con su divina luz mi entendimiento para conocerlo, y mueva mi voluntad para sentirlo, con grandes afectos de contricion, y me ayude para que escarmiente en cabeza ajena, antes que el castigo venga por la propia.—Y para que esta meditacion y las siguientes hagan mayor impresion en el alma, he de formar primero con la imaginacion una figura de Jesucristo nuestro Señor, como juez sen-

tado en su tribunal á juicio, con un semblante severo, de cuyo trono sale un rio de fuego para abrasar los pecadores (*Dan.* VII, 10); y á mí mismo me imaginaré delante de él, como un reo muy culpado, atado con grillos y cadenas de innumerables pecados, temiendo y temblando, como quien merece ser condenado y abrasado con aquel terrible fuego. —

PUNTO PRIMERO. — 1. El primer punto es, traer á la memoria el pecado de los Ángeles, los cuales fueron criados de Dios en el cielo empíreo, llenos de sabiduría y gracia; pero usando mal de su libre albedrío, se ensoberbecieron contra su Criador, por lo cual fueron echados del cielo y arrojados en el infierno (*D. Thom.* 1 *p. q.* 63; *Isai.* XIV, 15; *Luc.* X, 18; II *Petr.* II, 4; *Apoc.* XIV, 8), perdiendo para siempre el fin y bienaventuranza para que fueron criados.—Sobre esta verdad, que la fe católica nos enseña, puedo discurrir ponderando tres cosas. La primera, cuán liberal fue Dios con los Ángeles, criándolos á su imágen y semejanza, y comunicándoles, sin sus merecimientos, muy esclarecidos dones de naturaleza y gracia. Por razon de los cuales podemos decir de todos lo que se dice de uno, que estaban adornados con nueve piedras muy preciosas (*Ezech.* XXVIII, 13); esto es, de nueve excelencias que Lucifer y los demás recibieron en su creacion, porque los hizo Dios puros espíritus, sin mezcla de cuerpo: inmortales, sin recelo de corrupcion: intelectuales, con gran delicadeza de ingenio: libres, sin que nadie pudiese forzar su voluntad: sábios, con plenitud de todas las ciencias naturales: poderosos, sobre todas las criaturas inferiores: santos, con los dones de la gracia, caridad y las demás virtudes: moradores del paraíso de los deleites, que es el cielo empíreo; y finalmente, capaces de ver á Dios claramente, con promesa de esta gloria si perseverasen en su servicio, lo cual pudieran hacer fácilmente y estaban obligados á ello, á ley de agradecidos, por estos nueve títulos.

2. Lo segundo, consideraré cuán ingratos fueron algunos de ellos contra Dios, envaneciéndose con estos dones y haciendo de ellos armas contra quien se los dió, no dándole la reverencia y obediencia que debian darle con humildad, empleando su libertad y fuerzas en ofender á quien por tantos títulos debieran servir.—Lo tercero, ponderaré cuán terrible se mostró Dios en castigarlos luego sin darles lugar de penitencia, privándolos por aquel solo pecado de los dones de gracia que les habia dado, y arrojándoles como rayos desde el cielo á los fuegos eternos del infierno (*Luc.* X, 18),

sin tener respeto, ni á la hermosura de su naturaleza, ni á la grandeza de su estado, ni á que eran criaturas suyas hechas á su imágen y semejanza, ni á que eran muy sábios, ni á que habian sido sus amigos; porque un solo pecado mortal basta para oscurecer todo esto, y es digno de tan terrible castigo. Lo cual, dice san Pedro (II *Petr.* II, 4), permitió y ordenó la divina justicia para nuestro ejemplo; porque si no perdonó á los Ángeles que pecaron, sino atados con las maromas de su pecado dió con ellos en el infierno, para ser allí atormentados, con ser tan nobles; ¿cuánto menos dejará de castigar á los hombres obstinados en su culpa, siendo tan viles? Y si los Ángeles, *Fortitudine et virtute maiores non portant adversum se execrabile iudicium*, con ser mayores que los hombres en la fortaleza y sufrimiento, no pueden sufrir el espantable juicio y castigo que en ellos se hace, llevándole con grande impaciencia y rabia; ¿cuánto menos podrán sufrirle los miserables y flacos hombres? ¡Oh cuán horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo (*Hebr.* X, 31); manos tan pesadas que ni los Ángeles pueden sufrirlas!

3. Estas tres cosas tengo de aplicar á mí mismo, ponderando cuán liberal ha sido Dios para conmigo, haciéndome innumerables beneficios; y yo cuán ingrato he sido con él, cometiendo innumerables pecados; y cuán merecido tengo que Dios me castigue como á los Ángeles y aun mucho mas, porque el pecado de aquellos fue uno, los mios muchos: el de aquellos fue pecado de solo pensamiento en materia de soberbia, los mios son de pensamientos, palabra y obra, en materia de soberbia y de lujuria, de ira y de otros vicios: el de aquellos no fue injurioso á la sangre de Jesucristo, porque no se derramó por ellos, los mios son injuriosos contra esta sangre del Hijo de Dios, que se derramó por mí en la cruz. Pues siendo esto así, ¿cuán justo fuera que Dios me hubiera hundido en los infiernos en compañía de los demonios, haciéndome participante de sus penas, pues yo quise serlo de sus culpas? Ó Dios de las venganzas, ¿cómo no te has vengado de un hombre tan malo como yo? ¿Cómo me has sufrido tanto tiempo? ¿Quién ha detenido el rigor de tu justicia, para que no castigase al que merecia terrible castigo? Ó alma mia, ¿cómo no temes y tiemblas considerando el espantoso juicio de Dios contra sus Ángeles? Si con tanta severidad castigó á criaturas tan nobles, ¿cómo no temerá semejante castigo una criatura tan vil y miserable como tú? Ó Criador poderosísimo, pues te has mostrado conmigo, no Dios de las venganzas, sino padre de misericordias,

ten misericordia de mí, perdonando mis pecados y librándome del infierno que tengo merecido por ellos.

Punto segundo.— 1. El segundo punto será, traer á la memoria el pecado de los primeros padres Adan y Eva (*Genesis*, III, 6; *D. Thom.* 2, 2, *q.* 163 *et* 164); los cuales habiendo sido criados en el paraíso y en justicia original, quebrantaron el mandamiento de Dios comiendo la fruta del árbol que les habia prohibido so pena de muerte, por lo cual fueron echados del paraíso, é incurrieron en la sentencia de muerte, y en otras innumerables miserias, así ellos como sus descendientes.—Sobre esta verdad de la fe puedo discurrir, como sobre la pasada, considerando: Lo primero, cuán liberal fue Dios con nuestros primeros padres, criándolos por sola su bondad á su imágen y semejanza, y poniéndoles en un paraíso de deleites, dándoles su gracia y la justicia original, sujetando sus apetitos á la razon, y la carne al espíritu, librándolos de la mortalidad y penalidades á que segun su naturaleza estaban sujetos, y concediéndoles una vida dichosa y descansada: y todo este bien les hizo de pura gracia y misericordia, concediéndosele no solamente para sí mismos, sino para sus sucesores si perseverasen en su servicio. —Lo segundo, tengo de ponderar cuán ingratos fueron contra Dios y el motivo que tuvieron para ello; porque acudiendo la serpiente á tentar á Eva, y prometiéndola engañosamente que si comia de la fruta vedada no moriria, antes seria como Dios, teniendo ciencia del bien y del mal; ella se dejó engañar y comió la fruta, convidó con ella á Adan, el cual, por darla gusto, la comió tambien, atropellando el gusto de Dios por el de su mujer, sin hacer caso, ni de los beneficios que Dios le habia hecho, ni de los castigos con que le habia amenazado.

2. Luego ponderaré cuán terrible se mostró Dios en castigarlos, echándolos del paraíso, privándolos para siempre de la justicia original, sujetándolos á la muerte y á todas las miserias del cuerpo corruptible, en las cuales incurrimos todos sus hijos, porque todos pecamos en él y por su causa nacemos hijos de ira (*Rom.* V, 12; *Ephes.* II, 3) y enemigos de Dios y condenados á la misma muerte. Y lo que mayor grima pone es, que de este pecado original, que de él heredamos, proceden como de raíz los innumerables pecados que hay en el mundo, y las avenidas de miserias que le anegan. Por donde echaré de ver cuán terrible, espantoso y horrendo mal es el pecado mortal, pues uno solo priva de tantos bienes, acarrea tantos males y provoca tanto la ira de Dios, con ser mas inclinado á mise-

ricordia que á rigor de justicia. ¡Quién no temerá, ó Rey de las gentes! (*Ierem.* x, 7). ¡Quién no aborrecerá mal tan grande, como es tu ofensa! ¡Oh alma mia, si conocieses lo que haces cuando pecas como Adan, sin duda temblarias de la carga que echas sobre tí! ¡Oh pecado, cuán pesado eres para mí! (*Psalm.* XXXVII, 5). Tú me quitas la gracia, me robas las virtudes, me echas del paraíso, me condenas á muerte eterna, me sujetas á la muerte temporal, quitas la vida á mis hijos, que son mis obras, privándolas del merecimiento de la gloria, turbas el reino de mi alma, y le llenas de innumerables miserias. ¡Oh Dios mio, líbrame de mal tan grande! ¡Oh alma mia! huye del pecado, como dice el Sábio (*Eccli.* XXI, 2), mas que de las culebras y serpientes, pues uno solo es mas cruel y venenoso que todas ellas.

3. Demás de esto, tengo de hacer comparacion de mi pecado al de Adan, como en el punto precedente; porque yo miserable, siendo tentado del demonio, me dejé engañar de él, no una sino muchas veces: mi carne ha sido la Eva que me ha provocado á pecar, y mi espíritu, afeminado como Adan, por darla gusto, ha disgustado mil veces á Dios, quebrantando sus mandamientos, y ha llegado á tanto mi soberbia é ingratitud, que muchas veces he deseado ser como Dios, usurpando para mí lo que es propio de su deidad. Pues si tales castigos hizo Dios en mis primeros padres por un pecado de desobediencia y soberbia, fundado no mas que en comer una manza contra el precepto de Dios; ¿cuán graves castigos he merecido yo por tantas desobediencias y soberbias, y por tan innumerables culpas que he cometido contra él? ¡Oh cuán justo fuera, que al primer pecado me tragara la muerte, ó llovieran sobre mí todas las miserias del mundo!

4. Últimamente ponderaré cuán larga penitencia hicieron Adan y Eva por esta culpa, y cuán amargo fue aquel bocado para ellos y cuán caro les costó; pues habiendo vivido Adan mas de novecientos años, todos los gastó en llorar, gemir y padecer mil infortunios que el estado de su corrupcion traia consigo; pero al fin, como dice la divina Sabiduría (*Sap.* x, 2), por la penitencia alcanzó perdon. Y con este ejemplo me tengo de animar á gemir mis miserias y hacer penitencia de mis culpas, para que Dios me libre de ellas, imitando en la penitencia al que imité en la culpa, y suplicando á Nuestro Señor que me castigue cuanto quisiere en esta vida, con tal que me perdone y me libre de los tormentos de la otra.

Punto tercero.— 1. El tercer punto será, traer á la memoria

algun pecado mortal, como es perjurio, carnalidad ú otro semejante, por el cual están muchas almas ardiendo en el infierno y muy justamente, por haber injuriado á la majestad infinita de Dios. Tengo, pues, de bajar con la consideracion al infierno, que está lleno de almas, entre las cuales hallaré muchas que están allí ardiendo por un solo pecado; unas por un perjurio, otras por un pensamiento deshonesto consentido, y otras por otro de palabra ó de obra; y luego consideraré como todos estos condenados eran hombres como yo, y muchos de ellos cristianos como yo, y gozaron de los mismos Sacramentos y sacrificios, y de los sermones y libros sagrados de que yo gozo, y quizá en algun tiempo fueron santos y privaron mucho con Dios. Pero descuidáronse poco á poco y vinieron á caer en aquel pecado mortal, y por justos juicios de Dios les cogió la muerte en él, y fueron condenados por él justísimamente; porque, como dice Santiago apóstol (*c.* II, 10), quien cae en un solo pecado, quebrantando un mandamiento, es deudor de todas las penas eternas en su especie, como quien quebranta muchos, porque ofende á Dios de infinita majestad, que los mandó guardar todos.

2. Luego tengo de hacer comparacion de este pecado á los muchos mios, ponderando con cuánta mas razon merecia yo estar en el infierno, como están aquellas almas, por haber ofendido á Dios en aquel pecado una y muchas veces, y en otros géneros de pecados sin cuento. ¡Oh cuán justamente tenia merecido que la muerte me cogiera en cometiendo la primera culpa, sin que me diera Dios lugar para hacer penitencia de ella! ¿Qué os movió, Dios mio, á esperarme mas que á estos? ¿Y por qué no me arrojásteis en los infiernos, como á ellos? Confieso que merecia estar en su compañía; mas pues vuestra Majestad me ha esperado con tanta misericordia, yo propongo de hacer con vuestra gracia muy entera y verdadera penitencia.

3. Tambien puedo ponderar, como no es menor merced de Dios haberme preservado del infierno, deteniéndome que no bajase á los tormentos eternos, que si despues de bajado me sacara de ellos. Por lo cual puedo decir aquello de David (*Psalm.* LXXXV, 13): Te alabaré, Señor Dios mio, con todo mi corazon, glorificaré tu nombre para siempre, porque tu misericordia ha sido muy grande para conmigo, librando mi alma del infierno mas profundo. Y para saber estimar esta merced y corresponder á ella, como debo, tengo de hablar conmigo mismo, diciéndome: Si Dios sacase del infierno una de estas almas y la diese lugar de penitencia, ¡cuán rigurosa peni-

tencia haria! ¡Qué agradecida estaria á Dios y con qué fervor le serviria! Pues esto mismo has tú de hacer, atento que te ha hecho Dios tan singular merced, como es librarte del peligro antes de caer en él.

Punto cuarto. - *De la gravedad de nuestras culpas, por las penas que Cristo nuestro Señor padeció por ellas.* — 1. El cuarto punto será juntamente materia de un dulce coloquio y de una devotísima consideracion para conocer la gravedad del pecado y la terribilidad de la divina justicia, por otro ejemplo bien diferente de los pasados; pero no menos eficaz que ellos, esto es, por los castigos que la divina justicia hizo en Jesucristo Señor nuestro, no por sus pecados, sino por los mios y por los de todo el mundo, para que yo entienda cómo castigará al hombre cargado de culpas propias, quien así castigó al que se cargó de las ajenas. Y cómo será castigado el esclavo culpado, pues tan terriblemente lo es el hijo inocente. Acordándome de aquella temerosa sentencia que dijo el Redentor á las hijas de Jerusalen (*Luc.* xxiii, 31): Si esto hacen en el árbol verde, ¿qué harán en el seco? Que fue decirme: Si con tanto rigor soy tratado yo, siendo árbol verde y lleno de fruta, ¿con qué rigor serás tratado tú, que eres árbol seco y sin fruto alguno?

2. Tengo, pues, de poner delante de mis ojos á Jesucristo crucificado, mirando su cabeza espinada, su rostro escupido, sus ojos oscurecidos, sus brazos descoyuntados, su lengua aheleada con hiel y vinagre, sus manos y piés agujereados con clavos, sus espaldas rasgadas con azotes y su costado abierto con una lanza, y ponderando como padece todo esto por mis pecados, sacaré varios afectos de lo íntimo de mi corazon, ya temblando del rigor de la justicia de Dios, que desenvainó su espada, como dijo el profeta Zacarías (*Zach.* xiii, 7), contra el varon que estaba unido con él en persona, ya llorando mis pecados que fueron causa de estos dolores, ya animándome á padecer algo en satisfaccion de mis culpas, pues tanto padeció Cristo Señor nuestro para pagarlas. Y finalmente le pediré perdon de ellas alegándole por título todos sus trabajos, con un amoroso coloquio, diciéndole: Ó dulcísimo Redentor, que bajásteis del cielo y subísteis á esa cruz para redimir los hombres pagando sus pecados con vuestros dolores, yo me presento delante de vuestra Majestad, lastimado por haber sido causa de vuestras terribles penas con mis graves culpas. En mí, Señor, estuvieran bien empleados esos castigos, pues yo soy el que pequé, no en Vos que nunca pecásteis. El amor que os movió á poneros en la cruz por mí

os mueva á perdonarme lo que hice contra Vos: por vuestras espinas os pido saqueis de mi alma las espinas de mis pecados: por vuestros azotes, perdonad mis hurtos: por vuestra hiel y vinagre, perdonad mis gulas: por los clavos de vuestras manos, perdonad mis malas obras, y por los de los piés, perdonad mis malos pasos. Ó Padre eterno, mirad el rostro de vuestro Hijo (*Psalm.* LXXXIII, 10), y pues ya castigásteis en él mis pecados, apláquese vuestra ira con estos castigos, y usad conmigo de vuestras misericordias (*Mich.* VII, 19), arrojando en el profundo del mar todas mis maldades, en virtud de la sangre que derramó por ellas. Amen. *Este punto se proseguirá largamente en toda la parte IV.*

MEDITACION III.

DE LA MUCHEDUMBRE DE LOS PECADOS, Y DE SU GRAVEDAD POR SER MUCHOS Y CONTRARIOS Á LA RAZON.

PUNTO PRIMERO. — 1. El primer punto es, traer á la memoria la muchedumbre de pecados que he cometido en toda la vida pasada; para lo cual tengo de discurrir todas las edades de ella, y por todos los lugares donde he vivido, y por los oficios y ocupaciones que he tenido, mirando lo que he faltado en cada uno de los siete pecados que comunmente llaman mortales, y en cada uno de los mandamientos de la ley de Dios y de su Iglesia, y en cada uno de las leyes y reglas de mi estado y oficio. Para lo cual ayudará saber los modos de pecados que se pueden hacer en estas materias, como se pondrán en los primeros puntos de la meditacion XVIII y de las nueve siguientes; y esta memoria de los pecados no ha de ser seca, sino llorosa, llena de confusion y vergüenza, como la de aquel santo rey que decia (*Isai.* XXXVIII, 15): Pensaré delante de tí todos los años de mi vida con amargura de ánima.

2. En habiendo traido á la memoria estos pecados, haré de ellos en la oracion una humilde confesion delante de Dios, acusándome como Daniel de todos ellos (*Dan.* IX, 5), siquiera de los mas principales, hiriendo como el publicano mis pechos, diciendo: Acúsome, Señor, que pequé delante de tí en la soberbia, presumiendo de mí vanamente, hablando palabras jactanciosas, despreciando á mis prójimos, rebelándome contra tí, etc. Y á este modo proseguiré la acusacion en todos los siete pecados mortales, ó por los diez mandamientos.

3. Despues que hubiere confesado los pecados que conozco, tengo de creer que hay otros muchos que no conozco, á los cuales llama David pecados ocultos (*Psalm.* XVIII, 13); pero no son ocultos á Dios, que me ha de juzgar y castigar por ellos, y esto me ha de tener cuidadoso y afligido. Estos pecados me son ocultos por una de tres causas, ó porque me olvidé ya de ellos, ó porque eran muy sutiles, como soberbias interiores, juicios temerarios, siniestras intenciones, negligencias y omisiones, ó porque los hice con alguna ignorancia y error, ó por ilusion del demonio, pensando que hacia servicio á Dios; y juntando los pecados que conozco con los que no conozco, puedo creer que hacen una muchedumbre innumerable, y que son mas que los cabellos de la cabeza, como dijo David, y mas que las arenas de la mar, como dijo el rey Manasés (*Psalm.* XXXIX, 13. In oratione eius). De donde sacaré grande admiracion de la paciencia que ha tenido Dios en sufrirme; porque una injuria, ó dos, quien quiera las sufre; pero tantas y tan repetidas, y tan varias, y con tanta protervia, ¿quién las puede sufrir sino Dios? Verdaderamente, Dios mio, menester ha sido paciencia infinita como la vuestra para sufrir una infinidad de injurias como la mia; pero pues no os habeis cansado de sufrirme, tened por bien de perdonarme.

PUNTO SEGUNDO. — 1. De aquí subiré á considerar la gravedad de estos pecados, por su muchedumbre, aprovechándome de algunas semejanzas de que usa la divina Escritura. (*Matth.* XVIII, 6). Porque si el pecado es como una rueda de molino, ó de atahona puesta al cuello, con la cual es arrojado el hombre en el abismo infernal; siendo mis pecados tantos como las arenas del mar y cabellos de la cabeza, ¿qué carga tan inmensa será la suya? ¿Con qué ímpetu tan furioso caeré con ellos en el profundo del infierno? (*Apoc.* XVIII, 21). ¿Quién me podrá tener, si Dios no me tiene? ¿Y qué son tantos pecados, sino una cadena de hierro de innumerables eslabones, con que estoy atado y encadenado; la cual es tan larga, que llega al infierno (*Isai.* LVIII, 9), y de ella está tirando Satanás para llevarme consigo? Y si los pecados de los Ángeles, como dice san Pedro (II *Petr.* II, 4), fueron maromas que tiraron de ellos, y los arrancaron del cielo para el abismo del infierno, ¿cuánto mas fuertes maromas serán los mios, siendo tejidas de tan innumerables ramales?

2. Está asimismo mi alma cercada de esta muchedumbre (*Psalm.* XXI, 13), como de un ejército de perros, leones, toros y serpientes

y otras fieras que la espantan con sus bramidos y la despedazan con sus bocas y la desgarran con sus uñas, y como abejas la punzan y como gusanos la muerden y roen la conciencia.-Yo, finalmente, soy aquel siervo malo (*Matth.* XVIII, 24), que debe á su señor diez mil talentos; es tan grave la deuda, que aunque le vendan cuanto tiene y á su mujer y á él mismo, no bastará para pagar la mínima parte de ella. Pues ¿qué haces, ó alma mia, con tanta carga de pecados? Si este ejército de fieras hizo á Cristo sudar sangre de congoja, ¿cómo tú no lloras lágrimas de sangre, de dolor y pena? ¡Oh Salvador misericordiosísimo! por el dolor y sentimiento que tuvísteis de mis culpas en el huerto de Gethsemaní, os suplico me ayudeis á sentirlas de modo que quede libre de ellas.

3. Á esto tengo de añadir otra circunstancia que agrava mucho mis pecados, que es la reincidencia en unos mismos, despues que Dios me los ha perdonado una vez y muchas; andando como en porfía con Dios, yo á pecar y él á perdonarme, y yo tornar de nuevo á pecar, como si no me hubiera perdonado, imitando, como dice el apóstol san Pedro (II *Petr.* II, 22), al perro que come lo que vomitó, y al puerco que se torna á revolcar en el cieno de que se lavó. Por lo cual merecia que Dios me vomitara de sí para siempre y me sumiera en el lodazal del infierno, dejándome atado de piés y manos en poder de los verdugos infernales, como lo hizo con el siervo desagradecido que le debia diez mil talentos, y despues de perdonado le tornó á ofender. Pero con todo esto, fiado en la infinita paciencia y misericordia de Dios, tengo otra vez de volverme á él de veras, y postrado á sus piés decirle: Señor, ten paciencia conmigo, y yo con tu ayuda te pagaré toda la deuda de mis pecados; y si esta vez me perdonas, no volveré mas á ellos.

Punto tercero.—Lo tercero, se ha de considerar la fealdad y vileza de estos pecados, en cuanto contrarios á la razon natural, aunque no hubiera infierno para ellos; porque siendo el hombre criado á semejanza de Dios, con el pecado se convierte en bestia (*Psalm.* XLVIII, 13), y con su muchedumbre engendra dentro de sí costumbres bestiales y hábitos viciosos. Los apetitos prevalecen contra la razon y la carne contra el espíritu, y la esclava manda al que por derecho es señor, y el miserable espíritu es esclavo de su carne y de sus apetitos, y de otras muchas criaturas, con gran vileza; porque como dijo Cristo nuestro Señor, quien hace el pecado, siervo es del pecado (*Ioan.* VIII, 34); y el que es vencido, dice san Pedro (II *Petr.* II, 19), siervo es del que le vence, y como esclavo está su-

jeto al vencedor. Si soy ambicioso, soy esclavo de la honra y de todos los que me la pueden dar ó quitar. Si soy avariento, soy esclavo de la hacienda. Si gloton, soy esclavo del regalo. Si lujurioso, soy esclavo de la sensualidad y de las personas que me tienen robado el corazon y libertad: pues ¿qué mayor vileza puede ser que esta? ¿Qué esclavonía mas pesada que la del pecado, frecuentado por costumbre viciosa? Esto me ha de mover á grande aborrecimiento de mis pecados, y á echar de mí esta servidumbre, y restituir mi espíritu á su libertad, reduciéndome al servicio de mi Criador (I *Petr.* I, 19) y Redentor, á quien tengo de pedir, que pues me compró con su sangre (I *Cor.* VII, 23) para librarme de la esclavonía del pecado, y para que con este nuevo título fuese esclavo suyo, no permita que sea mas esclavo de mi carne, ni de mis vicios, ni del demonio, enemigo suyo.

MEDITACION IV.

DE LA GRAVEDAD DEL PECADO, POR LA VILEZA DEL HOMBRE QUE OFENDE Á DIOS, Y POR LA NADA QUE TIENE DE SU COSECHA.

—El fin de esta meditacion es conocer la gravedad que tiene la injuria de Dios, por ser tan vil el que le ofende: pues cuanto mas vil es el ofensor, tanto es mayor su atrevimiento y desvergüenza en ofender al supremo Emperador de cielos y tierra.—

PUNTO PRIMERO. — Lo primero, he de considerar lo que soy cuanto al cuerpo, ponderando como mi orígen es lodo y mi fin es polvo (*Genes.* III, 19), mi carne es flor (*Isai.* XL, 6; *Iacob.* IV, 15) y heno que presto se marchita, y mi vida es un soplo y vapor que presto se pása; y con ser tan breve, está llena, como dice Job (*c.* XIV, 1), de muchas miserias y necesidades, de hambre, frio, dolor, enfermedades, pobrezas y peligros de muerte, sin tener seguro un solo dia de vida, ni de descanso, ni de salud; de tal manera, que no es posible librarme de estas miserias por mis fuerzas, si no es que Dios nuestro Señor con su proteccion y providencia me ampare y libre de ellas. Pues ¿qué mayor locura puede ser, que un hombre tan necesitado y miserable se atreva á ofender á su único remediador y protector? ¿Y qué desvarío puede ser mayor, que siendo la carne polvo y ceniza y un muladar hediondo y un enjambre de gusanos y la misma podredumbre, presuma injuriar al supremo Espíritu de inmensa majestad, ante quien tiemblan las Potestades y los

demás espíritus bienaventurados? Ó tierra y ceniza (*Eccli.* x, 9), ¿cómo te ensoberbeces contra Dios? Ó vaso de barro (*Isai.* xlv, 9), ¿cómo contradices á tu Hacedor? Ó carne miserable, si tanto temes al hombre que te puede quitar la vida temporal, sin hacerte otro mayor daño, ¿cómo no tiemblas de Dios que tambien te puede quitar la vida eterna y echarte en el fuego del infierno? Vuelve sobre tí, y siquiera por tu propio interés cesa de ofender al que de tantos males te puede librar. Con estas consideraciones tengo de confundirme grandemente y espantarme de mí mismo, que á tal locura he venido y en tal atrevimiento he dado; y suplicar á Jesucristo nuestro Señor, que por su carne santísima perdone los atrevimientos de la mia y la ponga en razon de aquí en adelante.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, consideraré lo que soy cuanto al alma, ponderando como he sido criado de nada (*Psalm.* xxxviii, 6), y de mi cosecha soy nada, nada valgo, nada puedo, nada merezco, y luego me convertiria en nada, si Dios continuamente no me conservase; ni podría hacer cosa alguna, si Dios continuamente no me ayudase. (*Ioan.* xv, 5). Demás de esto, he sido concebido en pecado y con inclinacion á pecar. Por el desórden de mis apetitos y pasiones vivo sujeto á infinitas miserias de ignorancias y errores, rodeado de innumerables tentaciones dentro de mí y fuera de mí, por enemigos visibles é invisibles que de todas partes me cercan; y por la flaqueza de mi libre albedrío he consentido y consiento en ellos, cometiendo muchos pecados, por los cuales vengo á ser menos que nada; porque menos mal es no ser que pecar, y mejor me seria no haber sido (*Matth.* xxvi, 24) que ser condenado.

2. Y si es esto lo que soy, muy peor es lo que puedo ser por mi grande mutabilidad y flaqueza, porque por el hilo puedo sacar el ovillo, y por los movimientos interiores que siento á innumerables pecados de infidelidades, blasfemias, iras y carnalidades, saco que á todos estos pecados estoy sujeto, y caeria en ellos si Dios me dejase de su mano; y por lo que hacen y han hecho todos los pecadores del mundo, puedo colegir lo que yo haria dejado á mi libertad. Porque, como dice san Agustin (in Soliloq. *c.* 15), no hay pecado que haga un hombre, que no pueda hacer otro hombre; y así me tengo de imaginar como una fuente de todos los pecados que hay en el mundo, y como un perro muerto y hediondo que pone asco el mistario, ó como un cuerpo sepultado lleno de gusanos, que se va consumiendo y convirtiendo en polvo. Por todo lo cual me tengo de despreciar, y juzgarme por digno de ser despreciado de todos.—

Siendo, pues, esto así, ¿á dónde mas puede llegar mi desvarío, que de mi propia voluntad ofender á la majestad de Dios? Si soy nada de mi cosecha, ¿cómo me atrevo á ofender al que es el mismo Ser? ¿Y por qué me apeco tanto que me hago menos que la nada, indigno del ser que tengo? Si estoy sujeto á tantas desventuras como pueden venir por mi alma, ¿cómo no aplaco al que puede librarme de ellas? Ó Dios de mi alma, mirad por ella, pues la criásteis de nada; sacadla de esta nada, que es el pecado, y juntadla con Vos, para que por Vos tenga ser y vida de gracia, y alcance el ser bienaventurado de la gloria. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero, consideraré la pequeñez de mi ser y de todo lo bueno que tengo, en comparacion de Dios, procediendo por sus grados. Mirando primero lo que soy yo en comparacion de todos los hombres juntos, y lo que soy en comparacion de los hombres y los Ángeles; y luego lo que todas las criaturas son en comparacion de Dios, ante quien, como dice Isaías (*c.* xl, 17), las gentes son como si no fuesen, son como nada y como cosa vacía de ser, son como una gota de agua (*Sap.* xi, 23), ó del rocío de la mañana, que cae en la tierra y apenas se echa de ver. Pues yo solo ¿qué seré delante de Dios? Como las estrellas no parecen en la presencia del sol y son como si no fuesen; así yo, por grandes bienes que tenga, soy como si no fuese en la presencia de Dios, y mucho menos que un arador en comparacion de todo el mundo.—Mi ciencia, mi virtud, mi poder, mi discrecion, mi fortaleza, mi hermosura y todo cuanto bien tengo y puedo tener, es como nada, en comparacion de lo que tiene Dios. Por lo cual con mucha razon dijo el Salvador (*Luc.* xviii, 19), que ninguno es bueno sino Dios; ninguno es poderoso, ni fuerte, ni hermoso, sino Dios; porque él solo es la misma bondad y sabiduría y omnipotencia, en cuya comparacion la que tienen las criaturas no merece este nombre. — Pues ¿en qué seso cabe que un hombre de tan poco ser se atreva á despreciar á Dios y ofenderle con tantos pecados? ¡Oh loco, qué has hecho! ¡Oh miserable de mí, que tal atrevimiento he tenido! Ó Dios inmenso, en cuya comparacion soy como si no fuese: por la infinita excelencia de tu ser, te suplico perdones mis pecados y me dés luz para que conozca la vileza en que por ellos he venido; concédeme que me aborrezca y desprecie y tenga en menos que nada, y haga penitencia como Job (*c.* xlii, 6), en ceniza y en pavesa, teniéndome por tal en tu presencia.

MEDITACION V.

DE LA GRAVEDAD DE LOS PECADOS, POR LA GRANDEZA DE LA INFINITA MAJESTAD DE DIOS, CONTRA QUIEN SE COMETEN.

—Esta meditacion es la mas eficaz para mover á la perfecta contricion y dolor de pecados, que procede del amor de Dios sobre todas las cosas, ponderando la gravedad del pecado, no solo por la bajeza del ofensor, sino por la alteza del ofendido; porque tanto es mayor la injuria, cuanto es mayor el injuriado, y como Dios es tan infinito en su ser y perfecciones, así el pecado por esta parte, como dice santo Tomás (1, 2, *q.* 78, *art.* 4), es tambien injuria como infinita.—

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar las infinitas perfecciones que tiene Dios en sí mismo, especialmente aquellas contra las cuales derechamente pelea el pecado, y de donde recibe mayor deformidad y gravedad.—Lo primero, ponderaré la infinita bondad de Dios, por la cual es sumamente amable de todas sus criaturas, y si fuera posible otro amor infinito, todo se le debia. Y es tan grande esta bondad, que es imposible verla claramente y no amarla sumamente, como lo hacen los bienaventurados. Pues ¡qué maldad puede ser mayor que aborrecer y despreciar á tan infinita bondad, y qué mayor injusticia que injuriar con desamor al que es digno de infinito amor! Ó bondad infinita, ¡cómo te he aborrecido y despreciado! ¡Oh quien nunca te hubiera ofendido! Pésame, Dios mio, del pecado, sobre todo cuanto me puede pesar, porque deseo amarte sobre todo cuanto se puede amar.

2. Lo segundo, ponderaré la inmensidad de Dios junta con su infinita sabiduría, por la cual está real y verdaderamente presente en todo lugar, viendo y contemplando todo lo que se hace, y á mí mismo tengo de mirarme dentro de esta inmensidad llena de ojos, y que dentro de ella hice todos los pecados pasados y hago los presentes, provocándole con ellos á enojo, asco y vómito, porque sus ojos (*Habac.* I, 13), como dice la Escritura, son tan limpios, que no pueden sin asco mirar la culpa, y su corazon tan puro (*Apoc.* III, 16), que le hace dar arcadas la maldad. Pues ¿qué ceguedad mayor puede ser, que vivir yo dentro de la inmensidad de Dios y á vista de la sabiduría de Dios, y con todo eso injuriarle con mis pecados? ¿Á qué mas puede llegar la desvergüenza del esclavo, que atropellar

la voluntad y honra de su Señor, estando en su presencia? Y ¿qué mayor atrevimiento que hacer esto, siendo el Señor poderoso para castigarle como merece su descortesía? Ó Señor, ¿cómo me has sufrido estar cabe tí y en tu presencia? ¿Cómo no has aniquilado á este descomedido y desleal esclavo! ¿Cómo no has apartado tus ojos de mí, ni me has vomitado y lanzado de tí para siempre? Pésame en el alma de mi desvergüenza y atrevimiento, y propongo con tu gracia de nunca mas hacer cosa indigna de tu presencia.

3. Lo tercero, ponderaré la soberana omnipotencia de Dios, por la cual está en todas las criaturas, dándoles el ser que tienen, y concurriendo con ellas á todas sus obras, de modo que sin el concurso de la omnipotencia de Dios no puedo ver, ni oir, ni hablar, ni menear mano ni pié, ni entender, ni querer, ni hacer otra alguna cosa. Y por consiguiente, cuando peco, me ayudo de la divina omnipotencia para pensar, decir ó hacer la cosa que le da disgusto; y es tanta su bondad y misericordia, que por conservar mi libertad no me niega este concurso, ni le niega á las criaturas de que uso para ofenderle: concurre con el manjar para que dé sabor á mi gusto, aun cuando peco en comerle, y con la hermosura de la criatura para que recree mi vista, aunque peque en mirarla. Pues ¡qué desatino es este, que haga yo guerra á Dios con el mismo poder de Dios! y que me aproveche de su ayuda, para hacer lo que es su injuria! Ó bondad omnipotente, ¡cómo das tan liberalmente tu concurso á quien tan mal usa de él! cómo no empleas esa omnipotencia en castigar al que tan mal se aprovecha de ella! Perdona, Señor, este atrevimiento que ha sido mayor de lo que puedo pensar, y me pesa de él mas de lo que puedo decir: y quisiera que me pesara mucho mas. Ó Dios infinito que muestras tu omnipotencia principalmente en perdonar (*Ecclesia* in collecta Dom. x post Pent.) y tener misericordia del pecador, perdóname y ten misericordia de mí, y ayúdame para que nunca mas use de tu infinito poder si no es para servirte. De este modo se pueden ponderar los atributos de la misericordia, justicia, caridad de Dios, y otros que se tocarán en el punto siguiente.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar sumariamente los infinitos beneficios de Nuestro Señor, y quién ha sido Dios para conmigo, comparándolo con lo que yo he sido para con él y la gravísima injuria que es ofender á un infinito bienhechor. — Lo primero, ponderaré los beneficios dé la creacion, conservacion y gobernacion, los cuales encierran bienes innumerables que tocan al ser natural de cuerpo y alma, y la ayudan para el ser sobre-

natural de la gracia; y con esta consideracion procuraré dolerme grandemente por haber ofendido á mi Criador, sin el cual no tuviera ser; á mi Conservador, sin el cual no puedo durar; y á mi Gobernador, sin cuya providencia no puedo vivir. Para esto, ayudará mucho ponderar todo lo que dijo Moisés á su pueblo en el cántico que hizo dándole en rostro con sus pecados, especialmente aquellas palabras (*Deut.* XXXII, 6): Pueblo necio é ignorante, ¿esta paga das al Señor? ¿Por ventura no es tu Padre, que te poseyó, te hizo y te crió? Dejaste á Dios que te engendró, y te has olvidado del Señor que es tu Criador y Salvador.

2. Lo segundo, ponderaré los beneficios de la redencion, donde entran la encarnacion del Verbo eterno, y todos los trabajos de la vida, pasion y muerte de Cristo nuestro Señor, mirándole como á padre, pastor, médico, maestro y salvador nuestro. De suerte, que con mis pecados he injuriado al que tiene todos estos títulos para conmigo. Y, como dice el Apóstol (*Hebr.* VI, 6), he crucificado dentro de mí á Jesucristo, he hollado al Hijo de Dios, pisado su sangre, despreciado sus ejemplos, atropellado sus leyes y preceptos, y he vivido como si tal redencion no hubiera pasado en el mundo para mí. Pues ¿cómo no te deshaces, ó alma mia, en lágrimas habiendo ofendido á tal Padre, á tal Maestro, á tal Pastor y Redentor? ¿Cómo no se te parte por medio el corazon de dolor, por haber ofendido con tus pecados al que murió por librarte de ellos? Ó Redentor mio, ¡cuánto me pesa de haberte ofendido! Perdona, Señor, mis ofensas; lava con tu sangre las manchas de mis culpas, y en virtud suya propongo, con tu gracia, de no volver mas á mancharme con ellas.

3. Á esto puedo ponderar los beneficios de la santificacion, donde entra el Bautismo y los demás Sacramentos, y especialmente el de la Penitencia, Eucaristía, las inspiraciones del Espíritu Santo, y otros innumerables beneficios manifiestos y ocultos; y tambien la promesa de los beneficios futuros en la glorificacion y resurreccion. De todos los cuales me tengo de hacer cargo, y con un grande pasmo admirarme de que haya correspondido á tantos beneficios con tan malos servicios, andando en competencia con Dios, él haciéndome mercedes y dándome grandes dones, y yo haciéndole injurias y cometiendo graves pecados, ponderando que cada pecado, en cierto modo, es un desagradecimiento infinito, por ser contra un bienhechor infinito, y contra infinitos beneficios que de su mano he recibido, dados con infinito amor, sin merecimientos mios.

4. Para exagerar mas la gravedad de mis culpas por este título,

será bien aprovecharme de algunas historias que hacen á este propósito, como es la de José (*Genes.* XXXIX, 9), que le pareció imposible pecar con la mujer de su señor, de quien tantos bienes habia recibido. Y la de Saul (I *Reg.* XIX, 6), que con ser cruel perseguidor de David, se amansó cuando oyó contar los grandes servicios que le habia hecho; y cuando vió que David pudiéndole matar, no le habia muerto, se compungió y dijo (I *Reg.* XXIV, 18): Mas justo eres tú que yo, porque tú me has hecho muchos bienes, y yo te he vuelto en retorno muchos males. Ó alma mia, ¿cómo puedes pecar contra tu Dios y Señor, de quien has recibido todo el bien que tienes? Ó Dios de mi corazon, ¡cuán mas justo eres tú que yo, porque tú no cesas de hacerme misericordias, y yo no ceso de hacerte ofensas! Tú pudiéndome quitar la vida y el ser, no lo haces, y yo no pudiendo quitártele, cuanto es de mi parte intento hacerlo. Tú cortaste la cabeza al gigante, y quebrantaste la cabeza de la serpiente por librarme de la muerte, y yo me sujeto á ella con ofensa tuya. ¿Quién hay que pudiendo matar á su enemigo no le mate? y tú quieres morir porque él no muera. Perdona, Señor mi bestial desagradecimiento, y ayúdame con tu copiosa gracia para que no torne á caer en tan horrenda miseria.

PUNTO TERCERO. — Lo tercero, se ha de considerar el motivo que tuve para pecar; porque sin duda crece la grandeza de la injuria cuando se hace por una causa y ocasion muy leve. Pues ¿por qué ofendí á Dios? Por un regalillo de la carne, por un puntillo de honra, por un interesillo de hacienda, por un gustillo de mi propia voluntad, finalmente por cosas vilísimas que pasan como humo, y son como si no fuesen en comparacion de Dios. Y con ser tales, por ellas negué con mis obras á Dios vivo, y de ellas hice para mí ídolo (*Tit.* I, 16) y dios falso (*Ierem.* II, 12), estimándolas en mas que á Dios verdadero, crucificando dentro de mí á Cristo, por dar la vida á Barrabás que es el pecado. Ó Señor mio, ¡con cuánta razon decís á los cielos que se espanten, y á sus puertas que se rompan y quebranten de espanto, por dos males que hizo vuestro pueblo; y yo miserable pecador los he hecho infinitas veces, dejándoos á Vos fuente de agua viva, y cavando con trabajo aljibes rotos que no pueden retener el agua! ¡Oh trabajo mal empleado! oh trueque desatinado! Dejé á Dios infinito y á la fuente perpétua de infinitos y eternos bienes, por una nonada de bien temporal y perecedero, que es como aljibe roto, que sin sentir pierde el agua que tenia, y queda seco. Ó alma mia, si tan vil te parece el hecho de Esaú, que vendió

su mayorazgo por una escudilla de lentejas (*Hebr.* XII, 16); ¿cuánto mas vil será el tuyo que vendes el mayorazgo del cielo por un pequeño interés de la tierra? Aquel le vendió por conservar su vida, y tú por venderle incurres en la muerte. Y si aquel no halló lugar de penitencia para revocar la venta, justo fuera que tampoco tú le hallaras, pues fue tu culpa mas grave que la suya. Mas pues es mayor la divina misericordia, acude á ella con humildad, para que deshaga con su gracia la venta mala que tú hiciste por tu culpa.—Finalmente, en esta meditacion y en las siguientes, tengo de hacer grande hincapié en esta verdad, que es increible desvarío creer con la fe lo que creo, y vivir de la manera que vivo; esto es, creer que el pecado es tan malo, como hemos dicho, y con todo eso cometerle: creer que Dios es tan bueno y tan justiciero, y sin embargo de esto ofenderle; y así en lo demás.

PUNTO CUARTO.—El cuarto punto será, prorumpir con estas consideraciones en una exclamacion con afecto vehemente, lleno de espanto de que las criaturas me hayan sufrido, habiendo yo ofendido tan gravemente á su Criador y Bienhechor. ¿Cómo los Ángeles, que son ministros de la divina justicia, no han desenvainado su espada de fuego contra mí? (*Genes.* III, 21). ¿Cómo me han guardado y cómo han abogado por un tan mal hombre como yo? ¿Cómo el sol, luna y estrellas me han alumbrado con su luz y conservado con sus influencias? Cómo han ayudado á mi sustento los elementos, las aves del aire, los peces del mar, los animales y plantas de la tierra? Confieso que no merezco el pan que como, ni el agua que bebo, ni el aire con que respiro, ni soy digno de levantar los ojos al cielo; antes merecia que de allá bajaran rayos de fuego que me abrasaran como á Sodoma y Gomorra, ó que la tierra se abriera y me tragara vivo como á Datan y Abiron, y que se inventaran nuevos infiernos para castigar mis graves pecados. Y pues no han sido bastantes para enfrenarme la bondad, sabiduría, inmensidad, omnipotencia, largueza, beneficencia y caridad de Dios, era justo que su justicia saliera á vengar los agravios hechos á estas divinas perfecciones y á estos soberanos beneficios, y que diera licencia á todas las criaturas, como se la dará el dia del juicio, para que tomaran venganza de mí (*Sap.* V, 18), por las injurias que hice al Criador, y á ellas por ofenderle á él. Pero, Dios mio y Criador mio, ya que por vuestra misericordia habeis tenido por bien de sufrirme, añadid este beneficio á los pasados, teniendo por bien de perdonarme. Amen.

MEDITACION VI.

DE LA GRAVEDAD DEL PECADO POR COMPARACION Á LAS PENAS TEMPORALES Y ETERNAS CON QUE ES CASTIGADO.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar la gravedad del pecado mortal, por comparacion á todas las penas y miserias que hay en esta vida, ponderando como es causa de estos males temporales, castigándole Dios justísimamente con ellos. Para cuya prueba puedo discurrir por los bienes exteriores, que llamamos de fortuna, y por los que tocan al cuerpo, los cuales destruye el pecado. —Lo primero, destruye las haciendas, quitándolas Dios á los pecadores, porque usan mal de ellas, como despojó á los egipcios de sus joyas, y á los jebuseos y cananeos de sus tierras.-El pecado tambien destruye la honra, porque quien quita, cuanto es de su parte, la honra á Dios y á su prójimo, merece perder la suya. El sumo sacerdote Helí y sus hijos perdieron por esto la honra del sacerdocio con la vida, diciéndoles Dios: *Qui contemnunt me, erunt ignobiles.* Los que me desprecian serán abatidos. (I *Reg.* II, 30).-El pecado destruye el cetro y el imperio. Por la desobediencia quitó Dios (I *Reg.* XIII, 15) á Saul el reino que le habia dado; y Nabucodonosor (*Dan.* IV, 22) por la jactancia perdió el suyo, viviendo siete años como bestia, cortando Dios aquel árbol tan vistoso, porque sus pecados no merecieron que estuviese en pié. Y es justo castigo que no tenga dignidad, ni mando en la tierra, quien no se rinde al Rey de la tierra y cielo: y que no tenga preeminencia sobre hombres, quien por el pecado se hace semejante á las bestias.

2. Demás de esto, el pecado destruye la salud, castigando Dios á los pecadores con muchedumbre y variedad de enfermedades, llagas de piés á cabeza (*Isai.* I, 6); porque no merece tener salud quien la emplea en ofender al que se la dió; y quien tiene su alma enferma, pudiendo sanarla, digno es de tener el cuerpo enfermo, sin que pueda sanarle: como el tullido, que en treinta y ocho años no pudo sanar en la probática piscina donde otros sanaban. (*Ioan.* V, 5). —El pecado quita el contento y alegría, causando tristeza mortal que seca los huesos y da una vida peor que la misma muerte. Como aquella ciudad que decia: Llenado me ha Dios de amarguras (*Thren.* III, 15), y hame embriagado con ajenjos. Y como el miserable rey Antíoco (I *Mach.* VI, 11), que dijo: ¿Á cuánta tribulacion

y á qué olas de tristeza he venido yo, que era alegre y amado en mi señorío?—El pecado quita la vida, causando la muerte por mil medios desastrados. Por los pecados de Faraon y de su reino, mató un Ángel en una noche todos los primogénitos; y otro dia anegó todo su ejército de innumerables hombres. Y otro Ángel en el campo de Senacherib mató ochenta mil hombres; y muchos israelitas perecieron en el desierto con varios géneros de muertes.

3. Finalmente, el pecado causa aquellos tres males terribles (II *Reg.* XXIV, 12) que ofrecieron á David para que escogiese uno en castigo de su culpa, hambre, guerra y pestilencia, con los cuales perecen innumerables hombres con suma miseria y rabia. Y asimismo por los pecados vienen los temblores de la tierra, las tempestades del mar, los diluvios, fuegos, rayos, granizos, piedras y otros tales castigos; porque como el pecado es injuria del Criador universal, todas las criaturas son instrumentos para su venganza. — Luego aplicaré todo esto á mí mismo, mirando los males y miserias que padezco, y entenderé que todas me han venido justamente por mis pecados, para que conozca y vea por experiencia, como dice Jeremías (*Ierem.* II, 19), cuán malo y amargo es dejar á Dios y no temerle. Y así del horror que tengo á estas penas sacaré horror de las culpas, diciéndome á mí mismo: Pues tanto temes las miserias temporales, ¿cómo no temes la culpa, que es causa de ellas? Si tiemblas de la pobreza y deshonra, ¿por qué no tiemblas del pecado, de donde ambas proceden? Y si huyes la enfermedad del cuerpo, ¿cómo no huyes la enfermedad del alma, pues aquella para en muerte temporal, y esta en muerte eterna? Ó Dios eterno, esclaréceme con tu luz soberana, para que por el temor que tengo de los males del cuerpo, aprenda á temer los males del alma.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como el pecado es un mal incomparablemente mayor que todos los males temporales que se han dicho; ni con ellos se puede pagar la mínima parte de la pena que un solo pecado mortal merece, ponderando algunas razones claras, que traen los Santos, de esta verdad. - La primera, porque todos los males que se han dicho privan de bienes criados, que son muy limitados; pero el pecado priva de un bien infinito, que es Dios (*D. Thom.* 1 *p. q.* 48, *art.* 6), y como solo Dios se llama por excelencia bueno, porque las demás cosas criadas, aunque tengan alguna bondad, comparada con la de Dios, es como si no fuese; así solo el pecado se puede llamar absolutamente malo, y la malicia de las demás miserias es como si no fuese, en su com-

paracion: ni todas juntas bastarán á darme apellido de malo, si me falta el pecado, y por este solo seré malo, aunque me falten las otras miserias.—De aquí es, que si se juntasen en mí todas las penalidades de esta vida, pobreza, deshonra, enfermedad, dolor, tristeza y persecucion, con todos los tormentos que han padecido los Mártires, no igualan con la miseria de un pecado mortal, y de buena gana me tengo de ofrecer á pasar por todas, antes que cometerle, á imitacion de aquel insigne mártir Macabeo (II *Mach.* VI, 23), que respondió á los que le amenazaban con graves tormentos si no quebrantaba un mandamiento de la divina ley: *Praemitti se velle in infernum*, que antes se dejaria echar en el infierno; esto es, que antes se dejaria matar y hacer pedazos, y hundir mil estadios debajo de tierra con terribles dolores é ignominias, que hacer tal pecado. Ó Mártires gloriosísimos que os ofrecísteis á padecer tan graves tormentos por no hacer un solo pecado, queriendo mas perder la vida, que admitir, ni por un instante, la culpa, suplicad á vuestro Rey eterno y soberano que me conceda tal caridad y fortaleza, que por huir la culpa estime en poco cualquier pena.

2. En confirmacion de esto ponderaré, como excede tanto al mal de la pena el mal de la culpa, que Dios nuestro Señor, con ser infinitamente bueno, puede ser autor y causa de cualquier pena; antes, como dijo el profeta Amós (*c.* III, 6), no hay mal de estos en la ciudad, que Dios no le haya hecho, porque esto no le hace malo, ni es contrario á su bondad; pero es imposible que sea autor ni causa de culpa por mínima que sea, porque esto seria contra su bondad: la cual, como dice el profeta Habacuc (*c.* I, 13), no puede mirar á la maldad, aprobándola ó complaciéndose en ella.—Y por la misma razon, haciéndose Dios hombre, pudo tomar sobre sí todos cuantos males de sola pena hay en el mundo (*D. Thom.* 3 *p. q.* 14 *et* 15); pero es imposible que en él se hallase mal de culpa: y Cristo nuestro Señor se ofreciera á padecer los tormentos y deshonras que padeció y otros muy mayores, si fuera necesario, solo por no hacer un pecado; y á su imitacion he yo de hacer lo mismo, doliéndome del yerro en que hasta aquí he vivido. Ó Dios purísimo que estando libre de culpas y de penas, tomando nuestra naturaleza, te cargaste de penas para descubrir el aborrecimiento que tienes á las culpas, cárgame aquí de tormentos, con tal que para siempre me libres de pecados.

3. De aquí procede otra tercera razon, que declara mucho la gravedad de la culpa; porque Dios nuestro Señor, con su infinita sa-

biduría, ordena los males de esta vida para medicina del pecado. Y pues ningun médico sábio hace un mal muy grande para curar otro pequeño, señal es que todas estas miserias son menor mal que la culpa (*D. Thom.* 1 *p. q.* 48, *a.* 6, *in sed cont.*): y así con gran razon nuestro misericordiosísimo salvador y médico Cristo Jesús quiso padecer tan terribles penas en su pasion y muerte para librarnos de nuestras culpas; y aunque fueran mucho mayores de lo que fueron, no igualaran con nuestros pecados, ni bastaran á pagar por ellos, ni á curarlos, si la persona que las padecia no fuera de infinita dignidad y santidad. De donde sacaré un gran horror á tan terrible enfermedad, para cuya cura se ordenan jarabes y purgas tan amargas. Y juntamente grande paciencia en mis trabajos, considerando que, por muy grandes que sean, son incomparablemente menores que mis culpas, diciendo lo que está escrito en Job (*c.* XXXIII, 27): *Peccavi, et vere deliqui, et ut eram dignus non recepi.* Pequé y verdaderamente delinquí, y no he recibido el castigo que merecía por mi pecado. Ó Médico del cielo que conoces bien la gravedad de mis llagas, aquí abrasa y corta, con tal que me sanes de ellas.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la gravedad del pecado, por comparacion á las penas eternas, ponderando: Lo primero, que es tan grande mal el pecado mortal que, despues de haber causado todos los males de esta vida, que se han dicho, como si no hubiera hecho nada, así causa los males eternos de la otra, castigando Dios con ellos al pecador que permanece en su culpa, como si en esta vida no hubiera recibido castigo alguno. De suerte, que ni las diez plagas de Egipto, ni el fuego de Sodoma, ni los azotes de la desastrada Jerusalen, ni la penas que aquí padecen los pecadores rebeldes á Dios se toman en cuenta para aliviar los castigos del infierno; los cuales serán tan grandes, como si acá no hubieran padecido otros. Y así, sin hacer caso de ellos, dice el profeta Nahum (*c.* I, 9), que Dios no castiga una cosa dos veces, porque el castigo de esta vida es como si no fuese; y, como dice san Gregorio (lib. XIII Mor. *c.* 13), es principio del eterno.

2. Lo segundo, ponderaré la razon de este rigor justísimo; porque como la culpa es una injuria infinita, al modo que se ha dicho, y todas las penas de esta vida son finitas, no se castiga bastantemente con ellas si no suceden otras que tengan alguna infinidad, cuales son las del infierno, por dos títulos.—El primero, por ser eternas y no tener fin en su duracion.—El segundo, porque privan de un bien infinito, que es la vista de Dios para siempre. Por lo cual, dice san

Agustin (In ill. Psalm. XLIX: *Ignis in conspectu eius exardescet*), que aunque no hubiera dia de juicio universal para los pecadores, aunque por toda la eternidad hubieran de vivir con abundancia de deleites, sin temor de castigo, solamente por haber de carecer para siempre de la dichosa vista de Dios habian de llorar amargamente; porque no es posible imaginar pena que iguale á esta para quien tiene viva fe de lo que es Dios: *Quia haec amantibus poena est, non contemnentibus.* Esta pena siéntenla los que aman, no los que la desprecian. Y porque pocos en esta vida la sienten, se amenaza otra que se siente mucho, de terribilísimo fuego, en cuya comparacion las penas de acá son ligerísimas, como si no fuesen penas. Pues ¿cómo no temblaré de estar rebelde en la culpa, mereciendo (*Ierem.* XVII, 18) que me castigue Dios con doblada tribulacion, y que me quebrante con doblado quebrantamiento, siendo el castigo temporal un rasguño y principio del eterno? Ó Dios infinito, líbrame de esta rebeldía, para que no caiga en tanta miseria,

PUNTO CUARTO. — Últimamente, consideraré lo sumo que con toda verdad se puede decir del pecado, que con ser tan terribles los males de sola pena que se padecen en el infierno, es incomparablemente mayor mal que todos ellos. De suerte que si un hombre padeciese las penas del infierno sin pecado, y otro tuviese un solo pecado mortal, este seria mas malo y miserable que esotro. Y si á un lado se pusiesen todas las penas del infierno desnudas de culpa, y á otro lado una sola culpa mortal, y fuese forzoso escoger una de las dos cosas, yo, dice san Anselmo (Lib. de Similit. *c.* 190), escogeria arrojarme en los infiernos, antes que hacer un pecado mortal. Y como el santo Eleázaro diria: *Praemitti velle in infernum,* que quiero mas entrar en el mismo infierno sin culpa, que con ella quedar en el mundo; porque la muerte de la culpa, dice el Sábio (*Eccli.* XXVIII, 25), es malísima: *Et utilis potius infernus quam illa;* y la sepultura y aun el mismo infierno, cuanto á la pena, es menos dañoso que ella. Ó Dios infinito, asienta en mi corazon esta verdad, para que tema mucho mas al pecado que al infierno; pues de verdad no hay peor infierno, que estar en pecado. Ó alma mia, llora con amargura tus pecados, no solo por el infierno que has merecido, sino mucho mas por el grave mal que contra Dios has hecho. (*Ierem.* XXX, 14). Cesa luego de pecar porque no te hiera Dios con castigo cruel y con llaga de enemigo, permitiendo que te endurezcas en las culpas, para castigarte con las penas eternas.

2. Acerca de esta última ponderacion se ha de advertir, que no

se ha puesto porque sea menester hacer esta comparacion; pues nunca el infierno está sin culpa, ni puede haber caso en que se pueda escoger el infierno por no hacer un pecado, sino para que se vea por aquí cuán grave mal es un pecado, y cuán digno es de ser sumamente aborrecido mas que el infierno y aunque no hubiera infierno. Por lo cual, dice san Ambrosio (Lib. III de Offic. *c.* 5), que no hay pena mas grave que la llaga de la conciencia; ni hay juicio mas riguroso que el doméstico, con el cual cada uno se juzga por culpado. Y cuando el justo, dice, tuviera el anillo de Giges, con el cual pudiese hacer lo que quisiese, sin ser visto, no pecaria, porque no se aparta de la culpa por temor del castigo, sino por el horror que tiene á la maldad y por el amor de la virtud.

—Lo que en esta meditacion se ha dicho en general, se verá mas claramente por lo particular que se dirá en las siguientes de las postrimerías del hombre, y en los castigos especiales que corresponden á los siete pecados mortales.—

MEDITACIONES DE NUESTRAS POSTRIMERÍAS

PARA MOVERNOS AL ABORRECIMIENTO DE LOS PECADOS.

—Las meditaciones de las postrimerías del hombre, que son muerte y sepultura, juicio particular y universal, infierno, purgatorio y gloria, son eficacísimas para movernos al aborrecimiento de nuestros pecados y al propósito eficaz de nunca mas volver á ellos. Por lo cual dijo el Eclesiástico (*c.* VII, 40): En todas tus obras acuérdate de tus postrimerías, y nunca pecarás. Y por la misma razon dijo Moisés á su pueblo (*Deut.* XXXII, 29): Ojalá supiesen y entendiesen y se previniesen para sus postrimerías; dando á entender, que nuestra verdadera sabiduría, inteligencia y providencia, está en meditar y rumiar bien las cosas que nos han de suceder al fin de la vida, y prevenirnos para ellas; y en especial la meditacion de la muerte, como la experiencia nos lo enseña, es muy provechosa para todos los que caminan en cualquiera de las tres vias, purgativa, iluminativa y unitiva; en la cual deberian todos ejercitarse frecuentemente, aunque con diferentes fines. Los principiantes para purgarse de sus pecados, antes que la muerte los salte y coja desapercibidos. Los que aprovechan para darse prisa á granjear las virtudes, viendo que el tiempo de merecer es brevísimo y de repente le corta la muerte. Los perfectos para despreciar todas las cosas criadas, con deseo de unirse por amor con su Criador; y así apuntaremos consi-

deraciones que puedan aprovechar á todos, pero mas especialmente las que ayudan al fin de la via purgativa, de que ahora tratamos. —

MEDITACION VII.

DE LAS PROPIEDADES DE LA MUERTE.

—En esta meditacion consideraremos algunas propiedades de la muerte, y los fines que pretendió Dios en ellas para nuestro provecho, reduciéndolas á tres, que son las mas principales. —

Punto primero. — 1. La primera propiedad de la muerte es, ser certísima, sin que ninguno se pueda escapar de ella en el tiempo que Dios tiene determinado. (*Hebr.* IX, 27). —En lo cual se ha de ponderar lo primero, que Dios nuestro Señor desde su eternidad tiene determinados los años de nuestra vida y señalado el mes (*Psalmus* XXXVIII, 6), el dia y la hora en que cada uno ha de morir, sin que sea posible, como dice Job (*c.* XIV, 5), pasar de él un punto: ni hay rey ni monarca que pueda añadirse á sí ó á otro un momento de vida sobre lo que Dios ha determinado. Y así como entré en el mundo el dia que Dios quiso, y no antes; así tambien saldré de él el dia que Dios quisiere, y no despues. Para que entienda, que cualquier dia que vivo le recibo de gracia, y los que he vivido han sido de gracia; pues pudiera Nuestro Señor haberme señalado plazos de vida mas cortos, como señaló á otros que murieron en el vientre de sus madres, y en su niñez. Y pues mi vida está tan colgada de Dios, justo es gastar todo el tiempo de ella en servicio de quien me la da, teniendo por sumo desagradecimiento emplear un solo momento en ofenderle.

2. Lo segundo, he de ponderar que Dios nuestro Señor en este su decreto acortó ó alargó los dias que podian vivir algunos hombres, segun su natural complexion, por los secretos fines de su soberana providencia; porque á unos por sus oraciones ó de otros Santos alarga los dias de la vida: como al rey Ezequías añadió quince años porque con lágrimas se lo pidió. (III *Reg.* XX, 6). Y lo mismo ha sucedido en los difuntos que milagrosamente han resucitado. Á otros acorta los dias de la vida por uno de dos fines, ó por su salvacion, arrebatándoles, como dice el Sábio (*Sap.* IV, 4, 11), en su mocedad, antes que la malicia trastornase su juicio, y la ficcion engañase su alma; ó al contrario en castigo de sus graves pecados, ó por atajarles los pasos, porque no añadiesen otros mayores. Por lo cual, dijo

David (*Psalm.* LIV, 24), que los varones de sangre, esto es, los muy malos y crueles, no dimediarán sus dias. Y aun algunas veces los acorta en castigo de culpas que parecen ligeras; como le sucedió al Profeta (III *Reg.* XXIII, 24), que engañado de otro comió en el lugar donde Dios le habia mandado que no comiese. De todo esto sacaré propósito firme de concertar los dias de mi vida, de modo que no los acorte Dios por mis pecados, diciéndole con David (*Psalmus* CI, 25): No me llames, Señor, en medio de mis dias con muerte apresurada: acuérdate que tus años son eternos, y compadécete de los mios que son tan pocos.

PUNTO SEGUNDO. — 1. La segunda propiedad de la muerte es, que cuanto al dia, lugar y modo, es ocultísima á todos los hombres y manifiesta á solo Dios. – En lo cual ponderaré lo primero, como no podemos saber el dia ni la hora en que hemos de morir (*Matth.* XXIV, 42), ni el lugar, ni la ocasion ó coyuntura en que nos ha de coger la muerte, ni el modo como hemos de morir, si será con muerte natural, por enfermedad y por qué género de enfermedad, ó si será con muerte violenta, por fuego ó agua, ó á manos de hombres ó de fieras, ó por algun rayo ó teja de algun tejado que caiga sobre nosotros. Esto solo sabemos, que vendrá de repente la muerte ó la enfermedad y ocasion de ella; y que cuando uno está mas descuidado le saltea como ladron que viene de noche á escalar la casa y robar la hacienda: así, dice Cristo nuestro Señor, vendrá el Hijo del hombre á escalar vuestra casa, que es el cuerpo, y robar y sacar de él el alma y hacer juicio de ella. (*Luc.* XII, 40).

2. Lo segundo, ponderaré los fines que tuvo Nuestro Señor en esta traza de su providencia (*Eccli.* IX, 10); es á saber, para obligarnos á estar siempre en vela, temiendo esta hora, previniéndonos para ella, haciendo penitencia de nuestros pecados antes que la muerte nos ataje, y dándonos prisa á merecer y trabajar antes que se acabe la luz (*Ioan.* XII, 35), y se muera la candela de improviso, y nos quedemos á oscuras. Esto concluia Cristo nuestro Señor en las parábolas que puso de esta materia. Unas veces decia (*Matth.* XXV, 13): *Vigilate, quia nescitis diem, neque horam.* Velad en todos los dias y en todas las horas, porque no sabeis el dia ni la hora de vuestra muerte. Otras veces decia (*Luc.* XII, 40): Velad, porque no sabeis la hora en que vuestro Señor ha de venir; y estad aparejados, porque en la hora que no penseis vendrá el Hijo del hombre. Con estas palabras me exhortaré á mí mismo á menudo, diciéndome: Ciñe tu cuerpo con la mortificacion de tus vicios y pa-

siones, y toma en tus manos hachas encendidas de virtudes y buenas obras, y está siempre en vela esperando la venida de Cristo, porque vendrá cuando menos pienses; y la hora que tú tuvieres mas olvidada, será quizá la que él tiene señalada; y si no te halla muy apercibido has de hallarte muy burlado.

3. Lo tercero, ponderaré como todas las muertes repentinas y arrebatadas que han sucedido y suceden cada dia son recuerdos que Nuestro Señor me da de esta verdad, para que tema y me apareje; porque la muerte que pasa por cualquier hombre, puede tambien pasar por mí. Y así, cuando veo ú oigo decir, que de repente unos mueren á espada, otros á manos de sus enemigos, y otros echándose á dormir sanos durmieron el último sueño de la muerte; de todo esto he de sacar temor y aviso, porque será posible venga por mí tal modo de muerte arrebatada. Para lo cual he de ponderar mucho, que cualquier pecado mortal es merecedor de que me castigue con esta muerte la divina justicia, si no hago penitencia, como lo avisó Cristo nuestro Señor, á propósito de dos casos semejantes que sucedieron en su tiempo, matando Pilatos de repente á ciertos galileos, y cayéndose la torre de Siloé sobre diez y ocho hombres. ¿Pensais, dice, que estos hombres eran los mayores pecadores de Galilea ó de Jerusalen? (*Luc.* XIII, 3). *Non dico vobis, sed nisi poenitentiam habueritis, omnes similiter peribitis?* Dígoos, que no es así, sino esto sucedió para que entendais que si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis de la misma manera; que es decir: Cuando viéreis morir algunos de repente y con muerte desastrada, no os asegureis vanamente, diciendo que esto les sucedió por ser grandes pecadores; porque os digo de verdad, que cualquier pecador, aunque no sea tan grande, si no hace penitencia, es digno de este castigo, y vendrá á perecer como estos perecieron. Pues si esto es así verdad, como lo es, ¿cómo no tiemblo de estar una hora en pecado mortal, de cualquier modo que sea? ¿Quién me puede asegurar de que no vendrá por mí el castigo que tan justamente tengo merecido? ¿Quién me ha exceptuado de esta general amenaza que hace Cristo nuestro Dios á todos los pecadores? ¡Oh pecador miserable, ten misericordia de tu alma (*Eccli.* XXX, 24), procurando aplacar á Dios con la penitencia, antes que te coja de repente tan horrenda miseria!

PUNTO TERCERO.—La tercera propiedad de la muerte es, que no sucede mas que una vez, conforme al dicho del apóstol san Pablo (*Hebr.* IX, 27): *Statutum est hominibus semel mori.* Estatuto y de-

creto es de Dios, que todos los hombres mueran una vez. De donde se sigue, que el daño y yerro de la mala muerte, con ser el sumo de todos, es irremediable por toda la eternidad; así como el acierto de la buena muerte es perdurable por la misma eternidad. De suerte, que si una vez muero en pecado mortal, no hay medio para remediar este daño; porque, como dice Salomon (*Eccli.* XI, 3), donde quiera que cayere el árbol cuando le cortaren, al septentrion ó al mediodía, allí se quedará para siempre jamás.—Y si cae al septentrion del infierno, por la obstinacion en la culpa, no hay remedio para volver á cobrar la gracia, ni escaparse de la pena. Así como si cae al mediodía del cielo, con la perseverancia en la gracia, no hay temor de volver otra vez á la culpa, ni de perder la gloria. Con la viva consideracion de esta verdad y de las pasadas, tengo por una parte de espantarme de mí mismo, como creyendo esto con tanta certeza de fe vivo con tanto descuido de mi salvacion, y con tanto olvido en cosa que tanto me importa; y por otra parte alentarme á procurar con suma presteza la penitencia y enmienda de la vida, y el fervor de ella, suplicando humildemente á Nuestro Señor que corte el árbol de mi vida en tal tiempo y lugar, y en tal ocasion, que no caiga al lado del infierno, sino al lado del cielo. Y juntamente examinaré, como dice san Bernardo (Ser. 49, ex parvis), á qué lado caeria si Dios me cortase ahora; y procuraré asegurar mi buen suceso, haciendo frutos dignos de verdadera penitencia; con los cuales el árbol se inclina á la parte de la gloria; y siendo entonces cortado, será trasplantado en ella.

—Los engaños prácticos que padecen los hombres acerca de las tres verdades que se han dicho se pondrán en la meditacion XII.—

MEDITACION VIII.

DE LAS COSAS QUE CAUSAN CONGOJA Y AFLICCION AL QUE ESTÁ CERCANO Á LA MUERTE.

—Las cosas que me pueden dar pena y causar grande congoja en la hora de la muerte se pueden reducir á tres órdenes, unas pasadas, otras presentes, y otras por venir. Y para sentirlas mejor, he de hacerme presente á aquella hora, como si estuviese en la cama desahuciado de los médicos y sin esperanza de vida. Lo cual no es dificultoso de persuadir, pues es posible que cuando estoy diciendo ó leyendo ó pensando en esto, no me falte mas que un dia de

vida, y pues algun dia ha de ser el último, puedo imaginar que es el dia presente. —

Punto primero. — 1. Lo primero, consideraré la grande pena y afliccion que me causará la memoria de todas las cosas pasadas, discurriendo por las mas principales.—Lo primero, me afligirá grandemente la memoria de los pecados pasados y de todas las libertades, carnalidades, venganzas, ambiciones y codicias que he tenido en el discurso de mi vida. Á mas las tibiezas en el servicio de Dios, las negligencias y omisiones, y todas las demás culpas cuando no están muy lloradas y enmendadas. Tengo de imaginar que se hace entonces de todos mis pecados un ejército, como de toros, leones, tigres y otras fieras que me despedazan el corazon (*Psalm.* XXI, 13): ó como un ejército de terribles gusanos que roen y remuerden mi conciencia, sin que las riquezas, ni los deleites de que gocé, sean parte para cerrar sus crueles bocas, porque pasado el deleite de la culpa, no queda sino el acedía de la pena; y despues que bebí el vino dulce del deleite sensual, soy forzado á beber la amargura de sus heces. Entonces se cumple lo que dice David (*Psalm.* XVII, 5): Me han cercado dolores de muerte, y los arroyos de la maldad me han congojado, dolores de infierno me han cercado por todas partes, y lazos de la muerte me han apretado sin pensar. ¡Oh qué dolores tan amargos! oh qué arroyos tan furiosos! oh qué lazos tan estrechos serán estos, de los cuales ni me podré librar por mis solas fuerzas, y apenas sabré aprovecharme de ellos, porque la amargura de estos dolores me provocará á desconfianza; la furia vehemente de estos arroyos me turbará el juicio; y la estrechura de estos lazos me apretará la garganta, para no pedir perdon de mis pecados, aprovechándose de todo esto el demonio para que no salga de ellos. Ó alma mia, llora y confiesa bien tus pecados en vida, porque no te inquieten ni atormenten en la muerte. No digas (*Eccli.* V, 4): He pecado, y ninguna cosa triste me ha sucedido, porque se pasará presto la alegría y vendrá de golpe la tristeza. No pierdas de todo punto el miedo del pecado que tienes por perdonado, porque no te retoñezca en la muerte el pecado que lloraste mal en la vida. Estos y otros avisos, que apunta el Eclesiástico en su capítulo V, he de sacar de esta consideracion, con ánimo de comenzar luego á ponerlos por obra.

2. Lo segundo, ponderaré como entonces no solamente me atormentará y afligirá la memoria de los pecados, sino tambien la pérdida del tiempo que tuve para negociar un negocio tan importante

como el de mi salvacion, y haber dejado pasar muchas ocasiones que Dios me ofreció para ello. Entonces desearé un dia de los muchos que ahora desperdicio durmiendo, jugando y parlando por entretenerme, y no se me concederá. Entonces me afligirá no haber frecuentado los santos Sacramentos, ni los ejercicios de oracion; no haber respondido á las divinas inspiraciones, ni oido sermones, ni ejercitado obras de penitencia, y no haber dado limosnas á pobres para ganar amigos que me reciban en las eternas moradas; ni haber sido devoto de los Santos, que en aquel aprieto pueden ser mis valedores y abogados. Entonces haré grandes propósitos de hacer lo que no hice cuando pude, deseando vivir para cumplirlos; y quizá todos serán sin provecho, como los del miserable rey Antíoco, cruel perseguidor de los hebreos, el cual, estando á la muerte, aunque hacia grandes promesas y plegarias á Dios, dice la Escritura (II *Mach.* IX, 13), que oraba este malvado al Señor, de quien no habia de alcanzar misericordia. No porque faltase á Dios misericordia, sino porque faltaba al miserable la verdadera disposicion para recibirla, porque todos aquellos propósitos nacian de puro temor servil, y eran como torcedor para alcanzar salud, como si pudiera engañar á Dios como engañaba á los hombres.

3. De esta consideracion he de sacar, como la hora de la muerte es hora de desengaños, en la cual juzgaré de todas las cosas diferentemente que ahora, teniendo, como dice el Eclesiastés (*c.* II, 11), por vanidad lo que antes tenia por cordura; y al contrario, teniendo por cordura lo que antes tenia por vanidad. Y así la verdadera cordura está en proponer con eficacia lo que entonces querria haber hecho, y cumplirlo luego; porque ley ordinaria es, que quien bien vive, bien muere, y quien vive muy mal, raras veces acierta á morir bien. Y en especial haré un gran propósito de no perder punto de tiempo, ni dejar pasar ocasion de mi aprovechamiento, acordándome de lo que dice el Eclesiástico (*c.* XIV, 14): No te prives del buen dia, ni dejes pasar partecica del buen don, aprovechándote de todo para gloria del que te lo da.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, consideraré la gran afliccion que sentirá mi álma en dejar todas las cosas presentes (*Psalm.* XLVIII, 12), si las poseo con mala conciencia ó desordenada aficion; para lo cual me tengo de persuadir que en aquella hora, por fuerza y mal que me pese, tengo de dejar tres suertes de cosas.—Lo primero, he de dejar las riquezas, dignidades, oficios, regalos y posesiones que tuviere, sin poder llevar conmigo cosa alguna; y cuanto tuviere ma-

yores bienes, tanto será mas amargo el dejarlos. Porque la muerte, como dice el Eclesiástico (*c.* XLI, 1), es muy amarga para el que tiene paz con sus riquezas y dignidades, y está con deseo de vivir para gozar mas tiempo de ellas: y los pecados que hizo en procurarlas, ó usar mal de ellas, aumentarán esta amargura, ordenándolo así la divina justicia para que las cosas que fueron instrumento de sus viciosos deleites en vida, sean sus verdugos y atormentadores en la muerte. Entonces se cumplirá lo que está escrito en Job del pecador (*c.* XX, 14): El pan que comió con mucho sabor se le convertirá dentro del estómago en hiel de áspides, vomitará las riquezas que tragó, y se las sacará Dios por fuerza de sus entrañas: la cabeza del áspid le chupará la sangre, y la lengua de la víbora le morderá, que es decir: Los deleites se le convertirán en hieles, las riquezas le harán dar arcadas; pero no tendrá ánimo para disponer de ellas, ni dejarlas hasta que la muerte se las quite por fuerza, atormentándole las serpientes y víboras del infierno por haberlas ganado y poseido con pecado.

2. Lo segundo, en aquella hora forzosamente tengo de apartarme de mis padres y hermanos, amigos y conocidos, y de todas las personas que amó, ora sea con amor natural, ora con otro amor lícito ó ilícito; y como no se deja sin dolor lo que se posee con amor (*D. Greg.* I Moral. 13), y cuanto es mayor el amor con que es poseido, tanto mayor dolor se siente en dejarlo, será grandísimo el dolor que sentiré con el apartamiento de tantas personas y cosas como están pegadas á mi corazon. Y con estas ansias diré lo que el otro rey (I *Reg.* XV, 32): *Siccine separat amara mors?* ¿Así nos aparta la muerte amarga? Qué ¿es posible que tengo de dejar personas que tanto amo? que no tengo mas de verlas y gozarlas? Ó muerte amarga, ¡cómo amargas tanto mi corazon, apartando de mí con tanta tristeza lo que poseia con tanta alegría!

3. Ultimamente, en aquella hora mi alma se ha de apartar de su cuerpo, con quien ha tenido tan estrecha y antigua amistad; y por consiguiente se ha de apartar de este mundo y de todas las cosas que hay en él, sin esperanza de verlas ni oirlas, ni gustarlas ó tocarlas para siempre. Y si tengo desordenado amor á mi cuerpo y á mi vida, y á las demás cosas de este mundo visible, es fuerza que sienta grandísimo dolor en apartarme de ellas: lo cual fácilmente puedo experimentar por lo mucho que siento cuando me quitan la hacienda, ó la honra y fama, ó me destierran de mi tierra y me fuerzan á vivir apartado de los mios, peregrinando entre extraños,

ó cuando me cortan algun miembro del cuerpo; porque todo esto junto y de tropel sucede en la muerte con otro modo mas penoso, que es sin esperanza de volver mas á poseerlo en esta vida.—Con cada una de estas tres consideraciones, ponderando despacio lo que se apunta en ellas, entraré dentro de mí mismo, y examinaré si tengo amor desordenado á cualquiera de las cosas referidas. Y si se hallare procuraré arrancarle con la fuerza de esta consideracion, y con el ejercicio de la mortificacion, porque esto es morir en vida y con provecho, ganando por la mano á la muerte para no sentir la muerte, como lo hacen los religiosos que dejan todas las cosas por Cristo nuestro Señor, á quien he de suplicar me ayude para esto, diciéndole (*Sap.* III, 1): Ó Dios eterno, en cuya mano están las almas de los justos, y por tu proteccion no les toca el tormento de la muerte, quita de la mia el amor desordenado de todas las cosas visibles para que no sienta tormento en apartarse de ellas. Ó alma mia, si quieres que no te toquen estas tres amarguras de la muerte, no ames las cosas que te puede quitar la muerte; porque si no las poseyeres con amor, las dejarás en la muerte sin dolor.

4. Tambien tengo de ponderar en estas consideraciones, cuán grande locura es por cosas que tengo de dejar tan presto, ofender á Dios, y poner á riesgo mi salvacion eterna, determinándome valerosamente á desviarme luego de cualquier persona ó cosa que me ponga en este peligro, muriendo á ella, antes que por su causa muera á Dios; y apartándola de mí, antes que me aparte de Dios (*Matth.* X, 34; *Luc.* XII, 51): pues por esto dijo Cristo nuestro Señor, que vino á poner cuchillo y division en la tierra, apartando de los hombres todas las personas y cosas que les impiden su salvacion. Ó dulce Redentor, pon luego en mi mano el cuchillo de la mortificacion para que aparte de mí lo que me puede apartar de tí, muriendo á todo lo criado para vivir á tí, mi Criador, por todos los siglos. Amen.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, he de considerar la grande afliccion y congoja que me ha de causar en aquella hora el temor de la cuenta que tengo de dar á Dios, y del riguroso juicio en que tengo de entrar, y el no saber la sentencia que se pronunciará en el negocio de mi salvacion.—En lo cual he de ponderar la terribilidad de este temor, por tres causas. La primera, porque el mal que se teme es el supremo de todos, y es mal eterno y sin remedio, y estoy ya á las puertas de él. La segunda, porque la sentencia que se ha de dar es definitiva é irrevocable, y al punto se ha de ejecutar sin

resistencia. La tercera, porque la causa de mi parte es muy dudosa, por cuanto me consta de la culpa que cometí, y no de la verdadera penitencia que hice; y la conciencia me acusa de haber ofendido al Juez, y no sé si le tengo aplacado; porque ninguno sabe si es digno de odio ó de amor (*Eccli.* IX, 1); y aunque yo no halle culpas en mí, puede ser que las halle Dios. (II *Cor.* IV, 4). Por todas estas causas el temor será entonces terribilísimo; porque si los que traen pleito sobre algun negocio en que les va toda su hacienda, honra ó vida, tienen grandísimo temor el dia que esperan la sentencia; ¿cuánto mayor le tendré yo cuando esté cerca el dia en que se ha de dar la sentencia definitiva de mi salvacion ó condenacion? Y si entonces suelen temer los muy santos, ¿cuánto mas temeré yo, miserable pecador?

2. Esta congoja y temor suele crecer por la sagacidad y astucia del demonio, el cual en aquella hora acude á tentar con mas furia viendo que le queda poco tiempo (*Apoc.* XII, 12), y así encarama grandemente todo lo que puede provocar á desesperacion, agrava con demasía los pecados, y exagera el rigor de la divina justicia contra ellos. Me dirá, que quien vivió mal, no ha de morir bien; y que quien no se aprovechó de la divina misericordia, ha de caer en manos de su justicia, y que si el justo apenas se salvará, ¿qué será del malo y pecador? (I *Petr.* IV, 18). Y como es mentiroso y padre de mentiras, y falso acusador de los hombres, si Dios no le ata las manos y limita su poder, me pondrá mil falsas imaginaciones y acusaciones, con embaimientos y visajes horrendos que me turben y hagan trasudar, y pasar mayores congojas que las de la misma muerte.—Estos son los temores que me han de afligir en aquel último trance, si no me prevengo con tiempo para impedir la vehemencia de ellos. Lo cual he de hacer entrando dentro de mí, y mirando si ahora me cogiese la muerte, qué cosa me daria mas temor, y tratar de remediarla con tiempo. Y si no queria que la muerte me cogiese en el estado presente, tengo de procurar salir luego de él; porque no es lícito ni seguro vivir en el estado en que no querria morir.

3. Concluiré esta meditacion, poniendo delante de mis ojos á Cristo nuestro Señor, desnudo y enclavado en la cruz á punto de espirar, y con gran fervor le suplicaré que por su muerte me dé buena muerte, y que si el demonio viniere á mi muerte, como vino á la suya, me libre de él, me dé tan grande confianza que pueda como él decir en aquella hora: Padre, en tus manos encomiendo mi

espíritu. Ó Padre misericordioso (*Psalm.* CXVIII, 109), mi ánima está ya en mis manos á punto de salir de ellas, con peligro de dar en las de sus enemigos; recíbela tú en las tuyas para que no se pierda la obra de tus manos, por la cual fueron enclavadas en la cruz. Yo me ofrezco á imitar tu pobreza y desnudez en la vida para que tus manos me reciban en la muerte, y me lleven consigo al descanso de tu gloria. Amen. Tambien se han de hacer coloquios con la Vírgen nuestra Señora, y con el Ángel de la guarda y otros Santos, pidiéndoles favor para aquella hora, porque en vida se negocia lo que entonces ayuda.

—Para todo esto aprovechará un modo de aparejarse para bien morir, que se pondrá en la parte IV en la meditacion LI, sacado de lo que Cristo nuestro Señor hizo en su muerte. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 59, *art.* 5). Y tambien lo que se dirá en la parte V, en la meditacion XXXIV del glorioso tránsito de Nuestra Señora.—

MEDITACION IX.

DEL JUICIO PARTICULAR QUE SE HACE DEL ALMA EN EL INSTANTE DE LA MUERTE.

—En esta meditacion se ha de presuponer la verdad de nuestra fe, que todos los hombres, como dice san Pablo (II *Cor.* V, 10), hemos de ser presentados ante el tribunal de Cristo para que cada uno dé razon de lo que hizo viviendo en este cuerpo, así de lo bueno como de lo malo; y este juicio se hace invisiblemente despues de la muerte, porque (*Hebr.* IX, 27): *Statutum est hominibus semel mori, et post hoc iudicium.* Decreto es de Dios infalible, que todos los hombres mueran, y despues se siga el juicio; y como ninguno se escapa de lo primero, tampoco de lo segundo.—Ante este tribunal de Cristo me tengo de presentar en la oracion, imaginando á este soberano Juez sentado en trono de fuego, como le vió Daniel (*c.* VII, 9), para representar la terribilidad de su ira contra los malos, ó en trono blanquísimo de luz muy resplandeciente, como le vió san Juan (*Apoc.* XX, 11), para representar su infinita sabiduría y pureza, y la clemencia que tiene con los buenos; y de ambas figuras me puedo aprovechar al modo que se verá en el punto que se sigue.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se han de considerar las personas que asisten en este juicio, mirando las calidades y semblan-

tes de cada una. Estas son por lo menos cuatro.-La primera, es el alma que ha de ser juzgada, la cual estará sola, desnuda de su cuerpo y de todas las cosas visibles, vestida solamente de sus obras. Porque aunque se hallen á la muerte muchos deudos y amigos y muchas personas religiosas; pero en el punto que sale del cuerpo, ninguno la puede hacer compañía, ni favorecerla. Tan sola estará el alma del rey como la del labrador, la del rico como la del pobre, la del letrado como la del idiota; porque las dignidades y riquezas se quedan acá; y aunque tenga consigo las ciencias, no se hace allí caso sino de las obras (*Apoc.* XIV, 7), por donde veré cuán gran desatino es procurar con tanta solicitud lo que no me puede ayudar en aquel trance, con pérdida de lo que mas me importa.

2. Á los dos lados del alma, como se saca de la divina Escritura (*Zach.* III, 1; *Psalm.* CVIII, 6; *D. Greg.* hom. 39 in Evang.), estarán por lo menos el Ángel de la guarda y el demonio, con diferentes semblantes, conforme á los barruntos que tienen de lo que ha de suceder. Puedo imaginar, que á los malos asiste el demonio á su mano derecha, muy alegre por la presa que espera, y el Ángel al lado izquierdo con un semblante triste por la pérdida que teme: al contrario será en los buenos, pero siempre el demonio estará con su semblante feroz y horrendo.-La cuarta persona es el Juez, que es el mismo Dios, el cual ha de hacer este juicio invisiblemente, aunque dará señales de su presencia imprimiendo terrible miedo y horror en el malo, y paz y consuelo en el bueno. Y como es infinitamente sábio, no puede engañarse en lo que juzga; y como es sumamente bueno, no puede torcer de la justicia; y como es todopoderoso, ninguno puede resistir á su sentencia; y como es supremo Juez, no hay de su tribunal apelacion ni suplicacion, y su sentencia siempre es definitiva é irrevocable; porque, como todo lo que se puede ver en este pleito, lo ve y comprende en la primera vista, es supérflua la revista.

3. Ponderando estas cosas, imaginaré que mi alma está delante del tribunal de un tan recto Juez, como es Dios nuestro Señor, para ser juzgada; y un rato considerando mis pecados para moverme á temor, miraré al Juez indignado contra mí, con un rostro severo y un ánimo inexorable, y miraré á Satanás que está á mi lado derecho muy contento y como victorioso, aplicándome á mí lo que dice el real profeta David (*Psalm.* CVIII, 6): Prevalezca el pecador contra él, y el diablo esté á su mano derecha: cuando fuere juzgado, salga condenado, y la oracion que hiciere aumente su pecado. Otro

rato, para moverme á confianza, miraré al Juez benigno para conmigo con un rostro amoroso y apacible, y al Ángel de mi guarda á mi lado derecho alegre por mi victoria, imaginando que está diciendo en mi favor contra el demonio lo que refiere el profeta Zacarías (*Zach.* III, 2): Reprímate el Señor, ó Satanás, reprímate el Señor. ¿Por ventura este pobrecito no es un carbon sacado del fuego para que no se acabase de quemar? Pues ¿qué le quieres? Ó justísimo Juez y misericordiosísimo Padre, confieso que soy carbon negro y feo, por mis culpas, medio abrasado con el fuego de mis pasiones. Lávame, Señor, y blanquéame con el agua viva de tu gracia, y con ella mata este fuego que me quema, para que el dia de la cuenta el demonio me deje, y el Ángel me ampare; tu misericordia me reciba, y tu justicia me corone. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar el tiempo y lugar en que se hace este juicio. El tiempo es el instante de la muerte; porque dado caso que por especial dispensacion de Dios se haya visto comenzar visiblemente un poco antes de la muerte en varios casos que han sucedido para nuestro ejemplo (*S. Juan Clím. c.* 7; *S. Greg.* IV Dialog. *c.* 37); pero de ordinario se hace invisiblemente en el mismo instante que el alma deja de informar su cuerpo, sin dilacion alguna. Y en el mismo momento se concluye todo el juicio, se hace la acusacion, y se da la sentencia y se ejecuta. Este momento he de traer siempre delante mis ojos, como principio que ha de ser de mis bienes ó males eternos, diciendo: *O momentum à quo aeternitas.* Ó momento de donde comienza la eternidad, ¿quién se puede olvidar de tí sin grande peligro? y quién se puede acordar de tí sin grande espanto? Acuérdate, ó alma mia, de este momento, y procura no perder un momento de tiempo, pues en cada uno puedes merecer la vida que siempre ha de durar.

2. El lugar de este juicio es donde quiera que le coge la muerte á cada uno, sin que haya necesidad de ir al valle de Josafat, ni á otro lugar señalado; porque como el Juez está en todo lugar, así en todo lugar tiene su tribunal y hace este juicio, en la tierra y en el mar, en la cama y en la plaza, para que en todo lugar tema, pues no sé si aquel será el de mi juicio. Y porque la muerte mas ordinariamente sucede dentro del aposento y en la cama, cuando estoy en estos lugares he de imaginar algunas veces que allí está el tribunal y trono de Dios para juzgarme, y el Ángel bueno y malo para asistir al juicio, porque este santo pensamiento refrenará las demasías de la carne que brotan con la soledad del lugar.

3. De estas dos consideraciones he de sacar un grande temor de ofender á Dios, porque quizá el tiempo y lugar en que hago este pecado será tambien el tiempo y lugar en que Dios haga su juicio; como la mujer de Lot (*Genes.* XIX, 26), que en el mismo punto y puesto que volvió á mirar á Sodoma, se convirtió en estatua de sal. Y como dice san Pablo (I *Cor.* XI, 29), que quien come indignamente el cuerpo de Cristo nuestro Señor, come juicio para sí; así cuando bebo la maldad como agua (*Iob,* XIV, 16), bebo juicio para mi alma, y quizá la bebida será tan mortal, que al punto se ejecute este juicio.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la tela y órden de este juicio; esto es, los acusadores y testigos, la probanza y exámen riguroso que se ha de hacer de todas mis obras para juzgarme segun ellas. -Primeramente, los acusadores serán tres: el primero será el demonio, á quien san Juan (*Apoc.* XII, 10) llama acusador de nuestros hermanos, cuyo oficio es acusarlos delante de Dios de dia y de noche; pero en este juicio postrero con mayor odio y rabia me acusará de todos los pecados que hice por su persuasion, consintiendo á sus tentaciones, y aun añadirá falsas acusaciones, no mas que por sospechas, así porque no conoce las intenciones, como porque su ira y malicia le ciegan para que tenga por verdadero lo que es falso. Por tanto, alma mia, resiste siempre al demonio y no admitas cosa suya, para que cuando venga á juicio contra tí no halle cosa propia de que asirte ni culpa verdadera de que acusarte. - El segundo acusador será la propia conciencia de cada uno, la cual tambien será testigo y valdrá por mil, porque sus pensamientos darán latidos contra nosotros; y ellos, como dice el Apóstol (*Rom.* II, 15), nos han de acusar ó defender en aquella hora. Y como en la confesion yo mismo de mi voluntad soy reo, acusador y testigo contra mí, para que me absuelva el sacerdote; así entonces lo seré por fuerza, para que me juzgue Dios, y condene por lo que acá no hubiere perdonado.

2. Finalmente, el mismo Ángel de la guarda será el tercer testigo y en cierto modo acusador contra mí, por las rebeldías que tuve á sus inspiraciones y consejos. De donde sacaré lo mucho que me importa consentir siempre con las inspiraciones y buenos dictámenes de estos dos fieles compañeros, conciencia y Ángel, y rendirme á ellos cuando en esta vida me acusan y reprenden, porque despues en la otra no me condenen, conforme al consejo de Cristo nuestro Señor que dice (*Matth.* V, 25): Consiente de presto con tu

adversario, cuando andas con él por el camino y vas á parecer delante del príncipe (*Luc.* XII, 58), porque si entonces no te compones con él, te entregará al juez, y el juez al verdugo, y te echará en la cárcel, de la cual no saldrás hasta pagar el postrer maravedí. Ó Príncipe del cielo, á cuyo tribunal camino para ser juzgado; concédeme que tome tu consejo saludable, consintiendo siempre con estos dos buenos adversarios, para que, libre de la culpa, lo sea tambien del verdugo y cárcel eterna. Amen.

3. Pero sobre todo, he de ponderar el exámen rigurosísimo del mismo Juez, en el cual hay dos cosas terribles: La primera es de ser universal de todas mis cosas, haciéndome cargo de todos los pecados de obra, palabra y pensamiento, aunque no sea mas que ocioso (*Matth.* XII, 36); y de las omisiones y negligencias de mi vida, de la ingratitud y mala correspondencia que tuve á los beneficios divinos, así generales como especiales, como son Sacramentos, inspiraciones, etc. Además, me hará cargo de las malas circunstancias que mezclé con mis buenas obras. Pues por esto dice (*Psalm.* LXXIV, 3), que cuando llegue su tiempo, juzgará las mismas justicias, haciendo muy riguroso exámen de las obras que parecen buenas.—La segunda propiedad de este exámen es, que será evidente al mismo examinado; porque la probanza de todos los cargos será una luz clara con que descubrirá Dios á mi alma todos sus pecados, sin dejar ninguno; aun los que tenia olvidados ó pensaba que no lo eran. Y por esto dice por un Profeta (*Sophon.* I, 12), que escudriñará á Jerusalen con candelas; que es decir, no solamente juzgaré á los malos que viven en Babilonia, sino á los justos que viven en Jerusalen; y encenderé tanta luz para escudriñar sus almas, que ellos mismos vean los rincones de sus conciencias. ¡Oh qué afligida se hallará mi pobre alma con tan estrecho y riguroso exámen! oh qué asombrada quedará con la evidencia de tan cierta y clara probanza! Ó Dios eterno, no entres en juicio con tu siervo; porque ninguno de los que viven, será en tu presencia justificado. Teme, ó alma mia, aunque no halles en tí culpas graves; porque quien te ha de examinar y juzgar es Dios (I *Cor.* IV, 4), que ve mas que tú y las puede hallar. Examínate con el mayor rigor que pudieres, y haz juicio riguroso de tí por las culpas que hallares (I *Cor.* XI, 31); porque si te juzgas con dolor, no serás mas juzgada para tu condenacion.

—Estos son los principales propósitos que debo sacar de esta consideracion, procurando cumplirlos cuando hago exámen de la con-

ciencia cada noche, ó para confesarme, como dirémos en las meditaciones XXVIII y XXXI.—

4. Últimamente, he de ponderar que en este exámen tambien descubrirá Dios al alma justa todas sus buenas obras, palabras y deseos, y aun las que tenia olvidadas, ó dudaba si habian sido buenas. Allí verá sus obediencias y penitencias, sus oraciones y mortificaciones, alegrándose mucho con esta vista; pues por esto dijo la voz del cielo (*Apoc.* XIV, 13), ser bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras irán con ellos. Y con esta consideracion, comparando el exámen de buenos y malos, me animaré á vivir tal vida, que en el postrer exámen sea de Dios aprobada.

PUNTO CUARTO.— 1. Lo cuarto, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, en el instante de la muerte, por su justa sentencia priva y desnuda á la miserable alma del pecador de las gracias y dones sobrenaturales, que le habian quedado despues del pecado, para que sin ellas entre en el fuego del infierno. La terribilidad de esta sentencia, y la pena que el condenado padecerá en este trance, puedo ponderar lo que sucede á un sacerdote que ha hecho un delito, por el cual merece ser quemado; y por no afrentar la dignidad sacerdotal con tan infame castigo, le degrada primero un obispos quitándole una por una las vestiduras sacerdotales, diciendo: Pues te hiciste indigno de la honra de sacerdote, te quitamos la vestidura sacerdotal y te privamos de la honra que tenias, y así degradado, le relajan al brazo seglar y ejecutan en él la pena de fuego que merece. De esta manera puedo imaginar que Cristo nuestro Señor (I *Petr.* II, 25), obispo y pastor de nuestras almas, degrada el alma del pecador, á quien dió en el Bautismo la dignidad del sacerdocio espiritual, y le adornó con vestiduras sacerdotales, privándole de ellas, porque con el pecado se hizo indigno de esta honra, desnudándose él mismo la principal vestidura de la gracia y caridad.

2. Lo primero, en aquel instante le quitará Dios la lumbre de la fe, que era su espiritual cíngulo, diciéndole: Porque te hiciste indigno de este cíngulo y no te ceñiste con él, ajustando la vida con lo que creias, yo te le quito para que permanezcas en perpétuas tinieblas, atado de piés y manos.-Luego le quitará la virtud de la esperanza, diciéndole: Porque te hiciste indigno de esta virtud, por no aprovecharte bien de ella, yo te quito la esperanza de las ayudas que te habia ofrecido para llevar el yugo suave de mi ley, y la

estola y prendas de inmortalidad y vida eterna que te habia dado, y te arranco el manípulo del llanto y penitencia para que no esperes de mí perdon de pecados, y te desnudo el amito de mi proteccion para que nunca mas goces de ella.-Tambien le quitará las gracias gratis dadas, que tuviere de profecía y hacer milagros, diciéndole: Porque te hiciste indigno de estas gracias, usando de ellas para tu honra vana, atropellando mi santa ley, yo te despojo de ellas y de todo lo que fuere gracia, porque para tí no habrá ya sino rigor de justicia. De esta manera quedará la desventurada alma con infame desnudez, cumpliéndose en ella la terrible amenaza de Ezequiel (*Ezech.* XXIII, 26): Te desnudarán todas tus vestiduras, te quitarán los atavíos de tu gloria, y te dejarán desnuda y llena de confusion. ¡Oh qué terrible confusion padecerá la desventurada alma, cuando se vea desnuda de lo que antes la adornaba! Ó Redentor del mundo, príncipe de los pastores y obispo de nuestras almas, no degrades ni desnudes la mia de las vestiduras que la diste en el Bautismo: vísteme de nuevo con la vestidura de tu gracia, que yo perdí por mi culpa, para que pueda librarme de esta desnudez y confusion eterna.

3. Luego he de ponderar, como el alma se queda con una de estas vestiduras, que es el carácter ó señal del Cristianismo, que la dieron en el Bautismo, y el de la Confirmacion y Sacerdocio (*D. Thom.* 3 *p. q.* 63, *art.* 5 *ad* 3), si recibió estos dos Sacramentos; pero esto será para su mayor tormento, porque los paganos y moros, que estuvieren con el cristiano en el infierno, mirando la señal del edificio que comenzó y no acabó, mofarán de él, diciéndole: Ó loco y desatinado, que tuviste tanto bien en las manos y le dejaste perder por tu culpa, ¿cómo no acabaste tu edificio, pues tantas ayudas tuviste para ello? Si nosotros fuéramos cristianos, procuráramos huir de la miseria que tenemos: ¿quién te engañó y te trajo con nosotros?

4. Finalmente, el ánima será desnudada de las virtudes morales y políticas que en esta vida ganó (*D. Thom.* in addit. *q.* 98, *art.* 1 *ad* 3, *ibid. art.* 7); quedará sin prudencia, ni justicia, ni fortaleza, ni otra alguna; y si la dejaren algunas ciencias que adquirió con su industria, será para mayor pena por no haber negociado con ellas la ciencia que la habia de librar de tanta miseria. De este modo se cumplirá en ella aquella temerosa sentencia de Job (*c.* XX, 14): El pan que comiere se convertirá dentro de su vientre en hiel de áspides, vomitará las riquezas que tragó, y se las sacará

Dios por fuerza. Ó alma mia, mira no vomites por tu voluntad las riquezas de la gracia y caridad que recibiste; porque despues te harán vomitar por fuerza la fe y las virtudes que ganaste; y las ciencias que ahora ganas con deleite, se convertirán en hieles de áspides para atormentarte.-Estos son los frutos principales que he de sacar de estas consideraciones, procurando negociar con los talentos que Dios me hubiere dado, porque el dia de la cuenta no me los quite Dios como al siervo perezoso (*Matth.* XXV, 28), dejándome solamente aquellos que como áspides y dragones han de morder mi corazon cruelísimamente, por lo mal que me aproveché de ellos.

PUNTO QUINTO.—Lo quinto, se ha de considerar la última sentencia que en el mismo instante de la muerte pronuncia Cristo nuestro Señor contra el pecador, intimándosela con una voz interior y espantable, diciéndole á solas las palabras que dirá despues á todos los malos en el juicio universal: Apártate de mí, maldito de mi Padre, al fuego eterno que está aparejado para Satanás y sus ángeles, que es decir: Vete de aquí, abominable pecador, que no mereces estar en mi presencia, ni entrar en mi gloria: vete al fuego eterno que tus pecados merecen, en compañía de Satanás, á cuyo brazo infernal te relajo, para que te lleve consigo.-Dada esta sentencia, en el mismo instante desampara Dios al alma, y el Ángel de la guarda se va, diciéndola, como á Babilonia (*Ierem.* LI, 9): Harto hice por curarte, procurando tu salvacion, y no quisiste; pues yo te dejo en poder de quien tomará de tí la venganza que tu rebeldía merece. Y al mismo punto, con grande regocijo, arrebatará el demonio la desventurada alma, sin admitir ni oir suplicaciones ni ruegos, y dará con ella en los infiernos. De suerte que el pecador, en un abrir y cerrar de ojo, desde la cama donde estaba con gran regalo, rodeado de muchos amigos y parientes, muere, como dice Job (*c.* XXI, 13), en un punto, con muerte al parecer dichosa y sosegada; pero en el mismo punto baja al infierno, pasando de un extremo de bienes temporales á otro extremo de males eternos. ¡Oh qué sentirá la desventurada alma en aquella primera entrada en el infierno, cuando vea lo que dejó y lo que halla; cuando vea y sienta la cama de fuego, los colchones de gusanos (*Isai.* XIV, 11), la compañía de demonios y los demás tormentos, sin esperanza de salir de ellos! Ó justo Juez, ten misericordia de mí: *Et cum veneris judicare, noli me condemnare.* Cuando vinieres á juzgar, no me quieras condenar. Ó alma mia, teme esta sentencia de condenacion eterna, y vive de manera que merezcas ser libre de ella.

Punto sexto.— 1. Lo sexto, se ha de considerar la sentencia que se dará al justo, diciéndole invisiblemente Cristo nuestro Redentor con una voz amorosa (*Matth.* xxv, 34): Ven, bendito de mi Padre, á recibir el reino que te tengo aparejado desde el principio del mundo. Ven, ó siervo bueno y fiel, alégrate; que pues fuiste fiel en pocas cosas, yo te daré posesion de muchas: entra en el gozo de tu Señor. Y al mismo punto el demonio se va corrido, y el Ángel de la guarda recibe el alma, acudiendo otros Ángeles para acompañarla, como acudieron por el alma de Lázaro el pobre, y todos con gran regocijo la llevan al cielo á gozar de aquellos bienes eternos, cuando no tiene que purgar en el purgatorio. ¡Oh qué gozo tendrá el alma en aquella primera y tan deseada entrada! La que antes estaba llena de dolores, humillada con desprecios y turbada con temores, en un punto se verá muy otra, trocada toda su pena en gloria y su llanto en gozo, en compañía de Ángeles, en lugar de descanso, y engolfada en la vista de su Dios.

2. Consideradas estas cosas, haré comparacion de buenos á malos, y veré como la muerte de los malos, como dice David (*Psalm.* xxxiii, 22), es pésima y abominable, fin de sus descansos y principio de sus tormentos; y al contrario (*Psalm.* cxv, 19), la de los buenos es preciosa en los ojos de Dios, fin de sus trabajos y principio de sus descansos; y con esto me animaré á procurar una buena muerte, en que reciba una buena sentencia, alentándome á la penitencia y al ejercicio de las virtudes, confiando en la benignidad del Juez que me sentenciará con misericordia, si en vida me aprovecho de ella.

3. Concluiré con un coloquio á la Vírgen santísima, la cual en aquella hora no se entremete en este juicio, porque en saliendo el alma del cuerpo se cierra la puerta de la intercesion y del perdon, y se abre la de la justicia rigurosa; suplicándola, que desde luego abogue por mí y me negocie esta buena sentencia, alcanzándome obras dignas de ella. Para lo cual ayudará decir con espíritu las postreras palabras que la Iglesia pone en la oracion del Ave María, y las que dice en otro himno: *Maria mater gratiae, mater misericordiae, tu nos ab hoste protege, et mortis hora suscipe.* María, madre de gracia, madre de misericordia, del enemigo nos defiende y en la hora de la muerte nos recibe. Ó Vírgen soberana, pues sois abogada de los pecadores, abogad por mí delante de vuestro Hijo; aplacad con vuestra intercesion su ira, alcanzándome lugar de verdadera penitencia, antes que se pase el tiempo de hacerla. Y pues la

sentencia que se da en la muerte es irrevocable, negociad, Madre clementísima, que me sea favorable, para que pueda ver al fruto bendito de vuestro vientre Jesús, y gozar de él en vuestra compañía por todos los siglos. Amen.

—Para el intento de esta meditacion, es muy á propósito lo que se dirá en la parte III, en la meditacion XXIV, meditando la muerte del rico avariento y de Lázaro el pobre: la cual es una viva estampa de lo que aquí se ha meditado.—

MEDITACION X.

DE LO QUE SUCEDE AL CUERPO DESPUES DE LA MUERTE Y DE LA SEPULTURA.

—*Qué es mortificacion.*—Uno de los principales provechos que debemos sacar de las meditaciones de la muerte, es aquel noble ejercicio de virtud; muy parecido con ella, que llamamos mortificacion, lo cual no es otra cosa que una muerte de nuestras pasiones y aflicciones desordenadas, quitándolas la vida que tienen en nosotros mismos, procurando reprimirlas y sepultarlas hasta que se conviertan en polvo y nada; al modo que dijo David (*Psalm.* XVII, 38): Perseguiré á mis enemigos y los prenderé, y no cesaré hasta que desfallezcan, los desmenuzaré hasta derribarlos y ponerlos debajo de mis piés. Por esta causa dijo san Ambrosio (De bono mort, *c.* 3), que la vida del justo era imitacion de la muerte; porque su continuo estudio es matar la vida carnal, que siente dentro de sí, privándose de todas las cosas que su carne y voluntad propia desordenadamente codician, y reprimiendo las codicias que brotan, hasta quedar como muerto para todo lo que es pecado conforme á lo que dice san Pablo (*Rom.* VI, 11; *Colos.* II, 20): Teneos por muertos al pecado y por vivos á Dios, y pues estais con Cristo muertos á las cosas de este mundo, no querais tocar ni palpar lo que ha de ser para vuestra perdicion, sino mortificad vuestros miembros que viven en la tierra; esto es, las obras de la vida terrena, la inmundicia, concupiscencia, avaricia y las demás.—

—La práctica de esta mortificacion á semejanza de la muerte, irémos poniendo en esta meditacion, cuyo fin será la imitacion de la misma muerte. Y aunque en ella procedemos por los afectos de temor que son mas propios de la via purgativa, pero de suyo mas eficaces son los del amor, de quien se dice (*Cant.* VIII, 6), que es

fuerte como la muerte y duro como la sepultura; porque mata, sepulta y deshace todo lo que es contrario á su amado, como en su lugar verémos. De camino tambien en esta meditacion pondrémos en práctica un modo de meditar muy provechoso, espiritualizando las cosas exteriores que se perciben con los sentidos, aplicándolas á las interiores, y sacando de ellas reglas y avisos de perfeccion.—

Punto primero.— 1. El primer punto será, considerar cuál quedará mi cuerpo despues de muerto, desamparado ya del alma, ponderando especialmente tres miserias.—La primera, que pierde el uso de sus miembros y sentidos, sin poder jamás ver, ni oir, ni hablar, ni menearse de un lado, ni gozar de los bienes de esta vida mortal. Ya no le inmutan las cosas hermosas, ni las músicas suaves, ni los olores apacibles, ni los manjares sabrosos, ni las cosas blandas. Todo esto es para él como si no fuese; porque perdió los instrumentos que tenia para gozar de ello, y le servirá muy poco todo lo que ha gozado. La segunda miseria es, quedar descolorido y desfigurado, feo, horrible, yerto, helado y hediondo, caminando con gran prisa á la corrupcion. De modo, que quien poco antes recreaba la vista con su hermosura, pone horror con su fealdad. De donde resulta la tercera miseria, que todos lo dejan solo en el aposento, en poder de los que le han de amortajar; y sus mismos amigos y domésticos no ven la hora de echarle de casa, y tienen por género de piedad negociar esto con presteza.

2. De esta consideracion sacaré cuán acertado será en vida hacer de grado algo de lo que despues ha de ser por fuerza y sin provecho, tratándome como muerto al mundo, y á todo lo que es carne y sangre, procurando imitar la muerte en otras tres cosas semejantes á las dichas, mortificando mis sentidos y privándome de los deleites de ellos, no solamente de los ilícitos, sino de algunos lícitos no necesarios; de modo que, como muerto no tengo de tener piés, ni manos, ni ojos, ni oidos, ni gusto, ni lengua para todo lo que es pecado, ó falta contra la perfeccion que profeso. Y en esta razon las cosas hermosas y apacibles de esta vida han de ser para mí como si no fuesen, poniéndolas debajo de mis piés; mirando, como dice san Gregorio (hom. XIII in Evang.), no á lo que ahora son, sino á lo que presto serán, pues por mas que vistas á la carne de brocado y seda, carne se queda. ¿Y qué es carne, sino heno? y qué es su gloria (*Isai.* XL, 6), sino flor del campo, que con un soplo se marchita?

Finalmente he de seguir la virtud con un ánimo tan generoso,

que como el muerto no se queja de que todos huyan de él y le dejen, así no se me dé nada de que el mundo me deje, huya de mí y me aborrezca como á muerto y crucificado; antes he de tener por dicha lo que dice David (*Psalm.* XXX, 12): Los que me miraban, huyeron de mí, olvidáronme de corazon como si estuviera muerto: fuí semejante á un vaso quebrado, oyendo muchos desprecios de los que estaban cabe mí. ¡Oh si muriese en mi corazon, para no sentir que los hombres me tratasen como muerto! oh si yo estuviese tan muerto y crucificado á todo lo que es mundo, que el mundo tambien me tuviese por crucificado y muerto! (*Galat.* VI, 11). Concédeme, ó dulce Jesús, que por la ley de tu gracia muera á la ley de la culpa, para vivir á Dios, gustando de estar enclavado contigo en tu misma cruz (*Ibid.* II, 19); de modo que ya no viva yo, sino tú en mí, por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. El segundo punto es considerar el vestido, cama y aposento que se apareja para mi cuerpo muerto. El vestido por la mayor parte es cási lo peor de la casa, y bien sencillo; porque no es mas que una pobre sábana por mortaja, sin otros aderezos de seda y oro mas preciosos, y si algo de esto me ponen para llevarme á enterrar, antes de entrar en la sepultura me lo quitan.— La cama es la dura tierra, y como dice el profeta Isaías (*Isai.* XIV, 11), los colchones serán la polilla; los cobertores, los gusanos; las cortinas y almohadas, los huesos de otros muertos.—Y á este talle será la casa y aposento, porque no es otro que una estrecha huesa de siete piés de largo, que se fabrica en media hora; porque las demás fábricas suntuosas de los sepulcros, de nada sirven al triste cuerpo, ni es capaz de gozar de ellas. De todo esto sacaré confusion y vergüenza grande, por la vanidad y sensualidad con que deseo la curiosidad del vestido, la blandura de la cama, y la anchura de la habitacion, alentándome á mortificar las demasías que en esto tuviere, y á llevar con paciencia cualquier cosa que de esto me faltare; pues lo que ahora tengo, por poco que sea, me viene muy ancho, y es mucho comparado con lo que me espera.

—*Los votos de religion son imitacion de la muerte.*—Pero en particular si soy religioso ó deseo ser perfecto, puedo sacar de aquí grandes motivos para serlo con excelencia, procurando que mi vida sea una continua meditacion, é imitacion de la muerte en las tres cosas propias de este estado.—

2. Lo primero, en la desnudez de todas las cosas, á que me obliga la perfecta pobreza. De suerte, que como el muerto pierde el domi-

nio de todas sus riquezas, y pasan á sus herederos ó á los pobres, y no siente que le dejen desnudo, ó le dén el peor vestido, ó le entierren en lugar despreciado; así yo no me contentaré con dejar todas las cosas que poseia, y darlas á los pobres, por seguir al desnudo Jesús, sino tambien llevaré de buena gana la falta que tuviere de lo necesario, y gustaré de que me dén lo peor, cuanto al vestido, cama, aposento y casa, sin quejarme de ello mas que se queja el muerto; porque (*Iob*, I, 21) si salí desnudo del vientre de mi madre, y desnudo tengo de volver á ella, no es mucho que viva desnudo al modo dicho, conformando el medio de la vida con la entrada y salida de ella.-Lo segundo, imitaré la muerte renunciando todos los deleites sensuales, á que me obliga la perfecta castidad. De modo que, como en la muerte se deshacen los matrimonios, cesan los cuidados de mujer, hijos y familia, y se hace un divorcio general de todas las cosas de la tierra y de los deleites de la carne; así yo con el voto de la castidad gustaré de estar como muerto á todas estas cosas y á los cuidados de ellas, como si en el mundo no las hubiera para mí, ó yo no estuviera vivo para ellas.

3. Lo tercero, imitaré al muerto en la perfecta obediencia, porque como el cuerpo muerto se deja menear y llevar donde quiera, y tratar como quiera sin resistencia ni repugnancia ó queja, ni tiene voluntad para escoger la mortaja ó sepultura, ni cosa alguna, tomando solamente lo que otros le dan, así yo, en todo lo que no es pecado, me dejaré gobernar de mis prelados y mayores, obedeciendo á cuanto me mandaren, alto ó bajo, dulce ó amargo, fácil ó difícil, sin replicar ni contradecir ó repugnar á cosa alguna, ni tendré voluntad propia para escoger esto ó aquello, sino, como muerto á mi voluntad propia, seguiré la ajena, tomando lo que se me diere con humildad.—Estos son los propósitos que he de sacar de esta consideracion de la muerte, alentándome á ponerlos por obra; pues no es mucho por cincuenta años (aunque quizá no serán cincuenta dias) anticipar de esta manera la muerte por asegurar la vida eterna, donde cincuenta mil millones de años poseeré las riquezas de Dios, gozaré de sus deleites y tendré perfecta libertad, libre de toda miseria. ¡Oh dichosa muerte, á la cual se sigue tan dichosa vida! Ó dulce Jesús, cuya vida fue una continua muerte para darnos ejemplo de una santa y perfecta vida, concédeme que á tu imitacion viva y muera desnudo de todas las cosas terrenas, mortificado á todas las deleitables, y obediente á toda humana criatura por tu amor: téngame siempre como muerto á todo lo visible, para que mi vida

(*Colos.* III, 3) esté escondida contigo en Dios por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. El tercer punto es, considerar la jornada del cuerpo hasta la sepultura; ponderando lo primero como seré llevado en unas andas ó ataud en hombros de otros hasta la iglesia; y el que poco antes paseaba las calles mirando á una y otra parte, y entraba en la iglesia registrando cuanto pasaba en ella, ahora va en piés ajenos, ciego, sordo y mudo, siendo motivo de llanto por su miseria. Y así, para reprimir los brios de mi carne, procuraré cuando me levanto de la cama acordarme que algun dia otros me levantarán para nunca mas volver á ella. Y cuando bajo las escaleras de mi casa, diré: Dia vendrá en que otros me bajen por aquí, para nunca mas subir. Y cuando voy por la calle, ó entro en la iglesia, imaginaré que presto me llevarán por la misma calle, y entraré en aquella iglesia para nunca mas salir.-Luego consideraré el acompañamiento con que soy llevado á enterrar, cantando unos, llorando otros, y siguiéndome muchos por honrarme con piedad, ponderando cuán poco se le dará á mi cuerpo que le hagan poca ó mucha honra. Y mucho menos á mi alma, si está en el infierno, antes le dará mayor pena esa honra, si la supiese.

2. Luego miraré como me echan en la sepultura y me cubren con tierra, poniéndome una losa encima, donde mi cuerpo será comido de gusanos y convertido en polvo, y muy presto seré olvidado de todos, como si nunca hubiera sido en el mundo. Y cuando haya de mí mucha memoria y muy honorífica, muy poco se le dará á mi alma, si no goza de Dios; como le aprovecha poco á Aristóteles ó Alejandro Magno ser alabados en el mundo, estando con terribles tormentos en el infierno; y como dice un Santo: ¡Ay de tí Aristóteles, que donde no estás eres alabado, y donde estás eres atormentado!

—De estas consideraciones sacaré algunos desengaños, persuadiéndome á no hacer caso de las vanas honras de esta vida, y á humillarme y ponerme en mi estima debajo de los piés de todos, como gusano y polvo que de todos es pisado y desechado, y asimismo á no despreciar á los pobres y pequeñuelos, pues en la muerte seré presto igual con ellos. Y hablando con mi alma, la diré: Mira bien en qué ha de parar esa carne que tienes. Mira á quién regalas, á quién adornas, y sobre quién fundas torres de viento; pues todas son como un poco de polvo que levanta el viento de la superficie de la tierra, y luego torna á caerse en ella. (*Psalm.* I, 4).

Avergüénzate de sujetarte á tan vil carne, y procura sujetarla como á esclava, para que te ayude á negociar la vida eterna. Ó Dios eterno, esclarece los ojos de mi pobre alma con tu soberana luz para que vea el triste fin de su miserable cuerpo, y desprecie lo que tiene presente, con la vista de lo que está por venir.

3. Finalmente, consideraré como no puedo saber si me cabrá en suerte tan honrosa sepultura, ó si permitirá Nuestro Señor en castigo de mis pecados, que sea sepultado en los vientres de los peces y de las fieras; ó, como dice Jeremías (*c.* XXII, 19), en la sepultura de los jumentos, siendo comido de cuervos ó perros como la desventurada Jezabel (III *Reg.* IX, 36), lo cual tengo bien merecido por mis pecados; porque á vida bestial debida es sepultura de bestias, y así, cuanto es de mi parte, aborreceré la pompa vana de los sepulcros mundanos, deseando en vida y en muerte escoger para mí el lugar mas humilde de la tierra.

—Tambien puedo espiritualizar lo que se ha dicho en estos tres puntos, aplicándolo al alma muerta por el pecado, la cual queda fea y espantable, inhabilitada para hacer obras merecedoras de vida eterna, llevándola sus pasiones á enterrar en el profundo de los males, cubriéndola con la losa de la obstinacion, hasta que baja á la sepultura oscura y horrenda del infierno. Todo lo cual me ha de mover á compasion, porque si lloro el cuerpo de quien se ausentó el alma, mas razon es llorar el alma de quien se ausenta Dios. (*Ex D. August.*). Y pues diera vida al cuerpo muerto, si pudiera, razon es que procure la vida del alma por los medios que Dios me ha dado para ello, antes que con el cuerpo muera tambien sin remedio el alma. ¡Oh Dios eterno, no permitas que en cuerpo vivo traiga alma muerta! Vivifícala con tu gracia, para que cuando el cuerpo muera ella alcance la vida eterna. Amen.

—De esta consideracion se dirá en la parte III, en la meditacion XXXIX, XL y XLI, meditando los tres difuntos que Cristo resucitó.—

MEDITACION XI.

DE LA MEMORIA DE LA MUERTE, Y DEL POLVO EN QUE NOS HEMOS DE CONVERTIR EN LA SEPULTURA.

—Esta meditacion se fundará en las palabras de que usa la Iglesia el miércoles de Ceniza (*Genes.* III, 19): *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.* Acuérdate, hombre, que eres pol-

vo, y que te has de convertir en polvo; las cuales dijo Nuestro Señor á Adan despues que pecó, intimándole la sentencia de muerte que merecia su pecado. Y de camino nos declara lo que fuimos, lo que serémos y lo que somos, diciendo que todo es polvo. —

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, aunque pudiera criar el cuerpo de Adan de nada, como crió su alma, no quiso sino hacerle de una materia por una parte vilísima y groserísima, y por otra parte visible y palpable, que es el polvo y lodo de la tierra, para que viendo cada dia con sus ojos corporales este lodo (*Genes.* II, 7), se acordase continuamente de su orígen y principio para dos fines. El primero, para que se humillase profundamente, y entendiese que de suyo merece ser despreciado, pisado y hollado como lodo, y que no tiene por qué envanecerse, aunque tenga grandes bienes, pues todos se fundan en polvo. Y el segundo, para que se moviese á amar y servir á su Criador, tan amoroso y poderoso, que de tan vil polvo le levantó á tanta alteza, como es ser hombre, con la imágen y semejanza del mismo Dios.

2. De suerte, que el polvo y lodo han de servir de despertadores que me traigan á la memoria mi orígen y la materia de que fuí formado, imaginando cuando los viere, que me dan voces y me dicen: Acuérdate que eres polvo, humíllate como polvo: ama, sirve y obedece al Criador que te sacó del polvo. Y cuando me envanezco con los dones que tengo, he de imaginar que me dan voces, reprimiendo mi vanidad, diciéndome: ¿De qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? (*Eccli.* X, 9). ¿Por qué te engries, vaso de barro? (*Isai.* XLV, 9). Escarmienta en el olvidadizo Adan, que olvidado de su polvo presumió ser como Dios, y se rebeló contra su Hacedor. Ó Hacedor omnipotente, no permitas en mí tan perjudicial olvido, porque no caiga en tan grave daño. Esclarece mis ojos para que mire con espíritu el lodo de que fuí formado, y abre mis oidos para que oiga sus clamores, imprimiéndolos en mi corazon para que nunca me olvide de ellos. Amen.

—De este punto se dirá largamente en la parte VI, en la meditacion XXVI.—

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, viendo el olvido de Adan y su soberbia, le condenó á muerte y á que se convirtiese en el polvo de que fue formado; en lo cual principalmente pretendió tres fines para bien suyo y nuestro. El primero, para castigar con esto su pecado, y para que todos

echásemos de ver cuán grave mal es la culpa, pues basta para destruir y convertir en polvo una fábrica tan hermosa y rica como es el hombre, porque si Adan no pecara, no muriera, sino fuera trasladado al cielo en cuerpo y alma con toda su entereza y perfeccion; mas por su pecado el alma es forzada á dejar el cuerpo, y el cuerpo se desmorona y convierte en menudo polvo, conforme al dicho del Apóstol (*Rom.* v, 12): Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte.

2. El segundo fin fue, para que la memoria de la muerte, y de que nos hemos de convertir en polvo, fuese medicina mas eficaz de nuestra soberbia, pues no bastó para humillarnos habernos hecho de polvo. De modo, que el polvo y lodo de la tierra, que veo y palpo, no solamente es despertador que me trae á la memoria el orígen de donde comencé, sino el fin en que tengo de parar; y cuando le miro, he de imaginar que me está dando voces, diciéndome: Acuérdate que te has de convertir en tierra y polvo, y que has de ser pisado y hollado como yo. Pues ¿de qué te ensoberbeces? Hoy eres carne, presto serás polvo; ¿de qué te engries? Ó Padre de misericordias, gracias te doy porque el castigo de mi culpa hiciste medicina de mi soberbia. Concédeme que no sea sordo á estas vóces que me da el polvo, para que el castigo de padre piadoso no se convierta en castigo de juez severo.

3. El tercer fin fue, para que el temor de este castigo y de este polvo en que ha de parar la carne sea aguijon de nuestra tibieza para hacer penitencia por los pecados cometidos, y freno de nuestros brios sensuales para enfrenar nuestras pasiones. De modo, que si no bastare para nos aguijar y enfrenar la memoria del soberano beneficio que Dios nos hizo en sacarnos del polvo de la tierra, baste siquiera la memoria de que cuando menos pensarémos, hemos de convertirnos en polvo, y así recabe el temor lo que no recaba el amor. Por tanto, alma mia, toma el consejo del Profeta (*Mich.* I, 10), que dice: En la casa del polvo cúbrete de polvo; y pues vives en carne que es de polvo y has de morar presto en la casa del polvo, que es la sepultura, cúbrete de ceniza y polvo, haciendo penitencia de tus pecados, y con la memoria de este polvo polvorea las cosas dulces de esta vida, para que no te lleven tras sí á la muerte eterna.

Punto tercero.— 1. De aquí subiré á considerar el espíritu que está encerrado en estas palabras, ponderando como no sin causa no me dicen: Acuérdate que fuiste polvo, sino que lo eres de presente, para significar que de mi naturaleza corrupta soy tierra y polvo,

porque soy inclinado á cosas terrenas, á riquezas, honras y regalos de la carne, y como polvo soy instable y mudable, dejándome mover de los vientos de cualquier tentacion, especialmente de vanidad: y si no me refreno, me convertiré en tierra y polvo, siguiendo mis inclinaciones y convirtiéndome en hombre terreno, ambicioso, sensual y vano. Por lo cual me tengo de humillar grandemente, y temblar de mi flaqueza y mutabilidad y del peligro en que vivo.

2. Luego ponderaré, como de estos daños me podré librar con la divina gracia, acordándome que así yo, como las cosas terrenas que amo, se han de acabar y convertir en polvo. Y con este espíritu, cuando viere un hombre rico y poderoso, cuyas riquezas y grandeza me lleva los ojos tras sí; para que no me derribe la avaricia y ambicion, me acordaré que es polvo, y su oro y plata es tierra, y todo se convertirá en ella. Y si veo alguna persona hermosa, para que no me tiente y venza la lujuria, tambien me acordaré que ella y su adorno es polvo, porque en esto ha de parar. Y con este espíritu aplicaré estas palabras á todas las cosas de la tierra, diciéndome á mí mismo: Acuérdate que esto que ves y codicias es polvo, y se ha de convertir en polvo y ceniza; y si lo amas desordenadamente, serás polvo y tierra como ello es. Por tanto ama solo á Dios y los bienes celestiales, para que en virtud de su gracia pueda decirse de tí: Cielo eres y en cielo te convertirás, transformándote con el amor en el cielo que amas.

Punto cuarto.—Lo cuarto se ha de considerar, como Dios nuestro Señor me dice cada dia por medio de los muertos y de sus calaveras y huesos estas mismas palabras: Acuérdate que eres polvo y que te has de convertir en polvo; para que se impriman mas fuertemente en mi corazon y saque de ellas mayor provecho. Esto puedo ponderar, trayendo á la memoria aquella memorable sentencia del Eclesiástico, que abraza el sentido y espíritu de las palabras dichas (*c.* xxxviii, 23): *Memor esto iudicii mei, sic erit et tuum: mihi heri, et tibi hodie.* Acuérdate de mi juicio, porque tal será el tuyo; ayer por mí, hoy por tí. Y porque el difunto tuvo dos juicios, uno de su cuerpo por el cual fue condenado á convertirse en polvo y gusanos; otro del alma por el cual recibe sentencia conforme á sus merecimientos, de ambos dice que nos acordemos. Y así en viendo algun difunto ó las calaveras y huesos de los finados, he de imaginar que me dicen: Acuérdate que donde tú te ves, me ví, y donde me veo te has de ver: ayer se acabó mi vida, hoy quizá se acabará la tuya: ayer me convertí en polvo, hoy comenzará por tí lo mismo: ayer

doblaron por mí las campanas, hoy quizá doblarán por tí las mismas: ayer dí cuenta á Dios de mis obras, hoy la darás tú de las tuyas: ayer recibí sentencia segun mis merecimientos, hoy la recibirás tú segun los tuyos. Mira bien que todo esto será hoy (*Hebr.* III, 13), porque todo el tiempo de tu vida es como un dia, y quizá para tí no habrá mas que hoy, y no llegarás á mañana. Ó alma mia, oye las voces que te dan los difuntos; atiende á la leccion que te leen sus huesos secos; mira bien el juicio que pasó por ellos, pues tal ha de ser el tuyo; vive como ellos quisieran haber vivido; aparéjate como quisieran haberse aparejado; pasea en vida muchas veces esta carrera por donde pasaron, para que cuando llegue tu hora la corras de tal manera, que alcances la vida eterna. Amen.

MEDITACION XII.

DE LOS ENGAÑOS Y DAÑOS GRAVÍSIMOS QUE TRAE EL OLVIDO DE LA MUERTE, Y EL MODO COMO SE HAN DE REMEDIAR.

— *De la parábola del rico codicioso.* —Esta meditacion fundaré en lo que Cristo nuestro Señor dice de un hombre rico, el cual, habiendo cogido copiosos frutos de su heredad, echaba trazas dentro de sí mismo de ensanchar sus graneros para recogerlos y guardarlos; y hablando con su alma, la dijo: *Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años, descansa, come y bebe y date á placer.* Y luego le dijo Dios: *Necio, esta noche te pedirán y sacarán el alma; las cosas que allegaste ¿cuyas serán?* (*Luc.* XII, 19). En persona de este rico tan olvidado de su muerte, se representa lo que pasa por los que tienen semejante olvido, especialmente cuando son ricos, sanos y mozos; lo cual he de aplicar á mí mismo, en la forma que se sigue. —

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se han de considerar tres grandes engaños que trae consigo el olvido de la muerte, por razon de los cuales Dios nuestro Señor llamó necio á este rico.—El primer engaño es, prometerme muchos años de vida, y echar trazas de lo que tengo de hacer en ellos, como si esto dependiera solamente de mi voluntad y no de la de Dios, el cual quizá tiene trazado de quitarme la vida en la misma noche ó dia en que pensaba que seria muy larga, y con esto deshace mis trazas, y descubre como eran muy erradas. Por lo cual me reprenderé con las palabras de Santiago apóstol (*c.* IV, 13), diciéndome: ¿Cómo te atreves á decir, mañana iré

á tal ciudad y estaré allí un año, negociaré y saldré con ganancia; y no sabes lo que será de tí mañana? Porque tu vida es un vapor que presto se deshace. Mas razon fuera que dijeras: Si Dios quisiere y viviere, haré esto ó aquello; porque de otra manera te hallarás burlado si Dios ha trazado lo contrario.

2. El segundo engaño es, prometerme no solamente larga vida, sino asegurarme que tendré salud, fuerzas y contento con los bienes que poseo, y que ellos tambien durarán tanto como yo. De donde procede, que con la obra exhorto mi alma y la digo: *Requiesce; comede, bibe et epulare.* Descansa, come, bebe, date á banquetes y placeres, que nada te faltará. Lo cual es gravísimo engaño, porque todo esto depende de Dios, el cual me puede quitar los bienes antes que se me acabe la vida; y cuando no los quite, me puede quitar la salud y fuerzas, como dice el Eclesiastés (*c.* v, 16) de modo que no goce de ellos.

3. El tercer engaño es, olvidarme de proveer lo necesario para la otra vida, como si no hubiera mas que esta presente; y esta fue la mas calificada necedad de este rico; porque habiendo proveido á su alma de tantos bienes para pasar esta vida temporal, totalmente se olvidó de proveerla de los bienes necesarios para la vida eterna; por lo cual es forzoso que la desventurada alma que en esta miserable vida comia, bebia y banqueteaba, despues padeciese perpétua hambre y sed, y eterna miseria. — Ponderando estos tres engaños, examinaré si está mi alma engañada con ellos, y la exhortaré á lo contrario de este rico diciéndola (*Prov.* XXVII, 1): Alma mia, no te prometas largos años, porque quizá no acabarás el presente, no te glories del dia de mañana, porque no sabes lo que parirá el dia que está por venir. No te dés al descanso, sino al trabajo; no á comidas y banquetes, sino á ayunos y lágrimas. Ten cuidado de la vida eterna que te espera; porque despues de la muerte no hay lugar de merecer el descanso y hartura que ha de durar. Ó Dios eterno, líbrame, por tu infinita bondad, de estos miserables engaños, antes que la muerte me coja en ellos. Exhorta tú mi alma á las obras que te agradan, para que de hoy mas se aparte de todas las cosas que te ofenden. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar los graves daños que padecen en la muerte los que han tenido estos engaños toda la vida, sacándolos de las palabras que Dios nuestro Señor dijo á este rico: *Stulte, hac nocte animam tuam repetent à te; et quae parasti cuius erunt?* Necio, esta noche te pedirán por fuerza el alma;

los bienes que allegaste, ¿cuyos serán? Á donde se tocan cuatro graves daños, por los cuales con mucha razon dice David (*Psalm.* xxx, 22), que la muerte de los pecadores es muy mala. — El primer daño es, morir en su misma necedad, sin caer en la cuenta de ella hasta que no tiene remedio; porque tarde ó temprano, buenos y malos vendrán á desengañarse; pero en diferente manera, porque los malos duran en su engaño hasta la muerte, y entonces con la experiencia de sus tormentos y miserias caen en la cuenta de que vivieron engañados, y se llaman á sí mismos: *Insensati* (*Sap.* v, 4), hombres sin seso y sin juicio. Mas los buenos desengáñanse en vida con la lumbre de la fe, y apercíbense para la muerte antes de verse en ella. Por tanto, alma mia, toma por maestra de tus desengaños esta lumbre divina, si no quieres que lo sea la experiencia de la miseria eterna; y escarmienta en cabeza ajena, antes que venga este daño por la tuya.

2. El segundo daño es, morir de noche, esto es, con muerte repentina y apresurada en medio de su delito, porque muchas veces cuando están sanos y contentos, como este miserable rico, les intima Dios la sentencia de muerte y juntamente la ejecuta, pasando de la noche temporal á la eterna, y de las tinieblas interiores del corazon á las exteriores del infierno. (*Matth.* viii, 12). Con este temor pediré muy de veras á Nuestro Señor me avise de tal manera el peligro de mi muerte, que me dé lugar para disponerme á ella, como avisó al rey Ezequías por medio del profeta Isaías (*Isai.* xxxviii, 1), diciéndole: Ordena tu casa, porque morirás. Mas para esto no he de esperar revelaciones del cielo, sino mi profeta Isaías ha de ser la lumbre de la fe y de la razon; la inspiracion de Dios; la experiencia de las muertes de otros; la enfermedad grave que me saltea; y el aviso del médico cuando me dice que tengo peligro. Y generalmente, pues no tengo un dia cierto de vida, y cada dia puedo esperar la muerte, cordura es imaginar que hoy me dice Dios: Ordena hoy tu alma, porque quizá morirás mañana; y hacerlo luego así.

3. El tercer daño es, morir por fuerza y con violencia, pidiéndoles y arrancándoles el alma á su pesar. En lo cual ponderaré la diferencia que hay entre los justos desengañados y los pecadores engañados; porque los justos ofrécense de su voluntad á la muerte cuando Dios quiere que mueran, y dícenle con David (*Psalm.* cxli, 8): Saca, Señor, de esta cárcel á mi alma, para que alabe tu santo nombre; y (*Psalm.* xxx, 6): En tus manos encomiendo mi espíritu, pues

tú me redimiste, Dios de la verdad. Y aunque la naturaleza rehusa algo la muerte, pero prevalece contra ella la gracia; y en pidiéndoles Dios el alma, se la dan con gran resignacion; pero los malos aborrecen la muerte y llévanla con impaciencia. Y por esto se dice que los demonios, ministros de la divina justicia, les piden y arrancan el alma contra su voluntad. Ó Dios eterno, concédeme que viva tan descarnado de todas las cosas de esta vida, que no sea menester sacarme el alma por fuerza. Pídemela, cuando quisieres, que aparejado estoy á dártela de buena gana en cualquier dia que la pidieres.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la terribilidad de aquella lastimosa pregunta, que hace Dios nuestro Señor: *Las cosas que allegaste, ¿cuyas serán?* En la cual se representa el último daño de los que viven olvidados de la muerte, al modo dicho, que es dejar de repente con gran pena los bienes que tenian, sin gozarlos, ni disponer de ellos, ni saber á quién vendrán; esto es decirles: Los bienes que allegaste, ¿cuyos serán? ¿Cuya será la casa en que vives, y la cama en que duermes, y los ricos vestidos con que te atavias, y los tesoros de oro y plata que tienes en tus arcas? ¿Cuyos serán los criados que ahora te sirven, y los amigos que ahora te entretienen, y el oficio y dignidad por la cual todos te honran? Ó miserable de tí, que atesorabas, sin saber para quién allegabas tus tesoros (*Psalm.* xxxviii, 51); porque tu desventurada alma, para quien los recogias, ya no podrá mas gozar de ellos.

2. Esta pregunta tengo de hacer á mí mismo, examinando el género de bienes que en esta vida he atesorado, y diciéndome: Los bienes que allegaste en vida, ¿cuyos serán en la muerte? ¿Por ventura serán de tu alma, ó del heredero que no conoces? (*Eccli.* i, 18). Si son bienes temporales, cierto es que no serán tuyos; porque en muriendo el rico, nada llevará consigo (*Psalm* xlviii, 18), ni bajará con él la gloria que tenia: pero si son bienes espirituales de virtudes y buenas obras, tuyos serán, porque estos acompañan á los que mueren en el Señor (*Apoc.* xiv, 13), y no los desamparan hasta ponerlos en el trono de su gloria. Por tanto, alma mia, trabaja por atesorar bienes que en vida y en muerte siempre sean tuyos, sin que nadie pueda privarte de ellos.

3. Á semejanza de esta pregunta haré tambien otra á mí mismo, diciéndome: Esta alma que tienes ahora en tu cuerpo, ¿cuya será? ¿Por ventura será de Dios ó del demonio? ¿Será de Cristo, que la redimió, ó de Satanás, á quien ella se sujetó? Si estoy en pecado

mortal, y muero en él, sin duda será del demonio: él vendrá á pedírmela, y la arrebatará, porque es suya por la culpa; pero si estoy en gracia de Dios, y en ella persevero, será de Dios, y él vendrá por ella para llevarla consigo. Por tanto haz luego penitencia de tus pecados, porque si viniere hoy el príncipe de las tinieblas, no halle en tu alma cosa suya, y así la deje (*Psalm.* CXVIII, 94). Ó Rey del cielo y de la tierra: *Tuus sum ego, salvum me fac.* Tuyo soy, sálvame: tuya es mi alma porque la criaste, y tuya porque la redimiste; sea tambien tuya, santificándola con tu gracia, para que sea perpétuamente tuya, coronándola con el premio de tu gloria. Amen.

PUNTO CUARTO. - *De la horrenda muerte del rey Baltasar.* — 1. Por conclusion y confirmacion de lo que se ha dicho en estos tres puntos, consideraré un terrible ejemplo y estampa de ello en el rey Baltasar (*Dan.* V, 25), el cual estando comiendo y bebiendo en un banquete, vió de repente los dedos de una mano que escribian en la pared estas palabras: *Mane, Thecel, Phares.* Contó, pesó, dividió. Las cuales declaró Daniel en esta forma: Contó Dios tu reino, y llegó su fin. Te pesó en su peso, y te halló falto. Dividió tu reino, y entrególe á los medos y persas. Y así sucedió aquella misma noche, siendo muerto miserablemente.

2. Aplicando esto á mí mismo si vivo en semejante olvido, he de imaginar que de repente llegará un dia ó una noche, en la cual Dios nuestro Señor con los dedos de su omnipotencia escribirá en la pared de mi conciencia la sentencia de estas tres palabras. - La primera, Dios ha contado los dias de tu vida, y los que has de gozar de tu reino, de tu hacienda, honra, dignidad y oficio, y ya están cumplidos, y este dia de hoy será el postrero. - La segunda, te ha pesado en su peso, examinando tus obras sin dejar ninguna (*Apoc.* III, 2), y halló que estaban faltas, y que no eran obras llenas, porque no habias cumplido todas tus obligaciones. - La tercera, Dios ha dividido y apartado de tí tu reino, tu hacienda y dignidad, y los bienes que tenias, y los ha entregado á tus enemigos, ó á los extraños, y á otros que gocen de ellos. Tambien ha dividido tu cuerpo y alma, y el cuerpo ha entregado á los gusanos para que le coman, y el alma á los demonios para que la atormenten; y en la misma hora que se intime esta sentencia, la ejecutará Dios, sin haber quien le resista. ¡Oh qué temblores sentiré entonces, mas terribles que los del rey Baltasar! oh qué clamores y quejidos, qué turbaciones y agonías de muerte afligirán á mi pobre alma, con tanto mayor tormento, cuanto fue mayor su olvido! Acuérdate, Dios mio, de mí por tu

misericordia, y estampa en mi alma la memoria de estas tres sentencias, de modo que me acuerde siempre de la cuenta que has hecho de mis dias, y del postrero, que ha de ser fin de ellos, para que viva con tanto cuidado que el dia del juicio, cuando me pusieres en tu peso, no me halles defectuoso, sino entero y lleno en todas mis obras; y aunque dividas de mí el reino de la tierra, no me excluyas del reino de tu cielo. Amen.

MEDITACION XIII.

DEL JUICIO UNIVERSAL, CUANTO Á LAS SEÑALES Y COSAS QUE PRECEDERÁN Á SU DIA.

PUNTO PRIMERO.—*De las causas del juicio.*— 1. Por fundamento de esta materia se ha de considerar la verdad del artículo de la fe, que nos enseña que además del juicio particular, que se hace de cada hombre en la hora de la muerte, habrá otro universal de todos los hombres juntos á la fin del mundo; el cual juicio será público y visible, ordenado por la divina Providencia por muchas causas.—La primera, para confirmar la sentencia que se dió en el juicio particular, y manifestar al mundo su justicia; y juntamente suplir lo que allí falta. Porque en la muerte solamente se hace juicio del alma y no del cuerpo, y á veces sucede ser el alma condenada en el juicio de Dios, y el cuerpo ser llevado á la sepultura con grande honra; ó al contrario, ser el alma llevada con gran gloria al cielo, y el cuerpo con grande ignominia á la sepultura. Y pues cuerpo y alma se aunaron en servir, ó en ofender á Dios, justo era hubiese un dia en que se hiciese juicio de ambos. Con lo cual alentaré mi carne para que sirva al espíritu, pues tambien ha de ser con él juzgada.

2. La segunda causa es, para volver Dios por la honra de los justos oprimidos en esta vida, y mucho mas por el buen crédito de su gobierno, para que todos vean que ha sido sábio y santo en cuanto ha ordenado y permitido. De modo, que ni los buenos se quejen mas de que la virtud fue oprimida (*Psalm.* LXXII, 18), ni los malos se glorien de que el vicio fue ensalzado: y finalmente queden confundidos los juicios temerarios de los que se abalanzaron á juzgar lo que no sabian. Por lo cual dijo el Apóstol (I *Cor.* IV, 5), no juzguemos antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual descubrirá los secretos que están en tinieblas, y manifestará lo que está escondido en los corazones.

3. La tercera causa es la gloria de Jesucristo nuestro Señor, para que no solamente se descubra en el cielo á los buenos, sino tambien en la tierra, donde fue patente su ignominia, se manifieste á los malos; y los que vieron su humillacion, vean el premio de ella. Y á esta causa el lugar del juicio será el valle de Josafat (*Ioel*, III, 2), cercano á Jerusalen y al monte de las Olivas, para que en el mismo lugar donde fue juzgado, condenado y crucificado por nuestros pecados, le vean todos con suma honra (*Act.* X, 42), ser juez de vivos y muertos; y el que subió á los cielos á vista de unos pocos discípulos, baje, como dijeron los Ángeles (*Act.* I, 11), á vista de todo el mundo para juzgarlos á todos. Por estas causas la memoria del juicio me puede mover á gozo, agradecimiento y alabanza, glorificando á Dios por la soberana providencia con que le trazó para tan altos fines: y convidando con David (*Psalm.* XCV, 11; XCVII, 9) á todas las criaturas, que se regocijen y dén palmadas de placer, porque el Señor ha de venir á juzgar la tierra, y juzgará á todos los pueblos y á sus príncipes con justicia y equidad, deshaciendo agravios, sin aceptar personas.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se han de considerar las señales que precederán al juicio, como Cristo nuestro Señor las cuenta en su Evangelio (*Matth.* XXIV, 7; *Marc.* XIII, 24; *Luc.* XXI, 25), ponderando su muchedumbre y terribilidad; las cosas que significan, los efectos que causarán en los hombres; el modo como sucederán, y juntamente las causas porque suceden. — Lo primero, se ha de ponderar su muchedumbre, porque todas las criaturas, como dice el Sábio (*Sap.* V, 18), se armarán para tomar venganza de los enemigos de su Criador, y todo el universo peleará por él contra los desatinados pecadores, y como todas han sido instrumento de la divina misericordia para hacerles grandes beneficios, así entonces serán instrumentos de la divina justicia para hacerles grandes daños, y con mucha razon, porque usaron mal de ellas con injuria de su Criador. Y aunque ahora disimulan este agravio, entonces le manifestarán con terribles señales.

2. Lo segundo, ponderaré su terribilidad, discurriendo por algunas de ellas. El sol se oscurecerá, la luna se convertirá en color de sangre, las estrellas ó cometas caerán del cielo como rayos, las virtudes del cielo se moverán, porque harán un ruido espantoso, como el reloj que se suelta para dar la hora; la tierra temblará espantosamente abriéndose por muchas partes, como volcanes; el mar se alborotará con terribles olas; los vientos encontrándose unos con

otros levantarán terribles tempestades; en el aire sonarán espantosos truenos, con relámpagos y rayos temerosos, y parecerán visiones espantables y mónstruos horrendos, mucho mas horrendos que en Egipto y en Jerusalen. (II *Mach.* v, 2). Los animales, fieras y serpientes, andarán descarriados, discurriendo por varias partes con aullidos, bramidos y silbos lastimosos.

3. Pero por muy terribles que sean estas señales, afligirán mucho mas por la terribilidad de las cosas que significan, y los hombres aprenden, porque todas son un dibujo de los males espantosos que esperan, y el mundo será un retrato del infierno. Las tinieblas del sol amenazan las tinieblas eternas, en castigo de las tinieblas del alma. La sangre de la luna es señal de la ira de Dios que tomará venganza de ellos, porque se mancharon con sangre de pecados. La caida de las estrellas del cielo es señal de la desventurada caida que darán del cielo de la Iglesia al abismo del infierno, porque ellos se despeñaron de lo alto de la gracia á lo profundo de la culpa. La furia de los elementos y animales pronostica la terribilidad de las furias infernales contra ellos, porque vivieron vida de bestias sin tener órden ni concierto en las pasiones.

4. De aquí resultará que los hombres se secarán de temor y espanto, así por los males que experimentan, como por los que esperan, apoderándose de ellos el espíritu triste que seca los huesos. (*Prov.* XVII, 22). ¡Oh cuán diferentemente se habrán en este caso los que tienen buena y segura conciencia, y los que la tienen mala é inquieta! porque dado que todos temerán, pero el temor de los buenos será mezclado con grande confianza en la divina Misericordia; y así los consuela Cristo nuestro Señor, diciendo (*Luc.* XXI, 28): Cuando comenzaren á suceder estas cosas, abrid los ojos, y levantad vuestras cabezas, porque son señales de que se acerca vuestra redencion, el fin de vuestros trabajos y el principio de vuestros descansos; pero el temor de los malos estará lleno de desesperacion, con grande impaciencia, porque, como dice el Sábio (*Sap.* XVII, 10), la mala conciencia aumenta su temor y pena. Y si ahora, como dice David (*Psalm.* XIII, 5), tiemblan de miedo donde no hay que temer, ¿cuánto mas temblarán donde hay tanto por que temblar, comenzando desde luego el temblor y crujir de dientes, que han de tener para siempre en el infierno? Ponderando todas estas cosas, y cada una de ellas, me exhortaré al temor de Dios y al aborrecimiento de mis pecados, diciéndome: ¿Cómo no temes, alma mia, la ira de Dios omnipotente, que cuanto ahora es mas misericordioso,

tanto será entonces mas justiciero? ¿Por qué no abrazas con amor los Sacramentos y señales de su gracia, antes que te salteen las señales terribles de su ira? Si han de temblar entonces las columnas del cielo, ¿por qué no te fortificas con vida celestial, para que no caigas, aunque temas? Ó Dios infinito (*Psalm.* CXVIII, 120); enclava con tu santo temor mis carnes, haciéndome temer tus terribles juicios. Séquense mis huesos con tristeza de haberte ofendido, antes que me seque el temor desaprovechado. Cúbrase mi rostro de vergüenza por mis pecados, para que entonces levante la cabéza con alegría, por la redencion que espero de ellos. Amen.

PUNTO TERCERO.—*Del fuego que abrasará el mundo.*— 1. Lo tercero, se ha de considerar el terrible fuego que se levantará de todas cuatro partes del mundo para abrasar y consumir las cosas de la tierra, y renovar y purificar lo que ha de quedar en él. (*Psalmus* XLIX, 3).—Acerca de este fuego se han de ponderar principalmente tres cosas á nuestro propósito. La primera, que ha de abrasar y deshacer sin resistencia y con gran presteza los palacios y florestas, los tesoros de oro y piedras preciosas, los animales, aves y peces, y á todos los hombres que hallare vivos (*Psalm.* XCVI, 3; II *Petr.* III, 10), sin que ninguno pueda escaparse. Y en esto parará la gloria y belleza de este mundo visible, que tanto aman y aprecian los mundanos. Cumpliéndose lo que dice Joel (*Ioel*, II, 3), que delante de Dios vendrá un fuego tragador, y despues de él llamas abrasadoras; y la tierra, que era huerto de deleites, quedará hecha un desierto, ni habrá cosa que se escape de ellas. (I *Cor.* VII. 31). Ó alma mia, ¿por qué no aborreces la figura de este mundo que pasa tan de corrida, y ha de tener fin tan desastrado? Tiembla de este fuego que ha de abrasar sus riquezas, para que no cebes con ellas el fuego de tus codicias.

2. Lo segundo, ponderaré que este fuego, como dice el libro de la Sabiduría (*Sap.* XVI, 24), será cruelísimo contra los malos, y mas blando con los buenos que entonces hubiere vivos; á los cuales servirá de purgatorio para purificarles de las culpas y reliquias de ellas, y para aumentarles el merecimiento y la corona que presto han de recibir. Pero á los pecadores atormentará terriblemente, como principio del infierno que les espera en castigo de su rebeldía. De aquí es, que éste fuego durará en el mundo hasta que se concluya el juicio universal, partiéndole Dios, como dice David (*Psalmus* XXVIII, 7), la virtud para que alumbre sin daño los cuerpos de los escogidos, y atormente los cuerpos de los reprobados. De modo,

que luego en resucitando sientan el horrendo fuego en que han de parar; el cual dada la sentencia, como un rio furioso los arrebatará, y bajará con ellos al infierno. Entonces se cumplirá en buenos y malos lo que dice el Profeta (*Malach.* IV, 1): Vendrá el dia del Señor encendido como horno de fuego, y todos los soberbios serán como paja, y el dia del Señor los abrasará hasta la raíz. Pero á vosotros que temeis mi nombre nacerá el sol de justicia, y en sus plumas tendréis salud, saltaréis como becerricos, y hollaréis á los malos que estarán como ceniza debajo de vuestros piés. Ó alma mia, compara este horno de fuego con este sol de justicia; estas llamas que ciegan, con estos resplandores que alumbran; estas cenizas de tormentos, con estas plumas de alivios; este arder como paja, con este saltar de placer como becerrico; y escogé tal modo de vida, que te libre de tantos males y te negocie tantos bienes. Ó Dios eterno de cuya presencia saldrá este (*Dan.* VII, 10) rio de fuego para castigo de los malos, y sale otro rio de (*Apoc.* XXII, 1) agua viva para refrigerio de los buenos; lávame y purifícame con el agua de este segundo, para que sea libre del fuego del primero. Amen.

Punto cuarto.—Lo cuarto, se ha de considerar lo que Cristo nuestro Señor dice del dia que (*Matth.* XXIV, 36) tiene señalado para este juicio; es á saber, que ninguno le sabe sino Dios, y que vendrá de repente (*Luc.* XXI, 24), para lo cual trae dos semejanzas. Así como, dice, en tiempo de Noé estaban los hombres comiendo y bebiendo, comprando y vendiendo, casándose y ocupándose en sus negocios, hasta que entró Noé (*Genes.* VII) en el arca, y entonces comenzó de repente el diluvio que los anegó. Y en tiempo de Lot de la misma manera, estando muy descuidados los sodomitas, en saliendo Lot de la ciudad de Sodoma, bajó del cielo fuego que los abrasó; así será la venida del Hijo del hombre á juzgar, porque estando los hombres muy metidos en bodas y pasatiempos, comenzará el diluvio de las tribulaciones, y se levantará el fuego que los abrasará, y serán innumerables los que se condenarán, exceptos unos pocos que como Noé y Lot serán salvos. Y pues lo mismo sucede en muchas tribulaciones, pestes y mortandades que nos asaltan de repente, he de procurar vivir tan bien apercibido, que merezca ser salvo, tomando el consejo que Cristo nuestro Señor infirió de este suceso, diciendo (*Luc.* XVII, 33; XXI, 36): Quien quiere salvar su alma, piérdala, esto es, mortifique la vida carnal, porque perdiéndola de esta manera, la vivificará con vida espiritual, y estará seguro el dia de este juicio. Ó Juez soberano, vivifícame con tu gra-

cia para que, como otro Noé, me salve en el arca de tu Iglesia. Arráncame de la Sodoma del mundo, aunque sea por fuerza, como á Lot, para que libre de los fuegos que le abrasan, salve mi alma en el monte alto de tu gloria. Amen.

MEDITACION XIV.

DE LA RESURRECCION DE LOS MUERTOS Y VENIDA DEL JUEZ; Y DE LAS COSAS QUE HARÁ ANTES DE DAR LA SENTENCIA.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar la resurreccion de los muertos, para que los hombres con alma y cuerpo parezcan en este juicio. Acerca de este artículo de nuestra fe se ha de ponderar: — Lo primero, como un Ángel, con una voz espantosa á manera de trompeta (*Ioan.* v, 28), citará y llamará todos los muertos para que resuciten y vengan á juicio, diciendo (I *Thes.* iv, 15): *Surgite mortui, et venite ad iudicium.* Levantaos, muertos, y venid á juicio. Y será esta voz tan poderosa, en virtud de la omnipotencia de Dios, que en un momento resucitarán todos los muertos. Y como dice san Juan (*Apoc.* xx, 13), el mar dará los cuerpos que en él perecieron, la tierra los que tragó vivos, y la muerte, los que deshizo y consumió despues de muertos; y aunque se hayan convertido en polvo, la divina omnipotencia los formará en un momento con toda la entereza de miembros que han de tener. Y en el mismo momento subirán las almas del infierno, y bajarán las del cielo, y cada una se juntará con su cuerpo, el mismo que antes tenia. De suerte, que á esta voz del Arcángel, y á su citacion á juicio, obedecerán todos sin resistencia, excusa ó tardanza, aunque hayan sido reyes, papas y monarcas del mundo. Ó alma mia, acuérdate muchas veces de esta poderosa voz, suene esta trompeta en tus oidos; teme esta terrible citacion y aparéjate para ella; obedece á la voz de Dios y á la de su Arcángel visible, que te dice (*Ephes.* v, 14): Levántate tú que duermes, y resucita de entre los muertos, é iluminarte ha Cristo, porque no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta, resucite y viva.

2. Lo segundo, ponderaré el cuerpo que darán al alma del condenado que subió del infierno, y lo que sentirá verse metida dentro de él. Daránla un cuerpo (*Apoc.* ix, 6) por una parte pasible, y por otra parte inmortal, para que siempre padezca y nunca muera: un cuerpo feo, hediondo y espantable, que sea cárcel eterna de la des-

venturada alma, y nuevo infierno estar en ella. ¡Oh qué maldiciones se echarán uno á otro en aquella primera entrada! Maldito seas, cuerpo, dirá el alma, que por regalarte y por serme rebelde he padecido tantos tormentos, y para siempre los he de padecer contigo. Maldita seas, alma, dirá el cuerpo, que por no me mortificar y domar con tu libre albedrío, tengo de padecer contigo tan horrendo tormento. De esta manera los dos miserables compañeros que se juntaron en esta vida para buscar sus deleites, bebiendo con ellos innumerables culpas, entonces se juntarán y trabarán como espinas para punzarse (*Nah.* I, 10), y ser verdugos de sí mismos, y aumentar uno á otro sus terribles penas.

3. Lo tercero, ponderaré brevemente el cuerpo que darán al alma del bienaventurado que bajó del cielo, y el gusto con que entrará dentro de él. Daránle un cuerpo inmortal, impasible, resplandeciente, y en todo perfecto y muy glorioso. ¡Oh qué bendiciones se echarán uno á otro! oh qué parabienes dará el alma á su querido cuerpo! Bendito seas, dirá, porque me ayudaste á merecer la gloria que he gozado. Bendito, porque te dejaste mortificar y porque te rendiste á obedecer, cumpliendo con alegría todo lo que Dios mandaba. Alégrate, porque ya pasó el tiempo del trabajo, y es llegado el tiempo del descanso. (I *Cor.* XV, 43). Fuiste sembrado y sepultado en la tierra con ignominia: ya has tornado á vivir con nueva gloria; glorifica á Dios conmigo, pues has de reinar conmigo. Finalmente, haciendo comparacion de lo que ha de suceder á buenos y á malos, diré á mi mismo cuerpo: Anímate á padecer en esta vida mortal, para que te quepa la dichosa suerte de resucitar á vida bienaventurada.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la venida del Juez á juzgar; su salida del cielo; la majestad de su persona; el acompañamiento que trae; su estandarte real; su trono glorioso; los semblantes de su rostro, y (*Matth.* XXIV, 30) los asesores que tiene á su lado. - Primeramente, ponderaré como Cristo nuestro Señor real y verdaderamente saldrá del cielo, y vendrá segunda vez al mundo para juzgarle, con traje muy diferente del que trajo la primera vez; porque en esta segunda venida vendrá en un cuerpo glorioso y resplandeciente, coronado con corona de gloria y de inmortalidad, con tanto resplandor, que el sol, luna y estrellas no darán luz en su presencia, y con tanta majestad, que Ángeles y hombres, justos y pecadores, y los mismos demonios se le sujeten y adoren, y, mal que les pese, le reconozcan por su Dios y Señor; porque entonces cumplirá

el Padre eterno la promesa que le hizo de sujetarle todas las cosas, y poner á sus enemigos debajo de sus piés (*Psalm.* CIX, 1; I *Cor.* XV, 26), y que toda (*Philip.* II, X) rodilla se hinque en su presencia, y que toda lengua confiese que Cristo Jesús está en la gloria de Dios Padre. Ó Salvador mio, muy justo es que la segunda venida descubra la gloria que encubrísteis en la primera. Concededme, Señor, que imite la humildad de la primera, para que goce la gloria de la segunda.

2. Luego ponderaré el acompañamiento que trae; porque, como profetizó Enoc (*Cathol. Iudae, v.* 4), vendrá el Señor con millares de Santos, rodeado de todo el ejército celestial (*Dan.* VII, 10), con sus tres jerarquías y nueve coros, tomando á lo que piamente se puede creer, cuerpos aéreos, resplandecientes como el sol (*Matth.* XVI, 27; XXV, 31), descubriendo en ellos la hermosura y excelencia de su jerarquía y coro.—Delante vendrá, como se deduce del Evangelio (*Matth.* XXIV, 30), la bandera del Hijo del hombre, que es el estandarte real de la santa cruz, con un resplandor admirable; la cual, con ser una misma, será vistosa y deleitable á los justos, que en esta vida la abrazaron y se preciaron de ella; crucificando su carne con sus vicios y concupiscencia; mas será horrible y espantosa para los malos que no creyeron en ella, ó la aborrecieron (*Philip.* III, 18), siendo sus enemigos, por tener por Dios á su vientre, y así en viéndola llorarán amargamente, porque en ella verán la justa causa de su condenacion. Ó alma mia, sigue la bandera de la cruz en esta vida, para que la veas con paz y seguridad en la otra. Llora la enemistad que has tenido con ella, para que la veas entonces con alegría.

3. Lo cuarto, ponderaré como en llegando Cristo nuestro Señor al valle de Josafat, se sentará en un trono excelentísimo, hecho de una nube muy hermosa y resplandeciente, y con ser uno mismo su divino rostro, será apacibilísimo para los buenos, y terribilísimo para los malos; tanto, que de solo verle quedarán llenos de temblor y confusion. Y de las llagas sacratísimas de sus piés, manos y costado, saldrán rayos de luz y resplandor amoroso hácia los buenos, los cuales con la vista corporal de estas llagas recibirán especial consuelo, viendo lo mucho que este Rey soberano les amó, recibiéndolas por ellos. Pero de las mismas llagas saldrán rayos de ira y como de fuego contra los malos, los cuales, como dice la Escritura (*Zach.* XII, 10), llorarán amarguísimamente, viendo cuán mal se aprovecharon de ellas. Pero mucho mas llorarán los judíos y gentiles (*Apoc.* I, 7),

que con tanta crueldad las hicieron. Ó dulcísimo Jesús, por tus sacratísimas llagas te suplico me dés alas como de paloma (*Psalmus* LIV, 7) para volar á ellas, y morar en ellas mientras viviere, gimiendo mis pecados, por cuya causa las recibiste, para que el dia del juicio las mire con alegría, y por ellas me admitas en tu gloria. Amen.

4. Luego ponderaré como al lado de Cristo nuestro Señor se pondrá otro trono de grande gloria para su santísima Madre, porque es muy justo que en este juicio esté sentada como otra Bersabé (III *Reg.* II, 19) al lado del verdadero Salomon, no para abogar por los pecadores, porque ya pasó ese tiempo, sino para que se confundan de no haber querido valerse de tan santa madre y de tan poderosa abogada como tenian; y para que los buenos se alegren de verla presente, y ella quede honrada delante de todo el mundo, por las humillaciones que sufrió en esta vida de aquellos que no la conocieron y la ultrajaron en la pasion de su Hijo. Ó Vírgen soberana, gózome de la gloria que tendréis este dia: ayudadme con vuestra intercesion, para que entonces me goce de vuestra vista.

5. Finalmente, al rededor del trono de Cristo nuestro Señor estarán sus Apóstoles (*Matth.* XIX, 28) para juzgar, como se lo prometió, las doce tribus de Israel y las naciones del mundo, condenando con su vida ejemplar la vida mala de los pecadores, y aprobando la sentencia del supremo Juez, y en su nombre declarando la justicia de ella. Y como muchos santos Padres afirman, tambien estarán sentados en tronos de gloria los pobres de espíritu, que á imitacion de los Apóstoles dejaron todas las cosas por Cristo. (*Isai.* III, 11). ¡Oh cuán pasmados quedarán los tiranos y emperadores que martirizaron á los Apóstoles, cuando los vean con tanta gloria sublimados! oh cuán honrados estarán los pobres religiosos que en este mundo vivian despreciados! Ó Juez soberano, si así honrais á los pobres (*Iob,* XXXVI, 6) voluntarios, yo abrazo con gran voluntad la pobreza, no tanto por mi honra, cuanto por la gloria que á Vos se os sigue de ella.

PUNTO TERCERO.—*La division de buenos y malos.*—Lo tercero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, para hacer su juicio, apartará los buenos de los malos, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos. (*Matth.* XIII, 49). Á los buenos pondrá á su mano derecha, y á los malos á la izquierda.

1. Acerca de lo cual se ha de ponderar primeramente, como este mundo y la Iglesia es ahora como un rebaño de ovejas y cabritos;

esto es, de buenos y malos, mezclados de tal manera, que no siempre se conoce quién es oveja de Cristo, ó cabron de Satanás; y por esta ignorancia muchas veces honramos al pecador como á justo, y despreciamos al justo teniéndole por pecador. De donde tambien procede que justos y pecadores no siempre tienen el lugar que merecen; porque muchas veces los malos ocupan la mano derecha y el lugar mas empinado de la tierra, y los buenos están á la mano izquierda, en el lugar mas desechado del mundo. Por lo cual dijo Salomon (*Eccli.* III, 16; X, 5): Ví un grande mal debajo del sol, que en el trono del juicio estaba la impiedad, y en el lugar de la justicia la maldad, y dije en mi corazon: Dios ha de juzgar al bueno y al malo, y entonces se verá quién es cada uno.

2. Llegado, pues, este tiempo, Cristo nuestro Señor, para deshacer estos engaños y agravios, apartará el trigo de la zizaña (*Matth.* XIII, 30; III, 12), el grano de la paja, los buenos peces de los malos, y los corderos de los cabritos; y á los buenos pondrá á su mano derecha, levantados, como dice san Pablo (I *Thes.* IV, 16), en el aire, para que todo el mundo los conozca y honre como á Santos; y á los malos pondrá á la mano izquierda, dejándolos en la tierra para que todos los conozcan y desprecien como á pecadores. ¡Oh qué confusion tan grande será la de los malos que en esta vida tenian la mano derecha y la grandeza, cuando se vean á la mano izquierda en tanta bajeza! oh qué envidia tan rabiosa tendrán de los buenos, cuando los vean tan honrados y á sí tan despreciados! ¿Qué dirá el príncipe y el señor, cuando vea en mas alto lugar á su esclavo? qué el prelado y el maestro, cuando vea que le es preferido el súbdito y el discípulo? Todos á una dirán aquello de la Sabiduría (*c.* V, 4): Nosotros, locos y sin seso, teníamos su vida por locura y su fin por afrentoso: mirad como son contados entre los hijos de Dios, y su suerte es entre los Santos; luego hemos errado el camino de la verdad, y la lumbre de la justicia no nos alumbró, ni el sol de la inteligencia nació para nosotros. Ó Sol de justicia, esclarece los ojos de mi alma con tu lumbre celestial, para que vea la ceguedad de estos miserables, y escarmiente con tiempo en la miseria de ellos.

3. Al contrario, estarán los buenos muy contentos de verse al lado derecho de Cristo, y Cristo nuestro Señor muy alegre de verlos á su lado, porque entonces á la letra se comienza á cumplir visiblemente lo que dice David (*Psalm.* XLIV, 10): Asistió la reina á tu mano derecha con un vestido de oro, labrado con maravillosa variedad. ¡Oh qué gloriosa estará allí aquella congregacion de justos,

como reina, que presto será en el reino de su esposo, gozándose de verse á la mano derecha de su amado, adornada de virtudes! En esta vida estuvo muy humillada con desprecios, y ahora se ve en un punto ensalzada con grandes honras. ¡Oh dichoso el que se sienta en el postrer lugar del mundo! porque entonces le dirá Cristo (*Luc.* XIV, 10): *Amice, ascende superius:* Amigo, sube mas arriba, sube sobre los soberbios de la tierra, y luego subirás conmigo á los tronos del cielo. Ó alma mia, escoge en esta vida lugar bajo entre los hombres, para que el dia del juicio te dé Cristo lugar alto entre los Ángeles. No hagas caso de la mano derecha ó siniestra que tienes en el mundo, sino de la que has de tener en el tribunal de Cristo, procurando vivir con tal pureza, que merezcas estar á su mano derecha. Amen.

4. Últimamente, si quiero saber la mano que me cabrá el dia del juicio, he de mirar si soy oveja ó cabron; esto es, si oigo la voz de Cristo mi Pastor: si tengo mansedumbre y humildad: si sufro con paciencia las adversidades é injurias, y si reparto con otros liberalmente de mis bienes; ó al contrario, si soy soberbio y vengativo: si busco mi provecho temporal con daño de mi prójimo y con pérdida del bien espiritual: y haciendo reflexion sobre esto, procuraré ser oveja de este soberano Pastor, confiando que me pondrá con gran prosperidad á su mano derecha.

PUNTO CUARTO.—*De la publicacion de las conciencias.*— 1. El cuarto punto será, considerar la publicacion que se hará en el juicio de todas las conciencias de los buenos y malos delante de los hombres y de los Ángeles, descubriendo, como dice el apóstol san Pablo (I *Cor.* IV, 5), las cosas que estaban escondidas con tinieblas, y manifestando las secretas, que estaban encerradas en los corazones, con una luz especial que Dios comunicará para que sean vistas.—En lo cual ponderaré, como Dios nuestro Señor en aquel dia abrirá, como dice la sagrada Escritura (*Dan.* VII, 10), y desplegará los libros de las conciencias que por el tiempo de esta vida estuvieron cerrados; de modo, que todos leerán lo que está escrito en el libro de la conciencia de cada uno; y cada uno lo que está escrito en el libro de la conciencia de todos; y conforme á lo contenido en los libros se hará el juicio (*Apoc.* XX, 12), y pronunciará la sentencia, para que todos vean la rectitud de la divina justicia, y juntamente para honra de los buenos y confusion de los malos. De donde sacaré, cuánto me conviene mirar bien lo que escribo en el libro de mi conciencia, porque ahora puedo escribir lo que quisiere, y encubrirlo como

quisiere; pero en aquel dia, mal que me pese, saldrá todo á luz; y si el libro de mi conciencia estuviere bien escrito, conforme al libro de la vida, que es Cristo Jesús, mi libro, como dice Job (*c.* XXXI, 35), será mi defensa, mi honra y mi corona. Pero si fuere contrario al de Jesucristo, él será mi acusador, mi deshonra y condenacion. Ó piadosísimo Salvador, cuyo libro se ha de abrir el dia del juicio, para que tu vida sea como ley y regla viva por la cual se haga juicio de la nuestra, no permitas que yo escriba en el libro de mi conciencia cosa que sea contraria al tuyo; y si alguna vez por mi flaqueza lo escribiere, ayudadme á borrarlo con la penitencia, para que el dia de la cuenta, viéndome tú conforme contigo en la vida, me hagas tambien conforme en la gloria. Amen.

2. Pero particularizando mas lo que ha de pasar en esta publicacion, ponderaré como entonces se han de publicar los pecados secretos del corazon y los feos de la obra, que se cometieron en el rincon, y los que por vergüenza se callaron en la confesion, ó se encubrieron con excusas y solapamientos. Á mas se manifestarán las dañadas intenciones, las traiciones encubiertas, las hipocresías y todas las obras que parecian santas, y de verdad eran malas. Allí serán conocidos los criados infieles, los amigos falsos, los cristianos fingidos, con grandísima confusion por verse descubiertos, porque si tanto siento que mi pecado se publique delante de diez hombres, ¿cómo sentiré que se publiquen todos juntos delante de todos los hombres y de los Ángeles? Ó alma mia, ¿cómo te atreves á pecar en secreto, si crees que tu pecado se ha de publicar y ver delante de todo el mundo? ¿Cómo puedes en la confesion encubrir la culpa por vergüenza, si tienes fe de esta confusion que has de padecer por haberla callado? Acuérdate de lo que dice tu Redentor (*Luc.* XII, 2): *Nihil opertum est, quod non reveletur: neque absconditum, quod non sciatur.* No hay cosa encubierta, que no venga á ser descubierta; ni cosa escondida, que no venga á ser sabida: y cesa de hacer la culpa que no querrias fuese manifestada.

3. Luego ponderaré, como Dios nuestro Señor manifestará las buenas obras de los justos, por mas secretas que hayan sido, los puros pensamientos, los santos afectos, las intenciones tan ocultas, que no supo la mano izquierda lo que hacia la derecha, y las obras exteriores que encubrieron por humildad, y las que el mundo tuvo por malas, y por ellas les calumnió y condenó. Con lo cual quedarán grandemente honrados y ensalzados. ¡Oh cuán feo y abominable parecerá allí el vicio, y cuán hermosa y apacible la virtud! ¡Oh

cuán honrado y acreditado quedará entonces el obedecer y humillarse, y el sufrir las injurias callando, sin excusarse, ni volver por sí! Dichosos los que abrazan estos ejercicios virtuosos, pues tal gloria recibirán por ellos. Encubre, ó alma mia, tus buenas obras con humildad, para que no las robe la soberbia, porque á su tiempo las descubrirá el Señor con grande gloria.

4. Últimamente ponderaré, como el justo Juez en aquel dia descubrirá tambien las buenas obras que hicieron los malos, y las malas que hicieron los buenos; pero con diferente fin y suceso, porque las obras buenas de los malos resucitarán en mayor ignominia suya, por no haber perseverado en el bien, perdiendo el premio de ellas, por haberlas mezclado con muchas malas. Y cuando vean los avisos y buenos consejos que dieron á los escogidos, quedarán mas avergonzados, porque no los tomaron para sí, ni se aprovecharon de ellos. Al contrario, cuando publicare Dios los pecados que hicieron los justos, tambien publicará la penitencia que hicieron, y los bienes que de ellos sacaron; de tal manera, que no les sean ocasion de confusion, sino motivo de alabar á Dios, que los perdonó y les libró de tal miseria, por su grande misericordia. Y todo redundará en mayor confusion de los malos, viendo en tanta honra á otros que hicieron los mismos ó mayores pecados que los suyos, por haber hecho con tiempo penitencia de ellos.

Punto quinto. — *De la acusacion y cargos contra los malos.* — 1. El quinto punto será, considerar las terribles acusaciones y cargos que de esta publicacion resultarán contra los malos en favor de los buenos; porque primeramente el demonio (*Apoc.* xii, 10), acusador y calumniador de los hombres, en este dia, que es el postrero de su oficio, le hará con grande vehemencia, exagerando los pecados de los malos, como dice san Basilio (Orat. 3 de amore erg. Deum, ex prox.), para confundirlos mas delante de todo el mundo; porque volviéndose al Juez, le dirá: Yo no crié á estos, ni les dí la vida, ni el sustento, ni los bienes de que gozaron: no padecí ni morí por ellos, ni les prometí premio eterno, y con todo eso me sirvieron y obedecieron, dejándote á tí, que hiciste por ellos todas estas cosas. Por tanto mios son de justicia, porque los vencí, y se me rindieron, y me estimaron mas que á tí. Esto dirá el soberbio Satanás, como quien desea triunfar á su modo rabioso de Cristo nuestro Señor, y vengarse de él en sus criaturas. ¡Oh qué burlados y corridos se hallarán los malos por haberle obedecido! Huye, alma mia, de obedecer á quien tan mal pago te ha de dar. Vuelve por la honra de

Cristo, que te crió y redimió, burlando de su enemigo en esta vida, porque no burle de tí en la otra.

2. Lo segundo, ponderaré los terribles cargos que interiormente les hará el mismo Cristo, trayendo á la memoria de cada uno los beneficios que les ha hecho. Yo, dirá, te crié á mi imágen y semejanza, y tú la manchaste con muchos pecados: redimíte con mi sangre preciosa, y hollástela con tus malos pasos: díte el sacramento del Bautismo, haciéndote miembro de mi Iglesia, y profanástele viviendo con escándalo en ella: ofrecíte el sacramento de la Penitencia, para restituirte mi gracia, y tú escogiste durar en la culpa: convidéte con mi cuerpo y sangre para tu sustento, y tú le despreciaste por las ollas de Egipto: llaméte con muchas inspiraciones, y tú con pertinacia fuiste rebelde á ellas: amenacéte con castigos, regaléte con beneficios y animéte con promesas de grandes premios, y no hiciste caso de todos ellos. Ó miserable hombre (*Isai.* v, 4), ¿qué mas pude hacer por tí de lo que hice? Y tú, ¿qué mas pudiste hacer contra mí de lo que hiciste, estimando en mas tu honra que la mia? Ó Ángeles y ministros mios, juzgad vosotros, y ved ¿qué pude hacer por esta viña, que no hiciese, y esperando que llevase uvas, no ha llevado sino agraces? Ponderando esto, diré con gran sentimiento aquellas palabras de David (*Psalm.* vi, 2): Ó Señor, no me arguyas con tu furor, ni me reprendas con tu ira: corrígeme con tu misericordia, cuando haya lugar de enmienda.

3. Á esta reprension de Cristo ayudarán los mismos Ángeles de la guarda, alegando lo mucho que hicieron para desviar á los malos de su mala vida, y la rebeldía que ellos tuvieron en contradecirles. – Tambien los justos, que están presentes, les acusarán: unos, porque desecharon sus consejos: otros, porque recibieron de ellos grandes agravios; y otros, por el peligro en que se vieron por sus malos ejemplos. – Todo esto oirán y verán los miserables en lo interior de su alma y de su desventurada conciencia, la cual, como dice el Apóstol (*Rom.* ii, 15), será la mas terrible acusadora de todos, porque convencida con la evidencia de la verdad, y viendo la razon que todos tienen en acusarla, no tendrá que responder, sino mucho de que acusarse. ¡Oh cuánto mejor les fuera haberse acusado de su voluntad en esta vida y con provecho, que no acusarse entonces por fuerza y sin remedio! Ó dulce Jesús, concédeme que dignamente me acuse de mis pecados delante de tí y del confesor que me ha de absolver, porque no me acusen de ellos en el juicio para condenarme.

MEDITACION XV.

DE LAS SENTENCIAS EN FAVOR DE LOS BUENOS, Y CONTRA LOS MALOS, Y DE SU EJECUCIÓN.

—La forma de las sentencias que Cristo nuestro Señor pronunciará (á lo que se cree con voz sensible) (*Abul. q.* 333 in Matth.; *Iansen. Soto, et alii*) en favor de los buenos y contra los malos, está expresada en el santo Evangelio, comenzando por la de los buenos, para que se entienda cuán mas inclinado está Dios nuestro Señor á premiar, que á castigar.—

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, sentado en el trono de su gloria, mirando hácia los buenos, con voz blanda y amorosa les dirá (*Matth.* xxv, 34): *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que está aparejado para vosotros desde el principio del mundo, porque tuve hambre, y me disteis de comer*, etc.

—Esta sentencia meditarémos por palabras, ponderando el misterio que tiene cada una, conforme al segundo modo de orar que se puso en el párrafo IX de la Introduccion; pero no harémos mas que apuntar las consideraciones de estos premios, porque despues se han de poner mas á la larga.—

Venite.—La primera palabra es, venid; en la cual se ha de ponderar por qué causas les dijo: Venid, de dónde han de venir y á dónde.-Les dice venid, para traerles á la memoria la primera vocacion con que les llamó para que le siguiesen, diciéndoles (*Matth.* xi, 28; xvi, 24): Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados, que yo os recrearé, y si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Y porque oyeron esta vocacion, les llama con otra semejante palabra, como si dijera: Pues venísteis tras mí abrazando la cruz y mortificacion por seguir mi vida, venid á recibir el premio siguiéndome en la gloria.-Venid del monte (*Cant.* iv, 8) Líbano de mi Iglesia, en la cual fuísteis bautizados y lavados con lágrimas de penitencia, y crecísteis como cedros en toda virtud. Venid de la grande tribulacion (*Apoc.* vii, 14), donde habeis estado lavando y blanqueando vuestras estolas en mi preciosa sangre. Venid de las cuevas de leones y moradas de tigres, en cuya compañía habeis vivido padeciendo grandes persecuciones.-Salid de en medio de ellos, y venid á ser coronados, y á recibir el

premio que habeis merecido por las muchas victorias que habeis ganado. Ó alma mia, oye con presteza la voz de Cristo, con que te llama á imitar su vida, para que seas digna de oir esta dulce voz con que te llamará á recibir la corona.

2. *Benedicti Patris mei.*—La segunda palabra es, benditos de mi Padre. Llámalos benditos, para que todos entiendan la inmensidad de beneficios que les ha hecho, hace y hará por toda la eternidad, cumpliendo lo que dijo (*Psalm.* XXIII, 4) el Salmista, que el inocente y puro de corazon recibiria la bendicion del Señor y la misericordia de Dios su salvador.—Y no dice: Venid, benditos de Abrahan, Isaac y Jacob, ni benditos de Moisés ó de los Patriarcas y Profetas, sino benditos de mi eterno Padre, el cual os ha bendecido con todo género de bendicion celestial (*Ephes.* I, 3), comunicándoos los bienes de su gracia y ahora enteramente los de su gloria. Y no dijo benditos de Dios, sino de mi Padre, para que se entienda que todas estas bendiciones procedieron del amor paternal que Dios les tuvo por respeto de su Hijo.—Y porque su bendicion es eficaz, y hace luego lo que dice, con esta dulce palabra les llenará de una nueva y extraordinaria alegría.

3. *Possidete paratum vobis regnum à constitutione mundi.*—Lo tercero les dice: Poseed el reino que está aparejado para vosotros desde el principio del mundo; en las cuales palabras se ha de ponderar qué reino sea este, cuánto tiempo há que se aparejó, cómo se aparejó para los buenos, y cómo se les da su posesion; en todo lo cual resplandece la infinita caridad de nuestro Padre celestial, porque primeramente quiso que la herencia y mayorazgo de sus hijos fuese un reino tan soberano, que por excelencia merece nombre de reino; porque no es reino terreno sino celestial, cuyas riquezas son infinitas, y sus deleites inestimables, y hacen bienaventurados á sus poseedores.—Este reino les aparejó desde su eternidad, predestinándoles por su misericordia para que reinasen con él. Y desde el principio del mundo crió el cielo empíreo, para que fuese ciudad real, y morada de estos reyes bienaventurados.—Y con gran ternura añade aquella palabra, *vobis*, para vosotros, como quien dice: No se aparejó este reino principalmente para los Ángeles, y en defecto suyo para vosotros, entrando en lugar de los que perdieron las sillas de este reino, sino igualmente se aparejó para todos los justos, Ángeles y hombres, y para vosotros, para vuestras almas y para vuestros cuerpos.—Venid, pues, á tomar la posesion pacífica de este reino, tan noble y tan antiguo, de la cual nunca seréis echados. Entrad en

los gozos de mi Padre, los cuales nunca os serán quitados: sentaos (*Apoc.* III, 21) á reinar conmigo en mi trono, como estoy sentado con mi eterno Padre en el suyo. Ó Padre amorosísimo, gracias te doy por tan soberano reino como aparejaste para tus escogidos, para mostrar en ello las riquezas infinitas de tu gracia y caridad. Concédeme, Señor, que apareje mi alma de tal manera, que tú reines en ella por tu gracia, y despues la lleves á poseer este reino eterno de tu gloria. Amen.

4. *Esurivi enim, et dedistis mihi manducare*, etc.—Luego declara el Juez la razon de su sentencia, y los méritos porque les da su reino, diciendo: Tuve hambre y disteisme de comer; tuve sed y disteisme de beber; era peregrino y me hospedásteis; estaba desnudo y me vestísteis; estaba enfermo y me visitásteis; y estando preso y cautivo, venístes á estar conmigo para darme libertad. Y admirándose los justos de que por obras pequeñas les diese un reino tan grande, y de que estimase tanto estas obras de misericordia, como si á su misma persona se hubieran hecho, le preguntarán no tanto con palabras, cuanto con afectos y sentimientos de grande admiracion: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y sediento, y te dimos de comer y beber? y cuándo te vimos peregrino, desnudo, enfermo y cautivo, y usamos contigo de tal misericordia? Luego les responderá el Señor: Dígoos de verdad, que lo que hicísteis por uno de estos pequeñuelos hermanos mios, por mí lo hicísteis, porque yo estaba en ellos; y aunque pequeñitos, me precio de tenerlos por hermanos. ¡Oh dichosos pobres, á quien tiene por hermanos el Juez que los ha de juzgar y el Rey eterno que los ha de galardonar, premiando tambien á los otros porque hicieron bien á ellos! ¡Oh dichosas las obras de misericordia, cuyo objeto principal es Cristo y cuyo premio es su reino! ¡Oh bienaventurados los misericordiosos, pues en este dia alcanzarán tan gran misericordia!

5. Últimamente ponderaré, que aunque Cristo nuestro Señor en el Evangelio solamente da por razon de la sentencia las obras de misericordia con los prójimos, tambien declarará las demás obras buenas de obediencia y mortificacion necesaria para entrar en el cielo. Y como la voz de Dios es de virtud infinita, mentalmente declarará á cada uno, de modo que lo entiendan todos, las obras especiales por las cuales les da su reino. Al mártir dirá: Ven, bendito de mi Padre, á poseer el reino que está aparejado para tí; porque derramaste tu sangre por mí. Y á la vírgen dirá: Ven, bendita de mi Padre, por la virginidad que guardaste con limpieza de cuerpo y al-

ma. Y al religioso: Ven, bendito de mi Padre, porque dejaste todas las cosas por seguirme; y á este modo puedo discurrir por los demás estados de los justos. ¡Oh qué contento causará en todos la dulce voz de esta regalada sentencia, con la cual dará Dios cumplido gozo y alegría á sus oidos, y se regocijarán los huesos que estaban humillados! (*Psalm.* L, 10). ¡Dichosas las ovejas que oyen en esta vida la voz de su Pastor, y siguen sus pisadas! porque este dia, puestas á su mano derecha, oirán la voz con que las llama á las dehesas eternas. Ó Pastor soberano, ayúdame con tu copiosa gracia, para que te obedezca de tal manera, que sea digno de oir tan favorable sentencia. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como volverá el Juez su rostro airado hácia los malos, y con una voz espantable les dirá: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está aparejado para Satanás y sus ángeles, porque tuve hambre y no me disteis de comer*, etc. Esta sentencia se puede ir ponderando por palabras como la pasada, porque en ella se declaran todos los géneros de penas que hay en el infierno, de los cuales harémos despues mas larga consideracion.

Discedite à me.—La primera palabra es, apartaos de mí, en la cual les condena á la pena eterna que llaman de daño, que es destierro perpétuo del cielo, y privacion de la vista de Dios para siempre. Y para mas lastimarlos, mostrándoseles tan glorioso les dice: Apartaos de mí que soy vuestro Dios, vuestro primer principio y vuestro último fin. Apartaos de mí que soy vuestro Redentor, y me hice hombre por vuestra causa, y recibí estas llagas por vuestro remedio; y aunque os convidé con el perdon, no le aceptásteis. Por tanto, apartaos para siempre de mi amistad, de mi proteccion, de mi reino, de mi paraíso, de mi vista clara y del rio copioso de mis deleites.

2. Y porque quien se aparta de Cristo, tambien se aparta de los que andan juntos con Cristo, en decirles: Apartaos de mí, les dice tambien, apartaos de las jerarquías y coros de mis Ángeles: apartaos de mis Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgenes; y apartaos de la dulce compañía de mi santa Madre que lo quiso ser vuestra y no quisísteis valeros de ella. Harto hizo por traeros á mi servicio y á mi casa, y vosotros por vuestra mala voluntad os apartásteis y alejásteis de ella. Pues en castigo de esto, yo por mi justa voluntad os destierro y aparto de mí y de todos los mios, sin esperanza de tener jamás parte en mí ni en cosa mia. Ó Salvador mio, no venga tal

castigo sobre mí, que para siempre me apartes de tí: castígame con la pena que quisieres, con tal que siempre esté cabe tí, unido contigo por amor. Amen.

3. *Maledicti.*—La segunda palabra es, *malditos*, con la cual por ser eficaz, arroja sobre ellos todas las maldiciones y desventuras eternas que por sus pecados han merecido. Será maldita su alma y maldito su cuerpo; malditas sus potencias y malditos sus sentidos. (*Deut.* XXVIII, 45). Vendrá sobre ellos la maldicion del hambre y sed; de la enfermedad y dolor; de la infamia y deshonra. Malditos en la ciudad donde han de vivir, en la casa en que han de morar, en la compañía que han de tener, y en todas las cosas que les han de suceder.

4. Y no les llama malditos de su Padre, como llamó á los buenos benditos de su Padre: para que entiendan que la bendicion originalmente nace de Dios, Padre nuestro; el cual, cuanto es de su parte, quisiera que ellos tambien fueran benditos; pero la maldicion originalmente nació de ellos mismos y de sus culpas, conforme á lo que dice David (*Psalm.* CVIII, 18): Amó la maldicion, y vino sobre él: no quiso la bendicion, y alejóse de él: vistióse de la maldicion, como de vestidura que cubria todo su cuerpo, y como agua entró en lo interior del alma, y como aceite se empapará dentro de sus huesos. ¡Oh qué rabia y coraje sentirán los desventurados oyendo esta horrenda palabra de su eterna maldicion! oh qué envidia tan rabiosa traspasará sus entrañas, viendo que Dios bendice á los buenos, sin dejar para ellos ni una sola bendicion! Si Esaú, viendo que su hermano menor Jacob le habia cogido la bendicion (*Genes.* XXVII, 34), *Irrugiit clamore magno*, bramó con grande grito, y con lágrimas irremediables decia á su padre: ¿Por ventura no reservaste para mí siquiera una bendicion? Cuando estos reprobados figurados por Esaú vean que los escogidos figurados por Jacob han negociado la bendicion del Padre celestial, y que ni una sola queda para ellos, ¡qué gritos y qué bramidos levantarán! ¡Con qué rabia confirmarán ellos su misma maldicion, maldiciendo el dia en que nacieron y la leche que mamaron, deseando no haber nacido antes que oir tan tremenda maldicion! Ó dulcísimo Jesús, que subiendo á la cruz tomaste sobre tí la maldicion (*Galat.* III, 13) de la ley para librarnos de la maldicion de la culpa y de la pena eterna; favoréceme con tu misericordia para que no venga por mí tan terrible miseria. Amen.

5. *In ignem aeternum.*—La tercera palabra es, id al fuego eterno, en la cual les condena á la pena que llaman de sentido, que es

el fuego eterno, como quien dice: No os aparto de mí para que volvais á la anchura y libertad de vida que solíais tener ni para que vivais á vuestro gusto en la sobrehaz de la tierra, sino para que bajeis á la cárcel oscura del infierno y ardais en los terribles fuegos que hay en ella: y esto no por tiempo de diez años ó diez mil, sino por todo el tiempo que durare el fuego que es eterno y hará su oficio de atormentaros por toda la eternidad.—¡Oh qué afliccion causará tan espantosa palabra en los desventurados pecadores, viéndose condenados á volver otra vez á la cárcel y fuego de donde su alma habia subido, para que arda tambien el cuerpo en las llamas que ardia el alma!

6. *Qui paratus est.*—Añade el Juez, que este fuego estaba ya aparejado, para traerles á la memoria que la divina justicia, como aparejó reino para premiar á los buenos, así aparejó fuego para castigar á los malos; y aunque estaba escondido á los ojos del cuerpo, ya se le reveló para que le viesen con los ojos de la fe, y procurasen escaparse de él. Con estos ojos he yo de penetrar la tierra, y ver el terrible fuego que el dia de hoy está en su centro aparejado para castigo de mis pecados si no hago penitencia de ellos, acordándome de lo que dice Isaías (*Isai.* XXX, 33): *Praeparata est ab heri Thopheth*, etc. El Rey eterno desde ayer, esto es, muy de atrás y desde el principio del mundo aparejó un lugar horrendo, profundo y dilatado, lleno de fuego y de mucha leña, y el soplo del Señor, como arroyo de piedra azufre, le está encendiendo. Llámale Thopheth, al modo que Cristo nuestro Señor le llama Gehenna (*Matth.* V, 22), que era un lugar de terribles fuegos, donde eran quemados los niños que sacrificaban al ídolo Moloch (IV *Reg.* XXIII, 10); para avisarnos que por los hornos, volcanes y lugares horribles de fuego y humo y piedra azufre, que vemos sobre la tierra, saquemos de rastro la terribilidad del fuego que tiene Dios aparejado debajo de ella para los que sacrifican sus almas al demonio. Ó Rey eterno, que aparejaste cielo é infierno para regalar en el uno á los buenos con soplo blando de caridad, y atormentar en el otro á los malos con soplo ardiente de ira; visítame con el soplo de tu divina inspiracion para que siempre me acuerde de estos dos lugares, y me apareje con tu gracia con tal modo de vida, que alcance el primero, y me libre del segundo. Amen.

7. *Diabolo, et angelis eius.*—Díceles tambien, que este fuego está aparejado para Satanás y sus ángeles, para que entiendan que van condenados á la compañía perpétua de los demonios, pareciéndoles

con ellos, para que imiten en la pena á los que imitaron en la culpa; y pues se hicieron del bando de Lucifer y de sus malos ángeles, tengan su castigo con ellos y por medio de ellos, siendo sus verdugos los que fueron sus tentadores. Pero no les dijo: Id al fuego que está aparejado para vosotros, como dijo á los buenos: Venid al reino que os tengo aparejado, para zaherirles con la gran misericordia que quiso hacerles; porque no pretendió hacer infierno para castigar los hombres, si ellos no se hicieran dignos del castigo por su pecado; y si no fueran impenitentes como los demonios, no les echara en el fuego eterno que aparejó para ellos. Ó Dios de las venganzas y juntamente Padre de las misericordias, pues deseas mas perdonar los pecadores con misericordia, que castigarlos con venganza; dame lugar de verdadera penitencia para que no sea castigado con los demonios impenitentes. Amen.

8. *Esurivi enim, et non dedistis mihi manducare.*—Luego declara el Juez la justa razon de su sentencia diciendo: Porque tuve hambre y no me diste de comer, ni ejercitásteis conmigo las demás obras de misericordia. Y queriendo los condenados excusarse de no haber faltado en tales obras con Cristo, les dirá: Lo que no hicísteis con uno de estos pequeñuelos, no lo hicísteis conmigo, porque yo estaba en ellos; y lo que con ellos no hicísteis, tampoco lo hiciérais conmigo. Porque quien no ama al prójimo que ve con sus ojos, ¿cómo amará á Dios que es invisible? Y quien se olvida de la imágen de Dios que tiene presente, ¿cómo se acordará del mismo Dios que tiene por ausente?—Tambien ponderaré que en la razon de la sentencia pone Cristo nuestro Señor las culpas que parecen menores; para que se entienda con cuánto mas rigor castigará las culpas mayores, y así tambien hará mencion de ellas, y en especial declarará á cada uno, entendiéndolo todos, la causa porque le condena, diciendo á los lujuriosos: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, por las lujurias y carnalidades en que vivísteis. Y á los perjuros y blasfemos: Apartaos de mí porque profanásteis mi santo nombre, habiendo yo tenido tanto cuidado de honrar el vuestro, etc.

9. Lo tercero, ponderaré que los malos el dia del juicio alegarán para su descargo algunas obras gloriosas que hicieron, diciendo á Cristo (*Matth.* VII, 22): Señor, Señor, ¿por ventura no profetizamos en tu nombre, y echamos muchos demonios, hicimos grandes milagros? pues ¿cómo nos apartas de tí? Pero el Señor les responderá: Nunca os conocí: apartaos de mí, obradores de maldad, que es decir: Conocó esa fe y gracias que tuvísteis porque yo os las dí;

pero usásteis mal de ellas, mezclándolas con graves pecados, y fuera razon que profetizando á otros, profetizárais á vosotros mismos; y echando los demonios de los cuerpos ajenos, los echárais de las almas propias; y haciendo obras milagrosas, hiciérais tambien obras virtuosas. Mas, pues no lo hicísteis, no os conozco ni apruebo, y aunque me llameis Señor, no os quiero por criados, pues no me fuísteis obedientes. De donde sacaré, que si entonces no se hace cuenta de la profecía y gracia de hacer milagros sin virtudes; menos cuenta se hará de la nobleza, riquezas, dignidades, ciencias y otras cosas muy menores, pero muy estimadas de los hombres; porque á todos generalmente les dirá: No os conozco, apartaos de mí, obradores de maldad.

10. En oyendo los condenados el trueno de esta espantosa sentencia, caerá sobre ellos una mortal y rabiosa tristeza; porque si las señales del juicio, que como relámpagos preceden á este trueno, secarán sus huesos de temor, ¡qué temblor causará el mismo trueno, qué afliccion el rayo y qué tormento el fuego! (*Psalm.* LXXVI, 19). Ó Juez soberano, envia los relámpagos de tus divinas inspiraciones sobre la tierra de mi alma, para que contemplando lo que ha de pasar en tu juicio, tiemble y se estremezca, y mude la vida, para que tú mudes la sentencia. Muda mi corazon con tu mano derecha, para que en aquel dia no me pongas á la izquierda. *Et cum veneris iudicare, noli me condemnare.* Cuando vinieres á juzgar, no me quieras condenar. Perdóneme ahora tu misericordia, para que entonces no me condene tu justicia.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la ejecucion de estas sentencias; de la cual dice Cristo nuestro Señor (*Matth.* XXV, 46): *Et ibunt hi in supplicium aeternum, iusti autem in vitam aeternam.* Los malos irán al castigo eterno, y los justos á la vida eterna.—Lo primero, consideraré la ejecucion de la sentencia dada contra los malos; porque en el punto que se diere, sin dilacion alguna, á vista de los buenos se abrirá la tierra debajo de sus piés, y arrebatando de ellos los demonios, unos y otros bajarán á los infiernos, y luego la tierra se tornará á cerrar, quedando para siempre sepultados en aquel abismo de fuego. Entonces se cumplirá la maldicion que está escrita en el salmo (*Psalm.* LIV, 16): Venga sobre ellos la muerte, y bajen vivos al infierno. Y lo que dice san Juan en su Apocalipsis (*Apoc.* XX, 14), que el diablo y la muerte y el infierno y todos los que no estaban escritos en el libro de la vida fueron echados en el estanque de fuego y piedra azufre, donde serán ator-

mentados de dia y de noche por todos los siglos de los siglos con el Antecristo y su falso profeta. Y esta es la muerte segunda, amarga y eterna, que comprende las almas y cuerpos que murieron la primera muerte de la culpa y la muerte corporal que de ella se siguió. ¡Oh qué rabia tan furiosa tendrán los condenados, viendo que no pueden resistir ni impedir la ejecucion de esta sentencia! oh qué envidia tan amarga penetrará sus entrañas, viendo la gloria de los buenos de quien se apartan! oh qué tristeza tan desesperada recibirán con esta segunda muerte y en la primera entrada de aquel hediondo estanque infernal! oh qué agonías tan rabiosas, viéndose cubiertos con montes de tierra, cerrados con cerraduras eternas y atados de piés y manos con cadenas de perpétua damnacion! Entonces verán por experiencia cuán malo y cuán amargo fue (*Ierem.* II, 19) haberse apartado de su Dios y haber dejado su santo temor. Teme, ó alma mia, la terribilidad de esta muerte segunda para que huyas la maldad de la muerte primera. Entra con el espíritu en estas aberturas de la tierra (*Isai.* II, 19); escóndete dentro de ellas mirando con quietud lo que allí pasa para que temas la ira del Todopoderoso y escapes de su furor.

2. Tambien ponderaré como se alegrarán los buenos, segun dice David (*Psalm* LVII, 11), viendo la venganza que la divina justicia toma de los malos. Y aunque entre los condenados esté el que fue su padre ó madre, hermano ó amigo, no recibirán pena, sino alegría por ver la mucha razon que tiene Dios en lo que hace, y así cantarán el cántico que cantó Moisés (*Exod.* XV, 5), cuando los gitanos fueron hundidos en el mar; y el cántico del Cordero que refiere san Juan (*Apoc.* XV, 3), diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios todopodero; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de todos los siglos. ¿Quién no temerá, Señor, y engrandecerá tu nombre? porque tú solo eres piadoso, y tus juicios son á todos manifiestos.

3. De aquí subiré á ponderar el modo de la ejecucion de la sentencia de los buenos, mirando como todos los bienaventurados se levantan sobre los aires siguiendo á su capitan Jesús, cantando mil cantares de alegría, glorificando á Dios por haberles librado de tantos y tan graves peligros, con aquellas palabras del Salmista (*Psal.* CXXIII, 6): Bendito sea el Señor, que nos libró de los dientes de nuestros enemigos. Nuestra alma ha sido librada como pájaro del lazo de los cazadores: el lazo se rompió, y nosotros quedamos libres; porque pusimos nuestra confianza en el nombre del Señor, que hizo el cielo y

la tierra. De esta manera penetrarán todos los cielos hasta llegar al cielo empíreo, donde Cristo nuestro Señor los pondrá en los tronos de gloria que han de tener, reinando con él con suma paz y gozo por toda la eternidad. ¡Oh dichosos trabajos de la vida virtuosa, que tan bien premiados son en la vida eterna! Alégrate, alma mia, con la esperanza de tales premios, y abraza con gran fervor estos trabajos.

4. *Conclusion de lo dicho.* — Lo que resta por conclusion de lo dicho es, considerarme, como dice san Bernardo (Serm. 11 ex parvis), en este mundo como en un lugar medio entre cielo é infierno, y que estoy aquí al modo que están los novicios en la casa de probacion, probándome Dios con los preceptos que me pone y con los trabajos que me envia; pero ayudándome con su gracia para que salga bien probado. Si pruebo mal siguiendo el partido del demonio, por sentencia de Dios irrevocable seré echado del mundo al infierno; pero si pruebo bien cumpliendo la voluntad de Dios, por sentencia suya seré llevado del mundo al cielo. Por lo cual sumamente me conviene mirar cómo vivo, para que salga de este mundo bien probado. Ó Dios eterno, que hiciste la tierra como casa de probacion para ejercitar á los hombres que ordenaste para el cielo (*Psalm.* XXV, 2); pruébame tú y ejercítame previniéndome con tu misericordia, para que te obedezca de manera, que el dia del juicio me apruebes y admitas en tu reino. Amen.

MEDITACION XVI.

DEL INFIERNO, CUANTO Á LA ETERNIDAD DE LAS PENAS Y Á LA TERRIBILIDAD DEL LUGAR, Y DE SUS MORADORES Y ATORMENTADORES.

PUNTO PRIMERO. — *Qué es infierno.* — 1. Lo primero, se ha de considerar lo que es infierno del modo que la fe nos lo enseña, para que sabiendo su definicion temblemos de oir su nombre. Infierno es una cárcel perpétua, llena de fuego y de innumerables y muy terribles tormentos, para castigar perpétuamente á los que mueren en pecado mortal. Infierno, otrosí, es un estado eterno en el cual los pecadores, en castigo de sus pecados, carecen de todos los bienes que pueden desear para su contento, y padecen todos los géneros de males que pueden temer para su tormento. De suerte que en el infierno se junta la privacion de todos los bienes que en esta vida gozan los hombres, y en la otra los Ángeles; y la presencia de todos los

males que en esta vida afligen á los hombres, y en la otra á los demonios.

2. Esto puedo ponderar discurriendo por todos los males y miserias que padezco ó veo padecer á otros, aumentándolos y eternizándolos con la consideracion; porque todo lo que en esta vida se padece es poco y dura poco tiempo, pues tiene fin; pero lo que se padece en el infierno es muchísimo y durará por infinita duración, que compite con la de Dios, porque durará cuanto Dios durare. Si aquí padezco hambre y sed, entenderé que en el infierno tendré otra hambre y sed incomparablemente mayor, y demás de esto, eterna. Si padezco algun dolor ó deshonra, ó pobreza ó tristeza, ó falta de amigos, etc., todo esto padeceré en el infierno con tanto exceso, que lo de acá es como pintado y como un soplo; pero lo de allá todo será terribilísimo, y nunca se ha de acabar; porque despues de haber durado cincuenta mil años, quedan otros cincuenta mil millones que pasar, y pasados estos, quedan otros y otros sin cuento. Y con haber estado Cain en el infierno mas de cinco mil años, es como si hoy comenzara. Y cási dos mil años há que el rico avariento arde y pide una gota de agua, y siempre arderá y la deseará. Pues ¿qué locura es, ó alma mia, por no padecer en esta vida tan pequeños trabajos y tan breves ponerte á peligro de padecer males tan grandes y tan largos? ¿Cómo no tendrás paciencia en lo poco y breve que ahora padeces, pues mereces padecer tanto y tan eterno por tus pecados? Ó Dios eterno, ilústrame con tu soberana luz para que por los males presentes conozca la terribilidad de los eternos tormentos, y viva de manera que merezca ser libre de ellos. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar las causas y circunstancias de esta eternidad, ponderando como cuanto hay en el infierno es eterno.—Lo primero, el condenado es eterno no solamente cuanto al alma, sino cuanto al cuerpo; porque será inmortal, ni se podrá matar á sí mismo, ni otro le podrá matar, ni Dios le querrá aniquilar. Y aunque él mismo desee la muerte, ella huirá de él, Dios no le cumplirá este deseo; antes las rabias por deshacerse le darán terrible tormento, viendo que no puede alcanzar lo que desea. (*Apoc.* IX, 6).—Lo segundo, el lugar de la cárcel es eterno, sin que pueda arruinarse; porque la tierra, en cuyo medio está el infierno, durará para siempre. (*Eccles.* I, 4). El fuego tambien será eterno; porque el soplo eterno de Dios, como dice el profeta Isaías (*Isai.* XXX, 33), servirá de piedra azufre que le irá conservando, sin tener necesidad de otra leña. Ó si sirve de leña la piedra azufre,

tambien será eterna; porque el mismo soplo de Dios la conservará. Y el fuego, que tiene virtud de abrasar y consumir, tiene allí por la omnipotencia de Dios partida su virtud (*Psalm.* XXVIII, 7), porque abrasa y no consume; y así siempre dura lo que siempre abrasa.

2. Lo tercero, el gusano que allí muerde será eterno, sin que haya quien le pueda matar, como Cristo nuestro Señor lo dijo. (*Marc.* IX, 45). Porque la podredumbre de donde se engendra, que es la culpa, nunca se acaba, y la viva aprension de ella y de la pena nunca cesa, y así la cruel mordedura que hace en la conciencia no tendrá fin. -Lo cuarto, el decreto de Dios es eterno é inmutable, porque está resuelto de no revocar la sentencia definitiva que dió ni librar del infierno al que una vez entra. *Quia in inferno nulla est redemptio.* Porque en el infierno ni hay redencion de cautivos, ni rescate de presos, ni precio para ello; por cuanto la sangre de Jesucristo no pasa allá. Y si cuando estaba fresca y se derramó en el monte Calvario no sacó del infierno á ningun condenado, tampoco le librará ahora. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 52, *art.* 6).

3. Finalmente, todas las penas serán eternas (*Ex D. Thom.* 1, 2, *q.* 87, *art.* 3 *ad* 1, *cum August. et Greg. quos citat*); porque las culpas tambien lo serán, por cuanto en el infierno no hay perdon de pecados, ni penitencia verdadera, ni satisfaccion que se acepte, ni la sangre de Jesucristo se les aplica. De donde procede, que quien quiere morir sin penitencia de sus pecados virtualmente quiere permanecer en ellos para siempre, y que sus pecados sean eternos; y así merece que la divina justicia le castigue con penas eternas. Y de aquí es, que aunque el pecador muera con verdadera fe y esperanza, entrando en el infierno se las quitan, no solo por ser indigno de ellas, como arriba se dijo, sino porque ya no le queda objeto de esperanza (*Medit.* IX, *punt.* 4), ni para alcanzar perdon de pecados, ni para ser oido en sus peticiones, ni para salir de su miseria, ó alcanzar su bienaventuranza. Pues ¿cómo, alma mia, no temes este ser eterno obligado á miserias eternas? cómo no te atemoriza este fuego? este soplo? este gusano? y este decreto de Dios inmutable y sempiterno? Mira que ahora mudará Dios la sentencia, si tú mudas la vida con la penitencia. No aguardes á que tu culpa se haga eterna, porque tambien lo será la pena.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la continuacion é invariabilidad de las penas que anda junta con la eternidad. -Ponderando como las penas de tal manera durarán para siempre, que serán continuas, sin interrupcion é invariables, sin dimi-

nucion; de modo que aunque duren millones de años, no habrá ni un solo dia de vacaciones, ni cesará la pena por una sola hora ni por un momento, ni la pena sustancial se menoscabará, ni tendrá un mínimo alivio (*Luc.* XVI, 24); como se vió en el rico avariento [1], á quien negó Abrahan tan pequeño refrigerio como era tocarle la lengua con el dedo mojado en agua: antes se les acrecentarán nuevas penas accidentales con las nuevas entradas de otros condenados; y la mudanza que acá suele ser de alivio, si la hubiere en el infierno, será para nuevo tormento; porque si los lujuriosos, como se dice en Job (*c.* XXIV, 19), pasan de los ardores del fuego á las aguas de la nieve, será para que el ardor les congoje mas, por la guerra que trae con el frio, y el frio les cause mayor temblor y crujir de dientes batallando con el ardor.

2. Finalmente, con ser los tormentos tan largos y continuos no se gana costumbre en el padecer, de modo que cause alivio, antes cada dia se hacen como nuevos, y con nueva impaciencia reverdecen. Porque como la soberbia de estos desventurados que aborrecen á Dios crece siempre, segun dice el profeta David (*Psalm.* LXXIII, 23), así crece la ira y envidia, la impaciencia, furor y rabia. Pues ¿qué dices, alma, y qué haces, si tienes fe viva de tales penas? cómo no se te acaba el aliento considerando tanta terribilidad? tanta duracion? tanta continuacion? tanta inmutabilidad y eternidad? Si estando en cama blanda sientes á par de muerte pasar una larga noche en vela y con dolor, esperando con ansias el alivio de la alborada; ¿cuánto mas sentirás estar en cárcel oscura, en cama de fuego, en perpétua vigilia y con terrible pena en una noche tan larga y prolija, que no espera alivio de alborada, porque será eterna? Ó justicia del Todopoderoso, ¡quién no tiembla en tu presencia! Líbrame, Señor (*Psalm.* VI, 2), de tu ira, y no me castigues con tu furor; ampárame con tu misericordia porque no caiga en tan espantosa y eterna miseria. Amen.

PUNTO CUARTO. —Lo cuarto, descendiendo á lo particular, se ha de considerar la terribilidad del lugar que llamamos infierno.

1. Porque lo primero es un lugar debajo de la tierra, oscuro y lleno de tinieblas mas espesas que las de Egipto, donde nunca entra luz de sol, luna ó estrellas. Y el fuego, aunque abrasa, no alumbra, sino ahuma y ciega la vista; porque Nuestro Señor divide (*Psalmus* XXVIII, 7) la llama del fuego para los malos, quitándole lo bueno que tiene y dejándole lo malo.—Además, el infierno es un lugar

[1] Parece deberia decir *Epulon* en este y otros puntos. *(Nota del Editor).*

estrechísimo, sin las praderías y florestas de la tierra. Porque dado caso que el infierno, como dice Isaías (c. XXX, 33), es muy hondo, extendido y dilatado, y ensancha mucho sus senos (*Ibid.* c. V, 14); pero son tantos los hombres que han de bajar á él, que apenas cabrá á cada uno el lugar de una muy estrecha sepultura, y estarán todos apretados como ladrillos en un horno de fuego sin poderse rebullir.

2. Demás de esto, es lugar destempladísimo, con calores excesivos, sin que haya resquicio por donde pueda entrar viento que le refresque. Y á esta causa san Juan en su Apocalipsis (c. XIX, 20; X, 9) le llama siempre estanque de fuego y piedra azufre; porque como los peces están en estanque de agua sumidos y como presos, sin poder salir de allí, así estarán los condenados en el estanque ardiente de terrible fuego mezclado con piedra azufre derretida y de abominable olor. – Y de aquí es tambien que el infierno es un lugar hediondísimo, porque los cuerpos de los condenados echarán de sí un sudor insoportable con abominable heder. – Y finalmente, estará cerrado por todas partes con cerraduras eternas, sin que puedan salir de él ni por fuerza ni por maña. Y si por dispensacion de Dios sale alguno, consigo lleva la pena, y luego vuelve á donde salió, y despues del juicio nunca se dará tal dispensacion. ¡ Oh cuán blando te pareceria cualquier calabozo si ponderases bien la terribilidad del infierno ! Ó buen Jesús, ayúdame á llorar amargamente mis pecados (*Iob*, X, 21), porque no vaya á esta tierra tenebrosa cubierta de sombra de muerte, y tierra de desesperados.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, se ha de considerar la miseria, desventura y desconcierto de los moradores de este lugar, que están presos en esta cárcel, ponderando como carecen de todos los buenos respetos que hay de bondad, discrecion, nobleza, parentesco, amistad y lealtad; y están vestidos de todos los contrarios respetos con extraña abominacion, porque en el infierno hay todas suertes de personas: unos fueron ángeles de varias jerarquías y coros, hermosos, poderosos y muy lucidos; otros fueron emperadores, reyes y príncipes, con varios estados y títulos de nobleza; otros fueron sábios, filósofos elocuentes y letrados en varias ciencias; otros cortesanos, comedidos, afables, liberales, agradecidos y bien acondicionados; otros parientes, deudos y afines, padres é hijos, hermanos ó primos, etc. Otros muy amigos y conocidos, compañeros y vecinos; pero en entrando en el infierno se pierden todos estos respetos, sin haber, como dice Job (c. X, 22), órden ni concierto, sino confusion y horror. Todos

se hacen enemigos mortales, llenándose unos contra otros de ira, rencor, envidia, impaciencia y rabia, sin que uno pueda ver á otro, ni decirle buena palabra. El padre aborrece al hijo, y el hijo al padre; el señor al vasallo, y el vasallo al señor, maldiciéndose unos á otros, y mordiéndose con furor; y en especial los que se amaron en esta vida con amor desordenado, y fueron compañeros en las culpas, se aborrecerán mucho mas, y crecerán sus penas con la rabia de verse juntos, porque como los carbones encendidos, cuando están juntos, uno enciende al otro; así estos carbones infernales encendidos con el fuego de sus iras avivarán los ardores de los compañeros.

2. Á esto se añade la imaginacion penosísima de que por fuerza, y mal que les pese, han de estar eternamente juntos, sin poder huir ni apartarse, porque huyendo de uno que mucho aborrecen dan en otro peor, y así tendrán una perpétua y cruel guerra, sin que haya quien les ponga en paz ni quien los consuele, porque ninguno irá allá de la tierra que pueda, ni del cielo bajará quien quiera, porque ningun bueno se dignará de entrar en tan infame lugar, tanto, que Cristo nuestro Señor cuando bajó á los infiernos no entró en este lugar, ni les dió alivio alguno. Pues ¿qué sentirán los príncipes cuando se vean emparejados con los plebeyos, y tratados de ellos con tal desvergüenza y odio? ¿Qué tormento será vivir por fuerza con mis enemigos que actualmente me aborrecen y maldicen, sin poder tapar á ellos las bocas ni á mí los oidos? ¿Qué pena será nunca ver persona que bien me quiera, ni quien se compadezca de mis males, sino antes los acreciente? Ó alma mia, funda todas tus amistades en verdadera caridad (*Casian. Collat.* XVI, *c.* 2), porque esta sola es eterna y no perece, y sin ella las demás perecerán. Ten, cuanto es de tu parte, paz (*Rom.* XII, 18) con todos los hombres, porque no entres en compañía de tantos malos.

PUNTO SEXTO. — 1. Lo sexto, se ha de considerar la terribilidad de los atormentadores y verdugos infernales. – Lo primero, generalmente en el infierno cada uno de los condenados es verdugo de todos, y todos son verdugos de uno, diciendo y haciendo cosas que les atormentan, como está dicho. – Demás de esto, los demonios son terribles atormentadores de los hombres, vengándose en ellos por la rabia que tienen contra Dios y contra Jesucristo; y así los atormentan con visiones espantables, con imaginaciones horribles y con todos los modos que puede inventar su fiera crueldad.

2. Allende de esto, el tercer atormentador y mas cruel es el gusano de la conciencia, el cual muerde (*Marc.* IX, 49) y morderá eter-

namente con terrible crueldad, porque acordándose el malaventurado de los pecados que hizo y de recuerdos que tuvo para salir de ellos, y que pudiera librarse de aquellos tormentos, y que por culpa de su perverso libre albedrío entró en ellos, él mismo será verdugo de sí mismo, y se morderá y querrá despedazar con increible amargura y rabia, cumpliéndose aquí aquel castigo de quien dice san Agustin (Lib. I Confes.): Mandástelo, Señor, y así se cumple, que el ánimo desordenado sea pena de sí mismo, porque sus pecados son sus verdugos, y sus pasiones desenfrenadas son sus atormentadores. De modo que él mismo es pesadísimo para sí, y no se puede sufrir á sí mismo. Aprende, pues, alma mia, á oir el latido de la conciencia, y haz paces con este buen adversario (*Matth.* v, 25) que te punza cuando pecas; porque en el infierno ladrará y morderá como perro rabioso, vengando la injuria que la hiciste cuando en esta vida la atropellaste.

3. El cuarto atormentador será la mano invisible de Dios que descarga sobre los condenados, usando de su omnipotencia contra ellos; los cuales, como saben esto, vuelven su rabia contra él, diciendo horrendas blasfemias, y deseando que dejase de ser; pero todo se les convierte en aumento de dolor y pena. Ó mano pesadísima del Omnipotente, ¿quién te podrá sufrir? ¡Oh cuán horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo y enojado! Aparta, Señor, muy léjos de mí la mano de este castigo, y tócame con la de tu misericordia, para que libre de estos temores goce de tí por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XVII.

DE LA PENA DE LOS SENTIDOS Y POTENCIAS INTERIORES, Y DE LA PENA DE DAÑO QUE SE PADECE EN EL INFIERNO.

—Como el pecador abraza dos grandes males que son, apartarse de Dios, fuente de agua viva, y convertirse á las criaturas por gozar de sus deleites perecederos; así en el infierno es castigado con dos suertes de penas: una que llaman de daño, por el primer mal, y otra que llaman de sentido, por el segundo, y de esta comenzarémos por ser mas fácil de sentir.—

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar la pena que padecen los sentidos exteriores del condenado cuando tiene cuerpo, porque conforme á las leyes de la divina justicia (*Sap.* xi, 17): *Per quae quis peccat, per haec et torquetur,* cada uno será atormentado por

las mismas cosas en que peca; y pues el pecado entra por los sentidos, su castigo ha de ser en ellos. Esto se puede ponderar discurriendo por todos cinco.-La vista será atormentada viendo cabe sí á sus enemigos, y padeciendo visiones horribles que les pondrán delante los demonios, tomando ellos estas espantables figuras para atormentarles con ellas, sin que puedan cerrar los ojos para no verlas, en castigo de los pecados que hicieron con este sentido.-El oido estará siempre oyendo blasfemias contra Dios, maldiciones y palabras injuriosísimas y otros sonidos asperísimos á modo de aullidos y bramidos espantosos, sin poder cerrar los oidos, en castigo de lo que con ellos pecó.-El olfato estará oliendo cosas hediondas como piedra azufre, y sobre todo el abominable hedor que saldrá de los cuerpos de los condenados y del suyo mismo.

2. El gusto en la garganta y lengua gustará cosas amarguísimas mas que hieles y ajenjos amargos, con terribles arcadas y congojas de estómago (*Ierem.* IX, 15; XXIII, 15); y por otra parte padecerá una hambre canina y una sed rabiosa, deseando como el rico avariento una gota de agua (*Luc.* XVI, 24), y no se les dará, en castigo de los pecados de la gula.-El tacto en todo el cuerpo padecerá grandes tormentos, desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza; de modo que allí se juntarán los dolores de ojos, oidos y muelas, costado, corazon y gota, y los demás que en esta vida atormentan. Pues si tanto dolor causa en esta vida la pena de un solo sentido, ¿cuánto dolor causará la pena que de tropel entra por todos cinco? ¡Oh desventurados deleites sensuales, cuyo fin son tan terribles amarguras!-Con esta consideracion tengo de alentarme á llorar los pecados que con estos cinco sentidos he cometido, pesándome de la libertad que les he dado, y proponiendo de mortificarlos y enfrenarlos (*Ierem.* IX, 25), porque no entre la muerte y el infierno por ellos.

PUNTO SEGUNDO. - *Del fuego del infierno.* — 1. Lo segundo, se ha de considerar la pena del fuego, el cual es tan terrible, que en su comparacion el de acá es como pintado, porque es instrumento de la divina justicia y de su omnipotencia, para castigar y atormentar, no solamente los cuerpos, sino almas solas y espíritus puros. Las propiedades de este fuego son:-La primera, que se entraña (*D. Thom.* 1 *p. q.* 64, *art.* 4 *ad* 3) con el condenado con tal trabazon, que á donde quiera que va el demonio es atormentado de este fuego, y podemos decir que consigo lleva el fuego infernal, porque lleva la pena que recibe de él.-La segunda, que con ser uno mismo, ator-

menta desigualmente á los condenados, y á los mayores pecadores atormenta mucho mas, y á los menores menos. Y á un mismo condenado en una parte de su cuerpo le atormentará mas que en otra, cuando aquella fue instrumento especial de su pecado. Á unos atormentará mas en la lengua, porque fueron murmuradores y perjuros: á otros en la garganta, porque fueron glotones y bebedores; y todo esto obra la omnipotencia y justicia de Dios, que le toma por instrumento para ello.

2. La tercera es, que carece de lo que suele dar alivio, y tiene lo que es puro tormento; porque, como ya se ha tocado, abrasa y no luce; quema y no consume; siempre arde y nunca se menoscaba, porque Dios le conserva. Y aunque los miserables condenados, segun dice el Profeta (*Malach.* IV, 1), son como paja, porque luego prende en ellos este fuego sin resistencia, pero nunca acaba de quemar esta paja: y la llama que sale de ella echa tanto humo, que ciega pero no ahoga; atormenta pero no mata. Pues ¿qué será ver un condenado metido y sumido en un pozo de fuego y en una inmensidad de llamas, con alaridos y gemidos, sin hallar refrigerio ni esperanza de alivio? ¡Oh cuán terrible mal es el pecado! pues siendo Dios infinitamente misericordioso, viendo padecer tormentos tan terribles al que es criatura suya, redimida con la sangre del Cordero, no tiene compasion de él, ni le saca de aquel fuego, antes desde su cielo se le está mirando y gozándose de que padezca, conforme al órden de su justicia. Ó alma mia, oye lo que este Señor dice (*Isai.* XXXIII, 14): ¿Quién de vosotros podrá morar con el fuego tragador? ó quién podrá morar con los ardores sempiternos? Si no te atreves á tocar el fuego tan ligero de esta vida, ¿cómo no tiemblas del fuego espantoso de la otra? Contempla con atencion este fuego, para que su temor consuma el fuego de tus codicias, si el fuego del divino amor no bastare, por tu tibieza, á consumirlas.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la pena que padecen las potencias interiores del alma, discurriendo por todas ellas. — Primeramente, la imaginativa será atormentada con horrendas imaginaciones (*D. Thom.* in addit. q. 94), mas terribles que las que padecen los muy melancólicos en sueños, y que las que padecieron los egipcios; de las cuales, dice el Sábio (*Sap.* XVII, 4) que eran horribles y espantables, con visajes monstruosos y tristísimos de fieras y dragones, y con bramidos y silbos que le causaban grande pavor y espanto. — De aquí es que los apetitos serán atormentados con la furia de sus mismas pasiones, que de tropel saldrán con gran ve-

hemencia; conviene á saber, temores, tristezas, tédios, agonías, iras, desesperaciones, envidias y rabias, con una guerra entre sí tan cruel, que se despedazarán unos á otros.

2. La memoria intelectual será atormentada con la continua y fija recordacion de las cosas pasadas que poseyó, y de las presentes que padece, y de las que están por venir en la eternidad, sin que pueda pensar ni acordarse de cosa que le dé alivio, ni divertirse á no pensar en sus miserias. Y si se acuerda de los deleites que tuvo en el mundo, es para mayor tormento. De suerte que su memoria será como un mar alborotadísimo, con innumerables olas de pensamientos mas amargos que las hieles, yéndose unos y viniéndose otros, sin dejarle tener un punto de descanso.—El entendimiento estará entenebrecido, sin poder discurrir ni entender cosa que le dé gusto: estará lleno de errores y engaños, ponderando y encaramando sus males, y juzgando con pertinacia que le hace Dios agravio, quejándose de él, como de injusto.—La voluntad estará obstinada y endurecida en sus pecados, y en el odio de Dios y de sus Santos, y de todos los hombres, sin poderse ablandar, ni mudar, ni arrepentir de lo que hace; y deseando hacer su propia voluntad, nunca la podrá hacer en lo que ha de ser su alivio, porque ya le ataron de piés (*Matth.* XXIII, 13) y manos para echarle en aquellas tinieblas; sin tener libertad para ejercitar obras de luz ni de alegría. Por lo cual la voluntad propia, no cumplida, será infierno de sí misma, en castigo de las veces que en esta vida se cumplió contra la voluntad divina.

3. Finalmente, imaginará que el corazon de un condenado es como un mar amarguísimo en el cual entran diez rios de penas terribilísimas; cinco por los cinco sentidos exteriores; y otros cinco por las cinco potencias interiores, en castigo de los pecados que hicieron contra los diez mandamientos de la divina ley y contra cualquiera de ellos; pues, como dice el Apóstol (*Iacob.* II, 10), quien quebranta uno, pasará por el mismo género de penas que quien los quebranta todos. Pues ¡qué mayor desdicha puede ser, que las potencias que me dió Nuestro Señor para guarle y ennoblecerme se conviertan en mis crueles verdugos para atormentarme y confundirme! Ó Dios inmenso, ayúdame á mortificar y labrar las potencias que me diste, y sea yo su verdugo en esta vida, para que ellas no sean mis verdugos en la otra.

PUNTO CUARTO.—1. La cuarta, se ha de considerar la pena que llamamos del daño, la cual es infinita, por privar de un bien infinito

que es Dios. De suerte que estos miserables estarán para siempre desterrados del cielo, y privados de la bienaventuranza y fin para que fueron criados, y de la vista clara de Dios, del amor beatífico y del rio de deleites que de todo esto procede; todo lo cual les dará terrible pena y tristeza, especialmente á los que tuvieron en esta vida fe de ello. Porque dado caso que su entendimiento esté oscurecido para entender otras cosas, no lo estará para ponderar y apreciar esta, trazándolo así la divina justicia para su mayor tormento.—La terribilidad de esta pena se puede ponderar por dos caminos.—El primero es, por lo que sienten aquí los santos varones que tienen luz del cielo para conocer la grandeza de la gloria y el sumo bien que es ver á Dios; los cuales tienen por suma pena carecer de esta vista, y tiemblan de solo pensarlo, como se apuntó en el tercer punto de la meditacion VI.—El segundo camino es, por lo que sienten los mismos condenados carecer de este sumo bien, no en cuanto es bien honesto, porque no aman á Dios ni cosa santa, sino en cuanto carecen de lo que habia de darles sumo y eterno descanso, y librarles de tan horrible tormento. Esto puedo rastrear por algunas semejanzas de las cosas de esta vida; porque si tanto sienten los hombres que les quiten un gran mayorazgo á que tenian algun derecho, ¿cuánto mas sentirán que les quiten el mayorazgo eterno del cielo á que pudieran tener derecho, si no le perdieran por su pecado? Y si la privacion de los bienes y deleites finitos y limitados tanto lastima el corazon; ¿cuánto mas lastimará la privacion de un bien infinito en quien están con eminencia todos los bienes y deleites criados? Y si la muerte es la mas terrible entre las cosas terribles, porque aparta el alma del cuerpo y de este mundo visible; ¿cuánto mas terrible será la muerte eterna, en que se aparta el alma de Dios, de su su reino y mundo invisible? Así como (I *Cor.* II, 9) ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni en el corazon del hombre puede caber grandeza de los bienes que tiene Dios aparejados en el cielo para los que le aman; así tambien no es posible imaginar la terribilidad de los males que están encerrados en carecer para siempre de tales bienes. Ó Dios infinito, descarguen sobre mí todas las demás penas de sentido, como sea sin pecado, con tal que no me castigues con esta pena de daño privándome por mi culpa de tu amorosa vista.

2. Con esta pena se junta tambien carecer de la vista y compañía de Cristo nuestro Señor, de su Madre benditísima, de los nueve coros de Ángeles y de todos los bienaventurados. Lo cual dará muy mas terrible pena á estos miserables, despues que el dia del juicio

vieren parte de la gloria de esta bienaventurada compañía, y fueren apartados de ella, cuya memoria durará en ellos para siempre con una envidia y rabia furiosa.

3. Finalmente, por los males terribles que padecen sacarán los bienes excelentísimos de que carecen, porque barruntan que Dios será tan liberal en premiar como terrible en castigar, y que tiene tantos deleites en el bellísimo lugar del cielo como tormentos en aquel miserabilísimo lugar del infierno; y verse privados de tantos bienes acrecentará sus males. – Con estas consideraciones echaré hondas raíces en los afectos del temor de Dios y del aborrecimiento de mis pecados, acompañándolos con una gran confianza en la divina misericordia, de que me ha de librar de esta extrema miseria; y así lo pediré á Nuestro Señor, diciéndole: Confieso, Dios mio, que yo soy aquel desventurado pecador (*Isai.* XXVI, 10) que en la tierra de los santos cometí innumerables pecados, por los cuales no merezco ver vuestra gloria, ni ser admitido á la compañía de los que gozan de ella. Pésame de las culpas con que he merecido tan graves penas. Perdonadlas, Señor, por vuestra misericordia, para que no se pierda vuestra hechura, ni carezca del fin para que fue criada. No pueble yo el infierno, no sea cebo de aquel fuego eterno, no me dejeis caer en estado que os aborrezca y maldiga; porque en el infierno, ¿quién os alabará? (*Psalm.* VI, 6). No, no, Señor, no ha de ser así, sino siempre os tengo de amar y bendecir, y despues de esta vida me habeis de poner en otra donde os ame y alabe por todos los siglos de los siglos. Amen.

SIGUENSE OTRAS MEDITACIONES Y MODOS DE ORAR, PARA ALCANZAR LA PUREZA DEL ALMA Y LA PERFECTA MORTIFICACION DE SUS VICIOS Y PASIONES.

—Para alcanzar la perfecta pureza del alma, que es el fin principal de la via purgativa, se ordenan algunos modos de orar, que se pusieron en el párrafo IX de la introduccion de este libro; de los cuales el primero tiene por materia de meditacion los siete vicios capitales ó principales, que comunmente llamamos siete pecados mortales; y los diez mandamientos de la ley de Dios, y las tres potencias y cinco sentidos del hombre. Y es muy provechoso para conocer mas en particular la muchedumbre y gravedad de nuestros pecados, y para saber examinar la conciencia, así en órden á la confesion sacramental, como en órden al exámen cotidiano que se ha de hacer cada noche. Y finalmente, ayuda mucho para ahondar en

el propio conocimiento, y descubrir las raíces de nuestras culpas, y aplicar los remedios de ellas.—

En primer lugar pondré las meditaciones de los siete vicios capitales (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 84, *art.* 4), porque en ellos, como en siete cabezas, están encerrados virtualmente los demás vicios. Y por la misma causa nuestra principal batalla ha de ser contra ellos; porque quien los vence perfectamente vence al dragon de las siete cabezas (*Apoc.* XII, 3), que hace guerra á los santos, y destruye las siete naciones (*Deut.* VII, 1) de enemigos que impiden la entrada en la tierra de promision, no terrena sino celestial, como largamente le prosigue (*Casian. lib.* V; *Id. Collat.* V, *c.* 6) Casiano en los libros que hizo de ellos. De aquí es, que el fin principal de estas meditaciones no ha de ser conocer solamente la malicia y fealdad de estos vicios, y aborrecerla, sino poner luego manos á la obra, y mortificar las pasiones y aficiones desordenadas que han echado raíces en el corazon; porque, como dice san Basilio (*Reg.* VII, *ex fusis*), no se venceu los vicios, ni se ganan las virtudes con solas consideraciones, sino con fuertes ejercicios de mortificaciones; para los cuales ayuda la meditacion y oracion, moviendo nuestra voluntad á que quiera mortificarse, y alcanzando de Nuestro Señor fuerzas para ello. Y aunque es verdad que todos los pecados mortales se quitan juntos y de un golpe con la contricion y confesion, en la cual no se perdona un pecado mortal sin otro, pero las costumbres viciosas que quedan en el alma, y las pasiones del apetito en que se fundan, se han de mortificar por sus partes y poco á poco; por lo cual dijo Moisés á su pueblo, hablando de las siete naciones arriba dichas (*Deut.* VII, 22): *Ipse consumet nationes has in conspectu tuo paulatim, atque per partes. Non poteris eas delere pariter.* Dios consumirá y destruirá estas naciones poco á poco y por sus partes, y no podrás destruirlas todas juntas, trazándolo así la divina Providencia para nuestro ejercicio y humillacion; porque durando mas la guerra será mas segura y mas provechosa la victoria. Á esta causa haremos meditacion especial de cada uno de estos vicios, enseñando el modo de hacerle guerra con actos contrarios; para lo cual se irán ponderando en cada uno tres cosas. La primera, los modos que hay de pecar en cada vicio, poniendo no solamente los pecados graves sino tambien los ligeros, para que los deseosos de perfeccion comiencen por menudo las cosas que han de mortificar. La segunda será, los daños que se siguen de tal vicio, y los castigos temporales con que Dios suele castigarle, y los eternos que en especial le corresponden en la otra vida. La ter-

cera será, los grandes favores y premios de que gozan los que valerosamente le mortifican y abrazan la virtud contraria, declarando algunos actos y excelencias de ella, para que temor y amor nos animen á la mortificacion.

MEDITACION XVIII.

DE LA SOBERBIA Y VANAGLORIA.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar qué cosa es soberbia, y qué modos hay de pecar en ella, ponderando cuán contrarios son á toda buena razon, cuán injuriosos á Dios, cuán perjudiciales al prójimo, y cuánto daño hacen á la virtud; porque todo eso se descubre en cada uno, como se va poniendo.—La soberbia es un apetito desordenado de excelencia, y es de dos maneras (*Casian. lib.* XII, *c.* 2; *Collat.* v, *c.* 12): una es carnal y mundana, que pone su excelencia en bienes corporales, como es hacienda, linaje, hermosura, oficio honroso, etc.—Otra soberbia es espiritual, que se ceba en los bienes espirituales de ciencias y virtudes. Tiene cuatro actos.—El primero, atribuirse á sí mismo lo que es de Dios como si fuera suyo, debido á su naturaleza, ó adquirido por propia industria, sin reconocer á Dios por autor de ello.—El segundo, ya que piense ser de Dios lo que tiene, atribuir á sus propios merecimientos lo que es pura gracia.—El tercero, pensar de sí que tiene muchos mas bienes de los que de verdad tiene, así en virtud como en letras, ó en otros dones naturales ó adquiridos, complaciéndose de ellos consigo mismo.—El cuarto (*D. Greg.* lib. XXXIV Moral. *c.* 16; XXXIII, *c.* 7; *Psalm.* xi; *Isai.* x, 13) es, pensar que es singular y excelente sobre todos en los bienes que tiene, ó desear vanamente serlo, para que todos se le rindan y sujeten.

2. De la soberbia nacen otros (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 132) muchos vicios con varios actos de pecados, los cuales podemos reducir á siete, como siete cabezas de este dragon infernal.—El primero, es su hija primogénita la vanagloria, que es un apetito desordenado de ser conocido, estimado y alabado de los hombres (*D. Basil.* de Constit. Monastic. *c.* xi; Orat. 17); cuyos actos son, gloriarse de lo que tiene como si no lo hubiera recibido de Dios; gloriarse de lo que de verdad no tiene, ó de cosa indigna de gloria, por ser mala ó vilísima; desear vanamente agradar á los hombres, diciendo ó haciendo sus cosas porque le alaben; alegrarse vanamente cuando es alaba-

do, saboreándose en oir sus alabanzas, aunque sean falsas lisonjas. Esta vanagloria es mas abominable en materia de virtudes, porque es veneno dulce y ladron secreto que las roba y destruye. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 112; *Ierem.* XLVIII, 14; *D. Thom.* 2, 2, *q.* 131).-El segundo vicio es jactancia, cuyos actos son, alabarse á sí mismo, diciendo los bienes que no tiene, ó exagerando los que tiene con demasía y blasonando de ellos, ó descubriendo sin necesidad los que debiera encubrir.

3. El tercero es ambicion, deseando desordenadamente honras y dignidades, cuyo desórden consiste en desear las que no merece, ó en procurarlas por malos medios ó con demasiada aficion, teniendo por fin no mas que la honra mundana.-El cuarto es presuncion, presumiendo de sí grandes cosas, mayores de lo que puede, y arrojándose á ellas temerariamente por vanidad.-El quinto es hipocresía, fingiendo la virtud y la buena intencion que no tiene, para sér tenido por santo, y haciendo las obras buenas con fingida bondad para este fin.-El sexto es protervia en su propio juicio, anteponiéndole al de los otros, aunque sean superiores, en las cosas que fuera bien rendirse al parecer ajeno, por no ser engañado.-El séptimo es desprecio de los demás, haciendo poco caso de ellos, primero de los menores, luego de los iguales, despues de los mayores, hasta llegar á despreciar al mismo Dios. Porque la soberbia, como dice David (*Psalm.* LXXV, 23), siempre va creciendo, y así brota otros innumerables pecados, discordias, desobediencias, maldiciones y blasfemias.

4. Como fuere pensando estos vicios, he de mirar los pecados que en cada uno he cometido, haciendo de ellos una humilde confesion en la presencia de Dios, diciéndole: Acúsome, Dios mio, que estoy lleno de soberbia: cuanto hago es por vanagloria; mis palabras huelen á jactancia; mis obras y deseos están emponzoñados con ambicion. ¡Oh quién nunca hubiera caido en tales culpas! perdonadme, Señor, y libradme de ellas. Tambien me reprenderé á mí mismo con las reprensiones que pone la divina Escritura, diciéndome (I *Cor.* IV, 7): Ó vil hombrecillo, ¿qué tienes que no hayas recibido? y si lo has recibido, ¿de qué te glorias como si fuera tuyo? ¿Ya estás harto? ya te tienes por rico? ya quieres reinar á solas, como si no tuvieses necesidad de otros? Si esto piensas, mira que te dirá Dios lo que dijo al otro soberbio, que eres ciego (*Apoc.* III, 17), pobre, desnudo y miserable. Ciego, porque no te conoces; pobre de virtudes, desnudo de buenas obras, y miserable con graves culpas. ¿De

qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? (*Eccli.* x, 9). De qué te engries, vil gusanillo? Huye, huye de la soberbia; porque siendo pobre y soberbio, serás de Dios aborrecido. (*Eccli.* xxv, 3).

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar los terribles castigos que ha hecho Dios y hace en algunos soberbios en esta vida, y los que hará en todos en la otra.-Estos castigos se apuntan en aquella sentencia tan repetida en la Escritura (*Matth.* xxiii, 12): Quien se ensalzare será humillado. En la cual se encierran tres castigos terribles de los soberbios; es á saber, privarlos de la excelencia que tienen, negarles la que desean, y en su lugar darles la bajeza y confusion que temen; lo cual se verifica en muchas maneras, y se puede ponderar en varios ejemplos que han sucedido. Los Ángeles por la soberbia perdieron las excelencias de la gracia, y no alcanzaron las preeminencias en las sillas de la gloria, y fueron echados del cielo empíreo al abismo del infierno. (*Isai.* xiv, 15). Con este ejemplo he de atemorizarme, al modo que Cristo nuestro Señor atemorizó á sus Apóstoles, cuando se jactaban de que los demonios les obedecian, diciéndoles: Ví á Satanás que caia del cielo como un rayo. (*Luc.* x, 17). Como quien dice: Así caeréis vosotros, si fuéreis soberbios; porque la soberbia de ángeles hace demonios, y de apóstoles hará diablos. Por semejantes castigos pasaron Adan, Nabucodonosor, Ciro, Herodes y otros que apetecieron ser como Dios, y no le dieron la gloria que le debian.

2. De aquí subiré á ponderar como el mayor castigo que Dios hace en esta vida por un pecado es, permitir por su causa otros muchos, y quitar los favores especiales de su gracia que preservaran de ellos (*D. Bern.* Serm. 54 in Cant.; *D. Greg.* lib. XI Moral. c. 8); y de este modo castiga la soberbia, la cual es causa de las sequedades, desconsuelos y desamparos interiores que nos suceden, y por ella permite Dios graves caidas en lujurias é infidelidades. Y Ananías y (*Act.* v, 5) Safira, como dice san Basilio (Orat. 17 de humilit. et vanagl.), vendieron por vanagloria su hacienda por ser tenidos por perfectos, y por esto permitió Dios que se quedasen con la mitad del precio, por lo cual murieron repentinamente, perdiendo con la vida la honra que deseaban. Lo cual puso gran miedo á toda la Iglesia, y me le ha de poner á mí; porque el castigo de pocos ha de ser escarmiento de muchos; y si soy soberbio quizá seré yo uno de estos pocos castigados, si no me enmiendo.

3. Luego ponderaré como por lo menos no podré escaparme de los terribles castigos de la otra vida, adonde todos los soberbios pa-

decerán especial confusion con terrible vergüenza de verse tan despreciados; y los que acá pretendian el primer lugar tendrán allá el postrero á los piés de Lucifer, rey de los soberbios; y los mismos demonios me escarnecerán, diciéndome por mofa aquello de Isaías (*Isai.* XIV, 10): *Et tu vulneratus es sicut et nos, nostri similis effectus es, detracta est ad inferos superbia tua.* Tú has sido llagado y castigado como nosotros; te han hecho semejante á nosotros en la pena como lo habias sido en la culpa; derribada ha sido tu soberbia hasta los infiernos y hasta lo mas profundo de sus lagos. Pues ¿qué mayor locura puede haber que buscar con soberbia la excelencia, cuyo fin es eterna confusion? Y ¿qué mayor disparate, que por gloria que pasa en un soplo, obligarme á ignominia que nunca se acaba? Ó soberbia, ¡cómo eres viga gruesa en el ojo, cegándole neciamente para que no vea su propio daño! Ó humilde Jesús, quitad esta gruesa viga de mis ojos, porque no caiga por su causa en tan graves daños.

PUNTO TERCERO.— 1. El tercer punto es, considerar los grandes bienes que alcanzaré si mortifico la soberbia y abrazo la humildad, especialmente para el fin que pretendo de purificar mi alma. Estos bienes se encierran en la promesa que hizo Cristo nuestro Señor, diciendo, que quien se humillare (*Matth.* XXIII, 12) será ensalzado; en la cual pone tres grandes bienes que hace á los que de verdad se humillan, librándoles de las miserias en que han caido, conservándoles las gracias y excelencias que han recibido, y levantándoles de nuevo á otras mayores: y así los que se humillan con corazon contrito, por haber pecado, son ensalzados de Cristo en lo mismo que se humillan, porque les perdona sus pecados, aparta de ellos los castigos que merecian, dales su gracia y caridad, levántalos á la dignidad de hijos de Dios, oye sus oraciones, y llénalos de grandes dones; porque Dios resiste á los soberbios, y da su gracia á los humildes. (*Iacob.* IV, 6). El rey Acab (III *Reg.* XXI, 29), porque se humilló delante de Dios, se libró del castigo que le habia amenazado. El Publicano quedó justificado por su humildad (*Luc.* XVIII, 14), siendo reprobado el Fariseo por su soberbia.

2. De la misma manera los justos humillándose, son ensalzados de Dios en la misma justicia, aumentándoles la santidad, los dones de gracia, y la honra y gloria que merecen por ella. Y por esto dice el Sábio (*Eccli.* XXIII, 20): Cuanto fueres mayor, tanto mas humíllate, y hallarás gracia delante de Dios, como la halló la Vírgen nuestra Señora, y fue ensalzada á ser Madre de Dios (*Luc.* I,

30); y el mismo Hijo de Dios se hizo hombre por destruir la soberbia, y dar ejemplo de humildad; y porque se humilló mas que todos los hombres (*Philip.* II, 8), fue ensalzado sobre todos los cielos. Por tanto, alma mia, huye de la soberbia, siquiera por huir tu daño, y abraza la humildad, siquiera por tu provecho. Porque ley general es, de la cual no serás exceptuada, que quien se ensoberbece será humillado, y quien se humillare será ensalzado. Cumple lo que es tuyo, humillándote por tus pecados, y Dios hará lo que es suyo, ensalzándote con sus dones.

3. Últimamente, examinaré qué grado de soberbia predomina en mi corazon, y qué vicio de los arriba dichos le tiene rendido, y luego procuraré varonilmente mortificarle, ejercitando actos contrarios, quitando las ocasiones de tropezar, y aplicando el exámen particular que pondrémos despues, comenzando por la mortificacion y humillacion en las cosas exteriores, que es mas fácil; porque, como dice el glorioso san Bernardo (Serm. 2 in Quad.): *Nihil facilius est valenti, quam humiliare semetipsum:* Ninguna cosa hay mas fácil al que quiere, que humillarse á sí mismo: porque si quiero engrandecerme, muchos me contradirán; pero si quiero humillarme, no habrá quien me contradiga, y humillándome vendré á ser humilde, porque la humillacion es único medio para alejarme de la soberbia (*Bern.* Epist. 87) y alcanzar la virtud de la humildad.

MEDITACION XIX.

SOBRE EL VICIO DE LA GULA Y VIRTUD DE LA TEMPLANZA.

Punto primero. — 1. La gula es un apetito desordenado de comer y beber (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 148): pécase en ello de cinco maneras.—Lo primero, comiendo manjares prohibidos por la Iglesia, ó quebrantando sus ayunos, ó los que estoy obligado á guardar por voto especial, ó por obligacion del estado (*D. Greg.* lib. XXX Moral. c. 16) regular.—Lo segundo, tomando el manjar ó bebida en demasiada cantidad ó con grave daño de la salud corporal, ó de la espiritual, que se impide por esto; ó bebiendo hasta perder ó turbar el juicio.—Lo tercero, procurando manjares y bebidas de tal calidad, que sean muy regalados y preciosos, mas de lo que pide mi persona y estado, por solo regalo y sensualidad.—Lo cuarto, comiendo mas veces de lo que conviene, fuera de tiempo y en ocasion que puede hacerme daño, ó en lugar no conveniente, ó contra la prohibicion

ó regla de mi religion.-Lo quinto, comiendo con demasiado afecto, saboreándome en lo que como por solo deleite, y con modo inmodesto y apresurado, sumido todo en lo que estoy haciendo con pensamientos y palabras de sensualidad.

2. Por estos cinco actos he de examinarme y acusarme delante de Dios, llorando mis caidas y diciendo: ¡Ay de mí! que cási siempre peco, cuando como y bebo, sirviendo mas á mi sensualidad que á mi necesidad, y buscando mas el deleite de mi carne que la conservacion de mi vida; y cuando pago la deuda al cuerpo, pago tributo de culpa al demonio. Compadécete, Dios mio, de mi flaqueza, y socórreme con tu gracia, para que no me arrastre la gula. Con este sentimiento he de hacer grandes propósitos de mortificar este vicio, guardando las reglas de la templanza en las cinco cosas dichas (*D. Basil.* Lib. de vera virginit.; *D. Bern.* Serm. 30 in Cant. Ad Fr. de Monte Dei); es á saber, en el precepto, cantidad, calidad, tiempo y modo, procurando tomar de la comida y bebida la cantidad bastante, huyendo de dos extremos, que ni sea tanta que me cargue, ni tan poca que no me sustente. Y en la calidad, contentándome con manjares ordinarios, antes groseros que delicados, huyendo cualquier singularidad, si no es en caso de manifiesta necesidad; pero en el modo he de procurar lo que dice el Espíritu Santo, no dejarme arrastrar del apetito (*Eccli.* XXXI, 20): de modo, que comiendo el cuerpo, sea el espíritu comido y absorto del manjar; sino con señorío de corazon daré alguna comida al espíritu, que modere la codicia de la carne. Para moverme á todo esto, ayudarán las consideraciones de los puntos siguientes.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar los castigos de este vicio, reduciéndolos á tres órdenes: unos, que proceden de la misma gula, como malos frutos de mal árbol; otros, que Dios nuestro Señor ha añadido y añade en esta vida, para descubrir lo que este vicio le desagrada; y otros, que tiene guardados para la otra vida.-Primeramente, la gula es castigo de sí misma, y de contado paga con la pena el deleite de su culpa, porque carga el cuerpo, quita la salud, acorta la vida y apresura la muerte. (*Luc.* XXI, 34). Á mas, aflige el espíritu, entorpece el entendimiento, inhabilita para la oracion y trato con Dios, hace incapaz de los consuelos espirituales, porque se deja llevar de los carnales, y acobarda el corazon para cosas grandes del divino servicio (*Casian. lib.* V, *c.* 13; 20; *Collat.* V); porque quien se ve rendido á este enemigo, que es el mas flaco, pierde el ánimo de acometer á otros mas fuertes.

2. Demás de esto, por la gula ha hecho Dios terribles castigos. Por comer de una manzana contra (*Genes.* III, 6) el divino precepto Adan y Eva, perdieron el estado de la inocencia y fueron echados del paraíso. Los israelitas, que desearon desordenadamente comer carnes en el desierto, cuando tenian, como dice David (*Psalm.* LXXVII, 30), el bocado en la boca, vino la ira de Dios sobre ellos, y el lugar de su hartura (*Num.* XI, 34) se llamó sepultura de su gula. Y otra vez estos mismos se pusieron á comer y beber (*Exod.* XXXII, 6), y de allí se levantaron á idolatrar, permitiendo la divina justicia que los que tomaron por Dios á su vientre, adorasen un becerro, por lo cual fueron pasados á cuchillo veinte y tres mil de ellos. Y lo que mas admira, un santo profeta, porque comió en el lugar que Dios le habia prohibido, fue muerto de un leon (III *Reg.* XIII, 24), sin que valiese para excusarle, ni los milagros que habia hecho, ni la obediencia que primero habia tenido, ni la necesidad que padecia, ni haber sido engañado por otro que parecia de su misma profesion.

3. Finalmente, en la otra vida padecerán los glotones particular tormento en la lengua (*D. Basil.* Serm. de abdicatione rerum; *Luc.* XVI); como el rico avariento, que comia espléndidamente, vino á padecer tanta sed en el infierno, que pidió ser refrigerado de Lázaro con la punta del dedo mojado en agua, y no se le concedió. Y así todos padecerán allí hambre canina, sed rabiosa, bascas y amarguras de hieles eternas, conforme á la sentencia (*Apoc.* XVIII, 7) dada contra Babilonia: Cuanto tuvo de regalo, tanto reciba de tormento y lloro. Pues, alma mia, ¿qué haces? cómo no lloras tus glotonerías? cómo no te enmiendas de ellas? Mira que la hartura y embriaguez temporal será castigada con hambre y sed eterna. Y si vendes como Esaú (*Genes.* XXV, 33; *Hebr.* XII, 16), por un vil manjar el mayorazgo del cielo, quizá no tendrás lugar de recobrarlo. Mira los que han sido castigados por este vicio, y escarmienta en cabeza ajena, antes que la pena venga por la propia.

PUNTO TERCERO.-*De la templanza y ayuno.*— 1. Lo tercero, he de considerar los grandes bienes y premios que recibiré de Dios si mortifico la gula, y abrazo perfectamente la templanza y el ayuno, reduciéndolos á otros tres órdenes, contrapuestos á los tres castigos de la gula: unos son propiedades suyas, como buenos frutos de buen árbol; otros añade Nuestro Señor para mostrar lo mucho que esta virtud le agrada; otros son premios del cielo con que la galardona. -Porque primeramente la abstinencia premia de contado la pena que

trae á los principios, porque alivia el cuerpo, preserva de enfermedades, conserva la salud, alarga la vida, recrea el alma, habilítala para la oracion, y para recibir los consuelos del cielo, quita las armas á su enemigo, que es la carne, y sujétala al espíritu, para que ose acometer empresas gloriosas del divino servicio.

2. Demás de esto, como Dios es tan liberal y compasivo, no consiente que vivamos sin algun deleite; y (*Bern.* ad Fratr. de Monte Dei) así á los que se quitan los manjares del cuerpo recrea con los del alma, y por los consuelos sensuales les da los espirituales. De modo, que no pierdan el consuelo, sino le mejoren, traspasándole de la carne al espíritu. Á estos comunica ilustraciones celestiales, como á Daniel, y les da esclarecidas victorias, como á sus tres compañeros contra Nabucodonosor, y los levanta á muy alta contemplacion, como á Moisés y Elías, dándoles parte de su gloriosa Transfiguracion (*Matth.* XVII, 3), en premio de su ayuno y mortificacion.

3. Finalmente, los premia Dios en el cielo con una especial hartura, sentándolos con Cristo á su mesa, para que coman y beban en su reino de los manjares que come el mismo Dios. Por tanto, alma mia, si deseas llegar á grande santidad en la tierra, y alcanzar grandes premios en el cielo, comienza por la templanza y ayuno, por el cual Dios reprime los vicios, levanta el (*Ecclesia* in Praefat. Quadr.; *Galat.* V, 24) espíritu, concede virtudes, y corona con premios. Ó dulce Jesús, pues todos los que son de tu bando han de crucificar la carne con sus vicios y codicias, concédeme que mortifique la mia, como tú mortificaste la tuya. Por la sed que padeciste en la cruz, y por la hiel y vinagre que te dieron en ella, te suplico me dés una templanza tan perfecta, que comiendo y bebiendo satisfaga mi necesidad sin servir al deleite; y un ayuno tan estrecho, que aplaque tu ira, como (*Ionae,* III, 7) los ninivitas; satisfaga por mis pecados, espante á los demonios, alegre á los Ángeles, y me haga participante de tus dones por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XX.

SOBRE EL VICIO DE LA LUJURIA, Y VIRTUD DE LA CASTIDAD.

PUNTO PRIMERO. — Lujuria es un apetito desordenado de deleites sensuales (*D. Thom.* 2, 2, quaest. 153) contra el órden que Dios ha puesto en ellos.

1. En este vicio se peca lo primero, por pensamiento, consintiendo con la voluntad en hacer este pecado, ó saboreándose en pensar cosas deshonestas, con delectacion que llaman morosa, deteniéndose voluntariamente en este deleite, ó siendo tibio en resistirle, ó en quitar la ocasion de donde nace. – Lo segundo, se peca por la palabra, diciendo cosas feas: por el oido, gustando de oirlas, ó de oir músicas y cantares deshonestos: por la vista, mirando cosas que provocan á deshonestidad, ó viendo semejantes representaciones, ó leyendo libros que tratan de estas cosas: por el olfato y gusto, oliendo ó comiendo y bebiendo cosas que provocan á lujuria, teniendo en todo esto por fin el deleite sensual.

2. Lo tercero, se peca por la obra, consumada de muchas maneras: si á sus solas, es polucion; si con soltera, es fornicacion; si con casada, adulterio; si con vírgen, estupro; si con parienta, incesto; si con religiosa ó contra voto de castidad, es sacrilegio; si con persona de su mismo sexo, es sodomía; si con bestia, bestialidad: los tocamientos consigo ó con otros, por el mismo fin del deleite, se reducen al pecado de la obra. En este punto no se ha de hacer en la oracion mucha páusa, desmenuzando las particulares circunstancias de estos pecados, porque no sean ocasion de nuevas tentaciones; y así mas se ha de llorar que pensar en ellos, diciendo: ¡Ay de mí! qué vida es tan bestial y hedionda, que tengo vergüenza de mirarla y temor de revolverla, porque no me inficione de nuevo con su mal olor. Mírala, Dios mio, con ojos de misericordia, para que de los mios salgan fuentes de lágrimas con que me purifique de tantas inmundicias.

Punto segundo.—. 1. Lo segundo, consideraré otros tres géneros de castigos que corresponden á la lujuria, como dijimos de la gula: y muy mayores, por ser mayor pecado. – El primer castigo, es innumerables miserias que trae consigo este vicio, permitiendo Nuestro Señor que el ángel de Satanás (II *Cor.* XII, 7), que con el aguijon de la carne derriba á los lujuriosos, les dé tambien crueles bofetadas, atormentando sus cuerpos con mil zozobras y enfermedades penosas, asquerosas y vergonzosas, con infamias y con otros mil tormentos, hasta consumir la hacienda, salud, contento y vida. Y como san Pablo (I *Cor.* V, 3) entregó un cristiano incestuoso á Satanás, para que corporalmente le atormentase; así quien se entrega á este vicio entrega su cuerpo y espíritu á este cruel verdugo, que, aunque comienza (*Prov.* XXIII, 31) con deleite, al fin muerde como culebra, y derrama su ponzoña como basilisco.

2. Demás de esto, ha hecho Dios terribles castigos para mostrar la ojeriza que tiene con este vicio. Por el cual principalmente vino el diluvio que anegó al mundo, y el fuego que abrasó á Sodoma y la grande matanza que hizo Moisés en sus israelitas (*Num.* XXV, 9), pasando en un dia veinte y cuatro mil á cuchillo: y como Finees con gran celo matase públicamente á un público fornicario, gustó tanto Dios de este castigo, que cesó luego la matanza. Por el pecado de la polucion mató Dios á un (*Genes.* XXXVIII, 9) nieto del patriarca Jacob, y los hijos del sacerdote Helí, por sus carnalidades, murieron desastradamente. (I *Reg.* II, 34; IV, 11). Sabido es cuán caro le costó á Sanson pecar con Dálila; y á David el adulterio con Bersabé; y á Salomon haberse aficionado con demasía á mujeres extranjeras. Pues si tales varones fueron vencidos de la lujuria, y pasaron por su causa tan terrible pena, ¿cómo tú no huyes de ella? ¿Por ventura eres mas fuerte que Sanson, ó mas sábio que Salomon, ó mas santo que David (*D. Hieron.* in Reg. Monac. de castit.), ó mas privilegiado que ellos para no caer como cayeron, ni ser castigado como ellos lo fueron?

3. Pero en el infierno padecerán los lujuriosos tormentos excesivos, abrasando el fuego infernal con especial tormento las partes del cuerpo que fueron instrumento del pecado. La imaginacion, que se saboreaba en pensar estas carnalidades, padecerá representaciones horrendas, y los cinco sentidos, que fueron cinco fuentes del deleite, serán cinco balsas de increible tormento. Finalmente, de piés á cabeza estarán sumidos en el estanque de fuego y piedra azufre, porque vivieron rendidos á los olores y blanduras de su carne. Ó alma mia, considera bien las llamas del fuego infernal, para que huyas las llamas del fuego carnal. Como un clavo echa á otro, así el temor del un fuego echará de tí el amor del otro. De aquí he de sacar un propósito tan firme de huir este vicio, que no se vence si no es huyendo, que huya tambien de tomar en la boca su nombre, conforme á lo que san Pablo dijo á los efesios hablando de la inmundicia y fornicacion: *Nec nominetur in vobis.* Ni aun se nombre entre vosotros, porque su nombre no traiga á vuestra memoria la cosa que significa. Y porque hay dos modos de vencer este vicio: uno contentándose con los deleites lícitos del matrimonio; otro, mucho mas perfecto, absteniéndose tambien de ellos; de este segundo modo será principalmente el punto que se sigue.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar seis actos que abraza la perfecta mortificacion de la lujuria, y la soberana vir-

tud de la castidad, cuando ha llegado á tener su debida perfeccion; y otros seis favores y premios muy gloriosos que Dios concede por ellos. Por razon de los cuales la (*Ex D. Bonav.* in Dieta salutis, *tit.* 4, *c.* 4) castidad es comparada en la Escritura al lirio ó azucena, que tiene seis hojas muy blancas y blandas, y dentro de ellas seis varicas con sus pezoncicos dorados y encendidos como fuego, significando por las hojas estos seis actos ó grados de pureza, y por las varicas los seis favores, todos fundados en oro y fuego de caridad, con los cuales esta virtud se hace muy amable, y la mortificacion muy suave, y con este fin se han de ir ponderando.

—*Actos de perfecta castidad.*—El primer acto de castidad es, tener pureza en la vista y oido, cerrando las puertas de estos sentidos para que no entre por ellos cosa que despierte algun mal pensamiento ó fea imaginacion. De suerte, que mi vista sea (*Iob,* XXXI, 1) casta y casto el oido, castificando estos sentidos, para que ellos guarden la castidad.-El segundo acto es, pureza en el uso de las cosas deleitables al sentido del olfato, gusto y tacto, apartándome con gran rigor de todas las cosas dulces y blandas que dañan á la castidad (*D. Basil.* Lib. de vera virginit.; I. *Petr.* III, 2), haciendo que sea casta la comida y bebida, casto el vestido y la cama, y castos todos los tocamientos, huyendo como del fuego los que no son tales.

2. El tercero es, pureza en las palabras, pláticas y conversaciones; en las risas, semblantes y meneos del cuerpo; y en los trajes y adornos exteriores, castificando todo esto de modo, que en todo resplandezca honestidad y decencia cristiana, cercenando cuanto desdijere de ella.-El cuarto acto es, pureza en las amistades, y en el trato familiar y amoroso con criaturas, huyendo con sumo cuidado cualquier familiaridad demasiada con persona ocasionada á tiznar la castidad, no dando ni recibiendo donecillos que sean lazos ó tropiezos para faltar en ella.-El quinto acto es, pureza en apartarse de todas las ocasiones así exteriores como interiores, que provocan á cualquier cosa que deslustre ó desmorone la castidad. Y así el perfectamente casto huye de la secreta soberbia (*D. Greg.* Lib. XI, Moral. *c.* 8), por la cual deja Dios caer en manifiesta lujuria. Huye de la ira, porque enciende la sangre y altera la carne. Huye de la ociosidad, porque abre la puerta á la carnalidad. Y finalmente huye de lugares y personas con cuya compañía puede peligrar la limpieza (*Eccli.* III, 27); porque quien ama el peligro perecerá en él.

3. El sexto y supremo grado de castidad es, pureza en todos los

pensamientos del corazon y en los movimientos y alteraciones de la carne, teniéndola sujeta y rendida á la razon, no solamente en vigilia, sino tambien cuanto es de nuestra parte en los mismos sueños, procurando no dar ocasion para que el demonio nos burle en ellos con feas representaciones ó alteraciones. Estas son las seis hojas blanquísimas de esta celestial azucena (*Cant.* II, 2; *Casian.* XII, *c.* 11), aunque nace entre las espinas de muchas tentaciones y tribulaciones que padece el continente, primero que llegue á ser tan perfectamente casto (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 155); pero si confio en la divina omnipotencia y misericordia, podré alcanzarla. Para lo cual ayudará la profunda consideracion de los seis favores y premios que luego dirémos.

—*Favores y premios de la perfecta castidad.*— 1. El primer favor que Dios nuestro Señor me hará, si con ánimo generoso me resuelvo á pelear contra los brios de la carne, y abrazar la perfecta castidad, es enviar Ángeles que asistan conmigo y me ayuden en esta guerra para que salga con la victoria; porque cuanto uno es mas puro, tanto, dice san Ambrosio (Lib. I de virginib. ad soror. Quo sanctior quisque, eo munitior), está mas guardado y rodeado de Ángeles, los cuales gustan de conversar con las vírgenes y castos, por la semejanza que tienen con ellos; y como estando los tres mancebos castos en el horno de fuego de Babilonia (*Dan.* III, 49), bajó un Ángel con ellos, que apartó la llama, y con un viento húmedo refrescó el horno; así á los que están metidos en el horno de las tentaciones sensuales, con propósito de no consentir en ellas, acuden los Ángeles con su favor, para que estas llamas no les abrasen, ni les toquen en la parte superior del alma, y con un viento y rocío del cielo apagan el ardor de la carne, provocándoles á glorificar á Dios por la victoria que les ha dado contra ella. Y así, cuando me viere apretado con estas tentaciones, he de llamarlos diciéndoles: Ó Ángeles gloriosos, guardas de las vírgenes, protectores de los castos, amigos y compañeros de los hombres puros, venid á favorecerme para que el fuego que me cerca no me abrase. Esparcid la llama que arde dentro de mi carne, para que no toque ni dañe al espíritu, y negociadme el viento del divino Espíritu para que refresque los ardores de mi carne.

2. El segundo favor es, asistir el mismo Dios con particular proteccion á la guarda de los castos, los cuales con su pureza no solamente se hacen semejantes á los Ángeles, sino al mismo Señor de los Ángeles, fuente de toda pureza (*D. Basil.* in lib. De vera vir-

ginit.), el cual gusta de tratar familiarmente con los castos y admitirlos á su amistad. Ó Dios eterno, que te apacientas entre los lirios (*Cant.* II, 16) y azucenas; porque tu pasto y gusto es conversar con las almas castas, castifica la mia, para que te dignes de morar y conversar con ella. De estos dos favores he de sacar un medio eficacísimo para vencer las tentaciones cuando me cogen de repente y á solas, levantando luego los ojos del alma al Ángél que está presente; y mucho mas á la presencia del mismo Dios, avergonzándome de hacer delante de ellos lo que no haria delante de los hombres; y con esta consideracion responderé á la tentacion lo que dijo la casta Susana á los deshonestos viejos que la solicitaban (*Dan.* XIII, 22): Mas quiero morir, que pecar en la presencia de mi Dios.

3. El tercer favor es, por las bodas carnales, que renuncio, admitirme á las espirituales (*Osee*, II, 20), desposándose espiritualmente con mi alma con desposorio de fe, misericordia y caridad, y comunicándome deleites tan soberanos del espíritu, que olvide los de la carne, cumpliendo la palabra que de esto dió, diciendo: Que quien dejase por su amor la mujer, renunciando la facultad que tenia para casarse, le daria ciento tanto en esta vida (*Matth.* XIX, 20); esto es, un deleite tan grande, que exceda cien veces al que tuviera siendo casado; porque la dulzura de la castidad es (*Casian. Collat.* XII, *c.* 12-13) tan excelente, que no es posible conocerla, si no es probándola. Ó Esposo de las almas castas, concédeme tal virtud por la cual la mia pueda ser esposa tuya. Ó alma mia, pues tan amiga eres de deleites, renuncia liberalmente los viles deleites de la carne, para que puedas gozar los dulcísimos deleites del espíritu.

4. El cuarto favor es, por los hijos carnales, que pudiera tener, darme abundancia de hijos espirituales, incomparablemente mejores, llenándome de buenas obras, de ricos merecimientos y de muchas almas ganadas para Cristo, por mi ejemplo y palabra, de las cuales sea padre y madre en el espíritu, cumpliendo lo que prometió por su Profeta, cuando dijo: No diga el que por mi amor se ha hecho casto (*Isai.* LVI, 3), soy árbol seco y sin fruto, porque yo le daré en mi casa, y dentro de los muros de mi Iglesia un lugar y un nombre muy mas excelente que los que tienen hijos, un nombre sempiterno que nunca perecerá. ¡Oh dichoso el casto, á quien Dios concede la soberana dignidad de hijo y de padre; hijo, por la singular gracia de adopcion; y padre en el espíritu, por los copiosos frutos de bendicion!

5. El quinto favor abraza muchas gracias y privilegios muy sin-

gulares que les concede en testimonio de lo mucho que ama la castidad; porque como los castos se levantan sobre las leyes ordinarias de la naturaleza, viviendo en carne como si no tuvieran carne; así quiere Dios algunas veces levantarlos sobre las leyes ordinarias de la gracia, honrando su castidad. La Vírgen nuestra Señora, por el voto raro que hizo de virginidad, fue levantada á la dignidad de Madre del mismo Dios. El evangelista san Juan por su pureza fue muy querido de Cristo nuestro Señor, de quien recibió extraordinarios favores en la cena y en la cruz y grandes revelaciones; en las cuales tambien por esta causa fueron muy esclarecidos Elías, Eliseo, Daniel y otros hijos de profetas: y el fuego de Babilonia no tocó á los tres mancebos, porque habian vencido el fuego de la lujuria.

6. El último favor es aquel singular privilegio de seguir en la gloria al Cordero donde quiera que fuere (*Apoc.* XIV, 4; *Aug.* De vera virginit. *c.* 27); porque quien le imita en esta vida, abrazando su virginidad y pureza, le imitará tambien en la otra, participando de su excelentísima gloria, unido con particular gozo á su dulce compañía. Ó Cordero purísimo, concédeme que siga tu pureza en el cuerpo y en el espíritu, para que en saliendo de esta estrecha cárcel del mundo, me dilate y alegre contigo por tu espacioso cielo. Amen.—Con la consideracion de estos seis favores me tengo de armar para resistir á los combates que me sucedieren contra la castidad, diciendo lo que dijo el casto José á la mujer que le solicitaba: Habiéndome Dios hecho tantos beneficios, y prometiéndome, si soy casto, tales favores (*Genes.* XXXIX, 9): *Quomodo possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum?* ¿Cómo puedo yo hacer este mal y pecar contra mi Dios? Ó Señor del cielo y de la tierra, antes quiero dejar no solamente la capa, como José, sino la honra, hacienda y vida, que ofenderte; porque á José, por su castidad y lealtad, le hiciste virey de Egipto; pero á mí por la mia, me harás rey en tu cielo.

MEDITACION XXI.

DE LA AVARICIA.

PUNTO PRIMERO. — 1. Avaricia es una codicia desordenada de las riquezas y bienes temporales: pécase en ella de muchas maneras.—Lo primero, deseando tomar lo ajeno contra el décimo mandamiento de la ley de Dios, ó tomándolo por la obra, ó reteniéndolo

contra el séptimo de no hurtar.—Lo segundo, usando mal de lo propio con escasez, y no repartiéndolo cuando obliga la ley de la justicia ó de la caridad y misericordia con los necesitados, teniendo entrañas duras con ellos.—Lo tercero, buscando estos bienes con demasiadas ansias poniendo todo el corazon en ellos, atropellando por esta causa los mandamientos de Dios y de su Iglesia y las obligaciones del estado. De donde nacen muchas culpas que son hijas de la avaricia; es á saber, mentiras, fraudes, perjurios, violencias, tiranías, crueldades, pleitos, discordias y otras innumerables. Por lo cual dijo el Apóstol (I *Tim.* VI, 10), que la codicia es raíz de todos los males.

2. Lo cuarto, se peca haciendo contra el voto de la pobreza quien le tiene, usurpando para sí, sin licencia del superior, lo que otros le dan, ó enajenando lo que le han dado, ó escondiéndolo; usando de lo que tienen en uso prohibido, ó con modo propietario; esto es, con aficion tan desordenada como si fuera propia, entristeciéndose y quejándose de que se lo quiten, aunque sea por justo título.—Lo quinto, se peca haciendo las obras buenas, principalmente por interés temporal, ó por el solo dejar las obligatorias, atropellando las reglas de su estado y oficio.—Hecho este exámen, miraré si tengo alguna cosa que sea ídolo á quien adore mi avaricia; pues, como dice san Pablo (*Ephes.* V, 5), la avaricia es servidumbre y adoracion de los ídolos. Y si hallare en mi poder tal cosa, ó en mi corazon tal aficion y deseo de ella, confesaré mis culpas delante de Dios nuestro Señor, con grande vergüenza de haber codiciado cosa contra él, proponiendo arrancar la aficion; y si puedo, tambien desapropiarme de lo que es causa de ella. Para lo cual me ayudarán las consideraciones siguientes.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar los daños y castigos de la avaricia, reduciéndolos á los tres géneros que se han dicho.—Lo primero, ponderaré como la avaricia, segun dice san Pablo (I *Tim.* VI, 9-10), es raíz de dos suertes de males en que se suman todos los de esta vida; conviene á saber, culpas y penas, pecados y dolores; los cuales se juntan para castigar á la madre que los engendra y sustenta; y así ella es verdugo de sí misma, poniendo al codicioso en grandes congojas y aflicciones, por ganar ó por conservar sus riquezas, con una miserable servidumbre y esclavonía de ellas. Es tambien lazo de Satanás con que le arrastra por espinas y abrojos de tentaciones, nieblas en la fe, remordimientos de conciencia y de cuidados que le punzan, y al fin le ahorca como á Judas en-

tre cielo y tierra; porque ni le deja gozar los bienes de la tierra ni que alcance los del cielo.

2. Á estos castigos añade Dios otros algunas veces, para mostrar el horror que tiene á este vicio y á los que pecan por alguna de las cinco maneras dichas. De cada una pondré un ejemplo. Achan (*Iosue*, VII, 25), porque tomó ciertas cosas de Jericó contra el precepto de Josué, fue por mandado de Dios apedreado, y toda su hacienda abrasada. Nabal, vencido de su codicia, negó á David la limosna que le pedia (I *Reg.* XXV, 10); y porque tuvo entrañas duras con el necesitado, murió endureciéndosele el corazon como piedra. Jezabel (III *Reg.* XXI, 5), con deseo desordenado de haber la viña de Nabot, le hizo matar para tomársela, y ella fue arrojada de una ventana y comida de perros. Ananías y Safira (*Act.* V, 5; *Aug.* Serm. 27 de verbis Apost.; *Vide Belarm.* tom. I, lib. II de Monach. c. XX), porque habiendo hecho voto de pobreza, se quedaron con la parte del precio en que habian vendido su heredad, murieron desastradamente. Giezi, vencido de codicia, pidió dineros á Naaman (IV *Reg.* V, 20), por la salud que Eliseo profeta le habia dado, y quedó leproso por ello. Finalmente Judas (*Ioan.* XII, 6), arrastrado de su avaricia, dió entrada á Satanás; y no contento con hurtar lo que daban á su Maestro, le vendió, y se ahorcó. Ó alma mia, ¿cómo no temerás vicio tan feroz que acomete y derriba reyes y plebeyos, ricos y pobres, seglares y religiosos, criados de profetas y primitivos cristianos y á uno de los doce Apóstoles?

3. Sobre estos castigos quedan los eternos en el infierno, á donde los avarientos padecerán gravísimo dolor con la aprension de su terrible necesidad, viendo que les falta todo cuanto deseó su codicia; y cuanto acá fueron mas ricos y codiciosos, tanto allá estarán mas lastimados; como el rico avariento, cuya abundancia paró en horrenda miseria. Ó Dios omnipotente, rico en hacer misericordias, líbrame de esta codicia, de la cual nacen tantas miserias; mas quiero sin ella padecer necesidades temporales, que por ella caer en las eternas.

PUNTO TERCERO.—*De la pobreza de espíritu y liberalidad.*— 1. Lo tercero, se ha de considerar los grandes bienes que están encerrados en la perfecta mortificacion de la avaricia.—Y porque hay dos modos de mortificarla, uno quedándome con el dominio de mis cosas y mortificando solamente la aficion desordenada á ellas, en que consiste el primer grado de la pobreza de espíritu, con la cual anda la virtud de la liberalidad que reparte de sus bienes cuándo y cómo

conviene, y la virtud de la misericordia que con ellos remedia las necesidades de los pobres; otro modo es dejando todas las cosas que tengo y podria tener, para desarraigar mas las aficiones de ellas, en que consiste la pobreza voluntaria de la religion. Ambos modos encierran grandes bienes, porque generalmente á todos los pobres de espíritu prometió Cristo nuestro Señor (*Matth.* v, 3) el reino de los cielos, así el reino de la otra vida como el que se goza en esta (*Rom.* XIV, 17), que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. De suerte que si mortifico y venzo la codicia, gozaré tres grandes bienes: justicia, con abundancia de buenas obras; paz sin ruido de turbaciones; y gozo espiritual libre de tristezas y congojas, porque habré quitado la raíz de todos los males que impide estos bienes.

2. Demás de esto, si vencida la codicia fuere liberal con Dios en dar por su amor de lo que tuviere, Dios será liberalísimo conmigo en darme de sus bienes, así de los temporales que me convinieren, como de los espirituales en esta vida y en la otra. Porque él dijo (*Luc.* VI, 38): Dad, y os darán; medida buena, llena y apretada y colmada, hasta que sobre y se vierta, pondrán en vuestro seno, donde estará muy segura y muy amada. Y dice *dabunt*, darán, para significar que nuestras dádivas son causa de que Dios nos dé esta medida, con las cuatro condiciones que puede tener cuando es muy copiosa. Y añade que con la medida que midiéremos nos medirán, porque creciendo nuestra liberalidad con los prójimos, crecerá la liberalidad de Dios con nosotros: al modo que quien siembra mucho coge mucho. Por tanto, alma mia, sé liberal con Dios y con otros por su amor: y Dios por sí y por otros será liberal contigo; porque el alma que bendice, será bendecida: la que da, será enriquecida; y la que embriaga (*Prov.* XI, 25), será embriagada, recibiendo mucho porque da mucho.

3. De aquí subiré á ponderar los grandes bienes que recibiré si abrazo el segundo modo de mortificar la codicia, dejando todas las cosas por Cristo y dándolas á los pobres; porque como esta es mucha mayor liberalidad con Dios, así Dios será mucho mas liberal conmigo, cumpliendo la promesa que hizo de darnos en esta vida (*Matth.* X, 29) cien doblado de lo que le damos y despues la vida eterna, con un especial premio de darnos el dia del juicio tronos de grande gloria, para juzgar las tribus de Israel y las naciones del mundo. ¡Oh dichosa pobreza que es premiada con tanta riqueza! ¡oh bienaventurada liberalidad cuyo galardon es medida tan copiosa! ¡oh si mortificase el amor de las riquezas terrenas para alcanzar las

divinas, poseyendo en Dios todas las cosas! Ó dulcísimo Jesús, que veniste del cielo á la tierra á darnos ejemplo de pobreza, para que por ella subiésemos de la tierra al cielo, y escogiste morir desnudo en una cruz, saliendo del mundo sin tener cosa del mundo, dame aborrecimiento de las riquezas temporales para que te sirva con perfeccion y alcance las eternas. Amen.—De estas consideraciones he de sacar un propósito muy firme de mortificar la codicia en todas las cosas que se dijeron en el primer punto, guardando algun modo de pobreza conforme á mi estado. Lo primero, viviendo contento con lo que tuviere aunque sea poco, sin codiciar lo ajeno ni lo demasiado. Lo segundo, en usar bien de ello, siendo liberal con los necesitados. Lo tercero, en quitar el demasiado amor de ello poseyéndolo como si no lo poseyese. (I *Cor.* VII, 31). Lo cuarto, en gustar de padecer á tiempos falta de alguna cosa, por imitar en algo la pobreza de mi Redentor, procurando finalmente servirle, no porque me dé bienes temporales, sino porque es digno de ser servido, con esperanza de que me dará los eternos. Amen.

MEDITACION XXII.

DE LA IRA É IMPACIENCIA.

PUNTO PRIMERO. — 1. Ira es un apetito desordenado de vengar sus injurias (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 158; 1, 2, *q.* 48), ó un encendimiento desconcertado del corazon, por las cosas que suceden contra nuestro gusto, de donde proceden tres suertes de pecados.—Unos de pensamiento, como son odios del prójimo, propósitos de vengarse de él, deseos de que le suceda algun mal, gozo de que le haya sucedido, tristeza de su bien y saborearse con deleite en las venganzas.—Otros pecados son de lengua, es á saber, palabras vengativas é injuriosas en presencia ó murmuraciones en ausencia: maldiciones, palabras altas y desentonadas con muestras de cólera: contiendas y porfías en las disputas por salir con la suya, y otras semejantes.—Otros pecados son de obra contra el quinto mandamiento, como es matar, herir ó maltratar al prójimo contra razon y justicia, y hacer algo por solo vengar su injuria ó pedir esta venganza á los jueces, no por amor de la justicia sino por rencor y odio: no perdonar al injuriador que me pide perdon, dando exteriores muestras de enemistad contra él. Á mas las discordias, pleitos, rencillas, cismas, bandos y

guerras, nacen de la ira, con otros muchos pecados que acompañan á estos.

2. Finalmente, con la ira anda junta la impaciencia por los males que nos suceden, contra la salud, honra ó hacienda, entristeciéndonos demasiado por el deseo vehemente y desordenado de librarnos de ellos. De donde suelen proceder muchos pecados contra Dios y contra el prójimo, y contra sí mismo; como son quejas de Nuestro Señor porque le aflige con asomos de blasfemia; poca conformidad con su voluntad, desconfianzas, tédios de la vida, deseos impacientes de la muerte; poner las manos en sí mismo con rabia; ser mal acondicionado con los otros, áspero é intratable, dándoles ocasion de indignacion, y teniendo poca paz con los domésticos hasta airarse con las bestias y cosas insensibles, como se airó Jonás (*Ionae*, IV, 9) contra la hiedra que se secó cuando el sol le fatigaba. Mirando estos pecados y hallándome culpado delante de Dios en ellos, convertiré la ira (*Psalm.* IV, 5) contra mí solo porque pequé, suplicando á Nuestro Señor me ayude para vencerla. Ó Dios infinito, cuya ira es terrible, pero justa, contra los que se airan sin medida, esclarece los ojos de mi alma, para que considerando los terribles castigos que nacen de tu santa ira, refrene los malos ímpetus que nacen de la mia.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, consideraré los daños y castigos de este vicio, así los que él trae consigo, como los que Dios con su justicia le añade en esta vida y en la otra.-Primeramente, la ira destruye la semejanza con Dios, cuyas obras son con gran tranquilidad (*D. Greg.* Lib. V Moral. *c.* 30), inquieta la conciencia, tapa la fuente de la divina misericordia, ahoga el espíritu de la devocion y los consuelos del Espíritu Santo, el cual mora y descansa en los humildes y quietos de corazon, y huye de los iracundos, en quien mora el espíritu malo; porque la ira furiosa es frenesí del alma, locura breve y demonio voluntario, que se apodera del espíritu con los visajes que el demonio hace cuando se apodera del cuerpo.-Demás de esto, como Nuestro Señor es Dios de las venganzas, ejercítalas con rigurosa justicia contra los que se vengan con ira, y matan ó agravian á sus prójimos. Por lo cual se dió sentencia contra los dos primeros iracundos y homicidas que hubo en el mundo, Caim y Lamech, y todos sus imitadores, que de Cain se tomase venganza siete veces, y de Lamech, que no escarmentó en Cain (*Genes.* IV, 24), setenta veces siete; esto es, venganza muy cumplida que abrace todos los géneros de pena que hay en esta vida.

2. Pero sobre todo ponderaré lo que Cristo nuestro Señor dijo

en su Evangelio contra este vicio (*Matth.* v, 22): Quien se airare contra su hermano, será culpado en el juicio: y quien le dijere Raca, será culpado en el concilio, y quien le llamare necio, digno es del fuego del infierno. De suerte que en comenzando la ira á señorearse del corazon, se comienza en el tribunal y consejo de la santísima Trinidad á tratar de la venganza, creciendo el rigor del castigo como crece la gravedad del pecado. Si la ira queda en el corazon, será condenada á menor castigo: si sale fuera dando señales de ella con escarnio ó meneos exteriores, con mas consejo será mas castigada; pero si llega á decir palabra grave é injuriosa, y mucho mas si sube á vengarse por la obra, ya está dada la sentencia de fuego eterno contra ella, con el cual se junta en el infierno el mismo fuego de la ira, para ser cruelísimo verdugo del alma; porque allí lo que mas atormenta es la ira, impaciéncia y rabia. Y aunque el fuego del purgatorio y del infierno sean el mismo, aquel es llevadero por la paciencia; pero este es insufrible por la ira. (*August.* in Psalm. CXLIX). Y así los iracundos é impacientes tienen dos infiernos, uno en esta vida con el poco sufrimiento de los males temporales, y otro despues con la rabia por los eternos. Ó pacientísimo Jesús, líbrame de la ira é impaciencia; pues no hay mayor infierno que vivir rendido á ella.

3. De estas consideraciones sacaré dos propósitos muy importantes para la perfecta mortificacion de este vicio.—El primero, de huir cualquier movimiento de la ira, aunque venga vestido con capa de justicia y celo, temiendo que con el celo de corregir ó castigar los vicios ajenos no se mezcle afecto de venganza propia. (*D. Doroth.* Serm. 8).—El segundo, será de reprimir con presteza cualquier ímpetu de ira antes que crezca. Porque de una centella, dice el Espíritu Santo (*Eccli.* XI, 34), se levanta un grande fuego, y al principio es cosa fácil apagarle: y se apagará si reprimo las palabras (*Psalm.* XXXVIII, 2) y señales exteriores de ira, premiándome Nuestro Señor la mortificacion de aquello exterior, con darme victoria de lo interior.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, consideraré los grandes bienes que trae la perfecta mortificacion de la ira, abrazando las dos virtudes que la resisten, mansedumbre y paciencia; porque la primera refrena la ira para no agraviar á nadie: la segunda para sufrir los agravios que recibe. La primera sirve para hacernos afables con todos: la segunda para que suframos de todos. De donde proceden tres grandes bienes para hacernos perfectos en todo lo que pertene-

ce á nosotros mismos, á nuestros prójimos y á Dios.—Primeramente, la mansedumbre y paciencia nos dan señorío y posesion quieta y pacífica de nosotros mismos y de nuestras pasiones (*Matth.* v, 4); porque los mansos poseen la tierra de su corazon, y con la paciencia poseemos nuestras almas (*Luc.* xxi, 19), y alcanzamos paz de conciencia, con alegría cordial de espíritu.

2. Á mas, la mansedumbre nos hace amables y la paciencia nos hace admirables. Porque quien hace sus obras con mansedumbre es amado, dice el Sábio (*Eccli.* iii, 19), mas que la honra y gloria, que tanto aman los hombres: y quien tiene valor para reprimir su ira y sufrir el agravio, acredita su persona y edifica á los prójimos; porque mejor (*Prov.* xvi, 32) es y mas admirable el paciente, que el fuerte; y el que vence su ánimo, que quien conquista el mundo. Mayor milagro es en cierta manera sufrir injurias con alegría, que resucitar muertos á la vida. (*Casian. Collat.* xii, *c.* 13).—Tambien la mansedumbre y paciencia nos hacen amables á Dios, y nos dan entrada al trato familiar con su Majestad, así como sin ellas nos cierra la puerta. Moisés, por su grande mansedumbre, tuvo estrecha familiaridad con Dios: y como dice san Dionisio (Epist. 8 ad Demophilum), por un poquito que faltó en ella, se le menoscabó el espíritu que habia recibido. Y si quiero orar á Dios en todo lugar (1 *Tim.* ii, 8), y levantar las manos puras al cielo, ha de ser habiendo mortificado la ira y la contienda, aliviándome con las alas de la mansedumbre y paciencia.

3. Finalmente, si soy manso y sufrido, participaré con excelencia el espíritu de Jesucristo nuestro Señor, el cual se esmeró en estas dos virtudes, dándonos raro ejemplo de ellas en su vida y pasion, como cordero mansísimo y pacientísimo, para que nos fuésemos tras él. Y á dos apóstoles (*Luc.* ix, 55) que con espíritu de ira y venganza, coloreado con celo, desearon que bajase fuego del cielo sobre los samaritanos, les dijo: No sabeis cuál sea vuestro espíritu. Como quien dice: El espíritu de mis discípulos no ha de ser de ira, sino de mansedumbre; no de venganza, sino de sufrimiento. Ó manso y paciente Jesús, que siendo maldecido (I *Petr.* ii, 23) no maldecias; y padeciendo injurias, no amenazabas; y recibiendo gravísimos desprecios, correspondias con divina mansedumbre ó callabas con admirable silencio; ayúdame para que á imitacion tuya venza la ira, reprima la impaciencia, abrace la mansedumbre; y armado con la paciencia, sufra de buena gana los trabajos, para que llegue á gozar contigo de los eternos descansos. Amen.

MEDITACION XXIII.

DE LA ENVIDIA.

Punto primero. — 1. Envidia es tristeza desordenada del bien del (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 36) prójimo, en cuanto sobrepuja y oscurece el nuestro. Nace de la soberbia y trae por acompañada la ira, y así la acompañan los actos de estos dos vicios. Los mas ordinarios son, aborrecer al prójimo porque sus cosas me contristan: gozarme de verle caido: pesarme de verle ensalzado: oir con pena sus alabanzas y con gozo sus vituperios: murmurar de él y de sus cosas, procurando apocarlas y hundirlas, poniendo medios para salir con ello.

2. Cébase la envidia en toda suerte de bienes y males, de donde podemos tomar cuatro modos de envidia.-La primera envidia y mas grosera es, por ver aventajados á otros en bienes temporales de hacienda, honra, dignidades, privanzas con príncipes, hermosura en el cuerpo, y otras excelencias semejantes. Esta es propia de los mundanos y nace de la soberbia, que en la meditacion XVIII llamamos mundana.-Otra envidia mayor se ceba en letras, ciencias, habilidades y artes, y en las excelencias que tocan al entendimiento, la cual acomete á los que profesan estudios, y anda mezclada con porfías y contiendas y con otros medios ilícitos, para salir cada uno con su propia honra y apocar ó desdorar la ajena.-Otra envidia mucho mayor se ceba en las virtudes y bienes espirituales, entristeciéndose de que otros tengan excelencia en ellos y sean honrados y alabados como santos. Esta procede de la soberbia que llamamos espiritual, y acomete á los que tratan en virtud, y es muy familiar á principiantes y á hipócritas.

3. Finalmente, cuando esta crece, llega al supremo grado que se llama envidia de la gracia y caridad fraterna, y es uno de los pecados (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 36, *art.* 4 *ad* 2; *q.* 14, *art.* 2), que llaman contra el Espíritu Santo, entristeciéndose de que el prójimo sea virtuoso y tenga gracias y dones del divino Espíritu, deseando que no las tuviese. De donde procede el pecado gravísimo del escándalo, que es decir ó hacer algo para que el prójimo pierda la gracia y caridad, cual fue la envidia del diablo contra el hombre: por la cual dice el Sábio (*Sap.* II, 24) que entró la muerte en el mundo, á quien imitan los que son de su bando. Y esto deberia bastar para aborre-

cer vicio tan abominable que me hace imitador de Satanás. Y así, confundiéndome de los pecados que en esta materia he cometido, diré á mí mismo: Pues has sido llamado para imitar á Cristo, no imites á su enemigo, porque si le imitas en la envidia serás participante en la muerte, que entró por ella.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré los innumerables males de culpa y pena, que nacen de la envidia por justo castigo de Dios, para que ella misma sea verdugo cruelísimo del que la tiene, así en esta vida como en la otra. - Primeramente, la envidia es un soplo venenoso de la serpiente infernal, por el cual lanza todo su veneno junto, induciendo á gravísimos pecados, oscureciendo la razon, embraveciendo el alma, alterando el cuerpo y pudriendo los huesos (*Prov.* xiv, 30), y mucho mas destruyendo las virtudes fuertes del corazon. Y por otra parte es como enfermedad incurable ó muy dificultosa de curar, porque como es vicio infame y de ánimos viles, tenemos vergüenza de manifestarle al médico espiritual, y con cualesquier sucesos, aunque sean contrarios, prósperos ó adversos, se ceba y aumenta.

2. Todo lo cual se puede ponderar por algunos ejemplos que trae la Escritura, en todo estado de personas, conforme á los grados que dijimos de la envidia. Cain (*Genes.* iv, 8), por envidia de que Dios aceptó el sacrificio de su hermano Abel, le mató con engaño y crueldad: quiso encubrir á Dios su pecado, y desconfió del perdon y remedio. Los hermanos de José (*Genes.* xxxvii, 24), por envidia le empozaron, y vendieron por esclavo, y aunque se les humilló no se aplacaron. Coré, Datan y Abiron (*Num.* xvi, 31), por envidia de Aaron y Moisés, quisieron usurpar su dignidad y alborotar el pueblo, por lo cual se abrió la tierra y los tragó vivos. Saul, por envidia persiguió á David con tanta obstinacion, que vivió como endemoniado, y se mató como desesperado. Finalmente los judíos (*Matth.* xxvii, 5), por la envidia que tuvieron á Cristo nuestro Señor, cometieron los mayores pecados, y padecieron los mayores castigos que han sucedido en el mundo.

3. De aquí pasaré á ponderar los castigos del infierno, á donde los envidiosos con rabia increible se convertirán contra sí mismos, mordiendo sus carnes, y el cruel gusano que muerde sus conciencias aguzará sus dientes con la envidia, acordándose de los bienes que perdieron y otros alcanzaron, especialmente despues que el dia del juicio vean la gloria de los buenos, á quien acá despreciaron. Finalmente, la envidia es tan mala y cruel, que todas las cosas convierte

en su daño; de los bienes ajenos saca espíritu de tristeza que seca sus huesos (*Prov.* XVII, 22), y de los males ajenos saca tal modo de alegría, que se hace con la culpa participante de ellos, y así en el infierno bienes y males ajenos serán tormentos propios. Pues siendo esto así, ¿cómo no tiemblo de esta fiera bestia? ¿Cómo me atrevo á morar con este basilisco que con la vista me mata y atormenta? ¡Oh con cuánta verdad me cuadra aquello del Apóstol (*Catholic. Iud.* v. 11): Ay de mí que como malo he seguido los caminos de Cain, persiguiendo por envidia á mis hermanos; y como Balaan les he dado malos consejos para derribarles en pecados; y como Coré he pretendido ensalzarme hundiéndoles á ellos! Merecia, Dios mio, que la tierra me tragara como á Coré; y que pereciera miserablemente como Balaan; y que me echaras de tu presencia para siempre, como á Cain, imitando en la pena á los que imité en la culpa. Mas en esto por tu gracia me aparto de Cain, confesando que tu misericordia es mayor que mi maldad; y así espero alcanzar entero perdon de ella.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, consideraré los grandes bienes que están encerrados en la perfecta mortificacion de la envidia y en abrazar la caridad fraterna.—Ponderando primeramente los actos de esta caridad, en cuanto contrarios á la envidia. El primero es, resistir á los malos movimientos, de modo que aunque sienta acometimientos de tristeza por el bien del prójimo, no consienta con ellos. (*Bern.* Serm. 49 in Cant.). Otro mejor es gozarme de los bienes que tiene, y darle el parabien como si fueran propios. El tercero mas perfecto es desear que haya muchos que tengan las excelencias que yo tengo; y aun mayores si Dios así lo quisiere, gozándome de ello por esta causa como si fueran mias.

2. Para moverme á tan excelentes actos he de ponderar, como es generosidad de ánimo cristiano querer mas el gusto de Dios que el mio, y la gloria de Dios mucho mas que la mia, y que esta se dilate á muchos y en muchas cosas. Y pues Dios quiere y se glorifica de que otros tengan mayores dones naturales ó sobrenaturales que los que yo tengo, justo es que yo guste de esto. No tengo de ser como Josué, criado de Moisés, que tenia envidia que otros profetizasen, sino como el mismo Moisés que decia (*Num.* XI, 29): ¡Quién me diese que profetizasen todos, que todos fuesen sábios, prudentes y santos, y que todos sirviesen y glorificasen á Dios! Ni tengo de ser como los discípulos del Bautista, que (*Ioan.* III, 26) tenian envidia de que Cristo bautizase, y todos se fuesen tras él, sino como el mis-

mo Bautista que decia: Conviene que Cristo crezca y yo me deshaga; gózome de que mi prójimo sea ensalzado y yo humillado, y así conviene, pues Dios así lo quiere.

3. Además de esto, la caridad fraterna, al contrario de la envidia, de todas las cosas saca bien para sí, porque gozándome de los bienes del prójimo los haré propios; y doliéndome de sus males me libraré de ellos, porque con tales actos me dispongo para que Dios me dé los unos, y me libre de los otros, en la forma que mas me conviniere.—Finalmente, con esta caridad, cuyo fruto es paz y gozo en el Espíritu Santo, comenzaré desde la tierra á gustar lo que hay en el cielo, á donde todos los bienaventurados están contentos, y los menores participan la gloria que tienen los mayores, por el gozo que reciben con ella; y así yo participaré del bien y gozo de todos mis prójimos, teniendo tantos motivos de alegría cuantos bienes hubiere en ellos. Ó alma mia, comienza luego á ejercitar en la tierra la vida que esperas gozar en el cielo. Si envidia has de tener, sea envidia santa de los buenos (*Galat.* IV, 18), imitándoles en lo bueno, procurando aventajarte sobre todos, no para ser mas honrada sino para que Dios sea en tí mas glorificado por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LA ACIDIA Ó PEREZA.

Punto primero.— 1. La acidia, que comunmente llamamos con el nombre de pereza, es una tristeza desordenada y tédio fastidioso de los ejercicios virtuosos. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 35). Pécase en ella de muchas maneras, por muchos vicios que trae en su compañía.—El primero, es temor demasiado de los trabajos y asperezas de la virtud, huyendo de ella por esta causa: de donde procede la tristeza y tédio de sus ejercicios, y hacerlos con enfado.—El segundo, es pusilanimidad (*Id. ibid. q.* 133) y cobardía en acometer cosas arduas del divino servicio, escondiendo por esta causa los talentos que Dios me ha dado, y no usando de ellos cuando la ley de la justicia ó caridad me obliga.—El tercero, es pereza y flojedad en el cumplimiento y observancia de la ley de Dios, de los consejos evangélicos, de los estatutos y reglas de mi estado y oficio, haciendo estas cosas á poco mas ó menos con quiebras, dilaciones y repugnancias por miedos y á mas no poder, con fines bajos é intenciones serviles y rateras.—El cuarto, es inconstancia en proseguir las obras de virtud, y

llevarlas á cabo con instabilidad en ellas, salpicando de una en otra por quitar el enfado, hasta dejar el bien comenzado, volviendo atrás como el perro al vómito.

2. El quinto, es desmayo (*Ibid. q.* 20, *art.* 4) y desconfianza de salir con la pretension de las virtudes y con la victoria de las tentaciones, hasta caer en el abismo de la desesperacion.-El sexto, es (*D. Greg.* Lib. XXXI Moral. *c.* 31) rencor é indignacion contra las personas espirituales, porque me dan en rostro sus virtudes y buenos ejemplos, ó porque siento mucho los avisos y correcciones que recibo de ellos.-El séptimo, es ociosidad, perdiendo el tiempo precioso que Dios me dió para trabajar. Además sueño demasiado y somnolencia en las obras buenas, especialmente en los ejercicios (*Casian. lib.* x, *c.* 2) espirituales de oracion, leccion, misa, sermones y pláticas de Dios, por el poco gusto que hallo en ellas.-El octavo, es vagueacion en diversas cosas ilícitas y vanas por entretenerme, como son distracciones voluntarias de pensamiento é imaginacion, parlería y soltura de lengua en palabras ociosas; juegos vanos; vista de representaciones profanas; curiosidad de sentidos; vagueacion del cuerpo, callejeando por varias partes por gastar el tiempo y recrearme, apeteciendo mudanzas, sin tener estabilidad en cosa alguna si no es en ser mudable.

3. Finalmente, á este vicio tocan todos los pecados de omision y las negligencias en las cosas del divino servicio, las cuales son innumerables, y apenas hallaré obra buena que no tenga alguna de estas faltas ó en el principio ó en el medio ó en el fin; por lo cual me tengo de acusar grandemente delante de Nuestro Señor, diciéndole: Confieso, Dios mio, que en solo este vicio he pecado tantas veces, que no tienen número mis pecados; y así todos juntos los arrojo en la muchedumbre sin número de tus infinitas misericordias, para que remedies la muchedumbre sin número de mis miserias.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, he de considerar los gravísimos daños de la acidia y pereza: unos que nacen de ella misma, y otros añadidos por justo castigo de Dios en esta vida y en la otra.-Los primeros son gravísimos, porque la tibieza es penosa y peligrosa (*D. Bern.* Serm. 3 et 5 de Ascens.), sombra de muerte y muy cercana al infierno, vacia el corazon de consuelos celestiales, llénale de tristezas, y abre la puerta á innumerables tentaciones del demonio; el cual viene á morar muy de asiento en el alma que halla ociosa y vacante (*Luc.* xi, 25), trayendo consigo otros siete demonios peo-

res, que son la muchedumbre de los pecados, porque todos se recogen en el alma perezosa y ociosa (*Eccli.* XXXIII, 29); la cual, segun dice Salomon (*Prov.* XXIV, 30), á semejanza de viña ó heredad que no se labra, ni tiene valladar ó cerca, está llena de ortigas de pecados y de espinas de pasiones y amarguras, es pisada y hollada de los demonios y de los varios pensamientos que como pasajeros entran y salen por ella; de donde resulta extraña pobreza de los bienes espirituales y mendiguez desaprovechada; porque quien no (*Prov.* XX, 4) aró ni trabajó en el invierno de esta vida, mendigará en el estío de la muerte, y no hallará quien le dé lo que pide: como las cinco vírgenes (*Matth.* XXV, 9) que, echándose á dormir por pereza, mendigaron aceite para sus lámparas, y no hubo quien se le diese.

2. Demás de esto, los justos padecen gravísimos daños con la tibieza; la cual es como carcoma de las virtudes, polilla de las buenas obras, acíbar de las conciencias, destierro de las divinas consolaciones, diminucion de los merecimientos, y aumento de sus trabajos, porque los tibios en la virtud andan llenos de temores y de deseos: los (*Prov.* XVIII, 8; XXI, 25) temores les oprimen, y los deseos les atormentan: trabajan mucho y medran poco, porque la carga de la divina ley les pesa mucho, y merecen poco en llevarla, á causa de la mucha repugnancia y tédio con que la llevan; y así viven en peligro de dejarla, cayendo en la maldicion de Jeremías, que dice (*Ierem.* XLVIII, 10): Maldito sea el que hace la obra de Dios con negligencia y fraude. Y en la otra muy terrible que Cristo nuestro Señor amenazó á un obispo tibio diciéndole (*Apoc.* III, 16): Que si no se enmendaba, le vomitaria y lanzaria de sí y del cuerpo místico de su Iglesia.

3. Finalmente, como el siervo flojo (*Matth.* XXV, 18), que enterró el talento de su señor, perdió lo que tenia, y fue arrojado en las tinieblas exteriores, donde hay perpétuo llanto y crujir de dientes; así será castigado el perezoso en el infierno con pena muy proporcionada á su pereza, quitándole el talento de la fe y esperanza que tenia sepultado. Y porque amó la ociosidad, y temblaba del trabajo, vivirá en perpétuas tinieblas, no obrando, sino padeciendo, temblando y dando diente con diente, por la terribilidad del tormento que padece. Ó Dios eterno, por cuya sentencia los cobardes y (*Num.* XIV, 23) perezosos perecieron en el desierto, sin entrar en la tierra que les habias prometido, confieso que por mi pereza merezco ser echado de tu casa, excluido de tu reino, y atado de piés y manos ser arrojado en el abismo. Pésame, Señor, de la tibieza pa-

sada, líbrame de ella por tu misericordia, para que merezca entrar en la tierra de promision eterna. Amen.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, consideraré los bienes grandes que alcanzaré si venzo la acidia y pereza abrazando la alegría espiritual y el fervor en el servicio de Dios.—Porque primeramente las obras de virtud me serán fáciles y suaves: trabajaré poco y medraré mucho, creciendo mucho en poco tiempo (*Matth.* xx, 9): como los obreros que vinieron tarde á la viña, trabajaron con tanto fervor que merecieron tanto premio en una hora, como los tibios que habian trabajado muchas, sufriendo el peso del dia y del estío, el cual peso no sintieran si hubieran trabajado con fervor; porque la alegría del espíritu hace la carga de la ley muy ligera y su yugo muy suave. Y demás de esto aumenta los merecimientos, dobla los talentos recibidos, causa grande paz en el alma, y asegura mucho la perseverancia para alcanzar la gloria.

2. Tambien puedo ponderar, como Dios nuestro Señor gusta grandemente de que le sirva con fervor y alegría, porque como él es esencialmente la misma alegría, y todas las obras que hace, y las mercedes que nos da, es con grande alegría (*Psalm.* cm, 31), gozándose en hacernos bien, justísimamente me manda (*Psalm.* xcix, 2) que yo le sirva y le dé cuanto me pide, no con tédio y tristeza, ni por fuerza y con repugnancia, sino con fervor y alegría de corazon (II *Cor.* ix, 7): *Hilarem enim datorem diligit Deus*, porque Dios ama al dador alegre. Á este hace grandes mercedes, y oye las peticiones y deseos de su corazon (*Psalm.* xxxvi, 4); y finalmente le da á gustar la alegría que se goza en el cielo, porque cumple alegremente la divina voluntad en la tierra. Y así con grandes veras he de pedir á Dios nuestro Señor este espíritu nobilísimo de alegría en su servicio, diciéndole con David (*Psalm.* l, 14): Vuélveme la alegría de tu salud, y confírmame con tu espíritu principal. Ó Salvador del mundo, que te alegraste como (*Psalm.* xviii, 7) gigante para correr tu carrera con ser muy áspera, concédeme la salud y alegría del espíritu que me ganaste, para que corra de tal manera mi carrera, que merezca ganar la corona eterna. Amen.

MEDITACION XXV.

SOBRE LOS DIEZ MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS.

(Santo Tomás, 1, 2, q. 100, art. 4 y sig.).

—Para el fin de esta meditacion ayudará mucho formar con la imaginacion una figura semejante á la vision que tuvo el profeta Zacarías (*Zach.* v, 2), en que vió un volúmen, ó pergamino extendido, que tenia diez codos de ancho y veinte de largo, donde estaban escritos los pecados del que hurta, y del que jura con mentira, y la maldicion que por ellos le vendrá; el cual volúmen vino volando á su casa, y la destruyó hasta consumir toda su madera y piedra. De esta manera imaginaré delante de mí un gran libro ó pergamino muy ancho y largo, y en una parte de él miraré escritos mis juramentos, hurtos, murmuraciones, y los demás pecados que he cometido contra los diez mandamientos de la ley Dios; porque como los voy escribiendo en el libro de mi conciencia, los va Dios escribiendo en el libro de su justicia, para castigarlos á su tiempo. Y en la otra parte miraré escritas todas las maldiciones y castigos que amenaza Dios á los que quebrantan estos diez mandamientos, ó alguno de ellos, haciendo comparacion de los pecados á los castigos, en el número, gravedad y duracion; porque si mis pecados fueren muchos, serán muchos los castigos; y si fueren muy graves y largos, los castigos serán muy graves y tan largos, que serán eternos. Y porque los castigos, cuando se miran muy distantes atemorizan poco, imaginaré que este libro de la divina justicia viene volando con suma ligereza á dar sobre la casa de mi alma; y quizá está ya muy cerca, y se asentará hoy sobre ella, cogiéndome de repente la muerte ó el castigo; porque si yo doy prisa á los pecados, tambien Dios apresurará los castigos, y asolará cuerpo, alma, honra, hacienda y cuanto tenga. Con esta saludable aprension suplicaré á Nuestro Señor esclarezca mi alma para que conozca los pecados que están escritos en este libro, y los castigos que he merecido, ayudándome con su gracia á llorarlos amargamente, para que con mi penitencia borre los pecados, y su misericordia borre tambien las maldiciones que habia escrito contra ellos.—

—Presupuesto esto, comenzaré la meditacion discurriendo por los diez mandamientos de la ley de Dios, advirtiendo que, como dice Casiano (*Collat.* XIV, *c.* 11; *S. Bonav.* Opusc. de dicta salutis, *tit.* 3,

et Serm. de 10 praeceptis, *t.* 2), los mandamientos divinos tienen dos sentidos, uno literal y otro espiritual. El primero sirve para la gente ordinaria, que no pretende mas que salvarse. El segundo para los que desean mayor perfeccion, y no se contentan con huir lo que es pecado mortal ó venial, sino tambien desean huir lo que es imperfeccion contra el fin del precepto, y conforme á este segundo sentido declararé los modos de pecar en cada mandamiento. —

Punto primero. — 1. Lo primero, he de considerar las cosas que Dios manda y prohibe en su santa ley, y los modos de pecar contra ella, discurriendo por los diez mandamientos, y por lo que espiritualmente dentro de sí encierran. - El primer mandamiento manda las obras principales que pertenecen á la virtud de la fe, esperanza, caridad y religion; es á saber, adorar un solo Dios; creer firmemente todas las cosas que ha revelado á su Iglesia; esperar las que ha prometido, y amarle mas que á todas las cosas criadas. Contra esto puedo pecar: lo primero, con idolatría ó infidelidad, adorando falsos dioses, ó negando lo que Dios ha revelado, ó dudando de ello: y á semejanza de esto, tambien se peca, como dice la divina Escritura (I *Reg.* xv, 25), adorando el ídolo de mi propio juicio y propia voluntad, rebelándome contra la de Dios, ó teniendo por Dios al vientre (*Philip.* III, 19), ó al dinero, ó negando á Dios con las obras, y no guardándole la debida lealtad. - Lo segundo, peco con desconfianza de alcanzar el cielo ó el perdon de mis culpas, ó de que oirá Dios mis oraciones, como lo ha prometido; y al contrario, presumiendo de alcanzar esto sin poner los medios que Dios manda para ello. - Lo tercero, con odio ó falta de amor amando alguna criatura mas que á Dios, ó atropellando la voluntad de Dios por cumplir la de la criatura, ó siendo tibio en amarle con todo mi corazon, ánima, mente y fuerzas, olvidándome mucho de él y de sus beneficios.

2. El segundo mandamiento prohibe cualquier falta en la verdad, justicia, reverencia y necesidad del juramento; de modo que no jure diciendo algo contra lo que siento, ó prometiendo algo sin intencion de cumplirlo, ó cosa que sea mala, ó no cumpliendo la buena, ó jurando sin necesidad ni utilidad, y sin mirar bien lo que digo, ó sin la reverencia que se debe al soberano nombre de Dios, siempre que se toma en la boca. Pécase tambien quebrantando el voto, ó dilatando el cumplirle sin causa, ó siendo flojo en su guarda, desdiciendo de la perfeccion que profeso.

3. En el tercero de santificar las fiestas, puedo pecar haciendo

en ellas alguna obra servil de las prohibidas, ó no oyendo misa entera, ó no asistiendo á ella con la debida reverencia y atencion, ó gastando estos dias en cosas indignas de la fiesta y del fin para que se instituyeron de orar y glorificar á Dios.

4. El cuarto manda que honremos á nuestros padres carnales, y les sustentemos en sus necesidades, y les obedezcamos sus preceptos justos, y del mismo modo á los padres espirituales, prelados y superiores, obedeciendo á sus ordenaciones, sin ir contra ellas, ni con protervia de juicio, ni con desgana de la voluntad, ni con dilacion en la ejecucion; y adelgazándolo mas por la humildad, he de tener á todos por superiores (*Philip.* II, 3), honrando á todos, y sujetándome á toda humana criatura por el Criador (I *Petr.* II, 13).

5. El quinto de no matar, prohibe todo lo que se dijo en la meditacion XXII, de la ira. Y espiritualizando los modos que hay de matar: -Lo primero, mato mi alma por la culpa, quitándola la vida de la gracia.-Lo segundo, ahogo el espíritu; esto (I *Thes.* V, 19) es, las inspiraciones del Espíritu Santo, atropellando los buenos deseos que me inspira.-Lo tercero (*Hebr.* VI, 6), crucifico dentro de mí á Cristo, y piso su sangre, haciendo obras por las cuales hubiera de ser crucificado otra vez, si la primera no bastara.-Lo cuarto, mato las almas de mis prójimos con el escándalo, siéndoles tropiezo con mi mal ejemplo, ó no socorriéndoles con la correccion ó consejo, ó limosna espiritual cuando la caridad me obliga: como se dice, matar al pobre quien no le socorre con las obras de misericordia corporales. *Pasce fame morientem: si non pavisti occidisti.* (San Ambrosio).

6. El sexto de no fornicar, prohibe todo lo que se dijo en la meditacion XX, de la lujuria; pero hay otros modos de fornicacion y adulterio espiritual, dejándo á Dios, que es verdadero esposo de las almas, por juntarme con amor desordenado con alguna criatura (II *Cor.* II, 17), ó adulterando las obras y las palabras de Dios, haciéndolas y diciéndolas, no por agradarle, ó por engendrar hijos espirituales que le agraden, sino por mi deleite ó provecho temporal; ó finalmente, andando muy olvidado de Dios, y divertido en cosas ociosas.

7. El séptimo de no hurtar, prohibe todo lo que se dijo en la meditacion XXI, de la avaricia; y demás de esto espiritualmente robo (*D. Basil.* Serm. de abdicat. rer.) y destruyo muchas cosas ajenas contra la voluntad de su dueño, porque robo á Dios su gloria, y me alzo con sus dones; desperdicio el tiempo que habia de gastar en su servicio: no le pago las deudas que le debo, por razon de mis

pecados ó por razon de sus beneficios, satisfaciendo por los unos, y agradeciéndole los otros. Robo la voluntad que le entregué por el voto de obediencia, y usurpo su autoridad entremetiéndome á juzgar los secretos de mis prójimos, que tocan á su tribunal. Y de la misma forma destruyo la caridad y riquezas espirituales de mis prójimos, ayudando al capitan de ladrones, el demonio, que siempre se ocupa en robarlas.

8. El octavo de no levantar falso testimonio, prohibe todos los pecados de lengua que van contra la honra y fama del prójimo, de que hice mencion en la meditacion XXII, de la ira; á mas, juzgar temerariamente sus cosas ó sospechar mal de ellas, echándolas á la peor parte sin bastante fundamento; engañarle con cualquier modo de mentira ó fingimiento, cual es el de la hipocresía, adulacion, lisonja, cumplimientos mundanos y ofrecimientos sin ánimo de cumplirlos. Y espiritualizando este precepto, levanto á Dios falsos testimonios cuando siento bajamente de su bondad y misericordia, de su justicia y providencia; y cuando por mis malas obras infamo y desacredito su ley y su doctrina (*Isai.* LII, 5; *Rom.* II, 24), y soy causa de que su santo nombre sea blasfemado entre las gentes, ó menos estimado y reverenciado entre los fieles. Á mas, miento á Dios cuando no cumplo la palabra que le dí ni el propósito que hice de hacer algo en su servicio. Los preceptos 9.° y 10 están declarados en el 6.° y 7.°

9. Despues que hubiere considerado estos pecados, he de hacerme cargo de ellos delante de Nuestro Señor, con gran dolor y vergüenza de haberlos hecho; y aunque no hubiese quebrantado mas que uno solo, puedo tenerme, como dice el apóstol Santiago (*c.* II, 10), por reo y culpado de todos, porque en cada pecado hallaré lo que espiritualmente se prohibe en todos; pues un solo pecado mortal, al modo que se ha dicho, es como idolatría, infidelidad, odio, adulterio, hurto, falso testimonio y homicidio; y así, reprendiéndome á mí mismo, puedo llamarme con estos nombres infames, diciendo: Idólatra, infiel, adúltero, ladron, falsario y homicida, ¿cómo te has atrevido á injuriar de tantas maneras á un Dios de tanta majestad? ¿Cómo no quebrantas con dolor tu corazon, por haber quebrantado los mandamientos tan justos de tu Señor? Ó Dios de mi alma, ¡quién pudiera decirte con David (*Psalm.* CXVIII, 136): Avenidas de agua salieron de mis ojos, porque no guardaron tu santa ley! Dame estas lágrimas tan copiosas, para que lave mis innumerables culpas.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar las maldiciones que Dios echa á los quebrantadores de su ley, y los terribles castigos con que les amenaza en esta vida y en la otra.—Esto se puede ponderar primeramente, discurriendo por el terrible catálogo que de estas maldiciones hace Moisés en dos capítulos del Deuteronomio (*Deut.* xxvii, 15; xxviii, 59), diciendo al pueblo, que si quebrantaba la ley de Dios vendrian sobre él estas maldiciones, y que le comprenderian. Serás maldito en la ciudad y en el campo: maldito el fruto de tu vientre y el de tu ganado: enviará Dios sobre tí hambre y pestilencia: te castigará con pobreza, calentura, frio, ardor, estío, aire corrupto y podredumbre, hasta que perezcas. El cielo que está sobre tí será de bronce; y la tierra que huellas será de hierro. Lloverá polvo sobre tu tierra, y sobre tí bajará del cielo ceniza; te entregará en manos de tus enemigos; y tu cuerpo muerto será manjar de las aves del cielo y de las bestias de la tierra; y á este modo va siguiendo otras horrendas maldiciones; y despues de haberlas contado, como si fueran pequeñas, dice: Aumentará Dios estas plagas, añadiendo otras mayores; y porque la maldicion de Dios no es de palabra sola, sino de obra, ninguno de los que quebrantan su ley se podrá escapar de la que Dios le echare.

2. Y finalmente á todos comprenderá la última que Cristo nuestro Señor les echará el dia del juicio (*Matth.* xxv, 44), cuya terribilidad ya se ha declarado. Los efectos de estas maldiciones experimentó el miserable pueblo hebreo en su tiempo, y muchas de ellas experimentamos en el nuestro, las cuales juntamente son avisos para que nos enmendemos; porque el deseo de este divino Legislador no es enredarnos con estas maldiciones, sino atemorizarnos para que guardemos su ley, y seamos libres de ellas. Ó Legislador justísimo, confieso ser muy justo que sea para mí el cielo de bronce y la tierra de hierro, sin que me venga favor de tierra y (*Isai.* xxx, 9) cielo. Merezco que cerreis vuestros oidos para no oir mi oracion, porque yo cerré los mios para no oir vuestra ley. He bebido como agua la maldad (*Iob*, xv, 16); y así es razon que la maldicion entre como agua en mis entrañas (*Psalm.* cviii, 18). Mas acordaos, Señor, que os sujetásteis á la maldicion que la ley echó al que moria crucificado (*Galat.* iii, 13), por librarnos de las maldiciones que la ley amenazaba. Aplicadme, pues, el fruto de vuestra muerte, perdonándome las culpas que contra vuestra ley he cometido, y librándome de las maldiciones que por ellas he merecido.

3. Tambien puedo ponderar los castigos que hace Dios en los

que quebrantan los diez mandamientos de su ley, como se representan en las diez plagas de Egipto, con las cuales son muchas veces castigados los que son rebeldes al mandamiento de Dios, como Faraon y sus vasallos lo fueron, viniendo sobre ellos ranas, moscas y mosquitos, pestes y langostas, truenos, rayos y granizos, y tinieblas muy espesas; y hasta (*Exod.* XIII, 15) el mismo Ángel de Dios con su espada desenvainada entra por sus casas, matando sus primogénitos, y destruyendo las cosas que mas aman, hasta que últimamente el mar de las tribulaciones que da paso franco á los justos, los anega y ahoga por sus pecados, bajando como plomo al profundo del infierno, donde serán derretidos y atormentados en el fuego eterno.

4. Y porque no pensemos que estas plagas solamente tocaron á los antiguos antes de la venida de Cristo, cuando Nuestro Señor se llamaba Dios de las venganzas; tambien en el Apocalipsi (*Apoc.* VIII, 2; XV, 7; XVI) se hace mencion de ellas; porque la divina Providencia, que es benigna con los guardadores de su ley, es rigurosa contra los que la quebrantan, y tiene á punto siete Ángeles con siete trompetas terribles, y otros siete con siete copas llenas de su ira é indignacion, las cuales derraman sobre la tierra, hiriendo á los pecadores con espantosas plagas. Ó alma mia, ¿cómo no tiemblas de traspasar la ley que tiene tan terribles y celosos vengadores? cómo no te espantan los sonidos de estas trompetas? cómo no te causan horror los vinos horribles de estas copas? cómo no te pasma la terribilidad de estas plagas? Ó misericordiosísimo Jesús, que recibiste cinco llagas en la cruz, y de piés á cabeza estuviste llagado en ella; cura con tu sangre preciosa las llagas de mis culpas, para que sea libre de tan horrendas plagas.

5. Últimamente puedo ponderar algunos particulares castigos que amenaza Dios en la Escritura á los que quebrantan algunos especiales mandamientos, como es decir (*Eccli.* XXIII, 12): El que mucho jura, estará lleno de maldad, y en su casa nunca faltará plaga. Donde se ponen dos gravísimos daños de este vicio, que es, llenar la casa del hombre de culpas y penas, de llagas espirituales y corporales, y asolarla hasta los cimientos, como consta por la maldicion del volúmen que pusimos al principio de esta meditacion. (*Zach.* V, 4). Á mas, contra el que desprecia á su padre y madre, dice, que los cuervos le saquen los ojos, y las águilas se los coman (*Prov.* XXX, 17); porque este tal no es digno de vida larga, sino de muerte infame; y en la otra vida los cuervos y águilas infernales le sacarán los ojos, cegándole con obstinacion, y comiéndole las entra-

ñas con dolor. Y á este modo se pueden ponderar otros castigos, sacados de lo que se ha dicho en las siete meditaciones precedentes.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar, las bendiciones que derrama Dios sobre los que guardan su ley; así bendiciones corporales como espirituales, y así temporales como eternas.-Esto puedo ponderar. Lo primero, discurriendo el catálogo que de ellas hace Moisés en el mismo Deuteronomio (*Deut.* xxviii, 1), diciendo á su pueblo, que si guardaba la ley de Dios, vendrian sobre él todas estas bendiciones, y le comprenderian. Serás, dice, bendito en la ciudad y en el campo; bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra y de tu ganado; benditos serán tus graneros, y lo que sacares de ellos; benditas serán tus entradas y salidas, y todas las obras de tus manos. El Señor abrirá sus tesoros excelentísimos para enriquecerte, y su cielo para que envie sus copiosas lluvias; te hará cabeza y no piés; serás superior y nunca inferior, y delante de tí caerán tus enemigos; el Señor te levantará para que seas pueblo santo suyo, y todos te respetarán viendo que eres favorecido de su santo nombre. Estas y otras bendiciones va prosiguiendo Moisés, las cuales, aunque son temporales, acomodadas al estado y condicion de aquel pueblo imperfecto; pero son señal de otras muy mayores y espirituales que da Dios al pueblo cristiano, aunque tampoco le faltan estas temporales con un modo mas excelente. Porque la providencia de nuestro Padre celestial, como su mismo Hijo nos lo prometió (*Matth.* vi, 33), toma á su cargo repartirlas del modo que conviene, dándolas por añadidura á los que guardan su ley; porque quien abre su mano para llenar de (*Psalm.* cxliv, 16) bendicion á los brutos, mejor la abrirá para llenar á los hijos.

2. De aquí subiré á ponderar las bendiciones espirituales que da Dios á los que guardan la ley, en cuya guarda ha encerrado con gran excelencia los tres géneros que hay de bien; es á saber, bien honesto, útil y deleitable, de los cuales hace otro dulce catálogo David en el salmo xviii. Porque lo primero, la ley de Dios es purísima y santísima, convierte las almas, llénalas de sabiduría y de todas las virtudes. Además, es provechosísima para alcanzar todos los bienes que se pueden desear, no solo para el alma, sino para el cuerpo, como es, salud, vida larga, sustento y prosperidad (*Prov.* iii, 1); y así es mas deseable que el oro y que las piedras preciosas, y que todos los tesoros de la tierra. Además, es dulcísima mucho mas que la miel y el panal, y alegra los corazones con una alegría ma-

yor que la que pueden dar todas las cosas dulces de esta vida.

3. De aquí es, que á los principiantes previene Dios con bendiciones de dulzura (*Psalm.* XX, IV), para que comiencen á correr con alegría por el camino de sus mandamientos. Á los que aprovechan, da su bendicion dulcísima este divino Legislador (*Psalm.* LXXXIII, 8), para que crezcan de virtud en virtud hasta la cumbre de la perfeccion, y sobre las cabezas de los justos perfectos derrama copiosa bendicion (*Prov.* X, 6), dándoles á gustar algo de lo que han de gozar en la gloria. Y finalmente les dará el dia del juicio la suprema bencicion, diciéndoles (*Matth.* XXV, 34): Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os tengo aparejado, como ya ponderamos.

4. Considerando estas bendiciones, y comparándolas con las maldiciones que se dijeron en el punto precedente, he de sacar principalmente tres afectos muy importantes. El primero, gran dolor de haber quebrantado ley tan santa, tan provechosa y tan suave, haciéndome indigno de sus celestiales bendiciones, incurriendo en los tres males contrarios á los tres bienes que se han dicho; porque con el quebrantamiento de la ley andan juntos los vicios que manchan cuerpo y espíritu; todos los daños temporales y eternos que padecen cuerpo y alma, y todas las tristezas y amarguras que afligen nuestro corazon.

5. El segundo afecto es de confianza, esperando firmemente que si guardo la ley de Dios alcanzaré las bendiciones que me promete, acordándome de aquellas memorables palabras del Eclesiástico (*Eccli.* XXX, 3), que dice: *Homo sensatus credit legi, et lex illi fidelis.* El hombre cuerdo cree á la ley de Dios, y la ley le será fiel. Que es decir: El justo y la ley guárdanse fidelidad. El justo es fiel en obedecer á la ley, y la ley es fiel en premiar al justo: ella le defiende en sus peligros; consuélale en sus adversidades; enderézale en sus prosperidades; aconséjale en sus dudas; favorécele en sus negocios; hace que sean oidas sus oraciones; ayúdale en la vida; ampárale en la muerte, y despues le corona en la gloria. Ó alma mia, sé fiel á la ley de Dios, y la ley será muy fiel para tí. No faltes en hacer lo que te manda, y ella no faltará en hacer lo que te promete. Alaba á tu soberano Legislador con salterio de diez cuerdas (*Psalm.* XXXII, 2), guardando sus diez mandamientos, y serás luego participante de sus promesas. No digas como los malos israelitas: Vana cosa es servir á Dios, y ¿qué provecho me viene de guardar sus mandamientos? (*Malach.* III, 14). Conviértete de veras á este Señor, con dolor de

haberlos quebrantado, y verás por experiencia la diferencia que hay entre el justo y el pecador, y entre los que guardan su ley, y la quebrantan.

6. El tercer afecto ha de ser, grande amor y estima de la ley de Dios, procurando, como dice Salomon (*Prov.* VI, 21; VII, 5), escribirla en las tablas de mi corazon, que son las tres potencias de mi alma. En la memoria, para acordarme siempre de ella. En el entendimiento, para meditar continuamente en ella. Y en la voluntad, para amarla, y dar, si fuere menester, la vida por ella; y como dijo Moisés á su pueblo (*Deut.* VI): Meditaré en ella, sentado en mi casa y andando por el camino; al acostar y al levantar; la pondré como señal en mis manos para obrarla; y la traeré delante mis ojos, para guiarme por ella, diciendo con David (*Psalm.* CXVIII, 97): Ó Señor, como he amado tu santa ley, todo el dia es materia de mi meditacion. Ó Legislador dulcísimo, que haciéndote hombre pusiste luego esta ley en medio de tu corazon (*Psalm.* XXXIX 9), y con tu gracia la escribes (*Ierem.* XXXI, 33) en los corazones de tus escogidos; escríbela tambien en el mio, de modo que nunca se borre, para que sea digno de estar escrito en el libro de la vida, sin ser jamás borrado de él por todos los siglos. Amen.

7. *Conclusion de lo dicho.* — De todo lo que se ha dicho en esta meditacion recogeré una breve suma de los títulos que hay, así para sentir gran dolor por haber quebrantado la ley de Dios, como para animarme á guardarla con perfeccion. - El primero es, por ser justa y santa y abrazar todo género de bienes con grande excelencia. - El segundo, por librarme de las maldiciones y plagas temporales y eternas que amenaza. - El tercero, por gozar de las innumerables bendiciones que promete en esta vida y en la otra. - El cuarto y principal, por ser quien es el Legislador que la dió, es á saber, Dios infinitamente bueno, sábio y poderoso, y bienhechor infinito, de quien depende todo mi bien, así temporal como eterno; y esta sola razon bastará para moverme á amar ley dada por tal Padre, y para sentir mucho haberla quebrantado. - El quinto título es, porque el mismo Legislador, haciéndose hombre, la puso en medio de su corazon, y vino á cumplirla con entereza, sin dejar una gota, ni tilde, para moverme con su ejemplo al perfecto cumplimiento de ella.

8. El sexto es, por la fidelidad de la ley con los que la guardan, y por la experiencia que tengo de cuán bien me va cuando la guardo, sintiendo grande paz y serenidad de conciencia, grande alegría y confianza en Dios; y al contrario, cuán mal me va cuando

la quebranto, trayendo quebrantado el corazon con culpas, temores demasiados, remordimientos de conciencia, y otras muchas miserias.-Y finalmente, porque en la hora de la muerte no habrá cosa que mas pena me dé, que haber quebrantado la ley de Dios, ni cosa que mas gusto me dé, que haberla guardado; porque de esto depende mi condenacion ó salvacion. De aquí concluiré con lo que concluyó su libro el Eclesiastés (*c.* XIII, 13), diciendo: Teme á Dios, y guarda sus mandamientos, porque esto es todo hombre, que es decir: en esto consiste todo el ser de hombre, y el cumplimiento de las obligaciones que tiene todo hombre; y quien en esto falta, falta en la entereza y perfeccion de hombre, haciéndose como bestia.

MEDITACION XXVI.

SOBRE LOS CINCO SENTIDOS Y POTENCIAS EXTERIORES.

PUNTO PRIMERO. — 1. El primer punto, será traer á la memoria los pecados que he cometido con mis cinco sentidos, y con las potencias exteriores del cuerpo, acusándome de ellos delante de Nuestro Señor.-Primeramente, con los ojos he pecado, gustando de ver cosas hermosas, vanas, curiosas y dañosas, por sola vanidad, ó curiosidad, ó sensualidad, con inmodestia y libertad de carne y desedificacion de otros. De suerte, que muchas veces peco en las cosas que veo, ó en la intencion con que las miro, ó en el modo de mirarlas, trayendo los ojos altaneros, meneándolos á una y otra parte con liviandad. Los oidos he tenido abiertos para oir pláticas vanas y curiosas, novedades impertinentes, lisonjas y alabanzas propias, murmuraciones y detracciones de otros, sin reprenderlas ó atajarlas, ni aun mostrar mal rostro cuando estaba obligado á ello. Y gustando tanto de oir estas cosas, disgusto de oir pláticas buenas, y oigo con pesadumbre los sermones, y los avisos y correcciones de los que tienen obligacion á dármelas.-Con el olfato, gusto y tacto he pecado en muchas cosas de la gula y lujuria que se han referido en las meditaciones de estos vicios.

2. Pues ¿qué diré de los pecados de la lengua? Porque unas palabras he dicho contra el respeto debido al nombre de Dios; otras contra la honra y fama del prójimo; y otras en grave daño de mi alma, como consta de lo que se ha puesto en los primeros puntos de las meditaciones precedentes. Otras palabras han sido viciosas por faltar en las debidas circunstancias, hablando cosas indecentes á mi

estado y profesion, ó en lugares y tiempos prohibidos, como seria hablar mucho en la iglesia, ó misa, ó sermon, con ofension de otros, ó cuando por mis reglas, si soy religioso, estoy obligado á guardar silencio, ó cuando hablo con mal modo, apresurado, precipitado, muy afectado y desentonado. De suerte que, mirando los pecados de mis palabras, puedo afirmar lo que dice el apóstol Santiago (*c.* III, 6), que mi lengua ha sido: *Universitas iniquitatis:* un mundo y universo de maldades donde se han recogido todas juntas, y un fuego que ha encendido y abrasado la rueda de mi nacimiento por todo el discurso de mi vida.

3. Con estos pecados puedo juntar otros de inmodestia y desórden en el uso de los demás miembros y potencias exteriores, como son risadas demasiadas, escarnios y mofas, meneos con liviandad de cabeza, piés ó manos, y andar afectado, entonado ó muy apresurado, con indecencia, y otros tales que muestran poca gravedad; de los cuales dijo el Sábio (*Eccli.* XIX, 27), que el vestido del cuerpo, la risa de los dientes, y el andar del hombre, descubren quién es, y la virtud que tiene.—Ponderando estos pecados, he de confundirme grandemente por haber usado tan mal de las potencias que Dios me dió, aprovechándome de ellas para solo mi gusto, regalo y honra. Ó gran Dios, ¿cómo has sufrido en mí tan gran desórden? Ó miserable hombre, ¿cómo te has atrevido á intentarle contra Dios?

PUNTO SEGUNDO. — 1. Luego consideraré los graves daños que me vienen por estos sentidos mal guardados é inmortificados. Porque primeramente ellos son las puertas y ventanas, por las cuales, como dice el profeta Jeremías (*c.* IX, 21), entra la muerte de la culpa en la casa de mi alma, y destruye la vida de la gracia, y ahoga el calor vital de la caridad, y por ellos entran las tentaciones de los demonios, los cuales como ladrones roban la casa de mi conciencia, despojándola de los dones de Dios y de las virtudes. Por lo cual dijo el mismo Profeta (*Thren.* III, 51): Mi ojo robó mi alma: y como el ojo robó á Eva la justicia original, á Dina la virginidad, á David la castidad y la justicia; así me roba unas veces la templanza, otras la obediencia, y otras la devocion. Y lo mismo hace el oido y la lengua; porque como la ciudad cercada de enemigos, si las puertas se quedan abiertas y sin guarda, es entrada y saqueada (*Prov.* XXV, 28), y destruida; así es el alma que no guarda sus sentidos.

2. Estos tambien dan entrada á las imágenes y figuras de las cosas visibles, que inquietan la imaginacion y la memoria con distracciones y vagueaciones; y alborotan los apetitos con el descon-

cierto de las pasiones, y turban el corazon, echándonos fuera de él. Y por esto tambien es verdad que mi ojo roba mi alma; porque me roba la atencion, el pensamiento y la aficion, haciendo que el alma no esté tanto dentro de mí, cuanto fuera, en la cosa que piensa y ama. Y yo mismo tambien me salgo por estas puertas fuera de mí mismo á vaguear por todo el mundo; y tras mí se sale el espíritu de la devocion, oracion y contemplacion. De manera, que cuando quiero volver á entrar dentro de mí, no acierto, ni hallo quietud en mi propia casa, por los alborotos que experimento en ella. Y de aquí proceden innumerables defectos y daños en la oracion, y la privacion de los favores del cielo; porque no gusta Dios de poner el licor de sus dones en vaso que no tiene cobertor (*Num.* XIX, 15), ó está por cinco partes agujereado.

3. Finalmente son grandes los castigos que ha hecho Dios en los que han tenido notable descuido en guardar sus sentidos y lengua, dándoles libertad contra los preceptos y consejos de la divina ley; como se puede ver por los que se han contado en las meditaciones precedentes. Por lo cual dijo el Eclesiástico (*c.* XXVIII, 28): Cerca tus oidos con espinas, y no quieras oir la mala lengua; haz puerta para tu boca, y cerradura para tus orejas; y mira no deslices por la lengua, y caigas delante de tus enemigos, y tu caida sea irremediable, causándote la muerte; unas veces la temporal, y otras la eterna en el infierno; á donde los cinco sentidos, como ya se ponderó, padecerán terribles tormentos en castigo de sus desenfrenados gustos. Por tanto, alma mia, cierra las puertas y ventanas de tus sentidos, si no quieres que la muerte y la turbacion entre por ellos. Tapa y enfrena tu boca para que no te mate tu propia lengua. Cerca tus oidos con espinas, para que no te espinen las lenguas ajenas, sacando de lo que oyes culpas propias.

PUNTO TERCERO. – *Mortificacion de los sentidos.* — 1. El tercer punto será, considerar los bienes grandes que trae consigo el santo enfrenamiento y mortificacion de los sentidos. – Lo primero, porque además de cerrar la puerta á tantos males como se han dicho, la abre para que entre en el alma el espíritu de Dios que mora de buena gana en almas mortificadas á su carne, y á los deleites de los sentidos; y tambien la abre para que entre en ella el espíritu de la oracion, y devocion, y de la contemplacion; porque Nuestro Señor gusta de conversar con las almas que son huertos cerrados, y allí las habla al corazon, consolándolas y comunicándolas sus dones. Y á esta causa para orar nos manda entrar dentro del retrete de nues-

tro corazon y cerrar tras nosotros la puerta de los sentidos (*Matth.* VI, 6); porque no entre cosa que turbe nuestra oracion, é interrumpa la conversacion que tenemos con nuestro Padre celestial.

2. Demás de esto, los sentidos cuando hacen sus actos segun la voluntad de Dios, que es el fin de su mortificacion, son puertas y ventanas por donde entra la vida; y lo que ven y oyen, gustan y hablan, les ayuda para alcanzar la vida espiritual de la gracia, y el aumento de ella. De donde tengo de inferir lo que dice Santiago apóstol (*c.* IV, 10), que como de una fuente por un caño no nace agua dulce y amarga; así no ha de salir de una misma lengua bendicion y maldicion; palabras buenas con que bendiga á Dios, y palabras malas con que maldiga al prójimo; sino todas han de ser palabras buenas, agradables á Dios, provechosas al prójimo y dulces para mi conciencia. Y de la misma manera, por unos mismos ojos y oidos no ha de entrar la vida y la muerte; sino siempre han de estar cerrados para todo lo que es ocasion de muerte, y abiertos para lo que me ha de dar la vida, y en esto consiste su perfecta abnegacion.

3. Á esto he de añadir, que la modestia y mortificacion de los sentidos es testimonio y señal de la virtud interior, edifica mucho á los prójimos, y echa de sí tanta fragancia, que llena la casa de la Iglesia, y religion, de buen erédito y nombre (*S. Amb.* Lib. II de virginibus): y como la buena portada honra la casa, y da gana de entrar dentro á ver lo que hay en ella; así la modestia y compostura de los sentidos y miembros exteriores, es hermosísima portada de la virtud y vida religiosa; y la hace tan amable, que pone ganas de entrar á gozar de lo interior que dentro tiene encerrado, por lo cual dijo san Pablo (*Philip.* IV, 5), que nuestra modestia fuese manifiesta á todos los hombres, porque Dios está cerca y presente á nosotros, y en presencia de tan poderoso Rey todos sus criados hemos de estar muy modestos.

4. Finalmente, los cinco sentidos recibirán en el cielo, como despues se verá en la meditacion LIII de la parte VI, particulares coronas de gloria, con grandes gustos en premio de las mortificaciones que padecieron en la tierra; y así, con la esperanza de todos estos bienes me alentaré á mortificarlos con gran fervor.—Concluiré esta meditacion con un dulce coloquio con Cristo nuestro Señor crucificado, ponderando la mortificacion de sus cinco sentidos, que padeció en la cruz; la cual por una parte fue santísima, echando rayos resplandecientes de admirables virtudes; y por otra parte fue penosísima, con mezcla de terribles dolores, padeciéndolos por los

pecados que yo cometí con mis cinco sentidos. Y discurriendo como sus ojos fueron oscurecidos con salivas; sus oidos atormentados con blasfemias; su olfato con el olor del Calvario; su gusto con la hiel y vinagre; su tacto con los azotes, espinas y clavos; compadeciéndome de todo esto le diré: Pésame, ó dulce Salvador, de las culpas que hice con mis cinco sentidos, por las cuales fueron tan terriblemente atormentados los vuestros; y por los dolores de ellos os suplico perdoneis los muchos pecados de los mios. Con la sangre que salió de vuestras cinco llagas preciosas lavad las manchas que han salido de estas mis cinco fuentes apostemadas. Cese ya, Señor, su corriente abominable, y ayudadme con vuestra gracia á detenerla, para que imitando la mortificacion que ejercitastes en la vida y padecistes en la muerte, merezca alcanzar vuestra gloria. Amen.

MEDITACION XXVII.

SOBRE LAS POTENCIAS INTERIORES DEL ALMA.

Punto primero. — 1. El primer punto será, considerar los vicios y pecados que tienen su particular asiento en el entendimiento, y los daños que proceden de ellos, examinando la parte que me cabe de cada uno, los cuales se pueden reducir á siete.-El primero es (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 74), ignorancia de las cosas que estoy obligado á saber, como son las que debo creer, pedir, recibir y obrar; las cuales se encierran en el Credo y oracion del Padre nuestro, en los Sacramentos y en los Mandamientos de Dios, y en las demás obligaciones propias del estado y oficio de cada uno; porque mal las puedo cumplir si no las entiendo. Y, como dice san Pablo (I *Cor.* xiv, 38), quien ignora será ignorado, diciéndole Dios: No te conozco. Con este vicio frisa mucho el olvido culpable de Dios y de su ley, y de las cosas que puedo y debo tener memoria; y de él podemos tambien decir: Que quien se olvida será olvidado; y que si yo culpablemente me olvido de Dios y de sus cosas, Dios se olvidará de mí y de las mias.

2. El segundo vicio (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 53) es, imprudencia ó precipitacion y falta de consideracion en las cosas que tengo de hacer ó decir, arrojándome á ellas con ímpetu de pasion, sin primero considerar si son lícitas ó ilícitas, ó sin tomar sobre ellas el consejo conveniente. De donde proceden innumerables yerros y defectos en to-

das las materias de virtud.-El tercer vicio es (*Id. ib. q.* 60, *art.* 3), temeridad en juzgar los dichos y hechos de los prójimos, condenándolos ó sospechando mal de ellos, sin bastante fundamento, en lo cual agravio á Dios nuestro Señor, usurpando su autoridad, y entreteniéndome á juzgar lo secreto, que es propio de su tribunal; y tambien agravio á mi prójimo, condenándole sin razon bastante para ello; y á mí me daño, porque de ordinario vengo á caer en lo que temerariamente quise juzgar.-El cuarto vicio es (*Id. ib. q.* 53, *art.* 5), inconstancia y mutabilidad en lo bueno que he determinado, mudando fácilmente parecer; de donde procede no cumplir los buenos propósitos que he hecho, ni guardar la palabra que he dado á Dios ó á los hombres, y dar fácil crédito á las tentaciones del demonio y á los engaños halagüeños de la carne. Y con esta instancia anda junta la mutabilidad de pensamientos, dejándome llevar de la imaginativa loca que enloquece el entendimiento y le trae desatinado en pensar varias cosas sin concierto. De aquí tambien procede la mutabilidad en los buenos ejercicios, salpicando de unos en otros, por solo mi antojo y por quitar el fastidio con la novedad de ellos.

3. El quinto vicio por el contrario es (*Casian. Collat.* XVII, *c.* 25, 27), protervia y pertinacia en mi propio juicio y parecer, sin quererle doblegar, ni rendir al juicio de los mayores ó mas sábios, á quien debo obedecer y dar crédito. Este es el ídolo de las discordias, de donde nacen muchos pecados de desobediencia y rebeldía contra los prelados; muchas porfías y contiendas en las disputas, y grandes errores é ilusiones del demonio; porque, como se dice en Job (*c.* XVIII, 7), mi propio consejo es mi despeñadero.-El sexto vicio es, astucia ó prudencia de carne (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 55, *art.* 3), ó sabiduría del mundo, inventando con sagacidad medios para salir con mis intentos carnales ó mundanos: de donde nacen los fraudes y engaños con palabras ó con obras é hipocresía. Con este vicio suele andar junta la estulticia, necedad ó torpeza del entendimiento en juzgar y sentir de las cosas de Dios y de los bienes espirituales del alma, teniendo baja estima de ellos, midiéndolos con las reglas vanas del mundo y no con las de Dios; porque, como dice el Apóstol (I *Cor.* II, 14), el hombre animal no percibe las cosas que son del divino Espíritu, porque las tiene por necedad, y blasfema (*Judae, ep. cath. v.* 10) de ellas porque no las entiende.

4. El séptimo vicio es, curiosidad (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 167), deseando desordenadamente saber lo que no me conviene, como es desear saber cosas dañosas á mi alma ó que exceden mi capacidad,

por malos medios, ó las que son inútiles y vanas y desdicen de mi estado y profesion; ó aunque sean convenientes, deseo saberlas con aficion desordenada y por solo fin de curiosidad ó vanidad, contra lo que dice el Apóstol (*Rom.* XII, 3): No querais saber mas de lo que conviene, sino sabed con moderacion.—Estos son los siete vicios del entendimiento, en los cuales, si bien me examino, me hallaré muy culpado, y de ellos me tengo de acusar humildemente delante de Dios, sacando de aquí cuál estará mi pobre alma, si tan miserable está su entendimiento, que es el que la guia; porque, como dice Cristo nuestro Señor (*Matth.* VI, 23), si el ojo está oscurecido, todo el cuerpo estará en tinieblas; y si (*Id.* XV, 14) un ciego guia á otro ciego, ambos caerán en el hoyo, cayendo de las tinieblas interiores en las exteriores del infierno. Y así con grande cuidado he de procurar, parte con la penitencia, parte con la mortificacion, purificarme de estos siete vicios (*Psalm.* XI, 7), para que sea mi entendimiento como plata siete veces purgada, suplicando al Espíritu Santo me purifique de ellas con sus siete dones. Ó espíritu divino (*Isai.* XI, 2), esclarece mi alma con el don de la sabiduría contra mi ignorancia y torpeza. Dame el don de consejo contra mi imprudencia, el don de entendimiento contra mi temeridad, el don de ciencia contra la protervia de mi juicio, el don de fortaleza contra mi mutabilidad, el don de piedad contra la prudencia de carne, y el don de temor contra la curiosidad, para que libre de estos vicios y esclarecido con estos dones (*Rom.* VI, 4) comience una vida nueva, espiritual y perfecta, siguiendo tu divina inspiracion, sin jamás apartarme de ella. Amen.

Punto segundo.— 1. El segundo punto será, considerar los pecados que nacen de mi propia voluntad, y los daños que me vienen por seguirla, ponderando bien lo primero, qué es voluntad propia, porque solo esto basta para aborrecerla. Voluntad propia es, la que solamente atiende á querer su propio gusto, dejando el de Dios y el de los prójimos. Y llámase propia, porque siendo mi voluntad hechura de Dios, criada para conformarse con la divina, yo me alzo con ella, y la apropio á mí solo como si fuera mia, y uso de ella para querer solamente lo que me da gusto. Pues ¿qué hurto hay mas injusto y qué robo mas tirano, que hurtar y robar á Dios la voluntad que él me dió, y alzarme con ella contradiciendo siempre á la suya? Y ¿qué maldad hay mas horrenda, que entrando en batalla mi voluntad con la de Dios, la mia quede vencedora y la de Dios vencida, atropellando lo que Dios quiere por lo que yo quiero? Ó Dios

omnipotente, por tu infinita misericordia no permitas en mí tal injusticia.

2. Luego ponderaré como la voluntad propia es raíz de (*Casian. Collat.* XIX, *c.* 8) todos los vicios y pecados que hago, y de cuantos se hacen en el mundo, los cuales podemos reducir á tres cabezas.-El primero es, desobediencia general á todo lo que manda Dios por sí mismo ó por sus ministros. De modo que la propia voluntad es capital enemiga de todas las leyes divinas y humanas, y con mas especialidad de las religiosas, porque toda la religion se funda en la mortificacion de la propia voluntad; y si esta vive, la religion muere; y si la religion ha de vivir, la voluntad ha de morir.-El segundo vicio es, malear y torcer la intencion en lo bueno que hace, haciéndolo no porque es voluntad de Dios, sino por otros fines de su propio gusto vano, interesal ó sensual (*Bern.* Serm. 71 in Cant.); por lo cual lo bueno convierte en malo, y lo que pudiera agradar á Dios hace que le desagrade, como el mismo Señor lo dijo por Isaías (*Isai.* LVIII, 3): Desagrádame vuestro ayuno; porque en él se halla vuestra propia voluntad.-El tercer vicio es, apropiarse á sí todas las cosas que puede, sin reparar en el daño que hace á otros. De donde nacen innumerables injusticias, avaricias, crueldades, contiendas, pleitos, agravios y discordias, atropellando todas las leyes de justicia y de misericordia con los prójimos, y las de la caridad, de quien dice san Pablo (I *Cor.* XIII, 5), que no busca las cosas que son suyas; y así la propia voluntad es veneno y destruccion total de la caridad.

3. De aquí es, que como la voluntad propia es reina y capitana de todos los vicios y pecados, así es pobladora de los infiernos y cebo de los fuegos eternos. Y por esto dice san Bernardo (*Serm. de Resurr.*): Cese la propia voluntad, y no habrá infierno; porque si cesa la propia voluntad, no habrá pecado, para cuyo castigo sea menester el infierno. Y demás de esto, si algun infierno hay en esta vida, la voluntad propia lo es para sí misma, porque todas las miserias de esta vida en tanto causan demasiada afliccion y tristeza, en cuanto son contrarias á la propia voluntad; y si esta cesare, conformándonos con la divina, lo que es infierno se convertirá en purgatorio, y en aumento de merecimiento y de corona en el cielo. Por lo cual dice san Ambrosio (*Lib.* I *de vocat. Gent. c.* 2), que la voluntad propia en las codicias es ciega; en las honras hinchada; en los cuidados congojosa; en las sospechas inquieta: mas codiciosa de gloria que de virtud, y mas amadora de fama que de buena con-

ciencia; y mucho mas miserable gozando de las cosas que ama, que si careciera de ellas, porque su experiencia aumenta su miseria. De todo esto concluiré, cuán grande ha sido mi miseria en haberme sujetado á la voluntad propia contra la divina, llorando mi ceguedad, y proponiendo firmemente de aborrecerla y negarla, á imitacion de Cristo nuestro Señor que bajó del cielo (*Ioan.* v, 30), no á cumplir su voluntad, sino la del que le envió. Y estando con las tristezas y agonías de la muerte dijo á su Padre (*Luc.* XXII, 42): No se haga mi voluntad sino la tuya. Ó Maestro soberano, confieso que no soy digno de llamarme tu discípulo, por no haberme aprovechado de tu ejemplo. Vengan tristezas y agonías de muerte sobre mí, por las veces que he dicho contra tí: No se haga tu voluntad sino la mia. Aparta, Salvador mio, de mi boca tan maldita palabra, y favoréceme con tu gracia para mortificar mi propia voluntad, en razon de cumplir (I *Cor.* x, 24) enteramente la tuya: busque yo de aquí adelante, no lo que es mio, sino lo que fuere tuyo y de mis prójimos, pretendiendo su provecho y tu gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. El tercer punto será, considerar los pecados y desórdenes de las otras potencias interiores del alma, que son la imaginacion y apetitos sensitivos, con los daños que de ellos proceden.-Lo primero, ponderaré como mi potencia imaginativa es como una sala pintada con muchas imágenes y figuras, unas feas, otras profanas, y otras ridículas, monstruosas y disparatadas, entreteniéndose en pintarlas y saboreándose en mirarlas, y solicitando al entendimiento para que las mire, y arrebatándole muchas veces tras sí para que piense en ellas. De donde nacen originalmente muchos pecados, que llaman delectacion morosa, en materia de carnalidades, venganzas, ambiciones y avaricias, deleitándome con la imaginacion de estas cosas como si las tuviera presentes.

2. Luego ponderaré (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 23, *art.* 4), como mis potencias apetitivas son como un mar turbadísimo, combatido de once olas de pasiones encontradas entre sí mismas, es á saber, amor y odio, deseo y huida, tristeza y gozo, esperanza y desesperacion, temor y audacia, y la ira. Las cuales por la mayor parte aplico á lo malo con gran desórden, porque amo lo que habia de aborrecer, y aborrezco lo que habia de amar: deseo lo que debiera huir, y huyo lo que debiera desear; alégrome de lo que habia de entristecerme, y entristézcome con lo que habia de alegrarme. De donde nacen graves pecados (*Amb.* Lib. I. Offic. *c.* 4), porque los apetitos con

estos afectos solicitan la voluntad y la llevan tras sí para que consienta con ellos.

3. De aquí es, que estas pasiones son armas y lazos de los demonios para combatirnos y enlazarnos en graves culpas; y en viendo que se levanta alguna pasion se alegran de verla, y luego se aprovechan (*Rom.* VII, 15) de ella para urdir su tentacion. De suerte que yo mismo doy á mi enemigo las principales armas con que me combate, persigue y destruye. Demás de esto, ellas mismas son verdugo y tormento de mí mismo, porque traen dentro de mí guerra contra el pobre espíritu, molestándome para que quiera lo que no querria, por hacer lo que quiere mi carne. Y entre sí tambien andan encontradas, porque la pasion del deleite me hace desear lo que aborrece la codicia de la honra; y el deseo de la honra lo que huye la pasion de la avaricia. Y, como dice el Sábio (*Prov.* XIII, 4), siempre quiero y no quiero: quiero la virtud porque es buena, y no la quiero porque es trabajosa; quiero el vicio porque es deleitable, y no le quiero porque es deshonesto. Y estos quereres de mis pasiones son verdugos de mi miserable corazon. ¡Oh! con cuánta razon puedo lamentarme á mí mismo diciendo á Nuestro Señor (*Iob,* VII, 20): ¿Por qué me has puesto tan contrario á tí? Y ¿cómo soy tan pesado y molesto para mí? ¡Oh desdichado hombre! ¿Quién me librará de este cuerpo tan mortal? Favorézcame, Señor, tu gracia, para librarme de tanta miseria. (*Rom.* VII, 24). De esta consideracion he de sacar un propósito muy esforzado de mortificar las pasiones, juntamente con la voluntad propia, porque esta aviva las pasiones, y las pasiones avivan á ella; y así han de morir á la par para quedar vencidas, siguiendo en esto el consejo del Eclesiástico (*c.* XVIII, 30), que dice: No te vayas tras tus pasiones y codicias, y apártate de tu propia voluntad; porque si concedes á tu alma sus concupiscencias, te harán risa de tus enemigos.

—Para la ejecucion de esto ayudarán los exámenes que se pondrán en las meditaciones siguientes.—

MEDITACION XXVIII.

EN QUE SE PONE UN MODO DE ORAR, HACIENDO EXÁMEN DE LA CONCIENCIA CADA NOCHE.

—Uno de los medios mas eficaces para purificar el alma de vicios, es el uso continuo de examinar la conciencia cada dia antes de acos-

tarse (*Basil.* Serm. 1 de instit. Monach.; *Chrys.* Hom. in Psalm. IV; *Bern. et alii*), lo cual con grande encarecimiento nos encomiendan los santos Padres y maestros del espíritu. La forma de hacer este exámen, que nuestro glorioso padre san Ignacio enseñó por cinco puntos, es la mas provechosa de cuantas yo he visto, porque abraza un modo de orar excelentísimo para toda suerte de personas.—

—Para cuya inteligencia brevemente advierto, que cada dia de nuevo nos cargamos de dos deudas para con Nuestro Señor, aunque muy diferentes, y por muy diversos títulos.—La primera deuda es, por los innumerables beneficios que de él recibimos. La segunda, por los innumerables pecados que contra él cometemos. La primera se paga con agradecimiento. La segunda con dolor; y es justo que cada dia, al fin de él, las paguemos ambas, comenzando por la primera deuda, así porque dispone para pagar bien la segunda, como porque, como dice san Basilio (De constitut. Monastic. *c.* 2), cuando vamos á la oracion, no hemos de entrar siempre pidiendo luego lo que es de nuestro propio provecho; porque parece damos á entender que vamos allí principalmente por nuestro interés, sino algunas veces hemos de comenzar por las alabanzas de Dios, dándole gracias por las mercedes que nos ha hecho; porque con esto damos á entender, que principalmente buscamos la gloria de Dios, y que la estimamos en mas que todas las otras cosas. Además, la misma accion de gracias nos servirá, como dice santo Tomás (2, 2, *q.* 83, *art.* 7), de título para impetrar lo que pidiéremos; porque de buena gana da Dios lo que le pedimos, cuando ve que le agradecemos lo que nos ha dado.—Demás de esto, habiendo de revolver el albañar bediondo de mis pecados, porque no me causen desesperacion y tristeza que me sorba y consuma, es bien prevenirme, como dice san Bernardo (Serm. 11 in Cantic. *c.* 48), con la memoria de los beneficios de Dios, alabándole por ellos, y tomando, como dice Isaías, este freno de alabanza que me pone en la boca, para que no me despeñe y perezca. Y aunque es verdad, como dice san Buenaventura (In Spec. discipl. *part.* II, *c.* 6), que no siempre es necesario guardar este órden de comenzar la oracion; pero en el ejercicio presente viene muy á propósito por las razones dichas.—

Punto primero.—El primer punto será, traer brevemente á la memoria los beneficios que he recibido de Nuestro Señor, así generales como especiales, y en particular los que en aquel dia me ha hecho, dándole gracias muy de corazon por todos ellos, reconocien-

do cuán grandes son, así por la grandeza del que los da con tanto amor, como por la vileza del que los recibe sin sus merecimientos. Y así contándolos uno por uno, puedo decir: Gracias te doy, Dios mio, porque me criaste de nada, y me has conservado la vida hasta hoy. Gracias te hago, porque me redimiste con tu sangre preciosa, y me hiciste cristiano y miembro de tu Iglesia. Bendito seas, porque hoy me has dado de comer y de vestir, y me has librado de grandes peligros de cuerpo y alma, y dádome muchas buenas inspiraciones, ayudándome á cumplir algunas obras de obligacion, etc. Todo lo bueno que en mí hay, tuyo es, y á tí se debe la gloria de ello; y por ello te doy gracias, cuantas puedo, con todo el afecto de mi corazon. Y suplico á los coros de los Ángeles y á todos los espíritus bienaventurados, que te alaben por mí y te dén gracias por estas mercedes que me has hecho.

—De este punto se ha de decir largamente en la parte VI.—

Punto segundo.—El segundo punto será, pedir á Nuestro Señor con gran instancia luz para conocer mis pecados y gracia para dolerme de ellos, alegándole tres títulos de mi grande necesidad y miseria en esta parte.—El primero es, grande olvido de mi memoria.—El segundo, grande ceguedad de mi entendimiento.—El tercero, grande frialdad de mi voluntad. De donde procede que el demonio me tiene fuertemente atado con una cuerda tresdoblada de mis pecados; la cual dificultosamente puedo romper, porque de unos pecados me olvido con la facilidad que los hago; otros no conozco por ignorancia; y los que conozco, no los lloro como debo, por mi grande tibieza. Por tanto, Dios mio, con vuestra inspiracion remediad mis olvidos; con vuestra luz alumbrad mis tinieblas; y con vuestro fuego de amor desterrad mis frialdades, para que conozca mis culpas, y las llore de modo que alcance perdon de ellas.

Punto tercero.—Hecha esta peticion, levantaré mi corazon á Dios mirándole como á juez que me ha de juzgar con gran rigor, escudriñando, como dice Sofonías (c. I, 12), los rincones de Jerusalen, que es mi alma y sus potencias, con candelas, descubriendo todas las culpas que hubiere en ellas, aunque sean muy menudas; y examinando, como dice David (*Psalm.* LXXIV, 3), no solamente las injusticias sino tambien las justicias y obras buenas, con las cuales suelen mezclarse circunstancias malas.—Con esta consideracion, lleno de un santo temor en la presencia de Dios, comenzaré á examinar todos los pecados que he cometido en aquel dia, por pensamiento, palabra y obra, y por omision ó negligencia; y con mas atencion

procuraré averiguar si tengo algunos de los que llama David (*Psalm.* XVIII, 13) pecados ocultos, por haberlos cometido con ignorancia ó inadvertencia culpable, ó por ilusion y engaño del demonio, teniéndoles por obra de virtud, como si tuviese por celo lo que es ira.- Para este exámen ayudará mucho lo que se dijo en los primeros puntos de las meditaciones sobre los siete vicios capitales, y sobre los mandamientos, sentidos y potencias del alma, porque allí está puesto todo lo que puede ser materia de un exámen muy menudo y diligente. El modo de hacerle será, dividiendo el dia en partes, y mirando lo que hice en las dos horas primeras del dia; luego en las otras dos, apartando lo precioso de lo vil; y si hallare algo bueno, lo atribuiré á Dios con agradecimiento, y lo malo atribuiré á mi libertad estragada; y de todo junto haré una humilde confesion delante de Dios, con vergüenza y confusion muy profunda, cumpliendo aquello de David (*Psalm.* XXXI, 5): Yo, dije, confesaré al Señor mi injusticia contra mí, que es decir: yo me determiné de confesar mis pecados delante de Dios, no para excusarme, sino para acusarme; no aligerando mis culpas, sino agravándolas, y ponderando mucho la injusticia que hice contra Dios en cometerlas (*Psalm.* XXIV, 11), porque este es el camino para alcánzar perdon de ellas.

PUNTO CUARTO.—El cuarto punto será, procurar un gran dolor de los pecados, que llegue á ser contricion, doliéndome de ellos, principalmente por ser ofensas de Dios, sumo bien mio, á quien deseo amar y amo sobre todas las cosas, porque con este dolor tan perfecto se perdonan las culpas, haciendo propósito de confesarlas á su tiempo; como sucedió al mismo David, el cual en diciendo: Yo confesaré mi injusticia contra mí, luego añade: Y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Y apenas hubo dicho delante de Natan, profeta (II *Reg.* XII, 13), esta palabra: Pequé contra el Señor, cuando le respondió el Profeta: El Señor tambien ha perdonado tu pecado. De suerte, que si en el exámen de la noche digo á Dios de todo mi corazon: Pésame, Dios mio, de haberte ofendido, porque te amo sobre todas las cosas criadas; y antes quisiera haberlas perdido que haber pecado; y con tu gracia propongo de confesar todas mis culpas, con determinacion de nunca mas volver á ellas, al punto quedo justificado. Y si aquella noche me muriese de repente, sin poderme confesar, aunque hubiese hecho muchos pecados mortales, no me condenaria por ellos, por donde se ve la importancia de este dolor antes de acostarme; porque si he pecado mortalmente, y la muerte me saltea durmiendo, como ha salteado á muchos, con este dolor

me salvaré, y sin él me condenaré.—Para provocarme á esta contricion, ayudará mucho comparar lo del primer punto con lo del tercero; esto es, los grandes beneficios que en este dia Dios me ha hecho, con los pecados que yo he cometido, avergonzándome de haber ofendido á un Dios tan bueno y tan bienhechor mio, y doliéndome de haber respondido á tales beneficios con tales ofensas. Para lo cual sirven las meditaciones que hemos puesto de los pecados, especialmente la V, y lo que se dirá en la meditacion XXXI.

Punto quinto.—El quinto punto es, hacer un propósito muy eficaz, con la divina gracia, de enmendarme el dia siguiente, y no caer en culpas semejantes, con las veras que dice David (*Psalm.* cxviii, 106): Juré y determiné de guardar tus mandamientos *in aeternum*, no un dia ni dos, sino por toda la vida y por toda la eternidad. Y para que este propósito sea tal, demás de lo que se dirá en la meditacion siguiente, es necesario haber examinado las ocasiones que tuve de caer, por razon de tal lugar, ó tal persona, ó tal negocio, y proponer juntamente apartarme de esta ocasion, si puedo dejarla; y si no, proponer de tener mayor cautela, y entrar en ella con prevencion. Mas porque nuestros propósitos son muy flacos y mudables, si Nuestro Señor no los fortifica (*Philip.* ii, 13) y establece con su gracia, tengo de suplicarle que pues me dió tal propósito, tambien me dé gracia para cumplirlo, y acabaré con la oracion del *Pater noster*, haciendo páusa con sentimiento en las tres últimas peticiones que contiene, formando un amoroso coloquio de esta manera: —Reconozco, Dios mio, las dos deudas de que estoy cargado, por tus beneficios y por mis pecados; todo cuanto aquí he hecho es poco para pagarlas; por lo que me falta, te ofrezco la sangre preciosísima de tu Hijo, derramada con infinito amor y agradecimiento, y con excesivo dolor y pena. Por la cual te suplico perdones las deudas de mis pecados, y me ayudes para no volver mas á ellos. No permitas que caiga en las tentaciones que me acometieren; mas líbrame de todo mal, por la gloria de tu santo nombre. Amen.

MEDITACION XXIX.

EN QUE SE PONE OTRO MODO DE ORAR EN TRES TIEMPOS DEL DIA, HACIENDO EXÁMEN PARTICULAR DE UN VICIO, PARA ARRANCARLE DE RAÍZ.

—Demás del cuidado general que debemos tener con limpiar el alma de todos sus vicios y pecados, es muy conveniente, como di-

cen los santos Padres, especialmente Casiano (*Collat.* v, *c.* 15), poner particular estudio en arrancar uno, el que mas daño suele hacernos; porque con este cuidado tan especial se vencerá mas fácilmente; y vencido este, podemos tomar á pechos la victoria de otro hasta vencerlos todos. Al modo que las siete naciones, enemigas de los israelitas, fueron vencidas poco á poco y por sus partes. Para este fin enseñó nuestro glorioso padre san Ignacio un modo de hacer exámen particular de un vicio, en el cual está encerrado otro modo de orar muy provechoso, repartido en tres tiempos del dia; es á saber, á la mañana, al mediodía y á la noche; los cuales son muy celebrados en la sagrada Escritura, por lo que de sí dice David (*Psalm.* LIV, 18): Á la tarde y á la mañana y al mediodía contaré á Dios mis miserias, esperando que me oirá y librará de ellas. Y de Daniel dice la Escritura (*Dan.* VI, 10) que en tres tiempos del dia hincaba las rodillas y aderaba á Dios, haciendo delante de él confesion de las alabanzas divinas y de los pecados propios. Segun esto, dividirémos este modo de orar en tres puntos que sirvan para los tres tiempos dichos.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, á la mañana, en vistiéndome, hincado de rodillas como Daniel, y puesto en la presencia de Dios, le aduraré dándole gracias por la vida, quietud y sueño que me dió la noche pasada, y por los peligros de que me libró; de camino iré tambien examinando, si despues de acostado, durmiendo ó velando, me ha sucedido algo que sea culpa, doliéndome de ello muy de corazon.—Luego haré un ofrecimiento á Nuestro Señor de todas las cosas que aquel dia hiciere, ordenándolas puramente á su honra y gloria, pidiéndole perseverancia en esta pura intencion hasta el fin del dia y de la vida, y suplicándole acepte mis obras en union de las que su Hijo unigénito le ofreció en esta vida por mí.—Despues de esto haré un propósito muy valeroso y determinado de apartarme en aquel dia, con la divina gracia, de todo género de pecado; al modo que decia David (*Psalm.* C, 8), que á la mañana mataba todos los pecadores de la tierra, no con cuchillo de acero, sino con el propósito muy acerado y fuerte de destruirlos todos, en cuanto eran contrarios á Dios, deseando que en la ciudad de mi alma no viva cosa que le ofenda. Pero en particular he de proponer con mas fuerza apartarme de aquel vicio que deseo desarraigar de mi corazon, concibiendo un santo odio contra él, por el daño que me hace.

2. Para que este propósito sea eficaz, ayudará mucho no tomar las cosas á bulto, y sin reconocer las dificultades que tienen, sino

prevenirlas con los ojos de la prudencia; y por la mañana imaginar todas las dificultades, pesadumbres, desprecios y ocasiones de tropezar, que probablemente se me pueden ofrecer en aquel dia atenta la calidad de mi persona, estado y oficio, y los negocios y personas con quien he de tratar. Y habiéndolas visto, procuraré aceptar de buena gana, por amor de Dios nuestro Señor, todo lo que sucediere contra mi gusto, proponiendo, con la divina gracia, por tales ocasiones no faltar en la humildad y paciencia, ni admitir cosa que sea culpa, fundando este propósito no en mis fuerzas, sino en las que Dios me dará, y en algunas razones fuertes que me convenzan y aficionen á ejecutarle: al modo que Cristo nuestro Redentor, en el huerto de Getsemaní, puso delante de sus ojos todos los tormentos que el dia siguiente habia de padecer, y aceptándolos con grande amor, luchó contra los temores y tristezas, con razones y oraciones, como en su lugar verémos (parte IV).

3. Y si los muy fervorosos quieren pasar mas adelante, y aventajarse mas en la virtud, pueden tomar el consejo que un santo abad, como refiere Casiano (*Collat.* XIX, c. 14), dió á los que por vivir en soledad no tienen ocasiones de ejercitar la humildad y paciencia, los cuales deberian imaginar terribles dolores, injurias, desprecios y tormentos, venidos por mano de sus enemigos ó de sus compañeros, con título de piedad; cuales fueron los que han padecido los Mártires y santos Confesores, y aceptarlos todos muy de corazon, y aun desear que se le ofrezcan y pedirlos á nuestro Padre celestial con aquellas palabras de David (*Psalm.* XXV, 2): Pruébame, Señor, y tiéntame: abrasa mi corazon y mis renes, porque tu gran misericordia está delante de mí, y en ella confio que me has de ayudar, y con esta confianza puedo decirle: ¡Oh si en este dia me hiriese alguno en un carrillo, cuán de buena gana por tu amor le ofreceria el otro! Ó si alguno me dijese alguna palabra injuriosa, ó me levantase algun falso testimonio, ¡cuán de corazon callaria y lo sufriria por tu amor! ¡Oh si mis prelados me mandasen alguna cosa muy áspera y dificultosa, para que mostrase el amor que te tengo en cumplirla! Con estos propósitos se van aumentando mucho las virtudes, y el corazon queda esforzado para resistir á los vicios, aunque los imperfectos y tibios han de ir con tiento en tales pensamientos, porque quizá por su flaqueza se les convertirá en lazo de tentacion lo que habia de ser medio de su aprovechamiento.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, al mediodía antes de comer, puesto en la presencia de Dios y habiéndole pedido luz para cono-

cer mis culpas, examinaré las que he cometido aquella mañana en aquel vicio particular; y si fueren muchas, tengo de avergonzarme por no haber cumplido el propósito que hice, ni guardado la palabra que dí á Dios, acusándome de infiel, inconstante y mudable, y doliéndome de la culpa que en esto he tenido, por ser contra un Dios que tan fiel y constante es en hacerme mercedes, y en cumplir lo que propone hacer para mi bien. Tengo de reprenderme, como dice Casiano (*Collat.* XIX, *c.* 14), diciéndome á mí mismo: ¿Tú eres el que esta mañana proponias cosas grandes, y te ofrecias á padecer injurias muy terribles? Pues ¿cómo te ha derribado una ocasioncilla tan ligera? Proponias de matar á todos los enemigos de Dios, ¿y te has rendido al menor de ellos? Avergüénzate de tu cobardía, humíllate delante de Dios, y torna de nuevo á proponer, confiando con mas viveza en su misericordia, para que ayude tu grande flaqueza. Tambien examinaré la causa y ocasion de haber faltado para huir de ella, ó prevenirme para ella, proponiendo en todo la enmienda para lo que resta del dia.

2. Puédome tambien acordar en este tiempo, como Cristo nuestro Señor al mediodía fue crucificado, y perseveró gran parte de la tarde padeciendo gravísimos dolores en la cruz con grande constancia, hasta que espiró, y en agradecimiento de este beneficio tengo de proponer ser muy constante en no dar gusto á mi carne ni á mi voluntad en aquel vicio, hasta que él muera en mí y yo muera peleando contra él para vencerle. Otras veces puedo acordarme como tambien Cristo nuestro Señor al mediodía subió sobre todos los cielos á gozar el fruto de sus trabajos; y con esta consideracion alentarme á pelear de nuevo contra mis pasiones, y en ambas consideraciones puedo decirle aquello de los Cantares (*Cant.* I, 6): Ó amado de mi alma, muéstrame con tu luz celestial el lugar donde al mediodía descansas y apacientas tus ovejas, para que fije allí mi corazon y mis deseos, y no ande vagueando mas en busca de los vicios.

Punto tercero. — 1. Á la noche, antes de dormir, haré otro exámen semejante al que hice antes de comer, confiriendo las veces que falté á la mañana con las que falté á la tarde: y si estas fueren menos, daré gracias á Dios por esta enmienda que ha habido, pues de su mano ha venido; pero si fueren mas, me confundiré de ver que en lugar de ir adelante vuelvo atrás; pero no tengo de desmayar, sino proponer de nuevo la enmienda muy de corazon, porque con tal modo de batalla se viene á conseguir la victoria. Pues

por esto dijo el Espíritu Santo (*Prov.* XXIV, 16), que el justo cae siete veces y se levantará: dando á entender, que cayendo y levantándose, vendrá con el divino favor á quedar en pié. Esta misma comparacion he de hacer de las faltas de un dia á las de otro, como lo aconseja san Basilio (Serm. de abdic. rer.), y de una semana á las de otra, como lo aconseja san Doroteo (*D. Dorot.* Serm. 10), aprovechándome para tener memoria de ellas de apuntarlas en dos rayas para cada dia de la semana, poniendo en la una tantos puntos cuantas veces falté á la mañana, y en la otra los de la tarde.

2. Tambien ayudará darme un golpe en los pechos en cayendo en esta falta. Lo uno, para tener memoria de las veces que he faltado, por las veces que me he dado tal golpe. Y lo otro, para moverme luego á dolor de la falta y alcanzar perdon de ella. Porque tambien en este sentido dijo el Espíritu Santo: Siete veces cae el justo y se levanta; dando á entender, que cuando cae tiene luz para conocer que ha caido; y si cae cuando es de dia, no aguarda á levantarse á la noche; antes si siete veces cae, siete veces se levanta luego que ha caido, doliéndose de la caida y proponiendo la enmienda; y de esta manera la frecuencia de las caidas se convertirá en frecuencia de oracion y de buenos afectos y propósitos que reparan el daño de la caida con nueva gracia. Otros modos de hacer exámen y reflexion sobre nuestras obras se pondrán en la parte VI, en la meditacion XXVII de lo que dijo Dios acabada toda la obra de la creacion del mundo.

MEDITACIONES

PARA ANTES DE LA CONFESION Y COMUNION.

—Como la pureza del alma, que es el fin de la via purgativa, se alcanza perfectamente con el uso de los dos sacramentos de la Confesion y Comunion, será bien poner aquí algunas meditaciones con las cuales nos aparejemos para recibirlos dignamente, y enseñar de camino á los principiantes el modo como se ha de hacer este aparejo, poniéndoles estima de la frecuencia de estos dos remedios que Dios nos ha dejado para nuestra salvacion.—

MEDITACION XXX.

DE LAS EXCELENCIAS DEL SANTO SACRAMENTO DE LA CONFESION: DE LAS VIRTUDES QUE EN ÉL SE EJERCITAN, Y DE LAS GRACIAS QUE SE RECIBEN.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar la grande merced que hizo Dios á su Iglesia y á mí (*D. Thom.* 3 *p. q.* 8, *art.* 6 *et* 7), como miembro de ella, en haber instituido el santo sacramento de la Penitencia, ponderando algunas cosas que descubren la grandeza de este beneficio y me animan al uso de él. Lo primero, siendo propio de solo Dios perdonar (*Isai.* XLIII, 25) los pecados, quiso poner esta potestad en manos de los sacerdotes, asegurándonos que aprobaria en el cielo la sentencia que ellos diesen en la tierra. (*Ioan.* XX, 23). Y ordenó que estos sacerdotes fuesen hombres sujetos tambien á pecados y necesitados del mismo remedio, para que se compadeciesen mas de los pecadores: y la potestad que les dió fue tan ámplia, que ningun pecado reservó para sí solo, por grave que fuese, ni les limitó el número de los pecados, ni las veces que habian de perdonar: antes dijo á san Pedro (*Matth.* XVIII, 22), que no solamente perdonase siete veces, sino setenta veces siete; esto es, sin número ni tasa. En todo lo cual resplandece la bondad de este gran Dios y las ganas que tiene de perdonarnos. Ó Padre misericordioso, setenta y siete veces y millares de veces mas te alaben los Ángeles del cielo por el favor que haces á los pecadores que vivimos en la tierra. Cuantas veces podemos pecar, tantas veces nos quieres perdonar si te pedimos perdon, porque tu misericordia es mayor que nuestra miseria. Confiadamente acudiré á pedir perdon de la injuria, pues tan liberalmente me le ofrece el mismo que es injuriado.

2. Lo segundo, ponderaré como este Juez soberano, habiendo de hacer juicio estrechísimo de nuestras vidas al fin de ellas y al fin del mundo, quiso misericordiosamente conmutar este juicio riguroso de nuestros pecados en el juicio misericordioso que hiciéremos de ellos en este Sacramento: de modo que, como dice el Apóstol (1 *Cor.* XI, 31), si aquí fuéremos juzgados y absueltos, no serémos mas juzgados ni condenados por aquellos pecados, pues por esto, dice la Escritura (*Nah.* I, 9) que no juzga ni castiga una cosa dos veces.

3. Finalmente, este Sacramento, conforme á la profecía de Za-

carías (*c.* XIII, 1), es una fuente de agua viva que tiene Dios en su Iglesia para lavar las inmundicias de nuestras culpas; para sanar las enfermedades y llagas de nuestros vicios; para restituirnos la vida de la gracia, la hermosura de la caridad y el resplandor de las virtudes, y para reparar los merecimientos perdidos y remediar los demás daños de nuestros pecados. Y es fuente perenne y patente, porque nunca se agota, ni Dios la cerrará mientras vivimos; antes desea que luego en pecando, acudamos á lavarnos en ella. ¡Oh! bendita sea la fuente de la divina bondad, de donde nace esta fuente de tanta misericordia. (*Isai.* XII, 3). Acude, alma mia, por agua á esta fuente del Salvador; vé con tristeza por razon de tu culpa, y con gozo por la esperanza de lavarte en ella.

—De este punto se tratará mas largamente en la meditacion IX de la parte V.—

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar cuán excelente obra sea el acto de la confesion para aficionarnos mas á ejercitarla y frecuentarla, ponderando como Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento en su Iglesia, para que los fieles tomasen ocasion de sus mismos pecados para ejercitar excelentes actos de virtudes, con los cuales reparasen los daños que les vinieron por ellos, y aun sacasen nuevas ganancias. Estos actos principalmente son siete.—El primero es de fe, creyendo firmemente que el perdonar pecados, que es propio de solo Dios, se ha comunicado á los sacerdotes, poniendo en sus manos las llaves del cielo (*Matth.* XVIII, 18), con las cuales abran sus puertas, para que de allá bajen las gracias y dones celestiales que justifican los pecadores, y los pecadores puedan entrar dentro á gozar del reino que se promete á los justos.—El segundo acto es de esperanza humana; porque la confesion de su propio delito, que en los tribunales del mundo es medio para condenar al reo, en este tribunal del cielo es medio para absolverle.—El tercer acto es de caridad, á quien pertenece dolerse grandemente por haber ofendido á la infinita bondad de Dios, y perdido su gracia y amistad, deseando repararla para amarle y servirle muy de veras.—El cuarto es de heróica humildad, humillándose no solamente delante de Dios, sino delante de los hombres, descubriendo á sus ministros las cosas secretas que le han de humillar y causar grande vergüenza y confusion, abrazando este desprecio por amor de Dios, y gustando de que otros le tengan en la figura que él mismo se tiene.

2. El quinto es de excelente obediencia en materia tan ardua

como se ha dicho, y en sujetarse al confesor como á superior, con ánimo de obedecerle en lo que para este fin ordenare.—El sexto es de justicia muy levantada, ejercitando sus actos al modo que se dirá, de acusador, reo, testigo, juez y ejecutor, y sujetándose al juicio del ministro de Dios, no por fuerza, sino de grado, con ánimo de pasar por su sentencia y con celo de vengar en sí mismo las injurias que hizo contra Dios, y de reparar y restituir los daños que hubiere hecho al prójimo.—El séptimo es de esclarecida fortaleza, venciéndose á sí mismo, y la vehemente inclinacion que tienen los hombres á encubrir sus culpas, defenderlas y excusarlas como Adan, de quien todos la heredaron: por lo cual, como apunta el santo Job (*c.* XXXI, 33), quien se vence en esto es mas que hombre, y á veces no es menester menos fortaleza para confesar con humildad el pecado cometido, que para no cometerle. Porque, como dice san Gregorio (Lib. XXII *Moral. c.* 10), se suele padecer mayor guerra en manifestar la culpa cometida, que se padeciera en resistir para no cometerla; y así no es menos admirable quien con humildad confiesa bien sus culpas, que quien ejercita otras virtudes.

3. Estos siete actos tan heróicos acompañan la confesion, y la hacen de grande merecimiento delante de Dios y de grande gloria delante de los Ángeles y de los cuerdos confesores, y he de procurar ejercitarlos con gran espíritu, para que el fruto y la gracia sea mas copiosa, diciéndome á mí mismo aquello del Eclesiástico (*c.* XIV, 16): Da y recibe, para justificar tu alma; y pues Dios te quiere dar perdon de los siete pecados mortales y la gracia con sus siete dones, dale tú estos siete actos, con que te dispongas para recibirlos. Bosteza siete veces, como el niño á quien resucitó el profeta Eliseo (IV *Reg.* IV, 35), brotando estos siete afectos, para que Dios te resucite á nueva vida y te levante á la cumbre de ella.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar las gracias y mercedes que hace Dios á los que se confiesan recibiendo el Sacramento con la disposicion debida: las cuales podemos reducir á tres, en que san Pablo pone el reino de Dios, diciendo (*Rom.* XIV, 17), que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, el cual reino se promete á los que hacen verdadera penitencia. (*Matth.* III, 2). Primeramente les concede la justicia, que es la gracia de la justificacion, justificándoles de todos sus pecados, haciéndoles sus amigos é hijos adoptivos, herederos de su cielo. Con esta gracia les da la caridad y las virtudes infusas (*Aug. in illud Psalm.* XCV: Confessio et pulchritudo in conspectu eius), y los dones del Espíritu Santo y la ver-

dadera hermosura del alma; la cual anda junta con la humilde confesion. Y si llegan á la confesion con justicia, allí se la aumenta, comunicándoles mayor gracia, cumpliendo lo que se dice en el Apocalipsis (*Apoc.* XXII, 11): El justo justifíquese mas, procurando no cesar de justificarse mas hasta la muerte. (*Eccli.* XVIII, 22).

2. Lo segundo, les concede la paz sobrenatural; no solamente porque los reconcilia consigo mismo, sino porque en premio de la gloriosa victoria que alcanzan de sí mismos, venciendo las dificultades de la confesion, les da tres victorias de sus enemigos, destruyendo unos, haciendo huir á otros, y sujetándoles los demás. Destruye los pecados, arrojándolos en el profundo del mar (*Mich.* VII, 19), huyen los demonios y sus tentaciones; porque no hay cosa que mas les espante, que manifestar las llagas de la conciencia al médico que las ha de curar: y las pasiones de la carne comienzan á rendirse al espíritu; porque, como dice el Sábio (*Prov.* XVI, 7), cuando los caminos del hombre agradaren á Dios, hará que sus enemigos tengan con él paz. Y así es gran medio para vencer las tentaciones y pasiones, manifestarlas al confesor y padre espiritual; porque mientras están encubiertas, el demonio está en paz y nosotros en terrible guerra (*Casian. Collat.* II, *c.* 10 et 11; *Bonav.* in Spec. discip. *p.* II, *c.* 3); pero en descubriéndolas él huye y nosotros quedamos en paz.

3. Lo tercero, concede el gozo en el Espíritu Santo, desterrando los temores y tristezas que nacen de la mala conciencia, llenándoles de alegría con la nueva del perdon, conforme á lo que dice David (*Psalm.* L, 10): Darás á mi oido gozo y alegría, y se regocijarán los huesos humillados; porque quitándoles la carga pesadísima de los pecados que les aplomaba, y el espíritu de la tristeza que los secaba y consumia, reverdecen y levantan cabeza con la esperanza del perdon y con las prendas que reciben de la vida eterna.— Con esta consideracion he de resolverme á ejecutar todo lo necesario para la confesion, por muy penoso, vergonzoso y trabajoso que me parezca; acordándome que todo es poco en comparacion del grande bien que Dios me promete, y del eterno mal de que me libra. Y si considero lo que Cristo nuestro Señor hizo por el perdon de mis pecados, qué dolores, qué afrentas y qué trabajos sufrió por ellos, luego me parecerá poco lo que Dios me pide para perdonarlos. Y si tambien pondero lo mucho que Dios pudiera pedirme si quisiera usar de su rigor, pues merecia dolores, afrentas y trabajos eternos, luego veré que me pide muy poco. Y así puedo imaginar

que me dicen aquellas palabras que dijeron á Naaman leproso sus criados: Padre, si alguna cosa muy pesada te mandara el profeta Eliseo (IV *Reg.* v, 13), fuera razon hacerla por sanar de la lepra; ¿cuánto mas habiéndote dicho una cosa tan fácil, como lavarte siete veces en el Jordan? Ó alma mia, cuando Dios te mandara muchas cosas muy ásperas y pesadas, para sanar de la lepra de tus culpas, era justo que las hicieras con gran presteza y prontitud; cuánto mas diciéndote una cosa tan hacedera, como es: Confiesa tus pecados, y sanarás. Lávate, pues, siete veces en el Jordan de la penitencia, acompañando tu confesion con los siete afectos que se han dicho, y quedarás limpia de la lepra de tus pecados. Préciate, á semejanza de Job (*c.* XXXI, 33), de no esconder como hombre frágil tu pecado, ni encubrir dentro de tu seno la maldad. Toma el consejo del Sábio, que dice (*Eccli.* IV, 24): Por la salud de tu alma no te avergüences de confesar la verdad; porque hay una vergüenza que trae nuevo pecado, y otra que trae grande honra y gloria. Si vencido de la vergüenza callas tu pecado, le aumentas; pero si con vergüenza le confiesas, alcanzarás corona de grande gloria, por la victoria que ganaste confesando la culpa.

MEDITACION XXXI.

DEL APAREJO PARA RECIBIR EL SANTO SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

—El fin de esta meditacion es, hacer antes de confesarme un juicio de mí mismo tan perfecto, que allane todas las dificultades que puede haber en el juicio sacramental que ha de hacer el confesor, para estar seguro en el último juicio que hará de mí el supremo Juez. En este juicio tengo de hacer yo mismo oficio de acusador, testigo, juez y verdugo. Al modo que dice san Gregorio (Lib. XXV *Moral. c.* 20), que *conscientia accusat, ratio judicat, timor ligat, dolor excruciat.* La conciencia ha de acusarme de todos mis pecados, sin dejar ninguno. La razon ha de juzgar lo que merezco por ellos, sentenciando que soy digno de grande castigo por haberlos cometido. El temor de Dios y de su riguroso juicio me ha de atar y poner muy rendido á pasar por cualquier pena que la razon dictare, y el confesor me pusiere. El dolor como verdugo me ha de atormentar, quebrantando y desmenuzando mi corazon por las ofensas que hice á mi Criador. Estos cuatro actos judiciales he de hacer dentro de la sala de mi corazon, avivándolos con las consideraciones que á esto

se ordenan; y mucho mas con la memoria de la presencia de Dios, juez de vivos y muertos, á quien tengo de mirar sentado en el trono de su majestad, al modo que se dijo en la meditacion IX; porque la vista de este rectísimo Juez será causa de que los haga con gran diligencia. Y por esta causa en la divina Escritura se encomienda mucho que nos examinemos y juzguemos delante de Dios (*Iob*, XXXI, 3; XXXV, 4; *Isai.* XLIII, 26), y que le traigamos á nuestra memoria, para que acompañe nuestro juicio.—

PUNTO PRIMERO.—Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor quiso que nuestros mismos actos fuesen partes de este Sacramento (*D. Thom.* 3 *p. q.* 90, *art.* 2); conviene á saber, la contricion, confesion y satisfaccion, que responden á los tres modos que hay de pecar, por pensamiento, palabra y obra, para que yo mismo concurra á la gracia de mi justificacion; y pues yo pequé con mis actos, con ellos mismos me disponga para recibir el perdon; y pues Nuestro Señor ha querido ennoblecer mis actos, haciéndolos instrumento de su gracia, razon es que yo los ejercite con la mayor excelencia que pudiere, procurando, como dice el Sábio (*Eccli.* XXXIII, 23), ser en ellos muy excelente, pidiendo á las tres divinas Personas particular favor para cada uno. Al Espíritu Santo, á quien se atribuye la caridad, pediré la contricion de corazon, suplicándole encienda en mi alma el fuego de su amor; del cual proceda tal dolor, que consuma toda la escoria de mis pecados. Al Hijo de Dios, que es palabra del eterno Padre, á quien se atribuye la sabiduría, pediré luz para conocer mis culpas y palabras humildes para confesarlas, de modo que quede limpio de ellas. Al Padre eterno, á quien se atribuye la potencia, pediré fuerzas para las obras de la satisfaccion con perseverancia, hasta pagar todas las penas que debo por las culpas. Ó Trinidad beatísima, asiste en mi corazon y en mis labios, para que dignamente confiese todos mis pecados y alcance cumplido perdon de ellos. Amen.—Luego he de considerar todo lo necesario para ejercitar estos tres actos con gran perfeccion, discurriendo por cada uno.

PUNTO SEGUNDO.—*De la contricion.*— 1. Cuanto al primer acto, que es dolor de los pecados, he de procurar que sea el mas perfecto que pudiere, no contentándome con el dolor imperfecto, que llaman atricion y procede del temor de las penas del infierno, sino procurando el dolor perfecto, que llaman contricion y procede del amor de Dios sobre todas las cosas, como arriba se dijo. Y este dolor ha de ser el mayor que pudiere, porque es medida de la gracia que se

da en este Sacramento, de tal manera, que si el dolor es imperfecto y pequeño, la gracia será poca; si es perfecto y grande, la gracia será mucha; y cuanto mas creciere el dolor, tanto mas crecerá la gracia; y si ningun dolor hubiese, ninguna gracia se daria. Y así la parte principal de este aparejo consiste en la perfeccion del dolor, al cual me tengo de mover con las consideraciones que se pusieron en la meditacion V, y con algunas semejanzas que trae la divina Escritura, para movernos á lágrimas de amor.

2. Unas veces me dice que llore con amargura, como la madre llora la muerte de su unigénito, en quien tenia puesto todo su amor y descanso (*Ierem.* VI, 26); así lloraré la muerte espiritual de mi alma que es única y de razon ha de ser muy querida, y yo mismo con crueldad la he muerto por la culpa, y sujetádola á la muerte eterna. Y pues tanto siento la pérdida de las cosas que amo, mucho mas he de sentir esta, que es la mayor de todas, y aquí son bien empleadas las lágrimas; porque la madre, por mas que llore, no dará vida al hijo muerto; pero yo con lágrimas de contricion alcanzaré vida para mi alma muerta. Ó Dios infinito, pésame grandemente de la injuria que te he hecho, matando con la culpa el alma que me has dado; y pues mas es tuya que mia, ten misericordia de ella. (*Psalm.* XXI, 21). Libra mi alma del cuchillo de la muerte, y á mi única del perro del infierno, para que viva para tí y confiese tu santo nombre. Amen.

3. Tambien lloraré mis pecados, porque con ellos maté (*Zach.* XII, 10) al Hijo unigénito que por excelencia merece este nombre, Jesucristo mi Señor, á quien dentro de mí mismo he crucificado otra vez (*Hebr.* VI, 6); y cuanto es de mi parte, he dado ocasion para que fuese muerto. Ó Hijo unigénito del Padre, pésame sumamente de mi culpa, por haber sido con ella causa de tu muerte. Vuelve, Señor, á vivir en mi alma con tu gracia, pues moriste por darla vida. - Otras veces me dice que llore como la esposa á quien se le murió su querido esposo, de quien estaba colgado todo su remedio, y queda viuda, pobre y desamparada. (*Ioel*, I, 8). Así lloraré yo mis pecados, por los cuales perdí á Dios, esposo de mi alma, y con él perdí las joyas de su gracia y caridad y los dones que habia dado, y queda como viuda, sin poder engendrar hijos de buenas obras merecedoras de vida eterna, y desamparada, sin la proteccion especial de tan dulce Esposo. ¡Oh si mi corazon se quebrantase y desmenuzase con la fuerza del dolor por haber perdido tal Esposo, tales joyas y tan amorosa proteccion!

4. Y si todavía viere que mi corazon está duro, y no se enternece con las consideraciones de amor, tomaré las de temor que se pusieron arriba, para que el temor, como dice san Bernardo (*Bern.* Serm. XVI in Cant.), me avive y abra la puerta al amor: *Excitetur, ut excitet.* Despiértese el temor, para que me despierte. Teme, alma mia, el rostro del Juez á quien temen las potestades del cielo. Teme la ira del Omnipotente, la faz de su furor, el estruendo del mundo que ha de perecer, el fuego que le ha de abrasar, la voz del Arcángel y la palabra asperísima de la sentencia final. Teme los dientes del dragon, el vientre del infierno, los bramidos de las fieras que están aparejadas para tragar, el gusano que siempre roe, el fuego que siempre quema, el humo, la piedra azufre, el torbellino y las tinieblas exteriores. ¡Oh quién diese agua á mi cabeza y fuentes de lágrimas á mis ojos, para prevenir con ellas el llanto eterno, el crujir de dientes, las ataduras de piés y manos, el peso de las cadenas de fuego que oprimen, que aprietan, que abrasan y nunca consumen! Con estas lágrimas de temor he de disponerme para pasar á las de amor; porque, como dice san Agustin (Tract. in illud I *Ioan.* IV: Caritas perfecta foras mittit timorem), el temor ha de ser como el aguja que entra por el paño, no para quedarse dentro, sino para que entre el hilo, con el cual se junten las partes que están desunidas; así el temor ha de servir para que entre la caridad, y junte los afectos del alma, empleándolos en amar á Dios y llorar la ofensa que le ha hecho.

PUNTO TERCERO. — *De la confesion.* — 1. En órden al segundo acto, que es la confesion, presupuesto el exámen y averiguacion de los pecados, al modo que se ha dicho en el punto tercero de la meditacion XXX, el primer propósito ha de ser confesarlos todos enteramente, por mas afrentosos que sean, venciendo la vergüenza que me estorbare con las consideraciones que se pusieron al fin de la meditacion pasada, diciéndome á mí mismo: Mas vale vergüenza en cara, que mancilla en corazon. Si no padeces ahora esta pequeña confusion, mayor la padecerás el dia del juicio. Y pues Dios sabe bien todas tus maldades, ¿qué mucho las sepa su ministro, que en su nombre las ha de perdonar? Ea, pues, da gloria á Dios y confiésate, porque tu confesion no será como la de Acan para morir, sino como la de David para vivir. (*Iosue*, VII, 25). Con este ánimo es bien, como advierte san Buenaventura (De puritate conscient. *c.* 1), comenzar la confesion por el pecado que mas vergüenza me causa; porque venciendo en el principio al mayor de los enemigos, será fá-

cil vencer á los demás: como vencido el gigante Goliat, huyeron los filisteos.

2. El segundo propósito ha de ser de manifestar mis pecados, no solamente con entereza (*D. Thom. q.* 9 *add. art.* 4), sino con toda la humildad que pudiere, haciendo una confesion de todos, clara, pura, sencilla, desnuda y bien intencionada; no excusando mis pecados ni aligerándolos, no echando la culpa al prójimo como Adan, ni al demonio como Eva, sino á mí mismo como David (*Psalm.* XXXI, 5; XXIV, 11), confesando mi maldad contra mí, y diciendo que es muy grave. Pero tambien he de huir el extremo de exagerar tanto mis culpas, que parezca fingida confesion, para ser honrado y tenido por humilde, porque la vanagloria por muchas vias suele acometer estas obras de humildad, buscando en ellas su honra. (*Bern.* De grad. humilit. simulata confessio.).

3. El tercer propósito (*D. Bonav. ubi supra, c.* 3) ha de ser de oir la reprension del confesor con gran silencio y humildad, sin interrumpirle, aunque sea muy áspera; al modo que el santo rey David oyó la terrible reprension del profeta Natan (II *Reg.* XII, 3), reconociendo su culpa, y diciendo: Pequé contra el Señor; porque aquí se verificará lo que dice el Eclesiástico: Oye callando (*c.* XXXII, 9); y por la reverencia que en esto muestras, *accedet tibi bona gratia,* se te añadirá buena gracia; y ¿qué gracia mas buena, que la que aquí se me da, que es la gracia del mismo Dios? —Para todo esto me ayudará no mirar al sacerdote como hombre, sino como á lugarteniente de Dios, y al mismo Dios en él, respetándole con reverencia interior y exterior; pues por esto quiso su Majestad que el confesor absolviese, no rogando por el perdon, sino mandando y sentenciando como Dios, diciendo: Yo te absuelvo (*D. Bonav.* In spec. *p.* II, *c.* 3). Ó alma mia, pues esperas oir esta palabra de vida eterna, ¿qué mucho padezcas alguna vergüenza temporal? Muestra en la correccion humilde (*Eccli.* XX, 4) arrepentimiento, y quedarás libre del pecado voluntario. Descubre una vez todos tus pecados (*Ezech.* XVIII, 22), pues ha prometido Dios olvidarse de ellos.

PUNTO CUARTO.-*De la satisfaccion.*— 1. En órden al tercer acto de la satisfaccion, he de hacer un propósito muy eficaz de obedecer al confesor en todo lo conveniente que me mandare, así para medicina de mis enfermedades espirituales, como para satisfacer por las injurias que he hecho contra Dios; porque justo es que el enfermo obedezca al médico en las cosas que son necesarias para alcanzar la salud, y para salir del peligro y ocasion cercana de perderla; y tam-

bien es justo que el deudor pague lo que debe á su acreedor. Y pues Dios me quiere perdonar la culpa y mudar la pena eterna en temporal, razon es animarme á recibir de buena gana la penitencia que el confesor señalare para pagarla, diciendo (*Psalm.* XXXVII, 19) con David: *Ego in flagella paratus sum.* Aparejado estoy para los castigos que merecen mis pecados, y mi dolor estará siempre conmigo, yo confesaré mi maldad: *Et cogitabo pro peccato meo,* y tendré siempre cuidado de mi pecado, procurando que ni mi memoria se olvide de él, ni mis ojos cesen de llorarle, ni mis manos de castigarle, hasta que del todo esté borrado.

2. Para esto me ayudará considerar la terrible penitencia que Cristo nuestro Señor hizo en satisfaccion de mis pecados. ¿Qué disciplina mas rigurosa pudo ser que la de sus azotes? qué cilicio mas áspero, que las puas de sus espinas y las puntas agudas de sus clavos? qué vigilia mas penosa que la de la noche de su pasion? qué cama mas dura que la de su cruz? y qué ayuno mas terrible, que sufrir hambre y sed todo el dia, y despues desayunarse con hiel y vinagre? Ó alma mia, pues tanto padeció Cristo para satisfacer los pecados que no hizo, padece tú algo por los que tú hiciste. Haz (*Matth.* III, 8) frutos dignos de penitencia; porque el árbol que no lleva tales frutos como Cristo, no tendrá parte con Cristo.—Tambien ayudará mucho la consideracion de las penas del purgatorio, que luego pondrémos, porque es grande locura no querer pagar la deuda hasta que el acreedor me ejecute y eche en la cárcel con costas y décimas, pagando en el purgatorio con terribles penas lo que en esta vida puedo pagar con mis cortas satisfacciones, y con grandes provechos; porque es tanta la liberalidad de Dios, que premia con nueva paga lo mismo que hago para pagar la deuda, galardonándolo con aumento de gracia y gloria.

3. Finalmente, he de hacer otro propósito muy eficaz de enmendar la vida y no volver mas á los pecados cometidos, porque si este propósito faltase, la contricion seria fingida, la confesion sacrílega, la satisfaccion de poco provecho, y la absolucion de ninguna efecto, porque no se perdonan las culpas al que tiene propósito de volver á ellas; y aunque la culpa fuese venial, no será perdonada si no hay propósito de enmendarse de ella.—Con este aparejo, conservando estos santos afectos y propósitos, puedo llegarme seguramente á este santo Sacramento, poniendo por obra lo que llevo determinado, con deseo de renovar mi vida y hacer una gran mudanza en ella, imaginando que habla conmigo (*Ierem.* XXXI, 21) aque-

llo del profeta Jeremías: Súbete sobre una atalaya, pon delante de tí tus amarguras, llorando amargamente tus pecados, endereza tu corazon al camino derecho por donde solias andar: *Et da cor tuum super humeros tuos.* Pon tu corazon sobre tus hombros, tomando con amor el yugo de la obediencia, para cumplir lo que Dios y sus ministros te mandaren.

MEDITACION XXXII.

DEL HACIMIENTO DE GRACIAS DESPUES DE LA CONFESION.

—Acabada la confesion de los pecados y recibida la absolucion, es muy conveniente dar un rato de tiempo á la confesion de las alabanzas, por la merced que Dios me ha hecho, porque ambas confesiones quiere Nuestro Señor de nosotros, conforme al dicho del profeta Oseas (*Osee,* XIV, 2): Conviértete, Israel, á tu señor Dios, pues has caido por tu maldad. Tomad con vosotros palabras y convertíos al Señor, diciéndole: Quita, Señor, de nosotros todo pecado: recibe nuestro buen propósito, y te ofrecerémos becerros de nuestros labios; esto es, en lugar de los becerros que antiguamente se ofrecian en sacrificio, te ofrecerémos ahora becerros de palabras, confesando nuestras culpas para que las perdones, y confesando tus misericordias, cuando las hubieres perdonado. Este sacrificio de alabanza, como dice David (*Psalm.* XLIX, 23), honra mucho á Dios, y en él consiste el camino y medio para alcanzar la perfecta salud; la cual se confirma al agradecido, y suele debilitarse mucho en el ingrato. Para esto ayudará, ponderar lo mucho que agradó á Cristo nuestro Señor el leproso samaritano (*Luc.* XVII, 16), que yendo á presentarse al sacerdote, sanó en el camino de su lepra, y luego volvió á darle gracias por la salud que le habia dado; y al contrario, le desagradaron mucho los nueve compañeros que habiendo recibido el mismo beneficio, no volvieron á reconocerle y á dar á Dios la gloria que le debian, como ponderarémos en la meditacion de este milagro (XXXIV *de la parte* III).—

—Acabada, pues, la confesion, me recogeré delante del santísimo Sacramento en la iglesia ó en otro lugar acomodado, y puesto en la presencia de Dios vivo, avivaré la fe de la merced que me ha hecho en que con mis oidos corporales haya oido aquella favorable sentencia y muy dulce palabra: Yo te absuelvo; palabra poderosa para ha-

cer lo que significa, y para dar gozo á mis oidos, y regocijo á mis huesos humillados. Y confiando en la bondad y misericordia de Dios, que habrá dado por buena esta sentencia, procuraré ejercitar los tres actos de agradecimiento, que son, reconocer el beneficio, alabar á Dios por él, y ofrecerle algun servicio. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 107, *art.* 2).—

Punto primero. —Lo primero, revolveré por mi corazon la muchedumbre dé beneficios que en este santo Sacramento he recibido; de los cuales hizo un catálogo breve David, por via de alabanza, en el salmo CII, y se pueden reducir á seis.-El primero es, perdonarme todos mis pecados, no solamente los confesados, sino tambien los olvidados y los que sin culpa mia no pude conocer.-El segundo es, sanar las enfermedades espirituales de mi alma, como son vicios y pasiones, tristezas y temores y otras aflicciones, poniendo moderacion en todas, segun la razon.-El tercero es, librarme de la muerte eterna, á que estaba condenado por mi culpa, y de la muerte amarguísima que trae consigo la privacion de la divina gracia.-El cuarto es, coronarme con misericordia y obras misericordiosas, favoreciéndome para ganar victoria de las tentaciones con que he sido y fuere combatido; y librándome de otras innumerables miserias, y ofreciéndome su ayuda para no volver á ellas.-El quinto es, llenar mi deseo de bienes, dándome su gracia y la caridad con las demás virtudes ó nuevo aumento de ellas.-El sexto es, renovar mi juventud como el águila, desnudándome de las obras y costumbres del hombre viejo, vistiéndome las del hombre nuevo, restituyéndome al primer fervor del espíritu, con nuevo gozo de mi corazon, para ejercitar nuevas obras de virtud con gran perfeccion. Estos beneficios concede Nuestro Señor, cuanto es de su parte, á los que debidamente se confiesan; y tanto son mayores beneficios, cuanto se dan mas de balde, sin nuestros merecimientos; y por esta parte ha de ser mas agradecido el verdadero penitente. Y con este espíritu exageraré grandemente la infinita liberalidad de Dios para conmigo, y con un silencio de admiracion me daré por vencido de ella.

Punto segundo. —Luego prorumpiré en un cántico de alabanza con grande afecto, diciendo las palabras de este salmo: Bendice, ó alma mia, al Señor, y todas las cosas que están dentro de mí alaben su santo nombre. Bendice, ó alma mia, al Señor, y no quieras olvidarte de las mercedes que te ha hecho. Él perdona todos tus pecados y sana todas tus enfermedades; redime tu vida de la muerte, y te corona con misericordia y obras misericordiosas; llena de bienes

tu deseo, y renueva como águila tu juventud. No me ha castigado segun mis pecados, ni me ha dado la pena que mis culpas merecian; cuanto dista el Oriente del Occidente, tanto alejó de mí todas mis maldades. Como el padre se compadece de sus hijos, así el Señor tiene compasion de los que le temen, porque conoce bien nuestra flaqueza y la masa de donde fuimos formados. Ó Dios de mi alma, si tan grandes son las misericordias que me has hecho, ¿qué haré yo para no ser corto en agradecerlas? Deseo proseguir con tu ayuda lo que has comenzado en mí por tu misericordia. Y pues me has perdonado los pecados, nunca mas volveré á ellos; pues me has librado de la muerte, no me sujetaré otra vez á ella; pues me has coronado con misericordias, yo te daré la gloria de todas mis coronas. Añade, Señor, esta misericordia á las pasadas, que llenes mi deseo de tus bienes celestiales, dándome gracia para cumplir lo que te ofrezco; y mudando mi fortaleza de tal manera, que con gran fervor camine, corra y vuele como águila renovada (*Isái.* XL, 31), hasta alcanzar la eterna corona de la gloria. Amen.—Á este modo se pueden hacer otros cánticos de alabanza, convidando á los Santos que fueron grandes pecadores, que glorifiquen por mí á Dios, por haberme perdonado mis pecados.

PUNTO TERCERO. — 1. Finalmente, en órden al tercer acto de agradecimiento, he de hacer tres cosas.—La primera, confirmarme mucho en los propósitos de la enmienda, imaginando que me dice Cristo nuestro Señor lo que dijo al otro enfermo al tiempo que estaba en el templo dando gracias por la salud recibida (*Ioan.* V, 14): *Ecce sanus factus es: jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.* Mira que ya estás sano, no quieras mas pecar, porque no te suceda otro mal peor; porque la recaida suele ser peor que la caida. Y si como perro (II *Petr.* II, 22) vuelvo á comer lo que vomité, tras esta comida entrará el primer demonio con los otros (*Luc.* XI, 26) siete espíritus peores que él; y esta segunda entrada será mas dañosa que la primera. Y por lo menos he de temer mucho la caida cercana á la confesion; porque si el mismo dia caigo en los mismos pecados, será señal de que mi conversion fue tibia é imperfecta, aunque haya sido verdadera; y me podrán decir aquello del Eclesiástico (*c.* XXXIV, 30): Quien se lava por haber tocado al muerto, y luego torna á tocarle, ¿de qué le aprovecha haberse lavado? Y el hombre que ayuna por sus pecados, y luego vuelve á cometerlos, ¿de qué le sirve su humillacion? La oracion de este, ¿quién la oirá? Esto he de ponderar para moverme á temor, y no para dar en desconfianza; porque no

es ajeno de hombres caer siete (*Prov.* XXIV, 16) veces y levantarse otras tantas.

2. La segunda cosa que debo hacer, es cumplir luego toda la penitencia, si se puede cumplir, y si no, alguna parte de ella, con espíritu y con afecto de obediencia y amor, por pagar algo de lo mucho que debo á Dios, deseando tener muchas fuerzas para hacer mucho mas por quien tanto bien me ha hecho. Y diciendo siquiera con el deseo aquello del otro siervo (*Matth.* XVIII, 26): Ten, Señor, paciencia en esperarme, y yo procuraré pagarte toda la deuda que te debo.

3. La tercera cosa es, en agradecimiento de la merced recibida en este sacramento de la Penitencia, disponerme con gran fervor para recibir el de la sagrada Comunion, pues para este fin, entre otros, se ordena, conforme á lo que dice David (*Psalm.* CXV, 12): ¿Qué daré al Señor por todas las cosas que me ha dado? Recibiré el cáliz de la salud, é invocaré su santo nombre.

—El modo se pondrá en la meditacion que se sigue.—

MEDITACION XXXIII.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR, PARA ANTES DE LA COMUNION.

—De las excelencias y provechos del santísimo Sacramento del altar dirémos en la parte IV, entre los misterios de la Cena, y mas largamente en la parte VI, entre los beneficios divinos. Ahora en esta meditacion solamente apuntaré algunas consideraciones para comulgar con reverencia y devocion, en las cuales se ha de poner los ojos en ponderar estas cuatro cosas; es á saber, la grandeza del Señor que viene á visitarnos; la vileza del hombre á quien viene á visitar; el modo amoroso como viene, y los fines de su venida, haciendo comparacion de lo uno con lo otro, para que resplandezca mas la soberanía de este beneficio.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar las grandezas de este Señor, que está encerrado en este santo Sacramento, actuando con viveza la fe de todas, así las que le convienen en cuanto Dios, como las que tiene en cuanto hombre.—Lo primero, discurriré por las grandezas de su divinidad, y por las obras que hace en cuanto Dios, ponderando como el que está allí es el mismo Hijo (*Ioan.* I, 18) unigénito, que está en el seno del eterno Padre, resplandor (*Hebr.* I, 3) de su gloria, y figura de su sustancia, tan eter-

no, inmenso, infinito y omnipotente como el Padre; y la misma sabiduría, bondad y fortaleza, por quien todas las cosas fueron criadas y se conservan. Allí tambien está el gobernador del mundo, el santificador de las almas, y su glorificador; el que es principio y último fin de todas las criaturas. Y con ser un Señor de tanta majestad, que no cabe en cielos ni en tierra, no contento con haberse hecho hombre por nuestro remedio, quiso humillarse y estrecharse mas, y quedarse con nosotros en este Sacramento visible, para consolarnos y ampararnos con su presencia; y para que tuviésemos en la tierra algun trono visible de su gracia á donde acudir, como dice el Apóstol (*Hebr.* IV, 16), con grande confianza de alcanzar misericordia, y ayuda en el tiempo conveniente para remedio de todos nuestros males. Ó Verbo divino, que estás en el seno inmenso de tu soberano Padre, ¿cómo vienes á morar en el seno estrecho de un hombrecillo? Ó Rey de gloria, que estás en tu cielo, sentado en trono de infinita majestad, ¿cómo te has humillado á estar en la tierra en trono de tanta bajeza? Tu infinita caridad ha sido causa de esta humillacion para ensalzarme, y provocarme á que te ame por obra de tanto amor. ¡Oh si te amase como me amas! oh si me humillase como te humillas, para poderte honrar y servir como mereces! Á este trono quiero acudir por remedio de mis males, confiando que llenarás mi deseo con tus bienes.

2. Lo segundo, discurriré por los misterios de su santísima humanidad, y por las obras maravillosas que en ella hizo, y por los oficios que ejercitó, ponderando como en este Sacramento está el mismo que estuvo nueve meses en el vientre de la Vírgen nuestra Señora, enriqueciéndola con admirables dones de su gracia; y desde allí en casa de Zacarías santificó al Bautista, y llenó de Espíritu Santo al hijo y á la madre: y pues la misma bondad y omnipotencia tiene en este Sacramento, los mismos efectos podrá obrar en mi alma. Además, el que está allí es el que estuvo reclinado en el pesebre, y fue adorado de los pastores y magos, pagándoles este servicio con muy copioso galardon; y si aquí le adoro con la misma viva fe, recibiré la misma gracia. Además, allí está el que anduvo por el mundo enseñando, predicando, curando enfermos, resucitando muertos, y haciendo bien á todos con innumerables milagros.

3. Y en especial ponderaré, como es el mismo que fue por mi remedio preso, azotado, coronado de espinas, escarnecido y crucificado; y estando clavado en la cruz, rogó por sus enemigos, perdonó al ladron, y le prometió su paraíso. Y pues él mismo en persona

está en el santísimo Sacramento representando su pasion, y con la misma sangre que derramó en ella, tambien podrá y querrá hacer conmigo los mismos efectos. Finalmente, el que despojó al infierno, resucitó glorioso, y está sentado á la diestra de su eterno Padre; y el que despues vendrá á juzgar el mundo, este mismo con la misma gloria está en este Sacramento; porque no contento con tener su corte y trono en el cielo, quiere tambien tener otro trono en la tierra, para consuelo de los que vivimos en ella. Y allí hace con nosotros los oficios que solia hacer en el mundo, de maestro, médico, redentor, pastor y sumo sacerdote, deseando que acudamos á él con la misma fe y confianza que si le viéramos en su carne mortal y visible; pues realmente es el mismo, aunque cubierto con accidentes de pan y vino. Ó Redentor dulcísimo, ¿qué gracias te podré dar por las entrañas de misericordia con que vienes cada dia á visitarnos de lo alto? ¿Cómo no acudiré confiadamente á tí, pues tú vienes del cielo solo para mí? Yo te adoro y glorifico en ese venerable Sacramento, y con el espíritu me arrojo á tus piés, como la Magdalena, para que me perdones; y toco tu sagrada cobertura, como la mujer que padecia flujo de sangre, para que me cures; y palpo tus soberanas llagas, como Tomás (*Ioan.* xx, 27), para que me ilustres y avives mi fe, con la cual digo y confieso, que tú eres mi Señor y mi Dios, digno de suma honra y gloria, por todos los siglos. Amen. —Con semejantes afectos de admiracion, amor, alabanza, agradecimiento, fe y confianza han de ir mezcladas todas las consideraciones de este divino Sacramento, juntando con ellos peticiones de lo necesario para dignamente recibirle.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar el modo regalado y amoroso como Cristo nuestro Señor viene á visitarme, siendo yo tan miserable y abominable pecador. —Primeramente ponderaré, como bastara para mi salud que yo mirara á este santísimo Sacramento, como bastó á los israelitas heridos de las serpientes, para que sanasen de las heridas, mirar una serpiente de metal puesta en un palo, que era figura de este Salvador (*Num.* xxi; *Ioan.* iii, 14). Ó bastara siquiera tocarle con la mano, como la mujer (*Luc.* viii, 44) que padecia flujo de sangre quedó sana con tocar solamente el ruedo de su vestidura, y era demasiada honra la que se me hacia en darme tal licencia. Pero la caridad de este gran Dios no se contentó con esto, sino tambien quiere juntarse conmigo con la union mas íntima y penetrativa que una cosa corporal puede juntarse con el hombre, porque en forma de manjar entra por mi boca y pasa por

mi garganta, y hace su morada y asiento dentro de mi pecho, mientras duran las especies del Sacramento; y así renueva aquel famoso milagro, de quien dijo Jeremías (*c.* XXXI, 22): Una cosa nueva ha hecho Dios en la tierra: *Foemina circumdabit virum.* Una mujer traerá dentro de sí á un varon perfecto en la sabiduría y santidad, que es Cristo; porque cada dia, cualquier mujer y cualquier persona que comulga, trae dentro de sí por entonces á este varon, perfecto en la edad, tan grande y hermoso como está en el cielo.

2. Pero mucho mayor novedad me parecerá esta, si pondero la vileza de la persona que dentro de sí le trae, y la bajeza y estrechura horrible de la casa donde entra. Ó Varon soberano, Adan celestial, y hombre nuevo, ¿qué invenciones de amor tan nuevas son estas que haceis para mi regalo? ¿Sabeis por ventura en qué casa entrais? Mirad que soy un vaso de maldad, cueva de basiliscos y casa de perdicion. Pues ¿cómo quereis entrar en tal vil posada? Y ¿cómo yo me atreveré á hospedaros en ella? Mi lengua es un mundo de maldades; ¿cómo tocaré con ella al que es fuente de todos los bienes? Mi garganta es una sentina de gulas y embriagueces; ¿cómo ha de pasar por ella el Autor de la pureza y santidad? Mi pecho es un albañar de malos pensamientos y deseos; ¿cómo aposentaré dentro de él al que es la misma caridad? Ó Rey soberano, ¡cuán bien os cuadra ser Padre de misericordias! Pues quereis morar en casa llena de tantas miserias, renovadla, Señor, primero, limpiadla y adornadla, para que sea digna morada vuestra. Ó Dios infinito (*Psalmus* CXLIII, 5), *Inclina cœlos tuos, et descende.* Inclina tus cielos y baja. Y pues tú quieres bajar, y humillarte á morar dentro de mí, ¿qué mucho se humillen y bajen los cielos tambien? Vengan las virtudes celestiales á mi alma; venga la fe viva, la esperanza cierta y la caridad muy encendida; venga la humildad, la obediencia y devocion, y conviertan en cielo la que ha de ser morada del Rey de los mismos cielos.

3. Semejantes coloquios he de hacer con las tres divinas Personas, suplicándolas me hagan un hombre nuevo, renovado en el espíritu, para recibir á este nuevo Adan celestial que quiere aposentarse en mi alma; y especialmente diré al Espíritu Santo: Ó Espíritu santísimo, que purificaste y adornaste el alma de la Vírgen santísima para que fuese digna morada de su Hijo, purifícame tambien, y adórname con tu gracia, pues ha de entrar en mí el mismo Dios que entró en ella.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar los fines

que pretende Cristo nuestro Señor en esta venida, suplicándole que luego en entrando los ponga en ejecucion, sin que sea parte mi indignidad para estorbarlo. Esto se puede ponderar, discurriendo por algunos de los oficios que hizo este Señor en el mundo, los cuales viene á ejercitar en mi alma. -Lo primero, viene como Salvador á perdonarme mis pecados, aplicándome el precio de la sangre que derramó por ellos. - Lo segundo, viene á curar perfectamente todas mis enfermedades espirituales, como médico que entra en casa del enfermo, y se acerca á él para aplicarle los remedios. - Lo tercero, viene como maestro, para ilustrarme con la luz de sus inspiraciones, y enseñarme el camino de la virtud y perfeccion. - Lo cuarto, viene como sumo sacerdote, para aplicarme el fruto del sacrificio sangriento que por mí ofreció en la cruz, y moverme á que le ofrezca sacrificio de corazon contrito y humillado, hostia de alabanza y holocausto de amor. - Lo quinto, viene como manjar para sustentarme, como á niño, con la leche de sus regalos; y para unirse conmigo con union de perfecto amor; y para darme beso de paz, de reconciliacion y perfecta amistad, cumpliendo el deseo del alma, que decia: Béseme (*Cant.* I, 1) con el beso de su boca, haciendo paz conmigo. Y á este modo puedo discurrir por los demás oficios, imaginando que viene como pastor á recogerme, como protector á defenderme, como fuego consumidor á purificarme y encenderme.

2. Juntamente como fuere ponderando estos oficios que Cristo nuestro Señor quiere hacer dentro de mí, ponderaré la necesidad grande que yo tengo de ellos, mirándome como un hombre cautivo del demonio por mis pecados; enfermo de varias pasiones; ignorante con muchos errores; flaco, pobre y necesitado de sustento para mi alma, y de tener paz con mi Criador, y de ser regido, amparado y favorecido de mi Salvador. Y haciendo comparacion de él á mí, y de sus esclarecidos oficios á mis innumerables miserias, prorumpiré por una parte en afectos de admiracion, y por otra en deseos fervorosos de su venida, diciéndole: Ó Dios de inmensa majestad, ¡cómo no salgo de mí considerando esta traza de tu infinita caridad! Elías (III *Reg.* XXVII, 21; IV *Reg.* IV, 34) y Eliseo se encogieron á sí mismos, juntándose con un niño muerto para resucitarle; y tú te estrechas mucho mas á un bocado de comida, para juntarte conmigo, y resucitarme á una nueva y fervorosa vida. Bastara que con tu palabra mandaras lo que quisieras, y luego se hiciera; ó que algun criado tuyo, como Giezi, me tocara con tu báculo para que yo viviera; pero no quieres sino venir en persona á sanarme, avivarme y regalarme.

Ven, pues, Salvador mio, y no quieras tardar; ven, y desharás las miserias de tu siervo. Despierta tu omnipotencia y ven, para que (*Isai.* LXIV, 1) luego me hagas salvo. ¡Oh si rompieses los cielos y vinieses, para que con tu venida los montes de mis pasiones se deshiciesen, y derritiesen en tu amor todas mis entrañas! Ó cielos (*Isai.* XLV, 1), enviad este rocío; ó nubes, lloved á este Justo; ó tierra de los vivos, brota para mí al Salvador. Ó Salvador dulcísimo, ven á mi alma, que está ansiosa de recibirte; quita de ella los estorbos de tu entrada; ejercita en ella los oficios que pretendes con tu venida; júntate presto conmigo, porque deseo verme unido contigo, único y sumo bien mio, por todos los siglos de los siglos. Amen.

3. Este género de deseos fervorosos se ha de ejercitar mucho en este punto, porque Cristo nuestro Señor quiere ser recibido con deseo y hambre de su venida; y tanto mas entra en provecho esta comida, cuanto se come con mayor hambre. Y para esto ayudarán otros lugares de la divina Escritura, semejantes á los que se han traido, en que los santos Padres declaraban el ferviente deseo que tenian de la venida del Mesías para la redencion del mundo. Con estos deseos he de juntar otros de llevar la mayor limpieza de corazon que pudiere (II *Cor.* VII, 1), procurando, que así como el cuerpo va á comulgar, ayuno de todo manjar corporal, de tal manera, que desde la media noche no ha de haber comido ni bebido cosa alguna, por pequeña que sea; así tambien el alma vaya aquel dia ayuna de todo pecado, de tal manera, que en cuanto fuere posible, desde la noche antes no haya sido manchada con alguna inmundicia de carne ó espíritu; ni de su boca haya salido palabra ociosa; ni de su corazon pensamiento malo; porque siendo Cristo nuestro Señor la misma limpieza, debida cosa es recibirle con la mayor que nos fuere posible. Y si por nuestra flaqueza cayéremos en alguna culpa, hémonos de purificar (II *Cor.* XI, 28) primero de ella por medio de la confesion, lo cual es obligatorio si fuese mortal, ó por medio de la contricion, cuando es ligera, y ha poco que nos confesamos.

MEDITACION XXXIV.

DE LA COMUNION ESPIRITUAL, QUE ES DISPOSICION PARA LA COMUNION SACRAMENTAL, Y PARA OIR MISA CON PROVECHO.

—La comunion espiritual es un ejercicio de excelentes actos interiores, por los cuales, como dice santo Tomás (3 *p. q.* 80, *art.* 1

ad 3), sin recibir el Sacramento, se participa el fruto del Sacramento, que es la union con Cristo; y sirve para dos tiempos y por dos fines.—El primero es, para aparejarse debidamente antes de la comunion sacramental, adornando el alma con actos de virtudes proporcionados á este celestial convite.—El segundo es, para cada dia para oir misa con provecho. Porque así como el sacerdote, cuando dice misa, juntamente ofrece el sacrificio y recibe el Sacramento; así cuando yo oigo misa, es bien que haga otras dos cosas semejantes. —La primera es, ofrecer aquel sacrificio en hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, y en satisfaccion de mis pecados ó de los de mis difuntos; y para impetrar de Dios las mercedes que le pido para mí y para toda la Iglesia, porque para todo esto se ordena este sacrificio, como se dirá en la meditacion XV en la parte IV.—La segunda es, recibir tambien el Sacramento espiritualmente, comiendo con el deseo á Cristo nuestro Señor, por medio de los actos de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, conforme á lo que el mismo Señor dijo (*Joan.* VI, 35): Yo soy pan de vida: quien viene á mí, no tendrá hambre; y quien cree en mí, no tendrá sed. El modo de esta comunion, disponiéndose para la sacramental, es el que se sigue.—

Punto primero.—1. Lo primero, se han de ejercitar actos de fe cerca de este misterio, ponderando brevemente primero la excelencia y firmeza de las cuatro colunas en que esta fe estriba; conviene á saber, que no le faltó á Dios sabiduría infinita para inventar este medio de nuestro sustento espiritual, ni bondad para quererle, ni omnipotencia para ejecutarle; y pues Dios es verdad infalible en todo lo que revela, y ha revelado este misterio, debo creerle con toda certeza, mucho mayor que si le viera con los ojos corporales.—Sobre este fundamento, la fe ha de ejercitar sus actos, negando el juicio que procede de los sentidos, y creyendo firmemente que debajo de aquellas especies de pan y vino está Jesucristo, verdadero Dios y hombre, con toda la entereza, gloria y majestad que tiene en el cielo. Y como allá convida y harta á los bienaventurados con la vista clara de su divinidad y humanidad; así acá nos quiere convidar, y llenar nuestros deseos de bienes con la vista por viva fe de sí mismo encerrado en este Sacramento. Y para esto la fe se ha de ayudar de la meditacion y contemplacion, penetrando las grandezas de este Señor, como se dijo en el primer punto de la meditacion precedente.

2. Los actos de fe se han de ejercitar en esta forma: Creo que debajo de este velo está encubierto Jesucristo mi Señor, su cuerpo,

su alma, su sangre y su divinidad. Creo que está allí presente el Hijo de Dios vivo, infinito, eterno, inmenso, todopoderoso, sábio y santo, y la misma sabiduría y santidad. Creo que está allí mi salvador, mi maestro, mi padre, mi juez y mi glorificador: el que por mí nació en un portal, y fue azotado, coronado de espinas y crucificado. Todo esto creo, porque él mismo lo ha revelado; y estoy certísimo que supo, pudo y quiso hacerlo. Ó Rey mio y Dios mio, aunque no te veo con claridad, bástame saber que estás ahí, para que te reverencie, adore y gorifique, como si te viera. Gózome de tenerte presente, gracias te doy porque te dignas de estar conmigo; aviva, Señor, mi fe, para que guste de estar siempre contigo. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se han de ejercitar actos de esperanza, estribando en las mismas cuatro colunas que la fe; conviene á saber, en la infinita sabiduría, bondad y omnipotencia de Dios, y en la fidelidad que tiene en cumplir todo lo que promete; pues sabe, puede y quiere cumplirlo. Sobre este fundamento ha de ejercitar la esperanza sus actos, ayudándose de la oracion, que pide y alcanza lo que ella espera y desea. Y lo que aquí ha de esperar y desear, es el cumplimiento de las promesas que Cristo nuestro Señor hizo á los que dignamente le reciben en este Sacramento, como se puede sacar del cap. VI, 50, de san Juan, diciendo así: Espero, Salvador mio, que si como este pan vivo, nunca moriré, viviré para siempre, permaneceré en tí, y tú en mí, unido tú conmigo, y yo contigo. Espero que como tú vives por tu padre, así viviré yo por tí; y por tu medio alcanzaré la vida eterna, y tú me resucitarás el dia postrero. Ó Pan de vida, yo me llego á recibirte con grande confianza de que has de vivificar mi espíritu, confortar mi corazon, alegrar mi alma, fortalecer mis potencias, castificar mi carne, y mudarme en otro varon, porque no te mudaré yo en mí, sino tú me mudarás en tí. (*Aug.* Confes. l. VII, c. 10). Ó Salvador dulcísimo, aumenta en mí la confianza, para que sea digno de alcanzar tu soberana promesa.

2. Pero mas adelante ha de pasar la esperanza, esperando en la bondad y omnipotencia de este Señor, que no está atada al Sacramento, que me puede conceder todos estos bienes por solo el vivo deseo de recibirle; y así mirando á este divino Sacramento, puedo ejercitar estos actos de fe y confianza. Unas veces como el Centurion le diré: Señor, no soy digno de que entres en mi pobre morada; mas dí una sola palabra, y esta basta para que mi ánima sea salva.

(*Matth.* VIII, 8). Otras veces le diré (*Num.* XXI, 9): Si mirar la serpiente de metal bastaba para sanar los heridos, tambien bastará que yo te mire con viva fe, y que tú me mires con tu misericordia, para que me libres de toda miseria. Otras veces, como la mujer que padecia flujo de sangre, diré dentro de mí mismo: Si tocare aquella vestidura que cubre á mi Señor, sin duda seré salvo. (*Luc.* VIII, 44). Y si la sombra de su Apóstol sanaba á los enfermos (*Act.* V, 15), ¿cuánto mas la sombra de su divino Sacramento sanará mi alma enferma? Con esta confianza deberia entrar en la iglesia, asistir á la misa, y mirar á la sagrada hostia y cáliz cuando se alza; porque, como dice san Bernardo (Serm. 32 in Cant.), la grande fe alcanza grandes cosas; y cuanto mas se dilatare el afecto de la confianza, tanto mas alcanzarémos de la divina misericordia.

PUNTO TERCERO. – *Actos de caridad.* — 1. Últimamente, la caridad ha de ejercitar sus actos, con los cuales espiritualmente se une y junta con Cristo nuestro Señor, con la union de amor que se pretende en la comunion de este santo Sacramento. Los principales son, gozarme de la bondad, caridad, omnipotencia y liberalidad de Cristo, que resplandece en este convite; alegrarme de verme tan amado de él, que se me dé por manjar; desear siempre estar unido con él por actual conocimiento y amor, para serle semejante en todas sus virtudes; desear que todos le conozcan, amen y reverencien en este soberano Sacramento, y gocen de los bienes que en él están encerrados; y ofrecerme muy de veras á tener en todas las cosas un mismo querer y no querer con el que él tiene, poniendo mi gusto en cumplir el suyo. Ó Salvador mio dulcísimo, donde quiera que estás, eres sumamente amable; en este Sacramento eres dignísimo de ser amado con todas las fuerzas del amor. ¡Oh quién te amase con todo mi corazon y con toda mi alma, con todo mi espíritu y con toda mi fortaleza! Ámete yo por la bondad que aquí descubres; por el amor que aquí me muestras; por los beneficios que aquí me haces; por los males de que me libras; por los bienes que me prometes, y por lo mucho que deseas que yo te ame. Cumple, Señor, este deseo que tienes y el que yo tengo, concediéndome que te ame como quieres ser amado, uniéndome contigo con union de perfecta caridad, que permanezca hasta la vida eterna. Amen.

—Otras muchas meditaciones, con varios modos de aparejarse para comulgar, se pondrán en las partes que se siguen, siguiendo el órden de la historia evangélica. —

MEDITACION XXXV.

PARA DAR GRACIAS DESPUES DE LA COMUNION.

—Despues de haber comulgado, es importantísimo saber gozar de la dulce presencia del Huésped que hemos recibido; porque no hay tiempo mejor para negociar con él, que cuando le tenemos dentro de nosotros; porque tambien aquí es verdad lo que él dijo, que mientras está en el mundo abréviado de cada hombre, es luz del mundo (*Ioan.* IX, 5, *et* XII, 25); y así nos conviene caminar mientras dura esta luz, antes que se esconda, y nos comprendan las tinieblas. Y como este divino Sacramento es tan soberano beneficio, y tan alto don de la divina liberalidad, se ha de agradecer con el mayor agradecimiento que nos fuere posible, aplicando aquí lo que dice el Sábio (*Eccli.* XIV, 14): No dejes pasar el dia bueno; *Et particula boni doni non te praetereat*: y no se te pase ni una partícula del buen don, aprovechándote de la buena suerte que te ha cabido; porque como estimamos en mucho cualquiera partecita de este Sacramento, por estar en ella todo Cristo; así hemos de estimar cualquier partecita del dia y tiempo que le tenemos dentro de nosotros, pues en cada una puede hacernos grandes mercedes si con ánimo devoto y agradecido nos disponemos á recibirlas. Especialmente, que este Sacramento, como dice san Dionisio (De Eccli. Hierar. *c.* 3; *D. Thom.* 3 *p. q.* 65, *art.* 3), es la consumacion, cumplimiento y perfeccion de todos los otros, y el medio mas eficaz que Dios nos ha dado para nuestra perfeccion. Y pues le tenemos presente para comunicárnosla, razon es ensanchar el vaso del corazon para recibirla. Para este fin se han de ejercitar aquí con mas fervor los tres actos de agradecimiento que se pusieron en la meditacion XXXIV, gastando el tiempo, no tanto en nuevas consideraciones, pues bastan las puestas, cuanto en nuevos afectos y cánticos de alabanza y accion de gracias en esta forma. —

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, he de avivar mucho la fe de la presencia de este Señor, que está dentro de mí, mirando al Invisible, como si le viera, y ponderando brevemente como es el mismo Señor de quien tantas grandezas concebí cuando me aparejaba para comulgar. Y pues donde está el Rey está la corte, puedo pensar, como dice san Gregorio (Lib IV Dial. *c.* 58), que está rodeado de millares de cortesanos del cielo; en cuya compañía postrado en es-

píritu ante sus piés, y admirado de que un Dios tan grande esté aposentado en un lugar tan humilde, prorumpiré primero en afectos de humildad y reverencia, y de confusion propia; ya diciéndole con san Pedro (*Luc.* v, 8): Apártate, Señor, de mí, y sal de este miserable navichuelo, porque soy gran pecador. Ya como santa Isabel le diré (*Luc.* i, 43): ¿De dónde á mí, que venga á visitarme mi Dios y mi Señor? Ó Dios eterno (*Psalm.* viii, 5), ¿quién es el hombre, para que te acuerdes de él? ó el hijo del hombre, para que le visites? Hicístele menor que los Ángeles, por estar vestido de vil carne; y ¿vienes del cielo acompañado de Ángeles para hospedarte en ella? Ó Dios y Señor nuestro, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra, despues que la hiciste morada tuya como el cielo!

2. Luego prorumpiré en afectos de alabanza y agradecimiento, usando de algunos cánticos de la Iglesia. Unas veces diré como los Serafines (*Isai.* vi, 13): Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos, que se ha humillado á morar en este templo de mi alma, lleno de humo y niebla. Otras veces con los mozos hebreos que acompañaban á Cristo el dia de Ramos, le diré (*Matth.* xxi, 9): Ó Rey de Israel y Salvador del mundo, bendito sea el que ha venido de las alturas á visitarme, sin yo merecérselo. Otras veces con los mancebos que estaban en el horno de Babilonia (*Dan.* iii, 52), convidaré á todas las criaturas que alaben al Señor por esta merced que me ha hecho. Pero á imitacion de este cántico puedo hacer otro, convidando para lo mismo á los nueve coros de los Ángeles, y á los coros de los Patriarcas y Profetas, de los Apóstoles y Evangelistas, de los Mártires y Doctores, Pontífices y Confesores, Sacerdotes y Levitas, Vírgenes y Viudas, y á todos los Santos y Santas del cielo, en esta forma: Bendígante, Señor, tus Ángeles, Arcángeles y Principados; alábente y glorifíquente *in saecula*. Bendígante tus potestades, Virtudes y Dominaciones; alábente y glorifíquente por todos los siglos. Bendígante los Tronos, Querubines y Serafines; alábente, etc. Bendecid, Patriarcas y Profetas, al Señor; alabadle y glorificadle para siempre. Bendecid, Apóstoles y Evangelistas, al Señor; alabadle, etc. De este modo puedo proseguir por todos los Santos.

3. Tambien como David (*Psalm.* ciii, 1), puedo convidar á todas mis potencias y sentidos, y á todos los pensamientos y afectos de mi corazon, para que todos juntos vengan á adorar y glorificar á este Señor, por la parte que todos tienen en este soberano beneficio. Bendígante, Señor, mis ojos, porque te han visto en este Sacramento; y mis labios, porque te han tocado; y mi lengua y paladar,

porque te ha gustado; y mi pecho, porque es morada tuya; y todos mis huesos digan (*Psalm.* XXXIV, 10): Señor, ¿quién hay semejante á tí? Mi memoria brote tus alabanzas; mi entendimiento te engrandezca; mi voluntad te ame; mis apetitos te codicien, y todos se deshagan en tu presencia, cantando la gloria de tu venida.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Luego tengo de traer á la memoria los oficios de Cristo nuestro Señor, y los fines que tuvo en venir á visitarme, alegrándome y gozándome de tener dentro de mí á mi Redentor, médico y maestro, y todo mi bien, y con grande afecto le abrazaré en espíritu con los brazos de la humildad y caridad, diciendo aquello de los Cantares (*Cant.* III, 4): He hallado al que ama mi alma, tendréle, y no le dejaré; por ninguna causa me apartaré de su dulce compañía; y por ningun trabajo ni tribulacion dejaré su amistad (*Rom.* VIII, 38): siempre le tendré conmigo hasta que me lleve á la casa de mi madre, que es la celestial Jerusalen, donde le goce con perfecta seguridad.

2. Luego, como David (*Psalm.* CXLI, 3), derramaré en presencia de este Señor mi oracion, y delante de él pondré todas mis necesidades y miserias, contándoselas, como si no las supiese, porque gusta de oirlas, pidiéndole que haga su oficio en remediarlas, pues vino para esto, y venida de tan gran Príncipe no ha de ser en vano. Y así puedo decirle: Yo, Señor, estoy enfermo de graves enfermedades y pasiones; la soberbia, ira, sensualidad y codicia me tienen postrado: Vos sois médico todopoderoso, y habeis venido á mi alma para curarme, curadme como podeis, y dejadme sano; decid en esta entrada lo que dijísteis entrando en casa de Zaqueo (*Luc.* XIX, 9): *Hodie salus domui huic facta est:* Hoy se ha hecho salud en esta casa. Y pues vuestro decir es hacer, así será como lo decís. Estoy tambien lleno de ignorancias y errores, en tinieblas y oscuridad de muerte. Vos sois mi maestro, mi luz y mi guia; enseñadme, alumbradme y guiadme, pues para esto fue vuestra venida. En estas y otras peticiones semejantes gastaré otro rato, luchando (*Genes.* XXXII, 26), como Jacob, con este Ángel del gran consejo con lucha de oraciones, suplicándole que no se vaya sin echarme su bendicion muy copiosa.

PUNTO TERCERO. — 1. Últimamente he de hacer algunos ofrecimientos á este Señor, en agradecimiento de la merced que me ha hecho, convidándole, pues me convida. Pues por esto dijo en el Apocalipsis, que entrando dentro del alma, cenaria (*Apoc.* III, 20) con ella y con él; porque ella cena de los dones celestiales que este Se-

ñor la comunica, y él cena de los fervorosos afectos y propósitos que ella le ofrece. Y así en comulgando he de convidar á Cristo nuestro Señor, mirando lo que le agrada, y ofreciéndole aquello de que gusta.—En especial le ofreceré mi corazon, que es la principal cosa que él me pide. (*Prov.* XXIII, 26). Y pues él me da el suyo, ¿qué mucho le dé yo el mio con determinacion de no admitir cosa que sea contraria á su amor, ni pensamiento que me aparte de él? Tambien le ofreceré mi cuerpo en hostia viva, santa y agradable (*Rom.* XII, 1) á sus ojos, con deseo de traer siempre conmigo su mortificacion y las señales de su pasion, proponiendo particularmente de mortificar y hacer guerra cruel á la pasión que mas me impide el servirle como debo. Y demás de esto, será bien convidar aquel dia á Cristo en sus pobres, haciéndoles alguna limosna, conforme á mi posibilidad.

2. Y si soy religioso, puedo ofrecerle de nuevo perpétua obediencia á su santísima voluntad, castidad purísima, y pobreza de espíritu, conformes á mi estado. Y siempre ofreceré algo que pueda cumplir el mismo dia, procurando gastarle todo en estos ejercicios de agradecimiento é imitacion, diciendo como la Esposa (*Cant.* I, 12): Ramillete de mirra será hoy mi Amado para mí, entre mis pechos le traeré. Y como el Apóstol (*Galat.* II, 20): Vivo yo, mas no yo, porque dentro de mí tengo al mismo Cristo, que vive en mí, con cuya virtud caminaré, como otro Elías (III *Reg.* XIX, 8), al monte de Dios Horeb, subiendo de virtud en virtud, hasta ver con claridad al que recibo en este santo Sacramento. Concluiré con un coloquio á este Señor, suplicándole que, aunque consumidas las especies sacramentales se vaya, segun la presencia corporal, se quede siempre conmigo, segun la presencia espiritual, despertando mi memoria para que siempre me acuerde de él, ilustrando mi entendimiento para que siempre piense y medite en él, y encendiendo mi voluntad para que siempre esté unida con él, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXVI.

DEL PURGATORIO, PARA ALENTARNOS Á LAS OBRAS DE PENITENCIA.

—El fin principal de esta meditacion, es alentar á los que caminan por la via purgativa al ejercicio de las obras penales, para pagar las penas que deben por sus culpas; y tambien se podrá ejercitar el dia de la Conmemoracion de los difuntos para compadecernos de ellos y ayudarles.—

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor ha ordenado, que cualquiera que muriere, habiendo cometido pecado mortal ó venial, aunque se le haya perdonado la culpa, si no ha pagado tambien la pena que le corresponde, no entre en el cielo, hasta pagarla en una cárcel (*Zach.* IX, 11; *D. Thom.* in Add. *q.* 69 *et* 70) debajo de la tierra diputada para esto, que llamamos purgatorio, á la cual es llevada el ánima del justo por su Ángel, para que pague allí toda la deuda (*Matth.* V, 26) hasta el postrer maravedí.—Sobre esta verdad de nuestra fe ponderaré lo primero, cuán justo es Dios nuestro Señor, y cuán grande la rectitud de su justicia, aunque mezclada con misericordia, porque ninguna culpa quiere dejar sin algun castigo; y por esto en el sacramento de la Penitencia, cuando perdona la culpa mortal, conmuta la pena eterna en alguna temporal, mostrando en ello su infinita misericordia en perdonar la pena terribilísima que habia de durar para siempre, y la justicia en pedir satisfaccion con otra pena mas ligera que dure poco. Con esta consideracion me alentaré á conformarme con su justicia, pues tan copiosa es conmigo su misericordia, trocando millones de años de fuego muy terrible en muy pocos de penitencia voluntaria. Y así todo lo que en esta vida puedo padecer, me ha de parecer poco y cási nada en comparacion de lo que habia merecido, y me ha perdonado.

2. Lo segundo, ponderaré como esta pena temporal, si no se paga en esta vida con alguna contricion muy crecida ó con algunas obras penales, forzosamente se ha de pagar en la otra, así porque se guarde el órden de la divina justicia, como porque es Dios tan amigo de pureza, que no quiere admitir en su cielo al que no está muy purgado, no solo de las culpas sino de las penas, que son reliquias de ellas; porque la Iglesia glorificada, como dice san Pablo, no ha de tener (*Ephes.* V, 27) mancha ni ruga, ni otra semejante fealdad, y así deberia procurar tal pureza en esta vida, que no tuviese que purgar en la otra. Ó Cordero (*Apoc.* VII, 14) de Dios, en cuya sangre los justos lavan y blanquean sus almas, para ser admitidas en tu reino, concédeme, por virtud de tu preciosa sangre, tan gran dolor de mis culpas, que tambien quede libre de las penas, para que suelta mi alma de la cárcel de este cuerpo, no sea detenida en la cárcel del purgatorio. Amen.

3. De aquí pasaré á ponderar, cuán grave mal sea un pecado venial, pues con él es imposible poder entrar en el cielo hasta haberse primero purificado; porque allá, como dice san Juan (*Apoc.*

XXI, 27), ninguna cosa manchada podrá entrar. Y tambien veré lo mucho que Dios le aborrece, pues á sus mismos amigos, aunque sean muy santos, les detiene presos hasta que se purifiquen; y los humilla tanto, que les da por cárcel un lugar oscuro debajo de la tierra y cercano al infierno, descubriendo con esto cuán pesada carga es la de cualquier culpa ó pena que de ella resulta, pues da con nosotros en abismo tan profundo. De todas estas consideraciones sacaré un grande aborrecimiento de los pecados veniales, por el bien de que me privan, por la cárcel que me amenazan, por el peso con que me agobian, y sobre todo por el aborrecimiento que Dios les tiene, como luego se ponderará mucho mas.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar lo mucho que sienten las almas y sentirá la mia la oscuridad y tinieblas de aquella cárcel, que es carecer de la vista de Dios, y cuán terrible pena es esta, semejante á la que llaman pena de daño, ponderando las causas de este sentimiento y dolor.—La primera es, porque allí está muy viva la fe de quién es Dios, y de cuán bueno, cuán hermoso y poderoso es; y como es nuestro último fin y bienaventuranza eterna, quitadas muchas de las nieblas y dudas que acá tenemos. Y esta viveza de la fe atizará el deseo de ver á su último fin; y por consiguiente, acrecentará la pena de la dilacion en verle; porque, como dice el Sábio (*Prov.* XIII, 12), la esperanza que se dilata aflige el corazon.

2. La segunda causa es, porque el amor de Dios está allí en su punto, y desea sumamente ver á su amado para unirse con él; y no tiene cosa que le divierta ni entretenga, como se entretiene en esta vida, con merecer nueva gloria, aumentar su perfeccion y aprovechar á los prójimos, todo lo cual cesa en el purgatorio. Y si con todo esto algunos santos tienen acá tantas ansias de ver á Dios, que se afligen mucho con la dilacion del cumplimiento de su deseo, y gimiendo dicen con David: ¡Ay de (*Psalm.* CXIX, 5) mí! que se ha dilatado mucho mi destierro, y ha mucho que mi alma peregrina en la tierra; ¿con cuánto mayor sentimiento dirán esto las almas que están detenidas en purgatorio, amando, penando y no medrando?—La tercera causa de esta pena es, la suspension en que están las almas, sin saber cuánto tiempo ha de durar esta cárcel y esta dilacion de ver á Dios; y aunque están conformes con la divina voluntad, no dejan de tener por todo esto grande pena, considerando que originalmente nace de su culpa, y de la negligencia y descuido que tuvieron, así en satisfacer por sus pecados, como en desear ver á Dios.

Pues como fue revelado á santa Brígida (*Blos.* in Monili spirit. *c.* 13), por esta tibieza culpable hay un modo de pena en la otra vida que llaman purgatorio de deseo, con la cual es castigado el que fue tibio en el deseo de ver á Dios.

3. Tambien se aumenta esta pena por carecer de la vista de Cristo nuestro Señor, de la Vírgen santísima, de la dulce compañía de los Ángeles y Santos del cielo, y de la vista de las demás cosas que creen y esperan ver, porque de todas tienen fe muy viva, confirmada con la experiencia de su inmortalidad y del mismo purgatorio que padecen. La gravedad de esta pena puedo rastrear por la que tiene un hombre noble y cuerdo cuando está preso en una cárcel de inquisicion muy oscura, sin ver luz del cielo mas que por una saetera, y sin comunicar con sus deudos, amigos ó conocidos; y sin saber lo que pasa en el mundo, ni cuánto tiempo durará su prision. Y aunque es de creer que el Ángel de la guarda acude de cuando en cuando á consolar el alma de quien tuvo cuidado; pero no podemos imaginar que le responde lo que el ciego Tobías respondió á san Rafael (*Tob.* v, 12): ¿Qué gozo puedo tener estando sentada en tinieblas, sin ver la luz del cielo, ni á mi dulce Criador y Redentor? Ó alma mia, pues tienes fe de esta pena que te espera en el purgatorio, si no pagas aquí lo que debes por tus culpas, no dilates la paga porque no te dilate Dios su clara vista. Desea con gran fervor ir á verle, quitando de tí todo lo que puede dilatar el cumplimiento de este deseo, para que acabada la vida se acabe la pena, y entres luego en el descanso de la gloria. Amen.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la pena que llaman de sentido, que padecerá mi alma en el purgatorio, atormentada de su terrible fuego.—Esto se ha de ponderar lo primero, porque este fuego es el mismo que el del infierno, en cuya comparacion el de esta vida es como pintado. Además, porque atormenta milagrosamente como instrumento de Dios, y de Dios airado, que tiene la mano muy pesada cuando venga su injuria. Y como el fuego derrite la plata para purificarla de la escoria, así este fuego, como dice un profeta (*Malach.* III, 2), derretirá, esto es, afligirá terriblemente las almas para purificarlas de la escoria que trajeron del mundo: y mientras hubiere que purificar, será continuo el dolor; porque ni hay sueño, ni distraccion, ni cosa que temple su furia, como lo hay en esta vida. De donde concluyen los Santos, que (*Aug. in Psalm.* XXXVII; *Greg.* in Psalm. III Poenitent.; *D. Thom.* 3 *p. q.* 46, *art.* 6 *ad* 3) los dolores del purgatorio exceden en lo que es pena y tor-

mento á los dolores que padecen en esta vida los pecadores, y á los que padecieron los Mártires, y aun á los que padeció el mismo Rey de los mártires Jesucristo nuestro Señor, á quien tengo de decir humildemente: Ó Redentor dulcísimo, no me castigues con tu furor en el fuego del infierno; y hazme tan puro en esta vida, que no tenga necesidad del fuego del purgatorio.

2. De esta consideracion he de sacar tres afectos y propósitos muy importantes. El primero es, un gran temor de Dios y del rigor de su justicia; porque si bien lo pondero, no me ha de espantar tanto que la majestad de Dios esté mirando arder las almas del infierno sin compadecerse de ellas, porque son sus enemigas y le están aborreciendo, cuanto que vea arder á las del purgatorio padeciendo penas muy terribles, y á veces por culpas muy ligeras; y con amarlas mucho y ser amado de ellas, las deja arder y penar, hasta que paguen todo lo que deben. ¿Quién no te temerá, ó Rey de las gentes, si así quemas al árbol fructuoso por unas pocas espinas que mezcló con la buena fruta? ¿Cómo quemarás y atormentarás al árbol seco y estéril, que no llevó sino espinas de graves pecados?—El segundo propósito es, de satisfacer en esta vida por mis pecados y abrazar de buena gana cualesquier penitencias y aflicciones, pues todas son como nada en comparacion de estas otras, porque en esta vida lo que se padece es poco y por poco tiempo, y muy provechoso para crecer en virtud y merecer aumento de gracia y gloria; mas en el purgatorio padécese mucho sin provecho para los fines dichos. Y así he de suplicar á Nuestro Señor, que si yo me descuidare de esta paga, él me purifique con el fuego de trabajos (*Malach.* III, 2), para pagar aquí con medra lo que despues he de pagar sin ella. Ó Salvador mio, que prometiste de purificar los hijos de tu Iglesia como se purifica el oro y plata por el fuego, purifícame como quisieres en esta vida, para que vaya á gozar de tí en saliendo de ella. Amen.

3. El tercer propósito es, de huir cuanto fuere posible pecados veniales, pues no son otra cosa, como dice el Apóstol, sino leña (I *Cor.* III, 12), heno y paja con que se ceba el fuego que me ha de abrasar en el purgatorio. Lo cual es gran desatino, si tengo ojos de fe para verlo; porque si viese á un hombre cortar leña de un monte y traerla á su casa; y preguntándole para qué la trae me respondiese que para encender fuego en que le quemasen, tendríale por loco; pues ¿cuánto mas loco soy yo, haciendo con tanto gusto cosas que no servirán sino de leña para cebar el fuego terrible que me ha

de quemar en el purgatorio? Ó alma mia, que estás fundada sobre tan precioso fundamento, como es Cristo Señor nuestro, edifica sobre él obras (*D. Thom. ibid.*) de gran valor, oro de caridad, plata de inocencia y piedras preciosas de sólidas virtudes, que permanezcan contigo hasta la vida eterna. Mira no mezcles con ellas obras que han de perecer, leña de avaricia, heno de sensualidad y paja de vanidad, amando con algun desórden los bienes de esta vida; porque todo esto será cebo del fuego que abrasará en la otra. Ó buen Jesús, líbrame de semejante locura, preservándome de estos pecados con tu gracia.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar dos cosas señaladas que hay en las ánimas del purgatorio. La primera es, la grande resignacion que tienen en la voluntad de Dios, cuanto á la gravedad y duracion de sus penas, y la grande paciencia con que sufren sus tormentos y los aceptan, gustando de que Dios sea justo y las castigue como merecen, y las purifique en aquel horno de fuego, para que apuradas puedan entrar en el cielo. De donde aprenderé á tener paciencia en mis trabajos, si quiero que para mí sean purgatorio y no infierno; pues siendo menores son mas provechosos para pagar mis deudas con ellos, y son trazados por la justicia de Dios para el mismo fin. Y pues cuanto hay en Dios es amable (*Cant.* v, 16), si le amo de veras he de gozarme de que sea justiciero, y que tenga lugar señalado para castigar mi pecado, pues tan digno es de castigo.

2. La segunda es, las grandes ansias que tienen estas almas de ser ayudadas de los fieles que viven en la tierra con sacrificios, oraciones, limosnas, ayunos y otras obras satisfactorias. Á mas con indulgencias y otros sufragios, para salir presto de aquellas penas é ir á gozar de Dios. Lo cual me ha de mover á favorecerlas en cuanto pudiere, aunque lo quite de mí por dárselo á ellas. Porque si viese arder mi amigo en un grande fuego, y pudiese sacarle de allí sin daño mio y sin quemarme yo, crueldad seria no sacarle. Pues si con la fe veo á estas almas arder en tan terrible fuego, y puedo librarlas con misas, indulgencias y otras buenas obras, caridad será grande ser cuidadoso en esto.

3. Y si lo que querria para mí he de querer para mi prójimo, justo es hacer lo que pudiere para librar al que pena en purgatorio, como yo querria que otros lo hiciesen por mí cuando esté allá.- Especialmente que con este cuidado me hago digno de que Dios le tenga entonces de inspirar á otros que me ayuden, porque los mi-

sericordiosos alcanzarán misericordia (*Greg.* Lib. IV Moral. *c.* 57) en el género de cosas en que ellos la tuvieren. Y las mismas almas, cuando llegan á ver á Dios, son muy agradecidas á los que las favorecieron en sus trabajos, y solicitarán el favor de Dios para nosotros en los nuestros. Y aunque me quito la satisfaccion de la obra que aplico al difunto; pero en dársela de limosna aumento el merecimiento, porque crece la caridad, quitándome lo que yo habia menester por socorrer al necesitado.—Por todas estas razones, dice la divina Escritura (II *Mach.* XI, 46), que es santo y saludable el cuidado de orar por los difuntos, para que les sean perdonadas las penas de sus pecados, porque de este cuidado se siguen los bienes que se han dicho á los que por ellos oran.

—Con esta meditacion queda concluido todo lo que pertenece á la via purgativa, y á la pureza, que es su propio fin; cuyos defectos, si algunos tuviere en esta vida, se remedian en el purgatorio de la otra, para entrar con entera pureza en la gloria, que es la última postrimería de los justos; de la cual se harán meditaciones al fin de la parte VI, por ser el postrero de los beneficios divinos, y el último término de la via unitiva, en el cual los justos descansarán unidos con su Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.—

PARTE SEGUNDA.

DE LAS MEDITACIONES

QUE PERTENECEN Á LA VIA ILUMINATIVA,

SOBRE LOS MISTERIOS DE LA ENCARNACION É INFANCIA DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR HASTA EL BAUTISMO.

CON ELLAS VAN MEZCLADAS MEDITACIONES DE LA VIDA DE NUESTRA SEÑORA, HASTA EL MISMO TIEMPO.

INTRODUCCION.

DE LA PERFECTA IMITACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, QUE ES FIN DE ESTAS MEDITACIONES.

Las meditaciones que pertenecen á la via iluminativa, de que se comienza á tratar en esta parte II, tienen por materia los misterios de la vida de Cristo nuestro Señor, desde que encarnó hasta que murió en la cruz. Los cuales, como consta de lo que se dijo en la introduccion de este libro, en el párrafo IV, se dividen en tres partes: unos de su encarnacion y niñez; otros de su predicacion, y otros de su pasion y muerte; despues de la cual se siguió la vida glorificada, que pertenece á la via unitiva, aunque con ella tambien frisan mucho los misterios de la pasion, en la cual Cristo nuestro Señor descubrió la fineza de su amor, como en su lugar verémos. Todos estos misterios ordenó la divina Sabiduría, para que con apacible variedad fuesen sustento espiritual de las almas que caminan á la perfeccion, á las cuales entra este soberano Rey en la bodega de sus preciosos vinos. (*Cant.* I, 3; II, 4). Y de estos misterios, como de vasijas celestiales, saca el fervoroso vino del amor y de otros

afectos muy encendidos, con que las alegra, sustenta y embriaga, ordenando en ellas la caridad, por el órden que el mismo Señor ejercitó sus actos, á los cuales nos convida y exhorta diciendo: Vine á mi huerto (*Cant.* v, 1), segué mi mirra con las demás especias aromáticas; comí el panal con mi miel, bebí mi vino con mi leche; comed, amigos, bebed y embriagaos los muy amados, que es decir: He venido por la encarnacion al huerto de mi Iglesia; y en entrando en el mundo, segué mirra de muchas amarguras y mortificaciones que padecí en mi niñez, con especias aromáticas de muy olorosas virtudes. Prediqué mi doctrina, y púsela por obra con tanto gusto como quien comia panal con su miel. Me embriagué con el vino de mi amor, hasta quedar desnudo y muerto en una cruz, gustando de beber el cáliz de mi pasion, como quien bebe vino con su leche. Por tanto, amigos y amados mios, aparejad el huerto de vuestras almas, porque deseo hacer en ellas otras tres cosas semejantes, haciéndolas tambien vosotros con mi gracia para imitar mi vida. Lo primero, segad mirra y especias aromáticas de virtudes que mortifiquen vuestras pasiones, y os preserven de la corrupcion de vuestros pecados, imitando con esto mi pureza. Luego comed mi panal con su miel, meditando la excelente doctrina que prediqué, figurada por la cera del panal que alumbra; pero no la habeis de comer sola, sino con la imitacion de las heróicas virtudes que en sí encierra, figuradas por la miel que sustenta con dulzura. Y finalmente, bebed y embriagaos con el vino de mi perfecto amor, mezclado con la leche que os daré de mis divinas consolaciones; con las cuales fácilmente renunciaréis las aficiones de todas las cosas terrenas, hasta quedar, si fuere menester, desnudos en otra cruz, por imitar mi desnudez, y amarme como os amé.

Estos son los tres principales ejercicios de la caridad bien ordenada en sus tres estados, de principio, aumento y perfeccion. Y estos mismos, en la forma y grado que se han puesto, son los fines principales á que se ordenan las meditaciones de la infancia, predicacion y pasion de Cristo nuestro Señor, de que tratan las tres partes que se siguen. Entre las cuales las de esta parte II, que son de su niñez, tienen esta excelencia, que nos mueven á amarle con mas ternura, y á imitarle con mas dulzura; porque así como haciéndose niño por nosotros, se acomodó, como dice Isaías (*c.* VII, 15), á comer el manjar propio de niños, que es leche y miel; así tambien á los que meditan los misterios de su niñez, especialmente á los principiantes, suele dar con mas abundancia la leche y miel de

las consolaciones divinas, para destetarles de las terrenas, y alentarles á la imitacion de sus heróicas virtudes.

Para conseguir estos fines hemos de procurar por medio de estas meditaciones conocer á Jesucristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero, con un conocimiento cierto, propio, entero y perfecto, que llegue á entender y penetrar la infinita dignidad de su persona, y las inestimables riquezas y tesoros de su gracia, con grande estima y aprecio de ellos. Porque en este conocimiento (*Ioan.* XVII, 3), como dijo el mismo Señor, está la vida eterna, por cuanto de él, como de semilla, proceden los medios para alcanzarla; y con su soplo se enciende en la meditacion el fuego de caridad que nos abrasa en su amor (*Psalm.* XXXVIII, 4); del cual nace la fortaleza de corazon para imitar su vida con tanta perfeccion, que, como dice san Gregorio Niseno (Serm. de perf. forma hom. christiani), el cristiano se pueda llamar *alter Christus*, otro Cristo, en la humildad y paciencia, y en las demás virtudes, al modo que decimos de un hombre sábio, que es otro Salomon.

El modo de meditar estos misterios para salir con lo que pretendemos, ha de ser llevando puestos los ojos en cuatro cosas para ponderarlas con atencion (*S. Pater Ignat.* in primo exerc. sec. et tertiae hebdom.).—La primera es, mirar las personas que intervienen en el misterio, con las excelencias y afectos interiores que hay en ellas.—La segunda es, considerar las palabras que dicen, y el fin y modo con que las dicen.—La tercera es, mirar las obras que hacen y las virtudes que en tales obras resplandecen.—La cuarta es, considerar las cosas que padecen, con todas sus circunstancias, ponderando los fines y motivos de ellas. Y de todas cuatro cosas he de sacar siempre algun provecho para mí mismo, animándome á imitar lo que puede ser imitado, con los demás afectos y coloquios que dijimos al principio de este libro. Todo esto se ha de hacer en cada uno de los puntos que tuviere la meditacion, siguiendo el órden de la historia, como en el progreso de ella se verá. Y porque entre las personas á quien tocan muchos de estos misterios, especialmente los de esta parte II, es muy principal la Vírgen nuestra Señora, hemos de atender muy principalmente á sacar de estas meditaciones conocimiento y amor suyo, é imitacion á sus heróicas virtudes, subiendo de la imitacion de la Madre á la imitacion de su Hijo; pues nos puede decir mucho mejor que san Pablo (I *Cor.* XI, 1): Imitadme á mí, como yo imito á Cristo.

Para disponernos mejor á la pretension y estima del fin que se ha

dicho, ayudará mucho, como fundamento de estas meditaciones, la que se sigue de la vocacion, para imitar á Cristo nuestro Señor, imaginándole á semejanza de un rey (*S. P. Ignat.*, in princip. secundae heb.) muy excelente, escogido por Dios, el cual hiciese gente para hacer guerra á sus enemigos, convidando á sus vasallos que le siguiesen, prometiéndoles que gozarian con él los despojos de la victoria, si le acompañaban en la pelea.

MEDITACION FUNDAMENTAL.

DE LA INFINITA EXCELENCIA DEL REY CELESTIAL, JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DEL LLAMAMIENTO QUE HACE CONVIDANDO Á TODOS LOS HOMBRES PARA QUE LE SIGAN.

PUNTO PRIMERO.—*Excelencias de Cristo en cuanto rey.*— 1. Lo primero, se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor es rey excelentísimo, escogido por el Padre eterno para que rija y gobierne los hombres, mandando á todos que le obedezcan como á su propio rey y legítimo señor, segun que lo dijo él mismo por David (*Psalm.* II, 6): *Dios me ha escogido para ser rey de Sion su santo monte, y predicar á todos su precepto.*—Sobre esta verdad tengo de ponderar lo primero, la infinita caridad del Padre eterno en la eleccion de este soberano Rey: porque queriendo dar rey á los hombres, escogió el mejor que nos podia dar, el cual por una parte fuese verdadero hombre, de nuestra naturaleza, para que fuése delante de nosotros con el ejemplo, y nos tratase con blandura y compasion; y por otra parte fuese verdadero Dios, Hijo suyo unigénito, para que pudiese remediarnos y ayudarnos con su infinito poder; porque, como dice san Leon papa (*Serm.* 1 *de Nativ.*), si solamente fuera hombre, no pudiera darnos remedio; y si solamente fuera Dios, no pudiera darnos ejemplo.

2. De aquí subiré á considerar las excelencias de este Rey, en quien concurren todas las calidades que puede tener un rey perfectísimo, como consta (*Psalm.* XLIV, 5; *Ierem.* XXIII, 5) por las que le atribuyen los Profetas. Pero principalmente ponderaré su infinita sabiduría, con que conoce nuestras necesidades y miserias; su omnipotencia, para remediarlas; su misericordia, en compadecerse de ellas; su bondad y caridad, en querer darlas remedio; su providencia, en mirar con cuidado por nuestro bien; su mansedumbre y afabilidad, en tratarnos como á hermanos; su liberalidad y magnificen-

cia, en repartir con nosotros de sus riquezas, y darnos cuanto tiene, hasta su mismo cuerpo y sangre; su justicia y prudencia, en el gobierno, enderezándonos con grande entereza y rectitud; y finalmente su eternidad, con perpétua firmeza en su imperio celestial, sin que jamás se haya de acabar.

3. Y para enterarme mas en todo esto, haré comparacion de los reyes terrenos con este Rey celestial (*Isai.* x, 1), porque aquellos ponen tributos y pechos á sus vasallos, y se los piden con rigor: este se los quita todos, y paga sus deudas con amor; aquellos empobrecen á los suyos por enriquecerse á sí: este se empobrece á sí, para enriquecer con su pobreza á los suyos (II *Cor.* VIII, 9); aquellos yerran muchas veces el gobierno por ignorancia, pasion ó malicia: este siempre acierta, porque es infinitamente sábio, justo y bueno; aquellos ponen leyes muy pesadas á sus súbditos (*Matth.* XI, 30), y ellos se excusan de cumplirlas: este pone leyes muy suaves, y con su ejemplo les anima á que las cumplan: aquellos finalmente son reyes temporales, que se acaban con la muerte, y sus imperios, aunque sean de oro (*Dan.* II, 35) y plata, ó de bronce ó hierro, vendrán á perecer, porque se fundan en piés de barro; pero este es Rey eterno, y su reino nunca tendrá fin, porque se funda en Dios.—De estas tres consideraciones y de cada una de ellas he de sacar varios afectos de alabanza, gozo y agradecimiento, con grandes propósitos y ofrecimientos de hacer mucho en servicio de este soberano Rey; unas veces en esta razon hablaré con el Padre eterno; otras con el mismo Rey su Hijo, y otras conmigo mismo, exhortándome á todo esto. Ó alma mia, alaba y glorifica al Padre celestial, por haberte dado Rey tan poderoso, sábio y santo. Gózate con la buena dicha que te ha cabido en tener Rey tan amoroso, con quien puedes alcanzar privanza y amistad estrecha. Si tanto estiman los hombres privar con los reyes de la tierra, ¿cuánto mas debes estimar privar con el Rey del cielo? Ó Rey soberano, gózome de las grandezas que teneis tan infinitas, por las cuales os suplico me tomeis debajo de vuestro amparo; porque siendo Vos el que me regís, nada me podrá faltar. (*Psalm.* XXII, 1).

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar el razonamiento que este soberano Rey hace á todos sus vasallos, en razon de cumplir el precepto de su Padre (*Psalm.* II, 6), diciéndoles: Mi justísima voluntad es, hacer guerra á mis enemigos los demonios, mundo y carne, y á todos los vicios y pecados, y triunfando de ellos, entrar en el reino de mi Padre. Por tanto, quien me qui-

siere seguir en esta empresa, viva como yo, y reinará como yo: imíteme en la pelea, y sin duda tendrá parte en la victoria. Esto se funda en lo que el mismo Señor dijo por san Juan (*Ioan.* XII, 26): *Quien me quisiere servir, sígame: y á donde yo estoy, estará el que me sirviere.* Que es decir: Quien se ofrece á mi servicio, ha de vivir del modo que yo vivo, y así gozará del premio eterno que yo gozo.

2. Sobre este llamamiento discurriré, ponderando la suavidad y eficacia de él, y las grandes razones que toca para moverme á que le oiga, y para que siga á este Señor.—Lo primero, por ser el que me llama un Rey de tan grande majestad, y tan bienhechor y dadivoso, que por mil títulos me tiene obligado á su servicio.—Lo segundo, porque la empresa es muy justa y de grande provecho mio, mas que suyo, pues se ordena á destruir mis enemigos, de quien tanto daño recibo.—Lo tercero, porque él va delante peleando, y bajó del cielo á darme ejemplo de esto, y no es mucho que un vil soldado haga lo mismo que hace su capitan y rey; pues Gedeon y Abimelech, en diciendo á sus soldados (*Iudic.* VII, 17; IX, 48): Haced lo que viéreis que hacemos, al punto fueron obedecidos.—Lo cuarto, por la seguridad que nos promete de la victoria, y el grande premio que nos dará venciendo.—Lo quinto, por la grande gloria y honra que de esto se seguirá, así á él como á su padre y á todos sus vasallos. Ó Rey eterno, gracias te doy por la suavidad con que nos llamas, trayéndonos á tu servicio con cuerdas de Adan (*Osee,* XI, 4), tejidas de tan eficaces razones. ¡Oh si todos las entendiesen con tu divina luz, para que todos te siguiesen con ardiente caridad!

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, consideraré varias suertes de hombres que hay en el mundo, á cuya noticia llega esta vocacion. La primera es, de aquellos que se hacen sordos á este llamamiento, y embaucados con los bienes de esta vida, no quieren seguir á este Rey, ponderando la ingratitud y deslealtad de estos miserables, compadeciéndome de su sordera, y doliéndome de que el número de estos sea grande: porque, como dice san Bernardo (Serm. 21 in Cant.), todos los cristianos desean llegar donde está Cristo, y pocos quieren ir tras Cristo: todos querrian el premio de los que le siguen, y muchos no quieren el trabajo de seguirle; los cuales en castigo de su desobediencia no llegarán á gozar de su dulce compañía, como los que fueron llamados al convite, y se excusaron (*Luc.* XIV, 24): á los cuales juró el Señor, que nunca mas gustarian de su cena, diciéndoles tambien aquello de la divina Sabiduría (*Prov.* I, 24): Porque

os llamé y no me oísteis, yo me reiré de vuestra perdicion, castigando vuestra rebeldía con muerte eterna.

2. La segunda suerte es, de aquellos que quieren seguir á este Rey, y acompañarle en esta guerra, pero cortamente, contentándose con guardar sus preceptos, queriendo quedarse con sus riquezas y dignidades, y gozar los deleites lícitos del matrimonio; porque no tienen ánimo para mayor perfeccion, como no le tuvo aquel mancebo que habia guardado los mandamientos de Dios desde su niñez; y diciéndole Cristo (*Matth.* XIX, 21), que si queria ser perfecto, vendiese lo que tenia, y lo diese á pobres, y le siguiese, se puso triste y no quiso hacerlo, contentándose con hacer lo que solia. Estos, aunque hacen lo que basta para salvarse, pero como su imitacion es corta, así su galardon será corto; y es género de cortedad, que el soldado, cuanto es de su parte, no imite á su capitan en cuanto puede, pues el capitan hace por él mas de lo que está obligado.

3. La tercera suerte es, de aquellos que con ánimo generoso se ofrecen á seguir este Rey en todo y por todo, guardando sus preceptos y tambien sus consejos, como él los guardó, viviendo en pobreza, castidad y obediencia, renunciando las riquezas, y los deleites lícitos del matrimonio, y su propia libertad, por imitar perfectamente á su Señor. Estos son los religiosos, los cuales, como imitan con mas perfeccion á Cristo, así recibirán de él mas precioso galardon (*Matth.* XIX, 29): uno en esta vida, que es el ciento tanto, y otro despues en la vida eterna. Á este modo de vida fuera razon nos ofreciéramos todos, no tanto por el interés temporal y eterno que trae consigo, cuanto por la infinita obligacion que tenemos de amar y servir á este gran Rey. Y porque, como dice el Sábio (*Eccli.* XXIII, 38), es grande gloria seguirle con perfeccion; y tanto será mayor la gloria, cuanto mas de cerca le siguiéremos, procurando ser perfectos, como lo es nuestro Padre celestial (*Matth.* V, 48), y el Rey y Maestro que para nuestro ejemplo nos ha dado. De aquí es, que los que no hubieren sido llamados con especial vocacion á tal modo de vida, han de mostrar la voluntad que tienen de servir á este soberano Rey, diciéndole con David (*Psalm.* CVII, 2): Aparejado está, Señor, mi corazon, aparejado está: héme aquí aparejado para cumplir tus preceptos, y aparejado tambien para guardar tus consejos: yo me ofrezco por tu amor á seguirte en pobreza y castidad, dejando mi libertad y cuanto tengo por tu gloria, si te dignares llamarme para tal modo de vida.

4. Á estas tres suertes de personas se puede añadir otra cuarta de aquellos que son llamados de este Rey celestial, no solamente para imitarle en la pobreza, castidad y obediencia, sino tambien para ser instrumentos suyos en llamar á otros, y con su favor pelear, no solo contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus prójimos, ayudándoles á su salvacion, y convidándoles, como dice la Sabiduría (*Prov.* IX, 3), para que suban al alcázar y muros de la ciudad, esto es, á lo mas alto de la cristiana perfeccion. En esta suerte entran aquellos religiosos, cuyo fin, á imitacion de los Apóstoles, es atender no solamente á su propia salvacion y perfeccion, sino á la de otros;—cual es el fin de nuestra Compañía de Jesús, cuyos religiosos profesamos ser compañeros de Jesús en esta empresa;—y los que de esta manera son llamados, han de estar contentísimos con su vocacion, considerando la alteza de ella, y dar muchas gracias al que los llamó, ofreciéndose con gran corazon á cualesquier trabajos y peregrinaciones entre fieles ó infieles, hasta derramar la sangre, si fuere menester, por la gloria de Dios y por la salvacion de las almas, diciendo aquellas palabras del profeta Isaías (*Isai.* VI, 8): Veisme aquí, Señor, enviadme donde quisiéreis, y como quisiéreis, porque aparejado estoy para hacer cuanto me mandáreis.

5. *Conclusion de lo dicho.*—De lo que se ha dicho en esta meditacion infiero el espíritu con que hemos de entrar en las meditaciones siguientes, procurando cada uno imitar á Cristo nuestro Señor perfectísimamente, conforme al estado que ha escogido. Si es religioso, siguiendo su propio instituto con perfeccion; si tiene estado de continencia, ó sacerdocio, cumpliendo todas sus obligaciones con entereza; y si es casado, desnudando su corazon de las aficiones desordenadas á las cosas que posee, conforme á la regla del Apóstol, que dice (I *Cor.* VII, 29): Los que tienen mujeres, sean como si no las tuviesen; los que compran y poseen, como si no poseyesen; y los que usan de este mundo, como si no usasen de él, haciendo todas sus cosas de modo que por ellas ni pierdan á Cristo, ni aflojen en su amor y servicio. Pero los que no han tomado estado, y desean escoger el que mas les conviene para su salvacion y perfeccion, han de tener por fin mirar lo que Cristo nuestro Señor les inspira, para imitarle en aquel grado de perfeccion á que se sintieren movidos; —para lo cual les ayudarán las meditaciones VI, VII y VIII de la parte III.—

MEDITACION I.

DEL DECRETO QUE HIZO LA SANTÍSIMA TRINIDAD, DE QUE LA SEGUNDA PERSONA DIVINA SE HICIESE HOMBRE PARA REMEDIAR EL LINAJE HUMANO, PERDIDO POR EL PECADO DE ADAN.

—Á la entrada de esta meditacion, y de las siguientes, que tratan de este misterio, será bien imaginar á Dios nuestro Señor, trino y uno, sentado en un trono de infinita majestad, cercado, al modo que le vió san Juan (*Apoc.* IV, 3), del arco del cielo, símbolo de su infinita misericordia, con los tres colores de su infinita bondad, sabiduría, y omnipotencia, con las cuales gobierna todas las cosas; y quiere, sabe y puede remediar nuestras miserias. Luego imaginaré á todos los hombres, y á mí entre ellos, por el pecado de Adan, tendidos en tierra, despojados, llagados y medio muertos, cual estaba el miserable hombre que cayó en manos de ladrones camino de Jericó (*Luc.* X, 30): y á las tres divinas Personas, que los estaban mirando, compadeciéndose de ellos, y entrando en consejo sobre el medio que tomarán para remediarlos.—Con esta santa presentacion, postrado en espíritu delante de este trono, y adorando á la beatísima Trinidad, le suplicaré humildemente, me ilustre con su divina luz, para que conozca la alteza del consejo que tomó para nuestro remedio, de modo que me aproveche. Y la vista amorosa de su celestial arco me ha de alentar para llegarme, como dice san Pablo (*Hebr.* IV, 16), con grande confianza al trono de su gracia, esperando alcanzar misericordia y ayuda en el tiempo conveniente, cual es este de la oracion.—

Punto primero.—1. El primer punto y fundamento de los siguientes será, considerar el decreto que hizo Dios nuestro Señor en su eternidad, de remediar el linaje humano que se perdió por el pecado de Adan, ponderando las causas que le movieron á ello (*D. Thom.* 3, *p. q.* 1, *et art.* 1, 2; *q.* 4, *art.* 1): unas de parte de su infinita misericordia, y otras de parte de nuestra miseria, y del modo lastimoso como incurrimos en ella.—Primeramente consideraré, como habiendo Nuestro Señor criado dos suertes de criaturas á su imágen y semejanza, para que le sirviesen y alabasen; es á saber, Ángeles y hombres: Ángeles en el cielo empíreo, y hombres en el paraíso terreno: y habiendo visto que gran parte de los Ángeles pecaron, y tambien los hombres, determinó mostrar la terribilidad de su justicia ri-

gurosa en castigar los Ángeles, flechando contra ellos el riguroso arco de su ira, y arrojándolos luego del cielo al infierno (II *Petr.* II, 4), sin darles lugar de penitencia; pero con los hombres, aunque merecian el mismo castigo, quiso mostrar las riquezas (*Sap.* XI, 24; XII, 10) de su misericordia infinita, determinándose á remediarlos y sacarlos de las miserias en que habian caido, dándoles medios para alcanzar perdon de su pecado. Porque en ninguna cosa resplandece tanto la misericordia de Dios, como en perdonar pecados, y compadecerse de sus mismos enemigos; y no era razon que la misericordia dejase de mostrarse en cosa que tanto la engrandece. Y así lo hizo con los hombres, conforme á lo que dice san Pablo (*Tit.* III, 4, 5): Se ha manifestado la benignidad y clemencia de Dios nuestro Señor, en que nos hizo salvos, no por obras de justicia que hicimos, sino por su grande misericordia. Por la cual todos los hombres debemos dar infinitas gracias á este Señor, viendo que con ser criaturas tan viles, y mereciendo ser desamparadas por su justicia, nos amparó con su misericordia, dejando á los Ángeles, que eran mas nobles que nosotros. Ó Dios eterno, verdadero padre de misericordias, ¿con qué te pagarémos tan soberano beneficio como este, que sin merecerlo nos dés remedio para alcanzar perdon de nuestro pecado? Alábente por esta merced los Ángeles que quedaron en el cielo; reconózcanla, y aprovéchense de ella los hombres que viven en la tierra, y mi alma se derrita en amor tuyo, cantando la muchedumbre y grandeza de tu misericordia, por la cual te suplico perdones mis pecados, ayudándome para nunca mas volver á ellos. Esta consideracion he de aplicar á mí mismo, ponderando que, aunque Dios nuestro Señor, por su misericordia ha hecho decreto de perdonar á los pecadores, y con efecto perdona á los rendidos, pero con los rebeldes usa de su rigurosa justicia, condenándolos como á los demonios; y así he de procurar no resistir á la divina misericordia, por no caer en manos de su justicia.

2. Luego ponderaré las causas que en alguna manera movieron á la divina misericordia para compadecerse de nuestra miseria: una fue, porque Adan con su pecado no solamente hizo daño á sí mismo, sino tambien á todos sus descendientes, los cuales habian de nacer pecadores, condenados á muerte y cárcel eterna, incurriendo estos daños, no por su propia voluntad personal, sino por la que tuvieron en su primer padre. (*Rom.* V, 12). Y como Dios es tan misericordioso, no pudo sufrir su clemencia que toda su obra pereciese sin remedio por culpa de uno; y que todo este mundo visi-

ble, que habia sido criado para el hombre, quedase frustrado de su fin sirviendo al pecador; por lo cual se determinó de remediarle. De donde sacaré dos motivos para confiar en la divina misericordia, alegándolos por títulos para que remedie mi miseria, como lo hacia David. Uno, que fuí concebido en pecado (*Psalm.* L), del cual nacen originalmente todas mis miserias. Otro, que (*Psalm.* CXXXVII, 8) soy obra de sus manos; por lo cual no (*Sap.* XI, 25) he de ser despreciado ni aborrecido, pues no aborrece lo que hizo. Ó Padre misericordiosísimo, pues conoces la masa de que tus hijos somos formados, la cual salió de tí buena, y por Adan se hizo mala, compadécete de nosotros, remediando el daño que Adan hizo, para reformar lo bueno que tú hiciste. Mis manos han borrado en mí lo que hicieron las tuyas; reparen las tuyas con tu copiosa gracia lo que hicieron las mias por mi grande culpa.

3. Otra causa fue, porque el hombre pecó siendo tentado é inducido del demonio, parte por envidia que tuvo de su bien, parte por la rabia que tenia contra Dios, deseando vengarse del Criador en criatura que de él era tan favorecida, y en quien estaba su divina imágen estampada.—Por esto el mismo Dios, movido á compasion, quiso tomar por suya la causa del hombre, determinándose á remediarle porque su enemigo no quedase para siempre victorioso. Y así le dijo en pecando Adan (*Genes.* III, 15): Yo pondré enemistad entre tí y la mujer, y entre tus descendientes y los suyos, y ellos te quebrantarán la cabeza, venciendo á quien los venció, y triunfando de quien de ellos triunfó. Con lo cual tambien me da esperanzas de que se compadecerá de mí, y tomará mi causa por suya, pues el demonio ahora me persigue con la misma envidia y rabia; y así le puedo decir con David (*Psalm.* LXXIII, 22): Levántate, Señor, y vuelve por tu causa, ayudándome con tu gracia á quebrantar la cabeza de la serpiente, pues siempre me persigue porque te aborrece.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar el admirable decreto que hizo la santísima Trinidad, de que la segunda Persona, que es el Hijo de Dios, se hiciese hombre para redimir el linaje humano perdido por el pecado de Adan, ponderando las causas que le movieron á ello: unas de parte de nuestra grande necesidad y miseria, y otras de parte de su infinita bondad y misericordia.—Primeramente consideraré, como la santísima Trinidad, viendo en su eternidad muchos medios que tenia para remediar los hombres; ó perdonándolos con pura y sola misericordia, criando otro

nuevo hombre que satisfaciese por ellos; ó encargando esto á los Serafines, no quiso escoger el medio que era mas fácil, ni menos perfecto; ni encargar esta obra á otro, sino escogió el mejor medio que era posible, trazando que el Hijo de Dios se hiciese hombre para remediar á los hombres. De suerte, que no pudo darnos mejor remediador, ni mas poderoso remedio, ni mas copiosa redencion, queriendo que, á donde abundó el delito, abundase infinitamente mas la gracia. (*Rom.* v, 20).

2. Para ponderar mas esta verdad, miraré lo que el primer hombre hizo contra Dios, comparando los pensamientos y trazas del uno con las del otro. Adan trazaba con soberbia levantarse contra el mismo Dios, queriendo usurpar su divinidad y sabiduría, y el señorío de todas las cosas; por lo cual merecia que Dios le aborreciera y humillara, y que aniquilara su naturaleza pervertida. Pero Dios, con su infinita bondad, no solamente quiso perdonar esta injuria, sino para ello escogió un medio de suma honra y provecho para el hombre, y de suma humillacion y trabajo para Dios; porque con ser el Verbo divino de infinita grandeza y majestad, no reparó, como dice san Pablo (*Philip.* II, 6-7), en deshacerse y humillarse á tomar forma de siervo, y vestirse la naturaleza mortal y pasible de su mismo enemigo, y juntándola consigo en unidad de persona, para sacarle de la suma miseria en que estaba por la culpa, y levantarle á la suma honra y dicha que podia tener por su gracia. Pues, como dice san Agustin (Serm. 9 de Nativ.), Dios se hizo hombre, para hacer al hombre Dios: para que en virtud de Dios humanado, los hombres fuesen dioses por participacion.

3. Finalmente, mirando este soberano decreto, me admiraré con grande pasmo de la infinita bondad y misericordia de Dios. Y unas veces con Moisés la engrandeceré, diciendo (*Exod.* XXXIV, 6): ¡Oh Señor, Señor Dios, misericordioso, clemente, hacedor de misericordias y verdadero, que haces misericordia por millares de generaciones, y perdonas la maldad, los delitos y pecados, y no hay quien tenga inocencia si de tí no la recibe. Otras veces, como los Serafines (*Isai.* VI, 3), cubriré con las alas el rostro y piés de Dios, venerando esta junta de su divinidad y humanidad, y á voces diré: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos, llena está la tierra de su gloria, por la grandeza de su misericordia. Otras veces daré gracias á este Señor, por esta merced tan gloriosa, diciéndole: Ó Dios eterno, gracias te doy por esta soberana traza que intentaste para mi remedio, tomando sobre tí mi hajeza, para comuni-

carme tu grandeza. Concédeme que yo me humille para servirte, como tú te humillaste para remediarme; y que haga yo lo sumo que pudiere por tu servicio, como tú hiciste lo sumo que podias para mi remedio! Ó alma mia, haz por tu Dios todo lo que puedas, pues todo es poco para lo mucho que le debes. Aprende á estimar á Dios, como él te estima; y pues te ha levantado á tanta grandeza, no hagas cosa que desdiga de ella. (*S. Leo*, Serm. 1 de Nativ.).

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como en esta obra de la Encarnacion pretendió juntamente Dios nuestro Señor descubrirnos la infinita excelencia de todas sus perfecciones y virtudes, empleándolas con la suma perfeccion que era posible, en grandísimo provecho nuestro. Esto se puede ponderar, discurriendo brevemente por las mas principales. - Lo primero, mostró su infinita bondad en comunicarse á sí mismo con la mayor comunicacion que podia, dando su ser personal á una naturaleza humana, y emparentando de esta manera con todo el linaje de los hombres. - Mostró su caridad en unir consigo esta naturaleza con tan estrecha union, que uno mismo fuese hombre y Dios, para que todos los hombres fuesen una cosa con Dios por union de amor, dándoles liberalmente y de balde la cosa que mas amaba y estimaba, y con ella todas las demás cosas. (*Rom.* VIII, 32). - Mostró su infinita misericordia, hermanándola maravillosamente con la justicia; porque no pudo ser mayor misericordia, que venir personalmente Dios á remediar nuestras miserias, y hacerse capaz de tristeza, para tener verdadera compasion de ellas. - Ni pudo ser mayor justicia, que pagar el mismo Dios humanado nuestra propia deuda, pasando por la pena de muerte que mereció nuestra culpa; ni pudo ser mayor hermandad, que aplicar á los demás hombres por misericordia la paga que Dios hombre mereció de justicia, dándome confianza de alcanzar todas las cosas que me convienen, pues todas las ganó este Señor de justicia, y me aplica sus merecimientos por su infinita misericordia.

2. Además, mostró su inmensa sabiduría en inventar modo como juntar cosas tan distantes, como son Dios y hombre, eterno y temporal, impasible y pasible (*Damas.* Lib. 3 de Fid. orthodoxa, *à principio*), y en dar traza para desatar el nudo dificilísimo de nuestras culpas, perdonándolas la divina misericordia, sin perjuicio de la justicia. - La omnipotencia mostró en hacer por el hombre lo sumo que podia, en razon de honrarle y enriquecerle; porque entre todas las cosas divinas, ninguna hay mayor que hacerse Dios hombre. - Mostró finalmente su santidad y todas sus virtudes, imprimién-

dolas en Dios humanado para que fuese dechado visible de todas, animándonos con su ejemplo á imitarlas, y ayudándonos con su gracia á procurarlas, sin que haya quien pueda excusarse de ello. Porque si Dios ama á los prójimos, ¿quién no los amará? Si Dios hace bien á sus enemigos, ¿quién hará mal á los suyos? Si Dios se humilla, ¿quién se ensoberbecerá? Si Dios padece y sufre, ¿quién será impaciente y mal sufrido? Y si obedece Dios, ¿cómo no obedecerá el hombre?

3. Estas siete perfecciones divinas que resplandecen en esta obra, me han de ser motivo para alabar á Dios cada dia siete veces, y siete mil si pudiese, deseando amarle y servirle con la mayor perfeccion que me fuere posible. Porque si antes de hacerse Dios hombre pedia que le amásemos con todo nuestro corazon y alma, espíritu y fuerzas (*Deut.* VI, 5); ¿con cuánta mas razon me pedirá ahora tal grado de amor y fervor en su servicio? Y pues la prueba del amor son las obras (*D. Greg.* Hom. 36 in Evang.), he de mostrar en ellas este amor, procurando imitar las excelentísimas perfecciones que descubrió en esta obra; es á saber: su bondad, caridad, liberalidad, misericordia, y las demás que son imitables, y especialmente las virtudes que este Dios encarnado ejercitó en el mundo para nuestro ejemplo. Ó Trinidad beatísima, ¿qué gracias te daré por haber descubierto con esta obra las infinitas grandezas que tenias encubiertas en tu pecho? ¿Qué te daré que no sea poco, por dádiva tan soberana? ¿Cómo te amaré y serviré por ella? Héme aquí dedicado todo á tu servicio, con deseo de amarte como me amaste, y de imitar las virtudes que me descubriste. Y pues me has dado lo que es mas, dame tambien lo que es menos, dándome que te ame por el don infinito que me diste. Amen.

MEDITACION II.

DE LA INFINITA CARIDAD DE DIOS, QUE RESPLANDECE EN EL MISTERIO DE LA ENCARNACION, Y DE LOS GRANDES BIENES QUE POR ÉL NOS VIENEN.

—Aunque todas las divinas perfecciones resplandecen, como queda dicho, en el decreto de la encarnacion; mas sobre todas campea la caridad, de la cual será esta meditacion (dejando las otras para la parte VI), fundada en lo que Cristo nuestro Señor dijo á Nicodemus (*Ioan.* III, 16): *Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito, para que cualquiera que creyere en él, no perezca, sino al-*

cance la vida eterna. En las cuales palabras sufrió el Salvador tres cosas principalísimas de este soberano misterio; conviene á saber, la fuente principal de donde procedió su grandeza, sus fines y efectos admirables. —

PUNTO PRIMERO. - *Así amó Dios al mundo.* — 1. Lo primero, se ha de considerar la infinita grandeza de la persona que nos amó y nos hizo este soberano beneficio, y la infinita vileza del que es amado, á quien se hizo esta merced, comparando lo uno con lo otro. Lo primero, ponderaré como el orígen de este soberano beneficio fue la infinita caridad y amor de Dios; el cual para su provecho y bienaventuranza no tenia necesidad de amar á nadie fuera de sí mismo, porque con solo verse y amarse es infinitamente bienaventurado. Pero con todo eso, de pura gracia quiso amar las criaturas, y hacerlas bien solamente porque es bueno, y por mostrar en ellas las riquezas de su bondad, conforme á lo que dijo el Apóstol (*Ephes.* II, 4): Dios, que es rico en misericordia, nos amó por su excesiva caridad, que es decir: no nos amó porque tuviese necesidad de nosotros, ni porque se lo mereciésemos de justicia, sino porque su misericordia se compadeció de nuestra miséria, y su caridad quiso salir de sí para amar á otros.

2. Lo segundo, ponderaré como pasó mucho mas adelante la infinita caridad de Dios en querer tambien amar al mundo, siendo quien era. Mundo llamo la muchedumbre de los hombres pecadores que pecaron en Adan, y de él contrajeron la mancha de la culpa original, y despues por su propia voluntad cayeron en gravísimos pecados actuales, por los cuales eran indignísimos de ser amados, y merecian sumamente ser aborrecidos. De suerte que no solamente amó Dios á los hombres cuando no eran, y por consiguiente ni eran amigos ni enemigos; sino tambien los amó cuando eran enemigos rebeldes y desagradecidos á otros innumerables beneficios que les habia hecho, para descubrir con esto los infinitos tesoros de su misericordia y caridad.

3. Lo tercero, haré comparacion de lo que Dios hace en el cielo, á lo que los hombres hacen en la tierra, ponderando como Dios ama al mundo que le aborrece, y el mundo aborrece al Dios que le ama. El mundo se emplea en ofender á Dios, y Dios desea emplearse en hacer bien al mundo, admirándome de la maldad abominable del mundo, y de la infinita bondad y caridad de Dios. Ó Dios de infinita majestad, ¿cómo te dignas de amar á mundo de infinita vileza? Pues conoces quién es el mundo, ¿cómo no le aborreces? cómo

no le hundes y aniquilas? Bendita sea tu inmensa caridad, en cuyo seno cabe amor de tan ingrata criatura. Muéstrala, Señor, conmigo en hacer que te ame como me amas, y te sirva como mereces. Estas tres cosas he de aplicar á mí mismo, poniéndome á mí en lugar del mundo, que como ingrato y desconocido á Dios, y no por eso Dios ha dejado de amarme, deseando hacerme bien para que de corazon le amase.

PUNTO SEGUNDO. – *Que le dió á su Hijo unigénito.* — 1. Lo segundo, se ha de considerar la infinita grandeza del don que Dios dió al mundo, que fue su Hijo unigénito. En lo cual se ha de ponderar: lo primero, como el amor de Dios no es amor de solas palabras y buenas razones, sino amor de obras, haciendo bien á los que ama; y cuanto mas ama, tanto mayores bienes da al amado. De aquí es, que para mostrar la infinita grandeza de su amor, nos dió la cosa mas preciosa que podia darnos, que es su mismo Hijo, de igual dignidad con su Padre, y un mismo Dios con él, queriendo se hiciese hombre como nosotros, para que dentro de un hombre morase la plenitud de Dios, de la cual todos participasen. (*Colos.* II, 9). Y á esta causa Cristo nuestro Señor, queriendo engrandecer la grandeza del divino amor, dijo: Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito (*Ioan.* I, 1), como quien dice: no pudo amarle mas, que en darle á su Hijo, y no cualquiera sino el Hijo natural, el unigénito, y solo. Y en lugar de aquella palabra amó, puedo poner otras semejantes, diciendo: Así estimó Dios al mundo, así le honró, así le glorificó y ensalzó, así le enriqueció y le amparó, que le dió á su Hijo unigénito; y esto de balde y de pura gracia, porque no hubo quien pudiese merecer tan infinito don.

2. Luego ponderaré á quién se dió don tan precioso, que es á un mundo perverso, ingrato y desconocido; y tan bestial, que viniendo este gran Unigénito de Dios á vivir en él (*Ioan.* I, 10), *mundus eum non cognovit;* el mundo no le conoció, ni le estimó, ni le reverenció como debia, ni supo agradecerle la honra y el bien que de él recibia. Y así, comparando lo que Dios hace por los hombres, que es darles á su Hijo, y lo que los hombres hacen contra Dios, que es ofenderle y desconocer su don, me admiraré grandemente de la infinita caridad de Dios, deseando amarle muy de veras por esta merced, procurando mostrar con obras mi amor; en que como Dios me dió el único Hijo que tenia, así yo le dé la única alma que tengo, y mi único corazon, empleando mi memoria, entendimiento y voluntad, con todos mis sentidos y potencias, en amar y servir á tal Pa-

dre, que dió tal Hijo á tal mundo. Ó Padre eterno, gracias te doy cuantas puedo por el infinito amor que nos tuviste, dándonos la cosa mas amada y preciada que tenias. Deseo amarte como me amas, dándote la cosa mas preciosa que en mí tengo: recibe mi corazon en prendas de este amor, para que de hoy mas no te ame con sola palabra y lengua, sino con obras y con verdad (I *Ioan.* III, 18), buscando siempre tu gloria, sin mezcla de cosa profana. Amen.

PUNTO TERCERO. – *Para que cualquiera que creyere en él, no perezca, sino alcance la vida eterna.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar el fin para que Dios dió al mundo este Hijo unigénito, y los infinitos bienes que de este don resultan á los hombres. En lo cual se ha de ponderar, como el Hijo de Dios vino al mundo, como él mismo dijo (*Ioan.* XII, 47), *Ut salvificem mundum*, para salvar al mundo con una perfectísima salvacion, la cual consiste en dos cosas. – La primera, en quitarle todas las cosas que son causa de que perezca y se condene, perdonándole los pecados, librándole de la esclavonía del demonio, y de la cárcel eterna del infierno, y de todas las demás miserias que andan anejas con la culpa, y son causa de volver á ella. – La segunda, en darle la vida de la gracia, con todas las virtudes sobrenaturales que la acompañan, y despues la vida eterna. Y en estas dos cosas se encierran otras innumerables que adelante se irán diciendo.

2. Y finalmente, para echar el sello á la grandeza de este beneficio, quiere Dios que se extienda á todos los hombres del mundo, de cualquier estado y condicion que sean, sin excluir, cuanto es de su parte, á ninguno de cuantos quisieren creer en él con fe viva; los cuales no perecerán, sino todos alcanzarán la vida eterna. Y siendo esto así, tambien se extiende á mí este beneficio, y puedo aplicar á mí todas estas palabras, diciendo con toda verdad: Así me amó Dios que me dió á su Hijo unigénito; para que creyendo en él con viva fe no perezca, sino alcance la vida eterna. Ó Hijo unigénito del Padre, ¿qué gracias te daré por haber venido al mundo para librarnos de tantos males, y llenarnos de tantos bienes? Tú perdonas nuestros pecados, despojas el infierno, abres las puertas del paraíso, vences al demonio, triunfas del mundo, domas nuestra carne, atajas nuestros peligros, consuelas nuestras tristezas, avivas nuestras obras, aumentas nuestros merecimientos, nos das perseverancia en tu gracia, y despues nos coronas con tu gloria. Nada de esto tuviéramos sin tí, y todo lo tenemos ahora por tí, pues por tí bajan del cielo todas las bendiciones y misericordias que llenan la tierra. Bendito sea

el Padre que te nos dió para nuestro remedio; y bendito seas tú su Hijo, que veniste á remediarnos. Remédiame, Señor, con eficacia, para que no perezca, sino alcance por tí la vida eterna. Amen.

3. Por lo que se ha dicho en esta meditacion y en la precedente consta, que las causas y motivos de la Encarnacion pueden reducirse á tres órdenes encadenados entre sí. Uno de parte de las divinas perfecciones, para manifestarlas. Otro de parte de nuestras miserias, para remediarlas. Y el tercero, de parte de las riquezas sobrenaturales de gracia y gloria, para comunicarlas. De estas tres cosas hemos de tejer una fortísima cuerda de tres ramales, con que atarnos fuertemente con el Verbo divino encarnado, juntándonos con él con perfecto amor; pues tantos motivos tenemos para amarle, cuantas son las divinas perfecciones que nos descubrió, y las miserias de que nos libró, y las gracias y virtudes que nos mereció.

MEDITACION III.

DEL DECRETO QUE HIZO DIOS DE NACER DE MUJER; Y DE LA ELECCION DE NUESTRA SEÑORA PARA SER SU MADRE; Y DE LAS SINGULARES GRACIAS QUE POR ESTO LA CONCEDIÓ EN EL INSTANTE DE SU CONCEPCION.

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como habiendo Dios determinado de hacerse hombre, aunque pudiera tomar cuerpo de varon perfecto como el de Adan, no quiso sino nacer de mujer (*D. Thom.* 3 *p. q.* 31, *art.* 4), como dice san Pablo, y tener madre como los demás hombres; y así lo reveló al principio del mundo, diciendo á la serpiente, que un descendiente de la mujer quebrantaria su cabeza. Á esta determinacion le movieron muchas causas, en que descubrió su infinita caridad para nuestro provecho.—La primera, para que la divina bondad, que tan amiga es de comunicarse á sus criaturas, se dilatase mas y á mayores grandezas en ambos sexos de la naturaleza humana, levantando un varon á la infinita dignidad de Hijo natural de Dios, y levantando una mujer á la dignidad de Madre de Dios, que, como dice santo Tomás (1 *p. q.* 25, *art* 6 *ad* 4), tambien en alguna manera es infinita. Con lo cual nos da prendas, que sin acepcion de personas hará bien á todos, porque, segun dice el Apóstol (*Galat.* III, 28), en Cristo Jesús no hay diferencia de hombre á mujer, de libre á esclavo, ni de grande á pequeño.

2. La segunda causa fue, para que como nuestra perdicion comenzó por un hombre y una mujer, así nuestra redencion tuviese

principio de otro hombre y de otra mujer; principalmente de Cristo, como cabeza y único medianero nuestro, y padre del siglo futuro. Y luego de su Madre, como de su ayudadora en la obra de nuestra redencion; á los cuales acudiesen los hombres por remedio de sus necesidades, con la confianza que suelen acudir á su padre y madre. Y en especial Cristo nuestro Señor quiso tener madre, para que ella fuese tambien madre y abogada de los pecadores; los cuales, si por pusilanimidad temiesen acudir á él (*Ansel.* Lib. de excel. Virg. c. 6), por ser no solamente hombre y abogado nuestro, sino tambien Dios y juez muy justo, acudiesen confiadamente á su Madre, á quien no pertenece ser juez, sino abogada; y ella, como madre llena de misericordia y piedad, abogase por todos. Por donde se ve, cuán grandes ganas tiene Dios de nuestra salvacion, y de que tengamos confianza de alcanzarla, pues tantos medios tan suaves y eficaces inventó para ello. Gracias te doy, Padre eterno, por habernos dado padre y madre de nuestra naturaleza, por cuyo medio seguramente podemos negociar tu gracia. Gracias te doy, Verbo divino, por haber querido tener madre, que juntamente lo fuese nuestra, por la cual hallásemos entrada en el trono de tu infinita misericordia, para que no nos condene tu rigurosa justicia. —La última causa fue, porque gustó Dios de hacerse niño por nosotros, y de tener madre en la tierra, á quien obedecer y sujetarse, como los demás hombres, para darnos ejemplo de humildad y de otras virtudes, —como se verá en la meditacion IX, y en otras siguientes.—

Punto segundo.—Lo segundo, se ha de considerar la eleccion de la Vírgen nuestra Señora para ser madre de Dios, ponderando como la santísima Trinidad, entre innumerables mujeres que vió en su eternidad, puso los ojos graciosamente en la Vírgen, y la escogió para las grandezas que dijimos en el punto precedente; es á saber, para ser madre del Verbo divino encarnado, y su cooperadora en la redencion del mundo; madre y abogada de los hombres, y á quien el mismo Dios en cuanto hombre se sujetase y obedeciese. Esta (*Vide Suarez*, t. 2, in 3 part. disp. 1) eleccion, como dicen los santos Padres, fue la raíz de las otras grandezas de esta Señora; y de ello tuvo siempre grande estima y agradecimiento, viendo que habia sido de pura gracia y sin merecimientos suyos; porque como Dios la escogió para ser madre, pudiera escoger á otras muchas mujeres, y hacer tales como á ella. Pero yo he de gozarme de que le cupiese esta buena suerte, y darla el parabien de ella, diciéndola: Ó Vírgen santísima, gózome de que hayais sido escogida

para dignidad tan soberana, como es ser madre del mismo de quien sois hija. Y pues con esta dignidad os dan tambien ser madre y abogada de los pecadores, mostraos ser madre nuestra en favorecernos, y abogad por nosotros para que seamos dignos hijos de quien Vos sois madre.

PUNTO TERCERO.—*De la predestinacion de* NUESTRA SEÑORA.— 1. De aquí he de subir á considerar, como Dios nuestro Señor en su eternidad, escogiendo á esta Señora para ser madre suya, juntamente la escogió para ser vaso excelentísimo de su misericordia, en quien depositase todas las grandezas de gracia y gloria que convenian á Madre de tal Hijo. Y (*D. Thom.* 3 *p. q.* 7, *art.* 10. *ex August.* Lib. de nat. et gratia, c. 36) por consiguiente, las mayores que se concediesen á pura criatura, por lo cual se dice de ella, que es (*Cant.* VI, 9): *Electa ut sol*, escogida como el sol; porque como el sol es único y singular en sus excelencias entre todas las estrellas, así la Vírgen fue escogida para ser única y singularísima en los dones de gracia entre todas las puras criaturas, de modo que ninguna la igualase en ellas.—Esto puedo ponderar en general, por lo que dice san Pablo, que nos escogió Dios (*Ephes.* I, 4), *Ut essemus sancti, et immaculati in conspectu eius in caritate*, para que fuésemos santos y puros sin mancilla en su presencia por la caridad. En todo lo cual tuvo eminencia la eleccion de la Vírgen nuestra Señora.—Lo primero, fue escogida para ser santa con todos los grados de santidad, y en todo género de gracias y virtudes que se habian de dar á las demás criaturas, y con mucha mayor excelencia que á ellas. Porque, como dice san Jerónimo (Serm. de Assumpt. *t.* 9), las gracias que están repartidas entre los otros Santos, todas juntas con gran plenitud se dieron á María, porque habia de nacer de ella el Autor de todas las gracias, Cristo Jesús; el cual, como es Santo de los Santos, quiso santificar á la que habia de ser su tabernáculo (*Psalm.* XLV, 5), para que entre las puras criaturas fuese como Santa de las Santas, superior á todas en la santidad.

2. Lo segundo, fue escogida para ser pura y sin mancilla con todos los grados de pureza que se podian hallar en pura criatura, sin que tuviese mancha de culpa ni rastro de ella; porque, como dice san Anselmo (De concept. Virg. *c.* 18), convenia que la Vírgen resplandeciese con tal pureza, que despues de Dios no la hubiese mayor, por cuanto habia de ser madre del que es la misma pureza; el cual, como en cuanto Dios tiene Padre puro y limpio de todo pecado, por su divina esencia, así en cuanto hombre queria tener Ma-

dre pura y limpia con semejante pureza, por especial gracia, para que la Madre de la tierra se pareciese tambien al Padre del cielo.

3. Lo tercero, fue escogida para ser santa y sin mácula, no como quiera, sino en la presencia de Dios; esto es, para que con santidad y pureza no fingida, sino verdadera, no exterior solamente, sino tambien interior, anduviese en la presencia de Dios: *in conspectu eius in caritate;* así en la presencia de su divinidad, mirándole y agradándole en todas sus obras, como fiel hija, como tambien en la presencia de Dios humanado, regalándole y sirviéndole como madre, amándole por ambos títulos con encendidísima caridad, y allegando con tales servicios innumerables y muy esclarecidos merecimientos, por los cuales la comunicase despues su amorosa presencia y clara vista con mayor excelencia de gloria que á todos los demás escogidos. Todo lo cual procedió de la infinita caridad con que la santísima Trinidad la amó sobre todos, y la predestinó para tanta gloria. El Padre, porque habia de ser madre de su propio Hijo. El Hijo, porque habia de ser su propia madre. Y el Espíritu Santo, porque habia de obrar en ella la concepcion de este Hijo, Dios y hombre verdadero.

4. Este es el fin de la eleccion y predestinacion de la Vírgen, por la cual he de alabar á la santísima Trinidad, y gozarme de la gloria que de aquí resulta á la que tengo por madre. Y pues Dios nuestro Señor tambien me ha llamado por su infinita caridad para ser santo y sin mancilla en su presencia, he de tomar á la Vírgen por dechado de todo esto, para imitarla en las tres cosas que se han dicho, y por abogada, para que me las alcance de su Hijo, procurando yo de mi parte, como dice san Pedro (II *Petr.* I, 10), hacer cierta mi vocacion y eleccion con buenas obras. Ó Vírgen soberana, gózome de que seais escogida como el sol, en quien no hubiese oscuridad de culpa, sino grande resplandor de gracia, y despues esclarecida lumbre de gloria, excediendo á los demás Santos, como el sol á las estrellas. Haced conmigo oficio de sol, alumbrando mis tinieblas, para que sea puro y resplandeciente como estrella del firmamento (*Dan.* XII, 3), luciendo en perpétuas eternidades. Ó Dios eterno, por cuya caridad sin nuestros merecimientos fuimos escogidos para ser limpios y santos en tu presencia, gracias te doy por haber escogido á esta Vírgen con eleccion tan soberana; y por ella te suplico limpies mi alma de sus culpas, y la adornes con tus virtudes para que viva siempre en tu presencia y alcance la vida eterna. Amen.

mente lo malo, sino lo imperfecto y menos bueno, escogiendo siempre lo que tenia por mejor y estampando en cada obra la gloriosa pureza que tiene la Iglesia triunfante. Este modo de pureza, en el grado que me es posible, he de procurar y pedirle á Nuestro Señor, diciéndole (*Psalm.* XLV, 5): Ó Dios eterno, que santificaste el tabernáculo de tu Madre, asistiendo sin mudanza en medio de ella y madrugando cada dia muy de mañana para ayudarla en todas las obras que hacia, santifica tambien mi alma. Asiste siempre con ella, y madruga, previniéndome con tu gracia, para que mis obras sean puras, sin mancha ni ruga, ni cosa que te desagrade. Amen.

5. El cuarto privilegio fue, llenarla en aquel instante de gracia y caridad, y de las otras virtudes y dones del Espíritu Santo, con tanta abundancia y plenitud, que excedia á los Ángeles y Serafines del cielo, para que fuese digna madre de Dios y digna reina de las jerarquías angélicas (*Hebr.* I, 4), haciéndola tanto mejor y mas santa que ellos, cuanto era mejor el nombre que pensaba darla de madre, que el que ellos tenian de siervos y ministros en su casa: de suerte que la Vírgen comenzó su carrera por donde los Ángeles acabaron la suya; y estando en la tierra tenia mas grados de santidad que los que vivian en el cielo, sacando lo que es propio de aquel estado, cumpliéndose en ella lo que dice David de la ciudad de Dios (*Psalm.* LXXXVI, 2), que sus fundamentos son sobre los montes altos, porque los principios de su vida fueron mas empinados en santidad, que la cumbre donde llegaron los grandes Santos de la Iglesia. ¡Oh qué contento recibiria la santísima Trinidad mirando la excelencia de esta Niña! El Padre eterno se holgaria de tener tal hija. El Hijo de Dios se alegraria viendo tan bella á la que habia de ser su madre. Y el Espíritu Santo se regocijaria en tener tal esposa; y todos tres entraron en ella por gracia, y moraban en ella con sumo gozo. ¡Oh Ángeles del cielo que adorásteis despues al Hijo de Dios cuando entró en el mundo, venid á reverenciar en este punto á la que ha de ser su Madre y vuestra Reina! Ó Reina de los Ángeles, desde ahora os saludo en el vientre de vuestra madre con las palabras que despues os dirá el ángel san Gabriel: Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita tú entre las mujeres, porque en el primer instante de tu concepcion hallaste gracia delante de Dios sobre todas ellas. Pedidle, Señora, que limpie mi espíritu, enfrene mi carne, modere mis pasiones, y me llene de su gracia para que comience á servirle con gran fervor y perseverancia, hasta que alcance la corona. Amen.

MEDITACION IV.

DE LA VIDA DE NUESTRA SEÑORA HASTA LA ENCARNACION, EN QUE SE TRATA DE SU NATIVIDAD, PRESENTACION AL TEMPLO, Y DESPOSORIOS CON SAN JOSÉ.

PUNTO PRIMERO.-*De la natividad de* NUESTRA SEÑORA.— 1. Lo primero, se ha de considerar, como cumplidos nueve meses despues de la concepcion de la Vírgen, nació en casa de sus padres para gozo de todo el mundo, como dice la Iglesia, ponderando el gozo que tendria la santísima Trinidad, viendo nacida á esta Niña tan querida suya, por la cual pensaba obrar cosas tan gloriosas para su gloria y bien nuestro; y así es de creer que en este dia comunicaria á los Ángeles del cielo, y á los justos de la tierra, y á los santos Padres del limbo una nueva de alegría accidental (aunque no todos sabrian la causa de ella) como pronóstico del gozo que recibirian con la venida de Dios al mundo, cuya madre habia de ser aquella Niña. De la manera que la aurora cuando nace, causa cierto modo de gozo y alivio en los vivientes, como señal del nacimiento del sol. Porque si muchos se gozaron en la natividad de san Juan, porque era lucero y precursor de Cristo, muchos mas sin comparacion se holgarian con el nacimiento de la Vírgen que habia de ser su madre. Y con esta consideracion me moveré á afectos de alabanza y gozo dando el parabien á la santísima Trinidad del nacimiento de esta Niña; al Padre eterno, porque le ha nacido tal hija; al Hijo de Dios porque ha nacido la que ha de ser su madre; al Espíritu Santo, porque le ha nacido tal Esposa. Ó Trinidad beatísima, sea para bien el nacimiento de esta querida vuestra, repartid conmigo el gozo que dais á otros, pues tambien nace para mí.

2. *La devocion con la Vírgen es señal de predestinacion.*—De aquí tambien tengo de sacar otro motivo de grande gozo espiritual, ponderando, que así como el nacimiento de la Vírgen causó alegría en el mundo porque era señal de la venida del Salvador á redimirle, así tambien cuando la devocion de la Vírgen nace en un alma, causa en ella grande gozo, porque es grande prenda de que vendrá Dios á ella, y la salvará; y por esto dijo san Anselmo (De excel. Virg. c. 4), que ser muy devoto de Nuestra Señora era señal de estar predestinado para el cielo, porque con su devocion entran

tial, que la llamó hija; y fue tanto lo que con esta nueva obediencia y humildad creció su hermosura, que el Rey de los cielos y tierra se aficionó á ella, y se gozó de haberla escogido para ser su madre. De aquí sacaré cuán grande merced hace Dios al que con eficacia inspira y saca de las ocasiones y peligros del mundo, y le hace dejar su tierra y la casa de su padre para servirse de él; y cuán justo es que obedezcamos todos á tal inspiracion, cuando la sintiéremos, pues es señal de amarnos Dios como á hijos muy queridos, sacándonos como sacó al santo Abrahan del fuego de los caldeos, y como sacó al justo Lot del incendio de Sodoma.

2. Lo segundo, se puede ponderar la devocion de san Joaquin y santa Ana, padres de la Vírgen; los cuales, como santos no solamente no estorbaron los buenos deseos de su Hija, sino que la ganaron por mano, y movidos por inspiracion del mismo Dios le ofrecieron el fruto único de su vientre, volviéndole lo que les habia dado, teniéndose por dichosos de que Dios se sirviese de su Hija y privándose de ella por dársela á él. Lo cual harian no con menor espíritu que Ana (I *Reg.* I, 28) madre de Samuel ofreció su hijo á Dios, porque sabian cuán agradable le seria esta ofrenda. De donde tambien puedo aprender á ofrecer á Dios con espíritu y fervor la hija única y mas querida de mi alma, que es la libertad, y la primera de sus aficiones, que es el amor, con determinacion de no querer mas de lo que él quisiere, y amar solamente lo que él amare; ofreciéndome á darle cualquier cosa mia que me pidiere.

3. Lo tercero, ponderaré la devocion de la misma Vírgen en esta presentacion; porque en diciendo sus padres que la querian llevar al templo, se llenó de alegría diciendo aquello de David (*Psalm.* CXXI, 1): Me he alegrado por las cosas que me han dicho; porque tengo de ir luego á la casa del Señor. Pero en llegando al templo comenzó á subir sus quince gradas con gran fervor y espíritu, proponiendo de subir por todos los grados de la virtud hasta lo supremo de la perfeccion, cumpliendo lo que dijo David (*Psalm.* LXXXIII, 6): Bienaventurado el varon á quien tú ayudares, el cual trazó subidas y crecimientos dentro de su corazon en este valle de lágrimas, en el lugar que para esto escogió: subirá de virtud en virtud hasta ver al Dios de los dioses en Sion. Ó Niña varonil y bienaventurada, á quien Dios favoreció con su ayuda y madrugó muy de mañana para ayudarla; ¡cuán fervorosos propósitos haceis dentro de vuestro corazon, y cuán bien trazais los crecimientos de virtud en este lugar que habeis escogido para vuestra morada! subid en hora bue-

na por estas gradas de virtud en virtud, porque entrada teneis para ver por la contemplacion á Dios todopoderoso en esta ciudad santa de Sion.

4. En habiendo subido la Vírgen al templo, postrada en tierra adoró á la divina Majestad, y se presentó y ofreció á su perpétuo servicio, porque su intencion no fue ofrecerse por un año ó por diez, como las demás doncellas, sino para siempre, con propósito, cuanto era de su parte, de servirle toda la vida en su santo templo. ¡Oh cómo se agradaria Dios de esta ofrenda! ¡con qué gusto la aceptaria, y qué retorno de gracias y dones la volveria por ella! Diria la Vírgen: Veisme aquí, Señor, vengo á vuestra casa para ser perpétua esclava vuestra; recibidme en vuestro servicio, porque no quiero otra suerte mas gloriosa que serviros. Á esto la responderia Nuestro Señor dentro de su corazon (*Cant.* v, 1): Ven, Esposa mia, entra dentro de mi huerto, porque quiero poner en tí mi trono: tú has de ser el sol donde tengo de asentar mi morada, y salir de ella, como esposo de su tálamo. (*Psalm.* XVIII, 6). Adórnale con flores de virtudes, porque presto llegará el tiempo de celebrar mis bodas. Á imitacion de esta Señora tengo yo de presentarme delante de Dios, y ofrecerme á su servicio como esclavo perpétuo, con determinacion de nunca apartarme dél.

PUNTO CUARTO.—*De la vida que hizo en el templo.* — 1. Lo cuarto, consideraré la vida excelentísima de esta Niña en el templo, porque primeramente, como crecia en la edad, crecia en el espíritu delante de Dios y de los hombres; y como dice san Ambrosio (Lib. II de Virginib.), cada paso del cuerpo acompañaba con ejercicio y aumento de virtud, creciendo como la luz de la mañana hasta el perfecto dia (*Prov.* IV, 18), porque el Espíritu Santo la solicitaba con sus inspiraciones, y ella cooperaba con todas las fuerzas que tenia, procurando, como dice el Sábio (*Eccli.* XXXIII, 23), ser en todas sus obras muy excelente, con cuatro excelencias.—La primera, que con cada una crecia en la caridad y santidad.—La segunda, que todas eran obras llenas con la intencion y plenitud de perfeccion que podia, segun sus fuerzas.—La tercera, que en cada obra tenia gran sabiduría y discrecion, con singular constancia, hasta llevarla al cabo.—La cuarta, que con cada una mezclaba mucha variedad de afectos y virtudes, para crecer juntamente en todas. Por estas cuatro excelencias se admiraban los Ángeles y decian (*Cant.* VI, 9): ¿Quién es esta que camina como la mañana, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como ejército de muchos escuadrones

concertados? ¿Quién es esta Niña que camina de virtud en virtud, creciendo como la luz de la mañana, sin parar ni volver atrás? hermosa como luna llena, con plenitud de gracias, sin menguar en ellas? escogida como el sol, sin haber en la tierra otra que la iguale? ¿Y quién es esta que siendo doncella, flaca en la naturaleza, está firmísima en la gracia, por tener dentro de sí el ejército de todas las virtudes, concertadas con el órden de la invencible caridad? Esto decian los Ángeles con afecto de admiracion: y Dios se regalaba en ver su fervor; y los hombres que la miraban se edificaban de ver tanta santidad en tan tierna edad. Pero yo, admirándome y gozándome de lo mismo, juntamente me confundiré, mirando cuán léjos estoy de ello por mi tibieza, deseando salir de ella para imitarlo.

2. Luego ponderaré, como esta Niña gastaba gran parte del dia en subir y bajar por aquella escala (*Genes.* XXVIII, 12) mística de Jacob, que llegaba desde la tierra al cielo, en cuya cumbre estaba Dios, cuyos (*D. Bern.* in Scal. Claustral.) escalones, como arriba se dijo, son leccion, meditacion, oracion y contemplacion. Un rato del dia gastaba en la leccion de las sagradas Escrituras, con grande consuelo de su alma, abriéndola Dios el sentido, para que las entendiese y penetrase. De aquí subia á la meditacion, confiriendo consigo misma lo que habia leido, y buscando nuevas verdades que ilustraban su alma y la encendian con el fuego del amor y devocion. De aquí subia otro rato por el escalon de la oracion, pidiendo fervorosamente á Dios los dones de su gracia, no solamente para sí misma, sino para sus compañeras y para todo el pueblo. Ultimamente subia el escalon de la contemplacion, donde se detenia mucho tiempo, uniendo su ánima con Dios, de quien recibia tanta suavidad y dulzura y tan extraordinaria abundancia de dones celestiales, que ninguno los puede saber sino Dios que se los daba y ella que los recibia, gozando de aquel maná escondido, cuyo sabor ninguno alcanza, si no es quien le recibe. (*Apoc.* II, 17). Y en estos ejercicios era visitada de los Ángeles que andan por esta escalera, consolando á los que suben por ella, y mucho mas á esta Vírgen, cuya pureza era mayor que la suya, y viéndola subir, decian con admiracion aquello de los Cantares (*Cant.* III, 6): ¿Quién es esta que sube por el desierto, como varica de humo oloroso, salido de mirra é incienso y de todo género de polvos aromáticos? ¿Quién es esta Niña que vive en el desierto de este mundo y en la soledad de este templo; y sube, no como vara sino como varica pequeña y humilde en sus ojos; pero olorosísima y graciosísima en los de Dios, en los

cuales siempre va subiendo y creciendo con la mirra de la mortificacion y con el incienso de la oracion y con el ejercicio continuo de todas las virtudes?

3. Finalmente, en bajando esta escalera, se ejercitaba esta Señora en obras de manos para servicio del templo y en provecho de sus compañeras, mezclando sus obras exteriores con oracion, pues por esto se dice de ella (*Cant.* IV, 11), que sus vestiduras olian á incienso. Ó Vírgen soberana, vara que nacísteis de la raíz de Jesé y subísteis á vuestro amado como varica y pebete muy oloroso, alcanzadme que sea yo tambien pequeño en la humildad, y cuidadoso en subir por la escalera de la oracion, por donde Vos subísteis, hasta unirme con Dios, bajando tambien á ejercitar las obras de mortificacion para conmigo, y las de piedad para con mis prójimos, creciendo en todas las virtudes, y dando á todos olor de buen ejemplo, por el cual glorifiquen á Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

PUNTO QUINTO.—*Del voto de virginidad.*— 1. Lo quinto, se ha de considerar como en este tiempo hizo esta soberana Doncella otra ofrenda á Dios nuestro Señor muy nueva, pero muy agradable, que fue el voto de perpétua virginidad, ofreciéndole por especial inspiracion del Espíritu Santo (*D. Thom.* 3, *p. q.* 28, *art.* 4), y con extraordinaria devocion; porque la grandeza del amor que tenia á Dios, la movia á desear entregarle todo su corazon y tomarle por esposo, ocupándose totalmente en pensar en él y en darle gusto, sin (I *Cor.* VII, 34) dividirse en otras cosas como se dividen los casados; y como ella sabia que era mas preciosa la virginidad con voto que sin él, no se contentó con solo tener el propósito de guardarla, sino hizo voto particular de ello, porque siempre quiso hacer lo mejor, lo mas firme y seguro, y lo que glorifica mas á Dios nuestro Señor.

2. Entonces se cumplió lo que dijo de ella su Esposo (*Cant.* IV, 12): Huerto cerrado eres, hermana mia, huerto cerrado y fuente sellada. Llámala dos veces huerto cerrado, porque tuvo perfecta castidad en el alma y en el cuerpo, confirmándola con voto perpétuo, el cual servia de cerradura para su mayor seguridad, añadiendo por guardas la humildad, modestia, silencio y abstinencia, por razon de las cuales tambien la llama huerto; para que se entienda que su virginidad no era estéril, sino acompañada con muchas flores de virtudes y con excelentes frutos de buenas obras; unas que hermoseaban el alma, otras que adornaban el cuerpo, para que

(I *Cor.* VII, 34) fuese *sancta corpore et spiritu*, santa en el cuerpo y en espíritu. ¡Oh cuán agradable era este huerto al divino Esposo! Recreábase con la vista y olor de las flores de sus virtudes: comia de los dulces frutos de sus buenas obras: gozábase de haberle tan bien cerrado con el voto, gustando mucho de la cerradura y guardas que tenia; y así le regaba con grande abundancia de consolaciones y dones celestiales, haciendo en él una fuente y pozo de aguas vivas de sus gracias, cerrado con su divina proteccion.

3. De este heróico ejemplo de la Vírgen sacaré un entrañable deseo de la castidad, ofreciéndome á guardarla con la mayor perfeccion que me fuere posible segun mi estado, tomando á la Vírgen por mi patrona y defensora en esta empresa, diciéndola aquel verso que canta la Iglesia: Vírgen singular, entre todos pura, líbranos de culpas y haznos mansos y castos. Amen. Y á su imitacion cerraré el huerto de mi cuerpo y alma, si Dios me inspirare á ello, con cerradura de voto; y si no pudiere cerrarle de esta manera, pondré como gente de guarda las demás virtudes que guardan la castidad.

PUNTO SEXTO. — *De su desposorio con san José.* — 1. Lo sexto, se ha de considerar como acercándose mas el tiempo de la encarnacion, la Vírgen nuestra Señora, por revelacion de Dios, fue desposada con un varon justo, por nombre José (*Matth.* I, 18; *Luc.* I, 27), certificada de que no peligraria su castidad, á lo cual ella obedeció prontamente. Sobre lo cual ponderaré las causas por que quiso Dios nuestro Señor que su Madre fuese desposada, en las cuales descubre la providencia que tiene de los suyos. — La primera fue, para encubrir el misterio de la encarnacion y el parto de la Vírgen, hasta su tiempo. Y tambien con esto volvió por la honra de su Madre, para que no la tuviesen por adúltera. — Á mas, para que tuviese quien la sustentase y sirviese en sus trabajos y acompañase en sus peregrinaciones, y para que su Hijo tuviese ayo que le criase y mirase por él.

2. Y finalmente, para tener ocasion de engrandecer á san José, levantándole á tal dignidad, como es ser esposo de la Madre de Dios y ayo de su mismo Hijo. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 29). Ó Padre amantísimo, gracias te doy por el cuidado que tienes de tus hijos y domésticos, mirando por su honra y por su alivio y sustento, previniendo con tiempo el remedio de lo que puede molestarles, y buscando ocasiones para engrandecerlos. ¡Dichoso el que está debajo de tu proteccion y amparo! Mira, Señor, por mí, pues soy hechura tu-

ya, para que siempre me ocupe en servirte, pues te empleas siempre en gobernarme.

3. Lo segundo, se ha de ponderar en la Vírgen la grande fe y confianza que tuvo en Dios, de que su castidad no peligraria en el casamiento. Además, la obediencia tan grande que mostró en aceptar este estado que tanto ella rehusaba, negando su voluntad y resignándola en la de Dios; en lo cual tengo de imitarla conforme á mi estado, persuadiéndome que por obedecer á Dios, si me fio de él con viva fe, no perderé virtud, ni consuelo, ni cosa de cuantas con razon puedo desear para mi salvacion. Porque Dios sabe y puede juntar virginidad con desposorio, contemplacion con ocupacion, y la hermosura de Raquel con la fecundidad de Lia, sin que la una reciba daño de la otra.

Punto séptimo.—*Del fervor con que deseaba la encarnacion.* — 1. Lo séptimo, se ha de considerar los encendidos deseos que tenia la Vírgen de la venida de Dios al mundo; los cuales tanto mas crecian, cuanto mas se acercaba el tiempo de la encarnacion, inspirándoselos el Espíritu Santo, cuya propiedad es, cuando quiere conceder alguna cosa á los escogidos, inspirarles vivos deseos de ella, para que con el deseo y la oracion se dispongan á recibirla.—Demás de esto solicitaba á la Vírgen su misma caridad, con sus dos nobilísimos actos: amor de Dios y del prójimo; celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas; porque como amaba mucho á Dios, deseaba verle ya hecho hombre, para conocer mas sus grandezas y ver sus obras maravillosas, y conversar con él familiarmente. Diríale aquello de los Cantares: ¡Quién me (*Cant.* VIII, 1) diese, hermano mio, que te viese yo á los pechos de mi madre, para que te halle fuera y te bese, y ninguno me desprecie! Te asiré y te entraré en la casa de mi madre y en el retrete de la que me engendró; allí me enseñarás, y yo te daré á beber vino escogido y zumo de mis granadas. ¡Oh quién fuese tan dichosa que te viese ya hecho hombre, mamando á los pechos de alguna mujer, y te hallase fuera desde el cielo, conversando visiblemente con los hombres en la tierra, para que yo te diese beso de paz y le recibiese de tí! Entonces procuraria conversar contigo y oir tu doctrina en este templo, y convidarte con lo que mucho deseas, dándote todo mi amor con muchos afectos y obras de caridad.

2. Con esto se juntaba, que su celo la comia las entrañas viendo las ofensas de Dios y la perdicion de los hombres, y así clamaba con grandes gemidos y oraciones, pidiendo á Dios que viniese á re-

mediarlos, repetiria con grande afecto las oraciones de David y de Isaías, de que usa la Iglesia en el Adviento, diciendo á Dios (*Psalm.* LXXIX, 3; LXXXIV, 8; *Isai.* LXIV, 1; XLV, 8): Despierta, Señor, tu potencia, y ven para hacernos salvos. Muéstranos tu misericordia, y danos tu Salvador. ¡Oh si rompieses los cielos y vinieses! Enviad, cielos, vuestro rocío, y nubes, lloved al Justo; ábrete, ó tierra, y brota al Salvador.

3. Finalmente, pudo tanto la oracion de la Vírgen con Dios nuestro Señor, que con estar el mundo tan perdido, como verémos luego, y desmereciendo mucho los hombres esta merced, ella sola se contrapuso á los deméritos de todos, y con sus merecimientos y oraciones fue parte para que el Hijo de Dios apresurase su encarnacion, sin hacer caso de la indignidad del mundo. ¡Oh eficacia maravillosa de la oracion de la Vírgen! Gózome, Señora mia, de que podais tanto con Dios, que le hagais salir de paso y apresurar su venida; pedidle que apresure tambien venir á visitarme; y para que sea digno de su visita, suplicad al divino Espíritu me inspire deseos fervorosos de ella. Amen.

MEDITACION V.

DEL TIEMPO QUE ESCOGIÓ DIOS PARA ANUNCIAR Y EJECUTAR EL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

— Tres tiempos pudo escoger Dios nuestro Señor para ejecutar el decreto de su encarnacion.-El primero (*D. Thom.* 3 *p. q.* 1, *art.* 5), al principio del mundo, luego que Adan pecó.-El segundo, al medio de su duracion, que el profeta Habacuc llama en medio de los años (*Habac.* III, 2).-El tercero, cerca del fin. Pero la divina Sabiduría escogió el primer tiempo para prometer este misterio, en cuanto remedio del pecado. El segundo, para ejecutarle. Y todo lo restante, para recoger copiosos los frutos que de él habian de nacer, ordenándolo así para nuestro bien, por las causas que se ponderarán en los puntos siguientes. —

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, luego que Adan y Eva pecaron, quiso revelarles el misterio de su encarnacion en remedio de su pecado y de las penas que por él habian merecido, para mostrar en esto la grandeza de su caridad y misericordia con los hombres. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 2, *art.* 7

ex Genes. III). — Esta resplandeció, en que viniendo como juez á tomar cuenta á Adan y Eva de su desobediencia, y á declararles la sentencia de muerte en que habian incurrido por ella, juntamente como Padre misericordioso les promete, no solo hacerse hombre por ellos, sino morir para librarlos de la muerte, pretendiendo con esto, que con la fe de este Remediador no desconfiasen de la divina misericordia, ni del perdon de su pecado, sino que luego le procurasen con la penitencia, doliéndose de haber ofendido á quien tanto amor les mostraba. De suerte, que cuando Dios echaba á nuestros primeros padres y á todos sus descendientes del paraíso terrenal, entonces les promete quien les abra las puertas del paraíso celestial; y cuando les carga de maldiciones por la culpa, les ofrece al Autor de todas las bendiciones celestiales, por sola su gracia; y cuando están vencidos del demonio, les asegura que nacerá de ellos un hombre que les libre de su tiranía. *Ipsa conteret caput tuum.* Ó Padre de misericordias y Dios de toda consolacion, gracias te doy porque en medio de tu ira te acuerdas de tu infinita misericordia. (*Habac.* III, 2). Y cuando todos los hombres, por el Adan primero, merecíamos ser malditos, nos prometiste el Adan segundo, por quien fuésemos benditos. Muestra, Señor, conmigo esta misericordia, librándome de las maldiciones que merezco por mis pecados, y llenándome de las bendiciones que tu Hijo me ganó con sus merecimientos. Ó Hijo de Dios vivo (*Apoc.* XIII, 8), Cordero muerto desde el principio del mundo, porque desde entonces se publicó la muerte, y dió á los hombres que pecaron la verdadera vida; gracias te doy por esta merced que nos hiciste, por la cual te suplico me apliques el fruto de ella, para que libre de la muerte de la culpa, alcance por tí la vida de la gracia. Amen.

2. Tambien ponderaré la infinita misericordia de Dios en no dilatar esta promesa de nuestro remedio muchos dias, ni aun horas, sino en el mismo dia que pecó Adan, vino á darle aviso de su yerro y de su remedio, porque desea grandemente que el pecador, ya que peca por flaqueza, no se detenga ni un solo dia en su pecado, por el grande daño que de ello le resulta, sino que luego se convierta y haga penitencia. Todo esto he de aplicar á mí mismo, considerando como muchas veces Nuestro Señor, cuando he pecado, en lugar de castigarme con justicia, me previene con inspiraciones, ofreciéndome el perdon con misericordia; por lo cual debo darle muchas gracias y procurar en el mismo dia que pecare levantarme luego por la penitencia. De modo que, como dice san Pablo (*Ephes.*

IV, 26), el sol no se ponga sin quitar de mí la ira y la soberbia, y cualquier otra culpa.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar la conveniencia del tiempo que Dios escogió para ejecutar el decreto de su encarnacion (*Galat.* IV, 4), á fin de que campease mas su infinita misericordia. Para esto he de mirar el estado en que estaba el mundo cuando Dios vino á remediarle, discurriendo por los pensamientos, palabras y obras de los hombres, comparándolas con las de Dios; las cuales, como dice Isaías (*Isai.* LV, 9), eran tan diferentes cuanto el cielo y la tierra están distantes.—Primeramente levantaré los ojos al cielo y miraré á la santísima Trinidad en el trono de su gloria, considerando los pensamientos que tenia y las trazas que estaba dando de remediar entonces al hombre por medio de la encarnacion del Verbo divino; y así como las tres divinas Personas, cuando quisieron criar á Adan, dijeron (*Genes.* I, 26): Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza; así ahora dirian: Remediemos al hombre que criamos, reparando la imágen y semejanza que le dimos. ¡Oh qué gusto tan grande tendrian en esta plática! qué alegría por haber llegado el tiempo de ejecutar su determinacion! y qué regocijo en apercibirse cada Persona para lo que de esta obra le tocaba! El Padre para enviar á su Hijo al mundo. El Hijo para venir y juntar su divina persona con nuestra naturaleza. Y el Espíritu Santo, para obrar esta soberana union. Gracias te doy, ó Trinidad beatísima, por el gusto con que tratas de mi remedio. ¡Oh si tratase yo con mucho gusto de todo lo que toca á tu servicio!

2. Luego bajaré los ojos á ver lo que entonces pasaba en el mundo, considerando como habia llegado al abismo de las maldades. Los gentiles habian crecido tanto en las idolatrías, que se hacian adorar como dioses. Los judíos estaban llenos de hipocresías, avaricias, ambiciones y otros innumerables pecados. La tierra, toda estaba anegada con un diluvio de inmundicias y carnalidades, alcanzándose, como dice Oseas (*Osee*, IV, 3), una ola de sangre á otra. Todo esto estaba Dios mirando desde su cielo (*Psalm.* XIII, 2), sin que se le encubriese nada; y aunque tanta muchedumbre de pecados le provocaba á grande saña, no fueron parte para que dilatase su determinacion. Antes este Dios misericordiosísimo, como dijo el profeta Habacuc (*Habac.* III, 2), cuando habia de mostrar mas su ira, se acordó de hacernos mayor misericordia; y en lugar de anegar otra vez el mundo con otro diluvio ó abrasarle con fuego, como á Sodoma, quiere anegarle con abundancia de misericordias y abra-

sarle con el fuego de su amor, dándole su propio Hijo para que le remedie, y viniendo el Hijo á remediarle. ¡Oh caridad infinita, cuyas llamas no pudieron ser anegadas con las muchas aguas de los rios de innumerables pecados, antes crecieron con mayores muestras de amor, haciendo la mayor de todas las mercedes al que cada dia se hacia mas indigno de ellas! Gracias te doy, ó amantísimo Señor, por este amor que nos mostraste, por el cual te suplico, que si yo, como malo, mereciere tu ira, tú, como tan bueno no dejes de favorecerme con la grandeza de tu misericordia.—Esta consideracion he tambien de aplicar á mí mismo, ponderando como ha sucedido muchas veces, que cuando yo estaba actualmente ofendiendo á Dios con mis obras, entonces estaba Dios haciéndome grandes beneficios, y trazando de hacerme otros mayores, como es sacarme del mundo para la religion, ú otro semejante, por lo cual he de darle muchas gracias.

3. De aquí puedo tambien subir á ponderar, cuánto resplandece la infinita misericordia de Dios en haber aguardado á hacerse hombre cuando estaba Judea en tal disposicion, que los hombres por su mala vida le habian de aborrecer y perseguir por envidia, hasta quitarle la vida, tomando de aquí ocasion para redimirles con su muerte. Ó sabiduría infinita de Dios, ¡cuán contraria eres á la del mundo, pues tratas de remediarle cuando has de tener mayores ocasiones de padecer por su remedio! ¡Oh cuán contrarias á esta son las trazas de mi carne, que huye las ocasiones de trabajo, y busca las que son para su descanso! Desbaratad, Señor, mis trazas, para que siga las vuestras, abrazando el trabajo como Vos le abrazásteis para mi ejemplo.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, se ha de considerar las causas por que Nuestro Señor dilató tantos millares de años su venida al mundo; ponderando especialmente dos para mi provecho.—La primera es, para que en este tiempo los hombres, por la experiencia de sus innumerables y gravísimos pecados, conociesen la extrema necesidad que tenian de su Remediador. El cual, como venia del cielo para médico de nuestras dolencias, aguardó á que creciesen y se manifestasen, para que tambien se manifestase su infinita sabiduría y omnipotencia en curar tan graves enfermedades con tan proporcionados remedios. Por esta causa, cuando la soberbia creció tanto en el mundo, que el hombre queria usurpar la grandeza de Dios, quiso Dios tomar forma de hombre, para curar tan abominable soberbia con tan profunda humildad. Y cuando hervia la codicia de

riquezas, honras y regalos, entonces quiere Dios vestirse de pobreza, desprecios y dolores, para curar tan encendida codicia de bienes temporales con tan encendido desprecio de ellos. Ó Médico soberano, gracias te doy por haber venido en tal coyuntura á curar nuestras enfermedades con tan preciosas medicinas. Mira, Señor, que han crecido mucho mis llagas; no dilates mas el remediarlas, para que se descubra en mí la grandeza de tus misericordias.

2. La segunda causa de esta dilacion fue porque quiere Nuestro Señor que sus dones, especialmente cuando son muy grandes, sean estimados, pedidos y solicitados con oraciones y gemidos, como lo hicieron todo este tiempo los padres que estaban en el limbo y los justos que vivian en la tierra. Y de camino tambien con esta dilacion probaba la confianza y paciencia de los justos, á quien estaba hecha promesa, porque es heróica virtud no perder la confianza cuando se dilata mucho el cumplimiento de la promesa. Por lo cual dijo un profeta (*Habac.* II, 3): Si se tardare, espérale, porque el que ha de venir, vendrá y no tardará; esto es, si tardare conforme al deseo de tu corazon, no tardará conforme al órden de su divina providencia, y á lo que pide tu necesidad, porque vendrá infaliblemente en el tiempo determinado, cuando su venida te entrará en mayor provecho.

3. Estas dos causas he de aplicar á mí mismo, ponderando como Dios nuestro Señor suele permitir que sus escogidos padezcan largo tiempo grandes aflicciones y sequedades, para que con esta experiencia conozcan la necesidad que tienen de ser visitados de Dios, y se funden en profunda humildad, y con la dilacion crezcan los deseos del remedio y se pruebe su fe y confianza, y así vengan á estimar en mucho el don de Dios y guardarle con gran cuidado. Y conforme á esto, considerando cuán grande dicha ha sido la mia en haber nacido despues que este soberano misterio se ejecutó, para gozar mas copiosamente de las gracias y dones que por él se comunicaron á los hombres; mis ansias y suspiros, mis deseos y gemidos han de ser, que venga Dios á mi corazon por gracia y visite mi alma con abundancia de sus dones, tomando por nombre, como otro Daniel (*Dan.* IX, 23), varon de deseos, empleándolos en desear la venida del que tomó por nombre (*Aggaei*, II, 8): el Deseado de las gentes, sin cansarme de solicitar esto, aunque me parezca que se dilata mucho, porque no hay plazo que no llegue, y cuanto fuere mayor la solicitud, tanto será menor la dilacion y mayor el premio.

MEDITACION VI.

DE LA VENIDA DEL ÁNGEL SAN GABRIEL Á ANUNCIAR EL MISTERIO DE LA ENCARNACION Á LA VÍRGEN, Y DEL MODO COMO LA SALUDÓ Y QUITÓ EL TEMOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar lo que pasó en el cielo, cuando llegó el tiempo señalado por Dios nuestro Señor para hacerse hombre, imaginando como la santísima Trinidad, estando en el trono de su gloria, queriendo dar noticia de esto á la que habia de ser madre del Verbo encarnado, determinó enviarla una embajada muy gloriosa para que lo aceptase; cuyo principio cuenta el Evangelista, diciendo (*Luc.* I, 26): *Fue enviado de Dios un ángel que se llamaba Gabriel, á una ciudad de Galilea que se decia Nazareth, á una vírgen desposada con un varon por nombre José, de la casa de David, y el nombre de la vírgen era María.*—En esta embajada se ha de ponderar quién la envia, quién la trae, á quién viene y sobre qué, sacando de todo, provecho para mi alma.—El que la envia es Dios omnipotente, que sin tener necesidad de sus criaturas, solo por ser bueno y por hacer bien á los hombres, gusta de comunicar con ellos y enviarles recados y embajadas, sirviéndose para esto, como de criados, de criaturas tan nobles como son los Ángeles, los cuales, como dice san Pablo (*Hebr.* I, 14), son ministros de Dios para bien de los que han de recibir la herencia de la eterna salud; y su continuo ministerio es andar por la escalera que vió Jacob (*Genes.* XXVIII, 12), bajando recados de Dios para los hombres, y subiendo recados y peticiones de los hombres á Dios. Ó Dios de inmensa majestad (*Psalm.* VIII, 5), ¿quién es el hombre para que te acuerdes de él? ó el hijo del hombre para que le envies á visitar? Alábente tus mismos Ángeles, por el amor tan tierno que tienes á los hombres.

2. El que trae la embajada es un arcángel tan excelente, que tiene por nombre Gabriel, que quiere decir (*D. Greg.* Hom. 34 in Evang.) fortaleza de Dios, para significar la fortaleza que resplandece en el Señor que le envia y en el que ha de encarnar, y en las obras que el Verbo encarnado ha de hacer, y en los ministros que ha de tomar para publicarlas, á los cuales representa este embajador, el cual en virtud de Dios era fuerte (*Psalm.* CII, 20) y poderoso para cumplir todo cuanto le mandase, no solo en este caso que

era tan glorioso, sino en cualquier otro aunque fuese humilde, como despues verémos (*Medit.* XIII), porque su gloria es hacer lo que Dios quiere; y á su imitacion procuraré yo, con la divina gracia, vestirme de su fortaleza, para cumplir en todo la voluntad divina.

3. Á quien viene la embajada es una doncella pobre, olvidada del mundo, desposada con un pobre oficial que vivia en una ciudadilla tan apocada, que apenas se podia creer que de ella saliese cosa buena (*Ioan.* I, 46); pero era santísima y purísima, y por esto tan estimada de Dios, que fue preferida á las hijas de los reyes y emperadores del mundo; porque en los ojos de Dios no hay otra grandeza que la santidad, ni en los mios la ha de haber, estimando solamente lo que Dios estima.-El intento de la embajada es, pedir consentimiento á esta Vírgen para ser madre de Dios, porque este Señor es de tan noble condicion, que con ser Señor absoluto, no quiere servirse de sus criaturas en cosas tan graves, sin el consentimiento libre de ellas. Y aunque el ser madre de Dios era cosa muy excelente, habia de tener anejos grandes trabajos, y era bien que la Vírgen de su voluntad aceptase la dignidad con la carga, para que mereciese mas y se le hiciese mas suave y llevadera; así como tampoco quiere entrar á morar por gracia en los hombres, ni levantarles á la dignidad de hijos de Dios, sin su libre consentimiento, cuando tienen uso de razon.

4. De aquí pasaré á considerar esta embajada espiritualmente, aplicándola á mí mismo, y ponderando como Dios nuestro Señor me envia cada dia invisiblemente muchas embajadas con sus inspiraciones, las cuales, como dice san Buenaventura, son nuncios y mensajeros invisibles de Dios (Tractat. de 7 donis Spiritus Sancti, *c.* 6, *ex Ricardo de Sancto Victore, et D. Bern.* Serm. 1 de Pentecost.), y por ellas me habla y descubre su voluntad, y solicita á que le dé entrada en mi alma, y á que me ocupe siempre en cosas de su servicio. Y así en sintiendo dentro de mí estas inspiraciones, las he de venerar como á embajadores de Dios, y darle muchas gracias porque se digna hablarme por ellas, consintiendo luego á todo lo que me pide, y suplicándole que otras muchas veces me hable. Ó Padre amorosísimo, que solicitas mi consentimiento con tanto amor y cuidado, como si te importara á tí lo que me importa á mí; inspírame lo que quisieres, que aparejado estoy á consentir con cuanto me inspirares.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la entra-

da del Ángel á la Vírgen, y el modo con que la saludó, ponderando como tomó del aire un cuerpo de figura humana hermosísimo. Y de esta manera entró donde estaba la Vírgen con rara modestia, reverencia y gravedad, y con un semblante exterior de santidad, que declaraba bien la que tenia el que dentro de aquel cuerpo estaba, para enseñarnos cuáles han de ser en lo exterior los varones apostólicos, que, como dice san Pablo (II *Cor.* v, 20; *Ephes.* vi, 20), son embajadores de Cristo; y cuáles tambien han de ser los religiosos que profesan vida angélica, cuyo exterior ha de representar santidad y mover á ella á todos los que les vieren.—En entrando el Ángel saludó á la Vírgen, no con salutaciones vanas, sino con palabras divinas que Dios le puso en la boca, diciéndola: *Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres.* Esta salutacion (*S. Ambr.*; *Beda* in Luc. i), como dicen los Santos, fue nueva y nunca oida en el mundo, inventada por la santísima Trinidad para honrar á la Vírgen, y declarar su rara santidad y nueva dignidad, como era nuevo el misterio á que se ordenaba. Porque como Cristo era hombre nuevo, contrario al Adan, así la Vírgen que le concibió (*Ierem.* xxxi, 22), era mujer nueva contraria á la antigua Eva. Con este espíritu y estima se ha de decir y meditar esta nueva salutacion, ponderando en cada palabra la grandeza que significa, con afectos de gozo y agradecimiento, gozándome de que la Vírgen tenga tal grandeza, y dando gracias á Dios porque se la dió, pidiéndole alguna parte de ella y proponiendo de imitar lo que es imitable.

2. *Ave.*—Primeramente, el Ángel para manifestar su gozo y la nueva gozosa que traia, y asegurar á la Vírgen, entra diciendo: *Ave*, que quiere decir Dios te salve, paz sea contigo, alégrate y asegúrate, porque la nueva que traigo es de paz y prosperidad. Ó Vírgen soberana, con todo el afecto de mi corazon te saludo y digo: Ave, Dios te salve, pues por tí comenzó nuestra salud, concibiendo al que es Autor de ella. Tú has trocado el nombre de Eva, deshaciendo sus miserias y llenándonos de misericordias. La otra Eva fue principio de la culpa, tú eres principio de la gracia. Por la otra entró en el mundo la muerte, por tí entró la vida. (*Genes.* iii, 6). La otra nos sujetó á la serpiente, tú la has quebrantado la cabeza. Alégrate, ó Vírgen bienaventurada, por la buena suerte que te ha cabido, y renueva mi corazon para que cada dia te cante este nuevo cántico de alabanza con nuevo fervor de espíritu. (*Psalm.* xxxii, 3). Amen.

3. Lo segundo, se ha de ponderar la causa porque el Ángel en esta primera salutacion no nombró á la Vírgen con su nombre propio diciendo: Dios te salve, María, sino Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres. Esto hizo para que entendiésemos que la ponia Dios nuevos nombres gloriosísimos (*Isai.* IX, 6), como puso al Mesías, los cuales por excelencia se le habian de atribuir en la Iglesia; y como llamamos á Salomon el Sábio, y á san Pablo el Apóstol, así llamemos á la Vírgen la llena de gracia, y la bendita entre las mujeres. Y como el nombre de Mesías es Emanuel, que quiere decir: Dios con nosotros (*Isai.* VII, 11), así el nombre de la Vírgen sea por excelencia: el Señor contigo. Ó Vírgen benditísima, llámenos otros vara de Jesé, puerta del cielo, casa de la sabiduría, y otros nombres semejantes; yo ahora os quiero llamar como el Ángel: llena de gracia, morada del Señor, y bendita entre las mujeres, y declarar para vuestra gloria las grandezas que estos nombres significan.

4. *Gratia plena.*—Lo primero, ponderaré qué plenitud es esta, y como la Vírgen estaba llena de gracia, con todos los modos que hay de plenitud. Estaba llena de la gracia que justifica: llena de caridad, fe y esperanza, de humildad, obediencia y paciencia, con las demás virtudes. Llena otrosí de sabiduría, de ciencia, de piedad y temor del Señor, con los demás dones del Espíritu Santo. Su memoria estaba llena de santos pensamientos; su entendimiento de grandes ilustraciones de Dios; su voluntad de fervientes actos y afectos de amor y celo, con entrañables deseos de la gloria de Dios, de la venida del Mesías, y de la redencion del mundo. Y esta plenitud tenia actualmente cuando entró el Ángel á saludarla, porque estaba ocupada en la contemplacion de estos misterios, que era su ocupacion cási continua. Demás de esto, estaba llena de gracia en sus obras, porque todas ellas eran obras llenas, enteras y macizas, con la plenitud que podian tener de pura intencion, fervor y amor. De modo, que no la diria Dios lo que dijo al otro obispo (*Apoc.* III, 2): No hallo tus obras llenas en mi presencia.

5. Luego ponderaré la grandeza de esta plenitud, porque muchos vasos están llenos de licor precioso, pero el mayor tiene mucha mas cantidad. Así muchos Santos estuvieron llenos de gracia, pero la Vírgen, como dice santo Tomás (3 *p. q.* 27, *art.* 5), sobre todos, porque era vaso mucho mayor, y su plenitud era conforme á la dignidad de madre de Dios, que excede grandemente á las dignidades y oficios de los otros Santos; y ella cada dia, con el uso de las gra-

cias, ensanchaba el vaso y se hacia capaz de otras mayores. Ó Vírgen santísima, ¿quién podrá decir la plenitud de gracia que teneis sobre todos los Santos, que estuvieron llenos de ella? Ellos fueron como rios; pero Vos, conforme á vuestro nombre, estais llena como mar. Gózome de que por excelencia os llame san Gabriel llena de gracia, pareciéndole que no hay otra tan llena como Vos; y que él y sus compañeros, en vuestra comparacion, se pueden llamar vacíos. Gracias os doy, Trinidad beatísima, por la plenitud de gracia que dísteis á esta Vírgen soberana, por cuyos merecimientos os suplico me deis alguna parte de ella, para que el vaso de mi ánima, aunque pequeño, quede lleno conforme á su capacidad. Ó Madre de misericordia y mar inmenso de la gracia, pues los rios salen de la mar (*Eccles.* I, 7), á donde entraron, salga de Vos algun rio de gracias que llene los vacíos de mi alma, para que mis obras sean llenas y perfectas delante de Dios. Amen.

6. *Dominus tecum.*—Con esta tercera palabra sube el Ángel de punto la salutacion diciendo: El Señor es contigo; esto es, está en tí por excelencia, con todos los modos que puede estar en sus puras criaturas. Está contigo, no solo por esencia, presencia y potencia, como está con todos los hombres; ni solamente por gracia, como está con todos los justos, sino con eminencia de gracia, asistiendo dentro de tí con especial gracia y amistad, y con estrecha familiaridad. Está contigo en todas tus potencias, uniéndolas consigo; está en tu memoria, arrebatándola, para que siempre de él te acuerdes; en tu entendimiento, ilustrándole, para que siempre le conozcas; y en tu voluntad, encendiéndola, para que siempre le ames. Está contigo tambien, asistiendo á todas tus cosas con especial providencia y proteccion, gobernándote con sus inspiraciones, y enderezándote en cuanto haces. Está en tí, como en su cielo, en su templo, en su tálamo, en su casa de recreacion; y de aquí á poco estará en tu vientre como hijo tuyo; y así por excelencia y á boca llena digo de tí: *Dominus tecum.*

7. Tambien ponderaré, que no dice el Ángel: El Señor es, fue ó será contigo, sino el Señor contigo: para significar que fue, es y será siempre con ella, como quien dice: Desde tu creacion fue Dios contigo (*Psalm.* XLV, 6), y ahora es y será por toda la eternidad. No se apartará de tí, ni se mudará de tí, ni en tí habrá mudanza que menoscabe la divina Providencia. Ó Vírgen bienaventurada, gózome de tan gran bien como teneis en tener con Vos al mismo Dios, gozando con firmeza de su dulce compañía. Suplicadle que

esté por gracia conmigo, poseyéndome con tal amor, que nunca se aparte de mí, ni yo me aparte de él para siempre jamás. Amen.

8. *Benedicta tu in mulieribus.* —Con esta cuarta palabra concluye el Ángel la salutacion, diciendo: Bendita eres entre las mujeres, porque serás libre de la maldicion de la esterilidad, sin daño de la virginidad; y tambien serás libre de la maldicion de parir con dolor, porque no concebirás con deleite.-Serás bendita entre las mujeres, porque como una mujer dió principio á todas las maldiciones que comprendieron á los hombres, así tú darás principio á todas las bendiciones celestiales que vendrán sobre ellos, por el fruto bendito de tu vientre, por quien has de quebrantar la cabeza de la serpiente (*Genes.* III, 15), y librarlos de las maldiciones que su maldita sugestion les acarrea.-Por lo cual tú serás bendita y alabada entre todas las mujeres, y te darán mil bendiciones los Ángeles del cielo y los hombres de la tierra, así los justos como los pecadores, porque á todos cabrá parte de tu copiosa bendicion. Y yo tambien, indigno siervo tuyo, te alabo, bendigo y glorifico, y me gozo que todos te alaben, bendigan y glorifiquen; y te suplico me hagas participante de las bendiciones que tu Hijo dulcísimo, nuestra cabeza, por tí, como por su cuello, comunica á su Iglesia. Líbrame, Señora, de las maldiciones de la culpa y pena á que vivo sujeto, para que pueda bendecir á tu Hijo, y servirle por los siglos de los siglos. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar el modo como recibió la Vírgen esta salutacion; porque *en oyéndola se turbó, y pensaba dentro de sí, qué salutacion era aquella.* En lo cual descubrió cuatro excelentes virtudes, en que podemos imitarla; conviene á saber, castidad, humildad y prudencia con silencio.-Mostró su excelente castidad, turbándose, como dice san Ambrosio (Lib. II de Virginib., et in exhort. ad Virgines), con la vista repentina de un varon en medio de su aposento, estando sola; porque propio es de la vírgen recatada turbarse de cualquier vista y palabra del varon. Así como es propio del varon casto cerrar como Job sus ojos, por no tener pensamiento malo contra la vírgen (*c.* XXXI, 1).

2. Pero mas principalmente mostró su rara humildad, porque al tiempo que entró el Ángel en forma de varon, estaba esta Señora recogida en su aposento, en grande contemplacion de las grandezas de Dios y del Mesías, y de la que habia de ser su madre. Tenia de sí muy bajo concepto por su profunda humildad; y cuando oyó una salutacion tan nueva y tan gloriosa, turbóse, no tanto por la

vista del Ángel, cuanto porque no hallaba en sí fundamento de tales alabanzas y grandezas como la decia.—Y luego mostró su prudencia en pensar bien qué salutacion era aquella, y á qué fin se podia ordenar; y así no quiso abalanzarse á responder precipitadamente, hasta que el Ángel se fuese declarando mas.

3. Por lo cual se abrazó con su amado silencio, callando por entonces, y dando por respuesta el semblante exterior de su humildad y vergonzosa turbacion. Ó Vírgen purísima, ¡cuán bien os cuadra en este punto lo que vuestro Esposo dijo (*Cant.* I, 9): Hermosas son tus mejillas como de tórtola, ave casta y vergonzosa, porque en ellas resplandece la hermosura de vuestra castidad, y el resplandor de vuestra humilde sabiduría!—Estas virtudes de la Vírgen campean mas, comparándola con la primera mujer Eva; la cual, aun cuando era vírgen, andaba vagueando por el paraíso; y á la primera pregunta que le hizo el mal ángel en figura de serpiente (*Genes.* III, 1), respondió y trabó largas pláticas con él, en las cuales descubrió soberbia, curiosidad, imprudencia, ganas de parlar y otros vicios, en que la imitamos sus hijos. De lo cual me tengo de confundir, suplicando á esta Vírgen prudentísima me ayude, para que en semejantes ocasiones siga sus virtudes.

Punto cuarto. — 1. Conociendo el Ángel la santa turbacion y temor de la Vírgen, la dijo: *No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios.* En lo cual se ha de considerar lo primero, como es propio del buen espíritu sosegar cualquier temor y turbacion del corazon, para que con quietud reciba la revelacion y visita de Dios; y aunque la turbacion de la Vírgen fue sin género de culpa ó imperfeccion, pero por ella se puede sacar el cuidado con que el buen Ángel procura quitar las turbaciones que nacen de culpa ó flaqueza nuestra, y de mi parte tengo de procurar quitarlas porque no me impidan las visitas de Dios, acordándome de la reprension que Cristo nuestro Señor dió á Marta cuando la dijo: Marta, Marta, solícita estás y turbada en muchas cosas, no siendo necesaria mas que una sola. Y esto mismo tengo de pedir al Ángel de mi guarda, diciéndole: Ó Ángel benditísimo, quitad de mi corazon todo temor vano, para que sea capaz del amor divino; sosegad la turbacion que padece en las cosas terrenas, para que pueda contemplar las celestiales, contentándome con aquel Uno, en quien está mi descanso eterno. Amen.

2. *Cuán gran bien es hallar gracia cerca de Dios.*—Lo segundo,

ponderaré aquella dulcísima palabra que añadió el Ángel, para persuadir á la Vírgen que no temiese. Porque has hallado, dice, gracia delante de Dios; que fue decirla: No tienes que temer demonio ni infierno, ni enemigos visibles ó invisibles; ni hay por qué te receles de las grandezas que te he dicho en esta salutacion, ni de otras mayores que luego te diré; porque te hago saber que has caido en gracia á Dios, y esto basta para que estés segura, y de aquí te viene que estés llena de gracia, y que el Señor sea contigo, y que seas bendita entre todas las mujeres; porque quien halla gracia delante de Dios, ¿qué bienes no recibirá de su larga mano? ¡Oh dichosa, y mil veces dichosa el alma que halla gracia delante de Dios! Si se tiene entre los hombres por suma felicidad caer en gracia al rey terreno, ¿cuánto mayor será caer en gracia al Rey celestial? De aquella gracia procede abundancia de riquezas, honras, dignidades y otros muchos bienes de la tierra que da el rey á su privado, y á veces todo suele parar en desgracias. Mas de esta gracia procede gran abundancia de virtudes y dones del cielo que da Dios á sus queridos. Por lo cual de los muy grandes santos se dice en la Escritura, que hallaron gracia delante de Dios, como de un Noé, Moisés, David (*Genes.* VI, 8; *Exod.* XXXIII, 12; *Act.* VII, 46), y otros tales; pero sobre todos, la Vírgen sacratísima halló muy mayor gracia cerca de Dios, y tan cerca, que siempre estuvo con él, y él con ella, hasta tenerle en su vientre como madre. Ó Madre dulcísima, gózome de que hayais hallado gracia delante de Dios con tan singular privanza. Y pues la reina Ester, porque halló gracia delante del rey Asuero (*Esther*, II, 17), fue causa de que su pueblo tambien la hallase y fuese de él muy favorecido, sed Vos nuestra medianera, para que hallemos gracia delante de Dios, y alcancemos la gracia consumada que es la gloria eterna. Amen.

3. Pero tengo de ponderar muy mucho, que aunque este favor no le hizo Dios por merecimientos del hombre, sino por su sola misericordia, mas grandemente dispone para alcanzarle la humildad, por la cual le alcanzó la Vírgen. Y por esto dijo el Espíritu Santo (*Eccli.* III, 20): Cuanto fueres mayor, tanto mas humíllate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios, porque solo su poder es grande, y los humildes son los que le honran. Dice que los humildes le honran, porque le atribuyen la honra y gloria de todo lo que tienen; por lo cual Dios les honra mucho mas y hallan mayor gracia delante de él. Por tanto, alma mia, si quieres hallar gracia cerca de Dios,

como la Vírgen, humíllate en todas las cosas como ella, porque Dios resiste á los soberbios, y da su copiosa gracia á los humildes. (*Iacob.* IV, 6).

MEDITACION VII.

DEL MODO COMO EL ÁNGEL ANUNCIÓ Y DECLARÓ Á LA VÍRGEN EL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

PUNTO PRIMERO.— 1. Habiendo el Ángel sosegado la santa turbacion de la Vírgen, propuso su embajada de esta manera: *Mira* (*Luc.* I, 31), *que concebirás y parirás un Hijo, y le llamarás Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.*—En estas palabras se han de ponderar las grandezas y excelencias del Hijo que el Ángel promete á la Vírgen.—La primera es, que será Jesús y Salvador del mundo, con mayor excelencia que todos los demás que tuvieron este nombre, como despues dirémos.—La segunda, que será grande á boca llena, sin limitacion alguna; grande en la divinidad y humanidad; grande en la sabiduría y en la santidad; en la vida y en la doctrina; en el ejemplo y en la palabra; y grande en la potestad, porque la tendrá sobre todas las cosas, con facultad de hacer tambien á otros grandes delante de Dios, con participacion de su grandeza.—La tercera, que de tal manera será su Hijo, que tambien será Hijo del Altísimo Dios.

2. La cuarta, que su eterno Padre le dará el trono y el imperio sobre todos los escogidos, figurado por la silla de David y por la casa de Jacob, de quien desciende segun la carne.—La quinta, que su reino será eterno y no tendrá fin. ¡Oh embajada gloriosa! oh nueva gozosísima! Dichosa Vírgen á quien tal Hijo se promete. Bienaventurado Hijo, en quien tantas grandezas caben. De todas ellas dió noticia el Ángel á la Vírgen, para que conociese como este Hijo, que habia de concebir, era el Mesías prometido por los Profetas, de quien tantas excelencias estaban escritas. De donde sacaré una grande estima y amor á este soberano Mesías, gozándome de cada una de estas cinco excelencias referidas, acordándome de las cinco llagas que recibió en la cruz, para que se aplicase á sus escogidos y á mí mismo el fruto de ellas; y así en la cruz se manifestaron todas, como en su lugar verémos.

3. Ahora solamente ponderaré, como estas grandezas tuvieron principio en la profundísima humildad del Hijo unigénito de Dios vivo, que está encerrada en la primera palabra que dijo el Ángel á la Vírgen: *Ecce concipies in utero.* Mira que concebirás en tu vientre; como quien dice: Con ser tan grande este Salvador y este Rey eterno, se quiere humillar tanto, que se estrecha á la pequeñez de un niño, concebido en el vientre de una mujer. Y de esta pequeñez tomará principio su grandeza, cumpliéndose lo que habia dicho el profeta Isaías: Un niño (*Isai.* VII, 6) pequeño nos ha nacido, y un hijo se nos ha dado, cuyo principado estará sobre su hombro, y se llamará el Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz, cuyo imperio se dilatará mucho por el mundo (*Dan.* II, 34), y su paz no tendrá fin. Ó Príncipe soberano, que bajaste del cielo como piedra sin manos, siendo concebido sin obra de varon en el vientre de una vírgen; y despues llegaste á ser monte tan grande que llenaste la tierra, dilatando por ella tu reino, que es reino eterno sin fin: gracias te doy por haber escogido tan extraña pequeñez por principio de tan soberana grandeza. Concédeme, Señor, que estribando yo, no en mis manos, sino en las tuyas, conciba tales propósitos de tu servicio, que crezcan en obras muy grandes de tu gloria. Amen.

Punto segundo. — 1. Oida esta embajada, dijo la Vírgen al Ángel: *¿Cómo puede ser esto, porque no conozco varon?* Como si dijera: No dudo de la omnipotencia de Dios, ni de tu promesa, mas quiero que me informes, ¿cómo puedo yo obedecer en esto que se me manda, pues tengo hecho voto de no conocer varon?—En esta respuesta descubrió la Vírgen grande prudencia con excesivo amor á la virginidad, y así con mucha razon la Iglesia la llama Vírgen prudentísima, porque, con ser tan grande la promesa del Ángel, no se cebó luego en ella, hasta ver cómo se concertaria con el voto que tenia hecho de castidad, á la cual estaba tan aficionada, que con detrimento suyo se le hacia muy dificultoso ser madre, aunque fuese de tal Hijo. Y aunque sabia por la profecía del profeta Isaías (*Isai.* VII, 14), que la Madre del Mesías seria vírgen, quiso con prudencia examinar la revelacion del Ángel, para ver cómo concertaba con la revelacion del Profeta. De donde sacaré un entrañable amor á la castidad, huyendo, cuanto es de mi parte, todo lo que puede ser ocasion de menoscabarse, aunque tenga apariencia de piedad y religion. Y á imitacion de la Vírgen santísima, tengo de examinar bien el espíritu que me inclinare á cosa en que pueda haber peligro, temien-

do no sea espíritu de Satanás; el cual, como dicé el apóstol san Pablo (II *Cor.* XI, 14), se transfigura en ángel de luz para engañar á los que son muy sencillos, ó demasiadamente confiados, ó muy celosos del bien ajeno, sin mirar tanto por el propio.

2. *Regla para hablar con prudencia.*—Lo segundo, se ha de considerar en estas palabras, por ser las primeras que leemos de la Vírgen, cuatro circunstancias con que las dijo, en las cuales está dibujada una admirable regla para hablar con prudencia; porque estas palabras fueron pocas, y no mas que las necesarias, y en caso de gran importancia, y con modo muy humilde y muy decente. Parece que tenia la Vírgen muy en la memoria el consejo del Eclesiástico, que dice (*Eccli.* XXXII, 10): Mancebo, hablarás no mas que en tu propia causa, cuando fuere necesario, y esto apenas y con dificultad; si fueres preguntado dos veces, tu respuesta sea breve y muy recogida, pasa por muchas cosas, como quien no las sabe: *Habeat caput responsum tuum:* oye callando, y preguntando cada cosa en su tiempo. Todo esto guardó maravillosamente la Vírgen en estas breves palabras, las cuales dijo despues de haberla el Ángel hablado dos veces. Y aunque tenia ocasion para alargarse en la pregunta, no tocó mas que el punto necesario con grande brevedad, declarando el voto de castidad que tenia hecho con palabras humildes y castas, bastantes para que el Ángel la entendiese, diciéndole: No conozco varon. Ó Vírgen benditísima, con mucha razon se agradó el divino Esposo de vuestros labios, diciendo (*Cant.* IV, 3), que son como cinta de grana y como panal de miel que destila poco á poco, porque vuestras palabras son ceñidas y muy miradas, dichas con reposo, dulzura y caridad. Y pues tanto le agrada esta regla en el hablar, suplicadle que la estampe en mi corazon, para que salgan de él mis palabras bien arregladas.

Punto tercero.— 1. Á esta pregunta de la Vírgen respondió el Ángel (*Luc.* I, 35): *El Espíritu Santo vendrá de lo alto sobre tí; y la virtud del Altísimo te hará sombra; y por tanto, lo que nacerá de tí, siendo santo, se llamará Hijo de Dios.* En estas palabras se han de ponderar tres excelentísimas promesas que hizo el Ángel á la santísima Vírgen.-La primera, que esta concepcion no seria por obra de varon, sino por virtud del Espíritu Santo, el cual desde el cielo vendria sobre ella para hacer esta obra. Y porque las obras del Espíritu Santo son perfectas, juntamente vino sobre ella con nueva plenitud de gracia, para disponerla á obra tan soberana.-La segunda, que la virtud del Altísimo la haria sombra, preservándola de

deleite sensual en la concepcion, y formando de su purísima sangre el cuerpo de este Niño, como el que cubriendo los huevos con sus alas les da vida con su calor.

2. La tercera promesa fue, dando razon de las dos pasadas, porque lo que habia de ser concebido tan santamente, seria Hijo de Dios, no por adopcion, como los demás justos, sino por la union de la naturaleza humana con la persona divina; y así seria santo, no por privilegio, sino por virtud de su santa concepcion. ¡Oh qué alegría tan grande causarian estas tres promesas en la Vírgen! Ó Vírgen santísima, si cuando entró el Ángel estábais ya llena de gracia, ¿cuánto mas llena quedaréis viniendo el Espíritu Santo sobre Vos con esta nueva plenitud? Si antes estaba el Señor con Vos para vuestro gobierno, amparo y consuelo, ¿cuánto mas lo estará ahora viniendo la virtud del Altísimo á haceros sombra? Ya podeis, Señora, decir con nuevo título: Á la sombra del que deseaba me sentaré, y su fruto es dulce á mi garganta. (*Cant.* II, 3). Sentada estais á la sombra del Altísimo, ella os quitará el deleite sensual en concebir; y el fruto de vuestra concepcion será agradable á Dios, suave á los Ángeles, dulce para Vos, y saludable para nosotros. Sea para bien, ó Vírgen purísima, tanta plenitud, tan dichosa sombra, con esperanzas de tan dulce fruto. Y pues tal gracia habeis hallado en este dia delante del divino Espíritu, suplicadle que venga de nuevo sobre mí, y con su virtud me haga sombra, para que sentado debajo de su amorosa proteccion guste los dulces frutos de su divina presencia.

3. De aquí tengo de sacar, que así como para que la Vírgen concibiese al Hijo de Dios fue menester que el Espíritu Santo viniese del cielo sobre ella para hacer esta obra, y que la virtud del Altísimo la hiciese sombra; así tambien para que yo conciba en mi alma el espíritu de salud (*Isai.* XXVI, 18), por el cual soy hijo de Dios adoptivo, es necesario que venga en mí la inspiracion del Espíritu Santo (*D. Fulgent.* De incarnatione, *c.* 20), y que la virtud y omnipotencia de Dios me haga sombra, templando el ardor de mis concupiscencias sensuales, y amparándome en todas las tentaciones y peligros; y con esta fe tengo de clamar al cielo y decir: Ó Espíritu santísimo, ven de lo alto á mi pobre alma, siembra en ella la semilla de tu divina inspiracion, para que conciba dentro de sí al Espíritu de salud. Ó virtud del Altísimo, ampárame con la sombra de tus alas (*Psalm.* XVI, 9); cúbreme con ellas en el dia de la tentacion, para que los milanos del infierno no prevalezcan contra mí,

ni yo pierda por mi flaqueza lo que tú has comenzado con tu gracia. (*Psalm.* CXXXIX, 8). Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. Á lo dicho añadió el Ángel: *Sabe que Elisabet* (*Luc.* I, 36) *tu prima ha concebido un hijo en su vejez, y está ya en el sexto mes, aunque era estéril, porque ninguna cosa es á Dios imposible.* Con estas palabras pretendió el Ángel tres cosas maravillosas.-La primera, revelar á la Vírgen una cosa que le daria mucho gusto por su grande caridad, cuya propiedad es llorar con los que lloran, y (*Rom.* XII, 15) alegrarse con los que se alegran. Y como la Vírgen sentia la esterilidad de su prima, por la pena que ella recibia, así se alegró con la nueva de su preñez, por la alegría que á ella la daria.-La segunda fue, confirmar su embajada con alguna señal sensible, como quien dice: Pues ha concebido la que era vieja y estéril, bien puedes creer que concebirá la Vírgen, porque Dios todo lo puede; y con la facilidad que puede lo uno, podrá lo otro. Por donde se ve, como es propio del buen espíritu castigar á los incrédulos que piden alguna señal ó milagro, con afecto de incredulidad, como castigó el mismo san Gabriel á Zacarías porque le pidió señal (*Luc.* I, 18) para creer que tendria hijo, siendo él viejo y su mujer estéril; y al contrario da esta señal á los que tienen fe, aunque no se la pidan, como la dió á la Vírgen nuestra Señora, por alegrarla y consolarla, y de camino confirmarla mas en su fe. De donde sacaré cuánto importa creer con gran firmeza las cosas de la fe, porque á los tales suele dar Nuestro Señor interiormente mayores señales de su verdad, y las niega á los incrédulos, conforme al dicho del profeta Isaías (*Isai.* VII, 9, *iuxta* 70): Si no creeis, no entenderéis.

2. Lo tercero, pretendió el Ángel descubrir la razon fundamental de todo lo que habia dicho, añadiendo aquella palabra tan gloriosa: *Ninguna cosa es imposible á Dios;* que es decir: Puede hacer todo lo que quiere y cumplir lo que promete, especialmente las dos cosas milagrosas que te he dicho; es á saber, que la estéril y la vírgen pueden concebir y parir. De donde sacaré yo otras dos para mi consuelo espiritual.

3. La primera, que por la omnipotencia de Dios nuestro Señor, cualquier alma que haya sido mucho tiempo estéril de buenas obras, por mas arraigada que esté la esterilidad en ella, puede trocarse y hacerse fértil. Y como Elisabet estéril concibió á Juan, que quiere decir gracia, así podrá concebir en sí los frutos de gracia y bendicion muy graciosos y agradables á Dios. Y con esta esperanza me

tengo de alegrar y alentar á pretender esta dichosa fertilidad, acordándome de lo que dice Isaías y el apóstol san Pablo: Alégrate, ó estéril, que no parias, y alaba á Dios la que no solias concebir; porque mas hijos tendrás tú que eras estéril como Sara, que no la que era fecunda como Agar. (*Isai.* LIV, 5; *Galat.* IV, 27).—La segunda es, que así como la Vírgen nuestra Señora, por virtud del Espíritu Santo, pudo concebir y tener un Hijo que valia por cien mil, así los que prometen y guardan virginidad concebirán hijos espirituales que les valdrán incomparablemente mas que los carnales, cumpliéndoles Nuestro Señor la promesa que de esto les hizo por Isaías (*Isai.* LVI, 5),

—como se declaró en la parte I, meditacion XX.—

MEDITACION VIII.

DE LA ÚLTIMA RESPUESTA QUE LA VÍRGEN DIÓ AL ÁNGEL, CONSINTIENDO Á SU EMBAJADA.

PUNTO PRIMERO.— 1. Habiendo la Vírgen oido todo lo que el Ángel la decia, respondióle: *Ves aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.* Aquí he de considerar el deseo con que estaria el Ángel esperando la respuesta de la Vírgen, y no solo el Ángel, pero el mismo Espíritu Santo su esposo, el cual la diria al corazon aquello de los Cantares (*Cant.* II, 14): Suene tu voz en mis oidos, porque es dulce para mí. Y él mismo la inspiró las palabras que habia de decir, ejercitando algunas excelentísimas virtudes, con las cuales acabó de disponerse para ser digna madre de Dios.—La primera fue, grande fe, dando crédito á las palabras del Ángel, y creyendo que podria ser madre y vírgen, sintiendo altamente de la omnipotencia de Dios.—La segunda fue, profunda humildad en medio de tantas grandezas que se le ofrecian, llamándose esclava del Señor, y por consiguiente juzgándose por indigna de ser su madre, poniéndose cuanto era de su parte en el último lugar, cual es el de las esclavas.

2. La tercera fue, grande obediencia y resignacion en las manos de Dios, ofreciéndose á cumplir lo que el Ángel decia, y á todo lo que Dios le mandase. Ó Vírgen sapientísima, ¿quién os ha enseñado á juntar con tal primor cosas que tanto distan? Si creeis que habeis de ser madre de Dios, ¿cómo os llamais su esclava? Y si os

teneis por esclava, ¿cómo os ofreceis á ser madre de Dios? ¿Qué tiene que ver madre con esclava? ¿Y cómo se compadecen fe de tanta bajeza con fe de tan grande alteza, y humildad tan profunda con magnanimidad tan alta? ¡Oh alteza de la sabiduría de Dios! oh milagros de su omnipotencia! Vuestras son, Señor, estas maravillas; y Vos sois el que sabeis y podeis juntar madre y vírgen, esclava y madre, humildad y magnanimidad, y fe de todo esto con entendimiento humano. Ó Padre celestial, que escondeis vuestros secretos á los soberbios, y los revelais á los humildes (*Matth.* XI, 25); y por esto, donde está la humildad, está vuestra sabiduría (*Prov.* XI, 2), enseñadme á escoger con humildad lo mas bajo de la tierra, y á pretender con magnanimidad lo mas alto del cielo, juntando la nada que soy de mi cosecha, con lo mucho que puedo con vuestra gracia.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Por ser muchos los misterios que se encierran en estas palabras de la Vírgen, es bien meditar cada una por sí, ponderando el espíritu que tiene para nuestro provecho. — *Ecce.* — De esta palabra *Ecce* usa la Escritura para señalar ó significar alguna cosa grande, digna de mucha ponderacion, y usó de ella el Ángel en el principio de su embajada diciendo: *Ecce concipies.* Mira que concebirás un Hijo. Y así quiso tambien la santísima Vírgen usar de ella en su respuesta, diciendo: *Ecce ancilla Domini:* mira la esclava del Señor, porque como el Ángel tenia grandes ganas de que la Vírgen nuestra Señora ponderase las grandezas que la prometia de parte de Dios; así la Vírgen tenia grandes ganas de que el Ángel ponderase la bajeza de esclava, que ella tenia de su cosecha, y las ganas que tenia de obedecer á lo que Dios mandaba; porque los humildes, cuando se publican los dones que tienen de Dios, desean con grandes ansias que se sepan las miserias que tienen de sí mismos, para que no se atribuyan los dones á sus merecimientos, sino á la bondad del que se los dió, á quien desean ser muy agradecidos, y por esto muy obedientes.

2. *Ancilla Domini.* — En esta palabra, esclava del Señor, declaró la Vírgen el concepto que tenia de sí muy de atrás, desde que tuvo uso de razon; y aunque el nombre de siervo y esclavo, por la parte que significa servir á Dios con espíritu de temor y miedo por fuerza, es vituperado en la divina Escritura; pero cuando se junta esclavo con amor, es nombre gloriosísimo, porque el esclavo no es suyo, sino de su señor; no tiene libertad para hacer lo que quiere, sino lo que su señor le manda; no le sirve por salario ni jornal, sino

porque está obligado á ello; no trabaja para sí, sino para su señor; ni sirve solamente á él en su persona, sino á todos los de su familia y casa, en la cual tiene el mas bajo lugar, y siempre le dan lo peor y mas desechado.

3. Todo esto sentia en sí la Vírgen nuestra Señora cuando se llamaba esclava del Señor. Primeramente, no se tenia por suya, sino por cosa propia de Dios nuestro Señor, y hacienda suya, así porque la habia criado, como porque ella totalmente se habia dedicado á su perpétuo servicio, diciendo en su corazon aquellas palabras que refiere el profeta Isaías del justo (*Isai.* XLIV, 5): Este dirá: Yo soy de Dios, y con su propia mano escribirá y firmará que es del Señor. Y así como el fiel esclavo no huye de su amo, ni se aparta de él en ningun tiempo, ni quiere servir á otro amo, porque ninguno puede servir juntamente á dos señores (*Matth.* VI, 24), así la Vírgen nunca se apartó un punto del servicio de Dios, ni sirvió á otro señor que á Dios, cumpliendo perfectísimamente aquel precepto: Adorarás á tu Señor Dios, y á él solo servirás. (*Deut.* VI, 15).

4. Á mas, en todas las cosas no hacia lo que ella queria, sino lo que Dios la mandaba, porque no tenia voluntad propia, ni libertad de carne; y estaba tan asida con la voluntad del Señor, como si no tuviera libertad para desviarse de ella, preciándose de esclava que siempre tiene puestos los ojos en las manos de su señor (*Psalm.* CXXII, 2), para dejarse menear de él y moverse á cualquier seña que le hiciese.—Demás de esto, no servia á Dios por salario ni jornal, pretendiendo principalmente galardon alguno, sino porque estaba obligada á ello como esclava y gustaba de hacer placer á su Señor; y así en su corazon tenia muy asentada aquella verdad, que despues enseñó Cristo nuestro Señor á sus discípulos: Cuando hubiéreis hecho todas las cosas que os han mandado, decid: Siervos somos sin provecho; lo que estamos obligados á hacer, eso hicimos. (*Luc.* XVII, 10).

5. De aquí procedia, que todo lo que hacia y trabajaba, no lo queria para sí, sino para su Señor; porque aunque es verdad que el merecimiento y premio era para ella, pero todo lo queria para gloria de Dios y no para la suya, diciendo aquello de los Cantares (*Cant.* VII, 13): Todos los frutos de mi huerto, nuevos y añejos, guardé para tí, amado mio; esto es, todas las obras de mi vida, presente y pasada, quiero que sean para tu gusto y gloria, porque no (*Rom.* XIV, 7) quiero vivir ni morir para mí, sino para tí, pues soy tuya.—Finalmente, no solo se tenia la Vírgen por esclava del Señor,

para servirle á él, sino para servir á todos los de su casa y familia; y así se dedicaba al servicio de sus padres cuando estaba en el templo, y de su esposo cuando estaba en su compañía. Y mucho mejor que Abigail, diria lo que ella dijo á David (I *Reg.* XXV, 41): Ves aquí á tu criada aparejada para ser esclava, y lavar los piés de los siervos de mi señor; y con este espíritu de humildad siempre escogió para sí el lugar mas bajo en la casa de Dios, y lo peor y mas desechado del mundo, -como adelante verémos.-

6. Todos estos sentimientos tuvo la Vírgen cuando se llamó esclava del Señor, y preciábase mucho de este nombre, porque sabia cuán agradable era á Dios, el cual solia llamar con el mismo nombre de siervo al Mesías su Hijo (*Isai.* XLIV, 1), en cuanto hombre; y él mismo se preciaba de ello, como consta por lo que dicen los Profetas. (*Zach.* III, 8). Y si yo deseo ser devoto de Nuestra Señora, he de preciarme del mismo nombre y del espíritu que encierra en las cosas dichas, diciendo á Dios con David (*Psalm.* CXV, 16): Ó Señor, que yo soy tu siervo, soy siervo tuyo, é hijo de tu esclava; rompiste mis ataduras, yo te sacrificaré sacrificio de alabanza, é invocaré tu santo nombre. Ó Dios de mi alma, préciome de ser tu siervo, porque me criaste; y de ser otra vez tu siervo, porque me redimiste; hijo soy de tu esclava, porque de herencia me viene ser esclavo; pero en especial me tengo por hijo de tu esclava la Vírgen santísima, madre tuya, por cuyos merecimientos te suplico desates las cadenas de mis pecados y pasiones, para que libre de esta mala servidumbre te sirva con libertad de espíritu, y alabe y glorifique tu santo nombre por todos los siglos. Amen.

7. *Fiat mihi.*—No sin misterio la Vírgen no dijo al Ángel, haré lo que dices, sino esta palabra *fiat*, hágase; de la cual usó Dios nuestro Señor cuando crió este mundo, diciendo: Hágase (*Genes.* I, 3) la luz, etc. Porque entendia la Vírgen, que la encarnacion era obra de la omnipotencia de Dios, como la creacion del mundo; y que con un *fiat* de su omnipotencia se habia de hacer, sin que de su parte hubiese merecimiento alguno de cosa tan gloriosa, aunque juntamente lo aceptaba diciendo *fiat*, como quien dice: Aunque no era menester mi consentimiento, pues soy esclava de Dios, y él puede hacer de su esclava lo que quisiere; y aunque por esclava yo no mereciera que tal cosa se hiciera conmigo, con todo eso, pues Dios así lo quiere, *fiat*, hágase así, que yo gustaré de todo lo que él quisiere. Por donde se ve la soberana obediencia y resignacion de la Vírgen, fundada en el conocimiento de su nada, ofreciéndose á no

resistir al *fiat* de Dios, como no resisten las criaturas insensibles, ni resiste lo que es nada, cuando Dios dice, hágase.

8. Mas para que se entienda la alteza de este consentimiento he de ponderar, que no solamente puso los ojos en las grandezas que el Ángel la dijo, sino tambien en los terribles trabajos que habia de padecer aquel Hijo que la ofrecian, los cuales sabia bien por las Escrituras sagradas, y de ellos habia de caber muy gran parte á su Madre. Y sin embargo de esto aceptó la dignidad de madre, con la carga pesadísima del oficio, y por esto se llamó esclava, como quien la aceptaba, no para ser servida como señora, sino para servir y padecer como esclava. Gracias os doy, Vírgen santísima, por este generoso ofrecimiento que haceis con tanta magnanimidad de corazon; os alaben los Ángeles del cielo y los justos de la tierra, y los que estaban esperando en el limbo. Y pues á todos ha cabido parte de vuestro consentimiento, suplicad á vuestro Hijo me conceda tal resignacion, que no resista á cosa que me mandare, ni á trabajo que me enviare, sino que á todo diga *fiat*. Dios es mi Señor; lo que fuere bueno en sus ojos, eso haga en mí su siervo. (I *Reg.* III, 18).

9. *Secundum verbum tuum.* — Tambien tiene gran misterio no haber dicho la Vírgen al Ángel: Hágase en mí lo que Dios manda ó quiere, sino hágase en mí segun tu palabra, porque con esto declaraba la perfeccion de su fe y obediencia, porque la perfecta fe cree lo que Dios revela por sí mismo, ó por medio de otros; y la perfecta obediencia obedece á Dios en lo que manda por sí solo, ó por medio de sus ministros; pues quien á ellos oye, á Cristo oye. (*Luc.* X, 16). Aunque tambien puedo contemplar que la Vírgen en este punto se levantó sobre sí misma, y sobre todos los Ángeles, y sobre todo lo criado, enderezando su respuesta no tanto al embajador, cuanto á Dios que enviaba la embajada, diciendo al Padre eterno: Ves aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra, no solamente segun lo que mandas, por esta palabra que habla el Ángel, sino segun el deseo del Verbo, y palabra que tú hablas dentro de tí mismo en tu eternidad, que es tu Hijo, el cual desea serlo mio; y pues él así lo quiere, hágase como lo manda. Á imitacion de la Vírgen, diré yo tambien muchas veces á Dios, con el sentimiento que ella tuvo: Ves aquí el esclavo del Señor; hágase en mí segun tu palabra, porque aparejado estoy á poner por obra todo lo que me ordenares con tu divina palabra.

Punto tercero. — 1. En oyendo el Ángel la respuesta de la Vírgen, se volvió al cielo: *Et discessit Angelus ab ea.* - En esta partida

se ha de considerar lo primero, cuán contento y alegre quedó el Ángel con la respuesta de la Vírgen, admirado de su prudencia y virtud tan soberana, y gozoso de haber cumplido lo que Dios le habia encargado, porque estas dos cosas son materia de sumo gozo á los Ángeles y á los justos; porque no hay gozo que iguale á lo que es cumplir la voluntad de Dios, y ver que otros la cumplen, porque en ella, como dice David, está nuestra vida. (*Psalm.* XXIX, 6).—Lo segundo, se ha de considerar como el Ángel se partió luego al cielo, sin detenerse un punto mas, para darnos á entender que los Ángeles, en cumpliendo el ministerio que Dios les ha encargado en la tierra, no se detienen en ella, sino luego se vuelven á su centro que es el cielo, enseñándonos á nosotros, especialmente á los religiosos, que cumplidos los ministerios con los prójimos, no nos detengamos sin causa entre ellos, sino que luego nos recojamos á nuestro oratorio, que es nuestro cielo, á descansar con Dios.

2. Y como imaginamos, á nuestro modo humano, que el Ángel entrando en el cielo dió cuenta á Dios de su embajada, y se presentó aparejado para tornar á salir á cuanto le mandase; así nosotros, cumplidas nuestras obligaciones, hemos de presentarnos delante de Dios, aparejados para cumplir las que de nuevo nos pusiere y encargare, segun aquello que dijo por Job (*c.* XXXVIII, 35): ¿Por ventura mandarás ir los rayos, y luego te obedecerán, y volverán luego diciendo, aquí estamos? Ó Rey eterno y todopoderoso, hazme como uno de estos rayos celestiales resplandeciente con tu luz, encendido con el fuego de tu amor, ligero en obedecer á tu santa voluntad, y agradecido en volver á darte gracias por el cumplimiento de ella.

3. Tambien puedo piamente contemplar, como el ángel san Gabriel, entrando en el cielo, predicaria á sus compañeros la excelente humildad, sabiduría y santidad de la Vírgen, alegrándose todos de que tuviese Dios en la tierra persona que le agradase tanto como los moradores del cielo; porque propio es de los santos gozarse de que haya otros muchos que suplan lo que á ellos falta en amar y servir con gran fervor á Dios nuestro Señor, á quien se honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION IX.

DE LA EJECUCION DE LA ENCARNACION Y DE ALGUNAS CIRCUNSTANCIAS DE ELLA, CUANTO AL CUERPO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como en dando la Vírgen su consentimiento, en el mismo instante el Espíritu Santo formó de su sangre purísima un cuerpo perfectísimo, y crió una alma racional excelentísima, y las juntó entre sí, y con la persona del Verbo eterno, quedando Dios hecho hombre (*Ioan.* I, 14), y el hombre Dios; y Dios desposado con la humana naturaleza en aquel tálamo virginal, y la Vírgen levantada á la dignidad de madre de Dios (*D. Thom.* 3 *p. q.* 32 *et* 33).-En este hecho hemos de ponderar el contento de todas las personas que intervienen en él, principalmente el contento de la santísima Trinidad en ver cumplida su promesa, y en haber hecho esta muestra de su omnipotencia y de su bondad y caridad. ¡Oh cuán alegre estaria el Padre eterno, por habernos dado á su Hijo; y con qué amor tan infinito amaria á este niño Dios y hombre verdadero; y cómo se agradaria en él sobre todo lo criado! pues, como dice santo Tomás (I *Part. q.* 20, *art.* 4 *ad* 1), mucho mas ama Dios á solo Cristo, que á todos los Ángeles y hombres, y á todas las criaturas juntas, porque le quiso dar un nombre sobre todo nombre (*Philip.* II, 9), que es el nombre y ser de Dios; y así mucho mas se goza y agrada de mirarle, que de mirar á todo el resto de lo criado y por criar. Con esta consideracion me gozaré de este gozo del Padre, y le agradeceré la merced que nos ha hecho, suplicándole que, pues tanto ama á este Hijo, por él me ame y me dé su santo amor. ¡Oh Padre eterno, protector nuestro! mirad el nuevo rostro de vuestro Cristo (*Psalm.* LXXXIII, 10), en quien tanto os agradais; y pues se hizo semejante á nosotros en nuestra naturaleza, hacednos semejantes á él en su gracia.

2. Luego ponderaré el contento que tendria el Verbo eterno en verse hecho hombre, y el amor tan entrañable con que amaria aquella santísima humanidad y la abrazaria consigo, con propósito de no dejar lo que una vez tomó: y por su respeto desearia abrazar y meter dentro de sus entrañas á todos los hombres, como á deudos suyos. Y así puedo decirle confiadamente lo que dijo Ruth á Booz (*Ruth*, III, 9): Extiende tu capa sobre mí, porque eres mi pariente. Ó Verbo divino, verdadero Booz y fortaleza del Padre, pues has

emparentado con los hombres, extiende sobre mí la capa de tu divina proteccion, y júntame contigo en fe y caridad, y dame beso de paz con el beso de tu boca (*Cant.* I, 1), y abrázame con la mano derecha (*Cant.* II, 6) de tu omnipotencia, para que ninguna cosa criada me pueda apartar de tu amistad.

3. Tambien hemos de ponderar el contento del Espíritu Santo en haber hecho esta obra, que se atribuye á él, por ser propio de esta persona la bondad y el amor; y entonces parece que hartó su deseo, habiendo hecho la suprema obra de amor que podia. Por lo cual dijo Isaías (*Isai.* XI, 1), que saldria una vara de la raíz de Jesé, y de ella una flor, sobre la cual descansaria el espíritu del Señor; porque en este Verbo eterno encarnado, figurado por esta vara y flor de Jesé, halló el Espíritu Santo descanso y gozo perpétuo, como en la cosa que mas amaba.—De aquí pasaré á ponderar el gozo de aquella santísima Humanidad cuando se vió levantada á tanta grandeza, y que del profundo de la nada habia subido á lo mas alto del ser divino; diria con grande regocijo aquello de la Esposa: Hallado he todo lo que mi ánima podia desear, tenerlo he con gran firmeza, y no lo dejaré. (*Cant.* III, 4). Ó Humanidad santísima, gózome de vuestro gozo y de vuestra buena suerte; y pues tan contenta estais con vuestro amado, dadnos parte del amor que le teneis, para que juntamente le gocemos con Vos.

4. Luego ponderaré el contento de la Vírgen sacratísima en aquel instante de la encarnacion, porque la dió Nuestro Señor una luz extraordinaria con que vió el modo como se obró este misterio en sus entrañas; y cuando vió á Dios hecho hombre dentro de sí, y á sí se vió vírgen y madre, y madre de tal Hijo, fue llena de inefable gozo. ¡Oh qué agradecimiento, qué alabanzas y qué júbilos tendria! ¡Oh qué plenitud de bienes recibió en aquel momento! Porque como este sol visible, luego que fue criado en este mundo, le llenó de su luz, y le comunicó su calor é influencias; así el Sol de justicia, Cristo nuestro Señor, en el mismo instante que fue concebido y formado en el mundo abreviado de su Madre, la llenó de grandísima luz y calor celestial, con influencias de vida eterna. Y la que antes estaba llena de gracia, entonces quedó mucho mas llena y colmada de todas gracias y de inestimable gozo con la posesion de ellas (*D. Thom.* 3 *p. q.* 27, *art.* 5 *ad* 2). Ó Vírgen santísima, sea para bien el ser madre de Dios humanado; y pues tambien comenzais á ser madre de los hombres, repartid con nosotros de la luz y gozo que os han dado, para que conozcamos, amemos y sirvamos al que ha-

beis concebido.-Últimamente ponderaré la razon que tenemos los hombres de estar contentos con vernos emparentados con Dios, y levantados á tal dignidad, por lo cual tengo de darle gracias, y pedir á los Ángeles se lo agradezcan, y cobrar un corazon nuevo y generoso, proponiendo, como dice san Leon papa, vivir como deudo de tan gran Rey, sin admitir cosa que se desdiga de esta nobleza. (Serm. 1 de Nativ.).

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar las circunstancias de esta encarnacion, cuanto al cuerpo de este Dios y Hombre, mirándole como es cuerpo mortal y pasible, y las causas de esto; porque segun lo que naturalmente se debia á la persona de Cristo nuestro Señor, su cuerpo no habia de ser mortal ni pasible, por dos causas.-La primera, porque Cristo nuestro Señor fue totalmente libre de la culpa original, no por privilegio, sino por derecho, por ser Hijo de Dios natural, y por haber sido concebido, no por obra de varon, sino por virtud del Espíritu Santo. Y por consiguiente, no le tocaba la pena de la mortalidad y pasibilidad, debida al pecado original; pero con todo eso, quiso este Señor, para mostrar su humildad y caridad, dejar la culpa y tomar la pena; y sin ser pecador, tomar, como dijo san Pablo (*Rom.* VIII, 3), carne de pecador, sujeta á todas las penalidades y miserias que tienen los pecadores, para pagar con su muerte y con sus penas nuestras culpas. ¡Oh bendita sea caridad tan inmensa, de la cual nació humildad tan profunda. ¡Oh cuánta razon tengo de confundirme por mi soberbia! pues al contrario de este Señor, quiero la culpa, y no querria la pena; soy pecador, y no querria sufrir las penalidades de los pecadores. Anímate, ó alma mia, á imitar este ejemplo de humildad; y pues te has sujetado al pecado, gusta de padecer la pena que tu pecado merece.

2. La segunda causa por que el cuerpo de Cristo nuestro Señor no habia de ser mortal, es porque su alma era gloriosa y bienaventurada; y así por derecho habia de tener su cuerpo las cuatro dotes de gloria, que tiene ahora en el cielo, que son claridad, impasibilidad, sutileza y ligereza; pero con todo esto, quiso este amorosísimo Señor hacer este nuevo milagro y renunciar este derecho, privándose de estas dotes de gloria, y vistiéndose de mortalidad y de ignominia, con las demás miserias nuestras, para que su cuerpo, como él mismo dijo, fuese apto para (*Psalm.* XXXIX, 7) ser hostia y sacrificio por nuestros pecados en el ara de la cruz. Bendígante, Señor, tus Ángeles, y mi alma te alabe siempre, por

la caridad que mostraste en hacer milagros para poder morir, y en renunciar todo lo que te podia excusar el padecer. ¡Oh cuán confuso y avergonzado estoy viendo las ansias con que huyo los trabajos, pidiendo á veces milagros para librarme de ellos! Deseo de hoy mas renunciar todo lo que fuere honra y regalo, por imitarte en padecer ignominia y tormento, y pues me das tal deseo, dame tambien gracia para cumplirlo.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar las causas porque quiso Dios hacerse niño, y ser concebido en vientre de mujer (*Isai.* IX, 6), pudiendo tomar cuerpo de varon perfecto, como formó el cuerpo de Adan. Las causas de esto,-dejando las que se tocaron en la meditacion III,-fueron estas.—La primera, para hacerse, como dice el Apóstol (*Hebr.* II, 17), semejante en todo á sus hermanos los hombres, y obligarlos con esto á que le amasen mas tiernamente. Ó Dios amorosísimo, que como madre nos traes en tus entrañas, ¿quién te ha hecho niño metido en las entrañas de tu Madre? Tu amor sin duda es la causa de esto, y el deseo grande que tienes de ser amado, para que si no te amáremos por la grandeza que muestras en cuanto Dios, te amemos por la ternura que muestras en cuanto niño.

2. La segunda causa fue, para darnos ejemplo de humildad y aficionarnos á ella cuando viésemos con los ojos de la fe al Dios de la majestad hecho niño pequeñito; y al que no cabe en cielo ni tierra, estrechado en el vientre de una mujer. Y así comparando la grandeza de Dios con esta pequeñez, prorumpiré en afectos de admiracion y de imitacion, diciendo á este Señor: Ó Verbo divino, que en cuanto Dios estás en el seno inmenso de tu Padre, y en cuanto hombre te encerraste en el seno estrecho de tu madre; esclarece los ojos de mi alma, para que considerando la grandeza que tienes en un seno, y la pequeñez que tienes en el otro, admirándome de ambas, venere tu grandeza con temblor, y abrace tu pequeñez con humildad.

3. La tercera causa fue, para entrar en el mundo dándonos ejemplo de paciencia y mortificacion muy perfecta, sufriendo una cárcel horrible, oscura y estrecha de nueve meses, cual es el vientre de la mujer, en la cual está el niño estrechado y apretado, sin poderse menear á un lado ni á otro, ni mover pié ni mano, ni ver, ni oir, ni oler, ni gustar cosa alguna. Y aunque los demás niños no sienten esto, por no tener uso de razon; pero este niño benditísimo, como le tenia muy perfecto, sentíalo, y sufria de buena gana aquella

cárcel y aquella mortificacion de sentidos, para librarnos de la cárcel eterna, y para pagar la libertad y desenvoltura de Eva, que salió á pasear por el paraíso, y miró la fruta del árbol, y la gustó, contra el precepto divino; y asimismo para pagar las libertades y liviandades de mis sentidos, y para animarme con su ejemplo á mortificarlos, y sufrir algun encerramiento y estrechura en la habitacion y cama, y en lo demás que pertenece al regalo de mi carne. Gracias te doy, Verbo eterno encarnado, por esta entrada que hiciste en el mundo, sufriendo tan estrecha cárcel, tan horrible prision, y tan larga y prolija mortificacion de tu carne; por ella te suplico me libres de la cárcel eterna del infierno, y de la molesta prision de mis vicios, ayudándome á mortificar mis pasiones y á enfrenar con espíritu el uso desordenado de mis sentidos.

MEDITACION X.

DE LAS EXCELENCIAS DEL ALMA SANTÍSIMA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y LOS ACTOS HERÓICOS DE VIRTUD QUE EJERCITÓ EN EL PRIMER INSTANTE DE SU ENCARNACION.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar las gracias y excelencias de Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, por estar su alma unida con la divinidad (*D. Thom.* 3 *p. q.* 34; *q.* 7, *et seqq.*), las cuales fueron inmensas; porque, como dijo de él su Precursor, no le dió Dios el espíritu con medida (*Ioan.* III, 34), porque el Padre ama al Hijo, y puso todas las cosas en su mano; que fue decir: Á los demás santos dáseles el espíritu con medida, y divídense entre ellos, como dice san Pablo (I *Cor.* XII, 4), las gracias del Espíritu Santo, dando unas á unos y otras á otros; pero á Cristo dióle su Padre el espíritu sin medida, porque se las dió todas juntas, no solamente para sí, sino con potestad de repartírlas entre otros, dando á cada uno su medida (*Ephes.* IV, 7), porque le ama con singularísimo amor, como á Hijo unigénito suyo; y así le comunicó tanta plenitud de sabiduría y gracia, cuanta convenia á la gloria de tal Hijo. Por lo cual dijo el evangelista san Juan (*Ioan.* I, 14): Vimos su gloria, como gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Demás de esto, habiendo el Verbo eterno comunicado á esta alma benditísima lo sumo que tenia, que era su mismo ser personal, á su honra pertenecia comunicarla tambien la inmensidad de gracias y dones que convenian á quien tenia tan noble ser.

2. Estas gracias podemos reducir á siete cabezas.—La primera fue pureza inmensa, de modo que ni pecó (I *Petr.* II, 22) ni pudo pecar, ni errar ni engañarse, ni tener imperfeccion alguna que desdijese de esta pureza y limpieza de corazon, porque era Cordero de Dios, no terreno, sino celestial; Cordero inocentísimo sin mancha alguna (*Ioan.* I, 29), cuya venida fue á quitar los pecados del mundo, y así por derecho estaba libre de todos ellos.—La segunda es la gracia de santidad, la cual excedió incomparablemente á la de todos los hombres y Ángeles juntos. Y á esta medida tenia la caridad, humildad y obediencia con las demás virtudes; de modo que por excelencia se llama el Santo de los Santos (*Dan.* IX, 24), en quien el Espíritu Santo descansó (*Isai.* XI, 2), llenándole de sus siete dones con inmensa plenitud.—La tercera fue la gracia consumada, que es la bienaventuranza y vision beatífica, porque desde aquel primer instante vió su alma la divina esencia con mayor claridad que todos los bienaventurados juntos, y á esta proporcion amó á Dios, y se gozó con inmenso gozo; por lo cual se dice de él, que le ungió Dios con óleo de alegría sobre todos sus compañeros. (*Psalm.* XLIV, 8).

3. De aquí procedió la cuarta gracia, que abraza los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, no divididos sino todos, como dice san Pablo (*Colos.* II, 3), para que conociese todas las cosas criadas, pasadas, presentes y por venir, sin que ninguna se le encubra, como quien habia de ser juez de todas las cosas, para premiar las buenas y castigar las malas.—La quinta es la potestad de hacer milagros sin tasa alguna, con solo su querer, con el cual podia dar vida á los muertos, sanar á todos los enfermos, echar los demonios de los cuerpos, mandar á los vientos y al mar, y á todos los elementos, sujetándose todos á su imperio.—La sexta es la potestad de excelencia en perdonar pecados (*Matth.* IX, 2), convertir pecadores, trocar sus corazones, ordenar Sacramentos y sacrificios, y en repartir gracias y dones sobrenaturales á los hombres.

4. La séptima es (*Colos.* II, 10; *Ephes.* I, 10) la gracia de cabeza, así de la Iglesia militante, como de la triunfante, de hombres y Ángeles, siendo superior á todos, y fuente de todas las bendiciones celestiales, y de todas las dádivas y dones que proceden del Padre de las lumbres, para bien del cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo. De aquí es que este Señor fue el primero y principal de todos los predestinados, por cuyo respeto Dios nuestro Señor predestinó á otros para que tuviese muchos compañeros en la gloria; y en

especial para que fuese primogénito, como dice el apóstol san Pablo (*Rom.* VIII, 29) de muchos hermanos, semejantes y conformes con él en los dones de gracia, como lo eran en la naturaleza; y así entró primero que todos los hombres en esta gloria, y vió la divina esencia, y abrió las puertas del cielo para que los demás entrasen á verla.

5. Considerando estas siete suertes de gracias que tiene Cristo nuestro Señor, y cada una de ellas, tengo de sacar varios afectos, ya bendiciendo y alabando al eterno Padre por los bienes que dió á su Hijo en cuanto hombre, ya gozándome de los bienes que tiene este Señor, y dándole el parabien de ellos, ya suplicándole que reparta conmigo de lo que tiene, pues de su plenitud reciben todos (*Ioan.* I, 16); y así le puedo decir con grande amor: Ó Hijo de Dios vivo, gózome de veros tan hermoso sobre todos los hijos de los hombres, blanco y colorado, escogido entre millares. (*Psalm.* XLIV, 3). Ó Piedra viva y angular, ¡cuán vistosa estais con estos siete ojos de inmenso resplandor, que puso en Vos la mano de vuestro Padre! Ó Hijo del hombre, ¡cuán bien os parecen estas siete estrellas (*Cant.* V, 10; *Zach.* III, 9; *Apoc.* I, 16), que os han dado para vuestra gloria y para repartir de su luz con todo el mundo! Ó Verbo encarnado, lleno de gracia y de verdad (*Ioan.* I, 14), pues de esta vuestra plenitud reciben los hombres una gracia por otra, cada uno la suya; llenad mi alma de esta gracia, para que con ella os agrade y merezca el premio de la gloria. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar los heróicos actos de virtud que esta ánima santísima de Cristo ejercitó en aquel primer instante para con Dios nuestro Señor; porque como vió claramente la divina esencia con tanta claridad, como hemos dicho, y por otra parte vió los innumerables beneficios que graciosamente habia recibido sin méritos suyos, al punto brotó con grande ímpetu cuatro excelentes afectos, como cuatro rios que salen del paraíso; es á saber, un amor encendidísimo á Dios, un agradecimiento grandísimo á tales beneficios, una humillacion profundísima en su presencia, viendo la nada que de sí tenia, y un ofrecimiento prontísimo de obedecerle en todo cuanto quisiese, deseando se le ofreciese ocasion de mostrar todo esto por la obra. ¡Oh qué coloquios tan dulces tendria entonces esta bendita alma con toda la santísima Trinidad! Ya con el Padre, que la juntó con su Hijo; ya con el Hijo, que la tenia junta consigo; ya con el Espíritu Santo, que hizo la junta, dándolas una música celestial de cuatro voces, con los cuatro

afectos dichos, enderezándola en ellos, como maestro de capilla el Verbo eterno, con quien estaba unida. Ó Verbo divino, dad á mi alma parte de la luz que dísteis á la vuestra, y uníos con ella con union de caridad, para que pueda haceros otra música como esta; inclinad mi corazon á lo mas bajo con la humildad; levantadle á lo alto con el agradecimiento; adelgazadle en el espíritu con el amor; y concertadle en todas sus obras con la prontitud de la obediencia, para que siempre os glorifique y cumpla vuestra santa voluntad. Amen.—Estos cuatro afectos tengo de ejercitar en esta consideracion, ponderando con la luz que tengo de la fe, la infinita bondad de Dios, y la muchedumbre de mercedes que me ha hecho sin yo merecérselas.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, consideraré los excelentísimos actos de virtud que Cristo nuestro Señor ejercitó para con los prójimos en aquel mismo instante. Porque primeramente vió los pecados de los hombres y las gravísimas injurias que hacian á Dios, y como el demonio estaba apoderado del mundo, y el infierno se poblaba de almas. Y todo esto le dió terribilísima pena y dolor; parte por ver injuriado al Padre que tanto amaba, y cuya gloria tanto deseaba; parte por ver como los hombres, hermanos suyos segun la naturaleza humana, se perdian. Y este dolor interior fue el mayor que jamás ha habido ni habrá en esta vida, juntándose en una misma alma sumo gozo por la vista de Dios, y suma tristeza por la vista de nuestros pecados. Ó Verbo encarnado, ¿qué dolor es este que teneis? Si es cosa molesta juntar música con llanto (*Eccli.* xxii, 6), ¿por qué juntais tanto gozo con tanta tristeza? Apenas habeis entrado en las entrañas de vuestra Madre, ¿y ya el celo de la casa de Dios come las vuestras? (*Psalm.* lxviii, 10). Haced, Señor, que tambien coma las mias, atormentándome con dolor por haberos ofendido, y consumiendo en mí todo lo que puede ser ocasion de ofenderos de nuevo. De aquí sacaré cuán terrible mal es el pecado mortal, pues con ser pecado ajeno, bastó á causar suma tristeza en alma llena de sumo gozo; y cuánta mas razon es que yo me entristezca por mis pecados, pues así se entristeció Cristo nuestro Señor por ellos; y no dilató esta tristeza para el fin de la vida, sino en el primer instante de ella, para que yo no dilate la penitencia y dolor de mis culpas, sino que luego en cayendo me duela de ellas.

2. Lo segundo, ponderaré como este Señor en el mismo instante vió tambien que la voluntad de su Padre era que fuese Redentor y Remediador de los hombres; y que en esto queria le pagase

los dones que le habia dado en amarlos y remediarlos; y que por este fin le habia dado cuerpo mortal y pasible, para que pudiese morir por ellos. Y al mismo punto que esto entendió, con la misma fuerza que amaba á su Padre nos amó, y se ofreció á redimirnos y á morir por nuestro remedio, alegrándose de que se le ofreciese ocasion de mostrar el amor que tenia á su Padre, y el celo que tenia de su gloria y de hacer bien á sus hermanos. Y así le dijo aquello del Salmo (*Psalm.* XXXIX, 7): No aceptaste el sacrificio y ofrenda de los antiguos, ni sus holocaustos bastaron para remediar los hombres; pues me diste cuerpo apto para ser sacrificado, yo me ofrezco de buena gana á ello (*Hebr.* X, 7): *Ecce venio ut faciam voluntatem tuam, Deus.* Véisme aquí he venido al mundo para hacer en esto y en todo tu santa voluntad, poniendo tu ley en medio de mi mismo corazon. ¡Oh cuán agradable fue al eterno Padre esta ofrenda y voluntad de su Hijo! pues por ella, como dice san Pablo (*Hebr.* X, 10), fuimos todos santificados, mereciéndonos la gracia y santificacion. En agradecimiento de esta generosa voluntad, con que Cristo nuestro Señor se ofreció á ser mi Redentor, le ofreceré yo una voluntad de servirle tan eficaz, que por ella me disponga á recibir la santificacion que me ganó; y á imitacion suya diré: *Ecce venio ut faciam voluntatem tuam, Deus.* Véisme aquí, Señor, aparejado para cumplir tu voluntad; tu santa ley estará de hoy mas en medio de mi corazon. Quisiera haber hecho esto en el primer instante que tuve uso de razon, como tú lo hiciste en el primer instante de tu vida; mas ya que no lo hice, ahora digo (*Psalm.* LXXVI, 14): *Nunc coepi.* Ahora comenzaré á servirte, con propósito de hacerlo hasta la muerte.

PUNTO CUARTO.— 1. Últimamente, para conocer mejor la grandeza de la caridad y obediencia de Cristo nuestro Señor en aquel instante, se ha de considerar como entonces el Padre eterno le descubrió todos los trabajos que habia de padecer desde que encarnó hasta que espiró en la cruz, diciéndole: Hijo mio, mi voluntad es, que para redimir á los hombres, y para darles ejemplo de toda virtud, nazcas en un pobre portal; seas circuncidado y perseguido de Herodes y de los judíos; y que seas preso, azotado, coronado de espinas y muerto en una cruz con grandes dolores y desprecios. Por tanto, pues me amas, acepta estos trabajos por mi amor y por el bien de tus hermanos. Á esta voluntad del Padre, que Cristo nuestro Señor llama mandamiento y precepto de su muerte (*Ioan.* XIV, 31), respondió al punto, ofreciéndose á padecer todo aquello con pron-

tísima voluntad; y entonces se cumplió lo que dice san Pablo (*Hebr.* XII, 2): Que dejando el gozo de esta vida, y mirando el gozo eterno de la otra, abrazó la cruz, sin hacer caso de que era muy ignominiosa. Entonces tambien, con la voluntad eficaz, bebió el cáliz amargo de su pasion, y fue bautizado con el bautismo de sus ignominias y dolores, perseverando, como él mismo dijo (*Psalm.* XXXVII, 7), en la amargura de esta bebida y de este bautismo todos los dias de su vida, hasta que al fin de ella con efecto le bebió, cumpliendo todo lo que su Padre le habia ordenado.

2. Pero mas adelante pasó su caridad y obediencia, porque con ser tanto lo que habia de padecer, no contento con esto, se ofreció con un corazon muy generoso y con una sed muy ardiente á padecer mucho mas, si su Padre lo ordenase y fuese menester para nuestro bien; porque si san Pablo, cuando le dijo el profeta Agabo (*Act.* XXI, 11), que habia de ser preso en Jerusalen, respondió: Que estaba aparejado no solo á ser preso, sino á ser muerto por el nombre de Jesús; cuánto mas nuestro dulce Jesús, cuando su Padre le dijo los trabajos de su vida y muerte, responderia luego que estaba aparejado no solo para sufrir tales trabajos, sino otros muy mayores por su amor.

3. Y para que yo vea lo mucho que debo á este Señor, tengo de considerar como en aquel instante tenia presentes en su memoria á todos los hombres, y á mí entre ellos, y se ofreció á padecer todo esto por cada uno en particular y por mí mismo, como si yo solo fuera el necesitado de su remedio. De suerte, que entonces cumplió lo que dijo de sí san Pablo (*Galat.* II, 20): El que me amó y se entregó por mí á la muerte, ofreciéndose á ella por mi amor. O niño tierno y gigante valeroso (*Psalm.* XVIII, 6), ¿con qué os pagaré yo el ánimo con que os ofreceis hoy á correr vuestra carrera, aceptando por junto los trabajos que habeis de pasar en el discurso de ella? Alábenos los Ángeles por esta merced tan señalada que hicísteis á los hombres, y mi ánima os glorifique por el amor que entonces la tuvísteis, por el cual me ofrezco á padecer lo que me sucediere en la carrera de mi vida, favoreciéndome vuestra gracia para no faltar en ella.

MEDITACION XI.

DE LA JORNADA QUE HIZO EL VERBO ETERNO ENCARNADO EN LAS ENTRAÑAS DE SU MADRE Á CASA DE ZACARÍAS, PARA SANTIFICAR Á SU PRECURSOR JUAN.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, consideraré como el Verbo encarnado, estando en las entrañas de su Madre, con el entrañable deseo que tenia de salvar los hombres, luego puso los ojos en Juan, que estaba en el vientre de santa Isabel, y habia de ser su precursor, y viendo que estaba en pecado original, se dolió de él; y se determinó de librarle luego de aquella miseria y santificarle, tomando posesion del oficio de Redentor que tenia á su cargo; y para esto inspiró eficazmente á su Madre, que con presteza fuese á visitar á su prima, para de camino hacer esta obra.—En lo cual se ha de ponderar lo primero, el gran deseo que tiene este Señor de nuestra salvacion, agradeciéndosele, y confundiéndome yo del poco que tengo de la mia.—Además, cuán cuidadoso es del bien de sus escogidos, y cuán vigilante en ejercitar su oficio de Redentor, pues le comenzó desde el vientre de su Madre, sin querer estar ocioso un punto.

2. Tambien ponderaré, cuán grave mal es la culpa y lo mucho que siente Nuestro Señor que sus escogidos estén en pecado un momento; pues por esta causa inspiró á su (*Luc.* I, 39) Madre que con tanta prisa hiciese aquella jornada, para librar de pecado á su escogido Juan. Ó Verbo divino, que te hiciste hombre por librarnos del pecado, y deseaste hacer este oficio con tanta presteza, que tomaste por renombre (*Isai.* VIII, 3): Date prisa, apresúrate, roba y quita los despojos, pues tus nombres no son vacíos sino llenos; ven, Señor, con prisa á librarme de mis pecados; apresúrate á santificarme con tu gracia; roba mi corazon para tu servicio, y tómale por despojo de tu victoria, para que desde luego comience á servirte con fervor.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como pudiendo Nuestro Señor santificar al Bautista desde el lugar donde estaba, quiso inspirar á su Madre le llevase á casa de Elisabet, y allí hacer esta santificacion milagrosa, por causas admirables y muy provechosas para nuestra enseñanza.—La primera, para dar nuevas muestras de su humildad y caridad; porque como estas virtudes le movieron á salir del cielo y venir al mundo para visitarle y

sacarle de las tinieblas y sombra de muerte en que estaba; así tambien le movieron á salir de Nazaret para visitar á Juan (*Luc.* I, 31; *Bed.* ib.), y sacarle de pecado, viniendo el mayor á visitar al menor para honrarle, y el médico al enfermo para sanarle.

2. La segunda causa fue, para que su Madre santísima tuviese parte en esta obra, tomándola por instrumento de la primera santificacion que obraba en el mundo, justificando por su medio al niño Juan que estaba en pecado, y llenando de Espíritu Santo á su madre que era justa, á fin de que los pecadores entendiésemos como la Vírgen habia de ser nuestra medianera para alcanzar perdon de nuestros pecados, y los justos entendiesen que por su medio habian de alcanzar la plenitud del Espíritu Santo y de su gracia, con las virtudes y dones que vienen del cielo; y así todos procurasen amarla y servirla y serla muy devotos. Ó Vírgen soberana, pues hoy juntamente con vuestro Hijo tomais posesion del oficio que os han dado para nuestro bien, proseguidla conmigo en este dia, alcanzándome perdon de mis culpas y abundancia de las divinas gracias. Amen.

3. *Inspiraciones de Cristo nuestro Señor.* —La tercera causa fue, porque es propio de Cristo nuestro Señor, en entrando en el alma, inspirarla ejercicios de virtud y moverla á que suba con fervor á la alteza de la perfeccion. Unas veces la inspira que ejercite la oracion y contemplacion y las demás obras de la vida contemplativa. Otras, que salga de recogimiento y ejercite las obras de la vida activa con los prójimos. Y así en el punto que entró en las entrañas de la Vírgen, la movió á subir á las montañas de Judea, para ejercitar insignes obras de caridad, misericordia y obediencia. Diríala dentro de su corazon aquello de los Cantares (*Cant.* II, 10): Levántate, date prisa, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y ven. Ó Paloma fecunda, que tienes tu nido en los agujeros de la piedra y en la abertura de la pared, contemplando los secretos de mi divinidad y humanidad, y viviendo siempre debajo de mi proteccion, levántate con presteza, sal de este lugar tan secreto, sube á las montañas de Judea, para que allí me confieses y glorifiques con obras de caridad en bien de las almas que crié. De aquí sacaré como tambien es propio de Cristo nuestro Señor, cuando entra en los justos por la comunion del santísimo Sacramento del altar, inspirarles semejantes ejercicios de virtud, para que suban á la perfeccion de ambas vidas, contemplativa y activa, inspirando á cada uno lo que mas le conviene. Y si yo no siento tales inspiraciones cuando comulgo, es por

mi ruin disposicion y por mi mucha tibieza, con la cual me hago indigno de esta merced. De lo cual me tengo de confundir, y suplicarle use conmigo de su misericordia, inspirándome eficazmente lo que es conforme á su santa voluntad.

PUNTO TERCERO.—*Obediencia perfecta á las inspiraciones de Dios.*—1. Lo tercero, se ha de considerar la perfecta obediencia de la Vírgen á esta inspiracion, la cual apunta el Evangelista, diciendo: *Levantándose María, fué con apresuracion á las montañas de Judea.*—Porque lo primero, no aguardó á precepto ni ordenacion expresa, sino en sintiendo que Dios gustaba de que visitase á su parienta, esta inspiracion bastó para que lo hiciese; porque el perfecto obediente cumple cualquier cosa que entiende ser mas conforme al gusto de Dios y de su superior.—Lo segundo, fue muy pronta y puntual, porque no dilató muchos dias la visita, sino con la brevedad que pudo la hizo, y fué con gran prisa, por la eficacia del Espíritu que la movia, á cumplir presto su obediencia, porque la divina gracia es enemiga de dilacion y tardanza.

2. Lo tercero, fue muy pura en la intencion, pretendiendo solamente la gloria de Dios y el cumplimiento de su voluntad, sin mezcla de los fines terrenos que suele haber en semejantes visitas; y como dice san Ambrosio (Lib. 2 in Lucam), no fué á casa de Elisabet por curiosidad ó duda para probar si era verdad lo que el Ángel habia dicho, sino antes porque estaba cierta de ello, y queria glorificar á Dios en ver la obra que habia hecho.—Lo cuarto, fue mezclada con mucha caridad, paciencia y humildad; porque sin reparar en la dignidad que se le habia dado de Madre de Dios, gustó de visitar á la que era menos que ella, para servirla y darla el parabien de la merced que Dios la habia hecho; y aunque el camino era largo y áspero, y ella tierna y no acostumbrada á tales trabajos, no dudó dejar su recogimiento y salir á público, porque así lo queria Nuestro Señor.

3. Últimamente ponderaré el modo como esta Señora caminaba: llevaba rara modestia, sin divertirse curiosamente á mirar los que pasaban por el camino; de tal manera, que si algunos ponian en ella los ojos, quedaban movidos á santidad y pureza. El corazon llevaba enclavado en el Hijo que tenia dentro de sus entrañas, con quien trataba dulces coloquios por todo el camino; y con él iba tan contenta, que no sentia el trabajo ni la pobreza y falta de lo necesario. Ó Vírgen soberana, ¡cuán llena vais de Dios y cuán gustosa en cumplir su voluntad! ¡Oh cuán bien os cuadra en este camino ser

litera del verdadero Salomon (*Cant.* III, 9), fabricada con admirable artificio para llevarle de una parte á otra! Las colunas de plata son vuestras virtudes; el reclinatorio de oro, vuestra contemplacion; la subida de púrpura, vuestra humildad y paciencia; y lo de en medio, que es vuestro corazon, está adornado con caridad, porque dentro de Vos va el mismo Dios que es caridad. Y pues todo esto se os ha dado por causa de las hijas de Jerusalen, que son las almas flacas, suplícoos, Madre piadosísima, me alcanceis otro adorno semejante, para que imitando vuestras virtudes, pueda mi alma ser litera de vuestro Hijo, en la cuàl descanse y por la cual se dé á conocer á todo el mundo. Amen.

MEDITACION XII.

DE LO QUE SUCEDIÓ EN LA VISITA DE LA VÍRGEN Á SANTA ISABEL.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, consideraré la entrada de la Vírgen en casa de Elisabet, y los grandes bienes que entraron con ella; porque la Vírgen como mas humilde, la saludó primero; y el Verbo eterno encarnado que estaba en sus entrañas tomó las palabras de su Madre por instrumento para hacer obras maravillosas en el niño que estaba en las de Elisabet. Limpióle del pecado original, justificóle con su gracia, llenóle de Espíritu Santo, aceleróle el uso de razon, hízole su profeta, dióle luz y conocimiento del misterio de la encarnacion, y comunicóle tanta alegría que daba saltos de placer en el vientre de su Madre, manifestando de la manera que podia el gusto que tenia con la venida y visita de su Señor; y todo esto fue en un momento, en lo cual tengo de ponderar dos cosas de gran consuelo.

2. La primera es, la omnipotencia y liberalidad del Salvador que ha venido, pues tan de repente hace obras tan grandiosas de pura gracia, sin merecimientos del que las recibe, cumpliéndose aquí lo que dijo el Sábio (*Prov.* XX, 8): El rey que está sentado en su trono con su vista deshace todo mal, porque este Rey de reyes sentado en el trono del vientre virginal, miró con ojos de misericordia á su Precursor, y con sola esta vista en un punto deshizo todo el mal de culpa que tenia. Con lo cual tengo de cobrar grande confianza de que usará conmigo de misericordia, acordándome de lo que dijo el Eclesiástico (*Eccli.* XI, 22): Confia, hijo, porque en los ojos de Dios fácil cosa es remediar al pobre. Ó Rey omnipotente, muestra

conmigo tu omnipotencia, librándome de mis males y llenándome de tus bienes, para que se descubra la grandeza de tus misericordias en quien tan indigno es de ellas. Dame, como á tu Precursor, perdon de mis pecados, luz y conocimiento de tu encarnacion, y alegría espiritual en tu servicio. Amen.

3. La segunda cosa que se ha de ponderar es, la eficacia de la palabra de la Vírgen, por ser madre de Dios, y lo mucho que podrá alcanzar de su Hijo en un momento, pues por su medio tantos bienes juntos se dieron tan de repente al Bautista, que fue las primicias de Cristo y de su redencion, el cual quiso madurar este primer fruto antes de su propio tiempo por medio de su Madre, para darnos confianza de que por su intercesion serémos prevenidos y ayudados de la divina misericordia; y así tengo de suplicar á esta Reina soberana use conmigo de este poder que tiene, alcanzándome algo de lo mucho que por su medio se dió á este dichoso Precursor.

PUNTO SEGUNDO. -*Propiedades de las visitas interiores de Dios.*— 1. Lo segundo, se ha de considerar como santa Isabel juntamente fue llena de Espíritu Santo, comunicándola Dios, por medio de esta salutacion, luz y conocimiento de este misterio y el don de profecía, con el cual descubrió maravillosamente cuatro efectos, que estos dones causaron en ella, en los cuales resplandecen cuatro propiedades de la visita interior de Cristo nuestro Señor, y de la presencia del Espíritu Santo cuando llena las almas con sus dones. -Lo primero, santa Elisabet con grandísimo afecto, movida del Espíritu Santo, prorumpió en alabanzas de Dios y de su Madre, diciendo con grande voz: *Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.* Como quien dice: Verdad fue lo que te dijo el Ángel, que eres bendita entre todas las mujeres. Á lo cual añado yo, que tambien es bendito el Hijo que traes en tu vientre, y porque él es bendito, lo eres tú, porque de él, como de fuente, proceden todas las bendiciones celestiales; por donde se ve como es propio del Espíritu Santo movernos á glorificar á Cristo y á su Madre con grande fervor de espíritu, por lo mucho que le agradan tales alabanzas.

2. Lo segundo, humillóse grandemente con un profundo conocimiento de su bajeza, y con otro muy alto de la grandeza de aquella Señora que la visitaba, diciendo: *¿De dónde á mí, que venga á visitarme la Madre de mi Señor?* Y luego con afecto de agradecimiento confesó las grandezas de Dios, y publicólas á quien sabia que por ellas le habia de alabar y glorificar, diciendo á la Vírgen: *Luego*

que tu voz entró por mis oidos, se alegró con grande gozo el infante que tengo en mis entrañas. Donde ponderaré que propio es tambien del divino Espíritu causar humildad y agradecimiento en medio de los favores que nos hace, para que nos entren en provecho y estén seguros sus dones, teniéndonos por indignos de ellos y agradeciéndolos á quien nos los dió. Y así á imitacion de esta Santa, cuando Dios nuestro Señor interiormente me visitare, ó cuando fuere á recibirle en el Sacramento, tengo de avivar estos dos conocimientos, el de mi vileza y el de su alteza; y mirando el orígen de donde me viene tan grande bien, que es la bondad del mismo Dios, con grande pasmo diré: ¿De dónde á mí, que venga mi Señor á visitarme? ¡Á mí tan vil esclavo! á mí tan ingrato y miserable pecador! á mí viene mi Señor, que es Señor de infinita grandeza y majestad, para visitarme y entrar dentro de mi pobre casa! ¿De dónde á mí tal favor? ¿Por ventura de mis servicios ó merecimientos? ó por mi naturaleza ó propia industria? ¡Oh, bendita sea la inmensa caridad de Dios, que se digna de visitar á tan baja criatura por sola su infinita misericordia!

3. Lo cuarto, santa Isabel confirmó á la Vírgen en sus propósitos y en la fe que tenia, diciéndola: *Bienaventurada tú que creiste, porque sin duda tendrán efecto todas las cosas que te ha dicho el Señor.* En las cuales palabras descubrió el soberano don de profecía que recibió, conociendo todo lo que pertenecia á la Vírgen, así lo pasado que dijo el Ángel, como lo presente de ser Madre de Dios, y el cumplimiento de lo que estaba por venir. Por donde se ve cuán propio es del Espíritu Santo inspirar á los justos que se aprovechen de sus dones en bien de los prójimos, confirmándolos en su fe y en el amor que deben á Dios. En estos cuatro afectos maravillosos procuraré imitar á santa Isabel, suplicándola me alcance de nuestro Señor gracia para ello. Y últimamente ponderaré, como en este dia se publicó el nombre mas glorioso que tiene la Vírgen que es Madre de Dios, el cual ella oyó con grande humildad y gozo, y con él tengo de saludarla y darla el parabien de este nombre, alabando al que se le dió.

PUNTO TERCERO. – *Que se medita el cántico del* MAGNIFICAT. — 1. El tercer punto será considerar lo que la Vírgen respondió en oyendo las palabras de santa Isabel, porque tambien ella fue luego llena de un espíritu altísimo de profecía, y compuso el soberano cántico del *Magnificat.* – Cerca del cual se ha de ponderar lo primero, como la Vírgen, habiendo oido tantas cosas de su alabanza, no enderezó su

respuesta á santa Isabel que la alababa, como lo suelen hacer comunmente los hombres, á título de mostrarse agradecidos, sino todas sus palabras enderezó á Dios nuestro Señor, enseñándonos el modo como nos hemos de haber con los hombres cuando nos alaban; porque lo mejor y mas seguro es, mudar la plática y hablar con Dios, de quien proceden los dones de que somos alabados.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como la Vírgen, que tan corta y tan medida era en sus palabras cuando hablaba con los Ángeles y con los hombres, se alargó mucho mas cuando habló con Dios, contando sus grandezas; porque lo primero es prudencia y cautela; mas lo segundo es exceso de amor y agradecimiento, conforme á lo que dice el Sábio (*Eccli.* XLIII, 33): Los que bendecís al Señor, alabadle cuanto pudiéreis, porque mayor es que toda la alabanza. Y como el que está lleno de Dios, todas sus pláticas son de Dios, para engrandecerle y glorificarle con todo cuanto tiene; porque de la abundancia del corazon habla la boca (*Matth.* XII, 34); así la Vírgen nuestra Señora, como estaba llena de Dios, echó por la boca este soberano cántico, lleno de afectos de Dios, el cual tiene diez versos, y es como un salterio ó arpa de diez cuerdas, semejante á los que David nos manda tocar (*Psalm.* XXXII, et alib.), para glorificar á Dios; y así será bien meditar todas sus palabras, para que sepamos rezarle con espíritu, á honra de la Vírgen, juntando con cada palabra ó verso algun afecto santo ó algun gozo de las virtudes de esta Señora, con su peticion y coloquio sobre ella.

3. *Mi ánima engrandece al Señor.* — En este verso primero nos enseña la Vírgen el espíritu de alabar á Dios, sintiendo alta y magníficamente de él, y engrandeciendo todo lo posible sus cosas; esto es, su bondad y misericordia; su sabiduría y caridad, y la excelencia de su señorío. Y esto, no con solas palabras corporales, sino con el ánima y con todas sus potencias interiores, convidándolas como David (*Psalm.* CII, 1), para que alaben al Señor. Y no dijo: Mi ánima engrandeció ó engrandecerá, sino engrandece; para significar que su principal oficio y su perpétua ocupacion era engrandecer á Dios, haciendo en la tierra lo que hacen los Ángeles en el cielo. ¡Oh si mi ánima engrandeciese siempre á su Señor! Ó Señor de infinita grandeza, poco puedo yo engrandecerte con mis alabanzas; mas del modo que puedo te alabo y engrandezco, y confieso que eres mas grande de lo que yo puedo decir y sentir. (*Eccli.* XLIII, 33). Ó Vírgen soberana, cuya alma siempre engrandeció al Señor, y como otro David (*Psalm.* XXXIII, 2), convidaba á todos que le engrandeciesen,

alcanzadme que la mia le engrandezca, ocupándose continuamente en cantar sus grandezas por todos los siglos. Amen.

4. *Y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador.*—(*Modo de alegrarse en Dios*).—En estas palabras descubre la Vírgen el modo de gozarnos en Dios, apuntando cinco condiciones de este gozo, para ser puro y perfecto.-Porque lo primero, no hemos de poner nuestro gozo y alegría principal en las cosas espirituales, ni tanto en los dones recibidos, cuanto en el dador de los dones que es el mismo Dios.-Y aunque nos hemos de gozar en Dios, segun que es Criador nuestro; pero principalmente que es nuestro Salvador y Santificador; porque de esta manera es fuente de la alegría espiritual, que se funda en la salud del alma santificada con la divina gracia.-Y este gozo principalmente ha de ser en el espíritu ó parte superior del alma, para que sea mas limpio de todo lo que tiene resabio de carne; cual suele ser el gozo sensible del cuerpo, aunque algunas veces el gozo del espíritu redunda tambien en la carne, segun aquello de David (*Psalm.* LXXXIII, 2): Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo.

5. Finalmente, nuestro espíritu no se ha de gozar en sí mismo, como si tuviese por sus merecimientos todos los dones de que se alegra, sino su alegría ha de ser en Dios su Salvador, que se los dió, en quien ha de estribar su alegría, como dijo David (*Psalm.* XXXIV, 9): Mi alma se alegrará en el Señor y se deleitará en su Salvador. Tal fue el gozo de la Vírgen, la cual en este punto miró al Salvador que tenia dentro de sus entrañas, y arrebatada de su amor, dijo: Mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador. Ó alma mia, levántate sobre tí misma en espíritu como la Vírgen, y alégrate puramente en Cristo Salvador tuyo, poniendo en solo él toda tu alegría. Si deseas gozo (*Psalm.* XXXVI, 4; *Ioan.* XVI, 24; *Matth.* XXV, 21), gózate en Dios, y él te cumplirá los deseos y peticiones de tu corazon, para que tu gozo sea lleno y ninguno te le pueda quitar, hasta que despues entres en el gozo eterno de tu Señor.

6. *Porque miró la pequeñez de su esclava.*—En este verso y en los siguientes declara la Vírgen diez soberanos beneficios, tres especiales y siete generales; los cuales son las principales causas y títulos que tiene para engrandecer á Dios y alegrarse en él, y mostrársele tan agradecida.-El primero es, porque miró la humildad y pequeñez de su esclava; en las cuales palabras la Vírgen apunta dos raíces de los divinos beneficios; una principal de parte de Dios, y otra de parte nuestra.-De parte de Dios es, dignarse de mirarnos

con buenos ojos y acordarse de nosotros para hacernos bien. Porque aunque es verdad que ve todas las cosas; pero no se dice mirar, ni hacer caso de las que deja en el abismo de la nada ó en el profundo de su miseria, sino de las que mira para usar con ellas de grande misericordia.

7. La raíz de parte nuestra es el reconocimiento de nuestra pequeñez, por el cual nos disponemos á recibir los dones de la divina largueza; y así la Vírgen, como tan ilustrada de Dios, juntó ambas cosas, engrandeciendo á Dios porque se dignó mirar la humildad de su esclava. Por las cuales palabras no tanto confiesa de sí que tiene la virtud de la humildad, cuanto la ejercita; porque como verdadera humilde, no se tiene por tal ó lo callara, sino con humildad confiesa que es pequeña, vil y despreciada como esclava; y que sin embargo de esto, no se desdeñó Dios de mirarla. Con lo cual nos enseñó, que el fundamento de las alabanzas de Dios y de la accion de gracias por los beneficios que nos hace ha de ser el reconocimiento de nuestra pequeñez é indignidad, porque de esta manera no habrá peligro de mezclarse vana complacencia, como le sucedió al soberbio Fariseo (*Luc.* XVIII, 11); antes esta pequeñez ha de ser título para pedir á Dios que me mire con buenos ojos y me haga grandes mercedes; porque su condicion, como dice David (*Psalm.* CXII, 6), es mirar las cosas pequeñas en el cielo y en la tierra, y hacerlas grandes misericordias. Y así lo experimentó el mismo David, diciendo de sí (*Psalm.* XXX, 8): Porque Dios miró mi humildad y pequeñez, libró á mi alma de todas sus miserias. Ó Dios altísimo, que habitas en las alturas del cielo (*Psalm.* CXII, 5), mira la pequeñez de este vil esclavo, y usa con él de tu acostumbrada misericordia, levantando del polvo á este mendigo, y del estiércol á este pobre, para colocarle con los príncipes, haciéndole santo como á ellos. Amen.

8. *Mirad que desde este punto me llamarán bienaventurada todas las generaciones.* — Este es el segundo título que tuvo la Vírgen para engrandecer á Dios, porque desde aquel punto que miró su pequeñez, y porque la miró, la llamarian bienaventurada todas las naciones de los hombres que creyesen en Cristo, las presentes y las por venir, por todos los siglos. Con lo cual no toma la Vírgen por motivo de gozo sus propias alabanzas, sino las grandezas que Dios la dió, en que se fundan, y el bien que resultaria á todos los que la sirviesen y alabasen. Ó Vírgen soberana, yo de mi parte quiero cumplir vuestra profecía y ser uno de los que os llaman bienaven-

turada. Vos sois bienaventurada (*Luc.* I, 46), porque creísteis, como dijo vuestra prima; y sois bienaventurada, porque trajísteis en vuestro vientre al Salvador; y mucho mas bienaventurada, porque oísteis su palabra y la guardásteis. Tambien sois bienaventurada con las ocho bienaventuranzas que vuestro Hijo predicó en el monte (*Matth.* v, 3): sois pobre de espíritu, y es vuestro el reino de los cielos; sois mansa, y poseeis la tierra de los vivos; llorásteis los males del mundo, y así sois consolada; tuvísteis hambre y sed de la justicia, y ahora estais harta; sois misericordiosa, y alcanzásteis misericordia; sois pacífica, y así por excelencia sois hija de Dios; sois limpia de corazon, y ahora estais viendo claramente á Dios; padecísteis persecuciones por la justicia, y ahora es vuestro el reino de los cielos, como reina suprema de todos sus moradores. Ó Reina soberana, gózome de que seais bienaventurada por tantos títulos. ¡Oh si todas las naciones del mundo se convirtiesen á vuestro Hijo, y os llamasen con grande fe bienaventurada, para que por vuestro medio llegasen todos á ser bienaventurados, imitando aquí vuestra vida, y gozando despues de vuestra gloria! - De aquí tambien sacaré, cuán gran motivo de alegrarnos en Dios es la esperanza cierta de ser bienaventurados; por lo cual dijo Cristo nuestro Señor á sus discípulos (*Luc.* x, 20): No os alegreis de que los demonios se os sujetan, sino de que vuestros nombres están escritos en el cielo. Y san Pablo dice (*Rom.* XII, 12), que nos gocemos con la esperanza de alcanzar la bienaventuranza que nos está prometida.

9. *Porque ha hecho en mí cosas grandes el que es poderoso, y su santo nombre.* —Este es el tercer título que alega la Vírgen para glorificar á Dios, porque en este punto revolvió por su memoria las cosas milagrosas que Dios habia obrado en ella, y los grandes beneficios que la habia hecho desde el instante de su concepcion hasta entonces; especialmente aquel gran milagro de ser Vírgen y Madre; y no cualquier madre, sino del mismo Dios y admirada de tantas grandezas, alabó á Dios por ellas, atribuyéndolas á su omnipotencia y á la santidad de su nombre, porque con su omnipotencia las hizo, y con su santidad quiso hacerlas, para que su nombre fuese santificado y glorificado por todos los siglos. Y en decir que hizo Dios en ella cosas grandes, da tambien á entender que la hizo grande en las cosas que hacen á los hombres grandes delante de Dios, que es la santidad y dones celestiales; porque siendo el Hijo grande, tambien lo habia de ser su Madre. Por donde consta que no es contra la humildad reconocer en sí los dones de Dios; antes, como

dice san Pablo (I *Cor.* II, 10), el mismo divino Espíritu nos los descubre, para que se los agradezcamos, atribuyéndolos no á nuestros merecimientos; sino á la potencia y santidad de Dios, haciendo junta de estos dos atributos, como los cuatro santos animales que daban la gloria á Dios, diciendo (*Apoc.* IV, 8): Santo, Santo, Santo el Señor Dios todopoderoso, que era, es y ha de venir.

10. *Y su misericordia se extiende de una en muchas generaciones, para con los que le temen.* — Este es el cuarto título porque la Vírgen engrandece á Dios, no solamente por los beneficios recibidos, sino por otros muchos que esperaba recibir; y no solo por los beneficios propios, sino por los que reciben todas las naciones del mundo, alegrándose de que la misericordia de Dios sea continua, infinita y sempiterna, y se extienda á todos los que le sirven y temen, de cualquier nacion que sean. Porque propio es de los santos, cuando reconocen las mercedes que Dios les ha hecho, esperar de su misericordia les hará otras muchas, como dijo san Pablo (II *Cor.* I, 10): Dios nos ha librado de tantos peligros y nos libra, en quien esperamos tambien que nos librará. Y tambien es propio de los santos no pensar que solamente amanece el Sol de justicia por sus casas, sino sentir altamente de su misericordia, y que se extiende á otros muchos y por todos los siglos; por lo cual dan gracias á Dios, tomando por propios los beneficios de todos los hombres, gozándose de tener un Dios tan misericordioso, que á ninguno que le teme, niega su misericordia, como lo confiesa David en el salmo CII, 2, en el cual no hace otra cosa, que glorificar á Dios por estos dos títulos de misericordia para con él y para con los demás justos.

11. *Hizo obras poderosas con su brazo.* — El quinto título para glorificar á Dios es, las obras de su omnipotencia que ha hecho con su propia virtud y fortaleza, sin ayuda de otro, las cuales pasó la Vírgen por su memoria, acordándose de la creacion del mundo, de su conservacion y gobierno con tanta providencia, de las cosas prodigiosas que hizo, sacando á su pueblo de Egipto, y llevándole por el desierto á la tierra de promision, con todas las demás que cuenta la Escritura; y principalmente se acordó de la obra de la encarnacion, en la cual mostró Dios su poder y la virtud de su brazo. Por todas estas cosas engrandeció á Dios, diciendo en una palabra lo que David hizo largamente, contando todas estas obras poderosas de Dios muy por menudo. — Demás de esto, en este verso y en los siguientes, no solo cuenta la Vírgen lo que Dios ha hecho, sino lo que suele hacer, ó lo que tiene costumbre de hacer, conforme á su bondad,

y así le glorifica, porque con su brazo suele obrar poderosamente y hacer obras poderosas cuando quiere y como quiere, y con quien él quiere; y como las hizo en el tiempo pasado, las hace en el presente, y las hará en el futuro. Todo lo cual me ha de ser motivo de grande alegría en Dios, confiando que tambien hará en mí cosas poderosas con su fuerte brazo.

12. *Desbarató á los que son soberbios en su mente y corazon.*—El sexto título para glorificar á Dios es, no solamente la omnipotencia que muestra en las obras de su misericordia, sino tambien la que ha mostrado en las obras de justicia, castigando á los soberbios, deshaciendo sus trazas y los pensamientos de su corazon. Esto revolvia la Vírgen en su memoria, acordándose como Dios habia deshecho las trazas del soberbio Lucifer, que decia (*Isai.* XIV, 13): Subiré al cielo, pondré mi silla sobre las estrellas, y seré semejante al Altísimo. Y las trazas de los soberbios que querian edificar la torre de Babilonia (*Genes.* XI, 4); y los castigos que hizo en Faraon, en Nabucodonosor (*Exod.* X; *Dan.* IV, 30), y en otros semejantes soberbios. Y por todo esto engrandecia tambien á Dios, pues por ello es digno de ser alabado, así como lo hizo Cristo nuestro Señor cuando dijo (*Matth.* XI, 25): Alábote, Padre celestial, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sábios y prudentes, y las revelaste á los pequeñuelos.

13. *Echó de su silla á los poderosos, y ensalzó á los humildes; hinchó de bienes á los hambrientos, y dejó vacíos á los ricos.* — Estos dos versos abrazan otros dos títulos de alabar á Dios, por la junta que hace de su misericordia con su justicia, mostrando su poder en echar de sus tronos y sillas á los poderosos del mundo, quitándoles los reinos ó dignidades, y las grandezas que tenian; y en su lugar suele ensalzar y entronizar á los pequeñuelos y bajos. Así como echó del trono celestial á los Ángeles soberbios, y en su lugar levantó á los hombres humildes; y del trono de este mundo echó á su soberbio príncipe Satanás que le tenia tiranizado, y en su lugar levantó á Cristo, maestro de la humildad; el cual siendo pequeño, como una china bajada del cielo sin manos, ni obra de hombres, derribó la estatua (*Dan.* II, 34), que significaba las cuatro monarquías del mundo, y por humildad creció y llegó á ser un gran monte; y esta costumbre ha guardado siempre, como se dice en el libro de Job, cumpliendo lo que está escrito, que quien se ensalzare (*c.* V, 11) será humillado, y quien se humillare será ensalzado. Y de la misma manera á los hambrientos y pobres, que se tienen por necesitados y

tienen hambre y sed de la justicia, los llena de bienes espirituales, cumpliendo sus deseos, y por el contrario, deja vacíos á los ricos, que se tienen por abundantes y piensan que no tienen necesidad de otros, conforme á lo que dice David (*Psalm.* III, 11): Los ricos tuvieron necesidad y hambre; mas los que buscan á Dios tendrán abundancia de todo bien. Ó alma mia, engrandece á tu Señor por la nobilísima condicion que muestra en favorecer tanto á los humildes y hambrientos de la tierra. Ó espíritu mio, alégrate en Dios tu Salvador, porque te corona con misericordias, y llena tu deseo de innumerables bienes. (*Psalm.* CII, 4). Préciate de ser pequeño, hambriento y menesteroso, para que Dios te levante, harte y llene tus deseos; y tiembla de ser soberbio y rico fastidioso, porque no te arroje de tu silla, ni te deje vacío de su gracia.

14. *Recibió á Israel su siervo acordándose de su misericordia, como lo habia dicho á nuestros padres, Abraham y á sus descendientes, por todos los siglos.*—Estos dos versos abrazan otros dos títulos poderosísimos para regocijarnos en Dios y movernos á alabarle.—Uno es el cuidado y providencia que tiene de mirar por los que ha tomado á su cargo, como hijos y domésticos suyos, acudiendo personalmente á remediarlos; y aunque parece que por algun tiempo se olvida de ellos, pero á su tiempo se acuerda de su misericordia, y los remedia, como se acordó de Israel y del mundo todo, y vino á remediarle cuando se hizo hombre.—El otro título es, la fidelidad grande que tiene Dios en cumplir las promesas que tiene hechas á nuestros padres, cumpliéndolas fielmente en todos sus descendientes hasta la fin del mundo; así como cumplió la palabra que dió á Abraham y á David, de que vendria á remediarles, y á dar salud y vida á todos sus hijos, por todos los siglos. Con estas dos consideraciones se encendió el ánima de la Vírgen, para engrandecer á Dios, y su espíritu se alegró en Dios su Salvador, y con ellas mi ánima y mi espíritu se han de encender con semejantes afectos, pues cada dia veo esta providencia que Dios tiene con sus hijos, y la fidelidad con que cumple lo que prometió á los Apóstoles, padres nuestros, no olvidándose de los fieles que son sus descendientes, hasta la fin del mundo.—Estos son los diez títulos y causas que en este cántico alega la Vírgen para glorificar á Dios, inspirada por el Verbo eterno encarnado que tenia en sus entrañas, de los cuales puedo yo hacer otro salterio y arpa de diez cuerdas para el mismo fin, alabando á Dios, ya por un título, ya por el otro; y porque no sé hacer esto como debo, tengo de suplicar al Verbo encarnado me lo

enseñe, como lo enseñó á su Madre, y á ella que me lo alcance para gloria de su Hijo. Amen.

Punto cuarto. — 1. Últimamente se ha de considerar, como se quedó la Vírgen con su prima cási tres meses, ponderando el grande bien que haria á todos los que allí moraban, con sus pláticas y con sus ejemplos de modestia, humildad y caridad, porque si tanto hizo en la primera entrada, de creer es que en los tres meses iria aumentando lo que hizo; en especial con santa Isabel, platicando de estos misterios, y ambas se exhortarian á la oracion y trato con Dios, y á varios ejercicios de virtud. Y si por haber estado el Arca del Testamento tres meses en casa de Obededon (II *Reg.* vi, 11), llenó Dios á él y á sus cosas de tan grandes bienes, que David con santa envidia quiso traer el Arca á su casa, para que Dios la echase su bendicion; ¿cuánto mas se ha de creer, que por haber estado esta divina Arca del Nuevo Testamento, dentro de la cual estaba el mismo Cristo, tres meses en esta casa, la llenaria de mil bendiciones? Y si yo con viva fe las entendiese, luego desearia traerla á mi casa, y que la devocion de esta soberana Señora morase en mi alma, no solamente tres meses; sino toda la vida, para que me llenase de bendiciones celestiales.

2. Pero no carece esto de misterio, que con haber hecho Nuestro Señor por medio de la Vírgen tantas misericórdias á san Juan y á su madre, no quiso sanar á su padre Zacarías, ni dispensar en la sentencia del Ángel, que le dijo estaria mudo hasta el nacimiento del niño, porque Dios es justo, y así convenia para guardar el órden de su justicia, y porque guardaba esta misericordia para otro tiempo mas conveniente: de donde aprenderé á venerar los secretos juicios de Dios, y á humillarme, y pasar por sus trazas, esperando el tiempo conveniente de su visita, pues no hay plazo que no llegue; y lo que en este dia concedió á santa Isabel, despues lo dió mas largamente á Zacarías.

MEDITACION XIII.

DEL NACIMIENTO DE SAN JUAN, PRECURSOR DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Punto primero. — 1. Lo primero, consideraré lo sucedido antes de la concepcion de este Santo; porque como Dios le tenia escogido para su precursor, quiso honrarle para mostrar en él las grandezas de su misericordia y la alteza del oficio que le encargaba, todo para

gloria de Jesucristo, cuyo precursor era. Primeramente quiso que fuese concebido milagrosamente de padres estériles, y que fuese hijo de padres santos, é hijo de oraciones y santos deseos; porque la oracion es medio que toma Dios para ejecutar las trazas de su eterna predestinacion, como (Lib. III dialog. *c.* 14) dice san Gregorio, hablando del nacimiento de Isaac. Con lo cual nos mueve á tener grande aficion y confianza en la oracion, aunque sea sobre cosas que parecen dificultosas, pues para todas vale. Tambien quiso fuese su concepcion anunciada por el ángel san Gabriel, que anunció la de su Hijo, y con un mismo espíritu de obediencia prontísimo vino el Ángel á declarar la una y la otra, por ser Dios el que lo mandaba. Al modo que san Rafael vino á servir á Tobías en cosas muy bajas, no con menor gusto que si le mandara Dios cosas muy altas, porque todos los Ángeles ponen su gloria en cumplir la voluntad divina.

2. Luego ponderaré las grandezas que san Gabriel dijo del niño para que fuese estimado de todos, y para enseñar á su padre el modo con que le habia de criar para tan alto oficio.—La primera fue, ponerle el mismo Ángel de parte de Dios el nombre que habia de tener (*Luc.* I, 13), diciendo, que se llamase Juan, que quiere decir gracia, para significar que todo él seria un retrato de gracia, en quien se mostraron las riquezas de la divina gracia; porque verdaderamente halló gracia delante de Dios, el cual sin sus merecimientos le escogió y llamó, y se acordó de su nombre desde el vientre de su madre. (*Isai.* XLIX, 1).—La segunda, que seria grande delante de Dios en las cosas que Dios tiene por grandeza, que son virtudes y dones de santidad; y así seria grande en la humildad, obediencia y paciencia; grande en la oracion y contemplacion; y grande en el oficio que tienen los grandes de la casa de Dios.—Lo tercero, que seria templadísimo, sin beber vino ni sidra, como hombre nazareno, y dedicado totalmente al servicio divino; y porque las promesas divinas no son vacías, sino llenas, dando caudal bastante para todo lo que prometen.

3. Añade la cuarta excelencia, que seria lleno de Espíritu Santo desde el vientre de su madre, con la plenitud que pedia la dignidad del oficio para que estaba escogido, comenzando desde el vientre de su madre, y prosiguiendo hasta la muerte.—La quinta, que iria delante del Señor, como precursor suyo, con espíritu celoso de Elías, convirtiendo á Dios muchos israelitas, y aparejándole un pueblo perfectamente industriado, para recibir la ley nueva que habia de

enseñar. De suerte que, segun la sentencia del Ángel, este niño seria perfecto, con todos los modos que hay de perfeccion para con Dios, para consigo, y para con sus prójimos; porque para con Dios, seria grande en los dones de su gracia; para consigo, riguroso en las obras de mortificacion y penitencia; y para con los prójimos, seria celoso en buscar su salvacion, no contentándose con ser él perfecto, sino procurando que todos fuesen perfectos, y ordenando todo esto para gloria de Cristo nuestro Señor. Este dechado de perfeccion, que es la misma que nos enseñó el profeta Micheas (*c.* VI, 8), tengo de poner delante de mis ojos para imitarle; y de estas grandezas, que tanto Dios estima, he de pretender para mí las que dicen con mi estado, suplicando á su divina Majestad se digne de dármelas por el amor que tuvo á este Precursor, á quien tan liberalmente se las concedió.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se han de considerar los favores que hizo Nuestro Señor á este santo niño, estando en el vientre de su madre, al sexto mes de su concepcion, viniendo el mismo Verbo encarnado en las entrañas de la Vírgen á visitarle y santificarle (*Luc.* I, 39), como queda referido en la meditacion pasada, de la cual podemos recoger tres excelencias de este Santo.—La primera, que san Juan fue las primicias de todos los Santos que Nuestro Señor hizo despues que encarnó; y así le santificó con grande excelencia, dándole grande santidad, muchas gracias gratis dadas con modo muy perfecto, concediéndole el uso de razon y libre albedrío; ilustrándole el entendimiento para conocer su encarnacion, y encendiéndole la voluntad con fervorosos afectos de admiracion y amor, con júbilos y gozos en el Espíritu Santo.

2. La segunda excelencia fue, que como los dones de Dios, segun dice san Pablo (*Rom.* XI, 29), son sin arrepentimiento, es de creer, como dice san Ambrosio (*In Luc.* I), que no le quitó el uso de razon que le habia concedido; y por consiguiente, que como la Vírgen los tres meses que estuvo en casa de Zacarías ayudaba á santa Isabel, para que creciese en toda virtud; así el niño Jesús, que estaba en el vientre de la Vírgen, ayudaba al niño Juan, que estaba en el vientre de Isabel, para que creciese en la santidad que le habia concedido, prosiguiendo con nuevos actos de su libre albedrío, inflamado con la divina gracia por el Espíritu Santo, de que estaba lleno.—La tercera excelencia fue, que como dicen los Santos (*Amb. et Bed.* In Luc.), por respeto del niño Juan hizo Dios tantos favores á su madre, que la llenó de Espíritu Santo, y de espíritu de profecía, para que entendamos lo mucho que estima á este niño, y

el bien que nos hará por él. Por lo cual he de procurar grande amor á este Precursor, gozándome de los favores que recibió, y dando gracias á Dios que se los hizo, y suplicándole que interceda por mí para que yo tenga alguna parte en ellos.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar las cosas mas señaladas que sucedieron en el nacimiento de san Juan. – La primera fue, que viniendo á circuncidarle sus padres, por inspiracion de Dios, contra el gusto de sus deudos, dijeron que su nombre habia de ser Juan, que quiere decir gracia; para significar, que cuando este niño, por la circuncision, se cargaba de la pesadísima carga de la ley vieja, le daba Dios muy copiosa gracia para llevarla, y para ser en cierta manera principio de la ley nueva, que era ley de gracia (*Luc.* xvi, 15), de la cual le cupo alguna parte, y en ella se da á todos esta gracia; y así suplicaré á Nuestro Señor, que pues me ha puesto la carga de su ley, me dé copiosa gracia para cumplirla.

2. El segundo milagro fue, cobrar el habla su padre Zacarías, al cual llenó luego de Espíritu Santo, y le dió espíritu de profecía, con que compuso el cántico del *Benedictus Dominus Deus Israel*, comenzando por las alabanzas de Dios, que tan liberal se mostró en venir á visitarnos, y luego por las alabanzas de su Precursor; porque propio es del divino Espíritu inspirar alabanzas de Dios por sus beneficios, y de sus Santos por los dones que en ellos ha puesto. Pero resplandece mucho la excelencia de este niño, y lo mucho que Dios le ama en haber concedido esto á su padre luego que escribió en una tabla el nombre de Juan, para que se vea la gracia y favor que hará por su respeto á los que con devocion veneraren su santo nombre. Ó glorioso niño, gózome de que seas tan amado del Señor; y pues estás lleno de gracia, conforme á tu nombre, alcánzame del mismo Señor, que me llene de ella para que perpétnamente le sirva, y en tu compañía le goce por todos los siglos. Amen. – Lo tercero que sucedió fue, grande alegría con gran reverencia y admiracion en toda la gente á cuya noticia llegaron estas cosas, cumpliéndose lo que el Ángel habia dicho, que muchos se alegrarian en su nacimiento, para significar que le daba Dios nuestro Señor á su Iglesia como abogado de la alegría espiritual, que es efecto de la devocion y prendas de la vida eterna.

3. Lo último y mas glorioso es, lo que dice el Evangelista por principio de su vida, que la mano del Señor estaba con él; esto es, que su omnipotencia le favorecia y obraba por él cosas grandiosas, y le movia y enderezaba en todas sus cosas, y le amparaba en todos

sus necesidades; por lo cual le aplica la Iglesia aquello del santo profeta Isaías (*c.* XLIX, 1): Desde el vientre de mi madre me llamó el Señor, y se acordó de mi nombre, amparóme con la sombra de su mano, hízome como saeta escogida, y escondióme dentro de su aljaba. ¡Oh dichosa saeta, que no te movias por tu propio ímpetu, sino por el impulso del Todopoderoso! oh saeta escogida, arrojada por el Espíritu Santo á cosas grandes, sin dejarte nunca de su poderosa mano! Ó mano del Todopoderoso, que movias á tu Precursor, muéveme con ímpetu á cumplir tu santa voluntad, y asiste siempre conmigo, pues sabes que sin tí ninguna cosa puedo.

MEDITACION XIV.

DE LO QUE SUCEDIÓ CUÁNDO SAN JOSÉ QUISO DEJAR Á LA VÍRGEN POR VERLA PREÑADA, Y DE LA REVELACION QUE LE HIZO EL ÁNGEL DE ESTE MISTERIO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Por fundamento de esta meditacion se ha de considerar la grande santidad de san José, y las virtudes y gracias que Nuestro Señor le concedió para ser digno esposo de su Madre, y digno ayo suyo, tal, que fuese tenido por su padre, y lo fuese, cuanto al oficio de criarle y sustentarle; porque como Nuestro Señor llenó de gracia y de Espíritu Santo al Bautista y á los Apóstoles, con la abundancia que convenia para ejercitar dignamente los oficios que les encargó; así llenaria á san José de dones y gracias excelentísimas, con las cuales pudiese llenar los misterios que le encomendaba; y él supo tan bien negociar con los dones recibidos, que cada dia los acrecentaba, y por esto se llamó José, que quiere decir *Accrescens* (*Genes.* XLIX, 22), el que cree ó acrecienta.

2. Lo primero, acrecentó su santidad sobre todos los Santos que le habian precedido, porque tuvo mayor fe y obediencia que Abrahan; mas tolerancia en los trabajos que Jacob; mas castidad que su hijo José; trato mas familiar con Dios que Moisés; mas caridad con su pueblo que Samuel; y mas humildad y mansedumbre que David. En estas y otras virtudes resplandecia, y cada dia las acrecentaba, cumpliéndose en él lo que dijo David (*Psalm.* LXXXIII, 6): Bienaventurado el varon á quien tú ayudas, porque con tu favor trazó acrecentamientos en su corazon, subiendo de una virtud á otra, hasta ver al Dios de los dioses en Sion.

2. En especial crecia este dichoso Santo, subiendo por la esca-

lera espiritual de la leccion, meditacion, oracion y contemplacion, como dijimos—en la meditacion IV, punto 4.°,—que subia su Esposa, de cuyo ejemplo se ayudaba, provocándose estos dos serafines á volar con sus alas, y á glorificar al Santo de los Santos en su oracion. (*Isai.* VI, 2). Y para hacer esto con mas libertad de espíritu, por inspiracion del Espíritu Santo escogió guardar perpétua castidad; la cual, como dice san Pablo (I *Cor.* VII, 35), quita los estorbos de la oracion, y en ella se esmeró tanto, que por especial favor ningun mal movimiento sentia, aunque conversaba con una vírgen muy bella, pero tan casta, que solo mirarla ponia deseos de castidad; y en esto mismo descubrió el grande amor que tenia á Dios, por el cual renunció los deleites del matrimonio, aceptando las cargas del estado sin los deleites de él. Con estas virtudes juntó otras, que luego dirémos, en las cuales he de procurar imitarle, suplicándole sea mi abogado con su Esposa, y con Cristo nuestro Señor, porque sin duda puede mucho con ambos, por los grandes servicios que les hizo. Ó glorioso Patriarca, de cuya hermosura se admiran las jerarquías del cielo, suplicad al Deseado de los collados eternos (*Genes.* XLIX, 6), que derramó sobre vuestra cabeza su copiosa bendicion, la derrame tambien sobre la mia, para que á imitacion vuestra crezca en buenas obras y aumente las virtudes, perseverando con firmeza hasta ganar la corona. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Despues que la Vírgen vino de casa de Zacarías, viéndola su esposo preñada, sin saber la causa, sintió gran afliccion; y como fuese justo, no quiso llevarla á su casa ni infamarla, sino dejarla secretamente.* — Sobre esta verdad se ha de considerar los secretos juicios de Dios en no querer revelar este misterio á san José, como le reveló á Zacarías y á santa Elisabet, cuyo fin fue tomar de aquí ocasion para ejercitar á la Vírgen y á su Esposo; porque san José viendo á su Esposa preñada, pudo sin culpa, como dicen muchos Santos (*S. August.; S. Chrys. et alii*), juzgar que era adúltera, ó dudar de cosa para él tan nueva; y esto le afligió mucho, por ser caso de tanto deshonor suyo; pero muy mayor fue la afliccion de su Esposa, á quien esto no se encubriria, por ser grave infamia de una vírgen tan pura ser tenida de su mismo Esposo por adúltera, y verse por esto á punto de ser desamparada.

2. Todo esto trazó Nuestro Señor por el grande bien que hay en estas aflicciones y humillaciones, con las cuales pretendió perfeccionar á estos esclarecidos Santos, y disponerles para cosas mayores. Porque como habia recibido la Vírgen grandes favores en la anun-

ciacion del ángel san Gabriel, y en casa de Elisabet, quiso Dios nuestro Señor que pasase por esta infamia y humillacion, para ejercitarla en mayor humildad, y disponerla para los favores que habia de recibir de ahí á poco en la ciudad de Belen: porque la humillacion es vigilia de la exaltacion, y la afliccion (*D. Bern.* Serm. 34 in Cant.) es víspera de las buenas pascuas. Y quizá por esta causa canta la Iglesia el Evangelio de este misterio en la vigilia del nacimiento. Y por la misma razon ejercitó Dios á san José, para disponerle á recibir la revelacion de tan alto misterio, y para que fuese su testigo abonado.

3. De donde sacaré, que aunque uno sea muy santo, y trate siempre con Santos, y se ocupe en obras santas, no le han de faltar en esta vida humillaciones y aflicciones, ocasionadas á veces de las mismas cosas santas en que trata; porque la vida del hombre es guerra (*Iob*, VII, 1), y el justo ha de estar aparejado para la tentacion (*Eccli.* II, 1); antes ha de tener por merced de Dios las aflicciones, especialmente cuando vienen sin culpa suya; y muy mucho mas si vienen por cosa que merecia honra: al modo que la Vírgen, por lo que era en ella excelentísimo, vino á padecer esta humillacion, como tambien despues las padeció su Hijo. Y alentado con estos ejemplos, diré á Nuestro Señor como David (*Psalm.* XXV, 2): Pruébame, Señor, y tiéntame: abrasa mi cuerpo y mi corazon, porque tu misericordia está delante de mis ojos, y me alegro con tu verdad; que es decir: ejercítame en varias tentaciones y aflicciones de cuerpo y alma, porque cierto estoy de tu misericordia y de tu fidelidad, que las medirás segun mis fuerzas, y las convertirás en aumento de nuevos dones.

PUNTO TERCERO. — 1. Luego consideraré las excelentes virtudes que en esta ocasion y prueba descubrieron y ejercitaron estos dos esclarecidos Santos para imitarlos, pues para este fin permitió tambien Nuestro Señor las aflicciones que padecieron. - Primeramente, san José mostró grande paciencia y prudencia. La paciencia mostró en sufrir esta injuria con silencio, sin querer vengarse de su Esposa por justicia, ni quejarse de ella á sus padres y parientes, y sin murmurar de ella, ni decirle palabras injuriosas; antes como justo que no se contentaba con lo lícito, sino que buscaba lo mas perfecto, se resolvió en callar y sufrir su pena dentro de sí. La prudencia mostró en buscar y hallar medio como por una parte conservar la honra de su Esposa, y por otra parte no traer á su casa á la que sospechaba ser adúltera, ó dándola de secreto libelo de repudio, que era lícito

en la ley vieja, ó con alguna buena ocasion ausentándose de allí. Y tambien mostró la prudencia en no hacer esto precipitadamente y de presto, sino primero pensarlo y mirarlo bien, como se saca de aquellas palabras: *Haec autem eo cogitante.* Porque tenia escrúpulo de morar con la que parecia adúltera, y tambien le tenia de dejar á la que parecia santa. Con esta consideracion tengo de confundirme de mi poca paciencia en las afrentas; de mi mucha indignacion contra los que me injurian; y de la facilidad con que murmuro, é infamo á mis prójimos, y descubro sus faltas secretas; y de la furia con que arrebatadamente y sin deliberacion me arrojo á todo esto. Y confundido de esta manera suplicaré á Nuestro Señor que por los merecimientos de este Santo me ayude á imitar su esclarecido ejemplo.

2. Pero la Vírgen, como era mas santa, descubrió virtudes mas esclarecidas, ejercitando cuatro muy insignes, propias de los muy perfectos en tales cosas; es á saber, rara humildad y silencio, gran confianza en la divina Providencia y continua oracion.—Por humildad calló, no queriendo manifestar los secretos misterios de Dios, de que tanta honra se le seguiria, ni consintió que santa Isabel ó Zacarías los descubriesen. Y con ser muy ordinario entre los bien casados comunicarse sus secretos, ella no comunicó este á san José, aunque adivinaba lo que podia suceder si su Esposo no le sabia. Por humildad tambien calló cuando se vió afrentada en la opinion de su Esposo, no queriendo excusarse ni volver por sí, ni alegar testigos de abono, sino totalmente con gran confianza se arrojó en la divina Providencia, poniendo su honra en las manos de Dios, haciendo continua oracion á su Majestad para que remediase aquel daño por el modo que mas convenia.

3. Con este ejemplo me confundiré tambien por la soberbia y jactancia con que publico lo que es honra mia, y por la protervia con que excuso mis culpas y vuelvo por mi honra vanamente, y por la poca confianza que tengo en Dios, con poco recurso á la oracion. Tengo de imaginar que habla conmigo aquello de Ezequiel (*c.* XLIII, 10): Hijo del hombre, muestra este templo á los hijos de Israel para que se confundan; midan su fábrica, para que se avergüencen de las cosas que han hecho. (*D. Greg.* Lib. XXIV Moral. c. 6). Ó alma mia, mira este templo vivo de Dios, que es la Vírgen, contemplando las virtudes maravillosas con que está adornado, para que te confundas de los vicios en que has caido. Mide su maravillosa fábrica, ponderando la excelencia y concierto de sus obras, para que te avergüences de la vileza y desconcierto de las tuyas. Ó templo del Ver-

bo encarnado, suplicad á este gran Dios que teneis en vuestras entrañas, me adorne con tales virtudes para que sea digno templo en quien él more por su gracia. Ó alma mia, mira que los justos han de ser como grano de mostaza (*Matth.* XIII, 31), el cual cuando es molido descubre el calor y virtud que tiene; y si Dios te quisiere moler con aflicciones, anímate á ejercitar con fervor estas virtudes.

PUNTO CUARTO. — 1. *Estando en estos pensamientos san José, se le apareció en sueños un Ángel, y le dijo: José, hijo de David, no temas de recibir á María tu esposa; porque lo que está en su vientre no es por obra de varon, sino del Espíritu Santo. Parirá un Hijo y le llamarás Jesús, porque salvará á su pueblo, librándole de sus pecados.* — Aquí se ha de ponderar la fidelidad de la divina Providencia en acudir á remediar las aflicciones de los suyos, cuando han llegado al punto mas agrio, tomando medios divinos cuando faltan los humanos. Y como vió Nuestro Señor que san José no podia caèr en la cuenta de lo que fue causa de aquella preñez, envió un Ángel que se lo revelase con modo muy suave; porque llamándole por su propio nombre José, añade hijo de David, para traerle á la memoria que á David se habia hecho la promesa del Mesías, que seria su descendiente. Dícele que no tema, para quitarle el escrúpulo y congoja, lo cual es propio de los buenos Ángeles. Dice que la Vírgen concibió de Espíritu Santo, para quitarle la sospecha y volver por la honra de esta Señora. Y para convertir del todo su llanto en gozo, añade que parirá un Hijo, del cual ha de tener un cuidado como si fuera suyo, y que á él tocará ponerle nombre, el cual será Jesús, que quiere decir Salvador, porque ha de ser Salvador del mundo. Y todo esto se lo reveló con tanta luz, que luego le dió entero crédito.

2. De aquí subiré á ponderar la alegría del santo José con estas nuevas, cumpliéndose en él lo que está escrito en Job (*c.* XI, 17): Cuando pensares que estás hundido, saldrás como lucero. ¡Oh qué contento estaria en verse libre de la sospecha! qué corrido de haberla admitido, aunque fuese sin su culpa y por ignorancia! qué avisado para no juzgar mal de nadie! qué agradecido á Dios por haberle dado Esposa tan santa y de tanta dignidad, y por encargarle el cuidado de su Hijo unigénito! y qué alegre de ver que se llegaba ya la redencion del mundo!

3. Y asimismo ponderaré, cuán alegre quedaria la Vírgen por ver la quietud de su Esposo; cuán confirmada en la esperanza de la divina Providencia; cuán agradecida á Nuestro Señor por haber vuelto por su causa, cumpliéndose en ella lo que dice el mismo Se-

ñor por el profeta Oseas (*c.* II, 15): Pondréla en el valle de Achor; esto es, de la afliccion, para confirmarla de nuevo en la esperanza, y renovará sus cánticos cuando se vea libre de sus penas. Gracias te doy, Dios eterno, por el cuidado que tuviste de estos dos gloriosos Santos, convirtiéndolos, como sueles, el valle de Achor en pasto y aumento de su espíritu. Por sus merecimientos te suplico me hagas digno de gozar el fruto de tu paternal providencia, fiándome de ella con gran seguridad en medio de mis aflicciones, pues es cierto que á su tiempo acudirás á remediarlas.

PUNTO QUINTO.—*Obedeciendo José al mandamiento del Angel se levantó luego, y llevó á su casa á la Vírgen, y vivió con ella castísimamente hasta el parto, y mucho mas despues.* En lo cual he de ponderar, no tanto la obediencia de san José, porque no era mucho llevar á su casa mujer tan excelente, cuanto el modo de ella; esto es, con qué reverencia la llevaria, diciendo unas palabras semejantes á las de santa Isabel: ¿De dónde á mí, que entre en mi casa la Madre de mi Señor? ¡Oh qué amor tan grande cobraria á esta Señora! qué cuidado tendria de ella! qué pláticas tan santas habria entre los dos! qué pureza de vida mas que angélica, y qué conformidad de voluntades! ¡Cuán sujeta y obediente estaria la Vírgen á san José, como á cabeza; cómo le revelaria lo particular que le habia dicho el Ángel en la anunciacion, y lo que le habia pasado en casa de Zacarías! porque entonces ya era tiempo de hablar, para informarle del misterio, á honra y gloria del que le habia obrado. ¡Oh dichoso Santo, á quien tan buena compañía le cupo en suerte! oh dichosa el alma que los sirve, y aprende de ellos su obediencia y caridad! Ó serafines de la tierra, tan puros como los del cielo, que con vuestras alas volais ligeramente á cumplir la divina voluntad; encended mi corazon en amor de este Señor, para que yo tambien le sirva con la obediencia que ambos le tuvísteis, y ame á todos mis hermanos con la pureza de caridad con que ambos os amásteis.

MEDITACION XV.

DE LA EXPECTACION DEL PARTO, Y DEL APAREJO PARA EL NACIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

—Por celebrarse en España, ocho dias antes del nacimiento de Cristo nuestro Señor, fiesta de la expectacion del parto, pongo aquí esta meditacion para este dia y los siguientes: en los cuales se han

de considerar los vivos deseos que tenian de este soberano parto y nacimiento tres personas; es á saber, el Niño, la Vírgen y san José, en quien son representados los fieles que tienen fe de este misterio, y á su imitacion desean aparejarse para dignamente celebrarle. —

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar el encendidísimo deseo que tenia Jesucristo nuestro Señor, estando en el vientre de su Madre, de perfeccionar y llevar al cabo el negocio de nuestra redencion; y por consiguiente, de nacer en el mundo, para irle entablando conforme á la voluntad de su Padre; porque desde el vientre de la Madre fue verdadera aquella sentencia que despues dijo (*Luc.* XII, 50): Con bautismo tengo de ser bautizado; ¡oh cómo me aflijo hasta que se haga! Y por muy apretado y estrechado que tenia su cuerpo en aquel estrecho vientre, tenia mas apretado y estrechado el corazon con la fuerza de este vehemente deseo, por el cual debo darle infinitas gracias, y corresponderle con otro entrañable deseo de servirle muy de veras. Sin embargo de este deseo, no quiso nacer antes de los nueve meses, que es el tiempo en que comunmente nacen los demás niños. - Lo primero, por conformarse con todos, y padecer aquella cárcel enteramente, sin dejar un dia; porque en lo que era padecer, no quiso usar consigo de dispensacion, ni excepcion ni privilegio; y así no quiso nacer á los siete meses, ni á los ocho, sino á los nueve cumplidos. - Lo otro, porque tomó todo este tiempo, como de un recogimiento para la entrada en el mundo, gastándole en perpétua oracion y contemplacion. Así como se recogió cuarenta dias en el desierto, antes de manifestarse al mundo por la predicacion, avisándonos con esto el recogimiento que hemos de tener dedicando algun tiempo á oracion retirada y á vacar á solo Dios, antes de salir á lo público y comenzar grandes empresas, y el que debíamos tener para celebrar con devocion su santa natividad.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré los encendidos deseos que tenia la Vírgen santísima de ver nacido á su Hijo, y de que llegase ya la dichosa hora de su parto. - Lo primero, por conocer de vista al que no solo era Hijo suyo, sino tambien de Dios, y ver aquella Humanidad sacratísima que habia tomado de sus entrañas, y gozar de su hermosura. - Lo segundo, por adorarle, servirle y regalarle, y hacer con él oficio de madre, en agradecimiento de la merced que la habia hecho de escogerla para ello. Y así con gran ternura diria aquello de los Cantares (*c.* VIII, 1): ¡Quién me diese, Hijo mio, *ut inveniam te foris, et deosculer te,* que te viese yo fuera de este

encerramiento que tienes, para besarte, regalarte y servirte como mereces!

2. Lo tercero, para que el mundo gozase del bien que ella tenia; porque aunque le amaba mucho, no le queria para sí sola, sino para todos, pues habia encarnado para todos; y como la esperanza que se dilata aflige al corazon (*Prov.* XIII, 12), cada dia se le haria un año; aunque por otra parte estaria contentísima de tenerle dentro de sí, entendiendo que él gustaba de ello. Con estas consideraciones tengo de mover mi corazon y despertar en él unos encendidos deseos de que este Hijo de Dios nazca espiritualmente en mi alma y en la de todos, para que de todos sea adorado, servido y amado, repitiendo para esto algunos versos de los Salmos y de los Profetas, de que usa la Iglesia en tiempo de Adviento, como es decirle: Despierta, Señor, tu potencia, y ven para que me hagas salvo. (*Psalm.* LXXIX, 3; *Isai.* LXIV, 1). ¡Ojalá rompieses esos cielos, y vinieses! para que en tu presencia se deshiciesen todos mis vicios. Ó cielos, enviad de lo alto este divino rocío; ó nubes, lloved para mí al Justo. Y tú, tierra, ábrete y brota para mí al Salvador. (*Isai.* XLV, 8). Muestra, Señor, tu misericordia, y dame graciosamente tu salud. Á este propósito puedo hacer algunas oraciones jaculatorias, á semejanza de las que estos dias hace la Iglesia en las siete antífonas que se cantan en las Vísperas, llamando á Cristo nuestro Señor con los nombres que tiene en cuanto Dios, ó en cuanto hombre, por razon de los oficios que hace en las almas á quien visita. Y así puedo decirle: Ó Sabiduría infinita, ven á gobernarme en el camino del cielo; ó Resplandor de la gloria del Padre, ven á ilustrarme con el resplandor de tus virtudes; ó Sol de justicia, ven á dar luz y calor de vida al que está sentado en la sombra de la muerte; ó Rey de reyes, ven á regirme; ó Salvador del mundo, ven á salvarme. Y á esta forma se pueden hacer otras peticiones semejantes, conformándome con el espíritu de la Iglesia en este tiempo.

3. Finalmente, puedo espiritualizar los deseos de la Vírgen, y del Hijo que tenia en las entrañas, avivando el deseo de que los buenos propósitos que hubiere concebido por inspiracion del Espíritu Santo salgan á luz, y se pongan por obra en el tiempo, lugar y coyuntura que Dios quisiere, conformándome en todo con su santísima voluntad; porque como el niño concebido desea naturalmente salir á luz á su tiempo; y si no sale, atormenta á la madre y viene á morir, con peligro de que tambien muera ella; así el buen propósito que el Espíritu Santo me inspira de mudar ó mejorar la vida está

como clamando y deseando salir á luz á su tiempo; y si por negligencia ó desprecio no se pone por obra, atormenta la conciencia con remordimientos, y suele ser ocasion de graves caidas, permitiéndolas Dios en castigo de haber ahogado el espíritu, y el buen propósito que procedió de su inspiracion. Y por esto dice el Espíritu Santo que los deseos matan al perezoso; esto es, deseos concebidos en virtud de Dios, y no cumplidos por pereza propia.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la esperanza certísima que tenia Nuestra Señora de que su virginidad no habia de padecer detrimento alguno en el parto (*véase la Med.* XVII, *punto* 1.°), creyendo firmemente que como fue vírgen en el concebir al Hijo de Dios sin obra de varon, así lo seria en el parir, sin perjuicio de su entereza virginal; porque la experiencia de lo pasado la certificaba de lo futuro, acordándose que ambas cosas estaban profetizadas juntamente por Isaías, diciendo (*c.* VII, 14): Mirad que una vírgen concebirá y parirá un hijo, cuyo nombre será Emanuel, que quiere decir: Dios con nosotros. (*Matth.* I, 23). Revolveria estas palabras dentro de sí, y con grande admiracion diria: ¿De dónde á mí tanto bien, que sea yo esta milagrosa vírgen? Qué ¿es posible que haya yo concebido en mis entrañas al mismo Hijo que el eterno Padre tiene dentro de las suyas? y que está conmigo el Emanuel que tantos han deseado tener consigo? y que sin daño de mi virginidad saldrá de mí para estar y morar con todos? Gracias te doy, ó Emanuel benditísimo, por haber escogido á esta humilde vírgen por tu madre. ¡Oh si llegase ya la hora de que nacieses! porque aunque salgas de mí en cuanto hombre, siempre te quedarás conmigo en cuanto Dios. Con estos afectos estaria la Vírgen, en este tiempo, dándola grande alegría esta esperanza por el grande amor que tenia á la virginidad.

2. De aquí procedia, que como estaba libre de los temores que tienen otras mujeres preñadas, y de los cuidados del parto que suelen darles grande pena; ella solo tenia cuidado de aparejar su alma con esclarecidos actos de virtud para servir mejor á su Hijo, y tambien de prevenir lo que era menester para su nacimiento, conforme á su pobreza. Y á su imitacion he yo de aparejarme para el nacimiento que espero del Hijo de Dios, quitando los estorbos que hubiere en mi alma, y adornándola con esclarecidos actos de virtud; conforme á lo que hemos dicho en los puntos precedentes, y á lo que la Iglesia encarga en estos dias, con aquellas palabras que decia san Juan Bautista (*Luc.* III, 4; *Isai.* XL, 3): *Aparejad el camino para el Señor; todo*

valle se hinche; todo monte y collado se abaje; los caminos torcidos se enderecen y los ásperos se allanen, porque toda carne ha de ver al Salvador; que es decir: Quitad de vosotros los vicios contrarios al Salvador que nace, y adornaos con virtudes semejantes á las que trae; quitad honduras de pusilanimidades, altivez de soberbias, intenciones torcidas y costumbres ásperas, procurando todo lo que fuere posible levantar vuestro espíritu á lo alto con la confianza, y abajarle á lo profundo con la humildad, enderezando vuestras intenciones á lo celestial, sin mezcla de lo terreno; y siendo mansos con todos, sin dar ocasion de tropezar á ninguno; porque tal es el Salvador que ha de nacer, y con tales disposiciones le habeis de recibir. Estas cuatro virtudes, contra los cuatro vicios contrarios, he de procurar para el fin dicho, por medio de la Vírgen nuestra Señora, diciéndola: Ó Vírgen santísima, que con fervorosos deseos esperabas el nacimiento de tu Hijo, y con excelentes obras te disponias para verle y abrazarle, negóciame que quite de mí los estorbos de su venida, y con gran diligencia me apareje para ella. Amen.

MEDITACION XVI.

DE LA JORNADA DE LA VÍRGEN NUESTRA SEÑORA DESDE NAZARET Á BELEN.

Punto primero. — Lo primero, consideraré, por fundamento de las meditaciones siguientes, como el Verbo encarnado, estando en las entrañas de su Madre, quiso hacer una entrada en el mundo, la mas nueva, admirable y santa que jamás hubo ni habrá, penosa para sí, y provechosa para nosotros, asentando los cimientos de la perfeccion evangélica (*D. Thom.* 3 *p. q.* 35, *art.* 7 *et* 8) que habia de predicar. De modo, que su primera entrada en el mundo, como dice san Cipriano (*Serm. de Nativ.*), fuese dechado de nuestra primera entrada en la religion cristiana, para que entrasen sus discípulos por donde él entró, ejercitando las virtudes que ejercitó. Y para este fin dejó todo lo que el mundo ama y busca, y buscó todo lo que el mundo aborrece y huye. Y así para nacer, dió traza como salir de Nazaret, por dejar las comodidades que pudiera tener, naciendo en casa de su Madre y entre sus deudos y conocidos, á donde no le faltara el abrigo de un aposento, y brizo y algun regalo, como no le faltó al Bautista por nacer en casa de su padre; pero todo lo dejó, mostrando cuánto aborrece los regalos de la carne, y cuán amigo es de pobreza, pues deja lo poco que tiene su pobre Madre; y como

peregrino, quiere nacer en Belen en tal coyuntura, que todo le faltase. Con este ejemplo me confundiré por verme tan amigo de mis comodidades y regalos, que no solamente no huyo de ellos, pero con ansia los busco; y si no los hallo me aflijo. Ó Jesús Nazareno, florido con flores de virtudes celestiales, que sales de Nazaret por huir las flores de los regalos terrenos; suplícote por esta salida, favorezcas mi flaqueza, para que renuncie las flores y blanduras de mi carne, deseando solamente las flores de tus virtudes, con las cuales adornes mi alma, para que te dignes de nacer en ella. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré la ocasion que tomó Cristo nuestro Señor para hacer esta jornada y salir con su intento (*Luc.* II, 1); *porque en aquellos dias salió un edicto de Augusto César, que todo el orbe se empadronase, acudiendo cada uno á la ciudad de donde tenia su orígen. En cumplimiento de esto fué José desde Nazaret á Belen, para encabezarse allí con María su esposa que estaba preñada.* — En este hecho ponderaré, cuán diferentes son los pensamientos de Dios y los de los hombres; los del Rey del cielo, de los del rey de la tierra, porque este edicto estaba fundado en soberbia, ambicion, jactancia y avaricia, mandando mas de lo que podia; esto es, que todo el orbe se encabezase, como si todo fuera suyo, y deseando que todos profesasen ser sus vasallos y le pagasen pecho, aunque fuesen pobres y necesitados. Pero al contrario el Rey del cielo, Jesucristo, todos sus pensamientos tenia puestos en humildad, pobreza y sujecion, y en hollar pompas, riquezas y vanidades. No viene á mandar ni á ser servido, sino á obedecer y servir á todo el mundo. Y en confirmacion de esto, quiere que su Madre, y él en ella, se encabecen y profesen ser vasallos de Augusto César, y le paguen tributo, para confundir con este ejemplo la soberbia y codicia del mundo; porque si el Rey de reyes y Monarca de todo lo criado entra en el mundo humillándose (I *Petr.* II, 15), y protestando vasallaje á un rey terreno y màlo, ¿qué mucho me humille yo, y me sujete á toda humana criatura por su amor? Y ¿qué soberbia será no humillarme al mismo Dios, reconociéndome por su vasallo, y pagándole con obediencia el tributo que le debo? Ó Rey del cielo, no permitas en mí tal soberbia, pues te humillaste tanto para remediarla.

2. Lo segundo, ponderaré que aunque este edicto se fundaba en soberbia y codicia, quiere Dios que sea obedecido de los suyos, porque gusta obedezcamos á nuestros superiores en todo lo lícito que nos mandaren, aunque lo manden por sus propios intereses y

dañados fines, reconociendo en ellos á Dios (*Matth.* XXIII, 5), cuyo lugar tienen. Y así Cristo nuestro Señor levantó de punto esta obediencia, haciendo esta jornada por cumplir la voluntad del eterno Padre, que habia ordenado naciese su Hijo en Belen de Judá (*Micá.* V, 2; *Matth.* II, 6), aunque su providencia tomó este edicto del emperador Augusto, como medio para conseguir su intento. Y como Cristo nuestro Señor venia al mundo á cumplir (*Ioan.* VI, 38) no su voluntad, sino la del que le enviaba, quiso nacer en el lugar donde su Padre habia ordenado, y nacer obedeciendo, como murió obedeciendo, para que todos aprendamos á obedecer. Ó amado mio, pues mi vida está en hacer tu voluntad, mis entradas y salidas en cuanto hiciere sean conformes á ella por siempre jamás. Amen.

Punto tercero.—Lo tercero, se ha de considerar la jornada de la Vírgen, el modo como caminaba, y las virtudes que ejercitaba, con deseo de imitarla en ellas; ponderando, como por ser ella pobre, el camino largo y el tiempo del invierno riguroso, no la faltaban trabajos; pero todos los llevaba con admirable paciencia y alegría. Iba con gran modestia de sus ojos, y el corazon puesto en Dios y en el Hijo que llevaba en sus entrañas, con quien tenia sus coloquios y entretenimientos, como arriba se dijo (*Medit.* X, *punto* 3.°). Si algun rato hablaba con su esposo, todo era de Dios, con gran dulzura; y no se cansaba, aunque iba preñada, porque el Hijo no era cargoso, y la esperanza de verle presto nacido la daba grande alegría y gusto salir de Nazaret, porque con mayor quietud gozaria de su Hijo, naciendo fuera de ella. Ó Vírgen benditísima, no es menester deciros como á la Esposa (*Cant.* II, 10): Que os deis prisa á caminar, pues ya pasó el invierno y cesó la lluvia, y han salido las flores del verano, porque las ganas de padecer y obedecer os hacen caminar en el rigor del invierno, para que nazca la flor de Jesé, en quien está nuestro descanso. ¡Oh quién pudiera imitar las virtudes que en este camino ejercitásteis, acompañando vuestros pasos con espíritu, ya que no me fue concedido hacerlo con el cuerpo!

Punto cuarto.— 1. Lo cuarto, consideraré la entrada de la Vírgen en Belen, la cual fue en ocasion de tanto concurso de gente que no halló quien la hospedase, ni en el meson hubo aposento donde estuviese; y así le fue forzoso recogerse á un pobre establo de animales, trazándole así la divina Providencia para que el Hijo de Dios entrase en el mundo mendigando y padeciendo, sin haber quien se compadeciese de su trabajo.—Sobre este paso se ha de ponderar la excelencia del Señor que busca posada para nacer y no la halla;

la ceguedad de los hombres que no la conocen, ni se la dan; los bienes de que se privan por no dársela; y como escoge para sí lo peor del mundo, sacando afectos y sentimientos tiernos de todo esto.—Lo primero, ponderaré como los hombres del mundo tienen palacios y casas muy acomodadas, y los ricos de Belen estaban muy abrigados y apesentados á su gusto; y el Hijo del eterno Padre, Señor de todo lo criado, viniendo á buscar posada y en su propia ciudad, donde era natural, y entre los de su tribu y familia (*Ioan.* I, 11), no halla quien le hospede. Ó Verbo eterno encarnado, ¡cuán presto comienza el mundo á desecharte, habiendo tú venido á remediarle! Ya puedes decir que las raposas del campo tienen cuevas y las aves del cielo nidos, donde pongan sus huevos y crien sus hijuelos; pero el Hijo del hombre y su pobre Madre no hallan donde reclinar su cabeza. (*Luc.* IX, 58). Las raposas te echan de sus cuevas, porque los astutos y ricos de la tierra aborrecen tu simplicidad y pobreza. Las aves no te admiten en sus nidos, porque los nobles y soberbios del mundo desprecian tu humildad y bajeza; y así te vas al pobre y humilde establo, donde el buey conocerá á su poseedor, y el jumento dejará su pesebre (*Isai.* I, 3), por darle á su Señor. Ó Señor de los señores y poseedor de todo lo criado, echa de mi alma las raposerías astutas y las volaterías soberbias que la ocupan, para que tú halles posada dentro de ella.

2. De aquí subiré á considerar, como la causa de no hallar posada Cristo en Belen era la ignorancia de aquella gente; porque llegando Dios á sus puertas, no le conocian, ni sabian el bien que les viniera si le admitieran, admitiendo otros huéspedes de quien podian recibir poco ó ningun provecho. ¡Oh cuán dichoso fuera el que hospedara á este Señor, para que naciera en su casa! qué de riquezas espirituales le diera! cuán bien le pagara el hospedaje, como le pagó á Marta y á Zaqueo! ¡Oh cuán dichosa seria mi alma si acertase á hospedar á este Señor, y darle lugar para que naciese espiritualmente en ella! Ó Dios infinito, que rodeas las puertas (*Apoc.* III, 20) de mi corazon, llamando con inspiraciones para que te abra, con deseo de entrar en él para enriquecerle con los dones de tu gracia, no permitas que te cierre la puerta por no conocerte, ó te despida por no estimarte. Ven, Señor, ven y llama que yo te oiré; toca á mi puerta, que yo te abriré y te daré la mejor pieza de mi casa, que es mi corazon, para que descanses á tu voluntad en ella.

3. Finalmente, tengo de ponderar la paciencia con que la Vírgen y san José llevaron aquel trabajo y desamparo, y con cuánta

alegría sufrieron los desvíos de los que los desechaban por ser pobres, y con qué gusto se recogieron al establo, tomando para sí el lugar mas desechado de la tierra. Con lo cual maravillosamente hermanaron humildad y pobreza con paciencia y alegría; á cuya imitacion procuraré desear para mí lo peor y mas despreciado del mundo, llevándolo con alegría cuando me cupiere en suerte; pues no hay suerte mejor que imitar á estos gloriosos Santos, como ellos imitaron á Cristo, al modo que luego verémos.

MEDITACION XVII.

DEL NACIMIENTO DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR EN EL PORTAL DE BELEN.

Punto primero. — 1. Primeramente se ha de considerar lo que hizo el Verbo eterno, encarnado en las entrañas de su Madre, cuando llegó la hora de salir de ellas. Ponderando lo primero, que así como no quiso anticipar el tiempo de su nacimiento, tampoco quiso dilatarle, sino nacer puntualmente cumplidos los nueve meses, para manifestarse al mundo con un entrañable deseo de comenzar su carrera con gran fervor y alegría de corazon, cumpliéndose lo que dijo David (*Psalm.* XVIII, 7): Alegróse como gigante para correr su carrera; de lo sumo del cielo es su salida, sin parar hasta el otro extremo; porque aunque sabia cuán áspera habia de ser la carrera desde su nacimiento hasta su muerte, se alegró con fortaleza para comenzarla, saliendo del vientre de la Vírgen, que era su cielo, poniendo luego los piés en el lugar mas vil y bajo que habia en la tierra; por lo cual debo darle gracias y suplicarle me dé luz para conocer y sentir lo que en esta su entrada pasa. Ó Niño mas fuerte que gigante, pues como nuevo sol resplandeciente quereis salir por el oriente á correr vuestra carrera hasta el occidente de la cruz, alumbrad mi entendimiento y encended mi voluntad, para que vea y contemple vuestra salida, y ame con gran fervor las virtudes que descubrís en ella.

2. Luego ponderaré cuán liberal se mostró entonces con su Madre, á la manera que un hombre poderoso y rico, cuando se ha hospedado en casa de un aldeano pobre (*D. Thom.* 3 *p. q.* 35, *art.* 6), y le ha hecho buen hospedaje, no por interés, sino por servirle, suele á la despedida pagárselo muy bien y darle alguna preciosa dádiva, ó por agradecimiento ó por limosna; así tambien como la Vírgen habia hecho á su Hijo tan buen hospedaje nueve meses, al tiem-

po que quiso salir de la posada la dió dones riquísimos de gracia, una altísima contemplacion de aquel misterio, y unos júbilos de alegría extraordinarios, en lugar de los dolores que otras mujeres suelen sentir cuando están de parto. Porque no era razon que quien no tuvo deleite sensual en el concebir, tuviese dolor en el parir; y aunque consigo no dispensó en lo que era padecer dolores, quiso que su Madre en este caso no los padeciese. De la misma manera puedo considerar, que cuando entra Cristo nuestro Señor sacramentalmente en nosotros, á la primera entrada nos da la gracia sacramental, y si le hacemos buen hospedaje, antes de la salida nos da ricas joyas de afectos de devocion y contemplacion, y júbilos de alegría, como quien paga el buen hospedaje que le hacemos. Por tanto, alma mia, mira cómo hospedas á este Huésped soberano, para que te deje rica y harta con los dones del cielo.

3. Lo tercero, ponderaré como Cristo nuestro Señor por la misma causa quiso salir del vientre de su Madre con un modo milagroso, sin que ella padeciese detrimento en su virginidad, porque no era razon saliese de la casa donde tan buen hospedaje le habian hecho, con daño de la entereza que tenia, honrando con esto á su Madre, y avisándonos á todos, que por hospedarle y servirle no recibirémos detrimento, haciendo, si fuere menester, para ello algun milagro; porque quien no le hizo para preservarse á sí de padecer, suele hacerle para preservar de ello á sus escogidos cuando les conviene. Ó Maestro soberano, ¡cuán bien me enseñais con este ejemplo la condicion del verdadero amor, que es riguroso para sí, y blando con otros! para sí quiere los rigores por afligirse, y para el prójimo los favores por regalarle; ayudadme con vuestra copiosa gracia, para que en ambas cosas imite vuestra encendida caridad.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar lo que hizo la Vírgen santísima cuando por aquellos júbilos conoció que era llegada la hora del parto, ponderando sus afectos, sus obras y sus palabras. Porque recogiéndose á un rincon del portal, puesta en altísima contemplacion, parió á su Hijo unigénito, y luego le tomó en sus brazos. ¡Oh qué contento y alegría recibió con aquella primera vista, no parando en la hermosura que miraba por defuera en el cuerpo, sino pasando á la belleza del alma y de la divinidad! Por una parte le abrazaba y besaba con amor, como á su Hijo, y por otra se encogia y retiraba con humildad, mirando que era Dios, porque con estos dos brazos quiere Dios ser abrazado; esto es, con caridad y humildad, con amor y reverencia; y lo mismo tengo yo de ha-

cer espiritualmente, tomándole como en mis brazos, amándole y reverenciándole, acercándome con amor y encogiéndome con humildad.

2. Hecho esto, la Vírgen envolvió á su Hijo en los pañales y mantillas que tenia aparejadas, y reclinóle en un pesebre con afecto de humildad, teniéndose por indigna de tenerle en sus brazos, é hincadas las rodillas le adoró como á Dios y Señor suyo, y hablaria con él amorosamente, porque estaba cierta que la entendia. Diéle gracias por la merced que habia hecho al género humano en haber venido á redimirle. Tambien le dió gracias por haberla tomado por Madre suya, sin sus merecimientos, y allí se ofreció de servirle con todo su cuerpo y alma, y fuerzas, empleándolas todas en su servicio; y todo esto diria con unas palabras y afectos amorosísimos y tiernísimos, los cuales son mas para sentir que para poderse explicar.

3. Lo mismo haria el santo José adorando al Niño, agradeciéndole la merced que le hizo en tomarle por su ayo, y ofreciéndose á servirle muy de veras. Y lo mismo tengo de hacer yo en compañía de estos Santos, con entrañable agradecimiento, ofreciéndole mi cuerpo y alma con todas mis potencias. Ó dulcísimo y soberanísimo Señor, ¿qué grâcias os podré dar por tan gran merced como me habeis hecho, en venir á remediarme hecho niño en tanta pobreza? ¡Oh quién se hallara presente en aquella hora, para serviros en vuestra niñez! Aquí me presento en espíritu delante de vuestra majestad, y os ofrezco lo que soy, puedo y valgo, para emplearlo todo en vuestro servicio; aceptad esta buena voluntad y dadme gracia para ponerla por obra.

Punto tercero.—*De la persona del Niño.*— 1. El tercer punto y principal es, considerar las grandezas milagrosas de aquel divino Niño puesto en el pesebre, ponderando la dignidad de su persona, las palabras que diria con el corazon, las obras que hacia y las cosas que padecia, y por quién y cómo, y las heróicas virtudes que allí ejercitaba. Todo esto he de ponderar, como lo ponderaria la Vírgen sacratísima, en esta forma.—Lo primero, miraré la persona de aquel Niño, haciendo comparacion de lo que tiene en cuanto Dios, á lo que tiene allí en cuanto hombre, con un afecto de admiracion y amor, el mayor que pudiere, ponderando como este Niño es aquel Dios de la majestad, cuya silla es el cielo (*Isai.* LXVI, 9; XXXVII, 16; *Psalm.* LXXIX, 2), y cuyo trono son los Querubines, y cuyos criados son las jerarquías de los Ángeles, estando en medio de ellas como

emperador á quien todos adoran y reconocen vasallaje; y por otra parte está puesto en vil pesebre en médio de dos torpes animales. Y el que es Verbo y palabra del eterno Padre, por quien crió todas las cosas (*Ioan.* I, 3), y las sustenta con su virtud, está hecho infante sin hablar, y fajado piés y manos sin poderse menear. Y el que tiene por vestidura la lumbre (*Psalm.* CIII, 2; *Hebr.* I, 3) infinita de la divinidad, por ser resplandor de la gloria de su Padre, y viste de hermosura á sus criaturas, y las da mantenimiento con mano larga para conservar su vida, ese está vestido de pobres pañales y mantillas, y tiene necesidad de ser sustentado con la leche de su Madre. ¡Oh Niño excelentísimo y abatidísimo, y en todo venerable, y en todo amable (*D. Bern.* Serm. 1 in Epiphan.); pero *quanto pro me vilior, tanto mihi carior:* cuanto por mí estás mas despreciado, tanto eres mas digno de ser amado; y cuanto mas abatido, tanto mas ensalzado, porque en los abatimientos muestras las grandezas de tu inmensa caridad. ¡Oh quién te amase como tú mereces! oh si me apocase y humillase como yo mismo merezco! porque apocarme en mí, será engrandecerme en tí. ¿Cómo no te confundes, ó alma mia, de ver esta persona tan grande y tan humillada, y la tuya tan vil y tan envanecida? Aprende de este Niño á humillarte, porque quien se humillare como él en la tierra, será por él engrandecido en el cielo.

2. *De las palabras que diria.*—Lo segundo, ponderaré las palabras que diria este Niño, no con la lengua, sino con el espíritu; no con voces, sino con ejemplos. Con su eterno Padre hablaria, dándole gracias por haber llegado aquella hora, y haber querido que esté reclinado en aquel pesebre, ofreciéndole con grande amor todos los trabajos que habia de padecer en el mundo; y diciéndole otra vez aquello que pondera el Apóstol, en entrando en el mundo dijo (*Hebr.* X, 3; *Psalm.* XXXIX, 8): Véisme aquí, Señor, que he venido á cumplir tu voluntad. Pero con los hombres hablaba tambien, y daba voces con sus ejemplos, diciendo desde aquel pesebre lo que despues dijo predicando (*Matth.* XI, 29; XVIII, 3): Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon; y si no os convirtiéreis y os hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos; y el que se humillare como este niño, este será el mayor en el reino de los cielos. Estas y otras palabras está allí predicando con el ejemplo, las cuales tengo de oir con gran devocion, suplicándole abra los oidos de mi corazon para entender este lenguaje y ponerle por obra. Ó soberano Niño, que desde ese pesebre me estais convi-

dando á que me haga niño, y siempre fuísteis tan amigo de niños (*Marc.* x, 16), que los abrazábais con amor, hacedme como Vos niño en la inocencia, pequeñuelo en la humildad, infante en el silencio, y tierno en la caridad. En estas cuatro cosas consiste hacernos niños, para ser en los ojos de Dios grandes.

3. *De las obras que hace.*—Luego miraré las obras que hace, en lo cual hay una cosa maravillosa que ponderar, porque siendo varon tan perfecto en el juicio, como cuando era de treinta años, hacia todas las obras, meneos y semblantes de niño, no contrahechos ni fingidos, sino real y verdaderamente como los demás niños, con una armonía admirable para quien sabe ponderar la junta de estas dos cosas. En particular ahora ponderaré aquel llorar del Niño, y las causas de sus lágrimas; llora, no tanto de dolor por lo que padece como los demás niños, cuanto por lo que nosotros padecemos por nuestros pecados, llorando con amor por ellos; así con aquellas lágrimas juntaria interiormente oraciones fervorosísimas al eterno Padre, haciendo lo que dijo san Pablo (*Hebr.* v, 7), que en los dias de su carne ofreció ruegos y oraciones á Dios con gran clamor y lágrimas. Y es de creer que la Vírgen lloraria viendo llorar á su Hijo, y ponderando las causas por que lloraba. Ó dulce Jesús, ¿por qué llorais tan amargamente mis miserias, olvidado de las vuestras? Ó alma mia, ¿cómo no lloras viendo llorar á este Niño, que así llora por tí? Llora tú de compasion por verle llorar; llora porque eres causa de su llanto, y llora por tus pecados que afligen su corazon; y si no lloras por esto, llora porque eres tan dura que no sabes llorar, teniendo tanta razon de derramar copiosas lágrimas. Ó Vírgen sacratísima, alcanzadme don de lágrimas, siquiera para acompañaros con ellas, por el consuelo de vuestro Hijo que se consuela con vernos llorar, y dice que son bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. (*Matth.* v, 5).

4. *De las cosas que padece.*—Últimamente miraré las cosas que padece este Niño, que son pobreza, desprecio, frio y dolor (*D. Thom.* 3 *p. q.* 35, *art.* 8), con otras incomodidades. Todo lo cual padece, no por necesidad ó fuerza, sino por voluntad y de grado; porque como es Dios y varon en el juicio, él escogió todo lo que padece. Escogió nacer en el tiempo mas riguroso del invierno, en la hora mas fria de la media noche, en el portal mas vil y despreciado de toda la ciudad, con la mayor pobreza y desamparo y olvido de los hombres que era posible, y todo con tanto disfraz de humildad, que siendo voluntario parecia forzoso; y por consiguiente mas vil y aba-

tido. Finalmente, desde el pesebre, como él mismo lo dijo en un Salmo (*Psalm.* LXXXVII, 16), tomó por compañeros inseparables hasta la muerte á la pobreza, desprecios, dolores y trabajos, y en todas estas cosas padeció mil géneros de aflicciones, escogiendo tal modo de vida, contraria á la del mundo, para descubrir con su ejemplo los engaños y errores de los mundanos que le siguen; pues como dice san Bernardo (*D. Bern.* Serm. 3 de Nativ.): Evidente cosa es que el mundo yerra, escogiendo por sus compañeros riquezas, honras y regalos; pues Cristo, sabiduría infinita, que ni puede engañarse ni engañarnos, escoge sus contrarios. Con esta consideracion tengo de confundirme en la presencia de este Niño benditísimo, viendo cuán al revés he vivido de lo que él enseña, y proponer de imitarle de aquí adelante, escogiendo padecer lo que él padece, suplicándole me haga digno de padecer con él y como él, no por necesidad, sino por voluntad, de grado y por amor. Ó Niño soberano (II *Reg.* XXIII, 8), que como otro David eres príncipe sapientísimo entre tres, porque de las tres divinas Personas tú eres la segunda, á quien se atribuye la sabiduría; ¿qué haces sentado en esta cátedra del pesebre callando, sin decirnos nada? Tú eres el gusanito tiernísimo del madero, que con un ímpetu matas ochocientos, porque con el desprecio y humillacion que tienes en el madero carcomido de tu brizo, matas con el ímpetu de tu amor divino los innumerables ímpetus del amor mundano. Ó Príncipe sapientísimo y fortísimo, que callando enseñas y callando matas, enséñame á seguir con silencio tus desprecios, y mata en mi corazon los afectos mundanos, para que haciéndome gusano, á imitacion tuya, merezca subir á verte en el trono de tu gloria. Amen.

MEDITACION XVIII.

DEL REGOCIJO DE LOS ÁNGELES EN EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS, Y DE LA NUEVA QUE DIERON Á LOS PASTORES.

PUNTO PRIMERO.—Lo primero, consideraré lo que (*Luc.* II, 10; *D. Thom.* 3 *p. q.* 36) pasaria en el cielo al tiempo que nació Cristo nuestro Señor en el suelo; porque las jerarquías de los Ángeles, como veian claramente la infinita majestad y grandeza de Dios, y por otra parte le miraban tan humillado, arrinconado y desconocido de los hombres, quedaron admirados en extremo de tanta humildad, y con grandes ansias de que fuese honrado y venerado

de todos, deseando, si Dios les diera licencia, bajar al mundo á manifestarle y darle á conocer. Entonces el Padre eterno mandó á todos aquellos que pondera san Pablo (*Hebr.* I, 6): *Et cum iterum introducit Primogenitum in orbem terrarum, dicit: Et adorent eum omnes Angeli eius:* cuando entró á su Primogénito en el mundo, dijo: Adórenle todos sus Ángeles; todos dice, sin faltar ninguno, y todos desde el cielo le adoraron con suma reverencia, viéndolo este Niño desde el suelo. Los Serafines, encendidos en amor mirándole, se tenian por helados, y con profunda humildad le reconocian por su Dios. Los Querubines, llenos de ciencia, en presencia del Niño se tenian por ignorantes, y con grande temblor le adoraban y reverenciaban como á su Señor. Y lo mismo hacian los otros coros angelicales. Gósome, ó bien mio, de veros adorado de vuestros Ángeles, y pésame grandemente de veros tan olvidado y desconocido de los hombres. Yo, Señor, os adoro juntamente con estos espíritus bienaventurados, deseo de corazon que todos los hombres os conozcan y adoren; y si valgo para darles noticia de esto: *Ecce ego* (*Isai.* VI, 8), *mitte me,* véisme aquí, enviadme; porque si me enviais, yo volaré con las alas que me diéreis; y como los Serafines daré voces por el mundo diciendo: Santo, Santo, Santo eres, Dios de los ejércitos, llena está la tierra de tu gloria; aunque con el humo de la humillacion que tienes en este pobre portal parece que está oscurecida.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como el Padre eterno quiso manifestar el nacimiento de su Hijo á los pastores, que estaban en la comarca de Belen velando y guardando su ganado, enviando para esto un Ángel que se cree fue san Gabriel, vestido de un cuerpo resplandeciente, y rodeándoles con una luz celestial les dijo: *Mirad que os traigo una nueva de grande gozo para todo el pueblo, porque ha nacido para vosotros el Salvador en la ciudad de David; esto tendréis por señal, que hallaréis al infante envuelto en pañales, y puesto en un pesebre.*—Sobre este paso, consideraré lo primero, como no quiso Dios manifestar este misterio, ni enviar este Ángel á los sábios de Belen, porque eran soberbios; ni á los ricos, porque eran codiciosos; ni á los nobles, porque eran regalados, sino á los pastores, porque eran pobres, humildes, trabajadores, y estaban en vela atendiendo á su oficio, porque tales disposiciones como estas quiere Dios en aquellos á quien ha de dar parte de sus misterios; y si á mí no me la da, es porque me faltan; pues por esto dijo, que los encubre á los sábios y prudentes, y los revela á los pequeñuelos y humildes. (*Matth.* XI, 25).

2. Lo segundo, consideraré como es materia de sumo gozo que el Salvador nace para nosotros; no nace para sí, porque no viene á salvarse á sí mismo; ni nace para los Ángeles, porque no viene á salvarlos, sino nace para los hombres y para mí, porque viene á salvarme; para mí nace y es circuncidado, y todo cuanto hizo y padeció, para mí es; y lo que pasa en el pesebre todo es para perdonar mis pecados, para encenderme en amor de las virtudes y para enriquecerme con aquellos merecimientos. Ó dulce Jesús, lo que para Vos es materia de dolor, es para mí materia de gozo. Gózome de que seais tan bueno que abraceis mis dolores, por darme vuestros gozos (*D. Bern.* Serm. 4 de Nativ.): no sea yo Señor, tan desdichado, que habiendo nacido para bien de todos los hombres, viva como si no hubiérais nacido para mí, buscando con soberbia la grandeza, olvidado de vuestra pequeñez.

3. Lo tercero, ponderaré como las señales para hallar al Salvador nacido son infancia, pañales y pesebre. Ó grandeza infinita de Dios, ¡quién tal pensara que cosas tan bajas habian de ser señas para hallar y conocer al Dios de la Majestad! Pero ya sé, Señor, que gustais de estas bajezas y que estais en medio de ellas para moverme á procurarlas, enseñándome de camino, que las señales para conocer que habeis nacido en mí espiritualmente son inocencia de niño en la vida, silencio en la lengua, pobreza en el traje, y humildad en escoger para mí lo mas vil y desechado de la tierra. Imprimidlas, Salvador mio, en mi alma, para que sea semejante á Vos, y gusteis de nacer y morar en ella.

Punto tercero. — 1. *Estando el Angel diciendo esto á los pastores, de repente apareció allí la muchedumbre del ejército celestial, bendiciendo y alabando á Dios, diciendo: Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.* — Sobre este punto se ha de considerar quién envió á estos Ángeles y para qué fin, y el himno ó cántico que dicen. Quien les envia es el Padre eterno para honrar á su Hijo, que tan humillado estaba por su amor, porque siempre tuvo cuidado de ensalzarle cuando él se humillaba, y para que los Ángeles enseñasen á los hombres con su ejemplo lo que habian de hacer en este caso. Gracias os doy, eterno Padre, por este cuidado que teneis de honrar al que se humilla. Bien os tiene merecido que le honreis, pues se ha humillado por honraros; y pues es justo que yo le honre y le alabe, enseñadme á cantar este himno de los Ángeles con el espíritu que le cantaron ellos.

2. *Gloria in excelsis Deo.* — Gloria á Dios en las alturas. Por esta

palabra nos enseñan los Ángeles que toda esta obra de la encarnacion es gloria de Dios por excelencia; de modo que ninguna de sus obras le da tanta gloria como esta, por la cual merece ser alabado de todos los que profesan alteza de vida, en los cielos es por ella especialmente glorificado, y es razon que lo sea en nuestra tierra, pues por esta causa está llena de la gloria de Dios, como lo dijeron los Serafines cuando Isaías (*c.* VI, 3) vió la gloria de este Señor. Ó Rey de la gloria de Dios, levantad mi corazon á las alturas, para que glorifique vuestro nombre en la tierra, como le glorifican los Ángeles en el cielo. Cuanto hiciere y dijere será para vuestra gloria, sin buscar la mia; y de mi boca no se apartará esta palabra: Gloria sea á Dios trino uno. Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Gloria al Padre, porque me dió á su Hijo. Gloria al Hijo, porque se hizo hombre por mi remedio; y gloria al Espíritu Santo, de cuyo amor esta obra procedió.

3. *Et in terra pax.*—Y en la tierra paz; que es decir: Con esta insigne obra viene la paz á los moradores de la tierra, y no paz limitada, sino muy cumplida; paz con Dios y con los Ángeles; paz á cada uno consigo y con los demás hombres, porque este Salvador trae la reconciliacion del mundo con su Padre, el perdon de los pecados, la victoria de los demonios, la sujecion de la carne al espíritu, la union y concordia de las voluntades entre sí y con Dios, de la cual procede la alegría de la conciencia y la paz que sobrepuja á todo sentido. (*Philip.* IV, 7). Ó Príncipe de la paz, pues está escrito que en tus dias naceria la justicia y la abundancia de la paz, hasta que se acabe la luna (*Psalm.* LXXI, 7); suplícote humildemente quites de mí toda la mutabilidad mundana, y me fortalezcas con la santidad y paz divina.

4. *Hominibus bonae voluntatis.*—Á los hombres de buena voluntad. En esta tercera palabra se ha de ponderar que la paz, aunque originalmente nace de la buena voluntad que Dios nos tiene, con lo cual la ofrece á todos los hombres; pero con efecto solamente la gozan los que tienen buena voluntad, bien intencionada, conforme con la de Dios y sujeta á su divina ley. De suerte, que no se promete la paz á los hombres por ser de buen entendimiento ó agudo ingenio, ni de grandes fuerzas ó insignes talentos y partes naturales; porque con todas estas cosas puede haber mucha guerra y discordia y enemistad de Dios; y aunque falten, no me faltará la paz si tengo buena voluntad, y así he de hacer mas caso de ella que de todo lo demás; porque, como dice san Gregorio (Hom. 5 in Evang.):

Nihil dilius bona voluntate: ninguna cosa hay mas rica ni mas amable ni mas pacífica, que la buena voluntad; así como al contrario, ninguna cosa hay mas miserable ni mas turbada ni mas aborrecible, que la mala voluntad. Y por esto con gran fervor he de pedir al Salvador que nace, me libre de la mala y me dé la buena, pues es dádiva suya. Y así dice otra letra: *Hominibus bona voluntas:* á los hombres sea buena voluntad. Ó Salvador dulcísimo, dame esta buena voluntad que nos ofreces, para que niegue mi voluntad propia y siga la tuya, buena, agradable y muy perfecta (*Rom.* XII, 2), pues la tuya es principio de todos los bienes, y la mia, dejada á su albedrío, es raíz de todos los males.

PUNTO CUARTO. — 1. Habiendo estado los Ángeles un rato con los pastores, volviéronse al cielo; y puédese creer piadosamente que se irian por el portal de Belen sin ruido sensible, y que allí renovarian su cántico, de modo que la Vírgen y san José le oyesen, y adorarian al Niño recien nacido con suma reverencia, como á su Dios y á su Rey. ¡Oh qué contento recibiria la Vírgen con esta música, y cuán agradecida quedaria al Padre eterno, por la honra que hacia á su Hijo, y cuán gozosa de ver tan gran ejército angelical, y cuán confirmada en la fe, acordándose de lo que está escrito: Adórenle todos sus Ángeles! (*Hebr.* I, 6). Yo, Dios mio, os adoro con ellos y os canto la gloria en ese vuestro pesebre, y deseo que todo el mundo os la cante dentro de vuestra Iglesia, para que de todos seais glorificado por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XIX.

DE LA IDA DE LOS PASTORES Á BELEN, Y LO QUE ALLÍ LES SUCEDIÓ, Y LO DEMÁS HASTA LA CIRCUNCISION.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Partidos los Angeles, exhortábanse los pastores unos á otros diciendo: Vamos á Belen, y veamos con nuestros ojos lo que se nos ha dicho; y así con gran priesa comenzaron á caminar hasta el portal.* (*Luc.* II, 15). - Sobre este punto he de ponderar lo primero, como los pastores no echaron en olvido la revelacion, sino con caridad se animaban unos á otros á esta jornada, porque las inspiraciones y mandatos de Dios no se han de olvidar, sino ejecutar, exhortándonos con palabras y ejemplos al cumplimiento de ellos; al modo que los santos cuatro animales, siguiendo el ímpetu del espíritu, se herian unos á otros con las alas, como quien se provocaba á

seguirse con mas fervor. (*Ezech.* III, 15; *Greg.* Lib. XXIV *Moral. cap.* 6).

2. Lo segundo, tuvieron grande obediencia; porque aunque el Ángel no les mandó expresamente ir á Belen, contentáronse con que mostró ser este gusto de Dios, pues para esto lo revelaba é inspiraba; y al perfecto obediente hástale tener cualquier significacion de la divina voluntad para ponerla luego por obra, aunque sea menester dejar por esto, como los pastores, el ganado y cuanto tiene.

3. Lo tercero, ejecutaron con grande fervor lo que Dios queria, y por esto se dice que iban aprisa, movidos del divino Espíritu, con deseo de ver la palabra que el Ángel les dijo, que era la Palabra eterna de Dios, hecha carne por nosotros; y su fervor les hizo dignos de hallar lo que buscaban, guiándoles el Ángel al lugar del pesebre, donde estaba. ¡Oh quién pudiese imitar la obediencia y diligencia fervorosa de estos santos pastores, para buscar y hallar al Salvador! Ó Pastor soberano, cuyas ovejas son los demás pastores, descúbreme con tu divina ilustracion el lugar donde estás recostado y te apacientas en tu santo nacimiento, para que te busque y halle, de modo que te conozca y ame por todos los siglos. Amen.

Punto segundo. — 1. *Entraron los pastores en el portal de Belen, y hallaron al Infante con su Madre.* Aquí se ha de considerar lo que hicieron estos devotos pastores cuando hallaron lo que buscaban.—Lo primero, es de creer que en entrando saldria del rostro del Niño benditísimo una luz y resplandor que penetraria sus entendimientos, y les descubriria con viva fe como el que allí estaba era Dios y hombre, Salvador del mundo, y el Mesías prometido en la ley, y con esta luz, encendidos en amor suyo, con gran reverencia, postrándose en tierra, le adorarian y agradecerian su venida al mundo, suplicándole llevase adelante esta obra y se compadeciese de su pueblo de Israel, y tambien se ofrecerian á servirle con palabras muy llenas de devocion.

2. Tambien es de creer, que le ofrecerian algo de lo que tuviesen, conforme á su pobreza; porque nuestro Señor les traeria á la memoria aquello del Deuteronomio que dice (*Deut.* XVI, 16): No aparecerás vacío delante del Señor. ¡Oh con qué aficion se lo ofrecerian, y con qué amor lo aceptaria el Niño, y les volveria en retorno copiosos dones de su gracia, de modo que no saliesen vacíos de su presencia!

3. Tambien es de creer, que la Vírgen se lo agradeceria con ha-

mildad, y ellos la hablarian con gran respeto admirados de la santidad que en ella resplandecia, y la contarian todo lo que les habia pasado con los Ángeles, de lo cual recibió grandísima alegría por la gloria de su Hijo. Ó dulce Jesús, yo te adoro con estos santos pastores, y deseo adorarte con la devocion que ellos te adoraron; y por no venir á tu presencia vacío, te ofrezco mi corazon y libertad, y cuanto tengo. Suplícote, Dios mio, que no salga vacío de tu presencia, mas lléname de tu gracia para que con ella te sirva, y alcance la vida eterna. Amen.

Punto tercero. — 1. *Los pastores se volvieron alabando y glorificando á Dios por lo que habian visto, y publicábanlo á cuantos topaban, causando grande admiracion en todos; pero María conservaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazon.* Cerca de esta verdad, es bien ponderar cuatro suertes de personas que hubo en Belen y su comarca, y el modo como se hubieron cerca de este nacimiento del Hijo de Dios, aplicándolo á mí mismo para mi provecho. -Unos no asomaron al portal de Belen; y aunque oyeron lo que decian los pastores, y se admiraban de oirlo, con todo eso no leemos que se moviesen á ir á verlo, embebidos en sus ocupaciones y negocios, como muchos ahora no acuden á contemplar estos misterios, de pereza y por acudir á otras cosas de su gusto. -Otros acaso entraban en aquel portal como de paso; pero ni conocian al Niño, ni á la Madre, ni reparaban en mas de aquel exterior que veian, y pasaban adelante. Tales son los que asisten á estos misterios con fe muerta, sin reparar ni ahondar lo que hay en ellos, y así ningun provecho sacan.

2. Otros, como fueron los pastores, entraron movidos de Dios, y con viva fe adoraron al Niño y sacaron grandes provechos; pero no se quedaron allí, sino volviéronse á su oficio, alabando á Dios, y pregonando sus maravillas. Tales son los justos, que á tiempos se dan á la oracion y contemplacion de estos misterios, y de allí salen á cumplir sus obligaciones y predicar lo que han conocido de Dios, moviendo á otros para que le busquen y conozcan.

3. Otros finalmente, como san José y la Vírgen, siempre estuvieron en el portal, asistiendo al Niño y sirviéndole con amor, y conservando en la memoria todo lo que veian y oian, confiriéndolo en su corazon. ¡Oh qué conferencia tan divina haria la Vírgen de todo esto! Conferia lo que era Dios en el cielo, con lo que tenia aquel Niño en la tierra; lo que dijeron los Profetas, con lo que miraba con sus ojos; lo que el Ángel y pastores le habian dicho, con lo que tenia presente en aquel pesebre; y esta conferencia no era seca, sino

pecado; lo cual ordenó para confusion de los que siendo pecadores no queremos parecerlo, sino tomar disfraz de justos. Por tanto, alma mia, pues te humilla la verdad (*D. Bern.* Serm. 24 in Cant.), humíllete tambien la caridad, y pues conoces ser digna de la humillacion por tus pecados, desea como tu Señor ser humillada, aunque carecieras de ellos.—La tercera virtud fue paciencia, porque los demás niños, por carecer del uso de razon, no temen la circuncision, ni el cuchillo, ni la herida; y hasta que descarga el golpe no le sienten, pero este Niño benditísimo, como varon perfecto, sabia lo que se trataba, y naturalmente temia el golpe y la herida; pero con todo eso se estuvo tan quedo, y tan sin menearse, como si no lo supiera; y cuando sintió la herida, aunque lloró como niño y le dolió grandemente, por la delicadeza de su complexion; pero en su corazon se alegró por derramar su sangre con tanto dolor, gustando de este trabajo por cumplir la voluntad de su Padre para bien nuestro.

3. La cuarta virtud fue una caridad ardentísima, derramando aquella poca sangre con tanto amor, que si fuera menester derramarla toda luego, así lo hiciera; y si conviniera recibir luego otras muchas mas y mayores heridas, á todo se ofreciera por el amor de su Padre y por el bien nuestro. ¡Oh caridad inmensa! oh paciencia invencible! oh humildad profunda y obediencia perfecta de mi Redentor! oh virtudes soberanas, de las cuales se teje la vestidura sacerdotal de nuestro sumo sacerdote Jesús, mucho mas preciosa que de grana y púrpura, de hiacinto y holanda retorcida! (*Exod.* XXXIX, 2). Ó sumo Sacerdote que os vestísteis hoy esta vestidura para ofrecer el sacrificio de la mañana, y os la vestiréis despues en la cruz para ofrecer el sacrificio de la tarde; vestidme con otra tal, para que ofrezca mi cuerpo y alma en hostia viva (*Rom.* XII, 1), santa y agradable á vuestra soberana Majestad. Avergonzado estoy, Señor, viéndome tan desnudo de estas cuatro virtudes; ayúdeme vuestra gracia, para que cubra mi desnudez (*Apoc.* III, 18), y me vista de ellas. Amen.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la circuncision espiritual que me pide Cristo nuestro Señor con el ejemplo de esta circuncision corporal (*Rom.* II, 29), con el cual me mueve y enseña á que circuncide y corte de mí todas mis demasías en regalo, honra y comodidades de la carne, mortificando los vicios y aficiones desordenadas, en razon de cumplir la ley de Dios, aunque sea menester para esto derramar sangre, porque de esta manera se alcanza el verdadero espíritu, y en este sentido decia un Santo, que refiere san Doroteo (Serm. 10): *Da sanguinem, et accipe spiritum.* Da san-

gre, y recibirás espíritu; porque la perfeccion del espíritu no se alcanza si no es á costa de sangre, mortificando y circuncidando todas las aficiones de carne y sangre.

2. Demás de esto, he de llevar de buena gana que otros me circunciden y ayuden á quitar estas demasías, ora lo hagan con buena intencion, ora con mala y por injuriarme, llevando con paciencia cuando me circuncidaren y quitaren algo de mi regalo, de mi honra ó comodidad, aunque sea con derramamiento de sangre; pues como dijo san Pablo (*Hebr.* XII, 4), no hace mucho quien pelea contra el pecado, cuando no llega á resistir derramando su propia sangre, como Cristo derramó la suya, á quien he de decir (*Exod.* IV, 25): *Sponsus sanguinis tu mihi es:* Amado mio, tú eres para mí Esposo de sangre, porque por tu causa quiero sufrir de buena gana cualquier circuncision y mortificacion que me viniere, aunque sea derramando por tí mi sangre.

3. Para esto me ayudará considerar, que Cristo nuestro Señor derramó su sangre preciosa en tres lugares, y á manos de tres suertes de personas. Lo primero, en la circuncision por el ministro de Dios, que la obraba con santo fin. Lo segundo, en el huerto por sí mismo, con la consideracion de los trabajos de su pasion, la cual le hizo sudar sangre. Lo tercero, en casa de Pilato y en el monte Calvario por mano de los verdugos y ministros de Satanás; para que yo me persuada que tengo tambien de estar aparejado á dar mi sangre y padecer de estas tres maneras.—Lo primero, sujetándome á lo que los ministros de Dios ordenaren, aunque sea cortando y circuncidando lo que mucho amo.—Lo segundo, siendo yo el verdugo de mí mismo, moviéndome con la consideracion á obras de penitencia y mortificacion, castigando mi carne, y quitándome lo que me estorba servir á Dios, aunque duela.—Lo tercero, sufriendo los dolores y daños que me vinieren por manos de mis enemigos con dañado ánimo. Ó buen Jesús, por la sangre que derramaste en estas tres ocasiones, te suplico alientes mi corazon, para que se ofrezca, si fuere menester, á derramarla en las mismas; y pues tiene tanto que circuncidar, y el amor propio le detiene para no hacerlo, tú, Señor, por tu mano le circuncida, y da traza como otros le circunciden, para que no haya en él cosa demasiada que desagrade á tu divina Majestad.

—De este derramamiento de sangre, que sucedió en la circuncision, se puede hacer otra meditacion muy devota, al modo que se hará en la parte IV, en la meditacion XXIII, cerca de la sangre que Cristo nuestro Señor derramó en su pasion.—

MEDITACION XXI.

DE LA IMPOSICION DEL NOMBRE DE JESÚS.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar (*Luc.* I, 31) quién pone este nombre al Niño, y por qué causa, y cómo le acepta. Ponderando, como el que principalmente puso este nombre ni fue la Vírgen, ni san José, ni el Ángel, sino el Padre eterno (*D. Thom.* 3 *p. q.* 37, *art.* 2); porque es tan grande la excelencia de este Niño, que ninguna criatura de la tierra ni del cielo podia por sí misma ponerle nombre que le cuadrase, sino solo su eterno Padre, que conocia y sabia el fin para que encarnaba, y el oficio que le habia de hacer en cuanto hombre. Y á esta causa entre muchos nombres que podia ponerle, quiso que se llamase Jesús, que quiere decir Salvador; porque su venida al mundo fue principalmente para salvarnos, y este fue su oficio. Y aunque otros tuvieron este nombre, pero no fue mas que por figura y sombra de este soberano Niño; el cual á boca llena y por excelencia merece ser llamado Jesús, Salvador y Libertador, no solamente de los cuerpos, sino tambien de las almas, lo cual hace con tres excelencias admirables.

2. La primera, que nos libra de toda suerte de males de ignorancias y errores, de culpas y de penas, así temporales como eternas. De suerte, que ningun mal hay tan grave, del cual no pueda librarnos este Salvador. – La segunda, que no solamente nos libra de males, sino tambien nos concede excelentísimos bienes, para que nuestra salud y salvacion sea copiosa y muy perfecta; y así nos comunica la gracia y sabiduría celestial, las virtudes y dones del Espíritu Santo, con abundancia de merecimientos para ganar la corona de la gloria, hasta entrarnos en la tierra de promision (*Deut.* XXXI, 20), no como Jesús Navé en la tierra que mana leche y miel de regalos temporales que recrean el cuerpo, sino en la tierra que mana leche y miel de regalos eternos que recrean y hartan sin fin el alma.

3. La tercera excelencia es, en el modo de salvarnos, por razon del cual este nombre de Jesús ni puede convenir al que fuere solo Dios, ni á puro hombre, ó Ángel de cuantos hay criados, sino solamente á Cristo, cuyo es propio, por razon de ser Dios y hombre verdadero; porque solo hombre no puede salvarnos, solo Dios puede

salvarnos con sola misericordia, pero Dios y hombre nos salva tambien con rigor de justicia, ganando por punta de lanza y por sus merecimientos la salvacion que su nombre significa. Y así preguntándole á este Señor quién era, respondió (*Isai.* LXIII, 1): *Ego qui loquor iustitiam, et qui propugnator sum ad salvandum.* Yo, que hago justicia, y soy fuerte guerrero para salvar. Ó dulcísimo Jesús, sea para bien el nombre tan glorioso que hoy os ponen. Gózome que no sea nombre vacío ni de sombra, como otros le han tenido, sino lleno de verdad y de toda perfeccion. Alégrate, ó alma mia, con las excelencias de este Salvador tan soberano, y dí con el Profeta (*Habac.* III, 18): Yo me gozaré en el Señor, y me alegraré en Dios, mi Jesús y mi Salvador, porque él es mi fortaleza, y me dará piés como de ciervo para huir de los pecados, y como vencedor me llevará con sus Santos sobre los cielos, donde le alabe con cánticos y salmos por todos los siglos. Amen.

4. Tambien se ha de ponderar, como la Vírgen nuestra Señora declaró en la circuncision el nombre que su Hijo habia de tener, cuyas excelencias conoció perfectísimamente despues que el Ángel se le reveló, y en su corazon las rumiaba y conferia; y así en este dia con suma reverencia y devocion le tomó en su boca, y dijo: Jesús será tu nombre. ¡Oh qué alegría tan grande sintió la Vírgen sacratísima cuando esta primera vez pronunció este dulcísimo nombre de Jesús, y no solo ella, sino el glorioso san José y los demás que estaban presentes y oyeron este nombre, sintieron una suavidad y fragancia celestial, porque entonces comenzó á cumplirse lo que está escrito en los Cantares (*Cant.* I, 2): Su nombre es como oloroso ungüento derramado, y por esto las doncellas le amarán. Hasta esta hora este suavísimo nombre no echaba olor de sí, por haber estado encerrado y encubierto; ahora que se manifestó, derramó suavísima fragancia, alegrando, confortando y aficionando las almas puras y castas que le pronunciaron ó le oyeron, las cuales se encendieron en amor de este Señor, por la dulzura de su santo nombre; pero mas que todas la Vírgen sacratísima nuestra Señora, por ser mas pura y limpia, y conocer mejor los misterios soberanos de este nombre. ¡Oh con qué gusto repetiria esta Señora aquellas palabras de su cántico: Engrandece mi ánima al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios, mi Jesús, y mi Salvador, porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, y su santo nombre! Ó Vírgen soberana, suplicad á vuestro Hijo imprima en mi corazon la estima y amor de este santo nombre que imprimió en el vuestro. Ó nombre dulcísimo, derrama

sobre mí tu fragancia celestial, para que mi alma flaca, enferma y miserable, se conforte y sane con ella, y sea libre de las miserias en que está, gozando el fruto de su copiosa salvacion.

5. Lo último, se ha de ponderar, como este Niño benditísimo aceptó el nombre y oficio de Salvador, y se gozó con él, ofreciendo con sumo gusto á su eterno Padre de volver por la honra de este dulcísimo nombre, y de cumplir enteramente todo lo que significaba para bien de los hombres. Gracias te doy, ó buen Jesús, por esta voluntad que tuvísteis de salvarnos, aceptando el oficio con el nombre de Salvador; cúmplela, Señor, en mí con eficacia; y pues eres Jesús, *Esto mihi Iesus*, sé para mí Jesús, sé mi Salvador.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré las causas porque le pusieron este nombre al octavo dia en la circuncision (*Luc.* II, 21), porque aunque el Ángel le declaró antes de la encarnacion á la Vírgen, y despues á san José; pero en la circuncision se manifestó por dos causas principales.—La primera, para honra del Niño; porque viéndole su Padre tan humillado, y que tenia imágen de pecador, quiere que entonces sea ensalzado, dándole un nombre sobre todo nombre, que es el nombre de Jesús: para que se entienda que no solo no tiene pecado (*Matth.* I, 21), sino que es Salvador de pecadores, y perdonador de pecados. Esto me ha de mover á dar muchas gracias al Padre eterno, porque así honra á su Hijo cuando por él se humilla; con lo cual me da prendas ciertas, que si yo me humillare, él me ensalzará (*Apoc.* II, 17), y me dará un nombre nuevo, tan glorioso, que ninguno le sepa estimar como conviene hasta que le reciba, y Dios comunique sus grandezas en la gloria.

2. La segunda es, para que se vea que el nombre y oficio de Salvador le habia de costar derramamiento de sangre; porque sin derramamiento de sangre, dice el Apóstol (*Hebr.* IX, 22), no hay remision de pecados. Y así nuestro dulce Jesús, en tomando el oficio de Redentor, da por señal del precio que ha de pagar en el rescate, una poca de sangre que derrama en su circuncision, con determinacion de pagar todo el precio enteramente en la pasion, derramando toda su sangre por nosotros. Verdad es que esta pequita era bastante precio por todos los pecados del mundo, y de otros mil mundos que hubiera, por ser sangre de Dios; pero su caridad y liberalidad quiso que el precio fuese toda ella. Para esto dió licencia á todos los instrumentos que hay en la tierra para derramar sangre que sacasen la suya con gravísimo dolor y desprecio; es á saber, el cuchillo, los azotes, espinas, clavos y lanza. El cuchillo abrió hoy la

primera fuente de sangre, pero luego se cerró. Los demás instrumentos abrieron despues otras, las cuales no se cerraron hasta que salió toda. Ó Salvador dulcísimo, cuyas fuentes, aunque son de sangre derramada con grande dolor (*Isai.* XII, 3), son tambien fuentes de agua viva de inmensas gracias, que han de ser cogidas con grande gozo y amor; alábete mi ánima por esta infinita caridad con que abres estas fuentes, y me mandas que acuda con alegría á gozar del precio que derramas con tanta pena. Ó alma mia, ¿qué será razon hagas tú por tu propia salvacion, si tanto hace tu Salvador por ella? Si á él le cuesta su sangre, ¿qué mucho que te cueste á tí la tuya? Véisme aquí, Señor, aparejado para derramar mi sangre por vuestro amor, con tal que me hagais participante de la vuestra. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, consideraré las grandezas de este dulce nombre, los provechos que por él nos vienen, y el modo como hemos de aprovecharnos de él; pero antes de entrar en esta consideracion he de suplicar al Padre eterno que por la gloria de este santísimo nombre me dé luz para conocer sus grandezas; porque si, como dice san Pablo (I *Cor.* XII, 3), ninguno puede decir debidamente Jesús, si no es en virtud del Espíritu Santo; tampoco podrá dignamente ponderar y sentir lo que está dentro del nombre de Jesús, si no fuere prevenido y ayudado del mismo Espíritu Santo. — Presupuesto esto, consideraré como el nombre de Jesús es una suma y memorial de todas las grandezas que hay en Cristo nuestro Señor, reduciéndolas á tres cabezas, porque es suma de todas las perfecciones que le convienen en cuanto Dios, y de todas las gracias y virtudes que tiene en cuanto hombre, y de todos los oficios que en cuanto Dios y hombre hace con los hombres. De suerte que puedo bien inferir, si es Jesús, luego es infinitamente bueno, santo, sábio, todopoderoso y misericordioso, y la misma bondad, santidad y sabiduría de Dios, porque todo esto es menester para cumplir con el nombre de Jesús; el cual, como dice san Pablo (I *Cor.* I, 30), para nosotros es sabiduría, justicia, santificacion y redencion. Tambien si es Jesús, luego es sumamente humilde, manso, paciente, fuerte, modesto, obediente y caritativo, porque de todas estas virtudes ha de ser dechado, y de su plenitud han de recibir todos (*Ioan.* I, 16) las gracias y virtudes con que se han de salvar. Á mas, si es Jesús, luego es maestro, médico, padre, juez, pastor, protector y abogado nuestro. De modo, que en solo Jesús tenemos todas las cosas (*D. Ambros.* Lib. de Virg. *ad fin.*); y así le puedo decir: *Iesus meus et omnia:* ¡Oh mi Jesús y todas mis cosas! Si estoy enfermo, tú eres mi

salud; si hambriento, tú eres mi hartura; si estoy pobre, tú eres mis riquezas; si flaco, tú eres mi fortaleza; si soy ignorante, tú eres mi sabiduría; si soy pecador, tú eres mi justicia, mi santificacion y redencion. Ó Jesús y todas mis cosas, concédeme que te ame sobre todas las cosas, y que en tí solo busque mi descanso y hartura perfecta, pues en tí solo está por junto todo lo que me puede hartar; porque tú solo eres mi único, sumo y todo bien, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

2. De aquí puedo tambien discurrir, como en este nombre dulcísimo están encerrados todos los nombres gloriosos que los Profetas ponen al Mesías, cuales son aquellos que refiere Isaías (*c.* IX, 6), diciendo, que será llamado Dios, Fuerte, Admirable, Consejero, Padre del siglo futuro y Príncipe de la paz, ponderando como á Jesús conviene el nombre de Dios; porque si no fuera Dios, no pudiera remediarnos; y el nombre de Fuerte, porque ha de pelear y vencer á los demonios; el nombre de Admirable, porque todo lo que hay en él, su encarnacion, vida y muerte, fue nuevo y maravilloso. Tambien Jesús es Consejero y Ángel del gran consejo, porque su doctrina está llena de admirables consejos. Jesús es Padre del siglo futuro, engendrándonos en el ser de gracia, y dándonos la herencia de la gloria. Es Príncipe de la paz, pacificándonos con Dios y con los hombres, con abundancia de toda paz. Ó gran Jesús, ¡cuán bien os cuadra la grandeza de estos nombres! y pues no son nombres vacíos, sino llenos, obrad en mí lo que todos significan, para que yo os glorifique por la gloria que os viene de ellos. Amen.

3. De aquí tengo de subir á ponderar los bienes que tengo en el dulcísimo nombre de Jesús, el cual es único medio para alcanzar perdon de todos mis pecados; es título para ser oido en mis oraciones; es medicina de todas mis enfermedades espirituales; es arma ofensiva y defensiva contra los demonios en todas las tentaciones; es amparo en todos mis peligros; es luz y guia en todas mis ignorancias; es para mí dechado y ejemplo de todas las virtudes; y finalmente es fuego y estímulo que me enciende y guia á procurarlas. De estas consideraciones he de sacar un gran deseo de que este nombre santísimo esté fijo siempre en mi memoria, para acordarme de él; en mi entendimiento, para pensar en él; en mi voluntad, para amarle y gozarme con él. Tengo de imprimirle en mi corazon, para que esté siempre unido conmigo, y tenerle en mi lengua, para alabarle y bendecirle, gustando de publicar sus grandezas, tomándole por principio y fin de mis pláticas, y nombrándole con su-

ma reverencia interior y exterior; pues, como dice el Apóstol (*Philip.* II, 10), al nombre de Jesús hincan la rodilla todos los moradores del cielo y de la tierra y del purgatorio; y aun los del infierno, mal de su grado, le han de respetar. Ó dulce Jesús, sed Jesús para mí en todas mis potencias, ejercitando en ellas el oficio de Jesús, para que ellas tambien se ejerciten en todo lo que es honra vuestra por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXII.

DE LA SALIDA DE LOS REYES DE ORIENTE PARA ADORAR AL NIÑO, Y DE SU ENTRADA EN JERUSALEN.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar la aparicion de la estrella en Oriente, ponderando cuándo apareció, por qué fin, y qué efectos obró en los tres Reyes magos. - Primeramente ponderaré, como deseando el Padre eterno (*D. Thom.* 3 *p. q.* 36, *art.* 5 *et* 6) que su Hijo recien nacido en Belen fuese conocido y adorado, no solamente de algunos judíos, sino tambien de algunos gentiles; habiendo enviado un Ángel que diese nueva de este nacimiento á los pastores, el mismo dia crió en el Oriente una estrella hermosísima y muy resplandeciente que fuese señal de haber nacido el Mesías y Rey de Israel, que Balaan habia profetizado (*Num.* XIV, 17), con deseo de que acudiesen á reconocerle y adorarle, pues para bien de todos habia nacido. Gracias te doy, Padre soberano, por el cuidado que tienes de que tu Hijo sea conocido y adorado de las gentes, así por su gloria y honra, como tambien por el provecho de los mismos que le han de conocer y venerar. ¡Oh si todos le conociesen y adorasen, para que todos participasen el fruto de su venida!

2. *Pereza en buscar á Cristo, y su castigo.* — Lo segundo, ponderaré como muchos del Oriente vieron aquella estrella, y se admiraron de su hermosura, y entendieron lo que significaba; pero solos tres reyes se movieron y determinaron de salir en busca de este Rey, cuya estrella habian visto. Los demás no quisieron, porque se les hizo de mal dejar sus casas, haciendas, mujeres y amigos, y salir de su tierra por camino tan largo y trabajoso, y á tierra de extranjeros, y á lugar incierto, aumentando la carne y el demonio todas estas dificultades para no comenzar esta jornada, cumpliéndose en ellos lo que está escrito (*Prov.* XXII, 13; XXVI, 13): Dijo el perezoso: Un leon y una leona están en los caminos, en medio de las pla-

zas tengo de ser muerto: no quiero salir de casa por huir este peligro. Pero los miserables, huyendo del leon encontraron con el oso (*Amos*, v, 19); y huyendo de la muerte temporal cayeron en la eterna; porque es de creer, que de aquí resultó su eterna condenacion, permaneciendo en las tinieblas de su infidelidad. Esto tengo de aplicar á mí mismo, ponderando cuántas veces la estrella de la divina inspiracion aparece dentro de mi alma, solicitándome á que busque á Cristo, y abrace su pobreza, humildad y sus virtudes; y aunque entiendo lo que dice esta estrella, no quiero menearme ni dar un paso en su busca, por no perder mis comodidades, ni dejar las cosas que mucho amo, y por no padecer un pequeño trabajo, fingiendo dificultades donde no las hay; y así como se dice en el libro de Job (*c.* vi, 16), huyendo del hielo, que es el trabajo de la tierra, caerá sobre mí la nieve, que es el castigo del cielo, dejándome Dios helado y desamparado: y la estrella que salió para mi salvacion será testigo contra mí para mi condenacion.

3. Lo tercero, ponderaré la gran merced que hizo Dios á estos tres Reyes en inspirarles con tanta eficacia y con tanta luz interior la resolucion que tomaron en dejar sus tierras y casas, y salir á buscar á Cristo, dejando á los otros en su ceguedad y miseria; y por aquí conoceré la eficacia de la divina inspiracion, y suplicaré á Nuestro Señor me prevenga con ella, y me diga (*Genes.* xii, 1) como dijo á Abrahan: Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y vé á la tierra que yo te mostraré; pero si Dios ya me ha hecho tal merced, que con luz de otra estrella eficazmente me haya sacado del mundo, para que le busque en la Religion, dejando á otros en medio de aquellos tráfagos, tengo de darle muchas gracias, y suplicarle que á menudo envie dentro de mi alma semejantes estrellas é ilustraciones que me muevan á dejar todo lo que me estorba el amarle y seguirle con perfeccion.-Últimamente ponderaré, como se cumplió aquí la verdad de aquella temerosa sentencia (*Matth.* xx, 16): Muchos son los llamados, y pocos los escogidos, pues entre tantos varones del Oriente, solos tres fueron escogidos para esta empresa, tomándolos la santísima Trinidad por primicias de los escogidos de la gentilidad. Ó Trinidad beatísima, hazme del número de estos tres, para que siguiendo tu divino llamamiento, te confiese, adore y glorifique por todos los siglos. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la salida de los Reyes de Oriente, y su jornada hasta llegar á Jerusalen. Ponderando lo primero, como los Reyes, con la fe viva que tenian, ar-

rojándose en las manos de Dios, comenzaron á caminar llevando consigo dones que ofrecer al Niño; y en entrando en el camino vieron á deshora moverse la estrella como quien queria serles guia en aquella jornada; con lo cual se alegraron grandemente, alabando y glorificando á Dios por la providencia y cuidado que tenia de ellos. De donde sacaré, que si fiado de Dios y estribando en la fe comienzo á buscarle, su providencia acudirá á proveerme de guia y ayuda para proseguir mi jornada; y el Espíritu divino y la gracia de mi vocacion irá siempre delante como estrella, guiándome y enderezando mis pasos, al modo que guió á los israelitas por el desierto, yendo delante de ellos, mostrándoles el camino de dia en una columna de nube que les defendia del sol, y de noche en una columna de fuego que les alumbraba, para ser su guia en ambos tiempos. Así tambien Nuestro Señor me guiará amparándome en el dia de la prosperidad y en la noche de la adversidad, defendiéndome de los ardores de las tentaciones sensuales y mundanas, y tambien de las frialdades, tibiezas y pusilanimidades.

2. Lo segundo, ponderaré como visto esto los Reyes iban caminando, siguiendo siempre la estrella, sin apartarse á un lado ni á otro, parando donde ella paraba, y andando cuando ella se movia, procurando no hacer cosa indigna del Señor que en la estrella reconocian; y á esta imitacion he yo de tomar por estrella y guia de mi vida la lumbre de la razon y la lumbre de la fe, la inspiracion ó ilustracion del divino Espíritu, y la direccion de mis prelados ó confesores. Estas cuatro estréllas se reducen á una, que es Dios (*Apoc.* XXII, 16), el cual nos guia por ellas; y á mi cuenta está seguirla derechamente, sin torcer á un lado ni á otro de lo que esta estrella me dice, procurando no hacer cosa que ofenda sus ojos.

3. Lo tercero, ponderaré como prosiguiendo su camino los Reyes, y llegando cerca de Jerusalen, de repente, por ordenacion de Dios, se les encubrió la estrella, quedando tristes y afligidos por esto; lo cual ordenó así la divina Providencia para probar su fe y lealtad, y para darles ocasion de ejercitar grandes virtudes en la entrada de Jerusalen; y para que faltando la guia del cielo, buscasen la que Dios ha dejado en la tierra, que es la de los sábios y doctores de la ley, y de los prelados y superiores en su Iglesia. Y así los Magos no desmayaron ni se dieron por engañados, ni dejaron su empresa volviéndose á su tierra, sino determinaron de entrar en Jerusalen á buscar lo que deseaban, enseñándome con este ejemplo lo que yo debo hacer cuando se me esconde Dios, y cuando me falta la devocion

sensible y me hallo en tinieblas y tentaciones. Porque en tales casos no tengo de desconfiar ni volver atrás de lo comenzado, sino poner los medios que pudiere para buscar y hallar á Dios, acudiendo á sus ministros, al modo que se dice en el libro de los (*Cant.* III, 1) Cantares, que la Esposa, esto es, el ánima justa, cuando por la ausencia de su Esposo está en tinieblas y oscuridad de noche, se levanta á buscarle por las calles y plazas de la ciudad, ejercitándose en santas obras, y mirando los ejemplos que de ellas le dan los otros justos; y luego pregunta á los que velan guardando la ciudad, que son los prelados: si han visto al que su ánima desea, para que la informen y enseñen á dónde y cómo le ha de hallar; y por este camino le halló, como tambien le hallaron los Magos. Ó Dios eterno, dame la fe y constancia de estos varones, para que te busque con la lealtad y perseverancia que ellos te buscaron, acudiendo con humildad á tomar los medios humanos cuando se me escondieren los divinos.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la entrada de los Reyes en Jerusalen, y la pregunta que hicieron diciendo: *¿Dónde está el que es nacido rey de los judíos?* En la cual resplandecen grandes virtudes de estos varones.-Porque lo primero, mostraron grande fe, creyendo lo que no habian visto, confesando que habia nacido un Niño, que era Rey y Mesías prometido á los judíos, y no dudaron de esto, sino solamente del lugar donde habia de nacer; porque quien les reveló lo primero no les reveló lo segundo.-Tambien mostraron grande magnanimidad y fortaleza, porque con adivinar el peligro á que se ponian de ser muertos por Herodes, preguntando en su tierra y corte por otro rey; con todo eso no entraron á escondidas, y preguntando por los rincones con secreto, sino públicamente y en su mismo palacio. ¡Oh heróica confianza y animosa fortaleza, inspirada por este mismo Rey recien nacido! el cual, aunque escondió á los Magos la luz de la estrella visible, no les escondió la luz invisible de la fe (*Hebr.* XI, 33), con cuya virtud los santos vencen los reinos, obran justicia, y alcanzan cumplimiento de todas sus promesas. Ó alma mia, ten fe viva en tu Dios, y en su virtud romperás los muros (*Psalm.* XVII, 30); anímate á romper dificultades, no temas acometer peligros, que él te amparará y te sacará libre de ellos.

2. De esta fe y fortaleza de los Magos procedió que, aunque se turbó Herodes oyendo esta pregunta, y con él toda Jerusalen, no se turbaron ellos. En lo cual ponderaré como se turbó Herodes,

porque era tirano y ambicioso, y así temia no hubiese nacido quien le quitase el reino. Pero lo que mas admira es, que tambien se turben los judíos por lo que debian holgarse, atendiendo mas á lisonjear y dar contento al rey tirano, que al Rey celestial que les estaba prometido. Por donde echaré de ver cuán peligrosa cosa es tener estrecha amistad con personas poderosas y viciosas, que se turban fácilmente con pasiones de odio, ira, venganza y ambicion, porque en turbándose me turbaré yo con ellas; pero si confio en Dios, como los Magos, no me turbaré aunque se turben todos, antes diré con David (*Psalm.* XXVI, 1): El Señor es mi luz y mi salud, ¿á quién temeré? El Señor es guarda de mi vida, ¿quién me hará temblar? Si estuvieren contra mí huestes de enemigos, no temerá mi corazon; y si se levantare contra mí grande guerra, en él esperaré.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar *como Herodes, oida esta pregunta, consultó sobre ella á los sábios; y respondiéndole que este Rey habia de nacer en Belen de Judá, porque así lo habia dicho el profeta Micheas* (*Mich.* V, 2), *dijo á los Magos que buscasen al Niño, y en hallándole se lo avisasen.* En lo cual resplandece la providencia de Dios por muchos caminos.-Lo primero, en que se sirve de los malos para favorecer los intentos de los buenos, como se sirvió de Herodes para descubrir á los Magos el lugar del nacimiento del Salvador, cumpliéndose lo que está escrito (*Prov.* XI, 29), que el necio servirá al sábio, y á los que aman á Dios todas las cosas ayudan para su bien. (*Rom.* VIII, 28).-Lo segundo, resplandece en que por medio de sus ministros, aunque sean malos, descubre la verdad de la divina Escritura á los que desean saberla para su provecho, como en este caso no consintió que los sacerdotes y doctores de la ley encubriesen esta verdad á los Magos; y si yo con buen celo deseo saber la divina voluntad, Dios me la descubrirá por medio de sus ministros. De los cuales dice por un profeta, que sus labios guardan la ciencia (*Malach.* II, 7), y la tienen como en arca de depósito, para enseñar las cosas dudosas de la ley á los que las preguntan, porque son ángeles y mensajeros del Señor, manifestadores de su voluntad.

2. Tambien resplandece la providencia de Dios en habernos dado la Escritura divina, en la cual hay bastantísima luz para conocer á Cristo, buscarle y hallarle, de suerte que no es menester estrella milagrosa, ni revelacion nueva, sino oracion fervorosa y meditacion profunda, conforme á lo que Cristo nuestro Señor dijo á los judíos (*Ioan.* V, 39): Escudriñad las Escrituras, en las cuales creeis

que está la vida eterna, porque ellas os darán testimonio de quién yo soy. Ó dulce Jesús, que dijiste (*Luc.* XI, 9): Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis; dame luz para que te busque en tus sagradas Escrituras de modo que te halle; y para que escudriñe la vida eterna que está en ellas, de modo que la alcance.

3. Finalmente, me han de atemorizar y poner grima los secretos juicios de Dios que en este caso resplandecen; porque viniendo los gentiles de tierras tan distantes, y con tanto trabajo á buscar á Cristo, los judíos que tantos años le habian esperado, con estar tan cerca no se movieron á buscarle. Y aunque dieron aviso á los Magos dónde le hallarian, no le tomaron para sí, para que se vea la verdad de lo que despues dijo este Señor (*Joan.* VI, 44): Ninguno puede venir á mí, si mi Padre no le trajere. Pero estos miserables no fueron traidos del Padre, porque gustaron mas de aplacer al tirano; y dilatando esta ida para cuando los Magos volviesen, nunca la hicieron. Por lo cual, escarmentando en cabeza ajena, quitaré los estorbos que pongo al Padre eterno para que con sus inspiraciones no me llame y junte con Cristo, no dilatando el obedecer á las que me diere para otro tiempo, porque quizá la dilacion será causa de mi perdicion. Ó Padre eterno (*Psalm.* LXV, 5), cuyos juicios sobre los hijos de los hombres son terribles pero justos; por el amor que tienes á tu Hijo, te suplico que, pues tienes tanto deseo de que sea conocido y adorado de todos, no me desampares por mis culpas y tibiezas, dejándome sumido en ellas, sino que con eficacia me arranques y traigas, para que te busque y halle, conozca y adore para gloria tuya. Amen.

MEDITACION XXIII.

DE LA SALIDA DE LOS MAGOS DE JERUSALEN, Y ENTRADA EN EL PORTAL DE BELEN, Y LO QUE ALLÍ LES SUCEDIÓ.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Oida por los Magos la respuesta de Herodes, salieron de Jerusalen camino de Belen en busca del Rey nacido; y al mismo punto se les tornó á descubrir la estrella, con cuya vista se alegraron con gozo muy grande: Gavisi sunt gaudio magno valde.* (*Matth.* II, 10).-Aquí tengo de ponderar lo primero, el cuidado de estos Reyes en proseguir su empresa, porque al mismo punto que supieron lo que deseaban, se salieron de Jerusalen y de la corte del rey Herodes, huyendo del bullicio que allí habia, con lo cual nos enseñan la puntualidad con que debemos acudir al negocio de nues-

tra salvacion, saliendo de los bullicios del mundo, y huyendo al lugar donde hemos de hallar á Dios, diciendo con David: ¡Oh quién me diese alas de paloma para volar y descansar! y en habiéndoselas dado, dice: Mirad que luego huí y me alejé, y moré en la soledad y en el lugar de la quietud y paz, donde suele Dios morar. Y si el rey David deseaba huir el tráfago de su propia corte, y los reyes Magos el de la corte de Herodes, ¿cuánta mas razon será que yo, si soy religioso ó si deseo ser varon espiritual, huya de las cortes de los reyes y príncipes, si no es cuando la precisa necesidad y voluntad de Dios me obligan á estar en ellas?

2. Lo segundo, ponderaré la providencia amorosa de nuestro Dios, y su fidelidad en premiar el trabajo de los que le buscan; porque dado caso que pudieran estos Reyes, pues ya sabian el lugar donde nació el Niño, ir á Belen sin la estrella; pero quiso Nuestro Señor que se les apareciese segunda vez y les causase gozo, no cualquiera, sino grandísimo, para premiarles con esto los trabajos que pasaron en Jerusalen, los peligros á que se pusieron, las diligencias que hicieron para saber dónde hallarian al Rey que buscaban, y para convertir la tristeza pasada en grande gozo, cumpliéndose lo que David habia dicho (*Psalm.* XCIII, 19), que segun la muchedumbre de los dolores, fue la grandeza de los consuelos que alegraron su alma. Ó gran Dios y amoroso Padre, ¡quién no te buscará con cuidado! quién no sufrirá tus ausencias con paciencia! quién no hará diligencias para hallarte, pues así tratas con tanto amor á los que te buscan con perseverancia!

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Llegando los Magos á Belen, paró la estrella sobre el lugar donde habia nacido el Rey que buscaban; y entrando, hallaron al Niño con su Madre.*—En este suceso consideraré lo primero, la novedad y admiracion grande que causó en los Magos ver parar la estrella sobre un lugar tan pobre y vil como aquel establo, porque como hombres y tan principales, pensarian que aquel Rey habia nacido en algun palacio ó en la mejor casa de la ciudad, donde suelen aposentarse los demás reyes; pero ilustrados con la luz interior, reconocieron que la grandeza de aquel Rey no se mostraba en las cosas pomposas de este mundo, sino en el verdadero desprecio de ellas, y así rindiéron su juicio al testimonio de la estrella exterior. Ó Rey benditísimo, pues ya comenzais á triunfar del mundo, cautivando los entendimientos de los sábios en servicio de vuestra fe, cautivad el mio con gran fuerza, para que yo triunfe del mundo, despreciando cuanto hay en él por vuestro amor.

2. Lo segundo, ponderaré el misterio de aquellas palabras: *Hallaron al Niño con su Madre;* lo cual se dijo tambien de los pastores, para significar que regularmente no se halla Jesús sin su Madre, ni su Madre sin Jesús, porque quien es amigo de Jesús, luego es devoto de su Madre, y quien es devoto de su Madre, alcanza la amistad con Jesús; y pues los dos andan tan unidos, tengo de señalarme en el amor y servicio de ambos, para que el amor del uno me confirme y perfeccione en el amor del otro.

3. Lo tercero, tengo de ponderar como en el mismo punto que los Magos vieron al Niño, salió de su divino rostro un rayo de luz celestial que penetró sus corazones y les descubrió como era Dios y hombre, Rey y Mesías prometido á los judíos, y Salvador del mundo, y les causó un gozo interior excesivo que les llenó toda el alma; porque si la vista de la estrella material tan gran gozo les causó, ¿qué gozo causaria la vista de Jesús (*Apoc.* XXII, 16), Estrella de la mañana y Señor de las estrellas? ¡Oh qué contentos y hartos quedarian con la vista de esta divina Estrella, cumpliéndose en ellos, en su tanto, lo que dijo David (*Psalm.* XVI, 15): Quedaré harto cuando apareciere tu gloria. Ó Gloria del Padre, Estrella resplandeciente de la mañana, ilústrame con tu luz, hártame con tu vista, alégrame con tu resplandor, y lléname de bienes con tu celestial influencia. Dichosos los que te hallan, aunque sea en el pesebre, porque la bajeza del lugar no oscurece la grandeza de tu gloria, antes templa la inmensidad de tu resplandor para que te contemplen con mas gusto.

PUNTO TERCERO. — 1. *Postráronse los Magos en tierra, adoraron al Niño, y abriendo sus tesoros, le ofrecieron oro, incienso y mirra.* — Tres cosas señaladas hicieron aquí los Magos en servicio del Niño, las cuales estaban profetizadas por David. La primera, fue (*Psalm.* LXXI, 9) postrarse en tierra, en señal de la suma reverencia exterior é interior que le tenian; porque como el cuerpo se humilló lo mas que pudo, hasta postrarse y coserse con la tierra, así el ánima se humilló delante de este Rey, reconociéndose en su presencia como polvo y nada. Comenzándose á cumplir aquí la profecía de David, que dice (*Ib. v.* 11): Delante de él se postrarán los de Etiopia; y los que antes eran sus enemigos besarán la tierra en señal de sujecion.

2. La segunda, fue adorarle no solo como se adoran los reyes de la tierra, sino con la suprema adoracion que se da á solo Dios, y se llama latría, reconociendo con viva fe que aquel Niño era su

verdadero Dios y Criador, que habia nacido para remedio de todo el mundo; y con esta fe hablarian con él y le darian gracias por la merced que les habia hecho en haber venido á remediarlos, y en especial en haberles traido con su estrella para que le conociesen, y allí se ofrecieron por sus vasallos perpétuos, con determinacion de servirle para siempre, cumpliéndose lo de David: Le adorarán todos los reyes de la tierra, y le servirán todas las gentes. Ó Rey de reyes y Señor de señores, gózome de veros tan reverenciado y adorado de estos reyes y sábios de la tierra. ¡Oh si todos los demás os reverenciasen y adorasen como ellos! Haced, Señor, que se cumpla luego lo que dijísteis por los Profetas, que todos hincarian las rodillas delante de Vos (*Isai.* XLV, 24): Vengan, vengan todas las gentes que hicísteis, y postradas os adoren, y glorifiquen vuestro santo nombre. Amen.

3. La tercera cosa que hicieron los Magos fue abrir los cofres de sus tesoros, que habian traido cerrados por todo el camino, y ofrecer dones al Niño en señal de su vasallaje, y en protestacion de que le servirian con sus personas y con todas sus cosas; y con los mismos dones protestaron la fe que tenian, porque le ofrecieron oro como á rey, incienso como á Dios y sumo sacerdote, y mirra como á hombre mortal. Pero mucho mayores fueron los dones interiores con que acompañaron los exteriores, ofreciéndoselos con oro de amor, y con incienso de devocion, y con mirra de mortificacion de sí mismos, por servir á su Señor, cumpliéndose lo que habian dicho los Profetas (*Psalm.* LXXI, 10), que los reyes de Arabia y de Sabá le ofrecerian dones y presentes de incienso, mirra y oro, con (*Isai.* LX, 6) alabanzas del Señor.

4. Luego puedo ponderar, cuán agradable fue al niño Jesús la ofrenda de estos varones, viendo la fe, devocion y amor con que se la daban; porque si tanto le agradó la viuda (*Luc.* XXI, 2) que ofreció dos moneditas, por la voluntad con que las ofrecia, ¿cuánto mas le agradarian estos Reyes que con tanta voluntad le ofrecieron, como Abel, de lo mas precioso que (*Genes.* IV, 4) tenian? ¡Oh qué agradecido se les mostraria, no con palabras exteriores, porque no hablaba, sino con palabras interiores de inspiraciones, comunicándoles grandes dones celestiales! Piamente puedo considerar, que en retorno de estos tres dones les dió otros tres, aumentándoles grandemente el oro de la sabiduría y caridad, y el incienso de la oracion y devocion, y concediéndoles la mirra de la incorrupcion, preservándoles de caer en culpas graves, con perseverancia en su amor.

5. Á imitacion de estos santos Reyes tengo de postrarme delante del niño Jesús con la humildad posible, y adorarle como él quiere ser adorado, en espíritu y en verdad (*Ioan.* IV, 25), y abrir los tesoros de mi corazon, no en presencia de los hombres por agradarles, sino en la presencia de Dios, por solo darle contento y ofrecerle oro encendido y acendrado de caridad y amor para con Dios y para con mis prójimos; incienso muy oloroso de oracion, con afectos muy levantados de devocion; y mirra muy escogida de perfecta mortificacion de mí mismo, ejercitando obras virtuosas, sin abrir los tesoros de modo que me los roben los ladrones de la soberbia y vanagloria; y en particular cada obra exterior que hiciere ha de llevar estos tres dones por compañeros, haciéndolo por amor, con oracion y devocion, y con la mortificacion necesaria, para que vaya bien hecha, confiando en la liberalidad de este Señor, que tambien premiará esta mi ofrenda, volviéndome en retorno grande aumento de estos dones; pues por esto dice el Espíritu Santo (*Eccli.* XXXI, 27), que quien es veloz y diligente en sus obras, no tendrá enfermedad, y alcanzará privanza con los reyes. (*Prov.* XXII, 29).

6. Además de esto, si soy religioso tengo de ofrecerle de nuevo los tres votos, el de la castidad con la mirra de las mortificaciones de la carne; y el de la pobreza con el oro de todas las cosas temporales que hay en el mundo, deseando dárselas todas si fueran mias; y el voto de obediencia, negándome á mí mismo, y deshaciéndome como incienso en el fuego del divino amor, para darme todo á Dios. Ea, alma mia, ofrece tus votos y presentes al Señor, mirándole, no como David (*Psalm.* LXXV, 12), en cuanto es terrible y espantoso, que quita el espíritu y vida á los príncipes y reyes de la tierra, sino en cuanto es Niño amable, que da á los mismos reyes el espíritu divino, quitando de ellos el mundano. Ó Rey del cielo, aceptad los votos y dones que os he ofrecido, quitando de mí el espíritu propio que me engaña, y dándome vuestro espíritu que me aviva.

Punto cuarto. — 1. Luego tengo de considerar el coloquio tan dulce que tuvieron los Reyes con la Vírgen, dándola cuenta de la estrella que habian visto en Oriente y de lo que les habia pasado en Jerusalen, ponderando como se ofrecerian á su servicio, cuán admirados estarian de ver la santidad que en aquella Señora resplandecia, y de ver la pobreza del lugar en que estaba. Y aunque san José no estuvo presente á la primera entrada, para que entendiesen los Magos que el Niño no tenia padre en la tierra; pero poco des-

pues vendria y tratarian con él de las mismas cosas. ¡Oh qué contenta estaria la Vírgen oyéndolas! ¡Y cómo las conservaria en su memoria para conferirlas á sus solas! cómo agradeceria á los Magos el trabajo que habian tomado en venir á adorar á su Hijo, y qué cosas tan divinas les diria para confirmarlos en la fe! Ó Reina de Sabá (III *Reg.* x, 4-8), qué en persona de estos Reyes, hijos tuyos, vienes de nuevo con dones á ver al verdadero Salomon, ¡cuán admirada quedaste contemplando la infinita sabiduría que resplandecia en su pobre casa y en su pobre compañía! oh con qué afecto dirias, mirando á la Vírgen y á José: Bienaventurados son, Señor, estos siervos tuyos que asisten siempre delante de tí, aprendiendo de tu infinita sabiduría! Ó Vírgen soberana, mas sábia que la reina de Sabá, que como maestra enseñábais hoy á los sábios la sabiduría del cielo que no alcanza el mundo; enseñádmela para que acierte á servir á vuestro Hijo, como estos nuevos discípulos suyos y vuestros le sirvieron.

2. Finalmente, consideraré como estando los Magos dudosos si volverian á Herodes, por la palabra que le habian dado de ello, y deseando saber la divina voluntad, se echaron á dormir con este cuidado: *Y en sueños tuvieron respuesta de Nuestro Señor, que no volviesen á Herodes, y así se volvieron á su tierra por otro camino.* En lo cual resplandece la providencia y cuidado que tiene Dios de los que le sirven, avisando á estos Magos de lo que les convenia, no solo por librar al Niño de la persecucion de Herodes, sino por librarles á ellos de las vejaciones que aquel tirano cruel les hiciera si volvieran á él. Por donde puedo ver, cuán dichoso seré si me fio de Dios, pues no me faltará su providencia en los trabajos, atajando los peligros antes de caer en ellos.

3. Oido este mandato, luego le cumplieron los Reyes, queriendo mas obedecer á Dios que á los hombres, estimando en mas oir la palabra que les decia Dios, que guardar la que ellos habian dado al hombre, porque no hay mayor cordura ni acierto que oir la voz de Dios y estar por su gobierno, pues como el mismo Señor dijo por Isaías (*Isai.* XLVIII, 18), todo va ordenado para nuestra justicia y abundante paz. ¡Oh cuán contentos volverian los Reyes por su camino, y por cuán bien empleados darian los trabajos que habian padecido! porque las cosas de Dios, aunque son trabajosas en los principios, tienen buenos dejos; y así es gran prudencia comenzar por el trabajo, cuyo fin será descanso temporal y eterno, gozando de Dios por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LA PURIFICACION DE LA VÍRGEN, Y PRESENTACION DEL NIÑO EN EL TEMPLO.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Mandaba la ley antigua que la mujer que hubiese concebido por obra de varon, si paria niño, estuviese cuarenta dias recogida en su casa como inmunda, y al fin de ellos fuese al templo á purificarse, ofreciendo por su pecado un cordero y una tórtola, y si era pobre, un par de tórtolas ó palominos, pidiendo al sacerdote que rogase á Dios por ella.* (*Levit.* XII, 2): Esta ley cumplió la Vírgen con ejercicio de admirables virtudes; especialmente ejercitó seis, como seis hojas de azucena blanquísima, por las cuales le cuadra muy bien lo que dijo el Esposo celestial (*Cant.* II, 2): Como el lirio y azucena entre las espinas, así es mi amiga entre las hijas.

1. *Virtudes heróicas de la Vírgen.*—La primera virtud fue, grande amor al recogimiento, con tanto gusto, que cuando la ley no lo mandara, gustara ella de estar aquellos cuarenta dias en su rincon, atendiendo solamente á contemplar las grandezas de su Hijo y á criarle, con el cual estaba tan harta y contenta, que no echaba menos la compañía de todo el mundo.—La segunda virtud fue, grande amor á la pureza y limpieza de corazon, dando de ello muestras en que con ser purísima gustó de purificarse mas, guardando la ley de la purificacion, para que pudiese decir de ella su Amado (*Cant.* IV, 7): Toda eres hermosa, amiga mia, y no hay en tí mancha alguna.

2. La tercera virtud fue heróica obediencia; porque con saber que no estaba obligada á guardar esta ley, pues no habia concebido por obra de varon, quiso con todo eso cumplirla enteramente, como cumplió su Hijo la ley de la circuncision, por conformarse con las demás mujeres y por guardar las leyes comunes de todas, sin querer exencion ni privilegio ni dispensacion, ni usar de epiqueyas ó interpretaciones, aun en lo que pudiera lícitamente usarlas. Y así cumplidos los cuarenta dias, con gran puntualidad y presteza se puso en camino para Jerusalen, con rara modestia y alegría, gozándose con el Hijo que llevaba en sus brazos, de cuyo ejemplo aprendia este modo de obediencia.—La cuarta virtud fue, rara humildad en querer ser tratada como inmunda y como quien tenia necesidad de purificarse, como si no fuera vírgen, mostrando en esto grande amor á la pureza y humillacion, con cuyo ejemplo me confundiré

de verme tan soberbio y deseoso de que me tengan por limpio y santo, siendo por otra parte pecador, y tan súcio y abominable, que mis justicias, como dijo el profeta Isaías (*Isai.* LXIV, 6), son como paño manchado con asquerosa sangre.—La quinta virtud fue, grande amor á la pobreza, hermana de la humildad; porque pudiendo quizá con el oro que le dieron los reyes Magos comprar un cordero y ofrecerle, como las mujeres ricas y nobles lo hacian, ella quiso tratarse como pobre, y ofrecer el sacrificio que estaba señalado para los pobres, que era dos tórtolas ó dos palominos.

3. La sexta fue gran devocion y reverencia con que dió ésta ofrenda al sacerdote, pidiéndole con grande humildad rogase á Dios por ella, siendo ella tal, que podia rogar por todos; y como la azucena dentro de las seis hojas encierra otras seis varicas con sus pezones dorados, así la Vírgen con estas seis virtudes juntaba varios afectos de intencion pura y derecha de la gloria de Dios, encendidos con el fuego de la caridad y resplandecientes con el oro de la celestial sabiduría. Ó Vírgen sacratísima, gózome de veros tan rica de virtudes y tan diligente y cuidadosa en ejercitarlas; ahora veo con cuánta verdad sois azucena entre las espinas (*Cant.* II, 2), porque en vuestra comparacion nosotros estamos denegridos y afeados con las espinas de nuestros pecados; y Vos sois azucena blanquísima y purísima, con las seis hojas de estas soberanas virtudes. Bien se ve, ó Reina soberana, que siempre contemplábais al Rey recostado en su pesebre y en vuestro regazo, pues vuestro espíritu, como nardo (*Cant.* I, 11), dió su acostumbrado olor por imitarle, brotando olor suavísimo de pureza, humildad y obediencia, encendidas con fuego de caridad. Alcanzadme, Señora, que yo le mire y os mire con tal espíritu, que brote semejante olor. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Mandaba tambien la ley, que todos los primogénitos de los hebreos fuesen ofrecidos á Dios como santos, en reconocimiento de la merced que les hizo en sacarles de Egipto, matando en una noche todos los primogénitos de los egipcios. Y en cumplimiento de esta ley la Vírgen nuestra Señora llevó á su Hijo al templo para ofrecerle al eterno Padre.* (*Exod.* XIII, 2). Aquí he de considerar lo primero, el espíritu y devocion con que la Vírgen hizo esta ofrenda en su nombre y en nombre de todo el linaje humano, diciendo al eterno Padre: Veis aquí, ó Padre eterno, á vuestro Hijo unigénito en cuanto Dios y primogénito mio en cuanto hombre, el que era representado por todos los primogénitos que hasta aquí se os han ofrecido y cuya ofrenda habeis tanto deseado. Yo os le ofrezco con todo

mi corazon en hacimiento de gracias de habérmele dado, pues no tengo cosa mas copiosa que ofreceros; vuestro es, tomadle para Vos, en quien estará mas bien empleado que en mí. Tambien os le ofrezco por la salud y redencion de todo el mundo en olor de suavidad. Recibid, Dios mio, esta ofrenda mas copiosa que la de Abel, mas suave que la de Noé, mas santa que la de Abrahan, y mas excelente que todas las que ordenó Moisés, y por ella os suplico perdoneis á todos los mortales y los admitais en vuestra gracia y amistad. ¡Oh cuánto se agradaria el Padre eterno de esta oblacion, así por la devocion de la persona que la hacia, como por la santidad de la ofrenda que le daba.

2. Lo segundo, consideraré el espíritu con que este Niño benditísimo se ofreció á sí mismo en el templo á su eterno Padre. Veis aquí, diria, Padre eterno, á vuestro Hijo unigénito que se hizo hombre para obedeceros, y viene al templo por honraros; aquí me presento delante de vuestra Majestad, y me ofrezco á vuestro servicio y al cumplimiento de vuestra voluntad. Y porque ni la muerte de tantos primogénitos como perecieron en Egipto, ni la ofrenda de los primogénitos de Israel os ha sido acepta por la salud de los hombres, yo me ofrezco á morir por ellos, para que mi muerte y el sacrificio de mi sangre aplaque vuestra ira, y libreis á vuestro pueblo de la servidumbre del pecado. De este modo cumplió aquí lo que dice san Pablo (*Ephes.* v, 2): *Qui dilexit nos, et tradidit semetipsum hostiam et oblationem Deo in odorem suavitatis.* El que nos amó y se entregó á sí mismo en hostia y ofrenda á Dios en olor de suavidad. Y es de creer que esta ofrenda sucedió por la mañana, al tiempo que en el templo se ofrecia el sacrificio del Cordero (*Exod.* XXIX, 39; *Num.* XXVIII, 4), que llamaban matutino, para que tuviesen correspondencia la figura con lo figurado. ¡Oh cuán suave fue esta ofrenda al Padre eterno, y cuán contento quedó con ella, como quien la estaba deseando! porque las ofrendas de los otros primogénitos no eran de valor alguno, sino en cuanto representaban esta.

3. Lo tercero, he de imaginar que aunque Cristo nuestro Señor hizo esta ofrenda por todos los hombres; pero tambien la hizo particularmente por mí, teniéndome presente en su memoria y corazon. Y con esta consideracion dentro del templo de mi alma me presentaré en espíritu delante del Padre eterno, y en compañía de la Vírgen y del mismo Niño, se le ofreceré en hacimiento de gracias de habérmele dado por Redentor y maestro, suplicándole acepte esta ofrenda, y por ella me reconcilie consigo y me haga participante

de sus dones. Ó Padre soberano, con todo el afecto de mi corazon os ofrezco á vuestro Hijo unigénito; y aunque por ser yo el que le ofrezco merezco ser desechado, pero por ser tal la ofrenda espero ser admitido. Recibidla, Señor, en olor de suavidad, y por ella concededme perdon de mis pecados, para que con limpio corazon pueda parecer en vuestra presencia en el templo de vuestra gloria. Amen.

Punto tercero. — 1. *Mandaba tambien la misma ley que estos primogénitos se redimiesen por cinco siclos, y así redimió la Vírgen el suyo pagándolos al sacerdote, el cual los tomó, y la volvió á dar su Hijo.* (*Exod.* xiii, 13; *Levit.* xxvii). Sobre este paso se ha de considerar quién hace esta venta del Niño, quién le compra, con qué precio y para quién, y qué bienes resultan de ella. – Lo primero, consideraré como el Padre eterno, á quien se ofreció este Niño, no quiere quedarse con él, ni alzarse con lo que se le dió, sino de nuevo quiere darle al mundo y á los hombres, y vendérsele para su bien, mostrando en esto su infinita liberalidad y bondad; la cual está tan léjos de arrepentirse de habernos dado lo que nos dió, que ratifica la donacion, inventando nuevos títulos para darnos lo que nos ha dado. – Quien le compra y redime es la Vírgen, para criarle como á Hijo suyo; pero tampoco se quiere alzar con él, sino criarle para nosotros y comprarle para que se ocupe en nuestro bien.

2. El precio es no mas que cinco siclos. Ó Padre eterno, ¡qué barato vendeis cosa tan preciosa! ¿Por qué igualais este primogénito en el precio con los demás? Si los demás se redimen por cinco siclos, este se habia de redimir por muchos millares, pues vale infinitamente mas que todos. Pero ya veo, Señor, que esto es avisarme, que aunque el nombre de este rescate suena venta y precio, mas no se da sino de balde y por gracia sola, para que yo os dé gracias sin cesar por esta nueva gracia, por la cual seais glorificado y alabado de todas vuestras criaturas por todos los siglos. Amen. Tambien puedo ponderar el espíritu que está encerrado en el precio de estos cinco siclos, por los cuales se significa el precio (*Apoc.* i, 18) con que se compra el oro preciosísimo de la divina sabiduría que es Cristo, del modo que puede ser comprada. Este precio es la mortificacion de los cinco sentidos, y los actos de las cinco virtudes que nos disponen para alcanzar la gracia y la perfeccion de ella, es á saber, fe viva, temor de Dios, dolor de pecados, confianza en la divina misericordia, y propósito eficaz de obedecer á Dios y cumplir en todo su santa voluntad. Por tanto, alma mia, si deseas

tener por tuyo á Cristo, mira que no se compra con oro ni plata (*Isaí.* LV, 1), sino con estos cinco siclos del espíritu; ofrécelos al Padre eterno, y él te le dará.

3. Lo cuarto, ponderaré el fin para qué se redime y compra, que es para ser esclavo y siervo de los hombres, y para que se entregue á la muerte por ellos. Ó dulce Jesús, ¡cuán de buena gana os dejais vender y redimir, por deshacer con vuestra venta la que yo pecando hice de mi alma, y por rescatarla con vuestro rescate, para que sea siempre vuestra! pero no parará en esto vuestro amor, porque aparejado estais á ser otra vez vendido de un falso discípulo y comprado de vuestros enemigos para quitaros la vida, dando fin á nuestra redencion con vuestra muerte. Bendita sea vuestra inmensa caridad, que nunca se harta ni cansa de hacernos bien. Ó alma mia, alégrate porque la Vírgen ha comprado á su Hijo para tí; gózate de que Jesús es ya tuyo, pues su Padre te le ha dado por cinco siclos. Ó buen Jesús, mio sois por esta nueva compra; pues yo me doy por vuestro, y con grande confianza quiero decir (*Cant.* II, 16): Mi amado para mí y yo para él. Sea, Señor, así, que ni Vos me dejeis á mí, ni yo jamás os deje á Vos. Amen.

MEDITACION XXV.

DE LO QUE SUCEDIÓ EN LA PRESENTACION CON SIMEON Y ANA PROFETISA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *En aquellos dias habia en Jerusalen un hombre llamado Simeon, hombre justo y temeroso de Dios, que esperaba la salud de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él, de quien habia recibido respuesta, que antes de su muerte veria al Cristo del Señor.* (*Luc.* II, 25). Sobre este punto consideraré lo primero, como queriendo el Espíritu Santo manifestar á Jesucristo recien nacido, levantó dos profetas que le conociesen y manifestasen, así como hizo profetas á Zacarías é Isabel para que le manifestasen antes de haber nacido. Para esto echó mano de Simeon, aparejándole para su oficio con admirables virtudes, que cuenta el Evangelista.-Diciéndole lo primero, que era justo y temeroso de Dios, puntual en la observancia de toda la ley, sin admitir quiebras contra ella, porque no se llama temeroso sino el que huye de las culpas muy pequeñas, conforme al dicho del Sábio (*Eccli.* VII, 19): Quien teme á Dios *nihil negligit*, ninguna cosa desprecia haciendo poco caso de ella.-Lo segundo, tenia grande esperanza, y con ella fervientes deseos de la ve-

nida de Cristo para la salud del pueblo.—Y lo tercero, juntaba con ellos oraciones fervientes y continuas, pidiendo esta venida, y que le hiciese digno de gozar de ella. En esto gastaba su vida, y con estas virtudes se hizo digno de que el Espíritu Santo morase en él. De donde sacaré como la grande pureza y santidad de vida dan al hombre grande confianza para desear y pedir á Dios grandes cosas, como Moisés que dijo á Dios (*Exod.* XXXIII, 13): Muéstrame tu gloria y descúbreme tu rostro. Y la Esposa que dijo (*Cant.* I, 6): Muéstrame, ó amado de mi alma, adónde apacientas tu ganado, y sesteas al mediodía. Y este santo viejo deseó ver al Mesías con sus ojos, y así lo alcanzó; porque, como dice san Bernardo (Serm. 32 in Cant.), la grande fe merece grandes cosas, y cuanto dilatares el pié de la confianza en los bienes del Señor, tanto los alcanzarás mayores de su liberal mano.

2. Lo segundo, ponderaré como el Espíritu Santo, que hace la voluntad de los que le temen, y oye los deseos de los pobres que le aman, quiso consolar y premiar á este santo viejo, respondiendo á sus peticiones con una regalada promesa de que veria á Cristo antes de su muerte; para que se vea cuán grande dicha es saber tratar con el Espíritu Santo, y tenerle dentro de sí con plenitud de gracia; porque él mismo, como dice san Pablo (*Rom.* VIII, 26), pide en nosotros y por nosotros, con gemidos inenarrables, dándonos prendas de que la oracion que de él procede será oida y despachada á su tiempo, aunque se dilate algo el cumplimiento de ella. Como sucedió al santo Simeon, porque quiere Dios que seamos longánimes en esperar, y de este modo nos dispongamos á recibir lo que esperamos.

3. Lo tercero, ponderaré como lo que se promete á todos los justos para despues de la muerte, se suele algunas veces conceder en parte á los muy fervorosos antes de la muerte; esto es, que vean en esta vida á Cristo con la vista de la contemplacion, cumpliéndoles aquí aquella promesa que dice: Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. Ó Dios eterno, que dijiste (*Exod.* XXXIII, 20): No me verá hombre que vive: *Moriar ut te videam, videam ut hic moriar* (*August.* in Soliloq. c. I): muera para verte, y véate para que muera. Véate en esta vida con la contemplacion, para que muera á mí mismo con la perfecta mortificacion; y muera con esta dichosa muerte, para que despues te vea en tu soberana gloria. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *El mismo dia que la Vírgen llevó á su Hijo*

al templo, el santo Simeon, inspirado y movido por el Espíritu Santo, fué tambien allá, y viéndolos entrar, conoció con luz del cielo que aquel niño era Cristo, y tomándole en sus brazos, bendijo á Dios diciendo: Ahora, Señor, dejas á tu siervo en paz, segun tu palabra, porque han visto mis ojos á tu Salvador, etc. Aquí ponderaré lo primero, la fidelidad y liberalidad del Espíritu Santo en cumplir su palabra y consolar á este justo, dándole mas de lo que prometió. Prometióle que veria á Cristo, y dale licencia de tomarle en sus brazos, abrazarle y besarle, y tenerle consigo con grande amor; porque como dijo el Apóstol (*Ephes.* III, 20): Dios es poderoso para hacer todas las cosas mas abundantemente de lo que pedimos y entendemos; con lo cual tengo de alentarme á servir muy de veras á este Señor, que es largo en prometer y muy liberal en cumplir mas de lo que promete, si hay fidelidad en el que recibe; pero aplicando esto á lo que ahora pasa, ponderaré que así como al tiempo que la Vírgen entró en el templo, aunque estaban allí muchas personas de todos estados y condiciones, letrados, sacerdotes, nobles y plebeyos, á solo Simeon abrió Dios los ojos con su luz celestial para que le conociese, en premio de su buena vida y del espíritu con que fué al templo; y los demás no hicieron diferencia de aquel niño á los otros, porque en lo exterior no se diferenciaba de ellos; así tambien ahora entre muchos que vienen al templo, pocos conocen con luz celestial la presencia de Jesús en el Sacramento y le veneran con devocion, mereciendo recibirle en sus corazones y ser participantes con gozo de sus dones; porque aunque Cristo nuestro Señor desea darse á conocer á todos, pocos se disponen, como Simeon, para que cumpla su deseo en ello. Ó alma mia, ven con espíritu al templo donde está Jesús, para que goces de su dichosa vista y le abraces con los brazos de su dulce amor.

2. Lo segundo, ponderaré la grande alegría de este santo varon, y las avenidas de gozo que recibió con la vista y tocamiento de aquel santo Niño, y la hartura grande que recibió su alma, dándose por bien pagado de todos los trabajos pasados en la vida larga que habia vivido; y como le parecia que no tenia mas que desear ni mas que ver en esta vida, habiendo visto al Salvador, todo él se convirtió en glorificar á Dios y alabarle por esta merced, protestando que ya moriria en paz, cuando Dios quisiese. Ó alma mia, busca la eminente ciencia de Jesús, con la cual tendrás por estiércol todo lo criado, para ganar á Cristo (*Philip.* III, 8), en quien tendrás cuanto puedes desear. Si le miras con viva fe, ¿qué mas quieres

ver? Si le abrazas con estrecha caridad, ¿qué mas quieres poseer? Y si le tienes por tuyo, ¿qué te puede faltar? Concédeme, ó buen Jesús, por los méritos de este Santo, algun rayo de la luz que le diste en este dia, para que te conozca y ame como él te reconoció y amó por todos los siglos. Amen.

3. De este ejemplo del santo Simeon he de sacar dos cosas muy provechosas para tener buena muerte.—La primera, que los santos fervorosos experimentan en esta vida el cumplimiento de las divinas promesas, como es el ciento tanto de lo que dejaron por Cristo, el ser oidos en sus oraciones, el ser amparados de la divina Providencia en sus necesidades y peligros, y con esta experiencia cobran grande esperanza de que Dios les cumplirá las promesas de la otra vida; y alentados con esta esperanza, desean la muerte para gozar de ellas, diciendo con David (*Psalm.* IV, 9): En paz dormiré y descansaré, porque tú, Señor, singularmente me has confirmado en la esperanza.—La segunda es, que los Santos que han llegado por la contemplacion á ver á Cristo y sus grandezas, y han gustado la suavidad de las cosas eternas, luego se cansan de las temporales, como de cosas viles é indignas de su vista; y así tienen la vida en tormento y la muerte en deseo, diciendo con san Pablo (*Philip.* I, 23): Deseo ser desatado y estar con Cristo, para verle y gozarle para siempre. Por tanto, ó alma mia, si te agrada la paz y quietud con que los santos mueren, imita el fervor y espíritu con que viven, porque la fervorosa vida es causa de la sosegada muerte.—Finalmente, ponderaré el contento que tenia la Vírgen viendo á su Hijo conocido y reverenciado, oyendo las maravillas que de él se decian, pues, como dice el evangelista san Lucas, ella y san José se admiraron de oirlas, glorificando al eterno Padre por el conocimiento que de ellas daba á los hombres.

Punto tercero. — 1. *Estando la Vírgen en medio de este gozo, bendiciéndola Simeon, con espíritu profético la dijo: Mira que este Niño está puesto para caida y levantamiento de muchos en Israel, y por señal á quien se ha de contradecir, y tu misma alma será traspasada de un cuchillo, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.* Acerca de esta profecía consideraré lo primero, las trazas de Dios en aguar los contentos de la Vírgen; porque cuando estaba mas gozosa de la honra que se hacia á su Hijo, quiere descubrirla los trabajos que ha de padecer el Niño, y el cuchillo de dolor que por su causa ha de traspasar su alma, para que desde luego comenzase á traer atravesado aquel cuchillo, y gustase la amargura de la pa-

sion. Ó Dios sapientísimo y amorosísimo, ¡cuán amigo sois de dar á vuestros escogidos estas mezclas de consuelos y desconsuelos! Una vez los levantais hasta el cielo, y luego los abatís hasta el abismo (*Psalm.* CVI, 26); ya llagais su corazon con heridas de amor, ya con cuchillo de dolor, mostrando en lo uno y en lo otro la profundidad de vuestra sabiduría y la dulzura de vuestra caridad; y pues así lo habeis trazado, véisme aquí aparejado para todo; atravesad el cuchillo como quisiéreis por mi alma, con tal que sea contado en el número de vuestros escogidos. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré las dos cosas memorables que Simeon profetizó del Niño.—La primera, que está puesto para resurreccion y caida de muchos, porque muchos por su causa se levantarian del pecado á grande alteza de santidad (*Isai.* VIII, 14); y otros, por no querer aprovecharse de su venida, vendrian á caer en el abismo de la maldad. De lo cual ellos tienen la culpa, porque Cristo nuestro Señor, cuanto es de su parte, para todos queria ser piedra de resurreccion y no piedra de tropiezo para alguno.—La segunda es, que seria señal nueva, prodigiosa y admirable; pero señal á quien contradirian sus enemigos, resistiendo á su doctrina, calumniando sus milagros, y persiguiendo su vida, hasta ponerle en una cruz (*Isai.* XI, 10), á donde seria señal de vida para los escogidos y de condenacion para los reprobados, en cuya virtud se descubriria la fidelidad y lealtad de los discípulos, que estaba encubierta en sus corazones.

3. Ponderando estas dos cosas que hasta hoy duran, tengo de espantarme de los juicios de Dios en este suceso, y compadecerme de la perdicion de tanta multitud de infieles y malos cristianos, procurando que el cuchillo de dolor traspase mi alma como traspasó la de la Vírgen; y juntamente suplicando á este Señor, que su venida no sea para mí caida sino para mi resurreccion; y que sea para mí señal de vida á quien crea, espere, ame, é imite en ser uno de los discípulos, que él llama por Isaías (*c.* VIII, 18) señal y prodigio, procurando que mis palabras y obras sean admirables como las suyas. Y si de aquí se siguiere que muchos me contradigan y persigan, tengo de gozarme de esto, tomándolo por prendas de ser muy favorecido de Dios, pues tan semejante me hace á su Hijo.

PUNTO CUARTO. — 1. En este mismo tiempo quiso tambien el Espíritu Santo manifestar el Niño á otra mujer santa, como le manifestó á un varon santo, escogiendo para esto á una viuda anciana por nombre Ana: *La cual gastaba la vida en ayunos y oraciones, sir-*

viendo á Dios en el templo de dia y de noche. Y por inspiracion del Espíritu Santo, fué al templo cuando el Niño entraba; y conociendo con luz del cielo que era el Mesías, prorumpió en alabanzas de Dios y en decir maravillas del Niño á todos los que esperaban la redencion de Israel. Aquí se ha de ponderar los varios modos que tiene Nuestro Señor de regalar y consolar á sus siervos; porque á Simeon, primero que viese al Salvador, le prometió que le veria, para atizar el deseo que tenia de verle y entretenerle con la promesa; pero á Ana no sabemos que la hiciese tal promesa, sino de repente le inspiró que fuese á ver á Cristo nuestro Señor, con cuya vista la consoló, y premió los buenos y largos servicios que le habia hecho en su larga edad, que era de ochenta y cuatro años.

2. Lo segundo, ponderaré seis virtudes de esta santa viuda, con las cuales se hizo digna de esta merced; es á saber, castidad, oracion continua, ayunos, observancia de la divina ley, devocion á las cosas del culto divino, con perseverancia en todo por largos años. En estas virtudes he de procurar imitar á esta Santa, si deseo alcanzar lo que por ellas alcanzó. Ó Rey de gloria, dame estas seis alas de los seis Serafines que te sirven en el templo de tu Iglesia, para que vuele con ellas en tu servicio, hasta que llegue á gozarte en el templo de tu gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVI.

EN QUE SE PONE UN MODO DE ORAR, APLICANDO LOS SENTIDOS INTERIORES DEL ALMA Á LA CONTEMPLACION DE LOS MISTERIOS QUE SE HAN MEDITADO.

—En el párrafo XI de la Introduccion de este libro hice mencion de un modo de orar, por aplicacion de los sentidos, sobre los misterios de nuestra fe, y es un modo mas de contemplacion que de meditacion; porque, como allí se dijo en el párrafo X, la meditacion discurre de una cosa en otra, buscando las verdades escondidas, como hasta aquí se ha hecho; pero la contemplacion es una vista sencilla de la verdad, sin variedad de discursos, con grandes afectos de admiracion y amor. Y como regularmente se alcanza despues de la meditacion, así despues de haber meditado estos misterios de Cristo nuestro Señor es bien dar otra vez vuelta sobre cada uno con este modo de contemplacion afectuosa, que llamamos aplicacion de sentidos; porque así como los sentidos exteriores brevísimamente, sin

rodeos de discursos, perciben sus objetos, y se deleitan y saborean en ellos, así en esta contemplacion los sentidos interiores del alma, que son sus mismas potencias interiores, con la variedad de sus actos, sin nuevos discursos, presuponiendo los que se han hecho en otros tiempos, perciben estas verdades, y sacan de ellas afectos maravillosos de devocion, previniéndolos Nuestro Señor con su especial gracia, sin la cual no acertarémos á entrar en tal modo de contemplacion, como se dijo en el lugar citado, aunque de nuestra parte podemos ayudarnos algo, en la forma que se sigue.—

Punto primero.—El primer punto será, ver con la vista interior del alma, ora sea la imaginativa, ora la intelectual, las personas que están en aquel portal de Belen, ó en el templo de Jerusalen, y lo que hacen, con las circunstancias que son objeto de la vista, sacando de ellas afectos de admiracion y amor, de gozo ó compasion é imitacion; y si de ellos procedieren algunas nuevas ponderaciones y meditaciones, como suele Nuestro Señor comunicar en estos casos, he de admitirlas, deteniéndome en ellas el tiempo que durare la luz que se me dió. La práctica es esta: Mirando á Dios hombre aposentado en un establo con las bestias, encogeré mis hombros con admiracion y pasmo de tan profunda humildad como resplandece en un Señor de tanta majestad. Mirándole hecho niño tierno para hacerse mas amable, porque los niños son amables, me desharé en amor de Niño tan precioso y hermoso, regalándome con él como con mi hermano mayor, mayorazgo de mi Padre, y tan mio, que nace para mí y para bien mio. Mirando el corazon del Niño ardiendo en amor y en deseo de mi salvacion, y brotando lágrimas de dolor por mis pecados, y ofreciéndose al Padre eterno por ellos, juntaré mi corazon con el suyo, para que le pegue aquel amor y aquel dolor, trabando coloquios con él, para que me junte consigo. Asimismo mirando sus virtudes, su pobreza, humildad, mansedumbre y paciencia, he de cogerlas para mí, como quien coge un ramillete de mirra para traerle delante de su pecho y entrañarle en su corazon, diciéndole con gran ternura (*Cant.* I, 12): Ramillete de mirra será mi amado para mí, delante de mis ojos le traeré para nunca perderle de vista, ni echarle en olvido.—Lo mismo se puede hacer mirando á Nuestra Señora vírgen y madre con afectos de admiracion; mirando la modestia, devocion y reverencia con que está delante del Niño, con deseos de imitarla; mirando la compasion que tiene de las lágrimas del Niño, con espíritu de acompañarla, compadeciéndome con ella; mirando tambien á san José ó al santo Simeon, y el fervor y espíritu

que en ellos resplandece, me admiraré de los dones que Dios les dió, con deseo de imitarlos en lo que puedo y debo, conforme á mi caudal. —

PUNTO SEGUNDO. — El segundo punto es, oir con los oidos del alma las palabras que allí se dirian, atendiendo á oir las palabras interiores é inspiraciones que Dios me hablare al corazon. En lo cual se ha de advertir no solo para este punto, sino para cualquier otro modo de oracion mental ó vocal, que, como se apuntó en el párrafo III de la Introduccion de este libro, puesto delante de Dios y mirando estos misterios, es bien un breve rato parar con reverencia, como quien espera oir lo que le dicen ó recibir la limosna que suelen darle, poniéndose, como decia la Cananea (*Matth.* XV, 27), al modo que está un cachorrillo junto á la mesa enclavados los ojos en los que comen en ella, esperando que le echen un pedacico de pan para comer. Ó como dice David (*Psalm.* CXXII, 2), al modo que el buen esclavo tiene puestos los ojos en las manos de su señor, esperando ver lo que le manda, como lo hacia el profeta Habacuc cuando dijo (*Habac.* II, 1): Pondréme sobre mi atalaya con firmeza, y allí contemplaré para ver lo que se me dice y lo que responderé al que me arguyere; que es decir: Puesto en mi contemplacion, escucharé lo que Dios me inspira y me habla dentro de mi corazon, ó reprendiéndome y corrigiéndome de lo malo que tengo, ó consolándome y exhortándome al bien que debo hacer, ó dándome alguna respuesta interior á lo que deseo, al modo que el Espíritu Santo la dió en la oracion al santo Simeon; y habiendo estado un rato en este silencio, si no sintiere inspiracion del Señor, no tengo de estar ocioso, sino provocarle á que me hable, hablándole yo y diciéndole como Samuel (I *Reg.* III, 10): Habla Señor, que tu siervo oye. Ó como él dijo á la Esposa (*Cant.* II, 14): Suene tu voz en mis oidos, porque tu voz es muy dulce para mí. Ó Dios eterno, que dijiste por tu Profeta (*Osee*, II, 41): Yo la llevaré á la soledad y la hablaré al corazon; causa en mi espíritu soledad interior de varios pensamientos, para que tú solo me hables con tus inspiraciones, y yo oiga y cumpla lo que por ellas me dijeres. — Puesto, pues, en la presencia del niño Jesús, con el oido del alma oiré las palabras que habla con su eterno Padre y los amorosos coloquios que tiene con él sobre el negocio de nuestra salvacion, alegrándome de oirlos y aprovechándome de ellos; oiré tambien los gemidos exteriores que da, y aprenderé á gemir mis pecados; oiré lo que este Niño me dijera, si quisiera hablarme allí donde estaba; como reprenderia amorosamente mi soberbia y vanidad y curiosidad en el

vestido; como me exhortara á que me hiciera niño y me presentara y ofreciera al servicio de su eterno Padre. Todas estas palabras tengo de recibir y oir, suplicándole me las inspire dentro de mi espíritu, con determinacion de cumplirlas. Asimismo procuraré oir lo que decia la Vírgen, y lo que el Espíritu Santo dijo á Simeon, y el mismo Simeon cuando vió su deseo cumplido, aprendiendo de aquellas palabras á hablar yo con Dios otras tales.

Punto tercero.—El tercer punto es, oler con el olfato interior el olor suavísimo y la fragancia celestial que sale del niño Jesús y de sus virtudes, mirando cuán bien huelen á Dios, á los Ángeles y á los justos, y de cuánta honra y gloria son para Dios nuestro Señor, y de cuánta edificacion para la Iglesia.—Y con este olor me tengo de conformar y alentar á imitarlas. Para sentir mas esto, ponderaré como el olor suavísimo que salia de las obras y virtudes de aquel Niño sumamente recreaba al Padre eterno; el cual diria lo que Isaac dijo de su hijo Jacob (*Genes.* xxvii, 27): El olor de mi hijo es como de un campo lleno de flores á quien bendijo el Señor.—Luego ponderaré cuánto recrea este olor á las almas justas que le huelen, como aquella que decia (*Cant.* i, 3): Correrémos en pos de tí al olor de tus ungüentos; porque la pobreza de Cristo, su humildad y mansedumbre echan de sí tanta fragancia que arrebatan el corazon, y le llevan tras sí para juntarle con él.—De aquí vendré á contemplar, cuán bien huele á Dios y á los hombres la obediencia y modestia, la humildad y paciencia, y la caridad en cualquiera persona que las tiene con excelencia, y cuánto edifica á la Iglesia y á los prójimos; por lo cual dice san Pablo de los justos, que son buen olor de Cristo (II *Cor.* ii, 15): y al contrario, cuán mal huele á Dios y á los hombres la soberbia y desobediencia, la inmodestia y cualquier otro vicio; ponderando cuán lejos estaba este mal olor de aquel santo lugar donde estaba el Niño y su Madre, y cuán lejos ha de estar de mi alma, por no dar disgusto á quien tanto debo. Ó dulce Niño, cuyas vestiduras, que son tus obras, son como un campo de flores olorosas, visteme con ellas, para que yo huela bien á tu eterno Padre, y por tí me dé la bendicion que por ellas mereciste. Sienta mi alma la fragancia de tus divinos olores, para que corra tras tí imitando tus virtudes, hasta que llegue á gozar el premio de ellas. Amen.

Punto cuarto.—El cuarto punto es, con el gusto interior gustar la suavidad y dulzura de aquel Niño benditísimo y de sus virtudes, y cuán dulces eran para Dios y para él mismo, y cuánto lo son para

todos los que las ejercitan á su imitacion, aplicándome á probar lo que dice David (*Psalm.* XXXIII, 9): Gustad, y ved cuán suave es el Señor. ¡Oh qué gusto sentiria el Padre eterno en mirar las virtudes de su Hijo, y qué gusto tenia el Hijo en darle contento en todo! ¡oh qué dulzura sentia este Niño benditísimo en verse pobre, despreciado y echado en un pesebre de animales! ¡Cuán dulces y suaves le eran las lágrimas que derramaba; y cuán sabroso le era cumplir en todo la voluntad de su Padre, mucho mas sin comparacion que la leche que mamaba á los pechos de su Madre! Y á su imitacion procuraré sentir altamente de esta dulzura y de la suavidad que pone Dios en los desprecios y trabajos, en la pobreza y lágrimas endulzoradas con el ejemplo de este Niño benditísimo; y con este afecto despertaré en mi alma una grande hambre de gustar estas cosas y de percibir los gustos del espíritu, para que se me haga desabrida la dulzura de la carne. Con este afecto miraré la dulzura que sintió el santo Simeon con la presencia del Niño; la cual fue tan grande que le puso fastidio de ver y gustar cosa de esta vida, y le endulzuró la misma muerte. Ó Dios eterno (*Psalm.* XXX, 20), ¡cuán grande es la muchedumbre de dulzura que tienes escondida para los que te temen! Y ¡cuánto mayor será para los que te aman! Dame, Señor, á probar alguna parte de ella, para que renuncie de buena gana los gustos de la tierra, y solamente guste de buscar los del cielo. Amen. —Al contrario puedo ponderar cuánta amargura está escondida en el vicio y en el alma que sigue su propia voluntad y se rinde á sus pasiones; y haciendo reflexion sobre lo que pasa por mí mismo cuando peco, gustaré esta amargura que en mí siento, y luego la abominaré y escupiré, con deseo de nunca mas probarla, acordándome de lo que dice Jeremías (*Ierem.* II, 19): Tu malicia te argüirá, y tu culpa te reprenderá; por tanto, aprende y ve cuán malo y cuán amargo es haber dejado á tu Señor Dios.

PUNTO QUINTO.—El quinto punto es, con el tacto interior tocar espiritualmente las vestiduras de aquel Niño, el heno de aquel pesebre, la tierra de aquel portal, besándolo y abrazándolo con mi corazon, engendrando en mí una grande estima, aprecio y amor de todo ello, escogiéndolo para mí como cosa de grande precio; y como si me hallara presente á todo, tengo de llegarme al Niño y pedirle licencia para tocarle los piés, besárselos y abrazarme con ellos, llorando allí mis pecados, y pidiéndole, como la Magdalena, perdon de ellos. Luego con mas confianza le pediré licencia para tocarle las manos y besárselas, y regalarme con ellas, suplicándole me dé su

bendicion; ó como el santo viejo Simeon, le tomaré en mis brazos y le abrazaré con grande amor, pidiéndole que me abrace consigo, sin dejarme apartar de sí. Y si hubiere llegado á la perfeccion de la Esposa, que decia (*Cant.* I, 1): Béseme el beso de su boca, podré aspirar al deseo de tocar aquel divino rostro, y unirme con su divinidad con union de perfecto amor, hartándome con solo verle y amarle. ¡Oh qué dulzura y suavidad se siente con este tocamiento espiritual, con el cual, como dijo la misma Esposa, se conmueven y enternecen todas las entrañas (*Cant.* V, 6), deseando meter dentro de ellas á su amado!—Tambien he de tocar la dureza de la cama del Niño, el rigor del frio que padecia, la estrechura de aquellas mantillas en que estaba envuelto y fajado, y me aplicaré á desear que mi tacto toque siempre cosas duras y ásperas por este Señor, huyendo las blandas y regaladas que él tanto aborreció.—Esta meditacion se ha de concluir con un coloquio á Jesucristo nuestro Señor, suplicándole purifique y aclare los sentidos de mi alma, para que yo le sienta y ame como él quiere, deseando reformar y renovar mis sentidos, como dice san Pablo (*Rom.* XII, 2), para probar y aprobar con la obra la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta para gloria suya, por todos los siglos. Amen.

OTRO MODO DE APLICAR EN LA ORACION LOS SENTIDOS INTERIORES CON ACTOS DE VARIAS VIRTUDES.

—Entre las virtudes que perfeccionan nuestro entendimiento y voluntad, que son los sentidos espirituales del alma (*D. Bonav.* in Itinerario mentis ad Deum, *c.* 4), cinco son las mas excelentes que corresponden á los cinco sentidos del cuerpo, con cuyos actos se practica un modo de orar muy provechoso, ejercitándolos cerca de los misterios que se han puesto en esta forma.—

1. La vista es la lumbre de la fe, con la cual vemos, aunque por espejo y con oscuridad, lo que Dios ha revelado en cada misterio, actuándola en creerlo con admiracion y páusa (al modo que se dijo en la meditacion XXXIV de la parte I), diciendo al niño Jesús (*Luc.* XVII, 5): *Domine, adauge mihi fidem.* Señor, aumenta en mí la fe, y avívala, para que viva delante de tí, como si te viera delante de mí.

2. El oido es la virtud de la obediencia, con la cual tengo de oir todo lo que Dios manda ó aconseja en aquel misterio, por palabra ó por ejemplo, ofreciéndome á cumplirlo con gran presteza y

prontitud diciéndole (*Psalm.* LVI, 8): Aparejado está, Señor, mi corazon para obedecerte, manda lo que quisieres, y dame lo que me mandas para que pueda obedecerte como quisieres.

3. El olfato, que percibe por el olor las cosas ausentes y distantes, es la virtud de la esperanza que nos conforta con la seguridad de las divinas promesas antes que se vean y cumplan, esperando que oirá mis oraciones, que me ayudará con los socorros de su gracia, que tendrá cuidado de mis cosas, y que podré seguir sus ejemplos y alcanzar sus premios; y lo demás que en el misterio se representa que sea objeto de esta virtud, como se dijo en el lugar citado, diciendo á Nuestro Señor aquello del Apóstol (*Rom.* XV, 13): Dios de la esperanza, lléname de gozo y paz en el creer, para que crezca en la esperanza y en toda virtud, con plenitud de Espíritu Santo. Amen.

4. El gusto es la devocion con el amor, á quien toca hallar sabor en las cosas de Dios, gozándome de que Dios sea quien es, y de las grandezas y virtudes que en aquel misterio se representan, aplicándome á gustar de imitarle y servirle con toda la devocion que pudiere, diciendo con el Profeta (*Habac.* III, 18): *Ego autem in Domino gaudebo, et exultabo in Deo Iesu meo.* Yo me gozaré en el Señor, y me alegraré en Dios, mi Jesús y mi Salvador.

5. El tacto es la perfecta caridad que se junta con su amado, y le abraza con sus dos brazos, que son amor de Dios y del prójimo, y de todas las cosas que le dan gusto, poniendo el mio en que mi espíritu esté unido con el suyo (I *Cor.* VI, 17) y su corazon esté como sello impreso en el mio. Ó amado de mi alma, pues me mandas que te ponga como sello sobre mi corazon y brazo (*Cant.* VIII, 6), para que mis afectos y obras sean semejantes á las tuyas, júntate conmigo para que yo pueda estar unido contigo por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVII.

DE LA HUIDA Á EGIPTO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar la persecucion que se levantó contra Cristo nuestro Señor, recien nacido (*Matth.* II, 13), las causas de ella, y el medio que escogió para defenderse.—Ponderando lo primero, como Dios nuestro Señor permitió que el rey Herodes, instigado del demonio, y por su ocasion los judíos persiguiesen á Cristo, Rey recien nacido, con deseo de qui-

tarle la vida, aunque con diferentes fines. Herodes, como tirano, temiendo que le quitaria su reino temporal. Los judíos, como lisonjeros, por agradar á su rey terreno. El demonio, como príncipe de este mundo, temiendo que este Niño tan milagroso le habia de hacer grande daño. Mas el Padre eterno ordenaba esto á mas altos fines, queriendo que su Hijo caminase desde su niñez por camino de persecuciones y trabajos, comenzándose á cumplir lo que Simeon habia profetizado, que seria señal á quien todos contradirian, para que se entendiese que su venida era contraria á los intentos del mundo, el cual no aborrece ni persigue á los que son de su bando, sino á los que son contrarios á él. Y para que en este ejemplo se viese estampado el estado de la primitiva Iglesia y de las almas justas; las cuales, en concibiendo dentro de sí á Cristo, queriendo manifestarle por las obras, han de ser perseguidas del dragon infernal. El cual, como dice san Juan en su Apocalipsis (*Apoc.* XII, 4), desea en ellas matar el espíritu de Cristo, para que no crezca en sus corazones con ejercicios de esclarecidas virtudes. Esto me ha de servir de aviso y consuelo, si me viere perseguido por razon de la virtud, acordándome de lo que dijo Cristo nuestro Señor á sus discípulos (*Ioan.* XV, 20): No ha de ser el siervo mayor que su señor; si á mí persiguieron, tambien perseguirán á vosotros. Ni es razon que yo quiera excepcion de aquella regla universal que dice el Apóstol (I *Tim.* III, 12): Todos los que quieren vivir santamente en Cristo Jesús, padecerán persecuciones, despertándolas el demonio por sí y por sus ministros los mundanos.

2. Lo segundo, ponderaré como pudiendo Cristo nuestro Señor librarse de esta persecucion por muchos medios muy fáciles, ó matando á Herodes ó haciéndose invisible, no quiso sino tomar el medio de huir; argumento de flaqueza y miseria, y esto hizo principalmente por dos causas.—La primera, porque como para nacer en el mundo dejó las comodidades que podia tener en la ciudad de Nazaret, así tambien quiso dejarlas por toda su niñez, alejándose de sus deudos y parientes. Y por esta misma causa, ya que queria huir, aunque pudiera ir á la tierra de los Magos, donde fuera conocido y venerado, no quiso sino ir á Egipto, entre extraños y enemigos, para tener ocasion de padecer mas, enseñándome con este ejemplo á huir de lo que es blando á la carne, y de ser conocido y venerado de los hombres, gustando de encubrirme y esconderme hasta que Dios quiera manifestarme.

3. La segunda causa de huir á Egipto fue, para de camino ha-

cer bien á aquella gente idólatra y desamparada de Dios, comenzando á cumplir lo que estaba profetizado (*Isai.* XIX, 1): Que el Señor subiria sobre una nube muy ligera y entraria en Egipto, con cuya presencia caerian en tierra sus ídolos; porque entrando Cristo nuestro Señor en Egipto, vestido de la nube ligera de su humanidad, en los brazos de la nube resplandeciente de su Madre, comenzó á hollar los ídolos que adora el mundo; es á saber, riquezas, honras y regalos, abrazando allí la pobreza, desprecio y trabajo. Y con este ejemplo echó los cimientos de la perfeccion, que despues resplandeció en Egipto, y la que plantó en todo el mundo, caminando por él en la nube ligera de su primitiva Iglesia, y de la congregacion de sus Apóstoles y discípulos; y hasta el dia de hoy no cesa de plantarla. Ó dulcísimo Jesús, que en la nube ligera del santo Sacramento del altar entras cada dia en tus fieles, entra en este Egipto tenebroso de mi corazon, y derriba los ídolos de las aficiones terrenas que adora, para que de hoy mas solamente ame lo que tú amas y aborrezca lo que tu aborreces. Amen.

4. Tambien en esta huida de Cristo nuestro Señor á Egipto, por la persecucion de Herodes, se representa como la primitiva Iglesia, huyendo la persecucion de los judíos (*Apoc.* XII, 6), iria á la gentilidad, llevando consigo la fe y ley de Cristo. Y generalmente, si un hombre le persigue con sus pecados, suele huir y buscar otro que le acoja; por lo cual si Cristo nuestro Señor ha nacido en mi alma, he de procurar no perseguirle con mis pasiones y tibiezas porque no me deje y se vaya á otro que reciba mi corona. (*Apoc.* III, 11).

PUNTO SEGUNDO.— 1. *El Angel del Señor apareció á José en sueños y le dijo: Toma al Niño y á su Madre y huye á Egipto, y estáte allí hasta que yo te diga otra cosa, porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle.* Sobre esta revelacion se ha de ponderar quién pone esta obediencia, quién la intima, á quién se pone, y con qué palabras. Quien principalmente pone este mandato es el Padre eterno, para manifestar la providencia que tiene de su Hijo unigénito; porque puesto caso que habia determinado que muriese por los hombres, pero no era llegada la hora de esto, tuvo cuidado de defenderle, en señal de que tambien le tenia de los demás hijos adoptivos, por el amor que tiene á este Hijo natural.—El que declaró esta ordenacion fue un Ángel en nombre del mismo Dios, porque quiere su Majestad nos acostumbremos á obedecerle en sus ministros, cuyo oficio es no solamente hacer la divina voluntad, sino declarar-

la á otros en su nombre. Y por esto dijo de ellos (*Luc.* x, 16): Quien á vosotros oye á mí oye; y por esta causa tambien dice por Malaquías (*c.* II, 7), que el sacerdote es el Ángel del Señor, de cuya boca se ha de oir lo que Dios manda.

2. De aquí es que esta obediencia se intimó á san José y no á la Vírgen, porque José era cabeza de aquella familia, y queria Dios que la Vírgen obedeciese al santo José en lo que él decia haber oido del Ángel, y se dejase gobernar por él. Y así lo hizo, porque, como era humilde y obediente, no reparó en que no se hubiese dado el aviso á ella sino á su Esposo, ni vanamente se preciaba de que la hablase Dios ó sus Ángeles, como la otra María que dijo (*Num.* XII, 2): ¿Por ventura habla Dios por Moisés solo y no tambien por nosotros? En lo cual he de aprender este modo de humildad y obediencia de Nuestra Señora, gustando de ser gobernado por otros, y que de otros se haga mas caso que de mí, teniendo por suma dicha saber la divina voluntad y cumplirla, ora la sepa por revelacion de Dios ó de sus Ángeles, ora por dicho y ordenacion de los hombres: porque lo primero parece mas glorioso, pero en lo segundo se ejercita mas la humildad, sujetando nuestro juicio y voluntad no solamente á Dios, sino al hombre por el mismo Dios. Y así no resplandeció menos la Vírgen en obedecer á san José, que san José en obedecer al Ángel, y que el Ángel en obedecer á Dios. Ó Dios eterno, concédeme que me sujete á toda humana criatura por tu amor (I *Petr.* II, 13), obedeciendo á lo que me mandares por los hombres como eres en el cielo obedecido de los Ángeles, cumpliendo tu voluntad en la tierra con el fervor que se cumple en el cielo. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Luego consideraré las palabras con que el Ángel declaró el mandato de Nuestro Señor, las cuales fueron graves, breves, imperiosas y con circunstancias muy convenientes para probar la obediencia del Santo á quien se decian, porque de esta manera suele mandar algo á los varones perfectos para ejercitarlos y para que dén muestras de su obediencia; así como otro Ángel usó de semejantes palabras en la obediencia que intimó á Abrahan (*Genes.* XII, 1), de salir de su tierra y de sacrificar á su hijo Isaac. Y á esta causa no entra usando de circunloquios ó preámbulos, de que comunmente usa el mundo, ni rogando sino mandando: *Levántate*, dice, *toma al Niño y á su Madre y huye á Egipto, y estáte allí hasta que otra cosa te diga*, etc.—En estas palabras se han de ponderar las circunstancias que hacian dificultosa esta ordenacion, y declaran el valor de la obediencia.

Modo de poner obediencias á los perfectos.—Lo primero, intimóse de noche, estando san José durmiendo y descansando, cuando los hombres suelen tener mas horror al trabajo, para significar que en medio de los descansos hemos de estar aparejados á los trabajos, y en todo tiempo hemos de estar á punto para dejar la cama y el reposo, cuando Dios mandare que le dejemos para obedecerle en otra cosa, como probó á Samuel (I *Reg.* III, 4), llamándole tres y cuatro veces de noche, y haciéndole levantar de la cama en que dormia, por ejercitarle en la obediencia y en la abnegacion de su propia voluntad.

2. Lo segundo, le mandó el Ángel tomar á solo el Niño benditísimo y á su Madre, dejando la compañía de otras personas, y las alhajas y cosas temporales que tenia en casa, para poder huir y escaparse mas libremente del riguroso intento del rey Herodes, y salir con menos ruido y sin que le sintiesen, en figura de lo que debo hacer cuando Dios me manda huir del mundo y del pecado, dejando todas las cosas temporales que me pueden trabar, contentándome con llevar conmigo á solo Dios. Pero si llevo al niño Jesús y á su Madre, ¿qué me faltará? Ó Jesús dulcísimo, huir contigo no es trabajo: dejarlo todo, quedándote tú conmigo, no es tormento; porque teniéndote á tí, donde quiera estaré contento, y en todo lugar estaré rico. Ó alma mia, toma al Hijo y á su Madre, poniéndote debajo de su proteccion, y sirviéndoles muy de veras; porque donde están los dos, no hay soledad; y cuando ellos acompañan, no hay peligro.

3. Lo tercero, le señaló la provincia donde habia de ir, que era Egipto, tierra de bárbaros, y enemigos de los hebreos, porque gusta Dios de que sus escogidos, especialmente religiosos, moren donde él quiere, y no donde ellos por su vano antojo desean, persuadiéndose que á donde Dios les pusiere estarán seguros, contentos y aprovechados, aunque parezca lugar trabajoso y peligroso. Y al contrario, quizá donde ellos desean, estarán con gran peligro, aunque les parezca lugar seguro; porque la verdadera seguridad del alma no la da el lugar ni el rincon, sino la proteccion de Dios, y con su proteccion estaré seguro en Egipto por su obediencia, y sin ella pereceré en Israel por mi propia voluntad. Y por esto dice David (*Psalm.* LXXXIII, 6): Que es bienaventurado el varon á quien Dios ayuda; el cual trazó sus crecimientos en virtud, en el lugar donde le puso en este valle de lágrimas; que es decir: Trazó de crecer, no en el lugar donde él se puso por su antojo, sino donde se puso por traza de Dios, que le ayudó á ello.

4. Lo cuarto, dejóle suspenso, cuanto al tiempo que habia de estar en Egipto, diciéndole: Estáte allí hasta que te diga otra cosa; porque no gusta Dios, como dijo la santa Judit (*Judith*, VIII, 11), que nosotros señalemos el tiempo que han de durar las cosas que él dispone, especialmente en materia de trabajos y desconsuelos, y en las ocupaciones y oficios que nos encarga, sino quiere que le dejemos el cargo de esto, resignándonos á estar donde él quiere, todo el tiempo que él quisiere, sea mucho ó sea poco; pues mucho mejor sabe Dios lo que nos conviene, que nosotros. Y desea grandemente que nos fiemos de su providencia y gobierno; porque en decir, estáte ahí hasta que te avise otra cosa, claramente da á entender que tendrá cuidado de avisársela á su tiempo. Pues ¿qué cosa puede ser mas segura y acertada, que perder yo cuidado de mis cosas, si Dios y sus Ángeles se encargan de ellas? Ó Dios cuidadosísimo, ¡cómo no arrojaré toda mi solicitud en tí, pues sé que tienes tanto cuidado de mí! (I *Petr.* V, 7).

5. Lo quinto, dióle razon de la obediencia que le ponia, diciendo: Porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle. En lo cual confirma el cuidado que tiene de los suyos, atajando los peligros antes que vengan, é inspirándoles el medio que han de tener para librarse de ellos. Verdad es que otras veces Nuestro Señor manda algo á sus siervos sin darles razon de lo que manda, como á Abrahan en los casos referidos, para que aprendan á obedecerle, no por razones ni comodidades propias, sino puramente porque él lo manda: porque como la fe no estriba principalmente en razones, sino en la revelacion de Dios; pero supuesta la divina revelacion, ayudan las razones para creer con mas suavidad, y fortificarse mas la fe; así tambien la perfecta obediencia no ha de estribar principalmente en mas razon que mandarlo y quererlo Dios; pero supuesto este principal motivo, algunas veces da Nuestro Señor razon de lo que manda, como la dió á san José, para que se le obedezca con mas suavidad; y si no alcanzare á entender la razon, he de rendir mi juicio á ella, como este Santo lo hizo, segun que luego verémos. De estas consideraciones he de sacar, si deseo ser perfecto, mostrarlo en tener tal disposicion, que puedan mandarme los superiores y confesores lo que juzgaren conveniente, con el modo que quisieren, sin recelo de que faltaré en lo que me encargaren. Al modo que san Pablo dijo á Filemon: Confiando en tu obediencia, te escribo y pido que recibas á Onésimo, sabiendo que harás aun mas de lo que te digo.

PUNTO CUARTO. – *Cuatro grados de perfecta obediencia.* — 1. *En oyendo esta ordenacion José, luego se levantó, y tomó al Niño y á su Madre, y huyó á Egipto.* En lo cual se ha de ponderar la obediencia perfectísima de san José para imitarla, porque tuvo los cuatro grados de perfeccion que puede tener esta virtud. – Lo primero, tuvo grande rendimiento de juicio, sujetándole sin réplica á la divina ordenacion; y aunque pudiera alegar á Nuestro Señor, que por otras vias mas suaves podia librarle, ó á lo menos que habiendo de huir, no fuese á Egipto, sino á Arabia ó Samaria; nada de esto replicó, sino rindió su juicio y calló, venerando la divina ordenacion, sin hacer pregunta ninguna, ni dar muestra de curiosidad en querer saber mas de lo que el Ángel le decia, cumpliendo á la letra aquel consejo del Sábio, que dice (*Eccles.* III, 22): No escudriñes las cosas que exceden á tus fuerzas, sino piensa siempre en las cosas que Dios te manda, y en muchas de sus obras no seas curioso.

2. Lo segundo, tuvo grande prontitud de voluntad en cosa que era bien áspera, como era dejar su tierra y casa, y la comunicacion de los suyos, y salir como desterrado á tierra extraña con grande pobreza; pero con todo eso gustó mas de cumplir la divina voluntad, dejando la propia con mas perfeccion que Abrahan; el cual, aunque salió de su tierra y parentela por obedecer á Dios, pero llevaba consigo gran muchedumbre de criados, con muchas riquezas y bienes temporales. – Lo tercero, en la ejecucion fue puntual y presto, porque no se detuvo en la cama á proseguir el sueño lo restante de la noche, sino luego se levantó, y dando parte de la revelacion á la Vírgen santísima, se pusieron en camino, dejando lo que tenian allí; y salieron de noche para cumplir con mas perfeccion la obediencia de huir con secreto, porque para esto es mas á propósito la noche.

3. Lo cuarto, ponderaré el gozo y contento con que caminaban sus jornadas, aunque trabajosas y largas, sin comodidades temporales; pero no las sentian, por la grandeza de la alegría interior, la cual estribaba en dos cosas. – La primera, en que aquella era la voluntad de Dios nuestro Señor, la cual tenian por sumo consuelo. – La segunda, en que llevaban consigo á Jesús, y esta compañía bastaba para consolarlos en cualquiera soledad y desamparo, sin divertirse á mirar ni procurar otros alivios que suelen buscar los caminantes. Ó Dios omnipotente, que tal obediencia diste á estos Santos queridos tuyos; por sus merecimientos te suplico me ayudes, para que te obedezca con rendimiento de juicio, con prontitud de voluntad, con pres-

teza en la ejecucion y con alegría de corazon, por solo cumplir tu voluntad, fiándome de tu providencia, que tendrá de mí cuidado, si de este modo te obedezco.

Punto quinto. — 1. Lo quinto, se ha de considerar como estuvieron en Egipto hasta la muerte del tirano Herodes, que fueron cinco años, ó siete, ponderando las cosas señaladas que en este tiempo pasaron.—La primera es, la grande pobreza con que allí vivian, sustentándose del trabajo de sus manos, en pobre casa, y entre gente bárbara y extraña, llevando todo esto con sumo gozo por las dos causas dichas.—De donde procedia la grande quietud que allí tenian, de modo que ni deseaban la muerte de Herodes, ni se congojaban con la dilacion de su vuelta, remitiéndolo todo á la divina Providencia.

2. Además, como eran tan celosos de la gloria de Dios, vivian allí en continuo dolor por las idolatrías de aquella gente, y su perdicion: de modo, que de cada uno se puede decir lo que san Pedro (II *Petr.* II, 8) dice de Lot, cuando estaba en Sodoma, que era justo en el mirar y en el oir, viviendo entre aquellos que cada dia atormentaban su santa alma con malas obras. Así es de creer, que la Vírgen santísima y san José estaban atormentados en su espíritu con los pecados de aquella gente; pero siempre en medio de ellos conservaban su pureza y santidad, resplandeciendo como lumbreras del cielo en medio de aquella nacion mala. Y es de creer, que la santidad, modestia y conversacion celestial de la Vírgen nuestra Señora y de san José ablandarian los corazones de aquellos bárbaros, y les causaria admiracion y respeto; y algunos con su ejemplo se convertirian á Dios, y acudirian á favorecerles con limosnas y dádivas, las cuales aceptarian como pobres para su sustento. ¡Oh quién se hallara en este destierro para acompañar y servir al Niño y á la Madre! Ayudadme, Dios mio, con vuestra gracia, para que en mi destierro viva con alegría, conformándome con vuestra voluntad, y dando buen ejemplo á los que conmigo vivieren, para que muchos por mi medio os sirvan con perfeccion. Amen.

MEDITACION XXVIII.

DE LA MUERTE DE LOS INOCENTES, Y DE LA VUELTA DE EGIPTO.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar (*Matth.* II, 16), *como el rey Herodes, temiendo que el Rey que los Magos anun-*

ciaron no le quitase el reino; y viendo que ellos le habian burlado, mandó con gran crueldad matar á todos los niños de dos años abajo, que hubiese en Belen y en su comarca. En lo cual se ha de ponderar lo primero, cuán abominable es el vicio de la ambicion y deseo de reinar y mandar, del cual se siguen tan atroces maldades; y la suma de todas, que es desear quitar la vida á Cristo, para alzarse con su reino, y reinar á solas. Además, cuán propio es de los ambiciosos ser sospechosos y tímidos, sospechando que otros les quieren quitar su grandeza; y temiendo donde no hay que temer, como temió el tirano Herodes sin causa, porque Cristo nuestro Señor no venia á quitar reinos temporales, sino á dar los celestiales.

2. Lo segundo, ponderaré el grande sentimiento que tendria Cristo nuestro Señor en Egipto, viendo desde allá la muerte de los inocentes por su causa. Es de creer que el cuchillo que heria el cuerpo de cada uno, traspasaba su alma con dolor de compasion, por lo mucho que les amaba, padeciendo tantos martirios en su espíritu, cuantos padecieron todos juntos en el cuerpo. O Rey gloriosísimo de los Mártires, que vences hoy en ellos y padeces con ellos, compadécete de mi tibieza, y ayúdame con tu gracia, venciendo en mí todo lo que es contrario á tí.

3. Lo tercero, ponderaré el grande bien espiritual que se recreció á estos niños por la muerte temporal que padecieron, asegurándose por ella su eterna salvacion; y así fue providencia amorosa la que Cristo usó con ellos, aunque á costa de la vida del cuerpo, que vale menos que la del alma. Y en esta razon se alegraba Cristo nuestro Señor de la gloriosa muerte de sus Mártires, de la cual les resultaba tan gloriosa y eterna vida, cumpliéndose aquí lo que el santo Job (*c.* IX, 23) dice de Dios, que se rie de las penas de los inocentes, porque se recrea en los bienes que les vienen por ellas. Ojalá, Dios mio, padeciese yo por vuestra causa, para que mis penas fuesen vuestras risas y alegrías, arrebatándome como á estos niños, antes que la malicia mude mi corazon, y el engaño trastorne mi alma (*Sap.* IV, 11); porque mas quiero morir que vivir para ofenderos.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Muerto Herodes, se apareció el Angel á José en Egipto, y le dijo: Levántate, y toma al Niño y á su Madre, y vete á tierra de Israel, porque ya son difuntos los que buscaban al Niño para matarle.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Herodes, buscando á Cristo para matarle, murió sin salir con su intento, y murió desastrada muerte de cuerpo y alma; porque la justicia de Dios, aun-

que disimula, al fin castiga; y los malos, aunque se les dilate la pena, al fin llega, y cuando menos piensan les coge la muerte, donde pagan todo su mal por junto. ¿Qué provecho le trajeron á Herodes su ambicion y crueldad, y las ansias de conservar su reino? Todo lo perdió en un dia, y con ello perdió su alma, llorando esta pérdida sin remedio, como lo lloran los demás condenados, que dicen (*Sap.* v, 8): ¿De qué nos aprovechó la soberbia? y la jactancia en las riquezas ¿qué bien nos trajo? Todo se pasó como sombra, y ahora en nuestra maldad somos consumidos, pagando la pena que por ella merecimos.

2. Lo segundo, ponderaré la providencia de Dios en enviar luego su Ángel á dar esta nueva á san José, y alzarle el destierro, mandándole volver á su tierra. ¡Oh qué confirmado quedaria en la confianza en Dios, y qué contento de ver el cuidado que tenia de ellos! De donde sacaré, cuán seguramente puedo descuidar del suceso de mis cosas, arrojando mis cuidados en las manos de Dios (*Psalm.* xxx, 16), en las cuales están mis suertes, y mis tiempos, y sucesos prósperos y adversos, tomando él á su cargo disponerlos como conviene para bien mio. Ó Padre cuidadosísimo de tus hijos, yo arrojo todos mis cuidados en tí, pues tú le tienes de mí. Uno solo deseo tener de servirte, para que tú le tengas de remediarme.

3. Lo tercero, ponderaré que así en esta revelacion, como en la pasada, el Ángel no llama á la Vírgen por su nombre, ni le dice: Toma á tu Esposa y al Niño, sino toma al Niño y á su Madre; para enseñarnos que el nombre mas glorioso de esta Señora es ser Madre de Dios. Con este le llama el Ángel y los Evangelistas, y la hemos de llamar nosotros, venerando la grandeza de tal nombre, y gozándonos de él. Ó Madre de Dios, sea para bien tal nombre, hacednos hijos dignos del que os tiene á Vos por Madre.

Punto tercero. — 1. *Obedeciendo José al mandato del Ángel, se partió para tierra de Israel, y temiendo de ir á Judea, fue amonestado en sueños, que fuese á Nazaret, para que se cumpliese lo que habian dicho los Profetas, que Cristo se llamaria Nazareo.*—Aquí se ha de considerar lo primero, el sentimiento que tendrian los de aquella ciudad, donde estos Santos vivian, cuando se despidiesen de ellos, por lo mucho que gustaban de su santa conversacion, y porque es de creer que dejarian á muchos convertidos á la verdadera fe.—Lo segundo, ponderaré como san José en sus dudas acudia al remedio de la oracion, teniendo siempre recurso á Dios, y cuán á punto estaba Dios para oirle y sacarle de sus dudas, sacando yo deseos de acudir tam-

bien á Dios en las mias, con oracion y confianza, porque si de verdad deseo acertar con la divina voluntad, Dios me dará luz para conocerla.

2. Lo tercero, ponderaré el nombre de Cristo Nazareo, el cual tomó de la ciudad donde fue concebido y criado, y quiere decir santo ó florido, significando por este nombre, que habia de ser Santo por excelencia, y Santo de los Santos, florido en todo género de flores de admirables virtudes, y dedicado todo á Dios, sin ocuparse en esta vida mortal mas que en las cosas del divino servicio, dándonos ejemplo de ser espirituales Nazareos, esclarecidos en virtudes á su imitacion. Ó dulcísimo Jesús, con todo mi corazon deseo, por imitarte, guardar las leyes de los espirituales Nazareos (*Num.* VI, 3), apartándome de toda cosa criada que me pueda embriagar con amor desordenado, y no tocando cosa muerta que pueda manchar mi alma, ni admitiendo navaja sobre mi cabeza que corte los altos pensamientos y afectos de mi espíritu, conservándolos todos enteramente para tu servicio. Ó Nazareo floridísimo y santísimo, ayudadme á salir con mi pretension, pues sin vuestra ayuda no puedo comenzarla, ni llegar al fin deseado de ella.

MEDITACION XXIX.

DE LA IDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR AL TEMPLO DE JERUSALEN, Y DE SU QUEDADA ALLÍ ENTRE LOS DOCTORES.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar la costumbre que tenian san José y la Vírgen sacratísima con su Hijo (*Luc.* II, 42) de subir cada año al templo de Jerusalen á celebrar la Pascua del cordero, y el espíritu con que subian todos tres. – San José subia con espíritu de obediencia, porque la ley obligaba á los varones subir tres veces al año al templo de Jerusalen (*Exod.* XXIII, 17; *Deut.* XVI, 16), especialmente á celebrar la Pascua principal del cordero. – La Vírgen, aunque no obligaba esta ley á las mujeres, subia con san José con espíritu de devocion, por celebrar aquella festividad y glorificar á Dios en ella. – El niño Jesús subia con espíritu de obedecer á sus Padres, que querian llevarle consigo, y mucho mas con espíritu de amor de su Padre celestial, para glorificarle dentro de su templo; y todos tres iban con espíritu de agradecimiento, que era el fin de la ley, para dar gracias á Dios por los beneficios recibidos, y así era maravillosa la santidad que mostraban en

esta obra, grande reverencia á la entrada del templo, grande devocion estando en él, y grande espíritu en todo cuanto hacian; porque aunque tenian costumbre de hacer estas jornadas, no las hacian por sola costumbre, y á poco mas ó menos, sino cada vez con nuevo espíritu y sentimiento interior, como si aquella vez fuera la primera. Y en esto he de imitar á estos Santos, procurando guardar las buenas costumbres de la Iglesia y hacer costumbre en todas las cosas de virtud; pero de tal manera, que no las haga por sola costumbre, y porque otros las hacen, sino con el espíritu que ellas piden. Adviértase que san José se llama padre de Cristo, porque era tenido por padre.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar *como el niño Jesús, siendo de doce años, habiendo subido al templo con sus padres, y volviéndose ellos á Nazaret, se quedó en el templo sin que ellos lo supiesen*, ponderando algunas causas que tuvo para esto. – Lo primero, se quedó en el templo para significar cuán de buena gana estuviera siempre, cuanto era de su parte, en la casa de su Padre celestial, ocupándose allí en cosas de su servicio, mucho mejor que el niño Samuel. Y este testimonio dió á los doce años, cuando los demás hombres comienzan á tener mas perfecto uso de razon, para enseñarnos lo mucho que importa aficionarnos á estos ejercicios de virtud desde la tierna edad, conforme al dicho de Jeremías (*Thren.* III, 27): Bueno es al varon llevar el yugo desde su mocedad.

2. Lo segundo, con divina prudencia no quiso pedir á sus padres licencia de quedarse solo en el templo, por quitar ocasion de parecer desobediente, si negándosela no les obedecia; y porque si quisieran quedarse con él fuera impedimento para ejecutar libremente lo que pretendia para gloria de su Padre celestial; y así determinó dejarles, sin decirles nada, enseñándonos con este ejemplo dos cosas muy importantes. – La primera, cuán descarnado estaba, y cuán descarnados hemos de estar todos de lo que es carne y sangre, y del amor carnal á los padres, amigos y conocidos, dejándolos, cuando fuere necesario, por atender con mas cuidado á las cosas del Padre celestial; y para que entiendan los padres carnales y los amigos, que no hemos de estar con ellos mas tiempo de lo que fuere voluntad de Dios.

3. La segunda, que cuando presumo que mis padres ó amigos me han de impedir el cumplimiento de lo que Dios quiere; ora sea ignorancia ó buen celo, ora por malicia ó mal celo, es mejor dejarlos sin decirles nada, aunque lo sientan y lloren, y despues me hayan de reprender, atropellando todo esto con ánimo varonil, por hacer lo que

Dios quiere, conforme á lo que está escrito: El que dijo á su padre y á su madre (*Deut.* XXXIII, 9), no os conozco, y á sus hermanos, no sé quién sois, ese guarda tu palabra y cumple tu santa ley. De otra manera me dirá Cristo nuestro Señor (*Matth.* X, 37): El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí. Ó Niño dulcísimo, confúndome de verme cuán pegado estoy á lo que es carne y sangre, dejando de hacer la voluntad de tu Padre celestial, por no entristecer á mis amigos y padres carnales. Dame, Señor, pecho varonil para dejarlos por tu amor, escogiendo mas obedecer á Dios que á los hombres (*Act.* V, 29), y entristecer al espíritu humano (*Ephes.* IV, 30) antes que al divino.

PUNTO TERCERO. — Lo tercero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, con el celo que tenia de la salvacion de las almas, quiso entonces dar alguna muestra de la sabiduría y gracia de que estaba lleno, descubriendo algo de ella á los doctores de la ley; lo cual hizo con admirable modestia, humildad, discrecion y celo de amor divino, manifestando estas virtudes con modo acomodado á su edad. — Mostró la modestia en el rostro y en la gravedad de sus palabras y meneos, la cual era tan grande, que movió á los doctores que le admitiesen á su disputa. - La humildad, en que pudiendo ser maestro de todos, se entró entre ellos como discípulo, preguntando y oyendo, como quien aprendia. - La discrecion en responder maravillosamente á lo que le preguntaban, de tal manera, que todos estaban admirados de su prudencia. - El celo en que ordenaba todo esto, no para vana ostentacion de su sabiduría, sino para gloria de Dios y bien de las almas, y en especial para confundir á los letrados soberbios que allí estaban, y para ilustrar á los letrados humildes y abrirles los ojos para que conociesen como estaba ya cerca su redencion. Ó buen Jesús, niño en edad, pero varon en la sabiduría; cordero en la mansedumbre, pero pastor en la discrecion, gózome de veros pastorear este ganado mayor, dándoles pasto de vida eterna, cumpliéndose lo que está escrito: Un niño (*Isai.* XI, 6) pequeño los pastorea. ¡Oh quién se hallara presente á oir vuestras preguntas, y á gozar de vuestras admirables respuestas! Repetídmelas, Señor, dentro de mi corazon, para que goce el fruto de ellas. De esta consideracion he de sacar tambien un gran deseo de imitar estas cuatro virtudes de Cristo nuestro Señor, confundiéndome en su presencia por la falta que tengo de ellas, especialmente por ver mi poca modestia y humildad: y que con palabras y meneos quiero mostrar la ciencia que no tengo; y siendo ignorante, me desdeño de aprender lo

que no sé, y presumo de enseñar á los otros lo que no aprendí.

Punto cuarto. —Lo cuarto, se ha de considerar lo que haria este Niño benditísimo los tres dias que estuvo en el templo sin sus padres, ponderando como fuera del tiempo que gastó con los doctores, lo demás gastaria en una perpétua vigilia y oracion delante del eterno Padre, por la salud del mundo y de la gente que allí entraba. -Á mas, es de creer se quedaria allí de noche, tomando por cama el suelo, y por arrimo algun poyo, y que comeria de la limosna que algunos le darian, ó se pasaria sin comer, porque de todo esto temporal hacia muy poco caso.-Tambien es cierto que le daria grande pena las irreverencias de algunos que allí entraban, y los pecados que allí se hacian, porque tenia tan encendido celo, como cuando dijo de él san Juan aquello del salmo (*Ioan.* II, 17): El celo de tu casa me comió las entrañas; aunque por entonces disimularia. De todo esto sacaré afectos y propósitos de imitacion en lo que debo imitarle, compadeciéndome de su pobreza y soledad, aunque no echaba menos á los padres terrenos, como estaba en casa de su Padre celestial.

MEDITACION XXX.

DE LO QUE HIZO LA VÍRGEN CUANDO VIÓ QUE HABIA PERDIDO Á SU HIJO, HASTA QUE LE HALLÓ.

Punto primero. — 1. *Habiendo caminado san José y la Vírgen una jornada de Jerusalen á Nazaret, pensando cada uno que el Niño iba con el otro*, porque iban por el camino apartados; *á la noche en la posada echaron menos al Niño, y buscándole entre los conocidos y amigos no le hallaron.* Cerca de este paso he de ponderar la traza de Dios en querer afligir á estos Santos sin culpa suya, y en ocasion de una buena obra que hacian por honrarle, y en la cosa que mas podia lastimarles, que era perder tal Niño. Todo lo cual trazó para ejercitarlos en paciencia, humildad y diligencia fervorosa, y en otras virtudes que resplandecieron en la sacratísima Vírgen y en san José, en este caso, para nuestro ejemplo.-La paciencia resplandeció en que no se turbaron, ni se quejaron de Nuestro Señor, sino sintieron esta pérdida con rendimiento á la órdenacion de Dios, con ser pérdida tan grande.-La humildad, en que como buenos temian culpa ó descuido donde no le habia, ó por lo menos atribuian esto á su indignidad; temian si los queria este Señor dejar y seguir ya otro modo de vivir, ó si habian tenido algun descuido en mirar por él, y

confesaban que no eran dignos de tenerle consigo.-La diligencia, en que luego anduvieron buscándole con cuidado y pena por cumplir con su obligacion, y porque el amor les solicitaba, aunque le buscaron entre los deudos y conocidos, y por eso no le hallaron; porque si Cristo quisiera estarse con sus deudos, mejor se estuviera con su Madre.

2. Á estas tres cosas añadieron la cuarta, de fervorosa y prolija oracion; y en especial ponderaré cuán triste noche fue aquella para la Vírgen, y cuán sola se hallaba sin su Hijo, como la gastaria toda meditando y gimiendo como paloma, orando con gran fervor, suplicando al Padre eterno no la quitase tan presto el cuidado de este su Hijo, y que mirase por él donde quiera que estuviese, y que no dilatase mucho el volvérsele á dar. Ó Vírgen soberana, habeis entrado en los peligros del mar, no os queda otro remedio sino orar. Mar ha sido para Vos amargo y tempestuoso la pérdida de vuestro Amado; las olas de la tristeza han entrado en vuestro corazon, y le traen afligido con varios cuidados; las tinieblas de la noche atajan vuestros pasos, y estais como atollada en el abismo del desconsuelo; no hallais alivio en la tierra, y así arrojais luego el áncora de vuestra esperanza en el cielo, con las cuerdas de la oracion, esperando de allá el remedio, y no saldrá en vano vuestra confianza; porque el Piloto celestial, que es vuestro Padre, no sabe amar y desamparar, ni deja para siempre á los que esperan en él.

3. *Ausencia de Dios en el alma.*—De este suceso y de la causa de él, tengo de levantar el espíritu para considerar el misterio que significa, ponderando como Dios nuestro Señor muchas veces se ausenta y esconde de los hombres, sin que ellos lo conozcan, ni lo echen de ver, conforme á lo que dice el santo Job (*c.* IX, 11): Si viniere á mí, no lo entenderé; y si se fuere, no lo conoceré; y si fuere justo, esto mismo ignorará mi alma. Y esta ignorancia suele durar todo el dia, hasta que se descubre á la noche, como sucedió en este caso á la Vírgen nuestra Señora y á san José, lo cual sucede en muchas maneras.-Primeramente sucede por el pecado mortal oculto que se hace con ignorancia culpable; ó por ilusion del demonio con capa de virtud. Entonces se ausenta Dios sin saberlo el hombre, y esta ignorancia suele á veces durarle todo el dia de esta vida, hasta que á la noche de la muerte, pensando que tiene á Dios, se halla sin él. Por lo cual dijo el Sábio: Hay un camino (*Prov.* XIV, 12) que parece al hombre derecho, y sus postrimerías son la muerte; y esta ausencia es terribilísima, porque tras ella se sigue la eterna, y así ten-

go de suplicar á Nuestro Señor que no se ausente de mí de esta manera, y decirle con David (*Psalm.* XVIII, 13): Líbrame, Señor, de mis pecados ocultos, y no te acuerdes (*Psalm.* XXIII, 7) de mis ignorancias.

4. Otras veces sucede por una secreta soberbia y vanagloria, la cual consume la devocion sustancial, y quita la presencia favorable de Dios en el alma; pero no se conoce mientras dura el dia de las cosas prósperas, porque la vanagloria suele poner gusto en las cosas buenas; mas en viniendo la noche de la adversidad y humillacion, echa el hombre de ver la ausencia de Dios, y la falta de la verdadera virtud, y se halla desconsolado y pusilánime.

5. Otras veces sucede, por secreta providencia de Dios nuestro Señor, que se ausenta, y nos quita la devocion sensible para ejercitarnos en humildad; y esto suele suceder en dias solemnes de fiesta, y en ejercicios de obras buenas exteriores; y aunque algunas veces no lo echamos de ver mientras dura la ocupacion exterior, despues lo sentimos en el recogimiento. En tales casos siempre es mas seguro presumir que esta ausencia es por mis pecados, y en castigo de mis descuidos y negligencias, aunque yo no los conozca, diciendo con David (*Psalm.* CXVIII, 67): Antes que fuese humillado pequé, y en tu verdad me humillaste, porque de justicia merecia por mis culpas esta humillacion. Pero sin embargo de esto he de creer que cuando me falta la gracia de la devocion y las visitas regaladas de Dios, ora sea sin culpa, ora con ella, todo viene por traza de la divina Providencia para mi mayor bien, segun aquello que dice David (*Ib.* v. 75): Bueno es para mí que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones.

6. En todos estos casos tengo de ejercitar las cuatro virtudes que resplandecieron en la Vírgen y en san José, echando hondas raíces en humildad, animándome á buscar á Dios con diligencia, y solicitándole con fervorosas oraciones, porque escrito está: Pedid, y recibiréis: buscad, y hallaréis. Ó dulce Jesús, que generalmente dijísteis (*Luc.* XI, 9): Cualquiera que busca halla, concédeme tal fervor en pedir tu visita, que la alcance; y ayúdame á buscarte de modo que te halle por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Otro dia por la mañana san José y la Vírgen se volvieron á Jerusalen en busca del niño Jesús; y al tercer dia, entrando en el templo, le hallaron sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles, de lo cual se maravillaron grandemente.* Sobre este punto se ha de considerar por menudo el tiempo y lugar donde

la Vírgen halló al Niño, la compañía y ocupacion en que estaba, y el gozo que tuvo con su vista, sacando de todo esto el espíritu que está encerrado en esto.-Lo primero, el tiempo fue el tercer dia despues que se perdió, en el cual tiempo padeció la Vírgen tantas horas, poco mas ó menos, de afliccion y soledad, como en los otros tres dias que hubo desde la pasion á la resurreccion, en que se le apareció vivo y glorioso; y el misterio de esto es, significarnos que cuando el alma pierde á Dios y la gracia de la devocion, no luego le halla; antes se suele esconder por algun tiempo, ó en castigo de haberle perdido, si tuvo culpa, ó para ejercitarla en paciencia y humildad, y para que con esta dilacion crezcan las ansias y diligencias en buscarle, y se haga digna de hallarle mas presto, y con mas copiosa gracia; y esto significa el número de tres dias para alentar nuestra esperanza, porque no desmayemos, pensando que se dilatará mucho nuestro remedio, conforme á lo que decian los justos afligidos (*Osee*, VI, 3): Despues de dos dias nos vivificará, y al tercero nos resucitará, y vivirémos en su presencia.

2. Lo segundo, el lugar donde fue hallado es el templo y casa de Dios, que es casa de oracion y de recogimiento, dedicado al culto y obras del divino servicio, para significar que Cristo nuestro Señor no se halla entre carne y sangre, ni entre los regalos y vanidades del mundo, sino dentro de la Iglesia católica, y dentro del templo vivo de nuestro corazon, haciéndole casa de oracion, y ocupándole en ejercicios de santidad; pues por esto se dice en el libro de los Cantares (*Cant.* III, 1), que la Esposa no halló á su Amado, que es Dios, en el lecho y quietud de los regalos de la carne, ni en las calles y plazas de los tráfagos del mundo, sino en la renunciacion de todo esto, dejando el consuelo de las criaturas por hallar al Criador. Por tanto, ó alma mia, mira dónde buscas á Dios, si quieres hallarle; porque como dice el santo Job (*c.* XVIII, 13), no se halla en la tierra de los que viven suavemente.

3. Lo tercero, se ha de ponderar la compañía con quien estaba, y lo que hacia al tiempo que la Vírgen entró en el templo: con especial providencia estaba entonces en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles, para que por aquí entendiese la causa de haberla dejado, y quedádose en el templo: y para que yo entienda que Cristo nuestro Señor se halla entre los doctores de la Iglesia, los cuales con su enseñanza y direccion son medio para hallarle; y ellos tambien entiendan que Cristo está en medio de ellos, oyendo lo que hablan y enseñan, para castigarles si hablaren mal;

y tambien para ayudarles á hablar bien si por su culpa no queda.

4. Lo cuarto, ponderaré el sumo gozo de la Vírgen nuestra Señora cuando vió á su Hijo, y halló lo que habia perdido y buscado con tanto dolor. Parece que en este tercer dia resucitaria como de muerte á vida, y como otra Ana, madre de Tobías (*Tob.* x, 4), que lloraba la ausencia de su hijo con lágrimas irremediables cuando le vió, lloraba de puro gozo; así es de creer, que á la medida de su pena fue su alegría, cumpliéndose lo que dijo David (*Psalm.* xciii, 19): Segun la muchedumbre de los dolores de mi corazon, tus consuelos alegraron mi alma. Ó Vírgen soberana, gózome del gozo que tuvísteis en esta hora con la vista de vuestro Hijo. (*Prov.* xiii, 12). La esperanza dilatada afligió vuestra alma, pero el cumplimiento de vuestro deseo fue para Vos árbol de vida, hallando al que es árbol de vida para todos. Alcanzadme, Vírgen benditísima, que le busque de modo que le halle, para que goce de la vida que de tal árbol procede. Amen.

5. Pero juntamente ponderaré la modestia con que la Vírgen acompañó este gozo; porque aunque vió á su Hijo en medio de los doctores, con tanta admiracion de todos, no hizo los ademanes que otras mujeres suelen hacen, jactándose de tener tales hijos, sino admirándose de verle allí, veneró lo que veia; con lo cual nos enseña á juntar modestia y alegría, conforme al dicho de san Pablo (*Philip.* iv, 4): Gozaos en el Señor siempre; y otra vez os digo que os goceis; vuestra modestia sea manifiesta á todos los hombres, porque está cerca el Señor, como quien dice: De tal manera alegraos que no perdais la modestia, porque el Señor está cerca de vosotros y os está mirando, y en su presencia no ha de haber gozo inmodesto.

Punto tercero. - *Modo de oracion con amorosa queja á Dios.*— 1. *En viendo la Vírgen á su Hijo díole con una amorosa queja: Hijo, ¿por qué lo hiciste así con nosotros? Mira que tu Padre y yo te hemos buscado con gran dolor.* Todas estas palabras están llenas de misterio, y así será bien ponderar cada una de por sí.-Lo primero, se ha de ponderar aquella palabra: *Fili, cur fecisti nobis sic?* Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? En la cual no pretendió preguntarle ó pedirle la causa de lo que habia hecho, porque esto fuera curiosidad excusada, sino solo declarar el sentimiento de su corazon; y así los santos usan de este modo de hablar con Nuestro Señor cuando están afligidos: y es un modo de oracion en que tácitamente le piden remedio de su afliccion, porque por una parte atribuyen la afliccion á la divina Providencia, que la ordenó ó permitió para su bien; y

por otra parte confiesan que á él toca remediarla y atajarla. De esta manera puedo orar algunas veces diciendo á Nuestro Señor con Job (*c.* VII, 20): ¿Por qué me has puesto contrario á tí, y soy pesado á mí mismo? ¿Por qué no quitas mi pecado y no perdonas mi maldad? (*Iob*, XIII, 24). ¿Por qué escondes de mí tu rostro, y me tratas como á enemigo?

2. Otras veces puedo decir con el mismo Cristo nuestro Señor, puesto en la cruz (*Psalm.* XXI, 2; *Matth.* XXVII, 16): Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? Y no sin misterio no dijo la Vírgen: Hijo, ¿por qué lo hiciste así conmigo, sino con nosotros? Porque propio es de los santos, cuando padecen alguna necesidad que es comun á muchos, no quejarse de su solo daño, ni pedir para sí solos el remedio, sino dolerse del daño de todos, y pedir que todos sean remediados; porque la caridad no busca su solo bien sino el de muchos, diciendo con David (*Psalm.* XLIII, 24): ¿Por qué apartas tu rostro, y te olvidas de nuestra pobreza y de nuestra tribulacion? Pero en estas quejas hemos de procurar que no se pierda el amor y confianza en Dios; y así se ha de juntar con ellas alguna palabra que descubra esto, como la Vírgen usó de esta palabra, Hijo; y Cristo nuestro Señor en la cruz de esta palabra: Dios mio, Dios mio, que son palabras de confianza y amor.

3. Lo segundo, se ha de ponderar aquella palabra, *Pater tuus et ego*, tu Padre y yo, en la cual resplandece la humildad de la Vírgen, nó solamente en nombrar primero á san José que á sí misma, por el respeto que le tenia, sino tambien en llamarle delante de todos Padre de Cristo; de donde podian imaginar que le habia concebido por obra de varon; lo cual era humillacion suya; mas la Vírgen santísima, como humilde, mas estimaba la honra de su esposo dándole nombre tan honroso, que la suya propia, enseñándonos con su ejemplo el modo de honrar á nuestros prójimos, aunque sea con algun menoscabo nuestro.—Lo tercero, se ha de ponderar aquella palabra: *Dolentes quaerebamus te*, con gran dolor te buscábamos; en la cual se nos avisa que hemos de buscar á Dios con dolor que proceda de amor, cual era el dolor de la Vírgen; porque el verdadero amor causa todos estos efectos (*Psalm.* XLI, 4); conviene á saber, dolor y lágrimas, por la ausencia de su amado; pureza de intencion en buscarle con sinceridad (*Sap.* I, 1), no por su propio interés ó gusto sensible, sino por estar junto con él; diligencia en todos los medios y ejercicios que se ordenan para hallarle, con perseverancia en ellos hasta conseguir su intento, segun aquello de

David (*Psalm.* CIV, 4) : Buscad al Señor, y estad firmes en esto, buscad siempre su rostro. Y lo que dice Isaías (*Isai.* XXI, 12) : Si buscais al Señor buscadle ; esto es, buscadle con las veras que tal Señor merece ser buscado, y así le hallaréis; porque él ha dicho (*Ierem.* XXIX, 13) : Cuando me buscáreis me hallaréis, si me buscais con todo vuestro corazon. Y si yo no le hallo, es porque falto en alguna de las cosas dichas; y haciendo reflexion sobre ellas miraré cuál sea, para enmendarme y procurarla.

4. Últimamente, en todas estas palabras se ha de ponderar la brevedad y precision con que habló la Vírgen, no solamente excusando palabras supérfluas, pero aun callando algunas que parecian necesarias para declarar mas su ánimo, cifrándolas todas debajo de aquella brevísima palabra, *Sic ;* ¿por qué lo hiciste así? En lo cual se confirma el cuidado que esta Señora tenia con guardar la lengua y medir sus palabras, como otras veces se ha ponderado. Pero esta vez hay algo especial, porque declaró cuán mortificados y enfrenados tenia los ímpetus de hablar, que en tales casos salen del corazon.

PUNTO CUARTO.— 1. *A este dicho de la Vírgen respondió Cristo nuestro Señor : ¿Para qué me buscábais? ¿No sabíades que convenia estar en las cosas que son de mi Padre?* Esta respuesta no fue menos grave y admirable que las que este Señor daba á las preguntas de los doctores ; y así se ha de ponderar como dada por la infinita sabiduría de Dios.-Lo primero, ponderaré aquella palabra : *Quid est quod me quaerebatis?* ¿Por qué causa ó para qué me buscábades? La cual palabra á prima faz parece seca, desabrida, áspera y de reprension; como quien dice : ¿Para qué me buscábais con tanto dolor, pues siendo quien soy no podia estar perdido? Y esto dijo, para que se entendiese que era mas que hombre, y para que la Vírgen diese muestras de su heróica paciencia y humildad, callando y sufriendo esta respuesta desabrida, y venerándola con grande reverencia y amor. Y de camino nos enseña Cristo nuestro Señor, que los que gobiernan á personas religiosas, ó deseosas de perfeccion, algunas veces han de ejercitarlas con respuestas ásperas y con reprensiones de cosas que no son culpa, para que descubran la humildad y paciencia que tienen (*S. Juan Clím. gr.* 4) y aprovechen en ellas; porque callar cuando soy reprendido con culpa no es mucho, pues mi conciencia tambien me reprende ; pero callar cuando la conciencia me está excusando, es indicio de virtud heróica.

2. Lo segundo, ponderaré la palabra que dijo : ¿No sabíades que

me convenia estar en las cosas de mi Padre? Como si dijera: Pues me conoceis y sabeis quien soy, tambien sabeis que habia de estar ocupado en las cosas que pertenecen á la honra de mi Padre celestial, pues no tengo padre terreno. En lo cual nos enseñó Cristo nuestro Señor, como su total ocupacion y empleo era atender á todo lo que era servicio de su Padre celestial, sin divertirse á otra cosa, confirmando lo que dijo despues (*Ioan.* VI, 38), que bajó del cielo no á cumplir su voluntad, sino la voluntad del que le envió, y que le convenia obrar las obras del que le envió mientras duraba el dia de su vida.

3. Á imitacion de este Señor, he de procurar que toda mi ocupacion sea, no en las cosas que son del mundo ni de la carne ni del amor propio, sino en las cosas que son de Dios y para (*Ioan.* IX, 4) Dios, confundiéndome de ver cuán léjos he vivido de guardar este aviso, ocupándome en todo lo que es propio, con descuido de lo divino. Ó buen Jesús, pues tan puesto estabas en las cosas de tu Padre, que tenias por llano que los que te conocian te habian de hallar en ellas, suplícote me ayudes, para que nunca me halle fuera de ellas, ocupándome en amarlas y cumplirlas. Justo es, Señor, que mi memoria, entendimiento y voluntad, mis sentidos y todo yo me ocupe siempre en tí y en lo que es honra tuya, pues tú te empleas siempre en lo que es provecho mio.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, consideraré como dicho esto, sin mas réplica el Niño se volvió con su Madre y con san José á Nazaret. Y es de creer que por el camino la Vírgen le preguntaria todo lo sucedido aquellos tres dias, y el Niño se lo diria. Y ella, como dice san Lucas, conservaba y guardaba todas estas cosas dentro de su corazon, haciendo memoria de ellas, rumiándolas y ponderándolas con grande consuelo y provecho suyo. De donde aprenderé á recoger en memoria lo que Dios me enseñare, para aprovecharme de ello; porque de otra manera me sucederá lo que dice un profeta (*Aggaei*, I, 6): Que comiendo mucho estaré siempre flaco; y allegando muchas riquezas estaré pobre, porque las echo en saco roto.

2. Finalmente ponderaré la grande cautela y recato con que andaba la Vírgen desde entonces en no perder de vista á su Hijo, porque no le acaeciese otra tal, escarmentando en la pasada. Y la misma cautela he yo de tener para no perder á Cristo ni sus dones, avisado con los sucesos pasados. Ó Vírgen santísima, gózome del gozo que tuvísteis hallando á vuestro Hijo, y del que tendríades en

tenerle siempre en vuestra compañía; ayudadme para que nunca yo le pierda, ni jamás me aparte de él hasta que con Vos le goce en su eterna gloria. Amen.

MEDITACION XXXI.

DE LA VIDA QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR EN NAZARET, HASTA LOS TREINTA AÑOS DE SU EDAD.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor en todo este tiempo, segun dice san Lucas (*Luc.* II, 52): *Proficiebat sapientia, aetate, et gratia apud Deum, et homines.* Como crecia en edad así crecia en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres. Cerca de lo cual se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Señor aunque estuvo lleno de sabiduría y santidad inmensa desde el primer instante de su concepcion, de modo que ella no podia crecer, pero crecia en los ejercicios de ella, dando cada dia mayores muestras de ciencia y virtud, de sabiduría y santidad, como el sol; el cual, aunque no crece en sí mismo, pero la luz que de él procede cuando nace á la mañana, va creciendo siempre hasta el mediodía. Esto trazó nuestro Señor, para enseñarnos con su ejemplo el deseo que tiene de que sus hijos crezcan y aprovechen cada dia en la virtud. Porque hay entre los hijos del Adan terreno y los del Adan celestial esta diferencia, que (*Genes.* VIII, 21) aquellos desde su mocedad están inclinados á lo malo; y como crecen en edad crecen en vicios, cumpliéndose en ellos lo que dice David (*Psalm.* LXXIII, 23): La soberbia de los que te aborrecen crece siempre. Pero estos, como dice Jeremías (*Thren.* III, 27), desde su mocedad llevan el yugo de la divina ley, y se levantan á sí sobre sí; porque como crecen en los años, crecen en las virtudes, levantando cada dia su espíritu sobre sí mismos y sobre lo que antes tenian, para que olvidados de las cosas pasadas se extiendan á otras mayores (*Philip.* III, 13), hasta llegar á la perfeccion. Este favor tan singular hizo Cristo nuestro Señor á su Madre y á su precursor Juan, como queda dicho, y le ha hecho á otros esclarecidos Santos; los cuales desde su niñez comenzaron á servir á Dios, y fueron creciendo como la luz de la mañana hasta el perfecto (*Prov.* IV, 18) dia.

2. Pero particularizando mas esto, puedo tambien ponderar varias suertes de hombres que comienzan á servir á Dios ó en la niñez

ó en otra cualquier edad. Unos hay que en lugar de ir adelantando vuelven atrás, dejando la vida virtuosa que comenzaron; de los cuales dijo Cristo nuestro Señor, que (*Luc.* IX, 62) quien echa mano al arado y vuelve atrás, no es apto para el cielo, y por consiguiente lo será para el infierno. Y así he de temblar de volver atrás de esta manera (*Luc.* XVII, 32): Escarmentando, como dice el mismo Señor, en la mujer de Lot, que por haber vuelto atrás mirando á Sodoma, de donde salió, se convirtió en estatua de sal y en mojon de escarmiento para los que no prosiguen el camino de la virtud. Otros hay que comienzan con fervor, y en lugar de crecer en él descrecen, dejando algunos ejercicios virtuosos ó el fervor con que los hacian; y estos aunque sean justos corren gran peligro de perderse, como aquel obispo á quien Cristo nuestro Señor alabó por su buena vida, pero dijo que tenia contra él algunas cosas, porque habia dejado la primera caridad (*Apoc.* II, 4), esto es, el fervor de la caridad que solia tener; y luego añade: Acuérdate de dónde caiste y haz penitencia, volviendo á hacer las primeras obras; porque sino vendré á tomarte cuenta, y te quitaré la dignidad que tienes; como quien dice: Mira que perder el fervor es caer del lugar alto á otro bajo; y si no le reparas, no mereces estar en lugar tan alto como te he puesto. Otros hay que comienzan y prosiguen á un paso tibio, sin ganas de crecer ni pasar adelante; y estos, aunque en lo exterior parece que no desmedran, pero en lo interior de ordinario vuelven atrás, y faltarán en todo; porque, como dicen los santos Padres (*D. Bern.* Ep. 91; *D. Greg.* Lib. I in I Reg. II; *Aug.* Serm. 15 de verb. Apostoli, et alibi), en el camino del cielo no hay parar, sino ir adelante ó volver atrás.

3. Otros finalmente luego que comienzan con el ayuda del Señor como dice David (*Psalm.* LXXXIII, 6), proponen en su corazon de ir creciendo, mientras vivieren en este valle de lágrimas; y ayudándoles el Legislador celestial con su copiosa bendicion, cumplen sus propósitos, subiendo de virtud en virtud hasta ver el Dios de los dioses en Sion. Estos son los verdaderos imitadores de Jesucristo, á quien es razon que yo imite, confundiéndome de las veces que he vuelto atrás en el camino de la virtud ó por haber caido del primer fervor con que le comencé, ó estancado ya en un modo de vida tibia, alentándome de aquí adelante á crecer con gran fervor, diciendo á Cristo nuestro Señor: Ó Sol de justicia, ilustra y enciende mi alma de tal manera, que sus pasos sean como la luz de la mañana, que camina y crece hasta el perfecto dia. Ó Legislador soberano, da-

me tu copiosa bendicion para que crezca, como tú deseas, en virtud y santidad, subiendo de un grado en otro, hasta verte claramente en la celestial Sion por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—*Modo de crecer en las virtudes.*— 1. Lo segundo, se ha de considerar delante de qué personas y en qué cosas crecia Cristo nuestro Señor al modo dicho.—Lo primero, dice el evangelista san Lucas, que crecia delante de Dios y de los hombres, enseñándonos con su ejemplo á huir de dos extremos viciosos.—Un extremo es de fervorosos indiscretos, los cuales presumen crecer delante de solo Dios, sin hacer ningun caso de los hombres ni de su edificacion ó desedificacion ó escándalo, no acordándose que quien ama á Dios tambien ha de amar á su prójimo, y que ha de buscar su provecho propio sin daño del ajeno, atendiendo, como dice san Pablo (*Rom.* XIV, 19), á la edificacion de todos.—Otro extremo es de los fervorosos fingidos ó hipócritas que ponen todo su cuidado en crecer delante de los hombres, haciendo lo que les ayuda para crecer en opinion de santidad delante de ellos, sin atender al verdadero crecimiento, que llama David crecimiento en el corazon. (*Psalm.* LXXXIII, 7). Pero Cristo nuestro Señor con su ejemplo nos enseña que abracemos ambas cosas, sin que una perjudique á la otra, poniendo en primer lugar crecer delante de Dios con crecimiento verdadero en sus ojos; y en segundo lugar crecer delante de los hombres, haciendo tambien, como dice san Pablo (*Rom.* XII, 17; II *Cor.* VIII, 21), lo que es bueno delante de ellos, no porque nos honren ó alaben, sino para que glorifiquen á Dios y se edifiquen y aprovechen; y si haciendo lo que debo de mi parte algunos por su culpa se desedificaren ó escandalizaren, no por eso dejaré de crecer delante de Dios y delante de los cuerdos y santos que merecen nombre de hombres.

2. Lo segundo, dice san Lucas que crecia Cristo nuestro Señor en sabiduría y gracia, porque en estas dos cosas se ha de hacer el verdadero crecimiento.—Lo primero, en la sabiduría y en los actos que de ella proceden, que son la meditacion y contemplacion de las cosas celestiales; la prudencia y discrecion en las obras y negocios; el aprecio de todas las cosas en el grado que merecen, estimando en mucho las eternas, y en poco las temporales; y hablando en consecuencia de esto de modo (*Colos.* IV, 6), que nuestras palabras vayan saladas con esta sabiduría.—Lo segundo, se ha de crecer en la gracia y en los actos de las virtudes que nos hacen graciosos y santos delante de Dios y amables á los hombres, en los cuales se ejer-

citaba Cristo nuestro Señor en este tiempo; como eran actos heróicos de amor de Dios y de celo ardiente de su gloria y de la salvacion de las almas; dolor intenso de las ofensas que se hacian contra Dios y de las almas que se perdian; y oracion continua para que no se perdiesen. Con esto era tan gracioso y agradable á Dios, que, como él mismo dice por Isaías (*c.* XLII, 1), se agrada en él su espíritu. Demás de esto, edificaba á los hombres con raros ejemplos de modestia, humildad, paciencia, mansedumbre y sujecion, por lo cual era agradable á las personas con quien trataba; porque, como dijo el mismo Isaías (*c.* XLII, 4), su trato no era triste ni áspero, no turbado ni ocasionado en ofension ó desabrimiento de otros. Ó dulcísimo Jesús, pues estás lleno de sabiduría y gracia, y de tu plenitud reciben los justos aumentos en la una y en la otra, lléname copiosamente de ambas, y ayúdame á crecer cada dia en ellas.

3. Últimamente, para animarme á mí mismo, ponderaré como la Vírgen santísima se aprovechaba de estos ejemplos de su Hijo; porque contemplando en ellos, á su imitacion crecia tambien ella en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres, gozándose Cristo nuestro Señor de ver la santa emulacion que de él tenia su Madre. Ó Madre benditísima, ayudadme con vuestra intercesion para que crezca como crecíades, imitando al que imitábades.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, consideraré como todo este tiempo Cristo nuestro Señor, segun dice el mismo Evangelista (*Luc.* II, 51): *Erat subditus illis*, estaba sujeto á su Madre y san José, obedeciéndoles en todo lo que le mandaban.—Aquí he de ponderar quién es el que obedece y se sujeta, y á quién y en qué cosas y con qué modo. El que obedece es Dios infinito, criador y gobernador supremo del mundo, á quien todos están obligados á obedecer y sujetarse; y aunque no era mucho que en cuanto hombre obedeciese al eterno Padre, pero admira que se sujete y obedezca á su Madre y á un pobre oficial, sujetándose el Criador á las criaturas, el Señor á sus siervos y el Rey á sus vasallos; con lo cual confunde mi soberbia y rebeldía. Ó vil gusano, ¿cómo no te sujetas al hombre por Dios, pues Dios se sujeta al hombre por tí? Si Dios obedece á la voz del hombre, ¿cómo tú, miserable, no obedeces á la voz de Dios? Ó Sol de justicia, que te movias y parabas á la voz de estos dos hombres á quien te sujetaste por mi amor, concédeme que me sujete á los que me has dejado en tu lugar, gustando de negar mi voluntad por hacer la tuya.

2. Luego ponderaré las cosas en que obedecia; conviene á sa-

ber, en cosas tan bajas cuales suelen hacerse en casa de un pobre carpintero; de la manera que los hijos suelen servir en casa de sus padres cuando son pobres. Y esto hacia Cristo nuestro Señor con grande humildad y puntualidad, con maravillosa prontitud y alegría, y con toda la perfeccion que pide la perfecta obediencia; la cual igualmente abraza lo grande y lo pequeño, lo fácil y lo dificultoso, lo honroso y lo despreciado; porque despues que el mismo Dios se humilló á obedecer en cosas tan bajas, todas en su estima son muy altas, y ninguna cosa tiene por vil en la casa de Dios si él la manda; pues basta mandarla Dios, para que sea honra hacerla, como san Rafael tenia por suma honra servir á Tobías en cosas muy bajas, porque se lo mandaba Dios. (*Tob.* v). De donde sacaré que la excelencia de la vida espiritual no consiste tanto en hacer obras de suyo muy gloriosas, como es predicar, gobernar, enseñar, cuanto en hacer las que Dios manda, aunque sean de suyo bajas, pero con modo muy excelente; esto es, con mucho amor de Dios, con pura intencion de su gloria, con gran prontitud y alegría de corazon, y con encendido deseo de darle gusto en todas estas cosas. Y en este sentido dice el Sábio (*Eccli.* XXXIII, 23), que procuremos ser muy excelentes en todas nuestras obras, haciéndolas con tal modo que en los ojos de Dios sean muy excelentes. Y así Cristo nuestro Señor, cuanto al modo de obrar con espíritu de santidad, no era menos excelente en la obra de aserrar que en la obra de predicar ó hacer algun milagro. Y la Vírgen nuestra Señora no mostraba menos la excelencia de su santidad cuando hilaba que cuando servia á su *Hijo*, ó padecia algo por su causa; y en esto he de procurar imitar á Cristo nuestro Señor y á su Madre, si quiero por un breve atajo alcanzar grande perfeccion.

PUNTO CUARTO.— 1. Lo cuarto, consideraré como Cristo nuestro Señor hasta los treinta años ejercitó oficio de carpintero, como se saca de lo que decian los de su tierra, segun refiere san Marcos (*Marc.* VI, 3): *¿Por ventura no es este aquel carpintero hijo de María?* Aquí ponderaré las causas que tuvo Cristo nuestro Señor para escoger este oficio y proseguirle, aun despues de muerto san José, si es verdad que murió antes de cumplir Cristo los treinta años.- La primera, fue por huir la ociosidad y darnos ejemplo de trabajar y andar siempre bien ocupados; porque el ocio, como dice el Sábio, (*Eccli.* XXXIII, 29), es orígen de todos los males.-La segunda, por sujetarse de su voluntad á la maldicion que Dios echó á Adan (*Genes.* III, 19) cuando le dijo: Con el sudor de tu rostro comerás tu

pan. Y así todo este tiempo ganaba la comida con el trabajo de sus manos; de donde san Pablo y otros (*Act.* xx, 34) Santos tomaron ejemplo de trabajar para comer de su propio trabajo.

2. La tercera, para ejercitar la humildad, ocupándose en oficio vil y despreciado; porque Cristo nuestro Señor, á juicio del mundo y de los suyos, no hacia este oficio de su voluntad, como gente sábia y noble suele aprender algun oficio mecánico para entretenerse, sino de pura necesidad y por ganar de comer; y así seria tratado de los nobles y principales como ahora son tratados semejantes oficiales mecánicos. De todo esto sacaré afectos de admiracion y de imitacion, ponderando tambien el espíritu con que Cristo nuestro Señor hacia este oficio, trabajando con el cuerpo y orando con el corazon para imitarle, cuando hiciere obras corporales; al modo de aquellos soldados Macabeos, de quien dice la Escritura (II *Mach.* xv, 27) que peleaban con las manos, y oraban con los corazones, y así alcanzaron gloriosa victoria. Pues, como dijo san Agustin (De opere Monach.), en el tratado que de esto escribió á los monjes: Bien se compadece que la mano trabaje, y el corazon y lengua ore.

Punto quinto.— 1. Lo quinto, consideraré como Cristo nuestro Señor, con tener en sí todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, y todas las gracias y dones y potestad de hacer milagros, que arriba se contaron, quiso por todo este tiempo de los treinta años dar un raro ejemplo de humildad, encubriendo todo esto con extraordinario silencio, sin querer predicar ni enseñar, ni acudir á las disputas y juntas de letrados, ni á las escuelas ó universidades, como se saca de lo que dijeron de él los judíos (*Ioan.* vii, 15): ¿Cómo este sabe letras sin haberlas aprendido? De donde resultó que algunos de los suyos le tenian en opinion de idiota; y así cuando despues le vieron salir á predicar, pondera san Marcos que le querian prender, diciendo (*Marc.* iii, 21): *Quoniam in furorem versus est:* Porque se ha vuelto loco ó frenético ó arrepticio de algun demonio; no pudiendo creer que tales palabras y tales obras saliesen de hombre que habian conocido siempre en oficio bajo de carpintero.

2. De este ejemplo tan raro he de aprender á callar y á encubrir los dones y talentos, cuando no es menester publicarlos para gloria de Dios. Además, á no creerme á mí mismo ligeramente, en querer antes de tiempo manifestar mis cosas para mi honra, gustando de no ser conocido y de ser tenido por loco si Dios lo permitiere. Y

finalmente á echar hondas raíces en humildad y silencio, pues por todo esto quiso pasar mi Redentor; el cual con tener grandes ansias de la salvacion de las almas, reprimió este deseo callando tanto tiempo; y aunque pudiera predicar á los veinte y cinco años ó antes no quiso, porque con este ejemplo de mortificacion y silencio nos predicaba y enseñaba el camino seguro de la humildad. Y juntamente nos avisa que ninguno ha de comenzar á ser predicador y maestro hasta tener edad perfecta, en la cual haya aprendido con silencio lo que ha de manifestar con la palabra, echando hondas raíces de humildad en lo secreto, primero que salga á manifestarse en lo público. Y tiene misterio (*D. Greg.* hom. in v Eccli. 1) estar en silencio treinta años para predicar poco mas de tres, que era el diezmo de los treinta, para que se vea cuánto mas tiempo hemos de dar á los ejercicios de humildad para nuestro aprovechamiento, que á los que van enderezados al aprovechamiento de otros, para que sin daño nuestro hagamos bien á los demás. Ó Maestro soberano, cuyo silencio me predica, no menos que la palabra, confieso ser tanta mi soberbia, que siendo ignorante quiero ser tenido por sábio, y por vanidad quiero manifestar lo poco que tengo. Enséñame, Señor, á caminar por el camino de la humildad, siguiendo tus pisadas, para que humillándome contigo, reine contigo por todos los siglos. Amen.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

PÁG.

AL LECTOR. 7

INTRODUCCION PARA LAS MEDITACIONES. 9

§ I. — Qué cosa es oracion mental. 11

§ II. — Cómo se ha de hablar con Dios en la oracion mental. 14

§ III. — De las virtudes que acompañan á la oracion mental, y de sus excelencias. 18

§ IV. — De la materia de la oracion mental para la meditacion. 21

§ V. — De la entrada en la oracion. 24

§ VI. — Del modo de meditar y discurrir en la oracion, y cómo hemos de resistir á las distracciones que allí nos combaten. 27

§ VII. — Del modo como nos hemos de ayudar de la imaginacion y lengua y las demás potencias para la oracion mental. 31

§ VIII. — Del exámen de la oracion, y de los frutos que se han de sacar de ella. 33

§ IX. — De varios modos que hay de orar en diversas materias, acomodados á diferentes personas y tiempos. 35

§ X. — De la contemplacion, y del modo como algunos pueden tener oracion mental sin muchedumbre de discursos. 38

§ XI. — De los modos extraordinarios de oracion mental, y de las muchas maneras como Dios se comunica en ella. 41

§ XII. — Del tiempo ordinario y extraordinario que se ha de dar á la oracion mental, y de las oraciones jaculatorias. 47

§ XIII. — Algunas advertencias cerca de las meditaciones siguientes. 51

PARTE PRIMERA.

De las meditaciones de los pecados y postrimerias del hombre, con los modos de orar, propios de los que caminan por la via purgativa, para purificarse de sus vicios.

INTRODUCCION. — De la pureza, que es fin de las meditaciones de la via purgativa. 55

MEDITACION PRIMERA FUNDAMENTAL. — Del fin para que fue criado el hombre, y las demás cosas que le sirven. 57

MEDITACION II. — De la gravedad del pecado, por ejemplos del pecado de los Ángeles, de Adan y otros particulares. 63

MEDITACION III.—De la muchedumbre de los pecados, y de su gravedad por ser muchos y contrarios á la razon. 70
MEDITACION IV.—De la gravedad del pecado, por la vileza del hombre que ofende á Dios, y por la nada que tiene de su cosecha. 73
MEDITACION V.—De la gravedad de los pecados, por la grandeza de la infinita majestad de Dios, contra quien se cometen. 76
MEDITACION VI.—De la gravedad del pecado por comparacion á las penas temporales y eternas con que es castigado. 81
—Meditaciones de nuestras postrimerías para movernos al aborrecimiento de los pecados. 86
MEDITACION VII.—De las propiedades de la muerte. 87
MEDITACION VIII.—De las cosas que causan congoja y afliccion al que está cercáno á la muerte. 90
MEDITACION IX.—Del juicio particular que se hace del alma en el instante de la muerte. 96
MEDITACION X.—De lo que sucede al cuerpo despues de la muerte y de la sepultura. 105
MEDITACION XI.—De la memoria de la muerte, y del polvo en que nos hemos de convertir en la sepultura. 110
MEDITACION XII.—De los engaños y daños gravísimos que trae el olvido de la muerte, y el modo como se han de remediar. 114
MEDITACION XIII.—Del juicio universal, cuanto á las señales y cosas que precederán á su dia. 119
MEDITACION XIV.—De la resurreccion de los muertos y venida del Juez; y de las cosas que hará antes de dar la sentencia. 124
MEDITACION XV.—De las sentencias en favor de los buenos, y contra los malos, y de su ejecucion. 133
MEDITACION XVI.—Del infierno, cuanto á la eternidad de las penas y á la terribilidad del lugar, y de sus moradores y atormentadores. 142
MEDITACION XVII.—De la pena de los sentidos y potencias interiores, y de la pena de daño que se padece en el infierno. 148
—Síguense otras meditaciones y modos de orar, para alcanzar la pureza del alma y la perfecta mortificacion de sus vicios y pasiones. 153
MEDITACION XVIII.—De la soberbia y vanagloria. 155
MEDITACION XIX.—Sobre el vicio de la gula y virtud de la templanza. 159
MEDITACION XX.—Sobre el vicio de la lujuria, y virtud de la castidad. 162
MEDITACION XXI.—De la avaricia. 168
MEDITACION XXII.—De la ira ó impaciencia. 172
MEDITACION XXIII.—De la envidia. 176
MEDITACION XXIV.—De la acidia ó pereza. 179
MEDITACION XXV.—Sobre los diez mandamientos de la Ley de Dios. 183
MEDITACION XXVI.—Sobre los cinco sentidos y potencias exteriores. 192
MEDITACION XXVII.—Sobre las potencias interiores del alma. 196
MEDITACION XXVIII.—En que se pone un modo de orar, haciendo exámen de la conciencia cada noche. 201
MEDITACION XXIX.—En que se pone otro modo de orar en tres tiem-

pos del dia, haciendo exámen particular de un vicio, para arrancarle de raíz. 205
— Meditaciones para antes de la Confesion y Comunion. 209
MEDITACION XXX. — De las excelencias del santo sacramento de la Confesion: de las virtudes que en él se ejercitan, y de las gracias que se reciben. 210
MEDITACION XXXI. — Del aparejo para recibir el santo sacramento de la Penitencia. 214
MEDITACION XXXII. — Del hacimiento de gracias despues de la Confesion. 220
MEDITACION XXXIII. — Del santísimo Sacramento del altar, para antes de la Comunion. 223
MEDITACION XXXIV. — De la Comunion espiritual, que es disposicion para la Comunion sacramental, y para oir misa con provecho. 228
MEDITACION XXXV. — Para dar gracias despues de la Comunion. 232
MEDITACION XXXVI. — Del purgatorio, para alentarnos á las obras de penitencia. 235

PARTE SEGUNDA.

De las meditaciones que pertenecen á la via iluminativa, sobre los misterios de la encarnacion é infancia de Jesucristo nuestro Señor hasta el Bautismo. Con ellas van mezcladas meditaciones de la vida de Nuestra Señora, hasta el mismo tiempo.

INTRODUCCION. — De la perfecta imitacion de Cristo nuestro Señor, que es fin de estas meditaciones. 243
MEDITACION FUNDAMENTAL. — De la infinita excelencia del Rey celestial, Jesucristo nuestro Señor, y del llamamiento que hace convidando á todos los hombres para que le sigan. 246
MEDITACION I. — Del decreto que hizo la santísima Trinidad, de que la segunda persona divina se hiciese hombre para remediar el linaje humano, perdido por el pecado de Adan. 251
MEDITACION II. — De la infinita caridad de Dios, que resplandece en el misterio de la encarnacion, y de los grandes bienes que por él nos vienen. 256
MEDITACION III. — Del decreto que hizo Dios de nacer de mujer; y de la eleccion de Nuestra Señora para ser su Madre; y de las singulares gracias que por esto la concedió en el instante de su concepcion. 260
MEDITACION IV. — De la vida de Nuestra Señora hasta la encarnacion, en que se trata de su natividad, presentacion al templo, y desposorios con san José. 267
MEDITACION V. — Del tiempo que escogió Dios para anunciar y ejecutar el misterio de la encarnacion. 276
MEDITACION VI. — De la venida del ángel san Gabriel á anunciar el mis-

terio de la encarnacion á la Vírgen, y del modo como la saludó y quitó el temor. 281
MEDITACION VII. — Del modo como el Ángel anunció y declaró á la Vírgen el misterio de la encarnacion. 289
MEDITACION VIII. — De la última respuesta que la Vírgen dió al Ángel, consintiendo á su embajada. 294
MEDITACION IX. — De la ejecucion de la encarnacion y de algunas circunstancias de ella, cuanto al cuerpo de Cristo nuestro Señor. 300
MEDITACION X. — De las excelencias del alma santísima de Cristo nuestro Señor, y los actos heróicos de virtud que ejercitó en el primer instante de su encarnacion. 304
MEDITACION XI. — De la jornada que hizo el Verbo eterno encarnado en las entrañas de su Madre á casa de Zacarías, para santificar á su precursor Juan. 310
MEDITACION XII. — De lo que sucedió en la visita de la Vírgen á santa Isabel. 313
MEDITACION XIII. — Del nacimiento de san Juan, precursor de Cristo nuestro Señor. 323
MEDITACION XIV. — De lo que sucedió cuando san José quiso dejar á la Vírgen por verla preñada, y de la revelacion que le hizo el Ángel de este misterio. 327
MEDITACION XV. — De la expectacion del parto, y del aparejo para el nacimiento de Cristo nuestro Señor. 332
MEDITACION XVI. — De la jornada de la Vírgen nuestra Señora desde Nazaret á Belen. 336
MEDITACION XVII. — Del nacimiento de Jesucristo nuestro Señor en el portal de Belen. 340
MEDITACION XVIII. — Del regocijo de los Ángeles en el nacimiento del Hijo de Dios, y de la nueva que dieron á los pastores. 345
MEDITACION XIX. — De la ida de los pastores á Belen, y lo que allí les sucedió, y lo demás hasta la circuncision. 349
MEDITACION XX. — De la circuncision del Niño al octavo dia. 352
MEDITACION XXI. — De la imposicion del nombre de Jesús. 356
MEDITACION XXII. — De la salida de los Reyes de Oriente para adorar al Niño, y de su entrada en Jerusalen. 361
MEDITACION XXIII. — De la salida de los Magos de Jerusalen, y entrada en el portal de Belen, y lo que allí les sucedió. 366
MEDITACION XXIV. — De la Purificacion de la Vírgen, y presentacion del Niño en el templo. 372
MEDITACION XXV. — De lo que sucedió en la presentacion con Simeon y Ana profetisa. 376
MEDITACION XXVI. — En que se pone un modo de orar, aplicando los sentidos interiores del alma á la contemplacion de los misterios que se han meditado. 381
— Otro modo de aplicar en la oracion los sentidos interiores con actos de varias virtudes. 386

MEDITACION XXVII. — De la huida á Egipto. 387
MEDITACION XXVIII. — De la muerte de los Inocentes, y de la vuelta de Egipto. 394
MEDITACION XXIX. — De la ida de Cristo nuestro Señor al templo de Jerusalen, y de su quedada allí entre los doctores. 397
MEDITACION XXX. — De lo que hizo la Vírgen cuando vió que habia perdido á su hijo, hasta que le halló. 400
MEDITACION XXXI. — De la vida que hizo Cristo nuestro Señor en Nazaret, hasta los treinta años de su edad. 408

FIN DEL ÍNDICE.

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
30 MAR 2001
OF OXFORD
LIBRARY

003096

This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

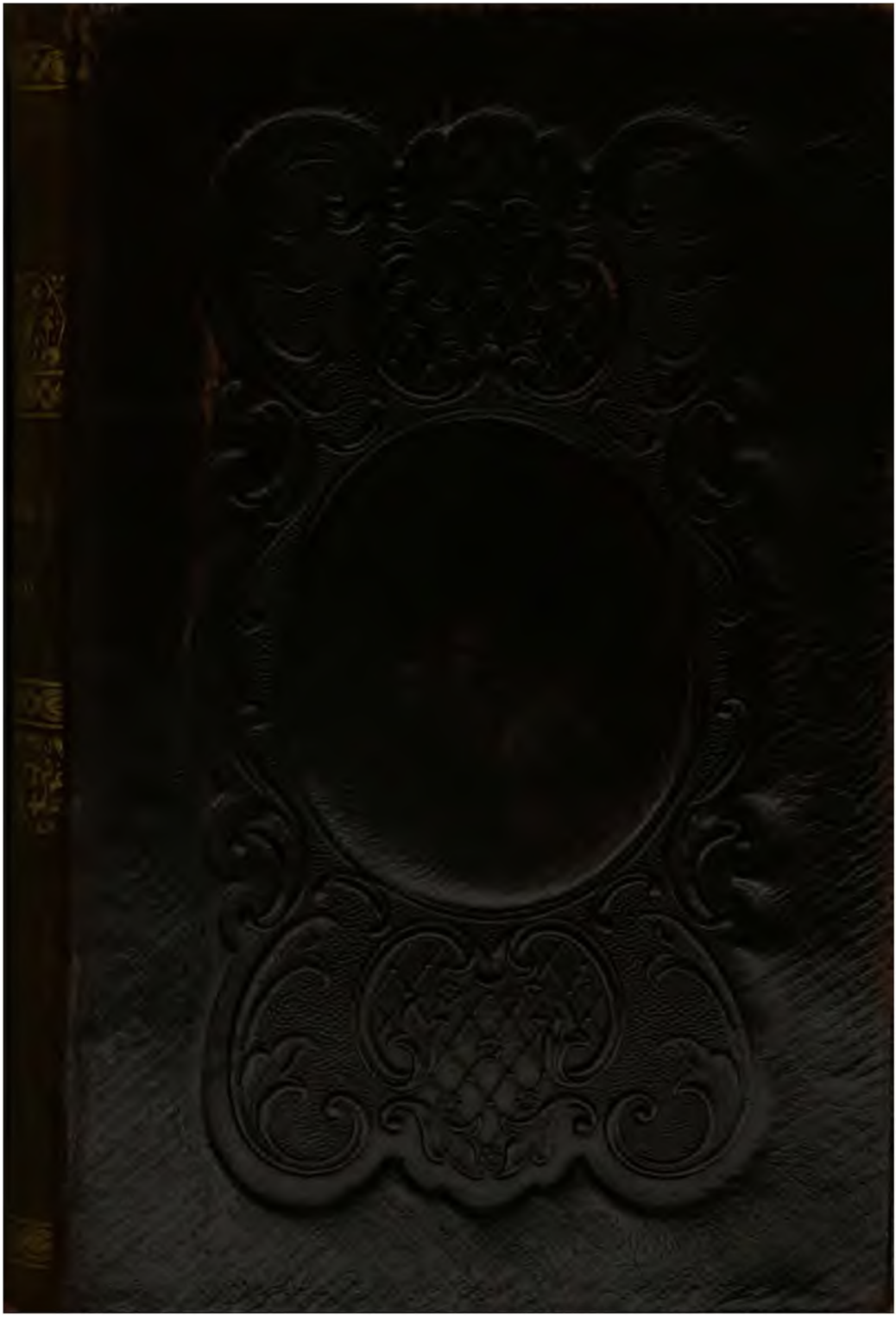
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

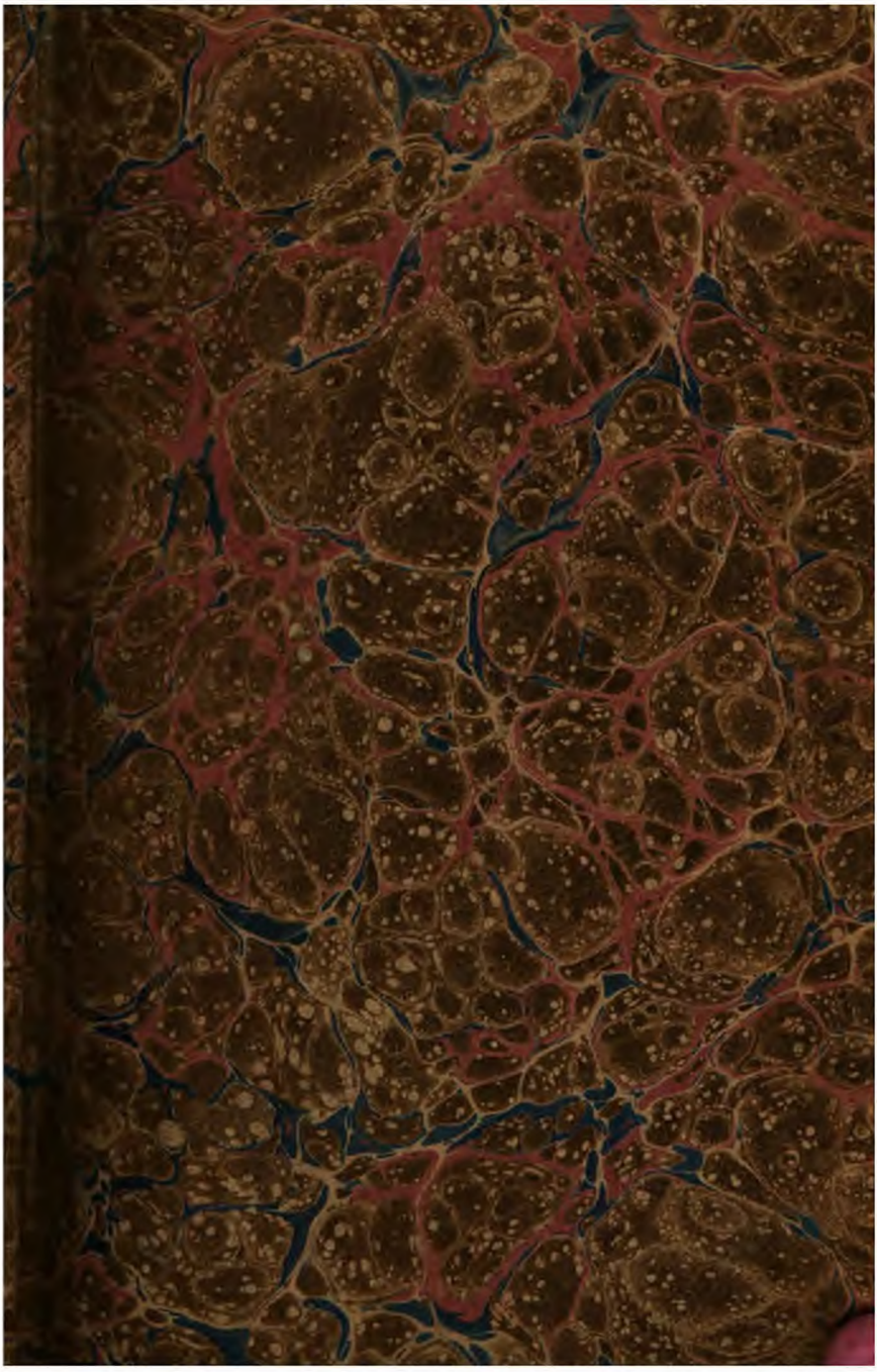
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



TAYLOR INSTITUTION
LIBRARY
University of Oxford

PRESENTED BY
Prof R. D. F. Pring-Mill,
August 2000.



Antonio Coll Pro.

VET. SPAN - III 8. 466

MEDITACIONES ESPIRITUALES.

—

TOMO II.

Varios Prelados de España han concedido 2320 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

MEDITACIONES ESPIRITUALES

DEL

V. P. LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

TOMO II.

MEDITACIONES DE LA VIA ILUMINATIVA,

Ó

PARA ILUSTRAR EL ALMA CON VERDADES Y VIRTUDES, Y PERFECCIONARSE EN EL EJERCICIO DE ESTAS.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
calle Nueva de San Francisco, núm. 17.

1856.

Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde.

Enteramente ha sido desolada toda la tierra, porque no hay ninguno que considere en su corazon. (*Jerem.* XII, 11).

PARTE TERCERA.

DE LAS MEDITACIONES

SOBRE LOS

MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, DESDE EL BAUTISMO HASTA EL FIN DE SU PREDICACION.

INTRODUCCION Y MEDITACION FUNDAMENTAL.

EN QUE SE TRATA DE LAS DOS VIDAS, ACTIVA Y CONTEMPLATIVA, FIGURADAS POR MARTA Y MARÍA, HERMANAS: Y DE LA VIDA COMPUESTA DE AMBAS, QUE EJERCITÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR EN EL TIEMPO DE SU PREDICACION.

Comun sentencia es de los santos Padres y maestros de espíritu, que la vida espiritual abraza dos suertes de obras y ejercicios, que llaman vida activa y contemplativa. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 179; *D. Greg. et alii*). La vida activa es un modo de vivir dedicado principalmente á obras exteriores para nuestro aprovechamiento espiritual ó para bien de nuestros prójimos, ejercitando con ellos las obras de caridad y misericordia, ó las corporales, por donde han de comenzar los principiantes, ó las espirituales de enseñar y predicar, que son mas propias de los perfectos. La vida contemplativa es un modo de vivir dedicado principalmente á las obras interiores del conocimiento y amor de Dios, subiendo por los escalones y ejercicios de leccion, meditacion, oracion y contemplacion, de que se trató al principio de este libro en la suma de la oracion mental que los abraza todos. Estas dos vidas suelen hermanarse y ayudarse maravillosamente una á otra con la mezcla de sus obras; de donde resulta la vida que llaman mixta, compuesta de ambas, abrazando lo mas perfecto que hay en cada una. De aquí es, que como Cristo nuestro

Señor vino al mundo por maestro y dechado universal de toda perfeccion en todo género de vida, y para toda suerte de personas; despues que en los treinta primeros años de su edad ejercitó la humildad, obediencia y silencio, y otras obras exteriores de la vida activa (*D. Thom.* 3 *p. q.* 40, *art.* 1 *ad* 2 *et* 3) que se ordenan para nuestro aprovechamiento, quiso en los años restantes darnos heróicos ejemplos de las obras mas preciosas de la vida activa, hermanándolas con la vida contemplativa con una excelentísima perfeccion mas divina que humana, como verémos en las meditaciones de esta parte III. Por cuyo fundamento me ha parecido necesario declarar primero los oficios de estas dos vidas, sus obras y propiedades, y el modo como Cristo nuestro Señor las ejercitó, fundando todo esto en la historia que cuenta el evangelista san Lucas (*Luc.* x, 38) de las dos hermanas: Marta que hospedó á Cristo en su casa, y María que sentada á sus piés oia su doctrina, las cuales, como comunmente dicen los Santos, son figuras de estas dos vidas, y en su historia está dibujada la doctrina mas alta y provechosa que se puede dar de ambas. Y por hacer de un camino dos mandatos, juntamente iré sacando mi intento, y haciendo una meditacion sobre esta historia.

§ I.

De las obras principales de la vida activa.

1. Las principales obras y oficios de la vida activa declara místicamente el Evangelio, diciendo (*Luc.* x, 38): *Entró Jesús en un lugar pequeño, y una mujer por nombre Marta le hospedó en su casa.* En las cuales palabras se tocan tres oficios que pertenecen á este modo de vida.-El primero es, aparejar la casa del alma para hospedar á Cristo nuestro Señor espiritualmente en ella, lo cual hace con estos ejercicios.-Lo primero, barriéndola de todos los pecados con obras de penitencia, porque la Sabiduría encarnada no entrará en alma injusta, ni se hospedará en cuerpo sujeto á pecados. (*Sap.* I, 4).-Lo segundo, quietándola y sosegándola del bullicio y turbacion de las pasiones desconcertadas con ejercicios de mortificacion, porque ningun huésped gusta de morar mucho tiempo en casa bulliciosa y muy turbada.-Lo tercero, adornándola con las virtudes morales, ejercitando sus obras con gran fervor, porque en casa ataviada con tan preciosa tapicería gusta Cristo nuestro Señor de hospedarse y perseverar en ella, unido con su huésped con union de gracia y caridad.

2. El segundo oficio de la vida activa es, hospedar dentro de su casa á Cristo nuestro Señor en sus pobres, como Marta le hospedaba con sus Apóstoles, sirviéndoles y ejercitando con ellos las siete obras de misericordia corporales; porque hablando de ellas, dijo este Señor (*Matth.* xxv, 40): Lo que hicísteis por uno de estos pequeñuelos, por mí lo hicísteis; yo en ellos era peregrino, y me hospedásteis: estaba hambriento, y dísteisme de comer y beber, y á mi cuenta tomo lo que haceis por mis pobres, porque yo soy una cosa con ellos y estoy en ellos.

3. El tercer oficio mas levantado que pertenece á la vida activa, cuando está muy perfecta y se ha hermanado y concertado con la contemplativa, es buscar posada á Cristo nuestro Señor en las almas de los prójimos, incitándolas á que le hospeden (*D. Thom. in art.* 3, *q.* 182, *art.* 2 *ad* 3), y aparejándolas para que Cristo nuestro Señor guste de hospedarse en ellas; y esto hace con las obras de misericordia espirituales, como son enseñar, aconsejar, corregir, predicar, confesar, administrar Sacramentos y otras tales, en las cuales resplandece mas la caridad y amor de los prójimos y celo de su salvacion. Este fue el oficio de los discípulos (*Luc.* x, 1), á quien Cristo nuestro Señor envió delante de sí por todas las ciudades y lugares por donde él habia de ir, para que le aparejasen posada en las almas de los hombres.

§ II.

De las obras de la vida contemplativa.

1. Las principales obras de la vida contemplativa declara luego el Evangelista, diciendo: *Marta tenia una hermana por nombre María; la cual sentada junto á los piés del Señor, oia su palabra.* En lo cual se nos representa que el oficio y ocupacion principal de la vida contemplativa es gozar del divino huésped, que su hermana la vida activa ha hospedado en el alma, y postrada con el espíritu á sus piés, oir su celestial doctrina; porque como ambas son hermanas, hijas de un mismo padre Dios, engendradas por un mismo fin de nuestra perfeccion y de su gloria (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 182, *art.* 2; *Cant.* 1, 16); de aquí es que el divino Espíritu primero engendra la vida activa, que es la primera y menos perfecta, y con esta adorna la posada donde se ha de hospedar y el lecho donde ha de descansar, y luego engendra la vida contemplativa, para que goce del huésped, oiga su doctrina, y reciba los dulces abrazos del divino

amor. Las propiedades y obras de esta vida contemplativa, que aquí se apuntan, son estas.-La primera es, acercarse á Cristo nuestro Señor; porque como Marta, ocupada en los ministerios de casa, andaba mas léjos de Cristo, pero María estaba cerca de sus piés; así los dados á la contemplacion andan mas cerca de Dios con el espíritu, y mas puestos en su presencia por conocimiento y amor para recibir de él la luz y resplandor de las virtudes, conforme á lo que dice David (*Psalm.* XXXIII, 6): Acercaos á Dios, y seréis alumbrados.

2. La segunda propiedad es, sentarse con quietud cerca de Cristo, porque dando de mano por entonces á las obras exteriores que suelen inquietar, procura recoger todas sus potencias y sosegar sus imaginaciones, pensamientos y afectos, y atender solamente á conocer y amar á Dios, y á oir lo que le dice dentro de su corazon, conforme á lo que dijo por David (*Psalm.* XLV, 11): Vacad y ved que yo soy Dios; y á lo que dice el mismo David: Oiré lo que habla en mí el Señor.-La tercera propiedad es, sentarse cerca de los piés de Cristo nuestro Señor, protestando con esto varios afectos.-El primero de humildad, escogiendo el último lugar en la presencia de este Señor.-El segundo de reverencia, reconociendo la alteza de la majestad de su Maestro.-El tercero de sujecion, ofreciéndose á estar sujeto y rendido en cuanto le mandare.-El cuarto de imitacion, determinándose á seguir sus pisadas; y todo esto con amor, saboreándose en esta humillacion y reverencia, en esta sujecion é imitacion, deseando abrazarse con los piés de este Señor con todo su espíritu; y los que de esta manera llegan á la contemplacion, consiguen lo que dice la Escritura (*Deut.* XXXIII, 3): Que quien se acerca á los piés de Dios, recibirá de su doctrina.

3. La cuarta propiedad y obra propia de la vida contemplativa es, oir la palabra de Dios; lo cual ejercita en muchas maneras, disponiéndose con las unas para las otras. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 180, *art.* 3).-Lo primero, oye la palabra de Dios, leyéndola en los libros sagrados y devotos, por medio de los cuales nos habla Dios, enseñándonos la doctrina que vamos leyendo.-Lo segundo, oye la palabra de Dios por boca de los predicadores y maestros; por los cuales tambien habla Cristo (II *Cor.* XIII, 3), como por boca suya.-Lo tercero, la oye del mismo Dios en la meditacion, razonando con él dentro del corazon con varios discursos, inquiriendo las verdades divinas, y recibiendo de este divino Maestro la inteligencia de ellas.-Y últimamente la oye en la contemplacion, que es una vista sen-

cilla y amorosa de las verdades que pertenecen al mismo Dios, cuyo supremo acto declara la Escritura por estas frases de oir, como dijo san Pablo (II *Cor.* XII, 4), que en su rapto oyó las palabras secretas de Dios; y Cristo nuestro Señor dijo á sus discípulos (*Ioan.* XV, 15), que les habia enseñado todo lo que habia oido de su Padre. Porque como el que oye, sin muchedumbre de discursos propios recibe apurada y aechada la doctrina que el Maestro le dice; así el alma en la contemplacion con poco trabajo y con mucho gusto recibe dentro de sí las inspiraciones é ilustraciones y sentimientos altos de Dios, con los cuales queda enseñada, ilustrada, apacentada y encendida en afectos de amor, y dentro de sí recibe al mismo Verbo y palabra increada (*Iacob.* I, 21), que es Dios, con quien se junta con perfecta union de caridad.

§ III.

De la necesidad que la vida activa tiene de la contemplativa, y de las quejas que hay sobre esto.

1. *Marta andaba muy ansiosa en los ministerios de casa, la cual llegó á Cristo y le dijo: Señor, ¿no tienes cuidado de que mi hermana me deja sola en tu servicio? Díla que me ayude.* En este suceso se representa la necesidad que la vida activa tiene de la contemplativa. Porque primeramente, á ejemplo de Marta, confiesa que á solas no basta para servir á Cristo nuestro Señor, como desea, cumpliendo todas las obras propias de su estado, si no es que le ayude su hermana la contemplacion, á quien pertenece alcanzar devocion y dulzura para las obras exteriores, sin la cual la vida activa anda seca y medio ciega, llena de quejas y repugnancias, por lo cual dijo san Bernardo (Lib. I de consider. ad Eugenium), que á la misma accion convenia prevenirla con la consideracion; y aunque sin la contemplacion perfecta se puede entrar en el cielo; pero sin algun modo de contemplacion no se puede caminar con gusto, ni llevar con suavidad la carga y yugo de la ley de Dios.

2. De aquí es que su misma necesidad hace á la vida activa que pare un poco como Marta, *quae stetit*, y se llegue á Cristo con oracion y peticiones, pidiéndole el espíritu de la contemplacion en el grado que ha menester para su ayuda. Y así con un modo de queja amorosa le dice: Señor, parece que te olvidas de mí y me dejas sola, sin la compañía de mi hermana la contemplacion; díla que me ayude. Y pues tu decir es hacer y tu mandar es obrar, manda que

venga conmigo el espíritu de la contemplacion; envia del cielo y de la silla de tu grandeza el espíritu de la sabiduría, de donde ella procede (*Sap.* IX, 10), *ut mecum sit, et mecum laboret;* para que esté conmigo y trabaje conmigo, y sepa lo que mas te agrada, poniéndolo luego por obra.

3. Pero se han de advertir en este mismo suceso algunas quejas que suele haber en algunos imperfectos que andan muy ocupados en las obras de vida activa y muy pagados de ellas; porque unos con una secreta soberbia se quejan de Cristo nuestro Señor, porque trabajando mucho en su servicio con obras exteriores, les deja solos sin los regalos y ternuras de la contemplacion, como quien no tiene cuidado de ellos, ni les premia sus trabajos, como los premia á otros. Al modo que el hermano mayor del hijo pródigo se quejó á su padre (*Luc.* XV, 29), porque no le regalaba como al hijo menor. Y este es grande engaño, porque nuestro soberano Padre de todos tiene cuidado, así de los trabajadores como de los contemplativos, y á todos da bastante favor, conforme á su estado; y notar á Dios de descuidado en esto, es argumento de no conocerle y de no conocerse por falta de humildad; porque quien le conoce y se conoce, se tiene por dichoso de servirle, aunque sea arrastrando, sin género de regalo y sin otro premio mas que al mismo Dios; y hasta que se humille no alcanzará la contemplacion; la cual, como dice la Escritura (*Iob*, XXXVII, 24), se niega á los soberbios presuntuosos, y se dará á los humildes y resignados.

4. Otros hay que se quejan disimuladamente de los contemplativos, como Marta de María, juzgándolos por ociosos y de poco provecho para la Iglesia y para sus prójimos, y querrian que dejasen la contemplacion y acudiesen á ayudarles en las obras exteriores que ellos hacen, y con un modo de enfado, ya que no con palabras, con las obras dicen á Cristo que les diga y mande que se levanten de sus piés y vayan á ayudarles. Y este tambien es gran engaño y de gente poco experimentada que quiere llevar á todos por el camino que va ella; porque los contemplativos no están ociosos, sino muy ocupados en servicio de su Señor y en las cosas de que gusta, y ayudan grandemente á la Iglesia y á sus obreros, alcanzándoles de Dios nuestro Señor gracia y favor para el trabajo y fruto de sus obras; y así el mismo Dios se hace patron de los contemplativos, como en este caso se hizo de María, segun que verémos luego. Por lo cual me importa mucho arrojarme en las manos del Padre celestial, que reparte sus gracias y dones á quien quiere y como quiere, dan-

do á cada uno lo que mas le conviene. (I *Cor.* XII, 11). Y con esta confianza tomaré la parte y modo de vida que me ha señalado, dándole gracias por la que ha dado á otros, gozándome de que sean grandes, pues con su grandeza ayudan á mi pequeñez, y con la caridad haré propios los dones que son ajenos. Ó Dios de mi corazon, léjos estén de mí tales modos de quejas, bástame que lo hagas tú, para que no me queje yo, pues no dejará de ser bueno para mí cualquier cosa que saliere de tí.

§ IV.

De otras imperfecciones de la vida activa, y como Cristo nuestro Señor las corrige para que sea perfecta.

1. *Respondióla el Señor: Marta, Marta, solícita andas y turbada en muchas cosas.* En esta respuesta Cristo nuestro Señor, repitiendo dos veces el nombre de Marta, de tal manera descubre el amor que la tiene, que justamente la reprende por la demasiada solicitud y turbacion que tenia, aunque cerca de cosas buenas; con lo cual mas declara las faltas que suelen acompañar á la vida activa en los imperfectos, aunque no por eso deja de amarlos; porque, como dice David (*Psalm.* CXXVIII, 16): Tus ojos, Señor, vieron mi imperfeccion, y en tu libro serémos escritos todos.—Las raíces de esta solicitud ansiosa y turbada suelen ser tres. La primera es, la misma natural complexion, porque, como dice san Gregorio (*Apud D. Thom. q.* 182, *art.* 4 *ad* 3), unos hay que de su complexion son inquietos y turbados y del todo ineptos para la quietud de la contemplacion; porque cuanto mas se recogen, tanto es mayor el tropel de imaginaciones y pensamientos que padecen. Y al contrario, otros hay que de su natural complexion son quietos y sosegados y dados al recogimiento, y cási del todo ineptos para las obras exteriores. Pero así como el amor de Dios suele hacer á estos que salgan del recogimiento, así el temor de Dios suele hacer á los otros que vengan á gustar de él, y como áncora tiene firme y estable el navío de su alma en medio de las olas y tempestades que padecen; porque es muy fácil á la gracia lo que parece imposible á la naturaleza; y así quien sintiere deseos de la oracion y contemplacion, no debe desmayar, sino atar su corazon, y fijarle en Dios con las dos áncoras del temor y de la confianza, temiendo el daño que le puede venir si no se da á la oracion, y confiando en la omnipotencia de Dios, que con su ayuda saldrá con ella.

2. La segunda raíz es, poca experiencia ó celo demasiado, con falta de discrecion y ciencia. De donde procede, con una falsa aprension de necesidad ó piedad querer abarcar muchas cosas; y cargarse de muchedumbre de ocupaciones sobre sus fuerzas; con lo cual anda aneja la turbacion y congoja interior por cumplir con todo. Y de esto notó Cristo nuestro Señor á Marta, que con título de servirle y aparejarle la comida, buscaba muchas cosas, derramándose con gran congoja y turbacion en ellas, cuyo remedio está en corregir estos yerros del juicio, y tomar las ocupaciones moderadas, de modo que no ahoguen el espíritu, ni quiten la quietud conveniente para la oracion, acordándonos de lo que dice el Sábio (*Eccli.* XI, 10): Hijo, no se extiendan tus obras á muchas cosas; aprende la sabiduría en el tiempo desocupado, porque quien acerta la ocupacion recibirá la sabiduría.

3. La tercera raíz es, algun modo de propiedad que frisa con el amor propio, el cual suele tambien mezclarse con el bueno y cebarse en cosas buenas; y aunque sean pocas, suele amarlas con demasía que causa turbacion; lo cual sucede á tres suertes de personas, á los muy afectuosos é impetuosos por complexion, aunque sean bien intencionados; y á los vanagloriosos, que pretenden salir con la suya con una secreta vanagloria que les saltea; y á los indiscretos é ignorantes, que tienen por conveniente todo lo que parece lícito, y con la demasiada aficion se hacen esclavos de ello. Contra los cuales dijo el Apóstol: Aunque todas estas cosas me sean lícitas, mas no todas son convenientes (I *Cor.* VI, 12): *Ego autem sub nullius redigar potestate.* Pero yo de ninguna me quiero hacer esclavo, ni la quiero hacer llevado de la pasion como siervo, sino llevado de la razon y puro amor de Dios como libre. De estas raíces puede proceder que la vida activa impida la contemplativa; pero si se mortifican, bien podrán vivir juntas ambas hermanas (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 182, *art.* 3), sin que la una estorbe los ejercicios principales de la otra, en los tiempos señalados para cada una.

§ V.

Del UNO *necesario, que es disposicion y fin de la vida contemplativa.*

1. Prosiguiendo Cristo nuestro Señor la reprension de Marta, la dijo: *Porro unum est necessarium:* una cosa es necesaria. En las cuales palabras echó el fundamento para excusar y alabar á María, y por consiguiente á la vida contemplativa, cuyo fin es reducir todas

las cosas á unidad, quitando toda la multitud y diversidad que puede. Y esto se va alcanzando por los grados que aquí se apuntan.—La primera unidad es, en el uso de las cosas temporales, reduciéndolas á una necesaria; esto es, á lo que fuere bastante para sustentar la vida. Esto pretendió avisar Cristo nuestro Señor á Marta, diciéndola: No hay para qué andes tan solícita y ocupada en muchas cosas para mi sustento y de mis discípulos, porque una sola nos basta, la que fuere necesaria para pasar la vida, y con esta nos contentamos. Esta unidad tan ceñida en el uso de las cosas temporales dispone mucho para la quietud del corazon, porque con ella se cercenan los deseos y cuidados congojosos. Y así los Santos muy contemplativos descuidaron mucho de esto temporal, contentándose con una cosa necesaria y sencilla en la comida y vestido, como dijo el Apóstol (I *Tim.* VI, 8): Por tanto, si quiero vacar á Dios y gustar la dulzura de su contemplacion, he de quitar la multitud contraria á este uno necesario; porque quien se contenta con poco de lo temporal, alcanzará mucho de lo espiritual; y quien toma con tasa lo que recrea en la tierra, recibirá con abundancia los deleites del cielo.

2. La segunda unidad es, en la intencion de todas las obras, reduciéndolas á un solo y necesario fin, que es la gloria de Dios, el cumplimiento de su voluntad y nuestra salvacion, mortificando y quitando cualquier multitud ó variedad de intenciones ó pretensiones contrarias á este uno, ó que no vayan encaminadas á él. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor á Marta, que una sola cosa era necesaria: la cual pretendia María oyendo su doctrina para sustentar su alma y alcanzar el fin de ella. Porque nada me aprovechará ganar toda la muchedumbre de las cosas del mundo, si pierdo esta una necesaria que es la salvacion de mi alma, con el buen agradecimiento de Dios. Y así con gran fervor he de procurar lo que dice David (*Psalm.* XXVI, 4): *Unam petii à Domino, hanc requiram:* una sola cosa he pedido á Dios, esta tengo de buscar, que es morar en la casa de mi Señor todos los dias de mi vida, para ver por la contemplacion la soberanía de su gloria, de su voluntad y de sus deleites, amando lo que viere, y pretendiendo lo que amare. Y particularizando mas esto, he de reducir todas mis cosas al uno necesario, que desmenuzó el Apóstol, diciendo (*Ephes.* IV, 4; I *Tim.* II, 5): Un cuerpo, un espíritu, una esperanza y una vocacion, una fe, un bautismo, un Señor, un Medianero, un Dios y Padre de todos. De suerte que aborrezca y mortifique cualquier deseo y pretension de cosas

que sean contrarias á la unidad del cuerpo místico de la Iglesia y del Espíritu Santo que la rige, y de la esperanza de mi salvacion, y de la vocacion para que fuí llamado, de la fe que profeso, del Bautismo que recibí, del medianero Cristo Jesús que me redimió, del Dios y Señor que me crió, y del Padre que me tomó por hijo, y me quiere hacer heredero de su cielo. (*D. August.* ibi).

3. La tercera unidad propia de la vida contemplativa es, en el uso de los sentidos y potencias interiores del alma, reduciéndolas todas á union, para que atiendan á solo el conocimiento y amor actual de Dios. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor á Marta: Andas turbada y derramada en muchos pensamientos, aficiones y cuidados; lo mas necesario es, que tu alma sea una; esto es, que esté unida y recogida dentro de sí. Una en sus aficiones sensuales, reduciéndolas á union con el espíritu, mortificando las rebeldías de la carne. Una en sus quereres, reduciéndolos al querer de Dios, aborreciendo cualquier contrario querer de las criaturas. Una en sus cuidados, resumiéndolos todos en uno de agradar á la divina bondad, arrojando los demás en su providencia. Una en sus pensamientos, recogiéndolos todos para no pensar por entonces otra cosa mas que en solo Dios, resistiendo las distracciones y vagueaciones, en cuanto fuere posible á la flaqueza del presente estado. Una finalmente en el amor, poniéndole todo en un solo bien infinito, que le satisfaga y harte, diciendo con David (*Psalm.* LXXII, 25): ¿Qué tengo yo en el cielo? y fuera de tí, ¿qué otra cosa quiero en la tierra?

§ VI.

De las excelencias de la vida contemplativa.

1. Concluye Cristo nuestro Señor su intento, diciendo: *María escogió la mejor parte, la cual no le será quitada.* (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 182, *art.* 1 *et* 2). En las cuales palabras se ha de advertir, que aunque Cristo nuestro Señor dijo, que María escogió esta parte mejor, que era la contemplacion, porque ella con su libertad se aplicó á este modo de vida; pero la fuente y raíz de esta eleccion fue la gracia é inspiracion de Dios, que movió su voluntad á escogerla, porque tambien en estos modos de vida es verdad lo que Cristo nuestro Señor dijo á sus Apóstoles (*Ioan.* XV, 16): No me escogísteis vosotros, sino yo os escogí. Y al Espíritu Santo, que reparte las demás gracias, pertenece repartir esta, inspirándola á los que quiere, y les conviene para su salvacion y perfeccion. Mas porque ninguno se

excuse de aplicarse, como pudiere, á pretenderla, dijo Cristo que María habia escogido esta parte de la vida contemplativa; la cual, por sentencia del mismo Señor, es mejor que la parte de Marta, que es la vida activa, porque está mas unida con el sumo bien, de quien toda bondad procede; hace al hombre mas semejante á Dios y á sus Ángeles; perfecciona las dos potencias mas nobles del alma, que son entendimiento y voluntad, ilustrando el entendimiento con el mas excelente acto de la sabiduría, que es el conocimiento de Dios, y encendiendo la voluntad con el mas heróico acto de la caridad, que es el amor del mismo Dios; y como de este procede el amor del prójimo, así de la contemplacion procede la perfeccion de las obras exteriores, pegándolas fervor, espíritu, dulzura y entereza.

2. Á estas excelencias añadió Cristo nuestro Señor otra, diciendo que no le seria quitada, como quien dice: Por tus razones, ó Marta, ni por tus quejas, no quitaré á María la parte que escogió para que siga la tuya, que aunque buena, pero la suya es mejor. Esto cumple Nuestro Señor en tres maneras. – Lo primero, al que por especial vocacion llamó para este modo de vida, nunca se le quita, cuanto es de su parte, ni gusta de que otros se le quiten, ni quiere que él le deje por persuasiones, ni razones humanas aparentes, sino que persevere en su vocacion hasta la muerte. – Lo segundo, á los que con su inspiracion y mocion convida y trae á este soberano ejercicio en las horas y tiempos señalados para él, tampoco les quita su ejercicio, ni quiere que otros les quiten de él, ni les estorben con títulos aparentes de virtud, antes los defiende, como á María, y en su favor dice aquello de los Cantares (*Cant.* II, 7; III 5): Conjúroos, hijas de Jerusalen, que no desperteis á mi amada, hasta que ella quiera, que es decir, no la quiteis el dulce sueño de su contemplacion, ni perturbeis el descanso que conmigo tiene, hasta que satisfaga á su deseo y necesidad; porque como su querer es conforme al mio (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 80, *art.* 4; 121, *art.* 1), ella querrá dejar el sueño, cuando yo quisiere que le deje; y así, cuando la caridad del prójimo, ó la obediencia del superior pide otra cosa, luego acude á ella.

3. Finalmente, nunca Dios quita á los escogidos la contemplacion que acá tuvieron, sino perfecciónasela; porque en la muerte, aunque cesan las obras de la vida activa, no cesa ni cesará jamás la contemplacion de Dios, en la cual consiste la bienaventuranza y vida eterna. Y como dice san Agustin (Lib. ult. de Civit. Dei ad finem), en el cielo vacarémos y verémos: verémos y amarémos: amarémos

y alabarémos: verémos sin fin, amarémos sin fastidio, y alabarémos sin cansancio. Este oficio, este afecto y esta obra será comun á todos, en la cual durarémos por todos los siglos de los siglos. Amen.

§ VII.

De la excelencia que tiene la vida compuesta de ambas, abrazando la activa y contemplativa.

1. Con gran misterio Cristo nuestro Señor llamó parte á la vida de María, comparada con la de Marta, para darnos á entender que hay otra vida excelentísima, que es como un todo compuesto de ambas partes, y abraza los ejercicios de la vida contemplativa y activa; especialmente los mas nobles de ella, que son en provecho de las almas. Esta vida, por ser mas perfecta, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 179, *art.* 2 *ad* 2), escogió el mismo Cristo en el tiempo de su predicacion, y en el mismo tiempo la siguió su precursor san Juan, y en ella le imitaron sus Apóstoles, y despues los sagrados Doctores y otros esclarecidos Santos de la Iglesia (*D. Thom.* 3 *p. q.* 40, *art.* 1 *ad* 2, 3; 2, 2, *q.* 182, *art.* 2); los cuales como Ángeles, subian á lo supremo de la escala, donde Dios está arrimado, uniéndose con él por la contemplacion, y despues bajando hasta lo mas bajo de la misma escala, donde Jacob estaba dormido, despertando y avivando á los hombres en el servicio de su Criador. Y aunque esta perfeccion, como dice Casiano (*Collat.* XIX, *c.* 9), es rara y concedida á pocos; pero todos los varones espirituales deberian pretenderla conforme á su vocacion; porque la vida contemplativa, cuando es perfecta con el amor de Dios, engendra luego grande amor del prójimo y celo de su salvacion; el cual, como dicen los santos Padres, es el don mas precioso que podemos ofrecer á Cristo, siendo sus ayudadores en la conquista de las almas, dando, si es menester, la vida por ellas; y así la misma contemplacion, por cumplir la voluntad de Dios, interrumpe sus obras por salir á ganar almas que amen á Dios, y le glorifiquen. Y como Marta viendo la quietud de su hermana María se quejó á Cristo nuestro Señor, maestro de ambas, pidiéndole la mandase que la ayudase; así por otro extremo Raquel, que es figura de la vida contemplativa, viendo la fecundidad de hijos que tenia su hermana Lia, que es figura de la vida activa, se quejó á Jacob marido de ambas, y le dijo (*Genes.* XXX, 1): Dame hijos como á mi hermana; porque de otra manera moriré de pena: porque quien tiene perfecta contemplacion y amor

de Dios desea como san Pablo engendrar hijos espirituales para Cristo; y el celo de esto le abrasa las entrañas, y muere de pena cuando estos mueren, y vive alegre cuando estos viven.

2. Esta es la suma de las cosas que abraza la vida activa y contemplativa, y la compuesta de ambas, las cuales he de procurar conforme á mi posibilidad, pidiéndoselas á Cristo nuestro Señor con estos coloquios ú otros semejantes.

1.° Ó dulcísimo Jesús, que te hospedaste en casa de Marta, y allí te halló su hermana María; concédeme que te hospede yo en mi alma, limpiándola y adornándola con ejercicios de vida activa, como Marta; pero de tal manera, que juntamente oiga y contemple tu doctrina, como María.

2.° Ó Salvador piadosísimo, que reprendiste la demasiada solicitud y turbacion de Marta, y aprobaste la quietud y sosiego de María; suplícote que de tal suerte ejercite las obras de la vida activa en tu servicio, que no me turben las congojas que trae consigo, sosegándolas con la paz y quietud de la vida contemplativa.

3.° Ó Amador de las almas, por las cuales veniste á este pequeño lugar del mundo, deseando hospedarte en ellas; concédeme que de tal modo escoja la mejor parte de María, que no me olvide de la buena parte que cupo á Marta, trabajando por el bien de las almas, para que ellas y yo te hospedemos como deseas, y despues nos hospedes en tu cielo como deseamos.

4.° Ó Bien mio y gloria mia, no permitas que me aqueje tanto el cuidado de otros, que me olvide de mí mismo, descuidándome de contemplar tu doctrina soberana. Enfrena, Señor, el orgullo de Marta, para que dé su lugar y tiempo á María; y espolea á María, para que no deje del todo sola á Marta.

5.° Ó Remediador de los pecadores, que por las oraciones de Marta y María resucitaste á su hermano Lázaro; concede á todos los fieles de tu Iglesia, que nos juntemos con hermandad á rogarte por los pecadores hermanos nuestros, para que los resucites á la vida de la gracia, con la cual comiencen á ejercitar las obras de estas dos vidas, activa y contemplativa, con tanta perseverancia, que todos alcancemos la vida eterna. Amen.

§ VIII.

Del modo excelentísimo como Cristo nuestro Señor juntó la vida contemplativa con la activa.

1. Resta que declaremos el modo excelentísimo como Cristo nuestro Señor en el tiempo de su predicacion juntó ambas vidas para nuestro ejemplo; lo cual hizo en dos maneras.-La primera, repartiendo el tiempo en dos partes, y dando los dias á los prójimos, tomaba las noches para la oracion recogida, en la forma que dice san Lucas (*Luc.* VI, 12; *Matth.* XIV, 23; *Marc.* VI, 46): *Exiit in montem orare, et erat pernoctans in oratione Dei:* fué al monte á orar, y estuvo toda la noche en la oracion de Dios, en las cuales palabras se apunta el aparejo que Cristo nuestro Señor hacia para su oracion, el tiempo que duraba en ella, y el fervor que tenia (*D. Greg.* Lib. VI Moral. *c.* 17), haciendo todo esto no por su necesidad, sino por nuestro ejemplo. El aparejo era escogiendo todo lo que ayuda para el recogimiento, cuanto al lugar, tiempo y compañía, porque tomaba lugar solitario, y el tiempo de la noche, que es mas quieto, y estaba solo, sin tener otro testigo de su oracion mas que á su eterno Padre, á quien oraba en lo escondido y secreto de su corazon.

2. El tiempo que duraba orando, era largo, trasnochando en este ejercicio, y perseverando hasta el amanecer; porque á la alteza de la contemplacion no se llega ordinariamente sin recogimiento muy estrecho y prolongado, luchando como otro Jacob (*Genes.* XXXII, 24) toda la noche hasta la mañana, para alcanzar la bendicion de Dios. Y por esto dijo el Sábio (*Eccli.* VII, 9), que era mejor el fin de la oracion que el principio, presuponiendo que ha de haber distancia del principio al fin; y por consiguiente, que ha de ser larga, alcanzando en el fin mucha mayor perfeccion que tuvo en el principio.

3. La alteza de la oracion de este Señor declaró el Evangelista con la frase que la divina Escritura (*Psalm.* XXXV, 7: *montes Dei*) declara las cosas muy altas, llamándola oracion de Dios; esto es, oracion altísima y levantadísima, oracion digna de Dios; por la cual, como dice Jeremías (*Thren.* III, 28), el varon que está solo, con silencio se levanta sobre sí mismo, y sube hasta juntarse con Dios. La causa porque esta oracion se llama de Dios es, porque todo cuanto hay en ella es de Dios; y así tiene cuatro excelentes propiedades todas de Dios.-La primera, que procede del mismo Dios, y de la inspiracion de su divino Espíritu; el cual, como dice san Pablo (*Rom.*

VIII, 26; *D. Bonav.* Opusc. de itineribus aeternit. itiner. 2, dist. 5), ora en nosotros, inspirándonos la meditacion y afectos, las cosas que hemos de pedir, y el fervor con que las pedimos. De otra manera, muy tibia será la oracion que no fuere prevenida con la inspiracion. – La segunda propiedad es, hacerse en la presencia de Dios, ocupando la memoria y entendimiento en solo Dios, y en conversar con él, sin divertirse á cosa que no vaya ordenada á Dios, conforme á lo que dice David (*Psalm.* LXX, 16): Entraré en las obras poderosas del Señor, y acordaréme de sola su justicia; esto es, de sola su bondad y fidelidad, y las demás grandezas que medito. – La tercera propiedad es, que la materia de todos los afectos, deseos y peticiones sea Dios, ó las cosas que manda y quiere Dios, y para gloria de solo Dios; de suerte que ninguna cosa desee ni pida que no vaya vestida de la voluntad y gloria de Dios; y sobre todo pida al mismo Dios, no contentándose con menos que él, diciéndole como Moisés (*Exod.* XXXIII, 13): Muéstrame, Señor, á tí mismo, porque esto me basta, y en esto se encierra todo.

4. Finalmente, aquella oracion se llama de Dios, cuyo fin y fruto es la union y transformacion con el mismo Dios por el perfecto amor, haciéndonos muy semejantes á él, como hijos muy parecidos á su padre; de donde resulta que las obras que de esta oracion proceden, participan la misma alteza; y cuando la oracion es oracion de Dios, tambien la justicia será como montes de Dios, y la misericordia será misericordia de Dios (II *Reg.* IX, 3), y las virtudes serán virtudes de Dios; y tambien los que las ejercitan serán, como dice el profeta David (*Psalm.* LXXXI, 6), dioses por participacion. – Esta es la oracion excelentísima que Cristo nuestro Señor ejercitaba, cuyos afectos maravillosos descubrió en la oracion que hizo en su bautismo y transfiguracion, como en su lugar verémos, y á ella debemos anhelar todos; porque aunque es muy levantada y ardua, pero con la inspiracion y socorro del cielo no será dificultosa.

5. De este recogimiento tan divino salia Cristo nuestro Señor á ejercitar las obras de la vida activa, juntando tambien con ellas por otro segundo modo la oracion, porque de ordinario oraba primero brevemente, como oró cuando hizo el milagro de los cinco panes, cuando dió salud á algunos enfermos y endemoniados, y cuando resucitó á Lázaro. Y lo mismo haria en las demás obras, aunque secretamente, enseñándonos con este ejemplo que la vida contemplativa y la activa se han de hermanar, no solamente en un mismo dia, en tiempos diferentes, sino tambien en una misma hora, acompa-

ñando las obras de la vida activa con alguna breve oracion; y levantando, como dice Jeremías (*Thren.* III, 41; *D. Greg. lib.* XVIII, *c.* 5), juntamente las manos y los corazones al cielo; las manos para obrar, y los corazones para orar, al modo que se dijo en la introduccion del tomo I.

6. Finalmente, las obras de la vida activa, que Cristo nuestro Señor ejercitó en este tiempo, fueron gloriosísimas para Dios, y provechosísimas para los hombres, porque desde el Bautismo comenzó á publicar su nueva ley de gracia, y á entablar la doctrina de la perfeccion evangélica; la cual declaró con admirables sermones, ejercitó con heróicos ejemplos, y confirmó con esclarecidos milagros. Los sermones fueron mezclados con razones muy altas, y con palabras muy apacibles. Los ejemplos fueron eminentes en todo género de virtudes, poniendo primero por obra lo que habia de enseñar con la palabra. Los milagros fueron maravillosos en todo género de cosas, y provechosos á toda suerte de personas en sus cuerpos y en sus almas, con mezcla de admirables virtudes, descubriendo tambien en ellos la omnipotencia y divinidad de su persona.-Esta fue en suma la vida de Jesucristo nuestro Señor en el tiempo de su predicacion, de la cual se colige que las cuatro cosas que en ella resplandecieron, conviene á saber, oracion, sermones, ejemplos y milagros, serán materia muy copiosa de las meditaciones de esta parte III para sustento de la vida contemplativa, aunque mi intencion no es meditarlas todas, sino las mas principales; y en ellas no iré atado al órden con que sucedieron, por recoger juntamente algunas meditaciones de cosas que tienen semejanza entre sí, y van enderezadas á un mismo fin, para que los deseosos de alguna virtud hallen juntas algunas meditaciones que ayuden á su pretension.

7. Y porque estas meditaciones son propias de los que pasan del estado de principiantes al estado de los que aprovechan en las virtudes, me pareció advertirles lo que dice san Agustin, por estas palabras (In Psalm. LXV, in fine): *Multi languescunt in orando, et in novitate suae conversionis ferventer orant; postea languide, postea frigide, postea negligenter:* muchos hay que en el principio de su conversion oran fervorosamente, con grande atencion y devocion; mas poco despues se entibian y oran flojamente con distracciones y afectos muy remisos; despues oran friamente con sequedades y durezas de corazon; y despues oran negligentemente con grandes interrupciones y quiebras. Y lo peor es, que con todo esto se tienen por seguros, sin reparar en que durmiendo ellos, vela su enemigo, y cor-

ren peligro de morir á sus manos; por lo cual dijo Cristo nuestro Señor (*Luc.* XVIII, 1 : Vigilant hostes et dormis tu?) : conviene siempre orar y no desfallecer; esto es, orar con tal fervor y perseverancia, que no cesemos ni aflojemos en el ejercicio de la oracion, aparejándonos para ella con tanta diligencia, que favorecida del divino Espíritu merezca el nombre de oracion de Dios.

MEDITACION I.

DE LA MARAVILLOSA VIDA Y PREDICACION DE SAN JUAN BAUTISTA, HASTA EL BAUTISMO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

—Antes de la meditacion del bautismo de Cristo nuestro Señor pondré algunas del Bautista; así por pedirlo el órden de la historia, como porque en ellas se verán practicadas las virtudes fundamentales de la perfeccion evangélica. —

PUNTO PRIMERO. - *De la penitencia corporal.* — 1. Lo primero, se ha de considerar como el glorioso Bautista (*Luc.* I, 80; III, 2; *Matth.* III, 4; *Marc.* I, 4) desde su niñez estuvo en el desierto muchos años, hasta que comenzó á predicar, haciendo una vida milagrosa; en la cual se señaló especialmente en estas cuatro virtudes, que son las cuatro colunas en que estriba la perfeccion evangélica. -Lo primero, se esmeró en la penitencia y aspereza corporal, en todas las cosas que se puede ejercitar con gran rigor. En la comida, comiendo langostas y miel silvestre, la que topaba por los campos. En el vestido, vistiéndose una vestidura tejida de pelos de camellos, y ciñéndose con una cinta muy áspera. En el aposento y cama, recogiéndose en alguna cueva ó hendidura de las peñas, y durmiendo en el suelo, sufriendo con admirable paciencia los frios y calores, y las injurias de los tiempos. Donde ponderaré, que hacia todo esto, no en castigo de pecados pasados, pues fue santificado en el vientre de su madre, y nunca hizo pecado grave, sino para preservarse de pecados muy ligeros, y para domar su carne y tenerla rendida al espíritu, y para disponerse á recibir los dones del cielo, los cuales ordinariamente no se alcanzan sino por semejantes asperezas. Y de aquí sacaré deseos entrañables de imitar á este Santo en lo que es imitable, conforme á mi flaqueza, abrazando la aspereza corporal que pudiere, castigando mi carne, y ofreciéndola en hostia viva, santa y agradable á Dios (*Rom.* XII, 1), no solamente por los fines dichos, sino tambien en satisfaccion de los muchos pecados que por su causa

he cometido; y porque esta librea es propia de los criados del Rey celestial, pues, como dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* XI, 8), los que van por contrario camino: *In domibus regum sunt*, viven en los palacios de los reyes terrenos, y préciánse de ser sus criados; pero yo, Rey eterno, quiero preciarme de ser criado vuestro; y así de hoy mas me vestiré de esta librea, trayendo en mi cuerpo vuestra mortificacion, como la trajo vuestro santo Precursor.

2. Lo segundo, se ocupó en oracion y contemplacion perpétua y muy levantada, teniendo por singular privilegio al mismo Espíritu Santo por maestro; el cual le llevó á la soledad, y allí le hablaba al corazon (*Osee*, II, 14), enseñándole con maravillosas ilustraciones y consuelos, con mas abundancia que á Moisés, Elías, David y á todos los Profetas que le precedieron. Y entre otras razones ponderaré esta, porque como no es posible vivir sin algun deleite, cuanto uno mas se priva por amor de Dios de los deleites de la carne, tanto con mayor abundancia recibe los deleites del espíritu. (*D. Greg.* Lib. XVIII Moral. *c.* 8). Y como san Juan renunció totalmente las riquezas, honras, dignidades y los regalos de la casa de su padre, y afligia su carne tan ásperamente, premiábale Dios con el ciento tanto, comunicándole inefables gozos celestiales; de modo, que el desierto era para él casa de recreacion, y la cueva era como cielo, y la soledad era ocasion de compañía, conversando siempre con los Ángeles y con el mismo Dios; de donde sacaré grande aliento para las asperezas del cuerpo, pues así las premia Dios con regalos del cielo, y juntamente grande aficion á la oracion y trato con Dios nuestro Señor, donde tanto consuelo y aliento se recibe, procurando subir juntamente al monte de la mirra, y al collado del incienso (*Cant.* IV, 6; *D Greg.* Lib. I Dialogor. *c.* 1), porque uno ayuda á otro; y para esto suplicaré al Espíritu Santo sea mi maestro interiormente, aunque no por eso tengo de dejar á los maestros de espíritu que Dios ha puesto en la tierra, porque no querrá usar conmigo del privilegio que concedió á san Juan.

3. Lo tercero, se esmeró en grande fortaleza y constancia, perseverando tantos años en estos dos géneros de ejercicios: y es muy creible que en este tiempo padeceria gravísimas tentaciones y batallas del demonio; porque si Cristo nuestro Señor las padeció en los cuarenta dias que se recogió al desierto, cuánto mas las padeceria san Juan en discurso de tantos años, haciendo vida tan admirable, de la cual Satanás tenia rabiosa envidia, deseando derribarle, porque siempre desea tragar al manjar mas escogido, y tiene fiducia de

sorber al rio Jordan (*Iob*, XL, 18); esto es, al santo mas penitente. Pondríale delante los regalos que tendria en casa de sus padres y entre sus deudos; la dignidad del sacerdocio que le venia por herencia; la terribilidad de la vida que comenzaba, y otras batallas á este talle invisibles y visibles, permitiéndolas Nuestro Señor para ejercicio de este Santo, y para que creciese en toda virtud y fortaleza; porque le resistia valerosamente, y triunfaba siempre de su enemigo.

4. Lo cuarto, se señalaba en la pureza de corazon, apartándose de culpas muy ligeras, y en el fervor de crecer en todas estas virtudes; por lo cual dice san Lucas (*Luc.* I, 80): *que crecia, y se iba confortando en el espíritu:* esto es, que crecia en el cuerpo y tambien en el espíritu; porque el Espíritu Santo le confortaba y ayudaba, cumpliéndose en él lo que dijo David (*Psalm.* LXXXIII, 6): Bienaventurado el varon á quien tú ayudares, porque con tu ayuda trazará de crecer dentro de su corazon, y subirá de virtud en virtud, hasta ver á tí Dios verdadero en Sion. – Estas cuatro cosas en que san Juan se señaló, son las mas eficaces que hay para subir á la cumbre de la perfeccion, y á ser grande en los ojos de Dios, á quien suplicaré por los méritos de este Santo, me las conceda conforme á mi caudal y á mi estado. Ó Espíritu santísimo, confortad mi flaco espíritu, para que á imitacion de este valeroso Precursor castigue con rigor mi carne, y resista con valor á los espíritus malignos, y aproveche cada dia en la contemplacion y en las virtudes celestiales, creciendo como la luz de la mañana hasta llegar al perfecto dia. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *En teniendo perfecta edad* (*D. Thom.* 3 *p. q.* 38; *Luc.* III, 3; *Matth.* III, 2), *salió por las riberas del rio Jordan á predicar el bautismo de penitencia en remision de los pecados, diciendo: Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos; y acudió á él mucha gente de Jerusalen, y de toda Judea, para que los bautizase, confesando sus pecados.* Aquí se ha de ponderar, quién movió á san Juan á estos ejercicios de predicar y bautizar, con qué espíritu lo hacia, qué cosas predicaba, y con qué fruto. – Lo primero, el que le movió fue el mismo Espíritu Santo que le habia llevado al desierto, porque propio es de este Espíritu divino, despues que hace á sus escogidos muy perfectos, moverles á que procuren hacer perfectos á otros; y así movió á san Juan para que saliese á predicar, y aparejar un pueblo perfecto para Cristo nuestro Señor. (*Luc.* I, 17). Demás de esto, como habia estado tantos años en la secreta bogeda de

los vinos de Dios (*Cant.* II, 4), embriagándose con el vino fortísimo de la caridad, ella misma le hizo salir de aquel recogimiento, para convidar á los hombres al servicio de su Amado. De suerte, que amor de Dios, y amor del prójimo, y la obediencia á la inspiracion del Espíritu Santo, le hicieron salir á lo público, y manifestarse en Israel. De donde sacaré los motivos que debo tener para semejantes ejercicios, si deseo no errar en ellos.

2. Lo segundo, el espíritu con que predicaba era por una parte celoso y terrible, como de un Elías; y por otra parte misericordioso y compasivo, como de un Moisés; porque con los fariseos y saduceos, que eran mas duros, mostraba gran celo con palabras terribles y amenazas espantosas, diciéndoles (*Matth.* III, 7): *Linaje de víboras, ¿quién os ha enseñado á huir de la ira que os amenaza? No os contenteis con tener por padre á Abrahan, porque poco os aprovechará, si vosotros sois malos, y de piedras hará Dios hijos de Abrahan* (*Luc.* III, 8) *en quien cumpla sus promesas.* Pero á la muchedumbre del pueblo y á los publicanos y soldados acogia con gran misericordia, sin excluir á ninguno, dándoles consejos saludables en razon de cumplir con sus oficios, y de no hacer agravio á nadie, y de hacer bien á otros, dando limosna de lo que tuviesen, etc.

3. Lo tercero, la materia de sus sermones era exhortar á penitencia, haciendo frutos dignos de ella, y á esto movia con la esperanza del premio eterno, porque se acercaba el reino de los cielos; y tambien con amenazas del castigo eterno, porque la segur estaba puesta á la raíz: y todo árbol que no llevare fruto será cortado y echado en el fuego, y Dios tiene el bielgo en su mano para limpiar la era del mundo; y el trigo, que son los buenos, recogerá en las trojes del cielo; y la paja, que son los malos, echará en el fuego que nunca se ha de acabar. Todo esto aplicaré á mí mismo, exhortándome á hacer penitencia por estos dos títulos, esperanza de premio y temor de castigo, imaginando que quizá está ya la segur á la raíz del árbol de mi vida para cortarla; y que si no me enmiendo, seré paja que ha de ser cebo del fuego eterno.

4. Lo cuarto, el fruto de su predicacion fue copiosísimo, porque innumerable gente de todos estados concurrian á él, y le obedecian, y se dejaban bautizar con tantas muestras de humildad y arrepentimiento, que le confesaban y declaraban sus pecados. (*Matth.* III, 6). Y lo que mas admira es, que con no hacer milagros persuadia esto, porque tenian su vida por un continuo y muy señalado milagro. Por donde se ve cuán eficaz es la vida ejemplar del predicador para

persuadir lo que predica, aunque sea la cosa muy dificultosa, y el que lo oye muy duro de corazon. Ó Padre eterno, despertad en vuestra Iglesia muchos imitadores de este soberano Precursor, que vayan delante de vuestro Hijo aparejándole un pueblo perfecto, predicando su santa ley con celo y misericordia, confirmando con la vida lo que dicen con la palabra, para que cojan fruto copioso de muchas almas que alcancen la vida eterna. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. El tercer punto es, considerar como creció tanto la autoridad de san Juan con el pueblo, que vinieron, como dice san Lucas, á pensar en sus corazones si era por ventura el Cristo y Mesías prometido, y algunos le tenian por tal; pero el santo Precursor, cuando lo entendió, ó por revelacion de Dios, ó por palabras ó señales que de ello daban, al punto lo contradijo, diciendo: *Yo os bautizo con agua; otro vendrá mas fuerte que yo, á quien no merezco desatar la correa de sus zapatos; este os bautizará en Espíritu Santo y fuego.* Aquí se ha de ponderar la rara humildad de san Juan Bautista, la cual descubrió en tres actos heróicos en medio de su grandeza. —*Actos de humildad.* —El primero fue, no envanecerse con la vida tan áspera que hacia, ni con los excelentes dones y favores que recibia de Dios en la contemplacion, ni por el aplauso del pueblo, ni por la grande opinion que de él tenian, ni por la grande honra que todos le daban. Lo cual es cosa rara, como dice san Bernardo (Serm. 13 in Cant. et 42; Epist. 42; *D. Greg.* Lib. I Moral. *c.* 26), porque es de muy pocos y muy esclarecidos santos, juntar humildad con inocencia y con santidad muy honrada y venerada. Y en esto san Juan, aunque nazareo (*Num.* VI, 5), fue diferente de los demás, porque no crió cabellera de altivos pensamientos, sino echó siempre hondas raíces en el abismo de su nada.

2. El segundo acto fue, confesar públicamente su propia bajeza, y la grandeza de Cristo nuestro Señor, diciendo: Aunque me teneis por tan grande, sabed que hay otro mas fuerte que yo, y mas poderoso en la palabra y en la obra; y el exceso que me hace, no es como quiera, sino tan grande, que no soy digno de ser el mínimo de sus esclavos, ni de hacer el oficio mas bajo en su servicio, que es desatarle la correa de sus zapatos. Por donde se ve, como el perfectamente humilde, cuanto es mas santo, tanto se tiene por mas vil y bajo en los ojos de Dios nuestro Señor, juzgándose por indigno de ser su esclavo; y no contento con tenerse á sí mismo en tal opinion, quiere que todos tengan de él la misma.

3. El tercer acto fue, apocar su bautismo, engrandeciendo el de

Cristo, diciendo que el suyo era de agua sola, sin tener virtud de perdonar pecados, ni lavar el alma; pero que otro vendria que los bautizaria con un bautismo por el cual les diese el Espíritu Santo y el fuego del divino amor; en lo cual tambien se descubre como el perfecto humilde apoca y desprecia sus obras, en cuanto son suyas, y no quiere que los hombres hagan mas caso de ellas de lo que merecen; pero juntamente engrandece las obras de Dios, quiere que todos las estimen como es razon.—Ponderando estos tres actos de humildad sacaré grande confusion por la falta que tengo de ellos, siguiendo la inclinacion de la soberbia que me lleva á todo lo contrario, y haré grandes propósitos de imitarlos conforme á mi estado y calidad; porque sin esta humildad no hay santidad verdadera, ni grandeza segura, ni podré hacer mi oficio, de modo que agrade á Dios y á los Ángeles, y edifique á los prójimos. Ó glorioso Precursor, gózome en el alma de veros tan humilde, con ser de Dios y de los hombres tan honrado; suplicad al Señor que os dió tan rara humildad, me dé alguna parte de ella, para que no pierda por mi soberbia el bien que Dios me hubiere dado por su gracia. (*Mich.* VI, 14). Ó alma mia, pues tienes dentro de tí bastante causa de humildad, por la mucha pobreza y miseria de tu espíritu, reconoce lo que eres, y apócate como mereces; porque cuanto agrada á Dios el rico humilde, tanto le desagrada el pobre soberbio. (*Eccli.* XXV, 4).

MEDITACION II.

DE LAS PREGUNTAS QUE HICIERON Á SAN JUAN SOBRE QUIÉN ERA; Y DEL TESTIMONIO QUE DIÓ DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Y DE SÍ MISMO, EN QUE DESCUBRIÓ SU RARA HUMILDAD Y SANTIDAD.

—Creciendo el rumor del pueblo, de que san Juan era el Mesías, enviaron los judíos de Jerusalen algunos sacerdotes y levitas para que le hiciesen algunas preguntas sobre quién era (*Ioan.* I, 19), en cuyas respuestas descubrió san Juan cuatro actos heróicos de humildad, que son fundamento de la vida espiritual en su supremo grado, con los cuales andan trabados otros muchos, así de esta virtud, como de otras.—

PUNTO PRIMERO.— 1. La primera pregunta fue: *¿Tú quién eres?* ¿Por ventura eres Cristo? *A la cual luego confesó, y no negó, y confesó diciendo: Yo no soy Cristo.*—En esta respuesta resplandece el primer acto heróico de humildad de este Santo, el cual estaba tan fun-

dado en no usurpar para sí la honra de Cristo, sino darla á cuyo era, y á quien se le debia, que al punto con grande aseveracion confesó la verdad, y no la negó; y confesó que no era Cristo, y mil veces lo confesara y se ratificara en ello, si otras tantas se lo preguntaran, porque como la soberbia sumamente apetece la excelencia de la divinidad de Cristo, y ser como Dios, así la humildad sumamente aborrece tan endemoniada presuncion. Y como aquella soberbia echó del cielo á Lucifer y sus ángeles (*Isai.* XIV, 11; *Ezech.* XXVIII, 2; *Iob,* XLI, 25; Act. XIV, 14; *D. Greg.* XXXIV Moral. *c.* 18), y del paraíso á Adan y Eva, y ha echado en el abismo del infierno á muchos príncipes y monarcas del mundo, y es señal de los reprobados hijos de Satanás, que es rey de los soberbios; así la humildad contraria conservó en su alteza á los Ángeles del cielo, y al santo Precursor, y á los Apóstoles de Cristo, los cuales con grande constancia desecharon cualquier adoracion y honra de divinidad que les ofrecian; y esta es señal de los escogidos, los cuales en todo y por todo quieren sujetarse á Dios, y desean que á él solo se dé la honra y gloria de todo lo que es suyo.

2. Tambien ponderaré la astucia de Satanás, el cual envidioso de la santidad de Juan, viendo que no le habia podido derribar con varias tentaciones que le habia puesto, urdió esta de que le ofreciesen la dignidad de Dios, imaginando que con esta le venceria, como él fue vencido de ella. Y de la misma manera tienta á los Santos, trazando como les ofrezcan mayores honras y dignidades de las que merecen para despeñarlos; pero los escogidos, fundados en verdadera humildad, conócense á sí mismos, y aborrecen cualquier preeminencia ó dignidad, nombre, título y lugar que excede á sus merecimientos, contentándose con lo que merecen, por no perder uno y otro; antes cuanto se ven mayores y mas honrados, tanto mas se humillan, como dice el Sábio (*Eccli.* III, 20), para honrar á Dios. Ó Dios omnipotente, á quien de verdad honran los humildes, concédeme la verdadera humildad, para que te dé la honra que mereces, y aborrezca la que yo no merezco.

Punto segundo.— 1. La segunda pregunta fue: *¿Eres Elías? Respondió: No soy. ¿Eres profeta? Respondió: No.*—En estas respuestas resplandece el segundo acto heróico de la humildad de san Juan, que añade al precedente; porque pudiendo decir de sí que era Elías (*Matth.* XVII, 12), al modo que Cristo nuestro Señor le llamó Elías en el espíritu, no quiso, sino atendiendo al sentido en que se lo preguntaban, con gran resolucion respondió, que no lo

era; porque el humilde no solamente rehusa la honra que no merece, sino tambien, cuanto es de su parte, la que merece y pudiera aceptar. Y demás de esto, la humildad es amiga de la verdad pura y sencilla, sin doblez ni apariencia de él, especialmente en cosas que sirven para su humillacion; y por esta causa llanamente confesó que no era Elías.

2. Tambien pudiera con verdad decir que era profeta; pero respondió que no, en el sentido que comunmente llaman profetas á los que dicen las cosas que están por venir, porque el humilde inventa modos para encubrir sus grandezas, y huir de la honra que por ellas merece. Al contrario del soberbio, que inventa modos como descubrir mas de lo que es, por alcanzar la honra que no se le debe, aunque sea con mentiras y encarecimientos.

3. Finalmente, á todo esto respondió con palabras breves y muy secas, y cada vez mas breves y mas secas, hasta decir secamente, no; porque el humilde verdadero está tan léjos de besar las manos á los que le ofrecen honras, ó le dicen loas y lisonjas, que los trata con sequedad y aspereza; porque ni se paga de la honra ó fama, ni se recrea, como lo dice el santo Job (*c.* XXXI, 26), en mirar al sol de la gloria mundana cuando resplandece, ni á la luna de la fama cuando está clara, ni besa su mano saboreándose en lo que tiene, y en lo que de él dicen. Ó Sol de justicia, de quien tu Precursor recibió tanta luz para despreciar el resplandor mundano, ilústrame con otra semejante que cierre mis ojos para no ver con deleite lo que me ha de cegar con vanidad.

PUNTO TERCERO. — 1. La tercera pregunta fue: *Pues ¿quién eres? Y ¿qué dices de tí mismo, para que lo digamos á los que nos enviaron? Respondió: Yo soy una voz del que clama en el desierto, aparejad el camino del Señor, como lo dijo Isaías profeta.* (*Isai.* XL, 3). — En esta respuesta resplandece el tercer acto heróico de humildad de san Juan, el cual de tal manera declaró el oficio que tenia de parte de Dios, que juntamente descubrió la nada que tenia de su cosecha, diciendo, que su oficio era ser voz y pregonero de Cristo, avisando á los hombres que se aparejasen para recibirle. Pero llamóse voz, porque como la voz no tiene ser ni permanencia de su cosecha, y está pendiente del que la dice y del que habla, así él sentia de sí mismo, que de su cosecha no tenia ser ni valor en aquel oficio, sino que todo lo recibia de Dios, que hablaba por él, y cuya voz era. Por donde se ve que la humildad no es ciega para conocer los dones que tiene de Dios, ni muda para confesarlos cuando es menester; pero entonces

los declara con palabras humildes, en las cuales descubre la dependencia que tiene de Dios, y la nada que tiene de sí, para que de todo se dé la gloria á cuyos son.

2. Demás de esto, así como san Juan no respondió que era hijo de Zacarías, y de tribu sacerdotal, sino que era voz de Cristo, preciándose solo de esto; así el humilde ni se precia de linajes, ni de padres carnales, ni de oficios habidos por herencia, sino solamente de ser siervo de Cristo, consagrado á cumplir su voluntad, y esto dice que es, y no otra cosa, conforme al dicho de Salomon (*Eccles.* XII, 13): Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo hombre; como quien dice: En esto consiste el verdadero ser del hombre, de que se ha de preciar sobre todo. Al contrario de la soberbia (*Osee,* IX, 11), que se precia y jacta de la gloria que le viene por los padres y lugares, y cosas semejantes.

3. Últimamente ponderaré, como san Juan se llamó voz que clama, aparejad el camino para el Señor, porque su vida y doctrina, sus ejemplos y palabras era voz que exhortaba á santidad y perfeccion; y era voz de Dios, por la cual era conocida la grandeza y majestad de Dios, como el hombre es conocido por su voz, á cuya imitacion he yo de procurar ser voz de Cristo en todo cuanto dijere y obrare. Ó Dios eterno, hazme voz de tu Hijo unigénito Jesucristo, concediéndome una vida tan perfecta, que ella sea voz pregonera de su gloria, atribuyéndola no á mí sino á tí, de quien todo lo bueno procede, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. La última pregunta fue: *Pues ¿por qué bautizas, si no eres Cristo, ni Elías, ni profeta? Respondió san Juan: Yo bautizo en agua. En medio de vosotros está otro que no conoceis: este es el Mesías que ha de venir, el cual es mayor que yo, y yo no soy digno de desatar la correa de su zapato.*—En esta respuesta resplandece el cuarto acto de heróica humildad que tuvo este divino precursor Juan. Lo primero, porque siendo reprendido de que usurpaba el oficio de bautizar sin ser profeta, no se excusó, ni volvió por sí, y pudiendo decir con verdad que bautizaba porque Dios se lo habia mandado; no lo dijo: antes quiso callar, por no honrarse y autorizarse á sí mismo; porque el humilde gusta de ser reprendido sin culpa, y no quiere descubrir lo secreto de su honra, si no es cuando conviene para honra de Dios, la cual procura en todo.

2. Pero mas adelante pasó san Juan, porque delante de estos sacerdotes y levitas ratificó el testimonio que habia dado de Cristo y de sí delante de todo el pueblo, apocando su persona y su bautis-

mo, y engrandeciendo la persona de Cristo nuestro Señor (como se ponderó al fin de la meditacion precedente); porque como esta gente era tan principal, y habia de llevar su respuesta á todo el senado de Jerusalen, gustó descubrir quién era él y quién era Cristo, para que llegase á noticia de todos, para que de todos fuese Cristo venerado como Mesías, y él tenido por no mas que una voz, y el bautismo de Cristo fuese muy mas estimado que el suyo, y así le recibiesen de mejor gana. Por donde se ve con cuánta razon dijo Cristo nuestro Señor de san Juan (*Matth.* XI, 7), que no era caña que se movia á todos vientos, sino firme como la tierra, porque estaba fundado sobre su nada. Y generalmente es propio de los humildes ser constantes en sus propósitos, así en humillarse á sí, como en engrandecer á Dios, y gustan de hacer esto delante de todo el mundo, para que se dilate mas la noticia de su propia bajeza, y de la grandeza de Dios. Ó Dios eterno, que labraste por tu mano este dechado de humildad, y le enviaste delante de tu Hijo, que venia por maestro de ella; ayúdame, para que aprenda de estos ejemplos á ser humilde, y con la humildad disponga mi corazon para recibir los dones de tu gracia, que niegas á los soberbios y concedes á los humildes (*Iacob.* IV, 6), levantándolos de su bajeza, para que suban á la alteza de tu gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION III.

DEL BAUTISMO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO.— 1. El primer punto será considerar como Cristo nuestro Señor, cumplidos los treinta años, se despidió de su Madre santísima, diciéndola como era ya llegado el tiempo de manifestarse al mundo, haciendo oficio de redentor y maestro. Con lo cual se alegró grandemente, por el deseo que tenia de nuestra redencion: y aunque sintió pena y soledad de que se le ausentase algunos dias, llevólo con gran paciencia, estimando en mas la voluntad divina que la suya, y nuestro provecho mas que su gusto.

—*Humildad de Cristo.*— Luego Cristo nuestro Señor se fué derecho al rio Jordan (*Matth.* III, 13; *D. Thom.* 3 *p. q.* 36), donde san Juan predicaba, y bautizaba á todos los publicanos y pecadores que querian recibir su bautismo; y oyendo entre ellos el sermon, pidió que le bautizase. Sobre esta historia se han de considerar las causas de este hecho de Cristo nuestro Señor. – La primera fue, para co-

menzar su oficio de predicador y maestro, dándonos ejemplo de rara humildad, humillándose el Maestro á su discípulo, el Redentor á su redimido, el Hijo de Dios vivo á su Precursor y criado, y el Autor de la santidad tomando figura de pecador; porque siendo Cristo sabiduría infinita y maestro de todos, se puso entre los soldados y publicanos á oir el sermon de san Juan; y con ser purísimo sin mancilla, quiso pedir el bautismo de los pecadores, como si fuera pecador; y esto sin haber ley que le obligase, sino de su voluntad, por humillarse á semejanza de los demás pecadores: así como cuando niño quiso ser circuncidado como los demás niños que fueron concebidos en pecado. Ó Cordero inocentísimo, que quitas los pecados del mundo, ¿qué á tí con este bautismo? qué á tí con este lavatorio de gente súcia y manchada con pecados? ¡Tú, Señor, quieres ser tenido por pecador, sin serlo, y yo suspiro por ser tenido en opinion de justo, siendo pecador! ¡Oh si quedase consumida mi soberbia con tan raro ejemplo de humildad! De aquí sacaré, que todo buen principio de cosas grandes ha de ser por ejercicios de humildad, disponiéndonos con ella para que Dios nos manifieste, obrando por nosotros, cosas de mucha gloria suya. Y por esta causa dice Isaías (*c.* XXXVII, 31), que los que se han de salvar echarán raíces hácia abajo, y producirán frutos hácia arriba; que es decir: primero por la humildad se han de esconder debajo de la tierra, como las raíces del árbol, y despues se manifestarán por obras muy gloriosas, como el árbol se manifiesta por los frutos. (*D. Aug.* Serm. 10 de verbis Domini). Por tanto, alma mia, si deseas que la torre de perfeccion que pretendes edificar suba hasta el cielo, procura humillarte hasta el abismo, porque cuanto mas alto ha de ser el edificio, tanto ha de ser mas hondo su cimiento.

2. Tambien sacaré de aquí, que la humildad es gran disposicion para el Bautismo y Penitencia, y para alcanzar la limpieza del alma que en estos Sacramentos se comunica, reconociéndome por pecador, y necesitado de lavarme y purificarme de mis culpas, diciendo á Nuestro Señor con David (*Psalm.* L, 9; *D. Greg.* in Psalm. IV Poenit.): Rocíame, Señor, con hisopo, y seré limpio: lávame, y quedaré mas blanco que la nieve. Ó dulce Jesús, que por humildad quisiste ser lavado de Juan con su bautismo de sola agua, lávame con el agua de tu gracia, en virtud de tu precioso sangre mezclada con el hisopo de tu humildad. Ó alma mia, alcanza esta soberana virtud, la cual como hisopo recoge el agua viva de la gracia y la virtud de la sangre del Salvador, sacrificada en la ara de la cruz con

muchos tormentos, para limpiarme con ella de la lepra de mis pecados.

3. La segunda causa de este hecho fue, para obrar primero lo que habia de enseñar; y como pensaba predicar un nuevo bautismo de agua y Espíritu Santo, quiso recibir primero este de sola agua, para que ninguno se desdeñase de recibir el suyo tan precioso. Y de camino quiso honrar el bautismo de su Precursor, y con la obra aprobarle; así como quiso recibir la circuncision, para que se entendiese que aprobaba esta ley, y la veneraba como ley dada de Dios. De donde sacaré la obligacion que tengo á guardar los preceptos y consejos evangélicos, porque esto es aprobarlos con la obra, y venerarlos; así como quebrantar la ley, es con la obra reprobarla y despreciarla, y afrentar al que la dió, como dice el Apóstol (*Rom.* II, 25). Y si Cristo nuestro Señor quiso recibir el bautismo de Juan, sin ser de precepto, por guardar aquel consejo de su Precursor, ¿cuánto mas razon es que yo guarde sus preceptos y consejos, haciendo mas cosas de las que estoy obligado, especialmente en materia de humillacion?

Punto segundo. — 1. Luego que Cristo nuestro Señor pidió á san Juan el bautismo, estando ya para bautizarle, el Espíritu Santo interiormente le reveló como aquel hombre era Cristo, el Mesías, porque no le conocia de cara. *Y rehusando bautizarle, le dijo* (*Ioan.* I, 33): *Yo, Señor, debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes á ser bautizado por mí? Cristo nuestro Señor le respondió: Déjate de eso por ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia.* Aquí ponderaré lo primero, de parte de san Juan, el grande gozo y alegría que sintió su alma cuando conoció á Cristo nuestro Señor, renovándose aquí los júbilos que tuvo cuando le conoció en el vientre de su Madre. Con este gozo juntó grande reverencia y humildad, confesando de sí mismo que era pecador, necesitado de que Cristo nuestro Señor le lavase y purificase con su bautismo de Espíritu Santo; y lleno de admiracion y pasmo, por verle tan humillado, dijo aquellas palabras: *Tu venis ad me?* ¿Tú vienes á mí para que te bautice? tú, Dios infinito? tú, Salvador del mundo, y perdonador de los pecados? tú que me santificaste en el vientre de mi madre vienes á mí? á mí tu criatura? á mí tu esclavo? á mí vil gusanillo? y para que yo te bautice con mi bautismo de agua sola, siendo tú autor del bautismo de gracia? ¡Oh humildad profundísima de mi Señor! Semejantes afectos tengo yo de procurar en mí mismo, especialmente cuando fuere á comulgar, ejercitándome juntamente en los dos conocimientos de

Dios nuestro Señor y de mí mismo, y en los afectos que de ellos proceden, los cuales siempre andan hermanados, y el uno ayuda al otro.

2. Lo segundo, ponderaré mucho la maravillosa respuesta de Cristo nuestro Señor: Así nos conviene á mí y á tí cumplir toda justicia; esto es, todo lo que es obra de santidad, á mí humillándome á ser bautizado, y á tí obedeciéndome en bautizarme. Con lo cual nos dió á entender que toda nuestra santidad está fundada en humildad, y obediencia en humillarnos delante de Dios y de los hombres, y en obedecer á Dios y á sus ministros, abrazandos los tres grados que tienen ambas virtudes.

—*Grados de humildad y obediencia.*—El primero es, sujetarse á los mayores, por cualquier título que tengan alguna mayoría sobre mí, ó en dignidad, ó en oficio, ó edad, ó ciencia.—El segundo, mas perfecto, es, sujetarse tambien á los iguales, gustando de darles la mayor honra y el mejor lugar, y de obedecerles en lo que desean, siendo bueno, como si fueran superiores que me lo mandaran. (*Philip.* II, 3).—El tercero, perfectísimo, es, sujetarse tambien á los menores, con tanto rendimiento y prontitud como si fueran mayores, y en este grado las ejercitó Cristo nuestro Señor este dia, y son la suma de toda la justicia y santidad que debemos pretender, sujetándonos, como dice san Pedro (I *Petr.* II, 13), á toda humana criatura por amor de Dios, en las cosas que son conformes á su santa voluntad, guardando en lo exterior, como dice san Gregorio, la autoridad y decencia que pide el estado de cada uno, segun las reglas de la prudencia. Demás de esto, con estas dos virtudes cumplimos toda justicia para con Dios, para con nosotros y para con nuestros prójimos, porque nos mueven á respetar y obedecer á Dios; á mortificarnos, y despreciar á nosotros mismos, y á dar buen ejemplo á nuestros prójimos, ganándoles la voluntad y teniendo paz en ellos. Todo esto comprendió Cristo nuestro Señor en esta respuesta; y así con este espíritu tengo de alentarme al ejercicio de estas dos virtudes, diciéndome á mí mismo: Así te conviene cumplir toda justicia, no parte, sino toda, no con corazon demediado, sino entero y perfecto; y aunque seas grande en el mundo, y tengas cualquier dignidad en la Iglesia, te importa cumplir toda esta justicia, humillándote y obedeciendo, como Cristo lo hizo con su Precursor.

3. Lo tercero, ponderaré como san Juan obedeció luego con los tres grados que tiene la perfecta obediencia en el modo de obedecer, cuanto á la puntual ejecucion, y á la pronta voluntad y al rendimiento de su juicio. Y así por obedecer á Cristo nuestro Señor le

bautisó con grande reverencia, porque gusta Dios de que sus siervos rindan su juicio al divino, y no sean porfiados contra su ordenacion, como lo fue san Pedro cuando era imperfecto, no queriendo dejarse lavar los piés (*Ioan.* XIII, 8); y perdiera la amistad de Cristo si durara en su rebeldía, como en su lugar dirémos.

PUNTO TERCERO. — 1. Viendo el Padre eterno tan humillado á su Hijo unigénito, se tuvo como por obligado á honrarle y autorizarle, porque siempre quiso cumplir la verdad de aquella sentencia, que dice: El que se humillare, será ensalzado (*Luc.* XIV, 11); y en lo mismo que se humilla el hombre, en eso suele ensalzarle Dios. Si se humilla á ser tenido por idiota ó por pecador, le ensalza en materia de sabiduría y santidad. Los medios que el Padre eterno tomó para honrar á su Hijo en esta ocasion, fueron tres excelentísimos, los cuales ponderarémos por las palabras que nos refieren los Evangelistas.

Aperti sunt ei coeli. — El primer medio fue, abrirse los cielos con un resplandor y abertura maravillosa, que se formó en el aire; y dice san Mateo (*Matth.* III, 16), que se abrieron, *ei*, para él, por su respeto y para su honra, para significar que Cristo nuestro Señor era hombre, no terreno (I *Cor.* XV, 47), y hecho de tierra como el primer Adan, sino hombre celestial y venido del cielo, y por consiguiente, que su vida y doctrina, su ley y todas sus obras eran celestiales. Además, para significar que se abririan las puertas del cielo á todos los que le imitasen, porque á su imitacion se harian tambien hombres celestiales. Y con esto tambien se confirmaba la verdad del tema que tomó san Juan en su predicacion, diciendo: Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos; porque abriéndose á Cristo nuestro Señor, se les dió á entender qué se abririan á todos los que hiciesen penitencia y siguiesen su doctrina.

2. San Marcos dice (*Marc.* I, 10), que vió los cielos abiertos, para significar que Cristo nuestro Señor con su infinita sabiduría penetraba todos los secretos celestiales (*Ioan.* I, 18), y así, que como testigo de vista nos descubria lo que allá pasa, y que por su medio tambien se abririan los cielos para nosotros; de modo, que estando acá en la tierra como san Estéban (*Act.* VII, 55), pudiésemos ver y contemplar los secretos del cielo, y tener allá nuestro trato y conversacion. (*Philip.* III, 20). ¡Oh Adan celestial Cristo Jesús! Justamente se os abren los cielos para honraros, pues con vuestra humildad los habeis merecido y conquistado; razon es que se abran, convidándoos á que subais á ellos, pues son vuestros. (I *Cor.* XV, 49). Abridlos, Señor, para mí, de modo que nunca se me cierren;

y para esto borrad de mi alma la imágen del Adan terreno, imprimiendo en ella vuestra imágen celestial.

3. *Et descendit Spiritus Sanctus corporali specie, sicut columba in ipsum.* (*Luc.* III, 22). —El segundo medio que tomó el Padre para honrar á su Hijo fue, enviar sobre él al Espíritu Santo en figura de paloma; la cual se puso sobre su cabeza, para declarar con aquella figura exterior la plenitud del divino Espíritu que tenia dentro de sí (*Isai.* XI, 1; *D. Thom.* 3 *p. q.* 39, *art.* 6 *ad* 4), desde el primer instante de su concepcion, descansando sobre esta vara y flor de Jesé, con la inmensidad de sus siete dones; y vino en forma de paloma para significar.—Lo primero, la inocencia, pureza y mansedumbre de Cristo, para que todos entendiesen que aunque se bautizaba con bautismo de penitencia, no era pecador, ni tenia que ver con pecadores, sino justo, puro y sencillo como paloma, sin hiel de pecado ni de ira, sin doblez ni engaño alguno. (I *Petr.* II, 22).—Lo segundo, para significar que no solamente estaba limpio de pecados, sino que era el Cordero de Dios que quitaba los pecados del mundo; porque como la paloma en tiempo de Noé trajo la señal de haber cesado las aguas del diluvio (*Genes.* VIII, 11), así ahora es señal de que con la presencia de Cristo y por sus merecimientos se acabaria el diluvio de pecados que anegaba el mundo.

4. Lo tercero, para significar que este Señor no seria solitario, ni estéril, sino que engendraria y criaria muchos hijos imitadores de su inocencia, de los cuales se hiciese una Iglesia unida con union de una misma fe y caridad, de quien se dijese (*Cant.* VI, 8): *Una est columba mea:* una es mi paloma. Ó Espíritu santísimo, gracias os doy por el glorioso testimonio que habeis dado de la inocencia y santidad de nuestro Salvador. Venid sobre mí como paloma, llenando mi alma de pureza y santidad. ¡Oh si me diéseis alas como de paloma para volar á los agujeros de esta Piedra viva sobre quien hoy descansásteis (*Psalm.* LIV, 7), para que mi corazon descanse dentro del suyo, uniéndose con él con perfecto amor!—Tambien puedo ponderar la alegría grande que sintió el Bautista cuando vió venir al Espíritu Santo sobre Cristo en forma de paloma (*Ioan.* I, 32), y el gozo con que publicaba esto á los que no lo habian visto, suplicando al divino Espíritu esclarezca los ojos de mi alma, para que con la luz de la fe vea los dones y riquezas inestimables que hay en Cristo nuestro Señor, para estimarle y amarle como es razon.

5. *Et ecce vox de cœlis, dicens* (*Matth.* III, 17): *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui.* — El tercero medio que tomó el

Padre para honrar á su Hijo fué, decir con una voz, formada en el aire, no terrible y espantosa, sino suave y amorosa: *Este es mi Hijo amado, en quien me he agradado.* Cada palabra tiene particular misterio. Dice, *hic*, este; como si dijera: Este que parece puro hombre mortal y pasible; este que se humilla á parecer pecador, siendo bautizado con bautismo de pecadores; este sobre quien bajó esta paloma, este es mi Hijo. Y no es mi Hijo adoptivo, como los demás justos que le han precedido, sino Hijo natural y unigénito mio: no es engendrado ahora en este bautismo, sino engendrado desde mi eternidad; tan antiguo es como yo, tan sábio y tan bueno, porque es Dios como yo (*Psalm.* CIX, 3): y así por excelencia es mi Amado, á quien yo amé y amo sobre todas las cosas criadas y por criar, y con amor infinito como me amo á mí mismo; y en él me agrado y me alegro, y me precio de tenerle por Hijo, porque él siempre me agrada y hace todas las cosas que me dan gusto (*Ioan.* VIII, 29): y así no tenia necesidad de este bautismo para que yo me agradase de él; porque antes me agradaba de tal manera, que sin él ninguno me puede agradar, y por él me agradarán todos los que le imitaren. Ó Padre eterno, gracias os doy por la honra que hicísteis á vuestro Hijo en tal coyuntura, cuando se humillaba por vuestro amor; gózome del amor y del buen agradamiento que teneis en él, por quien os suplico me ayudeis, para que á su imitacion haga siempre lo que os agrada, de modo que os agradeis en mí. Ó Salvador mio, sea para bien la honra que vuestro Padre y el Espíritu Santo os hacen en este dia, aprobándoos con tales testimonios, para que seais nuestro Maestro y Redentor: hacedme, Señor, agradable á vuestro Padre celestial, y digno de que quiera tomarme por su hijo.

6. Últimamente, ponderaré como por los merecimientos de Cristo nuestro Señor se comenzó en este dia á manifestar el misterio de la santísima Trinidad en la voz del Padre eterno, y en la paloma que representaba al Espíritu Santo. Y así el Padre no llamó á Cristo nuestro Señor siervo, como le llamó por Isaías, cuando dijo (*c.* XLII, 1): Veis aquí mi siervo, en quien mi alma se agradó; sino llamóle Hijo, para descubrir la divinidad del que en cuanto hombre era siervo. Con esta consideracion daré gracias á Nuestro Señor por habernos descubierto este misterio, suplicándole esclarezca mi alma para entenderle y venerarle.

PUNTO CUARTO. - *Del sacramento del Bautismo.* — 1. El cuarto punto será, considerar como Cristo nuestro Señor, segun dice santo Tomás (*D. Thom.* 3 *p. q.* 66, *art.* 2), instituyó entonces su bautismo, muy

diferente del bautismo de san Juan, concediéndole la virtud y eficacia que por estas tres señales milagrosas se representaban, es á saber, abrirnos las puertas del cielo, darnos la gracia y dones del Espíritu Santo, y hacernos hijos adoptivos de Dios, agradables á sus ojos, con fe y conocimiento de la santísima Trinidad, en cuya virtud y nombre se da; y todo con tanta plenitud, que ahora quien muere luego que es bautizado, entra en el cielo sin detenimiento, y recibe la herencia de hijo de Dios, viendo claramente á la santísima Trinidad, con cuya vista es bienaventurado. Ó Salvador del mundo, gracias te doy cuantas puedo por haber instituido por entrada de tu ley evangélica un tan suave y provechoso Sacramento, con tantas prerogativas y dones espirituales como por él se nos conceden. Gracias tambien te doy con todo mi corazon por tan gran merced como me has hecho, en que yo haya sido bautizado, dejando á tantos hombres sin este santo Bautismo, entrándome á mí en el arca de tu Iglesia para que me salve (I *Petr.* III, 20), dejándoles á ellos perecer en el diluvio: suplícote, Señor, que nunca se me cierren las puertas del cielo que entonces se me abrieron; ni se aparte de mí el Espíritu Santo que se me dió (*D. Thom.* 3 *p. q.* 38, *art.* 6 *ad* 3), ni pierda la dignidad de hijo de Dios, á que fuí levantado, agradándote de tal manera, que llegue á gozar de tí en la gloria. Amen.

2. Tambien puedo ponderar, como Cristo nuestro Señor este dia no solamente instituyó el sacramento del Bautismo, sino regaló con él á su Precursor, cumpliéndole el deseo que mostró cuando dijo: *Ego à te debeo baptizari:* yo tengo necesidad de ser bautizado de tí; porque propio es de Cristo nuestro Señor cumplir los deseos de los que le aman, y honrar y premiar á los que le sirven y obedecen. Y pues san Juan le obedeció en bautizarle con su bautismo de agua, era muy conveniente que Cristo le bautizase con su bautismo de Espíritu Santo y fuego, llenándole de nuevo de altísimas gracias y dones celestiales. ¡Oh cuán alegre quedaria el santo Precursor, y por cuán bien empleados daria los trabajos de su oficio, recibiendo de Cristo en este dia tan copioso premio de ellos! ¡Oh cuán bien pudiera decir á Dios lo que dijo Simeon (*Luc.* II, 29): Ahora dejas, Señor, á tu siervo en paz, segun tu palabra, pues han visto mis ojos al Salvador! Mas como era fervoroso y agradecido, resolvióse de mostrar su agradecimiento en dar público testimonio de las grandezas de este Señor todo el tiempo que la vida le durase, como lo hizo. Y á su imitacion sacaré yo los mismos propósitos en agradecimiento de las mercedes que de mano de mi Redentor he recibido.

Punto quinto. — *De la eficacia de la oracion.* — 1. Últimamente, consideraré como todas estas maravillas, segun dice san Lucas (*Luc.* III, 21), sucedieron estando Cristo nuestro Señor en oracion; porque en siendo bautizado se puso á orar. Y esta es la primera vez que se escribe en el Evangelio que Cristo nuestro Señor oraseé, en lo cual se nos descubren algunas excelencias de la oracion, su necesidad, y la frecuencia con que se ha de hacer. — La primera es, que la oracion en su tanto es medio muy eficaz para alcanzar de Dios las tres maravillas referidas, porque ella nos abre las puertas del cielo, y nos descubre tambien los secretos celestiales. Y así de san Pedro se dice (*Act.* X, 11), que orando se le abrió el cielo. Tambien nos alcanza la plenitud del Espíritu Santo y de sus dones, como los Apóstoles orando fueron muchas veces llenos de Espíritu Santo, como veremos en la parte V; y orando tambien se oyen las voces del Padre, que son sus divinas inspiraciones, y se negocia la dignidad de hijo de Dios y los medios para serle agradable. Y cuando la oracion se junta con la humillacion, como la juntó Cristo nuestro Señor esta vez, es mas poderosa para todo esto; porque como dice el Sábio (*Eccli.* XXXV, 21): La oracion del que se humilla penetra hasta las nubes, y hará que se rompan los cielos, para que desciendan las dádivas y dones que suele dar el Padre de las lumbres.

2. Lo segundo, Cristo nuestro Señor juntó la oracion con el Bautismo, para significar que la oracion y devocion han de acompañar todas nuestras obras y el uso de los Sacramentos para que se hagan y reciban como conviene, suplicando á Nuestro Señor quite los estorbos que ponen los demonios para impedir el fruto de estas cosas, y con su favor nos ayude para conseguir el fin de ellas.

3. Demás de esto Cristo nuestro Señor, en siendo bautizado, se puso en oracion, para enseñarnos la necesidad que tienen los bautizados y los fieles de orar, y cuán propio ejercicio suyo ha de ser la oracion, frecuentándola mucho para prevenirse contra las tentaciones que les esperan, y para comenzar con fervor la nueva vida que han profesado, y para conservar las gracias y dones que en el Bautismo han recibido. Pero es de creer, que Cristo nuestro Señor no oró entonces solamente con aquel modo de oracion que es pedir para sí, sino con los demás que pone san Pablo (*Philip.* IV, 6), dando gracias á su Padre por las mercedes que le habia hecho y por las que luego esperaba recibir; como oró cuando resucitó á Lázaro. (*Ioan.* XI, 41-42). Á mas, oraba por todos los que allí estaban para ser bautizados, y por todos los que habian de recibir su bautismo,

para que le recibiesen sin ficcion. Y generalmente oraba por todos los hombres, pues para todos, cuanto es de su parte, instituia este Sacramento; y su deseo era que todos le recibiesen, y alcanzasen las gracias y dones que por aquellas señales se significaban.—De todas estas consideraciones he de sacar grande estima y aficion á la oracion, y grandes propósitos de ejercitarme en ella, mirando á Cristo nuestro Señor, por cuyos merecimientos pediré á la santísima Trinidad me conceda este espíritu de oracion con la eficacia dicha.

MEDITACION IV.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR, DESPUES DEL BAUTISMO, SE FUÉ AL DESIERTO, Y AYUNÓ CUARENTA DIAS Y CUARENTA NOCHES.

Punto primero. — 1. Lo primero, consideraré como Cristo nuestro Señor, en siendo bautizado, como dice san Lucas (*Luc.* IV, 12): *Lleno de Espíritu Santo se partió del rio Jordan*, dejando la compañía de san Juan y de la otra gente que allí estaba: ponderando la causa porque hizo esto, que fue para ejercitar algunas virtudes propias de los que están llenos de Espíritu Santo.—La primera fue, su querida humildad, huyendo las alabanzas humanas y las honras mundanas; porque la muchedumbre del pueblo que habia visto y oido las maravillas que pasaron en su Bautismo, no cesaran de alabarle y honrarle, y así quiso huir y esconderse, no porque él tuviese peligro de vanidad, sino para enseñar con este ejemplo á los que le tuvieses, que huyamos los lugares y ocasiones de nuestras alabanzas, especialmente á los principios, cuando la virtud está tierna y corre peligro de perderse en flor con el viento de la vanidad, como se escribe en Job (*c.* VIII, 13), que se pierde la virtud de los hipócritas.

2. Lo segundo, se fué del Jordan, para significar que los varones llenos de Espíritu Santo, aunque no desprecian las ceremonias exteriores, cual era el bautismo de sola agua; pero en cumpliendo con ellas luego se retiran á las interiores, y á ejercicios de virtud mas levantados y espirituales, porque no se diga de ellos lo que el mismo Señor dijo de los fariseos (*Matth.* XV, 8), que hacian grande caso de estos lavatorios exteriores: Este pueblo solamente me honra con los labios y con exteriores ceremonias, y su corazon está léjos de mí; y ¡ay de vosotros, hipócritas, que limpiais por de fuera el vaso y el plato, y de dentro estais llenos de inmundicias! (*Matth.* XXIII, 25).

3. Lo tercero, se retiró del Jordan, para significar que quien está lleno del divino Espíritu, y ha visto los secretos del cielo, y gustado en la oracion la suavidad de Dios, luego desea huir el bullicio y tráfago de la gente, para rumiar á sus solas lo que ha visto, y entregarse mas de veras á la contemplacion de lo que se le ha mostrado. Ó dulcísimo Jesús, lléname del Espíritu Santo, de que estabas lleno, para que comience á imitar el ejemplo que me diste, retirándome á orar á sus tiempos del modo que te retiraste.

PUNTO SEGUNDO. - *Del impulso del Espíritu Santo.* — 1. Lo segundo, consideraré como *luego el Espíritu impelió y guió á Cristo nuestro Señor al desierto, donde estuvo cuarenta dias entre las bestias.* Aquí se ha de ponderar, qué espíritu movió á Cristo, con qué modo, á qué lugar, por qué causas, y en qué se ocupaba. - Lo primero, Cristo nuestro Señor no fue movido á esta jornada por espíritu de vanidad, ni por ímpetu de pasion, ni por solo espíritu humano, sino por el Espíritu Santo, de quien estaba lleno; en lo cual se nos enseña la diferencia que hay entre los hijos de Dios y del Adan celestial, y los hijos de este siglo y del Adan terreno, porque estos en sus obras son movidos por ímpetu del espíritu malo, que es espíritu del demonio, ó mundo, ó carne, ó espíritu propio, torcido é inclinado á su propio parecer y propia voluntad; pero aquellos son movidos del buen Espíritu, siguiendo sus inspiraciones é impulsos celestiales, segun aquello de san Pablo (*Rom.* VIII, 14): Los que son movidos del Espíritu de Dios, estos son sus hijos; y si me precio de hijo de Dios, he de procurar en todas mis obras seguir el impulso de su divino Espíritu, y no su contrario.

2. Lo segundo, el modo como este Espíritu movió á Cristo fue, como dicen los Evangelistas, con presteza, con eficacia y con suavidad (*Marc.* I, 12), porque siendo bautizado, *statim*, al punto, *expulit*, le arrojó y le impelió eficaz pero suavemente, como quien le guiaba y llevaba de la mano; en lo cual se ve las propiedades del Espíritu Santo en sus inspiraciones á lo bueno, porque es enemigo de dilaciones y tardanzas, y de tibieza y flojedad en las obras, y juntamente de violencia y repugnancia en ellas, disponiendo todas las cosas (*Sap.* VIII, 1) *fortiter et suaviter*, con fortaleza y suavidad, y los que son hijos de Dios hanle de obedecer con la misma presteza y eficacia y gusto, alegrándose de seguir su direccion sin divertirse á otra cosa, como los santos cuatro animales iban donde quiera que les llevaba el ímpetu del espíritu que les movia, sin volver atrás. (*Ezech.* I, 12).

3. Lo tercero, el lugar á donde le impelió y guió, fue al desierto; de suerte que no le movió á ir á Jerusalen, ó á lo poblado de las ciudades, para conversar y tratar con los hombres, sino por entonces le inspiró que fuese al desierto y soledad, y á estar entre las bestias, para que antes de manifestarse al mundo ejercitase algunas obras de virtud señaladas para nuestro ejemplo y enseñanza. -Lo primero, para que ejercitase la humildad; porque así como cuando nació fue puesto en un pesebre entre animales, para entrar en el mundo con humillacion; así ahora antes de manifestarse al mismo mundo vivió cuarenta dias entre las bestias el que era Señor de los Ángeles, para humillarse por el hombre que por su pecado se habia hecho como bestia. (*Psalm.* XLVIII, 13).-Lo segundo, para que gastase todo aquel tiempo en ejercicios de penitencia y oracion, para los cuales es muy á propósito la soledad y el desierto. Y así los ejercitó Cristo nuestro Señor con gran gusto, diciendo aquello de los Cantares (*Cant.* IV, 6): Voy al monte de la mirra, y al collado del incienso; esto es, á ejercitar la penitencia y la oracion, la mortificacion y la contemplacion, y todo con grande alteza. Ejercitóse en obras de penitencia, velando mucho, durmiendo en el suelo, sufriendo las injurias de los tiempos sin abrigo alguno, y ayunando con un ayuno riguroso y milagroso.

4. Tambien ejercitaba la oracion y contemplacion continuamente; de modo que, aunque el cuerpo estaba con las bestias, el espíritu estaba en el cielo con los Ángeles (*Cant.* III, 6): y así de aquel desierto subia siempre como pebete de mirra é incienso muy oloroso al eterno Padre. De donde sacaré, cuán propio es del Espíritu Santo inspirar estas dos suertes de ejercicios, y cuán propio es de los que desean imitar á Cristo gastar mucho tiempo en ellos, especialmente los principiantes en la virtud; y tambien los que han de salir en público á ejercitar cosas grandes del divino servicio, para entrar con buen pié, deben primero recogerse algunos dias á la soledad (*Osee,* II, 14), disponiéndose para que Dios les hable al corazon, enseñándoles lo que han de hacer, y dándoles fortaleza para cumplirlo. Porque propio es, como dice Job (*c.* III, 13), de los que han de ser reyes y cónsules de la tierra, rigiendo las almas, y aconsejándolas lo que las conviene, edificar primero para sí estas soledades del corazon, para aprender el modo de regir, y lo que han de aconsejar. Ó Espíritu santísimo, inspiradme y guiadme con eficacia al monte de la mirra y al collado del incienso, para que pueda seguir al Salvador. Ó Salvador mio, pues por mi ejemplo vais al desierto, lle-

vadme en vuestra compañía, enseñándome á buscar dentro de mí la soledad, y ejercitar la oracion y penitencia en ella.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, consideraré como *Cristo nuestro Señor ayunó allí cuarenta dias y cuarenta noches*, ponderando las causas y circunstancias todas de este ayuno. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 40, *art.* 2 *ad* 3; 41, *art.* 3). Las causas principales fueron dos.-La primera, para satisfacer por la gula de nuestros primeros padres que contra el precepto de Dios comieron la fruta del árbol de la ciencia, y justamente para satisfacer por todas las glotonerías y embriagueces del mundo; porque en la misma materia que los hombres pecaron, quiso Cristo nuestro Señor padecer trabajos en satisfaccion de sus culpas, para que yo aprenda á castigar mis gulas con ayunos, pues así ayuna Cristo nuestro Señor por ellas.-La otra causa fue, para enseñarnos como los bautizados, que desean servir á Dios nuestro Señor (*Casian.* Lib. V, c. 3; *D. Greg.* Lib XXX Moral. *c.* 16), han de procurar domar con ayunos los brios de la carne para sujetarla al espíritu, y su primera batalla ha de ser contra la gula, procurando vencer al enemigo doméstico, que es la carne, de la cual se aprovecha el demonio para sus tentaciones. Y tambien los que han de ser ministros del Evangelio han de pelear de la misma manera, castigando, como dice el apóstol san Pablo (I *Cor.* IX, 27), su cuerpo, y poniéndole en justa servidumbre, porque no les suceda que predicando á otros, queden reprobados ellos. Por tanto, si quieres que no se te cierren los cielos que te abrió el Bautismo, enfrénate con el ayuno, porque la gula echó á nuestros primeros padres del paraíso, y la abstinencia te ayudará para que seas en él admitido.

2. Lo segundo, este ayuno fue riguresísimo, aunque por milagro, sin comer ni beber cosa alguna ni de dia ni de noche, para enseñarnos que nuestro ayuno ha de ser con el mayor rigor que pudiéremos, sin pedir milagro, con tal que no destruyamos la naturaleza, ni perdamos las fuerzas necesarias para el divino servicio, contentándonos, como dice el apóstol san Pablo (I *Tim.* VI, 8; *Casian. Collat.* XXII, *c.* 2), con tener el sustento necesario, y ofreciendo nuestros cuerpos á Dios nuestro Señor en hostia viva; pero de modo que (*Rom.* XII, 1): *Sit rationabile obsequium nostrum:* que nuestro sacrificio y nuestro ayuno sea medido con la razon.

3. Lo tercero, este ayuno fue largo y prolijo por espacio de cuarenta dias con sus noches, para significar la constancia que hemos de tener en las obras de penitencia y en la castigacion de la carne, perseverando hasta alcanzar la perfeccion; porque aunque

Cristo nuestro Señor no prolongó su ayuno mas de cuarenta dias, pero aparejado estaba para dilatarle mas tiempo si fuera necesario. Y con esto confirmó el ayuno de los cuarenta dias de Cuaresma que la Iglesia guarda con rigor, con cuyo ejemplo me animaré á guardarle con perfeccion, ordenando los cuatro dieces de este número á cuatro fines. – El primero, en satisfaccion de mis pecados. – El segundo, en agradecimiento de los beneficios recibidos. – El tercero, para impetracion de las virtudes que me faltan. – El cuarto, para disponerme á la gloria de la resurreccion que espero, como premio de mis trabajos.

4. Lo cuarto, este ayuno, aunque riguroso por una parte, por otra parte fue suave; porque, como se saca de los Evangelistas, en todo este tiempo no tuvo hambre, porque la virtud de la divinidad y la dulzura de la divina contemplacion hacian que la carne no sintiese hambre ni trabajo en su ayuno; como ni le sintieron Moisés y Elías (*Exod.* XXXIV, 8; III *Reg.* XIX, 8), el uno por estar en el monte conversando con Dios; y el otro porque iba al monte á conversar con él, y habia sido confortado con el pan que le dió el Ángel; en lo cual se nos avisa (*D. Bern.* Serm. 4 Quadr.) que la oracion y devocion hacen suave el ayuno, premiando la ayuda que de él reciben, con el gusto que le añaden. Ó dulcísimo Jesús, gracias te doy por el ayuno tan riguroso que hiciste en satisfaccion de mis pecados; por él te suplico los perdones y me ayudes para que de hoy mas mi cuerpo ayune, absteniéndose de manjares, y el espíritu ayune, apartándose de vicios. Amen.

MEDITACION V.

DE LAS TENTACIONES QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PADECIÓ EN EL DESIERTO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar (*D. Thom.* 3 *p. q.* 41, 11), como Cristo nuestro Señor fue guiado del divino Espíritu al desierto entre otros fines, como dice san Mateo (*Matth.* IV, 1): *Para que fuese tentado del demonio.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como es propio del Espíritu Santo poner á los varones perfectos en lugares y ocasiones donde sean tentados, para descubrir en ellos la eficacia de su gracia, dándoles gloriosas victorias y ganancias de grandes virtudes y merecimientos; y así, aunque yo no tengo de ponerme temerariamente en tales ocasiones; pero si me hallare en ellas, puedo presumir que vienen por providencia y per-

mision del divino Espíritu, para que con su ayuda medre con ellas; pues como dice el Apóstol (I *Cor.* x, 13), esto pertenece á su fidelidad. Ó Espíritu santísimo, yo me arrojo en vuestra providencia para que me pongais donde quisiéreis, á fin de que sea probado y tentado, con tal que Vos seais mi padrino y ayudador en todas las batallas y tentaciones, pues con vuestra ayuda, si por mí no queda, será cierta la victoria.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como el mismo Espíritu Santo guió á Cristo nuestro Señor al desierto, mas que á otro lugar, para ser tentado; porque el desierto es lugar ocasionado para las tentaciones del demonio por razon de la soledad, porque en viendo el demonio á uno que está solo y que no tiene hombre que le ayude con su consejo y direccion, y con otros medios que los padres espirituales dan á los tentados, espera vencerle, y así le acomete con grande cuidado, como acometió á Eva en viéndola sola y apartada de su marido Adan, y la venció y engañó fácilmente. Y por esto, como dicen los santos Padres (*D. Basil.* Reg. 1 ex fusis; *Casian.* Lib. VIII, *c.* 17), ninguno que no sea perfecto ha de presumir entrar en los desiertos á vivir vida solitaria. De donde sacaré que aunque viva en poblado y entre muchos, si no quiero dar cuenta de mis tentaciones al confesor ó padre espiritual, verdaderamente estoy solo, y vivo en desierto y en peligro de ser tentado y vencido del demonio fácilmente; porque como dice el Eclesiastés (*c.* IV, 10): Cuando muerde la serpiente en secreto y sin silbo, no tiene ganancia el encantador; que es decir: Cuando el demonio tienta y muerde con la culpa, y el mordido calla, aunque haya médico que le cure no será curado, porque es como estar solo; y ¡ay del solo, que si cae no habrá quien le dé la mano para que se levante!

3. Demás de esto, como la vida de los solitarios fundada en aspereza y oracion es muy perfecta, en viendo el demonio que alguno la comienza, acude á tentarle por atajarle los pasos; porque aunque aborrece y tienta á todos los hombres, pero mucho mas á los fervorosos que comienzan á servir á Dios con perfeccion, donde quiera que sea. Mas no por esto he de perder el ánimo, porque el mismo Espíritu Santo, que inspira tal modo de vida, inspira con eficacia medios para vencer las tentaciones que el demonio pone contra ella. Y como los fervorosos con su fervor despiertan contra sí á Leviatan (*Iob,* III, 8), que es el espíritu malo, para que los tiente, así despiertan y provocan al Espíritu Santo para que les ayude.

4. Lo tercero, ponderaré las causas porque Cristo nuestro Se-

ñor quiso ser tentado luego despues del bautismo y del ayuno, pues todas son para nuestro provecho.-Lo primero, aunque no era principiante en la virtud quiso pasar por la ley ordinaria de los que comienzan á servir á Dios; los cuales, como dice el Sábio (*Eccli.* II, 2), son tentados y se han de apercibir para las tentaciones. Á mas, para hacerse semejante á los demás hombres en todas las miserias que no son culpa ó frisan con ella, y para que sabiendo por experiencia qué es ser tentado, se compadeciese, como dice san Pablo (*Hebr.* IV, 15), de los que lo son, y con la victoria de sus tentaciones nos enseñase á vencer las nuestras, y nos diese ánimo y esfuerzo para vencerlas. De aquí es (*D. Thom. q.* 14, *art.* 3 *ad* 2) que aunque por el discurso de los cuarenta dias fue tentado con varias tentaciones, como dan á entender san Lucas y san Marcos, pero al fin de ellos fue tentado con tres tentaciones visibles, en las cuales como en semilla están todas las demás, para que por ellas sacásemos el modo de pelear contra las otras.

5. De aquí sacaré tres avisos muy importantes para cuando fuere tentado. (*Eccli.* II, 4).-El primero es, no afligirme ni desconsolarme, teniéndome por desfavorecido de Dios; porque pues mi Salvador fue tentado siendo Hijo de Dios, no es mucho que yo lo sea, y la alegría espiritual en las tentaciones es grande arma ofensiva y defensiva para salir con victoria de ellas.-El segundo es, acudir con grande confianza á este Señor por remedio y ayuda en mis tentaciones diciéndole: Rey mio, pues sabeis qué es ser tentado, compadeceos de mí, y quitadme la tentacion ó dadme fuerzas para vencerla. -El tercero es, prevenirme para las tentaciones con oracion y ayuno, como este Señor se previno, porque así como dijo despues á sus Apóstoles (*Matth.* XVII, 20), que habia un género de demonios que no salian de los cuerpos si no es por ayuno y oracion, así tambien hay algun género de demonios tentadores que no son vencidos si no es con las mismas armas; y haciendo esta prevencion miraré el modo con que Cristo nuestro Señor venció sus tentaciones, para pelear de la misma manera con las mias.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar las tres tentaciones que puso el demonio á Cristo nuestro Señor, y el modo como Cristo las venció, ponderando que, aunque la primera fue en materia de gula, la segunda en materia de vanagloria, la tercera en materia de ambicion ó avaricia; pero todas iban bien mezcladas con soberbia y apetito de excelencia; porque como el demonio es soberbio y cayó por soberbia, y por ella derribó al primer hombre, y co-

noce la fuerza de esta tentacion, mézclala con las demás para derribar con mayor facilidad á los hombres; y al contrario, Cristo nuestro Señor todas estas tentaciones rechazó con humildad, que es arma poderosísima para librarnos de los lazos de Satanás.

—*De la primera tentacion.*—La primera tentacion fue de gula, cuanto al afecto y modo de buscar la comida; porque pasados los cuarenta dias de ayuno, tuvo Cristo nuestro Señor hambre como hombre; y el demonio, que le andaba mirando cuanto hacia, no perdió esta ocasion de verle necesitado y hambriento, y con especie de piedad le dijo: *Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan.* Como quien dice: Usa de la potestad que tienes de hacer milagros, para remediar tu necesidad y hambre; provocándole con esto á tener afecto desordenado á la comida en hacer milagro por haberla.

2. En lo cual se han de ponderar los varios modos que tiene el demonio para tentar de gula. Á los regalados tienta, poniéndoles delante el deleite de la comida, haciéndoles atropellar la ley de Dios por gozarle, como la atropelló Eva. Á los necesitados tienta, provocándoles á remediar su necesidad por medios ilícitos. Unas veces al descubierto, como instigando á hurtos; otras veces con maña ó fingiendo falsas dispensaciones y fingidas revelaciones, como engañó á un santo profeta (I *Reg.* XIII, 8); ó con capa de piedad, instigando medios vanos y presuntuosos, y de este modo tentó á Cristo nuestro Señor; y por una via ó por otra desea mucho vencer á los que tratan de espíritu en este vicio de gula; porque siendo vencidos de vicio tan bajo, quedan acobardados para otras peleas mas graves.

3. Cristo nuestro Señor con humildad le respondió con un lugar de la divina Escritura (*Matth.* IV, 4): *No vive el hombre de solo pan, sino tambien de toda palabra que sale de la boca de Dios*, que fue decirle: No quiero hacer milagros por tu persuasion, ni para mi regalo, pues Dios puede sustentarme por otros caminos y por cualquier cosa que él quisiere sin pan; yo creo á lo que está escrito en la Escritura cerca de esto (*Deut.* VIII, 3), y confio en su providencia que no me faltará. Con lo cual nos enseña el modo de vencer las tentaciones que se fundan en necesidades temporales y en falta de sustento ó regalo, que es por la humildad y fe en la palabra de Dios, y confianza en su providencia; porque si no niega Dios la comida á los hijos de los cuervos cuando piden por ella (*Psalm.* CXLVI, 9), ¿cómo la negará el Padre celestial á sus propios hijos, si confiadamente se la piden?

4. *De la segunda tentacion.*—De esta victoria tomó el demonio ocasion para tentar á Cristo nuestro Señor de vanidad y presuncion y demasiada confianza (*Matth.* IV, 5; *Psalm.* XC, 11): *Llevóle al pináculo del templo de Jerusalen, y díjole: Si eres Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo; porque escrito está que ha dado Dios cuidado de tí á sus Angeles, y en sus palmas te llevarán para que no recibas daño.* Como quien dice: Si haces esto, los que lo vieren creerán en tí y alabarán á tu Padre celestial. Aquí se ha de ponderar.—Lo primero, las propiedades del demonio en sus tentaciones para no dejarnos engañar de sus astucias, porque en la primera tentacion procura conocer las inclinaciones y estudios de cada uno, y de ellas toma ocasion para armarle nuevos lazos y tentaciones mas fuertes y sutiles. De suerte, que no solamente toma ocasion para tentarnos de las necesidades que padecemos y de las malas inclinaciones que tenemos, sino de las buenas, instigándonos á usar de ellas con indiscrecion ó con intencion torcida, ó con otras circunstancias malas, traspasando los límites de la razon. Á los confiados en Dios, instiga que confien con demasía para que dén en presuntuosos. Á los celosos de la gloria de Dios, atiza para que dén en iracundos; y si ve que son letrados y que fundan su virtud en los dichos de la sagrada Escritura, de ella se aprovecha para encubrir su tentacion, procurando engañarles. De donde sacaré aviso para no asegurarme con lo que parece bueno, sin examinar bien el fin y la intencion y las circunstancias particulares, probando y examinando, como dice san Juan (I *Ioan.* IV, 1), los espíritus si son de Dios, primero que les dé crédito.

5. Lo segundo, ponderaré la contrariedad del mal espíritu y del bueno, que se descubre en este hecho; porque el buen Espíritu llevó á Cristo nuestro Señor á la soledad, para huir de las vanas alabanzas de los hombres y de la vanagloria que suele nacer de ellas; pero el mal espíritu le sacó de la soledad y le puso en el pináculo del templo delante de mucha gente, provocándole á buscar estas alabanzas con título fingido de la gloria de Dios. Y viendo que Cristo nuestro Señor no quiso en el desierto hacer el milagro que le pidió de convertir las piedras en pan, imaginó que quizá querria hacer otro milagro en público, porque la vanagloria tiene mas fuerza delante de muchas personas que pueden alabar nuestra obra, que estando á solas ó delante de pocos.

6. Lo tercero, de parte de Cristo nuestro Señor ponderaré su admirable mansedumbre en dejarse tomar del demonio y llevar desde el desierto, hasta ponerle en el pináculo del templo de Jerusalen,

sin resistirle ni contradecirle, pudiéndolo hacer tan fácilmente, encubriendo por entonces su omnipotencia, para que no le conociese por Hijo de Dios, y dándonos ejemplo de humildad. Ó Cordero mansísimo, ¡cómo vas en manos de lobo tan furioso! Líbrame de ellas por tu misericordia, para que no me derriben de tu gracia en el abismo de la culpa.-Luego consideraré el modo como venció esta tentacion, respondiendo al demonio (*Deut.* VI, 16): *Escrito está: no tentarás á tu Señor Dios.* Que fue decirle: No se han de hacer milagros por vanidad y sin necesidad, y la confianza en Dios no ha de ser tan temeraria y presuntuosa; y pues yo puedo bajarme por la escalera, ¿para qué tengo de tentar á Dios en arrojarme de aquí abajo? En lo cual se echa de ver como la humildad y discrecion con el reposo y mansedumbre vale mucho para vencer las tentaciones de vanidad, coloreadas con apariencia de virtud. La humildad dispone para alcanzar esta luz y discrecion; porque, como dice el Sábio (*Prov.* XI, 2): Donde está la humildad allí está la sabiduría; pero se ha de pedir á Dios, á cuya omnipotencia, como él mismo dijo al santo Job (*c.* XLI, 4), pertenece descubrir el rostro de Satanás, quitándole la máscara de virtud con que le cubre para engañarnos. Ó guerrero diestro y poderoso, Cristo Jesús, ilustrad los ojos de mi alma con vuestra luz celestial, para conocer las astucias de Satanás cuando se transfigura en ángel de luz para engañarme; y ayudadme con vuestra omnipotencia, para que ni la fuerza de este leon me espante, ni la astucia de este dragon me engañe.

7. *De la tercera tentacion.*—La tercera tentacion fue de avaricia y ambicion, *porque llevando el demonio otra vez á Cristo nuestro Señor á un monte muy alto, desde allí le mostró todos los reinos del mundo y sus grandezas, y le dijo: Todas estas cosas y la gloria de ellas es mia, y las doy á quien quiero; yo te las daré á tí si postrado en tierra me adorares.* Aquí ponderaré la sed rabiosa que el demonio tiene de mi condenacion; pues todo el mundo si fuera suyo me le diera porque yo haga un pecado mortal contra Dios. De donde sacaré una grande estima de mi salvacion y un propósito muy firme y eficaz de no hacer por todo lo que tiene el mundo cosa contra ella, aprendiendo de mi enemigo á estimar el bien eterno con desprecio de todo lo temporal y perecedero. Porque derechamente contra esta tentacion dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* XVI, 26): ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo y ser señor de él, si su alma se condena? Y los del infierno lo confiesan mal de su grado, dicien-

do (*Sap.* III, 8): ¿De qué nos sirvió la soberbia, y la jactancia de las riquezas qué provecho nos trajo?

8. Lo segundo, ponderaré cuán propio es del demonio, padre de las mentiras, engañar á los hombres con falsas promesas de lo que ni es suyo ni lo puede dar á su voluntad; y esto hace algunas veces por medio de nuestra imaginacion, formando torres de viento y esperanzas de grandes bienes si hacemos algo que es pecado mortal. Otras veces lo hace por medio de hombres mundanos y de lisonjeros y amigos falsos que nos persuaden injustas pretensiones con esperanzas engañosas de salir con ellas. Por donde se ve cuán gran locura es dar crédito al que ni por sí ni por boca de otros sabe hablar verdad, sino mentira y engaño para mi condenacion.—Lo tercero, ponderaré cuán grave mal es el pecado mortal, especialmente de avaricia y ambicion, pues no es otra cosa que postrado en tierra adorar á Satanás. Y por esto dice san Pablo (*Colos.* III, 5), que la avaricia es adoracion de ídolos; porque el dinero es como un ídolo, dentro del cual está el demonio á quien adora el avariento. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* VI, 24), que es imposible servir á dos señores, esto es á Dios y al dinero. De donde sacaré grande compasion de los que postrados en tierra adoran al demonio, no porque les dé todo el mundo sino por una mínima parte de él, esto es por un poco de hacienda y honra.

9. Luego consideraré el modo como Cristo nuestro Señor venció esta tentacion, diciendo con gran imperio al demonio (*Deut.* VI, 13): *Vete de aquí, Satanás, porque escrito está: á tu Señor adorarás, y á él solo servirás.* En lo cual mostró Cristo nuestro Señor el grande celo que tenia de la honra de Dios; porque viendo la desvergüenza de Satanás, indignado contra él le arrojó de sí, y le hizo huir vencido y corrido y atemorizado. Y con este ejemplo me enseña cuánto me importa vestirme de santo celo contra los tentadores, cuando tocan en la honra de Dios, echándolos de mí con grande brio y valor, preciándome de no hincar la rodilla ni sujetarme á otro que solo Dios, y por él á todos los que él quiere; pero á ninguno contra él, porque esta santa libertad espanta á los demonios y les hace huir. Ó Dios de las batallas, que armado de tu celo peleaste contra el príncipe de este mundo y le echaste de él con tu virtud, ayuda mi flaqueza para que yo tambien le venza, y le aparte de mí con tu gracia. Dame templanza contra la codicia de la carne; y pobreza de espíritu contra la codicia de los ojos, y humildad de corazon contra la soberbia de la vida (I *Ioan.* II, 15): porque vencidos estos tres

vicios venceré al mundo que se funda en ellos, como le venciste tú, á quien sea honra y gloria por esta victoria por todos los siglos. Amen.

Punto tercero.—*Entonces le dejó el demonio, y vinieron los Angeles á servirle.*— 1. Aquí ponderaré quién envió estos Ángeles, cuántos vinieron, á qué fin y qué hicieron. Enviólos el Padre eterno para honra de su Hijo, y para solemnizar su victoria, y para que se viese como tenia cuidado de él, y le tiene de los tentados; y aunque bastara un Ángel para servirle en aquella necesidad, quiso que viniesen muchos á darle el parabien de la victoria, y alegrarse con él por haber vencido á Satanás. Y luego con gran reverencia le pusieron mesa en aquel desierto, y le dieron de comer para satisfacer á su hambre, sirviéndole como criados á su Señor.—De donde sacaré lo primero, gran confianza en la divina Providencia, pues tan gran cuidado tiene de sus hijos y de los que por él pelean en el desierto de esta vida. Bendita sea, ó Padre celestial, tu divina providencia. Gracias te doy por el cuidado que tuviste de tu Hijo unigénito, y por la honra que le hiciste en esta victoria. Por él te suplico tengas cuidado de mí y me ayudes, para que me fie de tí.

2. Lo segundo, sacaré que los Ángeles asisten á los que pelean invisiblemente para ayudarlos, y cuando vencen se alegran con ellos y solemnizan nuestras victorias, y (como se dirá en la parte VI) son instrumentos de la divina Providencia para remediar nuestras necesidades; y así tengo de amarlos y reverenciarlos, y llamarlos á menudo en mi favor, y no rendirme á las tentaciones, siquiera por no privarles de esta alegría. Esta verdad es tan cierta, que el mismo Satanás, tentando al mismo Señor, la confesó y se la trajo á la memoria con el lugar del salmo de David alegado (*Psalm.* xc, 11), ordenándolo así la divina Providencia para nuestro esfuerzo; porque sabiendo el demonio que hay otro Ángel mas fuerte que él que le contradice, y es tan cuidadoso en defendernos como él en tentarnos, encoge su orgullo para no hacernos todo el mal que desea.

3. Lo tercero, sacaré tener paciencia y sufrimiento en las necesidades temporales, porque á su tiempo las remediará Dios nuestro Señor, y tener confianza en las tentaciones, aunque se multipliquen y prolonguen, porque á su tiempo hará Dios que cesen, apartando de mí al demonio; pero no tengo de asegurarme en esta vida, porque no sin causa dice el evangelista san Lucas que Satanás huyó de Cristo hasta otro tiempo, para significar que si ahora se va, volverá despues á probarme de nuevo con nuevas tentaciones, quizá

mas fuertes; pero quien me ayudó á vencer las unas me ayudará á vencer las otras.

MEDITACION VI.

DE LA VOCACION Y ELECCION DE LOS APÓSTOLES.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar la calidad de los Apóstoles que escogió Cristo nuestro Señor (*Matth.* IV, 19), cuanto á lo natural, comparándola con la grandeza del fin para que los escogia, y ponderando las causas de esto. Porque primeramente, queriendo Cristo nuestro Señor escoger doce varones que fuesen doce fundamentos de su Iglesia, él por sola su misericordia los escogió y llamó, poniendo los ojos, no en los nobles, ricos y poderosos de Judea y Galilea, ni en los letrados y sábios de la ley, ni en los fariseos, que eran los religiosos de aquel tiempo, sino en unos hombres pobres, humildes, ignorantes y ejercitados en oficios muy viles y desechados, y á estos escogió, dejando á los otros.—Las causas que á esto le movieron son.—La primera, porque aunque es verdad, como se dice en Job (c. XXXVI, 5), que Dios, por ser poderoso, no desecha á los poderosos, y por ser sábio no desprecia á los sábios; pero como se humilló á ser hombre, y se hizo por nosotros pobre, humilde y despreciado, y vino á ser maestro de humildad, quiso ejercitarla en todas las cosas, y escoger discípulos pobres y humildes, y acompañarse con ellos, porque siempre gustó Dios de tener su conversacion con los sencillos (*Prov.* III, 32) y humildes de corazon. Al contrario de los maestros soberbios del mundo que se precian de tener discípulos que sean muy nobles y de grandes partes naturales.

2. La segunda causa fue, porque deseaba Cristo nuestro Señor que sus discípulos fuesen muy humildes en el espíritu, y que no se atribuyesen á sí mismos los grandes dones que pensaba darles, ni las gloriosas obras que pretendia hacer por medio de ellos. Y por esto, como dice el apóstol san Pablo (I *Cor.* I, 26), no escogió letrados ni nobles ó poderosos, que suelen ser muy soberbios, sino idiotas, pechoyos y bien fundados en el conocimiento de su flaqueza, por la experiencia de lo poco que de sí tenian: *Ne gloriatur omnis caro in conspectu ejus.* Para que ningun hombre, acordándose que de suyo es carne flaca, se glorie vanamente en la presencia de Dios, atribuyéndose á sí mismo lo que no es suyo; y por aquí echará de

ver cuánto me importa fundarme en profunda humildad si quiero que Dios me escoja para cosas grandes de su servicio, acordándome de lo que Cristo nuestro Señor dijo á su eterno Padre (*Matth.* XI, 23) alabándole porque habia escondido los misterios de nuestra redencion á los sábios y prudentes del mundo, y reveládolos á los pequeñuelos. Ó Padre soberano, Señor de los cielos y de la tierra, yo te alabo y glorifico por la eleccion que haces de los humildes, para darles parte de tus misterios; hazme, Señor, pequeño en mis ojos, para que sea grande en los tuyos, tomándome por instrumento de tu omnipotencia para obrar cosas dignas de tu grandeza.

3. De aquí procede la tercera causa, que fue para que la conversion del mundo tan milagrosa no se atribuyese á fuerza humana, sino á virtud divina; porque no fuera posible que hombres tan pobres y despreciados persuadieran á un mundo tan soberbio y codicioso una fe tan nueva, una doctrina tan levantada, una ley tan pura y una vida tan rigurosa como la evangélica, si la omnipotencia de Dios no hiciera esta obra, y si la diestra del muy Alto no hiciera esta mudanza. Por la cual he de darle muchas gracias, reconociendo que esto mismo pasa en la conversion del mundo abreviado de mi alma; porque ninguna fuerza humana bastara á convertirme si la virtud de Dios no me ayudara, ni pudiera decir con David (*Psalm.* LXXVI, 11): Ahora comienzo nueva vida, si la diestra del Altísimo no me trocara.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la calidad de estos varones que escogió Cristo nuestro Señor cuanto á lo moral, esto es, cuanto á las virtudes ó vicios, buenas ó malas costumbres que tenian, ponderando el estado de donde los sacó, y los motivos que tuvo para ello. - Primeramente, ponderaré como la divina vocacion solamente tiene dos causas, es á saber, la infinita bondad de Dios y los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, por el cual, como dice san Pablo (II *Tim.* I, 9), nos escogió Dios y llamó con su santa vocacion, no por nuestras obras, sino por solo el propósito y beneplácito de su voluntad. Con todo eso, algunas veces atiende Nuestro Señor en estos llamamientos á algunas congruencias y disposiciones del hombre, en órden al fin para que le llama, para animarnos á que procuremos las mismas. Pero otras veces llama á los que no las tienen, para que entendamos que la vocacion es gracia suya, y no nos engriamos por tener aquellas buenas partes, ni desesperemos por estar sin ellas. Y por esta causa los Evangelistas, contando estas vocaciones, atribuyen su orígen á la vista amorosa de

Cristo, el cual puso sus ojos misericordiosos en estos que llamó, mas que en otros semejantes que pudiera llamar si quisiera. Todo esto se ha de ponderar en la vocacion de los Apóstoles, aplicando á mí mismo la parte que me tocare.

2. Lo primero, Cristo nuestro Señor sacó algunos discípulos de la escuela de san Juan Bautista, donde se habian criado en virtud, para honrar con esto la escuela de su Precursor, y para que entendamos que gusta echar mano de tales hombres, para cosas grandes de su servicio. De estos fue el primero de todos los discípulos que le siguieron san Andrés, en quien hubo dos maravillosas disposiciones que apunta el Evangelio. (*Ioan.* I, 40).-La una, que tenia gran deseo de su propia perfeccion y de seguir lo que era mejor; porque con haber estado dias en la escuela de san Juan, en oyéndole decir que Cristo era Cordero de Dios, luego dejó á su maestro y se fué tras Cristo, por seguir á otro maestro mejor, de quien pudiese aprender mayor perfeccion.-La otra, que tenia gran celo de que sus hermanos alcanzasen el mismo bien, llamándolos y convidándolos para que siguiesen lo que él seguia; y así en viendo á su hermano san Pedro le llevó á Cristo. (*Ioan.* I, 41). Estas dos propiedades le dispusieron en alguna manera para que Cristo nuestro Señor le llamase, porque eran maravillosas para el oficio de apóstol, cuyo fin es atender á la salvacion propia y de los prójimos.

3. Lo segundo, llamó Cristo nuestro Señor á otros, que eran virtuosos y bien inclinados y ejercitados en obras buenas, para honrar con esto la virtud y alentarnos á sus loables ejercicios. De estos fueron los cuatro pescadores que pescaban en el mar de Galilea, Pedro y Andrés, Diego y Juan, hijos del Zebedeo (*Matth.* IV, 18), en quien resplandecieron otras dos admirables propiedades.-Una fue aplicacion á su oficio trabajoso y humilde, huyendo la ociosidad y ganando la comida con el sudor de su rostro, y remendando por sus manos las redes que tenian.-La otra fue grande hermandad entre sí; porque no solamente eran hermanos segun la carne, sino segun el espíritu, con grande conformidad de voluntades en ayudarse uno á otro, y querer para el otro el bien que querian para sí. Estas dos propiedades eran tambien muy convenientes para el oficio de apóstol, que se funda en union de caridad, con deseo de trabajar por el bien de muchos. Y en todas cuatro he de procurar aventajarme, si deseo que Cristo nuestro Señor me tome por su discípulo y me ocupe en cosas grandes de su servicio.

4. Lo tercero, llamó á otros que eran grandes pecadores, mas

inclinados y muy asidos á las cosas de esta vida, sacándoles del golfo del mundo y del abismo de sus pecados, como á Mateo (*Matth.* IX, 9); y despues á Saulo, para mostrar en estos la eficacia de su gracia y la grandeza de su misericordia, y para que ningun pecador desespere ni desconfie de la misericordia divina, ni se tenga por excluido de ella, pues á todos abraza y á todos desea hacer bien. Ó Maestro soberano, infinitamente misericordioso, alábente los Ángeles por tales misericordias, pues no te desdeñas de tomar por discípulos á hombres tan bajos, ni de escoger por Apóstoles á tan abominables pecadores (*Psalm.* CXXXIV, 7; *Ierem.* LI, 16): tú levantas las nubes del extremo de la tierra, porque de hombres muy terrenos haces hombres celestiales; y de corazones fríos y secos haces predicadores fervientes y devotos, que como nubes vuelen por el mundo, y le rieguen con su doctrina y con el admirable ejemplo de su vida. Mírame, Señor, con ojos de misericordia, consume con tu vista todas mis aficiones terrenas, y levántame á desear las cosas celestiales, para que descubras la grandeza de tu misericordia en hombre lleno de tanta miseria. Ó alma mia, glorifica á tu Dios, que te llamó para su escuela, sin merecerlo, dejando á otros en el abismo del error y del pecado; ponte con la humildad en lo extremo de la tierra, para que el Sol de justicia te mire y te levante como nube á lo alto del cielo.

Punto tercero.— 1. El tercer punto será, considerar el modo maravilloso con que Cristo nuestro Señor llamó á estos Apóstoles, ponderando la suavidad, eficacia y palabras de este llamamiento; el cual fue muy diverso, porque á unos llamó disponiéndoles poco á poco, á otros á la primera vista; á unos con palabras acomodadas á su oficio, á otros con una sencilla palabra y con un imperio divino.—Primeramente, á san Andrés y á san Pedro fue disponiendo poco á poco, llamándolos, como dice san Agustin y otros doctores (Lib. II de consensu Evangelist., *c.* 17; *S. P. N. Ignat.*), tres veces.—La primera, para que le conociesen, admitiéndolos en su posada dos ó tres horas de la tarde, conversando con ellos como con otros muchos.—La segunda fue, para que oyesen su doctrina y tuviesen con él mayor familiaridad, como admitia á otros discípulos.—La tercera vez llamó, para que dejadas todas las cosas le siguiesen perpétuamente. (*Marc.* IV, 18; *D. Greg.* Lib. XXII Moral. *c.* 14). Esto trazó así Cristo nuestro Señor, para enseñarnos que los hombres de ley ordinaria suben por sus grados á la perfeccion, pasando por los tres estados, de principiantes, y de los que aprovechan, y de

los perfectos. Porque la semilla de la divina inspiracion, como el mismo Señor dijo, primero brota yerba, luego caña ó espiga crecida, y despues grano lleno en la espiga; esto es, primero nos mueve á obras menores; y si la obedecemos, luego nos mueve á crecer y subir á otras mayores; y perseverando en obedecerla, nos llena de obras perfectas. De donde sacaré cuánto me importa obedecer á cualquier inspiracion y llamamiento interior, aunque sea á obras pequeñas y á la oracion ordinaria; porque con esta obediencia me dispongo para que su Majestad se digne de llamarme á cosas mayores y á otra oracion mas levantada.

2. Lo segundo, á otros llamó Cristo nuestro Señor de golpe y á la primera vista, para mostrar la omnipotencia de su voluntad en llamar á los que quiere y arrancarlos en un momento de donde están atollados, trocando de repente sus corazones. De este modo llamó á los hijos del Zebedeo cuando estaban pescando con su padre y remendando sus redes, y á san Mateo cuando estaba sentado en su banco, cambiando y negociando con otros; y con estar atado con una cuerda de tres dobleces, dificultosísima de romper (*Eccles.* IV, 12); es á saber, su mala inclinacion, la posesion de muchas riquezas, y el oficio público de alcabalero, con la compañía y trato que tenia con los demás publicanos, con todo eso con una sencilla palabra le desató, y diciéndole: *Sígueme*, le arrancó de golpe la mala inclinacion habitual que tenia, y le hizo dejar las riquezas y el oficio y compañía, mostrando en esto la eficacia de su gracia y el poderío que tiene sobre la naturaleza.

3. En persona de estos varones he de considerarme á mí mismo, enredado y enlazado en las redes y lazos de mis pasiones y aficiones desordenadas, y de los negocios y cuidados de este siglo, tan flaco, que no puedo por mis fuerzas desenredarme, y tan rendido, que ni lo quiero ni lo deseo; antes gusto de estar así enredado, y como dice un profeta (*Habac.* I, 16), sacrifico á mis mismas redes, adorando como á ídolos estas aficiones, y las cosas terrenas y deleitables que me enredan con ellas; pero la misericordia de Jesucristo nuestro Señor es tan grande y tan poderosa, que con sola una palabra puede hacer que guste dejarlas, y darme fuerzas para desenredarme de ellas. Ó Dios omnipotente (*Psalm.* CXV, 16), rompe con presteza mis ataduras, para que nunca mas sacrifique á estas redes, sino á tí, sacrificio de alabanza, é invoque tu santo nombre. (*Eccli.* XLI, 23). Ó alma mía, no desconfies de verte suelta y trocada, porque fácil es en los ojos del Señor de repente enriquec-

cer al pobre (*Prov.* xx, 8), deshaciendo con una vista toda su miseria.

4. Lo tercero, ponderaré como Cristo nuestro Señor llamó con imperio á Mateo y á otros, diciendo que le siguiesen, sin darles otra razon, aunque interiormente les descubria lo mucho que les importaba seguirle; pero á los cuatro pescadores con suavidad dijo: *Venid en pos de mí, y haréos pescadores de hombres*, aficionándoles con esta promesa á que le siguiesen. Como si dijera: No os quitaré vuestra inclinacion ni vuestro oficio, sino mejorarlehe, trocándole en otro mas perfecto, porque os haré pescadores, no de peces, sino de almas que pescaréis para el cielo con la red de vuestra predicacion. Por donde se ve que Nuestro Señor gusta de acomodar su gracia á lo bueno que tiene la naturaleza, perfeccionándola en ello, para que caminando las dos en conformidad, alcancen su fin con mas suavidad. Y así la gracia de la vocacion, propia del cristiano ó religioso, ayuda á quitar de la naturaleza las malas inclinaciones, como las de Mateo, y á perfeccionar las buenas, como las de estos pescadores, cuyo llamamiento aplicaré á mí mismo, imaginando que Cristo nuestro Señor me dice al corazon: Deja las redes con que pescas los deleites y bienes de esta vida, y vente tras mí siguiendo mis consejos, y yo te haré pescador de otros deleites y bienes celestiales; y tambien te haré pescador de hombres, que ganarás para el cielo con tu palabra y ejemplo.—De lo dicho concluyo, que el fin de la vocacion apostólica abraza dos partes; es á saber, ir tras Cristo, imitando perfectamente sus virtudes, y sacar del mar de este mundo almas que le sigan. Y esto segundo se ha de fundar en lo primero, porque seria gran locura sacar yo á otros del mar y anegarme dentro de él, por no seguir á Cristo, siendo causa de que otros le sigan.

Punto cuarto.—1. Lo cuarto, se ha de considerar la excelente obediencia que tuvieron los Apóstoles á su llamamiento; porque, como dicen los Evangelistas (*Matth.* iv, 19; *Marc.* i, 18; *Luc.* v, 11), estando Pedro y Andrés tendiendo las redes en el mar, y los hijos del Zebedeo en el navío con su padre remendándolas, y Mateo actualmente ocupado en su oficio de alcabalero, en llamándoles Cristo, *continuo, et statim*, al punto lo dejaron todo por seguirle.—*Tres grados de perfecta humildad.*—En esta obediencia descubrieron las tres excelentes perfecciones que tiene esta virtud.—La primera perfeccion fue del entendimiento y juicio, cautivándole en servicio de Cristo, y rindiéndole á su ordenacion, sin replicar ni alegar las razones que tenian para dejar ó dilatar el cumplimiento de ella. San Pedro pudiera decir, que tenia obligacion de sustentar su hija y fa-

milia, y disponer sus cosas. San Juan y Santiago, que tenian padre y madre ancianos y necesitados de su ayuda. San Mateo, que tenia trabadas cuentas con muchos, y expuesto mucho dinero á negociacion, y que parecia necesario disponer primero de todo. Nada de esto alegaron, sino rindieron su juicio al mandamiento de Cristo, y arrojándose confiadamente en la divina Providencia, le obedecieron con obediencia ciega, pero no necia, sino muy cuerda; porque la ilustracion interior y la fuerza de la divina gracia, y la divinidad que resplandecia en el rostro y palabras de Cristo nuestro Señor, les convenció á que se rindiesen.

2. La segunda perfeccion fue de la voluntad, la cual sujetaron prontísimamente á la de Cristo, descarnándose del amor que tenian á mujer, hijos, padres y deudos y á su hacienda; y aunque era poca, pero como dice san Gregorio (Hom. 5 in Evang.), dejaron muchísima, en cuanto dejaron la voluntad y deseo de tener otra cosa que á Cristo; y si todo el mundo fuera suyo, con la misma voluntad le dejaran todo por seguirle. Y á esta causa dijo san Pedro á Cristo nuestro Señor (*Matth.* XIX, 27): *Ecce nos reliquimus omnia.* No dice, dejamos todas las cosas que teníamos, sino absolutamente todas las cosas, para significar que dejaron todas las que tenian y podian tener; esto es, padres, hermanos, deudos, amigos, mujer, hijos, y cualesquier riquezas y derecho á ellas; y finalmente á sí mismos, y su propia libertad y voluntad; y si fuese menester la honra y vida, renunciándolo todo por seguir á Cristo.

3. La tercera perfeccion (*Chrysost.* Hom. 14 in Matth.) fue de la ejecucion, la cual fue presta, puntual y alegre, sin dilacion, ni por un instante, y sin repugnancia ó tristeza; y con tener presentes las cosas que amaban ó estimaban, padres, redes y dineros, luego lo dejaron todo, como si huyeran de una serpiente. Los que tenian las redes tendidas en el mar, al punto las soltaron. Los que las estaban remendando, no dieron mas puntada; y el que tenia los libros abiertos y el dinero sobre las mesas, lo dejó como se estaba, con tanto gusto, que hizo un convite á Cristo y á sus discípulos y á otros publicanos en señal de alegría. ¡Oh milagros de la omnipotencia de Dios! oh mudanza de la diestra del muy Alto! (*Psalm.* LXXVI, 11). Ó Sol de justicia, que abrasas tres veces los montes con rayos de fuego (*Eccli.* XLIII, 4), cegando los ojos con tu resplandor, concédeme una obediencia ciega, fervorosa y diligente, como la diste á estos montes apostólicos, para que obedeciéndote como ellos, llegue á reinar con ellos por todos los siglos. Amen.

Punto quinto. — 1. Lo quinto, consideraré cuán grandes favores hizo Cristo nuestro Señor á los Apóstoles, por esta obediencia.- Lo primero, levantólos á la mayor dignidad de cuantas instituyó en su Iglesia, que es la del apostolado (*Marc.* III, 14), haciéndolos sus legados y embajadores, para que con sus veces y autoridad fuesen á predicar por el mundo su ley evangélica.-Lo segundo, escogiólos, como dice san Marcos: *Ut essent cum illo*, para que anduviesen siempre con él, teniendo con ellos muy estrecha familiaridad, y dándoles parte de todos sus secretos, y así les dijo (*Ioan.* XV, 15): *No os llamaré siervos, sino amigos, porque todas las cosas que oí á mi Padre, las he manifestado á vosotros.*-Lo tercero, comunicóles mayores gracias y dones, que á todos los santos del Testamento viejo y nuevo, que despues de ellos sucedieron, así en género de santidad como de sabiduría, con la potestad de hacer milagros, y las demás gracias que llaman gratis datas: por lo cual dice san Pablo (*Rom.* VIII, 23), que tuvieron las primicias del espíritu, y que son la gloria de Cristo. (II *Cor.* VIII, 23).

2. Lo cuarto, prometióles que el dia del juicio se sentarian con él en doce tronos para juzgar las doce tribus de Israel, por haberle obedecido en dejar por él todas las cosas, y en esta vida les dió cien veces mas de lo que dejaron. (*Matth.* XIX, 28). Y si es verdad, como dijimos, que con la voluntad eficaz dejaron todas las riquezas, honras y regalos que podian desear, lo que les dió valia cien mil veces mas que todo esto, porque les dió tales gracias, dones y consuelos espirituales, que excedian incomparablemente á todo cuanto dejaron; y para que nos animásemos á hacer otro tanto como los Apóstoles, nos prometió lo mismo que á ellos, como en su lugar verémos. Ó Redentor mio, pues con tanta liberalidad premiais la obediencia á vuestro llamamiento, justo es que yo os siga en esta vida, para que llegue á estar donde Vos estais gozando de vuestra gloria. Amen.

MEDITACION VII.

DE LA VOCACION GENERAL CON QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR LLAMA Á TODOS LOS HOMBRES PARA QUE SE NIEGUEN Á SÍ MISMOS, TOMEN SU CRUZ Y LE SIGAN.

—Porque Cristo nuestro Señor vino al mundo, como dice san Juan (I *Ioan.* III, 8), para deshacer las obras del demonio, pondrémos primero en esta meditacion el llamamiento que hace el demo-

nio, convocando gente para que le siga contra la cruz de Cristo nuestro Señor, y luego el llamamiento del mismo Cristo, para que comparando uno con otro veamos á quién es razon oir y seguir. Esta meditacion y la siguiente darán mucha luz para hacer con acierto eleccion del estado que mas nos conviene para nuestra salvacion.—

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar á Lucifer (*Ioan.* XIV, 30; *ex S. P. Ignatio*, in hebd. 2, 1 die), príncipe de este mundo, sentado en un trono de fuego, lleno de humo, con una figura horrible y un rostro espantable, rodeado de innumerables demonios, príncipes de estas tinieblas, los cuales se conciertan de hacer guerra á Cristo nuestro Señor, y levantar bandera contra la bandera de su cruz. Para lo cual arman lazos de tentaciones á los hombres, induciéndoles á los tres vicios que llama san Juan (I *Ioan.* II, 16), concupiscencia de carne, codicia de ojos y soberbia de la vida. Primero les convidan á los regalos de la carne, de donde nacen los vicios de gula y lujuria; luego á la codicia de hacienda y honra, de donde proceden los vicios de la avaricia y ambicion; despues á la soberbia de la vida, que es apetito de su propia excelencia, con presuncion de sí mismos y de su propio parecer; y llámase soberbia de la vida, porque es soberbia grande, viva y bulliciosa, que siempre vive y crece (*Psalm.* LXXIII, 23), y brota los demás vicios y pecados del mundo.

2. Luego ponderaré la rabia (I *Petr.* V, 8; *D. Aug.* Praefat. in Psalm. XCVI; *Apoc.* XII, 9) con que los demonios andan rodeando todo el mundo, sin dejar rincon alguno, buscando á quien tragar, ya como leones con fuerza y violencia de persecuciones; ya como dragones con astucia de razones aparentes, para engañar á los hombres y traerlos á su servicio.—El estrago que hacen es grandísimo, porque se les llegan innumerables hombres; unos se rinden á la codicia de regalos; otros á la codicia de riquezas y honras mundanas, y otros á la soberbia y altivez de la vida; y finalmente asientan debajo de su bandera todos los que son enemigos de la cruz de Cristo; los cuales, como dice san Pablo (*Philip.* III, 18), llorando su miseria, tienen por Dios al vientre y á la gloria mundana para confusion suya, porque su fin es la muerte eterna.—Con esta consideracion, imitando al mismo Apóstol, me compadeceré con lágrimas de que haya tantos que sigan el bando del demonio, admirándome de que muchos sean tan locos, que quieran seguirle, creyendo que el premio de su servicio ha de ser el infierno. Y haciendo re-

flexion sobre mi vida pasada ó presente, lloraré haber estado algun tiempo en este engaño, suplicando á Nuestro Señor me libre de él para siempre. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré á Cristo nuestro Señor sentado en un lugar humilde, con un rostro apacible y amoroso, rodeado de sus discípulos y de otra mucha gente, diciéndoles á todos: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me:* si alguno quiere venir tras mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. En las cuales palabras, al contrario del príncipe de este mundo, llama y convida á los hombres á tres cosas. - Lo primero, á negarse á sí mismo, mortificando las tres codicias del mundo, y los vicios que de ellas preceden; esto es, á que nieguen y mortifiquen el amor de regalos sensuales, y la codicia de hacienda y honra vana, y la soberbia interior, mortificando su propio juicio y propia voluntad, toda presuncion y apetito de excelencia.

2. Lo segundo, les llama para que lleven su cruz, ofreciéndose á lo contrario de las tres codicias del mundo; conviene á saber, á sufrir trabajos y dolores, pobrezas y desprecios, y toda suerte de humillacion y sujecion; porque la cruz espiritual de Cristo está compuesta de estas tres piezas, pobreza, desprecio y dolor, aunque en cada una se encierran muchas diferencias de trabajos que la acompañan; y esta cruz quiere que todos la lleven cada dia, tomando la parte que cada dia les cupiere, con perseverancia hasta la muerte. - Lo tercero, les llama para que le sigan, imitando sus virtudes y los ejemplos que les da en la abnegación y en llevar su propia cruz, porque está resuelto de no admitir en su escuela ni en su compañía á los que no se resolvieren de abrazarla y asentar debajo de esta bandera; y así dice (*Luc.* XIV, 27), que quien no toma su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo, ni es digno de estar conmigo.

3. Luego ponderaré cuán puesta está en razon esta vocacion; porque si yo soy malo y desde mi nacimiento inclinado á vicios y pecados, justo es que me niegue á mí mismo, y que mortifique todas mis malas inclinaciones, para librarme de los males que nacen de ellas. Y si los regalos, riquezas, honras y excelencias mundanas son cebo de todas las maldades, razon es quitar el amor desordenado de ellas para preservarme de tantas miserias. Y si es fuerza que en esta vida mortal me sucedan muchos trabajos, fatigas, dolores y tribulaciones, ¿qué cosa puede ser mas cuerda, que hacer de

necesidad virtud, y abrazar mi cruz de buena gana, mereciendo la vida eterna con ella? Y si Jesucristo nuestro Señor vino del cielo á llevar su cruz y abrazarse con dolores, pobrezas y desprecios, ¿qué mucho le siga yo, haciendo lo que hace mi Capitan, mi Rey y mi Dios? Ó Capitan soberano, pues me llamas para que me niegue, ven tú á pelear conmigo contra mí, porque mas fuerte ha de ser que yo quien ha de vencerme á mí. Y pues quieres que lleve cada dia mi cruz, dame cada dia tu gracia para que no caiga ni desfallezca oprimido de ella.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar tres eficacísimas razones que trae Cristo nuestro Señor para persuadirnos esta vocacion. - La primera es: *Quien quisiere salvar su alma, perderla ha; y quien la perdiere por mí, hallarla ha.* Que fue decir: Vuestra salvacion y vuestra vida eterna está en negaros, y llevar la cruz, y seguirme hasta perder la vida temporal por esta causa si fuere menester, como yo la perdí; y quien la perdiere de esta manera, no la perderá del todo, porque yo se la volveré mejorada y eterna. Y al mismo modo puedo imaginar que me dice Cristo nuestro Señor: Quien por mí perdiere su hacienda, honra, regalo, amigos y cualquier bien temporal, despues lo hallará; y al contrario, quien lo quisiere ganar ó conservar contra mi voluntad, él lo perderá, y con ello su alma para siempre.

2. La segunda es: *¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si su alma padece detrimento? Ó ¿qué trueque puede hacer el hombre por su alma?* Como quien dice: Si seguís la sugestion del demonio y no mi vocacion, habeis de perder para siempre el alma; pues ¿de qué os aprovechará haber alcanzado todos los regalos, riquezas, honras y excelencias del mundo, si al fin vuestra alma se condena? Preguntadlo á los mismos condenados que están ardiendo en el infierno, y os dirán (*Sap.* v, 8): ¿De qué nos aprovechó la soberbia? y la jactancia de las riquezas, ¿qué bien nos hizo? Los regalos, las honras, las dignidades y todos los bienes de la tierra, ¿qué provecho nos han traido? Todo pasó como sombra, y ahora por nuestra maldad estamos en perpétuo tormento.

3. La tercera razon es (*Matth.* xvi, 27): *Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus Ángeles, y dará á cada uno segun sus obras;* que es decir: Yo tengo de venir á juzgar el mundo con el estandarte y bandera de mi cruz; y á los que no quisieron llevarla conmigo, condenaré al fuego eterno con los demonios, cuyo bando siguieron; pero á los que oyeron mi vocacion y abraza-

ron mi cruz, llevaré conmigo á la gloria de mi Padre. Ponderando estas tres razones, haré comparacion de estos dos llamamientos, del que hace Lucifer, al que hace Cristo nuestro Señor; del fin tan desastrado de los que siguen el uno, al fin tan dichoso de los que siguen el otro; y pues no es posible, como dijo el Redentor (*Matth.* VI, 24), servir juntamente á dos señores, y no podemos servir á Dios y á las riquezas, á Cristo y á las honras vanas, ni es posible asentar debajo de las banderas de dos capitanes tan contrarios, procuraré cerrar mis oidos á la sugestion de Lucifer y abrirlos á la vocacion de Cristo, negándome á mí mismo, abrazando mi cruz y siguiendo á mi soberano Capitan debajo de su bandera. Para lo cual me ayudará á considerar, cuando llegue la hora de mi muerte, y cuando me vea presentado á juicio ante el tribunal de Cristo, ¿á quién querria haber seguido? qué querria haber escogido? ¿Riquezas ó pobreza, honras ó desprecios, regalos ó aflicciones, cumplimiento de mi propia voluntad ó abnegacion de ella y de mí mismo? Y escogeré ahora lo que entonces querria haber escogido.

4. Y por no remitir solamente á la muerte y juicio el acierto de esta buena eleccion, añado, que el llamamiento del demonio, aunque á prima faz promete deleites, honras; riquezas, libertad y descanso, pero todo esto viene mezclado con tantas amarguras, que verdaderamente es trabajosísimo (*Sap.* V, 7): y hasta los mismos condenados confiesan que vivieron cansados en el camino de la maldad y que anduvieron por caminos muy ásperos y dificultosos. Pero al contrario el llamamiento de Cristo, aunque es de abnegacion, pero viene trazada por la divina Providencia, y ajustada á las fuerzas de cada uno, y mezclada con tantas dulzuras y gracias celestiales, que verdaderamente es suavísima en esta vida, de modo, que los que han seguido el bando del demonio hallan grande alivio en seguir el de Cristo, y así les dice el mismo Señor (*Matth.* XI, 28): *Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, que yo os recrearé; tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy blando y humilde de corazon, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera;* que es decir: Aunque mi yugo es abnegacion, es suave; y aunque mi carga es cruz, es ligera, con tal que seais mansos y humildes como yo, porque yo doy á los humildes mi gracia, con la cual es ligero todo lo que de suyo es pesado y amargo. (*Iacob.* IV, 6). Ó dulcísimo Maestro, sobre cuyos hombros carga mi cruz y la de todos los mortales, concédeme que oiga tu llamamiento, abrazando los trabajos de la cruz, dejando á tu

providencia los alivios para llevarla, para que escogiendo en la vida lo que querria haber escogido en la muerte, reciba en tu juicio la corona de la gloria. Amen.

MEDITACION VIII.

DE LA RESIGNACION NECESARIA PARA OIR LA VOCACION DE CRISTO, Y RENUNCIAR TODAS LAS COSAS PARA SER SU DISCÍPULO.

—Como Cristo nuestro Señor nunca cesa de llamar á los hombres para que le sigan, pondré en esta meditacion la disposicion mas conveniente que debemos procurar (*Ex S. P. Ignàt.* ubi sup.), para que su santa vocacion halle entrada en nosotros, y por ella alcancemos la vida eterna. Esta declaró el mismo Señor en aquella memorable sentencia que dijo por san Lucas (*Luc.* XIV, 33): *Cualquiera de vosotros que no renuncia las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.* En las cuales palabras no manda á todos que renuncien todas las cosas, dejándolas con efecto, sino con el corazon, quitando las aficiones desordenadas de ellas, y estando aparejados á dejarlas cuando fueren impedimento de su salvacion, ó cuando el mismo Señor con especial vocacion les inspirare que las dejen, por serles medio muy mas conveniente y seguro para que se salven; y debajo de todas las cosas se comprende hacienda, honra, dignidad y oficio preeminente. Á mas, padres, hermanos, hijos, amigos y conocidos, y cualesquier personas ó cosas de la tierra, cuyo amor desordenado puede impedirnos seguir á Cristo, y ser sus discípulos. Presupuesto esto, pondrémos tres suertes de hombres que desean el fin de su salvacion, y querrian disponerse para alcanzarle, siguiendo á Cristo, para que veamos cuál de ellos acierta, y con cuál nos hemos de conformar.—

Punto primero.—La primera suerte es, de aquellos que desean alcanzar el fin de su salvacion, sin aplicar medios para ello, por la grande dificultad que sienten en ellos; querrian seguir á Cristo, pero no renunciar todas las cosas; y si desean renunciarlas y quitar sus aficiones desordenadas, no toman medios eficaces para quitarlas, como el enfermo que desea sanar, mas no querria sangrías, ni purgas, ni otras medicinas necesarias para su salud, por el dolor y amargura que siente en tomarlas. Estos tienen disposicion totalmente contraria á la divina vocacion, y al mandato de renunciar todas las cosas, y nunca alcanzarán salud espiritual ni la vida eter-

na, porque esta no se alcanza con solos deseos, si faltan obras; y aunque parece que quieren salvarse y sanar, pero de verdad no quieren. Y por esto dijo el Espíritu Santo (*Prov.* XIII, 4; *D. Hier.*): *Vult, et non vult piger*. El perezoso quiere y no quiere; quiere el fin, pero no quiere los medios; quiere ir donde está Cristo, pero no quiere ir tras Cristo; quiere la virtud en cuanto buena, y no la quiere en cuanto dificultosa, y así la deja. Tambien haré reflexion sobre mí mismo, para ver si tengo este mismo engaño en la pretension de algunas virtudes; porque algunas veces digo que deseo alcanzar la humildad y vencer la soberbia; pero no quiero humillarme, ni que me humillen; y digo que deseo tener paciencia y vencer la ira, pero no querria sufrir, y así me quedo siempre soberbio é impaciente; porque la mortificacion de las pasiones es medio necesario para vencer los vicios, y los ejercicios de las virtudes son necesarios para ganarlas.

PUNTO SEGUNDO.— 1. La segunda suerte es, de otros hombres que desean el fin de su salvacion y aplicar medios para alcanzarle, pero medios trazados por su propio juicio y voluntad, y no por la de Dios. Quieren seguir á Cristo y renunciar la aficion desordenada de sus cosas; pero afierran en que ha de ser con condicion de quedarse con ellas; y aunque les sean ocasion de pecar, y aunque Dios les llame interiormente para que las dejen, no quieren y se entristecen; como el otro mancebo rico, á quien dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* XIX, 21): Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes. Estos son como los enfermos que quieren sanar y aplicar medicinas; pero no las que el médico escogiere, sino las que ellos señalaren conformes á su gusto, queriendo torcer la voluntad del médico, para que las apruebe. Así estos quieren traer la voluntad de Dios á la suya, y no llevar la suya á la de Dios; y por consiguiente tienen disposicion repugnante á la divina vocacion de renunciar todas las cosas, y con riesgo de condenarse; porque quizá Nuestro Señor sabe que su cura está en dejar las cosas que poseen, para quitar las aficiones desordenadas y muchos pecados que proceden de ellas. Y generalmente debo creer que el remedio de mis enfermedades espirituales no está en los medios que yo escojo con mi juicio ciego, sino con los que ordenare Dios, que es médico de mi alma; al modo que Naaman leproso, aunque deseaba mucho sanar de su lepra, no queria aplicar el medio que le señaló el profeta Eliseo (IV *Reg.* V, 10), que era bañarse siete veces en el rio Jordan, sino el medio fácil que inventó su propio juicio, que era tocándole el Pro-

feta con su mano. Pero con efecto nunca sanara, si no mudara parecer y se resignara en la voluntad del Profeta, porque Dios habia determinado sanarle, no por el medio que él escogia, sino por otro que mas le convenia.

2. Tambien haré reflexion sobre mí mismo en otras cosas particulares de mi vida, para ver si tengo este engaño; porque si me confieso, es yerro no querer seguir los medios de mi cura, que el confesor prudente señala, sino los que á mí se me antojan. Y si soy religioso, es gran engaño pretender la perfeccion de mi estado por los medios que yo escojo por mi juicio propio, queriendo traer la voluntad de los prelados á que quieran lo que yo quiero, y no inclinar la mia á que quiera lo que ellos quieren; y así me dirá Cristo nuestro Señor lo que dijo á san Pedro (*Matth.* XVI, 23) en otro caso semejante: *Vade post me Satana:* adversario, vente tras mí, porque no tengo de hacer yo lo que tú quieres, sino tú lo que yo quiero: no ha de seguir el maestro al discípulo, sino el discípulo al maestro, ni el súbdito ha de gobernar al superior, sino el superior al súbdito. Ó Maestro soberano, pues eres camino, verdad y vida, no permitas que yo vaya por otro camino que el tuyo, ni siga otra verdad que la tuya, ni viva otra vida que la que tú vivias, caminando tras tí que bajaste del cielo, no á cumplir tu voluntad, sino la de tu Padre, por el camino que él te señaló.

PUNTO TERCERO. — 1. De aquí es, que la tercera suerte de hombres mas dichosa es, de aquellos que desean alcanzar el fin de su salvacion, y la victoria de sus aficiones desordenadas, y la perfeccion de las virtudes por los medios que Dios quisiere, resignándose totalmente en su voluntad, estando aparejados para retener ó dejar todas las cosas que poseen con igualdad de ánimo, segun que fuere mas conveniente para honra y gloria de Dios nuestro Señor, y salvacion de sus almas; como los enfermos que desean sanar, y se arrojan en las manos del médico con determinacion de tomar los remedios que él juzgare ser mas convenientes para su salud, sin inclinarse de su parte mas á uno que á otro.

2. Estos tienen admirable disposicion para oir la divina vocacion y recibir sus ilustraciones é inspiraciones, confiando siempre en la providencia de nuestro gran Dios y Señor; el cual, como dice el profeta Isaías (*c.* XLVIII, 17), nos enseña las cosas provechosas y convenientes, y nos gobierna en este camino del cielo por sí mismo y por medio de sus ministros; y los que se dejan gobernar de él, aceptando todos los medios que inspira y manda, alcanzarán un rio

de paz y un mar de santidad, y llegarán con seguridad al puerto de su salvacion y perfeccion; porque la divina Providencia llama á cada uno para el estado y modo de vida que mas le conviene, como se verá en la parte VI, en la meditacion XLVI. — Conforme á esto, comparando entre sí estas tres suertes de hombres, y viendo los daños y engaños de los primeros y segundos, debo escoger la suerte de estos terceros; y puesto en la presencia de Dios nuestro Señor, le diré muy de corazon, como otro Saulo recien convertido (*Act.* IX, 6): *Domine, quid me vis facere?* Señor, ¿qué quereis que haga? Ves aquí á tu siervo deseoso de servirte y seguirte, pero estoy muy enfermo con mis desordenadas aficiones; en tus manos me pongo, haz de mí lo que quisieres; dispuesto estoy á cumplir tu voluntad, inspírame y enséñame los medios mas convenientes para la salud de mi alma, que yo me ofrezco con tu divina gracia á ejecutarlos, ora sea reteniendo las cosas que poseo, ora dejándolas todas por tu amor.

3. Algunos hay que quieren pasar mas adelante, y por imitar mas perfectamente á Cristo nuestro Señor, se inclinan y desean, cuanto es de su parte, ser pobres, despreciados y afligidos como él lo fue, antes que ser ricos, honrados y consolados, como otros justos lo han sido, aunque conservan siempre la indiferencia para tomar ó dejar todo esto, segun que Dios lo quisiere; porque no á todos quiere su Majestad hacer esta gracia de llamarlos, para que le sigan con actual pobreza voluntaria en vida religiosa, ó para que padezcan injurias y trabajos por su amor. Esta disposicion deberia procurar con todas mis fuerzas, á imitacion del Apóstol que decia (*Galat.* VI, 14): Guárdeme Dios de gloriarme en otra cosa que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo; porque yo aborrezco y desprecio al mundo, y el mundo tambien con efecto me aborrece y desprecia, tratándome como á un crucificado, que de todos es tenido por infame y desdichado. Ó Dios eterno, concédeme tal disposicion por tu misericordia, para que sea digno de que me llames á hacer y padecer cosas grandes de tu gloria. Amen.

MEDITACION IX.

DEL PRIMER MILAGRO QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR EN LAS BODAS DE CANÁ DE GALILEA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Hubo unas bodas en Caná de Galilea, en las cuales se halló la Madre de Jesús, y él fue convidado con sus discípulos; y como faltase el vino, díjole su Madre: No tienen vino.* (*Ioan.* II, 1; *D. Thom.* 3 *p. q.* 43, *art.* 3). — Lo primero, se ha de ponderar la benignidad y caridad de Cristo nuestro Señor en aceptar este convite, por tener ocasion de hacer bien á otros y sacar alguna ganancia espiritual para sus discípulos. Y juntamente miraré la pureza, modestia y gravedad con que estaba en la mesa en medio de aquellos regocijos, enseñándonos con su ejemplo que el varon espiritual en todo lugar ha de serlo, sin derramarse á cosa profana, cumpliendo lo que dice David (*Psalm.* LXVII, 4): Los justos coman en banquetes, y regocíjense en la presencia del Señor, porque de esta manera no harán cosa indigna de la santidad que profesan, ni del Señor en cuya presencia están.

2. Lo segundo, ponderaré la compasion y solicitud de la Vírgen nuestra Señora, pues en viendo la falta del vino, se compadeció de la afrenta y trabajo que allí se padecia. Y de su propio motivo, sin que ninguno se lo pidiese, se movió á procurar el remedio de esta necesidad por medio de su Hijo, mostrando en esto el agradecimiento y amor que tenia á los que la convidaron; y lo mismo hace ahora por sus devotos, compadeciéndose de sus necesidades, aun cuando se olvidan ó descuidan de pedirla remedio de ellas; porque como dice san Agustin (Serm. 4 de Nativ.): Cuanto la Vírgen es mejor que todos los Santos, tanto es mas solícita de nuestro bien que todos ellos. Ó Vírgen soberana, ¿cómo no seré yo solícito en servirte, pues tan solícita eres en remediarme? Si tanto cuidado tienes en agradecer cualquier pequeño servicio, razon es que le tenga yo de glorificarte por las mercedes que me haces, con esperanza de que siempre me harás otras mayores.

3. Lo tercero, ponderaré la confianza tan amorosa y resignada con que hizo la Vírgen aquella brevísima peticion: *Vinum non habent;* no tienen vino, como quien estaba certificada de las entrañas de piedad de su Hijo, que bastaba ponerle delante la necesidad presente, para que quisiese remediarla si convenia, pues no le faltaba

amor ni poder para ello. Ó Vírgen gloriosa, mirad la falta que tengo del vino de la fervorosa caridad y devocion; y pues tanta compasion teneis por la falta del vino corporal, mayor la tendréis por la falta del vino espiritual. Y pues pedísteis remedio para aquella, pedidle tambien para esta otra, diciendo por mí á vuestro Hijo benditísimo: Hijo, este mi siervo no tiene vino de amor divino, dádsele con abundancia, para que os sirva con fervor. Á imitacion de la Vírgen he de ejercitar este modo de orár, que con su ejemplo me enseña, representando á Nuestro Señor mis necesidades y faltas con grande amor, confianza y resignacion, fiándome de su liberalidad y misericordia, que me dará el remedio cuando mas me convenga. Y así en lugar de aquella palabra vino, puedo poner otras semejantes, diciendo á Nuestro Señor: Padre mio, no tengo fervor; Dios mio, no tengo humildad, no tengo paciencia ni obediencia; mirad mi miseria y compadeceos de ella.

—De este modo de orar se dirá mas largamente en la meditacion de la resurreccion de Lázaro.—

Punto segundo. — 1. Á esta demanda respondió Cristo nuestro Señor: *¿Qué tienes que ver conmigo, mujer? No ha llegado mi hora.* Cerca de esta respuesta, al parecer tan desabrida y seca, ponderaré las causas misteriosas de ella.—La primera fue, para descubrir que era mas que hombre y que tambien era Dios, cuyo es propio hacer la obra milagrosa que se le pedia, en la cual habia de seguir su traza y el tiempo y hora que en cuanto Dios tenia señalada, sin mudarla ni anticiparla por respetos de carne y sangre; enseñándonos en esto, que no hemos de afligirnos ni congojarnos demasiadamente con nuestras necesidades, queriendo anticipar la hora que Dios nuestro Señor tiene determinada para su remedio, ni señalarle tiempo para ello, como los de Betulia, á los cuales por esta causa con mucha razon reprendió Judit (*Judith*, VIII, 11); sinó haciendo de mi parte cuanto fuere posible, he de arrojarme en su divina providencia, para que él me remedie en su hora, que será para mí la mejor y mas conveniente. Ó Salvador dulcísimo, pues teneis señalada la hora de los trabajos y la de los milagros, seguid vuestra divina traza en hora buena, porque mi voluntad está resignada para seguir y obedecer siempre la vuestra, sin apartarme una hora ni un momento de ella.

2. La segunda causa fue, para enseñarnos cuán descarnado y apartado estaba de todo carnal amor de parientes. Por lo cual, conformando sus palabras con los afectos del corazon, no se halla escri-

to que haya llamado á la santísima Vírgen con esta tierna palabra de madre, sino de mujer, como se ve en este lugar y en la cruz, cuando la encomendó al amado discípulo. (*Ioan.* XIX, 26). Y diciéndole otra vez algunos de los que le oian el sermon, que su Madre y hermanos le buscaban, respondió con gran despego (*Matth.* XII, 48; *S. P. Ignat.* in exam. *c.* 4, *lit. C.*): ¿Quién es mi madre y mis hermanos? El que hiciere la voluntad de mi Padre celestial, ese es mi hermano y hermana y mi madre. De donde aprenderé á descarnarme y desasirme de las criaturas, y no tomar en la boca el nombre de madre, ni de hermano, si me ha de llevar tras sí el corazon, procurando estimar sobre todas las cosas el cumplimiento de la divina voluntad; pues por esto dijo Moisés (*Deut.* XXXIII, 9): Quien dice á su padre y madre, no os conozco; y á sus hermanos, no sé quién sois, estos guardan tus mandamientos, y cumplen tu santa ley.

3. La tercera causa fue, para ejercitar á la Vírgen santísima, y darla ocasion de mostrar sus excelentes virtudes, especialmente su grande paciencia, humildad y confianza; porque con respuesta tan seca, ni se turbó, ni quejó, ni respondió palabra alguna, ni se tuvo por injuriada, y lo que mas admira, no perdió la esperanza de ser oida, como luego se verá, con cuyo ejemplo he de animarme á tener paciencia, y no perder la confianza cuando Dios no oyere mis peticiones ó dilatare el oirme, ó cuando los hombres me dieren respuestas desabridas, acordándome de lo que dice el profeta Isaías (*c.* XXX, 15): En el sufrimiento, silencio y esperanza está nuestra fortaleza, porque por tales medios alcanzamos de Dios lo que pretendemos.

Punto tercero. — 1. *Entonces la Vírgen dijo á los que servian á la mesa: Quodcumque dixerit vobis facite: cuanto os dijere mi Hijo, hacedlo.* En las cuales palabras se ha de ponderar la excelencia de este soberano consejo, el fin por que le dió, las palabras de que usó, y las virtudes heróicas que en todo esto descubrió. - Lo primero, mostró heróica confianza, porque cuando su Hijo la dijera expresamente: Yo haré lo que me pedís, no pudiera ella decir otra cosa de la que dijo. - Lo segundo, tuvo grande luz para conocer el corazon de Cristo nuestro Señor y sus intentos; porque puesto caso que pudiera remediar aquella necesidad criando nuevo vino ó multiplicando lo poco que habia, sin decir nada á los ministros que servian á la mesa, con todo eso entendió la Vírgen que su Hijo les habia de mandar algo: porque la condicion de Dios es querer que los hom-

bres hagamos algo de nuestra parte para el remedio de nuestras necesidades, disponiéndonos con esta obediencia y diligencia para alcanzar el remedio de ellas.

2. De aquí es que la Vírgen nuestra Señora, con este consejo que dió á los ministros, nos avisa que para alcanzar de Dios lo que pedimos, no hay medio mas eficaz que con la confianza juntar la obediencia á cuanto nos manda; porque, como dice David: Dios cumple la voluntad de los que le temen. (*Psalm.* CXLIV, 19). Y san Juan dijo (I *Ioan.* III, 21): Si nuestro corazon no nos reprendiere, confianza tenemos en Dios de alcanzar cuanto le pidiéremos, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que le agradan; y Cristo nuestro Señor dijo á sus Apóstoles (*Ioan.* XV, 7): Si mis palabras permanecieren en vosotros, cuanto quisiéreis pediréis, y se os dará. Y generalmente, cuanto fuéremos mas obedientes, tanto Dios acudirá á nuestras oraciones. (*Euseb. Hemisenus*, Hom. 3 ad Monach.; *Aug.* de oper. Monach. *c.* 17). Por tanto, alma mia, obedece con fervor si quieres ser oida con presteza; porque mas presto es oida una oracion del obediente, que diez mil del perezoso.

3. Finalmente, ponderaré el amor que la Vírgen tenia al silencio y brevedad de palabras; pues así las que dijo á su Hijo, como las que dijo á los ministros, fueron breves, muy medidas y ponderadas. Y en particular estas he de estampar en mi corazon, como dichas por tal Madre y maestra, procurando cumplir cuanto me dijere Cristo nuestro Señor, sin dejar cosa alguna, aunque sea dificultosa; y aunque parezca fuera de propósito, ó sea muy menuda, ora me lo diga por sí mismo con secretas inspiraciones, ora por medio de mis superiores. Ó Vírgen soberana, maestra de todas las virtudes, enseñadme á practicar las que aquí ejercitásteis, para que por ellas agrade á vuestro Hijo, y sea digno de alcanzar lo que pretendo.

PUNTO CUARTO.— 1. Lo cuarto, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor mandó á los ministros henchiesen de agua seis tinajas que allí estaban, y luego las convirtió en vino excelentísimo, y lo mandó llevar al arquitriclino que presidia en la mesa. Aquí he de ponderar lo primero, la obediencia de estos ministros, como tan bien industriados por el consejo de la Vírgen, porque sin réplica ni dilacion, sin decir: ¿á qué propósito se nos manda esto? ó ¿qué tiene que ver traer agua para remediar falta de vino? rindieron su juicio, é hicieron lo que Cristo nuestro Señor les mandaba; y por este medio sin pensar alcanzaron lo que deseaban. De donde sacaré cuán seguro es obedecer á Dios y á sus vicarios, sin escudriñar con vana

curiosidad la causa de lo que me mandan, así por no ser engañado de la serpiente astuta que por este camino engañó á Eva, preguntándola la causa por qué Dios les mandó no comiesen del árbol de la ciencia; como tambien porque muchas veces Nuestro Señor, para darnos lo que pedimos, suele mandarnos algo que parece contrario, porque aprendamos á rendir nuestro juicio á su obediencia; y si obedezco en las cosas que me humillan ó desconsuelan, por este camino me ensalzará y consolará.

2. Lo segundo, ponderaré la omnipotencia de Cristo nuestro Señor, el cual con solo querer, sin tocar el agua, la mudó en vino, gozándome de tener un Salvador tan poderoso, y suplicándole trueque mi corazon, y le mude de malo en bueno, de frio en fervoroso, de imperfecto en perfecto, ofreciéndome á no contradecirle; porque, como dice san Agustin (*Tract.* 72 *in illud Ioan.* XIV: Majora horum faciet): Quien me mudó de no ser á ser sin mi consentimiento, no me mudará de malo en bueno, ni de tibio en fervoroso, si le resisto.

3. Tambien ponderaré la grande liberalidad de este Señor en pagar los servicios que se le hacen, pues por un vaso de vino que le dieron en el convite, y ese de ruin vino, volvió seis tinajas grandes llenas de excelentísimo vino, *usque ad summum*, hasta lo sumo que podian recibir. Y lo mismo hace ahora premiando un cáliz de agua fria (*Luc.* VI, 38) con una medida llena, apretada, colmada, y que rebosa; y al religioso da cien veces mas de lo que deja por su amor. Y finalmente, á las almas que tratan de oracion, celebrando con ellas bodas espirituales, las entra en la bodega de sus vinos (*Cant.* II, 4), y las da á gustar con sumo gozo de las seis vasijas que allí tiene llenas de afectos celestiales, esto es, actos heróicos de seis excelentes virtudes: caridad para con Dios; misericordia para con los prójimos; celo de la divina gloria y de la salvacion de las almas; devocion ferviente, con gran prontitud á todas las cosas del divino servicio; gratitud con alabanza; y accion de gracias por los beneficios recibidos; y obediencia con resignacion para hacer y padecer por Dios cuanto le fuere agradable. Ó Salvador omnipotente y dadivoso, á tí solo quiero por Señor y por Dios y todas mis cosas; éntrame en la bodega de tus vinos, embriágame con el vino de estos seis afectos, llenándome con ellos hasta lo sumo de la perfeccion propia de mi estado, para que encendido como serafin (*Isai.* VI, 2), con estas seis alas vuele á unirme contigo, y nunca cese de amarte y alabarte por todos los siglos. Amen.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, se ha de considerar los efectos de

este milagro, entre los cuales lo primero, ponderaré el gozo de la Vírgen nuestra Señora cuando vió este milagro, y que su esperanza habia salido cierta. ¡Oh cuán confirmada quedaria en la confianza! Y ¡qué gracias daria á su Hijo por este favor! Y tambien he de ponderar, cuán poderosa es la oracion é intercesion de esta Señora; pues habiendo dicho Cristo que no era llegada su hora para hacer aquel milagro, por la oracion de su Madre apresuró la hora, y le hizo luego; de modo que esta oracion fue la causa de que llegase la hora, la cual sin ella no llegara entonces. Y es de gran ponderacion (P. II, medit. XIII) que Cristo nuestro Señor tomó á su Madre por instrumento de la primera santificacion, que fue la del Bautista, y del primer milagro, que fue este; y apresuró ambas obras por medio de ella, para enseñarnos que ella habia de ser nuestra medianera para alcanzar con gran presteza los bienes espirituales y temporales, las obras de santidad y de milagro que Dios hace en sus escogidos, y así he de gozarme grandemente de tener tal Madre, por una parte tan solícita de mi bien, y por otra tan poderosa para negociarle. Ó Madre mia, muéstrate conmigo madre en abreviar con tus oraciones la hora de mi remedio, para que libre de tibieza comience á servir á tu Hijo con fervor.

2. Lo segundo, ponderaré cuán confirmados quedaron en la fe los discípulos de Cristo nuestro Señor con la vista de este milagro, pues dice san Juan, que por esto creyeron en él con nuevo fervor de fe y con grande gozo, viendo la omnipotencia de su Maestro, alegrándose de estar en su compañía, fiados de que no les faltaria nada teniéndole consigo; y no sin causa quiso Nuestro Señor que el primer milagro fuese en cosa temporal tan casera y necesaria, para confirmar la fe de los que estaban rudos y principiantes en las cosas de Dios, disponiéndoles poco á poco para otros mayores.

3. Lo tercero, ponderaré la gran admiracion del arquitriclino cuando gustó la suavidad de aquel excelente vino, pues sin poderse reprimir, hizo llamar al esposo, y le reprendió porque no guardaba la costumbre de todos los hombres, que primero dan el vino bueno y despues el ruin, y él habia guardado el mejor vino para la postre; porque el vino del principio, que antes le pareció bueno, en gustando el que Cristo habia hecho le pareció malo. Pero no alcanzó las trazas de Dios en este caso, el cual no quiso dar el vino escogido, hecho por su mano hasta que acabó el otro, y se comenzó á sentir su falta, por dos causas altísimas. —La primera, para que tengamos mayor estima de lo que Dios nos da, habiendo primero experimentado nuestra

propia miseria, y viendo la buena coyuntura en que acude á remediarnos, probando por la experiencia lo que dice David (*Psalm.* IX, 10), que Dios es ayudador en las oportunidades y tribulaciones, dando el remedio de ellas en el tiempo y coyuntura que mas nos conviene.-La segunda, para significar que no da Dios los contentos del espíritu hasta que se mortifican los de la carne, ni llueve el maná del cielo hasta que se acaba la harina que se sacó de Egipto, y como dice san Bernardo (Ep. 2 et Serm. 3 de Ascens.), no se mezclan bien estos dos géneros de vinos y consuelos celestiales y terrenos. Y así es menester que se acabe en mí el terreno para que guste del celestial, aunque algunas veces da Nuestro Señor á gustar el celestial, para que desechemos con facilidad el terreno. Ó Amador de las almas, dame á gustar el vino del espíritu para que me sea desabrido el de la carne. Dame á sentir la dulzura de tus pechos celestiales, para que cobre fastidio de todos los deleites terrenos. Ó alma mia, anímate á mortificar los regalos sensuales, para que seas digna de alcanzar los eternos por todos los siglos. Amen.

MEDITACION X.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR CON GRAN CELO ECHÓ DEL TEMPLO LOS NEGOCIANTES.

PUNTO PRIMERO. — 1. (*Ioan.* II, 14). *Subiendo Cristo nuestro Señor al templo de Jerusalen, y viendo que allí se vendian ovejas, bueyes y palomas, y que otros tenian mesas de dinero para cambiar, hizo un azote de cordeles, y con él echó del templo las ovejas y bueyes, y á los que las vendian, y trastornó las mesas de los cambios; y á los que vendian palomas dijo: Sacadlas de aquí, y no hagais la casa de mi Padre casa de negociacion.*-Primeramente, ponderaré el celo grande que tenia Cristo nuestro Señor de la gloria de su Padre, y de la pureza de su templo; porque celo es (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 28, *art.* 4) un ardiente deseo de quitar ó impedir todo lo que es contrario á la cosa amada, por ser contra su voluntad, honra ó provecho; y cuanto es mayor el amor, tanto es mayor el celo; y por consiguiente, mayor la tristeza de la injuria ó daño de su amigo, y mayor el ímpetu de remediarlo. Y como Cristo nuestro Señor amaba inmensamente á su Padre y á su Iglesia, así tenia ardentísimo celo de todo lo que les tocaba; de donde procedió tomar el azote, y echar del templo á los que le profanaban, como lo notó san Juan, alegando aquello de Da-

vid (*Psalm.* LXVIII, 10): *Zelus domus tuae comedit me*: el celo de tu casa me comió.

2. En las cuales palabras significa la grandeza de este celo en dos cosas. – La primera, que fue como fuego consumidor, el cual no solamente atormentaba su corazon, sino que le consumió hacienda, honra, contento y vida, deshaciéndole todo, hasta dejarle desnudo, deshonrado, desamparado y muerto en la cruz, por volver por la honra de Dios y de su casa. – La segunda, que este celo le tenia todo transportado y transformado en sí, de la manera que quien come el manjar le muda en sí mismo. Así el celo comió á Cristo, porque todo él, sus pensamientos, palabras y obras estaban transformadas en celo, y el celo le meneaba y atizaba á todo cuanto decia y hacia para nuestro bien. Y hasta el dia de hoy este celo come á Cristo, porque (como despues verémos en la meditacion XI de la parte IV) el celo es causa de que se haga manjar para ser comido de los fieles. Ó dulcísimo Redentor, gracias te doy por este celo que tuviste de la casa de tu Padre, que es la Iglesia, y de mi alma, que tambien es casa suya. Aparta, Señor, de ella todo lo que te desagrada, y consume con tu fuego todo lo que la turba. Dame tambien un celo semejante al tuyo, para que vuelva por tu honra, aunque sea con pérdida de la mia; porque muy dichoso seré, si el celo me consumiere como á tí te consumió.

3. Lo segundo, ponderaré la fortaleza de Cristo nuestro Señor, nacida de este celo, con la cual hizo rostro á tanto tropel de gente, con riesgo de que se levantasen contra él; porque el amor divino echa fuera todo temor humano, y el celo es fuerte y duro como la muerte (*Cant.* VIII, 6), y cuando es menester hace azote con que castiga á los delincuentes, y aparta de la casa de Dios todo lo que es en su daño. Y á esta causa el mismo Dios, como dice la Escritura (*Prov.* III, 12; *Hebr.* XII, 6), castiga al que ama, y al hijo en quien se agrada, para quitar de él las imperfecciones que tiene. Ó dulcísimo Salvador, que con un mismo celo tomais el azote para purificar la casa de vuestro Padre, y permitís que vuestros enemigos tomen el azote para castigar vuestro cuerpo, pagando con vuestros azotes la pena de sus pecados, armadme con este santo celo, para que castigue mi carne por sus culpas, y procure con fortaleza estorbar las ajenas. No aparteis de mí vuestro piadoso celo, cuando pecare, porque mas quiero ser castigado como hijo (*Ezech.* XVI, 42), que vivir en mi libertad como extraño.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Pidiendo los judíos á Cristo nuestro Señor

alguna señal y milagro para creer en él, y aprobar lo que hacia, les respondió: *Destruid este templo, y en tres dias lo volveré á edificar*. Y hablaba de su santísimo cuerpo, que era templo en que habitaba la plenitud de la Divinidad corporalmente por razon de la union hipostática. En lo cual se ha de ponderar, qué señal es esta, qué milagros encierra, qué cosas significa, y qué efectos causa.-Lo primero, aquí les da Cristo nuestro Señor dos señales, una de su pasion, y otra de su resurreccion.-La primera, es la permision de que destruyesen templo tan precioso con azotes, espinas y clavos, dejándole descoyuntado y muerto en una cruz.-La segunda, es la resurreccion que haria con su propia virtud, volviendo su cuerpo á la vida que antes tenia con mayor gloria. Las mismas señales dió otra vez, diciendo: Esta generacion perversa pide señal, y no se le dará otra que la de Jonás profeta (*Matth.* XII, 39); porque como Jonás fue echado en la mar por salvar el navío, y siendo tragado de la ballena, despues de tres dias salió vivo, así yo por la salud del mundo seré arrojado en el mar tempestuoso de las tribulaciones, y tragado de la muerte y del infierno; pero al tercero dia saldré vivo y triunfador glorioso.

2. Ambas señales son milagrosas, porque milagro fue grande que Cristo, Dios y hombre, con ánima gloriosa tuviese cuerpo mortal; y se dejase matar, deshaciéndose la union de su ánima con el cuerpo. Y este milagro fue señal de su infinita caridad y misericordia; por la cual dió licencia á sus enemigos que destruyesen el templo de su cuerpo, para reparar el templo de sus almas, y hacerlas templo de Dios vivo. Y tambien fue señal de su omnipotencia, la cual mostró en sufrir tan terribles tormentos y desprecios, con milagrosa paciencia y mansedumbre, hasta morir en una cruz. Pero muriendo mostró tambien su omnipotencia, triunfando con su muerte de la misma muerte y del infierno, no solamente en sí mismo, sino en sus escogidos, librándolos de su tiranía, y sacando del vientre de la ballena á los demás que habia tragado; y así resucitó glorioso, lleno de muchos despojos de innumerables almas que sacó del limbo.

3. Con estas señales hizo que los hombres creyesen en él, y le amasen y obedeciesen; por lo cual dijo el mismo Señor (*Ioan.* XII, 32): Si yo fuere levantado de la tierra, traeré á mí todas las cosas, no con azotes hechos de cordeles á fuerza de castigos, sino con cuerdas de Adan, y con cadenas de caridad á fuerza de beneficios. (*Osee*, XI, 4). Gracias te doy, ó dulcísimo Redentor, por haberme dado se-

ñal tan nueva, tan costosa para tí, y tan amorosa para mí. Yo soy el miserable que con mis pecados destruyó tu templo, que es mi alma; pero tú puedes repararle en tres dias, vivificándome con tu gracia en el primero, perfeccionándome con perseverancia en el segundo, y resucitándome á la participacion de tu gloria en el tercero. Repárale, Señor, por los méritos de tu pasion, y tráeme á tu servicio con las cuerdas de tantos beneficios, como por ella me hiciste, para que renovado en el espíritu, llegue presto á gozarte en el cielo. Amen.

Punto tercero. — 1. El tercer punto será, considerar como Cristo nuestro Señor otra vez, cerca de su pasion, echó del templo los negociantes, y trastornó las mesas de los cambios y de los que vendian palomas, diciéndoles (*Matth.* xxi, 12): *Escrito está: Mi casa es casa de oracion para todas las gentes, y vosotros la habeis hecho cueva de ladrones*, et non sinebat ut quisquam transferret vas per templum, *y no consentia pasasen por el templo con carga profana.* Sobre este hecho, comparándole con el pasado, se ha de ponderar, que la primera vez echó Cristo del templo los negociantes con palabras y azotes de cordeles; pero esta segunda con palabras y grandes milagros que allí hizo, dejando los azotes para sus espaldas, significándonos dos modos que tiene Dios de purificar su templo espiritual; uno con castigos, y otro con beneficios. El primero usó en la ley vieja, que era ley de temor. El segundo en la ley nueva, que era ley de amor. Y si los dos no aprovechan, vendrá á ser destruido el templo como el de Jerusalen, castigándole Dios con el último castigo de la eterna condenacion. Á mas la primera vez dijo: No hagais la casa de mi Padre casa de negociacion, dando á entender que el templo no ha de ser casa de negociacion profana sino divina; ni se ha de venir á él para negociar con hombres, sino para negociar con Dios nuestro propio negocio, que es el de nuestra salvacion, solicitándole con sacrificios y oraciones. (I *Thes.* iv, 10). La segunda vez no consintió que fuese ni aun paso para los que llevaban cargas, y con mas aspereza les reprendió, diciendo que la hacian cueva de ladrones, para significar que con estas negociaciones de compras y ventas se mezclan hurtos, engaños, injusticias, y á veces simonías, porque la codicia es raíz de todos los males, y llega hasta querer vender y comprar al Espíritu Santo y sus gracias figuradas por las palomas. Ó Salvador del mundo, sobre quien vino el Espíritu Santo como paloma, dándole á tus discípulos como fuego (*Psalm.* xcii, 5), purifícame de mis codicias con el fuego de tu amor, para que alcance la

santidad y pureza de paloma que á tu casa conviene por todos los siglos. Amen.

2. De aquí subiré á ponderar, como mi alma ha de ser templo y casa de oracion, en la cual he de entrar, y orar á mi Padre celestial, que está allí, y me ve orar en lo escondido de mi corazon. (*Matth.* VI, 6). Y porque no se llama casa de oracion el lugar donde una vez ú otra se ora, sino el que es oratorio dedicado para solo esto, tal ha de ser mi corazon, consagrándole á la frecuencia de este ejercicio con gran fervor. De suerte, que donde quiera que fuere, como dicen los Santos (*D. Ambr.* lib. VI de Sacris. *c.* 3; Chrysost. Hom. 79 ad Popul. Hilar. Cant. 5 in Matth.), lleve conmigo el oratorio, y pueda cumplir lo que dice san Pablo (I *Tim.* XI, 8): Quiero que los varones oren en todo lugar, levantando á Dios las manos puras, sin ira y turbacion. De aquí es, que mi alma, siendo casa de oracion, tambien ha de ser casa de humildad, obediencia, paciencia y otras virtudes; porque todas, como dijimos en la introduccion de este libro, se hallan en casa de la oracion, acompañándola y ejercitando con ella sus excelentes actos. Y por consiguiente, no ha de ser casa de negociacion profana, ni acogida de ladrones; esto es, de vicios y cuidados terrenos que turban y roban la devocion, y echan la oracion de su propia casa.

3. De donde inferiré, que mi alma para ser digna casa de oracion ha de tener principalmente estas tres condiciones; es á saber, estar limpia, quieta y adornada; limpia de culpas que la remuerdan; quieta de pasiones que la turben; y adornada con actos de virtudes que la alienten. Y entonces, dice san Agustin (Concio 2 in Psalm. XXXIII; Psalm. C, 2: Perambulabam in innocentia cordis mei): *Ipsa munditia cordis tui delectabit te, et faciet te orare:* la limpieza de tu corazon con su quietud te alegrará y provocará á orar, porque gustarás de estar dentro de tí, y de morar contigo; pero si está súcia, turbada y descompuesta, en queriendo entrar dentro de ella, te saldrás, y dejarás la oracion; como quien entra á orar en una iglesia donde hay gran ruido y gritería, luego se sale, porque no puede orar como desea. Ó Salvador mio, ármate con tu santo celo, y toma el azote en tu mano; entra dentro de este tu templo, y echa de él todo lo que te desagrada; no consientas que pase por él cosa que le turbe; purifica esta cueva de ladrones, para que de hoy mas sea casa de oracion, morada de Ángeles, y habitacion de paz, donde tú mores por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XI.

DEL SERMON DEL MONTE, Y DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS.

—*Viendo Cristo nuestro Señor la mucha gente que le seguia* (*Matth.* v, 1), *se subió á un monte, y sentándose allí, se llegaron á él sus discípulos, y levantando sus ojos á ellos, y abriendo su boca los enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu*, etc. Sobre este principio tan grandioso, se puede considerar el misterio que tiene el lugar del sermon, que es un alto monte; el asiento del Maestro, que es la humilde tierra; la gente que se llegó mas cerca, que son los Apóstoles; el meneo de los ojos, que es levantarlos para mirarles; el modo de hablar, que es abriendo su propia boca; el tema del sermon, que son ocho bienaventuranzas; y sobre todo, la interior excelencia del Maestro, de quien todo esto procede.—

Punto primero.— 1. Lo primero, consideraré como Cristo nuestro Señor en este monte tomó pública posesion de tres oficios muy principales, que su Padre le encargó para bien nuestro; es á saber, de maestro, legislador y consejero, ejercitándolos con altísima perfeccion, figurada por el monte; porque en entrando dentro de sí mismo, de los tesoros de ciencia y sabiduría de Dios (*Matth.* xiii, 52), que dentro de sí tenia, sacó verdades nuevas y antiguas, preciosísimas y provechosísimas para nosotros. En cuanto maestro nos enseñó (*Isai.* xlviii, 17), no cosas vanas ó curiosas, no astrologías ni otras ciencias humanas que suelen hinchar mucho y aprovechar poco, sino enseñónos la ciencia de los Santos que abraza los misterios altísimos de nuestra fe y las cosas necesarias para alcanzar la santidad. En cuanto legislador, promulgó de nuevo, y declaró la divina ley con toda la pureza y santidad que tiene, purgándola de los errores que la humana malicia la habia mezclado, y perfeccionando lo imperfecto de la ley antigua. En cuanto consejero, enseñó los consejos de la ley nueva y evangélica, que son los mas excelentes que se pueden aconsejar, por razon de los cuales se llama (*Isai.* ix, 6) admirable Consejero y Ángel del gran consejo.

2. Luego ponderaré, como hizo estos tres oficios con un modo nuevo, admirable y excelentísimo, porque como maestro, no solo proponia exteriormente la doctrina, sino tambien interiormente daba luz celestial para entenderla y estimarla. Como legislador, no solo ponia excelentes leyes y preceptos, sino imprimíalos en el corazon,

dando gracias para cumplirlos con mucha suavidad. Y como consejero, no solo daba el consejo, sino el espíritu y fuerzas para recibirle y ponerle por obra. En lo cual excedió á todos los maestros, legisladores y consejeros del mundo; por lo cual con mucha razon nos dijo: Que á ninguno sino á él llamásemos maestro (*Matth.* XXIII, 10); porque un solo maestro hay, que es Cristo: y por la misma razon hay un solo legislador y consejero. Ó Padre eterno, gracias te doy por haberme dado el mejor maestro, legislador y consejero que podias darme. Ó Hijo de Dios vivo, ¡con qué te pagaré esta merced de haber venido en persona, y abierto tu misma boca para enseñarme tu doctrina, pues bastara que vinieran Ángeles, por cuya boca me dieras parte de ella! Ó alma mia, mira con tus ojos al preceptor y maestro que Dios te ha dado. (*Isai.* XXX, 20). Y pues te manda que escojas un consejero entre mil, escoge á este que es el mejor de todos, escogido entre millares, consulta con él tus dudas, y tus consejos sean con sus divinas leyes. Ó Maestro del cielo, dame tu luz para conocer lo que me enseñas. (*Psalm.* CXVIII, 24). Ó Legislador soberano, dame tu bendicion para cumplir lo que mandas. (*Psalm.* LXXXIII, 8). Ó Consejero admirable, dame fuerzas para seguir lo que me aconsejas, para que con tu ayuda, subiendo de virtud en virtud, llegue á verte en la santa Sion. Amen.

3. Finalmente, ponderaré como Cristo nuestro Señor nunca cesa de hacer estos tres oficios con los hombres, especialmente con los que desean subir con él al monte de la perfeccion, y se le acercan con el amor; porque, como dice la Escritura (*Psalm.* XXXIII, 6), los que se llegan al Señor serán ilustrados; y los que se ponen cabe sus piés, imitando su humildad, recibirán su doctrina. En estos pone sus ojos para mirarlos con misericordia; y los enseña, ya por boca de los predicadores, cuando los oyen (*Deut.* XXXIII, 3); ya por medio de los Libros sagrados y devotos, cuando los leen; ya á sus solas con inspiraciones, cuando oran y meditan, abriendo él mismo su boca para hablarles al corazon, y allí como maestro les infunde nueva luz para conocer los misterios de la fe; como legislador les imprime los afectos de la ley de gracia y caridad; y como consejero les llama y solicita á que sigan la perfeccion. Y con este espíritu he de acudir al sermon, leccion y oracion, como quien se llega de cerca á oir este divino Maestro que me habla interiormente por los demás. Pues por esto dijo el Padre eterno (*Isai.* XXX, 20), que nunca se apartaria de nosotros el Maestro que nos daba, porque nunca cesaria de hacer su oficio hasta la fin del mundo. Y así á la entrada de estos

ejercicios puedo decir á Cristo nuestro Señor: Ó Maestro de los maestros, abrid vuestra boca y habladme, porque vuestro siervo oye con deseo de ejercitar lo que oyere.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré el tema y fundamento de este sermon; porque mirando Cristo nuestro Señor el tesoro de virtudes que tenia dentro de su alma, sacó de allí ocho principalísimas, en que se suma toda la perfeccion evangélica; virtudes muy antiguas, pero muy nuevas, y nunca oidas en el mundo, con un nombre nuevo que las puso de bienaventuranzas, aunque á la carne son amargas. Cumplióse aquí lo que dice de él la Esposa (*Cant.* v, 13), que sus labios son como lirios que destilan mirra primera, porque abriendo su boca destiló esta primera vez por sus labios con gran blandura y suavidad estos ocho actos de virtud y mortificacion muy escogida, amargos al gusto de la carne, pero olorosos á Dios y provechosos al espíritu; poderosos para preservarle de toda corrupcion de culpa, endulzurándolos con el premio que prometió y con el modo que los proponia. Ó Maestro soberano (*Cant.* v, 5), destilad dentro de mi corazon la mirra escogida de estas virtudes, para que mis manos y mis dedos y todas mis potencias la destilen, poniendo luego por obra vuestra doctrina.

2. Luego ponderaré como Cristo nuestro Señor volvió aquí por la honra de estas virtudes, que estaban en el mundo muy desechadas y aborrecidas, teniéndolas no por bienaventuranzas, sino por desdichas, huyendo de ellas y abrazando las cosas contrarias. Pero nuestro Salvador honró á cada una con un nombre muy glorioso, y con un premio muy esclarecido, y sobre todo con su raro ejemplo; porque como no fuese capaz, en cuanto Dios, de pobreza, llanto y persecuciones, quiso bajar del cielo y hacerse hombre para ejercitar los actos de estas virtudes, y descubrirnos los tesoros que estaban escondidos dentro de ellas. Gracias te doy, Maestro soberano, por habernos sacado de este engaño con tu doctrina y ejemplo; desde hoy mas tendré por bienaventuranza lo que llamas con este nombre, y con todas mis fuerzas lo buscaré, huyendo de lo contrario. Desengaña, Señor, á todos los que viven en el mundo, para que reciban estas verdades y abracen estas virtudes, gocen de estos premios y alcancen la verdadera bienaventuranza para que fueron criados.

3. Lo tercero, ponderaré como estas ocho bienaventuranzas son como ocho escalones de la escalera del cielo, por los cuales se sube á la cumbre de la santidad y union con Dios, y con este espíritu ten-

go de meditarlas, ponderando en cada una tres ó cuatro cosas, es á saber, los actos de aquella virtud, el ejemplo que Cristo nuestro Señor nos dió de ella (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 69), el premio que promete, y el castigo que amenaza á quien va por camino contrario,

— como se verá en los puntos que se siguen, advirtiendo que por no repetir una cosa muchas veces, solamente apuntaré los ejemplos de Cristo nuestro Señor, remitiéndome á lo que mas á la larga se dice en los misterios donde ejercitó estas virtudes, especialmente en la cruz, donde con eminencia las ejercitó todas, como se verá al principio de la parte IV; por la misma causa no haré mas que apuntar algo de los premios, porque de todos juntos se dirá al fin de la parte VI, para declarar las riquezas inestimables de la gloria. —

Punto tercero. - *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos.* — 1. Lo primero, consideraré los actos de la pobreza de espíritu, que son cinco. - El primero es, renunciar con el espíritu y corazon las cosas temporales, quitando las aficiones desordenadas de ellas, y estando aparejado á dejarlas cuando fuere necesario para cumplir la voluntad de Dios. - El segundo, mas perfecto, es dejar con efecto todas las cosas que poseo, moviéndome á esto con una voluntad espiritual y pura de agradar á solo Dios, por obedecer al impulso del divino Espíritu que á ello me inclina. - El tercero es, vaciar y limpiar mi alma de todo espíritu y viento de vanidad, y de toda hinchazon y presuncion vana, despreciando cuanto pudiere con el corazon las pompas del mundo, ó dejándolas con efecto cuanto puedo y me conviene para el divino servicio. - El cuarto es, vaciar mi espíritu de toda propiedad, desnudándome del propio juicio y de la propia voluntad, con todos sus propios quereres, si no es en cuanto son conformes con los de Dios, porque en tal caso ya no serán propios sino comunes. - El quinto y supremo es, vaciarme de mí mismo, conociéndome por tan pobre, que de mi cosecha ninguna cosa buena tengo, si Dios no me la da de limosna y gracia; pues ni aun el ser que tengo es mio, sino de Dios, sin el cual soy nada. Ponderando estos cinco actos, me avergonzaré por la falta que de ellos tuviere, suplicando al divino Espíritu me ayude á procurarlos segun mi estado.

2. Lo segundo, consideraré (*D. Thom.* 3 *p. q.* 40, *art.* 3; *Psalm.* xxxvii, 16: Pauper sum ego, etc.; *Luc.* viii, 3) los raros ejemplos que Cristo nuestro Señor nos dió de esta virtud en todas las edades de su vida, y en todas las cosas que son materia de pobreza, porque escogió pobre madre, pobre patria, y un pobrísimo portal para na-

cer, siendo reclinado en un pobre pesebre. Y en su mocedad ejercitó pobre y despreciado oficio, ganando la comida con el trabajo de sus manos, como ya se ponderó en la parte II. Además, cuando predicaba comia de la limosna que le daban las mujeres devotas, y su comida era pan de cebada: no tenia casa propia, ni dónde reclinar la cabeza, faltándole al Hijo del hombre lo que no falta á las raposas y aves del campo. Escogió además pobres discípulos, acompañóse con pobres, amó los desprecios, huyó las honras, desapropióse de su voluntad y de sí mismo, con excelentísima pobreza interior, diciendo (*Ioan.* VI, 38), que no vino á hacer su voluntad, y que no podia hacer nada por sí, sino lo que viese hacer á su Padre. Y finalmente, cuando murió, llegó su pobreza á tal extremo, que le tomaron sus vestiduras, dejándole desnudo en la cruz. Y en confirmacion del amor y estima que tenia á la pobreza, la puso en este sermon por fundamento de su Evangelio, y por puerta para entrar en su escuela, diciendo (*Luc.* XIV, 33): Que quien no renunciaba, siquiera con el afecto, las cosas que poseia, no podia ser su discípulo. Ó Maestro soberano, por las cinco fuentes de sangre que salieron de tus cinco llagas, concédeme los cinco actos de pobreza, para que alcance la perfeccion que fundaste en ella.

3. Lo tercero, consideraré como á estos pobres promete Cristo nuestro Señor el reino de los cielos, y por esto los llama bienaventurados, y lo son en esta vida poseyendo el reino de Dios, que san Pablo llama justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, el cual se concede á los que mortifican la codicia (como dijimos en la parte I, meditacion XXI). Y demás de esto son bienaventurados con la esperanza y prendas grandes que tienen de alcanzar el reino de los cielos, que está prometido en la otra vida, cuyas riquezas son inestimables, como despues verémos. Ó alma mia, ¡cómo no abrazas la pobreza de espíritu, pues la abrazó tu celestial Maestro, y tales premios se alcanzan con ella! Arrójate en sus manos, que ni te faltará su providencia, ni dejará de cumplir su palabra; y pues cada dia pides á Dios su reino, sigue la pobreza, á quien está prometido.

4. Lo cuarto, consideraré la terrible amenaza que Cristo nuestro Señor hace á los ricos que aborrecen la pobreza de espíritu, y aman con demasía sus riquezas, diciéndoles (*Luc.* VI, 24): *¡Ay de vosotros, ricos, que teneis aquí vuestra consolacion;* que es decir: ¡Ay de vosotros desdichados, porque todo vuestro premio pasará en el consuelo que teneis con vuestras riquezas, recibiendo aquí vuestro galardon! ¡Ay de vosotros, porque no recibiréis el consuelo de Dios

que es verdadero y puro, sino el vuestro que está mezclado con mil zozobras! ¡Ay de vosotros, porque nunca será vuestro el reino de los cielos, que es justicia, paz y gozo; antes estaréis llenos de injusticia, turbacion y tristeza! Y finalmente caeréis en extrema pobreza y en la miseria eterna: como el rico avariento que recibió aquí consuelos, y despues tormentos; al contrario del pobre Lázaro. Por tanto, alma mia, si el deseo del premio no te mueve á desear la pobreza, muévate el temor del castigo á huir las riquezas temporales, poniendo tu consuelo en aborrecerlas, por amar y gozar de las eternas.

Punto cuarto.—*Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.*— 1. La perfecta mansedumbre abraza estos actos.—El primero, reprimir los ímpetus de la ira, y las turbaciones del corazon, conservando la quietud interior y exterior en el semblante del rostro y en los meneos del cuerpo.—El segundo, ser afable con todos con palabras blandas, sin decir ninguna injuriosa ni desabrida, ni con voz desordenada, ó con porfía que cause turbacion.—El tercero, no solamente no vengar las injurias, ni volver mal por mal, sino antes no resistir con violencia injuriosa al que me hace injuria, llevando con serenidad mi desprecio, ofreciendo, si es menester, el carrillo derecho á quien me diere una bofetada en el izquierdo, volviendo bien por mal, excusando al que me injuria, y rogando á Dios que le perdone; y esta mansedumbre se ha de conservar con todos, así mayores como iguales y menores, y en todos los negocios y sucesos, sin que se pierda, aun cuando fuere necesario usar del celo de justicia.

2. Luego consideraré la excelentísima mansedumbre de Cristo nuestro Señor, de la cual se preció tanto, que se dió por dechado especial de ella, diciendo (*Matth.* xi, 29): *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.* Y por ella quiso ser conocido en la primera venida al mundo, diciendo los Profetas (*Isai.* xlii, 2), que no seria triste, ni revoltoso, ni vocinglero, ni apagaria la torcida que humeaba, sufriendo el humo á narices con paciencia; y en su pasion mostró rara mansedumbre, hasta rogar por sus perseguidores (*Matth.* xii, 19; *Isai.* liii, 7), como en su lugar verémos. Ó Cordero mansísimo, que siendo trasquilado y desollado no abrias tu boca, concédeme tu copiosa gracia, para que imite tu admirable mansedumbre.

3. Lo tercero, consideraré como los mansos tienen por premio poseer la tierra. Lo primero, porque son señores de la tierra de su

corazon y de sus pasiones, poseyendo sus almas con firmeza, y dentro de ellas á su Dios y Señor, con quien tienen trato familiar como el mansísimo Moisés y el manso David (*Psalm.* XXIV, 9), porque gusta Dios nuestro Señor de enseñar sus caminos á los mansos, y de conversar con ellos. De aquí es, que tambien poseen la tierra de los corazones humanos, porque ganan las voluntades de todos, y haciendo sus obras con mansedumbre, son, como dice el Sábio (*Eccles.* III, 19; *Psalm.* XXXVI, 9), amados mas que la honra y gloria. Finalmente poseerán la tierra de los vivos, que es la patria celestial, para que fueron criados, á donde poseerán á Dios nuestro Señor, que es su herencia y patrimonio, y serán poseidos de Dios, el cual mora y descansa sobre los mansos, y de ellos puebla sus cielos. (*Ioan.* I, 32). Ó Espíritu divino, que como mansa paloma desciendes sobre los que son mansos corderos, por la semejanza que contigo tienen, hazme semejante á tí en la mansedumbre, para que posea con firmeza la union de tu gracia, y despues la herencia de la gloria. Amen.

PUNTO QUINTO.—*Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.* — 1. El lloro bienaventurado abraza estos actos.—El primero, enfrenar las risas, juegos y entretenimientos demasiados, cercenando no solamente los ilícitos, sino algunos que pudiera tomar sin pecado, diciendo aquello del Eclesiastés (*c.* II, 2): Á la risa tuve por error, y al gozo dije, ¿por qué me engañas?—El segundo es, llorar mis pecados, no tanto por el daño propio, cuanto por la ofensa divina, como lloraba san Pedro, y David que decia (*Psalm.* CXVIII, 136): Arroyos de agua salieron por mis ojos, porqué no guardaron tu santa ley.—El tercero, llorar por los pecados de los hombres, así por su daño y condenacion, como por la injuria que hacen á Dios, doliéndome de ver cuán mal servido es; al modo que Jeremías (*Ierem.* IX, 1) sentia la perdicion de su pueblo, y deseaba que sus ojos se convirtiesen en fuentes de lágrimas, para llorar de dia y de noche sus miserias.—El cuarto es, llorar mi destierro y la ausencia de Dios, suspirando por gozar de su presencia, diciendo con David (*Psalm.* XLI, 4): Las lágrimas fueron mi pan de dia y de noche, mientras me dicen, ¿dónde está tu Dios? Las primeras lágrimas son de contricion; las segundas de compasion, y las terceras de devocion, con las cuales tienen semejanza las que se derraman meditando los misterios de la pasion. Y ponderando la falta que tengo de todas, no solo de las corporales, porque estas suelen faltar sin culpa, sino la falta del espíritu de donde ellas nacen, diré á Nues-

tro Señor lo que dijo la hija de Caleb á su padre (*Iosuē*, xv, 19; *D. Greg.* lib. I Dialog. *c.* 34): La tierra que me has dado es seca, dame otra que tenga agua; y su padre la dió el regadío superior y el inferior. Ó Padre soberano, mi alma es como tierra sin agua, dame el riego inferior que son lágrimas de temor, y el riego superior que son lágrimas de amor, para que de tal manera llore mis pecados y miserias y las de todos los mortales, que alcance de tu misericordia remedio para ellas. Amen.

2. Luego consideraré como nunca se lee que Cristo nuestro Señor se haya reido, como pondera san Basilio (*Regul.* 17, *ex fusis*), y sabemos que lloró muchas veces; es á saber, en el pesebre, en la muerte de Lázaro, sobre Jerusalen, y en la cruz con muy tiernas lágrimas, como se dirá en las meditaciones de estos misterios. Y finalmente, como dice san Pablo (*Hebr.* v, 7), en los dias de su carne, que es de su mortalidad, oraba muchas veces con lágrimas, hasta que en el huerto de Getsemaní oró, sudando, no gotas de agua sino de sangre, como quien lloraba lágrimas de sangre por todos los poros de su cuerpo natural, por los pecados y miserias de su cuerpo místico. Ó dulce Jesús, convierte mis ojos en fuentes de lágrimas, para que acompañe las tuyas, pues yo fuí causa de ellas.

3. Lo tercero, consideraré como el llorar, que en los ojos del mundo es señal de miseria, en los de Cristo lo es de bienaventuranza, prometiendo á los que lloran, que serán consolados en lo mismo por que lloran. Si lloran por sus pecados, alcanzarán consuelo con el perdon de ellos. Si lloran los pecados ajenos ó su destierro (*Psalm.* xxix, 12), Dios convertirá su llanto en gozo, con la esperanza de que tendrán fin los trabajos y vendrán presto los consuelos eternos (*Apoc.* vii, 17), enjugando Dios las lágrimas y haciendo cesar los llantos. ¡Oh dichosas lágrimas, que con tantos consuelos son premiadas aquí! Dios mio, quiero llorar, pues el mismo llorar es dulce; y si tan dulce es llorar por tí, ¿cuán dulce será gozar de tí?

4. Finalmente, ponderaré la amenaza de Cristo nuestro Señor que dice (*Luc.* vi, 25): *¡Ay de vosotros los que ahora reis, porque despues llorareis!* De suerte, que si desenfrenadamente me entrego á risas y vanos placeres, despues se me seguirán amargas lágrimas y terribles pesares, ó en esta vida sucediendo el llanto al gozo, como dice el Sábio (*Prov.* xiv, 13), ó en la otra, á donde, como dice el Salvador (*Matth.* viii, 2), habrá lloro y crujir de dientes, conforme á la sentencia que se dió contra Babilonia (*Apoc.* xviii, 7): Cuan-

to se glorificó en los regalos, tanto reciba de tormentos y llantos; porque dijo en su corazon: Nunca sabré qué cosa es llanto. Ó alma mia, aborrece la risa vana, y abraza el llanto virtuoso, pues con lágrimas temporales redimes las eternas.

Punto sexto.—*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos.*— 1. El tener hambre y sed de la justicia abraza estos actos.—El primero es, desear cumplir todas las cosas que son de justicia y obligacion para con Dios y para con los prójimos, sin dejar ninguna, haciéndolas con mucho gusto, sin tédio ni fastidio, aunque sean desabridas á la carne; así como el que come con hambre y bebe con sed, come y bebe todo lo que ha menester con gran gusto; porque, como dice el Sábio (*Prov.* xxvii, 7), el alma hambrienta tiene por dulce lo amargo.—El segundo acto es, desear crecer mas y mas en las virtudes, pareciéndole ser poco lo que tiene, y mucho lo que le falta.—El tercer acto es, tener hambre y sed de que en el mundo haya esta justicia, y que todos la procuren y guarden, ofreciéndose á padecer hambre temporal y cualquier otro trabajo, en razon de que ella prevalezca.—El cuarto es, tener entrañable hambre de recibir sacramentalmente ó espiritualmente á Cristo nuestro Señor, que es nuestra justicia, y desear beber el agua viva de su gracia y el vino y leche de las divinas consolaciones, corriendo con gran sed á los Sacramentos, y á la oracion y meditacion (*Isai.* xii, 3), que son las fuentes de donde manan.—El quinto es, desear fervientemente la corona de la justicia, suspirando por ver á Dios, para sentarse con Cristo á su mesa, y comer y beber lo que para siempre me ha de hartar. En esta hambre y sed consiste lo que llamamos fervor de espíritu, contrario al vicio de la acidia y pereza; con el cual fervor he de hacer todas mis obras, avergonzándome de tener tanta hambre de los manjares del cuerpo y tanto fastidio de los del espíritu.

2. Lo segundo, consideraré como Cristo nuestro Señor siempre tuvo tanta hambre y sed de la justicia, que no sentia la hambre corporal. Y así, estando una vez muy cansado y necesitado de comer dijo á sus discípulos (*Ioan.* iv, 34): Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre; como quien dice: Hasta que harte la hambre de mi espíritu, no me da cuidado la hambre del cuerpo, ni el cuerpo siente la falta de su manjar, hasta que el espíritu coma el suyo. Á mas, tuvo tanta sed de beber el cáliz de su pasion, con ser tan amargo (*Luc.* xii, 50), que sentia gran pena con la dilacion de esta bebida. Y en la cruz dijo que tenia sed, no solo por la que padecia el

cuerpo, sino mucho mas por la que padecia el espíritu, como se verá meditando estos misterios. Ó amado Redentor, enciéndeme con el fuego de tu amor, de donde esta hambre y sed procede, para que la tenga siempre de tu servicio, como tú la tuviste de mi remedio.

3. Lo tercero, consideraré como los hambrientos son bienaventurados, porque serán hartos, concediéndoles Dios las cosas que deseaban, comunicándoles en esta vida copiosa gracia, abundancia de merecimientos, gran gusto interior del espíritu, y dándoseles á sí mismo por manjar, y uniéndose con ellos por amor, con tanta hartura, que digan (*Psalm.* LXXII, 25): ¿Qué quiero yo en el cielo? Y fuera de tí, ¿qué otra cosa deseo yo sobre la tierra? Y aunque la hartura de esta vida despierta nueva hambre y nueva sed, como dice la divina Escritura (*Eccli.* XXIV, 29); pero esta hambre y sed no es penosa, sino dulce, porque quita el fastidio y aumenta el gusto. Finalmente, en la otra vida quedarán hartos con la vista clara de Dios, como dice David (*Psalm.* XVI, 15), porque se les descubrirá su gloria. ¡Oh dichosa hambre, que es premiada con tal hartura! Pondera, alma mia, esta hartura, porque ella despertará en tí tal hambre.

4. Lo cuarto, consideraré la amenaza de Cristo nuestro Señor que dice (*Luc.* VI, 25): *¡Ay de los que estais hartos, porque padeceréis hambre!* Hartos llama á los que están llenos de bienes temporales, y comen y beben hasta hartarse por su regalo. De donde procede no tener hambre ni sed de la justicia, sino fastidio de ella; porque, como dice el Sábio (*Prov.* XXVII, 7), el ánima harta pisa el panal; cuyo castigo será como el del rico avariento que comia espléndidamente, y ahora padece increible sed, sin que se le dé ni una gota de agua para refrigerarla. Tambien llama hartos á los soberbios, que, como dice san Pablo (I *Cor.* IV, 8), se tienen por hartos y ricos; los cuales vendrán á padecer grande hambre y falta de todos los bienes; porque Dios nuestro Señor, segun dijo la Vírgen (*Luc.* I, 53), llena de bienes á los hambrientos, y deja vacíos á los ricos. Ó Dios eterno, quita de mí tan abominable hartura, para que me libre de tan penosa y miserable hambre.

PUNTO SÉPTIMO.—*Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.* — 1. La misericordia abraza las catorce obras que llamamos de misericordia, siete corporales y siete espirituales, ejercitándolas con tres condiciones para ser muy excelente. —La primera, que se extienda á todos los prójimos que padecen mi-

seria, sin excluir á ninguno, aunque sea enemigo.-La segunda, que se extienda á remediar todo género de miseria corporal ó espiritual, conforme á mi caudal, como dijo Tobías á su hijo (*Tob.* IV, 9), dando mucho si tuviere mucho, y poco si tuviere poco; y si no tuviere posibilidad para remediar tal necesidad, á lo menos desearé remediarla, y pediré á Dios que la remedie; y procuraré, si puedo, que otros la remedien.-La tercera es, que se ejercite con interior compasion de la miseria ajena, sintiéndola como si fuera propia, dando primero el corazon compasivo y despues el don por sola caridad, sin esperar otra retribucion si no es de Dios.

2. Luego consideraré (*Luc.* XIV, 13), como Cristo nuestro Señor fue misericordiosísimo con gran excelencia en las tres cosas dichas, porque fue universal remediador de todas nuestras miserias, y los años de su predicacion gastó en estas obras, sanando enfermos, dando de comer milagrosamente á los hambrientos, resucitando los muertos, perdonando con amor á los pecadores, enseñando á los ignorantes, orando y haciendo bien á todos. (*Act.* X, 38). Y estimó en tanto esta virtud, que á los que pretendian apartarle de ella dijo (*Matth.* IX, 13): *Discite quid est; misericordiam volo, et non sacrificium.* Aprended lo que hace al caso y lo que agrada mas á Dios; porque mas le agrada y mas estima la misericordia, que el sacrificio, y no quiere sacrificio sin misericordia. Ó buen Jesús, que veniste al mundo movido de misericordia, y por compasion tomaste sobre tí nuestras miserias para librarnos de ellas, haz conmigo esta misericordia, que aprenda á imitarte en ella. Y pues á todos dijiste (*Luc.* VI, 36): Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial, ayúdame con tu gracia para que imite su excelente misericordia.

3. Lo tercero, consideraré como el premio de los misericordiosos es alcanzar de Dios misericordia, librándolos de todas sus miserias, así corporales como espirituales, parte en esta vida, y despues cumplidamente en la otra, con tanto exceso, cuanto va de la misericordia del hombre flaco á la misericordia de Dios omnipotente; la cual por todas partes es infinita (como verémos en la parte VI, en la meditacion XII). Pero tanto será mayor conmigo, cuanto fuere mayor la que yo hiciere al prójimo, midiéndome con la medida que le diere (como se dijo en la parte I, meditacion XXI). Pues si yo tengo tantas miserias, de las cuales solo Dios puede librarme, ¿qué cosa mas acertada puedo hacer, que ser misericordioso con otros, para que Dios lo sea conmigo? ¡Oh! dichosos los misericor-

diosos, á quien el Padre de las misericordias librará de todas sus miserias.

4. Finalmente, si no soy misericordioso, seré miserabilísimo, porque Dios nuestro Señor no se compadecerá de mí, como no se compadeció del siervo que no tuvo misericordia de su compañero (*Matth.* XVIII, 34); antes, como dice el apóstol Santiago (*Iacob.* II, 13), se hará juicio sin misericordia contra el que careció de ella. Y por esto el dia del juicio, las obras de misericordia se relatarán en la sentencia de los buenos, y la falta de ellas en la sentencia de los malos, como en su lugar se dijo.

PUNTO OCTAVO.—*Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.*— 1. La perfecta limpieza de corazon es la perfecta caridad, con las tres condiciones que pone san Pablo, diciendo (I *Tim.* I, 5), que sea de corazon puro, con buena conciencia y fe no fingida.—La primera condicion es pureza de corazon, purificándole no solo de pecados mortales, sino lo mas que pudiere de veniales; de modo que aunque toquen al corazon, no afierren ni se detengan por costumbre ó aficion estable.—La segunda es limpieza y santidad de la conciencia, llenándola de limpios pensamientos y deseos, con limpias y santas obras.—La tercera es sencillez en el trato con Dios y con los hombres, andando en verdad con todos, con sencillez y pura intencion, sin doblez ó engaños. Esta limpieza se llama de corazon, porque principalmente pertenece al alma y á la voluntad, y de allí se deriva al cuerpo en la pureza de la castidad, conforme al estado de cada uno; aunque el de las vírgenes y continentes es mas puro; porque, como dijo el Apóstol (I *Cor.* VII, 34; II *Cor.* VII, 1), son santos en el cuerpo y en el espíritu, purificándose de las manchas de espíritu y carne.

2. Lo segundo, consideraré (*Ioan.* VIII, 46), como Cristo nuestro Señor fue excelentísimo en esta limpieza, porque no pecó ni pudo pecar; ni el príncipe de este mundo halló en él cosa suya, ni sus enemigos le pudieron convencer de algun pecado. Adornó su vida con obras purísimas y santísimas, buscando en ellas la gloria de su Padre, ni en su boca se halló jamás doblez ni engaño (I *Petr.* II); y así tuvo tanta ojeriza contra la limpieza fingida, que no era de corazon, que la reprendia ásperamente diciendo (*Matth.* XXIII, 25): ¡Ay de vosotros hipócritas, que limpiais el cáliz y el plato por defuera, y de dentro estais llenos de inmundicia! Fariseo ciego, limpia primero lo de dentro, y de ahí resultará quedar limpio lo de fuera; porque de la limpieza del corazon procede la pureza de la obra

exterior; y como ninguno querria beber en vaso que está muy súcio por de dentro, aunque esté limpio por defuera (*Sap.* VII, 26); así Cristo nuestro Señor no se agrada de la limpieza exterior sin la interior. Ó Salvador purísimo, resplandor de la luz eterna, espejo de Dios sin mancilla, é imágen de su bondad, límpiame de todas mis mancillas, y adórname con todas tus virtudes, para que de dentro y de fuera sea puro en tu presencia por todos los siglos. Amen.

3. Lo tercero, consideraré como el premio de esta limpieza es la esencial bienaventuranza de los Santos, así la de esta vida, que consiste en ver á Dios nuestro Señor por la contemplacion amorosa y gozosa en poseerle, como la de la otra vida, que consiste en la vista clara del mismo Dios (de cuyas grandezas dirémos despues en la parte VI, en la meditacion LI). Y por esto dijo David (*Psalm.* XXIII, 3): ¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Y quién morará en su santo cielo? El inocente de manos y el limpio de corazon, el que no recibió su alma en vano, ni trató á su prójimo con engaño. ¡Oh bienaventurada limpieza, que es levantada á tanta grandeza! Ó alma mia (*Apoc.* XXI, 27), pues ninguno manchado de culpas puede entrar en el cielo á ver á Dios, procurá suma pureza y limpieza para que alcances esta dichosa vista.

PUNTO NONO.—*Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios.*— 1. Pacíficos son los que hacen paz, en lo cual hay cuatro grados muy excelentes.—El primero es, pacificarse á sí mismo, sujetando su carne al espíritu, sus pasiones á la razon, y todo su espíritu á Dios.—El segundo es, pacificarse con los demás hombres, procurando, cuanto es de su parte, tener paz con todos, sin darles ocasion de turbacion, sino de mucha union.—El tercero es, pacificar á los prójimos entre sí, procurando concordar á unos con otros.—El cuarto y supremo es, pacificar las almas con Dios, ayudando á reconciliarlas con él y á reducir las criaturas al servicio de su Criadór. Ponderando estos grados de paz, cuya grandeza, como dice el Apóstol (*Rom.* XII, 18), sobrepuja á todo sentido, lloraré la falta que tengo de ellos, suplicando á Nuestro Señor me los comunique. Ó Dios de la paz y caridad, concédeme la paz que diste á tus Apóstoles (*Ioan.* XX, 19), para que te sirva con paz y quietud, y otros te sirvan por medio mio, pacificándolos yo contigo.

2. Lo segundo, consideraré como Cristo nuestro Señor vino del cielo á traer esta paz, y por excelencia se llama Rey pacífico, y de ella se preció tanto, que saludaba con ella á sus Apóstoles, y quiso que ellos saludasen con la misma diciendo: Paz sea en esta casa; y

en razon de pacificarnos con su eterno Padre, padeció innumerables persecuciones, sin perder él su paz, antes era pacífico con los que aborrecian la paz (*Psalm.* CXIX, 7); y por la sangre que derramó en la cruz, como dice san Pablo (*Colos.* I, 20), pacificó todas las cosas del cielo y de la tierra. Ó Rey pacífico y soberano, pues tanto te costó ganar esta paz, no permitas que yo pierda el fruto de ella, ni sea parte en ninguna guerra, para que deje yo de seguir tu paz.

3. Lo tercero, consideraré como el premio de los pacíficos es ser por excelencia hijos de Dios.—Lo primero, porque serán señaladamente muy amados de él, y hallarán gracia en su presencia, por tener con él mucha semejanza.—Lo segundo, porque los tomará debajo de su paternal providencia, mirando por ellos, como por hijos muy queridos, regalándolos y enriqueciéndolos con sus dones, y dándoles espíritu de verdaderos hijos, para que no solamente se llamen, sino sean hijos de Dios. (I *Ioan.* III, 1).—Y finalmente, porque serán herederos de su gloria, donde alcanzarán cumplidamente esta dignidad, y con ella inmensa y eterna paz. ¡Oh bienaventurados los pacíficos, que á tal dignidad son levantados; y desdichados los que turban la paz, porque serán llamados hijos del demonio, con quien tendrán parte en la herencia del infierno!

PUNTO DÉCIMO.—*Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos.*— 1. Lo primero, se ha de considerar qué persecuciones han de padecer los justos, de quién, por qué causa y cómo. Las persecuciones son todo género de injurias y aflicciones en hacienda, honra, contento, salud y vida; de las cuales ó de algunas de ellas ninguno se escapa. Porque regla general es, dice san Pablo (II *Tim.* III, 12), que todos los que quieren vivir con piedad en Cristo, han de padecer persecuciones por él. Estas procurarán los demonios, por el odio que tienen á Dios nuestro Señor y á la virtud; y tambien sus ministros los hombres, así los enemigos descubiertos, como los que se precian de amigos con título de piedad; y hasta los padres, hermanos y deudos, dice Cristo nuestro Señor (*Luc.* XXI, 16), nos entregarán á la muerte, pensando á veces que hacen servicio á Dios en ello. La causa de estas persecuciones no serán delitos propios, como dice el apóstol san Pedro (I *Petr.* II, 19), sino la justicia; esto es por guardar la fe y religion; por hacer las obras de virtud á que están obligados; por reprender los vicios y cumplir con sus oficios; por seguir la vida perfecta y religiosa á que son llamados. El modo como han de su-

frirlas es con grande paciencia y alegría, teniendo por especial favor de Nuestro Señor padecer algo por su amor (I *Petr.* IV, 15); porque padecer por la injusticia que hice ó con impaciencia no toca á esta bienaventuranza.

2. Lo segundo, consideraré los raros ejemplos de Cristo nuestro Señor en esta materia, porque desde niño fue perseguido, y mucho mas los tres años postreros de su vida, concurriendo á perseguirle toda suerte de personas, y en toda suerte de cosas con mayor fiereza que jamás se vió, y por la causa mas justa de su parte que jamás hubo, en razon de publicar su santa ley, y de reprender los vicios y maldades y de redimir el género humano. Y todo lo padeció con una paciencia admirable y milagrosa, como se verá en la meditacion fundamental de la parte IV, que es toda de este punto. Con este ejemplo me animaré á padecer y sufrir, diciéndome á mí mismo: Si á mi Señor persiguieron, ¿qué mucho persigan á mí su siervo? Si llamaron Beelcebub al padre de familias (*Matth.* X, 25), ¿qué maravilla llamen de la misma manera á los de su casa? Ó Salvador mio, de tu casa soy, y aparejado estoy á sufrir y padecer cualquier persecucion, por la gloria y galardon de ella; concédeme que, á imitacion tuya, haciendo en tu servicio grandes bienes, padezca sin ofensa tuya grandes males.

3. Lo tercero, consideraré como es premio de estos perseguidos el mismo reino de los cielos que se promete á los pobres de espíritu; pero con mayor ventaja, porque mas es sufrir las persecuciones que vienen por mano ajena, que sufrir los trabajos y miserias de la pobreza que se toma por eleccion propia. Este reino les da Dios á gustar en esta vida, comunicándoles por medio de las tribulaciones grande justicia, paz y gozo en ellas. (*Rom.* XIV, 17). Por lo cual dijo Cristo nuestro Señor, que nos daria en este siglo (*Marc.* X, 30): *Centies tantum cum persecutionibus:* el cien doblo con las persecuciones, y despues la vida eterna. Y así añade: *Bienaventurados sois, cuando por mi causa os maldijeren los hombres y dijeren contra vosotros todo género de mal con mentira; gaudete, et exultate:* alegraos y regocijaos, porque vuestro galardon es muy copioso en el cielo. Como quien dice: Es tan grande el premio, que sola su esperanza basta para alegraros en las persecuciones con tanta alegría, que exceda cien veces á la que tuviérades careciendo de ellas. ¡Oh dichosas persecuciones que levantan al perseguido á ser rey en los cielos! (*Iacob.* I, 12). Estas serán todo mi gozo; en estas pondré toda mi gloria; vengan, Dios mio, todas las que quisieres permitir, que

yo me ofrezco con tu gracia de abrazarlas por la justicia, con la esperanza que me das de alcanzar tu gloria.

4. Finalmente, consideraré la amenaza que Cristo nuestro Señor hace á los que van por contrario camino, diciendo (*Luc.* VI, 26): *¡Ay de vosotros, cuando os bendijeren todos los hombres!* Esto es, los mundanos, gustando de sus vanas alabanzas y lisonjas. Y en no decir mas que *ay* da á entender que es muy grande la amenaza; como si dijera: ¡Ay de vosotros! porque con estas bendiciones os engañan y hacen caer en graves culpas; y siendo bendecidos de los malos á quien imitais, tendréis parte en las maldiciones que vendrán sobre ellos. No quiero, Redentor mio, ser bendecido de los mundanos, ni que la lisonja del pecador unja como aceite mi cabeza, porque la maldicion no penetre como aceite mis entrañas. Aquí quiero ser maldecido de los malos (*Psalm.* CVIII, 18; CXL, 5), para ser despues bendecido por tí con los buenos, y reinar contigo en el reino de tus cielos por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XII.

DE LOS OFICIOS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR ENCOMENDÓ Á SUS APÓSTOLES EN ESTE SERMON DEL MONTE.

—Dichas las ocho bienaventuranzas, encargó Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles y sucesores los tres actos y oficios de la jerarquía celestial y eclesiástica, que llama san Dionisio (*Cap.* III de Coelest. Hierar.) purgar, alumbrar y perfeccionar, usando para esto de tres apacibles comparaciones, de las cuales será esta meditacion, aplicándolas cada uno á sí mismo para su provecho.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Vosotros sois sal de la tierra: si la sal pierde su sabor y se deshace, ¿quién la salará? No valdrá para cosa alguna, sino para ser echada en el muladar y pisada de los hombres.* (*Matth.* V, 13).—Lo primero, consideraré como el oficio de los varones apostólicos, que desean imitar perfectamente á Cristo nuestro Señor, es con su palabra y doctrina, y con el ejemplo de su vida, salar los corazones de los hombres terrenos, purificándolos de los humores viciosos de sus pecados, para que no huelan mal ni se pierdan para siempre. Y juntamente hacerles sabrosa la penitencia y mortificacion y los ejercicios de virtud, para que de buena gana las coman; y ellos mismos tambien sean sabrosos á Dios, para que guste de incorporarlos consigo, y tener paz y union de amor con ellos. Pero este ofi-

cio no le tienen por su naturaleza ni por herencia, sino por la sal de sabiduría y gracia que Dios les comunica; con la cual purificados en sí mismos, ayudan á purificar á otros.

2. Luego ponderaré cuán bien hizo este oficio de sal Cristo nuestro Señor, y cuán á costa suya; porque como la sal dando sabor al manjar se deshace, así él se deshizo á sí mismo (*Philip.* II, 7) con humillaciones y trabajos, para hacernos sabrosos á Dios, y con su ejemplo hacernos sabrosa la virtud y merecernos la sal de la sabiduría y gracia que la da este sabor (*Levit.* II, 13; *Marc.* IX, 49); porque como ningun sacrificio antiguo agradaba á Dios si no tenia sal, así ninguna obra nuestra le agradará si no está unida con Cristo y con su gracia. Ó dulce Jesús, sed Vos sal de la tierra de mi corazon que está muy desabrido, para que sea sabroso y agradable á vuestro Padre. Y pues con dificultad se come lo que no está sazonado con sal (*Iob,* VI, 6), sazonadme la virtud con la sal de vuestra gracia, para que guste de comerla.

3. Lo tercero, ponderaré como este oficio, aunque es dádiva graciosa de Dios, pero su conservacion tambien pende de nuestro libre albedrío; por lo cual, quien es sal y conservando su entereza merecia estar en la mesa de Dios con grande honra, si despues por su soberbia se desvanece y deshace, y pierde su sabor, será echado fuera de la proteccion de Dios al muladar del mundo, y vendrá á ser pisado de los hombres y hollado de los demonios en el infierno con grande ignominia. Ponderando todo esto, miraré si tengo en mí esta sal y con qué sabor sirvo á Dios, y cómo hago oficio de sal con los que están á mi cargo, deseando hacer sabrosa la virtud á todo el mundo. Ó dulce Jesús, hazme sal de la tierra, aunque haya de pasar por fuego y agua. No permitas que en lugar de darla sabor, la escandalice, y que como tierra sembrada de sal sea estéril por mi culpa, convirtiendo en su daño el oficio que me diste para su provecho.

Punto segundo.— 1. *Vosotros sois luz del mundo; ninguno enciende la candela y la pone debajo de la medida, sino encima del candelero, para que dé luz á toda la casa; así resplandezcan vuestras obras delante de los hombres, que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.*—Lo primero, consideraré como el oficio de los Apóstoles y doctores no es terreno sino celestial (*Dan.* XII, 3), porque como estrellas del firmamento y cielo de la Iglesia han de lucir y resplandecer, procurando con su doctrina y ejemplar vida ser luz de los hombres mundanos, desterrando de ellos las ti-

nieblas de la ignorancia y de la culpa (*Ephes.* v, 9); y comunicándoles la luz de la verdad y de la virtud, para que se conviertan de hijos de tinieblas en hijos de luz, y vivan conforme á ella. Para esto miraré cuán bien hizo este oficio de luz Cristo nuestro Señor, el cual dijo de sí mismo (*Ioan.* IX, 5): Mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo. Ó Sol de justicia, de quien reciben luz las estrellas de la Iglesia, hazme como una de ellas, libre de toda oscuridad, para que estando en el puesto que me has dado (*Baruch*, III, 34), acuda con presteza á tu llamamiento, y alumbre con alegría al mundo que criaste para gloria tuya. Amen.

2. Lo segundo, consideraré cuán grande yerro es, por cobardía y pusilanimidad, esconder la luz y caudal de doctrina que Dios nuestro Señor me da, ú oscurecerla con fines terrenos, poniéndome á peligro de perderla y quedarme á oscuras, como se muere la luz de una candela puesta debajo de alguna medida ó cubierta sin respiradero. Y no es menor yerro, si Nuestro Señor me ha puesto sobre algun candelero de su Iglesia militante, esto es, en algun estado y oficio público, no dar luz de doctrina y ejemplo á los que están á mi cargo; porque, como dijo Cristo nuestro Señor á un prelado descuidado (*Apoc.* II, 5), quitará el candelero de su lugar, quitándome el oficio, y castigándome el descuido que en él hubiere tenido.

3. Y al contrario, ponderaré cuánto gusta Cristo nuestro Señor de que nuestras obras sean tan santas y resplandecientes, que provoquen á los que las ven á glorificar á su eterno Padre y hacer otras tales, con que sea del mismo modo glorificado, purificando la intencion de otros fines contrarios á este; de modo que no busque en las obras mi gloria, sino la de Nuestro Señor, teniendo por gloria mia la que es suya, doliéndome por haber sido causa con mis obras malas de que el nombre de Dios sea oscurecido, y otros le hayan blasfemado. (*Rom.* II, 24). Ó Salvador mio, pues tanto deseas la gloria de tu Padre, concédeme tal resplandor de vida, que por ella crezca y se dilate su gloria. Amen.

Punto tercero.—*No puede esconderse la ciudad puesta en el monte.*—Por esta tercera comparacion, declara Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles, que su oficio no era ser ermitaños ni solitarios, atendiendo solamente á su propio provecho, sino ser ciudad para recoger á otros muchos; y no ciudad fundada en valle, esto es en vida imperfecta y ratera, sino fundada sobre monte; esto es en grande fortaleza y alteza de perfeccion, conforme á lo que dijo el profeta

Isaías (*c.* XL, 9): Sube sobre un monte alto, tú que evangelizas á Sion; levanta con fortáleza la voz, tú que predicas á Jerusalen. Y por consiguiente les avisa, que su oficio ha de ser recoger, no poca gente, sino mucha, como ciudad populosa, admitiendo á todos los que desean ser perfectos, y enseñándoles el camino de la perfeccion evangélica, y la policía de la vida celestial; porque Dios nuestro Señor desea que sus escogidos no se contenten con medianías, ni se paguen de obras bajas y rateras, sino que suban á la alteza de la vida perfecta, y ayuden á sus prójimos á lo mismo, para que con otros muchos suban á poblar la ciudad soberana. Ó Sabiduría eterna, que mandas á tus esclavas (*Prov.* IX, 3), que son las almas de los predicadores, que llamen gente para que suba á los muros y alcázar de la ciudad, exhortándolos á la alteza de la perfeccion cristiana; llámame con eficacia, para que yo suba primero á ella; y ayúdame tambien á llamar á otros que suban por mi medio, para que seas glorificado de todos. Amen.

MEDITACION XIII.

DE LA LEY EVANGÉLICA, QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PUBLICÓ EN ESTE SERMON DEL MONTE, DE SUS EXCELENCIAS, Y DE LA ALTEZA DE PERFECCION Á QUE LOS LEVANTA.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como queriendo Cristo nuestro Señor promulgar su ley evangélica, primero declaró la estima que se habia de tener de la ley natural, declarada en los libros de Moisés y de los Profetas, y el oficio que cerca de ella habia de hacer en el mundo, diciendo (*Matth.* V, 17): *No vine á quebrantar la ley, sino á cumplirla;* lo cual hizo excelentísimamente en tres maneras (*D. Aug.* Lib. I, de serm. Domini in Monte, *c.* 14; *D. Chrysost.*, Hom. 16 in Matth.)–Lo primero, no vino del cielo á traspasar la ley, viviendo á sus anchuras con libertad de carne, como quien no está atado á ley alguna; ni vino á dispensar en ella consigo, ni con los suyos, sino antes vino á guardarla estrechísimamente, y á dar á todos sus discípulos ejemplo de lo mismo. De suerte que á su imitacion debo yo decir: No vine al mundo á vivir á mi voluntad, atropellando la de Dios y haciendo astillas el yugo de su ley, sino á sujetarme á ella y cumplirla con entereza; ni vine á la religion á cumplir mi voluntad propia, sino la divina, declarada en las reglas de mi instituto; porque si mi Dios y supremo Legislador,

con ser superior á la ley, se sujetó á ella y vino del cielo á mostrar la estima que tenia de ella en tomar su mismo yugo, ¿qué mucho me sujete yo á él? ¿Y qué desvergüenza seria desecharle?

2. Lo segundo, vino del cielo á cumplir la ley, cuanto á las promesas que encerraba, con tanto rigor, que dice: *Mientras durare el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde de la ley se dejará de cumplir*. De suerte que puedo estar certísimo y segurísimo de que Dios de su parte cumplirá todo cuanto ha prometido en la ley, por mínimo que sea; como Cristo nuestro Señor cumplió y puso por obra todo cuanto de él estaba revelado y prometido; con lo cual me provoca á que yo tambien cumpla y guarde todos sus mandamientos, no solamente los mayores sino los menores, significados por la *j* ó *i*, que es la menor de las letras; procurando tambien cumplirlos con todas sus circunstancias y modos de perfeccion que tienen significados por la tilde que se pone encima de la letra.

3. Lo tercero, vino del cielo á cumplir la ley, añadiendo la perfeccion que le faltaba, declarando mas sus preceptos, poniendo admirables consejos y comunicando interiormente la gracia con que se cumplen todos. Ó Legislador soberano, gracias te doy cuantas puedo por estos varios modos con que cumpliste tu misma ley; ayúdame con tu gracia á cumplir lo que me mandas para que cumplas en mí lo que prometes.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar dos memorables sentencias ó conclusiones que Cristo nuestro Señor infiere de lo dicho. La primera es: *Quien quebrantare uno de los mandamientos pequeños y enseñare lo mismo, será pequeño en el reino de los cielos*, que es la Iglesia militante y triunfante. En las cuales palabras nos avisa lo primero, que quien quebrantare un mandamiento de los pequeños, aunque guarde los demás, será pequeño, esto es será despreciado y tenido en poco en el reino de los cielos. Y por consiguiente excluido de él, como indigno de tal reino; así como Adan fue echado del paraíso por haber quebrantado un solo precepto; porque quien quebranta uno, injuria, como dice el Apóstol (*Iacob.* II, 10), al Legislador que los puso todos, y destruye la caridad en que están unidos todos; y así perderá los bienes del cielo, como si los quebrantara todos.

2. Pero si el mandamiento fuere de los mas pequeños, que no obliga á culpa mortal, quien á sabiendas y de malicia le quebrantare, tambien será pequeño en la virtud, por haber hecho poco caso de lo que Dios manda; pues debiera mirar que aunque la cosa es

pequeña, el que la manda es grande, y no tiene por cosa ajena de su grandeza mandar cosas pequeñas, y por esta parte no es pequeña injuria el despreciarlas. Y pues el vencedor es mayor que el vencido, quien es vencido de cosa pequeña, será pequeño. Y se cumplirá en él lo que dice el Sábio (*Eccli.* XIX, 1): Que quien desprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en culpas grandes. —Lo tercero, si, no contento con quebrantar algun mandamiento, persuadiere á otros lo mismo, ó con palabra ó con ejemplo, escandalizándoles y provocándoles á pecar, este será el mínimo en el reino de los cielos, y será excluido de él por dos títulos; esto es, por haber sido malo para sí y para otros.

3. La segunda sentencia es: *Quien hiciere y enseñare, será grande en el reino de los cielos.* En las cuales palabras nos enseña, que la medida de la santidad, y de la grandeza en virtud, y del premio que se dará por ella en el reino de los cielos, es la observancia de la ley, en la cual hay dos grados. Uno es hacer, y otro enseñar. Hacer es, cumplir toda la ley, cuanto á los mandamientos, grandes y pequeños, sin dejar ninguno, al modo que se ha dicho. Enseñar es, persuadir á otros que cumplan la misma ley que él cumple. Y este segundo grado es mas excelente que el primero, pero juntólos Cristo nuestro Señor, para significar que tienen alguna trabazon, por cuanto el segundo no hace grande al que enseña, si no es que obre. Y el primero, por la parte que obra, enseña tambien con el ejemplo y está aparejado á enseñar de palabra, cuando Dios se lo mandare, por razon de su estado y oficio, ó por la ley y dictámen de la caridad; y cuando de esta manera enseña, es muy grande entre los grandes del cielo; porque no hay mayor grandeza, que á imitacion de Dios ser bueno y perfecto en sí mismo, y ayudar á que otros sean tambien buenos y perfectos, como verémos en el punto que se sigue.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la grandeza de perfeccion á que Cristo nuestro Señor exhorta á sus discípulos, la cual es la mayor que en esta vida se puede alcanzar, como la declaró por aquellas regaladas palabras (*Matth.* V, 19): *Estote perfecti, sicut Pater vester coelestis perfectus est:* sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. Para penetrar la soberanía de esta sentencia he de ponderar como la perfeccion de Dios nuestro Señor consiste en tres cosas. —La primera, en carecer de toda culpa y defecto: de modo, que es imposible hacer cosa que sea mala ó defectuosa contra su bondad y santidad. —La segunda es, abrazar todas las virtudes y perfecciones que se pueden imaginar, sin que le falte

ninguna; porque cuantas hay en las criaturas, y otras innumerables que no alcanzamos, están unidas en el Criador. - La tercera es, tener cada una de estas perfecciones con la mayor excelencia que es posible. De modo, que no se puede imaginar mayor sabiduría, bondad y caridad, que la de Dios, porque es infinitamente sábio, bueno y caritativo, y lo mismo en las demás perfecciones.

2. De aquí es, que siendo Dios tan perfecto en sí mismo, tiene grande inclinacion á que todas sus obras sean perfectas, y participen en el grado que pueden de su infinita perfeccion, especialmente los hombres, que crió á su imágen y semejanza; y de este deseo nace decirnos Cristo: Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial; que es decirnos: No os contenteis con mediana pureza y santidad, ni tomeis por dechado de vuestra perfeccion solamente á Abrahan, ó Moisés, ó alguno de los Profetas, ni solamente á los Ángeles, Querubines ó Serafines, sino tomad un dechado infinito de perfeccion infinita, para que á su imitacion procureis la mayor perfeccion que os fuere posible; y este dechado sea vuestro Padre celestial, para que como hijos procureis serle muy semejantes en las tres cosas que abraza su infinita perfeccion. Gracias te doy, Hijo de Dios vivo, por el favor que haces á los hijos adoptivos, exhortándolos á ser perfectos, como lo es tu Padre celestial. Ilústrame, ó Maestro soberano, para que conozca la perfeccion que me encomiendas, enciéndeme para que la ame, y fortaléceme para que la busque, de modo que la alcance. Amen.

3. De aquí he de sacar unos fervorosos propósitos de imitar la perfeccion de Dios. Lo primero, procurando apartarme de toda culpa, no solo mortal sino venial, en cuanto pudiere, conforme á lo que dijo á su pueblo (*Deut.* XVIII, 13): Sé perfecto y sin mancha delante de mí. - Lo segundo, procurando ganar todas las virtudes, ejercitar sus obras con la mayor extension que pudiere, no solamente las de precepto, sino las de consejo; pues mi Padre celestial no solamente me da las cosas necesarias para la vida, sino otras muchas para mi regalo. - Lo tercero, procurando ejercitar las virtudes con el mas excelente modo que me fuere posible. De suerte, que mi amor de Dios sea con el modo que se pone en el precepto, amándole con todo mi corazon, alma y fuerzas; y mi obediencia, humildad y paciencia sea con los grados mayores que pueden tener estas virtudes: procurando, como dice san Pablo (*Philip.* I, 9), que mi caridad crezca mas y mas, aprobando siempre las cosas que son mejores. Y pues la caridad no tiene límite en su aumento, mi deseo ha de ser de

crecer siempre en ella. Ó alma mia, pues este dechado es infinito (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 24, *art.* 7), y por mucho que le imites, es infinito lo que te queda por imitar, imítale cuanto mas pudieres, para llegarte mas á su infinita perfeccion. Ó Padre amantísimo, pues me mandas ser perfecto como tú lo eres, dame lo que me mandas para que cumpla lo que deseas.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar la soberana perfeccion de la ley evangélica, que Cristo nuestro Señor promulgó para que fuésemos perfectos como su Padre celestial lo es, ponderando como tiene otras tres cosas en que es semejante á la perfeccion de Dios. – La primera es (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 108, *art.* 3 *et* 4), prohibir todo género de culpa grande y pequeña, hasta una palabra ociosa, sin que consienta cosa alguna defectuosa. Y para mas desviarnos de las culpas, nos encarga que nos desviemos aun de cosas muy menudas, y de cualesquier aficiones demasiadas, que pueden ser ocasion de ellas. Al modo que mandaba Dios antiguamente á los nazareos (*Num.* vi, 3), que no bebiesen vino, ni comiesen uvas, ni pasas, ni aun sus granillos, para que estuviesen mas apartados de la embriaguez. Y esto se puede ponderar discurriendo por algunos mandamientos que llamamos negativos, en que se prohibe algo. Porque en el segundo, para que estemos mas léjos de jurar mal, dice Cristo nuestro Señor, que no juremos, ni aun por un cabello de nuestra cabeza; y que nuestro ordinario hablar sea, sí, sí, no, no (*Matth.* v, 36); porque lo demás, *à malo est,* ó es malo, ó peligroso é imperfecto, si no es en caso de grave necesidad. En el quinto, para desviarnos de matar al prójimo, dice: Que no le injuriemos de palabra, ni por seña, ni tengamos ira interior; y que si nos injuriare, con gran paciencia le suframos, volviendo el carrillo izquierdo al que nos hiriere en el derecho. En el sexto, para no caer en deshonestidad, manda, que si mi ojo ó mano derecha me escandaliza, los arranque, esto es, que me aparte de cualquier persona ó cosa que me puede ser ocasion de pecar, por mas amada y preciada que sea, y por mas necesaria que me parezca. En el séptimo, para estar mas léjos de hurtar lo ajeno, dice (*Matth.* v, 12), que demos de lo propio, y que á quien me quitare la capa le convide con el sayo. ¡Oh pureza soberana de la ley evangélica, ley digna del purísimo Dios! Verdaderamente, Señor, tus mandamientos son castos y puros como plata purificada de la tierra que ha pasado siete veces por el fuego. (*Psalm.* xi, 7). ¡Oh si los guardase perfectamente para quedar limpio de los siete vicios, y libre de todas imperfecciones!

2. La segunda excelencia (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 108, *art.* 2) de la ley evangélica es, extenderse á mandar ó aconsejar todo género de virtudes, así teologales como morales, en órden á Dios, á sí mismo y á los prójimos: de suerte, que quien la guarda tendrá todas las virtudes que le perfeccionan con su Criador, y las que doman las pasiones de su carne para sujetarla al espíritu, y las que cumplen todas las obras de justicia y de misericordia con el prójimo. - Á esto añade la tercera excelencia, que enseña cada una de estas virtudes, con el mayor grado de perfeccion que es posible en esta vida. De modo, que no puede haber mas profunda humildad, ni mas heróica paciencia, ni mas admirable obediencia, ni mas perfecta caridad, que la que nuestra ley enseña. ¿Qué intencion mas pura puede ser, que esconder tanto las obras, que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha por agradar á Dios? (*Matth.* VI, 3). Y ¿qué mayor amor de Dios puede haber, que amarle con todo su corazon, ánima, espíritu y fuerza? Y ¿qué amor del prójimo puede ser mas excelente, que el que se extiende á los mismos enemigos, orando por ellos, saludándolos, y haciéndoles bien, á imitacion de nuestro Padre celestial, que hace salir su sol para buenos y malos, y llueve para justos y pecadores? De donde concluyó Cristo nuestro Señor la sentencia que arriba se puso: Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. Ó Padre celestial, que mostraste tu perfectísima caridad en hacer que el Sol de justicia tu Hijo naciese para todos los hombres, y la lluvia de su doctrina se comunicase á todos, dando en esto á sus enemigos el sumo bien que les podias dar para su remedio; concédeme que imite tu infinita caridad con todas sus virtudes, del modo que las mandas en tu santa ley, para que alcance la perfeccion de todas ellas. Amen.

3. De aquí he de sacar, que mi principal fin en la vida cristiana ó religiosa ha de ser guardar la ley evangélica en las tres cosas dichas, con la mayor excelencia que pudiere, acordándome de lo que dice san Pablo (I *Tim.* I, 5): Que el fin del precepto es la caridad, con estas tres condiciones, con puro corazon limpio de culpas, con buena conciencia adornada con obras de todas las virtudes, y con fe no fingida, perseverando fielmente en pretenderlas hasta lo supremo de ellas; y procurando, como él mismo dice (*Rom.* XII, 2), cumplir la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta, y de este modo seré perfecto; porque, como dijo san Juan (I *Ioan.* II, 5; *D. Thom.* 2, 2, *q.* 184, *art.* 1), en quien guarda las palabras de Dios está la caridad perfecta, y por consiguiente toda

la perfeccion cristiana, porque esta consiste en la perfeccion de la caridad.

MEDITACION XIV.

SOBRE LA ORACION DEL PATER NOSTER.

—En este sermon del monte enseñó Cristo nuestro Señor á sus discípulos la oracion que llamamos dominical (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 83, *art.* 8; *Matth.* VI, 9; *Luc.* XI, 2), la cual tiene el supremo lugar sobre todas las oraciones, por haberla compuesto el supremo Maestro de la oracion, á fin de enseñarnos á orar, y así la meditarémos palabra por palabra, practicando en ella el modo de orar, por palabras que declaramos en el párrafo 9.° de la introduccion de este libro.—

—Puesto, pues, en la presencia de Dios trino y uno, á quien esta oracion se endereza, aunque tambien la puedo enderezar á cada una de las tres divinas Personas, suplicaré á Jesucristo nuestro Señor ilustre mi alma con su luz celestial, y la encienda con el fuego de su amor, para que sienta las verdades y grandezas de espíritu que encerró en esta breve oracion; y para que acierte á pedirle todo lo que en ella quiso que le pidiese, y con una pureza de intencion, y con un afecto fervoroso de devocion, semejante al que él mismo tuvo cuando la dijo, hablando con su Padre; porque es de creer que de tal manera iba enseñando á los Apóstoles, que juntamente iba orando á Dios. Y aun cada dia no cesa de decirla en nosotros, porque, como dice san Agustin (Praefat. in Psalm. LXXXV), Cristo nuestro Señor ora por nosotros como sacerdote, y ora en nosotros como nuestra cabeza, influyéndonos el espíritu y virtud de orar, y así, *dicimus cum illo, et ille nobiscum:* decimos esta oracion con él, y él con nosotros; y nuestra oracion ha de ir unida con los merecimientos que tuvo la suya, para que sea bien oida y despachada.—

—Pero hase de advertir, que Cristo nuestro Señor enseñó esta oracion dos veces; una en el monte públicamente á todos; y otra vez en acabando él de orar, diciéndole uno de sus discípulos: *Maestro, enséñanos á orar, como lo enseñó Juan á sus discípulos.* En lo cual somos advertidos, que esta oracion ha de ser pública y secreta; cuando se dice en público, como en la misa, hase de decir con la brevedad que aquel lugar pide. Mas cuando se dice en secreto, y se toma por fundamento de la oracion mental, puédese gastar en ella muchas horas, diciendo á Cristo nuestro Señor: Maestro, enséñame á orar (*Luc.* XI, 1), no solo como Juan enseñó á sus discípulos, sino como

tú lo enseñaste á tus Apóstoles, imprimiendo en mi corazon las verdades, sentimientos y afectos que imprimiste en ellos. Hecho esto, diré una sola palabra, buscando con la profunda meditacion lo que significa, acompañándolo con afectos, peticiones y coloquios, conforme á lo que ponderare, ó el espíritu del Señor me inspirare. —

PUNTO PRIMERO. — *Padre.* — 1. Lo primero, ponderaré los títulos porque Dios nuestro Señor es nuestro Padre. Primeramente es Padre de todos los hombres, porque les dió el ser natural, criándolos á su imágen y semejanza; y es Padre de los justos, porque les da el ser de gracia, adoptándolos por hijos y herederos de su cielo; y es mil veces Padre, porque cada vez que pierden este ser que les dió en el Bautismo, está aparejado á volvérsele á dar por la penitencia. Y en esta forma desea ser Padre de todos, no por su interés, sino por el nuestro; no por nuestros merecimientos, sino por sola su misericordia y gracia. Y aunque de balde se ofrece á ser nuestro Padre, no le costó poco el serlo, porque nos engendró con gravísimos dolores en la cruz, muriendo el Hijo unigénito por engendrar hijos adoptivos, para que todos tuviesen un mismo Padre. De todas estas consideraciones sacaré grandes afectos de alabanza, glorificando á Dios por cada uno de los títulos en que se funda ser mi Padre. Ó Padre amantísimo, gracias te doy porque das á tus hijos el ser nobilísimo de tu gracia, sin cansarte de repararle todas las veces que le pierden por su culpa. Ó Ángeles, que teneis á Dios por Padre en el cielo, alabadle y glorificadle porque se ha dignado serlo de los hombres que vivimos en la tierra.

2. Lo segundo, ponderaré cuán bien hace Dios el oficio de Padre, amándonos con ternura, mirando por nosotros con cuidado, amparándonos con su providencia, dándonos sustento con abundancia, y poniéndonos en el estado que nos conviene para nuestra salvacion. De modo, que todos los padres de la tierra no merecen este nombre en su comparacion. Y así nos dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* XXIII, 9): No llameis á ninguno padre sobre la tierra, porque un solo Padre teneis que está en el cielo. Ó Padre soberano, ¿qué gracias te daré porque te dignas hacer conmigo oficio de padre? No quiero llamar padres á los de la tierra, que suelen desampararme, sino solo á tí, Padre celestial, que no me desamparas (*Psalm.* XXVI, 10), si yo no te desampare. *O Pater, esto mihi Pater, et monstra te esse Patrem.* Ó Padre, sé Padre para mí, y muéstrate conmigo Padre, llenando el nombre que tomaste por mi amor.

3. Lo tercero, ponderaré como por el mismo caso que Dios quiere ser mi Padre, me ofrece la dignidad de hijo, y quiere que haga con él oficio de hijo para con su padre, amándole, reverenciándole, obedeciéndole, y celando su honra y gloria. Ó Padre celestial, ¿de dónde á mí tanto bien, que siendo tan vil criatura sea llamado hijo tuyo? ¿Qué caridad (1 *Ioan.* III, 1) te ha movido á tomar por hijo á un tan vil esclavo? Y pues haces conmigo oficio de padre, ayúdame para que haga contigo oficio de buen hijo. Ó vil gusanillo, no degeneres de la dignidad de hijo de Dios, haciendo cosa indigna del que es hijo de tal Padre. Procura serle semejante en la vida, pues es justo que los hijos se parezcan á sus padres. (*Matth.* V, 45).

4. Lo cuarto, ponderaré las causas porque quiso nuestro Señor que en esta oracion le llamásemos Padre. – La primera, para que despertásemos los afectos de amor y confianza; porque orando con ellos, nos dará lo que aquí le pedimos. – La segunda, para que entrásemos con alabanza de la cosa que mucho estima y de que se precia, glorificándole porque quiere ser nuestro Padre, y esto nos sirva de título para que nos conceda lo que pedimos. – La tercera, para que entendamos que quiere ser servido de nosotros con espíritu de hijos; y que todo lo que pidiéremos ha de ser lo que un buen hijo puede pedir á un tan buen Padre. Ó Padre soberano, cierto estoy que me darás lo que te pidiere como hijo, pues tú me mandas que te lo pida como á Padre.

PUNTO SEGUNDO. – *Nuestro.* — 1. Sobre esta palabra se ha de ponderar las causas porque Nuestro Señor no quiso que dijésemos Padre mio sino Padre nuestro. – Lo primero, para que conociésemos su infinita caridad y liberalidad, la cual resplandece en que como no puede tener mas que un Hijo natural, quiso tener muchos hijos adoptivos, comunicando esta dignidad tan excelente á hombres y Ángeles, dándola á cada uno sin perjuicio del otro; porque de tal manera es Padre de todos, que es tan mio, como si lo fuera de mí solo. Bendita sea caridad tan inmensa en quien cabe tanta infinidad de hijos, cuidando de todos como si no fueran mas que uno.

2. Lo segundo, para que entendiésemos que como él es Padre de muchos hijos, así tambien todos somos hermanos, y con esto se despertase en nosotros el amor de nuestros prójimos, pidiendo para todos, y deseando que todos sean hijos adoptivos de este Padre, sin despreciar á ninguno; pues el rico y el pobre, el noble y el pechero, el sábio y el idiota, pueden ser igualmente hijos de un mismo Padre celestial, acordándome de aquellas palabras de Malaquías

(*c.* II, 10): ¿Por ventura no es uno el Padre de todos? ¿Por ventura no nos crió un mismo Dios? Pues ¿por qué desprecia cada uno de nosotros á su hermano? Ó Padre nuestro, bástame saber que sois Padre de los hombres, para que yo los ame como á hermanos; á todos abrazaré con el amor, pues á todos abraza vuestra caridad.

3. Lo tercero, para movernos á reverencia, porque la palabra Padre mio es de mucho regalo, y mas propia del Hijo unigénito de este divino Padre, á quien tengo de tratar con amor y reverencia juntamente. Aunque sin embargo de esto, á mis solas y en mi rincon le puedo llamar Padre mio, pues tan mio es como si no tuviera otro hijo adoptivo mas que á mí.

PUNTO TERCERO. - *Que estás en los cielos.* — 1. Aquí se ha de considerar, como estando Dios en todo lugar, dijo solamente que estás en los cielos. - Lo primero, para moverme á reverencia, considerando la dignidad de este soberano Padre, que es Señor de los cielos, y reina en ellos. - Lo segundo, para levantar mi corazon de lo terreno á lo celestial, despreciando todo lo de acá, y suspirando por la herencia del cielo, donde está nuestro Padre. - Lo tercero, para que en esta vida mortal viva como peregrino y extranjero; pero como pretendiente del cielo, buscando la pureza celestial, sin la cual no se entra allá. - Lo cuarto (*Psalm.* CXX, 1), especialmente para que en la oracion levante mi espíritu al cielo, de donde me ha de venir el socorro y los bienes que pido. Ó Padre que moras en los cielos, llévame á donde estás; y entre tanto que no me llevas, ayúdame con tu gracia para que toda mi conversacion sea en el cielo (*Philip.* III, 20), olvidado de lo que hay en esta tierra. Ó alma mia, peregrina eres en esta tierra, pues tu Padre y tu herencia es en el cielo; suspira por ir á su casa para que goces de su herencia.

2. Últimamente, ponderaré como tambien se llaman cielos (*Aug.* de serm. Dni. in Monte, *c.* 9; *Ambr.* lib. V de Sacr. *c.* 4), los justos en quien Dios mora por gracia, y de ellos se hace aquí mencion, para que se entienda que Dios es Padre principalmente de los justos, que son cielo suyo; y para que quien ora despida de sí toda culpa y terrestridad, y se haga cielo, donde Dios pueda morar, y para que se recoja y entre dentro de sí á donde está Dios, y allí derrame su oracion delante de su Padre que está en lo secreto de su corazon, y le ve en lo escondido del retrete interior donde ora. ¡Oh quién fuese cielo claro y adornado de virtudes, en quien Dios gustase morar! Confieso, Dios mio, que soy hombre de tierra y terreno, como hijo del terreno Adan; pero con tu gracia deseo convertirme en cie-

lo y en hombre celestial, como hijo del celestial Adan. Ven, Señor, á este tu siervo, que con tu presencia será cielo.

—Las tres palabras dichas son preámbulo de esta oracion: en las siguientes se ponen las siete peticiones que en sí encierra.—

PRIMERA PETICION.—*Santificado sea tu nombre.*— 1. En esta primera peticion se pide, que Dios sea conocido, alabado y glorificado de todos, y su nombre venerado y adorado, y tenido por santo. Mas ponderando cada palabra por sí, primeramente ponderaré por qué dijo mas, santificado sea tu nombre, que glorificado ó alabado. La causa es, porque Dios de ninguna cosa tanto se precia, como de ser Santo (*Isai.* VI, 3); y por consiguiente, ninguna gloria se le puede dar mayor que tenerle por Santo; y á imitacion de los Serafines y de los santos cuatro animales del Apocalipsis (*Apoc.* IV, 2), clamar con grande afecto: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos, el que es, fue y será para siempre. Ó Padre santísimo (*Levit.* XI, 44), gózome de la santidad que tienes, deseando que tus hijos te imiten en ella. De esta me quiero preciar, para cumplir lo que me mandas y ser santo como tú lo eres.

2. Lo segundo, ponderaré por qué dijo mas, santificado sea tu nombre, que santificada sea tu majestad ó tu potencia. La causa es, porque es justísimo que todo cuanto conocemos de Dios, y tiene su nombre entre nosotros, sea venerado y glorificado y tenido por santo. Ó Padre celestial, como quiera que te nombre, eres Santo, y deseo que todos conozcan tu santidad: llámaste Omnipotente y Sábio, Criador y Gobernador, Señor y Padre; pues santificada sea tu omnipotencia y sabiduría, y de todos sea tenida por santa. Ó Criador santo, Gobernador santo, y Padre santo, todos tus nombres son santos, y es justo que todos hinquen la rodilla, y adoren y veneren el nombre de tu deidad en oyéndole nombrar, porque es dignísimo de ser nombrado y oido con suma veneracion por su santidad.

3. Lo tercero, ponderaré aquella palabra, *tuum*, tuyo, como quien dice: pido que sea santificado tu nombre, y no el mio, porque *tu solus sanctus* (*in Missa*). Tú solo eres Santo por esencia, y no hay otro que merezca la divina honra de la santidad, sino tú, de quien y por quien los justos participan una brizna de ella (*Psalm.* CXIII, 9): *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam:* no á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da la gloria: no sea glorificado nuestro nombre, sino el tuyo dulcísimo, porque á tí, Rey de los siglos, inmortal é invisible (I *Tim.* I, 17), se debe toda la honra y gloria, y á nosotros mucha confusion y desprecio.

Confúndome, Dios mio y Salvador mio, de la soberbia con que deseo que mi nombre sea dilatado y extendido por el mundo, conocido y estimado de todos, siendo digno de ser vituperado, blasfemado, despreciado y olvidado. ¡Oh si me ocupase en buscar la gloria de tu santo nombre, olvidándome por tu amor del mio!

4. Lo cuarto, ponderaré por qué no añadió Cristo nuestro Señor, santificado sea tu nombre por nosotros. La causa es, para que nuestra peticion y deseo sea sin tasa ni límite alguno, deseando que el nombre santísimo de Dios sea santificado de los Ángeles y de los hombres; y no solo de los hombres que están en la tierra, sino tambien de las almas que están en el cielo y en el purgatorio; y no solo de los hombres presentes, sino tambien de los que han de nacer; y que todas las criaturas de este mundo visible, del modo que pueden, alaben y glorifiquen este santo nombre, pues es dignísimo de ser glorificado de todos, y que toda rodilla de los moradores celestiales y terrenales é infernales (*Philip.* II, 10) se doble y postre al soberano nombre de Dios y de su Hijo unigénito Jesús, Salvador nuestro.

5. Lo quinto, ponderaré como tengo de santificar este nombre, y como le han de santificar aquellos para quien pido que le santifiquen, porque su principal glorificacion consiste en que todos crean lo que revela, esperen lo que promete, obedezcan á lo que manda, y le adoren y sirvan como él ordena, y le amen de todo su corazon. De modo, que su vida y sus obras sean tales (*Matth.* V, 16), que quien las viere, por ellas glorifique al Padre celestial. Ó Padre gloriosísimo, por los méritos de tu Hijo unigénito te suplico dés luz de fe á todos los infieles, gracia y caridad á todos los fieles, y ferviente amor á todos los justos, para que todos santifiquen tu santo nombre en la tierra, al modo que le santifican los bienaventurados en el cielo. ¡Ay de mí (*Rom.* II, 24), que por mis obras es tu nombre blasfemado entre las gentes! Ayúdame, Dios mio, para que de aquí adelante todas sean tales, que por ellas sea tu nombre glorificado por todos los siglos. Amen.

Segunda peticion. — *Venga á nos el tu reino.* — 1. Aquí se ha de considerar, qué reino sea este que pedimos. Lo primero, pedimos el reino con que reina Dios en esta vida en los justos por gracia. Este reino abraza la doctrina de la fe que hemos de creer, las leyes de su gobierno que hemos dé guardar, los Sacramentos que hemos de recibir, los sacrificios que hemos de ofrecer, y las virtudes todas con que hemos de servir á nuestro Rey, disponiéndonos para que entre dentro de nuestras almas, y reine en ellas; y finalmente lo que san

Pablo llama justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (*Rom.* XIV, 17). Ó Rey del cielo, venga á nosotros este tu reino, y venga cada dia con nuevos aumentos de perfeccion, porque muy justo es que como Rey legítimo reines en nosotros y nos gobiernes, y todos estemos sujetos á tu gobierno soberano.

2. Lo segundo, pedimos el reino de la gloria, donde reina Dios con los bienaventurados pacíficamente; pero no dijo llévanos á tu reino, sino venga á nos el tu reino; porque si viene á nosotros el reino de Dios por gracia, cierto es que nos llevará al reino de la gloria; y así mas cuidado hemos de tener en desear el primero que el segundo, porque todos desean reinar con Cristo en el cielo, y esto á todos es sabroso; pero no todos desean que Cristo reine en ellos en la tierra, porque esto es penoso; pero yo, Rey mio, te suplico que venga tu reino, para que reines en mí y en todos por tu gracia. Y tambien te suplico, que aquella ciudad santa de la celestial Jerusalen baje del cielo (*Apoc.* XXI, 2), y se descubra á nosotros, y se nos manifieste por viva fe, para que su vista nos encienda en su amor, y nos lleve á ser moradores de ella. ¡Oh si me viese yo todo engolfado en este reino! ¡oh si viniese y entrase dentro de mí (*Luc.* XVII, 21), pues dentro de mí ha de estar lo que me ha de hacer bienaventurado!

3. Lo tercero, pedimos que venga el reino de Dios, último y consumado, cual será el dia del juicio, cuando del todo se acabará el reino del demonio; y Dios reinará en los justos, glorificando sus almas y cuerpos, y el reino de la gloria será cumplido en todos. ¡Oh si viniese este reino para que cesasen ya los pecados, y se cumpliesen los deseos de las almas que le están esperando para gozar de él, juntamente con sus cuerpos. (*Apoc.* VI, 10-11).—Lo cuarto, ponderaré aquella palabra *tuum*, tuyo, venga, Señor, tu reino (*Rom.* V, 21), para que destruya todo reino que no es tuyo: no reine en mí el reino del pecado ni del demonio; antes te pido que destruyas este reino. No te pido, Señor, que venga á mí el reino de este mundo, fundado en riquezas, honras y regalos, sino el reino tuyo, fundado en verdaderas virtudes. Ó Salvador dulcísimo, que dijiste (*Ioan.* XVIII, 36): Mi reino no es de este mundo. Tu reino quiero, tu reino deseo, y ese solo pido. Ven, ó Trinidad beatísima, y entra dentro de nosotros, mora y reina en los que vivimos en la tierra, como reinas en los Santos que viven en el cielo, para que te sirvamos como ellos le sirven. Amen.

TERCERA PETICION. — *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el*

cielo. — 1. Lo primero, consideraré qué voluntad es esta que pedimos se cumpla; es á saber, la voluntad divina, declarada por los preceptos de la ley, por los consejos del Evangelio, por las secretas inspiraciones del Espíritu Santo, y por las ordenaciones de la Iglesia y de sus ministros, y de todos los superiores que están en lugar de Dios. ¡Oh si cumpliésemos esta voluntad de Dios! pues basta ser de nuestro Criador, para que todas sus criaturas gustemos de cumplirla. (*Psalm.* XXIX, 6). Mi vida, Dios mio, está en cumplir tu voluntad, y la muerte en quebrantarla. Cúmplala yo siempre para vivir, y nunca la quebrante para no morir. -Lo segundo, ponderaré aquella palabra, *tuya,* diciendo á Nuestro Señor: No quiero, Señor, cumplir mi voluntad propia, que es perversa; ni la voluntad de la carne, que es rebelde contra el espíritu; ni la voluntad del demonio, que es injusta; ni la del mundo porque es vana; tu sola voluntad se haga, porque ella sola es buena y justa, y regla de toda buena voluntad. Ó dulce Jesús, que veniste del cielo á cumplir, no tu voluntad, sino la de tu Padre, ayúdame con tu gracia, para que en todas las cosas niegue y mortifique mi voluntad propia, y la sujete á la divina.

2. Lo tercero, ponderaré el modo de cumplir esta voluntad, que se declara en las palabras siguientes: *Así en la tierra, como en el cielo;* esto es, con aquel modo que los Ángeles y espíritus bienaventurados la cumplen en el cielo; conviene á saber: Lo primero, con entereza, sin faltar en cosa por mínima que sea. -Lo segundo, con pura intencion de agradar á solo Dios. -Lo tercero, con prontitud, presteza y puntualidad grande, sin tardanza ni repugnancia alguna. -Lo cuarto, con fortaleza y perseverancia hasta el fin. -Lo quinto, por amor, y con amor ferviente, continuo é intenso, saboreándose y gozándose en cumplir lo que Dios manda. ¡Oh Padre amorosísimo, bien fue menester haber pedido primero que viniese vuestro reino, y que vuestro cielo entrase dentro de nosotros, pues quereis que estando en la tierra, vivamos como los del cielo! ¡Oh quién pudiese cumplir vuestra voluntad con toda la perfeccion que puede ser cumplida! porque no quiero ser corto en desear lo que con tanta excelencia me mandais pedir.

3. Tambien pedimos aquí, que se haga la voluntad de Dios por los hombres terrenos, como la hacen los hombres celestiales; y sobre todo como la hizo el Adan celestial Jesucristo Señor nuestro, el cual bajó del cielo á cumplir la divina voluntad con excelentísima perfeccion. Ó Padre celestial, razon es que los hijos engendrados

por tu graciosa voluntad hagan lo que les mandas, como lo hizo el Hijo engendrado de tu sustancia (*Psalm.* CXLII, 10): *Doceme facere voluntatem tuam, quia Deus meus es tu*: enséñame á cumplir tu divina voluntad, porque tú eres mi Dios, á quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

CUARTA PETICION. - *El pan nuestro de cada dia dánosle hoy.* — 1. Lo primero, consideraré qué pan pedimos á Dios en esta peticion, porque no le pedimos cualquier pan, sino el pan sobresustancial y excelentísimo. - Lo primero, le pedimos el pan que sustenta y conforta el espíritu, que es el santísimo Sacramento del altar, suplicándole nos haga dignos de recibirle, y que seamos tales, que le podamos recibir cada dia sacramentalmente, ó á lo menos espiritualmente, recibiendo el fruto del santo Sacramento, y las innumerables gracias que por él se suelen comunicar. (*Ioan.* VI, 51). Ó Pan de vida, que bajaste del cielo por dar vida al mundo, dáteme á tí mismo, para que viva por tí y en tí, unido siempre contigo. Amen. - Lo segundo, pedimos el pan y sustento del alma ordinario, que son los socorros de la gracia con que se conserva la vida espiritual, donde entran Sacramentos, inspiraciones, ilustraciones, inteligencia de los divinos misterios, y aquel pan de quien dijo Cristo nuestro Señor (*Ioan.* IV, 34): Mi manjar es hacer la voluntad del Padre que me envió. Ó Padre amantísimo, pues me mandas vivir vida celestial, haciendo tu voluntad en la tierra, como se hace en el cielo, dame estos dos panes celestiales para conservar tan pura vida, de modo que alcance la eterna. Amen. - Lo tercero, tambien pedimos el pan y sustento necesario para conservar la vida del cuerpo, porque quiere Dios que la conservemos, y que se lo pidamos, no con solicitud demasiada, sino con la confianza que se ha de tener en su providencia. Y en todo esto nos avisa, que somos hijos suyos y niños, que estamos colgados del sustento que nos ha de dar nuestro Padre, sin cuya providencia no podemos con solas nuestras fuerzas granjearle.

2. Lo segundo, consideraré aquella palabra *nuestro*, porque aunque este soberano pan verdaderamente es de Dios, porque de él procede, él lo amasa, y lo reparte; mas quiere que lo llamemos *nuestro*, porque se ordena para nuestra necesidad, y porque nuestro Redentor le compró para nosotros, y nos dió el derecho de sus merecimientos para pedirle, y porque ya es nuestro por título tambien de su promesa. Y por cuanto el divino pan de diferente manera se amasa para los Ángeles del cielo y para los hombres de la tierra, para los imperfectos y para los perfectos, yo, Señor, te pido para to-

des el pan nuestro, acomodado á nuestra naturaleza y á nuestra capacidad, el que nos ha de entrar en provecho para nuestra salvacion. No te pido el pan corporal ajeno, que es de otros, ni el pan supérfluo, que es demasiado regalo de la carne, sino el pan nuestro, pan debido á nuestra necesidad para vivir, y emplear la vida en tu servicio.

3. Lo tercero, ponderaré la palabra *de cada dia*, que es decir: No te pido, Señor, la racion extraordinaria que sueles dar á tus particulares amigos, porque no me tengo por digno de ella, sino la racion ordinaria de cada dia, sin la cual no puede vivir mi alma, ni medrar en su vida espiritual, ni tampoco el cuerpo; otros extraordinarios favores remítolos á tu providencia y á la disposicion suave de tu eterna ordenacion.—Lo cuarto, consideraré la palabra *dánosle*, ó dalo á nosotros; porque pido este pan, no para mí solo, sino para todos los hombres, como hermanos, unidos en caridad, ó en unidad de naturaleza, aunque sean mis enemigos, cumpliendo lo que dijo Nuestro Señor (*Matth.* v, 44; *Prov.* xxv, 21; *Rom.* xii, 20): Orad por los que os persiguen; y para que entienda que si viese á mi enemigo padecer hambre, le habia de dar de comer, pues pido á Dios que le dé su pan.

4. Finalmente ponderaré la palabra *hoy*: no dice danos este pan hoy y mañana, sino hoy solamente, porque quiere Dios que cada dia se lo pida, y que cada dia frecuente la oracion, y que entienda que cada dia estoy colgado de él, y pierda la demasiada solicitud del dia de mañana, pues quizá no habrá para mí mañana. Al modo que ordenó Dios (*Exod.* xvi, 4), que los israelitas cogiesen cada dia el maná para solo aquel dia, porque estuviesen colgados siempre de su providencia. Verdad es que tambien pido el pan sobresustancial para hoy, que, como dice san Pablo (*Hebr.* iii, 13), es el tiempo de toda la vida; el cual no es mas que un dia respecto de la eternidad. Ó Padre celestial, dame este pan copiosamente para el dia de hoy y para siempre; pero de tal manera, que viva y ore con tal fervor en este dia, como si para mí no hubiera otro.

Quinta peticion.—*Y perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*— 1. Lo primero, consideraré qué deudas son estas de que pido perdon. Estos son los pecados mortales ó veniales y las penas á que por ellos quedamos obligados; las cuales deudas solo Dios las puede perdonar, y las perdona por los medios que tiene ordenados para ello; y así le pido que me las perdone, aplicándome estos medios, y dándome ayuda para usar de ellos.

2. Lo segundo, ponderaré que aunque uno sea tan santo, que pueda llamar á Dios Padre y haya venido á él su reino, y aunque procure cumplir la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo, ha de reconocer que es pecador, y puede presumir de sí, que cada dia peca en este género de culpas veniales, é incurre deudas, por las cuales cada dia debe decir: Perdónanos, Señor, nuestras deudas. Ó Padre benignísimo, confieso que cada dia caigo no en una deuda, sino en muchas (*Iacob.* III, 2), porque peco muchas veces; mas tú, como misericordioso, gustas de perdonarme; pues me mandas que te pida perdon, yo te lo pido porque me lo mandas; concédeme lo que te pido, pues gustas de concederlo.

3. Lo tercero, ponderaré qué deudas son las que tengo de perdonar á otros. Estas deudas son las injurias y ofensas que mis prójimos me han hecho; las cuales tengo de perdonar, no aborreciendo al que me injurió, ni vengándome de él con mi propia autoridad, ni dando señales de aborrecimiento, sino antes las señales comunes de amistad; pero mas perfectamente perdona quien totalmente se olvida de la injuria, y con especial amor ama á su injuriador, y le hace especiales beneficios, por lo cual alcanzará de Dios mas copioso y liberal perdon de sus propias deudas. Por donde conoceré cuánto desea Nuestro Señor que nos perdonemos unos á otros, pues pone esto por condicion para perdonarnos; y cuánto desea que nos perdonemos luego, y que el sol (*Ephes.* IV, 26) no se ponga reteniendo nuestra ira, pues en la oracion de cada dia nos manda decir, que perdonamos á nuestros deudores; y si no lo hago así, yo mismo doy sentencia contra mí; porque diciendo á Dios que me perdone como yo perdono, si yo no perdono, es decirle, cuanto es de mi parte, que no me perdone. Ó Padre liberalísimo, muy de corazon perdono las deudas que me deben, porque tú me perdones las que te debo, pues aquellas apenas son de cien denarios (*Matth.* XVIII, 24), y las mias son de diez mil talentos.

SEXTA PETICION.—*Y no nos dejes caer en la tentacion.*—Lo primero, ponderaré como Cristo nuestro Señor no dice que pidamos á nuestro Padre: No permitas que seamos tentados, ni dés licencia al tentador para que nos tiente; antes presupone que hemos de ser tentados y que conviene que nuestro Padre celestial lo permita, y dé tal licencia; y si él la da, sin duda será justa y para nuestro provecho, y medida conforme á nuestras fuerzas, y así hemos de estar aparejados para padecer tentaciones del demonio y de sus ministros que viven en el mundo, y de nuestra propia carne con sus

pasiones, como se dijo en la meditacion V. Pero quiere Cristo nuestro Señor que le pidamos gracia para no ser vencidos en la tentacion, y para no caer en ella, consintiendo en algun pecado, y juntamente que no permita seamos tentados con tal género de tentacion y en tal género de ocasion, donde ve su Majestad que hemos de ser vencidos. Ó Padre celestial, mira á este tu hijo que vive en la tierra de tentacion, combatido de todas partes por muchos enemigos, no rehuso la batalla, pues tú lo quieres; pero ayúdame para salir con la victoria, pues es honra del padre la victoria del hijo.

SÉPTIMA PETICION. — *Mas líbranos de mal.* — En esta peticion última pedimos ser librados de todos los males pasados, presentes y por venir; así eternos como temporales; y así del alma como tambien del cuerpo, en el grado que conviene para bien del alma; y así pedimos nos libre Dios de los pecados pasados, perdonándolos con su gracia, y que nos saque de las ignorancias, errores, pasiones, aflicciones y miserias que ahora padecemos, y que nos preserve y libre de las futuras, especialmente de la eterna condenacion y del poderío del demonio, que es el mal (*Matth.* XIII, 19), de quien principalmente deseamos ser librados cuando decimos: *Sed libera nos à malo,* para que ni en esta vida ni en la otra tenga poder sobre nosotros, ni seamos esclavos suyos. Y así en esta peticion podré hacer una letanía, como la que hace la Iglesia, particularizando los males de que pido ser librado: *Ab omni malo libera nos, Domine: ab omni peccato; ab ira tua; à spiritu fornicationis; à spiritu superbiae,* etc. Líbranos, Señor de todo mal, de todo pecado, de tu ira, del espíritu de la fornicacion, del espíritu de soberbia, etc.

Amen. — Por remate añadió Cristo nuestro Señor aquella palabra *Amen,* que quiere decir: así sea; la cual se ha de decir con un ferviente afecto y deseo de que Dios me conceda lo que le pido, porque el deseo de los pobres es oido de Nuestro Señor. (*Psalm.* IX, 38). Y tambien se ha de decir con grande confianza de que serémos oidos, pues pedimos las cosas que el mismo Señor manda que le pidamos, conforme á lo que dijo san Juan (I *Ioan.* V, 13): Esta es la confianza que tenemos en Dios, que nos concederá todo lo que le pidiéremos segun su voluntad. Y sabemos esto: *Quoniam habemus petitiones quas postulamus ab eo,* porque de él recibimos las peticiones que le pedimos, enseñándonos él mismo las cosas que hemos de pedir, conforme á su santa voluntad.

— La doctrina que Cristo nuestro Señor enseñó en este sermon,

de la providencia que tiene en remediar nuestras necesidades y oir nuestras oraciones, es materia de muchas meditaciones muy provechosas, las cuales dejo para la parte VI. —

MEDITACION XV.

DE LA MISION DE LOS APÓSTOLES Y DISCÍPULOS Á PREDICAR.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, queriendo enviar á sus Apóstoles y discípulos á predicar por la tierra de Israel, les dijo (*Matth.* IX, 37, 38): *La miés es mucha, y los obreros pocos; rogad al Señor de la miés que envie obreros á cogerla.* En las cuales palabras descubre su infinita caridad y misericordia, y el deseo que tiene de nuestro bien. — Lo primero, dice que la miés es mucha, porque son muchos los que tiene escogidos para el cielo, y muchos los que están esperando el ayuda de los predicadores y ministros evangélicos, para rendirse del todo al divino servicio; y esto le mueve á compasion, deseando que sean ayudados. — Lo segundo, dice que los obreros y segadores son pocos; porque los mas de los hombres son amigos del ocio y enemigos del trabajo, y si trabajan es buscando las cosas propias, y no por el bien de los otros. Pocos se disponen para ser obreros, y muchos rèsisten al que los quiere enviar; y esto le mueve mas á compasion, deseando que haya tantos obreros, cuantos pide la necesidad y muchedumbre de su miés.

2. Lo tercero, dice que al Señor de la miés, que es el mismo Cristo, pertenece señalar y enviar los obreros; porque ninguno puede entrar en miés ajena sin voluntad de su dueño; y quien sin vocacion de Dios entra en esta labor, señal es que no busca el servicio y gusto de su Señor, ni el provecho de la miés, sino su propio provecho, su honra y comodidad, y trabajará en vano; porque si no es en nombre y en virtud de Jesucristo, no se puede segar ni pescar la miés y pesca de las almas. — Lo cuarto, dice que rueguen al Señor de la miés que envie obreros á cogerla; dando á entender que no está olvidado de ella, y que desea mucho que se coja; pero quiere ser rogado, porque la oracion es medio para ejecutar las trazas de la divina Providencia y predestinacion. Y para que entendamos la alteza é importancia de esta obra, en la cual no es Dios el interesado sino la miés y los obreros, porque de aquí depende la salvacion de los hombres, que han de ser como miés segada para el

cielo, y la de los obreros á quien Dios la encarga. Pues por esto dijo el Apóstol (I *Cor.* IX, 16): ¡Ay de mí si no predicare el Evangelio, porque estoy obligado á ello!

3. Finalmente, es tanta la caridad de Cristo nuestro Señor, que en declarando este deseo, antes que los Apóstoles y discípulos le rueguen que envie obreros, se resuelve de enviarlos, para significar que aunque nosotros nos descuidemos en pedir esta merced, su infinita caridad no se olvidará de la miés, sino por sola su bondad y misericordia escogerá obreros y los enviará, como lo hace, por toda la Iglesia y por toda la gentilidad. ¡Oh Salvador dulcísimo, gracias te doy cuantas puedo, por el cuidado que tienes de tu miés, y de enviar obreros á cogerla! Y pues quieres ser rogado, mil veces te suplico envies muchos obreros, fieles, ejemplares y libres de toda confusion (II *Tim.* II, 15); y si yo valgo para ello (*Isai.* VI, 8), *Ecce ego, mitte me*, vesme aquí, envíame; porque si tú me llamas y me envias, justo es que yo te obedezca, trabajando en cumplir lo que me mandas. Estos y otros afectos y propósitos semejantes he de sacar de estas cinco consideraciones que se han puesto, compadeciéndome de la necesidad de la miés, y de la falta que hay de obreros para ella.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como dicho esto Cristo nuestro Señor envió á sus Apóstoles y discípulos de dos en dos á predicar por la tierra de Israel, diciéndoles: *Curad los enfermos, resucitad los muertos, sanad los leprosos, echad los demonios; gratis accepistis, gratis date, de balde lo recibísteis, dadlo de balde.* — Lo primero, ponderaré las causas por que Cristo nuestro Señor quiso que sus discípulos fuesen de dos en dos y no uno solo; es á saber, para que uno ayudase, consolase y guardase al otro, y para que pudiesen ejercitar entre sí la ley de la perfecta caridad, con cuyo ejemplo exhortasen á los demás á guardarla, y porque fuesen dos testigos pareados de una misma verdad. Y finalmente, para que los venideros siguiésemos este mismo ejemplo, procurando andar en estos ministerios bien acompañados; pues, como dice el Sábio (*Prov.* XVIII, 19), dos hermanos que se ayudan uno á otro, son como una ciudad muy fuerte; y (*Eccles.* IV, 10) ¡ay del solo, porque si cae no tiene quien le ayude á levantar! Y como dijo el mismo Señor (*Matth.* XVIII, 20): Donde están dos juntos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. ¡Oh dichosa junta, en la cual tercia Cristo, asistiendo á mirar por ella!

2. Lo segundo, ponderaré la liberalidad y omnipotencia de Cris-

to nuestro Señor en comunicar tan sin envidia la potestad de hacer milagros á sus discípulos, hasta decirles despues (*Ioan.* XIV, 12), que los harian mayores que él los hizo, para autorizarlos y acreditar su doctrina; porque como era gente baja, no fuera estimada si no es con tan soberana potestad. Pero juntamente ponderaré aquellas dos memorables palabras: *De balde lo recibísteis, de balde lo dad.* Con la primera les funda en humildad, para que entiendan que esta potestad y las demás no se les dió por deuda, ni por sus merecimientos, sino de pura gracia, para que ninguno se glorie en sí mismo, sino en Dios, de quien las recibió. Y así volviendo los discípulos de esta mision muy ufanos de que los demonios les obedecian, Cristo nuestro Señor reprimió su soberbia, diciendo (*Luc.* X, 17): *Ví á Satanás caer del cielo como un rayo;* esto es, escarmentad en los demonios que os obedecen, porque cayeron del cielo por su soberbia, atribuyéndose lo que era propio de Dios.

3. Con la segunda palabra les avisa que sean liberales con sus prójimos, como él lo ha sido con ellos, y pues él de gracia les dió tal potestad, ellos de gracia usen de ella, y no por interés temporal por via de precio; y cuanto menor recompensa buscaren de los hombres, tanto mayor la recibirán de Dios, el cual se agravia y queja de que sus ministros sean interesados, diciendo por un profeta (*Malach.* I, 10): ¿Quién hay de vosotros que cierre las puertas del templo, y encienda fuego en mi altar, *gratuito,* graciosamente, buscando principalmente mi gloria y no su interés? Ó dulce Jesús, pues tú me has dado lo que tengo, con ello te serviré de balde por ser tuyo: por tu solo amor cerraré las puertas de mis sentidos, y en el altar de mi corazon encenderé el fuego de los afectos, y te ofreceré sacrificio de buenas obras; y si me dieres algo para bien de mis prójimos, yo lo repartiré con ellos, sin querer otro premio mas que á tí, á quien se dé la gloria por todo lo que de tí procede. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar las virtudes que les encomienda para entrar en la predicacion, diciendo: *Mirad que os envio como ovejas y carneros entre lobos; sed prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas.* En estas palabras les encarga seis virtudes, es á saber: mansedumbre de ovejas, en no hacer mal á otros, aunque reciban mal de ellos; paciencia en sufrir el mal que les hicieren; caridad en darse á sí mismos y cuanto tuvieren por el bien de otros, aunque sean sus enemigos, como las ovejas dan su leche, lana y carne para provecho de los hombres; pero jun-

tamente han de tener grande confianza en la providencia del pastor que les envia. Así como la oveja toda su guarda tiene puesta en el pastor, porque ella no tiene armas con que defenderse, ni lo puede hacer; y esto quiere decir aquella palabra: *Mirad que yo os envio como ovejas entre los lobos;* que es decir: Estad ciertos que habeis de tener lobos y perseguidores de vuestra doctrina y vida; y vosotros vais entre ellos, no como lobos entre lobos, ni como perros ó leones, para morderlos y destruirlos, sino como ovejas y corderos, peleando con armas de mansedumbre y paciencia, de caridad y confianza, acordándoos que yo os envio, yo vuestro Pastor, yo vuestro Maestro y vuestro Dios, que miraré por vosotros y os defenderé en vuestros peligros. Ó Pastor soberano, siendo Vos el que me enviais, enviadme donde quisiéredes, pues con vuestro favor estaré seguro donde quiera que me enviáredes. Fortaleced mi flaqueza con vuestra virtud, para que pueda conquistar los lobos y convertirlos en ovejas de vuestro rebaño, cumpliéndose lo que prometísteis por vuestro profeta (*Isai.* XI, 6): Que el lobo y el cordero, el leon y la oveja vivirán juntos, debajo de la obediencia de un humilde pastor.

2. Lo segundo, les encomienda que de tal manera sean mansos, pacientes, caritativos y confiados, que no sean necios, imprudentes y arrojados, sino que tengan prudencia de serpientes. Esta prudencia consiste:-Lo primero, en hacer su oficio de tal manera, que no reciban de los lobos daño en el alma, aunque le reciban en el cuerpo, como la serpiente que guarda la cabeza, aunque el cuerpo padezca, y cierra los oidos á los encantadores, para no oir lo que la pueda dañar.-Lo segundo, en guardar tiempo, lugar y coyuntura conveniente para predicar y persuadir su doctrina, como lo hizo la serpiente que tentó á Eva, pues es razon (*Psalm.* LVII, 5) que seamos tan prudentes para lo bueno, como las serpientes, que son los demonios, lo son para lo malo. Mas no quiere Cristo nuestro Señor que esta prudencia sea de raposas, mezclada con dobleces y engaños, con falsas sospechas ó juicios temerarios, sino con sinceridad y verdad, y con pureza de vida, sin hiel de malicia ni de amargura, de modo que no sea contraria á la mansedumbre de ovejas.

3. Y por eso añade, que sean sencillos como palomas (*Cant.* I, 14), teniendo los ojos de la intencion puros, para mirar lo que es gloria de Dios y bien de las almas, sin mezcla de cosas terrenas. Ó Cordero sin mancilla, en quien descansó el Espíritu Santo en figura de paloma, junta en mi alma la prudencia con la simplicidad,

para que de tal manera haga bien á otros, que no reciba daño de ellos.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar el modo de caminar que Cristo nuestro Señor les encargó diciéndoles: *No lleveis oro, ni plata, ni moneda en la bolsa, ni alforja con bastimento, ni vara, ni dos túnicas, ni calzado, porque digno es el trabajador de su comida; y por el camino no saludeis á nadie; pero en entrando en la posada diréis: Paz sea en esta casa.* Aquí se ha de considerar el intento de Cristo nuestro Señor en estos consejos, que van enderezados á tres cosas. - La primera, á que cercenasen todo lo demasiado y supérfluo de las cosas temporales, contentándose con lo necesario, de modo que no lleven cosa preciosa de oro y plata, ni demasiado dinero para su regalo. Y si les basta un vestido y calzado, no le lleven doblado para remudarse; y si les bastan sandalias ó alpargatas, como pobres, no lleven calzado entero; y si no han menester báculo, que no usen de él, ó si llevaren báculo en que arrimarse por flaqueza, no lleven vara para defenderse por venganza. - La segunda es, que pierdan el cuidado demasiado de su sustento y vestido y comodidad, aun en lo necesario, fiándose de la divina Providencia que les proveerá de todo, siendo ellos los que deben, y haciendo bien su oficio, porque el trabajador digno es de que su amo le dé la comida, y Dios se la dará é inspirará á los hombres que se la dán, y él la puede recibir, no como precio de su trabajo, sino como sustento de la vida para trabajar. Y así lo cumplió puntualmente, como lo confesaron los Apóstoles, cuando la noche de la pasion les dijo Cristo: Cuando os envié sin bolsa y alforja y sin calzado ¿os faltó algo? Y ellos respondieron (*Luc.* XXII, 35): No, Señor. Ó Pastor providentísimo (*Psalm.* XXII, 4), la vara y báculo de tu gobierno bastan para consolarme y sustentarme; porque teniéndote á tí, lo tengo todo; y si tú no me faltas, nada me puede faltar.

2. La tercera es, que en el camino no se entretengan en pláticas ni cosas impertinentes que les aparten y diviertan de su intento y propósito. Esto fue decirles, que no saludasen por el camino, entreteniéndose con salutaciones profanas, aunque no quita las convenientes; y así quiere que sean tan humildes en las posadas donde llegaren, que ellos primero saluden á los huéspedes, y les conviden con la paz del Evangelio, y entren pidiéndola á Dios nuestro Señor para ellos; porque si no hay paz en la casa del alma, no está bien dispuesta para oir la verdadera doctrina. Ó Maestro del cielo, pues tan á pechos tomas nuestra enseñanza, imprímela en mi corazon,

para que la ponga por obra sin divertirme á cosa que me aparte de ella. Amen.

3. Últimamente, Cristo nuestro Señor les anima á la ejecucion de su oficio, diciendo: *Si aquella casa fuere digna de la paz, vendrá sobre ella; y si no, se volverá á vosotros.* Dándoles á entender dos cosas.-La primera, que su predicacion haria provecho en algunos; conviene á saber, en los que fuesen dignos de la paz, escogidos de Dios para recibir la doctrina del Evangelio, sin resistir á su predicacion.-La segunda, que cuando no hiciese provecho en otros, por no querer recibirla, que la paz se volviese á ellos; esto es, que no perdiesen su paz, ni se alterasen con ira y venganza, dejándola á Dios, porque ellos no perderian el fruto de su trabajo.

Punto quinto. — 1. Lo quinto, se ha de considerar la materia y tema que les señaló de su predicacion, diciéndoles: *Predicad que se ha acercado el reino de los cielos, y predicaban á todos que hiciesen penitencia.* (*Marc.* VI, 12). Aquí se han de ponderar tres cosas que abraza este tema.-La primera es, los medios de la salvacion para entrar en el cielo, como era la penitencia de los pecados, extirpacion de vicios, ejercicios de obras virtuosas, y desprecio de las cosas terrenas, que son causa de la perdicion de las almas.-La segunda, el fin y motivo de todas estas obras, que era el reino de los cielos, de suerte que no se moviesen, principalmente por temor de castigos, ni por esperanza de premios temporales, sino por la promesa del reino de los cielos.-La tercera, que todo esto era ya fácil y suave y hacedero, porque estaba ya cercano y dentro de ellos el reino de los cielos; esto es, el Autor de la gracia, el cual habia de abrir las puertas del cielo, y dar medios suaves y eficaces para entrar en él, como ya los comenzaba á dar. Ó Rey del cielo, que tan glorioso reino trajiste al mundo, ayúdame para que yo le conquiste y arrebate, pues tú dijiste (*Matth.* XI, 12), que desde los dias de Juan Bautista, que le comenzó á predicar, padecia fuerza, y los esforzados le arrebatarian. Dame, Señor, este esfuerzo, para que yo robe y arrebate joya tan preciosa; pues tú, que eres su dueño, gustas de que todos la roben para enriquecerse con ella.

MEDITACION XVI.

DEL GLORIOSO MARTIRIO DE SAN JUAN BAUTISTA.

Punto primero. —*Habiendo el rey Herodes tomado la mujer de su hermano y casado con ella, san Juan le reprendió, diciendo que no era*

lícito lo que hacia. (*Matth.* XIV, 4). Aquí se ha de ponderar la fortaleza y celo de este nuevo Elías, el cual aunque tenia grande amistad y privanza con Herodes, de quien dice san Marcos (*Marc.* VI, 20): *Que le respetaba sabiendo que era varon justo y santo, otale de buena gana, y hacia muchas cosas que le decia.* Pero sin embargo de esto, reprendió ásperamente su pecado público y escándaloso, aunque sabia que habia de perder su amistad y privanza; porque los varones celosos de la honra de Dios no temen perder la gracia del rey terreno, por no perder la del Rey celestial. Y aunque sabia san Juan que Herodes era cruel y Herodías mucho mas, y que deseaba matarle por estas reprensiones, no por eso se amedrentó ni acobardó, ni dejó de proseguir su oficio, poniéndose á cualquier peligro y daño que le viniese, mostrando en esto su grande fortaleza y constancia, y que no era caña movediza, sino columna de hierro y muro de bronce (*Ierem.* I, 18); porque como no amaba su honra, ni su vida, no temia perderla, ni hacian en él mella las amenazas, sino como leon estaba confiado sin pavor alguno. (*Prov.* XXVIII, 1). De donde sacaré grandes propósitos de imitar la fortaleza y constancia de este santo Precursor, apartando de mí el amor demasiado de las cosas mudables de esta vida, de donde procede mudarme yo como caña con cualquier viento de tentacion.

PUNTO SEGUNDO. — 1. (*Luc.* III, 19). *Herodes añadió este mal sobre todos los que habia hecho, prendiendo á Juan y echándole á la cárcel con prisiones.* En lo cual se ha de ponderar como Nuestro Señor permitió esta prision de san Juan, aunque era tan amigo suyo, porque hasta entonces todo le habia sucedido prósperamente, siendo honrado de todos, y alabado y obedecido; y era menester que pasase por las persecuciones que pasaron los Profetas, y han de pasar los escogidos, para que á imitacion de Job, como habia mostrado sus excelentes virtudes en la prosperidad, así las mostrase en la adversidad, y con ella se afinase mas, como el oro en el crisol, y aumentase la corona de su gloria con la excelencia de su paciencia. De donde sacaré grande estima de las persecuciones y trabajos, padecidos por la justicia; los cuales, aunque á juicio del mundo parecen castigo, en los ojos de Dios son premio con que premia á sus queridos, y por esto los llama bienaventurados, porque es suyo el reino de los cielos.

2. Lo segundo, ponderaré el modo como san Juan llevó este trabajo, porque es de creer que cuando le fueron á prender no huyó ni se escondió; antes saldria al encuentro á los soldados, ofrecién-

dose á la prision; y cuando se vió atar con las cadenas, se gozaría con ellas, no menos que san Pablo, alegrándose de que le ayudaban á maltratar la carne que él tanto aborrecia con santo aborrecimiento. La cárcel convirtió en oratorio, gastando las noches en oracion y contemplacion, como en el desierto, y de dia no cesaba de enseñar á los presos y á sus discípulos, y desde allí los envió á Cristo nuestro Señor, pidiéndole, no que le librase de la cárcel, sino que á ellos librase de la ignorancia que tenian.

3. Finalmente, como ya habia hecho su oficio de precursor en el mundo, deseaba ser desatado de la cárcel de su cuerpo, para ir á hacer el mismo oficio al limbo, y dar noticia á los justos de cuán cerca estaba su Redentor, y así cada dia esperaba la muerte con alegría, porque como tan gran profeta tenia revelacion de la divina voluntad, y sabia que estaba cerca su partida. Ó alma mia, alégrate como este santo Precursor en las tribulaciones, pues sabes que la tribulacion engendra paciencia, y la paciencia prueba, y la prueba esperanza, y la esperanza no confunde ni engaña; porque los que de esta manera padecen, tienen dentro de su corazon la caridad del Espíritu Santo, que es prenda de la vida eterna. (*Rom.* v, III).

PUNTO TERCERO. — 1. *Herodes en el dia de su nacimiento hizo un gran convite á los principales de Galilea, y entrando á danzar la hija de Herodías, agradó tanto á todos que prometió el rey con juramento darla cuanto le pidiese, aunque fuese la mitad de su reino. Ella, por consejo de su madre, pidió la cabeza de Juan, y el rey por cumplir su juramento se la concedió.* Aquí se ha de ponderar la astucia y crueldad de Satanás por medio de este tirano, levantando todo el escuadron de los vicios para cortar la cabeza del Bautista, en odio de sus esclarecidas virtudes, porque levantó la glotonería del convite contra su templanza; la lujuria de Herodías contra su castidad; la liviandad de la hija contra su modestia; la vanagloria de los convidados contra su gravedad; la prodigalidad y jactancia de Herodes en la promesa contra su pobreza y humildad; finalmente, la crueldad, ficcion y embuste, la infidelidad y falsa religion se levantaron contra la mansedumbre, sinceridad y verdad y religion perfectísima de este Santo. Por donde veré como el demonio por medio de los vicios hace guerra á las virtudes; pero no prevalecerá contra los virtuosos que se han fundado bien en ellas. Y así con grande ánimo tengo de resolverme á quebrantar la cabeza de esta serpiente, aunque ella me corte la mia; porque cuando corte la cabeza de mi cuerpo, no me apartará de mi cabeza Cristo Jesús, en quien está todo mi bien.

Ó dulcísimo Jesús (*Colos.* I, 18), cabeza de los principados y potestades, concededme tal fervor de espíritu, que ni tribulaciones, ni angustias, ni peligros, ni persecuciones, ni la misma muerte me aparten un punto de vuestra caridad; ayudadme á pelear por vuestro servicio en la Iglesia militante, de modo que llegue á reinar con Vos en la Iglesia triunfante. Amen.

2. Tambien puedo ponderar la condicion del pecado y del pecador que comienza á desenfrenarse, que es ir siempre de mal en peor; pues no sin misterio añadió san Lucas que Herodes á todos sus pecados añadió este de prender al Bautista, y tras este otros muchos que se hicieron en este convite, cumpliéndose en Herodes lo que dice David (*Psalm.* LXXIII, 23): Que la soberbia de los que aborrecen á Dios, crece siempre, porque primero se hizo sordo á la correccion de san Juan, despues le prendió, y luego trató de matarle, como raposa astuta, buscando colores aparentes para ello, con título falso de religion, por cumplir el juramento. Y á imitacion de Herodes, yo que solia tener amistad con la divina gracia, figurada por Juan, y solia oir de buena gana sus inspiraciones, despues las resisto, y luego la aprisiono con mis aficiones y pasiones, y finalmente la mato con pecados, añadiendo unos á otros, unas veces haciendo fiesta de ellos, y otras veces pensando que guardo religion en hacerlos. De todo lo cual sacaré aviso para atajar el mal en sus principios, y en especial para aceptar la correccion con ánimo humilde y agradecido; porque la diferencia entre predestinados y réprobos, no está en que unos pecan, y otros no, sino en que aquellos finalmente aceptan la correccion, y se enmiendan como David (II *Reg.* XII, 13); pero estos la desechan como Saul (I *Reg.* XV, 25), y vuelven su ira contra el que los corrige, como Herodes, hasta caer en el profundo de la maldad y en el abismo del infierno.

PUNTO CUARTO.— 1. *Herodes envió un verdugo á la cárcel, donde estaba san Juan, para que le cortase la cabeza. Hízolo y trájola á Herodes, el cual la dió á la hija de Herodías, y ella á su madre.* Aquí se ha de ponderar:-Lo primero, el consuelo grande con que el Bautista aceptó la sentencia de muerte cuando se le notificó, alegrándose de morir por tal causa, y conformando su voluntad con la divina, que lo permitia; y es de creer que como Cristo nuestro Señor murió en dia solemne de Pascua, para significar el gozo con que moria, y que sus Pascuas eran morir por los hombres, así quiso que san Juan muriese en dia solemne de convite, para significar como sus convites eran morir por la justicia y verdad.-Lo segundo, es de creer

que hincado de rodillas haria oracion primero por sus enemigos, diciendo á Dios: Señor, perdónalos, porque la pasion los ciega y no saben lo que hacen. Despues oraria por sus discípulos, y últimamente por sí mismo, encomendando su espíritu en las manos de Dios [1], y de esta manera dió su cabeza con grande ánimo, y si alguna pena tenia, era porque la muerte no era mas penosa, para tener mas que padecer por servicio de su Amado.—Lo tercero, puedo considerar la honra con que aquella ánima santísima fue llevada al seno de Abrahan, porque si vinieron muchos Ángeles á llevar el alma de Lázaro el pobre, ¿cuántos mas millares vendrian á llevar la del Precursor? Y así como se alegraron muchos cuando nació en el mundo, como dijo el Ángel, así cuando entró en el limbo los justos se alegraron con especial alegría, que Dios les comunicó en su entrada, y por las nuevas que les dió del Mesías que esperaban.

2. De aquí subiré á considerar la gloria que ahora tiene en el cielo, en premio de tantos y tan esclarecidos servicios como hizo á Cristo nuestro Señor desde que le santificó en el vientre de su Madre, hasta que murió en la cárcel, porque aunque la vida fue breve, pues no pasó de treinta y tres años; pero los merecimientos fueron grandísimos por la grandeza de su fervor, como se ha visto por lo que hemos dicho de su vida. Y así Cristo nuestro Señor le sublimó en uno de los mas altos tronos del cielo, entre los supremos Serafines, y le dió las tres lauréolas y coronas preciosísimas de vírgen, de doctor y de mártir, y dos veces mártir, una con perpétuo martirio voluntario, con la pobreza, castidad y continua mortificacion de su carne; otra de martirio violento, derramando su sangre en testimonio de la verdad; y el dia del juicio, por haber dejado todas las cosas por Cristo, estará sentado con él en un trono glorioso como los Apóstoles, para juzgar las doce tribus de Israel y á todo el mundo. Ó santo Precursor, gózome de vuestra grandeza. Dichoso fuísteis en el nacimiento, mas dichoso fuísteis en la vida, y muy mas dichoso en la muerte, y dichosísimo en la gloria que teneis por tal vida y por tal muerte. Dichosos vuestros servicios y trabajos, pues han parado en tan dichosos premios y coronas; y pues tan grande ha sido vuestra dicha, suplicad al Señor me ayude á imitar vuestra vida, para que alcance parte de vuestra gloria. Amen.

[1] En la meditacion XXVIII de la parte V, punto cuarto, número 3, hablando de la oracion que hizo san Estéban primero por sí y despues por sus enemigos, manifiesta que esta es el órden con que nosotros debemos proceder, y da la razon. (*Nota del Editor*).

3. Últimamente, ponderaré como Herodes, Herodías y su hija triunfaron en este dia con la cabeza de san Juan; pero poco les duró su gozo (*Iob*, XXI, 12), porque la justicia de Dios vino sobre ellos, y todos tres murieron desastradamente, cumpliéndose en ellos lo que está escrito: Tienen en su mano el pandero y la cítara, y gózanse con la música del órgano, gastan sus dias en placeres, pero vienen á parar en terribles pesares, porque la muerte de los malos es muy mala, no solamente en los ojos de Dios (*Psalm.* XXXIII, 22), sino algunas veces en los de los hombres, castigándoles en el modo de la muerte por los pecados que hicieron en vida. Y así haciendo comparacion de la vida y muerte de san Juan, preciosa en los ojos de Dios, á la vida y muerte desastrada de sus enemigos, escogeré antes padecer con san Juan, que reinar con Herodes, pues ahora Herodes padece sin remedio terribles tormentos, y san Juan reina sin fin con inefables gozos.

MEDITACION XVII.

DEL MILAGRO QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR, DANDO DE COMER Á CINCO MIL HOMBRES CON CINCO PANES.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Habiendo seguido gran muchedumbre de gente á Cristo nuestro Señor, y habiéndoles predicado en el desierto largamente, siendo ya muy tarde, dijéronle los Apóstoles que los despidiese para que fuesen á los lugares comarcanos á comprar de comer. A los cuales respondió Cristo: No tienen necesidad de irse para eso, dadles vosotros de comer.* (*Matth.* XIV, 15; *Marc.* VI, 35; *Luc.* IX, 12; *Ioan.* VI, 5). Aquí se ha de ponderar lo primero, la grande devocion con que esta gente seguia á Cristo nuestro Señor, por dos causas principales.-La una, por los milagros que hacia sanando los enfermos.-La otra, por el pasto de maravillosa doctrina que daba á sus almas, cumpliéndose lo que está escrito (*Osee*, XI, 4): Traerélos á mí con cuerdas de Adan y con ataduras de caridad, esto es con beneficios corporales y espirituales, y con estas cuerdas los tenia Cristo tan asidos, que con ser ya tarde y no haber comido ni tener qué comer, no se querian apartar de él, y olvidados de la comida se entretenian con su amorosa presencia. Ó dulcísimo Jesús, tráeme á tí con tales cuerdas, y átame contigo tan fuertemente, que olvidado de todo lo criado, solo quiera á tí mi Criador.

2. Luego ponderaré la misericordia que tuvieron de esta gente los Apóstoles y la que tuvo Cristo nuestro Señor, mirando la diferen-

cia de una á otra; porque la misericordia de los Apóstoles fue corta como de hombres flacos; porque viendo que aquella gente estaba fatigada y hambrienta, y que ellos no tenian posibilidad para sustentarla, compadeciéronse de ella, y acordaron á su Maestro que los despidiese para que buscasen de comer; porque como eran tan obedientes y rendidos, no quisieron hacerlo por su autoridad ni despedirles sin su licencia. Pero Cristo nuestro Señor, viendo la cortedad de esta misericordia, tuvo otra muy mayor, como misericordia de Dios, queriendo con efecto remediar la miseria, y exhortó á ello á sus discípulos, diciéndoles: *Dadles vosotros de comer*. Como quien dice: Ensanchad las entrañas de piedad, y no envieis á esta gente necesitada á que ella busque su remedio, sino buscadle vosotros, y dádsele, pues os he dado facultad de hacer milagros, ó á lo menos pedidme á mí que se le dé, pues yo puedo hacerlo. En lo cual nos avisa que la misericordia, especialmente de los prelados, no ha de ser estrecha sino grande, como decia David (II *Reg.* IX, 3) de la misericordia de Dios, poniendo todos los medios que pudiéremos para remediar la miseria de nuestros prójimos; y si nos faltare posibilidad, hemos de acudir al que la tiene, y solicitarle para que la remedie.

3. Lo tercero, para ponderar mas esta misericordia de Cristo nuestro Señor miraré lo que dijo en otro caso semejante (*Marc.* VIII, 2; *Matth.* XV, 32): *Tengo misericordia de esta multitud, porque ha tres dias que perseveran conmigo, y no tienen que comer, y si los envio ayunos desfallecerán en el camino, porque algunos han venido de muy léjos.* En las cuales palabras descubre, que es propio de la misericordia de Dios conocer por menudo nuestras miserias, y los títulos ó motivos que tiene para remediarlas, y el peligro que corremos si no las remedia. Y de todo se hace Dios cargo para compadecerse de nosotros y darnos remedio, como si le importara algo el remediarnos. Ó Dios misericordiosísimo, ¿qué mucho es persevere yo contigo tres dias, pues todos los gastas en hacerme bienes? Mas haces tú en querer estar conmigo, que yo en querer perseverar contigo. ¿Y qué maravilla venga yo de muy léjos á buscarte, pues véniste del cielo á buscarme? Léjos he andado de tí por mi mala vida, pero ya me acerqué á tí por la penitencia; no me despidas ayuno de tu presencia, porque no desfallezca en el camino áspero de esta vida; susténtame con los socorros continuos de tu gracia, para que llegue con esfuerzo al fin dichoso de mi jornada. Amen.

4. Lo cuarto, ponderaré como Cristo nuestro Señor para mos-

trar el cuidado que tenia de aquella gente dijo á Felipe: *¿De dónde comprarémos pan para que coman estos?* Y tambien lo dijo para probar su fe, y para que se descubriese la necesidad que habia de hacer este milagro; porque no quiere usar de medios milagrosos para nuestro sustento, cuando se puede haber por medios naturales. La respuesta de Felipe fue: *No bastarán doscientos denarios ó reales para dar un bocado de pan á cada uno. Y lo mismo habian dicho los demás apóstoles, confesando todos su poca posibilidad.* Pero yo, dulcísimo Maestro, saco de aquí tu inmensa potestad; porque donde tú estás no hace falta dinero, pues con sola tu palabra puedes dar, no solo un bocado de pan á cada hombre, sino abundantísimos panes á todos los hombres. No quiero de hoy mas poner mi confianza en el dinero, aunque le obedezcan todas las cosas (*Eccles.* x, 19), sino en tí, liberalísimo dador de él y de ellas, cuya mano está siempre abierta para llenar á los vivientes de tu copiosa bendicion. (*Psalm.* CXLIV, 16).

PUNTO SEGUNDO. — 1. Pidió Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles el pan que tenian. *Y ellos luego le ofrecieron cinco panes de cebada y dos peces, que traian para su sustento.* En lo cual ponderaré tres cosas misteriosas.—La primera, la grande pobreza de Cristo nuestro Señor y de sus discípulos, y el poco cuidado que tenian del regalo y sustento de su cuerpo; pues estando en aquella soledad no tenian para trece personas y otras que se les llegaban sino cinco panes, y esos de cebada, que era el pan mas desabrido y mas propio de pobres que entonces habia; y con ser pescadores no tenian mas que dos peces para todos. Con cuyo ejemplo me confundiré de la solicitud con que busco demasías y regalos en la comida, alentándome á contentarme con poco y ordinario, aunque sea desabrido. ¡Ó dulce Jesús! que al pueblo ingrato sustentaste en el desierto con pan del cielo, y á tí y á tus queridos discípulos sustentas con pan de cebada, concédeme que escoja para mí lo que escogiste para tí, tratando á mi cuerpo con la aspereza que tú trataste al tuyo. Amen.

2. La segunda es, la grande caridad y obediencia de los Apóstoles; porque en pidiéndoles Cristo nuestro Señor los panes, se los dieron sin replicar ni decir que los habian menester para su comida, gustando quitárselo de la boca para darlo á los necesitados que allí estaban. De donde aprenderé á juntar obediencia y caridad en bien de los pobres, compadeciéndome de ellos, y gustando perder mis comodidades por remediar sus miserias, pues no las perderé, antes las remediaré mejor, como sucedió á los Apóstoles en este caso.

3. De aquí es, que aunque Cristo nuestro Señor pudiera remediar esta necesidad por muchos otros medios milagrosos, quiso aprovecharse del pan que tenian los Apóstoles y pedírselo, para probar si su caridad y compasion era verdadera, y para que ellos tuviesen parte en la buena obra; y para enseñarme que si yo no puedo remediar toda la necesidad del pobre, es bien que remedie parte de ella, y Dios con su liberalidad remediará lo que yo no pudiere, cumpliendo lo que dijo Tobías á su hijo (*Tob.* IV, 8): Del modo que pudieres sé misericordioso; y si tuvieres poco, da poco de buena gana. Y lo mismo pasa en las necesidades espirituales, así propias como de mis prójimos, porque Cristo nuestro Señor quiere que yo de mi parte ofrezca lo que pudiere, aunque sea poco, y él con su misericordia y omnipotencia suplirá lo que faltare.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar lo que hizo Cristo nuestro Señor por principio de este convite. Porque primeramente mandó á sus Apóstoles que hiciesen sentar toda la gente sobre el heno de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta por cuadrillas.—Lo uno, para que por este medio se supiese el número de los convidados, que fue cinco mil hombres, sin mujeres y niños, que serian casi otros tantos.—Y lo otro, para que hubiese órden y concierto en la comida y en el repartimiento de los panes, y todos pudiesen advertir la grandeza del milagro.—Luego tomó Cristo nuestro Señor el pan en sus manos, y levantó los ojos al cielo, dando á entender que del cielo viene toda buena dádiva; y que el poder que tenia de hacer milagros en cuanto hombre, tambien le venia del Padre que está en los cielos.—Luego dió gracias á Dios, así por el manjar que tenia presente, como por el que pretendia dar milagrosamente, enseñándonos á ser agradecidos á Dios por cualquier don, aunque sea pequeño, y porque nos da pan, aunque sea de cebada; pues basta darle Dios para que se estime, cuanto mas dándolo á quien nada debe ni se lo merece.—Despues bendijo el pan con algunas palabras de oracion, con las cuales le imprimió virtud de multiplicarse y mejorarse; porque la bendicion de Cristo no es como la nuestra, que solamente pide ó desea, sino es eficaz para hacer lo que dice; y echada la bendicion partió el pan y lo dió á los Apóstoles para que ellos lo diesen á los otros.

2. *Modo de comer cristianamente.* — En este hecho Cristo nuestro Señor nos enseña el modo como han de comer los cristianos cristiana y religiosamente, con las cuatro condiciones que se han tocado. —La primera, con órden y concierto, sentándose cada uno en su lu-

gar sin competencia, antes escogiendo el postrer lugar y el mas humilde. (*Luc.* XIV, 10).-La segunda, levantando los ojos del alma al cielo, mirando que los mira Dios, para que con esta vista se enfrene la gula y la lengua, guardando la templanza y modestia debida. Pues por esto dice David (*Psalm.* LXVII, 4), que los justos coman y se alegren en la presencia de Dios (*Exod.* XVIII, 12); así como Moisés, Aaron y los ancianos de Israel comieron pan con Jetró, *coram Deo*, delante de Dios.

3. La tercera (*Rom.* XIV, 6), con ánimo agradecido y accion de gracias, como quien come de limosna, dada graciosamente por la mano liberal de Dios, de quien pobres y ricos reciben el pan que comen. Y con este afecto reprimirémos las quejas que brota la carne, cuando la comida es poca y mal sazonada, ó se tarda en traer á la mesa, pues quien nada merece ha de recibir cualquier cosa, y como quiera que se le dé, con accion de gracias.-La cuarta es, precediendo bendicion con oracion devota, procurando mezclarla tambien con la comida, para que de tal manera coma el cuerpo, que tambien coma algo el espíritu. De donde resultará, que la comida, aunque sea poca y desabrida, parezca bastante y sabrosa; porque el sabor del espíritu suele endulzorar lo que es desabrido á la carne. De este modo, como dice san Pablo (I *Tim.* IV, 4), quedará santificada por la palabra de Dios y por la oracion, recibiéndola con accion de gracias.-Tambien en este hecho se nos representa el modo de comer el pan del santísimo sacramento de la Eucaristía, figurado por este convite, del cual se dirá en la parte IV, en la meditacion XIV, porque estas mismas cosas hizo Cristo nuestro Señor cuando le instituyó la noche de la cena.

PUNTO CUARTO.— 1. Lo cuarto, se ha de considerar la grandeza de este soberano milagro, porque milagrosamente se iba el pan multiplicando en las manos de Cristo nuestro Señor, y en las de los Apóstoles, y en las de los mismos que comian. De modo, que aunque recibiesen poco pan, y aunque comian de él, no se consumia sino multiplicábase, hasta que todos quedaron hartos y muy contentos, porque el pan era muy sabroso, como pan de Dios dado por tal mano. En lo cual ponderaré:-Lo primero, la omnipotencia de Cristo nuestro Señor, que tan fácilmente pudo convertir cinco panes en millares de ellos, y panes desabridos en panes sabrosos, y del mismo modo los peces, sacando de esta consideracion grande aliento para servir á Señor tan poderoso. Ó Rey del cielo (*Psalm.* LXXVII, 20), ¿quién no se preciará de servirte? pues tan poderoso eres para

poner á tu pueblo mesa en el desierto. Donde está tu omnipotencia, no hay que temer desierto, porque con ella sacas agua del pedernal, miel de la piedra, y aceite del duro peñasco. (*Deut.* XXXII, 13). Por el aire traes codornices del cielo, llueves maná, y en las manos del hambriento multiplicas pan y peces, para que crean tus hijos que no solo el fruto de la tierra (*Sap.* XVI, 26), sino tu omnipotente palabra sustenta á los que confian en ella.

2. De aquí subiré á contemplar la providencia paternal de este gran Dios, en dar de comer á los que le sirven con mano tan larga y por medios milagrosos, cuando faltan los humanos, con tal que no falte la confianza que debemos tener en ella, estribando en la promesa que nos hizo diciendo (*Matth.* VI, 31): *No seais demasiadamente solícitos de lo que habeis de comer y beber y vestir, porque esto es propio de gentiles, y vuestro Padre celestial sabe que teneis necesidad de todo esto. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.* Como se vió en esta gente, que vino en su busca por oir la doctrina del reino de Dios, del cual dice el evangelista san Lucas, que les habló largamente, y despues les dió el manjar corporal copiosamente para ellos y para sus hijos; para que se verificase lo que dice el profeta David (*Psalm.* XXXVI, 25): No ví al justo desamparado, ni á sus hijos faltos de pan. Ó Padre amantísimo, gracias te doy por esta paternal providencia que tienes de los que te sirven y esperan en tí. Concédeme, Señor, que tenga mucho cuidado de servirte como hijo, pues tienes cuidado de darme todo lo necesario como Padre.

3. Lo tercero, ponderaré el modo de providencia que resplandece en este milagro; porque siendo los que comian muchos y de diversas edades y complexiones, mozos y viejos, fuertes y flacos, mujeres y niños, y dando á todos de un mismo pan la cantidad que querian los Apóstoles, esta bastaba á todos, y los hartaba y dejaba contentos, cumpliéndose lo que está escrito del maná (*Exod.* XVI, 18; II *Cor.* VIII, 15), que con la cantidad que cogia cada uno quedaba satisfecho, sin que faltase al que cogia poco, ni sobrase al que cogia mucho, aunque aquí sobró para que se viese la magnificencia del dador. En lo cual se representa la suavidad de la divina Providencia, la cual da á cada uno de los justos lo que quiere, á unos mas y á otros menos; pero á todos harta y satisface, dando tanto contento á un justo con lo poco, como á otro con lo mucho.

4. Pero mucho mas se representa aquí la grandeza del santísimo Sacramento del altar, el cual con ser un mismo pan del cielo, aun-

que se reparte por mano de los sacerdotes entre millares de hombres, nunca se menoscaba; y aunque una hostia se parta en muchas partes, tanto tiene dentro de sí cada parte, como tenia la hostia, porque en toda y en cada parte está todo Cristo; y así tanto recibe quien recibe la parte pequeña, como quien la recibe muy grande, y tanta hartura puede dar aquella como esta; finalmente á todos harta y satisface, dando á cada uno la racion de gracia que su necesidad y disposicion pide. Ó Dios omnipotente, ¡cuán maravillosas son tus obras! ¡cuán rica tu providencia! ¡cuán larga, cuán amorosa y cuán suave! Alábente por ella todos los Ángeles; gocen de ella con agradecimiento todos los hombres, y mi ánima se derrita en amor tuyo con todas sus potencias, empleándolas en servirte, pues así te empleas en regalarme.

Punto quinto. — 1. Lo quinto, se ha de considerar lo que sucedió acabado el milagro. Porque primeramente, Cristo nuestro Señor mandó á los Apóstoles que recogiesen todo el pan que habia sobrado, y recogieron doce canastas llenas, mostrándonos con esto su liberalidad en premiar la voluntad con que sus Apóstoles le ofrecieron los cinco panes de cebada, volviéndoles por ellos doce canastas llenas de muy buen pan; y como ellos eran doce, así quiso que las canastas fuesen doce, como quien daba una á cada uno por lo que cada uno habia ofrecido. Así como á la Viuda, que dió liberalmente un poco de harina al profeta Elías (III *Reg.* XVII, 16), se la multiplicó para muchos dias. Por donde tambien se ve, como premia Dios á los limosneros y á todos los que le ofrecen algo por servirle, volviéndoles mucho mas de lo que dan; porque dar á Dios no es perder, sino ganar; y, como dice el Sábio (*Prov.* XIX, 17), es dar á logro, pues vuelve ciento por uno.

2. Tambien sacaré por aquí, ¿qué dará Dios en la otra vida, pues tanto da en esta vida? Dará sin duda, como él dijo (*Luc.* VI, 38), una medida buena, llena, apretada, colmada, y que sobre y exceda inmensamente á lo que por él se hace. Ó Dios inmenso, ¿con qué te pagarémos lo mucho que por nosotros haces? Deseo darte una medida de todas partes buena, llena de santas obras, apretada con estrechas penitencias, colmada con fervorosos afectos y que sobre, cumpliendo mas de lo que mandas, con hacer tambien lo que me aconsejas; y pues por tu gracia me has dado tal deseo, dame tambien fuerzas para cumplirlo.

3. Últimamente, ponderaré la alegría y admiracion de aquella gente, viendo tan gran milagro, la cual fue tan grande, que se de-

terminaron en sus corazones de alzar á Cristo por Rey, teniéndose por dichosos en servir á tan poderoso y liberal Señor; pero como nuestro Redentor conociese estos pensamientos, huyó á lo mas escondido del desierto, atajando la determinacion de estos hombres, porque no queria honras ni dignidades temporales, enseñándome con su ejemplo, que no busque por mis buenas obras premio temporal de los hombres, ni apetezca dignidades, antes cuanto es de mi parte las huya, y huya las ocasiones de ellas. Ó Rey eterno, que así aborreciste el reinado temporal, porque tu reino no era de este miserable mundo, dame gracia para que yo tambien pise las grandezas temporales, contentándome con las eternas. Amen.

MEDITACION XVIII.

DEL MILAGRO QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR, SOSEGANDO LA TEMPESTAD DEL MAR.

—Despues del milagro de los panes, sucedió uno muy famoso para sosegar la tempestad del mar, pero habia sucedido primero otro semejante, del cual será esta meditacion, porque ayudará mucho para la siguiente.—

Punto primero.— 1. *Habiendo Cristo nuestro Señor predicado á mucha gente* (*Matth.* VIII, 24; *Marc.* IV, 38), *siendo ya tarde entró en un navío, y mandó á sus discípulos que navegasen, y él se echó á dormir en la popa sobre un cabezal; y al mismo punto se levantó una grande tempestad, de modo que las olas entraban dentro del navío y le llenaban de agua, con peligro de hundirse.* Cerca de este sueño de Cristo nuestro Señor, consideraré primeramente tres condiciones que en él concurrieron.—La primera, que fue despues de largo trabajo, mostrando que era hombre necesitado de este alivio.—La segunda, que le tomó de paso, y por esto no se fué á dormir como Jonás al profundo del navío, sino en la popa, donde topasen con él y fácilmente pudiesen despertarle.—La tercera, que aunque dormia el cuerpo, velaba su corazon, conociendo lo que pasaba como si estuviera despierto. Con estas tres condiciones he de acompañar mi sueño, procurando que no sea por regalo y ociosidad, sino forzado de necesidad con moderacion y modestia; y si fuere posible, mezclado con buenos sueños, para que pueda decir lo del Salmo (*Psalm.* CXXXVIII, 11): La noche es mi resplandor en medio de mis regalos (*Cant.* V, 2); y aunque duermo, vela mi corazon.

2. Luego ponderaré el misterio de este sueño, como Cristo nuestro Señor en la nave de su Iglesia y de cada alma se hace algunas veces del dormido, como quien descuida de nosotros, permitiendo que se levanten tan bravas tempestades de persecuciones y tentaciones, que parece está cerca de ser anegada; porque no solamente las olas la combaten por defuera, sino, como dice san Marcos, entran dentro y cási llenan el navío de las potencias interiores con tristezas, temores, escrúpulos y otras varias turbaciones. Mas no por eso hemos de pensar que está Dios ausente del navío, ni que deja de ver todo lo que pasa en el mundo y los peligros de sus escogidos; pues por esto dijo por boca de David (*Psalm.* XC, 15): Con él estoy en la tribulacion, yo le libraré y le glorificaré; y mirad que no dormirá ni un poquito, cuanto mas mucho, el que guarda á Israel. (*Psalm.* CXX, 4). Ó Salvador dulcísimo, que como navío fuiste combatido en el mar de este mundo con terribles olas de trabajos (*Psalm.* LXVIII, 6), entrando en tu alma las aguas amargas de las tristezas y temores, esfuérzame con el ejemplo que me diste, para que no me anegue la tribulacion interior y exterior que me combatiere.

3. Últimamente, ponderaré que Cristo nuestro Señor permite estas borrascas, como aquí se apunta, para probar nuestra fe y avivar nuestra confianza, fundarnos en humildad, purificarnos de vicios, y provocarnos al ejercicio de la oracion y de varias virtudes; pues por esto se dice: Que quien entra en la mar aprende á orar; y entrando en el alma las olas de las tribulaciones, suelen salir de ella las olas de los vicios; entrando la humillacion sale el viento de la soberbia; y entrando la congoja sale la tibieza. Ó Piloto sapientísimo, gobierna como quisieres la nave de mi alma, con tal que no te ausentes de ella; porque si tú estás presente, aunque sea combatida, no será hundida sino mejorada, levantándola las olas de las tribulaciones al ejercicio soberano de todas las virtudes.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Los discípulos fueron á Cristo nuestro Señor, y despertáronle diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Díjoles: ¿De qué temeis, hombres de poca fe? ¿Dónde está vuestra fe?* Dos cosas se han de ponderar aquí, una de parte de los discípulos, los cuales en este aprieto acudieron al único remedio de todos los trabajos, que es Dios, por medio de la oracion. Unos usando de palabras breves, pero eficaces, alegando su peligro y necesidad, le dijeron (*Matth.* VIII, 25): *Domine, salva nos, perimus.* Señor, líbranos, porque perecemos. Otros con un modo de queja amorosa dijeron: *Magister, non ad te pertinet quia perimus?* Maestro, ¿no te toca mirar que

perecemos? Como quien dice: Á tí pertenece mirar por nosotros, porque eres nuestro Maestro, y en tí tenemos puesta nuestra confianza; pues ¿cómo nos dejas en tanto peligro? Á imitacion de estos discípulos he de acudir á Cristo nuestro Señor en mis trabajos con estas dos oraciones diciéndole: Señor, sálvame, porque perezco. Maestro mio, á tí pertenece librar mi alma, porque mas es tuya que mia. Yo soy tu discípulo, y debajo tu proteccion vivo (*Psalm.* CXVIII, 94): *Tuus sum ego, salvum me fac:* tuyo soy, sálvame (*Psalm.* XLIII, 23): *Exurge, quare obdormis, Domine?* levántate, Señor, ¿por qué duermes? Levántate y no me deseches hasta el fin: ¿por qué vuelves tu rostro y te olvidas de mi pobreza y de mi tribulacion?

2. De parte de Cristo nuestro Señor se ha de ponderar cuán presto despertó, como quien tenia gana de socorrer á sus discípulos, reprendiéndoles de la poca fe y confianza que tenian en su omnipotencia. Y por esto les dijo: *Quid timidi estis, modicae fidei?* ¿De qué temeis, hombres de poca fe? Como quien dice: Aunque mirando vuestro peligro y vuestras propias fuerzas hay razon de temer; pero mirando que estais en mi compañía, no hay por qué temais, si teneis fe de quién soy yo. Ó Salvador mio dulcísimo, confieso que mirándote á tí no tengo por qué dudar ni de tu poder, ni de tu saber, ni de tu querer para mi remedio, porque tú eres infinitamente poderoso, sábio y bueno; en tus manos me arrojo de todo corazon, y cuanto fuere mayor mi tribulacion, tanto será mayor mi confianza, para que muestres en mí tu omnipotencia.

PUNTO TERCERO.—*Luego Cristo nuestro Señor mandó á los vientos y al mar que se sosegasen, diciendo: Calla, enmudece, y al punto cesó el viento y quedó sosegado el mar.* En este hecho ponderaré la omnipotencia de Cristo nuestro Señor y el imperio que tiene sobre sus criaturas, y la obediencia tan puntual que ellas tienen á lo que les manda; gozándome de todo esto por ser gloria de mi Redentor, y confundiéndome de mi poca obediencia y mucha rebeldía. Pero tienen misterio estas dos palabras, *tace, obmutesce.* Calla, enmudece, porque las obras de Dios son perfectas; y cuando quiere mostrar su omnipotencia, no solo manda callar sino enmudecer, que es mas, sanando la turbacion de raíz y causando perfecta paz. Y así cuando me viere turbado con varios pensamientos ó pasiones, he de suplicar á Nuestro Señor las mande, no solamente callar por un rato, sino enmudecer, para que nunca mas me turben en la materia en que me turbaron; y si me conviniere así lo hará; de modo que con grande admiracion de lo que en mí experimento, diga lo que decia

la gente del navío: *¿Quién es este á quien así obedecen los vientos y el mar?* Ó Salvador omnipotentísimo, mi corazon es un mar turbado con mil vagueaciones, y anda muy alterado con vientos de contrarias pasiones, mándale que sosiegue, díle: Calla, enmudece, porque tu decir es omnipotente; y luego te obedecerá.

MEDITACION XIX.

DEL MILAGRO EN QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR ANDUVO SOBRE LAS AGUAS, Y FUE TENIDO POR FANTASMA.

—En esta meditacion, por via de enseñanza, iré juntamente poniendo algunos avisos para conocer el espíritu de Cristo verdadero, y el fantástico, y el verdadero fervor del espíritu, con los efectos que Dios obra en las almas cuando las visita en la oracion con su dulce presencia.—

PUNTO PRIMERO.— 1. (*Matth.* XIV, 22). *Mandó Jesús á sus discípulos que entrasen en un navío y pasasen el mar de Tiberíades, y él quedóse solo á orar en un monte hasta la cuarta vigilia de la noche, y luego se levantó una grande tempestad que batia la navecilla.*—Lo primero, ponderaré el amor que Cristo nuestro Señor tenia á la oracion, escogiendo para ella lugares solitarios y el tiempo quieto de la noche, y dejando la compañía de sus discípulos, prolongando su oracion cási hasta la mañana con gran fervor, al modo que se dijo en la introduccion de esta parte III, en el párrafo VIII, de donde sacaré con cuánto cuidado he de orar por mi propia salvacion, pues así oraba Cristo por la ajena.

2. Lo segundo, ponderaré como los Apóstoles sintieron mucho apartarse de su Maestro; pues san Marcos dice: *Coëgit,* que los forzó porque quisieran subir con él al monte á orar y estar siempre en su compañía, como quien barruntaba que entrar sin él en la mar era peligroso; pero prevaleció la virtud de la obediencia, porque en todo ha de ser Dios obedecido, aunque sea poniéndonos á grande peligro, dejando la oracion retirada, porque esto es dejar á Dios por Dios.

3. Lo tercero, ponderaré el misterio de la tempestad que padecia la nave de los Apóstoles. La otra vez levantóse la tempestad estando Cristo nuestro Señor en el navío, pero durmiendo; esta vez estando ausente, para probar más la fe de los discípulos, viendo mas léjos á su Maestro. Y para significar que Cristo nuestro Señor suele

ausentarse de los suyos, cuanto al socorro sensible de su gracia, y dejarlos en grandes tribulaciones, para probar su fidelidad. Y como van creciendo en la virtud, suelen crecer las pruebas con tal modo de ausencias, por los innumerables bienes que resultan de ellas.

Punto segundo. — 1. *Cristo nuestro Señor, aunque estaba en el monte y era de noche, vió á sus Apóstoles que estaban trabajando en remar, y compadeciéndose de su trabajo, porque el viento les era contrario, se fué á ellos andando sobre las aguas; y en viéndole los discípulos, llenos de miedo, pensaron que era fantasma y dieron voces diciendo: Fantasma es.* Aquí se ha de ponderar: -Lo primero, como los discípulos en esta tempestad no perdieron el ánimo, ni se estuvieron ociosos mano sobre mano, sino trabajaban remando contra los vientos y rigurosas tempestades, por salvar su pobre navío y llevarle al puerto, para que yo entienda que en las tribulaciones y tentaciones no tengo de amilanarme ni estar ocioso, dejando mi remedio á solo Dios, sino hacer de mi parte lo que pudiere, aunque sea con trabajo, como quien rema á solas, ejercitando las obras de oracion y penitencia lo mejor que pudiere, para que Dios acuda á remediarme. -Lo segundo, ponderaré la caridad de Cristo nuestro Señor, el cual, aunque parece que está ausente no se olvida de los suyos, antes está mirando su trabajo y diligencia, y se agrada por una parte de verlos trabajar, y por otra se compadece de verlos padecer. Ó alma mia, aunque te veas en el mar de este mundo y en la noche de este siglo llena de oscuridades y combatida de tentaciones, ten gran confianza, porque tu Salvador está en el monte de esos cielos, abogando y orando por tí á su eterno Padre (*Rom.* VIII, 34; I *Ioan.* II, 1), y mirando desde su trono tus trabajos, compadeciéndose de ellos, y ayudándote, como á san Estéban, con su misericordia infinita, para que alcances la corona eterna.

2. Lo tercero, ponderaré las causas por que Cristo nuestro Señor vino andando sobre las aguas. -La primera fue, para dar muestra de su omnipotencia, significando por esto el poder que tenia sobre las aguas del mar, y sobre las tribulaciones y tempestades del mundo, y como era superior á todas y las tenia debajo de sus piés sin temor alguno. Y por consiguiente, que si en tiempo de su pasion fuese sumido debajo de las olas, atollado en el lodo del profundo (*Psalm.* LXVIII, 3), no era por flaqueza sino por caridad, con deseo de padecer por nuestro bien; pero de tal manera, que luego saldria de aquel abismo de tribulaciones, como superior y vencedor de ellas. - *Virtud de la oracion.* -Otra causa fue, para significar la

virtud de la oracion que habia tenido en el monte, de la cual suelen salir los justos con tanto esfuerzo, que ni temen tempestades ni se hunden en ellas, sino con un ánimo esforzado en virtud de Dios las acometen y son superiores á todas: y cuando temen los que están en el navío, no temen ellos en medio del mar, porque la oracion y confianza en Dios les da mayor seguridad, que todos lós medios humanos á los que confian en ellos; y aunque estén en medio de innumerables tempestades y dentro del vientre de la ballena, como Jonás (*Ionae*, II, 1), orando, alcanzan que la ballena de la tribulacion no les dañe, antes les ponga en el puerto con mucha seguridad. Ó dulce Jesús, concédeme que suba contigo al monte alto de la oracion, levantándome sobre mí mismo, para que en virtud de ella con tu gracia me levante sobre las aguas de las tentaciones y tribulaciones, sin ser oprimido de ellas.

3. Lo cuarto, se ha de ponderar el temor vano de los discípulos cuando vieron á Cristo nuestro Señor venir andando sobre las aguas, pensando que era fantasma; y los que no daban voces con la furia de la tempestad, las dieron de miedo por un antojo, para que echemos de ver cuán grande es nuestra flaqueza y miseria; pues muchas veces con la virtud de Dios hacemos rostro á grandes peligros y dificultades; y despues con gran cobardía y pusilanimidad nos espantamos de los pequeñuelos y antojadizos; y así echemos de ver que no es nuestra la fortaleza en cosas grandes, pues nos falta en cosas pequeñas.

PUNTO TERCERO. — 1. Cerca de este dicho de los Apóstoles se han de considerar tres suertes de personas que tratan con Cristo nuestro Señor, y tienen diferentes sentimientos cerca de él y de sus cosas. Unas hay que tienen por Cristo á lo que es solamente fantasma y sombra antojadiza, calificando sus sueños ó imaginaciones por verdaderas revelaciones; y á sus pasiones califican por virtudes, pensando que su rabiosa ira es celo y su amor carnal espiritual. Estos por la mayor parte son algunos soberbios y presuntuosos que se fian mucho de su propio juicio. Y á esta causa unas veces el demonio se transforma en ángel de luz (II *Cor.* XI, 14), haciéndoles creer que sus dichos son verdadera luz, siendo de verdad tinieblas; otras veces su propio juicio hace oficio de demonio, y les persuade que todos los instintos interiores que sienten son del Espíritu Santo, siendo instintos de su espíritu propio, carnal, mundano, soberbio y ciego; y otras veces la imaginacion propia especialmente con flaqueza de cabeza les engaña, fingiendo imágenes de Cristo tan vivas,

que les parecen ser el mismo Cristo, envaneciéndose con este fingido favor, y antojándose que les habla las palabras que poco antes han pensado ó las que gustan de oir. Y finalmente, hasta los muy espirituales, acostumbrados á sentir inspiraciones de Dios, algunas veces piensan que lo son los discursos propios, como le sucedió al profeta Natan (II *Reg.* VII, 3), y lo advirtió san Gregorio (Lib. II Dial. *c.* 21). Y de la misma manera se engañan en calificar los espíritus que pasan por otros, creyendo fácilmente lo que se les dice, y guiándose por apariencias exteriores. De donde procede aprobar lo que es fantasma y caminar por aquel camino, de quien dice el Espíritu Santo (*Prov.* XIV, 12), que parece bueno y para en la muerte y perdicion.

2. Otros por otro extremo, á lo que verdaderamente es Cristo tienen por fantasma, y á la virtud por pasion, y á la buena inspiracion por antojo de su propio espíritu. Estos suelen ser algunos demasiadamente temerosos y escrupulosos é ignorantes, que temen donde no hay que temer, por su ignorancia ó complexion tímida y melancólica. Y algunas veces pasa esto por gente aprovechada en tiempo de grandes tentaciones y borrascas, como en este caso sucedió á los Apóstoles, permitiendo Nuestro Señor estas nieblas y dudas, de si es Dios ó fantasma lo que ven y experimentan, para su ejercicio, y para prueba y aumento de humildad y virtud, porque entonces es mas terrible la tentacion, cuando imagino que es nuevo engaño lo que Dios me envia por remedio. Y de la misma manera algunos se engañan en calificar los espíritus de los otros, por ser muy incrédulos y poco experimentados, blasfemando de lo que ignoran, y pensando que todas las visiones y revelaciones y obras maravillosas son fantasmas y antojos, como si el dia de hoy no se comunicase Dios tambien algunas veces, como en los tiempos pasados lo hacia con los Santos. Ambos extremos son perjudiciales y peligrosos, porque no es menos malo tener á Cristo por fantasma (*Greg.* Hom. 5 in Ezechiel.), que á la fantasma por Cristo, y desechar lo que es Dios, pensando que es demonio, que admitir lo que es demonio, pensando que es Dios. Y tan dañoso es seguir el ímpetu de carne, imaginando que es del Espíritu Santo, como ahogar el impulso del Espíritu Santo (I *Thes.* V, 19), pensando que es ímpetu de carne.

3. La tercera suerte de personas va por un medio guardando el consejo de san Juan, que dice (I *Ioan.* IV, 1): No querais creer á todo espíritu, sino probad y examinad primero los espíritus si son

de Dios, y con este exámen, por la misericordia del Señor, califican cada cosa por lo que es, conociendo lo que verdaderamente es Cristo, y lo que es fantasma y antojo, así en las cosas propias como en las ajenas que examinan; para lo cual suele comunicar Nuestro Señor el don que san Pablo llama gracia de discernir espíritus (I *Cor.* XII, 10), y especialmente le da á los maestros de su Iglesia (*Ierem.* VI, 27); á los cuales para esta causa llama ensayadores y examinadores de los metales del espíritu, á quien han de acudir los que tienen menos experiencia por no ser engañados, pensando ser oro verdadero, el falso, ó que es falso el verdadero, y todos hemos de pedir á Cristo nuestro Señor esta luz celestial para no errar, diciéndole (*Prov.* XVI, 2): Ó Maestro celestial, verdadero ponderador de los espíritus, no permitas que te haga tal agravio, que llame fantasma á lo que es Dios, ó que llame Dios á lo que es fantasma; ilústrame con tu divina luz, para que pueda discernir entre uno y otro, y ayúdame con tu gracia, para que siempre siga los ímpetus del espíritu bueno, y aborrezca los del malo. Amen.

PUNTO CUARTO.— 1. *Oyendo Cristo nuestro Señor los clamores de sus discípulos, luego les habló y les dijo* (*Matth.* XIV, 27): *Confiad, yo soy, no queraís temer.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la clemencia de Jesucristo nuestro Señor en consolar luego á los afligidos discípulos, con hablarles y manifestárseles, diciéndoles tres solas palabras, con que les quitó su falsa aprension; porque propio es del espíritu de Cristo mover á verdadera confianza, y quitar el falso temor, imprimiendo en el alma tales afectos, que por ellos conozca la verdad de aquella palabra, *Ego sum*, yo soy; porque no bastara decir, yo soy, si no les hablara con voz propia suya y conocida por ellos, ó dándoles bastantes indicios de que lo era.

2. De aquí subiré á ponderar lo que pasa dentro de nuestros corazones cuando Cristo nuestro Señor los visita y habla, dándoles á entender por algunas señales interiores quién es el que les habla; porque como cada hombre tiene cierto modo de hablar, por el cual le conocen los que conversan con él, y le diferencian de otros; así los Santos, que tienen mucho trato y conversacion con Nuestro Señor, dicen (*D. Greg.* lib. IV *Dial.* c. 48; *D. Aug.* lib. VI Confess., c. 13, de sancta Monica; *D. Diadochus*, lib. de Perfect. c. 30), que tiene tal modo de hablar al corazon con tal dulzura y paz, y plenitud de virtudes, que representan su divinidad, y se da á conocer que es buen espíritu el que habla, porque el malo no puede ni atina á hablar con tal modo de sabor. Esto muestra Nuestro Señor con

la omnipotencia de su palabra, porque en un momento trueca el corazon de tímido en confiado, de triste en alegre, de turbado en sosegado, de duro en blando, de seco en devoto, de afligido con varias tentaciones de carne ó vanidad y codicia en quieto con los afectos contrarios. De suerte que en tiempo de tempestades y borrascas, el espíritu del demonio imprime pusilanimidad, desmayo, desconfianza y desesperacion; pero el espíritu de Cristo imprime magnanimidad, aliento, confianza en Dios y firmeza en su servicio. Al contrario, en tiempo de prosperidad y bonanza temporal ó espiritual el espíritu del demonio imprime soberbia, vanidad, presuncion, confianza propia, complacimiento de sí mismo, estima de sus cosas y de su propio parecer, con desestima de otros; pero el espíritu de Cristo imprime humildad, desprecio de sí mismo, desconfianza propia, temor santo de no caer mas, sujecion á Dios, y á todos por Dios.

3. Y como un mismo hombre dice con diferente modo una misma palabra, cuando quiere mostrar enojo para espantar, ó cuando quiere mostrar blandura para regalar; así Cristo nuestro Señor con esta misma palabra, *Yo soy*, obra contrarios efectos en contrarias personas, porque con ella quitó en este caso el temor á los discípulos, y con ella espantó tanto á los que venian á prenderle, que dió con ellos en tierra, como verémos en la parte IV. Y de la misma manera da testimonios interiores de su presencia á los pecadores y á los justos (*Ioan.* XVIII, 6); á los pecadores, atemorizándolos con reprensiones, amenazas y espantos, para que salgan de su pecado; pero á los justos, regalándoles con afectos tiernos de gozo y paz espiritual, para alentarlos en su servicio; y si al principio entra con algun modo de temor, para poner en reverencia, luego causa paz con alegría y seguridad de conciencia (*D. Thom.* 3 *p. q.* 30, *art.* 3 *ad* 3; *S. P. N. Ignat.* in reg. de hoc).—Ponderadas estas cosas he de suplicar á Cristo nuestro Señor me visite y hable de tal manera al corazon, que le conozca para reverenciarle, amarle y servirle, y fiarme de él. Ó Dios omnipotente, que eres el que es, dí á mí alma, *Yo soy*, manifestándola tu dulce presencia, para que con ella cesen todos sus vanos temores, y se enciendan sus fervorosos deseos, poniéndolos por obra, para gloria tuya. Amen.

PUNTO QUINTO.—*Propiedades de la fervorosa caridad.*—1. *Oyendo Pedro las palabras de Cristo nuestro Señor, díjole* (*Matth.* XIV, 28): *Señor, si tú eres, mándame venir á tí sobre las aguas.* En estas palabras se apuntan cinco propiedades de la fervorosa caridad, por las cuales se diferencia el fervor verdadero del falso.—La primera es,

tener grande luz y estima de Cristo nuestro Señor, y de las grandezas que encierra esta palabra, *Yo soy*, la cual penetró san Pedro con divina ilustracion, y asiendo de ella, dijo, no dudando sino afirmando: Señor, pues tú eres el que es el mismo saber y poder, la misma bondad y caridad, muestra conmigo ser el que eres, dándome testimonio de quien eres.-La segunda propiedad es, tener grandes ansias de que Dios le mande algo en que muestre el amor que le tiene, diciendo: Si tú eres, *iube me*, mándame, esclavo tuyo soy, aparejado estoy á obedecerte; tengo por gran favor que me mandes algo; manda lo que quisieres, que yo te obedeceré.

2. La tercera es, tener entrañable deseo de estar junto á su amado, pareciéndole larga cualquier dilacion, y deseando no caminar al paso ordinario; y por esto dijo san Pedro: Señor, si tú eres, mándame, *venire ad te*, ir á tí sobre las aguas; y no dijo esto por vanidad, ó por pedir milagros, sino llevado del fervoroso deseo de estar junto á su Maestro. Y he de ponderar, que cuando san Pedro en su navío vió el milagro de la pesca, quiso retirarse de Cristo, y así le dijo (*Luc.* v, 8): *Apártate de mí, Señor, que soy gran pecador*. Pero ahora viendo andar á Cristo sobre las aguas, antes quiere acercarse á él, y ambos espíritus fueron buenos.-El primero nació de humildad, porque puso los ojos en quién él era, mirándose como gran pecador. -El segundo de amor, porque los puso en quién era Cristo, y en su omnipotencia. Y ambos afectos he de ejercitar en diversos tiempos, porque el primero asegura al segundo, y el segundo perfecciona al primero.

3. La cuarta propiedad es, ofrecerse confiadamente á cosas que exceden á sus fuerzas, y aun parecen imposibles á su flaca naturaleza, porque no mide sus deseos con las propias fuerzas, sino con las de Dios. Y por esto san Pedro se ofreció á echarse en el mar tempestuoso, pareciéndole que en virtud de su Maestro andaria sobre las aguas como él andaba, sin ser anegado de ellas; porque la encendida caridad no teme ser anegada de las aguas de tribulaciones, como se dice en el libro de los Cantares. (*Cant.* II, 4). Finalmente, aunque la caridad es fervorosa, no es precipitada ni temeraria, sino prudente y reportada, ni se arroja á mas de lo que puede, sin licencia, mandato é inspiracion de Dios, en quien confia, como san Pedro no se arrojó en la mar hasta que Cristo se lo mandó. Ó dulcísimo Maestro, éntrame (*Cant.* VIII, 7) en la bodega de tus vinos preciosos, y ordena en mí la caridad, con las calidades que la diste á este santo Apóstol, para que el fervor ni por el desórden me despeñe, ni por el mucho miedo se menoscabe.

PUNTO SEXTO. — 1. *Respondió Cristo: Ven, y saltando del navío andaba sobre las aguas para ir donde estaba Jesús.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Señor, aunque otras veces reprimió el fervor de san Pedro, esta vez se agradó de él, y le concedió su peticion, porque procedia de verdadero amor, y con espíritu de resignacion, y con grande confianza, no en sus fuerzas, sino en las de Cristo; y cuando las peticiones son de tal manera, como proceden del Espíritu Santo, admítelas este Señor, cuya propiedad es hacer la voluntad de los que le temen, y oir las peticiones de los que le aman cuando van ordenadas para muestras de su amor. Al contrario, cuando san Pedro dijo la noche de la pasion (*Luc.* XXII, 33), que estaba aparejado á ir con él á la cárcel y á la muerte, no le respondió, ven, porque sabia que aquel ofrecimiento procedia de soberbia y presuncion de sí mismo, con algun desprecio de sus compañeros, anteponiéndose á ellos; lo cual faltó en esta demanda, y por aquí sacaré el modo como tengo de pedir algo á nuestro Señor, si quiero que me lo conceda.

2. Tambien concedió esta peticion, para que sus discípulos viesen por experiencia con cuánta razon les habia dicho: Confiad, tened fiducia: yo soy, no querais temer; pues era tan poderoso, que con sola una sencilla palabra, *ven*, podia hacer una cosa tan prodigiosa como era andar un hombre sobre las aguas como sobre tierra firme, y de allí levantasen el espíritu á creer y confiar que tambien era poderoso para hacer (*Psalm.* XC, 13) que anduviesen sobre los basiliscos y escorpiones, y hollasen á los leones y dragones, sin recibir daño de ellos. Y para que no temiesen las olas del mar de este mundo, porque sobre ellas podrian andar, no solo sin ahogarse, pero sin mojarse, si no es cuando mucho la planta del pié, con algunas culpas ligeras ó inadvertencias de imperfeccion. Ó poderosísimo Jesús, deseosa está mi alma de ir tras tí siguiendo tu vida, y de ir á tí para gozar de tu gloria. (*Marc.* IX). Díla, Señor, esta palabra, *ven*, porque en virtud de ella todo le será fácil, pues al que confia en tí todo le es posible.

3. Lo tercero, ponderaré como san Pedro, en oyendo la palabra de Cristo nuestro Señor, sin dilacion y sin temor salió de su navío, y comenzó su viaje, caminando hácia donde estaba Jesús con deseo de acercarse á él, para que por aquí entienda la presteza y confianza con que tengo de ejecutar todo lo que fuere voluntad de Cristo, y cumplir los propósitos y ofrecimientos que he hecho de su servicio, no dudando de arrojarme á cualesquier peligros en virtud de su pa-

labra (*Philip.* IV, 13), pues todas las cosas podré en el Señor que me conforta.

Punto sétimo. — 1. *Viendo Pedro la furia de los vientos, temió; y comenzando á hundirse dió voces, diciendo: Señor, sálvame; y al punto tomándole Cristo por la mano, le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? Y entrando en el navío cesó el viento, y se halló la nave en el puerto.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Señor permitió este temor en Pedro, porque despues no se envaneciese, y para que reconociese que aun no tenia perfecta fe, pues quien tuvo ánimo para echarse en el mar tempestuoso, temió despues el viento que se levantó, porque apartó los ojos de Cristo y los puso en el viento; y como faltó la confianza, faltó la consistencia, y comenzó á hundirse. Ó Dios omnipotente, ayuda mi flaca fe, y no permitas que aparte los ojos de tí en mis tribulaciones, porque no me hunda en ellas.

2. Lo segundo, ponderaré que quien por obediencia de Cristo y fiado en su palabra se arroja á los peligros, no perecerá, porque en llamándole, acudirá á darle la mano y librarle de ellos; pero si en ellos me pongo por mi propia voluntad, ó por vanidad y jactancia, dejaráme Dios de su mano en castigo de mi loco atrevimiento, y pereceré como los sacerdotes Macabeos, que por este fin vano entraron en la batalla sin consejo. (I *Mach.* V, 67).—Lo tercero, ponderaré como entrando Cristo en la nave cesó el viento, para significar que las tentaciones que se levantan en su ausencia, cesan con su presencia, y con su ayuda llega el navío con presteza y gran bonanza á la tierra de los vivos y al puerto de la eterna salvacion.

3. Finalmente, en todo este suceso descubrió Cristo nuestro Señor el estilo que tiene cuando nos llama para religion ó para grandes empresas; porque al principio facilita los trabajos para que sin temor nos arrojemos á ellos; pero poco despues permite grandes borrascas y temores, no para desampararnos, sino para perfeccionarnos en las virtudes. Y últimamente nos da cumplida paz con mayor alegría, por las nuevas experiencias de lo mucho que podemos con su gracia; y así dijo por un profeta (*Osee*, II, 14): Yo la engañaré con la leche de mis consuelos, y la llevaré á la soledad, y despues la pondré en el valle de la turbacion, para que cobre nuevas esperanzas, y cante con alegría, como solia en sus principios. Ó Amado mio, engáñame con este santo engaño, para que me libres de los engaños del mundo, y llegue á gozar los eternos descansos del cielo. Amen.

MEDITACION XX.

DE LA ILUSTRE CONFESION QUE HIZO SAN PEDRO DE LA DIVINIDAD DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Preguntó Cristo nuestro Señor á sus discípulos* (*Matth.* XVI, 13): *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Señor hizo esta pregunta, como advierte san Lucas, habiendo estado primero á solas orando, para que se entendiese que no era de curiosidad, sino de necesidad, no para su provecho, sino para el nuestro; y para que entendamos que en virtud de la oracion se dió á san Pedro la luz que recibió en la respuesta. Y si yo deseo esta luz, por la oracion la alcanzaré, conforme al dicho del Apóstol (*Iacob.* I, 5): Si alguno tiene necesidad de sabiduría, pídala á Dios, que él la da con abundancia, con tal que la pida confiadamente y sin dudar.

2. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor hizo esta pregunta por tomar ocasion para dar á sus discípulos con mas claridad, conocimiento verdadero de quién era (*Ioan.* XVII, 3): del cual, como él mismo dijo, depende, como de semilla, nuestra salvacion; y tambien para enseñarnos el modo como nos hemos de aprovechar de los dichos de los hombres; porque desear saber la opinion que tienen de nosotros para fundar en ella la seguridad de nuestra vida, es gran yerro; pues, como dijo san Pablo (I *Cor.* IV, 4), quien nos ha de juzgar es Dios; pero no es malo querer saberla, para que oyendo sus dichos corrijamos lo malo que dijeren de nosotros, ó huyamos de ello para que no lo digan con verdad; y lo bueno que dijeren, procuremos ganarlo, si no lo tenemos, ó perfeccionarlo, si lo tuviéremos, y de esta manera los dichos de los hombres se convertirán en nuestro provecho.

3. Tambien se ha de ponderar la humildad que resplandece en llamarse Cristo nuestro Señor á sí mismo comunmente con este nombre Hijo del hombre, que es nombre comun á todos los hombres, vil y despreciado, dejando otros nombres muy gloriosos con que se podia llamar, enseñándonos con este ejemplo á humillarnos, y á tomar siempre los títulos mas bajos y humildes que pudiéremos, segun nuestro estado, porque quien se humilla será ensalzado. Y así Cristo nuestro Señor, llamándose á sí mismo Hijo del hombre, luego por revelacion del Padre le llamó san Pedro Hijo de Dios vivo. Ó

rer yo limitar á Cristo y á su espíritu conforme al espíritu que siento en mí, deseando que todos vayan por aquel mismo camino, porque esto es sentir cortamente de Dios y de la redencion de Cristo, el cual para unos es como el Bautista, y para otros como Elías, y para otros como Jeremías; para unos es solitario y contemplativo, y para otros es conversable y muy activo. Ó Sabiduría eterna, en quien están recogidos todos los espíritus que han tenido los Santos que te sirvieron, dame aquel espíritu que mas te agrada, y á cada uno de tus escogidos el que mas le conviene. Purifica mi entendimiento de errores, para que te conozca como verdaderamente eres, y te tenga dentro de mi corazon en la figura que mereces.

Punto tercero. — 1. *Díjoles Jesús: Vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondió Pedro: Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como habiendo Cristo nuestro Señor oido lo que decian de él los hombres, quiso tambien saber lo que sentian sus discípulos, diciéndoles: Vosotros que sois mas que hombres por la doctrina del cielo que habeis oido, y por la alteza de vida que habeis profesado, ¿quién decís que soy? Esto dijo, no porque ignorase lo que sentian de él, sino para tener ocasion de avivarles y confirmarles en la fe de su divinidad. Y á semejanza de Cristo nuestro Señor, entrando dentro de mi corazon preguntaré á mi alma: Tú, ¿quién dices que es Cristo? ¿Qué sientes de él? qué sientes de su bondad y misericordia? de su sabiduría y omnipotencia? ¿Qué sientes de su humildad y obediencia? y de las virtudes que ejercitó en las bajezas que tomó por tu remedio? Y esto tengo de decir para provocarme á sentir altamente de Cristo y de sus virtudes con grande estima y aprecio de ellas, reprendiéndome de la falta que en esto tuviere.

2. Lo segundo, ponderaré como aunque esta pregunta se hizo á todos, solo san Pedro respondió, por dos causas.-La una, porque era mas fervoroso en el amor y servicio de Cristo; y así en todas las cosas de la honra de su Maestro era el mas diligente y el primero. Á cuya imitacion he de procurar señalarme entre los buenos, y ser el primero en acudir á las cosas del divino servicio, aunque tengo de ser juntamente el postrero en mis ojos por humildad, para que sin daño mio sea el primero en el fervor.-La otra causa fue, porque Dios nuestro Señor, como le vió tan bien aparejado para recibir sus dones, le ilustró con una extraordinaria luz, para que conociese las grandezas de Cristo; y así arrebatado con la fuerza de esta luz ganó por la mano á todos sus condiscípulos, y en nombre de todos respon-

dió: *Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo.* Ó alma mia, aparéjate con gran fervor para servir á tu Amado, el cual dice: Al que tiene le darán, para que abunde mas: ten lo que has recibido, usando de ello con diligencia, para que Dios te multiplique los dones de su gracia.

3. Lo tercero, ponderaré las palabras de esta ilustre confesion, cada una de por sí. La primera fue, *Tu es*, como quien dice: Tú que te llamas Hijo del hombre; tú de quien dicen los hombres que eres el Bautista, ó uno de los Profetas; tú que eres nuestro Maestro, y nos has escogido por tus discípulos; tú eres el que eres, y eres el mismo ser por esencia, de quien tiene dependencia todo lo que tiene ser.—La segunda palabra es, *Tu es Christus Dei.* Tú eres Cristo, y Cristo de Dios; esto es: tú eres el Mesías prometido á los judíos, y deseado de todas las gentes; tú eres Rey de Israel, Rey de reyes y Señor de señores; tú eres el sumo Sacerdote, segun el órden de Melchisedech (*Psalm.* CIX, 4); tú eres el supremo Profeta, á quien todos han de obedecer (*Deut.* XVIII, 15); tú eres el Santo de los Santos (*Dan.* IX, 24; *Psalm.* XLIV, 8), ungido del Señor con óleo de alegría sobre todos tus compañeros. Todo esto abraza el nombre de Cristo, que quiere decir ungido; y por excelencia conviene á Nuestro Señor, en quien se juntan las dignidades de todos los que eran ungidos, que son las que están dichas.

4. La tercera palabra es, *Filius Dei vivi.* Como quien dice: No eres cualquier Cristo como los puros hombres, sino Hijo de Dios, no adoptivo, sino natural Hijo de Dios vivo; el cual por ser vivo tiene la obra mas noble de los vivientes, que es engendrar su semejante; y así te engendró á tí Dios vivo como él, y por consiguiente infinito, inmenso, eterno, todopoderoso, sábio y bueno, y la misma sabiduría y bondad. Todo esto y mucho mas penetró san Pedro con la luz del cielo, y lo confesó con la boca cuando dijo estas palabras; y aunque es verdad que el Bautista y Natanael y otros habian hecho esta confesion, y dicho cási las mismas palabras; pero san Pedro señalóse en decirlas con gran fervor y con grande reverencia y devocion; y con el mismo espíritu tengo yo de decirlas, gozándome de las grandezas de mi Redentor, y suplicándole me dé parte de la luz que dió á este santo Apóstol, para decirlas con viva fe, de modo que le agrade.

PUNTO CUARTO.— 1. *Respondióle Jesús: Bienaventurado eres, Simon hijo de Jonás, porque la carne y la sangre no te revelé esto, sino mi Padre que está en los cielos.* Aquí se ha de ponderar lo mucho que agradó á Cristo nuestro Señor esta confesion tan ilustre de san

Pedro, y el modo como la confirmó, aprobó y engrandeció á este santo Apóstol por ella. -Lo primero, llámale bienaventurado, porque de este conocimiento y confesion comenzó su buena dicha, y comienza la nuestra, por ser principio, como está dicho, de la vida eterna y bienaventurada.-Lo segundo, llamóle Simon, que quiere decir obediente, hijo de Juan, que quiere decir gracia, ó de Joná, que quiere decir paloma; para significar que por esta confesion tan noble se habia mostrado obediente á Dios, que se la reveló; hijo de su gracia y del Espíritu Santo, que se la inspiró; y en virtud de ella seria obediente á la ley de gracia, y seria lleno de Espíritu Santo, con gran plenitud de sus divinos dones.

2. Lo tercero, dice que no le reveló esto carne ni sangre; porque ni esta fe, ni los bienes sobrenaturales que de ella proceden se pueden entender ni haber por herencia ó donacion de padres carnales, ni por industria ó magisterio de hombres de carne, ni por fuerzas de nuestra humana naturaleza, pues no somos suficientes para pensar cosa semejante por nosotros, siendo de nosotros, sino toda nuestra suficiencia ha de ser de Dios. (II *Cor.* III, 5).

3. Lo cuarto, dice que se lo reveló su Padre que está en los cielos; en lo cual confirma que es Hijo de Dios vivo, cuyo Padre está en los cielos, y revela estas verdades de pura gracia, para gloria de su Hijo, y para bien de los mismos hombres. El cual por esta causa se llama Padre de las lumbres (*Iacob.* I, 17), porque de él proceden todas las verdaderas ilustraciones con que es conocido él y su Hijo. Ó Padre celestial, por el amor que tienes á este tu Hijo unigénito, te suplico ilustres mi alma, para entender lo que carne y sangre no pueden alcanzar; y pues ninguno puede venir á tu Hijo (*Ioan.* VI, 44; *Osee*, XI, 4), si tú no le traes; tráeme, Señor, con las cuerdas de la caridad, para que le obedezca como debo; y siendo hijo de obediencia, lo sea tambien de tu gracia, por el Espíritu Santo, que das á los que están en caridad.

Punto quinto. — 1. Luego añadió Cristo nuestro Señor: *Yo te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos: lo que atares en la tierra, será atado en los cielos, y lo que soltares en la tierra, será desatado en los cielos.* Aquí se han de ponderar las gloriosas promesas que Cristo nuestro Señor hizo á san Pedro, para que se vea cuán bien galardona aun en esta vida los servicios que se le hacen, y cuán bienaventurados son los que le sirven con fervor y son los primeros en las cosas de su servicio, pues

por esto este bienaventurado Apóstol recibió cuatro favores mas especiales que sus condiscípulos.-El primero, fue ponerle un nombre muy glorioso diciéndole: Tú eres Pedro, como quien dice, tú has dicho de mí, que soy Cristo Hijo de Dios vivo; pues yo quiero cumplir ahora la palabra que te dí (*Ioan.* I, 42) de que te llamarias Cefas ó Pedro, y así de hoy mas quiero que te llames y seas Pedro. Y como los nombres que pone Cristo no son vacíos, sino llenos de la verdad que significan; así con este nombre hizo á este Apóstol participante de las virtudes que significa el nombre de Pedro, derivado de piedra, que es Cristo (I *Cor.* X, 4), haciéndole semejante á sí mismo en lo que es ser piedra fundamental de la Iglesia, y en fortaleza y constancia, y en las demás virtudes de esta piedra preciosa y fuerte.

2. Y así añade la segunda excelencia, diciendo: Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; como quien dice: Yo, que por excelencia soy aquel hombre sábio que edifica su casa sobre piedra, para que ni las lluvias, ni vientos, ni rios la derriben (*Matth.* VII, 26), edificaré mi Iglesia universal sobre mí, que soy piedra fundamental (I *Cor.* III, 12), y fundamento de todos los fundamentos; y tambien la fundaré sobre tí (*Matth.* VII, 4), como sobre piedra firme, dándote la dignidad de cabeza universal de todos los fieles; los cuales estribarán en tí, y en tu confesion y viva fe, y sobre ella edificarán las casas de sus conciencias, y tú los confirmarás y establecerás en la fe y religion, y en la obediencia á mi santa ley.

3. El tercer favor fue, asegurarle de la perseverancia y fortaleza invencible de esta piedra y de este edificio, diciendo: Que aunque las puertas del infierno se abran de par en par, y salgan todos los poderes infernales á combatirla, no prevalecerán contra ella. Y aunque las lluvias, vientos y rios de todas las persecuciones del mundo y de la carne descarguen sobre esta casa, no la derribarán, porque está fundada sobre la omnipotencia, sabiduría y proteccion de Cristo, que es piedra viva; el cual la defenderá, y dará firmeza á la piedra, que es Pedro, y á sus sucesores, en cuanto vicarios suyos, para que no desfallezca en esta fe.

4. El cuarto favor fue, prometerle las llaves del cielo, para que abra y cierre sus puertas á los hombres; esto es, que le dará la llave de la ciencia para declarar las verdades que están encerradas en las sagradas Escrituras, y las manifieste á los hombres, y la llave de la potestad para perdonar los pecados que impiden la entrada del cielo. Todo esto cumplió Cristo nuestro Señor, como se verá en las

meditaciones IX y XIII de la parte V, á donde se ponderará la grandeza de estas promesas, por las cuales le he de dar muchas gracias, tomando por mias las mercedes que hizo al santo Apóstol, porque no se le dieron estos privilegios, tanto por su provecho, cuanto por el provecho de toda la Iglesia y por el mio, pues yo me aprovecho de ellos, como si para mí solo se concedieran. Y tambien me gozaré por las grandezas de este Santo, con deseo de imitarle en lo que pudiere. Ó glorioso Apóstol, gózome del nuevo nombre que hoy os ponen, y de la nueva dignidad que os prometen. Sea para bien ser piedra fundamental de la Iglesia, espantable á los demonios, y llavero del cielo, amable á los Ángeles y á los hombres. Suplicad al Señor, que os hizo piedra fundamental, me ayude á fundar mi vida sobre esta piedra, de modo que las puertas del infierno no prevalezcan contra mí. Abridme con vuestras llaves las puertas del cielo que cerré, y cerrad las puertas del infierno que abrí, para que limpio de toda culpa entre á gozar con Vos el reino de los cielos. Amen.

MEDITACION XXI.

DE LA TRANSFIGURACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Punto primero. — *Despues de seis dias tomó Jesús consigo á Pedro, Juan y Diego su hermano, y llevólos á un monte alto y apartado, y estando en oracion se transfiguró delante de ellos; su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras quedaron blancas como la nieve.* (*Matth.* XVII, 1; *D. Thom.* 3 *p. q.* 45). Sobre estas palabras se han de considerar seis cosas, repartidas por los puntos que se siguen.—Lo primero, consideraré los motivos que tuvo Cristo nuestro Señor para transfigurarse y mostrarse glorioso á sus Apóstoles; es á saber, para darles algun testimonio de la gloria que tenia encubierta debajo de su humanidad mortal y pasible, y de la que tendrian los que le sirviesen cuando con él reinasen; y para animarlos á llevar la cruz, y para que entendiesen que tambien en esta vida da Dios á gustar los gozos de la gloria, aunque sea de paso: y así poco antes habia dicho: *Digoos de verdad, que algunos están aquí que no gustarán la muerte hasta haber visto al Hijo del hombre con la gloria que tendrá en su reino, y hasta haber visto su mismo reino.* Con lo cual, conforme lo que arriba dijimos, que la vida del que le sigue de tal manera es cruz, que es cruz endulzorada con los regalos del espíritu, que hacen suave su yugo, y su carga ligera. De todo lo cual tengo de sa-

car grandes deseos de servir á este Señor tan glorioso, con esperanza de que le gozaré en su gloria, y quizá me dará en esta vida á gustar algo de ella.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, ponderaré el tiempo y lugar que escogió para este misterio. El tiempo fue en medio de su predicacion, y seis dias despues que predicó á todos que llevasen su cruz, haciendo la promesa que dijimos, de que algunos le verian en su reino; la cual, como dice otro evangelista, cumplió en el octavo dia, contando el dia en que se hizo y en que se cumplió, para enseñarnos que no dilata Dios sus promesas mucho, cuando es menester cumplirlas luego para nuestro esfuerzo. Á mas, que la perfecta glorificacion será despues de los seis dias de esta vida mortal, al octavo dia de la resurreccion general; pero todo el tiempo es poco en respecto de la eternidad. Pues como dice David (*Psalm.* LXXXIX, 4), mil años delante de Dios son como el dia de ayer que ya pasó, ó como dice san Pablo (II *Cor.* IV, 17), todo es un momento que apenas se puede percibir.

2. El lugar fue un monte alto y apartado, muy acomodado para oracion, en señal de que estos favores no los hace Dios á las almas en lo público y en el bullicio y tráfago del mundo, sino en la soledad (*Osee*, II, 14) y secreto del recogimiento, y cuando están muy apartadas de los afectos y cuidados terrenos, y levantadas á vida de gran perfeccion, como Moisés y Elías no llegaron á contemplar á Dios en el poblado, sino en un monte muy apartado; con lo cual me animaré á buscar esta soledad y alteza de vida, diciendo con David (*Psalm.* LIV, 7): ¡Oh quién me diese alas como de paloma, para volar y alejarme á la soledad, esperando que allí me hablará Dios al corazon, y hallaré el descanso que deseo! Ó alma mia, levántate á tí sobre tí misma, y procura que tu corazon sea como monte alto y apartado: monte, por la perfeccion de tus obras; alto, por la contemplacion de las cosas eternas; apartado, por la mortificacion de las cosas transitorias, para que guste Cristo de venir á tí, y transfigurarte por amor en sí.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, consideraré los compañeros que llevó consigo al monte, y el ejercicio de oracion en que se ocupaba. Los compañeros fueron tres apóstoles, los mas fervorosos y mas queridos; porque aunque Dios nuestro Señor quiere y ama á todos los justos, pero á los mas fervorosos hace mayores regalos; y si no llevó á todos doce, fue porque se entienda que no á todos se hacen estas mercedes extraordinarias; y quizá porque entre los doce esta-

ba Judas, hombre malo y pervertido, y no convenia llevarle á que gozase de tanto bien, ni dejarle á él solo por no infamarle. Por donde echaré de ver cuánto importa ser fervoroso en el amor de Cristo, y cuánto daño hace un malo en una comunidad de buenos. Pero tambien he de advertir, que Nuestro Señor da estas gracias extraordinarias á quien quiere, y como quiere, y á veces las hace al menos santo, y deja á otro mas santo, por sus secretos juicios, remitiendo todo su premio para la otra vida; y así, aunque san Andrés no fue llevado al monte, no por eso se sigue que no era tan fervoroso como los demás. Y esto me ha de consolar cuando viere á otros favorecidos de Dios, y á mí me viere desechado, para no perder el ánimo, ni dar en pusilanimidad y desesperacion, teniendo por suma dicha la eterna disposicion de Nuestro Señor, y que él siga sus trazas, pues siempre son las mas convenientes y acertadas.

2. Lo tercero, ponderaré el misterio de estos tres compañeros, por los cuales se representan tres virtudes principales que acompañan á la oracion levantada, donde se hace la transfiguracion del alma, conviene á saber, fe viva y fervorosa, figurada por Pedro: esperanza fuerte, peleando con valor contra los enemigos de la oracion, figurada por Jacobo: y caridad muy encendida y afectuosa, figurada por Juan; pero es menester que Cristo nuestro Señor vaya delante, y con sus inspiraciones las guie y enderece, para que acierten á subir á la alteza de sus perfectísimos afectos, con que se alcanza la transfiguracion en Dios por union de amor. Ó dulcísimo Maestro, envia del cielo tu luz y tu verdad, para que me guien y me lleven á tu santo monte (*Psalm.* XLII, 3), llevando allá mis afectos, uniéndome á tí con ellos.

3. De aquí es, que el ejercicio en que Cristo se ocupaba en el monte era, como dice san Lucas, orar, para enseñarnos como en la oracion se dan los regalos y favores del cielo; y la oracion alcanza la transfiguracion del alma, trocando y mudando la vida de terrestre en celestial, y de humana en divina: en la oracion el alma se levanta sobre sí misma, su rostro se pone resplandeciente por la luz de las verdades, y por el resplandor de las virtudes que allí se le comunica, echando rayos de amorosos afectos, y blanqueando las vestiduras, que son las obras con purísimas intenciones. Finalmente, allí queda transformada en Dios y endiosada, conforme á lo que de ella dice san Pablo (II *Cor.* III, 18): Contemplando la gloria de Dios, nos transformamos en su misma imágen. Ó dulcísimo Jesús, concédeme que de tal manera medite y contemple la gloria de tus virtu-

des, que quede transformado en ellas. Enséñame á orar con tanto espíritu, que sea transfigurado en la imágen de tu gloria. Amen.

PUNTO CUARTO.—Lo cuarto, consideraré el modo como se transfiguró Cristo nuestro Señor, que fue dando licencia para que la gloria del alma, que estaba represada sin derivarse al cuerpo, saliese á fuera y se le comunicase; y así quedó resplandeciente como el sol y aun mucho mas, sino que no hubo cosa mas resplandeciente á que compararle. Y de allí resultó que sus vestiduras quedaron blancas como la nieve, y su divino rostro lleno de inefable hermosura, la mayor, como dice David (*Psalm.* XLIV, 3), que jamás hubo ni habrá entre los hijos de los hombres. De lo cual me tengo de gozar dándole el parabien, y diciéndole: Ó Jesús Nazareo (*Thren.* IV, 7), Príncipe de todos los nazareos, gózome de veros mas blanco que la nieve, mas rubicundo que el marfil y mas hermoso que el zafiro. ¡Oh cuán glorioso habeis aparecido en la presencia del Señor, con la hermosura de que os ha vestido! Ó alma mia, mira á tu Amado, hermoso mas que la luna, resplandeciente mas que el sol, blanco y colorado, escogido entre millares (*Cant.* V, 10), alégrate de su gloria, ama su hermosura y descansa en ella. Tambien sacaré grandes afectos de alabanza y agradecimiento á Cristo nuestro Señor, por los muchos años que privó á su cuerpo de tanta gloria por nuestra causa, y tambien porque se la dió ahora á gustar, aunque por poco tiempo, con propósito de quitársela para proseguir el negocio de nuestra redencion. Ó buen Jesús, gracias os doy cuantas puedo, por el alivio que dais en este dia á vuestro afligido y maltratado cuerpo, haciéndole que pruebe la dulzura de la gloria que ha de gozar en la resurreccion, antes que pase por los dolores y afrentas de la pasion. Por aquí veo, Señor, lo mucho que os debo, pues privásteis á vuestro santísimo cuerpo tantos años de tan grande gloria, para que pudiese ser sacrificado en la cruz con tan grande ignominia. ¡Oh quién pudiese renunciar todos los deleites y gozos perecederos de esta miserable vida, para padecer algo por vuestro infinito amor! Mas querria, Salvador mio, hallarme ahora con Vos en el monte Calvario padeciendo, que en el monte Tabor gozando; ahora escojo el padecer, y cuando Vos fuéredes servido vendrá el gozar.

MEDITACION XXII.

DE LAS COSAS QUE SUCEDIERON ESTANDO CRISTO NUESTRO SEÑOR TRANSFIGURADO.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Aparecieron con Cristo nuestro Señor Moisés y Elías con gran majestad, y hablaban con él diciendo el exceso que había de cumplir en Jerusalen.* (*Luc.* IX, 30). Sobre este punto se ha de considerar lo primero, por qué escogió Cristo nuestro Señor á estos dos profetas, entre otros muchos del Testamento Viejo. Las causas fueron: -Lo primero, porque estos eran los mas señalados y conocidos por la grandeza de su santidad. -Lo segundo, fueron ambos muy celosos de la observancia de la ley, y del bien de su pueblo, y por esta causa padecieron muchos trabajos. -Lo tercero, ambos ayunaron cuarenta dias, como Cristo nuestro Señor (*Exod.* XXXIV, 28; III *Reg.* XIX, 8); y ambos en otro monte contemplaron las grandezas de Dios, y del misterio de su encarnacion; y así quiso Nuestro Señor honrarse con ellos, y honrarlos á ellos. De donde sacaré gran deseo de las virtudes que en estos Santos resplandecieron, especialmente ayuno, oracion y celo, para privar con el Señor con quien ellos privaron.

2. Lo segundo, ponderaré como vinieron estos Santos con grande resplandor y majestad; lo uno, porque así convenia para la honra de Cristo, á quien venian á reconocer por su Redentor; y lo otro, para que se entendiese que los Santos han de ser semejantes á Cristo en la gloria y majestad, como lo son en los trabajos é ignominias de esta vida. ¡Oh qué contento recibirian estos Santos en ver al que tantos años habian deseado y esperado! ¡Cómo le reconocerian por su Dios y Salvador; y qué gracias le darian por haber venido á redimirlos! Ponderando estos afectos en su compañía, ejercitaré yo los mismos.

3. Lo tercero, ponderaré lo que hablaban con Cristo nuestro Señor, diciéndole el exceso que habia de cumplir en Jerusalen; esto es, su pasion y muerte, la cual fue exceso de dolores y de ignominias, y exceso de satisfaccion por nuestros pecados, pues todo fue excesivo, y mucho mas de lo que nosotros merecíamos, y mas de lo que era necesario para nuestro remedio. Ó dulce Jesús, ¿qué pláticas son estas que tratais en medio de estos gozos? ¿Pláticas de pasion y muerte vienen bien con tanta gloria? Si la música es impor-

tuna en tiempo de llanto (*Eccli.* XXII, 6), tambien lo será el llanto en tiempo de música. Mas por aquí veo que vuestras músicas son pláticas de padecer, porque el amor las hace muy suaves.—De aquí sacaré, como Cristo nuestro Señor mientras vivió no quiso tener un rato de puro descanso, sino mezclado siempre con trabajo, para enseñarnos que el gozar en esta vida es para padecer; y tambien para que entendamos que quien ama con exceso, gusta platicar de lo que ama; y como él amaba la pasion por dar gusto á su Padre y por nuestro provecho, gustaba oir pláticas de ella. Ó Amador excesivo, dame que te ame como me amaste, para que guste de padecer y de hablar de ello como tú gustaste. ¡Oh si todos mis consuelos se ordenasen á padecer ignominias y dolores con exceso! aunque no será exceso, pues todo será poco para lo que yo merezco por mis culpas, y en respecto de lo mucho que tú, Señor, padeciste por ellas.

Punto segundo.— 1. *En este tiempo estaban los tres apóstoles durmiendo, gravados de sueño, y en despertando vieron la gloria de Cristo, y de Moisés y Elías; y Pedro dijo: Señor, hagamos aquí tres tabernáculos, uno para tí, otro para Moisés, y otro para Elías; pero no sabia lo que decia.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la miseria y flaqueza nuestra; pues cuando Cristo nuestro Señor está orando y velando, y con su oracion está transfigurado, están los Apóstoles durmiendo. De creer es, que comenzaron á orar con su Maestro, sino que como la oracion era larga, de cansados se durmieron. En lo cual se representa la diferencia entre la oracion de los fervorosos y la de los tibios, que la de aquellos, como dice el Sábio (*Eccles.* VII, 9), es mejor en el fin que en el principio, porque al fin se alcanza la transfiguracion, como Cristo la mostró; pero la de estos suele ser, al contrario, mejor en el principio que en el fin, porque entran con fervor y luego se cansan, y por esto no alcanzan la perfecta transfiguracion á que se ordena. Y si hago reflexion sobre mí, hallaré que tropiezo aquí muchas veces, con pérdida de los favores que Dios me haria si velase con fervor en oracion; pero algunas veces quiere mostrar Nuestro Señor su infinita misericordia, y despertar al dormido con sus repentinas ilustraciones, descubriéndole su gloria, y dándole el consuelo que no habia merecido, como sucedió aquí á estos apóstoles.

2. Lo segundo, ponderaré la inmensidad del gozo que habrá en la gloria, pues una sola gotica que gustó san Pedro (*D. Aug.* in soliloquio, c. 22), viendo el cuerpo de Cristo glorificado, le hartó tan-

to, que quisiera quedarse allí para siempre, y le pesaba de ver que Moisés y Elías se querian ir, ofreciéndose á edificar tres tabernáculos en que morasen, olvidándose de sí y de sus compañeros, como si no estuvieran en el mundo, ni tuvieran necesidad de semejantes tabernáculos en que morar; porque la hermosura y suavidad de las cosas del cielo hace olvidar todas las cosas de la tierra, y decir como un san Pablo (*Philip.* III, 8); que todas las cosas del mundo son estiércol, en razon de ganar á Cristo y estar con él en su gloria. Ó Dios mio (*Psalm.* XXX, 20), ¡cuán grande es la muchedumbre de la dulzura que tienes escondida para los que te temen! Dame á probar una sola gota, para que tenga fastidio de todo lo terreno y solamente quiera buscar lo celestial.

3. Lo tercero, se ha de ponderar como san Pedro no sabia lo que se decia, parte por estar embriagado con la dulzura que sentia en su alma, y parte por el horror que tenia á la pasion y muerte de Cristo, de cuya plática no gustaba; antes deseaba estorbarla, como lo pretendió seis dias antes de la transfiguracion. Por lo cual Cristo nuestro Señor le dijo (*Matth.* XVI, 22), que no sabia las cosas que son de Dios, sino de los hombres. Y como ahora oyese que Moisés y Elías confirmaban lo que Cristo habia dicho de su muerte, quisiera estorbarlo, y así con aquel su fervor dijo, que se quedasen allí para siempre. Pero tambien ahora no sabia lo que se decia, porque Dios tenia ordenado que Cristo muriese; y porque esta vida no es para gozar sino para padecer, y los consuelos de la oracion no son para quedarse en ellos, sino para alentarse con ellos para los trabajos de la pasion; y porque es grande ignorancia no gustar de las pláticas de que gusta Cristo, y con título de estar en su compañía, huir de cumplir su voluntad. Ó dulce Jesús, concédeme que ame lo que tú amas y guste de lo que tú gustas, y que mi gusto sea con las dulzuras que me dieres en el monte Tabor, animarme á estar contigo en el monte Calvario. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. *Estando Pedro diciendo las palabras referidas, una nube muy resplandeciente les cercó, y de la nube salió una voz que decia* (*Matth.* XVII, 5): *Este es mi Hijo muy amado, en el cual me he agradado, á él oid.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como el Padre eterno y el Espíritu Santo quisieron tambien honrar á Cristo nuestro Señor en este caso, y autorizarle para que se conociese la autoridad de su persona, su dignidad y doctrina, como lo hicieron en el Bautismo. El Espíritu Santo, en figura de aquella nube, representaba la lluvia copiosa de doctrina y ciencia, y la abundancia

de gracias y dones celestiales que se darian á los hombres por Cristo; y la nube no era oscura, como antiguamente se manifestaba Dios en nube y niebla, sino clara y resplandeciente, para significar que ya cesaron las figuras, y vino la verdad representada por ellas. Tambien el Padre eterno quiso autorizar á su Hijo con aquella voz que salió de la nube, que tambien representaba la divinidad de Cristo nuestro Señor, cumpliéndose aquí lo que dijo san Juan (I *Ioan.* v, 7): Tres son los que dan testimonio de Cristo en el cielo, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa en la divinidad, y muy conformes en el testimonio que dan de ella.

2. Lo segundo, ponderaré las palabras del Padre: Este es mi Hijo muy querido y amado, en quien mucho me agrado. Con las cuales ratificó lo que habia dicho en el Bautismo; y juntamente nos avisa, que el estado de los hijos de Dios comienza en esta vida por el Bautismo, y se perfecciona en la gloria, donde reciben la herencia. Estas palabras se ponderaron ya en la meditacion III. Esta vez añadió el Padre: Á él oid; como quien dice: Oid lo que os enseña y manda, creedlo y cumplidlo, porque él es vuestro Maestro, no Moisés ni Elías, y mi voluntad es que le oigais. Ó Padre soberano, gracias os doy por el testimonio que dais de vuestro Hijo unigénito; pláceme, Señor, de oir su doctrina y abrazarla, pues su doctrina es vuestra (*Ioan.* VII, 16; VIII, 26), y de Vos oye lo que dice, y en oirle á él oimos á Vos. Ó dulce Jesús, sea para bien esta nueva aprobacion del oficio que os han dado de Maestro; y pues vuestro Padre me manda que os oiga, habladme, Señor, al corazon, que vuestro siervo oye con deseo de cumplir lo que oyere.

PUNTO CUARTO. — 1. *Los Apóstoles, atónitos con la majestad de esta voz, cayeron en tierra, y temieron grandemente. Pero luego acudió Cristo nuestro Señor, y tocándoles con su mano les dijo: Levantaos, y no querais temer.* En lo cual se representa, que es propio del buen espíritu, cuando habla, atemorizar en los principios, y despues sosegar y quietar el corazon, como sucedió á Daniel. (*Dan.* x, 15). Pero tú, alma mia, considera que si la voz de Dios, tan amorosa y apacible, tanto temor causó en los escogidos, ¿qué hará su voz terrible y espantosa cuando suene en el oido de los réprobos? Por tanto oye ahora la voz de tu dulce Maestro, porque no te atemorice despues la voz del riguroso Juez. – *Levantáronse los Apóstoles, y no vieron sino solo á Jesús,* para que entendiesen, que por él solo se habia dicho aquella voz, y que él solo les bastaba, sin tener necesidad de Moi-

sés ni de Elías. Ó Amado mio, aunque todos se vayan y me dejen, como tú quedes conmigo, no tengo mas que desear. Váyase Moisés y váyase Elías, váyanse todas las criaturas; como tú, Dios mío, no te vayas, ni me dejes, seguro quedo, contento y harto.

2. Finalmente les dijo Cristo nuestro Señor: *No digais esto que habeis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de los muertos*, deseando que se encubriese esta gloria, porque no fuese ocasion de estorbar su pasion y muerte. ¡Oh humildad profunda, oh caridad ardiente del Redentor! Para manifestar su gloria escoge un monte y lugar secreto y pocos testigos, y á esos pone perpétuo silencio mientras vive; y para morir con ignominia escoge un monte y lugar público, queriendo confundir mi soberbia con tan raros ejemplos de humildad, y alentarme á padecer con tan insignes obras de caridad; concédeme, Señor, que te imite en estas virtudes, pues por este fin me diste ejemplo de ellas.

MEDITACION XXIII.

DE LO QUE SUCEDIÓ Á CRISTO NUESTRO SEÑOR CON LOS HIJOS DEL ZEBEDEO, QUE LE PIDIERON LOS ASIENTOS DE LA MANO DERECHA É IZQUIERDA EN SU REINO.

—En esta meditacion seguirémos la historia, como la cuenta san Marcos (*Marc.* x, 25), por ser mas á propósito para nuestro intento, y añadirémos lo que dice san Mateo (*Matth.* xx, 20), advirtiendo, que contar y ponderar las imperfecciones de los Apóstoles en este tiempo no es agraviarlos, sino ensalzar la gran bondad y potestad de Cristo nuestro Señor, que los sufria y enseñaba, y despues los trocó, y dió excelente santidad y perfeccion. Y esta advertencia servirá para algunas meditaciones que se pondrán adelante.—

Punto primero.—*Daños de la ambicion.*— 1. Habiendo Cristo nuestro Señor manifestado la pasion y resurreccion á los Apóstoles, *Diego y Juan, hijos del Zebedeo, se llegaron á él, y le dijeron: Maestro, queremos que cualquier cosa que te pidiéremos nos la concedas.* Sobre este punto se ha de ponderar, en persona de estos dos hermanos, las condiciones de los ambiciosos, y el modo que tienen de orar y negociar lo que desean.—Lo primero, consideraré como estos dos apóstoles, aunque habian oido lo mucho que Cristo nuestro Señor habia de padecer, como tambien oyeron decir que habia de resuci-

tar y reinar, olvidados de lo primero, echaron mano de lo segundo (*Matth.* XVI, 21), deseando los mejores lugares de su reino, con algun modo de ambicion y deseo de honra. Por donde se ve, como el afecto ambicioso que tapa los sentidos para no entender lo que es ignominia, inclinándonos á ella, los abre para atender á lo que es honra, atizando el deseo de procurarla.

2. Lo segundo, ponderaré como estos dos apóstoles, que por entonces eran imperfectos, descubrieron su ambicion é imperfeccion en el modo de orar y pedir, diciendo: *Magister, volumus ut quodcumque petierimus facias nobis;* Maestro, queremos que nos dés cuanto te pidiéremos. En lo cual hubo tres imperfecciones.-La primera fue, mostrarse muy voluntariosos y amigos de su propia voluntad, tomándola por regla de lo que habian de pedir y de lo que Cristo les habia de conceder.-De aquí procedió la segunda, que fue falta de resignacion de su voluntad en la de Cristo nuestro Señor, porque no dijeron: Maestro, si quieres ó si es posible ó si nos conviene, sino absolutamente queremos, pretendiendo traer la voluntad de Cristo á la suya, y no conformar la suya con la de Cristo.-De aquí nació la tercera, que fue presuncion en pedir á Cristo nuestro Señor, con tanta generalidad, que les diese cualquier cosa que le pidiesen, como si estuvieran ciertos que habian de pedir lo que era justo, ó que Cristo no les habia de negar lo que ellos se atreviesen á pedirle, usando mal de la promesa que les hizo, diciéndoles (*Matth.* VII, 7): Pedid y recibiréis, porque cualquiera que pide, recibe. En todo esto erraron como imperfectos, porque la oracion que es agradable á Cristo nuestro Señor no ha de proceder de amor propio, sino de amor de Dios, ni de voluntad propia, sino de deseo de hacer la divina, ni ha de ser para nuestra gloria, sino por la de Cristo. Ó Maestro soberano, concédeme que nunca te pida lo que quiere mi propia voluntad, sino lo que es conforme á la tuya, ni permitas que te diga con temeridad, dame lo que quiero, sino con humildad, dame lo que tú quisiéres.

3. Lo tercero, se ha de ponderar como estos dos hermanos se concertaron para hacer esta demanda, porque carne y sangre suelen concertarse para pretensiones de honra; mas por encubrir su ambicion, y para mejor negociar, no quisieron ellos proponer la demanda, sino solicitaron á su madre, que ella pidiese para ellos lo que deseaban. Y así dice san Mateo, que llegó á Cristo la madre de los hijos del Zebedeo, con sus hijos, adorándole con reverencia exterior, y diciendo que queria pedirle alguna cosa grande. Y porque

era como intérprete de la voluntad de sus hijos, dijo san Marcos que llegaron ellos á pedir lo que la madre pidió por ellos. Por donde se ve que la ambicion á los mismos que la tienen parece mal, y la encubren, buscando la honra ó dignidad, sin que se entienda que la pretenden. Y por otra parte son grandes negociadores, tomando todos los medios de carne y sangre y mundo, que su ambicion les representa, para salir con su intento. Por lo cual David á la tentacion de este vicio llama (*D. Bern.* Serm. 6 in Psalm. xc) negocio que anda en tinieblas; porque la ambicion es mal sutil, ponzoña secreta, peste oculta, tramadora de engaños, madre de la hipocresía, fuente de la envidia, orígen de los vicios, polilla de las virtudes y gusano destruidor de la santidad, y así he de suplicar á Nuestro Señor, que con el escudo de su verdad me ampare y defienda de esta negociacion ambiciosa que tanto daño hace á sus mismos negociadores.

Punto segundo. — 1. *Díjoles Cristo: ¿Qué quereis que haga con vosotros? Respondieron: Concédenos que el uno se siente á tu mano derecha y el otro á la izquierda en tu gloria y reino.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la prudencia y sabiduría de Cristo nuestro Señor, el cual con saber el corazon de los Apóstoles no los reprendió luego, ni les dijo, no me pidais lo que quereis, porque no es conveniente, esperando á que ellos mismos descubriesen la llaga de su ambicion, y echasen por su boca la ponzoña; ni tampoco les dijo que les daria todo lo que pidiesen, para enseñarnos que no es prudencia ofrecer á bulto cualquier cosa que nos pidieren otros; especialmente siendo imperfectos los que piden, porque puede ser que pidan algo malo ó imperfecto, como sucedió á Herodes cuando dijo á Herodías (*Marc.* vi, 22) que pidiese lo que quisiese, y le pidió la cabeza de san Juan Bautista.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que con saber estos dos hermanos que juntamente con Pedro eran preferidos de Cristo nuestro Señor á los demás apóstoles, sentian mucho que Pedro les fuese preferido, y por esto pedian los dos lugares inmediatos á Cristo, uno al lado derecho y otro al lado izquierdo, para que ni Pedro estuviese delante de ellos. Y es muy creible que si la ambicion pasara adelante, tambien cundiera entre ellos mismos y los desuniera, porque cada uno deseara para sí el lado derecho, por ser antepuesto al otro. De donde sacaré la inquietud de este vicio, que no perdona á compañeros ni á hermanos. Y cuanto mas seguro es escoger, como dijo Cristo nuestro Señor (*Luc.* xiv, 10; *D. Bern.* Serm. 37 in Cant.),

el lugar último, despues del cual no hay otro, sin querer ser preferido á uno solo, porque de otra manera este solo bastara á quitarme la paz del corazon y el fruto de la humildad. Ó Maestro de humildad Cristo Jesús, que compitiendo con Barrabás, no quisiste ser preferido ni á este solo, escogiendo para tí el último lugar en la opinion del mundo, suplícote me ayudes, para que yo tambien la escoja para mí; pues es razon escoja el discípulo lo que para sí escogió su maestro.

3. Lo tercero, consideraré como la ambicion cunde en todas las cosas, así corporales como espirituales, deseando la prima en todas con desórden; y así estos apóstoles, ó desearon la mayor grandeza en el reino y gloria de Cristo, imaginando que luego en resucitando, su reino seria temporal, cual los judíos le imaginaban; ó si creian que era espiritual, deseaban la mayor grandeza en él, no por ser mas santos, sino por ser mas honrados de los otros. Y de aquí procedió que la pretendian por medios desordenados: ambos modos de soberbia y ambicion desagradan mucho á Nuestro Señor, como luego se verá.

Punto tercero. - *Yerros de la oracion.*— 1. *Díjoles Cristo nuestro Señor: Nescitis quid petatis. No sabeis lo que os pedís.* Sobre esta palabra se han de considerar los yerros que hay en la oracion de nuestra parte, por no saber lo que pedimos. De donde procede que, como dice Santiago apóstol (*Iacob.* IV, 3), pedimos y no recibimos, porque pedimos mal.-El primer yerro es, pedir alguna excelencia y dignidad temporal ú otra cosa de la tierra, sin resignacion en la voluntad de Dios, y sin poner condicion de si nos conviene alcanzarla para nuestra salvacion.-El segundo es, pedir alguna excelencia espiritual, aunque sea en virtudes, sin la pureza de intencion debida, pretendiéndola, no tanto por gloria de Dios, cuanto por la nuestra.

2. El tercero es, pedir alguna de estas grandezas, que excede mucho á nuestros merecimientos, y es singular ó extraordinaria y mayor de lo que pensamos; pero pedímosla con ignorancia y falta de humildad, como quien pide raptos, revelaciones y otros favores tales. Al modo que dijo la Esposa (*Cant.* I, 6): Muéstrame dónde apacientas al mediodía; y la respuesta fue: Si no te conoces, salta y vete, que fue decirla, pides mas de lo que mereces, porque no te conoces.-El cuarto es, pedir estas grandezas espirituales, pretendiendo alcanzarlas por solos ruegos é intercesiones, sin hacer caso de merecimientos ni de obras; porque dado caso que son necesa-

rias oraciones, pero no bastan, si con ellas no se juntan obras y trabajos con que se dispongan á recibirlas; y mucho menos bastan, cuando se alegan solos títulos de carne y sangre y de sola naturaleza, los cuales pesan poco delante de Dios, para cosa tan alta.—El quinto yerro es, pedir estas grandezas, que son premio y corona de los que vencen, antes de haber peleado ni merecido el premio.

3. Por todas estas causas, segun la declaracion de varios doctores, dijo Cristo nuestro Señor á estos apóstoles, no sabeis lo que os pedís; y así escarmentando en cabeza ajena, miraré bien lo que pido, y la intencion y el medio y modo con que lo pido, porque no me diga Cristo nuestro Señor, no sabes lo que te pides. Ó buen Jesús, que dijiste á tus Apóstoles, cuanto pidiéreis en mi nombre se os dará (*Ioan.* XIV, 13), concédeme que solamente pida lo que es justo pedir en nombre tuyo, para que pidiendo lo que te agrada, me dés lo que te pidiere. Ó Espíritu santísimo, pues soy tan ignorante, que no sé lo que tengo de pedir, ni el modo como conviene pedirlo, enséñame lo uno y lo otro, para que pidiendo lo que tú me enseñares é inspirares (*Rom.* VIII, 26), no me puedan decir, no sabes lo que te pides.

PUNTO CUARTO. — 1. Luego añadió Cristo nuestro Señor: *¿Podréis beber el cáliz que yo bebo, y ser bautizados con el bautismo que yo soy bautizado?* Esto es: ¿Sentís ánimo y fuerzas para esto, y estais aparejados para ello? Aquí se ha de ponderar lo primero, como es grande beneficio de Cristo nuestro Señor, cuando erramos en la cosa que pedimos, ó en el modo, negárnoslo, y enderezarnos luego en lo uno y en lo otro, poniéndonos delante lo que es razon que le pidamos, como lo hizo con estos dos apóstoles queridos suyos, así esta vez como otra que le dijeron (*Luc.* IX, 54): *Señor, ¿quieres que pidamos baje fuego del cielo que abrase estos samaritanos? Y el Señor les reprendió diciendo: No sabeis el espíritu que habeis de tener, porque yo no he venido á destruir las almas sino á salvarlas.* De aquí es que tengo de dar gracias á Dios, no solo por lo que me concede, sino por lo que me niega como Padre, cuando no sé lo que me pido, y me endereza á que le pida lo que debo pedirle.

2. Lo segundo, ponderaré la caridad y suavidad de Cristo nuestro Señor en esta pregunta, convidando á sus Apóstoles á los trabajos de su pasion, con palabras, ejemplos y razones eficaces, dándoles á entender que el medio para alcanzar la mano derecha y la izquierda que pretendian, era beber el cáliz que él bebia, y ser bautizados con el bautismo que él lo era, provocándoles con su ejemplo

á imitarle en esto. Porque si el supremo Monarca de cielo y tierra llega á sentarse en el trono de la gloria, bebiendo este cáliz, ¿cuánta mas razon es que sus vasallos no lleguen á sentarse con él en los tronos que les ha prometido, sino bebiendo el mismo? (*Luc.* XXII, 30). ¿Y qué mucho le beban los discípulos, pues le bebe su Maestro? Ó Amado mio, bástame que tú hayas bebido este cáliz, y que gustes de que yo le beba, para que me ofrezca á ello. Aunque no hubiera para mí asiento de mano derecha ó izquierda en tu reino, me tengo por dichoso en beberle, porque mi principal premio es hacer y padecer mucho por tí, en agradecimiento de lo mucho que hiciste y padeciste por mí.

3. Lo tercero, ponderaré el espíritu que está encerrado en llamar Cristo nuestro Señor á su pasion y muerte, cáliz y bautismo (*Luc.* XII, 50), aludiendo al uso antiguo de matar á los malhechores, dándoles una bebida ponzoñosa ó ahogándoles en agua, para significar que como el cáliz de muerte mata entrando la ponzoña dentro del hombre, y el bautismo ahoga hundiendo á todo el hombre dentro del agua, así para su pasion y muerte concurrieron dos suertes de trabajos (*Psalm.* LXVIII), como se dirá en la parte IV, unos interiores que penetraron su santísima alma, y otros exteriores que afligieron tambien su cuerpo. Y aunque el evangelista san Mateo dice, que les preguntó: ¿Podeis beber el cáliz, *quem ego bibiturus sum*, que yo tengo de beber? Pero el evangelista san Marcos dice, *quem ego bibo?* el que yo bebo? Porque siempre le bebió con el deseo y con la representacion interior, y estaba ya cerca de beberle por la pasion exterior. Y todo tiene gran misterio, porque iba ordenado á reprimir la ambicion interior y exterior de sus discípulos, convidándoles á refrenarla con esta bebida y bautismo de tantos trabajos y desprecios, deseándolos con el corazon, y acometiéndolos con la obra.

4. Últimamente se ha de considerar otra causa misteriosa, por la cual dijo: ¿Podeis beber el cáliz que yo tengo de beber? Porque en la divina Escritura hácese mencion de muchos cálices, y no los bebió Cristo nuestro Señor. (*Psalm.* CXV, 13; XV, 5; XXII, 5; LXXIV, 7; *Isai.* LI, 17). Uno es de pasion y trabajos; otro de gloria y premio, que es la suerte de los bienaventurados, y otro de la ira de Dios y de sus castigos, que es la suerte de los condenados. El primero bebió Cristo nuestro Señor, y nos exhorta á que le bebamos; y quien le bebiere, tambien beberá el segundo, que bebió Cristo, y no gustará el postrero, como ni Cristo le gustó. Pero quien rehusa

beber el cáliz de trabajos, y atropella por esto la ley de Dios, no gustará del segundo, y cabrále en suerte el tercero. Por tanto, alma mia, recibe de buena gana el cáliz de tu salud, aunque sea muy amargo, porque con esta amargura temporal te librarás de la eterna, y beberás el cáliz excelentísimo que embriaga, viendo y amando á Dios con sumo gozo.

5. Con esta consideracion, he de imaginar que Cristo nuestro Señor me pregunta lo que á sus Apóstoles, diciéndome: ¿Tendrás ánimo y estás aparejado para beber el cáliz que yo bebí? ¿y para ser bautizado con el bautismo con que yo lo fuí? Y luego entraré dentro de mi corazon á examinar si tengo este ánimo y prontitud al modo que luego dirémos; y si no le hallare, he de procurar ganarle con las consideraciones que se han dicho.

PUNTO QUINTO. — 1. *Respondieron los dos apóstoles, diciendo: Podemos beberle. Díjoles Jesús: Así será, que beberéis el cáliz que yo bebo, y seréis bautizados con el bautismo que yo lo soy; pero sentaros á mi mano derecha ó izquierda, no es mio darlo á vosotros, sino á los que está aparejado por mi Padre.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como puede proceder de tres causas, ofrecerse á beber este cáliz, y decir con mucha resolucion aquella palabra *possumus*.-La primera es, con espíritu de ambicion, el cual como instiga á grandezas, así instiga á los medios para alcanzarlas, padeciendo algunas humillaciones por llegar á ser ensalzado.-La segunda es, con espíritu de fervor ciego, ignorante y poco experimentado, tomando el padecer á bulto y en comun. Lo cual suele ser fácil á muchos, porque es dulce la guerra á quien nunca se ha visto en ella; y piensa que es fácil cosa beber este cáliz quien nunca le ha gustado.-La tercera es, con espíritu de Cristo, el cual inspira á sus escogidos semejantes deseos y propósitos, ofreciéndose muy en particular á todos los trabajos que el mismo Cristo padeció. Y de este modo es creible que se ofrecieron estos dos apóstoles; y si no lo hicieron ahora, á lo menos es cierto que lo hicieron despues, y pusieron por obra su deseo. Y con este espíritu tengo yo tambien de ofrecerme á ello, no estribando en mis fuerzas, sino en las de Cristo nuestro Señor, diciendo con san Pablo (*Philip.* IV, 13): Todas las cosas puedo en el Señor que me conforta; y así confortado con su gracia, puedo y quiero beber el cáliz que él bebió.

2. Lo segundo, ponderaré como es gracia y favor grande de Cristo nuestro Señor darnos á beber el cáliz de su pasion, y como tal lo concedió á estos dos queridos apóstoles. Pero no sin misterio

el uno murió por Cristo, y el otro, aunque padeció mucho, murió su muerte natural; para significar que no solo se bebe el cáliz de la pasion de Cristo muriendo como los Mártires, sino padeciendo como los Confesores. Ó dulce Maestro, concédeme tal favor, que oiga de tu boca y experimente por la obra, beberás mi cáliz y serás bautizado con mi bautismo, para que padeciendo contigo, llegue á reinar contigo. Amen.

3. Lo tercero, se ha de ponderar la infinita sabiduría, bondad y caridad de Cristo nuestro Señor, que resplandece en las últimas palabras que dijo á estos dos apóstoles, porque de tal manera les negó el asiento de la mano derecha é izquierda, por el título que le pedian, que juntamente se le concedió por otro título. Como si dijera: No es mi oficio, ni me está bien, ni conviene dar el asiento de la mano derecha ó izquierda á vosotros, por ser mis deudos, ni por solas intercesiones y ruegos, sin haberlo merecido ni trabajado; pero es mio darle á los que están señalados por mi Padre, que son los que bebieren mi cáliz, y trabajaren por mi servicio, cumpliendo lo que les mando. Y por consiguiente, pues vosotros habeis de beber mi cáliz, yo os le daré por este título, cuando le hubiéreis bebido; porque mi Padre, cuyo es en cuanto Dios predestinar los hombres para el cielo, ha ordenado que los predestinados no lleguen á grandes premios sino por grandes trabajos. Ó dulcísimo Jesús, Dios verdadero, á quien pertenece tambien como á tu Padre disponer las sillas y asientos de tu reino, gózome de la rectitud que tienes mezclada con tanta suavidad. Y pues no es tuyo dar estas sillas á los indignos, sino á los dignos (*Luc.* XXII, 29), hazme digno por tu gracia, para que alcance una de ellas en tu gloria. Amen.

PUNTO SEXTO.— 1. (*Marc.* XX, 29; *id.* X, 42). *Oyendo los diez apóstoles lo que pasaba, indignáronse contra los dos; y llamándolos Cristo nuestro Señor á todos, les dijo: Los príncipes de las gentes enseñoreáronse de ellas, y ejercitan su potestad con gran imperio en sus súbditos; pero vosotros habeis de ir por otro camino, porque quien quisiere ser mayor, ha de ser como criado; y el que quisiere ser el primero, ha de ser siervo de todos, como el Hijo del hombre no vino para que le sirviesen, sino para servir y dar su vida por la redencion de muchos.*— Lo primero, se ha de considerar la gran flaqueza y miseria de los hombres, antes que los perfeccione la divina gracia; porque con haber oido los diez apóstoles la respuesta de Cristo nuestro Señor, que tan poderosa era para poder reprimir la ambicion loca de los hijos del Zebedeo, no les hizo impresion; antes tropezaron en el

mismo vicio, indignándose contra los dos, porque habian pretendido ser mas que ellos. Por donde se ve el daño del mal ejemplo, y cuán perjudicial es la ambicion en las comunidades, causando en ellas discordias, envidias é indignaciones.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la mansedumbre de Cristo nuestro Señor en no indignarse, ni contra los ambiciosos ni contra los indignados, sino con espíritu de amor los juntó á todos, y á todos avisó de su yerro, y reprimió su ambicion con dos ejemplos, uno que han de huir, y otro que han de seguir.—El que han de huir es el de los príncipes mundanos, los cuales ponen su grandeza en mandar con imperio y tiranía, y tener los súbditos debajo de sus piés; pero vosotros, dice, habeis de poner toda vuestra grandeza en servir á todos y en ser siervos y esclavos de todos, y por este camino se llega á la grandeza en mi reino; y quien la tuviere, para este mismo fin la ha de tener.—El ejemplo que han de seguir es el de su vida, porque yo, dice, con ser vuestro Maestro y mayor que vosotros y el primero en el reino de mi Padre, vine al mundo, no á ser servido, sino á servir y á ser el postrero de todos como siervo, y dar mi vida con grandes tormentos y desprecios por la salvacion de los hombres. Por tanto, si sois mis discípulos, entended, que como yo vine para esto al mundo, así vosotros habeis venido para lo mismo á mi escuela. Ó dulcísimo Maestro, he oido la soberana leccion que me habeis leido; no quiero de hoy mas aprender de los ejemplos del mundo, que son para mi condenacion, sino de los vuestros, que son para mi salvacion y perfeccion. Y pues por vuestra gracia me habeis traido á vuestra escuela, ayudadme á poner en práctica la leccion que he oido en ella, para gloria de vuestro santo nombre. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LÁZARO EL POBRE, Y DEL RICO AVARIENTO.

—Esta historia que Cristo nuestro Señor contó para nuestro ejemplo y escarmiento (*Luc.* XVI, 20), es una viva estampa de la dichosa muerte de los justos que beben el cáliz de su pasion, y de la desastrada muerte y castigo de los pecadores que le desechan y beben el cáliz de Babilonia, el cual, como dice san Juan (*Apoc.* XVII, 4), es de oro, porque estriba en honras y riquezas; pero está lleno de abominaciones y maldades.—

PUNTO PRIMERO. - *De la paciencia de Lázaro.* — 1. Lo primero, se ha de considerar la vida del mendigo Lázaro, la cual fue un ejercicio continuo de paciencia, en tres ó cuatro cosas señaladas por medio de las cuales llegó á grande santidad y á ser muy parecido á lo que despues padeció Cristo nuestro Señor. - Lo primero, se señaló en padecer graves dolores de llagas, porque estaba lleno de ellas de piés á cabeza, como otro Job, sin poderse menear de una parte á otra, estando tendido á la puerta del rico avariento, sufriendo esto con grande conformidad con la voluntad de Dios, sin rencor ni murmuracion ó queja. - Lo segundo, en padecer extremada pobreza, mendiguez y hambre, la cual llevaba con tanto silencio, que no se dice de él que pidiese limosna con palabras, sino con la demostracion de sus llagas. - Lo tercero, padeció sumo desamparo y desprecio de los hombres, porque siendo tanta su hambre, que quisiera hartarse de las migajas que caian de la mesa del rico, no habia quien se las diese, y ni por esto se quejaba de la crueldad del rico, ni de sus criados. Y á esto se añade que padecia estas cosas viendo al ojo la abundancia de que otros gozaban; lo cual suele aumentar la pena.

2. Lo cuarto, llegó á tanto su miseria, que los perros llegaban á lamerle las llagas, por cebarse en su podre, y él estaba tan tullido, que ni los podia echar de sí, ni habia quien se los desviase. Y si decimos que esto era piedad natural de los perros, esto mismo aumentaba su pena, viendo que tenian de él piedad los perros, y no los hombres. Por donde se ve que la perfecta paciencia abraza toda suerte de trabajos, así los que nacen de la propia naturaleza, como son enfermedades, etc., y los que vienen por mano de hombres, como son robos, injurias, etc., y los que vienen de criaturas irracionales, como son fieras, avispas, mosquitos, etc. Además, los frios, hielos y otras injurias de los tiempos, y finalmente los que atizan y procuran los demonios. Con lo cual se cumple lo que dijo el apóstol Santiago (*Iacob.* I, 4): La paciencia tenga obra perfecta para que seais perfectos y enteros, sin faltar en cosa alguna.

3. Por estos escalones llegó Lázaro á grande santidad, tanto que Cristo nuestro Señor se quiso hacer cronista de su vida y de sus trabajos, y darla por ejemplo de santidad, y en ella parece que dibujó su pasion, en la cual estuvo lleno de llagas con extremada pobreza y con tanto desamparo, que deseando una gota de agua en la cruz, no hubo quien se la diese ni quien de él se compadeciese. De modo, que con sus trabajos confirmó Cristo los de Lázaro, y nos enseña que el camino llano y breve para la santidad es padecer do-

lores, pobrezas, desamparos y desprecios de los hombres, conformándonos en todos con la divina voluntad; digo en todos, porque conformarse en un trabajo de estos, cuando es solo, no es mucho, pero en todos juntos es cosa heróica. No es lo heróico padecer enfermedades, si hay riquezas y caricias de hombres, ni padecer pobreza, si hay quien dé limosna; pero padecer todo esto con sumo desamparo, es heróica virtud, y muy semejante á la de Cristo nuestro Señor. Ó Jesús llagado, pobre y desamparado, dame gracia para imitar tu santísima paciencia y la de este pobre mendigo, conformando mi voluntad con la tuya en mis trabajos, pues para este fin me pones delante tales ejemplos.

Punto segundo. - *De la muerte dichosa de Lázaro.* — 1. Lo segundo, consideraré la gloriosa muerte de Lázaro, de quien dice Cristo nuestro Señor: *Que en muriendo, los Ángeles le llevaron al seno de Abrahan.* En lo cual se ha de ponderar lo primero, como la muerte de Lázaro fue fin de todos sus dolores, pobrezas y desamparos temporales, y fue principio de sus descansos, y riquezas y honras eternas. Y aunque su muerte, cuanto al cuerpo, fue vil y despreciada á los ojos del mundo, pero cuanto al alma fue preciosa en los ojos de Dios; el cual envió sus Ángeles, para que la llevasen al seno de Abrahan á descansar con los justos. Y aunque para esto bastara solo el Ángel de su guarda, quiso que viniesen muchos Ángeles, y como un ejército de ellos para honrarla y acompañarla. ¡Oh qué contenta saldria aquella alma de su cuerpo! oh qué gozosa iria con tan ilustre compañía! ¡Oh qué de parabienes la darian de su victoria los santos Ángeles, y cuán corridos quedarian los demonios! Verdaderamente, Dios mio, ahora veo que es preciosa en vuestros ojos la muerte de vuestros santos (*Psalm.* cxv, 15), aunque hayan sido pobres, llagados y despreciados en el mundo. ¡Oh si mi alma muriese la muerte de los justos (*Num.* xxiii, 10), y mis postrimerías fuesen semejantes á las suyas!

2. Lo segundo, ponderaré la gloria de que goza ahora el ánima de este mendigo en el cielo, á donde fue trasladada del limbo, y la que gozará su cuerpo en la resurreccion. Por las llagas recibe ahora gozos inmensos; por la pobreza, riquezas eternas; por la desnudez, vestidura de gloria; por la hambre, hartura sempiterna; por el desamparo y desprecio de los hombres, amparo y honra de Dios y de sus Ángeles. ¡Oh por cuán bien empleados da los trabajos padecidos en esta vida! Ahora le parece, cuanto padeció fue poco y momentáneo (II *Cor.* iv, 17), comparado con lo mucho y eterno que

le han dado. Anímate, ó alma mia, á padecer en esta vida, pues tanto descanso te está esperando en la otra.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, consideraré la grande honra que Cristo nuestro Señor hizo en esta vida á este mendigo, especialmente en dos cosas.-La primera fue revelarnos su nombre, que estaba olvidado en el mundo, y quiso que quedase escrito en su Evangelio, para que todos tuviesen de él memoria, no se dignando de nombrar al rico avariento, ni de tomar su nombre en la boca, para que los pobres y despreciados entiendan que no los tiene Dios olvidados, y que los conoce por sus nombres y tiene cuidado de ellos, y á su tiempo los publicará y honrará, y quiere que en su Iglesia sean honrados, como lo son san Pablo primer ermitaño, san Francisco y otros, cuyos nombres estuvieran olvidados, si no hubieran sido santos. Y para que con esto perdamos el hipo de ser conocidos y nombrados en el mundo, y de que nuestro nombre y obras sean sabidas, dejando á Dios el cuidado de esto.

2. La segunda fue canonizarle él mismo por santo, y revelar la gloria que le hicieron los Ángeles en su muerte, para que todos le tengan por tal, y en su Iglesia le edifiquen templos y pongan imágenes; y si hubiera reliquias suyas, las veneráramos, cumpliendo aquello de David (*Psalm.* CXXXVIII, 17): *Nimis honorati sunt amici tui, Deus.* Y en especial hizo esto, para que se entienda la excelencia de la paciencia en los trabajos y miserias, pues ella sola basta por testimonio de santidad, para canonizar por santo al paciente, porque quien se conforma con la voluntad de Dios en el padecer, mas fácilmente se conformará en el obedecer; y para ser santo insigne basta obedecer á cuanto Dios manda, y padecer bien cuanto ordena ó permite, al modo que se ha dicho. Ó Dios eterno, gracias te doy por la honra que haces á tus siervos, levantando al pobre del estiércol, para colocarle con los príncipes de tu cielo, concédeme que imite su paciencia y obediencia, para que con ellos goce de tu gloria. Amen.

—Á estos tres puntos se reduce lo que se ha de meditar de cada Santo, conviene á saber: -El primero, su vida y los escalones de virtud por donde llegó á tanta santidad, á imitacion de Cristo. -El segundo, su gloriosa muerte y el premio que Dios le dió en ella.-El tercero, la honra que Dios le hace aun en esta vida, premiándole tambien acá entre los hombres.—

PUNTO CUARTO.-*De los vicios del rico avariento.*— 1. Lo cuarto, se ha de considerar la miserable vida del rico avariento, en todo

contraria á la del justo Lázaro, porque toda su vida fue un continuo ejercicio de soberbia y avaricia, de regalo para consigo, y dureza de corazon para con los otros. La soberbia y sensualidad mostró en el vestido, vistiéndose de púrpura por vanidad, y de holanda por regalo. Y tambien en la comida, haciendo banquetes espléndidos por jactancia, y de manjares delicados por glotonería, comiendo y bebiendo cada dia hasta hartarse. La avaricia mostró usando de las riquezas para sí solo, teniendo gran dureza y crueldad con los pobres, sin tener misericordia de ellos, ni darles limosna, ni aun de las migajas que se caian de su mesa, y sin compadecerse del llagado y hambriento que tenia á su puerta, siendo mas cruel que sus mismos perros, y dando de comer á los perros no lo daba á los pobres. De aquí procedia que los de su casa eran tales como él, aprendiendo del ejemplo de su señor, pues no hubo criado que tuviese piedad del pobre. Por estos pasos cayó en muchos y gravísimos pecados, bebiendo todo el espíritu del mundo maligno, el cual se funda en codicia de carne y de hacienda, y en soberbia de la vida (I *Ioan.* II, 16), todo contrario al espíritu de Cristo.

2. Por lo cual fue sumamente de él aborrecido, y cuando contó su vida no quiso nombrarle ni tomar su nombre en la boca, en señal de que le aborrecia y despreciaba, y de que no le conocia ni aprobaba, y que su nombre estaba borrado del libro de la vida, ni queria que hubiese de él memoria entre los hombres. Y del mismo modo en su tanto aborrece á todos los que tienen este espíritu ó parte de él, buscando la vanidad y sensualidad, y las propias comodidades, aunque sea con daño de sus prójimos. Por donde se ve cuán contrarios son los juicios de Cristo y los del mundo. Lázaro en los ojos del mundo era desdichado, en los de Cristo dichoso. Al contrario el rico, en los ojos del mundo era dichoso, pero desdichado en los de Cristo, el cual fue humilde y áspero para consigo, y blando para con los otros, y tales quiere que sean sus siervos. Ó dulce Jesús, con todo mi corazon abomino la soberbia de la púrpura y la delicadeza de la holanda, pues tú estuviste vestido de púrpura por escarnio, y desnudo en una cruz. No quiero banquetes, ni regalos en la comida, pues tú comias pan de cebada, y por comida te dieron hiel, y en tu sed te dieron á beber vinagre. No quiero que mi nombre sea vanamente pregonado en el mundo, porque no le borres del libro de la vida, ni te olvides de mí, echándome de tu santo reino.

Punto quinto.—*De la muerte desventurada del rico.* — 1. Lo quinto, consideraré la desventurada muerte de este rico, y los tormen-

tos que padece en los infiernos; porque en muriendo, como dijo Cristo nuestro Señor, fue sepultado en el infierno; de suerte, que su muerte fue fin de todas sus riquezas, regalos y vanidades, y fue principio de las miserias, tormentos y desprecios que padece y padecerá sin fin. De esta vida no llevó cosa que tuviese, sino los vicios y pecados que habian de ser cebo de sus tormentos; y así se verificó en él lo que dice Job (*c.* XXI, 13): Pasan los dias en deleites, y en un punto bajan al infierno; porque aunque murió con apariencia de muerte suave, pero el punto último de su vida fue principio de su pena. ¡Oh punto terrible, fin de la vida deleitable que presto se acaba, y principio de la vida miserable que nunca se ha de acabar! Si en este punto bajo al infierno, ¿de qué me servirá la soberbia? Y la jactancia de las riquezas ¿de qué me aprovechará? (*Sap.* V, 8). Mejor me está pasar los dias en trabajos, y en un punto subir al cielo á gozar el premio de ellos.

2. Luego dice Cristo nuestro Señor, para declarar las penas de este miserable: *Que estando en los tormentos levantó los ojos, y vió á Lázaro en el seno de Abrahan, y á voces dijo: Padre Abrahan, ten misericordia de mí, y envia á Lázaro, para que con la punta de su dedo, mojado en agua, refresque mi lengua, porque soy muy atormentado en esta llama.* En lo cual se nos avisa, que los condenados padecen los tormentos proporcionados á sus culpas, y así este desventurado padecia cuatro terribles.—El primero, de llamas que le cubrian de piés á cabeza, por la vanidad y regalo de la púrpura y holanda con que se vestia.—El segundo, en la lengua, que fue el instrumento de sus gustos y parlerías, abrasándole el fuego y padeciendo terrible hambre y sed rabiosa.—El tercero, de envidia viendo por revelacion la buena suerte de Lázaro, y así no se atrevió á pedirle nada, sino á Abrahan.—El cuarto, de desamparo y desprecio de todos, en castigo de su crueldad, porque no halló misericordia en Abrahan, ni se le concedió la gota de agua que pedia, porque habia negado la migaja de pan al pobre, y no mereció alcanzar la misericordia, porque no tuvo misericordia. Ó justísimo Dios, ¡cuán justos son tus juicios y cuán proporcionados tus castigos con nuestros pecados! ¡Cómo no temo el rigor de tu justicia! ¡Y cómo no tiemblo de las penas del infierno! Líbrame, Señor, de tus ofensas, porque no descarguen sobre mí tus iras; abre los ojos de los ricos, para que escarmienten en cabeza de este rico; y abre tambien los ojos de los pobres, para que no tengan envidia de los ricos.

PUNTO SEXTO. — 1. Lo sexto, consideraré la respuesta de Abra-

han, notificándole la sentencia inmutable de la divina justicia, por estas palabras: *Acuérdate, hijo, que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro semejantemente males; pero ahora este es consolado y tú atormentado, y en todas estas cosas hay entre vosotros y nosotros un grande cáos ó abertura muy firme, de modo que los que están aquí no pueden pasar á donde vosotros estais, ni vosotros venir á donde estamos nosotros.* Dos partes abraza esta sentencia.-La primera, que el rico recibió en esta vida bienes temporales; esto es, abrazólos con sumo gusto, poniendo en ellos su felicidad, y aceptándolos como premio de algunas obras buenas; y en castigo de las malas se trocó su suerte, y ahora recibe males y tormentos. Al contrario, Lázaro recibió en esta vida males y trabajos, abrazándolos con paciencia y purgando con ellos las culpas en que cayó, y en premio de las buenas obras que hizo se trocó su suerte, y ahora recibe grandes bienes y regalos. Y así, cotejando las suertes de estos dos hombres, tengo de escoger para mí la de Lázaro, pues no es posible tener en esta vida la suerte del rico y en la otra la del mendigo, y si tuviere la del mendigo, me consolaré con que no me cabrá despues la del rico. Ó alma mia, mira bien la suerte que escoges en esta vida, pues de ella depende la que te ha de caber en la otra; tiembla de las prosperidades temporales, porque quizá serán premio de tus obras, y se trocarán despues en adversidades eternas. Y al contrario, gózate de las adversidades de esta vida, pues Dios te las envia como prendas de las prosperidades que te dará en la otra.

2. La segunda es, que no hay paso del infierno al cielo, ni del cielo al infierno, de modo que ningun bienaventurado jamás saldrá del cielo á condenarse, porque el decreto de Dios en esto es absoluto, firme é inmutable, como en su lugar se dirá. (Medit. LI de la parte VI).-Últimamente, ponderaré otra peticion que luego hizo este miserable á Abrahan, y tambien se la negó: *Ya que Lázaro* (dice) *no puede venir á donde yo estoy, envíale á casa de mi padre, para que avise á cinco hermanos que tengo, que no vivan como yo viví, porque no vengan á este lugar de tantos tormentos, donde yo estoy.* Esto decia, no por caridad, sino porque la compañía de sus hermanos en el infierno aumentaria su pena, por la culpa que tuvo en el mal ejemplo que les dió. ¡Oh miseria terrible del condenado, cuya pena crece con la vista de los buenos que despreció, y con la compañía de los malos á quien ayudó, de modo que buenos y malos son como sus verdugos, convirtiéndosele todas las cosas en mal, así como á los que aman á Dios (*Rom.* VIII, 28) se les convierten en bien!

3. Respondióle Abrahan: *Allá tienen á Moisés y á los profetas que les avisan de ello, óiganlos, y esto les basta.* Replicó el rico: *Creo que no bastará (como ni me bastó á mí), pero si alguno de los muertos va á decírselo, harán penitencia.* Respondió Abrahan: *Si no oyen á Moisés y á los profetas, tampoco creerán al muerto que resucitare para decírselo; porque tambien podrán decir que es fantasma ó embuste:* y mucho mas cierto es el testimonio de la Escritura revelada por Dios, que el de los muertos. De donde tengo de concluir, cuánto me importa entender y creer con viva fe lo que Dios ha revelado de la otra vida en su Escritura y Evangelio, y conformar mi vida con esta creencia, escarmentando en cabeza ajena; porque si me ciego y endurezco á no oir lo que la fe me dice, tambien me cegaré y endureceré para no creer lo que dijeren los muertos si viniesen á hablarme. Y si quiero creer lo que dicen los muertos, mejor es oir lo que la Escritura cuenta de ellos, como si á ellos mismos lo oyera, pues siempre nos están diciendo aquello del Eclesiástico (*c.* XXXVIII, 23): Acuérdate de mi juicio, porque tal será el tuyo. Lo que pasó ayer por mí, pasará hoy por tí,

—como se ponderó en la meditacion XI de la parte I.—

MEDITACIONES

DE ALGUNAS OBRAS MILAGROSAS QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR, CONVIRTIENDO PECADORES Y SANANDO ENFERMOS.

—Dos suertes de milagros hizo Cristo nuestro Señor cerca de los mismos hombres, fuera de los que se han contado cerca de las criaturas insensibles, vino, pan y mar. Unos espirituales, convirtiendo pecadores muy envejecidos en sus pecados; otros corporales, sanando enfermos de enfermedades incurables, ó resucitando muertos. Y como dice santo Tomás (3 *p. q.* 44, *art.* 3 *ad* 3; *Ioan.* V, 14; VII, 23; *Luc.* V, 23), de ordinario juntaba el primero con el segundo, dando la salud del alma con la del cuerpo, y sanando, como el mismo Señor dijo: *Totum hominem;* todo el hombre, así el hombre exterior como el interior, disponiéndole primero para recibir entera y perfecta salud. Y así meditando el milagro corporal, hemos de ponderar el efecto espiritual que obraba en el enfermo, y el que significaba para nuestro provecho, porque como las enfermedades del cuerpo son señales de las del alma, así la cura de las unas representaba la cura misteriosa de las otras. Todo esto se verá en las me-

ditaciones que se siguen, comenzando por las conversiones de los pecadores, de que hacen mencion los Evangelistas. —

MEDITACION XXV.

DE LA CONVERSION DE LA MAGDALENA.

Punto primero. — 1.° *Siendo Jesús convidado de un fariseo llamado Simon, una mujer que estaba en la ciudad y era pecadora, como lo supo, fué á casa del fariseo á buscarle.* Aquí se han de ponderar lo primero, las calidades de esta pecadora, porque en llamarla con este nombre, se da á entender que sus pecados eran de carnalidad, y muy arraigados y escandalosos, pues por tales pecados suele darse tal nombre á las mujeres. Pero el Evangelista no nombra la especie de estos pecados, porque, como dijo san Pablo (*Ephes.* v, 3), ni aun su nombre hemos de tomar en la boca. Mas por lo que despues dijeron san Lucas y san Marcos (*Luc.* viii, 2; *Marc.* xvi, 9), que Cristo echó de ella siete demonios, se saca que tenia innumerables pecados, significados por el número de siete, y que los siete pecados mortales, y los demonios que tientan de ellos, habian hallado morada muy de asiento en el alma. De donde sacaré dos afectos; uno de temor de mi flaqueza, escarmentando en la Magdalena, que por males pequeños vino á caer en pecados muchos y muy graves, y lo que pasó por ella puede pasar por mí. El segundo afecto es de confianza en la misericordia de Dios, en quien halló remedio esta pecadora, confiando que yo tambien le hallaré, si como imité á la que pecó, imito á la que se arrepintió.

2. Lo segundo, ponderaré la ocasion que tuvo esta mujer de acudir á Cristo nuestro Señor, que fue oirle algun sermon y saber la mansedumbre con que recibia á los pecadores, y sobre todo, la inspiracion del cielo que la tocó con una grande luz, no por via de temor, amenazándola con castigos, sino por via de amor, descubriéndola las obligaciones que tenia de amar mucho mas al Criador que á las criaturas, poniendo en él todo el amor que ponia en ellas. Ó Padre celestial (*Ioan.* vi, 66), sin cuyo favor ninguno viene á Cristo, tráeme á su servicio con cadenas de caridad, doliéndome de haber ofendido al que por tantos títulos merece ser amado.

3. Lo tercero, ponderaré la obediencia tan presta que tuvo esta pecadora á la inspiracion y toque de Dios, porque no aguardó á que Cristo nuestro Señor se recogiese á su posada, donde solia estar,

sino en sabiendo dónde comia, aunque era en casa ajena y en convite, entre convidados, luego fué á buscarle, para que aprenda yo á no dilatar los buenos propósitos, y el responder á las divinas inspiraciones, especialmente en materia de mi conversion, acordándome de lo que dice el Sábio (*Eccli.* v, 8): No tardes de convertirte al Señor, ni lo difieras de dia en dia, porque de repente vendrá su ira, y en el dia de la venganza te destruirá.

Punto segundo. — 1. *Entrando esta pecadora donde estaba Jesús, llegó por las espaldas, y postrada á sus piés comenzó á regarlos con lágrimas y á limpiarlos con sus cabellos, besándolos y ungiéndolos con ungüento precioso, que llevaba consigo en un vaso de alabastro.* En este hecho tan insigne se ha de ponderar la perfecta penitencia de esta mujer, y las virtudes excelentes que aquí mostró.—La primera fue, una grande fe y estima de la divinidad (*Isai.* XLIII, 25) y misericordia de Cristo nuestro Señor, porque creyó que era Dios, á quien solo pertenece perdonar pecados, y creyó que sin hablarle palabra, como no se la habló, la entendia y penetraba el corazon, y sabia á lo que venia y lo que le pedia. Otros venian á Cristo para pedirle remedio de enfermedades corporales; de esta sola mujer pecadora leemos que hubiese venido por solo el remedio de las espirituales y por el perdon de sus pecados.

2. La segunda virtud fue una heróica humildad, despreciando su honra, y el que dirian los convidados viéndola de aquella manera. Nicodemus vino á consultar con Cristo nuestro Señor sus dudas, pero vino de noche (*Ioan.* III, 2) y lleno de temor humano; la Magdalena vino á pedir á Cristo la salud de su alma, pero de dia y llena de amor divino, atropellando temores humanos y lo que dirian los hombres, porque todo su corazon tenia puesto en aplacar á Dios. Y no solo tuvo el grado de humildad para con los hombres, ofreciéndose á ser despreciada de ellos, sino tambien el otro grado de humildad para con Dios, no atreviéndose á parecer delante del rostro de Cristo, por vergüenza de sus pecados, sino llegando por las espaldas y echándose á sus piés. Ó alma mia, humíllate delante de Dios y delante de los hombres; porque quien se humilla en todas las cosas y á todas las personas halla gracia delante de Dios, y despues (*Eccli.* III, 20) será honrado delante de los Ángeles y de los mismos hombres.

3. La tercera fue, un dolor interior amorosísimo, junto con grandes afectos de oracion y devocion, declarados por aquellas señales exteriores; regaba los piés de Cristo con lágrimas, llorando sus ma-

do y que estaba en su casa, habiéndole de reprender, primero le pidió cortesmente licencia para decirle una palabra, y no luego entró condenándole, sino con una parábola le fué disponiendo, para que aprendamos de aquí la mansedumbre y modestia en corregir á los letrados y á los amigos, y á la gente granada, para que la correccion les entre en provecho, como tambien le sucedió á Natan profeta (II *Reg.* XII, 7), cuando por ordenacion de Dios corrigió al rey David, poniéndole delante su pecado debajo de una parábola, y con ella le movió á verdadera penitencia.

2. La parábola del Redentor fue esta: *Un acreedor tenia dos deudores, el uno le debia quinientos denarios y el otro cincuenta; y no teniendo de qué pagarle, perdonóles la deuda. ¿Cuál de los dos te parece que de razon le ama mas? Respondió Simon: Pienso que aquel á quien perdonó mayor deuda. Díjole Jesús: Bien has respondido.* Sobre esta parábola se ha de considerar primero en general el misterio que encierra, ponderando quién es este acreedor, quién los deudores, quién debe mas, quién menos, como no tienen de qué pagar, como se les perdona de gracia, y cuál de los deudores ama mas al que le perdonó.—Lo primero, el acreedor es Dios, que es ofendido por nuestros pecados, y tiene contra nosotros la escritura de obligacion, que llama el apóstol san Pablo (*Colos.* II, 14), *Chirographum decreti, quod erat contrarium nobis.* Carta y obligacion fundada en el decreto de Dios, por el cual los pecadores quedamos obligados á pagar la pena temporal y eterna que nuestros grandes pecados merecen. Y como es infinitamente sábio y poderoso, ni el deudor le puede engañar, ni tampoco se le puede escapar.

3. Los deudores somos los hombres, entre los cuales unos deben mas que otros, porque han hecho mas graves pecados. Unos deben cincuenta, porque con sus cinco sentidos han quebrantado los diez mandamientos de la ley de Dios. Otros deben quinientos, porque los han quebrantado mas veces, atropellando tambien los preceptos de la Iglesia y de su estado y los de la ley evangélica, que es ley de perfeccion, significada por el número de ciento. Y entre estos me he yo de contar, presumiendo que debo mas de lo que pienso, porque hay muchas deudas ocultas al deudor, pero no al acreedor, por las cuales dijo David (*Psalm.* XVIII, 13): Líbrame, Señor, de mis pecados ocultos.—Lo tercero, estos deudores no pueden pagar su deuda, porque es imposible por nuestras fuerzas satisfacer á Dios por nuestras culpas, ni merecer que nos las perdone, ni que rasgue la escritura de obligacion que tiene contra nosotros

(*Isa*, IX, 3); la cual siempre estuviera entera, si el mismo Dios por su infinita misericordia no se hiciera hombre, y con su pasion y muerte la rasgara y enclavara consigo en la cruz (*Colos.* II, 14), en cuya virtud graciosamente nos perdona las culpas por medio de la penitencia, para obligarnos á que le amemos con todo nuestro corazon, por la infinita bondad que muestra en perdonar de balde deuda tan grave á tan vil esclavo, para provocarle con esto á que de nuevo ame y sirva á su Señor.

4. De aquí es, que quien ha sido mayor pecador, despues que Dios le ha perdonado queda por esta parte obligado á amarle mas, porque ha recibido mayor beneficio en haberle esperado á penitencia, perdonádole mayores injurias y librádole de mas graves penas, y si tiene luz del cielo para conocer esta merced, así lo hace, mostrándose agradecido á quien se la hizo, y á esto va enderezado el intento de la parábola; porque amar mucho ó poco á Dios, no depende tanto de haber sido mayor ó menor pecador, cuanto de tener mayor ó menor conocimiento de la muchedumbre y gravedad de sus pecados. Y como los soberbios, cual era este fariseo, en su estima deben poco á Dios y tienen poco conocimiento de sus culpas, pareciéndoles pequeñas, así aman poco á Dios, porque tienen por pequeño el beneficio de haberles perdonado; pero los que se tienen por grandes pecadores, y tienen profundo conocimiento de la muchedumbre y gravedad de sus pecados, aman mucho á Dios cuando se los perdona, porque reconocen este beneficio por muy grande. Ó Dios liberalísimo y misericordiosísimo, con todo mi corazon deseo amarte, pues en lugar de castigarme porque te ofendí, quieres perdonarme para que te ame. Reconozco ser muchos y muy graves mis pecados, y por ellos deseo volverte muchos y muy grandes servicios.

Punto quinto. — 1. Luego consideraré como Cristo nuestro Señor aplicó la parábola á la mujer que se tenia por grande pecadora y al fariseo que se tenia por justo y menos pecador, porque vuelto á la mujer, dijo á Simon: *¿Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para mis piés, para que yo siquiera me los lavase; pero ésta los regó no con agua, sino con lágrimas; y los limpió, no con toalla de lienzo, sino con sus cabellos; no me diste beso de paz, y ésta desde que entró no ha cesado de besar mis piés; no ungiste con óleo mi cabeza, y ésta ungió mis piés con ungüento precioso. Por tanto yo te digo que le son perdonados muchos pecados, porque amó mucho, y al que menos se le perdona, menos ama;* que es decir: Esta mujer siente de

sí que debe mucho, y así espera de mí mayor beneficio en que la perdone. Y por eso me amó mucho, como se ha visto por las obras, y yo la he perdonado muchos pecados, porque con este amor se ha dispuesto para el perdon de ellos; pero tú piensas que debes poco, y así esperas pequeño beneficio en que te perdone, y por consiguiente tambien amas poco.

2. Aquí se ha de ponderar lo primero, como con el ejemplo de los grandes pecadores convertidos suele Dios confundir á los que presumen de justos, y así nos aconseja que los miremos y consideremos despacio, diciendo: *Vides hanc mulierem?* ¿Ves esta mujer? ¿ves sus lágrimas y suspiros, su humillacion y confusion, y las invenciones que halla para aplacar á Dios? ¿ves todo esto? Pues considéralo bien, y confúndete de lo poco que haces, para que Dios te perdone, porque de verdad os digo, dice Cristo nuestro Señor (*Matth.* XXI, 31), que muchos publicanos y pecadores han de preceder en el reino de los cielos á los que presumen de justos.

3. Lo segundo, ponderaré que un gran pecador con un acto fervoroso suele subir á mas excelente caridad y santidad, que un justo tibio con muchos actos y en muchos años, como la Magdalena en este caso. Y juntamente veré, cuán generoso modo de alcanzar perdon es amar mucho á Dios, porque el amor dispone para el perdon de los pecados; anda con él, y con él crece y se aumenta, viéndose obligado á amar á quien le perdona. (*Isai.* IV, 4). Ó Redentor mio, confuso estoy en presencia de esta penitente tan fervorosa, viendo mi extremada tibieza. Lava, Señor, las manchas de esta hija de Sion mi pobre alma, con espíritu de juicio y con espíritu de ardor, dándome espíritu de justicia y fuego de caridad, para que te ame mucho, pues me has perdonado mucho.

PUNTO SEXTO. — 1. *Luego dijo Jesús á la mujer: Perdonados te son tus pecados; y turbándose los circunstantes de esta palabra, decian dentro de sí: ¿Quién es este que perdona los pecados? Pero Jesús dijo segunda vez á la mujer: Tu fe te ha hecho salva, vete en paz.* -En lo cual se ha de considerar la eficacia de aquella palabra: Tus pecados te son perdonados, con la cual la absolvió á culpa y á pena, y la comunicó muy copiosa gracia, regocijándose grandemente la Magdalena en oirla. Y tambien nosotros hemos de regocijarnos, pues tambien ahora por medio de los confesores, cuando nos absuelven, nos dice la misma palabra, y tendrá en nosotros el mismo efecto, si lleváremos la misma disposicion.

2. Tambien resplandece la modestia de Cristo nuestro Señor en

este caso; porque viendo que reparaban en que perdonaba los pecados, quiso atribuir este perdon, no á su liberalidad, sino á la fe de la pecadora, diciéndola: *Tu fe te ha hecho salva;* esto es, la fe viva que has tenido de mi divinidad y potestad, y la confianza amorosa que has tenido de mi misericordia, han sido causa de tu salud.

3. Finalmente, ponderaré cuán asida estaba la Magdalena á los piés de Cristo, pues con haber alcanzado el perdon que pretendia, no se queria apartar de allí, hasta que la dijo Cristo: *Vete en paz,* pues ya estás pacificada con Dios y dentro de tí con la plenaria indulgencia de tus pecados, y con la cumplida victoria de tus pasiones sensuales, porque todo esto se puede presumir que concedió la liberalidad de este Señor á la que tanto amó. Quizá por esto no la dijo como decia á otros pecadores, no quieras mas pecar, como quien conocia la grande firmeza que en esto tenia por la mucha gracia y amor que la habia dado. ¡Oh dichosos los que se llegan con humildad y caridad á los piés de Cristo, pues tan bien despachados se levantan de ellos! Llégate, ó alma mia, á ellos con grande confianza, abrázalos con grande amor, propon seguir sus pisadas con gran firmeza, no te apartes de ellos, hasta que te diga: *Vade in pace,* vete en paz.

MEDITACION XXVI.

DE LA CONVERSION DE LA SAMARITANA.

Punto primero. — 1. *Caminando Cristo nuestro Señor desde Judea á Galilea por Samaria, fatigado del camino, sentóse junto á un pozo, á hora de sexta (que es el mediodía), y entonces llegó allí una mujer samaritana con un cántaro, que venia por agua.* (*Ioan.* IV, 5). Aquí se ha de ponderar lo primero, los trabajos y cansancios de Cristo nuestro Señor en sus caminos y peregrinaciones por el bien de las almas, caminando á pié y sin alivio, con soles de mediodia, y jornadas largas. Ó Pastor soberano, ¡cuán caro te cuesta buscar las ovejas perdidas, trabajando por una como por muchas! ¡Qué de veces sudabas en los caminos, forzándote el cansancio del cuerpo á sentarte, para tomar algun alivio! gracias te doy, Señor, por estas fatigas, y me compadezco de ellas, porque son prenuncios de otras mayores, pues de aquí á poco tiempo no hallarás otro descanso al mediodía, que la dura cama de la cruz.

2. Lo segundo, ponderaré la caridad de este Señor, porque no se sentó junto al pozo, tanto para descanso de su cuerpo, cuanto para

cazar una alma que tenia para sí escogida, porque nunca perdia ocasion de hacer bien á las almas. Ó Sabiduría encarnada, ¡cuán amorosa y admirable es la providencia con que sales al camino á los que yerran! Los que no te buscan te hallan; y á los que no preguntan por tí, dices, aquí estoy. (*Isai.* LXV, 1). Si la Magdalena te fué á buscar, tú se lo inspiraste, y la trajiste; y si la Samaritana te halla, es porque tú la fuiste á buscar. Inspírame, Señor, á que te busque, y búscame tú para que te halle.

3. De aquí subiré á ponderar, cuán maravillosos son los secretos de Dios en la conversion de las almas, poniendo las ocasiones para esto, cuando menos piensan. Era esta mujer pecadora y carnal; la cual con haber tenido cinco maridos ó varones, ahora estaba amancebada con otro. Y aun san Crisóstomo y otros doctores dicen (*Chrysost.* in Psalm. XIII; *Mald. hic*), que todas cinco veces estuvo amancebada, y que los cinco varones no fueron legítimos. Siendo, pues, tal esta mujer, y viniendo por agua, bien descuidada de su salvacion, allí topó á Cristo que le hizo extraordinarios favores, con admirable eficacia y suavidad, acomodándose á la calidad y condicion de la persona con quien trataba, como luego se verá.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *En llegando la Samaritana al pozo, díjola Jesús: Mujer, dame de beber; respondió ella: ¿Como tú siendo hebreo me pides de beber, pues los judíos no tienen comunicacion con los samaritanos? Respondióla Jesús: Si conocieses el don de Dios, y quién es el que te dice, dame de beber, tú quizás se lo pedirías, y él te daria una agua viva.*

— *De la cortedad del hombre con Dios, y de la liberalidad de Dios con el hombre.* — En este primer coloquio se representa muy al vivo, quién es el hombre para con Dios, y quién es Dios para con el hombre, que son dos puntos de grande provecho para el espíritu. — Lo primero, consideraré como Cristo nuestro Señor, aunque tenia sed corporal, porque llegó allí fatigado del camino, y al mediodía; pero mucha mayor sed espiritual tenia de la salvacion de aquella alma, como cuando dijo en la cruz: sed tengo; y como el que tiene sed, con mucho gusto bebe el agua, y la entra dentro de sí, así Cristo nuestro Señor con grandísimo gusto bebe y recibe las almas, y las entra dentro de sus entrañas incorporándolas consigo con el amor, y con este deseo las dice: *Da mihi bibere;* dame de beber. Ó dulcísimo Jesús, ¡quién te pudiera dar innumerables almas con que hartases tu sed! Ves aquí la mia, recíbela é incorpórala contigo, de modo que nunca de tí se aparte.

2. Lo segundo, ponderaré como la Samaritana negó á Cristo el agua, y aun le reprendió porque se la pedia y hablaba con ella; en lo cual se representa la cortedad, escaseza y villanía de los hombres con Dios, negándole lo que les pide, ora se lo pida por secreta inspiracion, ora por su santa ley, ó por los superiores, ó por los pobres que les piden limosna, y nunca les faltan excusas y achaques para no dárselo; y á veces disimuladamente le reprenden, quejándose de que les pide cosas graves y muchas, y aun tienen por pesado el mismo hablar y tratar con Dios. Y todo esto procede, de que no conocen como la Samaritana, quién es este gran Dios que se lo pide, ni tienen de él la estima que fuera razon, por tener la fe muy amortecida.

3. Luego ponderaré la respuesta de Cristo nuestro Señor, en que descubre su infinita caridad y liberalidad para con el hombre; porque en lugar de vengarse de nosotros, como queria hacerlo David de Nabal (1 *Reg.* xxv, 22), porque le negó lo que le pedia: de nuevo nos convida á que le pidamos los bienes que nos faltan, y desea que conozcamos quién es Dios, y cuán grandes son sus dones, para que tengamos gana de pedírselos. Y por esto dijo á la Samaritana: ¡Oh si conocieses el don de Dios, que tienes presente, que es su Hijo unigénito, dado al mundo graciosamente para comunicarle el don del Espíritu Santo, y los otros dones de su gracia; y si conocieses la ocasion que te ofrece ahora de tu salvacion, y quién es este que te pide de beber, tú quizá se lo pedirias á él, y es tan liberal, que no te lo negaria como tú me lo niegas; antes te daria un agua no muerta, sino viva, de la cual depende tu misma vida!

4. Y aun mas adelante pasa su infinita liberalidad, porque muestra mayor deseo de darnos sus dones, que los hombres de pedírselos, aun despues de conocidos, porque en lo primero no pone duda, y en lo segundo la pone, diciendo: Si conocieses quién es el que te pide de beber, *tu forsitan*, tú quizá se lo pedirias; porque como eres libre, puede ser que no desees el bien espiritual que conoces, por no dejar otro que mas amas; pero si me le pides como conviene, sin duda te le daré: *Dedisset tibi*, porque á todos he dicho (*Matth.* vii, 7; *Vid. D. Thom.* in illud Jacobi i: Qui dat omnibus affluenter): Pedid y recibiréis. Por lo cual dijo san Agustin: *Erubescat humana pigritia: plus paratus est Deus dare, quam nos accipere*: avergüéncese la humana pereza, porque está Dios mas aparejado á dar que nosotros á recibir. Ó Salvador mio, esclarece mi alma para que conozca el don de Dios, y muéveme con eficacia para

que le pida, de modo que le alcance. Y luego te diré (*Cant.* II, 16): *Dilectus meus mihi, et ego illi:* cuál es mi Amado para mí, tal tengo de ser yo para con él: daréle cuanto me pidiere, como él me da cuanto le pido; desearé que me pida algo para dárselo, como él desea que le pida mucho para dármelo. Él es para mí don, pues se me da todo de gracia; yo seré para él don, dándome todo á él, no por interese, sino solo por servirle por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — 1. *Díjole la mujer: Señor, no tienes con qué sacar agua, y el pozo está hondo, ¿de dónde tienes agua viva? Respondióle Jesús: Cualquiera que bebe de esta agua, tendrá sed otra vez; mas quien bebiere del agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua, que salte hasta la vida eterna.* En este dicho de la Samaritana se representa primeramente la propiedad del hombre animal y carnal, de quien dice san Pablo (I *Cor.* II, 14), que no percibe las cosas de Dios, ni entiende mas de lo que conoce por los sentidos del cuerpo, ni piensa que hay otra agua viva mas de la que mana de las fuentes que ve al ojo. Pero la condicion de Cristo nuestro Señor es enseñarnos á levantar el espíritu de las cosas visibles á las invisibles, de las temporales á las eternas, y de las criaturas al Criador, ponderando como en el Criador y en los bienes celestiales están con muy mayor ventaja las perfecciones que hay en las criaturas y en los bienes terrenos, sin las faltas é imperfecciones que hay en ellos; y así del agua, y del pozo, y de la fuente visible nos enseña á discurrir á lo invisible. Y por este ejemplo aprenderémos el modo de meditar en la oracion mental cerca de estas cosas.

2. *Propiedades de la divina gracia.* — Cinco propiedades maravillosas pone Cristo nuestro Señor del agua viva de su gracia, contraponiéndola á esta agua corporal; las cuales hemos de ponderar para conocerla, desearla y pretenderla muy de corazon. - La primera propiedad es, que quita la sed para siempre; en lo cual se diferencia del agua corporal, la cual quita la sed por poco tiempo, porque es corruptible, y luego se consume; pero el agua viva, cuanto es de su parte es incorruptible, y dura en el alma perpétuamente, si no es que ella de su voluntad por el pecado mortal quiera vomitarla. - La segunda propiedad es, que de tal manera harta el alma, que quita la sed generalmente de las demás aguas y bienes de la tierra; al modo que dijo Cristo nuestro Señor (*Ioan.* VI, 35): El que cree en mí, no tendrá mas sed; esto es, no tendrá sed ni apetito de cosa criada contraria á mí, porque conmigo estará harto y satisfecho. En lo cual se diferencia de los bienes terrenos, los cuales hartan poco, por poco

tiempo, y luego enfadan, porque son viles, y se acaban presto. Mas los bienes celestiales hartan para siempre y sin fastidio, porque son preciosos, y tan sabrosos, que ponen hastío de los terrenos.

3. La tercera propiedad es, que el agua viva es como fuente que siempre mana, porque dentro del alma está el Espíritu Santo, fuente de las gracias, de la cual, como dice Cristo nuestro Señor (*Ioan.* VII, 38), salen rios de agua viva, con abundancia de grandes dones celestiales. Y la misma gracia está siempre con esta inclinacion de crecer y aumentarse, y por esto se dice de ella (*Eccli.* XXIV, 29): Los que me beben tendrán sed, que es decir: Aunque no tendrán sed de las cosas terrenas, tendrán sed de crecer en el bien que con tanto gusto tienen.—La cuarta propiedad es, que dentro del alma sale esta agua viva bullendo y saltando con ímpetu hácia el cielo; esto es, que inclina á las cosas celestiales con grande alegría, presteza y prontitud, porque ni consiente ser detenida en las cosas terrenas, ni sufre dilaciones y tardanzas, ni admite repugnancias ó tédios, ni se quiere estrechar dentro del corazon humano, sino con ímpetu le hace salir de sí, para que se levante sobre sí mismo, y se junte con el principio y manantial de donde ella procede, que es Dios.—La quinta propiedad es, que salta hasta la vida eterna, porque, como dice san Pablo (*Ephes.* I, 14; I *Cor.* XIII, 8), es prendas y arras de la herencia celestial que esperamos, y permanece con ella para siempre; en lo cual, no solamente se diferencia de los bienes corporales sino tambien de algunos espirituales, que se acaban con la vida corporal en entrando en la vida eterna, como es la virtud de la fe y de la esperanza, y otras gracias gratis datas.

4. De estas consideraciones he de sacar una grande estima de este don de Dios y grandes ansias de procurarle, acudiendo con gran gozo á las fuentes del Salvador (*Isai.* XII, 3), que son los Sacramentos, de donde se saca esta agua y el aumento de ella, ponderando como la Samaritana en oyendo estas grandezas, dijo á Cristo: *Señor, dame esta agua, para que no venga mas á este pozo.* En las cuales palabras descubrió que daba algun paso en su conversion, con tener deseo de esta agua viva, pidiéndola con reverencia al Señor que se la ofrecia. Pero todavía estaba carnal y grosera, porque la pedia por un fin ratero; esto es, por no padecer sed, y por excusar el trabajo de ir cada dia al pozo por agua. En lo cual se representa la imperfeccion de algunos fieles que desean los bienes espirituales, no tanto por su belleza, cuanto por algunos provechos temporales que pretenden con ellos, como es alguna honra ó interese, ó por

librarse de melancolías y tristezas, como los que desean consuelos sensibles de Dios, con afecto de amor propio, por sentir menos pesadumbre en las molestias de esta vida; pero los que desean ser perfectos, han de pretender y pedir esta agua viva por los bienes que hay en ella, cuales son los que están dichos, diciendo con afecto fervoroso: *Domine, da mihi hanc aquam, ut non sitiam iterum.* Ó Señor de cielos y tierra, dame esta agua viva, para que nunca tenga sed de otra cosa, ni me ocupe con ansia en buscar el agua de los bienes corporales y corruptibles, pues me bastan los espirituales y eternos. Ó dulce Jesús, fuente de agua viva, pon dentro de mi alma esta divina fuente, de modo que siempre bulla, crezca y salte hasta la vida eterna. Amen.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, ponderaré la maravillosa destreza con que Cristo nuestro Señor fué disponiendo á la Samaritana, para que quitase lo que la estorbaba recibir el agua viva de la gracia; porque viendo su deseo, la dijo: *Llama á tu marido. Respondió: Que no le tenia. Díjola Jesús: Bien dijiste, porque cinco varones has tenido, y el que ahora tienes no es tuyo. Verdad has dicho.* En lo cual se ha de presuponer, que esta mujer es figura de las almas que están amancebadas con las criaturas por medio de sus cinco sentidos y apetitos, concediéndoles todos los deleites que desean desenfrenadamente. De donde resulta que no están por entonces capaces para recibir el agua viva de la gracia y el don del Espíritu Santo; el cual no puede morar en cuerpo sujeto á pecados, especialmente carnales; los cuales, como dice san Pablo (I *Cor.* VI, 19), profanan el templo del Espíritu Santo, y con la union abominable de la carne con la fornicaria, destruyen la union preciosa del alma con el espíritu de Dios. Por lo cual dijo el mismo Apóstol (I *Cor.* VI, 17): Huid de la fornicacion y de todo lo que es ocasion de ella, para juntar vuestras almas con amor: *Uni viro Christo,* á un solo varon, que es Cristo. Presupuesto esto, ponderaré como Cristo nuestro Señor para sanar de raíz á esta mujer, abrió la postema del pecado que tenia encubierto, reprendiéndola, no con palabras ásperas, sino con espíritu de blandura, diciendo: *Con haber tenido cinco varones, tienes ahora otro, que no es tuyo.* Como quien dice: Razon fuera poner freno al apetito insaciable de tus deleites, y apartarte ya de ellos.

2. Luego ponderaré cuán bien llevó la Samaritana esta reprension, porque no negó la verdad, ni se indignó, ni dijo palabras injuriosas contra Cristo porque la afrentaba; antes le veneró, llamándole Señor, y creyendo que era profeta, pues sabia cosas tan secre-

tas; y así le dijo: *Señor, veo que eres profeta;* que fue decirle: Verdad es cuanto dices. Y con esta humilde confesion de sus culpas dió principio á su conversion; porque cerca está de ser curado quien lleva bien el ser reprendido. Y por esto dijo el Eclesiástico (*c.* xx, 4): ¡Oh cuán bueno es que el reprendido muestre arrepentimiento! porque con esto echará de sí el pecado voluntario.

3. Luego dió otra segunda señal de su arrepentimiento, y de la fe y estima que habia cobrado de Cristo nuestro Señor, queriendo ser industriada de él en la materia de fe y religion de que estaba dudosa, y así le dijo: *Nuestros padres adoraron á Dios en este monte, vosotros decís que se ha de adorar en Jerusalen;* que fue decirle: Señor, pues eres profeta, sácame de la duda en que estoy, y enséñame en qué lugar he de adorar á Dios, y ofrecerle sacrificios, para aplacarle y agradarle. Por donde se ve, que el primer cuidado del verdadero penitente ha de ser, saber lo que pertenece á la verdadera fe y culto de Dios, pues sin esta fe es imposible agradarle. (*Hebr.* xi, 6). Respondióle Jesús: *Mujer, créeme que vendrá hora, cuando ni en este monte, ni en Jerusalen adoraréis al Padre, y ya es llegada la hora cuando los verdaderos adoradores le adorarán en espíritu y en verdad, porque el Padre busca quien le adore de esta manera. Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y verdad le han de adorar.* Que fue decirla: Ya no es necesaria esta tu pregunta cuanto al lugar de adorar á Dios; con los sacrificios y ceremonias con que hasta ahora ha sido adorado, porque todos han de cesar, y Dios ha de ser adorado con el espíritu y verdad que estaba encubierto en esas sombras y figuras exteriores.

4. *De la adoracion en espíritu y en verdad.* — Pero ponderando mas el espíritu de estas palabras, en ellas nos enseña Cristo nuestro Señor el modo como quiere ser adorado de los fieles en la ley evangélica, especialmente con la adoracion que cada uno hace á Dios á sus solas. — Lo primero, esta adoracion se puede hacer en todo lugar, porque aunque hay templos diputados para el sacrificio de la misa; pero en cualquier lugar y rincon puedo adorar á Dios, porque está en todo lugar. Y por esto dijo san Pablo (I *Tim.* ii, 8): Quiero que los varones oren en todo lugar, levantando sus manos puras á Dios. — Demás de esto, esta adoracion se ha de hacer dentro de nuestro espíritu, que es templo espiritual de Dios, y retrete diputado para oracion, en el cual nos manda Cristo entrar (*Matth.* vi, 6) para orar en lo escondido á nuestro Padre celestial, que está allí, y nos ve como le adoramos. Lo tercero, esta adoracion ha de ser en

espíritu y en verdad, porque ha de proceder de la inspiracion y mocion del Espíritu Santo y de la verdad, que es Cristo, y seguir su direccion y dictámen, conformando nuestros sentimientos con la verdad de la fe, y nuestra vida con la del Salvador, y las obras exteriores con las interiores, sin fingimiento ni doblez alguno; porque como Dios es espíritu, y es la misma verdad, busca adoradores semejantes, que sean espirituales y verdaderos como él lo es.

5. Y por consiguiente, no he de contentarme con solo el culto exterior, porque es cuerpo sin espíritu y sombra sin verdad, sino principalmente he de procurar los actos interiores de las virtudes que le dan vida, como son, fe de las grandezas de Dios, con humildad y reconocimiento de mis bajezas; esperanza de las divinas promesas, con oracion y peticion de ellas; amor de Dios con obediencia y sujecion á su santa voluntad, y con actos de devocion, alabanza y accion de gracias. De este modo es Dios adorado como desea: *Nam, et Pater tales quaerit, qui adorent eum:* porque el Padre celestial busca tales personas que así le adoren. Ó Padre de misericordias, pues en tu mano está hallar lo que buscas y hacer lo que deseas, haz que muchos te adoren con el espíritu y verdad con que quieres ser adorado. Y pues me has hecho tan dichoso que viva en la ley de gracia, concédeme que te adore, no en un lugar solo, sino en todo lugar; no con solo el cuerpo, sino con el espíritu; no con apariencias, sino con verdad, siguiéndote á tí, que eres camino, verdad y vida, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

Punto quinto. — 1. Lo quinto, se ha de considerar la maravillosa conversion y mudanza de la Samaritana; la cual como ruda en las cosas de Dios, no alcanzó la alteza de la doctrina de Cristo; y así le dijo: *Sé que ha de venir el Mesías; cuando venga nos enseñará todas estas cosas. Respondióla Jesús: Yo soy el que hablo contigo.* En las cuales palabras se ha de ponderar primeramente la infinita caridad de Cristo nuestro Señor, el cual quiso descubrir tan claramente una verdad tan alta y tan importante á una mujer tan pecadora, aunque sencilla (*Ioan.* IV, 26), habiéndola encubierto á los escribas y fariseos, ó declarádosela no mas que por rodeos y parábolas en castigo de su soberbia. Pero no menos resplandece su amorosa omnipotencia en las maravillas que obró en esta mujer, en virtud de esta palabra: *Yo soy el que hablo contigo.* — Con la cual, lo primero, ilustró su entendimiento con verdadera fe, para que conociese quién era el que hablaba con ella, y le creyese por Mesías; y juntamente le habló al corazon, enterneciéndosele para aborrecer la vida pasada. —

Tras esto la dió el agua viva de la gracia que le habia pedido, cumpliendo la palabra que la dió, cuando dijo: Si me la pidieses, yo te la daria.

2. Lo tercero, llenóla de tanto gozo interior, que se olvidó del agua corporal por que habia venido, y dejado el cántaro en el pozo, se volvió con presteza á la ciudad á dar noticia de Cristo nuestro Señor á sus ciudadanos, para que viniesen á gozar de lo que ella habia gozado. En lo cual se ve el fervor del alma tocada de Dios, que deja todas las cosas que tiene por estar libre y suelta para las cosas de su servicio, como lo hicieron los Apóstoles. (*Matth.* IV, 20).-Lo cuarto, dióla una perfecta humildad, por la cual no se desdeñó de infamarse á sí misma, en razon de honrar á Cristo, publicando que le habia descubierto los secretos de su mala vida, para que le tuviesen por profeta, dándonos ejemplo de predicar á Cristo, como dice san Pablo (II *Cor.* VI, 8), con infamia ó buena fama.-Lo quinto, dióla grande prudencia, y el agua viva de la sabiduría en el modo de predicar á Cristo, porque no entró diciendo, creedme, he visto un profeta, sin duda es el Mesías; sino conociendo su flaqueza mujeril, y que ella por sí no merecia ser creida, les decia: *Venite, et videte:* venid, y vedle. Y aunque dijo, ved si por ventura es Cristo, no fue dudando, sino deseando con modestia que viniesen ellos á verlo y probarlo, confiada que Cristo les enseñaria, como enseñó á ella.

3. Finalmente, la comunicó tanto fervor y espíritu en su palabra, que muchos salieron de la ciudad para ver á Cristo nuestro Señor, y por su causa creyeron en él. ¡Oh riquezas de la divina gracia! ¡oh mudanza de la diestra del muy Alto! (*Psalm.* LXXIV, 11). ¿Quién otro que tú, Dios mio, pudiera tan presto trocar el corazon de esta mujer, y obrar en ella, y por ella tantas maravillas? Corrido estoy de mi tibieza, cuando veo el fervor de esta gran pecadora. Ilústrame, Señor, enciéndeme y múdame como á esta Samaritana, para que te sirva, y predique tus grandezas, de modo que sea digno instrumento de tu gloria. Amen.

PUNTO SEXTO.— 1. Lo sexto, se ha de considerar lo que sucedió á los discípulos con Cristo nuestro Señor en este caso; porque como se habian quedado á comprar de comer, en llegando se admiraron de verle hablar con tal mujer, pareciéndoles grande humildad de su Maestro trabar pláticas con ella, presuponiendo que hablaria como lo tenia de costumbre de cosas celestiales. Pero yo, Redentor mio, aunque me admiro de ver vuestra humildad, tambien alabo vuestra

caridad, pues con tanto cuidado buscais una oveja perdida, aunque sea la mas vil de vuestro ganado, conversando con ella familiarmente para sacarla de su mal estado. Ayudadme, Señor, con vuestra gracia, para que yo tambien me aplique á ganar para Vos, así al pequeño como al grande, pues no menos deseais la salud del uno que del otro. Tambien se admiraron de verle hablar á solas con una mujer, por ser cosa rara en Cristo; pero no le dijeron nada, porque veneraban todo lo que su Maestro hacia, sin juzgar mal de cosa que hiciese. De donde sacarán los superiores aviso para tener recato en semejantes pláticas, si no es en caso raro de urgente necesidad; y los súbditos tomarán ejemplo para no juzgar temerariamente ni sospechar mal de los dichos y hechos de sus mayores, á los cuales deben venerar como Santos, acordándose de aquello del salmo CIV: No querais tocar á mis cristos, ni usar de la malignidad con mis profetas.

2. Luego dijeron los Apóstoles á Cristo: *Maestro, come. Respondióles: Yo tengo otro manjar que comer, que vosotros no sabeis. Mi manjar es, hacer la voluntad del que me envió, y perfeccionar su obra.* En las cuales palabras descubrió la grande estima que tenia de hacer la voluntad de su Padre, que era la conversion de las almas; pues estando cansado y hambriento, ni quiere comer ni gusta de ello; antes dice, que su manjar es hacer esta voluntad, y no como quiera, sino con grande perfeccion y entereza; y aunque le habia de costar hiel y vinagre, todo le pareció dulce, por ser voluntad del que tanto amaba. Ó dulce Jesús, concédeme que tenga por comida cumplir tu voluntad y no la mia, haciendo con perfeccion la obra que me mandas, y comiendo con tanta hambre este manjar del alma, que me haga olvidar el manjar del cuerpo. De aquí tambien sacaré un santo temor, no me diga Cristo nuestro Señor: *Yo como un manjar que tú no sabes.* Esto es, un manjar que tú no le conoces, ni le aprueba, ni gustas de él, y por eso no le comes como yo le como; porque si soy desobediente á la ley de Dios, y á sus inspiraciones, y á los mandatos de mis superiores, no conozco el manjar que come Cristo. Y por consiguiente no viviré vida de Cristo, porque ninguno puede estar unido con Cristo, si no es comiendo este manjar que él come.

3. Últimamente, ponderaré como á esta sazon llegaron los samaritanos á Cristo nuestro Señor, el cual los recibió con grande amor, y les predicó el reino de Dios, y á su instancia se detuvo con ellos dos dias, y se dió un grande hartazgo de esta comida espiritual, porque creyeron muchos en él con tanta certeza, que convencidos de sus di-

vinas razones, sin haber visto sus milagros, decian á la mujer: *Ya no creemos solamente por lo que tú has dicho, sino porque ipsi scimus: quia hic est vere Salvator mundi.* Sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo, no de solos judíos sino tambien de gentiles, y de ello tenemos muy bastantes testimonios. Ó Maestro del cielo, que por medio de tu Iglesia, figurada por esta fervorosa Samaritana, nos das noticia de quién eres, dánosla tambien tú por tí mismo dentro de nuestros corazones. Está con nosotros dos dias enteros, enseñándonos bien los dos preceptos del amor, para que guardándolos con entereza, lleguemos á ver con claridad que tú eres nuestro Dios y Salvador, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVII.

DE LA MUJER ADÚLTERA, Á QUIEN CRISTO NUESTRO SEÑOR LIBRÓ DE SUS ACUSADORES Y PERDONÓ SUS PECADOS.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Estando Jesús predicando á mucha gente en el templo, los escribas y fariseos le trajeron una mujer adúltera, diciéndole: Maestro, esta mujer ahora se ha cogido en adulterio. Moisés nos mandó en la ley, que la apedreásemos; tú, ¿qué dices? Esto decian, tentándole para acusarle.* (*Ioan.* VIII, 3). Aquí ponderaré lo primero, la mansedumbre de Cristo nuestro Señor en conversar con los pecadores, y su gran misericordia en perdonarlos; pues sus mismos enemigos, instigados del demonio, quisieron hacer de ella lazo para tentarle en este caso, haciéndolo juez de esta mujer adúltera, pareciéndoles que con su misericordia la perdonaria, atropellando la ley de Moisés, ó corrigiéndola, ó mudándola: y así tendrian ocasion de acusarle de contrario á Moisés y á su ley; ó si la condenaba, publicarian que no era tan misericordioso como parecia. De donde sacaré gozo de tener tan manso y misericordioso Salvador y Maestro, diciéndole: Gózome, Salvador mio, de vuestra gran mansedumbre y misericordia, y deseo hacer de ella un lazo, nó para tentaros como los fariseos, sino para traeros á mi corazon, para que os compadezcais de mí, y perdoneis mis muchos y graves pecados.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la astucia de Satanás y de sus ministros en tentar á los justos, armándoles el lazo en la virtud de que mas se precian, para que dén en el vicio contrario por exceso, atropellando la ley de Dios con capa de aquella virtud. Al muy misericordioso inclinan á que con color de misericordia rompa las

leyes de justicia; al muy celoso tientan, para que con color de celo dé en venganza contra las leyes de mansedumbre; y así es necesario saber hermanar y juntar todas las virtudes para que las ejercitemos sin que reciban daño unas de otras, á imitacion de Cristo nuestro Señor, de quien dice David (*Psalm.* XLIV, 5): Por tu verdad, y mansedumbre, y justicia te guiará maravillosamente tu mano derecha. Y en otra parte dice (*Psalm.* LXXXIV, 11): Que la misericordia y la verdad se abrazaron, y la justicia y paz se dieron beso. Ó Maestro sapientísimo, enséñame á encadenar las virtudes con tal destreza, que cumpliendo perfectamente con la una, no falte en la perfeccion que pide la otra. Éntrame en la bodega de tus vinos (*Cant.* II, 4), ordenando en mí la caridad, para que de tal manera beba los afectos de una virtud, que no me trastornen el juicio en perjuicio de los otros.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Inclinándose Jesús escribia con el dedo en la tierra.* Aquí se han de ponderar las causas de este hecho, y los misterios de esta escritura. - Lo primero, abajóse Cristo nuestro Señor á escribir en la tierra como hombre pensativo, para significar que no hacia caso de aquella pregunta, porque no le tocaba entonces ser juez de tales causas en juicio exterior, ni se queria meter en ellas, como al otro mancebo que le pedia dijese á su hermano que partiese con él la herencia, le respondió (*Luc.* XII, 14): *Hombre, ¿quién me ha hecho juez entre vosotros?* Para darnos á entender lo que despues dijo san Pablo (II *Tim.* II, 4), que ninguno de los que están dedicados al servicio de Dios, se ha de implicar y enredar en negocios seglares que no le tocan por su oficio.

2. Lo segundo, como Cristo nuestro Señor vió la furia con que venian y querian condenar luego al punto aquella pobre mujer, púsose despacio á escribir en la tierra, para que entendiesen, que en negocios graves, en que va la honra y vida del prójimo, no se ha de proceder con priesa y precipitacion, sino con sosiego y madureza, pensando sobre ello, escribiendo y leyendo, y entendiendo lo que pasa, porque los hombres fácilmente se engañan en juzgar del hecho de sus prójimos; pues por esto dijo Cristo nuestro Señor á Abrahan (*Genes.* XVIII, 20): El clamor de los sodomitas ha subido á mis oidos; quiero bajar y ver con mis ojos si es así. Y de este aviso me aprovecharé para no juzgar temerariamente cosa alguna, aunque me digan otros que es cierta, hasta enterarme bien en la verdad de ella.

3. Lo tercero, escribió con el dedo en la tierra, para traerles á la memoria como él era el mismo Dios que con su dedo escribió la

ley de Moisés en las tablas de piedra, y así, que sabia y conocia bien á todos los que la quebrantaban con pertinacia, y lòs habia de escribir, como dice Jeremías (*c.* XVII, 18), en la tierra y no en el cielo, porque se apartaron de Dios y dejaron la vena de las aguas vivas de su gracia. Y por consiguiente los escribiria á ellos en la tierra, pues acusando á la mujer quebrantadora de la ley, ellos la quebrantaban en el modo de acusarla, y en la intencion perversa que traian de acusarla. Ó Juez justísimo, que escudriñas los corazones de los hombres, escribe en el mio con el dedo tu santa ley (*Luc.* X, 20), de modo que la cumpla enteramente, porque no venga á ser escrito como los condenados en la tierra, sino como los escogidos en el cielo.

4. Últimamente puedo discurrir, no en lo que Cristo nuestro Señor escribió, pues no se puede saber, ni el Evangelista lo quiso decir, sino en lo que se puede creer que escribia á propósito de aquel caso, como es lo que dijo el hipócrita (*Matth.* VII, 3; *D. Ambr.* ep. 76; *D. Hier.* l. II contra Pelag.): *Ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en el tuyo.* Ó escribiá los pecados de aquellos acusadores, por los cuales merecian estar escritos en la tierra. Pero ellos estaban tan ciegos con su pasion, y tan embebidos en acusar á la mujer, por salir con su intento, que no advertian en la escritura, porque si advirtieran, quizá temblaran como el rey Baltasar (*Dan.* V, 5) cuando vió los dedos que escribian en la pared la sentencia de su condenacion. Ó Maestro del cielo, esclarece los ojos de mi alma, para que vea las vigas de mis pecados, sin meterme temerariamente en los ajenos, y viva mi espíritu para que atienda á las amarguras y amenazas que escribes contra mí en esta vida (*Iob*, XIII, 26), de modo que me enmiende y alcance la vida eterna. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *Perseverando los escribas y fariseos en su pregunta, levantóse Jesús, y díjoles: El que de vosotros está sin pecado, ese primero le arroje la piedra. Y luego se tornó á bajar y escribir en la tierra; pero ellos uno á uno se fueron, comenzando los mas ancianos.* Aquí se ha de considerar lo primero, la prudencia y entereza de Cristo nuestro Señor en esta respuesta; porque sin ir contra la ley, ni condenar á la mujer, confundió á los acusadores, y esto con gran rectitud; lo cual significa haberse levantado y puesto derecho cuando pronunció esta sentencia. Lo mismo le sucedió cuando le preguntaron (*Matth.* XXII, 21), si era lícito dar el tributo al César, y respondió: Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios. De donde sacaré afectos de gozo por la celestial prudencia de

Cristo nuestro Señor, pidiéndole me conceda aquella parte de esta virtud, que llaman solercia, para defenderme de las astucias de Satanás y de las calumnias de los hombres.

2. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor con esta sentencia revolvió las memorias de aquellos acusadores, para que se acordasen de sus pecados que tenian olvidados y echados atrás, para que viendo sus propios pecados y la acusacion de su propia conciencia, cesasen de acusar á la pobre mujer; pues de razon, quien ha de acusar y condenar á otro, no debia tener las mismas culpas de que le acusa, ú otras mayores; y tambien para que todos aprendan á compadecerse de los pecadores, pues tambien son pecadores como ellos; y yo puedo caer en el mismo pecado en que cayó mi prójimo, y no es justo que yo tire contra él piedras de murmuraciones, calumnias ó afrentas, como no querria que otro las tirase contra mí.

3. Lo tercero, ponderaré como Cristo nuestro Señor se inclinó segunda vez á escribir en la tierra, para darles lugar de que hiciesen lo que habian de hacer, dejándoles en las manos de su conciencia, para que ella aplicase la sentencia. Pero los desventurados, aunque conocieron sus culpas y se confundieron por ellas, no quisieron confesarlas delante de Cristo nuestro Señor, pidiéndole perdon de ellas, sino de corridos se fueron de su presencia, para que se vea cuán terrible es el tormento de la propia conciencia y cuánto temor tiene de estar delante del supremo Juez; en lo cual se ve la diferencia entre varios pecadores; porque unos muy obstinados en su pecado, aunque le conocen y se confunden, no le confiesan, sino huyen de Dios, y quiérense esconder de él, como lo hizo Adan en pecando; pero otros, tocados de la divina inspiracion, antes van á Dios á pedirle perdon, como el publicano. Ó Padre misericordiosísimo y Juez justo, aunque conozco mis culpas no quiero huir de tu presencia, como huyeron estos hijos del Adan terreno, imitando á su propio padre; antes, Señor, porque soy pecador, vengo á tu presencia como enfermo al médico, confesando con vergüenza mis culpas, para que me concedas entero perdon de ellas.

4. Lo cuarto, ponderaré como estos desventurados fariseos, aunque habian venido de mancomun unidos contra Cristo, no se fueron juntos sino uno á uno; primero uno y luego otro, porque cada uno se confundió tanto de sus pecados, que sin hacer caso del otro le dejó y se fué, y comenzaron los mas ancianos; porque como eran mayores pecadores, así cavó en ellos mas presto la maldad y la con-

fusion para irse de allí. De donde sacaré cuán grande será la confusion que tendré en la hora de la muerte y del juicio; y cuán poca parte serán para ayudarme y consolarme los que tuve por compañeros de mi maldad. Y con esta consideracion atenderé al negocio de mi salvacion, apartándome de cualquier mala compañía, por juntarme con Cristo nuestro Señor, de quien depende mi remedio temporal y eterno.

PUNTO CUARTO. — 1. *Levantándose Jesús dijo á la mujer: ¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Respondió: Ninguno, Señor. Díjole Jesús: Ni yo te condenaré, vete, y no quieras mas pecar.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Señor se levantó dos veces de donde estaba inclinado para escribir en la tierra; una para mirar á los fariseos y confundirlos con justicia; otra para mirar á esta mujer y darla por libre con su misericordia; porque los ojos de Dios miran á los pecadores rebeldes para castigarlos, y á los pecadores contritos para perdonarlos; en ambas cosas es recto, justo y santo, como dice David (*Psalm.* XXXIII, 17; CXLIV, 17); pero despues que miró á los fariseos, se tornó á inclinar por no verlos, como indignos de su vista y como á gente que se apartaba de su presencia por indigna de ella; mas á esta mujer miróla con misericordia y despidióla con buena gracia, porque estaba contrita y humillada. Ó dulcísimo Jesús, mírame con estos ojos de misericordia, y nunca los apartes de mí, pues de tu vista misericordiosa pende que yo nunca me aparte de tí.

2. Lo segundo, ponderaré como estando esta mujer libre de sus acusadores y viéndose sola delante de Cristo nuestro Señor, se compungió de su pecado grandemente, avergonzándose de haberle cometido, y esperando la sentencia del Señor, en cuya presencia estaba; pero él la consoló diciéndola: *¿Dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te condenó?* Como quien dice: De mí has recibido este bien que tus acusadores se vayan y te dejen libre. Y pues ellos no te condenaron, no seré yo mas cruel que ellos; y así ni yo te condenaré, porque no vine á condenar pecadores, sino á salvarlos; por tanto vete libre. Con las cuales palabras la libró, no solamente de la muerte temporal, sino de la eterna, perdonándola todos sus pecados; porque las obras de Cristo nuestro Señor fueron perfectas, y en decir que no queria condenarla, entendió que ni la condenaba con la condenacion temporal, ni con la eterna, sino que la absolvia de la causa por la cual merecia una y otra. Ó dulcísimo y misericordiosísimo Jesús, amparo y refugio de los pecadores, ¿con qué te pagaré, Se-

ñor, el amor y cuidado que conmigo tienes? (*Rom.* VIII, 34). ¿Quién se atreverá á acusarme ó condenarme, si tú me justificas y das por libre? ¿Cómo no me fiaré de tu misericordia, pues en tu presencia se deshace toda mi miseria? (*Psalm.* CXVIII, 134). Tú me libras de las calumnias de los hombres y de las acusaciones de mis enemigos, perdonándome liberalmente la culpa, para que no tenga lugar la condenacion á la pena; y pues es tan copiosa tu misericordia, nunca cesaré de alabarte ni me cansaré de servirte por ella.

3. Últimamente, ponderaré aquella postrera palabra que Cristo nuestro Señor dijo á esta mujer: *No quieras mas pecar.* Como quien dice: Pues te he librado de este peligro, entiende que no es para que vivas en la libertad de carne que hasta aquí has tenido, sino para que vivas con templanza, limpieza y castidad, no volviendo mas á pecar como solias. Y es de creer, que así como sus acusadores nunca mas se atrevieron á proceder contra ella, porque Cristo nuestro Señor así lo quiso, tambien ella nunca mas volvió á sus antiguos pecados, sino que perseveró en servicio de Dios nuestro Señor, no ya por temor de castigo, sino por amor del que tanto bien la hizo, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVIII.

DE LA CONVERSION DE ZAQUEO, PRÍNCIPE DE LOS PUBLICANOS.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Entrando Jesús en Jericó, un hombre llamado Zaqueo, el mas principal de los publicanos y cobradores de las rentas reales, y muy rico, deseaba ver á Jesús, y no podia por la mucha gente y porque era pequeño de cuerpo, y corriendo subióse sobre un árbol, para verle cuando pasase.* (*Luc.* XIX, 1). Aquí se ha de ponderar el principio de la conversion de este hombre rico y poderoso entre los suyos; pero gran pecador y muy codicioso, y el primero y principal de los codiciosos arrendadores, que en aquel pueblo hebreo eran tenidos por grandes pecadores. Su principio fue, un deseo inspirado por Dios de ver á Jesús y conocerle, imaginando que esta sola vista le dejaria medrado, y no le engañó su imaginacion; porque el principio de nuestro remedio está en ver con viva fe á Cristo, y conocerle del modo que pasó y vivió en este mundo, figurado por Jericó, mirándole pobre, manso, humilde y crucificado por nosotros, cuya vista nos mueve á que dejemos nuestros pecados y codicias. Ó buen Jesús, dame deseo eficaz de verte de esta mane-

ra, porque si solo ver la serpiente de metal (*Num.* XXI, 9), puesta sobre un madero, bastó para sanar los heridos de las serpientes verdaderas, mejor bastará verte á tí, Dios y hombre verdadero, con imágen de pecador puesto en la cruz, para sanar yo de todos mis pecados.

2. Lo segundo, ponderaré la eficacia de este deseo de Zaqueo, y la diligencia que puso en cumplirle, atropellando la honra mundana y el qué dirán todos, viendo á un hombre rico y principal correr como niño y subirse encima de un árbol; donde es de creer que los pasajeros se reirian de él, y mas viéndole tan pequeño. Y por este ejemplo entenderé, que cuando Dios me inspirare buenos deseos, he de atropellar la honra del mundo, en razon de cumplirlos por salvarme; y como Zaqueo, subirme sobre el árbol sicomoro, que es higuera loca (*Teophilat.*; *Greg.* XXVII Moral, *c.* 27), hollando los regalos del mundo y sus riquezas y honras, abrazando lo que él tiene por locura, que es la cruz de Cristo. Ó buen Jesús, que por mi causa subiste en el árbol de la cruz, donde fuiste despreciado y mofado de los hombres, dame gracia que yo tambien suba sobre este árbol, que es sabiduría para los escogidos y locura para los mundanos (I *Cor.* I, 23); porque cierto estoy, que si subo en él con espíritu, luego me mirarás como á Zaqueo con ojos de misericordia.

Punto segundo.— 1. *Llegando Jesús al lugar donde estaba Zaqueo, miróle y díjole: Zaqueo, de presto baja de ahí, porque me conviene estar hoy en tu casa.* Aquí se ha de ponderar, la infinita caridad y misericordia de Cristo nuestro Señor, que resplandece en esta obra, cumpliendo los deseos de este publicano, no solo en dejarse ver de él, sino en ofrecérsele por convidado, cosa que no leemos haberla hecho otra vez. Cada palabra tiene misterio particular que ponderar.-Lo primero, llámale por su nombre, Zaqueo, para que entendiese, que aunque nunca le habia visto, le conocia bien y sabia su nombre, y le tenia escrito en el libro de la vida, y deseaba henchir el vacío de su nombre, porque Zaqueo quiere decir puro ó justificado; antes tenia falsamente este nombre, porque era impuro, injusto y súcio; pero en llamándole Cristo, comenzó á purificarse para ser justo y puro.

2. Dícele que se dé priesa á bajar de allí, para significar las grandes ganas que tiene de apresurar su justificacion, y que no quiere perder un punto de tiempo, ni la ocasion que se ofrece de justificarle, antes que se enfrie su buen deseo; enseñando con esto á los

que tratan de convertir almas, que en viéndolas tocadas de Dios, las dén priesa á que cumplan sus propósitos, antes que el cierzo de la tentacion los hiele, ó el estío de la persecucion los marchite. Y por la misma razon quiere Cristo nuestro Señor, que los deseos que él me inspira, los cumpla con presteza y con fervor; y que si estoy en lugar alto, me baje y humille; y si estoy parado, ande y camine con ligereza á cumplir lo que me manda. Ó Salvador mio, que tomaste por nombre (*Isai.* VIII, 3) el que se da priesa y apresura, date priesa á justificarme y á justificar á todos los pecadores que has tocado con tu inspiracion, moviéndoles con tanta eficacia, que alcancen luego tu copiosa gracia. Amen.

3. Dice lo tercero, que hoy quiere entrar en su casa; no dice mañana ú otro dia, sino hoy, porque no gusta que se dilaten los buenos propósitos para el dia siguiente, si se pueden cumplir el dia de hoy, porque el de hoy es seguro, y el de mañana incierto; y así quiere que hoy con priesa y con fervor tratemos de hospedarle, porque quizá mañana querrémos y no podrémos, ó él se pasará y nos dejará en blanco, porque perdimos la ocasion que nos ofreció. Por tanto, alma mia (*Psalm.* XCIV, 8), si oyeres hoy la voz de tu Señor que te llama, no endurezcas tu corazon, porque quien te llama hoy quizá no te llamará mañana; y si hoy que se ofrece á ser tu convidado en tu casa no le hospedas, quizá no vendrá cuando tú le llames y convides.

4. Pero sobre todo es regalada aquella palabra: *Oportet me; impórtame á mí estar hoy en tu casa.* Ó dulcísimo Jesús, mucho mas importa esto á Zaqueo que á Vos, porque Vos sois nuestro Dios, y no teneis necesidad de nuestros bienes (*Psalm.* XV, 2); y si uno os niega su casa, hallaréis mil que os admitan en ella. Pero á Zaqueo, si Vos le faltais, faltarále todo bien. Pues por qué dices: ¿Á mí me importa estar hoy en tu casa? El amor, Dios mio, que nos teneis, es causa de que digais que os importa á Vos lo que importa á nosotros, tomando nuestros bienes y males como si fuesen vuestros: y pues es así que os importa entrar en mi casa, venid, Señor, y entrad en ella, porque me importa mucho vuestra entrada, y mi importancia la tomais por vuestra.—Finalmente, dice que le importa *manere,* estar de asiento en ella, hasta hacer toda la obra que pretende; porque lo que tanto importa no lo toma Cristo nuestro Señor de paso, sino de asiento. Y aunque se da priesa á venir, no se da priesa á salir, si no fuere echado del alma donde entra. Ó Hijo del Padre eterno, con el cual venís al alma que os ama, y haceis mo-

rada en ella (*Ioan.* XIV, 23), venid, Señor, á la mia, y estad en ella con firmeza, de modo que nunca la dejeis, ni ella dé en tal locura que os eche de sí. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *Oyendo esto Zaqueo, con priesa bajó, y hospedóle con grande gozo; y todos los que lo vieron murmuraban diciendo, que se habia hospedado en casa de un hombre pecador.* Aquí ponderaré lo primero, la obediencia de Zaqueo, puntual presteza y gozosa en cumplir lo que le dijo Cristo nuestro Señor. Antes teníase por indigno de convidarle, y no se atrevió á pedírselo, contentándose con solo verle; pero en viendo su modestia y afabilidad, y oyendo las palabras tan amorosas que le dijo, luego lleno de gozo, perdido el temor y encogimiento humano, le obedeció y hospedó. De donde aprenderé á obedecer puntualmente y con gozo á la voz de Dios, cuando llama, como dice en su Apocalipsis (*Apoc.* III, 20), á la puerta de mi alma, queriendo entrar á hospedarse en ella y cenar dentro de ella; porque si me detengo por pereza, quizá me sucederá lo que á la Esposa (*Cant.* V, 6), que por haberse detenido cuando fué á abrir, ya era ido su Amado.

2. Lo segundo, ponderaré la ignorancia y malicia de los que murmuraban de este hecho de Cristo nuestro Señor, juzgándole y condenándole temerariamente por indiscreto y mal mirado en hospedarse en casa de un pecador; porque los ignorantes y soberbios murmuradores no sabian el fin que le movia, y tenian por indigno de la persona de Cristo lo que era propio de su oficio; pues no es indigna cosa del médico que vaya en casa del enfermo á visitarle y curarle. Y los que murmuraban eran todos, porque en comenzando uno la murmuracion, luego se pega á otros, y cunde por todos los imperfectos. Pero Cristo nuestro Señor, aunque oia estas murmuraciones, y otras veces habian murmurado de él por esto mismo, no hizo caso de ellas ni dejó por eso de conversar con los pecadores para ganarlos, antes dijo (*Matth.* IX, 12): *Que no tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos.* Ó Médico soberano, que veníste del cielo á llamar á penitencia, no á los justos, sino á los pecadores necesitados de ella, venid á visitar mi alma, que está enferma, para que la saneis con vuestra gracia.

PUNTO CUARTO. — 1. *Poniéndose Zaqueo en pié dijo á Jesús: La mitad, Señor, de mis bienes doy á los pobres; y si en alguna cosa engañé á alguno, le vuelvo cuatro doblado.* Aquí se ha de considerar, la conversion perfectísima de este pecador, ponderando lo primero, como Cristo nuestro Señor, antes ó despues de comer, hablaria con él y

le persuadiria la mudanza de la vida con tales razones, que le robaron y trocaron el corazon. Con lo cual nos enseña el modo de tratar con los pecadores en estos casos, recibiendo de ellos la comida del cuerpo, y dándoles la del alma para su salvacion.-Lo segundo, ponderaré aquellos propósitos tan eficaces de Zaqueo, que daba por hecho lo que proponia de hacer. No dice daré y pagaré, sino doy y pago, luego lo ejecutó; y es tan cierto como si ya estuviera hecho, al modo que decia David (*Psalm.* c, 8): Á la mañana mato todos los pecadores de la tierra, porque con tantas veras proponia hacer esto, que ya lo daba por hecho. Con esta eficacia he de proponer la enmienda de la vida con la divina gracia, de modo que luego comience á renovarla, diciendo como David (*Psalm.* LXXVI, 11): Ahora comienzo. Y luego añadió: Esta mudanza de la diestra es del muy Alto; y porque si de verdad digo que ahora quiero comenzar, luego se seguirá la mudanza del corazon, acudiendo la mano de la divina Omnipotencia á favorecerme con su gracia.

2. Pero mas es de ponderar la eficacia de este propósito, siendo no de cosa fácil, sino muy dificultosa, y no de cosa obligatoria solamente, sino tambien de voluntaria y de consejo; porque con ser muy rico y haber estado muy pegado á sus riquezas, y parte de ellas ser mal ganadas, llevado de su codicia, de repente divide su hacienda en dos partes, y la mitad quiere dar á pobres, haciendo limosna por sus pecados; y de la otra mitad quiere pagar lo que debe de justicia, volviendo no solo lo que tomó, sino con el cuatro doble, por mas asegurarse; y por consiguiente le quedaba tan poco, que era como deshacerse de toda su hacienda, para seguir á Cristo con perfeccion. Ó Salvador del mundo, ¡con cuánta verdad dijísteis (*Matth.* XIX, 24) que aunque era mas fácil entrar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el cielo; pero que es posible á Dios lo que es imposible á los hombres! ¡Oh cuán posible y cuán fácil y suave fue á este rico con vuestra gracia desnudarse tan presto de todo lo que tenia, por entrar por la puerta estrecha de la penitencia! Hacedme, Señor, posible por vuestra gracia lo que es imposible á mi flaca naturaleza.

3. Últimamente, ponderaré como esta cuenta dió Zaqueo á Cristo nuestro Señor, no por vanidad ni por ostentacion farisáica, sino con humildad, para que le enderezase en lo que debia hacer, y aprobase aquel propósito, si era bueno; enseñándonos con este ejemplo á dar cuenta á nuestros confesores de semejantes propósitos, para proceder con mas acierto y seguridad en lo bueno; y en especial he

de presentarlos al mismo Dios, diciéndole: Señor mio, estos propósitos tengo por vuestra gracia; si os agrada que los cumpla, ayudadme á ello, pues quien comenzó la obra la ha de acabar y poner en perfeccion.

Punto quinto.— 1. *Respondió Cristo nuestro Señor á Zaqueo: Hoy ha venido la salud por esta casa, por cuanto él es hijo de Abrahan, y porque el Hijo del hombre vino á buscar y salvar lo que habia perecido.* En esta respuesta se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor aprobó este deseo de Zaqueo, y santificó no solamente á él sino á toda su familia; porque como él es la verdadera salud, entrando en una casa toda la salva y santifica, tomándola por suya; lo cual hizo por medio de la cabeza de ella, que era Zaqueo, para descubrirnos la eficacia del buen ejemplo; porque como Zaqueo se convirtió á Cristo, todos sus criados y los de su casa y familia hicieron lo mismo; y quizá por esta razon dijo el Señor, que la salud vino en aquella casa, porque Zaqueo era hijo de Abrahan, imitador de su fe y de su obediencia y liberalidad; y así le siguió é imitó á él toda su familia. De donde tomaré aviso para dar buen ejemplo á todos, pues de este ejemplo se suele aprovechar Cristo nuestro Señor para convertirlos. Verdad es que la principal causa de todo este bien fue la que el Señor añadió, porque el Hijo del hombre vino á buscar y salvar lo que habia perecido,

—como lo ponderarémos en la meditacion XLIX, de la oveja perdida.—

2. *Aparejo para la Comunion.*—Todo lo que se ha dicho en esta historia, se puede aplicar á la Comunion en esta forma:—Lo primero, consideraré que como Zaqueo deseó mucho hospedar á Cristo en su casa; pero no se atrevió á pedírselo, teniéndose por indigno de tanto bien, y este deseo provocó al Redentor para que se le diese por convidado, porque mas es convidado con deseos que con palabras; así yo he de tener grandes deseos de recibir á Cristo nuestro Señor en este Sacramento, y procurar, como Zaqueo, verle primero con los ojos de la fe, ponderando los grandes bienes que hacia en este mundo, donde quiera que entraba. Y luego me subiré sobre el árbol de la cruz, abrazando algunas mortificaciones que provoquen á este Señor, para que guste de entrar en mi alma.

3. Luego imaginaré, que me dice aquellas amorosas palabras: Date prisa y baja, porque me conviene estar hoy en tu casa; ponderando como antes de entrar, quiere que yo con gran prisa y fervor entre en ella y la apareje, barra y limpie con la confesion, y la

aderece y adorne con virtudes, como conviene para recibir tan alto huésped; admirándome de que un Señor tan grande diga que le importa hoy estar en mi casa, siendo yo tan vil y miserable. De donde sacaré que aunque en este Sacramento viene á convidarme, comunicándome los dones de su gracia, tambien viene para que yo le convide como Zaqueo; y el convite de que él gusta es hacerle presencia con encendidos afectos de amor, agradecimiento, alabanza y gozo, con esperanza grande de quedar sano y salvo con su entrada.

4. Últimamente, he de hacer grandes ofrecimientos á este Señor, con propósitos muy eficaces de servirle en obras de misericordia y de justicia, no solo en las de precepto, sino en las de consejo, y ofreciéndole cuanto tengo, y á mí mismo, pues él se me da á sí mismo; y presentándole estos propósitos le pediré que los apruebe. Ó dulce Jesús, pues entrais por este Sacramento á estar en mi pobre morada, decidla con vuestra omnipotente palabra: Hoy se ha hecho salud en esta casa, santificando la familia de sus potencias, para que gusteis de morar en éllas por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIX.

DE LA MUJER CANANEA, CUYA HIJA LIBRÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR DEL DEMONIO.

Punto primero. — 1. *Caminando Jesús hácia las partes de Tiro y Sidon* (*Matth.* xv, 21; *Marc.* vii, 26), *salió una mujer gentil cananea, diciendo á voces: Señor, hijo de David, ten misericordia de mí, porque mi hija está mal atormentada del demonio.* Aquí se han de ponderar las virtudes que resplandecieron en la oracion de esta mujer para imitarlas, porque son excelentes.-La primera fue grande fe y confianza, sintiendo altamente de Cristo nuestro Señor, confesándole por Señor y por Mesías, y por poderoso para echar los demonios, y tan poderoso, que solo bastaba quererlo ó mandarlo; y así no dice ruega por mí, sino ten misericordia de mí y ayúdame, proponiendo en breves palabras su miseria al que creia que la podia remediar.-La segunda fue grande caridad, con la cual tenia los males de su hija como propios; y así no dijo, ten misericordia de mi hija y ayúdala, sino ten misericordia de mí y ayúdame.

2. Y aun aquí tambien resplandeció la humildad, porque quizá atribuia á sus pecados, mas que á los de su hija, el ser atormenta-

da del demonio. En estas dos virtudes se señalan los santos, haciendo propios los males de sus prójimos; el padre, los de sus hijos; y el superior, los de los súbditos, y los súbditos, los del superior, confesando que sus pecados son tambien causa de los trabajos que padecen otros.-De esta humildad nació tambien la reverencia con que oró; porque, como dice san Marcos, se postró á sus piés y le adoró.

3. Finalmente, oró con grande afecto y constancia, como lo denotan así los clamores que daba salidos del afecto del corazon, como el seguir á Cristo, yendo tras él multiplicando sus peticiones. Con estas virtudes he de acompañar mi oracion; y cuando me viere tentado de algun vicio de soberbia, gula ó ira, postrado á los piés de Cristo, le diré una y muchas veces: Señor, hijo de David, ten misericordia de mí, porque mi ánima está mal atormentada del demonio de la soberbia. Ayúdame, compadécete de mí y líbrame. Y de la misma manera cuando veo algun prójimo que me toca, estar rendido al vicio, tomando su miseria por propia, al modo dicho, diré á Cristo nuestro Señor: Hijo de David, ten misericordia de mí, porque el alma de mi hermano está mal atormentada del demonio; ayúdame, pues en compadecerte de él te compadeces de mí, porque su miseria es mia, y mis pecados son la causa de ellos.

Punto segundo. — 1. *No quiso Jesús responderla palabra, y perseverando ella en aclamar, la dijo: No es bueno quitar el pan de los hijos y darlo á los perros;* esto es, no conviene los beneficios que se hacen á los judíos, que son hijos de Dios, darlos á los gentiles, que son perros desconocidos. *Ella respondió: Así es, Señor, pero los cachorrillos tambien comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores.* Aquí se ha de ponderar lo que hizo Cristo nuestro Señor en este caso, y lo que hizo la Cananea. Lo primero, ponderaré como Cristo nuestro Señor callaba, como quien no hacia caso de la peticion de esta mujer, no por desprecio, sino para que con esta dilacion creciese mas su deseo y afecto. Y pasando mas adelante la dió muestras de negarla lo que pedia, motejándola de perra y de indigna de ello; lo cual hizo para probarla y humillarla, y con esto disponerla mejor para recibir lo que pedia; porque la humillacion de Dios, como dice san Bernardo (Serm. 34 in Cant.), es señal de que nos quiere ensalzar, y tambien es señal de que halla uso capaz, porque á los flacos suele dar luego lo que piden, como á niños; pero á los fuertes, cuya virtud tiene conocida, pruébalos con dilaciones y ásperas respuestas, como probó á su misma Madre en las bodas, para que

con este ejemplo aprendamos á no descaecernos si no fuéremos oidos tan presto como deseamos.

2. Lo segundo, ponderaré las virtudes en que probó Cristo nuestro Señor á la Cananea, que son la piedra del toque; es á saber, en paciencia, humildad y perseverancia, las cuales ejercitó admirablemente la Cananea con gran prudencia; porque lo primero, aunque oyó palabras tan duras y ásperas, no se indignó, ni quejó, ni murmuró de Cristo, ni cesó de su demanda, perseverando en ella con gran constancia. - Lo segundo, con rara humildad confesó lo que era, diciendo: Así es, Señor, que soy perra y gentil, y aun perrilla desaprovechada. Y pasó mas adelante, porque aunque los perrillos suelen comer de las migajas que caen de la mesa; pero ni aun de estas se tuvo por digna, y así no pidió que le diese alguna migaja, sino calló, dejándolo á la liberalidad y misericordia del Señor. - Lo tercero, con gran prudencia de las mismas palabras de Cristo nuestro Señor y de su propia bajeza sacó títulos para negociar lo que pedia; como quien dice: Si soy perra, tambien los señores sustentan, no solo á los hijos sino á los perrillos, con las migajas que caen de su mesa. Con este espíritu diré á Cristo nuestro Señor: Ó Rey del cielo, que estais en vuestro reino sentado á la mesa de vuestra bienaventuranza, dando espléndidamente de comer á vuestros hijos, no es vuestra mesa como la del rico avariento, de cuyas migajas no hubo quien diese alguna al mendigo y hambriento Lázaro; porque aunque sois rico no sois avariento sino liberal; no escaso sino largo y maniroto. Á vuestra presencia vengo como cachorrillo, esperando algun mendruguillo de pan de lo que de esa mesa se cae para los que viven en la tierra. Confieso, Señor, que no se ha de dar lo santo á los perros (*Marc.* VII, 26), cuando lo quieren para morderlo y despedazarlo; pero yo, Dios mio, lo deseo para dejar de ser perro, y así pido el pan celestial que tiene virtud de convertir los perros en hijos vuestros: dadme algo de este pan, aunque no lo merezca, pues tan liberal sois en dar lo que teneis á los de vuestra casa.

PUNTO TERCERO. - *Oyendo esto Jesús, respondió: Ó mujer, grande es tu fe, hágase lo que quieres; por esta palabra que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija; y al punto salió, y quedó sana la endemoniada.* Donde se ha de ponderar el gusto grande que recibe Cristo nuestro Señor con una alma humilde, sufrida y confiada, como la alaba y engrandece, y como la cumple sus deseos y la da cuanto le pide. Este afecto declaró con aquella exclamacion: *Ó mujer, grande es tu fe.* ¡Oh qué grande seria, pues un Dios tan grande la califica

por grande! Á los Apóstoles les llamó Cristo muchas veces hombres de poca fe: á esta Cananea llama mujer de grande fe. Ó Señor, dame esta grandeza de fe viva y confianza cierta en tu bondad, para que te agrade con ella.-Tambien ponderaré, que alaba Dios y honra á los que tienen esta grandeza de fe, porque ellos con ella honran á Dios y le glorifican, sintiendo de él en bondad altamente, y arrojándose en su providencia, y es propio de Dios honrar á los que le honran.-Finalmente, se ha de notar aquella palabra: *Por esto que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija.* En lo cual Cristo nuestro Señor atribuye la salida de este demonio á la palabra humilde de la Cananea; porque la humildad espanta á los demonios y les hace huir de los cuerpos y de las almas. Ó Redentor mio, pon en mi corazon y en mi lengua palabras de verdadera humildad, con las cuales en virtud tuya destierre de mi alma y de las de mis prójimos todos los demonios que las atormentan, para que libres de su servidumbre te sirvamos en justicia y santidad. Amen.

MEDITACION XXX.

DEL CENTURION, CUYO CRIADO SANÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Un Centurion que vivia en Cafarnaum, teniendo perlático á un siervo suyo muy querido, no atreviéndose á parecer en persona delante de Jesús, ni á pedirle que viniese á su casa, le envió con unos ancianos del pueblo este recado: Señor, un criado mio está en mi casa enfermo con perlesía y muy atormentado.* (*Matth.* VIII, 5; *Luc.* VII, 2). Aquí se ha de considerar lo primero, la piedad de este Centurion, pues tan solícito estaba de la salud, no de su hijo, como la Cananea, sino de su siervo y esclavo, amando con caridad á los pequeñuelos, sin otras buenas obras que hacia, reparando las sinagogas y haciendo mucho bien á los judíos con ser él gentil.

2. Lo segundo, su profunda humildad, con la cual se tenia por indigno de parecer delante de Cristo nuestro Señor, y de ir en persona donde él estaba, pareciéndole que era tan malo, y Cristo nuestro Señor tan bueno, que no era digno de estar delante de él; y aunque los mensajeros dijeron á Cristo que era digno de que le concediese lo que le pedia, por las buenas obras que les habia hecho, él olvidado de estas buenas obras se tiene por indigno.

3. Lo tercero, su grande fe y confianza, contentándose con de-

clamar á Cristo la necesidad de su criado, que estaba perlático y muy atormentado, creyendo que era poderoso para sanarle en ausencia; y teniéndole por tan misericordioso, que bastaba representarle aquella necesidad, sin pedirle que la remediase. De donde tengo de sacar el modo de negociar con Cristo nuestro Señor, que es, no tanto con palabras como con afectos, no con llegarme presuntuosamente á él, sino con retirarme humilmente de él, porque este modo de retirarse es acercarse. Y así san Mateo dice, que el Centurion se llegó á Cristo nuestro Señor, para dar á entender que á Cristo no se llega ni acerca con pasos del cuerpo sino del espíritu; esto es, con actos y afectos de fe y confianza, de humildad y reverencia con caridad. Ó Dios de mi alma, dame luz de propio conocimiento, como á este Centurion, para que olvidado de cualquier bien que hubiere hecho, me tenga por siervo desaprovechado é indigno de parecer en tu presencia; pero de tal manera, que no me retire tanto con pusilanimidad, que deje de acercarme á tí con verdadera caridad. Mira, Señor, que mi siervo, que es este cuerpo que me sirve, está perlático y muy torpe para obedecer al espíritu; tullido y desfallecido para las obras de virtud; si tú no remedias mi necesidad, no hay quien pueda librarme de ella.

Punto segundo.— 1. *En oyendo esto Jesús, respondió: Yo iré y le curaré; y caminando hácia casa del Centurion, cuando él lo supo le envió otro segundo recado diciendo: Señor, yo no soy digno de que entres dentro de mi casa, por lo cual ni yo me tuve por digno de ir donde tú estabas, solamente dí una palabra, y será sano mi criado.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la benignidad de Cristo nuestro Señor y lo mucho que favorece á los humildes y pequeñuelos, desfavoreciendo á los poderosos y soberbios. Al reyezuelo (*Ioan.* IV, 48), que le pidió fuese á su casa á sanar á su hijo, aunque era tan principal, y él mismo en persona venia á pedírselo, le respondió con aspereza, notándole de incrédulo; pero á este Centurion, que con humildad no se tenia por digno de pedirle tal cosa, se ofreció á ello, y de hecho iba á su casa, y no para sanar á su hijo sino á su esclavo. Ó humildad, ¡cuán grande es tu poder, pues así atraes al Hijo de Dios, y le mueves á que venga á visitar la casa donde tú moras! ¡Oh si mi corazon fuese morada tuya, para que el Hijo de Dios gustase de entrar y morar en ella!

2. Lo segundo, ponderaré como con esta merced, que Cristo nuestro Señor ofrecia al Centurion, no solo no se ufanó y envaneció, sino creció mas en humildad, arraigándose mas en el propio conoci-

miento y en la fe de la omnipotencia de Cristo, que con una sola palabra podia sanar á su criado; de donde tomó la Iglesia estas palabras, para decirlas antes de la Comunion. Y así las tengo de decir con estos dos afectos de humildad y confianza, de reverencia y viva fe. Ó Señor del cielo y de la tierra, ¿quién soy yo para que tú vengas á mi pobre morada? no merezco tanto bien, ni casa tan vil es digna de aposentar huésped tan soberano. Basta, Señor, que digas una sola palabra para sanar mi alma y hacer cuanto quisieres en ella. Diciendo (*Genes.* I, 3), hágase la luz, luego se hizo; dí á mi alma, yo soy tu salud, y luego será sana; dí á este siervo de mi cuerpo, que se levante sano, y luego se levantará para servirme y servirte en todo lo que quisieres.

3. Lo tercero, ponderaré como el Centurion por el propio conocimiento subió á otros actos excelentes de virtud, engrandeciendo á Cristo nuestro Señor, por las palabras que añadió: *Yo soy*, dice, *un hombre que tengo superior, y debajo de mi mando tengo soldados; y en diciendo á uno, vé, luego va; y en diciendo á otro, ven, luego viene;* que es decir: Yo soy un hombre terreno, sujeto á otros por razon de mi estado; pero tú eres hombre celestial y Dios infinito, superior á todos, por lo cual no soy digno de que Señor tan alto venga á casa de hombre tan bajo; y si á mi palabra obedecen los soldados y criados que me sirven, mucho mejor obedecerán á tu palabra todas las criaturas y las mismas enfermedades; y en diciéndolas tú, ven, vendrán; y en diciéndolas, idos, se irán. (*Psalm.* CXXXVIII, 6). Á imitacion de este Centurion, de lo que por mí pasa sacaré la ciencia admirable de lo que puede Dios, gozándome de su excelencia y poder. Gózome, Salvador mio, de que seas supremo Monarca á quien todos obedezcan, y que sea tan grande tu poder, que en diciendo con eficacia, hágase esto, todos cumplan tu mandato. (*Casian. Collat.* VII, *c.* 3). Dame, Señor, este poderío sobre mis potencias, para que en mandándoles algo de tu servicio, luego me obedezcan; diciendo á mi imaginativa, no pienses esto, no lo piense; y diciéndola, imagina esto, luego lo imagine; diciendo á mis apetitos, amad y desead esto, luego lo deseen; y diciéndoles, aborreced esto, luego lo aborrezcan, siguiendo en todo tu santísima voluntad. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *Maravillado Jesús de estos recados, dijo á los que le seguian: De verdad os digo, que no he hallado tanta fe en Israel; y de verdad tambien os digo, que muchos vendrán del Oriente y Occidente á sentarse con Abrahan, Isaac y Jacob, en el reino de los cielos, y los que debieran ser hijos del reino, serán echados en las tinie-*

blas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes; y vuelto á los mensajeros del Centurion, les dijo: Decidle que se haga así como creyó, y al punto sanó su criado.—Aquí se ha de ponderar lo primero, la admiracion de Cristo nuestro Señor, cuanto á las señales exteriores, para significarnos como la humildad y la fe es virtud heróica, y tan admirable, que parece basta para causar admiracion al que es sobre todos admirable, y mucho mas cuando tales virtudes se hallan en personas del mundo, en capitanes y soldados, sacando de aquí grande amor y estima de estas virtudes.

2. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor alabó la fe de este Centurion gentil para honrarle, diciendo: Que despues que predicaba, no habia hallado otro tal en el pueblo judáico, y con ella confunde á los que por razon de su estado habian de ser mas humildes y piadosos, y rendidos á Dios, sacando de esto temor grande de mi dureza en responder á los beneficios recibidos. Ó Rey mio, no permitas que habiéndome llamado para tu fe, y para ser hijo tuyo por la gracia, yo venga por mi culpa á perderla, y á ser desheredado de tu reino, y echado en las tinieblas exteriores, fuera de tu luz y de tu amistad, en los lagos tenebrosos del infierno, donde todo es llanto y rabia. ¡Oh si viniesen á tu santa fe muchos de las Indias, y regiones orientales y occidentales, para que tu Iglesia y tu reino celestial se pueble de muchos justos! pero no permitas, Señor, que los fieles que están ya dentro de tu Iglesia salgan de ella, y sean desechados del reino para que los llamaste.

3. Lo tercero, ponderaré como Cristo nuestro Señor cumplió su deseo al Centurion, sanando á su criado con solo una palabra que dijo: *Hágase como quieres;* porque, como dice David (*Psalm.* CXLIV, 19), cumple Dios la voluntad de los que le temen. Témate yo, y reverénciete, Dios mio, para que cumplas mi voluntad en esto solo, que cumpla yo siempre la tuya. Amen.

MEDITACION XXXI.

DE LA MUJER Á QUIEN SANÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR DEL FLUJO DE SANGRE.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Una mujer que habia padecido doce años una terrible enfermedad de flujo de sangre, y habia en este tiempo padecido muchos trabajos de medicinas que le aplicaban los médicos, y gastó su hacienda en esto sin mejoría, antes hallándose peor, oyendo decir los milagros que hacia Jesús, dijo dentro de sí misma: Si tocare su vesti-*

do, seré sana. Llegó por detrás, tocó el ruedo de la vestidura, y al punto sanó. (*Matth.* IX, 20; *Marc.* V, 25, *Luc.* VIII, 43). Aquí se ha de ponderar lo primero, la miseria de esta mujer, y el poco remedio que halló de ella en los médicos de la tierra, permitiéndolo así Nuestro Señor, para que acudiese al Médico del cielo, que puede curar las enfermedades incurables, así del cuerpo como del alma, porque á él todo le es posible; y en persona de esta mujer tengo de considerar á mi alma, que padece un flujo de sangre maligno; esto es, de amor propio, de codicias y aficiones desordenadas, flujo de soberbia, de ira, y de otros innumerables vicios y pecados que se alcanzan unos á otros (*Osee*, IV, 2), y salen con tanta fuerza, que no hay remedio en la tierra para detener su corriente tan furiosa, si Dios no la detiene. Ó Médico soberano y todopoderoso, mira este flujo de pecados sangrientos que padezco; y pues de la tierra no hay remedio para reprimirle, envíale del cielo para sanarle.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la grande fe y confianza de esta mujer, porque con ver que su enfermedad era incurable, en oyendo la fama de los milagros de Cristo, concibió tanta fe de su santidad y omnipotencia, que creyó la sanaria sin pedírselo, ni sin que la tocase con su manto, sino solo con tocar ella su vestido, por ser vestido de persona tan santa. Con esta confianza juntó grande humildad, devocion y reverencia, llegándose á Cristo nuestro Señor por las espaldas y con secreto porque no se atrevió á ir por delante; y tocando el ruedo y parte extrema del vestido, al punto quedó sana. ¡Oh virtud inefable de la humilde confianza, que tanto alcanzas tocando con espíritu á Jesús! ¡Oh virtud infinita de Jesús, que tales maravillas obras en los que te tocan con humilde confianza! Cuantos enfermos tocaban el ruedo de su vestidura quedaban sanos, porque de él salia virtud para sanar á todos. (*Marc.* VI, 56; *Luc.* VI, 19). Ó dulce Jesús, ¡quién te tocase con tal espíritu, que saliese de tí virtud para sanar mis enfermedades, y llenarme de tus virtudes!

3. *Aparejo para comulgar.*—Este milagro puedo aplicar á la Comunion, considerando tres puntos; es á saber, la miseria de mi alma, al modo que está dicho: la virtud infinita de Cristo, á quien toco cuando comulgo, y el modo como tengo de tocarle; ponderando que Cristo nuestro Señor quiso quedarse entre nosotros cubierto con la vestidura de aquellas especies sacramentales, para que tocándola los que le comen y reciben, queden sanos del flujo de sangre de sus codicias y pasiones desordenadas; y quizá por esto se quedó en forma de pan, para que tocase, cuando es comido, los miembros que

son fuente de esta sangre, y los sanase. Toca la lengua, para sanar el flujo de parlerías, murmuraciones y otros muchos pecados que de ella nacen; toca la garganta, para reprimir el flujo de gulas y glotonerías de la sensualidad; toca el pecho, para reprimir el flujo de pensamientos y codicias demasiadas de ira, soberbia, etc. Finalmente, si con fe viva se toca y recibe, todo este flujo malo detiene su corriente, y se seca: *Siccatus est fons sanguinis*, dijo san Marcos. Y aunque parezca incurable, como el de esta mujer, hallará remedio en la omnipotencia y misericordia de Cristo que allí está encerrado. Gracias te doy, ó dulcísimo Jesús, porque te quedaste con nosotros para remediar nuestros males. Ó fuente de misericordia, seca en mi corazon la fuente de mi miseria, y muestra conmigo tu omnipotencia, favoreciéndome para que te toque y reciba de tal manera, que cese del todo este abominable flujo que yo padezco.

4. Luego ponderaré el modo como tengo de tocar y recibir á Cristo, porque tengo de llegar como esta mujer, por una parte con gran fe y confianza en la bondad y omnipotencia de este Señor, y por otra parte con gran reverencia y temor por mi indignidad, juzgándome por indigno de tocarle, ni aun de mirarle. ¿Quién soy yo, Señor, para tocaros y recibiros? Merecia que de vuestro vestido y de este santo Sacramento salieran rayos de fuego que me abrasaran; pero de vuestra misericordia espero que saldrán rayos de amor, que sequen esta corriente de mis malas inclinaciones, y con esta confianza me llego á recibiros. Estos afectos y otros tales puedo ejercitar cuando tengo la Hostia sagrada en la boca, y cuando pasa por la lengua y garganta, y cuando está en el pecho.

Punto segundo. — 1. *Hecho este milagro, dijo Jesús: ¿Quién me tocó? Respondió Pedro: Maestro, apriétate tanta muchedumbre de gente, y dices ¿quién te toca? Respondió Jesús: Alguno me ha tocado, porque yo sé que ha salido virtud de mí. Oyendo esto la mujer, públicamente contó lo que habia pasado.* (*Luc.* III, 45). En este punto consideraré, como Cristo nuestro Señor unas veces encubria sus milagros, y mandaba que se callasen, para darnos ejemplo de humildad; pero esta vez quiso descubrir este que la mujer encubria, para grandes provechos que de aquí sacó en bien de ella y de todos; en especial tuvo tres motivos de grande provecho. — *Avisos para comulgar bien.* — Lo primero, para que se echase de ver la diferencia que hay entre los que tocan á Cristo, y á sus Sacramentos y cosas sagradas con humildad, reverencia y devocion, y los que tocan sin ella; porque los primeros agrádanle mucho, y de él sale la virtud de

gracia, dones y favores que les comunica. Los segundos le desagradan, aprietan y afligen, y así no participan de su virtud, como la chusma de los que comulgan sin espíritu. Y haciendo reflexion sobre mí mismo, tengo de llorar las veces que toco á Cristo, afligiéndole con mi poca reverencia y devocion: ponderando como por esto saco poco fruto de las comuniones y misas que digo ó que oigo, y de las obras que hago. Ó Rey de gloria, no permitas que yo te toque, y trate tus cosas sin la reverencia y devocion debida. No es justo que toque tu divino cuerpo, y coma el pan de los Ángeles, sin hacer diferencia de él al pan ordinario de los hombres. Mira, ó alma mia, cómo le tocas y recibes, siquiera porque no se convierta en enfermedad y muerte lo que se instituyó para tu salud y vida.

2. Pero tengo de ponderar, que aunque sale virtud de Cristo para santificar á todos los que dignamente le tocan y reciben sacramentalmente; pero tanto sale mayor virtud, cuanto mas dignamente le tocan. Y esta virtud que sale es la caridad, humildad, obediencia, paciencia, oracion, devocion, y las demás virtudes y dones del Espíritu Santo; y tambien sale virtud de paz, gozo y consuelo espiritual, inspiraciones é ilustraciones celestiales. Todo lo cual comunica este Señor á la medida de nuestra disposicion, dando mayores dones de su gracia al que le recibe con mejor aparejo. Ó Fuente de todas las virtudes, concédeme que te reciba con excelentísima disposicion, para que participe de tí alguna excelentísima virtud.

3. Lo segundo, hizo Cristo nuestro Señor, para curar la imperfeccion é ignorancia de esta mujer, la cual, aunque devota, pensó que podia tocar á Cristo sin que él lo sintiese, ni lo echase de ver, tocándole á bulto cuando muchos le tocaban; y por sacarla de esta ignorancia, dijo: ¿Quién me tocó? Para que yo entienda, que Cristo nuestro Señor sabe y conoce todos los que le tocan y se llegan á él, aunque sea muy de secreto, y aunque sean muchos y de tropel; y ve quién le toca y comulga con reverencia y devocion, y quién sin ella, y á su tiempo lo manifestará y publicará todo. Por tanto, ó alma mia, abre los ojos y mira cuando comulgas, que aquel Señor á quien tocas, aunque está encubierto con el velo del santo Sacramento, ve tu corazon y sabe el modo como le tocas; no te puedes encubrir, ni quedará secreto lo que ahora haces. Él lo manifestará para tu honra si fuere bueno, y para tu confusion si fuere malo. Por tanto procura recibirle y llegarte á él con tanta pureza y limpieza de corazon, como quien es visto de Dios, y como si fueres visto de todo el mundo.

4. Lo tercero, quiso Nuestro Señor tambien curar otra imperfeccion de esta mujer, que era la vergüenza y empacho que tenia de manifestar su enfermedad, pareciéndola que era asquerosa, y que todos la desecharian como inmunda. Para quitarla este empacho, y para que se fundase en humildad, y deseo de su desprecio, hizo Cristo nuestro Señor que ella misma se manifestase y descubriese, para que yo entienda, como no le agrada la vergüenza demasiada que yo tengo de manifestar mis culpas en la confesion, ni las ganas que tengo de encubrir mis faltas y flaquezas, y las cosas que me pueden humillar, haciéndolo esto por vano temor de la humillacion; antes quiere que rompa esta vana vergüenza, y que yo mismo las confiese y manifieste, para que mi salud espiritual sea durable y perfecta. Y si alguna vez con la contricion de mis pecados en lo secreto de mi corazon alcanzare perdon de ellos, todavía es necesario confesarlos al confesor, y que él con su sentencia de absolucion ratifique lo que Dios hizo. Líbrame, ó buen Jesús, de la mala confusion que trae consigo el pecado, y cierra la puerta á su remedio, y favorece á mi pusilanimidad, para que tenga brio en manifestar mis culpas sin temor de la ignominia de ellas, pues esta confusion traerá gloria para tí, y gloria para mí, quedando yo glorificado con la gloria que recibiré de tí.

Punto tercero. — 1. *Estando esta mujer temiendo y temblando, postrada á los piés de Cristo, la dijo: Confia, hija, tu fe te ha hecho salva; vete en paz.* Aquí se ha de ponderar la caridad de Cristo nuestro Señor en consolar á sus escogidos, porque como esta mujer estaba congojada y temerosa, no sabiendo si le habia desagradado en tocarle, ó si le habia de quitar la salud que le habia dado, para consolarla y asegurarla en todo, con amor la llama hija, y la dice, que por la fe que tuvo alcanzó la salud, y así que no se la quitará. De donde sacaré,-lo primero, como es propio de buenas almas temer culpa donde no hay que temer, y recelarse si agradan á Dios con sus comuniones y devociones; y así andan con dudas, si tocarán á Cristo, y le recibirán, ó no. Permitiendo esto Nuestro Señor, para labrarlos y fundarlos en humildad y en diligencia de aprovechar cada dia mas en la virtud, y para que se aparejen mejor para la Comunion.

2. Lo segundo, sacaré como Cristo nuestro Señor gusta mas que nos lleguemos á él con amor, que no de que nos retiremos con temor: y así aprobó el espíritu de esta mujer, y la llamó hija, porque el espíritu de amor y de confianza es propio de los hijos de Dios; el cual muestra su infinita bondad en mirar con buenos ojos nuestras

cosas, aunque vayan mezcladas con algunas imperfecciones, como alabó la fe de esta mujer, y atribuyó á ella la salud que habia recibido, aunque fue imperfecta, para que yo no desmaye cuando viere mis obras mezcladas con alguna imperfeccion. Pues como dijo el profeta David, tambien escribe Dios á los imperfectos en el libro de la vida (*D. Aug.* in Psalm. CXXXVIII), y despues de purgados los admite en su gloria, donde reinarán con él por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XXXII.

DEL ENFERMO Á QUIEN SANÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR EN LA PROBÁTICA PISCINA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Habia en Jerusalen un estanque ó alberca de agua, en que se lavaban las ovejas y corderos del sacrificio, y cerca de él estaba gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y debilitados en sus miembros, esperando el movimiento del agua; porque el Ángel del Señor bajaba á cierto tiempo, y meneaba el agua, y el primero que entonces entraba en ella quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese.* (*Ioan.* v, 2). Aquí se ha de considerar, como este lavatorio de agua teñida con la sangre de los animales que se sacrificaban, era figura de los Sacramentos y lavatorios que Cristo nuestro Señor habia de instituir con la sangre que derramaria en el sacrificio que ofreció de sí mismo en la cruz. Estos Sacramentos son el Bautismo de agua y la Penitencia, que es bautismo de fuego y lágrimas, cuyas excelencias y propiedades mas principales eran figuradas en este milagro; en el cual habia tres cosas notables, pero con limitacion.-La primera, que sanaba todas las enfermedades del cuerpo; pero no se dice que resucitase muertos.-La segunda, que bajaba para esto un Ángel del cielo, porque el agua de su naturaleza no tenia tal virtud; pero no bajaba cuando lo pedian ó querian los enfermos, ni estaba pendiente su venida de voluntad de algun hombre, sino de solo Dios, que le enviaba de cuando en cuando.-La tercera, que solamente sanaba uno de una vez, y no á muchos, y ese uno era el primero, en premio de su diligencia.

2. Otras excelencias hay en estos Sacramentos nuestros, muy mejores y sin limitacion, presuponiendo que el Bautismo no se recibe mas de una vez. —*Excelencias del Bautismo y Penitencia.*—La primera, que tienen virtud de lavar todas las manchas de los peca-

dos, y sanar todas las enfermedades del alma; y lo que mas es, de resucitarla de la muerte de la culpa á la vida de la gracia; lo cual no tenian los Sacramentos de la ley vieja. Y con este espíritu tengo de llegarme al santo sacramento de la Penitencia: si soy muerto por mis culpas, allí me darán vida; si enfermo por mis vicios y malas costumbres, allí me darán salud; si ciego con errores é ignorancias, allí me darán ojos, y luz para ver; si estoy cojo en el servicio de Dios, allí me darán piès para andar derechamente con sana intencion; si estoy seco y debilitado, allí me darán fervor, devocion y fuerzas para trabajar. ¡Oh! bendito sea quien tal lavatorio instituyó con virtud tan soberana, tomando una tan baja criatura por instrumento de su omnipotencia para librarme de mi miseria.

3. La segunda excelencia es, que el Ángel del gran consejo, Cristo nuestro Señor, cuanto es de su parte, está aparejado para venir á santificarnos en estos Sacramentos, siempre, en todo tiempo, dia y hora, y esto lo ha puesto en voluntad de sus ministros y de los mismos enfermos, cada y cuando que ellos quisieren, asistiendo este gran Dios y Señor nuestro continuamente para dar salud y vida y fervor de espíritu á cualquiera que recibe estos Sacramentos. De donde sacaré la reverencia y confianza con que tengo de ir á recibirlos, mirando al sacerdote y confesor, no como á hombre solo, sino como á ángel visible de Dios enviado para sanarme; y mirando al invisible Dios, que asiste allí con su virtud para obrar mi salud, en quien tengo de poner mis principales esperanzas. Gracias te doy, Salvador misericordiosísimo, por haber puesto en manos de tus ministros el remedio que dejaste para sanarme de mis pecados, asistiendo siempre á los negocios de mi salvacion, como si no tuvieras otra cosa que hacer mas que asistir á ellos. ¡Oh si perpétuamente yo asistiese á los de tu servicio, sin divertirme á cosa que te ofendiese!

3. La tercera excelencia es, que estos Sacramentos tienen virtud de sanar á todos, aunque con efecto á muchos no sanan, por su tibieza y mala disposicion; pero principalmente sanan á los que son primeros. Primero se sana el que acude con mas diligencia y fervor que otros, y con mejor disposicion de dolor y exámen que los demás, y todos deberíamos procurar ser los primeros en esto, como cuidadosos de nuestra salud, y para recibir mas copioso fruto de los Sacramentos; mas es tanta la bondad de Dios, que tambien sana á los imperfectos y tibios que no llevan tan prima disposicion, suplimdo con la gracia del santo Sacramento la falta de nuestro perfecto

dolor. Pero yo, Señor, con vuestra ayuda deseo ser el primero en todo lo que toca á vuestro servicio y al bien de mi alma, sacudiendo toda pereza, aventajándome á los demás para gloria vuestra.

Punto segundo.— 1. *Estaba allí un tullido, echado en un carreton treinta y ocho años habia; y viéndole Jesús, y sabiendo el mucho tiempo de su enfermedad, díjole: ¿Quieres ser sano? Respondió el enfermo: Señor, no tengo hombre que me eche en la piscina cuando se turba el agua, porque cuando llego, ya otro ha entrado.*—Aquí se ha de ponderar lo primero, la gran misericordia de Cristo nuestro Señor, que entrando en aquellos patios ó soportales, solo y desconocido, como ninguno le pidiese nada, puso los ojos en el enfermo mas necesitado de todos y mas desamparado para curarle; porque cuanto es mayor la miseria, tanto mas provoca la misericordia para remediarla.—Lo segundo, se ha de ponderar la razon por que Cristo nuestro Señor preguntó al enfermo, ¿quieres ser sano? Pues era llano que deseaba sanar. Esto hizo, para significar que en el negocio de nuestra salud espiritual son necesarias dos voluntades, la de Dios y la nuestra; la de Dios está cierta, pues nos convida con la salud, y por ella no quedará; la nuestra ha de ser voluntad verdadera y eficaz, y no cumplimiento. Y por esto Cristo nuestro Señor no dijo al enfermo, ¿querrias ser sano? sino ¿quieres ser sano? porque este quiere ha de ser absoluto y eficaz, de modo que quite los afectos desordenados al pecado, y las ocasiones cercanas de él, y haga de su parte todo lo necesario para su salud espiritual, así como este enfermo lo hacia, pues arrastrando como podia, procuraba ir á la piscina; y esta es la primera disposicion necesaria para llegar á este lavatorio de la Penitencia.

2. Lo tercero, se ha de ponderar la respuesta del enfermo, en la cual confesó su voluntad, y juntamente su imposibilidad, diciendo, que ni tenia hombre que le ayudase, ni fuerzas para entrar en el agua; en lo cual se nos avisa, que debemos reconocer y confesar humildemente nuestra flaqueza y necesidad; de modo, que ni yo tengo fuerzas por mí solo para sanarme, ni hay hombre puro ni criatura que pueda por sí misma favorecerme, sino de solo Jesucristo me ha de venir el socorro, y á él tengo de acudir con firme confianza, diciéndole: Redentor mio, tullido estoy y debilitado, sin fuerzas para buscar salud, y sin ayuda de criaturas para procurarla. Ya no puedo decir que no tengo hombre, pues os tengo á Vos, que sois hombre, y mas que hombre, y me podeis ayudar. Ayudadme, Señor, pues no confio en puro hombre, sino en Vos, Dios y hombre ver-

dadero, cuya es la salud y la bendicion por todos los siglos de los siglos. Amen.

3. De lo dicho consta ser necesarias dos disposiciones para este Sacramento, juntando con la voluntad de sanar la confesion humilde de mi imposibilidad, á las cuales se ha de añadir otra, á imitacion de este enfermo, el cual en su respuesta mostró mucha paciencia, sin quejarse ni murmurar de los que no le ayudaban, sino esperando su vez con longanimidad; así he de tener larga paciencia y perseverancia en la pretension de mi perfecta salud, y de la victoria de mis pasiones, sin quejarme, ni murmurar, ni sentirme de las dilaciones y tardanzas de Dios, y sin tener impaciencia, porque dure mucho la guerra y la enfermedad, clamando y perseverando; porque como se dice en Job (*c.* XI, 17): Cuando pensare que estoy consumido, saldré como lucero; y cuando menos pensare vendrá Cristo, aunque disfrazado, y me dará salud, como á este enfermo.

PUNTO TERCERO. — 1. *Díjole Jesús: Levántate, toma tu carreton, y anda; y al punto quedó sano: tomó su carreton, y andaba.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la omnipotencia y misericordia infinita del Salvador en este milagro; porque usando de su plenitud de bondad y potestad, no le pidió fe, ni que creyese, como á otros pedia, ni le tocó con la mano, ni le lavó con el agua de la piscina, como pudiera, sino con sola su palabra le dió entera y perfecta salud. Gózome, Salvador del mundo, de que seais tan poderoso y misericordioso; bien se ve que sois mas que hombre, pues tan poderoso sois para hacer lo que no puede hombre ni ángel alguno, usad conmigo de vuestra omnipotencia, dándome salud perfecta para serviros con ella.

2. Lo segundo, se ha de considerar la causa por que le dijo toma tu carrenton, y anda, no solo la litera, para que se viese que la salud corporal que Dios da es perfecta y vigorosa, sino tambien para que se entienda lo mismo de la salud espiritual; porque el enfermo que antes tenia su alma tullida, postrada y rendida en el carreton de su miserable cuerpo, llevada y arrastrada de sus codicias y de las pasiones desordenadas de su carne, en virtud de Cristo se levanta tan sana, que ella misma lleva su cuerpo á donde ella quiere, y le rige y endereza á su voluntad; no es llevada de la pasion de la ira ó temor, tristeza ó gozo, sino ella lleva y rige estas pasiones, y se sirve de ellas conforme al dictámen de la razon, y esta es señal de haber sanado perfectamente. Ó buen Jesús, dí á mi alma: Toma tu carreton, y anda, para que en conformidad con mi cuerpo ande por los caminos de tu santa ley; descárgale de sus de-

masiadas codicias, para que lleve con ligereza la carga de tus preceptos.

3. Lo tercero, se ha de ponderar la obediencia perfectísima de este hombre; porque con ser sábado, dia en que los judíos no tenian por lícito llevar cargas, en diciéndole Cristo, toma tu carreton, y anda, rindió su juicio, y con gran prontitud, presteza y alegría se cargó de él, y comenzó á caminar, diciéndole los que le topaban: *Mira que es sábado, y no te es lícito llevar esa carga. Respondió: El que me sanó me dijo, toma tu carreton, y anda.* Como si dijera: Quien fue tan santo y poderoso que pudo sanarme, ese me mandó esto; y es cierto que será lícito, pues él lo mandó, y esto me basta. Esto decia, sin conocer quién era Cristo, el cual quiere que obedezcan los súbditos á los superiores, y los penitentes á los confesores con semejante obediencia, pronta, puntual, alegre y rendida, donde no se viese claramente pecado, haciendo todo lo que les mandare Dios, y el confesor que les sanó. Ó Dios mio, salud verdadera de mi alma, mándame cuanto quisieres, aunque sea dificultoso, afrentoso y muy pesado, y aunque parezca disparatado, porque á todo me rendiré de buena voluntad; y si alguno quisiere impedir mi obediencia, yo le responderé: Dios me sanó, me lo manda; bástame que él lo mande, para que yo lo cumpla.

Punto cuarto. — 1. *Hecho el milagro, retiróse Jesús de la gente; y yendo al templo, halló allí al hombre que habia sanado; y le dijo: Mira que ya estás sano, no quieras pecar, porque no te acaezca otra cosa peor.* Aquí se ha de ponderar lo primero, de parte de Cristo nuestro Señor, el ejemplo de humildad, escondiéndose, y huyendo las alabanzas de los hombres, y el cuidado con que acudió al templo, no solo para dar gracias á su Padre por aquella obra, sino para perfeccionarla con los avisos que dió á este hombre, sabiendo que iba allá.-Lo segundo, ponderaré el buen afecto de agradecimiento que tuvo este enfermo; pues en viéndose sano, la primera cosa que hizo fue, ir al templo á dar gracias á Dios por la merced que le habia hecho. De donde tomaré ejemplo de acudir luego, despues de confesado, á dar gracias á Dios por la merced que con aquel Sacramento me hizo, recogiéndome en el templo, ó en otro lugar conveniente, á considerar esta merced y agradecerla, como en su lugar se dijo.

2. Lo tercero, ponderaré aquellas palabras que le dijo Cristo nuestro Señor: *No quieras pecar mas, porque no te suceda otra cosa peor.* En las cuales palabras están encerrados tres avisos importantes.-El primero, que las enfermedades suelen venir en castigo de

nuestros pecados, y así lo he yo de pensar de las mias. Otros, como justos, padecerán por la gloria de Dios, y por ejercicio de virtud; mas yo, pecador miserable, padezco por mis culpas; y como dice el profeta Miqueas (c. VII, 9), llevaré la ira de Dios, porque pequé contra él.—El segundo es, que no quiera mas pecar; no dice, que no peque mas, porque es de hombres el pecar, especialmente en culpas ligeras, sino no quiera mas pecar; esto es, que haga un propósito firme, y tenga una voluntad muy resoluta de no pecar mas, con la divina gracia; y este propósito se ha de renovar en la confesion, con verdadero deseo de enmendarse.—El tercero es, que la recaida será peor que la caida, por el desagradecimiento que muestra en ofender á quien le perdoné, y en hacer poco caso de la salud que le dió, perdiéndola tan presto; y por consiguiente, será el castigo mayor que antes, pues la culpa es mayor. Ó Maestro verdadero, cuyas obras son perfectas (*Deut.* XXXII, 4), y cuyos desengaños ciertos y provechosos, he oido tus avisos; ayúdame, Señor, para guardarlos en mi corazon, y ordenar mi vida segun ellos; líbrame de las recaidas, y dame firme voluntad de nunca mas pecar, y conserva la que me has dado, para que siempre viva con pureza y santidad. Amen.

Punto quinto.—*Luego este hombre salió con gran fervor á publicar que Jesús era el que le habia sanado.* Enseñándonos con este ejemplo el celo y fervor de los verdaderos penitentes, que han recibido de Dios singular beneficio de sanidad, los cuales desean que Dios sea conocido y venerado de todos, publicando el bien que de él han recibido, conforme á lo que dijo Cristo nuestro Señor al hombre de quien echó la legion de demonios (*Marc.* V, 19): Vuélvete á tu casa, y publica cuantas mercedes Dios te ha hecho. Y así puedo decir á Nuestro Señor con David (*Psalm.* L, 14): Vuélveme, Dios mio, la alegría de tu salud, y confírmame con el espíritu principal, porque si esto haces, yo enseñaré á los malos tu camino, y los pecadores se convertirán á tí.—Finalmente, es de ponderar la prudencia de este hombre, que no dijo: Jesús el que me mandó llevar el carreton, sino el que me sanó, por no dar ocasion á los judíos de calumniar á Cristo nuestro Señor, de quien habian comenzado á murmurar porque curaba en sábado; sacando de aquí el recato que debo tener en las palabras, y en contar lo bueno que he sabido, sin mezclar cosa de que puedan asir los malos para cebo de su maldad.

MEDITACION XXXIII.

DEL LEPROSO Á QUIEN CRISTO NUESTRO SEÑOR SANÓ, Y MANDÓ SE PRESENTASE Á LOS SACERDOTES.

PUNTO PRIMERO.—*Modo de hacer oraciones jaculatorias.* — 1. *Un hombre lleno de lepra se llegó á Jesús, é hincadas las rodillas, pegando el rostro con la tierra, le adoró, y dijo: Señor, si quieres, puedes limpiarme.* (*Matth.* VIII, 2; *Marc.* I, 40; *Luc.* V, 12). Aquí se han de ponderar las virtudes de este leproso en su oracion.—La primera, grande reverencia exterior é interior, hincando las rodillas, postrándose en tierra, adorando á Cristo, y llamándole Señor.—La segunda fue, grande fe de la omnipotencia de Cristo nuestro Señor, confesando que con quererlo podia sanarle: no dice, si lo pidieres á Dios, sino, si quisieres, puedes, confesando que era Mesías, Hijo de Dios. Ni dijo, si quieres, por dudar de su misericordia, sino por no saber si sus pecados lo desmerecian, ó si le convenia aquella salud corporal. —La tercera fue gran resignacion, porque no pidió alguna cosa expresamente, pues no añadió, limpiame, sino descubrió su necesidad y deseo con brevísimas palabras, y confesó la omnipotencia de Cristo, y remitió á su voluntad el sanarle.

2. Con estas virtudes tengo de ponerme delante de Cristo nuestro Señor, como un hombre lleno de lepra de pecados y de otras miserias, ponderando la lepra de mis potencias y sentidos, y de toda mi alma, que es la ira, gula, soberbia y los demás vicios, y luego con grande humildad y reverencia muy profunda, con viva fe y gran resignacion le diré: *Domine, si vis, potes me mundare;* Señor, si quieres, me puedes limpiar. Y en lugar de la palabra Señor, puedo poner otros nombres de Dios que le provoquen á misericordia, y á mí me provoquen á reverencia; y en lugar de la palabra limpiar, puedo poner otras, en que le pida remedio de algunas miserias, diciendo: Padre mio, Médico mio, Salvador mio y todo mi bien, si quieres me puedes sanar de mi soberbia, de mi gula, etc. Si quieres me puedes alumbrar y abrasar con tu amor. Si quieres me puedes hacer paciente, manso y humilde. No dudo de tu omnipotencia, porque todo lo puedes, ni de tu voluntad en la salud de mi alma, porque sé que la deseas; por mi indignidad dudo; en tus manos me arrojo, y en tu voluntad pongo mi remedio. Esta es una oracion de las que llaman jaculatorias, admirable para repetirla á

menudo entre dia; y á imitacion de esta podemos hacer otras, y aprovecharnos de las que verémos en los milagros siguientes.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Compadeciéndose de él Jesús extendió su mano, y le tocó, diciéndole: Quiero, sé limpio, y al punto quedó sano.* Aquí se han de ponderar las maravillosas virtudes y excelencias de Cristo nuestro Señor.-La primera, su misericordia: *Misertus ejus.* Luego se compadeció de la miseria del leproso, sin dilacion alguna, porque es notablemente compasivo; y quien tanto se compadece de las miserias del cuerpo, ¿cuánto mas se compadecerá de las del alma? Porque la lepra de pecados que provoca la ira é indignacion de Dios cuando es querida, provoca su misericordia cuando es aborrecida, y deseamos sanar de ella. Ó misericordioso Jesús, ten misericordia de mí, pues de tu misericordia nace ser yo libre de mi miseria. Y pone esta palabra el Evangelista, para que se vea que la causa del milagro no fue vana ostentacion sino compasion.

2. La segunda fue una rara muestra de su bondad y omnipotencia, correspondiendo á la fe y confianza del leproso, diciéndole: Quiero, sé limpio. Tú dices si quiero, pues digo que quiero: tú dices si puedo, pues digo sé limpio, y así fue. ¡Oh grandeza de la bondad y omnipotencia de Jesús, que así cumple los deseos de los que confian en él! Dí, Señor, á mi alma (*Psalm.* XXXIV, 3): Yo soy tu salud, quiero, sé limpia, porque tu decir es hacer, y diciéndolo será sana.

3. La tercera fue gran benignidad, porque sin tener asco de la lepra, de que tenian tanto asco los judíos, que ni la tocaban, ni se llegaban al leproso, y era inmundo el que le tocaba; su Majestad extendió su mano, y le tocó amorosamente para darle salud. Y pondera el Evangelista que extendió la mano, para significar que la habia de extender en la cruz para librarnos de la lepra de los pecados, y que su carne sacratísima tenia virtud de sanar al que tocaba; y que cuando Dios extiende y abre su mano, á todos hinche de bendiciones y dones. (*Psalm.* CXLIV, 16). Por donde se ve la eficacia de la oracion, que se hace con las condiciones arriba dichas; y el fin á que tengo de enderezarla, que es alcanzar de Cristo nuestro Señor un quiero, y un sé limpio, un abrir la mano, que tenia cerrada y apretada, y un tocamiento con que sane la lepra de mi alma.

PUNTO TERCERO.— 1. *Díjole Jesús: Vé y muéstrate al sacerdote, y ofrece el don que mandó Moisés en testimonio de tu salud.* Aquí se ha de ponderar lo primero, el celo que tenia Cristo nuestro Señor de que se guardase la ley vieja mientras duraba, queriendo que los le-

prosos guardasen lo que les estaba mandado (*Levit.* XIV, 2), que en siendo sanos se presentasen al sacerdote, y ofreciesen dones y sacrificios á Dios, así en agradecimiento de la merced que les habia hecho, como en testimonio de que estaban limpios; y quien tanto celo tenia de que se obedeciese á los mandatos de la ley vieja, ¿cuánto le tendrá mayor de que se obedezca á los de la nueva?

2. *Del sacramento de la Confesion.* —Lo segundo, mandó esto al leproso, para significar el sacramento de la Penitencia de la nueva ley; en la cual se manda, que cualquier leproso, con lepra de pecados, aunque haya por la contricion alcanzado perdon de ellos, se presente al sacerdote, y le descubra la lepra que ha tenido; y delante de él ofrezca el sacrificio del espíritu atribulado y del corazon contrito y humillado (*Psalm.* L, 18), y oiga la sentencia de absolucion, con la cual se confirma el perdon recibido, y se purifica y se perfecciona mas el alma, mediante la gracia sacramental, y queda hábil para recibir el sacramento de la Comunion, como antiguamente los leprosos (*Levit.* XIV, 8), presentándose al sacerdote, se raian los cabellos y pelos del cuerpo, y lavaban sus vestidos y carne, y ofrecian en sacrificio un cordero sin mancilla, y de esta suerte quedaban limpios de la inmundicia legal, y eran admitidos al trato comun con todos. De donde sacaré dos avisos importantes: -Uno, que cuando me recojo á examinar la conciencia, y aparejarme para la confesion, he de procurar tal dolor, que allí quede limpio de la lepra en virtud de la contricion, porque este es el mejor aparejo para la confesion, como en su lugar se dijo. -El segundo, que luego con humildad me presente al sacerdote, y le diga mis pecados con nuevo sacrificio de corazon contrito, procurando raer los cabellos y pelos, que son las demasías de la vida vieja, y labrar con agua de lágrimas mi alma, y sus vestiduras, que son las obras, y ofrecerme á que el confesor con la navaja de la penitencia, correccion y mortificacion me ayude á purificarme; y de esta manera llegaré limpio á ofrecer el sacrificio del cordero sin mancilla Cristo Jesús, y á recibir su santo cuerpo.

3. Finalmente, ponderaré como Cristo nuestro Señor mandó á este leproso que no divulgase este milagro; y san Marcos dice (*c.* I, 43), que *comminatus est ei.* Que se lo mandó con amenaza ó con brio y vehemencia, para darnos ejemplo de humildad, y para que viésemos cuán de veras huia las alabanzas de los hombres. Pero el leproso, sin embargo de esto, predicó y publicó el milagro, y fue causa de que concurriese mucha gente á oir á Cristo, en lo cual no fue

razon lo mandaras; mas pues te contentas con que lo muestre al sacerdote, yo lo haré así para que me limpies de ella.

3. Lo tercero, ponderaré como en el camino fueron limpios, porque en los ojos de Dios la voluntad se toma por obra, y el dolor perfecto de los pecados, con voluntad de confesarlos, basta para alcanzar la salud del alma y limpiarla de la lepra, aunque sin embargo de esto se ha de ir despues al sacerdote. Por todo lo cual he de alabar á Cristo nuestro Señor, que por tantas vias ha facilitado el remedio de nuestros males.

PUNTO TERCERO. — 1. *Uno de estos diez leprosos, que era samaritano, volvió con grande voz engrandeciendo á Dios, y postrado á los piés de Jesús le daba gracias por la merced que le habia hecho. Viendo esto Jesús, dijo: ¿Por ventura no fueron diez los que sanaron, dónde están los nueve? ¿No se ha hallado quien volviese á dar la gloria á Dios sino este extranjero? Y díjole: Levántate y vete, que tu fe te ha hecho salvo.* Aquí ponderaré lo primero, de parte de los nueve leprosos, como la mayor parte de los hombres cuando se ven en necesidad y aprieto, aunque son devotos é importunos á Dios, y tienen fe y confianza en su misericordia, porque su necesidad les mueve y solicita; pero en recibiendo el beneficio y en viéndose con salud y prosperidad, se olvidan de Dios, y no le dan las gracias convenientes. Lo cual ofende grandemente á Cristo nuestro Señor, como lo demuestran aquellas palabras tan sentidas que dijo: *Diez fueron limpios, ¿los nueve dónde están?* Y este modo de hablar de que usó Dios cuando pecó Adan, diciéndole (*Genes.* III, 9), ¿dónde estás? da á entender que Dios no aprueba los pasos de los desagradecidos, y que los desconoce porque le desconocen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar de parte del leproso samaritano, como muchas veces los mayores pecadores, cuando reciben de Dios la salud del alma ó algun otro beneficio; suelen ser mas agradecidos, porque conocen mas su indignidad, y estiman en mas el beneficio, como dado á quien menos le merecia, aunque por otra parte era mas razon que los justos fueran mas agradecidos, y así en confusion de los nueve leprosos hebreos, dijo Cristo: Ninguno volvió á dar gracias, sino este extranjero; de donde sacaré, cuánto importa despues de la confesion y recibida la absolucion (como se dijo en la parte I, meditacion XXXII), acudir luego á dar gracias á Cristo nuestro Señor, por la limpieza y perdon que me ha dado, con la devocion que lo hizo este samaritano, de quien dice el texto, que volvió engrandeciendo á Dios á grandes voces y postrándose á los

piés de Cristo con humildad, como quien se los queria besar, en agradecimiento de la salud que le dió, y con palabras, dándole gracias por ella. Pero tambien se ha de ponderar la prudencia de este samaritano en callar, cuando Cristo nuestro Señor dijo: ¿Los nueve dónde están? Porque ni los culpó ni exageró su ingratitud, sino atendió á su accion de gracias, para que yo aprenda á no culpar á mis prójimos, aunque se ofrezca ocasion para ello.

3. Lo tercero, se ha de ponderar de parte de Cristo nuestro Señor la modestia con que se quejó de la ingratitud de los nueve, diciendo: Ninguno volvió á dar la gloria á Dios. No dice á dar la gloria á mí, ó darme gracias, para enseñarnos que quien hace el beneficio no ha de pedir para sí el agradecimiento y la loa; sino para Dios, de quien todo lo bueno procede. Además, se ha de ponderar la blandura y amor con que acogió al samaritano, y le habló y honró, atribuyendo á su fe la salud que recibió; y es de creer que le libró de la lepra de la infidelidad, y de los demás pecados, enviándole sano en el cuerpo y en el alma por aquel agradecimiento que mostraba. Ó Señor de mi alma, ¡cuán agradecido os mostrais con los agradecidos, para que siempre tengan que agradeceros! Siempre querria agradeceros las grandes mercedes que siempre me haceis, aunque siempre quedaré corto y vencido en esta parte, porque mi agradecimiento es nuevo beneficio que recibo de Vos, bienhechor mio, á quien sea honra y gloria por el bien que haceis á vuestras criaturas, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXV.

DEL CIEGO QUE SANÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR CAMINO DE JERICÓ.

Punto primero. — 1. *Caminando Jesús por Jericó, un ciego que estaba cerca del camino mendigando, oyendo que Jesús Nazareno pasaba por allí, dió voces diciendo: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí; y aunque la gente le reprendia y decia que callase, él daba mayores voces diciendo lo mismo.* (*Marc.* x, 47; *Luc.* xviii, 35; *Matth.* xx, 29). Aquí se han de considerar las virtudes que descubrió este ciego en su oracion.—La primera fue, grande fe y confianza en Cristo nuestro Señor, creyendo que era Mesías, hijo de David, y que era Dios todopoderoso, cuyo es tener misericordia y por ella remediar nuestras miserias.—La segunda fue, gran fervor y afecto en su oracion, nacido del conocimiento de su ceguedad y miseria, y de la es-

peranza que tenia en Cristo, que le libraria de ella; y este afecto declaraba con aquel clamor.—La tercera fue, gran constancia y perseverancia, sin hacer caso de los que le reprendian y mandaban callar; antes tomando ocasion de esto para alzar mas la voz y repetir su oracion.

2. En presencia de este ciego, imaginaré á mí mismo ciego espiritualmente con las dos ceguedades de ignorancia y culpa, error y pasion, las cuales ciegan los dos ojos del alma, que san Bernardo (Lib. de dign. amoris Divin. c. 8) llama conocimiento y amor. De donde se sigue, que toda la vida estoy sentado y ocioso, sin atender á las obras de virtud á que estoy obligado, ocupándome en mendigar de las criaturas que pasan por este mundo alguna cosilla de deleite, honra ó interese, que me entretenga la vida, lo cual todo es poco y perecedero, como limosna de pasajeros y pobres caminantes. Ponderando esta miseria de mi alma, ciega, ociosa y mendiga, he de clamar á mi único remediador, Cristo Jesús, diciéndole: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí. Esta oracion tengo de acompañar con las virtudes que se han dicho, persuadiéndome que, como dice san Bernardo (Serm. 23 in Cant.), cuatro cosas han de impedir mi oracion, si valerosamente no las resiste; es á saber, tropel de pensamientos y varias imaginaciones, que pasan por mi corazon y no de dejan atender á lo que ora. Además, muchedumbre de remordimientos de los pecados que he cometido, los cuales me reprenden y causan desconfianza, y me dicen que, ¿cómo tengo atrevimiento de clamar á Dios, siendo quien soy? Tambien el tropel de las necesidades y miserias del cuerpo, y el de las ocupaciones y cuidados del siglo; y á veces algunos de los que van con Cristo me quitan la oracion, llevándome tras sí á sus negocios con capa de piedad. Pero sin embargo de todo esto he de orar y clamar con el corazon y á tiempos con la boca diciendo: Jesús, hijo de David, compadécete de mí. Y si porfiaren los estorbos, tomaré de ellos ocasion para orar con mas fervor, diciendo con David (*Psalm.* CVIII, 22): Líbrame, Señor, porque soy necesitado y pobre, y mi corazon anda muy turbado: voyme deshaciendo como sombra, cuando declina el dia, y como langosta ando inquieto, arrojándome mis pensamientos de una parte á otra; sosiégalos, Señor, con firmeza, para que ore y te alabe con fervor.

Punto segundo.— 1. *Llegando Jesús mas cerca del lugar donde estaba el ciego, paró y mandó que se le trajesen. Preguntóle: ¿Qué quieres que haga contigo? Respondió: Señor, que vea. Díjole Jesús: Ve.—*

Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, aunque desde el principio entendió el primer clamor de este ciego, hizo que no oia, para probar su perseverancia, y para que creciese mas el deseo de la salud. Y lo mismo hace con nosotros, para que nuestra perseverancia en el pedir nos disponga á recibir lo que pedimos. Pero luego mostró su clemencia y benignidad en parar á la voz de un ciego mendigo, aunque iba ocupado con mucha gente, haciendo que todos parasen y se le trajesen para sanarle. Ó buen Jesús, sol de justicia, que obedeces á la voz del hombre (*Iosue*, x, 13), y te detienes en medio de tu carrera, para darle la luz que desea, oye mi clamor y alumbra mi ceguedad; pues no puedo tener gozo (*Tob.* v, 12), si no es viendo la luz del cielo.

2. Luego ponderaré como el ciego, en oyendo decir que Jesús le llamaba (*Marc.* x, 50), dejó su vestido al punto, y saltando de placer, fué donde estaba con gran gozo, por la esperanza de cobrar vista. En lo cual se representa el gozo del alma que siente la interior vocacion de Dios y su divina inspiracion, con lo cual deja luego todas las cosas por acudir á obedecerla, esperando que hallará seguramente lo que desea para su salvacion y perfeccion, como lo experimentan los que son llamados á estado de religion.

3. *De la vida espiritual.*—Lo tercero, se ha de considerar el misterio de aquella pregunta: *¿Qué quieres que haga contigo?* Y la respuesta del ciego: *Domine, ut videam.* Señor, que vea: pues *respice*, ve. Y con sola esta palabra cumplió Cristo nuestro Señor su deseo, correspondiendo á la grande fe con que le pidió la vista, con otra palabra semejante. Ó Dios de mi alma, bien sé que preguntas al ciego lo que quiere, para significar que no quieres dar los dones de tu gracia, si no es al que quiere disponerse para recibirles. ¡Oh! si me dijeses, ¿qué quieres que haga contigo? Yo, Señor, responderia: *Ut videam*, que vea; no como quiera, ni cualquier cosa, sino que con ojos de fe muy viva vea á tí, Salvador mio, para que te conozca y ame, pues en este conocimiento amoroso está la vida eterna. (*Isai.* xvii, 3). Mas te pido, Señor, *ut videam*, que vea tu divina voluntad y tu santa ley, estimándola en mucho, de modo que la cumpla. Tambien *ut videam*, que vea á mí mismo para conocerme de modo que me aborrezca y me humille. Y tambien *ut videam*, que vea las criaturas, no con ojos del cuerpo por curiosidad, sino con ojos del alma por la contemplacion, mirando en ellas á tí, mi Criador, de quien tantos bienes recibo. Y finalmente *ut videam*, que á su tiempo vea claramente tu divinidad con la Trinidad de las Personas, con cuya

vista quede mi ánima bienaventurada en tu dulce compañía. Ó Rey mio, dí á mi alma, *respice*. Ve lo que deseas, porque tu decir es hacer; y diciendo que vea, luego quedará con vista. De lo que aquí se ha apuntado sacaré que el objeto y materia de la vista espiritual en la oracion mental abraza estas cinco cosas; es á saber, Cristo Dios y hombre, su santa ley, yo mismo, las criaturas, y en ellas el Criador con los bienes eternos de su gloria; y en todas cinco he de ejercitarme, mediante la meditacion y contemplacion, con esperanza de alcanzar lo que deseo, como luego se dirá.

Punto tercero. — 1. Luego añadió Cristo nuestro Señor: *Tu fe te ha hecho salvo, y al punto vió el ciego, y le seguia glorificando á Dios.* -Lo primero, se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor atribuyó á la fe del ciego lo que era obra de su omnipotencia y misericordia, para honrarle y aficionarnos á esta virtud, pues ella dispone para tales maravillas, como lo declaró diciendo á otros dos ciegos que le pedian vista (*Matth.* IX, 28): *¿Creeis que puedo dárosla?* Respondieron: *Sí, Señor. Pues segun vuestra fe se haga con vosotros, y tocándoles vieron luego.* (*Matth.* IX, 29). Y es mucho de notar, que en ambos casos cobraron estos ciegos la vista en un momento por su grande fe, habiéndola recibido otro ciego poco á poco por su corta fe, porque primero veia no mas que bultos de hombres, como árboles que se meneaban, y despues vió claramente todas las cosas. En lo cual tambien se nos representan dos modos que tiene Nuestro Señor de comunicar la luz espiritual y la perfeccion del espíritu; uno extraordinario de repente y en un momento, como la comunicó á Saulo; otro ordinario poco á poco y por sus grados, comunicando primero un conocimiento oscuro de sus misterios; despues otro mas claro, creciendo la claridad, como crece la disposicion: *Ita ut videret clare omnia.* De modo que vea las cosas divinas con tanta luz, que se certifique de ellas, como si las viese, subiendo, como dice el apóstol san Pablo (II *Cor.* III, 18), de una claridad en otra, hasta transformarse en la imágen de su gloria. Á lo cual precede lo que Cristo hizo con este ciego, escupiéndole y tocándole, por lo que se dirá en la meditacion XXXVII.

2. Finalmente, ponderaré como el ciego, viéndose sano seguia á Cristo, glorificando á Dios; porque como las obras de este Señor son perfectas, con la vista del cuerpo le dió la del alma, para que olvidado de todas las cosas se fuese tras quien tanto bien le hizo. En lo cual tambien se representa que la luz interior que Cristo nuestro Señor comunica en la oracion tiene por fin seguirle, imitando sus

virtudes con perfeccion, ocupándose en sus alabanzas con accion de gracias por los beneficios recibidos. Pero ¿qué maravilla es, Salvador mio, que abriéndome tú los ojos del alma para verte, quiera seguirte? ¿Cómo no seguiré tanta bondad? ¿Y cómo no imitaré tanta santidad? Mas merced me haces en admitirme para que te siga, que yo servicio en quererte seguir. Sígate yo siempre en esta vida, hasta que llegue á poseerte en el reino de tu gloria. Amen.

MEDITACION XXXVI.

DEL MILAGRO DEL QUE NACIÓ CIEGO, Á QUIEN CRISTO NUESTRO SEÑOR SANÓ CON LODO HECHO DE SU SALIVA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Pasando Jesús por donde estaba un hombre ciego desde su nacimiento, miróle con particular modo; y reparando en esto los discípulos, preguntáronle: Maestro, ¿quién pecó, este ó sus padres, para que naciese ciego? Respondió el Señor: Ni pecó este ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios á mí me conviene obrar las obras del que me envió, mientras es de dia; vendrá la noche, cuando ninguno podrá trabajar; mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo.* (*Ioan*, IX, 2).—Lo primero, se ha de ponderar como Dios nuestro Señor á todos mira, como dice el Sábio (*Prov.* XV, 3), así á buenos como á malos, á escogidos y réprobos; pero á unos mira con un modo especial, que es con ojos de misericordia, como quien desea hacerles bien, como miró á este ciego. Ó dulce Salvador, primero que yo te mire me has de mirar, porque antes que me mires estoy ciego, y con tu mirar cobraré yo ojos para poderte ver.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como las enfermedades del cuerpo y otros trabajos, aunque muchas veces vienen en castigo de pecados, otras veces suceden por divina providencia solamente, para que en nosotros se manifiesten las obras que son de Dios, no una obra sino muchas; es á saber, los grandes bienes que Dios saca de ella, labrando á los justos que aflige con variedad de virtudes, y haciendo que descubran las que tienen para gloria de Dios, comunicándoles en medio de ellas tales dones, que descubran la omnipotencia del que se los da, como son, gozarse en los trabajos y amarlos, y glorificar á Dios por ellos. Y de estas obras, dice Cristo nuestro Señor, que le importa hacerlas mientras es de dia. Ó Redentor mio, si tanto te importa obrar las obras de que gusta tu Padre, mien-

tras dura el tiempo de tu vida, haz estas obras en mí; porque mucho mas importa á mí el recibirlas, que á tí el obrarlas; antes, Señor, por el grande amor que me tienes, dices que te importa á tí lo que me importa á mí. Mira, Dios mio, que el dia de este siglo para mí es breve, porque mi vida es corta, y vendrá presto la noche de la muerte, cuando ya no habrá lugar de obrar tales obras. Y pues ahora eres sol y luz del mundo, alúmbrame, enciéndeme y vivifícame con tu gracia, para que despues te pueda ver en tu gloria.— Estas palabras aplicaré á mí mismo, diciéndome: Á mí me conviene é importa sumamente, mientras es de dia y me dura la vida, hacer obras de Dios, obras santas y conformes á la voluntad del que me crió, porque toda la vida apenas es como un dia, y de repente me asalteará la muerte, cuando ya no habrá lugar de trabajar (*Eccles.* IX, 10) y merecer.

Punto segundo.— 1. *En diciendo esto, escupió en la tierra é hizo lodo de la saliva, y con él ungió los ojos del ciego y le dijo: Vé á los baños de Siloé y lávate allí; fué, lavóse, y volvió con vista.* Aquí se han de ponderar las causas de esta misteriosa cura, aplicándolas á nuestro provecho espiritual.—La primera fue, para mostrar Cristo nuestro Señor su omnipotencia en dar la vista con cosa que parecia contraria á ella; pues enlodar los ojos, mas era para cegarlos que para esclarecerlos. Ó poder inmenso de Jesús, ¿cómo no me sujetaré yo á la providencia de quien tanto puede, que un contrario convierte en otro, y enloda para esclarecer, humilla para ensalzar, y arroja en la cárcel al que quiere sacar de ella (*Genes.* XXXIX, 20) para salvador de Egipto?

2. La segunda, para mostrar que el medio de cobrar la luz de la divina gracia, es poner delante de los ojos nuestro lodo; esto es, la nada que somos, la tierra de que fuimos formados y en que nos hemos de convertir, y el lodo de los pecados que hemos cometido, mirándolos y llorándolos, y humillándonos con ellos. Pero este lodo ha de ser de la tierra y de la saliva de Cristo; porque si su sabiduría infinita, figurada por la saliva, no toca nuestros ojos, nunca serán esclarecidos para conocer como conviene nuestra vileza. Ó dulce Maestro, junta tu saliva con mi polvo, de que se haga un lodo que me alumbre. Dame conocimiento de quién eres tú y de quién soy yo, para que conociéndote á tí, y conociéndome á mí, te ame y me aborrezca, y quede lleno de tu gracia y caridad.

3. Lo tercero, con este lodo junto Cristo, mandar al ciego que se lavase en las aguas de Siloé, que quiere decir el enviado, para

significar los sacramentos del Bautismo y Penitencia; en los cuales se perfecciona la salud espiritual del hombre, por la virtud que está en ellos de nuestro Salvador, que es el que fue enviado de su Padre al mundo para nuestro bien. Pero á estos baños y Sacramentos he de ir con la disposicion de este ciego, el cual tuvo insigne fe, gran humildad y obediencia muy puntual, dejando enlodar sus ojos é yendo así enlodado por las calles á vista de todos, obedeciendo sin tardanza ni réplica al mandato de Cristo, porque no dijo como Naaman (IV *Reg.* v, 10): Pensé que me tocara con sus manos y con esto me sanara. ¿Por ventura no hay otras aguas mejores que las de Siloé, para lavarme en ellas y cobrar la vista? Antes rindió su juicio, y obedeciendo la cobró. Y del mismo modo la cobraré yo, si cuando siento inspiracion de Nuestro Señor, que me envia á estas aguas de Siloé, obedezco, y me aprovecho de la buena ocasion que Dios me ofrece.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar la ilustre confesion de este ciego, con las persecuciones que padeció, y las virtudes que descubrió, para que las imitemos.—La primera fue grande celo de la honra de Cristo nuestro Señor, que le habia sanado, con espíritu de agradecimiento, publicando el milagro á todos los que no le sabian.—La segunda fue gran fortaleza, porque temiendo sus padres de descubrir lo que sabian, por temor de los fariseos que aborrecian el nombre de Cristo, él sin temor confesó libremente que habia sido ciego, y que Cristo le habia sanado, y el modo como le sanó.—La tercera fue grande celo de la verdad, con prudencia celestial para no dejarse engañar, ni callarla por ningun respeto; porque diciéndole los fariseos: *Da gloria á Dios confesando la verdad, porque siendo este hombre tan pecador, no es posible que él te sanase;* él confiadamente perseveró en confesar la verdad y en defender á Cristo, y acusarles á ellos de que no le conocian, y convidarles si querian ser sus discípulos.—La cuarta fue gran paciencia en sufrir las maldiciones que le echaron y los denuestos, diciéndole: *Eres pecador desde que naciste, y ¿ahora vienes á enseñarnos?* Y tambien sufrió que le echasen de la sinagoga, como á excomulgado é indigno de vivir entre los fieles.—Todas estas virtudes ejercitó, ayudándole Cristo nuestro Señor, el cual se quiso servir de un ciego mendigo y tomarle por su predicador, para confundir á los sábios y fariseos, dando una constancia mas que de hombre al que de suyo era tímido y despreciado. ¡Oh grandeza de la omnipotencia de Cristo, que por instrumentos tan despreciados haces obras tan gloriosas! Tómame,

Salvador mio, por tu instrumento, para que seas por mí glorificado.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar lo que Cristo nuestro Señor hizo con este hombre despues de lo sucedido. Porque lo primero, en sabiendo que le habian echado de la sinagoga, acudió á consolarle, para que echemos de ver el paternal cuidado con que acude á consolar á los que padecen por su causa persecuciones, y como no se olvida de los que le confiesan delante de los hombres. Ó Redentor del mundo, ¿quién no padecerá de buena gana por vuestra gloria? pues así teneis cuidado de consolar á los que padecen por ella. - Lo segundo, quiso perfeccionarle en la fe y aumentarle la vista interior del alma; porque como no le tuviese mas que por profeta, preguntóle: *¿Crees en el Hijo de Dios? Respondió: ¿Quién es, Señor, para que crea en él?* Mostrando en esto la prontitud de su corazon; dícele Cristo: *Ya le has visto, y el que habla contigo, ese es.* Como quien dice: Con la vista que te dí me has visto, y yo soy el que hablo contigo. En oyendo esta palabra respondió: *Creo, Señor; y postrándose en tierra le adoró.* ¡Oh qué ojos le dió entonces! oh qué luz le comunicó en su alma! oh qué vista tan perfecta, causadora de tan humilde adoracion! Dame, Señor, tal vista, con que te crea con fe viva y te adore con la reverencia debida.

2. Lo tercero, le sosegó en el escándalo que pudiera recibir por lo que los fariseos habian dicho contra él, diciéndole: *Yo vine al mundo á hacer juicio, para que los que no ven vean; y los que ven se hagan ciegos.* Esto es, vine á hacer diferencia entre unos y otros hombres, para que los ignorantes y rudos por su humildad y pequeñez vengan como tú á cobrar vista, y crean los misterios de mi divinidad y humanidad; y al contrario los que son sábios en la ley, como los fariseos, filósofos y letrados del mundo, por su soberbia vengan á cegar, no por mi causa, sino por su culpa, porque no quieren creer mi doctrina, ni aprovecharse de ella. Ó buen Jesús, no permitas que los que tienen obligacion á ver mas por su soberbia vean menos; y los que habian de tener vista mas clara vengan á estar mas ciegos. Líbranos, Señor, de la soberbia, que es causa de esta ceguedad.

TAYLOR INST. OXFORD

MEDITACION XXXVII.

DEL SORDO Y MUDO QUE SANÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR CON SU SALIVA.

PUNTO PRIMERO. - *De la sordera y mudez espiritual.*— 1. *Trajeron á Jesús ciertos hombres un sordo y mudo, suplicándole que pusiese lás manos sobre él.* (*Marc.* VII, 32; *Luc.* XI, 14). Aquí se ha de ponderar, en persona de este hombre miserable, la sordera y mudez espiritual, y las causas de ella, y el remedio que tienen.-Lo primero, la sordez espiritual es falta de fe y de obediencia, cuando el hombre no quiere oir ni entender las verdades de la fe, ni las palabras de Dios, ni los preceptos de la ley, ni las divinas inspiraciones, haciéndose sordo para todo esto. La mudez espiritual es falta de oracion y de confesion, cuando el hombre no sabe ni quiere abrir su boca para llamar á Dios y pedirle misericordia, ó alabarle y darle gracias por los beneficios que le ha hecho, ó confesar sus pecados para alcanzar perdon de ellos.

2. Lo segundo, la sordez suele ser causa de que el sordo sea tambien mudo, y ambas cosas procura el demonio, que por san Lucas se llama demonio mudo (*Luc.* XI, 14), porque cerrando las puertas de estos dos sentidos interiores del alma, queda cerrada la puerta al remedio, el cual entra por el oido de la fe y obediencia, y se alcanza por el hablar, orando á Dios, y confesando sus pecados á su ministro el sacerdote. Todo esto aplicaré á mí mismo, considerándome sordo y mudo, no como David (*Psalm.* XXXVII, 13) para no oir ni hablar lo malo, sino, al contrario, para todo lo bueno; y la causa es, porque siempre tengo abierto el oido del cuerpo y del alma para oir todas las curiosidades y vanidades del mundo, y para dar crédito á sus mentiras y engaños, y obedecer á sus fueros y leyes perversas; y de aquí me nace tenerle cerrado para oir lo que Dios y sus ministros me dicen y mandan. Tambien tengo la lengua muy suelta para hablar y parlar con los hombres de cuanto me da gusto, y para mis alabanzas y para las murmuraciones y lisonjas; de donde nace que la tengo atada para hablar con Dios y para confesar mis pecados, porque la pereza y la vergüenza me la atan fuertemente. Ó Salvador mio, echa de mi alma al demonio sordo y mudo, que la tiene poseida, y remédiame por tu infinita misericordia, pues yo no tengo fuerzas para remediar tan gran miseria.

3. Lo tercero, se ha de considerar que así como este sordo y

mudo nunca fuera por remedio á Cristo si otros no le llevaran y rogaran por él, supliendo con sus lenguas la falta de la lengua del mudo; así hay muchos pecadores tan sordos y mudos y olvidados de su miseria, que nunca se convertirian á Dios si algunos justos no intercediesen por ellos. Y esto me ha de mover á orar á menudo por la conversion de los pecadores, y procurar del modo que pudiere llevarlos á Cristo y á sus ministros, acordándome de que perdonó los pecados al paralítico (*Matth.* IX, 2), viendo la fe de los que se le pusieron delante. Ó Dios infinito, ten misericordia de tantos sordos y mudos como hay en este mundo. Echa, Señor, de sus almas al demonio, que los ensordece y enmudece, para que libremente te oigan, alaben y glorifiquen por todos los siglos. Amen.

Punto segundo. — 1. *Tomando Jesús al mudo por la mano, apartándole de la gente, entró sus dedos en los oidos, y escupiendo tocó su lengua, y mirando al cielo gimió y díjole: Efeta, que quiere decir, ábrete.* Aquí se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor hizo todo esto, bastando cualquier parte de ello para significar la dificultad que hay en sanar las almas sordas y mudas, no de parte de Dios, sino de parte de la ruin disposicion que hay en ellas; por lo cual se ha de tomar su cura muy despacio.—Lo primero, tomándole por la mano le apartó de la gente, para significar que estas personas para ser curadas han de apartarse de los que pueden estorbar su cura, y de los bullicios y tráfagos de los negocios temporales, atendiendo á solas á su remedio.—Lo segundo, gimió para denotar la grande miseria de estas almas, y cuán grande pena le dan. ¡Oh cuán grave mal es el que hace gemir al mismo Dios! Ó alma, ¡cómo no lloras y gimes tu miseria, por la cual gime y llora tu Señor! Llora tambien las miserias de tus prójimos, pues tan dignas son de ser lloradas, que llora Cristo por ellas.—Y tambien gimió y miró al cielo, para significar que estos males se han de curar con oracion ferviente y llorosa, levantando los ojos al cielo, de donde ha de venir el remedio, porque no le hay en la tierra.

2. Lo cuarto, entró los dedos en los oidos del sordo, un dedo en un oido y otro en otro, para denotar los dones del Espíritu Santo, figurados por los dedos de Cristo; porque como el dedo procede de la mano, así el Espíritu Santo procede del Verbo divino, que es como mano y brazo del Padre eterno, por quien obra todas las cosas. Estos dones, como se verá en la parte V, abren nuestros oidos para que perciban y entiendan las verdades de la fe, y los hace dóciles y obedientes á las divinas inspiraciones y á todo lo que es cumplimien-

to de la divina voluntad. Ó Hijo de Dios unigénito, que con tu Padre produces al Espíritu Santo, y con ambos comunicas tus dones á los hombres, éntralos dentro de nuestras almas para que todos oigamos y obedezcamos tus palabras, y se cumpla lo que dijiste (*Psalm.* XVII, 45): El pueblo que antes no conocí me sirvió, y con su oido me oyó y obedeció.

3. Lo quinto, escupió en la lengua y la tocó, así como escupió los ojos de otro ciego á quien dió vista, para significar que la Sabiduría celestial, figurada por la saliva que procede de la boca de Cristo, Sabiduría encarnada y cabeza nuestra, es la que suelta nuestra lengua para que sepa hablar con Dios y consigo, y con sus prójimos, como conviene. Ella enseña la oracion, las alabanzas de Dios y la confesion de nuestros pecados, y la debida reprension de los ajenos para curarlos. Tambien como entre los hombres y mas entre los hebreos (*Num.* XII, 14), escupir á otro es señal de desprecio, quizá Cristo nuestro Señor los escupió, para significar que por la ceguedad y mudez espiritual somos dignos de desprecios y castigos, con los cuales nos ejercita Dios para darnos luz, como la hiel del pez restituyó la vista á Tobías. (*Tob.* XI, 8). Ó dulce Jesús, yo gusto de ser escupido de esta manera, pues eres tú el que me escupes, permitiendo trabajos para abrirme los sentidos.

4. Lo sexto, con gran imperio dijo: *Efeta*, ábrete, para significar la virtud de su palabra omnipotente; porque dado que los hombres no hablen con los sordos, porque seria en vano (*Eccli.* XXXII, 6); pero Dios puede hablar con ellos (*Hebr.* IV, 12), porque su palabra es viva, eficaz y penetrativa, y poderosa para abrir el oido, y entrar dentro del alma y hacer en ella lo que quiere, trocándola para que consienta con lo que manda. Ó Dios omnipotente, abre mi oido, que yo no te contradiré (*Isai.* L, 5), porque aparejado estoy para creer lo que me enseñares, y para obedecer á cuanto me mandares. -De estas seis cosas juntamente sacaré lo que tengo de hacer de mi parte para ayudar á las almas, apartándolas de las ocasiones de pecar, llorando sus pecados, orando por ellas, llevándolas á los ministros de Cristo, para que las apliquen los santos Sacramentos y las palabras de Dios, con las cuales vengan á sanar en virtud de Cristo, que es el principal médico de estas enfermedades. Y finalmente, me compadeceré (*Psalm.* LVII, 5) de los que como áspides sordos cierran los oidos al que les quiere quitar la ponzoña, suplicando á este sapientísimo Médico use de su omnipotencia para librarlos de ella.

PUNTO TERCERO.— 1. *Luego se abrieron los oidos del sordo, y la lengua se soltó y hablaba bien; y aunque Cristo les mandó que no dijesen nada, ellos mucho mas predicaban el milagro, diciendo: Bien ha hecho todas las cosas, ha hecho oir á los sordos y hablar á los mudos.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la omnipotencia del Salvador en hacer lo que quiere, y en quitar los impedimentos de nuestra salvacion; de modo, que quien antes era sordo y mudo, ya oia muy bien: *Et loquebatur recte,* y hablaba rectamente. De donde tomaré aviso para hablar bien; esto es, buenas cosas y con modo agradable á Dios. Ó buen Jesús, pon guarda á mi boca (*Psalm.* CXL, 3), y toma en tu mano las llaves de mis oidos y lengua, cerrándolos y abriéndolos cuando conviene, para que mi callar y hablar, mi oir y no oir, siempre te agrade. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré el efecto de este milagro en aquella gente devota y agradecida, diciendo á Cristo: *Bene omnia fecit.* Bien ha hecho todas las cosas. Ó Sabiduría infinita, que por boca de los niños y sencillos predicas tus grandezas, ¡cuán grande verdad es la que hablaste por boca de estos! Bien has hecho (*Genes.* I, 31), Dios mio, todas las cosas que criaste al principio del mundo, porque en habiéndolas criado y visto, dijiste que eran muy buenas. Bien has hecho todas las cosas que con tu providencia ordenas en este mundo, porque todas tus obras son perfectas. (*Deut.* XXXII, 4). Bien has hecho las obras de nuestra redencion, porque todas están llenas de suma bondad. ¡Oh cuán bien hiciste tus milagros, tus sermones, tus Sacramentos, tus humillaciones y ejercicios virtuosos! Todas las cosas hiciste bien para bien de los hombres, y con todo eso te dieron tan mala paga, que te volvieron innumerables males por innumerables bienes; pero tú eres tan bueno, que como hiciste bien todos los bienes, así padeciste bien todos los males. Concédeme, Señor, que á imitacion tuya haga bien todas las cosas, para que ninguna haya en mí que parezca mal á tí.

3. Finalmente, ponderaré como esta gente, glorificando á Cristo nuestro Señor, aunque no sanó mas que á un mudo y sordo, dicen que hizo oir á los sordos y hablar á los mudos, confesando, que quien hizo este bien á uno, le podia hacer á muchos, y estaba aparejado para hacerle con todos los que están sordos y mudos en el alma, si quieren aprovecharse de su misericordia, porque este es su oficio, y á esto vino al mundo. Ó buen Jesús, haz este oficio con todos los infieles, para que te crean; y con todos los pecadores, para que te obedezcan; y con todos los tibios, para que te sirvan con fervor,

de modo, que todos te glorifiquen y alaben por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXVIII.

DEL MILAGRO EN QUE SANÓ CRISTO AL ENDEMONÍADO LUNÁTICO, SORDO Y MUDO, Á QUIEN SUS DISCÍPULOS NO PUDIERON SANAR.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Llegó á Jesús un hombre del pueblo, y postrado delante de él, con gran voz le dijo* (*Matth.* XVII, 14; *Marc.* IX, 17; *Luc.* IX, 39): *Señor, Maestro, ten misericordia de un hijo único que tengo lunático y con espíritu mudo que le arrebata y da con él en tierra, y le hace echar espuma por la boca y dar diente con diente, y le pasma, y apenas le deja cási despedazado, y unas veces cae en el fuego, y otras muchas en el agua, y rogué á tus discípulos que le sanasen y no han podido.* Aquí se ha de ponderar en persona de este endemoniado, la fuerza del demonio contra el hombre que posee, y los males que le hace en el cuerpo y en el alma, y los que despues le hará en los infiernos.-Lo primero, esta fiereza y crueldad tiene el demonio contra el hombre para dañarle en todo lo que toca á su cuerpo, si Dios no le detiene; y así trataria á todos, como á este pobre mozo, á quien hizo mudo, sordo y lunático, que es como enfermo de gota coral, con tormentos muy terribles y continuos desde su mocedad, pretendiendo ya abrasarle en fuego, ya ahogarle en los rios y pozos, y esto con tanta pertinacia, que no quiso obedecer á los Apóstoles de Cristo, como quien triunfaba de ellos.

2. Pero mayor fuerza muestra contra el ánima del pecador que se le rinde, á quien hace sordo y mudo, al modo arriba dicho: hácele lunático; esto es, sujeto al mundo variable, mudable é inconstante en lo bueno: da con él en tierra, pegándole con las aficiones á las cosas terrenas. Hácele echar por la boca espumajos de palabras feas y asquerosas, y crujir con los dientes por la furia de la ira y cólera. Hácele estólido y como insensible para las cosas de Dios; unas veces le arroja en el fuego de las codicias carnales, para que se abrase en ellas; otras veces en las corrientes de las aguas de los negocios mundanos, para que se ahogue con ellos (*Iob*, XXIV, 19): y así le trae de un pecado en otro, despedazándole y haciéndole resistir á los predicadores y confesores, sin que haya quien le pueda reducir. Ó Dios eterno, abre los ojos de todos los hombres, para que los que han llegado á esta miseria procuren salir de ella, y los de-

más huyan de caer en ella, resistiendo al espíritu de quien tanto mal les viene.

3. De aquí se saca qué fiereza tendrá el demonio en el infierno contra los pecadores que del todo le están ya rendidos, pues tal crueldad usa con ellos acá en la tierra, cuando Dios le da licencia para ello. ¡Oh qué sordera! qué mudez! qué despedazamiento! qué crujir de dientes! qué espumas rabiosas! qué arrojamiento en llamas de fuego, y en aguas de nieve! qué variedad y perpetuidad de tormentos les dará, vengándose en ellos del mismo Dios! Ó alma mia, ¡cómo no aborreces al que en esta vida y en la otra es verdugo tan cruel del que le obedece! Ó Dios omnipotente, si dieres licencia á este enemigo, para que me trate como á Job en el cuerpo, quítasela para que no me dañe el alma. Amen.

Punto segundo. — 1. Luego se ha de considerar lo que Cristo nuestro Señor hizo y dijo antes de sanar á este mozo. – Lo primero, exclamó contra los incrédulos que estaban allí, y en ellos contra los demás, diciendo: *Ó generacion incrédula y perversa, ¿cuánto tiempo tengo de estar entre vosotros? y ¿cuánto tiempo os tengo de sufrir?* Con lo cual descubrió la pena que recibia, por la incredulidad y pertinacia de aquella gente, de donde procedia que el demonio estuviese pertinaz en atormentar al endemoniado, y parece que estaba como cansado de vivir entre ellos y de sufrirlos por su dureza. Ó pacientísimo Jesús, ¡con cuánta razon podrias estar enfadado de estar conmigo, haciéndome grandes mercedes, y sufriendo mis grandes maldades! pero tu paciencia es infinita, y aunque muestras enojo contra las culpas, tienes compasion de los culpados para librarles de ellas. Líbrame, Señor, de las mias, para que goce de tus misericordias.

2. Lo segundo, *mandó traer allí el endemoniado; y en viéndole, el mal espíritu le atormentó y revolcó por la tierra, en señal de lo mucho que aborrecia al Redentor.* Y si en presencia de Cristo así trata á los que posee, ¿qué hará en ausencia? Afligido con esto el padre del mozo, dijo al Señor: *Si puedes algo, ayúdanos, teniendo misericordia de nosotros.* Pero viendo Cristo nuestro Señor la poca fe de este hombre, para curar primero á él que al hijo, díjole una memorable sentencia (*Marc.* IX, 19): *Si puedes creer, todas las cosas son posibles al que cree.* Todas, dice, sin sacar ninguna, por grandes y dificultosas que sean. ¡Oh omnipotencia del Salvador, que haces omnipotentes á los que confian en tí, con tal que confien como deben en tu infinita misericordia! ¿Cómo no tendré fe y confianza en esta pa-

labra del Señor (*D. Bern. Serm. 8 in Cant.*), pues es fidelísimo en cumplir lo que promete, y omnipotente para ejecutar lo que dice? Ó buen Jesús, pues todo lo puedes, y me dices que si puedo creer lo podré todo, hazme que pueda creer y que crea del modo que tú quieres, para que pueda en tí todo lo que me prometes.

3. El padre del mózo, oyendo esto y viendo que de su fe dependia la salud de su hijo, respondió con fervor y humildad: *Credo, Domine, adiuva incredulitatem meam:* creo, Señor, pero ayuda mi incredulidad, que es decir: creo cuanto puedo, y lo que me falta de fe, súplalo tu bondad. En las cuales palabras enseña un modo de orar maravilloso, haciendo luego todo lo que puedo, y pidiendo á Dios añada lo que me falta. Creyendo, he de pedir aumento de fe, y humillándome, he de pedir aumento de humildad, y amando, pediré aumento de caridad. Ó dulce Jesús, creo y mil veces creo cuanto me dices y espero cuanto me prometes; pero mi fe es muy flaca, y mi confianza corta; suple mi falta, fortaleciendo mi fe y perfeccionando mi esperanza, pues á tu bondad pertenece acabar el bien que ha comenzado.

Punto tercero. — 1. *Entonces Jesús, amenazando al demonio, dijo: Espíritu sordo y mudo, yo te mando que salgas de este mozo, y nunca mas vuelvas á él. El demonio salió dando gritos y atormentando mucho al hombre, dejándole como muerto; pero tomándole Cristo por la mano, le levantó sano y fuerte, dándole á su padre, admirándose todos de la grandeza de Dios.* (*Marc.* IX, 24; *Luc.* IX, 43). Aquí se ha de ponderar lo primero, el señorío de Cristo nuestro Señor sobre los demonios, y el imperio con que mandó á este dos cosas, salir luego y no volver mas á entrar, y no carece de misterio haberle dicho esta vez (*Luc.* XI, 24): *Amplius ne introcas in eum.* No vuelvas mas á entrar en él, porque sabia bien Cristo nuestro Señor la condicion del demonio, cuando ha estado mucho tiempo en una alma, y le han echado de ella, que no halla descanso hasta volver, llevando consigo otros siete peores que él; ó para reprimir esta fiereza, quiso usar de su cumplida misericordia, mandándole que ni solo ni acompañado volviese mas á este mozo, y así lo hizo.

2. Lo segundo, se ha de ponderar lo mucho que siente el demonio salir del alma, especialmente cuando ha mucho que la posee, y los dolores que padece la pobre alma al tiempo que ha de salir de su tiranía y dejar los vicios en que ha vivido, los cuales son dolores como de muerte, pero necesarios para que cobre la vida; y así por mas que el demonio me amedrente, ó el mundo y la carne me espan-

ten, no tengo de dilatar mi conversion, echando de mí á este tirano lo mas presto que pudiere; porque cuanto mas yo lo dilatare, tanto él mas se embravecerá contra mí, y será mas dificultoso de echar.

3. Lo tercero, ponderaré la bondad de Cristo nuestro Señor y su benignidad en dar la mano al caido, y levantarle y vivificarle, porque él solo puede restituirle la vida y la salud entera, y aunque pudiera tomar este mozo para su servicio, no quiere sino volvérsele á su padre, mostrando en todo su caridad, y cuán sin interese hace el bien que puede. Ó Dios de mi alma, todo esto me convida á que te ame y sirva muy de veras; mas pues me has librado del demonio, manda que no vuelva á mí, y tómame por tuyo, porque no tengo ni quiero otro padre sino á tí, á quien sea honra y gloria por las grandezas que obras en tus hijos, para provecho de ellos. Amen.

Punto cuarto. — 1. *Entrando el Señor en casa, llegaron á él sus discípulos, y le dijeron: ¿Por qué nosotros no pudimos echar este demonio? Respondióles: Por vuestra incredulidad. Digoos de verdad, que si tuviéreis fe, como un grano de mostaza, y dijéreis á este monte: Pásate de aquí, ninguna cosa os será imposible; pero este linaje de demonios con ninguna cosa puede salir, si no es con oracion y ayuno.* (*Matth.* xvii, 19).-Lo primero, ponderaré la prudencia de Cristo nuestro Señor en no querer manifestar en público la poca fe de sus discípulos, que fue parte de la causa porque el demonio no salió de aquel hombre, sino en público reprendió la incredulidad de la nacion que era pública, y en lo secreto la de sus discípulos que era secreta, enseñándonos el modo de reprender á otros con discrecion.

2. Lo segundo nos avisa, como para alcanzar grandes cosas, es menester una fe semejante al grano de la mostaza, que es pequeño en la cantidad, pero grande en la acrimonia y eficacia; así la fe y confianza ha de ser fuerte, vehemente, viva y eficaz; pero en sujeto humilde y pequeño en sus ojos, y desconfiado de sí, para que totalmente se fie de Dios. (*Marc.* xi, 23). Con esta fe podrémos arrancar de su lugar cualquier monte, por arraigado que esté; esto es, echar de los cuerpos y de las almas al demonio, envejecido en ellas, y arrancar el espíritu de soberbia, de ira ó gula, y los demás estorbos terrenos que nos impiden servir á Dios. Ó Señor omnipotente, siembra en mi alma este grano de mostaza, pues yo no puedo tener tal fe, si tú no me la das. Dame, Señor, una fe que sea vehemente por el ardor de la caridad, y segura por la pequeñez de la

humildad, y en ambas cosas semejante al grano de mostaza, de la cual nazca un árbol de virtudes, en quien puedan recrearse los Ángeles del cielo. Amen.

3. Lo tercero, añade Cristo nuestro Redentor, que este linaje de demonios tan arraigados no puede salir sino con oracion y ayuno. (*D. Bern.* Serm. 4 in 40). De suerte qué con la fe y confianza han de juntarse oracion y ayuno, salidas de la misma fe; porque si la confianza es como grano de mostaza, en tales casos brota humos de oraciones á Dios, y humillacion de ayunos para impetrar lo que pide, confiando de alcanzarlo por estos medios. Y usa Cristo nuestro Señor de palabras comunes al que cura y al que es curado, porque ambos han de tener estas virtudes.-Con estas armas espirituales me tengo de hacer espíritu para pelear y vencer á los malignos espíritus, sutilizando la carne pesada con el ayuno, y levantando el espíritu á Dios con la oracion, para que suba al cielo como vara de humo, salida de mirra y de incienso (*Cant.* III, 6): de mirra de penitencia y de incienso de oracion; y con este humo espante, como dijo el Ángel á Tobías (*Tob.* VI, 8), á todo género de demonios, de modo que no se atrevan á llegar á mí. Ó Redentor mio, que estuviste en el monte Tabor trasnochando en oracion y ayuno antes de echar este demonio, que tus Apóstoles no pudieron rendir, dame el espíritu de oracion y penitencia, con que sujete mi carne, dome mis pasiones y eche de mí los espíritus de soberbia y vanidad, para que subiendo contigo al monte de la mirra (*Cant.* IV, 6) y al collado del incienso, juntando ayuno y oracion, merezca subir contigo al monte Tabor de tu gloria. Amen.

MEDITACIONES

DE LOS DIFUNTOS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR RESUCITÓ, Y DE LA RESURRECCION ESPIRITUAL DE LOS PECADORES.

—Las meditaciones de los tres difuntos, que Cristo nuestro Señor resucitó, se han de hacer no solamente ponderando el milagro, sino la significacion de él, que es la resurreccion espiritual de todos los pecadores que se convierten á Cristo nuestro Señor, los cuales se reducen á tres suertes. Unos que pecan por flaqueza ó ignorancia, figurados por la doncella de doce años, á quien resucitó Cristo en casa de sus padres. Otros pecan de pasion, figurados por el mancebo, hijo de la viuda de Naim, á quien resucitó el Señor cuando lo llevaban á enterrar. Otros pecan de malicia, figurados por Lá-

zaro, á quien resucitó Cristo despues de enterrado, representando en el modo de resucitarlos el modo de la resurreccion de los pecadores. —

MEDITACION XXXIX.

DE LA DIFUNTA, HIJA DEL ARCHISINAGOGO.

Punto primero. — 1. *Habiéndose muerto una doncella de doce años, hija única de un príncipe de la Sinagoga, fué su padre á Jesús, y postrado á sus piés, le suplicó con grande instancia viniese á su casa, y pusiese sus manos sobre ella.* (*Matth.* IX, 18; *Marc.* V, 22; *Luc.* VIII, 42). Aquí se ha de ponderar lo primero, la calidad de esta difunta, y la causa de su muerte (y lo mismo se puede ponderar en el hijo único de la viuda de Naim), porque aunque era hija única de sus padres, y de padres ricos y nobles, y por consiguiente muy querida y regalada de ellos; sin embargo de esto, la salteó la muerte, sin que pudiesen atajarla, ni los padres, ni los médicos, ni la hacienda, ni el verdor de la edad, para que yo entienda que en toda edad y en cualquier fortuna y estado no hay seguridad de vida, sino que de repente me salteará la muerte; ponderando que aunque esta mujer y estos otros difuntos pudieron remediar el daño de la primera vez que murieron, despues que Cristo los resucitó, aparejándose para morir bien la segunda vez, yo no podré hacer esto; porque, como se ponderó en la parte I, meditacion VII, ley general es, que todos mueran una sola vez (*Hebr.* IX, 27), y el daño de la primera muerte no tendrá remedio. ¡Oh buen Jesús! no me asegure vanamente la flor de la edad, ni el regalo, ni las riquezas, ni las demás cosas de esta vida, dame que siempre tema con temor santo lo que siempre me amenaza. Y pues mi muerte no ha de ser mas que una, concédeme que sea buena.

2. Lo segundo, se ha de considerar que la muerte de esta gente moza, unas veces sucede por los pecados de los padres que los aman y regalan con demasía, y por su respeto atropellan la ley de Dios. Otras veces por pecados de ellos mismos, que se van sin freno tras sus inclinaciones, y quiere Dios atajarles esos pasos, porque no se condenen ó porque tengan menos infierno. Otras veces por favor, arrebatándolos, como dice el Sábio (*Sap.* IV, 11), antes que la malicia mude su corazon y el fingimiento engañe su alma. Otras veces por otras causas secretas de la gloria de Dios que no alcanzamos. De donde sacaré temor de la culpa por la cual entra la muerte

(*Rom.* v, 12), y arrojarme en la providencia paternal de Dios, suplicándole me dé la muerte en aquel tiempo y coyuntura que conviniere mas para mi salvacion y para su gloria.

3. Lo tercero, se ha de ponderar que así como esta difunta no pudo por sí buscar á Cristo para que le diese vida ni pedírsela, y se quedara muerta para siempre, si su padre no fuera á rogar por ella, así el pecador muerto por la culpa, y aunque es verdad que no está tan muerto, que no pueda llamar á Cristo nuestro Señor; pero importa mucho que tenga intercesores que rueguen por él y soliciten á Dios nuestro Señor que le resucite; y así me tengo de inclinar á pedírselo á menudo, diciéndole: Ó Padre piadosísimo, mira innumerables almas que hay por ese mundo, tan muertas y sumidas en sus culpas, que no te piden vida ni resurreccion. Yo, Señor, aunque indigno, te suplico que vengas á sus casas y toques con la mano de tu inspiracion sus corazones, para que cobren vida. Mira tambien mi hija única, que es mi alma y mi voluntad, la cual está como muerta por la culpa y tibieza en que vive. Ven, Dios mio, á mi indigna casa, tócala con el toque de tu mano poderosa, para que resucite con fervor á nueva vida.

Punto segundo. — 1. *En oyendo Jesús la peticion del archisinagogo, se levantó de donde estaba y se fué tras él, y llegando á su casa, viendo á mucha gente que estaba allí llorando, los dejó y se entró en el aposento de la difunta con solos su padre y madre y tres apóstoles, Pedro, Diego y Juan.* Aquí se ha de considerar lo primero, la benignidad de Cristo nuestro Señor en seguir luego á este archisinagogo, aunque su fé era imperfecta y no lo merecia, por cuanto le pedia como pidió el régulo (*Ioan.* iv, 48), que fuese á su casa á sanar á su hija, como si no pudiera desde allí sanarla sin menearse. Pero no le reprendió, porque le vió postrado á sus piés y humillado, y la humildad suple mucho nuestras faltas y mueve la misericordia de Dios á que las perdone; así como la soberbia del reyezuelo, y la entereza que mostró en pedirle la salud para su hijo, sin humillarse ni postrarse, le movió á indignacion y á que le zahiriese de su poca fe.

2. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor quiso hacer este milagro en secreto, porque como este era el mas famoso de cuantos habia hecho, por ser el primer difunto que resucitaba, quiso en él darnos ejemplo de humildad y de huir la vana ostentacion de los hombres; y en confirmacion de esto, hecho el milagro, mandó á los que estuvieron presentes con gran fuerza que no lo publicasen;

pero juntamente quiso que hubiese testigos que despues le manifestasen para nuestro provecho. Y no sin misterio escogió para esto á los tres apóstoles dichos, los cuales fueron tambien testigos de su transfiguracion en el monte Tabor y de la afliccion que padeció en el huerto de Getsemaní, para significar que á los mas queridos y fervorosos da mas parte de sus secretos, especialmente en tres cosas; en las obras de la conversion de las almas, en las grandezas de su gloria y en las ignominias de su pasion. ¡Oh quién fuese tan dichoso, que privase con Jesús y siguiese á este Cordero donde quiera que va, sin apartarse un punto de su dulce compañía!

Punto tercero. — 1. *Tomando Jesús á la difunta por la mano, con voz alta, dijo: Puella, surge. Niña, levántate; y al mismo punto se levantó y anduvo, y la mandó dar de comer, quedando sus padres admirados de este milagro.*-Lo primero, ponderaré la omnipotencia del Salvador, pues con sola una palabra, no rogando como Elías y Eliseo, sino mandando con imperio, da vida á los muertos; y al punto el alma del difunto que está en el limbo, ó donde quiera que estuviere, oye su voz, y viene á entrar en su cuerpo, sin que pueda resistir ni haya quien pueda detenerla. Gózome, Salvador mio, de que seais tan poderoso, que llameis á las cosas que no son como si fuesen (*Rom.* IV, 17), y los muertos oigan vuestra voz y la obedezcan. Llamad, Señor, á todos los que están muertos por la culpa con la voz de vuestra inspiracion, para que resuciten á la vida de la gracia; y si ellos por su libre albedrío resistieren, porque á nadie quereis forzar, tornad á llamarlos con mas eficacia, porque si quereis usar de vuestro poder, ¿quién habrá que no se rinda á vuestra voluntad?

2. Lo segundo, ponderaré la causa por que tomó de la mano á esta difunta, y ella comenzó á andar, y la mandó dar de comer; lo cual no hizo con los otros difuntos. Todo fue para significar, que los pecadores que mueren y pecan por flaqueza, figurados por esta niña, son vivificados por Cristo, ayudándoles con su mano poderosa á vencer aquella flaqueza; y así en resucitando con su virtud, quiere de ellos dos cosas.-La una, que no estén ociosos, ni se queden en la cama de la pereza, sino que luego comiencen á andar y ejercitar buenas obras, aprovechando en el camino de la virtud.-La segunda, que coman el pan que confirma el corazon (*Psalm.* CIII, 15), que es el santísimo Sacramento del altar, con cuya virtud acaban de fortalecer; y en mandar á otros que dén de comer á la difunta, da á entender, que manda á sus ministros dén este pan de vida á

los pecadores convertidos, para que se alienten á proseguir la jornada que han comenzado. Ó Salvador de mi alma, tomadla de la mano, porque juntándose la vuestra con la mia, luego me levantaré y comenzaré á trabajar, sacudiendo de mí toda pereza. Dadme tambien de comer el pan de vida sobresustancial, que conforta á los flacos, alienta á los corazones desmayados, para que con su virtud no me canse de caminar, hasta que llegue al monte santo de Horeb (III *Reg.* XIX, 8), donde vea vuestra gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XL.

DEL DIFUNTO HIJO DE LA VIUDA DE NAIM.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Caminando Jesús á la ciudad de Naim con sus discípulos y otra mucha gente, llegando á la puerta de la ciudad, sacaban á enterrar á un mancebo difunto, hijo único de su madre, que era viuda, é iba con ella mucho acompañamiento del pueblo.* (*Luc.* VII, 11).-En persona de este mancebo difunto, fuera de lo que se dijo en la meditacion pasada de la muerte, consideraré al pecador que está muerto por culpas nacidas de sus vehementes pasiones, cuya alma está encerrada en su cuerpo, como en unas andas ó ataud; porque todo cuanto piensa, habla y trata, es en carne y de su carne. Los que llevan estas andas son cuatro apetitos ó pasiones vehementes; conviene á saber, lujuria, que es apetito de deleites sensuales; ambicion, que es apetito de honras vanas; codicia, que es apetito de riquezas; y la ira, que es apetito de venganza contra los que le impiden estos bienes. De estas cuatro pasiones es llevado este miserable pecador á entrar en el abismo de innumerables pecados, y despues en el abismo del infierno, si Cristo nuestro Señor no le ataja. De donde sacaré afectos de compasion, viendo el mundo lleno de estos muertos, que salen cada dia en público, y están en las plazas y puertas de las ciudades, diciendo con Jeremías (*c.* IX, 1): ¡Quién diese agua á mi cabeza y fuentes de lágrimas á mis ojos, para llorar de dia y de noche los muertos de mi ciudad!

2. Lo segundo, ponderaré la caridad y providencia de Cristo nuestro Señor en venir á Naim en tal coyuntura, que se encontrase con este difunto, pues no fué acaso sino sabiéndolo, y con deseo de resucitarle, ofreciéndose á ello sin que nadie se lo pidiese: á la doncella resucitó á peticion de su padre; á Lázaro, por peticion de sus hermanas; pero á este de su solo motivo, para significar la grande-

za de su misericordia en buscar las almas muertas, salirlas al encuentro y ofrecerlas el remedio, aunque no se le pidan, movido de la compasion que tiene de ellas; y aun cuando se lo piden, él previene é inspira que se lo pidan, de suerte que todo nuestro bien comienza de su misericordia. Ó Padre de las misericordias, mirad la muchedumbre de pecadores muertos que andan por las plazas de este mundo. Compadeceos de ellas, salidlas al encuentro, atajad sus pasos, antes que la muerte les coja en ellos.

Punto segundo.— 1. *Mirando el Señor á la viuda, tuvo misericordia de ella, y díjola: Noli flere. No quieras llorar; y acercándose mas, tocó las andas, y al punto pararon los que las llevaban.*—Lo primero, se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor quiso hacer este milagro, no en secreto como el pasado, sino en público para gloria de su Padre, y para autorizar su doctrina; y para que se viese que no lo hacia por ostentacion, sino de compasion, enterneciose viendo la miseria de aquella mujer, por ser viuda y ser único el hijo que perdió, en lo cual nos enseña la prudencia en hacer las obras públicas, de modo que no se busque ostentacion. Y tambien la compasion que debemos tener de los afligidos y desconsolados, á imitacion de nuestro gran Dios (*Psalm.* LXVII, 6), que es padre de huérfanos, marido de viudas y amparo de todos.

2. Lo segundo, ponderaré como las lágrimas de esta viuda, sin hablar ni pedir nada, movieron á Cristo nuestro Señor á que resucitase su hijo, porque las lágrimas que derramamos por nuestros pecados ó por los pecados ajenos son un modo de oracion poderosa con Dios, para moverle á remediar nuestras miserias. Ó Padre misericordiosísimo, cuyos ojos se enternecen viendo llorosos á los nuestros, muévante á compasion las lágrimas de nuestra madre la Iglesia, viuda por tu ausencia, la cual llora nuestras culpas, como si cada uno fuese hijo único salido de sus entrañas, y por sus lágrimas concededme lo que yo no merezco por las mias. Quita, Señor, la causa de este lloro para consolarla, diciéndola: No quieras llorar, porque yo daré vida al hijo por quien lloras.

3. Lo tercero, ponderaré como Cristo nuestro Señor se llegó á las andas y las tocó, y pararon los que las llevaban, para significar que antes de resucitar al pecador, le toca con la mano de su omnipotencia y con fuertes inspiraciones, ya de temor con amenazas, ya de esperanza con promesas, y hace que cese el ímpetu de las cuatro pasiones que le arrastraban, las cuales por mas bravas que sean, se rinden al toque é imperio de Cristo. Ó manos de Jesús, que tocásteis

el madero de la cruz, por dar vida al que murió tocando con las suyas la fruta del árbol vedado, tocad los pecadores, muertos por la culpa, para que se dispongan á recibir la vida de la gracia.

Punto tercero. — 1. *Luego dijo Jesús: Mancebo, á tí te digo, levántate; y al punto el difunto se sentó y comenzó á hablar, y Cristo se lo dió á su madre.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la omnipotencia del Salvador en este milagro, porque no tuvo necesidad, como Elías y Eliseo (III *Reg.* xvii, 21; IV *Reg.* iv, 34), de detenerse sobre el cuerpo del mozo difunto, juntando rostro con rostro, y ojos con ojos, ni aun le tocó con la mano, como á la hija del archisinagogo, sino con una palabra imperiosa, hablando con el muerto, como si estuviera durmiendo.

2. Lo segundo, ponderaré como este mancebo, no sin misterio, no luego comenzó á andar como la hija del archisinagogo, sino sentándose en las andas comenzó á hablar, para significar que los pecadores que están arrastrados de sus pasiones, van sanando de ellas poco á poco: primero reciben la vida de la gracia, y apartan el afecto desordenado de las cosas carnales, aunque todavía se quedan con algo de aficion que les pega, y traba el corazon con ellas; pero despues vienen del todo á despegarse de las costumbres viciosas. Además luego comienzan á hablar, confesando sus yerros, pidiendo perdon de ellos, proponiendo la enmienda, y alabando á Dios por las mercedes que les hace. De donde sacaré aviso para no indignarme contra los que no dejan de un golpe las costumbres de la vida vieja; pues aunque la justificacion se hace en un momento, la perfeccion de ella va poco á poco.

3. Finalmente, ponderaré la caridad de Cristo nuestro Señor en volver el hijo á su madre viuda, aunque pudiera tomarle para sí; pero no quiso, porque atendiese á servirla en su vejez y viudez, y para que su consuelo fuese cumplido, para significar que es propio de Cristo restituir los pecadores á su madre la Iglesia. Y así como este mancebo que salió de casa de su madre muerto, y llevado de otros, se volvió á ella vivo por su pié con alegría de su madre, así el pecador que sale de la congregacion de los justos, llevado de sus pasiones, vuelve á ella vivificado por Cristo, con libertad de espíritu y alegría de la Iglesia. Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por el bien que haces á tantas almas. ¡Oh si todos los pecadores se volviesen á juntar con la congregacion de los justos, para que la Iglesia se goce de tener muchos hijos vivos! Pues tú, Señor, puedes darla este gozo, no la prives de él, para que tu nombre sea glorifi-

cado, y digamos lo que dijo la gente que vió este milagro: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado con misericordia á su pueblo.

MEDITACION XLI.

DE LA RESURRECCION DE LÁZARO.

PUNTO PRIMERO.—*Modo de orar perfecto.*— 1. *Cayendo enfermo Lázaro hermano de Marta y María, que eran muy amadas de Cristo nuestro Señor, ellas le enviaron un recado diciendo: Señor, mira que el que amas está enfermo.* (*Ioan.* XI, 3). En estas palabras se nos enseña un modo de orar breve, perfecto y muy eficaz, propio de los varones espirituales, ejercitados en la vida activa y contemplativa, figurados por Marta y María, el cual llama Hugo de Santo Víctor (Lib. de modo orandi, *c.* 2), modo de orar por insinuacion, y consiste en representar á Dios brevísimamente alguna necesidad del cuerpo ó alma que padezco, alegando títulos del amor que me tiene, dejando en todo lo demás el cuidado de mi remedio á su divina providencia, con grande confianza y resignacion en su voluntad, porque si sé que me ama, basta esto para que crea hará lo que me conviene, aunque yo no le pida nada. Este modo de orar presupone grande estima del amor que Dios nos tiene, grande confianza en su bondad y grande resignacion en su voluntad, no queriendo mas de lo que él quisiere, cuanto al remedio de mis necesidades, y al lugar, tiempo y modo de remediarlas.

2. Con estos afectos tengo de decir á menudo y con páusa esta jaculatoria: *Domine, ecce quem amas infirmatur.* Señor, el que amas está enfermo, y en lugar de esta palabra puedo poner otras semejantes; Señor, el que amas está triste, está desconsolado, tibio, seco, indevoto; está tentado de ira, de impaciencia y de soberbia; está desterrado de tu cielo; está con peligro de muerte y de condenarse para siempre, etc.—Además en lugar de la palabra *el que amas,* puedo poner otras que abracen títulos de amor, diciendo: Señor, el que criaste á tu imágen y semejanza, está desfigurado; el que redimiste con tu sangre, está manchado de pecados; el que prohijaste en el Bautismo, está rodeado de enemigos que le oprimen; el que escogiste para religioso, está lleno de imperfecciones que le afean. Y haciendo páusa en cada jaculatoria de estas, derramaré mi corazon delante de Dios, esperando que me dará lo que mas me conviene,

resignándome á estar por lo que ordenare. Este modo de orar es semejante al de la Vírgen, cuando dijo en las bodas (*Ioan.* II, 3): *Fili, vinum non habent.* Hijo, no tienen vino, como allí se ponderó. Y tambien al que insinuó la Esposa, cuando dijo: Conjúroos, hijas de Jerusalen, que si topáreis á mi Amado, le digais (*Cant.* V, 8): *Quia amore langueo.* Que estoy enferma de amor. Como quien dice: Basta que llegue á su noticia que estoy enferma, para que acuda á remediar mi enfermedad.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Respondió Jesús á este recado: Esta enfermedad no es de muerte;* esto es, no parará en muerte, *sino para gloria de Dios, y para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella; y detúvose dos dias donde estaba, y en este tiempo murió Lázaro.* Esta respuesta trazó Cristo nuestro Señor, para consolar por una parte á estas devotas mujeres, y por otra parte para probar su virtud fuertemente, porque se viese cuál era la fe y resignacion que mostraba su oracion.—Lo primero, ponderaré el modo como Cristo consuela á estas hermanas afligidas, con la razon de mayor consuelo que hay en la tierra, que es decirlas, que la enfermedad de Lázaro, y las enfermedades y penalidades de los escogidos, así del cuerpo, como del espíritu, todas son para gloria de Dios, y suya; y que sabe el suceso que han de tener antes que vengan, y el bien que ha de sacar de ellas. Y esta gloria de Dios resplandece, ó en librarnos de ellas cuando menos pensamos con un modo maravilloso, ó en darnos en ellas maravillosa paciencia y maravillosos dones de su gracia. Ó gloria mia y Señor mio, si es así que mis enfermedades y trabajos son para gloria tuya, vengan en hora buena, no quiero rehusarlos, por no menoscabar tu gloria; yo me gloriaré en ellos, pues tú eres en ellos glorificado. De buena gana me glorio yo en mis enfermedades (II *Cor.* XII, 9), para que more en mí la virtud de Cristo.

2. Lo segundo, ponderaré la grande prueba y afliccion de estas hermanas, viendo que su hermano murió, habiéndoles Cristo enviado á decir, que su enfermedad no era de muerte; lo cual hizo Nuestro Señor para probar su fe, y rendimiento de juicio en sujetarse á lo que no entendian, y para probar su paciencia y resignacion, viendo por la obra lo contrario de lo que deseaban. En estas dos cosas prueba Dios á los grandes Santos, como probó á Abrahan (*Genes.* XXII, 1), cuando le mandó sacrificar á su hijo, de quien le habia prometido sucesion innumerable, como dice san Pablo (*Rom.* IV, 18), creyó en la esperanza contra la esperanza, pensando que Dios era poderoso para resucitarle. Y lo mismo pretendió Cristo nues-

tro Señor que hiciesen estas hermanas de Lázaro: y lo mismo he yo de hacer, cuando Nuestro Señor me diere lo contrario de lo que pido, como si le pido salud ó humildad, y permite que crezca la enfermedad, y sea mas tentado de soberbia; entonces he de decir aquello de Job (*c.* XIII, 15): Aunque me mate esperaré en él, reprenderé mis obras en su presencia, y él será mi Salvador. Ó Salvador dulcísimo, en tus manos me arrojo, á tí rindo mi juicio y mi voluntad, y me ofrezco á pasar por todo lo que ordenares. Aunque me mates no perderé la esperanza de que me puedes resucitar; y si dijeres que tengo de morir, y me viere morir, creeré en la esperanza contra la esperanza, porque entenderé que esta muerte será para darme mejor vida.

Punto tercero. — 1. *Pasados dos dias, dijo Jesús á sus Apóstoles: Volvamos otra vez á Judea. Y diciéndole ellos: Maestro, poco há que te querian apedrear los judíos en Judea, y quieres volver allá;* él, sin embargo de esto, dijo que sí, porque en atravesándose la gloria de su Padre, rompia por todas las dificultades del mundo; y para animarles á otro tanto, les dió dos razones maravillosas.—La primera: *¿Por ventura el dia no tiene doce horas?* Que es decir: como el dia tiene doce horas, y es imposible que no las cumpla, así el dia de mi vida, y el de la vuestra, y el de la vida de todos, tiene tasadas las horas por la divina ordenacion, y ninguno podrá cortarlas antes de tiempo. (*Iob,* XIV, 5). Por tanto bien podemos seguramente acometer lo que fuere gloria de Dios, sin miedo de perder la vida antes de lo que Dios quisiere y tuviere ordenado; cuanto mas que en doce horas se mudan los hombres y las cosas, y Dios muda las voluntades; y así por lo que pasó en la primera hora, no hay que temer, que quizá estará mudado en la postrera.

2. La segunda razon fue: *Quien anda de dia y con luz, no tropieza, porque ve la luz.* Que es decir: Quien anda en verdad delante de Dios, no tiene que temer, porque la verdad y luz de Dios le librará de caer y de morir mientras Dios quisiere que viva. Pero los que andan de noche y en tinieblas, esos temen y tropiezan, porque les falta la verdadera luz de la fe y de la gracia; y así en castigo de sus culpas vienen á caer y perder la vida antes de tiempo; porque los malos y engañadores, como dice la Escritura (*Psalm.* LIV, 24; *Amos,* VIII, 9), no dimediarán sus dias, y el sol se les pondrá cuando habia de ser para ellos mediodía. Con estas dos razones he de animarme á no dejar las cosas del servicio de Dios por temor de los hombres y de sus persecuciones; pues como no pueden añadirme un dia,

ni una hora de dia á las que Dios ha señalado, tampoco me la podrán quitar contra su ordenacion; y si soy hijo de la luz agradable á Dios, no hay porque tema á los hombres; pues el mismo Señor dice (*Isai.* LI, 7): No queráis temer los desprecios y vituperios de los hombres, ni os espanten sus blasfemias; porque como el gusano come la ropa, y la polilla el paño, así estos perecerán. Y ¿quién eres tú para que temas tanto al hombre mortal, y al hijo del hombre que se seca como el heno? Como quien dice: Aunque mirando lo que eres de tu cosecha, tienes mucho por qué temer; mas mirando que soy yo tu protector y redentor, no hay razon porque temas.

3. Dicho esto, declaró Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles la muerte de Lázaro poco á poco, y con palabras muy misteriosas, diciéndoles primero: *Lázaro nuestro amigo duerme, voy á despertarle de su sueño.* En las cuales palabras llamó sueño á la muerte de Lázaro, no solamente porque le era tan fácil resucitarle, como lo es despertar á un dormido; lo cual es comun á la muerte de buenos y malos, sino tambien para significar la diferencia que hay entre la muerte de sus amigos (*Psalm.* CXXVI, 3) y la de sus enemigos; porque como el dormido con el sueño descansa, y luego vuelve á vivir la vida que solia, así los amigos y queridos de Dios mueren para descansar de sus trabajos (*Apoc.* XIV, 13), y para resucitar á vida, que por excelencia merece nombre de vida, cual es la vida eterna en que se les da la herencia de la gloria. Pero los enemigos mueren para quedarse muertos para siempre, porque su resurreccion no será para vida (II *Mach.* VII, 14), sino para muerte eterna.

4. Á este dicho de Cristo respondieron los Apóstoles: *Maestro, si duerme, estará salvo.* Como quien dice: Señal es de salud dormir el enfermo, no hay para que tomar tanto trabajo con tanto peligro por ir á despertarle. En lo cual se representa la repugnancia de la gente imperfecta, la cual no quiere entender lo que no querria hacer, si no es que se le digan muy claro, y nunca le falta de donde asir para excusar de cumplir lo que Dios y sus ministros le ordenan. Al modo que los Apóstoles con la repugnancia que tenian de ir á Judea, pensaron que Cristo nuestro Señor hablaba de verdadero sueño, siendo fácil de entender que no habia de moverse para solo despertar un dormido. Y así, viendo esto Cristo, díjoles claramente: *Lázaro es muerto, y gózome por vosotros para que creais.* En las cuales palabras descubre la estima que tiene de que crezca nuestra fe y nuestra virtud, pues se goza de la muerte de Lázaro, porque de ella habia de resultar gran bien á sus discípulos; y aunque los Após-

toles ya creian esto, con todo eso dice: *Ut credatis.* Para que creais, enseñándonos un ejercicio de virtud propio de los justos fervorosos, los cuales con cada razon que Dios les descubre de sus misterios, creen de nuevo, y le dicen: Señor, si hasta ahora no hubiera creido, ahora creyera de nuevo, y renuevo mi fe. De la misma manera el perfecto religioso hace sus votos muchas veces, como si de nuevo los hiciera, diciendo á Dios: Si no hubiera prometido castidad, ahora la prometiera, y de nuevo la prometo.

5. Finalmente, viendo Tomás la resolucion de Cristo nuestro Señor, y que decia: *Eamus ad eum:* vamos á donde está Lázaro, respondió con gran valor, hablando con sus condiscípulos: *Eamus et nos, ut moriamur cum eo.* Vamos tambien nosotros para que muramos con él; como quien dice: No dejemos á nuestro Maestro, pasemos por el peligro en que él se pone, muriendo á donde él muriere. En lo cual mostró gran fervor en dos cosas: la una, en ofrecerse á morir con Cristo; y la otra, para exhortar á sus compañeros para lo mismo, ejercitando á la par los dos actos de caridad, que son amor de Dios y del prójimo, amando á Cristo mas que á su vida, y provocando al prójimo que le ame de la misma manera. Ó Maestro soberado, yo me ofrezco de ir y morir contigo, si fuere menester por no dejarte, porque tú eres mi vida, y morir por tí será ganancia. (*Philip.* I, 21).

Punto cuarto. — 1. *Llegando Jesús á Betania, halló que Lázaro estaba muerto y enterrado, cuatro dias habia; y saliéndole á recibir Marta, le dijo: Señor, si estuvieras aquí, no muriera mi hermano.* Como quien dice: Si te hallaras presente, atajarias con tiempo su enfermedad. En lo cual se representa, que como Lázaro enfermó y murió en ausencia de Cristo, así tambien cuando Nuestro Señor se ausenta de nosotros, escondiendo su rostro, y cesando de hacernos los favores del espíritu que suele, suelen brotar las pasiones y tentaciones, y las enfermedades de tibiezas y flaquezas espirituales; las cuales alguna vez suelen parar en muerte de culpa; pero cuando él está presente todo cesa, y con su presencia lo ataja. Ó Redentor mio (*Psalm.* CXVIII, 8; *Casian. Collat.* IV, *c.* 8), *non me derelinquas usquequaque.* No me desampares con demasía. No te pido que no me dejes á tiempos para ser probado, sino que no me dejes tanto, que venga á ser vencido.

2. Luego añadió Marta: *Sé que te dará Dios cuanto le pidieres.* En lo cual mostró tener muy corta fe de la divinidad de Cristo nuestro Señor, creyendo ser menester que pidiese á Dios lo que habia de

hacer; y así antes de hacer el milagro, quiso curar su imperfeccion, diciendo entre otras cosas: *Yo soy resurreccion y vida; el que cree en mí, aunque muera vivirá; y cualquiera que vive, y cree en mí, no morirá para siempre.* Que es decir: Yo soy autor de la resurreccion de las almas, muertas por la culpa, dándolas la vida de la gracia, y despues la de la gloria. Tambien soy autor de la resurreccion de los cuerpos muertos, restituyéndoles cuando y como quiero la vida que perdieron, y muy mejorada de como antes la tenian; y el que con viva fe creyere esto, no quedará muerto para siempre. *¿Crees esto que te he dicho?* Ella con gran fervor, como quien corregia su corta fe, y estaba corrida de la cortedad que habia tenido, respondió: *Utique, Domine; y como, Señor, creo, y he creido que tú eres Cristo Hijo de Dios vivo, que veniste á este mundo.* Y por consiguiente creo que eres resurreccion y vida, y que puedes resucitar á mi hermano, no solo rogando como hombre, sino mandándolo como Dios. Por donde se ve como los verdaderos discípulos de Cristo son dóciles y fáciles en corregir sus yerros, y de ellos toman ocasion para hacer nuevos actos en la virtud que faltaron, por recompensar con ellos las faltas pasadas.

3. Luego tengo de ponderar la caridad del Redentor, y el cuidado que tiene con los que le aman; porque estando resuelto de resucitar á Lázaro, quiso que se hallase presente María, premiándola con esto el fervoroso amor con que le servia, dándola nuevos motivos de aumentar y perfeccionar el amor con la vista de tan esclarecidos milagros y beneficios; y así le envió un recado con Marta, la cual en secreto la dijo: *El Maestro está aquí, y te llama; y en oyéndolo se levantó de presto, y fué donde estaba Jesús: y en viéndole se postró á sus piés, y le dijo: Señor, si estuvieras aquí no muriera mi hermano.* En este hecho descubrió María tres grandes virtudes.—La primera, obediencia presta, puntual y amorosa, nacida de la grande estima que tenia de Cristo nuestro Señor; porque en oyendo que la llamaba, *ut audivit, surgit cito,* se levantó y fué prestamente, sin despedirse de los que estaban con ella, ni hacer otros comedimientos que la detuviesen, enseñándonos la puntualidad con que hemos de acudir al llamamiento de Dios, sin hacer caso de todo lo que es carne y sangre. (*Galat.* I, 16).—La segunda virtud fue gran reverencia al Señor, porque en viéndole, al punto se postró á sus piés, sin hacer caso de que estaban allí muchos nobles de Judea, que le aborrecian, y llevaban mal cualquier honra que se le hiciese; y en esto excedió á Marta, de la cual no se dice tal cosa.—La tercera virtud fue mu-

cha mayor fe que su hermana, con gran resignacion, porque llena de amor y dolor dijo: *Señor, si estuvieras aquí no muriera mi hermano*. Pero calló lo demás que añadió Marta, porque estaba mas instruida en la fe de la divinidad de Cristo, como quien sentada á sus piés oia su doctrina. Y esta resignacion tan amorosa y confiada, sin pedir á Cristo nuestro Señor la resurreccion de su hermano, remitiéndola á su providencia y caridad, fue poderosa para recabarla; y así se la atribuye la Iglesia en la oracion de su fiesta, diciendo: *Cujus precibus exoratus*, etc. Por donde veré, cuánto mas pueden con Cristo afectos amorosos, que muchas palabras. Y como la Magdalena fue puntual en obedecer á Cristo, así Cristo lo fue en oir su deseo, y cumplir su peticion.

4. Últimamente, ponderaré el misterio de estas dos hermanas, Marta y María, que representan las dos vidas, activa y contemplativa, las cuales concurren para negociar la conversion y resurreccion de los pecadores; porque la predicacion, la oracion y contemplacion se hermanan muy bien para esta obra. Ni se paga Cristo nuestro Señor, que es autor principal de ella, de hacerla por sola Marta; sino que quiere que concurra María, para que entiendan los ministros del Evangelio, que con sus palabras han de juntar oraciones, y con sus sermones la meditacion y contemplacion de ellos para que hagan fruto. Y finalmente, como María hizo mas en esta obra que Marta, así muchas veces la oracion de los humildes y fervorosos hace mas que las palabras de los predicadores muy letrados, para que todos nos animemos á orar por los pecadores, pues vemos que Cristo nuestro Señor gusta de que María ore, llore, y con gemidos se lo pida.

Punto quinto.— 1. Lo quinto, consideraré las cosas señaladas que hizo Cristo nuestro Señor antes del milagro.—La primera fue llorar ó gemir, y bramar en su espíritu con señales exteriores de dolor, turbándose á sí mismo y sollozando, y esto fue dos veces. Una vez lloró de compasion por ver llorar á la Magdalena y á los circunstantes; porque propio es de la caridad (*Rom.* XII, 15), *flere cum flentibus*, llorar con los que lloran; y siendo Cristo la misma caridad y misericordia, no habia de faltar á las leyes de ella. La otra vez gimió de compasion del difunto, y por el pecado que introdujo la muerte en el mundo, porque allí se le representó cuán caro le habia de costar destruir la muerte y el pecado; y como por esta causa él habia de morir, y su cuerpo estaria amortajado en otro sepulcro como aquel, y su ánima apartada de él estaria en el limbo; y tambien gimió y bramó de compasion de los fariseos, que estaban allí,

y habian de calumniar aquel milagro, y tomar de él ocasion para procurarle la muerte. Por todo esto, *lachrymatus est Jesus*, derramó lágrimas Jesús. ¡Oh quién se hallara presente, y recogiera estas lágrimas de Jesús, y ungiera con ellas sus ojos, para que se convirtieran en fuentes de lágrimas; las cuales juntas con las suyas lavaran las manchas de mis pecados, y me volvieran la vida de la gracia que perdí por ellos! Ó dulce Jesús, por vuestras lágrimas dadme don de lágrimas.

2. Pero tengo de ponderar los diversos juicios que hubo de estas lágrimas de Cristo, porque los mas sencillos juzgaron que nacian de amor y compasion; y así dijeron: *Ecce quomodo amabat eum.* Mirad cómo le amaba, pues siendo persona tan grave, llora por él. Otros mas malignos las calumniaron, diciendo: *Pues le amaba, ¿por qué, como dió vista al ciego, no preservó á su amigo de la muerte?* Por donde veré, cuán errados son los juicios de los hombres, y cuán poco caso se ha de hacer de ellos, pues de una misma obra unos dicen bien, y otros dicen mal. Con lo cual me consolaré cuando algunos sintieren mal de las lágrimas y obras de devocion que yo ejercitare por voluntad de Dios.

3. Lo segundo, luego mandó Cristo nuestro Señor quitar la losa que cubria el sepulcro, para que todos viesen el cuerpo del difunto; y aunque pudiera con su palabra sola quitarla, no quiso, porque no queria mostrar el milagro en cosa que los hombres podian hacer por sí mismos, sino en lo que excedia á su facultad. Y es de ponderar, que Marta quiso estorbar esto con buen celo, diciendo: *Olerá mal, porque ha cuatro dias que está muerto;* en lo cual se representa, como algunas veces nuestros deudos y amigos impiden con título de amor nuestro bien espiritual; pretendiendo que no quitemos lo que nos estorba alcanzarlo.

4. Quitada la losa, levantó Cristo nuestro Señor los ojos al cielo, de donde habia de venir la vida de aquel difunto, enseñándome que mi remedio consiste en ver mis miserias, no á bulto, y encubiertas con losas blanqueadas, sino al descubierto, sintiendo la hediondez de mis pecados; y luego he de levantar la vista á Dios, de quien me ha de venir el remedio, pidiéndolo con humildad. *Luego dijo: Padre, gracias te hago porque me oiste, bien sé que siempre me oyes; pero digo esto por los circunstantes, para que crean que tú me enviaste.* - Esto fue especial en Cristo nuestro Señor, dar gracias antes de hacer el milagro, como quien estaba cierto de que su Padre gustaba que le hiciese. Y á este gusto y conformidad de voluntades lla-

ma ser oido. Pero tambien nos enseña, que quien desea recibir de Dios nuevas mercedes, ha de comenzar dando gracias por las recibidas, porque con este agradecimiento se dispone para recibirlas.

Punto sexto. — 1. Despues de esto, levantó Cristo nuestro Señor la voz, como quien hablaba con persona que está muy léjos, como lo estaba el alma de Lázaro (la cual, á lo que se cree, estaria en el limbo); representando tambien con este clamor la voz de trompeta clamorosa con que los muertos han de ser llamados á juicio (I *Cor.* xv, 52), y con gran imperio dijo: *Lázaro, sal á fuera.* Y al mismo punto el alma salió de donde estaba, y se juntó con el cuerpo; y el cuerpo vivo salió del sepulcro atado, como estaba con su mortaja, y cubierto el rostro con el sudario, para que se viese la grandeza del milagro, en dar juntamente á un muerto hediondo la vida y la salud perfecta, y el movimiento con estar atado; y aunque pudiera desatarle, no quiso, sino mandó que le desatasen y le dejasen ir, para que los mismos que le desataron fuesen testigos del milagro.

2. De todo lo cual sacaré afectos de admiracion y gozo por la omnipotencia de este Señor, como se ponderó en las meditaciones precedentes. En especial, consideraré en la persona de Lázaro á un pecador que antes habia sido justo, y ausentándose de él Dios nuestro Señor para probarle, probó mal, porque primero enfermó por tibieza, luego murió por consentimiento en la culpa; fue enterrado, porque se rindió á las aficiones de las cosas terrenas, y se sumió en ellas; despues cayó sobre él la losa de la dureza de corazon por costumbre de largos dias en pecar. Y últimamente, estuvo hediondo por el mal ejemplo que dió de sí á otros, á quien escandalizó. De donde procede, que ni él llama á Cristo para que le ayude, ni tiene cuidado de esto. Pero luego ponderaré cuán propio es de los justos con afecto de hermanos rogar á Dios por los pecadores, y cuán propio es de Cristo oir sus oraciones, y venir á resucitarles para gloria de su Padre, descubriendo la eficacia de su palabra interior, que es la inspiracion en sacarlos con vida del sepulcro, manifestando la eficacia de su palabra, sacándoles de sus abominables pecados, para que con esto no desesperemos de la conversion de ninguno por malo que sea. Mas así como Lázaro salió del sepulcro vivo, pero atado con sus mortajas, las cuales le quitaron los Apóstoles, así suelen los pecadores resucitar á la vida de la gracia atados con muchas reliquias de los pecados y costumbres viciosas de la vida vieja, de las cuales se van desatando despues con la industria y direccion de los confesores,

á los cuales tambien dejó Cristo nuestro Señor sus veces, como lo prometió á san Pedro (*Matth.* XVI, 19), para que con la voz de la absolucion sacramental desaten á los pecadores, á quien él mismo con la voz de su inspiracion despierta, para que confiesen sus pecados. Ó poderosísimo Salvador, pues tus obras son perfectas, y me has sacado vivo del sepulcro de mis culpas, líbrame de las ataduras viciosas que resultaron de ellas. No rehuso acudir por ayuda á tus ministros, sino pido tu favor para quedar libre y sano por medio de ellos. Amen.

MEDITACION XLII.

DEL CONCILIO QUE JUNTARON LOS FARISEOS CONTRA CRISTO NUESTRO SEÑOR, EN QUE CAIFÁS DECRETÓ QUE MURIESE.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Algunos de los judíos, que vieron el milagro de la resurreccion de Lázaro, fueron á dar cuenta de ello á los fariseos: y en oyéndolo, juntaron los pontífices un concilio diciendo: ¿Qué hacemos, porque este hombre hace muchos milagros? Y si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y destruirán nuestro templo y gente.* (*Ioan.* XI, 46). Aquí se ha de ponderar lo primero, cuán abominables son los que se han sujetado al vicio del odio y de la envidia, fundado en la pretension de su propia honra é interese; pues de los milagros y obras de Cristo sacan motivo de mayores pecados, haciendo de la triaca ponzoña para perecer con ella; y de donde otros toman ocasion de virtud para salvarse, toman estos ocasion de mayor maldad para condenarse. Ó Señor, líbrame de tales vicios por tu misericordia, para que no convierta en mi daño, lo que tú haces en otros para mi provecho y ejemplo.

2. Lo segundo, ponderaré la presteza con que los malos se aunan contra Cristo (*Psalm.* II, 2) y contra los buenos, y cuán ciegos son en sus consultas, porque el odio, como viga les ciega el ojo de la razon. Por una parte confiesan que Cristo hace muchos milagros, y que todos han de creer en él, recibiéndole como á Mesías; y por otra parte no se dignan de nombrarle por su nombre propio, ni de tomarle en la boca, y no quieren creer ellos á sus milagros, ni recibirle por Mesías, por no dejar sus vicios. Finalmente, por justo juicio de Dios, declarando el mal que temian si no mataban á Cristo, declararon el mal en que habian de incurrir por matarle, que fue la destruccion de su templo y gente. Ó buen Jesús, ángel del gran consejo, libradme de los consejos apasionados de mi

carne, que aconsejándome lo que gusta, por huir de dolores y deshonras, viene á caer en ellas. No quiero, Señor, otro consejo que el vuestro, y mis consejos serán vuestras justificaciones (*Psalm.* CXVIII, 24), procurando siempre ordenar mi vida conforme á ellas.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Uno de ellos, por nombre Caifás, que era pontífice de aquel año, díjoles: Vosotros no sabeis cosa, ni entendeis que nos conviene que muera un hombre por todo el pueblo, para que no perezca toda la gente; pero esto no lo dijo de sí mismo, sino profetizando, que Cristo habia de morir por la gente; y no solo por ella, sino para juntar en uno los hijos de Dios que estaban derramados por el mundo.* Aquí se ha de ponderar este decreto y sentencia de Caifás, primero en cuanto salió de su dañado corazon, y despues en cuanto salió del Espíritu Santo, que habló por su boca, porque no habló solamente de suyo, como el Evangelista lo testifica. - Cuanto á lo primero, ponderaré la soberbia de este Pontífice, como comienza su plática motejando á todos de necios, y él da en una grandísima necedad, sentenciando que era bien matar á Cristo porque no muriesen todos muerte corporal á manos de los romanos, siendo esto mismo la causa de su destruccion; y aquí se ve, como la pasion tanto hace mayores daños, cuanto es mas calificada la persona en quien predomina, como sucede cuando ciega á los sábios y sacerdotes, y á los prelados y príncipes; los cuales, como dijo Jeremías (*c.* v, 5), mucho mas quebrantan el yugo de la divina ley, y rompen las ataduras de sus preceptos.

2. Cuanto á lo segundo, ponderaré la traza soberana del Espíritu Santo, que se aprovecha de la lengua de los malos para declarar sus intentos; primero se determinó Caifás á decir estas palabras con odio de Cristo, y luego le inspiró el Espíritu Santo á que las dijese, profetizando la necesidad que tenia el mundo de que muriese Cristo para que no muriesen todos, y para recoger á una fe y caridad los que en la eterna predestinacion eran hijos de Dios y estaban derramados por el mundo. Verdad es, Dios mio, que nos importa mucho que muera un hombre, no hombre puro, sino hombre y Dios; hombre que por excelencia sea hombre, y hombre uno y singular tal que no haya otro como él entre los hombres. Pero ¿qué caridad es esta, Dios eterno, que muera un hombre, que vale infinitamente mas que todos los hombres, porque no mueran ellos? Ó hombre mas que hombre, hombre uno y singular entre los hombres, gracias te doy cuantas puedo, porque escogiste morir por los hombres, para que tu muerte temporal les librase de la muerte eter-

na. No se pierda, Redentor mio, el fruto de esta muerte; recoge los derramados; allega todos tus hijos; puebla tu Iglesia de muchos justos, y llena tu cielo de muchos escogidos, para que de todos seas glorificado por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — 1. *Desde aquel dia, aprobando todos la sentencia de Caifás, quedó decretado que matasen á Cristo, el cual desde entonces no andaba en público, sino recogióse con sus discípulos á la ciudad de Ephrem.* Donde ponderaré lo primero, el gusto de aquella perversa gente con su resolucion, y el aplauso que hicieron al dicho de Caifás, suplicando á Nuestro Señor me libre de la compañía de aquellos que se alegran cuando hacen mal, y se regocijan en sus grandes pecados. (*Prov.* II, 14).—Lo segundo, ponderaré la paciencia y mansedumbre de Cristo nuestro Señor, que aunque estaba ausente lo veia todo, y no se vengó de tan injurioso decreto, sino dió lugar á la ira de sus enemigos hasta su tiempo, disimulando con ellos, como si no supiera sus malos tratos; en lo cual cumplió lo que habia dicho por Jeremías (*c.* XI, 18): Descubrísteme, Señor, sus estudios y trazas; pero yo húbeme como un cordero, que es llevado al matadero, como si no conociera los consejos que habian pensado contra mí, diciendo: Entremos un madero por su pan, y arranquémosle de la tierra de los vivos. Ó dulce Jesús, Cordero de Dios y Pan de vida, gracias te doy por la mansedumbre que muestras, sabiendo que tus enemigos quieren sacrificarte como cordero, y atravesarte con clavos en el madero de la cruz. Dame parte de esta mansedumbre, para que te glorifique con ella, ofreciéndome á cualquier trabajo y muerte por tu gloria. Amen.

2. Lo tercero, consideraré la fidelidad de los discípulos en acompañar á su Maestro en todos estos trabajos y retiramientos, especialmente en este, ponderando como Cristo nuestro Señor en aquella ciudad, que era pequeñuela y cercana al desierto, se estaba aparejando para la muerte, muy gozoso de ver que se iba acercando su hora. Ó Redentor del mundo, remediador del linaje humano, ya está publicado el decreto de vuestra muerte por boca de un sumo pontífice, aunque maló, pero movido del espíritu de vuestro Padre para ello: no se puede revocar esta sentencia, y para salvacion de todos los hombres conviene que no se revoque, ni Vos quereis que sea revocada; porque estimais en mas las vidas de nuestras almas, que la de vuestro cuerpo. Apercibíos, Señor, á la batalla que os está esperando, para que muriendo alcanceis la victoria que todos esperamos. Y pues ya la habeis ganado, no permitais que yo pierda el

fruto de ella. Ayudadme á pelear en la batalla de esta vida, de modo que con vuestra gracia alcance la eterna. Amen.

—Las meditaciones de la cena en Betania, de la subida á Jerusalen, y entrada en ella con ramos, se pondrán en la parte IV.—

MEDITACIONES

DE ALGUNAS PARÁBOLAS DE CRISTO SEÑOR NUESTRO.

—En los sermones que el Salvador hizo en los seis dias postreros antes de su pasion, predicó algunas parábolas misteriosas y muy provechosas. De estas y de otras que predicó en otros tiempos, escogeré las mas principales, especialmente las que la Iglesia pone en los Evangelios de algunas dominicas y fiestas, para que se puedan meditar en estos dias. Y porque tienen muchos sentidos y declaraciones, aquí solamente seguiré el que va ordenado para el propio aprovechamiento, como si la parábola hablara conmigo solo. Y no siempre guardaré el órden con que se dijeron, por juntar algunas que se pueden enderezar á un mismo intento especial, aunque en general todas van enderezadas á declarar los misterios del reino de los cielos; el cual abraza seis cosas, en las cuales, ó en algunas de ellas, procede la semejanza de la parábola; es á saber, la Iglesia militante con sus miembros y ciudadanos; la triunfante á donde caminan; la doctrina del Evangelio que creen; las leyes y consejos que guardan; las virtudes y obras que ejercitan; las propiedades del Rey que los gobierna, que es Cristo nuestro Señor; el cual, como tiene muchos oficios, pone diversas parábolas para declararlos.—

MEDITACION XLIII.

DEL SÁBIO QUE EDIFICÓ SU CASA SOBRE PIEDRA, Y DEL NECIO QUE LA FUNDÓ SOBRE ARENA.

Punto primero.—1. Mirando Cristo nuestro Señor la diversa disposicion de los que estaban oyendo su sermon en el monte, concluyóle con esta parábola, diciendo: *El que oye mi doctrina y la guarda, es como un hombre sábio que edifica su casa sobre piedra ó peña viva; y aunque vengan sobre ella lluvias, vientos y rios, no se cae. Pero quien oye mis palabras y no las guarda, es como un hombre necio que funda su casa sobre arena; y viniendo las lluvias, vientos y rios, se cae con pérdida muy grande.* (*Matth.* VII, 24; *Luc.* VI, 47).—Lo primero,

consideraré como Cristo nuestro Señor claramente presupone, que entre los que oyen su doctrina y la creen, unos hay sábios y cuerdos, que la ponen por obra, y otros hay necios y locos, que se contentan con creerla sin obrarla; y con mucha razon los llama de esta manera, porque no hay mayor necedad ni mas desatinada locura, que creer lo que Cristo dice, y hacer lo contrario de ello; ni hay mayor sabiduría y discrecion, que creyéndolo ponerlo por obra, y así me admiraré de mí mismo, como creyendo lo que creo, vivo como vivo; como creyendo que hay infierno eterno para quien quebranta la ley de Dios, la quebranto como si no lo creyera; y creyendo que Dios está presente en todo lugar, le ofendo como si no lo estuviera. Y esta locura pasa por innumerables hombres; porque (*Eccles.* I, 15), como dijo Salomon, infinito es el número de los necios. Y Cristo nuestro Señor comparó la Iglesia á diez vírgenes, de las cuales las cinco eran necias, como despues verémos. Ó buen Jesús, líbrame de tal locura, por tu infinita misericordia; y pues me diste gracia para creer lo que me dices, dámela tambien para obrar lo que me mandas.

2. *Variedad de tentaciones.*—Luego ponderaré, como todas las casas y conciencias, así de cuerdos como de necios, son combatidas de tres géneros de tentaciones y tribulaciones, figuradas por los rios que vienen por la tierra, por los vientos que andan por el aire, y por las lluvias que bajan del cielo; esto es, de tentaciones y tribulaciones que nacen de nuestra carne y de los hombres terrenos, con quien conversamos, ó que proceden de los demonios, príncipes de este aire tenebroso, ó que vienen del cielo por secretos juicios de la divina Providencia para nuestro ejercicio, como son desconsuelos interiores, sequedades de espíritu, y otros varios infortunios, y las persecuciones que suceden por medio de hombres buenos, con buen celo, pero sin ciencia. Tambien cuerdos y necios son tentados de tentaciones de sensualidad y avaricia, figuradas por los rios; de vanidad y curiosidad, figuradas por los vientos; de soberbia y ambicion, de dignidades y grandezas, figuradas por las lluvias que caen sobre los tejados, conforme á lo que dijo san Juan (*Ioan.* II, 16): Cuanto hay en el mundo es concupiscencia de carne, codicia de ojos, y soberbia de la vida. Finalmente, como los rios baten la casa por los cimientos, los vientos por los lados, y las lluvias por el tejado, así unas tentaciones nos combaten al principio de la vida y de las obras, otras al medio, y otras al fin. Unas al que comienza á servir á Dios, otras cuando aprovecha, y otras cuando ha llegado á la cumbre, para que

furiosos, ni los vientos fuertes, ni las lluvias tempestuosas, ni las potestades del infierno prevalezcan contra ella, sino en tu virtud permanezca firme hasta la vida eterna. Amen.

MEDITACION XLIV.

DE LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Salió el que siembra á sembrar su semilla.* (*Matth.* XIII, 3; *Marc.* IV, 3; *Luc.* VIII, 5). Esta parábola declaró el mismo Redentor; y siguiendo su declaracion se ha de ponderar qué semilla sea esta, quién la siembra, en qué tierra, y por qué causa y cómo se siembra. La semilla es la palabra de Dios, así la exterior que entra por el oido del cuerpo, como la interior que suena dentro del alma, que es la divina inspiracion, de la cual principalmente nacen los frutos que produce nuestro corazon, porque ella da sentimiento de lo que se oye, y es como la virtud seminal que está dentro del grano que se siembra.—El principal sembrador es Dios trino y uno; el cual unas veces siembra esta semilla de su inspiracion por medio de los predicadores en los que oyen, ó por medio de los buenos libros en los que los leen, ó por medio de los buenos ejemplos ó imágenes devotas en los que las ven; y otras veces á sus solas por sí mismo la arroja de repente en nuestro corazon.

2. La tierra en que se siembra es el alma con sus potencias; en la memoria siembra santos pensamientos y devotas imaginaciones, como son: memoria de nuestros pecados, de las penas del infierno, de los premios del cielo, de la brevedad de la vida, de la muerte y juicio, de la presencia de Dios y de sus beneficios. En el entendimiento siembra ilustraciones celestiales, que de repente descubren los secretos que están encerrados en los misterios de nuestra fe, y son como semilla de la meditacion y contemplacion. Siembra tambien buenos consejos, inspirando el consejo que ha de tomar para sí ó dar á otros; y siembra los dictámenes de la conciencia, que exhorta á lo bueno y reprende lo malo. En la voluntad siembra santos deseos y aficiones que brotan como centellas y producen el fuego del perfecto amor y el fruto de las virtudes, como son algunos afectos de temor de Dios, del infierno y de la muerte, dolor de pecados, amor de Dios, deseos de ir á verle y de servirle de veras.

3. La causa por que siembra esta semilla en el alma, no es por su propio interese, como los demás sembradores, sino por el interese

y provecho de la misma alma; porque esta semilla tiene virtud especial de mejorar y trocar la tierra donde se siembra, aunque de suyo sea mala, estéril, seca y desaprovechada; y para este fin la siembra Dios, no por merecimientos de la tierra, sino por sola su bondad y misericordia, porque es bueno y liberal, y es muy amigo de derramar sus dones en nosotros y hacernos buenos con ellos. De aquí es, que muy á menudo siembra esta semilla en todos lugares, tiempos y ocasiones, especialmente cuando nos importa mas para nuestra salvacion; y por esto Cristo nuestro Señor dijo: Salió el que siembra, dando á entender que tiene por oficio sembrar y que siempre hace su oficio de una manera ó de otra.

4. De todas estas consideraciones y de cada una de ellas tengo de sacar afectos de alabanza y agradecimiento á este divino sembrador, grande estima de su semilla, y deseos fervientes de que la siembre en mi alma, pidiéndoselo muy de corazon, haciendo coloquios con todas las tres divinas Personas. Ó Padre celestial, que enviásteis al mundo al Verbo eterno, palabra vuestra engendrada dentro de Vos mismo, para que fuese semilla de todas las semillas, y de todas las palabras vuestras, que son semilla de nuestro bien; por este Verbo, Hijo vuestro, os suplico sembreis en mi memoria copiosa semilla de santos pensamientos, para que nazcan de ella frutos copiosos de buenas obras. Ó Verbo eterno, que salísteis del seno de vuestro eterno Padre, y bajásteis del cielo á nuestra tierra para sembrar la semilla de la doctrina verdadera, semilla propiamente vuestra y no ajena ni mendigada de otro; salid, Señor, á sembrar en mi entendimiento abundante semilla de divinas ilustraciones, con las cuales os conozca y me conozca, y conozca lo que tengo de creer y obrar, de modo que lo ponga por obra. Ó Espíritu santísimo, que inspirais donde quereis (*Ioan.* III, 8), y quereis inspirar donde hay necesidad de vuestra inspiracion; tocad con ella mi voluntad, sembradla con semilla de santos afectos, y arrojad en ella centellas de fervientes deseos, para que se encienda dentro de mi corazon un fuego vehementísimo de amor, y con vuestra semilla brote los frutos copiosísimos del espíritu que de este amor proceden. (*Galat.* V, 22). Ó Trinidad beatísima, gracias te hago por la liberalidad con que siembras tu semilla en tierra tan vil y despreciada. Ó semilla divina, ¡quién te estimase como mereces! oh quién estuviese lleno de tu virtud! Ó alma mia, tierra sin provecho, ¿cómo no deseas esta semilla? Suspira por ella, pídela, solicítala, que no se te negará.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de ponderar como con ser esta semilla tan preciosa y eficaz, y sembrarla el sembrador en buena sazon y con deseo de que fructifique, con todo eso se pierden las tres partes de ella, por culpa y causa de la tierra en que se siembra, procurando averiguar y examinar en mí qué culpas y causas sean estas, cómo se remediarán, doliéndome de tenerlas y compadeciéndome de los que las tienen, y de que se pierda tanta semilla con tanta injuria del sembrador. - *Una parte de la semilla cayó cerca del camino y fue pisada de los pasajeros, y las aves del cielo la comieron, de suerte que no comenzó á fructificar.* Tierra cerca del camino y sin valladar, es un corazon duro, como camino muy hollado y pisado; el cual oye la palabra de Dios exteriormente, y la recibe superficialmente, sin penetrarla ni abrazarla, y da entrada á todo género de pensamientos terrenos, sin guarda alguna; los cuales pisan y huellan esta semilla, y los demonios con suma ligereza acuden á robársela y quitársela luego de la memoria y del corazon. En esta figura me tengo de poner diciendo: ¡Ay de mí! que por la dureza de mi corazon no he querido recibir la palabra de Dios; y si por un oido me entra, por otro me sale. He sido como camino pasajero, admitiendo cuantos malos pensamientos y deseos querian pasar por mi corazon. He dado lugar á las aves infernales, para que con los picos de sus perversas sugestiones me robasen la semilla de las buenas inspiraciones, recibiendo aquellas y desechando estas. Pésame, Dios mio, de la mala cuenta que he dado de esta semilla, y propongo arar la tierra de mi alma con el arado de la mortificacion, y ablandar su dureza para que reciba vuestra palabra, y la esconda y encubra dentro de sí, para no pecar contra Vos. (*Psalm.* cxviii, 11). Mas, pues conoceis mi flaqueza, haced que vuestra inspiracion me ablande y enternezca, y me ayude á llevar el fruto que deseais para gloria vuestra. Amen.

2. *La otra parte de la semilla cayó en una tierra pedregosa y de poca hondura, porque estaba cerca la peña, y así brotó la semilla y creció hácia arriba; pero en saliendo el sol, con su calor se secó, porque no tenia echadas raices ni tenia bastante humor.* Tales son los que tienen alguna blandura natural y fácil en oir con gusto la palabra de Dios y leer buenos libros, concibiendo buenos deseos y propósitos y comenzando á ejecutarlos; pero en levantándose tentaciones del demonio y de la carne y persecuciones de hombres, se seca lo bueno que tenian, y lo dejan porque son mudables é inconstantes y no estaban arraigados en humildad y en confianza en Dios, ni tie-

nen humor ni jugo de devocion sustancial; y, como dice san Marcos, *temporales sunt*. Tienen devocion temporal, que presto se pasa como rocío de la mañana (*Osee*, VI, 4), ó como flor que con cualquier estío se marchita. Pero no sin misterio Cristo nuestro Señor compara las persecuciones al sol, cuyas propiedades son resplandecer con la luz y quemar con el calor; por las cuales se entienden dos suertes de persecuciones: una de prosperidades mundanas, de alabanzas y lisonjas y vanaglorias y ambiciones; otra de adversidades, calumnias, deshonras, pobrezas, temores y otras aflicciones, y contra ambas hemos de estar fuertes y arraigados para que no se seque el fruto que la divina inspiracion obra en nosotros, procurando como el Apóstol (I *Cor.* VI, 8; *Rom.* VIII, 38), ser ministros fieles de Dios en lo próspero y en lo adverso, con infamia y buena fama. Ó Dios eterno, pues conoces mi grande mutabilidad, fortifícame con tu gracia, para que eche tan hondas raíces en la caridad, que ninguna cosa criada pueda apartarme de ella. Amen.

3. La otra parte de la semilla cayó entre espinas, y creciendo las espinas ahogaron el fruto. *Estos son los que oyen la palabra de Dios, y no fructifican; porque las riquezas y cuidados del siglo, y deleites de la carne, yéndose tras ellos, le ahogan el espíritu.* De suerte, que tres cosas ahogan la divina inspiracion y estorban nuestro aprovechamiento; riquezas, cuidados congojosos y deleites sensuales, y todas tres en el vocabulario de Cristo y en su escuela se llaman espinas. Ó Maestro soberano, ¡cuán diferentes son vuestros juicios de los nuestros! Lo que el mundo llama riquezas y deleites, Vos llamais espinas y abrojos; porque cuando sea así que regalen al cuerpo, suelen espinar y lastimar el alma, y sacar mucha sangre de pecados, y atravesarla con dolores, congojas y remordimientos. Libradme, Señor, de estas espinas (*Psalm.* XXXI, 4), y coronadme con las vuestras; las cuales, aunque lastimen y puncen la carne, alientan y consuelan el espíritu; pues no hay mayor consuelo que abrazar vuestra corona de espinas en la tierra, con esperanza de alcanzar la corona de la gloria en el cielo.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, se ha de considerar como la cuarta parte de la semilla cayó en buena tierra, y llevó copioso fruto. *Estos son los que con corazon bueno oyen y reciben la palabra de Dios, y la conservan dentro de sí, y producen fruto de buenas obras con paciencia, unos de treinta, otros de sesenta, y otros de ciento.* De suerte, que como hay tres géneros de malos que pierden la semilla, así hay tres géneros de buenos que fructifican con ella; unos en estado de

principiantes, con moderado provecho; otros en estado de los que aprovechan, con mayor fruto; otros en estado de perfectos, con grande excelencia, y todos con paciencia y longanimidad trabajan esperando su galardon; y aunque sean menos en número que los malos, recompensan con su ganancia la pérdida de las tres partes de la semilla. Gózome, ó sembrador soberano, de que haya tierras tales en quien vuestra semilla descubra su virtud y lleve ciento por uno. ¡Oh si hubiese muchas de estas para que hubiese muchos que os glorificasen y sirviesen como es razon! Anímate, ó alma mia, á servir á Dios con diligencia; no te contentes con el fruto de treinta ni de sesenta, sino con el de ciento; pues al fruto de esta vida te corresponderá el premio de la otra; y aun en esta vida te dará Dios ciento por uno, si le sirvieres con fervor.—Otras aplicaciones se pueden ponderar, como dicen los Santos, atribuyendo el fruto de treinta á los casados; el de sesenta á las viudas y á las vírgenes; y el de ciento á los mártires ó á los religiosos que profesan la vida contemplativa ó la vida mística, enseñando á los otros el camino de la perfeccion que ellos siguen. Pero en cualquier estado he de pretender lo mas perfecto, porque bien puede ser que el estado sea de treinta y el fruto sea de ciento, por la grandeza del fervor, que suple la imperfeccion del estado.

MEDITACION XLV.

DE LA PARÁBOLA DE LA ZIZAÑA.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Lo que pasa en el reino de los cielos, es semejante á un hombre que sembró buena semilla en su campo, y durmiendo los hombres vino su enemigo y sembró zizaña en medio del trigo, y fuése; y como creciese la yerba y llevase fruto, descubrióse la zizaña.* (*Matth.* XIII, 24). Esta parábola declaró el mismo Cristo nuestro Señor diciendo, que él era sembrador, cuyo oficio es en el campo del mundo sembrar su buena semilla, que son los hijos del reino; esto es, los justos que han de ser herederos de su reino celestial, y se llaman semilla de Cristo, porque son hijos suyos de su generosa y celestial casta, engendrados en el ser de la gracia en virtud de la semilla de la divina inspiracion que se sembró en sus corazones. Tambien son semilla, de la cual nacen otros como ellos; porque los perfectos, á imitacion de su Maestro, procuran engendrar otros justos que sirvan á Dios como ellos le sirven.

2. Pero el enemigo, que es el demonio, en medio de la buena semilla sembró zizaña, que son los malos, porque como la zizaña cuando está ya en yerba, es semejante al trigo; pero despues que crece negrea y es perjudicial al trigo, con quien se cria, y al hombre que de ella se sustenta, porque enturbia la vista, provoca á vómito y turba el sentido; así los malos parecense á los buenos en la naturaleza de hombres, y á veces en la fe y ceremonias exteriores de cristianos (*Vide Salmer.* t. 7, tract. 6); pero de verdad son negros en el alma por los pecados, tienen la vista interior muy turbada con ignorancias y errores, á veces contra la fe, y á veces contra las buenas costumbres, causan escándalos y disensiones, y al fin provocan á Dios que los vomite y eche de sí. (*Apoc.* III, 16). Por lo cual, haciendo comparacion de estas dos semillas, diré á mí mismo: Mira cuál quieres mas, ser semilla de Cristo, que es tu amigo y busca tu salvacion, ó ser semilla del demonio, que es tu enemigo y busca tu condenacion. Ó Dios de mi alma, semilla tuya quiero ser, obedeciendo á tu divina inspiracion; no permitas que obedezca á la sugestion de mi enemigo y tuyo, porque no sea zizaña de tu Iglesia, y te provoque á que me eches de ella.

3. Lo tercero, ponderaré como el enemigo sembró la zizaña despues de sembrado el trigo, estando durmiendo los hombres, para significar, que primero hubo buenos que malos, así entre los Ángeles en el cielo, como entre los hombres en el parasío; y generalmente despues que Cristo nuestro Señor siembra en su Iglesia la semilla de los justos, por medio del Bautismo y Sacramentos, acude Satanás á sembrar zizaña, procurando pervertirlos y convertirlos en neguilla. Y esto hace durmiendo los hombres; esto es, de noche de repente, y cuando están mas descuidados, ó cuando aflojan y duermen el sueño de la pereza. Ó dulcísimo Jesús, sembrador de toda buena semilla, pues siempre velas y nunca duermes, y ves la zizaña que tu enemigo pretende sembrar en tu campo, no te hagas del dormido, permitiendo que siembre en mí lo que me ha de apartar de tí. Y si yo por negligencia me durmiere, vele tu misericordia en despertarme, para que resista al enemigo antes que de mí se apodere.

4. Lo cuarto, ponderaré como el enemigo en sembrando la zizaña, *abiit*, se fué, para significar que se esconde por no ser conocido, como quien tira la piedra y esconde la mano; y unas veces se transfigura en amigo y en ángel de luz para engañarnos; otras veces se va, dejando de tentarnos, para que nos aseguremos, y luego

vuelve con mayor rabia para derribarnos. De aquí es (*D. Chrys.* Hom. 47 in Matth; *D. Hier.* t. 9), que el trigo y la zizaña, por la semejanza que tenian entre sí, no se descubrieron hasta que llevaron fruto, para significar que muchas veces, buenos y malos son semejantes á los principios, porque los malos toman hábito y figura de buenos, y los lobos, como dijo el Salvador (*Matth.* VII, 15), se cubren con piel de ovejas; pero al tiempo de llevar fruto se descubre quién es cada uno, y si son verdaderas ó aparentes las virtudes que tiene por las obras que hace.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Llegaron los criados del padre de familias á su señor y dijéronle: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿de dónde tiene tanta zizaña? Respondióles: El hombre enemigo lo hizo.*—Lo primero, ponderaré como los Apóstoles y varones apostólicos que les suceden, viendo la muchedumbre de malos y de errores y vicios que hay en el mundo, pasmados y lastimados de esto, acuden á Dios diciéndole: Señor, ¿cómo habiendo tú sembrado en el mundo tan buena semilla, está mezclada con tanta zizaña? ¿Cómo habiendo escogido doce Apóstoles, vino entre ellos un Judas? y en el jardin de tu Iglesia, entre los lirios (*Cant.* II) de los justos hay tantas espinas de pecadores? en las casas de religion, con el trigo de los perfectos hay zizaña de escandalosos? Y entrando dentro de mí mismo, viendo la muchedumbre de vicios y pasiones que alteran mi alma, puedo tambien decir á Cristo nuestro Señor: ¿Por ventura no sembraste en mi corazon buena semilla de santos deseos con propósito de dejar todas las cosas por servirte con perfeccion? pues, ¿de dónde ha salido tanta zizaña como tengo? Descúbreme, Señor, la causa, para que ponga remedio en ella.

2. Luego se ha de ponderar la respuesta de Cristo nuestro Señor á esta pregunta diciendo: *El hombre enemigo hizo esto.* En lo cual apunta tres cosas.—La primera, que Dios nuestro Señor no es sembrador de zizaña ni de mala semilla, sino solamente de la buena, porque es suma bondad, y de la suma bondad no puede preceder cosa mala, ni tentar ó inducir á ella. (*Iacob.* I, 13).—La segunda es, que el demonio es principal sembrador de zizaña, y de él nacen las tentaciones (*Matth.* IV, 3; I *Ioan.* III, 8), por la enemistad que tiene contra Dios y contra los hombres; y por esta causa se llama en la Escritura el tentador, y los que son zizaña se llaman hijos del demonio, imitadores de su padre, cuyos deseos pretenden cumplir. (*Ioan.* VIII, 44).—La tercera es, que aunque el demonio es el principal sembrador de esta semilla; pero, como dice santo To-

más (1 *p. q.* 114, *art.* 3), tambien los hombres con su libre albedrío, incitado de las pasiones de la carne, se hacen zizaña, siendo tentados; y quizá por esto dijo tambien Cristo nuestro Señor: *Inimicus homo hoc fecit.* El hombre enemigo hizo esto; que fue decir: El hombre, que es enemigo de sí mismo y de su alma (*Psalm.* x, 6), y es enemigo mio, sembró esta zizaña en el mundo y en sí mismo, y es la causa de este daño. De estas tres verdades sacaré aviso para conocer el orígen de mis culpas y turbaciones, procurando atajar los pasos de estos enemigos que tanto mal me hacen.

3. De aquí subiré á ponderar otro sentido de esta pregunta mas secreto: *¿Por ventura no sembraste buena semilla en tu campo? ¿de dónde viene á tener zizaña?* Que es decir: ¿Por qué, Señor, siendo el campo del mundo tuyo, pues tú le criaste con tu omnipotencia y le redimiste con tu sangre, y habiéndole sembrado de tan buenas y preciosas semillas, permites que tu enemigo siembre en él tanta zizaña? Porque si tú no lo permitieses y le dieses licencia para ello, no tendria atrevimiento de mezclar en tu propio campo con tu buena semilla la suya mala. Á esta pregunta en este sentido no respondió Cristo nuestro Señor, porque no quiere que escudriñemos con curiosidad sus secretos juicios, sino que los veneremos con humildad, diciendo con David (*Psalm.* CXVIII, 137): Justo eres, Señor, y justo es tu juicio; pero debo creer que es tan grande la bondad de Dios y tan inmenso el amor que tiene á los justos, que no permitiera que el demonio sembrara entre ellos esta zizaña de los malos, si no pudiera y quisiera sacar de esto mayores bienes para ellos; ni permitiera que dentro de nosotros sembrara el enemigo la mala semilla de sus tentaciones, si no quisiera convertirlas en nuestro mayor provecho; y aunque en particular yo no puedo alcanzar todos estos provechos, pueda saberlos en general, creyendo que permite Dios los malos para ejercitar á los buenos en paciencia y humildad; y para que sean muy aventajados en toda perfeccion; y para que se descubra mas la eficacia de su gracia en los vasos de su misericordia, y los buenos sean mas honrados, mostrando su lealtad entre tantos desleales, y por conservar la libertad de los hombres, dejando á cada uno que haga lo que quisiere, dándole bastante ayuda para resistir el mal y seguir el bien. Ó Sembrador justísimo, que con suma bondad permites en tu Iglesia la zizaña de tantos malos, y en mi alma la semilla de tan fuertes tentaciones, concédeme que no se convierta en mi daño lo que tú permites para mi provecho. Muestra conmigo la grandeza de tu misericordia, sacando de tantos males gran-

de abundancia de bienes, para que por ellos seas glorificado por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — 1. *Dijeron los criados: ¿Quieres que vamos y cojamos la zizaña? Respondióles: No, porque no suceda que juntamente arranqueis el trigo.* En esta segunda pregunta de los criados se ha de ponderar el celo de los justos, cuando ven tantos males en el mundo; el cual celo en algunos es demasiado, por una de cuatro causas. -La primera, porque con su fervor querrian arrancar de un golpe toda la zizaña junta, y quitar del mundo ó de la Iglesia ó de la Religion todos los malos, y de sí mismos todos los vicios y pasiones juntas, lo cual de ley ordinaria no es posible. -La segunda causa (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 33, *art.* 2 *ad* 3) es, porque quieren arrancar la zizaña antes de tiempo y sin sazon. De donde se sigue mayor daño, porque quizá quien hoy es zizaña mañana se convertirá en trigo, y sufriendo con paciencia y larga esperanza al malo, viene con la blandura de la correccion á ser bueno. Y quien se apresura con demasía por ganar la perfeccion, suele quebrar la salud y perder lo que ha ganado. -La tercera causa es, la que se apunta en la parábola, porque quieren arrancar la zizaña con peligro de arrancar tambien el trigo; lo cual sucede cuando imprudentemente corrigen ó castigan los malos con daño de los buenos, por los escándalos, guerras y turbaciones que de esto resultan; lo cual no es otra cosa que arrancar una zizaña y sembrar otra mayor. -La cuarta causa es, porque quieren arrancarla con espíritu de ira y de venganza, llevados mas de la indignacion que de la compasion, como sucedió á los dos apóstoles Juan y Diego (*Luc.* IX, 53), cuando los samaritanos no quisieron recibirlos, y por esto fueron reprendidos de su Maestro.

2. Luego ponderaré la infinita caridad de Dios, que resplandece en la respuesta que dió este Padre de familias, porque con haber sido Nuestro Señor tan riguroso con los Ángeles en el cielo, que al mismo punto que sembró Lucifer la zizaña, arrancó al sembrador y á toda su semilla y la echó en el fuego del infierno, pero con los hombres no quiere usar de este rigor, sino esperarles mucho tiempo, dándoles lugar de penitencia, con deseo no tanto de arrancar la zizaña, cuanto de convertirla en buena semilla; porque la voluntad de nuestro Dios no es la perdicion de las almas sino su salvacion; y aunque desea destruir los pecados no querria destruir los pecadores. Ó Salvador dulcísimo, gracias te doy por la compasion que tienes de los que son zizaña, mirando á que son hechura tuya por la naturaleza, aunque son hechura de tu enemigo por la culpa. Destruye, Señor,

en ellos lo que hizo tu enemigo, y reforma lo que tú hiciste, para que sean semilla tuya y puedan ser guardados en los trojes de tu cielo. Amen.

3. Tambien resp'andece la infinita misericordia de Dios en que quiere sufrir la zizaña por el amor que tiene al trigo, tolerando los malos por amor de los buenos, como se vió cuando dijo á Abrahan (*Genes.* XVIII, 24): Que si hubiese diez justos en Sodoma y Gomorra, por estos sufriria los pecadores que allí habia, aunque estaban cargados de innumerables pecados; y cuando quiso castigarlos primero sacó á Lot, poniendo en cobro el trigo antes de arrancar la zizaña; lo cual es de grande consuelo para los buenos, pues pueden tener seguridad de que no les vendrá daño de parte de Nuestro Señor por estar entre los malos. Últimamente advierto, que Dios nuestro Señor no prohibe arrancar la zizaña, cuando se puede hacer sin daño del trigo, antes con su provecho, como ahora la Iglesia, castiga algunos pecadores para ejemplo de otros, porque la zizaña no crezca, y para que los buenos puedan vivir quietos; pero quiere Dios que se excusen las cuatro demasías arriba dichas, y en este sentido prohibió á sus criados hacer lo que pretendian.

PUNTO CUARTO. — 1. *Prosiguiendo su respuesta el padre de familias, dijo: Dejad crecer el trigo y la zizaña hasta el tiempo de la siega, y entonces yo diré á los segadores: Coged primero la zizaña y atadla en sus haces para ser quemada, y recoged el trigo en mi granero.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Señor en esta parábola nos asegura, que hasta la fin del mundo, que es el tiempo de la siega, siempre habrá trigo y zizaña, buenos y malos mezclados entre sí. Porque la divina Providencia nunca dejará de sembrar su buena semilla en la Iglesia y en las religiones, por mas que el demonio procure sembrar zizaña; ni tengo de desmayar viendo muchos malos, porque donde yo pienso que hay pocos buenos, porque no los conozco, hay muchos que Dios conoce y se precia de ellos, como sucedió á Elías, pensando que solo él habia quedado entre los fieles, y le dijo Dios que tenia guardados otros siete mil que no habian hincado la rodilla al ídolo Baal. (III *Reg.* XIX, 18).

2. Lo segundo, he de ponderar como todo el tiempo que hay antes de la siega, el trigo y zizaña se van multiplicando y creciendo; porque así los muy buenos como los muy malos crecen en el tiempo de su vida, unos en santidad y otros en maldad, conforme á lo que Cristo nuestro Señor dijo en el Apocalipsis (*Apoc.* XXII, 11): El que daña dañe mas; y el manchado mánchese mas; el justo

justifíquese mas; y el santo santifíquese mas; porque yo vengo presto, y conmigo traigo el jornal para dar á cada uno segun sus obras.- Pero en diferente manera pasa esto, porque la voluntad de Cristo nuestro Señor es, que su trigo crezca, y cada dia vaya de bien en mejor, ayudando para ello. Pero de la zizaña solamente es permision dejarla crecer, y que vaya de mal en peor, hasta la siega; la cual se hace en dos tiempos, generalmente en la fin del mundo, y particularmente al fin de la vida de cada uno, cuando ha llegado el aumento de su bien ó de su mal, al término que ha de llegar segun el órden ó permision de la divina Providencia; y entonces el que fuere zizaña será segado y arrancado de la vida para el fuego del infierno; y el que fuere trigo puro y limpio, será segado y cogido para las trojes del cielo.

3. Pero llegado el tiempo de la siega general, Cristo nuestro Señor enviará sus Ángeles, que son los segadores y ministros de la divina Justicia, los cuales (*Apoc.* XIV, 15): *Colligent de regno ejus omnia scandala, et eos qui faciunt iniquitatem, et mittent eos in caminum ignis.* Cogerán de su reino todos los que han sido zizaña, así los que fueron escándalo y ocasion de pecar otros con su mala vida y doctrina, como los que solamente fueron malos para sí, y á todos los atarán en diferentes haces, juntando en una haz los que fueron participantes y semejantes en la culpa, para que tambien lo sean en la pena; y así serán echados en las llamas eternas, de modo que no puedan huir de ellas.-Y como los haces se ayudan á quemar unos á otros, así los desventurados serán tormento uno del otro: *Ibi erit fletus, et stridor dentium.* Allí será el llanto perpétuo, el crujir de dientes, bramando de rabia contra sí mismos y contra los que fueron causa de su daño. Ó alma mia, ¿cómo no tiemblas de este juicio tan espantoso? ¿Quién podrá resistir al poder de tan fuertes segadores? ¿Quién podrá desatarse de tan terribles ataduras? ¿Quién podrá morar en fuegos tan sempiternos y vivir con tan abominables compañeros? ¿Quién podrá sufrir llanto tan amargo y crujir de dientes tan rabioso? ¡Oh desventurada zizaña, que siembras en la tierra discordia entre los buenos, y en el infierno la padecerás eterna con los mismos malos! Líbrame, Dios mio, de tales culpas, porque no caiga en tan espantosas penas.

4. Finalmente, los mismos Ángeles recogerán el trigo en las trojes del cielo, porque los buenos serán colocados en las sillas celestiales, apartados para siempre de la zizaña y compañía de los malos; y entonces: *Justi fulgebunt sicut sol in regno Patris eorum;* los jus-

tos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. Ó Padre amantísimo, gracias te doy por el favor que haces á los justos, levantándolos del polvo de la tierra para hacerlos reyes en tu reino y soles en tu cielo; los que fueron singulares en servirte, resplandeciendo como el sol en las buenas obras, son singulares en gozarte, resplandeciendo como el sol en el premio de ellas; acá resplandecieron como el sol de justicia Jesucristo tu Hijo, imitando su vida, y allá resplandecerán como el mismo sol, imitando su gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XLVI.

DE LA PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA.

Punto primero.— 1. *Semejante es el reino de los cielos al grano de mostaza, que sembró un hombre en su campo y en su huerto, el cual es el menor de las semillas, y crece hasta ser el mayor de las hortalizas, y se hace como un árbol, de modo que las aves del cielo vienen y descansan en sus ramas.* (*Matth.* XIII, 31).—*La Eucaristía es como grano de mostaza.*—Lo primero, se ha de considerar lo que significa este grano de mostaza, reduciéndolo á tres cosas principales.-Primeramente, representa á Jesucristo nuestro Señor rey supremo del reino de los cielos; porque así como el grano de mostaza en lo exterior es pequeñito, y el menor de las semillas, vil en la apariencia, sin color ni olor apacible, pero grande en la virtud encendida que tiene, la cual se descubre cuando es molido ó comido; así Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, fue en lo exterior pequeño y humilde y el menor de los hombres, tanto que dijo de sí mismo por boca de David (*Psalm.* XXI, 7): Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo; pero en lo interior, cuanto al alma y mucho mas cuanto á la divinidad, fue de infinita virtud y eficacia, porque dentro de sí encerraba todos los tesoros de la sabiduría, bondad y caridad de Dios, con la cual encendia en amor á todos los que se le llegaban, sazonábales la virtud para que gustasen de comerla, purificábales de sus frialdades y tibiezas, y apartaba de ellos el veneno de los pecados deshaciendo las obras de la serpiente infernal, y en todo hacia el oficio que representa esta pequeña pero virtuosa semilla de la mostaza; y entonces mostró mas su virtud, cuando fue molido en la cruz con tormentos, y ahora la descubre cuando es comido de los fieles en el santísimo

Sacramento del altar, á donde verdaderamente se puede llamar grano de mostaza, porque en la exterior apariencia es pequeñísimo, pues todo Cristo está en una partecica de la hostia, menor que un grano de mostaza, pero en lo interior es de inmensa virtud para encender con fuego de amor las almas que le comen, y es como salsa suavísima para dar sabor á todas las asperezas de esta vida. Ó Verbo divino, Hijo del eterno Padre, gracias te doy cuantas puedo por haberte humillado tanto, que puedas compararte al vil grano de mostaza, gustando tanto de esta pequeñez, que hasta la fin del mundo quieres por medio del Sacramento durar en ella. Concédeme, Señor, que hasta el fin de mi vida te imite, humillándome por tí, como tú te humillaste por mí. Amen.

2. De aquí se sigue, que este grano de mostaza representa tambien á todos los justos, ciudadanos del reino de los cielos y discípulos de Cristo; los cuales á su imitacion en lo exterior son pequeños y despreciados en los ojos de los hombres, pero en lo interior son de gran virtud y eficacia por la grandeza de la caridad y fervor del espíritu, el cual descubren mucho mas cuando son perseguidos y maltratados, como lo fue su Capitan. Por lo que, cual dice de sí la Iglesia (*Cant.* I, 4), que en lo exterior es negra como las tiendas de Cedar, pero en lo interior hermosa como las pieles de Salomon.

3. De donde tambien se sigue, que este grano de mostaza representa las virtudes con que se gana el reino de los cielos, las cuales en la apariencia son pequeñas, pero en el valor son eficacísimas. La fe de los divinos misterios, revelados en la divina Escritura, parece en lo exterior cosa poca y despreciada, pero es de inmensa virtud para quien los muele y desmenuza con la meditacion, con la cual se enciende el fuego del amor. Al modo que dice san Pablo (I *Cor.* I, 23), que Cristo crucificado es escándalo para los judíos y necedad para los gentiles; pero sabiduría y virtud de Dios para los fieles. La misma ponderacion puedo hacer en la humildad y obediencia, y en las ocho virtudes que Cristo nuestro Señor llamó bienaventuranzas (*Matth.* V, 3); las cuales en la apariencia son tan viles que el mundo las tiene por desdichas; pero en la verdad y en lo interior son tan preciosas que en ellas está la verdadera dicha y la posesion del mismo reino de los cielos. Ó Dios omnipotente (I *Cor.* I, 27), que para muestra de tu omnipotencia escoges las cosas viles para confundir las altas, y tomas las cosas flacas para destruir las fuertes; y por instrumentos pequeños haces cosas grandes para que ninguno de los mortales pueda gloriarse en sí, sino en tí; concéde-

me, que de corazon ame y abrace las cosas pequeñas que tú escogiste, para que sea digno de alcanzar las grandes que en ellas encerraste. Sea yo, Salvador mio, grano de mostaza, molido como tú con desprecios y tormentos, para que alcance los eternos descansos. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré (*Marc.* IV; *Luc.* XIII; *Matth.* XIII) como crece este grano de mostaza hasta ser grande árbol, y en qué consiste su grandeza, discurriendo por las tres cosas que este grano representa. - Lo primero, así como el grano de mostaza es necesario que sea sembrado en la tierra, y allí muere y echa raíces, y luego crece y extiende sus ramos y se hace grande árbol; de modo, que el que era el menor de las semillas, viene en proporcion á ser el mayor de las hortalizas, y el que era uno y solo, produce otros innumerables, semejantes á él en todas sus propiedades; así tambien Cristo nuestro Señor, habiéndose humillado y hecho hombre por nosotros, quiso como grano de mostaza, y como él mismo dijo en otra parte, como grano de trigo, ser sembrado en la tierra y morir en ella (*Ioan.* XII, 24); porque la vida que vivió, siempre fue acompañada de grandes mortificaciones, y despues en un huerto padeció ansias mortales, y en un campo fue muerto con terribles tormentos; y en otro huerto sepultado y puesto debajo de tierra. De esta manera echó sus raíces hasta el limbo, de donde sacó las ánimas de los santos Padres, y resucitó glorioso á nueva vida, y vino á crecer y subir á tanta honra y grandeza, que quien poco antes fue tenido por el mínimo de los hombres (*Philip.* II, 10), vino á ser adorado como cabeza y Señor supremo de los hombres y Ángeles, hincando todos la rodilla á su nombre, que es sobre todo nombre, cumpliéndose lo que estaba profetizado (*Isai*, IV, 2): Que el pimpollo del Señor creceria con grande magnificencia, y su fruto seria muy sublime, porque engendró innumerables hijos espirituales, semejantes á sí mismo en la virtud y santidad. Ó dulcísimo Redentor, gózome de la grandeza que tienes, en premio de la bajeza que por mí tomaste. Dichosa tu muerte, sin la cual, como tú dijiste, quedaras solo, y con la cual has multiplicado tanto fruto, que llena la tierra y puebla el cielo. Y pues con tu muerte afrentosa trajiste á tí mismo todas las cosas (*Ioan.* XII, 52), tráeme tambien á mí, para que sea en todo semejante á tí. Amen.

2. Luego ponderaré, como á imitacion de Cristo nuestro Señor, todos sus discípulos, que fueron tambien granos de mostaza, por el mismo camino vinieron á crecer y hacerse grandes árboles; así co-

mo los Apóstoles, de quien dice san Pablo (II *Cor.* IV, 10; *Rom.* VIII, 36), que traian siempre consigo la mortificacion de Jesucristo, y eran por él mortificados todo el dia, y tratados como ovejas del matadero, vinieron á ser príncipes de la Iglesia, y á dilatar la fe por el mundo, ganando innumerables almas para Cristo, y crecieron tanto, que sobrepujaron á los Patriarcas y Profetas, y á todos los justos del Testamento Viejo. Del mismo modo crecieron los Mártires y Confesores. Y tengo de crecer yo, persuadiéndome que aunque sea grano de mostaza sembrado en la tierra de la Iglesia y en el huerto cerrado de la sagrada religion, si no me mortifico y muero al mundo, no creceré en merecimientos ni en virtudes, y me quedaré solo sin fruto de buenas obras y sin ganancia de almas, y solo en la oracion sin la compañía de Dios, que no gusta de tratar con los inmortificados; pero si muero, creceré en todas estas cosas.

3. De aquí es que por este mismo camino crecen las virtudes y vienen á levantar sus ramas tan altas que llegan al cielo. La fe llega á la vista de Dios por la contemplacion, teniendo su conversacion en los cielos. La esperanza sube á gustar la dulzura de los premios celestiales. La caridad crece hasta la perfecta union con Dios. La obediencia, hasta cumplir la divina voluntad en la tierra, como se cumple en el cielo; y si la confianza es como grano de mostaza, basta, como dijo el Salvador, para arrancar árboles y trastornar montes, al modo que arriba se declaró.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de ponderar como el grano de mostaza dilata y extiende tanto sus ramos, que las aves del cielo, como dicen los Evangelistas, moran debajo de su sombra, y hacen allí sus nidos y descansan en ellos. En lo cual se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor echó de sí muchos ramos; conviene á saber, la doctrina del Evangelio que predicó; la ley de la perfeccion con todos los consejos que promulgó; los Sacramentos y sacrificios que instituyó; los ejemplos maravillosos que nos dió; los milagros y obras insignes que hizo, con los demás misterios de su vida gloriosa, hasta su subida á la alteza que tiene en los cielos. Á estos ramos acuden las aves del cielo, no las águilas ni aves muy grandes, que son figura de los soberbios, sino las aves pequeñas, que son las almas justas y humildes, especialmente las que dejan las cosas de la tierra, deseando con la contemplacion conversar en el cielo, á cuya imitacion me asentaré con reposo á la sombra de estos ramos, considerando la dulzura de sus frutos, y gozándome de la proteccion y amparo que me viene por ellos, diciendo con la Es-

posa (*Cant.* II, 3): Sentéme á la sombra del que deseaba, y su fruto es muy dulce para mi garganta. Tambien haré mi nido y morada en estos ramos, meditando estos misterios: unas veces haré mi nido en el misterio del pesebre; otras veces volaré al árbol de la cruz, y otras al cielo empíreo, poniendo en Cristo toda mi confianza y amor. Allí cantaré cantares de alabanza y agradecimiento, y allí descansaré en las noches de las tribulaciones, y me sustentaré con el grano que hallaré. ¡Oh quién me diese alas de ave para volar á este divino árbol! Ó árbol altísimo y soberanísimo, por mas alto que subas, puedo volar y subir á tí con las alas de la contemplacion que tú me dieres. Levántame, Señor, sobre mí mismo y sobre todo lo criado, para que descanse en tí mi Criador, por todos los siglos. Amen.

2. *La religion es como grano de mostaza.* —De esta misma manera puedo considerar que los Apóstoles y los Santos brotaron muchos ramos y los extendieron por el mundo; conviene á saber, la doctrina que predicaron, los libros que escribieron, las heróicas virtudes que ejercitaron, en cuya meditacion tambien se ejercitan las almas espirituales, animándose á imitarlos, para crecer como ellos crecieron; y en particular los religiosos pueden ponderar, como su fundador y su religion es como grano de mostaza, pequeño en la humildad, y así unos se llaman menores, otros mínimos, y á nuestra religion llamó su fundador la mínima Compañía de Jesús; pero cada una es grande en la virtud y ha crecido como árbol, extendiendo sus ramas por todo el mundo, en varias casas y conventos, y con ejercicios de santidad muy levantados y provechosos para el bien de las almas, las cuales como aves del cielo movidas por el Espíritu Santo, vienen á estas ramas, y allí hacen sus nidos y moradas perpétuas, y viven á su sombra con descanso, meditando y contemplando las vidas de sus fundadores, imitándolos como ellos imitaron á Cristo, guardando sus reglas, alabando á Dios con cánticos y músicas, así de voces como de afectos, por las mercedes continuas que les hace. Y juntamente procuran volar por los ramos de todas las virtudes, haciendo su nido en los grados mas altos que tiene cada una para llegar á la cumbre de la perfeccion que profesaron. Ó Sabiduría divina, cuyos ramos son ramos de honra y gracia (*Eccli.* XXIV, 23), haciéndonos con ellos graciosos á Dios, amables á los Ángeles, honrados de los hombres y venerables en todo el mundo, admíteme debajo de su sombra, confórtame con sus flores, sáname con sus hojas, susténtame con sus frutos, y dame perpétua morada en la cum-

bre de ellos, para que creciendo siempre en la virtud, llegue á la cumbre de la gloria, en la cual descanse por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XLVII.

DE LA PARÁBOLA DEL MERCADER QUE BUSCABA PERLAS.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Lo que pasa en el reino de los cielos, es como lo que hace un mercader que busca buenas perlas, y hallando una preciosa, vendió cuanto tenia, y la compró.* (*Matth.* XIII, 45).—Lo primero, se ha de ponderar como el oficio y empleo de todos los hombres es buscar buenas perlas, porque todos buscan lo que es bueno y precioso, aunque en diferente manera. Unos buscan perlas de bienes temporales, riquezas, dignidades y las cosas que el mundo tiene por preciosas; otros buscan perlas de artes y ciencias humanas, por solo saber, ó por sus honras é intereses; otros buscan perlas de virtudes morales y políticas para vivir como hombres de razon en su república y comunidad. Pero el oficio y empleo del cristiano, que pretende el reino de los cielos, es buscar perlas de verdades y virtudes celestiales y divinas, las cuales son á boca llena buenas y preciosas, y le hacen bueno y precioso en los ojos de Dios. Y como las perlas se llaman en latin uniones (*Plinio, lib.* 9, *c.* 35), porque cada una es única en sus excelencias, y singular entre las otras; así cada virtud es única y singular en alguna excelencia; aunque sin embargo de esta variedad, todas se unen con perfecta union para enriquecer al que las halla, uniéndole con su Criador.

2. De aquí he de inferir que mi empleo principal ha de ser buscar estas verdaderas perlas, persuadiéndome que ya que soy mercader y tratante, no tengo de tratar trato vil, apocado y poco ganancioso, cuanto mas perdidoso. No ha de ser mi principal oficio buscar perlas de bienes temporales, porque estas no me hacen bueno, ni bastan para entrar en el cielo, ni las he de tener por preciosas, antes hollarlas y despreciarlas de corazon, en cuanto son ocasion de soberbia mundana, de ambicion, avaricia y otros vicios. Ni tampoco mi principal intento ha de ser buscar perlas de ciencias humanas (I *Cor.* VIII, 1), que hinchan y envanecen, y son cebo de curiosidad y vanidad, y sin ellas puedo salvarme. Ni me tengo de contentar con buscar perlas de virtudes políticas, que muchas veces no son mas que aparentes, porque resplandecen con obras exteriores delante de los hombres, ó son perlas falsas y contrahechas, como

las de los hipócritas, que pretenden ser tenidos por buenos y virtuosos. Y si con estas me contento, en la hora de la muerte me hallaré burlado, y pensando que estoy rico, estaré muy pobre y miserable, sino principalmente tengo de buscar las perlas preciosas de las verdades que Dios ha revelado, para entenderlas y creerlas con viva fe, sin la cual es imposible agradar á Dios (*Hebr.* XI, 6), y perlas de las virtudes sobrenaturales, como son la gracia, caridad, obediencia, paciencia, humildad, oracion, religion y otras semejantes, con las cuales seré bueno y santo, y entraré en el reino de los cielos, y esotros bienes temporales ó ciencias puedo buscarlas en segundo lugar, en cuanto me pueden ayudar á buscar estas perlas.

3. Pero sobre todo, mi empleo ha de ser buscar á Jesucristo, verdadero Dios y hombre, perla oriental preciosísima, que como rocío bajó del cielo, y en las entrañas de la Vírgen nuestra Señora, por virtud del Espíritu Santo, se hizo hombre para honra y adorno de los hombres; este es perla por excelencia buena, de quien procede toda la bondad, la cual he de procurar para poseerla y tenerla siempre conmigo, y enriquecerme con los tesoros de sus gracias y virtudes, procurando ser uno de aquellos que dijo David (*Psalm.* XXIII, 6): Esta es la generacion de los que buscan al Señor, de los que buscan al Dios de Jacob. Ó Salvador del mundo, verdadero negociador de perlas, en cuanto bajaste del cielo á buscar las almas, y perla preciosísima, á quien todos los negociadores hemos de buscar para enriquecernos; pues veniste á la tierra para manifestarnos las perlas buenas y preciosas de las verdades y virtudes celestiales, descúbremelas para que las busque, no con apariencia sola, sino con verdad, pretendiendo por ellas, no mi honra, deleite ó interese, sino agradarte y poseerte por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — Lo segundo, se ha de considerar cómo se buscan estas perlas, pues quiere Nuestro Señor que las busquemos y nos ocupemos en esto.-Lo primero, se buscan con la oracion, pidiendo á Dios que nos las descubra, no cesando de importunarle por ello, pues él dijo (*Matth.* VII, 7): Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y abriros han.-Lo segundo, se buscan con meditacion del entendimiento prevenido y ayudado de la divina ilustracion, cavando y ahondando en las verdades y misterios de la fe, y en las excelencias de las virtudes, hasta hallar la inteligencia y estima de ellas.-Lo tercero, se buscan con deseos y afectos de la voluntad, prevenida de la divina inspiracion, suspirando por estas perlas, y aplicando nuestro libre albedrío á que quiera buscarlas, por

los demás medios que Dios ha dejado para hallarlas, como son obras de penitencia, leccion de buenos libros, frecuencia de Sacramentos, especialmente el de la Eucaristía, que es como la concha dentro de la cual está la preciosísima perla de Cristo nuestro Señor, para comunicarnos las demás perlas de las virtudes; esto es ser negociadores y hacer, como dice san Pablo (I *Thes.* IV, 11), nuestro negocio. Y si los negociantes de la tierra son codiciosos y solícitos en buscar sus perlas terrenas, y se ponen á tantos peligros por haberlas, ¿cuánta mas razon es que yo sea solícito por estas perlas del cielo, pidiéndolas con oraciones, buscándolas con meditaciones, y llamando con afectos y deseos, obedeciendo á lo que Dios manda para hallarlas? Ó Salvador mio, hazme negociador diligente y codicioso para que busque la perla de la divina Sabiduría, con la diligencia que los hombres buscan el tesoro y allegan el dinero, pues prometes que la hallaré, si de esta manera la buscare. (*Prov.* II, 4).

PUNTO TERCERO. — 1. *El mercader en hallando una perla preciosa, vendió todo lo que tenia, y la compró.* — Lo primero, se ha de ponderar que esta perla se llama una y preciosa, porque Cristo nuestro Señor es uno, Dios y hombre verdadero; y aunque las virtudes son muchas, todas están unidas y trabadas como si fuesen una, con la caridad que es vínculo y atadura de la perfeccion (*Colos.* III, 14), y ella es la que une al hombre con Dios y con Cristo, y con todos los prójimos, y los hace entre sí unos, como si tuviesen una ánima y un corazon (*Act.* IV, 32); y así como entre las conchas del mar, donde están las perlas, hay una como capitana, á quien siguen las demás, y cogida esta, es fácil coger las otras, así la caridad es la capitana de las virtudes, y quien la alcanza, con ella las trae todas; porque como dice el Apóstol (I *Cor.* XIII, 7): La caridad todo lo cree, espera y sufre, y en todas las cosas obedece.

2. Lo segundo, hallar esta perla preciosa, es descubrirla con la luz de la fe, y ver su excelencia y hermosura, y gozar su dulzura y suavidad, la cual es tan grande que arrebata el corazon del que la halla, el cual luego fácilmente vende y da de mano á todas las cosas que le estorban el poseerla con entereza, y echa de sí todos los amores y aficiones terrenas, contrarias á ella, por comprarla y poseerla dentro de sí, y aun todo esto que da le parece poco, segun aquello de los Cantares (*Cant.* VIII, 7): Si diere el hombre toda su hacienda por la caridad, estimarlo ha como nada. ¡Oh caridad preciosísima! ¡Oh union de amor excelentísima! Ó Dios amabilísimo, que te llamas caridad y eres perla de infinito valor, uno en esencia,

aunque trino en personas, y tan amigo de unidad, que á todos los que se juntan y llegan á tí, los haces un espíritu contigo (I *Cor.* VI, 17); descúbreme esta perla una y preciosa, y aficióname á ella, y dámela en posesion; ves aquí te ofrezco por ella cuanto tengo, y si mas tuviera mas te diera, porque todo es poco para lo que ella vale. Dámela, Señor, de gracia, para que yo te sirva tambien de gracia, no por interese, sino por puro amor.

3. En conformidad de esto, tengo de entrar dentro de mí mismo, y examinar bien.-Lo primero, si busco perlas fingidas y aparentes, llorando el tiempo que en esto he gastado y gasto.-Lo segundo, si busco las perlas verdaderas con tanta tibieza que no las halle, por no poner los medios convenientes para ello.-Lo tercero, si estoy resuelto de dar el precio que valen, que es la renunciacion de todas las cosas que poseo, á lo menos con el afecto, mirando si hay en mi corazon algo de amor propio y de aficiones terrenas, y proponiendo varonilmente mortificarlo y arrancarlo del alma; porque la diminucion de la codicia es aumento de la caridad.

Punto cuarto.— 1. Lo cuarto, consideraré como esta perla una y preciosa es tambien la perfeccion evangélica que profesan los religiosos, á imitacion de Cristo nuestro Señor, la cual por excelencia se dice una, porque encierra con eminencia el cumplimiento de los dos preceptos del amor, que son amar á Dios de todo corazon y fuerzas; y el otro que llama Cristo semejante á este (*Matth.* XXII, 57), que es amar al prójimo como á sí mismo, ó como él nos amó; y así como entre los hombres son de grande precio dos perlas del todo semejantes, y se cuelgan como zarcillos de las orejas; así estas dos perlas de amor de Dios y del prójimo por Dios, que son semejantes y causan admirables uniones, son preciosísimas y muy estimadas de Dios y de sus Ángeles, y en la religion se platican excelentemente, y con ella se adornan como con zarcillos las orejas del alma, que son la fe y la obediencia, acudiendo todos los religiosos á una en conformidad á todos los ejercicios de la religion, no por necesidad ni por fuerza, sino con obediencia de caridad y por amor (I *Petr.* V, 2), lo cual agrada tanto al celestial Esposo, que dijo (*Cant.* IV, 9, *ex D. Greg.* ibid.): Llagaste mi corazon, hermana y esposa mia, con el uno de tus ojos; esto es, con la union que tienen tus justos, porque como los dos ojos del hombre son en todo semejantes, y á una hacen sus obras, así los religiosos son semejantes en las costumbres, y á una acuden á sus obras religiosas.

2. Finalmente, es tanta la preciosidad de esta perla, que cuan-

do Dios la descubre al hombre con su ilustracion, luego con grande gusto vende cuanto tiene, y deja al mundo, y se sale de su tierra, y desapropiándose con efecto de todas sus cosas, las da por esta perla, para tomar estado de religion; y como dijo san Lorenzo Justiniano (In eius vit.), de propósito no quiere Nuestro Señor mostrar á todos su preciosidad; porque si la viesen todos, querrian comprarla, y no habria quien quisiese vivir en el siglo. Ó Dios eterno, que dijiste (*Isai.* LXV, 1): Halláronme los que no me buscaban, porque con tus inspiraciones los previenes para que te hallen, muéstrame la preciosidad de estas perlas, para que las busque de modo que las halle. No permitas que llague tu corazon con llaga de dolor por la desunion con mis hermanos, sino con llaga de amor por la union con ellos. Descubre la preciosidad de la vida religiosa á los que son aptos para ella, para que con gusto la compren, y descúbrela mucho mas á los que ya la han comprado, para que se gocen de la compra que hicieron, y alcancen el fin para que la compraron. Amen.

—El modo como Cristo nuestro Señor busca las perlas preciosas de las almas, se dirá en la meditacion que se sigue.—

MEDITACION XLVIII.

DEL PASTOR QUE BUSCÓ LA OVEJA PERDIDA.

PUNTO PRIMERO.— 1. Murmurando los fariseos de Cristo nuestro Señor, porque recibia los pecadores, díjoles esta parábola: *¿Qué hombre de vosotros habrá, que si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deje las noventa y nueve en el desierto, á buen recado, y vaya á buscar la que se le perdió, hasta que la halle?* (*Luc.* XV, 4). Sobre esta primera parte de la parábola se ha de considerar quién es este Pastor, qué ovejas sean estas, cuál es la que se pierde, y cómo la busca, y halla su Pastor.-Lo primero, este hombre es Jesucristo nuestro Señor, que bajó del cielo para ser pastor de los hombres (*Ioan.* X, 11), el cual con admirable providencia y con vigilancia rige sus ovejas, y las conoce muy bien, y las señala con la señal de su gracia y caridad; va delante de ellas, dándolas ejemplo de santa vida; cúralas de la roña de sus pecados; defiéndelas de los lobos infernales; dales pasto escogido de doctrina y Sacramentos; y es tan grande el amor que las tiene, que él mismo se hace pasto, y las apacienta con su propio cuerpo y sangre, cubierto con especies de pan y vino. Y

finalmente, por su bien dió su propia vida. Ó buen Pastor, y por excelencia bueno, ¡dichosas las ovejas que están debajo de tu gobierno, regidas por tu providencia y amparadas con tu proteccion! Gracias te doy, porque tomaste tal oficio, y por el cuidado con que le haces; hazle conmigo cumplidamente, porque si tú me riges, (*Psalm.* XXII, 1), nada me faltará.

2. *Propiedades de las ovejas de Cristo.* — Las cien ovejas en general, son todos los fieles de la Iglesia, pero mas en particular son los justos, significados por el número de ciento, que es número de perfeccion, y los tiene Dios contados, y sabe muy bien los que son suyos. Estas ovejas, mientras están debajo de la sujecion de su Pastor, conócenle muy bien por la fe y contemplacion; oyen su voz, obedeciendo á cuanto les manda; siguen sus pasos, imitando sus virtudes; reciben el pasto de la doctrina y Sacramentos que les da, sin divertirse á otro que sea contrario; gozándose de ser apacentadas con tan divinos pastos. Danle toda su lana, ofreciendo su hacienda á su servicio; danle la leche de sus pechos, ofreciéndole todos los afectos de su corazon, y los regalos de su cuerpo dejándolos por servirle; danle sus crias y corderos, ofreciéndole sus obras para gloria suya, y si es menester le darán su propia carne y sangre, y su vida, perdiéndola por su amor. De suerte, que como el Pastor se da todo á ellas, así ellas se dan todas á su Pastor, diciendo cada una (*Cant.* II, 16): Mi amado para mí, y yo para él. Ó Pastor soberano, estampa en mi corazon las señales de tus ovejas, y toma todo cuanto tengo para tu servicio, pues tú me das cuanto tienes para mi regalo.

3. Lo tercero, la oveja que se pierde es el pecador que se sale de la congregacion de los justos, y de la sujecion y obediencia de su Pastor, no por falta del Pastor sino por su dañada libertad, porque el Pastor ninguna oveja quiere detener en su rebaño contra su voluntad. Mas ¿por qué se sale y se pierde? Porque falta en las propiedades de leal y fiel oveja, es á saber, porque no conoce á su Pastor, ni los bienes que tiene en él, ni hace estima de lo que es estar debajo de su proteccion y en compañía de los justos. Además, hácesele pesado oir su voz y guardar sus mandamientos, teniéndolos por duros; siente mucho seguir los pasos del Pastor, que son escabrosos, de cruz y mortificacion. Tiene hastío del pasto de doctrina y Sacramentos, y gusta de los pastos del mundo y de la carne; y finalmente, quiere para sí la lana, la leche y las crias, ordenando la hacienda, dignidades, oficios y todas sus obras, para su honra y

provecho, amándose á sí mismo con amor propio y desordenado, rehusando dar algo de esto á Dios. Por estas causas ó alguna de ellas se sale del rebaño, y se pone á peligro de condenacion eterna, dando en las bocas de los lobos infernales, que andan rabiando por despedazarla y tragarla. ¡Oh desdichada oveja, si la desamparase del todo su Pastor! ¡oh miserable de mí, que tanto tiempo he vivido como oveja descarriada (*Isai.* LIII, 6), siguiendo mis antojos y haciendo mi voluntad contra la de Dios! ¡oh qué de ovejas andan de esta manera por el mundo, siguiendo cada una su camino, cuyo paradero es el infierno! Ó Pastor piadosísimo, llamadlas con el silbo de vuestra inspiracion, y abridlas los ojos interiores para que vean su yerro, antes que se pase el tiempo del remedio.

4. Lo cuarto, ponderaré la infinita caridad del Pastor, que dejando las noventa y nueve ovejas á buen recado en el desierto, viene á buscar la oveja perdida, y no descansa hasta hallarla. Por esta causa bajó del cielo á la tierra á llamar y buscar los pecadores, y en este ejercicio gastó los tres años postreros de su vida, padeciendo excesivos trabajos, persecuciones, hasta recibir la muerte con terribles tormentos; y aunque es verdad que murió por todas las cien ovejas, porque en virtud de su muerte reciben todos los hombres cualquier bien sobrenatural que se les concede, pero con mayores ansias buscaba las ovejas que en su tiempo estaban perdidas, no cesando de poner medios para hallarlas. Ó Pastor soberano, ¡cuán caras te cuestan estas ovejas, con no tener necesidad alguna de ellas! Cuando ellas se perdieran, ¿qué es lo que tú perdias? ¿Por ventura has de vestirte con su lana, ó sustentarte con su leche, ó enriquecerte con sus crias? Y si ovejas quieres, ¿no tienes otras muy mejores en el cielo, las cuales acuden fielmente á tu servicio? Mas tu caridad, Dios mio, causa todo esto; y porque á ellas importa estar debajo de tu gobierno, dices que te importa traerlas á tu rebaño (*Ioan.* x, 16): *Et illas oportet me adducere,* y á mí me importa recogerlas. Recógelas, Señor, y trálas á tu obediencia, para que como es uno y muy perfecto el Pastor, así sea uno y muy cumplido su rebaño.

5. Tambien tengo de ponderar el modo como ahora busca Cristo nuestro Señor la oveja perdida hasta hallarla, como viene en su busca con inspiraciones é ilustraciones del cielo, con toques interiores al corazon; ya mueve las lenguas de los predicadores, para que la hablen y persuadan la penitencia; ya la habla por medio de los libros devotos, ó de los buenos ejemplos, ó de los castigos que pasan por otros. Mil medios inventa para buscarla, sin descansar has-

ta hallarla; y cuando yo sintiere alguna de estas inspiraciones en mi alma, tengo de imaginar que Cristo nuestro Señor viene á buscarme, y reconociendo su divina presencia, tengo de obedecer á cuanto me mandare, para volverme con él al rebaño de donde salí.

Punto segundo. — 1. *En hallando la oveja, pónela sobre sus hombros con gozo; y viniendo á su casa, llama á sus amigos y vecinos, y les dice: Gozaos conmigo, y dadme el parabien, porque hallé mi oveja que se habia perdido.* — Lo primero, se ha de ponderar lo que dice san Mateo, trayendo otra parábola semejante á esta (*Matth.* XVIII, 13): *Si contigerit ut inveniat eam*, si acaeciere que la hallare; porque algunas ovejas se pierden, y aunque Cristo las busca, no las halla, no por falta de diligencia de su parte, sino porque ellas huyen de él, y resisten sus inspiraciones y llamamientos, como se perdió Judas, aunque su Maestro hizo mucho por reducirle. Ó Pastor dulcísimo, he errado como oveja perdida (*Psalm.* CXVIII, 176), busca á tu siervo antes que perezca. No te canses de buscarme, por mas que yo huya y me esconda como Adan; ni ceses de llamarme, por mas que te resista y contradiga como Caín. Compadécete de mi peligro, y multiplica las ayudas hasta que me halles y me vuelvas al rebaño de tus escogidos, con los cuales goce de tí para siempre. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la inmensa caridad de este divino Pastor, el cual en topando con la oveja, no la dió con el cayado, ni la lleva arrastrando, ó á puntapiés, sino con grande gozo se carga de ella sobre sus hombros, hasta volverla á su rebaño, que es decir: Trata á los pecadores que se convierten con grande amor y afabilidad; no les lleva arrastrando, mal que les pese, á fuerza de castigos y palos, como á esclavos, sino de su voluntad mudada y trocada por la gracia; no les deja ir por solo su pié, porque ellos á sus solas no pueden dar paso en el camino del cielo. Él les sirve de ojos, dándoles luz de la fe y sabiduría celestial; sírveles de piés, enderezando sus pasos y afectos para que no tuerzan ni se aparten de la ley divina. Sírveles de manos, ayudándoles en todas las buenas obras; cárgase de ellos sobre sus hombros, porque les ayuda á llevar con suavidad las cargas de esta vida, y por ellos paga la deuda de sus pecados, aplicando sus satisfacciones y merecimientos por ellos. Ó Pastor amorosísimo, ¿qué te daré por tales favores y regalos como me haces? ¿cómo no te serviré de buena gana, y llevaré tu yugo y carga sobre mis hombros, pues tú me llevas sobre los tuyos? Con mucha razon dices que tu yugo es suave, y tu carga es ligera (*Matth.* XI, 30), pues así me ayudas á llevarla. Yo la llevaré con

grande gozo por tu amor, pues llevándome tú á mí, llevas tambien la carga que has puesto sobre mí.

3. Lo tercero, ponderaré á cuánto llega la caridad de nuestro Pastor soberano, pues no solo se goza de hallar estas ovejas y de que se conviertan los pecadores, sino tambien convida á todos los Ángeles del cielo y á los justos de la tierra, á todos los moradores de su casa y de su Iglesia triunfante y militante, para que se gocen, y le dén el parabien de haber hallado á la oveja perdida. Ó Padre amantísimo, este parabien á la oveja se habia de dar, porque á ella le importa el ser hallada; pero quereis que os demos el parabien, porque la oveja es vuestra, y os ha costado trabajo el buscarla y hallarla. Yo, Señor, os doy el parabien de los pecadores que con vuestra gracia habeis sacado de pecado, y me gozo del gozo que por ello teneis; ¡ojalá todos los que ahora hay en el mundo se convirtiesen, para que pudiese daros mil parabienes, y gozarme del gozo que recibís con sus conversiones!

PUNTO TERCERO.— 1. *Digoos que así habrá en el cielo gozo por un pecador que hace penitencia, mas que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.* La conclusion de esta parábola es, que así como un padre, que tiene muchos hijos sanos y prósperos, si uno de ellos cae enfermo de muerte, ó en una grande adversidad, cuando sale de aquel peligro recibe un gozo nuevo actual grande, diverso del que tiene con la salud y prosperidad de los otros, así cuando un pecador se convierte, los Ángeles reciben nuevo gozo accidental por su conversion, diferente del que tienen por los demás justos que no tienen necesidad de penitencia para convertirse á Dios, porque están ya convertidos. De donde se ha de sacar lo primero, que es voluntad de Cristo nuestro Señor que nos holguemos de la conversion de los pecadores, y no solo no murmuremos como los fariseos del que procura convertirlos y agasajarlos para este fin, sino que nosotros hagamos lo mismo, ayudando á su conversion, y siendo cooperadores de Cristo en buscar las ovejas perdidas y volverlas á su rebaño, teniendo esto por suma dicha.

2. Lo segundo, que si yo fuere oveja perdida, procure reducirme al rebaño de Cristo, siquiera por darle esta materia de gozo, y por alegrar á los Ángeles del cielo. Y si Dios me ha hecho merced de ponerme en gracia suya, procuraré no perderla, porque como la conversion del pecador alegra á los Ángeles y entristece á los demonios; así la caida del justo alegra á los demonios, y cuanto es de su parte entristece á los Ángeles de la paz (*Isai.* XXXIII, 7), que llo-

rarian nuestra perdicion amargamente, si fueran capaces de lágrimas y amarguras. Ó Ángeles de la paz, suplicad al supremo Pastor, príncipe de los pastores, me dé su santo amor y en él me conserve. Y si por mi desventura le perdiere, me ayude luego á recobrarle, para que mi conversion sea materia de gozo en el cielo, y yo goce de Dios en vuestra compañía. Amen.

MEDITACION XLIX.

DEL HIJO PRÓDIGO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Deseando Cristo nuestro Señor, que todos entendiesen la benignidad con que recibe á los pecadores arrepentidos, dijo esta parábola (*Luc.* xv, 11): *Un hombre tenia dos hijos, y el menor de ellos le dijo: Padre, dame la parte de la herencia que me cabe; y repartiéndola entre los dos hermanos, el menor, de ahí á pocos dias, recogida su hacienda, se fué á una region muy apartada, donde gastó cuanto tenia, viviendo lujuriosamente.* -Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, significado por este padre, tiene dos suertes de hijos. Unos buenos, figurados por el hermano mayor, porque la virtud es mas antigua y mas preciosa, y en ella consiste la verdadera sabiduría, en que está la venerable ancianía. Otros son malos, figurados por el hijo menor y mancebo, porque con el vicio anda la imprudencia y liviandad, la cual mostró en pedir á su padre la hacienda que le pertenecia, para gobernarla por sí mismo, dando á entender con secreta soberbia, que Dios le debe algo, y presumiendo que á sus solas sabria gobernarlo. Al contrario de los buenos hijos, que con humildad creen que lo que tienen es de gracia, y no se fian de su propia prudencia.

2. De aquí subiré á ponderar la infinita liberalidad de Dios en repartir los dones y talentos naturales, y muchos bienes sobrenaturales á los buenos y malos hijos, dándoles libertad para usar bien ó mal de ellos, y para estarse en su casa, ó salirse de ella, sin querer hacer fuerza á ninguno; porque, como dice el Sábio (*Eccli.* xv, 14), á todos dejó en la mano de su consejo, y les dió facultad de escoger agua ó fuego, vida ó muerte, bueno ó malo; pero de manera que siempre les inspira, y ayuda á la buena eleccion y al buen uso de lo que les ha dado.

3. De aquí pasaré á considerar lo tercero, como la buena dicha de los hijos está en quedarse en la casa de su Padre celestial, de-

bajo de su proteccion y gobierno, para que él los gobierne y enderece en el uso de los talentos y dones recibidos, obedeciéndole en todo; porque quien se deja gobernar de Dios alcanzará, como él lo promete por Isaías (*Isai.* XLVIII, 18), un mar de justicia y un rio de grande paz. Y al contrario, la desdicha de los malos hijos comienza por querer salirse de la casa de su padre y de su gobierno, gobernándose ellos por su propio juicio y propia voluntad, viviendo á sus anchuras. De donde procede, que luego se van á una region muy distante, alejándose mucho de Dios por la culpa y por la desemejanza de la vida, y por el olvido de su divina presencia, gastando y empleando cuanto tienen en vivir lujuriosamente amancebados con las criaturas, amándolas mas que al Criador. Por donde se ve que la secreta soberbia para en manifiesta lujuria; y el fiarse mucho de sí, en alejarse mucho de Dios; y el olvidarse mucho de Dios, en pegarse con demasía á las criaturas, hasta perder los bienes sobrenaturales de la gracia y caridad, y destrozar y afear los dones naturales, con pérdida muchas veces de hacienda, honra y contento. En persona de este mancebo me consideraré á mí mismo, diciendo á Nuestro Señor: Ó Padre celestial, ves aquí un hijo pródigo, que habiendo recibido de tu liberal mano grandes dones, me salí de tu casa y de tu gobierno, por seguir mi propia voluntad y juicio. Heme alejado de tu presencia por innumerables pecados, y despreciado los bienes que me diste, usando de ellos para mi deleite. Ó Señor, ¡cómo me has sufrido con tanta paciencia! ¡Oh quién nunca se hubiera salido de tu casa! ¡oh miserable de mí, que como mozo libre y mal experimentado, me dejé engañar de mi sensualidad! Dios mio, ten piedad de mí, y no me niegues tu misericordia, pues pequé por ignorancia.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Despues que el mancebo consumió toda su hacienda, sucedió una grande hambre en aquella region; y viéndose en necesidad, se llegó á un ciudadano, el cual le envió á su granja, á que apacentase puercos, y deseaba hartar su vientre de lo que comian los puercos, y ni aun eso le daban.* Aquí se han de ponderar las miserias espirituales y corporales en que los pecadores caen por su rebeldía, cuando han consumido los bienes de la gracia, y llegado al profundo de su maldad.—La primera es, una grande hambre y falta de la comida espiritual (*Amos,* VIII, 11); la cual hambre prevalece en la region de los muy malos, sin que haya entre ellos quien la remedie; esto es, no recibir Sacramentos, ni oir la palabra de Dios, ni leer buenos libros, ni ver buenos ejemplos, ni gustar los consuelos inte-

riores del alma.—La segunda es, sujetarse al ciudadano mayor de esta region, que es el demonio; y servirle miserablemente, amando con amor estrecho lo que habia de aborrecer, y obedeciéndole en cosas infames, y en vicios indignos de la generosidad de hombre.

2. La tercera es, apacentar puercos, que es ocuparse en solo el gobierno de sus sentidos y apetitos carnales, buscándoles en qué se ceben, y en apacentar á los demonios, cuya comida es nuestras lujurias y carnalidades, con que ellos se deleitan.—La cuarta es, ser tanta la hambre de sus deleites, que nunca se ve harto, ni alcanza lo que desea, porque el manjar que come no es de hombres, sino de bestias inmundas, y así no basta para hartarle. Pues ¿qué mayor miseria puede venir por un hombre que era hijo de Dios, y pudiera vivir con honra y hartura en casa de su Padre celestial? ¡Oh ceguedad de mi corazon, que á tanto mal me llevas encaminado! Nunca Dios tal quiera, que viva en region tan hambrienta, ni sirva á tan cruel amo, ni me ocupe en tan vil oficio.

3. Tambien se ha de considerar como Cristo nuestro Señor suele afligir á los pecadores con miserias temporales, y sembrar, como él lo dijo por Oseas (*c.* II, 6), sus caminos de abrojos y espinas, para que siquiera por la pena sean cuerdos, y se vuelvan á Dios, y así los castiga con pobreza y hambre, con deshonra y servidumbre; y cuanto son mayores pecadores, suele permitir que caigan en mayores miserias, para que abran los ojos del alma, y se conviertan, en lo cual les hace mayor misericordia que si los dejara en su prosperidad temporal; porque disimular con ellos (*Isai.* XXVI, 10; *Ezech.* XVI, 42), aunque parece misericordia, mas es castigo, apartando de ellos su santo celo, por haberlos reprobado. Ó Dios de mi alma, no apartes tu celo misericordioso de mí; si me apartare de tí, lléname luego de tormentos, hasta que me vuelva á tí, haciendo penitencia de mis pecados.

PUNTO TERCERO. — 1. *Volviendo en sí el hijo pródigo, dijo: ¡Cuántos jornaleros tienen abundancia de pan en la casa de mi padre, y yo perezco aquí de hambre! Quiero levantarme, é ir á mi padre, y decirle le: Padre, pequé contra el cielo, y delante de tí; ya no soy digno de ser llamado tu hijo, hazme como uno de tus jornaleros; y como lo propuso, así lo hizo, levantándose y caminando á la casa de su padre.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como el principio de la conversion del pecador está en entrar dentro de sí mismo, considerar sus miserias, de las cuales anda olvidado, porque anda fuera de sí, derramado por las criaturas. Y para esto le previene Dios con la inspiracion é ilus-

tracion interior, la cual nunca falta; antes en medio de sus maldades le suele decir aquello del Profeta (*Isai.* XLVI, 8): *Redite praevaricatores ad cor.* Volved, ó pecadores, á entrar en vuestro corazon, y á cobrar el seso que habeis perdido. Oidme, los duros de corazon, que andais léjos de la justicia, cerca está ya de vosotros, y no está léjos de mí la salud; venid, y tomadla si la quereis. Ó alma mia, que andas fuera de tí, entra dentro de tu corazon, y estudia en conocerte, porque halles á Dios que puede remediarte.

2. Lo segundo, ponderaré cuánto importa al pecador hacer comparacion de su estado miserable con el estado de los justos, aunque sean los mas imperfectos; y los que sirven á Dios como jornaleros, por interés del premio, porque con esto echa mas de ver su hambre y necesidad; y tambien la abundancia con que Dios provee á los que le sirven, y las mercedes que les hace en el uso de los Sacramentos, y en los sermones, y en otros manjares del alma; y así se anima á desear y pretender el estado que tanta ventaja hace al suyo; y si en algun tiempo ha sido justo y vivido concertadamente, es bien que compare el estado presente con el pasado, para que, como dice el profeta Oseas (*c.* II, 7), corrido de la miseria presente, se vuelva al primer marido y esposo de su alma, con quien tenia mejor vida. Ó alma mia, conviértete á tu Señor Dios, pues no puede faltar su palabra, que dice (*Malach.* III, 18): Convertíos, y veréis la diferencia que hay entre el justo y el injusto; y entre el que sirve á Dios y el que no le sirve. Presto puedes verlo por experiencia, si comienzas presto á mudar la vida.

3. Lo tercero, se ha de considerar cuánto importa concebir grandes propósitos de volvernos á Dios, fundados por una parte en humildad, y en el conocimiento de nuestra indignidad, y juntamente en la bondad y misericordia de nuestro Padre celestial, porque con esto se facilita mucho nuestro remedio. Conozco, Padre mio, que soy tan miserable, que no merezco ser llamado tu hijo, ni es razon que nombre tan glorioso se dé á hombre tan infame, que se ha envilecido á guardar puercos; pero tambien conozco, que aunque yo sea indigno del nombre de hijo, tú no has dejado de ser Padre. Á tu casa me vuelvo, confiado de tu misericordia, que me admitirás en ella. Pequé, Señor, contra el cielo y contra tí, y en tu presencia, haciendo tantas maldades á vista de los Ángeles y de tus purísimos ojos. Pequé contra el cielo, usando de su luz y de sus influencias para injuriarte. Pequé delante de tí, saliéndome de tu casa y gobierno, anteponiendo mi voluntad á la tuya. Pésame de mi culpa,

no merezco ser admitido á los regalos de los hijos muy queridos. Admíteme siquiera á los de los jornaleros, que por gran dicha tendré estar en tu casa, aunque sea el menor de ella.

4. Lo cuarto, se ha de considerar como importa poner luego por obra los buenos propósitos, antes que se enfrien, como hizo este hijo pródigo, que luego se levantó, y comenzó á caminar; porque no hemos de estar mano sobre mano, ni aguardar á que Dios lo haga todo, y nos venga él á buscar, y traernos por los cabellos; sino tambien quiere, que pues nos previene con su gracia, que le busquemos, y hagamos algo, dejando la mala vida, y obedeciendo á lo que nos inspira para comenzar la buena.

Punto cuarto. — 1. *En viendo el padre al hijo desde léjos, movido de misericordia, corrió para él, y echó los brazos sobre su cuello, y le besó, y comenzando á decir el hijo: Padre, pequé contra el cielo, y delante de tí, no soy digno de ser llamado tu hijo. El padre le atajó, y dijo á sus criados: De presto traed la primera vestidura, y vestidle: dadle un anillo para su mano, y calzado para sus piés: matad un grueso becerro, comamos y hagamos un banquete, porque este hijo mio era muerto, y ha resucitado; estaba perdido, y se ha hallado; y comenzaron á comer en su banquete, con grande música de instrumentos y voces.* Aquí se ha de considerar la infinita caridad y bondad de nuestro Padre celestial, la cual resplandece en muchas cosas. Lo primero, en que mira con ojos de misericordia al pecador, aun cuando está léjos de él, y no ha acabado de convertirse, pero trata de ello; y con esta piedad acude como corriendo con gran presteza para ayudarle con inspiraciones y toques interiores, hasta que se convierte del todo, y se junta con él, abrazándole y dándole beso de paz; esto es, restituyéndole á su gracia y amistad. Ó Padre amorosísimo y purísimo, ¿no teneis asco y horror de besar y abrazar á un porquerizo hediondo y desfigurado, y á un hijo descortés y desconocido? y á un hombre feo, desnudo, descalzo y desarrapado? Bien se ve, Señor, que sois Padre, y que el amor de Padre os hace salir de Vos para daros á vuestros hijos.

2. Lo segundo, muestra su caridad en que le restituye lo que perdió con gran liberalidad; dale la estola y vestidura de la gracia y caridad: el anillo del Espíritu Santo, y del trato familiar con Dios, y el ejercicio de las buenas obras para sus manos: el calzado para los piés de la divina proteccion, y de las virtudes que mortifican los afectos del ánima, y enderezan sus pasos, y le adornan para predicar á otros el Evangelio de la paz: convídale con el becerro grueso

de su sacratísimo cuerpo en el Sacramento del altar, y con la abundancia de los consuelos y regalos espirituales que allí le comunica. Ó Padre de misericordias, y Dios de toda consolacion, ¡cuántas misericordias juntas haces á un pecador, y cuánta muchedumbre de consolaciones le das sin merecerlo!

3. Lo tercero, se muestra esta misericordia en el gusto con que hace todo esto por el pecador, como si él interesara algo en su conversion, queriendo que todos sus criados se alegren, y tengan banquete de alegría por ella. Mucho te debo, Padre mio, por los bienes que me das; pero muy mas obligado me siento por el gusto y exceso de amor con que me los das. Deseo servirte con este contento y gusto, pagándote algo de lo mucho que te debo, pues no se puede pagar amor, si no es con amor.—Finalmente, ponderaré como el hijo pródigo, admirado de la misericordia y caridad que su padre le mostraba, y enternecido con ella, no le pidió que le hiciese como uno de sus jornaleros, segun lo habia propuesto, antes se arrojó en las manos de su padre, confiado que le admitiria á la dignidad de hijo. (*D. Bern.* Serm. 85 in Cant.). ¡Oh cuánta razon tengo, Padre mio, de confiar en tu misericordia, pues tanto favor haces á los que se acogen á ella! y demás de esto, procuras que lo sepan todos, para que no desmayen los grandes pecadores, viendo la buena acogida que les haces, y la grande dignidad á que tan liberalmente los levantas.

Punto quinto.— 1. *Viniendo del campo el hijo mayor, oyendo la música y el regocijo, y sabiendo la causa, no queria entrar en casa de enojado; y así dijo á su padre: Ha tantos años que te sirvo sin quebrantar jamás tu mandamiento, y nunca me diste un cabrito para comer con mis amigos, y en viniendo este tu hijo, que ha gastado su hacienda con malas mujeres, ¿mataste un becerro grueso para convidarle? A lo cual respondió el padre: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas; conveniaque te holgases y comieses en este banquete, porque éste tu hermano era muerto, y resucitó, estaba perdido, y se cobró.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como algunos imperfectos, que han sido inocentes y preservados de grandes pecados, suelen tener envidia de los favores que hace Dios á los que han sido muy pecadores, y murmuran y se quejan de que Nuestro Señor no los regala así á ellos, pareciéndoles que lo merecen mejor; lo cual nace de falta de humildad y de caridad, y es muy ofensivo á Dios; el cual gusta mucho de que nos gocemos del bien que hace á nuestros hermanos, y digamos como Moisés (*Num.* XI, 29): ¡Ojalá todo el pueblo profe-

tirase! ojalá, Señor, recibas á todos los pecadores, y los levantes á grande alteza de justicia y santidad!

2. Lo segundo, se ha tambien de considerar el intento de Cristo nuestro Señor en este dicho del hijo mayor, que fue exagerar la misericordia y liberalidad que hizo con el menor, la cual era tan grande, que bastaba para provocar á envidia y queja á los justos, aunque ellos por su virtud no dén entrada á tales vicios, venerando los secretos juicios de Dios, y la grandeza de su bondad en comunicarse á las criaturas, dando algunas veces muestras de mayores regalos á los que son mas indignos de ellos.

3. Lo tercero, ponderaré las palabras que responde el Padre de misericordias interiormente á los justos que de veras le sirven: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. Ó Padre amantísimo, ¿qué mayor favor puede ser que este? qué estola? qué anillo? qué calzado? y qué becerro grueso puede haber mas estimado, que estar yo siempre en vuestra casa, en vuestra obediencia, debajo de vuestro gobierno, y que todas vuestras cosas sean mias? Si todas son mias, mia es vuestra gracia, mios vuestros dones, mio vuestro cielo, mio vuestro Hijo y mi Redentor, y mio sois Vos mismo, en quien están todas vuestras cosas. Ó Padre mio, Dios mio, y todas mis cosas; Vos sois mi regalo, mi honra y mis riquezas; y si vuestras cosas son mias, las mias tambien son vuestras. Con este solo favor me contento, que yo esté siempre con Vos, y Vos conmigo, y que vuestras cosas sean mias, de modo que ninguna cosa quiera sino la que de vuestra mano me viniere, contentándome con solo servir á Vos, Padre mio celestial, á quien sea gloria y honra por todos los siglos. Amen.

MEDITACION L.

DEL QUE CAYÓ EN MANOS DE LADRONES, Y FUE REMEDIADO POR EL SAMARITANO.

Punto primero. — 1. Preguntando un letrado á Cristo nuestro Señor, quién era su prójimo (*Luc.* x, 30), para amarle como á sí mismo, respondióle con la parábola que se sigue, descubriendo en ella la compasion que tuvo de los pecadores: *Un hombre*, dice, *bajaba de Jerusalen á Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; y habiéndole dado muchas heridas, se fueron, dejándole medio vivo.* Sobre este primer punto se ha de considerar quién sea este

hombre, y qué ladrones sean estos, qué bienes le robaron, y qué llagas le hicieron, y cómo quedó medio vivo, ó medio muerto. Este hombre es cualquier hijo del Adan terreno, que á imitacion de su padre, estando en gracia y amistad de Dios, señalado por heredero de la ciudad de Jerusalen celestial, va cayendo de este estado, inclinándose á los bienes de este mundo miserable y mudable, figurado por Jericó, que quiere decir Luna. El principio de esta caida ó bajada es aficionarse á las cosas de este mundo con algun desórden, y ocuparse con demasía en los negocios de la tierra.

2. Á este hombre le salen al camino los demonios, que son ladrones y salteadores, y enemigos nuestros; los cuales con sus tentaciones y sugestiones malas, ya al descubierto, ya con traicion y engaño, pretenden destruirnos; y para esto se aprovechan de los enemigos visibles, que son mundo y carne; esto es, de los malos que viven en el mundo y de las pasiones de nuestra carne; y aquel se dice caer en sus manos, que miserablemente consiente con sus persuasiones, y admite la culpa que llamamos mortal.

3. Los bienes que roban á este miserable son la gracia de Dios, los siete dones del Espíritu Santo, la caridad con las virtudes infusas que la acompañan siempre, y en especial á unos roban la castidad, á otros la humildad, á otros la paciencia, á otros la templanza, la obediencia y otras tales; y á veces llegan á robar la misma fe, derribando en pecados de infidelidad; y tambien la esperanza, derribando en pecados de desesperacion, porque sus ansias son robar y destruir todo lo que tenemos de Dios, diciendo aquello del salmo (*Psalm.* CXXXVI, 7): Destruidla, destruidla, hasta que arranqueis los cimientos de ella.—Las llagas y heridas que le dan, son los daños que dejan en nuestras potencias; la ignorancia del entendimiento oscurecido con nieblas y errores; la debilitacion del libre albedrío flaco para resistir al vicio; la furia desordenada de los apetitos y pasiones inclinadas á lo terreno; y tantas llagas recibe cada uno, cuantas ignorancias, pasiones y perversas inclinaciones tiene.—De esta manera queda el miserable hombre medio vivo, porque solamente le queda la lumbre de la fe, ó la lumbre de la razon natural; pero queda medio muerto, y á pique de morir eternamente.

4. Considerando todo esto, tengo de imaginar yo que soy este desdichado hombre, de quien habla esta parábola, lamentando mi desventura. Yo soy el que me descuidé en conservar la gracia que Dios me dió en el Bautismo, inclinándome á los bienes deleitables de esta vida. Yo soy el que caí en manos de los demonios mis enemi-

gos, mia fue la culpa de caer en ellos; porque si yo resistiera, ellos huyeran de mí; y si yo llamara en mi favor á Dios y á los Ángeles, ellos acudieran á defenderme; porque tan lleno está el camino de Ángeles que nos guardan, como de demonios que nos tientan. Y como dijo el profeta Eliseo (IV *Reg.* VI, 16): Mas son por mí, que contra mí. ¡Oh miserable de mí, que me dejé robar de estos ladrones, pudiendo defenderme de ellos! ¡Ay de mí, que perdí la gracia de Dios y sus dones celestiales! ¡oh qué de llagas y heridas he recibido en mi alma! Desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza, no hay en mí cosa sana. (*Isai.* I, 6). No hay potencia ni sentido que no tenga su propia herida y perversa inclinacion; y aunque me queda algo de vida, mas estoy muerto que vivo, y en peligro de morir del todo para siempre. Ó Dios eterno, mira á este miserable con ojos de misericordia, y socórrele con tu gracia, antes que acabe de morir desdichada muerte.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Sucedió que un sacerdote bajaba por el mismo camino; y aunque vió á este hombre, pasó de largo. De la misma manera un levita, llegando cerca de él, y viéndole, pasó adelante. Caminando por allí un samaritano, llegó cerca de él, y en viéndole, movióse á misericordia y compasion del miserable.* Sobre este punto se ha de considerar, quién son este sacerdote y levita que pasan de largo sin remediar á este hombre, y quién es el samaritano que se compadeció de él.—Lo primero, el sacerdote y levita representan el linaje de los hombres constituidos en cualquier dignidad y excelencia que sea; los cuales no son bastantes para remediar un pecador, y así todos le dejan y pasan de largo; y aunque tienen ojos para ver su miseria, no tienen de sí mismos posibilidad para remediarla. Demás de esto, unos tienen poca compasion de los males ajenos, por estar muy metidos en sus propias comodidades. Otros por parecerles que tienen harto que ver consigo y defenderse de los ladrones que les acometen en el camino; y que si se detienen á curar al caido, vendrán ellos á caer. Finalmente, ninguna pura criatura puede socorrer á este miserable, ni sanarle de sus llagas; por lo cual, si no le viene socorro del cielo, es fuerza que venga á perecer.

2. El samaritano, que tuvo de él misericordia y compasion, es el Verbo eterno, hijo de Dios vivo, guarda y amparo de los desamparados, porque esto significa samaritano. Este Verbo divino, viendo nuestro peligro y desamparo, quiso hacerse hombre, y bajar de la celestial Jerusalen á este mundo, y vivir como hombre, caminando por los caminos que andan los demás hombres, pero sin pecado,

aunque conversaba y se acercaba á los pecadores; por lo cual fue tenido por pecador y por samaritano, y abominado de los judíos (*Ioan.* VIII, 48); pero sin embargo de esto, se le van los ojos tras cualquier pecador que ve despojado de su gracia, y rendido á los demonios, con peligro de su eterna condenacion. Ó misericordiosísimo Samaritano, Dios y hombre verdadero, guarda y guardador de los que no se saben ni pueden guardar, ¿quién nos pudiera guardar de tantos enemigos, y librar de tantos peligros si tú no nos guardaras? Pues si el Señor no guardare la ciudad, en vano trabaja el que la guarda. (*Psalm.* CXXVI, 1). ¿Qué fuera de nosotros miserables, si tú no te compadecieras de nuestra miseria? Pasó Moisés con todo el estado de los sacerdotes y profetas antiguos, y no pudieron dar salud á nuestra enfermedad, porque ellos estaban enfermos, y tenian necesidad de ser curados. Pasó el linaje de los escribas y fariseos, y como soberbios y duros de corazon no tenian compasion de los que estaban en pecado; pero tú, piadosísimo Samaritano, veniste del cielo á pasar por este mundo, y pasaste haciendo bien á todos, y sanando á los que estaban llagados y oprimidos del demonio. (*Act.* X, 38). Gracias te doy por la misericordia que tuviste de nosotros, y por el bien que nos hiciste, remediando nuestra miseria, la cual totalmente quedara sin remedio, si no fuera por tu gran misericordia.

PUNTO TERCERO. — 1. *Acercándose al llagado, atóle las llagas, echando encima aceite y vino; y poniéndole sobre su jumento, llevóle al meson, y tuvo cuidado de él, y á otro dia dió dos denarios al mesonero, diciéndole: Ten cuidado de este herido, y lo que mas gastares, cuando vuelva te lo pagaré.* Sobre este punto se ha de considerar el modo como este divino Samaritano tuvo misericordia de nosotros, y los innumerables bienes que nos hizo; porque su infinita misericordia no para en sola compasion, ni se contenta con solas palabras, sino con obras de infinita caridad.—Lo primero, acercóse, y llegóse al llagado; porque si él no viniese á visitar al pecador, no podria el pecador ir á buscarle. Ó amantísimo Jesús, confieso que, como el hijo pródigo, me salí de tu casa, y me alejé de tí, y vine á tanta miseria, que postrado en el suelo no tuve piés para levantarme y buscarte para que me dieses remedio de ella; pero tu caridad me ganó por la mano, y vino á visitarme, previniéndome con santas inspiraciones, y acercándose á mí con toques interiores, tocando mi corazon con deseo de sanarle y remediarle. Gracias te doy, Señor, porque te acercaste á mí, habiéndome yo alejado tanto de tí.

2. Lo segundo, atóle las llagas y todas las heridas, sin dejar ninguna por atar y curar, pero ¿con qué lienzo y con qué vendas las ató? ¡Oh cirujano piadosísimo, que nos tomas la sangre, y atas la corriente de nuestros pecados, y atas la furia de nuestras pasiones con la venda purísima de tu gracia y caridad, y con las demás virtudes que nos comunicas para justificar nuestras almas, purgarlas de todas sus culpas pasadas, y atajar las que podian venir! ¡Oh cuán piadoso eres para con nosotros, habiendo sido cruel para tí, permitiendo por nuestras innumerables culpas ser llagado con terribles llagas, y atado con crueles sogas, y fijado en una cruz con agudos clavos! Por tus llagas te pido humildemente que cures las mias, y por tus crueles ataduras te suplico me ates de manera que nunca mas cobre libertad de carne, ni me suelte en vicios, abrazándome firmemente con todas las virtudes.

3. Lo tercero, echó encima de las llagas óleo y vino, porque nos aplica Sacramentos eficacísimos llenos de misericordia y virtud celestial, con los cuales nos unge, y nos cura y sana, nos conforta y sustenta, y nos alegra el corazon. Ó Samaritano dulcísimo, ¡cuán bien proveido veniste del cielo, pues luego tan á mano hallaste el remedio de nuestras llagas! ¿Qué son los Sacramentos que instituiste, sino vasos de óleo de gracia, y de vino de caridad, la cual echas encima de nuestras llagas, y con ella quedan sanas? Úngeme, Señor, con este óleo de alegría, confórtame con este vino del espíritu, y sáname, para que todo me consagre y ofrezca en servicio de quien con tanta misericordia me sanó de mis llagas. Tambien nos aplica otra medicina, que es la palabra de Dios, y la divina Escritura llena de óleo y de vino; esto es, de verdades blandas y amorosas, que regalan y convidan á penitencia por via de amor; y de otras verdades ásperas y terribles, que amedrentan y mueven á dolor de pecados por via de temor; y con unas y otras nos provoca á varios afectos y deseos santos, con los cuales negociemos nuestra salud.

4. Lo cuarto, no contento con esto, viendo la flaqueza del enfermo, y que no podia por su pié andar, le puso sobre su jumento, porque sobre su cuerpo santísimo cargó las cargas de nuestras culpas, y con los socorros de sus inspiraciones nos ayuda y lleva como en piés ajenos por el camino de las virtudes, haciéndonos suave el yugo de su ley y la observancia de sus preceptos.—Y prosiguiendo en su misericordia, saca al enfermo del camino donde estaba postrado, sacándole de las ocasiones y peligros de pecar, y le pone en un meson honrado, seguro y muy acomodado, que es la santa Igle-

sia católica, á donde tiene todo lo necesario para convalecer y sanar perfectamente con grande seguridad y regalo; y él mismo por su persona, *curam illius egit*, tiene de él cuidado, y como padre tiene providencia de él, y le regala. Ó caridad infinita de Jesús, ¿qué gracias te podré yo dar por tantos favores y regalos como me has hecho? Los Ángeles te alaben por ellos, y mi ánima se deshaga en tus alabanzas. Bendito seas por el óleo y vino con que curas mis llagas; y bendito mil veces por el socorro con que alivias mis flaquezas; y cien mil veces bendito porque me has sacado de tantos peligros, y puéstome en la posada gloriosísima de tu Iglesia. Y además de esto, seas millones de veces bendito, porque tambien me has sacado de los peligros y tráfagos del mundo, y puesto de tu mano en la posada segurísima de la sagrada Religion, la cual tienes dentro de tu Iglesia, para coger en ella á los que tienes escogidos para mas altos grados de perfeccion.

5. Finalmente, cuando este Señor se fué al cielo, y se ausentó segun su humanidad, aunque no perdió el cuidado que tenia de nosotros, manda al mesonero de este meson, que es á su vicario, y á todos los prelados de la Iglesia y de las religiones, que tengan cuidado de este enfermo, y de su cura y convalecencia, y para esto les da dos denarios, que son el caudal necesario para gobernarle. Ofréceles virtud y ciencia, gracias de santidad y gracias gratis datas para el bien de otros, potestad de órden y jurisdiccion; y les encarga, que de su parte añadan cuanto pudieren para el bien del enfermo, no contentándose con cumplir lo que es de precepto, sino que añadan mucho mas de supererogacion y de gracia; porque cuando vuelva á juzgar, les pagará todo cuanto hubieren hecho en bien del prójimo necesitado. Aquí, Dios mio, se me agota el sentido, y no sé qué decirme, sino alabarte en silencio por la grandeza de la misericordia y providencia paternal que tienes con los necesitados, y suplicar á tu divina Majestad inspires con eficacia á los prelados de tu Iglesia, cumplan con gran fidelidad todo cuanto les encargas, para que cuando vengas á juzgar, halles con salud á los enfermos pecadores, y con grandes merecimientos á los cuidadosos prelados.

Punto cuarto. — Últimamente, se ha de considerar la conclusion de la parábola; porque preguntando Cristo nuestro Señor al legisperito: *¿Cuál de estos tres se mostró prójimo al que cayó en manos de ladrones, y le amó como á tal? Respondió el legisperito: El que usó con él de misericordia. Pues vé, dice Jesús, y hazlo tú de la misma manera.* En lo cual se descubre aun mucho mas la infinita caridad de

este Señor. Lo uno, en querer que todos tengamos compasion unos de otros, usando con ellos de misericordia, y remediando sus necesidades corporales y espirituales, como este samaritano lo hizo; el cual con ser extranjero, tuvo misericordia del israelita llagado, mas que los sacerdotes y levitas de su nacion. Lo otro, en que tácitamente se nos pone por ejemplo á sí mismo, diciendo: Usad de misericordia unos con otros, como yo, que soy figurado por este samaritano, la he usado con vosotros; mirad lo que yo hice con este enfermo pecador, y haced vosotros otro tanto con cualquier necesitado, remediando lo mejor que pudiéreis su trabajo de cuerpo y de alma; y en esto no seais cortos sino largos, haciendo mucho mas de lo que estais obligados por precepto; así como yo hice incomparablemente mas de lo que era necesario para vuestro remedio, pagándome con esto el amor que os tengo (*Luc.* VI, 38); y cuando yo vuelva á juzgar, os pagaré muy copiosamente cuanto hubiéreis hecho con una medida de gloria, llena, colmada, apretada y muy sobrada. Ó Salvador dulcísimo, yo propongo con vuestra gracia de amar á mis prójimos como Vos nos amásteis, compadeciéndome de ellos como Vos os compadecísteis de nosotros, por imitar á quien tanto debo, y á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION LI.

DEL SIERVO QUE DEBIA DIEZ MIL TALENTOS.

—Esta parábola es un vivo dibujo de la misericordia liberalísima de Dios en perdonar fácilmente sus injurias, aunque sean muchas y graves; y de la dureza abominable del hombre que no quiere perdonar al prójimo las suyas aunque sean pocas y pequeñas, y en ambas razones será materia de esta meditacion.—

PUNTO PRIMERO. — 1. *Lo que pasa en el reino de los cielos es semejante á lo que sucedió á un rey que quiso tomar cuenta á sus criados, y comenzando á tomarla, le presentaron uno que le debia diez mil talentos; y no teniendo de dónde pagar, mandó que le vendiesen á él, y á su mujer, y á sus hijos, y cuanto tenia, para que pagase.* (*Matth.* XVIII, 23). - Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor ha de tomar cuenta á todos los hombres de lo que han hecho en esta vida; la cual toma á cada uno en el instante de la muerte, y allí se remata; pero antes de la muerte la comienza á tomar, cuando interiormente nos avisa de lo que le debemos, y nos pide que le paguemos

en vida con la penitencia; y en especial cuando nos pone en alguna grave enfermedad ó peligro de muerte, parece que es comenzar á tomar la cuenta. Pero se ha de ponderar esta diferencia, que si en el instante de la muerte me alcanza Dios de cuenta, y me halla cargado de graves culpas, la cuenta se concluye sin remedio ni esperanza de perdon; pero en vida, siempre que se toma cuenta, hay esperanza de salir bien de ella, por la infinita liberalidad del Rey eterno. Por tanto, alma mia, entra en cuenta con tu Dios en vida, y mira lo que te alcanza, pues ahora es tiempo de misericordia, y despues será tiempo de rigurosa justicia.

2. El siervo que debe diez mil talentos, es el pecador cargado de pecados, cuyas propiedades se significan por los diez mil talentos.—La primera es, que son contra los diez mandamientos de la ley de Dios, quebrantándolos con injuria del Legislador; y aunque el pecado sea contra un solo mandamiento, es, como dice Santiago apóstol (*Iacob.* II, 10), de tal jaez, que encierra alguna manera de injuria contra todos, como arriba se dijo.—La segunda, que son muchísimos ó innumerables; y por esto se comparan al número de diez mil; y si en este número entran los pecados veniales, podemos decir que son mas que los cabellos de la cabeza y que las arenas del mar.—La tercera, son gravísimos, y cada uno es pesadísimo como talento, y encierra grande carga y gravísima injuria, por ser contra un Dios infinitamente bueno, y contra sus innumerables y altísimos beneficios, y por ser con desprecio de la sangre de Jesucristo, que es de infinito valor, y en daño de las almas que se compraron con este infinito precio, y con destruccion de los talentos que Dios nos da con infinita caridad.

3. La cuarta, que se sigue de las dichas, es, que ningun hombre puede por sí mismo pagar esta deuda, ni tiene caudal para poder pagar á Dios un solo pecado mortal, cuanto mas tantos; porque siendo enemigo de Dios, nada puede hacer que le satisfaga, y cuanto le puede dar es nada, en respeto de lo infinito que le debe. La quinta, es estar sujeto á una pena tan terrible como es ser vendido él y su mujer é hijos, y cuanto tiene; esto es, ser condenado á perder su libertad, y ser perpétuo esclavo del demonio en el infierno, y á perder todos los bienes que Dios le ha dado, corporales y espirituales, quitándoselos como á traidor é indigno de ellos. De suerte, que así el hombre, como su mujer, que es su sensualidad, y sus hijos, que son sus obras, y su hacienda, que son los dones de gracia que recibió, todo será enajenado y quitado del poder y señorío de quien

le tenia, y lo natural que le dejan es para su mayor tormento. Ponderando estas cinco cosas, despertaré en mi alma un gran dolor de las injurias que he hecho á Nuestro Señor, viéndome cargado con tantas deudas, y un grande temor de su justicia y del castigo que tengo merecido por ellas, acogiéndome al remedio con que este siervo alcanzó perdon de su señor.

Punto segundo. — 1. *Oyendo el siervo lo que el rey mandaba, postróse en tierra, y orando le dijo: Ten paciencia, señor, en esperarme, y yo pagaré todo lo que debo. Entonces tuvo el señor misericordia del criado, y perdonóle la deuda.* Aquí se ha de ponderar, en la persona de este siervo, los medios que hay para negociar perdon de nuestros pecados, procurando aprovecharme de ellos. – El primero es, no negar la deuda, sino reconocerla y confesarla con entereza y con gran arrepentimiento de haber incurrido en ella. – El segundo es, humillarse delante de Dios con profunda reverencia, hasta postrarse en tierra, reconociendo su nada y su miseria. – El tercero es, orar y pedirle humildemente misericordia y espacio de penitencia, para satisfacer por las ofensas que contra él hemos cometido. – El cuarto es, un propósito eficaz de pagarle toda la deuda; esto es, de hacer de nuestra parte con su ayuda todo lo que pudiéremos para pagarle. Con estos afectos tengo de ponerme delante de Dios y decirle: *Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi.* Ó pacientísimo Señor, que con paciencia infinita sufres á los que tantas veces y tan gravemente te ofenden, añade esta paciencia á la que hasta aquí has tenido, dándome tambien esta vez lugar de penitencia para pagarte lo que te debo; y porque yo no tengo caudal para ello, me aprovecharé de la paga que mi Redentor hizo con el precio de su sangre; con la cual, favorecido de tu gracia, te pagaré lo que pudiere por mi deuda.

2. Lo segundo, se ha de ponderar, en la persona de este rey, la infinita misericordia y liberalidad de nuestro gran Dios en conceder á los pecadores humillados mucho mas de lo que ellos se atrevieron á pedir y desear; pues de pura gracia revoca la sentencia del castigo que les habia amenazado, y les perdona la deuda, sin reparar en que era mucha y muy gruesa, y todo esto de pura misericordia; porque el perdon de la culpa y de la pena eterna no se da por nuestro merecimiento. Ó Rey misericordiosísimo, liberalísimo y magnificentísimo, alaben los Angeles tu infinita misericordia, publiquen los hombres tu inmensa larguesa, y mi ánima te magnifique por tu inefable magnificencia. Menester era un Dios tan mise-

mar venganza de los rebeldes y desagradecidos, y á sacar de sus crueles manos á los pequeños, conforme á lo que dijo el mismo Señor (*Luc.* XVIII, 7): ¿Por ventura no vengará Dios á sus escogidos, que claman á él de dia y de noche?

2. Lo segundo, se ha de ponderar como el Señor mandó luego llamar al criado con el último llamamiento á juicio, porque en castigo de una maldad crecida suele Dios acortar los dias de la vida, y llamar luego al pecador para tomarle la postrera cuenta; y hallándole culpado, le entrega á los atormentadores y verdugos infernales, hasta que pague toda la deuda; y como nunca puede acabar de pagar, así nunca le acaban de atormentar. ¡Oh si tuvieses presente este último llamamiento, con cuánta suavidad tratarias á tus prójimos, para que Dios te trate con la blandura que deseas! ¡Oh si te acordases de los atormentadores y tormentos que te esperan por las deudas que en esta vida no pagares, sin duda las pagarias luego, negociando con Dios el perdon de ellas!

3. Finalmente, ponderaré como este mal siervo fue castigado (*D. Thom.* 3 *p. q.* 88, *art.* 3), no solo por el pecado presente, sino en cierto modo tambien por los pasados que le perdonaron, en cuanto creció grandemente su pecado, por haber sido ingrato al beneficio que recibió de su señor, y al modo que tuvo en perdonarle, no haciendo caso de él cuando habia de perdonar á su prójimo, para que yo tiemble del vicio de la ingratitud contra Dios; la cual aumenta la gravedad de la culpa; porque cuantos son los pecados que Dios me ha perdonado, tantos desagradecimientos puedo imaginar en el pecado que despues hago; y así, aunque es uno, virtualmente incluye muchos. Ó ingratitud abominable, tras la cual entran en el alma siete demonios (*Luc.* XI, 26), peores que el primero que salió de ella. Líbrame, Dios mio, de tal maldad, pues tanto te desagrada.

PUNTO QUINTO.—*Razones para perdonar las injurias.*—Luego consideraré la conclusion de la parábola, que fue esta: *Así lo hará mi Padre celestial con vosotros, si no perdonare cada uno á su hermano de todo corazon.* En lo cual se ha de ponderar la infinita caridad de Nuestro Señor, que resplandece en querer que nos perdonemos unos á otros, no de cumplimiento, sino de corazon, fundándolo todo en leyes de caridad, sacadas de estas palabras que aquí dice.—Lo primero, porque así lo quiere nuestro Padre celestial, cuyos hijos somos, y esto basta para darle contento en lo que nos manda.—Lo segundo, porque todos somos hermanos, hijos de un mismo padre, y

es razon que un hermano perdone al otro.—Lo tercero, porque cada uno tiene algo que su hermano le haya de sufrir y perdonar, y es justo que le perdone, como quiere ser perdonado.—Lo cuarto, porque el Padre celestial nos perdona liberalmente deudas incomparablemente mayores; con lo cual nos obliga á que perdonemos las que otros nos deben, que son muy menores.—Lo quinto, porque si la ley del amor no nos convence á cumplir esto, entrará la ley del temor y del castigo; el cual será terrible, porque no será perdonado otra vez quien con rebeldía no quiso perdonar; y por consiguiente será entregado á los demonios, verdugos de la justicia de Dios, para que le castiguen como merece. Considerando todas estas razones, tengo de sacar propósitos muy eficaces de tener misericordia de mis prójimos y perdonarles cualquier injuria que me hicieron, deseando, si sin ofensa de Dios se pudiere hacer, ser injuriado, solo por tener ocasion de perdonar, para que Dios me perdone. Ó Padre celestial, de todo mi corazon perdono las deudas que me deben los que me han injuriado, por parecerme á tí, que tan liberal eres en perdonar á los que te injurian, pues es justo que el hijo sea semejante á su padre. Recibe esta buena voluntad, y dame gracia para que ofreciéndose la ocasion la ponga luego por obra.

MEDITACION LII.

DE LA PARÁBOLA DEL MAYORDOMO QUE DESPERDICIABA LA HACIENDA DE SU SEÑOR.

Punto primero. — 1. *Un hombre rico tenia un mayordomo, el cual fue infamado delante de él, de que desperdiciaba sus bienes.* (*Luc.* XVI, 1). Aquí se ha de ponderar quién es este hombre rico, quién su mayordomo, y en qué manera desperdiciaba sus bienes, y cómo es infamado delante de su señor.—Lo primero, este hombre rico representa á Dios nuestro Señor, cuyas son todas las riquezas del cielo y tierra, de que gozan Ángeles y hombres, las cuales son en tres maneras.—Unas son riquezas corporales, que sirven al cuerpo para su mantenimiento, vestido y adorno.—Otras son espirituales, que adornan y enriquecen el espíritu con la gracia y virtudes.—Otras son riquezas eternas (*Ephes.* II, 4; *Rom.* X, 12), con las cuales son premiados los justos en el cielo. Estas riquezas reparte Dios á los hombres; y las primeras da á buenos y malos, fieles é infieles. Las segundas á solos los fieles, y algunas á solo los justos. Las postreras

solamente á los bienaventurados. Ó Dios soberano, rico en misericordia y rico para todos los que invocan tu santo nombre, concédeme que de tal manera use de las riquezas temporales, que no pierda las espirituales; y que de tal manera negocie con estas, que alcance las eternas. Amen.

2. El mayordomo de este soberano Señor es el hombre, á quien entrega el gobierno de las riquezas que posee, así en el cuerpo como en el alma; y aunque le da verdadero dominio de algunas, llámase siempre mayordomo, porque su dominio no es absoluto, sino sujeto al dominio de Dios y á sus leyes, y no puede lícitamente distribuir ni usar de los bienes que tiene, si no es conforme á la voluntad del supremo Señor que se los dió, á quien ha de dar cuenta y razon de todo, el dia que se la pidiere; para lo cual hay libro de recibo y gasto, en que se asienta lo que nos da y el modo como lo distribuimos.

3. De aquí se sigue, lo tercero, que aquel mayordomo desperdicia los bienes de su Señor, que los gasta ó usa de ellos contra su divina voluntad y contra los preceptos que nos ha puesto en su santa ley. Desperdicio el manjar si le como por gula, y el vestido si uso de él para sola jactancia, y el dinero si lo gasto en cosas prohibidas, ó si lo detengo y no reparto á los pobres cuando Dios lo manda; y de la misma manera desperdicio la vida y la salud, los sentidos y potencias del alma, cuando las empleo en cosa que sea ofensa del que me las dió.—Por estas cosas viene el mayordomo á ser infamado delante de su señor, porque nuestra buena ó mala fama para con Dios no depende de los dichos de los hombres, sino de nuestras obras. Estas nos acreditan ó desacreditan, honran ó infaman en sus ojos, á los cuales no pueden esconderse; y aunque todo el mundo tenga buena opinion de mí, si de verdad soy malo, mis obras clamarán contra mí como contra los de Sodoma (*Genes.* XVIII, 20), y me infamarán delante de Dios. Ó Dios eterno, que por tu infinita misericordia hiciste al hombre mayordomo de esta gran casa del mundo, y pusiste todas las cosas debajo de sus piés (*Psalm.* VIII, 8), no permitas que yo siga los pasos del viejo Adan, que dió mala cuenta de su mayordomía en el paraíso terreno, sino ayúdame con tu gracia para que haga tales obras, que me acrediten contigo, y por ellas me admitas en tu paraíso celestial. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Llamóle su señor, y díjole: ¿Qué es lo que oigo decir de tí? Dame cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás hacer oficio de mayordomo.*—Lo primero, se ha de ponderar que así

como este hombre rico, por la noticia que tuvo de que su mayordomo desperdiciaba los bienes, le quitó antes de tiempo el oficio, y le mandó dar cuenta de él; así el clamor de nuestros pecados que llegan al tribunal de Dios, es causa de que nos acorte los dias de la vida, y nos llame á que le demos cuenta de ella. Por lo cual dijo el Sábio (*Eccles.* VII, 18): No seas muy malo ni muy necio, porque no vengas á morir antes de tiempo; y esto hace nuestro Señor, parte con justicia y parte con misericordia, atajando los malos pasos del que si viviese muchos años tendria peor cuenta y mas terrible pena.

2. Pero este llamamiento suele suceder en dos maneras.-La primera es terribilísima cuando llama Dios á los pecadores tan de repente, que no tienen aviso de que se mueren, ni tiempo de aparejarse para la cuenta que han de dar.-La otra manera es, llamando poco á poco por medio de alguna enfermedad; la cual es aviso de la muerte, y da lugar de aparejarse para la cuenta, y entonces dice aquella palabra: *Quid hoc audio de te?* ¿Qué es lo que oigo decir de tí? En virtud de la cual nos trae á la memoria todos los pecados de que estamos notados é infamados delante de él, para que oyendo el cargo, demos el descargo con tiempo; porque si no, en el instante de la muerte nos la dirá para convencernos de la culpa y sentenciarnos por ella. Por tanto, ó alma mia, oye ahora la voz de Dios, que con sus inspiraciones y recuerdos interiores te dice: ¿Qué pecados son estos que haces? qué tibieza es esta en que vives? qué olvido es este que traes de tu salvacion? qué quejas son estas de los pobres y afligidos por tu causa, que suben á mis oidos? qué descuido es este que tienes en tu oficio y en las cosas que te he encomendado? Oye, pues, luego esta palabra, y enmienda con tiempo lo que Dios te avisa por ella; porque si no estuviere enmendado en la muerte, la palabra que ahora te dice para tu salvacion, entonces te la dirá para tu condenacion.

3. Luego ponderaré la terribilidad de aquella palabra: *Redde rationem villicationis tuae, iam enim non poteris villicare.* Dame razon del oficio de mayordomo, porque ya no podrás hacerle; que es decir: Dame cuenta de la casa y granja de este mundo, que crié para tu morada; de las plantas y animales que hice para tu sustento; de los tesoros y riquezas, oficios y dignidades que has tenido; de los años de vida, salud y fuerzas, y talentos que te he dado. Dame, otrosí, cuenta de los pensamientos que has revuelto por tu memoria; de las palabras que han salido de tu boca; de las obras que has

hecho con tus manos; y de los pasos que has andado con tus piés; y de todos los afectos y deseos que has fraguado dentro de tu corazon. Finalmente, dame cuenta de todo lo que pertenece al oficio de mayordomo, porque ya no podrás mas hacerle; ya pasó el dia en que podias negociar (*Joan.* IX, 4), y viene la noche en que no se puede merecer; ya es llegada la hora en que, mal que te pese, has de ser presentado ante mi tribunal, para dar razon de lo que has hecho, viviendo en ese cuerpo, y recibir premio ó castigo por ello. (II *Cor.* V, 10). Esta palabra he de traer siempre delante de los ojos, pues es cierto que ha de llegar hora en que se me ha de decir; y es gran cordura vivir tan bien apercibido, que pueda dar buena cuenta cada y cuando que fuere llamado.

Punto tercero. — 1. *Dijo el mayordomo dentro de sí mismo: ¿Qué haré, pues mi señor me quita la mayordomía? No puedo cavar, tengo vergüenza de mendigar; sé lo que haré, para que cuando me la quite haya quien me reciba en su casa. Y llamando á los deudores de su señor, dijo á uno que le debia cien medidas de aceite: Toma tu obligacion, siéntate de presto, y escribe cincuenta. Y á otro que debia cien medidas de trigo, dijo: Toma tú escritura, y escribe ochenta. El señor, cuando supo esto, alabó al mayordomo malo de la prudencia que habia tenido; porque los hijos de este siglo son mas prudentes en su modo de vida, que los hijos de la luz en la suya.* Aquí se ha de ponderar primeramente el hecho de este mayordomo, cuanto á la corteza de la parábola, en el cual se representa un género de hombres mundanos, astutos y sagaces para todo lo malo; los cuales ni quieren cavar trabajando para ganar de comer, porque son regalados y amigos de ociosidad; ni quieren mendigar, porque son muy honrados y enemigos de ejercicios bajos; y así buscan su comida á costa de hacienda ajena con engaños, proveyendo de esta manera sus necesidades. Y en este sentido no trae Cristo nuestro Señor el hecho de este mayordomo para que le imitemos, sino para que de la providencia que tuvo en remediar con tiempo las necesidades del cuerpo aprendamos á ser prudentes en remediar las del alma; porque los hijos de este siglo hacen ventaja en la prudencia que tienen para sus negocios temporales, á la que tienen los hijos de la luz para los eternos, y así pueden aprender de ellos. Ó alma mía, mira la prudencia de los mundanos en su modo de vida mundana, y confúndete de ver la que te falta en la tuya religiosa y cristiana. Aquellos son diligentes para el vicio, tú perezosa para la virtud; aquellos se desvelan en inventar medios para cumplir sus malos intentos, tú te echas

á dormir, descuidando de cumplir tus buenos propósitos; aquellos sin dilacion hacen luego cuanto pueden, aunque sea trabajoso, tú con dilaciones de dia en dia no haces lo que podrias, aunque sea fácil. Avergüénzate, pues, de ser menos prudente para lo bueno, que estos lo son para lo malo; y dejando lo malo que tienen, invita con espíritu lo bueno, proveyendo con tanto fervor lo necesario para tu alma, como ellos proveen lo necesario para su cuerpo.

2. *Modos de granjear la vida eterna.*—Luego ponderaré el espíritu que está encerrado en el hecho de este mayordomo, en el cual se apuntan varios ejercicios para granjear la vida eterna; unos hay que la granjean cavando; esto es, tomando por principal asunto la penitencia y mortificacion de su carne, con grandes rigores y asperezas. Pero esta vida, aunque es muy excelente, no es para todos, como dijo san Pablo á su discípulo Timoteo (I *Tim.* IV, 7): Porque muchos son flacos y enfermos, y no pueden con tanto rigor. Otros hay que granjean la vida eterna mendigando; esto es, tomando por principal asunto el ejercicio de la contemplacion y oracion, en la cual no se hace otra cosa que mendigar y pedir á Dios y á sus Santos lo necesario para la salvacion y perfeccion. Pero este modo de vida, aunque tambien es muy excelente, no es para todos, porque algunos no pueden siempre ocuparse en oracion retirada y prolija, como los solitarios; porque los pecados de la vida pasada, sus vicios y malas inclinaciones les ponen un modo de vergüenza y empacho en el trato con Dios, y el estado, oficio y complexion natural les ayuda poco para ello. Los que no son para ninguno de estos dos modos de vida y dicen como este mayordomo: No puedo cavar y tengo vergüenza de mendigar, resta que tomen otro tercero modo de granjear la vida eterna con limosnas y obras de misericordia, corporales ó espirituales, conforme á su talento y capacidad, siguiendo el consejo que san Pablo dió á Timoteo: Ejercítate en la piedad, que es buena para todo, á quien están hechas las promesas de esta vida y de la otra; porque con estas obras de caridad y misericordia se alcanza de Nuestro Señor perdon de pecados (*Tob.* IV, 10), y dones grandes de su gracia en esta vida, y despues el premio de la vida eterna.

3. Esto es lo que Cristo nuestro Señor infirió de esta parábola (*Luc.* XVI, 9), diciendo: *Por tanto yo os aviso que ganeis amigos con las riquezas de maldad, para que cuando muriéredes os reciban en las eternas moradas.* (*D. August.* Lib. II, qq. Ev. c. 34, t. 2; *D. Ambr.* Lib. VII in Lucam, c. ult.). En las cuales palabras llama riquezas

de maldad á las riquezas temporales, aunque sean lícitamente adquiridas, ó porque solamente las tienen por riquezas los malos que ponen en ellas su descanso, y llaman bienaventurados á sus poseedores; pero los justos, perfectos como el Apóstol, tiénenlas por basura y huyen de ellas, porque son ocasion de innumerables males de culpa y pena á los que desordenadamente las aman, como otras veces se ha dicho. Pero sin embargo de esto, pueden ser instrumento de ganar las riquezas espirituales, siguiendo el consejo que Cristo nuestro Señor da aquí á los ricos, diciéndoles que ganen con ellas amigos, para que cuando fallecieren los reciban en las eternas moradas, ejercitando con los pobres todas las obras de misericordia; las cuales son amigos fidelísimos y poderosos para negociar con Nuestro Señor, como dijo Tobías (*Tob.* IV, 12), que si murieren muerte de culpa les libre de ella, dándoles las riquezas de su gracia; y que cuando mueran muerte temporal, les libre de la eterna, dándoles las riquezas de su gloria en las moradas que llama eternas; las cuales exceden tanto á las de esta vida en la grandeza, cuanto exceden en la duracion; y esto nos ha de mover á dar infinitas gracias al que tal cambio y trueco ha ordenado, dándonos facultad de poder con tanta facilidad trocar lo terreno por lo celestial, y con riquezas tan viles como son las de la tierra, poder granjear dos suertes de amigos que nos negocien las del cielo (*Tob.* IV, 12); es á saber, obras de misericordia, que puestas en el seno del pobre, como dice el Sábio, oran por nosotros (*Eccli.* XXIX, 15), y los mismos pobres, cuyas oraciones oye Dios cuando ruegan por quien les hace bien. Ó Dios misericordiosísimo, ilustra y enciende los corazones de los ricos de este siglo con el resplandor y fuego de tu gracia y caridad, para que con las riquezas que les has dado se hagan ricos en buenas obras (I *Tim.* VI, 17), y ganen por amigos á los pobres y justos de la tierra, y á los Ángeles y Santos del cielo, por cuya intercesion sean recibidos en las eternas moradas. Amen.

MEDITACION LIII.

DEL PUBLICANO Y FARISEO QUE SUBIERON AL TEMPLO Á ORAR.

PUNTO PRIMERO.—*Actos de soberbia.*— 1. *Dijo Jesús á algunos que presumian de justos, y despreciaban á los demás, esta parábola: Dos hombres subieron al templo á orar, uno fariseo y otro publicano. El*

fariseo, puesto en pié, oraba consigo mismo, diciendo así: Dios, gracias te doy, porque no soy como los demás hombres, robadores, injustos, adúlteros, ni como este publicano; ayuno dos dias cada semana, y pago diezmos de todo lo que poseo. (*Luc.* XVIII, 10). En esta primera parte de la parábola se han de considerar los abominables actos de soberbia que descubrió este fariseo en su oracion, haciendo reflexion sobre mí para ver si los tengo, y desecharlos.-El primero, fue tenerse por santo y lleno de virtudes, de donde procedió que en su oracion ninguna cosa pidió á Dios, ni perdon de sus pecados, ni que le conservase ó aumentase sus dones, como si de esto no tuviera necesidad.-El segundo acto, fue con título de accion de gracias, alabarse á sí mismo y jactarse de sus obras buenas, saboreándose en ellas, de modo que con la boca sola daba gracias á Dios, porque con el corazon á sí mismo se daba las gracias; y así dice que oraba, *apud se*, cerca de sí y consigo, y no *apud Deum*, con Dios, ni cerca de Dios.

2. El tercero, fue anteponerse á todos los demás hombres teniéndose por mejor que todos y por singular en la virtud, como si él solo fuera bueno entre todos.-El cuarto, fue hacer mucho caso de sus buenas obras, aunque pequeñas de suyo, porque las comparaba con las malas de los otros, debiendo hacer lo contrario, y solamente hizo caso de cosas exteriores, como era ayunar y pagar diezmos; lo cual hacia por vanidad y jactancia, no reparando en que era sepulcro blanqueado, y que dentro de sí estaba lleno de huesos muertos y hediondos de graves pecados.

3. El quinto, fue despreciar á todos los hombres y á su compañero el publicano, teniéndolos en poco; y demás de esto, juzgar temerariamente al publicano, que todavía era pecador, pudiendo sospechar que estaba arrepentido, por las señales que de ello daba. En todo lo cual se echa de ver cuán ciego estaba este fariseo, y cuán ciega es la soberbia para conocer sus cosas y las ajenas, cual la pinta Cristo nuestro Señor en el Apocalipsis, de un prelado semejante á este fariseo, que decia de sí (*Apoc.* III, 17): Rico soy, y no tengo necesidad de cosa alguna. Y no sabes, dice Cristo, que eres miserable, pobre, ciego y desnudo de todo bien. ¡Oh soberbia abominable! oh bestia monstruosa, ciega para ver los males que tienes, y presuntuosa de los bienes que no tienes! Ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga que está en el tuyo, porque no te ves á tí, que eres viga que ciegas los ojos del alma. Confieso, Dios mio, que he seguido los pasos de este fariseo, que siendo religioso en la

profesion era profano en la vida; mas tu gracia me puede trocar, para que la vida conforme con la profesion.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la oracion del publicano; *el cual puesto en pié, apartado muy léjos de lo superior del templo, no se atrevia á levantar los ojos al cielo, é hiriendo su pecho, decia: Dios, sé propicio á mí pecador.* — *Actos de humildad.* — Aquí se han de ponderar los actos de humildad de este publicano, contrarios á los del fariseo, para imitarlos. - El primero, fue tenerse por indigno de estar cerca de Dios, y aun de estar cerca del fariseo, y así se apartó léjos á la parte inferior del templo, escogiendo el postrer lugar de todos. - El segundo, fue no atreverse á levantar los ojos al cielo, pareciéndole que ni merecia premio de Dios, ni sus obras podian parecer delante de él; y así de vergüenza y confusion los tenia clavados en tierra.

2. El tercero, fue herir su pecho, mostrando con esto el dolor interior que tenia de sus pecados, y el deseo que tenia de castigar su carne por ellos, juntando las tres partes de la humilde penitencia; es á saber, corazon contrito y humillado, humilde confesion de sus pecados, y satisfaccion del modo que podia. - El cuarto, fue pedir perdon á Dios para sí solo, como si él solo fuera pecador en el mundo, no juzgando de otros que lo fuesen, ni del fariseo; y si por ventura oyó las palabras con que le despreciaba, no se indignó contra él, teniéndose por digno de ser despreciado.

3. El quinto, fue confiar mucho en la misericordia de Dios, porque no oró con muchas palabras, pareciéndole que para Dios bastan pocas, y que no está el ser oido en la muchedumbre de ellas. Ó virtud soberana de la humildad, maestra de todas las virtudes, tú me enseñas á amar y confiar en Dios, y á tenerle reverencia y amor, y á no despreciar á nadie, sujetándome á todos, teniéndome por el mas vil de todos. ¡Oh quién imitase á este dichoso publicano (*Casian. Collat.* xv, *c.* 7), no ya publicano, sino santo, pues su humildad publica su santidad. Con este espíritu del publicano he de repetir muchas veces su breve y fervorosa oracion, diciendo: *Deus, propitius esto mihi maximo peccatori.* Dios, sé propicio á mí, pecador, y grande pecador. Dios, sé propicio á este hombre soberbio, á este impaciente y vengativo, etc.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la sentencia que Cristo nuestro Señor dió, como rectísimo juez, entre estos dos hombres: *Digoos de verdad*, dice, *que este publicano bajó del templo justificado mas que el fariseo; porque todo hombre que se enzalza,*

será humillado; y el que se humilla, será ensalzado.—Lo primero, ponderaré en esta sentencia, como Cristo, nuestro soberano juez, no se paga de cosas exteriores, sino penetra los corazones y las intenciones y afectos del corazon, de donde nacen las obras, y segun estos da la sentencia de justificacion ó condenacion; al revés de los demás hombres, que miran lo exterior solamente, y así se engañan muchas veces.—Lo segundo, cuán poderosa es la humildad y cuán agradable á Dios, pues de públicos pecadores hace hombres muy justos; y al contrario, cuán abominable es la soberbia, pues á los que eran justos pervierte y trueca en grandes pecadores; y la causa es, porque el soberbio, atribuyéndose las virtudes á sí mismo, con vana complacencia las destruye, humillándole Dios, porque se ensoberbeció; pero el humilde, atribuyéndose los pecados á sí, con verdadera displicencia los deshace, ensalzándole Dios porque se humilló.

2. De aquí subiré á ponderar aquella sentencia general (*Prov.* XVI, 19; *Luc.* XIV, 11): Todo hombre de cualquier estado y condicion que sea, eclesiástico, seglar ó religioso, noble ó plebeyo, letrado ó idiota, grande ó pequeño, si se humilla de verdad, será ensalzado; y en lo mismo que se humillare, Dios le ensalzará, ó en esta vida si le conviene, honrándole y acreditándole con los hombres y engrandeciéndole con sus dones; y despues en la otra vida mas copiosamente con esclarecida corona de gloria, colocándole con los príncipes de su reino celestial. Y al contrario, quien quiera de estos, que soberbiamente se ensalzare, será humillado en esta vida ó en la otra, como se ponderó en la parte I, en la meditacion XVII. De todo lo cual tengo de sacar amor de la humildad y aborrecimiento de la soberbia, teniendo firme esperanza en esta promesa de Cristo, que por humillarme no perderé la exaltacion que me conviniere para mi salvacion, y temblaré de ensoberbecerme, pues será cierta mi caida y confusion.

MEDITACION LIV.

DEL PADRE DE FAMILIAS QUE LLAMÓ OBREROS PARA SU VIÑA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Lo que pasa en el reino de los cielos, es semejante á lo que hace un padre de familias, que sale en amaneciendo á llamar obreros para su viña, y se concierta con ellos por su jornal. Despues sale á hora de tercia, que es las nueve del dia, y cogió otros, diciéndoles que les daria lo que fuese justo. Hizo lo mismo á hora de sex-*

ta, nona y undécima, que es á las doce, y á las tres de la tarde, y á las cinco, una hora antes de la noche, reprendiendo estos últimos, porque todo el dia estaban ociosos. (*Matth.* xx, 1). Aquí se ha de ponderar quién es este padre de familias, qué viña sea esta, quién son los obreros, cómo los llama, y á qué horas y en qué manera.—El padre de familias es Dios nuestro Señor, verdadero padre de familias, que tiene en el cielo y en la tierra espíritus bienaventurados y hombres viandantes, cuidadoso notablemente del bien de los suyos, y tan por menudo de cada uno, como si la familia fuese muy pequeña; y por esto, aunque es rey y supremo monarca, se llama Padre de familias, cuyos cuidados suelen ser muy menudos, y en particular de los que están en su casa. ¡Oh dichoso el que está en la suya, debajo de su proteccion y amparo!—Su viña es la congregacion de los fieles, pero mas particularmente de los justos, que son las cepas ó sarmientos mas escogidos de ella; los cuales producen frutos de bendicion y el vino del amor divino, y de aquí los va cortando y trasplantando á la viña del cielo, que es la congregacion de los bienaventurados.—Los obreros de esta viña son los hombres, á quien pertenece labrar sus almas, cavándolas y podándolas con la azada y podadera de la mortificacion y penitencia, procurando que lleven buen fruto y copioso, no de agrazones, sino de uvas maduras y obras agradables á Dios. Y mas perfectos obreros son los que con ejemplos y palabras trabajan por enseñar y labrar á otros, para que de veras sirvan á Dios, como son los prelados y muchos religiosos.

2. Para esto los llama el mismo Dios (*Ioan.* vi, 44), porque sin su llamamiento ninguno puede entrar en esta viña, ni trabajar en ella; y los llama interiormente con sus inspiraciones é ilustraciones, tomando por instrumentos á los predicadores, á otras cosas exteriores; y otras veces por sí solo, arrojándoles de repente la luz y fuerte inspiracion.—Sale á la mañana, porque su deseo es, que todos los hombres, desde que les amanece la luz de la razon, sean buenos obreros y no estén ociosos; y así á todos los llama y convida con la vocacion bastante para que vengan, aunque no todos le obedecen ni quieren venir; pero es tan grande su misericordia, que no cesa de llamarlos en todas las edades de su vida, una y muchas veces; unos reciben la vocacion eficaz, y se convierten desde la niñez; otros en la mocedad; otros al medio de la vida; otros en la vejez; otros poco antes de la muerte.—Á unos llama con promesas y pactos, y se convierten como jornaleros por el interese y esperanza del galardon; á otros llama con reprensiones interiores, afeándoles su mala vida y

ofreciéndoles que les dará lo que fuere justo; á otros solo con imperio, mandándoles ir á trabajar por el amor de la virtud y del trabajo virtuoso.

3. De todas estas consideraciones tengo de sacar afectos varios de agradecimiento y alabanza de este Padre de familias, por el cuidado que tiene de llamarnos, y afectos de dolor y pena, por ver los muchos que resisten á su llamamiento, y por las veces que he resistido, deseando obedecerle muy de veras. ¡Oh Padre de familias soberano, cuidadoso de tu viña y de llamar obreros para ella! Tú, Señor, en la ley natural y en la escrita saliste muchas veces á llamarlos, y escogiste gran muchedumbre de patriarcas y profetas, y otros justos, queridos tuyos, y despues saliste por la encarnacion, haciéndote hombre, y con tu predicacion llamaste y escogiste muchos apóstoles y discípulos, y por medio de estos á otros innumerables, y nunca cesas de salir cada dia á llamar obreros. Sal, Señor, por esa gentilidad, y llama con eficacia á los infieles para que reciban tu fe. Sal, por medio de tu Iglesia, llama eficazmente á los pecadores para que se conviertan á tí. Sal por ese mundo, y llama á muchos justos, para que te sigan con perfeccion; y no te olvides de salir muy á menudo para llamarme con eficacia al ejercicio de todas las virtudes, para que mi alma bien cultivada y labrada lleve los frutos copiosos que tú deseas.

Punto segundo.— 1. *Acabado el dia, dijo el dueño de la viña á su mayordomo: Llama á los obreros, y págales su jornal, comenzando por los postreros, hasta los primeros; y habiéndolos llamado, dió á los postreros un denario, y el mismo dió á los primeros.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como el Padre eterno ha encomendado á Jesucristo nuestro Señor, en cuanto hombre, el juicio de los obreros (*Ioan.* v, 23), y el llamamiento para recibir su jornal, y esto se hace al fin de la vida de cada uno, la cual se cuenta como un dia; porque toda ella, por larga que sea, no es mas que un dia respecto de la eternidad, y porque cada dia deberíamos trabajar como si aquel fuese el último de la vida. (*Psalm.* lxxxix, 4). Acuérdate, pues, ó alma mia, de este postrer llamamiento para recibir la corona, porque con esta memoria te animes á consentir con cualquier llamamiento con que fueras llamada para el trabajo; porque si resistes á este primero no gozarás del segundo.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como todos los obreros han de recibir su premio, los primeros y los postreros; los que comienzan temprano, y los que vienen tarde, y ninguna hora de trabajo se

pasará sin galardon; y por consiguiente, cuanto las obras fueren mas y mejores, tanto será el prêmio mas copioso, conforme á lo que dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* XVI, 27): Que vendria á juzgar, y daria á cada uno segun sus obras.—Lo tercero, sobre todo se ha de ponderar qué este trabajo, para premiarle, no se mira tanto el tiempo que dura, cuanto el fervor y diligencia y amor con que se toma. De donde procede que los postreros obreros en una hora sola merecieron tanto galardon como los primeros que trabajaron todo el dia, porque aquellos trabajaron con mucho fervor, con grande humildad y caridad, teniéndose por indignos de premio alguno, y esotros trabajaron con tibieza, y por fines mas bajos é interesables, y con alguna presuncion de sí mismos y de su trabajo por haber sido largo; pero mucho mas estima Dios una hora de trabajo fervoroso, que doce de trabajo tibio; y así además del premio esencial, da á los postreros otro accidental de honra, que llama el Evangelio comenzar la paga por ellos.

3. De donde tengo de sacar para mi provecho algunas ponderaciones; porque si los obreros postreros en una hora merecieron tanto premio, ¿cuán grande le merecieran si hubieran de aquella manera trabajado todo el dia? Y si en el cielo pudieran tener pena los Santos, ¿cuán grande la recibieran de no haber respondido con tiempo á la divina vocacion, y comenzado desde niños á servir á Dios? Y los que comenzaron desde niños á servirle, y le sirvieron mucho tiempo, pero con tibieza, ¿qué pena recibieran por esto, viendo que si le hubieran servido todo aquel tiempo con fervor, hubieran alcanzado grande gloria? Ó alma mia, pues estás en tiempo de trabajar, trabaja ahora como querrias haber trabajado el dia que se te ha de dar el galardon; date priesa, que el tiempo es breve y el premio grande, y cualquier grado de gloria que se merece es eterno, y no es justo perder por tibieza la grandeza que durará por la eternidad.

Punto tercero.— 1. *Los primeros obreros, viendo que no se les daba mas premio que á los postreros, murmuraron contra el padre de familias, diciendo: Estos postreros no trabajaron mas que una hora, ¿y los has igualado con nosotros que llevamos el peso del dia y del estio? El padre de familias respondió á uno de ellos: Amigo, no te hago agravio. ¿Por ventura no te concertaste conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo y vete. ¿No puedo dar yo otro tanto á este postrero, y hacer de mi hacienda lo que quisiere? ¿Y tu ojo ha de ser malicioso y envidioso, por ser yo bueno?* Aquí se ha de ponderar lo primero, el in-

tento de Cristo nuestro Señor en estas palabras; que es decir: Son tan grandes los premios y favores que se hacen á los fervorosos que en poco tiempo trabajan mucho con gran perfeccion, que si los otros bienaventurados, que no lo fueron tanto, no tuvieran luz divina para conocer la justicia y bondad de Dios, y si solamente lo miraran como los hombres de la tierra miran cosas semejantes, se quejaran y murmuraran, y tuvieran envidia de lo que Dios hace con los fervorosos. ¡Oh bendita sea la liberalidad de este Padre de familias, que dando á cada uno lo que merece, premia liberalísimamente lo que por él se hace!

2. Lo segundo, se ha de ponderar como Nuestro Señor pinta aquí las propiedades de los que en esta vida le sirven muchos años, pero con tibieza, contrarias á las de los otros, que sirven menos, pero con fervor.—La primera, que presumen de sus obras y servicios por su antigüedad, y así piensan que han de recibir gran premio; los otros ni presumen de sí, ni se tienen por dignos de premio.—La segunda, que llevan el peso del dia y del estío, porque la tibieza es causa de que sientan mucho los trabajos de la virtud, aunque sean pequeños; y al contrario, el fervor es causa de que no se sientan, aunque sean grandes; y así los tibios penan mucho y medran poco; los fervorosos penan poco y medran mucho.—La tercera, que los tibios son jornaleros é interesables, buscando sus propios intereses; y así andan llenos de quejas y murmuraciones secretas contra Dios, que no los regala ni favorece, y contra los hombres, que no les honran ó ayudan. Los otros sirven á Dios sin interese, por solo amor; y así no hallan de qué quejarse, y con humildad cualquier favor que Dios les hace le estiman en mucho, y se tienen por indignos de él.

3. La cuarta, que los tibios son envidiosos y se carcomen por la merced que Dios hace á los fervorosos; quieren hundirlos y despreciarlos, notándolos de nuevos en la virtud, y de que vinieron tarde á trabajar en su Iglesia; pero los fervorosos trabajan y callan, deseando que haga Dios bien á todos. Ó Padre celestial, que tanto favoreces á los obreros diligentes y cuidadosos en tu servicio, destierra de mi corazon la tibieza y flojedad; ayúdame para que te sirva con fervor, y para que me goce de que otros muchos te sirvan de esta manera; no permitas que yo sea tan malo, que mi ojo sea envidioso, porque tú eres bueno. Gózome de que seas tan bueno, que hagas bien á todos; y alégrome del bien que haces á otros mas que á mí, porque sé que en todo eres bueno, justo y santo.

Punto cuarto.— 1. Cristo nuestro Señor concluyó la parábola diciendo: *Los postreros serán primeros, y los primeros postreros, porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.*-Lo primero, tengo de ponderar en la primera parte de esta sentencia, como hay muchos que en esta vida son tenidos por los primeros en la santidad, ó por la antigüedad de años que han servido á Dios, ó por la apariencia de obras exteriores, que campean mucho, ó por razon de la excelencia de su estado y oficio, que es estado y oficio de perfeccion, ó por la fama que cobraron de justos en algun tiempo, y estos el dia del juicio y de la cuenta serán tenidos por los postreros, porque en los ojos de Dios fueron tibios, interesables y muy imperfectos en lo interior. Y al contrario, algunos que en esta vida parecian postreros, por haber sido grandes pecadores, ó haber servido á Dios poco tiempo, ó por ocultarse con humildad y paciencia, y emplearse en obras muy bajas y humildes, serán despues los primeros, porque en los ojos de Dios fueron muy fervientes y puros; y así como tambien sucederá, que algunos de los que acá parecian justos serán condenados como pecadores; y otros que parecian pecadores serán engrandecidos como justos. De lo cual tengo de sacar aviso para mirar cómo vivo, y desear ser el primero, no en los ojos de los hombres sino en los ojos de Dios, que lo ve todo y me ha de juzgar, no haciendo caso del lugar alto ó bajo que tuviere en la opinion del mundo. Y juntamente tengo de sacar afectos de temor, temblando de los juicios de Dios y de la suerte que me ha de caber, porque puede ser que hoy sea el primero, y mañana por mi culpa sea el postrero.

2. Lo segundo, ponderaré la otra parte de la sentencia, *muchos son los llamados, y pocos los escogidos;* porque así como entre todos los hombres del mundo, que son llamados de Dios para que reciban su fe y su gracia, son muchísimos los pecadores que resisten á este llamamiento, y pocos los justos que consienten y quedan escogidos para el cielo; así tambien entre los justos, que son llamados para vida perfecta, muchos son los que resisten á este llamamiento y viven con tibieza, contentándose con medianías, y pocos son los escogidos y perfectos, porque siempre lo precioso es raro. Ó Dios infinito, que llamas y convidas á todos para que sigan la perfeccion, suplico á tu divina Majestad que aumentes el número de los escogidos para que haya muchos perfectos, como tú eres perfecto. Haz, Señor, que sea yo uno de estos, respondiendo á mi vocacion, para que en mí y por mí seas glorificado por todos los siglos. Amen.

MEDITACION LV.

DE LA PARÁBOLA DE LA VIÑA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Un hombre, padre de familias, plantó una viña, púsola su cerca, hizo en ella lagar, y edificó una torre, arrendóla á ciertos labradores, y él partióse á lejanas tierras.* (*Matth.* XXI, 33; *Marc.* XII, 1; *Luc.* XX, 9). Lo primero, se ha de considerar la soberana providencia de Dios con la viña de su Iglesia, la cual resplandece señaladamente en tres cosas, figuradas por la cerca, lagar y torre. (*Psalm.* XXXIII, 8; XC, 11). Cerca es la proteccion de los Ángeles, que la rodean y defienden de los demonios, y detienen las fieras de los perseguidores, para que no la huellen, y guardan con tanto cuidado á cada uno, como si él solo fuera la viña (*Psalm.* CXXIV, 2); pero muy mas fuerte cerca es la proteccion del mismo Dios, que está al rededor de su pueblo, amparándole con el socorro de sus inspiraciones, y le tiene cercado con preceptos, fortificados con promesas de grandes premios para quien los guardare, y con amenazas de terribles castigos á quien los quebrantare. – Lagar es la muchedumbre de Sacramentos y sacrificios (*Isai.* V, 2), en que se recoge la sangre de Jesucristo, pisada y estrujada con la viga de la cruz, en cuya virtud se comunica el perdon de los pecados y el vino de la caridad. Y entre todos tiene la primacía el santo Sacramento y sacrificio del altar, en el cual este divino Lagarero depositó su mismo cuerpo y sangre, para embriagarnos con el vino de su amor. Lagar es tambien la divina ley, con sus preceptos y consejos de perfeccion, cuyo fin es el vino puro de la caridad (I *Tim.* I, 5), apartado del orujo de las cosas terrenas, y de la hez de nuestras culpas, exprimido con la viga y piedra de la mortificacion y penitencia, y con la carga de la humillacion y obediencia.

2. Torre es la providencia especial de nuestro gran Dios, que previene las cosas que están por venir para bien de su Iglesia y de cada una de las almas. Además el templo y casa de oracion, donde invocamos el nombre de Nuestro Señor (*Prov.* XVIII, 10), que es torre fortísima para nuestra defensa; y tambien la muchedumbre de prelados y maestros, que como atalayas guardan la viña, para que ni las fieras la destrocen, ni las raposas la destruyan. Y finalmente, es torre la doctrina alta (*Cant.* IV, 4) y soberana de la sagrada Escritura y Evangelios, con la cual se levanta nuestro corazon de lo

terreno á lo celestial, y tiene, como la torre de David, armas ofensivas y defensivas de grandes avisos y remedios contra las tentaciones y molestias de nuestros enemigos públicos y secretos. Ó Padre de familias soberano, gracias te doy por los bienes que haces á esta viña, que plantaste por tu mano (*Psalm.* LXXIX, 16); y pues me has puesto en ella, tómame debajo de tu proteccion y amparo, embriágame con el vino de tu amor, alégrame en la casa de tu oracion, gobiérname por medio de tus ministros, y dame luz para aprovecharme de tu santísima doctrina, de modo que alcance la perfeccion para que se ordena.

3. Lo segundo, ponderaré como Dios nuestro Señor entrega esta viña á los labradores y renteros, que son los hombres, no por venta sino por arrendamiento, porque él se queda con el dominio, y á nosotros nos pide que la labremos, para que lleve fruto de bendicion, y cada uno ha de labrar la parte que le cabe, que es su propia alma, y las almas de los que están á su cargo. Y hecha la entrega dice, que se parte muy léjos, para dar á entender que se trata como ausente, dejándonos en nuestra libertad, sin hacernos fuerza y como si no nos viese, aunque realmente lo ve todo, y está en todo lugar. Con estas consideraciones, hablando conmigo mismo, me diré: Procura ser liberal con Dios, como Dios lo es contigo; y pues Dios te ha hecho rentero de viña tan preciosa, vuélvele copiosos frutos, aprovechándote de la cerca, lagar y torre que hay en ella. Y pues se hace del ausente para probar tu fidelidad, sírvele fielmente como si le vieras, para que llegues á verle como deseas. Ó Dios liberalísimo, que me pides renta de esta viña, no por tu provecho sino por el mio; concédeme que lleve abundantes frutos, no para mi gloria sino para la tuya, por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Llegado el tiempo de los frutos, envió el padre de familias diversas veces muchos criados á los renteros para recoger los frutos, pero ellos maltrataron y mataron á los criados; visto esto, envió á su propio hijo diciendo: Quizá tendrán respeto á mi hijo; pero en viéndole dijeron: Este es el heredero, venid y matémosle, y quedarnos hemos con la viña y heredad. Y prendiéndole, sacáronle de la viña, y allí le mataron.* Aquí se ha de considerar la suave providencia de Dios con los renteros en solicitarlos á lo bueno por vários medios, y la maldad abominable de los renteros contra Dios en atropellarlos todos. Presuponiendo que el tiempo de los frutos es todo lo que dura esta vida mortal; porque despues de la fin del mundo, y de la muerte de cada uno, no es tiempo de fructificar; por lo cual

dice san Pablo (*Galat.* VI, 10), que mientras tenemos tiempo, obremos lo que es bueno para nuestras almas y para nuestros prójimos; porque si se pasa el tiempo nos hallarémos sin remedio.

2. Esto presupuesto, se ha de ponderar la infinita caridad de nuestro Padre de familias Dios; el cual en todo tiempo tuvo cuidado de enviar patriarcas, profetas y predicadores, que exhortasen á los renteros á trabajar en bien de sus almas; y aunque los hombres fueron tan rebeldes y descomedidos, que maltrataron y mataron á estos profetas y predicadores, él por su infinita bondad, en lugar de abrasar á estos homicidas, les dió á su Hijo unigénito hecho hombre, para que viniese en persona á predicarles y exhortarles lo mismo; pero creció tanto la maldad de los renteros de aquel tiempo, que se atrevieron á querer matar á este Hijo unigénito, y echarle de la viña que era suya, entregándole á los gentiles; de los cuales, como manso cordero, se dejó prender, azotar y crucificar fuera de la ciudad de Jerusalen, y con su sangre preciosa quiso regar la viña, para que llevase fruto con abundancia. Ó Padre eterno, ¿qué provecho te traen los frutos de esta viña, para que envies á tu Hijo á solicitarlos, sabiendo cuán mal le habian de tratar sus renteros? Ó Hijo de Dios vivo, ¿por qué amas tanto á esta viña, que quieras morir por ella? Ó amor excesivo del Hijo de Dios, ahora, Señor, veo con cuánta verdad dijiste (*Isai.* V, 4): ¿Qué mas pude hacer por mi viña de lo que hice? Verdaderamente hiciste lo sumo que podias en hacerte hombre, y morir por el hombre. Pero el hombre ingrato y rebelde no pudo hacer mayor mal del que hizo, quitándote la vida, resistiendo á tu predicacion, y queriéndose alzar con los bienes que le diste. Mas todo esto me convida á que te ame y trabaje por darte el fruto que te debo, haciendo lo sumo que pudiere en tu servicio, como tú lo hiciste en mi provecho.

3. Luego ponderaré el cuidado cotidiano que tiene Dios nuestro Señor de avisarme, que cuide de la viña de mi alma por medio de los predicadores y maestros de espíritu, y por criados invisibles, que son las inspiraciones, aunque soy tan malo, que muchas veces los maltrato, y ahogo el espíritu que me incita á lo bueno, y piso el dictámen de la conciencia que me reprende lo malo, y crucifico dentro de mí (I *Thes.* V, 19; *Hebr.* VI, 6) al Hijo de Dios, echándole fuera de mi corazon por dar entrada al pecado. Y habiendo sido tanta la bondad del Padre eterno, que quiso que su propio Hijo estuviese en medio de la viña de la Iglesia, en el santo Sacramento del altar, para que teniendo respeto á su presencia, me animase á trabajar y

cultivar mi alma, ni esto ha bastado para que yo lo hiciese. ¡Oh dureza rebelde, oh rebeldía ingrata! Ó ingratitud abominable de mi corazon, ¿por qué no te ablandas con tantos favores, para servir como debes á este Señor, de quien tanto bien recibes? Ayúdame, Salvador mio, con tu gracia, para que desde luego comience nueva vida.

Punto tercero. — 1. *Propuesta la parábola, preguntó Jesús á los judíos: Cuando venga el señor de la viña, ¿qué hará con tales renteros? Respondieron ellos: Destruirá á los malos malamente,* esto es, terriblemente, *y arrendará su viña á otros renteros, que le paguen sus frutos á sus tiempos. Así será,* dice Cristo, *que os será quitado el reino de Dios, y se dará á la gentilidad, que producirá frutos con él.* Aquí tengo de ponderar lo primero, cuán justo és Dios en sus juicios, pues sus mismos enemigos pronuncian contra sí la sentencia que él habia de pronunciar; y cuán abominable es la maldad del hombre contra Dios, pues el mismo que la hace, puesta en tercera persona, la reprueba y condena, pronunciando contra sí la misma sentencia que Dios justísimamente habia de pronunciar contra él, para castigarle como merece. Ó Padre misericordioso y juez muy justo, templa tu justa ira con tu grande misericordia; y si con tales parábolas nos quieres convencer, no sea para condenarnos como á estos fariseos; sino para que, conociendo nuestras culpas como David (II *Reg.* XII, 13), hagamos penitencia de ellas.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el terrible castigo, pero justísimo, que Cristo amenazó á los judíos, diciendo que les quitaria el reino de Dios, que es lo mismo que la viña, con su cerca, lagar y torre; desamparándolos por su pertinacia, para que fuesen destruidos. Quitóles el derecho que tenian á los Sacramentos y sacrificios, á los libros sagrados y leyes del reino del Mesías, traspasando todo esto en la gentilidad, de la cual recogió su Iglesia. Por tanto, ó alma mia, escarmienta en cabeza ajena, antes que venga el castigo por la propia. Mira que Dios desampara á los que le dejan, y sabe pasar su fe de un reino á otro, y los reinados y dignidades de una persona en otra, quitándolas por su culpa al que las tiene, y poniendo otros en su lugar (*Iob,* XXXIV, 24); y si uno falta en la fe ó religion que profesó, llamará otros innumerables que la guarden y lleven el fruto de ella. Ten, pues, lo que tienes, porque no reciba otro tu corona. (*Apoc.* III, 11).

MEDITACION LVI.

DE LAS PARÁBOLAS DE LOS CONVIDADOS Á LAS BODAS Y Á LAS CENAS.

—Estas dos parábolas se pueden meditar juntas, por la grande semejanza que tienen entre sí, y porque se pueden enderezar á un mismo fin.—

PUNTO PRIMERO. — 1. *Lo que pasa en el reino de los cielos es semejante á lo que hizo un rey, que celebró las bodas de su hijo, y llamó para ellas á muchos.* (*Matth.* XXII, 2; *Luc.* XIV, 16). Aquí se ha de ponderar lo primero, como el Padre eterno, Rey de cielos y tierra, por sola su bondad y misericordia quiso que su Hijo unigénito se desposase con la naturaleza humana, uniéndola consigo en unidad de persona, dotándola con tantas joyas de gracia y virtudes, cuantas convenian á esposa de un Hijo, que era en todo igual á su Padre. Ó Padre soberano, ¿qué os movió á querer que vuestro Hijo tomase tan vil y fea esposa? ¿Por ventura no era mas noble y mas hermosa la naturaleza angélica? Pues ¿por qué, Señor, dejásteis esta y le dísteis aquella? Si es porque era mas vil, mas fea y mas necesitada, así es la verdad; mas en esto veo el exceso de vuestra caridad, que se inclina mas á honrar y remediar á los que están mas despreciados y necesitados. Alábenos por esto todas vuestras criaturas, y mi alma se deshaga en vuestras alabanzas.

2. Pero mas adelante pasó la bondad de este celestial Padre, porque tambien quiso que su Hijo, Dios y hombre verdadero, se desposase y celebrase las bodas con la Iglesia, que es la congregacion de los fieles, juntando consigo las almas justas con union de caridad y adornándolas con virtudes, cuales convienen á esposas de tan soberano Rey. Reconoce, ó alma mia, la dignidad á que Dios te quiere levantar; lávate con la penitencia, úngete con devocion, adórnate con virtudes celestiales, para que seas recibida por esposa de este Esposo celestial. (*Osee,* II, 19; II *Cor.* XI, 2; *Ephes.* V, 25).

3. Mas no para aquí la bondad de nuestro Dios; porque si esta merced la ofreciera solamente á pocas almas, y esas de personas muy nobles ó muy letradas, ó de grandes prendas, fuera sin duda grande beneficio; pero mayor es, que llama á muchos, para que tengan parte en estas bodas, sin excluir á ningun hombre, aunque sea vil, idiota ó grande pecador, y aunque le haya quebrantado muchas veces la lealtad de este divino desposorio. Ó piélago inmenso de la ca-

ridad de Dios, ¿cómo no salgo de mí, considerando el abismo de esta caridad? Ó alma mia, anímate á aceptar este divino desposorio que te ofrecen, pues con él te trocarás de fea en hermosa, de vil en noble, de pobre en rica, y de terrena en celestial.

Punto segundo. — 1. *Para solemnizar estas bodas, así el Rey del cielo, como su hijo Jesucristo, hicieron un convite solemne y una cena grande; y despues de aparejada, enviaron sus criados para que llamasen á los convidados, que vengan á ella.* Aquí se ha de ponderar la grandeza de este convite y de esta cena que apareja Dios para los hombres, en la cual se sirven tres platos ó tres suertes de manjares preciosísimos.—El primero es de doctrina celestial y divina, para sustento del entendimiento ilustrado con la fe, el cual come este manjar cuando oye la palabra de Dios ó lee los libros sagrados y devotos, ó cuando á sus solas la medita, comunicándole Dios luz y gusto grande en ella.—El segundo es de preceptos y consejos admirables y de grande perfeccion, para sustento de la voluntad deseosa de su salvacion, la cual come este manjar cuando cumple la voluntad de Dios en todas las cosas que manda, y en las que aconseja, infundiéndola grande alegría en esta amorosa obediencia.

2. El tercero es de Sacramentos llenos de gran virtud, para comunicar la gracia y las virtudes y dones celestiales, que vivifican, sustentan y perfeccionan las almas; entre los cuales el mas principal es el santísimo Sacramento del altar, en el cual el mismo esposo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, da real y verdaderamente por manjar su cuerpo, con especies de pan, y por bebida su sangre, cubierta con especies de vino, para regalo y sustento de las almas que le reciben, y para unirlas consigo como esposas con union de amor perfecto. ¡Oh convite soberano! oh cena grande y sobre todas las que ha habido y habrá por extremo excelentísima! ¡Oh bienaventurados los que son llamados á esta cena del Cordero (*Apoc.* XIX, 9), donde el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, es el que convida y el convite, el que da de comer y el que es comido, purificando con esta comida al que le come, y llenándole de los deleites del cielo! Abre, pues, los ojos, alma mia, y pondera que eres llamada, no á llantos sino á bodas y banquetes; y si eres llamada á llantos es para que llores tus pecados y la ruin disposicion que tienes para hallarte en estos convites, y de esta manera te hagas digna de hallarte en ellos.

3. Finalmente, ponderaré como para comer de estos tres platos están convidados todos los hombres del mundo, y por medio de los

predicadores, que son los criados del Rey y del Esposo, y por secretas inspiraciones son llamados para que vengan al convite; y así cuando sintiere algun toque interior dentro del corazon, que me mueva al ejercicio de las tres cosas arriba dichas, he de entender que Dios me llama para que me halle en sus convites, y goce de sus deleites.

PUNTO TERCERO. — 1. *Muchos de los convidados no quisieron venir al convite, yéndose unos á su granja, otros á su negociacion, y otros maltratando y matando á los criados que los llamaban.* Aquí se ha de ponderar como los que se excusaron de ir á la cena fueron tres, dando cada uno por excusa los vicios que le detenian y nos detienen á nosotros, que son los que san Juan en su primera canónica (*c.* II, 16), llama soberbia de la vida, codicia de ojos, y concupiscencia de la carne.-El primero dijo: *He comprado una heredad, tengo necesidad de salir á verla, ruégote me tengas por excusado.* Donde se denota que la soberbia de la vida, la curiosidad de la vista y de los sentidos, y la solicitud de mirar y atender á las cosas propias, nos impide responder al divino llamamiento.-El segundo dijo: *Compré cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlos, ruégote me tengas por excusado.* Por lo cual se entiende que la codicia de los bienes temporales, de granjerías demasiadas y de la muchedumbre de ocupaciones poco necesarias, impide lo mismo.

2. El tercero dijo: *Heme casado, y por esto no puedo ir.* No dice, tenme por excusado, para significar que el deleite del matrimonio le tenia embriagado y enajenado de sí; el deleite de la carne, de suyo lícito, pero tomado con demasía ilícita impide, ¿cuánto mas impedirá el ilícito y prohibido por la ley de Dios? Por aquí entenderé yo, cuál de estos vicios me detiene de no acudir á este convite, ni gustar de oir la doctrina de Cristo, ni de leerla y meditarla, ni de ponerla por obra, ni de recibir sus Sacramentos; y habiéndolo entendido procuraré quitar este impedimento, respondiendo al divino llamamiento; porque donde no, incurriré en la sentencia de este Señor contra estos rebeldes, que dice: *Digoos de verdad, que ninguno de estos gustará de mi cena;* porque por justos juicios de Dios, que lo permite, en castigo de sus rebeldías mueren sin Sacramentos, ó sin que les entren en provecho, y vienen á ser excluidos de la cena y convite que tiene Dios aparejado en el cielo para los que acá le obedecieron. Tiembla, pues, alma mia, de esta sentencia; y si el amor no te aguija para que vayas á esta cena (*Matth.* XXII, 5), aguíjete el temor de no ser para siempre excluida de ella.

3. Finalmente, los que con mas desvergüenza matan á los criados que les llaman, son los que aborrecen á los predicadores y confesores, y á los que les reprenden sus vicios y les aconsejan lo que les conviene, y con el cuchillo de la lengua les quitan la honra, fama, y cuanto es de su parte, la vida de cuerpo y alma, contra los cuales se indigna el Rey del cielo vehementemente; porque sobre el pecado de no venir al convite, añadieron otro de afrentar á sus mensajeros; y así su pena será, no solo ser excluidos de la cena, sino ser muertos y abrasados con cuanto tienen, creciendo la pena como creció la culpa. Ó Rey eterno, ablanda la dureza de los rebeldes, judíos, herejes é infieles, que resisten á tus inspiraciones y matan á tus ministros que les llaman á tus bodas y convites; refrena, Señor, tu ira, y ten de ellos misericordia.

Punto cuarto. — 1. *Luego dijo el Rey á sus criados: Las bodas y el banquete está aparejado, y los que estaban convidados no fueron dignos de venir á él, salid por todos los caminos, y llamad á cuantos topáredes, que vengan á las bodas. Hiciéronlo así, y juntaron muchos buenos y malos, de modo que se hinchó la mesa de convidados.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la inmensa liberalidad y caridad de Dios, que no se cansa del linaje de los hombres, porque muchos desprecian sus convites y favores, aunque sean los mas principales del mundo, y los mas letrados y aventajados, los cuales de razon habian de ser mas comedidos; antes viendo que estos son indignos por su culpa de estos beneficios, quiere que con eficacia sean llamados los viles y despreciados, y la gente que no tiene cosas en el mundo, que les traen el corazon.

2. Y admite á los buenos y á los malos; esto es, á los que tienen buen natural ó mal natural, buenas ó malas inclinaciones, para que todos se hagan buenos y santos, gozando de su convite, aunque algunos despues hayan de ser malos. Y lo que mas admira es, que en especial manda llamar á los pobres y tullidos, ciegos y cojos; y que si estos no bastan, llamen á cualesquier otros que toparen, y les compelan á entrar, no con fuerza de brazos, sino con fuerza de milagros y razones, y con la fuerza que hace la buena y santa vida del predicador. Y el mismo Señor, interiormente, con la luz de sus divinas y eficaces inspiraciones les fuerza á venir con grande gusto y voluntad rendidos, á los que quiere. Ó Padre de misericordia, que á ninguno quieres forzar contra su voluntad á que te sirva, fuérzame, Señor, con esta fuerza interior, que trueque mi voluntad rebelde, y la haga rendida con mucho gusto á la tuya. Mira, Padre

soberano, que está este mundo lleno de ciegos y cojos, de tullidos y miserables pecadores, que ni ven el camino por donde han de venir á tus bodas, ni tienen piés para andarle, ni fuerzas para comenzarle, ni caudal para proseguirle. Bien sé, Dios mio, que estás aparejado para darles todo lo que les falta; pero á tu bondad suplico, que con efecto dés luz de fe á los ciegos; piés derechos de recta intencion y aficion á los cojos; fortaleza á los tullidos; y caudal de gracia á los mendigos, forzándoles con la dulce fuerza de tu inspiracion para que obedezcan á tu santa vocacion.

3. Lo tercero, ponderaré como la casa y la mesa de Dios se hinche de los llamados, porque nunca le faltan medios para llenar sus trazas y para cumplir el número de los escogidos; porque si unos le resisten, sabe, puede y quiere llamar á otros, de modo que no le resistan; y así no hay que temer de que la casa de Dios estará despoblada, si Dios quiere poblarla, ni las casas de la religion tendrán falta de gente llamada para ellas, pues Dios es el que las fundó, y el que ha de llamar quien entre en ellas. De lo cual tengo de sacar motivos de consuelo para sufrir las miserables caidas que veo en el mundo, confiando en la providencia del Padre celestial, que las reparará por los medios que su sabiduría sabe, aunque yo no los alcance.

Punto quinto. — 1. *Entró el Rey á ver los que estaban sentados á la mesa, y entre ellos vió á un hombre que no estaba vestido con vestidura de bodas, y díjole: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin ropa de bodas? Y él enmudeció.* Aquí ponderaré lo primero, como no basta consentir con el divino llamamiento, y venir á su convite y cena, con sola la virtud de la fe, sino que es necesario venir con vestidura de bodas, que es la caridad y pureza de vida, la cual hace digno al hombre de estar en este convite, de modo que agrade á Dios que le convidó. Con esta ropa se ha de comer el manjar de la doctrina y de la obediencia á la ley, y el de los Sacramentos, especialmente del cuerpo y sangre de Jesucristo, Señor nuestro; y quien no la tiene ha de llegar de tal manera á los Sacramentos, que por ellos la reciba.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como el Rey del cielo al fin de las bodas y del convite, que es á la fin del mundo ó al fin de la vida de cada uno, ha de venir á ver todos los convidados y á juzgar sus obras y vidas, mirando si hay entre ellos alguno que no haya asistido con la dignidad y decencia que convenia, para castigarle severamente, como castigó á los que no quisieron venir al convite;

porque como le ofende quien no quiere venir, así le ofende quien viene, y no procura ropa de caridad y de pura vida; antes asiste con ropa vieja, remendada y manchada con pecados.

3. Y de este juicio ninguno se puede escapar, y esta es la causa por que siendo muchos los malos que se condenan, solamente dice Cristo nuestro Señor, que vió á uno sin ropa de bodas, para que se entienda, que aunque entre todos los cristianos del mundo no hubiese mas que un solo malo que comulgase mal, ó no guardase la ley de Dios, ese no se podria esconder, porque los ojos de Dios le descubririan y condenarian. Además, para que entendamos que es tan terrible mal la condenacion, que aunque de todos los cristianos uno solo se hubiese de condenar, esto bastaria para que todos temiesen y temblasen de miedo, por no saber si tengo de ser yo este uno, cuanto mas habiendo de ser muchos; porque luego añadió el Señor: *Muchos son los llamados, y pocos los escogidos.* Porque pocos son los que vienen al convite, y pocos los que están en él con ropa de bodas, respecto de los innumerables que resisten á la divina vocacion.—Finalmente, ponderaré la terribilidad de aquella reprension de Cristo, dada, no por odio de la persona, sino por celo de la justicia, contra el pecado y pecador obstinado; y por eso le llama *Amigo*, y le dice: *¿Cómo entraste aquí? ¿Quién te dió atrevimiento para entrar con vestidura tan súcia y asquerosa?* ¡Qué confusion tan grande padecerá el desventurado pecador, cuando se vea reprender de Cristo en presencia de sus Ángeles, y quede tan convencido que enmudezca, no teniendo qué responder! Ó buen Jesús, repréndeme en esta vida con misericordia, de modo que yo calle con humildad, y acepte tu correccion para mi enmienda, y alcance la vida eterna. Amen.

Punto sexto.— 1. *Luego el Rey dijo á sus ministros: Atadle de manos y piés, y echadle en las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes; porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.* Aquí se ha de ponderar la terribilidad de esta sentencia y las penas que contiene, que son cuatro.—La primera es cárcel perpétua sin remedio de poder salir de ella. Esto denota atarle de piés y manos, de modo que no pueda desatarse, en castigo de la soltura con que vivió en esta vida.—La segunda es obstinacion en el mal, sin quedarle libertad para obras buenas significadas por las manos, y para buenos afectos significados por los piés, en castigo de que él se ató en esta vida los piés y manos con las cadenas de sus pasiones y aficiones desordenadas.—La tercera es tinieblas extremas y terribles,

así del alma por la privacion de la vista de Dios, y oscuridad del juicio túpido con su miseria, como tinieblas exteriores del lugar infernal, porque el fuego abrasará y no dará luz, como en su lugar se dijo.—La cuarta es llanto y crujir de dientes perpétuo, porque llorará, acordándose del convite á donde estuvo, y del aparejo que tuvo para salvarse, y de que por su descuido no se aprovechó de la buena ocasion, y llorará por la miseria que ahora padece, y el lloro será con crujimiento de dientes por la rabia é impaciencia que tendrá en los tormentos, viéndose sin esperanzas de salir de ellos.

2. Todo esto mandará el Rey á los ministros ejecutores de su justicia, que son los demonios; los cuales arrebatando al miserable convidado, le arrancarán de la casa del convite, que es la Iglesia, y le arrojarán en la cárcel del infierno, que es su morada. Ó Rey eterno y juez justísimo, cuyos juicios son rectos, aunque terribles, con los malos, yo me presento delante de tu Majestad, atado de piés y manos, no con cadenas de obstinacion, sino con cadenas de obediencia, aparejado para no resistir á cuanto me mandares. Confirma, Señor, esta voluntad con las ataduras de la caridad, para que siendo constante en amarte y obedecerte, llegue á verte y gozarte por todos los siglos. Amen.

MEDITACION LVII.

DE LAS DIEZ VÍRGENES.

Punto primero. — 1. *Lo que pasa en el reino de los cielos es como lo que sucedió á diez vírgenes que tomaron sus lámparas para salir á recibir al esposo y á la esposa. Las cinco de ellas eran necias, y no se proveyeron de aceite; las otras cinco eran prudentes, y proveyeron sus lámparas y vasijas de aceite.* (*Matth.* xxv, 1).—Lo primero, se ha de considerar como en la Iglesia hay justos y pecadores, figurados por estas diez vírgenes, y los unos y los otros están esperando la venida de Cristo nuestro Señor á juzgar, y celebrar las bodas con su esposa la Iglesia triunfante; y todos se aperciben con la fe y obras comunes de cristianos, cuanto á lo exterior, que pide el ser cristiano; pero en diferente manera, porque unos son prudentes, y se aperciben de todo lo necesario para la venida del Esposo, otros son necios, y proveyéndose de algunas cosas, dejan otras muy necesarias.

2. Los necios son como las cinco vírgenes locas, que tienen lámparas, pero con muy poco aceite, ni lo tienen en las vasijas para ce-

barlas; esto es, tienen fe, y no caridad; tienen luz de verdades, y no el óleo de las virtudes; tienen lámparas que lucen con obras exteriores, y no los afectos fervorosos de obras interiores; tienen á veces devocion sensible de lágrimas, que duran poco, y no la devocion interior y sustancial, que dura mucho; tienen virginidad y entereza del cuerpo, y no la pureza y entereza del espíritu; tienen estado de perfeccion, y mucha imperfeccion con intenciones muy terrenas y groseras. Finalmente, conténtanse con tener lo bueno, que no dura mas que la vida presente, y dejan lo que ha de durar en la futura por la eternidad; y por consiguiente, cuando viene la muerte se hallan desapercibidos de lo que habian menester para recibir al Esposo. Pues ¿qué mayor locura puede ser, que esperar con tan corto aparejo la venida de un Juez tan riguroso, y de un Esposo que tiene ojos de lince, y penetra lo exterior y lo interior, y no se paga de cosas exteriores, si están todas vacías de la virtud interior? Ó Juez soberano y esposo amable de mi alma, líbrame de esta locura por quien tú eres, y no permitas que me contente con hacer la mitad de lo que mandas, sino que lo cumpla todo enteramente.

3. Los cuerdos son como las vírgenes prudentes, que tienen lámparas llenas de aceite, y sus vasijas bien proveidas para irlas cebando, porque tienen fe y caridad, luz de verdades y virtudes, obras exteriores é interiores, pureza del cuerpo y del espíritu; y finalmente todo lo bueno que ha de durar hasta la vida eterna. No se contentan con la fe que ha de cesar, ni con lo lucido y apacible á los hombres, que para en la muerte, sino procuran la sabiduría del espíritu y la piedad, que vale para todo, y la caridad (I *Tim.* IV, 8; I *Cor.* XIII, 8; *Matth.* XXII, 12; *Ephes.* I, 17) que nunca desfallece ni se acaba, y la ropa de bodas que agrada al Esposo. ¡Oh prudencia y discrecion digna de hombres cristianos, que obran lo que creen, y se aperciben de modo que pueden recibir lo que esperan! Ó Dios de mi alma, dame esta prudencia y discrecion, para que de tal manera aperciba y aderece la lámpara de mi corazon, con luz de verdades y óleo de heróicas virtudes, que tenga todo lo necesario y bastante para esperar tu venida, y parecer en tu presencia sin vergüenza.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Tardando el esposo, todas diez vírgenes dormitaron y durmieron; y á la media noche sonó un gran clamor que decia: Mirad que viene el esposo, salidle á recibir.* (Llama dormitar un sueño ligero, que pasa de presto, y así en este sentido usarémos de este vocablo). - Lo primero, se ha de considerar como la venida del

Esposo tarda al parecer de todos los hombres, porque todos piensan que su vida será larga, y que hay mucho de aquí á la muerte y al juicio que en ella se hace: de donde procede, que los buenos dormiten con el sueño de la pereza, dando cabezadas de pecados veniales; y los malos duerman con el sueño del pecado mortal, muy descuidados de la venida del Juez. Ó Juez soberano, líbrame de este mal sueño, no dormite mi alma, porque no venga á dormir del todo. No se descubre en muchas culpas ligeras, porque no venga á dar en las graves. Despierta, ó alma mia, que duermes, y clama á Cristo, para que te resucite y vivifique con su gracia muy copiosa, para que vivas eternamente.

2. Lo segundo, se ha de considerar como todas las diez vírgenes dormitaron y durmieron, porque todos los hombres vienen á caer en enfermedad ó vejez, ó flaqueza, ó en otra alguna causa, que dispone para el sueño de la muerte, y al fin todos vienen á dormir este sueño último, sin que ninguno se pueda escapar de él. Y llámase la muerte sueño, porque como el sueño, mal que nos pese, nos vence, por mas que le resistamos y porfiemos, y por entonces nos priva del uso de los sentidos, y de todas las cosas deleitables de esta vida, así tambien la muerte; y como viendo la imágen me acuerdo de la cosa que representa, así siempre que me acomete el sueño, ó voy á dormir, tengo de acordarme de la muerte, y traerla delante de los ojos lo mas que pudiere; y por consiguiente, en viendo la cama donde se cubre el cuerpo dormido, me deberia entonces acordar de la sepultura donde se esconde el cuerpo muerto.

3. Lo tercero, se ha tambien de considerar como á media noche sonó aquella clamorosa voz: *Mirad que viene el esposo, salidle á recibir*. Porque de repente, y cuando estuviéremos descuidados, serémos llamados al juicio, así al juicio particular que se hace al fin de la vida de cada uno, como al universal que se ha de hacer al fin del mundo; y aunque el que viene es esposo de las almas justas, pero tambien es juez; y así viene con adorno de esposo para los buenos, y con rigor de juez para los malos. Viene como esposo para regalar y enriquecer á los que hallare bien dispuestos y aparejados, y como juez para excluir y desechar á los que hallare mal apercibidos. Ó alma mia, suene á menudo en tus oidos esta temerosa voz, y procura estar aparejada, pues no sabes el dia ni la hora en que ha de sonar. Cuando te toca la enfermedad, imagina que es sonido de esta voz para que te apercibas, pues no sabes en lo que ha de parar, y para oirla entonces con seguridad, óyela tambien cuando vas á comulgar,

imaginando que te dicen: Mira que viene tu esposo, sal á recibirle con el debido aparejo, pues viene para desposarte consigo en misericordia y caridad.

Punto tercero.— 1. *Todas las vírgenes en oyendo la voz se levantaron, y prepararon sus lámparas. Las necias echaron menos el aceite; pidiéronselo á las prudentes, y ellas respondieron: Que no podian dárselo, porque todo lo que tenian habian menester para sí, que lo fuesen á comprar. Y entre tanto que iban, llegó el esposo; y las que estaban aparejadas entraron con él á las bodas.* - Lo primero, se ha de considerar como los buenos y malos han de resucitar y parecer en el juicio universal; y antes de esto en muriendo han de abrir los ojos, como quien despierta del sueño que tenian en esta vida mortal, y se han de hallar en el juicio particular, y cada uno ha de llevar consigo su lámpara con el aparejo que granjeó en esta vida, ó sin aceite, ó con aceite, poco ó mucho, porque sus obras le han de seguir (*Apoc.* xiv, 13), malas ó buenas, tales cuales fueron, y segun ellas ha de ser juzgado.

2. Lo segundo, es cierto que los malos y necios en aquella hora se hallarán burlados, y caerán en la cuenta de su necedad, viendo sus lámparas muertas por falta de aceite; y aunque acudan á los buenos á pedir misericordia é intercesion, no habrá quien interceda ni abogue por ellos, porque cada uno tendrá harto de ver consigo, y porque ya cesó el tiempo de la intercesion por otros; antes como por escarnio les dirán: Id á comprarlo de los que lo venden; que es decir: Tarde habeis acordado, porque ya no hallaréis quien os lo dé, ni os lo venda, ni lo podréis comprar, porque se pasó la hora de la compra. Ó alma mia, sé cuerda (*Isai.* lv, 1), comprando con tiempo este aceite, pues Dios está aparejado para venderle, y él mismo te da el precio con que le has de comprar, que es como dártelo de balde; él te convida con su gracia y caridad, con sus virtudes y dones celestiales, y él te dará la disposicion para alcanzarlas, previniéndote con sus divinas inspiraciones; oye con tiempo lo que te inspira, y haz lo que te manda. Ahora tienes intercesores que rogarán por tí, y serán sus ruegos admitidos; la Vírgen sacratísima nuestra Señora, los Apóstoles, los Mártires y los Santos del cielo, con todos los coros angelicales, serán tus abogados; acude ahora á esta muchedumbre de espíritus prudentes, que todos te favorecerán; porque despues de la vida, ni querrán, ni podrán.

3. Lo tercero, se ha de considerar como llegando el Esposo á juicio, todas las almas puras y prudentes, que están aparejadas con el aparejo que ganaron en la vida, serán admitidas á las bodas ce-

lestiales en compañía de su dulce Esposo. ¡Oh qué contentas se hallarán por haberse apercibido con tiempo! ¡oh qué alegres de verse con quien tanto amaron! ¡Oh qué dulzura será la suya, y qué consuelo, cuando vean á su Esposo celestial cara á cara, y le abracen con el amor beatífico, y coman con él á su mesa los manjares de la divinidad, y beban del rio de sus deleites! ¡Oh qué resplandeciente estará la lámpara de su alma con la lumbre de su gloria! qué ardiente con el fuego de la caridad! qué devota y alegre con el óleo de la divina consolacion! qué segura de no quebrar con la proteccion de Dios! ¡Oh dichosos trabajos que llevan á tan preciosos descansos!

Punto cuarto.— 1. *En entrando el esposo con las vírgenes prudentes, se cerró la puerta; y viniendo las necias á llamar, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Él respondió: Digoos de verdad, que no os conozco.*—Lo primero, se ha de considerar como la puerta del cielo se cierra el dia del juicio universal, de tal manera, que nunca mas se abre para echar de allí al que una vez entró, porque su gloria será perpétua, mientras Dios fuere Dios, gozando eternamente de su compañía, sin miedo ni recelo de perderle. En esta vida algunas veces nos entra Dios en la bodega de sus vinos (*Cant.* II, 4), ó en su retrete y recámara, y nos visita y consuela con inspiraciones, pero siempre queda la puerta abierta; y cuando menos pienso, me echan fuera, ó me salgo; pero en entrando en el cielo, luego se cierra la puerta, de modo que ni Dios me echará de él, ni yo querré salir. ¡Oh entrada dichosa y bienaventurada! oh lugar seguro! Entré yo, Dios mio, en esa bodega celestial y en ese retrete de los bienaventurados, para estar siempre contigo, alegrándome con ellos.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como esta puerta está cerrada para todos los que en aquella hora no están aparejados, y fueron una vez excluidos, de modo que eternalmente nunca se les abrirá: y aunque giman y dén voces, pidiendo á Dios que les abra, no serán oidos; antes les dirá: No os conozco, ni apruebo vuestras vidas: no conozco esas voces ni las quiero admitir. Apartaos de mí (*Matth.* VII, 23; *Luc.* XIII, 27), obradores de maldad, condenados al fuego eterno. Ó alma mia, ¿qué haces oyendo esto? ¿Cómo no tiemblas de espanto? Qué, ¿es posible que si una vez en el juicio de la muerte eres excluida del cielo, has de quedar para siempre desterrada de él? que nunca has de entrar á ver á Dios? que tu Criador te ha de desconocer, y tratar como á extraña y enemiga? que has de ser para siempre encarcelada en las cavernas oscuras del infierno? Ó

misericordiosísimo Dios, esposo de las almas, templad la justa indignacion que contra mí teneis, reconocedme, pues soy criatura vuestra, hecha á vuestra imágen y semejanza, y esclavo vuestro, comprado con vuestra preciosísima sangre. Confieso, Señor, que no es mucho me desconozcais, pues con mis innumerables pecados he borrado lo que en mí hicísteis; y pues yo no os he conocido, ni aprobado con la vida vuestros mandamientos, bien merecido tengo que no me conozcais ni aprobeis para vuestro paraíso; no merezco que oigais los clamores con que os pido me abrais la puerta del cielo, pues yo no quise oir los vuestros con que me pedíais os abriese la puerta de mi corazon. Mas pues todavía es tiempo de misericordia, veis aquí abiertas las puertas de mi corazon para recibiros, abridme las de vuestro cielo para recibirme en él, donde os vea y goce por todos los siglos de los siglos. Amen.

3. Finalmente, se ha de ponderar la conclusion de la parábola, que es el fin é intento de ella, en aquellas palabras: *Velad, porque no sabeis el dia, ni la hora.* Las cuales he de tener impresas en mi memoria; pues, como refiere el evangelista san Marcos (*Marc.* XIII, 37), á todos y á cada uno en particular se dicen; y así me tengo de avivar y despertar con ellas, diciéndome: Alma mia, vela en oracion y penitencia, y en continuo ejercicio de buenas obras; y si dormitares por tibieza, despierta luego con diligencia, pues no sabes si la hora presente será la postrera de tu vigilia, en que serás llamada para las bodas; y si estás desapercibida, para siempre serás excluida; y si aparejada, para siempre serás admitida para que te goces con tu esposo Jesús por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION LVIII.

DE LAS PARÁBOLAS DE LOS TALENTOS Y MINAS.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Lo que pasa en el reino de los cielos es como lo que hace un hombre, que quiere partirse á lejanas tierras; llama á sus criados, y les entrega sus bienes; á uno da cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun su propia virtud.* (*Matth.* XXV, 14; *Luc.* XIX, 12). Aquí se ha de considerar qué talentos sean estos, quién los reparte, á quién se dan, en qué manera, y para qué fin.-Lo primero, talento es el caudal necesario y conveniente para negociar nuestra salvacion y la de nuestros prójimos, y todo lo que

para esto ayuda, lo cual se puede reducir á cinco suertes de cosas. -La primera abraza los dones y partes de naturaleza, así de cuerpo como de alma, como es salud, fuerzas corporales, habilidad, ingenio, viveza de sentidos; y sobre todo la lumbre natural de la razon, que es comun á fieles y á infieles, la cual descubre el bien y el mal (*Psalm.* IV, 7), inclinando á seguir lo bueno y á huir de lo malo.- La segunda abraza los dones y partes adquiridas por industria humana, como son riquezas, honras, dignidades, ciencias y artes liberales, y virtudes morales y políticas, todo lo cual tambien es don de Nuestro Señor, y puede ayudar á nuestra salvacion. - La tercera abraza las virtudes sobrenaturales, comunes á los fieles, así buenos como malos, como son la lumbre de la fe, y la virtud de la esperanza, y el derecho para usar de los Sacramentos de la Iglesia, con los cuales se negocia la gracia y la salvacion eterna. - La cuarta abraza la misma gracia y caridad, con las virtudes y dones que la acompañan, con las cuales se negocia el aumento de los merecimientos y de los premios eternos. - La quinta encierra todas las gracias *gratis datas*, que se ordenan para edificacion de la Iglesia, y para salvacion de los prójimos, como son, gracia de entender las divinas Escrituras, de predicar y enseñar, don de aconsejar, de convertir almas, con los demás oficios de la Iglesia ordenados á este fin. De todas estas cosas se componen varios y diversos talentos que tienen los hombres.

2. El que los reparte es Dios nuestro Señor, porque todos son bienes suyos, y de su liberal mano proceden. Él da los bienes de naturaleza, y los de fortuna, y los de gracia, y á él se le deben todos; y quien quisiere atribuirse á sí estos bienes, excluyendo á Dios, es soberbio, é indigno de lo que tiene, y Dios le castigará en quitárselo como á ingrato; y así es justo que por todos le demos gracias, alabándole por la liberalidad con que reparte á sus esclavos los bienes que tiene, solo por hacerles bien, y porque es bueno y amigo de dar lo que tiene á otros. - Estos talentos se dan á los hombres en tres grados significados por los tres siervos. Á unos da Dios talentos en grande abundancia, significada por el número de cinco. Á otros con medianía, significada por el número de dos. Á otros da el ínfimo grado, significado por el número de uno; en lo cual no hace agravio á nadie, porque á nadie debe nada; y á quien nada se le debe, honra se le hace en darle algo. Cuanto mas, que basta quererlo Dios, y ordenarlo así con su providencia, para que yo lo tenga por bueno, y me agrade de ello. - Estos talentos se dan á cada uno,

segun su propia virtud; esto es, segun la capacidad y posibilidad que tienen en órden al fin para que los talentos se ordenan y reparten. De suerte, que á ninguno carga Dios nuestro Señor mayor carga de la que ve que puede llevar, ni quiere obligarle á mas de lo que puede hacer; y así en la distribucion y repartimiento de los talentos, mira las fuerzas naturales, y la disposicion del hombre, así la que tiene de su complexion, como la que granjea de su industria, mediante la divina inspiracion; la cual siempre nos previene, y ayuda con suavidad á disponernos para recibir los talentos sobrenaturales, y al buen uso de ellos.

3. El fin de estos talentos es negociar con ellos nuestra salvacion, perfeccion, y la de nuestros prójimos, conforme á nuestro caudal. Esto es lo que dijo por el evangelista san Lucas mas claramente á los siervos, á quien repartió las diez minas ó libras de dinero (*Luc.* XIX, 13): *Negociad mientras vuelvo.* Como quien dice: Mirad que este dinero no os le doy para que esté ocioso, ni para que lo gasteis pródigamente, sino para que negocieis con ello, y saqueis alguna ganancia; de suerte, que les prohibe dos vicios en el uso de los talentos, uno de ociosidad y flojedad, no usando de ellos por pereza; y otro de prodigalidad, usando de ellos sin tiento ni discrecion, con peligro de perderlos. — Y para que estén alerta añade, *mientras vengo,* asegurándoles que ha de venir á tomarles cuenta; pero no les quiere decir cuándo vendrá, porque negocien todo aquel tiempo hasta que venga. Ó Redentor del mundo (*Ephes.* IV, 8), que subiste á lo alto, y diste dones á los hombres, repartiendo entre tus discípulos varios talentos y gracias para su bien y de tu Iglesia, dame el espíritu que procede de tí, para que conozca las cosas que por tí me han sido dadas (I *Cor.* II, 12); porque si no conozco los talentos, ni sabré agradecerlos, ni negociar con ellos; pero conózcalos con humildad, de modo que no me engañe, pensando que son mas y mayores de lo que son de verdad. Dame tambien, Señor, que esté contento con los que me has dado, de tal manera, que ni desprecie por soberbia á los que tienen menos, ni tenga envidia de los que tienen mas, atendiendo solamente á darte contento con lo mucho ó con lo poco que me has dado. Concédeme tambien, que siempre me acuerde de tu venida á tomarme cuenta, para que siempre negocie lo que querria haber negociado. No se me pase dia sin negociar algo, pues no gustas que esté un punto ocioso, para que cogiéndome la muerte negociando, me admitas en tu santo reino. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *El que recibió cinco talentos negoció con ellos,*

y ganó otros cinco; y de la misma manera el que recibió dos, ganó otros dos; y el que recibió uno, cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Aquí se ha de considerar lo primero, que la mucha ó poca medra espiritual no consiste tanto en los talentos recibidos, cuanto en el mayor ó menor cuidado y diligencia en trabajar y negociar con ellos; porque quien recibió cinco talentos pudiera enterrarlos por flojedad, como el que recibió uno; y el que recibió uno pudiera negociar y doblar su caudal, como los que recibieron mas; y así por su culpa no negocia el perezoso; pero el fervoroso medra por su diligencia, cooperando con la gracia de Dios, que previene y ayuda á su libre albedrío. Y para declarar mas esto, dice la parábola del evangelista san Lucas, que con una misma mina uno ganó diez, y otro ganó cinco; porque se vea que la ganancia procedió de la diligencia, pero ayudada de la gracia. Y así lo confesaron ellos, cuando dijeron: *Señor, tu mina ha ganado otras diez.* Como quien dice: No yo solo, sino yo en virtud de ella, y mas ella que yo. (I *Cor.* xv, 10; *Psalm.* LVIII, 11). Por tanto, alma mia, mira lo que haces, y pon manos á la obra, porque la mano de tu Señor Dios irá siempre acompañando á la tuya, y su misericordia te prevendrá (*Psalm.* XXII, 6), y será en tu ayuda, y te seguirá todos los dias de tu vida, si por tí no queda.

2. Lo segundo, se ha de considerar que puso Nuestro Señor ejemplo de los fervorosos y diligentes en el que recibió cinco talentos, y en el que recibió dos: porque ordinariamente los que han recibido mucho caudal cobran grande ánimo y confianza para trabajar, y como mercaderes ricos se abalanzan á grandes empleos, y ganan mucho, con tal que tengan humildad, atribuyendo su fervor, no á solo su albedrío, sino principalmente á la divina gracia, como lo hacia el apóstol san Pablo, cuando dijo (I *Cor.* xv, 10): He trabajado mas que todos, no yo, sino la gracia de Dios conmigo; y al contrario, puso Cristo nuestro Señor ejemplo de los perezosos en el que recibió un talento solo, porque los que tienen poco caudal, si no son muy humildes, suelen ser muy quejijosos y envidiosos, y pusilánimes, y así se rinden á la pereza; y si tienen otros talentos de mundo y carne, empléanse en buscar los bienes terrenos, y debajo de esta tierra sepultan el talento que recibieron para negociar los dones del cielo. ¡Oh Dios de mi alma, si pusiese yo tanto cuidado en negociar con mi caudal los bienes eternos, como ponen los negociantes del siglo en negociar con el suyo los temporales! No permitas, Señor, que talentos tan preciosos estén enterrados debajo de tan vil cu-

bierta. Ayúdame para que use de ellos, y los doble y redoble con grande ganancia, pues no has puesto tasa en ella.

3. Lo tercero, se ha de ponderar que el buen negociante ha de negociar y trabajar con todos los talentos que tiene, y con cada uno de ellos, porque de todos y de cada uno le han de tomar cuenta. Y cuanto mas ha recibido, tanto mas tiene que dar cuenta, si no obra con ello; porque como dice san Gregorio (*Hom.* 9 in Evang.), cuanto crecen los dones, tanto crece la obligacion á dar buena cuenta de ellos.

Punto tercero.— 1. *Despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y púsose á cuenta con ellos. Llegó el que habia recibido cinco talentos diciendo: Señor, cinco talentos me has dado, ves aquí que con ellos he ganado otros cinco. Respondió el señor: Alégrate, siervo bueno y fiel, pues fuiste fiel en cosas pocas, yo te haré señor de muchas, entra en el gozo de tu señor; y lo mismo pasó con el que recibió dos talentos y ganó otros dos.* Aquí se ha de considerar lo primero, que la venida de Cristo nuestro Señor á tomar cuenta á sus criados, es despues de mucho tiempo. -Lo uno, porque la venida á juicio universal se dilata por muchos dias; y lo otro, para denotar que da á cada criado tiempo bastante y sobrado para negociar lo necesario para su salvacion; de suerte que ningun hombre de razon se puede quejar que le faltó tiempo para convertirse á Dios, si él quisiera; y si cuando quiere le falta la vida, suya es la culpa, porque harto tiempo tuvo para negociar la eterna. -Lo segundo, se ha de considerar la grande confianza y seguridad que tienen los fervorosos en la hora de la muerte y de la cuenta, viendo que la tienen buena, porque allí ven lo que han recibido y lo que han ganado; y así confiadamente dicen: Cinco talentos me diste, y otros cinco he ganado aumentando los dones que recibí de tu gracia, y granjeando con ella otros de nuevo. ¡Oh dichoso fervor, que tal seguridad causas en tiempo de tanto temor!

2. Lo tercero, se ha de considerar el premio que Cristo nuestro Redentor le da, calificándole por siervo bueno y fiel; bueno, porque vivió santamente, guardando la ley de Dios; fiel, porque usó fielmente de los dones y gracias que habia recibido, aunque en sí grandes, pero pequeños, respecto de los eternos; y por eso dice: Pues fuiste fiel en lo poco, cual es lo que pasa en esta vida mortal, yo te constituiré en el cielo sobre mucho, y te haré muchas mercedes, y muy grandes; entra en el gozo de tu Señor, engólfate en el abismo de los deleites celestiales, para que de dentro y de fuera estés lleno

y relleno de gozo, bebiendo del rio copioso de su alegría hasta tener perfecta hartura. (*Psalm.* XXXV, 9; *Ioan.* XVI, 22). ¡Oh gozo inmenso! oh gozo eterno! oh gozo digno de Dios! oh dichosa negociacion, con la cual se negocia el gozo del cielo, del cual ninguno nos podrá echar!

3. Lo cuarto, se ha de considerar como dijo las mismas palabras al que con dos talentos negoció otros dos, para darnos á entender, que en la paga del cielo mas se atiende á la diligencia de las obras que al número de los talentos; y si el que recibió dos trabajó tanto en granjear con ellos como quien recibió cinco, recibirá igual premio. Pero sin embargo de esto, quien mas trabaja y aumenta los talentos recibidos, será mas premiado; lo cual declaró mas Cristo nuestro Señor en la parábola de las minas, porque al que con una negoció diez, por cuanto fue su diligencia mayor, le dió diez ciudades; y al que con una negoció cinco, porque fue su diligencia menor, le dió solas cinco. Por tanto, ó alma mia, trabaja en todo tiempo con todo el fervor posible; porque en el cielo tiene Dios muchas moradas; y si con una mina ó talento puedes merecer diez ciudades, esto es, diez grados excelentes de gloria, no te contentes con cinco: no tanto por tu interés, cuanto por amar mas al que es digno de ser amado con infinito amor por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto. — 1. *El siervo que recibió un talento dijo á su señor: Sé que eres hombre duro, y que coges de lo que no sembraste, y allegas de lo que no derramaste; y así temiéndote, escondí tu talento en la tierra, ves aquí tienes guardado lo que es tuyo.* En este dicho se representa la malicia del siervo perezoso, que para encubrir su pereza, finge dificultades y peligros terribles, y teme donde no hay que temer, como ahora lo hacen muchos. Unos entierran el talento de la oracion y contemplacion, y la dejan por temor de que serán engañados. Otros esconden el talento de predicar y tratar almas, temiendo que perderán la suya. Otros peores dejan de guardar la divina ley, fingiendo que es áspera, y que no tienen fuerzas para ello, notando á Dios de duro para con ellos, porque quiere coger el fruto que no siembra, y sin darles fuerzas quiere que fructifiquen las buenas obras. ¡Oh ceguedad abominable! oh pereza maldita, que por disculparte á tí quieres culpar á Dios! Ó Redentor mio, muy al contrario de este mal siervo, digo yo, que sé muy bien como sois hombre, no duro, sino blando; no cruel, sino misericordioso; nunca quereis coger de lo que no sembrais; porque si Vos primero no sembrais las semillas de vuestros talentos, es imposible coger algunos frutos: estais tan léjos de querer coger lo que no sembrásteis, que

muchas veces sembrais mucho y cogeis poco, y es tanta vuestra blandura, que os contentais con cualquier ganancia.

2. *A este dicho respondió el señor: Siervo malo y perezoso, ¿sabias que cojo donde no siembro, y allego donde no derramo? Luego importábate dar mi dinero á cambio, para que cuando viniera, recibiera lo que es mio con ganancia. Quitadle el talento, y dadle al que tiene cinco; porque al que tiene, se le dará, y abundará: y al que no tiene, le quitarán lo que parece que tiene; y á este siervo desaprovechado echadle en las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes.* En esta sentencia hay tres cosas terribles que considerar.—La primera es, la reprension asperísima del Señor, para grande confusion del mal siervo. ¿Qué confusion puede ser mayor que ser calificado de Dios, delante de sus Ángeles, por siervo malo, perezoso, desaprovechado é infiel? Y ¿qué afrenta mayor que ser convencido por sus mismas razones? (*Luc.* XIX, 22). *Ex ore tuo te judico, serve nequam.* De tu boca te condeno, siervo malo. Si sabias que yo quiero coger fruto de lo que no sembré, ¿cuánto mas debias saber que querria coger fruto del talento que te dí?

3. La segunda, fue quitarle el talento que tenia, y despojarle de todos los bienes de gracia, y de todos los dones añadidos á su naturaleza, en castigo de su pereza. Lo cual algunas veces hace Dios en esta vida, castigando á los que no usan de los talentos recibidos con quitárselos, como suele permitir que pierda la fe quien usa mal de ella; pero en la otra vida se los quitan sin remedio (como se ponderó en la parte I en la meditacion IX); y decir que se dén al que ganó cinco talentos, es decir que los Santos de todo sacan gloria accidental, así del buen uso de sus propios talentos, como del gozo que tienen por los que Dios da á otros con liberalidad, y por los que les quita con justicia.

4. La tercera, fue echarle en las tinieblas extremas del infierno, donde perpétuamente llore y rabie por su pereza desaprovechada; y si tal castigo se dá al que por pereza no usa del talento que recibió, ¿qué castigo se dará al que usa de él para ofender á Dios, y escandalizar ó dañar á su prójimo? Ó Dios eterno, juez justo y santo, no entres conmigo en juicio riguroso, porque bien sé que de mis mismas palabras me podrás justamente condenar. Merecia que me hubieras quitado los talentos que me diste, por haberlos enterrado; mas ya que por tu misericordia me has sufrido, ayúdame á desenterrarlos, para que negociando con ellos lo que me pides, alcance lo que me prometes, reinando contigo por todos los siglos de los siglos. Amen.

PARTE CUARTA.

DE LAS MEDITACIONES

SOBRE LOS

MISTERIOS DE LA PASION DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR.

INTRODUCCION DE LA ORACION MENTAL,

CERCA DE LA PASION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Aunque las meditaciones de los misterios de la pasion de Jesucristo nuestro Señor pertenecen, segun se dijo en la introduccion de este libro, á la via iluminativa, especialmente á lo supremo de ella que confina con la via unitiva; con todo eso son muy provechosas para cualquier suerte de personas, por cualquier via que caminen, y en cualquier grado de perfeccion que vivan (*D. Bonav.* In stimulo divini amoris, *c.* I), porque los pecadores hallarán en ella motivos eficacísimos para purificarse de sus pecados; los principiantes, para mortificar sus pasiones; los que aprovechan, para crecer en todo género de virtudes; y los perfectos, para alcanzar la union con Dios por el ferviente amor. Por lo cual dice san Bernardo (*Serm. in fer. 4 maioris hebdomadae*), que la pasion de Cristo, hasta el dia de hoy, hace temblar la tierra, quebranta las piedras, abre los sepulcros, y parte por medio el velo del templo, rasgándole de alto abajo. Porque los que debidamente la meditan, si son tierra por la culpa y aficion á cosas terrenas, tiemblan con el santo temor de Dios y de la justicia rigurosa (*Matth.* XXVII, 51) que hace en su Hijo, moviéndose con esto á dejar su terrestridad: si son piedras, por la dureza de corazon, se enternecen y desmenuzan por la grandeza del dolor, así de sus pecados, como de las penas que Cristo padece

por ellos; y si son sepulcros cerrados, con la vergüenza de manifestar sus culpas, se abren por la confesion para lanzar de sí la muerte, y resucitar á nueva vida. Y finalmente, para todos se rompe el velo que ponia division entre Dios y nosotros, para que podamos, como dice san Pablo (II *Cor.* III, 18), contemplar mas al descubierto la gloria del Señor, y el abismo de los celestiales secretos. Y no sin causa se partió el velo de alto abajo, para significar que por medio de Cristo crucificado podemos contemplar la alteza de la Divinidad y de sus soberanas perfecciones, y tambien la profundidad de la humanidad y de sus esclarecidas virtudes. De suerte, que los pecadores, que como erizos están espinados con sus culpas (*Psalmus* CIII, 18), hallarán entrada en las aberturas de esta divina piedad, y meditando con dolor en ellas, quedarán libres de sus espinas. Los mas puros y sencillos, como palomas, podrán volar mas alto; haciendo sus nidos y moradas en los agujeros de esta piedra y en las hendiduras de esta pared, quedarán con mayor pureza y hermosura. Y los perfectos, que como ciervos suben á los montes altos (*Cant.* II, 14), meditando en Cristo levantado de la tierra, serán traidos con gran fuerza para tener su conversacion en el cielo. Y todos, como dice san Bernardo (Serm. 2 de Pentecost; *Deut.* XXXII, 13), podrán chupar miel de esta piedra, y aceite de este durísimo peñasco; el cual, habiendo sido duro en sufrir injurias, y mas duro en sufrir azotes, y durísimo en sufrir los tormentos de la cruz, es para nosotros fuente de aceite y miel, sanando nuestras llagas, ablandando nuestras durezas, confortando nuestras flaquezas, y regalando nuestras almas con la suavidad de sus divinas consolaciones. Y á esta causa con mucha razon decia Alberto Magno (*Vide* Rosetum Spirit. exercitior. *tit.* 22, *c.* 1), que la sencilla memoria y devota meditacion de la pasion de Cristo aprovecha mas al hombre, que ayunar un año entero á pan y agua, y que disciplinarse cada dia hasta derramar sangre, y que rezar cada dia todo el Salterio; porque estos ejercicios, aunque son buenos y muy provechosos, pero como son obras exteriores, si se toman á solas, no son tan poderosos para purificar el corazon de vicios, é ilustrarle con verdades y virtudes, y perfeccionarle con los afectos encendidos del divino amor, como lo es la meditacion atenta y profunda de la pasion de Cristo nuestro Señor, la cual causa todo esto, dando tambien espíritu y vida á las penitencias y obras exteriores, y moviendo con eficacia al ejercicio fervoroso de ellas.

§ I.

Del fin que se ha de tener en meditar la pasion.

De este principio que se ha puesto consta claramente, que como son diferentes las personas que meditan la pasion de Cristo nuestro Señor, así son diferentes los fines particulares que deben tener en meditarla, pretendiendo cada una aquel afecto y fruto espiritual que es conforme al estado de su alma y al camino por donde camina: es á saber, ó purificarse de culpas y aficiones desordenadas, ó adornarse con heróicas virtudes, ó unirse á Dios con ferverosos afectos de caridad, tomando por medio para todo esto el afecto de la compasion, que abre camino para los demás.

Para lo cual se ha de presuponer que la pasion de Cristo, como dice san Lorenzo Justiniano (Lib. de triumph. agone Christi, *c.* 20), puede ser motivo de gozo y motivo de tristeza, porque se puede considerar en dos maneras.—La una es, en cuanto es sumo beneficio de Dios: *In quo divinae miserationis reseratur abyssus, coelorum aperitur janua, caritatis latitudo ostenditur, et quantus sit homo apertissimè demonstratur; vile enim esse non potest, quod Filii Dei sanguine comparatur:* en el cual se descubre el abismo de la divina misericordia, ábrese la puerta del cielo, manifiéstase la anchura inmensa de la caridad, y declárase la estima que Dios tiene del hombre; pues no puede ser cosa vil la que con la sangre del Hijo de Dios se compra. De esta manera la meditacion de la pasion mueve afectos de gozo y alegría, como se alegró Abrahan (*Ioan.* VIII, 56; *Chrys.* Homil. 84 in Ioan.), cuando en figura del sacrificio que ofreció del carnero en lugar de su hijo Isaac, vió la muerte de Jesucristo, gozándose de los grandes bienes que por ella vendrian á todo el mundo. Y el mismo Cristo nuestro Señor se alegraba por esta causa con la memoria de su pasion; y en el libro de los Cantares (*c.* III, 11), á este dia, en que su madre la Sinagoga le coronó con corona de espinas, llama dia de su desposorio y de la alegría de su corazon; y así entró en Jerusalen con grandes señales de regocijo para recibir esta corona, y celebrar en el tálamo de la cruz el desposorio con la Iglesia. Este modo de meditacion es mas propio de los que están en la via unitiva, considerando la pasion, como los demás beneficios divinos de que se trata en la parte VI.

La otra manera de meditar la pasion, de que ahora principalmente se ha de tratar, es en cuanto fue amarga y muy penosa á Jesu-

cristo nuestro Señor, y en cuanto fue ocasionada de nuestros pecados, y fue dechado de todas las virtudes, especialmente las que resplandecen en medio de grandes trabajos; y de esta manera nos mueve á tristeza y compasion del Señor, que tanto padeció por nosotros; y el mismo Cristo se entristecia con su memoria, y es razon que todos nos entristezcamos con él, porque no diga de nosotros aquello del salmo LXVIII: Miré si alguno se entristecia conmigo, y no le hubo: busqué quien me consolase, y no le hallé.

Mas para que se entienda cuál ha de ser esta compasion, y á qué fines se ha de ordenar, advierto que Cristo nuestro Señor en dos maneras bebió el cáliz amargo de su pasion.-La una fue corporalmente por mano de los ministros y sayones, cuando fue preso, azotado, coronado de espinas y crucificado.-La otra fue espiritualmente por la memoria y viva representacion é imaginacion de los mismos trabajos, y de la causa de ellos, que fueron nuestros pecados. De ambas hizo mencion su Majestad, hablando con los hijos del Zebedeo, como en su lugar se dijo; porque san Mateo refiere, que les dijo (*c.* XX, 22): ¿Podréis beber el cáliz que yo tengo de beber? Donde habla de la bebida corporal, que estaba por venir. Y san Marcos refiere, que les dijo (*c.* X, 38): ¿Podréis beber el cáliz que yo bebo, y ser bautizados con el bautismo que yo soy bautizado? Donde tambien declara la bebida espiritual que continuamente cada dia bebia, aunque con mayor amargura la bebió en el huerto de Gethsemaní, á donde con el sentimiento interior fue espiritualmente azotado, espinado y crucificado; y en ambos modos de beber el cáliz resplandecieron excelentísimas virtudes, como despues verémos.

De aquí se siguen los fines que hemos de tener en estas meditaciones, y los provechos que de ellas hemos de sacar; los cuales se reducen á unirnos, transformarnos y conformarnos con Cristo afligido y atormentado en las dos maneras dichas, bebiendo tambien á nuestro modo el cáliz de su pasion en ambas formas.

Lo primero, procurando en la meditacion sentir, como dice san Pablo (*Philip.* II, 5), en nosotros lo que sintió Cristo, con los afectos de compasion, dolor y tristeza, de modo que quedemos transformados en Cristo, triste y afligido por nosotros, espiritualmente crucificados con él, de la manera que la Vírgen santísima sintió los dolores de su Hijo; por razon de lo cual dijo de ella Simeon (*Lucae*, II, 35), que traspasaria su ánima el cuchillo, no corporal, sino espiritual, de compasion y dolor. Este modo de sentimiento de la pasion de Cristo es don especial del mismo Señor, el cual da ojos

para ver sus trabajos y para llorarlos. Por lo cual dijo por Zacarías (*Zach.* XII, 10), que derramaria sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalen espíritu de gracia y de oracion; y que mirarian al que enclavaron, llorarian con gran llanto, como se suele llorar la muerte del unigénito: y aunque esto se suele declarar de otra vista y otro llanto que habrá el dia del juicio en los judíos incrédulos (*Hebr.* VI, 6); pero tambien se puede entender de los que recibèn de Dios el espíritu de oracion, y en su virtud, con ojos de viva fe miran al que con sus pecados crucificaron, llorando su muerte amargamente. De aquí consta el desórden de algunos, que van á meditar la pasion, y desean en ella lágrimas y ternuras, principalmente por su propio consuelo y gusto, que aunque parece espiritual, pero, como dice san Buenaventura (In stimulo divini amoris, *c.* 1 *ad fin.*), es de amor propio, y muy desordenado, pues es gran desórden pretender dulzuras en las amarguras de Cristo, y querer consuelos meditando sus desconsuelos; los cuales no se han de meditar sino para sentirlos y tener parte en ellos; aunque es tanta la bondad de este Señor, que el mismo desconsolarnos con él es modo de consuelo, y no pequeño.

El segundo fin que hemos de pretender en estas meditaciones, es beber tambien el cáliz de la pasion corporalmente, conformándonos con Cristo nuestro Señor en el mismo padecer, sacando ánimo y esfuerzo para esto, y propósitos de esto muy eficaces, tomando algunas cosas penosas de nuestra voluntad, como es ayunos, disciplinas y otras mortificaciones voluntarias, ó sufriendo con paciencia y alegría las que Dios nos enviare ó permitiere, creyendo que, como dice san Pablo (*Philip.* I, 28), tambien es don de Dios este modo de padecer por Cristo, como el compadecerse de Cristo. Y así á imitacion del mismo Apóstol hemos de procurar (II *Cor.* IV, 10; *Galat.* VI, 17), cuando meditamos la pasion, traer siempre en nuestro cuerpo la meditacion de Cristo, y las señales de Jesús, que son las llagas y penalidades que afligen nuestra carne, como afligieron la suya. De suerte, que de ambas maneras pueda decir cada uno: *Christo confixus sum cruci.* Con Cristo estoy enclavado en la cruz, así por la compasion, como por la imitacion en el padecer por él, como él padeció por mí.

De aquí se sigue el tercer fin principal de aquestas meditaciones, que es conformarnos con Cristo en las heróicas virtudes que ejercitó, bebiendo su cáliz, así espiritualmente como corporalmente; es á saber, en el amor de Dios y de los hombres, en el celo de la salva-

cion de las almas, en la pureza de intencion, y en el afecto de obediencia, humildad, paciencia y pobreza, y las obras exteriores de estas y otras virtudes; y en especial en el desprecio de las cosas terrenas, y en la mortificacion de las aficiones que puede haber en procurarlas ó retenerlas. De modo, que armados, como dice san Pedro (II *Petr.* IV, 1), con el pensamiento de lo que Cristo padeció, en todo nos parezcamos á él; y la meditacion de su pasion nos sirva de un arnés tranzado, fuerte, lúcio y hermoso, que nos arme y cubra de piés á cabeza, y nos haga espantables á los demonios y terribles á la carne, admirables al mundo, agradables á los Ángeles y amables á Dios.

§ II.

De las disposiciones que se han de procurar para meditar la pasion.

Para alcanzar estos fines, que se pretenden con la meditacion de la pasion, es importante aparejarnos lo mejor que nos fuere posible para ella: porque aunque es necesario, como dice el Espíritu Santo (*Prov.* XVIII, 23), aparejar el alma antes de toda oracion, y no ir á ella, como quien tienta á Dios, esperando la racion del cielo sin aparejo; pero en especial es mas importante para la oracion y meditacion, que tiene por materia los dolores y trabajos de Cristo nuestro Señor, para los cuales él se aparejó con grande amor, y quiere que sean pesados y meditados con mucho fervor.

Y así puedo imaginar que me dice aquello de Jeremías (*Thren.* III, 19): Acuérdate de mi pobreza y trabajo, de mi amargura y de mi hiel; y que yo le respondo: Con memoria me acordaré, y mi ánima se secará en mí; y repitiendo esto en mi corazon, esperaré en él, que es decir: Me acordaré muy en particular y con grande fervor de sus trabajos y aflicciones, sintiéndolas tan tiernamente que mi ánima se seque por la grandeza de la tristeza y dolor; y no contento con pensar una vez todas tus penas, las repetiré muchas veces con grande atencion y afecto, sacando de ellas grande confianza.

Las disposiciones convenientes para meditar con provecho estos misterios, declaró brevemente san Buenaventura, diciendo (In stimulo divini amoris, *c.* 2): *Debet homo aggredi hoc tam nobile opus humiliter, confidenter, instanter, et cum quanta potest cordis sui munditia.* Debe el hombre acometer esta obra tan noble, humilde y confiadamente, instantemente y con cuanta limpieza de corazon pudiere. Donde pone cuatro principales virtudes que disponen gran-

demente para recibir de Dios los dones y gracias que suele comunicar á los que se ejercitan en estas meditaciones.

La primera es humildad de corazon, entrando en la meditacion con vergüenza y confusion de sus culpas, no solo por la razon general (*Prov.* XVIII, 17), de que el justo en el principio de la oracion se acusa á sí mismo, sino en especial porque con sus pecados es causa de los tormentos de Cristo, á quien está mirando y contemplando, á la manera que si un padre estuviese preso en la cárcel, aherrojado en un calabozo, con grillos y cadenas, entre ladrones, padeciendo graves dolores y deshonras, no por sus propias culpas sino por las de su hijo; si el tal hijo entrase á visitarle, sin duda entraria con una humilde vergüenza y confusion de sí mismo, por haber sido causa de aquellos tormentos á su padre. Y á esta humildad pertenece cubrirse de luto; esto es, de humildad exterior en el vestido y traje, especialmente cuando se celebra la memoria de la pasion, ó se medita muy de propósito; pues quien va á visitar al afligido, no ha de ir con ropas de fiesta sino de llanto, conformándose con el atribulado, como lo hicieron los amigos de Job (*Iob,* II, 7), cuando le vieron llagado y tendido en un muladar. Tambien pertenece á la humildad subiéndola de punto, reconocerse por indigno de asistir á estos misterios, y tener sentimiento de ellos, creyendo que esto es favor especial que hace Dios á sus amigos muy queridos, como lo fue dar parte á tres apóstoles de su tristeza en el huerto, y querer que su Madre, san Juan y la Magdalena asistiesen en el monte Calvario. Y esta gracia no se da sino á los humildes, porque los soberbios, como se dice en el libro de Job (*c.* XXXVII, 24; *D. Greg.* Lib. XXVII Moral. *c.* 27), no se atreven, esto es, no les es concedido contemplar á Dios segun las grandezas de su divinidad, ni tienen espíritu para contemplar segun las bajezas de su humanidad.

La segunda disposicion es confianza grande en la misericordia de Cristo nuestro Señor, que pues se dignó padecer tanto por nosotros, tambien se dignará concedernos que nos compadezcamos con él, de modo que de la meditacion de sus trabajos saquemos el provecho para que ellos se ordenaron; y así juntando la humildad con la confianza, he de pedirle esta gracia, alegándole tres títulos.-El primero, la misma pasion que padece.-El segundo, la compasion que allí tuvo de los pecadores, haciéndose su abogado y orando por ellos, para que fuesen capaces del fruto de su pasion.-El tercero, la liberalidad que usó con uno de ellos; esto es, con el buen ladron; el

cual con humildad y confianza le pidió se acordase de él en su reino, y alcanzó mas de lo que pedia, como en su lugar verémos. Pero yo, dice san Lorenzo Justiniano (Serm. de Passion.), despues que me hubiere confesado por pecador como el ladron, hablaré á mi Señor, colgado en la cruz, y le diré con humildad y confianza: Señor, acuérdate de mí, no solo para que vaya á tu reino: *Sed ut doloribus compatiar tuis, tuaeque communicem passioni*, sino para que me compadezca de tus dolores, y participe de tu pasion; porque bien sé que si tengo parte contigo en padecer, la tendré tambien en reinar. (*Rom.* VIII, 17; II *Tim.* II, 12). Con estos títulos hemos de ensanchar la confianza en Cristo, la cual, como dice san Bernardo (Serm. 32 in Cant.), cuanto es mayor, tanto nos hace mas capaces de los divinos dones, estando el vaso del corazon con la humildad vacío de sí mismo para recibirlos.

La tercera disposicion es gran fervor y diligencia en esta obra de la oracion; porque seria cosa vergonzosa pensar con tibieza lo que Cristo padeció con tanto fervor. Este se ha de mostrar en que la meditacion sea muy atenta, profunda y devota, sacudiendo de la memoria las vagueaciones; del entendimiento la torpeza en los discursos para ahondar en los misterios; y de la voluntad la frialdad en los afectos, procurando que sean muy fervientes, como los de Cristo nuestro Señor, haciendo una generosa determinacion de acompañarle, no durmiendo como los tres apóstoles en el huerto, sino velando como él velaba, y orando con la agonía, instancia y perseverancia que él oraba, gastando en esto algunas horas como él las gastaba.

La cuarta disposicion es limpieza de corazon, procurando purificarle y conservarle limpio de culpas, para que entrando limpio en la oracion, esté con grande confianza, sin remordimiento y bien dispuesto para recibir los dones de Dios y los frutos de su preciosa sangre; porque ningun hombre cuerdo quiere echar un licor precioso en un vaso muy súcio. Por tanto, dice san Bernardo (*Serm. in feria 4 hebdom. poenos.*), pues la bendicion es muy copiosa, aparejad para recibirla vasos limpios, almas devotas, espíritus vigilantes, afectos bien regidos, y conciencias puras en quien se derramen tantas gracias como aquí se comunican. Estas son las disposiciones que se han de llevar para meditar estos misterios. Mas quien se hallare falto de ellas, no por eso deje la meditacion, porque ella misma encenderá el deseo de ellas, como tambien mueve á otras virtudes que luego dirémos.

§ III.

De varios modos de meditar la pasion.

Para quitar el fastidio que podria tener nuestra tibieza, meditando siempre una cosa de una misma manera, es bien saber los varios modos que hay de meditar la pasion, demás de los que se han puesto, meditándola como beneficio nuestro, ó como dolorosa á Cristo. Otros dos muy principales hay, á que se reducen los demás, al modo que en los convites se suele servir en dos maneras: la una, poniendo cada plato de por sí, y comido aquel poner otro; otra, poniendo muchos juntos, y tomando de cada uno algun bocado, conforme al gusto ó necesidad del que come. Así en este convite espipiritual de los misterios de la pasion hay dos modos de comerlos espiritualmente. El primero y mas ordinario es, meditando cada misterio por sí, ponderando en cada uno lo que es digno de ponderacion, siguiendo el órden de la historia, y en especial poniendo los ojos en las cuatro cosas que se notaron en la introduccion de la parte II (*Ex S. P. N. Ignatio, in* 1 *exerc.* 3 *hebdom.*); conviene á saber, mirar las personas que allí intervienen, así la de Cristo nuestro Señor, como la de su Madre y discípulos, y tambien de sus perseguidores, penetrando las calidades y condiciones de cada una. Además, mirar las palabras que hablan, y tambien las obras que hacen, aprendiendo de las que dice y hace Cristo nuestro Señor, y huyendo de las malas que dicen y hacen sus perseguidores. Y finalmente, mirar las cosas que Cristo padece, ponderando como la divinidad en cierto modo se escondió, no destruyendo á sus enemigos, sino permitiéndoles que atormentasen á la sacratísima humanidad. De donde inferiré lo que es razon haga y padezca yo, por quien tanto hizo y padeció por mí, trabando en razon de esto coloquios con Dios nuestro Señor, en la forma que luego verémos.

El segundo modo de meditar estos misterios es, teniéndolos todos en la memoria, tomar por materia de meditacion algun trabajo especial ó especial virtud de Cristo nuestro Señor, ponderando lo que hay cerca de ella en todos los pasos de la pasion, discurriendo por ellos. Como si quiero meditar la humildad de Cristo nuestro Señor, iré discurriendo y ponderando los actos de humildad que hizo, primero, cuando lavó los piés á los Apóstoles; despues los del prendimiento, cuando estaba debajo de los piés de sus enemigos, y así procederé hasta los que ejercitó en la cruz. Y si quiero tomar la car-

rera de mas atrás, puedo discurrir por los actos de humillacion que hizo en el tiempo de su nacimiento, niñez y predicacion, sacando de todos ellos motivos para ejercitar esta virtud enteramente, y porque en cada misterio resplandece algo especial que pertenece á su perfeccion. De este mismo modo se puede meditar la obediencia y caridad, ó paciencia del Salvador.

Y de la misma manera se puede tomar por materia de meditacion algun género especial de trabajo, dolor ó deshonra, discurriendo por los misterios de la pasion, ponderando solamente lo que toca á este trabajo, como seria meditar las veces que fue desnudado con grande ignominia; las veces que derramó su preciosa sangre; las estaciones que anduvo en este tiempo; las afrentas en materia de virtud, ó en materia de sabiduría, que sufrió, procurando con cada cosa de estas compadecerme del Salvador, y alentarme á sufrir algo por él en aquella suerte de trabajo. Y otras veces puedo tomar por materia de meditacion el dolor especial que Cristo nuestro Señor padeció en algunos de sus miembros ó sentidos, como seria meditar el dolor de las manos cuando las ataron en la prision y despues en la coluna, y cuando las clavaron en la cruz, y así en lo demás.

Á estos dos modos de meditar la pasion se puede añadir el tercero, por aplicacion de los sentidos interiores del alma, cerca de cada misterio, en la forma que se declaró en la meditacion XXVI de la parte II. -Lo primero, ver con los ojos del alma la figura exterior de Cristo nuestro Señor tan lastimosa, y la interior de su alma, por una parte tan bella y por otra tan afligida, admirándome y compadeciéndome de que el resplandor de la gloria del Padre, y figura de su sustancia, esté por mis pecados tan desfigurado. -Lo segundo, oir interiormente y sentir las palabras tan blandas y amorosas de este Señor; los clamores contra él tan ásperos y furiosos de sus enemigos; el ruido de las bofetadas, de los golpes, de los azotes y mártilladas, sintiendo en mi corazon lo que Cristo sentiria en el suyo. -Lo tercero, oler con el olfato interior, así la hediondez de los pecados que causaron la muerte de este sumo sacerdote, como la suavidad del sacrificio que ofreció por ellos, y de las virtudes que ejercitó en esta oblacion tan devota de su pasion, ponderando como se aplacó con ella la ira del eterno Padre, poniéndonos por señal de reconciliacion, no el arco que se hace en las nubes (*Genes.* IX, 13), sino á su Hijo, extendido como arco en la cruz, lloviendo sangre por nosotros. -Lo cuarto, gustar las amarguras é hieles de Cristo nuestro Señor, amargándome y entristeciéndome con ellas, como si cor-

poralmente las gustara. Y gustar tambien la dulzura del amor con que las padecia, y la que Dios comunica á los que padecen por su causa con amor, admirándome de ver unida tanta dulzura con tanta amargura.—Lo quinto, tocar con el tacto del alma los terribles instrumentos de la pasion de Cristo, el rigor y aspereza de las sogas, azotes, espinas, cruz y clavos, sintiendo en mi espíritu lo que el Señor sentiria en su cuerpo, y ejercitando los afectos que suelen brotar de tales sentimientos. La práctica de este modo de orar se pondrá en los misterios del huerto, y la de esotros dos modos se verá en la meditacion que se sigue, y es fundamento y preámbulo para las demás.

MEDITACION PRIMERA FUNDAMENTAL.

DE LA PASION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, EN QUE SE PONE UNA SUMA DE LAS COSAS QUE SE HAN DE MEDITAR EN CADA MISTERIO.

—Lo que se ha de ponderar en cada misterio de la pasion se puede reducir á seis ó siete puntos principales: conviene á saber, quién es la persona que padece estos tormentos; cuántos y cuán graves fueron; de qué personas los padece; por quién, y por qué causa; con qué amor y afectos; y las virtudes que ejercita padeciéndolos, y los que con él padecia su gloriosa Madre. Todo esto se tocará en esta meditacion en general, para que pueda despues aplicarse á cada misterio en particular.—

Punto primero. - *De la persona que padece.* — 1. En la persona de Cristo nuestro Señor, que padece estos tormentos, se pueden considerar principalmente tres cosas, que mueven con mas eficacia á los afectos de compasion y agradecimiento, amor é imitacion.—La primera, es la inocencia y santidad de este Señor; el cual era inocentísimo, sin mancha de pecado: santísimo con todo género de santidad, lleno de todas las gracias y virtudes; sapientísimo y discretísimo, en quien estaban encerradas las riquezas espirituales de la sabiduría de Dios (*Colos.* II, 3), y su divino espíritu sin medida (*Ioan.* III, 34): por lo cual se ve, que cuanto padecia era sin culpa suya, aunque sus enemigos fingian que la tenia, y le atormentaban como á culpado. Pues ¿cómo no me compadeceré de ver padecer á un Señor tan inocente, sábio y santo? Si el Centurion y otros muchos que se hallaron en el monte Calvario herian sus pechos de dolor, viendo padecer al que tenian por justo, ¿cómo no hie-

ro yo el mio, considerando que padece, no cualquiera justo, sino el supremo de los justos, sin haber dado ocasion culpable para tantos trabajos? Ó corazon mio mas duro que las piedras, ¿cómo no te partes por medio de dolor, pues ellas se partieron y desmenuzaron cuando padeció esta Piedra viva, fuente de la gracia, y dechado de toda santidad?

2. La segunda, consideraré la omnipotencia y liberalidad de este Señor en hacer bien á todos, y ser universal bienhechor de todos; porque toda la vida se ocupó, como dijo san Pedro (*Act.* x, 38), en hacer bien y curar á todos los oprimidos del demonio: alumbraba los ciegos, limpiaba los leprosos, sanaba los enfermos y resucitaba los muertos. Y además de esto, hacia bien á las mismas almas, perdonando los pecados, librándolas del infierno, abriendo las puertas del cielo, comunicándolas luz de doctrina maravillosa y fuego de caridad, con el resplandor de todas las virtudes. De donde consta, que padecia tormentos y deshonras, no solo sin culpa, sino por lo que merecia sumo descanso y honra. Por lo cual dice san Agustin (in Psalm. XLIX), que Cristo nuestro Señor vivió en el mundo: *Mira faciens, et mala patiens donec suspenderetur in ligno,* haciendo cosas maravillosas, y padeciendo cosas muy trabajosas, hasta ser colgado en un madero. Pues ¿cómo, alma mia, no te deshaces de pena viendo padecer este Bienhechor tuyo y de todo el mundo, el cual haciendo bien y provecho á todos, recibe mal y daño de todos? ¡Oh quién pudiese alcanzar tal gracia, que obrando bien como mi Señor, padezca algun mal y trabajo por su amor! No quiero de los hombres premio de mis buenas obras, pues mi Redentor recibió de ellos graves tormentos por las suyas.

3. La tercera, consideraré la infinita caridad de este Señor en darse á todos y hacerse uno con todos, ponderando como es mi Padre, mi Maestro, mi Médico, mi Redentor, mi Pastor, mi Criador, mi Bienaventuranza, Esposo de mi alma, Dios mio y todas mis cosas. Y poco antes de su pasion se hizo mi manjar y bebida para entrar dentro de mí, y hacerse una cosa conmigo; por lo cual he de tomar sus trabajos como mios, y compadecerme de ellos, y sentirlos como si fueran mios, pues tan mio es el que los padece, y tanto amor me tiene. Si el hijo llora la muerte de su padre, y la esposa la de su esposo, y el amigo la de su amigo muy querido, ¿cómo no lloraré yo la pasion y muerte de tal Padre, de tal Esposo, de tal Amigo? —Para este fin ayudará lo que se dirá en el punto octavo.—

PUNTO SEGUNDO.—*De la muchedumbre y gravedad de los tormentos de*

Cristo nuestro Señor. — 1. La muchedumbre y gravedad de los tormentos que Cristo nuestro Señor padeció en su pasion, en general se pueden reducir á dos órdenes: unos exteriores, figurados por el Bautismo, que baña el cuerpo por defuera; otros interiores, figurados por la bebida del cáliz, que entra y penetra á lo de dentro, porque de estas dos semejanzas usó el mismo Señor para declararlos (*Marc.* x, 38), comenzando por los tormentos exteriores. Primeramente, se ha de discurrir por todos los géneros de cosas que son materia de trabajos corporales, en las cuales padeció Cristo nuestro Señor grandemente.-En la hacienda y cosas que poseia (*Ex D. Thom.* 3 *p. q.* 46, *art.* 5, 6 *et* 7), llegó á padecer tanta pobreza y desnudez, que murió públicamente desnudo en la cruz, tomándole los soldados sus vestiduras, y repartiéndolas entre sí.-En la honra padeció innumerables irrisiones y escarnios, tratándole como á ladron, malhechor y blasfemo contra Dios, blasfemando de él por esta causa.-Lo tercero, en la fama padeció muchos falsos testimonios con que pretendian desacreditarle; de suerte, que en materia de virtud y santidad, fue despreciado y tenido por pecador, por samaritano, endemoniado, revolvedor del pueblo, comedor, bebedor y blasfemo. Y por consiguiente, fue tenido por hombre reprobado de Dios y condenado, que es la suma afrenta que puede haber. De la cual dice el mismo Señor en persona de David (*Psalm.* LXXXVII, 5): Fuí tenido por uno de los que bajan al lago infernal, pusiéronme en el lago inferior, en el lugar oscuro, que es sombra de la muerte.

2. Demás de esto, en materia de sabiduría y ciencia fue despreciado y tenido por idiota, sin letras, por loco y furioso, por imprudente y necio. (*Marc.* III, 21).-En materia de potencia y milagros fue tenido por embustero y encantador, y por hombre que tenia pacto con Belzebuth y Satanás. (*Luc.* XI, 15).-Además en su propio cuerpo padeció gravísimos dolores, así porque de su género eran penosísimos, como porque su complexion era delicadísima, así sentia mucho mas que otros cualquier dolor y lesion corporal.-Finalmente, padeció en sus amigos y allegados: parte, porque los mas le desampararon; parte, porque teniéndolos presentes, sentia el dolor y afrenta que ellos padecian, especialmente su Madre santísima. Ó liberalísimo Redentor, ¡cuán bien pagais nuestras deudas con vuestras penas! Porque todas las cosas del mundo fueron cebo de nuestra codicia, carnalidad y soberbia, quereis padecer en todas pobreza, tormento y humillacion. Séanme de hoy mas instrumento para serviros, como hasta aquí lo fueron para ofende-

ros. Ó alma mia, compara las excelencias de esta divina Persona con las ignominias y dolores que padece, para que te confundas de tu soberbia y sensualidad, y te alientes á padecer por imitarle.

3. Lo segundo, se puede discurrir por los cinco sentidos de Cristo nuestro Señor, ponderando lo mucho que padeció en cada uno de ellos.—Porque primeramente sus ojos fueron afligidos viendo los visajes, mofas y meneos de sus enemigos, y las lágrimas y sollozos de sus amigos; y fueron tambien enturbiados con las salivas y gotas de sangre que corrian de su cabeza, y con el ardor de las encendidas lágrimas que por ellos se vertian.—Sus oidos padecieron oyendo contra sí muchas y muy grandes blasfemias, injurias y falsos testimonios, y terribles acusaciones de sus enemigos.—El olfato padeció sufriendo el mal olor del monte Calvario, donde fue crucificado.—El gusto padeció terrible sed, y en ella fue, no aliviado, sino atormentado con hiel y vinagre.—El tacto padeció gravísimos dolores de azotes, espinas y clavos, que traspasaron su cuerpo. Ó sentidos de mi dulce y amado Jesús, dignos de ser recreados con todas las cosas apacibles de la tierra, ¡cómo estais afligidos con todas las cosas amargas y penosas de esta vida! ¡Oh si mis sentidos se conformasen con los de mi Señor, padeciendo las mismas penas, pues de ellos salieron las culpas!

4. Lo tercero, se puede discurrir por todos los miembros y partes principales del cuerpo de Cristo nuestro Señor, en los cuales padeció exquisitos dolores y tormentos. La cabeza fue punzada con espinas, y aporreada con la caña; los cabellos y barbas arrancadas; los carrillos abofeteados; los brazos descoyuntados, de modo que se podian contar los huesos; las muñecas atadas fuertemente con sogas; las manos y piés agujereados con clavos; las espaldas y todo el cuerpo acribado con azotes muy crueles; y como las heridas eran en partes tan sensibles, causaban dolores excesivos. Ó cuerpo delicadísimo, ¡con cuánta razon se puede decir de tí (*Isai.* I, 6), que desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza no tenias parte sana, sino todas llenas de heridas y cardenales, de llagas y dolores muy terribles! ¡Oh cuánta mayor razon habia, para que mi cuerpo fuera atormentado en todas sus partes y sentidos, pues con todas y de todas han manado innumerables pecados! Sana, ó buen Jesús, con las llagas de tu cuerpo las llagas de mi alma; y por tus dolores corporales líbrame de mis males espirituales. Amen.

5. Lo cuarto, se ha de considerar las aflicciones y dolores interiores de Cristo nuestro Señor, los cuales acompañaban á estos ex-

teriores, y fueron tambien muchos y muy graves en todas las cosas que el ánima purísima del Salvador podia padecer sin imperfeccion, como fueron desamparos interiores de la divinidad, suspension de los consuelos sensibles del corazon, tristezas vehementes de la voluntad, por las injurias que se hacian á Dios, y por la perdicion de los hombres, temores, tédios y agonías terribles, de las cuales fue testimonio el sudor de sangre, como verémos en la meditacion de los misterios del huerto. Finalmente, aunque fueron terribles los dolores del cuerpo, fueron mayores los del espíritu; porque en lo interior tomaba tanta pena, cuanta queria; y como amaba mucho, queria que fuese mucha, para mayor bien de los que tanto amaba. Ó dulce Redentor, ahora veo con cuánta razon te llama Isaías (*Isai.* LIII, 3) varon de dolores y curtido en enfermedades, pues por todas partes estás rodeado de dolores y cercado de aflicciones! Las tempestades del mar amargo bañaron y atormentaron tu cuerpo, y sus olas entraron dentro de tu alma. (*Psalm.* LXVIII, 2). Por defuera te afligió el bautismo de sangre (*Luc.* XII, 50) muy penoso, y por de dentro el cáliz (*Marc.* X, 38) de la tristeza muy amargo. Concédeme, Señor, que sea semejante á tí en todas estas penas, para que mi cuerpo y espíritu te agraden y queden limpios de todas sus mancillas. Amen.

PUNTO TERCERO. - *De los perseguidores y enemigos que atormentaron á Cristo nuestro Señor en su pasion.* — 1. Cerca de este punto, lo primero, se ha de considerar la muchedumbre y calidad de las personas que se conjuraron contra Cristo nuestro Señor, para despreciarle y atormentarle en su pasion, ponderando como concurrieron reyes, jueces, gobernadores, sumos pontífices, sacerdotes, letrados y religiosos de aquel tiempo, cortesanos, soldados, gentiles y judíos, y hasta de sus mismos discípulos no faltó quien le persiguiese: el rey Herodes con su corte le escarnece; el juez Pilato le condena; Anás y Caifás, sumos sacerdotes, le reprueban; los escribas y fariseos le acusan; los soldados le prenden y mofan; los verdugos le azotan, coronan y crucifican; la canalla del pueblo da voces contra él, pidiendo que muera; un discípulo le vende, otro le niega, y todos le desamparan. Á lo cual se ha de añadir, que á todos estos tenia este Señor obligados con innumerables beneficios, para que le amasen, honrasen y sirviesen, porque demás de los beneficios generales que como Dios y redentor comunicaba á todos, en especial habia hecho otros muy particulares á los de aquel pueblo, enseñándoles su doctrina, haciendo en su presencia muchos

milagros, curándoles sus enfermedades y las de sus hijos, criados ó amigos, y dándoles de comer milagrosamente en los desiertos, por lo cual le querian alzar por rey, y le recibieron en su ciudad con la mayor pompa que jamás fue recibido príncipe de la tierra.

2. Pues todos estos se trocaron y convirtieron contra su Dios y redentor, y contra su bienhechor infinito, injuriando, atormentando y matando á quien tanto bien les habia hecho, y á quien poco antes juzgaban por digno de suma honra, y le aclamaban por autor de la vida. Ó dulce Jesús, rey de los reyes, juez de los vivos y muertos, sumo pontífice y supremo sacerdote, fuente de la ciencia y santidad, piedra angular del pueblo gentílico y judáico, ¿cómo eres perseguido de los reyes y jueces terrenos, de los sacerdotes y sábios de la tierra, y de todos los pueblos y naciones del mundo? No me espanto que te persigan los que no te conocen; pero ¿qué diré viéndote perseguido de los que te conocian, y por mil títulos estaban obligados á servirte? ¡Oh quién nunca te hubiera perseguido con mis pecados! No permitas, Señor, que te persiga mas con ellos, sino que fielmente con mis servicios corresponda á tus innumerables beneficios.

3. Lo segundo, se ha de ponderar la crueldad y fiereza de estos enemigos y perseguidores, porque como eran soberbios, ambiciosos, codiciosos, hipócritas y fingidos, eran tambien enemigos de la verdad, y del maestro que la enseñaba, y del médico que deseaba curar sus mortales llagas. Y demás de esto, estaban poseidos de la pasion del odio, rencor y envidia de Cristo, porque les reprendia sus vicios, y oscurecia sus honras vanas con la autoridad de su sabiduría, santidad y milagros, y así deseaban hundirle; unos por malicia, para vengar sus injurias; otros por pasion de temor, por no perder la gracia del César ó del pueblo; otros por ignorancia, por no conocer bien quién era; otros por falso celo de la religion y del bien público, el cual celo, cuando se junta con envidia, atiza la crueldad, y la hace mas terrible que de fieras. Ó Cordero mansísimo, ¡con mucha razon decís (*Psalm.* XXI, 13) que os han cercado muchos perros y novillos y toros gruesos, leones y unicornios muy feroces, porque vuestros enemigos, á modo de fieras, os rodean y espantan con sus bramidos, desgarran con sus uñas, muerden con sus dientes, y con sus cuernos os voltean de una parte á otra, trayéndoos de tribunal en tribunal, hiriéndoos con tanta crueldad, como si no fuérais hombre, sino estatua de hombre, gusano y desecho del pueblo! ¡Oh quién pudiera libraros de su furia endemoniada! Mas vuestra

caridad no da lugar á vuestra omnipotencia, que pudiera hacerlo, para que en medio de tantas fieras resplandezcan vuestras soberanas virtudes.

4. Lo tercero, ponderaré como los principales perseguidores de Cristo nuestro Señor fueron las potestades de las tinieblas infernales (*Luc.* XXII, 53), que son los demonios, los cuales sumamente le aborrecian, porque los echaba de los cuerpos, y sacaba de su poder las almas, y destruia su reino, que era el reino del pecado, y así por vengarse de él atizaban la fiereza de los hombres para que le persiguiesen. Á Judas instigó Satanás que le vendiese; á los soldados que inventasen los escarnios que le hicieron; y en los judíos encendia el fuego de ira con que ardian; y como la licencia que para esto le dieron no fue con la limitacion que se le dió contra el santo Job, no se contentó con arrojarle en un muladar lleno de llagas, sino con quitarle la vida con terribles tormentos. Ó Jesús, gran sacerdote (*Zach.* III, 1), ¿qué á tí con Satanás, para que tal poderío se le dé sobre tu sagrado cuerpo? ¡Oh amor insaciable, que no contento con ser atormentado de los hombres, quieres que sus atizadores sean los demonios, para librarme con estos tormentos de lo que ellos me habian de dar por mis pecados!

5. Finalmente, ponderaré como crecieron las penas de este Señor, porque con los ojos de su alma sapientísima conocia la rabia de sus enemigos, no solamente por las obras y señales exteriores, como los demás hombres, sino porque penetraba sus corazones, y veia claramente las ansias endemoniadas que tenian de atormentarle, mucho mas de lo que por defuera mostraban (*Ierem.* XI, 19); porque aunque fueron muchos y muy graves los tormentos que le dieron, muchos mas y mayores quisieran darle si pudieran. Ó sapientísimo Jesús, vuestra misma ciencia aumenta vuestro dolor (*Eccles.* I, 18), sin entibiarse por esto vuestro amor, porque mas lleno está vuestro corazon de amor con vuestros enemigos, para padecer por su provecho, que el suyo de aborrecimiento, para buscar vuestro daño. Llenadme, Señor, de vuestra encendida caridad, para que imite vuestra invencible paciencia. Amen.

PUNTO CUARTO. — *De las personas por cuyo bien padece Cristo nuestro Señor, y de las causas por que padece.* — 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Salvador padeció todos estos desprecios y dolores por los pecados de los hombres, pasados, presentes y por venir, pagando las deudas de todos con el precio de su sangre, derramada con tanto dolor y desprecio. De donde podemos

sacar algunas causas particulares de esta soberana pasion, es á saber, para volver por la honra de su Padre, injuriado con tantas ofensas, y para aplacar la justa indignacion que tenia contra los hombres, reconciliándolos con él, y librándolos de sus culpas y de las penas que por ellas merecian, así temporales como eternas, y para merecerles y alcanzarles la gracia y caridad, y todas las virtudes, con los medios necesarios y convenientes para su justificacion y perfeccion. Y finalmente, para abrirles la puerta del cielo, y entrarlos en la gloria y vida eterna, quitando todos los estorbos que para ello habia. De aquí es, que como los pecados de los hombres eran infinitos en el número y en la gravedad, por ser contra Dios infinito, era necesario que fuese de infinita excelencia la persona que padecia estos dolores, para pagar con ellos la deuda con igualdad; y aunque cualquier dolor de Cristo nuestro Señor y cualquier gota de su sangre bastara para esto, por ser de persona tan infinita, quiso padecer tanta muchedumbre de tormentos, para que su redencion fuese mas copiosa (*Psalm.* CXXIX, 7), y los hombres conociésemos la infinita gravedad de nuestros pecados, porque, como dice san Bernardo (*Serm.* 3 *de Nativit.*), por la consideracion del remedio veo la grandeza de mi peligro. ¡Oh cuán graves son las llagas, por las cuales fue necesario que Cristo fuese llagado! Si no fueran llagas de muerte, y de muerte sempiterna, nunca por su remedio el Hijo de Dios muriera.

2. Miraba nuestro Redentor todo el cuerpo místico del linaje humano, llagado de piés á cabeza con innumerables culpas, y para curarle quiere que su cuerpo sea de piés á cabeza llagado con innumerables heridas, y su espíritu afligido con muy graves ignominias, proporcionando la medicina con la llaga. Por nuestras codicias desordenadas de hacienda estais, Señor, desnudo en una cruz; por la soberbia de los letrados sois tenido por loco; por la vanidad de los que presumen de santos sois escarnecido como pecador; por la hinchazon de los poderosos sois tratado como miserable y flaco; por los regalos de los sensuales sois cargado de tormentos. Los dolores de vuestros cinco sentidos pagan las demasías de los nuestros; vuestra cabeza es coronada de espinas, en castigo de nuestras ambiciones; vuestra lengua es aheleada con hiel y vinagre, por nuestras glotonerías; vuestras manos y piés son agujereados con clavos, en pena de nuestras malas obras y peores pasos; vuestras espaldas son aradas con azotes, por los hurtos y maldades que cargamos sobre las nuestras; vuestros hombros fueron oprimidos con la carga

de la cruz, porque los nuestros desecharon la carga de vuestra ley. Ó Redentor liberalísimo, cuya redencion es tan copiosa que bastara para redimir infinitos mundos, si los hubiera, aplicad esta redencion á este único mundo que criásteis, para que todos gocen de ella y se salven. Amen.

3. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor padecia todos estos tormentos por los mismos enemigos que se los daban, y derramaba su sangre preciosa, para pagar los pecados que sus perseguidores hacian derramándola; y en testimonio de esto, estando en la cruz, oró por ellos, y los excusó. Y es tan inmensa su caridad, que ofrece su pasion por dar la misma caridad á los que le aborrecen, por dar honra á los que le deshonran, por dar libertad á los que le prenden, por dar descanso á los que le afligen, y por dar eterna vida á los que le dan cruel muerte. Bendita sea, Salvador mio, vuestra inmensa caridad, y glorificada sea vuestra infinita misericordia. ¡Oh si vuestros enemigos la conocieran, cómo se confundieran de su ingratitud, y convertidos en amigos no cesaran de alabaros y serviros con mas amor, que antes os perseguian con rencor! Abrid, Señor, los ojos de los que ahora os persiguen, para que cesando de perseguiros traten muy de veras de serviros.

4. Lo tercero, he de considerar con mas particular atencion, como Cristo nuestro Señor de tal manera padecia todos estos desprecios y dolores por todos los hombres del mundo, que en especial los padecia y ofrecia por cada uno de ellos, como si él solo estuviera en el mundo, teniéndole presente en su memoria y en su corazon, y ponderando sus pecados, miserias y necesidades, como si no tuviera otras que mirar y remediar. De modo, que yo puedo decir por mí, lo que san Pablo dijo de sí (*Galat.* II, 20), hablando de Cristo nuestro Señor, el que me amó y se entregó á la muerte por mí. ¡Oh alma mia, si te vieras en el corazon de tu dulce Jesús, al tiempo que padecia estos dolores! ¡Oh si entendieras el amor y cuidado con que los ofrecia por tus pecados! sin duda te deshicieras de dolor, por ser causa de sus dolores, y te abrasaras en amor, por verte tan amada en medio de ellos. Llora, pues, ahora tus pecados, por los cuales padece tanto el que tanto te amó, y ama con todas tus fuerzas al que por tí tanto padeció, y como si por tí sola los padeciera, así le alaba y glorifica por todos los siglos. Amen.

PUNTO QUINTO. – *Del amor y afecto con que Cristo nuestro Señor padecia.* — 1. Este punto es el mas tierno y el que ha de servir de salsa para hallar gusto y sabor espiritual en todo lo que meditaré-

mos de la pasion, ponderando la grandeza é inmensidad del amor con que este Señor padecia todos sus tormentos, porque no los padecia por necesidad y fuerza, sino, como dijo el profeta Isaías (*Isai.* LIII, 7), por su voluntad y de gana, solamente porque quiso, porque era bueno y misericordioso, é inclinado á dar gusto á su Padre eterno y hacer bien á todos los hombres, y para descubrir las riquezas y tesoros infinitos de caridad, y misericordia y liberalidad de Dios para con sus criaturas. De aquí procedia, que como amaba tanto á su eterno Padre, y por su respeto amaba tanto á los hombres, con ese mismo amor inmenso padecia todo lo que padeció por ellos; aceptándolo todo con grande gusto y consuelo por su bien. ¡Oh quién pudiera rastrear la longura y anchura, la alteza y profundidad de la caridad de Jesús! (*Ephes.* III, 18). ¡Oh quién entrara en su encendido corazon, y viera el horno de fuego infinito que en él ardia, y se derritiera con aquel fuego, saliendo todo lleno de amor, para amar como soy amado, y para padecer con amor por quien padece con tanto amor! De este amor interior nacian tales señales y muestras exteriores, que bastan para derretir el corazon mas helado que el mismo hielo y mas duro que el peñasco.

2. Porque lo primero, señal de amor á los trabajos es desear que vengan presto; hablar con gusto de ellos, refrescar á menudo su memoria, entrar con alegría y gozo en el lugar donde se han de padecer, y afligirse de ver que se dilatan, y reprender á los que se lo quieren estorbar, llamándolos Satanás y adversarios suyos. Todo esto hacia nuestro dulce Jesús, como verdadero enamorado del padecer, como adelante se verá. Por razon de lo cual dijo á sus discípulos (*Luc.* XII, 50): Con un bautismo tengo de ser bautizado. ¡Oh cómo me aflijo hasta que esté acabado! Ó Amado mio, si este bautismo fuera de agua, no me admirara que te diera pena su tardanza y dilacion; mas siendo bautismo de sangre, y de sangre salida de tus venas con terribles penas, ¿cómo le deseas con tantas ansias? ¡Oh quién me diese tal hambre y deseo de padecer trabajos, que gustase de ellos mas que de los descansos!

3. Mas porque muchos blasonan de los trabajos y los desean antes que vengan, y despues de venidos los aborrecen y huyen de ellos; hay otra señal mas cierta del amor al padecer, que es acometer los mismos trabajos, salirlos á recibir, no huir de ellos, ni impedirlos aunque pueda; no excusarse, ni volver por sí, ni hablar en su defensa, aunque sea provocado á ello, para eximirse de ellos; ofrecerse aparejado sin resistencia á todo cuanto quisieren hacer de él sus

atormentadores, con tal modo de mansedumbre que no pierdan el ánimo de atormentarle, por muchos tormentos que le dén. Todo esto y mucho mas descubrió Cristo nuestro Señor en su pasion, porque se fué al huerto, donde le habian de prender; podia rogar al Padre que enviase legiones de Ángeles que le defendiesen, y no quiso; dió licencia á sus enemigos, que estaban postrados en tierra, para que se levantasen y le prendiesen; entregó su rostro á las bofetadas y su cuerpo á los azotes, sin volver el rostro, ni desviar el cuerpo á dolor alguno; no quiso hacer milagros para que Herodes le amparase, ni hablar en su defensa para que Pilatos le soltase, aunque le provocaba á ello y se admiraba de su silencio. Y finalmente, aceptó su injusta sentencia, y abrazó dulcemente la cruz y se tendió en ella, dejándose enclavar con duros clavos de hierro, porque estaba ya muy mas enclavado con los clavos del amor. ¡Oh amor infinito y fuego inmenso, á quien no pudieron apagar las aguas de trabajos tan inmensos (*Cant.* VIII, 7), antes con ellas se encendia mucho mas! Abrasadme, Salvador mio, con este fuego, y encendedme con este amor.

4. Pero mas adelante pasó el amor inmenso de Jesús, en dar señales de inmensidad, pues no se hartó con padecer lo que padeció, sino deseó padecer infinitamente mas. Miraba las ansias con que sus enemigos deseaban inventar nuevos tormentos para afligirle; y dilatando mas su amor, no solamente deseaba padecer los tormentos que le dieron, sino estaba aparejado á sufrir todos los que deseaban darle. Y aun no contento con esto, estaba deseoso y aparejado para sufrir otros incomparablemente mayores, si fuera necesario, para nuestro bien. Ó fuego infinito, que siempre ardes y nunca dices basta, ¿con qué te pagaré tal deseo de padecer? Mucho te debo, por lo mucho mas que por mí padeciste; pero mucho mas te debo, por lo mucho mas que deseaste padecer, si fuera necesario para nuestra redencion. Si recibiste cinco mil azotes, amor tenias para recibir cinco mil millares mas crueles. Si tu cabeza fue traspasada con setenta y dos espinas, tu amor estaba rendido para dejarse traspasar de setenta mil de ellas. Si estuviste colgado tres horas en la cruz con excesivos dolores, aparejado estabas para estar millares de horas con tormentos mucho mayores. Mas deseaste ser atormentado, que tus enemigos atormentarte; y mas amaste el padecer, que todos los hombres mundanos aman el descansar. ¡Oh quién me diese un amor tan insaciable, que no se viese harto de padecer por quien tanto padeció por mí con tan insaciable amor! Buen testimonio de

este amor es lo que pasó en el huerto, adonde este Señor, previniendo á los tormentos de los verdugos, quiso de su voluntad dar principio á sus trabajos, con tales muestras de dolor que sudó sangre, como en su lugar ponderarémos.

Punto sexto.-*De las heróicas virtudes que Cristo nuestro Señor ejercitó en su pasion.*— 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor ejercitó en su pasion todas las principales virtudes de la vida cristiana y perfecta, y cada una de ellas en grado heróico, cuanto á los actos exteriores, y mucho mas cuanto á los interiores que los acompañan. Las causas de esto fueron:-La primera, porque habia venido á ser maestro, ejemplar y dechado de las virtudes, y entonces quiso hacer un epílogo de todas, y dar de ellas singular ejemplo, como lo dijo en acabando de lavar los piés á sus Apóstoles. (*Ioan.* xiii, 15).-La segunda, porque con su pasion nos habia de merecer y ganar todas las virtudes, y así quiso que los merecimientos se fundasen en el ejercicio actual de todas ellas.-La tercera, para volver por la honra de las virtudes que estaban muy caidas y desacreditadas en el mundo, especialmente las que tienen por oficio hollar las cosas mundanas.-La cuarta, para dejarnos por testamento y última voluntad, confirmada con su muerte, las obras excelentes de todas las virtudes; porque así como dijo en el último sermon: Un mandamiento nuevo os doy, que os ameis unos á otros, como yo os amé; así pudo decir y dijo con la obra: Un mandamiento nuevo os doy, que os humilleis como yo me humillé, y que obedezcais y sufrais como yo obedecí y sufrí. Ó dulce Maestro, enseñadme á ejercitar estas virtudes, imitando el ejemplo que me dísteis, para que yo en mi tanto vuelva por la honra de ellas para gloria vuestra. Amen.

2. *De las ocho bienaventuranzas.* (*Matth.* v, 3).—Lo segundo, puedo ponderar la muchedumbre y grandeza de estas virtudes, discurriendo por los ocho actos heróicos, que Cristo nuestro Señor en el sermon del monte llamó bienaventuranzas, las cuales ejercitó en su pasion con eminencia.-Lo primero, ejercitó la pobreza de espíritu, renunciando todas las cosas hasta el propio vestido, quedando desnudo en la cruz. Y con la pobreza ejercitó la humildad, que se encierra en ella, hollando todas las vanas honras y pompas del mundo, y abrazando todo género de desprecios, como está referido. -Ejercitó la mansedumbre heróicamente en medio de tantas fieras que le mordian y despedazaban, estando como cordero sin hablar, ni defenderse, ni indignarse, y con tanta fortaleza como si fuera un dia-

mante en todo lo que sufria.-Lloró amargamente por nuestros pecados, con grande dolor y tristeza, hasta derramar no solamente lágrimas por sus ojos, sino sangre por todos los poros de su delicado cuerpo.-Tuvo hambre y sed insaciable de la justicia, no viéndose harto de hacer bienes y de padecer males, por justificarnos y darnos ejemplos de santidad, por lo cual dijo en la cruz: Sed tengo.

3. Señalóse en tener misericordia de los miserables, dándoles cuanto tenia, hacienda, honra, sangre y vida para remediar sus miserias, y su mismo cuerpo en manjar para hartar su hambre, y su sangre en bebida para satisfacer á su sed.-Tuvo limpieza de corazon eminentísima, conservándose en medio de tan terribles ocasiones sin pecado, antes tomando de ellas motivo para ejercitar admirables actos de virtud.-Fue excelentísimamente pacífico, pacificándonos con su eterno Padre, ganándonos la verdadera paz, y conservándola él mismo con los que le hacian tan terrible guerra.-Finalmente, fue por extremo paciente, padeciendo por la justicia las mayores persecuciones que jamás se han padecido, y con la mayor paciencia que jamás se ha tenido, por lo cual con mucha razon le son debidos todos los premios que á estas virtudes corresponden, los cuales tambien ganó para los que le imitasen en ellas. Ó Maestro soberano, ¡quién te oyera hablar en el primer monte cuando predicabas estas virtudes, y quién te viera padecer en el monte Calvario cuando las ejercitabas! El mismo eras, y el mismo fin tenias en ambos montes, hablando y obrando, enseñando á padecer y padeciendo. Dame gracia, Señor, para que oiga lo que me enseñaste, y ejercite lo que ejercitaste, conformándome contigo en todo lo que hiciste y padeciste.

4. *De la obediencia de Cristo nuestro Señor.*—Lo tercero, se pueden ponderar estas virtudes de Cristo nuestro Señor, cada una por sí, discurriendo por las propiedades y grados que tiene cada una. Y porque seria cosa larga poner ejemplo en cada una, solamente le pondré en la obediencia, que las abraza todas; de la cual dijo san Pablo (*Philip.* II, 8), que se humilló Cristo nuestro Señor haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; y que siendo Hijo de Dios, por las cosas que padeció, aprendió la obediencia (*Hebr.* V, 8), la cual fue heróica.-Lo primero, porque no solo obedeció en cosas fáciles y prósperas, sino en cosas dificultosísimas y asperísimas, cual fue la muerte de cruz, con lo demás que precedió á ella.-Lo segundo, con ser las cosas tales, fue su obediencia enterísima, sin dejar una jota ni una tilde de todo cuanto habian profe-

tizado los Profetas. Lo cual ponderó san Juan cuando dijo (*Ioan.* XIX, 28): Sabiendo Jesús que todas las cosas de su pasion estaban ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Sed tengo, que fue decir: Para que se cumpliese una penalidad de las que estaban profetizadas, y faltaba por cumplir, que habian de darle á beber vinagre cuando tuviese sed, dijo: Sed tengo.—Lo tercero, fue su obediencia prontísima y puntual, sin dilacion ni tardanza, ni réplica, ni excusas á cuanto se le mandaba, aunque fuese muy áspero, y de parte de los jueces y verdugos muy injusto.

5. Lo cuarto, fue general y humilde, sujetándose á todo género de hombres malos y perversos, por entender que esta era la voluntad de su Padre, conforme á lo que él dice por Isaías (*c.* L, 5): El Señor me abrió la oreja, esto es, mandóme obedecer, y yo no contradije ni volví atrás; dí mi cuerpo á los que le herian, mis barbas á los que las arrancaban, no aparté mi rostro de los que me injuriaban y escupian.—Finalmente, fue obediencia perseverante hasta la muerte, queriendo que primero le faltase la vida que el obedecer, y morir obedeciendo, y obedecer muriendo, y todo con obediencia de amor, segun aquello que el mismo Señor dijo (*Ioan.* XIV, 31): Para que conozca el mundo que amo á mi Padre, y que como mi Padre me dió el precepto así le cumplo; levantaos y vamos á padecer. Gracias te doy, dulcísimo Señor, por el heróico ejemplo que me diste de obediencia. ¡Oh quién tuviese otra semejante, fuerte, entera, pronta, puntual, perseverante y amorosa, sujetándome á toda humana criatura por tu amor, para que todo el mundo conociese que te amo, y que cumplo tus mandamientos con el modo que los mandas! Por tu santísima obediencia te pido esta obediencia; mándame, Dios mio, lo que quisieres, con tal que me dés esta virtud para cumplir lo que me mandas. De esta manera se puede discurrir cerca de la humildad y pobreza, silencio, modestia y demás virtudes.

Punto séptimo.—*De las siete estaciones que Cristo nuestro Señor anduvo en su pasion.*—Los caminos ó estaciones que Cristo nuestro Señor anduvo la noche de su pasion y el dia siguiente, se pueden reducir á siete, para meditarse en los siete dias de la semana, comprendiendo en ellas todo el discurso de la pasion.—La primera, fue con sus discípulos, desde el cenáculo al huerto de Getsemaní, donde se entristeció, oró y sudó sangre.—La segunda, desde el huerto, donde fue preso, hasta casa de Anás, donde fue examinado y recibió una cruel bofetada.—La tercera, á casa de Caifás, donde fue escupido, abofeteado, y padeció gravísimas injurias y dolores toda aque-

lla noche.—La cuarta, á casa de Pilatos presidente, donde fue acusado de los judíos con muchos falsos testimonios.—La quinta, al palacio del rey Herodes, donde fue escarnecido de él y de todo su ejército.—La sexta, fue la vuelta á casa de Pilatos, donde fue azotado, coronado de espinas y escarnecido, y condenado á muerte.—La séptima, fue de aquí al monte Calvario con su cruz á cuestas, en la cual fue allí crucificado. Por estas siete estaciones deberia, como David (*Psalm.* CXVIII, 164), dar gracias á Dios siete veces al dia, glorificándole por los juicios de su justicia y misericordia, que en ellas resplandecen, rumiando muy despacio quién es la persona que anda estas jornadas y el fin que tiene en ellas, la compañía que lleva, el lugar de donde sale, el modo como camina, el lugar donde para, las cosas que dice, hace y padece, sacando de todo el espíritu y provecho á que se ordenaron. —

1. En la persona de Cristo nuestro Señor se ha de considerar su infinita dignidad, como está dicho, ponderando los pasos y afectos del espíritu con que acompañaba los pasos del cuerpo, ordenándolos á gloria del eterno Padre, para satisfacer por nuestros pecados. Y quizá fueron siete las estaciones en castigo de los malos pasos que hemos andado en los siete pecados mortales, y para quebrantar el orgullo del dragon bermejo de siete cabezas, que tenia tiranizado el mundo (*Apoc.* XII, 3), y para domar la soberbia y rebeldía de los mundanos, y darnos á todos ejemplo de humildad y paciencia, conforme á lo que está escrito (*Habac.* III, 6), que los montes del siglo se desmenuzaron, y los collados del mundo se encorvaron con los caminos de su eternidad, esto es, que los soberbios y altivos corazones, los rebeldes y protervos ánimos se humilleron y sujetaron por las jornadas y caminos que anduvo este Señor eterno, trazadas desde su eternidad para este fin. Ó eterno Dios y Salvador nuestro, Cordero sacrificado por nosotros desde el principio del mundo (*Apoc.* XIII, 8), esclarece los ojos de mi alma, para que considere estas jornadas y pasos que anduviste por nuestro remedio, de modo que alcance el fin para que tú las ordenaste. Perdona, Señor, por ellas mis malos pasos, y enderézalos de aquí adelante segun tu ley, para que no se señoree de mí ninguna injusticia. (*Psalm.* CXVIII, 133). ¡Oh Padre eterno, que cuentas los pasos de los hombres, así los malos para castigarlos, como los buenos para galardonarlos! (*Iob,* XIV, 16). Mira los pasos de tu querido Hijo, y por ellos te suplico endereces los mios, para que sean en todo conformes con los suyos. Amen.

2. Cuanto á la compañía que Cristo nuestro Señor lleva en estas estaciones, se ha de considerar como unas veces va acompañado de sus discípulos, como va el pastor en medio de sus ovejas. Y así fue la primera estacion del cenáculo al huerto, consolándolos y exhortándolos á velar y orar, amparándolos de los lobos que los querian perseguir y destrozar. Pero en las demás estaciones iba rodeado de enemigos, como oveja entre lobos, y como cordero entre leones y tigres; los cuales con excesiva crueldad y fiereza le mordian y despedazaban, afligiéndole con injurias, desprecios, dolores y tormentos, llevándole maniatado como una oveja cuando es llevada al matadero, sin abrir su boca para quejarse. Cumplió aquí en su persona lo que habia dicho á sus discípulos (*Luc.* x, 3): Mirad que os envio como á corderos entre lobos; sed prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas; porque en estas estaciones, con ser terribles las persecuciones, calumnias y astucias de sus enemigos, siempre se mostró manso como cordero, sin resistirlos; sincero y puro como paloma, sin ofenderlos; prudente mas que las serpientes, sin ser engañado de ellos, antes con admirable sabiduría los confundia, ya callando, ya hablando como convenia.

3. Cuanto á los lugares de donde sale y el modo como camina, y á donde va á parar su estacion, se ha de considerar como todos son para él lugares de afliccion y tormento, dejando unos y tomando otros; y cási siempre los postreros son mas terribles que los primeros, subiendo del trabajo menor al mayor. Y todos los pasos son con apresuracion, por la furia de sus enemigos que le hace salir de paso, y por la grandeza del amor con que gusta de apresurarse para concluir de presto nuestra redencion. De modo, que podemos decir de él aquello de los Cantares (*Cant.* II, 8): Mirad que viene saltando por los montes, y atrancando collados. Montes y collados son los tribunales y palacios de los pontífices, presidentes y reyes; en los cuales no se detenia este Señor á gozar de los bienes que allí gozan los mundanos, sino con grande apresuracion, como ciervo perseguido de los perros, pasaba por cada uno de ellos, siendo allí mortificado, herido y atormentado, hasta que en el monte Calvario le dieron el último alcance, y quedó descoyuntado y muerto en la cruz.

4. Últimamente, en cada lugar de estos edificaré espiritualmente algunos tabernáculos, como san Pedro queria edificarlos en el monte Tabor, para morar allí con Cristo transfigurado en dolores, ponderando por menudo lo que allí dice, hace y padece por mi cau-

sa. Primero, edificaré un tabernáculo en el huerto de Getsemaní, y allí moraré con Cristo triste y afligido, velando y orando con él, oyendo las palabras que habla con su Padre eterno y con sus discípulos, oyendo tambien las que el Ángel le dice cuando le conforta, y las que él le responde, y mirando la lucha que padece dentro de sí y el sudor de sangre que arroja de sí, y los pasos que anda, yendo y viniendo á sus Apóstoles para despertarlos, y al lugar de la oracion para rogar por sí y por ellos. Unas veces le pediré como discípulo á maestro, que me enseñe á orar y velar; y otras veces como amigo ó fiel criado, le consolaré en sus desconsuelos, compadeciéndome de verle desconsolado, acompañándole en su soledad. Y en esta misma morada miraré como sale á recibir á sus enemigos, las palabras que les dice, los milagros que obra en ellos, y los tormentos que de ellos recibe, siendo preso, pisado y maniatado. Y aunque todo esto se hizo de priesa, yo lo pensaré despacio, deteniéndome en esta morada y estacion, hasta que mi alma quede satisfecha, enseñada y movida al amor é imitacion de lo que allí ha visto en su Señor. Todo esto se ha de sacar de lo que dirémos en la meditacion de este misterio, y á este modo se ha de proceder en las demás estaciones.

Punto octavo. - *De los dolores que la Vírgen nuestra Señora padeció en la pasion de su Hijo.* — Tambien se han de considerar en estos misterios de la pasion los dolores y trabajos de la Vírgen nuestra Señora, para compadecernos de ella por lo mucho que padece, y para compadecernos de lo mucho que por esta causa padeció su Hijo, sintiendo lo que padecia su gloriosa Madre; y pues tambien lo es nuestra, y nuestros pecados son causa de sus aflicciones, justo es sentirlas, y alentarnos tambien á imitar las excelentes virtudes que descubrió en ellas. —

— *El amor de Nuestra Señora con su Hijo.* — 1. La grandeza de estos dolores se ha de sacar de dos raíces principales. La primera, del grande amor que tenia á Cristo nuestro Señor, porque á la medida del amor es el gozo de los bienes que tiene la persona amada, y el dolor de los males que padece. Este amor y dolor fueron vehementísimos en la Vírgen por muchos títulos. - El primero, porque Cristo nuestro Señor era hijo natural, á quien amaba con amor mas tierno y puro que todas las madres y padres del mundo amaron á sus hijos, por cuanto ella sola fue madre sin padre, en quien se recogió todo el amor de padre y madre; y como la concepcion de este Hijo fue singular por obra del Espíritu Santo que es amor, así el

dome sentimiento de lo que padeció, y gracia para imitarle en ello. Amen.

—De estas consideraciones he de sacar, que la mas alta disposicion para sentir los dolores de la pasion de Cristo nuestro Señor, es el amor; y como dice san Buenaventura (In stimulo divini amor. *c.* 2): Cuanto este fuere mas encendido, tanto será mayor el dolor y compasion, y con la misma compasion se aumenta el amor. Y así de los siete títulos que se han referido, tomaré los que me hacen al caso para granjear este fervoroso amor y la union con Cristo, por la cual me haga participante de sus dolores y de los dones que proceden de su preciosa imitacion. —

Punto nono.—*De las heróicas virtudes que la Vírgen nuestra Señora ejercitó en la pasion de su Hijo.* — 1. Últimamente, se han de considerar las virtudes que en esta ocasion ejercitó la Vírgen nuestra Señora, para imitarla en ellas. Las mas principales fueron cuatro, en que se encierran otras muchas.—La primera fue altísima resignacion en la divina voluntad, negando la suya natural para conformarla con la de Dios, diciéndole como su Hijo: No se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres; y esta resignacion tanto es mas heróica, cuanto son mayores los trabajos á que nos ofrecemos por ella.—La segunda fue profundísima humildad, no huyendo los desprecios, sino acometiéndolos y abrazándolos, gustando de manifestarse por Madre del que tantos desprecios padecia, tomando la mucha parte que le cabia de ellos. Y con esta humildad asistia á la cruz de su Hijo, haciéndose cargo de su pasion y muerte; porque aunque ella no tuvo pecados, por los cuales muriese Cristo, pero murió por preservarla de ellos.—La tercera fue grande fortaleza y magnanimidad, con gran paciencia, acercándose á la cruz de su Hijo, y estando en pié junto á ella, sin que fuesen parte para desviarla de su presencia ni la crueldad de los perseguidores, ni la terribilidad de los dolores que por esta causa padecia, deseando se le ofreciese ocasion de padecer y morir por quien tanto padecia por ella.

2. La cuarta fue encendidísima caridad y amor de los hombres, y de los mismos enemigos de su Hijo, sin que sus blasfemias y crueldades la moviesen á indignacion, sino antes á compasion, doliéndose de los pecados que hacian, y de los daños que incurrian, rogando á Dios por ellos, y excusándolos al modo que lo hizo su mismo Hijo, como en su lugar verémos. De esta manera juntó la Vírgen con sus terribles aflicciones admirables ejercicios de virtudes; por lo cual pudo decir en este tiempo aquello de los Cantares (*Cant.* I, 4):

Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalen, no os admireis de verme así morena, porque el sol me ha quitado el color. Negra estais, Vírgen santísima, en lo exterior por las penas que padeceis; pero hermosa en lo interior por las virtudes que ejercitais; el Sol de justicia os ha puesto descolorida, porque sus tristezas son causa de las vuestras; y él mismo os hace hermosa, porque con su ejemplo resplandece el vuestro, imitando sus virtudes. Suplicadle, Madre piadosísima, que con los rayos encendidos de su luz ilustre y encienda mi corazon, para que de tal manera medite sus trabajos, que tenga parte en ellos, imitando sus virtudes. Amen.

—Por lo que se ha dicho en estos nueve puntos, quedan declaradas en general las cosas que mas en particular se han de ponderar en cada misterio de la pasion, así en la persona de Cristo nuestro Señor, como de la Vírgen su Madre, tomando á los dos por principal materia de la meditacion é imitacion, y á la Madre por abogada, para alcanzar sentimiento de lo que padece el Hijo. La práctica de todo se irá poniendo en las meditaciones que se siguen.—

MEDITACION II.

DE LA SUBIDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á JERUSALEN, EN QUE DESCUBRIÓ Á SUS APÓSTOLES LO QUE ALLÍ HABIA DE PADECER, Y DE LAS VECES QUE HABLÓ CON ELLOS DE SU PASION.

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como sabiendo Nuestro Señor que el tiempo de su pasion estaba cerca, y que los judíos trataban en Jerusalen de matarle, quiso ir allá desde la ciudad de Ephren, donde se habia recogido con sus Apóstoles (*Matth.* xx, 18; *Ioan.* xi, 54), y en este camino iba con paso extraordinario (*Marc.* x, 32): *Praecedebat illos Iesus, et stupebant, et sequentes timebant.* Iba Jesús delante de ellos, de modo que los Apóstoles se admiraban, y procuraban seguirle llenos de temor. Sobre este punto se han de ponderar las causas de este nuevo modo de caminar de Cristo con paso tan apresurado, y los afectos que causó en sus discípulos.—La primera causa fue, para declarar la prontitud de voluntad y el fervor de espíritu con que iba á padecer, sin temor de los trabajos que le esperaban en Jerusalen, ponderando que á las obras de suyo fáciles y gloriosas, como predicar, hacer milagros, sanar enfermos, etc., iba Cristo nuestro Señor con su paso ordinario; mas á la obediencia penosa y afrentosa de su pasion y muerte quiso ir con

paso extraordinario, sacándole de su paso la fuerza de su divino amor, el cual es como fuego, y como aguijon y espuela que apresura y hace correr con mas fervor á la obediencia, que es mas penosa á la carne y mas agradable á Dios. Al contrario del amor propio, que va con piés de plomo á los ejercicios trabajosos de virtud, y nos saca de paso, y apresura á todo lo que es regalo y honra. Por donde conoceré cuán lleno estoy de amor propio, y cuán vacío del divino. Ó dulcísimo Jesús, que subiste á Jerusalen á padecer tormentos con tanto fervor y priesa, como si fueras á recibir descansos, llena mi corazon del amor divino que te sacó de tu paso, para que yo salga del mio perezoso y tibio, ofreciéndome á obedecer y padecer cuanto quisieres, con un espíritu ferviente semejante al tuyo.

2. La segunda causa por que iba delante de todos, fue para significar, que en materia de padecer trabajos interiores y exteriores quiso preceder y llevar la delantera á todos sus Apóstoles y discípulos, y á todos los Mártires y Santos que ha habido y habrá: ponderando que en los milagros, que es cosa honrosa, dió la delantera á sus Apóstoles (*Ioan.* XIV, 12; *D. Thom.* 3 *p. q.* 46, *art.* 6) y á otros Santos, queriendo que los hiciesen mayores que él; mas en materia de padecer, ninguno se le adelantó ni igualó. Padeció mas que Job, mas que Lázaro el mendigo, mas que los Profetas y Mártires; todos quedan atrás, y le miran como á ejemplo y dechado de padecer. Ó buen Jesús, ¡cuán contrario es tu espíritu al espíritu del mundo! Este quiere llevar la delantera á todos en honras y regalos; el tuyo en deshonras y tormentos. Aquel desea preceder en las obras de mayor gloria, el tuyo en las de mayor ignominia. Dame, Señor, este espíritu de que tanto te preciaste, para que procure señalarme sobre todos en ser por tu amor mas abatido y afligido que todos.

3. La tercera causa fue, para provocar á sus Apóstoles á admiracion é imitacion: *Stupebant sequentes.* Admirábanse, y dábanse priesa por seguirle y alcanzarle, procurando cada uno adelantarse mas que el otro por acercarse mas á Jesús, venciendo el temor y miedo que llevaban, con el fuego de amor que le tenian, el cual les sacaba tambien de su paso, provocados por su ejemplo. En lo cual se nos descubre el modo como hemos de mirar á Cristo en su pasion y meditarla, que es admirándonos de lo que hace y padece, y siguiéndole en ello. Cuando miro á Cristo azotado, vestido de púrpura, coronado de espinas y llevando su cruz, tengo de admirarme de que un Señor tan grande padezca con tanto amor cosas tan penosas, y acercarme á él, cuanto mas pudiere, siguiéndole en tomar

disciplinas y cilicios, y traer vestido pobre, y llevar mi cruz cada dia, dándome priesa por adelantar mas que otros, y seguirle, no *à longe*, desde léjos, como le seguia Pedro la noche del prendimiento (*Matth.* XXVI, 58), sino de cerca, suplicando á este Señor me ayude á vencer las repugnancias que me desviaren de esto, y haciendo de mi parte lo que pudiere para vencerlas.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Caminando de esta manera Cristo nuestro Señor, detúvose un poco hasta que llegasen los doce Apóstoles; y tomándolos aparte, les dijo en secreto (*Matth.* XX, 18): *Mirad que subimos á Jerusalen, y allí se cumplirán todas las cosas que están escritas por los Profetas del Hijo del hombre, porque será entregado á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas, y estos le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles para que escarnezcan de él, y le azoten y crucifiquen, y al tercero dia resucitará.* Esta fue la tercera vez en que Cristo nuestro Señor descubrió su pasion á los Apóstoles (*Matth.* XVI, 21; XVII, 22), porque otras dos veces habia hecho lo mismo, aunque no con tanta distincion.—La primera, cuando san Pedro le confesó por Hijo de Dios vivo.—La segunda, cuando curó al endemoniado lunático, con grande admiracion y pasmo de toda la gente, como lo cuenta san Lucas. (*Luc.* IX, 44). Sobre todo esto ponderaré las causas que tuvo Cristo nuestro Señor para descubrir á sus Apóstoles tantas veces y en tales ocasiones los trabajos de su pasion y muerte, tomando las que hacen mas al caso para nuestro provecho espiritual.

2. La primera, para que se entendiese cuán presente tenia siempre en su memoria esta pasion, gustando continuamente la amargura de ella, y bebiendo sin cesar este cáliz tan penoso; de modo, que cuando comia y bebia, cuando predicaba y razonaba, cuando hacia milagros y obras maravillosas, allí la tenia presente; y en la misma transfiguracion gloriosa hablaba de ella (*Luc.* IX, 22) como de cosa de que gustaba hablar, aunque fuese muy amarga; y todo esto á fin de moverme con su ejemplo á que yo tenga siempre presente su pasion, y guste de pensar en ella, y de hablar de ella á menudo, y que sea como pan que se come con todos los otros manjares. Ó dulce Jesús, ¿cómo no gustaré yo de pensar lo que pensabas, y de hablar en lo que tú hablabas? Este es mi deseo, Amado mio (*Cant.* I, 12), hacer un ramillete de tus dolores, y ponerle delante de mis ojos, y entre mis pechos, acordándome siempre de ellos, compadeciéndome de tí, y amándote mas que á mí. Nunca le echaré á las espaldas, sino entre mis pechos, como cosa que gusto ver y que de-

seo abrazar, y no tomaré á bulto tus trabajos, sino uno por uno los iré contando, mientras camino por esta vida mortal, confortándome con su olor, hasta alcanzar la vida eterna.

3. La segunda causa era, para confirmar á sus discípulos en la fe y creencia de estas ignominias, que eran mas dificultosas de creer que sus grandezas, y para que se apercibiesen con grande constancia para ellas. Y por esta causa, cuando se vió mas honrado entre sus discípulos por la confesion de san Pedro, y entre la gente del pueblo por la grandeza de sus milagros, entonces les descubre su pasion, acordándose en el dia de los bienes, como dice el Sábio (*Eccles.* XI, 17), del dia de los males, y apercibiéndoles en el un dia para el otro. Mirad, dice, que subimos á Jerusalen, y allí tengo de ser entregado á la muerte con grandes dolores y desprecios; pues subís conmigo, apercibíos á padecer algo conmigo, porque no desfallezcais en la fe y en el amor que me debeis. Ó Maestro soberano, donde Vos subís quiero subir, porque padecer con Vos no es bajar, sino subir y medrar; y si yo voy en vuestra compañía, no tengo que temer, porque será cierta vuestra ayuda. Con Vos quiero padecer en la Jerusalen de la tierra, para reinar con Vos en la Jerusalen del cielo. De estas palabras de Cristo me tengo de aprovechar en mis trabajos, imaginando que me dice: *Ecce ascendimus Hierosolymam;* mira, hombre, que subimos á Jerusalen, primero á padecer, y despues á reinar; no subes solo, yo subo contigo para ayudarte; yo subí primero, sube tú tras mí para imitarme; porque padeciendo conmigo, reinarás conmigo por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Luego añaden los Evangelistas (*Luc.* XVIII, 34; IX, 45; *Matth.* XVII, 22): *Que los Apóstoles no entendian lo que Cristo les decia, y que era para ellos palabra escondida y encubierta, y que no la sentian ni alcanzaban, y que temian preguntársela, y que se entristecian vehementemente.* En lo cual se ha de ponderar: – Lo primero, como no todos los que oyen predicar la pasion ó la leen, y oyen hablar de ella, la entienden, penetran y sienten, como no la entendian ni penetraban en este tiempo los Apóstoles, que eran imperfectos; porque sentirla y penetrar los misterios y frutos de ella, y las grandezas que en sí encierra, es don de Dios, el cual le da á sus escogidos á su tiempo; y así se le tengo de pedir, diciéndole: Redentor mio, mi entendimiento está oscurecido, y los misterios de vuestra pasion están para mí encubiertos, dadme sentimiento de ellos, pues me mandais por vuestro Apóstol que sienta en mí lo que padecísteis Vos. (*Philip.* II, 5).

2. Lo segundo, ponderaré las causas de donde procedió que los Apóstoles no entendiesen ni penetrasen lo que se les decia de la pasion; es á saber, porque tenian baja estima con demasiado temor de las ignominias y desprecios, y grande estima con demasiado amor de las honras y grandezas; y así cuando les decia Cristo sus dolores y desprecios, entristecíanse vehementemente con gran caimiento de ánimo; porque sentian ser cosa indigna que Cristo la permitiese. Y de aquí procede tambien, que cuando yo medito la misma pasion, estoy seco y sin sentimiento, porque llego con disposicion contraria á estos misterios; y para sentirlos, tengo de desnudarme del vano temor de los desprecios y dolores, y del amor propio de honras y grandezas, procurando tener grande estima y aprecio de todo lo que es padecer aflicciones y desprecios por cumplir la voluntad de Dios.

3. Para sentir mas esta verdad, ayudará mucho ponderar lo que en esta coyuntura sucedió á Cristo nuestro Señor con san Pedro (*Matth.* XVI, 16); el cual en acabando de confesarle por Hijo de Dios vivo, por revelacion que de ello tuvo, luego descubrió la grosería que de su cosecha tenia; porque oyendo decir á su Maestro lo que hemos dicho, sintió tan bajamente de su pasion, que se atrevió á reprenderle, diciendo: *Guárdete Dios de tal cosa, no será así como dices.* Pero Cristo nuestro Señor, mirando á los demás Apóstoles, le amenazó y respondió asperísimamente, diciéndole: *Vente tras mí, Satanás: éresme escándalo, porque no sabes las cosas que son de Dios, sino las cosas que son de los hombres;* como quien dice: Tú que me has honrado, confesándome por Hijo de Dios vivo, ¿eres ahora Satanás y adversario mio, pues contradices á mi pasion, y cuanto es de tu parte me escandalizas, queriéndome apartar de ella, siendo la voluntad de mi Padre que la padezca? Todo esto nace en tí, de que no tienes entera sabiduría celestial, para conocer y gustar las cosas que son ordenadas por Dios, sino sabiduría humana y terrena, para conocer y gustar de las cosas de los hombres, las que ellos estiman y aprecian. Vente, pues, tras mí, y sígueme, porque no tengo yo de seguir tu juicio errado, sino tú has de seguir el mio, que es acertado.

4. De donde sacaré la grande estima que Cristo nuestro Señor tenia de su pasion y muerte, por ser trazada por voluntad del eterno Padre para bien del mundo, y la grande estima que quiere tengamos todos de los trabajos y desprecios padecidos por esta causa. De modo, que á cualquiera que nos desviare de esto le tengamos por Satanás y por piedra de escándalo; y no nos vamos tras él, sino

traerle tras nosotros, para que sienta lo que sentimos; y aunque nos contradiga con pio celo, y aunque sea santo ilustrado de Dios en otras cosas, y aunque sea amigo y querido, le hemos de atropellar como aquí atropelló Cristo á san Pedro. Ó Maestro soberano, que sentias tan altamente de tu pasion, por la sabiduría del cielo con que mirabas la causa de ella, desnúdame de toda sabiduría terrena, y vísteme de tu sabiduría celestial, para que yo tambien sienta altamente de tus trabajos, y de los que quisieres que padezca por tu amor. No quiero, Redentor mio, traerte yo á que sigas mi propio parecer y deseo, porque es parecer errado y deseo terreno. Tras tí quiero ir, á tí quiero seguir, estimando lo que tú estimas, amando lo que tú amas, y aborreciendo lo que aborreces; y pues me das tal deseo, dame gracia para ejecutarlo. Amen.

MEDITACION III.

DE LA ENTRADA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN JERUSALEN CON RAMOS.

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, cinco dias antes de su muerte, quiso entrar en Jerusalen, donde habia de ser crucificado y muerto, con grandes muestras de alegría, y con grande pompa exterior; así como solian los hebreos recoger en su casa el cordero pascual cinco dias antes de sacrificarle. (*Exod.* XII, 5). Esta entrada ordenó el Salvador por algunas causas muy amorosas.—La primera, para manifestar las ganas que tenia de padecer, y la alegría con que recibia los trabajos que le esperaban en Jerusalen, entrando en ella con tanto regocijo, como si fuera á bodas; porque el celo de la gloria de Dios, y de cumplir la voluntad de su eterno Padre, por la salvacion de los hombres, le ponia gusto en padecer todos aquellos trabajos, aunque los tenia tan presentes como si ya los estuviera padeciendo. Y de este ejemplo nació, que los Mártires iban á las cárceles como á bodas, y estaban en las parrillas de fuego como en cama de flores. Ó dulce Jesús, corrido estoy en tu presencia, por la repugnancia que tengo á padecer trabajos por tu amor; ayúdame, gozo mio, á que me goce en padecer algo por tí, como tú te gozabas en padecer por mí.

2. La segunda causa fue, para que entendiésemos (*D. Thom.* 3 *p. q.* 46, *art.* 7), que cuando en el huerto de Getsemaní, y en el discurso de su pasion, habia de tener temores, tristezas, tedios y agonías, todo esto era principalmente en la parte inferior del alma, á

cuya natural inclinacion contradecian los dolores del cuerpo, mas tambien los tomaba de su voluntad, y con gran contento de la parte superior del espíritu, en cuanto resplandecia en ellos la voluntad de su Padre. Y en esto mismo perseveró hasta la muerte, enseñándonos con esto, que la suma paciencia consiste en ofrecerse con gran contento del espíritu á sufrir no solamente trabajos exteriores, sino aflicciones interiores. Y á esto me tengo de alentar, diciendo con el Apóstol (II *Cor.* XII, 10): Agrádome, y alégrome en las enfermedades, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias por Cristo. De buena gana, Salvador mio, recibiré las tristezas y agonías de la carne, y renuncio los gustos sensibles de ella, aceptándolas por imitarte con gozo del espíritu.

3. La tercera causa fue, para manifestar que todas las injurias y persecuciones que habia recibido en Jerusalen las veces que habia estado en ella, no eran parte para entibiarle la caridad y amor que la tenia, y el deseo y gusto que recibia en visitarla y enseñarla, y hacerla todo el bien que pudiese, y con esto tambien la aseguraba que las afrentas y dolores que en ella habia de padecer esta vez, tampoco le entibiarian su caridad, ni serian parte para que no volviese á recibirla en su amistad, si ella quisiese. ¡Oh inmensa caridad de Jesús! oh fuego encendidísimo de amor, á quien ni las muchas aguas, ni los rios de las tribulaciones pueden apagar! Hasta el dia de hoy dura en él este amor, porque visitando mi alma con su gracia, si peco mortalmente, aunque con este pecado le crucifico dentro de mí (*Hebr.* VI, 6), y huello su sangre preciosa, echándole de mí con ignominia, sin embargo de esto vuelve segunda vez con grande alegría á entrarse por mis puertas, y á querer visitarme, y darme de nuevo su gracia, y si otra vez le torno á crucificar, hollar y echar de mí, volverá la tercera vez con el gusto que la primera. ¡Oh bendita sea tal caridad, y mil veces le alaben los Ángeles por ella! Venga, venga vuestra Majestad, Redentor mio, á esta ingrata Jerusalen de mi alma, pues tanto gusto tiene en visitarla, que yo le ofrezco de nunca mas echarle de ella, tratándole siempre con la reverencia y obediencia que merece tal caridad. Mas porque yo soy mudable, ayúdeme vuestra gracia á tener constancia en retenerla.

4. La cuarta causa fue, para que entendamos que padecer trabajos y desprecios por cumplir la divina voluntad, y por la virtud, es cosa gloriosa y honrosa en los ojos de Dios, y de los Ángeles, y de los justos; y así se ha de entrar en ellos no solo con gozo, sino con muestras de honra y pompa, como quien se precia de ellos, y

se honra con ellos, sin avergonzarse ni correrse por esto. Guárdeme Dios, como dice san Pedro (II *Petr.* IV, 15), de padecer como homicida, ó maldiciente, ó ladron, en castigo de tales culpas, porque esto es cosa vergonzosa; mas padecer como cristiano, por razon de la justicia, honra mia es, como lo fue de mi Señor.

5. Pero mas adelante pasó la caridad de Jesús y sus ganas de padecer, porque quiere entrar en Jerusalen con tanta honra y acompañamiento, para que despues sus deshonras é ignominias fuesen mayores, como quien caia de una grande honra, como lo dijo por David (*Psalm.* LXXXVII, 16): *Exaltatus autem, humiliatus sum, et conturbatus*). Despues de ser ensalzado, fuí humillado y conturbado. Y su Padre dice de él por Isaías (*c.* LII, 13): Mi siervo será ensalzado y levantado; mas como será á todos muy glorioso, así será entre muchos muy despreciado. De suerte que nuestro buen Jesús siempre huyó la honra exterior de los hombres; y si esta vez la procuró ó aceptó, fue para que con ella fuese despues muy mayor su deshonra, ordenando la honra á padecer mas ignominia. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por la hambre insaciable de padecer ignominias que tuviste, por la cual te suplico humilmente me dés tales ganas de padecer por tí afrentas, que no se menoscaben, aunque reciba honras. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la traza que Cristo nuestro Señor tomó en esta entrada: *Envió dos de sus discípulos, diciéndoles: Id á un lugar que está enfrente de vosotros, allí hallaréis una jumenta atada con su pollino, desatadlos y traédmelos. Y si alguno os dijere algo, decidle que el Señor tiene necesidad de ellos, y luego os dejarán. Hiciéronlo así los discípulos, y poniendo sus capas sobre el pollino, subió en él Jesús.* Aquí se ha de ponderar como el Rey del cielo, queriendo dar muestras de su reino, estando acostumbrado á andar siempre á pié por toda Galilea y Judea, esta vez no quiso entrar á pié ni tampoco en carros de cuatro caballos, ni en caballo ó mula aderezada con ricos aderezos, sino en un jumentillo, aderezado con las pobres capas de sus discípulos, hollando con esto la pompa mundana, y manifestando su pobreza, humildad y mansedumbre, por la cual habia de ser conocido en el mundo por Mesías y Salvador, como estaba profetizado por el profeta Zacarías, cuando dijo: Decid á la hija de Sion (*c.* IX, 9): *Ecce Rex tuus veniet tibi justus, et salvator, ipse pauper, et ascendens super asinum:* alégrate, hija de Sion, porque tu Rey vendrá para tí justo y salvador, pobre y sentado sobre un jumento.

2. Con este ejemplo procuraré aborrecer la pompa del mundo, y abrazar la pobreza, mansedumbre y humildad de Cristo; porque si estas son señales de mi Rey y de mi Señor, razon es que lo sean tambien de los que se precian de sus vasallos, y con ellas tengo de aparejarme para salir á recibirle, pues á mí tambien se dice: *Ecce Rex tuus venit tibi:* tu Rey viene para tí. ¡Oh si entendiese quién es este Rey mio, y como viene para mí! Tú, Salvador mio (*Psalm.* CXLIV, 13), eres mi Rey, y Rey de reyes, Rey de hombres y de Ángeles, de cielos y tierra: Rey por tu naturaleza, Hijo del eterno Padre y Monarca de todo lo criado; y tú vienes del cielo para mí, para mi salud, para mi consuelo, para mi remedio, para mi ejemplo, para mi defensa y proteccion. Ó Rey, Amado mio, tú para mí, y yo para tí. Véisme aquí dedicado para tí, para tu servicio, para tu honra y gloria, para obedecerte, adorarte y amarte, y ser todo tuyo, pues tú eres todo mio; y pues tú vienes pobre, manso y humilde, yo tambien quiero ir á recibirte con pobreza, mansedumbre y humildad, vistiéndome de la librea que traes vestida.

3. Lo segundo, ponderaré el misterio que está encerrado en las menudencias de este hecho. Envia dos discípulos por el jumentillo, y no uno solo, por llevar adelante su costumbre de que anduviesen acompañados, y de dos en dos unidos en caridad. Manda que suelten á los jumentos atados, y se los traigan, para significar que el oficio de los Apóstoles era soltar á los pecadores que viven vida bestial, y están atados con las sogas de sus pecados (*Prov.* V, 22), y traerlos á Cristo, para que se apodere de ellos, y los rija como rige al jumento el que va sentado en él. Manda que si alguno se lo impidiere, le digan que el Señor tiene necesidad de ellos, como quien avisa que ha de haber quien impida su oficio de desatar las almas de los pecadores, y que estos impedimentos cesarán con el nombre del Señor, que les envia por ellos, porque tiene de ellos necesidad para su gloria. ¡Oh palabra omnipotente, que así tapa las bocas y ata las manos de los que quieren impedir el mandato del Señor! Ó Rey de gloria, ¿qué necesidad teneis Vos de un jumentillo tan vil y despreciado como el pecador? Yo, miserable, soy el que tengo necesidad de Vos, que no Vos de mí; yo por mis pecados soy como jumento, y estoy atado con las sogas de mis pasiones. (*Psalm.* XLVIII, 13). Mandad, Señor, que me desaten y me presenten delante de Vos, porque mi gozo será llevar sobre mí la carga de vuestra ley, á Vos, Dios mio, por gobernador en ella; no permitais que el demonio,

mundo y carne estorben esta soltura, decidles con vuestra palabra que teneis necesidad de vuestro siervo, porque luego me dejarán libre para serviros como deseo.

Punto tercero. — 1. Caminando Cristo nuestro Señor sentado en su jumento, á deshora, por inspiracion del cielo, le salió á recibir innumerable gente, y unos echaban sus vestiduras en el suelo, para que pasase por ellas; otros cortaban ramos de los árboles y olivos que estaban en aquel valle; otros venian desde Jerusalen á recibirle con palmas en las manos, en señal de victoria, y todos con gran gozo alababan á Dios, diciendo á voces (*Luc.* xix, 38): *Hosanna Filio David, benedictus qui venit in nomine Domini Rex Israël. Hosanna in excelsis, benedictum regnum quod venit Patris nostri David, pax in coelo, et gloria in excelsis.* Gloria sea al Hijo de David, salva, Señor, al Hijo de David, y por él nos salva á nosotros: bendito sea el que viene en nombre del Señor, bendito y prosperado sea su reino, paz sea en el cielo, y gloria sea á Dios en las alturas. - Sobre este hecho tan maravilloso, que todo procedió de inspiracion del Espíritu Santo, ponderaré: - Lo primero, cuán de verdad honra el Padre eterno á su Hijo con honras y alabanzas verdaderas; porque así cuando entró la primera vez en el mundo, naciendo pobre en el portal de Belen, envió ejércitos de Ángeles que solemnizasen su entrada y dijesen: Gloria sea á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad; así cuando entró esta vez en Jerusalen, pobre y manso sobre un jumento, despierta ejércitos de hombres y de mozos inocentes y puros, para que solemnicen su entrada, y digan con el mismo espíritu: Paz tenga el cielo con los que vivimos en la tierra, y gloria á Dios en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Los Ángeles piden paz en la tierra de los hombres para con Dios; y estos hebreos piden paz en el cielo de Dios para con los hombres. Ó Padre eterno, gracias te doy por la honra que haces á tu Hijo unigénito, cuando va por cumplir tu voluntad á ser menospreciado. Ó Espíritu santísimo, gracias te doy, porque inspiraste á esta gente tal modo de alabanzas para gloria de mi Redentor. Gózome, Redentor mio, de que todos te alaben y bendigan; y yo con el mismo espíritu te alabo y bendigo, diciendo: *Hosanna Filio David.* Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Estas palabras dice la Iglesia en la misa, al fin del prefacio, en memoria de la venida que Cristo nuestro Señor hace en el santo Sacramento del altar, y con este espíritu las diré yo exclamando: Ben-

dito sea el que viene en nombre del cielo á este Sacramento para salvarnos, venga con él la paz de los cielos, y sea gloria á Dios en las alturas.

2. Lo segundo, ponderaré la devocion de la gente, que se quitaba sus capas, y las tendia en el suelo para que las pisase Cristo nuestro Señor, en señal de reverencia, teniéndose por dichosos de que tocase sus cosas. Y con este espíritu arrojaré todas las mias á los piés de Cristo, para que él haga de ellas lo que quisiere. Veis aquí, Redentor mio, arrojo á vuestros piés, no solo mi hacienda, sino mi honra y mi contento, mi corazon y á mí mismo todo, pisadme y holladme, y haced de mí lo que quisiéreis, triunfad de mí que he sido enemigo vuestro, yo llevaré en mis manos la palma de esta victoria, y la publicaré por el mundo; porque rendirme á Vos es victoria vuestra y ganancia mia, y es victoria mia en virtud vuestra.

Punto cuarto. — 1. *En esta sazon algunos fariseos se llegaron á Cristo, y le dijeron: Maestro, reprende á tus discípulos, y hazlos callar.* El Señor les respondió: *Digoos, que si estos callaren, las piedras hablarán.* (*Luc.* xix, 39). Aquí se ha de ponderar lo primero, la maldad del envidioso, que le pesa de la gloria de su prójimo, y condena por malo lo que es bueno, y llama pasion á lo que es inspiracion de Dios, y quiere que sea reprendido; por lo cual se hace indigno de que Dios le inspire y mueva, como mueve á la gente sencilla y devota para que se ocupe en alabanzas de Cristo.

2. Tambien ponderaré la eficacia de la divina inspiracion, que así trueca los corazones y enseña á los ignorantes, y los mueve á glorificar á Dios con fervor, dejando á los soberbios y presuntuosos fariseos en su tibieza. Esto denotan aquellas palabras: *Digoos de verdad, que si estos callaren, las piedras darán voces;* que fue decir: No dejarán estos de hablar, porque Dios con gran fuerza les inspira y mueve á ello; pero si callaren, Dios despertará otros, aunque sean tan duros como piedras, que clamen y digan lo que ellos dicen, porque para todo es poderoso, y de las piedras sacará hijos de Abrahan (*Matth.* iii, 9): y cuando estos callen ahora, de aquí á poco en mi pasion las piedras mismas, partiéndose con grande estruendo, me predicarán por Dios. Ó dulce Jesús, ablanda la dureza de los corazones judáicos y gentílicos, para que halle entrada en ellos tu divino Espíritu, y conociéndote por verdadero Mesías clamen y dén voces, diciendo: Bendito sea el que ha venido á salvarnos en el nombre del Señor. Sálvalos á todos, Salvador mio, y no te olvides de mi corazon mas duro que las piedras, ablándale, muévele y enter-

nécele con espíritu de devocion cuando ora, para que siempre te ame y alabe por todos los siglos. Amen.

MEDITACION IV.

DE LAS LÁGRIMAS QUE DERRAMÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR SOBRE JERUSALEN, CUANDO COMENZÓ Á VERLA, Y DE LO QUE LE SUCEDIÓ AQUEL DIA.

Punto primero. — 1. Prosiguiendo Cristo nuestro Señor su camino (*Luc.* XIX, 41), con el acompañamiento y aplauso de toda la gente que se ha dicho, en llegando á ver la ciudad de Jerusalen, *flevit super illam*, lloró sobre ella. Aquí se ha de ponderar el motivo de estas lágrimas de Cristo, el cual tiene mas particular misterio que las otras veces que lloró. Las que sabemos fueron cuatro. Lloró en el pesebre cuando niño, y esto no era mucho, porque es propio de niños llorar en su nacimiento. (*Sap.* VII, 3). Además, lloró cuando resucitó á Lázaro (*Ioan.* XI, 35), y ni esto fue mucho, porque estaban llorando la Magdalena y todos los circunstantes, y es propio de los justos llorar con los que lloran. (*Rom.* XII, 15). Tambien lloró en la cruz (*Hebr.* V, 7), y ni esto es tanto de maravillar, porque estaba lleno de trabajos y dolores, escarnecido de todos, y como desamparado de su Padre. Pero lo que admira es, que llore esta vez cuando se ve en tanta honra y gloria, y cuando todos le dicen mil cantares de alabanza. Las causas de este lloro fueron estas: -La primera, para que conociésemos cuán poco caso hacia de la gloria mundana, y cuán poco se le pegaba al corazon, pues en medio de tantas alabanzas y regocijos, y cuando todos le cantaban loores, él derramaba lágrimas. ¡Oh cuán léjos estaba de reirse y envanecerse con aquellas prosperidades, quien las aguaba con lágrimas y suspiros!

2. La segunda causa mas principal fue su infinita caridad, de la cual procedió el gozo de entrar en Jerusalen á morir, por el bien que de allí resultaba á los escogidos; y juntamente el llanto que ahora tiene, por el mal que ha de venir á los réprobos. No dice san Lucas solamente que lloró sobre la ciudad de Jerusalen, para que se entendiese que no lloraba sobre sí mismo, por los trabajos que habia de padecer, sino que olvidado de estos, lloraba sobre la desdichada Jerusalen, por los pecados que habia de cometer matándole, y por los castigos que por esta causa habian de venir sobre ella; lo cual todo se le puso delante al tiempo que la vió. Ó dulce Jesús, ¡quién os pudiera acompañar en estas lágrimas, y olvidándose de los

trabajos propios, llorar con caridad los pecados de mis prójimos, y los castigos justísimos que han de venir por ellos! ¡Oh cuán grave mal es el que mueve á Cristo á llanto, en medio de tanto regocijo! Ó alma mia, ¡cómo no tiemblas de mal tan espantoso, que hace llorar á Dios de compasion!

3. Lo tercero, podré ponderar como es creible que así como Cristo nuestro Señor, mirando á esta ciudad de Jerusalen, en la cual habia algunos buenos, pero muchos malos, lloró los pecados de los malos, y la destruccion que por su causa vendria sobre ella; así tambien entonces se le representaria la ciudad de este mundo, y la Jerusalen terrena, donde están mezclados pecadores con justos; y mirando los pecados de los malos, y los castigos que por ellos habian de venir, tambien lloraria sobre ellos: y por consiguiente, lloraria tambien por mis pecados, pues los tenia presentes. Ó Redentor mio, ¡cuánto me pesa de la causa que os he dado y doy, para que así lloreis! Deseo, cuanto es de mi parte, enjugar vuestras lágrimas, quitando de por medio mis pecados, que son causa de ellas. Yo, yo soy el que tengo de llorar, porque yo soy el que pequé; ayudadme, Señor, á que llore, de modo que merezca ser consolado.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar las palabras de Cristo nuestro Señor cuando lloraba. Lo primero, dijo: *Si conocieses tú en este dia las cosas que son para tu paz, y ahora te están escondidas.* Que es decir: Ó Jerusalen, si conocieses tú lo que yo conozco en tí y de tí, sin duda llorarias como yo lloro; y si conocieses las cosas que te ofrezco para tu paz y prosperidad, como esta gente que viene conmigo las conoce, sin duda tambien me alabarias, y aceptarias el bien que se te entra por las puertas. Y si conocieses este dia tuyo, y este buen dia que amanece por tu casa con mi venida, sin duda le admitirias, y no dejarias pasar partecica de él. (*Eccli.* xiv, 14). Pero todo esto te está escondido por tus pecados, y por eso ni lloras, ni lo buscas, ni lo admites. De donde sacaré que el principio de mi remedio consiste en el conocimiento vivo y profundo de dos cosas; es á saber, mis miserias y el remediador de ellas, que es Cristo nuestro Señor, con los medios que él me ofrece para ello, que son creerle, amarle y obedecerle. Y en especial me importa conocer los medios que me ofrece para la paz de mi alma, en el estado que tengo en la Iglesia ó en la religion. Y al contrario el principio de mi perdicion es la ignorancia y poca estima de esto, y no conocerlo con tenerlo entre las manos. Ó buen Jesús, ahora veo con cuánta razon llorais nuestra ceguedad, pues en tan poco estimamos

el bien que nos ofreceis, siendo digno de infinita estima. Quitad de mí y de todos los hombres este velo de ignorancia, para que veamos y lloremos; porque el ojo que no ve no llora; y si viese, luego lloraria.

2. Lo segundo, profetizó los castigos que habian de venir sobre esta ciudad, diciendo: *Serás cercada de tus enemigos, y apretada por todas partes, y echada por tierra, sin dejar en tí piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visita.* Esto es, porque no conociste este dia, en que Dios te visita y viene á salvarte. De donde inferiré, que si la Jerusalen presente, que son las ciudades y almas de los fieles, no conocen esta visita de Dios, y las ocasiones muchas que Cristo les ofrece para su salvacion y perfeccion, tambien serán castigadas con terribles castigos; y por consiguiente, pues apenas hay dia en que Dios no me visite en la oracion, ó fuera de ella (*Iob*, VII, 18), con inspiraciones y toques interiores, provocándome á que le sirva, si no conozco este tiempo de su visita, tambien seré castigado. Por tanto, alma mia, abre los ojos para conocer este dichoso tiempo, no seas mas torpe que el milano y la golondrina y la cigüeña, que conocen el tiempo de sus idas y venidas (*Ierem.* VIII, 7), mira bien las veces que Dios te visita cada dia, pues viene para tu provecho; si le dejas, será para tu daño.

3. Finalmente, ponderaré que si Cristo nuestro Señor tanto lloró el castigo temporal de aquella ciudad, por el amor que la tenia, cuánto mas lloraria el castigo eterno que habia de recibir en la otra vida cuando venga á visitarla, no con visita de misericordia, sino de justicia en el dia de la cuenta. (*Isai.* XIII, 11). Ó piadosísimo Jesús, ¡con cuánto afecto llorábais los desventurados hijos de esta perversa Jerusalen, mirando como habian de estar cercados y apretados, no de los romanos, sino de los demonios; postrados, no solo hasta la tierra, sino hasta el mismo infierno; atormentados en todas sus potencias, con turbacion y desórden sempiterno, sin dejar piedra sobre piedra, ni casa que no esté llena de confusion! Allí llorarán con llanto perpétuo, porque no lloraron con Vos en esta vida, ni se aprovecharon de las lágrimas que por ellos lloráste is, ni de los avisos que les dísteis. Abrid, Señor, los ojos de todos los pecadores, para que temamos la visita que habeis de hacer en la hora de la muerte, previniéndonos para ella con llorar nuestros pecados, porque no caigamos en los llantos sempiternos.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar (*Matth.* XXI, 12), como entrando Cristo nuestro Señor en Jerusalen, luego se fué

al templo á dar gracias á su Padre eterno, como lo tenia de costumbre, y allí sanó á muchos ciegos y cojos; y los niños que estaban en el templo, á imitacion de los demás, renovaron el cántico: *Hosanna Filio David.* Y los fariseos indignados le dijeron: *¿Oyes lo que dicen estos? Respondió: Sí oigo. ¿No habeis leido lo que dice la Escritura* (*Psalm.* VIII, 3): *De la boca de los infantes, y de los que maman sacaste perfecta alabanza?* Aquí se ha de ponderar, por una parte la bondad y liberalidad de Cristo nuestro Señor en hacer bien á cuantos se le llegaban, ciegos, cojos y tullidos, dando con esto testimonio de quién era. Además, la eficacia de la divina inspiracion en mover las lenguas de los niños para glorificar á Cristo, atestiguando sus grandezas con estas alabanzas. Y por otra parte la maldad de los fariseos en sacar de todo ponzoña; porque carcomidos de la envidia, ni les enternecia la mansedumbre de Cristo, ni la grandeza de sus obras, ni las alabanzas de los niños, que apenas sabian hablar. Ó Dios eterno, líbrame de esta ceguedad y dureza de corazon, para que no saque daño de lo que ordenas para mi provecho; y hazme niño en la sinceridad y pureza, para que mi boca sea digno instrumento de tus alabanzas, por las cuales muchos te glorifiquen por todos los siglos. Amen.

2. Finalmente, ponderaré como habiendo estado Cristo nuestro Señor todo aquel dia trabajando en predicar (*Marc.* XI, 11) y hacer tantas maravillas, siendo ya tarde, miraba á todos, para ver si alguno le convidaba y hospedaba en su casa, y no hubo quien se moviese á ello por temor de los fariseos; y así se volvió con sus Apóstoles ayuno á Betania, que distaba dos mil pasos de Jerusalen. Para que se vea la infinita liberalidad y misericordia de Dios con los hombres, y la infinita cortedad y desagradecimiento de los hombres contra Dios, y cuán poco se puede fiar de ellos, pues tan presto desampararon, por temor humano, al que habian recibido con tanto regocijo; cuya pena profetizó Cristo el dia siguiente por la mañana (*Matth.* XXI, 19), maldiciendo á la higuera que no tenia fruto de que comiese, y al punto se secó. Ó Juez justísimo, ¡cuán justamente echarás tu maldicion á los malos el dia del juicio, porque teniendo hambre no te dieron de comer, y siendo peregrino no te quisieron hospedar! Ó alma mia, no dejes por temor humano de convidar y hospedar á Cristo, porque no te excluya de su reino; y no ceses de trabajar por hacer bien á tus prójimos, aunque no recibas premio de ellos. Acompaña á tu Salvador como los Apóstoles en la entrada de Jerusalen tan gloriosa y en la salida tan ignominiosa, sirviéndole

con honra y con deshonra (II *Cor.* VI, 8), para que él te reciba en su eterna compañía. Amen.

MEDITACION V.

DE LA CENA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN BETANIA.

—Aunque esta cena se hizo seis dias antes de la pascua del cordero (*Marc.* XIV, 3; *Ioan.* XII, 1), y un dia antes de la entrada en Jerusalen con ramos, como refiere san Juan; mas san Mateo y san Marcos la cuentan despues, por la ocasion que de allí tomó Judas para vender á Cristo nuestro Señor, y por la misma causa sigo yo su órden.—

PUNTO PRIMERO.— 1. *Habiendo sido convidado Jesús en Betania, estando en la mesa llegó María, hermana de Lázaro, con un vaso de alabastro, que cabia una libra de ungüento, hecho de nardo y de su espiga, muy precioso y puro, y con él ungió los piés de Jesús, y los limpió con sus cabellos; y quebrando el alabastro, derramó lo que tenia sobre su cabeza, quedando la casa llena del buen olor.*—Lo primero, consideraré como la Magdalena dos veces ungió á Cristo nuestro Señor. —La primera, en su conversion, para alcanzar perdon de sus pecados, como se declaró ya en la parte III, en la meditacion XXV.—La segunda, en esta cena, en agradecimiento de la resurreccion de su hermano Lázaro; de lo cual quiso dar público testimonio, arrojándose á los piés de Cristo, y lavándolos, á lo que se cree, con lágrimas de amor como la primera vez; luego los limpió con la mejor toalla que tenia, que eran sus cabellos, y los ungió con un ungüento muy precioso, y cobrando nueva confianza se atrevió á ungirle la cabeza, quebrando el vaso de alabastro, para que no quedase nada, con ser la cantidad de una libra. ¡Oh qué atento y qué contento estaba el Salvador, mirando la obra de esta su sierva; y mucho mas ponderando la devocion y afecto interior con que la hacia, deseando hubiese muchos en su Iglesia, que en esto la imitasen! Y así para imitar el espíritu de estas dos unciones, he de procurar, con todo el fervor posible, pagar á Dios nuestro Señor las dos deudas que le debo; una por mis pecados, y otra por sus beneficios, y esta con mas fervor y espíritu de agradecimiento, dando muestras de ello en las obras, sirviéndole con todo lo mejor y mas precioso que tuviere.

2. Especialmente he de traer un grande vaso de alabastro, lle-

no de uncion espiritual con que ungirle. Vaso de alabastro es mi corazon y mi cuerpo, el cual he de quebrantar con ejercicios de mortificacion y penitencia, con la contricion y dolor de pecados, quebrantando mis quereres y apetitos. La uncion ha de ser con un ungüento fiel y puro de la espiga de nardo (*D. Bern.* Serm. 42 in Cant.); esto es, con muchedumbre de afectos y obras muy excelentes de humildad y caridad, con fidelidad y pureza de intencion en ellas, para que mi caridad, como dice el Apóstol (I *Tim.* I, 5), sea de corazon puro, con buena conciencia y fe no fingida. Con este ungüento he de ungir espiritualmente á Cristo, primero los piés y despues la cabeza; porque primero tengo de meditar las bajezas é ignominias de su humanidad, figurada por los piés, procurando imitarlas y abrazarlas con obras de penitencia y mortificacion; y despues subir á meditar las grandezas de su divinidad, figuradas por la cabeza, gozándome de ellas, y agradeciéndole los beneficios que proceden de ambas. Ó dulcísimo Jesús, Dios y hombre verdadero, pues de tu mano he recibido lo bueno que tengo en este vaso quebradizo, yo te lo ofrezco todo, aunque se haya de quebrar el vaso, cuando fuere menester para tu servicio.

3. Finalmente, ponderaré que como toda la casa se hinchó de la fragancia del oloroso ungüento que derramó la Magdalena, así toda la Iglesia y casa de religion se edifica y conforta con estos ejercicios de virtud tan gloriosos; por lo cual tengo de animarme á ejercitarlos, para ser, como dice san Pablo, buen olor de Cristo (II *Cor.* XI, 15), y provocar con mi ejemplo á que hagan otro tanto aquellos con quien vivo.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Viendo Judas Iscariotes lo que habia hecho María* (*Matth.* XXVI, 10; *Marc.* XIV, 4), *dijo: ¿Por qué este ungüento no se vendió en trescientos dineros y se dió á los pobres? Y esto lo decia, no porque tuviese cuidado de los pobres, sino porque era ladron, y tenia la bolsa comun, y hurtaba de lo que le daban; y tambien los discípulos llevaban esto pesadamente, y se enojaron contra ella, diciendo lo mismo.* —*De los juicios temerarios.*—Aquí se ha de ponderar lo primero, como nunca ha de faltar quien juzgue temerariamente y murmure de las buenas obras de los justos. Unos por dañada intencion, como Judas; otros por ignorancia ó buen celo, aunque indiscreto, como los discípulos que murmuraron de esta obra de la Magdalena, pareciéndoles que era pródiga en despreciar aquel ungüento tan precioso en cosa de que su Maestro no gustaba, como era aquella recreacion de ser ungido; y que era indiscreta en no remediar con el

valor de aquel ungüento muchos pobres; y tambien tácitamente esta murmuracion redundaba contra el Maestro que lo permitia. Pero todos erraban en su juicio, porque no sabian ponderar el espíritu que movia á esta santa mujer para hacer esta santa obra, ni el que movia á Cristo para aceptarla; y por su poca devocion ó por su aprension superficial la condenan, y se indignan y murmuran de ella. De donde sacaré aviso para nunca juzgar mal de nadie con temeridad, ni echar á la peor parte las cosas que pueden ser buenas, y mucho menos murmurar de ellas, dejando el juicio de todo esto á Dios que es el verdadero juez, porque de otra manera erraré, y pecaré contra los prójimos y contra el Espíritu Santo, que les mueve á la obra de que yo murmuro, el cual vengará su injuria. Por lo cual Cristo nuestro Señor nos dijo (*Luc.* VI, 37): No juzgueis, y no seréis juzgados; no condeneis, y no seréis condenados. Ni me excusará el color aparente de piedad con que encubro los juicios temerarios y murmuraciones, porque muchas veces con esta capa se cubren perversas intenciones; como Judas encubrió las ganas de hurtar el dinero en que se vendiera el ungüento, con capa de darlo á pobres.

2. Tambien ponderaré, como es muy creible que esta murmuracion comenzó por Judas, y él despertó con su mal ejemplo á los demás á que tambien murmurasen, para que se vea cuánto daña el mal ejemplo, y como un malo lleva tras sí á otros muchos buenos. Y así como aquella casa se hinchó del buen olor, que procedió de la obra buena que hizo María, así tambien se hinchó del mal olor (II *Cor.* II, 16), que salió de la boca pestilencial de Judas, y turbó á los demás discípulos, inficionándolos con el vicio de la murmuracion.

PUNTO TERCERO. — 1. *Cristo nuestro Señor, viendo todo esto, dijo á sus discípulos: ¿Para qué sois molestos á esta mujer? Porque buena obra es la que ha obrado en mí; siempre tendréis con vosotros á quien podréis hacer bien, pero á mí no me tendréis siempre, y esta ha querido prevenirse, ungiendo mi cuerpo antes de la sepultura. Digoos de verdad, que donde quiera que fuere predicado mi Evangelio, se predicará en todo el mundo lo que esta hizo en mi memoria.* Aquí se han de ponderar las heróicas virtudes que Cristo nuestro Señor descubrió en este caso. La primera fue grande fidelidad en defender á su sierva la Magdalena, callando ella, como lo habia hecho otras veces (*Luc.* VII, 44); porque propio es del Señor volver por la honra de los que por su causa padecen murmuraciones, no queriendo excusarse

ni defenderse por humildad, fiándose de su divina providencia. Por lo cual es gran cordura callar con paciencia en casos semejantes, porque mejor sabrá y podrá Dios excusarme, y volver por mi honra, que yo. Así como Cristo nuestro Señor defendió á la Magdalena, mucho mejor que ella supiera defenderse; porque si ella quisiera excusarse, quizá no acertara, ni saliera con su intento.

2. La segunda virtud fue grande benignidad y blandura en corregir á sus discípulos y á Judas; porque aunque vió turbada su escuela, ni se turbó ni indignó, sino con mansedumbre les quitó los engaños que tenian, y deshizo sus falsas aprensiones, aprobando aquella obra, diciendo que habia sido por instinto del divino Espíritu, que movió á esta mujer para que ungiese con aquel ungüento su cuerpo vivo, porque no le podria ungir despues de muerto. Lo cual fue así, porque cuando fué á ungirle, ya era resucitado. Ó Maestro sapientísimo, enséñame á corregir con espíritu de blandura (*Galat.* VI, 1), para que cure los males con la mansedumbre, y no los empeore con mi indignacion.

3. La tercera virtud fue grande caridad y liberalidad, con muestras de la providencia que tiene en convertir todas las cosas que suceden á los que le aman en su mayor provecho (*Rom.* VIII, 28); porque si la Magdalena no fuera murmurada en esta obra, no fuera publicada ni premiada con tanta honra suya. Ni permitiera nuestro amoroso Salvador que sus justos fueran murmurados, si no pudiera y quisiera sacar de estas murmuraciones mayores bienes para ellos. Y por esta causa prometió que en todo el mundo seria esta obra publicada y predicada, como su Evangelio, para honra de quien le honró con ella; y así lo cumplió, porque todos los fieles creemos que esta obra fue santa y por inspiracion divina, y alabamos á la que la hizo. Y yo, Redentor mio, en cumplimiento de vuestra promesa me gozo de la devocion de esta vuestra sierva, y la doy gracias por el servicio y regalo que os hizo; pero mucho mas alabo la liberalidad que teneis en premiar lo poco que por Vos hacemos y padecemos; pues por cuatro ó seis que de esta obra murmuraron, quereis que millones de hombres la engrandezcan. No quieras, ó alma mia, servir á otro señor sino á Cristo, pues tan liberal es en honrar á los que le honran y en premiar á los que le sirven.

MEDITACION VI.

DE COMO JUDAS VENDIÓ POR TREINTA DINEROS Á CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y LOS PRÍNCIPES DE LOS SACERDOTES SE RESOLVIERON DE MATARLE.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Entonces entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariotes, y fué á los príncipes de los sacerdotes, y díjoles: ¿Qué me quereis dar, y yo os le entregaré? Ellos le ofrecieron treinta dineros de plata, y entonces buscaba oportunidad para entregarle.* (*Matth.* XXVI, 15; *Marc.* XIV, 11; *Luc.* XXII, 3). El primer paso de la pasion de Cristo nuestro Señor, y la primera de sus injurias fue ser vendido por Judas á sus enemigos, y esta fue una de las mayores ignominias que padeció, y la que mas exageró despues, estando cenando con sus discípulos; y así en ella se han de ponderar todas las cosas que concurrieron en esta venta; es á saber, quién es el que es vendido, y por qué se deja vender; quién le vende, y por qué motivo; quién se lo persuade, y por qué causa y con qué color; á qué personas le vende, en qué ocasion y para qué fin; por qué precio y con qué modo; y finalmente lo que resulta de esta venta, porque todo esto exagera la grandeza de esta injuria.-Lo primero, se ha de considerar como el que es vendido injuriosamente es Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Señor de todo lo criado, cuya propiedad es ser inestimable, porque su valor es infinito; el cual por su inmensa caridad bajó del cielo á comprarnos con el precio de su sangre (*Isai.* LII, 3), y á comprar para nosotros los bienes de gracia y gloria que perdimos, y en esto gastó toda su vida, haciendo innumerables bienes á los hombres para sacarlos de la servidumbre del demonio, á quien de su voluntad se habian vendido por el pecado.

2. Este Señor tan soberano, y bienhechor de todos, es vendido á traicion y como si fuera esclavo, permitiendo esta venta tan afrentosa por dos causas principalmente.-La primera, para satisfacer con ella por la injuria que yo hice á Dios en vender mi alma al demonio por la culpa. Ó Redentor misericordiosísimo, confieso que como Achaz me he vendido y entregado á innumerables pecados (III *Reg.* XXI, 20), por los cuales merecia me mandaras vender como al siervo que debia diez mil talentos. (*Matth.* XVIII, 24). Mas, pues tú has querido ser vendido para pagar mis deudas, perdónalas por tu misericordia, y no permitas que otra vez vuelva á ellas.-La

segunda causa fue, para darnos ejemplo de rara humildad, porque como tomó por nuestro amor forma de siervo y esclavo, quiso humillarse á la suprema bajeza de los esclavos, que es ser vendidos por dineros. Ó dulce Jesús, ¡qué de invenciones buscas para humillarte por curar mi soberbia con tu humildad! Cúrala, Señor, de una vez, pues tanto lo deseas, para que yo pueda imitar tu humildad como deseo.

Punto segundo.—*Daños de la avaricia.*— 1. Lo segundo, se ha de considerar como la injuria de Cristo nuestro Señor creció; porque quien le vende, no es algun enemigo descubierto sino discípulo suyo, y no discípulo de los que comunmente le seguian, ó de los setenta y dos discípulos que eran mas allegados, sino uno de los doce, que llamó Apóstoles, á quien hizo extraordinarios favores y mercedes, descubriéndole sus secretos, y dándole potestad para lanzar los demonios y hacer milagros. El motivo principal que tuvo para esto fue avaricia; por aquí comenzó su maldad, por aquí prosiguió y llegó á la cumbre, cumpliéndose en él lo que dijo san Pablo (I *Tim.* vi, 10), que la codicia es raíz de todos los males, y por ella muchos faltan en la fe, y se meten en grandes trabajos. Era Judas inclinado á tener dineros y cosas propias, y dejándose vencer de esta pasion en cosas pequeñas (*Eccli.* xix, 1), vino á caer en otras muy grandes. Porque teniendo cuidado de recoger las limosnas que daban á su Maestro, comenzó á hurtar algo (*Ioan.* xii, 6), y gastarlo á su albedrío y en sus comodidades. Con esto comenzó á quebrantar el voto de pobreza, si es verdad que los Apóstoles ya le tenian hecho, y así vino á perder la gracia de Dios; y cuando la Magdalena ungió á Cristo nuestro Señor, murmuró de aquella obra tan santa, y de que Cristo la consintiese; por lo cual le aborreció, y vino á dar en tal alevosía, como fue venderle, para reparar la pérdida de lo que hurtara, si el ungüento se vendiera en trescientos dineros. De suerte que de la codicia nació el hurto, el quebrantamiento del voto, la murmuracion, el escándalo, el aborrecimiento de su Maestro, y el venderle con traicion á sus mismos enemigos; por donde se ve el extremo de maldad á donde llega un hombre desamparado de Dios y que se deja llevar de sus pasiones, pues del estado mas alto que habia en la Iglesia cayó en el abismo mas profundo de maldad que jamás hubo; lo cual ponderó con grande sentimiento Cristo nuestro Señor, cuando dijo á sus Apóstoles (*Ioan.* vi, 71): *¿Por ventura no os escogí yo á todos, y el uno se ha hecho diablo?* Que fue decir: Con ser yo propio el que os escogí para el apos-

tolado por mi gracia, uno de vosotros se ha convertido en hijo del demonio, y grande adversario mio por su culpa.

2. De esta consideracion sacaré un grande temor y temblor de los juicios de Dios. Porque, como dice el glorioso san Bernardo (Serm. de ligno, foeno, et stipula), en ningun lugar de viandantes hay perfecta seguridad, ni en el cielo, pues de allí cayó Lucifer; ni en el paraíso, pues de allí fue echado Adan; y mucho menos en el mundo, pues Judas se perdió en la escuela del Salvador. Lo cual no se dice, porque no se haya de escoger el lugar mas seguro, sino para que despues de escogido, ninguno se descuide con falsa seguridad, ni cese de pedir á Dios le tenga siempre de su mano. Ó alma mia, aunque ahora estés en pié, teme y mira que no caigas (I *Cor.* x, 12); porque si cayó el que era apóstol de Cristo, y conversaba con él familiarmente, oyendo sus sermones, viendo sus ejemplos y gozando de sus milagros, ¿cómo no temerás tú de caer, pues nada de esto tienes? Ó Maestro piadoso, tenêd de vuestra mano á este pobre discípulo, para que no caiga en las miserias de este falso apóstol.

Punto tercero. — 1. El que persuadió á Judas esta maldad, como dicen los Evangelistas, fue Satanás (*Ioan.* xiii, 2); lo uno por robarle el alma, y lo otro por el odio que tenia á Cristo nuestro Señor, deseando quitarle la vida y sacarle de su poder aquel discípulo. En lo cual he de ponderar, que la perdicion de Judas, aunque de su parte comenzó por querer seguir su mala inclinacion; pero creció mucho, por la solicitud del demonio que la iba atizando y soplando por momentos, el cual entró dentro de su alma; porque la pasion no mortificada es como enemigo doméstico que abre la puerta del corazon á Satanás, para que entre y le despeñe en el abismo de la maldad; y mientras la pasion dura, tiene su morada y posesion muy segura. De donde sacaré (*D. Dorotheus*, Serm. xi), cuán perjudicial cosa es no mortificar una sola pasion, porque de ellas hace Satanás lazo para enlazarme y arrastrarme á su voluntad; como el cazador que tiene atada el águila por una sola uña, fácilmente la puede quebrar las alas y cortar la cabeza. Ó Salvador fortísimo, que veniste á echar de las almas al fuerte armado que pacíficamente las poseia (*Luc.* xi, 21), muestra tu fortaleza en echarle de la mia, de modo que nunca mas se atreva á entrar en ella.

2. Lo segundo, ponderaré la razon aparente con que esta serpiente astuta engañó á este miserable, coloreando la maldad de esta manera: Tu Maestro dice, que ha de morir esta Pascua, y los judíos lo desean y procuran mucho; pues ello ha de ser, y tu Maestro

lo quiere, poco daño le haces en venderle; antes cumples su deseo, y de camino cumplirás el tuyo cobrando el dinero que perdiste. Esta razon convenció á Judas, porque la pasion ciega el entendimiento, y le hace creer fácilmente todo lo que el demonio le dice en su favor, aunque sea muy injusto. De donde aprenderé á no dar crédito á pensamientos conformes á mi corazon apasionado, persuadiéndome que nacen de la serpiente infernal, cuyo oficio es engañarnos como á Eva, diciéndonos lo que nos da gusto, coloreando el mal con apariencia de algun bien.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar las personas á quien Cristo nuestro Señor es vendido, y el fin para que le compran. Estos fueron los príncipes de los sacerdotes, con los demás escribas y fariseos y ancianos del pueblo, al tiempo que estaban tratando de matar á Cristo, por la ira y rabia que tenian contra él. De suerte, que el traidor no le vende á su Madre, que le comprara segunda vez, como le compró en el templo para regalarle, ni le vende á otros discípulos ó amigos, que le compraran para libertarle y tomarle por señor, sino véndele á los mayores enemigos que tiene; los cuales le compran para quitarle la vida con terribles tormentos. ¡Oh crueldad endemoniada del vendedor! oh furia infernal de los compradores! Bien se ve que Satanás era el tercero de esta venta y de esta compra, pues para tales fines se ordenaba. Ó mansísimo Cordero, ¿qué injuria es esta que padeces, siendo vendido para ser sacrificado por manos de tan crueles verdugos? Ó Salvador del mundo, vendido eres hoy, como el patriarca José lo fue de sus hermanos (*Genes.* xxxvii, 28), aunque con diferente fin; porque aquel fue vendido para librarle de la muerte, y tú lo fuiste para darte cruel muerte; aquel con su vida salvó á Egipto, y tú con tu muerte salvaste al mundo. Sálvame, Señor, por tu misericordia; y pues me compraste con el precio de tu sangre, no permitas que me venda por el vil precio del pecado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la grande afrenta que resultó á Cristo nuestro Señor de esta venta, en la opinion de aquella gente, y la grande paciencia con que la llevó, cuando le estaba mirando, aunque estaba léjos. Porque es de creer que Judas, para encubrir una cosa tan fea, como era vender á su Maestro, diria de él mucho mal á los del concilio, diciendo que se salia de su escuela porque era quebrantador de la ley, enemigo de las costumbres antiguas, comedor y bebedor en los convites; que era regalado y pródigo, consintiendo que una mujer le ungiese piés y cabeza con un

ungüento que valia trescientos dineros, etc. Y todo esto oian con grande gusto aquellos sacerdotes, sin haber quién volviese por Cristo. Ó dulce Maestro, ¿cómo no hay quien tape la boca de este falso murmurador, ni quién vuelva por vuestra inocencia, como Vos volvísteis por la Magdalena? ¡Oh con cuánta razon os quejais por la boca de vuestro Profeta, diciendo (*Psalm.* LIV, 13): Si mi enemigo me maldijera, sufriéralo; y si el que me aborrecia dijera males contra mí, quizá me guardara de él! Pero ¡que hagas esto tú, ó Judas, mi amigo y compañero, y tan mio, que comíamos los dos con mucho gusto juntos, y andábamos en la casa de Dios muy unidos! Grande, Señor, fue vuestra injuria; pero mayor fue vuestra paciencia, porque mas sentís la culpa del injuriador, que el daño que os viene de ella. Con este ejemplo se han de consolar los maestros y los prelados y príncipes, cuando sin culpa suya dijeren mal de ellos sus discípulos, y sus súbditos ó vasallos.

3. Tambien fue grande afrenta de Cristo nuestro Señor, en los ojos de aquella gente y del pueblo, que de su escuela saliese un discípulo tan codicioso y abominable, que vendiese á su Maestro con muestras exteriores de grande aborrecimiento, de donde tomarian ocasion sus enemigos para decir: Cual es el discípulo, tal es el Maestro. Ó Maestro celestial, no permitais que yo con mi mala vida os afrente, ni que por mi causa sea vuestro nombre blasfemado entre las gentes. (*Isai.* LII, 5). Seamos, Señor, todos vuestros discípulos tales cuales sois Vos, único Maestro nuestro, para que todos seamos gloria vuestra. Amen.

PUNTO QUINTO.— 1. El precio por que es vendido Cristo nuestro Señor, fue treinta dineros de aquel tiempo; precio vilísimo, en el cual comunmente los judíos apreciaban á su esclavo, cuando alguno se le habia muerto. (*Exod.* XXI, 32). Y esto acrecienta mucho la injuria del Salvador, pues por aquí se ve la baja estima que tenian de él, así el que le vende como los que le compran. Pero mucha mayor injuria se le hizo en el modo del concierto, porque el discípulo, codicioso de algun dinero, puso el precio en la voluntad de los mismos compradores, diciéndoles: *Quid vultis mihi dare, et ego eum vobis tradam?* ¿Qué me daréis, y yo os lo entregaré? Como quien dice: Dadme lo que quisiéredes, y yo le pondré en vuestras manos.

2. Ellos, parte por ver la codicia del vendedor, parte por la baja estima y odio que tenian de Cristo, á la primera palabra le ofrecieron los treinta dineros, que se daban por los esclavos, no en satisfaccion de la muerte, sino para dársela cruelmente. Ó Salvador del

mundo, ¡cuán diferente estima teneis de los pecadores, de la que ellos tienen de Vos! Ellos os venden por treinta dineros, y Vos los comprais con vuestra sangre preciosa. Ellos ponen en voluntad de su carne el precio de esta venta, y Vos poneis en voluntad del Padre el precio de esta compra. Ó Padre eterno, formador de todo lo criado, mirad el precio en que es apreciado vuestro Hijo. Ó Hijo de Dios vivo, ¡con cuánta razon podeis decir (*Zach.* XI, 13): *Decorum pretium, quo appretiatus sum ab eis:* Donoso precio en que me han apreciado! mas pues habeis tomado forma de esclavo, no es mucho paseis por las bajezas del esclavo, siendo vendido por el precio de los esclavos. Gracias os doy por esta primera injuria que recibísteis en vuestra pasion, y en agradecimiento de ella me ofrezco por vuestro perpétuo esclavo, con deseo de nunca apartarme de vuestro servicio.

3. De aquí tambien tengo de sacar grande confusion y vergüenza, acordándome de las veces que he vendido á Cristo nuestro Señor, por precio mas vil que treinta dineros; esto es, por un deleite de carne, ó un punto de honra, ó un interesillo de hacienda, entregándole otra vez á sus enemigos los pecados, para que dentro de mi corazon le crucifiquen. Y así puedo imaginar que Cristo nuestro Señor me dice lo que refiere el profeta Zacarías (*Zach.* XI, 12): *Si os pareciere galardon por los bienes que os he hecho; y sino dejadlo, porque no os quiero forzar.* Y á esta peticion tan justa, lo que yo respondo con las obras, es venderle por tan vil precio, que me diga: *¡Oh donoso precio en que me apreciais!* Ó alma mia, ¿cómo no te cubres de vergüenza, oyendo esta palabra de tu Redentor? Ó Redentor mio, ¡cuán justo fuera quitaras de mí la vara de tu gobierno, y me cortaras el hilo de la vida, pues tan mal me sé aprovechar de ella! Perdóname, Señor, la injuria pasada, y ayúdame á que te aprecie como mereces, de modo que puedas decir sin ironía: *Hermoso precio es este en que me aprecias.*

PUNTO SEXTO. — 1. Lo sexto, se ha de considerar lo que sucedió despues de esta venta, así en Judas, como en los príncipes de los sacerdotes. Porque lo primero, Judas, concertado el precio, *spopondit,* prometió de cumplir lo que habia ofrecido, y con gran cuidado buscaba oportunidad para hacer la entrega, por cobrar el precio; y así se volvió al colegio de los Apóstoles y á la compañía de Cristo, disimulando su maldad; porque como habia perdido la fe, pensó que Cristo no lo sabria. Pero Cristo nuestro Señor le admitió con tanto amor, como si no supiera lo que habia hecho, ejercitando en

esto el amor de los enemigos con grande eminencia, sin reprenderle ni afrentarle, ni descubrir su traicion. Quizá le diria: Amigo, seas bien venido; ¿dónde has estado? ¿qué has hecho? Y á sus falsas respuestas calló con gran disimulacion. Ó mansísimo Pastor y dulcísimo Padre, ¿qué sentísteis en vuestro corazon cuando vísteis entrar á este lobo en medio de vuestras ovejas, cubierto con piel de oveja, para hacer presa en su propio Pastor? Él disimula por no ser conocido, y Vos, aunque le conoceis, haceis el disimulado; él viene de procuraros la muerte, y Vos le recibís con tanto amor, como si en ello os fuera la vida. ¡Oh caridad inmensa! oh mansedumbre infinita! Hacedme, Señor, manso como oveja, para sufrir por vuestro amor los agravios de cualquier lobo.

2. Lo segundo, los príncipes de los sacerdotes quedaron tambien contentísimos y mudaron luego de parecer; porque habiéndose resuelto de no matar á Cristo en el dia de la fiesta, porque no se levantase algun alboroto en el pueblo, no quisieron perder la ocasion, y se resolvieron de matarle cada y cuando que Judas se le entregase, sin hacer caso del alboroto del pueblo. En lo cual se echa de ver por una parte la rabia de estos crueles enemigos, y las ansias que tenian de hundir á Cristo nuestro Señor; y por otra parte resplandece la sabiduría y providencia de Dios, en salir con su traza, que Cristo muriese en el dia de aquella fiesta, para que fuese sacrificado el verdadero Cordero de Dios, cuando lo era él figurativo. Ó Cordero inocentísimo Jesús, ¡con cuánta razon os podemos llamar Cordero pascual, porque vuestras fiestas y pascuas son morir por librarnos de la muerte y ser sacrificado por darnos la vida; y si vuestros enemigos se dan priesa á querer mataros, aunque sea en fiesta solemne, mucha mas priesa teneis Vos en querer morir por ellos. Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico encendais mi corazon con tanto fervor, que tenga por fiesta y pascua padecer algo por vuestro amor. Amen.

3. De lo dicho en esta meditacion sacaré dos causas principales, por las cuales Cristo nuestro Señor permitió tanto tiempo á Judas en su escuela, esperándole á penitencia.—La primera, para que entendamos, que en todas las congregaciones, aunque sean muy religiosas, ha de haber algunos malos, sin culpa del que las gobierna, como la hubo en esta, escogida por Cristo. Por lo cual dijo san Agustin (Concione 1 in Psalm. XXXVI): *Ad quamcumque professionem te converteris, para te pati fictos.* En cualquier profesion de vida que escogieres, aparéjate á sufrir algunos fingidos; porque si no

tragas esto y te aparejas á sufrirlo, hallarás lo que no esperabas, y vendrás á faltar en tu vocacion, ó á turbarte en ella.-La segunda causa fue, para que le diese ocasion de ejercitar para nuestro ejemplo los heróicos actos de mansedumbre, paciencia y caridad, y otras virtudes, que no pueden ejercitarse, si no es con enemigos. Y en particular, para dar ejemplo á los prelados y superiores, de tolerar á los malos súbditos y ayudarlos, aunque les dén muchas ocasiones de padecer, pues como dice san Bernardo (Epist. 37), los malos súbditos, como aumentan la carga del Gobierno, así aumentan el merecimiento: *Et in quantum gravaris, in tantum lucraris:* Cuanto mas cargado, tanto mas ganancioso.

MEDITACION VII.

DE LA ÚLTIMA CENA, EN QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR COMIÓ EL CORDERO LEGAL CON SUS APÓSTOLES, Y COMO ANTES DE ELLA SE DESPIDIÓ DE SU MADRE SANTÍSIMA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Llegado el primer dia de los ázimos, cuando segun la ley se habia de sacrificar el cordero pascual, que fue jueves, envió Cristo nuestro Señor, luego por la mañana, dos de sus apóstoles, Pedro y Juan, á Jerusalen desde Betania, diciéndoles: Cuando entraréis en la ciudad, toparéis un hombre con un cántaro de agua, seguidle; y decid al dueño de la casa donde entrare: El tiempo de mi partida está cerca, quiero celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos. Y él os enseñará un cenáculo grande y bien aderezado, y allí aparejaréis lo necesario para esta pascua.* (*Matth.* XXVI, 17; *Marc.* XIV, 13; *Luc.* XXII, 10). Aquí se ha de ponderar lo primero, el cuidado grande que Cristo nuestro Señor tenia con la observancia de la ley, pues quiso ir á Jerusalen, á donde era necesario comer el cordero, con saber que le habia de costar la vida, y que allí habia de ser preso y crucificado, haciéndose obediente hasta la muerte. Además, como es propio de los perfectos obedientes prevenir con tiempo las cosas necesarias para cumplir su obediencia; así quiso con tiempo prevenir lo necesario para esta, dándonos ejemplo de obediencia y de diligencia, y providencia en la ejecucion de ella, para confusion de mis desobediencias, y de los descuidos y negligencias que tengo en la guarda de su santísima ley, aun en las cosas que me han de costar poco. Por tanto, ó alma mia, acuérdate de lo que dice el Sábio (*Prov.* XXIV, 27): Apareja primero tu obra, y luego labra tu cam-

po, y edifica tu casa, porque no podrás labrar bien el campo de tu alma con mortificaciones, ni edificar la casa de tu conciencia con virtudes, si primero no aparejas lo necesario para el ejercicio de ellas.

2. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor escogió dos apóstoles, los mas queridos y los mas señalados en fe, amor y obediencia, Pedro y Juan, para que fuesen á prevenir la casa y huésped, y para que le ayudasen con su destreza y diligencia en la prevencion de lo necesario para el sacrificio del cordero. Y demás de esto, para enseñarnos el cuidado que hemos de poner en aparejar nuestras almas con lo necesario para celebrar el sacrificio y comida del Cordero purísimo de la ley nueva, que se nos da en el santísimo Sacramento del altar, cuyo aparejo pertenece á la virtud de la fe, figurada por san Pedro, y á la caridad, figurada por el glorioso san Juan, ambas fervorosas y acompañadas con obediencia muy perfecta. Ó Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, justo es que te comamos con grande aparejo, limpiando y aderezando el cenáculo y sala donde has de ser espiritualmente sacrificado y comido. Envia, Señor, desde el cielo á esta pobre alma viveza de fe y fervor de caridad, con prontitud de obediencia que la ensanchen, adornen y aparejen, como conviene, para esta celestial comida; porque si tú no me envias esta ayuda, nunca me aparejaré como debo para ella.

3. Lo tercero, ponderaré aquel breve y tierno recado que mandó dar al dueño de la casa. El Maestro dice: Mi tiempo es llegado, en tu casa quiero celebrar la Pascua con mis discípulos; el cual recado fue tan eficaz, que luego aquel hombre, tocado del divino Espíritu, ofreció la mejor pieza de su casa, muy bien aderezada, para que Cristo nuestro Señor celebrase allí su pascua, sirviéndole con cuanto tenia. Ó Maestro soberano y Redentor mio, cuyo dicho es tan poderoso, que hace luego lo que dice, dí á mi alma: Mi tiempo es llegado, en tu casa quiero celebrar la Pascua con mis discípulos. ¡Oh dichoso tiempo, en el cual mi Redentor quiere aplicarme el fruto de su pasion y entrar en mi alma á celebrar la Pascua, que es tránsito de lo terreno á lo celestial! Ven, ó Maestro dulcísimo, con la dulce compañía de tus virtudes, y con ellas celebra dentro de mi alma esta Pascua y convite celestial; yo te ofrezco no solamente la mejor pieza de mi casa, sino toda ella, pues toda es tuya; y ojalá fuera mejor de lo que es, para que te agradaras de estar siempre en ella.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, antes de salir de Betania, quiso despedirse de su Madre santísima, diciéndola como era ya llegada la hora de su pasion y muerte, la cual habia deseado tantos años, para dar fin á la redencion del mundo, que su Padre eterno le habia encargado; y para prevenirla, es de creer que con un ánimo muy tierno, pero muy varonil; la contaria todas las cosas que habian de pasar por él, diciéndola: Yo voy á Jerusalen á sacrificar y comer el cordero pascual, y á instituir el sacrificio y Sacramento que por él es representado; y luego seré preso como ladron de mis enemigos en el huerto de Getsemaní; de allí me llevarán atado con gritería en casa de Caifás, donde pasaré toda la noche en graves desprecios y tormentos; y en siendo de dia me llevarán al tribunal de Pilatos, por cuyo mandado seré cruelmente azotado, y despues coronado de espinas y escarnecido y sentenciado á muerte de cruz, y cargado con ella saldré de su pretorio al monte Calvario, donde seré crucificado entre dos ladrones, y al cabo de tres horas espiraré. Todo esto está decretado por mi eterno Padre, y es conveniente para la redencion del mundo, y por esta razon gusto mucho de pasar por ello, pues basta que mi Padre lo quiera, para que yo lo acepte, y todos los que aman á mi Padre se conformen con su santa voluntad.

2. Oyendo la Vírgen estas y otras semejantes palabras que su Hijo la diria, fue su bendita alma traspasada con gravísimos dolores, porque cada palabra de aquellas era un cuchillo que atravesaba su corazon; pero levantando los ojos al cielo, hablando con el Padre eterno, le diria: Padre, si es posible, no beba vuestro Hijo y mio este cáliz tan amargo de su pasion; pero no se haga mi voluntad, sino la vuestra. Y volviéndose á su Hijo, le diria: Hijo, pues vuestra voluntad es beber este cáliz, dadme licencia que yo le beba enteramente con Vos, asistiendo á todos vuestros trabajos; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Vos quereis. De esta manera la Vírgen sintió en esta ocasion sumo dolor, con suma resignacion en la divina voluntad.

3. Tambien se puede piamente meditar, que Cristo nuestro Señor, como quien conocia la fe y valor de su Madre, la encomendaria que en esta su breve ausencia recogiese el rebaño descarriado de sus Apóstoles y discípulos, y los confirmase en la fe de su resurreccion, y los alentase y consolase. Y en razon de esto, es de creer la diria algunas razones de las muchas que dijo á sus discípulos en el sermon de aquella noche. Ó Vírgen soberana, ¡cuán amargo dia

fue este para Vos, bebiendo por junto el cáliz de la pasion que vuestro Hijo os iba relatando! Ya el cuchillo que Simeon profetizó comienza á traspasar vuestra alma con gravísimo dolor; y si este es muy agudo, aparejad vuestro corazon, que mañana se aguzará mucho mas. ¡Oh quién se hallara en vuestra compañía, para que siquiera gustara una gota de ese cáliz, y le tocara la punta de ese cuchillo! Alcanzadme, Señora, favor del cielo, para que de tal manera oiga y medite vuestros trabajos y los de vuestro Hijo, que merezca tener parte en ellos. Amen.

Punto tercero.— 1. *Venida la tarde del jueves, salió Cristo nuestro Señor de Betania con sus Apóstoles; y en llegando á Jerusalen, al lugar señalado, sentóse con ellos á la mesa, y díjoles: Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua*, esto es, este cordero pascual, *antes que padezca.* (*Luc.* XXII, 15). Aquí se ha de ponderar lo primero, los semblantes diferentes de los que iban en este camino desde Betania hasta Jerusalen. Cristo nuestro Señor iba contento, porque iba á padecer. Judas iba gozoso, porque se le acercaba el tiempo y ocasion de entregar al que vendió, y cobrar el precio que le ofrecieron. Los Apóstoles iban tristes por la muerte que temian de su Maestro, acordándose que les habia dicho el dia antes: De aquí á dos dias será la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado. Ó Hijo del hombre, Dios y hombre verdadero, ¿cómo llevas en tu compañía al que ha de entregarte para ser crucificado? Mira que ese lobo ha de alborotar tu rebaño; y pues tanto has trabajado en recogerle, echa fuera al que ha de esparcirle. ¡Oh qué pláticas tan dulces trabaria el Señor con sus discípulos, para moderar la tristeza de su corazon y aliviar el trabajo del camino! Dichoso el que camina con Jesús, no con fingimiento como Judas, sino con verdad como los demás discípulos, porque con su dulce compañía hallará alivio en su tristeza.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la entrañable caridad y afabilidad de Cristo nuestro Señor, la cual mostró en aquellas tiernas palabras: *Con deseo he deseado comer este cordero con vosotros.* Como quien dice: Muchos dias há que deseo grandemente este dia, para daros muestras de lo mucho que os quiero, comiendo con vosotros, no solo este cordero legal, sino otro mas precioso que os daré antes que padezca. Ó dulcísimo y amorosísimo Maestro, estando tan cerca vuestra pasion tan amarga, ¿decís que con gran deseo habeis deseado este convite antes de veros en ella? ¿Con qué os pagaré tales deseos, sino con procurar otros tales para serviros? Y si Vos, Se-

ñor, deseais mucho comer conmigo esta última Pascua, yo tambien deseo mucho comerla con Vos. Ó Rey del cielo, que estais llamando á la puerta del corazon, deseando con gran deseo que os abramos, para entrar y cenar con nosotros (*Apoc.* III, 20); venid á mi casa, que la puerta tengo abierta, y con gran deseo estoy deseando vuestra venida, para tener parte en vuestra cena.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar el modo como Cristo nuestro Señor comió el cordero pascual, guardando todas las ceremonias de la ley, y contemplando lo que significaban con sentimiento de su corazon. - Mirando el cordero sobre la mesa muerto, desollado y asado en fuego (*Exod.* XII, 9-11), se le representó como habia de estar tendido en la mesa de la cruz, muerto, y desollado con azotes, desangrado y asado con fuego de tormentos. Mirando como le despedazaban, sin quebrarle hueso, se vió á sí mismo descoyuntado, sin que le quebrantasen las piernas, como á los ladrones. Mirando la priesa con que le comian, miraba tambien la priesa con que descargaria sobre él la furia de sus enemigos, para consumirle con tormentos. Gustando las lechugas amargas, se acordaria de las hieles y amarguras que le estaban esperando. Y cuando se vió con el báculo en las manos, se acordó de la cruz con que se habia de abrazar, y en que habia de estar enclavado. Ó dulce Jesús, ¡cuán amarga era esta comida, mezclada con salsa de tan amarga representacion! Con esta salsa deseo siempre comer, acordándome de los trabajos que por mí padecísteis, y de la hiel y vinagre que por mí gustásteis.

2. Finalmente, acabada esta cena legal, es de creer que Cristo nuestro Señor daria gracias á su eterno Padre, porque se habia puesto fin á esta figura y representacion, y se ofreceria á padecer todo cuanto en ella se representaba, por cumplir enteramente su voluntad, diciendo (*Psalm.* XXXIX, 7): Padre mio, bien sé que estos holocaustos y sacrificios antiguos no te han agradado perfectamente, y que por esto me enviaste al mundo con cuerpo apto para ser sacrificado. Ya es llegada la hora de este sacrificio, vesme aquí aparejado para cumplir tu voluntad; como lo has ordenado, así lo quiero. Gracias te doy, Hijo de Dios unigénito, por este nuevo ofrecimiento que haces á tu eterno Padre; yo tambien me ofrezco á cumplir tu voluntad; mándame lo que quisieres, ayudándome con tu gracia á cumplir lo que me mandares.

MEDITACION VIII.

DEL LAVATORIO DE LOS PIÉS.

PUNTO PRIMERO.—*Propiedades del amor de Cristo con los suyos.*— 1. *Sabiendo Jesús, que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, que estaban en este mundo, amólos hasta el fin.* (*Ioan.* XIII, 1). Sobre este punto, que es el proemio y entrada que hace el glorioso san Juan para los misterios que se siguen, se han de ponderar las propiedades del amor que Cristo nuestro Señor tuvo á sus discípulos y á todos los suyos, que vivian y habian de vivir en este mundo; presuponiendo que este Señor tenia entonces tres familias de personas suyas: una de Ángeles en el cielo; otra de almas justas en el limbo; y otra de discípulos en el mundo; y aunque estos estaban mezclados con otros muchos que no eran suyos, porque eran malos, y ellos tambien tenian mezcla de algunas culpas é imperfecciones, con todo eso los amó con un amor tierno y paternal, porque eran suyos; esto es, eran sus hijos, sus amigos y sus fieles devotos. De aquí se siguen las propiedades de este amor.—La primera es, que los amó como á cosa suya propia, y por consiguiente, como á sí mismo, y en cierto modo mas que á sí mismo; pues con estar cercano á la muerte, como olvidado de sí y de sus trabajos, todo se ocupó en regalarlos, y perdió su vida por la vida de ellos (*Isai.* LIII, 12), tomando los pecados y miserias de sus escogidos como suyas (*Psalm.* XXI, 1), y pagando con su muerte las deudas que ellos debian. Ó Amado de mi alma, si tú me amas como á cosa tuya, yo digo que te amo como á cosa mia; porque como yo soy tuyo, así tú eres mio. Yo soy criatura tuya, esclavo é hijo tuyo; pero tú eres mi Criador y Redentor, mi Señor y mi Padre, y te quiero amar no como á mí, sino sobre mí, y sobre todas las cosas criadas y por criar, porque eres dignísimo de ser amado mas que todas ellas.

2. La segunda es, que los amó con amor perseverante hasta la fin; amólos mientras vivió en esta vida y hasta que llegó el fin de ella; y amólos mientras vivieron, hasta que llegó para ellos su fin; y amará á todos los suyos hasta la fin del mundo. Ó amor constantísimo de Jesús, cuyo fuego no pudieron apagar las aguas de inmensas tribulaciones, ni los rios de innumerables tormentos. ¡Oh qué de veces con mis pecados, cuanto es de mi parte, he querido aho-

garle! pero siempre ha prevalecido, haciendo bien á quien le servia mal, arrojando nuevas brasas en la cabeza del que multiplicaba ofensas. (*Prov.* XXV, 21). No ceses, Salvador mio, de amarme hasta el fin, para que yo tambien te ame sin fin. Amen.

3. La tercera propiedad fue, que los amó con un amor excesivo sin tasa, hasta el fin donde puede llegar el amor, haciendo y padeciendo por ellos lo sumo que podia y convenia hacer y padecer, y deseando mucho mas sin fin, si fuera necesario para su remedio. Ó Amado mio, yo tambien deseo amarte, como manda el precepto del amor, con todo mi corazon, con toda mi alma, con todo mi espíritu y con todas mis fuerzas, sin tasa alguna, llegando, si pudiese, al fin donde puede llegar el amor de una criatura para con su Criador. Querria amarte mas que los Ángeles y Serafines; y si fuera posible amor infinito, con ese te quisiera amar, sin cansarme con tu ayuda de crecer en el amor, hasta llegar al fin de lo que tú has ordenado que te ame, pues mereces ser amado sin fin.

4. La cuarta fue, que los amó para el fin; esto es, para el fin que fueron ordenados, que es amarle y servirle en esta vida mortal y gozar de él en la vida eterna. No los amó para darles riquezas, ni honras ó regalos temporales, porque no era este su fin, sino para darles todos los medios de su gracia, con que alcanzasen el fin de la gloria. Y amólos para sí mismo, que es principio y fin de todas las cosas, para unirlos consigo con union de amor, en quien descansasen como en su último fin. Ó Amado mio, ¡si te amase para el fin que me amaste! No te amo para que me dés bienes temporales, sino ámote porque me amas, y para que me dés los bienes espirituales con que crezca en tu amor y me junte sin fin contigo, que eres mi último fin y suprema bienaventuranza. Amen.

—Estos afectos de amor tengo de ejercitar en todas las meditaciones siguientes, con las propiedades que quedan referidas.—

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Acabada la cena legal del cordero, habiendo el demonio puesto en el corazon de Judas Iscariotes, que le entregase á la muerte, sabiendo que el Padre puso todas las cosas en sus manos, y que salió de Dios y volvia á Dios, levantóse de la mesa, y quitándose la vestidura de encima tomó un lienzo y ciñóse con él; y echando agua en una vacía comenzó á lavar los piés de sus discípulos, y á limpiarlos con el lienzo que tenia ceñido.* Sobre este paso se ha de considerar la excelencia de la persona que hace esta obra, el modo como la hace por sí mismo, y el misterio que representa de su encarnacion y pasion.-Lo primero, se ha de hacer páusa en lo que la hizo

san Juan, ponderando la excelencia de la persona que se humilla á obra tan baja, como es lavar los piés de sus discípulos; porque tanto será mayor la humillacion, cuanto es mas alto el que se humilla; y tanto la humildad será mas heróica, cuanto fuere mas excelente la persona en quien se halla. Para esto miraré en Cristo nuestro Señor lo que tiene en cuanto Dios y lo que tiene aquí en cuanto hombre: en cuanto Dios está en el cielo en medio de innumerables Ángeles, que postrados á sus piés le adoran; en cuanto hombre está en un pobre cenáculo y en medio de unos viles pescadores, postrado á sus piés para lavárselos; en cuanto Dios está vestido de hermosura y ceñido de fortaleza, criando con sus manos todas las cosas; en cuanto hombre está desnudo de sus vestiduras, ceñido con un lienzo, y con sus manos lava los piés lodosos de sus criaturas.

2. Pero en especial se ha de ponderar, como lo ponderó el Evangelista, que este Señor, que aquí se humilla, es infinitamente sábio, á quien nada se le esconde, ni la excelencia de su persona, ni la maldad del discípulo que le vende, ni la vileza y cobardía de los otros que tiene delante. Es tambien infinitamente poderoso, porque el Padre eterno puso todas las cosas en su mano y potestad, comunicándole su omnipotencia en cuanto Dios por la eterna generacion; y en cuanto hombre por la union hipostática al Verbo. Es tambien Hijo natural de Dios, de quien nació *ab aeterno*, y vino al mundo para remediarle, y despues de muerto volverá á Dios á sentarse en su trono á la mano derecha de su Padre; y con saber todo esto claramente, quiso humillarse á esta obra; de suerte, que no se humilló por ignorancia de lo que era, ni por fuerza que otro le hiciese, ni por ser de baja ralea, ni por tener bajos intentos y fines, sino solo porque quiso humillarse y tomar forma de siervo por nuestro amor, cumpliendo perfectísimamente aquel consejo del Sábio, que dice (*Eccli.* III, 20): Cuanto fueres mas grande, humíllate en todas las cosas. ¡Oh infinita humildad que así resplandeces en persona de tan infinita dignidad, para confundir la soberbia de mi infinita bajeza! Si Jesús, infinitamente sábio y poderoso, así se humilló, ¿cómo yo, sumamente ignorante y flaco, así me ensoberbezco? Si el Hijo de Dios, que procedió de Dios y se vuelve á Dios, se bajó á tomar forma de siervo (*Philip.* XI, 7); ¿cómo yo, hijo de ira y esclavo del demonio, que fuí hecho de polvo, y me convertiré en el mismo polvo, presumo de engreirme y querer ser servido como señor? Ó humilde Jesús, líbrame de este espíritu de soberbia, y fúndame en profunda humildad, pues tanta razon tengo para ser humilde.

3. Lo segundo, ponderaré como la humildad de este Señor tan alto fue amorosa y diligente, haciendo toda esta obra por sí mismo, sin ayuda de otro en señal de amor. Él mismo se desnuda y ciñe; él echa el agua en la vacía y la lleva á donde están sus discípulos, y se postra en tierra y les lava, no las manos, sino los piés muy polvorientos y lodosos; y él mismo amorosamente se los limpia con la toalla con que estaba ceñido, regalándose y saboreándose en hacer todo esto por su persona, enseñándome á ejercitar las obras de humildad y caridad por sí mismo, gustando mas de hacer que de mandar, y haciendo la obra humilde, sin mezcla de cosa jactanciosa. Ó amantísimo Maestro, que sin hablar estais clamando: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon (*Matth.* XI, 29), comunicadme esta mansedumbre y humildad tan amorosa para hallar gracia en vuestros ojos, á quien siempre han agradado los mansos y humildes de corazon.

4. Pero si es grande la humildad de esta obra exterior, mucho mayor es la humildad y solicitud que representa; la cual ejercitó con todos nosotros, pues por nuestra causa, siendo Hijo de Dios, se apocó á sí mismo, tomando forma de siervo, y se desnudó las vestiduras de su gloria y grandeza, ciñéndose con carne mortal y pasible, sujeta á grandes penalidades; y en el monte Calvario consintió ser despojado de sus vestiduras con grande ignominia, y allí derramó en lugar de agua toda la sangre preciosísima de sus venas, depositándola en los Sacramentos que ordenó para lavarnos de nuestras culpas; y porque nosotros quedásemos limpios, quiso que el purísimo lienzo de su sacratísima humanidad, con que se ciñó, quedase en la apariencia súcio y manchado con ella. Ó Dios eterno, ¿con qué te pagaré lo mucho que por mí has hecho? Deseo desnudarme de toda grandeza temporal, y ceñirme con rigor de penitencia, y derramar mi sangre por tu amor, cargándome con las penas de que te cargaste por mis culpas; y despues que hubiere hecho todo, diré (*Luc.* XVII, 10), que soy siervo sin provecho; pues no hago la mínima parte de lo que hizo mi Señor.

PUNTO TERCERO.— 1. El tercer punto será considerar lo que pasó á Cristo nuestro Señor con san Pedro, cuando llegó á lavarle los piés, y las razones que sobre esto hubo.-Lo primero, pasmado Pedro de la humildad de su Maestro, dijo: *Domine, tu mihi lavas pedes?* Señor, ¿tú me lavas los piés? En las cuales palabras descubrió la viva fe que tenia de la grandeza de Cristo nuestro Señor, y de su propia bajeza, y de la vileza de aquella obra á que Cristo se humi-

llaba. Y de la interior consideracion y ponderacion de todo esto, vino á decir con afecto de grande admiracion y pasmo: Señor, ¿tú á mí lavas los piés? ¿Tú, Dios infinito, Criador de cielos y tierra, Señor de los Ángeles y Serafines, á mí criatura tuya, esclavo tuyo, pecador vilísimo y asquerosísimo, con esas manos que dan vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos, quieres lavar no mi cabeza ó mis manos, sino mis súcios y miserables piés? Yo, Señor, te habia de servir á tí, y lavar tus piés; y aun de esto no me tengo por digno, y ¿tú quieres lavármelos á mí? De aquí tengo de aprender á sentir altamente de Cristo y bajamente de mí, y haciendo comparacion de lo que un Dios tan alto hizo por un hombre tan bajo, sacar afectos de admiracion, de accion de gracias y de imitacion.

2. Á este dicho de san Pedro, que procedia de gran fervor, respondió Cristo nuestro Señor, enderezándole á lo que convenia, con estas palabras: *Lo que yo hago no lo entiendes ahora, despues lo entenderás.* Como quien dice: Esto que hago tiene misterio que no alcanzas, yo te lo descubriré despues, ahora déjate gobernar. Respondió Pedro: *No me lavaras jamás los piés.* Replicóle Cristo: *Si non lavero te, non habebis partem mecum:* pues si no te lavare, no tendrás parte conmigo. En lo cual se ha de ponderar lo mucho que ofende á Cristo nuestro Señor cualquiera desobediencia y rebeldía, y cualquier asomo de pertinacia en su propio parecer, aunque sea con capa de humildad y de reverencia, pues este vicio solo bastó para que dijese á Pedro aquella tan terrible amenaza: *No tendrás parte conmigo;* que fue decir: No serás mas mi discípulo, ni te tendré mas en mi escuela y compañía, ni te admitiré á la herencia de mi reino. De donde aprenderé á no resistir á la voluntad de Dios y de mis superiores, por ningun título de aparente virtud, sino rendir mi juicio al primer aviso y á la primera correccion de amor, antes que venga la segunda correccion con amenaza y temor; porque aunque sea tan privado de Cristo como san Pedro, y tan favorecido del eterno Padre como él lo fue, no durará mas la privanza de cuanto durare la obediencia; y en faltando esta con pertinacia, faltará luego la privanza. Ó buen Jesús, dechado de toda perfecta obediencia, no permitas que me engañe mi propio juicio, anteponiéndole al tuyo, ni que con capa de humildad siga mi propia voluntad, dejando la tuya, porque no caiga sobre mí amenaza tan terrible, como es no tener parte contigo.

3. Lo tercero, tambien ponderaré la necesidad que tengo de que

Cristo nuestro Señor me lave y limpie de mis culpas; pues si él no me lava, no tendré parte con él. Y á esta causa no dijo: si no lavare tus piés, antes dijo: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Ó Salvador del mundo, confieso que estoy súcio y manchado con innumerables pecados, de los cuales yo no me puedo lavar, porque el pecar fue mio, mas el perdonar es vuestro. Por tanto (*Psalm.* L, 4): *Amplius lava me ab iniquitate mea, et à peccato meo munda me*: lavadme, Dios mio, de mi grande maldad, y limpiadme de mi pecado; y despues que me hubiéredes una vez lavado, lavadme mucho mas, para que tenga mayor parte con Vos, con mas seguridad de no perderla.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, consideraré el efecto que obró en san Pedro esta amenaza de Cristo, y lo que Cristo le respondió. Porque primeramente á esta amenaza respondió Pedro: *Señor, no solamente los piés, sino manos y cabeza.* En lo cual descubrió el grande amor que tenia á Cristo nuestro Señor, y la grande estima que tenia de estar siempre con él, y lo mucho que sentiria apartarse de su compañía; y así dijo: Señor, si para tener parte contigo es menester que me laves, lávame no solamente los piés, sino manos y cabeza. De donde aprenderé á rendirme á Dios y á mis superiores, siquiera por temor de que Dios no me aparte de sí, aunque este temor no es servil y de esclavos, sino temor filial y de muy justos, porque es rendirse á Dios, por no carecer de Dios. Y á esta causa, Cristo nuestro Señor no dijo á Pedro: Si no te lavare, echaréte en los infiernos; sino, no tendrás parte conmigo, como quien deseaba ser obedecido, por temor casto y no por temor de esclavo.

2. Á este dicho de Pedro respondió Cristo nuestro Señor, diciendo: *El que está lavado, no tiene necesidad sino de lavar los piés, porque todo está limpio; vosotros estais limpios, aunque no todos, porque sabia quién era el que le habia de entregar.* En las cuales palabras pretendió enseñarnos, que quien está lavado por el Bautismo y Penitencia de las culpas mortales, aunque está todo limpio, por cuanto tiene la limpieza necesaria para estar en gracia y amistad de Dios; pero tiene todavía necesidad de lavarse los piés de los afectos terrenos, y de las culpas ligeras que se le pegan, tratando en las cosas de la tierra; y esto tambien es necesario para tener parte con Cristo en este sentido, que no entrarémos en el cielo hasta habernos lavado de estas culpas, de las cuales tambien nos ha de lavar el mismo Cristo. De donde sacaré, cuán grave mal es un pecado venial, como pondera san Bernardo (Serm. in coena Domini), y cuánto debe ser abor-

recido, por dos títulos.—El primero, porque no se perdona, si no es á costa de la sangre de Jesucristo, en cuya virtud somos lavados de estas manchas.—El segundo, porque no es posible tener parte con Cristo en el cielo, hasta lavarnos de él, ó en esta vida, ó en la otra con el fuego del purgatorio. Y pues el lavatorio del purgatorio es terribilísimo, como se dijo en la meditacion última de la parte I, gran cordura será, ya que cada dia me mancho con culpas veniales, lavarme á menudo de ellas con los suaves lavatorios que Cristo ha dejado en su Iglesia.

3. Finalmente, ponderaré la causa por que dijo el Señor: Vosotros estais limpios, aunque no todos, queriendo con esto secretamente avisar á Judas, que estaba súcio y que tenia necesidad de ser lavado, so pena de que nunca tendria parte con él; y de camino avisarme, que mire con diligencia si estoy limpio de culpas graves; porque entre muchos limpios hay algunos que no lo están, y quizá seré yo uno de ellos; y aunque no sea mas que uno, no se puede encubrir á Cristo, el cual ve y conoce muy bien quién está limpio y quién súcio.

Punto quinto.—Lo quinto, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, prosiguiendo su ejercicio de humildad y caridad, quiso ejercitarle con Judas, y llegando con su vacía á donde estaba, puesto á sus piés, se los lavó y limpió con su lienzo como á los demás, y aun con algunas muestras de mayor caricia y amor para enternecerle. Y es de creer que le hablaria al corazon, diciéndole: Ó Judas, discípulo y apóstol mio, ¿qué te he hecho, porque así me aborreces y tratas de venderme? Si tienes alguna queja contra mí, aquí me tienes á tus piés, haz de mí lo que quisieres, con tal que no me ofendas, ni te pierdas. Quien te lava los piés del cuerpo, desea lavarte las manchas del alma; no te rehuses ser lavado, porque de otra manera nunca tendrás parte conmigo; y si no tienes parte conmigo, tu parte será con los hipócritas y fingidos, en aquel miserable lago, donde todo será crujir de dientes y perpétuo llanto. (*Matth.* XXIV, 51). Puédese creer que derramaria lágrimas de sus ojos, por la dureza y miseria de aquel alma, y las mezclaria con el agua de la vacía, lavándole tambien con ellas; pero nada aprovechó, porque tenia el corazon obstinado y poseido de Satanás. Pero este ejemplo ha de aprovechar para que aprenda yo á amar á mis enemigos, haciéndoles todo el bien que pudiere, para reducirlos á la verdadera amistad con Dios y conmigo, por amor de Dios. Y de la dureza de Judas tengo de sacar aviso para escarmentar en cabeza ajena, acor-

dándome de lo que dice el Sábio: Que el pecador, cuando viene al profundo de los males, todo lo desprecia (*Prov.* XVIII, 3); y que ninguno basta para corregir al que Dios ha despreciado (*Eccles.* VII, 14), porque él quiso despreciar á Dios. Ó alma mia, contempla con atencion los dos retratos que tienes delante de tí, uno de la mayor caridad, y otro de la mayor dureza que jamás hubo en el mundo. ¿Á dónde pudo mas subir la caridad que á bajarse el mismo Dios á lavar los piés del traidor que trataba de venderle? Y ¿á dónde pudo llegar mas la dureza del traidor, que no ablandarse con la inmensa caridad del que estaba postrado á sus piés? Ó Dios de mi alma, trueca mi corazon de piedra en carne (*Ezech.* XXXVI, 26), para que sienta tus divinos toques, y abrace tus amorosos ejemplos. Amen.

PUNTO SEXTO. — 1. Acabado el lavatorio, Cristo nuestro Señor se desciñó el lienzo, considerando en él las manchas de los pecados ajenos, que habian de ser causa que su humanidad quedase teñida con su propia sangre, derramada para librarnos de ellos; y tomando sus vestiduras, tornó á sentarse á la mesa, y dijo á sus Apóstoles: *¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? Llamáisme Señor y Maestro, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los piés, ¿cuánto mas vosotros debeis lavar los piés unos á otros? Porque yo os he dado ejemplo, para que vosotros hagais lo que yo he hecho. Si sabeis estas cosas, seréis bienaventurados si las hiciéredes. No digo esto de todos vosotros, porque yo sé los que he escogido.* Aquí se ha de ponderar lo primero, aquella pregunta de Cristo nuestro Señor: ¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? Esto es, ¿el misterio que está encerrado en ello, y el fin para que lo hice? En lo cual nos da á entender, que no todos los que ven sus obras entienden el secreto y el espíritu de ellas. Ó Maestro celestial, esclareced mis ojos con vuestra soberana luz, para que con viva fe crea, entienda y penetre las cosas que habeis hecho con nosotros, para que de todas me aproveche para gloria vuestra. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré la fuerza de aquella razon que dice Cristo: Si yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los piés, ¿cuánta mayor razon es que os lavéis los piés unos á otros? esto es, que ejerciteis unos con otros obras de humildad y caridad; pues toda mi vida he gastado en daros ejemplo de estas virtudes, para que á imitacion mia os ejerciteis en ellas.

3. Últimamente, ponderaré aquella postrera palabra: Si esto sabeis, seréis bienaventurados si lo hiciéredes. En que claramente en-

seña, que no basta saber los ejemplos de virtud que nos dió, si no los ponemos por obra; y que no es bienaventurado ni escogido para el cielo el que los sabe por saberlos, sino por imitarlos; pues Judas, que estaba allí presente, los sabia y no los imitaba, y por esto era de los réprobos. Ó bienaventuranza mia, pues me has hecho merced de que sepa lo que por mí hiciste, ten por bien que ejecute todo lo que me mandaste. Confieso que no hago lo que sé, ni obro lo que entiendo, por lo cual merezco ser castigado con grandes castigos; como el siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple. (*Luc.* XII, 47). Perdona, Señor, mis yerros pasados, y aliéntame á la enmienda de ellos, para que sea del número de tus escogidos y llegue á ser bienaventurado, gozando de tí para siempre. Amen.

MEDITACIONES

DE LA INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

—Acabado el lavatorio de los piés de los Apóstoles y concluido el razonamiento que Cristo nuestro Señor tuvo con ellos para declarar el misterio que en él estaba encerrado, quiso darles otras mayores muestras del amor que les tenia, y otras mas regaladas señales de que los amaba hasta el fin, no solo hasta el fin de su vida, sino hasta el fin del mundo; y para esto quiso instituir un excelentísimo Sacramento, en el cual se quedase con ellos real y verdaderamente, mientras durase el mundo (*Matth.* XXVIII, 20), haciéndoles un solemne y continuo convite, con darles á comer su propio cuerpo, y á beber su propia sangre, con un modo maravilloso, suave y muy regalado, como se verá por las meditaciones siguientes.—

MEDITACION IX.

DE LO QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTES DE INSTITUIR EL SANTÍSIMO SACRAMENTO PARA REPRESENTAR LA DISPOSICION QUE HAN DE TENER LOS QUE LE HAN DE RECIBIR.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, consideraré las causas por que precedió el lavatorio de los piés á la institucion de este soberano Sacramento.—La primera fue, para enseñarnos la grande pureza y limpieza que han de tener los que le han de recibir y participar de este convite, procurando no contentarse con estar limpios de los pe-

cados graves, sino en cuanto pudieren de los ligeros, lavando sus piés del polvo que se les pega con las aficiones terrenas, porque siendo Cristo la misma limpieza, razon es recibirle con la mayor limpieza que nos fuere posible, lavándonos con el sacramento de la Confesion y con agua de lágrimas, suplicando á este Señor que él nos lave y purifique, para dignamente recibirle. Tengo de imaginar que Cristo nuestro Señor me dice lo que dijo á san Pedro: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo en este convite, porque no recibirás la parte de los frutos y gozos que reciben los que asisten lavados y puros. Ó Dios de mi alma, si esto es así, lavadme cabeza, manos y piés, lavad mis pensamientos, obras y afectos, para que lavado, puro y limpio, asista en este convite y participe de su fruto. Amen.

2.. La segunda causa fue, porque era costumbre, cuando uno convidaba á otro, lavarle los piés en señal de humildad y caridad; y por esto se quejó Cristo de Simon (*Luc.* VII, 44), que cuando entró Cristo en su casa á comer, no le dió agua para sus piés; y debajo de esta loable costumbre, quiso significar Cristo nuestro Señor, que los que han de asistir á este convite, á imitacion suya, se han de ejercitar en grandes afectos de humildad y caridad, que son las dos mejores disposiciones que pueden llevar, humillándose delante de Dios y de los hombres, y amando entrañablemente á Dios y á todos los hombres por Dios, cumpliendo con ellos las obras de piedad con reverencia y caridad. Por tanto, alma mia, si quieres gozar del convite de Cristo, aprende primero la leccion que te leyó, cuando dijo: ¿Sabeis el ejemplo que os he dado? Sigue, pues, su ejemplo, para que te entre en provecho su Sacramento.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, consideraré las causas por que precedió la cena del cordero pascual (*Exod.* XII, 11) á la cena misteriosa en que se instituyó y comió este divino Sacramento, que fueron dos principales, en que la figura y lo figurado se podian conformar.-La primera, para que entendiésemos que así como aquel cordero se sacrificaba en agradecimiento de la merced que Dios hacia á su pueblo en sacarle del cautiverio de Faraon, y con su sangre se señalaban las puertas de las casas de los hebreos, para que el Ángel de Dios, que mataba todos los primogénitos de Egipto, no tocase en ellas, y con su carne se confortaban los que habian de hacer aquella jornada para comenzarla y proseguirla con esfuerzo; así tambien este Cordero de Dios (*D. Thom.* 3 *p. q.* 83, *art.* 1), cuya carne y sangre está en este santísimo Sacramento, se sacrifica en la

misa, en memoria y agradecimiento de la merced soberana que nos hizo el mismo Cristo en sacarnos del cautiverio del demonio, por medio de su pasion y muerte, y con su sangre y en virtud suya somos preservados de la muerte de la culpa y de la muerte eterna, y con su carne preciosa somos sustentados y confortados, para salir de esta servidumbre de Egipto, y comenzar con fervor la jornada de la virtud, y proseguirla hasta la vida eterna. Ó Cordero de Dios (*Apoc.* XIII, 8), muerto desde el principio del mundo, no en tu santa humanidad, sino en las figuras de ella, comenzando desde el principio del mundo á comunicar las gracias y dones que con tu muerte habias de merecer, ¿qué te daré por los innumerables bienes que con tu preciosa muerte me has ganado? No tengo, Señor, cosa mas preciosa que darte, que es ofrecer este sacrificio de tí mismo, y recibir el cáliz de mi salud, con alabanzas de tu santo nombre (*Psalm.* CXV, 12). ¡Líbrame, ó purísimo Cordero, de la esclavonía del demonio! No muera en la casa de mi alma su primogénito, que es mi libre albedrío, y confórtame para que camine por el desierto de esta vida, hasta llegar al descanso de la gloria. Amen.

2. La segunda causa fue, para enseñarnos en la comida del cordero legal las disposiciones con que habíamos de comer este divino Cordero, figurado por él.—Porque primeramente se ha de comer ceñidos los cuerpos con la santidad, mortificando todos los deleites sensuales de la carne, porque es cordero castísimo y amicísimo de esta pureza virginal.—Lo segundo, calzados los piés con la guarda del corazon y de todos nuestros afectos, para que no se enloden ni lastimen con las cosas de la tierra.—Lo tercero, teniendo báculos en las manos, con la confianza en la cruz de Cristo nuestro Señor, y en su proteccion y gobierno, haciendo obras agradables á sus ojos.—Lo cuarto, comiéndole aprisa con apresuracion de fervor espiritual, sacudiendo toda pereza y flojedad, comiendo este Cordero, no con acedía, tédio ni fastidio, sino con hambre y deseo grande de comerle.—Lo quinto, comiéndole con pan sin levadura, y con lechugas amargas; esto es, con pureza de alma sin corrupcion de culpa, y con ejercicio de mortificacion amarga á la carne.—Finalmente, comiéndole no crudo ni cocido en agua, sino asado en fuego, porque no tengo de comerle sin consideracion de lo que es este manjar, ni con sola consideracion fria y helada, sino con tal meditacion, que encienda el fuego del amor en el corazon.

3. Ponderadas estas seis cosas, haré reflexion sobre mí mismo para confundirme de la ruin disposicion con que como este celestial

Cordero, y para alentarme á procurarle con grandes veras, diciendo aquello del Apóstol (I *Cor.* v, 7): Pues Cristo, nuestro Cordero pascual, ha sido sacrificado por nosotros, comámosle en este convite, no con levadura de malicia y fingimiento, sino con sinceridad y verdad.

Punto tercero. — 1. El tercer punto, será refrescar la memoria de aquellas palabras amorosas, que referimos haber dicho Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles al principio de la cena, y quizá las dijo al principio de esta cena sacramental (*Luc.* xxii, 15): *Con gran deseo he deseado comer con vosotros este cordero pascual, antes que padezca. Digoos de verdad que no le comeré mas, hasta que se cumpla, y venga el reino de Dios.* En las cuales palabras se nos avisan dos cosas para disponernos admirablemente á recibir este Sacramento. - La primera, que le debemos comer con gran deseo y muy vehemente, así como él deseó comerle vehementísimamente con los suyos, porque cordero tan precioso se ha de comer con grandísima hambre y deseo, nacido de la consideracion de nuestra necesidad, y de su excelencia y dignidad; porque ni la necesidad puede ser mayor que la mia, ni la excelencia del manjar mayor que la suya, y así no ha de haber hambre mayor que esta.

2. La segunda es, que hemos de comer este cordero cada vez como si fuese la postrera, y como quien no le ha de comer mas hasta el cielo, pues por esto se llama Viático para pasar á la otra vida; y si con este afecto comulgo, será la comunion devota y provechosa, acordándome de lo que dice el Sábio (*Prov.* xxiii, 1): *Cuando te sentares á comer á la mesa con el príncipe, diligentemente considera lo que se te pone delante, y entra un cuchillo por tu garganta.* Esto es, come este manjar que te da el Príncipe del cielo, como quien tiene el cuchillo á la garganta y está cerca de espirar, y cómele habiendo primero mortificado los afectos desordenados de la carne, como los mortificarias si entendieses que esta comida habia de ser la postrera. Ó Rey del cielo, pues quieres que me siente contigo á esta soberana mesa, dame valor para degollar todas las aficiones que me hacen indigno de ella, aparejándome para este convite como quien está de paso para ir luego al eterno, donde goce de tí por todos los siglos. Amen.

MEDITACION X.

DEL TIEMPO, LUGAR Y COMPAÑÍA QUE ESCOGIÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR PARA INSTITUIR ESTE SANTÍSIMO SACRAMENTO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, consideraré las causas por que Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento la noche de su pasion y víspera de su muerte, pudiendo dilatar la institucion para despues de su resurreccion. -La primera causa fue, para descubrir la grandeza del amor que nos tenia, pues cuando los hombres trataban de quitarle la vida con terribles tormentos y deshonras, él estaba instituyendo un convite celestial para darles la vida con admirables regalos y favores, del cual habian de gozar muchos de aquellos que actualmente trataban de darle la muerte, con lo cual juntamente nos enseñaba, que como las injurias y persecuciones de los malos no fueron parte para entibiar su caridad, ni para que dejase de regalar con este banquete á los escogidos, así ningunos trabajos, desprecios ó tormentos han de ser parte para que los escogidos dejen de servirle, y de participar de este soberano convite, y coger su copioso fruto. Por donde echaré de ver con cuánta razon dijo san Pablo (*Rom.* VIII, 35): ¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo, así de la caridad que él nos tiene, como de la que nosotros con su ayuda le tenemos? ¿Por ventura podrán hacer divorcio y apartamiento entre estas caridades y amistades, la tribulacion ó la angustia, la persecucion ó el cuchillo? Cierto estoy, que ni la vida ni la muerte, ni criatura alguna nos podrá apartar de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús. Ó dulce Jesús, cierto estoy que ningunas persecuciones amortiguarán tu caridad, pues en medio de ellas nos diste por prendas de perpétuo amor tu cuerpo en manjar y tu sangre en bebida, por la cual te suplico me concedas otra caridad tan encendida, que ninguna persecucion baste para entibiarla.

2. La segunda causa fue, para descubrir el entrañable deseo que tenia de estar siempre con nosotros (*D. Thom.* 3 *p. q.* 83, *art.* 5), no solo en cuanto Dios sino en cuanto hombre; y así cuando se habia de apartar de nosotros, segun la presencia corporal, visible y ordinaria de su humanidad, trazó quedarse con otro modo de presencia, tambien ordinaria y perpétua, hasta la fin del mundo, debajo de las especies de este Sacramento. Y aunque bastara instituirle

poco antes de su ascension y subida á los cielos, no quiso sino antes de la pasion, por dejar entablado en su vida mortal este modo de quedarse con los hombres mortales, por cuyo amor le instituia, y para que se viese su infinita caridad, pues cuando los hombres querian echarle del mundo por envidia y rencor, él trataba de quedarse con ellos en el mundo por otro modo, con grande piedad y amor. Ó Amado de mi corazon, si tanto deseas estar siempre conmigo, yo deseo estar siempre contigo, mirándote presente en todo lugar en cuanto Dios, y en este santísimo Sacramento en cuanto hombre. ¡Oh quién pudiera asistir siempre en la iglesia cuando se celebra este divino misterio, y á donde está este divino Sacramento, para gozar de su presencia! mas ya que no puedo lo que deseo, haré lo que puedo, procurando estar allí las veces que pudiere con alma y cuerpo, y siempre con el corazon y afecto.

3. La tercera causa fue, para que nunca faltase en el mundo un memorial de su pasion sacratísima (*Luc.* XXII, 19), y algun sacrificio ordenado para aplacar y glorificar á Dios; y como en aquella cena y con su pasion cesaba ya el memorial del cordero, y los sacrificios de la ley vieja, quiso entonces instituir este divino Sacramento y sacrificio, para que fuese memorial y representacion de su pasion, por el cual se nos aplicase el fruto de ella; y aunque bastara instituirle despues de su resurreccion, no quiso sino antes, porque el amor vehemente gusta mas de anteponer el bien que ha de hacer por su amado, y por obligarnos con esto á que tuviésemos mas tierna memoria suya, porque lo que los padres encomiendan á sus hijos cuando están cercanos á la muerte, suele quedar mas impreso en sus memorias. Ó Padre amantísimo, pues en tal hora me dejaste memorial tan amoroso de tu pasion y muerte, con gran memoria me acordaré de tí, hasta que la vida se me acabe (*Thren.* III, 20): si me olvidare de tí, olvidada sea mi mano derecha; y mi lengua se pegue al paladar, si de tí no me acordare. (*Psalm.* CXXXVI, 5).

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, consideraré el lugar que Cristo nuestro Señor escogió para instituir este Sacramento (*Marc.* XIV, 15) y el misterio que en él está encerrado, porque escogió un cenáculo grande y bien aderezado, ofrecido con muy buena voluntad, por un hombre cuyo nombre no se declara, y Cristo nuestro Señor le aceptó y apropió para sus obras misteriosas, porque en este cenáculo se recogieron los Apóstoles con la Vírgen despues de la pasion; allí se les apareció Cristo despues de su resurreccion; allí se recogieron en oracion á esperar la venida del Espíritu Santo (*Act.* I,

13), y allí vino sobre ellos con lenguas de fuego, y de allí salieron á predicar la ley evangélica. Y aunque este cenáculo principalmente es figura de la Iglesia católica, en la cual sola y no fuera de ella se puede comer este Cordero (*Exod.* XII, 46), y recibir las gracias y dones que de él proceden, tambien lo es del alma donde Cristo nuestro Señor entra y reside por medio de este divino Sacramento, la cual ha de ser grande y muy capaz por los dones celestiales; ancha por la latitud de la caridad y amor de Dios y del prójimo; larga por la longanimidad de la esperanza, y aderezada con todo género de virtudes, que son la tapicería de la casa en que Dios mora, porque como está el cielo adornado con estrellas, así ha de estar el alma adornada con virtudes. Ó Dios eterno, pues te dignas venir á esta pobre alma, mira que de su cosecha es morada pequeña, estrecha, corta y sin adorno alguno; engrandécela con tus dones y ensánchala con tu caridad, dilátala con tu confianza, adórnala con tus virtudes, inclina esos cielos estrellados (*Psalm.* CXLIII, 5), y estampa en mí una viva figura de ellos, para que sea digna morada tuya. Amen.

—El misterio de los dos discípulos que vinieron á negociar este cenáculo, hace tambien á este propósito, como se declaró en la meditacion VII.—

2. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor estima en mucho una voluntad buena y pronta de recibirle, sin hacer caso de grandezas ni excelencias del mundo, y por esto no quiso que se declarase el nombre de este hombre que le dió su cenáculo, para significar que no repara ni hace caso de que sea rico ó pobre, noble ó plebeyo, letrado ó idiota, el que le ha de recibir en su alma, sino solamente de que le ofrezca lo que tiene, con una voluntad buena y devota, inspirada por Dios, consintiendo el hombre.-Finalmente, cuando entra en el alma que dignamente le recibe, se la apropia y toma por suya, y la hace su casa de oracion, y la descubre sus misterios, y comunica los dones del Espíritu Santo, y la hace salir á publicar sus grandezas, para que ayude á sus prójimos. ¡Oh dichoso el que acierta á ser cenáculo de Cristo, en quien se agrade y á donde resida y obre sus misterios! Venid, Señor, á este cenáculo de mi corazon, y tomadle por vuestro, que de hoy mas no quiero que sea mio.

Punto tercero. —Lo tercero, consideraré la compañía de personas que escogió Cristo nuestro Señor para instituir en su presencia este santo Sacramento, y darles parte de él, que fueron sus Após-

toles, entre los cuales lo mas cierto es, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 3 *p. q.* 81, *art.* 2), que estuvo Judas, que aun no era salido del cenáculo, ponderando cuán diferentemente estaban allí los once Apóstoles y este traidor; porque los once estaban presentes con el cuerpo y con el espíritu, con atencion y reverencia, mirando y entendiendo lo que Cristo nuestro Señor hacia, y recibiendo aquella comida con grandísima devocion, y haciendo diferencia de ella á las otras; pero Judas estaba allí presente con solo el cuerpo, porque con el espíritu estaba en sus malvadas pretensiones; y así ni atendia, ni entendia lo que Cristo estaba haciendo, y recibió aquel pan de vida sin hacer diferencia de él al pan ordinario, y así no le entró en provecho, antes se le convirtió en daño, y de allí salió para vender á su Maestro, y paró en muerte desastrada, cumpliéndose en él lo que dijo san Pablo (I *Cor.* XI, 27), que quien comulga indignamente es culpado contra el cuerpo y sangre del Señor, como si otra vez le entregara á sus enemigos. Por lo cual muchos caen enfermos, y se debilitan y aun mueren desastradamente; y así por no hacer tal injuria á cuerpo tan venerable, he de procurar asistir á este convite como los Apóstoles, con cuerpo y con espíritu, con atencion, reverencia y devocion, reparando en lo que Cristo nuestro Señor hace por mí, y en lo que yo voy á hacer cuando le recibo, apartando el corazon, no solamente de las cosas malas, sino de otros negocios diversos, atendiendo, como dice el Sábio (*Prov.* XXIII, 1), con diligencia á mirar lo que me ponen delante.

MEDITACION XI.

DE LA MARAVILLOSA CONVERSION QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO DEL PAN EN SU CUERPO, Y DEL MODO COMO ÉL Y LOS APÓSTOLES COMULGARON.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como estando Cristo nuestro Señor sentado en la mesa, tomó en sus benditas manos un pan de los que allí estaban, y diciendo estas palabras (*Matth.* XXVI, 26): *Esto es mi cuerpo*, en virtud de ellas mudó la sustancia del pan en su santísimo cuerpo. De suerte, que lo que al principio de las palabras era verdadero pan, en el instante que las acabó se convirtió en su verdadero cuerpo, cubierto con los accidentes exteriores del pan. Sobre esta verdad de nuestra fe tengo de ponderar las infinitas grandezas que Cristo nuestro Señor descubrió

en esta obra, en especial su infinita sabiduría, omnipotencia, bondad y caridad.—La sabiduría descubrió en inventar un modo tan inefable de comunicarse á los hombres y darles sustento de vida, el cual modo solo Dios con su saber infinito pudo alcanzar, y así como la sabiduría de Dios resplandeció en la encarnacion, hallando modo como juntar cosas tan extremas, como son Dios y hombre, en unidad de persona para nuestro remedio; así en este misterio de la Eucaristía resplandece en haber hallado modo como juntar á Dios hecho hombre, con especies y accidentes de pan y vino, en un Sacramento para nuestro sustento. De donde sacaré afectos de admiracion, gozo y alabanza, gozándome de tener un Dios tan sábio, y alabándole por estas invenciones de su sabiduría, y rindiendo mi juicio con actos de fe á lo que inventó con ella, pues no es mucho que el infinitamente sábio sepa hacer lo que yo no alcanzo á entender. Ó sapientísimo Jesús, en quien están depositados los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios (*Colos.* II, 3), dame alguna parte de ellos, para que sepa conocer y estimar esta merced, y darte las gracias debidas por ella.

2. Lo segundo, resplandece aquí la omnipotencia de Cristo nuestro Señor, en que con una sola palabra en un momento hace innumerables milagros, así en el pan como en su mismo cuerpo, para amasarlos y juntarlos para nuestro sustento, porque en un instante muda y convierte la sustancia del pan en su cuerpo, quedándose solos los accidentes del pan para encubrirle, y le dispone de tal manera, que todo él está debajo de una cantidad muy pequeña de una hostia; de modo, que todo está en toda y en cada parte de ella, sin que se divida el cuerpo, aunque se divida la hostia. Todo lo cual tengo de creer con viva fe, pues basta ser Dios omnipotente, para creer que lo pudo hacer y que lo hizo, pues lo dijo. ¡Oh grandeza de la omnipotencia de Cristo! ¿qué es esto que haceis, omnipotentísimo Salvador? Para sustentar á un vil gusanillo, trastornais el órden de la naturaleza, guisando con nuevo modo la disposicion de vuestro cuerpo, para acomodarle á la pequeñez de vuestro esclavo. Bendita sea vuestra omnipotencia, por la cual os suplico me troqueis en otro varon, para que goce el fruto de ella.

3. Lo tercero, se descubre aquí la infinita bondad y caridad de Cristo nuestro Señor con las mayores muestras que pudo dar de ella para nuestro sustento. Porque así como el Padre eterno mostró su bondad y caridad en dar al mundo para su remedio la cosa mas preciosa que tenia, que era su Hijo (*Ioan.* III, 16), y con él nos dió

todas las cosas para que fuese copiosa nuestra redencion; así el Hijo de Dios mostró su bondad y caridad en darnos para nuestro sustento la cosa mas preciosa que tenia, que era á sí mismo, y su precioso cuerpo, con todo cuanto dentro de él estaba, como si un rey tuviese un cofre muy rico lleno de grandes tesoros de oro y plata, perlas y joyas de inestimable valor, y dijese á uno: Toma este cofre para tí, dándole el cofre, le da cuanto está dentro de él; así nuestro soberano Rey, dándonos su cuerpo y carne santísima, nos da tambien su sangre, su alma, su divinidad, y los tesoros de sus merecimientos y satisfacciones, para que gocemos de ellas, queriendo estar siempre con nosotros y ser nuestro compañero, nuestro convite y regalador perpétuo. Ó Amado mio, ¿con qué podré responder á tanta bondad y caridad como mostrais en este Sacramento? Vos me dais lo mejor que teneis, yo os quiero dar lo mejor que tengo; Vos me dais á Vos mismo y á todas vuestras cosas, veis aquí os ofrezco á mí mismo y á todas mis cosas, mi cuerpo y mi alma, mi sangre y mi vida, y cuanto puedo tener ofrezco á vuestro servicio. Ayudadme para que cumpla lo que deseo, en agradecimiento de lo mucho que por esta merced os debo.

4. Finalmente, aquí resplandece el celo ferventísimo que tuvo Cristo nuestro Señor de nuestra salvacion, inventando tal medio para aplicarnos él mismo los frutos de su pasion, de suerte, que pueda ya decir: *Zelus domus tuae comedit me:* el celo de tu casa me comió, no solamente me comió y consumió la honra, hacienda y vida, sino me hizo comedero, y que me dejase comer por dar salud y vida á los que moran en mi casa. Ó dulce Jesús, gracias te doy por este celo tan encendido que tienes de la casa de tu Padre, que es tu Iglesia; y pues tambien mi alma es casa tuya, por la cual te haces manjar para mi sustento, concédeme tan ferviente celo de tu gloria, que me deje comer y deshacer en razon de volver por ella.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, consideraré las grandezas misteriosas que se encierran en las palabras que Cristo nuestro Señor dijo consagrando el pan. San Lucas refiere que dijo (*Luc.* xxii, 19): *Esto es mi cuerpo, que se da por vosotros.* Y san Pablo dice (I *Cor.* xi, 24): *Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros.*—Lo primero, se ha de ponderar que no dijo: Esto es figura ó representacion de mi cuerpo, sino es mi cuerpo real y verdadero, para declarar la presencia real de su cuerpo santísimo, y dar muestras excelentísimas de su misericordia y providencia paternal, porque en realidad de verdad, para lo que es santificarnos y sustentarnos espiritualmente,

bastara que este Sacramento fuera puro pan, en cuanto representaba á Cristo, así como agua pura en el Bautismo nos lava y santifica; pero la infinita caridad de Cristo no se contentó con esto, sino quiso él mismo por su propio cuerpo y por su propia persona estar en este Sacramento, y santificarnos para manifestacion del amor que nos tenia y del cuidado con que tomaba nuestro regalo y sustento; porque lo que uno hace por sí mismo, hácelo con mayor amor, con mas compasion, y con mas diligencia y providencia, como la madre que estima y ama mucho á su hijo, y por esto no consiente que otra ama le crie, ni quiere que sea sustentado con leche ajena, sino ella misma le cria con leche de sus pechos, y se los da muy tierna y amorosamente, con muy gran cuidado y compasion de su necesidad. (*Osee*, XI, 3). Ó Padre amantísimo, ó madre y ama nuestra piadosísima, ¿cómo no me deshago en servirte con amor, haciendo por tí lo que tú haces por mí? No me quiero contentar de hoy mas con hacer lo que tú me mandas para cumplir tus preceptos, sino con hacerlo de tal modo, que cumpla perfectísimamente tus consejos.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que no dijo: Esto es parte de mi cuerpo ó de mi carne, sino esto es mi cuerpo todo entero y perfecto; porque aunque cualquier partecica de su carne bastara para santificarnos, quiso poner allí su cuerpo entero, su cabeza, ojos, oidos, boca, lengua, pecho, corazon, manos y piés, para significar que con sus miembros sacratísimos queria santificar todos los miembros del que le recibe, y sanar á todo el hombre entero. Con sus ojos quiere santificar los mios, con su corazon el mio, y con sus manos las mias; á la manera que el profeta Eliseo para resucitar al niño difunto (IV *Reg.* IV, 34), se encogió y juntó sus ojos, boca y manos con las del niño, y de este modo le dió vida. Y así cuando le recibo tengo de hablar con él, discurriendo por sus miembros benditísimos, y decirle: Ó dulce Jesús, pues os habeis encogido tanto en este Sacramento por dar vida á mi alma con vuestros ojos y oidos, santificad los mios, para que solamente vean y oigan lo que os agrada; con vuestra lengua purificad la mia, para que no hable palabra que os ofenda; con vuestros piés y manos fortaleced los mios, para que no falten en hacer lo que os da gusto. Ó Amado mio, abrid esos vuestros ojos de misericordia, miradme con ellos, y alumbrad los mios, para que os conozcan y crean con viva fe. Abrid esos oidos, y oid mis oraciones y gemidos, haciendo que los mios se abran para oir vuestra palabra y obedecer á vuestra santa ley. Abrid esa boca y lengua benditísima, y decidme algo al corazon, con que mi

boca se abra para bendeciros, y mi lengua nunca cese de alabaros. Abrid, Dios mio, vuestro pecho, y dilatad vuestro corazon, y metedme dentro de él, para que todo me encienda y abrase con el fuego de vuestro amor. Extended vuestras manos, y tocadme con ellas para santificar las mias en las obras que hicieren: por los pasos que dieron vuestros piés santísimos, os suplico que endereceis los mios, para que sean conformes á los vuestros, y todo mi cuerpo sea un vivo retrato de la santidad que tuvo el vuestro.

3. Lo tercero, se ha de ponderar aquella palabra última: Esto es mi cuerpo, que se da ó se entregará por vosotros, en la cual se nos da á entender que allí está el cuerpo, que habia de ser vendido y entregado á la muerte por nosotros, y que él mismo se entregaba para ser comido, y uno y otro procede de un mismo amor para con nosotros, y así tengo de considerar en este cuerpo santísimo las cinco llagas que recibió en la pasion, que son señales de su muerte y de nuestra vida, y por ellas pedirle que me vivifique y santifique, y me entre dentro de ellas, diciéndole: Ó cuerpo santísimo de mi Salvador, que fuiste en la cruz traspasado con clavos y lanza, recibiendo cinco llagas muy crueles, y ahora estás en el cielo y en este Sacramento con las mismas muy resplandecientes, yo te adoro, alabo y glorifico, y te suplico por esas llagas que cures las mias, y conviertas en hermosura y resplandor con tu gracia la fealdad é ignominia en que yo caí por mi culpa.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, consideraré como Cristo nuestro Señor comulgó á todos los Apóstoles, ponderando la reverencia y devocion altísima con que los Apóstoles tomaron aquel benditísimo pan, y le comieron, porque en aquel instante hizo Dios otro milagro de su omnipotencia en los entendimientos y corazones de aquellos rudos pescadores y discípulos imperfectos, ilustrándolos con una lumbre extraordinaria, para que con viva fe certísimamente creyesen que lo que estaba debajo de aquella cubierta de pan era el mismo cuerpo de su Maestro; y así con la reverencia y amor que le tenian, y con la grande admiracion del nuevo milagro, le recibieron por una parte temblando de respeto, y por otra gozándose con amor por meterle dentro de sus entrañas. Ó Apóstoles sagrados, suplicad á vuestro Maestro y mio me dé el santo temor y amor con que comulgásteis, para que le reciba con el provecho que vosotros le recibísteis.

2. Lo segundo, ponderaré la grande dulzura y afectos maravillosos que sintieron los Apóstoles en aquella primera comunion; los

cuales sin duda fueron tan excelentes, que por ellos conocieron la excelencia y dignidad infinita de aquel divino manjar, probando por experiencia la diferencia del sabor y gusto de aquel divino pan, al que poco antes habian comido. Solo el desventurado Judas no halló sabor en esta comida, porque comia sin fe, sin atencion ni reverencia alguna. Para sentir mas esto, puedo piamente discurrir por los once Apóstoles, ponderando el modo como comulgaban. San Pedro avivarià allí la fe, diciendo á lo que estaba encerrado en aquel pan (*Matth.* XVI, 16): Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo. Y Cristo nuestro Señor le pudo responder: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque no te lo ha revelado carne y sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y cuando Cristo nuestro Señor le diese el pan consagrado, con esta viva fe llena de reverencia, diria dentro de sí (*Luc.* V, 8): Apártate de mí, Señor, porque soy gran pecador; pero por obedecer le tomaria y comeria. En san Juan puedo considerar, como avivaria los afectos de amor, viendo que su Maestro no solamente le pegaba consigo, sino le queria entrar en su propio pecho, y quédó tan absorto y con tanta éxtasis de este excesivo amor, que acabada esta cena mística, se reclinó sobre el pecho de Cristo, durmiendo el dulcísimo sueño de la contemplacion. ¡Oh quién pudiera tener tal fe y reverencia como Pedro, y tal amor y caridad como Juan, para recibir con ellos á mi Señor! ¡Oh cuán bien les pagó Cristo el trabajo que tomaron en aparejar la cena del cordero, porque como á mas queridos y fervorosos les daria mejorada la racion! Alcanzadme, Apóstoles gloriosos, este espíritu con que comulgásteis para que goce tambien de la dulzura que gustásteis. Á este modo puedo discurrir por los demás apóstoles, conforme á la devocion que en cada uno puedo imaginar.

PUNTO CUARTO. — Lo cuarto, consideraré como Cristo nuestro Señor, segun dicen comunmente los Santos, tomando un bocado de aquel pan santísimo se comulgó á sí mismo (*D. Thom.* 3 *p. q.* 81, *art.* 1), para animar á los Apóstoles á que le comiesen, y para darles ejemplo de la reverencia, modestia y devocion con que habian de comerle, porque en todo quiso enseñarnos primero con el ejemplo que con el precepto, y con la obra primero que con la palabra, y como quiso ser bautizado, así quiso comulgarse tambien. ¡Oh qué reverencia y devocion tan grande mostraria exteriormente, cuando llegaba aquel bocado á su boca, mirando la divinidad que estaba junta con la carne que allí recibia! ¡Oh qué nuevos júbilos de alegría brotarian en su ánima santísima al tiempo que se comió á sí mismo,

por el grande gozo que se le recreció de haber instituido tan admirable Sacramento! Ó dulce Jesús, ¡quién pudiera recibiros con el amor y reverencia que Vos os recibísteis, imitándola en el modo que puede ser imitada! Esta, Dios mio, os ofrezco por la que á mí me falta, y por ella os suplico me deis la mayor parte que me fuere posible, pues toda será muy debida á tan soberana Majestad.

MEDITACION XII.

DE LA CONVERSION DEL VINO EN LA SANGRE DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LOS GRANDES TESOROS QUE ESTÁN ENCERRADOS EN ESTA SANGRE.

Punto primero. — 1. Acabada la consagracion y comunion del pan, tomó Cristo nuestro Señor en sus manos un cáliz de vino, y dijo (*D. Thom.* 3 *p. q.* 78, *art.* 3): *Este es el cáliz de mi sangre del nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos será derramada en remision de los pecados.* Y en virtud de estas palabras, el vino se convirtió en su preciosa sangre. En lo cual se ha de ponderar, primeramente la infinita caridad, liberalidad y omnipotencia de Cristo nuestro Señor, que resplandece en poner toda su sangre, sin dejar una sola gota en el cáliz para nuestro regalo y sustento. Bastara sin duda para nuestra santificacion, que en el cáliz estuviera tanta cantidad de sangre, cuanta era la del vino, ó una sola gota de sangre; pero no quiere sino que esté allí toda la sangre de sus venas, la que entonces tenia y ahora tiene en su cabeza, corazon y brazos y en todo su cuerpo, dándonosla toda liberalmente, sin dejar nada, mostrando en esto su amor y largueza, y convidándome á mí, para que yo tambien le dé toda mi sangre, si fuere menester, para su servicio.

2. Pero mas adelante pasa su caridad y liberalidad, porque no solamente da la sangre, sino la misma vasija preciosísima en que está. Como si un príncipe convidase á beber con un excelente vino en una taza sembrada de piedras muy preciosas, y dijese: Toma el vino y tambien la taza; así Cristo nuestro Señor nos da su preciosa sangre, y tambien la copa y vaso en que está, que es sus venas, su carne y cuerpo santísimo, con su ánima y su divinidad, para que todo sea bebida y comida nuestra. ¡Oh caridad inmensa! oh prodigalidad santísima! ¿Cómo no te daré yo, Señor, cuanto tengo, pues tú me das cuanto tienes con modo tan admirable?

3. Tambien tiene grande misterio aquella palabra, *mei*, mio,

de la sangre mia, no ajena, sino propia. En que nos significa su caridad, bien diferente de la de los reyes de la tierra, los cuales beben la sangre ajena de sus vasallos, y de ella hacen liberalidades, y á costa de ella defienden sus tierras y conquistan las ajenas; pero Cristo nuestro Señor con su sangre preciosa da de beber á sus vasallos, de ella hace franquezas y liberalidades, y con ella gana tesoros y reinos para ellos. Ó Rey soberano, no tirano sino padre, y padre amantísimo, que con la sangre de tus venas das la vida y sustento á tus vasallos é hijos, para que todos seamos de tu sangre real, haciéndonos (I *Petr.* II, 9): *Genus electum, regale sacerdotium, gens sancta.* Linaje escogido, real sacerdocio gente santa. ¡Oh si todo el pueblo cristiano conociese su linaje y sangre, y se preciase de ella bebiendo tus santas y generosas costumbres!

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré como Cristo nuestro Señor á este cáliz de su sangre llamó su nuevo Testamento. – Lo primero, para declarar la excelencia del nuevo Testamento sobre el viejo, porque este estribaba en sangre de animales, en cuanto figuraban la sangre de Cristo; pero el nuevo en la misma sangre de Cristo, en la cual está fundado, establecido y confirmado. Y así tengo de ponderar, que Cristo nuestro Señor esta noche de su pasion hizo su testamento, con muchos legados y promesas de infinito valor, porque abrazan todos los tesoros de gracia y gloria que tiene Dios para repartir con los escogidos. En este Testamento nos promete perdon de pecados, y por consiguiente de las penas eternas que merecemos por ellos. Prométenos tambien la gracia y adopcion de hijos de Dios, con la caridad, y todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, y la herencia del cielo, que es la eterna bienaventuranza; y que oirá nuestras oraciones, y asistirá con nosotros á nuestros trabajos, y para ayudarnos en nuestras obras.

2. De todas estas promesas y legados es esta sangre la firmeza, prendas, arras, escritura y carta de privilegio: *futurae gloriae nobis pignus datur:* por la cual hemos de cobrar lo que Cristo nos ganó, y lo que nos prometió y dejó por legado en su testamento; y así el tenerle con nosotros nos ha de ser motivo de grandes afectos de amor, confianza, alegría, y seguridad de nuestra salvacion. Y cuando decimos misa, ó la oimos, ó comulgamos, hemos de ofrecer esta sangre al Padre eterno confiadísimamente, para alcanzar todo esto, diciéndole: Ó Padre eterno, la sangre de este cáliz preciosísimo te presento como escritura y señal del testamento de tu Hijo, por el cual me prometió que me darias lo que pidiese; y pues tú

eres el testamentario, cumple en mí su testamento, concediéndome lo que te pido.

3. Tambien en este testamento nos dejó Cristo nuestro Señor grandes avisos y consejos, el nuevo mandato del amor de unos con otros, la observancia de sus preceptos, y lo que pertenece á las obras de humildad, paciencia y perfeccion cristiana. Para todo esto vale la sangre que está en este cáliz; y por ella alcanzamos fuerzas para cumplirlo, procurando, como dicen, tener sangre en el ojo, y preciarnos de ser siempre valerosos en su servicio.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, consideraré lo que Cristo nuestra Señor dijo de su sangre á los Apóstoles, que por ellos y por muchos se derramaria en remision de los pecados. – Lo primero, dice, será derramada por vosotros, para moverlos á compasion y dolor, y tambien á grande amor y agradecimiento, como quien dice: Mirad que os doy la misma sangre que tengo de derramar con graves dolores, no por mi causa, sino por la vuestra y por vuestro remedio: compadeceos de mí, que la derramo, y amadme, pues tambien os amo. Y como dijo aquella palabra, por vosotros, porque hablaba con muchos, pudiera decir á cada uno: Esta es la sangre que derramo por tí: y así puedo imaginar que me lo dice á mí. Ó amantísimo Redentor, que derramaste tu sangre por mí con tanto dolor, y me la das en este Sacramento con tanto amor, dame gracia para que me compadezca de tus dolores, y corresponda á tu amor con grandes servicios.

2. Lo segundo, dice, que será derramada por muchos, esto es, por todos los hombres del mundo, cuanto á la suficiencia, y por muchos, cuanto á la eficacia y fruto que de ella sacarán. Y en este cáliz se pone para todos aquellos por quien se derramó, y hace mencion de esto, para que conozcamos su liberalidad; pues no hay hombre en el mundo, por vil que sea, por quien no haya derramado esta sangre, y á quien no convide con el fruto de ella, aunque sea esclavo y la hez de la tierra. Ó Salvador liberalísimo, pues una gota de vuestra sangre basta para todo el mundo, aplicad su valor á muchos, para que muchos gocen el fruto de ella. Amen.

3. Lo tercero, dice, que se derramará en remision de los pecados, sin poner tasa alguna, ni en el número ni en la gravedad; porque no hay número tan crecido de pecados, ni pecado tan grave y abominable, que por esta sangre no se pueda perdonar; hasta los pecados de los sayones y verdugos, que con crueldad endemoniada la derramaron, pudieron ser perdonados por ella, porque por ellos

se derramó; y si ellos quisieran, fácilmente alcanzaran perdon. Ó sangre preciosísima del cordero Jesús, en cuya virtud todos podemos lavar y blanquear nuestras estolas (*Apoc.* VII, 14), limpiando nuestras almas de las manchas de nuestros pecados, lávame, blanquéame, límpiame y hermosea mi alma, quitando de ella las fealdades de la culpa, y poniendo en ella las virtudes de la divina gracia.—Tambien se ha de ponderar aquella palabra, *effundetur*, será derramada, en que nos representa como saldrá de su cuerpo, no gota á gota, destilándola con escasez, sino á borbollones, derramándola toda por todas las partes de su cuerpo, como se dirá en la meditacion siguiente.

1 —El cuarto punto puede ser del modo como Cristo nuestro Señor y sus Apóstoles gustaron de este cáliz, ponderando lo mismo que dijimos del pan.—

MEDITACION XIII.

DE LAS ESPECIES SACRAMENTALES DEL PAN Y VINO, Y DE LO QUE POR ELLAS SE NOS REPRESENTA.

—Esta meditacion y la siguiente pueden servir para cuando se oye misa, tomando algun punto de ellas, para ejercitar allí los actos de devocion, cerca del misterio que se representa.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, consideraré las causas por que instituyó Cristo nuestro Señor este Sacramento en dos especies diferentes de pan y vino, poniendo en la una principalmente su cuerpo, y en la otra su sangre, supuesto que verdaderamente con el cuerpo está tambien la sangre, y con la sangre su cuerpo, haciéndose compañía. Dos causas fueron las principales.—La primera, para significar que el convite que nos hacia era perfectísimo; y pues en los convites de la tierra hay comida y bebida, así tambien la hubiese en este convite celestial, aunque por su infinita excelencia con lo uno está junto lo otro; y cualquiera parte de él juntamente harta nuestra hambre y satisface á nuestra sed, por lo cual tengo de darle gracias innumerables, gozándome de que sea tan perfecto en todas sus obras.

2. La segunda causa mas principal fue para significar que su sangre preciosísima estuvo toda apartada de su cuerpo en la pasion, derramándola por nuestros pecados con dolores y tormentos gravísimos. Y así cuando oigo misa y veo alzar por sí la hostia y despues el cáliz, tengo de acordarme de este apartamiento tan doloroso, pon-

derando como en aquel cáliz está recogida toda la sangre que Cristo nuestro Señor derramó la noche y el dia de su pasion en cinco veces; es á saber, por el sudor, azotes, espinas, clavos y lanzada. Y discurriendo por cada una, puedo hacer con Nuestro Señor coloquios y peticiones, con afectos de amor y agradecimiento, y de dolor de pecados de esta manera: Ó sangre preciosísima de Jesús, que fu ste derramada en el huerto de Getsemaní por los poros de su cuerpo, con grandes tristezas y agonías de su alma; gozome de que estés recogida en este cáliz, para ser adorada de los fieles; yo te adoro y glorifico cuanto puedo, y te suplico que me libres de las tristezas y agonías eternas, que tengo merecidas por mis pecados, pues por ellos fuiste derramada. Ó cáliz preciosísimo lleno de aquella sangre que mi Señor derramó por sus espaldas, cuando fueron heridas con crueles azotes; y de la que derramó por su cabeza, cuando fue traspasada con agudas espinas, embriágame con el divino licor de esta sangre, para que todo me convierta en amor del que por mí la derramó. Ó amantísimo Jesús, que depositaste en este cáliz la sangre que derramaste en la cruz por los agujeros que hicieron los clavos en tus sagrados piés y manos, y por la herida que hizo la lanza en el costado, ¿qué te daré por tan grande beneficio (*Psalm.* cxv, 12), sino ofrecerte esta misma sangre en este cáliz de mi salud, glorificando por él tu santo nombre? Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré las causas por que Cristo nuestro Señor quiso que la conversion y mudanza del pan y vino en su cuerpo y sangre fuese invisiblemente, quedando los accidentes visibles del pan y vino para encubrirle; pues si quisiera, pudiera fácilmente hacer alguna mudanza visible, ó poner alguna señal exterior que descubriera la grandeza interior que allí estaba encerrada. -La primera causa fue de parte del mismo Cristo nuestro Señor para humillarse, y dar nuevo y continuo ejemplo de humildad, y tambien de heróica paciencia. Porque así como en la encarnacion, el que era Hijo de Dios se humilló tomando forma de siervo, encubriendo la alteza de su divinidad con la bajeza de su humanidad, por razon de lo cual fue de muchos desconocido, despreciado y maltratado, como si fuera puro hombre; así en este Sacramento, el que era juntamente Dios y hombre verdadero, quiso humillarse á tomar sacramentalmente aquella figura exterior de pan y vino, y encubrir con ella la alteza de su divinidad y humanidad; por razon de lo cual tambien es de muchos desconocido, despreciado y maltratado, y á veces pisado, como si fuera puro pan y puro vino; lo

cual sufre con gran paciencia, sin dar muestras de venganza, para ejemplo nuestro. Ó humildísimo y pacientísimo Jesús, gracias os doy por esta rara humildad y paciencia que ejercitais para nuestro ejemplo. Ayudadme, Señor, para que á imitacion vuestra encubra lo que me puede causar honra vana entre los hombres, y sufra cualquier desprecio y agravio que recibiere de ellos. Esclareced nuestros ojos con la lumbre de vuestra fe, para que creamos y veneremos la infinita grandeza que está dentro de ese velo; pues cuanto mas por nuestra causa os humillais, tanto es mas razon que todos os engrandezcamos y alabemos por todos los siglos. Amen.

2. La segunda causa es de parte nuestra (*D. Thom.* 3 *p. q.* 75, *art.* 5), para que tuviésemos un nuevo y continuo ejercicio de heróica fe, negando todos nuestros sentidos, y los discursos que de ellos saca nuestro entendimiento, rindiéndole y cautivándole á lo que nos dice la fe. Por lo cual en las palabras de la consagracion del cáliz, llama Cristo nuestro Señor á este Sacramento: *Mysterium fidei*, misterio de la fe por excelencia. Y así uno de los grandes milagros que Cristo hizo esta noche, fue, como arriba dijimos, mudar los corazones y entendimientos de los Apóstoles de repente, á que creyesen que lo que tenia en sus manos, en diciendo: *Esto es mi cuerpo*, dejó de ser pan, y se convirtió en cuerpo del mismo que lo decia. Y conforme á esto, cuando oigo misa, ó comulgo, ó entro en la iglesia, es admirable ejercicio actuar y avivar la fe, discurriendo por los sentidos de esta manera: Creo, Señor, que aunque mis ojos ven color y figura de pan; pero no está ahí verdadero pan, sino Tú, Hijo de Dios vivo, resplandor de la gloria del Padre, y figura de su sustancia (*Hebr.* I, 3), blanco y colorado, escogido entre millares. (*Cant.* V, 10). Creo, Dios mio, que aunque mi olfato percibe olor de pan y vino; pero allí debajo estás tú mismo, verdadero Jacob (*Genes.* XXVII, 27), cuyo olor es como de campo lleno, á quien bendijo el Señor. Creo tambien que aunque mi gusto percibe sabor de pan, y mi tacto toca blandura y calidades de pan; pero con todo eso no hay allí pan terreno, sino tú, pan vivo que veniste del cielo, fuente de toda dulzura y suavidad. (*Ioan.* VI, 51). Ó Salvador dulcísimo, ilustra mi entendimiento, como ilustraste el de tus Apóstoles, para que con viva fe conozca la infinita hermosura que está allí encerrada, y sea confortado con el olor suavísimo de tus virtudes, y sustentado y recreado con la dulzura de tus deleites.

3. Otra tercera causa se puede ponderar, que fue para alentar nuestra confianza, y darnos ánimo y atrevimiento á tocarle, recibir-

le y comerle; porque si no estuviera así encubierto ¿quién se atreviera á ello? Y así el amor que le hizo quedarse con nosotros, le hizo tambien que se quedase disfrazado, para que pudiésemos gozar de él con mayor union, metiéndole dentro de nosotros. ¡Oh bendito sea tal amor, que olvidado de su grandeza se acomoda á nuestra bajeza, para que los viles gusanillos no se espanten, ni huyan de ella!

Punto tercero. — 1. Lo tercero, consideraré las causas por que Cristo nuestro Señor quiso quedarse con nosotros, debajo de especies de pan y vino, mas que debajo de otra cosa visible, aplicándolas á nuestro provecho espiritual. - La primera fue, para unirse y juntarse con nosotros, no solo espiritualmente en cuanto Dios, sino corporalmente en cuanto hombre, con la mayor junta que era posible; porque no hay cosa que mas se junte con el hombre, que el manjar y bebida, la cual no se pega solamente por defuera, sino entra por la boca, y penetra las entrañas, y allá se pega con ellas: y como el amor es unitivo del que ama con la cosa amada, quiso nuestro amantísimo Jesús, no solo quedarse cerca de nosotros, sino entrar dentro de nosotros, y con esta union sacramental causar la union espiritual de verdadero amor. Ó Jesús amorosísimo, ¿cómo no tienes asco de entrar en las entrañas de un cuerpo asqueroso como el mio? ¿Quién causa esto, sino la grandeza de tu amor, que atropella las grandezas, por juntarse con nuestras bajezas? Júntame contigo con perfecta union de caridad, para que nunca me aparte de tí por toda la eternidad. Amen.

2. La segunda causa fue, para significar que obraba dentro de nuestras almas todos los efectos que el pan y vino obran en los cuerpos; porque con su presencia, y con la gracia que nos da por este Sacramento, nos sustenta, conserva y aumenta la vida espiritual; da fuerzas y alegra el corazon; resiste al calor perverso del amor propio, y repara los daños que por él nos vienen; y finalmente, nos hace semejantes á sí, imprimiéndonos sus virtudes y propiedades; y por esto dijo (*Ioan.* vi, 58): El que me come, vivirá por mí. Con estas consideraciones despertaré en mí grande hambre de este santo Sacramento, con grande estima de lo que me importa recibirle á menudo para sustento de mi alma, como importa comer á menudo el manjar corporal para sustento del cuerpo. Ó manjar del cielo, ó pan de Ángeles y pan de cada dia, ¡quién te pudiera cada dia comer para vivir por tí vida celestial y divina! Ó vino que engendras vírgenes (*Zach.* ix), y alegras el corazon del hombre (*Psalm.* cii, 15),

ven y purifica mi alma con tu pureza, y alegra mi espíritu con tu alegría, embriagándome con la fuerza del amor.

3. La tercera causa fue, para significar que como el pan se hace de muchos granos de trigo molidos y hechos una masa, y el vino de muchos granos de uva pisados y exprimidos; así este divino manjar y bebida pide corazones unidos con verdadera caridad, y se ordena para causar esta union de muchos fieles en un espíritu, y por esta causa se llama Comunion, como union de muchos entre sí y con Cristo, de cuyo espíritu todos participan; y si para esta union es menester que yo me deje moler, pisar y hollar, mortificando en mí el ser que tengo del hombre viejo, tengo de ofrecerme á ello, en razon de gustar la dulzura de este divino manjar, y unirme con Cristo. Ó Cristo dulcísimo, que juntaste tu cuerpo con especies de pan, que primero fue molido, y tu sangre con accidentes de vino, que primero fue pisado y exprimido; yo me ofrezco á ser molido y desmenuzado, y á ser pisado y hollado, por conservar tu amor, y la union y concordia con mis hermanos, para que tú, Dios mio, te dignes de unirte conmigo en esta vida por copiosa gracia, y despues con la perpétua union de la eterna gloria. Amen.

MEDITACION XIV.

DE SEIS COSAS MISTERIOSAS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO Y DIJO CUANDO CONSAGRÓ EL PAN Y EL VINO.

Punto primero. — 1. Lo primero, consideraré como Cristo nuestro Señor, con un semblante exterior grave, modesto y devoto, y poderoso, para causar reverencia y admiracion á sus discípulos, tomó de la mesa un pan en sus santas y venerables manos; y aunque pudiera consagrarlo sobre la mesa, quiso tomarle en ambas manos, para significar que la mudanza de este pan en su cuerpo era obra de su omnipotencia y liberalidad, y de sus obras meritorias, que son figuradas por las manos. -Lo primero, era obra de su omnipotencia en cuanto Dios, y de la potestad de excelencia que tenia en cuanto hombre, dada por su Padre (*Ioan.* XIII, 3); el cual puso todas las cosas en sus manos, y con ellas hizo esta mudanza tan maravillosa, de modo que él mismo tuviese á sí mismo todo entero en sus propias manos; y quedándose donde estaba, se pusiese todo entero en las manos de sus discípulos para que le comiesen. ¡Oh grandeza del poder divino! oh mudanza de la diestra del muy Alto! Gózome, Sal-

vador mio, de que vuestras manos sean tan poderosas. Mudadme con ellas, y trocadme con vuestra diestra, para que reciba la virtud de este soberano pan.

2. Lo segundo, mostró aquí la liberalidad infinita de sus manos; porque como dice David (*Psalm.* CIII, 27; CXLIV, 16), que Dios da á todos su manjar en el tiempo conveniente, y abriendo su mano los llena de bondad y bendicion; así tambien liberalísimamente nos da este manjar celestial, y abre ambas manos para llenarnos con él de bendiciones y virtudes. ¿Qué mayor liberalidad puede ser, que dársenos todo entero, sin reservar nada para sí, en precio y en sustento, y por compañero; y todo esto de balde y sin interés, solamente por ser bueno y liberal? Con esta consideracion pediré á este Señor me dé sus poderosas y liberales manos para besárselas, por las mercedes que me hace, dándole la gloria de todo lo que con ellas obra.

3. Lo tercero, fue obra de sus manos, porque con sus merecimientos, y con los trabajos de sus manos, y con el sudor de su rostro ganó este pan que nos dió á comer: y juntamente quiere que este pan sea comida, no de holgazanes, sino de trabajadores (*Psalm.* CXXVII, 2), que comen los trabajos de sus manos, y por eso son bienaventurados, disponiéndonos con ejercicio de buenas obras para comerle; y despues de comido prosiguiendo el trabajo de nuestras manos en servirle. Ó Adan celestial, que á imitacion del Adan terreno trabajaste y sudaste para ganar el pan que habias de dar á tus hijos, yo te alabo y glorifico porque me das de gracia lo que tú compraste con tan caro precio, y ganaste con tanta fatiga. Justo es, Señor, que yo trabaje con mis manos, para no ser indigno de este divino pan; pues está escrito, que quien no trabaja, no es razon que coma. (II *Thes.* III, 10).

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, consideraré como teniendo Cristo nuestro Señor el pan en sus manos, levantó sus ojos al cielo para significar que el pan que pretendia darles no era pan de la tierra, sino pan del cielo y pan de Ángeles, pan sobresustancial, dado por su eterno Padre (*D. Thom.* 3 *p. q.* 83, *art.* 4 *ad* 2), en cumplimiento de lo que habia prometido en un sermon cuando dijo (*Ioan.* VI, 32): *No os dió Moisés pan del cielo, sino mi Padre os da pan del cielo verdadero. Yo soy pan vivo, que bajé del cielo.* Y así levanta los ojos al cielo para mover á sus discípulos y á todos nosotros que levantemos allá los corazones con afectos de esperanza, de oracion y pureza, esperando recibir este manjar de nuestro Padre celestial que está en los cielos, y pidiéndosele con oracion afectuosa, y

disponiéndonos á recibirle con pureza de vida celestial, cumpliendo lo que dice la Iglesia en el prefacio de la misa: *Sursum corda*, arriba los corazones. Á lo cual respondemos: Ya los tenemos levantados al Señor. Ó Padre nuestro, que estás en los cielos, levanta nuestros corazones donde tú estás, y danos hoy este pan sobresustancial que bajó del cielo para dar vida celestial al mundo.

2. Luego dió gracias á su eterno Padre por esta merced tan señalada, que por sus manos hacia al mundo en darle tal Pan para su comida y sustento; enseñándonos con esto, que este pan se ha de comer con grandes afectos de agradecimiento, antes y despues de comerle, por lo cual se llama Eucaristía, que quiere decir accion de gracias. ¡Oh qué hacimiento de gracias tan fervoroso haria Cristo en aquella hora! Porque si dió gracias por el pan de cebada (*Ioan.* VI, 41) que dió á los cinco mil hombres en el desierto, ¿cuánto mayores y mas afectuosas las daria por este pan del cielo que da á los hombres en el desierto del mundo? Porque á medida del beneficio, crece el afecto del agradecimiento; y pues yo no puedo dárselas como debo, he de ofrecerle las que él dió á su Padre, y recibir el Sacramento que para este fin instituyó.

3. Hecho esto, bendijo el pan; de suerte que no solo bendijo á su Padre eterno con bendicion de alabanza y accion de gracias, sino al mismo pan con bendicion de oracion obradora de lo que bendecia. Nosotros bendecimos á una cosa con el deseo y oracion, deseando algun bien, y pidiendo á Dios que se le dé; pero Cristo nuestro Señor bendijo el pan, no solo pidiendo al Padre la conversion y transmutacion que de él pensaba hacer, sino comunicándole virtud divina, é imprimiéndole un bien tan grande, como era mudarle en su propio cuerpo, y hacerle principio y causa de las bendiciones espirituales que por su medio vienen del cielo para nuestra salud. ¡Oh eficacia de la bendicion de Cristo! Bendíceme, Salvador mio, pues tu bendecir es bien hacer, para que bendito por tí, llegue á comer este benditísimo pan, y participe de las bendiciones que nos das por él.

4. Luego partió el pan, porque no sin gran misterio tomó de la mesa un pan entero, y despues le partió y dió á sus Apóstoles; para significar, lo primero, que todos habian de comer de un mismo pan, y beber de un mismo cáliz; y así todos habian de tener un mismo amor, por el cual habian de ser unos entre sí. Además, para que entendiésemos, que aquel pan se podia partir sin que se partiese lo que dentro de sí tenia, porque en toda parte iba su cuerpo, y con

cada bocado daba á cada uno de los discípulos tanto como estaba en todo el pan.—Y finalmente, para significar que este divino pan no se ha de comer entero y á bulto, sino partido y desmenuzado con la meditacion, considerando todo lo que está encerrado en él, que es la carne de Cristo, su ánima santísima, su sangre preciosa, su divinidad y todos sus merecimientos; y ponderar cada cosa de estas por sí, es como partir espiritualmente el pan para comerle. Ó Redentor mio, pues yo como pequeñuelo no sé partir este pan, ni le tengo de comer si no es partido, pártemele con tu mano, para que le coma con provecho, sintiendo muy por menudo lo que en él está encerrado.

Punto tercero. — 1. Últimamente, consideraré como partido el pan, Cristo nuestro Señor le dió á sus Apóstoles, diciendo: Tomad y comed, porque esto es mi cuerpo. En lo cual se ha de ponderar aquella palabra: *Deditque discipulis suis.* Diólo á sus discípulos. ¡Oh qué dádiva tan preciosa, en la cual les dió todo lo que era, y lo que tenia, de pura gracia, solo porque es amigo de dar! oh caridad infinita! oh bondad inmensa, la cual aquí no se quiere á sí, para sí, sino á sí, para darse á nosotros! Ó Dador liberalísimo, dáteme á tí mismo, pues yo tambien soy discípulo tuyo; y aunque no merezco tal don, pero bien sé que no le das porque le merecemos, sino porque eres bueno, y gustas darnos un bien tan grande, que excede á todo merecimiento.

2. Luego ponderaré, como era tan grande la reverencia y estima que los Apóstoles tuvieron de aquel divino pan, por la luz interior de fe viva que Cristo les comunicó, que si no les dijera: Tomad y comed todos, no se atrevieran á tomarle en sus manos, ni á comerle; y así fue menester que se lo mandase, y les dijese: Tomad este pan, y mirad que no os le doy solamente para que le beseis, adoreis, y pongais sobre vuestras cabezas, ó le guardeis como reliquias para vuestro consuelo, sino para que le comais y os sustenteis con él, y comed de él todos, ninguno se excuse por título de humildad, porque le doy para todos los que sois de verdad mis discípulos, y no solamente á los presentes, sino tambien á los que sucederán hasta la fin del mundo. Ó Amado mio, pues me mandais comer este divino manjar, yo le tomaré y adoraré, y despues le comeré por obedeceros y por gozar de vuestra dulce presencia, confiado que supliréis mi indignidad con la abundancia de vuestra misericordia y liberalidad.

MEDITACION XV.

DE LA POTESTAD QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR DIÓ Á SUS APÓSTOLES PARA HACER LO MISMO QUE ÉL HABIA HECHO, Y DE LA QUE TIENEN AHORA LOS SACERDOTES PARA CONSAGRAR Y OFRECER EL SACRIFICIO DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor despues de haber instituido este santísimo Sacramento, dijo á sus Apóstoles (*D. Thom.* 3 *p. q.* 82, *art.* 1): *Hoc facite in meam commemorationem.* Haced esto en mi memoria. Por las cuales palabras consta, que les dió potestad de hacer lo mismo que él habia hecho, convirtiendo el pan en su cuerpo, y el vino en su preciosa sangre, mandándoles, así á ellos como á los sacerdotes que les sucediesen en la dignidad sacerdotal (*Luc.* XXII, 19), que hiciesen esto mismo en la forma que él lo habia hecho. Sobre este punto tan regalado ponderaré lo primero, la infinita caridad de Cristo nuestro Señor en haber querido dar potestad sobre su verdadero cuerpo y sangre, no á los Ángeles del cielo, sino á los hombres que viven en la tierra, para que ellos en su nombre, y representando su misma persona, puedan con verdad decir sobre el pan: Esto es mi cuerpo, y en virtud de estas palabras conviertan el pan en el cuerpo de Cristo, como el mismo Señor le convirtió, con tanta muchedumbre de milagros, que excede á los milagros de dar vista á ciegos, salud á enfermos, y vida á muertos. Ó amantísimo Jesús, ¿qué mas podias hacer de lo que hiciste por los hombres, dándoles una potestad que excede á la dignidad de Ángeles? Habias hecho al hombre poco menor que á ellos, constituyéndole sobre las obras de tus manos (*Psalm.* VIII, 6), y ahora le engrandeces mas, dándole facultad para traer del cielo tu cuerpo y sangre, y ponerla en sus propias manos. Bendígante, Señor, por esta merced todas tus criaturas, y mi ánima con sus potencias se deshaga en tus perpétuas alabanzas. Amen.

2. Pero mas hay que ponderar en la infinita liberalidad de este divino Señor, el cual no quiso limitar esta potestad á cierto número de personas, ó á lugares y tiempos determinados, para que todos pudiesen gozar del fruto de su Sacramento con abundancia. Pudiera ordenar, que no hubiera mas de un sacerdote en el mundo, ó uno en cada provincia ó ciudad; ó que los sacerdotes no pudieran consagrar, si no es siendo muy santos; ó que este Sacramento, como el

cordero pascual (*Exod.* XII, 46), no se celebrara sino en un lugar señalado, y una vez al año; pero su liberalidad no quiso poner estas tasas, dando plena facultad de que hubiese muchos sacerdotes; los cuales, aunque fuesen malos, pudiesen consagrar en todo tiempo y lugar, cada dia, y en cada iglesia y oratorio de cualquier aldea. ¡Oh largueza sin medida de nuestro Salvador! ¿Por ventura, Señor, no sabeis nuestra condicion, que si lo precioso no es raro, luego lo tenemos en poco? Pues ¿por qué quereis haya tantos sacerdotes con plena potestad de celebrar tan á menudo este venerable Sacramento? Pero vuestro amor es sin medida, y pasa por la desestima que los malos tienen de vuestros dones, en razon de hacer bien á los buenos, que usan bien de ellos. ¡Oh si todos sin tasa fuésemos largos en serviros, pues sin tasa sois largo en regalarnos!

3. Aun mucho mas hay que ponderar en la infinita humildad y obediencia que Jesucristo nuestro Señor muestra á la voz y palabra de los sacerdotes; porque desde este punto se obligó hasta la fin del mundo de venir á la voz del sacerdote, cuando consagrase, sin dilacion ni tardanza, en cualquier lugar y hora que lo hiciese, aunque fuese malo, y consagrase con dañada intencion, y aunque fuese para pisarle y echarle en el fuego, pasando por todo esto por el bien de los escogidos. ¡Oh piélago inmensísimo de la caridad de Cristo! Qué, ¿es posible que obedezca Dios la voz del hombre, y no de hombre santo como Josué (*Iosue,* X, 14), sino perverso como Judas? y que se deje tratar de manos tan sangrientas, y se sujete á tantas y tales bajezas? Ó Señor, ¡cuán amigo eres de humildad y obediencia, pues cada dia quieres darnos tan ilustre ejemplo de ellas! De este ejemplo tengo de aprender á obedecer á los prelados en todo lo lícito que mandaren, aunque sean malos y malintencionados, cumpliendo su mandato con obediencia puntual, pronta y perseverante hasta la muerte, sin cansarme de obedecer, como no se cansa Cristo de cumplir lo que una vez ofreció.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, consideraré como en estas mismas palabras mandó Cristo nuestro Señor á los Apóstoles, y manda á los sacerdotes de su Iglesia, que ofrezcan este sacrificio, que instituyó de su cuerpo y sangre, debajo de estos accidentes de pan y vino, en lugar de los sacrificios de la vieja ley, ponderando la excelencia de este sacrificio, y los bienes que por él nos vienen. — Lo primero, sacrificio es una ofrenda que hace el hombre á Dios de alguna cosa que le agrada, para reverenciarle y honrarle, en reconocimiento de su infinita excelencia y majestad. Pues ¿qué cosa se

puede ofrecer al Padre eterno mas preciosa, ni que mas le agrade, que su mismo Hijo, Dios y hombre verdadero, de quien él dijo (*Matth.* III, 17): Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me he agradado? ¡Oh cuánto te debemos, Salvador del mundo, en habernos dado por Sacramento y sacrificio la cosa mejor que nos podias dar, que es á tí mismo! Y porque la ofrenda, aunque preciosa, no fuese desechada, por ser malo el que la ofrece, tú mismo quieres ser el principal oferente como sacerdote eterno (*Psalm.* CIX, 4; *Hebr.* VII, 17), segun el órden de Melchisedech, ofreciendo este pan y vino celestial por mano de los sacerdotes terrenos.

2. Lo segundo, ponderaré como este sacrificio con eminencia es causa de los tres efectos para que se ordenan los sacrificios; es á saber, en satisfaccion por nuestros pecados, en hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, y para impetrar de Dios los bienes que deseamos, temporales ó eternos. Para estos fines he de oir ó celebrar la misa, dilatando las velas de la confianza todo lo posible, pues para todo hay en ella fundamento, confiando que por medio de este sacrificio aplacaré la ira del Padre eterno, y pagaré las deudas de mis pecados, y alcanzaré las virtudes y dones que le pidiere; y con la caridad extenderé todo el bien de mis prójimos, así vivos como difuntos del purgatorio, pues á todos puede aprovechar, diciéndome á mí mismo, para avivar mi confianza: ¿Qué pecados habrá tan graves, cuyo perdon no se alcance con este divino sacrificio del cuerpo y sangre, que se ofreció en la cruz por todos los pecadores? Y ¿qué penas por nuestras graves culpas no se pagarán con esta paga, ofreciendo las satisfacciones que nuestro Salvador ofreció para pagarlas? Y ¿qué bienes se pueden pedir á Dios, que no se alcancen por medio de tal ofrenda, en la cual sumamente se agrada? Ó Padre eterno, si tanto te agradó la ofrenda del inocente Abel, á quien mató por envidia su hermano Cain, mucho mas te agradará la ofrenda de tu inocentísimo Hijo Jesús, á quien por envidia mató su hermano el pueblo hebreo, ofreciendo su vida para remediarnos con su muerte. Acepta, ó Padre misericordiosísimo, este sacrificio en remision de mis pecados: acéptale tambien en hacimiento de gracias por los innumerables beneficios que de tu mano liberalísima he recibido, y por él te suplico me dés aquí tu copiosa gracia, y despues la vida eterna. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, consideraré como en estas mismas palabras encarga Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles, que hagan esto en su memoria, y especialmente en memoria de su pasion

y muerte, ponderando como Cristo nuestro Señor ofreció dos sacrificios por nuestra causa. – Uno sangriento en la cruz, y otro sin sangre la noche de la cena, y este quiso que fuese en memoria del otro, para que echemos de ver lo mucho que desea tengamos memoria de él y de su pasion sacratísima, por el bien que de ella nos resulta; pues por esta causa instituyó este Sacramento y sacrificio, en que él mismo se queda entre nosotros para despertar esta memoria, y movernos con ella á ejercitar los tres actos de agradecimiento, que son, reconocer y estimar el beneficio, y alabar al bienhechor, y hacerle algun servicio.

2. Para esto ponderaré, como Nuestro Señor, siempre que hacia á su pueblo algun beneficio señalado, ordenaba alguna cosa en su agradecimiento, por lo mucho que nos importa serle agradecidos para recibir de él nuevas gracias. Y como este beneficio de la pasion, con los dones que de él proceden, no podia ser dignamente agradecido por los hombres, quiso suplir nuestra falta, haciéndose nuestra ofrenda, para que se la ofreciésemos por los dones que nos habia dado; y como ella misma es otro nuevo beneficio, no queda otro medio para agradecerla, sino frecuentarla con la memoria dicha, procurando asistir cada dia á este venerable sacrificio, y recibir espiritualmente este divino Sacramento, y á sus tiempos sacramentalmente, al modo que se dijo en la parte I en la meditacion XXXIII y XXXIV. Ó dulcísimo Salvador, pues te quedas con nosotros para que tu presencia despierte nuestra memoria, concédeme que siempre me acuerde de tí, como tú te acordaste de mí, para que siempre te alabe por los innumerables bienes que de tí recibo. Amen.

3. Últimamente, ponderaré como Cristo nuestro Señor quiere tambien que celebremos este misterio en memoria de las heróicas virtudes que ejercitó en su vida y muerte, de las cuales es un vivo dechado este venerable Sacramento; porque como vino al mundo, no solo á redimirnos, sino á darnos ejemplo de todas las virtudes, así viene al Sacramento, no solo á santificarnos, sino á renovar los mismos ejemplos, los cuales, por ser presentes y continuos, mueven mucho á su imitacion. Y así puedo imaginar, que desde allí me está diciendo (*Ioan.* XIII, 15): Ejemplo os he dado para que hagais lo que yo hice con vosotros; y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon. Estas virtudes son la caridad, misericordia y liberalidad; la humildad, paciencia y mansedumbre, y la obediencia pronta y puntual, con perseverancia en todo esto hasta la fin del mundo, como se ha ponderado en esta meditacion y en las pasadas,

y en la parte VI se dirá mucho mas, para declarar todo lo que pertenece á este soberano beneficio. La imitacion de estas virtudes ha de ser uno de los principales frutos que he de sacar de estas meditaciones, suplicando á Nuestro Señor me ayude á ponerlas por obra. Ó Dios de las virtudes, que hiciste de ellas un memorial, dándote por manjar á los que te temen (*Psalm.* CX, 4), concédeme que de tal manera medite y reciba estos misterios, que imite tus esclarecidos ejemplos. Amen.

MEDITACION XVI.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR EN LA CENA DIJO Á SUS APÓSTOLES QUE UNO DE ELLOS LE HABIA DE ENTREGAR, Y COMO JUDAS SE SALIÓ PARA ESTO.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Estando Cristo nuestro Señor sentado en la mesa con sus doce Apóstoles, á deshora, se turbó á sí mismo en el espíritu, y con gran sentimiento dijo: De verdad os digo, que uno de vosotros que está conmigo en la mesa, y con su propia mano come conmigo de un mismo plato, me ha de entregar á la muerte; pero el Hijo del hombre morirá como está determinado: mas ¡ay de aquel por quien será entregado! mejor le fuera no haber nacido.* (*Matth.* XXVI, 20; *Ioan.* XIII, 21; *Luc.* XXII, 2; *Marc.* XIV, 18). Sobre este punto se ha de ponderar, lo primero, las causas de esta turbacion y sentimiento interior de Cristo nuestro Señor, que fue por ver allí á Judas entre los suyos, hombre perverso, impenitente y reprobado; el cual, aunque era solo, bastaba para turbarle, entristecerle, y aguarle el contento que allí tenia con tantos buenos y escogidos, no porque aborreciese la persona por sí misma, sino porque sumamente aborrecia su maldad, y en particular su abominable ingratitud, despues de haber recibido de él tantos beneficios. La cual quiso declarar su Majestad con gran ponderacion, diciendo: Uno de vosotros, á quien yo escogí por apóstol, y descubrí mis secretos, y dí potestad de hacer milagros, á quien he lavado los piés, y dádole á comer mi cuerpo y á beber mi sangre, comiendo conmigo de un plato y bebiendo de un cáliz, este me ha de entregar á la muerte. Ó buen Jesús, ya no me espanto de que os turbeis á Vos mismo, tomando voluntariamente esta turbacion y tristeza, pues tan horrendo crímen como este es motivo de ella: pésame de la causa que con mis desagrade-

cimientos he dado á vuestras tristezas, y con vuestro favor propongo enmendarme de ellos.

2. Lo segundo, se han de ponderar dos causas que movieron á Cristo nuestro Señor para decir estas palabras delante de los Apóstoles. – La primera, para que todos entendiesen que era Dios, y que conocia los corazones de todos, y lo que contra él tramaban; y esta ciencia era una de las circunstancias que agravaba sus trabajos, y de ella se aprovechaba, no para vengarse de sus enemigos, sino para padecer mas por ellos. - La segunda causa muy especial fue la compasion que tenia de Judas, deseando reducirle con las razones que allí le dijo, que fueron tres eficacísimas para convertir á un pecador. – La primera, avisándole que sabia sus ocultos pensamientos y malos tratos, y por consiguiente, que era su Dios y su juez, á quien nada estaba oculto. – La segunda, deshaciéndole el engaño en que fundó su pecado; porque, como arriba se apuntó, excusaba Judas su maldad, diciendo: que pues Cristo habia de morir entonces á manos de los judíos, poco daño era venderle para sacar algun dinero. Á este pensamiento responde Cristo: El Hijo del hombre morirá, como está decretado; pero ¡ay del que le entregare! Como quien dice: El decreto de mi Padre, de que yo muera, no te fuerza á tí á que me vendas: libertad tienes para no hacerlo, y tuya es la culpa en quererlo hacer.

3. La tercera, fue amenazarle terriblemente con decir: Mejor le estuviera no haber nacido, que cometer tal pecado, por el cual será condenado al fuego eterno, donde deseará no ser, por no padecer tales tormentos, y no le será concedido. Con estas tres razones tengo de moverme á temblar de cualquier pecado; pues ni puede ocultarse á Dios, ni atribuirse á otra causa que á mi dañada voluntad; y es tan grave mal, que fuera mejor no ser que hacerle, y ser por él condenado.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré lo que de aquí resultó en los demás Apóstoles, y lo que Cristo nuestro Señor hizo en este caso. Porque primeramente todos los Apóstoles se entristecieron grandemente, y preguntaron á Cristo nuestro Señor: *Maestro, ¿soy por ventura yo?* En lo cual se descubre como es de buenas almas temer culpa donde no la hay, porque temen tanto el pecado, por el grande amor que tienen á Dios, que no querrian ver su sombra ni oir que entre ellos hubiese rastro de él. ¡Oh quién tuviese tan entrañado en el corazon el amor de Cristo, que temblase de solo pensar que puede ofenderle!

2. Lo segundo, Cristo nuestro Señor, con su acostumbrada caridad y providencia, no quiso publicar el traidor, porque todavía estaba oculto, y porque no fuese ocasion de que sus Apóstoles se alborotasen contra él, dándonos ejemplo así de encubrir los pecados del prójimo aunque se hayan presto de descubrir, como tambien de quitar cualquier ocasion de discordia y alboroto en la comunidad donde estamos.

3. Solamente descubrió esto á dos personas. La una fue el mismo Judas, que con desvergüenza grande, por encubrir su delito preguntó como los demás si era él. Pero Cristo nuestro Señor, sin indignarse ni decirle injuria alguna, con grande mansedumbre y con voz baja sin que los otros lo entendiesen, le respondió: *Tú lo dices.* Que fue decirle: Tú eres el que me ha de entregar, y por tí he dicho todo esto: á tiempo estás de arrepentirte si quieres que yo te perdone. La otra persona fue su querido Juan, que estaba reclinado sobre su pecho, para que fuese testigo de la caridad que usaba con Judas, y así le dijo: *Aquel es á quien yo diere un pedazo de pan mojado, y diósele á Judas.* Y es de creer se le daria con grandes caricias y muestras de amor, como una madre le suele dar á un hijo, ó un amigo á otro muy familiar y querido suyo (*Prov.* xxv, 22), para que se vea dónde llegó la caridad de Cristo, que con haberse turbado y entristecido con la traicion de aquel hombre, no cesó de darle muestras de amor para reducirle á su amistad. Gracias te doy, Salvador amorosísimo, porque no te cansas de echar brasas sobre la cabeza del que te aborrece, regalándole con tan amoroso bocado, para enternecer y ablandar su corazon.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como el desventurado Judas tomó aquel bocado, pero con grande pertinacia y obstinacion en su propósito, como quien decia: Por mas que me regales tengo de venderte y sacar el dinero que perdí; y en pena de esta pertinacia le sucedieron dos terribilísimos castigos.-El primero, fue permitir que tras el bocado entrase en él Satanás. Dos veces entró en Judas, como consta del Evangelio. (*Luc.* xxii, 3).-La primera, para persuadirle que vendiese á Cristo nuestro Señor, á lo cual dió su consentimiento, como arriba se dijo.-La segunda, para que lo ejecutase con diligencia, instigándole á que se saliese de aquel cenáculo (*Ioan.* xiii, 27), y fuese á poner por obra la entrega que tenia tramada. Y esta fue en tomando aquel bocado de pan, para que se vea cuán peligrosa cosa es usar mal de los regalos de Dios y de las señales de amor que nos da; y por consiguiente, cuán peligroso es recibir en

mal estado el pan de vida mojado en la sangre preciosísima que en sí encierra, y se nos da en señal del perfecto amor que Cristo nos tiene. Porque en castigo de este atrevimiento y desagradecimiento, tras el bocado entra Satanás, y se apodera del corazon, y le instiga á otros innumerables y abominables pecados.

2. El segundo castigo fue, decirle Cristo nuestro Señor (*Ioan.* XIII, 27): *Quod facis, fac citius.* Lo que haces, hazlo mas presto. Que fue como desampararle y dejarle de su mano, permitiendo que cumpliese su dañada voluntad, como quien dice: Hasta ahora te he detenido en mi compañía y en este cenáculo, haciéndote muchos regalos y favores para que te arrepintieses de tu pecado; mas pues no quieres, yo alzo la mano de tí, y permito que vayas á ejecutar lo que deseas, y pues has de ir, vé presto, porque mayores ganas tengo yo de morir, que tú de entregarme á la muerte. ¡Oh caridad inmensa de Jesús! oh dureza endemoniada de Judas! Por mucho que Judas desea vender á Jesús, mucho mas desea Jesús ser vendido y entregado á la muerte por salvar á Judas; mas cuando la maldad llega á resistir á la caridad, entra su hermana la justicia á vengar su injuria, y juzga que sea desamparado quien con rebeldía no quiso ser curado, conforme al dicho del Profeta (*Ierem.* LI, 9): Curado hemos á Babilonia, y no ha sanado, desamparémosla. Por tanto, alma mia, canta á tu Dios misericordia y juicio (*Psalm.* C, 1), para que si la misericordia no te aficionare á lo bueno, el juicio te aparte de lo malo, y recabe el temor del justo Juez lo que no recaba el amor del misericordioso Padre.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como habida esta licencia permisiva, Judas se salió del cenáculo, y Cristo nuestro Señor dijo (*Ioan.* XIII, 31): *Ahora es clarificado el Hijo del hombre, y Dios es clarificado en él, y luego le clarificará.* Por las cuales palabras pretendió enseñarnos dos cosas de mucho consuelo.-La primera, que con la salida de Judas quedaba glorificado, porque su escuela y rebaño quedaba puro y santo, al modo que lo será el dia del juicio, cuando con grande gloria venga á juzgar, apartando los malos de entre los buenos y escogidos. De suerte, que como se turbó y entristeció de ver á Judas entre sus escogidos, así se gozó y glorificó de verle apartado de ellos. ¡Oh quién fuese tal que pudiese glorificarse Cristo de tenerle en su santa compañía! No permitas, Señor, que lleguen á tanto mis pecados, que sea honra tuya echarme de ella.

2. La segunda fue, que con la salida de Judas se daba principio á su pasion por la cual era glorificado, porque su gloria era mo-

rir por la gloria de su Padre; y Dios era glorificado en él, y le glorificaria con milagros en la pasion, y luego con la gloria de la resurreccion. Por donde se ve con qué ojos miraba Cristo nuestro Señor sus ignominias, pues la llamaba su gloria: y tambien con qué ojos mira Dios las ignominias de los escogidos, pues se glorifica en ellas, y por ellas los glorifica y honra con suma gloria, para que yo aprenda á gloriarme de padecer por Cristo, pues Cristo es glorificado en que yo padezca, y él me glorificará porque padezco. Por tanto, ó alma mia, gloríate con el Apóstol en las tribulaciones y en la cruz de Cristo (I *Cor.* XII, 10), pues de ellas y por ellas es glorificado Cristo á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XVII.

DE LA CONTIENDA DE LOS APÓSTOLES SOBRE LA MAYORÍA, Y COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR LES CORRIGIÓ Y AVISÓ DEL ESCÁNDALO QUE HABIAN DE PADECER AQUELLA NOCHE; Y Á PEDRO DE QUE LE NEGARIA TRES VECES.

PUNTO PRIMERO. — 1. En acabando Cristo nuestro Señor de decir que ahora era clarificado y que su Padre le clarificaria, luego brotó en los Apóstoles un espíritu de ambicion y contienda sobre quién de ellos era el mayor. (*Luc.* XXII, 24). En lo cual se descubre la viveza de esta pasion de honra, la cual luego salta en cualquier ocasion; y los que poco há estaban tristes por la nueva de que uno de ellos habia de entregar á su Maestro, ahora andan en porfías sobre quién privará mas con él, y quién seria mayor y mas honrado. Cristo nuestro Señor luego atajó esta contienda y la raíz de ella, diciéndoles.-Lo primero, que en su escuela se habia de proceder diferentemente que en el mundo y entre los reyes de las gentes; porque quien quisiere ser mayor ha de procurar ser como el menor, y el que desea preceder á todos ha de tratar de servir á todos, al modo que él estaba entre ellos como siervo, sirviéndoles con humildad, como ya se ponderó en la meditacion XXIII de la parte III.

2. Luego añadió para animarles á esto: *Vosotros habeis permanecido conmigo en todas mis tentaciones y tribulaciones; pues perseverad en esto, y no en pretender mayorías, porque yo por testamento dispongo y ordeno daros mi reino, como mi Padre me lo dió á mí, esto es, ordeno que entreis en mi reino por humillaciones y tribulaciones, como yo entré en él por ellas.* Ó dulce Jesús, yo acepto el legado de vuestro

reino con condicion de la perseverancia en los trabajos por vuestro servicio. Ayudadme Vos á la perseverancia, porque no pierda la corona. De aquí sacaré, que si hubiese de tener algun modo de contienda con otros, no ha de ser sobre la excelencia, sino sobre la bajeza, deseando el postrer lugar y la sujecion á todos, porque este es el camino para ser mayor en el reino de Cristo.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré como Cristo nuestro Señor dió á sus Apóstoles otra triste nueva, diciéndoles (*Matth.* xxvi, 31; *Ioan.* xiii, 37; *Zach.* xiii, 7): *Todos vosotros seréis escandalizados en mí esta noche, porque escrito está: Heriré al Pastor, y serán esparcidas sus ovejas; pero despues que resucitare os veré en Galilea.* Como quien dice: Vosotros, á quien he favorecido y regalado tanto, habeis de recibir escándalo con lo que veréis pasar por mí esta noche, y me desampararéis, y vendréis á perder la fe ó titubear en ella; pero no desespereis por esto, porque yo resucitaré, y os recogeré en Galilea. Esto dijo para humillarlos por una parte y abajar los humos de su ambicion, avisándoles de la flaqueza y cobardía que habian de tener, y por otra parte para prevenirlos porque no desesperasen ni se amilanasen por su caida, prometiéndoles que los visitaria. Y de ambas cosas he de sacar aviso para vivir con temor de no escandalizarme y dejar á Cristo, y para no desesperar si alguna vez le dejare, pues tan benigno se muestra en querer recibirme.

2. Á esto respondió Pedro: *Aunque todos se escandalicen, yo no me escandalizaré; antes estoy aparejado para ir contigo á la cárcel y á la muerte.* En las cuales palabras se descubre, que el fervor sin humildad es causa de muchos yerros. Tres cometió Pedro aquí.—El primero fue contradecir á Cristo, que fue un modo de no darle crédito á lo que habia dicho.—El segundo fue presumir de sí mas que de los otros, anteponiéndose á ellos.—El tercero fue presumir de sus fuerzas mas de lo que podia, y jactarse de ello. De aquí resultó que los demás Apóstoles por no quedar inferiores á Pedro y no ser notados de cobardes todos dijeron lo mismo, que estaban aparejados á seguir á Cristo hasta morir. Y si esto dijeran con humildad, pidiendo á su Maestro que los ayudara, no erraran; pero como nacia de presuncion, no fue agradable á Cristo nuestro Señor, el cual pudiera responderles aquello de Jeremías (*Ierem.* xlviii, 29): Oido habemos la soberbia de Moab, en gran manera es soberbio. Yo conozco su jactancia, y que no es conforme á ella su fortaleza, ni aun hará lo poco que podia. Lo cual se cumplió á la letra en los discípulos.

3. Pero Cristo nuestro Señor, dejando á los demás, se volvió á Pe-

dro, y le dijo: *Dígote de verdad, que antes que el gallo cante, me negarás tres veces.* Que fue decirle: Tú que presumes mas que todos, te escandalizarás mas que todos esta misma noche, porque en ella me negarás tres veces. Parece que permitió Nuestro Señor estas tres negaciones de Pedro, en castigo de los tres yerros que cometió en las palabras que dijo, como despues verémos en la meditacion XXVIII. De donde sacaré aviso para no presumir de mí ni anteponerme á otros, sino con humildad, temiendo mi flaqueza, suplicaré á Nuestro Señor no me deje de su mano, porque soy tal, que aunque todos no se escandalicen, yo me escandalizaré si él no me favorece. Mira, Dios mio, esta gran flaqueza mia, compadécete de ella; porque si tú no me ayudas, en cualquiera ocasion de escándalo será cierta mi caida.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar otro aviso que Cristo nuestro Señor dió á Pedro, y de camino á los demás discípulos, diciendo (*Luc.* XXII, 34): *Mirad que Satanás ha deseado y pedido cribaros como á trigo, pero yo he rogado por tí, ó Pedro, para que no falte tu fe, y tú despues de convertido confirma á tus hermanos.* En las cuales palabras se encierran tres grandes avisos.-El primero, que Satanás su adversario habia pedido licencia para tentarlos, porque sin esta licencia no pudiera, como ni pudo tentar á Job (*c.* I, 12), ni aun entrar en los cuerpos ni hacerles daño. (*Matth.* VIII, 31). Pero concediósele la licencia porque así convenia; porque dado caso que el demonio pretendia turbarlos y esparcirlos, como quien criba trigo sin tiento alguno; pero Dios nuestro Señor pretendia convertir aquella tentacion en provecho suyo, para que quedasen mas humildes y puros en adelante, como el trigo bien cribado queda limpio de la neguilla y paja. Y esto me ha de ser motivo de consuelo cuando soy tentado, imaginando que la tentacion es como el cribo; y aunque el demonio me cribe con furia, no para apurarme sino para derribarme, pero la divina proteccion suele cercar el cribo y defender al que es cribado, y tener la mano al demonio con tal tiento, que no derribe, sino limpie y perficione, y no me faltará esta proteccion, si con humildad y confianza acudo á la divina misericordia.

2. El segundo aviso fue, que él habia rogado por Pedro para que no desfalleciese ni faltase su fe, dándole á entender que sin duda pereciera, y Satanás prevaleciera contra él hasta del todo destruirle, si no fuera por su oracion y proteccion. Ó amantísimo Jesús, suplico á tu divina Majestad que si dieres licencia á Satanás que me cribe como á trigo, tú seas mi abogado y protector para que no desfallezca mi fe, ni falte en la caridad: convierte, Señor, la tenta-

cion en mi provecho, para que la afliccion que padeciere sirva de apurarme en el crisol, apartando de mí todo lo malo que tuviere. (I *Cor.* x, 13).

3. El tercer aviso fue: *Y tú despues de convertido, confirma á tus hermanos.* En lo cual se descubre la misericordia de este Señor con que templó el rigor pasado; porque como le reveló que habia de negarle tres veces, así le reveló que se convertiria, para que no desesperase cuando se viese caido. Además, le exhorta á que se muestre agradecido por las mercedes que recibirá en su conversion, ayudando él á sus hermanos para que tambien se convirtiesen; donde se ve la caridad de Cristo nuestro Señor para con los suyos, pues no le dijo, cuando te convirtieres dame muchas gracias, porque rogué por tí, sino confirma á tus hermanos en la fe y confianza: mira por ellos, ayúdalos en lo que fuiste ayudado, y en esto me pagarás algo de lo mucho que por tí he hecho.

MEDITACION XVIII.

DEL SERMON QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO DESPUES DE LA CENA.

—Acabada la cena, hizo Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles un devotísimo y excelentísimo sermon, en el cual ejercitó maravillosamente los tres principales oficios que tuvo de maestro, consolador y abogado. Como maestro, les exhortó á heróicos actos de virtud; como consolador, les hizo grandes promesas para su consuelo, y como abogado, rogó por ellos á su eterno Padre, como se irá ponderando en esta meditacion y en la siguiente.

Punto primero. — *Del amor de Dios.* — 1. Comenzando por el amor de Dios, que es el primero y supremo mandamiento, en este sermon exhortó Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles á que le amasen, trayéndoles grandes razones para ello. Entre otras cosas les dijo (*Ioan.* xv, 9): *Como el Padre me amó, así os he amado, permaneced en mi amor;* como quien dice: El amor que os he tenido no es como quiera, sino como el amor que mi Padre me tiene, comunicándoos de gracia muchos de los dones que mi Padre me ha dado, y por esto os aviso que permanezcais en mi amor, procurando de vuestra parte conservar este amor que os tengo para que yo por vuestra culpa no deje de amaros, y procurando tambien amarme como yo os amo, porque amor no se paga sino con semejante amor, y el amor

mueve á ser amado. Ó Amador dulcísimo, ¡con qué palabras mas encarecidas podias declarar la grandeza del amor que nos tienes, que con decir que nos amabas como tu Padre te amó! ¡Y con qué razones mas eficaces nos podias mover á que te amásemos, que con decirnos la grandeza del amor con que nos amas! ¡Oh si pudiese amarte con un amor semejante al tuyo, pues con tal amor quieres ser amado!

2. *De la obediencia á los mandamientos.* — Lo segundo, les dijo como este amor principalmente se descubria en la obediencia y guarda de sus mandamientos, trayéndoles grandes motivos para ello, y así les dijo (*Ioan.* XIV, 15): *Si me amais, guardad mis mandamientos; el que guarda mis mandamientos, ese es el que me ama; y el que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré, y le manifestaré á mí mismo: si alguno me ama, guardará mis palabras, y mi Padre le amará; y ambos vendrémos á él y harémos morada en él.* En las cuales palabras nos enseña que el verdadero amor de Dios no está ocioso ni vive á su libertad, sino trabaja por cumplir la voluntad de Dios, y en esto se encierran tres grandes bienes. - El primero, ser amado del eterno Padre con especiales señales de amor, y si tan gran bien es ser amado y querido de los reyes de la tierra, ¿cuán gran bien será ser amado del Rey del cielo, porque nada puede faltar al que priva con tal rey? - El segundo, que el Padre y el Hijo, y por consiguiente el Espíritu Santo, morarán dentro de él, y estarán en su alma rigiéndola, regalándola y teniendo especial cuidado de ella. - El tercero, es que Cristo se les manifestará así en esta vida, por la luz de la fe muy esclarecida con la gracia de la contemplacion, como en la otra, por la vision beatífica con que se ve á Dios claramente. ¡Oh dichosos los que aman á Cristo cumpliendo sus mandamientos, pues tan grandes bienes alcanzarán por ello! Ó alma mia, ama obedeciendo y obedece amando para que te purifiques con esta obediencia de caridad (I *Petr.* I, 22), y veas al que amas, y te goces con su vista por todos los siglos. Amen.

3. Lo tercero, púsose á sí mismo por ejemplo y dechado de todo esto, diciendo: *Si guardais mis mandamientos permaneceréis en mi amor; como yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor, así en el amor que me tiene como en el que yo le tengo.* De modo, que la guarda de los mandamientos de Dios conserva el amar nosotros á Dios y el ser amado de él, y todo á imitacion de Cristo, mirando cómo guardó él estos mandamientos poniendo su vida por cumplirlos. Ó Amado mio, deseo cumplir la voluntad de tu Padre

como tú la cumpliste, amándote como le amaste, para ser amado como tú lo fuiste. *Diligam te, sicut diligor à te.* Ámete como me amas. Y pues me mandas que te ame, dame lo que me mandas, para que pueda amarte como quieres.

—En la parte VI se dirá mas largamente de este punto.—

PUNTO SEGUNDO. – *Del amor de unos con otros.* — 1. Con el precepto del amor de Dios anda junto el precepto del amor del prójimo, al cual exhortó Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles tres veces en este sermon, con palabras muy encarecidas. La primera vez les dijo (*Ioan.* XIII, 34): *Un mandamiento nuevo os doy, que os ameis unos á otros como yo os amé, y con esto conocerán que sois mis discípulos, si tuviéreis amor unos con otros.* Llama á este mandamiento nuevo, porque él le renovó, que estaba muy caido, y le puso en perfeccion, y como fundamento de la ley nueva, que toda es ley de amor, y por él somos semejantes al Adan nuevo, y somos renovados en el espíritu, y alcanzamos la nueva dignidad de hijos de Dios, por la adopcion de Cristo, y porque nos pone nuevo dechado y ejemplo de amor. El precepto de amor antiguo decia: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Este precepto nuevo dice: Que le amemos como Cristo nos amó, esto es, con la pureza y fervor y con la intension que él nos amó, á semejanza suya, queriendo y procurando para nuestros prójimos, principalmente los bienes espirituales, aunque sea con pérdida de nuestras comodidades temporales. Y para que estimemos este amor dice, que este ha de ser la divisa y señal de sus discípulos, por la cual han de ser conocidos por tales, que fue decirles: Los discípulos de Moisés son conocidos por la observancia de las ceremonias de la ley: los del Bautista por ayunos y asperezas; los de los fariseos por los vestidos y ceremonias exteriores; los de los filósofos por dichos y sentencias agudas, pero los discípulos de mi escuela por el amor de unos con otros; y aunque puede haber otras señales, como son: la fe, la profecía, los milagros y otras obras muy gloriosas; pero esta del amor es la certísima y puede hallarse en todos, sin la cual las demás son imperfectas. Y por esto dijo el Sábio: Que los hijos de la divina sabiduría son la Iglesia y congregacion de los justos, cuya nacion y condicion propia es obediencia y amor (*Eccli.* III, 1); porque como las naciones del mundo se conocen por los lenguajes ó trajes, ó por los fueros y otras señales exteriores, así la nacion de los hijos de la Sabiduría encarnada, que es Cristo, se conoce por obediencia y amor de Dios y de unos con otros entre sí. Ó Maestro dulcísimo, dame la señal de los que cursan en tu escuela, para que por ella no solamente

yo sea conocido, sino tambien tú seas glorificado, pues la virtud del discípulo es gloria de su maestro.

2. La segunda vez les dijo (*Ioan.* XV, 12): *Este es mi precepto, que os ameis unos á otros como yo os amé: ninguno tiene mayor amor que este, que es dar la vida por sus amigos.* En las cuales palabras al mandamiento del amor que llamó nuevo, llama ahora suyo; porque aunque los demás sean tambien suyos, pero este lo es por excelencia: es suyo, porque en él funda su ley, y se preció de guardarle perfectísimamente, y porque le estima en mas que á los otros, y con él hace á los hombres suyos, sus hijos, sus amigos y sus fieles siervos, y con él les da sus cosas propias; esto es, su gracia y la herencia de la gloria, y á sí mismo se da por suyo. Finalmente, es precepto suyo, porque él mismo se pone por dechado de este amor, cuya suprema perfeccion consiste en dar la vida, si fuere menester, por sus amigos, esto es, por aquellos á quien ama, como él la dió por nosotros. (*Rom.* V, 10). Ó Amador infinito que diste la vida por todos, porque á todos amaste, y aunque eran tus enemigos la ofreciste por ellos para convertirlos en amigos, dame un amor tan perfecto como este, pues no es razon quiera yo mi vida siendo tan vil y miserable, mas que tú quisiste la tuya siendo tan preciosa y admirable.

3. La tercera vez les dijo (*Ioan.* XV, 17): *Estas cosas os mando, que os ameis unos á otros.* En las cuales palabras claramente da á entender, que todas las cosas que mandó en su ley y todos los demás mandamientos están cifrados en este uno del amor, y por esto dijo: Estas cosas os mando, que os ameis, porque si os amais, con esto cumpliréis todas las demás; porque el cumplimiento de la ley es el amor. (*Rom.* XIII, 10). Tres veces repite este precepto para que esté mas firme en el corazon, y todas tres le llama precepto, con no haber usado de este vocablo cuando les encargó que le amasen, como quien dice: Para que me ameis, no será menester diga yo que os lo mando, porque el amor que os tengo y los bienes que os he hecho están diciendo que me ameis; mas para que ameis á vuestros prójimos quiero mandarlo expresamente una, dos y tres veces, porque no os descuideis en este amor.

PUNTO TERCERO. — *De la oracion y confianza.* — 1. Otras tres veces exhortó Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles en este sermon al ejercicio de la oracion, declarándoles la confianza y las demás condiciones que habian de acompañarla. — Lo primero, les dijo (*Ioan.* XIV, 12-14): *El que cree en mí, hará las obras que yo hago y otras mayores, porque voy al Padre, y cualquier cosa que pidiéreis en mi*

nombre, la haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo: y si me pidiéreis alguna cosa en mi nombre, tambien la haré. En las cuales palabras nos enseña que la oracion con la fe viva y esperanza cierta en su palabra, es poderosa para alcanzar del Padre eterno y del mismo Cristo fuerzas y poder para hacer obras maravillosas semejantes á las que él hizo en este mundo, así obras de virtud y santidad, como obras de milagros mayores que los suyos, si fuere menester; y para certificarnos de esto, repite lo mismo segunda vez, y dice, que es gloria de su Padre conceder esto por su Hijo, para que entendamos cuán de buena gana lo cumplirán ambos.

2. *Obediencia con amor hace ser oida la oracion.*—Lo segundo, les dijo (*Ioan.* XV, 7): *Si permaneciéreis en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, todo lo que quisiéreis pediréis, y dárseos ha.* En las cuales palabras nos enseña la maravillosa eficacia y trabazon de la oracion, con la union á Cristo por amor y por obediencia á sus palabras; porque en manos de la voluntad unida de esta manera con Cristo, se pone el querer y el pedir; y el mismo Cristo nuestro Señor se obliga á conceder lo que pidiere: lo cual se entiende cuando quiere y pide, movida de esta divina union y segun ella, la cual nunca quiere mas de lo que Dios quiere, ni pide sino lo que da gusto á Dios, porque no tiene voluntad propia, sino la de Dios toma por suya: y por esta razon dice santo Tomás (3 *p. q.* 21, *art.* 4), que siempre se cumple la oracion de los que de esta manera oran. Ó Dios de mi alma, concédeme que siempre esté unido contigo, y tus palabras y preceptos estén siempre unidos conmigo, amándolos y cumpliéndolos de corazon; porque cierto estoy que si te amo, obedezco y concierto mis quereres conforme á la ley del amor, cuanto quisiere puedo pedir, y cuanto pidiere me darás, porque gustas de hacer placer á quien te le hace, y de cumplir la voluntad del que siempre cumple la tuya. (*Psalm.* CXLIV, 19).

3. *De la promesa de oir nuestras oraciones.*—Lo tercero, les dijo (*Ioan.* XVI, 23): *De verdad, de verdad os digo, si alguna cosa pidiéreis al Padre en mi nombre, él os la dará: hasta ahora no habeis pedido nada en mi nombre, pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea lleno.* En las cuales palabras con grande asceveracion les hace una solemne promesa de que se les dará cuanto pidieren en su nombre, y luego les exhorta á que usen de ella, para que por la experiencia prueben su verdad, y se gocen enteramente cuando la vieren cumplida. Para que se entienda la excelencia de esta promesa, se ha de ponderar quién es el que la hace, á quién se hace, quién la ha de

cumplir, á quién se ha de pedir, por qué títulos, qué cosas, y con qué modo.-El que hace esta promesa es el Hijo de Dios vivo, cuyo nombre es fiel y verdadero (*Apoc.* XIX, 11), y la misma verdad y sabiduría infinita que no puede engañarse ni engañarnos: y sabe muy bien lo que promete, y lo que puede y quiere cumplir y conviene que se cumpla, y así de todas partes es certísima.

4. Á quién se hace la promesa, es á los discípulos de Cristo que estaban con él en aquel cenáculo, habiéndose ya salido Judas; que es decir, hácese solamente á los que creen en Cristo y esperán en él, y desean servirle y obedecerle como discípulos, y no á los pecadores rebeldes y obstinados que se apartan de su escuela y obediencia. Y en este sentido dijo el otro ciego (*Ioan.* IX, 31), que Dios no oye á los pecadores. Y el Sábio dice: que quien cierra su oido para no oir la ley, su oracion será desechada. Pero aunque sean pecadores, si desean no serlo, sino ser discípulos de Cristo, tambien tienen parte en esta promesa cuando piden ser admitidos á su escuela, porque nuestro Padre celestial da su espíritu bueno al que se le pide, para dejar de ser malo; pero mas especialmente gozan de ella los que permanecen en Cristo, y sus palabras permanecen en ellos, como está dicho. (*Ioan.* XV, 4).

5. El que ha de cumplir la promesa ó á quién se ha de pedir es el Padre; esto es, aquel Señor que por excelencia merece este nombre, y es padre amoroso, cuidadoso y todopoderoso para dar á sus hijos cuanto le pidieren, mucho mejor que todos los padres de la tierra, porque da sin perder nada, y sus gustos son dar á todos. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor (*Luc.* XI, 13): *Si vosotros siendo malos, dais á vuestros hijos los bienes que habeis recibido, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial, que por naturaleza es bueno, dará su buen espíritu á cualquiera que se le pidiere?* Tambien ha de cumplir esta promesa el mismo Hijo de Dios, que nos amó tanto que murió por nosotros, y es tan liberal y amigo de dar que se da á sí mismo, y nos manda que pidamos por el deseo que tiene de darnos. Y finalmente, tambien la ha de cumplir el Espíritu Santo, que es un Dios con los dos, el cual, como dice el Apóstol (*Rom.* VIII, 26), pide por nosotros inspirándonos á pedir, por las ganas que tiene de dar.-Los títulos para pedir son el nombre de Cristo, esto es, la bondad de Cristo nuestro Señor con todas sus virtudes y merecimientos, y por los trabajos de su vida y muerte, y por los servicios que hizo al Padre, y por su gloria y honra, para que sea su nombre glorificado. De suerte, que no tengo de pedir en mi nombre, ni confiando en mi

virtud ni en mis merecimientos, ni para gloria de mi nombre, sino dejando todo esto, y desconfiando de mí, estribar en Cristo mi Señor, y ordenar lo que pidiere para gloria suya.

6. Las cosas que abraza la promesa, son todas las que son decentes y convenientes á la bondad del Padre que las ha de dar, y al nombre y virtud del Hijo por quien se piden, y á la necesidad del que las pide para bien de su alma, ó de otros para quien pide, sin poner tasa en esto, pues no la puso el que hizo la promesa. De donde se sigue (*D. Basil.* De Constit. Monastic. *c.* 1), que pues Dios quiere ser largo en dar, no tengo yo de ser corto en pedir, sino pedir como quien pide al liberalísimo Dios, y pedir como dice Cristo nuestro Señor: *Ut gaudium vestrum sit plenum.* Que nuestro gozo sea lleno, esto es, pedir no principalmente cosas terrenas que no pueden dar gozo lleno, sino las cosas celestiales, y esas no cortamente, sino con tanta abundancia, que llenen nuestro gozo y harten nuestro deseo, primero en esta vida temporal, y despues en la eterna.

7. El modo con que se ha de pedir es con gran fe y confianza en la bondad y liberalidad del que promete y ha de dar lo que se pide, y en los merecimientos del medianero por quien se pide. Esta es la fe de quien dijo Cristo nuestro Señor por san Marcos (*Marc.* XI, 22): *Habete fidem Dei*, tened fe de Dios, esto es, una fe que sea grandísima, fe digna de Dios, fe altísima, que dejando todo lo bajo de la tierra, ponga sus áncoras en el cielo, y espere de Dios todo lo que ha prometido, estribando en su palabra y en quien él es. Esta es la fe que en otras partes compara al grano de mostaza, de la cual se dijo en la parte III, meditacion XXXVIII. Con esta fe se ha de juntar grande perseverancia, hasta que nuestro gozo sea cumplido; esto es, hasta que por experiencia veamos que somos oidos, y nos gocemos de ello, y alcancemos el gozo lleno que se recibe con los dones que nos dan. ¡Oh Redentor del mundo, que tan liberal eres en prometer y tan fiel en cumplir lo que prometes! Gracias te doy por esta liberalidad y fidelidad que en todo muestras, suplícote me dés gracia para que te pida lo que me mandas pedir, y con el modo que quieres que lo pida, para que mi gozo sea lleno, recibiendo lo que pido, y gozándome con tus dones, y mucho mas contigo, dador de ellos, porque nunca mi gozo será lleno, si no es teniéndote á tí que eres mi sumo gozo por todos los siglos. Amen.

—Lo que resta de esta promesa, pondrémos en la meditacion XXXIII de la parte VI.—

PUNTO CUARTO.—*Razones de consuelo en los trabajos.* — 1. Gran parte del sermon gastó Cristo nuestro Señor en animar á sus Apóstoles, y consolarlos en los trabajos presentes, y en otros que despues habian de padecer en el mundo, trayéndoles muchas razones, de las cuales apuntaré algunas, aunque no por el mismo órden, para que nos sirvan de puntos de meditar y de motivos para consolarnos y alentarnos á sufrir con paciencia las persecuciones y trabajos que nos sucedieren.—La primera razon es, por el ejemplo de lo que el mismo Cristo padeció (*Ioan.* XV, 20): *Acordaos*, dice, *de las palabras que os he dicho: No ha de ser el siervo mayor*, ó mas privilegiado *que el señor: si á mí persiguieron, tambien perseguirán á vosotros. Echaros han de las sinagogas, y vendrá hora en que quien quiera que os matare, piense que hace servicio á Dios, y estos trabajos os vendrán por mi causa.* ¡Oh dichosos trabajos cuya causa es Cristo, y por los cuales somos semejantes á Cristo! No quiero, Señor mio, privilegio de exencion de trabajos, pues siendo yo vuestro siervo, es grande honra mia pasar por la ley que pasó mi Señor.—La segunda, porque ser perseguidos, es señal y prenda de que no son del bando reprobado del mundo; y por consiguiente, que son del bando de Cristo, y de sus escogidos. *Si el mundo*, dice, *os aborrece, sabed que primero me aborreció á mí: si fuérais del mundo, el mundo amara lo que es suyo; mas porque no sois del mundo, sino yo os escogí y saqué del mundo, por eso os aborrece el mundo.* Ó buen Jesús, de tu bando quiero ser, y no del mundo; y si el mundo me aborreciere y persiguiere, de esto me alegraré, porque tú volverás por mí, pues me persigue por tí.

2. La tercera razon es, porque estos trabajos y tristezas se convertirán presto en gozo. Así como la mujer cuando pare tiene gran tristeza y dolor, pero despues se goza por el hijo que le ha nacido en el mundo (*Ioan.* XVI, 20), y el mismo hijo, que fue causa de su dolor, es despues causa de su gozo: el dolor duró poco tiempo, el gozo mucho, y es tan grande, que hace olvidar los dolores del parto; así tambien vosotros teneis tristeza por mi ausencia, y por mi muerte; pero yo resucitaré, como quien de nuevo nace en el mundo, y convertiré vuestro llanto en gozo. Teneis grandes dolores, como de parto, predicando mi ley, haciendo lo que os mando, porque se levantarán grandes persecuciones contra vosotros; pero eso mismo que os diere tristeza, será ocasion de alegría tan grande que os haga echar en olvido la tristeza pasada, por el fruto que de ella cogísteis; el dolor durará poco tiempo, pero el gozo será perpétuo, porque ninguno

os lo podrá quitar. Ó alma mia, no codicies el gozo del mundo, pues ha de parar en llanto (*Iacob*, I, 2), escoge la tristeza y el dolor por Cristo, pues se ha de convertir en gozo: ama las tribulaciones, y luego hallarás gozo en ellas.

3. La cuarta, porque en el cielo hay moradas eternas, donde serán aposentados por Cristo los que acá padecen por su amor (*Ioan.* XIV, 1). *No se turbe*, dice, *vuestro corazon, creed y confiad en Dios y en mí, porque en la casa de mi Padre hay muchas moradas, y yo voy á aparejaros el lugar que habeis de tener, y volveré por vosotros, y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy, allí esteis gozando de mi compañía y de mi gloria.* Ó alma mia, no te turbes ni aflijas con tus trabajos, porque la morada de este mundo es como de paso, y Cristo vendrá por tí en la hora de la muerte para premiarte lo que hubieres padecido en vida, colocándote con sumos gozos en sus eternas moradas. – La quinta, porque en medio de los trabajos de esta vida viene Cristo nuestro Señor á visitarnos y ayudarnos; y así dice (*Ioan.* XVI, 16): *No os dejaré huérfanos, yo volveré á vosotros: no se turbe vuestro corazon, ni tema, pues os he dicho, que voy y vengo á vosotros: un poco no me veréis; y de ahí á poco me veréis, y se gozará vuestro corazon, y ninguno podrá quitar el gozo que yo os diere.* – Ó Padre amantísimo, que nunca dejas huérfanos á tus hijos, aun cuando á su parecer estás ausente de ellos, porque nunca lo estás para mirar por su bien, deseo no turbarme con mis trabajos, pues tan presto has de venir á visitarme y consolarme en ellos. Dame, Señor, el gozo interior, del cual, ni el demonio, ni el mundo, ni criatura alguna me puede privar; porque poseyendo este gozo, me será sabroso cualquier trabajo.

4. La sexta, porque aunque sean atribulados, son amados del Padre eterno (*Ioan.* XVI, 26): *Cuando yo*, dice, *no rogara por vosotros, sabed que el Padre os ama, porque me amásteis, y creísteis que salí de Dios.* Como quien dice: No os turbeis ni temais; ni perdais la confianza y el ánimo en medio de los trabajos que padeciéreis por mi causa, porque son prendas de que mi Padre os ama, por el amor que mostrais en padecer por mí: y si el Padre os ama, él os amparará y consolará; pues un Padre tan amoroso y poderoso no puede faltar al consuelo de sus hijos. Ó Padre amantísimo, no quiero otro consuelo en la tierra, sino saber que me amas; porque si me amas, nada me puede faltar, pues no sabes amar y desamparar. – La séptima razon de consuelo es, por las grandes prendas de confianza que tenemos para salir con la victoria de todos los enemigos que nos per-

siguen. (*Ioan.* XVI, 33). *En el mundo*, dice, *tendréis apretura; pero confiad, que yo vencí al mundo.* Esto es, yo vencí al demonio, príncipe de este mundo, y vencí la fiereza de los trabajos y persecuciones, y vencí al pecado y á la muerte; y en virtud de mi victoria podeis seguramente confiar que venceréis, pues yo vencí para vosotros, y estoy en vosotros peleando para vencer. Gracias te doy, Padre eterno, por la victoria que nos das por tu Hijo Jesucristo (I *Cor.* XV, 57); y pues tuya ha de ser la victoria y la gloria de ella, no quiero dudar ni desconfiar de que podré alcanzarla.

—Otras razones de consuelo trae Cristo nuestro Señor, fundadas en la venida del Espíritu Santo, las cuales dejo para la parte V, en las meditaciones XVII y XXII de su venida.—

MEDITACION XIX.

DE LA ORACION QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO Á SU PADRE AL FIN DEL SERMON DE LA CENA.

—Esta oracion de Cristo nuestro Señor es un vivo y perfectísimo ejemplo de todas las cosas que han de concurrir en una oracion fervorosa y excelente, cuanto á las personas por quien se ha de orar, y las cosas que se han de pedir, y los títulos que se han de alegar, y el órden que en esto ha de haber. Reducirla hemos á tres puntos, por tener ella tres partes (*D. Thom.* 3 *p. q.* 21, *art.* 3); porque primero oró en cuanto hombre por sí y por sus cosas; luego oró por sus Apóstoles, que tenia presentes, y estaban á su cargo, y despues por todos los escogidos y por todos los fieles que habia de haber hasta la fin del mundo: y este órden pide la caridad bien ordenada, y es el que debemos guardar en la forma y manera que Cristo nuestro Señor le guardó.—

PUNTO PRIMERO.—*Órden que se ha de tener en el pedir para sí y para otros.*— 1. Estando Cristo nuestro Señor en pié, en presencia de sus Apóstoles, levantando los ojos al cielo, con voz clara oró á su Padre por sí mismo, diciendo: *Padre, llegada es la hora, clarifica á tu Hijo, para que tu Hijo te clarifique á tí.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la reverencia interior y exterior con que Cristo nuestro Señor oraba, la devocion que mostró levantando los ojos al cielo, la voz tan tierna, y palabras tan regaladas y sentidas que decia, para enseñar á sus Apóstoles con este ejemplo cómo habian de orar, y para consolarnos con el cuidado que de ellos mostraba tener.—Lo segun-

do, se ha de ponderar lo que pidió en esta oracion; es á saber, que fuese clarificado en el tiempo de su pasion con milagros, para que se descubriese que aunque padecia cosas tan ignominiosas, era Hijo de Dios. Además, ser tambien clarificado con la claridad y gloria de la resurreccion y ascension á los cielos, y ser clarificado en el mundo, y conocido de los hombres por Hijo de Dios; y para que se entendiese que no pedia esto por su propia honra, añade: Pídolo, Padre, para que tu Hijo te clarifique á tí; esto es, para que por mi gloria y en ella seas glorificado; y para que yo, despues de glorificado por tí, de nuevo te clarifique, y publique tu gloria á mis discípulos, y por ellos á todo el mundo.

2. De esta oracion de Cristo nuestro Señor tengo de usar en muchas maneras. - Unas veces pidiendo al Padre eterno clarifique á su Hijo en todo el mundo, entre todos los infieles, dándoles luz para que le crean y glorifiquen como á Hijo suyo, para que con esto sea el mismo Padre mas glorificado, y con este espíritu le diré muchas veces: *Pater, clarifica Filium tuum, ut Filius tuus clarificet te*. Padre, clarifica á tu Hijo unigénito Jesucristo, para que tú seas en él y por él clarificado en todo el mundo. - Otras veces apropiaré á mí mismo esta oracion, pidiendo al Padre eterno clarifique á mí, miserable é indigno hijo suyo, con la claridad de su gracia, y con obras excelentes de virtud, no para honra mia, sino para gloria suya, y para que yo le glorifique y predique sus grandezas; y así con este espíritu, pidiendo para mí, diré: Padre, clarifica á tu hijo, para que tu hijo te clarifique á tí; y no es atrevimiento usar de esta oracion, porque supuesto que Dios quiere que le llame Padre, bien puedo llamarme yo hijo; y si no tuviere tanto ánimo, en lugar de esta palabra hijo, pondré esta palabra siervo ó esclavo, diciendo: Dios mio, clarifica á tu siervo, para que tu siervo te clarifique á tí: Padre, ama á este esclavo tuyo, para que tu esclavo te ame á tí.

3. Lo tercero, con esta oracion juntó Cristo nuestro Señor títulos para lo que pedia, diciendo: *Yo te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me encomendaste. Clarifícame, pues, ó Padre, cerca de tí mismo, con la claridad que tuve cerca de tí, antes que el mundo se hiciese.* Como quien dice: Justo título tengo para pedir esto, porque yo he procurado siempre tu gloria en la tierra, y he obedecido á tu voluntad, cumpliendo todo lo que me has mandado, justo es que tú me clarifiques con la claridad y con el premio que me tienes señalado en tu predestinacion eterna. De donde se han de sacar dos cosas. - La primera, que los varones perfectos, cuando piden algo á

Dios nuestro Señor, pueden, como arriba se dijo en la introduccion de la obra, párrafo I, con humildad alegarle los servicios que le han hecho, buscando su gloria, y obedeciendo á su voluntad, y cuando la conciencia les da testimonio de esto, piden con gran confianza. Ó Padre amantísimo, ¡si pudiera decirte con verdad, que siempre te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me has encomendado! Pero muy al contrario he vivido, buscando mi gloria con menoscabo de la tuya, y atropellando tu voluntad por hacer la mia; y así te suplico, no como fiel criado, sino como pobre necesitado, que me clarifiques con tu gracia, para que de hoy mas te clarifique sobre la tierra, y acabe todo lo que me has encomendado. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 83, *art.* 2).—La segunda es, que la oracion es medio para negociar las cosas que Dios tiene ordenadas en su eterna predestinacion; y así no hemos de faltar en la continua oracion, pues quizá por ella se nos ha de dar lo que Dios ha predestinado para nuestra salvacion, y así le hemos de pedir con instancia, no la gloria del mundo cerca de los hombres, sino la gloria cerca de Dios, para la cual nos tiene señalados.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Luego se ha de considerar la oracion que Cristo nuestro Señor hizo por sus Apóstoles, en la cual primero declaró por quién rogaba, diciendo á su Padre: *No ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque son tuyos.* Llama mundo á la muchedumbre de los reprobados, rebeldes á Dios y á su ley; los cuales por su culpa se hacen indignos de que Cristo nuestro Señor ore por ellos, cuanto á la eficacia de su oracion, la cual no tiene en ellos efecto. Y así dice, que ruega por los Apóstoles escogidos del Padre, *quia tui sunt*, porque son tuyos, son tus amigos, tus siervos fieles, tus escogidos, y los tienes debajo de tu amparo. Este título es maravilloso para alegar á Dios en nuestras oraciones, diciéndole: Padre celestial, favorece á los que me has encomendado, y da tu ayuda á todos los fieles, porque son tuyos. Dios mio, mira por mi alma y cuerpo, y por todos los sentidos y potencias que me diste, porque son tuyas. Conserva los deseos y propósitos buenos que me has dado porque son tuyos. ¿Quién hay que no mire por lo que es suyo? (*Psalm.* CXVIII, 94). *Tuus sum ego, salvum me fac.* Tuyo soy, sálvame: tuya es mi alma, sálvala: tuyo es mi entendimiento, ilústrale: tuya es mi voluntad, rígela, etc. No permitas, Señor, que yo sea parte del mundo, por el cual no ruegas, porque si me excluyes de tu oracion, tambien quedaré excluido de tu reino.

2. Despues de esto pidió Cristo nuestro Señor para sus Apósto-

les tres cosas excelentísimas. — *Union de caridad.* — La primera fue, diciendo: *Padre santo, en tu nombre y por tu gloria guarda estos que me diste, para que sean una cosa, como yo y tú lo somos.* En las cuales palabras pide al Padre eterno que mire por ellos, y los conserve, dándoles union de caridad entre sí mismos y con Dios; no union cualquiera, sino perfectísima, y á semejanza de la que el Padre y el Hijo tienen en unidad de esencia. De modo que como los dos, por ser un Dios, tienen un mismo sentir, querer y obrar, así ellos se conformen en todo con el sentir de Dios y con su divina voluntad, obrando solamente lo que Dios quiere que obren; y conviniendo todos en esta union con Dios, quedarán tambien unidos entre sí. - La segunda cosa que pide es, los libre de todo lo que es contrario á esta divina union, diciendo: *No te ruego que los saques del mundo, sino que los libres del mal.* Que es decir: En el mundo han de padecer grandes persecuciones y trabajos; no te pido, Padre mio, que los saques del mundo, porque conviene se queden en él, sino que los libres de lo malo; esto es, del pecado, de la desunion y discordia del demonio, y de todo mal eterno, de modo que vivan en el mundo sin que se les pegue el mal del mundo.

3. La tercera cosa que pide es, les dé la plenitud de todas las virtudes, diciendo: *Santifícalos en verdad, pues yo me santifico por ellos, para que ellos queden santificados en verdad.* Que es decir: No solamente los libra del mal, sino santifícalos con abundancia de virtudes verdaderas, libres de toda hipocresía y fingimiento, conformes á la verdad que yo les he predicado, pues yo me he consagrado y ofrecido en sacrificio y hostia santa, por hacerlos santos. Por todo esto se ve, como Cristo nuestro Señor quiere que pidamos en la oracion cosas grandiosas, dignas de Dios, alegándole principalmente dos títulos: uno la gloria y majestad de su santísimo nombre; otro la santidad del sacrificio que él mismo ofreció por nosotros en la cruz. Ó Padre soberano, oye la oracion de tu Hijo unigénito, librándome de lo malo que inficiona el mundo, y santificándome con verdadera santidad para que goce de la union que tienes con él, unido contigo en perfecta caridad. Amen.

Punto tercero. — 1. Últimamente, se ha de considerar la oracion que hizo por todos los demás fieles, pidiendo para ellos los bienes de gracia y la vida eterna. - Lo primero, dijo: *No ruego solamente por estos, sino por todos los que por su predicacion han de creer, para que todos sean una misma cosa; y como tú, Padre, estás en mí, y yo en tí, así ellos sean uno en nosotros, para que crea el mundo que tú me*

enviaste. De donde consta, que oró por todos los que ahora vivimos en su Iglesia; y por consiguiente, que oró por mí mismo, porque á todos y á cada uno, y á mí tambien, nos tenia tan presentes como á los que estaban en aquel cenáculo, y para todos pidió esta union de caridad perfectísima con Dios y entre sí, al modo dicho, la cual fuese tan grande y maravillosa, que bastase para convertir al mundo, y para que los infieles creyesen que Cristo era Dios, pues tenia discípulos tan unidos en caridad. Ó dulcísimo Jesús, ¡cuán cuidadoso y celoso eres del bien de tus escogidos; pues antes que nazcan oras por ellos, y pides para ellos dones tan soberanos! Ó Padre amantísimo, oye esta oracion, que tu Hijo unigénito ofrece por mí, y hazme participante de la soberana union que tienes con él. Concede tambien esta union á los religiosos, para que por ella conozcan los seglares que tu Hijo unigénito mora en ellos. Concédela tambien á todos los fieles, para que los infieles, admirados de esta milagrosa union, reciban tu santa ley. Y pues tu Hijo nos ofrece la claridad de su gracia, para que todos seamos *consummati in unum*, muy perfectos y acabados en lo que es ser una cosa, concede á todos los justos, que han participado esta claridad, que lleguen á la excelencia de ella, para que se dilate por todo el mundo la claridad de su gloria. Amen.

2. Lo segundo que pidió, fue: *Padre, quiero para los que me diste, que á donde yo estoy, allí estén ellos conmigo, para que vean la claridad que me diste*. Que es decir: Padre, no solamente pido para mis fieles la union de caridad y perfeccion en esta vida, sino que despues de ella estén conmigo en el cielo, donde yo estoy, gozando de mi compañía, para que vean la claridad que me diste en cuanto Dios y en cuanto hombre, y sean bienaventurados con esta vista. Ó Amador dulcísimo, ¡con qué eficacia orabas cuando esto decias! pues hablando con tu Padre, interpones tu suprema autoridad, y la igualdad que tienes con él, diciendo: Padre, *volo;* quiero que donde yo estuviere, estén mis discípulos. ¿Quién podrá ir contra ese *quiero* tuyo, pues lo que tú quieres eficazmente (*Isai.* XLVI, 10), todo se cumplirá? ¡Oh quién estuviera donde tú estás! Bien sé que estás en todo lugar, donde están buenos y malos; pero no todos están contigo, gozando de tu dulce compañía. (*D. Dionis.* c. 3 de Divin. nominib.). Concédeme que siempre esté yo donde estás tú, viéndote en esta vida por fe muy esclarecida, y despues con clara vista en tu gloria. Amen.

MEDITACION XX.

DE LA IDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR AL HUERTO, Y DE LA TRISTEZA Y AFLICCION INTERIOR QUE ALLÍ TUVO.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Acabado el sermon de la cena, y dicho el himno acostumbrado, en accion de gracias* (*Ioan.* XVIII, 1), *salióse Jesús con los once Apóstoles del cenáculo, y fuese de la otra parte del arroyo de Cedron, al monte de las Olivas, á un campo que se llama Getsemaní, donde estaba un huerto, y allí entró como tenia de costumbre.* Sobre este paso se han de ponderar las causas de esta salida de Cristo nuestro Señor del cenáculo al huerto.—La primera fue, por guardar la costumbre que tenia de recogerse á lugares solitarios á oracion retirada, despues de haber cumplido con el oficio de predicar. Y es mucho de ponderar la magnanimidad y entereza de este Señor, que por ningunos trabajos ni peligros queria dejar sus buenas costumbres, y así predicó y dijo su himno acostumbrado despues de la cena, y se fué á la soledad, como si no esperara ningun trabajo. De donde sacaré confusion de mi tibieza, porque con cualquier ocasion dejo mis loables costumbres, en especial la de la oracion, habiendo de ser al contrario, que en tiempos de mayor aprieto habia de acudir mas á ella.

2. La segunda causa fue, porque su prision no se hiciese en el cenáculo y en casa ajena, sino en la soledad y en el campo, donde se podia hacer mas cómodamente, sin que viniese daño á su huésped. Y para que se viese que no huia, fuése al lugar que era muy sabido del traidor que le habia de entregar, como quien de su voluntad se va á ofrecer á la prision y muerte, llevado, no con cadenas de hierro, sino con cadenas de amor y de obediencia; y así dijo á sus discípulos en el sermon de la cena (*Ioan.* XIV, 31): *Para que conozca el mundo, que amo á mi Padre; y que como él me dió el mandamiento, así lo cumplo: levantaos, vamos de aquí.* Ó dulce Jesús, dame estos afectos de amor y de obediencia, para que no huya de los trabajos, sino antes me ofrezca á ellos, siguiéndote con amor y acompañándote con obediencia.

3. La tercera causa fue, para significar que como la pérdida del mundo comenzó por la mala libertad que Adan pretendió en un huerto; así la salvacion del mundo comenzase por la prision de Cristo en otro huerto, plantado en el valle de las Olivas; porque todo lo

que allí sucedió, fue para nosotros rio inmenso de misericordia, aunque para él fue arroyo impetuoso de tristezas y trabajos; y aunque al tiempo que pasó el arroyo de Cedron, se acordó de las avenidas de dolores que habian de penetrar su alma, con todo eso iba con sus Apóstoles, mostrándoles grandes caricias. Dame, Salvador mio, licencia que te acompañe, y pase contigo por el arroyo de los trabajos y penas; pues todos serán para mí valle de olivas, y misericordias.

Punto segundo.— 1. *Llegado al lugar señalado, dejando á los Apóstoles, tomó tres de ellos, Pedro, Diego y Juan. Et coepit contristari, et moestus esse, pavere, et taedere. Comenzó á entristecerse y á estar afligido, á tener miedo y tédio.* (*Marc.* XIV, 33; *Matth.* XXVI, 31). —Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor quiso dar principio á los trabajos de su pasion con dos cosas terribles, que la hicieron penosísima.—La primera fue, privarse voluntariamente de toda alegría sensible; de suerte, que aunque solia tener gusto de padecer con muestras de alegría, ahora se privó de esta alegría en la parte inferior de su alma, y cerró la puerta á todo consuelo sensible, que de la parte superior le podia venir.—La segunda fue, tomar voluntariamente los afectos contrarios de temor y tristeza, dando licencia á sus apetitos que brotasen estos afectos penosos con grande vehemencia; porque como estaba en su mano tomarlos ó dejarlos, y tomarlos con poca ó mucha intension, tomólos con grandísima fuerza, para que su pasion fuese mas amarga; porque los trabajos, cuando hay alegría sensible, siéntense poco, como lo experimentaron muchos mártires; mas cuando hay tristeza, siéntense mucho; y así la paciencia entonces es muy mas gloriosa, porque padece sin ayuda de costa sensible, y se come sin salsa el manjar desabrido y amargo de la tribulacion, puramente por amor de Dios. Ó dulce Jesús, gracias te doy por este principio que diste á tus trabajos, tomando lo que habia de ser aumento de ellos, concédeme que por tu amor me prive de cualquier gusto sensible, y me ofrezca á beber el cáliz de tu pasion, puro como le bebiste.

2. Lo segundo, ponderaré la muchedumbre y gravedad de estas aflicciones interiores de Cristo, que los Evangelistas llaman temor ó pavor, tédio, tristeza y agonía. El temor fue de los tormentos y muerte tan terrible que tenia cercana, el cual suele á veces atormentar mas que la misma muerte, y causa un modo de temblor ó espanto, que se llama pavor, y una congoja interior que se llama agonía, de que despues diremos. Este temor acometió á Cristo nuestro Se-

ñor, como un ejército de soldados innumerables, imaginando tantos temores, cuantos fueron despues sus tormentos; porque tuvo temor de la prision, de las injurias de aquella noche, de los azotes, de la corona de espinas, de la cruz y clavos, y hasta de la lanzada que le habian de dar despues de muerto. Todos estos temores tomó de su voluntad, para afligirse con ellos y mostrar su fortaleza en resistirlos, sin volver por su causa atrás de lo comenzado. Ó fortísimo guerrero, ¡con cuánta mas razon podíais decir lo que dijo David (*Psalm.* LIV, 5): Mi corazon se ha turbado, y el miedo de la muerte ha descargado sobre mí; el temor y el temblor me han cogido, y las tinieblas me han cubierto! mas no por eso deseais alas de paloma para huir, porque tomais el temor para vencerle. El tédio fue un enfado y desgana de todas las cosas de este mundo, no hallando en la tierra cosa que le diese gusto y consuelo ó alivio; y hasta de la misma vida, como otro Job (*c.* X, 1), tenia tédio, viéndola cercada de tantos males y peligros; con lo cual pagaba los tédios que yo tengo de las obras de virtud, y las desganas de sufrir lo amargo de ella.

3. La tristeza fue un pesar y afliccion interior de los males que miraba como presentes, contrarios á la inclinacion natural de su carne; y como los trabajos eran muchos y muy terribles, y la aprension de todos ellos muy viva, y los aprendia como inevitables, supuesta la divina ordenacion, tuvo la mayor tristeza que jamás hubo ni habrá en esta vida; y esta tristeza tambien le acometió como otro ejército de soldados terribles, entristeciéndose de verse afrentado, despreciado, escupido, desamparado y perseguido. Ó alegría de los Ángeles, ¿por qué te sujetas á tantas tristezas? Quieres convertir tus gozos en penas, para convertir mis penas en gozos. Alábente los Ángeles por esta caridad tan grande, con la cual escogiste para tí la tristeza, por llenarme á mí de alegría. Concédeme, Señor, tal esfuerzo en tu servicio, que ni el temor me acobarde, ni el tédio me oprima, ni la tristeza me consuma. Amen.—En todo esto tengo de ponderar que así como resplandeció la infinita caridad de Cristo en desear la muerte y gozarse de su pasion para nuestro bien, así resplandece ahora en tomar voluntariamente estos afectos penosos, para padecer los trabajos interiores que sus escogidos padecen, y hacerse semejante á sus hermanos, en lo que era natural sin culpa, y para darnos ejemplo de paciencia en sufrirnos á nosotros mismos, cuando nos viéremos en el estado que estaba Job, cuando dijo (*Job*, VII, 20): *Factus sum mihi metipsi gravis.* Yo mismo me soy grave y pesado en sufrir.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar las demás causas que acumuló Cristo nuestro Señor para moverse á esta tristeza y afliccion interior, en las cuales se representan los motivos que yo puedo tener de justa tristeza, que es la que san Pablo llama tristeza (II *Cor.* VII, 10) segun Dios.-La primera fue la memoria y viva aprension de los pecados de todos los hombres, así pasados como presentes y por venir; los cuales tenia presentísimos, y con grande evidencia conocia y pesaba tres cosas que hay en ellos muy terribles; es á saber, su muchedumbre sin cuento, su gravedad como infinita, por la injuria que con ellos se hace á Dios, y el grandísimo daño que causan en los hombres, condenándolos á terribles tormentos del infierno. Todo esto le causó terrible tristeza, y la tomó de buena gana. Lo uno, para suplir la falta de tristeza que los hombres tienen por sus culpas, y pagar por ellas con este dolor interior que tenia; y lo otro, para librarlos de la eterna tristeza que por sus pecados merecian.

2. Considerando esto, tengo de imaginarme á mí mismo dentro de la memoria y corazon de Cristo nuestro Señor, y ver como está mirando todos mis pecados y tibiezas, y como con ellos le causo tristeza y desconsuelo terrible, por lo cual me tengo de entristecer, ponderando las tres cosas dichas; es á saber, su muchedumbre y gravedad, y la pena eterna que por ellos merecia, y procurando aborrecer el pecado, pues tan grande mal es, que basta su consideracion á causar en Cristo tal tristeza. Ó Padre eterno, yo te ofrezco esta tristeza y dolor de tu Hijo unigénito, en satisfaccion de mis muchos y graves pecados. Pésame de haberlos cometido; mas porque mi pesar y tristeza es muy pequeña, yo la junto con la suya, por la cual te pido aumentes la mia, para que pague con esta pena lo que debo por mi culpa. Ó Salvador mio, gracias te doy por la tristeza que tomaste por mis pecados. ¡Oh quién nunca los hubiera cometido, por no darte tal pena con ellos! Bórralos, Señor, de mi alma, para que no haya en ella cosa que pueda darte tristeza y pena.

3. La segunda causa de esta tristeza fue la consideracion del poco provecho que habian de hacer en muchos hombres los medios de su encarnacion, pasion y muerte, los Sacramentos y sacrificios, la doctrina y ejemplos de su vida, y en todo esto ponderaba la terrible ingratitud de los hombres, su ceguedad, dureza y rebeldía en desechar estos bienes, que tan á su costa les ofrecia, por lo cual con efecto muchos se habian de condenar. Y tambien le daba pena la tibieza y pereza que otros muchos tendrian en aprovecharse de

estos medios tan eficaces para su salvacion y perfeccion. Y en esta consideracion tambien tengo de imaginar, que yo soy uno de los que afligian á mi Salvador con mis tibiezas, por no hacer el caso que debia de su pasion y muerte, por lo cual me tengo de entristecer con él, suplicándole que quite de mí esto que tal tristeza le causaba.

4. La tercera causa de esta tristeza fue la consideracion de todos los trabajos y tristezas que habian de padecer sus escogidos y todos los justos por su causa, las cuales tenia presentísimas, y las sentia como si él mismo las padeciera, porque los tenia unidos consigo con entrañable amor y caridad, y quien tocaba á uno de ellos, le tocaba á las niñas de sus ojos (*Zach.* II, 8), porque mas unidos estaban con su corazon, que la niñeta con el ojo. Allí sentia las aflicciones de los Apóstoles y Mártires, las persecuciones de los Doctores y ministros del Evangelio, las tentaciones que padecieron los Confesores y Vírgenes, las tristezas y desconsuelos de los justos atribulados; y allí tenia tambien presente mis tribulaciones y tentaciones, mis temores y tristezas, y compadeciéndose de mí se entristecia por ellas, queriendo por este afecto de compasion padecer lo mismo que yo padezco, obligándome á que yo, con el mismo afecto de compasion, padezca lo que él padeció. Ó piadosísimo y clementísimo Jesús, ¿qué es lo que haces para entristecerte y afligirte? ¿Por ventura no te basta considerar tus propias penas, sino que tambien quieres considerar las ajenas, y entristecerte por ellas como si fueran propias? Bastara, Señor, que te entristecieras por mis pecados, holgándote de las penas que justamente se me dan por ellos; pero como tu inmensa caridad no tiene tasa, quiere sentir tristeza de mis culpas y de mis penas para librarme de ellas. Concédeme, Señor, que yo me entristezca de tus trabajos, como tú te entristecias de los mios, pues los tuyos de verdad son mios, habiéndolos tomado por mi causa.

5. Á estas causas generales de la tristeza de Cristo nuestro Señor se pueden añadir otras especiales, que son la perdicion de aquel pueblo hebreo, á quien habia escogido por suyo, y la grande ingratitud que mostraba en quitarle la vida; y á este modo tengo de imaginar que sentia Cristo nuestro Señor la perdicion de algunos reinos de la cristiandad, que habian de negarle y perder la fe.—Además, la condenacion y perdicion de Judas, viendo que el demonio se le quitaba y arrebataba de su escuela, imaginando que así como un hombre siente grande tristeza y dolor, cuando le cortan un miembro que está unido con todo el cuerpo; así Cristo nuestro Señor sen-

tia en su corazon todos los empellones y vaivenes del demonio, con que le cortaba ó arrancaba algun miembro vivo de su cuerpo místico, que era como atravesarle las entrañas y arrancarle al que tenia metido dentro de ellas. Ó mi buen Jesús, ¡cuán innumerables tormentos de estos padecias por junto, teniendo presentes las caidas de tantos justos que el demonio arrebataba para sí! Duélete, Señor, de mí, y no permitas que yo sea apartado jamás de tí.

6. Tambien se entristecia por el escándalo de sus discípulos, y por la afliccion de su afligida Madre, la cual tambien tenia allí presente. Y en conclusion, siendo verdad lo que dice el Sábio (*Eccles.* I, 18), que quien añade ciencia añade dolor; Cristo nuestro Señor aumentó grandemente sus dolores, por la grande ciencia y viva aprension que tuvo de todas las cosas que eran causa de ellos. Ó Dios y Señor de las ciencias, dame esta ciencia de tus dolores, para que yo tenga parte en ellos.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, consideraré como Cristo nuestro Señor, habiéndose apartado con sus tres discípulos, Pedro, Diego y Juan, les declaró su afliccion, diciéndoles con un semblante demudado: *Triste está mi alma hasta la muerte; esperadme aquí, y velad conmigo.* Aquí se ha de ponderar, primeramente estas palabras de Cristo nuestro Señor, y lo mucho que por ellas significa cuando dice: *Tristis est anima mea usque ad mortem.* Què es decir: Mi alma está triste con una tristeza, cual se padece en las agonías de la muerte, y tan grande, que bastara á causarme la muerte si no guardara la vida para padecer mas cruel muerte; y será tan larga, que durará sin cesar hasta el instante de mi muerte, despidiéndome de tener mas alegría mientras viviere en esta vida mortal. Ó Salvador mio, ¡cómo no traspasan mi corazon estas palabras y le hieren con herida mortal, viéndote á tí entristecido con tristeza de muerte por mi causa! Ó Vírgen santísima, si oyérais estas palabras, ¡cómo fueran cuchillo de dolor que pasaran de parte á parte vuestra purísima alma, por estar tan unida con la de vuestro Hijo que tan triste estaba! Ó pecado mortal, ¡cuán grave eres, pues causas en Cristo tristeza mortal!

2. Lo segundo, se han de ponderar los motivos que tuvo para decir estas palabras á sus Apóstoles, que fueron dos.—El primero, porque como esta tristeza era interior, era necesario que él nos manifestase su grandeza, para que conociésemos lo mucho que por nosotros padecia, y se lo agradeciésemos, y nos alentásemos á imitarle en ello. Así como en la cruz dijo, sed tengo, para que se conociese

aquel trabajo que en secreto padecia por nuestra causa.—El segundo, para mostrar que era hombre, y que se sujetaba á tristezas y temores, y como tal se consolaba con sus amados discípulos, descubriéndoles su afliccion, para que se compadeciesen de él, y le consolasen; y por eso les dijo: Velad conmigo y hacedme compañía. Ó consuelo de los desconsolados, ¿quién te ha sujetado á pedir consuelo á tus criaturas? Mis pecados han hecho esto, y el deseo que tienes de mi consuelo, comprándole con el precio de tus desconsuelos. De aquí tambien puedo sacar, que no es contra la perfeccion de la paciencia, dar cuenta de sus desconsuelos y tristezas á los confesores y maestros de espíritu, y á los fieles amigos que nos pueden consolar en Cristo con verdadero consuelo.

3. Lo tercero, ponderaré la causa por que Cristo nuestro Señor declaró esta tristeza á estos tres apóstoles mas que á otros; es á saber, para que los mismos que habian sido testigos de la gloria que tuvo en su transfiguracion, fuesen tambien testigos de la tristeza y agonía que tomaba en su pasion, y comparando una con otra, conociesen y testificasen lo mucho que debemos al que por nuestro amor privó á su cuerpo de tanta gloria, y ahora le aflige con tan terrible tristeza; y tambien para que entendamos, que si Dios da consuelos en esta vida á los escogidos, es para prevenirlos y alentarlos á grandes trabajos; y que si es favor estar con Cristo en el monte Tabor, viéndole glorificado y participando los gozos de su gloria, tambien es favor estar con el mismo Cristo en el huerto, viéndole entristecido y atribulado, y participando con él de sus aflicciones y tristezas; y que este favor no se hace á todos, sino á los mas queridos y regalados. Así lo creo, Salvador mio, y así lo deseo, y te suplico me hagas este favor, que sea yo uno de los pocos á quien dés parte de tus trabajos, con grande sentimiento de ellos.

MEDITACION XXI.

DE LA ORACION QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO EN EL HUERTO.

Punto primero. — 1. Estando Cristo nuestro Señor triste al modo dicho, y viendo que sus Apóstoles lo estaban, les avisó que orasen, diciéndoles (*Matth.* XXVI, 41; *Luc.* XXII, 41; *D. Thom.* 3 *p. q.* 21, *art.* 4 *ad* 1): *Velad conmigo y orad, porque no entreis en tentacion: y tomando para sí el mismo consejo, se apartó de ellos como un tiro de piedra á orar.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Se-

ñor con palabra y ejemplo nos enseña que el remedio de nuestras tristezas no es parlar, y enternecerse con los hombres, que no pueden dar consuelo cordial, sino hablar con Dios en la oracion, á quien hemos de acudir como á principal consolador, el cual nos puede quitar la tristeza ó moderarla, como mas nos conviniere. De este ejemplo he de aprender en mis tristezas á no esperar principalmente, ni consuelo de hombres, ni desordenarme en buscar consuelos terrenos, sino en primer lugar, como dice el apóstol Santiago (*Iacob.* v, 13), pedirle á Dios y esperarle de él, y experimentaré lo que dice David: Mi alma rehusó ser consolada, acordéme de Dios, y alegróse mi corazon.

2. Lo segundo, tambien nos avisa que la oracion es único remedio para no caer en las tentaciones y no perecer en los peligros; y así cuando estamos cerca de ellos hemos de orar con fervor. Y no dice Cristo, orad que no seais tentados, sino orad para que no entreis en la tentacion y os anegueis en ella; porque muchas veces nos conviene ser tentados y afligidos; pero la oracion sirve para que no caigamos en ella, ó si cayéremos para que no perezcamos del todo, sino que nos levantemos con el favor que Dios nos dará para ello: y porque la tentacion es cada dia, así cada dia tengo de decir con gran devocion la última peticion del Padre nuestro, no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal. Amen.

3. Lo tercero, tengo de ponderar aquella palabra: *Velad conmigo;* esto es, en mi compañía, y como yo velo imitándome á mí, en lo cual nos da á entender que él mismo vela con los que velan, y ora con los que oran; y los que velan y oran hacen esto con él, teniéndole por maestro, por compañero y ayudador. Pues con tal compañía, ¿cómo no gustaré yo de velar y orar? Ayudadme, dulcísimo Jesús, para que siempre vele con Vos, gastando los dias en trabajar y las noches en orar, y dias y noches en obedecer á quien siempre veló, oró y trabajó por mi amor.—Finalmente, ponderaré aquel acto de mortificacion que hizo Cristo nuestro Señor en apartarse de la compañía de sus Apóstoles para orar; porque en las grandes tristezas y aflicciones gusta la naturaleza estar en compañía de sus amigos para consolarse con ellos; pero Cristo nuestro Señor venció esta inclinacion con valor. Lo cual denota el Evangelista, diciendo (*Luc.* XXII, 41): *Avulsus est ab eis*, que fue arrojado ó arrancado de ellos cuanto un tiro de piedra, como quien vencia con el ímpetu del espíritu la inclinacion de la carne, y se apartaba de las personas á que estaba pegada con amor natural, por orar á solas. ¡Oh

Dios mio, concededme que me aparte de la leche, y me arranque de los pechos de las consolaciones humanas (*Isai.* XXVIII, 9), para dedicarme á la oracion, y en ella entender tu santísima voluntad para ponerla por obra. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Llegado Cristo nuestro Señor al lugar de su oracion, hincó ambas rodillas y postróse, pegando el rostro con la tierra, y puesto así dijo (*Matth.* XXVI, 39): *Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Vos quereis.* Que fue decir: Padre mio, si es hacedero, salvo el decreto de vuestra justicia, que pase de mí el cáliz de esta pasion sin que yo le beba, concedédmelo; pero no se haga lo que mi voluntad natural desea conforme á su inclinacion, sino lo que fuere vuestra voluntad, porque esta quiero sea preferida á la mia. ¡Oh altísima oracion! oh excelentísima resignacion! Ó Maestro de oracion y de obediencia, ¡cuán alta leccion me estás leyendo de estas dos virtudes! abre mis ojos para que la entienda, y mis oidos para que la oiga y cumpla.

2. Cuatro cosas señaladas hubo en esta oracion, las cuales tengo de ponderar para mi provecho.—Lo primero, fue oracion retirada y sola, quitando todas las ocasiones de divertirse para hablar á solas con Dios, rompiendo por las dificultades de la inclinacion natural, como está dicho.—Lo segundo, fue con profunda reverencia y humildad interior y exterior, nacida de la grandísima estima que Cristo nuestro Señor tenia de la divina majestad, y del conocimiento de la bajeza de su humanidad en cuanto criatura, y de la necesidad en que estaba, porque otras veces oraba en pié; pero esta vez, como estaba en afliccion del ánima, oró de rodillas, postrado y cosido con la tierra.—Lo tercero, fue acompañado de grande confianza y amor; lo cual declara aquella palabra, Padre mio. Otras veces llámale solamente Padre, pero esta vez añadió Padre mio, dando muestras de aumentar la confianza y amor con quien era particularmente Padre suyo, no por adopcion sino por naturaleza.

3. Lo cuarto fue con grande abnegacion de la propia voluntad, y con grande resignacion en la divina, porque los trabajos eran terribles, la inclinacion natural de huir de ellos era grande, la congoja interior muy crecida, y así resignarse entonces á lo que Dios quisiese contra su inclinacion, fue acto de heróica virtud. Considerando todo esto he de confundirme por la falta que tengo de estas virtudes, suplicando á Cristo nuestro Señor me las comunique; y cuando me viere en algun trabajo, cualquiera que sea, tengo de usar de esta

misma oracion, procurando decirla con el espíritu que la dijo el mismo Señor. Ó Padre celestial, si es posible, pase de mí este cáliz de amargura que me aflige; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.

4. Tambien se ha de ponderar otra cosa señalada de esta oracion de Cristo nuestro Señor, que fue ser larga, porque no hemos de pensar que duró solamente el tiempo que gastó en decir estas breves palabras, sino por lo menos duró una hora, como consta de lo que dijo á san Pedro: *¿No has podido velar conmigo una hora?* Esta hora gastó Cristo pensando las cosas que le movian á la reverencia, confianza, amor y resignacion, y á los demás afectos que ejercitó en su oracion. Tambien pasaba por su memoria todas las partes de su cáliz, y en todas se resignaba, como si dijera: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz de la tristeza; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú: pase de mí el cáliz de la prision, el cáliz de los azotes, etc., pero no se haga mi voluntad sino la tuya.

5. Tambien se puede creer que en esta hora diria esta oracion con otros sentidos, que refieren los Santos haberla dicho, como en el que santa Catalina de Sena supo por revelacion que Cristo nuestro Señor con las ansias de padecer, para concluir la redencion del mundo, pidió, que si era posible se abreviase y pasase de presto la bebida de aquel cáliz. En lo cual fue oido, porque en pocas horas se concluyó el negocio de su pasion, y asimismo en otros sentidos que luego dirémos. Y á imitacion de todo esto tengo yo de gastar una hora ó mas en la oracion recogida, de modo que aunque el tema y materia de ella sea una breve sentencia; pero la variedad de consideraciones y afectos la puede alargar mucho, como se dice de san Francisco, que gastó una noche en oracion diciendo solamente: Dios mio y todas mis cosas, ó como decia san Agustin hablando con Dios: Conózcame á mí, y conózcate á tí.

Punto tercero.— 1. Acabada esta primera oracion, Cristo nuestro Señor volvió á sus Apóstoles para ver si velaban como les habia mandado, y hallólos durmiendo. Despertólos, y con blandura les dijo, especialmente á Pedro, que se preciaba de mas fervoroso: *¿Asi no podísteis velar una hora conmigo? Velad y orad porque no entreis en tentacion; porque aunque el espíritu está pronto, la carne está flaca.* Sobre este punto se ha de ponderar lo primero, en Cristo nuestro Señor su grande caridad, solicitud y cuidado que tenia de sus discípulos, pues en medio de tantas aflicciones interrumpe su oracion por visitarlos y alentarlos, y aunque los halló durmiendo no se indignó

contra ellos, sino con blandura los corrigió y avisó del peligro en que estaban, repitiéndoles lo que les habia dicho, que oraseu por no caer en la tentacion; pues aunque el espíritu esté pronto, como la carne es flaca, si no es ayudada con oracion será vencida. De todo esto he de sacar avisos y consejos de perfecion, procurando de tal manera darme á la oracion y recogimiento, que no falte al cuidado de las personas y cosas que están á mi cargo. Además de no reprender con aspereza, sino con espíritu de mansedumbre y con razones amorosas, especialmente á los que faltan por flaqueza mas que por malicia.

2. Lo segundo, ponderaré en los discípulos el descuido del hombre en los negocios de su salvacion, tomándolos Cristo nuestro Señor tan de veras y con tanto cuidado. Y en persona de estos que duermen me consideraré á mí mismo que duermo y aflojo en mi aprovechamiento, imaginando que Cristo nuestro Señor me reprende con las mismas palabras, diciéndome: ¿No puedes velar ni una hora conmigo? ¡Oh Señor, y cuán justamente merezco ser reprendido; pues velando Vos, duermo yo! no solo no velo una hora, pero ni aun media velo como debo, llevado de mi flojedad; mas pues veis que mi carne es flaca, socorred á mi flaqueza, para que no me canse de velar en vuestra compañía.

3. Tambien ponderaré la diferencia de los perfectos á los imperfectos; porque en estos la tristeza causa somnolencia, desmayo y enfado de la oracion, y porque la dejan vienen á caer en la tentacion, como cayeron los Apóstoles desamparando á Cristo; pero en los perfectos la tristeza les convida y lleva á la oracion, y les aviva en ella; y cuanto mas crece la tristeza, tanto mas crece el fervor de la oracion, como creció en Cristo nuestro Señor, y por esto no desfallecen en la tentacion, antes permanecen con gran fortaleza en ella. (*Psalm.* LXV, 20). Ó Dios bendísimo, no apartes de mí la oracion ni tu misericordia, y no permitas que yo deje la oracion; porque si yo no la dejo, tu misericordia nunca me dejará.

Punto cuarto. — 1. Volvióse Cristo nuestro Señor segunda vez á la oracion, repitiendo las mismas palabras, aunque con mayor instancia, porque es de creer diria las que pone san Marcos (*Marc.* XIV, 39): *Abba Pater, Padre, Padre, todas las cosas te son posibles, traspasa de mí este cáliz, mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.* Aquí se ha de ponderar el grande afecto de amor y confianza que descubre la repeticion de aquella palabra Padre, Padre, y la confesion de su omnipotencia en que estriba la oracion, ala-

ritu Santo consolador suele inspirar al corazon para su consuelo.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *En oyendo Cristo nuestro Señor las razones del Angel, puesto en agonía oraba más prolijamente, y vínole un sudor como de gotas de sangre que caian en la tierra.* Sobre este paso tan lastimoso se han de considerar las causas de este sudor tan extraordinario y prodigioso, en el cual se manifestó la terribilidad de la afliccion interior que padecia el ánima santísima de este Señor, ponderando como dentro de ella se levantó una lucha terribilísima entre el temor y la tristeza de la muerte y de los tormentos por una parte, y el celo de la gloria de Dios y del bien de los hombres por la otra. La imaginativa, con la viva aprension de los dolores, avivaba los afectos del temor, tristeza y congoja interior; pero la razon superior, con las conveniencias de la muerte, por las causas dichas, avivaba los afectos del celo y del amor, resistiendo á los otros que le detenian, y con esta lucha creció tanto la congoja, que vino á reventar la sangre por sudor de todo el cuerpo, en tanta abundancia que corrió hasta la tierra. Ó Luchador fortísimo, ¿qué necesidad teneis de pelear contra los temores y tristezas con tanto celo, pues en todo están sujetas á vuestra voluntad? ¿Por ventura es ensayaros para la lucha que os espera con los verdugos y sayones? ó es pasear la carrera de vuestra pasion antes de veros en ella? ó es darme ejemplo de luchar contra mis pasiones, resistiendo valerosamente hasta derramar la sangre por vencerlas? Por todo os doy inmensas gracias, y os suplico me prevengais con vuestra gracia, para que luche con grande fortaleza.—El modo de luchar contra mis pasiones, á imitacion de lo que aquí hizo Cristo nuestro Señor, ha de ser poniendo delante de los ojos distintamente todas las cosas que me causan temor y espanto en el camino de la virtud y en el cumplimiento de la divina voluntad, ora sea temor de pobreza ó desprecio, ó de algun dolor ó enfermedad, ó cualquier otra dificultad, y contra todas luchar con gran valor, procurando con el celo fervoroso de la gloria de Dios y de mi salvacion vencerlas y rendir mis apetitos á la divina voluntad, resistiendo á mis inclinaciones, hasta que reviente la sangre, por el santo coraje que concibo contra ellas.

2. Lo segundo, tengo de ponderar la inmensidad del amor de Cristo nuestro Señor, y la liberalidad grande que muestra en derramar su sangre por nosotros de su voluntad, por razon de lo cual en el libro de los Cantares es comparado al árbol de la mirra, el cual primero destila como sudor por los poros el licor que se llama mirra, y despues es punzado y descortezado para que la brote con

mas abundancia (*Plinio, lib.* I, *c.* 14): así Cristo nuestro Señor no quiso esperar á que los verdugos sacasen su sangre con los azotes, espinas y clavos, sino antes de esto quiere que su imaginacion y su santo celo sean sus verdugos, sus azotes y clavos, aprendiendo tan al vivo todos los tormentos que habia de padecer en cada parte de su cuerpo, que bastase á sudar sangre por la cabeza, rostro, espaldas, pecho, y las demás. De modo, que en aquella hora padeció espiritualmente de tropel y por junto lo que despues habia de padecer en diferentes horas, como si en su espíritu fuera preso, azotado, coronado de espinas, crucificado, abeleado, y atormentado con dolores de muerte, para que entendiese que mas ganas tenia él de derramar su sangre por nuestro bien, que los verdugos de sacársela por hacerle mal. Ó árbol de mirra benditísimo, que antes de ser punzado y descortezado, brotas la mirra primera por los poros de tu cuerpo, gracias te doy por este amor tan liberal y por esta liberalidad tan amorosa que aquí mostraste. Bastaba, Señor, ser una vez atormentado, mas tu caridad quiere mostrarse tan liberal, para que nuestra redencion sea mas copiosa, y el ejemplo que nos das de padecer mas eficaz. ¡Oh quién le pudiese imitar, cogiendo un hacecico de esta mirra primera, y poniéndole entre mis pechos (*Cant.* v, 13), para que pensando con dolor las amarguras que aquí padeciste, mis manos destilasen mirra muy escogida, castigando con penitencias mi carne, como tú afligiste la tuya! Ayúdame, Amado mio, con tu gracia, para que cumpla este deseo con fortaleza.

3. La tercera causa de este sudor fue para mostrar el vivo y tierno sentimiento que tenia de nuestros pecados y de las llagas mortales que padece todo el cuerpo místico de su Iglesia, para cuyo remedio quiso, como cabeza nuestra, tomar la purga y medicina de dolor interior con tanta vehemencia, que sudó sangre por todo su cuerpo natural; y como los pecados se purgan y perdonan con lágrimas nacidas de este dolor, el suyo fue tan excesivo, que no solo derramó lágrimas por los ojos, como gotas de agua, sino derramólas por todos los poros del cuerpo, como gotas de sangre que bañaron la tierra. ¡Oh sangre preciosísima, derramada por mis pecados con infinito amor y excesivo dolor! ¡Oh quién fuera la tierra en que caiste, para quedar limpio y santificado con tu baño! Lávame, ó buen Jesús, con esa sangre, y aplícame una gota de ella, pues una basta para mi salud. ¿Y qué digo para mi salud? Para la salud de todo el mundo bastara una sola; pues, ¿por qué, Salvador mio, derramas tantas? Ó amor sin medida, ¡quién te amase sin medida!

¡Oh si todos los miembros y partecicas de mi cuerpo se convirtiesen en lenguas para alabar tus misericordias y en ojos para llorar lágrimas de sangre por mis pecados!

4. La cuarta causa fue para mostrar el sentimiento grande que tenia de las aflicciones y tormentos que habia de padecer el cuerpo místico de sus escogidos, cuyos trabajos sintió tanto, que por la compasion de ellos derramó sangre; y como dice san Lorenzo Justiniano (Lib. de triumph. Christi agone, *c.* 19), allí fue espiritualmente apedreado con san Estéban, crucificado con san Pedro, aspado con san Andrés, desollado con san Bartolomé, asado en parrillas con san Lorenzo, despedazado de bestias con san Ignacio; y en resolucion, padeció con el espíritu lo que sus Mártires padecieron en el cuerpo, y en testimonio de esto suda sangre por el suyo. Dignísimo eres, ó Salvador de los hombres, que todos te alaben, sirvan y amen por este amor que les mostraste. ¡Oh quién me diese que sintiese yo tus dolores, que solo el pensamiento de ellos me hiciese sudar sangre! porque si la cabeza siente tanto el dolor de los miembros, razon es tambien que los miembros sientan el dolor de su cabeza.

5. Finalmente, tengo de ponderar cuán debilitado quedaria nuestro dulce Jesús de este sudor, y cuán solo estaba, sin tener con qué enjugarse, ni quién le aliviase. Solamente el Ángel, pasmado de esta extrañeza, le confortaria de nuevo, hasta que fue tiempo de partirse. Ó afligido Jesús, ¡quién se hallara en ese huerto para haceros compañía en este trabajo! ¡Oh quién pudiera daros su alma y corazon, para enjugar vuestro sudor con algun alivio! Dadme, Señor, licencia para que con el espíritu me halle presente á vuestro tormento, y haga con verdadera compasion lo que entonces quisiera hacer para vuestro consuelo.

Punto tercero. — 1. Acabada esta lucha y sudor de sangre, Cristo nuestro Señor se levantó de la oracion y volvió tercera vez á sus discípulos, y hallándolos durmiendo, los despertó, diciéndoles: *Basta ya, levantaos, y vamos de aquí, porque ya se acerca el que me ha de entregar.* Aquí se ha de ponderar; -lo primero, el ánimo y esfuerzo que la carne de Cristo nuestro Señor sacó de la oracion para acometer los trabajos de la pasion, enseñándonos con este ejemplo la eficacia de la oracion, para fortalecer á la carne flaca, y darla vigor para acometer lo que antes aborrecia y huia. -Lo segundo, ponderaré la mansedumbre de este Señor, que con haberse visto tan congojado, y ver á sus discípulos tan descuidados y dormidos, no

se indignó, sino compadeciéndose de ellos, les dijo: *Dormid y descansad.* Ó buen Jesús, ¡cuánta mayor necesidad teníais Vos de dormir y descansar! Pero como buen Padre, quereis para vuestros hijos el descanso y tomais para Vos el trabajo.—De ahí á un rato los despertó, y dijo: *Levantaos, que ya viene el traidor.* Como quien los reprendia amorosamente, diciendo: Vosotros, mis amigos, dormís, y mi enemigo no duerme. Con lo cual me tengo de confundir, viendo que los malos son mas diligentes en perseguir y ofender á Cristo, que yo en servirle; pero confiado en la virtud de este Señor, tengo de levantarme como los discípulos y acompañarle en sus trabajos, ofreciéndome con prontitud á sufrirlos por su amor.

MEDITACION XXIII.

POR APLICACION DE LOS SENTIDOS INTERIORES DEL ALMA, CERCA DE LA SANGRE QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR DERRAMÓ EN EL HUERTO.

—Presupuesto lo que está dicho de este modo de orar (*Part.* II, *med.* XXVI), por aplicacion de los sentidos, servirá esta meditacion para los demás pasos en que Cristo nuestro Señor derramó su preciosa sangre en la pasion, y tambien para la que derramó en su circuncision.—

Punto primero.—Lo primero, con la vista interior del alma miraré la sangre que vierte Cristo nuestro Señor, ponderando quién es el que la derrama, por qué causa, con qué modo y con qué afecto; es á saber, como la derrama Dios por mis pecados con infinito amor, excesivo dolor y desprecio, y como sale matizada con los vivos colores de sus virtudes, humildad, paciencia y caridad, sacando de aquí afectos de admiracion, amor, agradecimiento y de imitacion en esta forma: Qué, ¡es posible que un Dios de tan infinita majestad derrame sangre tan preciosa por una criatura tan vil como yo! ¡y que tan á costa suya busque mi remedio, haciendo de su sangre medicina para mi pecado! ¡Oh bendita sea bondad tan sin medida! ¡Qué alabanzas te daré, Señor, por tanta merced! cómo podré debidamente agradecértela! cómo te amaré de todo mi corazon! y cómo imitaré tus gloriosas virtudes! Yo propongo con tu gracia de imitarlas, aunque sea derramando mi sangre por seguirte en ellas.

Punto segundo.—Lo segundo, oiré con los oidos del alma las palabras, voces y clamores que suenan con el derramamiento de esta

sangre y con el ejercicio de tantas virtudes.-Lo primero, oiré como esta sangre clama y da voces al Padre eterno (*Hebr.* XII, 24), no pidiendo venganza como la sangre de Abel, sino pidiendo misericordia y perdon para los hombres, alcanzando lo que pide, porque no puede el Padre eterno dejar de oir este clamor. De donde sacaré grandes afectos de confianza, para pedir por esta sangre perdon de mis culpas.-Lo segundo, oiré las voces que me da Cristo con esta sangre, diciéndome: Pues yo doy mi sangre preciosa por tu provecho, dame tu sangre vil por mi servicio, resistiendo al pecado, y derramándola, si fuere menester, por no hacerle.-Lo tercero, tambien oiré las palabras que el Salvador diria á su eterno Padre, ofreciéndole su sangre por nosotros. ¡Oh cuán bien las recibiria su Padre, aceptando la oferta y prometiendo darle cuanto le pidiese por ella! -Lo cuarto, oiré los gemidos del Salvador y el ruido de la sangre que vertia, compadeciéndome de sus dolores, y sintiéndolos como si fueran mios, y llorando mis culpas, que fueron causa de ellos.

PUNTO TERCERO.—Lo tercero, se ha de oler con el olfato interior la fragancia y olor suavísimo de esta sangre, que sube al eterno Padre, aplacando con esta suavidad su ira é indignacion, mucho mejor que con el sacrificio sangriento de animales que Noé le ofreció. (*Genes.* VIII, 20). ¡Oh cuán bien le huele verla derramar con tanto fuego de amor! ofreciéndosela su Hijo en sacrificio y ofrenda por nuestras culpas, entregándose, como dice san Pablo (*Ephes.* V, 2), á sí mismo por oblacion y sacrificio en olor de suavidad. Tambien ponderaré cuán bien le huele cuando nosotros se la ofrecemos en el sacrificio de la misa, sacando grandes afectos de amor y confianza por todo esto. Tambien he de oler la fragancia de las virtudes olorosísimas que acompañan este derramamiento de la sangre de Cristo, y con este olor confortaré mi corazon para imitarlas, corriendo tras Cristo por darle un alcance en ellas; ponderando que humildad, paciencia y obediencia, teñidas con mi sangre, mezclada con la de Cristo, son muy olorosas y agradables al Padre eterno, por la semejanza que tienen con las de su Hijo, y así me animaré con gran fervor á procurarlas.

PUNTO CUARTO.—Lo cuarto, se ha de gustar con el gusto interior del alma la suavidad y dulzura de esta sangre, y de las virtudes que en su derramamiento resplandecen, viendo el gusto de la parte superior del espíritu con que este Señor la derrama, y cuán sabroso le es derramarla por obedecer al eterno Padre y para nuestro remedio. Además, gustar la suavidad de esta sangre cuando se bebe

en el Sacramento del altar, recreando mi alma con esta dulzura, y deseando siempre tener parte en ella. Gustar tambien la dulzura inmensa que tiene para endulzurar todas las cosas amargas de esta vida, mojándolas en ella, haciendo propósitos de tomarla por salsa de la obediencia y humillacion, y de los trabajos y desprecios que se me ofrecieren. Tambien he de gustar las amarguras y dolores que este Señor padece en su carne, y sentirlas dentro de mí, conforme á lo que dijo san Pablo (*Philip.* II, 5): Sentid en vosotros lo que en Cristo Jesús. Ó dulcísimo Jesús, ¡quién pudiera sentir lo que sentias, y gustar lo que gustabas, cuando derramabas por mí tu preciosa sangre! Dámelo á sentir, aunque sea muy amargo; porque habiendo pasado por tí, para mí será muy dulce.

PUNTO QUINTO.—Lo quinto, con el tacto interior del alma se ha de tocar esta sangre, besarla y bañarme con ella, para quedar limpio, blanco y puro, con la sangre de este Cordero sin mancilla. (*Apoc.* I, 5; VII, 14). ¡Oh quién pudiera colocarse sobre aquella tierra en que cayó esta preciosa sangre! ¡oh si mi corazon fuera relicario en que estuviera depositada! ¡Oh sangre de Jesús, derramada con infinito amor, abrásame en amor del que por mí te derramó! ¡oh sangre vertida con excesivo dolor y desprecio, enciéndeme en deseo de padecer dolores y desprecios por quien te vertió! ¡oh sangre de mi Señor, que en el Sacramento del altar entras dentro de mi pecho! yo te toco y te palpo, te gusto y te abrazo, y me incorporo y junto contigo, y deseo estar siempre abrazado y unido con quien te me dió, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LA VENIDA DE JUDAS CON LOS SOLDADOS Á PRENDER Á CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LO QUE SUCEDIÓ ANTES DE LA PRISION.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Estando Cristo nuestro Señor en el huerto con sus once Apóstoles, llegó Judas con un escuadron de soldados con su tribuno, y con otros magistrados y ancianos, y muchos criados de los pontífices y fariseos, á los cuales dijo Judas: A quien yo besare, ese es Jesús, prendedle, y llevadle con cautela. Y acercándose á Jesús, besóle y díjole: Dios te salve, Maestro. El Señor le respondió: ¿Amigo, á qué has venido? ¿Y cómo, Judas, con beso entregas al Hijo del hombre?* (*Matth.* XXVI, 48; *Marc.* XIV, 44; *Luc.* XXII, 48; *Ioan.* XVIII, 3).

ca de Cristo, cuando estaba en tanta afliccion, es tan poderosa que derriba en tierra á sus enemigos, ¿cuánto mas poderosa será la que dijere, cuando venga como rey á juzgar, y diga á los malos: Apartaos de mí, malditos? será sin duda como un viento impetuosísimo, que dará con ellos, no solo en tierra, sino en el profundo del infierno. Por tanto, alma mia, busca á Cristo con humildad, y hallarle has para tu provecho; porque si le buscas con soberbia y para tus intentos vanos, le hallarás para tu daño.

3. Lo tercero, se puede ponderar la causa por que esta gente cayó hácia atrás y no hácia adelante, pues no fue acaso, sino para significar que la caida de los malos es peligrosísima, sin ver á dónde caen, ni ver los terribles castigos que les esperan, en los cuales caerán de repente y cuando menos piensan. Líbrame, Dios mio, de tal caida, para que ni vuelva atrás del bien que comencé, ni caiga de tu gracia en el abismo de la culpa. Delante de mi rostro quiero caer con humildad, reconociendo mi pecado y la nada que de mí tengo, y la tierra de que fuí formado, para que cayendo de esta manera, me levante á gozar de tu eterna gloria. Amen.

Punto tercero. — 1. Dando Cristo nuestro Señor licencia á los soldados que se levantasen, les preguntó segunda vez: *¿A quién buscais? Y diciendo ellos, á Jesús Nazareno, les respondió con gran imperio: Ya os he dicho que yo soy; si me buscais á mí, dejad ir á estos.* Aquí se ha de ponderar; lo primero, la ceguedad y dureza de Judas y de estos hombres miserables, que con haber visto un milagro tan manifiesto de la divinidad y potencia de Cristo, no se le rindieron ni reconocieron por Dios, sino como endemoniados perseveraron en su obstinacion; pero aunque tales, no sin misterio, á la pregunta que les hizo Cristo nuestro Señor respondieron que buscaban á Jesús Nazareno, queriendo el Espíritu Santo por sus bocas, aunque tan malas, declarar que el que buscaban para prenderle y matarle, era Jesús Salvador del mundo, nazareno y santo, consagrado á Dios y florido con virtudes celestiales, porque tal habia de ser el que con su muerte nos habia de salvar. Ó Jesús Nazareno, si los hombres te conociesen, todos te buscarian, no para darte la muerte, sino para que tú les dieses la vida. Búsquete yo, dulce Jesús, para que seas para mí Jesús; búsquete yo, santo Nazareno, para que por tí sea yo santo y consagrado á tu servicio.

2. Mas sobre todo, se ha de ponderar la inmensa caridad de Cristo nuestro Señor para con los suyos, y el cuidado que tiene en mirar por ellos, y defenderlos con su omnipotencia; porque aquella

palabra, *sinite hos abire*, dejad ir á estos, fue un mandato tan poderoso y eficaz, que no pudieron sus enemigos ir contra él, ni hacer daño alguno á los Apóstoles. Ó amantísimo Jesús, ¡cómo no cesas de mostrar en todas ocasiones el amor que nos tienes! Das licencia á tus enemigos contra tí, y quítasela contra tus amigos. Quieres que los males descarguen sobre tus espaldas, para librar de ellos á tus escogidos. Sirve, ó alma mia, de corazon á este Señor, sin cuya licencia ninguno te puede molestar, y cuya bondad es tan grande, que no la dará para tu daño, si le sirves con cuidado.

Punto cuarto.— 1. *Viendo los Apóstoles que los soldados acometian á Cristo nuestro Señor, le dijeron: Herirles hemos con nuestros cuchillos. Mas Pedro, arrebatado de su fervor, sin esperar respuesta cortó con su cuchillo la oreja de un siervo del pontífice, llamado Malco. Cristo nuestro Señor les dijo: Dejadles hacer lo que quieren.* Y á Pedro reprendió y reprimió su fervor indiscreto con breves y admirables sentencias, mezcladas de rigor y blandura.-La primera fue: *Torna la espada á su vaina, porque quien mata con cuchillo, á cuchillo morirá.* Que es decir: Quien con espíritu de venganza mata, digno es de muerte. En lo cual se ha de ponderar cuán léjos quiere Cristo nuestro Señor que estemos de este espíritu de venganza en cosas propias, pues así reprende á su discípulo, porque con mezcla de este espíritu le queria defender; y tambien se descubre aquí la mansedumbre de este Señor, el cual no se cansa de dar lecciones de sufrimiento en medio de tantos enemigos que le injuriaban, como si estuviera en la cátedra, en medio de muchos discípulos que le oyeran.

2. La segunda fue: *¿El cáliz que me dió mi Padre, no quieres que le beba?* Por las cuales palabras se ve, con qué ojos miraba Cristo nuestro Señor el cáliz de su pasion, la estima que tenia de beberle. No le miraba como dado por mano de sus enemigos, sino como recetado y ordenado por la voluntad de su eterno Padre, la cual deseaba cumplir, y sentia mucho que se lo impidiesen; y aunque el cáliz fuese amargo, bastaba ser dado por Padre tan sábio y amoroso, para beberle como si fuera dulce. Con estos ojos tengo yo de mirar todos los trabajos y tribulaciones que me sucedieren; y si sintiere tentacion interior ó pensamiento que me aparte de beber con gana este cáliz, tengo de responder á mi tentacion: ¿Y cómo no quieres que beba el cáliz que mi Padre me da? Ó Padre amantísimo, yo me ofrezco á beber cualquier cáliz que me dieres, y á recibir cualquier purga que ordenares, por amarga y desabrida que

sea; pues siendo ordenada por tu sabiduría y providencia, sin duda será para mí muy justa y provechosa.

3. La tercera fue: *¿Por ventura no podria yo hacer oracion á mi Padre, y luego enviaria mas de doce legiones de Angeles para mi defensa? Pero ¿cómo se cumplirian las Escrituras, que dicen convenir que así se haga?* En las cuales palabras nos enseña cuán fácil cosa le fuera defenderse por medio de la oracion, alcanzando con ella mayores ejércitos de Ángeles, que los que venian á prenderle. Pero que cesaba de pedir esto, porque se cumpliese la divina ordenacion de su muerte, declarada en las Escrituras. Ó buen Jesús, gracias te doy porque dejaste de pedir lo que tu Padre te concediera, atendiendo mas á la necesidad que teníamos de tu muerte, que al descanso de tu persona. De aquí sacaré dos avisos:—Uno, de cuán eficaz es la oracion hecha con confianza en Dios, persuadiéndome que por ella, si fuere necesario, me defenderán legiones de Ángeles; y que es verdad lo que dijo Eliseo á su criado (IV *Reg.* VI, 16): Mas están por nosotros, que contra nosotros.—El segundo, que cuando me consta ya de la voluntad de Dios, no tengo de pedirle cosa en contrario, aunque supiese que la habia de alcanzar; porque ninguna cosa tengo tanto de desear y pedir, como que se cumpla en mí su santísima voluntad y ordenacion.

Punto quinto.— 1. *Luego Cristo nuestro Señor, tocando la oreja de aquel siervo Malco, le sanó.*—Este es el segundo milagro que hizo en su pasion, cuyos motivos fueron por cumplir con la ley del amor perfecto, haciendo bien á su enemigo, y al que tanto mal le queria hacer. Además, por las entrañas de misericordia que tenia, doliéndose de que alguno por su ocasion recibiese daño; y porque sus enemigos no tomasen de allí ocasion de hacer daño á sus discípulos, calumniándoles como á gente que resistia á la justicia. Ó dulcísimo Jesús, que pudiendo hacer milagro para defenderos, no quereis usar de vuestro poder, y usais de él para hacer bien al que os ofende; comunicadme este espíritu de amor, con el cual sea conmigo riguroso, y con mis enemigos blando. Amen.

2. Tambien se puede ponderar el espíritu de este milagro, porque sanar Cristo la oreja derecha, significa que por los méritos de su pasion se nos ha de restituir el oido derecho del alma, que es la fe y la obediencia á todo lo que Dios revela y manda; y es de creer, que como las obras de Cristo nuestro Señor fueron perfectas, dando con la salud del cuerpo la del alma (como se dijo en la parte III, en la introduccion de la meditacion XXV). Este Malco, en recibien-

do este beneficio, admirado del milagro y de la omnipotencia de Cristo, creyó en él, y quedó sano en el alma. Y apartándose de la maldita canalla, se fué á su casa, llorando las injurias que se hacian á hombre tan santo y poderoso. ¡Oh mudanza de la diestra del muy alto! Toca, Señor, el oido de mi alma, y sánale con perfeccion, para que dejando el espíritu de siervo, me haga verdadero Malco, que quiere decir rey, sirviéndote muy de veras con señorío de mis pasiones; pues servirte á tí es reinar por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXV.

DEL PRENDIMIENTO.

Punto primero. — 1. *Entonces dijo Jesús á los sacerdotes, magistrados y ancianos que allí estaban: ¿Como á ladron habeis venido con espadas y lanzas á prenderme? Cada dia estaba con vosotros en el templo enseñándoos, y no me prendisteis. Pero esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas.* (*Luc.* XXII, 52). Aquí se ha de ponderar lo primero, como este Señor inocentísimo fue tenido y tratado como ladron, y como á tal vinieron á prenderle; y es de creer, que con esta voz iban los soldados gentiles á ello. Ó buen Jesús, ¡cuán léjos estais de ser ladron, robador de lo ajeno, pues dais por nuestro bien todo lo que teneis por propio! Si es ser ladron robar los corazones y sacar las almas del poder de Satanás, es verdad que sois ladron, cuyo nombre es: date priesa, despoja, apresúrate y roba (*Isai.* VIII, 3); mas esto no es injuria, sino honra; no es culpa digna de prision, sino hazaña digna de eterna loa. Robad, Señor, mi corazon y tomadle para Vos, porque ni tomaréis lo ajeno, pues tambien es vuestro, ni será contra la voluntad de su dueño, porque yo gusto de ser robado.

2. Lo segundo, ponderaré la reprension que da Cristo nuestro Señor á esta gente, diciéndoles: *Cada dia estaba con nosotros en el templo enseñándoos.* Que fue decir: ¿Este pago me dais por el continuo trabajo que he tomado en enseñaros, tratando como á ladron al que siempre ha sido vuestro maestro? Ó Maestro celestial, ¡cuán mala paga te damos por la enseñanza y doctrina que nos diste! perdona nuestras descortesías, y apiádate de nuestras miserias; pues aunque seamos malos discípulos, tú no dejas de ser buen Maestro.

3. Lo tercero, ponderaré aquellas sentidísimas palabras: *Esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas.* Por las cuales Cristo nuestro

Señor dió licencia y poderío sobre su cuerpo á todos sus enemigos, y á los demonios, cuyos ministros eran, para que le prendiesen y atormentasen á su voluntad, no con limitacion de reservar la vida como á Job (*Iob*, I, 12), sino con plena potestad de quitársela á fuerza de tormentos, lo cual me ha de mover á grandes afectos de compasion y dolor, viendo entregado á mi Señor á enemigos tan crueles por mi causa. Gracias te doy, ó amantísimo Jesús, por esta caridad tan grande que mostraste en querer entregar tu cuerpo y vida á los poderes del infierno, por librar de ellos á mi alma. Yo, yo, Señor, era el que habia de ser entregado á ellos, pues yo he sido el que pequé; mas tu caridad quiere pasar por esta pena, para librarme de la culpa. Suplícote, Dios mio, que me libres de sus furias, para que ni en esta vida ni en la otra caiga en sus tinieblas.

Punto segundo. — 1. Habida esta licencia, todo aquel escuadron de soldados arremetió furiosamente á Cristo nuestro Señor para prenderle; y es de creer, que con aquel ímpetu darian con él en tierra, y le pisarian boca, rostro y todo el cuerpo, hollándole con rabia increible. Luego le levantarian del suelo con grande violencia, dándole récios golpes con los palos que traian; y como dice el Evangelista (*Ioan.* XVIII, 12), le ataron. Y puédese creer que le ataron cruelmente las manos por las muñecas con duras sogas, y despues le echarian una soga á la garganta, haciendo todo esto con gran regocijo y alegría, como se alegran los vencedores con la presa, especialmente cuando ha sido muy deseada, y se han visto muchas veces á punto de perderla. En este hecho tengo de ponderar las heróicas virtudes del Salvador, para imitarlas, compadeciéndome de los trabajos que padece. – La primera es extremada humildad, considerando como está debajo de los piés de los hombres, y de los hombres pecadores, el que tiene su silla sobre todos los Querubines y Serafines. ¡Oh qué sentimiento tan tierno tendria este Señor, viéndose así pisado de todos, diciendo á su eterno Padre aquello de David (*Psalm.* LV, 2): Ten misericordia de mí, Señor, porque me ha pisado el hombre; todo el dia me ha combatido y atribulado; hollado me han mis enemigos, porque son muchos los que pelean contra mí. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por la humildad tan profunda que aquí mostraste: grande humildad fue arrojarte á los piés de tus Apóstoles y de Judas para lavárselos; pero ¿qué tiene que ver con permitir que Judas con su maldito escuadron ponga sobre tí sus piés? Concédeme, humildísimo Redentor, que guste ser pisado, y estar debajo de los piés de todos los hombres, pues merecia estar á los

piés de Lucifer hollado de los demonios. De aquí subiré á ponderar en este paso la diferencia entre los pecadores y justos. Porque los pecadores, cuando pecan, pisan, como dice san Pablo (*Hebr.* x, 29), al Hijo de Dios, y ponen debajo de los piés su santa ley. Mas los justos, como dice el mismo Apóstol (I *Cor.* vi, 20), glorifican y llevan á Dios en su cuerpo, y ponen la divina ley sobre sus hombros y cabezas; y haciendo reflexion sobre mi vida pasada, lloraré las veces que pisé al Hijo de Dios, y hollé su voluntad para salir con la mia.

2. Lo segundo, ponderaré la invencible paciencia de este Cordero mansísimo, sufriendo tantas injurias y golpes, sin responder palabra, ni quejarse, ni tenia movimiento de ira ó indignacion alguna, aunque estaba viendo los corazones rabiosos de sus enemigos, y los regocijos que hacian por haberle prendido, cumpliéndose lo que dijo por David (*Psalm.* xxi, 13): Me han cercado muchos becerros y toros gruesos: abrieron contra mí su boca, como leon que roba y brama. Ó pacientísimo Cordero, ¿qué haces rodeado de tantos lobos y leones tan feroces? ¿cómo no balas ni abres tu boca contra ellos, pues con solo decir: yo soy, puedes derribarlos á todos? Mas ya, Señor, pasó la hora de hablar; y callando con sufrimiento, quieres dejarte pisar para darme ejemplo de paciencia. Ayúdame para que le tome, sufriendo con silencio cualquier agravio y desprecio que me viniere.

3. Pero sobre todas las virtudes campea la infinita caridad de este dulcísimo Salvador en dar sus benditísimas manos para ser atadas con tanta crueldad, manos que siempre se ocuparon en hacer bien á los mismos que se las ataban; y aunque pudiera romper las ataduras con mas facilidad que Sanson rompió las suyas (*Judic.* xvi, 9), no quiso hacerlo, porque él mismo se las quiso atar con las sogas y cadenas de la caridad, en castigo de la mala libertad y demasiada soltura que han tenido las nuestras, y para librarnos de la cárcel, á donde merecíamos estar atados de piés y manos. Entonces se cumplió lo que habia dicho por David (*Psalm.* cxviii, 61): Los cordeles de los pecadores me ataron, pero yo no me olvidé de tu ley. Y ¿qué ley es esta, sino la ley de la caridad? De la cual no se olvidó Cristo cuando le ataban los pecadores, amándolos, y deseando traerlos y atarlos consigo con cuerdas de Adan (*Osee.* xi, 4) y con cadenas de caridad. Ó amabilísimo y amorosísimo Jesús, ¿quién pudiera atar tus manos, si tu amor primero no las atara? Ó manos liberalísimas y poderosísimas, que poco há repartísteis á los vuestros el

pan del cielo, y nunca estuvísteis atadas para hacer bien á los hombres, ¿por qué os dejais atar con tanta crueldad? ¡Oh atrevimiento endemoniado de los hombres, que con tanta ignominia maniatais á Dios! No permitas, Señor, que con mis pecados y desagradecimientos ate tus manos, para que no me hagas bien; antes te suplico ates las mias para todo lo que es culpa, y las sueltes para todo lo que es virtud.

Punto tercero. — 1. *Viendo los once Apóstoles lo que pasaba, todos huyeron dejando solo á su Maestro.* Aquí ponderaré, lo primero, de parte de los discípulos, la cobardía y miedo que se apoderó de ellos, mirando como los que poco antes habian recibido de Cristo tantos favores y oido tan saludables consejos y visto tantos milagros, y blasonaban que estaban aparejados para morir con él, olvidados de todo esto se escandalizan en viéndole preso, y le desamparan, y huyen, no solamente con el cuerpo, sino tambien con el espíritu, ó perdiendo la fe, ó titubeando en ella. Los piés, que poco antes habian sido lavados por las manos de Cristo, fueron enlodados y manchados con la culpa de esta huida tan cobarde. El corazon, que habia sido fortificado con el cuerpo y sangre de Cristo, perdió la fortaleza por el miedo de perder la vida. La fé, arraigada con la vista de tantos milagros, se oscureció con la niebla que levantó el temor de las persecuciones; para que yo eche de ver lo poco que se puede fiar de hombres, cuya condicion es acompañar al amigo en la vida, y dejarle en la muerte, seguirle en tiempo de prosperidad, y huir de él en tiempo de adversidad. Y en persona de estos discípulos me miraré á mí mismo, que en tiempo de paz blasono y presumo; y en viniendo la guerra y contradiccion, huyo: sigo á Cristo al tiempo del partir el pan, y cuando me regala; y huyo de él, cuando se ha de beber el cáliz de la pasion, y cuando me aflige; y así me olvido de los beneficios que me ha hecho, como si nunca los hubiera recibido. Ó Salvador mio, líbrame de tal escándalo y cobardía, y no me desampares en el tiempo de la tentacion, porque amparándome tú, no te desampare yo.

2. Lo segundo, ponderaré de parte de Cristo nuestro Señor, el grande sentimiento que tuvo cuando vió derramado su rebaño, y el escándalo que padecia; y cuando se vió solo y desamparado de sus amigos, entonces diria aquello de David (*Psalm.* LXXXVII, 9): Mis conocidos se alejaron de mí, tuviéronme por abominable, como hombre aborrecible: fuí entregado á mis enemigos, y no me defendí, y mis ojos se enflaquecieron viendo su miseria. Ó Amado mio, ¿quién

te pudiera acompañar en esa hora, siendo preso contigo, de modo que unas mismas sogas ataran tus manos y las mias! Esta será mi honra, y guárdeme Dios de dar en tal locura, que tenga por abominacion al que es todo mi consuelo y santificacion.

MEDITACIONES

DE LOS MISTERIOS DE LA PASION, QUE SUCEDIERON ESTA NOCHE, DESPUES DEL PRENDIMIENTO.

—Por fundamento de las meditaciones siguientes, advierto, que Cristo nuestro Señor, para padecer mayores ignominias en su pasion, quiso ser presentado á cuatro tribunales, ó concilios, y juntas de las personas mas calificadas que habia en Jerusalen, dos eclesiásticos, y dos seculares.—El primero (*Ex Baronio*, tom. 1, an. 30 et 34 Christi Dni.) fue de Anás, príncipe y cabeza de los escribas y letrados de la ley; de los cuales se juntaba un concilio de setenta personas ancianas, para las causas que pertenecian á la doctrina que se predicaba y enseñaba, segun las Escrituras.—El segundo fue de Caifás, sumo pontífice y supremo sacerdote, con quien se juntaban los demás pontífices, sacerdotes y fariseos, religiosos de aquel tiempo, para las cosas tocantes á la religion, y este era el tribunal eclesiástico del juez legítimo de aquel tiempo.—El tercero fue de Pilatos, juez y presidente de Judea, á cuyo tribunal concurria muchedumbre de escribanos, alguaciles, y otros ministros de justicia, como es costumbre.—El cuarto fue de Herodes, rey de Galilea, con quién estaba muchedumbre de cortesanos, y un ejército de gente de guarda. En estos cuatro tribunales y concilios fue Cristo nuestro Señor presentado y despreciado ignominiosamente; de suerte, que á sus desprecios concurrieron todas las personas de Jerusalen mas calificadas en letras, en religion, en justicia y en grandeza; y el que era sapientísimo Maestro de todas las ciencias, quiso ser despreciado de los sábios y profesores de ellas. El que era sumo Sacerdote, y dechado de toda religion, fue despreciado de los sacerdotes y de los que profesaban santidad. El que era justísimo Juez de vivos y muertos, fue escarnecido de los jueces y ministros de justicia. Y el que era Rey de reyes y Señor de señores, fue despreciado de los reyes y cortesanos, y de sus ejércitos, sin otra muchedumbre del pueblo que concurrió á estos desprecios, queriéndolo así su divina Majestad, para darnos ejemplo de humildad y paciencia, y para consuelo de los que fueren despreciados en este mundo, por cualquier suerte

de personas, y para otros fines que irémos ponderando en las meditaciones que se siguen. Y cerca de ellas se advierta, que presupongo haber sucedido en casa de Anás el primer exámen con la bofetada, como dicen muchos doctores (*Ignat.* in suis exercitiis), conformándome con el órden que san Juan lleva en contarlo; y de las tres negaciones de san Pedro hago juntamente una meditacion, ora hayan sucedido todas en casa de Caifás, ora solamente las dos postreras, y la primera en casa de Anás; porque para el intento de estas meditaciones no importa haber sucedido todo esto mas en un lugar que en otro.—

MEDITACION XXVI.

DE LOS TRABAJOS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PADECIÓ DESDE EL HUERTO Á CASA DE ANÁS, Y DE LO QUE ALLÍ LE SUCEDIÓ.

PUNTO PRIMERO.— 1. *El escuadron de los soldados, con su tribuno, y los ministros de los judíos, luego que prendieron á Jesús le llevaron á casa de Anás, suegro de Caifás, pontífice.* Sobre este paso tengo de ponderar todos los trabajos que Cristo nuestro Señor padeció en aquel largo camino.—Lo primero, padeció graves dolores, porque era llevado con grande crueldad de sus enemigos, tirando de él por las sogas, dándole de golpes y empellones, haciéndole ir aprisa, medio corriendo y tropezando, y arrodillando, como en semejantes casos suele acontecer á los que van presos y maniatados. Acordaríase este Señor de la postrera vez que caminó á Jerusalen con sus discípulos, yendo muy aprisa delante de ellos, para significarles las ganas que llevaba de padecer. (*Marc.* x, 32; *Supr. medit.* II). Ó dulcísimo Jesús, ¡qué apresurado paso llevais, arrastrado de vuestros enemigos; pero mucho mas de vuestra caridad, que les da licencia para ello! ¡Oh qué diferente compañía llevais ahora, de la que llevábais entonces! ¿Dónde están vuestros discípulos, que entonces os seguian? ¿No pudieron seguir paso tan apresurado y doloroso, y por esto os han dejado solo? No permitais, Señor, que yo deje de seguiros con esfuerzo al paso que llevaredes, aunque sea muy penoso.

2. Lo segundo, ponderaré la fatiga que sentia el cuerpo tierno de Cristo nuestro Señor, por razon del sudor de sangre que poco antes habia tenido; y puédese creer, que con la demasiada furia que le llevaban, se tornarian á abrir los poros, y á sudar de nuevo, si no sangre, á lo menos sudor de congoja y fatiga. Tambien al pasar

el arroyo de Cedron, quizá tropezaria en aquellas piedras y caeria, bebiendo, no del agua del arroyo, sino del arroyo de las fatigas y amarguras que traspasaban su corazon. (*Psalm.* CIX, 7). Ó cuerpo santísimo, gracias te doy por el cansancio que en este camino padeciste. Ó piés benditísimos, yo os glorifico por los pasos apresurados que en esta jornada disteis. Ahora comienzan, ó buen Jesús, vuestros piés á pagar los pecados que hicieron los piés apresurados para el mal. (*Psalm.* XIII, 3). Detened, Señor, los mios en semejantes pasos, y apresuradlos con ligereza para el bien.

3. Lo tercero, padeció Nuestro Señor en este camino grande ignominia, siendo llevado como ladron con gran vocinglería; y especialmente, al tiempo que entraban por la puerta de la ciudad, levantarian el grito aquellos fieros ministros del demonio, pregonando la presa que llevaban con gran orgullo. Ó Redentor mio, ¡cuán diferente entrada es esta en Jerusalen de la que hiciste el domingo pasado! En aquella iban muchos con palmas en las manos, en señal de vuestra victoria; en esta van con espadas y lanzas, en señal de la suya: en aquella levantaban todos la voz para alabaros, diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; en esta levantan la voz para vituperaros, diciendo mil injurias y blasfemias contra Vos: en aquella tendian sus ropas por el suelo para que pasase por ellas el jumento en que íbadeis sentado; en esta tiran de vuestra ropa, y os la rasgan, y os llevan á pié, y medio arrastrando. ¡Oh mudanza de hombres contra su Dios! oh paciencia de Dios en sufrir tales hombres! Líbrame, Señor, de mudanza tan perversa, y dame paciencia tan admirable, que me haga superior á cualquier mudanza. - Finalmente, ponderaré el espíritu y afecto con que Cristo nuestro Señor iba por el camino con grande humildad y paciencia, ofreciendo con grande caridad al Padre eterno aquellos sus pasos trabajosos, en satisfaccion de los que nosotros damos para ofenderle, sacando de esto afectos de agradecimiento y de imitacion, como despues dirémos.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Preguntó el pontífice á Jesús de su doctrina, y de sus discípulos.* Sobre este punto se ha de considerar, primeramente los desprecios que Cristo nuestro Señor padeció en aquella entrada en casa de Anás, á donde se habian juntado los ancianos, letrados y maestros de la ley, como personas á quien tocaba calificar la doctrina de Cristo, á quien el pueblo llamaba profeta; y como todos eran sus enemigos, y juntamente eran letrados soberbios, en viendo á Cristo, comenzaron á escarnecer y mofar de él, mostrando grande

regocijo en verle preso y humillado, para que se vea como la ciencia que hincha da principio á los desprecios de Cristo nuestro Señor, en castigo del pecado de Adan, que tuvo principio del apetito de la ciencia, para saber como Dios el bien y el mal. Ó Maestro sapientísimo, autor y principio de todas las ciencias del mundo, ¿por qué se levantan contra Vos los sábios, y escarnecen al Autor de la sabiduría? Mi soberbia es la causa de esto, y mi ciencia hinchada pedia tal cura, para que viendo al que es la misma sabiduría despreciado de los sábios de este siglo, guste ser humillado de ellos, y no haga caso de sus errados juicios. Dadme, Dios mio, humildad en sabiduría; porque la sabiduría del humillado levantará su cabeza, y en medio de los grandes le hará glorioso. (*Eccli.* XI, 1).

2. Lo segundo, se ha de ponderar la soberbia con que el pontífice y sus letrados comenzaron á examinar á Cristo nuestro Señor, con ánimo de calumniarle; y así le preguntarian, qué doctrina era la suya, si era contraria á la de Moisés; si era doctrina del cielo, y habida por revelacion; cuántos discípulos tenia; quiénes eran; dónde estaban. Todo lo cual oia Cristo nuestro Señor con grande humildad y mansedumbre, sin embargo de que conocia su dañada intencion. De donde sacaré grandes afectos de confusion propia, y de compasion de Cristo, mirándole en medio de aquellos sayones, ellos sentados como jueces, y él en pié como reo; ellos con insignias y borlas de doctores, y él maniatado con insignias de malhechor. Ó Doctor excelentísimo, doctor de los doctores y de todas las gentes; cuando eras de doce años estabas sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles con admiracion de todos (*Luc.* II, 49); y ahora estás en pié en medio de los mismos, oyendo y respondiendo con escarnio de ellos. Pero si fue admirable la sabiduría que mostraste en las respuestas que entonces diste, no es menos admirable la que muestras en las que ahora das, sufriendo las ignominias que de ellas te resultan. ¡Oh! si tu Madre santísima se hallara aquí presente, con qué sentimiento repitiera aquella su amorosa queja, diciendo: Hijo ¿por qué lo has hecho conmigo así? ¿por qué me has dejado sola, y te has entrado en medio de estos doctores, mas lobos carniceros que maestros piadosos? Pero tú, Señor, le respondieras como entonces: En las cosas que son de mi Padre me conviene siempre estar, y mi Padre quiere que pase por este exámen. Gracias te doy, amantísimo Redentor, por la obediencia que tienes á tu Padre, y por la humildad que muestras entre los hombres por su amor.

PUNTO TERCERO. — 1. *Respondióle Jesús: Públicamente he hablado*

al mundo, siempre enseñé en la Sinagoga y en el templo, donde concurrian todos los judíos, y nada he dicho en secreto, pretendiendo que lo fuese, ¿para qué me preguntas á mí eso? Pregúntalo á los que me oyeron, pues ellos saben lo que les he dicho. Aquí tambien ponderaré lo primero, como Cristo nuestro Señor, aunque preso y humillado, no estaba acobardado en este concilio, sino con gran libertad de espíritu que procedia de la santidad de su vida y de la verdad de su doctrina, porque la conciencia que se funda en santidad y verdad es libre y animosa para todo lo bueno, sin temor ni encogimiento alguno, aunque esté delante de los sábios y grandes del mundo; y así tengo de procurar para mí tal modo de conciencia y santa libertad, como despues lo mostraron los Apóstoles, imitando á su Maestro: (*Act.* v, 29).

2. Lo segundo, ponderaré la grande prudencia de Cristo nuestro Señor en no querer decir en particular de su doctrina qué tal era, porque sabia cuán mal recibida habia de ser la verdadera respuesta; sino remitióse á los que le habian oido, porque estaba tan seguro de su verdad, que á sus mismos enemigos que estaban presentes y la habian oido hacia testigos de ella. Y bien se vió ser así, porque todos enmudecieron, y no hubo quien le notase de alguna cosa mal dicha. Ó pureza de la doctrina del Salvador, ¡cuán poderosa es tu fuerza! pues no solo das libertad generosa al que la dice, sino rindes y tapas la boca del enemigo que la oye. Concédeme, Salvador mio, luz para entenderla, libertad para publicarla, y obediencia para ejecutarla con perfeccion. Amen.

3. Lo tercero, es de ponderar la causa por que Cristo nuestro Señor no dijo nada de sus discípulos; porque como habian dado mala cuenta de sí, ni los quiso acusar publicando su flaqueza, ni se pudo preciar de ellos alabando su lealtad. Y demás de esto, como algunos contemplan (*D. Cyril.* lib. xi, c. 31), estaba allí Judas esperando á que le diesen el dinero de la venta, porque estaba remitido á Anás; y como este desventurado era conocido por discípulo de Cristo, con su presencia desacreditaba á su Maestro. Todo lo cual afligia no poco á Nuestro Salvador. Ó Maestro amantísimo, no permitas que yo desdiga de la lealtad que te debo como fiel discípulo (*Luc.* ix, 26), para que no te avergüences de confesarme por tuyo delante de tu Padre y de sus Ángeles. Amen.

MEDITACION XXVII.

DE LA BOFETADA, Y DE LA REMISION Á CAIFÁS.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Uno de los ministros dió una bofetada á Jesús, diciendo: ¿Así respondes al pontífice?* (*Ioan.* XVIII, 22). Esta bofetada fue la primera injuria de las que recibió Cristo nuestro Señor en casa del pontífice por mano de sus ministros, y tan señalada, que san Juan quiso hacer mencion especial de ella. Tuvo todas estas circunstancias:-Lo primero, fue cruel, dada por un sayon encendido en ira, con deseo de vengar la injuria de su amo, pareciéndole que con esto le ganaba la voluntad y hacia placer á todos los circunstantes.-Lo segundo, fue afrentosa, porque se dió en presencia de muchos nobles y principales, y á una persona que hasta entonces era venerada y respetada de todos, de cuyo rostro salia tal resplandor que movia á reverencia á los que le miraban sin pasion. -Lo tercero, fue injusta, porque se dió por venganza, y calumniando una respuesta prudentísima, juzgando temerariamente que era descomedida contra la autoridad del pontífice.

2. Lo cuarto, fue con aprobacion y aplauso de todos los presentes, sin que hubiese quien volviese por Cristo y reprendiese la furia de aquel mal hombre, y así abrió camino para que otros se descomediesen á hacer con él otro tanto. Mira, pues, ó alma mia, el rostro de tu Señor lastimado con el furioso golpe de este sayon, sonroseado con la vergüenza natural de tan grave injuria, y corrido por el regocijo que sus enemigos recibieron con ella, y compadécete de ver abofeteado el soberano rostro en quien se desean mirar los Ángeles del cielo. Ó Hijo de Dios vivo, resplandor de la gloria del Padre, y figura de su sustancia (*Hebr.* I, 3), ¿quién ha puesto en vuestro divino rostro la figura de tan abominable mano? Ó Padre eterno, mirad el rostro de vuestro Hijo señalado con los dedos de un insigne pecador; y pues él sufre esta injuria por amor de los pecadores, sufridlos y perdonadlos por lo que él sufrió por ellos.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Respondióle Jesús: *Si hablé mal, da testimonio de ello; y si bien, ¿por qué me hieres?* Aquí se ha de ponderar lo primero, la grande paciencia y mansedumbre que Cristo nuestro Señor conservó en su ánima recibiendo tal injuria; y aunque este malvado merecia que bajara fuego del cielo y le abrasara, ó se abriera la tierra y le tragara, ó la mano se le secara para siempre, como

se secó la mano de Jeroboan porque quiso asir con ella á un santo profeta (III *Reg.* XIII, 4): y aunque fuera fácil á Cristo nuestro Señor castigarle con estas y otras penas semejantes; pero no quiso vengar su injuria, sino llevóla con tanta serenidad, que mostró con la obra estar aparejado á recibir otra bofetada en el otro carrillo, y otras muchas sin cuento. Ó dulcísimo Jesús, profeta verdadero, que por decir la verdad, como otro Miqueas (III *Reg.* XXII, 24), fuiste herido en tus mejillas, sufriendo este golpe con admirable paciencia y mansedumbre, dame parte en estas virtudes para que sufra mis injurias sin venganza ni turbacion por ellas.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor, que sabia bien callar y disimular sus afrentas, esta vez con grande mansedumbre quiso dar razon de sí, porque no entendiesen que habia pretendido injuriar al pontífice, y de camino tácitamente corrige á su injuriador para que reconozca su pecado, diciéndole: Si hablé mal en lo que dije, da testimonio de ello primero que me castigues, pues no eres juez sino testigo. Y si hablé bien, ¿por qué me hieres contra razon, y me notas de descortés y descomedido? Y con ser esta razon tan concluyente, no fue admitida ni le valió, ni se hizo caso de ella, para que aprenda yo á tener paciencia cuando no fueren oidas ni admitidas las mias, ni se hiciere caso de ellas. Ó amantísimo Jesús, cuya propiedad fue hablar siempre bien, y en cuya boca nunca se halló engaño (I *Petr.* II, 22), de quien con toda verdad se dijo (*Ioan.* VII, 46): Nunca así habló hombre alguno; gracias te doy por la injuria y dolor que padeces hablando bien, en castigo de las culpas que yo hice hablando mal. Concédeme, Señor, que siempre hable lo que te agrada, aunque desagrade á los hombres, sufriendo con paciencia sus calumnias.

PUNTO TERCERO.—1. *Envió Anás atado á Cristo al pontífice Caifás.*— Aquí se ha de ponderar lo primero, la resolucion que tomó Anás y todos aquellos sábios de que fuese llevado Cristo nuestro Señor á casa de Caifás, que era el pontífice y juez legítimo de estas causas, donde estaban juntos los sacerdotes y fariseos y otros ancianos, para que todos juntamente tratasen de esta. Y dice el Evangelista que Anás le envió atado, para significar que le tenian por culpado. Y quizá le ataron de nuevo y le doblaron las ataduras, porque no se les fuese, ni alguno se le quitase, como habian de pasar por medio de la ciudad. Ó Cordero mansísimo, aunque de este primer concilio salís mas atado y apretado para entrar en el segundo; pero no se menoscaba por esto vuestra caridad, antes os ata y aprieta con nuevos deseos

de padecer, por desatar de sus graves culpas á los que os atan con tan crueles sogas. Aumentad, Señor, en mí los trabajos, con tal que aumenteis el amor de padecerlos.

2. Lo segundo, tengo de ponderar la fatiga é ignominia que padeció Cristo nuestro Señor en esta segunda jornada, siendo llevado por medio de la ciudad con gran priesa y vocinglería, saliendo mucha gente á saber lo que era, y muchos se juntarian con los soldados ayudándoles á injuriar al Salvador, olvidados del bien que de él habian recibido. Pero no por esto nuestro dulce Jesús perdia un punto de su faz y caridad, ofreciéndose á padecer muchos por bien de todos, por lo cual es digno de ser glorificado de todos por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVIII.

DE LAS TRES NEGACIONES DE SAN PEDRO.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Despues que todos los Apóstoles huyeron, Pedro volvió á seguir á Cristo, pero desde léjos, y con él iba otro discípulo, el cual por ser conocido del pontífice entró dentro del patio; y entrando tambien Pedro, se juntó con los demás criados al fuego, porque hacia frio.* (*Matth.* XXVI, 58; *Marc.* XIV, 54; *Luc.* XXII, 54; *Ioan.* XVIII, 15). Sobre este paso tengo de ponderar los escalones por donde llegó Pedro á negar á Cristo nuestro Señor, para escarmentar en cabeza ajena y huir de ellos.—El primero, fue tibieza en el amor, nacida del temor humano, porque el amor de Cristo le movió á seguirle; pero el temor humano le entibió, de modo que le siguiese de léjos, como antes siempre le siguiese de cerca.—El segundo, fue olvidarse de lo que Cristo nuestro Señor le habia dicho, que le negaria tres veces aquella noche; y es propiedad de los que confian mucho de sí olvidarse de las palabras de Dios y de los avisos que les da para reprimir su orgullo, como si no hablaran con ellos.

2. El tercero, fue, con título de amar á Cristo, ponerse en la ocasion de negarle, juntándose con malas compañías que le provocasen á ello, llegándose al fuego donde habia trulla de gente ruin y ruines pláticas. Y no carece de misterio decir que hacia entonces frio, para significar la frialdad del corazon de Pedro, y la oscuridad y tinieblas de su alma. Todo esto nació originalmente de la secreta presuncion y confianza que tenia de sí mismo; la cual no se curó con el aviso que le dió Cristo nuestro Señor, y como quedó viva brotó

estos malos frutos. De donde tengo de sacar tres grandes propósitos.—El primero, de no presumir de mí ni fiarme de mí mismo, acordándome de lo que dice san Pablo (*Rom.* XI, 20): Si estás en la fe, no presumas, sino teme; y el que piensa que está en pié, mire bien no caiga. (I *Cor.* X, 12).—El segundo propósito es, de seguir á Cristo nuestro Señor, no desde léjos, sino desde cerca y con fervor, porque quien le sigue de léjos no pone los piés donde los puso Cristo, ni advierte bien sus pisadas, ni es amparado de él en sus peligros.—El tercer propósito es, de huir las ocasiones de tropezar y las malas compañías que me provocaren á caer, acordándome de lo que dice el Sábio (*Eccli.* III, 27): Quien ama el peligro, perecerá en él.

3. Tambien puedo ponderar que si es así, como dicen algunos doctores, que este discípulo conocido del pontífice era san Juan Evangelista, aunque estuvo en las mismas ocasiones que san Pedro, no negó á Cristo nuestro Señor, ni tuvo ese peligro, principalmente por la proteccion especial del mismo Cristo que le guardó y preservó, y porque no tenia la secreta soberbia y presuncion de Pedro. Ó Dios omnipotente, líbrame de las ocasiones de caer; y si en ellas me viere por mi gran miseria, ampáramе con tu divina misericordia. Ponme siempre cerca de tí, y pelee cualquier mano contra mí (*Job*, XVII, 3), porque si me tienes de tu mano, ninguno me derribará ni sacará de ella.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *A esta sazon llegó una mujercilla, criada del pontífice y portera de la casa; la cual mirando á Pedro, y reconociéndole por discípulo de Cristo, dijo á los que estaban allí: Este con Jesús andaba. Y volviéndose á Pedro dijo: ¿Por ventura tú no eres discípulo de este hombre? Sin duda tú con Jesus Nazareno estabas. Respondió Pedro: No soy su discípulo, ni le conozco, ni sé lo que dices.* Sobre este punto se ha de ponderar lo primero, la astucia del demonio en acometer á san Pedro la primera vez por medio de una mujer, como acometió á Adan por medio de otra para derribarle; porque las mujeres, como mas atrevidas y blandas, suelen derribar las rocas y piedras de la Iglesia, si no hay cuidado en huir de ellas.

2. Lo segundo, ponderaré en Pedro la grande flaqueza del hombre; pues el que era piedra fundamental de la Iglesia, y habia tenido revelacion de la divinidad de Cristo, y le confesó por Hijo de Dios vivo, y se ofreció á morir por él, ahora solamente con la voz de una mujercilla teme tanto, que le niega, y dice que no le conoce, ni es su discípulo, ni se precia de ello. Y con este ejemplo aprenderé á no presumir de mí, pues no soy Pedro, ni piedra, sino polvo y lo-

do, fundándome en el conocimiento propio y en el temor de mi mutabilidad y flaqueza; porque todo el oro y plata de mis virtudes está fundado sobre mis piés de barro, y una chinita basta á derribarlos y dar con toda la máquina en el suelo. (*Dan.* II, 33). Ó Dios eterno, dame conocimiento profundo de este barro que soy de mi cosecha, para que no presuma de mí sino de tí, en cuya virtud resista al golpe de la tentacion, y conserve los dones que me has dado.

3. Lo tercero, ponderaré cuán dañoso es el temor demasiado de la deshonra ó de la muerte; porque quien me derriba no es tanto la noche de la adversidad, cuanto el vano temor de ella, por el cual muchas veces he negado á Cristo (*Tit.* I, 16), ya que no con palabras, á lo menos con las obras, desdeñándome de algunas cosas de virtud obligatorias, por no perder un punto de la honra mundana, ó algun interés ó regalo de la carne. Y así he de suplicar á Nuestro Señor me cerque con el escudo de su proteccion (*Psalm.* XC, 5), para que no tema los temores de la noche, ni ellos se apoderen de mi corazon.—Lo cuarto, ponderaré la grave injuria que hizo Pedro á su Maestro en este caso, y lo mucho que Cristo nuestro Señor sintió ver que su querido y regalado se desdeñase de ser su discípulo, condenando con esto la vida del que negaba por Maestro, y con esta consideracion me compadeceré de ver á mi Señor tan desconocido y desamparado de los suyos. Ó Maestro soberano, ya no me espanto que Judas el tibio te niegue por codicia, pues Pedro el fervoroso te niega por pusilanimidad; mas tu sabiduría permite esta ignominia, para que se descubra mas tu paciencia en el sufrir, y nuestra flaqueza en el pecar, y tu gracia en convertir al que pecó.

PUNTO TERCERO. — 1. *Viendo Pedro lo que habia sucedido y el peligro en que estaba, salióse del patio hácia el portal, y entonces cantó el gallo la primera vez; pero con la turbacion no advirtió en ello, y de ahí á poco tornó á entrar donde estaban los demás calentándose al fuego, y díjéronle: ¿Por ventura tú no eres de los discípulos de ese hombre? Y uno de ellos afirmó que verdaderamente lo era. Y Pedro con juramento negó, diciendo que no conocia tal hombre. De ahí á una hora tornaron tercera vez á hacer instancia en que era su discípulo, dándole señas de ello. Uno dijo que le habia visto con Cristo en el huerto: otro, que era galileo, como se conocia por el habla: y Pedro tornó á negar, echando maldiciones si le conocia.* Sobre estos sucesos de Pedro se ha de ponderar lo primero, las astucias de Satanás en tentarle, haciendo lo que Cristo nuestro Señor dijo, que habia deseado cribarle como á trigo, ya con unas tentaciones, ya con otras, hasta que le derribó

una, dos y tres veces, porque á los mejores combate con mayor furia; y si no están arraigados en humildad, derríbalos de la cumbre de la santidad. Ó Dios eterno, no entre dentro de mí el pié de la soberbia, porque la mano del pecador no me mueva (*Psalm.* xxxv, 12), echándome del lugar que tenia por tu gracia.

2. Lo segundo, se ha de ponderar cuán malo es durar en la ocasion, no escarmentando en la primera caida, porque un pecado llama á otro, y el menor trae luego á otro mayor, yendo de mal en peor, como Pedro, que primero negó á Cristo sencillamente, y la segunda vez con juramento, y la tercera con juramento y maldicion; y así es muy importante atajar á los principios el temor humano, y huir del peligro cuando asoma, porque los demonios siempre con el deseo están diciendo contra el alma aquello del Salmo cxxxvi: Destruidla, destruidla hasta los cimientos de la fe y esperanza en que estriba.

3. Lo tercero, se ha de ponderar que como Pedro tres veces aquella noche habia presumido de sí mismo, diciendo que estaba aparejado á morir por Cristo, y que no se escandalizaria aunque todos se escandalizasen, y que no le negaria aunque supiese morir por él; así en castigo de estas tres presunciones permitió Dios las tres negaciones de esa misma noche, porque la soberbia luego trae consigo la humillacion en la materia misma en que se ceba, y por esto es muy importante llorar luego la culpa de la soberbia antes que se apresure la pena de la humillacion.

Punto cuarto. — 1. *Luego cantó el gallo la segunda vez, y al mismo tiempo volviendo el Señor sus ojos á Pedro, miróle; y acordándose Pedro de lo que Cristo le habia dicho, salióse á fuera y lloró amargamente.* Aquí se pinta la conversion de Pedro y su penitencia, en la cual se ha de ponderar lo primero, la infinita misericordia y caridad de Cristo nuestro Señor; el cual aunque estaba rodeado de enemigos, y metido en un fuego de terribles persecuciones y calumnias, como olvidado de sus trabajos se acuerda del discípulo, que se los aumentaba con aquella injuria; y aunque estaba léjos de Pedro, conoció los pecados en que habia caido; y en lugar de castigarle se compadeció de él, con deseo de provocarle á penitencia para perdonarle, y todo con suma presteza por sacar de presto aquella oveja de la garganta del lobo infernal que se la habia tragado, y para esto hace que luego cante el gallo; pero no bastara el segundo canto como ni bastó el primero, si el mismo Cristo no convirtiera sus ojos misericordiosos á Pedro, alumbrándole los suyos con luz del cielo, para

que conociese sus yerros, y ablandándole el corazon para que los llorase. Ó amorosísimo Jesús, ¿cómo no te amaré con todo mi corazon, pues cuando trato de ofenderte pones medios para perdonarme? Y cuando habias de mostrar tu ira en el castigo, ¿muestras tu misericordia en el perdon? (*Habac.* III, 2). Compadécete, Señor, de todos los pecadores, mírales con ojos de misericordia, abre sus oidos para que oigan el canto y voz de los predicadores, tocándoles su corazon para que lloren sus pecados, y cuando yo pecare por flaqueza, no te olvides de mirarme con ojos de misericordia.

2. Lo segundo, se ha de ponderar las lágrimas amargas de san Pedro, las cuales no procedian de temor de algun castigo, sino de amor de su Maestro; porque acordándose de los favores y beneficios que de él habia recibido, y de la ingratitud que mostró negándole en tan récia coyuntura, sus ojos se convirtieron en fuentes de lágrimas con grande amargura de su corazon, como quien sentia lo que dice Jeremías (c. II, 19), ser cosa muy amarga haber dejado á su Dios y negado á su Señor. ¡Ay de mí! diria, ¿cómo vivo habiendo negado al Autor de la vida! ¿Cómo no se abre la tierra y me traga, habiendo injuriado al Criador de ella? Ó boca abominable, ¿cómo te abriste para jurar que no conocias al que tanto bien te ha hecho? Ó lengua maldita, ¿cómo te soltaste para maldecirte, si conocias al que tanto amor te ha mostrado? ¡Oh cuán justo fuera que viniera sobre mí la maldicion, pues la escogí, y que penetrara todos mis huesos, pues la abracé! (*Psalm.* CVIII, 18). ¡Oh quién diese amargura de mar á mi corazon, y fuentes de lágrimas á mis ojos, para llorar amargamente de dia y de noche la muerte de mi alma, y la traicion que ha cometido contra su Criador! Mas, pues ya conozco su misericordia, y que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (*Ezech.* XXXIII, 11), miraré al que me miró, convertiréme al que se convirtió á mí, y con el corazon me llegaré á él, y postrado á sus piés le diré como el hijo pródigo (*Luc.* XV, 18): Ó Padre y maestro mio, he pecado contra el cielo y contra tí, no soy digno de ser llamado tu hijo ni tu discípulo, admíteme siquiera como á uno de los jornaleros de tu casa, porque no hay para mí mas duro infierno que ser echado de ella. De esta manera lloraba san Pedro, y se movia á confianza del perdon, acordándose de lo que Cristo nuestro Señor le dijo: que habia rogado por él para que no desfaleciese su fe, y que cuando se convirtiese, confirmase á sus hermanos. Y de esta misma manera lloró toda la vida, cuando oia el canto del gallo; y así se dice de él, que tenia

sulcados y cavados los lagrimales de los ojos por la muchedumbre de las encendidas lágrimas que por ellos vertia.

3. Finalmente, ponderaré el modo como la divina inspiracion ilustró y tocó á Pedro, y le convirtió, porque primero le hizo que se acordase de las palabras de Cristo, luego que saliese del lugar y ocasion donde estaba, y despues que á sus solas llorase amargamente; y lo mismo hace con nosotros cuando nos toca con eficacia. -Con lo primero, nos mueve á temor; confianza y amor.-Con lo segundo, quita los estorbos de la verdadera penitencia.-Y con lo tercero, alcanza el fruto de ella, que es el perdon de los pecados, como haya propósito de confesarlos á su tiempo. Ó alma mia, como viste en Pedro tu flaqueza para pecar, así mira en él la eficacia de la divina gracia para convertirte, y como él lloró, así llora tus pecados, para que alcances cumplido perdon de ellos. Amen.

MEDITACION XXIX.

DE LOS FALSOS TESTIMONIOS QUE DIJERON CONTRA CRISTO NUESTRO SEÑOR EN CASA DE CAIFÁS, Y DE LO QUE RESPONDIÓ Á SU PREGUNTA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Los sumos sacerdotes, con todo su concilio, buscaban algun falso testimonio contra Cristo para condenarle á muerte, pero no le hallaron, aunque vinieron muchos testigos falsos para ello. Y entre otros unos dijeron: Este hombre ha dicho, puedo destruir el templo de Dios, y en tres dias reedificarle; pero ninguno de estos testimonios era bastante, ni Jesús les respondió palabra.* (*Matth.* XXVI, 59; *Marc.* XIV, 59). Sobre este punto tengo de considerar lo primero, la forma de este juicio que intentó Caifás contra Cristo nuestro Señor, ponderando quién son los jueces, sus dañados corazones, y la soberbia y ambicion con que están sentados. Además, quién son los acusadores y testigos, su muchedumbre y perversas entrañas. Además, quién el preso y acusado, su divinidad y soberanía, junta con la modestia y humildad; admirándome de que el Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, esté como reo en pié y atadas las manos, oyendo contra sí tantas calumnias delante de tan malditos jueces, los cuales eran sus crueles perseguidores; y haciendo forma de juicio iban contra todas las leyes de justicia, convocando testigos falsos para condenar al inocente. Ó Cordero inocentísimo, ¿quién te ha puesto en medio de lobos tan crueles? Ó Juez justísimo, ¿quién te ha sujetado á jueces tan injustos? Las injusticias que yo hice son causa de las ca-

lumnias que padeces por librarme de ellas. Líbrame, Señor, de las calumnias de los hombres, para que guarde con quietud tus santos mandamientos. (*Psalm.* CXVIII, 134).

2. Lo segundo, se ha de ponderar la grande inocencia y pureza que resplandeció en Cristo nuestro Señor, pues andando sus enemigos á buscar con tantas ansias algo de que acusarle, por fas ó por nefas, no hallaron fundamento aparente para testificar contra él cosa digna de castigo. Por donde se ve con cuánta verdad dijo (*Ioan.* XIV, 30): *Vino á mí el príncipe del mundo, y no halló en mí cosa alguna.* Porque Satanás, por medio de sus ministros, vino á prenderle, y prendido condenarle á muerte con título de justicia, y no halló en él cosa suya; esto es, cosa que fuese pecado, ni cosa digna de tal castigo. ¡Oh inocentísimo y purísimo Salvador! Por la inocencia y pureza de tu vida santísima, te suplico me concedas una vida tan inocente y pura, que cuando venga el Príncipe de este mundo en la hora de mi muerte, no halle en mí cosa suya, de que me pueda acusar para condenarme. Amen.

3. Lo tercero, se ha de ponderar el maravilloso silencio de Cristo nuestro Señor en todas estas calumnias, sin querer volver por sí, ni excusarse, ni tachar los testigos, ni cogerlos á palabras, descubriendo su falsedad; lo cual le fuera muy fácil, por su gran sabiduría; pero quiso callar, confiado de su inocencia y de la fuerza que tiene la verdad, cumpliendo lo que dijo por boca del santo rey David (*Psalm.* XXXVII, 13): Los que buscaban males contra mí, hablaron vanidades y tramaron engaños; pero yo, como sordo, no los oia, y como mudo no abrí mi boca. Fuí como hombre que ni oia, ni sabia qué responder á sus calumnias. Todo esto hacia nuestro Redentor, para darnos ejemplo de silencio y sufrimiento en tales casos, remitiendo nuestra defensa á Dios y á la verdad conocida. Y tambien es un modo secreto y muy glorioso de triunfar de nuestros enemigos, los cuales desean que respondamos para tener algo de que asir con nuestra impaciencia ó indiscrecion, ó calumniando nuestra excusa, y así Caifás, enfadado de ver tanto silencio en Cristo nuestro Señor, se levantó en pié, y le dijo: *¿No respondes algo á tantas cosas como testifican contra tí? Pero Jesús callaba y no respondió nada.* Ó Verbo divino, palabra eterna del Padre, ¿por qué no hablais alguna palabra en defensa vuestra? Mirad no digan que quien calla consiente, y os tengan por culpado, por no haberos defendido. Pero vuestra misericordia quiere con su silencio satisfacer por mis parlerías, y enfrenar mi lengua para que no excuse mis cul-

pas. Enfrenadla, Señor, con vuestra gracia, para que sufra callando, como Vos sufrísteis, y triunfe de mis enemigos, como Vos triunfásteis de los vuestros.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Viendo Caifás que Cristo callaba tanto, díjole: Conjúrote por Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios bendito. Respondióle Jesús: Tú lo dices que yo soy; y digoos de verdad, que de aquí á poco veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo.* Aquí se ha de ponderar la reverencia grande que Cristo nuestro Señor tenia al santo nombre de Dios; pues habiendo callado con tanto teson, en oyendo conjurar por el nombre de Dios, luego respondió y obedeció al pontífice, aunque sabia que le conjuraba con mala intencion, para sacarle alguna palabra de que le acusar: y aunque sabia que su respuesta le habia de costar muy caro, pues le habian de condenar por ella, dándonos ejemplo de reverenciar su santo nombre, y por él obedecer á los prelados de su Iglesia, aunque sean malos, sin resistirlos ni porfiar en nuestro silencio con dureza, cuando nos mandan hablar ó hacer algo contra lo que habíamos determinado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la respuesta que dió, confesando sencillamente la verdad de que era Cristo, y juntamente desengañándoles del error que tenian contra esto, por verle tan oprimido, y para de camino ponerles algun temor que les enfrenase y apartase de sus dañados intentos; como quien dice (*Psalm.* CIX, 1; *Dan.* VII, 13): Yo soy Cristo, y aunque me desconoceis por verme tan humillado, dia vendrá en que veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios, y venir en las nubes del cielo á juzgar al mundo, como está profetizado de Cristo; por tanto, mirad bien lo que haceis. ¡Oh Hijo de Dios vivo é Hijo del hombre Dios y hombre verdadero, humillado y ensalzado, que estás en pié como reo para ser juzgado de Caifás, y estarás sentado como juez en las nubes del cielo para ser juez de todo el mundo! Mi alma se abrasa con el fuego de tu amor, cuando te miro humillado para redimirme, y tiembla con gran temor, cuando te considero entronizado para juzgarme. Séame, Señor, tu amor espuela para servirte, y tu temor freno para no ofenderte.

3. Tambien se ha de ponderar aquella palabra: *De aquí á poco tiempo veréis al Hijo del hombre,* etc. Porque en los ojos de Dios (*Psalm.* LXXXIX, 4) mil años son como un dia; y aunque nos parece que la venida de Cristo á juzgar se dilata, será muy presto. Con lo cual pretendió enseñarnos, que cuando nos viéremos humillados

y atribulados, nos consolemos con pensar que de allí á poco vendrá la exaltacion; y al contrario, cuando nos viéremos engreidos y soberbios, nos humillemos, entendiendo que vendrá presto el dia del juicio en que serémos humillados, y en ambos casos nos ayudará considerar lo que sentirán Caifás y los demás que estaban en este concilio congregados contra Cristo, cuando le vean sentado en tanta gloria, como juez para condenarlos. ¡Oh cómo se han de trocar las suertes, llorando con amargura irremediable los que aquí se atrevieron á ofenderle! Por tanto escoge ser con Cristo humillado en esta vida, para que seas por él glorificado en la otra.

Punto tercero. — 1. *Oida esta respuesta por el pontífice, rasgó sus vestiduras, diciendo: Ha blasfemado, ¿para qué deseamos mas testigos? ¿no habeis oido la blasfemia? ¿qué os parece? Y luego todos le condenaron, y dijeron: Digno es de muerte.* Sobre este punto se ha de considerar lo primero, la hipocresía endemoniada de este mal pontífice, para indignar á todos contra Cristo nuestro Señor: por una parte rasga sus vestiduras en señal de tristeza, como quien habia oido una grande blasfemia contra Dios, y por otra parte se goza de haber hallado ocasion para condenarle; y así como quien habia alcanzado victoria, dice: ¿Para qué buscamos testigos? Y atropellando el órden del juicio, él se hace acusador, y á los circunstantes hace jueces, pidiéndoles que ellos le juzguen, y digan su parecer, provocándoles á que le condenen como á blasfemo, y así lo hicieron, diciendo: Digno es de muerte. Para que yo vea cuán errados son los juicios de los hombres, especialmente cuando están apasionados, pues llegan á condenar por digno de muerte al que es autor de la vida, y á juzgar por blasfemo contra Dios al que es el mismo Dios.

2. Con esto tengo tambien de ponderar la humillacion de Cristo nuestro Señor en este caso, compadeciéndome de verle calumniado y oprimido, por haber respondido la verdad, y admirándome que el Hijo de Dios llegue á tal extremo de desprecio, que sea juzgado por blasfemo, y sus palabras, que son de vida eterna, sean tenidas por blasfemias, dignas de muerte eterna, sacando de este ejemplo motivos tambien para consolarme, cuando me viere despreciado y condenado sin culpa. Ó dulce Jesús, ¿con cuánta mas razon pudieras rasgar tu vestidura, cuando oiste las palabras de Caifás tan llenas de blasfemias contra Dios, como las suyas estaban llenas de verdad y gloria del mismo Dios? ¡Oh si mi corazon se rasgase de dolor y pena, oyendo las blasfemias que aquí dicen contra tí! No eres tú,

Señor, el blasfemo, sino el blasfemado, y por las blasfemias que los hombres dicen contra Dios permites ser tú blasfemado de ellos, pagando sus culpas con tus penas.

3. Últimamente, ponderaré el ánimo con que Cristo nuestro Señor oyó aquella sentencia: *Reus est mortis*: reo es, y culpado, digno de muerte. Y cuando vió que todos en conformidad la pronunciaban, por una parte se entristeceria viendo su injusticia, y que personas á quien tanto bien habia hecho le condenaban tan presto á muerte, y por otra parte interiormente la aceptaria y se ofreceria á morir por darles á ellos vida. ¡Oh caridad inmensa de Jesús, que así te dueles de nuestras culpas por el daño que nos hacen, y juntamente te ofreces á morir por librarnos de ellas! Alábente, Señor, todos los Ángeles, y á una voz contradigan á este perverso concilio, diciéndole: Digno es de vida, digno es de vida. Vosotros sois los merecedores de la muerte, y Cristo solo es digno de sempiterna vida.

MEDITACION XXX.

DE LAS INJURIAS Y DOLORES QUE PADECIÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR EN PRESENCIA DE CAIFÁS Y DE SU CONCILIO, Y EN LO RESTANTE DE LA NOCHE.

Punto primero. — 1. Oida esta sentencia (*Matth.* XXVI, 65), los que tenian aside á Cristo nuestro Señor, porque no solo estaba atado, sino otros muchos le tenian aside porque no se les fuese, tomaron atrevimiento y ocasion para injuriarle y atormentarle, instigándoles Satanás á ello, mezclando con las cosas ignominiosas otras dolorosas, para que la pena fuese mayor. Estas penas se reducen á cinco ó seis géneros.—La primera injuria, fue escupirle en el rostro, que era un tormento ignominioso y asqueroso, usado entre los judíos y tenido por grande injuria; y como los soldados y ministros eran muchos, y todos á porfía le arrojaban salivas, quedó el rostro de Cristo afeado y oscurecido grandemente. Pondera, pues, ó alma mia, quién es el escupido, y quién son los que le escupen, qué rostro es el afeado con salivas, y qué bocas son las que le afean con ellas, y hallarás que el escupido es el Dios de la majestad, el Criador de cielos y tierra, el que con su saliva da vista á los ciegos (*Marc.* VIII, 33), lengua á los mudos, y oido á los sordos; es escupido el rostro que enamora á los Serafines, á quien no se hartan de ver los Ángeles, en quien está la salvacion de todos los hombres,

por quien suspiraban los Profetas, diciendo (*Psalm.* LXXIX, 4): Muéstranos tu rostro y serémos salvos. Este es escupido de viles hombrecillos, de abominabilísimos pecadores, de gente dignísima de que todos escupiesen en ella, como en el lugar mas vil y desechado del mundo. Pues, ¿cómo no te compadeces de ver escupido á tal Señor por tales esclavos? á tan excelente Criador por tan viles criaturas? Ó rostro venerable de Jesús, mas resplandeciente que el sol, mas hermoso que la luna y mas gracioso que las estrellas del cielo, ¿cómo te han oscurecido y afeado las salivas de los pecadores de la tierra? Sus pecados son la causa de esto, y por lavarles de ellos quieres tú ser afeado. Antiguamente era escupido el que no queria resucitar la familia de su hermano (*Deut.* XXV, 9), que habia muerto sin hijos; pero tú, Señor, eres escupido por resucitar la familia de Adan, que mató á sí y á todos sus hijos. Gracias te doy por esta inestimable caridad, y por ella te suplico resucites mi alma, la laves y adornes con la hermosura de tu gracia. Amen.

2. Luego ponderaré la modestia, gravedad y serenidad que tenia Cristo nuestro Señor, sufriendo con extraña mansedumbre y silencio aquella lluvia de salivas sin apartar su rostro, *como dice* Isaías (*Isai.* L, 6), de los que le escupian, sin hacer gesto ni meneo de hombre injuriado ni enojado, y sin decir palabra alguna contra sus injuriadores. Ó Dios eterno, si á María hermana de Aaron, porque injurió á Moisés, escupísteis en el rostro, y se llenó de lepra (*Num.* XII, 10), ¿por qué no escupís á estos que os escupen, para que se llenen de lepra como su maldad merece? Mas Vos, Dios mio, no venísteis al mundo á hacer leprosos, sino á sanarlos, tomando sobre Vos la pena de su lepra y la figura de leproso. (*Isai.* LIII, 4). No venísteis á escupir para matar, sino para sanar y dar vida con vuestra saliva al pecador que carece de ella; tocadme con vuestra saliva, para que sea sábio en conoceros, sano y fuerte para amaros y serviros.

3. Lo tercero, espiritualizando esto, ponderaré como cada vez que ofendo á Dios con culpa grave, es espiritualmente escupir á Cristo en el rostro, y afearle con la saliva de mi culpa, salida de mi lengua emponzoñada y de mi corazon y pecho venenoso. Y tambien ponderaré cuánta lluvia de estas salivas descargaron y descargan sobre Cristo nuestro Señor, y cuánto mas siente estas que esotras, por ser mas abominables y hediondas delante de Dios. Y finalmente, ponderaré como despreciar y escupir al prójimo es escupir á Cristo, que toma esta injuria por suya. De todo lo cual tengo de sacar afec-

tos de dolor y compasion, y propósitos de huir el pecado con que Dios es escupido.

PUNTO SEGUNDO.— 1. La segunda injuria fue vendarle sus divinos ojos, para mas á su salvo herirle y escarnecerle, pensando que no los veia, porque la serenidad y gravedad del rostro de Cristo los encogia, para no burlar de él á su gusto. Al contrario de lo que sucedió á Moisés (*Exod.* XXXIV, 35), el cual cubrió con un velo su cara para hablar con el pueblo, porque el resplandor que salia de ella ofuscaba la vista de los que la miraban; mas nuestro dulce Jesús, resplandor de la gloria del eterno Padre, consiente que la suya sea cubierta con otro velo por los discípulos de Moisés, no para que le oigan con mas atencion, sino para que le desprecien con mayor libertad, mostrando en esto que tiene no menos gana de ser despreciado, que ellos de despreciarle. Y es de creer que el velo ó venda con que le cubrieron y vendaron, seria vil y despreciado, para que el escarnio fuese mayor.

2. Tambien tengo de ponderar cuán propio es de los grandes pecadores desear que Dios no les vea, ó imaginar que no los ve, para pecar mas libremente, diciendo lo que está escrito en Job (*c.* XXII, 14): Las nubes son su escondrijo, y no considera nuestras cosas. Al modo que estos miserables vendaron los ojos corporales de Cristo nuestro Señor, para que no les viese; mas no por eso dejaba de verlos con los ojos de su alma y de su divinidad; y así mas fue cegarse, y quitarse la vista á sí mismos, que quitarla á Cristo. Y de esta manera he de pensar, que cuando peco, olvidado de que Dios me mira, este olvido es como un velo con que pienso estar cubiertos los ojos de Dios (*Iob,* XXII, 13), pero no lo están sino los mios; porque los de Dios, como dice el Sábio (*Prov.* XV, 5), contemplan en todo lugar al bueno y al malo, y al bien ó mal que hace cada uno. Ó Dios eterno, no permitas que yo cubra tus ojos y tu rostro, si no es como los Serafines le cubrian con sus alas, venerando tu divinidad, y confesando que no tenian ojos para comprenderla (*Isai.* VI, 2); pero tú, Señor, los tienes muy claros para verme y comprenderme, y esto basta para que yo crea que miras mis culpas, y me mueva á llorarlas con propósito de nunca mas volver á ellas.

PUNTO TERCERO.— 1. La tercera injuria y tormento, fue herirle con las manos cruelmente, y esto fue en dos maneras. Unos le herian con los puños, dándole puñadas y golpes en la cabeza y en el rostro, brazos, pechos y espaldas, con grande rabia y porfia. Y es de creer, que su celestial rostro quedaria hinchado y acardenalado,

y el cuerpo como molido por la muchedumbre de los golpes, á causa de ser muchos y muy crueles los que le golpeaban, y estar muy encendidos en ira, paliada con celo de que vengaban la blasfemia dicha contra Dios.

2. Otros le herian con las palmas de las manos (*Matth.* xxvi. 67), dándole de bofetadas, lo cual entre los hombres es mas ignominioso que ser herido con el puño. Aquí cumplió Nuestro Señor á la letra el consejo que habia dado: Si alguno te hiere en un carrillo, ofrece el otro; porque las bofetadas no fueron una, como en casa de Anás, sino muchas y á porfía por muchos ministros del demonio, pareciéndoles que ganaban perdones en herirle, y todas las recibia este mansísimo Salvador sin decir: *Cur me caedis?* ¿Por que me hieres? Antes decia con la obra, mas que con la palabra: Sí quereis herirme, heridme, que aparejado estoy para ser herido y abofeteado, y mi deseo es verme harto y lleno de tales desprecios, cumpliéndose aquí lo que dijo Jeremías (*Thren.* iii, 30): Dará su rostro al que le hiere, y será lleno de oprobios.

3. Tambien se ha de ponderar el misterio de estos dos modos de heridas que recibió Cristo nuestro Señor con las manos de los pecadores, porque unos le hieren con la mano cerrada y apretada, y estos son los avarientos y codiciosos que se ocupan en allegar bienes para sí, y los aprietan sin extender las manos á repartirlos con pobres: otros le hieren con las palmas y manos extendidas y abiertas, y estos son los soberbios y jactanciosos del mundo, y los regalados y blandos en su carne; los pródigos y manirotos en dar y gastar para su vanidad y sensualidad. Las culpas de estos traen mayor ignominia, porque afrentan á Cristo, despreciándole por honrarse á sí. Y en castigo de estas dos suertes de culpas, quiere Cristo nuestro Señor pasar por estas dos diferencias de penas; y así tengo de pensar, que yo soy el que hiero á Cristo con mis puños cerrados, cuando peco por codicia de bienes terrenos, y yo le hiero con las palmas extendidas, cuando peco por vanidad y sensualidad, por dilatar mi fama, y buscar la blandura de mi carne. Ó liberalísimo Dador de todos los bienes, que con tanta liberalidad das tu rostro al que te hiere, con deseo de darle tu corazon, por el grande amor que le tienes; abre, Señor, tu mano benditísima, y toca á los que te hieren con la suya, para que cesen de herirte, y con ella hieran sus pechos como el Publicano, confesando sus culpas, para que alcancen perdon de ellas. Amen.

Punto cuarto. — 1. La cuarta pena y tormento fue mesarle las

barbas, y arrancarle los cabellos con crueldad excesiva; porque aunque los Evangelistas no cuentan esto, pero díjolo el mismo Señor por Isaías, y es cierto que se cumplió. (*Isai.* L, 6). *Yo,* dice, *di mi cuerpo á los que le herian, y mis barbas á los que las arrancaban: no apartè mi rostro de los que me escarnecian y escupian.* Ó sumo Sacerdote, mucho mas noble que Aaron (*Psalm.* CXXXII, 2), cuya uncion destilaba de la cabeza hasta la barba, para significar su dignidad y fortaleza varonil, ¡cómo consientes que la tuya sea mesada y arrancada con tanta ignominia y crueldad! Ó sagrado Nazareno, cuyos cabellos no habian de ser cortados durante su consagracion (*Num.* VI, 5), ¿por qué dejas repelar y arrancar los tuyos, pues siempre eres nazareno, y santo, y la misma santidad? Ya veo, Señor, que por mis cobardías afeminadas son mesadas tus barbas, y por mis demasías y excesos son arrancados tus cabellos; y pues el amor que me tienes, mas casto que el de Sanson á Dálila (*Judic.* XVI, 4), dió licencia para esto, suplícote perdones las culpas que fueron causa de estas penas, y me dés un ánimo varonil para servirte, y muy mortificado para nunca mas ofenderte.

2. La última injuria fue de palabras afrentosas, que le decian cuando le daban bofetadas y puñadas, diciéndole: *Profetizanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?* Que era decir: Pues dices de tí que eres Cristo y profeta, adivina quién te dió esta bofetada; en lo cual daban á entender, que le tenian por Cristo fingido, y profeta falso. Y añade san Lucas: *Et alia multa blasphemantes dicebant in eum.* Que decian contra él otras muchas blasfemias, las cuales deja á nuestra consideracion. Mas para creer que fueron muchas y muy graves, basta saber que los blasfemadores eran muchos, y muy atrevidos y descomedidos (*Psalm.* CXXXIX, 4), llenos de ira y rencor, y que la serpiente infernal movia sus lenguas serpentinas para que vomitasen injurias y blasfemias nunca oidas, á fin de provocarle á impaciencia, y tomar de él cruel venganza. Es de creer que renovarian todas las palabras injuriosas que otras veces le habian dicho, llamándole samaritano, endemoniado, comedor y bebedor, amigo de publicanos, quebrantador de los sábados y fiestas, revolvedor del pueblo, embaidor, nigromántico, blasfemo contra Dios, y otras innumerables. De suerte que ellos hartaron y cumplieron el deseo que tenian de injuriarle, cumpliéndose en Cristo nuestro Señor lo que dijo de sí el santo Job (*Iob,* XVI, 11): Abrieron contra mí sus bocas, diciéndome oprobios, hirieron mi rostro, y hartáronse con mis penas. Y el mismo Cristo, como dijo Jeremías (*Thren.* III, 30), quedó tambien

harto y lleno de desprecios; pero siempre con ganas de recibir otros mayores, como los recibió en el discurso de esta noche; porque el deseo de sus enemigos era como hambre canina, y sed de hidropesía, que aunque coma y beba hasta hartarse, luego tiene hambre y sed de comer y beber mas hasta la muerte. Pero el deseo de Cristo nuestro Señor era hambre y sed de caridad infinita que nunca del todo se puede ver harta; y así por mucho que ellos deseaban llenarle de injurias, estaba aparejado para recibir otras muy mayores. ¡Oh! bendita sea caridad tan insaciable, y fuego de amor tan encendido, que nunca supo decir á sus injuriadores, basta, basta, sino antes, daca, daca.

3. Finalmente, cerca de estas cinco maneras de injurias se ha de ponderar, como los Evangelistas no se desdeñaron de contar tan por menudo las afrentas é injurias de nuestro Salvador, porque sabian que era grande gloria de Dios, de Cristo y nuestra, haber querido padecer tales cosas por nosotros; y por consiguiente, que no hemos de desdeñarnos de padecer otras semejantes; sino gloriarnos de ellas, y amar de todo corazon al que tales muestras de amor nos dió, y nunca cesar de alabarle, juntando con la continua accion de gracias, continuos servicios por ellas, de las cuales puedo hacer una como letanía, en esta ó en otra forma: Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por haber sufrido con invencible paciencia y humildad, que fuese tu rostro escupido, tus ojos vendados, tus carrillos abofeteados, tus barbas mesadas, tus cabellos arrancados, tu cuerpo golpeado, y tus oidos con innumerables blasfemias ofendidos. Suplícote, Señor, por estas tus sacratísimas penas me perdones las culpas que fueron causa de ellas, y me hagas tan dichoso, que padezca con paciencia y caridad por tí las penas que tú padeciste por mí.

Punto quinto. — 1. Luego se ha de considerar lo que Cristo nuestro Señor padeceria en lo restante de aquella noche, lo cual es mas de lo que nuestro entendimiento puede alcanzar; porque habiéndose ido los pontífices y sacerdotes á reposar, Cristo nuestro Señor quedó fuertemente atado en aquella sala con muchos soldados de guarda, acudiendo tambien los criados y chusma de casa; los cuales se entretuvieron todo aquel tiempo burlando de él en las cinco cosas que se han dicho, y con otras muchas que Satanás les instigaba para vengarse de Cristo, y derribar su constancia; y yéndose unos á dormir, venian otros de refresco que proseguian sus injurias, sin dejarle dormir ni descansar en toda la noche, estando como blanco y terrero de todos, cumpliéndose lo que habia dicho Simeon, que estaria puesto

como señal de contradiccion. (*Psalm.* LXXIX, 7). Y lo que dijo David (*Psalm.* XXI, 7): Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo.

2. Pero ¿qué hacia entonces este soberano Redentor, no hombre, sino mas que hombre y gloria de todos los hombres? Mostraba un rostro como de diamante, y un cuerpo como de acero, sin cansarse de sufrir, ni dar señal de enfado ó enojo; y en lo interior ofrecia todos aquellos trabajos á su Padre por los pecadores, y estaba continuamente orando por ellos con grandísimo fervor, de modo que podíamos decir de él (*Luc.* II, 12): *Erat pernoctans in oratione Dei.* Estaba trasnochando y pasando toda la noche en oracion de Dios; esto es, en oracion altísima, digna de Dios, sin que la muchedumbre de las injurias que oia, ni la terribilidad de los dolores que padecia le divertiesen, ó entibiasen en ella. Allí tenia presentes á sus discípulos que andaban descarriados como ovejas sin pastor, y oraba por ellos ardientemente, porque no se los tragase el lobo infernal; y tambien puedo creer, que me tenia presente en su memoria, y ofrecia por mí su oracion. Ó Salvador mio, ¡quién se hallara en vuestra compañía para consolaros en el desconsuelo de tan larga noche! Con el espíritu me pongo en vuestra presencia, deseando trasnochar en la oracion de Dios, juntando la mia con la vuestra, para que sea bien recibida y despachada.

PUNTO SEXTO. - *Del dolor de la Vírgen cuando supo la prision.* — 1. Últimamente, se ha de considerar como alguno de los discípulos, y quizá fue san Juan, llevó la nueva de la prision de Cristo nuestro Señor á la Vírgen sacratísima, que estaba en compañía de la Magdalena y de otras santas mujeres, donde habian comido su cordero pascual; y en oyendo la triste nueva, fue su alma traspasada con el cuchillo de dolor y tristeza tan crecida, que bien pudo decir con verdad las palabras de su Hijo: *Triste está mi alma hasta la muerte.* Esto es, está llena de tristeza mortal, con ansias y congojas como de muerte; porque como era encendidísimo el amor que le tenia, y muy viva la fe y aprension de las injurias y dolores que habia de padecer, cuando le consideró ya metido dentro de ellas, fue su alma llena de amargura, y penetrada de un mar de compasion, de suerte que podíamos decir de ella lo que dijo Jeremías (*Thren.* II, 13): Grande es como el mar tu dolor y contricion, ¿quién podrá darte remedio en ella?

2. Pero como esta Vírgen estaba llena de Dios, hizo luego lo que su Hijo, acudiendo al remedio de la oracion, y puesta de rodi-

llas delante del eterno Padre, pegando su rostro con la tierra diria: Padre soberano, si es posible, pase este cáliz de mi Hijo sin que le beba, ó templa en algo su terrible amargura; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú. Padre eterno, todas las cosas te son posibles, traspasa este cáliz de mi Hijo en mí, yo le beberé, porque él no le beba; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y en esta oracion velaria grande rato, haciendo actos de confianza y resignacion, conformando su querer con el divino; y es de creer que con la congoja oraba mas prolijamente, hasta que el Padre eterno por algun Ángel ó por sí mismo interiormente la confortó.

3. Luego se levantaria de su oracion, y á imitacion de su Hijo, como buena madre procuraria confortar á las que estaban en su compañía, para que no desfalleciesen en la fe, y lo restante de la noche gastaria en revolver por su memoria las aflicciones que su Hijo estaba padeciendo, como las habia leido en los Profetas, haciendo sus ojos fuentes de lágrimas (*Thren.* I, 2) con estas consideraciones: Ó Vírgen sacratísima, que como otra Sion llorando, llorais toda la noche, derramando lágrimas por vuestras mejillas, sin que alguno de vuestros conocidos os consuele en esta afliccion, razon teneis de llorar, porque el espíritu de nuestra vida Cristo ha sido preso por nuestros pecados. (*Thren.* IV, 20). ¡Oh pecados nuestros, que tanto dolor causais á Cristo y á su Madre! Llorad, ojos mios, toda la noche, llorad llorando con gran dolor, derramando copiosas lágrimas por vuestras mejillas; pues ningun otro consuelo les podeis dar, que llorar las culpas, que son causa de sus llantos.

MEDITACION XXXI.

DE LA PRESENTACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTE PILATOS, Y DE LA MUERTE DE JUDAS.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Luego en siendo de dia, se tornaron á juntar en casa de Caifás los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y ancianos, y llamando á su concilio á Cristo nuestro Señor, le preguntaron segunda vez: Si tú eres Cristo, dínoslo. Respondió el Señor: Si os dijere quién soy, no me creeréis; y si os preguntare algo,* es á saber, de las Escrituras, para que vengais en conocimiento de esto, *no me responderéis ni me soltaréis; pero de verdad os digo, que el Hijo del hombre, que está aquí, despues estará sentado á la diestra de Dios. Replicaron ellos: ¿Luego tú eres Hijo de Dios? Respondióles Jesús: Vos-*

otros lo decís, que yo soy. Contentos con esta respuesta, *dijeron: No hay necesidad de testigos, pues de su boca hemos oido lo que queremos.* (*Luc.* XXII, 66-71). Aquí se ha de ponderar lo primero, cuán deseada tenian la mañana, así Cristo nuestro Señor como sus enemigos, pero con fines contrarios. Cristo, porque en aquel dia pensaba concluir la redencion del mundo, y habia treinta y tres años que estaba esperando este dia, que tenia por suyo, en cuanto todo era para bien nuestro. Sus enemigos deseaban que amaneciese para concluir su dañada pretension de matarle cruelmente; y así madrugaron mucho para juntarse otra vez de nuevo en su concilio. De donde tengo de sacar afectos de agradecimiento á Cristo nuestro Señor por las ganas que tuvo de ver este dia; y afectos de confusion y vergüenza, viendo cuán diligentes son los malos para el mal, y cuán madrugadores para cumplir su propia voluntad, y yo cuán perezoso y descuidado en cumplir la divina.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la malicia y astucia de estos escribas en la pregunta que hicieron á Cristo nuestro Señor, para cogerle de cualquier modo que respondiese: porque si negaba que era Cristo, dijeran que era contrario á sí mismo, y que él se condenaba en haberse tenido por Cristo; y si confesaba que lo era, ratificándose en lo dicho, alcanzarian lo que deseaban para condenarle. -Pero mucho mas se ha de ponderar en la respuesta de Cristo nuestro Señor su admirable prudencia, su modestia y mansedumbre, junta con grande libertad de espíritu, añadiendo segunda vez aquella palabra, que estaria sentado á la diestra de Dios, para ponerles miedo, y para que nosotros entendamos que sus humillaciones habian de parar en exaltacion; y lo mismo será de las nuestras si le siguiéremos.

3. Y finalmente, con otro ánimo diferente del que tenian estos traidores, mirando á Cristo nuestro Señor tan desfigurado con los muchos trabajos de aquella penosa noche, le preguntaré si es Cristo. ¿Por ventura, Jesús mio, sois Vos el Cristo, el Mesías? el Hijo de Dios vivo? el resplandor de la gloria del eterno Padre? el que es figura de su sustancia, é imágen invisible de Dios? Pues si lo sois, como de verdad lo sois, ¿cómo está vuestro rostro tan desfigurado? cómo tan afeado con salivas? cómo tan acardenalado con bofetadas? ¿Quién os ha tratado de esta manera sin tener respeto á vuestra venerable persona? Mis pecados son la causa de esto, y vuestra caridad ha tomado estas insignias, por las cuales da testimonio de que es Cristo Hijo de Dios vivo, que vino al mundo para redimirle,

porque otro que Cristo no pudiera sufrir tantos tormentos con tanto amor, por los pecados que no hizo; y pues Vos los sufrís, Vos sois mi Cristo, mi Dios y mi Salvador, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

Punto segundo. — 1. *Oida esta respuesta, levantóse toda aquella muchedumbre de gente; y atando de nuevo á Jesús, le llevaron á Poncio Pilatos, presidente.* En esta tercera estacion, que anduvo Cristo nuestro Señor, se ha de considerar lo primero, como el estado eclesiástico de los judíos, enemigo declarado de Jesucristo, por su sentencia le relajó al brazo seglar de Pilatos, presidente por los romanos, para que le ajusticiase mas cruelmente, pareciéndoles que era muy pequeña la pena que ellos podian darle, porque deseaban muriese con muerte muy cruel, ordenándolo así la divina Providencia, para que judíos y gentiles concurriesen á la muerte del que moria por la salvacion de todos. Ó dulce Jesús, si los de vuestra nacion, á quien tanto bien habeis hecho, así os condenan, ¿qué se puede esperar de los extraños que no os conocen? Pero Vos, Señor, estais aparejado para ser perseguido de todos, para dar salud á todos, porque vuestra muerte es nuestra vida, y vuestra condenacion en el concilio de los malos será nuestra salvacion en la presencia de Dios por todos los siglos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la crueldad con que llevaron á Cristo nuestro Señor por las calles de Jerusalen con grandes voces y alaridos, concurriendo á esto mucha gente, por ser innumerable la que habia en la ciudad á causa de la fiesta del cordero. Iba nuestro buen Jesús maniatado, con paso muy apresurado; pero con un rostro modesto, grave y manso, dejándose llevar de aquellos tigres, sin resistencia alguna, sufriendo los desprecios y baldones que le decian, con mucha mayor afrenta que la noche pasada, porque con el dia claro todos le podian ver y conocer; y como sabian que esto se hacia por órden de sus sacerdotes, y que ellos iban allí cerca, ninguno se atrevia á contradecir, antes clamaban contra el preso. Gracias te doy, ó buen Jesús, por todos los pasos que diste desde casa de Caifás hasta la de Poncio Pilatos; y por las afrentas que en este camino padeciste, por ellas te suplico perdones los malos pasos que he dado para ofenderte, y los endereces de aquí adelante para que todos sean para servirte.

Punto tercero. — 1. *Viendo Judas que Cristo estaba condenado á muerte en el concilio de los sacerdotes, y que le llevaban á Pilatos para que lo aprobase y ejecutase, pesóle de lo que habia hecho, y fuése al tem-*

plo, donde estaban algunos sacerdotes y ancianos, ocupados en sus ministerios, y díjoles: Pequé entregando la sangre del justo. Ellos respondieron: ¿Qué se nos da á nosotros de eso? Miráraslo primero. Y él arrojando los dineros en el templo, fuése y ahorcóse. Aquí se ha de ponderar lo primero, como el demonio ciega los ojos del pecador al tiempo que peca, porque no vea la maldad de la culpa, y huya de ella, y despues los abre encareciéndosela mucho y afeándosela tanto, que de corrido venga á desesperar, como sucedió á Cain; el cual dijo á Dios con desesperacion (*Genes.* IV, 13): Mi maldad es tan grande, que no merezco perdon ni misericordia. Pero yo, Dios mio, confieso que mi maldad es grande; mas juntamente confieso que es muy mayor vuestra misericordia, y por ella confio alcanzar el perdon que no merezco, porque no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. (*Ezech.* XVIII, 23).

2. Lo segundo, ponderaré como Judas comenzó á hacer penitencia, y á ejercitar las tres partes de ella, porque tuvo dolor interior, y confesó su pecado delante de los sacerdotes, y satisfizo restituyendo el precio que habia llevado injustamente; pero todo le aprovechó poco, porque no fue buena su penitencia, ni el dolor era verdadero, ni hizo la confesion á quien debia, ni con esperanza de perdon. De donde sacaré aviso para procurar que mi penitencia no sea fingida ni defectuosa; porque no basta decir como Judas, pequé, si no se dice como lo dijo David, al cual diciendo pequé, perdonó Dios su pecado (II *Reg.* XII, 13), porque lo dijo con gran contricion y confianza de alcanzar perdon.

3. Lo tercero, he de ponderar la obstinacion de estos judíos y la crueldad de aquellos sacerdotes, porque con ver al discípulo arrepentido y que confesaba ser inocente su Maestro, ellos perseveran en su maldad diciendo: ¿Qué se nos da á nosotros que sea inocente y que tú hayas pecado en venderle? Miraras primero lo que hacias. Y con esta respuesta tan desabrida le dieron mayor ocasion de desesperar; por donde se ve cuán peligroso es no hacer buena acogida á los pecadores, cuando dan algun asomo de arrepentimiento. Lo cual es muy ajeno del espíritu de Cristo nuestro Señor, de quien está escrito (*Isai.* XLII, 3), que no apaga la torcida de la lámpara que tiene algo de luz y está echando humo; antes la atiza y aviva, para que tenga luz cumplida.

4. Lo cuarto, se ha de ponderar el justo juicio de Dios en desamparar á este traidor, como sus pecados merecian, permitiendo que no hallase consuelo en los hombres, ni contento con su dinero;

antes su dinero fuese su verdugo, y su deseo cumplido fuese su sayon y atormentador, recibiendo mayor congoja en tenerle, que recibió contento al tiempo de recibirle; y así le arrojó de sí, y no tuvo ánimo para acudir á Dios ni á su Maestro á pedir perdon; antes atormentado de la conciencia, é instigado de Satanás, no se atreviendo á esperar la resurreccion de Cristo, de que tenia noticia, se resolvió en ahorcarse luego, como lo hizo, para que en este miserable conozcamos todos la pena de la avaricia, que es perder el dinero, la vida y la felicidad eterna, y morir á sus mismas manos, reventando por medio y derramando sus entrañas, por no haber tenido entrañas de misericordia con Cristo. (*Act.* I, 18).—Finalmente, ponderaré el sentimiento que tuvo Cristo nuestro Señor de la condenacion de este discípulo, y cuán de buena gana le recibiera á penitencia, si como acudió á los sacerdotes del templo, acudiera á él con arrepentimiento. Ó Redentor misericordiosísimo, que á ningun pecador desechas, por muy cargado que esté de pecados; pues tanto sientes la perdicion de los que eran tuyos, no me dejes de tu mano; porque si tú me dejas, daré en los desvaríos de Judas, pues no hay mal que haga un hombre, que no le pueda hacer otro, si le sueltas de tu mano.

Punto cuarto.—*Los príncipes de los sacerdotes, tomando consejo sobre lo que harian de aquel dinero, no lo quisieron echar en el arca del templo, porque era precio de sangre, sino compraron con ello un campo de un ollero, para sepultura de peregrinos.* (*Matth.* XXVII, 6). Donde se ha de ponderar por una parte la hipocresía de estos malos sacerdotes, y por otra parte la bondad de Dios, que con secreto instinto les movió á esta traza, para significar que la sangre de Cristo habia de ser de poco provecho para los sacerdotes del templo y sus secuaces; pero habia de ser precio con que se comprase el descanso eterno de los que viven en esta vida como peregrinos.—Y tambien se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor mostró el amor que tenia á los pobres, en querer que el precio de su sangre fuese remedio de pobres, para darles sepultura, aficionándonos con esto á las obras de misericordia, aunque sea á costa de nuestra sangre. Ó dulce Jesús, pues tanto nos amas, que todo lo que te pertenece quieres se convierta en provecho nuestro, mira mi pobreza, y con el precio de tu sangre remédiala, para que viva como peregrino en esta vida, de modo que camine con diligencia al descanso de la eterna. Amen.

MEDITACION XXXII.

DE LA ACUSACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTE PILATOS, Y DE LAS PREGUNTAS QUE PILATOS LE HIZO.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Presentado Cristo ante Pilatos en su pretorio, salió el presidente á los judíos y preguntóles: ¿Qué acusacion traeis contra este hombre? Ellos respondieron: Si no fuera malhechor, no le entregáramos á tí.* (*Ioan.* XVIII, 29). Aquí se ha de ponderar lo primero, la mala acogida y el maltratamiento que haria Pilatos á Cristo nuestro Señor cuando le vió traer tan atado y con tanto estruendo y en dia tan solemne, concibiendo que seria algun gran malhechor, pues en tal dia y por gente tan grave venia preso, compadeciéndome de ver á mi Señor tan despreciado, y acordándome de la diferente manera con que él recibió á la mujer adúltera que le trajeron los judíos para que la juzgase. (*Ioan.* VIII, 3). Ó Juez misericordiosísimo que con tanta mansedumbre recibes á los presos, no solo cuando son inocentes, sino tambien á los culpados, librándolos de sus crueles acusadores, ¿cómo, siendo tú la misma inocencia, quieres ser recibido de este soberbio juez con tal ignominia? Pues confundes á los acusadores del que es culpado, y los haces ir uno tras otro con solo escribir en la tierra con tu dedo sus pecados (*Ioan.* VIII, 9), ¿por qué no los escribes tambien ahora para que confundidos te dejen y cesen de acusarte? Mas tu misericordia es tan grande, que compadeciéndose de los pecadores, no quiere compadecerse de sí, para padecer por ellos. Líbrame, Señor, de mis acusadores, cuando fuere presentado en el tribunal de tu juicio, y recíbeme con piedad, para que librado por tí, goce para siempre de tí. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré la grande soberbia y presuncion de estos acusadores de Cristo, la cual mostraron en decir: *Si este no fuera malhechor, no le trajéramos á tu tribunal.* Como quien dice: Basta que nosotros, siendo sacerdotes y letrados de la ley, le traigamos preso, para que estés cierto que es malhechor. ¡Oh soberbia endemoniada, que así ciegas á los malhechores! oh humildad soberana, que así humillas al supremo bienhechor! De esta humildad de Cristo nuestro Señor, que siendo bienhechor de todos, quiso ser tenido por público malhechor de los mismos á quien hizo bien, tengo de sacar grande afecto á la humildad, teniendo por dicha hacer

bien á todos, y que todos me tengan por malhechor, á imitacion de mi Salvador.

Punto segundo. —*Respondióles Pilatos: Si es tan público malhechor como decís, castigadle vosotros segun vuestra ley. Ellos dijeron: A nosotros no es permitido matar á alguno, esto es, matarle con el género de muerte que este merece, porque nosotros solamente podemos apedrearle, y esta es pequeña pena para sus delitos. Entonces le comenzaron á acusar de tres.-El primero, que alborotaba la gente con mala doctrina.-El segundo, que prohibia dar los tributos debidos á César. -El tercero, que decia de sí ser Cristo rey; esto es, que era el Mesías, que estaba prometido por rey de los judíos.* Aquí se ha de ponderar la maldad de estos acusadores, y las calumnias que inventaron contra Cristo nuestro Señor, con ánimos emponzoñados; porque llana cosa era que no alborotaba Cristo la gente, antes la movia á penitencia, y á todo género de virtud, tanto, que dijo á sus discípulos (*Matth.* XXIII, 2): Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos, haced todo cuanto os dijeren. Tambien era llano que no prohibia pagar los tributos á César; antes dijo (*Luc.* XX, 25): Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios; y él pagó el tributo por sí y por Pedro, con no estar obligado á ello. Además, nunca dijo de sí, que era rey temporal como los que hacian los romanos; antes queriéndole hacer rey, huyó. (*Ioan.* VI, 15). Y si decia que era Mesías, sus obras daban testimonio de ello. Pues ¿á dónde mas pudo llegar la maldad de estos falsos acusadores, que á inventar tales calumnias? Y ¿qué mayor crueldad pudo ser, que no hartar su rabia con la muerte, que ellos pudieron darle, sino fingir delitos para condenarle á otra mas cruel, que era la muerte de cruz? Ó dulce Jesús, gracias te doy por el silencio con que oyes tales calumnias, pudiendo fácilmente deshacerlas. Concédeme que imite tu paciencia, y líbrame del vicio del aborrecimiento, que tales calumnias inventa contra el que es aborrecido.

Punto tercero. — 1. *Oyendo Pilatos estas acusaciones, entróse en la sala del tribunal, para examinar á Cristo de los delitos que le oponian, y comenzó por el postrero, que tenia por mas grave, diciéndole: ¿Eres tú rey de los judíos? Cristo nuestro Señor, como vió que esta pregunta era con sencillez, respondió á ella: Mi reino no es de este mundo, porque si lo fuera, tuviera vasallos y criados que me defendieran para que no fuera entregado á los judíos; y así mi reino no es como los del mundo. Replicó Pilatos: ¿Luego rey eres tú? Respondió Cristo: Tú lo dices, que soy rey, y así lo confieso, porque nací y vine*

al mundo á dar testimonio de la verdad; y los que andan en verdad, oyen mi voz. (*Ioan.* XVIII, 33). Cerca de este exámen, que Pilatos hizo de Cristo nuestro Señor, se han de ponderar las notables sentencias que dijo en sus respuestas.-La primera, que su reino no era reino terreno y mundano como los de acá, y por esto no tenia aparato de soldados, ni de gente de guarda, ni los demás ministros que suelen tener los reyes terrenos en sus reinos. Y no solamente quiso decir que no lo era, sino que no lo pretendia, ni jamás lo habia pretendido, como sus acusadores decian.

2. La segunda fue, que verdaderamente era rey, pero rey celestial, y tenia reino, pero reino de otro mundo, que es el reino del cielo, y el reino espiritual de su Iglesia; y por consiguiente, tenia vasallos y criados, pero celestiales y espirituales, que son los Ángeles, los justos y los fieles, que le creen, porque cual es el rey, tales son los vasallos; y cual es el reino, tales son sus ciudadanos. Ó Rey soberano, instituido por el Padre eterno sobre el santo monte de Sion (*Psalm.* II, 6), muy debido era á vuestra grandeza ser tambien rey de este mundo, y tener por vasallos y esclavos á todos los reyes de la tierra. Pero vuestra infinita caridad renunció esta pompa mundana para darme ejemplo de humildad, y levantar mi corazon á la pretension del reino celestial, con desprecio del terreno. Hacedme, Rey mio, vasallo digno de vuestro reino, con ánimo para hollar todo lo que estima el mundo.

3. La tercera sentencia fue, que habia nacido en el mundo para dar testimonio de la verdad; esto es, para enseñarla y predicarla, confirmándola con milagros y obras maravillosas; en lo cual tuvo tres excelencias.-La primera, que nunca testificó cosa que fuese falsedad ó mentira, sino verdad, y no cualquiera, sino verdad provechosa para alcanzar el reino, cuyo Rey era.-La segunda, que testificó esta verdad con gran valor, aunque le hubiese de costar la vida el decirla.-La tercera, que cuando era de cosa gloriosa para él, la decia, no por su honra, sino por cumplir con su oficio, dando testimonio de la verdad. Á imitacion de este Señor he de persuadirme, que yo tambien nací y vine al mundo para dar testimonio de la verdad con mis obras y palabras, procurando que siempre resplandezca en ellas la divina verdad, sin mezcla de mentira ni fingimiento, aunque me cueste la vida el testificarla.

4. La cuarta sentencia fue, que todos los que son del bando de la verdad, y la aman, oyen su voz, dando crédito á lo que dice, y obedeciendo á lo que manda; y por aquí echaré yo de ver si soy

del bando de Cristo (*Ioan.* VIII, 44), que es la misma verdad, ó del bando del demonio, que es padre de la mentira. En todo esto se ha de ponderar la autoridad de Cristo nuestro Señor, y la divinidad que en él resplandecia en medio de tantos desprecios, sin dejar por ellos de hacer su oficio de maestro. Y si este miserable juez le quisiera oir, aparejado estaba para enseñarle con mayor luz esta verdad; pero el desventurado, aunque comenzó á tener deseo de ello, preguntando á Cristo: *Quid est veritas?* ¿qué es la verdad? No esperó respuesta, porque no mereció oirla. O Maestro del cielo, respondedme dentro de mi corazon, ¿qué es la verdad? y dádmelo á sentir con gran firmeza. Vos, Dios mio, sois la misma verdad, y cuanto de Vos procede es la verdad. Verdad es vuestra vida, vuestra doctrina, vuestros preceptos, vuestros consejos, vuestros milagros y vuestros Sacramentos. ¡Oh si mi vida se conformase con esta verdad, y anduviese siempre en verdad (III *Ioan.* v. 4) hasta veros claramente en vuestra gloria! Amen.

PUNTO CUARTO.—*Del silencio de Cristo nuestro Señor.* — 1. *Oidas estas respuestas de Cristo tan concertadas, coligió de ellas Pilatos su inocencia, y sacándole consigo fuera del pretorio á vista del pueblo, dijo: Yo no hallo en este hombre causa para condenarle. Oyendo esto los príncipes de los sacerdotes y ancianos, temiendo no le soltase Pilatos, acusábanle de nuevo en muchas cosas; pero Cristo no respondia. Díjole Pilatos: ¿No ves en cuántas cosas te acusan, y cuántos testimonios dicen contra tí? ¿cómo no respondes algo? Con todo eso Jesús no respondia palabra, sino callaba, de modo que el Presidente se admiró vehementemente.* En este punto se ha de ponderar el maravilloso silencio de Cristo nuestro Señor, el cual con razon causó vehemente admiracion en Pilatos, como cosa nueva y no vista en el mundo, porque concurrieron muchas cosas que al juicio humano le provocaban á hablar y responder por sí. Las acusaciones eran muchas y falsas, y en materias gravísimas y de gravísima deshonra, opuestas por personas muy calificadas, y á fin de que por ellas fuese condenado á muerte cruel y muy infame; y el mismo juez le provocaba á que respondiese por sí, con deseo de darle por libre, porque conocia su inocencia. Cualquier cosa de estas bastaba para provocar á cualquier hombre á su defensa; pero Cristo nuestro Señor rompiendo por todas, quiso callar y no responder palabra, descubriendo en esto su grave mansedumbre y paciencia no solo en no vengarse de sus calumniadores, pero ni quererlos convencer de su calumnia, pudiendo hacerlo con facilidad.

2. Además, descubrió gran fortaleza mostrando por la obra cuán

poco temia la deshonra, los tormentos y la muerte; pues ni aun hablar queria para defenderse de ella, y esto admiró á Pilátos y me ha de admirar á mí. Ó buen Jesús, ¡con cuánta razon os pusieron por nombre el Admirable (*Isai.* IX, 6), pues no solo sois admirable en las grandezas y milagros, sino en las bajezas y trabajos! Admirable es vuestra mansedumbre, admirable vuestro sufrimiento, y admirable vuestro silencio. Admirable fue por cierto vuestro callar delante de Caifás; pero mas admirable fue delante Pilatos, porque las acusaciones eran mas graves, el peligro mayor, y el juez mas propicio para oiros. Menester era tal silencio para castigar mi parlería, y para darme eficaz ejemplo de callar sufriendo con paciencia las injurias. Poned, Señor (*Psalm.* CXL, 3), guarda á mi boca y puerta muy justa á mis labios; no permitais que mi corazon se incline á palabras de malicia para dar vanas excusas de mis pecados: y yo tambien con vuestra gracia propongo de guardar mi boca cuando el pecador se levantare contra mí (*Psalm.* XXXVIII, 2), enmudeciendo, humillándome, y callando lo bueno que pudiera decir para mi defensa, como Vos callásteis lo que pudiera servir para la vuestra.

3. *Todas las virtudes concurren al perfecto silencio.* —De aquí sacaré tambien que un silencio tan raro como este no se puede hallar sino en gente que tiene muy mortificado el amor de la honra y de la vida, y ha llegado á no temer con demasía la deshonra y la muerte, arrojando todas sus cosas en la divina Providencia, como arriba se dijo. Esto pretendió el Espíritu Santo cuando dice (*Eccli.* XXVIII, 29): Funde el oro y plata que tuvieres, y haz de ello un peso para tus palabras y frenos justos para tu boca, porque no deslices con tu lengua; que es decir: Recoge todas las virtudes morales con la caridad figuradas por el oro, y todas las virtudes intelectuales con la prudencia figuradas por la plata, porque todas son menester para saber bien hablar y bien callar, por cuanto todos los vicios se aunan para desconcertar la lengua; y así es menester que tambien se aunen las virtudes para concertarla: y por esto quien no ofende á Dios con la lengua (*Iacob.* III, 2), señal es que es perfecto varon.

MEDITACION XXXIII.

DE LA PRESENTACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTE HERODES, Y DE LOS DESPRECIOS QUE ALLÍ PADECIÓ.

PUNTO PRIMERO. —*Perseverando los sacerdotes y la multitud en acusar á Cristo, dijeron á Pilatos que alborotaba al pueblo enseñando su doc-*

trina por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta Jerusalen, de donde coligió Pilatos que Cristo era galileo y de la jurisdiccion de Herodes, que estaba entonces en Jerusalen, y remitióle el preso, para que él conociese de la causa. (*Luc.* XXIII, 5). Aquí se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor, de quien dice san Pedro (*Act.* X, 38) que pasó desde Galilea por toda Judea, haciendo bien á todos y sanando los oprimidos del demonio, es ahora calumniado de que alborotaba el pueblo con mala doctrina desde Galilea por toda Judea, para que se vea cuánto quiso ser humillado el que permitió que todas sus peregrinaciones y sermones, que se ordenaban para bien de aquella gente, fuesen calumniadas, diciendo que eran para su destruccion.-Lo segundo, se ha de ponderar el trabajo y la ignominia que Cristo nuestro Señor padeció en esta cuarta estacion, desde casa de Pilatos al palacio del rey Herodes, por medio de las calles y plazas de Jerusalen, con grande estruendo de gente, porque era ya mas entrado el dia, admirándome de la caridad y humildad del Hijo de Dios, que quiso ser traido por tantos tribunales, uno peor que otro, y venir al tribunal de un rey cruelísimo é injustísimo que tomó para sí la mujer de su propio hermano, y degolló al gran Bautista porque se lo reprendia. Lo cual trazó su providencia, para que padeciendo mas por nosotros, nos obligase mas á su servicio, y nos diese mas eficaces ejemplos de paciencia.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Herodes en viendo á Jesús holgóse mucho, porque habia gran tiempo que deseaba verle, y esperaba que haria en su presencia algun milagro. Hízole muchas preguntas, y á ninguna respondió. Pero los príncipes de los sacerdotes y escribas estaban allí acusándole pertinazmente.* Sobre este punto se ha de ponderar en Herodes el gozo que tuvo con la vista de Cristo, y la buena acogida que le hizo, no por caridad, sino por curiosidad de ver á un hombre de tanta fama, y esperar ver alguna novedad; pero todo redundó despues en mayor afrenta de Cristo nuestro Señor, el cual, sin embargo de esta acogida, no le quiso hablar ni responder palabra, ni hacer milagro en su presencia.-Lo primero, en detestacion de su maldad, tratándole como á descomulgado é indigno de ver sus maravillas; y por esto otra vez le llamó raposa (*Luc.* XXIII, 8), declarando la malicia astuta con que perseguia los principales sarmientos de la viña del Señor. (*Cant.* II, 15).-Lo segundo, en detestacion de la vana curiosidad, porque no habla Dios sus divinas palabras ni hace sus obras maravillosas por solo cebo del apetito curioso; y quien con este vano espíritu se llega á tratar con Dios en la oracion, hallarále

mudo y sordo para consigo, ni sentirá sus inspiraciones y hablas interiores, ni su mocion para cosas grandes.

2. Lo tercero, para descubrir las ganas que tenia de morir y padecer; porque quien hizo milagros para poder morir por los hombres privándose milagrosamente de la gloria del cuerpo, que se le debia por ser bienaventurado en el alma, no habia de hacer milagro para huir el padecer y la muerte; con lo cual confunde nuestra tibieza, que pedimos á Dios milagros para que nos libre de los trabajos por no padecer con ellos. Ó buen Jesús, que tantos milagros habeis hecho para remediar las necesidades ajenas, ¿por qué no haceis uno siquiera delante de Herodes para remediar la propia? Pues aunque su curiosidad lo desmerezca, vuestra necesidad clama; pero no quereis oir este clamor por oir el clamor de nuestras necesidades, cuyo remedio está en que murais por ellas.

3. Por esta misma causa, aunque los sacerdotes y escribas acusaban á Cristo con grande ahinco delante de Herodes, calló con otro silencio no menos admirable que el que tuvo delante de Pilatos, y aun en cierto modo mayor, porque á Pilatos ya habia hablado en el pretorio descubriéndole la verdad de lo que preguntaba; pero á Herodes ninguna palabra habló, ni en su defensa ni por otro respeto humano, aunque sabia que por este silencio incurria en su indignacion, enseñándonos con esto la libertad santa que debemos tener delante de reyes y príncipes, para no hablar ni hacer delante de ellos por solo respeto mundano lo que desean, aunque de no hacerlo se nos siga daño.

Punto tercero.— 1. *Viendo Herodes que Cristo no le hablaba, despreciólo, con su ejército; y burlando de él, vestido con una vestidura blanca, le remitió á Pilatos.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la sentencia de este inícuo rey contra Cristo, porque le tuvo por hombre sin juicio, y muy rústico y malcriado, juzgando que de simplicidad ó bobería callaba y habia deseado ser rey; y así no quiso condenarle á muerte sino afrentarle, y que por escarnio y mofa le vistiesen una ropa blanca como la solian traer los Césares, aunque seria rota y vieja para mayor escarnio. Y de este modo le remitió á Pilatos, como quien dice: Ahí te vuelvo ese loco y simple, que por simplicidad queria ser rey. Y todo el ejército queriendo vengar la injuria de su señor y lisonjearle, escarneció á Cristo nuestro Señor con mil géneros de injurias, llamándole simple, descomedido, tonto y loco, reyecillo, y otros nombres infames, y es de creer que tambien jugarian de manos contra él, instigándoles á ello Satanás. To-

do lo cual sufria este Señor con admirable paciencia, enseñándonos á despreciar las vanas honras del mundo, y á no hacer caso de los errados juicios de los hombres, que así trataron al mismo Dios. Ó Verbo divino, sabiduría del eterno Padre, gracias te doy por haberte humillado tanto, que quieras ser tenido de los hombres por simple y loco. Menester era tan grande humillacion para curar mi grande soberbia y presuncion. ¡Oh quién se viese vestido de esta tu librea, y fuese tenido por loco sin dar causa culpable para ello! porque no hay mayor cordura que gustar de ser despreciado en el mundo por tí, ni mayor locura que buscar ser honrado sin tí.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la grande afrenta que Cristo nuestro Señor padeció por aquellas calles de Jerusalen, continuando todos los que iban con él los escarnios que comenzó el ejército de Herodes, llamándole con grandes voces loco y rey fingido. Ó Rey del cielo, ¡cuán diferentes voces son estas de las que daban habrá cinco dias, cuando os llamaban rey de Israel y bendito del Señor! pero ahora es tiempo de padecer para que vengais presto á reinar. Cumplirse ha lo que está escrito (*Iob*, XII, 4): La simplicidad del justo es escarnecida, lámpara es despreciada por la soberbia de los ricos; pero su resplandor y claridad se descubrirá en el tiempo que está por venir. Ó Lámpara preciosísima que lucís y ardeis con doctrina y caridad, y echais rayos de mansedumbre y de paciencia, sufriendo tantos desprecios por nuestro amor, tiempo vendrá en que se descubra vuestra preciosidad, para confusion de los ricos y soberbios que os desprecian. Confundidlos, Señor, en esta vida con los ejemplos de vuestra humillacion, para que volviendo sobre sí, amen lo que despreciaban, y desprecien lo que antes amaban y estimaban.

3. Tambien se ha de ponderar cuán corrido pareceria Cristo nuestro Señor delante de Pilatos con aquel nuevo traje y librea, y como allí de nuevo fue tambien escarnecido de sus oficiales y criados, aumentándose siempre las injurias del humildísimo Jesús, para que no me canse yo de las que me vinieren por mis culpas, y avergonzándome de las ansias que tengo de ser tenido por sábio y cuerdo, y de lo mucho que siento si alguno me moteja de loco ó menos avisado. Para lo cual me acordaré de aquel dicho del Apóstol (I *Cor.* III, 18): Si alguno se tiene por sábio en este mundo, hágase como necio para ser verdaderamente sábio; porque la sabiduría del mundo es locura delante de Dios, así como la sabiduría de Dios parece locura al mundo.

4. Tambien ponderaré como aquella vestidura blanca que se dió á Cristo por escarnio, era figura de la blancura y pureza de su alma, y de la inocencia de su vida, la cual suele andar junta con desprecios y humillaciones; porque es gran cosa, como se dice en el libro de los Cantares (*Cant.* I, 4), ser puro y blanco en lo interior, y denegrido y despreciado en lo exterior; y así pediré á Nuestro Señor que me vista la vestidura blanca de su inocencia en el alma, y la vestidura de sus desprecios en el cuerpo, para que en todo le sea semejante. Ó Cordero sin mancilla, en cuya sangre, aunque bermeja, se lavan los Santos y blanquean sus vestiduras (*Apoc.* VII, 14), hacedme blanco como la nieve imitando vuestra pureza, y teñidme como sangre imitando vuestra pasion.

5. Últimamente, se ha de ponderar como Herodes y Pilatos, que antes era enemigos, desde entonces quedaron amigos, para significar que los príncipes de la tierra se aunan y conjuran contra Cristo para perseguirle (*Psalm.* II, 2); pero Cristo nuestro Señor con su muerte los confederó en verdadera amistad, y juntó á judíos y gentiles en union de caridad, figurada por esta amistad que trabaron entre sí Herodes y Pilatos. Por donde tambien se ve cuán poderoso es cualquier modo de humildad para concordar los corazones desavenidos; pues estando estos dos hombres enemistados por punto de jurisdiccion, cuando Pilatos se humilló á remitirle el preso que era de su jurisdiccion, quedaron amigos. Y todo fue á costa de la humillacion de Cristo, el cual con sus humillaciones compró la union de caridad que tienen los escogidos, fundada en profunda humildad. Finalmente, puedo ponderar el desastroso fin que tuvieron estos dos jueces que así despreciaron á Cristo nuestro Señor; porque aunque con su paciencia sufre y disimula sus injurias; pero como es justo juez, á su tiempo las castiga como merecen.

MEDITACION XXXIV.

DE COMO LOS JUDÍOS ESCOGIERON Á BARRABÁS Y CONDENARON Á CRISTO.

PUNTO PRIMERO.— 1. Deseando Pilatos librar á Cristo de la muerte (*Matth.* XXVII, 17; *Marc.* XV, 6; *Luc.* XXIII, 17; *Ioan.* XVIII, 39), viendo que Herodes tampoco le habia condenado, tomó un medio á su parecer conveniente, y puédese creer que fue por inspiracion de Dios. Habia costumbre, que el presidente en aquella Pascua nombrase dos presos ó mas al pueblo, dándole facultad

de escoger uno de los nombrados, y este quedase libre. Pilatos, aprovechándose de esta ocasion, nombró con Cristo nuestro Señor un solo preso, y ese el mas insigne malhechor que habia en la cárcel, llamado Barrabás, hombre revoltoso, ladron, homicida, y por esto aborrecido de todos, pareciéndole que el pueblo por no dar libertad á tan mal hombre escogeria á Cristo; y así les dijo: *¿A quién quereis que os suelte, conforme á vuestra costumbre, á Cristo ó á Barrabás?* En lo cual se ha de ponderar la humillacion de Cristo nuestro Señor; el cual con ser tan grande, tan santo, tan sábio y tan bienhechor de todos, entra en votos y en competencia con un hombre infame, ladron, revoltoso, homicida y público malhechor, siendo la competencia sobre cosa tan importante, como era la libertad, honra y vida. Acá se tiene por afrenta entrar en competencia ó hacer oposicion con un hombre vil y de partes muy desiguales, y Cristo nuestro Señor compite con el mas vil hombre del pueblo, para darnos ejemplo de humildad en todas las cosas. Ó buen Jesús, con cuánta razon podíades quejaros y decir lo que dijiste por vuestro profeta (*Isai.* XL, 25): ¿A quién me asemejásteis é igualásteis? á quién me comparásteis é hicísteis semejante? Pero segun veo, Señor, mayor injuria os espera, porque nuestra soberbia con mayor humillacion ha de ser curada.

2. *Estando el pueblo dudando á quién escogeria, los sacerdotes y ancianos comenzaron á sobornarle y persuadirle que pidiese á Barrabás.* En lo cual se ha de considerar la solicitud de estos malditos sacerdotes en sobornar al pueblo, porque es de creer que andarian repartidos por varias partes, hablando ya á unos ya á otros, diciéndoles mil males de Cristo, que era mas revoltoso y homicida que Barrabás, pues revolvia no solo una ciudad sino toda la provincia y reino, con peligro de que muriesen no uno ó dos hombres, sino toda la gente, si él no moria. Y que merecia la muerte mas que Barrabás, porque era muy mayor pecador, pues era blasfemo, encantador, enemigo de la ley de Moisés, etc. Todo esto entendia bien Cristo nuestro Señor, y le causaba grande sentimiento, viendo como aquellos falsos predicadores engañaban al simple pueblo, y le quitaban el verdadero sentimiento que tenia.

3. Tambien ponderaré con gran dolor de corazon, como Barrabás tiene tantos patrones y solicitadores, y agentes de su negocio. los cuales le abonan, favorecen y sobornan al pueblo, con ser su causa tan injusta; y no le faltaron amigos y deudos que juntamente con los sacerdotes hablaban por él. Pero Cristo nuestro Señor está tan

solo y desamparado, que no tiene solicitador, ni agente, ni persona que se atreva á informar al pueblo y hablar en su favor, con ser su causa tan justa, y estar el juez inclinado á favorecerle: no tiene amigo, ni discípulo, ni pariente, ni persona de las muchas á quien hizo grandes bienes, que ose hablar en su defensa. Ó amparador y abogado de los pobres, ¿cómo no hay quien os ampare, y abogue por vuestra causa? Quejaos, Señor, á vuestro eterno Padre, y decidle (*Psalm.* IX, 14): *Tibi derelictus est pauper.* Ó Padre mio, tú solo eres amparador de este pobre desamparado, y ayudador de este triste huérfano. Envia de tu alto cielo alguno que abogue por mí, y sea mi agente en causa tan grave. Mas vuestra infinita caridad, Salvador mio, quiere pasar por este desamparo, para librarme del que yo por mis pecados habia merecido.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Apretando Pilatos al pueblo para que escogiese uno de los dos nombrados, dijoles: ¿A quién quereis que os suelte, á Barrabás ó á Jesús, que se llama Cristo? Y luego todos con gran clamor, dijeron: No queremos sino á Barrabás.* Aquí se ha de ponderar;-lo primero, la extremada humildad y bajeza de Cristo nuestro Señor; pues en competencia de un hombre tan vil y abominable, perdió la cátedra, y fue reprobado y tenido por mas indigno de la libertad y de la vida, que Barrabás. Ó dulcísimo Jesús, ahora veo con cuánta verdad dijísteis: Gusano soy, y no hombre, oprobio de los hombres, y desecho del pueblo (*Psalm.* XXI, 7), porque todos os desechan, posponiéndoos al mas vil y desechado del pueblo. Ó soberbia mia, que presumes subir sobre todos los hombres, ¿por qué no te humillas con este ejemplo, y te abajas y pospones á todo? Confundid, Señor, y hundid esta soberbia, pues no es razon que desde hoy mas se atreva levantar cabeza en presencia de tanta humildad.

2. Lo segundo, ponderaré cuán errados son los juicios de los hombres, pues en causa tan clara dan sus votos contra la justicia y verdad, en agravio manifiesto de Cristo; y cuán poderosa es la pasion de la envidia y odio para cegar el entendimiento y despeñarle en intolerables errores, y cuán mudables son los hombres y cuán fáciles en dejarse engañar; pues los que pocos dias há con grandes voces clamaban que Cristo era Salvador y Rey de Israel, ahora con gran alarido dicen que es peor que Barrabás. De todo lo cual sacaré aviso para no hacer caso de los juicios de los hombres, ni guiarme por ellos, ahora me alaben, ahora me vituperen. Y consolarme con este ejemplo de Cristo mi Señor, cuando me viere desechado en las

pretensiones que tuviere, aunque sean justas, y acordándome que la pretension de la vida eterna solamente se negocia por voto del supremo Juez, que está libre de toda pasion y engaño. Gracias te doy, Dios eterno, porque no has puesto la libertad y vida de mi alma en votos de los hombres, ni quieres que mi salvacion esté pendiente de pareceres tan errados y apasionados como los suyos. Hazme, Señor, superior á ellos, para que despreciando sus vanos juicios, solamente tenga cuenta con el tuyo; pues de verdad no soy bueno ni malo por lo que dijeren los hombres de mí, sino por lo que soy delante de tí.

3. Lo tercero, ponderaré como todas las veces que ofendo á Dios, pasa dentro de mi corazon un juicio perverso, semejante á este de los judíos; porque la tentacion, que me instiga á pecar, no es otra cosa sino una pregunta que me hace, diciéndome: ¿A cuál quieres mas, á Cristo ó á Barrabás, á Dios ó á la criatura, al cielo ó á la tierra, á la honra de Dios ó á la tuya? Y cuando ando vacilando y dudando sobre lo que escogeré, llega el demonio y la carne á persuadirme con sugestiones y razones que deje á Cristo. Y finalmente, cuando consiento, es como abalanzarme y escoger á Barrabás, á la criatura y al deleite sensual, ó á la honra vana, con grande injuria de Dios, y con gran desprecio de Cristo y de su grandeza, y con grave desagradecimiento de las mercedes que me ha hecho; por lo cual me tengo de avergonzar, teniéndome por peor que los judíos; pues teniendo fe verdadera de quién es Dios y quién es Cristo, le desprecio y dejo por otra cosa mas vil que Barrabás. Ó Hijo unigénito del Padre celestial, que fuiste comparado á Barrabás, que quiere decir, hijo del padre no celestial, sino terreno, y en su competencia fuiste reprobado por los que eran hijos del demonio y cumplian los deseos de su padre (*Ioan.* VIII, 44), no permitas que yo haga tal traicion como esta dentro de mi alma, sino que siempre viva como hermano tuyo, hijo de tu eterno Padre, reprobando lo que tú repruebas, y aprobando lo que apruebas, estimándote á tí sobre todo lo criado, pues eres infinitamente mas amable que todo ello.

PUNTO TERCERO. —*Atónito Pilatos de que el pueblo hubiese escogido á Barrabás, díjoles: Pues ¿qué quereis que haga de Jesús, que se llama Cristo? Respondieron todos á voces: Crucifícale, crucifícale. Replicó Pilatos tercera vez, diciendo: ¿Qué mal ha hecho este hombre? Yo no hallo causa en él, por la cual merezca muerte; yo le castigaré, y castigado le soltaré. Pero el pueblo, levantando mas el grito, clamaba: Crucifícale, crucifícale.* Aquí se ha de ponderar; lo primero, la pa-

silanimidad de este juez, que conociendo la inocencia de Cristo nuestro Señor, no tuvo ánimo para librarle, antes pregunta al pueblo furioso, qué quiere que haga de él, haciéndoles jueces del que aborrecian, y le habian traido allí por envidia. Todo lo cual resultó en afrenta del Salvador.—Lo segundo, tambien se ha de ponderar lo mucho que Cristo nuestro Señor sentiria aquellas voces tan rabiosas y tan repetidas, crucifícale, crucifícale, viendo que no solo pedian que fuese muerto, sino muerto con tan cruel muerte, como era la de cruz. Ó Salvador del mundo, ¡en cuán grande aprieto te han puesto mis pecados! Ellos son los que dan voces y dicen crucifícale, crucifícale; porque siendo tú crucificado, quedarán ellos contigo crucificados (*Rom.* VI, 6) y muertos en la cruz. Mátalos, Señor, de modo que nunca mas vivan en mi alma, porque no salga de ella otro clamor semejante (*Hebr.* VI, 6), crucificándote otra vez dentro de mi corazon.

MEDITACION XXXV.

DE LOS AZOTES DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á LA COLUNA.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Viendo Pilatos la pertinacia del pueblo en pedir que Cristo fuese crucificado, dió contra él la primera sentencia, que fuese azotado, entregándole á los soldados, para que luego la ejecutasen.* (*Matth.* XXVII, 28; *Marc.* XV, 15; *Ioan.* XIX, 1). Sobre este punto se han de ponderar los motivos que tuvo Pilatos para dar esta sentencia, que fueron dos.—El uno, para ver si con esta pena de azotes ablandaria al pueblo, de modo que quedase satisfecho, y así pudiese librar á Cristo de la muerte; de donde se puede creer, que mandaria á los soldados le azotasen cruelmente, y le pusiesen tal, que moviese á compasion á los que le mirasen.

2. El segundo, porque si hubiese de ser crucificado, hubiesen precedido los azotes, segun la ley de los romanos, que lo ordenaba así (*D. Hier.* in Matth. t. 9), para que el crucificado no ofendiese con su vista á los que le miraban desnudo, antes les moviese á compasion, viéndole llagado. De donde algunos contemplan (*Gerson*, in Monot. *c.* 148, *rub.* 6), que Cristo nuestro Señor fue azotado dos veces. La primera, por el primer motivo; y la segunda, por el segundo cuando fue condenado á muerte de cruz. Pero como quiera que esto haya sido, la sentencia fue injustísima, cruelísima y afrentosísima, porque conocia bien el juez que Cristo era inocente, y sin embargo de esto le condenó á castigo de azotes, que era castigo in-

fame, propio de ladrones y de esclavos, y castigo cruel, derramando la sangre inocente con terribles dolores, y confirmando con la obra lo que el pueblo habia hecho en escoger á Barrabás y condenar á Cristo, pues lo trataba como merecia ser tratado Barrabás por sus hurtos y latrocinios.

3. Con ser tal la sentencia, Cristo nuestro Señor en su corazon la aceptó, sin apelar, ni suplicar, ni decir palabra de queja, ni dar muestra de sentimiento contra ella; antes de muy buena gana ofreció su cuerpo á los azotes en satisfaccion de nuestros pecados, para que con las llagas de todo su cuerpo, como dijo Isaías (*Isai.* LIII, 5), sanase las llagas de toda mi alma, y me provocase á servírle y á amarle; pues descubriéndome sus entrañas, rasgadas con azotes, me obligaba á que yo le diese las mias con todos mis afectos. Es de creer, que entonces Cristo nuestro Señor levantaria los ojos al cielo, y diria á su eterno Padre aquellas palabras de David (*Psalm.* XXXVII, 18): *Quoniam ego in flagella paratus sum.* Padre mio, aparejado estoy para los azotes, porque tú así lo has ordenado; mi cuerpo habia de ser inmortal é impasible, de modo que no pudiese tocarle mal de pena, ni el azote pudiese acercarse al tabernáculo en que mora mi alma; pero tu providencia ordenó que yo tuviese un cuerpo apto para padecer y ser azotado (*Hebr.* X, 5; *Psalm.* XXXIX, 7), y desde entonces estoy aparejado para ello, con deseo de pagar lo que no robé, por librar de la pena á los que robaron tu honra. Gracias te doy, ó dulcísimo Redentor, por haber aceptado sentencia tan cruel, tan infame y tan injusta. Vesme aquí, Señor, aparejado por tu amor para los azotes, con ánimo de aceptar la sentencia que dieres contra mí, porque ni será injusta, pues mis pecados la merecen, ni será infame ni cruel, pues es sentencia de padre que azota al hijo que ama, para que se enmiende.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Oida esta sentencia, tomaron los soldados á Cristo con grande orgullo, y entráronle dentro de una sala; y en entrando, le despojaron de sus vestiduras, hasta la túnica inconsútil.* En lo cual se ha de ponderar, la vergüenza grande que padeceria aquel hermosísimo mancebo y excelentísimo Señor, viéndose así desnudo delante de tanta muchedumbre de soldados, y los escárnios que harian de él viéndole tan vergonzoso; y esta afrenta quiso sufrir con gran paciencia, en castigo de la desvergüenza con que yo me desnudé la vestidura de su gracia, y en precio para comprar esta sagrada vestidura con que se cubra mi miserable desnudez. Ó amantísimo Señor, que me persuades compre de tí oro puro y encendi-

do (*Apoc.* III, 18) de caridad, y vestiduras blancas de virtud, con las cuales me libre de la eterna confusion que merecia por estar desnudo de ellas, yo te ofrezco por precio la desnudez y vergüenza que padeces, con un corazon determinado á desnudarme de todo lo terreno. Por ella te suplico me vistas con tu divina gracia, para que no caiga en la confusion eterna.

2. Tambien se puede considerar, que como algunos dicen (*Hieron.* in Epitaph. Paul. ad Eustochium, t. 1), los soldados ataron fuertemente á Cristo nuestro Señor á una coluna, los brazos levantados en alto para poderle herir mas á su placer, lo cual no seria pequeño tormento, porque le ataron por los piés y por las muñecas con grande crueldad; pero cuando no le atasen con sogas, estaba él mas atado con las cuerdas del amor, y aparejado para dejarse desollar con azotes por nuestro remedio. Ó Cordero sin mancilla (*Isai.* LIII, 7), que con admirable mansedumbre te dejas atar de estos crueles esquilmadores, no solo para quitarte la lana de tus sagradas vestiduras, sino para desollar tu delicado cuerpo con tijeras de crueles azotes, sufriendo este dolor sin balar, ni abrir tu boca, suplícote me ates contigo con cuerdas de caridad, tan fuertes, que no basten á desatarme los azotes y trabajos temporales. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Estando ya Cristo nuestro Señor desnudo en la coluna (*Vid. Salmer. t.* 10, *tract.* 29), comenzaron los sayones á azotarle con extraordinaria crueldad. Los instrumentos del castigo, como algunos dicen, fueron tres diferentes de que usaron diversos verdugos, hiriéndole unos despues de otros; es á saber, unas varas verdes llenas de espinas, y unos ramales tejidos de nervios de bueyes, con sus abrojos de hierro al remate de ellos, y unas cadenillas de hierro, que herian y penetraban hasta los huesos. Con estos azotes comenzaron á descargar terribles golpes sobre las espaldas del Salvador, las cuales con la furia de los golpes primero se encardenalaron, luego se desollaban del cuero delgado que tenian, despues penetrando los azotes la misma carne, vertian arroyos de sangre que caian en el suelo. Y con esta crueldad iban golpeando é hiriendo todo el cuerpo, sin perdonar brazos ni hombros y todo el pecho hasta descubrir los huesos. De suerte, que como todo el cuerpo místico de su pueblo, como dice Isaías (*c.* I, 5), estaba llagado de piés á cabeza, y del menor hasta el mayor, y con llagas de pecados, así el cuerpo de Cristo nuestro Señor desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza no tuvo parte sana, sino todo llagado como leproso, de la manera que le habia visto en espíritu el

mismo Isaías, cuando dijo (c. LIII, 2): *No tenia figura ni hermosura. Vímosle, y no habia en él cosa que se pudiese ver y desear. Estaba despreciado y el mas abatido de los hombres, varon de dolores y experimentado en trabajos. Traia su rostro escondido, y no hicimos caso de él. Verdaderamente tomó sobre sí nuestras enfermedades, y se cargó de nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por leproso, herido de Dios, y humillado; pero fue llagado por nuestras maldades y molido por nuestros delitos; el castigo causador de nuestra paz, descargó sobre él, y por sus llagas hemos sanado todos.*

2. ¡Oh quién tuviera luz del cielo para contemplar, Redentor mio, la figura tan desfigurada que tenias en esa coluna! oh quién tuviera caridad tan encendida, que bastara para transfigurarme en esta figura, por la fuerza de la compasion! ó el mas hermoso de los hijos de los hombres, ¿quién te ha quitado la figura tan hermosa que tenias? ó resplandor de la gloria del Padre, ¿quién ha oscurecido el resplandor de tu divino rostro? Ó Varon, sobre todos los varones deseado, y esperado de todas las gentes, ¿quién te ha convertido en varon de dolores, y hecho abominacion de todas ellas? ó salud de los leprosos, ¿quién te ha puesto como leproso? Ó Padre eterno, ¿por qué consientes que sea tu Hijo tratado como ladron, y tenido por hombre herido y castigado del mismo Dios? Si mis pecados son la causa, mas justo es que yo sea castigado por ellos. Yo soy el que pequé, este Cordero ningun mal ha hecho; convierte tu mano contra mí, descarguen los azotes sobre mis espaldas, para que pague la pena quien cometió la culpa. (II *Reg.* XXIV, 17). ¡Oh inmensa caridad del Padre, que así quiere castigar al Hijo, por reconciliar consigo al esclavo! oh infinita caridad del Hijo, que así quiere ser castigado por reconciliar al esclavo con su Padre! Gracias te doy, Padre eterno, por esta tu inmensa caridad; y gracias te doy, Hijo unigénito encarnado, por este tu infinito amor.

3. Para ponderar mas la crueldad de este castigo, puedo poner los ojos en cuatro cosas que concurrieron en él.—La primera, de parte del cuerpo de Cristo nuestro Señor, que era tierno y delicado y muy sensible; y por otra parte estaba muy quebrantado con el sudor de sangre que precedió, y con el trabajo de la noche y de aquel dia; y como las heridas entraban muy adentro penetrando las entrañas, causaban excesivo dolor, y por esto en el salmo donde dijo (*Psalm.* CXXVIII, 3): Sobre mis espaldas fabricaron los pecadores, dice otra letra, araron; porque como el arado penetra la tierra y la suica toda, así los azotes araron su sacratísima carne, y la sul-

caron, penetrando lo interior de ella. Ó tierra virginal, pura y blanda, poca necesidad tenias de ser arada, si la compasion que tenias de la dureza de mi corazon no te moviera á ello. Penétrale, Dios mio, con el arado de la compasion, para que sienta en mi carne los dolores que penetraron la tuya.

4. La segunda causa fue, de parte de los sayones, que eran crueles de su condicion, y el presidente les habia mandado que con crueldad le azotasen por las causas dichas. Y el demonio les atizaba á ello para mover á Cristo nuestro Señor á impaciencia; y los príncipes de los sacerdotes y los judíos les pondrian fuego: y como se remudaban á menudo, los que de nuevo comenzaban, heríanle con nueva crueldad, especialmente que viendo á Cristo tan sufrido y que no se quejaba, quizá á porfía le herian por sacarle algun grito ó quejido.—La tercera fue, de parte de la muchedumbre de los azotes, y de los que le herian. Muchos dicen (*Fuisse* 5466 *insinuat S. Gertrudis, lib. 4 divin. insinuat. cap.* 35; *Coster*, Medit. 14 de Passione) que fueron mas de cinco mil, y de la crueldad de sus enemigos se puede presumir, porque no se guardaba con Cristo la ley de dar cuarenta golpes menos uno, como dijo de sí san Pablo (II *Cor.* XI, 24), sino muchos números de cuarenta, haciendo la penitencia que nuestros pecados merecian.—Y esta es la cuarta causa por parte de nuestros pecados, que eran innumerables y gravísimos; y así los azotes con que se pagaban, habian de ser como innumerables y cruelísimos.

5. Con estas consideraciones tengo de ponderar la invencible paciencia de Cristo nuestro Señor, el cual estaba como mudo, sin dar muestras exteriores de queja ó de turbacion ó enfado, sufriendo como una yunque los golpes, ofreciéndolos al Padre eterno en satisfaccion de nuestros pecados, con un amor tan grande, que por muchos que fueron los azotes, tenia deseo y voluntad de recibir muchos mas y mas crueles, si fuera necesario, para nuestro remedio; y así nunca dijo basta, hasta que la rabia de sus enemigos quedó harta, y la justicia de Dios satisfecha. De donde sacaré grande aborrecimiento de mis pecados, que fueron la causa de este castigo, y un gran deseo de castigarlos yo mismo con penitencias y disciplinas.

6. Y finalmente, poniéndome á los piés de este Señor, junto á la coluna, mirando su soledad y como no hay hombre que de él se duela y compadezca, y como por todas partes se va desangrando y enflaqueciendo; unas veces con el espíritu besaré la tierra, bañada con la sangre de mi Señor y Criador; otras veces tomaré

aquellos azotes, teñidos con su preciosa sangre, y ponerlos he sobre mi corazon, suplicándole que sane las llagas de mis aficiones desordenadas, y me llague con su divino amor. Otras veces abrazaré aquella santa coluna, y la saludaré con reverencia, diciendo: ¡Oh dichosa coluna, en la cual fue atado y azotado el que es coluna del mundo, y fortaleza de todo lo criado! oh coluna soberana, labrada y esmaltada con la sangre del Hijo de Dios, derramada para hacer á los hombres fuertes colunas en el templo de Dios vivo! (*Apoc.* III, 12). ¡Oh quién estuviera atado contigo para ser bañado con esta sangre, y quedar hecho coluna en el servicio del que tanto padeció por mi remedio! Ó colunas del cielo, ¿qué haceis? ¿cómo no temblais de espanto, viendo azotado á vuestro Dios en esa coluna? Ó Coluna firmísima, en quien estriba todo el mundo, compadécete de tí mismo, vístete de tu fortaleza, ó brazo del Señor; porque te has desangrado y enflaquecido, y estás á punto de desfallecer. Y pues todo esto padeces por mis culpas, fortaléceme con tu gracia, para que yo las castigue y me enmiende de ellas. Amen.

7. Últimamente, ponderaré como acabada esta justicia tan injusta y desapiadada, los soldados desataron á Cristo nuestro Señor; el cual como quedó molido con los golpes, y enflaquecido por la mucha sangre que habia vertido por las llagas, es de creer que caeria en tierra: y como se vió desnudo, y las vestiduras estarian algo apartadas, iria por ellas medio arrastrando, bañándose en su propia sangre, que estaba al rededor de la coluna; y como mejor pudo se las vistió, porque los verdugos, parte por crueldad, parte por desden, no le querian ayudar á vestir. Todo esto puedo piamente contemplar, compadeciéndome del desamparo y flaqueza de este Señor. Ó Rey del cielo, que ayudais á todas las criaturas en sus obras, porque sin Vos no pueden hacer cosa alguna, ¿cómo no teneis quien os ayude en esta necesidad? Ó vestiduras sagradas, que sanásteis el flujo de sangre de la mujer que tocó en vuestro ruedo, y dábais salud á cuantos enfermos os tocaban, sanad las llagas de mi Salvador, y detened la corriente de su sangre, para que pueda padecer hasta dar fin á nuestra redencion. ¡Oh quién se hallara presente para servirle, aunque fuera menester dar mi sangre por aliviarla! Recibid, Dios mio, esta buena voluntad que me habeis dado, y confortadla para que os sirva en todo lo que pudiere, con deseo de hacer mucho mas de lo que puede.

MEDITACION XXXVI.

DE LA CORONACION DE ESPINAS, Y DE LOS DEMÁS ESCARNIOS QUE LUEGO SUCEDIERON.

Punto primero. — 1. Los soldados que habian azotado á Cristo nuestro Señor (*Matth.* xxvii, 27), instigados del demonio, inventaron para afligirle nuevos géneros de tormentos, por una parte dolorosísimos, y por otra afrentosísimos; y para que fuese la afrenta mayor, convocaron á toda la cohorte, que eran los soldados de la guarda, para que asistiesen á este espectáculo, y á la burla ó farsa que pretendian hacer de Cristo, á costa de su honra y descanso, los cuales fueron todos de buena gana por entretenerse. Sobre lo cual tengo de ponderar lo primero, la insaciable gana que Cristo nuestro Señor tenia de padecer por nuestro amor, porque de esta nació querer que se inventasen contra él nuevos modos de injurias y tormentos, no contentándose con los ordinarios, para descubrir el amor que nos tenia, y la gravedad de nuestros pecados; porque como los hombres, arrastrados del amor propio, inventan nuevos modos de ofender á Dios para su regalo y honra, así Cristo nuestro Señor, llevado de su amor divino, quiso que se inventasen nuevos modos de castigos contra tales pecados, y nuevos modos de derramar sangre para satisfacer por ellos, como el que inventó en el huerto. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por la excelencia de esta caridad con que nos amaste. ¡Oh cuán bien te cuadra el nombre de justo (*Isai.* iii, 10), pues tantos modos inventas para ganar la justicia con que nos has de justificar. Doyte el parabien de estas invenciones de amor, y con el Profeta quiero decirte á tí, que eres justo por excelencia, que está bien, y que comerás el fruto de tus invenciones, ganando innumerables almas por medio de ellas.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la maldad de estos sayones, instigados de Satanás, en convocar gente para que se junten á burlar de Cristo, y se hallen á sus desprecios, compadeciéndome de la humillacion de este Señor, que llegó á ser risa de los hombres, abominando de los que solicitan á otros para ofender á Cristo, y hacer escarnio de sus cosas. Pero yo, Salvador mio, deseo hallarme con el espíritu en este tu espectáculo, no como los soldados para escarne-

certe, sino para meditar tus obras, y ejercitarme en la consideracion de tus invenciones (*Psalm.* LXXVI, 13), para compadecerme de tus trabajos, y sacar esfuerzos para llevar los mios. Con este espíritu tengo de considerar los trabajos que nuestro Señor padeció despues de los azotes de la misma sala, los cuales se pueden reducir á seis, que sucedieron uno en pos de otro.

PUNTO SEGUNDO. — 1. La primera injuria de Cristo nuestro Señor fue desnudarle sus sagradas vestiduras; y créese, que como el fin de esto era, que todo el pueblo despues viese llagado su cuerpo, le desnudarian hasta la misma túnica inconsútil, dejándole desnudo del todo; con lo cual padeció gran dolor y afrenta: dolor, porque las vestiduras ya se habrian pegado á la carne con la sangre fresca que tenia cuando se las vistió; y es de creer se las desnudarian con crueldad, y sin tiento alguno. La afrenta fue grande en verse desnudo delante de todo aquel ejército de soldados, como se ponderó en la meditacion pasada.

2. Tras esta injuria sucedió la segunda, que fue vestirle una vestidura que llaman clámide, que era una ropa larga de grana ó púrpura, que solia ser vestidura de los reyes; pero á Cristo nuestro Señor se la pusieron por escarnio, para motejarle de rey falso y fingido. De suerte que lo que tenia el mundo por honra, convirtió en deshonra de Cristo, para hacer de él una farsa y representacion de rey. Ó Esposo de las almas, blanco y colorado, escogido entre millares (*Cant.* V, 10), muy amigo sois de estos colores, no por honra sino por desprecio, pues en casa de Herodes fuísteis vestido de blanco, y en casa de Pilatos de colorado, mereciéndonos con estos desprecios lo blanco de la inocencia, y lo colorado de la caridad. Ayudadme, Señor, para que me precie de esta vuestra librea y de esta púrpura ignominiosa, teniendo por afrenta lo que el mundo tiene por vana honra, y tomando por verdadera honra lo que él tiene por afrenta.

3. Tambien puedo ponderar, como esta vestidura larga de púrpura significaba nuestros sangrientos pecados, los cuales cargaron sobre Cristo nuestro Señor, y le pesaban y afrentaban mas que la ignominia de la púrpura, y en particular representaba las obras que tienen apariencia de buenas y generosas; pero en los ojos de Dios son malas y abominables, por la intencion mundana y terrena con que se hacen, y así en lugar de honrar á Cristo con ellas, le despreciamos y escarnecemos. Ó Dios de mi alma, no permitas que te ponga tal vestidura, ni que la escoja para mí. Si púrpura tengo de

escoger, sea la púrpura encendida de la caridad, con la cual cubra la fealdad y muchedumbre de mis pecados, y sea agradable á tus divinos ojos. Amen.

Punto tercero. — 1. La tercera injuria fue, ponerle una corona, no de oro, ni de plata, ni de rosas ó flores, sino tejida de agudas espinas, la cual cubria toda su cabeza; y como se la pusieron encima con grande furia, las espinas traspasaron su sagrado celebro y sienes, vertiendo abundancia de sangre por las heridas. Sobre este punto tengo de ponderar lo primero, la ignominia y el dolor de esta coronacion, porque de ambas cosas fue instrumento esta corona. Pusiéronla por escarnio en lugar de las coronas que se ponen á los reyes, y á los que triunfan de sus enemigos, y á los que tenian por dioses, para denotar que en estas tres cosas merecia ser escarnecido, porque era reyecillo y Dios fingido, y su triunfo del domingo pasado habia sido vano. Pero inventaron, que fuese tal la corona, que le atormentase cruelmente; porque como las espinas eran muchas y muy agudas, rompian la cabeza, y sacaban la sangre que los azotes habian dejado en aquella mas noble parte del cuerpo, y corriendo hilo á hilo por el rostro y por los ojos los afeaba y enturbiaba, atormentando el sagrado celebro y la frente con gravísimo dolor.

2. Levántate, pues, ó alma mia, en espíritu, y como una de las hijas de Sion (*Cant.* III, 11), sal á contemplar á este verdadero rey Salomon, con esta cruel corona que le ha puesto su madre ó madrastra la Sinagoga, ataviándole con ella para los desposorios que en este dia ha de celebrar en el tálamo de la cruz. Ó Rey eterno (*Psalm.* VIII, 6), que coronásteis al hombre con corona de gloria y honra, poniendo debajo de sus piés todas las cosas como rey y señor de ellas, ¡cómo estais coronado por mano de los hombres con corona de ignominia y de tormento! ¡Oh ingratitud y crueldad inhumana de los hombres contra Dios! oh bondad y mansedumbre inefable de Dios para con los hombres! Él los corona de gloria, y ellos á él de ignominia: él con la grandeza de sus misericordias, y ellos con la fiereza de sus crueldades. Pues ¿cómo, alma mia, no punzan tu corazon estas espinas? ¿Cómo no sacan agua copiosa de tu cabeza y fuentes de lágrimas de tus ojos, viendo espinado al Rey del cielo por ganarte la corona de su reino eterno? Ó verdadero Salomon, que os coronais de espinas para celebrar vuestro desposorio con las almas, coronad la mia con ellas, para que merezca tener parte en vuestras bodas. Ó sagrada corona de Jesús, aunque eres espantable al mundo, yo te adoro y reverencio como á corona de

Dios. Ó sagradas espinas, ¡ quién fuera punzado con vuestras puntas, para que vuestras llagas fueran medicina de las mias!

3. Luego ponderaré la gravedad de mis pecados, especialmente los de soberbia y sensualidad, que fueron causa de esta terrible coronacion, y ellos fueron las espinas que punzaron y atormentaron á este Señor, mucho mas que esotras. Porque yo me coroné de rosas y flores (*Sap.* II, 8), buscando mis regalos, es coronado mi Salvador con corona de espinas. Porque yo busco corona de soberbia (*Isai.* XXVIII, 1), pretendiendo vanas honras, quiere mi Señor tomar para sí corona de humillacion con grandes afrentas. Toma, pues, alma mia, todos tus pecados, que son las espinas que punzan á tu Redentor, y punza tu corazon con espinas de penitencia y aflicciones por haberlos cometido. Y pues tu cabeza; que es Cristo, está coronada de espinas, avergüénzate de que tú, que eres miembro de su cuerpo, vivas coronada de flores, gastando la vida en deleites y vanidades.

4. Lo tercero, ponderaré el misterio de esta corona de Cristo nuestro Señor, fija en su cabeza; la cual, aunque se puso por desprecio y tormento, significaba que Cristo era Rey eterno, y que su reino era durable y su corona firme, no como la de los reyes de la tierra, que se quita y se pone fácilmente. Además, que era vencedor y triunfador perpétuo contra los demonios y el infierno, y contra el mundo y la carne, aunque á costa de su sangre derramada con aquella corona, con la cual ganaba para los escogidos innumerables coronas de las victorias que habian de alcanzar en esta vida, y despues las coronas de la gloria.-Y por consiguiente nos enseña, que con corona de espinas se gana la corona del cielo, y que vale mas en esta vida abrazar la corona de trabajos que punzan, que la corona de regalos y deleites que recrean; porque si en esta vida (*Psalm.* XXXI, 4), como los mundanos, me corono de rosas, buscando las vanidades y deleites, despues seré rodeado y enclavado con las espinas de mis pecados y remordimientos, sin que sea posible arrancarlas. Gracias te doy, Rey soberano, vencedor glorioso y triunfador perpétuo, por el modo que escogiste para ganar la corona y triunfo de tu gloria. Desde aquí me ofrezco á seguirte, y escojo para mí ser coronado de espinas en esta vida, con esperanza de que me has de coronar de gloria en la otra.

PUNTO CUARTO. — 1. Puesta la corona de espinas, pusiéronle tambien en su mano derecha en lugar de cetro una caña por escarnio, significando por esto, que su reino era reino hueco y sin sustancia,

y que era rey de palillos, y movedizo como caña, y falto de juicio y seso en llamarse rey, y en desprecio de las palmas y ramos de árboles que llevaba la gente que solemnizó su triunfo en Jerusalen pocos dias habia. Sobre este punto, ponderaré la injuria grave de Cristo nuestro Señor, y la estima que hace el mundo de su reino, y de su doctrina, y de la perfeccion que predicaba, teniéndolo todo por cosa vana y hueca, y con cuán grande humildad aceptó el Señor esta injuria. No resistió á tomar la caña, no la echó luego de sí; antes la tomó con su benditísima mano, y la apretó muy bien, como á insignia de su desprecio, porque amaba los desprecios, enseñándome á mí, que tambien los acepte y abrace con amor. Ó caña venerable, ó cetro divino de mi Señor, de cuya mano recibes virtud para dar vida á cualquiera que tocares, mucho mejor que el cetro de oro del rey Asuero. (*Esther*, IV, 11). Tócame, Rey mio, con esta tu real vara, imprimiendo en mi corazon estima grande de tus desprecios, porque este tocamiento será para mí señal de clemencia, y prendas de vida eterna.—De aquí tambien sacaré, cuán errados son los juicios de los hombres, los cuales para sí toman cetro de oro macizo, en señal de la excelencia y estabilidad de su reino, siendo de verdad como caña mudable, y que de presto se pasa, y tan frágil, que como dijo Isaías (*Isai.* XXXVI, 6), no se puede con seguridad estribar en él. Y al contrario, tienen por cosa vana, como dijo el profeta Malaquías (*Malach.* III, 14), servir á Dios, y guardar sus preceptos. De donde aprenderé á estimar en poco juicios tan errados, procurando no seguirlos.

2. Luego añadian otra injuria, hincando la rodilla delante de Cristo nuestro Señor, adorándole por escarnio, y diciéndole (*Marc.* XV, 18): *Dios te salve, Rey de los judíos.* Y aunque la salutacion era honorífica, pero como se decia por escarnio, atormentaba los oidos de este excelentísimo Señor, que en el cielo estaba oyendo alabanzas de Ángeles, y siempre se recrea en oir nuestras oraciones. Ó Rey soberano, ¡cuán diferentemente eres adorado de los Ángeles en el cielo, y de los hombres en la tierra! Los Ángeles te adoran como á su Dios y Rey verdadero; pero los hombres con adoracion fingida te escarnecen como á Dios falso y á Rey fingido. Yo, Señor, te adoro y te saludo, con las veras que puedo, de todo mi corazon: *Ave, Rex iudaeorum.* Dios te salve, Rey de los judíos y de los gentiles, Dios te salve, Rey de los Ángeles y de los hombres, Dios te salve, Rey del cielo y de la tierra. Sálvame, Señor, y admíteme en tu reino, para que siempre goce de tí. Amen.

3. Tambien puedo ponderar, como dos veces fue Cristo nuestro Señor saludado en su pasion, una con fingimiento secreto de hipocresía, cuando le dijo Judas: *Ave, Rabbi.* Dios te salve, Maestro. Otra con fingimiento público, por via de escarnio, cuando le dijeron estos soldados: Dios te salve, Rey de los judíos. En que se denotan dos suertes de pecadores que ofenden á Dios: unos hipócritas, que fingen amarle y reverenciarle, pero no le aman ni reverencian; otros públicos y escandalosos, que hacen burla de las cosas sagradas y divinas, y por todos padece Cristo para dar salud á todos. Y tambien tuvo misterio decir el Evangelista (*Matth.* XXVII, 29), que le adoraban, *flexo genu*, hincada la rodilla, y no ambas rodillas, para significar que los mundanos no se dan todos á Dios, sino parte dan á Dios, y parte al mundo, y con una rodilla adoran su honra, regalo y hacienda, y con otra adoran á Dios. Pero esta adoracion aprovéchales poco, porque Dios no quiere ser servido con corazon dividido, sino entero.

PUNTO QUINTO. — 1. Con la injuria de palabra juntaba cada soldado alguna injuria de obra dolorosa y afrentosa. Unos le tomaban la caña, y con ella herian la cabeza de este Señor, atormentándola, y enclavando mas las espinas por ella. Otros le daban bofetadas en el rostro, y otros le escupian en la cara, afeándosela con sus asquerosas salivas. Estas tres cosas refieren los Evangelistas, y puédese creer que otros le darian golpes y puñadas en el cuerpo, y otros le darian repelones, mesándole las barbas, para que padeciese por los gentiles en casa de Pilatos lo que habia padecido por los judíos en casa de Caifás. Solamente los gentiles no le vendaron el rostro, porque le trataban como á rey, aunque de farsa; y porque como estaba tan desfigurado no representaba ya aquella majestad, que ponia respeto y empacho de herirle al descubierto. Ó Salvador del mundo, ¡cuán repetidas son vuestras injurias, y cuán repetidas son vuestros duros tormentos! Bastara, Señor, ser una vez abofeteado, escupido y golpeado por nuestros pecados; pero vuestra caridad quiere pasar estos tormentos dos veces por mano de judíos y de gentiles, para que padeciendo de todos, pague por todos. Todos, Señor, os bendigan y glorifiquen por esta vuestra caridad; y pues por todos padeceis, alcancen todos el fruto de vuestra pasion. Amen.

2. En cada una de estas injurias se puede ponderar lo que se ponderó en la meditacion XXXI, especialmente la invencible paciencia y humildad de Cristo nuestro Señor en sufrirlas, con haber sido innumerables, porque eran muchos los soldados que le injuriaban,

y repetirian muchas veces las injurias por su entretenimiento, saboreándose en injuriar al que se saboreaba en ser injuriado, por dar vida á los mismos que le injuriaban.

3. Últimamente, consideraré cuán cansado y afligido quedó Cristo nuestro Señor de este juego y tormento; cuán desflaquecida su cabeza, por la mucha sangre que vertia con las espinas; cuán afeado su rostro con las manchas de sangre y con la muchedumbre de las salivas, y cuán acardenalado con los golpes de las bofetadas, ponderando como no hubo quién se compadeciese de él en este trabajo, ni quién hablase por él, ni quién reprimiese la furia de aquella gente feroz, hasta que ellos mismos se cansaron de atormentarle; pero no se cansó el espíritu de nuestro buen Jesús de ser atormentado, antes se aparejó para los nuevos tormentos que le estaban esperando. Y así es razon que yo no me canse de ponerme á sus piés, llorando sus trabajos y mis pecados, que fueron causa de ellos; y adorándole con verdadera adoracion, le pediré mercedes como á verdadero rey, y no otras, sino que me haga participante de sus desprecios y dolores, con la humildad, paciencia y caridad que tuvo en ellas.

MEDITACION XXXVII.

DEL ECCE HOMO, Y DEL ÚLTIMO EXÁMEN QUE HIZO PILATOS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Punto primero. — 1. Entrando Pilatos en el lugar donde estaba Cristo nuestro Señor, y viéndole tan maltratado y desfigurado, pareciéle que con solo mostrarle al pueblo aplacaria su furor; y así mandó á los soldados que le llevasen á un lugar alto, donde podia ser visto de todos; y adelantándose un poco, dijo á todo el pueblo: *Veis aquí os le saco á fuera, para que entendais que no hallo en él culpa merecedora de muerte; y á esta sazon salió Jesús á vista de todo el pueblo, vestido con la púrpura y coronado con las espinas.* (*Joan.* XIX, 4). Donde ponderaré la vergüenza que padeceria el Señor viéndose delante de tanta gente, en aquel traje tan abatido, y la humildad con que se presentó á ser visto de todos en aquella tan horrenda figura. Ó Redentor mio, ¡cuán diferente figura es esta de la que teníades en el monte Tabor, llena de resplandor y majestad! Aquella descubrísteis no mas que á tres de vuestros discípulos en un monte alto; pero esta descubrís en otro lugar alto á todo el pueblo, para que todos vean vuestras ignominias, y crezcan con ser vistas. Dad-

me, Señor, ojos de viva fe con que yo las mire, porque para mí no será menos amable esta figura lastimosa, que la otra muy gloriosa.

2. Estando, pues, Cristo nuestro Señor á vista de todo el pueblo, díjoles Pilatos: *Ecce Homo*, veis aquí al hombre. Estas palabras tengo de considerar primero, como dichas de Pilatos por su propio espíritu, y despues como dichas del divino Espíritu y del Padre eterno por boca de Pilatos, ponderando tambien el modo como tengo yo de oirlas y decirlas.—Lo primero, en cuanto fueron dichas de Pilatos, quieren decir, mirad á este hombre que se llama Rey, Mesías é Hijo de Dios, y veréisle tan castigado y desfigurado, que apenas parece hombre, pero de verdad es hombre; y pues es hombre como vosotros, compadeceos de vuestra humana naturaleza, y contentaos con los castigos que ha recibido este miserable hombre. Pero tú, alma mia, mira á este hombre segun todo lo exterior que se puede ver en él, para compadecerte de su dolorosa figura. Mira á este hombre llagado con azotes, afeado con salivas, acardenalado con bofetadas; mira á este hombre vestido con vestidura de escarnio y coronado con corona de dolor y desprecio. Mírale bien, y hallarás ser verdad lo que dijo de sí (*Psalm.* XXI, 7): *Gusano soy* y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo; y el que solia ser mas hermoso que todos los hijos de los hombres (*Psalm.* XLIV, 3), es el mas feo de todos, en quien no hay cosa que pueda ser vista. Ó Hijo del hombre, Dios y hombre verdadero, harta humillacion fue abajarte á tomar forma de hombre, pues ¿por qué te humillas tanto en esa forma, que vengas á ser tenido por gusano y no hombre, y por afrenta del linaje de los hombres? La soberbia con que yo pretendí ser mas que hombre, igualándome con Dios, es causa de que tú, Dios mio, te hayas humillado á parecer menos que hombre, porque tan abominable soberbia pedia medicina de tan admirable humildad. ¡Oh si mi hombre exterior fuese del todo semejante al tuyo, gustando con verdadera humildad de ser pisado como gusano, y tenido por menos que hombre y desecho de los hombres!

3. Lo segundo, ponderaré estas palabras en cuanto fueron dichas del divino Espíritu, por boca de Pilatos: *Ecce Homo;* mirad á este hombre, que aunque parece solo hombre, es mas que hombre, porque es Hijo de Dios vivo, Mesías prometido en la ley, cabeza de los hombres y de los Ángeles, redentor del linaje humano, y único remediador de todas sus miserias, cuya caridad fue tan grande, que ha tomado esta figura tan dolorosa por solo amor de los hombres,

para pagar las deudas de sus pecados y librarlos de las penas eternas que merecian por ellos; por lo cual merece que todos le dén millones de gracias, y le confiesen por hombre y Dios verdadero, alabándole, adorándole y sirviéndole por todos los siglos. Amen.-Estas y otras grandezas tengo de ponderar en este hombre; y considerando que se me dice á mí esta palabra, prorumpiré en afectos de admiracion, amor y confianza, diciendo: Qué, ¿es posible que hombre tan divino esté tan abatido? ¿Qué no podré esperar de quien tanto amor me ha mostrado? ¿Cómo no me deshago en amar á quien tanto por mí ha hecho? Ó Hombre mas que hombre, honra del linaje de los hombres, yo te adoro y glorifico como á hombre y Dios eterno, y te suplico me tomes por tu esclavo, herrando mi rostro con esta lastimosa figura que tiene el tuyo.

4. Lo tercero, ponderaré estas palabras, como dichas por el Padre eterno: *Ecce Homo;* mirad este hombre que yo envié al mundo, para que fuese maestro de los hombres y dechado de toda perfeccion y santidad; y para dar ejemplo de ella, ha tomado esta horrenda figura. Mirad sus virtudes interiores en medio de tales ocasiones exteriores; su humildad en tantos desprecios; su pobreza de espíritu en tanta desnudez; su mansedumbre en tan graves injurias; su paciencia en tan terribles dolores; su modestia entre tantos blasfemadores; su obediencia entre tantos perseguidores, y su caridad en medio de tantos que le aborrecen; y pues por vuestro ejemplo ha tomado esta figura, miradla y estampadla en vuestras almas.

5. Ó Padre eterno, ¿es por ventura este hombre aquel de quien dijísteis en su bautismo y transfiguracion, este es mi Hijo muy amado en quien bien me he agradado, á él oid? Si este es el mismo que entonces, ¿dónde está la figura de paloma que declare su inocencia? dónde la nube resplandeciente que manifieste su divinidad? dónde Moisés y Elías que le abonen y autoricen con su presencia? De todo le veo desamparado, pero sus virtudes le acompañan; estas predican su inocencia, descubren su divinidad, y autorizan su persona; y pues me mandais que le mire y que le imite, ayudad mi flaqueza, para que pueda conformarme con la imágen de este hombre celestial, borrando de mí la imágen del hombre terreno. De esta manera tengo de ir mirando á Cristo nuestro Señor en lo interior y en lo exterior, ponderando como en lo exterior parece menos que hombre, y en lo interior es mas que hombre. En lo exterior está feo con terribles llagas; en lo interior hermoso con admirables virtudes, sacando deseos de imitar cada una de ellas.

6. Últimamente, volviéndome al eterno Padre para alcanzar todo esto que deseo, le diré: *Ecce Homo.* Ó Padre soberano, mirad á este hombre llagado y desfigurado por mis pecados. Vos me mandais que le mire, para compadecerme de él; yo os suplico que le mireis, para compadeceros de mí. Quereis que le mire para que le imite, miradle, Señor, para darme por su respeto fuerzas para imitarle. Ó Padre soberano, á quien todos los hombres hemos injuriado con graves pecados, mirad á este hombre atormentado con graves dolores para satisfacer por nuestras ofensas, y aplacad vuestra ira, dándonos perdon de ellas. Ó Padre de misericordias: *Ecce Homo,* mirad á este hombre, que tiene dentro de su corazon todos los hombres, y ofrece su vida por todos ellos, no me mireis á mí á solas, sino miradme junto con este hombre, y lo que por mí no merezco, dádmelo por lo que él merece. (*Psalm.* LXXXIII, 10). *Protector noster, aspice Deus, et respice in faciem Christi tui.* Ó Dios, protector mio, mirad, mirad el rostro de vuestro Cristo, porque no es posible desampareis á los que él tiene escondidos en lo secreto de su rostro, afligido con tal figura. Mirad, Dios mio, á este espejo, y en él veréis vuestro divino rostro, porque es imágen vuestra, y por él mirad á nosotros, y veréis que somos imágen suya; y por el amor que teneis á vuestra imágen, perdonad, reformad y santificad á todos los que somos criados á su imágen, y redimidos con la sangre que derrama en esta dolorosa figura.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *A estas palabras que dijo Pilatos, respondieron todos con grandes voces, y los pontífices y los ministros: Crucifícale, crucifícale.* En lo cual se ha de considerar la crueldad endemoniada de estos pontífices y sacerdotes, y de este pueblo inducido por ellos, los cuales no solo no se compadecieron de este Señor tan llagado y afligido; pero con increible odio con la vista de sus trabajos, creció la sed de añadir otros mayores, diciendo: Crucificale, crucificale; como quien dice: Buen principio has dado en azotarle, acaba lo que has comenzado en crucificarle, pues los azotes preceden á la crucifixion. ¡Oh qué sentimiento tan grande causarian estos clamores en los oidos del Salvador, viendo la pertinacia de aquel pueblo en pedir su muerte con mas crueldad que los gentiles, pues estos se daban ya por satisfechos, y ellos deseaban añadirle nuevos tormentos! Acordábase de los bienes que habia hecho á esta nacion, y viendo el mal pago que le daban, lastimábase por el castigo y desamparo que merecian. Ó alma mia, ¡cómo no revientas de dolor, viendo tan aborrecido al que merecia ser sumamente amado! ¡có-

me tu rostro no se baña en lágrimas, viendo el rostro de tu Señor bañado en sangre, y á sus enemigos sedientos por derramarla toda! Ama con entrañable amor al que tanto te ama, en recompensa del odio tan injusto con que es aborrecido, y procura ser mas ferviente en amarle, que sus enemigos fueron en aborrecerle.

2. *Enfadado Pilatos de la protervia de los pontífices y ministros, díjoles: Tomad vosotros á ese hombre, y crucificadle, porque yo no hallo en él causa bastante para esto. Respondieron ellos: Nosotros ley tenemos, y segun nuestra ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.* En estas palabras acusaron á Cristo nuestro Señor de blasfemo, teniendo por blasfemia que dijese de sí ser Hijo de Dios, no por adopcion, sino por naturaleza; y así, que segun la ley debia ser castigado con pena de muerte. En lo cual se ve la ceguedad abominable de esta gente, que tenia por blasfemia la misma verdad de Dios, aprobada por su Escritura que decia, que el Mesías era Hijo de Dios, y confirmada con tantos milagros como Cristo hizo, para dar testimonio de ella. Por donde consta que ellos eran blasfemos en decir que esta era blasfemia, y por consiguiente dignísimos del castigo de la ley; pero la verdadera blasfemia es perdonada y la falsa castigada, porque el Hijo de Dios quiso humillarse á ser castigado como blasfemo, para merecer el perdon de las verdaderas blasfemias. Ó Rey soberano, verdad es muy grande, que segun la ley habeis de morir, no porque os habeis hecho Hijo de Dios, sino porque siendo Hijo de Dios os habeis hecho hombre, y con vuestra muerte habeis de engendrar muchos hijos adoptivos para Dios. Por ella os suplico me hagais hijo vuestro, y como tal muera al pecado, al mundo y á la carne, y deje de vivir para mí, por vivir para Vos. Amen.

3. De lo dicho sacaré tambien, cuán propio es de los malos é imperfectos preciarse de la ley y no cumplirla, si no es conforme á lo que es su gusto y honra. Y para esto se aprovechan de la ley, queriendo disimular y encubrir con ella su dañada pretension (*Rom.* II, 13); pero yo abominando esta perversa y obstinada costumbre, procuraré preciarme de la ley y del entero cumplimiento de ella, porque de otra manera la ley será mi condenacion, manifestando mi desobediencia.

PUNTO TERCERO. — 1. *Oyendo esto Pilatos, temió mucho; y entrando en el pretorio, dijo á Jesús: ¿De dónde eres? Jesús no le respondió palabra alguna, y díjole Pilatos: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para crucificarte y para salvarte? Respondióle Jesús: No tuvieras potestad alguna contra mí, si no te fuera dada de arriba.* En

lo cual se ha de considerar la causa del temor de Pilatos, cuando oyó que Cristo nuestro Señor se hacia Hijo de Dios; porque las grandes virtudes que resplandecian en Cristo hacian muy creible que era así como él decia, y temia mucho de condenarle, por no incurrir en la divina indignacion. ¡Oh cuán admirable era la mansedumbre y paciencia, que bastó sin otros singulares milagros, para que un juez gentil, siendo tan malo, tuviese por creible que un hombre tan afligido y maltratado podia ser Hijo de Dios vivo! Dame, ó buen Jesús, que imite estas virtudes, para que seas glorificado en mí por ellas.

2. Tambien se ha de considerar la soberbia que luego salteó á este mal juez, indignándose de que Cristo no le respondia, por parecerle que era contra su autoridad. Además, su presuncion y gravedad tan hinchada, y la jactancia de sus palabras para hacerse estimar. Todo lo cual es propio de los mundanos, y ha de estar muy léjos de mí si quiero ser del bando de Cristo. Sobre todo se ha de considerar la prudencía admirable de Cristo nuestro Redentor en callar y en hablar. Calló en este caso, cuando el hablar no era mas que para su defensa; pero habló cuando era necesario, para volver por la honra de Dios, y corregir al soberbio que presumia de su potestad; y entonces hablaba con tanta libertad como si no estuviera en tanta miseria, y lo que le dice es: No te jactes del poder que tienes, que no es tuyo sino del cielo, dado por mi Padre celestial, sin cuya licencia y permision nada pudieras contra mí. En lo cual resplandece grandemente la bondad del eterno Padre, que dió potestad sobre su Hijo á un tan mal juez para bien nuestro. Ó Juez soberano, á quien el Padre eterno dió potestad de juzgar vivos y muertos; gracias te doy por haberte sujetado á un juez tan soberbio, que presume de su poder, y por otra parte tan cobarde, que no se atreve á usar de él. Líbrame, Señor, de estos extremos tan viciosos, para que ni la soberbia me desvanezca, ni la pusilanimidad me oprima.

Punto cuarto. — 1. *Por esta respuesta de Cristo nuestro Señor deseó mas Pilatos librarle; mas los pontífices apretáronle con amenazas, diciendo: Si sueltas á este, no eres amigo del César;* como quien dice: Si le sueltas, acusarémoste delante del César, porque soltaste á su enemigo, y al que se hacia rey en perjuicio de su imperio. Y amedrentado con esto Pilatos, *sacó segunda vez á Cristo nuestro Señor á fuera, y díjoles: Ecce Rex vester, mirad á vuestro Rey.* Estas palabras se pueden considerar como dichas de Pilatos por su propio espíritu.

y como dichas por el Espíritu divino que le movió á decirlas. – Pilatos las dijo por via de escarnio, como si dijera: Veis aquí á este miserable, de quien decís que se hace rey vuestro, miradle que ni es rey ni puede pretenderlo; no es sino rey de farsa y de representacion, como lo declara esta corona, cetro y púrpura que trae; compadeceos de él, y no creais que este puede contradecir á César en hacerse rey. Ó Rey del cielo, ¡cuán abatido estais entre los hombres en figura de rey fingido, pagando con esta humillacion la soberbia y ambicion con que ellos desean reinar! Un rey de Israel (III *Reg.* XXII, 30), entrando en la batalla, se desnudó las vestiduras reales, por huir con este disfraz de la muerte que sus enemigos pretendian dar á él solo, sin hacer caso de los demás. Pero Vos, Dios mio, verdadero Rey de Israel, tomais insignias y apellido de rey, por entregaros á la muerte, para que muriendo Vos queden todos libres de ella. ¡Oh bendito sea tal Rey, que así ama á sus vasallos, que quiere morir porque vivan ellos! Muera yo, Señor, mil muertes, porque Vos vivais en mí, y yo viva para Vos.

2. Estas mismas palabras dijo el Espíritu divino por boca de Pilatos á los judíos, para avisarles de lo que tenian presente y tanto habian deseado: *Ecce Rex vester*. Veis aquí al Rey que habeis estado esperando tantos años; al Rey y Mesías prometido por los Profetas para vuestro remedio; al Rey que sucede en la casa de David con vara de equidad, cuyo reino ha de ser eterno; al Rey ungido por Dios para libraros de la servidumbre del demonio; aquí os le represento, mirad si le conoceis y le quereis recibir por vuestro rey.

3. Con el mismo espíritu tengo de imaginar que estas palabras se dicen á mí y á todos los fieles: *Ecce Rex vester*. Veis aquí á vuestro Rey santo y sábio, manso y humilde, liberal, dadivoso, y tan amoroso, que por vuestro amor está con figura tan lastimosa, maltratado y atormentado. Veis aquí al Rey constituido por el eterno Padre sobre la Iglesia militante y triunfante (*Psalm.* II, 6), Rey del cielo y de la tierra, Rey de la gloria y Rey eterno, cuyo reino no tendrá fin. Mira, ó alma mia, si le quieres recibir por Rey y darle el debido vasallaje. Mira si te desdeñas de tener Rey tan ultrajado en lo exterior. Mira si quieres vestirte de su librea, y andar siempre en su compañía, pues para tí vino este Rey. De muy buena gana, Rey mio, os recibo y adoro por mi Rey; y cuanto os miro mas abatido, tanto de mí sois mas estimado. Vestidme de vuestra librea, que muy grande honra es del vasallo andar vestido como su rey.

Punto quinto. — 1. *Los pontífices respondieron á esto: Tolle, tolle, crucifige eum: quitale, quitale de ahí, crucificale. Dijo Pilatos: ¿A vuestro Rey tengo de crucificar? Respondieron ellos: No tenemos otro rey sino á César.* Aquí se ha de considerar lo primero, la rabia increible de esta gente, quien ni aun ver á Cristo querian, y por eso dijeron, quítale de ahí; que fue decir: No le vean mas nuestros ojos, crucificale, para que de una vez se acabe. Pusieron por obra lo que de ellos refiere la Sabiduría (*Sap.* II, 12): Acechemos al justo, porque es inútil para nosotros, y contrario á nuestras obras. Danos en rostro con los pecados que hacemos contra la ley, y publícalos á todos. Dice que tiene ciencia de Dios, y se llama su Hijo: *Gravis est nobis etiam ad videndum*: pesado es á nosotros aun el mirarle, porque su vida es muy desemejante á la de los otros, y sus caminos muy diferentes. Ó Justo de los justos, justísimo Salvador nuestro, utilísimo y provechosísimo para nosotros, porque sin tí todos quedaríamos inútiles y perdidos para siempre, pesada es tu vista para los malos, pero muy apacible para los buenos. Los pecadores rebeldes no querrán verte, pero los justos desean siempre contemplarte. Nunca se me quite de delante tu divino rostro, aunque sea en esta triste figura que por mí tomaste; porque verte así, me alienta á imitar tus trabajos, para despues verte y gozarte en los eternos descansos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de considerar la maldad y ceguedad de esta gente en dejar al Rey verdadero que Dios les habia dado para su bien, y aceptar por rey al tirano que les quitaba las haciendas y la libertad, que ellos tanto estimaban; y al que antes aborrecian, ahora le reciben en odio de Cristo y por no recibir á Cristo; y en castigo de esta maldad permitió Dios nuestro Señor que perdiesen al verdadero Rey y Mesías, y que el rey terreno que ellos escogieron se volviese contra ellos, y los asolase y destruyese.

3. Todo esto he de aplicar á mí mismo, considerando cuántas veces dejo al Rey del cielo por el de la tierra, y por puntos de honra vana y perecedera, viviendo como si no hubiese ni tuviese otro rey mas que á César. Con lo cual hago grande injuria á Dios nuestro Señor, á semejanza de este pertinaz y perverso pueblo hebreo. Ó Rey soberano, de todo corazon me pesa por las veces que os he dejado y ofendido. Cuando era del mundo, decia con los mundanos: No tengo otro rey sino á César; pero de hoy mas, Señor, digo, cuanto es de mi parte, que no quiero otro rey sino á Cristo. Vos sois mi César y mi Rey, á quien deseo obedecer y servir de todo corazon.

Y si obedeciere á los reyes de la tierra, será porque así lo quereis, y en las cosas solas que mandais; porque en lo demás, que fuere contra vuestra santa ley, no reconozco otro rey que á Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XXXVIII.

DE LA CONDENACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á MUERTE DE CRUZ.

Punto primero. — 1. *Habiéndose sentado Pilatos en su tribunal, para sentenciar la causa de Cristo, envióle su mujer un recado que decia: No te metas en la causa de este Justo, porque muchas cosas he padecido hoy con visiones por él.* (*Matth.* XXVII, 19). Aquí se ha de considerar, como estas visiones, que padeció en sueños la mujer de Pilatos, pudieron proceder del demonio, y del buen ángel, segun lo contemplan diferentes Santos; y de ambas maneras puedo sacar provecho para mí. — Lo primero, puedo considerar que el demonio, viendo la extraña mansedumbre de Cristo nuestro Señor, y su invencible paciencia en tantas injurias y dolores, comenzó á sospechar que era el Mesías, Hijo de Dios, y el que habia de destruir su reino; y así amedrentó con sueños á la mujer de Pilatos, para que ella procurase estorbar su muerte, pareciéndole que por medio de la mujer persuadiria al marido lo que queria. En lo cual es digno de gran consideracion la invencible fuerza de la heróica virtud, pues pone admiracion á los mismos demonios; los cuales, como dice Santiago apóstol (*Jacob.* II, 19), creen y tiemblan; creen, forzados de los indicios, y tiemblan de la majestad y santidad que creen. ¡Oh si todos los hombres mirasen estas virtudes del Salvador, para que creyesen en él y le respetasen! pero no contentos con solo esto, como los demonios, tambien le imitasen y sirviesen.

2. Puedo tambien considerar, que el buen ángel con su inspiracion habló en sueños á esta mujer, y la dijo: Que si su marido condenaba á Cristo, él seria condenado, y padeceria terribles trabajos, y el pueblo hebreo seria asolado. Y á este talle le representaria algunas cosas espantosas, para que persuadiese á su marido le soltase; por lo cual ella le tuvo por justo, y así dió testimonio de ello, diciendo al marido: *Nihil tibi, et Justo illi.* No te entremetas con este Justo. ¡Oh Justo y justificador de los hombres, cuya justicia es muy conocida y atestiguada, y con todo eso no es admitida ni aprobada! Justificadme con vuestra justicia y dadme parte en ella, por-

con la leña de la cruz en que ha de ser sacrificado? ¿Salís por ventura como otro Abrahan con su hijo Isaac (*Genes.* XXII, 6), llevando en vuestras manos el fuego y el cuchillo con que se ha de hacer el sacrificio? Ó fuego de amor, que ardes tanto en el corazon del Padre, que le haces desenvainar el cuchillo de su justicia sobre el Hijo, para que sea sacrificado y muerto por dar vida al pecador; abrásame, Señor, con este fuego, para que ame á quien tanto me ama. Hiéreme con ese cuchillo, de modo que muera en mí todo lo que te desagrada. Pero ¿qué será la causa, Dios mio? ¿Por qué no salís con vuestro Hijo, como Abrahan, de noche, y con solos dos criados, y no á mediodia con grande estruendo de gente que se halle al sacrificio? Ó fuego de amor, que ardes y luces, y quieres que tus obras resplandezcan y abrasen como el sol de mediodia; descúbreme la grandeza de esta caridad del Padre, y la profundidad de la humildad y obediencia del Hijo, para que me precie de sus desprecios, y los abrace con amor á vista de todo el mundo.

2. Lo segundo, se ha de considerar la grande afliccion y dolor que sentiria el cuerpo flaco de Cristo nuestro Señor con carga tan pesada. ¡Qué de veces tropezaria y arrodillaria con el peso, por estar el cuerpo muy debilitado con los tormentos pasados! ¡Cómo sudaria de congoja, oprimido con la carga de aquel madero! ¡Cómo iria regando las calles con la sangre que corria de las llagas, oprimidas y exprimidas con aquella viga de lagar que caia encima de ella! ¡Oh sangre de Dios vivo, sangre de infinito valor, mezclada con el lodo de las calles y hollada de viles hombres! Ó Ángeles del cielo, ¿cómo no venís á recoger esta preciosa sangre? ¿y cómo no ayudais á este Señor tan desangrado, para que pueda llevar tan pesada carga? Ó dulce Jesús, ¡quién pudiera llevarla sobre sus hombros, para que recibieran algun alivio los tuyos! Mas ya veo, Señor, que son menester hombros de Dios para llevarla; sobre ellos ha de cargar tu principado (*Isai.* IX, 6), que comienza por la cruz y la llave de la casa de David (*Isai.* XXII, 22), para con ella abrirnos la puerta del cielo, que hasta aquí ha estado cerrada.

3. Lo tercero, tengo de ponderar cuánto mas sentia Cristo nuestro Señor la carga de nuestros pecados, que la carga de la cruz; porque si David decia (*Psalm.* XXXVII, 5), que los suyos eran para él carga pesada, cuánto mas pesada seria la carga de los pecados de todos los hombres pasados, presentes y por venir; la cual cargó toda sobre este Señor, de quien dice Isaías (*Isai.* LIII, 6): *Todos nosotros erramos como ovejas, cada uno se fué por su camino, y el Se-*

ñor puso sobre él la maldad de todos nosotros. Mis pecados, ó dulce Jesús, son los que cargan sobre tus hombros. Yo soy la oveja que erré, y tú eres llevado como oveja al matadero del monte Calvario, para ser sacrificado por mis yerros. ¡Oh quién nunca los hubiera cometido, por no darte tanto trabajo! Pero ya que la culpa es mia, razon es que lleve parte de la pena, y que cargue sobre mí la cruz que tengo merecida. Yo, Señor, me ofrezco á llevarla, como tú llevaste la tuya.

PUNTO TERCERO. — 1. *Caminando Jesús con su cruz á cuestas, asieron de un hombre llamado Simon Cirinense, que venia de una granja, y le forzaron á que llevase la cruz detrás de Jesús.* (*Luc.* XXIII, 26). Sobre este paso se ha de considerar la grande fatiga que llevaba Cristo nuestro Señor en este camino, de lo cual tomarian sus enemigos ocasion para baldonarle por la flaqueza que mostraba, diciendo por otra parte que era Hijo de Dios, y que en tres dias podia levantar la máquina del templo. Todo lo cual sufria el Señor con admirable paciencia, hasta que los príncipes de los sacerdotes, temiendo no se les muriese en el camino, le quitaron la cruz, no por aliviarle, sino por la gana que tenian de crucificarle en ella. De donde sacaré consuelo en mis trabajos, y en la cruz que me cupiere en suerte, aunque sea muy pesada, confiando en la misericordia de Jesucristo nuestro Señor, que proveerá quien me ayude á llevarla; acordándome de lo que dice san Pablo (II *Cor.* I, 8): *Lassati sumus supra modum, et supra virtutem:* hemos sido cargados de tribulaciones sobre todo modo, y sobre nuestra virtud y fortaleza; de manera, que teníamos enfado de la vida, y tuvimos ya respuesta de muerte; pero de todo nos libró Dios, y nos librará en adelante.

2. Tambien ponderaré como Cristo Señor nuestro, aunque pudiera llevar su cruz solo hasta el Calvario, esforzando para ello su carne milagrosamente, no quiso usar de este poder, sino que la cruz se diese á otro que la llevase tras él, para significar que la cruz se habia de comunicar con sus fieles, que á imitacion suya habian de llevarla, cumpliendo lo que habia dicho: Si alguno quiere venir en pos de mí (*Luc.* IX, 23), niéguese á sí mismo, tome su cruz cada dia, y sígame. Ó buen Jesús, si Vos vais delante, y llevais primero la cruz tan pesada, que os hace arrodillar, ¿qué mucho os siga yo, llevando la mia con las fuerzas que me dais para llevarla? Cruz es, Señor, la que llevo, vuestra y mia; vuestra, porque Vos la llevásteis primero, y por vuestra órden viene, y por vuestra causa se lleva; pero es mia, porque está cortada á la medida de mis fuerzas, y es

para mi provecho; porque nunca me diérais vuestra cruz, si no fuera por darme juntamente los gloriosos frutos que proceden de ella.

3. Lo tercero, consideraré como ninguno se halló que quisiese llevar la cruz de Cristo, ni ayudarle en este trabajo; porque los judíos tenian por género de maldicion y de irregularidad tocar la cruz, por cuanto segun la ley era maldito quien moria en ella. (*Galat.* III, 13). Los soldados gentiles teníanlo por afrenta: y entre los discípulos y amigos de Cristo, ninguno se atrevió á ello, porque el miedo los tenia acobardados; y así hubieron de forzar á un pasajero y extranjero que la llevase. En lo cual se representaban varias suertes de personas que huyen de la cruz de Cristo: unos, porque no creen la virtud que Dios ha puesto en ella, como los infieles; otros, porque la tienen por afrenta y contraria á su honra, como los soberbios y ambiciosos; otros, por temor del trabajo que hay en llevarla contra su sensualidad, como los regalados y carnales. ¡Oh quién diera fuentes de lágrimas á mis ojos para llorar, como san Pablo (*Philip.* III, 18), los muchos que andan por el mundo, enemigos de la cruz de Cristo, cuyo Dios es el vientre y la gloria vana para su propia confusion! Ó Rey de gloria, no permitas que yo sea enemigo de tu cruz, porque no sea enemigo tuyo. No quiero tener por Dios al vientre, ni á la gloria mundana, sino á Cristo crucificado; su cruz será mi regalo y mi gloria; y siendo amigo de la cruz, lo seré tambien del que murió en ella.

4. Lo cuarto, ponderaré como todos tenemos horror natural á la cruz, y no hay quien la lleve, si no es en alguna manera forzado, como Simon Cirinense (*D. Bern.* 34 in Cant. *et infra Medit.* LIII), pero en diferente manera; porque unos la llevan con impaciencia y sin mérito, otros con paciencia y mérito, haciendo de necesidad virtud, como este Cirinense; pero á otros mas suavemente fuerza el mismo Dios con la eficacia de su inspiracion y de su gracia, por la cual vencen su repugnancia y la inclinacion de la carne, y con voluntad pronta del espíritu aceptan llevar la cruz; y como san Pablo, se glorian y gozan de llevarla en todo tiempo y lugar. Ó dulce Salvador, que á ninguno quieres forzar á que lleve tu cruz contra su voluntad; y por esto dijiste (*Luc.* IX, 23): Si alguno quisiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame; pues mi carne repugna y contradice á llevarla, prevéngame tu gracia, para que con ella yo la fuerce, y tome de grado tu cruz, siguiéndote á tí, pues tan de grado la llevaste por mí.

PUNTO CUARTO. — 1. Luego consideraré las circunstancias de este

hombre que llevó la cruz de Cristo nuestro Señor, sacando de ellas el espíritu que tienen, pues no sucedieron acaso. – Lo primero, llamóse Simon, que quiere decir obediente, para significar que la virtud de la obediencia se señala en vencer la repugnancia de la voluntad propia, y en aceptar la cruz que Dios nos diere, de cualquier modo que nos la diere; y los obedientes son los que alivian á Cristo y á sus vicarios; los demás antes le son carga, haciendo, como dice san Pablo (*Hebr.* XIII, 17), que lleven la suya gimiendo. Ó Jesús dulcísimo, que tomaste la cruz por obediencia, y te humillaste á tí mismo, haciéndote obediente hasta morir en ella. Pues amas tanto á los obedientes, que no quisiste dar tu cruz sino al que tenia nombre de obediente, dame esta soberana virtud, con la cual me sujete á tu ordenacion, haciendo y padeciendo lo que de ella procediere, aunque sea para mí cruz muy pesada.

2. Lo segundo, era extranjero, y venia de una granja caminando á Jerusalen, para significar que los que se han de encontrar con Cristo nuestro Señor, y ser dignos de tomar su cruz, han de resolverse á vivir como peregrinos, y dejar el mundo y sus costumbres agrestes y profanas, enderezando sus pasos y obras á la celestial Jerusalen; y si de esta manera deseo vivir, cuando mas descuidado estuviere, encontraré con Cristo, y me hará digno de que padezca con él y por él. ¡Oh dichoso encuentro con Cristo cargado de su cruz! ¡Oh si fuese tan dichoso, que me saliese al camino de esta manera, y pusiese sobre mis hombros la cruz que llevó sobre los suyos! Simon se llamaba tambien el apóstol, á quien saliendo de Roma salió Cristo al encuentro, diciéndole, que volvia á Roma á ser otra vez crucificado. Vamos, ó Salvador mio, juntos, y juntos llevemos la cruz; pero no sea yo como Simon Cirinense, que la llevó, y no murió en ella, sino como Simon Pedro, que fue crucificado con Vos, siendo Vos crucificado en él.

3. Finalmente, como el trabajo de Simon Cirinense duró poco, y hasta hoy dura la memoria de él y de sus hijos en la Iglesia, como de personas señaladas en virtud, y por esta causa san Marcos las nombró todas; así los que llevan la cruz de Cristo nuestro Señor, aunque comienzan por fuerza, prosiguiendo con la paciencia de grado, su trabajo durará poco, y su gloria será mucha; porque quien lleva la cruz con Cristo nuestro Señor, reinará con él para siempre en su gloria.

PUNTO QUINTO. — 1. *Seguia á Jesús gran muchedumbre del pueblo y de mujeres llorando y lamentando; y volviéndose á ellas las dijo: Hi-*

jas de Jerusalen, no querais llorar sobre mí, sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos, porque vendrá dia en que se dirá: Bienaventurados los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Y á los montes se dirá: Caed sobre nosotros. Y á los collados: Cogednos debajo, porque si en el madero verde se hace esto, ¿qué se hará en el seco? (*Luc.* XXIII, 28). Sobre este paso tengo de considerar lo primero, los diversos fines de estos que seguian á Cristo nuestro Señor, porque unos le seguian para crucificarle, como los soldados y verdugos; otros para escarnecer de él, y regocijarse en verle morir, como los sacerdotes y escribas; otros por curiosidad de ver este espectáculo tan nuevo; y otros por algun conocimiento y amistad que tenian con Cristo, llorando de compasion natural los trabajos que padecia; pero ninguno de estos le seguia para ayudarle á llevar la cruz, ni con deseo de morir con él, al modo que habia dicho (*Luc.* IX, 23): *Si alguno quisiere venir en pos de mí, tome su cruz, y sígame.* Ó buen Jesús, dame gracia que te siga, no como esta turba del pueblo, sino como tú quieres ser seguido, abrazando tu cruz para morir contigo en ella.

2. Lo segundo, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, en medio de tanto tropel de gente y de tanta ignominia, conservó su divina autoridad; y volviéndose á las mujeres que le seguian y lloraban, las enseñó el modo como habian de llorar con mas perfeccion, diciéndolas: *No querais llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras.* En las cuales palabras no prohibe el llorar su pasion, pues es justo que la lloren todos, sino el modo, llorándola solamente como miseria humana, y con olvido de la causa por que padece, que son nuestros pecados; como quien dice: No lloreis tanto por mí y por lo que padezco, cuanto por vosotros y por vuestros pecados, y por los pecados de vuestros hijos, que son causa de mi pasion. Ó Maestro soberano, que en medio de tantos trabajos no te olvidas de tu oficio, enséñame á llorar sobre tí, y sobre mí y sobre mis prójimos: sobre tí, llorando lo mucho que padeces por mi causa; sobre mí, llorando lo mucho que pequé contra tí; sobre mis prójimos, llorando sus pecados, al modo que tú muchas veces lloraste por ellos.

3. Lo tercero, ponderaré la infinita caridad de este Señor, que como olvidándose de sus trabajos, quiere que lloremos los nuestros y los de nuestros prójimos, especialmente los castigos de aquellos que no se aprovechan de su pasion y muerte, para alcanzar perdon de sus pecados. Y para eso nos dice aquella temerosa sentencia: *Si en el madero verde se hace esto, ¿qué será en el seco?* Que fue decir: Si á

mí, que soy árbol verde y fructuoso, me castiga tan terriblemente la divina Justicia por los pecados ajenos, ¿cómo castigará á los pecadores, que son maderos secos y desaprovechados, por sus pecados propios? Si yo inocente he sido azotado, abofeteado, espinado y escarnecido, y ahora voy con esta cruz á ser enclavado y aheleado, ¿qué será de los culpados? ¿Qué azotes? qué espinas? qué bofetadas? qué desprecios? qué hiel y tormentos vendrán por ellos cuando sean juzgados? Ó alma mia, ¿cómo no tiemblas del espantoso castigo que te espera, si eres árbol seco? Si no te mueve á llorar tus pecados ver lo mucho que tu Dios padece por ellos, muévate siquiera ver lo mucho que tú padecerás, si no te aprovechas de lo que él padeció! Si no despiertas con las voces amorosas de misericordia que da la sangre de Cristo, vertida con tanto amor, despierta con los clamores de justicia que da contra los rebeldes esa misma sangre derramada con tanto dolor. Ó Padre eterno, apláquese vuestra ira con lo que padece vuestro Hijo inocente. Satisfágase vuestra justicia con los frutos que produce este árbol de vida; y aunque yo, como árbol seco, merezca ser cortado para el fuego del infierno; mas por sus merecimientos os suplico me engirais en él de nuevo, para que lleve frutos dignos de vida eterna. Amen.

Punto sexto. — 1. Lo sexto, se ha de considerar como, segun piamente se cree, la Vírgen santísima, oida la nueva triste de la condenacion de su Hijo á muerte, salió con san Juan y con la Magdalena y otras devotas mujeres en su busca, siguiéndole con excesivo dolor por el rastro de la sangre. Y al tiempo que Cristo nuestro Señor volvió el rostro á las hijas de Jerusalen, levantó sus ojos para ver á su Madre, y la Madre levantó los suyos para ver al Hijo; y encontrándose los ojos de los dos, se penetraron los corazones, y cada uno quedó traspasado de dolor con la vista del otro. ¡Oh qué cuchillo de dos filos tan agudo penetró el alma de la Vírgen, cuando vió á su amado Hijo con aquella corona de espinas, que su madrastra la Sinagoga le habia puesto; y cuando vió su divino rostro tan desfigurado, su cuerpo tan acorvado con la carga de aquel pesado madero, en medio de dos ladrones, y rodeado de innumerables sayones, que por todas partes le atormentaban! Si las hijas de Jerusalen así lloraban y sentian las penas de Cristo nuestro Señor, no teniéndole mas que por santo, ¿cómo las lloraria y sentiria la que le tenia por su Hijo y por su Dios?

2. Alzó luego los ojos del ánima al eterno Padre, y vióle en espíritu (*Genes.* XXII, 6), que estaba allí con el cuchillo y con el fuego

para el sacrificio de su Hijo, y con grandes gemidos de corazon diria (*Prov.* XXX, 16): Ó fuego del amor divino, que nunca dices basta, dí esta vez basta, pues basta lo que mi Hijo ha padecido, para que el mundo quede remediado. Ó cuchillo de la divina Justicia, entra en tu vaina, pues basta la sangre que has derramado, por paga de las injurias que te han hecho. Ó Padre eterno, cese el rigor de vuestra justicia contra vuestro Hijo y mio; pues basta lo que ha pagado para que quede satisfecha, ó convertid tambien el cuchillo contra mí, para que yo muera juntamente con él por los pecadores, porque vivir sin él, es para mí muerte, y morir con él, será vida; pero no se haga mi voluntad sino la vuestra.

3. Ó Padre de misericordias, pues por vuestra ordenacion Abrahan fué á ofrecer el sacrificio de su hijo Isaac, sin que su madre lo supiese; ¿por qué quereis que vuestro Hijo sea sacrificado, sabiéndolo su Madre, y asistiendo ella al sacrificio? Nuevo tormento es este del Hijo y de la Madre; pues ¿por qué quereis que crezcan los tormentos del uno con la presencia del otro? Mas ya sé, Señor, vuestra costumbre en atormentar mucho á los que mucho amais, para que crezcan mucho en vuestro amor, ó descubran el que os tienen, estimando en mas vuestra voluntad que la suya, y ofreciéndose á morir, por dar vida á los que aman. Ó Vírgen sacratísima, pues tanto amais á los pecadores, que os ofreceis con vuestro Hijo á morir por ellos, mostrad conmigo el amor que me teneis, en darme á sentir los dolores que sentísteis viendo á vuestro Hijo tan lastimado, para que me ofrezca á morir con él á todo lo terreno, crucificando mi carne por su amor. Amen.

4. Últimamente consideraré, *como caminando Cristo nuestro Señor en la forma dicha, salió por las puertas de la ciudad, y llegó al monte Calvario.* En lo cual se ha de ponderar lo que Cristo nuestro Señor sentiria cuando salió de la ciudad de Jerusalen con aquellas insignias de pecador, acordándose como aquella desdichada ciudad le echaba fuera de sí, y por ello seria destruida y asolada, y su pasion seria de provecho para los demás que no tuviesen parte con pertinacia en las traiciones y maldades de ella. Ó buen Jesús, que salís fuera de la ciudad (*Hebr.* XIII, 11), para que vuestra carne, figurada por la de los antiguos cabrones, sea ofrecida en holocausto por mis pecados. Ayudadme á salir de la perversa ciudad de este mundo, y de la compañía estragada de los mundanos, llevando sobre mis hombros vuestros desprecios, preciándome de ellos, y abrazando con amor vuestros tormentos.

MEDITACION XL.

DE LO SUCEDIDO EN EL MONTE CALVARIO ANTES DE LA CRUCIFIXION.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar las causas por que Cristo nuestro Señor quiso ser crucificado en el monte Calvario, al mediodia, y en tiempo de tanta solemnidad, pues todo esto tiene misterio, atento que no acaso, sino por su eleccion y voluntad escogió ser crucificado, y el modo, tiempo y lugar, con las demás circunstancias del sacrificio. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 46, *art.* 10 *ad* 2). —La principal causa fue, para que su crucifixion y muerte por todas partes fuese para él mas penosa, y para nosotros mas provechosa, por los raros ejemplos de virtud que por esta ocasion resplandecieron en ella. Quiso morir en campo raso, para que sus ignominias y tormentos fuesen mas públicas, y pudiesen ser vistas de todos, pues eran para bien de todos. Quiso que este campo fuese el monte Calvario, donde eran justiciados los malhechores, para que su muerte fuese mas afrentosa, muriendo en el lugar donde eran castigados los hombres por enormes delitos, y para que se entendiese que moria, no tanto por sentencia de la justicia humana, cuanto por sentencia de la divina Justicia, en castigo de los pecados de los verdaderos malhechores, para pagar sus penas, y librarlos de las culpas. Quiso que este lugar se llamase Calvario, por estar lleno de calaveras de los justiciados, lugar hediondo y asqueroso, para que todo esto le causase horror, y se entendiese que su sangre era para salud de vivos y muertos, y para vivificar las almas, y á su tiempo los cuerpos.

2. Quiso tambien ser crucificado al mediodia, para que todos con claridad pudiesen ver su desnudez é ignominia, y lo que padecia por todos con exceso de fervor, significado por el sol de mediodia. (*D. Thom.* 3. *p. q.* 46, *art.* 9). Y por esta misma causa escogió morir en dia solemne de Pascua, cuando concurria á Jerusalen innumerable gente; porque llegando sus pasiones á noticia de muchos, fuesen mas afrentosas, y todos pudiesen aprender de la heróica humildad, paciencia y caridad con que padecia tales cosas, y de tales perseguidores y con tales circunstancias, cuales nunca en el mundo fueron vistas. Gracias te doy, dulcísimo Redentor, por haber escogido para tu muerte lo peor y mas desechado de la tierra. Para entrar en el mundo escogiste un vil establo, y para salir de él un infame Calvario: para nacer escoges un lugar asqueroso, morada de

animales, y para morir tomas otro lleno de calaveras de malhechores: cuando naciste, concurrió mucha gente á Belen para que te fuese ocasion de no hallar posada; y cuando mueres, concurre mucha gente á Jerusalen para que te sea ocasion de mayor infamia: naciste á media noche y en ciudad pequeña, para que fuese oculto tu nacimiento glorioso; y padeces á mediodia en ciudad muy grande, para que sea manifiesta tu muerte afrentosa. Y pues tu eleccion es siempre acertada, concédeme, Salvador mio, que á imitacion tuya escoja para mí lo peor del mundo, huyendo lo que es honra, y abrazando lo que es deshonra, perseverando en la humillacion hasta la muerte. Amen.

Punto segundo. — 1. *Llegando al monte Calvario diéronle vino mirrado mezclado con hiel, y como lo gustase, no quiso beberlo.* (*Matth.* xxvii, 34; *Marc.* xv, 23). Aquí se ha de considerar lo primero, la grande crueldad de estos sayones, porque acostumbrando á dar buen vino (*Prov.* xxxi, 6) á los que habian de justiciar para confortar su desmayo, y estando Cristo nuestro Señor afligidísimo y apretado de sed, por estar muy desangrado y haber hecho tantos caminos, al tiempo que le hubieron de dar el vino se lo mezclaron con hiel y *mirra amarga* para atormentarle la lengua, boca y estómago, donde no habian llegado los azotes ni las espinas. Pero Cristo nuestro Señor, aunque sabia el vino que le daban, gustólo, aunque no lo tragó, queriendo gustar aquella amargura, y padecer aquel tormento en su seca lengua y afligida boca, y pagar de esta manera los deleites sensuales de la gula y embriaguez nuestra, dándonos ejemplo de paciencia cuando en nuestros trabajos no halláremos alivios de los hombres, sino aumento de ellos; y tambien ejemplo de sufrimiento cuando en nuestra hambre y sed nos faltare lo necesario, ó nos dieren comida desabrida, pues en la suya le dieron hiel. (*Psalm.* lxviii, 32). Ó dulce Jesús, ¡cuán cara te cuesta la paga de nuestras gulas! No se dirá por tí que los padres comieron la uva aceda, y los hijos padecen la dentera (*Ierem* xxxi, 29): antes al contrario, tus hijos comimos las uvas amargas y los agrazones de los pecados, y tú padeces la dentera, gustando las amarguras y tormentos que merecimos por ellos. Perdona, Redentor mio, las demasías que en este vicio he cometido, y sea salsa de mi comida la memoria de tu hiel (*Thren.* iii, 19), para que ni la falta del manjar me aflija, ni su deleite me arrebate.

2. Lo segundo, se ha de considerar los muchos hombres que ahora dan á beber á Cristo nuestro Señor vino mezclado con hiel,

ofreciéndole obras de suyo buenas, con intenciones perversas y circunstancias abominables. Vino con hiel es la doctrina mezclada con errores, la fe con malas obras, el celo con venganza, la limosna por vanagloria, la oracion con distracciones voluntarias, y todas las obras de hipocresía. Esta es la uva que llama Moisés uva de hiel, y el vino que llama hiel de dragones (*Deuter.* XXXII, 32), con que los pecadores convidamos á Cristo; pero aunque lo gusta no lo traga, sino luego lo escupe de la boca, porque le desagrada y ofende sumamente tal modo de bebida. Ó Rey soberano, ¡cuán diferente comida y bebida me das de la que yo te doy! Tú me das el pan de tu cuerpo santísimo, y el vino saludable de tu preciosísima sangre mezclado con miel de consolaciones suavísimas; y yo en retorno te vuelvo pan y vino, mezclado con hieles amarguísimas. Perdona, Señor, mi desagradecimiento, y ayúdame con tu divina gracia, para que te ofrezca de hoy mas vino de buenas obras (*Cant.* VII, 3), tan puro y oloroso, que te alegre el gustarlo y rumiarlo, y admitirlo en tu corazon, juntándome con él con union de perfecto amor.

3. Algunos contemplan, que dieron á beber á Cristo nuestro Señor dos veces en llegando al monte Calvario. La primera vez le dieron vino escogido, que llama san Marcos mirrado y confeccionado, cual solian dar á los que habian de ser crucificados para que los enajenase de los sentidos, y sintiesen menos el tormento. Y de este dice el evangelista san Marcos, *noluit accipere*, que no lo quiso recibir. Y por esta causa aquellos crueles soldados con rabia le dieron segunda vez vino mezclado con hiel; del cual tambien dice el evangelista san Mateo que lo gustó, pero no quiso beberlo: y siendo esto así, resplandece la caridad de Cristo nuestro Señor en no querer tomar el primer vino por no recibir aquel alivio, sino padecer con su sentido entero, y sentir mucho la terribilidad de sus dolores; y en gustar el segundo vino para sentir su amargura, aunque no lo tragó, por la significacion dicha.

PUNTO TERCERO. - *La desnudez de Cristo nuestro Señor.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar como para crucificar á Cristo nuestro Señor, primero le desnudaron de todas sus vestiduras, hasta la túnica interior con gran dolor y afrenta. Cuatro veces desnudaron á Cristo nuestro Señor en su pasion, en castigo de las muchas que yo me desnudé la vestidura de la gracia, ofendiéndole con mis pecados. - La primera, cuando le azotaron. - La segunda, cuando le coronaron de espinas para vestirle de púrpura. - La tercera, cuando despues le desnudaron la púrpura y le tornaron á poner sus vesti-

duras.—La cuarta fue para crucificarle, y esta fue la mas dolorosa y afrentosa, porque es de creer que la túnica estaria pegada á las carnes llagadas, y quitáronsela con grande crueldad, desollándole, como cuando trasquilan sin tiento á la oveja, y la llevan con las tijeras pedazos del pellejo con la lana.

2. La afrenta que padeció era gravísima, viéndose desnudo del todo en medio de un campo lleno de innumerable gente, burlando y escarneciendo de él los que le miraban. Todo lo cual sufria este pacientísimo Cordero con incomprensible paciencia y humildad, ofreciéndolo al eterno Padre, por la confusión que nuestros pecados merecian; y dándonos ejemplo de sufrimiento cuando nos faltare el vestido y lo demás necesario para el cuerpo, y exhortándonos á la desnudez y pobreza evangélica que habia predicado, y siempre desde que nació habia ejercitado. Ó Salvador mio, ¡cuán á la letra quereis cumplir lo que está escrito (*Iob.* I, 21): Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tengo de volver á ella! Desnudo nacísteis en el mundo, cubriéndoos vuestra Madre con unos viles y pobres pañales; y al tiempo de salir del mundo estuvísteis tambien desnudo de las vestiduras que ella os habia dado, sin que *le fuese permitido* cubriros con otras. Ó segundo Adan celestial, ¡cuán caro os ha costado la desnudez del primer Adan terreno, nacida de su desobediencia (*Genes.* III, 10), pues para cubrirla con la vestidura de vuestra gracia, fue menester que Vos estuviéseis desnudo con tanta ignominia! Ó vino del divino amor, que así embriagaste á este divino Noé (*Genes.* IX, 21), reparador del mundo, que le dejaste desnudo, escarnecido y mofado del pueblo que tenia por hijo; embriágame tambien á mí, para que me desnude de todas las cosas terrenas, y siga desnudo al desnudo Jesús, gustando de sus desprecios. Desnudo salí, Salvador mio, del vientre de mi madre, desnudo como Vos quiero volver á él: vuestra desnudez será mi vestidura; vuestra deshonra mi librea: vuestra pobreza será mi riqueza, vuestra confusion mi gloria, y vuestra muerte será mi vida, porque muriendo con Vos, resucitaré á nueva vida con Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLI.

DE LA CRUCIFIXION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Despues que Cristo nuestro Señor estuvo desnudo (*Matth.* XXVII, 35; *Ioan.* XIX, 18), habiendo puesto la cruz

tendida en la tierra, mandáronle los soldados que se tendiese de espaldas sobre ella, y al mismo punto se tendió extendiendo sus brazos y piés para que fuesen enclavados. En lo cual se ha de ponderar la obediencia excelentísima de este Salvador, la cual resplandeció en oir y obedecer puntualmente á la voz de aquellos crueles sayones, en cosa tan áspera y terrible como era tenderse sobre aquella durísima cama de la cruz, para ser crucificado en ella, dándome ejemplo de obedecer á mis prelados, aunque sean malos, y de sujetarme á toda humana criatura por su amor, en lo que no fuere contrario á la divina ordenacion. Ó Adan celestial, que tendiste tus manos (*Psalm.* CXVIII, 48), no como el Adan terreno para tomar la fruta del árbol con desobediencia, sino para ser cosidas en otro árbol por obediencia; dame gracia para que yo levante las mias á cumplir tus mandamientos, tendiéndome, si fuere menester, en cama de cruz, para morir en ella por tu amor.

2. Luego ponderaré lo que haria Cristo nuestro Señor cuando se vió de espaldas sobre aquella dura cama, porque sin duda levantaria los ojos al cielo y daria gracias al eterno Padre porque á tal tiempo le habia traido, y con grande voluntad se ofreceria á ser sacrificado sobre aquel altar con sacrificio sangriento por nuestros pecados; y así como el obediente Isaac se dejó atar de su propio padre, y por su mano fue puesto encima del altar y de la leña, y allí estaba esperando el golpe de la espada (*Genes.* XXII, 9); así nuestro dulce Jesús estaba sobre el madero de la cruz, atado con los cordeles del amor, esperando el golpe del martillo y clavo. Ó Padre eterno, pues tanto os agradó el rendimiento y obediencia de Isaac, que enviásteis del cielo un Ángel para que detuviese la mano de Abrahan y no le hiriese con la espada, contentaos, si es posible, con el rendimiento de este benditísimo Isaac tendido sobre este altar de la cruz, y enviad otro Ángel que detenga las manos de estos sayones para que no enclaven las de vuestro Hijo. Bastantes muestras ha dado de su excelentísima obediencia, contentaos con tan generosa voluntad sin que llegue á ponerse en obra. Pero ya veo, Señor, que vuestras obras y las de vuestro Hijo son perfectas, y así ambos quereis que sea perfecto el sacrificio, para que sea copiosa nuestra redencion. Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico me deis gracia para que yo os ofrezca un sacrificio de mí mismo, entero, perfecto y agradable á vuestra Majestad.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Tendido Cristo nuestro Señor en la cruz, tomaron los soldados la una mano, y con un clavo grande y grueso

la enclavaron con muy grandes golpes, y luego al otro lado enclavaron la otra; y de la misma manera le enclavaron el uno y el otro pié con uno ó dos clavos, vertiendo arroyos de sangre por las cuatro heridas. Sobre este paso tengo de considerar primeramente el terrible dolor que sintió Cristo nuestro Señor con estas crueles heridas, por ser en las partes mas nerviosas, y en cuerpo tan delicado. Si tanto siento yo la picadura de una aguja, ¿cuánto sentiria este delicadísimo Señor ser traspasado con tan agudos clavos, rompiéndole venas, atravesándole nervios, y rasgándole sus delicadas carnes? ¡Oh cuán bien te cuadra, Dios mio, el nombre que te puso Isaías (*Isai.* LIII, 3), llamándote Varon de dolores, pues jamás hubo dolor en esta vida que igualase al tuyo! Ó manos sacratísimas, en las cuales está escondida la fortaleza de Dios (*Habac.* III, 4), ¿quién os ha enclavado en los brazos de la cruz y esmaltado con las cabezas de sus clavos? Ó piés sacratísimos (*Zach.* XIII, 6), de cuya presencia sale el demonio huyendo como vencido, ¿quién os ha cosido con ese duro madero? Ó dulce Jesús, ¿qué llagas son esas que teneis en medio de vuestras manos y de vuestros piés? ¿Quién ha dado atrevimiento al martillo y á los clavos para traspasarlos, siendo Vos su Criador? Mis pecados sin duda son la causa de todo esto, los que yo cometí con las manos de mis malas obras y con los piés de mis malos afectos, llagando ellos con mi alma, y afligiéndoos mas con estas llagas, que con las que recibís en vuestro cuerpo. Ó Padre eterno, mirad estas llagas y dolores de vuestro Hijo, las cuales os está ofreciendo para remedio de las mias. Aceptad su ofrenda, y curadme de ellas, pues ordenásteis las llagas del Hijo inocente (*Isai.* LIII, 5), para dar salud á todos los que estaban por sus culpas llagados.

2. Lo segundo, consideraré otro terrible dolor que padeció Cristo nuestro Señor en esta crucifixion, porque enclavada la una mano, se encogieron los nervios; y cuando quisieron enclavarle la otra, no llegaba al lugar donde estaba hecho el taladro: y para que llegase, estiráronle tan fuertemente que casi le desencajaron los huesos; y por esta causa dijo de sí en el Salmo (*Psalm.* XXI, 18): *Foderunt manus meas et pedes meos, et dinumeraverunt omnia ossa mea:* cavaron y agujerearon mis manos y mis piés, y contaron todos mis huesos; esto es, mis miembros estuvieron tan extendidos en la cruz, y mi carne tan flaca y consumida, que pudieron contar los huesos que tenia. Este dolor fue de los mas terribles que padeció Cristo nuestro Señor en su pasion, porque aunque no le quebraron nin-

gun hueso, como dice la Escritura (*Ioan.* XIX, 36), pero aquella extension y desencajamiento ó descoyuntamiento fue dolorosísimo, y ofrecióle este Señor en satisfaccion de los pecados que cometieron los miembros de su Iglesia, por la desunion y falta de concordia y caridad.

3. Ó Salvador de mi alma, ahora quiero decir lo que dijo David (*Psalm.* XXXIV, 10): Todos mis huesos dirán, Señor, ¿quién es semejante á tí? ¡Oh si mis huesos se convirtiesen en lenguas para alabarte, por el dolor que padeciste en los tuyos! ¿Quién jamás fue semejante á tí en los dolores y tormentos, y en las ignominias y desprecios que padeciste en la cruz? Ninguno puede igualarse con las grandezas de tu divinidad, ni tampoco se igualará con las bajezas mezcladas con admirables virtudes de tu sacratísima humanidad. ¡Oh si supiese contar tus huesos, que son las virtudes interiores, cubiertas con esa dolorosa figura que tienes en la cruz para imitarte en ellas! Concédenos, ó buen Jesús, por este dolor, que los huesos de tu Iglesia, que son los prelados y varones perfectos, vivan unidos entre sí, y con la demás gente flaca, que es la carne de tu cuerpo místico, trabados con union de caridad, para que todos á una te glorifiquemos, y nuestras obras estén predicando tus grandezas, diciendo: Señor, ¿quién será semejante á tí en el poder, pues así puedes unir tan diferentes voluntades con tal union de amor?

4. Lo tercero, se puede ponderar el dolor grande que sentiria la Vírgen nuestra Señora cuando oyese los golpes del martillo, al tiempo que enclavaban á su Hijo, porque un mismo golpe penetraba con el clavo la mano ó el pié del Hijo, y traspasaba tambien con agudo dolor el corazon de la Madre. Ó Vírgen soberana, si á vuestro Hijo cuadra bien el nombre de Varon de dolores, á Vos tambien os cuadra otro semejante, llamándoos Mujer de dolores, pues con verdad podíais decir á todos los que estaban en aquel monte y pasaban por aquel camino (*Thren.* I, 12): Atended, y mirad si hay dolor semejante al mio. ¡Oh si estas martilladas traspasasen tambien mi corazon como el vuestro! ¡Oh si los oidos de mi alma estuviesen siempre abiertos para oir los golpes del martillo de Dios, que es su santa inspiracion, quebrantando con dolor mi duro corazon por haber ofendido al que con tan cruel martillo por mi causa es golpeado!

PUNTO TERCERO. — 1. Despues de clavado Cristo nuestro Señor levantaron los soldados la cruz en alto; y es de creer que la dejaron caer de golpe en el hoyo que para esto estaba hecho, estremeciéndose todo el cuerpo con gravísimo dolor. Levántate, ó alma mia, en

alto con tu Señor, y levanta los sentidos y afectos de tu corazon para enclavarlos con él en la cruz. Mira, lo primero, el dolor, la vergüenza y afliccion que sintió tu dulce Jesús cuando se vió en alto á la vergüenza á vista de tanta gente, desnudo, afrentado, y hecho señal de oprobio, cargado de inmensos dolores por todas las partes de su cuerpo; mira como la cabeza no tiene dónde reclinarse, porque si se reclina en la cruz se le hincan mas las espinas; las manos se le están rasgando con los clavos por el peso del cuerpo, que tira de ellos; las heridas de los piés se van abriendo y dilatando con la carga del cuerpo que estriba en ellos. Y viendo á tu Señor tan rasgado con tormentos por tus pecados, rasga tu corazon de dolor por haberlos cometido.

2. Mira luego aquellos cuatro arroyos de sangre, que salen de las cuatro llagas como cuatro rios (*Genes.* II, 10) que salen del paraíso para regar y fertilizar la tierra del corazon humano: llégate cerca de estos arroyos con el espíritu, gusta la dulzura de esta sangre derramada con tanto amor y dolor, y lávate con ella para que quedes limpio de tus culpas, como los que lavaron (*Apoc.* VII, 14) y blanquearon sus estolas en la sangre del Cordero. Ó sangre preciosísima, lávame, purifícame, enciéndeme, y embriágame con el exceso de amor con qué fuiste derramada, y penétrame con el exceso de dolor con que fuiste sacada de las venas de mi Señor.

3. Tambien abre tu oido para oir los clamores y alaridos que los enemigos de Cristo levantaron cuando le vieron levantado en la cruz, gozándose de verle tan desfigurado y afligido, y sin esperanza alguna de vivir. Oye tambien los clamores y llantos dolorosísimos que levantarian las hijas de Jerusalen cuando viesen aquel doloroso espectáculo, y especialmente los suspiros y gemidos vehementes de las mujeres devotas que allí estaban. ¡Oh cuán atormentados estaban vuestros oidos, dulcísimo Jesús, con los alaridos de vuestros enemigos y con los llantos de vuestros amigos! Si los amigos de Job, cuando levantaron los ojos á mirarle, como le vieron en un muladar, cubierto de llagas, apenas le conocieron, y levantando el grito lloraron amargamente, rasgando sus vestiduras y cubriendo con polvo sus cabezas; y así estuvieron siete dias sin atreverse á hablarle palabra (*Iob.* II, 13): *Quia videbant dolorem esse vehementem*, porque veian su dolor ser vehemente; ¿qué harian vuestros amigos cuando levantaron los ojos y os vieron en ese horrible lecho, cubierto de llagas de piés á cabeza, muy mas terribles y dolorosas que las de Job? Apenas os conocieron, segun estábais desfigurado, levantaron

el grito con amargo llanto, rasgaron sus entrañas con la fuerza de su dolor, cubriéndose de polvo con la vergüenza de vuestra desnudez, y quedaron enmudecidos y pasmados sin saber qué poder deciros, viendo que vuestro dolor era vehemente. ¡Oh quién me diese un sentimiento tan grande como este, pues tengo mucha mas razon de sentir vuestros dolores, que tuvieron los amigos de Job para sentir los suyos, porque Job no padecia por los pecados de sus amigos, y Vos, Salvador mio, padeceis por los nuestros! Y si el dolor de Job era vehemente, el vuestro era vehementísimo, pues aquel no perdió la vida con la fuerza de su dolor, y Vos la perdísteis cruelmente con la fuerza del vuestro. Llora, pues, ó alma mia, los dolores de tu Señor, rasga tu corazon de pena, cubre tu cabeza con polvo y ceniza, haciendo penitencia de tus pecados; y aunque la lengua no sepa ó no pueda hablar, tu corazon medite y rumie sus vehementísimos dolores y desprecios, no solo por siete dias, sino por todos los dias de tu vida, haciendo tu morada á los piés de la cruz.

4. Finalmente, se ha de considerar el dolor que la Vírgen santísima padeció en aquella primera vista de su Hijo, porque en encontrándose los ojos de Cristo y de su Madre, ambos quedarian eclipsados con suma tristeza: la Madre quedó espiritualmente crucificada con la vista del Hijo, y el Hijo nuevamente afligido con la vista de su Madre; y callando ambos, por la vehemencia del dolor, el corazon de cada uno se ocupaba en sentir los dolores que padecia el otro, doliéndose mas por ellos que por los propios. Ponte, pues, ó alma mia, entre estos dos crucificados, y levanta los ojos á ver al Hijo crucificado con clavos de hierro, y luego bájalos á ver á la Madre crucificada con clavos de dolor y compasion, y suplícales que repartan contigo de sus dolores, de modo que tú tambien estés crucificada con ellos por verdadera imitacion.

—Lo que pertenece á este paso se ha de ponderar mas, por lo que se dijo en la meditacion fundamental, punto 8.°—

MEDITACION XLII.

DE LOS MISTERIOS QUE ESTÁN ENCERRADOS EN CRISTO CRUCIFICADO.

Punto primero.— 1. Puesto á los piés de la cruz (*D. Thom.* 3 *p.* *q.* 46, *art.* 6), y levantando los ojos del alma al que está puesto

en ella, para conocer y penetrar todo lo que allí hace y representa, tengo de considerar: - Lo primero, quién es el que está allí crucificado, ponderando el motivo que hubo para ello de su parte, que fue su sola bondad y misericordia, y de la nuestra, que fue el remedio de nuestra míseria. Levanta, pues, ó alma mia, tus ojos desde la cruz al cielo, y desde aquel trono de ignominia que está en el monte Calvario, al trono de gloria que está en el cielo empíreo; y considera la infinita majestad de aquel Señor que está crucificado, como es Dios eterno é inmenso, cuya silla es el cielo, y la tierra es estrado de sus piés, el cual está sentado sobre los Querubines, y anda sobre las plumas de los vientos. Es sumamente sábio y todopoderoso, por quien fueron criadas todas las cosas del cielo y de la tierra, Ángeles y hombres. Y como dice Isaías (*c.* XL, 12): Sustenta con tres dedos la redondez de la tierra, porque con su bondad, sabiduría y omnipotencia la conserva.

2. Y despues que hubieres considerado esto, baja tus ojos á mirar la extremada bajeza y miseria de que esta divina Persona está vestida en la cruz, ponderando como su afligido cuerpo está sustentado con otro ternario de tres agudos clavos que le tienen asido en aquel madero, sin poderse menear de una parte á otra, los cuales de tal manera sustentan la carga de su cuerpo, que le atormentan con gran dolor, y le atormentarán hasta quitarle la vida. Y haciendo comparacion de lo que esta divina Persona tiene en estos dos tronos, quedarás admirado y pasmado de que tanta grandeza haya venido á tanta bajeza; y cubriendo como los Serafines lo alto y lo bajo de tu Redentor, por no alcanzarlo, dirás con grande afecto (*Isai.* VI, 3): Santo, santo, santo eres, Señor Dios de los ejércitos; tres veces eres santo, por los tres dedos con que sustentas el mundo; y tres veces santo, por los tres clavos que sustentan tu cuerpo en la cruz; y mucho mas por otros tres con que tú mismo te has clavado en ella: uno de amor á los hombres, otro de obediencia á tu eterno Padre, y otro de celo por su gloria y de nuestro bien, los cuales te tienen asido mas fuertemente que los de acero. Gracias te doy, Redentor soberano, por este amor, obediencia y celo con que estás fijado en tu cruz. Suplícote, Señor, que me claves con esos mismos clavos en ella, de modo que siempre te ame mas que á mí, y obedezca á tu voluntad, sin hacer caso de la mia; y cele tu honra y mi salvacion eterna, sin cuidar mucho de lo que presto se pasa. (*Psalm.* CXVIII, 120). Y si estos clavos no me tuvieren bien fijo, enclava, Señor, mis carnes con los clavos del temor, haciendo que tema tus

ocultos juicios, tu rigurosa justicia y mi eterna condenacion, de modo que me libres de ella. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, tengo de considerar como este Señor, que está en la cruz, es aquel gran sacerdote, segun el órden de Melchisedech, supremo pontífice de la Iglesia, escogido y llamado de Dios con mas excelencia que Aaron, príncipe de los pastores y obispo vigilantísimo de nuestras almas (I *Petr.* v, 3; II, 25); el cual subió á la cruz para ofrecer un sacrificio sangriento, el mas excelente que jamás se ofreció en la tierra. Las insignias de este sumo Sacerdote son dolorosas y afrentosas, pero misteriosas. Por mitra tiene una corona de espinas fija en su cabeza, porque es cabeza perpétua de la Iglesia, y sacerdote eterno que nunca se ha de acabar. El báculo pastoral es la cruz. Los anillos son los clavos en las manos. La vestidura sacerdotal de varios colores es su carne, labrada con varios cardenales y llagas, causadas de los azotes.

2. De esta manera entró nuestro buen Jesús una sola vez en el Sancta Sanctorum á ofrecer sacrificio (*Hebr.* IX, 12), no de animales, sino de sí mismo; no por sí mismo, sino por nosotros; no sacrificio comun que se divida, sino holocausto que todo se abrase con fuego de dolor y con fuego de amor, derramando toda su sangre en remision de nuestros pecados, hasta quedar muerto y consumido en la cruz. Ó sumo Sacerdote, ¡cuán caro te cuesta aplacar la ira de Dios contra nosotros, pues no te contentas con ofrecer carne y sangre de animales, sino tu propia carne y sangre unidas con tu divinidad y apartadas entre sí con excesiva crueldad! Necesaria era tal ofrenda como la tuya para satisfacer de justicia por tal ofensa como la nuestra. Menester era que fuese Dios el sacerdote y el sacrificio, para que Dios quedase del todo contento y aplacado. ¿Qué te daré, ó supremo Pontífice y pastor de mi alma, por este sacrificio que estás ofreciendo en la cruz por ella? Deseo asistir á este tu sacrificio sangriento, y ofrecerte un sacrificio de mi corazon contrito y humillado; contrito, por los pecados que cometí contra tí, y humillado, por ver los dolores y afrentas que padeces por mí. Y demás de esto (*Psalm.* XLIX, 14), te ofreceré otro sacrificio de alabanza, por lo mucho que haces por mi salud, con propósito de hacer lo posible por tu servicio. Acepta, Señor, estos sacrificios, vísteme de las insignias de tu sacerdocio, y hazme semejante á tí en lo mucho que padeces por mí.

PUNTO TERCERO. — Lo tercero, tengo de mirar á Jesucristo crucificado, como á doctor y maestro, enviado por el eterno Padre al

mundo para enseñarnos los caminos de la verdad y virtud, y las sendas de la santidad y perfeccion; el cual habiéndolas enseñado por palabra y obra en los treinta y tres años de su vida, al fin de ella se sube á la cátedra de la cruz, y allí hace un epílogo de todo cuanto ha enseñado con excelentísima perfeccion; porque así como cuando comenzó á predicar se subió á un monte, sentándose con sus discípulos, abrió su boca y les predicó las ocho bienaventuranzas, que son ocho actos heróicos de virtud en que se funda la perfeccion evangélica, así ahora sube al monte Calvario, y puesto en la cruz platica estas mismas virtudes, con la mayor excelencia que jamás las ejercitó, al modo que se dijo en el punto VI de la meditacion fundamental. Y habiendo ponderado su pobreza, humildad y las demás, he de imaginar que Dios nuestro Señor me dice aquellas palabras que dijo á Moisés (*Exod.* xxv, 40): Mira y obra segun el ejemplar que se te ha mostrado en el monte; esto es, mira el ejemplo de virtudes que mi Hijo te ha dado en el monte Calvario, y obra segun ellas, aprendiendo la leccion que te ha leido. Ponte, pues, ó alma mia, á los piés de la cruz, y oye con atencion la leccion que está leyendo Cristo crucificado, y pues le cuesta tanto el leerla, no seas perezosa en oirla y repetirla; imprímela en tu corazon, y ponla luego por obra, con tantas veras, que puedas decir con el Apóstol (I *Cor.* II, 2): No me precio de saber otra cosa entre los hombres, sino á Cristo, y ese crucificado. Ó Maestro soberano, que dijiste (*Ioan.* XII, 32): Si yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mí: trae mi memoria, para que piense siempre lo que ahí me enseñas; y mi entendimiento para que lo penetre, y mi voluntad para que lo ame, y todo mi espíritu para que lo imite. Ó Vírgen sacratísima y Discípulo amado del Señor, que estando al pié de la cruz oísteis esta soberana leccion y os aprovechásteis altamente de ella, suplicad á este soberano Maestro, la estampe en mi corazon, como la estampó en el vuestro. Amen.

Punto cuarto. — 1. Luego tengo de considerar como el que está en la cruz es el Señor de los ejércitos, el Dios de las batallas y de las venganzas, capitan y guerrero fortísimo; el cual en el campo raso del monte Calvario presenta la batalla á las potestades del infierno y á los príncipes de este mundo, y pelea contra ellos, y allí los vence, destruyendo el reino del pecado. Las armas con que pelea son la cruz, clavos, espinas y los demás instrumentos de sus dolores é ignominias; con los cuales, quebrantando y desmenuzando su sacratísimo cuerpo, quebranta la cabeza de la serpiente que engañó

á nuestros primeros padres, y por ellos introdujo en el mundo el pecado original, cuyo perdon nos alcanzó en la cruz. Y demás de esto quebrantó las siete cabezas del dragon bermejo (*Apoc.* XII, 3), que son los siete vicios capitales que nacieron de este pecado original: quebrantó la soberbia, con sus ignominias y desprecios, sufridos con profundísima humildad; venció la gula, gustando la hiel y vinagre que le dieron para refrigerar su sed; rindió los deleites de la lujuria, con los terribles dolores que padeció en todos los miembros de su cuerpo; destruyó la avaricia, con su extremada pobreza y desnudez; sujetó la ira, con su heróica mansedumbre y paciencia; venció la envidia, con los excelentes actos de caridad que ejercitó para nuestro bien. Finalmente destruyó la pereza, con el fervor que mostró en toda la obra de nuestra redencion.

2. De esta manera nuestro buen Jesús, tomando forma de serpiente en la cruz, peleó como la serpiente de Moisés con las serpientes de los magos (*Exod.* VII, 12), y las tragó, tragando y deshaciendo todos los pecados que infeccionan el mundo; y como Gedeon (*Iudic.* VII, 20), quebrantando el cántaro que tenia en su mano, con el resplandor de la lámpara que estaba dentro de él espantó y venció á los madianitas; así nuestro Capitan, quebrantado su cuerpo con los trabajos de la pasion, con el resplandor de las virtudes que de él salieron venció los vicios y desbarató los poderes del infierno. Y este gran Dios de las venganzas, vengando en su cuerpo las injurias hechas contra su Padre, tomó venganza de sus enemigos, y los puso debajo de sus piés, enseñándome á mí el modo de vengar en mí mismo las injurias que hice á Dios, y el modo de vencer al demonio, mundo y carne, y á los vicios que hacen guerra contra mi espíritu. Ó Guerrero fortísimo, que derramando tu propia sangre vences á los demonios y destruyes el reino del pecado, y los vicios que asuelan el mundo, enséñame á pelear como peleaste, para que venza como venciste. Dame corazon varonil, para que yo tambien, como los soldados de Gedeon, quebrante con penitencias el cántaro de mi cuerpo, y resplandezca en mí la luz de las virtudes, de modo que huyan mis enemigos y alcance victoria de ellos. Ó Dios de las venganzas, enséñame á tomar venganza de mí mismo, porque te ofendí, pues si de mí me vengo, triunfaré de mis enemigos por la sangre de tu Hijo, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLIII.

DEL TÍTULO DE LA CRUZ DE CRISTO, Y DE LAS CAUSAS MISTERIOSAS DE SU PASION QUE EN ÉL SE ENCIERRAN.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Pusieron sobre la cruz un título que decia* (*Ioan.* XIX, 19): *Jesús Nazareno, Rey de los judíos; y estaba escrito con letras hebreas, griegas y latinas.* Sobre este título se han de considerar las cuatro palabras que tiene; en las cuales, como dice san Marcos (*Marc.* XV, 26), se contenia la causa de Cristo; esto es, la causa por que le habian puesto en la cruz, no solamente la causa que tuvo Pilatos, sino principalmente la que tuvo el Padre eterno para decretarlo y permitirlo.

IESUS. — La primera palabra del título es, *Jesús*, que quiere decir Salvador, porque vino á salvar el mundo, y á librarle de los pecados que tenia y de las penas que por ellos merecia. Y esta fue la primera causa de ser crucificado, para que con su muerte y con el derramamiento de su sangre acabase la obra de nuestra redencion. Este nombre se le puso en la circuncision, tomando posesion del oficio de Salvador con la poca sangre que allí derramó. Mas ahora se le pone encima de la cruz, como título de su pasion, porque acaba y perfecciona todo lo que pertenece á este oficio con el derramamiento de toda su sangre. Pues como dice san Pablo (*Hebr.* IX, 22): *Sine sanguinis effusione, non sit remissio:* sin derramamiento de sangre, no hay redencion de pecados ni salvacion. Ó dulcísimo Jesús, ¡cuán caro os cuesta el oficio de Salvador, pues para salvarnos dais el precio de vuestra sangre, derramándola liberalmente, no una parte, sino toda, no poco á poco, sino á borbollones, virtiéndola por las llagas de vuestros piés y manos! Ó nombre suavísimo de Jesús, ¡cuán bien os cuadra ahora ser como óleo derramado (*Cant.* I, 2), pues derramando la sangre, haceis de ella óleo que cure nuestras llagas y sane las dolencias de nuestras culpas! Ó liberalísimo Jesús, sed para mí Jesús, ejercitad conmigo el oficio de Salvador; sed para mí óleo que me cure, medicina que me sane, y ungüento olorosísimo que me conforte, aplicándome los frutos de vuestra redencion.

2. — NAZARENUS. — La segunda palabra es, *Nazareno*, que quiere decir florido: en la cual se denota la segunda causa de haber subido Jesús al árbol de la cruz, para brotar en ella las flores exce-

lentísimas de las virtudes que allí ejercitó para nuestra enseñanza y ejemplo: flores fueron su pobreza y obediencia, su mansedumbre y humildad, su paciencia y caridad. Ó Jesús Nazareno, ¡cuán florido estais en esa cruz! Toda la vida fuísteis muy florido; pero mucho mas lo estais al fin de ella. Bien podeis decir á vuestra esposa la Iglesia (*Ib.* I, 15), nuestro lecho está florido, porque el lecho de la cruz está lleno de las flores olorosísimas que brotais en ella. Admitidme, Señor, en ese lecho vuestro, aunque sea estrecho (*Isai.* XXVIII, 20), que bien cabrémos los dos, pues Vos dijísteis (*Ioan.* XII, 26): Á donde yo estoy, ahí estará el que me sirviere. ¡Oh quién estuviese con Vos en la cruz, oliendo las flores que en ella brotásteis, y alentándose á brotar otras como ellas!

3. Tambien Nazareno quiere decir lo mismo que santo; en lo cual se denota, que este Señor que está en la cruz es santo de los santos, y que muere no por culpas suyas, sino por las ajenas, para librar á los hombres de ellas, y hacerlos santos, cumpliéndose lo que está escrito (*Isai.* LIII, 11): Que en la cruz justificaria á muchos, quitando de ellos sus maldades, y pagando las penas que debian por ellas. Y estos son los frutos que nacen de aquellas flores, los cuales produce nuestro buen Jesús en su muerte (*Ioan.* XII, 24); porque el grano de trigo que cae en la tierra, si muere, lleva mucho fruto. Ó árbol florido y fructuoso (*Cant.* II, 3), ¡quién pudiese sentarse á tu sombra, y comer de tu dulce fruto hasta hartarse! Ó dulce Jesús, que dijiste (*Cant.* VII, 8): Subiré á la palma, y cogeré los frutos de ella; dame gracia que suba contigo á la palma de la cruz, y goce de los frutos que por ella produjiste, para que imitando tus virtudes alcance la palma de la gloria que se merece por ellas. Amen.

4.—REX.—La otra palabra del título es, *Rey*; en la cual se significa la causa por que Pilatos condenó á Cristo á ser crucificado; es á saber, porque los judíos le acusaban de que era su rey; y es así que era rey, no temporal, sino celestial y eterno, cuyo reino comenzó con estabilidad desde la cruz, porque escrito está (*Ecclesia*, ex Psalm. XCV, 10): *Regnavit à ligno Deus*, que Dios reinaria desde el madero; porque como el reino del pecado comenzó en un árbol, por la desobediencia del primer Adan; así el reino de Dios comenzó en otro árbol, por la obediencia de Cristo que murió en él. De donde sacaré, que si quiero reinar con Cristo, ha de comenzar mi reinado tambien desde la cruz, crucificando en ella mi hombre viejo, y destruyendo el cuerpo del pecado, porque los reinos de la tierra gózanse viviendo; pero el de Cristo muriendo. Ó

Rey eterno, cuya corona y trono son eternos, y por eso la corona penetra vuestra cabeza con espinas, y en vuestro trono estais clavado con duros clavos, derramando por las heridas vuestra sangre, para conquistar con ella el reino que habeis prometido á vuestros vasallos; pues sois tan poderoso, que sentado en vuestro trono, con una sencilla vista destruís todo lo malo (*Prov.* xx, 8), destruid en mí todo lo que os ofende, para que entre con Vos á gozar de vuestro reino. Amen.

5.—Iudaeorum.—La última palabra del título es, Rey *de los judíos;* y aunque ellos no le quisieron recibir, y por esto pidieron que fuese crucificado; pero no por eso dejó de ser Rey, enviado por el eterno Padre para que reinase en ellos, y en todos aquellos que tuviesen la significacion de su nombre, que es confesar con verdadera confesion lo que Dios ha revelado, glorificándole por ello. Y á esta causa el nombre se escribió con letras hebreas, griegas y latinas, para que todas las naciones del mundo, significadas por estas tres lenguas, conozcan á este Rey, y le adoren; y toda lengua, como dice san Pablo (*Philip.* ii, 11), confiese que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. Ó Hijo de *Dios vivo*, yo confieso que te cuadra muy bien este glorioso título, porque tú solo, y no otro, eres Jesús Nazareno, Rey de los judíos. ¡Oh si todo el mundo leyese este título y le admitiese, y todos te confesasen por su Rey y Salvador! ¡Oh título soberano, en quien están cifrados todos los títulos que tengo para negociar mi salvacion! Por este título serán oidas mis oraciones, cumplidos mis deseos y remediadas todas mis necesidades. Ó Padre eterno, reconoce este título que está escrito sobre la cruz de tu Hijo; y pues es título del reino que compró para mí, admíteme dentro de él, para que reine contigo por todos los siglos. Amen.

Punto segundo.—1. *Habiendo muchos leido este título, los pontífices de los judíos dijeron á Pilatos: No quieras escribir Rey de los judíos, sino él dijo: Rey soy de los judíos.* Sobre este punto puedo considerar tres suertes de personas que leyeron este título de la cruz de Cristo en el monte Calvario.—La primera fue de los pontífices y fariseos, y otros malintencionados y enemigos de Cristo nuestro Señor; los cuales tuvieron el título por falso, y quisieron enmendarle. Estos son figura de los herejes y de los demás infieles que oyen y leen los libros sagrados y los títulos y obras de la divinidad y humanidad de Cristo, y niegan muchas de ellas, y las quieren enmendar por su antojo y errado parecer.—Otros leyeron el mismo título por

curiosidad, como es costumbre en tales cosas; pero no hicieron caso de él, ni le entendieron, ni penetraron el misterio que encerraba; y estos son figura de aquellos que oyen y leen las cosas de Cristo nuestro Señor, y las creen á bulto, y sin ahondar ni penetrar los misterios que en sí encierran, y así no sacan provecho de ellas.

2. Otros hubo en el monte Calvario, como fue la Vírgen sacratísima y el evangelista san Juan, los cuales leyeron el título con devocion y le entendieron, y penetraron los misterios que encerraba, venerándolos con grande afecto de su corazon; y estos son figura de los que leen los libros sagrados y las verdades de nuestra fe, y procuran meditarlas y rumiarlas con devocion y espíritu para su propio provecho. Á los cuales tengo yo de imitar, suplicando á la Vírgen santísima y al glorioso san Juan me alcancen la luz y espíritu con que leyeron y penetraron este título, para que con la misma lea yo y penetre las verdades que la fe me enseña de Cristo mi Salvador (*Ioan.* XVII, 3); pues mi vida eterna consiste en conocerle, amarle y servirle para siempre.

PUNTO TERCERO. — *Respondióles Pilátus: Quod scripsi, scripsi; lo que escribí, escribí.* Esta palabra dijo este presidente, movido por divina inspiracion, para que se entendiese que era verdad lo que el título contenia, y que por ninguna humana razon ni persuasion se habia de mudar; y así será, que lo que está escrito en este título y en la divina Escritura, para siempre estará escrito, y no se mudará ni faltará, por mas que contra ello hagan los enemigos de la fe. De donde tambien tengo de aprender á tener firmeza en lo bueno que he propuesto y determinado por seguir á Cristo; y si el demonio, ó el mundo, ó la carne, me quisieren apartar de ello con tentaciones, tengo de responderles: Lo que escribí, escribí; lo que determiné, determiné, y no volveré atrás un punto, ni borraré lo que escribí, ni mudaré lo que una vez determiné. Ó Salvador del mundo, pues tan amigo eres de firmeza, que no consentiste que se mudase una letra de este título, suplícote me hagas tan constante en tu servicio, que ninguna persuasion de mis enemigos baste á derribarme de él. Amen.

MEDITACION XLIV.

DE LA PARTICION DE LAS VESTIDURAS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LOS ESCARNIOS QUE PADECIÓ EN LA CRUZ.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Despues que los soldados crucificaron á Jesús, tomaron sus vestiduras, y partiéronlas en cuatro partes, tomando cada uno la suya.* (*Ioan.* XIX, 23). Sobre esta particion se han de considerar las causas y los misterios que están encerrados en ella.–De parte de los cuatro soldados, que fueron los cuatro verdugos que crucificaron al Señor, la causa fue su codicia; porque como era gente vil, cada uno quiso llevar su pieza de la vestidura, echando suertes sobre cuál pieza cabria á cada uno; y tambien la descosieron y dividieron á vista de Cristo, por escarnecer de él; como quien dice: Ya no tendréis mas necesidad de vestiduras. Y cuando las partian, quizá diria alguno: Rasguemos las vestiduras de este blasfemo, pues no quiso él rasgárselas por las blasfemias que dijo contra Dios. De esta manera estaban allí atormentando los ojos y oidos de nuestro *buen Jesús.* Ó sagradas vestiduras (*Luc.* VI, 19), de las cuales salia virtud para sanar todas las enfermedades de los que las tocaban, ¿cómo habeis venido á manos de gente tan profana? La humildad del que os trajo vestidas es causa de vuestra humillacion, para curar con ella mi soberbia en el vestido. Concededme, Señor, esta humildad, para que lleve de buena gana cualquier injuria que se hiciere á cosas mias.

2. La segunda causa misteriosa fue, de parte de Cristo nuestro Señor; el cual para dar ejemplo de perfectísima pobreza evangélica, no se contentó con estar desnudo en la cruz, sino quiso tambien enajenarse de sus vestidos, que era toda la hacienda que tenia; de modo, que ni le quedase el uso ni el dominio ó propiedad de ellos, traspasándole en aquellos pobres soldados y crueles enemigos. De donde sacaré un entrañable deseo de cumplir en el modo que mejor pudiere lo que dijo este Señor (*Matth.* XIX, 21): Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres, y sígueme; y el que no renuncia todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.

3. La tercera causa fue, para mostrar su inmensa caridad y liberalidad en dar cuanto tenia á los hombres, cuerpo y sangre y hacienda, y en especial para significar que todos los hombres de cualquiera de las cuatro partes del mundo que viniesen á él, podrian

tener parte en las vestiduras de su gracia, caridad y virtudes, para que se vistiesen y adornasen con ellas; y que como estos cuatro soldados que le crucificaron tuvieron derecho á estas vestiduras que estaban teñidas con su sangre; así los pecadores que con sus pecados le crucifican dentro de sí mismos, tienen derecho á pedir estas vestiduras de las virtudes, no por sus merecimientos, sino por la sangre del mismo Jesucristo que anda junta con ellas. Ó dulcísimo Jesús, gracias te doy por tu infinita liberalidad, con la cual te dignas vestir con tu preciosa vestidura al mismo que te crucifica con tanta deshonra. Pésame de la parte que he tenido en tu crucifixion; mas pues eres tan liberal, dame parte en tus sagradas vestiduras, repartiendo conmigo tus soberanas virtudes.

Punto segundo. — 1. *La túnica era inconsútil, tejida toda desde arriba abajo; y por esto dijeron los soldados: No la dividamos, sino echemos suertes sobre cuya ha de ser. Con esto se cumplió lo que habia dicho el Profeta: Dividieron entre sí mis vestidos, y sobre mi vestidura echaron suertes.* (*Ioan.* xix, 23). Aquí se han de considerar tambien las causas misteriosas de este hecho, pues tan en particular quiso Dios que fuese profetizado.—Lo primero, de parte de los verdugos: la causa fue, porque si la túnica se partiera, no fuera de provecho para ninguno, por ser toda de una pieza, tejida, segun se dice, por la Vírgen sacratísima nuestra Señora; la cual sintió tiernamente ver aquella preciosa túnica, bañada con la sangre de su Hijo, en la manos de tan vil gente. Ó Vírgen soberana, ¡con cuánta mayor razon pudiérades decir lo que dijo Jacob (*Genes.* xxxvii, 33): Una fiera muy cruel ha tragado á mi hijo José, y con su sangre está teñida la túnica que yo le dí! La fiera de la envidia le ha puesto en aquella cruz, y ha teñido su vestidura, no con sangre de cabritos, sino con sangre de sus venas, para librar de la muerte á los mismos que por envidia se la dan. Ó fiera envidia ¡cómo te atreves á tragar al que es la misma caridad! Ó caridad infinita, que matas á la fiera que te traga, destruye en nosotros esta fiera, para que conservemos entera la túnica de la verdadera caridad.

2. La segunda causa de este hecho fue, porque esta túnica representaba la humanidad de Cristo nuestro Señor, tejida desde arriba abajo; porque desde el cielo se tejió sin obra de varon en las entrañas de la Vírgen, por obra del Espíritu Santo. La cual es vestidura riquísima de los fieles, que, como dice el Apóstol (*Rom.* vi, 3), se visten de Nuestro Señor Jesucristo cuando se bautizan, conformándose con su vida en union de caridad, sin admitir division al-

guna, porque Cristo no se puede dividir. ¡Dichoso á quien le cabe en suerte esta vestidura celestial, por la cual viene á ser suerte de Dios y herencia suya!

3. Tambien esta túnica de Cristo representa la Iglesia (I *Cor.* I, 13), esposa suya, en la cual quiere que no haya division, sino que se conserve siempre una en unidad de fe y de caridad. Y por esto en el libro de los Cantares dice de ella (*c.* VI, 8), que es una su paloma y su perfecta, porque es uno el Espíritu Santo, que tambien es figurado por la paloma, y uno el espíritu de Cristo y de la perfeccion que reside en ella; y quien intentare dividirla, intenta dividir á Cristo y su preciosa túnica de una pieza; en lo cual es mas cruel que los que le crucificaron, porque divide y rasga lo que ellos no se atrevieron á dividir, ni el mismo Señor les quiso dar licencia para ello. Ó Dios de la paz y del amor, no permitas que haya cisma en tu Iglesia, ni discordia en tu religion, y division alguna en tu pueblo cristiano. Consérvalos á todos en union de caridad, para que sean una cosa en tí, y tú puedas vestirte de ellos, como de túnica preciosa, para colocarlos en el reino de tu gloria. Amen.

4. Finalmente puedo considerar, que como Cristo nuestro Señor tenia dos vestiduras, una exterior que se partió entre los cuatro soldados, y otra interior que se dió á solo uno; así tambien las obras y ceremonias exteriores del Cristianismo á todos los fieles pertenecen, y todos tienen parte en ellas; pero la virtud interior, que es la gracia y caridad y la devocion y el espíritu, solamente se da á uno; esto es, á pocos, y esos unidos en sí mismos con union de la carne al espíritu, de la sensualidad á la razon en todo lo que manda Dios; y así tengo de procurar ser del número de estos pocos, y ser este uno á quien quepa tan dichosa suerte, que reciba esta divina túnica y se vista de ella.

Punto tercero. — 1. *Hecha la particion de las vestiduras, sentáronse los soldados, y guardaban á Cristo.* (*Matth.* XXVII, 36). Puédese creer que hicieron esto por órden de Pilatos, á instancia de los judíos, cuya mala conciencia les hacia temer que alguno no le bajase vivo de la cruz, ó para prohibir que ninguno le diese algun refrigerio ó alivio de los que se solian dar á otros crucificados; y quizá se dieron á los ladrones que estaban crucificados con Cristo, porque esta guarda no era para ellos. Ó Rey del cielo, cuyos soldados son innumerables legiones de Ángeles, que rodean vuestro trono celestial y os cantan mil cantares de alabanza, ¿cómo os habeis humillado á estar en ese vil trono de la cruz, teniendo por gente de guar-

da unos viles y crueles soldados que nunca cesan de vituperaros? Gózome de la gloria que teneis en el cielo, y aflíjome por la ignominia y tormento que padeceis en el suelo, y por ambas cosas os alabo y glorifico, deseando tener parte en vuestra ignominia, con esperanza de tenerla despues en vuestra eterna gloria. Amen.

2. Luego ponderaré como los enemigos de Cristo nuestro Señor, despues que le pusieron en la cruz, no solamente no se movieron á compasion de verle padecer tan graves ignominias y tormentos, sino con una crueldad endemoniada procuraban añadir otros de nuevo con palabras y meneos, diciéndole grandes injurias y blasfemias, por instigacion del demonio; el cual pretendia por ellas tentarle, unas veces de impaciencia y desconfianza, y otras de inconstancia, faltando en lo que habia comenzado. Pero todas estas injurias sufria este inocentísimo Cordero, con admirable paciencia y humildad y con grande constancia y fortaleza, sin dar muestras ni por palabra, ni por meneo, de algun sentimiento ó queja contra sus blasfemadores, ni de alguna flaqueza ó arrepentimiento de haber subido á la cruz, dándonos un heróico ejemplo de sufrir y vencer las tentaciones que á este modo nos acometieren.—Todo esto se ha de ponderar discurriendo por cuatro suertes de personas que injuriaron á Cristo en la cruz, como consta de los sagrados Evangelistas.

Punto cuarto.— 1. *Lo primero, los que pasaban por allí blasfemaban de él, meneando sus cabezas, y diciéndole por mofa* (*Matth.* XXVII, 39): *¿Tú eres el que destruyes el templo de Dios, y en tres dias le reedificas? Sálvate á tí mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.* Y es de creer que harian muchos gestos con la boca y labios, como lo apunta David en sus Salmos. (*Psalm.* XXI, 14). Y que tambien, como dijo Jeremías en sus lamentaciones (*Thren.* II, 15), darian palmadas con las manos, y le silbarian con sus bocas por irrision, sufriendo el Redentor estos silbos de desprecio, para remediar el veneno que la serpiente infernal derramó con los silbos venenosos de su maldita sugestion; y así como no hizo caso de su silbo, cuando le dijo en el desierto, estando sobre el pináculo del templo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; así tambien no hace caso de este silbo, que da por boca de estos blasfemos, diciéndole (*Matth.* IV, 6): Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz; antes porque es Hijo de Dios, no quiere descender vivo de la cruz, sino morir en ella para engendrar allí muchos hijos de Dios por adopcion, y para que yo entienda, que es propio de los hijos de Dios no descender por su voluntad de la cruz, sino morir en ella al mundo

y al pecado, perseverando en la mortificacion hasta el fin. Ó Hijo de Dios vivo, no permitas que la serpiente astuta me engañe con sus silbos infernales, persuadiéndome á bajar de la cruz que una vez tomé por tu amor; dame que persevere en ella como hijo de tal Padre, porque no venga á perder la dignidad de hijo.

2. *Lo segundo, los príncipes de los sacerdotes y los escribas y ancianos burlaban de él, diciendo unos á otros, de modo que lo oyese: A otros hizo salvos, y á sí no puede salvarse. Si es Rey de Israel, baje de la cruz, y creerémos en él. Confia en Dios, librele si quiere, pues ha dicho: Hijo soy de Dios.* En las cuales palabras por escarnio le zaherian en las cuatro cosas mas principales de que Cristo nuestro Señor se preciaba.-Lo primero, en su poder, diciendo: Que quien podia librar á otros, no tenia poder para librarse á sí.-Lo segundo, en su reino, diciendo: Que si era Rey de Israel, bajase de la cruz, y creerian en él; como si dijeran: Tan falso es ser rey, cuan imposible bajar de la cruz.-Lo tercero, en la confianza que tenia en Dios, diciéndole: Si se precia de confiar en Dios, porque le ama, pida á Dios que le libre (*Sap.* II, 13-18); como quien dice: No le librará, porque no le ama.-Lo cuarto, en la dignidad de *Hijo de Dios*, teniéndola por fingida; y en todas cuatro cosas mezclaban grandes falsedades, porque el demonio, padre de mentiras, hablaba por ellos para tentar á Cristo, y conocer si era Hijo de Dios, bajando de la cruz, á título de que aquella gente creyese en él.

3. Mas nuestro buen Jesús sufria con paciencia estos escarnios, sin responderles palabra, ni hacer caso de sus dichos, porque sabia el mal ánimo de donde procedian. Ó mansísimo Cordero, ¿qué te daré por la paciencia con que sufrias tales baldones y blasfemias contra tus soberanas y divinas virtudes? Lo que á gloria tuya deseo, es confesar lo que estos blasfemos no alcanzaron, y preciarme de lo que ellos despreciaron. Confieso que hiciste salvos á otros muchos, y que puedes salvarte; pero no quieres hacerlo por salvarme, porque mi vida está pendiente de tu muerte. Confieso tambien que eres verdadero Rey de Israel, y que por eso no quieres bajar de la cruz donde tu reinado comienza, para que todos creamos en tí. Tambien confieso que tienes confianza en Dios, Padre tuyo, que te ama como á propio Hijo; pero no quiere librarte, porque no es señal cierta de los hijos de Dios ser librados de los trabajos, sino perseverar constantemente hasta la muerte en ellos. Concédeme, Señor, esta confianza, resignada en tu santa voluntad, para que pueda perseverar en la cruz hasta morir en ella.

4. *Lo tercero, los soldados que allí estaban tambien burlaban de Cristo, leyendo el título de la cruz, y diciendo: Si tú eres Rey de los judíos, sálvate á tí mismo.* Como si dijeran: Si eres Rey tan poderoso, que podrás salvar y librar á los judíos, líbrate á tí de la cruz en que estás. De la misma manera dice san Marcos que blasfemaban de Cristo los ladrones que estaban crucificados con él, como luego verémos. En todos estos puntos podemos considerar la pena grande que recibiria la Vírgen sacratísima oyendo aquellas blasfemias que se decian contra su Hijo, y los meneos, silbos y escarnios que de él hacian. Ya que no habia visto los que padeció en casa de Caifás y en el pretorio de Pilatos, ordenó la divina Providencia que oyese estos, para que tambien fuesen sus oidos atormentados con estas injurias y blasfemias; las cuales sentia mas que si se dijeran contra ella; y aun se puede creer, que de recudida, aquellos fieros perseguidores, blasfemando del Hijo, revolvian sobre la Madre que tal Hijo habia parido; pero lo sufria con admirable paciencia y silencio, mirando el ejemplo que su Hijo la daba. Ó Vírgen sacratísima, ¡qué de cuchillos traspasaron vuestro afligido corazon! Las lenguas de estos blasfemos (*Psalm.* LVI, 5), cuchillos agudos son, y cuchillos de dos filos; los cuales de un golpe hieren á vuestro Hijo y á Vos, que sois su Madre. ¿Por qué, ó Madre piadosísima, no hablais alguna palabra en defensa de vuestro Hijo, pues conoceis su inocencia y santidad? Mas ya veo que no es tiempo este de hablar, sino de callar, y que la grandeza del dolor os tiene muda para con los hombres, aunque nunca cesais de hablar con Dios.

5. Finalmente, se puede ponderar lo que dice san Lucas, que el pueblo estaba allí *spectans*, mirando á Cristo, y esperando en qué habia de parar su crucifixion; y este mirar no era con devocion, sino con irrision, y así Cristo nuestro Señor le cuenta entre sus injurias en el salmo XXI, diciendo: Consideráronme y miráronme. ¡Oh si estos miserables le miraran como habian de mirarle, cuán grandes bienes sacaran de esta vista! Si mirar á la serpiente de metal bastaba para sanar las mordeduras mortales de las serpientes venenosas (*Num.* XXI, 8), ¿cuánto mas bastara mirar al Salvador, figurado por esta serpiente, puesto sobre el madero de la cruz, con figura de pecador, para librarles de las mordeduras venenosas de sus pecados? Concédeme, Salvador mio, que te mire y te contemple con viva fe y con espíritu de amor y devocion, para que de esta vista quede sano y fuerte para alabarte y servirte por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLV.

DE LA PRIMERA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HABLÓ EN LA CRUZ, ROGANDO POR SUS ENEMIGOS.

PUNTO PRIMERO.— 1. Estando Cristo nuestro Señor en su cruz, sufriendo los desprecios que quedan referidos (*Luc.* XXIII, 34), y habiendo callado con grandísimo silencio, abrió su boca sacratísima para decir la primera palabra de las siete que allí habló, diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.* Abre, ó alma mia, tus oidos para oir, pues tu celestial Maestro abre su boca en la cátedra de la cruz para hablar. Hablad, Señor, que vuestro siervo oye (I *Reg.* III, 10); y pues sois palabra del eterno Padre, abreviada por el misterio de vuestra encarnacion y pasion, leedme alguna breve leccion, la cual pueda retener en mi memoria, y rumiar con mi entendimiento, y abrazar con todo mi corazon y voluntad.

2. La primera leccion que este Señor lee, y la primera palabra que habla en la cruz, toda es de amor, orando por los que le crucificaban, y excusándolos del modo que podia, mostrando en esto su infinita caridad. Para lo cual tengo de ponderar primero, la ocasion en que habla, y luego cada una de las palabras que dice, y despues los efectos que con esta oracion obra.- Cuanto á lo primero, consideraré á Cristo nuestro Señor lleno de dolores y tormentos en todos los miembros de su cuerpo, sin hallar lugar de descanso en aquella dura cama de la cruz. Y demás de esto, rodeado de sus enemigos, que le habian puesto en ella; los cuales actualmente se estaban saboreando en verle tan afligido, añadiéndole nuevas aflicciones con terribles injurias y blasfemias, abriendo sus bocas, moviendo sus labios, y meneando sus cabezas por escarnio.

3. Á este tiempo levanta Cristo nuestro Señor sus ojos al cielo, y derramando lágrimas por ellos, abre su boca, no para pedir fuego que los abrase, como pidió Elías (IV *Reg.* I, 10), ni para echarles su maldicion, como Noé y Eliseo (*Genes.* IX, 25; IV *Reg.* II, 24), cuando maldijeron á los que les escarnecian, sino para rogar á su eterno Padre que les perdonase el pecado que hacian en crucificarle y escarnecerle, doliéndose mas del daño que les venia por esta culpa, que de los tormentos é injurias que de ellos recibia, cumpliendo por la obra lo que habia dicho (*Matth.* V, 44): Amad á vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen; y lo que de él estaba profeti-

zado, que rogaria por los transgresores (*Isai.* LIII, 12); esto es, por aquellos que quebrantaron contra él todas las leyes de la caridad y piedad, de la justicia y gratitud, con la mayor crueldad y desagradecimiento que jamás se habia visto en el mundo. Ó amantísimo Jesús, ¡cuán bien habeis mostrado que sois Dios de amor y la misma caridad! pues las inmensas aguas de tantas tribulaciones y los rios impetuosísimos de tantas persecuciones no han sido poderosas para matar ni apagar vuestro fuego (*Cant.* VIII, 7), antes ha crecido tanto, que levantó su llama hasta el cielo, rogando al Padre celestial que no castigue á los que en tantos trabajos os han puesto. Concededme, Señor, tal caridad como esta, para que yo tambien ame á mis enemigos, y ore por los que me persiguen y os persiguen, pues vuestros enemigos tambien son mios. Perdonad á todos, ó Padre de las misericordias, para que todos gocen de ellas. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Luego tengo de considerar cada palabra de las que tiene esta breve oracion.—La primera es, *Padre*, al cual endereza su peticion; porque aunque á él mismo, en cuanto Dios, pertenecia perdonarlos, quiso mas, como hombre, pedir esto á su Padre; porque pidiéndole que los perdonase, claramente daba á entender que él de su parte los perdonaba y cumplia con su oficio de supremo sacerdote, ofreciendo sacrificio de sí mismo por los pecados é ignorancias del pueblo (*Hebr.* IX, 7), y rogando con mucho fervor á Dios por ellos. Y no dice, Dios, perdónalos, sino Padre, para que se entendiese que no habia perdido la confianza que en él tenia, y para obligarle con este título tan amoroso á que le oyese, y perdonase á sus enemigos, pues como Padre hace que su sol salga para buenos y malos, y que la lluvia descienda para justos y pecadores. Ó Padre soberano y misericordioso (*Matth.* V, 45), cuya caridad fue tan grande, que quisiste que el Sol de justicia, tu Hijo unigénito, naciese en el mundo para dar luz, calor, y vida de gracia á los mortales, y que la lluvia de su doctrina regase la tierra de los pecadores; mira á este divino Sol, que está en la cruz cerca del occidente, para ponerse y ocultarse, y con todo eso echa de sí rayos de divino amor, rogando por sus enemigos; oye su encendida oracion, y por ella envia desde el cielo la lluvia de tu gracia sobre todos, para que todos te conozcan y le conozcan, é imiten el raro ejemplo de su excelentísima caridad.

2. La otra palabra es, *perdónalos*. No dice, perdónalos esta injuria ó agravio que me hacen, sino absolutamente perdónalos; porque su deseo era que fuesen perdonados todos sus pecados, sin de-

jarles ninguno; y porque se entendiese que no reparaba tanto en su propia injuria, cuanto en las injurias y ofensas de su Padre, á quien suplicaba que las perdonase todas; y no dice, perdona á estos que me crucifican ó me injurian, sino perdónalos; porque no quiere poner en su oracion palabra que les acuse, ó irrite la ira del Padre; y porque pedia perdon, no solo para los que le crucificaban con la obra, sino para los que con sus pecados fueron causa de su crucifixion, los cuales tenia presentes en su memoria; y por los unos y por los otros dijo, perdona á estos. Ó caridad liberalísima y anchurosísima de Jesús, que te dilatas y extiendes á todos los pecadores, sin excluir á ninguno de cuantos quisieren recibir perdon; penetra sus corazones, para que todos se dispongan á recibir el perdon que les ofreces, y participen el fruto de la oracion que por ellos haces.

3. La otra palabra es, *porque no saben lo que se hacen*, en la cual excusa del modo que puede á sus enemigos; porque aunque la ignorancia de muchos de ellos fue muy grosera y afectada, y muy culpable; pero la caridad de este piadosísimo Redentor, con cualquier cosa de que pudo echar mano quiso encubrir y excusar la muchedumbre y gravedad de sus pecados. Y esta excusa *tambien se extiende* á todos los pecadores en su modo, porque todos tienen algun modo de ignorancia en no conocer, como deben, quién es Dios á quien ofenden, y cuán grave cosa es ofenderle, cuán grandes bienes pierden, y cuán terribles males acarrean; porque si todo esto lo conociesen, no le ofenderian. Y así tambien les cuadra lo que dice san Pablo (I *Cor.* II, 8): Nunca crucificaran en sí mismos al Señor de la gloria, si perfectamente, como es razon, le conocieran.

4. Esta excusa añadió Cristo nuestro Señor, no solo para mostrar su infinita caridad, y la gana que tenia de que su Padre perdonase á los pecadores, sino tambien para otros dos fines. El uno, para movernos á grande confianza en su misericordia; porque si él nos excusa, ¿quién nos acusará? ¿Quién, dice san Pablo (*Rom.* VIII, 33), acusará á los escogidos del Señor? Si Dios los justifica, ¿quién habrá que les condene? ¿Por ventura Cristo Jesús, que murió, resucitó y está sentado á la diestra del Padre, y ruega y aboga por nosotros? El otro fin fue para darnos ejemplo de como hemos de excusar las faltas de nuestros prójimos, aunque sean enemigos, atribuyéndolas á ignorancia ó inadvertencia y celo, ó á otra intencion menos mala. De suerte, que no solo no los acusemos ni exageremos el agravio que nos hacen, ni de él hagamos título, para que Dios les castigue, sino del mejor modo que pudiéremos le aligeremos, hacien-

do de la excusa título para que Dios les perdone. Ó Salvador dulcísimo, ¡cuán bien habeis subido hoy al monte de la mirra, y al collado del incienso (*Cant.* IV, 6), juntando en este monte Calvario mirra de mortificacion muy amarga, é incienso de oracion muy encendida! Confortad, Señor, mi corazon con esta mirra para que la abrace, y con este incienso para que os le ofrezca, buscando siempre vuestra gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Últimamente, consideraré los efectos de esta oracion de Cristo nuestro Señor, ponderando lo primero, como el Padre eterno la oyó; porque si la oracion de los humildes y mansos siempre le agrada, como dice la Escritura (*Judic.* IX, 16), ¿cuánto mas le agradaria la oracion del humildísimo y amantísimo Hijo suyo? El cual, como dice san Pablo (*Hebr.* V, 7), cuando oró en la cruz con lágrimas, fue oido por su reverencia; esto es, por el respeto que se debia á la infinita dignidad de su persona, y por la reverencia con que se humilló y honró á su Padre; y así por esta oracion alcanzaron perdon muchos de los judíos que allí estaban; á los cuales convirtió san Pedro el dia de Pentecostes, no tanto por su predicacion, cuanto por la virtud de esta oracion de Cristo, por la cual tambien se da el perdon á todos los pecadores que le piden y reciben. Ó Padre eterno, oid la oracion de vuestro Hijo, perdonando los pecados que contra Vos he cometido. Perdonadme, Padre de misericordias, porque no supe lo que hice cuando os ofendí; y aunque yo no merezco ser oido, merécelo vuestro Hijo, por quien es, y por la reverencia que siempre os ha tenido.

2. Tambien puedo ponderar el efecto que obró esta oracion en la Vírgen santísima, y en san Juan y otras personas devotas que allí estaban: cuán admiradas quedarian de ver tanta caridad y mansedumbre en Cristo nuestro Señor, y cuán llorosas, por ver crucificado con tanto dolor al que oraba por sus perseguidores con tanto amor; especialmente la Vírgen santísima, tomando ejemplo de su Hijo, ejercitaria luego la misma caridad y amor de sus enemigos; y repitiendo la oracion que habia oido, diria: Padre, perdonad á estos, porque no saben lo que hacen. ¡Oh cuán agradable fue al Padre eterno la oracion de esta Vírgen humilde y mansa mas que todas las puras criaturas, cuán bien recibida fue en el cielo, y juntándola con la del Hijo, ayudaria á recabar el perdon que deseaba! Ó Abogada de los pecadores, abogad por mí delante de vuestro Dios, pidiéndole que me perdone, pues no supe lo que hice. Tambien á esta oracion de Cristo se puede atribuir la conversion del buen ladron y

del Centurion, y otros afectos, que se irán poniendo en las meditaciones siguientes.

MEDITACION XLVI.

DE LOS LADRONES QUE FUERON CRUCIFICADOS CON CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LA SEGUNDA PALABRA QUE DIJO AL UNO PROMETIÉNDOLE EL PARAÍSO.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Crucificaron con Jesús dos ladrones* (*Luc.* XXIII, 33; *Ioan.* XIX, 18; *D. Thom.* 3 *p. q.* 46, *art.* 11), *poniendo uno á su mano derecha, y otro á la izquierda, y á él en medio.* Sobre este punto se ha de considerar la humildad rara de Jesucristo nuestro Señor en haber querido ser crucificado en medio de dos ladrones con tanta ignominia; y es de creer que escogerian los mas insignes que habia en la cárcel, otros tales como Barrabás, para que se cumpliese lo que estaba de él profetizado, que fue contado con los malhechores facinerosos. (*Isai.* LIII, 12). Y para ponderar mas esta humildad, tengo de levantar los ojos á mirar su *infinita dignidad*, considerando como él es Verbo eterno, que está como en medio de las divinas Personas; y el mismo que estuvo en el monte Tabor transfigurado en medio de Moisés y Elías, y el que es piedra angular, en quien se juntan los pueblos hebreo y gentil, y el dia del juicio estará sentado en el trono de su majestad, en medio de buenos y malos, teniendo los buenos al lado derecho, y los malos al izquierdo. Este Señor, pues, es el que está en este monte Calvario, y en este trono de la cruz, en medio de dos ladrones, despreciado y abatido como si fuera ladron; pero no se le pega de su compañía, ni malicia ni infamia; antes está allí representando el juicio que ha de hacer entre justos y pecadores.

2. En todo lo cual nos da ejemplo maravilloso con que nos consolemos cuando nos viéremos puestos en el lugar bajo, y contados en el número de los malhechores, persuadiéndonos que si no se nos pega su malicia, no nos podrá dañar su infamia. Ó Rey de la gloria, ¡cuán bien habeis mostrado que venísteis al mundo para darnos ejemplo de humildad! En la entrada fuísteis puesto en un pesebre en medio de dos animales, y en la salida seis puesto en una cruz en medio de dos ladrones, para que el fin correspondiese al principio, y la humillacion fuese creciendo por sus grados, hasta el supremo que podia llegar. Concedédme, Señor, que á imitacion vuestra or-

dene mi vida de tal manera, que su principio, medio y fin sea humildad, abrazando por vuestro amor todo género de humillacion.

Punto segundo. — 1. *El uno de los ladrones, que estaba crucificado con Jesús, mofaba de él, diciéndole: Si tú eres Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros. El otro le respondió: Ni tú temes á Dios, estando en la misma condenacion de muerte que está este. Nosotros justamente estamos condenados, porque recibimos lo que nuestras obras merecieron; pero este ninguna cosa mala ha hecho.* (*Luc.* XXIII, 39). En este punto se ha de considerar la diferencia de los malos á los buenos, y la ignominia que Cristo recibe de los unos, y la gloria que recibe por medio de los otros.—Lo primero, uno de los ladrones, que se entiende era el del lado izquierdo, porque representaba á los reprobados, blasfemaba de Cristo nuestro Señor como los fariseos, zaheriéndole del pecado, porque decian estaba crucificado, que es haberse hecho Cristo y Mesías; lo cual fue de grande ignominia para el Salvador, pues llegó á tanto su desprecio, que un hombre vilísimo, condenado á muerte de cruz por sus ladrocinios y maldades, le escarneció, pareciéndole que ganaba indulgencia para bien morir en escarnecerle. Por donde se ve cuán propio es de los malos olvidarse de sus delitos y agravar los ajenos, murmurando de ellos y condenando á los que los cometieron, teniéndose á sí por inocentes en su comparacion; como sucedió á este mal ladron, el cual con este pecado hinchió la medida de su condenacion, y dió ocasion al Salvador para mostrar su admirable paciencia callando, sin responder palabra al injuriador que cabe sí tenia.

2. Al contrario de este, el otro que estaba á la mano derecha de Cristo, tocado con la inspiracion del Espíritu Santo, y ayudado de la gracia del Señor que tenia cabe sí, volvió por él, trazando así la divina Providencia, para que pues Cristo nuestro Señor sufria su injuria callando, no faltase quien respondiese por él; y en la respuesta ejercitó algunos actos heróicos de virtud, especialmente de caridad y humildad.—El primero fue, corregir al público blasfemo con palabras graves y concluyentes, diciéndole: *¿Ni tú temes á Dios estando á punto de muerte como este?* Como quien dice: Que no teman á Dios los que están sanos y sin peligro de muerte, menos malo es; pero que tú no le temas estando á peligro de morir, no es tolerable.—El segundo fue, confesar públicamente su culpa, y que justamente merecia la pena que padecia en aquella cruz, avisando de lo mismo al compañero.—El tercero fue, confesar la inocencia de Cristo nuestro Señor, diciendo: *Iste nihil mali gessit.* Este ningun

mal ha hecho. De suerte que tuvo ánimo para confesar delante de todo el pueblo, que los príncipes de los sacerdotes y los escribas se engañaban en acusar á Cristo, y que Pilatos erró en condenarle, y que todos hacian mal en blasfemar de él, porque de verdad ningun mal ni pecado habia hecho. ¡Oh varon admirable, que no tuvo vergüenza de confesar la inocencia de Cristo, cuando todo el mundo lo condenaba! Huyen los Apóstoles, encúbrense los discípulos, callan todos sus conocidos, temiendo la ira de los judíos, y solo este ladron en lo alto de la cruz predica á voces, que Cristo es inocente. Justo es, Salvador mio, que cumplais con él la palabra que dijísteis (*Matth.* x, 32): Quien me confesare delante de los hombres, yo le confesaré, y honraré delante de mi Padre y de sus Ángeles.

3. De este ejemplo he de sacar, que así como en el monte Calvario estuvieron tres en la cruz con diferente modo; uno, con culpa y con impaciencia; otro, con culpa y con paciencia; otro, sin culpa y con admirable paciencia: así tambien suele suceder en esta vida á los hombres; unos por sus pecados son castigados de Dios, llevando con impaciencia el castigo, y estos serán condenados como el mal ladron, bajando de la cruz al infierno; otros son *castigados por sus* pecados, llevando la pena con humildad y paciencia, diciendo aquello de Miqueas (*c.* VII, 9): *Iram Domini portabo, quoniam peccavi ei:* sufriré el castigo y la ira de Dios, porque pequé contra él; y estos, como el buen ladron, alcanzarán perdon de su pecado, y de la cruz irán al paraíso. Otros son afligidos sin culpa para su ejercicio y corona, llevando su afliccion con grande paciencia, á imitacion de Cristo nuestro Señor; y estos son mas dichosos, porque, como dijo san Pedro en su primera canónica (*c.* III, 14), lo mas precioso de la cruz y del tormento es padecerle sin culpa; pero yo miserable, si no pudiere alcanzar esta dicha que sea de los postreros, porque estoy lleno de pecados, por los cuales merezco cualquier castigo, y puedo y debo decir lo que está escrito en Job (*c.* XXXIII, 27): Pequé, y verdaderamente delinquí, y no he recibido tanto castigo como mi pecado merecia; procuraré ser siquiera de los segundos, para alcanzar de Dios misericordia, siguiendo el ejemplo del buen ladron.

PUNTO TERCERO. — 1. Vuelto el buen ladron á Jesús, díjole: *Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum.* Señor, acuérdate de mí, cuando estuvieres en tu reino. En esta heróica oracion y peticion se ha de considerar lo primero, como este santo penitente, despues que hubo ejercitado las obras dichas de caridad y humildad, confesando su culpa, y la santidad de Cristo, luego tomó ánimo y

confianza para orar y pedir perdon de sus pecados, y la entrada en el cielo, con unas palabras breves y devotas, llenas de fe y confianza.-Lo primero, llámale Señor con grande reverencia, respetando al que de todos era vituperado y tenido por vil gusano y desecho del pueblo.-Lo segundo, confiesa que es Rey, y que tiene verdadero reino, al modo que él mismo lo habia dicho; no en este mundo, sino en el otro, y que por la cruz y muerte iba á tomar posesion de este reino eterno y celestial.-Lo tercero, pídele que se acuerde de él cuando entrare en su reino, como si dijera: No te pido que me salves aquí, librándome de la cruz como pide mi compañero, sino que me salves despues que muriere en la cruz, dándome la salud y salvacion eterna. Tampoco te pido que me lleves contigo á tu reino, y me dés trono y asiento en él; porque un ladron como yo no se ha de atrever á pedir cosa tan grande: solo te pido que te acuerdes de mí, y esto basta; porque si te acuerdas de mí, tú me darás buena muerte, y me pondrás en el lugar que quisieres de tu gloria. Ó ladron prudentísimo y humildísimo, ¡cuán bien has acertado á pedir y negociar el reino de los cielos, que los valientes han de arrebatar! (*Matth.* XI, 12). No te sucederá lo que á José con el copero de Faraon (*Genes.* XL, 14), con quien estaba preso en la cárcel, á quien pidió que cuando saliese de la prision, y se viese en su prosperidad, se acordase de él, pero luego se olvidó. No es esta la condicion del Señor con quien estás crucificado; porque pasado el tormento de la cruz, llegará el tiempo de su prosperidad, y tendrá memoria de tí, dándote parte de ella.

2. Lo segundo, tengo de ponderar las causas de donde procedió la conversion de este ladron, y su confesion y fe maravillosa; porque puesto caso que la principal causa fue la diestra de Dios, que obró esta mudanza en su corazon (*Psalm.* LXXVI, 11); pero esta diestra de Dios tomó medios para alumbrarle. Estos no fueron principalmente milagros, porque quizá no habia visto los milagros que Cristo hizo en su vida, ni habian comenzado los que sucedieron en la pasion. Tampoco fueron sermones, porque ningun sermon de Cristo habia oido; pero en lugar de milagros, le movió la heróica paciencia y mansedumbre que vió en Cristo en medio de tantas injurias; y en lugar de sermones, se enterneció con el ejemplo de aquella rara caridad, cuando le oyó rogar por sus enemigos. De donde sacó con la ilustracion del cielo, que aquel Señor era santísimo; y pues él decia que era Rey y Mesías é Hijo de Dios, así seria sin duda. De aquí sacaré yo (*Casian. Collat.* XII, *c.* 13) cuánto importa ser pa-

ciente, manso y caritativo, y de dar buen ejemplo, pues todo esto tiene fuerza de milagros y de sermones para convertir á los pecadores mas duros que peñascos. Ó dulce Jesús, que puesto en la cátedra de la cruz, con tu milagrosa paciencia y con tu maravilloso ejemplo de caridad convertiste al buen ladron, ayúdame para que á imitacion tuya haga yo semejantes milagros, dando semejantes ejemplos con que edifique á mis prójimos, enfrene á los malos, y encienda en mayor perfeccion á los buenos. Amen.

3. Finalmente, á imitacion del buen ladron, puesto á los piés de Cristo crucificado, repetiré yo una y muchas veces con grande afecto la misma oracion, diciéndole: Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino. Ó Rey eterno, confieso que por mis pecados justamente estoy puesto en la cruz de muchos trabajos y tentaciones; no te olvides de mí, ni permitas que me pierda. Y pues ya estás pacífico en tu reino, ten memoria de este miserable, mirándole con ojos de misericordia.

Punto cuarto. — 1. *Respondióle Cristo nuestro Señor: De verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso.* En esta segunda palabra, que Cristo nuestro Señor dijo, se han de considerar las *inestimables riquezas* y tesoros de su liberalidad y misericordia, y de su bondad y caridad. -Lo primero, se descubre aquí la eficacia de la oracion, en que rogó por los pecadores, cogiendo luego el fruto de ella en este grande pecador; del cual dicen algunos, que al principio blasfemaba de Cristo, juntamente con su compañero, por decir san Mateo y san Marcos en número plural que los ladrones escarnecian de él; y siendo esto así, mucho mas campea la virtud de Cristo en trocar á este blasfemo, como despues se mostró en trocar á Saulo por la oracion de san Estéban.

2. Tambien resplandece aquí la eficacia de la sangre de Jesucristo, derramada en la cruz, cuyas primicias fueron este buen ladron, trocándole con modo maravilloso, perdonándole sus pecados á culpa y á pena, prometiéndole la entrada en el paraíso, sin dilacion, y asegurándole de ella. Ó buen Jesús, ¡cuán amigo sois de ejercitar en todo lugar vuestro oficio de justificar los pecadores! En el vientre de vuestra Madre justificais á vuestro Precursor; en el pesebre llamais á los Magos, ilustrándoles con vuestra gracia; y en la cruz llamais á este ladron, prometiéndole la vida eterna, en saliendo de la vida temporal. Gracias os doy por tan inmensa liberalidad, y humildemente os suplico ejerciteis conmigo este oficio de Salvador, para que reine con Vos por todos los siglos. Amen.

3. La tercera, se ha de ponderar la liberalidad de esta promesa. No pide el ladron á Cristo, sino que se acuerde de él cuando estuviere en su reino, y Cristo le asegura, que en aquel mismo dia estará con él en su reino. O Rey soberano, bien bastara prometerle que de allí á algunos años entraria en vuestro reino; pero vuestra caridad quiere apresurar los plazos; y en lugar de purgatorio, le admite por paga las tormentos que padece; y para que no desmaye en los que ha de padecer, cuando le quiebren las piernas, le dice: Hoy serás conmigo en el paraíso. Hoy se trocará tu suerte, y de esta cruz de tormentos pasarás al paraíso de deleites, y allí estarás conmigo; porque yo he dicho, que quien me siguiere, estará donde yo estoy (*Joan.* XII, 26): y pues tú me has seguido en la cruz, tambien me seguirás en la gloria, entrando hoy á estar conmigo en ella. Ó Rey de la gloria, si con tanta liberalidad premiais al que solamente os siguió tres ó cuatro horas del dia, ¿cómo premiaréis al que os siguiere con perfeccion todas las horas y edades de su vida? Si tan agradecido os mostrais al pecador que os ha injuriado innumerables veces, por una sola vez que os honra, ¿qué agradecimiento mostraréis al que toda la vida gasta en honraros? Ó dichoso ladron (*Matth.* XX, 8), que habiendo estado todo el dia ocioso, llegaste á la viña una hora antes de anochecer, y te diste tanta priesa á trabajar, que siendo el postreso, mereciste ser el primero: el primero, digo, de los mortales que, en saliendo de esta vida, recibió luego el denario de la gloria. Date priesa, ó alma mia, á trabajar, pues mas merecerás con el fervor del trabajo que con el largo tiempo; y juntando ambas cosas, será mas copioso tu galardon.

Punto quinto. — 1. Últimamente, tengo de considerar las dos suertes de hombres malos y buenos que se representan en estos dos ladrones, de los cuales uno fue reprobado, y otro escogido, acordándome de lo que dice Cristo nuestro Señor (*Matth.* XXIV, 40), que en el dia del juicio, de dos que estarán en el campo, ó en el molino, ó en lecho, uno será tomado, y otro dejado, que fue decir: De todos estados y modos de vida, unos serán tomados para el cielo por las buenas obras que hicieron, prevenidos y ayudados de la divina gracia, y otros serán dejados para el infierno por las culpas que hicieron con su libre albedrío. De suerte que quien está en el molino del estado de matrimonio con muchos cuidados y trabajos, no ha de perder la confianza de su salvacion; y quien está en el lecho del estado de continencia con mucho descanso, no ha de perder el miedo de su condenacion; y el que trabaja en el campo de la vida activa,

y el que descansa en el lecho de la vida contemplativa, han de vivir con esperanza mezclada con temor de los juicios de Dios, á quien humildemente suplicaré que no sea yo de los dejados, sino de los escogidos, haciendo vida digna de que Dios me tome para sí, colocándome en su paraíso.

2. Tambien ponderaré, como la sangre de Jesucristo, aunque era poderosa para justificar á los dos ladrones, solamente obró en el uno, para darnos motivos juntamente de temor contra la presuncion, y de confianza contra la pusilanimidad. De suerte que los grandes pecadores, cuando se ven cercanos á la muerte, no desesperen, viendo que un ladron en aquella hora hizo penitencia, y alcanzó misericordia; pero ninguno presuma vivir á sus anchuras, dilatando la penitencia hasta la muerte, viendo que el otro ladron, aunque estaba junto á Cristo, murió sin penitencia castigado con el rigor de la divina justicia. Y harto motivo de temor es, ver que entre tantos malos como estaban en el monte Calvario, á un solo ladron se dijo: Hoy serás conmigo en el paraíso.

3. Finalmente, se puede ponderar la impresion que haria en la Vírgen sacratísima todo este suceso, así la confesion del ladron, como la respuesta de su Hijo, y cómo se consolaria algun tanto de ver que no faltaba quién volviese por su honra; y cómo se confirmaria en la fe, viendo una promesa tan grandiosa, en la cual se declaraba que por la pasion de su Hijo se abrian las puertas del cielo, que tantos millares de años habian estado cerradas. Ó alma mia, en medio de las lágrimas, respira un poco con estas dulces nuevas, mira que hoy se abren las puertas del paraíso, y aunque es á costa de la sangre de tu Señor, él se consuela de derramarla, para que con ella se quebranten las cerraduras de estas puertas. Ó santo Abrahan, ya no me maravillo de que os alegrásedes cuando vísteis en espíritu este dia (*Ioan.* VIII, 56), pues en él se habia de abrir el paraíso para Vos y vuestros hijos, imitadores de vuestra fiel obediencia. Ó Salvador del mundo, en cuyas manos clavadas en la cruz está la llave de David (*Apoc.* III, 7), con la cual abrís, y ninguno cierra, cerrais, y ninguno abre; abridme las puertas del cielo, que mis pecados cerraron, y cerradme las puertas del infierno, que ellos abrieron, para que en el dia de mi muerte pueda, como el buen ladron, entrar con Vos en el paraíso. Amen.

MEDITACION XLVII.

DE LA TERCERA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HABLÓ EN LA CRUZ CON SU MADRE Y CON SAN JUAN.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Estaban cerca de la cruz de Jesús, su Madre y la hermana de su Madre, María Cleofé, y María Magdalena, y el discípulo á quien amaba.* (*Ioan.* XIX, 25). Sobre este punto se ha de considerar, como se acercaron á la cruz de Jesús las personas que mas se señalaron en amarle; porque no hay mayor señal de amar á Cristo, que seguirle hasta la cruz, compadeciéndose de sus dolores é ignominias, y haciéndose participante de ellas; y cuanto mas cerca nos llegamos, y con mayor estabilidad y firmeza, tanto mayores muestras damos de este amor, como las cuatro personas que aquí se nombran. Entre las cuales, la capitana y guia fue la Vírgen sacratísima, por cuyo respeto fueron los demás en su compañía, y sin la cual no tuvieran ánimo para asistir allí; pero ella, como mas firme en la fe, y mas encendida en el amor, pospuesto todo el peligro humano, y atropellando por todas las dificultades é ignominias que de aquí se le habian de seguir, quiso hallarse presente á la pasion de su Hijo, y se puso en pié cerca de la cruz, con grande constancia y fortaleza, acercándose con el cuerpo todo lo mas que le fue permitido.

2. Pero con el espíritu se acercó tanto, que se pegó con ella y con su Hijo, y allí quedó espiritualmente crucificada con él, por la grandeza del amor y del dolor, como se ponderó en la meditacion fundamental. De suerte, que tres clavos la tenian allí crucificada. – El primero, la viva aprension de lo que su Hijo padecia. – El segundo, el entrañable amor que le tenia, no solo como á Hijo, sino como á su Dios y bienhechor infinito, por lo cual todos sus trabajos tomaba por propios. – El tercero, era la compasion de que tal Persona padeciese tanto por pecados ajenos; de donde resultaba en su ánima un dolor tan grande, que bastó por martirio, como si muriera en otra cruz. Miraba la cabeza de su Hijo espinada, y quedaba la suya traspasada con espinas; miraba las manos enclavadas, y quedaban las suyas penetradas con los clavos; miraba los huesos desencajados, de modo que se podian contar, y los suyos se estremecian de dolor. Y á este modo, cuanto el Hijo padecia corporalmente, padecia la Madre espiritualmente, pero terriblemente. Ó Vírgen de las Vírgenes,

¡con cuánta razon podemos hoy llamaros Mártir de los Mártires! pues como á todas las Vírgenes excedísteis en la flor de la virginidad, así á todos los Mártires excedeis en el fruto del martirio. Mártir sois en el deseo fervoroso de padecer todos los tormentos de muerte que vuestro Hijo padecia; y mártir tambien, por los terribilísimos dolores que con su vista padecísteis, bastantes para daros la muerte, si vuestro Hijo no os conservara la vida. ¡Oh quién pudiera acompañaros en este modo de martirio! Alcanzadme, ó Reina de los Mártires, que tenga en él alguna parte, martirizando mi carne con penitencias, y mi espíritu con abnegaciones, acercándome con fortaleza de corazon á la cruz de vuestro Hijo, y crucificándome en ella como os crucificásteis Vos.

Punto segundo. — 1. *Como viese Jesús á su Madre, y al discípulo que amaba, dijo á su Madre: Mujer, ves ahí á tu hijo.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la caridad de Cristo nuestro Señor, juntamente con la entereza y autoridad que mostraba en medio de tantos dolores y desprecios, atendiendo á las obras de piedad y de misericordia, y á las obligaciones de su oficio, como si no estuviera padeciendo. Ya ruega por sus enemigos, como sumo sacerdote; ya promete el paraíso, como redentor; ya mira por su Madre, como hijo; y por su discípulo, como maestro; enseñándonos con este ejemplo que no hemos de faltar á nuestras obligaciones, por vernos rodeados de trabajos. Ó supremo sacerdote Jesús, ¡cuán diferente sois del otro sumo sacerdote Aaron (*Levit.* x, 19), que dijo no podia hacer bien su oficio, estando con ánimo lloroso y triste! Pero Vos, Salvador mio, rodeado de trabajos y afligido con tristezas, haceis perfectísimamente vuestros oficios, orando por vuestros enemigos, aplacando á vuestro Padre, y mirando por el consuelo de vuestra Madre. Dadme, Señor, esta entereza de corazon, para que nunca deje de hacer lo que me habeis encargado, aunque me vea muy atribulado.

2. Lo segundo, ponderaré las palabras que dijo á la Vírgen: *Mujer, ves ahí á tu hijo.* Como quien dice: No me olvido de tí, ni de la obligacion que te tengo como hijo; mas pues yo me aparto de este mundo, en mi lugar te dejo á Juan por hijo, para que haga contigo oficio de hijo, sirviéndote y haciendo lo que yo habia de hacer con tal Madre; pero no la quiso llamar madre, sino mujer, lo uno, por no afligirla con esta palabra tan tierna; y lo otro, principalmente para mostrar cuán descarnado estaba de todo lo que era carne y sangre, atendiendo á las obras de su Padre celestial, por lo cual nunca se le haberia llamado con este nombre (como en la meditacion IX

de la parte III lo ponderamos). Esta palabra causó gran sentimiento en el corazon de la Vírgen, así porque entendió que su Hijo se despedia de ella para morir, como porque consideró el trueco tan desigual, que era trocar al Hijo de Dios vivo, por el hijo de un pobre pescador, y al Maestro del cielo, por el discípulo de la tierra. Ó Salvador del mundo, si como mirando al discípulo, dijísteis á vuestra Madre, ves ahí á tu hijo, mirándoos á Vos mismo dijérades: *Mulier, ecce Filius tuus:* ves aquí á tu Hijo; ves aquí el que concebiste por obra del Espíritu Santo, y pariste sin dolor; ves aquí al que reclinaste en un pesebre, en medio de dos animales, y le diste leche con tus pechos; ves aquí al que trajiste en tus brazos, recreándote en mirarle y regalarle; ves aquí á tu Hijo puesto en los brazos de una terrible cruz, y en medio de dos ladrones, todo desfigurado y desangrado. Mira si me conoces por Hijo, y si me mandas algo como Madre; y pues callas y no me dices nada, en mi lugar te dejo á mi discípulo: *Ecce filius tuus;* ves ahí á tu hijo.

3. Pero mas adelante pasó la caridad de este Señor para con nosotros en estas palabras, y mas ahondó la inteligencia de su Madre en ellas, porque no solamente la dió por hijo á Juan, sino en él á todos los demás discípulos que tenia, y tendria hasta la fin del mundo, por todos los cuales dijo: Mujer, ves ahí á tu hijo, toma por hijo á mi discípulo, y á todos los que fueren discípulos mios, porque mi voluntad es que tú seas su madre, y ellos tus hijos; y que mires por ellos como por hijos tuyos, procurando su bien con toda solicitud. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por haber encargado á tu Madre que nos tome por hijos, haciéndonos con esto tus hermanos. Ó Vírgen benditísima, desde hoy mas tengo de deciros confiadamente: *Ecce filius tuus.* Señora mia, veis aquí á vuestro hijo: acordaos que os mandó vuestro Hijo unigénito me tomásedes por hijo adoptivo, reconocedme por hijo, y mirad por mi remedio.

Punto tercero. — 1. *Despues dijo al discípulo: Ves ahí á tu madre, y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya.* Primeramente se ha de ponderar que como las palabras de Cristo nuestro Señor son eficaces para hacer lo que dicen, en la forma que él quiere hacerlo, con esta palabra imprimió á la Vírgen espíritu de madre para con san Juan y con los demás discípulos; y en san Juan imprimió espíritu de hijo para con su Madre; y el mismo espíritu comunica á todos los que son perfectos discípulos suyos. Y pues esta palabra no se dijo á solo san Juan, sino en él á todos sus semejantes; he de imaginar que Cristo nuestro Señor me dice: Ves ahí á tu Madre, ámala

y venérala como á madre, obedécela y sírvela en cuanto pudieres, y acude á ella en todas tus necesidades; porque como te dí á mi Padre por tuyo, así te doy á mí Madre por tuya: vive, pues, como hijo de tal Madre. Ó dulcísimo Jesús, ¿de dónde á mí tanto bien, que me dais á vuestra Madre por mi madre? Dadme, Señor, espíritu de verdadero hijo, para que la sirva como merece tan gloriosa Madre. Ó Madre benditísima, cierto estoy que siendo tan obediente como sois á vuestro Hijo, luego aceptaréis el oficio de mi madre: *Monstra te esse matrem, sumat per te preces qui pro nobis natus tulit esse tuus: Muéstrate ser madre, reciba por tí los ruegos el que naciendo por nosotros quiso ser tu Hijo. Amen.*

2. Lo segundo, ponderaré las causas por las cuales hizo Cristo nuestro Señor este favor á san Juan. Las principales fueron *dos*, y ambas juntas le dispusieron para recibirle.—La primera, porque fue vírgen, y convenia que el Hijo vírgen no encomendase su Madre vírgen sino á discípulo vírgen; con lo cual declaró la estima que tenia de la virginidad de cuerpo y alma.—La segunda, porque se señaló en la caridad y amor de Cristo, siguiéndole hasta la cruz, y poniéndose cerca de ella, rompiendo por todas las *dificultades* que de esto le apartaban, como apartaron á los demás discípulos, y pues se señaló mas que ellos, digno era de ser favorecido mas que todos. De donde sacaré un gran deseo de imitar á la Vírgen, y al glorioso san Juan, en la castidad y en el amor de Cristo y de su cruz, para ser digno de que la Vírgen me tome por hijo, y yo pueda tenerla por madre.

3. Finalmente, se ha de considerar lo que dice el Evangelista, que desde aquella hora el discípulo la tomó por suya: de la Vírgen no dice que desde aquella hora le tomó por hijo, porque ya se estaba dicho, por ser ella tan obediente, que bastaba saber cualquier señal de la divina voluntad para cumplirla; pero de sí dice que, *accepit eam in suam*, que la tomó á su cargo para ejercitar con ella todos los oficios de un buen hijo para con su madre; los cuales cumplió con grande puntualidad y diligencia, no solo por habérselo mandado su Maestro, sino tambien porque se tenia por dichoso en servir á tal Madre. Ó glorioso Evangelista, gózome de la buena suerte que os ha cabido en este dia; suplicad á vuestro dulce Maestro me dé el espíritu de hijo, que os dió para con su Madre, para que la sirva yo como la servísteis Vos. Ó Salvador mio, pues tan liberal os mostrais en la cruz, que dais vuestro paraíso al ladron que se convierte, y vuestra Madre al discípulo que os ama; usad conmigo de esta libe-

ralidad, dándome en esta vida devocion cordial con vuestra Madre, por cuyo medio espero hallar entrada en el paraíso, donde reine con Vos y con ella por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLVIII.

DE LAS TINIEBLAS QUE SUCEDIERON EN TODA LA TIERRA, Y DE LA CUARTA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HABLÓ EN LA CRUZ.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Habiendo sido Cristo nuestro Señor crucificado cerca de la hora de sexta, que es al mediodía, poco despues sucedieron unas grandes tinieblas en toda la tierra que duraron hasta hora de nona, que es las tres de la tarde.* (*Matth.* XXVII, 45; *Marc.* XV, 33; *Luc.* XXIII, 44; *D. Thom.* 3 *p. q.* 44, *art.* 2). En lo cual se ha de considerar las causas por que Nuestro Señor ordenó estas tinieblas milagrosas, eclipsándose el sol en tal coyuntura por tanto tiempo. — Lo primero, para manifestar la ira que tenia contra aquel pueblo ingrato, por el delito atroz que cometia contra Cristo, pues no eran dignos de ver la luz del sol los que quitaban la vida al Sol de justicia. Y tambien con estas tinieblas exteriores significaba las interiores de aquella miserable gente, y las eternas en que habian de caer por su obstinacion.

2. Lo segundo, para manifestar la inocencia y majestad de Cristo nuestro Señor con este milagro, haciendo que el sol se oscurezca, y cubra á la tierra de luto por la muerte de su Hacedor; y del modo que puede, muestre compasion de sus dolores é ignominias, y escondiendo su luz quite la ocasion á los perseguidores de mirarle con escarnio, y á los blasfemos de añadir nuevas blasfemias, haciéndolos retirar con aquella oscuridad. Ó Sol de justicia; justo es que el sol material se oscurezca, estando tú tambien oscurecido con tristeza, y á punto de trasponerte al hemisferio de la otra vida; pero mas justo fuera que yo me entristeciera de tu muerte, pues yo soy la causa de ella. No permitas, Señor, que yo sea tan ciego, que no vea la razon que tengo de entristecerme, ni tan duro que no me compadezca de tu tormento.

3. Lo tercero, ordenó Cristo nuestro Señor estas tinieblas, para que cesando con esta repentina noche el bullicio de la gente, pudiese á sus solas y con quietud gastar aquellas tres horas en apercibirse para la muerte, y en orar con gran fervor y lágrimas por nosotros; á la manera que cuando predicaba, gastaba los dias en su oficio,

conversando con los hombres; y en viniendo la noche, se recogia á los montes á orar, haciendo todo esto, no por su necesidad, sino por nuestra enseñanza y ejemplo. Así estando en el monte Calvario, tendidas sus manos en la cruz, despues que hubo cumplido los oficios de piedad, arriba dichos, quiso en aquellas tres horas de tinieblas que sucedieron ocuparse totalmente en orar (*Hebr.* v, 7), aplicando su oracion por todos los fieles que tenia presentes en su memoria, de los cuales era yo uno por quien aplicaba su oracion. Ó dulce Jesús, enseñadme á orar con la quietud y espíritu que en estas tres horas oraste; y avivad mi tibieza para que me aproveche del tiempo que tengo de vida, aparejándome con gran fervor para la muerte.

4. Tambien puedo ponderar como la Vírgen santísima gastaria este tiempo en orar con gran fervor, levantando su espíritu á una contemplacion muy alta, no de afectos gozosos sino dolorosos, á imitacion de su Hijo. Y lo mismo es de creer haria san Juan y el buen ladron, inspirándoles este Señor á ello, y diciéndoles desde su cruz con palabras interiores: Velad y orad conmigo, porque no caigais en tentacion.

Punto segundo.— 1. *Cerca de la hora nona, que era las tres de la tarde, clamó Jesús diciendo* (*Matth.* xxvii, 46): *Heli, Heli, lamma sabacthani; que quiere decir: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?* Esta fue la cuarta palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz poco antes de espirar, y díjola con gran clamor para que se entendiese que estaba vivo, y para declarar el afecto con que la decia, afligidísimo por el interior desamparo que sentia. Este desamparo estuvo en dos cosas. La primera, en que el Padre eterno le dejaba padecer sin librarle de aquellos terribles trabajos en que estaba; lo cual es un modo de desamparo que usa Dios con los justos para su provecho; pero en Cristo nuestro Señor fue terribilísimo, porque no hallaba descanso en cosa alguna. La cabeza no podia descansar sobre la cruz sin nueva pena; las manos no podian sustentar el cuerpo sin rasgarse con mayor dolor; los piés no podian con la carga, sin aumentar sus heridas; y viéndose por todas partes afligido, levantó la voz al cielo con gran clamor, diciendo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?

2. La segunda cosa en que estuvo este desamparo, fue en que la divinidad desamparó á la humanidad, cuanto á los consuelos sensibles, dejándola padecer con las tristezas y agonías que tuvo en el huerto, las cuales duraron hasta que murió; y porque ninguno pensase que su paciencia era insensibilidad, y que el acudir á las cosas

de los otros procedia de no sentir sus penas, quiso con esta palabra declararlas, diciendo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? Mas para que entendiésemos que esta queja no nacia de desesperacion, sino de amor por la razon dicha: no dijo Dios, Dios, ¿por qué me desamparaste? sino Dios mio, Dios mio; como quien dice: Dios eres de todos, porque les das el ser que tienen; pero mucho mas eres Dios mio, porque me comunicas tu divino ser, y me amas con especial amor, y yo te amo con el mismo; pues ¿por qué me desamparas en esta tribulacion? Ó buen Jesús, no es necesario que venga otra vez Ángel del cielo como en el huerto para confortaros en vuestra afliccion, diciéndoos las causas de este desamparo, porque ya está muy cercano á su fin, pero yo, Señor, os la diré, para que se descubra en mí vuestra inmensa caridad; porque yo os desamparé, apartándome de vuestra voluntad, por cumplir la mia, quereis ser desamparado de vuestro Padre, mereciendo con este desamparo que nunca me desampare su misericordia, y para darme ejemplo de paciencia cuando sintiere semejante desamparo, pues no es mucho pase el discípulo por donde pasó su maestro. Ó Maestro dulcísimo (*Psalm.* CXVIII, 8), *non me derelinquas usquequaque*, no me desampares con demasía, y cuando desfalleciere mi virtud, no me desampare tu gracia. (*Psalm.* LXX, 9).

3. Tambien puedo considerar como Cristo nuestro Señor se queja de otro desamparo, que sentia mucho mas que los que están dichos, viendo que sus discípulos le habian desamparado, y el pueblo hebreo le habia dejado, y millares de hombres habian de desampararle, dejando su fe, atropellando sus Sacramentos, y desechando los frutos que de su pasion podian sacar. Ó dulce Jesús, no me espanto que os quejeis de este desamparo, pues siendo vuestra redencion tan copiosa y vuestra pasion tan penosa, apenas hay quien se aproveche de ella. Ó Amparador nuestro, ¡cuán desamparado os veo en este mundo! Unas naciones no quieren recibir vuestra fe; otras la dejan; y otras, aunque reciben vuestra ley, dejan el cumplimiento de ella, y unos desamparan á otros, desamparándoos en cada uno de vuestros pequeñuelos. Ó Padre eterno, no desampareis así á vuestro Hijo; y pues tan bien lo ha trabajado en su pasion, haced que sea de todos conocido y adorado por ella.

Punto tercero. — 1. Aunque Cristo nuestro Señor solamente dijo en voz alta las palabras referidas, que son principio del salmo XXI, que trata de su pasion, piamente se puede creer que en secreto prosiguió todo este salmo, contando á su Padre todos los trabajos que

están expresados allí; pero con mayores ansias diria aquellas palabras: Libra, Señor, mi alma del cuchillo, y defiende á la única querida mia del poder del perro: sácame de la boca del leon, y libra mi pequeñez de los cuernos del unicornio. Llama cuchillo á la muerte, á que está condenado por la divina justicia; y perro á Caifás con los demás perseguidores, que mordian su fama: leon á Pilatos, con los ministros y soldados que le despreciaban y afligian con aquellos tormentos; y unicornios á los poderes de las tinieblas infernales, que solicitaban á sus enemigos contra él. Estas palabras diria con gran sentimiento, conforme á lo que de él dice san Pablo (*Hebr.* v, 7): Que en los dias de su carne hizo oracion con gran clamor y lágrimas al que le podia salvar, y librar de la muerte.

2. Tambien se ha de considerar el sentimiento grande que tendria la Vírgen cuando oyó decir á su Hijo estas lastimosas palabras; las cuales en entrando por sus oidos penetraron su corazon, y le levantó al eterno Padre, suplicándole que no desamparase á su afligido Hijo; y como ella sabia tambien los Salmos de David, es de creer que cuando este divino cantor con voz llorosa comenzó este salmo XXI en el facistol de la cruz, ella juntamente le proseguiria en *su corazon*, doliéndose de los tormentos que allí se van contando de su Hijo, y con el mismo espíritu le tengo yo de decir y rumiar, haciendo páusa en cada palabra de él.

3. Últimamente, ponderaré como algunos de los circunstantes que oyeron esta palabra, dijeron: *A Elías llama, esperad, y verémos si viene á librarle.* Esto dirian aquellos malvados perseguidores por mofa de Cristo, juzgando del vocablo *Heli;* como quien dice: Es tan miserable, que no puede salvarse á sí mismo, y así se queja y pide el favor de Elías. De esta manera torcian las palabras del Redentor para escarnecerle con ellas, permitiéndolo así su bondad para ser por todas maneras atormentado en la cruz. No permitas, Señor, que yo tuerza tus palabras, ni use de ellas para otra cosa, que glorificarte y servirte. Y pues son palabras de vida eterna, concédeme que por ellas la alcance. Amen.

MEDITACION XLIX.

DE LA SED QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PADECIÓ EN LA CRUZ, Y DE LA QUINTA PALABRA QUE HABLÓ EN ELLA.

PUNTO PRIMERO. —*Sabiendo Jesús que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Sed tengo.* (*Ioan.*

XIX, 28). Cerca de este misterio se ha de considerar lo primero, la terrible sed que Cristo nuestro Señor padecia, porque desde la noche antes no habia bebido, y habia padecido grandes trabajos, andado muy aprisa muchas jornadas, y vertido mucha sangre con los azotes y espinas; y en la cruz, donde habia estado cási tres horas; por lo cual dijo el mismo Señor en el salmo XXI: Mi virtud se secó como una teja, y mi lengua se pegó al paladar, y llegué á estar como polvo á punto de perecer. Con ser la sed tan grande, la sufrió y disimuló hasta que estaba para espirar, y entonces la declaró para que supiésemos lo que padecia en castigo de nuestras glotonerías y embriagueces, y se lo agradeciésemos, alentándonos á padecer semejante sed por su amor, teniendo paciencia cuando nos viéremos acosados de ella. Ó valeroso Sanson (*Iudic.* XV, 15), que despues de haber muerto mil filisteos con la quijada de un jumento, teneis sed mortal, pedid á vuestro Padre, que de esa cruz en que venceis á vuestros enemigos saque una fuente de agua con que se mate vuestra sed. Ó Piedra viva, y pedernal de fuego amoroso, pues estais herido con la vara de la cruz, brotad como la piedra que hirió Moisés (*Exod.* XVII, 6), alguna fuente de agua con que refresqueis vuestra afligida lengua. Mas ya veo, Señor, que vuestra caridad no quiere sino brotar arroyos de sangre para lavar nuestras culpas, pues su refrigerio es padecer mucho por librarnos de ellas. Por vuestra sed os suplico me deis paciencia y templanza, para que ni la falta de la bebida me turbe, ni su abundancia me desordene.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Demás de esta sed corporal tuvo Cristo nuestro Señor sed insaciable de tres cosas, las cuales podemos sacar de la causa que da el Evangelista, por la cual dijo esta palabra: Sed tengo; es á saber, porque viendo como estaban ya cumplidos todos los trabajos que de él habían profetizado los Profetas, y que solamente faltaba uno, que era darle vinagre en su sed (*Psalm.* LXVIII, 22); para que este se cumpliese, dijo: Sed tengo, provocando con esta palabra á que le diesen á beber del vinagre que allí tenian. En lo cual se descubren tres excelentísimas virtudes de este excelentísimo Señor, en que se fundan tres suertes de sed que le afligian. La primera, fue una insaciable sed de obedecer, con la cual deseó cumplir la voluntad de Dios en todas las cosas, sin dejar una jota, ni una tilde, ni cosa alguna por penosa que fuese; y como sabia que era voluntad del Padre que en su sed le diesen vinagre, no quiso dejar de cumplirla, y por esto dice que tiene sed, no tanto de beber agua, cuanto de gustar aquel vinagre por obede-

cerle. Ó amantísimo Jesús (*Ioan.* IV, 34), cuyo manjar y bebida fue cumplir la voluntad de tu Padre, dame sed de esta obediencia tan ferviente, que no halle descanso en otra cosa que en cumplirla.

2. La segunda sed, fue un entrañable deseo de padecer por nuestro amor; porque por mucho que habia padecido, deseaba padecer mucho mas, y sin duda lo padeciera si esta fuera la voluntad de su Padre. Y de aquí procedió, que viendo como le faltaba por padecer la bebida del vinagre, dijo: Sed tengo. Y no lo dijo para pedir refrigerio, sino por padecer nuevo tormento. Ó Redentor mio, confuso estoy de mí mismo; porque la sed que yo tengo no es de padecer dolores, sino de tener muchos regalos: quitad de mí tan perniciosa sed, y trocadla en otra sed como la vuestra, para que siempre tenga sed de padecer mas y mas por vuestro amor.

3. De estas dos virtudes procedió el modo que tuvo Cristo nuestro Señor de manifestar su necesidad lleno de admirable santidad, porque la manifestó sencillamente sin alegar razones ni causas para persuadir que le diesen de beber; ni aun lo pidió expresamente, sino solo dijo: Sed tengo; como quien dice: Esta necesidad padezco, vosotros ved si la quereis remediar, y el cómo y cuándo la remediaréis. Con lo cual nos enseña, especialmente á los religiosos, el modo como hemos de representar nuestras necesidades temporales á Dios nuestro Señor en la oracion, y á nuestros prelados con grande resignacion, contentándonos con declarar la necesidad, dejando á su providencia el remedio de ella, cuanto al tiempo y modo y á lo demás, quedando aparejados para sufrirla hasta la muerte, si Dios así lo dispusiere. Y ¿qué mucho yo haga esto con Dios, que es mi Padre, y con los prelados, que son ministros suyos, pues Cristo nuestro Señor lo hizo con los sayones y verdugos, de quien no esperaba remedio de su trabajo? Por ventura (*Matth.* VII, 9), si pidiere á Dios pan, ¿daráme piedra? Y si le pidiere pesce, ¿daráme escorpion? Y si le pidiere huevo, ¿daráme serpiente? ó si le dijere, sed tengo, ¿daráme hiel y vinagre? No es Dios padre tan cruel para conmigo que me niegue lo que me conviene, ó me dé lo que ha de hacerme daño: y pues esto es así, basta decirle mi necesidad, dejándole con entera resignacion el cuidado de remediarla.

4. La última sed, fue de la salvacion de las almas que con su pasion redimia, deseando que su sangre aprovechase á todos, y que todos sirviesen á su Padre, y le diesen la gloria y culto debido como á Dios, porque siempre el celo ardiente de la casa de Dios le comia las entrañas (*Psalm.* LXVIII, 10), y de aquí procedia esta sed

que con mayores ansias padeció en la cruz. Y en especial tengo de ponderar la sed que allí tenia de mi salvacion, y de que yo le sirviese con perfeccion, dándole gracias por ella, y animándome á darle de beber para refrigerar su sed. Ó alma mia, mira que tu Señor está diciendo que tiene sed de que seas obediente, paciente, humilde y caritativa; dale de beber lo que te pide por aliviar su trabajo. Tomad, Salvador mio, el vaso de mi corazon, en el cual os ofrezco unos fervientes deseos de serviros. Bebed lo que deseais, metiéndome en vuestras entrañas, de modo que nunca me salga de ellas. Amen.—De aquí sacaré que si quiero perfectamente imitar á Cristo nuestro Señor, tengo de procurar la sed de las tres cosas dichas; esto es, de obedecer á Dios, de padecer por Dios, y de que muchos sirvan á Dios, porque tras estas se seguirá la sed de ver á Dios fuerte y vivo. (*Psalm.* XLI, 3). Y así se cumplirá en mí lo que dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* V, 6): Bienaventurados los que tienen sed de la justicia, porque ellos serán hartos.

PUNTO TERCERO. — 1. *Estaba allí una vasija llena de vinagre, y corriendo luego un soldado, tomó una esponja, y empapándola en el vinagre, la puso sobre una caña, y la juntó á la boca de Cristo para que bebiese.* (*Ioan.* XIX, 29; *Matth.* XXVII, 48). En este paso se ha de considerar la terrible escasez y crueldad del hombre contra Dios, y la inmensa largueza y bondad de Dios para con el hombre; porque no pudo ser mayor liberalidad, que derramar Dios toda la sangre de sus venas sin dejar gota, para el bien del hombre; ni pudo ser mayor cortedad y villanía, que en este tiempo no dar el hombre algun alivio á la sed de Dios. Pero particularizando esto, he de considerar lo primero, el desamparo de Cristo nuestro Señor en esta su sed, sin tener quien se compadeciese de él, y le diese agua con que refrescarse, sino vinagre, y aun ese mezclado con la yerba del hisopo mortal y desabrida. Sufria este trabajo su Majestad con admirable paciencia y silencio, sin quejarse ni decir palabra de indignacion, para darnos ejemplo de sufrimiento, y para librarnos de la sed eterna, que por nuestros pecados merecíamos en el infierno, á donde los condenados piden como el rico avariento una sola gota de agua, y no se les da. Ó dulce Jesús, gracias te doy por este desamparo que padeciste, semejante en algo al de los condenados, no hallando quien te diese una gota de agua para mitigar tu sed. Por ella te suplico humildemente me libres de la sed eterna, y me dés paciencia cuando me faltare el alivio para mitigar la temporal. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré la afliccion de Cristo nuestro Señor en

la sed espiritual que allí padecia, cuando en aquella esponja llena de vinagre sobre la caña consideró la bebida que le habian de dar muchos pecadores, dándole sus corazones fofos para lo bueno, llenos de vinagre acedo del pecado, puestos sobre la caña movediza de la vanidad y mutabilidad de su carne. ¡Oh alma mia, mira la bebida que das á tu Señor mezclada con tanta muchedumbre de pecados! Atiende al vinagre que le das cuando afliges con ásperas palabras y con acedas obras á tus prójimos, en los cuales él está tomando por suya la injuria que les haces. ¡Oh Salvador mio, y cuán diferente bebida me dais para hartar mi sed de la que yo os doy para la vuestra! Por la esponja llena de vinagre sobre la caña de hisopo, me dais vuestra santísima carne mezclada con el vino de vuestra preciosa sangre exprimida en esa caña de la cruz, y con ella me rociais como con hisopo para que quede limpio, y me embriagais como con vino para llenarme de vuestro amor. Gracias os doy por esta bebida tan preciosa, y por ella os suplico me perdoneis las injurias que he cometido en la bebida aceda que os he dado.

3. Finalmente, ponderaré el gran dolor que sintió la Vírgen sacratísima cuando oyó decir á su Hijo: Sed tengo, y vió que le daban á beber vinagre; y como tambien conoció la sed espiritual que su Hijo tenia, crecia la suya grandemente de que hubiese muchas almas que le sirviesen. Ó Vírgen soberana, ¡cuán de buena gana fuérais entonces á refrescar la sed corporal de vuestro amantísimo Hijo, si os fuera dada licencia para ello! Y ¡cuánto de mejor gana acudís ahora á hartar su sed espiritual, porque haya muchos que le amen y gocen el fruto de su pasion! Negociad, Madre mia, que mi vida sea tal que pueda ser alivio á vuestro sediento Hijo, sirviéndole con las veras que desea ser servido, á gloria de su santo nombre. Amen.

MEDITACION L.

DE LA SEXTA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR DIJO EN LA CRUZ.

En recibiendo Jesús el vinagre dijo: Consummatum est. Acabado es. (*Ioan.* XIX, 30). Esta es la sexta palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz despues que bebió algo de vinagre, para que se entendiese el fin con que habia dicho que tenia sed, y gustando aquella bebida con la cual daba fin á sus trabajos, y así dijo: *Consummatum est.* Acabado y cumplido es. Ó palabra breve y acabada, compendiosa y muy cumplida, ¡quién pudiera entender cumplidamente

los misterios que en tí encierras, y declarar enteramente lo que significas! En tres cosas puso Cristo nuestro Señor los ojos cuando dijo estas palabras dignas de gran ponderacion, de las cuales podemos hacer tres puntos.

Punto primero. — 1. Lo primero, puso los ojos en todos los trabajos y tormentos que su Padre eterno quiso padeciese, desde el instante de su encarnacion hasta el punto en que estaba, que era el fin de su pasion y de su vida; pasando por la memoria los trabajos de su nacimiento y circuncision, los de su destierro en Egipto, los de su predicacion por Judea y Galilea y últimamente los de su pasion; y viendo como todos estaban cumplidos enteramente sin faltar ninguno, consolóse grandemente de ver que hubiese llegado al fin de sus trabajos tan á gusto de su eterno Padre, y con un afecto de reconocimiento y agradecimiento dijo: *Consummatum est;* acabado es todo cuanto mi Padre me mandó padecer. Y es de creer repetiria la oracion que hizo en el cenáculo dándole gracias por esta obra (*Ioan.* XVII, 4): *Ego te clarificavi super terram, opus consummavi, quod dedisti mihi, ut faciam.* Ó Padre mio dulcísimo, gracias te doy porque me has traido á esta hora tan deseada por mí: yo he clarificado en la tierra y he acabado la obra que me encomendaste; yo te la ofrezco por la redencion del mundo, y para que todos sean clarificados por mí. Ó Redentor mio, que dijísteis (*Luc.* XII, 50): Con un bautismo tengo de ser bautizado, ¿cómo me aflijo hasta que le vea cumplido? Cese ya vuestra afliccion, pues ya está acabado este bautismo (*Prov.* XIII, 12); y si la esperanza que se dilataba afligia vuestro corazon, el cumplimiento de vuestro deseo sea para Vos árbol de vida: séalo tambien, Dios mio, para mí, cogiendo el fruto que en el árbol de la cruz habeis brotado. De aquí he de sacar cuán contento me hallaré en la hora de mi muerte si he cumplido todo lo que Dios me ha mandado, gastando en esto la vida.

Punto segundo. — Lo segundo, puso Cristo nuestro Señor los ojos en todos los fines de su venida al mundo, y en los oficios que su Padre le habia encargado, pasando por su memoria como su venida fue á satisfacer por el pecado de Adan, á quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, á destruir la muerte y el infierno, á abrir las puertas del cielo, á enseñar como maestro la doctrina de la perfeccion, á dar heróico ejemplo de todas las virtudes, á entablar los consejos evangélicos, y á instituir Sacramentos y sacrificios propios de la nueva ley. Y habiendo visto como de su parte habia hecho todo lo necesario para conseguir estos fines y cumplido ente-

ramente todos sus oficios, con grande contento dijo: *Consummatum est:* ya es acabado todo lo que pretendí con mi venida al mundo: ya he concluido la consumacion y abreviacion que habia de hacer en medio de la tierra (*Isai.* x, 21), de la cual pueda nacer abundancia de santidad en el mundo, acabándose la indignacion que contra él tenia. Ya tambien se han cumplido las semanas de Daniel (IX, 24), en las cuales se habia de acabar la prevaricacion, y tener fin el pecado, y borrarse la maldad, y venir la justicia sempiterna, y cumplirse toda profecía. Ya finalmente he cumplido de mi parte todo lo necesario, para que mis escogidos sean (*Ioan.* XVII, 23), *consummati in unum*, consumados y acabados en union de caridad, como yo y mi Padre lo somos. Gracias te doy, perfectísimo Salvador del mundo, por lo bien que has cumplido tus oficios y acabado la obra de nuestra redencion: suplícote, Señor, que acabes tambien en mí la obra que has comenzado, consumiendo en mí todo pecado, comunicándome cumplida y consumadamente tu justicia, para que cuando mi vida se acabare, sea yo en tus ojos acabado y consumado en toda virtud. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, puso Cristo nuestro Señor los ojos en todas las sombras y figuras de su venida, que habian sucedido desde el principio del mundo hasta entonces; y en especial en los sacrificios y ceremonias de la ley vieja, y en las cosas que los Profetas habian dicho, para representar todo lo que habia de hacer y padecer en el mundo, y viendo como todo esto estaba cumplido, dijo: *Consummatum est;* acabado es todo lo que era sombra y figura: acabados son ya los sacrificios y ceremonias antiguas: acabada es ya la ley de la circuncision con las largas intolerables que consigo traia: cumplida es ya la ley y los Profetas (*Matth.* v, 17), pues no vine á quebrantarla sino á cumplirla; porque el cielo y la tierra faltarán antes que se deje de cumplir una jota ó una tilde de todo cuanto en ella se dice. Así lo habeis cumplido, Señor, como lo dijísteis, porque vuestra palabra es mas perpétua que el cielo y mas firme que la tierra; por lo cual deseo que todos los moradores de tierra y cielo os alaben y glorifiquen en esa cruz. Amen.

2. Últimamente, ponderaré como este mismo Señor que está en este doloroso trono para espirar, volverá el dia del juicio en un trono de gloria para juzgar; y habiendo dividido á buenos de malos, y sentenciado á unos y á otros conforme á sus obras, dirá tambien esta palabra: *Consummatum est.* Ya es acabado el mundo y su gloria vana: ya es acabado el tiempo de merecer y desmerecer: ya son

acabados los deleites de los malos y los trabajos de los buenos: ya es acabado el poderío y reino del demonio, para tentar y engañar de nuevo á los hombres: ya es acabado y cumplido el número de los escogidos para el cielo, y su medida ha llegado á cumplimiento y perfeccion. Y esto mismo proporcionalmente me dirá á mí en la hora de mi muerte cuando venga á juzgarme, pues para mí todo esto se acaba en aquella hora. Y con esta consideracion tengo de animarme á vivir de tal manera, que pueda decir con san Pablo (II *Tim.* IV, 7): *Cursum consummavi, fidem servavi.* Consumado y acabado he mi carrera, y en ella he guardado la fe y lealtad que debia á Dios sin desfallecer en ella. Ó Juez supremo de los hombres, cuya justicia será tan cumplida y consumada como lo ha sido tu misericordia, cumple ahora en mí tu misericordia llenándome de gracia y de merecimientos, para que despues cumplas en mí tu justicia dándome la corona de ellos en tu gloria. Amen.

MEDITACION LI.

DE LA SÉPTIMA PALABRA QUE DIJO EN LA CRUZ CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE SU MUERTE.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Clamando Jesús con grande voz dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* (*Luc.* XXIII, 46).—Sobre esta postrera palabra se han de considerar primeramente, las causas por que la dijo con tan grande clamor y grito. Una fue para que se entendiese que tenia fuerza y vigor para dilatar la vida y atajar la muerte si quisiera; y que si moria era porque queria morir, conforme á lo que antes habia dicho (*Ioan.* X, 18): Ninguno me puede quitar la vida si yo no la ofrezco de mi voluntad, porque tengo potestad de dejarla y tornarla á tomar cuando quisiere. Gracias te doy, dulce Jesús, por esta voluntad que tuviste de morir y dar tu vida por mí: yo te ofrezco la mia desde luego, aparejado para perderla cada y cuando que fuere menester por tu gloria.

2. La segunda causa fue, para declarar el natural sentimiento que tenia el alma en apartarse de su cuerpo. Miraba la buena compañía que le habia hecho treinta y tres años, y cuán bien le habia servido y ayudado en todas las obras de nuestra redencion, y como estaba unido con la divinidad, así como ella. De aquí resultaba una grande pena y dolor natural en apartarse de él, la cual significó con este clamor y grito en lugar de las congojas y bascas con que otras

almas se apartan de sus cuerpos. Ó ánima santísima de Jesús, por el dolor que sentiste en apartarte de tu santo cuerpo, te suplico confortes la mia, para que no tema con demasía apartarse del suyo.

3. Lo tercero, clamó Cristo nuestro Señor con voz clara y sonora, en señal de la victoria que alcanzaba del demonio y del infierno, porque así como Gedeon (*Iudic.* VII, 19) quebrantó su cántaro, y alzando el grito venció á los madianitas; tambien nuestro glorioso Capitan, quebrantando su cuerpo en la cruz con los tormentos y clamando con esta voz sonora, venció con su muerte á los demonios, poniendo terror y espanto á las potestades infernales. Y fue esta voz milagrosa, porque los crucificados como mueren desangrados, cuando están cercanos á la muerte están muy desflaquecidos; pero nuestro buen Jesús usó entonces de su poder mostrando que su muerte era para vencer, y que en ella estaba escondida su fortaleza y su victoria. Gracias te doy, Salvador poderosísimo, por la victoria que has ganado, no tanto para tí, cuanto para nosotros, muriendo por darnos vida. Suplícote, Señor (*Psalm.* LXX, 9), que cuando desfalleciere mi virtud no me desampares, fortaleciéndome con la tuya, para que muriendo alcance por tí la victoria *que ganaste* para mí.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Luego se han de considerar las palabras que Cristo nuestro Señor dijo con este clamor, que son tomadas del Salmo XXX; y es de creer que en diciendo *Consummatum est,* comenzó á decir interiormente este devoto salmo; y en llegando á este verso, levantó la voz y dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* Cada palabra tiene particular misterio. Llámale Padre, en señal de amor y confianza; la cual es muy necesaria en la hora de la muerte, para que haga Dios con nosotros oficio de padre, amparándonos y defendiéndonos con su proteccion, y admitiéndonos á la herencia que tiene prometida á sus hijos; mas para esto es menester que en vida hagamos con él oficio de buenos hijos, amándole, honrándole y sirviéndole como tal Padre merece. Ó Padre amantísimo, concédeme mientras vivo, que tenga para contigo espíritu de verdadero hijo, para que confiadamente pueda en mi muerte llamarte Padre.

2. Lo segundo, encomienda su espíritu en las manos del Padre, para significar que en las manos de tal Padre y no en otras puede estar seguro. Estas manos criaron nuestro espíritu, y en ellas nos tiene escritos para no olvidarse de nosotros. (*Isai.* XLIX, 16). En sus manos están nuestras suertes, porque de ellas depende la dichosa suerte de nuestra salvacion. Ó alma mia, arrójate en

las manos de tu Padre, que pues te tiene escrito en ellas no te borrará del libro de la vida; y pues tus suertes están en sus manos, él hará que te quepa la buena suerte de la gloria. Ó dulce Jesús, como Vos encomendais vuestro espíritu en las manos de vuestro Padre, así yo encomiendo el mio en las vuestras, las cuales teneis extendidas en la cruz para abrazar á los pecadores que se acogieren á ellas. Ahí teneis á vuestros escogidos, escritos con vuestra sangre y asidos con vuestra fortaleza, de modo que ninguno podrá sacarlos de ellas. En las mias no está seguro mi espíritu porque son muy flacas: yo le entrego en las vuestras que son muy fuertes; y pues con ellas le habeis redimido (*Psalm.* XXX, 6), haced que por ellas sea glorificado.

3. Lo tercero, dice que le encomienda su espíritu: no dice su hacienda, porque ninguna tiene; no su honra, porque no le da cuidado; no su cuerpo, porque no es lo que mas estima; sino su espíritu, que es lo principal del hombre, de cuya buena suerte pende todo lo demás, enseñándonos con esto el cuidado grande que en la hora de la muerte hemos de tener de encomendar á Dios el alma, dejando á su providencia el suceso de lo que toca al cuerpo; porque si mi espíritu entra en las manos de Dios, eso me basta para ser bienaventurado.—Pero mas adelante pasa la caridad de Cristo nuestro Señor, el cual no solo encomendó á su Padre su propio espíritu, poniéndole en sus manos como en depósito para tomarle de ahí á tres dias, y reunirle al cuerpo, sino tambien le encomendó el espíritu de todos sus escogidos que tenia por suyo; porque, como dice san Pablo (I *Cor.* VI, 17), el que se llega á Dios es un espíritu con él: de suerte, que tambien aquí encomendó á su Padre mi espíritu, y la vida espiritual que he de hacer, suplicándole que lo tomase todo debajo de su proteccion; y con este mismo sentimiento puedo yo decir estas palabras á Nuestro Señor, no solo en muerte, sino en vida.

PUNTO TERCERO.— 1. *En diciendo esto inclinó Cristo la cabeza, y entregó su espíritu.* (*Ioan.* XIX, 50). Cuanto á esta inclinacion de la cabeza, que como fue voluntaria así fue misteriosa, se han de considerar las causas de ella.—La primera, para significar que moria por obediencia, inclinando la cabeza á la divina ordenacion.—La segunda, para declarar su humildad de corazon y su pobreza, como no tenia dónde reclinar su cabeza en la cruz.—La tercera, para darnos á entender la gravedad de nuestros pecados, que con su carga le hicieron inclinar hasta la muerte.—La cuarta, para señalar el lugar del limbo, á donde su espíritu encaminaba la jornada que habia de

hacer para despojarle. De estas causas tengo de sacar afectos de agradecimiento é imitacion, inclinando mi cuello y cabeza al yugo de la obediencia por Cristo, y mirando siempre la tierra de donde fuí formado, y el infierno que tengo merecido, á donde me aploma la carga de mis pecados, suplicando á Cristo nuestro Señor, que por la inclinacion de su cabeza en la cruz me conceda todo esto, para que inclinando ahora mi cabeza con humildad, la pueda levantar despues con grande confianza.

2. Luego se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor de tal manera entregó su espíritu, que verdaderamente murió por la fuerza y terribilidad de los dolores que padeció en la cruz, y por el desfallecimiento de la sangre que por sus heridas derramaba hilo á hilo sin parar: y así como las venas comenzaron á vaciarse de la sangre, comenzó el rostro á demudarse, y los miembros del cuerpo á enflaquecerse, y faltando las fuerzas vino á espirar. Ó buen Pastor, ¡cuán bien habeis cumplido con vuestro oficio, dando la vida por vuestras ovejas! Ó sumo Sacerdote, ¡cuán buen sacrificio habeis ofrecido de Vos mismo en esa ara de la cruz! Ó sapientísimo Maestro, ¡cuán alta leccion de justicia y santidad habeis leido en esa *cátedra*! Ó Redentor liberalísimo, ¡cuán copioso precio habeis dado por la redencion de vuestros cautivos! Ó Sol de justicia, que salísteis como gigante del oriente (*Psalm.* XVIII, 6), ¡cuán bien habeis corrido vuestra carrera, alumbrando y calentando la tierra, hasta parar en el occidente de la muerte! Gracias os doy por los trabajos que habeis tomado por mi amor: tiempo era ya que descansárades, dando fin á vuestras penas, diciendo como otro David (*Psalm.* IV, 9): En paz conmigo mismo dormiré y descansaré.

3. Pero aunque es verdad que el cuerpo de este Señor quedó libre de penas, mas quedó tal, que era un retablo de dolores á todos los que le miraban, especialmente á la Vírgen sacratísima, cuyo dolor no cesó con la muerte del Hijo; antes en parte se renovó, viéndose privada del que tanto amaba. ¡Oh qué lágrimas derramaria por sus ojos! oh qué suspiros y gemidos sacaria de su corazon! oh qué clamores del espíritu levantaria al cielo! oh qué deseos tan vivos tendria su alma de acompañar á la de su Hijo! y qué quejas daria al eterno Padre, porque la dejaba sola en este valle de miserias, aunque acompañadas con grande conformidad con su voluntad! pero como tenia muy viva fe, y cierta esperanza de la resurreccion, algun consuelo recibió con ver despenado al que tanto padecia, sabiendo que todos sus trabajos se acababan con la muerte.

4. Finalmente, puedo considerar lo que muchos Santos ponderan, que el demonio se halló presente á un lado de la cruz, esperando si hallaba en Cristo algo que fuese suyo para asir de ello, pero no lo halló, como el mismo Señor lo habia dicho. (*Ioan.* XIV, 30). Tambien es de creer, que pues los Ángeles se hallan á la muerte de los justos, enviaria el Padre eterno algunas de sus jerarquías para que se hallasen á la muerte de este supremo Justo de los justos, no para ayudarle, sino para honrarle y acompañarle. Ó gran sacerdote Jesús (*Zach.* III, 5), que á imitacion del otro de vuestro nombre estais vestido de vestiduras manchadas, no con manchas de culpas propias, sino de las ajenas, y á vuestro lado teneis á Satanás para contradeciros, aunque no al lado derecho como le tenia el otro, sino al lado izquierdo, porque en nada pudo venceros; y al otro lado teneis, no un Ángel, sino muchos que asisten para honraros, yo os suplico humildemente os acordeis de mí en la hora de mi muerte, limpiando mi alma de toda mancha de pecado, de modo que Satanás no pueda prevalecer contra ella, y enviadme vuestro santo Ángel para que me defienda, de modo que en siendo suelta de su cuerpo, merezca ser colocada en vuestra gloria. Amen.

SUMA DE LAS MEDITACIONES PASADAS,

EN QUE SE PONE UN MODO DE BIEN VIVIR, Y UN APAREJO DE BIEN MORIR, Á IMITACION DE CRISTO CRUCIFICADO.

1. Lo primero, así como Cristo nuestro Señor estuvo en la cruz desnudo de sus vestiduras, y estas las dejó para que los soldados las repartiesen entre sí mismos, tambien yo tengo de procurar desnudar mi corazon del amor de todas las cosas de esta vida, de suerte que quede totalmente desnudo de las aficiones desordenadas que tenia. Cuanto al uso de las cosas que poseyere, tengo de ser tan moderado que no tome sino las necesarias, desnudándome de las supérfluas, y de las que se toman por vanidad ó regalo; y cuanto á la propiedad tengo de desnudarme de algunas para que se vistan los pobres; y si puedo, mucho mejor será desnudarme de todas, renunciándolas para seguir desnudo al desnudo Jesús, y morir del todo desnudo como él, dejando todos los cuidados de lo temporal por atender á lo eterno.

2. Lo segundo, así como Cristo nuestro Señor estuvo en la cruz clavados piés y manos con tres clavos, sin tener libertad de moverse de una parte á otra, y desangrándose poco á poco por las heri-

das hasta vaciar toda la sangre de sus venas; tambien yo no me tengo de contentar con desnudarme de las cosas exteriores que poseo, sino procurar, como dice san Pablo (*Galat.* v, 24), crucificar mi carne con sus vicios y concupiscencias en la cruz de Cristo, de modo, que no tenga piés ni manos libres para desear ni hacer cosa que la desvie de esta cruz, sino que esté sujeta del todo al espíritu (*Ex Casian.* lib. IV, c. 34 et 35), y enclavada con los clavos del temor de Dios y de su amor y obediencia á su santa voluntad (como se ponderó en la meditacion XLIV). Y de esta manera ha de perseverar hasta que se vacie y purifique toda la mala sangre de sus pecados é imperfecciones; porque como el crucificado no muere de un golpe (*Deuter.* VII, 22: Paulatim et per partes), sino poco á poco, así no podré mortificar de un golpe todas mis pasiones y aficiones desordenadas, sino poco á poco con paciencia y larga esperanza, continuando el ejercicio de la mortificacion, hasta que alcance esta perfecta muerte: y como el crucificado no se crucifica á sí mismo, sino otro le crucifica y enclava, así mi carne ha de ser crucificada por otros: hala de crucificar el espíritu con penitencias, negando sus antojos y deseos; pero á ella y al espíritu crucifica Dios nuestro Señor con trabajos, el demonio con tentaciones, y los hombres con persecuciones, las cuales hemos de llevar con paciencia, hasta morir esta dichosa muerte.

3. Lo tercero, así como Cristo nuestro Señor en la cruz tuvo especial cuidado de cumplir sus obligaciones y oficios con tres personas; es á saber, con su Madre, con su discípulo, y con el buen ladron, á los cuales habló como queda dicho; así tengo yo de tener cuidado de cumplir las obligaciones de piedad y de justicia, y las de mi estado y oficio, especialmente con tres suertes de personas.—Lo primero, con mis superiores significados por la Madre.—Lo segundo, con los domésticos significados por el discípulo.—Lo tercero, con los demás hombres figurados por el buen ladron, dando á cada uno lo que estoy obligado, y ayudando á todos como mejor pudiere. Pero además de esto, he de cumplir las obligaciones de la perfecta caridad, rogando á Dios por mis enemigos y por los suyos, para que los convierta, y excusando las faltas de mis prójimos, como lo hizo el mismo Señor, comenzando por aquí el cumplimiento de sus oficios.

4. Lo cuarto, como Cristo nuestro Señor, cumplidas estas obliciones en las tres horas que hubo de tinieblas, se ocupó en oracion como quien se aparejaba para morir; así yo, cumplidas las obliga-

ciones de mi estado y oficio, tengo de tomar tiempo, y lugar retirado y quieto para vacar á solo Dios, y negociar mi salvacion y una buena muerte: y en especial atizar una gran sed, como la que tuvo Cristo nuestro Señor de obedecer á Dios y á sus ministros, de padecer mucho por su servicio, y de ganar muchas almas que le sirvan: y como me fuere acercando á la muerte, así han de ir creciendo estos ejercicios de oracion con los efectos que de ella proceden, disponiéndome para ella, porque como dice san Gregorio (*Lib.* VII, *epistol.* 1): *Quanto morti vicinior, tanto solicitior: cuanto mas cercano á la muerte, tanto he de ser mas cuidadoso para que sea buena.*

5. Lo quinto, para esto he de procurar que todas mis obras vayan tan bien hechas, que al fin de cada una pueda decir aquella palabra de Cristo: *Consummatum est: acabado es* lo que Dios me mandó en esta obra, cumplido queda y bien perfecto. Y de la misma manera he de gastar el dia tan bien, que á la noche pueda decir lo mismo: y al mismo paso tengo de ordenar la vida, y aparejarme al fin de ella con los Sacramentos de confesion y Viático, con el testamento y disposicion de mis cosas obligatorias, de modo que pueda decir: *Consummatum est: acabado es y cumplido* todo lo que Dios me ha mandado.

6. Últimamente, en vida y en muerte, con amor y confianza encomendaré á Dios mi espíritu, poniéndole en sus manos para que él le guarde, defienda, y le gobierne y enderece al fin de la bienaventuranza eterna, al modo que se ponderó en la meditacion precedente. Pero como Cristo nuestro Señor quiso morir en su florida edad, á los treinta y tres años de su vida, cuando los hombres sienten mas el morir; así yo tengo de ofrecerme con resignacion en las manos de Dios, para que me lleve cuando él quisiere, aunque sea en lo mas florido de mi edad y de mis pretensiones, fiándome que me llevará en la edad, tiempo y lugar que mas me conviniere para mi salvacion.

MEDITACION LII.

DE LOS MILAGROS QUE SUCEDIERON EN MURIENDO CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Punto primero. — 1. Despues que Cristo nuestro Señor murió, demás de las tinieblas que habian precedido, sucedieron otros milagros para tres fines; es á saber, para declarar la gloria del que moria, y la maldad de aquel pueblo que le crucificaba, y para significar los admirables efectos que se seguirian de su muerte. — *El*

velo del templo se dividió en dos partes, de alto abajo. Las causas de esta division fueron principalmente dos.-La primera, porque así como el sumo sacerdote Caifás, cuando oyó decir á Cristo que era hijo de Dios, juzgando que era blasfemia (*Marc.* xv, 38), rasgó sus vestiduras en señal de dolor y pena; así el mismo Dios rasgó el velo de su templo en señal de la blasfemia y sacrilegio horrendo que cometió aquel pueblo, injuriando y crucificando á su Hijo. Ó alma mia, si eres templo de Dios vivo, rasga tu corazon de pena por lo mucho que tu Señor padeció en la cruz, siendo tú la causa de ello. Ó Dios de mi corazon, rasgadle Vos con vuestra mano, comunicándome este sentimiento, porque yo soy tan flaco, que no puedo por mí rasgarle como deseo.

2. La segunda causa fue, para significar que por la muerte de Cristo nuestro Señor se abria camino para conocer los secretos y misterios de Dios (*Hebr.* ix, 8), que antes estaban ocultos, parte por el velo de las sombras y figuras de la vieja ley, parte por el velo de nuestros pecados, que hacian division entre nosotros y Dios. Ó Salvador mio, romped en mí este velo que me impide el conoceros. Dadme luz divina con que penetre vuestros misterios, y descubridme los tesoros de vuestros secretos celestiales en aquel grado que me conviene, para serviros con perfeccion.

Punto segundo. — 1. *La tierra tembló, las piedras se partieron, y los sepulcros se abrieron.* (*Matth.* xxvii, 51). Las causas de estos milagros fueron otras dos.-La primera, para que las criaturas sensibles á su modo diesen muestras de dolor y sentimiento por la muerte del Salvador, en detestacion de la dureza y obstinacion de aquel pueblo rebelde que le crucificó, y juntamente fuesen confusion de los que no se compadecen de la pasion de Cristo nuestro Señor. Ó alma mia, ¡cómo no tiemblas y te estremeces como la tierra, viendo estremecer á Jesús en la cruz! cómo no te partes por medio como las piedras, viendo que la piedra viva Cristo se parte por medio apartando su alma de su afligido cuerpo! cómo no te abres de pena como los sepulcros de los muertos, viendo á tu Señor abierto por tantas partes! Ó Salvador del mundo, no permitas que sea mas insensible que la tierra, y mas duro que las piedras y que los sepulcros de los muertos; pues siendo yo el que pequé, tengo mas razon de sentir lo que tú padeces por mi pecado.

2. La segunda causa fue, para significar que en virtud de la pasion de Cristo nuestro Señor temblarian los corazones terrenos con el temor santo de Dios, que es principio de la justificacion; y por

mas duros que fuesen, se quebrantarian con la contricion y dolor de sus pecados, y se abririan para descubrir en la confesion sus obras muertas, que son las culpas que matan las almas, á fin de que resuciten con Cristo á nueva vida. De donde sacaré cuán provechoso sea meditar bien estos divinos misterios, con los cuales se alcanzan en la oracion los tres efectos dichos, como se dijo en la introduccion de esta parte IV.

Punto tercero. — *El Centurion que guardaba á Cristo, viendo estas cosas, y que habia espirado con tal clamor, dijo: Verdaderamente este hombre era justo y era Hijo de Dios, y los soldados que con él estaban temieron mucho, y dijeron: Verdaderamente este era Hijo de Dios. Y la turba del pueblo que estaba allí mirando este espectáculo, hiriendo sus pechos, se volvieron á la ciudad.* (*Matth.* xxvii; 54; *Marc.* xv, 39; *Luc.* xxiii, 47). Aquí se ha de considerar como los milagros dichos obraron los efectos que significaban en virtud de la pasion de Cristo, moviendo los corazones de los que los vieron, para que confesasen á Cristo por justo y santo; y lo que mas era, por Hijo de Dios, hiriendo sus pechos en señal de penitencia y dolor, por las injurias que le habian hecho. Y aunque el Centurion y los soldados eran gentiles, y la turba del pueblo hebreo habia estado tan dura y pertinaz en pedir la muerte de Cristo, se trocaron en este punto, convencidos de la verdad y de la inocencia y santidad del que murió por ellos, y tambien en virtud de la oracion que hizo en la cruz, rogando por los que le perseguian, la cual obró estas mudanzas y conversiones dichas. Y á imitacion de esta gente, tambien yo tengo de herir mí pecho por los pecados que contra Cristo he cometido, suplicándole por su pasion me los perdone.

MEDITACION LIII.

DE LA LANZADA EN EL COSTADO, Y TAMBIEN DE LAS CINCO LLAGAS.

Punto primero. — 1. *Rogaron los judíos á Pilatos mandase quebrar las piernas de los crucificados, y quitar sus cuerpos de la cruz, porque no estuviesen en ella el dia siguiente, que era sábado y fiesta muy solemne.* (*Ioan.* xix, 31). Aquí se ha de ponderar la maldad de estos príncipes de los sacerdotes, los cuales con título de fingida religion encubrieron su crueldad y envidia, porque pretendieron se quebrantasen las piernas á Cristo nuestro Señor para darle este nuevo tormento si estuviese vivo, ó á lo menos para que pasase por esta nueva injuria si estaba muerto. Y desearon se quitase de la cruz,

porque vieron que la gente se compungia de verle, y le confesaba por justo y por Hijo de Dios, queriendo quitársele de los ojos para oscurecer su gloria. De donde sacaré un temor grande de los juicios de Dios, cerca de los obstinados y endurecidos pecadores; los cuales en lugar de compungirse con estos milagros como la gente sencilla, se endurecen mas como Faraon, y añaden pecados á pecados, por llevar adelante su porfiado intento. Ó Dios misericordiosísimo, no permitas que caiga en dureza de corazon, de modo que convierta en mi daño lo que tú ordenas para mi provecho.

2. Tambien se ha de ponderar como la ley antigua mandaba (*Deut.* XXI, 22), que el crucificado fuese quitado el mismo dia de la cruz, y sepultado, porque era maldito el que moria en ella, y porque no contaminase la tierra con su mal olor. Por esta ley quiso pasar Cristo nuestro Señor, haciéndose, como dice san Pablo (*Galat.* III, 13), maldito por nosotros, para librarnos de la maldicion del pecado en el mismo dia que murió por él. Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por haberte humillado á que tu cuerpo fuese tenido por maldito y por contagio de la tierra, siendo tú la bendicion de todas las gentes, y el olor suavísimo que las hace santas. Danos, Señor, esta humildad, para que con su olor edifiquemos la Iglesia, y líbranos de la soberbia, cuyo mal olor contamina la tierra.

3. *En cumplimiento de esta peticion, por órden de Pilatos vinieron los soldados, y quebrantaron las piernas del uno y del otro, que estaban crucificados con Jesús; y como vieron que Jesús estaba muerto, no le quebraron las piernas.* En lo cual se ha de considerar, como las trazas de los hombres nunca pueden prevalecer contra las de Dios, el cual no quiso que quebrasen las piernas de Cristo nuestro Señor, en cumplimiento de la Escritura que dijo del cordero pascual que le representaba (*Exod.* XII, 46): *No le quebraréis hueso alguno,* para significar que los tormentos de su pasion, aunque fuesen terribilísimos, no quebrantarian su fortaleza y paciencia, ni menoscabarian su caridad, ni las virtudes sólidas, significadas por los huesos, sino que siempre se conservarian enteras y perfectas, por mas que los demonios y sus enemigos pretendiesen quebrantarlas, como tambien pretenden quebrar las de los escogidos, pero él los defiende y anima con su ejemplo, á los cuales dijo despues su Apóstol (*Iacob.* I, 2): Alegraos con las tribulaciones, porque son prueba de vuestra fe, la cual obra paciencia, y para que la paciencia tenga su obra perfecta, seais perfectos y enteros sin faltar en cosa alguna. Ó Dios eterno (*Psalm.* XXXIII, 20), que libras á los justos de muchas tribulaciones,

y guardas sus huesos sin que se quiebre ninguno, conserva en mí la fortaleza en los trabajos, y guarda las virtudes interiores de mi alma, porque si tú no guardas estos huesos, presto serán de mis enemigos quebrantados.

Punto segundo. — 1. *Uno de los soldados abrió con una lanza su costado.* Sobre este misterio, lo primero se ha de considerar la causa de esta lanzada de parte de los soldados, la cual no fue otra que su crueldad y furia para asegurarse mas de la muerte de Cristo, y hacer aquella injuria al cuerpo muerto, ya que no le pudieron quebrar las piernas estando vivo. Pero aunque el cuerpo de Nuestro Señor recibió la herida, y por estar muerto no sintió dolor, sintióle grandísimo el ánima de la Vírgen su madre, la cual por la grandeza de su amor, mas estaba en el cuerpo de su Hijo que en el suyo. Ó Vírgen soberana, ¡con cuánta verdad podeis decir ahora lo que dijo el Apóstol (*Colos.* I, 24): Cumplo en mi carne lo que falta á la pasion de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia! Faltó á esta lanzada de Cristo el dolor, porque él no la sintió, y Vos, Vírgen purísima, suplísteis esta falta, padeciendo y sintiendo el dolor que él habia de sentir, ofreciéndole al eterno Padre por el cuerpo místico de vuestro Hijo, que es su Iglesia; y pues le ofrecísteis por mí, que soy miembro de este cuerpo, alcanzadme gracia para que sienta lo que sentísteis, y padezca algo de lo mucho que padecísteis; traspase esta lanzada mi corazon, y atorméntele con gran dolor, porque fue causa con sus pecados de la herida que recibió mi Salvador.

2. Pero mucho mas son dignas de ponderar las causas por que Cristo nuestro Señor se contentó con que sus espaldas fuesen abiertas con azotes, su cabeza con espinas, sus manos y piés con clavos, sino tambien quiso que su costado fuese abierto con la lanza con mayor abertura, que penetrase hasta su corazon, ordenando esto en castigo de los pecados que todo el cuerpo místico del linaje humano habia cometido con todos los miembros y potencias exteriores é interiores, y mucho mas con el corazon, de donde, como el mismo Señor dijo (*Matth.* XV, 19), salen las cosas que manchan al hombre y le condenan; y para purgarle de esta ponzoña, quiere que sea abierto el suyo, del cual procede la vida. Ó Salvador mio, por la abertura de tu precioso costado, te suplico perdones los innumerables pecados que de mi corazon han procedido. Ciérrale, Señor, de tal manera, que nunca salgan de él obras que manchen mi alma, y solamente le abre, para que de él procedan obras con que gane la vida eterna. (*Prov.* IV, 23).

3. Tambien por esta llaga del costado quiso descubrir nuestro buen Jesús la infinita caridad y amor que nos tenia, y como todo cuanto habia hecho y padecido por nosotros, habia sido por puro amor y con amor, como si dijera aquello de los Cantares (*c.* IV, 9): Llagaste mi corazon, hermana y esposa mia, llagaste mi corazon, dos veces le llagaste; una con llaga de amor, cuando te amé por sola mi bondad y misericordia, poniendo en tí mis dones, para que ellos me inclinasen á amarte; y otra vez le llagaste con el hierro de una lanza, pues por tu causa fue llagado, para que por esta segunda llaga conocieses la primera y echases de ver lo mucho que te amé. Ó amantísimo Jesús y Redentor mio, hermano y esposo de las almas castas, ¿con qué te pagaré las llagas que recibiste por mi amor? Llaga, Señor, mi corazon con llagas de amor y de dolor, para que te ame por lo mucho que me amaste, y me compadezca de lo mucho que por mí padeciste. Dame, Señor mio, licencia que entre por la abertura de tu costado, para que en ese horno de fuego que arde dentro de tu corazon, sea yo todo abrasado con tu amor. Amen.

4. Tambien quiso este dulcísimo Amador que fuesen abiertos sus piés y manos con los clavos y el costado con la lanza, para que los agujeros y aberturas de esta Piedra viva fuesen morada espiritual de todos los fieles en cualquier estado y grado de virtud que estuviesen. De modo, que pecadores y principiantes, los que aprovechan y los perfectos, con la meditacion de estas llagas, entrando con el espíritu dentro de ellas, alcanzasen su deseado fin. Ellas son lugar de refugio á los erizos (*Psalm.* CIII, 16), que son los pecadores, espinados con las espinas de sus pecados, y como cueva donde pueden esconderse de la ira de Dios los que le han injuriado. (*Aug.* in Manuali, *c.* 22 et 23; *D. Bern.* Serm. 61 *in Cant.*). Son como madrigueras, donde el pueblo flaco de los principiantes, figurados por los conejuelos, se encierran para defenderse de los enemigos invisibles y visibles que les persiguen. Y con ser de suyo pusilánimes, metidos en estas llagas, son fuertes é invencibles como peñas. Son tambien como soledad espiritual, donde se recogen los que viven cansados del bullicio del mundo, y como palomas desean huir y alejarse á donde hallen algun descanso (*Psalm.* LIV, 8); y finalmente, son como nido á donde moran con paz y seguridad los que de corazon desean estar siempre unidos con Cristo, á los cuales les convida y llama, diciendo (*Cant.* II, 10): Levántate, date priesa, amiga mia y esposa mia, ven y mora en los agujeros de la piedra y en la hendidura de la pared.

5. Ó Amado de mi alma, pues abrís vuestras llagas para que yo more en ellas, y me convidais á ello, yo me determino con vuestra gracia de hacer para mí tres tabernáculos y moradas, no en el monte Tabor, sino en el monte Calvario. (*D. Bonav.* in stim. divini amor. *c.* 1). Un tabernáculo será en las llagas de vuestros sacratísimos piés, ocupándome en meditar vuestros pasos, para saber por dónde tengo de caminar para la vida eterna, sintiendo juntamente los dolores que en ellos padecísteis. El otro será en las llagas de vuestras manos, considerando siempre vuestras obras y los tormentos que sufrísteis por hacerme bien con ellas. Pero el tercero y mas ancho será en la llaga de vuestro costado, contemplando continuamente la insaciable caridad con que amásteis y os ofrecísteis á hacer y padecer todo lo necesario para mi remedio. En estos tabernáculos quiero estar de dia y de noche, aquí quiero dormir, comer, leer, negociar y orar, mezclando cuanto hiciere con la consideracion de vuestras amorosas y dolorosas llagas. Mas porque yo no tengo alas para volar á ellas, dadme, Dios mio, alas como de paloma, pensamientos y aficiones puras, con las cuales como paloma medite y gima vuestros dolores y mis pecados, gimiendo tambien y suspirando por verme siempre unido con Vos, con union de perfecto amor.

6. Ó Vírgen purísima, que fuísteis la primera que como paloma volásteis á los agujeros de estas llagas, pedid á vuestro Hijo benditísimo me admita dentro de ellas. O divino Noé (*Genes.* VI, 16), pues en el area de vuestro cuerpo abrísteis á un lado puerta por donde entrasen los vivientes que habian de escaparse del diluvio, dadme licencia que entre por esta puerta, para que el diluvio de los pecados del mundo no me anegue. Ó Pastor soberano, pues sois la puerta por la cual entran vuestras ovejas, y hallan pasto de vida eterna, tened por bien que yo entre por la puerta de vuestro costado (*Ioan.* X, 9), para que halle pasto de luz y amor con que apacentar mi alma. Ó fortísimo David, que con vuestras cinco llagas, como con cinco piedras, derribásteis al gigante Goliat (I *Reg.* XVII, 40), que es el demonio, aunque una sola bastaba para ello, derribad con ella la soberbia de mi corazon, perdonad los pecados de mis cinco sentidos, y enfrenadlos de manera que siempre se ocupen en serviros.—Estos afectos y propósitos, y otros semejantes que apunta san Buenaventura (In stim. divini amor. *c.* 1), se han de sacar de la meditacion de estas llagas, mirando por ellas las infinitas perfecciones de Dios y las inmensas virtudes de Cristo, especial-

mente su inefable caridad; pues como dice san Bernardo (Serm. 61 in Cant.): *Patet arcanum cordis per foramina corporis; quid ni viscera per vulnera pateant?* Lo secreto del corazon de Dios se descubre por los agujeros de su cuerpo, y ¿qué mucho que descubra sus entrañas por sus llagas?

Punto tercero.— 1. *Luego salió sangre y agua, y el que lo vió dió testimonio de ello, y es su testimonio verdadero.* (*Ioan.* xix, 34). El misterio de esta sangre y agua que manó del costado de Cristo nuestro Señor, fue uno de los principales fines por que quiso fuese abierto con la lanza. Las causas de este misterio fueron: La primera, para declararnos su inmensa largueza y caridad en darnos toda su sangre, sin reservar gota de ella, porque esa poca que habia quedado en el corazon, donde no llegaron las espinas ni los clavos, quiso que saliese siendo punzado con la lanza. Ó Salvador mio, ¿qué te daré yo por esta liberalidad tan pródiga, si pródiga se puede llamar la que con tanto acuerdo y providencia se derrama? Toma, Señor, mi corazon y cuanto está dentro de él; toma toda su sangre y todos sus espíritus vitales, para que todos se ocupen en amarte, y mi sangre hierva en deseo de servirte.

2. La segunda causa fue, para declararnos la eficacia de su pasion y muerte, para lavar nuestros pecados, y purificarnos en virtud de su sangre con el agua de su gracia, y con ella juntamente apagar el ardor de nuestras codicias y hartar la sed de nuestros deseos. Ó dulcísimo Salvador, ahora confieso que tú eres la fuente de David (*Zach.* xiii, 1), de cuyo costado, patente y abierto, mana continuamente agua y sangre para lavar las manchas sangrientas de nuestras culpas. Tú eres la piedra viva y pedernal de fuego (*Num.* xx, 11), la cual siendo herida en el costado con la lanza, brota abundantísimas aguas para refrescar á los que en el desierto de este mundo perecen de sed. Ó fuentes del Salvador (*Isai.* xii, 3), abiertas en sus piés, manos y costado, con grande gozo acudo á vuestros caños por agua de salud, que me lave y limpie, sane y salve. Ea, Salvador dulcísimo, pues teneis patentes estas fuentes, brotad por ellas agua y sangre, que lleguen hasta lo íntimo de mi corazon; él sea la vasija donde se deposite, para que con tan precioso licor quede puro, santo, sano y salvo. Amen.

3. De aquí procede la tercera causa, para significar que del costado de Cristo, muerto en la cruz con tanto amor, saldrian los Sacramentos de la nueva ley, con virtud de lavar y santificar las almas, especialmente el sacramento del Bautismo y el de la Penitencia, que

es bebida de lágrimas (*Psalm.* LXXIX., 6), figurado por el agua; y el santísimo Sacramento del altar (*D. Thom.* 3 *p. q.* 74, *art.* 6), figurado por el agua y sangre, en cuya memoria en el cáliz se mezcla agua con el vino: y así cuando yo voy á recibir estos Sacramentos, y sobre todos este divinísimo Sacramento, tengo de imaginar que me llego al costado de Cristo á beber del agua y sangre que salió de él, y á participar de las gracias y dones que manan de las fuentes del Salvador. Ó Salvador amabilísimo, que mereciste con dolores las aguas que tengo de sacar con gozo de tus fuentes, no me cierres sus caños, como mi grande ingratitud merece, porque de hoy mas propongo con tu ayuda acudir á ellas, no con tédio, sino con muy grande gozo, no con tibieza, sino con grande fervor, no de tarde en tarde, sino muy á menudo, procurando sacar de ellas, no agua, sino aguas, llenando mi alma con abundancia de muchas gracias y virtudes para gloria tuya. Amen.

4. De todas estas causas se saca otra, por la cual quiso el Salvador que se abriese su costado, para significar que como de la costilla de Adan, estando dormido (*Genes.* III, 20), fue formada Eva; así de su costado, estando durmiendo el sueño de la muerte en la cruz, saldria la Iglesia como otra Eva, madre de los verdaderamente vivientes, la cual fuese hermosa sin tener mancha ni ruga, ni otra fealdad (*Ephes.* V, 27), porque con el agua y sangre del mismo costado se lavaria y alcanzaria esta hermosura. Gracias te doy, ó Adan celestial, por el amor que tuviste á tu Iglesia, entregándote por ella á tantos trabajos. Pero, ¿qué mucho la amases tanto, pues tú mismo la sacaste de tu lado y del seno de tu corazon? Suplícote, Señor, la conserves en paz y santidad, limpia de toda mancha y ruga, para que llegue con muchos hijos á ser gloriosa entre los Ángeles, viendo tu divina esencia con el Padre y con el Espíritu Santo por todos los siglos. Amen.

5. Últimamente ponderaré, que, como advirtió el Evangelista, esto sucedió en cumplimiento de la escritura que dice (*Zach.* XII, 10): *Videbunt in quem transfixerunt:* verán al que traspasaron. Para significar que los pecadores, que con nuestros pecados punzamos y alanceamos á Cristo, hemos de verle y contemplarle con viva fe, para que con sus heridas quedemos sanos, y con sus llagas quedemos libres de las nuestras, y con su lanza quede traspasado nuestro corazon, y salga de él una fuente de agua de lágrimas, haciendo grande llanto por su muerte y por la causa que dimos á ella; pero si no hiciéremos esto en esta vida, juntamente nos avisa que vendrá tiem-

po en que le verémos, no en la cruz con las llagas de fealdad, sino en trono de gloria como juez, con llagas de resplandor, de las cuales saldrán rayos de ira y de venganza contra sus perseguidores, y llorarán amargamente sin remedio las injurias que le hicieron. (*Apoc.* I, 7). Ó alma mia, mira bien la diferencia que va de vista á vista, y de llanto á llanto. Y pues ahora puedes ver con devocion las llagas de Cristo crucificado y llorarlas con provecho, no aguardes á tiempo que las veas con espanto y llores con tormento.

MEDITACION LIV.

DEL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Siendo ya tarde, vino un hombre noble y rico, llamado José, varon bueno y justo, y discípulo de Jesús, aunque oculto, por miedo de los judíos; el cual, audacter, con gran osadía y ánimo fué á Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús; y Pilatos sabiendo que ya era muerto, mandó que se le diesen.* (*Matth.* XVII, 57; *Luc.* XXIII, 50). Sobre este paso tengo de considerar lo primero, la providencia y cuidado que Dios nuestro Señor tiene con los suyos, así difuntos como vivos. Estaba el cuerpo de Cristo nuestro Señor colgado en la cruz, con grande infamia de sus conocidos; y algunas devotas mujeres estaban *à longe*, apartadas de la cruz por miedo de los judíos. Su Madre santísima, y el discípulo Juan con la Magdalena, estaban cerca; pero muy llorosos y afligidos por su muerte, y congojados por no saber cómo podian bajarle de la cruz con la decencia que tan precioso cuerpo merecia, temiendo que si los soldados le bajaban, seria con grande ignominia y desacato; pero en medio de esta congoja no faltó la divina Providencia, mirando por la honra del Hijo difunto y de la afligida Madre, proveyendo quien le bajase de la cruz con grande reverencia y honra; porque es propio de nuestro Padre celestial consolar á los afligidos, y honrar á los humillados; y así quiso que como las deshonras de su Hijo duraron hasta la muerte en la cruz, luego desde la misma cruz comenzasen sus honras, para que nos animemos á padecer humillaciones, pues tan presto acude Dios con las exaltaciones.

2. Lo segundo, consideraré como Nuestro Señor inspiró á un varon llamado José, que se encargase de este oficio, cuyas propiedades eran ser rico y noble, porque así convenia para poder ejercitarle; pero juntamente era bueno y justo, deseoso del reino de Dios,

porque no quiso Nuestro Señor servirse de hombre malo y vicioso, y de poca caridad, ni hiciera caso de su nobleza y riquezas, si no las acompañara con bondad y justicia. Este con haber sido discípulo oculto de Cristo nuestro Señor, amilanado por temor de los judíos, entonces con grande ánimo se manifestó, y tuvo atrevimiento para entrar á Pilatos y pedirle el cuerpo de su Maestro para darle sepultura. En lo cual resplandece la virtud de la pasion de Cristo y la eficacia de la divina inspiracion, que destierra del alma toda cobardía y pusilanimidad, acometiendo las dificultades que antes temia, y cobrando atrevimiento para las cosas de que antes huia. Ó amantísimo Jesús, tocad mi corazon con la fuerza de vuestra inspiracion, para que, pospuesto todo temor humano, acometa con gran pecho lo que fuere del servicio divino.

3. Lo tercero, consideraré la humildad y obediencia que quiso mostrar Cristo nuestro Señor despues de muerto, en pasar por las leyes de los malhechores y crucificados, los cuales no podian ser bajados de la cruz sin licencia de los jueces, y esta licencia quiso que se pidiese para bajar el suyo; porque como subió á la cruz por obediencia de su Padre celestial, así despues de muerto quiso bajar de ella por obediencia de la ley, que lo mandaba, y del presidente, que lo concedió, para que por aquí aprenda yo á no bajar de la cruz en que Dios me ha puesto, sin licencia del mismo que me puso en ella.

Punto segundo. — *Habida licencia, compró José una sábana limpia, y vino tambien con él otro hombre llamado Nicodemus, trayendo consigo una mixtura ó ungüento de mirra y aloe, como cien libras, para ungir el cuerpo de Jesús.* Aquí se ha de considerar el cuidado que tuvo la divina Providencia de dar á José de Arimathia compañero que le ayudase igual á él, porque tambien era noble y justo, y discípulo de Jesus, aunque oculto (*Ioan.* III, 1), porque sabe Nuestro Señor cuánto importa juntarse dos buenos á las obras de caridad, animándose y esforzándose uno á otro con el ejemplo. José acabó de perder el miedo con la compañía de Nicodemus, y este con la compañía de José, y ambos con grande fortaleza acometieron esta obra; porque, como dice el Sábio (*Prov.* XVIII, 19), cuando un hermano ayuda á otro, ambos son como una ciudad muy fuerte; y como Cristo nuestro Señor en vida enviaba á sus discípulos de dos en dos, así ahora en muerte escoge otros dos discípulos para que le bajen de la cruz, porque todas sus obras quiere se hagan con caridad. Pero así como cada uno de estos dos varones trajo algo para la sepultura de Cristo, José trajo una sábana para envolver el cuerpo, comprándola

de nuevo en la tienda, porque juzgó que no convenia traer sábana que hubiese servido á otros. Y Nicodemus trajo un precioso ungüento y en grande cantidad, para ungirle todo; así tambien quien ofrece su corazon al servicio de Cristo, siempre con la voluntad junta las obras que puede, segun su posibilidad, procurando que sean obras limpias y puras, mezcladas con mortificacion y devocion, preciosas y muchas. De suerte que ni por ser preciosas sean pocas, ni por ser muchas sean de poco precio, sino que lo juntemos todo del mejor modo que pudiéremos. Ó dulcísimo Salvador, ¿qué maravilla es que te ofrezca yo tales obras, habiéndome tú ofrecido las tuyas, que infinitamente sobrepujan á las mias? Concédeme que no sea corto en darte todo lo que pudiere; pues todo es poco cuanto puedo darte.

Punto tercero. — 1. Estos dos varones bajaron el cuerpo de Cristo nuestro Señor de la cruz, con grande reverencia y devocion, mezclada con grande compasion y lágrimas. Desclavaron los sagrados piés y manos, besándoselas con gran ternura; quitáronle la corona de espinas de la cabeza, adorándola con grande reverencia; y cuando le desclavaban, abrazáronse con el sagrado cuerpo, para sustentar al que antes sustentaban los clavos, cuya divina Persona sustenta con sola su palabra cielos y tierra, y todo cuanto está dentro de ellos. Ó Hijo de Dios vivo, unido con cuerpo muerto, y necesitado á que tus mismas criaturas le sustenten, gracias te doy por esta humildad, que aquí muestras llena de tanta caridad. Ó caridad fuerte como la muerte (*Cant.* viii, 6), ó celo duro como la sepultura, ¿cómo has vencido al Invencible, sujetándole á la muerte, y rindiéndole á que sea puesto en un sepulcro? Vénceme tambien á mí, para que muera con mi Señor; porque morir con él, es ganancia; y ser vencido por tí, es alcanzar victoria.

2. En bajando el cuerpo de la cruz, recibióle la Vírgen en sus brazos y abrazóle con ellos, y mucho mas con los de su alma, toda traspasada de dolor, cumpliéndose á la letra lo que se dice en los Cantares (*c.* i, 12): Hacecico de mirra es mi Amado para mí, entre mis pechos le pondré. Ó Vírgen soberana, ¡qué diferente abrazo es este de los que le dábades en el portal de Belen, y cuando caminábais á Egipto! Entonces era para Vos hacecico y ramillete de mirra, como joyel puesto entre vuestros sagrados pechos; pero ahora es haz grande de mirra muy amarga, que os llena toda de amargura. Ya podeis decir aquella lamentacion de Jeremías (*Thren.* iii, 15): Llenóme de amarguras, y embriagóme con ajenjos muy amargos.

Miraba esta Vírgen todo el cuerpo de su Hijo, en cada uno de sus miembros atormentados, y de allí cogia mirra de que componia este haz tan amargo. Contemplaba los huesos desencajados, besando los agujeros de las manos y enderezando los dedos encogidos. Luego miraba las llagas del costado y de los piés, quedando su espíritu llagado con la vista de tantas llagas, y embriagado con tantas amarguras.

3. Tambien acudiria la Magdalena, abrazándose con los piés, donde alcanzó perdon de sus pecados; y como los vió tan heridos y lastimados, quedó su corazon herido, y sus ojos se hicieron fuentes de lágrimas, con que los comenzó á regar, deseando, si pudiera, limpiarlos con sus cabellos, como lo solia hacer; pero el Discípulo amado fuése luego al pecho, donde se habia recostado la noche antes, y como le vió abierto por un lado con la lanza, besaba aquella sagrada llaga, bañábala con lágrimas de sus ojos, y deseaba entrar dentro de ella á dormir otro sueño de contemplacion mas profundo que el pasado. ¡Oh dichosas almas, á quien fue concedido tocar y abrazar este soberano cuerpo! Dadme licencia, Salvador mio, que con el espíritu yo le abrace, transformándome todo en vuestro amor. De hoy mas habeis de ser para mí ramillete de mirra, el cual estará siempre entre mis pechos, mirándole con mis ojos y amándole con todos los afectos de mi corazon.

MEDITACION LV.

DEL ENTIERRO Y SEPULTURA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Punto primero. — 1. Despues que la Vírgen santísima hubo tenido un rato el cuerpo de su Hijo en su regazo, dióle á José y á Nicodemus, para que hiciesen su ministerio, quedándose ella con la corona de espinas y con los clavos, como con prendas y joyas muy preciosas. – Tomaron el santo cuerpo estos varones, y ungiéronle con la mirra, gastando en esto todas las cien libras, de modo que todo el cuerpo quedó empapado en ella, para significar que todo aquel santísimo cuerpo, desde que fue concebido hasta que espiró, vivió empapado en mirra de trabajos y mortificaciones, para que todo el cuerpo místico de su Iglesia se ungiese con esta mirra, preservando de la corrupcion de la culpa al que quisiese ungirse con ella; y porque el número de ciento significa perfeccion, por estas cien libras nos significa que nuestra mortificacion ha de ser muy perfecta y

acabada en todo género de virtud, como fue la suya, conforme á lo que se dice en el libro de los Cantares (*c.* v, 5), que las manos y dedos de la Esposa estaban llenos de mirra escogidísima. Ó alma mia, acuérdate muy de veras de esta mirra de tu Amado, y unge con ella tu cuerpo, trayendo siempre en él, como el Apóstol (II *Cor.* iv, 10), la mortificacion de Cristo Jesús, para que se manifieste por la tuya.

2. Hecha esta uncion, envolvieron el sagrado cuerpo en la sábana limpia, y la sagrada cabeza en un sudario, atándole como era costumbre: *Ligaverunt illud linteis cum aromatibus.* Ó Vírgen sacratísima, ¡qué dolor sentiria vuestro corazon, viendo cubierto el rostro en quien deseábades mirar mas que los Ángeles del cielo! Ó rostro mas puro que el sol, ¿quién te ha cubierto con la nube de esta mortaja? Ó Adan celestial, ¿quién te ha vestido con piel de animales muertos? Tu caridad ha hecho esto para librar de la muerte al Adan terreno, y para quitar de por medio la nube de mis pecados que me impide ver tu divino rostro.—Tambien se puede ponderar el amor que Cristo nuestro Señor tuvo á la pobreza, pues la mirra, la sábana y sudario quiso que fuese de limosna, como tambien quiso que el sepulcro fuese ajeno y prestado, enseñándonos á amar la virtud que tanto amó, y á ejercitarla en vida y en muerte, como él la ejercitó.

Punto segundo.— 1. Amortajado el cuerpo, es de creer que le pondrian en unas andas, como era costumbre llevar á enterrar los difuntos, y toda aquella compañía de devotas mujeres irian llorando con la Madre del difunto (*Luc.* vii, 13), que lloraba como la viuda de Naim á su hijo único que habia muerto en la flor de su edad. Ó Dios infinito, ¿cómo no salís al encuentro á esta desconsolada Viuda, y la decís: *Noli flere:* no quieras llorar? ¿Cómo no tocais esas andas en que va el cuerpo de este glorioso mancebo, Hijo único suyo y vuestro, y le decís: Mancebo, á tí digo levántate, volviéndole á su Madre, que tan sola queda sin él? Mas ya veo, Señor, que no es llegado este tiempo, porque primero ha de entrar Jonás en el vientre de la ballena (*Ionae,* ii, 1), y ha de estar este Hijo del hombre tres dias en el corazon de la tierra, para salir despues vivo de ella.

2. Tambien se puede piamente creer, que los coros de los Ángeles se dividirian en dos partes, y una parte iria acompañando al alma de Cristo nuestro Señor, como despues verémos, y la otra vendria acompañando este divino cuerpo, unido con la divinidad, para

honrarle como convenia, cumpliendo lo que estaba escrito (*Isai.* XI, 10): Que el sepulcro de este Señor seria glorioso, por concurrir muchas cosas que le honraron en la sepultura, y una de ellas fue la compañía de estos Ángeles gloriosos, de los cuales podemos decir lo que dijo Isaías (*c.* XXXIII, 7): Que los Ángeles de la paz lloraban amargamente, no porque de verdad llorasen, sino porque si fueran capaces de lágrimas, su caridad les hiciera llorar con los que lloraban, habiendo tan justa causa para llorar. Ó Ángeles de la paz, alcanzadme que llore amargamente la muerte de mi Señor, y que con lágrimas de mi corazon acompañe á los que lloran, pues yo he sido la causa de ponerle en tal figura, que mueva á todos á llorar.

PUNTO TERCERO. — 1. *Cerca del lugar donde Jesús fue crucificado habia un huerto, y en él estaba un sepulcro nuevo cavado en la peña, donde ninguno habia sido enterrado; allí pusieron á Jesús, y José puso una gran piedra á la puerta del sepulcro.* (*Marc.* XV, 46; *Ioan.* XIX, 41).—Lo primero, se ha de considerar las propiedades del sepulcro que Cristo escogió para sí, tomándoselo á José, que le habia labrado.—La primera, estaba en un huerto; porque como el primer Adan pecó en un huerto, y allí incurrió la pena de muerte, quiso el segundo Adan llorar este pecado en otro huerto, y en otro ser sepultado, para librarle del pecado y de la muerte.—La segunda, era nuevo, porque siendo este Señor el nuevo Adan, y hombre nuevo, no habia de escoger para su cuerpo sino sepulcro nuevo; así como cuando entró en el mundo, escogió para su cuerpo el vientre de la Vírgen, que era como sepulcro, pero nuevo, en quien ninguno habia sido puesto, porque siempre fue vírgen, huerto cerrado (*Cant.* IV, 12), y morada de solo Cristo, en quien no tuvo parte su esposo José; como ni estotro la tuvo en el sepulcro que para sí habia labrado.

2. La tercera, estaba cavado en piedra ó peña, á fuerza de picos que la hendieron, para significar, que habia de ser sepultado en él la piedra viva Cristo, labrado con picos de trabajos, de quien dijo el Padre eterno (*Zach.* III, 9, *iuxta* LXX): Yo labraré esta Piedra á cincel y cavaré muchos hoyos en ella, y en un dia quitaré toda la maldad de la tierra; porque en virtud de las llagas que recibió esta divina Piedra, se perdonó el pecado con que toda la tierra estaba infeccionada. Ó Piedra viva, hazme fuerte como piedra, lábrame con mazo y escoplo de trabajos, para que sea sepulcro en que puedas morar para siempre. Amen.—En este sepulcro pusieron aquel santísimo cuerpo de Jesús, humillándose el que está sobre los cielos

á ser puesto debajo de tierra entre los muertos. Pusiéronme, dice por David (*Psalm.* LXXXVII, 7), en el lago inferior, en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Lo cual ordenó este Señor, para librarnos con esta humillacion del lago inferior del infierno, de las tinieblas de la ignorancia, y de la sombra de la muerte, que es el pecado, porque consigo sepultó los vicios del mundo, para que en virtud de su muerte quedasen muertos para siempre. ¡Oh sepulcro de Dios verdaderamente glorioso (*Isai.* XI, 10), porque dentro de tí encierras al que es resplandor del eterno Padre, gloria de los Ángeles, honra del mundo, salud y vida de los hombres! Líbrame, ó sagrado sepulcro, del oscuro lago del infierno, y de la mortal sombra del pecado; admíteme dentro de tí para que muera, y sea sepultado con el que murió y fue sepultado por mí. (*Rom.* VI, 4).

3. *Aparejo para la comunion.*—Últimamente tengo de considerar, como en este misterio se representa el aparejo debido para la comunion, porque como la consagracion del cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor en diferentes especies de pan y vino significa, como arriba se dijo, su muerte, en la cual la sangre fue apartada del cuerpo; así la comunion representa su sepultura, porque este sagrado cuerpo, con sus cinco llagas, llenas de merecimientos, que procedieron de la mirra de su pasion, y cubierto como con mortaja, con el velo de las especies de pan, entra en nuestro pecho como en sepulcro, el cual ha de ser como huerto lleno de flores de olorosas virtudes, y sepulcro nuevo, por la renovacion de la vida, echando fuera de él todos los resabios de la vida vieja, para que quede tan limpio como si en él nunca hubiera caido cosa muerta. Ha de estar labrado en piedra, por la fortaleza y constancia grande que ha de tener en sufrir las mortificaciones y tribulaciones de esta vida. Y ha de estar cercano al monte Calvario, porque siempre se ha de ocupar en pensar las aflicciones de Cristo crucificado, é imitar sus soberanas virtudes. Con este aparejo será sepulcro glorioso de Cristo, el cual gustará de entrar en él, y enriquecerle con los dones de su gracia.

4. Pero despues de haber comulgado, he de poner una gran piedra sobre la puerta del sepulcro, guardando con fortaleza el tesoro que he recibido, cerrando la puerta del corazon y de los sentidos á todo lo que puede quitarme tanto bien, sepultándome á mí mismo dentro de mí mismo, con el Señor que tengo dentro de mí, para razonar con él, y agradecerle los bienes y mercedes que me ha hecho. Pues, como dice san Gregorio (*Lib.* V *Moral. c.* 5.) la misma contemplacion es como un sepulcro del espíritu, donde se encierra y es-

conde con Cristo en Dios. (*Colos.* III, 3). Ó alma mia, procura como José de Arimathia ungir á este Señor con mirra de mortificaciones muy perfectas. Envuélvele en una sábana de lienzo nuevo con gran limpieza de vida; dale tu propio sepulcro, que es tu corazon, labrado con gran firmeza, y de esta manera serás como José, que quiere decir el que crece, porque con cada comunion crecerás en las virtudes, hasta que subas á morar en la ciudad celestial, significada por Arimathia (*Iansenius, c.* 244 *Concordiae*), que quiere decir excelsa, la que está puesta en alto, viendo claramente al Dios de los dioses, en el alcázar alto de la santa Sion, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION LVI.

DE LA SOLEDAD DE NUESTRA SEÑORA, Y DE LO QUE HIZO DESPUES DEL ENTIERRO DE SU HIJO.

PUNTO PRIMERO.— 1. Acabado todo el oficio de la sepultura, la Vírgen nuestra Señora, llena de nuevo dolor, por verse del todo sola, y privada, no solo del Hijo vivo, sino de su cuerpo muerto, determinó volverse á su posada, acompañándola aquellos nobles varones, con la Magdalena y las otras devotas mujeres: y al tiempo que llegaron al monte Calvario, en viendo la Vírgen la cruz de su Hijo, la adoró, siendo ella la primera que nos dió ejemplo de esta adoracion. ¡Oh qué palabras tan tiernas y devotas la diria, regalándose con ella! Hincaria en tierra sus rodillas; y levantadas las manos en alto, comenzaria á decir: Dios te salve, ó cruz preciosa, en cuyos brazos murió el que yo traje siendo niño en los mios: mayor ventura fue la tuya en esto que la mia, pues en mis brazos comenzó la redencion del mundo, y en los tuyos la acabé y perfeccionó; bendita eres entre todas las criaturas, porque en tí se trocó la maldicion de la culpa en la bendicion de la gracia, por el que murió en tí para dar vida al mundo. Dios te salve, ó árbol de la vida, por cuyo fruto todos los mortales pueden alcanzar la vida eterna, yo te adoro como á imágen del que es imágen invisible de Dios, y tendió sus brazos y piés en tí, para renovar la imágen que Adan borró por su pecado. Con estas ú otras tales palabras adoraria la Vírgen la santa cruz, y los demás que iban con ella á su imitacion harian lo mismo.

2. Por el camino iria esta Señora con gran cuidado por no pisar la sangre de su Hijo, la cual creia que era sangre de Dios, unida con su divinidad, y se lastimaria grandemente de los que la pisaban, llorando los pecados de aquellos que, como dice san Pablo (*Hebr.* X, 29), huellan al Hijo de Dios, y contaminan la sangre de

su Nuevo Testamento. En llegando á la posada, con grande humildad agradeció á los dos varones, José y Nicodemus, el oficio de caridad que habian hecho con su Hijo, y se despidió de ellos; y quizá les diria lo que dijo David (II *Reg.* II, 5) á los moradores de Galaad, cuando enterraron á Saul, á quien habian muerto los filisteos: Bendito seais de Dios, que hicísteis tal misericordia con vuestro señor Saul, y le dísteis sepultura. Dios os lo premiará, usando con vosotros de misericordia, y yo tambien de mi parte os seré agradecida por el bien que le habeis hecho.

Punto segundo. — 1. Entrándose la Vírgen en su posada, y recogida en algun retrete, comenzó á llorar su soledad y desamparo. Tenia su alma dividida en muchas partes, á donde estaba el tesoro de su corazon. Una parte estaba en el sepulcro con el cuerpo de su Hijo, meditando y rumiando los dolores que habia padecido en su pasion. Otra parte tenia en el limbo, con el alma del mismo Hijo, contemplando lo que haria con los padres que allí estaban; pero mucho mas por entonces se le iba el corazon á los dolores, revolviéndolos por su memoria, y llorando las causas de ellos, suplicando al Padre eterno aplicase su fruto á muchos, para gloria del que los padeció.

2. Otro rato de la noche gastó en platicar con la compañía que allí tenia de los trabajos de Cristo, especialmente el evangelista san Juan la contó las cosas que habia hecho su Maestro en el cenáculo, como habia cenado con ellos el cordero, y lavádoles los piés, é instituido el santísimo Sacramento de su cuerpo y sangre, y hécholes un divino sermon, y avisádoles de lo que les habia de suceder, y como se habian ido al huerto de Getsemaní, y las palabras de tristeza que les habia dicho, y como se retiró á oracion por tres veces. Y finalmente, como vino Judas con un ejército de soldados á prenderle, los milagros que allí hizo, y como todos sus discípulos huyeron y le desampararon. Todo esto oia la Vírgen con gran devocion y espíritu, y conservaba todas estas cosas, confiriéndolas dentro de su corazon; pero cuando volvió á contemplar las penas que ella habia visto, toda se resolvia en lágrimas, gastando en esto lo restante de la noche. Ó Vírgen soberana, querria llorar con Vos como el profeta Jeremías (*Thren.* I, 1), y deciros: ¿Cómo estais sentada en soledad, la que soliades ser como ciudad llena de mucho pueblo? ¿Que haceis como viuda desamparada, la que por derecho sois señora de las gentes? Llorando llorais de noche, y vuestras lágrimas corren por vuestras mejillas. No hay quien os consuele entre vuestros amigos, porque unos han huido, y otros se han convertido en crueles enemigos. Consolaos, ó Princesa soberana, cesen vuestros gemidos

y suspiros; pare la corriente de vuestras lágrimas, porque el grano de trigo, que sembrásteis en el sepulcro, dentro de tres dias saldrá vivo con su fruto muy copioso, para premiar con cien doblada alegría esta vuestra soledad y tristeza.

3. Luego ponderaré, como en este tiempo aquel buen Pastor que habia dado la vida por sus ovejas, aunque bajó al limbo para dar consuelo y libertad á las que estaban recogidas en aquel aprisco, no se olvidó de las que andaban descarriadas en la tierra, como ovejas sin pastor, y con la virtud de su omnipotencia desde el limbo las inspiró á que se recogiesen á donde estaba su Madre, para que ella en su lugar las consolase y esforzase. El primero que vino fue Pedro, todo lloroso y lastimado por las tres veces que habia negado á su Maestro; y postrándose delante de la Vírgen y de su condiscípulo Juan, renovaria sus amargas lágrimas por muchos títulos, por sus negaciones, por los trabajos de su Maestro, y por el desconsuelo de la Madre y de los demás que allí lloraban. Pero la Vírgen le consoló blandamente, como quien sabia bien la condicion de Dios, que es consolar á los que lloran. Luego fueron viniendo los demás Apóstoles, y á todos recibió la Vírgen con grande caridad, como recoge la gallina debajo de sus alas á sus polluelos, cuando vienen huyendo del milano. Exhortólos á que tuviesen fe y esperanza de la resurreccion de su Hijo; pues como se cumplió lo que les dijo de su crucifixion y muerte, así se cumpliria lo que juntamente les dijo de su resurreccion. Ó Vírgen soberana, ¡cuán bien comenzais á ejercitar el oficio de Madre que vuestro Hijo os encargó en la cruz! recogedme tambien debajo de vuestras alas, para que los milanos del infierno no se atrevan á hacerme daño.—Tambien puedo ponderar el sentimiento que tendria la Vírgen y los Apóstoles cuando echaron menos en su número de doce á Judas; y la desventura de este miserable, el cual si con arrepentimiento viniera á Nuestra Señora, como vino san Pedro, sin duda le admitiera y consolara; pero ya su culpa le habia puesto donde no es ni será jamás capaz de consuelo.

Punto tercero.—*En este mismo tiempo María Magdalena, y María José, y otras devotas mujeres que habian estado mirando el sepulcro, y el modo como sepultaban el cuerpo de Jesús, aparejaban ungüentos y olores con que ungirle, despues de pasado el dia solemne del sábado.* (*Luc.* XXIII, 55). En este paso consideraré la devocion y vigilancia de estas mujeres, así en contemplar muy despacio lo que pasaba en la sepultura de Cristo nuestro Señor, y en notar bien el lugar y modo como quedaba para cuando volviesen otra vez, como tambien en apercibir con tiempo nuevas especies aromáticas con que

ungirle; porque dado caso que se hubiesen gastado cien libras de mirra en la primera uncion, todo les pareceria poco, conforme al deseo que tenian de honrar y servir á su Maestro, de quien tanto bien habian recibido; y aunque esta obra iba mezclada en estas devotas mujeres con alguna imperfeccion de fe; pero de ella puedo sacar dos cosas que tengo de hacer toda la vida, y en especial despues de la comunion.-La primera es, contemplar muy despacio, no por curiosidad sino por caridad, todo lo que pertenece á Cristo crucificado, muerto y sepultado por mí, y el modo como entra dentro de los sepulcros vivos de las almas, que le reciben en el Sacramento, y lo que dentro de ellas obra.-La segunda es, no me contentar con sola meditacion y contemplacion, sino despues de ella ocuparme en recoger especies aromáticas; esto es, ejercicios olorosos de virtudes á gloria de Dios, y provecho de los prójimos, y edificacion de la Iglesia, que es su cuerpo místico, el cual es ungido con estas obras.

MEDITACION LVII.

DE LAS GUARDAS QUE PUSIERON AL SEPULCRO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LA INCORRUPCION DE SU CUERPO.

PUNTO PRIMERO. — 1. *El dia siguiente, que fue sábado, los príncipes de los sacerdotes y fariseos dijeron á Pilatos: Hémonos acordado, que aquel engañador dijo, estando vivo, que despues de tres dias resucitaria. Manda, pues, guardar su sepulcro hasta el tercero dia, porque no vengan quizá sus discípulos y le hurten, y digan al pueblo que resucitó, y sea el postrer yerro peor que el primero.* En este hecho se descubre la furia de los enemigos de Cristo nuestro Señor, y con cuánta razon dijo David (*Psalm.* LXXIII, 23): La soberbia de los que te aborrecen crece siempre; porque con ser el dia del sábado tan solemne, madrugaron para llevar adelante su obstinada persecucion.-Y lo primero, estos soberbios se desdeñaron de llamar á Cristo nuestro Señor por su nombre propio, y como blasfemos le llamaron con nombre propio del demonio, que es engañador, siendo de verdad el desengañador del mundo, y el maestro de todos los desengaños, para que yo me consuele cuando fuere injuriado con nombres tan afrentosos.

2. Lo segundo, estos aborrecedores de Cristo dieron en temerarios y sospechosos, temiendo donde no habia que temer, sospechando que los discípulos hurtarian el cuerpo de su Maestro, y publicarian que habia resucitado, y que el pueblo los creeria. Todo lo cual no llevaba piés ni cabeza, sino que su odio les cegaba, y su envidia

les turbaba el juicio, y los que llamaban á Cristo engañador, no echaban de ver cuán engañados andaban, porque el verdadero engañador, que es el demonio y el espíritu de la soberbia, les traia engañados. Demás de esto, los que ponian su contento en quitar la vida á Cristo nuestro Señor no quedaron hartos, sino como mar tempestuoso que hierve están inquietos, y pretenden oscurecer la gloria de su resurreccion; mas no les aprovechó, porque la divina Providencia convirtió sus trazas contra ellos mismos, tomando de ellas ocasion para que la resurreccion de Cristo fuese mas publicada y mas creida. Ó dulcísimo Jesús, que fuiste perseguido en vida y en muerte de tus enemigos, no permitas que yo caiga en tal ceguedad, que tenga por engaño al mismo desengaño, calificando por engaños los consejos de los justos, que siguen los tuyos. Si tengo de ser engañado, sea, Dios mio, por tí mismo (*Osee*, II, 14; *Vid. Ribera*, ibi) que con santo engaño sueles engañar á la carne, para que se rinda con gusto al espíritu.

Punto segundo. — 1. *Respondióles Pilatos: Ahí teneis gente de guarda, guardadle como sabeis; y ellos cerraron el sepulcro, sellando la piedra, y poniendo guardas.* En este hecho mostraron estos fariseos la congoja de su dañada sospecha, porque ni aun se fiaron de los soldados, pareciéndoles que los discípulos de Cristo podian cohecharlos para que les dejasen sacar el cuerpo, y por esto sellaron con su sello la piedra del sepulcro; pero mucho mejor le selló el Padre eterno con el sello de su omnipotencia, poniendo millares de Ángeles que guardasen el cuerpo de su Hijo. Ó Salvador mio, que como otro Daniel (*Dan.* VI, 17) fuísteis echado por envidia de vuestros enemigos en el lago de los leones, sellándose la piedra del lago con el sello del rey Darío; seguro estais en ese lago del sepulcro, porque ni los leones, que son los gusanos, se atreverán tocar en vuestro cuerpo, ni los enemigos de fuera podrán hacerle daño. Libradme, Señor, de los enemigos domésticos, que son mis pasiones, porque no me despedacen con sus bocas, y de los enemigos de fuera, que son los demonios y sus ministros, porque no me dañen con sus tentaciones y calumnias.

2. Del ejemplo de estos hijos del siglo tengo de sacar aviso para ser tan diligente como ellos en guardar mi alma, despues que ha sido morada y sepulcro de Cristo nuestro Señor en la Comunion, procurando sellarla y guardarla, porque no me roben á Cristo y el espíritu de la devocion; pero ¿qué sello puedo poner mas seguro, ni qué guarda mas poderosa que al mismo Cristo? Ó Amador mio,

que dijísteis (*Cant.* VIII, 6): Ponme como sello sobre tu corazon y brazo, porque es fuerte el amor como la muerte, y duro el celo como el sepulcro: suplícote selles mi corazon y mis sentidos y potencias con el sello de tu caridad, y de la imitacion de tus gloriosas virtudes, para que guardado con este sello pueda gozar de tí para siempre. Amen.

Punto tercero.— 1. Estuvo el cuerpo de Cristo nuestro Señor en el sepulcro tres dias y tres noches (*D. Thom.* 3 *p. q.* 51, *art.* 4), tomando la parte por el todo, que vienen á hacer dos noches y un dia entero, para significar que por la muerte y sepultura de Cristo nuestro Señor somos libres de dos muertes, de alma y de cuerpo, de la culpa y de la pena eterna, significadas por las dos noches, las cuales se repararán con una vida, significada por un dia, que es la vida de la gracia y caridad. Y en todo este tiempo, el cuerpo de Cristo nuestro Salvador se conservó entero é incorrupto, sin que ninguna parte suya se resolviese en polvo ni en otra cosa, como estaba profetizado por David, cuando dijo (*Psalm.* XV, 10): No permitirás que tu Santo vea la corrupcion; porque aunque quiso sujetarse de su voluntad á las miserias del hombre y á la pena de muerte en que incurrió por la culpa, pero no quiso sujetarse á la pena de la corrupcion y conversion en polvo, por no dejar ni por breve tiempo las dos partes de la naturaleza que habia juntado consigo en unidad de persona; porque si el cuerpo se deshiciera, habia de faltar esta union; lo cual no consintió su bondad ni caridad, porque nunca quiso dejar lo que una vez tomó. Ó amantísimo Redentor, gracias te doy por habernos librado de las dos muertes, de culpa y pena eterna, ganando con tu muerte la vida de la gracia, que es principio de la vida eterna. Aplícame, Señor, el fruto de tu pasion, librándome de estas dos muertes, y concediéndome estas dos vidas, que en tí son una. Gózome, Salvador mio, de que tu cuerpo siempre haya perseverado incorrupto, y que la union de tu divina Persona con él nunca haya faltado; por lo cual te suplico me libres de la corrupcion del pecado, y me juntes contigo en union de perfecta caridad, en la cual persevere hasta la vida eterna. Amen.

—El descendimiento al limbo se pondrá en la parte V que se sigue, porque pertenece á los triunfos gloriosos de Cristo nuestro Señor, los cuales alcanzó por los merecimientos de su pasion, por la cual sea glorificado y honrado de los hombres y de los Ángeles, con el Padre y con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.—

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE.

PARTE TERCERA.

De las meditaciones sobre los misterios de la vida de Cristo nuestro Señor, desde el bautismo hasta el fin de su predicacion.

Pág.

INTRODUCCION Y MEDITACION FUNDAMENTAL. — En que se trata de las dos vidas, activa y contemplativa, figuradas por Marta y María, hermanas: y de la vida compuesta de ambas, que ejercitó Cristo nuestro Señor en el tiempo de su predicacion 5

§ I. — De las obras principales de la vida activa. 6

§ II. — De las obras de la vida contemplativa. 7

§ III. — De la necesidad que la vida activa tiene de la contemplativa, y de las quejas que hay sobre esto. 9

§ IV. — De otras imperfecciones de la vida activa, y como Cristo nuestro Señor las corrige para que sea perfecta. 11

§ V. — Del UNO necesario, que es disposicion y fin de la vida contemplativa. 12

§ VI. — De las excelencias de la vida contemplativa. 14

§ VII. — De la excelencia que tiene la vida compuesta de ambas, abrazando la activa y contemplativa. 16

§ VIII. — Del modo excelentísimo como Cristo nuestro Señor juntó la vida contemplativa con la activa. 18

MEDITACION I. — De la maravillosa vida y predicacion de san Juan Bautista, hasta el bautismo de Cristo nuestro Señor. 21

MEDITACION II. — De las preguntas que hicieron á san Juan sobre quién era; y del testimonio que dió de Cristo nuestro Señor y de sí mismo, en que descubrió su rara humildad y santidad. 26

MEDITACION III. — Del bautismo de Cristo nuestro Señor. 30

MEDITACION IV. — De como Cristo nuestro Señor, despues del bautismo, se fué al desierto, y ayunó cuarenta dias y cuarenta noches. 39

MEDITACION V. — De las tentaciones que Cristo nuestro Señor padeció en el desierto. 43

MEDITACION VI. — De la vocacion y eleccion de los Apóstoles. 51

MEDITACION VII. — De la vocacion general con que Cristo nuestro Señor llama á todos los hombres para que se nieguen á sí mismos, tomen su cruz y le sigan. 58

MEDITACION VIII. — De la resignacion necesaria para oir la vocacion de Cristo, y renunciar todas las cosas para ser su discípulo. 63
MEDITACION IX. — Del primer milagro que hizo Cristo nuestro Señor en las bodas de Caná de Galilea.. 67
MEDITACION X. — De como Cristo nuestro Señor con gran celo echó del templo los negociantes. 73
MEDITACION XI. — Del sermon del monte, y de las ocho bienaventuranzas. 78
MEDITACION XII. — De los oficios que Cristo nuestro Señor encomendó á sus Apóstoles en este sermon del monte. 93
MEDITACION XIII. — De la ley evangélica, que Cristo nuestro Señor publicó en este sermon del monte, de sus excelencias, y de la alteza de perfeccion á que los levanta. 96
MEDITACION XIV. — Sobre la oracion del *Pater noster*. 102
MEDITACION XV. — De la mision de los Apóstoles y discípulos á predicar. 114
MEDITACION XVI. — Del glorioso martirio de san Juan Bautista. 119
MEDITACION XVII. — Del milagro que hizo Cristo nuestro Señor, dando de comer á cinco mil hombres con cinco panes. 124
MEDITACION XVIII. — Del milagro que hizo Cristo nuestro Señor, sosegando la tempestad del mar. 131
MEDITACION XIX. — Del milagro en que Cristo nuestro Señor anduvo sobre las aguas, y fue tenido por fantasma. 134
MEDITACION XX. — De la ilustre confesion que hizo san Pedro de la divinidad de Cristo nuestro Señor. 143
MEDITACION XXI. — De la transfiguracion de Cristo nuestro Señor. 150
MEDITACION XXII. — De las cosas que sucedieron estando Cristo nuestro Señor transfigurado. 154
MEDITACION XXIII. — De lo que sucedió á Cristo nuestro Señor con los hijos del Zebedeo, que le pidieron los asientos de la mano derecha é izquierda en su reino. 158
MEDITACION XXIV. — De Lázaro el pobre, y del rico avariento. 166
— Meditaciones de algunas obras milagrosas que hizo Cristo nuestro Señor, convirtiendo pecadores y sanando enfermos. 173
MEDITACION XXV. — De la conversion de la Magdalena. 174
MEDITACION XXVI. — De la conversion de la Samaritana. 181
MEDITACION XXVII. — De la mujer adúltera, á quien Cristo nuestro Señor libró de sus acusadores y perdonó sus pecados. 191
MEDITACION XXVIII. — De la conversion de Zaqueo, príncipe de los publicanos. 196
MEDITACION XXIX. — De la mujer cananea, cuya hija libró Cristo nuestro Señor del demonio. 202
MEDITACION XXX. — Del Centurion, cuyo criado sanó Cristo nuestro Señor. 205
MEDITACION XXXI. — De la mujer á quien sanó Cristo nuestro Señor del flujo de sangre. 208

MEDITACION XXXII.—Del enfermo á quien sanó Cristo nuestro Señor en la probática piscina. 213
MEDITACION XXXIII.—Del leproso á quien Cristo nuestro Señor sanó, y mandó se presentase á los sacerdotes. 219
MEDITACION XXXIV.—De los diez leprosos que Cristo nuestro Señor sanó enviándolos á los sacerdotes. 222
MEDITACION XXXV.—Del ciego que sanó Cristo nuestro Señor camino de Jericó. 225
MEDITACION XXXVI.—Del milagro del que nació ciego, á quien Cristo nuestro Señor sanó con lodo hecho de su saliva. 229
MEDITACION XXXVII.—Del sordo y mudo que sanó Cristo nuestro Señor con su saliva. 233
MEDITACION XXXVIII.—Del milagro en que sanó Cristo al endemoniado lunático, sordo y mudo, á quien sus discípulos no pudieron sanar. 237
—Meditaciones de los difuntos que Cristo nuestro Señor resucitó, y de la resurreccion espiritual de los pecadores. 241
MEDITACION XXXIX.—De la difunta, hija del Archisinagogo. 242
MEDITACION XL.—Del difunto hijo de la viuda de Naim. 245
MEDITACION XLI.—De la resurreccion de Lázaro. 248
MEDITACION XLII.—Del concilio que juntaron los fariseos contra Cristo nuestro Señor, en que Caifás decretó que muriese. 257
—Meditaciones de algunas parábolas de Cristo Señor nuestro. 260
MEDITACION XLIII.—Del sábio que edificó su casa sobre piedra, y del necio que la fundó sobre arena. 260
MEDITACION XLIV.—De la parábola del sembrador. 264
MEDITACION XLV.—De la parábola de la zizaña. 268
MEDITACION XLVI.—De la parábola del grano de mostaza. 275
MEDITACION XLVII.—De la parábola del mercader que buscaba perlas. 280
MEDITACION XLVIII.—Del pastor que buscó la oveja perdida. 284
MEDITACION XLIX.—Del hijo pródigo. 289
MEDITACION L.—Del que cayó en manos de ladrones, y fue remediado por el samaritano. 295
MEDITACION LI.—Del siervo que debia diez mil talentos. 301
MEDITACION LII.—De la parábola del mayordomo que desperdiciaba la hacienda de su señor. 307
MEDITACION LIII.—Del publicano y fariseo que subieron al templo á orar. 312
MEDITACION LIV.—Del padre de familias que llamó obreros para su viña. 315
MEDITACION LV.—De la parábola de la viña. 321
MEDITACION LVI.—De las parábolas de los convidados á las bodas y á las cenas. 325
MEDITACION LVII.—De las diez vírgenes. 331
MEDITACION LVIII.—De las parábolas de los talentos y minas. 336

PARTE CUARTA.

De las meditaciones sobre los misterios de la pasion de Jesucristo nuestro Señor.

INTRODUCCION DE LA ORACION MENTAL, cerca de la pasion de Cristo nuestro Señor. 343
§ I.—Del fin que se ha de tener en meditar la pasion. 345
§ II.—De las disposiciones que se han de procurar para meditar la pasion. 348
§ III.—De varios modos de meditar la pasion. 351
MEDITACION PRIMERA FUNDAMENTAL.—De la pasion de Cristo nuestro Señor, en que se pone una suma de las cosas que se han de meditar en cada misterio. 353
MEDITACION II.—De la subida de Cristo nuestro Señor á Jerusalen, en que descubrió á sus Apóstoles lo que allí habia de padecer, y de las veces que habló con ellos de su pasion. 373
MEDITACION III.—De la entrada de Cristo nuestro Señor en Jerusalen con ramos. 378
MEDITACION IV.—De las lágrimas que derramó Cristo nuestro Señor sobre Jerusalen, cuando comenzó á verla, y de lo que le sucedió aquel dia. 384
MEDITACION V.—De la cena de Cristo nuestro Señor en Betania. 388
MEDITACION VI.—De como Judas vendió por treinta dineros á Cristo nuestro Señor, y los príncipes de los sacerdotes se resolvieron de matarle. 392
MEDITACION VII.—De la última cena, en que Cristo nuestro Señor comió el cordero legal con sus Apóstoles, y como antes de ella se despidió de su Madre santísima. 399
MEDITACION VIII.—Del lavatorio de los piés. 404
—Meditaciones de la institucion del santísimo Sacramento. 412
MEDITACION IX.—De lo que hizo Cristo nuestro Señor antes de instituir el santísimo Sacramento para representar la disposicion que han de tener los que le han de recibir. 412
MEDITACION X.—Del tiempo, lugar y compañía que escogió Cristo nuestro Señor para instituir este santísimo Sacramento. 416
MEDITACION XI.—De la maravillosa conversion que Cristo nuestro Señor hizo del pan en su cuerpo, y del modo como él y los Apóstoles comulgaron. 419
MEDITACION XII.—De la conversion del vino en la sangre de Cristo nuestro Señor, y de los grandes tesoros que están encerrados en esta sangre. 425
MEDITACION XIII.—De las especies sacramentales del pan y vino, y de lo que por ellas se nos representa. 428

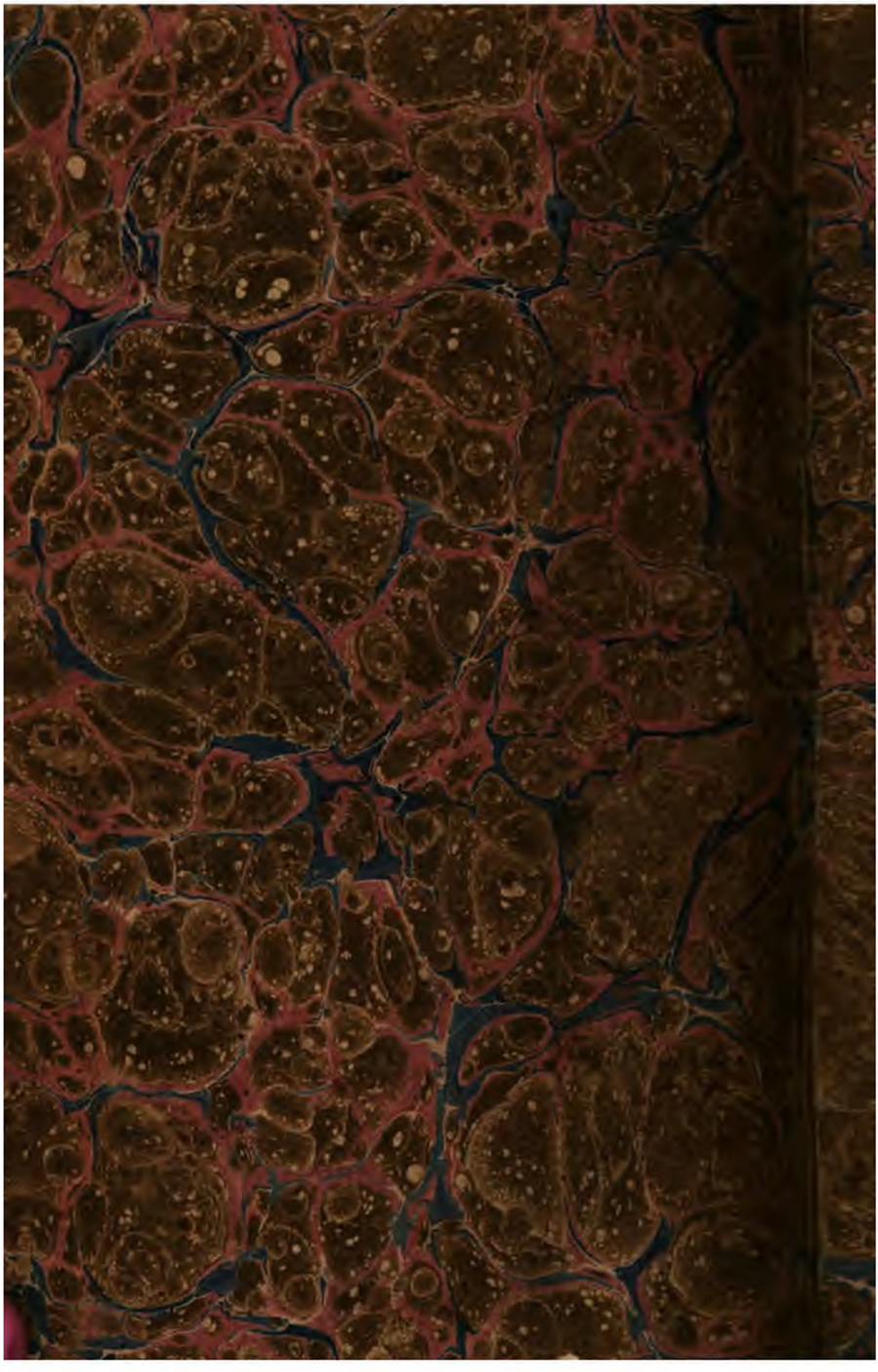
MEDITACION XIV.—De seis cosas misteriosas que Cristo nuestro Señor hizo y dijo cuando consagró el pan y el vino. 432
MEDITACION XV.—De la potestad que Cristo nuestro Señor dió á sus Apóstoles para hacer lo mismo que él habia hecho, y de la que tienen ahora los sacerdotes para consagrar y ofrecer el sacrificio del cuerpo y sangre de Cristo. 436
MEDITACION XVI.—De como Cristo nuestro Señor en la cena dijo á sus Apóstoles que uno de ellos le habia de entregar, y como Judas se salió para esto. 440
MEDITACION XVII.—De la contienda de los Apóstoles sobre la mayoría, y como Cristo nuestro Señor les corrigió y avisó del escándalo que habian de padecer aquella noche; y á Pedro de que le negaria tres veces. 444
MEDITACION XVIII.—Del sermon que Cristo nuestro Señor hizo despues de la cena. 447
MEDITACION XIX.—De la oracion que Cristo nuestro Señor hizo á su Padre al fin del sermon de la cena. 456
MEDITACION XX.—De la ida de Cristo nuestro Señor al huerto, y de la tristeza y afliccion interior que allí tuvo. 461
MEDITACION XXI.—De la oracion que Cristo nuestro Señor hizo en el huerto. 467
MEDITACION XXII.—De la aparicion del Ángel, y del sudor de sangre. 474
MEDITACION XXIII.—Por aplicacion de los sentidos interiores del alma, cerca de la sangre que Cristo nuestro Señor derramó en el huerto. 479
MEDITACION XXIV.—De la venida de Judas con los soldados á prender á Cristo nuestro Señor, y de lo que sucedió antes de la prision. 481
MEDITACION XXV.—Del prendimiento. 487
—Meditaciones de los misterios de la pasion, que sucedieron esta noche, despues del prendimiento. 491
MEDITACION XXVI.—De los trabajos que Cristo nuestro Señor padeció desde el huerto á casa de Anás, y de lo que allí le sucedió. 492
MEDITACION XXVII.—De la bofetada, y de la remision á Caifás. 496
MEDITACION XXVIII.—De las tres negaciones de san Pedro. 498
MEDITACION XXIX.—De los falsos testimonios que dijeron contra Cristo nuestro Señor en casa de Caifás, y de lo que respondió á su pregunta. 503
MEDITACION XXX.—De las injurias y dolores que padeció Cristo nuestro Señor en presencia de Caifás y de su concilio, y en lo restante de la noche. 507
MEDITACION XXXI.—De la presentacion de Cristo nuestro Señor ante Pilatos, y de la muerte de Judas. 514
MEDITACION XXXII.—De la acusacion de Cristo nuestro Señor ante Pilatos, y de las preguntas que Pilatos le hizo. 519
MEDITACION XXXIII.—De la presentacion de Cristo nuestro Señor ante Herodes, y de los desprecios que allí padeció. 523
MEDITACION XXXIV.—De como los judíos escogieron á Barrabás y condenaron á Cristo. 527
MEDITACION XXXV.—De los azotes de Cristo nuestro Señor á la coluna. 531

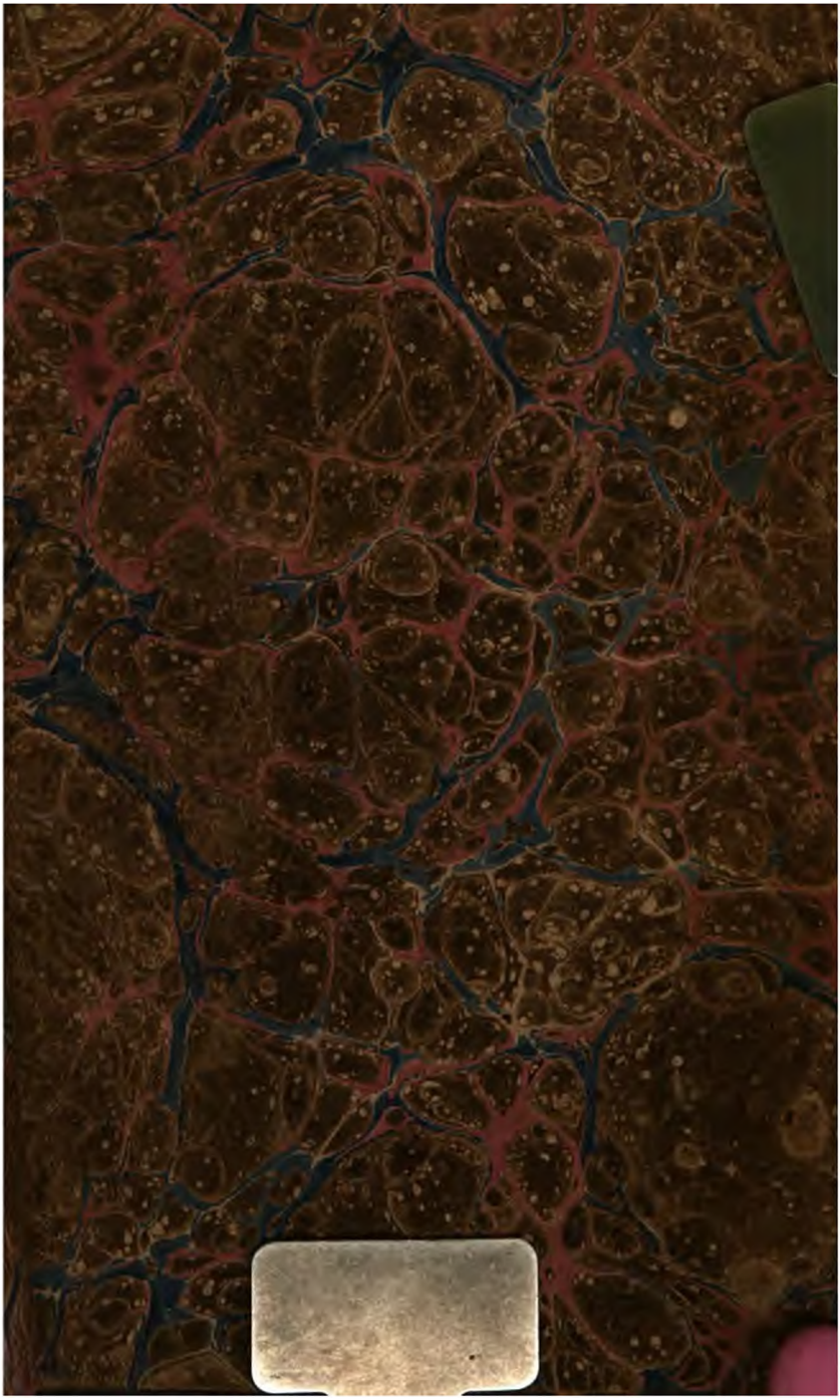
MEDITACION XXXVI.—De la coronacion de espinas, y de los demás escarnios que luego sucedieron. 537
MEDITACION XXXVII.—Del Ecce Homo, y del último exámen que hizo Pilatos de Cristo nuestro Señor. 543
MEDITACION XXXVIII.—De la condenacion de Cristo nuestro Señor á muerte de cruz. 551
MEDITACION XXXIX.—De como Cristo nuestro Señor llevó la cruz á cuestas, y de lo que sucedió hasta llegar al Calvario. 554
MEDITACION XL.—De lo sucedido en el monte Calvario antes de la crucifixion. 563
MEDITACION XLI.—De la crucifixion de Cristo nuestro Señor. 566
MEDITACION XLII.—De los misterios que están encerrados en Cristo crucificado. 571
MEDITACION XLIII.—Del título de la cruz de Cristo, y de las causas misteriosas de su pasion que en él se encierran. 576
MEDITACION XLIV.—De la particion de las vestiduras de Cristo nuestro Señor, y de los escarnios que padeció en la cruz. 580
MEDITACION XLV.—De la primera palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz, rogando por sus enemigos. 586
MEDITACION XLVI.—De los ladrones que fueron crucificados con Cristo nuestro Señor, y de la segunda palabra que dijo al uno prometiéndole el paraíso. 590
MEDITACION XLVII.—De la tercera palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz con su Madre y con san Juan. 597
MEDITACION XLVIII.—De las tinieblas que sucedieron en toda la tierra, y de la cuarta palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz. 601
MEDITACION XLIX.—De la sed que Cristo nuestro Señor padeció en la cruz, y de la quinta palabra que habló en ella. 604
MEDITACION L.—De la sexta palabra que Cristo nuestro Señor dijo en la cruz. 608
MEDITACION LI.—De la séptima palabra que dijo en la cruz Cristo nuestro Señor, y de su muerte. 611
—Suma de las meditaciones pasadas, en que se pone un modo de bien vivir, y un aparejo de bien morir, á imitacion de Cristo crucificado. 615
MEDITACION LII.—De los milagros que sucedieron en muriendo Cristo nuestro Señor. 617
MEDITACION LIII.—De la lanzada en el costado, y tambien de las cinco llagas. 619
MEDITACION LIV.—Del descendimiento de la cruz. 626
MEDITACION LV.—Del entierro y sepultura de Cristo nuestro Señor. 629
MEDITACION LVI.—De la soledad de nuestra Señora, y de lo que hizo despues del entierro de su Hijo. 633
MEDITACION LVII.—De las guardas que pusieron al sepulcro de Cristo nuestro Señor, y de la incorrupcion de su cuerpo. 636

FIN DEL ÍNDICE.

003097

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
30 MAR 2001
OF OXFORD
LIBRARY





This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

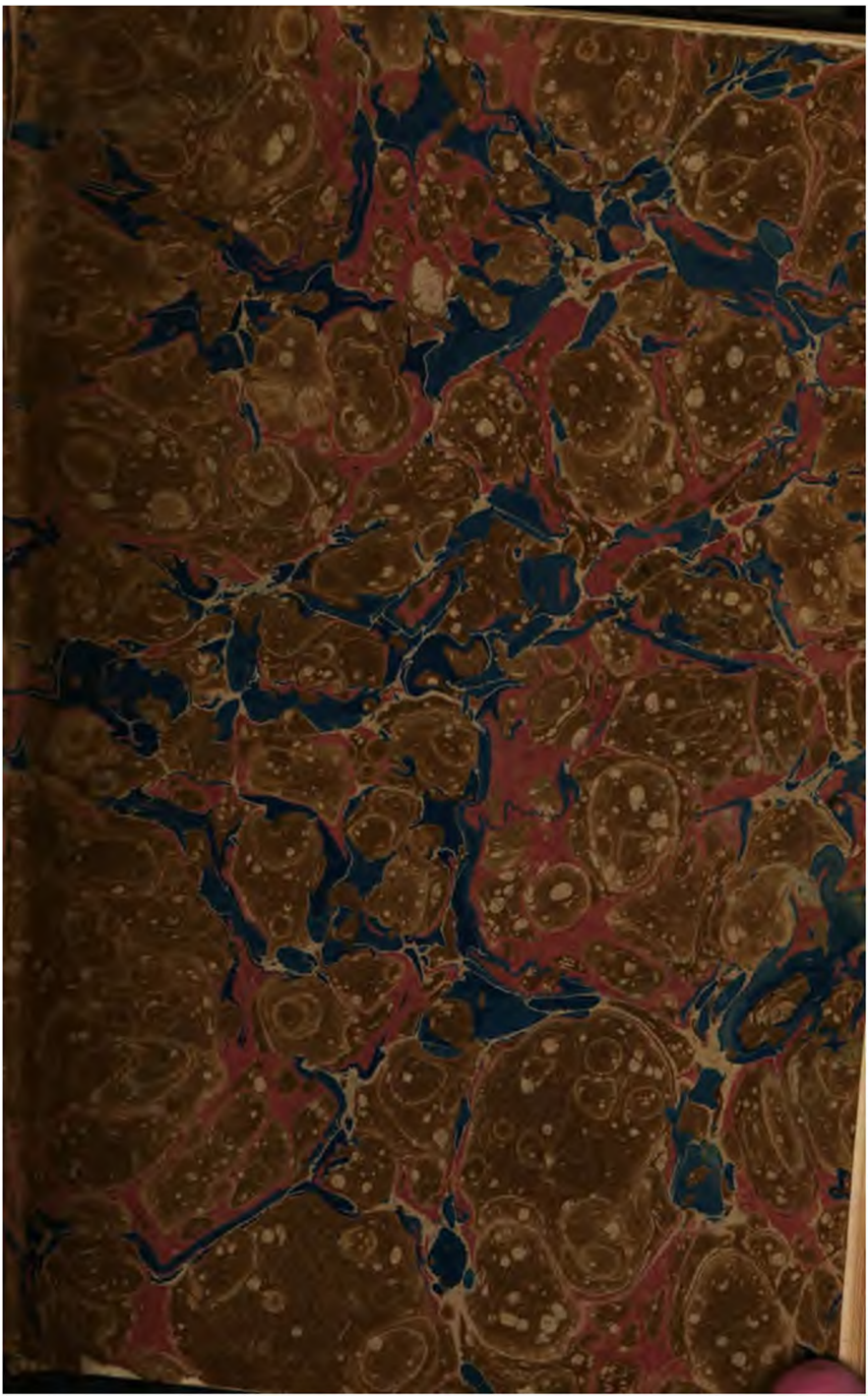
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

TAYLOR INSTITUTION
LIBRARY
University of Oxford

PRESENTED BY

Prof R.D.F. Pring-Mill,
August 2000.



VET. JPAN. III 8.467

MEDITACIONES ESPIRITUALES.

—

TOMO III.

Varios Prelados de España han concedido 2320 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

MEDITACIONES ESPIRITUALES

DEL

V. P. LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

TOMO III.

MEDITACIONES DE LA VIA UNITIVA,

ó

PARA ADQUIRIR LA ÚLTIMA PERFECCION DE LAS VIRTUDES Y LA UNION DEL ALMA CON DIOS.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
calle Nueva de San Francisco, núm. 17.

1856.

Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde.

Enteramente ha sido desolada toda la tierra, porque no hay ninguno que considere en su corazon. (*Jerem.* XII, 11).

PARTE QUINTA.

DE LAS MEDITACIONES

QUE PERTENECEN Á LA VIA UNITIVA,

Y CONTIENE

LOS MISTERIOS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR GLORIFICADO HASTA LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO, Y PUBLICACION DEL EVANGELIO.

INTRODUCCION.

DE LA UNION CON DIOS, QUE ES FIN DE LA VIA UNITIVA.

Las meditaciones que pertenecen á los que caminan por la via que llamamos unitiva, tienen por fin la union con Dios nuestro Señor, de quien dice san Pablo (I *Cor.* VI, 17), que quien se llega á Dios es un mismo espíritu con él. Y aunque esta union es propia de los varones perfectos, pero todos han de aspirar á ella, y tienen en ella no pequeña parte, aunque sean de los principiantes. Para cuya inteligencia presupongo que esta union tiene tres actos. (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 28, *art.* 1 *et* 2).-El primero, es union de entendimiento, cuyo oficio es traer á Dios dentro de sí mismo, y aposentarle en su memoria, pensando en él, y conociéndole con un conocimiento verdadero, propio, entero y perfecto; el cual sea como una imágen y retrato muy al vivo de lo que es Dios, en el cual se transforme, segun aquello del Apóstol, que dice (II *Cor.* III, 18): Nosotros, con rostro descubierto y sin el velo de Moisés, miramos como en espejo y contemplamos la gloria del Señor, y nos transformamos en su misma imágen, pasando de una claridad á otra, movidos del divino Espíritu. En las cuales palabras nos enseña san Pablo, que la meditacion y contemplacion de las cosas gloriosas de Dios no es otra cosa

que formar dentro de sí un conocimiento que sea viva imágen de ellas. De modo que lo mismo que Dios tiene en sí, esto tenga yo dentro de mí por el conocimiento, procurando que cada dia sea mas distinto y claro.

De este conocimiento procede el segundo acto de union, que es union de voluntad, la cual con grande fuerza sale de sí, y se abraza con la bondad que ha conocido, amándola, complaciéndose en ella, y deseando del mejor modo que puede gozar de ella. Esta union se declara por aquel supremo mandamiento del amor que dice (*Deut.* VI, 5; *Luc.* X, 27): Amarás á tu Señor Dios de todo tu corazon, con toda tu ánima y espíritu, con toda tu fortaleza y con todas tus fuerzas. En las cuales palabras se nos encarga un amor tan perfecto que lleve tras sí todas nuestras aficiones y deseos, traspasándolas en Dios con toda la intension y continuacion que pudiéremos. Los afectos que nacen de esta union y en que se han de ejercitar los que la pretenden en estas meditaciones, son estos: Admiracion de la majestad de Dios, de sus perfecciones y de sus obras; gozo de que sea quién es, y de que tenga tantas excelencias, y obre cosas tan gloriosas; alabanzas y hacimientos de gracias por los dones que de él proceden; deseos entrañables de verle y poseerle, y estar siempre unido con él; deseos tambien muy encendidos de honrarle y obedecerle, y darle gusto en todas las cosas, y de que todos los hombres le conozcan, amen y sirvan; celo ferviente de su gloria y de la salvacion de las almas, mezclado con dolor grande de las ofensas que contra él se hacen; confianza en su bondad y providencia, y temor de su justicia, no temor servil que es excluido por la caridad, sino temor filial y reverencial, que teme apartarse de Dios y hacer cosa que le ofenda, aunque sea cosa muy pequeña; y con este afecto se ha de juntar dolor de los pecados que procede de amor, porque como arriba se dijo (*En la introduc. de toda la obra*, párrafo IV): el grado superior de santidad siempre ejercita los actos del grado inferior, aunque con modo mas perfecto.

De esta union resulta la tercera, que es union de semejanza en la vida y costumbres, fundada en una perfecta conformidad con la divina voluntad, teniendo un querer y no querer con Dios en todas las cosas, así prósperas como adversas, de donde procede el ejercicio continuo de todas las virtudes que pertenecen á la perfeccion de la vida cristiana, por las cuales se alcanza aquel supremo grado á que Cristo nuestro Señor nos exhortó, cuando dijo (*Matth.* V, 48): Sed perfectos como vuestro Padre celestial lo es, que fue decir: Sed pu-

ros, caritativos, misericordiosos, prudentes, justos, templados y santos, como lo es vuestro Padre que está en los cielos. Y de esta manera se cumple perfectamente lo que dijo el Apóstol (II *Cor.* III, 18), que contemplando la gloria de Dios, nos transformamos en su imágen, recibiendo dentro de nuestro espíritu las virtudes gloriosas del mismo Dios, por las cuales somos semejantes á su gloriosa divinidad, pasando de una claridad á otra; esto es, de la claridad del conocimiento á la claridad del afecto, y de esta á la claridad de las virtudes, subiendo de una en otra, hasta ver con claridad al Dios de los dioses en Sion. (*Psalm.* LXXXIII, 8).

De lo dicho se sigue, que la vida contemplativa, cuando es perfecta, abraza estos tres modos de union, los cuales andan entre sí muy hermanados, ayudándose mucho el uno al otro, porque el conocimiento de Dios ayuda al amor, y este á la imitacion de sus virtudes, y el amor é imitacion grandemente perfeccionan el conocimiento, porque, como dicen comunmente los maestros del espíritu (*D. Thom.* 2, 1, 2, *q.* 180, *art.* 1; *Dionis.* c. 2 de divin. nom.; *D. Bonav.* Opusc. 7 de itineribus aetern. itiner. 6; *Gerson.* 3 p. trac. de mystica theol.; *D. Bern.* Serm. 23 et 24 in Cant.), hay dos modos de conocer á Dios, uno especulativo, que procede de la lumbre natural de nuestro entendimiento, ilustrado con la lumbre de la fe, el cual con el discurso y meditacion llega á contemplar la gloria de Dios y sus grandezas, por las cosas que ve en las criaturas, ó por las que están reveladas en las divinas Escrituras, que son como dos espejos ó atalayas, para conocer á Dios en esta vida. Otro conocimiento hay práctico y experimental, que procede del supremo don del Espíritu Santo, que llamamos sabiduría (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 45, *art.* 2 *et* 3), ó ciencia sabrosa de Dios, el cual, como comenzamos á decir en el párrafo XI de la introduccion de este libro, se funda en las maravillosas experiencias que sentimos dentro de nuestras almas, por las ilustraciones celestiales, y por los afectos y dulzuras de la caridad y amor de Dios. Del cual conocimiento dijo David (*Psalm.* XXXIII, 9): Gustad y ved cuán suave es el Señor, como quien dice: Probad por experiencia la suavidad de Dios y sus efectos maravillosos, y por aquí llegaréis á verle como acá puede ser visto. Y el Apóstol nos aconseja que echemos raíces en la caridad, y en sus amorosos ejercicios, para que comprendamos. (*Ephes.* III, 17). Esto es, para que palpemos y conozcamos por experiencia las grandezas de Dios, la latitud de su caridad, la longitud de su eternidad, la alteza de su divino ser y la profundidad de su sabiduría, y tambien la excelente

caridad de Cristo que sobrepuja al conocimiento que se alcanza con la ciencia humana; y en virtud de este soberano conocimiento quedarémos llenos de la plenitud de Dios, transformados en él por union perfecta, porque como dijo el Sábio, hablando con Nuestro Señor (*Sap.* xv, 3): *Nosse te consummata justitia est, et scire justitiam et virtutem tuam, radix est immortalitatis: Conocerte á tí es consumada y perfecta justicia, y conocer tu santidad y tu virtud, es raíz de la inmortalidad*, porque la vida inmortal y eterna procede de conocer, como se ha dicho, al eterno Dios, amándole é imitando sus virtudes, de tal manera que, como dijo san Juan (*Ioan.* iv, 8), quien no ama no conoce á Dios, porque Dios es caridad, y la caridad increada no se conoce perfectamente, si no es por la experiencia de los actos y afectos de la caridad criada, así como nunca se conoce bien la dulzura y eficacia de la miel y del vino (*Casian. Collat.* xii, *c.* 13), hasta que se gusta y prueba: por lo cual dijo santo Tomás (2, 2, *q.* 9, *art.* 3 *ad* 2), que era lícito desear conocer á Dios de esta manera, y tener experiencia de su bondad y voluntad, buena, agradable y perfecta, para no desviarse un punto de ella.

Por lo dicho queda entendido el fin principal de las meditaciones de esta parte V y VI, las cuales van encaminadas al primer conocimiento de Dios, para alcanzar el segundo, y gozar de la union con su infinita bondad y voluntad, al modo que se ha declarado. Y aunque es verdad que la contemplacion y union sobredicha tiene por blanco principal la divinidad y perfecciones de Dios, con quien se hace un espíritu; mas tambien mira la humanidad de Dios encarnado (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 180, *art.* 4), y sus esclarecidas obras y virtudes, en las cuales resplandecen las excelencias de la divinidad, porque, como el mismo Señor dijo (*Ioan.* xvii, 3), la vida eterna no solamente consiste en conocer á Dios vivo y verdadero, sino tambien á su Hijo Jesucristo Salvador del mundo. Y los que quisieren excluir siempre de la contemplacion los misterios de su sacratísima humanidad, serán excluidos de gozar los frutos y regalos de la vida eterna. Porque él dijo (*Ioan.* x, 9): Yo soy la puerta; si alguno entrare por mí, será salvo, entrará y saldrá, y hallará pasto, que es decir: Yo en cuanto hombre, soy la puerta para entrar á Dios; si alguno entrare por mí, creyendo con viva fe en mí y en mi Padre, alcanzará la salud y vida eterna, y tendrá sus entradas y salidas, procediendo con la consideracion de los misterios de mi humanidad hasta los mas altos secretos de mi divinidad, y de estos volverá á esos otros, y en todos hallará pasto espiritual de devocion para su alma.

Y por cuanto la vida de Cristo nuestro Señor tiene dos partes, una mortal y pasible, de la cual han sido las meditaciones que hasta aquí se han puesto; y otra inmortal é impasible, despues que resucitó, la cual vive ahora, y en ella resplandecen grandemente las excelencias gloriosas de su divinidad, porque, como dice san Pablo (II *Cor.* XIII, 4), fue crucificado por la flaqueza del hombre, pero vive ahora por la virtud de Dios. De aquí es, que las meditaciones de esta vida gloriosa de Cristo nuestro Señor, de que trata esta parte V, pertenecen principalmente á los perfectos que han pasado por las otras, en nombre de los cuales dijo el mismo Apóstol (II *Cor.* V, 16): Aunque hemos conocido á Cristo segun la carne, pero ya no le conocemos así, que es decir, como declara santo Tomás (*Ibid.* lect. IV), aunque hasta ahora conocimos á Cristo en carne mortal, sujeto á las miserias de nuestra carne, y le amábamos con amor mezclado con alguna aficion de carne; pero ya no le conocemos ni amamos de esta manera, sino contemplámosle en carne inmortal y gloriosa, y amámosle con amor puro, libre de todo resabio de carne y sangre. Lo cual se verá practicado en las meditaciones siguientes.

MEDITACION I.

DEL GLORIOSO DESCENDIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR AL LIMBO PARA SACAR DE ALLÍ LOS JUSTOS, Y DE LA GLORIA QUE LES COMUNICÓ.

PUNTO PRIMERO. — 1. Por fundamento de esta meditacion, se ha de considerar qué lugar es el limbo, qué personas habia en él, y en qué se ocupaban, hasta que Cristo nuestro Señor murió. - El limbo es un lugar debajo de la tierra; y por esto se llama infierno, cuando decimos que Cristo nuestro Señor bajó á los infiernos, y se llama lago sin agua (*Zach.* IX, 11), y cárcel de presos, oscura, y cerrada con puertas de bronce y con cerraduras de hierro, tan fuertes que no habia poder humano ni angélico para quebrarlas, ni para sacar al que una vez entraba dentro de ellas. En este limbo eran depositadas y encarceladas las almas de todos los justos, por muy santos que hubiesen sido, porque ninguno podia entrar en el cielo, por causa del pecado de Adan, hasta que Cristo muriese por todos; allí estaba el mismo Adan y Eva, Abel su hijo, Noé y Abrahan con los santos Patriarcas, Moisés y David con los Profetas, y el gran Bautista y san José, con todos los demás justos que murieron antes de la pasion.

2. Su continua ocupacion era suspirar por la venida del Mesías, para que les librase y comunicase la vista clara de Dios; y cada uno repetiria la oracion afectuosa que solia decir en vida; David daria voces á Dios: Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu Salvador. (*Psalm.* LXXXIV, 8). Despierta tu potencia, y ven para que nos hagas salvos. (*Psalm.* LXXIX, 3). Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí, Dios. (*Psalm.* XLI, 2). Mi ánima tiene sed de Dios fuerte, vivo: ¿cuándo tengo de ir y parecer ante el rostro de mi Dios? Isaías diria (*Isai.* LXIV, 1): ¡Ojalá rompieses los cielos y vinieses, para que con tu presencia estos montes que están sobre nosotros se deshiciesen! Ó cielos, enviad de lo alto este rocío; ó nubes, lloved al Justo. ¡Oh tierra, si te abrieses y brotases ya al Salvador! (*Isai.* XLV, 8). De esta manera los otros santos hervian con semejantes deseos y suspiros sin cesar, esperando el dichoso dia de su redencion, aunque no sin algun dolor, porque como dijo el Sábio (*Prov.* XIII, 12), la esperanza que se dilata, aflige al alma, y cuando se acerca el cumplimiento del deseo se alegra. Y así se alegraron cuando entró el ánima del gran Bautista, haciendo allí el oficio de precursor que habia hecho en este mundo, diciendo (*Luc.* XXI, 28): Alegraos y levantad vuestras cabezas, porque ya se acerca vuestra redencion.

3. De esta consideracion tengo de sacar semejantes afectos, imaginando á mi alma presa y cautiva en este cuerpo, como en un limbo y cárcel de tinieblas, gimiendo y deseando que venga Cristo nuestro Señor á librarla y llevarla consigo, diciendo con san Pablo (*Philip.* I, 23): Deseo ser desatado y estar con Cristo. ¡Oh quién me librara de la cárcel de este mortal cuerpo! (*Rom.* VII, 24). Saca, Señor, de esta cárcel á mi alma, para confesar tu santo nombre. (*Psalm.* CXLI, 8). Estos y otros afectos semejantes son muy propios de la gente perfecta, que ha comenzado á gustar la suavidad de la divina union, y siente sus ausencias, diciendo con David (*Psalm.* XLI, 4): Las lágrimas eran mi pan de dia y de noche, mientras me dicen, ¿dónde está tu Dios?

PUNTO SEGUNDO. — 1. *En el mismo punto que Cristo nuestro Señor espiró en la cruz, quedándose allí el cuerpo unido con la divinidad, su ánima santísima, unida tambien con la misma divinidad, se partió al limbo á librar las almas de los justos que allí estaban.* (*D. Thom.* 3 *p. q.* 52). — En lo cual descubrió el Verbo divino encarnado las mismas virtudes que manifestó en su venida al mundo, para que entendiésemos que despues de muerto no estaba olvidado de ellas. Es-

tas hemos de ponderar, para encendernos en amor de este Señor, especialmente dos.-La primera fue su inmensa bondad y caridad, la cual le movió á venir en persona á salvar el mundo, aunque lo pudiera hacer por otros medios; así tambien, aunque pudiera librar estas almas del limbo sin bajar allá personalmente, pues con sola una palabra pudiera sacarlas de allí, como sacó á Lázaro del sepulcro, diciéndole: Sal á fuera, ó pudiera enviar Ángeles que se las trajeran á su presencia, pero no quiso, sino que su misma alma real y verdaderamente bajase al limbo, para descubrir el amor que las tenia y el mucho caso que hacia de ellas, y cuán contento estaba de los servicios que le habian hecho, y para aplicarles él mismo por sí mismo el fruto de su pasion y muerte, conforme á lo que estaba profetizado. Tú tambien, en virtud de la sangre de tu testamento, sacaste á los presos del lago donde no habia agua. (*Zach.* IX, 11). Ó eterno Amador de las almas, ¡cuán embriagado estás de su amor! pues no te hallas un punto sin ellas; en dejando de vivir con los hombres, luego quieres que tu alma viva con las almas, y estar donde están ellas, haciéndolas el bien que antes de tu muerte hacias á los hombres. Ven, Señor, á visitar la mia, júntate con ella, embriágala con ese amor tuyo, para que nunca de tí se aparte, ni quiera otra cosa mas que estar siempre unida contigo. Amen.

2. La segunda virtud fue su profundísima humildad, la cual quiso ejercitar, no solamente bajando á esta miserable tierra, sino á lo mas bajo de ella, y á lo que era cárcel y pena de pecado, estando allí algunas horas, aunque no como preso, sino como libertador de presos, para que por esta humillacion, hasta lo ínfimo de la tierra alcanzase la exaltacion hasta lo supremo del cielo, segun aquello del Apóstol, que dice (*Ephes.* IV, 9): ¿Qué es la causa por que subió, sino porque se abajó primero hasta las partes mas bajas de la tierra? Ó humildísimo Señor, que despues de la victoria quieres gozar de ella con muestras de humildad, concédeme que me humille y abaje hasta el postrer lugar, y en él me asiente muy despacio (*Luc.* XIV, 14), porque bien sé que á la medida que me humillare en la tierra, seré por tí ensalzado en el cielo.

Punto tercero.— 1. Aunque la entrada de Cristo nuestro Señor en el limbo fue en un momento sin resistencia alguna, pero podemos considerar el modo y majestad con que la hizo, imaginando que aquella ánima santísima bajaria acompañada de muchos Ángeles, como de criados y ministros suyos; los cuales dirian aquellas palabras del salmo XXIII, aunque principalmente se entienden de la

entrada de Cristo en el cielo, como despues verémos (*Psalm.* XXIII, 7): *Abrid, príncipes, vuestras puertas; levantaos, ó puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria; y preguntando los príncipes de las tinieblas: ¿Quién es este Rey de la gloria? Respondieron: El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla.* Ó Rey gloriosísimo, gózome de que tu gloria y fortaleza sea pregonada de los Ángeles, y publicada á los demonios, para que te conozcan, y se postren rendidos á tus piés. Ó Rey fortísimo y poderosísimo, ¡cuán nueva es tu fortaleza y cuán fuerte tu potencia, pues muriendo en la batalla, sales de ella con victoria, matando á la misma muerte y venciendo al autor de ella!

2. Hiciéronse los príncipes de las tinieblas como sordos á este primer mandato, y repitiéndole segunda vez los Ángeles, hicieron ellos la misma pregunta, á los cuales respondieron: *El Señor de las virtudes, este es el Rey de la gloria.* Ó Rey de gloria, cuán bien os cuadra el nombre de Señor de las virtudes, porque sois Señor de la caridad, de la humildad, de la obediencia y paciencia, y de las demás virtudes celestiales, las cuales ganastes para nosotros en la batalla de vuestra pasion, y las repartís como despojos entre vuestros escogidos. Vos tambien sois Señor de las virtudes, porque de Vos proceden todas las obras santas, fuertes y gloriosas, por las cuales descubrís la gloria de vuestro reino, y haceis gloriosos á vuestros vasallos: Vos sois Señor de las virtudes del cielo, y á vuestro señorío están sujetas las potestades y dominaciones, y toda la milicia de la corte celestial, en cuya presencia tiemblan y se postran, adorándoos como á su Dios y á su Rey y supremo Señor. Ó Señor de las virtudes, repartid conmigo de ellas, pues las ganastes para mí. Ó Señor de la caridad, infundidla en mi corazon, para que todo se derrita en vuestro amor. Ó Señor de la humildad, arraigadla dentro de mi alma, para que halle gracia en vuestra presencia.

3. Tambien ponderaré la omnipotencia de este glorioso Rey, el cual en virtud de su sangre quebrantó y desmenuzó las puertas y cerraduras infernales, penetrando sin resistencia el profundo cáos de la tierra hasta el infierno, para sacar de allí los presos quebrantando sus cadenas, por lo cual tengo de alegrarme y decir con David (*Psalm.* CVI, 16): Alaben al Señor sus misericordias y las maravillas que hace con los hijos de los hombres; porque desmenuzó las puertas de bronce, y quebrantó los cerrojos de hierro. Puertas de bronce son mis pecados, que impiden la entrada de Dios en el alma: cerrojos de hierro son los estorbos que el demonio y carne

ponen, para que Dios no los deshaga: cadenas fortísimas son las pasiones, con las cuales estoy preso para no hacer el bien que querria. Pues alábente, Salvador mio, tus misericordias, y todo el mundo te glorifique por las maravillas que haces con los hijos de los hombres: porque con tu omnipotencia quebrantas todas estas puertas y cerrojos y cadenas de hierro, para entrar dentro de nuestras almas, y ponerlas en libertad: desmenuza, Señor, las mias, y entra dentro de mi alma, para que te glorifique y cante tus misericordias por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto. — 1. En entrando el alma santísima de Cristo nuestro Señor en el limbo, alumbró con una celestial luz todas aquellas tinieblas, cumpliendo la divina Sabiduría encarnada lo que prometió cuando dijo (*Eccli.* xxiv, 45): *Penetraré las inferiores partes de la tierra: miraré á todos los que duermen, y alumbraré á los que esperan en el Señor.* Luego dió á todas aquellas almas que le estaban esperando una lumbre de gloria, con la cual vieron la divina esencia y la majestad del que los habia librado, y todas quedaron glorificadas, convirtiéndose aquel limbo en cielo, y aquella cárcel de presos en paraíso de bienaventurados.-En lo cual se ha de consirar la grande alegría de aquellas almas con la repentina mudanza de su estado, y con aquella súbita vista de Dios, que es la suprema bienaventuranza de que ahora gozan. ¡Oh qué hartas y satisfechas quedaron, dándose por bien premiadas de todos los trabajos pasados! oh qué agradecidas estarian á quien tanto bien, y tan á costa suya les habia hecho! todas le adorarian y alabarian, y darian el parabien de su victoria. Podemos imaginar que venian coros á reconocerle, como suele suceder cuando entra un rey de nuevo en su reino.

2. El primero seria el coro de los patriarcas con todos los hijos que fueron herederos de su fe y santidad, los cuales le adoraron y reconocieron como á su supremo Patriarca y Padre del siglo futuro, confesando que eran sus hijos, y alabándole por la herencia celestial que les habia dado.-Luego el segundo coro de los profetas le reconoció por supremo Profeta, y le agradeció el haber cumplido perfectísimamente todas sus profecías, y las promesas que por ellos habia hecho.-Tras este vino el tercer coro de los sumos sacerdotes y levitas, adorándole como á sumo Sacerdote sobre todos, y dándole gracias por el sacrificio que ofreció en la cruz por los pecados de todos para librarlos de ellos.-Á este se siguió el cuarto coro de los santos capitanes, jueces y reyes, con la muchedumbre escogida del

pueblo de Dios, adorándole como á supremo Rey de cielos y tierra, y dándole el parabien de la victoria que habia alcanzado contra los príncipes de las tinieblas, quebrantando el orgullo del que se llama rey de los hijos de la soberbia.—El quinto coro fue de los ilustrísimos mártires que allí estaban, desde Abel hasta los niños inocentes que murieron por mandato de Herodes, los cuales le confesaron por Rey glorioso de los mártires, dándole las gracias por el ilustre martirio que sufrió en la cruz.

3. Todos estos cinco coros llevaban por alférez y guia al gloriosísimo profeta y mártir, y precursor de Cristo, Juan; y todos á una voz con divina armonía cantarian aquel divino cántico del Apocalipsis (*Apoc.* v, 12): Digno es el Cordero que ha sido muerto, de recibir la virtud y la divinidad, la sabiduría y fortaleza, la honra, gloria y bendicion. Digno eres, Señor, de abrir estas puertas eternales, porque fuiste muerto por nosotros, y nos redimiste por tu sangre, escogiéndonos de todas las tribus y lenguas, y de todos los pueblos y naciones del mundo, y nos hiciste reino de Dios, y sacerdotes, para que reinemos contigo sobre la tierra: y luego tomarian las coronas de gloria que tenian, y confesando que no eran suyas, sino de este divino Cordero, las arrojarian á sus piés, diciéndole (*Apoc.* iv, 11): Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la honra, gloria y alabanza, porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad son: tú nos has redimido, y ganado estas coronas, y pues tuyas son, á tí sea la gloria por todos los siglos. Amen. Con cada uno de estos cinco coros tengo yo de cantar las mismas alabanzas á Cristo nuestro Señor, alabándole como á patriarca y profeta, sacerdote, rey y mártir, incomparablemente mas excelente que todos.

4. De aquí tengo de subir á considerar el inmenso gozo que sentiria el ánima de Cristo nuestro Señor, viendo tanta muchedumbre de almas redimidas con su sangre. ¡Oh cuánto se alegraria de haber venido al mundo por rescatarlas! oh por cuán bien empleados daria los trabajos de su pasion, viendo el copioso fruto que sacaba de ellos! Aquí vió cumplida la promesa del eterno Padre, que dice (*Isai.* liii, 11): Porque su alma trabajó, verá y será harto, y le repartiré muchos hijos y vasallos, y dividirá los despojos con los fuertes, porque entregó su alma á la muerte y fue contado entre los malos. Ó dulcísimo Redentor, os doy el parabien del gozo y contento que teneis, en premio de la tristeza y dolor que habeis sufrido. Bien responden estos cinco coros de santos á las cinco llagas con que les habeis redimido de la servidumbre del demonio: razon es que os go-

ceis con tanta muchedumbre de hijos como vuestro Padre os ha dado: y gracias os doy por el repartimiento de los despojos que con ellos habeis hecho, dando á cada uno tanto premio cuanto habia sido su trabajo: repartid conmigo algo de estos despojos, para que os sirva como estos santos os sirvieron, y llegue á gozar del premio que alcanzaron. Amen.—De todo esto tengo de sacar últimamente una larga confianza en Dios, sin cansarme de esperarle, ni congojarme por sus dilaciones y tardanzas, porque no hay plazo que no llegue, y en un momento da repentinamente tanto gozo, que recompensa los trabajos de muchos años.

Punto quinto. — 1. Estúvose Cristo nuestro Señor en aquel limbo todo el tiempo que su cuerpo estuvo en el sepulcro, que fueron treinta y seis horas ó cuarenta, ejercitando en aquella cárcel la humildad y caridad, comunicando á los justos el premio en el lugar que habia sido instrumento de su trabajo. Pero allí no cesó de obrar obras maravillosas, con que aumentó el contento de aquellos justos.—Lo primero, dentro de pocas horas llegó el ánima del buen ladron, y le cumplió el Redentor la palabra que le dió en la cruz, cuando le dijo: Hoy serás conmigo en el paraíso, porque luego en entrando la puso en el paraíso celestial, que es la vista clara de Dios, de donde nacen todos los deleites que hay en el paraíso; y como Cristo nuestro Señor es tan honrador de los que le honran, allí delante de todos aquellos justos le honró contando como le habia confesado por Rey y Dios en medio de tantos que le despreciaban y blasfemaban, y todos aquellos justos agradecerian al buen ladron la confesion que hizo en honra de su Dios, y se alegrarian con él, y él alabaria grandemente al que le daba premio tan grande por servicios tan pequeños. Alégrate, ó alma mia, y regocíjate en Dios tu salvador, abrázate de buena gana con la cruz, pues de ella baja un ladron al paraíso, y es glorificado con Cristo, porque en ella confesó á Cristo.

2. Lo segundo, es de creer que en el discurso de estas horas que estuvo allí Cristo nuestro Señor, despojó tambien el purgatorio sacando las almas que allí estaban, ó apresurando la paga de la deuda que debian, usando de alguna indulgencia en virtud de su sangre fresca y recien derramada en su pasion: despacharia desde allí Ángeles al purgatorio, y traerian ya unas, ya otras, alegrándose grandemente las que venian, así por verse libres de tantas penas, como por ver la gloria del que las libraba, y la buena compañía de las almas que allí estaban, las cuales tambien se alegraban con las que de

nuevo iban viniendo, tomando su gozo por propio, como suele hacerlo la caridad. Ó liberalísimo Redentor, acordaos en este dia de los que vivimos en esta vida mortal, purgando nuestros pecados con las aflicciones que en ella padecemos: trocad nuestro llanto en gozo; purificadnos de las culpas, y perdonadnos tambien todas las penas por ellas debidas.

3. Últimamente, puedo considerar la rabia de los condenados que barruntaron la entrada de Cristo en el limbo, viendo que los dejaba y no hacia caso de ellos, porque no fueron dignos de que Cristo los visitase y consolase con su presencia, antes los confundió porque no quisieron aprovecharse de los medios que les dió para alcanzar perdon de sus pecados. En especial puedo ponderar la rabia del desventurado Judas y del mal ladron, volviéndose contra sí mismos con furor endemoniado, porque no se aprovecharon de la ocasion que tuvieron, uno en la escuela de Cristo, y otro en la cruz. De donde sacaré escarmiento para mirar cómo vivo, porque la sangre de Cristo no saca del infierno al que una vez entra en él, ni aprovecha al obstinado que por su perverso libre albedrío la desprecia. Tambien ponderaré la confusion de Lucifer y de los príncipes de las tinieblas cuando se vieron vencidos de Cristo y atados con su omnipotencia, y sueltos los presos que habian ganado en cinco mil y tantos años. ¡Oh qué rabia seria la suya, viéndose postrados á los piés de Cristo, y cuán grande seria la gloria y gozo de Cristo, viéndolos así postrados á sus piés! Entonces, como dice san Pablo (*Coloss.* II, 15), despojó á los principados y potestades, quitándoles su poder con grande autoridad, y sacándoles la presa con gran valor, triunfando de ellos por su propia virtud, con grande manifestacion de su justicia, delante de muchedumbre de Ángeles que asistieron á este juicio. Gózome, Salvador mio, de este vuestro triunfo contra los poderes infernales, y de que con tan gran valor les hayais quitado sus despojos, y desmenuzado las armas en que tenian puesta su esperanza. Triunfad, Señor, de ellos en mí, dándome gracia para vencerlos, pues mi victoria será vuestra, porque todos vencemos por Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION II.

DE LA RESURRECCION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO.— 1. Llegado el tercer dia despues de la pasion, que era el domingo, al amanecer (*D. Thom.* 3 *p. q.* 53 *et* 54), el ani-

ma de Cristo nuestro Señor salió del limbo con aquellos coros de almas justas que tenia consigo, y fué derechamente al sepulcro donde estaba su cuerpo sepultado. Aquí tengo de ponderar, -lo primero, la causa de haber Cristo nuestro Señor apresurado su resurreccion (*Matth.* XII, 40): porque habiendo dicho que estaria en el corazon de la tierra tres dias y tres noches, como estuvo Jonás otro tanto en el vientre de la ballena, abrevió este tiempo todo lo posible, salva la verdad de su palabra, contentándose con tomar de los tres dias alguna parte, y esta bien pequeña, que fue la parte del viernes y la mañana del domingo. Á lo cual le movió su inmensa caridad, por socorrer con presteza á los discípulos que estaban en las tinieblas de la infidelidad, y por acudir al consuelo de su afligida Madre y de todos sus amigos, por alumbrar y alegrar al mundo con la gloria de su cuerpo, como habia alumbrado y alegrado al limbo con la de su alma. Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por el cuidado que tienes de los tuyos, y por la presteza con que acudes á su consuelo y remedio. (*Psalm.* XVIII, 6). Hiciste tu curso como el sol, corriendo como gigante tu carrera, haciendo muy mas largo el dia que la noche: porque el dia de tu vida duró treinta y tres años, alumbrando al mundo que estaba en tinieblas; pero la noche de tu muerte duró treinta y seis horas, tornando luego á nacer con nueva luz, para consolar á los que dejaste tristes con tu ausencia. Apresura, Señor, la luz de tu divina visita, para que respire mi alma con la presencia de tu gracia.

2. Tambien quiso Nuestro Señor que su muerte fuese á la tarde al poner del sol, y su resurreccion á la mañana cuando queria salir, para significar que moria por nuestros pecados, con los cuales nos privamos de la luz celestial y del resplandor de la divina gracia, y resucitaba, como dice el Apóstol (*Rom.* IV, 25), por nuestra justificacion, para restituirnos la vida de la misma gracia, y con ella el gozo, desterrando los llantos de la tristeza pasada, segun aquello de David (*Psalm.* XXIX, 6): Á la tarde habrá lloro, y á la mañana alegría.

3. Luego ponderaré el regocijo grande con que salió Cristo nuestro Señor del limbo, con aquella gloriosa compañía, triunfando del infierno, dejándole despojado de la presa que tenia; podria decir aquellas palabras de Jacob (*Genes.* XXXII, 10): Con solo mi báculo pasé por este Jordan, y ahora vuelvo por él con dos compañías: pasé por el mundo con el báculo de mi cruz, solo, y sin tener quien me ayudase; ahora vuelvo con dos compañías de justos de las dos

leyes natural y escrita. ¡Oh qué alegres subian estas dos ilustres compañías, y cómo cantarian á coros el triunfo de su Capitan, diciendo (*Exod.* xv, 1): Cantemos al Señor porque gloriosamente ha sido engrandecido, al caballo y al caballero anegó en el mar! El Señor es nuestra fortaleza, y motivo de nuestras alabanzas, porque es autor de nuestra salud: este es nuestro Dios, glorifiquémosle; es el Dios de nuestros padres, ensalcémosle. El Señor es como varon guerrero, y tiene por nombre el Todopoderoso: los carros de Faraon y su ejército arrojó en el mar. Entra, ó alma mia, entre estas gloriosas almas, y alaba tú tambien á la de tu soberano Capitan, confiando que recibirás algo de la gloria que ellas recibieron.

Punto segundo. — 1. Llegando Cristo nuestro Señor al sepulcro, lo primero, descubrió á toda su compañía la triste y horrible figura de su cuerpo, para que viesen cuán caro le habia costado su remedio; y cuando aquellas benditas almas vieron el cuerpo tendido en el sepulcro, todo acardenalado y descoyuntado, teñido en su propia sangre, y agujereado por tantas partes con las llagas de sus piés, manos y costado, de nuevo alabarian á su Libertador, y le darian inmensas gracias por la libertad que les dió tan á costa suya. – Luego Cristo nuestro Señor con su omnipotencia, y quizá tambien por ministerio de los Ángeles, recogió toda la sangre que habia derramado en su pasion, para volverla á su lugar. Partirian unos Ángeles al huerto de Getsemaní, y otros al pretorio de Pilatos, y otros al monte Calvario, y recogerian la sangre del Señor que allí estaba, con grande reverencia; porque estaba unida con la divinidad, y con ella se tornaron á llenar las sagradas venas de aquel cuerpo. Tambien trajeron los pelos y cabellos que se habian arrancado de su cabeza y barba, cumpliendo lo que está prometido (*Luc.* xxi, 18): *Capillus de capite vestro non peribit:* no perecerá un cabello de vuestra cabeza. Ó sangre preciosísima, gózome de verte restituida á tu propio lugar, porque tal sangre no habia de estar sino en tal cuerpo, y sangre de Dios no habia de llenar otras venas que las de Dios, en las cuales estarás siempre, para que seas precio de nuestro rescate, lavatorio de nuestras culpas, nuestro sustento y bebida en el santo Sacramento y sacrificio del altar.

2. Luego entró aquella beatísima alma en su cuerpo, y con su entrada le trocó y transfiguró mucho mas excelentemente que en el monte Tabor; desnudóle de las mortajas en que estaba envuelto; limpióle de la mirra con que estaba ungido; quitóle todas las fealdades y manchas que tenia, y comunicóle para siempre las cuatro

dotes de gloria, claridad, inmortalidad, impasibilidad, ligereza y sutileza, quedando el cuerpo mil veces mas hermoso y resplandeciente que el sol; antes cada parte era como un sol de inmensa claridad y belleza; especialmente las cinco llagas que dejó en él, por los fines que despues dirémos, arrojaban rayos de admirable resplandor, que hermoseaban sus piés y manos y costado; y las llagas que habian hecho las espinas, hacian una forma de corona gloriosísima que adornaba su sagrada cabeza. Y al mismo punto, usando del dote de sutilidad, salió del sepulcro, que era lugar de muertos, penetrando aquella grande piedra que le cerraba, sin que pudiese estorbarle la salida. ¡Oh qué gozo recibió aquella benditísima alma, cuando vió á su cuerpo tan glorioso; y cuán de buena gana se abrazó con él, escogiéndole por su perpétua morada! ¡Oh qué alegre quedó aquel cuerpo benditísimo, cuando se vió adornado con aquellas dotes de gloria, en premio de los dolores é ignominias que habia padecido! (*Act.* XIII, 33). Ó Rey de gloria, que como nuevo hombre salís otra vez al mundo, renovado en vuestro traje, para vivir nueva vida, toda llena de grandeza, sea para bien este vuestro nuevo nacimiento, no menos admirable que el primero; en aquel salistes del vientre de vuestra Madre, dejando la puerta cerrada por conservar su virginidad; en este salís del vientre de la tierra, dejando el sepulcro cerrado, para manifestar vuestra sutileza y majestad; en aquel salistes como nuevo hombre, libre de culpas, pero sujeto á penas; en este salís del todo renovado, libre tambien de toda pena y coronado de grande gloria (*Ioan.* I, 14); y así ahora podemos decir á boca llena, que hemos visto vuestra gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

3. Finalmente, es de creer que Cristo nuestro Señor, como tenia de costumbre, levantando sus ojos y manos al cielo, haria gracias al eterno Padre por su resurreccion, y por la gloria de su cuerpo, diciendo aquello del salmo (*Psalm.* XXIX, 12): Convertiste mi llanto en gozo; rompiste mi saco, y cercásteme de alegría, para que te alabe mi gloria, sin tener jamás tristeza. Á imitacion de este Señor yo tambien diré al Padre eterno: Gracias te doy, Padre celestial, porque convertiste el llanto de tu Hijo en sumo gozo, rompiendo el saco de su mortalidad y tristeza, y vistiéndole de inmortalidad y de alegría. Alábete, Señor, la misma gloria que le diste; alábete su alma benditísima, que es gloria suya y tuya, y tambien te alabe mi alma, y nunca cese de alabarte por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.—En resucitando Cristo nuestro Señor, por or-

denacion de su eterno Padre bajaron las jerarquías y coros de los Ángeles á darle el parabien y á celebrar la fiesta de su glorioso triunfo, porque si vino el ejército de la milicia del cielo á celebrar la fiesta de su nacimiento, cuando entraba en el mundo á vivir vida mortal, ¿cuánto mas se ha de creer que vendrian en su resurreccion, cuando comenzaba la vida inmortal, y no venia á pelear, sino á triunfar por la victoria? Y así lo da á entender el apóstol san Pablo (*Hebr.* I, 6), cuando dice, que cuando Dios introdujo otra vez á su Primogénito en el mundo, dijo: Adórenle todos sus Ángeles. Este dia es cuando segunda vez le introdujo en el mundo, y le adoraron todos los Ángeles como á su Dios y supremo Señor. Renovarian aquel cántico del nacimiento: Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad, y con mucha razon; porque toda esta obra fue de grande gloria para Dios y de grande paz para los hombres, pues por ella quedaron pacificados con Dios, y sus enemigos destruidos; y así podemos decir aquello del salmo (*Psalm.* CXVII, 24): *Haec dies quam fecit Dominus; exultemus et laetemur in ea:* este es el dia que hizo el Señor; alegrémonos y regocijémonos en él. Gracias os doy, Padre eterno, por el cuidado que teneis de glorificar á vuestro Hijo, cumpliendo la palabra que le diste, diciendo (*Ioan.* XII, 28): *Yo te he clarificado, y te clarificaré mas.* Gózome, Salvador mio, de que vuestros Ángeles os adoren, y yo con ellos os adoro y glorifico en este dia, que todo es vuestro y nada mio; porque todo lo que en él hiciste, pertenece á la grandeza de vuestra divinidad, y no á la bajeza de mi humanidad. ¡Oh si todo el mundo os conociese y se alegrase con vuestra victoria, gozando los despojos de ella!

PUNTO CUARTO. — 1. Viéndose Cristo nuestro Señor resucitado, no quiso gozar á solas de esta gloria, sino tambien que se derivase á otros que resucitasen con él (*D. Ambr. et alii, quos citat Suar.* 3 *p. q.* 43, *art.* 3; *Caiet. ibi*); y así ordenó, que algunas de aquellas santas almas, cuyos cuerpos estaban en los sepulcros de Jerusalen, que se abrieron el dia de la pasion, se uniesen con ellos, quedando gloriosos y resplandecientes como el suyo. ¡Oh qué contentos estarian aquellos justos cuando se viesen con sus cuerpos ya glorificados, resplandecientes como el sol! Acudirian luego al cuerpo de Jesucristo, que resplandecia incomparablemente mas que el suyo, y besarian sus piés y manos, adorándole y alabándole por aquel especial favor que les habia hecho. Hanse de ponderar las causas por que Cristo nuestro Señor hizo esto: - La primera, para descubrir su omnipo-

tencia y su caridad y liberalidad, porque no pudo su bondad sufrir no comunicar á otros el bien de que él gozaba.-Lo segundo, para que estos pocos fuesen testigos de su resurreccion, y por ellos cobrásemos esperanzas de que todos, á su tiempo, resucitaríamos como él, recibiendo cuerpos glorificados como el suyo.

2. Y tambien para darnos á entender, que su voluntad era, que todos desde luego resucitásemos en el espíritu, comenzando una vida semejante á la suya glorificada, cumpliendo lo que dice el Apóstol, que como Cristo resucitó para gloria de su Padre, así nosotros (*Rom.* VI, 4), *In novitate vitae ambulemus*, vivamos vida nueva. De suerte, que así como Cristo se desnudó de las mortajas, y salió del sepulcro vivo y glorioso, con su cuerpo entero, inmortal, impasible, resplandeciente, ligero, sutil y hermosísimo, así yo me desnude las vestiduras del viejo Adan, y las mortajas en que solia estar envuelto, que son las pasiones y costumbres viciosas, y comience una vida de gracia perfecta, con estas condiciones: que sea entera en todas las virtudes; inmortal, con firmeza de no volver mas á pecar mortalmente, como Cristo resucitó para no volver mas á morir; impasible, sin admitir pasiones que causen enfermedad en el alma; resplandeciente, por la luz del conocimiento interior de las cosas celestiales; ligera, para cumplir sin repugnancia todo lo que fuere voluntad de Dios, y sutil ó espiritual, renunciando todo lo terrestre, y no tomando mas de lo necesario, para que pueda tener mi conversacion en los cielos con los Ángeles, aunque el cuerpo esté en la tierra con los hombres.-Estas son las señales de haber resucitado con Cristo nuestro Señor, las cuales tengo de procurar, porque, como dice san Gregorio (*In prolog. in Cantica*), el justo cada dia ha de imitar su resurreccion, procurando tales virtudes, para renovar su alma, cuales son las dotes de gloria que tendrá su cuerpo.

3. Pero cerca de esto se han de advertir dos cosas muy importantes.-La primera, que así como no todos los muertos que habia en Jerusalen resucitaron con Cristo, sino solamente aquellos, cuyos sepulcros se abrieron en la pasion, así tambien no todos los pecadores resucitan con Cristo á la vida de gracia, sino solo aquellos que en virtud de su pasion abren sus sepulcros, manifestando sus conciencias al confesor, y quebrantando sus corazones con la contricion; y de la misma manera no todos los justos llegan á participar la alegría de la resurreccion, sino aquellos que han roto sus corazones con el afecto compasivo de la pasion, conforme á lo que dice el Apóstol

(*Rom.* VIII, 17): *Si compatimur, ut et glorificemur*: con tal que padezcamos con Cristo, para ser con él glorificados.

4. La segunda es, la diferencia entre la resurreccion espiritual perfecta y la imperfecta; porque los imperfectos resucitan, sacando consigo sus mortajas, como salió Lázaro vendado con sus fajas y sudario (*Ioan.* XI, 4); porque salen con las reliquias de la vida vieja, que son los hábitos y costumbres viciosas, y pasiones desconcertadas; y por consiguiente salen con peligro de recaer y volver á morir, si no se desatan y desnudan con la mortificacion de estas vestiduras de su mortalidad y vejez espiritual. Pero los muy perfectos, á imitacion de su capitan Jesús, que dejó la sábana y el sudario en el sepulcro, resucitan con nuevo fervor, dejando todas estas vestiduras de muertos, y vistiéndose las nuevas de la vida eterna, despojándose del hombre viejo y de sus obras, y vistiéndose del nuevo; renovados todos con perfecta santidad. Ó gloriosísimo Triunfador, hazme participante de tu pasion, para que tambien lo sea de tu resurreccion; resucite yo contigo, no como resucitó Lázaro, y resucitaron otros para tornar otra vez á morir, sino como tú resucitaste, á una vida nueva (*Rom.* VI, 9), para nunca mas morir muerte de culpa; padezca mucho mi cuerpo, para que se haga impasible mi alma; cúbrame de ignominia exterior, para que resplandezca mi espíritu con luz interior, y sea ágil y pronto en obedecerte, para que despues de esta vida llegue á gozarte. Amen.

MEDITACION III.

DE LA APARICION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SU MADRE SANTÍSIMA, Y COMO LOS ÁNGELES MANIFESTARON LA RESURRECCION Á LAS MUJERES.

PUNTO PRIMERO. — 1. Despues que Cristo nuestro Señor resucitó, quiso manifestar al mundo su resurreccion, para que muchos gozasen los frutos de ella. Esta manifestacion hizo tres vias. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 55). Una fue por medio de los santos que resucitaron con él, los cuales, como dice san Mateo (*Matth.* XXVII, 53): *Vinieron á la ciudad de Jerusalen, y aparecieron á muchos*, predicándoles, sin duda, como el que fue crucificado era el verdadero Mesías y Rey de Israel, Salvador del mundo, y era ya resucitado. Y es de creer que entre otros aparecieron á José de Arimathia y á Nicodemus, consolándoles y confirmándolos en la fe de su Maestro. Para esto tambien

envió Ángeles, los cuales manifestaron su resurreccion á las devotas mujeres que iban á ungirle, dándolas nuevas de ella, y mostrándolas el sepulcro.

2. Pero no contento con esto, el mismo Cristo nuestro Señor quiso por sí mismo manifestarse á sus amigos, para descubrir mas la grandeza de su caridad. Por lo cual, aunque en resucitando habia de subirse al cielo empíreo, que era el lugar debido á los cuerpos glorificados, quiso quedarse en el mundo algunos dias, y como buen pastor recoger su ganado, sin fiar esto de otro, consolando á sus discípulos, y enseñándoles muchas cosas del reino del cielo, y manifestándoles á sí mismo ya glorificado, para que como testigos de vista pudiesen predicar su resurreccion. Ó Rey de gloria, alábente los Ángeles y los hombres, por el grande amor que nos muestras. No era digno el mundo de que estuvieses en él un momento despues de resucitado, pero la caridad que te detuvo cási cuarenta horas en el limbo, te detiene cuarenta dias en la tierra para purificarla y honrarla con tu presencia, y descubrirnos que no has mudado la condicion con la mudanza de la vida, ni te has olvidado en la prosperidad de los que te acompañaron en la adversidad.

3. De aquí he de sacar, espiritualizando lo que se ha dicho, como Cristo nuestro Señor tiene tres caminos para manifestarnos sus misterios y para consolarnos y enseñarnos.—Uno, por medio de hombres santos que han resucitado con él, y conocen por experiencia la suavidad y grandezas de Dios, los cuales con santo celo descubren á otros lo que saben, para que Dios sea conocido y glorificado.—Otro camino es por los Ángeles, los cuales con secretas ilustraciones nos alumbran, enseñan y consuelan, y nos ayudan á quitar las dificultades que tenemos para no gozar de Cristo glorificado.—El tercer camino es por sí mismo, hablándonos al corazon y dándonos interiores testimonios de su divina presencia, y esto hace con los mas queridos discípulos, cumpliendo con ellos en esta vida lo que dijo en el sermon de la cena (*Ioan.* xiv, 21): El que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y le manifestaré á mí mismo. Ó Amado mio, ámete yo de todo corazon, pues tan grande bien es amarte, que amas á quien te ama, y le descubres quién eres, para encenderle mas en tu amor.

Punto segundo.— 1. La primera visita y aparicion que quiso hacer Cristo nuestro Señor, fue á su Madre santísima, la cual estaba grandemente afligida por su pasion, aunque con viva fe y esperanza de su resurreccion, y como vió que entraba ya el tercer dia,

puesta en una alta contemplacion, con grandes ansias y suspiros pediria á su Hijo que apresurase su venida, queriendo como leona despertar con sus bramidos al leon de Judá (*Genes.* XLVI, 9), que estaba dormido en el sepulcro. Diríale aquellas palabras del salmo (*Psalm.* LVI, 9): *Exurge gloria mea, exurge psalterium et cithara:* levántate, gloria mia, y resucita; sal glorificado de este sepulcro para glorificarnos á todos; levántate, salterio y cítara mia; sal de esta caja donde estás metido, y alegra con tu música á los que por tu causa estamos en tristeza. Tú dijiste: *Exurgam diluculo,* que resucitarias al amanecer del dia. Ven, ó Sol de justicia, antes que nazca el sol de la tierra, y con tu luz destierra las tinieblas de ella.

2. Estando la Vírgen con estos deseos, entró Cristo nuestro Señor, acompañado de aquellos tres lucidísimos ejércitos que tenia consigo; uno de Ángeles, otro de almas, y otro de cuerpos glorificados, y manifestósele con toda la gloria y claridad que tenia, confortando su vista, así del cuerpo como del alma, para que pudiese verle y gozarle. ¡Oh qué contenta, qué harta, qué glorificada quedaria la Vírgen con tan gloriosa visita, cumpliéndose en parte lo que está escrito (*Psalm.* XVI, 15): Hartarme he cuando apareciere tu gloria! ¡Oh qué dulces abrazos se darian el Hijo y la Madre, y qué dulces coloquios tendrian entre sí! Besaria la Vírgen aquellas preciosísimas llagas del Hijo, sacando de estas fuentes copiosísimos arroyos de consuelo, así como antes los habia sacado de desconsuelo; porque á la medida de los dolores, suele Dios dar las consolaciones. (*Psalm.* XCIII, 19). Luego llegó aquella ilustrísima compañía á darla el parabien, y á reconocerla por Madre de su Dios y de su Libertador, dándola gracias por el trabajo que habia puesto en la obra de su redencion. ¡Oh qué nueva alegría tendria la Vírgen, viendo el fruto de la pasion del Hijo, y tantas almas rescatadas con ella! daria el parabien á su Hijo de esta ganancia, y los Ángeles solemnizarian esta fiesta con alguna música celestial, á gloria del Hijo y de la Madre.

3. Finalmente, despues que Cristo nuestro Señor estuvo gran rato con su Madre, descubriéndola grandes secretos del cielo, y diciéndola como estaria en el mundo algunos dias, y la visitaria otras muchas veces, se despidió de ella, quedando la Vírgen consoladísima de esta visita, pero guardóla para sí con gran silencio, así como tuvo secreto el misterio de la encarnacion, sin quererle descubrir á su esposo san José, hasta que un Ángel se le reveló. Tambien ahora calló la visita de Cristo resucitado, sin decirlo á los Após-

toles, ni á las mujeres, hasta que los Ángeles ó el mismo Cristo se lo manifestasen. Ó Vírgen soberana, sea para bien el Hijo resucitado. Reina del cielo, alegraos, alleluya, porque el que trajísteis en vuestro vientre, alleluya, ha resucitado como dijo, alleluya, rogad por nosotros, alleluya, haciéndonos participantes de la eterna alleluya que se canta en las plazas de la celestial Jerusalen. (*Tob.* XIII, 22). Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. En este mismo tiempo quiso Cristo nuestro Señor, por medio de sus Ángeles, manifestar su resurreccion á las devotas mujeres que le habian seguido, cuya devocion declaran primeramente los Evangelistas, diciendo (*Matth.* XXVIII, 1; *Marc.* XVI, 1; *Luc.* XXIII, 56; *Ioan.* XX, 1): *María Magdalena, y María Jacobi, y otras devotas mujeres, habiendo estado en quietud todo el sábado, por reverencia de la fiesta, madrugaron el domingo antes de amanecer, y con sus especies aromáticas caminaron de noche al sepulcro, diciendo: ¿Quién nos quitará la piedra de la puerta del sepulcro?* En estas mujeres se nos representa la devocion con que hemos de buscar á Cristo nuestro Señor, acompañada de las virtudes que ellas ejercitaron.—La primera fue, obediencia á la ley, porque con tener gran deseo de ungir el cuerpo de Cristo nuestro Señor, no quisieron hacerlo en la fiesta, por no ir contra el precepto; enseñándonos que por título de piedad no se ha de faltar en la obediencia.

2. La segunda fue, diligencia grande en madrugar antes del dia, y con ser las mujeres naturalmente temerosas, no temieron salir y caminar de noche, por cumplir el deseo que tenian de hacer este servicio á su Maestro. Con esta diligencia quiere ser buscada la divina Sabiduría encarnada, que dijo (*Prov.* VIII, 17): Los que de mañana madrugaren para buscarme, me hallarán. Y si deseo el maná de los celestiales consuelos, tengo de madrugar antes de salir el sol á cogerle, porque los perezosos no le hallan (*Sap.* XVI, 28), y los diligentes le gozan.—La tercera fue, confianza en Dios y perseverancia en el bien, sin dejarle por temor de las dificultades; porque con saber estas mujeres que no podian quitar la grande losa que cerraba el sepulcro, prosiguieron su camino, confiando en Nuestro Señor les depararia medio para ello; y así cuando llegaron la hallaron quitada en premio de su confianza, porque no falta la divina providencia á los que de esta manera esperan en Dios en cosas de su servicio.

PUNTO CUARTO.— 1. El modo como esto pasó declaran los Evangelistas, diciendo (*Marc.* XVI, 4): *A deshora sucedió un grande terre-*

moto; porque el Ángel del Señor vino del cielo, y quitó la piedra del sepulcro, y sentóse sobre ella; su vista esta era como un relámpago; sus vestiduras eran blancas como la nieve, y puso tanto espanto á las guardas, que quedaron como muertos. Llegando las mujeres al sepulcro, y viendo quitada la piedra, entraron dentro atemorizadas con la vista del Ángel; él las dijo: No querais temer, ¿buscais á Jesús Nazareno crucificado? ya ha resucitado, no está aquí, venid y ved el lugar donde le habian puesto. En lo cual se ha de ponderar la majestad de este Ángel, y su hermosura y poder, así en el terrible terremoto que causó como en la facilidad con que revolvió aquella grande piedra del sepulcro, causando grande temor en malos y buenos, aunque en diferente manera, porque á los soldados, como malos, postró en tierra, dejándolos sin sentido, para que no gozasen de tanto bien; pero á las devotas mujeres consoló diciéndolas: No querais temer vosotras. Como quien dice: Estas guardas teman, porque son malos; vosotras no temais ni os congojeis, porque vengo á daros buenas nuevas de la resurreccion del Señor á quien buscais.

2. Luego ponderaré aquel nuevo renombre que el Ángel da á Cristo nuestro Señor llamándole Jesús Nazareno crucificado, como quien sabia la condicion de nuestro buen Jesús, que es despreciarse de sus desprecios, y honrarse de haber sido crucificado por nosotros. Ó dulce Jesús Nazareno y crucificado, y nunca tan Nazareno como cuando crucificado, porque en la cruz brotaste las flores de tus virtudes y los frutos de nuestra santificacion, de los cuales gozas en tu gloriosa resurreccion. ¡Oh quién te buscase con tanto fervor, que no me preciase de saber otra cosa que á Cristo, y ese crucificado! Ó Ángel benditísimo, venid en mi ayuda, fortalecedme con estas flores, fortificadme con estos frutos (*Cant.* II, 5), porque estoy enfermo de amor, deseando ver á Jesús Nazareno, que fue por mí crucificado.

3. Lo tercero, ponderaré como estas mujeres por su corta fe no eran dignas de que Cristo nuestro Señor se les apareciese; y así el Ángel las disponia para ello con avivar su fe, diciéndolas: Entrad y ved el lugar donde le pusieron, y por aquí creeréis ser verdad que ha resucitado. Tambien avivó su caridad, diciéndolas que con presteza fuesen á dar noticia de esto á los Apóstoles y á Pedro (*Marc.* XVI, 7), nombrándole en particular, porque no se tuviese por desamparado á causa de sus negaciones, pues por haberlas llorado era digno de este consuelo. De donde sacaré como la dilacion de ver á Cristo nuestro Señor, y gozar de su dulce presencia, viene muchas

veces por la falta de nuestra fe y por nuestra poca disposicion; y así tengo de alentarme á procurar aumento de las virtudes que me disponen para verle, no desmayando por haber sido pecador, pues á Pedro se dan esperanzas de esta vista.

4. Últimamente, ponderaré como entrando estas devotas mujeres en lo mas interior del sepulcro, *vieron dos Angeles con vestiduras muy resplandecientes, con cuya vista temieron, inclinando sus rostros á la tierra; y ellos las dijeron* (*Luc.* XXIV, 5): *¿Para qué buscais al vivo entre los muertos? No está aquí, ya ha resucitado: acordaos de lo que os dijo estando en Galilea; que convenia ser el Hijo del hombre entregado en manos de los pecadores, y ser crucificado, y resucitar al tercer dia.* (*Matth.* XXVIII, 7). *Y acordándose de estas palabras, se volvieron con temor y con gozo de lo que habian oido y visto.* En lo cual se representa como la perseverancia en la devocion con Cristo, es digna de nuevos consuelos. Primero vieron estas mujeres un Ángel, y perseverando en su demanda, vieron otros dos que les dijeron lo mismo, confirmándolas en la fe con un modo de reprension amorosa, como quien dice: ¿Para qué porfiais en buscar entre los muertos al que está ya vivo y resucitado? Y tambien se ha de ponderar, como es propio de los Ángeles traernos á la memoria las palabras de Cristo nuestro Señor, y con ellas enseñarnos y consolarnos, confirmando nuestra fe, alentando nuestra esperanza y atizando nuestra caridad, para que nos hagamos dignos de verle glorificado. Ó Ángeles bienaventurados, á quien Dios ha dado cuidado de las almas, si viéredes que la mia busca al vivo entre los muertos, buscando á Cristo entre las cosas muertas de este siglo, reprendedla, y enderezadla para que le busque á donde está, que es en la tierra de los vivos, reinando con los suyos por todos los siglos. Amen.

MEDITACION IV.

DE LA APARICION Á LA MAGDALENA.

PUNTO PRIMERO. — *Habiendo dado estas devotas mujeres el recaudo de los Angeles á los Apóstoles, volvieron todas segunda vez al sepulcro, y entonces, como dice san Marcos* (*Marc.* XVI, 9), *Cristo nuestro Señor se apareció primero á la Magdalena, de quien habia echado siete demonios.* Aquí se ha de considerar la infinita caridad del Redentor en honrar á los pecadores convertidos, escogiendo por primer testigo de vista de su resurreccion á una mujer que habia sido

morada de siete demonios (*Marc.* XVI, 9), y de los siete pecados mortales que de ellos proceden, para que se entendiese que no daña la muchedumbre y gravedad de los pecados pasados, cuando se recompensan con mayor fervor presente. Y tambien, que quien fuere primero en el servicio de Cristo, será primero en los favores que de él recibirá; y que si yo fuere singular en servirle, él será singular en regalarme, como sucedió á la Magdalena, la cual se señaló singularmente en amar y servir á Cristo, haciendo por su amor muchas cosas que otros no hicieron, como fue lavarla los piés con lágrimas, ungírselos con precioso ungüento, limpiarlos con sus cabellos, asistir á sus piés oyendo su doctrina con mucho gusto, acompañarle en el monte Calvario, y madrugar para ungirle despues de muerto, con mayor fervor que todas sus compañeras; y así fue digna de verle primero que los demás, como dice el himno: *Prima meretur gaudia, quae plus ardebat caeteris.* Mereció tener los primeros gozos de la resurreccion de Cristo, porque ardia por entonces mas que todos en su amor, al modo que se dirá en los puntos siguientes.

Punto segundo. — 1. *Estaba María en pié, fuera del monumento llorando, y como llorase, inclinóse á ver el sepulcro, y vió dos Angeles con vestiduras resplandecientes, que estaban sentados, uno al principio y otro al fin del lugar donde fue puesto el cuerpo de Jesús. Dijéronla los Angeles: Mujer, ¿por qué lloras? Respondió ella, porque llevaron á mi Señor, y no sé dónde le pusieron.* (*Ioan.* XX, 11). En estas palabras se ha de considerar: primeramente el fervor de la Magdalena, el cual resplandece:—Lo primero, en las grandes ansias que tenia de ver el cuerpo de su Maestro. Y aunque estas iban fundadas en falta de fe de su resurreccion, pero como procedian de ferviente amor y de piadosa intencion, eran agradables á su Amado.—De estas ansias nacia la solicitud de buscarle; y á esta causa no se sentó cabe el monumento, sino siempre estaba en pié, como á punto para buscarle á una y otra parte, inclinándose una y otra vez á mirar el sepulcro, por ver si hallaba la segunda vez lo que no halló en la primera; porque quien mucho ama á Dios, no cesa de repetir las mismas oraciones y multiplicar las mismas diligencias para hallarle.—De aquí procedió, que aunque sus compañeras se volvieron del sepulcro, contentándose con lo que los Angeles les habian dicho; y san Pedro y san Juan se tornaron á su posada, contentos con haber visto las mortajas; pero ella no se contentó con nada de esto, sino quedóse allí con gran perseverancia, como quien dice: Aquí perdí

lo que tanto amo, aquí lo hallaré, ó aquí moriré hasta hallarlo. Finalmente mostró su fervor en las lágrimas que derramaba por esta causa, sin que fuese parte la vista de los Ángeles tan hermosos y resplandecientes para enjugarlas, porque no hallaba ningun consuelo en vista de criaturas, la que tenia puesto todo su deseo en ver á su Maestro, que era el Criador.

2. En estas cuatro cosas he de imitar á esta fervorosa mujer, buscando á Dios nuestro Señor con un deseo vehemente, solícito, perseverante y devoto, resolviéndome de no tomar consuelo supérfluo en cosa criada hasta hallar á mi Criador, diciendo lo que dijo David á otro propósito (*Psalm.* CXXXI, 3): No entraré en el retrete de mi casa, ni subiré en el lecho del descanso, no daré sueño á mis ojos, ni reposo alguno á mis párpados, hasta que halle el lugar donde está mi Dios, y el tabernáculo donde mora el Dios de Jacob, para entrar dentro de él, y estar siempre en su compañía. En lo cual tambien imitaré el fervor con que la Esposa buscaba á su Amado por todas las calles y plazas de la ciudad (*Cant.* III, 2), sin detenerse con las guardas, ni descansar un punto, hasta que le halló, porque de los que buscan de esta manera, se entiende lo que dice Cristo nuestro Señor (*Matth.* VII, 8): Quien busca halla.- Lo segundo, se ha de considerar la razon de estas fervorosas lágrimas, que la misma Magdalena dió á los Ángeles, diciéndoles (*Ioan.* XX, 33): *Lloro, porque llevaron á mi Señor, y no sé dónde le pusieron.* Como quien dice: ¿No os parece bastante causa para llorar, haberme llevado á mi Señor y todo mi bien, sin saber quién le llevó y á dónde le pusieron? Antes lloraba su muerte, pero consolábame con tener su cuerpo; ahora me han quitado este consuelo que me quedaba; y por esto lloro, ni hallo para mis lágrimas remedio.

3. *Causas de las lágrimas.*—En lo cual ponderaré, que las lágrimas son bien empleadas, principalmente por dos causas.-La primera, cuando nuestros pecados nos han quitado á Dios del alma, privándonos de su gracia y amistad, y estas lágrimas son semejantes á las que derramó la gloriosa Magdalena á los piés de Cristo, cuando echó de ella los siete demonios, y la perdonó sus pecados.- La segunda causa es, cuando sin saberlo nosotros se nos ausenta Dios, y nos deja en tinieblas y sequedad de espíritu, con tanta oscuridad, que apenas sabemos á dónde y cómo buscarle. Y estas lágrimas son semejantes á las que derramaba la Magdalena en esta ocasion, buscando á su Maestro y Redentor, y ambas lágrimas son

prendas de que hallarémos á Dios nuestro Señor, si con ellas le deseamos y buscamos, diciendo con el real profeta David (*Psalm.* XLI, 4): Las lágrimas fueron mi pan de dia y de noche, oyendo á los que me dicen cada dia: ¿Dónde está tu Dios? Ó Dios mio, que solias estar dentro de mi alma, como en tu sepulcro, descansando y alegrándome con tu presencia, ¿donde estás ahora? ¿quién te me ha llevado y sacado de mi corazon? ¿cómo me has dejado solo, seco, triste y desconsolado? Si mis pecados te han quitado de donde estabas, quítalos de mí por tu infinita misericordia, para que puedas volverte á tu lugar, y yo le conservaré siempre limpio con tu gracia, para que otra vez no alejes de mí tu presencia por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — 1. Compadeciéndose Cristo nuestro Señor de las muchas lágrimas de la gloriosa María Magdalena, quiso consolarla, para cumplir la palabra que dió, cuando dijo (*Matth.* V, 5): Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Pero en esto procedió poco á poco para su mayor bien.

Porque lo primero, se le apareció, no poniéndosele delante de los ojos, sino á las espaldas, haciendo algun ruido, para que ella volviese á mirarle: *Conversa est retrorsum, et vidit Jesum stantem.* Volvió atrás, y vió á Jesús que estaba allí en pié. En lo cual se nos representa el modo como Dios nuestro Señor busca las almas que le tienen vueltas las espaldas, y le dejan, y no le conocen, ni le respetan como es razon, por no conocerle. Á las cuales dijo por el profeta Isaías (*Isai.* XXX, 21): Tus oidos oirán la voz del que tienes á las espaldas, y te amonesta el camino que has de andar. Estas voces son algunas inspiraciones y toques interiores con que las convida Dios nuestro Señor á que vuelvan el rostro al que tienen detrás de sí, para que él pueda tambien mirarlas y compadecerse de ellas, diciéndoles aquello de los Cantares (*Cant.* VI, 12): Vuélvete, vuélvete, Sunamitis, vuélvete, vuélvete, para que te miremos. Cuatro veces la dice que vuelva su rostro hácia Dios, para denotar que desea una vuelta muy fervorosa y perfecta, convirtiendo á Dios su corazon, su alma, su espíritu y sus fuerzas, cumpliendo el mandamiento del amor con estas cuatro condiciones que en él se piden (*Marc.* XII, 30). Ó alma mia, Sunamitis, y cautiva de tus aficiones desordenadas, mira que las tres divinas Personas te dicen, que les vuelvas tu rostro, porque desean mirarte con el suyo. Y pues todo tu bien está en que Dios te mire, no tardes en mirar al que te convida que le mires, para mirarte y compadecerse de tí.

2. Lo segundo, aunque la Magdalena miró á Cristo nuestro Redentor, no le conoció, porque se le apareció en traje disfrazado, como de hortelano, por cuanto tenia muy corta fe, y no merecia verle al descubierto, por su imperfecta disposicion; en lo cual se nos avisa que la mortandad y tibieza de nuestra fe es causa de que estando Dios presente en todo lugar, y estando Cristo nuestro Señor presente en el santísimo Sacramento, no le conocemos ni respetamos, ni tratamos como cosa presente. Y así se aparece en figura de hortelano, para significar la necesidad que tienen los imperfectos de que Cristo escarde y labre el huerto de sus almas, limpiándolas de las malas yerbas, de culpas é imperfecciones, y avivando en ellas las virtudes. Ó dulcísimo Jesús, pues sabes que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino tú, Dios mio, que das el aumento (I *Cor.* III, 7); aumenta mi fe y las virtudes, apartando de ellas sus imperfecciones, para que sea digno de conocerte, de modo que te ame y sirva con perfeccion.

3. Lo tercero, volviendo la Magdalena el rostro hácia Cristo nuestro Señor, él la dijo con una voz diferente de la que solia hablar: *Mujer, ¿por qué lloras? ¿á quién buscas?* En lo cual se ha de ponderar, que cuando Dios hace tales preguntas en casos semejantes, haciéndose del que no sabe, quiere dar á entender que hay allí algo que no aprueba, ni lo sabe con la ciencia que llaman de aprobacion. Y así, cuando la Magdalena lloraba á sus piés y los regaba con lágrimas (*Luc.* VII, 38), no la dijo: ¿Por qué lloras? ¿á quién buscas? porque aquellas lágrimas se fundaban en profundo conocimiento de sus pecados, y en viva fe y amor del Señor que tenia presente, el cual las conocia y aprobaba. Pero en este caso, como las lágrimas procedian de ignorancia y falta de fe, llorando por muerto al vivo, y buscando al vivo entre los muertos, dícela: ¿Por qué lloras? ¿á quién buscas? como si dijera: ¿Sabes por qué lloras, y á quién buscas? sin duda que no lo sabes bien, porque si lo supieras no me lloraras de esta manera por muerto, ni buscaras como ausente al que tienes presente.

4. En lo cual nos enseña Cristo nuestro Señor, como su voluntad es que examinemos bien la causa de nuestras lágrimas y suspiros; y tambien qué es lo que buscamos y pretendemos en su servicio, porque no se mezcle algo que sea contrario á Dios, ó desdiga de lo que á su grandeza y á nuestra perfeccion conviene. Y porque muchas veces pensaré que lloro por mis pecados, y no lloro sino por la afrenta y daño temporal que me resultó de ellos; y pienso que

lloro por ir á ver á Dios, y no es sino por huir el trabajo que padezco. Y tambien acontece pensar que busco á Dios y su gloria, y verdaderamente me busco á mí mismo y á mi honra ó provecho. Y si busco á Dios, es con mezcla de estas imperfecciones. Y á esto con mucha razon me dirá Dios: ¿Por qué lloras? ¿á quién buscas? Ó Dios de mi alma, concédeme que llore por mis pecados y por tu ausencia, de modo que tú apruebes mis lágrimas; y que busque lo que deseo, de modo que tú apruebes mi pretension.

Punto cuarto.—*Propiedades del amor unitivo.*— 1. *Pensando la Magdalena que el que estaba allí era hortelano, díjole: Señor, si tú le llevaste, díme dónde le pusiste, y yo le traeré.* En estas palabras descubrió la Magdalena el exceso de su ferviente amor, el cual con gran violencia la tenia como enajenada de sí misma, y la hizo sacar fuerzas de flaqueza para ofrecerse á mas de lo que podia. Y así muy al vivo se ven aquí pintadas las propiedades de la encendida caridad, que se llama unitiva y violenta.—La primera propiedad es, que arrebata el corazon y la lengua del que ama, y le saca de sí, para que siempre piense en su amado, y piense que todos piensan en él, y hable siempre de él, imaginando que todos le entienden. Y así la Magdalena no dijo, si tú llevaste el cuerpo de mi Maestro, sino solamente si tú le llevaste, porque imaginaba que el hortelano la entendia y sabia de quién hablaba, por estar absorta en pensar solamente de su Amado. Y por esta señal conoceré yo si tengo grande amor de Dios; pues como él dijo (*Matth.* vi, 21): Donde está tu tesoro, allí está tu corazon, y por consiguiente allí está tu lengua, tus ojos, tus piés y manos, ocupándose todo tu espíritu en la vista y amor del tesoro, en guardarle y acrecentarle con cuidado. Ó Dios infinito, sé tú mi tesoro, y arrebata mi corazon y cuanto tengo, para que donde estás tú, allí esté yo, viéndote y gozándote sin fin. Amen.

2. La segunda propiedad de esta encendida caridad, es causar en el que ama olvido de sí y de sus cosas, y hacerle que se humille y sujete á toda humana criatura, en razon de salir con su pretension; y á veces dice y hace cosas que al juicio humano parecen locuras, pero son excesos de amor, al modo que David (II *Reg.* vi, 16), olvidado de su real grandeza saltaba y bailaba delante del arca, y burlando de él su mujer Michol, él no hizo caso de ella, antes se humillaba y saltaba mas delante de Dios. Y la misma Magdalena, herida de amor, se fué al convite donde estaba Cristo, y se echó á sus piés, sin reparar lo que dirian los convidados, olvidada de todos como si estuviera sola. Y en el caso presente, con el mismo ena-

jenamiento, con grande humildad y reverencia llama señor al hortelano para acariciarle, y persuadirle que la descubriese dónde estaba el cuerpo de su Maestro. Y le dice, si tú le llevaste, no reparando en que no llevaba camino que el hortelano hubiese desenterrado un difunto, y sacádole del sepulcro donde su mismo dueño le habia puesto.

3. Y por esta segunda señal conoceré yo la grandeza ó pequeñez de mi caridad, porque si el amor de la hacienda en los avarientos, y el amor de la honra en los ambiciosos, y el amor del deleite en los sensuales, tiene tanta fuerza que los enajena de sí, y los hace, que olvidados de sí mismos y de sus cosas se humillen y sujeten á otros, y hagan cosas que parecen desatinos al que no ama como ellos; ¿cuánto mas hará todo esto y con mayor fuerza el encendido amor de Dios, en aquellos que han entrado en la bodega de sus vinos? (*Cant.* II, 4). Y si el mismo Señor no ordenase en ellos la caridad, harian locuras y demasías; pero él la pone en órden. Y si hacen algo que parece locura al que no ama, es cordura en los ojos del que sabe qué cosa es amar. Ó Rey eterno, éntrame en la bodega de tus vinos, embriágame con el vino fuerte de tu amor: sácame de mí para traspasarme en tí: causa en mi alma olvido de mis cosas, para que solamente atienda á las que son tuyas, humillándome hasta ser tenido del mundo por loco, para ser delante de tus ojos sábio.

4. La tercera propiedad de la ferviente caridad, es sacar fuerzas de flaqueza, y hacer al que ama, que se ofrezca á mucho mas de lo que puede, en razon de servir á su amado, confiando no en las fuerzas que tiene de suyo, sino en las que Dios le ha de dar. Y así la Magdalena, encendida en este amor, se ofreció valerosamente á ir por el cuerpo de su Maestro, donde quiera que estuviese, sin exceptuar lugar alguno, y sin reparar en que era dia solemne, y el sol era ya salido, y ella mujer flaca, y la carga un cuerpo muerto, y cuerpo de un crucificado aborrecido de los judíos, y sentenciado á muerte por el presidente, sin cuya licencia no se atrevió José de Arimathia á darle sepultura; pero ella, rompiendo por este muro de dificultades, dice: *Ego eum tollam:* yo le llevaré y volveré á su lugar. Ó mujer, grande es tu confianza, grande es tu ánimo y esfuerzo, porque es grande tu amor. ¡Oh amor invencible, que vences todo lo dificultoso y áspero de esta vida, y de nada eres vencido! Tú llevas al que te lleva, y haces ligera la carga de que te cargas; tú pones sobre nuestros hombros á Cristo, y haces que nos lleve Cristo, ayudándonos con-

tigo á llevar toda la carga. Ó amor fortísimo, verdaderamente eres fuerte no menos que la muerte (*Cant.* VIII, 6), pues te atreves á lidiar con muertos, y á romper las dificultades de muerte, por servir á tu Amado. Ó Dios eterno y amador infinito, embriágame con la dulzura de tu amor (*Isai.* XL, 31), para que mudando con él mi fortaleza corra en tu servicio sin parar, y camine sin desfallecer, llevando cualquier carga que me pusieres, fiado que me darás fuerzas para llevarla. – Con este espíritu me tengo de ofrecer á llevar á Cristo muerto sobre mí; esto es, su mortificacion en mi cuerpo, del modo que él mortificó el suyo, conforme á lo que dice san Pablo (I *Cor.* IV, 10): Siempre traemos de una parte á otra en nuestro cuerpo la mortificacion de Cristo Jesús, etc. Mirad que habeis sido comprados con grande precio, glorificad y llevad á Dios en vuestro cuerpo. (I *Cor.* VI, 20).

Punto quinto. — 1. Viendo Cristo nuestro Señor el fervor y lágrimas y ofrecimientos de la Magdalena, descubriósele, llamándola con su propio nombre, y con el tono de voz que solia, diciendo: *María;* y al punto le reconoció y respondió: *Maestro.* En lo cual se ha de ponderar la omnipotencia de Cristo, llena de dulzura y suavidad, pues con una sola palabra, diciendo, María, trueca el corazon de esta devota sierva suya, y desterrando de ella toda tristeza, la llena de incomparable alegría; ilustró su entendimiento con nueva luz, deshaciendo todas las nieblas de infidelidad que tenia, y encendió su voluntad con nuevo fuego de amor, para que amase como á Dios vivo al que amaba como hombre muerto. Ó Dios inmenso, ¡cuán inmenso es el amor que tienes á los que conoces por su propio nombre! (*Exod.* XXXIII, 12). Á estos muestras tu divino rostro, y los alegras con tu presencia, porque hallaron gracia delante de tí. ¡Oh dichosa Magdalena, á quien Cristo conoció por su propio nombre, y con él la llamó, y llamándola se le descubrió para que conociese al que la conocia, y viese al que deseaba, y hallase al que con tanto amor buscaba! Halle yo, Señor, gracia en tus ojos, y conóceme de esta manera, para que llegue á conocerte (I *Cor.* XIII, 12) como soy conocido, y á amarte como soy amado.

2. Tambien se ha de ponderar la respuesta de la Magdalena, que fue: Maestro mio, porque arrebatada del amor, llamó á su Amado con el nombre que solia llamarle. Cuando habló con los Ángeles, usó del nombre de reverencia, llamándole mi Señor, ahora que habla con él mismo, llámale con nombre de reverencia y amor, llamándole Maestro mio, porque en oyendo aquella palabra María, expe-

rimentó dentro de su alma los efectos de su divino magisterio, por la plenitud de luz que la infundió; y así se echó á sus piés, á donde solia estar oyendo su doctrina. Ó Maestro soberano, que tan en breve enseñaste tantas grandezas á esta fervorosa discípula tuya, ilustra mi entendimiento, para que yo tambien las conozca, y conociéndolas te ame como ella te amó.

3. Finalmente, viendo Cristo nuestro Señor que María postrada á sus piés queria besárselos, díjola: *No me quieras tocar, porque no he subido á mi Padre, sino vé á mis hermanos, y díles de mi parte: Subo á mi Padre, y á vuestro Padre; á mi Dios, y á vuestro Dios.* En lo cual se ha de ponderar las causas de no haber consentido que la Magdalena le tocase, como otras veces solia.—La primera fue, porque con el fervor se abalanzó á quererle tocar con demasiada familiaridad, y quiso Nuestro Señor que entendiese que de allí adelante habia de tratarle con mas reverencia, como quien estaba ya en vida gloriosa, y cerca de subir á su Padre. Y generalmente gusta su Majestad que juntemos reverencia con el amor.—La segunda causa fue, la imperfeccion de fe que tenia, porque así como por esta causa no se le descubrió de un golpe, sino poco á poco: primero en figura y voz de hortelano, despues en su propia figura y voz; así no quiso hacerla de golpe todos los favores, sino primero se le descubrió para que le conociese, y se gozase de verle; y despues cuando su fe estuvo mas perfecta, se dejó tocar de ella. Y por esta razon dijo, no me toques, porque dentro de tu corazon aun no he subido á mi Padre, pues aun no crees bien que con vida gloriosa subo á mi Padre celestial. Ó Maestro soberano, subid dentro de mi corazon lo mas alto que es posible, dándome la suprema fe y estima que puedo tener de vuestra grandeza, para que sea digno de veros y abrazaros con entrañable caridad.

4. Tambien se ha de ponderar la ternura de aquel recaudo tan amoroso que envió el Señor á sus discípulos, no desdeñándose de llamarlos hermanos, para que entendiesen que la gloria de la resurreccion no le habia mudado la condicion, antes les daba mayores muestras de amor con este nombre de hermanos (*Hebr.* II, 11): y lo que les mandó decir es: Ya he resucitado para subir á mi Padre, y á vuestro Padre; á mi Dios, y á vuestro Dios; mi Padre por la generacion eterna, y vuestro por la adopcion graciosa; y mi Dios por la unidad de naturaleza, y vuestro por la union de caridad. (*Cyprian.* Serm. de Ascensione). Ó amantísimo Jesús, gracias os doy cuantas puedo, por este favor tan grande que nos haceis, en darnos á vues-

tro Padre por nuestro Padre, y á vuestro Dios por nuestro Dios. Ó alma mia, si tienes tal Padre, ¿qué mas quieres? y si tienes tal Dios, ¿que mas buscas? Ó Padre mio, mostraos ser mi Padre, haciéndome digno hijo vuestro. Ó Dios mio, mostraos ser mi Dios, haciéndome un espíritu con Vos por union de perfecta caridad. Amen.

MEDITACION V.

DE LA APARICION Á LAS DEMÁS MUJERES CON LA MAGDALENA.

Punto primero. — Partiéndose la Magdalena con grande gozo, alcanzó á sus compañeras en el camino, y tratando con ellas lo que habia sucedido, todas se encendieron en grande deseo de ver á su Maestro, el cual atendiendo á este deseo, y al fervor con que habian madrugado, las salió al encuentro, y las dijo (*Matth.* xxvi.i, 9): *Dios os salve.* Aquí se ha de ponderar el cuidado grande que tiene Cristo nuestro Señor en premiar los trabajos y vigilias de los suyos, aunque dilata la visita hasta que se hagan más dignos de ella, para que les entre mas en provecho: aprendiendo de aquí á no desistir de mi pretension por ninguna dilacion. Y es motivo de grande consuelo ver la bondad de Cristo nuestro Señor, por la cual no repara en nuestras imperfecciones, cuando con sana y fervorosa intencion deseamos agradarle, como sucedió á estas mujeres, las cuales con falta de fe fueron á ungirle, pero con entrañable deseo de servirle; y mirando á esta intencion, quiso consolarlas. ¡Oh qué contentas y alegres quedaron con su vista, y por cuán bien empleados dieron los trabajos pasados! porque con aquella palabra *Avete*, que quiere decir, Dios os salve, ó gozaos y alegraos, quedaron todas llenas de salud espiritual y de alegría grandísima, porque la palabra de Cristo es eficaz y obra todo lo que significa. Y no sin misterio usó de esta palabra el Salvador, de la cual habia usado san Gabriel, cuando anunció á la Vírgen la encarnacion, para confirmar lo que el Ángel habia dicho, anunciándolas, que por su resurreccion se les quitaria la maldicion de las culpas que por una de ellas todos incurrimos. Ó Salvador mio, ven á mi alma y á sus potencias, y dílas *Avete*, Dios os salve, porque con tu palabra todas quedarán llenas de la bendicion y gozo que nos has ganado con tu gloriosa resurreccion.

Punto segundo. — 1. En viendo las mujeres á Cristo nuestro Señor, luego se acercaron (*Matth.* xxviii, 9): *Et tenuerunt pedes ejus, et adoraverunt eum.* Abrazaron sus piés, y le adoraron; no se arro-

jaron precipitadamente á esto, como la Magdalena se arrojó la primera vez, sino con grande reverencia se llegaron á él, y le adoraron, y dándoles licencia, tomaron sus piés sacratísimos, y los besaron con grande amor. Y aquí alcanzó la Magdalena el cumplimiento de su deseo, tocando tambien los piés de Cristo. ¡Oh qué dulzura sentirian en este tocamiento, besando aquellas preciosas llagas que con tanto deseo habian procurado ungir! Ellas vinieron al sepulcro para ungir á Cristo, pero Cristo las ungió con la uncion de que él estaba ungido (*Psalm.* XLIV, 8), que era con óleo de alegría, y con la devocion del divino espíritu que derramó sobre ellas.

2. Á imitacion de estas santas mujeres, que como cuenta san Marcos fueron tres las principales; tengo de procurar, que las tres potencias de mi alma se ocupen en ungir á Cristo nuestro Señor: la memoria con santos pensamientos; el entendimiento con pias meditaciones; la voluntad con fervorosos afectos. Comprando estas unciones del que dijo (*Isai.* LV, 1): Venid, y comprad sin plata, y sin conmutacion alguna, porque nos da de gracia el precio con que las compramos; con cuyo favor he de ofrecerle por precio muchos ejercicios de mortificacion, suplicándole me dé estas especies aromáticas con que ungirle, pues de su mano me ha de venir todo lo bueno. Ó Cristo Jesús, ungido por tu eterno Padre con óleo de alegría sobre tus compañeros, poca necesidad tienes de ser ungido con unciones tan viles como las mias; pero es tan grande tu caridad, que tienes por óleo y uncion de alegría tuya verme encendido en amor tuyo. Ves aquí te ofrezco las especies aromáticas que he comprado, que son afectos de alabanza y agradecimiento, de amor y confianza, con vivos deseos de tener todas las virtudes para ungirte con ellas. Pero tú, Señor, que previenes á los que te buscan, anticipa conmigo tus misericordias; dame licencia que toque con el espíritu tus sacratísimas llagas, y con el licor preciosísimo que salió de ellas unge mi corazon con la gracia de tu divino espíritu, para que siempre se ocupe en tu amor y servicio. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *Luego las dijo el Señor: No querais temer, id, y decid á mis hermanos, que vayan á Galilea, que allí me verán.* En este recado se ve, como es propio del espíritu de Dios, conformarse con el espíritu de los Ángeles y de sus ministros, diciendo lo mismo que ellos, y confirmando lo que ellos han dicho, pero con mayores muestras de amor. Los Ángeles dijeron: Decid á sus discípulos que se vayan á Galilea; Cristo nuestro Señor dijo: Decid á mis hermanos; y el que no llamó á los Ángeles sus hermanos, llama

así á los hombres, en señal de amor mas tierno y dulce, por razon del parentesco y semejanza en la humana naturaleza. Ó amantísimo Jesús, ¡cuán dulce es para mis oidos esta palabra que sale de tu boca: decid á mis hermanos! Nunca me canso de oirla, aunque la repitas muchas veces. Dímela, Señor, al corazon, y dame á sentir el espíritu que tienes puesto en ella, para que alcance la semejanza de vida que de tal hermandad procede.

2. Tambien se ha de ponderar la causa por que Cristo nuestro Señor mandó á los Apóstoles, como antes tambien lo habian dicho los Ángeles, que fuesen á Galilea y allí le verian, supuesto que aquel mismo dia pensaba verlos en Judea y en Jerusalen, donde entonces estaban. La causa fue, porque aquel lugar de Judea estaba muy inquieto y turbado, y ellos estaban allí llenos de turbacion y miedo. Y así para que gozasen de su presencia mas á su gusto, les mandó ir á Galilea, donde habria mas quietud. Dándonos á entender, que aunque de paso nos visita Dios en medio de los tráfagos y turbaciones del mundo, pero gusta que busquemos lugar quieto donde podamos verle despacio, y conversar con él en la oracion y contemplacion. (*D. Greg.* hom. 21 in Evang.). Y el nombre de Galilea significa algo de esto, porque quiere decir transmigracion, y los que han de ver y gozar de Cristo resucitado, hanse de traspasar y mudar del vicio á la virtud, de la vida ancha á la estrecha, de la inquietud á la quietud, de la tibieza al fervor, y de la imperfeccion á la perfeccion. Ó dulcísimo Jesús, pues tan amigo eres de Galilea, múdame tú, y traspásame con esta mudanza que tanto te agrada, para que sea digno de verte por la contemplacion en esta vida, y despues me traspase de ella á la otra, donde te vea faz á faz por toda la eternidad. Amen.

MEDITACION VI.

DE LA APARICION Á SAN PEDRO, Y DE LO QUE SUCEDIÓ ANTES DE ELLA.

Punto primero. — *Llegando las mujeres donde estaban los discípulos, como dice san Marcos* (*Marc.* XVI, 10), *tristes y llorosos, dándoles el recado de los Ángeles, no las dieron crédito, antes, como dice san Lucas* (*Luc.* XXIV, 11), *visa sunt ante illos, sicut deliramenta, verba ista, pareciéronles desvaríos y sueños las palabras que les decian; y aun cuando despues les dijo la Magdalena que le habia visto, tampoco la creyeron.* (*Marc.* XVI, 11). En lo cual se representa, cuán dificultoso y

heróico es el acto de fe, que nos levanta á creer algo contra lo que hemos visto con los sentidos, y cuán mal correspondemos los hombres á lo mucho que Dios hace por nosotros, pagándolo con incredulidad, y con tenerlo por desvarío, siendo mas desvarío no creerlo como Dios lo ha revelado. Porque habiendo dicho Cristo nuestro Señor á sus discípulos que habia de ser crucificado, y que al tercer dia resucitaria; y diciéndoles ahora estas mujeres el recado de los Ángeles, y las señas tan ciertas de que se fuesen á Galilea, donde le verian como él se lo habia dicho la noche de la cena; con todo eso no lo creyeron, teniendo por desvarío pensar que un hombre muerto en cruz, desangrado y llagado por tantas partes, hubiese resucitado: olvidándose de la revelacion y de la resurreccion de Lázaro, y de otros milagros que su Maestro habia hecho. Ó Maestro soberano, con mucho gusto cautivo mi entendimiento en servicio de la fe, y niego todos mis sentidos, por creer lo que tú revelas; y estoy cierto que esta carne y estos huesos que ahora tengo, aunque se conviertan en polvo y ceniza, han de tornar á resucitar (*Iob*, XIX, 25), y en ellos espero de ver á tí, mi Dios y mi Salvador, porque no dudo de tu omnipotencia, ni menos de tu voluntad, pues lo tienes revelado y prometido.

2. De aquí tengo de sacar huir de dos extremos. Uno, de los que ligeramente creen á cualesquier revelaciones y visiones de mujeres, con peligro de creer muchas cosas que son desvaríos y sueños, ó antojos de su imaginacion. Otro, de los muy duros en creer, y que todo lo tienen por desvarío; lo cual es grande yerro, pues aunque sean mujeres y gente idiota, por su devocion y fervor suelen ser dignas de tener verdaderas apariciones de Ángeles, y del Señor de los Ángeles, como se ve en el caso presente; y deben ser creidas, especialmente cuando son en confirmacion de verdades de nuestra santa fe. Y no es menor yerro llamar desvarío de la imaginacion á la revelacion de Dios, que llamar revelacion de Dios al desvarío de la imaginacion.

Punto segundo. — 1. Entre los discípulos, los dos mas fervorosos, que se señalaron mas en el amor de Cristo nuestro Señor, es á saber, *Pedro y Juan, se resolvieron de ir al monumento, y ver por vista de ojos lo que las mujeres decian; y aunque Juan llegó primero al sepulcro, entró primero Pedro, y vieron á un lado la sábana en que se envolvió el cuerpo, y al otro lado cogido el sudario con que se cubrió la cabeza* (*Ioan.* XX, 3), lo cual era cierta señal de que el cuerpo no habia sido hurtado, sino que habia resucitado, *y creyeron lo que las mujeres les habian dicho.* Aquí se ha de ponderar como estos dos dis-

cípulos no dieron en el extremo de los otros, teniendo por desvarío la revelacion que contaban las mujeres, sino quisieron probar el fundamento y señales de ella; porque propio es de los fervorosos discretos hacer diligencias para enterarse bien en las cosas de Dios, y como el amor vence grandes dificultades, así con saber estos dos Apóstoles la persecucion que los judíos levantaban contra los discípulos de Cristo, y que habian puesto guardas al sepulcro, se resolvieron de ir á ver lo que pasaba. Pero no carece de misterio que no se les aparecieron Ángeles como á las mujeres; quizá fue la causa, porque no era menester, pues por el dicho de ellas, y por las señales que vieron de las mortajas que se quedaron allí cogidas, creyeron que Cristo habia resucitado, acordándose con esta ocasion de las palabras que su Maestro les habia dicho. Por donde se ve que las visiones de los Ángeles no son indicio de mayor santidad, pues algunas veces se conceden á los que tienen virtud mas tierna y flaca.

2. Tambien consideraré como por estos dos apóstoles Pedro y Juan son figuradas las virtudes principales con que hemos de buscar á Cristo nuestro Señor, que son fe y caridad; la fe descubre las verdades, y entra como san Pedro primero en el sepulcro, y luego entra el amor como entró san Juan, y con esta entrada se aumenta y fortifica la fe, y se perfecciona el conocimiento de ella. Y tambien son figuradas las dos vidas activa y contemplativa, que nos llevan á Cristo: la activa entra primero disponiendo, y la contemplativa poseyendo y gozando. O amantísimo Jesús, esclarece mi fe y enciende mi caridad, para que pospuesto todo temor humano, te busque, y entre á donde quiera que puedo hallarte, perfeccióname con los ejercicios de la vida activa en todo género de virtud, para que suba á los ejercicios de la vida contemplativa; y por medio de ellos entre en lo escondido de tu rostro para verte, y gozar de la belleza y hermosura que tienes en tu gloria.

—El misterio de haber dejado Cristo nuestro Señor las mortajas en el sepulcro, se declaró al fin de la meditacion II.—

Punto tercero.— 1. Volviéndose san Pedro y san Juan á su posada, san Pedro se retiró aparte, rumiando lo que habia visto, y como dice san Lucas (*Luc.* xxiv, 12): *Mirans secum quod factum fuerat:* admirándose consigo mismo y á sus solas de lo que habia sucedido; y estando así se le apareció Cristo nuestro Señor, como se saca de aquellas palabras que refiere el mismo san Lucas, que decian los Apóstoles: *Surrexit Dominus vere, et apparuit Simoni.* Aquí se ha de ponderar: -Lo primero, como san Pedro se hizo digno de

esta aparicion, disponiéndose para ella con la diligencia de ir al sepulcro, y con la meditacion que tuvo dentro de sí de lo que habia visto. Y aunque san Juan fué con él al sepulcro, con todo eso no se le apareció Cristo nuestro Señor, para que se vea como muchas veces se hacen mayores favores á los pecadores bien arrepentidos, que á los justos que no pecaron, para consolarlos y alentarlos, como se declara en la parábola del hijo pródigo (*Luc.* xv, 20): y así no sin causa el primer varon y la primera mujer de los que cuentan los Evangelistas, á quien Cristo se apareció, fueron pecadores, porque á donde abundó el delito, abundó mucho mas la gracia. (*Rom.* v, 20). Con lo cual me alentaré á confiar en Dios, aunque haya sido gran pecador, disponiéndome con la oracion y fervor de la vida, para recibir sus dones, pues por él no quedará.

2. Lo segundo, ponderaré la vergüenza que tendria san Pedro de verse delante de su Maestro, acordándose que le habia negado; y es de creer se arrojaria á sus piés, llorando amargamente su pecado, y pidiéndole perdon de él. Pero Cristo nuestro Señor sin duda le consoló y aseguró del perdon, y le llenó de alegría. ¡Oh qué palabras tan tiernas le diria, y qué avisos tan saludables le daria! Podemos imaginar que le dijo: Paz sea contigo, no temas; yo soy; perdonados te son tus pecados, confirma á tus hermanos. ¡Oh qué gozoso quedaria el santo Apóstol con la vista y palabra de su Maestro! ¡cuán confirmado en la fe, y cuán encendido en el amor! Ó dulce Jesús, ¡cuán grande es la muchedumbre de vuestra misericordia para todos los pecadores que de corazon lloran sus pecados! Sin duda recibiérades á Judas, y le apareciérades resucitado como á Pedro, si hiciera penitencia como Pedro la hizo. Bendita sea vuestra misericordia, por la cual os suplico me hagais digno de vuestra soberana aparicion en el reino de la gloria.

3. Últimamente, ponderaré como san Pedro con gran gozo se partió á donde estaban sus compañeros, para confirmarlos en la fe, como Cristo nuestro Señor se lo habia encargado, y fue tan poderoso su testimonio, que muchos creyeron por él, como se saca de aquellas palabras que dijeron: *Surrexit Dominus vere, et apparuit Simoni*: resucitado ha el Señor verdaderamente, y aparecido á Simon, como quien dice: Resucitado ha, no con fingimiento ó apariencia, sino con toda verdad. Y esto lo sabemos, no porque se apareció á Magdalena, ó á otras mujeres, sino porque se apareció á Simon, cuyo dicho es de grande autoridad. De donde sacaré, á imitacion de este Apóstol, ser agradecido á las mercedes que recibiere de Nues-

tro Señor, y aprovecharme de ellas para confirmar á mis hermanos en la virtud, y tanto mas tengo de hacer esto, cuanto mayores partes tuviere para persuadir y ser creido. Ó glorioso Apóstol, con mucha razon os llamais Simon, que quiere decir obediente, pues tan obediente sois á la voz de vuestro Maestro en cumplir todo lo que os manda, haciendo el oficio de piedra, como Pedro, y de cabeza, como Cefas, en confirmar y fortalecer la fe de vuestros condiscípulos, cuya cabeza habeis de ser. Confirmad tambien mi flaca fe, y perfeccionad mi corta obediencia, para que crea con gran firmeza lo que creísteis, y obedezca con gran fervor á mi Señor, como Vos le obedecísteis.

MEDITACION VII.

DE LA APARICION Á LOS DOS DISCÍPULOS QUE IBAN Á EMAÚS.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Dos discípulos habiendo oido lo que las mujeres habian dicho, salieron á un lugar llamado Emaús, hablando entre sí por el camino de las cosas que habian sucedido; y acercándose á ellos Cristo nuestro Señor, en forma de caminante, caminaba con ellos, sin que le conociesen.* (*Luc.* XXIV, 15; *D. Thom.* 3 *p. q.* 55, *art.* 4). -Lo primero, ponderaré la causa de salirse en esta ocasion de Jerusalen estos dos discípulos, la cual fue por alejarse del lugar que tenian por peligroso, y por tomar algun alivio en aquel lugar de Emaús, de donde era natural uno de ellos. Pero la causa mística fue para que entendamos como la pasion del miedo y tristeza suele ser ocasion de salirse el alma de Jerusalen, que quiere decir vision de paz, y de la compañía de los discípulos de Cristo, que son los buenos, por buscar algun alivio corporal, y algun regalo de la carne, en medio de deudos carnales, ó personas mundanas, figuradas por Emaús, que quiere decir pueblo despreciado, ó temeroso consejo, tomando en esto consejo muy errado, pues pongo á riesgo el consuelo divino por buscar el terreno. Y así he de procurar no rendirme á esta pasion, porque si la misericordia de Dios no ataja los consejos que nacen de ella, vendré á perderme por su causa.

2. Lo segundo, ponderaré las causas por que Cristo nuestro Señor se dignó de aparecerles en este camino. La primera fue, la compasion que tuvo de ellos, deseando como buen Pastor recoger á estas dos ovejas que iban descarriadas, y volverlas al rebaño de las otras, para que entendamos como no descuida de este oficio, acudiendo con su misericordia á nuestra mayor necesidad, y siguiendo

por detrás los pasos del que se va alejando de él, hasta que le da un alcance. ¡Oh bendito sea tan buen Pastor, que así cuida de su ganado! Bien se echa de ver, Señor, que habeis puesto por él la vida, y le habeis rescatado con vuestra sangre, pues tanto cuidado poneis en recogerle al aprisco de vuestra Iglesia, para de allí llevarle al aprisco eterno de vuestra gloria.—La segunda causa fue, porque iban afligidos y desconsolados, y es muy propio de Cristo nuestro Señor asistir con los tales para moderar su tristeza, y darles algun alivio en ella, segun lo que dice por David (*Psalm.* XC, 15): Con él estoy en la tribulacion. Ó alma mia, si vieses al que está contigo en tus trabajos, aunque disfrazado y encubierto, sin duda te alegrarias en ellos, teniendo por gran dicha ser afligida, á trueque de estar tan bien acompañada.

3. La tercera causa fue, porque iban hablando cosas buenas, y gusta Cristo nuestro Señor de asistir con los que hablan cosas semejantes, terciando en medio de sus buenas pláticas, y así dijo (*Matth.* XVIII, 20): Donde quiera que estuvieren dos ó tres juntos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. De donde sacaré cuán acertado es hablar siempre de Dios en todo lugar, y entretenerse en semejantes pláticas con sus compañeros, especialmente en tiempo de trabajos, pues acude Cristo á ellas para consolarlos; y al contrario cuán malo es hablar de cosas malas y profanas, porque Cristo nuestro Señor no se juntará con los que las hablan, antes huirá de ellos.

4. Últimamente, ponderaré como los ojos de estos discípulos estaban impedidos para no conocer á Cristo, por su poca fe; por la cual Nuestro Señor permitió este impedimento, hasta que su fe se fuese perfeccionando, porque como dijo Isaías (*Isai.* VII, *juxta* LXX): Si no creyéreis, no entenderéis. Otra causa fue la mucha tristeza y afliccion interior que tenian, significándonos por esto Cristo nuestro Señor, que muchas veces está con nosotros en las tentaciones y trabajos, ayudándonos á pelear, y sufrirlos con paciencia. Pero nosotros no le vemos ni reparamos en ello, antes pensamos que está ausente, porque no sentimos el favor de la sensible consolacion. Ó buen Jesús, no permitas que mis culpas causen tales nieblas en la vista de mi alma, que teniéndote presente no te vea, y hablándome tú dentro de mi corazon, no te conozca; mas si por tu secreta providencia te escondieres, no me falte la presencia de tu gracia, para que no falte yo en hacer lo que debo por mi flaqueza.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Díjoles Jesús: ¿Qué cosas son las que vais platicando y confiriendo entre vosotros, y por qué vais tristes? Respon-*

dió uno de ellos llamado Cleofás: ¿Tú solo entre los peregrinos y moradores de Jerusalen no has sabido las cosas que han pasado estos dias? Respondióles Cristo: ¿Qué cosas? Ellos dijeron: De Jesús Nazareno, que fue varon profeta, poderoso en la obra y en la palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y los sumos sacerdotes y príncipes nuestros le entregaron, para que fuese condenado á muerte; y le crucificaron; y nosotros esperábamos que habia de redimir á Israel. Aquí se ha de ponderar la suavidad de Cristo nuestro Señor en el trato con estos discípulos para hacerles descubrir la llaga de su infidelidad, y curársela de raíz; para lo cual les pregunta de lo que tratan, y se hace del que no lo sabe, porque gusta oirlo de su boca; y en especial se recrea en oir contar las cosas que por nosotros ha padecido, no desdeñándose de ellas con ser tan afrentosas. De donde sacaré, como es propio del espíritu de Cristo con sus inspiraciones provocarnos á hablar, para dos cosas: es á saber, para publicar las grandezas de Dios á gloria suya, y para descubrir nuestras miserias, por ser curados de ellas.

2. De parte de los discípulos ponderaré el magnífico concepto que tenian de su Maestro, aunque corto, en razon de su divinidad. Dijeron de él, que era poderoso; lo primero, en las obras; lo segundo, en las palabras; lo tercero, delante de Dios; lo cuarto, delante de todo el pueblo. Gózome, ó Rey de la gloria, de que seais poderoso en las obras, así de heróica santidad, como de grandes milagros; en las cuales se descubre vuestra infinita bondad y omnipotencia. Gózome tambien de que seais poderoso en la palabra, enseñando doctrina celestial que ilustra los entendimientos y arrebata las voluntades, aficionándolas á la verdad y á la virtud, en lo cual mostrais vuestra infinita sabiduría. Gózome de que que seais poderoso delante de Dios para aplacar su ira, y alcanzar copiosa misericordia para todos los hombres, en lo cual descubrís la igualdad que con él teneis. Tambien me gozo de que seais poderoso delante de todo el pueblo, mudando los corazones de los hombres, y trayéndolos á vuestro servicio, en lo cual se descubre la eficacia de vuestra gracia. Mostrad, ó Señor todopoderoso, este vuestro poder conmigo, para que yo, conforme á mi caudal, sea poderoso en la obra y en la palabra delante de Dios y de los hombres, obrando y hablando tales cosas, que agraden á Dios, y edifiquen á los prójimos para gloria vuestra. Amen.-En estas cuatro cosas tengo de procurar señalarme por el órden dicho, porque no seré poderoso en la palabra si no lo fuere en la obra, ni lo seré delante de los hombres, si primero no lo fuere

delante de Dios; y si delante de Dios fuere poderoso por medio de la oracion y confianza en su omnipotencia, mucho mas lo seré con los hombres, como lo dijo el Ángel al patriarca Jacob. (*Genes.* XXXII, 28).

3. Últimamente, ponderaré como estos discípulos descubrieron su flaqueza, y la falta de fe que tenian, diciendo: *Esperábamos que habia de redimir á Israel.* Como quien dice: Con esta su muerte hemos perdido la esperanza. *Aunque hoy es el tercer dia, y algunas mujeres de nuestra compañía fueron al monumento, y no hallando el cuerpo, volvieron diciendo, que habian visto Angeles que les dijeron que habia resucitado.* Con lo cual se representa la flaqueza de los imperfectos, los cuales suelen perder presto la grande estima que tenian de Dios y de sus cosas por un suceso adverso, contrario á su imperfecta aprension, por no saber las trazas que tiene Dios para salir con sus intentos, como estos discípulos que no entendieron que la muerte de Cristo era medio para la redencion de Israel que ellos esperaban.

PUNTO TERCERO. — 1. *Díjoles Jesús: Ó necios y tardos de corazon para creer las cosas que han dicho los Profetas; ¿por ventura no convino que Cristo padeciese todo esto, y así entrase en su gloria? Y comenzando desde Moisés y de los Profetas, les iba declarando todo lo que de él estaba escrito.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la aspereza de la reprension de Cristo nuestro Señor, la cual no procedia de indignacion, sino de compasion y celo para avivar su fe, y sacarlos de la ignorancia en que estaban. Llamólos necios ó ignorantes, porque con haberle oido tantas veces hablar de este misterio, no acababan de entenderle. Llamólos tardos de corazon, porque teniendo bastantes indicios y motivos para creer, todavía estaban dudosos. Ó Maestro soberano, ¡con cuánta mas razon podias reprenderme y decirme: Ó necio y tardo de corazon en creer lo que han dicho los Profetas y Evangelistas; porque muchas cosas no entiendo como debo, ni las creo con fe viva, de modo que las obre. Quita, Señor, de mí esta necedad y esta dureza de corazon, para que te conoza y sirva como conviene.

2. Lo segundo, ponderaré aquella razon que les dió Cristo tan profunda y admirable: *¿Por ventura no convenia que Cristo padeciese estas cosas, y así entrase en la gloria?* En lo cual les da á entender, que su ignorancia y dureza de corazon consistia en no haber caido en la cuenta de esta verdad. Ó alma mia, abre los ojos, y considera que si fuese necesario que Cristo padeciese tantas y tan graves aflicciones para entrar en la gloria, que era suya por título de herencia, como Hijo natural del eterno Padre; mucho mas necesario será que tú padezcas algunas cosas para entrar en la gloria, que no es tuya,

sino de Dios, á la cual por sola su misericordia te ha ordenado. Y si esto no te persuades, necia eres, y tarda y dura de corazon, y digna de ser reprendida. Pero si lo crees con viva fe, obra lo que crees, sufriendo los trabajos que te sucedieren; pues está escrito, que todos los que desean vivir santamente con Cristo, han de padecer persecuciones por su amor. (II *Tim.* III, 12).

3. Lo tercero, ponderaré la eficacia con que Cristo nuestro Señor comenzó á interpretar las divinas Escrituras, abriéndoles el sentido interior del alma, para que las entendiesen, y encendiéndoles el corazon con gran fuego de amor, para que se aficionasen á ellas y al que se las iba declarando, y así dijeron despues: *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas? ¿por ventura nuestro corazon no ardia en nosotros cuando en el camino nos hablaba y declaraba las Escrituras?* Á esta declaracion llaman abrir las Escrituras, que para ellos estaban cerradas, sacando á luz los misterios que allí estaban escondidos. Ó Maestro del cielo, que tienes en tus manos las llaves de David para cerrar y abrir á tu voluntad las divinas Escrituras (*Apoc.* III, 7), cerrándolas á los soberbios, y abriéndolas á los humildes; ábrelas á este indigno siervo tuyo de tal modo, que mi entendimiento quede ilustrado con la verdad de sus misterios, y mi voluntad quede abrasada con la caridad que descubriste en ellos. Háblame, Señor, en el camino de esta vida, para que mi corazon arda dentro de sí mismo, y mi alma se derrita con la dulzura de tu voz. (*Cant.* II, 14). Ó dichosos discípulos que merecísteis oir á tal Maestro, cuyas palabras son hachas que lucen y arden, alumbran y encienden á los que las oyen; suplicadle me hable como os habló, compadeciéndose de mi necesidad, como se compadeció de la vuestra.

Punto cuarto. — 1. *Llegando al lugar donde iban, hizo ademan que queria pasar mas adelante; pero ellos le detenian y forzaban, diciéndole: Quédate con nosotros, Señor, porque se va haciendo tarde, y el dia se acaba.* Aquí se ha de ponderar:-Lo primero, como Cristo nuestro Señor hizo este ademan de querer dejar estos discípulos, y pasar adelante, aunque de verdad su deseo era quedarse con ellos, para significar que en su opinion estaba léjos de ellos: y para con esto provocarlos á que le convidasen y detuviesen, brotando afuera el fuego que ardia allá dentro: y para que con aquella obra exterior de hospedar al peregrino, se hiciesen dignos de que Dios entrase á hospedarse en sus almas, y les manifestase quién era. Ó dulce Jesús, por mas que lo disimules, es cierto que tus regalos son

estar con los hijos de los hombres; y mucho mas deseas estar con ellos, que ellos desean estar contigo; antes si ellos desean tenerte consigo, es porque les infundes tal deseo para cumplir el tuyo. Gracias te doy por esta inmensa caridad que tienes á tus escogidos, por lo cual te suplico no me excluyas de tener parte en ella.

2. Lo segundo, ponderaré como los discípulos no solo detenian á Cristo, sino *coegebant eum*, le forzaban á que se quedase con ellos, porque Cristo nuestro Señor gusta de ser forzado de nosotros con oraciones, gemidos, lágrimas, penitencias, y ruegos importunos, alegándole títulos y razones que le hagan fuerza para que nos conceda lo que le pedimos, hasta decirle como Jacob (*Genes.* XXXII, 26): No te dejaré si no me das tu bendicion; ni dejaré de luchar contigo hasta que te rindas á darme lo que te pido, aunque en tales casos no le forzamos nosotros, sino su bondad y caridad, y su misericordia le fuerza á favorecernos; porque él mismo nos imprime aquel espíritu con que le hacemos fuerza. Y en negocio tan grave como es el de mi salvacion, no tengo de proceder á poco mas ó menos, ni tomarla con tibieza, sino usar de toda la diligencia y violencia que el mismo Señor me permitiere.

3. Para esto ayuda mucho ponderar la oracion que hicieron estos discípulos diciendo: *Mane nobiscum Domine, quia advesperascit, et inclinata est jam dies:* Quédate, Señor, con nosotros, porque anochece, y se acaba el dia. Llaman Señor al que llamaron peregrino, por la reverencia y amor que le habian cobrado, y alegan por título para detenerle, que era ya tarde y anochecia. Ó buen Jesús, quédate conmigo, porque en mi alma se va oscureciendo la luz de la fe y el resplandor de la virtud, y el fervor de la caridad se va enfriando y declinando, y si tú te vas, quedaré convertido en noche oscura y fria. Quédate, Señor, conmigo, porque el dia de mi vida se va acabando, y ahora tengo mayor necesidad de tu presencia cuando está mas cercana la noche de mi muerte. Tú dijiste (*Ioan.* XIV, 23): Si alguno me ama guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y ambos vendrémos á él y nos quedarémos con él. Deseo amarte y obedecerte con todo el afecto de mi corazon. Quédate, Señor, conmigo para que pueda cumplir mi deseo, y llegar á la vida eterna, donde siempre esté contigo. Amen.

— De esta oracion jaculatoria usa la Iglesia en este tiempo, y podemos usar de ella á menudo con el espíritu que se apuntó en el coloquio precedente. —

PUNTO QUINTO. — 1. *Sentándose con ellos á la mesa, tomó el pan,*

bendíjolo, partiólo, y dábaselo. Abriéronse sus ojos y conociéronle, y al punto se les quitó de delante de los ojos. Aquí se han de ponderar las causas por que Cristo nuestro Señor quiso manifestarse á estos discípulos estando en la mesa con ellos.—La primera fue, para que se entendiese lo mucho que estimaba la hospitalidad y caridad, y como estas obras de misericordia nos disponen para recibir á Cristo en sus pobres y alcanzar de él grandes favores, pues, como dice san Gregorio (Homil. 23 in Evang.), estos discípulos no fueron ilustrados cuando oyeron los preceptos de Cristo, sino cuando los cumplieron.—La segunda causa fue, para que tambien entendiésemos como es mas poderoso el ejemplo que la palabra, para darse á conocer; como Cristo nuestro Señor era poderoso en lo uno y en lo otro, mostróles en el camino la dulzura y sabiduría de sus palabras; pero en la mesa mostróles la gravedad y modestia con que solia tomar el pan en sus manos, la devocion con que lo bendecia y daba gracias al Padre por ello, y la caridad con que lo repartia entre ellos, y con la vista de estas virtudes se les abrieron los ojos del alma para conocerle.

2. La tercera fue, para significar la eficacia del santísimo sacramento de la Eucaristía, figurado por este pan, ó si de verdad fue el mismo Sacramento, como algunos dicen, el cual tiene virtud de alumbrar el alma, y esclarecer los ojos interiores, mucho mejor que la miel que esclareció los ojos de Jonatás (I *Reg.* XIV, 27); porque el gusto de la suavidad que se percibe en esta comida, nos descubre por experiencia la excelencia y soberanía de Cristo nuestro Señor que está en ella, y por ella obra tan maravillosos efectos. De estas tres causas tengo de sacar deseos grandes de ejercitar las tres cosas dichas; esto es, obras de misericordia, y dar buen ejemplo á otros, y frecuentar la comunion, suplicando á este Maestro del cielo me ayude, para ejercitarlas de manera, que mis ojos se abran para conocerle y servirle como merece.

3. Últimamente, ponderaré las causas por que Cristo nuestro Señor desapareció luego, dejándolos al tiempo que habian de gustar de su presencia. Esto hizo para que se entendiese la verdad de aquella sentencia de Job, que dice (*Iob*, VII, 18): Visítaslo á la mañana, y súbitamente le pruebas, porque en esta vida mortal las visitas de Dios no son de asiento, ni muy despacio, sino de paso, ausentándose luego, parte para nuestro ejercicio, parte para que acudamos á las obras de caridad con los prójimos. Y así fue en el caso presente, porque en desapareciéndose Cristo nuestro Señor, estos dos dis-

cípulos, llenos de grande alegría por haberle visto, y reprendiendo su tardanza en no haberle reconocido por el camino cuando les abrasaba y sentian arder el corazon con sus palabras, luego se volvieron á Jerusalen á dar nueva de esto á los Apóstoles, publicando como le habian visto y conocido en el partir del pan; y los que á la venida caminaban despacio y con piés de plomo, cargados de tristeza, á la vuelta caminaban de prisa con piés de ciervos, llenos de alegría. ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto! oh poder infinito de nuestro dulce Jesús! ¡Cuán en breve, Dios mio, trocais los corazones de vuestros discípulos, y cuán varios caminos teneis para trocarlos! Visitadme, Señor, á menudo, aunque luego me probeis; porque un momento que dure vuestra visita, basta para sacarme de laceria, y llenar mi alma de celestial alegría, dilatando mi corazon, para que corra con ligereza por el camino de vuestros mandamientos (*Psalm.* CXVIII, 32), hasta llegar á veros de asiento en el trono de vuestra gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION VIII.

DE LA APARICION Á LOS APÓSTOLES JUNTOS EN EL MISMO DIA DE LA RESURRECCION.

PUNTO PRIMERO. — 1. *El mismo dia de la resurreccion á boca de noche, recogiéndose los discípulos en su casa, cerrando las puertas por el miedo de los judíos, y estando juntos, vino Jesús y se puso en medio de ellos.* (*Ioan.* XX, 19). Aquí tengo de ponderar: – Lo primero, las causas por que Cristo nuestro Señor dilató hasta la noche visitar á sus Apóstoles juntos, habiendo entre ellos muchos que le amaban y deseaban ver, como san Juan, san Andrés y otros. Las causas fueron: – La primera, porque entre ellos habia algunos muy duros en creer: y era menester poco á poco disponerles, para que les entrase en provecho la visita. – La segunda, para probar la paciencia de los mas queridos; y con esta dilacion aumentar el deseo que tenian de verle, y disponerlos mejor para el favor que les pensaba hacer. – La tercera, porque es costumbre de Dios nuestro Señor acudir al consuelo de los suyos, cuando están mas desconfiados y desahuciados de recibirle. Y así, cuando los Apóstoles se encerraron en el cenáculo desconfiados de ver aquel dia á su Maestro, entonces entra de repente á visitarlos. De donde sacaré aviso para esperar con paciencia la visita de Dios y su consuelo, confiando que le dará en el

tiempo que mas conviniere, acordándome de lo que dijo Habacuc (*Habac.* II, 3): Si se tardare, espérale; porque vendrá sin duda, y no tardará: y de lo que dice en Job (*Iob*, XI, 17): Cuando pensares que estás hundido, saldrás como lucero de la mañana.

2. Lo segundo, ponderaré las causas por que entró cerradas las puertas. Una, fue para manifestar á sus discípulos, como su cuerpo estaba glorificado, y por el dote de la sutilidad podia penetrar por donde quisiese, sin estorbo alguno. Y tambien con esto significaba la eficacia de su omnipotencia, y que como Señor absoluto puede entrar dentro del alma á visitarla y consolarla con sus inspiraciones, y á mudarla como él quisiere, sin que haya cosa que le estorbe ni pueda resistir á su voluntad eficaz (*Rom.* IX, 19): y tambien para significar que gusta de que sus siervos cierren las puertas y ventanas de su corazon, que son los sentidos, para que no entre por ellos la muerte (*Ierem.* IX, 21); y entonces entra él, como autor de la vida, para llenarlos de alegría. Ó Rey de gloria, tuya es mi alma con todas sus potencias. Casa es fabricada por tu omnipotencia para morada tuya; entra en ella como Señor, y haz en mí lo que quisieres, porque deseo no resistir á lo que ordenares: deseo cerrar todas sus puertas, para que no entre cosa que te desagrade; mas si tú, Dios mio, estás dentro, con tu presencia estarán mas bien cerradas.

3. Lo tercero, ponderaré las causas por que se puso en medio de ellos; quizá quiso que entendiesen la verdad de lo que les habia dicho (*Matth.* XVIII, 20); que donde quiera que estuviesen dos ó tres congregados en su nombre, allí estaria él en medio de ellos, como sol, alumbrándolos; como maestro, enseñándolos; como pastor, rigiéndolos; como medianero entre Dios y los hombres, pacificándolos, y como protector, amparándolos, y cubriéndolos con sus alas; porque todos estos oficios hace este Señor en los suyos, cuando se pone en medio de ellos. Ó alma mia, pues Cristo está donde están dos ó tres congregados en su nombre, procura que tus tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad, se congreguen y junten en la oracion, cerradas las puertas de los sentidos, porque luego vendrá tu Señor, y se pondrá en medio de ellas, alumbrándolas como sol, enseñándolas como maestro, rigiéndolas como pastor, y juntándolas consigo en perfecta union de amor.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Díjoles: Paz sea con vosotros; yo soy, no querais temer. Turbados y atemorizados, pensaban que veian algun espíritu, y díjoles: ¿De qué os turbais? Mirad mis manos y mis piés, porque yo mismo soy; y el espíritu no tiene huesos y carne, como veis*

que yo tengo. Y diciéndoles esto, mostróles las manos, los piés y el costado, y alegráronse los discípulos viendo al Señor. Aquí se ha de considerar lo primero, las tres palabras que Cristo nuestro Señor dijo á los Apóstoles estando en medio de ellos, que son efectos y señales del buen espíritu.-La primera fue (*Ioan.* XIV, 27): Paz sea con vosotros, como quien dice, acordaos que os dije: Mi paz os dejo, y mi paz os doy; esta paz he ganado ya con mi pasion y muerte, y así ahora de nuevo os la comunico y saludo con ella.-La segunda es: Yo soy; que fue decir: Yo soy el mismo que solia en la naturaleza, y en la persona, y en la condicion. Yo soy vuestro maestro, vuestro salvador, vuestro protector, vuestro hermano y vuestro Dios. Y díjoles esta palabra con un modo tan suave, que por ella les sosegó y se les dió á conocer. Y así añadió la tercera, diciendo: No querais temer, como quien dice: Ya que el temor os acomete, no querais admitirle ni darle entrada; no temais la furia de los judíos, ni la ira de los gentiles, ni la rabia de los reyes y príncipes que se levantaron contra mí; porque estando yo en medio de vosotros, estais seguros. Ó Rey de gloria, venid á mi alma, poneos en medio de sus potencias, y decidlas: Paz sea con vosotras. Dadme, Señor, la paz que el mundo no me puede dar; poned paz entre mi carne y mi espíritu, y entre mis potencias y sentidos; pacificadme con vuestro Padre y con mis hermanos. Decid, Señor, á mi alma: Yo soy; no quieras temer, porque si yo tengo prendas de que estais conmigo, no tengo por qué temer, teniendo tal protector.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la benignidad de Cristo nuestro Señor, porque no contento con certificar á los discípulos de su resurreccion con la vista y con el oido, dándoles á ver su propio cuerpo, y hablándoles con su propia voz, les quiere certificar con el tacto, dándoles licencia que le toquen y palpen su cuerpo; especialmente los piés y manos y el costado, donde tenia las llagas de los clavos y de la lanza, para sanar con ellas las llagas de la infidelidad y pusilanimidad que tenian en sus corazones, porque para este fin, entre otros, las habia dejado. Y así fue, que tocando los Apóstoles las llagas con grande reverencia y amor, con aquel tocamiento quedaron ilustrados y confirmados en la fe, llenos de amor y gozo por la gloria de su Maestro. Gracias te doy, Maestro soberano, por el favor que has hecho á tus discípulos, y en ellos á todos nosotros: bien se ve que has trocado la ley de temor en la ley de amor; pues antiguamente quitabas la vida á los que con curiosidad miraban el arca del Testamento (I *Reg.* VI, 19), ó con atrevimiento la tocaban. (II *Reg.*

VI, 7). Pero ahora tú mismo, arca del Nuevo Testamento, te das á ver y tocar, comunicando la vida y gozo á los discípulos que te ven y tocan. ¡Oh quién se hallara presente con esta dichosa compañía, y pudiera ver la hermosura y belleza de Jesús, oir su dulce voz; y tocar sus preciosas llagas! Ó dulce Jesús, con el espíritu me presento ante tu venerable presencia y adoro tu soberana Majestad, y postrado en lo profundo de mi corazon, me llego á besar tus llagas preciosísimas, con grande confianza de que por medio de ellas quedaré sano de las mias.

PUNTO TERCERO.— 1. *No acabando de creer algunos discípulos que era el mismo Cristo que habia sido crucificado, y estando admirados con el gozo que tenian, díjoles: ¿Teneis algo que comer? Ellos ofrecieron parte de un pez asado, y de un panal de miel, y comiendo delante de ellos, dióles lo que le sobró.* (*Luc.* XXIV, 41). Aquí se ha de considerar la grandeza del amor de Cristo nuestro Señor, porque no contento con las cosas que habia dicho y hecho, para certificar á sus discípulos de su resurreccion, añadió otra señal de grande hermandad y afabilidad, pidiéndoles de comer y comiendo con ellos, con ser esta una cosa muy ajena de su estado glorioso. De donde sacaré motivos de amar al que tanto se humilla y humana por nuestro bien: y tambien tomaré ejemplo para humillarme en razon de hacer bien á mis prójimos, aunque para esto sea menester hacer algo que no diga tanto con la alteza de mi estado, porque no será contra esta alteza lo que se hace para bien del prójimo.

2. Lo segundo, ponderaré el misterio de esta comida, porque el pez asado representaba su sacratísima humanidad, que fue asada en la cruz con fuego de tribulaciones; y el panal de miel representaba su divinidad, que es la fuente de toda dulzura; y ambas cosas están juntas en el santísimo Sacramento del altar. Estas comió Cristo la noche de su pasion. Estas le ofrecemos ahora en sacrificio; y estas nos da él en sustento de nuestras almas, para abrasarnos en el fuego de su amor, y llenarnos de espiritual alegría. Ó amado de mi corazon, si me pides de comer, ¿qué te podré dar que sea conforme á tu gusto, sino este pez y este panal? Lo que tú me has dado, eso te doy, y de tu mano espero recibirlo para comer de ello y remediar mi necesidad; y si otras cosas quieres, vesme aquí, que como pesce ando por el mar tempestuoso de este mundo, vagueando con libertad de carne, y sujeto á los malos humores de mi sensualidad. Sácame, Señor, de este mar, ásame con el fuego de tu amor desecando mis humedades abominables, y sazóname con la dulzura

de tu gracia, para que como panal de miel sea sabroso á tu soberano gusto. Amen.

Finalmente, ponderaré como habiendo Cristo nuestro Señor mostrado á sus discípulos, que era él mismo por las señales dichas: *Les trajo á la memoria, como todo lo que habia pasado no habia sido acaso, sino en cumplimiento de lo que estaba escrito en la ley de Moisés, en los Profetas y Salmos. Y abrióles el sentido para que entendiesen las Escrituras* (*Luc.* XXIV, 44): como lo hizo con los que iban á Emaús. Y es de creer que su corazon tambien arderia dentro de ellos cuando se las declaraba. Con este favor echó el sello á los testimonios de su resurreccion, alegando las Escrituras, las cuales ninguno entenderá, si el mismo Cristo no le abre el sentido para que las entienda. Y si las entiende con la luz que este Señor le da, no dejará de creer y admitir lo que ellas dicen. Ó Maestro del cielo, que dijistes á tus Apóstoles (*Matth.* XIII, 11): Á vosotros es concedido saber el misterio del reino de Dios; y á los demás solamente en parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan: confieso que tus soberanos misterios están cerrados para mí, y mi sentido está cerrado para ellos, porque con mis pecados le tengo muy oscurecido; mas acuérdate que por los méritos de tu pasion abriste el libro cerrado y sellado con siete sellos, de modo que se pudiese leer. (*Apoc.* V, 7). Abre, Señor, para mí el libro de tus sagrados misterios, y abre mi sentido de modo que pueda entenderlos, encendiéndome todo en el fuego de tu amor.

— *Aplicacion de sentidos interiores.* — Por lo dicho en esta meditacion, consta la práctica de los modos especiales que tiene Dios en consolar á los suyos por los sentidos interiores, de los cuales se trató en la introduccion de este libro, § XI, porque en esta aparicion consoló Cristo á sus Apóstoles, no solamente en los sentidos exteriores, sino proporcionalmente en los interiores: en la vista, mostrándoseles resucitado y muy hermoso; en el oido, hablándoles con gran dulzura; en el tacto, dándoles á tocar sus llagas preciosísimas; en el gusto, repartiéndoles las sobras del pesce y panal: y finalmente, abriéndoles y perfeccionándoles el sentido interior, para que entendiesen las sagradas Escrituras y los misterios que están encerrados en ellas. Todo lo cual obra Nuestro Señor espiritualmente en las almas que se dan á la contemplacion, como allí se dijo: y se verá mas en las meditaciones que se siguen. —

TAYLOR INST. OXFORD

MEDITACION IX.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR DIÓ ENTONCES Á SUS APÓSTOLES EL ESPÍRITU SANTO Y LA POTESTAD DE PERDONAR PECADOS.

PUNTO PRIMERO. - *Impedimentos de la contemplacion.* — 1. *Díjoles otra vez: Paz sea con vosotros; como me envió mi Padre, yo tambien os envio.* (*Ioan.* xx, 21).-Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor en esta visita que hizo á sus Apóstoles, les dijo dos veces: Paz sea con vosotros. La primera fue en entrando, para disponerlos y hacerlos capaces de conocer el misterio de su resurreccion, porque el corazon turbado con remordimientos de culpas, ó desórden de pasiones, ó muchedumbre de cuidados, ó con tropel de imaginaciones, no está bien dispuesto para conocer á Cristo y contemplar sus misterios; y así es menester que Nuestro Señor primero le sosiegue y pacifique, ayudándonos tambien nosotros á quitar estos cuatro impedimentos de la contemplacion sobredichos, que llama san Bernardo (*Serm.* 23 *in Cant.*): *Culpa mordens, sensus egens, cura pungens, et irruentia corporearum imaginum phantasmata:* culpa que remuerde, sentido que codicia, cuidado que punza, y tropel de imágenes corporales que se apoderan de la imaginacion. Quitados estos impedimentos por la paz interior que Dios comunica cooperando el alma á ello, es capaz de los consuelos que se dijeron al fin de la meditacion pasada.

2. La segunda vez les dijo: Paz sea con vosotros; para disponerlos al ministerio que pretendia encargarlos, de ir por el mundo á conversar con los hombres, y convertirlos: lo cual no se puede hacer si no es teniendo en sí mismo paz, y cuanto es de su parte estando muy dispuesto á tenerla con todos, con deseo de ponerlos á todos en paz entre sí y con Dios. Ó Rey de la paz, dí á mi alma dos veces: Paz sea contigo; para que goce de una y otra paz, con la cual pueda llegar á conocer tus soberanos misterios, y ayudar á otros para que los conozcan; de suerte, que todos te amemos y sirvamos con verdadera paz y caridad. Amen.

3. Lo segundo, se ha de considerar aquellas palabras que dijo luego á los Apóstoles (*Ioan.* xx, 21): *Como el Padre me envió, así os envio yo.* Con las cuales les encargó el oficio para que les habia escogido de apóstoles, que quiere decir enviados, y fue decirles: Como mi Padre me envió al mundo para que le enseñase el ca-

mino de la verdad y de la virtud, así yo os envio para que lleveis adelante lo que yo he comenzado. Por donde se ve la dignidad grande que Cristo nuestro Redentor dió á sus Apóstoles (II *Cor.* v, 20), haciéndoles sus legados y sucesores en el oficio de la conversion del mundo, en la cual dignidad suceden otros, y sucederán hasta la fin del mundo, para que nunca falte quien atienda á su conversion y perfeccion. Y tiene grande énfasis aquella palabra, *Sicut*, que aunque no denota igualdad, pero dice grande semejanza, como quien dice: Yo que soy igual á mi Padre, os envio como él me envió, concediéndoos muchas gracias y dones de las que yo tengo, para que hagais el oficio que yo hice.

4. Mas porque no entendamos que el oficio es muy descansado, en las mismas palabras les avisa la carga de él, diciendo: Como mi Padre, aunque me ama, no me envió á honras y regalos, sino á padecer afrentas y trabajos, en razon de cumplir con mi oficio, así yo, aunque os amo, os envio á padecer graves persecuciones, en razon de cumplir con el vuestro como yo las padecí; porque no ha de ser mas privilegiado el Apóstol, que el que le envia por su legado. (*Ioan.* XIII, 16). Ó apóstol y pontífice supremo Cristo Jesús (*Hebr.* III, 1), á quien por excelencia conviene el nombre de apóstol, enviado por el eterno Padre para salvar al mundo, justo es que todos nos conformemos con tu vida, y sigamos los pasos de tu mision, pasando por los trabajos que pasaste en razon de cumplir la voluntad del que te envió. Vesme aquí ofrecido á tu servicio; envíame donde quisieres, que aparejado estoy á padecer lo que ordenares, pues siendo tú el que me envias, tu gracia me ayudará para cumplir lo que mandares.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *En diciendo esto, sopló, y dijo: Recibid el Espíritu Santo.*- La grandeza de este don ponderarémos en la Meditacion XXII.-Ahora se ha de considerar el modo como se le dió, ponderando el misterio de este soplo.-Lo primero, sopló, para significar que el Espíritu Santo que les daba, era Espíritu que procedia de él, así como el soplo procede del que sopla. De suerte, que no solamente nos da Cristo sus dones, sino al Espíritu Santo con ellos, el cual, aunque es distinto en la persona, pero no en la sustancia. Ó bendito sea tal dador, que con tanta liberalidad y con tanta facilidad nos da tan soberano don, tan precioso como el mismo que le da.

2. Lo segundo, sopló, para significar que él mismo era el que sopló en el rostro de Adan formado del lodo un soplo de vida (*Ge-*

nes. II, 7), con el cual quedó con ánima viviente, y que este soplo hacia los mismos efectos en el alma, que el otro hizo en el cuerpo, vivificándola, hermoseándola, y dándola movimientos y sentidos, y obras proporcionadas á la vida sobrenatural que la comunica; y por consiguiente, que cual queda un cuerpo sin alma, tal queda una alma sin la gracia del Espíritu Santo que la vivificaba. De donde sacaré un entrañable deseo de este divino Espíritu, diciéndole á Cristo nuestro Señor con gran fervor: Ó dulce Jesús, sopla en mi alma este soplo del Espíritu Santo, para que viva nueva vida de gracia, y haga obras dignas de la vida eterna, por tu gloria.

3. Demás de esto, el soplo es un aire que arrojamos de la boca con fuerza, y con él solemos quitar algun polvillo ó motica que está en la ropa ó en otra cosa limpia. Á este modo tambien el Espíritu Santo se da á los que ya son justos, como lo eran los Apóstoles, en forma de soplo, para que con fuerza interior se muevan á lo bueno, y purifiquen y limpien de culpas é imperfecciones, aunque sean muy ligeras, sin que permanezca en ellos cosa que desdiga de su pureza.—Finalmente, la dádiva de este dia fue como señal de la que se habia de dar el dia de Pentecostes, en forma de viento vehemente, muy mas copiosamente, cuanto excede el viento vehemente al soplo, porque la de este dia fue para un solo efecto de perdonar pecados; la del dia de Pentecostes para otros muchos efectos, como en su lugar verémos.

PUNTO TERCERO.—*De la potestad de perdonar pecados.*— 1. Luego añadió Cristo nuestro Señor: *Aquellos cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados, y los que retuviéredes sin perdonar, serán retenidos.* En estas palabras concedió Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles la potestad de perdonar los pecados que es propia de solo Dios, porque á solo el injuriado pertenece perdonar la injuria que se le hace, y como el pecado es grandísima injuria contra Dios y contra su ley, á solo Dios pertenece perdonarle (*Marc.* II, 7; *Isai.* XLIII, 25), ó á quien él da sus veces para ello; estas no las dió á los Ángeles sino á los hombres, por quien se hizo hombre: ni las dió á los hombres que precedieron antes de su venida al mundo; esto es, á los sacerdotes de la ley vieja, los cuales como no podian sanar la lepra del cuerpo, sino declarar que estaba sana, así tampoco podian limpiar la lepra del alma. Pero á los sacerdotes de la ley nueva dióles potestad por medio de los Sacramentos, para limpiar real y verdaderamente las almas de la lepra de los pecados en su nombre, y como vicarios suyos. Y así les hace participantes de la infinita dignidad de Salva-

dor, significada por el nombre de Jesús, porque en su virtud salvan y libran de los pecados; por lo cual debemos darle innumerables gracias. Ó liberalísimo Jesús, ¿con qué te pagarémos una merced tan señalada como esta? Ya que querias dar á otros tal potestad, ¿no fuera mejor darla á los Ángeles que eran puros y limpios de pecado, celosos de tu honra, y que supieran bien volver por ella? ¡Oh inmensa liberalidad! oh liberalísima misericordia! á los hombres pecadores das tus veces para perdonar los pecados, para que tanto con mas largueza perdonen, cuanto mas conocen su propia necesidad; y aunque es justo miren por tu honra, pero tambien gustas miren por su provecho.

2. Pero grandemente campea esta misericordia y liberalidad, en no haber puesto tasa ni límite á esta potestad en muchas cosas.—Porque lo primero, se extiende á todos los hombres del mundo, de cualquier estado y condicion que sean, sin excluir á ninguno mientras vive en esta vida mortal, de suerte, que si por él no queda negociar el perdon de sus pecados por medio del Sacramento, no quedará por falta de potestad para perdonarlos.—Lo segundo, se extiende á todos los pecados, por grandes y enormes que sean, de tal manera, que el pecado contra el Espíritu Santo, de quien se dice (*Matth.* XII, 32), que no se perdonará en este siglo ni en el otro, por ser dificultoso de perdonar de parte del que lo comete; con todo eso, si él quiere arrepentirse, hay potestad en la tierra para perdonarle.—Lo tercero, se extiende á todo el número de veces que son posibles durante la vida: de suerte, que no solamente siete veces, sino setenta veces siete (*Matth.* XVIII, 22), y setecientas mil veces, sin cuento puede ser perdonado el que peca, y esto con admirable suavidad; porque como Cristo nuestro Señor, con el soplo que salió de su boca, dió á los Apóstoles el Espíritu Santo; así los confesores, con la palabra de absolucion que sale de su boca, en virtud de Cristo, le dan á los penitentes librándoles de sus pecados.

3. Y para que esta potestad durase para siempre en la Iglesia, quiso Cristo nuestro Señor que los obispos, sucesores de los Apóstoles, con el mismo soplo, diciendo las mismas palabras que él dijo, diesen el Espíritu Santo á los que ordenan de sacerdotes, con potestad de perdonar pecados. Ó amantísimo y liberalísimo Jesús, si os hubiera costado poco el perdon de los pecados, no me admirara tanto de que fuérades liberal en dar facultad tan copiosa para perdonarlos; pero habiéndoos costado el precio de vuestra sangre, derramada con tan terribles dolores y desprecios, ¿quién no se admirará y

saldrá de sí para predicar vuestra inmensa misericordia? Bendita sea setecientas mil veces vuestra infinita caridad, por la cual os suplico humildemente ayudeis á todos los pecadores, para que se aprovechen de ella, y alcancen el perdon que de vuestra parte se les ofrece. De lo dicho sacaré el espíritu y fervor con que debo llegarme al santo sacramento de la Confesion, como quien va á recibir el Espíritu Santo, mediante la palabra de la absolucion, que como soplo de Cristo sale por boca del sacerdote.

—De esto se dijo algo en la meditacion XXX de la parte I.—

MEDITACION X.

DE LA APARICION Á LOS APÓSTOLES, PRESENTE SANTO TOMÁS, EL DIA OCTAVO DE LA RESURRECCION.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Tomás, uno de los doce, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle los demás discípulos: Visto hemos al Señor. Respondió él: Si no viere en sus manos la abertura de los clavos, y si no entrare mi dedo por sus agujeros, y mi mano por su costado, no creeré.* (*Ioan.* XX, 24). Aquí se ha de considerar los defectos que hubo en este Apóstol, no para su desprecio, sino para nuestro escarmiento, y para que se vea mejor la misericordia de Cristo nuestro Señor en curarle, y lo mucho que él mismo se aprovechó de la cura.—El primer defecto y falta fue, apartarse de la compañía de los demás Apóstoles, ó por enfado, ó por atender á otra cosa de gusto, por lo cual se privó de un bien tan grande, como fue ver á Cristo nuestro Señor, y gozar de los favores que hizo á sus compañeros. De donde sacaré cuán gran mal es apartarse de la compañía de los buenos; y si soy religioso, cuán perjudicial es apartarme de la comunidad, dando en el vicio de la singularidad, porque Cristo nuestro Señor asiste en medio de los que están unidos con amor, y deja á los que se hacen singulares, con daño de la fraterna caridad.

2. El segundo pecado fue, incredulidad con dureza de corazon y protervia de juicio, no queriendo creer á lo que todos sus condiscípulos atestiguaban como testigos de vista, anteponiendo con secreta soberbia su juicio y parecer al de los demás.—El tercer pecado fue, un modo de presuncion y curiosidad, que llegó á señalar á Dios el medio para creer, diciendo que no se contentaria con ver á Cristo, sino que le habia de tocar, y entrar sus dedos y manos por sus llagas: lo cual es muy perjudicial á los que tratan con Dios, porque no han de

presumir de sí, ni pretender favores especiales, ni señalar los medios por donde han de crecer ó dedicarse al divino servicio, rechazando los ordinarios que Dios les señala.

3. El cuarto fue, un modo de pertinacia durando ocho dias en esta ruin disposicion, sin quererse ablandar por el dicho de los condiscípulos, ni de Pedro, ni de los que le vieron en el camino de Emaús, y quizá le diria lo mismo la Vírgen nuestra Señora, con las otras mujeres, y á todas se hacia sordo, permaneciendo en su dureza, en la cual durara muchos mas dias y hasta el fin, si Cristo nuestro Señor no viniera á curarle. Todo esto sucedió por especial providencia de Dios, que lo permitió, parte para que la dureza de Tomás en creer se convirtiese en mayor seguridad y abono de su testimonio, cuando creyó; parte para que echemos de ver la flaqueza nuestra si Dios nos deja de su mano, y como ninguno puede venir á Cristo por fe si no le es dado de arriba, y si no es traido por su Padre. (*Ioan.* VI, 44). Ó Hijo de Dios vivo, pues conoces la masa de que estoy compuesto, no me sueltes de tu mano, porque no me pierda: líbrame de estos cuatro vicios, que como cuatro vientos combatieron la casa de Tomás, para que no combatan y echen por tierra la mia.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Despues de ocho dias, estando otra vez los discípulos encerrados y Tomás con ellos, entró Jesús, las puertas cerradas, y púsose en medio de ellos, diciendo: Paz sea con vosotros; y luego dijo á Tomás: Entra tu dedo por aquí y mira mis manos: llega tu mano y éntrala por mi costado, y no quieras ser incrédulo, sino fiel.* — Lo primero, consideraré la infinita caridad de Cristo Señor nuestro en mirar por el bien de sus ovejas; porque habiendo esperado ocho dias á ver si Tomás se convertia; viendo su dureza no quiso dilatar mas el remedio, sino venir en persona á sanarle, manifestándosele como á los demás, entrando las puertas cerradas, y dándoles paz como la primera vez, para moverle con esto á que creyese. Ó Pastor amabilísimo, que así amas á una oveja como á muchas, y dejas de buena gana las noventa y nueve en el desierto, por venir á buscar la una que andaba perdida fuera del rebaño (*Luc.* XV, 4); ahora veo como siempre eres el mismo, pues el deseo de salvar esta oveja de tu Apóstol que se iba perdiendo te hace venir en su busca, y le tomas por la mano, deseando meterle dentro de tu corazon.

2. Lo segundo, ponderaré que pudiendo Cristo nuestro Señor aparecer á Tomás á solas, como apareció á san Pedro, no quiso sino en presencia de los demás Apóstoles. — Lo uno, para que Tomás

entendiese que esta gracia no se hacia por sus merecimientos, sino por estar en compañía de otros buenos y queridos discípulos.-Lo segundo, para que los otros viesen mas la caridad de su Maestro, pues por hacer bien á uno, y ese incrédulo, les aparecia y consolaba á todos; y para que como todos habian sido testigos de la incredulidad de Tomás, tambien lo fuesen de su fe, y esta les sirviese de confirmarse mas en la suya. Por donde se ve la suave providencia de este Señor, que la falta de uno convierte en bien del mismo y de los demás escogidos, trazando la cura de modo que aproveche á todos.

3. Lo tercero, ponderaré la blandura y afabilidad con que Cristo nuestro Señor habló á Tomás, condescendiendo con su flaqueza. Y para que entendiese que le conocia los pensamientos, y que sabia bien lo que habia dicho y con esto convencerle, díjole: Pues has dicho que no creerás si no vieres y tocares las llágas de mis manos y costado, llégate y entra tu dedo por los agujeros de las manos, y entra tu mano por mi costado, y no quieras ser mas incrédulo, que no te lo tengo merecido; sé fiel, pues estas llagas te provocan á serlo. Ó afabilidad infinita de Jesús, ahora veo, Salvador mio, con cuánta razon dijo vuestro Apóstol (*Tit.* III, 4): Aparecido ha la benignidad y humanidad de Dios nuestro Señor, el cual, no por las obras de justicia que nosotros hicimos, sino por su gran misericordia, nos hizo salvos. Vuestra benignidad y humanidad, Salvador mio, apareció hoy, cuando apareciste á Tomás, haciéndole salvo, no por sus obras, pues no lo merecian, sino por vuestra grande misericordia, dándonos prendas de que no se encubrirá á los que la buscan, pues tan patentemente aparece á los que no la creen, y se descubre á los que no preguntan por ella. (*Isai.* LXV, 1).

PUNTO TERCERO. — 1. *Respondió Tomás: Señor mio y Dios mio. Díjole Jesús: Porque me viste, Tomás, creiste: bienaventurados los que no vieron y creyeron.*-Lo primero, se ha de ponderar la ilustre confesion de santo Tomás. No nos consta del Evangelio, si tocó las llagas de Cristo nuestro Señor, ó si se contentó con haberle visto y oido las palabras que le dijo, convidándole á que las tocase. Creible es que por reverencia se detendria, arrojándose á sus piés; pero Cristo nuestro Señor le tomaria por la mano, y le haria que cumpliese su deseo, mostrando en esto la grandeza de su caridad. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 54, *art.* 4). Y en tocando las llagas, quedó tan ilustrado, que con grande afecto de su corazon confesó que Cristo era su Señor y su Dios, confesando claramente su humanidad y divinidad, y entre-

gándose totalmente á su servicio con ferviente amor, lo cual declaran aquellas palabras, Señor mio y Dios mio; que son palabras de amor tierno, y por eso no dijo, Señor nuestro y Dios nuestro. Con mucha razon, ó Tomás, llamais á vuestro Maestro, Señor mio y Dios mio, pues os amó tan de veras, que por solo vuestro bien se aparece á todos vuestros condiscípulos, y como olvidado de ellos, á vos solo endereza la plática para encenderos en su amor. (*Galat.* II, 20). Ó dulcísimo Jesús, tambien yo, como Tomás, liberalmente confieso que sois mi Señor y mi Dios, porque vuestro amor es tan crecido, que estais aparejado á hacer por mí solo lo que hicísteis por él, porque me amásteis y os entregásteis á la muerte por mí, aplicándome el fruto de vuestra muerte, como si la hubiérais padecido por mí solo.

2. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor, aunque aprobó la confesion de Tomás, pero no quiso alabarle por ella llamándole bienaventurado (*Matth.* XVI, 17), como á san Pedro, cuando le confesó por Hijo de Dios vivo, porque habia sido tardo en creer, y porque no tomasen otros ocasion de este ejemplo para pedir otro tanto, queriendo prueba de sentidos para creer los misterios de Dios; antes tácitamente le reprendió, diciendo: Porque me viste, creiste, como quien dice: Ha sido menester que me hayas visto y palpado, para que creyeses que soy tu Señor y tu Dios. Y luego añade: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron*, para consuelo de los fieles que no alcanzaron á verle en esta vida mortal. Habíales dicho otra vez: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, porque muchos reyes y profetas y justos desearon verlo, y no lo vieron. (*Luc.* X, 24). Ahora dice que son bienaventurados los que no le vieron y le creyeron; porque por una parte gozamos de todos los bienes que nos ganó por su muerte, de los Sacramentos que instituyó, de los ejemplos que nos dió en el discurso de su vida, de los sermones que predicó, y de la ley perfecta que nos enseñó; y por otra parte nuestra fe es mas meritoria, en cuanto creemos sin haber visto y palpado con los sentidos corporales lo que ellos vieron y palparon. Esta fe es principio de nuestra bienaventuranza, y si se perfecciona con el amor, nos entrará dentro de ella. Gracias te doy, Salvador mio, por el cuidado que tuviste de consolar á los que no merecimos gozar de tu dulce presencia, y pues no alcancé la bienaventuranza de los que te vieron con ojos corporales, querria perfectamente alcanzar la que tienen los que te ven con los ojos espirituales. Esclarécelos, Señor, con tu celestial lumbre, para que avi-

vada la fe y encendida la caridad siempre te crea y ame, de modo que llegue á ser bienaventurado contigo en el reino de los cielos. Amen.

MEDITACION XI.

DE LAS CAUSAS POR QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR RESUCITÓ CON LAS SEÑALES DE LAS LLAGAS DE LOS PIÉS, MANOS Y COSTADO.

—Presupuesto lo que se ha dicho en las meditaciones precedentes, recogeré en esta las causas por que Cristo nuestro Señor quiso resucitar, conservando en su cuerpo glorioso las llagas de los piés, manos y costado, ponderando el espíritu de cada una, con el provecho que de ella se puede sacar.—

Punto primero.— 1. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 54, *art.* 4). La primera causa fue, para confirmar á sus discípulos en la fe de su resurreccion, mostrándoles no solamente su cuerpo para que le palpasen, sino los agujeros que hicieron en él los clavos y la lanza, para que creyesen que era el mismo cuerpo que fue crucificado, y no otro hecho de nuevo. Con lo cual tambien nos confirma en la fe de nuestra resurreccion, con los mismos cuerpos que tuvimos en esta vida mortal, segun aquello de Job (*c.* XIX, 25): Creo que mi Redentor vive, y que el postrer dia tengo de resucitar de la tierra, y vestirme otra vez de mi piel, y en mi propia carne veré á Dios mi Salvador, al cual tengo de ver yo mismo, y mis ojos le han de mirar, y no otro por mí; esta esperanza tengo depositada en mi seno. Á imitacion de este santo varon, pondré yo tambien esta esperanza en el seno de mi corazon, para consolarme con ella, en medio de mis trabajos y enfermedades; creyendo firmemente que mi carne, aunque esté llagada y llena de gusanos de piés á cabeza en un muladar, como la de Job, y aunque esté desollada y agujereada por mil partes en una cruz, como la de Cristo Salvador nuestro, resucitará á nueva vida; y si quedare con señales de sus llagas, no será por flaqueza del que la resucita, sino para mayor gloria y hermosura de la carne resucitada, y con esta esperanza tengo de alentar mi misma carne, para que lleve de buena gana y con paciencia los trabajos que padece.

2. La segunda causa fue, para que fuesen señales de su victoria y triunfo, y juntamente indicios de lo mucho que estimaba padecer trabajos é ignominias, honrando sus llagas con dejarlas en el cuerpo glorificado con especial hermosura y resplandor, con lo cual

pretendia alentarnos á padecer y á preciarnos de ello, teniendo por grande honra tener en nuestro cuerpo impresas algunas llagas, esto es, algunos trabajos semejantes á los de Cristo nuestro Señor, recibidos por su amor, diciendo con el apóstol san Pablo (*Galat.* VI, 17): *Stigmata Domini Iesu in corpore meo porto*: traigo en mi cuerpo impresas las señales y llagas de Jesús. Ó dulcísimo Jesús, tu eres mi Señor y mi Redentor, y yo soy tu esclavo, y pues los señores hierran á sus esclavos con algunas señales, para que sean conocidos por suyos y no puedan huir de su servicio; hiérrame y señálame con las señales de tus llagas, para que siempre sea tuyo y nunca me aparte de tu divino servicio.

Punto segundo. — 1. La tercera causa fue, para que le sirviesen como de memoria y despertador de lo mucho que le habíamos costado; y con esto se moviese á amarnos y perdonarnos, y hacernos siempre bien. Y el que en cuanto Dios, como dice el profeta Isaías (*c.* XLIX, 16), no se olvida de nosotros, porque nos tiene escritos en sus manos; tambien en cuanto hombre no se olvidará de nosotros, porque en sus manos está escrito lo mucho que le costamos. Y como las tiene abiertas con los agujeros que hicieron los clavos, así las tiene abiertas y extendidas para henchirnos de su bendicion y llenarnos del amor que muestra su costado abierto. Ó dulcísimo Redentor, esto mismo me obliga á que nunca jamás me olvide de tí, poniéndote por señal sobre mi brazo y sobre mi corazon (*Cant.* VIII, 6), para que mis obras y deseos sean siempre sellados con el sello de tu infinita caridad para cumplir en todo tu santa ley. Y pues mandaste al pueblo hebreo, que atasen como señal en su mano la ley dada por mano de Ángeles, para acordarse de ella (*Deut.* VI, 8); ¿cuánta mas razon es haga yo lo mismo con la ley que me fue dada por manos del Señor de los Ángeles, agujereadas con clavos por mi amor?

2. La cuarta causa fue, para mostrar estas llagas al eterno Padre, y aplacar con ellas la ira é indignacion que tuviese contra el mundo por nuestros pecados, haciendo oficio de perpétuo abogado y medianero nuestro (*Ioan.* II, 1); porque si mirando Dios nuestro Señor al arco del cielo, con la belleza de sus tres colores, aplaca su ira, y por esta señal se acuerda de no anegar otra vez al mundo con diluvio (*Genes.* IX, 14); ¿cuánto mas se aplacará Dios nuestro Señor, viendo este arco del cielo empíreo Cristo Jesús, con aquellas tres suertes de llagas en manos, piés y costado, y le servirá este arco de señal y motivo para no castigar al mundo como sus pecados mere-

cian? Con este espíritu tengo yo de mostrar al Padre eterno las llagas de su Hijo, y suplicarle por ellas aplaque la ira que tiene contra mí y contra los hombres, diciéndole (*Psalm.* LXXXIII, 10): Ó Dios, protector nuestro, mira el rostro de tu Cristo. Mira tambien sus benditas manos y piés, y su costado; y por las llagas de sus sacratísimas manos, concédenos que las nuestras hagan siempre buenas obras, y por las de sus piés que los nuestros anden siempre buenos pasos, y por la de su costado que el nuestro esté siempre llagado de tu amor. Ó alma mia, sigue el consejo de la divina Sabiduría, y levantando los ojos al cielo empíreo, mira el arco que allí está, y bendice al Señor que le hizo (*Eccli.* XLIII, 12), porque es muy hermoso; con el adorno de sus colores rodea el cielo con un círculo muy glorioso; las manos del muy Alto le abrieron y pusieron como está. Benditas sean las manos que fabricaron este arco, por cuya ordenacion tendió las suyas en la cruz, con variedad de virtudes celestiales, para abrazar en señal de paz á todos los escogidos, y cercarlos con el círculo de su proteccion, y despues colocarlos en el trono de su gloria. Amen.

3. La quinta causa fue, para provocarnos con estas llagas á que le amásemos y obedeciésemos, conociendo por ellas lo mucho que nos amó y lo que padeció por nosotros; de suerte que la vista espiritual de estas llagas, que están ahora en el cuerpo glorificado de Cristo, fuese un despertador eficacísimo de nuestras potencias, para que todas se ocupasen en servicio de este Señor, y por estas llagas, como arriba se dijo (*Part.* IV, *med.* LIII, punto 4.°), entrasen dentro de él á morar y estar unidas con él, con union de actual memoria, conocimiento y amor, imaginando que desde el cielo les dice (*Cant.* II, 13): Levántate y date prisa, amiga mia y paloma mia, vuela apresurada á los agujeros de la piedra y á la abertura de la pared, entra en estas llagas de mi cuerpo, no ya feas y sangrientas, sino hermosas y glorificadas. Si te vieres acosada de los milanos infernales, huye á estas llagas, que ellas te defenderán de sus tentaciones. Si fueres perseguida de las vanidades del mundo y de las pasiones de tu carne, acógete á estas llagas, porque en ellas hallarás casa de refugio contra todos tus temores. Si te vieres alborotada con cuidados y negocios, húrtales el cuerpo, y entra dentro de estas llagas, donde hallarás quietud y descanso para tu espíritu. Si deseas conocerme y amarme con todo tu corazon, llégate á estas llagas y entra dentro de ellas, y allí verás la estima que tuve de tí y lo mucho que te amé, y de mi corazon saldrán tales llamas de amor, que

totalmente abrasen el tuyo, y le junten y transformen en el mio. Mira las llagas de mis manos, y fortalece las tuyas, para pelear por mi gloria, como yo peleé por tu salud. Mira la abertura de mi costado, y ábreme el tuyo, dándome todo tu amor, como yo me dí todo por tí. Mira las llagas de mis piés, y endereza todos tus pasos á mi servicio, imitando los mios con perseverancia, hasta que alcances la corona. -Estas consideraciones y afectos tengo de ejercitar, acordándome de las llagas de Cristo nuestro Señor; y para mirarlas mas de cerca, avivaré la fe de que las tiene su cuerpo gloriosísimo, no solamente en el cielo, sino en el santísimo Sacramento del altar; y que allí son como cinco fuentes del Salvador (*Isai.* XII, 3), de las cuales manan aguas de gracias y consuelos espirituales para todos los que se llegan con espíritu á ellas.

PUNTO TERCERO. — Á estas causas añado la última, para confundir el dia del juicio á los condenados, mostrándoles las llagas que recibió por ellos y el deseo que tuvo de salvarlos, si por su culpa no quedara. Á los cuales, como pondera san Agustin (In lib. de Symbolo), dirá de esta manera: Veis aquí al Hombre que crucificásteis, mirad las llagas que le hicísteis, reconoced el costado que alanceásteis, el cual por vosotros y para vosotros fue abierto, y con todo eso no quisísteis entrar por él. Entonces será el terrible llanto (*Apoc.* I, 7), que está profetizado de estos miserables, viendo la ocasion que perdieron de salvarse, y la justa razon que tiene Cristo para condenarlos. -Al contrario, con estas mismas llagas alegrará Cristo nuestro Señor á los escogidos, no solamente aquel dia, sino por toda la eternidad, viendo en ellas claramente tantos motivos de amar al que las recibió por ellos. Ó Salvador amabilísimo, por estas llagas te suplico humildemente obres en mí los efectos para que las conservaste en tu glorioso cuerpo, admitiéndome á entrar por ellas con alas de paloma, y á morar en ellas como en nido y lugar de mi descanso; porque no quiero otro en esta vida, sino pensar en lo mucho que por mí hiciste y padeciste, amándote por ello y obedeciéndote con perseverancia, hasta gozar de tí en la gloria, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XII.

DE LA APARICION Á LOS SIETE DISCÍPULOS QUE PESCABAN EN EL MAR DE TIBERÍADES.

Punto primero. — 1. *Estando juntos Pedro y Juan, y otros cinco discípulos, dijo Pedro: Quiero ir á pescar. Respondieron los otros: Vamos todos, y subiendo en el navío, no pescaron cosa en toda aquella noche.* (*Ioan.* xxi, 3). Aquí se ha de ponderar:-Lo primero, como estos discípulos fueron á pescar, parte por su pobreza; para tener algo que comer, parte por huir la ociosidad, porque no era llegado el tiempo de ocuparse en pescar hombres; y en diciendo Pedro que queria pescar, los demás se ofrecieron de acompañarle, mostrando en esto la concordia y conformidad de voluntades que tenian en las obras de virtud. De donde sacaré deseo de imitar á estos santos discípulos en el ejercicio de estas tres virtudes, pobreza, caridad y amor al trabajo, contra la ociosidad.-Lo segundo, se ha de ponderar como en toda la noche no pescaron pez alguno, como les sucedió otra vez, cuando dijo san Pedro (*Luc.* v, 5): *Per totam noctem laborantes nihil coepimus.* Habiendo trabajado toda la noche, nada hemos pescado; para significar lo primero, cuán poca parte es la industria del hombre tomada á solas, para pescar las almas y sacarlas del pecado. De suerte que Pedro y Pablo y cualquier otro, aunque sea muy letrado y muy santo, y gran predicador, trabajará sin fruto, si estriba en sus solas fuerzas, y si Dios no acude á la pesca. Pues por esto dijo el Apóstol (I *Cor.* iii, 7): Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el aumento. Por lo cual se han de fundar en humildad los obreros de las almas, si quieren que su trabajo sea de provecho: acordándose de lo que dijo Cristo (*Ioan.* xv, 5): Sin mí, nada podeis hacer.

2. Tambien tiene misterio decir ambas veces, que era de noche, para significar el miserable estado que tenia el mundo antes de la venida de Cristo, sol de justicia, con cuya luz se hace la pesca, y sin ella no se hace nada. Además de esto se nos representa, que quien trabaja estando en la noche de la ignorancia y en las tinieblas del pecado mortal, no medra, ni sus obras son de merecimiento para la vida eterna. Y por esto dijo el real profeta David (*Psalm.* cxxvi, 2): Vana cosa es levantaros antes de la luz; como quien dice, antes que salga la luz de la divina gracia, en vano será todo vuestro tra-

bajo, porque sin ella no podréis hacer obras dignas de luz. De donde sacaré la miseria grande del pecador que trabaja y no medra; cánsase por pescar toda la noche de su miserable estado, y no saca provecho alguno de merecimiento para la vida eterna, porque aunque pesque hacienda, honra y regalo, todo eso es nada y es trabajar muy en vano, pues al mejor tiempo le ha de faltar.

3. Lo tercero, ponderaré lo que harian estos siete discípulos, viendo que no pescaban pez alguno, porque llevando su trabajo con paciencia, se acordarian de su Maestro y de la falta que les hacia su presencia, y es de creer que hablarian entre sí mismos de lo que otra vez les habia sucedido en aquel mar con Cristo nuestro Señor, y suspirarian por él, diciéndole: Ó Maestro soberano, ¿dónde estás? ¿Cómo nos dejas en este trabajo? ¿cómo no acudes á remediar nuestra pobreza? ¿qué maravilla se huyan los peces de las redes, pues tú huyes de los pescadores? Ven, Señor, y acércate á nosotros, porque con tu venida vendrá tambien la pesca que deseamos. Estas palabras ú otras semejantes tengo de decir en el espíritu, cuando viere que mi trabajo es sin provecho, confiando que seré oido, porque oye Dios el deseo de los pobres.

Punto segundo. — 1. *A la mañana estuvo Jesús en la ribera, aunque los discípulos no le conocieron, y preguntóles si tenian algun pescado; respondiendo que no, díjoles: Tended la red á la diestra del navío, y hallaréis pesca. Hiciéronlo así, y no podian traer la red por la muchedumbre de los peces.* Aquí se ha de ponderar:—Lo primero, la caridad de Cristo nuestro Señor en acudir al consuelo de sus amados discípulos, aunque dándoseles á conocer poco á poco, para que les entrase mas en provecho la vista, y para esto se puso en la ribera. No quiso andar sobre las aguas, ni entrar en el navío, para significar que el estado que tenia despues de su resurreccion, era estable y ajeno de toda mutabilidad y alteracion, ordenado para vivir con perpetuidad en la tierra de los vivientes. Y aunque sabia que no habian cogido pez en toda la noche, hízose de nuevas y preguntóles si tenian peces, para provocarlos con esto á que conociesen su necesidad, y la poca parte que eran para recoger peces sin su ayuda, porque deseaba dársela luego. Ó liberalísimo Jesús, ¡qué de veces llegas á nuestras puertas y nos pides algo, no tanto por lo que hemos de darte, cuanto por lo que tú deseas darnos! (*Joan*, IV, 7). Pides á la Samaritana que te dé un poco de agua, porque tú deseabas darla el agua viva de tu gracia. Pides que demos limosna al pobre, porque deseas dar limosna muy copiosa al que se la diere. ¡Oh si te

diese lo que me pides con tu inspiracion, para que tú me dieses lo que deseas darme con ella!

2. *De la obediencia.*—Lo segundo, ponderaré como les mandó echar la red á la diestra del navío, para significar el próspero suceso de aquella pesca, que era figura de la pesca de las almas que han de salir del mar de este mundo para la eterna bienaventuranza, en virtud de Cristo, que era diestra de Dios. Y obedeciendo los discípulos á este mandato, pescaron gran muchedumbre de grandes peces, para que se vea la eficacia de la obediencia, y cuán gran verdad es lo que dice el Sábio (*Prov.* XXI, 28), que el varon obediente hablará victorias ganando muchas almas para Dios. Y es mucho de considerar que en la otra pesca conoció san Pedro que Cristo era el que le mandaba echar la red, y obedeciéndole dijo: *In verbo tuo laxábo rete* (*Luc.* V, 5): en tu palabra y por tu mandamiento tenderé la red; pero esta vez no conocia que era Cristo el que lo mandaba, y con todo esto rindió su juicio y obedeció, y sacó gran pesca, porque gusta mucho Cristo nuestro Señor de que obedezcamos á toda humana criatura por su amor, y nos desnudemos de nuestro propio juicio y propia voluntad, por hacer la de los otros, en cosas donde no se ve pecado; y á veces sucederá que esté Cristo donde no pensamos que está, y que obedeciendo al hombre, obedezcamos á Cristo, que habla por su boca, y nos asegura, que si tendemos la red hácia tal parte, sacarémos pesca.—Por lo cual esta virtud de la obediencia me ha de ser muy familiar, si quiero tener prósperos sucesos como san Pedro, el cual por esto se llama Simon, que quiere decir obediente.

PUNTO TERCERO.— 1. *El discípulo á quien amaba Jesús dijo á Pedro: Dominus est, el Señor es; en oyéndolo Pedro, ciñóse la túnica y echóse en el mar. Los demás llegaron con el navío trayendo la red con los peces, y mandóles Cristo traer de los peces; trajo Pedro la red, y hallaron que eran ciento y cincuenta y tres muy grandes, y con ser tantos no se rompió la red.* Aquí se ha de ponderar:—Lo primero, en los dos discípulos san Pedro y san Juan, los efectos del fervoroso amor, así en la vida contemplativa, como en la vida activa: el amor en los contemplativos aguza la vista interior del alma, para que, como Juan, conozcan á Cristo, cuando otros no le conocen, y les dén noticia de él; pero el amor en los fervorosos de la vida activa, en conociéndole, se abalanzan por seguirle. Y como san Pedro en oyendo decir, el Señor es, dejó la red y los peces y el navío, y cubriéndose, por la decencia, con su ropa, se arrojó á nado, por llegar presto

donde estaba su Maestro, pareciendo que era mucha dilacion ir al paso del navío; así yo tengo de procurar seguir con fervor á Cristo nuestro Señor, y desear llegar presto á la tierra de la eternidad, donde está, dejando por esta causa cuanto tengo, y arrojándome á todos los peligros y trabajos del mar tempestuoso de este mundo, y pareciéndome muy espacioso el paso de los que siguen la vida comun, tengo de procurar apresurarme mucho mas.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la excelencia misteriosa de esta pesca, comparada con la otra que hizo san Pedro en su primera vocacion (*Luc.* v, 7; *Aug.* quaest. 81 de div.), porque aquella fue figura de la pesca de las almas para entrar en la Iglesia, y creer en Cristo nuestro Señor, y recibir su ley, y así no se hizo echando la red á la diestra del navío, sino á todas manos, diestra y siniestra, recogiendo buenos y malos peces, grandes y pequeños, y de ella se hinchieron dos navíos, figura de los dos pueblos hebreo y gentil, debajo de una cabeza Cristo, y su vicario Pedro, y la red en que se cogieron se iba rompiendo, porque en esta vida padece quiebras y cismas la Iglesia y la predicacion de Cristo; pero la pesca de este dia fue la pesca de los predestinados y escogidos, para entrar en el cielo, y por esto se hace á la diestra del navío y no á la siniestra, porque los escogidos han de estar á la mano derecha del Juez; todos son peces grandes en santidad y pureza de vida, porque en el cielo ninguno es pequeño; la red se trae á la tierra donde está Cristo, que es la tierra de los vivos, y no se rompe, porque no habrá entonces disensiones, ni cismas, ni cosa que les perturbe, pues ya los Ángeles habrán apartado los malos de los buenos (*Matth.* XIII, 49), como dijo el Señor en la parábola de la red. ¡Oh dichosos los peces que entraren en esta red para ser colocados en la vida eterna! ¡Dichosas las aguas vivas donde se criaron y sustentaron, alcanzando la perfecta salud y vida que Cristo les ganó! Ó santo profeta Ezequiel, ¡cuán bien cumplida está vuestra profecía con tanta muchedumbre de grandes peces, que los pescadores de Jesús han pescado en estas aguas que salen del lado derecho del templo celestial! (*Ezech.* XLVII, 1). Concédeme, ó dulcísimo Redentor, que viva yo en las aguas vivas de tu gracia, de modo que sea sacado de ellas para la vida eterna. Amen.

3. Finalmente, consideraré como *saltando en tierra los discípulos, vieron unas brasas y un pez sobre ellas, y pan. Díjoles Jesús: Venid y comed, y tomando el pan, repartiólo con ellos, y tambien del pez.* En lo cual resplandece grandemente la afabilidad y liberalidad del Re-

dentor para con sus discípulos, aparejándoles este convite, y convidándolos á comer con pan hecho de su mano milagrosamente, y con peces diferentes de los que ellos habian pescado, para significar, -lo primero, cuán cuidadoso es de dar comida y refeccion espiritual á los que trabajan por su amor y obediencia, dándoles manjar de Ángeles y pan celestial que los conforte, echando con este regalo brasas sobre sus corazones, para que todos se enciendan en su amor.-Y lo segundo, para significar que mientras trabajamos nosotros en la tierra, él nos está aparejando un convite regaladísimo en el cielo, donde él mismo nos convidará y servirá á la mesa, dándonos por manjar su sacratísima divinidad y humanidad. ¡Oh bienaventurados los que comieren este pan en el reino de Dios! (*Luc.* XIV, 15). ¡Dichosos los que estuvieren con Cristo, sentados á su mesa en el reino de su Padre! (*Luc.* XXII, 30). ¡Oh si fuese yo uno de estos siete discípulos, lleno de los siete dones del Espíritu Santo, con los cuales dignamente pudiese hallarme en este convite! Recibe, ó buen Jesús, este mi deseo, y fortifícale con tu gracia, para que llegue á cumplirse en tu gloria. Amen.

MEDITACION XIII.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR EN ESTA APARICION HIZO Á SAN PEDRO PASTOR UNIVERSAL DE SU IGLESIA, Y LE DIÓ ADMIRABLES DOCUMENTOS DE PERFECCION.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Acabada la comida, dijo Jesús á Simon Pedro* (*Ioan.* XXI, 15): *Simon, hijo de Juan, ¿ámasme mas que estos? Respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Díjole: Pues apacienta mis corderos. Díjole otra vez: Simon, hijo de Juan, ¿ámasme? Respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Díjole tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿ámasme? Entristecióse Pedro, porque tercera vez le preguntó si le amaba, y respondió: Señor, tú sabes todas las cosas, y sabes que te amo. Díjole: Apacienta mis ovejas.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Señor, habiendo (*Matth.* XVI, 19) prometido á san Pedro las llaves del reino del cielo, en premio de la ilustre confesion que hizo de su divinidad; ahora queriéndoselas dar con el primado sobre toda la Iglesia, le examinó en el amor, y le preguntó si le amaba mas que todos, para darnos á entender, que los prelados han de ser excelentes en la fe, y eminentes sobre todos en la caridad, y llamóle por su nombre, Simon, que quiere decir obediente,

hijo de Juan, que quiere decir gracia, ó hijo de Jená, que quiere decir paloma, significando que con la fe y caridad han de juntar la obediencia con plenitud de gracia y de Espíritu Santo, para hacer perfectamente su oficio.

2. Lo segundo, le examinó tres veces en el amor, para que con las tres respuestas recompensase las tres negaciones que habia hecho; y como estas nacieron de soberbia y presuncion, anteponiéndose á sus condiscípulos; así las tres respuestas del amor fueron acompañadas de humildad, no atreviéndose á decir que amaba mas que los otros, sino solamente que le amaba, y aun en eso mismo estaba temeroso, y no se fiaba de su ciencia, sino remitiólo á la ciencia de Cristo, diciendo: Tú sabes que te amo. Y la tercera vez se entristeció con humildad, temiendo no supiese Cristo algo en contra de lo que él sentia de sí mismo, y así le dijo: Tú, Señor, sabes todas las cosas, y sabes si es verdad lo que digo. De donde sacaré cuán agradable cosa es á Cristo nuestro Señor la humildad, y el no presumir de sí, y cuán seguro es temer siempre de sí mismo, acordándome de lo que dijo san Pablo (I *Cor.* IV, 4): No sé de mí culpa alguna, pero con todo esto no me tengo por justo, porque el que me juzga es Dios, y puede ser que él halle culpa donde yo no la hallo.

3. Tambien le examinó tres veces en el amor, para significar que quien ha de ser pastor de sus ovejas (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 24, *art.* 9), ha de estar muy arraigado en la caridad y en los tres grados de ella, porque ha de ser perfecto en la via purgativa de los principiantes, y en la iluminativa de los que aprovechan, y en la unitiva de los que han llegado á la perfeccion, siendo excelente en la pureza y limpieza de corazon, desnudo de culpas é imperfecciones, y en el ejercicio de las virtudes, y en la union del amor con las tres divinas Personas, y perfecto en la caridad para con Dios, y para con los prójimos, y para consigo mismo. Ó Amado de mi alma, concédeme que eche hondas raíces en la humildad y caridad, de modo que alcance el fin de tus preceptos, que es amarte con puro corazon, con buena conciencia y con fe no fingida (I *Tim.* I, 5), perseverando hasta la muerte en la lealtad del verdadero amor.

4. Lo cuarto, ponderaré como Cristo nuestro Señor, habiendo dicho dos veces á Pedro: Apacienta mis corderos; la tercera vez dijo: Apacienta mis ovejas, para significar que le hacia pastor universal de su rebaño, no solamente de los fieles ordinarios, significados por los corderos, sino tambien de los que son padres espirituales de

los otros, figurados por las ovejas, como son los confesores, predicadores, maestros y todos los demás prelados inferiores de la Iglesia, para que toda ella fuese, *unum ovile et unus pastor,* un rebaño y un pastor. Mas no dijo: Apacienta tus corderos ó tus ovejas, sino mis corderos y mis ovejas, para que entendiese que no era señor del ganado, sino vicario suyo, y que habia de mirar por los fieles, como por ganado de Cristo, príncipe de los pastores (I *Petr.* v, 4), á quien habia de dar cuenta de su oficio, como el mismo san Pedro lo entendió y despues lo dejó escrito.-En lo cual resplandece grandemente la caridad del Salvador para con nosotros, pues por señal del amor que le tenemos, en recompensa de los innumerables beneficios que nos hace, pide á san Pedro que apaciente sus ovejas, y que en esto muestre el amor que le tiene en amarlas, y tener cuidado de ellas. Ó Pastor soberano, ¡cuán grande es el amor que tienes á tus ovejas, y cuánto deseas que los pastores, criados tuyos, las amen y apacienten por tu amor! Yo, Señor, deseo mostrar el amor que te tengo en apacentar las ovejas que me has dado dentro de mí mismo, que son mis potencias y sentidos, rigiéndolas segun el órden de tu divina voluntad; y del mismo modo apacentaré las que me dieres fuera de mí, por ser ovejas tuyas, pues basta ser tuyas, para que mire por ellas, mucho mas que si fueran mias.

5. Últimamente, ponderaré como le dijo tres veces (*D. Bern.* serm. 2 de resurrect.): Apacienta mis corderos y ovejas, para significar tres suertes de pastos que las ha de dar. Es á saber, apaciéntalas con el espíritu, orando por ellas, con la lengua enseñándolas, y con la obra dándolas buen ejemplo. Apaciéntalas con doctrina, con Sacramentos y con ejemplos de buena vida, ayudándolas con todas las obras de misericordia, así espirituales como corporales, apacentando no solo el espíritu, sino á sus tiempos el cuerpo. Todo esto encarga Cristo nuestro Señor á los pastores, amenazando terriblemente por Ezequiel (*Ezech.* xxxiv, 2) á los que no apacientan á las ovejas, sino á sí mismos, buscando en el oficio su honra é interés, y no el bien de las almas.

Punto segundo. — 1. *Luego añadió el Señor: De verdad, de verdad te digo, que cuando eras mas mozo tú te ceñias, é ibas donde querias; pero cuando te hagas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y llevará á donde no quieres. Esto dijo, significando la muerte con que habia de glorificar á Dios.* (*Ioan.* xxi, 18).-Lo primero, se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor, debajo de esta parábola, descubrió á san Pedro la señal cierta del verdadero amor que le te-

nia, y del buen uso del oficio de pastor que le encargaba, que era morir muerte de cruz, como el mismo Señor habia muerto, en confirmacion de lo que dijo (*Ioan.* x, 11): El buen Pastor da su vida por las ovejas, y ninguna mayor caridad hay que dar la vida por sus amigos; y así para que entendiese Pedro á lo que se ofrecia, cuando dijo, que amaba mucho á Cristo, y lo que le ofrecia Cristo, cuando le dijo, que apacentase sus ovejas, añade, que moriria en cruz.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el espíritu de esta parábola, en la cual Cristo nuestro Señor toca dos modos de trabajos y mortificaciones. (*Aug.*, in illud Psalm. XLIX, *Invoca me in die tribulationis*). Unos, que el hombre toma por su eleccion, negando sus apetitos, castigando su carne con penitencias y asperezas, y ofreciéndose á grandes trabajos, en los cuales el hombre se ciñe y aprieta á sí mismo; y aunque contradice á sus inclinaciones, pero va á donde quiere, porque como ninguno le fuerza, toma los trabajos cómo y cuándo quiere, con su voluntad racional; y aun á veces se mezcla algo de voluntad propia, porque el amor propio suele tambien cebarse en las cosas del espíritu. Este modo de mortificaciones es propio de los que son mozos en la virtud, fervorosos y fuertes de complexion, y por él han de comenzar los principiantes.

3. Otros trabajos hay que nos vienen por mano ajena de los hombres que nos persiguen, ó de los demonios que nos tientan y atormentan, ó del mismo Dios que los traza para nuestra mortificacion, como son enfermedades y dolores, infamias, pobreza y falsos testimonios, y otras persecuciones que se padecen por la justicia, como las padecieron los Mártires. En estas el hombre extiende sus manos, abrazándolas, porque Dios lo quiere; pero otro es el que le ciñe, enclava y crucifica, y lleva á donde él no queria, segun su voluntad natural. Este modo de trabajos es propio de gente anciana y perfecta en la virtud, y le concede Nuestro Señor á los que quiere hacer muy perfectos, porque está limpio de toda voluntad propia, y no se halla en él sino la voluntad de Dios, el cual es el que principalmente nos ciñe, *alius te cinget.* Ó dulcísimo Jesús, si tú eres el que de esta manera me ciñes, ordenando ó permitiendo el aprieto de trabajos que padezca, cíñeme como quisieres con tu mano; porque aunque me parezca áspera, no será para mí sino muy blanda, y pues tú te ceñiste abrazando cosas ásperas, y extendiste tus manos en la cruz, á donde te ciñeron con duros clavos, llevándote á donde tu voluntad natural rehusaba, no es mucho que yo, tu siervo, me ciña,

y sea ceñido, y llevado á donde mi carne y voluntad propia no querrian. (*D. Aug.*, ubi sup.).

4. Estos dos modos de mortificacion he de abrazar en todo género de cosas.—El primero, buscándole yo, conforme á lo que dice David: Hallé tribulacion y dolor.—El segundo, aceptándole cuando viniere, segun lo que él mismo dice: La tribulacion y la angustia me hallaron.—Lo tercero, ponderaré lo que dice el Evangelista; que san Pedro, con este modo de muerte habia de clarificar á Dios, porque Dios es muy glorificado de nosotros, cuando de buena gana padecemos por él. ¡Oh dichoso yo si mereciese extender mis manos como Pedro, y que otro me ciñese, clarificando á Dios en tal modo de mortificacion! ¡oh dichosa mortificacion propia, con la cual se dilata y acrecienta la gloria divina! muera mi alma con la muerte de los justos, y sean mis postrimerías semejantes á las suyas (*Num.* XXIII, 10), y no muera con muerte de cualquiera manera, sino con aquella que mas ha de clarificar á Dios.

PUNTO TERCERO. — 1. *Dicho esto, dijo el Señor á Pedro: Sígueme. Volviéndose Pedro, vió al discípulo á quien amaba Jesús, que le seguia, y dijo á Jesús: Señor, ¿qué ha de ser de este? Respondióle Jesús: Si yo quiero que se esté así hasta que yo vuelva, quid ad te? ¿qué te toca á tí saber esto? Sígueme tú.* Aquí se ha de ponderar:—Lo primero, como Cristo nuestro Señor, levantándose de donde estaba sentado, comenzó á caminar, y dijo solo á san Pedro: Sígueme; para con este hecho confirmar lo que le habia dicho, dándole á entender, que le habia de seguir de otro modo diferente que los demás discípulos, no solamente en la vida evangélica y perfecta que todos abrazaron, sino tambien en el oficio de supremo Pastor, y en el modo de morir en cruz como él murió. Ó dulcísimo Maestro, dí á mi alma: Sígueme en la muerte de cruz, para que muriendo como tú en la tierra, llegue á reinar contigo en el cielo.

2. *Modo de vocacion para seguir á Cristo.*—Lo segundo, se ha de ponderar como san Juan, sin decirle Cristo nuestro Señor nada, comenzó tambien á seguirle, porque la fuerza del amor que tenia á Cristo le llevaba tras él, y no le consentia apartarse de su compañía, y tambien la santa envidia de ver que Pedro le seguia; en lo cual se nos representa un modo de vocacion ó llamamiento para seguir á Cristo sin palabras exteriores, el cual nace parte del amor y deseo de estar siempre con él, parte de ver el buen ejemplo de los que le siguen; especialmente cuando son nuestros amigos y conocidos, cuya conversion y mudanza de vida ayuda mucho á la nuestra.

Y este modo tambien agrada á Cristo nuestro Señor, así como le agradó que san Juan le siguiese en este caso; y el mismo Señor interiormente le llamó, y le traia, diciéndole en el corazon: Sígueme, aunque no se lo dijo con la boca.

3. Lo tercero, se ha de ponderar que aunque san Pedro con celo de amistad, porque amaba á san Juan, deseó saber lo que habia de ser de él, y si habia de morir muerte de cruz, ó no: con todo eso Cristo nuestro Señor le reprendió; porque este deseo iba mezclado con curiosidad demasiada, pretendiendo saber lo que no le tocaba, y lo que es oculto á solo Dios, cuando él no lo revela, y así le dijo: *Puesto caso que yo quiera se quede así Juan hasta la fin del mundo, cuando venga á juzgarle, ¿qué te va á ti? Sígueme tú.* Que es decir: No pertenece á tí ese cuidado, sino á mí que le amo, y tengo providencia de todo lo que le toca: lo que á tí toca es seguirme del modo que te he dicho. En lo cual nos da tres avisos.-El primero, que no nos entrometamos curiosamente en saber lo que no nos toca, con ningun título aparente de amistad humana.-El segundo, que en tales casos dejemos á la Providencia divina el cuidado de lo que pertenece á nuestros deudos y amigos, fiándonos de que Dios mirará por ellos.-El tercero, que, dejados los cuidados ajenos, atendamos á lo que nos toca, que es seguir á Cristo en el modo de vida para que nos ha escogido, pues este cuidado basta para todo el hombre, y en este se suman todos, porque si yo tengo cuidado de seguir á Cristo, él le tendrá de mí, hasta llevarme consigo al eterno descanso de su gloria. Amen.

MEDITACION XIV.

DE LA APARICION Á TODOS LOS DISCÍPULOS EN EL MONTE DE GALILEA, Y DE LAS COSAS QUE LES MANDÓ Y PROMESAS QUE LES HIZO.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Los once discípulos partiéronse á Galilea al monte que Jesús les habia señalado; y viéndole allí, le adoraron, aunque algunos dudaron.* (*Matth.* XXVIII, 16). Aquí se ha de ponderar: -Lo primero, como los once Apóstoles partiéndose para Galilea por mandamiento de Cristo nuestro Señor, iban por el camino con grande gozo, con esperanzas de verle mas despacio, y por inspiracion del mismo Señor iban dando noticia de su resurreccion á todos los discípulos que estaban derramados por Galilea, de los cuales, como lo apunta san Pablo (I *Cor.* XV, 6), se recogieron mas de quinientos,

y subieron al monte señalado, que se cree fue el monte Tabor, esperando allí la visita de su Maestro. En lo cual se nos representa la caridad y celo de los Apóstoles en convocar á sus condiscípulos para que gozasen de esta dichosa vista, y tambien el fervor con que aquella multitud unida en caridad subió al monte, dándonos á entender, que si yo quiero ver á Cristo con la vista de la contemplacion, y conocer sus misterios con luz celestial, he de procurar subir al monte de la vida perfecta, y anhelar á la cumbre de la caridad y union fraterna, porque esto es lo que mas dispone para alcanzarla.

2. Lo segundo, ponderaré cuán liberalmente cumplió Cristo nuestro Señor la promesa que hizo á sus Apóstoles, de que se les mostraria en el monte de Galilea; y es de creer que les descubriria algo de su gloria y resplandor, como descubrió á los tres, delante de quien se transfiguró en aquel mismo monte. ¡Oh qué contentos y hartos quedaron aquellos santos varones, y cuán de buena gana dijeran aquellas palabras que dijo san Pedro en la transfiguracion: *Domine, bonum est nos hic esse:* Señor, bueno es quedarnos aquí contigo, si no es que otra cosa ordenes de nosotros. Todos los Apóstoles le adoraron y reconocieron por su Dios; y si algunos dudaron, fueron de los otros discípulos mas imperfectos que al principio tuvieron alguna duda, pero con su presencia se la quitó, llenando á todos de alegría.

Punto segundo.— 1. *Acercándose á ellos Jesús, les dijo: Dada me es toda potestad en el cielo y en la tierra: id por todo el mundo, enseñad á todas las gentes, y predicad el Evangelio á toda criatura.* Aquí se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor, por los méritos de su pasion y muerte alcanzó, en cuanto hombre, toda la potestad en el cielo y en la tierra; porque aunque era suya en cuanto Dios, y por otros muchos títulos, se le debia por la union hipostática, y por ser cabeza de Ángeles y hombres: pero tambien quiso ganarla por su punta de lanza, y por esto dijo á sus discípulos: Ahora se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. La potestad en el cielo, es para abrir sus puertas, y admitir dentro de él á los hombres, distribuyéndoles las sillas celestiales, y para mandar á los Ángeles todo lo que quisiese en bien de sus escogidos. La potestad en la tierra, es para perdonar los pecados, trocar los corazones, y repartir sus gracias y dones espirituales con nosotros; y ambas cosas cumplió en subiendo al cielo, llevando consigo, como dice David, cautiva la cautividad de las almas justas, y repartiendo dones á los hombres. Gózome, Salvador mio, de vuestra soberana potestad; y doy muchas gracias al eterno Padre que os la dió, pues con tanta justicia la ha-

beis ganado. Alégrate, ó alma mia, de tener tan poderoso Redentor, y no dudes de servir á quien puede hacer cuanto quisiere en el cielo y en la tierra. Ó Salvador mio, ¿qué tengo yo en el cielo? y fuera de tí, ¿qué otra cosa quiero yo sobre la tierra? (*Psalm.* LXXII, 25). Tú me bastas por todas las cosas, pues en tí, que todo lo puedes, las tengo todas.

2. Luego consideraré, como usando Cristo nuestro Señor de esta potestad, mandó á sus Apóstoles que fuesen por todo el mundo, y enseñasen á todas las gentes, no solo á los hebreos sino á los gentiles, y no solo á los nobles y poderosos, sino á cualesquiera, por viles que fuesen, predicando el Evangelio á toda criatura, dando á todos noticia de los artículos de nuestra fe, así los que pertenecen á la divinidad y trinidad, como los que pertenecen á la humanidad. En lo cual se echa de ver como la voluntad de Cristo nuestro Señor es, como dice san Pablo (I *Tim.* II, 4), que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad. Porque como la bondad del Padre celestial se muestra en que este sol corporal nazca para buenos y malos, y la lluvia caiga sobre justos y pecadores (*Matth.* V, 45), así la caridad de su Hijo se descubre en que el sol de su Evangelio alumbre á todos los hombres del mundo, y la lluvia de su doctrina riegue los corazones humanos de toda la tierra, sin hacer diferencia de unos á otros, ni sin aceptar personas; porque todas son sus criaturas. Ó Padre amorosísimo, pues soy criatura tuya, alumbra este mundo abreviado que criaste, dando luz á todas mis potencias, y riégalas con el rocío de tu soberana doctrina, para que conozca á tí solo Dios verdadero, y al que enviaste al mundo Jesucristo tu Hijo (*Ioan.* XVII, 3), de tal manera, que obrando conforme á este conocimiento, alcance la vida eterna. Amen.

PUNTO TERCERO.-*Del Bautismo.*— 1. *Bautizadles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles á guardar todas las cosas que os he mandado.* (*Matth.* XXVIII, 19). Aquí se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor despues que mandó á sus Apóstoles que enseñasen las cosas de la fe á todos los hombres, que era como catequizarles y disponerles para el Bautismo, les mandó otras dos cosas.-La primera fue, que los bautizasen en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; con lo cual trocó el rigor de la circuncision en la blandura del Bautismo, así como trocó las leyes, cuya entrada eran; porque la circuncision era puerta y entrada de la ley vieja, que era ley de temor y de siervos, y así los cauterizaba y señalaba con una señal exterior, dolorosa y afrentosa, cor-

tando parte de su carne, con derramamiento de sangre. Pero el Bautismo es puerta y entrada de la ley nueva, que es ley de gracia y de amor, ley de hijos, escrita principalmente en sus corazones; y así los señala con un lavatorio blando de agua, en señal del lavatorio interior del alma, donde les imprime el carácter ó señal del Cristianismo, y les comunica la gracia y caridad propia de hijos.

2. De aquí es que este Bautismo se da en nombre de la santísima Trinidad, porque todas tres Personas hacen maravillosos efectos en el bautizado. El Padre le toma por hijo adoptivo, heredero de su cielo, recibiéndole debajo de su proteccion. El Hijo de Dios le toma por hermano, y compañero de su herencia, y de los merecimientos y frutos de su pasion, recibiéndole por su discípulo y amigo muy querido. El Espíritu Santo toma el alma por esposa suya, adornándola con las dotes de las virtudes sobrenaturales, desposándola consigo en fe y caridad, y misericordia muy copiosa. (*Osee*, II, 19). Y toda la santísima Trinidad la toma por su templo y morada, entrando dentro de ella con deseo de permanecer para siempre en ella, y de unirla consigo con union de amor, á semejanza de la union que tienen las tres divinas Personas en su divina esencia. Estos son los nombres gloriosos que Isaías llama nombres nuevos (*Isai.* LXII, 2), que pone Dios al bautizado, y al cristiano que está unido con Cristo, y es hijo, amigo, compañero y discípulo suyo, y su alma esposa de este Dios infinito. Alábente, Señor, todas las jerarquías de los Ángeles, por las innumerables mercedes que has hecho á los hombres, y les haces por medio de este soberano Sacramento. ¿Con qué te pagarémos la suavidad que tienes con nosotros, habiéndolas tú comprado con tu preciosa sangre? Tu cuerpo fue cauterizado con terribles llagas para ungir mi alma en el Bautismo con excelentes gracias, vistiéndola con la vestidura de tu gracia; mas ¿qué digo de tu gracia? Tú mismo eres su vestidura, pues como dice tu Apóstol: Todos los que hemos sido bautizados en Cristo nos habemos vestido de Cristo (*Galat.* III, 27), y pues siendo sumidos en el agua salimos renovados con tu gloriosa resurreccion (*Rom.* VI, 3), confirma en mí lo que has comenzado, renovando la dignidad que me diste en el Bautismo, para que llegue á gozarla cumplidamente en la gloria. Amen.

3. La segunda cosa que les mandó fue, que enseñasen á los bautizados, como habian de guardar todas las cosas que les habia mandado; como quien dice: No se han de contentar con ser bautizados, sino tambien han de vivir vida digna de la fe y gracia que les doy en el Bautismo, guardando, no los preceptos y ceremonias que

mandó guardar Moisés en su ley escrita, porque todo eso está ya abrogado, sino todas las cosas que yo os mandé cuando publiqué mi ley evangélica. De suerte, que por este mandato Cristo nuestro Señor quitó de nuestras cervices el yugo pesado de la ley vieja, de quien dice san Pedro en nombre de todos los Apóstoles (*Act.* xv, 10): que ni ellos, ni sus padres le pudieron llevar; y en su lugar nos pone el yugo suave, y la carga ligera de la ley evangélica, con obligacion de que guardemos todos sus preceptos sin quebrantar ni uno solo. Gracias te doy, ó dulcísimo Maestro, por haber trocado el yugo pesadísimo de Moisés en el yugo suavísimo de tu Evangelio (*Matth.* xi, 30), para descanso de nuestras almas. Justo es, Señor, que yo cumpla todos sus preceptos, pues son pocos y suaves, puestos por tí, á quien tanto debo, por lo mucho que has hecho y padecido por mí. Deseo guardarlos, y enseñar á otros que los guarden, pues tú dijístes, que quien hiciese y enseñase, seria grande en tu reino: ayúdame con tu doblado espíritu, para cumplir ambas cosas que aquí has mandado.

Punto cuarto. — 1. *El que creyere, y fuere bautizado, será salvo: el que no creyere, será condenado.* (*Marc.* xvi, 16). Esta promesa y amenaza añade Cristo nuestro Señor, para alentarnos al cumplimiento de lo que manda. No promete ni amenaza bienes ó males corporales y temporales, como en la ley vieja, sino bienes ó males espirituales y eternos, que son gozar de la salvacion que nos ganó con su pasion y muerte, ó carecer de ella para siempre; que es decir: El que creyere y fuere bautizado, y cumpliere lo demás que os he mandado, alcanzará perdon de sus pecados, salud espiritual de su alma, por mi gracia, y despues la vida eterna; y quien no creyere, perderá todo esto; y asimismo quien crue con la fe (*Tit.* i, 16), pero con las obras niega conocer á Dios, tambien será condenado. Porque no conforma la vida con la creencia, ni cumple con la obra lo que prometió en el Bautismo. Ó Dios de mi alma, descúbreme los tesoros innumerables que están encerrados en esta palabra, *será salvo*, para que el amor de ellos me solicite á cumplir todo lo necesario para salvarme. Y tambien me descubre el abismo de miserias que está encerrado en esta palabra, *será condenado*, para que me aguije el temor de tan terribles males, cuando no me despertare el amor de los celestiales bienes.

2. Tambien ponderaré la infinita caridad y liberalidad de Cristo nuestro Señor, que resplandece en no haber dicho: Quien no creyere, si fuere bautizado, le condenará, sino solamente: Quien no

creyere; para enseñarnos, que aunque es verdad que quien deja el Bautismo por desprecio ó notable descuido, se condenará, porque quien no nace de agua y Espíritu Santo, no puede entrar en el cielo (*Ioan.* III, 5); pero cuando el hombre tiene deseo de recibirle, y sin culpa suya no puede, no se condenará, si tiene viva fe y dolor de sus pecados, porque ya espiritualmente está engendrado é incorporado con Cristo, en virtud de la contricion y propósito del Bautismo, y no quiso este Señor estrechar la entrada en el cielo á cosa que el hombre capaz de razon, sin culpa suya, no pudiese recibir. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 68, *art.* 2).

PUNTO QUINTO. — 1. *Los que creyeren, harán estas señales y milagros: En mi nombre echarán los demonios; hablarán nuevas lenguas; quitarán las serpientes; si bebieren alguna cosa mortal, no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán.* (*Matth.* XVII; *Marc.* XVI, 17). Esta promesa se puede ponderar en tres sentidos: El primero es á la letra de la facultad que dió Cristo nuestro Señor á los fieles para hacer estos milagros cuando conviniese, para la dilatacion de la fe, y conversion de las almas. La cual potestad resplandeció mucho en la primitiva Iglesia; y ahora tambien la concederá, cuando fuere menester para su gloria: y es muy importante, que esta fe y confianza esté viva en nosotros, pues es palabra infalible de este Señor, que si tuviéremos fe como un grano de mostaza, y dijéremos á un monte, que se pase de una parte á otra, se hará, y nada nos será imposible. (*Luc.* XVII, 6).

2. El segundo sentido es de la facultad que el dia de hoy tienen los predicadores, sacerdotes y confesores para obrar estas señales espiritualmente en las almas de los fieles; porque como dice san Gregorio (Homil. 29 in Evang.): Echan de ellos los demonios, cuando los absuelven y libran de sus pecados: hablan en nuevas lenguas, cuando con el espíritu de Cristo y con lenguaje del cielo les predican la doctrina de la verdad: quitan las serpientes, cuando echan de ellos las enemistades y rencores, y las astucias de Satanás: beben el veneno, sin que les dañe, cuando conversan con los malos, y oyen sus maldades, sin que se les pegue mal alguno: ponen las manos sobre los enfermos, y sanan, cuando con sus amonestaciones y ejemplos esfuerzan á los flacos en la virtud. Ó Salvador de las almas, envia muchos obreros por este mundo, que obren tales maravillas, con las cuales la fe se dilate, y la caridad se avive, y la gloria de tu Padre celestial en todo se acreciente.

3. El tercer sentido es de la potestad que tiene cada uno de los

fieles para obrar en sí mismo tales señales, en virtud de Cristo, porque, como dice san Bernardo (Serm. 1 de Ascens.), echamos los demonios de nosotros, cuando tenemos contricion y perfecto dolor de nuestros pecados: hablamos nuevas lenguas, cuando dejamos el lenguaje del viejo Adan terreno, y hablamos el lenguaje del nuevo Adan celestial, ocupándonos en la accion de gracias, y en las divinas alabanzas, y en hablar siempre de cosas agradables á Dios: quitamos las serpientes, cuando apartamos de nosotros las ocasiones de tornar á pecar, y todo lo que nos puede emponzoñar en el corazon: bebemos el veneno, sin que nos dañe, cuando mal que nos pese sentimos las sugestiones y tentaciones de la carne, pero no consentimos con ellas: ponemos las manos sobre los enfermos, y sanan, cuando curamos las enfermedades de nuestra alma, y sus pasiones, con el ejercicio de las buenas obras, y de las penitencias y mortificaciones. Estas son las señales de los que creen como han de creer; las cuales pueden hacer no en su nombre, sino en el nombre y virtud de Cristo. Ó Cristo poderosísimo y fidelísimo, en tí creo, y en tí espero, y así en tu nombre quiero comenzar estas maravillas, fiándome de tu misericordia, que conforme á tu promesa, me ayudarás para obrarlas.

MEDITACION XV.

DE OTRA PROMESA QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SUS DISCÍPULOS DE ESTAR CON ELLOS HASTA LA FIN DEL MUNDO.

Punto primero. — 1. Dichas las cosas que quedan referidas, añadió Cristo nuestro Señor: *Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi.* (*Matth.* XXVIII, 20). *Mirad que yo estoy con vosotros todos los dias, hasta la fin del mundo.* Esta promesa es de las mas regaladas y gloriosas que Cristo nuestro Señor hizo á sus Apóstoles: y en cada palabra de ella hay mucho que considerar, ponderando quién es la persona que hace esta promesa; qué causas le mueven; cómo la cumple; con qué personas; con qué continuacion, y por cuánto tiempo; porque todo esto se toca en las palabras propuestas, y la primera, que es *Ecce*, nos convida á que las consideremos.-Lo primero, se ha de considerar las causas que tuvo Cristo nuestro Señor para decir á sus discípulos que se quedaba con ellos.-La primera, para consolarlos en la ausencia que habia de hacer, subiéndose al cielo, y en la ausencia que sentian no viéndole si no es de tarde en tarde en estos cuarenta dias, como quien dice:

Aunque yo me voy al cielo, y aunque ahora os veo pocas veces, pero sabed y tened por cierto que estoy con vosotros invisiblemente. No os dejaré huérfanos sin padre, y sin consolador, porque aunque no me veais, estoy con vosotros siempre tan presente, como si me viéseis.

2. La segunda causa fue, para esforzarlos en la empresa que les encargaba, enviándoles por el mundo á predicar y bautizar, y hacer milagros, asegurándoles, que siempre andaria con ellos para su ayuda; como si les dijera: No desmayeis por veros flacos para tan alta empresa, porque yo mismo estoy siempre con vosotros, fortaleciendo vuestra flaqueza: y yo tengo de hacer estas obras en vosotros, y os acompañaré donde quiera que fuéreis, sin apartarme de vuestro lado. — La tercera causa fue, para avivarlos en la ejecucion de todo lo que les mandaba, porque sabiendo que estaba con ellos presente mirando como trabajaban en su oficio, esta memoria les haria cuidadosos y diligentes en hacerle sin faltas é imperfecciones, antes con toda la perfeccion que pudiesen, como quien estaba á la mira de su Maestro y Señor, á quien deseaban agradar.

3. Estas tres razones tengo de aplicar á mí mismo, imaginando como es verdad que por ellas me dice Cristo nuestro Señor: *Ecce ego tecum sum*, mira que yo estoy contigo presente, como consolador, y como ayudador, y como testigo de lo que haces. Por tanto nunca te olvides de mí, sino siempre acuérdate que yo estoy contigo en tus trabajos para consolarte; en tus ministerios y oficios para ayudarte, y en todas tus obras para juzgarte y galardonarte. Ó dulcísimo Señor, si tú estás conmigo, ¿qué me puede faltar? Ó Dios invisible, concédeme que viva como si siempre te viera. No me dejes huérfano, pues eres mi padre, ni me dejes desconsolado, pues eres mi consolador; asiste siempre conmigo, pues sabes que sin tí nada puedo, y contigo lo podré todo; y advirtiendo que me miras, se avivará mi tibieza con tu presencia.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la grandeza de esta promesa que se encierra en estas tres palabras: *Ego vobiscum sum*: yo estoy con vosotros. Pondera lo primero, quién es este que dice, yo. No dice como á Moisés (*Exod.* XXIII, 20): Yo enviaré mi Ángel que vaya delante de tí, y te guarde en el camino, y te entre en la tierra de los cananeos, sino yo mismo, dice, estoy con vosotros, y os acompañaré en vuestra jornada, y os guardaré y entraré en la tierra de los gentiles. Yo Dios omnipotente, infinito y eterno, á cuya voluntad ninguno puede resistir. Yo vuestro Salva-

dor que vencí al demonio, despojé al infierno, y he destruido el reino del pecado y la tiranía de la muerte. Yo á quien ha sido dada toda la potestad en el cielo y en la tierra (*Matth.* XXVIII, 18), os envío por el mundo como mi Padre me envió á mí, asistiendo con vosotros, como él asistió conmigo: yo vuestro Maestro y protector, cuyo poder, liberalidad y amor habeis experimentado, y soy el mismo que solia: yo estoy con vosotros, y soy vuestro compañero invisiblemente, como hasta aquí lo he sido corporalmente.

2. *Modos de estar Dios con nosotros.* —Y en decir, *Vobiscum sum*, abraza todos los modos que hay de estar con ellos.—El primero es comun á todas las criaturas con las cuales está presentísimo, dándolas el ser, vida y movimientos que tienen.—El segundo es comun á todos los justos, con los cuales está por gracia dándoles la vida sobrenatural y las virtudes.—El tercero es especial á los muy escogidos, con los cuales está con particular providencia, cuidando de ellos, y obrando por ellos obras grandes y maravillosas.—El cuarto es por el santísimo Sacramento del altar, en el cual asiste real y verdaderamente, en cuanto Dios y en cuanto hombre, para ser nuestra comida y sustento espiritual. De todas estas maneras está Nuestro Señor en su Iglesia cuidando de ella y gobernándola, como el rey está en su reino, el piloto en su navío, el padre de familias en su casa, y el maestro en su escuela; y todo esto promete cuando dice: yo estoy con vosotros: esto es, con vosotros que representais mi Iglesia universal, y con vosotros que sois mis discípulos queridos, y con todos los que os imitaren y siguieren. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por tan liberal y magnífica promesa como haces á tu Iglesia, y á los discípulos de tu escuela! Dichosos aquellos con quien estás con tan regalados modos de presencia! ¡Oh si siempre estuvieses conmigo de esta manera, para que siempre yo estuviese contigo, sirviéndote y amándote, sin apartarme de tí por todos los siglos! Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la continuacion y duracion de esta presencia, que se declara en las dos palabras postreras: *Todos los dias, hasta la fin del mundo.* De suerte que Cristo nuestro Señor está con nosotros, no dias interpolados, un dia sí y otro no, sino todos los dias y todas las horas y momentos del dia: y no por tiempo limitado de mil ó dos mil años, sino hasta que el mundo se acabe; en lo cual nos asegura que su Iglesia durará hasta la fin del mundo, y por consiguiente sus leyes, Sacramentos y sacrificios; y así que el dia de hoy está con nosotros, y el de mañana estará tambien hasta el dia postrero; y acabado el mundo, estará

con los suyos mucho mejor, por otro modo mas excelente que dure toda la eternidad. Por todo lo cual tengo de dar gracias á este Señor, y suplicarle me haga participante de esta merced, que siempre en todo tiempo y lugar esté conmigo, sin apartarse ni un solo momento de mí, hasta la fin de mi vida, proponiendo no me apartar, ni olvidar de él en cuanto me fuere posible, acordándome de lo que dice san Agustin (*In Manuali*, *c.* 29; *D. Bern.* de interiori domo, *c.* 9): *Sicut nullum est momentum, quo homo non fruatur, vel utatur pietate divina, sic nullum debet esse momentum, quo eum praesentem non habeat in memoria.* Como ningun momento de tiempo hay, en el cual el hombre no goce y se aproveche de la divina piedad; así no ha de haber momento, en el cual no le tenga presente en su memoria. Justo es, Dios mio, que pues tú siempre estás conmigo, y me tienes presente delante de tí; yo tambien siempre esté contigo, y te tenga presente delante de mí. Mas porque esto excede á mis flacas fuerzas, concédeme por tu gracia lo que deseo, pues con ella me será fácil lo que sin ella no puedo.

MEDITACION XVI.

DE VARIAS APARICIONES QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SUS DISCÍPULOS, LOS CUARENTA DIAS QUE ESTUVO CON ELLOS, Y DEL MODO COMO ESPIRITUALMENTE VISITA LAS ALMAS, FIGURADO POR ESTAS APARICIONES.

PUNTO PRIMERO.— 1. Demás de las apariciones que quedan referidas, es cierto haber habido otras muchas, por lo que dice san Lucas (*Act.* I, 3; *D. Thom.* 3 *p. q.* 55, *art.* 5 *et* 6): *Que á sus discípulos se mostró vivo con muchas señales, por cuarenta dias, apareciéndoseles, y hablándoles del reino de Dios.* En las cuales palabras se han de considerar algunas cosas que tocan á estas apariciones, ponderando juntamente el espíritu que está en ellas, en cuanto representan las visitas espirituales que Cristo nuestro Señor hace invisiblemente á las almas.—Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, por espacio de estos cuarenta dias, aunque estaba siempre con sus discípulos invisiblemente, al modo que queda referido, pero de cuando en cuando, para su consuelo, se les mostraba vivo, resucitado y glorioso, probándoles con varios argumentos muy eficaces, ser el mismo que habia muerto. Unas veces dándoles á tocar sus llagas, otras comiendo con ellos, otras haciendo algunos milagros, como entrar cerradas las puertas, pescar muchedumbre de grandes

peces, y otras alegándoles razones y testimonios de las divinas Escrituras que hablan de esto; y de esta manera los alentaba y consolaba cada vez que se les aparecia.

2. Esto mismo hace Cristo nuestro Señor con las almas de sus escogidos, con las cuales, al modo arriba dicho, está invisiblemente todo el tiempo de su vida, figurado, como dice san Agustin (Lib. 2 de consensu Evang. *c.* 4; *D. Thom.* 3 *p. q.* 55, *art.* 3), por estos cuarenta dias, pero de cuando en cuando se les aparece; esto es, las visita interiormente, y las regala y consuela, dándoles algunas señales y testimonios de su presencia, con especiales inspiraciones y afectos de amor, con dulzuras y devocion sensible, que es refeccion del espíritu, con mudanzas maravillosas que obra dentro del corazon, y con ilustracion é inteligencia de verdades de la Escritura que les comunica. Por estos argumentos, *Praebet seipsum vivum,* se les muestra vivo; y conocen que quien está dentro de ellas es Dios vivo; y que como vivo obra en ellas tales obras. Y cuando comulgan, algunas veces tambien se les muestra vivo de esta manera, dándoles señales de que han recibido el pan vivo que bajó del cielo: porque les comunica alguna luz, ó amor, ó deseos y propósitos de nueva vida, dolor de pecados y afectos encendidos de devocion, por los cuales conocen que lo que han recibido no es pan solo, ni cosa muerta, sino viva. Ó Dios invisible, presentísimo y ausentísimo, que á veces te escondes de manera, que parece estás muy ausente, y á veces te descubres de modo que echamos de ver que estás muy presente; ven, Señor, á mi alma, y visítala con tu dulce presencia, muéstrateme como Dios vivo y verdadero, haciendo en mí tales obras, que dén testimonio de quién tú eres. Ó Amado de mi corazon, concédeme que de tal manera te reciba en el Sacramento, que luego eche de ver que he recibido pan vivo y pan de vida (*Psalm.* XLI, 3): mi alma ha tenido sed de tí, Dios fuerte y vivo, no la dejes, Señor, hambrienta y sedienta, no quede seca y desmedrada, como si hubiera recibido cosa muerta.

3. De aquí tengo de sacar algunos avisos. -El primero, que aunque Dios está presente en todo lugar y dentro de mí; pero por mi culpa no se me muestra como Dios vivo, ni siento efecto de su presencia, ni me acuerdo de él mas que si no estuviera presente, ó como si fuera cosa muerta; y así he de procurar quitar las culpas y congojosos cuidados que me impiden tanto bien. -El segundo, que muchas veces comulgo, y no siento que he recibido á Dios vivo, antes me quedo como si hubiera recibido cosa muerta, porque mi ruin dis-

posicion no merece que Cristo nuestro Señor me consuele, ni obre en mí señales de su viva presencia. - Lo tercero, que los argumentos que da Dios de su presencia, son argumentos de Dios vivo y verdadero, á diferencia de otros que suele contrahacer el mal espíritu, transfigurado en ángel de luz, y con máscara de Dios, siendo Dios falso y fingido. Y así tengo de suplicarle, que cuando me hiciere merced de visitarme, sea con efectos propios suyos, librándome de los engaños de Satanás, y de los que suele tramar mi propio juicio errado y desatinado.

Punto segundo. —1. Lo segundo, se ha de considerar como en estas apariciones Cristo nuestro Señor hablaba con sus discípulos del reino de Dios. Unas veces trayéndoles á la memoria algunas cosas que les habia dicho antes de su muerte. Otras veces descubriéndoles nuevos misterios, y secretos pertenecientes á los Sacramentos y sacrificios, y modos del culto divino, de los cuales muchos se conservan ahora por tradicion. Otras veces, como maestro, les declaraba las divinas Escrituras, dándoles luz para que las entendiesen. Finalmente nunca les hablaba de cosas vanas, ó curiosas, ó impertinentes, sino solamente de las que pertenecian al reino de Dios, esto es, á la justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, para bien de su Iglesia. (*Rom.* XIV, 17). Y en estas pláticas algunas veces les reprendia, por su incredulidad y dureza. Otras veces les alentaba y esforzaba, y les abrasaba el corazon en su amor; pero siempre les dejaba con paz y consuelo, sin que se cansasen de oirle hablar.

2. Esto mismo hace Cristo nuestro Señor cuando espiritualmente visita las almas, á las cuales siempre en estas visitas habla algunas palabras al corazon, conforme á lo que dice David (*Psalm.* LXXXIV, 9): Oiré lo que habla en mí el Señor, porque hablará paz para su pueblo. Y á lo que dice por Oseas (*Oseo*, II, 14): Llevaréla á la soledad, y hablaréla al corazon. Estas palabras son por inspiraciones é ilustraciones secretas, en las cuales no les dice cosas vanas, ni curiosidades impertinentes, sino solamente las que pertenecen al reino de Dios, á la justicia y santidad, y ejercicio de las virtudes, á la paz de la conciencia con Dios, consigo y con sus prójimos, y al gozo puro en el Espíritu Santo, descarnado del gozo sensual y mundano. Unas veces les trae á la memoria cosas que han leido ú oido, dándoles vivo sentimiento de ellas. Otras veces les descubre nuevas verdades, y les infunde nuevos afectos, que nunca habian tenido: unas veces les reprende de sus faltas y tibiezas; otras les exhorta y alienta á la perfeccion. Y por estas pláticas tambien se descubre que

es Cristo el que habla, porque las pláticas del espíritu del demonio, mundo y carne son muy contrarias á estas. (*En el punto 3.° se dirá de esto*). Ó amantísimo Salvador, ven al alma de tu siervo, visítala, y háblala al corazon, como sueles, del reino de Dios, para que cobre cada dia nueva estima y amor de este reino, y nunca cese de buscarle, hasta que le alcance con perfeccion en esta vida, y despues le vea y goce claramente en la otra.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar algunas propiedades de las visitas de Cristo nuestro Señor, que resplandecen en estas apariciones que hizo á sus Apóstoles. - La primera, estas apariciones no eran continuas sino interpoladas, y de cuando en cuando, aunque á unos con mas frecuencia que á otros, por su mejor disposicion, y por el mayor deseo de ver á Cristo. Es de creer que á la Vírgen nuestra Señora apareceria cada dia, ó muy á menudo: á san Pedro mas veces que á otros, por su mayor fervor y amor. Así tambien las visitas de Cristo nuestro Señor á las almas son interpoladas, ó menos frecuentes, conforme á la voluntad del Señor que las visita, y á la dignidad y fervor de la que ha de ser visitada: y así á mi cuenta está tener siempre, como los Apóstoles, un ardiente deseo de ver á Cristo nuestro Señor, y gozar de su presencia y visita interior, no por mi solo gusto, sino porque le amo, y querria estar siempre con él, por el grande bien que de aquí resulta; y como la Esposa puede decir á los Ángeles, y almas de los bienaventurados (*Cant.* v, 8): Adjúroos, hijas de Jerusalen, que si halláreis á mi Amado, le digais como estoy enfermo de amor; deseando su dulce presencia, para confortar con ella mi flaqueza.

2. La segunda propiedad es, que estas apariciones eran de repente, y cuando menos pensaban los Apóstoles; duraban poco tiempo, y á veces de repente se les desaparecia, como á los discípulos de Emaús, dejándolos, como dicen, con la miel en la boca. Así tambien las visitas interiores suelen venir de repente, y cuando mas descuidados estamos: y tambien suelen durar poco tiempo, y de repente se acaban, porque quiere Nuestro Señor que andemos en esta continua mudanza, colgados de su misericordia, y que un poco le veamos (*Ioan.* xvi, 16), y otro poco no le veamos; un poco estemos alegres con su presencia, y otro poco tristes con su ausencia, y deseosos de que vuelva. Y así dice san Bernardo (Serm. 32 in Cant.), que en esta vida puede haber alegría con la presencia del Esposo, pero no hartura, porque aunque nos alegra su visita, pero molestanos la mudanza; y cuando viene, *Est rara hora, brevis mora* (*Apoc.* viii, 1;

D. Greg. Lib. XXX Moral. *c.* 12), es pocas veces, y por poco tiempo, porque este silencio que se hace en el cielo del alma justa, apenas dura media hora. En lo cual nos hemos de conformar con la divina voluntad, ciertos de que todo va encaminado á nuestro mayor provecho.

3 La tercera propiedad es, que así como las apariciones no eran siempre á un mismo tiempo, ó lugar, ó en una misma ocupacion, sino en diferentes, porque á la Magdalena se le apareció en el huerto, junto al sepulcro; á dos discípulos en el camino de Emaús; y á los once Apóstoles en el cenáculo; á otros siete á la ribera del mar, y á otros en el monte de Galilea; así tambien las visitas interiores no tienen lugar, ni tiempo, ni ocupacion determinada; porque suelen suceder en la oracion, y en la leccion espiritual, en la mesa, ó en el ejercicio de alguna buena obra: á veces en el recogimiento y en el dia de fiesta, y á veces en el campo y en el dia de trabajo, porque quiere Nuestro Señor que en todo tiempo, lugar y ocupacion estemos aparejados de tal manera, que no pongamos impedimento á su visita y consolacion, y que siempre estemos colgados de su providencia, porque, *spiritus ubi vult spirat* (*Ioan.* III, 8), el espíritu inspira donde quiere, visitándonos con sus inspiraciones, en el lugar y tiempo y ocasion que le parece.

4. La cuarta propiedad es, que en estas apariciones algunas veces precedian visitas de Ángeles, otras veces se mostraba Cristo nuestro Señor en diversa figura y traje, y poco á poco se iba manifestando; y otras veces de repente se manifestaba del todo, ya con mucho resplandor, como á la Vírgen nuestra Señora, ya con poco, conforme á la disposicion de las personas á quien se aparecia; de la misma manera en las visitas espirituales de las almas comunica Nuestro Señor la luz y conocimiento de su divina presencia, y los demás favores interiores, en varios modos, conforme á la ordenacion de su eterna sabiduría, y á la disposicion de las almas á quien visita. Lo que de nuestra parte hemos de procurar, es un ánimo generoso y confiado, esperando y deseando de Nuestro Señor, no menos que á él mismo, y pidiéndole siempre lo mejor, y lo que mas le agrada, porque esta grandeza de confianza y esta generosidad de corazon, como dice san Bernardo (Serm. 32 in Cant.), alcanza de Dios grandes cosas, á imitacion de un Moisés, que dijo á Dios: *Ostende mihi teipsum* (*Exod.* XXXIII, 18): muéstrateme á tí mismo, y oyó por respuesta: *Ego osténdam omne bonum tibi;* yo te mostraré todo el bien. Y de un David que decia (*Psalm.* XXVI, 8): Á tí dijo

mi corazon, mi rostro te buscó, y tu rostro buscaré; y con esta determinacion llegó á tanta alteza, que vino á decir (*Psalm.* LXXII, 25): ¿Qué tengo yo en el cielo; y fuera de tí, qué otra cosa deseo yo sobre la tierra? Estos y otros afectos semejantes puedo despertar en mi corazon, diciendo á Cristo nuestro Señor, unas veces como san Felipe (*Ioan.* XIV, 8): Señor, muéstranos á tu Padre, y bástanos. Otras veces como la Esposa (*Cant.* I, 6): Ó Amado de mi alma, muéstrame dónde apacientas, y sesteas á mediodía; descúbreme con tu lumbre celestial el lugar donde al mediodía con ferviente amor dormiste el sueño de la muerte, y á donde con luz clara, como de mediodía, manifiestas á los bienaventurados tu soberana gloria. Y descúbreme tambien los caminos del fervor, para que aproveche y crezca en tu servicio, sin parar hasta que llegue á la luz del perfecto dia. (*Prov.* IV, 18). Amen.

MEDITACION XVII.

DE LA APARICION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SUS APÓSTOLES EL DIA DE LA ASCENSION.

PUNTO PRIMERO. — 1. Llegado el dia que Cristo nuestro Señor habia determinado subirse á los cielos, como habia amado á los suyos, que estaban en este mundo, al fin les dió mayores señales de amor; y para esto aquel dia se apareció á los discípulos en el cenáculo, estando comiendo, y comió con ellos amigablemente (*Act.* I, 4), con grandes muestras de amor; y luego les dijo como aquel dia se habia de partir para su Padre: y es de creer, que para consolarlos de la tristeza que esta nueva les causó, renovó algunas de las razones que les dijo en el sermon de la cena.-Lo primero, les diria (*Ioan.* XIV, 2): *Voy á aparejar lugar para vosotros, y otra vez vendré y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy esteis vosotros.* Como quien dice: Yo subo al cielo, para abrir sus puertas y dar entrada á los justos que le han merecido, para que gocen de las moradas que están aparejadas en la casa de mi Padre: alegraos, que yo volveré por vosotros en la hora de vuestra muerte, y os llevaré conmigo, poniéndoos en el lugar que mi Padre os tiene señalado. Ó Amado mio, subid en hora buena al cielo, pues es vuestro, y para Vos principalmente fue criado; pero no os olvideis de volver por mí, para que yo llegue á estar donde Vos estais, ayudándome con vuestra gracia, para que sea digno de que me admitais en vuestra gloria.

nas (*Iacob.* I, 17); y porque toda dádiva buena y todo don perfecto viene de arriba, del Padre de las lumbres, que mora en las alturas. De donde sacaré dos avisos. El primero, que importa mucho fundarme en humildad, reconociendo mi desnudez y flaqueza, porque de mi cosecha ni tengo vestiduras, ni armas bastantes, ni me puedo vestir de ellas si otro no me viste, como á un niño. Y por esto Cristo nuestro Señor no dijo, estaos quedos hasta que os vistais, sino hasta que seais vestidos.

4. El segundo aviso es, que es temeraria presuncion salir á estas graves empresas antes de tener este caudal, y ser vestidos de la virtud de lo alto, porque quien sale á pelear sin armas contra fuertes enemigos, será destruido de ellos. Ó Padre de las lumbres, de quien proceden todos los dones celestiales, pobre soy en tu presencia y niño pequeñuelo, de tal modo, que ni tengo vestidura, ni me la puedo vestir, si tu misericordia no hace lo uno y lo otro conmigo. Vísteme, Señor, con la virtud de lo alto, para que con ella pueda acometer altas empresas de tu servicio, y no permitas que sin ella temerariamente me arroje á lo que no puedo; porque si quiero volar sin alas, en lugar de subir á lo alto, la soberbia me despeñará en lo profundo.-Últimamente, ponderaré que en decirles Cristo nuestro Señor que se estén quedos, hasta que sean vestidos con la virtud de lo alto, les da á entender que en recibiéndola, luego han de salir á su empresa, pues como es vicio de temeridad salir antes de recibir esta virtud, así será vicio de pusilanimidad no salir despues de recibida, como salieron los Apóstoles, y se verá en la meditacion XXIV.

PUNTO TERCERO. — 1. *Dicho esto* (*Luc.* XXIV, 50), *eduxit eos foras in Bethaniam; sacólos fuera de la ciudad á Betania, al monte que se llama de las Olivas.* (*Act.* I, XII). Aquí se ha de considerar como Cristo nuestro Señor dijo á todos los discípulos que estaban en el cenáculo, que se fuesen luego á Betania, al monte de las Olivas, porque desde allí habia de subirse al cielo: no consta si él mismo los sacó y acompañó algun rato, dejándose ver de ellos y no de los otros hombres que pasaban por el camino, ó si se desapareció y ellos se fueron solos. Como quiera que haya sido, los Apóstoles cumplieron luego el mandamiento de Cristo nuestro Señor. Y es de creer que á la salida del cenáculo, se acordarian de la salida que hicieron para el huerto de Getsemaní, que estaba á un lado del monte de las Olivas, llenos de grandes tristezas y congojas, temblando de miedo por los trabajos que esperaban con la muerte de su querido Maestro. Pero

ahora saldrian con grandes ansias, mezcladas de tristeza y alegría, esperando su gloriosa subida al cielo; y con este fervor caminarian con paso apresurado al lugar que les estaba señalado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que Cristo nuestro Señor escogió para subir al cielo el monte Olivete, á donde oró á su Padre con agonía y sudor de sangre, y á donde fue desamparado de sus Apóstoles, entregado por Judas á sus enemigos; preso de los judíos, atado con sogas y hollado con sus piés; y de donde salió á padecer las ignominias de la cruz, quiere subir á gozar las grandezas de su gloria, para que se entendiese que por estos trabajos ganó el cielo que iba á poseer; y para que yo entienda, que si tengo paciencia, lo mismo que fuere principio de mi humillacion lo será de mi exaltacion, y de los trabajos temporales subiré á los descansos eternos. Tambien para esta subida señaló á Betania, que quiere decir casa de obediencia; y al monte de las Olivas, que representa la cumbre de la misericordia y caridad, para significar que todas las cosas que hizo, desde que encarnó hasta que subió á los cielos, fueron por obedecer á su Padre con perfectísima obediencia, en cuya casa siempre vivió, sin apartarse de ella. Y todas tambien fueron por el supremo fin de la caridad y misericordia, para bien de los hombres, por su amor, y por librarlos de sus miserias. Y juntamente nos enseña que el camino para subir al cielo es Betania, y monte de Olivas, casa de obediencia y cumbre de caridad y misericordia, castificando, como dice san Pedro (I *Petr.* I, 22), y pacificando nuestras almas con obediencia de caridad. Ó Hijo unigénito del Padre, que por los caminos de la obediencia y caridad subiste á sentarte á su mano derecha; suplícote me favorezcas, para que toda mi vida more en casa de obediencia, sin apartarme un punto de tu voluntad, procurando siempre subir á lo mas alto de la caridad y misericordia, hasta que llegue á subir contigo á lo alto de tu reino, donde te vea y goce por toda la eternidad. Amen.

MEDITACION XVIII.

DE LA ASCENSION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Estando todos los discípulos y la Vírgen santísima en el monte de las Olivas (*D. Thom.* 3 *p. q.* 57; *Marc.* XVI; *Act.* I), mostróseles Cristo nuestro Señor con un rostro mas resplandeciente y amoroso que solia, y en lugar de los abrazos que se sue-

len dar los que se aman cuando se apartan unos de otros, consintió que todos besasen sus sacratísimos piés y manos, saliendo de sus llagas un olor suavísimo que les confortaria el corazon: llegaria primero la Vírgen nuestra Señora, la cual con título de Madre besaria la llaga del costado, deseando entrar dentro del Hijo, para subirse con él al cielo, si le fuera concedido; mas como estaba muy resignada en la divina voluntad, no queria otra cosa mas de lo que Dios queria. Llegó luego san Pedro y san Juan, y los demás Apóstoles y discípulos, tocándole todos con grande reverencia y devocion.

2. Luego dice san Lucas (*Luc.* XXIV, 50): *Elevatis manibus benedixit eis*, que levantando las manos los bendijo. Dos cosas hizo Cristo nuestro Señor. La primera fue, levantar las manos en alto, para significar que la bendicion que pretendia echarles, no era en bienes de la tierra, sino en bienes del cielo, y que habia sido ganada por su pasion y muerte, levantando las manos en la cruz; y levantó ambas manos, porque ambas fueron clavadas en ella, y para significar la largueza de su bendicion, ofreciéndonos á manos llenas los bienes de gracia y gloria. De donde sacaré grandes afectos de alabanza y agradecimiento, diciendo con san Pablo (*Ephes.* I, 3): Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendicion espiritual en las cosas celestiales, por su Hijo. Ó Cristo benditísimo, por el dolor y amor excesivo con que levantaste tus manos en la cruz para ganarme las bendiciones celestiales, te suplico las levantes ahora para echarme tu copiosa bendicion: concédeme, Señor, que levante yo las mias al cielo, con oraciones y obras tan perfectas, que merezca levantes tú las tuyas, para bendecirme con ellas.

3. Lo segundo, dice san Lucas, que les bendijo, declarando con palabras los bienes que deseaba y pedia para ellos. Y aunque no sabemos las palabras que dijo, ni los bienes que deseó y pidió para ellos, puede ser que haya dicho aquellas palabras con que mandaba Dios que bendijesen á los hijos de Israel (*Num.* VI, 24): Bendígaos el Señor, y él os guarde; muéstreos su divino rostro y tenga misericordia de vosotros; convierta su faz para miraros con buenos ojos, y concédaos su paz para siempre. Ó quizá repetiria parte de la oracion que hizo en el sermon de la cena, que fue la suprema bendicion que les podia echar, diciendo á su eterno Padre (*Joan.* XVII, 11): Padre santo, en tu nombre y con tu virtud guarda y ampara estos que me diste, para que sean una cosa, como yo y tú lo somos; y despues suban á donde yo subo, para que vean la claridad

que me diste y el amor que me tuviste antes de la creacion del mundo; y como la bendicion de este Señor no es de solas palabras sino de obras, haciendo lo que dice, juntamente les llenaria de aquellos bienes celestiales que pedia para ellos. Ó dulcísimo Jesús, á quien todos los ausentes estaban presentes en aquella hora, dadme parte en esta vuestra bendicion, pues de ella está colgado todo mi remedio; no sea yo como el reprobado Esaú, que no alcanzó la bendicion cumplida de su padre Isaac. Bendecidme, Padre mio, por la despedida, no con bendicion de la tierra, sino con bendicion del cielo, porque no me hartan los bienes terrenos, sino solamente los celestiales.

Punto segundo.— 1. Dada la bendicion, comenzó el Salvador poco á poco á levantarse de la tierra. (*Luc.* xxiv, 51). *Et ferebatur in coelum*, é iba subiendo al cielo, no como Elías (IV *Reg.* ii, 11), arrebatado de un carro de fuego, sino con su propia virtud, llevado del fuego de su infinita divinidad y majestad, cuya inclinacion es subir á lo alto, como su propio lugar. Iban con él acompañándole todas las almas de los justos, y muchos coros de Ángeles, que bajaron del cielo para subir con él; los discípulos tenian enclavados los ojos del cuerpo y del alma en su Maestro, con tres afectos encendidísimos.—El primero de admiracion, viendo una cosa tan nueva, como era subir un hombre por los aires con tanta suavidad y facilidad, y con muestras de tanta grandeza.—El segundo de alegría grandísima, gozándose de la gloria de su Maestro y de la divinidad que en él resplandecia. No rasgaron sus vestiduras por tristeza, como rasgó las suyas Eliseo, cuando vió que su maestro Elías era llevado al cielo, antes darian saltos de placer con el gusto de verle subir con tanta majestad.

2. El tercer afecto era un entrañable deseo de seguirle y subirse con él; porque los corazones se iban tras su Amado; cumpliéndose aquí lo que estaba profetizado (*Psalm.* lxvii, 19): Subiendo á lo alto llevó cautiva la cautividad. Dos suertes de cautivos llevaba Cristo consigo, unos real y verdaderamente en sus propias personas, como eran los justos que sacó del limbo, los cuales le siguieron hasta el cielo empíreo. Pero demás de esto, llevaba cautivos los corazones de su Madre y de sus discípulos, los cuales le seguian con el deseo, atados con las cadenas del amor, sin poderse de él apartar. ¡Oh quién me diese que fuese yo uno de estos cautivos de Jesús! Ó dulcísimo Jesús, llevad con Vos mi corazon cautivo al cielo, para que esté allá siempre en vuestra compañía. Gózome de que subais

por esos aires volando como águila, y provocando á vuestros hijos á que vuelen con Vos. (*Deut.* XXXII, 11). Dadme, Señor, alas de águila, con que vuele en vuestro seguimiento, poniendo mis pensamientos y deseos en solo seguiros, pues fuera de Vos nada quiero sobre la tierra, ni deseo mas que gozaros en el cielo.

PUNTO TERCERO. — 1. *Estando los discípulos mirando á Cristo nuestro Señor como subia, una nube le recibió, y se le quitó de los ojos.* (*Act.* I, 9). Aquí se ha de considerar el misterio de esta nube; la cual en llegando Cristo nuestro Señor cerca de la region del aire, le recibió dentro de sí á vista de los Apóstoles. Y es de creer que seria una nube muy hermosa y resplandeciente, cual convenia para significar la majestad del Señor que subia en ella, y la hermosura del cielo á donde iba, cumpliéndose lo que estaba escrito (*Psalm.* CIII, 3): Pones tu subida sobre una nube y andas sobre las plumas de los vientos, que es decir: Sírveste de las nubes como de carros triunfales, para subir volando por esos aires con grande pompa y majestad. ¡Oh qué alegría sentirian los Apóstoles con la vista de este glorioso carro en que iba su Maestro! Y aunque no dieron voces como Eliseo, cuando vió subir á Elías en el carro de fuego, porque la suspension del espíritu les quitaba el uso de la lengua, pero cada uno diria en su corazon lo que dijo Eliseo (IV *Reg.* II, 12): Padre mio, padre mio, carro de Israel y guia suya. Ó Padre mio amantísimo, fortaleza y defensa de los verdaderos israelitas, fuertes en servirte y cuidadosos en contemplarte, ¿á dónde te vas y me dejas? Ó Padre mio dulcísimo, gobernador y protector de los que confian en tí, admíteme en ese carro triunfal; dame entrada en esa nube resplandeciente, para que te siga siquiera con el espíritu, y entre á contemplar la gloria de tu soberana majestad.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como habiendo Cristo nuestro Señor subido un rato en esta nube, ella misma le encubrió y quitó de los ojos de sus discípulos; en lo cual esta nube representa todo aquello que nos impide ver á Cristo, y nos hace perder de vista á Dios; lo cual sucede en dos maneras: unas veces es por nuestra culpa, y entonces nuestras culpas son las nubes, las cuales ponemos entre nosotros y Dios, y son grande impedimento de la oracion y contemplacion, segun aquello de Jeremías, que dice (*Thren.* III, 44): Pusiste delante de tí una nube para que la oracion no pase al cielo; y pues yo puse esta nube, á mi cuenta está, con la divina gracia, quitarla por medio de la penitencia y mortificacion, examinando en particular si es nube de soberbia ó de codicia, ó de algun

amor desordenado á criaturas, y aplicando medios eficaces para deshacer lo que tanto bien me estorba.

3. Otras veces se pone esta nube sin nuestra culpa, por providencia de Dios, el cual como á ciertos tiempos se nos descubre, así tambien á ciertos tiempos se nos cubre, y quiere que no le veamos por la suave contemplacion de su presencia, para que acudamos á otras cosas de su servicio. Y generalmente la flaqueza de nuestra carne, la cortedad de nuestro entendimiento y la muchedumbre de cuidados y necesidades que padecemos en esta vida mortal, son como nubes que nos estorban poder contemplarle con la claridad y continuacion que deseamos, como las nubes que pasan á menudo por el aire nos quitan la vista del sol. Ó Dios infinito, que moras en una luz inaccesible á los mortales (*Tit.* VI, 16), quita de mi alma las nubes de los pecados que yo he puesto, y deshaz los nublados de tentaciones y turbaciones que padezco, para que pueda contemplar tu gloria en esta vida mortal, hasta que llegue á verte cara á cara, sin impedimento de nube alguna en la vida eterna. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. Despues que los Apóstoles perdieron de vista á Cristo nuestro Señor, como estaban tan admirados y enajenados de sí, no por eso dejaban de mirar al cielo, y se estuvieran en aquella éxtasis mucho tiempo, si el Señor no proveyera quien los despertara. (*Act.* I, 10). *Luego vinieron dos Angeles, en forma de varones, con vestiduras muy blancas, y les dijeron: Varones de Galilea, ¿qué haceis aquí mirando al cielo? Este Jesús que se partió de vosotros, así volverá como lo vísteis subir al cielo.* En las cuales palabras los Ángeles dieron dos maravillosos avisos á los discípulos, y en ellos á nosotros.—El primero, que la suspension y admiracion, y los demás afectos de la divina contemplacion en esta vida se han de tomar con medida y tasa, porque no son fin último, sino medio para cumplir mejor la voluntad de Dios y las obligaciones de nuestro oficio; y así por modo de reprension les dijeron los Ángeles: ¿Qué haceis mirando al cielo? como quien dice: cesad, basta lo que habeis mirado, volveos á cumplir lo que está á vuestro cargo.

2. El segundo aviso fue, que juntasen la memoria de esta subida de Cristo al cielo, con la memoria de la vuelta á juzgar, para que la vista de la primera confirmase la fe de la segunda, y para que las predicasen ambas juntamente á los hombres; porque si se descuidasen de vivir bien, con decir que su Señor estaba ausente y se habia subido al cielo, se reformasen, acordándose que habia de volver á juzgarles. Y no les dicen cuándo ha de volver, sino que vol-

verá, para que cada dia estén en espera de su vuelta, y teman la cuenta que le han de dar; y aunque es verdad que volverá así como subió, cuanto á la majestad y grandeza que mostró en la subida, pero el que sube amoroso y blando con muestras de grande amor, volverá terrible y espantoso con señales de grande rigor; y tomará cuenta de lo que nos encargó en la partida, sin perdonar al que hallare culpado. Por tanto, alma mia, en el dia de los bienes acuérdate de los males (*Eccles.* XI, 27), y en el dia de la subida de Cristo al cielo para ser tu abogado, acuérdate de su vuelta para ser tu juez: mira bien lo que te dejó encargado y procura cumplirlo, para que cuando vuelva te lleve consigo, subiendo á reinar con él en su cielo. Amen.

3. Oyendo los discípulos este recado de los Ángeles (*Luc.* XXIV, 52), *haciendo su adoracion, se volvieron á Jerusalen, cum gaudio magno, con grande gozo:* porque como entendieron que su Maestro estaba ya en el trono del cielo, postrados en tierra le adoraron con grande reverencia, supliendo con la vista de la fe lo que no alcanzaban con la vista del cuerpo; y volviéronse con grande gozo: porque aunque volvian sin su Maestro, volvian como gente perfecta, que se goza mas de lo que Dios quiere, que de lo que su carne desea, y se alegra mas de la gloria de Cristo, que de su propio gusto. Las causas de este gozo fueron tres: es á saber, la firmeza de fe con que quedaron, viendo cuán glorioso fin habian tenido las cosas de su Maestro, y por lo pasado quedaban muy certificados de todo lo que estaba por venir. Además, la grande esperanza que cobraron de que les enviaria el Espíritu Santo que les habia prometido, y que vendria tiempo en que habian de subir con él á estar donde él está, conforme á la palabra que de esto les dió. Y finalmente el grande amor que le tenian, de cuya gloria se gozaban como si fuera propia; y aunque los cuerpos caminaban por la tierra desde el monte de las Olivas á Jerusalen, sus corazones estaban en el cielo, contemplando la gloria de su Señor, y de aquí les resultaba tanto gozo.

4. Estas tres cosas han de causar tambien grande gozo en mi alma, avivando la fe, esperanza y caridad con Cristo mi Señor, gozándome de su gloria, y alegrándome con la esperanza de subir donde él está; para lo cual tengo de procurar quitar de mí todo lo que puede impedir esta subida, como son pecados, vicios y aficiones desordenadas á cosas terrenas, y aun descargarme de la demasía de estas cosas, para poder mas ligeramente volar á donde está Cristo, pues por esto dijo su Majestad (*Matth.* XXIV, 28): Que á don-

de está el cuerpo, allí se juntarán las águilas; esto es, á donde está el cuerpo de Cristo nuestro Señor glorificado, subirán aquellos que se han renovado como águilas (*Psalm.* CII, 5), y con la confianza en Dios mudaron su fortaleza (*Isai.* XL, 31), y tomando alas de águila, suben á contemplarle, y vuelan con ligereza en las cosas de su servicio. Ó Rey del cielo, que como águila real subes por esos aires y pones tu nido en lo mas alto del cielo (*Iob,* XXXIX, 27), provocándome á que te siga con el deseo; renueva mi juventud como la del águila, para que cobre nueva virtud y fortaleza, y con ella pueda volar tras tí, siguiendo tus pasos, imitando tus virtudes, traspasando mi corazon á donde está tu cuerpo glorificado, para que de tal manera viva en la tierra, que tenga mi conversacion en el cielo, donde tú vives y reinas, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XIX.

DE LA ENTRADA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN EL CIELO EMPÍREO, Y DE SU ASIENTO Á LA DIESTRA DEL PADRE.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar el glorioso triunfo con que Cristo nuestro Señor entró en el cielo empíreo (*Marc.* XVI, 10); en lo cual se ha de ponderar el acompañamiento que llevaba; la alegría y música con que entró; las pláticas y razonamientos que hubo en la entrada.—El acompañamiento era de todas las almas que habia sacado del limbo, con algunos justos ya glorificados en el cuerpo, si es verdad que los que resucitaron con Cristo no tornaron mas á morir, cumpliendo lo que estaba escrito (*Ephes.* IV, 8), que subiendo á lo alto, llevó consigo cautiva á la cautividad. Esto es, llevó las almas que habian estado cautivas en el limbo, tomándolas por sus prisioneras, con prisiones de amor, y con sumo gusto y consuelo de ellas, porque cuanto es de malo y penoso ser cautivo del demonio, tanto es de bueno y glorioso ser cautivo de Cristo. ¡Oh qué gozosa iba esta compañía de ilustres cautivos y prisioneros, siguiendo á su Capitan, deseando verse en el trono de su gloria, á donde habian de tener perfectísima libertad! Miraban la estrechura y oscuridad del limbo de donde salieron, y comparábanla con la anchura y claridad del cielo empíreo donde entraban; y admirados de la belleza de este lugar, diria cada uno aquello del salmo (*Psalm.* LXXXIII, 2): ¡Oh cuán amables son

tus tabernáculos y moradas, Señor Dios de las virtudes! Mi ánima los codicia y desfallece, mirando los palacios del Señor.

2. Con esta vista comenzó luego la música celestial que dice David (*Psalm.* XLVI, 6): Sube Dios con júbilo, y el Señor con voz de trompeta. ¡Oh qué júbilos de alegría sentian aquellas almas, acompañando á su Dios! qué voces de alabanzas mas sonoras que de trompetas salian de sus corazones, glorificando á su Señor! Unas á otras se provocarian á cantar estos cánticos de alabanza, diciendo lo del mismo David: Cantad á nuestro Dios, cantad, cantad á nuestro Rey, cantad, y cantad con gran sabor, porque Dios es Rey de toda la tierra, y se sienta sobre su santa y real silla. Tambien dirian lo del otro salmo (*Psalm.* LXVII, 33): Cantad al Señor que sube sobre el supremo cielo al Oriente, y allí mora en una luz inaccesible, para alumbrar á sus escogidos, con la lumbre de su gloria.

3. Con el coro de las almas, entraba tambien un coro de innumerables Ángeles que vinieron para acompañar á Cristo nuestro Señor, sirviéndole, como dice David (*Psalm.* LVII, 18), como de carros triunfales, y eran millares de millares: *millia laetantium.* Todos con grande alegría, cantando los triunfos de su victoria, haciendo entre sí diálogos y coloquios para descubrir su grandeza, unos decian á los otros: Abrid, príncipes, vuestras puertas; abríos, puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria. Otros respondian por via de admiracion (*Psalm.* XXIII, 8): ¿Quién es este Rey de la gloria que quiere entrar por estas puertas? El Señor fuerte y poderoso, poderoso en las batallas, el Señor de las virtudes; este es el Rey de la gloria. Otros le preguntaban por via de regocijo (*Isai.* LXIII, 1): ¿Quién es este que viene de Edon, teñidas las vestiduras de Bosra, hermoso en su vestidura, y que camina con la muchedumbre de su virtud? que es decir: ¿Quién es este que sube del mundo sangriento y del lugar de la batalla, vestido con una humanidad bordada con señales de heridas, pero hermosa á maravilla y con muestras de grande virtud y fortaleza? Yo soy, dice, el que hago justicia y el que peleo para salvar. Yo hice en el mundo justicia, pagando los pecados de los hombres, peleando contra el demonio para salvarlos. Ahora hago justicia, subiéndome á mí y á ellos al cielo que les tengo merecido. Entonces todos á una voz dirian lo del Apocalipsis (*Apoc.* III, 12): Digno es el Cordero que fue muerto de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la honra, gloria y fortaleza, y la bendicion y alabanza, por todos los siglos. Amen. Ó Salvador del mundo, gózome de este vuestro triunfo tan glorioso que teneis bien me-

recido. (*Psalm.* CXXXI, 8). Subid, Señor, á vuestro descanso, Vos y el arca de vuestra santificacion, pues tan bien habeis trabajo por nosotros. (*Psalm.* CVII, 6). Levantaos sobre los cielos; subid sobre los Querubines (*Psalm.* XVII, 11), y volad sobre las plumas de los vientos, y poneos encima de todas las criaturas, pues sois mejor que todas ellas; dadme licencia que entre con esos coros angelicales, y que juntando mis voces con las suyas, os alabe y bendiga diciendo con ellos: Santo, santo, santo, es el Señor Dios de las batallas; el que es, el que fue, y el que ha de venir: Llenos están los cielos de vuestra gloria, con la entrada tan gloriosa que haceis en ellos.

4. Mas sobre todo se ha de ponderar la alegría de Cristo nuestro Señor en este triunfo, porque tambien por el mismo se puede decir (*Psalm.* XLVI, 6): *Ascendit Deus in jubilo.* Dios sube con grande júbilo, alegrándose su ánima santísima con gran regocijo, por ver el dichoso fin de sus trabajos; y como el pastor que habia hallado la oveja perdida y la traia consigo al cielo, de donde bajó en su busca (*Luc.* XV, 6), diria á los Ángeles que se alegrasen con él, y le diesen el parabien de haberla hallado. Ó Pastor soberano, que tan á costa vuestra buscásteis la oveja del linaje humano, gózome del gozo que teneis subiendo con ella triunfante sobre todos los cielos. Sea para bien la gloria de vuestro triunfo, por la cual os suplico me hagais participante de él, buscándome y hallándome en esta vida, y subiéndome despues á gozar con Vos en la otra.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Entrando de esta manera Cristo nuestro Señor por los cielos, y habiéndolos penetrado todos, como dice san Pablo (*Hebr.* IV, 14), y llegado á lo supremo del cielo empíreo, presentó al Padre eterno aquella dichosa cautividad que llevaba consigo (*D. Thom.* 3 *p. q.* 57, *art.* 4, *q.* 58), y como quien le daba cuenta de lo que en el mundo habia hecho en su servicio, le diria lo que dijo en el sermon de la cena (*Ioan.* XVII, 4): *Padre, yo he manifestado tu nombre á los hombres, y te he glorificado sobre la tierra, acabando la obra que me encomendaste; ahora, Padre, clarifica á tu Hijo, con la claridad que tuve delante de tí, antes que criases al mundo.* ¡Oh qué contento recibiria el Padre eterno, con el presente que su Hijo le hacia, y con grande regocijo le mandaria sentar á su mano derecha (*Marc.* XVI, 19), cumpliendo lo que habia profetizado David en un salmo (*Psalm.* CIX, 1): Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi mano derecha. Dice que se siente, para significar su señorío quieto y sosegado, y la dignidad infinita de su persona; dice que se siente á su mano derecha, para que se entienda que le da los

mejores bienes de su gloria, entronizándole sobre los Ángeles y Arcángeles, sobre las Potestades y Dominaciones, sobre los Querubines y Serafines, como cabeza y señor de todos, porque á ninguno de los Ángeles dijo: Siéntate á mi diestra, antes quiere que todos sean sus criados, y ministros de su gobierno. (*Hebr.* I, 13).

2. Aquí tengo de ponderar que bien premió el Padre eterno á su Hijo los servicios que le hizo, ensalzando sobre todos al que se humilló mas que todos: por el trono de la cruz, le dió el trono de su majestad; por la corona de espinas, la corona de gloria; por la compañía de ladrones, la compañía de las jerarquías angélicas; por las ignominias y blasfemias de los judíos, las honras y alabanzas de los espíritus bienaventurados; y porque bajó hasta lo mas profundo de la tierra, le hizo subir hasta lo mas alto del supremo cielo (*Ephes.* IV, 9), y le dió un nombre sobre todo nombre, á quien todos se arrodillen y adoren, reconociendo que Jesús está en la gloria de Dios Padre. (*Philip.* II, 9). Aprende, ó alma mia, á humillarte por Cristo, porque sin duda serás ensalzada con Cristo, pues la fidelidad que tuvo el Padre con el Hijo unigénito, tendrá con sus hijos adoptivos por el amor que tiene al Hijo natural, en cuyo premio está encerrado el nuestro; porque como dice el Apóstol (*Ephes.* II, 4): Dios, que es rico en misericordia, por la mucha caridad con que nos amó estando muertos por el pecado, nos hizo vivos á Cristo, por cuya gracia somos salvos, y con él nos resucitó y nos hizo asentar en los cielos con Cristo Jesús.

3. De aquí tengo de sacar afectos grandes de confianza, esperando de subir con Cristo á los cielos, fiado en la misericordia y caridad del Padre y en los grandes merecimientos del Hijo. Y tambien grandes propósitos de no buscar otra cosa que á Cristo nuestro Señor y su santísima voluntad, acordándome siempre de lo que dice san Pablo (*Colos.* III, 1): *Quae sursum sunt quaerite, ubi Christus est in dextera Dei sedens:* buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado á la diestra del Padre. Ó dulcísimo Jesús, si donde está mi tesoro, allí está mi corazon, donde Vos estais ha de estar siempre, porque Vos sois mi tesoro, y fuera de Vos nada tengo por precioso. Ea, alma mia, mira que eres peregrina y extranjera sobre la tierra; tu Padre y tu Redentor está ya de asiento en el cielo; date prisa á caminar donde está. Ya se han abierto las puertas del cielo que tantos millares de años habian estado cerradas. Alégrate con estas nuevas; corre con ligereza de ciervo, vuela con alas de águila, sube con el corazon al trono de tu Señor, y mora siempre junto á su

celestial estrado; porque si ahora moras allí con el espíritu, despues morarás con él glorificada tambien con el cuerpo, por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como sentado Cristo nuestro Señor á la diestra del Padre, comenzó luego á hacer su oficio, distribuyendo las sillas del cielo entre las almas que subió consigo. Á unas puso entre los Ángeles, á otras entre los Arcángeles y Principados, y á otras entre los Querubines y Serafines, dando á cada uno el lugar y silla conforme á sus merecimientos. En lo cual puedo discurrir, ponderando la silla que daria á los Patriarcas y á los Profetas; al glorioso san José y al gran Bautista; y tambien el lugar que daria á los que subieron con él glorificados en sus cuerpos. ¡Oh qué contentas estarian aquellas almas cuando se viesen en tales tronos y entre tan gloriosa compañía! oh qué alegres estarian los Ángeles, cuando viesen llenas las sillas que sus compañeros por su soberbia dejaron vacías, reparando, como dice David (*Psalm.* cix, 6), en los hombres las ruinas y caidas de los malos Ángeles! ¡Oh cuán bien cumplió el Padre eterno la palabra que dió á su Hijo, cuando le dijo (*Isai.* liii, 12): Porque entregó su alma á la muerte, yo le repartiré muy muchos que le sirvan, y dividirá entre los fuertes sus despojos! Gózome, ó dulce Jesús, de que esté á vuestro cargo repartir los despojos de vuestra gloria entre los que os sirven con fortaleza. Hacedme, Señor, fuerte en vuestro servicio, para que merezca participar de vuestros despojos.

2. Tambien puedo considerar como Cristo nuestro Señor á la diestra del Padre comenzó luego á hacer su oficio de abogado por los hombres que quedaban en la tierra, mostrándole las llagas que recibió por redimirlos y por cumplir su precepto, en el cual oficio persevera siempre. De donde sacaré grandes afectos de amor y confianza, acordándome de lo que dice san Pablo (*Hebr.* iv, 14): Pues tenemos un gran Pontífice que penetró los cielos, Jesús, Hijo de Dios vivo, tengamos firme la confesion de nuestra esperanza, no desfalleciendo en confesar lo que creemos, ni en pretender lo que esperamos; y especialmente cuando me viere caido en pecados, tengo de acordarme de lo que dice san Juan (1 *Ioan.* ii, 1): Hijuelos mios, estas cosas os escribo para que no pequeis; mas si alguno pecare, sepa que tenemos delante del Padre por abogado á Jesucristo justo, el cual es propiciacion por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino por los de todo el mundo. Y siendo tan justo como es, y habiendo hecho una redencion tan copiosa como la que hizo, no

dejará de abogar por mí y aplicarme el perdon que me ganó; y habiendo abierto para mí las puertas del cielo, no me las cerrará, antes me admitirá á tener parte con él en su reino para gloria de su Padre, con quien vive y reina por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XX.

DEL RECOGIMIENTO Y ORACION QUE TUVIERON LOS APÓSTOLES DESPUES DE LA ASCENSION HASTA LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Volviéndose los discípulos á Jerusalen, entraron en el cenáculo, y estuvieron allí Pedro, Juan y los demás apóstoles, perseverantes unanimiter in oratione, cum mulieribus, et Maria mater Iesu, et fratribus ejus: perseverando todos con un mismo ánimo en la oracion juntamente con las devotas mujeres y con María, madre de Jesús, y con sus hermanos.* - Lo primero, se ha de considerar como los Apóstoles, movidos del espíritu de Cristo, se recogieron estos diez dias en aquel cenáculo, apartándose del bullicio y tráfago de la gente, ejercitándose en oracion fervorosa, para negociar la venida del Espíritu Santo; porque aunque Cristo nuestro Señor se le habia prometido, sabian que las divinas promesas se cumplen por medio de la oracion, especialmente esta de la cual les habia dicho el mismo Señor (*Luc.* XI, 13): Si vosotros, siendo malos, dais á vuestros hijos los bienes que habeis recibido, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial dará el espíritu bueno al que se le pidiere? Esta oracion acompañaron con otras excelentes virtudes, que se apuntan en las palabras dichas.

2. *Condiciones de la oracion para alcanzar el Espíritu Santo.* — Porque lo segundo, dice san Lucas que estaban todos muy unidos y conformes, teniendo un corazon y una voluntad, orando todos á una, porque sabian que la oracion de muchos unidos con amor es muy eficaz delante de Dios, segun aquello que su Maestro les habia dicho (*Matth.* XVIII, 19): Dígoos de verdad, que si dos de vosotros se concertaren entre sí sobre la tierra, cualquier cosa que pidieren se la concederá mi Padre que está en los cielos, porque á donde están dos ó tres juntos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Como quien dice: Serán oidos de mi Padre; porque yo estoy con ellos ayudándoles á orar, y abogando y orando con ellos. Y como Cristo nuestro Señor les habia encargado tanto el amor, procuraban señalarse en esta conformidad de voluntades que causa el mismo amor.

3. Lo tercero, no solo estaban unidos unos con otros, sino cada uno consigo mismo, de donde procede ser la oracion recogida, teniendo unidas sus potencias para orar, porque tambien en este sentido dice san Ambrosio (In institut. ad Virg. *c.* 2), se entiende lo que Cristo nuestro Señor dijo, que será oida la oracion cuando en ella conciertan dos; esto es, el hombre exterior y el hombre interior, el cuerpo y el alma, concordando con verdadera mortificacion y sujecion del cuerpo al alma, y ambos han de concordar con otro tercero, que san Pablo llama espíritu; de modo, que para orar se aunen el cuerpo con los sentidos, y el alma con la imaginacion y apetitos inferiores, y el espíritu con las potencias superiores, memoria, entendimiento y voluntad, y entonces estará Cristo en medio de estos dos ó tres unidos en su nombre, ayudándoles á orar.

4. Lo cuarto, estaban con grande perseverancia en su ejercicio, sin interrumpirle ó aflojar en él por tibieza, acordándose de lo que su Maestro les habia dicho (*Luc.* XVIII, 1): Conviene siempre orar y no desfallecer. Y como Cristo nuestro Señor no les habia señalado tiempo para darles el Espíritu Santo, cada dia oraban y le pedian, multiplicando la oracion, como si aquel dia le hubieran de recibir, importunando á Dios que se le diese, para que cuando no mereciesen alcanzar este don por amigos, siquiera le alcanzasen por importunos, como se lo habia avisado su Maestro.-Finalmente, estaban (*Luc.* XI, 8) orando en compañía de la Vírgen sacratísima madre de Jesús, á la cual sin duda tomarian por patrona é intercesora, sabiendo que podia ella sola mucho mas con su Hijo y con el Padre eterno, que todos ellos. Y así la Vírgen oraba fervorosamente, y con su ejemplo animaba á los demás á que orasen con fervor y perseverancia; y su oracion fue tan eficaz, que podemos decir de ella, que como alcanzó con sus oraciones la apresuracion de la encarnacion del Hijo de Dios; así tambien alcanzó la apresuracion de la venida del Espíritu Santo, para bien de los Apóstoles y de todo el mundo.

5. En estas cuatro virtudes tengo de procurar imitar á los Apóstoles, para negociar la venida del Espíritu Santo: es á saber, oracion recogida con union de mis potencias y sentidos; union de caridad con todos; perseverancia con importunidad en pedir, y devocion á la Vírgen nuestra Señora, suplicándola como á Madre, que ore por mí y abogue delante del Padre eterno y de su Hijo, para que me concedan la plenitud del Espíritu Santo. De aquí tambien sacaré, que como el cenáculo donde estaban los Apóstoles es figura

de la Iglesia, la cual es casa de oracion y de union; así he de procurar que mi alma sea, como este cenáculo, adornada con estas virtudes, para que descienda en ella el Espíritu Santo, y la enriquezca con sus dones. Y juntamente daré muchas gracias á Nuestro Señor, por haberme puesto en su Iglesia; en la cual no oro solo, porque siempre ella ora por todos, y muchos justos oran unos por otros; y así en virtud de la comunion de los santos que hay en la Iglesia, mi oracion va acompañada con la de muchos justos, si quiero unirme con ellos.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar las causas y motivos que tuvieron los Apóstoles para este recogimiento y ejercicio de oracion, aplicándolas á mí mismo, por tener en mí la misma fuerza. — La primera fue haberles mandado Cristo nuestro Señor á la partida que se estuviesen quedos y quietos en la ciudad, hasta que fuesen vestidos de la virtud de lo alto; y en cumplimiento de esto se recogieron al cenáculo, haciendo de él casa de oracion y lugar de refugio, acordándose de los misterios que allí se celebraron, y de las razones tan divinas que allí oyeron á su Maestro. Y como Cristo nuestro Señor antes de salir á predicar estuvo cuarenta dias recogido en el desierto, así quiso que sus Apóstoles estuviesen siquiera diez dias, negociando el espíritu con que habian de salir á predicar su Evangelio.

2. La segunda causa fue el conocimiento de su flaqueza é insuficiencia, y la experiencia que tenian de ella en las ocasiones pasadas, especialmente en el tiempo de la pasion, y como se veian privados de la presencia de su Maestro que les enseñaba y consolaba; así lo uno como lo otro les atizaba y encendia un fervorosísimo deseo de la venida del Espíritu Santo, para que los enseñase y fortaleciese en su virtud. Y así no cesaban de orar, gemir y suspirar por él. Unas veces le pedian al Padre eterno, por los merecimientos de su Hijo unigénito Jesucristo que en su nombre les habia prometido. Otras le pedian al mismo Jesucristo su maestro, suplicandole cumpliese la palabra que les habia dado de enviarle. Otras veces pedian al mismo Espíritu Santo, se dignase de venir á visitarles, enseñarles y consolarles; alegándole por título la necesidad que tenian de su presencia para cumplir con el oficio que les estaba encomendado. Y es de creer que algunas veces todos juntos en comunidad, levantadas sus manos al cielo, con gran clamor de corazon oraban, diciendo: Ven, ó santo Espíritu, hinche los corazones de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu amor. Ven, ó Espíritu criador y

consolador nuestro, visita las almas de tus siervos, llénalas de tu gracia celestial. Consuélalas con la dulzura de tu amor, y fortaléce-las con la potencia de tu virtud. Pero quien con mas fervor oraba y solicitaba á las tres divinas Personas era la Vírgen, porque pedia con mas caridad, y no solo para sí, sino para los Apóstoles, porque si en las bodas cuando faltó el vino, luego acudió á pedirle á su Hijo, movida de compasion, ¿con cuánto mas fervor pediria ahora el vino del amor y fervor que procedia del Espíritu Santo, para aquella congregacion que estaba de él necesitada?

3. Á imitacion de estos santos varones tengo yo de atizar en mi alma semejantes deseos, pues me consta la grande necesidad que tengo de este divino Espíritu, procurando hacer á menudo coloquios con las tres divinas Personas, pidiéndosele á cada una; aprovechándome de los himnos y salmos en que se hace mencion de esto. Hablando con el Padre eterno ó con Cristo nuestro Señor, puedo decir aquellas palabras de David (*Psalm.* L, 12): Ó Dios inmenso, cria en mí corazon limpio, y renueva en mí el espíritu recto, vuélveme la alegría de tu salud, y confírmame con el espíritu principal. (*Psalm.* CIII, 30). Envia, Señor, tu espíritu y seré renovado, pues con él renuevas la sobrehaz de la tierra. Hablando con el Espíritu Santo, es muy á propósito el himno *Veni creator Spiritus*, y la secuencia que se dice en su misa, repitiendo con mucho fervor aquellas palabras: Ven, padre de los pobres; ven, dador de los dones; ven, lumbre de los corazones: *O lux beatissima, reple cordis intima tuorum fidelium.* Ó lumbre esclarecidísima, ó fuego encendidísimo, ven y penetra lo íntimo de mi corazon, purifícale, témplale, ilústrale, y abrásale con las llamas de tu divino amor.

4. Últimamente, ponderaré como el Espíritu Santo, cuyo es, como dice san Pablo (*Rom.* VIII, 26), pedir por los justos con gemidos que no se pueden decir, iba encendiendo estos deseos en los corazones de los Apóstoles, porque los deseos son como precursores y aposentadores de Dios en el alma en quien ha de entrar, y aunque todos estos diez dias los iba atizando, pero en los postreros dias los encendia mucho mayores; y así tengo de suplicarle sea servido de prevenirme con tales deseos que me dispongan para recibirle. Ó espíritu divino y Dios eterno, de quien está escrito, que el fuego precede y viene delante de tí (*Psalm.* XCVI, 3), enciende en mi alma el fuego de estos deseos, para que abrase todo lo que puede ser estorbo de tu entrada en ella. Ó Apóstoles sagrados, á quien este divino Espíritu comunicó tales deseos, suplicadle me los comunique,

para que sea capaz de recibirle como lo recibísteis, pues mi necesidad no es menor que fue la vuestra. Ó Vírgen gloriosísima, mirad la falta que tengo de este vino con que el Espíritu Santo embriagó á los Apóstoles, y representádsela con gran fervor, para que por vuestra intercesion me embriague como á ellos. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar las causas por que Cristo nuestro Señor dilató diez dias el cumplimiento de su promesa y la venida del Espíritu Santo. La primera fue, para enseñarnos la longanimidad con que hemos de esperar y pretender tan soberano don. Porque en la Escritura el número de diez significa muchedumbre de dias, y así se dice en el Apocalipsis (*Apoc.* II, 10): que la persecucion duraria diez dias, esto es, muy muchos. Quiere, pues, Nuestro Señor, que entendamos que la venida del Espíritu Santo es tan soberano beneficio, que se ha de pretender y esperar muchos dias, sin cansancio ni fatiga, porque todo tiempo es poco, y despues se paga bastantemente con el don que se da en un dia. Y tambien lo que presto se alcanza (*D. Basil.* De constit. monastic. c. 2 ad finem), presto se suele perder, como sucedió á Salomon, que alcanzó de presto el espíritu de la sabiduría; y como le costó poco, no dió buen cobro de él. De donde sacaré resolucion de pedir este don tan celestial con gran perseverancia, dure lo que durare la pretension, aplicando á este propósito lo que dijo Habacuc profeta. (*Habac.* II, 3). Si se tardare, espérale, porque viniendo vendrá, y no tardará. Y aunque tarde, conforme á tu deseo, no tardará conforme á lo que conviene á su grandeza, para que su venida te entre en provecho.

2. La segunda causa fue, para significar la perfeccion con que hemos de pretender este don, porque el número de diez significa esta perfeccion, segun aquello que dijo el profeta Baruch á su pueblo (*Baruch,* IV, 28): Diez veces mas habeis de convertiros á Dios, que os apartásteis de él, y así quien desea recibir la plenitud del Espíritu Santo, ha de convertirse á Dios con gran fervor y perfeccion, animándose á cumplir los diez mandamientos de su divina ley, y perseverar en este cumplimiento con grande instancia, porque oracion y obediencia recaban de Dios lo que le pedimos. Ó dulcísimo Jesús, que dijiste á tus Apóstoles (*Ioan.* XV, 7): Si permaneciéredes en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, cuanto quisiéredes pediréis, y dárseos ha: concédeme que permanezca en tí por verdadero amor, y tus palabras permanezcan en mí por entera obediencia, para que pidiendo lo que deseo, que es tu divino espí-

ritu, me le dés con grande plenitud. Algunos contemplan que en los nueve dias despues de la ascension, los nueve coros angelicales hicieron especial fiesta y adoracion á Cristo nuestro Señor, cada coro en su dia (*Niceph.* Lib. 1, c. 37); y á esta causa vino el Espíritu Santo el dia décimo. De donde puedo sacar deseo de imitar á estos nueve coros de Ángeles en estos nueve dias, pidiendo cada dia á un coro de ellos, que me negocie la venida del Espíritu Santo.

MEDITACION XXI.

DE LA ELECCION DE SAN MATÍAS AL APOSTOLADO, QUE SE HIZO EN ESTE TIEMPO.

PUNTO PRIMERO. — 1. *En estos dias san Pedro asistiendo en medio de todos los discípulos, que eran ciento y veinte, trató de elegir un apóstol en lugar de Judas: y habiendo nombrado dos, á Barsabas, por sobrenombre Justo, y á Matías, haciendo oracion á Dios que conocia los corazones, para que declarase el que tenia escogido; cayó la suerte sobre Matías.* (*Act.* I, 15).-Lo primero, se ha de considerar la providencia que tiene Nuestro Señor, de que nunca falte el número de sus escogidos para las dignidades y oficios de la Iglesia militante: porque así como faltando Judas, quiso que se escogiese Matías, para cumplir el número que tenia señalado de doce Apóstoles; así tambien cuando alguno falta en la fe y cristianismo, ó en la religion, ó en el grado que tiene en la Iglesia, llama y escoge otros en su lugar: por lo cual dijo en el Apocalipsis á un obispo (*Apoc.* III, 11): Ten lo que tienes, porque no reciba otro tu corona. De donde sacaré dos afectos importantes; uno de temor y humildad, viendo el peligro en que estoy de perder lo que tengo, y que otro entre en mi lugar, como sucedió al desventurado Judas, por quien dijo el Salmista (*Psalm.* CVIII, 8), y reciba otro su obispado, como ya ponderamos en la parte IV.

2. El segundo, es de grande confianza en la providencia que tiene Dios con su Iglesia y con las religiones, y con todas las comunidades dedicadas á su servicio, inspirando á muchos que sucedan en lugar de los que desfallecen y mueren.-Tambien tengo de ponderar como Cristo nuestro Señor gobierna suavemente su Iglesia por medio de los pastores que puso en ella: porque pudiendo en los cuarenta dias que estuvo en el mundo despues de su resurreccion escoger otro apóstol en lugar de Judas, como habia escogido á los de-

más antes de su pasion, perteneciéndole esto por razon de su dignidad y excelencia, no quiso hacerlo, sino remitirlo á san Pedro y al colegio apostólico, para que ellos nombrasen, y por su medio se hiciese la eleccion, asistiendo su Majestad invisiblemente á ella, lo cual ordenó así para honrar á sus vicarios y ministros, y para enseñarnos que lo que ellos hacen es por providencia suya, y han de ser obedecidos en ello como si él mismo lo ordenara, pues por esto les dijo (*Luc.* x, 16): El que á vosotros oye, á mí oye.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar lo que hicieron de su parte los Apóstoles en este caso. Lo primero, ponderaré la solicitud que tenia san Pedro, como cabeza de aquella congregacion, en cumplir las obligaciones de su oficio, inspirándole Dios lo que habia de hacer, y aprovechándose de la luz que le dió cuando le abrió el sentido para que entendiese las Escrituras, y así entendió muy bien lo que decian de Judas (*Psalm.* cvm, 8): Reciba otro su obispado. Tambien es de creer que en este caso y otros semejantes consultaria lo que habia de hacer con la Vírgen nuestra Señora, como con maestra de todos, ilustrada mas que todos en los misterios de la fe, y en el conocimiento de las divinas Escrituras; de donde sacaré que los prelados y todos los demás que se dan á tiempos al recogimiento de la oracion, no por esto han de faltar á las obligaciones de su oficio, pues con la oracion y con el cumplimiento de la voluntad de Dios se disponen á recibir lo que por el recogimiento pretenden.

2. Lo segundo, se han de ponderar algunas virtudes heróicas que ejercitó aquella santa congregacion, como señales de lo que el Espíritu Santo habia luego de obrar en ella.—La primera fue, una grande obediencia y sujecion al parecer y juicio de san Pedro, sin haber quien le replicase ni contradijese, pues pudiera alguno decir que era mejor dilatar esto para cuando hubiese venido el Espíritu Santo, con cuya presencia se acertaria en esta eleccion; antes todos rindieron su juicio al de su pastor, é hicieron lo que les proponia, enseñándonos el modo de obedecer á nuestros prelados con prontitud y rendimiento de juicio; el cual tengo de mirar con mucho cuidado, disponiéndome con esta obediencia para recibir al Espíritu Santo, que se da á los obedientes, y se niega á los desobedientes.—La segunda virtud fue, grande union y concordia en el nombramiento de las dos personas que señalaron para el apostolado, sin que hubiese entre ellos pretension ambiciosa de esta dignidad, ni discordias y contrariedad de pareceres, en si se habian de nombrar dos ó mas,

ó cuáles habian de ser, porque todos con humildad se tenian por indignos del apostolado, y así con paz y concordia y con gran acierto nombraron los dos mejores que á su juicio habia en la congregacion para aquel oficio, á cuyo ejemplo he de procurar la concordia y humildad, con las cuales se atajan las ambiciones y bandos de las comunidades, y se disponen para recibir al Espíritu Santo.

3. La tercera virtud fue, oracion y recurso á Dios nuestro Señor, que conoce los corazones, para que declarase cuál de aquellos dos tenia escogido para aquella dignidad; en lo cual confesaban que los hombres fácilmente se pueden engañar en estas elecciones, porque no conocen los corazones, en los cuales está el bien ó el mal; y así fácilmente tienen por bueno al malo, ó por mejor al menos bueno; y tambien confesaban que Dios en su eternidad tiene escogidos y señalados algunos para las dignidades y oficios de su Iglesia; y así nuestro deseo ha de ser escoger á estos mismos, para que nuestra eleccion sea conforme á la de Dios: y para todo esto ayuda la oracion fervorosa hecha en union y caridad. Ó Espíritu santísimo, por cuya providencia era regida esta santa congregacion de los discípulos de Cristo, comunica á todas las congregaciones de la Iglesia estas soberanas virtudes de obediencia y humildad, de concordia y oracion, para que fundadas en ellas como en cuatro columnas, perseveren siempre en el espíritu de tu santa vocacion; y pues sin ellas yo no puedo perseverar en la mia, infúndemelas con abundancia de tu gracia, para manifestacion de tu gloria. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar las causas por que Dios nuestro Señor escogió á san Matías para el apostolado, dejando á Barsabas, por sobrenombre Justo.—La primera fue, porque quiere Dios honrar á todos sus siervos; y como ya Barsabas estaba muy honrado y autorizado entre los discípulos, con la grande opinion que tenia de santidad, por la cual tenia renombre de Justo, y de todos era llamado así, quiso tambien honrar á Matías, que no tenia tal renombre, dándole otro muy glorioso de apóstol suyo, para que todos tambien le honrasen con este nombre.—A lo cual se llega, que san Matías con ser varon santísimo, era muy humilde y procuraba encubrir su santidad, para fundarse mas en humildad; y á esta causa no habia alcanzado nombre tan honroso como es el de Justo. Y como es propio de Cristo nuestro Señor ensalzar á los humildes (*Psalm.* CXII, 6), y sacar al pobre del estiércol de la tierra, para colocarle con los príncipes de su pueblo, así quiso ensalzar y honrar á san Matías con la dignidad de príncipe de su Iglesia, la cual

parece sentir esto, poniendo en la festividad de este Santo el Evangelio en que Cristo nuestro Señor alaba á su Padre (*Matth.* XI, 25), porque escondió los misterios de la fe á los sábios soberbios, y los descubre á los pequeños y humildes, y convidó á todos á que aprendiesen de él la humildad de corazon. Ó Dios altísimo, que te precias de mirar desde la altura del cielo á los pequeñuelos y humildes que viven en la tierra, mírame con ojos de misericordia, haciéndome humilde de corazon, como lo fue tu Hijo amantísimo, para que imitándole en su humildad en la tierra, sea digno de alcanzar parte de su grandeza en el cielo.

2. La tercera causa fue, para que aprendamos á rendir nuestro juicio á los juicios de Dios, que van por muy diferentes caminos que los nuestros, porque en este nombramiento, como se colige del texto, pusieron en primer lugar á Barsabas, y en segundo á Matías; pero Dios nuestro Señor cruzó los brazos como Jacob, para bendecir á estos dos hijos suyos, y escogió al postrero, dejando al primero (*Genes.* XLVIII, 14), no porque Barsabas fuese indigno, sino para que entendamos que en estos dones de gracia hace Dios lo que quiere, porque quiere y porque así le da gusto, y muchas veces los primeros son postreros, y los postreros primeros (*Matth.* XI, 26): *Ita Pater, quia sic fuit placitum ante te.* Así es, Padre, porque así te da gusto hacerlo, y ninguno tiene razon de quejarse, porque á todos da Dios lo necesario para que se salven; pero en otros favores extraordinarios y superabundantes bien puede hacer lo que le da gusto.

3. De donde sacaré, que así como el justo Barsabas no se indignó, ni dió quejas, ni tuvo envidia de su compañero, sino en todo se conformó con la divina voluntad porque era justo; y de la misma manera san Matías no se desvaneció con la dignidad, ni despreció á su compañero, antes con humildad se tuvo por inferior á él en la justicia y santidad; así yo, cuando me viere desechado y tenido en menos que otros, tengo de hacer lo que Barsabas, y cuando me viere antepuesto á otros, tengo de hacer lo que Matías, conformándome con la voluntad de Dios (*Psalm.* XXX, 16), en cuyas manos están mis suertes, y por cuya providencia viene así el ser desechado, como el ser escogido, y el ser tenido en menos ó en mas que otros, persuadiéndome, que cuando me hace Dios estos favores, no es por ser yo mas santo, sino para que lo sea, y quizá porque soy mas flaco y tengo necesidad de estas ayudas extraordinarias; y sobre todo tengo de gozarme de todo lo que él hace, aunque sea con desprecio mio, pues ninguna cosa ha de haber para

mí de mayor consuelo, que la divina y eterna ordenacion. Y esta es una de las mas aventajadas disposiciones que hay para recibir la plenitud del Espíritu Santo, como la recibieron estos dos santos varones. Gracias te doy, ó Padre soberano, por la secreta providencia con que repartes tus dones entre tus escogidos, honrando y enriqueciendo á todos, aunque á unos mas que á otros. Yo venero tus ocultos juicios, y creo que son muy justos. Gózome de los favores que haces á todos tus siervos, y de que otros los reciban mayores que yo, pues así lo quieres. Lo que te suplico es, que mis culpas no aten tus liberales manos, y lo demás remito á tu divina providencia, pues cualquier cosa que me dieres, por pequeña que sea es mayor de lo que yo merezco, y basta que venga de tu mano, para que yo la tenga por grande, y me anime á glorificarte por ella por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXII.

DEL SOBERANO BENEFICIO QUE HIZO DIOS AL MUNDO EN DARNOS AL ESPÍRITU SANTO, Y DE LOS MOTIVOS Y FINES PARA QUE LE DIÓ.

—Antes de meditar lo que san Lucas cuenta de la venida del Espíritu Santo, he querido poner esta meditacion, para que se entienda mejor la grandeza de este don, y las circunstancias con que se dió, considerando quién nos da el Espíritu Santo, á quién se da, por qué motivos, y para qué efectos y fines.

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como el Padre eterno, llegado el dia para esto señalado, se determinó enviar al mundo la persona del Espíritu Santo por tres motivos. El primero, por su infinita bondad y caridad, la cual así como le movió para que nos diese á su Hijo por redentor, tambien le movió á que nos diese al Espíritu Santo por santificador, y esto de gracia y de puro amor sin merecerlo nosotros, antes desmereciéndolo por mil títulos, pues habiendo el mundo tratado tan mal á la persona del Hijo, no merecia recibir la persona del Espíritu Santo. Por lo cual, como Cristo nuestro Señor dijo á Nicodemus (*Ioan.* III, 16): Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito, podemos tambien decir: Así le amó, que le dió á su divino Espíritu, el cual es tan bueno como el Hijo, y tan bueno como el mismo Padre, porque es un Dios con ambas Personas.

2. El segundo motivo fue, los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, el cual con su pasion y muerte nos mereció este don, y

estando á la diestra del Padre abogaba por los hombres, mostrándole sus llagas, y pidiéndole cumpliese la palabra que dió de darles este divino Consolador. (*Ioan.* XIV, 16). Y fue tan eficaz esta peticion, que luego la oyó y aceptó el Padre eterno, por premiar con esto los trabajos de quien tan bien le habia servido.—El tercer motivo fue nuestra propia necesidad y miseria, la cual movió á compasion las entrañas de este Padre de las misericordias, para enviar el último remediador de todos los males, que era el Espíritu Santo; de suerte, que la justicia y misericordia se concertaron para negociar esta venida. (*Psalm.* LXXXIV, 11). La justicia de parte de Jesucristo nuestro Señor que la mereció; la misericordia de parte de la bondad de Dios, atendiendo á nuestra miseria. Gracias te doy, Padre soberano, por la infinita caridad que te movió á dar tan infinito don, dándonos todo lo bueno que de tí procede. Dístenos al Hijo, que procede por tu entendimiento como verbo y palabra tuya, y dasnos tambien el Espíritu Santo, que procede por tu voluntad como amor é impulso tuyo. ¿Qué te daré yo por dones tan preciosos? Toma, Señor, mi entendimiento y voluntad, con las obras que de ellos proceden, para que todas sean á gloria tuya por todos los siglos. Amen.

3. Tambien nos envia el Espíritu Santo (*Ioan.* XV, 20; XVI, 7), y no le da Jesucristo nuestro Señor, Hijo de Dios vivo, de quien el mismo Espíritu Santo procede, juntamente con el Padre, cumpliendo lo que estaba profetizado (*Ephes.* IV, 8), que en subiendo á lo alto con sus cautivos, dió dones á los hombres, enviando al Espíritu Santo, en quien se encierran todos los dones celestiales. Y el motivo que tiene, demás de su bondad y misericordia, y de nuestra necesidad, es para que el Espíritu Santo concluya y perfeccione con eficacia la redencion del mundo, y lleve adelante la obra que él comenzó, y como el mismo Señor lo dijo en el sermon de la cena, como luego verémos.—Con este afecto tengo de pedir á Cristo nuestro Señor envie sobre mí el Espíritu Santo, diciéndole: Ó Redentor del mundo, pues tanto te preciaste de acabar la obra que comenzaste, deseando que tus obras sean perfectas, dame tu divino Espíritu para que acabe en mí la obra que has comenzado, aplicándome con eficacia los frutos de tu copiosa redencion. Amen.

4. Finalmente, se ha de considerar que aunque el Padre y el Hijo nos envian el Espíritu Santo; pero tambien el Espíritu Santo se nos da á sí mismo: él es el dador y el don, por el grande amor que nos tiene; y porque procede del Padre y del Hijo como amor, dán-

donos su amor se nos da á sí mismo, y así le hemos de pedir que se nos dé y se nos comunique. Ó Espíritu divino, dámete á tí mismo, porque ningun don fuera de tí me puede hartar. Ó Dador de los dones, dame el mayor de todos ellos, que eres tú, porque contigo me darás todas tus cosas, y pues tu propiedad es ser don, muéstrate conmigo don, dándome lo que tú eres, para que te dé lo que yo soy.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se han de considerar los fines para que el Padre y el Hijo nos envian al Espíritu Santo, sacándolo de lo que Cristo nuestro Señor dijo en el sermon de la cena. - Lo primero, viene el Espíritu Santo para que suceda á Cristo nuestro Señor en el oficio de protector, abogado y consolador, haciendo esto invisiblemente con sus Apóstoles, como él solia hacerlo visiblemente con ellos, y así les dijo (*Ioan.* XIV, 16): Yo rogaré á mi Padre: *Et alium Paracletum dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum:* y él os dará otro Paracleto, que quiere decir, patron, abogado y consolador, el cual tendrá cuidado de vosotros, y os será padrino y protector en vuestros trabajos, consolador en vuestras tristezas, abogado é intercesor en vuestras necesidades, pidiendo por vosotros con grandes gemidos (*Rom.* VIII, 26), en cuanto os impelerá y moverá á orar y pedir lo que os conviene. Y este Paracleto, como ha de venir invisiblemente, nunca se apartará de vosotros, como yo me aparto por la presencia corporal, sino permanecerá en vuestra compañía in aeternum. Gracias te doy, Redentor del mundo, por habernos dado tal sucesor en tu ausencia, que sea para nosotros fuerte protector, dulce consolador y solícito abogado. Ó Espíritu santísimo, venid á vuestro siervo, que está suspirando por teneros consigo; apadrinadme en las batallas, amparadme en los peligros, consoladme en las aflicciones, y abogad por mí en todas mis necesidades, haciéndome orar con tal fervor, que alcance remedio de ellas.

2. Lo segundo, nos da Cristo nuestro Señor el Espíritu Santo, para que le suceda en el oficio de maestro enseñando y platicando dentro de nuestro corazon la doctrina que él predicó por su boca, y así dijo á sus Apóstoles (*Ioan.* XVI, 12): *Cuando viniere el Espíritu Santo que os enviará mi Padre en mi nombre*, esto es, en mi lugar y por mi respeto, *él os enseñará todas las cosas, et suggeret vobis omnia, quaecumque dixero vobis, y os traerá á la memoria todo lo que os he dicho y os dijere* (*Ioan.* XIV, 26); que es decir: Os enseñará todas las cosas que os conviniere saber para vuestra salvacion y perfeccion, y para cumplir vuestro oficio, muchas de las cuales exceden

ahora á vuestra capacidad; y además de esto, las que hubiéreis oido ó leido, ó aprendido de mi doctrina, os las traerá á la memoria cuando fuere menester, y os las repetirá y platicará dentro de vuestro espíritu, para que ni por ignorancia ni por olvido falteis en lo que os conviene. Y esta enseñanza no es seca y de pura especulacion, sino jugosa y llena de devocion. Y por esto dijo san Juan Evangelista (I, *c.* II, 7), que la uncion nos enseñará todas las cosas. Ó Maestro celestial, que sin ruido de palabras hinches la memoria de verdades, é ilustras el entendimiento para que las conozca, de modo que la voluntad se aficione á ellas; ven á visitar mi alma ruda, ignorante y olvidadiza. Y pues eres Espíritu de verdad, enséñala toda verdad, desterrando de ella toda falsedad y mentira, asistiendo con ella, para que conozca todo lo que ha de conocer, y nó se olvide de ello al tiempo del obrar.

3. Lo tercero, se dió el Espíritu Santo á los Apóstoles, para que interiormente les diese testimonio (*Ioan.* XV, 26) de quién era Cristo, y enseñándonos con este testimonio, ellos le diesen públicamente al mundo, así como el mismo Señor le habia dado de sí mismo, mientras vivió entre los hombres, ofreciéndose al martirio, como testigos de esta verdad, y muriendo por el testimonio de ella, si fuese menestèr. De suerte, que entrando el Espíritu Santo en el corazon del justo, su oficio es darle testimonio de quién es Cristo nuestro Señor, ilustrándole con su luz, para que crea que es Dios, y hombre Salvador, y único remediador suyo, y para que tenga grande estima de él, y le ame de todo corazon, y se anime á imitarle, incitándole á ejercitar obras tan santas, y á veces tan milagrosas, que ellas dén testimonio de Cristo, á quien imitan. Ó Salvador mio, enviad sobre mí el Espíritu de verdad, que procede de Vos y vuestro Padre, para que interiormente con abundancia de su luz me dé á conocer quién sois, de modo que os ame, y haga tales obras, que por ellas sea vuestro Padre glorificado, y Vos seais conocido y honrado. Amen.

4. Lo cuarto, viene el Espíritu Santo para reprender y corregir los vicios del mundo, y convencerle de ellos, y de la victoria que el Salvador ganó contra el demonio, de la manera que Cristo nuestro Señor hacia este oficio cuando predicaba. Y así dijo él á sus Apóstoles (*Ioan.* XVI, 8): *Cuando viniere el Espíritu consolador, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio.* Esto es, revistiéndose en vosotros: por vuestro medio reprenderá al mundo de sus pecados é infidelidades, convenciéndole que hace mal en no creer en mí, y en no guardar mi ley. Y tambien le convencerá con razones y tes-

timonios de la justicia y santidad de mi vida, de mi ley y de mi doctrina. Y últimamente le convencerá y dará á entender el juicio que yo he hecho contra el pecado, condenando al demonio, echándole del mundo, reprobando la maldad, y aprobando la justicia. Y esto mismo hace interiormente el Espíritu Santo en el breve mundo de cada hombre, porque su oficio es reprenderle lo malo que hace, y exhortarle á lo bueno y justo que debe hacer, y descubrirle el juicio que es razon haga entre lo bueno y lo malo, entre Cristo y el demonio, para que abrace lo bueno, siguiendo á Cristo, y aborrezca lo malo, huyendo del demonio. Ó Espíritu santísimo, ven á este mundo abreviado de mi alma, y convéncela de su pecado, y de tu justicia, y enséñala á hacer recto juicio; porque no menos te muestras verdadero consolador y abogado mio cuando con amor reprendes mis vicios, como cuando me regalas con tus consuelos.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la infinita grandeza de este don que Dios nos da, dándonos el Espíritu Santo, el cual por excelencia se llama don (*Eccles.* in Hym.) de Dios altísimo, porque es el supremo de todos los dones (*D. Thom.* 1 *p. q.* 38), y fuente de todos ellos. De suerte que no contentándose nuestro Dios con darnos la gracia y la caridad, y las virtudes sobrenaturales, y los siete dones del Espíritu Santo, tambien nos da al que es principio y causa de todos ellos, para que él nos conserve, rija, aumente y perfeccione, como quien tiene una fuente, y no se contenta con dar el agua de ella, sino da tambien la misma fuente, de donde perpétuamente procede el agua. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor, hablando del Espíritu que habian de recibir los que creyesen en él (*Ioan.* vii, 39), que de su vientre saldrian fuentes de agua viva. Y para que se entendiese que estos rios serian perpétuos, dijo (*Ioan.* iv, 14), que dentro de ellos haria una fuente de agua viva, que saltase hasta la vida eterna. Ó Espíritu santísimo, rio cristalino de agua viva, que procedes de la silla de Dios, y del Cordero, y riegas la ciudad de Dios, y el árbol de vida que produce doce frutos al año (*Apoc.* xxii, 1), cuyas hojas son para salud de las gentes, ven á esta breve ciudad de mi alma, riégala con tus copiosas gracias, y produce en ella tus doce frutos (*Galat.* v, 22), comunicándome la caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Y porque estos frutos no se sequen ni marchiten, asiste siempre conmigo, conservándolos en su verdor, y aumentando su perfeccion hasta la vida eterna. Amen.

2. *De los frutos del Espíritu Santo.* — De la consideracion de esta grandeza del Espíritu Santo tengo de sacar una grande confianza de que me dará Dios todo lo que le pidiere, pues quien me da lo mas, me dará lo menos; y como dijo san Pablo (*Rom.* VIII, 32), quien nos dió á su Hijo, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas? Así puedo decir: quien nos da su divino Espíritu, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas que de él proceden, pidiéndoselas en virtud del mismo Espíritu, y por los merecimientos del Hijo, por quien se da? Con esta confianza juntaré un entrañable deseo de que el Espíritu Santo cause dentro de mí aquellos doce frutos, ponderando lo que es cada uno, y pidiéndosele con especial peticion. Primero le pediré la caridad, diciendo (1 *Ioan.* IV, 16): Ó Espíritu divino, que eres la misma caridad, y quien está en caridad está en tí, y tú en él, engendra en mí esta caridad, para que con ella te ame, y lleve copiosos frutos de amor; y á este modo le pediré los demás frutos, y tambien sus siete dones, de los cuales harémos luego especial meditacion.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar á quién se da este soberano don del Espíritu Santo, para que se descubra mas la grandeza de la divina liberalidad, ponderando que aunque fue grande largueza dar este don á unos pobres pescadores, idiotas y pusilánimes, y á otra muchedumbre de menos estofa; pero mas admira que le ofrezca Dios á todas las naciones y pueblos del mundo, así de judíos, como de gentiles y bárbaros, sin excluir á ningun hombre, por vil y despreciado que sea, y por grande pecador que haya sido, como él quiera disponerse para recibirle; porque, como dijo san Pedro (*Act.* X, 34), no es Dios aceptador de personas, sino entre todas las gentes, cualquiera que le temiere y obrare justicia, le será agradable, y recibirá de él el Espíritu Santo, y así le dió á muchos de los que trataron de crucificar á su Hijo, y á otros innumerables que adoraban por dioses á las serpientes y bestias de la tierra. De suerte que quien antes era morada de Satanás, y cueva de leones y dragones, sea templo de Dios vivo y morada de su divino Espíritu, en quien descanse con sus dones, cumpliendo la promesa que hizo por el profeta Joel (*Ioël*, II, 28): *Effundam Spiritum meum super omnem carnem:* derramaré mi Espíritu sobre toda carne.

2. ¡Oh liberalidad infinita de nuestro Dios! ¿Á dónde mas pudo llegar su liberalísima misericordia, que á derramar con tanta largueza un espíritu tan precioso como el suyo en un vaso tan asqueroso como el nuestro? ¿Por ventura, Señor, no sois Vos el que dijísteis antiguamente (*Genes.* VI, 3): No permanecerá mi Espíritu en

el hombre, porque es carne? Pues ¿cómo decís ahora que derramaréis vuestro Espíritu sobre toda carne? Si hablárades de sola vuestra carne, unida con vuestra divina Persona, razon era que derramárades sobre ella vuestro Espíritu, porque tal Espíritu venia bien para tal carne; pero decís que quereis derramarla sobre toda carne, siendo ella tal, que no sabe sino hacer guerra y contradiccion á vuestro Espíritu; pues ¿cómo quereis juntar Espíritu tan divino con carne tan terrena? ¡Oh inmensa caridad! oh incomprensible liberalidad! No quiere Dios dar su Espíritu al que es carne, y quiere vivir segun las leyes de la carne, repugnando á las leyes del espíritu: mas si el que es carne quiere mudar su vida carnal, doliéndose del tiempo que ha gastado en ella, Dios derramará sobre él su Espíritu con el cual vivificará su carne, para que viva vida espiritual, digna de tal Espíritu. Gracias te doy, Padre de las misericordias, por la infinita bondad que muestras en dar tal don á tan vil criatura como el hombre, y en juntar tu divino Espíritu con nuestra miserable carne; si quieres que tu misericordia resplandezca mucho en estas dádivas, aquí tienes un hombre que es todo carne, pero deseoso de ser vivificado con tu Espíritu; dámele, Señor, graciosamente, para que more en mí, y mi alma te glorifique, por la soberana merced que haces al que tan indigno era de recibirla. Amen.

MEDITACION XXIII.

DEL MODO COMO EL ESPÍRITU SANTO VINO SOBRE LOS DISCÍPULOS EL DIA DE PENTECOSTES.

Punto primero. — 1. *Habiéndose cumplido los dias de Pentecostes, estaban todos juntamente en un lugar.* (*Act.* II, 1). Sobre estas palabras se ha de considerar el misterio que está encerrado en el lugar, tiempo y dia en que vino el Espíritu Santo, y en la junta de las personas sobre quien vino. – Lo primero, se ha de considerar como por inspiracion del mismo Espíritu Santo, el dia de Pentecostes se juntaron todos los discípulos de Cristo con la Vírgen nuestra Señora en la casa y cenáculo, donde solian juntarse, que por lo menos eran los ciento y veinte de que poco antes hizo mencion san Lucas, y todos á una clamaban y pedian al Padre eterno, por los méritos de su Hijo, y al mismo Hijo les enviase el Espíritu Santo que les habia prometido, cuyas oraciones fueron presentadas delante de Dios, por medio de los Ángeles, y juntándolas con la peticion de Cristo nuestro Se-

ñor, en cuanto hombre, fueron oidas, resolviéndose que aquel dia se les diese lo que pedian, porque no hay plazo que no llegue para quien pide, persevera, y espera con paciencia la venida del Señor.

2. Lo segundo, ponderaré como esta casa y cenáculo, como ya se ha dicho (*Medit.* XX, *y en la* X *de la parte* IV), representa la Iglesia universal, en la cual se recogen todos los que son discípulos de Cristo, unidos en una misma fe, y en el culto de un mismo Dios, y en la observancia de una misma ley. Y como en este dia se dió el Espíritu Santo á los que estaban en esta casa, y no á los que estaban fuera de ella, así tambien el Espíritu Santo solamente se da á los que viven dentro de la Iglesia, disponiéndose para recibirle, y ninguno que estuviere fuera de ella le recibirá, porque como la paloma no halló lugar donde poner su pié para descansar, fuera del arca de Noé (*Genes.* VIII, 9); así el Espíritu Santo, figurado por la paloma (I *Petr.* III, 20), no halla en quien morar fuera de la Iglesia, que es representada por el arca. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor (*Ioan.* XIV, 17), que el mundo no podia recibir el Espíritu Santo, llamando mundo á la congregacion de los que niegan su fe, reprueban su doctrina, y resisten á su santa ley. Esto me ha de mover á dar muchas gracias á Nuestro Señor, por haberme traido á esta casa de su Iglesia; en la cual, si por mí no queda, recibiré al Espíritu Santo, disponiéndome para recibirle con la oracion y union que los Apóstoles tenian dentro de ella.

3. Lo tercero, ponderaré la causa por que vino el Espíritu Santo en el dia de Pentecostes, que era una fiesta de los judíos, instituida en memoria de la ley que les dió Nuestro Señor en el monte Sínai, y se celebraba cincuenta dias despues de la Pascua del Cordero. La causa fue para significar que el Espíritu Santo venia principalmente á imprimir en las almas la ley de gracia que Cristo habia predicado, dando fin y cumplimiento á la ley vieja, que habia sido su figura, y así en el mismo dia que se dió la una se promulgó la otra, aunque en diferente manera, porque la ley vieja era ley de temor, y así se dió con truenos y relámpagos y amenazas de muerte en el monte Sínai: escribióse en tablas de piedra, porque era pesadísima, y se daba á hombres de dura cerviz y de empedernido corazon; pero la ley nueva es ley de amor, y así con gran suavidad la escribió el mismo Espíritu Santo en las entrañas de los hombres (*Ierem.* XXXI, 33), y en las tablas de su corazon, quitándoles el corazon de piedra y trocándosele en corazon de carne (*Ezech.* XXXVI, 26), como por sus Profetas lo tenia prometido. Ó Padre soberano, cuya mano es el Hijo

que de tí procede, por quien criaste todas las cosas, y cuyo dedo es el Espíritu Santo: *digitus paternae dexterae,* que procede de ambos, por quien las reformaste, escribiendo con él tu santa ley en los corazones de los hombres, escríbela en el mio con este dedo de tu diestra, con tanta fuerza que nunca mas se borre; y pues tú me mandas que yo tambien la escriba, cooperando con amor al cumplimiento de ella, dame lo que me mandas, para que lo cumpla como quieres.

4. Tambien vino el Espíritu Santo cincuenta dias despues de la pasion y resurreccion de Cristo, para significar que con su venida tan copiosa concede jubileo plenísimo, significado por el número de cincuenta, dando plenaria remision de las deudas (*Levit.* XXV, 10) y pecados, en virtud de la pasion de nuestro Redentor. Y así la Iglesia dice del Espíritu Santo, que es *Remissio omnium peccatorum.* Ó Espíritu santísimo, ven con plenitud á mi alma, y concédela este jubileo plenísimo, perdonándola todos sus pecados, para que libre de ellos suba con grande júbilo á los gozos de tu eterna gloria. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *De repente vino del cielo un sonido como de espíritu y viento vehemente.* En cada palabra de estas se declara algun misterio ó propiedad de la venida del Espíritu Santo al alma, por medio de las inspiraciones que preceden á su entrada, las cuales son unos movimientos repentinos que sentimos dentro del alma, y á modo de relámpagos nos descubren alguna verdad de la fe, y á modo de centellas de fuego nos aficionan á lo bueno y santo. —Lo primero, viene de repente este sonido, para significar que la inspiracion del divino Espíritu y su visita no tiene dia, ni hora señalada y determinada, sino que viene cuando el hombre menos piensa, y cuando el Espíritu Santo quiere, y como quiere; porque (*Ioan.* III, 8): *Spiritus ubi vult spirat:* el Espíritu sopla é inspira donde quiere, porque, como luego dirémos (*Medit.* XXVI), inspira por sola su misericordia, y así en todo tiempo tengo de suplicarle que venga, y esperar su venida, dejando á su paternal providencia el dia y la hora en que ha de venir, que será la que mas conviniere, aunque para mí será repentina.

2. Lo segundo, vino del cielo este viento, y no del Oriente ó Poniente, ni del Septentrion ó Mediodía de la tierra, para significar que la inspiracion del Espíritu Santo no es de la tierra, ni hay en ella fuerzas para levantar este viento, sino del cielo ha de venir, porque, como dice el apóstol Santiago (*c.* I, 17), toda dádiva buena, y todo don perfecto es de arriba, y viene del Padre de las lumbres: la dádiva por excelencia buena es el Hijo, y el don por excelencia per-

fecto es el Espíritu Santo, y todas las dádivas y dones que de estos dos proceden son del cielo, enviados por el eterno Padre, de quien proceden el Hijo y el Espíritu Santo. Ó Padre de las lumbres, envíame desde lo alto esta dádiva buena y este don perfecto. Venga desde el cielo el viento de tu divino Espíritu, para que me arrebate y lleve tras sí al lugar de donde salió.

3. Lo tercero, este sonido fue de aire ó viento (*Sup. in med.* IV), para significar que el Espíritu Santo con su inspiracion obra en nosotros algunos efectos maravillosos significados por el viento, porque con ella nos da y conserva la vida espiritual de la gracia, con ella respiramós y se amortigua el ardor de nuestras concupiscencias; ella nos limpia y purifica, apartando en nuestras almas lo precioso de lo vil, el grano de la paja, y lo bueno y perfecto de lo malo é imperfecto, y ella nos impele y mueve á huir del vicio y á seguir lo que es virtud. De suerte, que como con el aire vivimos y respiramos, y sin él no podríamos vivir; así dentro del divino Espíritu, y en su virtud, somos, vivimos, y nos movemos en el ser de gracja, y sin él no podemos tener ni conservar tal ser y vida. Ó Espíritu de vida, que soplando sobre los muertos que vió Ezequiel (*Ezech.* XXXVII, 9), luego los vivificaste, ven y sopla sobre las almas muertas por la culpa, para que las vivifiques con tu gracia. (*Cant.* IV, 16). Ó viento ábrego del cielo, sopla en el huerto de mi alma, para que con tu inspiracion los árboles de las virtudes broten sus gloriosos actos á gloria de Dios, y á edificacion de mis prójimos. Ó Dios eterno, que con un viento fresco recreaste á los mozos que estaban en el horno de Babilonia (*Dan.* III, 50), envia sobre mí este viento fresco de tu divino Espíritu, para que temple las llamas que arden en el horno de mi sensualidad, y todas mis potencias se provoquen á darte continuas alabanzas. Amen.

4. Lo cuarto, el viento fue vehemente, para significar el ímpetu y fervor con que el Espíritu Santo mueve á las obras de virtud con una fuerza suave y amorosa, no contra nuestra voluntad, sino con grande gusto, porque es enemigo de tibiezas y perezas, y como dice san Ambrosio (Lib. II in Luc.): *Nescit tarda molimina Spiritus Sancti gratia:* la gracia del Espíritu Santo no aprueba tardanzas y pesadumbres en las obras de virtud, y cuando él entra en el alma; llévala como navío que navega con viento en popa sin trabajo y con grande velocidad, siendo él tambien el piloto que lo gobierna, enderezándole al puerto y lugar donde quiere llevarle. Y de estos dijo san Pablo (*Rom.* VIII, 14): Los que son llevados y movidos del divino Es-

píritu, estos son los hijos de Dios. Ó Espíritu divino, que á tus hijos muy queridos mueves con gran vehemencia á las obras de virtud y santidad, ven sobre mi alma como viento vehemente, impeliéndola á todo lo que te agrada; y porque no se despeñe con el fervor indiscreto, gobiérnala en sus caminos, para que llegue al puerto de tu eterna gloria. Amen.

5. Lo quinto, este viento vehemente causó un grande sonido y trueno, que se oyó en toda la ciudad, para significar que la venida del Espíritu Santo hace en los justos y por ellos tales obras, que suenan en todo el mundo, por el admirable ejemplo de su vida, y á veces por grandes milagros, y en especial por la fuerza de su predicacion y palabra, como se vió en los Apóstoles, de quien está escrito (*Rom.* x, 18), que en toda la tierra salió su sonido, y en los últimos fines de ella sus palabras: y por esta causa Cristo nuestro Señor llamó á dos de ellos hijos del trueno (*Marc.* III, 17), porque como trueno salieron á predicar por el mundo. Ó Amado mio, suene la voz de tu inspiracion en mis oidos, para que con ella haga tales obras, que suenen en todo el mundo, edificando á mis prójimos, y despertándolos á que te glorifiquen por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *Y llenó toda la casa donde estaban sentados.* Aquí se ha de ponderar los misterios que están encerrados en que este viento vehemente haya llenado toda la casa donde estaban sentados los discípulos. -El primero fue, para significar que en la ley de gracia se da el Espíritu Santo con grandísima abundancia y plenitud, para todo género de obras, ejercicios y ministerios, estados y oficios de la Iglesia, mostrándose Dios mucho mas liberal que en la ley de naturaleza, y mas que en la ley escrita. Un amigo de Job (*Iob*, IV, 16), que fue en la ley de naturaleza; y Elías, que fue en la ley escrita (III *Reg.* XIX, 12), sintieron la venida del divino Espíritu, como sonido ó silbo de un aire delgado, porque entonces se daba el Espíritu muy tasado: mas despues de la pasion de Cristo nuestro Señor, dase como viento vehemente, que llena toda la casa, porque se da con gran plenitud con todo género de gracias, para toda suerte de personas; de tal manera, que el mismo Redentor, antes de su muerte no le dió con tanta plenitud: y por esto dijo san Juan (*Ioan.* VII, 39), que no se habia dado el Espíritu Santo porque Jesús no estaba glorificado, pero en resucitando, abriéronse las cataratas (*Genes.* VII, 12) y puertas del cielo, y vino un diluvio de gracias que llenó toda la tierra, y la renovó y fertilizó. Y por esto dijo Isaías (*Isai.* XI, 9), que la tierra se llenaria de ciencia y conocimien-

to de Dios, como de aguas de un mar que la cubriesen toda. Gracias te doy, dulcísimo Redentor, porque abriste las cataratas de tu sacratísimo cuerpo, para derramar toda tu sangre por nosotros, y en virtud de ella abriste las cataratas y puertas del cielo para derramar tu copioso Espíritu sobre los que quisiesen aprovecharse de tu pasion. Derrámale, Señor, de nuevo sobre toda la casa de tu Iglesia, para que de nuevo todos comencemos á servirte con fervor.

2. Lo segundo, llenó este viento toda la casa, sin dejar sala ni retrete ni rincon que no penetrase, para significar la generalidad con que el Espíritu Santo, cuanto es de su parte, se da y ofrece á todos los hombres, en cualquier parte y rincon del mundo que estén, cumpliéndose lo que dice la divina Sabiduría (*Sap.* I, 7), que el Espíritu del Señor hinche la redondez de la tierra, y lo que Dios prometió á su pueblo, cuando dijo (*Ioel,* II, 28) que derramaria su Espíritu sobre toda carne, y le daria á sus hijos é hijas, á los viejos y mozos, á sus esclavos y esclavas, como ponderamos en la meditacion pasada.

3. Lo tercero, para significar que cuando el Espíritu Santo entra con esta vehemencia en una alma, llena toda su casa con todas sus potencias, sin dejar vacía alguna: llena su memoria de buenos pensamientos: su entendimiento de santos discursos y meditaciones: su voluntad de fervientes deseos y afectos, y sus apetitos de santas aficiones, de suerte que esta casa quede llena de verdades y virtudes celestiales, y dentro de ella bullan los actos y ejercicios de todas, como son amor de Dios, celo de su gloria, confianza en su misericordia, temor reverencial de su grandeza, gozo de sus excelencias, alabanza y accion de gracias por sus beneficios, dolor de los pecados, deseos y propósitos eficaces de obedecer á Dios, y de padecer mucho por él. ¡Oh Espíritu santísimo, si llenases mi memoria y entendimiento de tus ilustraciones, para que los pensamientos que de ellas procediesen celebrasen un dia de fiesta muy alegre para tí y para mí! (*Psalm.* LXXV, 11). ¡Oh si mi voluntad y apetitos quedasen llenos de tu divinidad, para que mis quereres y deseos de hoy mas fuesen divinos, conformes en todo con los tuyos! Lléname, Señor, de tí mismo, para que todas mis obras sean llenas delante de tí (*Apoc.* III, 2), sin que haya en ellas cosa vacía que te ofenda y desagrade.

4. Ultimamente, ponderaré como este viento llenó la casa donde estaban los discípulos sentados, para significar que si quiero que el Espíritu Santo llene la casa de mi corazon, no tengo de andar vagabundo fuera de ella, derramándome voluntariamente por las cria-

turas, sino procurar entrar dentro de mí mismo, y morar de asiento y con quietud dentro de mi conciencia, ocupándola con algunos buenos pensamientos y deseos, y con algunas buenas obras, esperando la venida de este Espíritu vehemente, que lo llene todo, y perfeccione con su abundante amor. De aquí es, que como arriba se dijo (*en la medit.* XX), cuando Dios quiere visitar las almas, primero las recoge, y las entra dentro de sí mismas, y hace que se asienten con reposo en el retrete de su corazon, y luego entrar él con toda su plenitud de dones.

Punto cuarto. — 1. *Aparecieron lenguas repartidas como de fuego, y sentóse sobre cada uno de ellos.* (*Act.* II, 3).—Lo primero, se ha de ponderar la causa por que el Espíritu Santo se dió en forma de fuego visible, porque siempre ha tomado formas exteriores, que representasen los efectos maravillosos que causa interiormente en los que le reciben. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 43, *art.* 7, *ad* 6). En el bautismo de Cristo tomó forma de paloma, para significar la inocencia y fecundidad de las buenas obras á que inspira. En la transfiguracion apareció como nube resplandeciente, para significar la lluvia de la doctrina que comunica, y la proteccion que tiene de sus escogidos. En el cenáculo se dió con un soplo (*Sup. in medit.* IX), en señal de la vida espiritual que se nos da por medio de los Sacramentos. Pero este dia apareció en forma de fuego, para significar que así como el fuego purifica, alumbra, enciende, sube á lo alto y es muy unitivo y comunicativo de sí mismo, transformando en sí lo que se le junta; así el Espíritu Santo purifica las almas, consumiendo la escoria de sus vicios y pecados, y apartando del oro y plata de las virtudes la escoria y estaño de las faltas é imperfecciones que suelen mezclarse con ellas. Alumbra los entendimientos con una lumbre sobrenatural, tan excelente que los certifica de las verdades y misterios de la fe, mas que si los vieran con los ojos corporales. Enciende las voluntades con el ardor de la caridad, abrasándolas en amor de Dios y de sus prójimos. Levanta los corazones de la tierra á las cosas celestiales, haciendo que tengan su conversacion en los cielos, y allí descansen por la contemplacion, como en su esfera y propio lugar. Finalmente une las almas consigo mismo, comunicándolas sus virtudes y dones, de modo que sean un espíritu con él por union de perfecto amor. Este es el fuego de quien dijo Cristo nuestro Señor: *He venido á traer fuego á la tierra, ¿qué otra cosa quiero yo sino que arda?* (*Luc.* XII, 49). Ó amantísimo Redentor, cumplid vuestro deseo en la tierra de mi alma, arrojando en medio de ella este divino fuego, para que

consuma todo lo terreno y me levante sobre mí á lo celestial. Ó Espíritu divino, pues sois fuego consumidor, consumid en mí todo lo que os desagrada, para que sea capaz de recibir la luz, ardor, ligereza y actividad de este fuego, siendo en él perfectamente transformado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la causa por que vino el Espíritu Santo en forma de lenguas, mas que en forma de corazones de fuego. Esta fue porque no se daba á los Apóstoles, para que solamente ellos amasen, y se convirtiesen en fuego, sino para que con sus lenguas movidas de este divino Espíritu predicasen al mundo la ley de Cristo, y su muerte y pasion. Y haciendo oficio de fuego, purificasen los hombres de sus errores y pecados, y los alumbrasen con la lumbre de la verdadera doctrina, y los encendiesen con las llamas de la caridad, y los levantasen al deseo de las cosas celestiales, uniéndolos con Dios nuestro Señor con union de amor: cumpliendo tambien por ellos Cristo nuestro Señor lo que dijo (*Luc.* XII, 49): Fuego he traido á la tierra, mi deseo es que siempre arda. - Demás de esto, tambien el Espíritu Santo viene sobre nosotros espiritualmente en lenguas de fuego, cuando nos comunica los afectos de la devocion, la cual, como dice san Bernardo (Serm. 45 in Cant.), es la lengua del alma, con la cual habla con Dios, y cuando el Espíritu Santo se le comunica con plenitud, es lengua de fuego, de la cual salen afectos encendidísimos de amor, con los cánticos que luego dirémos.

3. Lo tercero, se ha de ponderar aquella palabra, *Dispartitae linguae*, lenguas divididas y repartidas entre todos, en la cual se apunta lo que dice el Apóstol (I *Cor.* XII, 4) que aunque el Espíritu Santo es uno, pero hay muchas divisiones y particiones de gracias, ministerios y operaciones, como es don de sabiduría, de ciencia, de fe, gracia de sanidad, de hacer milagros, de interpretar las Escrituras, etc. Las cuales divide y distribuye el Espíritu Santo cómo quiere entre los miembros de la Iglesia, dándoles lenguas de fuego, para usar de la gracia que les ha repartido. De lo cual sacaré afectos de alabanza y accion de gracias por los dones que este divino Espíritu reparte por los miembros de la Iglesia, gozándome de los que ha dado á mis hermanos, y agradeciéndole los que me ha dado; pues así los unos como los otros son para mi provecho. De la manera que en los miembros del cuerpo natural el bien del ojo es bien de la mano, y el bien de la mano lo es del ojo, porque unos ayudan á otros.

4. Lo cuarto, ponderaré aquella palabra, *seditque supra singulos eorum*, sentóse sobre cada uno de ellos, para significar que el fuego del Espíritu Santo, cuanto es de su parte, viene de asiento sobre nosotros con deseo de nunca nos dejar, si no le echamos, conforme á lo que Cristo nuestro Señor dijo en el sermon de la cena (*Ioan.* XIV, 16): Mi Padre os dará un Espíritu consolador que permanezca con vosotros in aeternum, y si nos deja, es por nuestra culpa: porque, como dice la divina Sabiduría (*Sap.* I, 5), el Espíritu Santo huye del fingido en la disciplina de la virtud, y apártase de los pensamientos que van fuera de razon, y échale de donde está la maldad que de nuevo viene. Por tanto, alma mia, si quieres que el Espíritu Santo se asiente sobre tí, y permanezca contigo para siempre, huye toda doblez y fingimiento; sacude de tí cualquier pensamiento y afecto desordenado, y no dés entrada á la maldad, porque como es Espíritu purísimo, no quiere entrar en el alma malintencionada, ni habitar en cuerpo sujeto á pecados, ni permanecerá en el hombre que vive como bestia, siguiendo las leyes de su carne.

PUNTO QUINTO. — 1. *Todos se llenaron de Espíritu Santo.* Primeramente consideraré la infinita bondad y liberalidad de la santísima Trinidad, así del Padre y del Hijo que envian al Espíritu Santo, como del mismo Espíritu Santo que se da á sí mismo, porque con ser los que estaban en aquel cenáculo tan diversos en los merecimientos, y en la dignidad, á todos llenó de sus dones, á todos hinchió de alegría, y á todos se dió todo, de modo que todos quedasen llenos de su Espíritu, todos hartos y satisfechos, sin desear por entonces otra cosa fuera de Dios. Llenó con especialidad toda la casa de su alma, sin dejar vacía ninguna de sus potencias, porque en su memoria estampó las divinas Escrituras, para que se acordasen de ellas siempre que las hubiesen menester: en su entendimiento infundió gran luz é inteligencia de ellas, y de todos los misterios principales que encierran debajo de su corteza: en su voluntad y corazon imprimió de un golpe toda la ley de la caridad y amor, con tanta perfeccion, que aunque no hubiese en el mundo ley, ni Evangelio escrito, ellos fueran ley viva, y la ley interior les impeliera á guardarle perfectamente. Y por concluir, de repente hizo con ellos todos sus oficios; porque como viento fresco, les llenó de suavidad; como sol, les hinchió de luz; como fuego, les llenó de calor celestial; como maestro, de su doctrina; y como médico, de una perfecta y cumplida salud, y en un momento los trocó de cobardes, en animosos; de flacos, en fuertes; de ignorantes, en muy sábios; de envidiosos, en

caritativos; de ambiciosos, en humildes; y de imperfectos, los hizo consumados en toda perfeccion. ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto! (*Psalm.* LXXVI, 11). ¡Oh poder infinito del divino Espíritu! La mudanza que no hizo el combate de tres años con tres fuertes tiros de sermones, ejemplos y milagros, la hizo el dia de hoy en un instante el Espíritu de Cristo y la virtud que vino de lo alto. Envia, ó buen Jesús, sobre mí esta virtud de tu divino Espíritu, para que me trueque en otro varon hecho en todo á tu voluntad. Ven, ó Espíritu santísimo, y lléname con tus dones, para que trueque mis costumbres de terrenas en celestiales, y no quiera ni pretenda otra cosa fuera de tí, estando lleno y harto con tenerte dentro de mí.

2. Lo segundo, se ha de considerar que aunque todos fueron llenos de Espíritu Santo, unos recibieron mayores dones que otros, como dos vasos llenos de agua, si el uno es mayor que el otro, el mayor tendrá mas agua; así los que eran mas santos y estaban mas bien dispuestos recibieron mayor plenitud de Espíritu Santo, con mas copiosa gracia, y por consiguiente Nuestra Señora recibió mayor gracia y alegría que todos los demás juntos, y los Apóstoles mayor que todos los otros discípulos, glorificando todos á Dios por la merced singular que les habia hecho. Y yo tambien me gozaré, dando á la Vírgen el parabien de los dones que recibió, y del contento que tuvo, viendo á todos los discípulos llenos del Espíritu Santo, y cumplida la promesa de su precioso Hijo con tanta perfeccion.

3. Tambien sacaré un gran deseo de aparejarme para recibir el Espíritu Santo, con el mayor fervor que pudiere, pues se da con mas abundancia al que está mas bien aparejado: este aparejo le haré con estas cuatro virtudes.-La primera es pureza de conciencia, lavando el vaso donde el Espíritu Santo ha de derramar sus dones.-La segunda, humildad de corazon, vaciándole de sí mismo y de todo espíritu contrario.-La tercera es confianza en Dios, ensanchando la capacidad del alma, no á la medida de mis solos merecimientos, sino á la medida de los merecimientos de Cristo nuestro Señor, y de la infinita bondad y liberalidad de Dios.-La cuarta es oracion ferviente, con la cual se alcanzan estos dones, pidiendo á Dios que dé como quien es, y no como quien yo soy. Cuanto mas aventajadamente ejercitare estas cuatro virtudes, tanto estaré mas dispuesto para recibir el Espíritu Santo con mayor abundancia de sus dones. Ó Dios altísimo, que dijiste á tu pueblo (*Psalm.* LXXX, 11): Abre tu boca, dilata y ensancha tu seno, y yo le llenaré: yo abro mi boca con deseo de traer tu divino Espíritu (*Psalm.* CXVIII, 131), y quer-

ria ensanchar los senos de mi alma para recibirle con plenitud: hínchelos, Señor, conforme á tu voluntad, y ensánchalos con tu misecordia, para que reciban mas copiosa gracia.

4. Últimamente, ponderaré como tambien quedaron todos llenos de Espíritu Santo, en cuanto recibieron todo el caudal que habian menester para llenar su ministerio (*D. Thom.* 3 *p. q.* 7, *art.* 10), porque Dios nuestro Señor da tanta gracia á cada uno, cuanta es menester para que cumpla enteramente con el ministerio y oficio que le encarga, y con el estado para que le llama. Y así á Nuestra Señora, y al precursor san Juan, y á los Apóstoles llenó de gracia, dando á cada uno tanta cuanta pedia la dignidad y oficio para que los habia escogido, y lo mismo hace ahora con los que llama para los estados y oficios de la Iglesia, como se verá en la parte VI.

Punto sexto. — 1. *Y comenzaron á hablar en varias lenguas, como el Espíritu Santo les daba que hablasen.* En este hecho se ha de considerar: - Lo primero, la gracia especial que hizo el Espíritu Santo á los Apóstoles, dándoles de repente facultad de hablar en varias lenguas, para que pudiesen predicar el Evangelio en todo el mundo, porque esta gracia no era tanto para su propio provecho, cuanto para el provecho de todos los hombres de la tierra, y así todos hemos de alabar á Dios por esta merced que les hizo para bien nuestro: advirtiendo (*Genes.* xi, 7), que como la division de las lenguas fue castigo de la soberbia; así la union de ellas fue premio de la humildad; y como los soberbios, queriendo edificar una torre, cuya cumbre llegase al cielo, fueron confundidos con dividirles los lenguajes, sin que uno entendiese al otro, para que se dividiesen y cesasen de su pretension, así los humildes, deseando edificar la torre de la perfeccion, cuya cumbre llegase á la vista y union con Dios, fueron ayudados con la union de los lenguajes, para que pudiesen unirse con todos los hombres, y llevar adelante su edificio. Ó dulcísimo Jesús, dame verdadero espíritu de humildad, y perfecciona con el fuego de tu amor la lengua que me has dado, para que de mi parte ayude á levantar esta torre de la perfeccion, no solo en mi alma, sino en las de mis prójimos, de modo que todos lleguemos á la cumbre de tu eterna gloria. Amen.

2. *Regla de hablar bien.* — Lo segundo, ponderaré como los Apóstoles luego comenzaron á hablar en estas lenguas, no por su antojo, sino movidos del divino Espíritu, hablando de las cosas con el modo y fervor que les inspiraba: y así sus palabras eran de cosas santas, y con modo santo, lo cual conservaron toda la vida, como

lo dijo san Pablo (II *Cor.* II, 17): No somos como muchos que adulteran la palabra de Dios: *Sed ex sinceritate, sed sicut ex Deo; coram Deo in Christo loquimur:* hablamos con sincera intencion, movidos de Dios, en la presencia de Dios, y de cosas que pertenecen á Cristo; que es decir: En las palabras guardamos cuatro condiciones.—La primera, que no sean por fin malo ni vano, sino con pura intencion de la gloria de Dios, y del bien nuestro y de nuestros prójimos.—La segunda, que procedan no de espíritu impetuoso y aprisionado, sino de buen espíritu, santo y reposado.—La tercera, que sean en la presencia de Dios, mirando que nos oye, y es testigo de lo que decimos.—La cuarta, que no sean de cosas malas, ni vanas, ni impertinentes, sino todas de Cristo, ó de cosas enderezadas á Cristo, y aun grandezas suyas, como luego verémos.

3. Lo tercero, ponderaré como estando el Espíritu Santo en el alma, luego la hace hablar en varias lenguas interiormente, que son varios afectos de devocion, conforme á lo que dice san Pablo (*Ephes.* v, 18): Llenaos de Espíritu Santo hablando á vosotros mismos con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y tañendo en vuestros corazones al Señor, haciendo siempre gracias por todos á Dios Padre en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Estas son las varias lenguas de fuego, con las cuales, como se dijo en el párrafo II de la introduccion de este libro, hablamos dentro de nosotros mismos con Dios nuestro Señor, cantándole salmos é himnos, con afectos de alabanza y agradecimiento por las mercedes que nos hace, y tambien afectos de amor y gozo por ser quien es, haciendo grandes ofrecimientos de servirle, y provocando á todas las virtudes, para que le hagan música, ejercitando sus actos á gloria de nuestro Señor. ¡Oh quién oyera como hablaba la Vírgen este dia con estas varias lenguas, inspirada por este divino Espíritu! ¡Qué afectos tan encendidos! qué alabanzas y accion de gracias brotaria, y cómo se derritiria en fuego de amor, hablando con su Amado! ¡Oh qué música de lenguas tan diversas, pero muy concertadas, sonaba en aquel cenáculo, por aquellos sagrados cantores, rigiéndoles como maestro el Espíritu Santo! ¡Oh Espíritu santísimo, ven á mi alma muda, y enséñala á hablar con varias lenguas de encendidos afectos! y pues me pides que suene mi voz en tus oidos (*Cant.* II, 14), aclárala y endulzórala, para que su música te sea dulce y agradable por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LAS OBRAS MARAVILLOSAS QUE POR MEDIO DE LOS APÓSTOLES HIZO EL ESPÍRITU SANTO EN EL DIA DE PENTECOSTES.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Estaban aquel dia en Jerusalen muchos judíos y varones religiosos de todas las naciones del mundo; y oyendo el sonido del viento vehemente, juntóse grande muchedumbre: y oyendo cada uno hablar á los Apóstoles en su propia lengua las grandezas de Dios, quedaron admirados y pasmados, diciendo: Quid vult hoc esse? Qué será esto?*—Lo primero, se ha de considerar cuán propio es del Espíritu Santo con el sonido de su divina inspiracion menear los ánimos de los hombres, y traerlos á donde oigan los predicadores del Evangelio, para que por medio de su predicacion conozcan á Cristo y se conviertan. Por lo cual tengo de darle muchas gracias, y suplicarle que no cese de hacer esto con los pecadores, y de mi parte de imitar á esta gente; la cual oyendo esta voz y sonido no se quedó en su casa despreciándola, y haciendo poco caso de ella, sino luego salió á ver lo que era, y lo que este prodigioso sonido significaba: así yo en oyendo dentro de mi alma la voz de la divina inspiracion, no tengo de estar ocioso ni dejarla pasar en vano, sino salir á cumplir lo que por ella Dios me inspira.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como los Apóstoles, que habian estado recogidos con silencio esperando la venida del Espíritu Santo, luego que le recibieron, salieron de su recogimiento á lo público, y comenzaron á publicar y predicar las grandezas de Dios, en presencia de todas las naciones del mundo, porque la fuerza interior del Espíritu Santo les movia á ello, el cual no quiere que sus talentos estén enterrados, ni que sus dones estén ociosos un momento, sino que luego salgan á luz, y se negocie con ellos la salvacion de las almas: con lo cual me confirmaré en lo que arriba se dijo (*Med.* XVII, *part.* II): que como es vicio de soberbia salir á predicar y tratar las almas antes de recibir la virtud de lo alto, así es vicio de pusilanimidad no salir despues de recibida; y como dice san Gregorio (3 *p.* Pastor. admon. 26): Ambos extremos son muy peligrosos.

3. Lo tercero, ponderaré la eficacia y espíritu con que los Apóstoles hablaban, *magnalia Dei* (*S. Bern.* Serm. de Spir. et lib. de cons. ad mon. cist.), grandezas de Dios; porque cada espíritu mueve á hablar como quien es: el espíritu de mundo, con la lengua que

David llama *magniloqua*, habla grandezas mundanas; el espíritu de carne, grandezas carnales; el espíritu propio, grandezas propias: mas el Espíritu divino aborrece estas grandezas, y no las quiere tomar en la boca, si no es para despreciarlas; porque las tiene por bajezas, y solamente inspira y mueve á hablar de las grandezas de Dios, de sus virtudes y excelencias, de sus beneficios y misericordias, de sus obras y misterios, sintiendo altamente de Dios y de cualquier cosa suya, y hablando de ella cuando es menester, no con tibieza y caimiento de ánimo, sino con lenguas de fuego, y con fervor admirable; de modo que provoque á los oyentes grande admiracion y espanto, reconociendo en el que habla la divinidad del Espíritu que le mueve. ¡Oh Espíritu divino! ilustra mi alma, para que conozca las grandezas de Dios, y mueve mi lengua, para que hable de ellas con tal fervor, que tú quedes glorificado, y mis prójimos edificados, y yo mas encendido en tu amor. Amen.

Punto segundo.—*De los juicios temerarios.*— 1. *Algunos escarneciendo, decian: Estos están llenos de mosto; pero levantándose Pedro con los once Apóstoles, alzó la voz, y hablóles, declarándoles como no estaban tomados del vino, sino llenos del Espíritu Santo.* Aquí se ha de ponderar: lo primero, como nunca faltan malos que escarnezcan de los buenos y hagan burla de las obras de Dios, juzgando temerariamente de ellas, y echándolas siempre á la peor parte: como el sumo sacerdote Helí, que viendo á la madre de Samuel orar en el templo, meneando solamente los labios (I *Reg.* I, 13), juzgó que estaba tomada del vino, atribuyendo á embriaguez lo que era fervor de espíritu: y los deudos de Cristo nuestro Señor, cuando comenzó á predicar, juzgaban que su fervor era furor (*Marc.* III, 21); y ahora estos miserables á los que están llenos del Espíritu Santo llaman embriagados y llenos de vino. Esto permite Nuestro Señor para ejercitar á los justos en humildad y paciencia, y para que vean cuán errados son los juicios de los hombres, y no hagan caso de ellos, y aprendan á no juzgar temerariamente lo que no alcanzan, especialmente cuando lo hace gente santa, sino venerarlo con silencio y admiracion, ó preguntar como hicieron este dia algunos: *Quidnam vult hoc esse? ¿Qué será esto?*

2. Lo segundo, ponderaré como los Apóstoles, movidos del divino Espíritu, tomaron de aquí ocasion para predicar la fe de Cristo nuestro Señor, respondiendo á la pregunta de los unos, y deshaciendo el error de los otros; y así tomando la mano san Pedro, como cabeza de los Apóstoles, les dijo: que no estaban llenos de vino, por-

que era muy de mañana para haber bebido, y no se habia de presumir tal cosa de gente buena y en tal dia, pero que estaban llenos de aquel Espíritu que Dios habia prometido por el profeta Joel (*Ioël*, II, 28); como quien dice: llenos están de vino, no de este vino corporal que vosotros pensais, sino de otro vino mas fuerte, que es el espíritu de Dios, y su encendido amor, porque los ha metido en la bodega de sus vinos, y embriagádoles con la muchedumbre y dulzura de su amor. Ó Amador de las almas, entra la mia (*Cant.* II, 4) en esta tu bodega, y hártala con la variedad y abundancia de los vinos preciosos que tienes en ella, ordenando en mí la caridad, y todos los actos y afectos que proceden de ella. Tú bebiste de este vino y convidas á los tuyos que beban de él, diciéndoles (*Cant.* V, 1): Bebed, amigos mios, y embriagaos los muy amados; y aunque yo no merezco nombre de amigo, mas para que lo sea te suplico me convides, y dés á beber con tanta abundancia, que como embriagado de tu amor salga de mí, y olvidado de todo no quiera mas que á tí.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar el maravilloso sermon que hizo el apóstol san Pedro, dando testimonio de Cristo crucificado, en el cual descubrió las grandes vírtudes que el Espíritu Santo le habia comunicado, y las que han de tener los ministros del Evangelio.—La primera, fue grande sabiduría y destreza en proponer las verdades y misterios de Cristo nuestro Señor, probándolos con testimonios muy eficaces de la divina Escritura, de los Profetas y Salmos.—La segunda, fue grande libertad de espíritu con gran fortaleza de corazon; porque Pedro, á quien la voz de una esclava hizo temer y negar á su Maestro, ahora con la virtud y fortaleza que le dió el Espíritu Santo, confesó y predicó delante de innumerables hombres, que Cristo, á quien ellos crucificaron, habia resucitado, y era su Dios y su Mesías y Salvador. Y con la misma libertad testificó lo mismo delante de Anás y Caifás, y de todos los príncipes de los sacerdotes, admirándose ellos de su constancia; y mandándole con amenazas (*Act.* IV, 18) que no predicase mas á Cristo, libremente respondió, que era mas justo obedecer á Dios que á los hombres (*Act.* IV, 19); y así lo hicieron todos los Apóstoles, ofreciéndose por esta causa á muchos trabajos, y gozándose de sufrirlos por el nombre de Jesús, y de todos se dice, que *loquebantur verbum Dei cum fiducia*, predicaban la palabra de Dios con gran osadía y confianza.

2. La tercera, fue grande celo y fervor en sus palabras, penetrando con ellas y punzando los corazones de los oyentes, de tal ma-

nera, que los que poco antes tenian á los Apóstoles por embriagados, luego compungidos se les rinden, y preguntan qué harán para salvarse (*Act.* II, 37); y los que con terrible dureza pidieron que Cristo fuese crucificado, ahora con gran ternura piden ser bautizados. ¡Oh mudanza milagrosa de la virtud de Dios! oh poder inmenso del divino Espíritu! ¿quién sino Dios pudiera dar tal sabiduría y fortaleza con tal fervor á tan rudos y cobardes predicadores? y ¿quién otro que su Espíritu pudiera mudar y ablandar los duros corazones de tales oyentes? Ven, ó Espíritu santísimo, sobre los predicadores de la Iglesia, y sobre los fieles que les oyen, y obra en los unos y en los otros esta maravillosa mudanza, para que nuestro Redentor sea de todos obedecido y amado, y tu divina voluntad sea de todos conocida y venerada. Amen.

3. Últimamente, ponderaré como *los que en aquel dia se convirtieron y bautizaron, fueron cerca de tres mil almas.* (*Act.* II, 41). El cual número tiene misterio; porque la santísima Trinidad le escogió apropiándose cada una de las tres divinas Personas un millar de estas almas, como primicias de las innumerables que habian de recibir su santa ley: así como en otro sermon se convirtieron cinco mil en premio de las cinco llagas que Cristo recibió en la cruz. ¡Oh qué gozo sentiria Cristo nuestro Señor cuando vió que su Padre habia traido tanta gente á su servicio (*Isai.* LIII, 10), cumpliendo la promesa que de esto habia hecho! ¡Oh qué fiestas harian los Ángeles en el cielo por la conversion de tantos pecadores, pues por la conversion de uno solo se gozan grandemente! (*Luc.* XV, 10). ¡Oh qué regocijada estaria la Vírgen sacratísima, viendo tantos que reconocian la divinidad de su amado Hijo, en cuya conversion tuvo ella mucha parte! porque mientras los Apóstoles predicaban, ella oraba con gran fervor, negociando con Dios el próspero suceso de su predicacion. ¡Oh qué alegres estarian los Apóstoles con la copiosa pesca que sacaron de aquella redada, gastando todo aquel dia en enseñar á los convertidos los misterios de la fe, y en moverlos á penitencia de sus pecados, y en bautizarlos, dándoles Nuestro Señor, como les ofreció san Pedro, el don del Espíritu Santo, con el cual quedaron llenos de santidad y alegría espiritual! De todo esto he yo de sacar tambien afectos de gozo y alabanza, gozándome de que Cristo mi Señor sea conocido y venerado, y dándole el parabien de esta copiosa cosecha. Ó dulcísimo Jesús, ¡cuán bien comenzais á cumplir lo que dijísteis, si fuere levantado de la tierra, traeré á mí todas las cosas! (*Ioan.* XII, 32). Ya, Señor, habeis subido á lo alto y dado dones á los hombres

(*Ephes.* IV, 8), y en recompensa de lo que dais recibís tambien dones de los mismos hombres, dándoseos ellos por vuestra gracia, y tomándolos Vos para vuestro servicio. Dadme, Señor, vuestros dones, y tomad de mí lo que Vos me dais, porque todo yo sea vuestro por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXV.

DE LA VIDA EXCELENTÍSIMA QUE EL ESPÍRITU SANTO INSPIRÓ Á LOS PRIMEROS CRISTIANOS.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Los que se bautizaron perseveraban en la doctrina de los Apóstoles, y en la comunion de la fraccion del pan, y en oraciones.* (*Act.* II, 42). Aquí se ha de considerar como es propio del Espíritu Santo inspirar á los justos, cuyas almas llena de sí mismo tres principalísimos ejercicios de virtud, con los cuales conserven y aumenten la santidad.-El primero es, perseverar en la doctrina de los Apóstoles; esto es, ocuparse en oir sermones y leer libros sagrados y santos, para confirmarse mas en la fe, y penetrar mas la doctrina evangélica, y aficionarse mas á ella, huyendo de toda la doctrina que fuere contraria á la de los Apóstoles, ó nos entibiare en la fe y estima que debemos tener de ella.

2. El segundo es, perseverar en la comunion de la fraccion del pan: esto es, en la comunion del santísimo Sacramento del cuerpo de Cristo nuestro Señor, que es el pan del cielo que se reparte á los hombres que vivimos en la tierra, para conservar y aumentar la vida espiritual de la gracia.-El tercero es, perseverar en oraciones; y no dice en oracion, sino en oraciones, esto es, en todo género de oracion, que llama san Pablo (I *Tim.* II, 1), peticiones, obsecraciones, acciones de gracias, alabanzas, himnos, salmos y cánticos espirituales, orando de todos estos modos en todo lugar, levantando las manos puras á Dios, sin iras ni contiendas.

3. Estas tres cosas hacian estos fieles con grande frecuencia y perseverancia, ocupándose en ellas todos los dias, inspirándoles esto el Espíritu Santo, porque todas tres son sustento espiritual de las almas, y el medio mas eficaz que hay para conservar la vida de la gracia, y para aumentar los dones de Dios, y alcanzar la plenitud del Espíritu Santo. Y así en este libro de los Hechos apostólicos leemos (*Act.* X, 44), que siempre se daba el Espíritu Santo cuando los Apóstoles predicaban y ponian sus manos sobre los fieles y ora-

ban, de suerte, que los fieles recibian el Espíritu Santo por una de tres vias, oyendo los sermones, ó recibiendo los Sacramentos, y haciendo oracion á Dios; pero esta oracion era fervorosísima, tanto, que como dice san Lucas (*Act.* IV, 31): *Cum orassent, motus est locus in quo erant congregati, et repleti sunt omnes Spiritu Sancto.* Orando tembló el lugar donde estaban juntos, para significar el espanto que pondrian al mundo, y la mudanza de los corazones que harian con su ejemplo y palabra en virtud del Espíritu Santo. Ó Espíritu santísimo, mi alma está hambrienta y no tengo pan con que sustentarla; dame estos tres panes de la doctrina, comunion y oracion con que la remedie, y aunque yo no los merezca por amigo, dámelos por importuno (*Luc.* IX, 8), premiando en esto los trabajos de nuestro dulcísimo amigo Cristo Jesús, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.- *Union del estado y vida religiosa.* — 1. *Todos los que creian, estaban juntos y tenian todas las cosas comunes, vendian las posesiones y las haciendas, y dividianlas á todos conforme á la necesidad de cada uno.* (*Act.* II, 44). Aquí se ha de considerar, como tambien es propio del Espíritu Santo inspirar á sus escogidos la perfeccion evangélica que Cristo nuestro Señor predicó; estampándola en estos primitivos cristianos, para que fuesen ejemplo de los religiosos que les habian de suceder.-Lo primero, les inspiró la vida de comunidad, con suma union y caridad; y por eso dice san Lucas, que *erant pariter*, que estaban juntos, y mucho mas con el espíritu que con el cuerpo. Y así añadió otra vez, que *multitudinis credentium erat cor unum, et anima una* (*Act.* IV, 32): que la muchedumbre de los creyentes tenia un corazon y una ánima; porque aunque eran muchos de diferentes naciones y complexiones, y de diversos caudales y talentos, todos estaban unidos con amor, y tenian una voluntad y un mismo sentir, porque todos tenian un mismo Espíritu Santo que los unia consigo y entre sí mismos, como lo hace el alma con los miembros del cuerpo, aunque sean muy diversos, cumpliendo Nuestro Señor lo que prometió por Jeremías, cuando dijo (*Ierem.* XXXII, 39): Yo les daré un corazon y un camino. Y concediendo el Padre eterno á su Hijo lo que le pidió la noche de la cena, que fuesen sus discípulos una cosa (*Ioan.* XVII, 11), como los dos lo eran, para que el mundo le conociese por esta union. Ó Padre eterno (*Psalm.* LXVII, 7), que haces morar en una casa á los que tienen unas mismas costumbres, da esta union á todos los fieles que moran en la casa de tu Iglesia, y á todos los que moran en la casa de tu religion, para que

tu Hijo sea glorificado en el mundo, viendo la union que tienen los que viven en tu casa. Ó Espíritu santísimo, á quien pertenece dar testimonio de Cristo nuestro Salvador, imprime en todos tus discípulos esta soberana union, para que amándose unos á otros, por el testimonio de este amor, sea creido y adorado su Maestro.

2. Tambien ponderaré, como en este tiempo se comenzaron á manifestar los milagros que profetizó Isaías, cuando dijo (*Isai.* XI, 6; LXV, 25): Que habitarian juntamente el lobo y el cordero, el tigre y el cabrito, el leon y la oveja, y que un niño pequeño los pastorearia, paciendo juntamente el becerro y el oso, y comiendo paja el leon como si fuera buey. Porque el Espíritu Santo, con el ganado de las ovejas y corderos de Cristo que eran sus discípulos, juntó en union de perfecta caridad á los que el dia de su pasion le persiguieron como lobos, tigres y leones, y los que solian ser codiciosos como lobos, coléricos como tigres, soberbios como leones, y astutos como osos, hacen un mismo rebaño muy concorde y unido en caridad con los que son mansos, humildes y sencillos, como ovejas y corderos. Todos se hacen á un modo de comida llana y poco regalada, dejando el leon su costumbre por tomar la propia del buey, humanándose los principales á la comida grosera de los pobres trabajadores, y todos se sujetan con gran obediencia al gobierno de un pequeñuelo pescador, á quien Cristo hizo pastor de su ganado. ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto! oh milagros de la omnipotencia del Salvador! (*Psalm.* XLV, 9). Venid, y ved todos las obras del Señor, los prodigios que ha hecho sobre la tierra quitando de ella toda discordia y guerra, trocando á los leones y tigres en ovejas y corderos mansos. (*Casian.*, *Collat.* XII, *c.* 12). Gracias te doy, Salvador omnipotente, por estas mudanzas que haces con la eficacia de tu divino Espíritu. Lleva, Señor, adelante esta obra que has comenzado, dando á todos los fieles y religiosos esta union, esta igualdad, esta obediencia y sujecion á sus prelados, para que con estos milagros de tu gracia los infieles reciban tu fe, y los fieles se confirmen en ella, y crezcan siempre en tu amor.

3. Lo segundo, inspiró el Espíritu Santo á estos fieles, que para conservar esta union tuviesen todas las cosas comunes, guardando la pobreza evangélica con rigor, porque lo primero, vendian todas sus posesiones y bienes muebles, para que el precio se repartiese entre todos, acudiendo á la necesidad de cada uno, con lo cual cumplian aquel consejo de Cristo nuestro Señor que dice (*Matth.* XIX, 21): Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres, y ten-

drás un tesoro en el cielo.—Lo segundo, en la distribucion de estos bienes no querian seguir su propia voluntad y propio parecer, sino el de los Apóstoles á cuyos piés echaban el precio de lo que vendian para que ellos lo repartiesen á su voluntad (*Act.* IV, 35); con lo cual se desnudaban de todo afecto de carne y sangre, y de su voluntad propia, siguiendo la de los ministros de Cristo nuestro Señor.—Lo tercero, se desapropiaron tanto en el uso de todas cosas, que á lo que tenian no lo llamaban suyo, desterrando de sus pláticas aquella fria palabra, mio y tuyo, que es ocasion de discordias y de entibiar la caridad. De suerte, que con el corazon, y con la palabra y con la obra, se desapropiaron y renunciaron todo cuanto poseian, para ser perfectos discípulos de Cristo. *Nec quisquam eorum quae possidebat, aliquid suum esse dicebat.*

4. De aquí se seguia, que siendo todos pobres, ninguno de ellos padecia necesidad, porque lo que uno tenia era de todos, y lo que tenian todos era de cada uno, y todas las cosas tenian comunes para el uso de todos. Era comun la casa, el vestido, la comida, los ejercicios de virtud, los trabajos, los premios y las coronas, porque siendo muchos, eran uno, y el uno no estaba solo, sino en él estaban muchos, ayudándole todos (*D. Basil.* De constit. monastic. c. 19). ¡Oh vida dichosa y bienaventurada, enseñada por Cristo, inspirada por el Espíritu Santo, aprobada por los Apóstoles y ejercitada por los discípulos, que fueron primicias del divino Espíritu! ¡Oh divinidad santísima, que siendo una en tu esencia eres comun á tres Personas! concede á los fieles que llamaste á estado de perfeccion, que sean todos uno, y cada uno con sus cosas sea comun para todos, para que todos sin poseer nada lo tengan todo (II *Cor.* VI, 10), y dejándolo todo, alcancen el cien doblo de lo que dejaron (*Matth.* XIX, 29), poseyéndote á tí, fuente de todos los bienes, por todos los siglos. Amen.

5. De todo esto que se ha dicho he de sacar, si soy religioso, gran deseo de imitar á estos primitivos cristianos, á los cuales puso el Espíritu Santo por dechado de religiosos, y muchos de ellos por su inspiracion hicieron voto (*D. Aug.*, Serm. 17 de verbis Apostoli, et alii) de esta pobreza, para que fuese mas estable y agradable á Dios, á cuya causa Ananías y Safira, porque vendieron su heredad y se quedaron con parte del precio, fueron castigados severamente por san Pedro, con muerte arrebatada, diciéndoles (*Act.* V, 4): que habian mentido al Espíritu Santo, por cuya inspiracion habian hecho el voto. Pero si soy seglar, sacaré deseos de imitar á estos dis-

cípulos en lo que fuere conveniente, segun mi estado, desnudándome, siquiera con el corazon, de todas las cosas, pues con todos habla aquella sentencia del Salvador, que dice (*Luc.* XIV, 33): El que no renunciare todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.

PUNTO TERCERO. — 1. *Cada dia perseveraban con un mismo ánimo en el templo, y partiendo el pan en las casas, tomaban el manjar con alegría y simplicidad de corazon, alabando juntos á Dios, y siendo agradables á todo el pueblo.* (*Act.* II, 46). Aquí se ha de considerar, como es tambien propio del Espíritu Santo inspirar á los escogidos otros varios medios para conservar la union y perfeccion. El primero es, que *unanimiter*, con un mismo ánimo fuesen al templo, y perseverasen allí haciendo los ejercicios para que se ordenó el templo, que son, oir juntos la palabra de Dios, orar y asistir á los divinos sacrificios y recibir los santos Sacramentos, porque el templo es escuela de Cristo, casa de oracion, propiciatorio de nuestros pecados y lugar dedicado al divino culto. Y en estos ejercicios perseveraban gran parte del dia con sumo gusto, porque el Espíritu Santo asistia con ellos.

2. Cumplida esta obligacion con Dios, luego por inspiracion del mismo Espíritu se iban unos á las casas de los otros, y allí se convidaban con caridad, tomando el manjar del cuerpo con alegría, no sensual sino espiritual, cumpliéndose lo que dijo David (*Psalm.* LXVII, 4): Los justos coman y alégrense en la presencia de Dios, y con esta alegría juntaban simplicidad de corazon sin dobleces, ni fingimientos, ni murmuraciones de unos contra otros, sino con sincera intencion por agradar á Dios, y conservar la fraterna caridad, dándonos ejemplo del modo como hemos de comer, espiritualizando esta obra, que de suyo es tan carnal.

3. De aquí resultaba, que siempre andaban alabando y glorificando á Dios con grande edificacion de todo el pueblo, que los amaba y veneraba por la santidad y caridad que en ellos resplandecia. Ó amantísimo Jesús, Esposo dulcísimo de las almas justas, ¡con cuánta razon puedes decir ahora, mirando la vida de esta pequeña Iglesia esposa tuya (*Cant.* IV, 9): Llagaste mi corazon, hermana y esposa mia, llagaste mi corazon con el uno de tus ojos, esto es, con la union y conformidad que tienen estos justos, que son como tus ojos! (*D. Greg.*, ibi) porque como los ojos son entre sí muy parecidos, y á una se abren y cierran, á una se menean á una y á otra parte, á una velan y duermen; así estos justos con grande conformidad á una van al templo, á una oran, á una oyen tus palabras, y á una

ejercitan las obras de caridad, porque todos tienen un corazon y un espíritu unidos contigo y entre sí con perfecto amor. Ó Espíritu divino, pues eres el corazon invisible de la Iglesia, arroja por todos sus miembros espíritus de vida, que son tus divinas inspiraciones, con las cuales acudan con grande union y fortaleza á todas las cosas de tu servicio, de tal manera, que llaguen tu corazon con llagas de amor, haciéndose dignos de que los ames, y aumentando en ellos el fuego del amor, Amen.

—Antes de proseguir esta historia pondré dos meditaciones, en las cuales vean los justos que ahora viven el caudal que tienen del Espíritu Santo para llegar á la santidad que tuvieron los primitivos cristianos.—

MEDITACION XXVI.

DE LA EXCELENTÍSIMA PERFECCION QUE EL ESPÍRITU SANTO COMUNICA POR MEDIO DE SUS INSPIRACIONES, Y DE LAS PROPIEDADES QUE TIENEN.

Punto primero.—Lo primero, se ha de considerar como el Espíritu Santo á los que engendra en el ser de gracia por el agua del Bautismo los hace semejantes á sí mismo, y por medio de sus inspiraciones los va levantando á tanta alteza de santidad, que se puedan como él llamar espíritus. Así lo dice expresamente Cristo nuestro Señor, hablando con Nicodemus: *Lo que ha nacido de carne, es carne, y lo que ha nacido de espíritu, es espíritu. El espíritu inspira donde quiere, oyes su voz, mas no sabes de dónde viene, ni dónde va; así es todo hombre que ha nacido del espíritu.* (*Ioan.* III, 6). Que es decir: Como lo que nace de carne por carnal generacion es en todo semejante al que lo engendró, del cual recibe la naturaleza con las mismas propiedades é inclinaciones naturales que él tiene, como un hombre engendra otro hombre semejante á sí mismo en lo que es propio de hombre, aunque no llega á tener toda su perfeccion en las obras hasta que ha crecido; así tambien en su proporcion, lo que nace del Espíritu Santo por la generacion espiritual es semejante al mismo Espíritu, de quien recibe la gracia, virtudes y dones, que son participacion de la divina naturaleza, y en virtud de las cuales se puede llamar espíritu: esto es, hombre espiritual semejante al Espíritu Santo, que espiritualmente le engendró. Por lo cual dijo san Agustin (*Tract.* 12 *in Ioan.*): *Si nascaris de Spiritu hoc, eris ut ille,* si naces del Espíritu Santo, serás como él es, y en virtud suya podrás vivir en carne como si fueses espíritu, libre de resabios carnales,

ilustrado con verdades, rico de virtudes, encendido con fervientes afectos, imitando el excelentísimo modo que tiene de hacer sus obras. Ó Espíritu santísimo, ¿qué gracias te podré dar por tan alta dignidad, como concedes al hombre de carne, que pueda como tú ser y llamarse espíritu? Ó Padre amorosísimo, que de tal manera engendras á tus hijos, que estás dentro de ellos, ayudándolos á crecer y obrar, para que lleguen á ser perfectos como tú lo eres: pues ya me has engendrado por el Bautismo, inspírame lo que tengo de hacer, para que mis obras sean semejantes á las tuyas (I *Cor.* VI, 17), y llegue á ser contigo un mismo espíritu por todos los siglos. Amen.- Luego puedo discurrir por tres excelentes propiedades que tiene el Espíritu Santo en la obra de su inspiracion, que se tocan en las palabras propuestas; es á saber, libertad suma, eficacia todopoderosa, y secreto grande en sus medios y fines: en los cuales podemos imitarle, al modo que se verá en los puntos siguientes.

PUNTO SEGUNDO. — 1. La primera propiedad del Espíritu Santo es, que *ubi vult spirat.* Inspira donde quiere, porque hace su obra de inspirar con suma libertad; no por fuerza, porque no hay quien le fuerce; ni por temor, porque no tiene que temer; ni por interés propio, porque no espera premio de sus criaturas; ni por obligacion de justicia, porque ninguno con merecimientos le puede obligar á ello: solamente inspira porque quiere, y porque su infinita bondad le inclina á hacernos este bien de pura gracia. De suerte, que comunica sus inspiraciones á las personas que quiere, y en el tiempo que quiere, y con el modo que quiere, con mucha frecuencia, ó con poca, con gran fuerza ó pequeña, moviendo á las cosas que quiere segun las trazas de su divina providencia, dividiendo las gracias y favores, *pro ut vult,* como quiere. Pero en esto muestra su liberalidad infinita, porque da estas inspiraciones de repente á todos con todos los modos que hay de liberalidad.-Lo primero, dalas á quien no se las pide, ni se acuerda de pedirlas.-Lo segundo, á quien no las merece, antes las desmerece por sus pecados.-Lo tercero, á quien no las quiere, antes las contradice y resiste como Saulo (*Act.* IX, 3); pero con mas frecuencia y eficacia las da á los justos que ha escogido por hijos regalados suyos; de los cuales dice el apóstol san Pablo (*Rom.* VIII, 14): Los que son movidos del divino Espíritu, estos son hijos de Dios. ¡Oh dichosos hijos, que traen por ayo perpétuo y compañero al divino Espíritu! (*D. Bern.* Serm. 32 in Cant.). Ó Espíritu divino, pues inspiras donde quieres porque eres sumamente buen, muestra conmigo tu bondad en querer lo que puedes, inspi-

rándome con frecuencia lo que tengo de pensar, decir y obrar, para que siendo movido por tí, en todo me parezca á tí.

2. De aquí subiré á ponderar el modo excelentísimo como el justo que perfectamente ha nacido del espíritu, con su inspiracion hace lo que quiere, no cosas malas, ni prohibidas, ni vanas ó impertinentes; porque el Espíritu Santo no mueve á cosas semejantes, sino siempre á cosas buenas, santas y provechosas, y estas hace con suma libertad de espíritu, no forzado como los esclavos, no con repugnancia ó tédio como los tibios, no por miedo del infierno como los imperfectos, ni principalmente por el premio como los jornaleros, sino porque quiere hacer placer á Dios y ama la virtud, de tal manera, que aunque no hubiera infierno, no pecara, porque no hay para él mas terrible infierno que el pecado; y aunque no hubiera premio, no dejara de hacer lo que Dios le manda, porque obedecerle es su premio, y dentro de sí tiene una ley viva que le inclina á querer todo lo que Dios quiere. Y en esto consiste su perfecta libertad de espíritu, conforme á la del Espíritu Santo, segun aquello de san Pablo, que dice (I *Cor.* III, 17): Dios es espíritu, y donde está el espíritu de Dios hay libertad.-De aquí es, que como el Espíritu Santo inspira á buenos y malos, porque quiere mostrar en esto su bondad; así el justo, movido con su inspiracion, hace bien á todos, á los amigos y á los enemigos, y á los que le contradicen y persiguen, mostrando en esto ser hijo de Dios, y tener su divino Espíritu.

3. Finalmente, siempre hace lo que quiere, porque totalmente ha puesto su voluntad en la de Dios y de su divino Espíritu; y haciendo lo que quiere Dios, hace juntamente lo que él mismo quiere, porque su querer no es otro que el de Dios. Por lo cual dijo el glorioso san Buenaventura (In dic. salutis, tit. 8, c. I), que los que están conformes con la divina voluntad, son como dioses omnipotentes de su voluntad para lo que quieren. Ó alma mia, si deseas esta soberana omnipotencia, quiere solamente lo que quiere Dios, y alcanzarlá has. Resuélvete de una vez á negar tu propia voluntad, resignándola en la divina, y cumpliendo siempre la de Dios, cumplirás tambien la tuya. Ó Dios de mi alma, desde hoy mas me determino á querer lo que tú quieres, no por fuerza (*Psalm.* LIII, 8), sino de grado, no por temor é interés, sino por puro amor, porque mi gusto es querer el tuyo, y tu querer es gusto mio.-De aquí sacaré las señales para conocer la inspiracion del Espíritu Santo, contrarias á las sugestiones del mal espíritu, de quien procede la desgana, re-

pugnancia, tédio y horror al cumplimiento de la divina voluntad y de su santa ley. Pero el temor del infierno y esperanza de premio pueden proceder del Espíritu Santo, porque no siempre inspira lo mas perfecto, sino suele comenzar por lo imperfecto.

Punto tercero.— 1. La segunda propiedad del Espíritu Santo es, que cuando inspira, *vocem ejus audis:* oimos su voz, descubriendo en esto su omnipotencia en muchas maneras.-Lo primero, en que cuando quiere inspirar, no hay para él puerta cerrada en el alma, ni estorbo que pueda impedir su entrada, ni es posible dejar de oir su voz (*D. Bern.* Serm. 45 in Cant.): esto es, sentir su toque é inspiracion y lo que por ello dice, aunque puede el hombre no consentir con ello. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 105, *art.* 3 *et* 4; 111, *art.* 2; 2, 2, *q.* 173, *art.* 2). Y en esto tiene una cosa singular, que puede inmediatamente y del primer golpe entrar en nuestro entendimiento y voluntad, imprimiendo de repente el conocimiento y buen afecto que quiere: porque es dueño y señor absoluto de nuestro espíritu, en quien y por quien puede hablar de cualquier cosa corporal ó espiritual que le diere gusto, con figuras sensibles de la imaginacion ó sin ellas.

2. Pero mas adelante pasa su omnipotencia y bondad, porque tiene fuerza y maña para inspirar de tal manera, que no solamente oigamos su voz, sino consintamos con ella y obedezcamos á lo que nos dice, no con violencia y necesidad, sino con sumo gusto y suavidad, trocando nuestra voluntad, para que diga como Saulo (*Act.* IX, 6): Señor, ¿qué quieres que haga? De donde resulta que el hombre espiritual, movido de este divino Espíritu, tiene la misma fuerza y maña para todo lo que quiere del divino servicio, aunque sea muy dificultoso y áspero, rompiendo muros de dificultades, para salir con lo que quiere, pareciéndose en esto al Espíritu Santo de quien es movido. Ó Espíritu santísimo, pues eres Señor absoluto de mis potencias, juntamente llama y abre sus puertas, llamando con tanta eficacia, que sin hacerte esperar luego te abra, para que hagas en mí y de mí lo que fuere tu voluntad.

3. Lo segundo, he de ponderar que así como cada hombre tiene su particular modo de voz, por la cual se manifiesta y es conocido y diferenciado del otro, y como dice Job (*Iob,* XII, 11), el oido percibe la diferencia de estas voces; así la voz interior é inspiracion del Espíritu Santo tiene sus particulares propiedades y señales, que percibe el oido del alma, por las cuales conoce que Dios es el que habla, y distingue su voz de la voz del mal espíritu, que las tiene

muy contrarias. Y todo se ve por los efectos interiores de cada una (*D. Greg.* Lib. XXVIII Moral. *c.* 2), porque el Espíritu Santo con su voz enternece los corazones duros, doblega los tercos, ablanda los ásperos, enciende los frios, fortalece los flacos, alienta los pusilánimes, recoge los distraidos, establece los mudables, consuela los tristes y pacifica los turbados; convierte los soberbios en humildes, los iracundos en mansos, los codiciosos en pobres de espíritu, y los regalados en templados y mortificados en su carne. Y esto hace con imperio y majestad, con suavidad y eficacia; turbando con temor al malo para que se enmiende, y estremeciendo al bueno para que le reverencie, parando siempre en justicia, gozo y paz. Al contrario de esto va el espíritu malo en su voz aunque disimulada. Ó Espíritu divino, habla dentro de mí, que tu siervo oye. Tú dices que deseas oir mi voz, yo deseo mucho oir la tuya. (*Cant.* VIII, 13). *Fac me audire vocem tuam;* hazme que oiga tu voz divina y sienta los efectos de ella, para que pueda yo responderte con la mia, haciendo tales obras, que sean muy parecidas á las tuyas.

4. De aquí he de sacar, que el varon espiritual movido del Espíritu Santo tiene sus voces, por las cuales es conocido por tal, semejantes á las del Espíritu Santo que le mueve. Las voces son modestia en el rostro, gravedad en los meneos del cuerpo, pureza y discrecion en las palabras, presteza en la obediencia, templanza en la comida, alegría en las persecuciones, constancia en los trabajos, humildad en sujetarse á todos, diligencia en las obras del culto divino, gusto en la oracion, celo en ayudar á las almas. Estas y otras obras semejantes son voces del que ha nacido perfectamente del Espíritu Santo, y es movido de su inspiracion, por las cuales será conocido, porque el árbol se conoce por su fruto.

Punto cuarto. — 1. La tercera propiedad del Espíritu Santo es, que aunque inspira de modo que oimos su voz, pero *nescis unde veniat, aut quo vadat.* No sabemos de dónde viene ni adónde va, porque de propósito quiere encubrir sus entradas y salidas, sus principios y sus fines, con admirable traza de su providencia. Porque nos encubre la venida de su inspiracion, cuanto al tiempo, lugar, ejercicio y ocasion de ella. Unas veces viene en dias de fiesta, otras en dia de trabajo, ya de dia, ya de noche, ya á la mañana, ya á la tarde; unas veces viene en la iglesia ó en el oratorio, otras en la plaza ó en el campo. Unas veces viene en la oracion ó misa, ó en el sermon, otras en el negocio y obra exterior. Unas veces entra por medio de la vista, viendo alguna imágen devota, otras por el oido

oyendo algunas buenas palabras, ó por el gusto ó tacto, padeciendo algun dolor ó trabajo. Finalmente no se puede saber, como el mismo Señor dijo á Job (*Iob*, XXXVIII, 24; *D. Greg.* ib.), por qué caminos esparce la luz de sus divinas ilustraciones y el calor de sus encendidas inspiraciones; porque quiere que siempre estemos colgados de su providencia, y reconozcamos con humildad la dependencia que de ella tenemos, confesando que no bastan nuestras industrias para alcanzar tal favor, y que cuando se nos da no es por nuestros merecimientos, sino por gracia del dador. Ó Dador de los dones, visítame á menudo con tu santa inspiracion, y ven por el camino que quisieres, porque yo gusto de no saberle para humillarme, creyendo que en todo lugar y tiempo puedes favorecerme.

2. De la misma manera nos encubre el Espíritu Santo el fin que pretende con sus inspiraciones, porque aunque sabemos ser su voluntad que le obedezcamos en hacer lo bueno que nos inspira, para gloria suya y salvacion nuestra; pero no sabemos á qué fin particular lo encamina, porque muchas veces con pequeños principios pretende grandes fines, y con gran impulso mueve á algunas cosas, cuyos fines no se pueden saber hasta que el suceso los descubre, como dice san Pablo (*Act.* XX, 22), que atado en el Espíritu, con la fuerza de su inspiracion, subia á Jerusalen, sin saber las cosas que allí le estaban esperando, porque gusta Nuestro Señor que con rendimiento de juicio y voluntad obedezcamos á su santa inspiracion, esperando de su amorosa providencia el fin que pretende en ella. Ó Padre amorosísimo, inspírame lo que te agrada conforme á tu santa ley, porque bástame saber el fin último que pretendes, para que yo te obedezca en los demás medios y fines que ordenares.

3. De aquí he de sacar dos cosas.—La primera, que si soy movido del Espíritu Santo, aunque haga obras públicas, por las cuales se manifieste la virtud del alma, he de encubrir mis fines é intenciones á los hombres, contentándome con que sean manifiestas á solo Dios, porque el ladron de la vanagloria no robe mi tesoro, aunque es necesario dar parte al confesor y al maestro que en nombre de Dios me gobierna, porque Satanás, transfigurado en ángel de luz, no me engañe.—La segunda es, tener gran confianza de alcanzar esta grandeza de santidad, pues no sin misterio dijo Cristo nuestro Señor generalmente: *Sic est omnis*, así es todo hombre que nace del espíritu, para darnos esperanzas que cualquier justo podrá subir á esta perfeccion, si vive conforme á la gracia que recibió en su nacimiento espiritual, y obedece á la mocion del divino Espíritu que le

encamina á ella; y en prendas y señal de esto, á todos los justos da sus siete dones, como luego verémos.

MEDITACION XXVII.

DE LOS SIETE DONES QUE DA EL ESPÍRITU SANTO Á LOS JUSTOS, PARA QUE SE DEJEN GUIAR DE SUS INSPIRACIONES Y ALCANCEN GRANDE SANTIDAD.

PUNTO PRIMERO. — 1. Primeramente se ha de considerar, como el Espíritu Santo, con las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 68), infunde tambien á los justos siete dones, que llamamos (*Isai.* XI, 2) don de sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor de Dios, cuyos oficios y fines son muy diferentes, porque el oficio de las virtudes es inclinar al hombre al ejercicio de las obras virtuosas, por su propia eleccion y libre albedrío, ayudado de la divina gracia, y así puede obrar con ellas siempre, creyendo, esperando y amando, obedeciendo y humillándose como quisiere, porque el divino favor nunca le faltará. Pero el oficio de los dones es inclinar al justo que se rinda y sujete al impulso y movimiento que le viene de fuera; esto es, del Espíritu Santo, cuando con el viento de la inspiracion le mueve á bien obrar, como las velas sirven á los navíos, para que sean fácilmente movidos de los vientos. Y por esto el profeta Isaías llama á estos dones espíritus, porque son instrumentos del Espíritu Santo, para las obras que hacen los justos, movidos de su impulso. (*D. Thom. q.* 68, *art.* 2). Por donde se ve las grandes ganas que tiene el Espíritu Santo de que obedezcamos á sus inspiraciones, pues para esto nos da tales dones; por los cuales he de alabarle siete veces al dia, como David, convidando á los Apóstoles y Santos del cielo que me ayuden á ello. Ó sagrados Apóstoles, que como palomas volásteis con las alas de vuestras virtudes, y como nubes fuísteis movidos del Espíritu Santo por medio de sus siete dones (*Isai.* LX, 8); suplicad á este divino Espíritu me los comunique, para que como paloma vuele en su servicio, y como nube me deje llevar del viento de su santa inspiracion.

2. De lo dicho inferiré, que, como dice santo Tomás (*Ibid. art.* 2), estos dones son necesarios á los justos para alcanzar la vida eterna; así porque andan siempre trabados con la gracia y caridad, de la cual no se pueden apartar, como porque el instinto é inspiracion del Espíritu Santo es muy necesaria para conservar las dos par-

tes de la justicia y santidad, que son apartarse del mal y seguir el bien, especialmente en muchas cosas arduas y dificultosas que suceden en esta vida; y como el Espíritu Santo desea tanto nuestra salvacion y perfeccion, acude luego á favorecernos, habiéndonos prevenido con estos dones, para que le obedezcamos. Gracias te doy, Espíritu santísimo, por el cuidado que tienes de ayudar mi flaqueza con tan excelentes dones de tu gracia; no permitas, Señor, que yo los pierda, hasta que por ellos alcance la vida eterna. Amen.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar el modo como el Espíritu Santo con los sietes dones por medio de sus inspiraciones nos aparta del mal, ayudándonos á vencer los vicios y tentaciones; lo cual declaró san Gregorio por estas palabras (Lib. II Moral. c. 26): Contra la necedad nos arma la sabiduría; contra la rudeza el entendimiento; contra la precipitacion el consejo; contra la ignorancia la ciencia; contra la pusilanimidad la fortaleza; contra la dureza la piedad, y contra la soberbia el temor. De modo que estos siete dones son armas ofensivas y defensivas, que nos da el Espíritu Santo, contra las principales raíces de las tentaciones que combaten la vida espiritual, para que no la destruyan.-Lo primero, unas tentaciones proceden del tédio ó desgana que tenemos de las cosas de Dios, y se llama estulticia, porque la carne no gusta ni halla sabor en las cosas del espíritu, ni tiene estima de las cosas eternas, y enfadada de ellas las deja, y busca los deleites sensuales, como los israelitas, que enfadados del maná suspiraban por las ollas de Egipto. Contra estas tentaciones nos arma el Espíritu Santo con el don de la sabiduría, inspirándonos razones que nos aficionen á los bienes celestiales, pegándonos dulzura en ellos, y hastío de los terrenos. Lo cual puede y suele hacer en un momento, cuando quiere hacernos este favor, y nuestra necesidad clama por él.

2. Otras tentaciones proceden de la rudeza y oscuridad que tenemos en las cosas de la fe, de donde nacen dudas, perplejidades, nieblas, desconfianzas y tibiezas, así en el creer y esperar, como en el obrar; contra las cuales nos favorece el Espíritu Santo con el don del entendimiento, arrojando en nuestro espíritu ilustraciones y rayos de luz que deshagan estas nieblas, y nos dén paz y gozo en el creer.-Otras tentaciones nos vencen, por ser indiscretos y precipitados en nuestras cosas, ó por la cortedad de nuestra prudencia, que no halla traza para salir bien de ellas, ó porque nos cogen de repente y desapercibidos, sin darnos tiempo para pensar lo que hemos de hacer. En tales casos suele acudir el Espíritu Santo con el

don del consejo, inspirándonos con especialísima providencia el medio que hemos de tomar para vencerlas, como inspiró á José que dejase la capa en manos de la mujer que le solicitaba á p[illegible] yendo de la ocasion por no perecer en ella.

3. Lo cuarto, contra las tentaciones que nos puede[illegible] por ignorancia, por engaño, olvido ó inadvertencia, nos [illegible] Espíritu Santo con el don de la ciencia, ilustrándonos co[illegible] piraciones, para conocer las astucias de Satanás, los em[illegible] del mundo y los engaños de la carne, y trayéndonos á la [illegible] las verdades que son mas á propósito para vencerlos, afi[illegible] nos á ellas con gran dulzor.—Á otras tentaciones mas ter[illegible] rendimos por flaqueza de ánimo, cuando nos ponen en t[illegible] que si no hacemos lo que es pecado mortal, hemos de per[illegible] ciencia, honra ó vida, ó padecer otro grave daño. Enton[illegible] el Espíritu Santo con el don de la fortaleza, fortaleciend[illegible] impulsos nuestro cobarde corazon, y animándole á pade[illegible] quier daño temporal, por huir el eterno, al modo que fa[illegible] Susana y á los gloriosos Mártires en sus peligros.—Lo sex[illegible] dureza de nuestro corazon procede no tener compasion de [illegible] prójimos, ni aplicarnos á hacerles bien, ni querer sufrir el [illegible] nos hacen, antes brota tentaciones de iras, impaciencias, [illegible] injusticias, venganzas y crueldades, contra las cuales nos [illegible] Espíritu Santo con el don de piedad, ablandando nuestros [illegible] nes con el toque de su tierna inspiracion, y moviéndonos á usar de misericordia en las ocasiones que nos mueven á venganza. Finalmente, contra las tentaciones que nacen de soberbia, presuncion, ambicion y vanidad, nos arma con el don de temor, arrojando con su ilustracion algunos sentimientos de verdades que repriman nuestro orgullo y nos hagan temblar de sus espantosos y secretos juicios, ó nos humillen y deshagan la rueda de nuestra vanidad.

4. En todos estos casos ponderaré la grandeza de mi necesidad y la eficacia de estas ayudas, y comparando una con otra, glorificaré al Espíritu Santo que con tan amorosa providencia proveyó de tales remedios al que tan necesitado estaba de ellos. Y cuando fuere molestado con algunas de estas tentaciones, acudiré á él luego, pidiéndole que me ayude, pues por esta razon nos ofreció estos dones. Ó Espíritu santísimo, gracias te doy por las armas que me has dado contra mis crueles enemigos, y por el cuidado con que me mueves para librarme de ellos. Teniendo tal ayudador, ¿á quién temeré? (*Psalm.* XXVI, 1). Siendo tú mi luz y mi ilustracion, ¿de quién tem-

blaré? (*Iob*, XVII, 3). Ponme junto á tí, y pelee quien quisiere contra mí: aunque vengan impulsos del demonio para derribarme, si los tuyos me previenen, no podrán vencerme. Prevénganme, Señor, en mis peligros tus santas inspiraciones, para que no me aneguen mis miserias.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar el modo como el Espíritu Santo, con estos siete dones, por medio de sus inspiraciones, ayuda á ganar las virtudes con excelentísima perfeccion, así en las obras de la vida contemplativa, como de la activa.-Lo primero (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 8, *art.* 6), con los tres dones, del entendimiento, sabiduría y ciencia, nos ayuda en las obras de la vida contemplativa, leccion, meditacion, oracion y contemplacion, moviéndonos con sus inspiraciones á ejercitarlas con gran fervor y perfeccion.-Con el don del entendimiento nos perfecciona en el conocimiento de los misterios de nuestra fe, ayudándonos con sus ilustraciones, para penetrar lo mas íntimo y secreto que hay en ellos con tanta certeza como si lo viéramos; de donde nacen lluvias de mediditaciones profundas y delicadas, infundidas por el mismo Espíritu Santo, con las cuales se enciende el fuego de los afectos en el corazon.

2. Con el don de sabiduría nos perfecciona en el conocimiento de Dios, de sus excelencias y atributos, y de todas las cosas que tocan á su deidad, imprimiendo grande estima de las cosas divinas, con gran sabor y dulzura en conocerlas; con cuyo gusto y experiencia se perfecciona mas este conocimiento, y se levanta el espíritu á los actos encendidos de amor de Dios y de union con su bondad.-Con el don de la ciencia nos perfecciona en el conocimiento de las cosas criadas, imprimiéndonos con sus inspiraciones el juicio verdadero que debemos hacer de ellas, así por lo que tienen de Dios, como por lo que tienen de su cosecha. De donde procede, que por esta ciencia, como otro san Pablo (*Philip.* III, 8), las estimemos y tengamos por estiércol y basura, en razon de ganar á Cristo.

3. Y porque la oracion para ser perfecta ha de ser práctica, de modo que no pare en conocimiento y afecto, sino que lleve fruto de propósitos y obras excelentes; por esto con el don del consejo perfecciona el conocimiento de las cosas particulares que hemos de proponer, en razon de cumplir lo que nos manda. De este modo nos ayuda el Espíritu Santo para la oracion mental, sin cuyo favor será derramada, seca y poco provechosa, porque, como dice el Sábio (*Eccli.* XXXIV, 6), tu corazon padecerá fantasías de mujer preñada,

si el Altísimo no envia su visitacion, que es decir: Padecerá grandes vagueaciones y muchedumbre de afectos desconcertados y antojadizos, si el Espíritu Santo no le visita, y con sus inspiraciones le recoge y endereza. (*D. Bonav.* De sep. itin. itinere 2.°, dist. 4). Y así cuando voy á la oracion, he de suplicar al Espíritu Santo haga conmigo este oficio, diciéndole: Ó Espíritu divino, que enseñas á orar con gemidos inenarrables; visítame con estos dones y ayúdame con tus santas ilustraciones, para que brote mi entendimiento santos pensamientos, mi voluntad encendidos afectos, y mis potencias se muevan á excelentes obras. Amen.

4. Luego consideraré como el Espíritu Santo (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 63, *art.* 4), con los tres dones de piedad, fortaleza y temor nos perfecciona en las obras de la vida activa, para con nuestros prójimos y para con nosotros mismos, y para con Dios nuestro Señor.—Con el don de la piedad nos perfecciona en las obras que hemos de hacer con nuestros prójimos, imprimiéndonos espíritu de hijos para con los superiores, y espíritu de madre para con los inferiores, y espíritu tierno y compasivo para con los iguales, acudiendo con entrañas de caridad á remediar las necesidades de todos, así corporales como espirituales, y mas á estas por ser mayores.—Con el don de la fortaleza nos perfecciona en órden á nosotros mismos, fortaleciendo la flaqueza de nuestra carne, reprimiendo sus temores, y moviéndonos á emprender cosas gloriosas del divino servicio, pospuesto todo temor humano.—Con el don del temor nos perfecciona en órden á Dios nuestro Señor, imprimiendo en nuestro corazon espíritu de reverencia y humildad, teniéndonos por nada en su presencia, y atribuyéndole la gloria de lo que con estos dones hacemos, pues todo es suyo. De esta manera nos mueve á cumplir lo que dice el Sábio (*Eccli.* XXXIII, 23): En todas tus obras sé preexcelente, y á veces mueve á cosas extraordinarias, para darnos extraordinaria santidad.

5. Últimamente, consideraré como el don del consejo está como sol en medio de estos siete planetas del cielo, dándonos luz de lo que debemos hacer en las obras de ambas vidas, activa y contemplativa (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 52), para que acertemos á escoger las mas convenientes, y el modo, lugar y tiempo de ejercitarlas; y como las cosas interiores son muy secretas, y puede haber en ellas muchos engaños, transfigurándose Satanás en ángel de luz (II *Cor.* XI, 14), acude el divino Espíritu con el don de consejo, para que sin engaño busquemos la verdad y topemos con ella. Mas porque ninguno es

suficiente para sí, con este don nos inspira un admirable consejo; que no nos fiemos de nuestro propio consejo, sino que acudamos á los consejeros que él ha puesto en su Iglesia, y con ellos consultemos nuestras cosas, cumpliendo lo que dice el Sábio (*Eccli.* XXXVII, 16): Júntate á un corazon de buen consejo, porque apenas hallarás cosa de mas estima que esta; creyendo que el ánima del varon santo suele topar con la verdad, mas que siete sábios que miran las cosas desde atalaya. (*Casian. Collat.* XVI, c. 11 *et* 12). Y porque es don del Espíritu Santo topar con este buen consejero, y tener corazon dócil, para seguir su consejo, he de pedirle uno y otro, diciéndole: Ó Espíritu santísimo, de quien proceden todas las gracias, para bien de la universal Iglesia, inspira á mis consejeros el consejo que me han de dar, y dame corazon dócil y esforzado para seguirle.

PUNTO CUARTO.—*Conclusion de lo dicho.*— 1. De lo dicho en esta meditacion y en la pasada he de sacar tres grandes propósitos, los cuales tambien son medios para solicitar y negociar la frecuencia de las inspiraciones del Espíritu Santo, y el uso de estos siete dones, con las perfecciones que se ha dicho. El primero es, confiar grandemente en la bondad y liberalidad del Espíritu Santo, que me ha de hacer esta merced, aunque sea flaco, idiota y mal inclinado, porque á todos los justos, de cualquier estado y condicion que sean, da estos dones, con deseo de que no estén ociosos con ellos. Y como los cuatro animales que vió Ezequiel (*Ezech.* I, 10), con rostros de buey, hombre, leon y águila, con ser tan diferentes en lo natural, caminaban á un mismo paso con suma ligereza, siguiendo el ímpetu del Espíritu Santo, con las alas que les habia dado; así tambien los ingeniosos y letrados, como águilas, y los nobles y fuertes, como leones, y los discursivos y flacos de complexion, como hombres, y los rudos y trabajadores, como bueyes, pueden caminar á un paso en la vida espiritual, y subir á la cumbre de ella con las alas de las virtudes y dones que les da el Espíritu Santo, siguiendo el ímpetu de su fervorosa inspiracion. Ó Espíritu divino, pues no quieres que tus talentos estén ociosos, y por esto castigas al perezoso que los entierra, usa en mí de los dones que me has dado, moviéndome á las obras que te dan contento.

2. El segundo medio es, frecuentar del mejor modo que pudiéremos aquellos ejercicios en que el Espíritu Santo suele comunicar sus inspiraciones, porque de suyo le provocan á ello; á los cuales por esta causa podemos llamar, como se dice en Job (*Job*, IV, 12),

venas del murmullo de Dios, ó como dice san Gregorio (*D. Greg.* Lib. XX), arcaduces por donde viene la divina inspiracion al alma. Estos son, leccion de buenos libros y oir los sermones, en los cuales suele inspirar luz de lo que se lee y oye; oracion y meditacion, en las cuales, hablando con Dios, le provocamos á que nos hable; comunion y misa, en la cual está el mismo Cristo, que nos mereció estas inspiraciones, y con el Espíritu Santo es dador de ellas. Y á tiempos será muy provechoso ejercitar aquel modo de oracion por respiraciones, de que se hizo mencion en la introduccion de este libro (párrafo IX), juntando con cada respiracion un afecto ó suspiro amoroso, ya por ver á Dios, ya por vernos libres de tanta miseria.

3. El tercer medio es, agradecer muy de veras cualquiera merced de estas que el Espíritu Santo nos hiciere, teniéndonos por indignos de ella (*D. Bern.* Serm. 1 de Pent.); y cumpliendo puntualmente la obra buena que nos inspirare, sea de vida activa ó contemplativa, gozando con quietud de los sentimientos que con su divina luz nos comunicare, porque quien agradece las inspiraciones y mercedes recibidas, y usa con obediencia de las presentes, recibirá otras muy mayores en lo porvenir. Ó Esposo de las almas puras, que dijiste (*Cant.* IV, 16): Huye, cierzo, y ven, ábrego, por todo mi huerto, para que los árboles destilen sus licores olorosos. (*Bern.* Serm. 51 in Cant.; *D. Aug.* in Soliloq. c. 18); destierra de mi alma el viento cierzo de la ingratitud y soberbia, que seca las fuentes y desparce las lluvias de tus copiosas misericordias, y envia sobre mí el viento ábrego de tus fervientes inspiraciones, para que mis potencias broten muchedumbre de obras olorosas, agradables á tus ojos, y provechosas á mis prójimos, subiendo por ellas de virtud en virtud, hasta llegar á verte en la santa Sion por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVIII.

DE LA PLENITUD DEL ESPÍRITU SANTO QUE SE DIÓ Á SAN ESTÉBAN, Y COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR SE LE APARECIÓ EN EL MARTIRIO.

—Entre los discípulos de aquel tiempo (*Act.* VI, 5; VII, 57), uno de los mas señalados fue san Estéban, el primero de los siete diáconos que escogieron los Apóstoles, de quien san Lucas cuenta cuatro cosas, que pueden ser materia de esta meditacion, conviene á saber, los dones que el Espíritu Santo le dió; lo bien que él usó de

ellos; los favores que le hizo Dios por este buen uso, y el buen fin que tuvo. Á lo cual se ha de añadir el premio de que goza en la gloria. Y estos mismos puntos se pueden aplicar á las meditaciones de las vidas de los Santos. —

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar cuán liberal fue el Espíritu Santo con san Estéban, porque de él se dice que estaba lleno de Espíritu Santo. Y de esta plenitud nacian otras cuatro, porque estaba lleno de gracia y sabiduría, de fe y de fortaleza; de donde resultaba en él tanta modestia y apacibilidad exterior, que su rostro parecia de ángel.-La primera plenitud de gracia adornaba su corazon con virtudes celestiales, para que fuese gracioso á Dios.-La segunda de sabiduría, adornaba su entendimiento con luz de las verdades divinas, para penetrarlas con gusto, y enseñarlas á otros con provecho.-La tercera de fe, llenaba su alma para orar confiadamente á Dios, y hacer obras milagrosas en bien de los hombres.-La cuarta de fortaleza, le hacia invencible de sus enemigos, y constante en sufrir las persecuciones y trabajos; y por todas cuatro era como ángel, teniendo en cuerpo terreno vida angelical. -Estos dones le dió el divino Espíritu, graciosamente, para mostrar las riquezas de su gracia, no solamente en los doce Apóstoles, sino tambien en los otros inferiores discípulos; pero sin duda este glorioso varon se dispuso para recibirlos con grande fervor; previniéndole tambien para esto el mismo Espíritu Santo, con cuyo favor he de animarme á procurarlos, pues no está abreviada la mano de este liberalísimo dador. Y al glorioso san Estéban tengo de suplicar interceda por mí; porque si con su oracion alcanzó estos y otros mayores dones para Saulo, siendo perseguidor de Cristo, tambien lo podrá alcanzar para mí; y quien tanto pudo con Dios estando en la tierra, no podrá menos ahora estando en el cielo.

2. Luego consideraré, cuán diligente y fervoroso fue este glorioso varon en usar de los dones que habia recibido del Espíritu Santo, favoreciéndole el mismo Espíritu para ello. Porque primeramente, con la sabiduría que le infundió, predicaba la ley de Cristo nuestro Señor con admirables y eficacísimas razones, tanto que saliendo muchos letrados de los judíos á disputar contra él, *non poterant resistere sapientiae, et spiritui qui loquebatur*, no podian resistir á la sabiduría y al espíritu que hablaba por él, y que era el mismo Espíritu Santo, de que estaba lleno, cumpliéndole Nuestro Redentor lo que prometió á sus discípulos, cuando les dijo (*Matth.* x, 20): que en tales casos no serian ellos los que hablasen, sino el espíritu

de su Padre celestial hablaria por ellos.—Lo segundo, armado con la grande fe que tenia, hacia grandes milagros y prodigios en el pueblo; con los cuales hacia creible su doctrina, para que todos los fieles entendiesen que el don de hacer milagros no era de solos los Apóstoles, sino tambien de los que estuviesen llenos de gracia y fe, como él estaba.

3. Lo tercero, en medio del concilio estando rodeado de muchos enemigos y testigos falsos, que testificaban contra él grandes delitos, no perdió la serenidad y modestia de su rostro, antes resplandeció mucho mas por el testimonio de su conciencia y por el gozo que tenia de verse perseguido por Cristo; y así mirándole sus enemigos, *videbant faciem ejus quasi faciem angeli*, veian su rostro como de un ángel venido del cielo, cumpliéndose en él lo que dijo de sí el santo Job (*Iob*, XXIX, 24): La luz y resplandor de mi rostro nunca cayó en tierra, porque ni las persecuciones y falsos testimonios de sus enemigos, ni las contradicciones ni porfías en las disputas, fueron parte para que se mudase, ni alterase, ni perdiese la serenidad grave y alegre que tenia, ni para que hiciese cosa, por la cual como á Cain se le cayese el rostro de vergüenza. ¡Oh quién pudiese imitar la modestia angelical de este purísimo guerrero, nunca haciendo cosa, por la cual la lumbre de mi rostro cayese en tierra, confundiéndome con vergüenza de haberla hecho! Concédeme, ó buen Jesús, que en medio de las persecuciones sea tal la pureza de mi alma, que para gloria tuya se descubra en el modesto y alegre semblante de mi rostro.

4. Lo cuarto, con grande fortaleza, sin temor ninguno de sus enemigos, reprendió ásperamente su dureza y la rebeldía que siempre habian tenido al Espíritu Santo, y la desobediencia que tenian á la ley, y la crueldad con que habian perseguido á los Profetas, y al supremo de ellos Cristo Jesús; y aunque sus contrarios rompian sus corazones de rabia y crujian los dientes, él estaba sin temor con la virtud que se le habia envestido de lo alto. Gózome, ó glorioso Estéban, de la fortaleza con que volveis por la honra de vuestro Maestro, honrando al que os honró, y ofreciéndoos á morir por el que por vos murió. Suplicadle me vista con otra virtud de lo alto, como esta, para que imitándoos en la pelea, alcance vuestra corona. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Como estuviese Estéban lleno de Espíritu Santo, mirando al cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesús, que estaba á la diestra de Dios, y dijo: Mirad que veo los cielos abiertos, y al Hijo del*

hombre, que está á la diestra de la virtud de Dios. (*Act.* VII, 55). En esta maravillosa vision se pueden considerar los favores extraordinarios que hace el Espíritu Santo á sus escogidos, y á qué suerte de justos lo hace, en qué ocasiones y por qué causas; para que saquemos de aquí luz con que conocer las causas y efectos de las divinas visiones y revelaciones.-Lo primero, tiene misterio decir, que como Estéban estuviese lleno de Espíritu Santo, mirando al cielo, vió la gloria de Dios. En lo cual se nos da á entender, que dos cosas le hicieron digno de esta gloriosa vision.-La primera, que estaba lleno de Espíritu Santo, y de sus gracias y dones, al modo dicho.-La segunda, que miraba al cielo, no tanto con los ojos del cuerpo, cuanto con los del alma, aspirando á las cosas celestiales, suspirando por ellas, y orando por sí y por todos, porque tales favores ordinariamente los hace Dios á grandes santos, muy dados á la oracion y contemplacion. Y aunque no es seguro desear estos favores, pero es justo que no me haga indigno de ellos, sino que procure la plenitud de gracia y de oracion que disponen á recibirlos, pues á todos la promete Nuestro Señor diciendo: Derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalen (*Zach.* XII, 10), *Spiritum gratiae, et precum*, espíritu de gracia y de oracion.

2. Lo segundo, tiene tambien misterio decir, que vió la gloria de Dios, y á Jesús, que estaba á su diestra; en lo cual se nos da á entender, que la luz celestial que esclarece los ojos interiores y los levanta á la suprema contemplacion, descubre principalmente dos cosas. Es á saber, los misterios de la gloria de Dios, que pertenecen á su divinidad y trinidad; y tambien á Jesucristo Señor nuestro, con los misterios de su gloriosa humanidad; y esta luz descubre estos misterios con un modo tan levantado, que se llama vista, y arrebata el corazon, como dice san Pablo (II *Cor.* III, 18), para transformarle con amor en la gloria del Señor que ha visto, subiendo de una claridad á otra mayor, porque con esta vista crece en los dones y gracias que antes tenia; queda de nuevo lleno de Espíritu Santo; aumenta la gracia, la sabiduría y fortaleza, y queda lleno de una extraordinaria alegría, con grande hartura interior, gozando en su tanto en esta vida de lo que dice David (*Psalm.* XVI, 15): Quedaré harto cuando se me descubriere tu gloria.

3. Las causas por que en esta coyuntura vió san Estéban la gloria de Dios y de Jesucristo fueron tres, por las cuales hace Dios semejantes favores á los escogidos. La primera, para premiarle tambien en esta vida los servicios que le habia hecho en la ilustre confesion

y testimonio que dió de Cristo delante de aquel concilio, ofreciéndose por esto á peligro de muerte; porque propio es de Dios pagar extraordinarios servicios con extraordinarios favores, y dar en esta vida ciento tanto mas de lo que por él se hace. Con lo cual me animaré á servir á Dios con gran fervor, pues á la medida de los servicios suelen ser las mercedes, y los mas fervorosos son á quien dice David (*Psalm.* XXXIII, 9): Gustad y ved cuán suave es el Señor; bienaventurado el varon que espera en él.

4. La segunda causa fue, para esforzarle en la pelea y trabajos que padecia, y ponerle ánimo grande para los que le estaban esperando; porque la vista del premio notablemente alienta al trabajo; y la presencia del capitan da brio al soldado; y la certeza del divino socorro hace acometer los peligros sin miedo. Y así san Estéban vió á Cristo su capitan y su ayudador á la diestra de Dios, no sentado sino en pié, para que entendiese que estaba presente mirando cómo peleaba, y á punto para ayudarle en la pelea, y para bajar luego por él, para darle la corona. Ó dulcísimo Jesús, aviva mi corta fe, para que vea con ella, aunque sea con oscuridad, lo que vió Estéban con tanta claridad; levanta mi espíritu al cielo, para que contemple el premio que me prometes, la vista con que me miras y la ayuda que me ofreces, porque atado mi corazon con esta cuerda de tres ramales, no habrá trabajo ni persecucion que le aparten de tu amor.

5. La tercera causa fue, para que fuese testigo como de vista de las verdades y misterios que habia predicado; y así en viéndolos, luego los testificó de nuevo, y con gran fervor dijo: *Mirad que veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está á la diestra de la virtud de Dios.* Como quien dice: Mirad que es verdad lo què digo, y por vista de ojos lo veo. Veo que ya se han abierto los cielos, para que entren dentro los que creyeren en Cristo; veo que el Hijo del hombre, á quien vosotros crucificásteis, está ya, como él mismo os lo dijo, á la diestra de la virtud de Dios (*Matth.* XXVI, 64); miradlo tambien vosotros y creedlo. De donde sacaré que estos favores no los hace Dios á sus grandes siervos, para que los gocen á solas, sino para que prediquen y publiquen su gloria en bien de las almas, provocándolas á que se dispongan para ver lo que ellos ven, creyéndolo y amándolo, como ellos lo creen y aman. ¡Oh si esta gente diera crédito al glorioso Estéban, y levantara los ojos al cielo con el espíritu que él los levantó! sin duda quedaran ilustrados y llenos del divino Espíritu, porque aparejado estaba Cristo nuestro Señor para

dársele con grande liberalidad. Concédeme, amantísimo Jesús, que dé crédito con viva fe á todo lo que nos has revelado, para que de la fe suba á la inteligencia, y de esta á la contemplacion, y despues llegue á la vista clara de tu divinidad, por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *En oyendo esto, todos levantaron grandes alaridos, y taparon sus oidos, y de tropel con gran ímpetu le sacaron fuera de la ciudad para apedrearle, y poniendo los testigos sus ropas á los piés de un mozo llamado Saulo, le apedrearon.* (*Act.* VII, 56). Aquí se ha de considerar: Lo primero, las trazas de la divina Providencia en regalar á los escogidos; permitiendo que los mismos favores sean ocasion de sus persecuciones, para que se entienda lo mucho que Dios estima el padecer, pues el regalo ordena al trabajo, y aunque todo viene á parar en aumento de gloria, como le sucedió al patriarca José (*Genes.* XXXVII, 9), á quien Dios mostró en sueños que el sol y luna y once estrellas le adoraban. Y contando este sueño á sus hermanos, se arraigó mas en ellos el odio y envidia que le tenian, y fue ocasion de que le empozasen y vendiesen por esclavo. Y lo mismo sucedió al glorioso san Estéban, para que yo entienda, que si fuere muy regalado de Dios, tengo de aparejarme para grandes trabajos, los cuales quizá tendrán principio de los mismos regalos. Ó Salvador dulcísimo, regalos son tambien los trabajos padecidos por tu amor; traza mi vida como quisieres, porque no habrá para mí mayor favor que seguir tu ordenacion.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el martirio de este Santo lleno de desprecio y tormentos, porque sus enemigos, en lugar de levantar los ojos al cielo para ver la gloria de Cristo, levantaron el grito contra él como contra blasfemo, y taparon sus oidos por no oir lo que decia; y como leones arremetieron á él, hiriéndole con los puños, y llevándole con gran furia fuera de la ciudad, y allí le apedrearon. Iba el glorioso Mártir como un cordero, y recibia las pedradas en su cuerpo como si fuera un diamante, sin volver el rostro ni esconderle, antes, como canta la Iglesia, las piedras del arroyo le eran dulces, porque tenia por suma dulzura padecer por su Maestro; y la gloria de Jesús que estaba contemplando le hacia muy dulce sufrir lo que estaba padeciendo, porque el cuerpo padecia en la tierra, y el espíritu estaba traspasado al cielo. Ó dulcísimo Jesús, ¡cuán dulce cosa es padecer desprecios y dolores al que contempla los muchos que tú padeciste, y la gloria que por ellos alcanzaste! (*D. Aug.* in Solil. c. 12). ¡Oh si me dieses á beber del arroyo

de los deleites del cielo, para que me fuesen dulces las piedras del arroyo de las tribulaciones que me afligen en la tierra! Ó Amado mio (*Deut.* XXXII, 13), pues sacas miel de la piedra y óleo del duro canto, endulzora mis trabajos con la miel de tus consuelos y con el óleo de tus alegrías, para que en ellos te glorifique por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO.— 1. *Apedreaban á Estéban que estaba orando y diciendo: Señor Jesús, recibe mi espíritu; é hincadas las rodillas clamó con grande voz, diciendo: Señor, no les imputes este pecado; y dicho esto murió en el Señor.* (*Act.* VII, 58). Aquí se ha de considerar el fervor con que este glorioso Mártir imitó á Cristo nuestro Señor, Rey de los Mártires, en todo lo que podia imitarle en su martirio, orando dos veces.-La primera por sí, encomendándole su espíritu. -La segunda, por sus enemigos, pidiéndole perdon para ellos, en cumplimiento de lo que su Maestro habia dicho (*Matth.* V, 44): Orad por los que os persiguen; y esta oracion fue con mayor reverencia y fervor. Lo cual mostró en hincar las rodillas en tierra, y levantar mas la voz, queriendo tambien espirar como espiró Cristo con voz muy clamorosa. ¡Oh fidelísimo soldado, verdadero imitador de su capitan Jesús! ¡Oh caridad invencible! ¡Oh amor muy mas fuerte que la misma muerte! (*Cant.* VIII, 6). Por tí Estéban tiene por beneficio morir, y ruega por los que le matan, y cuando ellos le tiran piedras para quitarle la vida temporal, él tira dardos de oracion al cielo, para negociarles la vida eterna. Concédeme, ó buen Jesús, que yo imite á este tu soldado, como él te imitó, amando á los que me aborrecen, y orando por los que me persiguen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la causa por que san Estéban oró por sí en pié y por sus enemigos, de rodillas y con gran clamor. Quizá fue, porque cuando oraba por sí, estaba cierto que seria oido, porque no hallaba en sí impedimento contrario á lo que pedia; mas cuando oraba por sus enemigos, conocia la rebeldía que habia de parte de ellos, y el estorbo que ponian á su oracion; y así encendido con el fuego del Espíritu Santo, oró con mayor reverencia y con mayor afecto y clamor, para que su oracion fuese oida. Y así lo fue, alcanzando la conversion del mas insigne perseguidor, que era Saulo, el cual guardaba los vestidos de los que le apedreaban, y quizá le tiraba algunas piedras por su mano, aunque las tiraba todas por mano de sus compañeros. De donde sacaré propósitos de orar fervorosamente por mis enemigos, persuadiéndome que orar por otros es medio para que Dios oiga la oracion que hago

por mí, como sucedió á Job (*Iob*, XLII, 10), cuando oró por sus amigos que habian hecho con él obras de enemigos.

3. Lo tercero, ponderaré la causa por que san Estéban primero oró por sí, encomendando su espíritu al Señor, y despues por sus enemigos, pues Cristo nuestro Señor al contrario, primero oró por sus enemigos, y despues, ya que queria espirar, encomendó su espíritu al Padre. (*Hebr.* VII, 27). La causa fue, porque la oracion ha de comenzar por lo mas necesario y obligatorio, especialmente cuando se ora en tiempo de grandes aflicciones y peligros. Y como Cristo nuestro Señor no tenia necesidad de orar por sí; pero los pecadores teníamos extrema necesidad de que orase por nosotros, especialmente los que le crucificaban, porque no fuesen hundidos en el abismo del infierno. De aquí es que con su entrañable caridad, primero oró por sus enemigos. Pero san Estéban y los demás justos tienen necesidad de orar por sí, y mucho mas en la muerte, donde corre mayor obligacion, por ser mayor el peligro; y así la caridad comenzó por lo mas obligatorio, y extendióse despues á lo que descubria mas su perfeccion. Y en ambas cosas quiere Cristo nuestro Señor que le imitemos, aunque por el órden dicho, porque la ley de la caridad nos obliga á procurar primero nuestra salvacion, y despues la ajena. Ó dulcísimo Jesús, recibe mi espíritu y el de todos los fieles, en vida y en muerte, tomándole debajo de tu proteccion, para que te sirva en la tierra y despues te goce en el cielo. Amen.

4. Finalmente, ponderaré como acabadas estas dos oraciones, san Estéban durmió en el Señor (*Act.* VII, 59): morir en el Señor, es morir dentro de Cristo unido con él por fe viva con caridad, como mueren los santos Confesores, ó morir por la confesion de Cristo, como mueren tambien los Mártires, y ambas muertes son dichosas (*Psalm.* CXV, 15), porque es preciosa en la presencia del Señor la muerte de sus santos. Y, como dijo la voz del cielo al bienaventurado san Juan (*Apoc.* XIV, 13), son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque desde luego dice el Espíritu Santo que descansen de sus trabajos, por cuanto les siguen sus obras, que es decir: Los que mueren en el Señor, luego en muriendo se pueden llamar bienaventurados, porque despues que Cristo murió, si no tienen algo que purgar, ya están para ellos abiertas las puertas del cielo, y el Espíritu Santo, de que están llenos, quiere que su muerte sea fin de todos sus trabajos, y principio de sus eternos descansos, porque las obras que hicieron en vida, con las cuales se aparejaron para la muerte, les acompañarán con grande honra hasta el cielo.

5. Tal fue la muerte del gloriosísimo Estéban que murió en Cristo y por Cristo; el cual desde el cielo, donde se le apareció en la batalla, vino por él con millares de Ángeles celebrando su victoria. Y el que poco antes era de los hombres aclamado por blasfemo, ya es de los Ángeles aclamado por santo; y el que fue apedreado con piedras dolorosas, es coronado de piedras preciosas, recibiendo la corona que su nombre significaba. Subió acompañado de sus esclarecidas obras, por las cuales fue honrado y alabado de Cristo nuestro Señor delante de su Padre, y colocado en un trono muy alto entre los Serafines, á donde vió con la lumbre de gloria claramente la divina esencia, y bebió hasta hartar del copiosísimo arroyo de los deleites celestiales, sin temor de jamás perderlos. ¡Oh dichosos trabajos, cuyo fin son eternos descansos! ¡Oh dulces piedras, que fabricaron corona tan preciosa! ¡Oh preciosa muerte, que es principio de tan eterna y gloriosa vida! Muera, Señor, mi alma la muerte de este justo, y sea mi vida tal, que merezca tal muerte, y aparéjeme para ella con tal disposicion, que mis postrimerías sean semejantes á las suyas (*Num.* XXIII, 10), subiendo á gozar de tí, acompañado de esclarecidas obras y de grandes trabajos, padecidos por la justicia para tu mayor gloria. Amen.

MEDITACION XXIX.

DE LA APARICION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SAULO, Y DE SU MARAVILLOSA CONVERSION.

—La conversion de san Pablo sucedió despues del martirio de san Estéban, sucediéndole tambien en el oficio de predicador de Cristo, porque las trazas de los hombres no pueden prevalecer contra Dios, y si ellos quitan de por medio el predicador que les hace guerra, el Espíritu Santo levanta otro que se la haga muy mayor, como la hizo san Pablo.—

PUNTO PRIMERO.— 1. *Saulo* (*Act.* IX, 1), *todavía furioso en amenazar de muerte á los discípulos del Señor, fué al príncipe de los sacerdotes, y pidióle cartas para las sinagogas de Damasco, para que si hallase allí algunos hombres y mujeres que siguiesen la ley de Cristo, los trajese presos á Jerusalen.* Por fundamento de esta meditacion se ha de considerar cuán gran pecador fue Saulo, el cual desde mozo tuvo entrañado en su corazon el aborrecimiento de Cristo nuestro Señor, y de su santa ley, pareciéndole, con ignorancia y falso celo,

que agradaba á Dios en perseguirle. Y de aquí procedió hallarse á la muerte de san Estéban, guardar las ropas de los que le apedreaban, consentir en su muerte, saboreándose en verle apedrear, por quitar la vida al que volvia por la fe, que tanto aborrecia. Luego fué creciendo tanto su odio, que dice de él el evangelista san Lucas, *devastabat Ecclesiam* (*Act.* VIII, 3), que destruia la Iglesia, entrándose por las casas, sacando hombres y mujeres, y llevándolos á la cárcel. De modo, que por haber sido de la tribu de Benjamin, le cuadra bien lo que dijo Jacob (*Genes.* XLIX, 27): Benjamin, lobo robador, á la mañana comerá lo que robó, y á la tarde dividirá los despojos, porque desde la mañana de su mocedad, todo el dia, mañana y tarde, como lobo, perseguia las ovejas de Cristo, *usque ad mortem*, hasta matarlas y despedazarlas; y pareciéndole poco perseguir á las que estaban en Jerusalen, pidió licencia y facultad al príncipe de los sacerdotes para ir á Damasco, y traer presos á todos los que allí seguian á Cristo, con deseo de hundirlos; cumpliéndose en él lo que dice David (*Psalm.* LXXIII, 23): La soberbia de los que te aborrecen siempre crece.

2. Luego ponderaré las causas por que Nuestro Señor permitió todo esto. La primera fue, porque pretendia hacerle grande santo, y levantar en él una torre de altísima perfeccion sobre cimientos muy hondos de profundísima humildad, los cuales se sacan con el conocimiento de los pecados pasados; y así lo hizo san Pablo, el cual por esta causa decia de sí (I *Tim.* I, 13), que era el primero de los pecadores, porque habia sido blasfemo, perseguidor é injuriador de Cristo, y que era el mínimo de los Apóstoles (I *Cor.* XV, 5), indigno de ser llamado apóstol, porque habia perseguido la Iglesia de Dios. De cuyo ejemplo aprenderé á sacar este grande provecho de los pecados que he cometido, pues por esto dice el Espíritu Santo (*Eccli.* XLII, 14), que es mejor la maldad del varon que la mujer que obra bien, porque los varones fervorosos suelen de sus pecados sacar motivos para crecer en grandes virtudes, especialmente de humildad para consigo, y de caridad para con Dios, que los perdonó; y al contrario, los tibios de sus buenas obras sacan vanidad y presuncion.

3. La segunda causa fue, para que Cristo nuestro Señor mostrase en Saulo las inestimables riquezas de su gracia y sus infinitas virtudes y perfecciones. Mostró su caridad en amar al que tanto le aborrecia; su bondad en llamar al que huia de él; su omnipotencia en ablandar un corazon tan endurecido; su paciencia en sufrir y es-

perar al que tanto le perseguia; su misericordia en admitirle á penitencia y librarle de tantas miserias; y la eficacia de su gracia en llenar de excelentes virtudes al que estaba lleno de abominables vicios. Y así dice el santo Apóstol, que en él mostró Cristo principalmente toda su paciencia (I *Tim.* I, 16), para ejemplo de los que habian de creer y alcanzar la vida eterna; y como mostró en Saulo mas que en otros pecadores toda su paciencia, esto es su perfectísima paciencia, así tambien mostró toda su caridad, bondad y misericordia, liberalidad y omnipotencia. Y como viviendo en la tierra, mostró estas virtudes con la Magdalena, Mateo, Zaqueo y otros predicadores, así despues de subido al cielo, principalmente las mostró con Saulo, para que entendamos, que siempre es el mismo en amar á los pecadores y hacerles bien; y por consiguiente, que siempre podemos confiar de alcanzar perdon de nuestros pecados, y mudanza de nuestras costumbres, pues no le falta caridad, ni bondad, ni misericordia, ni poder para hacerlo.

4. La tercera causa fue, para que un mismo Saulo nos fuese escarmiento y ejemplo, escarmentando en su caida, para no dejarnos llevar del natural brioso, ni del celo indiscreto, ni de la ira furiosa, coloreada con título de religion, porque nos despeñarán en pecados innumerables, añadiendo unos mayores que otros. Y por otra parte si cayéremos en ellos, procuremos convertirnos á Dios, tomando ejemplo de su conversion y mudanza, la cual fue de las maravillosas que Cristo obró para nuestra enseñanza; y con este espíritu se ha de meditar y ponderar.

Punto segundo. — 1. *Yendo por su camino, y acercándose á Damasco, súbitamente resplandeció al rededor de él una luz del cielo; y cayendo en la tierra, oyó una voz que le decia: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (*Act.* IX, 3). Aquí se ha de ponderar, lo primero, la infinita caridad de Cristo nuestro Señor, que estando en su trono celestial sentado á la diestra del Padre, no se desdeñó de venir á la tierra, y aparecerse á su mismo perseguidor, como se apareció despues de su resurreccion á san Pedro y Santiago, y á otros (*D. Thom.* 3 *p. q.* 57, *art.* 6), como el mismo san Pablo lo testifica, diciendo (I *Cor.* XV, 8): *Novissime omnium tanquam abortivo visus est et mihi:* despues que Cristo hizo todas sus apariciones, últimamente se me apareció como abortivo que nace fuera de tiempo y con violencia, y sale desmedrado, porque yo soy el menor de los Apóstoles. Y esta aparicion fue mayor señal de la caridad de Cristo que las otras, porque las otras hiciéronse á sus amigos y á los discípulos que

le buscaban y deseaban ver; pero esta fue á su enemigo que le perseguia, y deseaba hundir su nombre y el de todos sus discípulos. Cumpliendo aquí este buen Pastor lo que habia dicho: que dejando las noventa y nueve ovejas en el desierto, baja en persona á buscar esta oveja perdida, con el amor que vino á buscar las otras. ¡Oh fuego infinito de la caridad, que ardes en el corazon de Jesús, y no puedes encubrirte, antes echas cada dia nuevas llamaradas para encender á todos en tu amor! Grande amor fue el que mostraste en dejarte hallar de los que no te buscaban, y en aparecerte á los que no preguntaban por tí (*Rom.* x, 20); pero este dia pasas mucho mas adelante, apareciéndote al que te aborrecia, y mostrándote al que con terrible furor te perseguia. Y en lugar de rodearle con fuego que abrasase su cuerpo, le rodeas de luz que convierta su alma. Gracias te doy, amantísimo Jesús, por las muestras que das de tu amor; alumbra mi alma para que las conozca, de modo que tenga parte en ellas. Amen.

2. *Propiedades de las ilustraciones celestiales.*—Lo segundo, ponderaré las propiedades de esta luz del cielo que rodeó á Saulo, por las cuales se conocen las propiedades de la luz interior, que con su ilustracion infunde Nuestro Señor á los pecadores, para que se conviertan. La primera es, que vino de repente como relámpago, cuando Saulo menos la esperaba, y aun cuando menos la merecia, porque suele Nuestro Señor enviar estas ilustraciones, cuando estamos mas olvidados de él, y aun cuando por nuestra dureza somos mas indignos de ellas. (*Iob,* xxxvi, 32). Ó Dios omnipotentísimo, que escondes la luz en tus manos, y despues la mandas salir, y das noticia y posesion de ella á tus amigos; ¿con qué te pagarémos la infinita caridad que muestras en dar tambien alguna parte de ella á tus enemigos, haciéndola salir de repente para convertirlos en amigos? Mándala, Señor, que salga y alumbre lo secreto de mi corazon, para que le arranque de lo terreno, y le traspase á lo celestial y eterno.

3. La segunda propiedad fue, que atajó á Saulo los pasos que llevaba. Y al tiempo que estaba cerca de Damasco, que significa sangre, con deseo de ejecutar sus propósitos sangrientos, le derribó en tierra, humillando su soberbia y deteniendo la corriente de su ira. De suerte, que aunque Dios nuestro Señor, como él lo dice por Oseas (*c.* ii, 6), ataja los pasos de otros pecadores, cercando su camino de espinas, trayéndolos á sí con fuerza de trabajos; mas á Saulo atajóle los pasos con cerco de luz, trayéndole con blandura de regalos. Y ponderó el mismo Apóstol, contando su conversion,

que era mediodía cuando le cercó esta luz copiosa (*Act.* XXII, 6), para significar, que cuando habia llegado su furor á lo mas crecido de la maldad y soberbia, entonces le detuvo Cristo nuestro Señor, el cual como al mediodía subió en la cruz, mostrándo el fervoroso amor que nos tenia; así quiso venir á mediodía á convertir á Saulo, y cercarle con su copiosa luz, mostrando en esto el amor particular que le tenia; por lo cual pudo decir de sí mismo (*Galat.* II, 20): Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó, y se entregó á la muerte por mí.

4. Por donde consta que es propio de la divina ilustracion atajar los pasos del pecador, haciéndole cesar de sus pecados, y que no pase adelante en sus propósitos, ni los ponga por obra; mas cuando los propósitos están muy arraigados, es menester que la luz sea muy copiosa. ¡Oh dichoso Saulo, á quien cercó tan copiosa luz del cielo! bien podeis decir en esta coyuntura lo que dijo David (*Psalm.* XCIII, 1): Si el Señor no me ayudara y previniera con su ayuda, muy cerca del infierno estuviera mi alma; porque los pasos que llevábais hácia Damasco presto la hundieran en el profundo del infierno. Suplicad al Señor que atajó vuestros pasos, me dé una luz tan grande que ataje los mios, humillando mi altivez, enfrenando mi ira, y cosiéndome con la tierra, para que vuelva sobre mí, y del todo me convierta á Dios. Ó Dios de mi alma, aunque cerques mis caminos con espinas, es menester que tambien los cerques con tu luz para que me convierta á tí; no me falte, Señor, esta segunda cerca, porque no falte mi perfecta conversion.

5. La tercera propiedad fue, que cercó á Saulo alrededor, por alto y bajo, y á un lado y otro, de modo que ninguna cosa veia si no era por esta luz, para significar que la luz celestial, cuando es perfecta, cerca al hombre por todas partes. De suerte que no mire sino con ella y por ella, contemplando las cosas celestiales, sin resquicio para mirar las terrenas, si no es en órden á las eternas. Ó lumbre verdadera, que alumbras á todo hombre que viene á este mundo, cércame con este cerco de luz, para que no mire con vana complacencia las cosas de la tierra, sino solamente las del cielo.

6. Últimamente, se ha de ponderar las palabras que Cristo nuestro Señor dijo á Saulo, en las cuales resplandece su amor por muchas viás. Lo uno, porque queriendo reprender á Saulo, no lo reprende con aspereza, ni con palabras pesadas, sino con grande amor y blandura. Llámale dos veces Saulo, Saulo, en señal de que le amaba y conocia por su nombre propio, y para avivarle mas y hacerle

atender á lo que le queria decir. Y lo que le dijo es: *¿Por qué me persigues?* que fue decir, ¿qué causa tienes para perseguirme? dímela, que yo te satisfaré; y si no la tienes, ¿por qué me persigues sin causa? ¡Oh amor inmenso de nuestro Criador, que se pone á entrar en cuenta y razon con tan vil criatura, y á pedirle por qué le persigue, pudiendo con su palabra aniquilarle!

7. Tambien muestra el amor en que la persecucion de sus discípulos la toma por suya; y porque Saulo les perseguia, se queja de que le persigue. Y el que en la cruz no habló, quejándose de los que le perseguian en su propia persona, ahora habla quejándose del que le persigue en los suyos, doliéndose mas del trabajo de ellos que del suyo. ¿Quién no te amará, ó amantísimo Jesús, pues así amas á los que te aman? ¿quién se atreverá á perseguir á tus siervos, pues perseguir á estos es perseguirte á tí?-De aquí sacaré, como es propio del buen Espíritu, cuando habla al corazon del pecador con sus inspiraciones, acompañadas de la luz del cielo, reprenderle el mal que hace, para que se confunda, y decirle interiormente: Hombre, hombre, ¿por qué me persigues? Ó alma mia, si conocieses quién es el que te habla y es perseguido de tí, y quién eres tú que le persigues, y la causa y razon ó sinrazon por que le persigues con tus pecados, sin duda te avergonzarias de lo que haces, y cesarias de perseguir al que deberias seguir y servir. Estas tres cosas descubrió Nuestro Señor á Saulo, como luego verémos.

PUNTO TERCERO.-*Conocimiento de Dios y de sí mismo.*— 1. *Dijo Saulo: ¿Quién eres, Señor? Respondió: Yo soy Jesús Nazareno á quien tú persigues; dura cosa es para tí dar coces contra el aguijon.* Aquí se ha de considerar el modo como Nuestro Señor fué ilustrando á Saulo con su luz, no de un golpe, sino por sus grados, inspirándole que hiciese algunas preguntas, y dándole sus respuestas, en las cuales, como en semilla, está toda la perfeccion cristiana. Lo primero, con la luz del cielo le infundió Nuestro Señor un gran deseo de conocer y saber quién era el que le hablaba, porque es propio de los que tratan con Dios y han recibido alguna luz suya, desear luego fervorosamente conocerle mucho mas, porque la vida eterna está en conocer á Dios vivo y verdadero, y á su Hijo unigénito Jesucristo (*Ioan.* XVII, 3); y así con este deseo dijo Saulo: *Señor, ¿quién eres?* como quien dice: Descúbreme claramente quién eres, para que sepa á quién persigo, y cese de hacer el mal que hago. Y llámale Señor, por el gran respeto que tuvo á la grandeza y majestad del que le hablaba.

2. Respondiendo Cristo nuestro Señor á esta pregunta, le enseñó mas de lo que le preguntaba, porque le declaró quién era el perseguido y el perseguidor, diciéndole: *Yo soy Jesús Nazareno á quien tú persigues*, que fue decir: ¿Quieres saber quién soy yo? yo soy Jesús, salvador del mismo que me ofende y persigue: ¿y quieres saber quién eres tú? eres perseguidor del mismo Salvador que desea salvarte y santificarte. Por donde se ve como es propio de Cristo nuestro Señor, con su luz celestial enseñarnos juntamente quién es Dios y quién es el hombre; quién es Jesús para con el pecador, quién es el pecador para con Jesús; porque estos dos conocimientos andan juntos, y se ayudan mucho, porque comparando lo uno con lo otro, campea mas la grandeza y la bondad y caridad de Dios nuestro Salvador, y tambien la vileza y la maldad é ingratitud del hombre pecador; porque ¿á dónde puede subir mas la bondad que á ser salvador del mismo que le persigue? ¿y á dónde puede llegar mas la maldad que á ser perseguidor del mismo que le salva?

3. *Cinco excelencias del Salvador.*—En estas dos cosas tengo de ahondar mucho, como lo hizo toda la vida el apóstol san Pablo, á quien se le imprimieron tanto estas palabras, que siempre traia en su corazon y en su lengua á Jesús, predicando la excelencia de su persona, la obra que hizo de nuestra redencion, el motivo que tuvo para ella, el precio que le costó, y las inestimables riquezas que nos ganó, juntando esto con su bajeza y miseria, y con la ingratitud y maldad del que ofende á tan excelente Salvador, que le redimió de pura misericordia con el precio de su sangre, ganándole tesoros infinitos de gracia y gloria. Ó amantísimo Jesús, *noverim me, et noverim te:* conózcame á mí, y conózcate á tí. Conózcame á mí para que me aborrezca y desprecie, y castigue en mí las maldades que he cometido; y conózcate á tí para que te ame y alabe, obedezca y sirva, por las innumerables mercedes que de tí he recibido. Ó glorioso Apóstol, alcanzadme de vuestro Amado algun rayo de luz celestial, para que conozca quién ha sido y es Jesús para conmigo, y quién he sido y soy yo para con él, porque ilustrado con esta luz, comience de nuevo á amar lo que aborrecia, y aborrecer lo que antes amaba, imitándoos á vos, como vos imitásteis á Cristo nuestro Señor.

4. Finalmente, ponderaré aquella palabra: *Dura cosa es para tí tirar coces contra el aguijon;* que es decir: Así como quien tira coces contra el aguijon, no hace daño al aguijon, sino á sí mismo, y cuanto con mayor fuerza tira las coces, tanto recibe mayor herida; así tambien quien resiste á Dios y á la inspiracion con que nos aguija

y solicita á servirle, no hace daño á Dios sino á sí mismo; y cuanto mas le resiste, tanto mayor daño recibe. Ó alma mia, mira lo que haces cuando resistes á la voluntad de Dios y á su santa inspiracion; aunque es verdad que le haces grave injuria, pero no le haces ningun daño en su persona; á tí misma haces gravísimo daño, porque con esa resistencia te haces toda sangre, manchándote con culpas y obligándote á terribles penas. Vuelve sobre tí, y sigue los dulces aguijones de su inspiracion, haciendo lo que te inspira y cumpliendo lo que te manda, porque cuanto es dura cosa el resistirle, tanto es dulce el obedecerle.

Punto cuarto. — 1. *Temblando y pasmado dijo: Señor, ¿qué quieres que haga? Díjole el Señor: Levántate, y entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que te conviene hacer.* Aquí se ha de considerar, lo primero, este temblor del cuerpo y el pasmo ó admiracion del alma que tuvo Saulo, causado de lo que habia visto y oido, temblando por las injurias que habia hecho á un tan grande Señor; y admirado y pasmado así de su ignorancia y atrevimiento, como de la bondad y misericordia con que Dios le habia sufrido, y venido del cielo á llamarle y desengañarle. Todos estos efectos suele obrar la luz del cielo en el alma del pecador á quien rodea, segun aquello de David, que dice (*Psalm.* LXXVI, 19; XCVI, 4): Salieron sus resplandores y relámpagos por la redondez de la tierra; movióse y estremecióse la tierra. Relámpagos son las divinas ilustraciones, con las cuales el pecador terreno ve muchas cosas que antes no veia. Ve la gravedad de su pecado, el castigo que ha merecido, la bondad de Dios que le ha sufrido, y las mercedes que le ha hecho. Y viendo estas cosas y otras, teme, tiembla y se estremece todo, y sale de sí con grande admiracion y espanto. Ó Dios eterno, enviad estos resplandores sobre la tierra de los infieles, y sobre las almas de todos los pecadores, para que vean y tiemblen, y salgan de su lugar, dejando sus pecados por serviros con lealtad.

2. *Resignacion de la voluntad.*—Lo segundo, se ha de considerar aquella segunda pregunta que hizo Saulo, nacida de la abundancia de la luz interior, y de la perfectísima obediencia y sujecion con que se rindió á Cristo, diciéndole: *Domine, ¿quid me vis facere?* Señor, ¿qué quieres que haga? como quien dice: Vesme aquí aparejado para hacer y padecer por tí lo que quisieres, así en castigo de los pecados pasados, como en agradecimiento de los beneficios presentes; manda y ordena lo que tuvieres por bien, que yo lo cumpliré. ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto! ¡Oh eficacia de la luz del

cielo! ¿Quién otro que el omnipotente Dios pudiera obrar tan en breve tal mudanza? (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 113, *art.* 10). ¿Qué otra luz, sino la del cielo, pudiera causar tan de repente tantos desengaños? El que antes aborrecia á Cristo, ya le ama; el que le tenia por destruidor de la ley, le tiene por dador de la ley á quien debe obedecer; el que le persigue se ofrece á seguirle y predicarle, aunque sea perseguido; y el que antes aferraba con su juicio y voluntad propia, ahora la deja y renuncia en la divina. Concédeme, ó buen Jesús, que con entera resignacion siempre diga á tí y á los que están en tu lugar: Señor, ¿qué quieres que haga? porque mi deseo es hacer lo que tú quisieres, y lo que por ellos me mandares. No quiero que tú me digas lo que dijiste al otro ciego, condescendiendo con su flaqueza (*Luc.* XVIII, 41): *Quid tibi vis faciam?* ¿qué quieres que yo haga contigo? No me trates como imperfecto, condescendiendo con mi deseo, porque no es razon que yo traiga tu voluntad á la mia, sino que la mia siga á la tuya.

3. Lo tercero, ponderaré la respuesta de Cristo nuestro Señor, el cual no quiso decirle en el camino y de paso las cosas que habia de hacer, sino enviarle á la ciudad, para decírselas allí mas de asiento. Porque no quiere que cosas de tanta importancia como las de nuestra salvacion y de su gloria se oigan de paso. Y aunque en todo lugar y tiempo, de repente y en un momento arroje sus ilustraciones, como quien arroja la semilla en la tierra; mas para que lleve fruto sazonado, escoge lugar y tiempo conveniente, como lo hizo con Saulo, en la forma que verémos.

4. Finalmente, ponderaré que, como dice san Lucas (*Act.* IX, 7): *Los varones que acompañaban á Saulo estaban pasmados oyendo la voz, sin ver á nadie.* En lo cual representa la alteza y profundidad de los divinos juicios, en la vocacion de los pecadores, porque yendo Saulo con muchos compañeros malos, y perseguidores de Cristo como él, y siendo él peor que todos ellos, con todo eso Dios nuestro Señor á él solo llamó con eficacia en esta ocasion, y le convirtió á su fe, y le admitió á su gracia y amistad, dejando á los otros; para que por una parte alabemos su bondad en el escogido, y temblemos de su justicia en los desechados; especialmente que el llamado no fue mas que un Saulo, y los desechados fueron muchos que le acompañaron; pero en lo uno y en lo otro hemos de venerar los juicios de Dios, y atajar las quejas que se levantaren en nuestro errado juicio contra él, diciendo lo que dijo el mismo Apóstol (*Rom.* IX, 20): Ó hombre, ¿quién eres tú, para que pidas cuenta á Dios

de lo que hace? ¿Por ventura el ollero no tiene potestad para hacer de una masa un vaso de honra y otro de afrenta? (*Rom.* XI, 33). ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos! ¿Quién conoció lo que Dios siente? Ó ¿quién fue su consejero? y ¿quién le dió primero alguna cosa, para que se le deba algo? porque de él, por él y en él son todas las cosas, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

—De aquí procedió, que estos compañeros de Saulo oian la voz del mismo Saulo y lo que hablaba. Y vieron tambien algo del resplandor exterior que le cercó; pero como dijo el mismo Apóstol (*Act.* XXII, 9): No vieron al que le hablaba, ni oyeron las palabras que le decia; no llegó á sus oidos aquella voz: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ni la otra: Yo soy Jesús Nazareno, á quien tú persigues; duro es para tí dar coces contra el aguijon; y así aunque se admiraron de ver á Saulo caido en tierra, y hablar lo que decia, pero no se trocaron por entonces ni se convirtieron, aunque de aquí pudieron tomar ocasion para hacerlo despues, como es creible que lo harian algunos, siguiendo el ejemplo del que tenian por capitan, y oyéndole decir lo que sucedió en este camino.—

MEDITACION XXX.

DE LO QUE SUCEDIÓ Á SAULO EN LOS TRES DIAS DESPUES DE ESTA APARICION, Y DE LA PLENITUD DEL ESPÍRITU SANTO QUE SE LE DIÓ.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Levantándose Saulo de la tierra, y teniendo los ojos abiertos, no veia, y llevándole sus compañeros por las manos, le metieron en Damasco.* (*Act.* IX, 8; XXII, 11).-Lo primero, consideraré como Saulo, todo el tiempo que duró esta vision con sus coloquios, estuvo postrado en tierra, á donde le derribó la luz del cielo para humillarle, y para que con mas reverencia viese y oyese lo que Cristo nuestro Señor le decia; y con la caida tambien le enflaqueció y debilitó el cuerpo, como suele suceder en tales visiones y sucedió á Daniel (*Dan.* X, 8), para significar que la vista de las cosas gloriosas de Dios debilita los brios de la carne; y como Jacob (*Genes.* XXXII, 31), en viendo á Dios, quedó cojo de un pié, así el que por la contemplacion ve las cosas eternas, queda debilitado en el amor de las cosas temporales. Ó Dios eterno, envia los rayos de

tu luz sobre mi espíritu, para que se debiliten las pasiones furiosas de mi carne; derríbame por humildad en el abismo de mi polvo y de mi nada, para que sea digno de levantarme á contemplar el abismo de tu divinidad y humanidad. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como Saulo, en oyendo el mandato de Cristo nuestro Señor, que le dijo: *Surge*, levántate luego, como hijo de obediencia, se levantó, comenzando á cumplir lo que propuso, cuando dijo: Señor, ¿qué quieres que haga? Y no solo se levantó de la tierra corporalmente, sino tambien espiritualmente: *Surrexit de terra*, se levantó del cieno de sus errores y pecados, y despertó del profundo sueño en que habia estado, y resucitó á nueva vida, dejando las aficiones terrenas que tenian su corazon cosido con la tierra. De donde sacó el santo Apóstol el aviso que nos dió, cuando dijo (*Ephes.* v, 14): Levántate tú que duermes, y resucita de entre los muertos, y alumbrarte ha Cristo. Ó alma mia, oye este consejo del Apóstol, sacado del libro de su propia experiencia, y levántate de la tierra en que estás caida por la culpa; despierta del sueño en que estás dormida por la tibieza; resucita á nueva vida, dejando las obras muertas, y Cristo tu Señor te alumbrará con la lumbre de su gracia, para que le veas despues con la lumbre de su gloria.

3. Lo tercero, se ha de ponderar como Saulo, teniendo los ojos abiertos no veia; lo cual dice él mismo que procedia de la mucha claridad de la luz que le cercó (*Act.* XXII, 11), para significar que la luz del cielo abre los ojos del alma, y cierra los ojos del cuerpo, porque es tanta la estima que pone de las cosas eternas, que quita las ganas de ver las cosas temporales. Y así los muy contemplativos aunque tienen ojos no ven, porque no usan de ellos curiosamente para ver cosas vanas, ni las que pueden enturbiarles la vista del alma. Ó lumbre celestial, ven y alumbra mis ojos interiores, para que vean con tanta claridad á su Criador, que los ojos exteriores se cierren, para no mirar vanamente á las criaturas. Ó alma mia, cierra y mortifica la vista del cuerpo, para que aclare Dios en tí la vista del espíritu.

Punto segundo. — 1. *Estuvo allí tres dias sin ver, en los cuales no comió, ni bebió.* Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor detuvo tres dias á Saulo en la ciudad, dilatándole el bautismo y la plenitud del Espíritu Santo, para que en este tiempo se catequizase é industriase bien en los misterios de la fe, de la santísima Trinidad, y se aparejase para recibir el bautismo, que se da en

nombre de las tres divinas Personas. Y como Cristo nuestro Señor estuvo tres dias en el sepulcro, antes de resucitar glorioso, así quiso que este su Apóstol estuviese tres dias enterrado en el sepulcro de la contemplacion, antes de resucitar por el bautismo. Á los demás Apóstoles hizo esperar en la ciudad diez dias la venida del Espíritu Santo; á Saulo no mas que tres, porque quiso darse priesa á labrar este vaso, para servirse luego de él en su oficio.

2. Luego consideraré los ejercicios que en estos dias tuvo Saulo, para imitarle en lo que es imitable.—Lo primero, no vió en todo este tiempo con los ojos corporales; porque demás de la razon arriba dicha, la vista interior le quitaba la exterior.—Lo segundo, no comió ni bebió, porque el gusto y suspension del alma le hizo olvidar del manjar del cuerpo.—Lo tercero, oraba continuamente, como Nuestro Señor lo dijo á Ananías: *Ecce enim orat:* mira que le hallarás orando. Con estos ejercicios se aparejó para el bautismo y para el apostolado, enseñándome con su ejemplo que estas tres cosas, modestia en la vista, ayuno riguroso y oracion continua, disponen para alcanzar de Nuestro Señor grandes dones, ayudándose unas á otras, porque la modestia y el ayuno levantan de punto la oracion, y la oracion hace suave la modestia y el ayuno.

3. Lo tercero, consideraré los grandes favores que Cristo nuestro Redentor hizo á Saulo en estos tres dias, haciendo con él oficio de maestro invisiblemente, como le habia hecho visiblemente con los demás Apóstoles; porque en este tiempo le reveló y descubrió todos los misterios de nuestra fe, con copiosísima luz del cielo, para que pudiese predicarlos á todas las gentes. Esto se saca de unas regaladas palabras que le dijo Ananías, como el mismo Apóstol las refiere (*Act.* XXII, 14): *El Dios de nuestros padres te ha escogido, para que conocieses su voluntad, y vieses al Justo, y oyeses su palabra de su propia boca, porque has de ser su testigo con todos los hombres, de las cosas que viste y oiste.* De suerte que en estos tres dias le descubrió Dios su voluntad, y vió á Cristo y sus misterios, y de su boca aprendió su doctrina, para que fuese testigo de las cosas que habia visto y oido al mismo Salvador; y así dijo á los de Galacia (*Galat.* II, 12), que habia recibido su Evangelio no de hombres, sino por revelacion de Jesucristo. ¡Oh dichoso varon, á quien tanta gracia hizo Dios por su sola misericordia! Ó Dios de mi alma, concédeme que yo tambien conozca tu voluntad, y con ojos de viva fe vea al justo Jesucristo mi Señor, y oiga las palabras que me hablare al corazon, para que pueda ser testigo tuyo publicando tus grandezas, del modo

que las he creido y gustado, cumpliendo en todo su santísima voluntad. Amen.

4. Algunos santos Padres dicen, que en estos tres dias sucedió aquella vision y revelacion maravillosa que san Pablo cuenta de sí mismo, diciendo (*D. Thom. in* II *ad Cor.* XII, *et* 2, 2, *q.* 175) que fue enajenado de los sentidos y arrebatado hasta el tercer cielo, y entrado en el paraíso, y allí oyó palabras tan secretas que no es lícito decirlas al hombre imperfecto, y aun entonces, segun la sentencia de san Agustin y santo Tomás, vió claramente la divina Esencia; pero como quiera que esto haya sido, en estos tres dias le labró Dios maravillosamente, y le dió grandes arrebatamientos, sacándole de sí mismo, y levantándole sobre sí y sobre todo lo criado hasta conocer los altísimos misterios del tercero y supremo cielo de la santísima Trinidad, comunicándole grandes secretos, y metiéndole en el paraíso de los divinos deleites, á donde tuvo grandes éxtasis y excesos de amor; de modo que cuando volvió en sí, pudo decir (*Galat.* II, 20): Vivo yo, ya no yo, vive en mí Cristo. Gracias os doy, dulcísimo Jesús, por la infinita caridad y liberalidad que mostrais con un tan grande pecador y perseguidor vuestro, concediéndole mayores favores que á otros que nunca pecaron; mostrando en este pecador, que á donde abundó el delito, mucho mas abundó la gracia (*Rom.* V, 20); y con este hijo que habia sido tan pródigo en haceros injurias, quisísteis ser mas pródigo, si así es lícito hablar, en hacerle misericordias, pues no solamente salísteis á recibirle, sino en cierto modo á compelerle y forzarle que entrase en vuestra casa, adornándole con tales vestiduras, y regalándole con tales banquetes (*Luc.* XV, 20), que los hermanos mayores tienen que envidiar con santa envidia, y pues vuestra misericordia no se ha menoscabado (*Eccles. in collecta*), forzad á mi rebelde voluntad para que entre en vuestra casa, sacadla de sí misma y arrebatadla con gran fuerza, traspasándola en Vos, para que de hoy mas no viva yo, sino Vos en mí, por todos los siglos. Amen.

5. Últimamente, ponderaré la suavidad con que Cristo nuestro Señor guiaba á Saulo, porque estando en su oracion le reveló lo que habia de suceder en su cura, mostrándole en vision imaginaria, que un hombre llamado Ananías entraba en su casa y ponia las manos sobre él para darle vista, como luego verémos, significándonos por esto, que en la oracion suele Dios inspirarnos los medios de nuestra cura espiritual, y de nuestra salvacion y perfeccion.

PUNTO TERCERO. — 1. *Estaba en Damasco un discípulo, por nombre*

Ananías, y díjole el Señor en vision: Ananías. Respondió luego: Vesme aquí, Señor. Levántate, dice, y vé al barrio que se llama Recto, y busca en la casa de Judas á Saulo, por nombre Tarsense, porque está orando. (*Act.* IX, 12). Aquí se ha de considerar, lo primero, los varios modos que tiene Cristo nuestro Señor en revelar y descubrir su voluntad á sus siervos por modos extraordinarios, porque á unos se les aparece y los llama en vigilia como á Saulo, quietando los sentidos exteriores, para que no les impidan la vista interior; á otros en sueños, aprovechándose de la quietud que entonces tienen los sentidos, como llamó á Jacob y á Samuel (*Genes.* XXXI, 11; I *Reg.* III, 4), y así parece que llamó á Ananías, con lo cual pretende enseñarnos que en todo lugar y tiempo, velando y durmiendo, en la iglesia y en el lecho, hemos de estar tan concertados y compuestos, que seamos capaces de las divinas inspiraciones, y de los favores y dones de Dios, y que podamos decir (*Psalm.* CXXXVIII, 11): La noche será mi ilustracion con grandes regalos, y yo duermo (*Cant.* V, 2), y mi corazon vela, porque durmiendo el cuerpo, suele Dios, que es nuestro amor, velar dentro de nosotros, y hacer que vele nuestro espíritu.

2. Lo segundo, ponderaré el misterio que está encerrado en los nombres que aquí se ponen, para manifestar la obra maravillosa que Cristo nuestro Señor hacia en Saulo. El barrio donde estaba se llamó *Recto*, que quiere decir derecho, para significar que ya Saulo llevaba pasos derechos, enderezados á la vida eterna. La casa donde moraba era de un hombre llamado Judas, que quiere decir confesion y alabanza, para significar que Saulo se ejercitaba en la confesion humilde de sus pecados, orando por el perdon de ellos, y en alabanza de Dios, glorificándole por las mercedes que le hacia. El que le habia de buscar era Ananías, que quiere decir nube del Señor, para significar el oficio de los predicadores, que como nubes derraman su doctrina sobre los fieles, y con gran facilidad van á donde les lleva el viento de la divina inspiracion. Y así en oyendo Ananías la voz de Cristo, dijo: *Ecce ego Domine.* Veisme aquí, Señor. Habla, que tu siervo oye; manda lo que quisieres, porque yo iré á donde me mandares. Pero sobre todo es de ponderar la caridad de Cristo nuestro Señor, que no dice á Saulo que vaya á buscar á Ananías, sino á Ananías dice que se levante y vaya á buscar á Saulo, como médico que va á visitar al enfermo; porque como él vino del trono de su morada celestial en busca de este pecador, así tambien quiere que Ananías y los demás ministros suyos salgan de su casa

y de su quietud en busca de los pecadores, y se les entren por sus puertas, y allí les ayuden al negocio de su salvacion. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por todo lo que haces en razon de justificar á los pecadores. Dame, Señor, espíritu de obediencia como á Ananías, y espíritu derecho de alabanza y confesion como á Saulo, quita de mí toda pereza y flojedad, para que con fervor acuda al bien de las almas que con tu sangre redimiste. Amen.

Punto cuarto. — 1. *Respondió Ananías: Señor, oido he á muchos de este hombre, cuán grandes males ha hecho contra tus santos en Jerusalen, y tiene potestad de los príncipes de los sacerdotes para prender á todos los que invocan tu santo nombre. Díjole el Señor: Vé á donde te digo, porque este es vaso escogido por mí, para que lleve mi nombre delante de las gentes, de los reyes y de los hijos de Israel, y yo le mostraré cuantas cosas le conviene padecer por mi nombre.* Aquí se ha de considerar lo primero, cuán cortos son los juicios de los hombres, y cuán fáciles de engañarse en sus sospechas, especialmente cuando están combatidos de temor humano. Y así Ananías, por lo que habia oido de Saulo, sospechó que era perseguidor de Cristo, como solia, y con decirle Cristo nuestro Redentor que oraba, no cayó en la cuenta de que estaria mudado. De donde sacaré aviso para no juzgar temerariamente de mis prójimos, en especial por lo que sé de oidas, pues el que ayer fue malo, puede ser que hoy sea bueno, trocándole Nuestro Señor el corazon con su gracia; y como miró las señales de malicia para sospechar mal del prójimo, es bien que mire con mas cuidado las señales de su mudanza, para sentir bien de él.

2. De aquí procedió que Ananías, aunque se mostró muy aparejado para obedecer á Cristo nuestro Señor cuando le llamó, pero con temor humano le representó la dificultad que sentia en ir á casa de un perseguidor, y entrarse por las puertas del que tenia por lobo. Y antes que Cristo le diese enteramente su recado, le atajó con la representacion de esta dificultad, para que le diese salida á ella. De donde tengo de sacar, que representar estas dificultades con pusilanimidad y cobardía de ánimo, para resistir á la obediencia, es malo y muy ajeno de los discípulos de Cristo; pero representarlas con indiferencia, por saber el modo como se vencerán, para mejor cumplir su obediencia, es bueno y conforme al espíritu de Cristo, que es suave, blando y amoroso, como aquí se mostró con Ananías.

3. Lo segundo, se ha de considerar la respuesta de Cristo nuestro Señor á Ananías: Vé, dice, donde te mando, porque este á quien

tú tienes por tan malo, *vas electionis est mihi;* es vaso escogido por mí con particularísima eleccion, no por sus merecimientos, sino por mi sola bondad, mudando al que era vaso de ira y de maldad en vaso de misericordia y de gracia, llenándole de mis copiosos dones, para descubrir en él la grandeza de mi caridad. Y demás de esto le tengo escogido por vaso é instrumento mio, para que lleve mi nombre por todo el mundo, y sea maestro y predicador de todas las gentes. Gracias te doy, dulcísimo Jesús (II *Cor.* IV, 7), porque en vaso de barro tan vil has depositado tesoros tan admirables para que su preciosidad se atribuya á tu sola virtud y no á sus fuerzas. Ó glorioso Apóstol, sol resplandeciente (*Eccli.* XLIII, 2), vaso admirable y obra del muy Alto, puesto en medio de la Iglesia para correr vuestra carrera por el mundo, dando luz de fe y calor de caridad á todos los mortales, gózome de vuestra eleccion y de la buena suerte que os ha cabido; suplicad al Señor que os escogió, se digne tambien de hacerme á mí vaso escogido, lleno de su gracia y claridad, para que yo tambien corra mi carrera, de modo que alcance la corona.

4. Últimamente, ponderaré lo que Cristo nuestro Señor añadió, diciendo: *Yo le mostraré cuantas cosas le conviene padecer por mi nombre:* esto es, primero se las mostraré por revelacion, y luego por experiencia, haciéndole que padezca por mi nombre mucho mas de los que otros por su causa padecian, y así lo cumplió su Majestad, porque apenas hubo Saulo comenzado á llevar el nombre de Cristo por el mundo, cuando experimentó cuán pesado era de llevar (*Isai.* XXX, 27), padeciendo innumerables persecuciones y trabajos por esta causa, como lo dice de sí mismo á los de Corinto (II *Cor.* XI, 23); en lo cual atendió Nuestro Señor á tres fines.—El primero, á que Saulo pagase con las persecuciones que padecia, las que hizo padecer á otros; cumpliendo por una parte la ley de la justicia, por otra parte fabricándole con estos trabajos grande corona de gloria.—El segundo, para que entendamos que grandes favores y dones del cielo no se dan sino en compañía de grandes aflicciones; y si los favores se dan de antemano, los trabajos se siguen despues á la medida de los favores.—El tercero, para que entienda el discípulo, que ha de seguir á su Maestro, y el apóstol al que le envia, y el predicador del Evangelio ha de pasar por las penalidades que pasó el mismo que le fundó. Ó Salvador del mundo, pues tan bien sabes labrar con trabajos el vaso que has escogido para el cielo, purificándole de sus vicios, y adornándole con preciosas virtudes, escógeme por vaso de

tu misericordia, y lábrame con aflicciones en esta vida, para que sea digno de alcanzar la eterna.

Punto quinto. — 1. *Partióse Ananías, y entrando en la casa donde estaba Saulo, le dijo: Saulo hermano, Jesús Señor nuestro, que te apareció en el camino por donde venias, me envia para que veas y seas lleno del Espíritu Santo; luego cayeron de sus ojos unas como escamas, y cobró la vista; y levantándose fue bautizado.* (*Act.* IX, 17). Aquí se ha de considerar la suave providencia de Nuestro Señor en el gobierno de los suyos, ayudándose de unos hombres para hacer bien á otros, y á veces de los menores para enseñar á los mayores. Y así, aunque pudiera por sí mismo dar la vista á Saulo, quiere que vaya Ananías á esto, y que él le intime la obligacion del bautismo y el oficio de testigo y apóstol que Dios le encargaba, para que cualquiera, por sábio y santo ó muy favorecido que sea de Dios, entienda que tiene necesidad de sujetarse á otro hombre (*Casian. Collat.* II, *c.* 5), y de esta manera se conserven en humildad. Pero juntamente ponderaré en Ananías, por una parte la caridad y humildad con que habló á Saulo, llamándole hermano, y diciendo que no venia él por su propia autoridad, sino que Cristo le enviaba: mas por otra parte, en cuanto ministro de Cristo, mostró grande autoridad en lo que dijo, como el mismo Apóstol lo cuenta por estas palabras: *Entrando Ananías donde estaba, me dijo: Vé, y al punto ví y le miré, y luego me dijo: El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conocieses su voluntad. Pues ¿en qué te detienes? Levántate, y sé bautizado, y lava tus pecados en su nombre.* (*Act.* XXII, 13). En lo cual se representa el modo como los ministros del Evangelio han de juntar humildad con autoridad, sin que una impida á la otra.

2. Lo segundo, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor quiso dar milagrosamente á Saulo la vista antes del bautismo, para que le recibiese con mas consuelo, viendo al que le bautizaba, y para declarar en aquel milagro la virtud del bautismo, que alumbra el alma, y echa de sus ojos, que son sus potencias, las escamas de los vicios y pecados. ¡Oh qué alegre quedó Saulo cuando vió á Ananías y oyó su recado! (I *Cor.* XIV, 18). Al punto, sin detenerse, recibió con grande devocion el santo bautismo, y quedó lleno de Espíritu Santo con una nueva plenitud, recibiendo el don de lenguas y las otras gracias que habian recibido los demás Apóstoles, y lleno de este divino Espíritu cantaria mil alabanzas á Dios, dándole gracias por las mercedes que le habia hecho, y ofreciéndose muy de corazon á su servicio, rasgaria y quemaria las cartas que le habia

dado el Príncipe de los sacerdotes, doliéndose de la solicitud con que las negoció, y proponiendo (II *Cor.* III, 2) de ser él mismo carta viva de Cristo, para dar noticia de él en todo el mundo. Ó Ángeles del cielo, que os gozais de la conversion de cualquier pecador, ¡cuánto mas os gozaríades de la conversion milagrosa de este gran pecador y perseguidor de Cristo, viéndole trocado en grande predicador y amigo suyo! Alabadle, gloriosos Ángeles, con todas vuestras fuerzas, y dadle el parabien, por haber cazado á este lobo robador, convirtiéndole en cordero manso de su rebaño, y suplicadle aumente vuestro gozo con la conversion de muchos pecadores, para que su rebaño crezca, el cielo se pueble, y Dios se glorifique por todos los siglos. Amen.

3. Finalmente, consideraré como Saulo (*Act.* IX, 20) *continuo ingressus synagogas, praedicabat Iesum, quoniam hic est Filius Dei.* Al punto entrando en las sinagogas predicaba á Jesús, diciendo que era Hijo de Dios, en lo cual resplandece el fervor grande de este nuevo Apóstol, y la puntualidad con que acudió á hacer su oficio y predicar á Cristo, atropellando, como él dijo, todo lo que era carne y sangre (*Galat.* I, 16), sin reparar en que los suyos le habian de perseguir y en que le tendrian por mudable, pues tan presto predicaba por Dios al que perseguia como enemigo de Dios. Sin embargo de esto, no se detiene en el rincon de la casa donde se hospedó, no va poco á poco con tiento tentando los ánimos de su gente, sino como los Apóstoles el dia de Pentecostes salieron del cenáculo al templo, y allí predicaron á Cristo crucificado; así tambien Saulo embriagado con el vino del mismo espíritu sale por todas las sinagogas á predicarle, dando pública satisfaccion del yerro pasado, y mostrándose no menos ferviente en predicar á Cristo, que se habia mostrado en perseguirle, cumpliendo lo que él nos aconsejó, cuando dijo (*Rom.* VI, 19): Como entregásteis vuestros miembros en servicio de la inmundicia, para aumento de la maldad, así los entregad en servicio de la justicia, para aumento de la santificacion.

4. Pero mas adelante pasó su fervor en lo bueno que en lo malo, procurando con celo ferventísimo el aumento de la santidad en sí y en otros, y en todos los hombres del mundo, con tanta constancia, que admirándose todos de verle predicar á Cristo, sabiendo que habia venido á Damasco para prender á sus discípulos, con todo esto, *multo magis convalescebat et confundebat Iudaeos, affirmans quoniam hic est Christus*, mucho mas se fortificaba y confundia á los judíos, afirmando que Jesús era Mesías. De suerte que los dichos de los hom-

bres y las persecuciones no solo no le estibiaban en su predicacion, sino le eran ocasion de animarse y fortalecerse mas en ella, y á este paso prosiguió toda la vida, hasta darla por Cristo con grande amor, como se verá en la meditacion que se sigue.

MEDITACION XXXI.

DE LA VIDA Y HERÓICAS VIRTUDES DEL APÓSTOL SAN PABLO, DESPUES DE SU CONVERSION, Y EN ELLA SE PONE UNA SUMA DE LA SUPREMA PERFECCION EVANGÉLICA.

—La vida de este gloriosísimo Apóstol, despues de su conversion, fue un perfectísimo dechado de la perfeccion evangélica que han de procurar todos los varones apostólicos, imitando, como él dijo (I *Cor.* IV, 16), á Cristo nuestro Señor de la manera que él le imitó, y para este fin la pongo aquí contando sus principales virtudes, sacándolas de sus Epístolas y del libro de los Actos de los Apóstoles.—

PUNTO PRIMERO. – *De la pobreza de espíritu.* — 1. La primera virtud fue excelente pobreza de espíritu, renunciando todas las cosas, como los demás Apóstoles, para desocuparse mas en el servicio de Cristo y en el ministerio de su predicacion, gustando de experimentar los efectos de ella, señalándose especialmente en tres cosas. –Lo primero (I *Tim.* VI, 8), *estaba contento*, como él dice, *con tener sustento y con cubrirse:* esto es, con tener lo necesario precisamente para vivir y cubrir su desnudez, y el contento era tan grande como si tuviera todo el mundo, y por esto dijo (I *Cor.* VI, 10): Vivimos como necesitados y enriquecemos á muchos, y como quien no tiene nada poseyéndolo todo, porque tenemos tanto contento en no tener nada, como si lo tuviéramos todo; y la causa de su contento era, porque con esta pobreza corporal poseia sumas riquezas espirituales, las cuales dan incomparablemente mayor consuelo que todas las temporales. –De aquí procedió lo segundo, que aun de esto necesario se privaba muchas veces y padecia falta, llevándola con alegría; y así entre sus trabajos cuenta hambre (II *Cor.* XI, 27) y sed, frio y desnudez, y muchos ayunos.

2. Y aun mas adelante pasó, porque con estar muy ocupado en predicar, y con tener derecho para pedir sustento á los fieles y recibirle de ellos como lo recibian los demás Apóstoles, él renunció este derecho, y con el trabajo de sus manos en un oficio mecánico ganaba la comida para sí y para sus compañeros, por no gravar á

los fieles (I *Thes.* II, 9), y por darles ejemplo de mayor perfeccion, y así dice: *No he codiciado plata, ni oro, ni vestidura vuestra, como vosotros lo sabeis, porque lo que era menester para mí y para los que andan conmigo, estas manos lo ganaron, dándoos ejemplo de que trabajando de esta manera se han de recibir los flacos, y acordarnos de la palabra de Jesús que dice: Beatius est magis dare quam accipere: Mas dichosa cosa es dar que recibir.* (*Act.* XX, 33). Ó glorioso Apóstol, que fuísteis corto en recibir de lo temporal, y largo en dar de lo espiritual, alcanzadme de vuestro Maestro que os imite en la pobreza de los bienes temporales, para que alcance vuestra riqueza de los bienes espirituales. Ó alma mia, déjalo todo, y hallarlo has todo. Deja por Cristo todas las cosas, y poseerás en Cristo todas las cosas, porque teniéndole á él lo tendrás todo, y siendo por su amor pobre, estarás muy mas contenta que si fueras rica.

Punto segundo.—*De su castidad y batallas interiores.*— 1. La segunda virtud fue purísima castidad, de la cual hizo voto como los demás Apóstoles, y la guardó siempre, y se dió por ejemplo de esta, diciendo: *Deseo que todos los hombres vivan como yo* (I *Cor.* VII, 7), esto es, libres de casamientos y de las obras del matrimonio, para orar y vacar á Dios, y ser santos en el cuerpo y en el espíritu. Pero especialmente ponderaré tres cosas.—La primera, la grande estima que tenia de esta virtud, pues deseaba que todos los hombres fuesen castos como él, sin reparar en que se acabaria el mundo, porque estimaba en mas lo eterno que lo temporal, y siempre ponia el blanco de su deseo en lo mejor y mas excelente, aunque en la ejecucion se acomodaba á la traza con que Dios repartia sus dones entre los hombres.—La segunda, que teniendo los demás Apóstoles costumbre de traer consigo alguna devota mujer que los sirviese y sustentase con su hacienda (I *Cor.* IX, 5), él no quiso usar de esta facultad, no solamente por querer vivir del trabajo de sus manos, y no de limosna, sino tambien por el recato en la compañía y comunicacion con mujeres, de las cuales ha de huir quien quisiere tener segura la castidad.

2. La tercera cosa es, que su castidad fue combatida con grandes tentaciones, las cuales venció valerosamente, y así fue sin duda mas gloriosa; porque tanto es mas gloriosa la virtud, cuanto ha sido mas terrible la contradiccion en conservarla. De este modo declaran algunos Santos lo que dijo de sí el mismo san Pablo á los corintios (II *Cor.* XII, 7): *Porque la grandeza de las revelaciones no me envanezca, me ha sido dado un aguijon de mi carne, ángel de Satanás, que*

me da de bofetadas, y rogando tres veces al Señor me le quitase, me respondió: Bástate mi gracia, porque la virtud se perfecciona en la enfermedad. Como quien dice: Para que seas humilde, es menester que seas tentado; y para que tu virtud sea perfecta, ha de ser muy probada, y el aguijon de tu carne la hará perfectamente casta, y el ángel de Satanás que te da de bofetadas, te hará sufrido y puro, con pureza de Ángel celestial. Ó Padre de misericordias, convierte el aguijon de mi carne en espuela de mi espíritu, para que ore con fervor, y corra con diligencia en tu servicio, pues de tí solo está colgado mi remedio.

3. Tambien resplandece la santidad y pureza del Apóstol en otras batallas interiores que padecia y vencia con gran valor; por razon de las cuales dijo (*Rom.* VII, 22): *Alégrome con la ley de Dios, segun el hombre interior: siento otra ley en los miembros de mi carne que contradice á la ley de mi espíritu, y me lleva cautivo á la ley del pecado. Ó infeliz hombre, ¿quién me librará de este cuerpo mortal, que me da tal tormento y muerte? la gracia de Dios por Jesucristo,* esta es la que me ha de librar, y en virtud de ella tengo de vencer. Ó alma mia, no desmayes si te vieres combatida, confiando en la gracia de Dios que no serás vencida. (*Galat.* V, 17). Si tu carne codiciare contra el espíritu, procura que el espíritu codicie tambien contra la carne, de modo que quede vencedor, y así será mas gloriosa tu victoria, cuando hubiere sido mas terrible y porfiada la batalla, y con el mismo Apóstol podrás decir (I *Cor.* XV, 57): Gracias á Dios que nos dió victoria por Jesucristo. Amen.

PUNTO TERCERO. - *De su penitencia y mortificacion.* — 1. La tercera virtud fue muy rigurosa penitencia y mortificacion de su carne, la cual castigaba con rigor, para tenerla rendida y sujeta al espíritu, como él lo declaró con unas palabras muy encarecidas, diciendo (I *Cor.* IX, 26): *Yo corro mi carrera, no como incierto de mi premio, y peleo, no como quien azota al aire trabajando en vano y con solas palabras sin obras, sino castigo mi cuerpo con penitencias, y hágole que esté sujeto, porque no me suceda que predicando á otros yo sea réprobo.* Ó alma mia, si el Apóstol que estaba cierto de su premio, así corre y teme, ¿cómo tú que estás incierta no corres con temblor? Si él no se contenta con azotar el aire sino á su carne, ¿por qué tú te contentas con solas palabras, descuidando de las obras? Castiga con penitencias tu cuerpo para que obedezca á tu espíritu, porque si le dejas en su rebeldía, será causa de tu reprobacion.

2. Demás de esto, el santo Apóstol se ejercitaba en la continua

mortificacion de sus sentidos y apetitos, negando sus quereres y deseos, cumpliendo perfectamente la abnegacion que Cristo nuestro Señor nos encargó, y por esto dijo (I *Cor.* IV, 10): *Siempre y á donde quiera que vamos, llevamos en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesucristo, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos.* De suerte, que en todo lugar y en todo tiempo andaba rodeado de mortificaciones, no solamente interiores del espíritu, sino exteriores del cuerpo; unas que él se tomaba, otras que le venian por mano de sus enemigos, imitando en esto á Cristo nuestro Señor, cuya vida manifestaba en sí mismo, y así solia decir (*Galat.* VI, 17): *Ego stigmata Domini Iesu in corpore meo porto;* en mi cuerpo traigo las llagas y señales de Cristo, padeciendo las cosas que él padeció. ¡Oh quién pudiese alcanzar una mortificacion tan continua, larga y perfecta, en la cual se descubriese la vida del que me dió ejemplo de ella! Ó dulce Jesús (*Ioan.* XIV, 6), camino, verdad y vida; pues tu mortificacion es el camino para llegar á gozar de tí, que eres la misma vida, ilústrame con tu verdad para que abrace esta perfecta muerte, en que se manifiesta tu admirable vida.

PUNTO CUARTO. - *De la humildad y desprecio del mundo.* — 1. La cuarta virtud fue profunda y admirable humildad, junta con grande santidad, la cual es cosa rara, y resplandeció en las cosas siguientes. Porque lo primero, comparándose á los demás hombres, siempre escogia para sí el lugar mas humilde, porque entre los pecadores se tuvo por el primero, y entre los santos por el postrero. (I *Tim.* I, 13). Y así una vez dijo: *Cristo Jesús vino á salvar los pecadores, de los cuales yo soy el primero.* Y otra vez dijo (I *Cor.* XV, 9): *Yo soy el menor de los Apóstoles, y no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios.* Y mas adelante pasó llamándose (*Ephes.* III, 8), *Sanctorum minimus.* El mínimo de todos los santos; esto es, de los fieles que habia en la Iglesia. De suerte, que quien era en los ojos de Dios uno de los mayores Apóstoles y de los primeros en la santidad, se tenia en sus ojos por el postrero entre los buenos, y el primero entre los malos. Y la causa era, porque en esta comparacion que hacia de sí á todos, exageraba mucho los pecados propios, olvidábase de los ajenos, y al contrario, acordábase de las virtudes ajenas, y por entonces olvidábase de las propias, acordándose de los vicios pasados: en lo cual he de procurar grandemente imitar á este humildísimo varon, diciendo como él: Yo soy el menor de los cristianos y no soy digno del nombre de cristiano: soy el menor de los religiosos y sacerdotes, y no merezco ser lla-

mado con tal nombre; y aun soy el mínimo de los hombres, y no merezco el nombre de hombre, pues por mis pecados me hice bestia.

2. Lo segundo, resplandeció su humildad en no avergonzarse de decir sus pecados públicamente y dejarlos por escrito, diciendo (I *Tim.* I, 13) que habia sido blasfemo, injuriador de Cristo, incrédulo, grande perseguidor de la Iglesia (*Galat.* I, 13), derramador de sangre inocente (*Act.* XXII, 20), y que tuvo parte en la muerte de san Estéban. Y si alguna vez contaba sus obras gloriosas, forzado de la necesidad, buscaba vocablos de humildad, diciendo: *Factus sum insipiens, vos me coëgistis* (II *Cor.* XII, 11): Necio me he vuelto á vuestro parecer, vosotros me habeis forzado; y otras veces repetia lo mismo, y de propósito callaba muchas cosas que pudiera decir, porque no le tuviesen en mas de lo que era, enseñándonos que el verdadero humilde de su motivo propio se inclina á confesar sus culpas, y forzado dice las virtudes, tragando la humillacion de ser tenido por vano en decirlas.

3. Lo tercero, resplandeció su humildad en que conociendo los grandes bienes que de Dios habia recibido, porque el espíritu de Dios, como él mismo dice, no es ciego para conocerlos, no se los atribuia á sí mismo, ni se gloriaba vanamente de ellos, sino toda la gloria daba á Dios y á su gracia, y así se reconocia por nada en su presencia, diciendo (I *Cor.* XV, 10): *Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no estuvo en mí vacía: mas he trabajado que todos; no yo, sino la gracia de Dios conmigo* (II *Cor.* XII, 5): *y en mí no tengo de qué gloriarme, sino de mis enfermedades; y aunque yo he plantado la fe en otros, pero el que la planta es nada.* (I *Cor.* III, 6). Y una vez que le quisieron adorar como á Dios, rasgó sus vestiduras, confesando que era puro hombre, indigno de tal honra. (*Act.* XIV, 13). Esta es la humildad cordial que dura en los santos para siempre, en la cual he de imitar este santo Apóstol si quiero ser capaz de los dones de Dios, acordándome de lo que él dice (I *Cor.* IV, 7): ¿Qué tienes que no hayas recibido? y si lo has recibido, ¿de qué te glorias como si no lo recibieras? Por tanto, alma mia, vacíate de tí si quieres que Dios te llene de sí: él te dará sus copiosos dones si con humildad le das toda la gloria de ellos.

4. Lo cuarto, resplandeció su humildad en el santo temor que tenia de sí mismo, fundado en su propio conocimiento, para lo cual unas veces decia (I *Cor.* IX, 27): *Ninguna culpa conozco en mí, mas no por eso me tengo por justificado, porque quien me juzga es Dios.* Otras veces decia (I *Cor.* IV, 4), que castigaba su cuerpo por no

venir á ser reprobado. Y muchas veces pedia á los fieles hiciesen oracion por él. (*Rom.* xv, 30). Lo cual era señal de humildad, y de este santo temor con que se recelaba no tuviese culpa en impedir las trazas de Dios. Y sobre todo con saber que habia recibido por revelacion de Dios su Evangelio, quiso conferirle con los demás Apóstoles (*Galat.* ii, 2), *ne forte in vacuum currerem, aut cucurrissem:* porque quizá no hubiese trabajado en vano, en lo cual descubrió el humilde rendimiento que tenia de su juicio al de la Iglesia, no queriendo presumir de sí, ni dejar de asegurarse mas con el juicio de toda ella.

5. Lo quinto, resplandeció en el desprecio del mundo, y en el gusto de ser despreciado de él, gloriándose mas de los desprecios, que otros de las honras. Y así dice (*Galat.* vi, 14): *Guárdeme Dios de gloriarme, sino es en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para él.* Esto es, él me desprecia á mí como á cosa vil y digna de muerte afrentosa de cruz, y yo tambien le desprecio á él con el mismo desprecio; y aunque era tenido por hez y desecho del mundo, no se le daba nada ni hacia caso de los juicios y dichos vanos de los hombres, y estaba tan léjos de buscar el gusto vano de ellos, que decia (*Galat.* i, 10): *¿Por ventura busco agradar á los hombres? si tratase de esto, no seria siervo de Cristo.* Ó siervo de Cristo fidelísimo, alcánzame de tu Señor este precioso don de la humildad, de la cual nace la fidelidad en su servicio. Ó alma mia, si deseas de verdad servir á tu Señor este precioso don, desprecia las vanas pompas de este siglo y los juicios engañosos de sus hijos; préciate de estar muerta y crucificada al mundo, y de que el mundo esté muerto y crucificado para tí, de modo que de hoy mas vivas para solo Dios por todos los siglos. Amen.

Punto quinto.—*De su paciencia y alegría en los trabajos.* — 1. La quinta virtud fue invencible y heróica paciencia en sus trabajos; los cuales fueron innumerables en toda suerte de cosas interiores y exteriores por mar y por tierra, de judíos y de gentiles, y de falsos hermanos, como consta del catálogo que hizo de ellos, escribiendo á los de Corinto; y cuán graves hayan sido algunos lo declaró por estas palabras (II *Cor.* xi, 23): *Gravati sumus supra modum, et supra virtutem. Hemos sido afligidos sobremanera, y sobre nuestras propias fuerzas, tanto que tuvimos tédio de vivir. Por defuera teníamos batallas, de dentro temores* (*Rom.* viii, 36): *somos mortificados cada dia, y tratados como ovejas diputadas para el matadero.* Y con ser tantos estos trabajos, resplandeció su paciencia en que le parecian

pequeños, respecto del premio que esperaba, y así los llamó (II *Cor.* IV, 17), *momentaneum et leve tribulationis nostrae,* trabajos de un momento y muy ligeros: y no se espantaba de ellos, ni perdia el ánimo con su terribilidad, antes se ofrecia á otros mayores; como le sucedió cuando el profeta Agabo (*Act.* XXI, 13) le dijo seria preso en Jerusalen, y él respondió: *Estoy aparejado, no solo á ser preso, sino á morir por el nombre de Jesús.*

2. Y este ánimo le procedia de la grande confianza que tenia en Dios, obrándola el mismo Señor por medio de los mismos trabajos; y así dice (II *Cor.* I, 9): *Tuvimos respuesta de muerte dentro de nosotros mismos, para que no confiemos en nosotros, sino en Dios que puede resucitar los muertos: el cual nos libró de tantos peligros, en quien esperamos que de aquí adelante nos librará;* y de aquí le nacia tanta grandeza de ánimo, que dijo (*Philip.* IV, 12): *Bien sé lo que es ser humillado y lo que es ser ensalzado, estar harto y hambriento, tener abundancia y padecer pobreza: todas las cosas puedo en el que me conforta,* como quien dice: En lo próspero y en lo adverso, en lo poco y en lo mucho soy como todopoderoso, no en mis fuerzas, sino en las de Dios, por cuyo poder todo lo puedo. Ó Dios omnipotente, hazme en tu virtud poderoso para hacer todo lo que me mandas, y para padecer todo lo que permites, pues será tuya la gloria, siendo tambien tuya la potencia.

3. Finalmente, en sus trabajos tuvo grande consuelo y alegría, comunicándole Dios nuestro Señor grandes regalos en medio de ellos, como lo escribe á los corintios, diciendo (II *Cor.* I, 4): *Bendito sea Dios que nos consuela en toda nuestra tribulacion; de tal manera que podamos consolar á los que están en grande aprieto.* Y otra vez dice (II *Cor.* VII, 4): *Lleno estoy de consuelo, y tengo grande abundancia de gozo en todas mis tribulaciones, y en ellas me glorio* (*Rom.* V, 3), *y me agrado en mis afrentas y necesidades, y en las persecuciones y angustias que padezco por Cristo.* (II *Cor.* XII, 10). Ó Redentor del mundo, que mostraste por la experiencia á este tu vaso escogido lo mucho que habia de padecer por tu nombre, y le diste gusto en padecerlo, escógeme tambien por vaso tuyo, en quien deposites abundancia de trabajos con abundancia de consuelos en sufrirlos por tu amor.

PUNTO SEXTO. – *De su oracion y contemplacion.* — 1. La sexta virtud fue altísima oracion y contemplacion, creciendo siempre en la que le dieron los tres dias primeros de su conversion, como queda dicho. Pero en particular, su oracion fue muy continua rogando á Dios por sí y por todos los fieles, sin interrupcion, como él lo testificó mu-

chas veces, cumpliendo lo que enseñó cuando dijo (I *Tim.* II, 8): *Quiero que los varones oren en todo lugar, levantando las manos puras á Dios.* Y esto hacia con todos los modos de oracion, obsecracion, peticion y accion de gracias que aconsejaba á los otros. (I *Tim.* II, 8). Y hasta en las mismas cárceles oraba y glorificaba á Dios nuestro Señor, haciendo de ellas oratorios con grande edificacion de las mismas guardas. (*Act.* XVI, 25).

2. Lo segundo, oraba con grande espíritu y fervor, no pagándose de solas palabras, sino mas de los afectos del corazon; y por esto dijo (I *Cor.* XIV, 15): *Orabo spiritu; orabo et mente.* Oraré con espíritu, y oraré con la mente, juntando lo interior del alma con la palabra que se echa por la boca. De aquí es, que su contemplacion era tan alta, que estando en la tierra, tenia, como él dice, su conversacion en los cielos. (*Philip.* III, 20). Una vez fue arrebatado hasta el tercer cielo, y al paraíso, donde vió los secretos de Dios, que no es lícito hablar á los hombres (II *Cor.* XII, 2), como arriba se apuntó, en el cual rapto, por lo menos, le comunicó Nuestro Señor el grado mas alto de contemplacion que en esta vida mortal se comunica; y es de creer que tuvo otros muchos, los cuales por su humildad calló, como lo da á entender cuando cuenta este, y cuando dijo (II *Cor.* V, 13): *Mente excedimus Deo.* Tenemos éxtasis del espíritu, tratando con Dios. Y bien se ve cuán altos fueron, pues para que la grandeza de tantas revelaciones no le envaneciese, fue menester que el aguijon de su carne y el ángel de Satanás le humillasen.

3. De esta contemplacion procedia la abundancia de consolaciones que tenia, y alto sentimiento que tuvo de Cristo nuestro Señor, y de las riquezas inestimables de su gracia, y de los secretos de la predestinacion y providencia divina, y de las excelencias y perfecciones de Dios, de las jerarquías de los Ángeles, y de otras muchas cosas que enseña en sus Epístolas. Finalmente, fue tanta la estima que tenia de Cristo nuestro Señor, que vino á decir (*Philip.* III, 8): que todas las cosas del mundo, oro, plata, perlas y lo demás lo tenia por estiércol, en razon de ganar á Cristo; y que por la eminente ciencia que tenia de su grandeza, todo lo que era contrario á él lo tenia por pérdida, aunque antes lo hubiese tenido por ganancia. ¡Oh ciencia soberana de Cristo, que tanta desestima pegas de las cosas de la tierra, y tanta estima de las cosas del cielo! Dame, Señor, esta ciencia, con la cual te conozca de tal manera, que tenga por basura lo terreno, en razon de alcanzarte á tí, Dios y hombre verdadero. De

estas cuatro consideraciones he de sacar, por una parte grande admiracion de las raras mercedes que hizo Dios á este santo Apóstol, dándole gracias por ellas; y por otra parte un gran deseo de imitarle en lo que es imitable, frecuentando la oracion con espíritu, y el ejercicio de la meditacion con viveza, disponiéndome de tal manera, que no ponga impedimento á los favores que Dios desea hacer á los que frecuentan este soberano ejercicio.

Punto séptimo.—*De su amor unitivo con Cristo.*— 1. La séptima virtud fue excelentísima caridad y amor á Cristo nuestro Señor con la suprema union que hay en la vida unitiva, la cual declaró diciendo (*Galat.* II, 19): *Christo confixus sum cruci. Vivo autem, iam non ego, vivit vero in me Christus.* Con Cristo estoy enclavado en la cruz: vivo, no yo, sino vive en mí Cristo. En las cuales palabras declara dos modos maravillosos de union amorosa que tenia con Cristo. El primero, era con Cristo crucificado, estando unido y enclavado con él en la cruz, no con clavos de hierro, sino con clavos de amor y de imitacion, preciándose sumamente de esto, y pensando, hablando y obrando conforme á esto, y así dijo á los de Corinto: *Estando con vosotros me hube como quien no sabia otra cosa que á Cristo crucificado.*

2. El segundo modo de union con Cristo era espiritual, con excesos de amor, viviendo, como dice san Dionisio (c. 4 de divin. nomin.), solamente la vida amatoria: de suerte que aunque es verdad que vivia su vida natural, pero no vivia él la vida libre, guiándose por su antojo y á su solo albedrío y voluntad, sino Cristo vivia en él, como principio, regla y fin de sus pensamientos y afectos, de sus palabras y obras, trayéndole Cristo nuestro Señor unido consigo con ejercicios muy continuos de amor. Y así decia (*Philip.* I, 21): *Mihi vivere Christus est:* Mi vivir es Cristo, mi pensar es Cristo, mi querer es Cristo, mi hablar es Cristo, y mi obrar es Cristo. ¡Oh dichoso Apóstol, á quien tanto favor hizo Cristo! ¡Oh si mi ánima fuese tal que viviese siempre Cristo en ella! Ó Cristo vida mia, vive siempre en mí, y mi vivir sea siempre en tí, por todos los siglos. Amen.

3. Luego ponderaré cuán arraigado estaba en este santo Apóstol este amor, pues se atrevió á decir (*Rom.* VIII, 33): *¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Por ventura la tribulacion, ó angustia, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó persecucion, ó cuchillo? Cierto estoy, que ni la muerte, ni la vida, ni los Angeles, ni los Principados, ni las Virtudes, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni la fortaleza, ni la alteza, ni la profundidad, ni otra alguna criatura nos podrá apartar de la caridad de Dios por Cristo Jesús.* ¡Oh fuego de amor que no

te amortiguas con las aguas de las tribulaciones, antes creces con ellas! (*Cant.* VIII, 7). ¡Oh fuego insaciable que nunca dices basta (*Prov.* XXX, 16), porque nunca te cansas de padecer por el que amas! enciende, Redentor mio, este fuego en mi corazon, para que te ame con tanto fervor, que ninguna cosa criada pueda apagarle. Amen.

PUNTO OCTAVO.—*De su amor ó celo de las almas.*— 1. La octava virtud fue fervorosísima caridad y amor á los prójimos, nacida de la caridad encendida que tenia á Cristo nuestro Señor, la cual, como él dice (II *Cor.* V, 14), le hurgaba y espoleaba el corazon para todas las cosas de su servicio en bien de las almas, cuya salvacion deseaba entrañablemente, y por ellas padeció terribles trabajos, andando por todo el mundo predicando infatigablemente por los reinos y provincias, en las plazas y calles, y casas particulares, y en la misma cárcel, unas veces en comun, otras á cada uno en particular, con grande ternura de corazon (*Act.* XX, 31): *Nocte et die non cessavi monens cum lacrymis unumquemque vestrum.* De noche y de dia no descansé, amonestando á cada uno con lágrimas nacidas de amor mas tierno que de madre. De aquí le procedia hacerse siervo y esclavo de todos, para ganarlos á todos, acomodándose á judíos y á gentiles, á sábios y á idiotas, á fuertes y flacos (I *Cor.* IX, 23): *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos.* Híceme todas las cosas á todos, para salvar á todos (I *Cor.* X, 33), y en todas las cosas procuro agradar á todos, no buscando lo que es útil para mí, sino para muchos, para que todos se salven. ¡Oh caridad extendidísima, que á todos abrazas y á ninguno excluyes, tomando todas las figuras de los hombres, para que todos reciban la figura de Cristo, y lleven sobre sí la imágen del hombre celestial!

2. De aquí tambien nacia la solicitud y celo que tenia del bien de todos, sintiendo sus daños, como si fueran propios, y así cuenta este sentimiento entre sus grandes trabajos, diciendo (II *Cor.* XI, 20): *¿Quién enferma, que yo no enferme con él? Y ¿quién se escandaliza, que yo no me abrase?* Y por esta causa decia á los romanos (*Rom.* IX, 2), que la tristeza de su corazon era grande, y su dolor continuo, por la perdicion de sus hermanos los israelitas. Y á los de Galacia, que habian degenerado de la pureza evangélica, decia (*Galat.* IV, 19): *Hijuelos, á los cuales otra vez engendro con dolor, hasta que se engendre Cristo en vosotros;* y otra vez se llama ama que cria á sus hijos pequeñuelos, protestando, que deseaba darles su alma, porque los amaba en gran manera (I *Thes.* II, 7), y los tenia dentro de su corazon, amándolos con entrañas de Cristo (*Philip.* I,

8), deseando entrañarlos dentro de él, para que siempre le amasen.

3. De aquí procedió otra grandeza excelentísima de su amor (*Philip.* I, 23), porque con desear mucho morir por ir á ver á Cristo nuestro Señor, detenia este deseo por la necesidad de sus prójimos, en razon de ganar sus almas, y no dudaba dejar la dulzura de la contemplacion (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 182, *art.* 2), y ausentarse de este dulce trato con Cristo, porque otros se salvasen. Y pasó tan adelante su caridad, que dijo (*Rom.* IX, 3): *Optabam ego ipse anathema esse à Christo pro fratribus meis:* deseaba estar apartado de Cristo por mis hermanos, dando á entender, como muchos Santos declaran (*D. Chrysost.; D. Thom.* ibi, *et alii*), que si fuese necesario para la salvacion de sus prójimos, escogiera estar apartado de la vista de Cristo y de su gloria, ó por muy largo tiempo, ó hasta la fin del mundo: porque no tenia otra mayor gloria que amar á Cristo, y cumplir su voluntad, y ganarle muchas almas que le amasen y sirviesen por toda la eternidad. Por las cuales dijera mejor que Moisés (*Exod.* XXXII, 31): Ó perdónalas, Señor, ó bórrame del libro de la vida; porque mas querria estar ausente de tí sin culpa, que no perderse tantas almas por su culpa. ¡Oh caridad altísima y profundísima, que subes tan alto, que no te contentas con menos que poseer á Dios, y desciendes tan profundo, que quieres sin culpa carecer de Dios, por dar gusto al mismo Dios! Dame, Señor, una caridad como esta, que ponga su descanso en darte gusto, aunque sea á costa del mio, gustando de ganar muchas almas que gocen de tí por todos los siglos. Amen.

4. Lo último, exagera mucho esta caridad, en que se extendia á sus mismos enemigos y perseguidores, amándoles como amigos, cumpliendo en ellos todas las leyes del amor, y así dice (I *Cor.* IV, 12): *Somos maldecidos, y bendecimos, somos blasfemados de muchos, y rogamos por ellos.* Y á los corintios dijo (II *Cor.* XII, 13): De bonísima gana me daré todo, y tornaré otra vez á darme por vuestras almas, aunque amándoos yo mucho, vosotros me amais poco. De donde procedia, que si algunos por envidia ó contienda, ó por hacerle pesar predicaban á Cristo, no solo no le pesaba ni se quejaba, ni tenia envidia ó lo estorbaba, antes se gozaba y alegraba de que Cristo fuese predicado, y las almas aprovechadas. (*Philip.* I, 15). De todas estas ponderaciones he de sacar un entrañable deseo de imitar esta encendida caridad del Apóstol para con mis prójimos, así buenos como malos, así amigos como enemigos, mirando en ellos á Cristo nuestro Señor, por quien todos deben ser amados.

PUNTO NONO.— 1. De esta caridad proceden otras insignes virtudes, en lo cual descubrió el Apóstol su perfeccion, y de ellas ponderarémos algunas.-La primera, fue grande obediencia á la voluntad divina, y á todas las inspiraciones con que se le descubria. Y así, en diciéndole que fuese á predicar á Macedonia (*Act.* XVI, 9; XX, 22), ó Jerusalen, ú otra parte, al punto iba, aunque supiese que allí le esperaban por esta causa terribles persecuciones y trabajos; porque mas caso hacia de su alma, que de su vida, y de buscar la voluntad de Dios, que su propio descanso. Y despues de haber obedecido en todo esto, no se gloriaba ni pensaba que habia hecho algo, porque lo tenia por necesario y obligatorio, como quien dice: Siervo soy y sin provecho; lo que estaba obligado á hacer, esto hice.

2. La segunda, fue gran cuidado en guardar la lengua, y ser perfecto en sus palabras con excelentísima perfeccion, así predicando como conversando con los hombres, como consta por lo que dijo á los corintios (I *Cor.* II, 17): *No somos como algunos que adulteran la palabra de Dios, sino hablamos con sinceridad, movidos de Dios, delante de Dios, y de cosas que tocan á Cristo.* ¡Oh varon perfecto, verdaderamente religioso, que así supo guardar su lengua sin tropezar en palabras, para que su religion no fuese vana, ni su perfeccion menguada! (*Iacob.* I, 25). ¿Quién tropezará hablando, si habla con sincera intencion, siguiendo la divina inspiracion, mirando que le mira Dios, y tratando de solo Cristo?-La tercera, fue un entrañable deseo de aprovechar en la virtud, y de ir siempre adelante, porque con haber trabajado tanto, ni se tenia por perfecto, ni pensaba haber llegado á la cumbre, sino siempre iba siguiendo su intento de mayor perfeccion, y para esto se olvidaba de las cosas pasadas, y se extendia siempre á cosas nuevas, hasta alcanzar el premio de la soberana vocacion.-La cuarta, fue maravillosa destreza en juntar las virtudes que se juntan con dificultad, como son, humildad y magnanimidad, mansedumbre y celo, entrañas de misericordia y rectitud de justicia, castigando, cuando era menester, los delitos, y resistiendo á los que no procedian conforme á la verdad y sinceridad del Evangelio que predicaba. (*Galat.* II, 11).

3. La quinta, fue grandes ansias de ir á ver á Cristo nuestro Señor por el grande amor que le tenia, y así gemia dentro de sí mismo, esperando la perfecta adopcion de hijo de Dios, y decia, que su vivir era Cristo, y morir era su ganancia (*Philip.* I, 28); porque muriendo ganaba estar siempre con Cristo. Y con este deseo decia, que aunque deseaba estar presente á Dios (II *Cor.* V, 8), pero

que presente y ausente siempre deseaba agradarle. Y de aquí procedia la confianza y seguridad que tenia de la gloria, de modo que pudo decir (II *Tim.* IV, 7): *Peleado he buena pelea: corrido he mi carrera: guardado he la fe y lealtad que debia, por la cual me está guardada la corona de justicia, que me dará el justo Juez el dia de la cuenta, y no solamente á mí, sino á todos los que aman su venida.* De aquí tambien nació la grande prontitud y generosidad de ánimo con que se ofrecia á morir por Cristo, por el bien de las almas, la cual mostró con las obras toda la vida, porque su vida fue una prolongada muerte por Cristo y por sus prójimos, y así dijo (*Rom.* VIII, 36): *Por tí somos mortificados todo el dia, y tratados como ovejas del matadero, y nosotros que vivimos, somos siempre entregados á la muerte por Jesús.* (II *Cor.* IV, 11). Y otra vez dice: *Cada dia, hermanos, muero por vuestra gloria, la cual tengo en Cristo Jesús.* (I *Cor.* XV, 31).

4. Y finalmente, cuando se ofreció ocasion dió la cabeza por Cristo nuestro Señor; y aunque el modo de muerte parecia ligero, pues no murió crucificado como san Pedro, pero quizá fue la causa porque toda su vida, despues de su conversion, habia vivido, como está dicho, enclavado con Cristo en la cruz (*Galat.* II, 19), estando señalado con las llagas y señales de su pasion (*Galat.* VI, 17), cumpliendo en su cuerpo lo que era menester para cumplimiento de la pasion de Cristo (*Colos.* I, 24), aplicando su eficacia á la Iglesia á costa de sus propios trabajos, y con este fervor estaba aparejado para morir muerte de cruz, si le fuera concedido. Y aun deseaba morir con mil géneros de tormentos, para mostrar en esto el grande amor que tenia á su Maestro. Ó Maestro celestial, que despues de subido al cielo escogiste este nuevo discípulo, y le labraste con tu divina mano, despojándole de todas las aficiones terrenas, y vistiéndole de las divinas; por él te suplico me tomes tambien por tu discípulo, ayudándome con tan copiosa gracia, que te pueda imitar, como él te imitó, para que llegue en su compañía á gozar de tí por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXII.

DE LA VOCACION DE CORNELIO CENTURION, Y DE LA REVELACION QUE TUVO SAN PEDRO SOBRE LA CONVERSION DE LOS GENTILES, Y COMO EL ESPÍRITU SANTO VINO SOBRE ELLOS.

PUNTO PRIMERO.— 1. (*Act.* X, 1): *Habia un varon en Cesarea, llamado Cornelio, capitan de la legion que se llamaba Itálica, religioso y te-*

meroso de Dios, con toda su casa, el cual hacia muchas limosnas al pueblo, y oraba siempre á Dios. Aquí se han de considerar las virtudes excelentes con que este varon se fué disponiendo para recibir las mercedes que Dios le hizo, alumbrándole con la fe de Cristo, y comunicándole la plenitud del Espíritu Santo con el don de lenguas, como á los Apóstoles.—Lo primero, era muy religioso: esto es, muy dado á las cosas del culto de Dios y á las obras de su servicio.—Lo segundo, era temeroso de Dios, apartándose de todo pecado; con lo cual cumplia las dos partes de la justicia, que son apartarse de lo malo y seguir lo bueno. Y era tan grande el ejemplo que de esto daba, que toda su casa hacia lo mismo, porque cual es el señor, tales son los criados: y cual es el padre de familias, tales son sus domésticos.—Lo tercero, era muy limosnero, dando muchas limosnas á cualquiera del pueblo que se las pedia, no haciendo diferencia de unos á otros.—Lo cuarto, era muy dado á la oracion, porque oraba siempre; esto es, con grande frecuencia y continuacion, y en las horas señaladas para esto: lo cual se echó bien de ver en que guardaba la costumbre de orar á la hora de nona, como él mismo lo dijo: *Orans eram hora nona:* y aunque era de nacion gentil, se ejercitaba en tales obras; porque Dios misericordiosamente le previno con sus ayudas, y se aprovechaba del ejemplo que veia en los buenos con quien conversaba en aquella ciudad; y Nuestro Señor nos le pone delante, para confusion de los que tenemos fe de Cristo y gozamos de sus Sacramentos, y con todo eso no hacemos lo que un gentil y soldado hacia.

2. Luego consideraré el modo como Dios le llamó para darle la luz y perfeccion que le faltaba, porque *cerca de la hora de nona vió en vision manifiestamente al Angel de Dios que entraba á él, y le decia: Cornelio, y mirándole con gran temor respondió: Señor, ¿quién eres? Díjole el Angel: Tus oraciones y tus limosnas han subido á la presencia de Dios. Envia luego algunos varones á Joppe, y llama á Simon, por sobrenombre Pedro, el cual te dirá lo que te conviene hacer.* En lo cual resplandece la suave providencia de Nuestro Señor en mirar por la salvacion y perfeccion de los escogidos, porque cuando ve que alguno de su parte, conforme á su caudal y fuerzas, ayudadas del divino socorro, hace lo que sabe y puede, luego acude á enseñarle lo que no sabe, y á darle nueva ayuda para lo que no puede, tomando para esto, si fuere necesario, medios extraordinarios y milagrosos, como lo hizo en este caso. De donde sacaré grande confianza en esta providencia paternal de Dios, y continuas alabanzas por las

mercedes que con ella nos hace. Ó Amado mio, ¿cómo no tendré yo cuidado de tí, pues tú le tienes tan grande de mí? Cierta será mi salvacion, si la tomas á tu cargo, mirando con especial providencia lo que me falta, para poner luego remedio en ello. Concédeme, Señor, que haga todo lo que mi saber y poder alcanza, y descúbreme con tu divina luz lo que no entiendo, ayudándome con tu gracia para cumplirlo.

3. Luego ponderaré como los Ángeles, especialmente los de la guarda, son instrumentos y ministros de la divina Providencia en el negocio de nuestra salvacion, y á su cargo está asistir invisiblemente á los que oran, y presentar á Dios sus oraciones y buenas obras: y así este Ángel que guardaba á Cornelio se le apareció estando orando, y le dijo dos cosas (*Tob.* XII, 12). La primera, que sus oraciones y limosnas habian subido á la memoria y presencia de Dios; de suerte que no se quedaron en la tierra, sino volaron hasta el cielo, y no se olvidó Dios de ellas, sino túvolas presentes en su memoria, y en su presencia estuvieron solicitando y negociando la salvacion y perfeccion de Cornelio, y ambas juntas subieron, porque la oracion ayuda á la limosna, y la limosna á la oracion. Por tanto, ó alma mia, si quieres negociar con Dios tu salvacion, envíale estos dos solicitadores, para los cuales no hay puerta cerrada en el cielo (*Eccli.* XXXV, 21); porque la oracion del que se humilla penetra las nubes, y no saldrá de allí hasta que el Altísimo la mire. Y si escondes la limosna en el seno del pobre (*Eccli.* XXIX, 15), ella orará por tí, librándote de todo mal, porque la limosna es oracion, no de boca, sino de obra.

4. La segunda cosa que le dijo fue, que enviase por san Pedro, y que él le diria lo que le convenia hacer, en lo cual se ve que la divina Providencia, aunque nos gobierna por Ángeles en las cosas que no pueden hacer los hombres, pero en las que pueden hacer, quiere gobernarnos por ellos. Y así el Ángel no quiso decir á Cornelio lo que habia de hacer, aunque pudiera, sino remitióle á san Pedro, para que de su boca lo oyese, y juntamente inspiró á san Pedro que viniese á enseñarle. De donde sacaré aviso para sujetarme á este modo de gobierno que Dios tiene, así para honrar á sus ministros, como para humillarnos á todos con la necesidad que unos tenemos de otros, como ponderamos de Saulo y Ananías.

PUNTO SEGUNDO. — *Tres tiempos de oracion.* — 1. *Enviando Cornelio dos criados y un soldado á Joppe, ya que llegaban cerca de la ciudad, subióse Pedro á lo alto de la casa, para orar cerca de la hora de sexta, y teniendo hambre quiso gustar algo, y estándose aparejando la comida,*

cecidit super eum mentis excessus; vino sobre él una éxtasis del alma, con suspension de sus sentidos. Aquí se ha de ponderar la costumbre tan loable de los Apóstoles en orar, escogiendo para la oracion lugar y tiempo, y horas convenientes, como se vió en este caso. Porque san Pedro para orar se subió á lo alto y mas retirado de la casa, donde no llegase el bullicio de la gente que andaba por lo bajo. En lo cual tambien se representa la obra de la perfecta oracion, que es subida del espíritu á Dios, dando de mano al bullicio de las imaginaciones importunas que bullen en la parte inferior del alma. (*D. Damas.; D. Thom.* 2, 2, *q.* 82, *art.* 17). Ó Dios eterno, pues dijiste que para orar entrase en mi aposento, y cerrase las puertas, para que con mas quietud y silencio pudiese ofrecerte mi secreta oracion (*Matth.* VI, 6); ayúdame con tu gracia, para que entre en el aposento mas alto de mi espíritu, y allí ore, y te adore con espíritu y verdad. Tambien escogió para orar la hora de sexta, como Cornelio la de nona, siguiendo la costumbre de los justos de Israel, que oraban (*Psalm.* LIV, 18; *Dan.* VI, 10; *Act.* III, 1) tres veces al dia, á la hora de tercia, que es á la mañana, cerca de las nueve, y á la hora de sexta, que es á mediodía, y á la hora de nona, que es á las tres de la tarde, la cual costumbre tuvo David y Daniel, y los demás Apóstoles la guardaron con mas cuidado, porque á la hora de tercia vino el Espíritu Santo sobre ellos, á la de sexta subió Cristo nuestro Señor á la cruz, y á la de nona espiró (*Casian. lib.* II, *c.* 9), y bajó á despojar el limbo. De donde sacaré propósito eficaz de señalar horas en que orar; y en llegando la hora señalada, dejar todas las cosas por cumplir con mi oracion, como san Pedro en este caso, que aunque tenia hambre y quisiera comer, no por eso dejó su oracion, antes con ella se previno para la comida, dando primero su manjar al espíritu que al cuerpo.

2. Lo segundo, se ha de considerar como Nuestro Señor, para hacer favores extraordinarios á sus escogidos, tambien escoge lugar y tiempo conveniente; y lo mas ordinario es escoger lugar retirado y tiempo de oracion, porque cuando el hombre de su parte procura llegarse á Dios, y subir á su presencia con el espíritu, entonces Dios le hace los favores especiales que puede y quiere: y así en esta ocasion suspendió á san Pedro los sentidos, y le levantó en espíritu, para que viese los secretos de Dios, y esta suspension llama (II *Cor.* V, 13), *excessus mentis*, exceso de la mente, porque el alma sale de sí, y es levantada sobre sí misma y sobre sus fuerzas; y cuando esto se hace con violencia interior, se llama rapto ó arrebatamiento, porque

arrebata Dios el espíritu, y le hace subir, como á san Juan (*Apoc.* IV, 2), á ver sus divinos misterios. De donde sacaré, que aunque no es seguro pretender tales excesos, tengo de pretender aquel exceso de amor que me saque de mí mismo, y me traspase á Cristo, de modo que pueda decir con san Pablo (*Galat.* II, 20): Vivo yo, ya no yo, vive en mí Cristo, porque dejando todas las cosas temporales, y á mí mismo con ellas, dejo de ser mio, y comienzo á ser todo de Cristo, gustando de pensar en él, y hablar de él, y hacerle placer en todas las cosas. (*D. Dionis. c.* 4 de div. nom; *D. Thom.* 2, 2, *q.* 175, *art.* 2). Ó Dios de amor, arroja sobre mí este exceso de amor. Ó Amor omnipotente, arrebata mi corazon, y traspásale donde tú estás, para que yo esté siempre contigo unido en amor, y tú vivas en mí rigiéndome con amor.

PUNTO TERCERO. — 1. *En este exceso vió san Pedro el cielo abierto, y que un lienzo grande, colgado de cuatro puntas, bajaba del cielo á la tierra, en el cual estaban bestias de cuatro piés, serpientes de la tierra y aves del cielo; y oyó una voz que le decia: Levántate, Pedro, mata y come. Respondió Pedro: No Señor, porque nunca comí lo que es comun é inmundo. Luego oyó otra voz que decia: Lo que Dios santificó, no lo llames comun. Esto sucedió tres veces, y luego el lienzo fue recibido en el cielo.* Aquí se ha de ponderar, lo primero, que como Cristo nuestro Señor, cuando predicaba en esta vida mortal usaba de semejanzas para descubrir los misterios del reino de los cielos; así tambien espiritualmente suele usar de estas semejanzas, imprimiendo estas figuras en la imaginacion, en las cuales se representa el misterio que pretende, como lo hizo aquí con san Pedro, y con san Juan en las revelaciones del Apocalipsis, y ahora tambien suele comunicarse de este modo á los que él quiere. Pero á mi cuenta solo está formar yo en mi imaginacion, si cómodamente puedo, las imágenes y figuras de las cosas que me ha revelado en su fe, como son, de Cristo hecho niño en un pesebre, ó atado á la coluna, ó puesto en la cruz, para moverme con estas figuras á mayor amor del Señor que en ellas se representa; lo demás dejaré á su providencia para que haga lo que mas conviniere. Pero en esta figura presente resplandece mucho la infinita caridad de Dios nuestro Señor en querer admitir en su Iglesia y en su cielo, cuanto es de su parte, á todos los pecadores del mundo, avarientos, carnales y soberbios, figurados por aquellos tres géneros de animales, bestias, serpientes y aves, recogiéndolos no solamente del rincon de Judea, sino de todas las cuatro partes del mundo: para esto vino del cielo, y se vistió del lienzo purísimo de su

sacratísima humanidad; para esto instituyó su Iglesia blanca y pura sin mancha ni ruga; para esto trazó la predicacion de los cuatro Evangelios, cuya doctrina es del cielo, para salud y vida del mundo. Gracias te doy, ó dulcísimo y misericordiosísimo Jesús, por la infinita caridad con que llamas á todos los pecadores, y te quieres cargar de todos para llevarlos sobre tus hombros al cielo. Ó Amado mio, ¿cómo admites tales fieras y serpientes en lienzo tan blanco y puro? En los desiertos y cuevas de la tierra habia de ser su morada; pues ¿por qué los sacas de allí, y los pones en este lienzo para llevarlos al cielo y aposentarlos en las eternas moradas? Desde hoy mas no quiero desconfiar de tu inmensa misericordia, pues tan larga se muestra en remediar nuestra miseria.

2. Lo segundo, tengo de ponderar lo que significa aquella voz que se dijo á san Pedro, y en él á todos los ministros de Cristo, *mata y come*, como quien dice: pues tienes hambre y deseas comer, mata esas fieras, esas serpientes y aves de rapiña, y come de ellas: para significar, que es propio de los sacerdotes y confesores, y ministros de Cristo, matar los pecadores, cuanto á sus pecados, quitándoles la vida carnal y bestial que tenian, por medio de los sacramentos del Bautismo y Penitencia, y luego comerlos é incorporarlos con la Iglesia, como miembros súcios, y unirlos con Cristo con caridad y semejanza de vida, porque Cristo nuestro Señor aborrece y desecha á los pecadores vivos que viven al pecado, pero admite dentro de sí á los pecadores muertos cuanto á la culpa, porque esta muerte les trae otra nueva vida de gracia. Ó Dios eterno, pues mandas á tus ministros que maten y coman; mata, tú, Señor, y come por su medio, ayudándoles con eficacia á cumplir lo que les mandas con tanta misericordia.

3. Luego ponderaré lo que respondió san Pedro, el cual no estaba por entonces enterado en la voluntad de Dios, cerca de admitir los gentiles á la Iglesia; y esto significaba el rehusar de comer aquellos animales inmundos, segun la ley vieja. Pero la voz del cielo le dijo: *Lo que Dios ha santificado, no lo llames inmundo,* que es decir: No rehuses de admitir á mi fe y religion á los que yo con mi eterna ordenacion tengo escogidos para que sean santos, aunque te parezcan á tí muy malos. Por donde se ve cuán contrario es al espíritu de Cristo, que los predicadores y confesores tengan asco de los pecadores que vienen á sus piés, por mas abominables que sean, pues los trae Dios para convertirlos y hacerlos justos. Ó inmensa caridad de Jesús, ¡cuán varios caminos tomas para descubrir el amor

que tienes á los pecadores! ¿quién tendrá asco de recibirlos, pues tú no le tienes de llamarlos? ¿quién rehusará esta comida, pues tú la calificas por santa? Dame, dulcísimo Señor, esta hambre de salvar pecadores, para que con gusto los coma, é incorpore contigo por gracia, trayéndolos tú con verdadera penitencia.

4. Últimamente, ponderaré como sonó esta voz tres veces, para que se arraigase mas en el corazon de Pedro, así como le examinaron tres veces en el amor, y tres veces le dijeron que apacentase las ovejas de Cristo: y luego aquel lienzo fue recibido en el cielo, en señal de que Dios tenia su cielo abierto para los gentiles que se convirtiesen, aunque hubiesen sido grandes pecadores. Alégrate, ó alma mia, mirando como sube al cielo este lienzo lleno de bestias y serpientes, y aves de rapiña, cargado de grandes pecadores, no vivos sino muertos: muertos á la culpa, pero vivos ya por la gracia. Procura matar en tí la vida del hombre viejo, y resucita con Cristo á la vida del hombre nuevo, para que entres con él en su cielo, y te dé asiento en el trono de su gloria. Amen.

Punto cuarto. — 1. *Dudando Pedro de lo que significaba esta vision, llegaron los tres varones que le llamaban de parte de Cornelio, y díjole el Espíritu Santo: Tres hombres te buscan, levántate, y vete con ellos, porque yo los envié. Y partiéndose otro dia, llegó á casa de Cornelio, donde estaba mucha gente: y habiendo san Pedro oido de su boca lo que habia pasado, les predicó á Cristo, y estando predicando, vino el Espíritu Santo sobre todos los que oian el sermon y hablaban diversas lenguas, magnificando á Dios.* Aquí se ha de ponderar, como Nuestro Señor algunas veces no da luego la inteligencia de las visiones que descubre á sus siervos, lo cual hace con su providencia, parte para fundarlas en humildad, parte para que con oraciones alcancen esta inteligencia, y tambien para dársela en el tiempo y coyuntura que mas conviene, como sucedió en este caso á san Pedro, el cual obedeciendo á la voz del Espíritu Santo, fué á donde estaba Cornelio y su gente, y les predicó á Jesucristo crucificado, con tanto fervor, que todos creyeron, y recibieron el Espíritu Santo y el don de hablar en diversas lenguas.

2. En lo cual se ha de ponderar la infinita liberalidad de Dios en dar tales dones á estos gentiles, para que se entienda, como aquí dijo san Pedro, que no es aceptador de personas, pues da liberalmente un don tan precioso como el Espíritu Santo á unos hombres que habian sido bestias y serpientes, adorando por dioses á estos animales; y á los que habian tenido lenguas serpentinas para blasfemar

del verdadero Dios, y emponzoñar á sus prójimos, les concede lenguas de fuego, con que glorifiquen á Dios, y publiquen sus grandezas. Y aunque poco á poco les iba ilustrando y hablando con el sermon de san Pedro, pero de repente y en un punto los trocó, justificó y llenó de sus gracias y dones, comunicándoles grandes júbilos de alegría, y recibiendo todos el Bautismo por órden de san Pedro, y con el Bautismo recibieron nuevo aumento de gracia y de alegría, gozándose tambien el santo Apóstol con estas primicias de la gentilidad que en este dia ofrecia á su Maestro, á quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XXXIII.

DE LOS EJERCICIOS ADMIRABLES DE VIRTUD EN QUE SE OCUPÓ LA VÍRGEN NUESTRA SEÑORA DESPUES DE LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

—Para dar fin á los misterios gloriosos de Cristo nuestro Señor, cuya gloria, en cierto modo, quedó cumplida cuando tuvo consigo glorificada á su Madre, añadiré algunas meditaciones de la vida y muerte, y asuncion gloriosa de la Vírgen nuestra Señora; la cual despues de la venida del Espíritu Santo, como la Iglesia lo da á entender en el Evangelio que canta el dia de su asuncion, escogió la mejor parte de María sin dejar del todo la de Marta, antes tomó de ella la mejor, ocupándose no solamente en vacar á Dios por la contemplacion, sino tambien en acudir al bien espiritual de los prójimos, para gloria de su Hijo, y para consuelo y acrecentamiento de la primitiva Iglesia, que fue la causa principal de no llevarla Cristo nuestro Señor luego consigo al cielo, dejándola cási quince años en la tierra, para que en su ausencia hiciese los oficios que él solia hacer con sus discípulos, al modo que verémos.—

Punto primero.—*De como María santísima observaba los consejos evangélicos.*— 1. Lo primero, se ha de considerar como la Vírgen nuestra Señora, ilustrada por el Espíritu Santo, no se retiró á los desiertos, como despues lo hizo la Magdalena, sino escogió vivir, á imitacion de su Hijo, vida comun entre los demás discípulos, para ayudarlos con su ejemplo, guardando con gran perfeccion todos los consejos evangélicos, de quien ellos aprendieron á guardarlos. Primeramente, abrazó la pobreza evangélica, haciendo voto de ella, si no es que antes le tuviese hecho, como es mas cierto, pero guardóle entonces con grande estrechura, viviendo de la limosna que los Após-

toles repartian á los fieles y á las demás viudas (*Act.* IV, 35), contentándose mucho mejor que san Pablo (I *Tim.* VI, 8), con tener sustento y algo con que cubrirse, porque tenia muy fresca en su memoria la hiel y vinagre, y la desnudez de su Hijo en la cruz, en cuya comparacion le parecia poco todo cuanto padecia. Y así como verdaderamente pobre de espíritu, deseaba siempre padecer mayores efectos de pobreza, y con ella juntó su hermana la humildad, á quien los Santos llaman con el mismo nombre, de la cual harémos especial meditacion.

2. Lo segundo, tuvo excelente obediencia, no solamente á todas las cosas que Cristo nuestro Señor dejó establecidas en la ley evangélica, sino tambien á las que san Pedro y los Apóstoles ordenaban para toda la Iglesia, siendo la primera en obedecer y sujetarse á todo, acordándose de lo que su Hijo habia dicho (*Matth.* XII, 50), que quien hiciere la voluntad de su Padre, es su verdadero hermano, y hermana, y su madre: y así en ninguna cosa quiso tanto mostrar ser Madre de Cristo, como en obedecer á Cristo y á los que dejó en su lugar. Ó Vírgen soberana, gózome de véros Madre de Cristo mi Señor, por dos títulos; por haberle engendrado en vuestro vientre, y por haberle concebido en vuestro espíritu con perfecta imitacion; solo resta, Señora, que seais su Madre por otro tercer título, engendrándole tambien espiritualmente en los corazones de los fieles; engendrándole dentro de mi alma, negociando que siempre viva en ella por todos los siglos. Amen.

3. *De la castidad.*—Lo tercero, se señaló sobre todos en la castidad, de la cual, como se dijo en la parte II, meditacion IV, hizo voto, y le guardó perpétuamente, y con una pureza mas que de Ángel; por lo cual la Iglesia no solamente la llama Vírgen de las Vírgenes, sino la misma virginidad, diciendo: Santa é inmaculada virginidad, no sé con qué palabras te pueda ensalzar; solamente añado, que como el arca del Testamento, que era de Setim, madera incorruptible, estaba guarnecida con chapas de oro purísimo (*Exod.* XXV, 10), *intus et foris,* por de dentro y por defuera; así esta Vírgen adornó su incorruptible castidad con virtudes purísimas, así las que perfeccionan el cuerpo en las obras exteriores, como las que perfeccionan el espíritu en las obras interiores, para que fuese, como dice el Apóstol, santa por eminencia en el cuerpo y en el espíritu. Entre estas ponderarémos algunas que cuenta san Ambrosio (Lib. II de virg.), para guarda de la castidad.—La primera fue, rara modestia en todos los meneos exteriores, con una celestial compostura en el mirar

y andar, y en el modo de hablar, de tal manera, que el semblante del cuerpo era retrato de la santidad del espíritu, y por la portada exterior se conocia la hermosura del edificio interior, con resplandores de divinidad.

4. La segunda fue, silencio admirable y muy discreto, hablando solamente cuando convenia, pocas palabras y con voz humilde, como consta de las que se cuentan en el Evangelio, por lo cual sus labios se comparan á la cinta de grana (*Cant.* IV, 3), dando á entender que ceñia sus palabras, pero con muestras de caridad, como en su lugar se dijo.-La tercera fue, singular templanza y abstinencia, guardando una regla celestial, que refiere san Ambrosio: *Cibus plerumque obvius; qui mortem arceret, non delicias ministraret:* comia del manjar ordinario, que se halla á donde quiera, y en tanta cantidad que bastase para no morir y no para regalar. Y además de esto, despues que se ausentó su Hijo, cumplió lo que él habia dicho (*Matth.* IX, 15), que ayunarian los hijos del esposo, ayunando ella mucho, en especial cuando pretendia alcanzar algo para la Iglesia, juntando ayuno y penitencia con la oracion, como se lo reveló despues á santa Isabel. (*D. Bon.* in vita Christi).

5. La cuarta fue, raras vigilias, porque, como dice este Santo, solamente dormia lo necesario para vivir á mas no poder, y entonces no estaba del todo ociosa, porque durmiendo el cuerpo velaba su ánima, ó repitiendo lo que habia leido, ó continuando lo que habia interrumpido, ó ejecutando algo de lo que habia propuesto, proponiendo algo de nuevo, con varios afectos del espíritu, segun aquello de los Cantares (*Cant.* V, 2): Yo duermo y mi corazon vela.-La quinta fue, gran diligencia en todas las obras exteriores, que pertenecian al culto de Dios y al servicio de su Hijo, y al gobierno de su pobre casa, y al bien de los prójimos, cumpliendo las obras de religion, piedad y misericordia, con gran cuidado. Esta virtud pondera san Ambrosio, juntándola con las pasadas, por estas palabras: ¡Cómo contaré la poca comida de la Vírgen María y su mucho trabajo y ocupacion! Su ocupacion fue tanta, que sobrepujaba á sus fuerzas; su comida tan poca, que cási faltaba á ellas; su ocupacion fue tan continua, que no tenia interrupcion; la comida tan rara, que á pares pasaba los dias sin comer.

6. La sexta virtud fue, guarda vigilantísima de su corazon, del cual, como dice el Sábio (*Prov.* IV, 23), procede la vida; y así cuando salia fuera de casa, aunque fuese con compañía, pero *nullo meliori sui custode, quam seipsa:* ninguna guarda llevaba mejor que

á sí misma, la cual velaba en guardar sus sentidos, componer sus meneos, y conservar puro su corazon para su Dios, á quien solamente deseaba agradar, sin hacer caso de los vanos juicios y dichos de los hombres: *Arbitrum mentis solita non homines, sed Deum quaerere:* buscaba por juez y testigo de su conciencia, no á los hombres, sino á Dios, cuya gloria deseaba. Ó Vírgen soberana, mas pura que los Ángeles del cielo, gózome de que seais espejo de vírgenes, dechado de religiosos, y maestra de la evangélica perfeccion. Suplicad á vuestro Hijo me adorne con vuestras virtudes, para que guarde con perfeccion todos sus consejos. Amen.

Punto segundo. - *De su oracion y contemplacion.* — 1. Aunque Nuestra Señora siempre tuvo altísima oracion y contemplacion, como se dijo en la parte II, pero como crecia en edad, crecia en los dones de Dios, señaladamente en este; en el cual se han de ponderar algunas cosas en que podemos imitarla, conforme á nuestro pobre caudal. - La primera es, que totalmente por especial privilegio tenia quitados los cuatro impedimentos de la oracion y contemplacion que el glorioso san Bernardo llama culpa que remuerde, cuidado que punza, sentido que codicia, y tropel de vanos pensamientos que turban la imaginacion. (Serm. 32 in Cant.). De suerte que no fue Nuestra Señora como la Sunamitis, que es alma cautiva y presa de sus pasiones, la cual se turba á sí misma con estos carros de cuatro ruedas, apartando de Nuestro Señor Dios su vista en la oracion, hasta que la llama cuatro veces con grande eficacia, diciéndola (*Cant.* VI, 12): Vuélvete, vuélvete, Sunamitis, vuélvete, vuélvete, para que te miremos; porque siempre esta sacratísima Vírgen miraba á Dios, sin tener cosa que la desviase ni apartase un punto de esta vista.

2. Á lo cual ayudaba, que tenia muy en su punto todas las virtudes que disponen á la oracion y contemplacion, y la sirven de alas para subir al cielo, especialmente viva fe de los divinos misterios, grande confianza en Dios nuestro Señor, humildad muy profunda, y sobre todo caridad muy encendida, con la eminencia de la sabiduría y de los demás dones del Espíritu Santo. Y como estas virtudes estaban ahora muy mas crecidas, así tambien lo estaba la contemplacion; por lo cual con mayor admiracion decian los Ángeles ahora (*Cant.* III, 6): ¿Quién es esta que sube por el desierto como vara de humo, salida de mirra y de incienso y de todo género de polvos olorosos? como si dijeran: ¿Quién es esta que está llena de mirra de mortificacion, y de incienso de oracion, y de polvos oloro-

sos de todas las virtudes, las cuales echadas en las brasas de su caridad, levantan un humo suavísimo de contemplacion, que siempre va subiendo, y sube tan alto, que le perdemos de vista? Ó Vírgen santísima, gózome de que viviendo en la tierra, tengais siempre vuestra conversacion en el cielo, volando tan alto, que causeis grande admiracion á los Ángeles que os miran. Llevadme, ó Vírgen piadosísima, tras Vos, al olor de vuestros ejemplos, y encended en mi alma un fuego de caridad que consuma en ella todo lo terreno, y la levante á contemplar lo celestial.

3. Lo tercero, frecuentaba esta Señora muy á menudo los lugares donde su Hijo habia obrado los misterios de nuestra redencion, visitaba el huerto de Getsemaní, el monte Calvario, el santo sepulcro y el monte de las Olivas, de donde se subió á los cielos, y al sagrado cenáculo donde vino el Espíritu Santo, y á donde se habia instituido el santísimo Sacramento; y estas visitas hacia con grande reverencia y devocion, y con muy alta contemplacion de los misterios que allí se obraron, recibiendo nuevas ilustraciones cerca de ellos. Ó Vírgen soberana, ¿quién pudiera seguiros en estos pasos subiendo con Vos al monte de la mirra y al collado del incienso (*Cant.* IV, 6), mirando, como Vos mirábades, lo que Cristo padeció en este monte, y el modo como oró en este collado? llevadme en vuestra compañía, enderezándome para que suba con acierto, é ilustradme para que lo mire con provecho.

4. Lo cuarto, oraba esta Señora instantemente en todo lugar y tiempo, con la mayor continuacion que oró pura criatura, cumpliendo el consejo de su Hijo, que dice (*Luc.* XVIII, 1): Conviene siempre orar y no desfallecer. Oraba y contemplaba de dia y de noche, haciendo obras de manos; y aun durmiendo, como se ha dicho, pensaba muchas veces en Dios, el cual la visitaba entonces con visiones no menos regaladas que las de Jacob (*Genes.* XXVIII, 12), cuando durmiendo vió el reino de Dios en figura de la escala. Y generalmente en su contemplacion recibió favores extraordinarios mayores que cuantos han recibido los santos del Viejo y Nuevo Testamento. Mostrábasele Dios muchas veces como á Moisés hablando con ella, no por figuras ni en sueños (*Num.* XII, 8), sino *os ad os*, boca á boca y cara á cara, con la claridad que en esta vida mortal se compadece. Era arrebatada, como san Pablo (II *Cor.* XII, 2), hasta el tercer cielo, y entrada en el paraíso, donde oia los secretos de Dios, que no se pueden decir. Fue, como san Juan (*Apoc.* IV, 1), levantada en espíritu para ver las cosas que estaban por venir con mayor

luz que él tuvo. Vió muchas veces los cielos abiertos como san Estéban (*Act.* VII, 55), y á su Hijo sentado á la diestra del Padre. Finalmente, los regalos eran tantos, que los Ángeles se admiraban y decian: ¿Quién es esta que sube del desierto, *deliciis affluens*, llena de deleites, arrimada á su Amado? (*Cant.* VIII, 5). Como si dijeran: ¿Quién es esta que va subiendo por la contemplacion al cielo, y en esta subida recibe abundancia de regalos, con tanto favor, que siempre va arrimada á su Amado, unida con él por amor, y estribando en él por singular confianza? Ó Vírgen santísima, gózome de veros tan llena de deleites y tan unida por amor á vuestro Amado; bien merecidos los teneis por los muchos trabajos que por su causa padecísteis. Bien podeis decirle como David: Segun la muchedumbre de mis dolores alegraron mi alma tus consolaciones. (*Psalm.* XCIII, 19). Repartid, Señora, alguna gotica de ese celestial licor con vuestro siervo (*Psalm.* CXVIII, 32), para que se aliente á correr por el camino de los divinos mandamientos, con la dilatacion de su corazon.

5. Últimamente, ponderaré como esta Señora comulgaba cada dia con extraordinaria fe, reverencia y devocion, recibiendo á su Hijo, para unirse con él de nuevo, y entreteniéndose con verle y gozarle en el Sacramento, hasta que le viese en la gloria. Y en cada comunion recibia tan grande aumento de gracia, por su excelentísima disposicion, que no es posible declararse, y muchas veces se le mostraba Cristo nuestro Señor en la forma que allí está, como despues acá lo ha hecho con otros siervos suyos. Ó Vírgen santísima, gózome de veros cada dia renovar el primer gozo de la encarnacion, recibiendo sacramentalmente en vuestro pecho al que entonces recibísteis en vuestras entrañas. Por él os suplico me alcanceis tal disposicion para recibirle, que me llene de su gracia, y despues le goce con Vos en su gloria. Amen.

PUNTO TERCERO.—*De su celo de la salvacion de las almas.*— 1. Como la Vírgen nuestra Señora entraba cada dia en la bodega de los vinos de su Hijo, allí se encendia en deseo de ejercitar con órden y concierto todos los actos y obras de la caridad (*Cant.* II, 4), de la cual nacia en ella un celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas encendidísimo, pero muy ordenado; en lo cual todos podemos imitarla. Porque lo primero, deseaba grandemente la salvacion de todos los hombres, y con oraciones la solicitaba por todos los caminos que podia; ya orando por los predicadores, para que Dios diese eficacia á su palabra; ya por los mismos pecadores, para que Dios tocase sus corazones; y así es de creer, que por las ora-

ciones de esta Señora se convirtieron tantos millares en el primero y segundo sermon de san Pedro. Y tambien se convirtió Saulo, por quien ella oró, no menos que san Estéban. Tambien oraba por los mismos Mártires, para que Dios les diese constancia y víctoria. Y teniendo ella levantadas las manos, mucho mejor que Moisés (*Exod.* XVII, 11), cuando el pueblo peleaba, ¿cómo no habian de vencer aquellos por quien oraba? Orad, Vírgen soberana, por vuestro siervo, cuando pelea contra sus enemigos, porque orando Vos por mí, yo venceré por Vos, y vuestra será la gloria de mi victoria.

2. Lo segundo, ayudaba á las almas con el ejemplo raro de su vida, la cual era un predicador mudo, pero eficacísimo, para mover á toda virtud, porque en toda ella resplandecia una divinidad tan grande, que, como dijo de ella san Dionisio (*Dionis.* c. 3 de divin. nominib.), si la fe no la corrigiera, pensaran todos que era Dios, como lo era su Hijo.—Además de esto, ayudaba con la palabra, enseñando á los Apóstoles los misterios de la fe, que ella sabia con mas particularidad y con mayor luz del cielo; y consolando y alentando á los fieles, que acudian á ella no solamente de Jerusalen, sino de otras partes remotas, porque, como dijo san Ignacio mártir (*Ep.* 1 *et* 2), todos deseaban verla como á un prodigio celestial de santidad.—Pero mas adelante pasó su caridad, porque así como por inspiracion de Dios fué desde Nazaret á las montañas de Judea á visitar á santa Isabel, para que por su medio fuese justificado el Bautista; así tambien por la misma inspiracion hizo ahora algunas jornadas. Fué á Éfeso, como lo afirman los Padres del concilio Efesino (*Tom.* 2 *Act. concilii Ephes. c.* 27), y á Antioquía, como lo prometió á san Ignacio (*Ep.* 4 inter Epist. S. Ignatii), y tambien iria á otras partes, para ayudar y consolar á los fieles que deseaban verla y confirmarlos en la fe, y juntamente dilatarla entre los gentiles, porque aunque era muy amiga del recogimiento, pero la caridad la hacia salir, como se dice en el libro de los Cantares (*Cant.* VII, 12), para visitar las viñas de las iglesias, y ver si florecian, y si las flores de los nuevos cristianos producian frutos de buenas obras.

3. Finalmente, en este tiempo, y por esta ocasion, como dice san Ignacio (*Epist.* I, 6), padeció grandes murmuraciones y persecuciones de los escribas y fariseos, y de todos los que aborrecieron y persiguieron á su Hijo; en las cuales persecuciones se mostraba sufrida y muy gozosa, alegrándose de padecer algun desprecio por el nombre de su Hijo; y con este maravilloso ejemplo de paciencia alentaba á los que eran perseguidos, para que tuviesen otra seme-

jante. Pero sentia grande afliccion en su alma, con las caidas de algunos flacos, porque mucho mejor que san Pablo podia decir (II *Cor.* XI, 29): ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso? ¿y quién cae enfermo que yo no enferme? y el celo de la casa de Dios comia sus entrañas (*Psalm.* LXVIII, 10), como las de su Hijo, viendo los pecados de aquellos que la profanaban; mas todo esto la movia á orar con mayor fervor, y á procurar con mas cuidado la salvacion de las almas para gloria del que las crió y redimió. Ó Vírgen soberana, ya que no tuvísteis dolores en el parto de vuestro Hijo natural, Cristo Jesús, ahora los padeceis en él parto del hijo adoptivo, que es el linaje humano. (*Apoc.* XII). Vestida estais del sol, coronada de estrellas, y con la luna debajo de los piés, y con todo eso clamais con dolor por parir este hijo, formando á Cristo dentro de su corazon. Clamad, Señora, por mí, y no ceseis de clamar, hasta que me engendreis en Cristo, de modo que viva él en mí, y yo en él, por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO. — *De su continuo crecimiento en las virtudes.* — 1. Lo último que podemos considerar de la Vírgen nuestra Señora, para conocer la cumbre de santidad donde llegó, es el modo que tenia de obrar, no solamente, como dice el Sábio (*Eccli.* XXXIII, 23), excelente, sino excelentísimo, aumentando cada dia innumerables grados de excelencia, porque en cada obra echaba el resto de sus fuerzas espirituales, obrando con todo el afecto de corazon que le era posible (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 24, *a.* 2), y como Nuestro Señor paga de contado á los fervorosos, premiándoles luego y dándoles todo el aumento de gracia y caridad que han merecido con la obra que hacen; de aquí es que la Vírgen, con cada obra que hacia, redoblaba las fuerzas que tenia, y aumentaba al doble la caridad con que amaba, y así cuando volvia otra vez á ejercitar el amor, amaba con doblada intencion que antes; y de esta manera iba creciendo cada dia con un aumento incomprensible, porque la caridad, como dice santo Tomás (2, 2, *q.* 24, *art.* 7), en esta vida no tiene término en el crecer, y el fuego de la Vírgen nunca decia basta. (*Prov.* XXX, 16).

2. De aquí es que la Vírgen nuestra Señora eminentísimamente cumplia aquel precepto que dice (*Deut.* VI, 5): Amarás á tu Señor Dios de todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas; porque todas las empleaba en amarle con cuanto caudal tenia, y con toda la continuacion que era posible en esta vida mortal, ayudándola los títulos que para amar á su Hijo tenia, como se ponderó en la parte IV (*en la medit.* I, *punto* 8.°). De

la misma manera cumplia excelentísimamente aquella peticion del *Pater noster*, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo; porque la cumplia en todas las cosas grandes y pequeñas, con tanto amor, y con tanta pureza de intencion, y con tanta diligencia y fervor, como la cumplen los Ángeles del cielo, y con mucho mayor, sacando lo que es propio del estado de los bienaventurados.

3. Tambien se esmeraba en dilatar cada dia mas su corazon y ensancharle, para recibir mayores dones de Dios, con la confianza grande que tenia en su bondad. De donde procedia que, como dice Isaías (*Isai.* XL, 31), cada dia mudaba su fortaleza, añadiendo nuevo aumento, cobraba nuevas plumas, y como águila volaba á la cumbre de la perfeccion, corria sin trabajo y andaba sin desfallecimiento, alegrábase como gigante, para correr su carrera con grande ligereza, hasta lo supremo de ella. (*Psalm.* XVIII, 6). Ó Vírgen gloriosísima, hija del Príncipe soberano (*Cant.* VII, 1), ¡cuán hermosos son los pasos que dais con vuestros piés, calzados con virtudes tan divinas! ¡Oh cómo caminais prósperamente cada dia, como la mañana cuando sale, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como escuadrones de ejército muy concertado! (*Cant.* VI, 9). Comenzais vuestras obras como la mañana, creciendo en la luz hasta el perfecto dia (*Prov.* IV, 18); proseguíslas como luna llena, llenándolas con la plenitud de la conformidad con la divina voluntad; perfeccionáislas como el sol con singular excelencia, alumbrando con ellas al mundo y encendiéndole en amor del Criador; y finalmente todas son como un ejército de virtudes muy concertado, terrible á los demonios y favorable á los escogidos, cuya protectora sois; tomadme debajo de vuestra proteccion, para que con vuestro favor crezca cada dia de virtud en virtud, hasta que llegue á ver el Dios de los dioses en Sion (*Psalm.* LXXXIII, 8) por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXIV.

DEL GLORIOSO TRÁNSITO DE NUESTRA SEÑORA.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar los vivos y encendidos deseos que tenia la Vírgen, especialmente en los últimos años de su vida, de ir á ver á Dios y estar junta con su Hijo; los cuales nacian no de tédio de la vida presente, ni de horror á los trabajos que padecia, sino de puro amor; el cual, cuando es muy grande, suspira grandemente por la presencia de su Amado, y no

halla descanso si no es en verle; y como era tan leida en las divinas Escrituras, de ellas sacaba las palabras de su afecto; unas veces hablando consigo misma diria con David (*Psalm.* CXIX, 5): ¡Ay de mí! que se ha dilatado mucho mi peregrinacion, morado he mucho tiempo con los moradores de Cedar, muchos dias ha sido mi alma peregrina en esta vida. Otras veces hablando con Dios diria (*Psalm.* XLI, 23): Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí mi Dios; mi alma tiene sed de Dios, fuerte y vivo; ¿cuándo tengo de ir á aparecer en la presencia de mi Dios? Saca ya, Señor, mi alma de la cárcel de este cuerpo, para confesar tu santo nombre, y mira que los justos están esperando á que me dés la corona de justicia que me tienes prometida. (*Psalm.* CXLI, 8). Otra vez hablando con los Ángeles que la visitaban les diria aquello de los Cantares (*Cant.* V,, 8): Conjúroos, moradores de la celestial Jerusalen, que si topáredes á mi Amado, le digais como estoy enferma de amor; decidle que mi espíritu desfallece, y mi carne se debilita con el deseo que tiene de verle y gozar de él.

2. Pero tambien es de creer, que algunas veces dentro del corazon de la Vírgen habria una santa contienda, como dice de sí san Pablo (*Philip.* I, 23), entre el amor de Dios y el amor del prójimo; porque el amor de Dios juzgaba por mejor ser desatado y estar con Cristo, mas el amor del prójimo decia que era necesario quedarse acá por hacerle bien; y como estaba tan resignada en la divina voluntad, con una excelentísima obediencia diria lo que dijo despues san Martin (*in ejus vita*): Señor, si soy necesaria para tu pueblo, no rehuso el trabajo, hágase tu voluntad. ¡Oh Vírgen inefable, que ni fuiste vencida del trabajo, ni lo serás de la muerte, ni temiste morir, ni rehusaste vivir, queriendo solamente lo que quiere Dios! ¡Oh si viviese yo de tal manera, que pudiese imitar tus fervorosos deseos con tu santa resignacion, deseando la muerte con alegría, y sufriendo esta vida con paciencia!

3. Finalmente, cuando la Vírgen sintió que le faltaban pocos dias de vida, comenzó con nuevo fervor á aparejarse para la partida, ejercitando actos de virtud mas esclarecidos, diciendo aquello de los Cantares (*Cant.* II, 5): Fortalecedme con flores, fortificadme con frutos, porque estoy enferma de amor; como si dijera, hablando con sus mismas potencias: La fuerza del amor me va consumiendo la vida, producid nuevas flores y frutos celestiales; brotad meditaciones, afectos y obras olorosas, que alivien mi enfermedad y me dispongan al fin de ella. En estas tres cosas dichas tengo de imitar

á la Vírgen, aparejándome para la muerte con deseos encendidos de ver á Dios, con resignacion en su voluntad y con obras mas perfectas, aumentando el fervor cuando presumo que está cerca la partida; porque no carece de falta ser tibio en desear ver á Dios y alcanzar la bienaventuranza; y así se lee que hay cierto modo de purgatorio en la otra vida, que llaman purgatorio del deseo (*Blos.* in Monili spirituali, c. 13), para castigar las tibiezas de los que no tuvieron deseos de ver á Dios.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se han de considerar las cosas que precedieron á la muerte de Nuestra Señora, ponderando primeramente, como Dios nuestro Señor, aunque preservó á la Vírgen de la culpa original, no quiso preservarla de la muerte del cuerpo, que fué su efecto, sino que pasase por ella (*Hebr.* IX, 27), como todos los demás hombres, para que se viese cuán irrevocable era esta sentencia de la muerte. Y para que la Vírgen imitase en esto tambien á su Hijo, el cual murió para remediarnos con su muerte, y para que mereciese mucho, venciendo esta natural repugnancia que tiene la carne á morir, pues, como dice san Pablo (II *Cor.* V, 4), no queremos ser despojados del cuerpo, sino recibir en él la vestidura de la gloria, y tambien para que diese á todos ejemplo raro de virtud en su muerte, y se compadeciese de los que mueren, como quien pasó por aquel trabajo, porque habia de ser nuestra abogada en la hora de la muerte. De donde sacaré títulos para suplicar á la Vírgen me socorra en aquella hora, alcanzándome algun favor de los muchos que ella recibió entonces, diciéndola con mucho espíritu aquellas palabras del Ave María: Rogad por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Y el otro himno que dice: María, madre de gracia, madre de misericordia, libradnos del enemigo y recibidnos en la muerte.

2. Lo segundo, consideraré como llegado el tiempo determinado para el glorioso tránsito de la Vírgen, su Hijo la envió al arcángel san Gabriel, para que la diese la nueva de ello; vendria resplandeciente, como cuando vino á anunciarla la encarnacion del Verbo divino; y es de creer que entraria con la misma salutacion diciéndola (*Niceph.* lib. 2, c. 21): Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres, por el fruto bendito de tu vientre Jesús. De su parte vengo á decirte, como ya es llegada la hora en que quiere llevarte consigo y premiarte los servicios que le has hecho, y dar juntamente contento á todos los cortesanos del cielo, que te están esperando con deseo de tenerte en su compañía. ¡Oh

qué sentimientos tan levantados tendria la Vírgen con tal nueva! Por una parte llena de júbilos de alegría, diria con David (*Psalm.* CXXI, 1): Alegrado se ha mi espíritu por las cosas que me han dicho, porque tengo de ir á la casa del Señor. Y por otra parte con grande resignacion repetiria tambien la respuesta que dió la otra vez al mismo Ángel, diciéndole: Ves aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra. Estos dos afectos tengo de ponderar y guardar en mi corazon, para la hora en que me dieren la nueva de mi muerte, pues gusta Dios que la reciba con alegría y resignacion.

3. Lo tercero, consideraré como milagrosamente vinieron los Apóstoles y muchos otros discípulos á estar presentes á la muerte de la Vírgen, mas para provecho de ellos, que para consuelo suyo, aunque se consoló mucho con su vista. (*Dionis.* c. 3 de divin. nom.; *Damascen. Juven. Lipoman.* Serm. de Assumpt. Virgin.). Todos lloraban su ausencia y se encomendaban en sus oraciones; y ella consoló á todos y les dio consejos muy saludables, y á imitacion de su Hijo oró por ellos y echóles su bendicion con grande afecto, ofreciéndose á ser su abogada en el cielo. ¡Oh Madre dulcísima! huérfanos quedamos en la tierra si Vos os vais al cielo; pero si tenemos cierta vuestra ayuda desde el cielo, seguros vivirémos en la tierra. Subid en buena hora, pues con vuestra bendicion nos dejais prendas de que subirémos con Vos á gozar de vuestro Hijo por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Llegada ya la hora, bajó Cristo nuestro Señor del cielo por su Madre, cumpliendo con ella la palabra que habia dado á los Apóstoles cuando les dijo (*Ioan.* XIV, 3): Si me fuere para aparejaros lugar en el cielo, yo volveré otra vez y os llevaré conmigo. Y es cierto que trajo innumerable multitud de Ángeles, para que se hallasen presentes á su muerte, echando de allí á todos los demonios, sin que se atreviesen á llegar á su posada. ¡Oh qué palabras tan regaladas diria el Hijo á su Madre! no alcanza nuestro entendimiento á rastrearlas, si no es por las que están escritas en el libro de los Cantares. Diríala con grande amor (*Cant.* II, 10): Levántate, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y ven, porque ya es pasado el invierno, y han cesado las lluvias, y es llegado el fin de tus trabajos. Ven, ó Esposa mia, del Líbano, y de los demás montes altos y fértiles de virtudes en que has morado (*Cant.* IV, 8); deja ese mundo miserable, que es cueva de leones y montes de tigres; ven, y serás coronada con la corona de justicia, que tan bien has merecido.-En viendo la Vírgen á su Hijo, y oyendo las palabras que

la decia al corazon, es de creer que con la grande caridad que tenia le pediria consolase á sus Apóstoles y discípulos, derramando sobre ellos su copiosa bendicion. Y luego, acordándose del modo como su Hijo espiró en la cruz, diria las mismas palabras que él dijo: Ó Padre mio en cuanto Dios, é Hijo mio en cuanto hombre (*Psalm.* xxx, 6), en vuestras manos encomiendo mi espíritu; y en diciendo esto espiró. ¡Oh cuán preciosa fue la muerte de esta Señora en los ojos de Dios, ante quien es preciosa la muerte de sus santos!

2. Lo primero, porque no murió tanto de enfermedad del cuerpo, como de enfermedad de amor, el cual la consumió las fuerzas corporales, y así pudo decir que estaba enferma de amor: *Et vulnerata caritate ego sum*, y llagada con la caridad, cuya llaga penetró su alma y la sacó del cuerpo, para ver al mismo que ella llagó con la union de su encendida caridad. (*Cant.* ii, 5).—Lo segundo, porque murió sin dolor, contentándose su Hijo con los dolores que padeció cuando le vió morir en la cruz. Y porque fue tan grande la alegría que tenia su alma con la presencia de su Amado, que no sintió apartarse de su cuerpo, cumpliéndose en ella lo que dice la Sabiduría (*Sap.* iii, 1), que el tormento de la muerte no toca á los justos, porque sus almas están en las manos de Dios.

3. Lo tercero, porque todas sus obras, que eran muchas y muy esclarecidas, se juntaron entonces, manifestándoselas Dios para que la acompañasen y llenasen de confianza y alegría. Si son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras les siguen (*Apoc.* xiv, 13), ¿cuánto mas bienaventurada seria la que murió en Cristo de puro amor de Cristo, con abundancia de obras tan esclarecidas que la acompañaban? Si es bienaventurado el siervo á quien el señor halla velando cuando viene á su casa (*Luc.* xii, 37), ¿cuánto será mas bienaventurada esta Vírgen que nunca durmió sueño profundo, como las vírgenes locas (*Matth.* xxv, 5), ni aun sueño ligero como las prudentes, si no siempre estuvo en vela? Si el justo, como dice el Sábio (*Prov.* xiv, 32), tiene grande esperanza en la hora de su muerte, ¿cuánto mayor la tendria esta Reina de los justos? ¡Oh si mi alma muriese la muerte de esta Señora, que por excelencia merece el nombre de justa, y mis postrimerías fuesen semejantes á las suyas! (*Num.* xxiii, 10). ¡Oh Vírgen santísima! para que mi muerte sea en algo semejante á la vuestra, alcanzadme que viva llagado de amor, y tan lleno de buenas obras, que no me toque el tormento de la muerte; justo es que me toque el tormento corporal de la muerte, pues es pena merecida por mi culpa; pero

no me toque su tormento espiritual, afligiéndome con temor demasiado, con desconfianza y desmayo de corazon.

Punto cuarto. — 1. Despues que la Vírgen espiró, dieron sepultura á su bienaventurado cuerpo, con grande pompa del cielo y de la tierra; de modo que podemos decir de ella lo que dice Isaías (*Isai.* xi, 10) de Cristo, que su sepulcro fue glorioso, porque concurrieron á él la gente mas gloriosa de la tierra y los del cielo; es á saber, los Apóstoles y muchos discípulos, los cuales iban cantando himnos y alabanzas á Dios y á su Madre, como el Espíritu Santo se las ponia en el corazon y en la boca (*ex Doctoribus sup. citatis*); y tambien vinieron los coros angelicales que seguian el cuerpo, y estuvieron tres dias en el sepulcro con música celestial, honrando á la que era Reina suya y estaba allí depositada.

2. Lo segundo, fue tambien glorioso, por los grandes milagros que hizo Dios á la presencia de este venerabilísimo cuerpo, porque aunque mientras vivió no hizo milagro, parte por humildad, parte por dejar esto á los Apóstoles y predicadores del Evangelio, y parte porque su vida toda era un continuo milagro muy mas glorioso que la vida del Bautista; pero en muriendo quiso su Hijo honrarla con esclarecidos milagros, como honra á otros Santos.

3. Y finalmente fue glorioso, porque puesto caso que los Apóstoles y discípulos sintieron la muerte de la Vírgen tiernamente, pero es de creer que luego les daria Nuestro Señor parte de la gloria de su Madre, llenando sus corazones de alegría espiritual, acordándose que tenian en el cielo á su Madre y abogada que miraria por ellos. O Vírgen soberana, de la manera que puedo quiero acompañar vuestro cuerpo con mi espíritu y entrarme entre los dos coros de Apóstoles y de Ángeles, para cantar con ellos vuestras alabanzas. Justo era, que pues vuestro cuerpo fue sepulcro gloriosísimo donde el Verbo eterno estuvo como sepultado nueve meses, ahora se le diese sepulcro muy glorioso donde estuviese depositado por tres dias. Y pues toda la vida se ocupó en alabar y glorificar al Criador, y dentro de tres dias ha de volver al mismo ejercicio para siempre, razon era que en estos tres dias los Ángeles le sirviesen de lengua, para glorificar por ellos al que siempre glorificó. Gracias os doy, Verbo eterno, por la honra que haceis á vuestra Madre, por la cual os suplico me deis tal muerte, que merezca en su compañía gozaros para siempre en la gloria. Amen.

MEDITACION XXXV.

DE LA ASUNCION DE LA VÍRGEN, CUANTO AL ALMA, SOBRE TODOS LOS COROS DE LOS ÁNGELES, DE SU GLORIA ESENCIAL, Y DE SU CORONACION.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar la gloriosa subida y entrada de la Vírgen en el cielo empíreo, porque en espirando, suelta ya su alma de las ataduras del cuerpo, en un instante voló al cielo y fue glorificada. Pero meditando esto á nuestro modo, como si hubiera sucedido poco á poco, primero ponderaré los dulces abrazos que se darian Madre é Hijo, en aquella primera salida, con un gozo inefable. Allí se cumplió lo que está escrito (*Cant.* II, 6): Su mano siniestra está debajo de mi cabeza, y con su mano derecha me abrazará; porque mientras vivió, la sustentaba con la contemplacion de los misterios y obras de su humanidad, significada por la mano izquierda; pero en muriendo la abrazó y rodeó con la vista clara de su divinidad, figurada por la mano derecha. ¡Oh qué gozosa estaria esta alma benditísima en aquel primer instante! ¡Con qué afecto diria: Hallado he al que ama mi alma; asirle he y no le dejaré (*Cant.* III, 4), hasta que me entre y lleve consigo á la casa de mi madre la celestial Jerusalen! Ó Vírgen soberana, negociadme tal pureza de vida y tal ardor de caridad, que en saliendo mi alma de su cuerpo, luego dé en los brazos de su Amado, y suba con él á la casa de mi Madre, donde Vos, Madre mia, morais gozosa con vuestro Hijo, por todos los siglos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la ilustre compañía de las tres jerarquías angelicales que iban con la Vírgen celebrando su asuncion. Saludábanla, como dice san Atanasio (Serm. de Assumpt. Virg.), con varias salutaciones de grande gloria, y gozábanse de llevarla á su ciudad soberana; dábanle el parabien de las grandezas que Dios habia obrado en ella, y á una voz entonaban todos la salutacion de san Gabriel, en que estaban sumadas sus grandezas; pero yo entregiriéndome con el espíritu en medio de estas jerarquías, alabaré á esta Señora, celebrando su triunfo, como los hebreos el de Judith. Ó Vírgen gloriosísima (*Judith.* XV, 10), tú eres gloria de Jerusalen, así de la militante como de la triunfante. Tú eres alegría de Israel, así de los que ven á Dios por la contemplacion en esta vida, como de los que le ven claramente en la otra: tú eres honra de nuestro pueblo, porque obraste siempre varonilmente, y amaste la cas-

tidad, sin jamás conocer varon. Por esto serás bendita para siempre; y por tu causa serán benditos los que por tí fueren amparados.

3. Lo tercero, ponderaré como subia esta Señora, no llevada por manos de Ángeles, como fue llevado Lázaro el mendigo al seno de Abrahan, sino por las manos de su mismo Hijo y en sus mismos brazos, pagándole con esto los servicios y regalos que le hizo en su niñez, trayéndole en sus brazos. De aquí procedió la grande admiracion de las jerarquías celestiales, cuando dijeron (*Cant.* VIII, 5): ¿Quién es esta que sube del desierto llena de deleites, arrimada á su Amado? Como si dijeran: ¿Quién es esta que sube del erial del mundo seco y estéril, donde no hay otra cosa sino dolor y trabajo, y con todo eso sube rica, próspera y abundante, llena de deleites celestiales, estribando no en sí misma ni en los Ángeles, sino en su Amado? De esta manera entró la Vírgen en el cielo empíreo, con alegría inefable de todos los cortesanos celestiales y de la santísima Trinidad, porque el Padre eterno se gozaba de tener consigo á su querida Hija; el Hijo, de tener consigo á su dulce Madre; y el Espíritu Santo, de tener en su compañía á su amada Esposa. ¡Oh qué recibimiento tan alegre! oh qué besos de paz tan dulces! oh qué abrazos tan amorosos! oh qué coloquios tan tiernos pasarian entre tal Hija con tal Padre, y entre tal Madre con tal Hijo, y entre tal Esposa con tal Esposo, y entre las tres divinas Personas, sobre honrar á tal Princesa! Todo esto tengo de venerar con silencio y admiracion, porque es mas de lo que puedo pensar.

4. De lo dicho tengo de sacar un entrañable deseo de seguir con el espíritu á la Vírgen en esta jornada, comenzando desde luego á disponerme para ella.—Lo primero, en desamparar con el corazon al mundo, imaginando que para mí es un desierto, y privándome de los deleites sensuales que hay en él, para ser capaz de los espirituales.—Lo segundo, en procurar subir cada dia y aprovechar en virtud, no estribando en mis fuerzas, ni arrimándome á brazo de carne, sino al brazo de Dios, poniendo en él mi confianza.—Y lo tercero, en procurar alegrarme siempre en Dios y en las cosas de su servicio, de modo que abunde en sus gracias y dones, y sea, como dice san Pablo (I *Cor.* I, 7), rico en Cristo, sin que me falte alguna gracia, esperando con gran fiducia el dia en que se me ha de manifestar su gloria.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar la gloria esencial del alma de la Vírgen nuestra Señora; porque si á todos los justos, dice Cristo nuestro Señor (*Luc.* VI, 38), se les dará me-

dida buena, llena, apretada y colmada, ¿qué medida daria á su Madre? Si con la medida que midiéremos hemos de ser medidos, quien nunca quiso tener medida limitada en amar y servir á Dios, ¿qué medida cási sin medida recibirá del mismo Dios? La medida de la Vírgen, en el servicio de su Hijo, siempre fue buena con todo género de bondad, sin mezcla de culpa; llena de todas gracias y virtudes, con plenitud de buenas obras, sin que le faltase ninguna de sus circunstancias; apretada con trabajos y mortificaciones; colmada y muy sobrada con la observancia de los consejos evangélicos, haciendo mucho mas de lo que tenia obligacion, y deseando siempre hacer mas, sin poner tasa ni medida á su deseo; pues si Dios premia á los justos con medida de gloria, mil veces mas excelente que sus servicios, ¿cómo premiaria la medida tan excelente de su Madre? Solo el mismo Dios que se la dió, y la Vírgen que la recibió, pueden conocer la inmensidad de esta medida; á nosotros bástanos saber que la Vírgen quedó llena, harta y satisfecha, experimentando lo que está escrito (*Psalm.* XVI, 15): *Satiabor cum apparuerit gloria tua:* hartaréme cuando se me descubriere tu gloria. Diríala Dios nuestro Señor lo que dijo Holofernes á Judith (*Iudith*, XII, 17): Bebe, hártate, y descansa con alegría, porque has hallado gracia en mi presencia. Y responderia la Vírgen como Judith: Beberé, Señor, porque mi alma ha sido engrandecida en este dia, mas que en todos los demás de su vida.

2. Bebió la Vírgen, y quedó harta, porque su entendimiento quedó harto y satisfecho con la vista clara de Dios trino y uno, bebiendo de aquel mar inmenso de su infinita sabiduría, con tanta abundancia, que los Querubines, que se llaman plenitud de ciencia, en su comparacion están como vacíos. Su voluntad quedó harta con el amor beatífico de Dios (*Cant.* II, 4), entrando en la bodega de sus vinos, y bebiendo del vino de la caridad hasta embriagarse con tanto exceso de amor, que los Serafines, que quiere decir encendidos, en su comparacion están como helados. Su espíritu todo quedó harto con la posesion pacífica del bien infinito que habia deseado, engolfándose en el mar de los gozos de su Señor, y bebiendo del rio impetuoso de sus deleites (*Isai.* LXVI, 12) con tanta plenitud, que en su comparacion los Ángeles están como sedientos.

3. Finalmente, entonces echó Dios el resto de su bondad y omnipotencia en hartar los deseos de su Madre, con toda la hartura que convenia á una pura criatura, premiándola las veces que ella le habia dado á beber, no un cáliz de agua fria, sino la leche de sus pechos hasta

hartar. Entonces la puso él á los pechos de su divinidad, para que se hartase con la dulzura infinita de su leche. Entonces tambien la premió la bebida del cáliz amargo, que por su causa recibió en la pasion, dándola á beber el cáliz dulcísimo de su gloria, con el cual echó en olvido todas las amarguras pasadas, porque incomparablemente fueron mayores las dulzuras; enjugó del todo sus lágrimas, desterrando para siempre el llanto y el dolor, y todas las miserias del hombre viejo (*Apoc.* XXI, 4), renovándola con las dotes gloriosas del hombre nuevo. Ó Vírgen gloriosísima, gózome de vuestra gloria y del gozo y hartura que teneis en esa mesa del cielo, donde estais sentada con vuestro Hijo y á su lado (*Luc.* XXII, 30), comiendo y bebiendo lo mismo que él come y bebe: mejor mereceis este asiento y esa hartura que los Apóstoles, pues permanecísteis con él en sus tentaciones mas fielmente que todos ellos. Y pues la medida que se os da es tan copiosa, acordaos de los hambrientos y sedientos que vivimos en la tierra, repartiendo con nosotros algunas migajas de ella. De aquí tengo de sacar un propósito grande de imitar á la Vírgen en la medida con que sirvió á Dios, con las cuatro condiciones dichas, animándome á ello con la esperanza de la gloria, que Dios me dará mil veces mayor que mis obras, por lo que de su naturaleza merecian, por lo cual dijo san Pablo (*Rom.* VIII, 18): Que no igualan las pasiones de esta vida con la gloria que esperamos en la otra.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la coronacion de Nuestra Señora, con las demás circunstancias de su gloria. Porque lo primero, la Vírgen sacratísima fue levantada sobre los nueve coros de los Ángeles, á gloria incomparablemente mayor que la de todos ellos, sentándola su Hijo á su mano derecha en un trono de grande majestad, con mayores muestras de amor que Salomon sentó en otro trono á su madre Betsabé. (III *Reg.* II, 19). Allí se cumplió lo que está escrito (*Psalm.* XLIV, 10): Asistió la reina á tu mano derecha vestida con un vestido de oro, y adornada con variedad; porque así como de Cristo nuestro Señor se dice estar á la diestra del Padre, en cuanto goza los mejores bienes de gracia y gloria que hay en el cielo; así la Vírgen está á la diestra de su Hijo, porque despues de él tiene mas alto grado de gloria sobre todos los coros de los Ángeles, y de los demás espíritus bienaventurados: porque cuanto es mas glorioso (*Hebr.* I, 4) el nombre de madre que el nombre de criado; tanto es mas alto el trono de la Vírgen que el de los demás. Gózome, ó Reina de los Ángeles, de la alteza de vuestro trono; sea para

bien ese asiento á la diestra de vuestro Hijo. ¡Oh cuán bien os está esa vestidura de oro de caridad, bordada con tanta variedad de virtudes! Si el primer ángel, que despues se perdió por su soberbia, estaba en el paraíso adornado con nueve géneros de piedras preciosas (*Ezech.* XVIII, 13), esto es, con las perfecciones de los nueve coros angélicos (*D. Greg.*, lib. XXVIII Moral. c. 18), ¿cuánto mas adornada estaréis Vos con todas las perfecciones de las piedras vivas y preciosas de esa celestial Jerusalen? Mirad, ó Madre de misericordia, mi desnudez, y negociadme la vestidura de bodas, que es la caridad con la pedrería de las demás virtudes, para que sea digno de parecer en la presencia de mi Dios, y gozar de él en vuestra compañía. Amen.

2. Lo segundo, fue coronada de la santísima Trinidad con coronas preciosísimas. El Padre eterno la coronó con corona de potestad, concediéndola, despues de Cristo, poderío sobre todas las criaturas del cielo y de la tierra y del infierno, cumpliéndose tambien en ella aquello del Salmo (*Psalm.* VIII, 6): Coronástele de honra y gloria, y constituístele sobre las obras de tus manos. El Hijo de Dios la coronó con corona de sabiduría, dándola conocimiento claro, no solamente de la divina Esencia, sino de todas las cosas criadas, y de todas las que pertenecen á su estado de Madre y abogada nuestra. El Espíritu Santo la coronó con corona de caridad, infundiéndola no solamente el amor de Dios, sino el amor encendidísimo de los prójimos, con un celo ardentísimo de su bien y salvacion. ¡Oh qué admiracion y pasmo tuvieron las tres jerarquías angélicas, cuando vieron á la Vírgen con tales coronas! Los Serafines se admiraban del ardor de su caridad; los Querubines, de la plenitud de su ciencia, y los Tronos, de la abundancia de su paz; las Dominaciones de la grandeza de su potestad; las Virtudes, de la excelencia de sus dones, y los demás Ángeles, de la soberanía de su perfeccion y santidad. Gózate, ó alma mia, de esta corona de la Vírgen; alégrate, que tienes Madre en el cielo, de tanta potestad y grandeza, que puede con su intercesion remediar tus miserias; y de tanta sabiduría, que sabe muy bien todas tus necesidades, y entiende tus deseos y oraciones; y de tanta caridad y celo, que desea mas que tú el cumplimiento de ellas. Ó Madre dulcísima, coronada de vuestro Hijo con misericordia y abundancia de misericordias (*Psalm.* CII, 4), suplicadle que me corone con ellas en esta vida, para que alcance la corona de la otra.

3. Demás de esto, la santísima Trinidad coronó á la Vírgen con

las tres coronas de gloria accidental, que los teólogos llaman lauréolas ó coronas de laurel, que nunca pierde su verdor: conviene á saber, lauréola de virginidad, de martirio y magisterio, porque esta Señora fue vírgen de las vírgenes; fue mártir en la pasion de su Hijo, al modo que arriba se dijo (*medit.* XLVII *de la parte* IV); y fue maestra de nuestra Religion, enseñando los misterios de la fe á los mismos maestros de ella. Ó Reina soberana, ¡cuán bien merecidas teneis estas coronas en el cielo por los copiosos frutos que llevásteis en la tierra! Llevásteis fruto de treinta (*Matth.* XIII, 23) como vírgen, y de sesenta como maestra, y de ciento como mártir; justo es que á tales trabajos respondan tan preciosas coronas, y para que yo sea digno de ellas, alcanzadme que lleve fruto copioso de santas obras.

4. Últimamente, fue coronada esta Señora con la corona de doce estrellas, de que se hace mencion en el Apocalipsis (*Apoc.* XII, 1), porque como concurrieron en ella las grandezas y virtudes de todas las órdenes de santos que hay en el cielo, así fue coronada con los premios de todos ellos, figurados por las doce estrellas. Resplandeció en ella sumamente con grandes ventajas la fe y esperanza de los Patriarcas; la luz y contemplacion de los Profetas; la caridad y celo de los Apóstoles; la fortaleza y magnanimidad de los Mártires; la paciencia y penitencia de los Confesores; la sabiduría y discrecion de los Doctores; la santidad y pureza de los Sacerdotes; la soledad y oracion de los Ermitaños; la pobreza y obediencia de los Monjes; la caridad y limpieza de las Vírgenes; la humildad y sufrimiento de las Viudas, con la fidelidad y concordia de los Santos casados; y por consiguiente recibió los premios y coronas de todos ellos con exceso incomparable, porque á ella cuadra con gran propiedad lo que dice el Sábio (*Prov.* XXXI, 29): Muchas hijas allegaron para sí riquezas, pero tú has excedido á todas, que es decir: Muchas almas allegaron grandes tesoros de merecimientos y virtudes, pero tú allegaste mucho mas que todas ellas.

5. Levántate, pues, alma mia en el espíritu, y mira con los ojos de la fe á esta Madre del verdadero rey Salomon, con la corona de gloria con que la coronó su Hijo en el dia de su entrada en el cielo, y en el dia de la alegría de su corazon. Contempla el inefable gozo de esta Reina soberana, y el afecto con que renovaria su antiguo cántico, diciendo (*Luc.* I, 46): Mi ánima engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador, porque miró la pequeñez de su sierva: desde hoy mas me llamarán bienaventurada todas las gene-

raciones, porque ha obrado en mí grandes cosas el que es Todopoderoso, y su santo nombre. Ó Vírgen gloriosísima, ya pueden todas las generaciones del cielo y de la tierra llamaros á boca llena bienaventurada, pues teneis en posesion lo que hasta aquí teníais en esperanza. Grandes cosas obró siempre en Vos el que es Todopoderoso; pero el dia de hoy echó el sello á todas con la corona de gloria que os ha dado en premio de vuestra humilde pequeñez. Coronada estais de estrellas, porque los santos que os siguieron son gloria y corona vuestra, y por vuestra intercesion y ayuda alcanzaron sus victorias. Y así con mucha humildad arrojan sus coronas á vuestros piés (*Apoc.* v), reconociendo que por vuestro medio las ganaron. Ó abogada piadosísima y medianera poderosísima, socorredme con vuestra intercesion, para que yo tambien sea gozo y corona vuestra, peleando con tanto valor en esta vida, que por vuestro medio gane la victoria, y alcance la corona eterna de la gloria. Amen.

MEDITACION XXXVI.

DE LA ASUNCION DE LA VÍRGEN, CUANTO AL CUERPO, Y DEL LUGAR QUE TIENE EN EL CIELO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar la incorrupcion del cuerpo sacratísimo de la Vírgen, los tres dias que estuvo en el sepulcro, conservándole Dios con la misma entereza que tenia en vida (*Parte* II, *meditacion* III); porque así como esta Señora, aunque fue concebida por órden natural de los demás hombres, fue por especial privilegio preservada su alma de la corrupcion de la culpa, como en su lugar se dijo; así tambien aunque murió su muerte natural, como los demás hijos de Adan, por privilegio especial fue preservado su cuerpo de la corrupcion, que fue pena de la culpa, de modo que no cayese en aquella maldicion que echó Dios al hombre cuando le dijo (*Genes.* III, 19): Polvo eres, y en polvo te has de volver. Las causas de este privilegio fueron tres.

2. La primera, en premio de su pureza virginal, la cual fue milagrosa y nunca oida, con gran firmeza de voto y con grande constancia por toda la vida; y así habia de ser premiada con premio milagroso y extraordinario, pero muy proporcionado, conservando la entereza de cuerpo tan puro, sin corrupcion por toda la eternidad.— La segunda causa fue, en premio de la extraordinaria y milagrosa pureza y santidad de su alma, en la cual nunca hubo gusano de

culpa que la mordiese, ni polvo de pecado que la manchase, ni resabio alguno del Adan terreno; y así era muy conveniente que los gusanos no tocasen á su cuerpo, ni se convirtiese en tierra ó polvo, á semejanza del cuerpo del Adan celestial, por cuya santidad dijo David (*Psalm.* xv, 10): No permitirás que tu santo vea corrupcion.

3. De aquí nace la tercera causa, por que así convenia á la honra de Cristo nuestro Señor, cuya carne era como una misma cosa con la carne de su purísima Madre, por haber sido tomada de ella; y como su carne nunca experimentó corrupcion, así dice san Agustin (*Serm. de Assumpt.*), era razon que no la experimentase la carne de su Madre, en la cual estaba en cierto modo la de su Hijo. Ó Madre benditísima de Jesús, arca del Nuevo Testamento, fabricada de madera Setim incorruptible, chapeada de oro purísimo, para ser digna morada del que era propiciatorio de todo el mundo; gózome de la incorruptibilidad de vuestro cuerpo y del oro purísimo de vuestras virtudes, con las cuales adornásteis vuestro espíritu. Alcanzadme, ó Vírgen soberana (I *Petr.* III, 4), aquella incorruptibilidad del espíritu quieto y modesto, que es rico delante de Dios, para que, libre mi alma de la corrupcion de la culpa, sea tambien á su tiempo librado mi cuerpo de la corrupcion que merece por ella.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar la resurreccion del cuerpo de la Vírgen, saliendo al tercer dia del sepulcro, vivo y glorioso por la virtud y omnipotencia de su Hijo; al cual le pareció poco favor conservar incorrupto el cuerpo de su Madre, hasta el dia de la resurreccion general, y así quiso anticiparla resucitándola al tercer dia.—La primera causa de este favor fue, porque como el Hijo de Dios amaba tanto á su Madre, quiso cumplir y llenar no solamente los deseos que su alma benditísima tuvo de ver á Dios, sino el deseo natural que tenia de reunirse con su cuerpo, cual le tienen las almas de los demás bienaventurados, las cuales, como se dice en el Apocalipsis (*Apoc.* VI, 10), claman con gran deseo por la resurreccion de sus cuerpos (*D. Greg.* II Moral. c. 4); y pues el cuerpo y alma de la Vírgen siempre estuvieron muy unidos y conformes en cumplir la voluntad de Dios, razon era que Dios los tornara luego á unir, para que con la misma conformidad siempre le alabasen.

2. La segunda causa fue, para darnos esperanzas de nuestra resurreccion, con la fe de que no solamente resucitó Cristo verdadero Dios y hombre, sino tambien su Madre, que era pura criatura, y con esto juntamente despertar en nosotros grandes deseos de ir á verla, pretendiendo y buscando no las cosas de la tierra, sino las

cosas del cielo, donde está Cristo, y su Madre sentada á su diestra.- La tercera fue, para que con toda propiedad, desde luego hasta el dia del juicio y para siempre se conservase en la Vírgen el nombre de Madre de Dios, porque este nombre propiamente no cuadra á sola el alma, sino al compuesto de cuerpo y alma. Y tambien para que en el cielo pudiese cumplidamente hacer por nosotros el oficio de madre y abogada, aplacando la indignacion de su Hijo con mostrarle sus pechos, así como el Hijo aplaca la ira del Padre mostrándole sus llagas. Y así tuviese tambien en el cielo una ayudadora semejante á sí mismo en la gloria del alma y cuerpo, como la tuvo Adan en el paraíso.

3. Por estas y otras causas que se dijeron en el punto precedente, se determinó Dios de resucitar á la Vírgen, uniendo su alma con su cuerpo. ¡Oh qué alegre estaria esta Señora con este nuevo beneficio, y cuán de veras renovaria en este tercer dia su acostumbrado cántico, diciendo: Engrandece, ánima mia, al Señor, y mi espíritu se alegre en Dios mi Salvador, porque ha hecho en mí grandes cosas el que es todopoderoso, glorificando mi alma y tambien mi cuerpo! ¡Oh qué gozoso estaria aquel cuerpo sacratísimo, viéndose unido con aquella benditísima alma! y recibiendo por ella las cuatro dotes de gloria, quedó mil veces mas resplandeciente que el sol, y hermosísimo sin comparacion mas que la luna llena: quedó inmortal, impasible, ligero y todo espiritualizado, sin temor de hambre, ni de frio, ni de cansancio, ni de otra alguna miseria, porque todo esto se acabó, resucitando á nueva vida para nunca mas morir. Gracias os doy, Verbo eterno, por este nuevo favor que habeis hecho á vuestra Madre, volviendo por su honra y por la vuestra, pues la gloria de los hijos es tener gloriosos padres. Gózome, ó Vírgen gloriosísima, de este nuevo privilegio que hoy os concede vuestro Hijo, cumpliendo el deseo de vuestra alma, glorificando vuestro cuerpo á semejanza del suyo: abogad por mí en su presencia, mostrándole los pechos que le dísteis, para que cumpla los deseos de mi alma, favoreciéndome para que le sirva en esta vida, y despues cumplidamente me glorifique en la otra. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la asuncion del cuerpo glorificado de la Vírgen al cielo. Y aunque no sabemos el modo como esto pasó; pero podemos meditarlo á semejanza de la ascension de Cristo nuestro Señor, imaginando que la resurreccion de la Vírgen se hizo acá en la tierra, viniendo su alma á unirse con su cuerpo, como se ha de hacer en la resurreccion general el dia del

juicio.-Estaban guardando el sepulcro millares de Ángeles cantando músicas celestiales, como arriba se dijo; y desde allí darian voces á Cristo nuestro Señor, diciéndole aquello del Salmo (*Psalm.* CXXXI, 8): Levántate, Señor, á tu descanso, tú y el arca de tu santificacion, porque tu descanso será llevar contigo el arca donde estuvo depositado el tesoro infinito de la santidad.

2. Luego comenzó á subir esta soberana Arca en brazos de Querubines y Serafines, rompiendo por esos aires con júbilos de inefable gozo y alegría, y penetró todos los cielos hasta llegar al cielo empíreo. Recibióla con sumo regocijo su amado Hijo, poniéndola como Salomon en el *Sancta Sanctorum* (III *Reg.* VIII, 6), y en el lugar mas alto y levantado de aquel templo celestial. Coronóla, como al arca, con una corona de oro purísimo (*Exod.* XXV, 11), rodeando todo su cuerpo de una claridad y hermosura inefable, que excedia á la misma claridad del cielo empíreo donde estaba. ¡Oh qué claro estaria este cielo, renovado con la luz de tal sol y de tal luna, como Cristo y su Madre! oh qué alegres estarian los Ángeles con la gloria de tal Reina, por cuya intercesion esperaban que se repararian las sillas de este reino! oh qué regocijados los demás bienaventurados con la gloria de tal Madre, por cuyo medio confiaban ver poblado el cielo de innumerables hombres! oh qué contenta estaria esta humilde Madre, viéndose levantada desde lo mas bajo de la tierra hasta lo mas alto del supremo cielo!

3. Gózome, ó Madre santísima, de las dos estolas de gloria que os han dado, una para vuestra alma, como á los demás bienaventurados, y otra por especial privilegio, desde luego para vuestro cuerpo. ¡Oh cuán bien ha cumplido vuestro Hijo sus promesas! (*Isai.* LXI, 3-7) pues hoy os da corona de gloria en lugar de la ceniza, óleo de alegría por el llanto, manto de alabanza por el espíritu de tristeza, y quiere que desde luego poseais en vuestra tierra los premios doblados con alegría sempiterna. Levantad, ó Madre santísima, mi espíritu al cielo, donde Vos estais sentada á la diestra de vuestro Hijo, pues donde está la madre, es razon que estén los hijos, y donde está el cuerpo, se han de congregar las águilas. (*Matth.* XXIV, 28). ¡Oh quién me diese alas de águila para volar á lo alto, y contemplar la gloria del cuerpo glorificado de la Vírgen! Levántate, ó alma mia, con grande gozo, subiendo sobre tí misma y sobre todo lo criado. Olvídate de las cosas de la tierra, y suspira por lás del cielo, donde está tu Padre celestial y tu gloriosa Madre; imita la humildad que tuvo en esta vida, para que seas con ella ensalzada en la otra. Amen.

MEDITACION XXXVII.

DE LA HERÓICA HUMILDAD DE LA VÍRGEN NUESTRA SEÑORA, POR LA CUAL FUE LEVANTADA SOBRE TODOS LOS COROS DE LOS ÁNGELES.

—Aunque la Vírgen nuestra Señora se esmeró mucho en todas las virtudes, pero con particular excelencia se señaló en la humildad, á la cual podemos atribuir su exaltacion, siguiendo la regla que san Pablo pone de Cristo nuestro Señor, diciendo (*Ephes.* IV, 9): ¿Qué es la causa por que subió tanto, sino porque bajó primero á las inferiores partes de la tierra? El que descendió es el mismo que subió sobre todos los cielos para llenar todas las cosas. Esto mismo podemos decir de su Madre benditísima, la cual subió sobre todas las criaturas, porque se humilló mas que todas ellas; y la corona gloriosísima de doce estrellas que tiene en el cielo, se le dió por doce actos heróicos de humildad que ejercitó en la tierra, los cuales pondré en esta meditacion, recogiéndolos de todo lo que se ha dicho en las meditaciones de su vida, especialmente en la parte II; y porque hay humildad para con Dios, y humildad para con los demás hombres, y en ambas la Vírgen fue muy excelente, de todas dirémos en los tres puntos siguientes.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar la heróica humildad que tuvo la Vírgen cerca de los dones que recibió de Nuestro Señor, en los cuales se muestra esta virtud, ejercitando estos actos.—El primer acto es, encubrir estos dones con sumo silencio, sin descubrirlos por palabras, ni meneos ó señales exteriores, por ningun respeto humano, ni por algun título aparente de glorificar á Dios ó aprovechar al prójimo, si no es en los casos de necesidad en que Nuestro Señor quiere y ordena que se descubran, porque fuera de estos casos, quien manifiesta los dones que recibe en secreto, se pone á peligro, como dice san Gregorio (*Hom.* 11 *in Evang.*), de que se los roben los ladrones de la vanagloria, soberbia y presuncion. Y por esto la humildad con gran fuerza dice aquello de Isaías (*Isai.* XXIV, 16): *Secretum meum mihi, secretum meum mihi;* mi secreto para mí, mi secreto para mí; y repítelo dos veces para significar las veras con que toma guardar este secreto, y gozar de él á sus solas.—Este acto ejercitó la Vírgen ocultando la revelacion del Ángel y el misterio de su preñez, sin descubrirle ni á su mismo esposo san José (*Matth.* I, 19), á quien amaba tiernamente: por lo cual con mucha razon la lla-

yor en su dignidad á la que era mucho menor, y ocupándose en servirla. Y lo mismo guardaba con todos, como maestra de humildad (I *Petr.* II, 13), sujetándose por Dios á toda humana criatura.

4. El séptimo acto es, servir á otros en oficios bajos y humildes, y ocuparse en ellos con gusto, como quien nació, no para ser servido sino para servir, al modo que dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* XX, 28; *Marc.* X, 45): No vine para que otros me sirvan, sino para servir yo á todos, y dar mi vida por su redencion; lo cual cumplió exactamente, ocupándose en oficio de carpintero, y ganando de comer con este trabajo que hacia en servicio de otros, y sirviendo despues á sus discípulos, hasta lavarles los piés, dándonos ejemplo para que cumplamos lo que despues dijo san Pablo (*Galat.* V, 13): Por la caridad del espíritu servid unos á otros. Esto mismo ejercitó la Vírgen, porque como pobre mujer de un pobre oficial, se ocupaba en todos los oficios humildes de su casa, y ayudaba á ganar su comida con el trabajo de sus manos, teniéndose tambien en esto por esclava, cuyo oficio es servir á los demás de su casa. Y así con mas humildad que Abigail, diria (I *Reg.* XXV, 41): Ves aquí á tu siervo, recíbeme como esclava, para lavar los piés de las esclavas de mi Señor.

5. Con este grado de humildad anda tambien junto otro su compañero, que es rehusar, cuanto es de su parte, oficios y cargos honrosos y ministerios que son muy estimados de los hombres, ó por juzgarse por inhábil ó indigno de ellos, ó por huir la honra que traen consigo, ó por acomodarse á su estado humilde, viviendo contento con él. Esto guardó la Vírgen, la cual, como dice santo Tomás (3 *p. q.* 27, *art.* 5 *ad* 7), no hizo en su vida milagro alguno ni quiso predicar en público; y si enseñaba á los Apóstoles y á otros fieles los misterios de la fe, era en secreto, dejando esta honra para los Apóstoles y discípulos, acomodándose á la regla que despues dijo san Pablo (I *Tim.* II, 12): No se ha de permitir que la mujer enseñe: antes es de creer, que en el templo y en las juntas y sermones estaba oyendo como las demás mujeres, y con grande humildad veneraba á los sacerdotes de Cristo, y recibia de ellos la Comunion, teniéndose por indigna de tener tal potestad, ni deseando que su Hijo por especial dispensacion se la comunicase. Ó Vírgen gloriosísima, muy bien empleado está en Vos el trono de gloria que teneis en el cielo, pues tanto os humillásteis en la tierra: justo es se os dé allá el primer lugar despues de vuestro Hijo, pues acá escogísteis el

postrero: razon es que se os sujeten las jerarquías de los Ángeles, pues Vos os sujetásteis como esclava á los mismos hombres. Y pues tan bien guárdásteis los consejos de la humildad, ayudadme para que á imitacion vuestra yo los guarde, humillándome en la tierra para que Dios me ensalce en su cielo. Amen.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la heróica humildad que mostró la Vírgen en las humillaciones de la pobreza, y en las injurias que vienen por mano ajena; las cuales son piedras de toque en que se descubre la fineza de la humildad para con Dios y para con los demás hombres; y comenzando por el mas fácil, el noveno acto en órden á la humildad es gustar de ser pobre, y ejercitar todo lo que pertenece á la pobreza, y á humillaciones que de ella proceden; porque puesto caso que la pobreza voluntaria no sea afrentosa entre cristianos, pero cuando no se sabe si el ejercicio de pobreza es de voluntad ó necesidad, causa desprecio entre los hombres; y así es rara humildad tratarse como pobre en todas las cosas, y dejarse tratar de otros como son tratados los pobres, haciendo esto no de fuerza, sino de grado. Esta humildad ejercitó la Vírgen con grande gusto en todas las ocasiones que se le ofrecieron. En Belen fue desechada de todos cuando les pidió posada; y así se recogió al refugio de los pobres en el invierno, que era el establo. En la purificacion no quiso ofrecer cordero, sino un par de tórtolas ó palominos, como pobre. En Egipto, y despues de vuelta á Nazaret, siempre abrazó los desprecios de la pobreza; gustando que la tratasen como suelen ser tratadas las mujeres pobres como ella era.

2. El décimo acto heróico de humildad es, llevar con paciencia y silencio las afrentas que le suceden contra su honra y buen crédito, no excusándose, ni volviendo por sí, ni quejándose de la sinrazon que se le hace, sino callando, y aceptando su afrenta y humillacion con mucho gusto por amor de Dios; y en esto hay grados.-El primero es, sufrir con paciencia las injurias y desprecios que nacen de nuestras culpas.-El segundo y mayor es, sufrir estas injurias sin tener culpa en ellas, callando, aunque nos levanten falsos testimonios.-El tercero, muy mayor, es, sufrirlas cuando nos suceden por ocasion de alguna buena obra, por la cual merecíamos gloria y alabanza.-El cuarto, muy mayor, es, sufrir todo esto, no solo de enemigos ó extraños, sino de sus mismos hermanos, deudos ó amigos. Tal fue la humildad que tuvo Cristo nuestro Señor en las injurias y desprecios que padeció en esta vida, y la misma ejercitó su Madre santísima cuando su esposo José la vió preñada, y sospechando que era

adúltera la quiso dejar; pero ella sufrió y calló sin volver por sí, como en su lugar ponderamos. (*Parte* II, *med.* XIV). Y es de creer que no seria esta sola vez la que padeció la Vírgen tal modo de injurias, cabiéndola muchas veces parte de los falsos testimonios que levantaban á su Hijo, y cuando los deudos de Cristo le perseguian y querian atar como á furioso (*Marc.* III, 21), tambien se volverian contra su Madre, porque veian que era de parte de su Hijo; pero ella sufria y callaba, gozándose mejor que los Apóstoles de padecer injurias por el nombre de Jesús. (*Act.* V, 41).

3. El undécimo acto de humildad, que anda junto con el precedente, es llevar con serenidad y paz de corazon las reprensiones y desvíos, las respuestas desabridas y secas; así las interiores que sentimos tratando con Dios cuando nos desconsuela, ó niega, ó dilata lo que le pedimos, como las exteriores que nos dan los superiores ó nuestros prójimos, aunque sean sin nuestra culpa, y de ellas se nos siga algun desprecio; porque en tales casos, sufrir y no excusarse, ni quejarse, ni indignarse, es acto de heróica humildad; la cual agrada mucho á nuestro Señor, y por ella, como dice san Bernardo (*Serm.* 45 *in Cant.*), le agradó la esposa, y la llamó hermosa, porque calló siendo ásperamente reprendida y amenazada, cuando la dijo: Si no te conoces, salte y vete de mi casa. Esta humildad ejercitó la Vírgen muchas veces en varias ocasiones, cuando su Hijo, siendo de doce años, dijo con aspereza á ella y á san José: ¿Para qué me buscábades? ¿no sabíades que habia de estar ocupado en las cosas de mi Padre? Y en las bodas otra vez con muestras de sequedad y de negarla lo que le pedia, la dijo: Mujer, ¿qué tienes que ver conmigo? no es llegada mi hora. Y diciéndole otra vez algunos que su Madre y hermanos estaban allí y deseaban verle, respondió con gran desvío: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi madre y hermano. En todas estas ocasiones, que tenian apariencia de reprension y desprecio, conservó la Vírgen grande humildad y silencio, como ponderamos en su lugar. (*P.* II, *med.* XXX; *p.* III, *med.* IX). Y á este talle tuvo otras muchas con otras muchas personas, sufriéndolas todas con grande paz.

4. El duodécimo acto de humildad es, no huir las afrentas y desprecios de sus deudos, antes querer tener parte en ellas, hallándose presente á todas, como Job, á quien como él dijo (*Iob*, XXXI, 34), no atemorizó el desprecio de sus deudos; esto es, el verse despreciado de ellos, ó ver al ojo sus desprecios. Pero mas valerosamente ejercitó esto la Vírgen, hallándose presente á los desprecios y afren-

tas de su Hijo, poniéndose junto á la cruz, no desdeñándose de que todos supiesen que era Madre de aquel hombre justiciado y crucificado en medio de dos ladrones; y allí padeció muchas injurias, con hambre y deseo de padecerlas mucho mayores, como en su lugar se dijo. (*En la med. L de la p. IV*).— Estos son los doce actos de humildad que resplandecieron en la Vírgen, cumpliendo con lo que dice el Espíritu Santo (*Eccli.* III, 20): Cuanto fueres mayor, tanto mas humíllate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios; y así la halló la Vírgen en esta vida (*Luc.* I, 30), y despues fue coronada con la corona de doce estrellas resplandecientes, premiándola sus doce géneros de humillaciones, y levantándola á un trono altísimo de gloria, á donde con su Hijo, mas dignamente que los Apóstoles (*Matth.* XIX, 28), juzgue las doce tribus de Israel. Gózome, ó Vírgen santísima, de veros coronada por vuestro Hijo con tantas coronas de justicia. Razon era, que quien vivió cercada de tales actos de humildad, fuese adornada con rayos de tanto resplandor; y que quien se sujetó por humillarse á todos los hombres, sea sentada en trono de majestad para juzgarlos á todos; y pues ahora estais en trono de gloria, no para ser juez, sino abogada, suplicad á vuestro Hijo me corone con misericordias en esta vida, para que alcance la corona de justicia en la otra. Amen.

MEDITACION XXXVIII.

DE LA DEVOCIÓN CON NUESTRA SEÑORA, Y DE LOS BIENES QUE CON ELLA NOS VIENEN, Y DE LAS COSAS EN QUE SE HA DE MOSTRAR.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se han de considerar las muchas razones que tenemos para amar y servir á la Vírgen nuestra Señora con todas nuestras fuerzas, poniéndola en segundo lugar despues de su Hijo, ponderando en cada razon lo que puedo y debo hacer por ella.—La primera razon es, porque la santísima Trinidad ama á esta Señora mas que á todos los Ángeles y Santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos; y así es justo que yo la ame sobre todas las puras criaturas, conformando mi amor con el de Dios, y amando mas á la que por su mayor santidad merece ser mas amada. De donde sacaré varios afectos de gozo espiritual y de complacencia en los bienes de la Vírgen, gozándome de que sea tan amada de Dios y de que haya hallado gracia delante de él; gozándome, otrosí, de su santidad y de todas las virtudes que

tiene, dando gracias á Dios porque se las dió, y suplicando á la misma Vírgen me alcance parte de ellas, para que yo tambien sea amado de Dios y halle gracia en su presencia.

2. La segunda razon es, por ser Madre del mismo Dios y Madre de nuestro Salvador, el cual por el grande amor que la tiene, quiere que todos la amen y sirvan, como la grandeza de su dignidad merece, tomando por suyo cualquier servicio que se la hace; porque si dijo de los pobres (*Matth.* XXV, 40): Lo que hicísteis por uno de estos pequeñuelos, por mí lo hicísteis, ¿cuánto mas dirá: lo que hicísteis en servicio de mi Madre, por mí lo hicísteis? Luego si amo de veras á Cristo por lo mucho que le debo, tengo tambien de amar, no solamente á su eterno Padre, con quien es un mismo Dios, sino tambien á su Madre, con quien es un mismo espíritu por singular amor.-La tercera razon es, porque es Madre nuestra y nos ama entrañablemente, y esto bastaba para que la amásemos, pagando amor con amor, pues es propio de hijos amar á sus madres, y mas tales madres que con tal amor les aman. Por lo cual, así como el discípulo amado de Cristo, en oyéndole decir aquella palabra que le dijo en la cruz (*Ioan.* XIX, 27): Ves ahí á tu Madre, luego la tomó por suya y la amó con especial amor; tambien yo tengo de tomarla por mia, y amarla y servirla con especial cuidado, teniendo por suma dicha tenerla por Madre.

3. La cuarta razon es, por los buenos oficios que hace continuamente por mí en el cielo, los cuales me obligan á amarla como á suprema bienhechora mia despues de Dios.-Porque lo primero, ora continuamente por nosotros, mucho mejor que Jeremías oraba por su pueblo, porque es nuestra abogada y medianera para con su Hijo. (II *Mach.* XV, 14).-Lo segundo, es grandemente solícita de nuestro bien, de modo que no solamente oye las peticiones de sus devotos, sino antes que ellos la pidan algo representa á Dios sus necesidades, como en las bodas de (*Ioan.* II, 3) Caná de Galilea pidió vino para los convidados, movida de sola compasion, como en su lugar ponderamos (*P.* V, *med.* IX), y como dijo san Agustin (Serm. 4 de Nativ.): *Sicut omnibus Sanctis est potior, ita pro nobis omnibus Sanctis est sollicitior.* Como es mejor que todos los Santos, así es mas solícita de nuestro bien que todos ellos.-Lo tercero, es grandemente poderosa para alcanzar remedio de nuestros males con presteza, por la cual dice san Anselmo (Lib. de excel. Virg. *c.* 9, *part.* 2, *med.* 3), que algunas veces somos oidos mas presto, invocando el nombre de la Vírgen, que invocando el nombre de su Hijo, no porque el Hijo

no sea incomparablemente mas poderoso y misericordioso que su Madre, sino porque, como tambien es juez nuestro, algunas veces su justicia detiene á su misericordia, dilatando el oirnos por nuestros pecados; mas la Vírgen, como no es juez sino abogada, acógese á sola la misericordia, y con sus oraciones aplaca á la divina Justicia, y hace que con presteza nos socorra.

4. De donde se saca lo que dice el mismo Santo, que la devocion cordial con la Vírgen es señal de la predestinacion, porque con gran solicitud procura esta Señora para sus devotos, como se dijo en la parte II, todos los medios de su predestinacion, hasta que alcanzan su fin, y los lleva consigo á la gloria. Además acude al remedio de todos nuestros peligros y necesidades con tanta certeza y generalidad, que se atrevió á decir san Bernardo (Serm. 4 de Nativ.): Vírgen bienaventurada, cese de alabar tu misericordia quien se acordare que le has faltado en remediar su necesidad; como quien dice: Todos han de alabar tus misericordias, porque todos los que acuden á tí hallan remedio en sus necesidades.-Con todas estas razones bien consideradas tengo de encender en mi alma el fuego de la devocion con la Vírgen nuestra Señora, suplicando á su Hijo me comunique este amor con su Madre, y á la misma Madre que me le alcance. (*Eccli.* XXIV, 13). Ó Madre amantísima, cuya morada especial no es en la casa de Esaú el aborrecido, sino en la casa de Jacob el amado, echando raíces en los escogidos para el cielo; con todo mi corazon deseo amaros y serviros como á Madre, é imitar vuestras virtudes como hijo; admitidme en esa casa de Jacob, donde morais; echad raíces en mi corazon, para que cumpla mi deseo, ocupándome con gran solicitud en vuestro servicio.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar la devocion que el Espíritu Santo ha inspirado á toda la Iglesia universal con la Vírgen nuestra Señora, señalando algunas cosas excelentes en que la muestra; las cuales tengo de ponderar para ejecutar la parte que pudiere, correspondiendo á la inspiracion y deseo del Espíritu Santo.-Lo primero, lo muestra en adorarla y venerarla, con una adoracion menor que la que se da á Dios, pero mayor que se da á todos los demás Santos, y por excelencia se llama hiperdulía; y en razon de esto la atribuye algunos renombres propios de solo Dios, por la grande excelencia con que se hallan en ella. Y así vemos que la llama madre de misericordia, vida nuestra, dulzura y esperanza nuestra (en la *Salve* y *Ave maris Stella*); llámala puerta del cielo, y pídela lo que es propio de Dios, como es desatar las ca-

denas á los culpados, dar lumbre á los ciegos, y quitar de nosotros todos los males, y mostrarnos á Jesús fruto bendito de su vientre. Todo lo cual hace la Vírgen, alcanzándolo de Nuestro Señor con sus oraciones; y con este afecto tengo de honrar á esta Señora, y usar las palabras de la Iglesia con el espíritu y ternura que ella las dice.

2. Lo segundo, muestra esta devocion, en que por divina inspiracion dedica templos muchos y muy suntuosos á honra de la Vírgen, con imágenes muy devotas, exhortando á visitarlas, confirmando Nuestro Señor todo esto con innumerables milagros que hace por su respeto; y para este fin tambien instituye congregaciones y religiones, consagradas al servicio de la Vírgen, la cual las toma debajo de su amparo, haciéndolas extraordinarios favores así en general cómo en especial, á los que con especialidad se dedican á servirla, sin aceptar personas, porque cualquiera que la sirve halla gracia y favor en sus ojos, y yo le hallaré si de veras me ofreciere á su servicio.

3. Lo tercero, muestra esta devocion en la frecuente memoria y recurso que tiene á ella en todos tiempos, señalando para esto muchas festividades al año, y cási cada mes una, y en algunos dos y tres, y cada semana dedica el sábado á su honra con particular oficio y misa; y para cada dia ha ordenado oficio propio de esta Señora, con indulgencias al que le rezare; y antes de comenzar el oficio mayor siempre se dice la salutacion del Ave María, y le acaba con alguna antífona de la Vírgen, y con sonido de campana nos avisa cada dia á boca de noche, que la saludemos con el Ave María, y en algunas partes se hace tres veces, al amanecer, y al mediodía, y al anochecer. Y finalmente aprueba y exhorta el uso del Rosario en honra suya, haciendo un salterio de ciento y cincuenta Ave Marías, que responde al salterio de los ciento y cincuenta salmos de David, con quince *Pater noster*, á cada diez Ave Marías el suyo, como quien para un poco en las quince gradas de este divino templo, y responden á los quince salmos del *Canticum graduum*, para glorificar con esta música á la que siempre subió por los grados de todas las virtudes. Y para quien no puede rezar tanto cada dia, tambien aprueba la corona de sesenta y tres Ave Marías, en memoria de otros tantos años como vivió en esta vida, concediendo grandes indulgencias á los que rezaren estos Rosarios, para provocarnos al ejercicio de ellos, acudiendo Nuestro Señor á confirmar esta devocion con grandes milagros, por el amor que tiene á su Madre, y por el que desea que todos

le tengamos. Ó dulcísimo Jesús, pues tanto deseais que honremos á vuestra Madre santísima, inspiradme con eficacia esta devocion, ayudándome á ejercitar con fervor las obras que vuestra esposa la Iglesia para este fin ejercita.

MODO DE REZAR EL ROSARIO DE NUESTRA SEÑORA CON ESPÍRITU Y DEVOCION, JUNTANDO CON ÉL LA ORACION MENTAL.

—Entre las devociones de la Vírgen nuestra Señora, la mas celebrada es la que se apuntó del Rosario; y porque la oracion vocal sube mucho de punto cuando se junta con la mental, los devotos de la Vírgen han inventado varios modos de juntarlas cuando le rezan, de los cuales pondré los mas provechosos, para que cada uno escoja el que mas ayudare á su devocion, tomando una vez uno, y otra vez otro, por quitar el fastidio con esta santa variedad.—

—Antes de comenzar el Rosario se ha de hacer lo que dijimos en la introduccion de este libro, párrafo V, levantando el corazon á Dios nuestro Señor que está presente; y haciéndole una reverencia muy profunda, le suplicaré me ayude con su gracia para rezar este Rosario, de modo que le agrade, ofreciéndole todas las palabras, pensamientos, afectos y deseos que tuviere, enderezándolos todos á gloria suya y de la Vírgen nuestra Señora, en accion de gracias por las mercedes que me ha hecho, y en satisfaccion de los pecados y descuidos que he tenido en su servicio, y para que me conceda las virtudes que me faltan, y lo demás de que tengo necesidad para servirla con perfeccion. Y si el Rosario se ha de ofrecer por otras necesidades de la Iglesia ó de alguna persona particular viva ó difunta, aquí se ha de hacer este ofrecimiento, advirtiendo que de cuatro fines á que puedo enderezar mi oracion, que son glorificacion y alabanza de Dios, por ser quien es, accion de gracias por sus beneficios, satisfaccion por mis pecados, é impetracion de virtudes; cuando ofrezco el Rosario por otro, aunque le doy la satisfaccion que me cabia, tambien puedo, sin perjuicio suyo, ofrecerle por mí para los otros tres fines.—

—Hecho este ofrecimiento, rezaré diez Ave Marías y un *Pater noster* con espacio y atencion, no contentándome con atender á la corteza de las palabras para no errar, sino tambien al sentido de ellas ó á la persona á quien se enderezan, que es Dios nuestro Señor, ó la Vírgen nuestra Señora, la cual, aunque está en el cielo, me ve, oye y entiende mi oracion, y puedo hablar con ella, como si estuviera cerca de mí en la tierra. En habiendo rezado las dichas diez

Ave Marías haré una breve meditacion por uno de los modos que se siguen.—

Primer modo de rezar el Rosario, meditando las palabras del Ave María.

1. El primer modo de rezar el Rosario ó la Corona, es por el modo de orar, por las palabras que declaramos en el párrafo IX de la introduccion de este libro, dividiendo la oracion del Ave María en seis ó siete palabras principales, y á cada diez Ave Marías tomar por materia de meditacion una de ellas, como se ponderaron en la parte II.-En el primer diez meditaré esta palabra (*Parte* II, *med.* IV): *Dios te Salve María,* ponderando las grandezas que se encierran en este dulcísimo nombre de María.-En el segundo diez meditaré la segunda palabra: *Llena de gracia,* ponderando la inmensidad de gracias y virtudes de que está llena esta Señora. (*P.* II, *med.* III).-En el tercer diez meditaré la tercera palabra: *El Señor es contigo.*-En el cuarto la cuarta: *Bendita tú entre las mujeres.*-En el quinto la otra palabra: *Bendito es el fruto de tu vientre Jesús* (*P.* II, *med.* XXI), ponderando las excelencias del nombre dulcísimo de Jesús, y las bendiciones celestiales que nos vienen por su medio.-En el sexto diez meditaré la sexta palabra (*P.* II, *med.* III): *Santa María Madre de Dios,* ponderando las grandezas que están encerradas en la eleccion de la Vírgen para esta dignidad tan alta y los privilegios que por ella le concedieron.-Y finalmente, meditaré lo que encierra la postrera palabra: *Ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte* (*Parte* III, *med.* V), ponderando la eficacia de la oracion de la Vírgen, la necesidad que tengo de ella, especialmente en la hora de la muerte; mirando con qué afecto diré esta palabra cuando me vea en aquel trance, y decirla ahora con el mismo.

2. Con esta breve meditacion he de juntar varios afectos: unos con Dios nuestro Señor, y otros con la Vírgen, admirándome de las grandezas y virtudes que tiene, gozándome de que las tenga, glorificando y alabando á Dios porque se las dió, despertando en mí deseos de imitarla en ellas, y dándola siempre el parabien de todas, con esta palabra *Ave,* que se ha de repetir con cada una de las otras con grande afecto, diciendo: Dios te salve María benditísima, Dios te salve la llena de gracia, la llena de caridad, la llena de humildad: Dios te salve la que tienes á Dios contigo, la que eres su Madre y le tienes por Hijo, etc.

3. Últimamente he de concluir con peticiones de las virtudes que

he considerado en la Vírgen, ó de las cosas que me faltan, enderezándolas, unas veces á Cristo nuestro Señor, por los merecimientos de su Madre; otras á la misma Madre, para que me las negocie y alcance de su Hijo; otras á las demás personas de la santísima Trinidad, con los títulos y coloquios de que hicimos mencion en el párrafo I de la introduccion de este libro.-De esta misma manera se puede tomar otras veces por materia de meditacion la oracion del *Pater noster,* meditando á cada diez Ave Marías una de sus siete peticiones, como se hallará en la meditacion XIV de la parte III. Y otras veces podré tambien meditar los diez versos del cántico de la *Magnifica,* en cada diez Ave Marías, uno ó dos de ellos, con los varios sentimientos y afectos que se pusieron en la meditacion XII de la parte II.

Segundo modo de rezar el Rosario, mas ordinario, meditando los quince misterios.

—El segundo modo de rezar el Rosario, mas ordinario, es, tomando por materia de meditacion los quince misterios mas principales de Cristo nuestro Señor y de su Madre, meditando á cada diez Ave Marías un misterio, los cuales se dividen en tres órdenes.-El primero es de los misterios gozosos, que fueron materia de grande gozo para la Vírgen, y son, la anunciacion del Ángel, la visitacion á santa Isabel, el nacimiento de Cristo nuestro Señor, su presentacion al templo, y cuando fue hallado entre los doctores, de los cuales se han hecho meditaciones en la parte II de este libro; y porque cada misterio abraza muchos puntos, y podria causar algun fastidio pensar siempre una misma cosa, puédese un dia meditar un punto, y otro dia otro, como allí se pusieron. —

—El segundo órden de misterios se llama dolorosos, porque fueron muy penosos para Cristo nuestro Señor, y para su Madre, ó cuando estuvo presente á ellos, ó cuando los supo y los consideraba. Estos son la oracion del huerto, con la tristeza y sudor de sangre; los azotes en la coluna, la coronacion de espinas, el llevar la cruz á cuestas, y el estar crucificado en la cruz: de los cuales se han hecho muchas meditaciones en la parte IV.—

—El tercer órden es, de los misterios gloriosos, en que resplandeció la gloria de Cristo nuestro Señor y de su Madre, conviene á saber, la resurreccion de Cristo, su ascension y su asiento á la diestra del Padre, la venida del Espíritu Santo, la asuncion de la Vír-

gen, y su gloriosa coronacion: de los cuales se han puesto meditaciones en esta parte V. —

1. Presupuesto esto, en cada diez Ave Marías se han de hacer tres cosas. La primera es, pasar por la memoria el misterio, ó algun punto de él, meditando y ponderando brevemente las grandezas y excelencias de Cristo nuestro Señor y de su Madre, las cosas que allí hacen ó padecen; el gozo, ó el dolor, ó la gloria que reciben; las heróicas virtudes que ejercitan; y los grandes bienes que de allí resultan para todos los hombres, y en particular para mí mismo, considerando las causas especiales que yo tengo para gozarme, dolerme y gloriarme de lo que en estos misterios se representa.

2. En esta meditacion puedo detenerme mas ó menos tiempo, conforme á la devocion ó lugar que tuviere, procurando siempre pasar á la segunda cosa que es mas principal; conviene á saber, mover la voluntad al ejercicio de los afectos gozosos ó dolorosos, á que el misterio provoca, haciendo amorosos coloquios con Cristo nuestro Señor, ó con su Madre, ó con la santísima Trinidad. Si el misterio es gozoso como el de la encarnacion, puedo ejercitar todos estos actos con páusa y sentimiento interior. Gracias te doy, Padre eterno, por haber querido que tu Hijo se hiciese hombre por nosotros. Gózome de la infinita bondad y caridad y misericordia que en esta obra descubriste. ¡Oh si todo el mundo te alabase y glorificase por ella! Ó Verbo divino, gracias te doy por haber escogido á la Vírgen santísima por tu Madre, queriendo hacerte niño en sus entrañas. Ó Vírgen santísima, gózome de que hayas sido escogida por Madre del mismo Dios, y del gozo grande que tuviste con la nueva que de esto te dió su glorioso Arcángel. Alégrome tambien de la prudencia, castidad, y humildad y resignacion que en esta embajada descubriste. ¡Oh si pudiese yo tener parte en tus gozos, ó imitar tus virtudes! Negocia, Madre mia, lo que deseo, para servirte fervorosamente con ello.

3. Y si el misterio fuese doloroso, he de ejercitar afectos de dolor, proporcionalmente á los dichos. Mirando al misterio del huerto, puedo decir: Gracias te doy, Padre eterno, por haber querido que tu Hijo unigénito padezca tales agonías, por remedio de mis culpas. Ó Salvador mio, pésame de verte tan triste y afligido por mis pecados, sudando sangre para lavarme de ellos. ¡Oh pecados mios, que así afligís á mi mismo Dios! ¡Oh quien nunca hubiera pecado, ni dado causa para tan gran tormento! Pésame, Dios mio, de haberte ofendido, y quisiera que mi pesar fuera como el tuyo, derramando

copiosas lágrimas por mis culpas, pues tú derramas sangre por ellas. Ó Vírgen santísima, ¡cuán grave fue vuestro dolor cuando supísteis el que vuestro Hijo padeció en este huerto! ¡Oh qué sentimiento tuvísteis de nuestras culpas, considerando el que vuestro Hijo tuvo de ellas! Pedidle me haga participante de estos dolores, pues siendo mia la culpa, es justo que pase por la pena.

—Á este modo se pueden hacer coloquios y afectos en los demás misterios, juntando con ellos la tercera cosa, que es representar á Cristo nuestro Señor y á su Madre las necesidades y miserias que padezco, pidiéndoles remedio de ellas; alegándoles por título el gozo ó el dolor que allí recibieron, haciendo propósitos muy eficaces de imitar alguna de las virtudes de la Vírgen, de que luego dirémos.—

—Y si alguno, por falta de tiempo ó por otra causa, no quisiere detenerse en meditar sobre el misterio, bastará que en dichas diez Ave Marías, por lo menos se acuerde de él, y haga un breve coloquio y peticion á Nuestra Señora, diciéndola: Gózome, Vírgen soberana, del gozo que en este misterio recibísteis, por el cual os suplico me alcanceis perdon de mis pecados, y gracia para imitar vuestras virtudes: Y en los misterios dolorosos y gloriosos diré proporcionalmente: Pésame, Vírgen soberana, del dolor que en este paso padecísteis, ó alégrome de la gloria y alegría que en este misterio recibísteis, por el cual os suplico, etc.—

—Acabada esta breve oracion mental, como está dicho, cerca de un misterio, he de proseguir la vocal, rezando otras diez Ave Marías: Y si por la mocion y sentimiento pasado se me fuere el corazon á lo mismo, bien puedo dejarle ir; porque semejantes afectos no son contrarios á la atencion que ha de tener la oracion vocal, antes la perfeccionan en gran manera.—

4. En rezando el Rosario, examinaré brevemente el modo como le he rezado, deliéndome de las distracciones y sequedades, y de las demás faltas que hubiere tenido, y dando gracias á Dios por cualquier sentimiento que me hubiere dado, con deseo de rezarle otro dia con mayor fervor y devocion.—

—Últimamente añado, que aunque reducimos á quince los misterios del Rosario, podemos algunas veces, en lugar de los nombrados, tomar otros semejantes, que andan pareados con ellos. Con los gozosos podemos juntar alguna vez la concepcion de la Vírgen, su natividad y presentacion al templo, la circuncision del niño Jesús con la imposicion de su nombre, la adoracion de los Magos, la huida y vuelta de Egipto. Con los dolorosos se pueden juntar la pri-

sion, la bofetada en casa de Anás, los trabajos de la noche de la pasion en casa de Caifás, los desprecios de Herodes, el ser pospuesto á Barrabás. Y alguna vez se puede tomar por materia de meditacion las siete palabras que Cristo nuestro Señor dijo en la cruz, meditando una á cada diez Ave Marías, ponderando los sentimientos de la Vírgen cuando las oyó decir, como se hallará en la parte IV de la meditacion XLV.—

Tercer modo de rezar el Rosario, meditando las virtudes de Nuestra Señora.

La principal cosa en que hemos de mostrar la devocion con la Vírgen nuestra Señora, es la imitacion de sus heróicas virtudes. Para lo cual ayudará mucho meditarlas en el ejercicio del Rosario, en cada diez Ave Marías una virtud. En un diez la humildad, en otro la pureza, en otro la obediencia, ó paciencia, ó caridad; y así las demás, poniendo los ojos en tres cosas.-Lo primero, en los actos heróicos que la Vírgen ejercitó cerca de aquella virtud, al modo que los contamos de su humildad, en la meditacion XXXVII, admirándome de su santidad, gozándome de ella; glorificando á Dios porque se la dió, y alegrándome por el premio que por tal virtud le ha dado.-Lo segundo, pondré los ojos en la falta que yo tengo de aquella virtud, y en las culpas y defectos contrarios en que caigo, doliéndome de ellos con grande confusion y humillacion, suplicando á esta Vírgen soberana me alcance perdon de lo pasado, y gracia para enmendarme en lo porvenir.-Lo tercero, haré algunos propósitos, con las veras que pudiere, de imitar á la Vírgen en aquellos actos de virtud, señalando para ello alguna cosa particular, confiando en el favor de esta piadosa Madre, que podré cumplirlos.

—Para este modo de meditacion ayudará saber las virtudes especiales de esta Señora, como se han tocado en las meditaciones precedentes (*P.* II, *med.* VI *y* XXIX), y en las de su presentacion y purificacion, á donde pusimos seis, como seis hojas blancas de la azucena con las seis varicas doradas de los afectos interiores que resplandecieron en ella, las cuales podemos meditar rezando su corona.—

MEDITACION XXXIX.

DE LAS VIDAS DE LOS SANTOS, Y DE SUS DICHOSAS MUERTES Y PREMIOS.

—Porque en el discurso de esta parte V, y de la III, se han puesto muchas meditaciones que pueden servir para las fiestas de los Apóstoles, Mártires, Doctores y Vírgenes, y otros Santos, solamente pondré aquí una de todos en general, la cual fácilmente se puede aplicar á cada uno en especial, meditando de uno lo que dijéremos de todos. —

PUNTO PRIMERO. -*De la eleccion de los Santos.* — 1. Lo primero, se ha de considerar la inmensa liberalidad de Dios con sus escogidos, en comunicarles innumerables dones de su gracia para hacerlos Santos, de los cuales hizo un breve catálogo san Pablo, diciendo (*Rom.* VIII, 29): *Que á los que Dios predestinó para que fuesen conformes con la imágen de su Hijo, á esos llamó, y á los que llamó, justificó, y á los que justificó, glorificó y engrandeció.* -Primeramente, Dios nuestro Señor, por sola su bondad, y por los merecimientos de Jesucristo su Hijo, los predestinó y escogió para que fuesen santos (*Ephes.* I, 4) y limpios en su presencia, señalándolos para que fuesen vasos (*Rom.* IX, 23) de misericordia, en quien depositase y manifestase las riquezas de su gracia. -En ejecucion de esta soberana eleccion, á su tiempo los crió, dejando otros innumerables en el abismo de la nada; luego los llamó eficazmente á su fe y religion cristiana, haciéndolos miembros de su Iglesia por el Bautismo, dejando perecer á otros muchos en el diluvio de la infidelidad. Y cuando pecaron, tornó á llamarlos con eficacia, para que hiciesen penitencia, dejando á otros morir en su culpa.

2. Lo tercero, preservóles de grandes pecados, sacólos de graves peligros, favorecióles en terribles tentaciones, previnoles con muchas inspiraciones y con bendiciones de dulzura, para que ejercitasen heróicas virtudes, y engrandecióles con muchos dones de su gracia, para que fuesen grandes en su presencia.-Demás de esto tuvo especial providencia con ellos, llamándoles al estado y oficio que mas les convenia para ser santos, ó sacerdocio, ó religion, ó prelacía, dando á cada uno bastantes ayudas para cumplir con sus obligaciones. -Y finalmente trazó su modo de muerte, de manera que fuese paso para la gloria (*Psalm.* CXV, 15), porque es muy preciosa en los ojos del Señor la muerte de sus Santos: en la cual se re-

mata todo el discurso de su dichosa eleccion, para ser conformes con Cristo nuestro Señor en su gloria, como lo fueron en su vida.

3. Todas estas consideraciones me han de ser motivos de varios afectos: unos con Nuestro Señor, alabándole por las mercedes que hizo á los Santos. Otros con los mismos Santos, gozándome de los bienes que Dios les comunicó. Otros en órden á mí mismo, reconociendo las mercedes que en esta parte Nuestro Señor me hubiere hecho, y dándole gracias por la voluntad que tiene de hacerme santo y limpio en sus ojos, suplicándole me ayude, para que por mí no quede. Ó Santo de los Santos, que dijiste á tu pueblo (*Levit.* XI, 44): Sed Santos, como yo lo soy, dame lo que me mandas, para que alcance lo que deseas. Y pues la santidad es tuya, previéneme con tu copiosa gracia, para que suba á muy altos grados de ella. Amen.

—De estos cinco beneficios que aquí se han contado, se dirá largamente en la parte VI que se sigue.—

PUNTO SEGUNDO.—*Mortificacion de los Santos.*— 1. Lo segundo, se ha de considerar cuán bien respondieron los Santos á su vocacion, y cuán bien se aprovecharon de estas mercedes que recibieron en el discurso de su vida (*en la medit.* VII *de la parte* III), ponderando las virtudes mas señaladas en que se ejercitaron para llegar á tanta santidad. Estas se pueden reducir brevemente á tres órdenes, en cumplimiento de lo que Cristo nuestro Señor dijo (*Matth.* XVI, 24): *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.*—Lo primero, se señalaron en la abnegacion y mortificacion de sí mismos; concibiendo un santo odio de sí, de su carne y amor propio. Los que fueron grandes pecadores, hicieron grandes penitencias, llorando sus pecados con gran contricion, y confesándolos tan humildemente, que algunos los dejaron escritos en sus cartas y libros para su perfecta humillacion. Y los que no hicieron culpas graves, para preservarse de ellas afligian su carne con grandes asperezas, para tenerla rendida al espíritu, castigando cualquier culpa pequeña, como si fuera grande, mostrándose todos ser del bando de Cristo en crucificar su carne con sus vicios y concupiscencias (*Galat.* V, 24), mortificando las obras de la carne (*Rom.* VIII, 13) con el fervor del espíritu. Y como Cristo crucificado recibió cuatro llagas en piés y manos, de que murió, y la quinta en el costado, para confirmar mas su muerte; así los Santos crucificaron los deleites desordenados de los sentidos, las codicias desenfrenadas de los apetitos, los quereres torcidos de la voluntad propia, y los pen-

samientos desvariados de su imaginacion y propio juicio; y con estas cuatro cosas murieron al pecado. (*D. Greg.* V Moral. c. 8). Pero no contentos con esto, deseando asegurar mas esta dichosa muerte, mortificaron su amor natural en muchas cosas lícitas, por estar mas léjos de caer en las ilícitas. Renunciaron los padres, amigos, hacienda, honra y regalo que lícitamente pudieran poseer; dejaron muchas cosas que sin culpa pudieran hacer, á fin de morir al mundo y al amor propio, para vivir mas perfectamente á Cristo; y con esta generosa violencia que hicieron á sí mismos (*Matth.* XI, 12), arrebataron el reino de los cielos. Ó Santos valerosos, que con vuestra mortificacion continua os (*Colos.* III, 9) despojásteis del hombre viejo con todas sus obras, para vestiros del hombre nuevo con las suyas; suplicad á vuestro capitan Jesús me ayude con su gracia para vencer mi naturaleza, alentándome á entrar por la puerta estrecha de la mortificacion de mi carne, para alcanzar la renovacion perfecta del espíritu.

2. Lo segundo, se señalaron los Santos en llevar cada dia la cruz de Cristo nuestro Señor con grande fortaleza, paciencia y perseverancia. Mostraron la fortaleza en las batallas que tuvieron interiores y exteriores del demonio y de sus ministros, de enemigos y de amigos, con capa de piedad, las cuales iban enderezadas á quitarles la fe ó castidad, ó la humildad y pobreza evangélica, ó la vocacion para religion, y en ellas pelearon valerosamente, padeciendo mucho por salir con la victoria. (*En la medit.* XXIV *de la pasie* III). Mostraron la paciencia invencible en los trabajos que les sucedian, en las enfermedades, dolores y pobrezas, infamias, falsos testimonios y otras muchas aflicciones semejantes: y aunque como hombres las sentian, pero con la divina gracia llegaron á gozarse en ellas, gloriándose de llevar la cruz de Cristo y su preciosa mortificacion. Todos padecieron algun modo de martirio en el cuerpo ó en el espíritu, por defensa de alguna virtud, y muriendo en esta cruz, entraron en la gloria. (I *Petr.* II, 5). Todos como piedras vivas fueron labradas con golpes de tribulaciones, y así fueron colocados en el edificio del cielo. Todos (*Sap.* III, 6) pasaron por el fuego de las aflicciones, y salieron probados como el oro en el crisol; porque la paciencia acabó en ellos su obra, y los hizo enteros y perfectos (*Jacob.* I, 4), sin quebrar ni faltar en la lealtad que debian á Dios. Gracias os doy, fuertes soldados, por la fidelidad que tuvisteis en vuestras persecuciones, valiendo por la honra de Dios. Gózome de vuestra invencible paciencia por la cual alcanzásteis la corona. Ayudad-

me con vuestras oraciones, para que siguiendo vuestros ejemplos tenga parte en vuestras victorias. Amen.

3. Lo tercero, se señalaron los Santos en seguir perfectamente á Cristo nuestro Señor (II *Cor.* IV, 11), de modo que la vida de Jesús se manifestaba en ellos, por estar de piés á cabeza vestidos de Jesucristo (*Rom.* XIII, 14), y por la perfecta imitacion se pudieron llamar, *alter Christus*, otro Cristo en la humildad, castidad y las demás virtudes, como arriba se dijo. (*En la intr. de la parte* II). Esta perfecta imitacion alcanzaron con oracion y obediencia, porque fueron muy fervorosos en orar, teniendo frecuente recurso á Dios en todas sus cosas con gran confianza en la divina Providencia; y tambien fueron muy prestos y puntuales en obedecer á la divina voluntad, á sus preceptos y consejos, á las divinas inspiraciones, teniendo por sumo gozo negar su propia voluntad, por hacer la de Dios, señalándose cada uno en algo particular, por razon de lo cual dice de él la Iglesia aquello del Eclesiástico (*c.* XLIV, 20): No se halló otro semejante, que así guardase la ley del Altísimo. Ó altísimo Dios, que muestras la alteza de tu bondad en las virtudes que diste á los Santos, para que fuesen conformes con la imágen de tu Hijo; muéstrala conmigo en hacerme semejante á ellos, para que imite al que ellos imitaron, y la vida de Jesús resplandezca en la mia, como resplandeció en la suya. Amen.

4. De estas consideraciones he tambien de sacar afectos de confusion, viendo lo poco que yo hago, y lo mal que respondo á mi vocacion y á los beneficios de Dios, pues, como dice Nuestro Señor por Ezequiel (*Ezech.* XLIII, 10), y declara san Gregorio (lib. XXIV Moral. c. 6), hemos de mirar los templos vivos de sus Santos, para confundirnos de nuestros pecados, y hemos de medir y meditar la fábrica maravillosa de sus vidas, para avergonzarnos de las nuestras, y reformarlas segun ellas, esperando en la divina liberalidad que nos ayudará como los ayudó: y pues ellos, siendo hombres flacos como yo, pudieron tanto en virtud de Dios, yo tambien podré lo mismo, pues no está abreviada la mano del Señor para conmigo. (*Isai.* LIX, 1).

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar cuán liberal ha sido Nuestro Señor en honrar y premiar á los Santos en esta vida y en la otra, en varias maneras. Lo primero, antes de la muerte premió á muchos de ellos con raros consuelos espirituales, con gracia de contemplacion, con raptos y revelaciones muy regaladas, con espíritu de profecía, con don de hacer milagros, y otras gracias gra-

tis datas. De tal manera, que huyendo ellos con humildad de la honra, Dios con su liberalidad los honraba, obrando por ellos obras tan maravillosas que los hacian venerables á todos, y su heróica virtud ponia tanta admiracion, que se hacia respetar, cumpliendo el Señor lo que dijo (1 *Reg.* II, 30), que honraria á los que le honrasen.—Tambien los premió en la misma muerte, concediendo á unos que muriesen como mártires por la confesion gloriosa de su fe, y á otros con tal modo, que aunque fuese penoso á la carne, fuese muy dulce al espíritu, dándoles á gustar algo de lo que esperaban recibir en la gloria, y enviando Ángeles que asistiesen á su tránsito, viniendo á veces el mismo Señor por ellos, cumpliendo lo que habia dicho (*Ioan.* XIV, 13): Yo vendré por vosotros, y os llevaré conmigo, para que esteis donde yo estoy.

2. Demás de esto, despues de la muerte los honra en su Iglesia militante, queriendo que su santidad sea publicada y alabada de todos, y que á honra suya se edifiquen muchos templos, pinten imágenes, y se celebren fiestas. Y que todos veneren sus huesos y cenizas, y los vestidos remendados que trajeron, las cadenas con que estuvieron presos, y las firmas de sus cartas, haciendo grandes milagros por estas cosas para honrarlos, y castigando los desacatos que se hacen contra ellos. Y los que estuvieran olvidados en el mundo, si no hubieren sido tan santos, como se ve en san Francisco, ahora andan en bocas de todos; y los príncipes y monarcas se honran con sus nombres, y se amparan con sus reliquias, cumpliéndose lo que Dios prometió á su Iglesia, cuando dijo (*Isai.* LX, 15): *Ponam te in superbiam saeculorum:* haréte tan gloriosa, que la grandeza del mundo tenga por honra echarse á tus piés.

3. Lo cuarto, el dia del juicio los honrará con honra excelentísima, poniéndolos á su mano derecha con grande majestad á vista de todo el mundo, cumpliendo la palabra que dió á quien le confesase delante de los hombres (*Matth.* X, 32), que le honraria delante de su Padre y de los Ángeles.

4. Finalmente, en el cielo los premia y honra con tanta grandeza, que solo Dios y ellos la pueden declarar. Estarán sentados junto á su trono y en otros tronos muy resplandecientes, con vestiduras blancas de admirables virtudes, con coronas de oro sobre sus cabezas como reyes, con palmas en las manos como vencedores. Y el mismo Dios, como dice Isaías (*Isai.* XXVIII, 5), será su corona y su gloria y alegría, empleándose en honrar, alegrar y festejar á sus escogidos. Premiará cada una de sus virtudes con singular premio,

y con medida tan llena, que reboze de contento. (*Luc.* VI, 38). La fe será premiada con la clara vista de la Divinidad. La esperanza, con la posesion eterna de todos los bienes que desearon. La caridad, con el amor beatífico que los une con su Dios. La humildad y paciencia, y las demás virtudes, con el rio de deleites que les embriaga, experimentando todos los premios que se prometen á las ocho bienaventuranzas, como en su lugar verémos. (*Parte* VI, *medit.* LII). Ó alma mia, ¿qué haces? ¿cómo no suspiras y trabajas por alcanzar la santidad, cuyo fin es tan soberano galardon? Si deseas honras y grandezas, ¿quién mas honrado que los amigos de Dios? Y ¿qué principado excede al de sus Santos? (*Psalm.* CXXXVIII, 17). Si es honrado aquel á quien quiere honrar el Rey del cielo (*Esther,* VI, 6), ¿cómo no sigues la virtud, que es digna de tanta honra y premio? Ó Dios infinito, que eres glorioso y admirable en tus Santos (*Psalm.* LXVII, 36), gracias te doy por las maravillas que en ellos obraste, y por los admirables premios que les diste; y pues es gloria tuya que sean muchos, júntame en el número de ellos, para que te sirva con la pureza y santidad todos los dias de mi vida, y despues suba á gozar de tí en su compañía por todos los siglos de los siglos. Amen.

PARTE SEXTA.

DE LAS MEDITACIONES

DE LOS

MISTERIOS DE LA DIVINIDAD, TRINIDAD Y PERFECCIONES DE DIOS:

Y DE

LOS BENEFICIOS NATURALES Y SOBRENATURALES QUE DE ÉL PROCEDEN.

INTRODUCCION.

DE LOS FERVOROSOS AFECTOS DE AMOR Y AGRADECIMIENTO.

Las meditaciones que hasta aquí se han puesto han sido principalmente de los misterios que pertenecen á la humanidad de Jesucristo nuestro Señor, y á las obras que obró en ella y por ella, antes y despues de su resurreccion, aunque con ellas han ido mezcladas otras muchas de algunos misterios propios de la divinidad, por la trabazon que tienen entre sí, en cuanto proceden de una misma persona, que juntamente es hombre y Dios. Las meditaciones que pondrémos de aquí adelante serán principalmente de los misterios que pertenecen á la divinidad y trinidad de Dios, y á las obras que de él proceden en beneficio de los hombres, con las cuales, por razon de la misma trabazon, tambien irán mezcladas otras de algunos misterios que tocan á la humanidad. Y aunque estos, como dice santo Tomás (2, 2, *q.* 22, *art.* 3 *ad* 2, *q.* 180, *art.* 4), son mas proporcionados á nuestra flaca naturaleza, pero los de la divinidad son de suyo mas excelentes, en los cuales principalmente se apacientan los Ángeles y espíritus bienaventurados, y los varones perfectos, que viviendo con el cuerpo en la tierra, tienen su conversacion con el

espíritu en el cielo, y por la continua meditacion y contemplacion de las cosas celestiales aumentan y perfeccionan el encendido amor de Dios, y la perfecta union, que es fin de la via unitiva, al modo que se dijo en la introduccion de la parte V. Esto declaró maravillosamente san Basilio, respondiendo á una pregunta que le hicieron sus monjes, para saber con qué aficion se habia de servir á Dios, y esta aficion en qué consistia; á los cuales respondió estas palabras (*In Reg. Brevior. Reg.* 157): *La buena aficion del alma es un deseo de agradar á Dios, vehemente, insaciable, estable y constante, el cual se va ganando con la contemplacion vigilante y continua de la grandeza de la gloria de Dios, y con la memoria agradable y frecuente de los beneficios que de él hemos recibido; de las cuales cosas se engendra en el alma el cumplimiento de aquello que está escrito* (*Matth.* XXII, 37): *Amarás á Dios de todo tu corazon, con toda tu fortaleza y con todo tu espíritu, como hacia aquel Profeta que dijo* (*Psalm.* XLI, 2): *Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí mi Dios.* Y el Apóstol que decia (*Rom.* VIII, 35): *¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿La tribulacion, ó la angustia, ó la persecucion, ó la desnudez, ó el peligro, ó el cuchillo?*

Lo dicho es de san Basilio, en las cuales palabras brevemente nos enseña este santo doctor el fin principal de la vida contemplativa en su grado supremo, y los principales medios que hay para alcanzarla, y el fruto que de ellos se saca; y de camino declaró tambien la perfeccion con que se han de ejercitar todas las obras de la vida activa, juntando con ellas la devocion interior y el fervor del espíritu, el cual consiste en tener grande aficion á las cosas del divino servicio, con deseo de agradar en ellas, no al mundo ni á la carne, ni á nosotros mismos, sino á solo Dios, por ser quien es, acompañando nuestro deseo con estas cuatro condiciones.—La primera, que no sea tibio, ni flojo, cual es el de los perezosos, que para en solo deseo, y se le convierte, como dice el Espíritu Santo (*Prov.* XXI, 25), en tormento y muerte, sino que sea vehemente, fuerte y eficaz, cual es el de los fervorosos, que para en obras, haciéndolas con entereza y exaccion.—La segunda es, que sea insaciable; esto es, que no se contente con lo poco que hace ó padece, aunque sea todo lo que puede, sino que se extienda el deseo á mucho mas; y que no solamente no tenga tédio, ni fastidio de las buenas obras, sino que tenga tal hambre, que nunca se vea harto de ellas, de modo que su deseo sea como el fuego (*Prov.* XXX, 16), que nunca dice basta.—La tercera es, que sea estable; esto es, que no sea mudable, salpi-

cando de una cosa en otra, como el perezoso que todo se le va en decir, quiero y no quiero, y con liviandad prueba varios ejercicios de virtud, dejando unos por enfado, y tomando luego otros diversos, sin tener firmeza ni estabilidad en lo bueno que comienza, la cual estabilidad es muy necesaria para llegar á la cumbre de la perfeccion que se pretende. - La cuarta es, que sea constante y perseverante hasta la muerte, sin que se pierda ni afloje, ó entibie por tentaciones, ni persecuciones, haciendo rostro á todas con grande valor y pecho, de la manera que el ciervo (*Psalm.* XLI, 2) muy sediento con grande vehemencia corre buscando alguna fuente de agua en que hartar su sed, y no descansa, rompiendo por breñas y riscos, hasta topar con ella. Todas estas propiedades tuvo el deseo con que Cristo nuestro Señor cumplió la voluntad de su Padre para nuestro remedio, como consta por lo que se ha dicho en la parte III y IV; y esta sola consideracion bastará para despertar en nosotros semejante afecto, pues es razon que el discípulo imite á su Maestro, y es muy justo que yo me ocupe en su servicio con el afecto que él se ocupó en mi provecho.

Pero dejando esta consideracion de que ya se ha dicho mucho, el glorioso san Basilio pone aquí otras dos que hacen á nuestro propósito, por las cuales se va ganando este afecto con las propiedades referidas. - La primera es, la contemplacion de las grandezas de Dios, de sus excelencias y perfecciones, por las cuales es digno de ser amado, alabado, servido y obedecido con infinito afecto, si fuera posible; pero ya que no lo es, todas y cada una de ellas nos mueven y obligan á procurar un afecto el mas vehemente, insaciable, constante y perseverante que pudiéremos, pues, como dice el Eclesiástico (*c.* XLV, 32), por mucho que hagamos, quedarémos cortos en darle lo que merece. - La segunda es, la contemplacion de los innumerables beneficios que recibimos de su mano, los cuales nos da con un amor tan vehemente, insaciable y perseverante, que no se cansa de hacernos bien, ni se harta de darnos sus dones, ni cesará, cuanto es de su parte, de darlos por toda su eternidad, con lo cual nos obliga á que, á ley de agradecidos, deseemos pagar sus infinitos beneficios con infinitos servicios si nos fueran posibles, pues todo es poco para pagarle lo mucho que le debemos.

De aquí infiere este santo Doctor, que con estas consideraciones se va engendrando en el alma la perfeccion del amor con que Dios quiere ser amado, cuando nos dice (*Deut.* VI, 5; *Matth.* XXII, 37): Que le amemos con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, es-

píritu y fortaleza, y con todas nuestras fuerzas; de suerte, que todas nuestras potencias interiores y exteriores, y todos los sentidos y miembros de nuestro cuerpo, del modo que puedan se ocupen en amar á Dios (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 44, *art.* 4 *et* 5), ayudando á la obra del amor con insaciable vehemencia y perseverancia; porque la memoria y el entendimiento aman, cuando solamente se acuerdan, y piensan, y ponderan las cosas que provocan al amor. La imaginativa y los apetitos del alma tambien aman, cuando brotan imaginaciones y afectos que despiertan y avivan el amor. Los sentidos aman, cuando los ojos, oidos, lengua y gusto, solamente gustan de ver, oir y hablar de cosas que van ordenadas al amor; y todos los miembros corporales aman, cuando todos sirven á las obras de amor de Dios. Y finalmente todas nuestras fuerzas aman, cuando todas se emplean en amar á Dios con la intension que pueden, y en atropellar las dificultades que se lo estorban, y en resistir á las tentaciones que las divierten, para que la caridad esté tan arraigada en el alma, que ninguna cosa criada pueda apartarla de ella (*Ephes.* III, 17; *Rom.* VIII, 3; *Cant.* VIII, 7); ni los rios, ni las muchas aguas de las tribulaciones sean poderosas para amortiguar sus llamas, antes crezcan y suban tan alto, que nos muevan á imitar las heróicas y ejemplares virtudes de la Divinidad, de las cuales harémos mencion en la meditacion VI, al modo que Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, las imitó, pues con mucha razon puede decir: Imitadme á mí, como yo imito á mi Padre. Todo esto abraza la via unitiva, y el fin de estas meditaciones. Porque aunque es verdad que un amor y afecto tan perfecto, como se ha dicho, es dádiva graciosa del Espíritu Santo, el cual, sin muchedumbre de discursos, suele entrar á algunos de sus escogidos (*Cant.* II, 4) en la bodega de sus vinos, y embriagarlos con el vino fervorosísimo de amor, y regalarlos con el conocimiento experimental de su inmensa caridad; pero de nuestra parte, con su ayuda, nos acercamos á esta bodega, volando con las dos alas de estas dos suertes de meditaciones, cerca de las perfecciones de Dios y sus beneficios, las cuales van éntretejidas unas con otros, por la trabazon que tienen entre sí, á causa de que en esta vida no podemos conocer bien las grandezas de Dios, si no es por sus obras, y por los beneficios y dones que de él proceden; y como en estos dones resplandecen juntamente muchos atributos, así tambien en la meditacion del uno se habrán de mezclar algunas cosas que pertenecen al otro.

Modo de meditar los beneficios divinos con afectos de agradecimiento.

Resta que declaremos el modo de meditar los beneficios divinos, en los cuales principalmente se han de considerar cinco cosas para conocer su infinidad, y agradecerlos como conviene.—La primera, es la infinita grandeza del Bienhechor, que es Dios, discurriendo por sus excelencias y perfecciones, al modo que se irán meditando. De donde se sigue, que cualquier don, por pequeño que parezca, es de grande estima, por ser infinitamente grande el que le da. Y así decia David (*Psalm.* CXLIV, 1): Ensalzaréte, Dios mio y Rey mio, y bendeciré tu nombre por todos los siglos, y cada dia te alabaré, porque es grande el Señor, y su grandeza no tiene fin.

La segunda, es la infinita grandeza del amor con que hace el beneficio, el cual por esta causa es de grande estima, porque dando con amor, con el don se da á sí mismo, y se entra en la cosa amada; y de tal manera da cualquier cosa, aunque sea pequeña, que está deseoso de dar otras muy grandes, como dice á David por boca de Natan profeta (II *Reg.* XII, 8): Si te parecen pequeñas las mercedes que te he hecho, yo añadiré otras mayores; porque ni le falta poder ni voluntad, como verémos.

La tercera, es la grandeza del mismo beneficio, la cual en cierto modo es infinita en el número ó en la excelencia; porque unos beneficios hay que abrazan innumerables bienes, como es el de la creacion y conservacion del mundo, y de la providencia. Otros hay que tienen infinita excelencia, como el de la encarnacion, redencion, Eucaristía y glorificacion, y por todos hemos de dar gracias á Dios, como decia Isaías (*Isai.* LXIII, 7): Alabaré al Señor por todas las cosas que nos dió, y por la muchedumbre de bienes que repartió á la casa de Israel; y como dice san Bernardo, ningunos dones de Dios se han de quedar sin agradecimiento y alabanza (Serm. 51 in Cant.): *Non grandia, non mediocria, non pusilla:* ni los grandes, ni los medianos, ni los pequeños; porque los pequeños son infinitos en número, y aunque respecto de otros sean pequeños, por otros títulos son muy grandes.

La cuarta, es la infinita bajeza de la persona á quien se hace el beneficio, que es el hombre miserable, desconocido é ingrato, y verdaderamente indigno de que Dios se acordase de él y le hiciese beneficio alguno. Y así dice David (*Psalm.* VIII, 6): ¿Quién es el hombre para que te acuerdes de él? ¿Y quién es el hijo del hombre para que le estimes en algo? Todo es vanidad, y sus dias pasan como som-

bra. (*Psalm.* CXLIII, 4). De donde tambien sacaré, que comparando mi bajeza con la grandeza de Dios, soy indigno de tomar en mi vil boca sus alabanzas, diciendo con san Agustin (in Soliloquiis, c. 10): ¿Quién soy yo, Dios mio, para alabarte? Soy polvo y ceniza, perro muerto y hediondo gusano, y podredumbre; pues ¿cómo alabarán las tinieblas á la luz, la muerte á la vida, y el gusano á su infinito Criador?

La quinta, es la infinita liberalidad de Dios en dar el beneficio, dándole de gracia y de balde, sin esperar provecho del hombre á quien le da, y sin merecérselo, antes desmereciéndoselo infinitamente por sus innumerables pecados y desagradecimientos. De modo, que con ser tan enemigo suyo, no se cansa de hacerle cada dia nuevos beneficios. Estas cinco cosas nos enseñó á ponderar Cristo nuestro Señor, trayéndonos á la memoria el beneficio de la encarnacion, diciendo (*Ioan.* III, 16): *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito. La cual sentencia, como se dijo en la meditacion II de la parte II, tiene cinco palabras, y cada una pondera una de las cosas dichas. El que dió el beneficio es Dios infinito; el modo fue: *dilexit,* amando; el que le recibió fue *mundus*, el mundo lleno de abominacion; el beneficio fue su Hijo unigénito, tan infinito como él, y dióle de balde y sin merecimientos nuestros, y por esto dice, *ut Filium suum unigenitum daret.*

Modo de agradecer los beneficios divinos.—Ponderando estos cinco puntos, en cada beneficio divino hemos de corresponder con el debido agradecimiento, al cual, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 106, *art.* 6; *q.* 107, *art.* 1), inclina en primer lugar la virtud de la gratitud, por ser Dios el primero y supremo bienhechor, con quien principalmente hemos de ejercitar los tres actos propios del agradecimiento, que son reconocer y estimar grandemente su beneficio, por las razones dichas; alabarle por él publicando su largueza para que todos le alaben y glorifiquen; y hacerle algunos servicios no por interés, sino de gracia y de balde, aunque no esperáramos de Dios otros nuevos beneficios, pues bastan los recibidos. Y para que nuestro agradecimiento sea cumplido, ha de ser, como dice san Pablo (I *Tim.* II, 1), universal por todos los beneficios, sin dejar ninguno, y no solo por los que yo recibo, sino por los que reciben todas las demás criaturas.

Advirtiendo, que en el mundo hay tres suertes de criaturas. Unas que pueden y quieren dar gracias á Dios, por los beneficios que les

hace, pagándole esta deuda conforme á su posibilidad, como son los Ángeles, los Santos del cielo, las ánimas del purgatorio y los justos de la tierra. Otros hay que pueden, pero no quieren darle gracias, ó por ignorancia ó por malicia, como son los idólatras que no conocen á Dios, los demás infieles y los muy malos cristianos. Y aquí tambien pueden entrar los demonios y los condenados, á los cuales hizo Dios en algun tiempo grandes beneficios. Otras criaturas hay que ni quieren ni pueden agradecerlos, por no tener entendimiento para ello, como son los cielos, elementos mixtos, plantas y animales brutos; por todos los beneficios que se hacen á estas criaturas, hemos de dar gracias á Dios, acompañando á las primeras en su obra, supliendo la ignorancia y malicia de las segundas, y la imposibilidad de las terceras, convidándolas á alabar á Dios, porque de este modo me animo yo á bendecirle y glorificarle, y atizo el deseo de que alaben á Dios todos los que pueden y deben alabarle. Y así en todo lugar y tiempo, como dice el Apóstol (*Ephes.* v, 4; II *Thes.* I, 5; II *Cor.* IX, 15), alabaré á Dios con la palabra de que usa él muchas veces, especialmente á los corintios: *Gratias Deo super inenarrabili dono ejus:* gracias á Dios por su don que no se puede contar. De esta palabra usa á menudo la Iglesia al fin de la misa y de las horas canónicas, para aficionarnos al uso de ella, porque como dice san Agustin (*Epist.* 77): *Quid melius, et animo geramus, et ore promamus, et calamo scribamus, quam Deo gratias? hoc nec dici brevius, nec audiri laetius, nec intelligi grandius, nec agi fructuosius potest:* ¿qué cosa mejor podemos traer en el corazon y echar por la boca y escribir con la pluma, que esta palabra, gracias á Dios? No hay cosa que se pueda decir con mas brevedad, ni oirse con mas alegría, ni sentirse con mayor alteza, ni hacerse con mayor utilidad.

Con esto queda declarada la diligencia que de nuestra parte podemos hacer en estas meditaciones para alcanzar su fin, cooperando con la divina gracia, en la cual principalmente hemos de poner toda nuestra confianza, desconfiando de nuestras diligencias, diciendo despues de haberlas hecho: Siervos somos sin provecho; lo que debíamos hacer hicimos, no somos dignos de tan dulce y soberano premio como es el don de la contemplacion; harto es haberle pretendido para gloria del Señor que desea darle, y nos le dará, ó en esta vida si nos conviniere, ó sino en la otra, á donde contemplarémos á Dios con claridad, y le amarémos con todas las fuerzas de la caridad, por todos los siglos. Amen.

Dios mio, la ciencia y conocimiento que puedo tener de tí por lo que pasa en mí.—Lo primero, dentro de mí mismo tengo estampada la lumbre natural, que, como dijo David (*Psalm.* IV, 7), es lumbre y resplandor que sale del rostro de Dios, y nos descubre lo que es bueno, y al que es sumo bien, de quien todo lo bueno procede; y con esta lumbre anda una inclinacion natural, que nos solicita á lo que es conforme á razon, y á la regla de toda bondad, que es Dios, inclinándonos á amarle, venerarle y obedecerle; y cuando nuestros pecados no ahogan esta centella ó apagan los resplandores de esta lumbre, á menudo sentimos relámpagos que nos descubren esta verdad é hinchan nuestros corazones de alegría.

2. Lo segundo, en mí mismo echo de ver tanta hermosura y variedad de potencias y sentidos exteriores é interiores, con tanta muchedumbre de huesos, venas, arterias y otras innumerables partes, y todas con tan admirable órden, que ellas mismas claman y dicen, que ni son hechas acaso, ni se hicieron á sí mismas, sino que hay Dios artífice soberano, de quien todas procedieron, y como dijo David (*Psalm.* XXXIV, 10): Mis huesos están diciendo: Señor, ¿quién hay semejante á tí? Ó Dios infinito, mis huesos y mis arterias y venas, mis ojos y oidos, y todas las telas y partecicas de todos mis miembros y sentidos, están diciendo que tú eres Dios, y que no hay otro semejante á tí que pudiera darles el ser que tienen, si tú no se le dieras. ¡Oh si todas ellas se convirtieran en lenguas para testificar á todo el mundo esta verdad, y alabarte, y glorificarte y bendecirte por ella!

3. Pero sobre todo, el espíritu nobilísimo que está dentro de nuestro cuerpo da voces que hay otro espíritu soberano que está dentro de este mundo, aunque no estrechado á él; porque si entro con la consideracion dentro de mí mismo, veré la nobleza de mi alma, por las obras admirables que salen de sus tres potencias, memoria, entendimiento, voluntad y libre albedrío, las cuales no están atadas á su cuerpo, sino salen fuera de él, paseando por toda la redondez de la tierra, mar y aire, y penetran los cielos, descubriendo los secretos de la naturaleza que no perciben los sentidos. De donde proceden las innumerables artes y ciencias, y los modos admirables de artificios y trazas de prudencia en el gobierno, por las cuales conocemos que nuestra alma es espíritu invisible é inmortal, sin dependencia en su ser del cuerpo donde está encerrada, de modo que aunque el cuerpo se acabe, ella permanece, cumpliéndose la natural inclinacion y deseo que tiene de la inmortalidad y de vi-

vir para siempre. Todo esto pregona claramente que hay Dios, espíritu invisible é inmortal, de quien proceden todos los demás espíritus, el cual está en medio de este mundo, dando ser y vida á todas las cosas, no como ánima que informa al cuerpo, sino con otro modo mas levantado, gobernando las criaturas y comunicándolas todas las artes y ciencias, industrias é inclinaciones que tienen, pero sin dependencia de ellas, porque aunque el mundo se acabase, Dios siempre permaneceria. Ó Dios de inmensa majestad (*Psalm.* CXXXVIII, 6), ahora digo que es admirable el conocimiento que alcanzo de tí, por lo que conozco en mí; porque si en cosa tan grosera como mi cuerpo está un espíritu tan noble como mi alma, que le dá ser y vida y la gobierna, y en él y por él hace cosas de tanta admiracion, ¿cuánto mas necesario es que en medio de este mundo tan extendido estés tú, Espíritu soberano, por quien todos somos, vivimos y nos movemos? Y pues tú eres mi ser y mi vida, quiero tambien llamarte mi alma, y gozarme de tenerte á tí por Dios, amándote sumamente mas que á mí. ¡Oh si todos te conociesen y amasen mas que á su vida y á su alma! pues tú eres como vida y alma de todos, á quien sea gloria y alabanza por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, tengo de considerar como no solamente la hermosura y concierto de este gran mundo y del mundo abreviado del hombre, sino tambien todos sus alborotos, desconciertos y desórdenes particulares, con todas las miserias y trabajos de que los hombres no podemos librarnos por nuestras fuerzas, son despertadores que nos acuerdan que hay Dios.—Los truenos, relámpagos y rayos del cielo, las nieves, granizos, heladas, vientos y tempestades del aire, las olas del mar, las avenidas de los rios, los temblores de la tierra, las enfermedades, las guerras y todas las cosas que nos afligen, están dando voces, que hay Dios que puede remediar estos males; y así naturalmente cuando nos vemos apretados de ellos, *Hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad te* (II *Par.* XX, 12), luego nos acordamos de Dios, y levantamos los ojos al cielo á pedir remedio al que puede dárnosle, pues la misma razon nos dicta haber alguno que pueda esto. Y hasta los mismos pecados y las injusticias y agravios que padecen los buenos dan voces que hay Dios, á quien pertenece castigar estas maldades, y premiar las virtudes, pues en la tierra no hay quien haga esto cumplidamente.

2. Demás de esto, la guerra y contradiccion que siento dentro de mí mismo, rebelándose mi carne contra el espíritu, y las pasio-

nes contra la razon, está diciendo que hay Dios, por cuya virtud podré rendir á los que no puedo con la mia. Con esta consideracion tengo de consolarme y alentarme, así en mis trabajos como en los ajenos, y así en los propios como en los comunes; y de los males del mundo, sacar el sumo bien que está dentro de él, á quien pertenece remediarlos. Ó alma mia, abre tus ojos, y tiéndelos por ese mundo y por lo que hay dentro de tí, mirando todas las cosas, prósperas y adversas; y luego abre tus oidos para oir lo que te dicen, y oirás que están clamando, como en medio de todas hay un Dios que puede dar las prosperidades, y librar de las adversidades á los que no pueden librarse de ellas. Alégrate con esta buena nueva, y procura como el Apóstol (II *Cor.* VI, 7), mostrar tu fidelidad, peleando á diestro y á siniestro, en lo próspero y en lo adverso, sirviendo en todo al que se muestra ser Dios en todo, y por ello merece ser alabado de todos. Amen.

3. De estas consideraciones que se han puesto, sacaré cuánto importa tener viva fe, y luz cierta de esta verdad, y memoria contínua de ella, porque es freno de todos los vícios y espuela de todas las virtudes; y al contrario, la falta en esta fe ó la mortandad en ella, ó el olvido de esta verdad, es causa de todos los pecados del mundo, y de todas las tibiezas é imperfecciones que hay en el divino servicio. Y por esto dijo David (*Psalm.* XIII, 1), que en diciendo los necios dentro de su corazon, no hay Dios, luego estragan sus costumbres y se hacen abominables, y no hay entre ellos ni uno solo que obre bien; como si en una república entendiesen los hombres que no hay rey, ni juez, ni justicia, luego se desenfrenarian en millones de maldades unos contra otros.—Y el mismo daño hace olvidarse de que hay Dios, como se dice en Job (*Iob*, VIII, 13); y por esto, con grande exageracion nos pide la divina Escritura, en la ley, y Salmos, y Profetas (*Deut.* VI, 13), que no nos olvidemos de Dios, y que nos acordemos siempre de él, porque acordándonos que hay Dios, no pecarémos, vivirémos contentos, alegres, confiados, y con ánimo para ejercitar todas las virtudes, como decia David (*Psalm.* LXXVI, 4): Acordéme de Dios, alegréme y ejercitéme, hasta que desfalleció mi espíritu.

4. De aquí tambien sacaré gran compasion de los pecadores que confiesan con la boca que hay Dios, y, como dice san Pablo (*Tit.* I, 16), lo niegan con las obras, ponderando cuán grave mal es un pecado mortal, pues, cuanto es de su parte, es negacion de Dios, y una protestacion práctica de que no hay Dios á quien se

haya de obedecer, ni que pueda castigar (*Iob*, XXXI, 29); pero yo, al contrario, tengo de protestar esta verdad con el corazon, y con la lengua y con las obras, y gozarme de que haya Dios, y darle gracias por la fe que me ha dado de esta verdad, y procurar traerle siempre en mi memoria, tomando á las criaturas por despertadores de mi olvido, para que en viéndolas, luego me acuerde que hay Dios, por quien ellas y yo tenemos ser, á quien sea honra y gloria, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION II.

DE LA ETERNIDAD DEL SER DE DIOS, Y COMO ÉL SOLO ES EL QUE ES.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como no solamente es verdad certísima que hay Dios, sino que este Dios necesariamente es (*D. Thom.* 1 *p. q.* 2, *art.* 3; *q.* 3, *art.* 11), fue y será siempre; porque su esencia es ser: y así preguntando Moisés á Dios por su nombre, le respondió (*Exod.* III, 14): *Yo soy el que soy.* Y á los hijos de Israel dirás: *El que es, me envió á vosotros.* Como quien dice: Mi nombre propio es ser el que es, y mi esencia es ser siempre, sin que sea posible dejar de ser, como no es posible que el hombre no sea racional, y que la piedra no sea cuerpo. De suerte que Dios fue antes que fuese el mundo; y si con la imaginacion fingiese millones de millones de años, que precedieron al ser del mundo, antes de todos ya era Dios, y siempre fue. Y por esto en la Escritura se llama (*Dan.* VII, 9): *Antiquus dierum*, el Antiguo de dias; porque todo lo criado es nuevo y reciente, y él solo es tan antiguo, que no se puede hallar principio de su ser.

2. Demás de esto, en este ser ha permanecido siempre sin mudanza alguna, como él lo dijo por Malaquías (*Maloch.* III, 6): Yo soy Dios que no me mudo, ni me envejezco ni marchito, sino siempre permanezco en un mismo ser (*Iacob.* I, 17), tan libre de mudanza, que ni la sombra de ella me toca. Y en este mismo ser permanecerá para siempre, durando millones de millones de años, sin que se pueda imaginar fin de ellos. Por lo cual dijo David (*Psalm.* CI, 28): Tú, Señor, siempre eres el mismo, y tus años no desfallecerán; y por esta causa Dios es y se llama eterno, cuya eternidad consiste en que su ser ni tuvo principio, ni puede tener fin, ni sucesion ó mudanza alguna, sino todo él siempre fue, es y será, como fue. De donde sacaré grandes afectos de gozo y alabanza, por este ser eterno de

Dios, cantándole aquel cántico de los santos cuatro animales, que decian (*Apoc.* IV, 8): Santo, santo, santo, el Señor Dios todopoderoso, el que era, y es, y será, y ha de venir. Ó Santo de los santos, firme, estable é inmutable en tu ser, que todo es santo, ven á darme noticia de quién eres, y de tu eterno ser, para que mi alma, ilustrada con tu luz, te alabe, y glorifique y bendiga por toda tu eternidad. Amen.

3. De aquí tambien sacaré, cuán abominable cosa es la propia voluntad; de la cual dice san Bernardo (*Serm.* 3 *de Resurrect.*), que cuanto es de su parte querria matar y destruir á Dios, y que Dios dejase de ser, y que no fuese tal cual es, para que ni supiese sus males, ni pudiese castigarlos; y este disparate protestan con las obras todos los pecadores que se rinden á su voluntad propia, que es contraria á la de Dios, de los cuales me debo compadecer, llorando las veces que yo he intentado tal locura. Y al contrario, gozándome de que Dios tenga tal ser, que ninguno pueda destruirle, ni menoscabarle, ni quitar nada de lo que su sabiduría y omnipotencia tiene, porque todo es eterno é inmutable, como su mismo ser.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como de tal manera es esencia de Dios ser el que es, que á ningun otro que á Dios puede convenir, porque solo Dios tiene el ser de sí mismo, y todo lo demás recibe el ser de Dios; y así es principio sin principio, de quien todas las cosas dependen en su ser, y él de ninguna. Y por esto dijo el Apóstol (I *Tim.* VI, 16), que solo Dios tiene inmortalidad, porque solo él de su naturaleza tiene el no poder morir, ni dejar de ser; pero las demás cosas, aunque sean el cielo, sol, luna y estrellas, y los mismos Ángeles, de su cosecha no tienen ser, antes están sujetos al no ser, y son de suyo cosa vana (*Rom.* VIII, 20), y vacía de ser, y (*Psalm.* CI, 27, *et* CIII, 29) como la vestidura se envejecieran y vendrian á perecer, si Dios no las da siempre su ser y se le conserva.

2. De esta verdad, bien ponderada, sacaré el principal fundamento de la vida espiritual, porque en ella se funda la profunda humildad que debemos tener delante de Dios, la cual tienen los Ángeles, y los espíritus bienaventurados, y la Vírgen nuestra Señora, y la misma alma de Cristo nuestro Señor, y es razon que yo la procure, considerando, que como solo Dios es el que es, así yo soy el que no soy, porque de mi cosecha no tengo ser ni le puedo tener si no es de Dios, y en dejando él de dármele, me volveré en nada; y como dijo Dios á Adan (*Genes.* III, 19): Polvo eres, y en polvo te

volverás, porque fue hecho de tierra y se convertiria en ella; así debo entender proporcionalmente que me dice Dios: Nada eres, y en nada te volverás, porque fuí hecho de nada, y de mi cosecha soy nada, y luego me volveria en nada, si Dios no me conservase, aunque por su voluntad el ser de mi alma nunca se volverá en nada. Y si soy nada cuanto al ser, que es fundamento de las demás perfecciones, lo mismo será en todas ellas; y así de mi naturaleza y cosecha ni tengo ser, ni saber, ni poder, ni obrar, ni movimiento alguno, ni tengo estabilidad, ni firmeza en cosa mia; todo está sujeto á vanidad y mutabilidad, y parará en muerte y en no ser, si Dios no lo conserva; y por esto dijo David (*Psalm.* XXXVIII, 6): Pusiste medida y tasa á mis dias, y mi sustancia es como nada delante de tí. Sustancia llama todo su ser y sus potencias y virtudes, y la firmeza y fortaléza que resplandece en todas las cosas que posee dentro y fuera de sí, lo cual, todo de su cosecha, es nada en la presencia de Dios, sin el cual no tiene ser.

3. Sobre esta nada que tengo de mio, y sobre el ser esencial que tiene Dios de suyo, fundaré todos los afectos de la vida espiritual.-Unos para con Dios, amándole como á principio de mi ser, reverenciándole por la singular excelencia que tiene en el suyo, confiando en él como en autor de toda virtud y de la firmeza en ella, alabándole y agradeciéndole el ser que me da, con los demás afectos de resignacion y obediencia que se deben á tan gran Dios.-Otros afectos serán para conmigo mismo, despreciándome por la nada que soy, desconfiando de mis fuerzas, no presumiendo de ellas, ni atribuyéndome cosa buena que tuviere ó hiciere, dando de todo la gloria á Dios, y ahogando todos los movimientos de soberbia, presuncion y vanagloria en el abismo de esta nada. Ó Dios eterno, cuya esencia es ser con modo tan singular; gózome de que tú solo seas el que eres, y que nada tenga ser si no es de tí. Esclarece los ojos de mi alma para que conozcan el ser que tienes por tu esencia, y el no ser que yo tengo de mi cosecha, para que sobre estos dos conocimientos, como sobre dos polos firmes é inmutables, se mueva la rueda de mi vida, hasta llegar al descanso de la eterna, donde te vea y goce, participando de tu eternidad. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar como la esencia de Dios es ser el que es, porque su ser simplicísimo, sin añadidura ni composicion encierra con suma identidad y union, y sin limitacion alguna, todas las perfecciones de todas las cosas que tienen ser, con un modo eminentísimo, y otras infinitamente mayo-

res y mas excelentes de lo que podemos entender; de tal manera, que en su comparacion todas las cosas criadas y las que pueden criarse son como nada, y como si no fuesen ni tuviesen ser. Por lo cual dice Isaías (*Isai.* XL, 15), que todas las gentes delante de Dios son como una gotica del agua que gotea del caldero, ó como la mínima inclinacion que hace el fiel de la balanza; y finalmente son en su presencia como si no fuesen y como nada, y cosa vacía de ser. De donde sacaré una grande estima de la soberanía y majestad del ser de Dios, ante cuya presencia cosas de tan noble ser quedan oscurecidas, y son como si no fuesen:

—lo cual se ponderará mas en la meditacion IV y en las siguientes.—

2. Y tambien sacaré la poca estima que por esta parte debo tener de todas las cosas criadas, especialmente de estas visibles que me arrebatan el corazon, pues en presencia del divino Ser son como una gota de agua, que no puede hartar mi sed ni la mínima parte de mi deseo, y son tambien mudables como el fiel del peso, que fácilmente se inclina, ya á una parte, ya á la contraria, con cualquier peso que se ponga en la balanza. Ó Dios eterno, cuyo nombre propio es ser el que es; gózome de la soberanía de este nombre, tan propio tuyo, que no es posible convenir á otro que á tí. Ó nombre venerable, nombre inefable, escondido á Abrahan, Isaac y Jacob, y manifestado á Moisés en señal de amor (*Exod.* VI, 3): descúbreme, Dios mio, las riquezas inestimables de este nombre, para que te reverencie, adore, ame y sirva, como Señor de tan soberano ser merece. Ó alma mia, si Dios es solo el que es, abarcando toda la perfeccion del ser, ¿por qué no te juntas con él, para que tu ser tenga nobleza y firmeza con el suyo? ¿por qué te derramas por las criaturas vacías de ser, pues no te pueden dar lo que deseas, no teniéndolo ellas? Desde hoy mas, Dios eterno (*Philip.* III, 8), tendré todo lo criado por estiércol y basura, por pérdida y detrimento, por vanidad y nada, en razon de juntarme contigo, para amarte y servirte por toda la eternidad. Amen.

MEDITACION III.

DE LA INFINIDAD É INCOMPRENSIBILIDAD DEL SER DE DIOS.

—Para entrar con seguridad en el conocimiento de las grandezas del ser de Dios sin anegarnos en ellas (*D. Thom.* 1 *p. q.* 7, *art.* 1;

q. 12, *art.* 7), es necesario conocer que es infinito é incomprensible, y que á su grandeza pertenece que ningun otro que sea menos que él pueda comprender todo lo que tiene, para cuyo entendimiento advierto, que como hay dos modos de hacer una imágen, uno por pintura y otro por escultura; el primero se hace añadiendo varios colores y rayas sobre la tabla; el segundo, quitando con el cincel muchas partecicas de ella, hasta dejar entallada la figura. Así, dice san Dionisio (*De mystica theol. c.* 3; *de divinis nom. c.* 7; *D. Thom. lect.* 4), hay dos modos de conocer á Dios y de formar dentro de nuestra alma un concepto verdadero y propio, que sea imágen de su divinidad. Uno por afirmaciones, poniendo en Dios las excelencias y perfecciones que hay en las criaturas, con modo muy mas perfecto, diciendo que es bueno, sábio, poderoso y fuerte. Y otro por negaciones, quitando de Dios lo limitado que vemos en las criaturas, por ser cosas indignas de su grandeza, y por esto decimos que es infinito, inmenso, incomprensible, inefable, etc. Y de este modo de conocer á Dios será esta meditacion, el cual dice mas con su infinita grandeza, y nos abre la puerta para el otro primero; del cual serán las meditaciones siguientes. —

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor no es cosa alguna de cuantas se pueden percibir con los cinco sentidos corporales (*D. Thom.* 1 *p. q.* 7 *art.* 3), y por consiguiente no es blanco, ni colorado, ni resplandeciente, ni hermoso como las cosas que acá se ven. No es como cielo, sol ó estrellas, ni es como fuego, aire ó agua, ni es como leon, águila ó cuerpo alguno, porque todo esto que se percibe con los sentidos es cosa indigna de la grandeza de Dios, el cual infinitamente excede á todo esto, y es grandísimo agravio compararle á ello con igualdad, conforme á lo que dice Isaías (*Isai.* XL, 18): ¿Á quién hicisteis semejante á Dios? ¿á quién me comparásteis é igualásteis? dice el Santo. Ó Santo de los santos, todos mis huesos se conviertan en lenguas y digan á voces (*Psalm.* XXXIV, 10): *Domine, quis similis tibi?* Señor, ¿quién hay semejante á tí? No hay alguno semejante á tí entre los que se llaman dioses, ni sus obras pueden igualarse con las tuyas. (*Psalm.* LXXXV, 8). No eres hermoso como las cosas de la tierra, sino con otra hermosura que no pueden comprender los Ángeles del cielo; no eres resplandeciente como la luz de este sol visible, sino con otro resplandor y luz inaccesible (I *Tim.* VI, 16); no eres grande con la grandeza de cantidad que conviene á los cuerpos, sino con grandeza de virtud que excede á todos los espíritus; no eres dulce

ni sabroso como las músicas ó manjares corporales, sino con otra dulzura y sabor que sobrepuja la capacidad de todas las cosas espirituales. Ó Dios infinito (*Psalm.* LXX, 19), ¿quién puede ser semejante á tí? De esto me gozo y me regocijo, que tu ser sea tan infinito que no tenga comparacion con todo lo visible que criaste. ¡Oh quién te amase con un amor tan crecido, que no fuese semejante á ningun amor terreno!

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor no es cosa alguna de cuantas se pueden abarcar y comprender con la imaginacion ó entendimiento de los hombres, ni aun de los Ángeles, porque todo esto es finito y limitado; y por consiguiente desdice mucho de la soberanía y majestad del ser de Dios, el cual es infinito é ilimitado, de suerte que Dios no es bueno ni sábio con la bondad y sabiduría que los hombres y Ángeles pueden comprender, porque esta es muy corta y pequeña, y dista infinitamente de la que tiene Dios; el cual tiene tal modo de bondad y sabiduría, que no la podemos abarcar ni ponerle nombre propio que del todo la cuadre; y por esto es incomprensible é inefable; y lo mismo digo de las otras divinas perfecciones. Por lo cual tambien seria gran desvarío comparar sus grandezas con las de algun hombre ó Ángel, con igualdad y perfecta semejanza; antes con David tengo de decir (*Psalm.* LXXXVIII, 7): *Quis in nubibus aequabitur Domino? similis erit Deo in filiis Dei?* ¿quién en las nubes se igualará al Señor? ó ¿quién entre sus hijos será semejante á Dios? que es decir, ninguno de los que moran entre las nubes, ni de los que son hijos de Dios por gracia, puede igualarse ni compararse con Dios, porque todos infinitamente distan de él, y él es sobre todos.

2. De aquí subiré á considerar, como para conocer la grandeza del ser de Dios, con este modo de conocimiento tengo de dejar, como dijo san Dionisio á Timoteo (*L. de mys. theol. c.* 1), las cosas que se perciben con los sentidos y con nuestros cortos entendimientos, y dar de mano á imaginaciones y discursos, é inteligencias limitadas del entendimiento, entendiendo que Dios no es sustancia, ni espíritu, ó ser como lo que yo alcanzo, sino una cosa excelentísima, grandísima, soberanísima y levantadísima sobre toda sustancia, y sobre todo espíritu y sobre todo ser, el cual yo ignoro, y todos ignoramos; y para mí y para todas las criaturas es como niebla, oscuridad y tinieblas. Y así dice la Escritura (*Exod.* XX, 21), que Moisés entró en la oscuridad donde Dios estaba. Y David dice (*Psalm.* XCVI, 2), que nube y oscuridad está al rededor de su silla; y Sa-

lomon (III *Reg.* VIII, 12), que Dios mora en la niebla; pero mas claro san Pablo dice (I *Tim.* VI, 16), que mora en una luz inaccesible, á quien ninguno de los mortales vió ni puede ver, abarcando lo que en sí tiene. En esta ignorancia tan sábia y en esta oscuridad tan clara, aunque inaccesible, tengo de procurar hallar descanso y quietud, sintiendo altísimamente de Dios, gozándome de que sea infinitamente mayor de lo que yo puedo imaginar ni pensar, admirándome de esta grandeza incomparable, y supliendo la falta del conocimiento con el exceso del amor, deseando con todo mi corazon amarle y servirle, y suspirando por verle. (I *Cor.* XIII, 12). Ó Dios invisible, ¡cuándo tengo de verte, no por espejo, y en enigmas con oscuridad, sino cara á cara con claridad! ¡Oh si te conociese como me conoces, para amarte como me amas! Mas, pues la ciencia es tan corta y se queda tan atrás, el amor será largo y pasará mas adelante, amándote cuanto puedo, hasta verte como deseo.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, consideraré como el ser de Dios de tal manera es infinito, que todas las perfecciones que la divina Escritura dice de él son infinitas, sin que el entendimiento halle dónde hacer pié, ni pueda imaginar fin y cabo de ellas; porque como dicen los Profetas (*Psalm.* CXLIV, 3; *Baruch*, III, 25): Grande es el Señor, y su grandeza no tiene fin. Y así tambien ni tiene fin su duracion, ni su lugar, ni su bondad, ni su sabiduría, ni su potencia, porque en todo es infinito. Y despues de haber imaginado cuanto puedo imaginar, es infinitamente mas de lo que hubiere imaginado. De suerte, que despues que imaginare que Dios durará millones de años, he de añadir otros tantos y luego otros tantos; y despues de añadidos cuantos imaginare, son infinitos los que restan. Por lo cual exclamó un amigo de Job (*Iob*, XXXVI, 26): Grande es Dios y vence á nuestra ciencia; el número de sus años es inestimable y no se puede contar. Del mismo modo Dios llena todo este mundo, y puede llenar otros millones de mundos mayores que este, y despues de haber imaginado cuantos mundos pudiere, son infinitos mas los que Dios puede llenar con su inmensidad. Y lo mismo es en la sabiduría y omnipotencia, sintiendo tan altamente de cada una de sus perfecciones, que crea ser mucho mas lo que no entiendo que lo que entiendo; y en esta ignorancia descansaré, gozándome de lo mucho que hay en el ser y perfecciones de Dios que yo no alcanzo.

2. De donde se sigue, que el ser de Dios á boca llena es incomprensible é inefable, si no es del mismo Dios; de modo que ninguna criatura puede abarcar lo que hay en él, ni lo que hay en su

bondad ó sabiduría ó en cualquiera de sus atributos y perfecciones, ni puede ponerlas nombre propio que le cuadre del todo. Y por esto dijo Jeremías (*c.* XXXII, 19): Grande es Dios en el consejo é incomprensible á todo entendimiento; y la razon es evidente, porque cualquier criatura es finita y limitada, y lo finito no puede comprender á lo que es infinito, así como no es posible que yo con mi puño abarque todo el mundo, ni un vaso pequeño puede recibir dentro de sí toda el agua del mar Océano. Y como dice el Sábio (*Sap.* IX, 16): Si con dificultad conocemos las cosas que pasan en la tierra, y con trabajo entendemos las que pasan delante de los ojos, las que están en los cielos ¿quién las podrá buscar? Así lo tengo de confesar y gozarme de ello, preciándome de tener un Dios tan grande, que ninguno le comprenda, porque si yo le pudiera comprender, fuera Dios muy corto y apocado, ó por mejor decir, no fuera Dios.

3. Y para esto tomaré ejemplo de los supremos Ángeles, que son los Serafines (*Isai.* VI, 2), los cuales tienen seis alas, para significar que vuelan en el conocimiento de Dios y de las cosas que crió en los seis primeros dias del mundo, y saben mas alto que todos los demás Ángeles; y con todo eso, cuando están en la presencia de Dios, de las seis alas encogen las cuatro, y con las dos cubren la cabeza de Dios, significando que no pueden comprender las altezas de su divinidad, y con otras dos cubren los piés de Dios, significando que no pueden comprender todas las obras que proceden de ella; y con solas dos vuelan, confesando de Dios algunas grandezas que saben, pero mucho mas engrandecen á Dios con el encogimiento de las cuatro alas, que con el vuelo de las dos y con las palabras que dicen, porque confiesan ser infinitamente mas lo que no saben de Dios, que lo que saben. Ó Dios incomprensible é inefable, gózome de que los Serafines se hallen ciegos y deslumbrados en tu presencia, confesando que vences toda su ciencia y que no te pueden abarcar. ¡Oh quién tuviera las seis alas de estos encendidos Serafines, y las convirtiera todas en alas de amor, para emplear todas mis fuerzas en amarte, ya que no puedo comprenderte!

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como fundamento de nuestra fe, el sumo beneficio que Dios nos hizo en revelarnos los misterios secretísimos de su infinito ser y perfecciones, porque viendo su Majestad que no era posible á los hombres ni á los Ángeles alcanzarlos todos, ni rastrear muchos de ellos, por lo que miraban en las criaturas, quiso por su infinita bondad y misericordia revelarnos algunos, para gloria suya y bien nuestro, entre

los cuales hay muchos tan levantados que no podemos alcanzar á entender cómo son, porque sobrepujan á nuestra capacidad y á toda la razon y lumbre natural, lo cual me ha de mover á sumo gozo, por ver que tengo un Dios tan excelente é infinito, que su ser y sus obras trascienden á todo cuanto los hombres y Ángeles podemos alcanzar ó rastrear. Y demás de esto, tengo de sacar otros tres excelentes afectos y propósitos.—El primero, de agradecimiento á Nuestro Señor, por habernos revelado en sus Escrituras por medio de sus Profetas las cosas secretas de su divinidad, y como dijo David (*Psalm.* L, 8), las escondidas y ocultas de su sabiduría; pero en especial los que vivimos en la ley de gracia hemos de darle mayores gracias por habernos dado su Hijo unigénito, el cual, como dijo el glorioso san Juan (*Ioan.* I, 18), nos las reveló con mas distincion, como quien las habia visto. Y así tengo de darle gracias, porque nos reveló el misterio de la santísima Trinidad, de la encarnacion, de la Eucaristía, del perdon de los pecados, de la resurreccion de la carne, de la vida eterna, contando estos y otros misterios semejantes, los cuales no se pudieran saber sino por su revelacion.

2. El segundo afecto ha de ser de fe, muy cierta y muy rendida (II *Cor.* X, 5), cautivando mi entendimiento á creer lo que yo no alcanzo, porque Dios lo ha revelado, pues de otra manera fuera imposible saberlo. Y así en particular ejercitaré la fe cerca de los misterios que son mas levantados y secretos, gustando de creerlos y de vivir con esta fe y guiarme por ella. Y á imitacion de los Serafines, confesando mi cortedad, juntamente á voces y con grande gusto alabaré á Dios trino y uno, con los nombres que él me ha revelado, diciendo (*Isai.* VI, 3): Santo, santo, santo; Sábio, sábio, sábio; Poderoso, poderoso, poderoso es el Señor Dios de los ejércitos, sin querer escudriñar mas de lo que él me tiene revelado; porque el escudriñador curioso de la divina Majestad, como dice el Sábio (*Prov.* XXV, 27), será oprimido de su gloria.

3. El tercer afecto ha de ser una grande confianza, con grande alegría de corazon, esperando firmemente que tengo de llegar á ver estos misterios que ahora creo, cumpliéndose en mí lo que dice san Pablo (I *Cor.* XIII, 12): Ahora vemos á Dios por espejo y por enigma, despues le verémos cara á cara; pues por esto me los reveló con oscuridad, para que creyéndolos con viva fe y obediencia á sus mandamientos, llegase á verlos con claridad. Y aun he de tener gran confianza, que tambien en esta vida esclarecerá mi fe y me dará grande inteligencia de sus misterios, si yo me dispongo con

limpieza de corazon para verlos, pues él dijo que eran bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. (*Matth.* v, 8). Ó Dios de la esperanza, lléname de todo gozo y paz en el creer, para que abunde en mí la confianza (*Rom.* xv, 13) y la virtud del Espíritu Santo por todos los siglos. Amen.

MEDITACION IV.

DE LA UNIDAD DE DIOS EN ESENCIA, Y DE LA TRINIDAD EN PERSONAS.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar el primer artículo de nuestra santa fe, por el cual confesamos que no hay mas que un solo Dios (I *Cor.* viii, 4), con una sola esencia y divinidad, sin que sea posible haber muchos dioses. (*Deut.* vi, 4). De suerte, que no hay mas que un Criador, un Gobernador, un Señor, un primer principio, y un último fin de todas las cosas. Y en esta verdad se fundan los mas principales mandamientos de nuestra ley.—Porque primeramente, como Dios es un bien sumo é infinito en quien están encerrados todos los bienes (*D. Thom.* 1 *p. q.* 11, *art.* 3) y perfecciones posibles, sin que le pueda faltar una, porque si una le faltase seria imperfecto y andaria mendigando la de otros; síguese claramente que no es mas que uno, porque si hubiera otros dioses faltárale la bondad y perfeccion que tienen estos: por lo cual se diferencia de ellos. Y en esto se funda mandarnos Dios que le amemos sobre todas las cosas, con todo nuestro corazon, porque es sumo bien, todo bien, y único bien, digno de ser amado con sumo amor, y con único amor, sin dividirle, ni partir el corazon en otros amores que no sean en órden á su amor. Ó Bien infinito, ¿qué mucho te ame yo sobre todas las cosas, pues tú eres un Dios superior á todas? y ¿qué mucho que te dé yo mi amor todo, sumo y único, pues todo es poco en comparacion del amor que merece tu bondad toda, suma y única? Razon es que no ame cosa contra tí, ó que no sea ordenada para tí, pues no hay cosa que sea buena, ni amable, si no es por la bondad que recibe de tí.

2. Lo segundo, como Dios es soberano y supremo Señor, y Gobernador de sus criaturas, á quien todas están sujetas, y á cuya voluntad eficaz ninguno puede resistir (*Psalm.* lxxv, 8), porque si alguno pudiese resistirle, seria Dios miserable, y no tendria contento ni paz en su gobierno, ni su reino podria ser de dura. Síguese que no es mas que uno solo, porque si fueran muchos dioses, tuvieran

diferentes juicios y voluntades y poderes, y pudiera alguno querer algo contra el otro, y hacerle guerra y contradiccion. No fuera posible durar el mundo con la paz y concierto que tienen las criaturas, porque (*Luc.* XI, 17) todo reino dividido será asolado. Y así el concierto de los cielos y elementos y animales pregonan que hay un solo Dios y gobernador de todo. Y en esto se funda mandarnos Dios que á él solo adoremos (*Deut.* VI, 13), temamos y sirvamos con todo nuestro corazon y con toda nuestra alma, porque como dijo el Salvador (*Matth.* VI, 24), no es posible servir bien á dos señores diversos, pues de fuerza mandarán cosas diferentes; y queriendo obedecer al uno, darémos enojo al otro, y así no fuera posible servir á dos dioses. Por lo cual todo mi cuidado tengo de poner en servir á este único y supremo Señor mio, y dar á él solo la obediencia y á ningun otro, si no es por él, y por estar en su lugar, y quererlo él así.

3. Lo tercero, como Dios es nuestro supremo legislador, á quien pertenece darnos leyes; porque su dictámen y voluntad es regla de lo que hemos de hacer, y á él tambien pertenece ser juez de todos para dar premio á los obedientes y castigo á los rebeldes; y él mismo es nuestro último fin y bienaventuranza, de cuya vista y posesion hallarémos hartura y satisfaccion de todos nuestros deseos: síguese de todo esto evidentemente (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 1, *art.* 5), que no puede ser mas que un Dios, un legislador y supremo juez, y un último fin, porque si fueran muchos pudieran encontrarse en las leyes, y en los premios y castigos, y ninguno por sí solo hartara nuestros deseos, porque quisiéramos ver al otro. Y en esto se funda la obligacion que tenemos á que (*Matth.* VI, 22) nuestra intencion sea una, pura y sencilla, enderezando todas nuestras obras á solo Dios como á nuestro último fin, buscando su sola honra y gloria en todas las cosas.

4. De todo esto tengo de sacar: -Lo primero, grande compasion de los infieles é idólatras, que multiplican dioses falsos con injuria del verdadero Dios, suplicándole que destruya tal vicio del mundo, y diciéndole (*Isai.* XIX, 1): Ó Dios único y verdadero, que sobre la nube ligera de tu santísima humanidad entraste en el Egipto de este miserable mundo, derriba con tu presencia todos los ídolos que adoran los mundanos, y derrite su corazon en medio de ellos, espantándolos con tu santo temor, y aficionándolos con tu dulce amor. -Lo segundo, sacaré cuán grave mal sea el pecado que pretende destruir la unidad de Dios, admitiendo falsos dioses, pues, como dice

san Pablo (*Philip.* III, 19), los carnales tienen por Dios á su vientre, los avarientos al dinero (*Colos.* III, 5), los soberbios á la honra vana, y cada uno toma por su Dios y último fin á la cosa por la cual deja al verdadero Dios: de donde procede, que cada dia, como dice la Escritura (*Deut.* XXXII, 17), inventan dioses nuevos y recientes, que nunca fueron conocidos ni adorados de sus padres. Ó Dios eterno (*Dan.* VII, 9), antiguo de dias y juez de los mortales, vuelve por tu causa destruyendo la multitud de falsos dioses, para que todos no solo con la boca, sino con la obra, confiesen y protesten (*Ephes.* IV, 6) que hay un Dios y Padre de todos: el cual es sobre todos, y está en todas las cosas, á quien todos alaben y glorifiquen por todos los siglos. Amen.

5. Lo tercero, sacaré un entrañable deseo de reducir todas mis pretensiones, aficiones y deseos á este uno y supremo Dios, sin derramarme á otras cosas, contentándome con esta una, en quien están todas, diciendo á mi alma lo que Cristo nuestro Señor dijo á Marta (*Luc.* X, 41): Alma mia, muy solícita andas y muy turbada con muchas cosas; una sola te es necesaria, que es amar, reverenciar y servir á un solo Dios, criador de todas las cosas, y á un solo Padre de quien todas proceden, y á un solo fin á quien todas se ordenan, en quien hallarás descanso y hartura sempiterna. Finalmente, sacaré otro gran deseo de amar y hacer bien á todos los hombres, pues todos tenemos un Dios, un principio y fin último, acordándome de lo que dice el profeta Malaquías (*c.* II, 10): ¿Por ventura no es uno el Padre de todos? ¿por ventura no es uno el Dios que nos crió? pues ¿por qué desprecia cada uno á su hermano, quebrantando la ley que se dió á nuestros padres? Ó ¡Dios infinito, uno en esencia, de quien todos procedemos, concédenos que seamos unos en tí, amándonos unos á otros, como á hechura de un mismo Dios, como criados de un mismo Señor, y como hijos de un mismo Padre, ordenados á gozar de un mismo fin, que eres tú, único y sumo bien de todos: á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar el otro artículo principalísimo de nuestra fe, que Dios nuestro Señor de tal manera es uno en esencia, que juntamente es trino en personas, Padre, Hijo, y Espíritu Santo (*Matth.* XXVIII, 19), cautivando mi entendimiento á creer esta verdad, aunque no alcance el modo como es; pero puedo discurrir que Dios nuestro Señor junta en sí mismo todo lo bueno y perfecto que vemos en las criaturas, sin lo malo é imperfecto que hay en ellas. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 27). Y así tiene lo

bueno de ser uno, sin lo malo que tiene ser solo: y tiene lo perfecto de ser en alguna manera muchos, sin lo imperfecto que tiene ser diversos: es uno en la esencia y en la divinidad; uno en la bondad, sabiduría, omnipotencia, y en todos los demás atributos: y á esta causa las tres divinas Personas, como son un Dios (*Ioan.* x, 30), tienen un mismo sentir y querer, y un mismo poder y obrar, sin que haya entre ellas diferencias de pareceres ni contrariedad de voluntades, ni encuentro en las obras, porque todas sienten lo mismo, quieren lo mismo, y obran lo mismo fuera de sí, con suma paz y concordia. Pero juntamente son tres personas distintas y no una sola, porque no careciese Dios de la perfeccion y gozo que trae consigo la comunicacion y amistad perfecta entre iguales; y para que la bondad y sabiduría y potencia de Dios cumpliesen su deseo de comunicarse infinitamente con modo infinito. Y así el Padre llena estos deseos, comunicando su divina esencia, y toda su sabiduría y omnipotencia al Hijo; y el Padre y el Hijo comunican lo mismo al Espíritu Santo, y entre estos tres hay infinito amor y amistad perfectísima, como entre personas iguales y semejantes, que llegan á ser una misma cosa real y verdaderamente en la sustancia de su divino ser: y en esta comunicacion y amistad hay infinito gozo y alegría, gozándose infinitamente cada Persona del propio ser personal que tiene la otra.

2. De esta consideracion tengo de sacar: - Lo primero, una grande admiracion y profunda reverencia á la majestad de Dios, uno y trino, venerando sumamente lo que no alcanzo, y animándome, como dice Isaías (*Isai.* VII, 9), á creerlo para entenderlo, y exclamando, como dice san Pablo (*Rom.* XI, 33): Ó alteza de las riquezas del ser y sabiduría de Dios; si tus juicios son incomprensibles, y tus caminos investigables, ¿cuánto mas incomprensible será tu ser? cuánto mas investigable tu deidad? Aumenta, Señor, mi fe para que crea tu soberana Trinidad, de modo que la entienda, y para que la entienda de modo que la ame, y llegue á gozar de ella para siempre jamás. Amen. - Lo segundo, sacaré de aquí un grande gozo de la perfectísima unidad que tienen entre sí las tres divinas Personas, con un entrañable deseo de tener parte en ella, é imitarla del modo que me es posible. Ó Padre eterno, gózome de la union que teneis con vuestro Hijo. Ó Hijo unigénito de Dios, gózome del amor que teneis á vuestro Padre. Ó Espíritu santísimo, gózome de la union y amor que teneis al Padre y al Hijo. Ó Trinidad beatísima, gózome de la infinita amistad que resplandece dentro de Vos misma. Ó Dios infinito, pues

me dísteis fe de esta soberana union, dadme gracia para imitarla del modo que Vos quereis.

3. Luego tengo de aplicarme á considerar el modo como puedo imitarla, acordándome de que Cristo nuestro Señor la noche de la cena pidió á su Padre para nosotros (*Ioan.* XVII, 11), que fuésemos una cosa como los dos lo eran. De modo, que como las tres divinas Personas tienen un mismo sentir, y un mismo querer y obrar en todas las cosas con suma concordia, sin diversidad alguna; por lo cual dijo Cristo nuestro Señor de sí (*Ioan.* V, 19): El Hijo no puede hacer por sí mismo cosa, si no es la que viere hacer á su Padre; y todas las cosas que hace el Padre, las hace tambien el Hijo: así yo procuraré unirme y hacerme una cosa con Dios por amor, teniendo un mismo sentir con el suyo en todas las cosas que me ha revelado, y un mismo querer en todas las cosas que me ordena, haciendo todas mis obras del modo que me las manda, sin apartarme de su voluntad en cosa alguna, conformándome con ella con suma concordia y alegría.

4. Esta misma union, en su tanto, tengo de procurar con mis superiores y con los que gobiernan mi alma, especialmente si soy religioso, conformando mi juicio y mi voluntad y la ejecucion de mis obras con el juicio y voluntad de los prelados que me gobiernan en nombre de Dios: y la misma union tengo de procurar con todos los prójimos, en todas las cosas que lícitamente puedo, conformándome con ellos, como dice san Pablo (*Philip.* II, 2), en el sentir y hablar y en lo demás que la caridad ordena. Y porque no es posible por mis fuerzas llegar á tal union con Dios y con los prójimos, tengo de pedírsela á la santísima Trinidad, diciendo: Ó Dios infinito, que siendo trino en personas, eres uno en esencia, y comunicas tu divinidad sin perjuicio de la unidad, comunícame tu copiosa gracia, por la cual llegue á ser uno contigo, con union de perfecta caridad. Ó Salvador del mundo, presenta á tu eterno Padre la oracion que por mí hiciste la noche de tu pasion, para que en virtud de ella sea yo uno contigo y con todos mis hermanos, como tú lo eres con tu Padre celestial, por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar el modo como pasa en Dios este misterio. Porque la primera persona, que es el Padre, conociendo y comprendiéndose á sí mismo y á su divina esencia, con infinita y mayor claridad que yo me veo á mí mismo en un espejo, por este conocimiento forma dentro de sí un concepto é imágen viva de sí mismo. Y este concepto es el Hijo, el cual, co-

mo dice san Pablo (*Hebr.* I, 3), es resplandor de la gloria de su Padre, figura de su sustancia é imágen invisible suya. (*Colos.* I, 15). Este es el que llama san Juan, Verbo (*Ioan.* I, 1), y palabra de Dios: la cual habla dentro de sí, exprimiendo en ella todo cuanto Dios sabe; y por esto se llama su Sabiduría. En produciendo el Padre al Hijo, necesariamente le ama, y se agrada en él con infinito amor y gozo, porque ve en él su misma bondad infinita: y el Hijo de la misma manera ama al Padre con infinito amor y gozo, por la infinita bondad que ve en él y recibe de él: y los dos juntos por este amor producen un ímpetu ó impulso de su divina voluntad, que llamamos Espíritu Santo (*D. Thom.* 1 *p. q.* 42), comunicándole su divinidad, y así es un Dios con ellos. Y todo esto está en Dios desde su eternidad, porque todas tres personas son eternas, sin que una sea primero que la otra, ni el Padre es mas antiguo que el Hijo, ni el Hijo que el Espíritu Santo, porque no son Padre é Hijo como los de la tierra.

2. Además, todas tres son inmensas, sin que puedan apartarse una de la otra: y donde quiera que está el Padre, está el Hijo y el Espíritu Santo; y todas tres son iguales, sin que una sea mayor que otra, porque tanta dignidad es ser Hijo como ser Padre, y ser Espíritu Santo como ser Hijo. Y así todos tres tienen entera y cumplida bienaventuranza, con el conocimiento y amor de sí mismos y de su divinidad, de donde procede estar infinitamente gozosos y hartos, sin fastidio, y sin tener necesidad de cosa alguna fuera de sí mismos. Y así aunque Dios en su eternidad, antes de criar al mundo, estaba solo sin criaturas, no estaba ocioso ni sin gozo, porque su principal obra es la interior de conocimiento y amor: en la cual está su inefable gozo, y de ella proceden las obras exteriores que son comunes á todas tres Personas, porque todas son un Criador, Santificador y Glorificador, y un Bienhechor de quien proceden las obras de naturaleza, gracia y gloria. Y así todas tres oyen nuestras oraciones, cumplen nuestros deseos, y nos llenan de sus misericordias.

3. De todas estas consideraciones hemos de sacar grandes afectos de admiracion, amor, gozo y alabanza, por las grandezas de cada Persona divina, discurriendo por las que hay en cada una, por modo de coloquio, hablando con ella en la forma siguiente, ó en otra semejante.

Del Padre eterno.— 1. Primeramente, hablaré con la primera Persona, diciéndola: Ó Padre de inmensa majestad, principio sin principio, que de nadie procedes, y de tí proceden las demás perso-

nas, con mucha razon dijiste (*Isai.* LXVI, 9): ¿Por ventura yo que doy á otros virtud de concebir y parir, estaré privado de ella? Y pues hago que otros engendren, ¿faltaráme poder para engendrar? Gózome, Señor, de que concibas dentro de tí esta palabra y Verbo eterno, y engendres este Hijo tan semejante á tí, que sea una misma cosa contigo: ninguna falta te hace la muchedumbre de hijos, pues en este solo echas el resto de tu infinita virtud, engendrando de una vez lo sumo que podias engendrar.

2. Ó Padre gloriosísimo, alégrome de que sea perpétuo el gozo que tienes en engendrar tal Hijo, pues perpétuamente le estás engendrando y diciendo (*Psalm.* II, 7): *Filius meus es tu, ego hodie genui te:* Tú eres mi Hijo, hoy te engendré. ¡Oh eterno hoy que siempre fuiste, y eres, y serás, sin jamás dejar de ser! ¡Oh divina generacion, por la cual, tú, Padre soberano, engendraste, engendras, y engendrarás al Hijo que tanto amas! ¡Oh con cuánta alegría dirias en tu eternidad, lo que despues dijiste en el rio Jordan y en el monte Tabor (*Matth.* III, 17; XVIII, 5): Este es mi Hijo muy amado, en quien bien me agradé! ¿Quién otro que tú, y lo que es uno contigo, podrá entender el amor con que le comunicas tu misma divinidad? Si el padre se alegra con el hijo sábio (*Prov.* X, 1), ¿qué alegría recibirás con tal Hijo, que es la misma sabiduría igual con la de su Padre?

3. Ó Padre celestial, de quien procede toda la paternidad que hay en el cielo (*Ephes.* III, 15) y en la tierra, pues tanto gusto tienes en ser Padre de tal Hijo; por él te suplico engendres otros muchos de quien seas Padre por gracia de adopcion, como lo eres de este por naturaleza. ¡Oh si tierra y cielo se llenase de tales hijos, para que tu divina paternidad se dilatase y resplandeciese en los cielos y en la tierra! Ó Padre de las lumbres (*Iacob.* I, 17), de quien procede la luz verdadera (*Ioan.* I, 9) que es tu Hijo, resplandor de tu infinita gloria (*Hebr.* I, 3); dame la lumbre de viva fe, para que conozca á tí, solo Dios verdadero, y al Unigénito que engendraste, Jesucristo (*Ioan.* XVII, 2), por cuyo medio te conozca y ame, y sea hijo de la luz en esta vida, y despues alcance la lumbre de la gloria, con que te vea claramente en la vida eterna. Amen.

Del Hijo unigénito de Dios. — 1. Luego hablaré con la segunda Persona, discurriendo por sus propiedades. Ó Hijo de Dios vivo, que procedes del Padre por la eterna generacion; gózome de que por excelencia seas unigénito (*Ioan.* I, 14), sin que jamás haya habido ni pueda haber unigénito como tú. Muchos hay que son hijos

únicos de sus padres; pero tú solo eres único y unigénito engendrado con un modo tan singular, que no es posible hallarse otro que sea semejante á este. Tú eres unigénito, porque en cuanto Dios, procedes de padre sin madre, y eres tan único de tu Padre, que no puede engendrar otro, y de él solo recibes el bien infinito de que gozas, sin que sea posible que el Padre cese de dártele, ni tú de recibirle, gustando infinitamente él de engendrarte, y tú de ser engendrado de él. —Tú eres unigénito, porque tú solo entre los hijos eres imágen y figura de tu Padre, tan perfecta, que llegas á ser una cosa con él: de modo, que cual es el Padre, tal es en todo y por todo el Hijo, y tanta dignidad es ser Hijo, cuanto lo es ser Padre. ¡Oh igualdad infinita! oh semejanza singular, mas admirable que imitable, á la cual ninguno puede llegar con igualdad, aunque puede suspirar por tener alguna parte de ella!

2. Tú tambien eres por excelencia unigénito, porque tú solo recibes toda la herencia de tu Padre, que es las inestimables riquezas de su divinidad, sin que reserve nada para sí; de modo que seas tan poderoso como él, con igual potestad de engendrar otros hijos adoptivos, que sean herederos de tu gloria en la parte que les quisieres dar. (*Rom.* VIII, 17). ¡Oh si me hicieses semejante á tí en el ser de hijo! pues en siendo hijo, seré tambien contigo heredero de tu cielo.

3. Tú, finalmente, eres por excelencia unigénito (*Ioan.* I, 18), que estás en el seno de tu Padre, sin jamás apartarte de él. Gózome, Bien mio, del gozo y descanso eterno que tienes en ese seno, penetrando todos los secretos de la infinita sabiduría de tu Padre, y amando con infinito amor la bondad del que dentro de sí te tiene, y bebiendo todo el rio de los deleites que bañan su divino pecho. ¡Oh si entrase yo dentro de ese divino seno! oh si me reclinase en ese santo pecho, para que participase algo de la luz, amor y gozo que allí tienes! No me contento, Señor, con el seno de Abrahan, padre de los creyentes, sino con el seno de tu Padre, que es Padre de los vivientes; y donde tú estás, quiero yo estar, pues tú dijiste (*Ioan.* XII, 26): Donde estoy yo, estará mi siervo. Ó alma mia, mira el gozo que tiene el Padre de tener en su seno á tal Hijo, y el gozo que tiene el Hijo por estar en el seno de tal Padre; y entra con la fe y contemplacion dentro de este seno á gozar del gozo de los dos, que es un mismo gozo; y gózate con ellos, juntando tu gozo con el suyo, para que te hagan una misma cosa consigo. Pero ¿qué haceis, ó Verbo divino, desde vuestra eternidad puesto en medio de ese seno? ¿por

ventura quereisle para Vos solo, sin que haya otro que esté allí con Vos? Ó virtud inefable del Hijo, el cual procediendo de su Padre, junto con él mismo produce al Espíritu Santo, tan bueno y poderoso como los dos; gózome, Dios mio, del gozo que teneis en producirle, comunicándole la misma divinidad que recibís de vuestro Padre, con el mismo gozo que el Padre os la comunica á Vos. ¡Oh quién me diese que sin envidia comunicase los bienes que de vuestra mano recibo (*Sap.* VII, 13), para que muchos os amasen como yo deseo amaros por todos los siglos! Amen.

Del Espíritu Santo.— 1. De la misma forma hablaré con la tercera Persona, discurriendo por sus propiedades. Ó Espíritu soberano que procedes del Padre y del Hijo, como de un principio, con eterna procesion de amor (*Ioan.* XV, 26); gózome de que por excelencia seas espíritu, recibiendo con sumo gozo todo el espíritu y vida de los dos de quien procedes. Tú eres espíritu del Padre, de quien recibes su divinidad y omnipotencia, y eres espíritu del Hijo, de quien recibes tambien su misma sabiduría, y eres espíritu de los dos, de quien recibes el infinito amor con que se aman, amándolos tú con el mismo amor con que eres amado de ellos; gozándote tanto de ser amado, cuanto ellos se gozan de amarte, porque todos tres sois un Dios, una bondad y un amor. ¡Oh quién me juntase contigo en un espíritu, para que todo yo me convirtiese en espíritu de amor!

2. Tú eres propiamente espíritu, porque procedes como ímpetu ó impulso de la voluntad amorosa del Padre y del Hijo, quedándote dentro de ellos en unidad de esencia y caridad, uniendo con vínculo de infinita amistad las Personas de quien procedes. ¡Oh si de tí saliese un ímpetu de amor que llenase toda mi voluntad, y penetrando mi corazon le arrebatase y juntase con el tuyo, haciéndolos uno con el amor!

3. Ó Espíritu divino, que por excelencia eres santo, porque procedes como amor, que es la fuente de la santidad, la cual no está tanto en conocer con mucha sabiduría, cuanto en amar con mucha caridad. Gózome de la santidad que tienes, y del gozo con que la recibes del Padre y del Hijo, de quien procedes. Y pues juntamente procedes de los dos como don, para ser dado liberalmente á los que fueren capaces de tí, dáteme á tí mismo, don infinito, para que con tal don sea espíritu, como tú en la pureza, y santo, como tú en la caridad, y por ella me dé todo á tí, como tú te das á mí, para que goce de tu soberana deidad por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto.—*De la oracion mental á imitacion de la santísima Tri-*

nidad. — 1. Por lo que se ha dicho en el punto precedente, consideraré la forma y modo de la oracion mental, y del trato interior con Dios, á semejanza de la comunicacion eterna que tienen las tres divinas Personas. Porque como el Padre eterno, conociendo su divina esencia, forma un concepto y semejanza viva de sí mismo, que es el Verbo, el cual siempre permanece dentro del Padre, así yo en la oracion tengo de procurar conocer á Dios perfectamente, de modo que forme dentro de mí un concepto de Dios verdadero, propio y perfecto, que sea imágen y representacion de lo que hay en él, cumpliendo lo que dice san Pablo (II *Cor.* III, 18): que contemplando la gloria de Dios, nos transformamos en su imágen. Y este conocimiento ha de perseverar dentro de mí, con la mayor continuacion y frecuencia que me fuere posible.

2. Demás de esto, como el Padre y el Hijo, amándose á sí mismos, producen el amor, que es el Espíritu Santo, el cual tambien permanece dentro de Dios; así yo en habiendo conocido á Dios, y formado este concepto de su bondad, tengo de amarle y producir dentro de mí el afecto de amor con los demás que le acompañan, procurando que permanezcan en mi corazon lo mas que pudiere; porque entonces se cumple lo que dice la Esposa (*Cant.* III, 4): Hallado he al que ama mi alma, yo le tendré y no le dejaré. El hallarle es propio del conocimiento y deseo que busca á Dios nuestro Señor; el tenerle y asirle es propio del conocimiento y amor que le posee y le goza.—De estos actos se sigue el sumo gozo (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 180, *art.* 7), y deleite de que es capaz mi alma, porque en ellos consiste la bienaventuranza que puedo tener en esta vida, así como tambien por ellos se posee la bienaventuranza eterna, que es ver á Dios claramente, amarle y gozarle sin fin, á donde la comunicacion con Nuestro Señor será perfecta, y muy semejante á la que tienen las tres divinas Personas entre sí; porque como dice el glorioso san Juan (I *Ioan.* III, 2): Cuando Dios se nos descubriere, serémos semejantes á él, porque le verémos como él es.

3. Finalmente, de estos actos se seguirá, que como las tres divinas Personas tienen un sentir y querer en todo lo que obran, y juntamente lo obran para bien de las criaturas, así yo en virtud de esta comunicacion interior con Dios, unido con él, gustaré de cumplir siempre su voluntad, y hacer bien á otros, que es el fruto de la oracion. Y de aquí entenderé, que ejercitarse en esta oracion no es estar ocioso, sino tener la mas noble ocupacion que es posible, á semejanza de la que tiene Dios dentro de sí, aunque suele llamarse

ocio, por la quietud que tiene la contemplacion de María, á diferencia del bullicio y solicitud que tiene la ocupacion y vida de Marta. Por la cual dijo el mismo Señor por David: Vacad y ved que yo soy Dios, que es decir (*Psalm.* XLV, 11): Desocupaos de otras cosas por atender á la contemplacion, y veréis como yo solo soy Dios por las cosas gloriosas de mi divinidad, de las cuáles doy testimonio interior á quien vaca por contemplarlas.

4. De aquí subiré á contemplar aquellas misteriosas palabras con que san Juan declaró este misterio, diciendo (I *Ioan.* V, 7): *Tres son los que dan testimonio en el cielo, Padre, Verbo y Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa: y tres son los que dan testimonio en la tierra, espíritu, agua y sangre; y estos tres son una misma cosa en dar este testimonio.* Ponderando como las tres divinas Personas, como testigos abonados que llegan á número de tres, dan testimonio cumplidísimo de todas las cosas que les pertenecen, con grande conformidad, por ser un mismo Dios, y así le dieron en la creacion del mundo, especialmente del hombre, á quien hicieron á su imágen y semejanza. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 93, *art.* 5). Y en el Bautismo y transfiguracion de Cristo nuestro Señor le dieron de su divinidad, y despues de la verdad de su doctrina, de la santidad de su ley, y de la eficacia de su gracia, viniendo para esto el Espíritu Santo, como arriba queda dicho. Pero en particular dan testimonio de sus grandezas y perfecciones dentro del corazon de los justos, con admirables señales de su divinidad. Por lo cual dijo el mismo san Juan (*Ioan.* V, 10), que quien cree en el Hijo de Dios, tiene dentro de sí el testimonio de Dios, que, como dijo san Pablo (*Rom.* VIII, 16), es propio del divino Espíritu. Pero el último testimonio claro y evidente darán á los bienaventurados en la gloria, á donde todos verán las tres divinas Personas; porque no es posible ver una sin la otra, y con la vista de todas tres quedarán hartos para toda la eternidad. Ó Trinidad beatísima y Unidad gloriosísima, ¿qué te daré por los testimonios tan esclarecidos como de tí nos has dado, y das, y darás sin cesar? Lo que deseo es abrazarme con los tres que dan testimonio en la tierra, espíritu, agua y sangre, adorando, amando é imitando el espíritu de Cristo mi Señor, lavándome con el agua que salió de su precioso costado, y enriqueciéndome con la sangre que vertió por sus divinas venas. ¡Oh quién me diese espíritu de amor, agua de lágrimas y sangre de penitencia con que diese testimonio de lo mucho que te debo, y me hiciese uno contigo con union de caridad, para glorificarte y alabarte por todos los siglos en tu eterna gloria! Amen.

MEDITACION V.

DE LA INFINITA PERFECCION DE DIOS.

—Perfecto llamamos lo que tiene todas las cosas que puede y debe tener segun su naturaleza, sin que le falte cosa alguna, por mínima que sea. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 4, *art.* 1 *et* 2). Porque cualquier cosa que le falte de estas, pone alguna imperfeccion; y esto mismo se llama hermoso, en cuanto deleita y recrea la vista de cuerpo y alma (*D. Thom.* 1 *p. q.* 5, *art.* 4 *ad* 2): y llámase bueno en cuanto mueve, aficiona y lleva tras sí la voluntad del que lo mira. Y así estos tres nombres en la divina Escritura se atribuyen á Dios y á sus obras, por razon de la entereza que tienen en todo lo que su ser pide y debe tener. Presupuesta esta declaracion de los nombres, declararémos la misma cosa que significan.—

Punto primero.—Lo primero, se ha de considerar como la primera y suprema perfeccion de nuestro gran Dios trino y uno, es ser tan perfecto (*D. Dionis. c.* 5 de divin. nom.; *D. Aug. in Manu. c.* 12) que en su propio ser encierra todas las perfecciones y excelencias posibles, sin mezcla de imperfeccion alguna, de modo que no le falte nada de lo que puede caber en Dios, ni es posible imaginar verdadera perfeccion de que Dios sea capaz, que no esté en él con todos los grados y quilates que puede tener, sin tasa ni limitacion alguna; por lo cual dice la Escritura (*Psalm.* CXLIV, 3) que la grandeza de Dios no tiene fin, y que el espíritu del Señor encierra en sí todas las cosas (*Sap.* I, 7), y que todas proceden de él; y en él están todas (*Rom.* XI, 36) con infinitas ventajas, y sin la mezcla de las imperfecciones que tienen las criaturas. Y así con grande afecto de admiracion y gozo diré á Nuestro Señor (*D. Aug. in Medit. c.* 12): *Deus meus, et omnia:* Dios mio, y todas las cosas. Ó Dios mio, Dios de infinita majestad, con gran firmeza creo que eres todas las cosas, en cuanto tienes con infinita eminencia la perfeccion de todas, porque todas reciben de tí la perfeccion que tienen en sí. Tú eres todas las cosas, porque eres principio y fin, idea y ejemplar de la perfeccion que de tí reciben; y tanto son mas perfectas, cuanto su perfeccion se llega mas á la tuya; tú eres para mí todas las cosas que puedo desear; tú eres mis riquezas, mis deleites, mis honras y dignidades, mis mayorazgos y tesoros infinitos: en tí solo, sin otras cosas, las tengo todas, y sin tí, todas serán como nada para mí. Ó alma mia,

si pretendes perfeccion, abrázate con Dios, y en él la hallarás, sin mezcla de imperfeccion. Si deseas hermosura, mira y contempla á Dios, porque en él está toda, sin mezcla de fealdad. Si amas la bondad, ama á Dios, en quien resplandece sumamente, sin mezcla de malicia. Ó mi Dios y todas mis cosas, ¿cuándo tengo de ir á verte claramente en tu gloria, á donde eres todas las cosas á todos, por todos los siglos? Amen.—Esta palabra encierra copiosísima materia de meditacion, juntando con ella la que dijo el padre del hijo pródigo á su hijo mayor: *Omnia mea tua sunt* (*Luc.* xv, 31): Todas mis cosas son tuyas. Y así para penetrar lo que hay en ella, se ha de discurrir por los grados de perfeccion en el ser que hay en las cosas criadas, reduciéndolos á cuatro ó cinco, como se verá por los puntos siguientes.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como en Dios nuestro Señor están con eminencia las perfecciones del primer grado de criaturas, que son las corporales que carecen de vida; conviene á saber, los cielos con sus estrellas y planetas: además, los cuatro elementos, con todos los mixtos que de ellos se engendran, y con todos los metales de oro, plata y piedras preciosas, porque todas estas cosas crió Dios, y él las dió la hermosura y resplandor que tienen, y las propiedades y virtudes con que obran cosas maravillosas; y así están en él con otro modo infinitamente mas perfecto: de suerte, que lo que en las criaturas por su imperfeccion carece de vida, en Dios está con vida, segun aquello de san Juan (*Ioan.* i, 3): *Quod factum est, in ipso vita erat:* lo que fue hecho antes de hacerse, en Dios era vida, porque Dios tenia dentro de sí vivamente con gran eminencia la perfeccion que habia de dar á lo que crió, y la viva idea de ello, como el artífice la tiene de la casa que ha de hacer. (*D. Aug.; Beda et alii*).

2. De aquí es, que Dios nuestro Señor sin estas criaturas puede hacer lo que hacen ellas; puede alumbrar sin el sol, calentar sin el fuego, refrescar sin el viento, humedecer sin el agua, y producir sin la tierra lo que produce con ella, porque tiene en sí la virtud y perfeccion de todo esto; y si se sirve de estas criaturas, no es por necesidad, sino por muestra de su infinita bondad, como despues verémos.—De aquí tambien es, que la Escritura para declarar las perfecciones de Dios, usa de estas criaturas, y así le llama Sol de justicia, Estrella de la mañana, Fuego consumidor, Fuente de agua viva, Espíritu que sopla donde quiere. Y las riquezas de su gracia y gloria las declara por oro, plata y piedras preciosas; y de la her-

mosura, belleza y propiedades maravillosas de estas cosas sube á contemplar la hermosura y belleza de Dios, y sus excelentes propiedades; pero de tal manera, que juntamente entiende y confiesa que todo cuanto hay en estas cosas criadas es como sombra ó figura, y cási nada en respecto de lo que hay en Dios nuestro Señor, en cuya comparacion los cielos no están limpios, el sol no resplandece, la luna no es hermosa, y toda hermosura es como fealdad. Con cada una de estas consideraciones he de mover mi corazon á los afectos de admiracion, amor, alabanza y gozo de tener un Dios tan hermoso, y en todo tan perfecto. Ó Dios infinito, gózome de que el sol y la luna se maravillen de tu hermosura, reconociendo que es nada la que tienen en respecto de la mucha que tú tienes. Ó Amado de mi corazon, si tanto me alegro en ver la hermosura y perfeccion de estas criaturas, ¿cómo no me alegraré en ver la hermosura y perfeccion tuya, de quien procedieron ellas? Ámele yo mas que á todas, pues eres hermoso y perfecto infinitamente mas que todas; y no ame á ellas sino por tí, de quien reciben la perfeccion que tienen en sí.

3. De aquí tambien sacaré, cuán grande locura es dejar á Dios infinitamente perfecto, por gozar de la perfeccion y hermosura de estas criaturas, por el gusto ó interese que puedo tener en poseerlas; pues todo el oro en su comparacion, como dice la sagrada Escritura (*Sap.* VII, 9), es como arena menuda, y la plata es como lodo, y todas las riquezas son como nada: y el gusto que de ellas procede (*Ierem.* II, 13) es agua echada en aljibe roto, por cuya causa no es justo dejar á la fuente del agua viva, y el tesoro infinito de toda perfeccion. Finalmente me aplicaré algunas veces á discurrir por las propiedades de algunas de estas criaturas, para conocer las perfecciones que hay en Dios, que se compara á ellas (*lib. de coelest. hierarch. c.* 15): como lo hizo san Dionisio, contando cási treinta y cuatro propiedades del fuego, por las cuales rastreaba la que hay en Dios que se llama *ignis consumens* (*Deut.* IV, 24), fuego consumidor. Lo cual haré alegrándome de que Dios tenga todo aquello y mucho mas, y de que pueda por sí solo lo que hace por sus criaturas.

PUNTO TERCERO. — 1. Á este modo se ha de considerar como en Dios nuestro Señor están tambien con eminencia las perfecciones del segundo grado de las criaturas corporales que tienen vida vegetativa, y se aumentan y crecen, y engendran otras semejantes, como son los árboles, plantas, yerbas y flores olorosas, cuyas propiedades se descubren por los frutos, hojas y semillas que producen, por la virtud que les dió su Criador, en quien están con infinita excelen-

cia, y de ella se precia diciendo (*Psalm.* XLIX, 11): *Pulchritudo agri mecum est.* Conmigo está la hermosura del campo: esto es, la hermosura de todos los árboles, plantas, yerbas y flores que hay en los huertos y campos del mundo. Y á esta causa unas veces se llama lirio, otras cepa, otras árbol de vida. De todo lo cual se sacarán afectos como en el punto pasado.

2. De la misma manera están en Dios las perfecciones de los vivientes que sienten, como son los animales de la tierra, las aves del aire y los peces del mar; los cuales son innumerables y admirables, porque en unos resplandece la grandeza, en otros la fortaleza, en otros la ligereza, en otros la hermosura, en otros la astucia y sagacidad; y todo esto se halla en Dios con infinitas ventajas, y así en la divina Escritura se compara á estos animales, para que por las perfecciones que tienen subamos á conocer las que él tiene. Llámase leon por la fortaleza; cordero por la mansedumbre; ciervo por la ligereza, y águila por la piedad; pero de tal manera, que no hay en Dios las imperfecciones con que están mezcladas en estas cosas, porque está en Dios la fortaleza del leon sin crueldad, y la mansedumbre del cordero sin su simplicidad, y así en lo demás. Por donde consta, que de todo lo que viere perfecto é imperfecto, bueno y malo, hermoso y feo, puedo sacar la infinita perfeccion de Dios, quitando de él todo lo malo, imperfecto y feo, y poniendo en él todo lo bueno, perfecto y hermoso, con otro modo mas excelente de perfeccion. Ó Amado mio, como aparto en tí lo precioso de lo vil para conocerte (*Ierem.* XV, 19), así deseo apartar en mí lo precioso de lo vil, para agradarte: concédeme, Señor, que participe por tu gracia esta soberana division que tú tienes por naturaleza, para que libre de imperfecciones, sea puro y perfecto en las virtudes.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como están en Dios todas las perfecciones de las criaturas intelectuales, así hombres como Ángeles, á los cuales crió á su imágen y semejanza, y les dió el ser espiritual que tienen, la memoria, el entendimiento, voluntad y libre albedrío; las artes y ciencias, las virtudes y gracias, la potestad y excelencia que en todos y en cada uno resplandece, y por consiguiente todas están en Dios con infinita mayor excelencia, por la cual dijo (*Psalm.* XCIII, 9), en un salmo: Quien hizo la oreja, ¿no oirá? y quien formó el ojo ¿no verá? quien enseña á los hombres la ciencia ¿carecerá de ella? y quien les da la virtud y santidad ¿estará sin ella? ó quien les comunica el poder que tienen, ¿quedarse ha sin potestad? Y así cuando viere las habilidades de los

hombres en las artes y artificios, en la invencion de la casa, del vidrio, del papel, del lienzo, de la pintura, música, y otras cosas semejantes, luego subiré á considerar la infinita sabiduría de Dios, de quien originalmente procedieron estas invenciones. Y cuando viere la prudencia y providencia de los reyes y gobernadores en su gobierno, y las soberanas virtudes que resplandecen en los santos y varones perfectos, levantaré los ojos á considerar la infinita excelencia que tiene Dios en todas estas cosas, alabándole, glorificándole y amándole por ellas.

2. De dónde sacaré, lo primero, que Dios nuestro Señor es un dechado infinito de toda perfeccion, al cual tengo de mirar siempre para admirarme de las infinitas perfecciones en que no puede ser imitado, y para imitar las que pueden ser imitadas, conforme á lo que nuestro Redentor dijo á sus discípulos (*Matth.* v, 48): Sed perfectos como vuestro Padre celestial lo es, como quien dice: Procurad que no os falte ninguna perfeccion de virtud de cuantas podeis tener; así como vuestro Padre es perfecto en todas, sin que le falte ninguna. Ó Padre perfectísimo, de quien toda perfeccion procede, dame la que me mandas, para que tenga la que tú quisieres.—Lo segundo sacaré, que como el árbol se conoce por los frutos, y el árbol bueno los produce buenos (*Matth.* vii, 16-17), así la perfeccion de Dios se conoce por sus obras; porque como dice la Escritura (*Genes.* i, 31): Todas son muy buenas y perfectas, no solamente las grandes, como son los cielos y elementos, sino las muy pequeñas, como son las hormigas y gusanos. Y á su imitacion procuraré yo tambien ser perfecto, mostrando mi perfeccion en todas las obras grandes y pequeñas, procurando, como dice el Eclesiástico, ser en todas muy excelente. (*Eccli.* xxxiii, 23).

3. Finalmente, como las cosas imperfectas acuden por la perfeccion que les falta á la perfecta en aquel género, como quien está falto de calor acude al fuego; así yo mirándome imperfecto, tengo de acudir al que es infinitamente perfecto, para que me perfeccione, dándome lo que me falta. Ó Dios infinito (*Psalm.* cxxxviii, 16): *Imperfectum meum viderunt oculi tui:* Tus ojos han visto mi grande imperfeccion, de tí he recibido lo que tengo, y tú me has de dar lo que me falta; perfecciona la obra que comenzaste, haciéndome perfecto, sin que me falte nada. Amen.

Punto quinto.— 1. Lo quinto, se ha de considerar como todas estas perfecciones que ponemos en Dios, aunque son innumerables, segun que están repartidas por las criaturas; pero en el mismo Dios

no son mas que una simplicísima, en la cual se encierran todas (*D. Thom.* 1 *p. q.* 3, *art.* 7), como el valor de muchos reales y cuartos se encierran en un solo doblon de á ciento; y así en Dios una misma cosa es su sabiduría, su bondad, su caridad, su misericordia y su omnipotencia, su fortáleza y todo lo demás sin género de composicion, ni division; y en cada perfeccion están embebidas todas, y todas en cada una: de suerte, que su bondad es su misma sabiduría y omnipotencia, y su omnipotencia es su misma sabiduría, y así en los demás. Y quizá por esto dice el Sábio, que el espíritu de Dios (*Sap.* VII, 22): *Est unicus, et multiplex, et qui capit omnes spiritus,* es único y muchos, y abraza todos los espíritus. De aquí es, que no solamente en la máquina de este mundo, sino en cada obra de Dios por sí sola, resplandece la junta y union de sus admirables perfecciones, y por ella podemos conocer que su Criador es poderoso, sábio, bueno, infinito, amable, etc.

2. De aquí he de sacar dos afectos y propósitos muy excelentes. El primero, es un entrañable deseo de imitar está infinita simplicidad del divino Ser, en la simplicidad y sencillez purísima de mi intencion, procurando que en todas mis obras, aunque sean muchas, resplandezca una perfectísima intencion de agradar á solo Dios, por quien él es, en la cual están virtualmente incluidas grandes perfecciones; por lo cual dijo Cristo nuestro Señor y Salvador (*Matth.* VI, 22; *Luc.* XI, 24): *Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit.* Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será resplandeciente. Ó Dios perfectísimo, alumbra el ojo de mi conocimiento, para que en todas las criaturas mire á tí su Criador, de quien reciben su perfeccion. Purifica el ojo de mi afecto, para que en todas ellas ame á tí su bienhechor, de quien reciben su bondad: y esclarece el ojo de mi intencion, para que en todas mis obras pura y sencillamente busque á tí su último fin, de quien han de recibir su resplandor, para que tú seas glorificado en ellas por todos los siglos. Amen.

3. El segundo propósito ha de ser de juntar en cada una de mis obras la variedad de las virtudes principales que pueden resplandecer en ellas; de modo que cada obra sea tambien á su modo una y muchas, y abrace muchos espíritus y afectos de Dios, porque si rezo ó ayuno, ó doy limosna, esta obra puede ir acompañada con afecto de amor de Dios, de confianza, de obediencia, de humildad, de temor filial, y otros tales. Y quizá por esta causa Cristo nuestro Señor llamó ojo á la intencion, y á la obra cuerpo, dando á entender, que como el cuerpo tiene muchos miembros y partes, así cada obra

ha de tener varios ejercicios de virtudes, enderezados todos por el ojo simplicísimo de la pura intencion á gloria de solo Dios.

MEDITACION VI.

DE LA SUMA BONDAD Y SANTIDAD DE DIOS.

—Dos modos hay de bondad en las criaturas; una natural, que consiste en tener todas las partes que le convienen, segun su naturaleza (*D. Thom.* 1 *p. q.* 6): por la cual dice de ellas la Escritura, que vió Dios todas las cosas que habia hecho, y todas eran (*Genes.* I, 31), *valde bona*, muy buenas. Otra bondad hay moral, propia de las criaturas intelectuales, la cual consiste en tener todas las virtudes y ejercicios de ellas que les convienen segun su estado, y esta se llama por otro nombre santidad. Y aunque en las criaturas pueden andar apartadas, porque bien se compadece la primera sin la segunda, que pende del libre albedrío; pero en Dios andan juntas, porque tan natural le es la segunda como la primera, aunque con libertad ejercita los actos de ella, en órden á las criaturas; y así de ambas juntamente será esta meditacion, presupuesto lo que se ha dicho en la pasada.—

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor es infinitamente bueno, cuya suma bondad consiste en tres cosas.-La primera, en que encierra en sí todos los grados y modos de bondad que se hallan en las criaturas, de suerte, que no se puede imaginar bondad, que no se halle en Dios con infinita excelencia; por la cual pidiendo Moisés á Nuestro Señor, que le mostrase su rostro y su gloria, le respondió (*Exod.* XXXIII, 18): *Ego ostendam omne bonum tibi:* yo te mostraré todo el bien y todo lo bueno: dándole á entender que Dios era todo el bien, y que encerraba en sí todo lo bueno.-La segunda excelencia es, que toda esta bondad la tiene por su misma esencia, de modo que ni es participada de otro, ni añadida á su divina naturaleza, ni postiza, de manera que se pueda poner y quitar como en nosotros, sino tan natural cosa le es ser bueno y santo, como ser Dios; y por esta causa Cristo Señor nuestro á una persona principal que le llamó bueno, creyendo que era hombre puro, le respondió: ¿Para qué me llamas bueno? (*Marc.* X, 17). *Nemo bonus, nisi solus Deus:* ninguno hay bueno, sino solo Dios, porque solo Dios es la misma bondad, por su misma esencia.

2. La tercera excelencia es, que la bondad y santidad de Dios

excede tanto á la bondad de todas las cosas criadas y posibles de criar, que en su comparacion no merecen el nombre de buenas, y su bondad es como si no fuese. Y por esta causa tambien dijo Cristo nuestro Señor, que ninguno habia bueno sino Dios, y que (*Matth.* XIX, 17) *unus est bonus Deus*, uno es el bueno, y este es Dios; y por la misma razon dijo á la madre de Samuel (I *Reg.* II, 2): No hay santo como el Señor, ni hay otro fuera de él, que es decir: No hay otro que pueda llamarse santo como Dios, porque solo él llena el nombre de santidad.

3. De donde se saca el fundamento de la verdadera y profunda humildad que tienen los santos en la presencia de Dios; la cual estriba en estas dos cosas postreras; porque toda la santidad de los hombres es añadida á su naturaleza y mudable de su cosecha, y en comparacion de la de Dios es como nada. Y así dijo un amigo de Job, comparando los Ángeles con Dios (*Iob*, XV, 15): Mirad que entre sus santos ninguno hay inmutable, y los cielos no están limpios en su presencia. Ó Dios santísimo, que por excelencia te llamas (*Dan.* IX, 24) Santo de los santos, porque eres principio, dechado y fin de toda santidad; gózome de la suma bondad y santidad que tienes con infinita firmeza y estabilidad en ella. Confieso, Señor, que no puedo tener santidad si tú no me la das, ni puedo durar en ella si tú no la conservas; y por mucha que me dés, será tan pequeña respecto de la tuya, que cubriendo mi rostro con vergüenza, diré á voces como los Serafines (*Isai.* VI, 3): Santo, santo, santo, el Señor Dios de los ejércitos, tres veces eres santo, por las tres excelencias de santidad que tienes, por la cual te suplico me fundes en esta humildad muy profunda, para que sea digno de subir á una santidad muy levantada.

PUNTO SEGUNDO.—*De las virtudes ejemplares de Dios.*— 1. Particularizando mas lo que se ha dicho, se ha de considerar, lo segundo, las infinitas virtudes de Dios nuestro Señor, por las cuales es infinitamente bueno y santo, ponderando algunas excelencias de ellas.— La primera es, que Dios nuestro Señor con infinita eminencia tiene todas las virtudes que están repartidas en los santos, así hombres como Ángeles, sin las imperfecciones y limitaciones que tienen en ellos. De modo, que tiene infinita prudencia, justicia, fortaleza y templanza: infinita caridad, liberalidad y misericordia: infinita mansedumbre, clemencia y paciencia, con todas las demás, sin faltarle ninguna de las que no presuponen imperfeccion en el sujeto que las tiene. Y por esta razon se llama á boca llena (*Psalm.* XXIII, 10; XLV,

8; LXXIX, 5) *omne bonum, et Deus, vel Dominus virtutum*, todo bien y Dios de las virtudes, en quien está, no una ú otra virtud, sino todas juntas, porque todas pertenecen á la infinita bondad y santidad de Dios, y cada una trae consigo encadenadas á las demás. De donde procede, que estas virtudes cuando llegan á tener su perfecto estado, están grabadas y eslabonadas entre sí (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 65, *art.* 1), como lo están en Dios, á quien tengo de imitar en esto, procurando señalarme, no solamente en una virtud, sino en todas, diciéndole: Dios de las virtudes, hazme semejante á tí en todas ellas.

2. La segunda excelencia es, que las virtudes de Dios nuestro Señor son ejemplar y dechado infinito de todas las que hay y puede haber en los santos; cuyas virtudes tanto son mas ó menos perfectas, cuanto mas ó menos se parecen y son semejantes á las de Dios: las cuales son tan infinitas, que otro que el mismo Dios no puede comprenderlas; pero irémos rastreando su grandeza inmensa, por las de los santos. Para lo cual ayudará considerar cuatro suertes de virtudes que refiere santo Tomás con palabras muy graves y muy espirituales (1, 2, *q.* 61, *art.* 5). Y comenzando por las menores, las primeras son las políticas y morales, propias de los hombres que gobiernan su vida segun el dictámen y regla de la razon, moderando la furia de sus pasiones, para que no desdigan de ella.- Otras virtudes hay de los que aspiran á la divina semejanza, y andan en pretension de ella, deseando cumplir lo que Cristo nuestro Señor dijo (*Matth.* v, 48): Sed perfectos como vuestro Padre celestial lo es; los cuales por la virtud de la prudencia llegan á despreciar todas las cosas mundanas, con la contemplacion de las divinas, y á ellas enderezan los pensamientos de su alma. Con la templanza dejan lo que pide el cuerpo, en cuanto sufre la vida, y lo permite la naturaleza; con la fortaleza no se atemorizan, ni por apartarse del cuerpo, ni por acercarse á lo eterno; y con la justicia hacen que toda el alma con sus potencias y sentidos consienta en este modo de vida.

3. Otras terceras virtudes hay de los que han alcanzado la divina semejanza, cuya prudencia solamente mira las cosas divinas; su templanza no siente codicias terrenas; su fortaleza no experimenta ya pasiones; y su justicia está confederada en amistad perpétua con Dios, imitándole cuanto puede. Y estas virtudes son propias de los bienaventurados ó de algunos muy perfectos de esta vida. Casi todas estas palabras son de santo Tomás. De aquí subiré á contemplar las supremas virtudes que llaman ejemplares, propias de solo Dios,

y son regla y dechado de todas las que hemos referido, pero con tan infinitas ventajas, que en su comparacion todas las demás quedan oscurecidas, y son como si no fueran; y á boca llena podemos decir á Dios (*Eccles.* in hymn.: *Gloria in excelsis Deo*): *Tu solus Sanctus:* tu solo eres Santo, y no hay otro fuera de tí; tú solo prudente, tú solo modesto, tú solo fuerte, tú solo justo, y no hay entre los dioses, ni entre los hijos de Dios, quien se pueda igualar contigo (I *Reg.* II, 2), ni presumir de sí. Ó Dios de las virtudes, gózome con sumo gozo de la infinita excelencia que tienes en ellas. Tú eres la misma prudencia conociendo lo que en tí tienes; tú la misma templanza, conformándote contigo; tú la misma fortaleza, asiéndote de tu inmutabilidad; tú la misma justicia, guardando tu ley eterna; y tú la misma caridad, amando tu bondad, y por ella á los que la participan. ¡Oh quién me diese que participase algo de tus virtudes, para glorificarte con ellas! Ó dulcísimo Jesús, que dijiste: Sed perfectos como vuestro Padre lo es, y tú en cuanto hombre alcanzaste la suprema perfeccion de las virtudes, y la suma semejanza que puede haber con Dios en ellas; concédeme que imite las que ejercitaste en tu sagrada humanidad, para que juntamente imite las que resplandecen en tu soberana divinidad. Amen.—De aquí he de sacar unos generosos propósitos y deseos de no contentarme con las virtudes políticas, sino buscar aquellas en que está la mayor semejanza con Dios, procurando con todas mis fuerzas alcanzarlas.

4. De aquí se sigue otra excelencia de Dios en estas virtudes, que es ser principio y causa de las demás, á quien se han de pedir como á su propio Dueño y Señor, porque á él toca darlas, conservarlas, aumentarlas y perfeccionarlas en sus grados; y por esto se llama, *Dominus virtutum*, Señor de las virtudes. Dios es Señor de la fe, del temor y esperanza; Señor de la castidad, humildad, obediencia y caridad, con las demás gracias y dones que la siguen. Y de este señorío se precia, y de él he yo de hacer título para pedirle me dé estas virtudes y los demás dones de su gracia, diciendo como David (*Psalm.* LXXIX, 8): Señor Dios de las virtudes, conviértenos, muéstranos tu rostro, y serémos salvos. Ó Rey de las virtudes, dame aquellas en que tu reino consiste, para que reines en mí por ellas. Tambien haré un cántico de alabanza á Dios nuestro Señor por sus virtudes, provocando á todos que le alaben por ellas, y á ellas mismas que alaben al Señor, diciendo con David (*Psalm.* CL, 2): Alabad al Señor en sus santos, alabadle en la firmeza de su virtud, alabadle por sus virtudes, alabadle segun la muchedumbre de

sus grandezas. Alabadle todos sus Ángeles; alabadle todas sus virtudes; alábele su misericordia; alábele y glorifíquele su misma santidad. Amen.

PUNTO TERCERO. - *De la pureza é impecabilidad de Dios.* —1. Lo tercero, se ha de considerar la infinita pureza y santidad de Dios en todas sus obras, en las cuales descubre aquellas dos partes de la santidad y justicia que llama David (*Psalm.* XXXVI, 27) apartarse del mal y hacer bien, carecer de todo lo malo y tener todo lo bueno. Porque primeramente las virtudes de Dios nuestro Señor son tan puras, que no es posible admitir cosa contraria ó defectuosa, ó que desdiga un punto de su infinita perfeccion. Y así en Dios no puede haber vicio, ni pecado, ni defecto ó imperfeccion alguna; y tan propio es de su bondad ser impecable, como ser Dios. No es posible que peque por ignorancia de lo bueno, porque todo lo sabe; no por olvido ó inadvertencia, porque de todo se acuerda; no por flaqueza, porque todo lo puede; no por pasion que le arrebate, porque todo lo previene; no por temor, porque á nadie teme; no por malicia, porque es la suma bondad y la primera regla, de la cual no puede desviarse. Y así no es posible que en Dios haya mentira, infidelidad; engaño, doblez, impaciencia, tiranía, ni otro pecado, ni sombra de él (*Habac.* I, 13); porque sus divinos ojos son tan limpios, que no pueden mirar á la maldad, agradándose de ella.

2. De aquí es, que no solamente Dios no puede pecar por sí mismo, pero ni ser causa propia de que otros pequen, inclinándoles y moviéndoles á ello (*D. Thom.* 1 *p. q.* 49, *art.* 3; 1, 2, *q.* 79, *art.* 1; 3 *p. q.* 15, *art.* 1); porque esto desdice de su infinita pureza, y seria contrario á sí mismo, y al órden de su infinita sabiduría y bondad. De aquí tambien es, que aunque Dios puede tomar naturaleza humana, sujeta á todas las penalidades de esta vida, pero no es posible tomarla con sujecion á pecado. -De todo lo cual concluyo, que la infinita bondad y santidad de Dios resplandece en la pureza y santidad de sus obras, y que sus virtudes no están en él ociosas, sino que siempre que Dios obra, se descubren en sus obras. Por lo cual dijo David (*Psalm.* CXLIV, 15), que Dios es fiel en todas sus palabras, justo en todos sus caminos y santo en todas sus obras. Y esto postrero repite dos veces, y en ello quiere Dios ser imitado de los hombres con gran cuidado, y así dijo á su pueblo (*Levit.* XI, 43; XIX, 2): No querais manchar vuestras almas, ni tocar cosa que os haga inmundos; sed santos, porque yo soy santo. Y con las mismas palabras exhorta san Pedro á los fieles (I *Petr.* I, 15), que en

su vida y conversacion sean santos. Ó Dios santísimo, que por tu sola bondad nos escogiste para (*Ephes.* I, 4) que fuésemos santos y sin mancha en tu presencia; concédeme que yo lo sea, apartando de mí toda culpa, y adornándome con toda virtud y santidad. Ó Serafines celestiales, que alabásteis á vuestro Dios con el nombre de Santo, de que tanto gusta; venid de este cielo con alguna brasa de amor, y purificad mis labios como los de Isaías (*Isai.* VI, 6), y juntamente mi corazon, para que todo yo sea puro y santo en la presencia de mi Señor.

3. De esta consideracion he de sacar principalmente un gran propósito de apartarme de todo género de culpa grave y pequeña, y de cualquier defecto, imperfeccion ó resabio de ella, en cuanto me fuere posible, acordándome de lo que Nuestro Señor dijo á su pueblo (*Deut.* XVIII, 13): *Perfectus eris, et absque macula cum Domino Deo tuo.* Serás perfecto sin mancha delante de tu Señor Dios. Procurando tambien imitar en la tierra la pureza que hay en el cielo, á donde la Iglesia, como dice san Pablo (*Ephes.* V, 27), será gloriosa sin mácula ni ruga, ni otro algun defecto; lo cual, en su tanto, puedo cumplir acá si vivo con cuidado de no caer en cosas pequeñas; y en cayendo como flaco, luego limpiarme de ellas, para que siquiera en alguna hora y parte del dia pueda decir Dios á mi alma (*Cant.* IV, 7): Toda eres hermosa, amiga mia, y no hay en tí mancha alguna. Y finalmente sacaré de aquí una resolucion grande de no preciarme en esta vida de honras, ni linajes, ni dignidades, ni de ingenio, letras, ni otros talentos, sino principalmente de la virtud y santidad, acordándome que Dios nuestro Señor se preció de esta mas que de todos sus atributos en órden á nosotros; porque no habiendo nombre propio con que llamar á la tercera Persona de la santísima Trinidad, la apropió el nombre de bondad y santidad, y no le llamó Espíritu eterno ó inmenso, sino Espíritu Santo y Espíritu bueno. Y con este nombre quiere Dios ser llamado de los hombres, como lo fue de los Serafines. Ó Espíritu divino, que te apropiaste el nombre de Santo, por lo mucho que te precias de santidad; concédeme que yo me precie de ella mas que de todo lo criado, procurando apropiármela con gran cuidado, para ser santo con firmeza en tu presencia por todos los siglos. Amen.

MEDITACION VII.

DE LA SUMA INCLINACION QUE TIENE LA BONDAD DE DIOS Á COMUNICARSE Á TODOS, ESPECIALMENTE Á LOS HOMBRES, Y LOS MODOS COMO SE COMUNICA, HACIÉNDONOS INNUMERABLES BENEFICIOS.

—Esta meditacion será fundamento de todos los beneficios divinos, los cuales nacen como de fuente de la infinita bondad de Dios, el cual en su eternidad comunicó necesariamente toda su divinidad, por conocimiento al Hijo y por amor al Espíritu Santo, y despues libremente se comunica fuera de sí, con todos los modos posibles, como se verá por los puntos siguientes. —

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar la suma inclinacion que tiene la bondad de Dios en comunicarse y hacer bien á otros; porque como dice san Dionisio (*c. 4 de div. nom.*), *Bonum est diffusivum sui:* el bien es derramador y comunicador de sí mismo; y tanto es mayor su inclinacion á esto, cuanto es mayor bien, y cuanto puede mas comunicarse (*D. Thom.* 3 *p. q.* 1, *art.* 1), y como Dios es sumo bien, así tiene suma inclinacion á comunicarse con todos los modos que puede. Y en esta comunicacion muestra grandes excelencias. -La primera, que no se comunica por necesidad, fuerza ó violencia, sino por sola su bondad y de su libre voluntad, porque es bueno y quiere seguir la inclinacion de su bondad en hacer bien. Con lo cual me obliga á que yo le ame y sirva de la misma manera, diciendo con David (*Psalm.* LIII, 8): Voluntariamente te sacrificaré, y alabaré tu nombre, porque es bueno.

2. La segunda, que no se comunica por su propio provecho, sino por el nuestro; porque de comunicarse á otros ningun bien se le acrece, pues tan bienaventurado era antes de criar el mundo, como ahora. Y así dijo David (*Psalm.* XV, 2): Tú eres mi Dios, porque no tienes necesidad de mis bienes; y luego añade el fruto que de esta consideracion saca, diciendo: El Señor ha engrandecido maravillosamente mis quereres, con los santos que viven en su tierra, que es decir: Ya que no puedo serte de provecho con mis obras, hasme hecho esta merced, que mis quereres y deseos se enderecen á hacer bien á tus siervos, pagándote el bien que me haces con hacer bien á otros.

3. La tercera excelencia es, que no deja estar ociosa su inclinacion, antes la cumple, comunicándose con todos los modos que era

posible comunicarse, hasta el sumo. De suerte que si el bien es derramador de sí mismo, Dios se derramó todo cuanto podia, segun el órden de su infinita sabiduría, con lo cual me obliga á que yo tambien me derrame todo en su servicio y bien de mis prójimos, haciendo todo el bien que pudiere, y con la mayor perfeccion que me fuere posible. Y así cuando oro (I *Reg.* I, 15), derramaré como Ana mi alma en la presencia de Dios, ó como David (*Psalm.* CXLI, 3) derramaré mi corazon, echando el resto de mis fuerzas en ella: y cuando amo derramaré mi oracion (*Psalm.* LXI, 9) y mis afectos delante del Señor, ocupándolos todos en amarle. Ó sumo Bien, que sumamente deseas comunicarte, porque si tú no te comunicas, no es posible que haya otro bien fuera de tí; comunícame estas excelencias con que te comunicaste, para que te ame, sirva y obedezca, no por fuerza ni temor, sino de grado y por amor; no por mi propio interés, sino por tu solo servicio; no con ánimo escaso y corto, sino largo y generoso, haciendo lo sumo que pudiere por mis prójimos y por tí, como tú lo has hecho por mí.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Descendiendo á particularizar esta comunicacion de la divina bondad, se ha de considerar, lo segundo, como comunicó el ser y bondad natural á las criaturas, repartiendo por ellas cuatro grados de hermosura y perfeccion, que apuntamos en la meditacion V. Á unas dió el ser corporal solo, aunque con grande variedad de perfecciones, como son los cielos, elementos y mixtos. Á otras dió la vida vegetativa, como son los árboles, flores y plantas. Á otras la vida sensitiva, como son los animales, aves y peces. Á otras el ser espiritual y vida intelectiva, como son los Ángeles de las tres jerarquías. Y últimamente todos cuatro grados los recogió en el hombre, compuesto de cuerpo y espíritu, dándole ser como á los cielos y elementos, vida como á las plantas, sentido como á los animales, y entendimiento como á los Ángeles (*D. Greg.* hom. 29 in Evang.); por lo cual el hombre se llama toda criatura, y mundo abreviado. De modo que estos cuatro grados de ser y perfeccion son como cuatro rios (*Genes.* II, 10) que nacen de la fuente del paraíso, que es la infinita bondad de Dios, los cuales riegan por diversas partes la tierra y cielo, y despues todos cuatro se recogen en el hombre, haciéndole en esto muy semejante al paraíso de donde salieron.

2. De donde sacaré grandes afectos de admiracion y gozo, de agradecimiento y amor por este maravilloso modo como Dios nuestro Señor se comunicó á los hombres, admirándome de la sabiduría

infinita que mostró en esto, gozándome de su omnipotencia, agradeciendo su liberalidad (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 44, *art.* 4 *et* 5), y amando su infinita bondad. Ó Bondad soberana, ¿qué gracias te daré por esta variedad de perfecciones con que adornaste mi naturaleza? Por aquí veo con cuánta razon me mandas que te ame con estas cuatro cosas (*Marc.* XII, 30), con todo mi corazon, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y con toda mi mente; pues es razon que todo cuanto recibí de tu bondad se ocupe en amarte sin fin: amaréte de todo mi corazon, por el ser corporal que me diste; amaréte con toda mi alma, por la vida que con ella vivo; amaréte con todas mis fuerzas, por los sentidos y potencias de que uso; amaréte con toda mi mente, por el espíritu y entendimiento que me has dado. ¡Oh si saliesen de mis entrañas cuatro rios de agua viva (*Ioan.* IV, 10), llenos de fervientes afectos de amor y gozo, de agradecimiento y alabanza, por los cuatro rios de beneficios con que me has bañado todo!

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como la divina Bondad, no contentándose con este modo de comunicacion, escogió otro excelentísimo, con otros cuatro grados ó modos que exceden á todo el ser natural sobredicho.—El primero es, el ser sobrenatural de la gracia, por el cual hombres y Ángeles llegan á ser participantes de la divina naturaleza (II *Petr.* I, 4), hijos y amigos de Dios; y con este ser anda la caridad, con las virtudes sobrenaturales y dones del Espíritu Santo.—El segundo es, el ser de la gloria, por el cual los justos se hacen perpétuamente semejantes á Dios (I *Ioan.* III, 2) en las propiedades gloriosas que tiene, reinando con él en su mismo reino.—El tercero y supremo es, el ser personal del mismo Dios, el cual comunicó la segunda persona de la santísima Trinidad á la naturaleza humana. Y si fuera conveniente que el Padre eterno ó el Espíritu Santo comunicaran su propio ser personal á otra naturaleza, ó el Hijo comunicara el suyo á otras muchas naturalezas, no quedara por falta de bondad ni de la infinita inclinacion que tiene á comunicarse á sus criaturas. De esta comunicacion se dijo largamente en la parte II de estas meditaciones.—El cuarto modo es admirable, porque como no fuese conveniente que el Hijo de Dios comunicase su ser personal á muchas naturalezas, su bondad infinita le inclinó á comunicar aquel divino ser con sus dos naturalezas, divina y humana, á todos los hombres en el santísimo Sacramento del altar, juntándolas con un modo inefable con las especies de pan y vino, y con ellas se nos comunica todo Cristo, Dios y hombre verdadero. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 4 *et* 5).

2. En estos cuatro grados de beneficios hay dos cosas señaladísimas que ponderar.-La primera, que la infinita bondad de Dios quiso cumplir su infinita inclinacion de comunicarse de estos cuatro modos al hombre, y en los dos postreros á solo el hombre y no al Ángel (*Hebr.* II, 16); con lo cual descubrió bien, como sus deleites eran estar con los hijos de los hombres (*Prov.* VIII, 31), y que no solamente los crió á su imágen y semejanza, sino hizo que uno de ellos fuese el mismo Verbo, que es la misma imágen y semejanza infinita del Padre, y un Dios con él. Ó bondad infinita de nuestro soberano Dios y Señor, si tanto te debemos los hombres, por haber juntado en nosotros los cuatro rios de beneficios en el ser natural, ¿cuánto mas te deberémos por haber juntado en nuestra naturaleza estotros cuatro rios de incomparables beneficios en el sobrenatural? Y si te estamos tan obligados, por habernos comunicado el ser criado, ¿cuánto mas lo estarémos por habernos comunicado el mismo ser increado? Poco te pareció, Dios mio, comunicar los bienes que están fuera de tí, y así quisiste comunicarnos tambien á tí. ¡Oh quién me diese tal modo de bondad que tuviese vehemente inclinacion á comunicarte cuanto tengo, empleándolo todo en amar y servir á quien tanto bien me ha hecho! (*Eccles.* I, 7). Y pues los rios que salen del mar vuelven al mar de donde salieron, justo es que todos estos rios que salieron del mar inmenso de tu bondad vuelvan á él por el agradecimiento, atribuyendo á tu sola bondad infinita el bien todo que se halla en nuestra naturaleza.

3. La segunda cosa que se ha de ponderar es, que viendo la infinita bondad de Dios como no convenia comunicar su divino ser á todas las naturalezas criadas, para hartar su infinita inclinacion escogió comunicarle á una, en quien estaban todas, y todos los cuatro grados de ser que estaban repartidos por las criaturas del mundo; y así del modo que convenia se comunicó y honró á todos: honró todas las naturalezas corporales, en comunicar su divino ser á nuestro cuerpo; y honró todas las naturalezas espirituales, en comunicarse á nuestro espíritu, y por esto le debo gracias, convidando á todas las criaturas alaben al Señor por la parte que tienen en este soberano beneficio, y animarme yo á ser santo (I *Cor.* VII, 34), *corpore et spiritu*, en el cuerpo y en el espíritu, pues la infinita bondad de Dios tanto quiso honrar y engrandecer al uno y al otro.

—Otros modos, como la bondad de Dios se comunica, particularmente á los escogidos, se irán poniendo en las meditaciones siguientes.—

MEDITACION VIII.

CUÁN AMABLE SEA LA BONDAD DE DIOS, Y CUÁN DIGNA DE SER AMADA CON SUMO AMOR POR SÍ MISMA, Y POR LOS INNUMERABLES BIENES QUE NOS COMUNICA, Y POR LOS INFINITOS DELEITES QUE ENCIERRA EN SÍ Y PROCEDEN DE ELLA.

—La principal propiedad de la bondad es ser amable, y por ella difinieron los filósofos el bien, diciendo: *Bonum est quod omnia appetunt.* El bien es lo que todas las cosas aman y apetecen, porque él mueve la voluntad y apetitos para que le amen y codicien. Los títulos y motivos para amar la bondad se reducen á tres cabezas; porque la bondad es amable por sí misma y por la perfeccion que en sí tiene. Además es amable por sernos provechosa y por el bien que nos hace. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 5, *art.* 4). Y lo tercero, por ser deleitable y causar gran deleite en quien la posee; y esta es una de las causas por que comunmente se divide el bien en honesto, útil y deleitable, llamando útil no solamente á lo que es medio para conseguir el fin, sino tambien á lo que es causa de cualquier bien y provecho nuestro. Estos tres títulos resplandecen infinitamente en la bondad de Dios para ser infinitamente amable, como se verá en los puntos siguientes.—

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como la bondad de Dios es sumamente amable por sí misma y por la infinita hermosura y perfeccion que tiene, porque cuanto es mayor la bondad y hermosura, tanto es mas amable; y así la bondad y hermosura infinita será amable infinitamente por sí misma, porque ella es el último fin á quien se ordena todo lo bueno, y ella no se ordena á otro fin que á sí misma. De aquí se sigue, lo primero, que solo Dios puede amar á su bondad cuanto puede y merece ser amada, amándola con amor infinito, complaciéndose en ella y gozándose de ella con infinito gozo. Y de esto me tengo yo de gozar, alegrándome mucho de que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo llenen todo el amor que su infinita bondad pide, y que ella sea tan infinita, que ningun hombre ni Ángel pueda amarla con tanto amor como ella merece, admirándome y pasmándome de esta inmensidad, porque tambien es modo de amor darme por vencido de que no puedo amar tanto á Dios cuanto merece ser amado. Ó Dios amabilísimo, ¡quién pudiera amarte cuanto eres amable y mereces ser amado! ¡Oh si mi

alma fuera capaz de amor infinito, para darle todo á tu bondad infinita! ¡Oh quién estuviese como (*Cant.* II, 5; V, 8) la Esposa enferma de amor, desfalleciendo con el deseo de amar, y enfermando por no poder amarte cuanto es mi deseo!

2. De aquí es, lo segundo, que debo amar á esta infinita bondad de Dios mas que á mí mismo, y mas que á todas las cosas amables de esta vida, y con el mayor amor que me fuere posible; porque ya que no puedo amarla con todo el amor que merece, justo es amarla con todo el amor que puedo, sin quitar una brizna de él; y esto pretende Nuestro Señor, cuando con repeticion de tantas palabras dice que le (*Deut.* VI, 5) amemos con todo nuestro corazon, alma, espíritu, virtud y fuerzas; esto es, con el sumo amor y conato que nos fuere posible, estimándole en mas que á todo lo criado y que se puede criar. Ó Bondad suma, dame el sumo amor que me es posible, para que con todo él te ame. ¡Oh si el amor de todos los Ángeles y Serafines, y de todos los santos que hay en el cielo y en la tierra se depositara en mi corazon, para amarte tanto como todos juntos! y aun con esto no quedaré harto, porque mirando á tu infinita bondad, no puede tener tasa la caridad, ni el fuego dèl amor puede decir basta (*Prov.* XXX, 16), porque tu bondad siempre le atiza.

3. Lo tercero, sacaré de aquí que el principal motivo de mi amor ha de ser la bondad de Dios por sí misma, porque ella es último fin y motivo del amor, y es desórden grande amarla principalmente por otra cosa fuera de ella, que desdiga de su pureza. Pero en esta bondad puedo discurrir é imaginar infinitos títulos, por los cuales Dios es amable, y yo puedo y debo amarle. Estos son tantos, cuantas son las perfecciones de Dios, en las cuales está embebida su bondad. Y así es infinitamente amable su sabiduría y omnipotencia, su inmensidad, liberalidad y misericordia, por la bondad y perfeccion que en todo esto resplandece. Y por esto dice la Esposa de su Amado, que es (*Cant.* V, 16) *totus desiderabilis*, todo es deseable y amable. No hay cosa en Dios que sea aborrecible, todas son amabilísimas; hasta la misma justicia vindicativa, con que castiga los pecadores por sus pecados, es deseable y amable, y digna de ser amada, porque en ella tambien resplandece la bondad de Dios, pues sin ella no fuera enteramente bueno; y así me tengo de gozar tambien de esto, y gozarme de que Dios vengue sus injurias, y las castigue en esta vida y en la otra, y de que haya hecho infierno y purgatorio, como hizo cielo y paraíso, pues todo pertenece á su entera perfeccion. Ó Amado de mi alma, todo eres amable para mí, por-

que todo es bueno cuanto hay en tí. ¡Oh si tambien fuese amable para tí todo cuanto hay en mí! Quita, Señor, de mi alma todo género de culpa y mancha, para que sea toda hermosa (*Cant.* IV, 7) en tus ojos, y amable á tu corazon.

4. Últimamente, sacaré de aquí cuán abominable cosa sea aborrecer á un Dios tan bueno y á una bondad tan amable, compadeciéndome de la ceguedad y maldad de los pecadores que aborrecen á Dios, ó porque prohibe los deleites malos, ó porque los castiga con justicia; pues por esto mismo merecia ser amado; y así con mucha razon dijo Cristo nuestro Señor (*Ioan.* XV, 24), que los malos aborrecian á él y á su Padre, *gratis*, de balde, y sin causa ni razon. Ó suma Bondad, que mereces ser amada con infinito amor de infinitos amadores, si los hubiese; no permitas que haya hombre que no te ame; abre los ojos de los que te aborrecen, porque si con viva fe te conociesen, nunca te aborrecerian. ¡Oh si llegase el dia en que te vea claramente, para amarte sumamente, porque no es posible verte y no amarte!

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como la divina Bondad es infinitamente amable, no solamente por sí misma, sino tambien por la suma inclinacion que tiene á hacernos bien, y por los innumerables é infinitos bienes que nos ha comunicado.-Lo primero, es amable por los cuatro grados de ser natural, que, como ya se ha dicho, comunicó á las criaturas, y los cifró en el hombre, como en un mundo abreviado; y como estas perfecciones son innumerables, así son innumerables los títulos y motivos que puedo sacar de ellas, para amar la amabilísima bondad de donde procedieron para bien y provecho mio. Y así en viendo cualquier criatura he de imaginar, como dice Hugo de San Víctor (*Lib. de arca mor. c.* 4, *t.* 2), que Dios nuestro Señor me está diciendo por ella estas dos palabras: *Accipe, et redde:* Recibe, y paga; ó las que dice el Sábio (*Eccli.* XIV, 16): *Da, et accipe, et iustifica animam tuam.* Da, y recibe, y justifica tu alma. Lo que significan es: Recibe de Dios el bien que te da, y dale por él tu amor; recibe su don, y dale tu agradecimiento; recibe su beneficio, y dale tu servicio: *Accipis benignitatem, redde caritatem:* recibes de Dios benignidad, vuélvele caridad. Y si esto hago dignamente, justificaré mi alma, haciendo lo que debo; porque como Dios quiere recibir agradecimiento por el bien que me da, así yo tengo de darle agradecimiento por el bien que recibo. Ó alma mia, oye las voces de estas criaturas, y el consejo del Sábio que dice (*Eccli.* IV, 36): No tengas la mano abierta

para recibir, y apretada para dar; y pues Dios abre su mano para llenarte á tí y á todo el mundo de bondad y bendicion (*Psalm.* CIII, 28), abre tu corazon para henchirle de amor, y tu boca para llenarla de alabanzas, y tus manos para henchirlas de servicios, en agradecimiento de tan innumerables beneficios; mira no seas ingrata, porque si aprietas tu mano en dar á Dios lo que te pide, apretará él la suya para no darte el bien que tú le pides.

2. De aquí consideraré, cuán amable es la bondad de Dios, por los innumerables bienes de gracia y gloria que de ella proceden; y cuánto mas amable por el sumo beneficio de la encarnacion del Verbo divino, en la cual echó el resto para declararnos por las obras cuánto merece ser amada. Ó Dios amabilísimo, si tan digno eres de ser amado por habernos dado tantos bienes naturales, ¿cuánto mas lo serás por habernos añadido tantos bienes sobrenaturales? Y si tanto debo amarte por los bienes perecederos, ¿cuánto mas por los eternos? Y si eres sumamente amable por los bienes que nos das fuera de tí, ¿cuánto mas lo serás por dártenos á tí? ¡Oh quién me diese nuevo corazon, nueva alma, nuevo espíritu, nueva virtud y fuerzas, para que con nuevo fervor cumpliese perfectísimamente el precepto del amor, amándote como quieres ser amado! Ó alma mia, tiende los ojos de la fe por los bienes de gracia que has recibido y cada dia recibes, y abre los oidos para oir la voz de tu Amado, que te dice: *Accipe et redde, da et accipe.* Recibe y paga, da y recibe. Recibe de mí la gracia, y págamela con algun servicio. Ó Amado mio, pues así lo mandais, hágase así; pero ayudadme para que no deje por mi flojedad lo que tan liberalmente me ofrece vuestra bondad. Este modo de afecto tengo de ejercitar cuando recibiere el sacramento de la Confesion y Comunion, cuando oyere misa ó sermon, cuando fuere participante de cualquier bien sobrenatural, imaginando que me dice Dios, recibe y paga, da y recibe, para que justifiques tu alma, y la santifiques con nuevos aumentos de santidad.

3. Lo tercero, ponderaré como la bondad de Dios es tambien amable, por encerrar en sí toda la razon del bien útil que se puede imaginar sin mezcla de imperfeccion, porque en Dios nuestro Señor están con eminencia todas las cosas que son medios para alcanzar nuestro último fin; él mismo es el camino, la verdad y la vida (*Ioan.* XIV, 6), en cuanto él da los medios para caminar y llegar á ver la suma verdad, y alcanzar la vida eterna, que es él mismo. Y por esto dijo el real profeta David (*Psalm.* LXXXIII, 12): El Señor dará

la gracia y la gloria. Y demás de esto, todos los bienes que en esta vida son medios para alcanzar algun buen fin están con eminencia en Dios, y de su bondad proceden, y por ellos es digno de ser amado; y si amo el manjar porque me conserva la vida, y la medicina porque me cura la enfermedad, y el dinero porque con él compro lo que he menester, mucho mas tengo de amar á Dios, de quien todo esto procede, no porque mi principal motivo sea que me dé tales bienes, sino por la bondad que resplandece en dármelos con tanta liberalidad. Y así de todas estas cosas de que uso he de sacar motivos para conocer cuán amable es Dios, procurando amarle por ellos al modo dicho, imaginando que tambien me dice las palabras dichas, recibe y paga, da y recibe.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar cuán amable sea la bondad de Dios, por el tercer título del bien que llamamos deleitable; el cual es una quietud y descanso del corazon en la posesion de la cosa que ama, y en el cumplimiento de lo que desea, y por otro nombre se llama gozo y alegría. -Lo primero, Dios nuestro Señor es amable, por el infinito gozo y deleite que tiene dentro de sí mismo, porque como es la misma bondad, así es el mismo deleite, y todas las perfecciones que tiene le son motivo de infinito gozo, deleitándose en verlas y amarlas.-Lo segundo, es amable, por el infinito gozo con que hace todas sus obras, deleitándose en la creacion de los cielos y de las demás cosas, conforme á lo que dice David (*Psalm.* CIII, 31): Alegrarse ha el Señor en sus obras.

2. Lo tercero, es amable, por ser causa de todos los bienes deleitables de esta vida; de suerte que ninguna cosa puede deleitar nuestros sentidos ó potencias interiores, si no es por el ser que recibe de Dios, ni nuestra alma puede tener algun deleite, si Dios no se le da. Y así en Dios están con eminencia todas las cosas deleitables, y todos los deleites que podemos desear; y aunque nos deleita con sus criaturas, puede él solo sin ellas darnos el deleite que nos habian de dar, y otro incomparablemente mayor; en lo cual se funda la promesa de dar al que dejare por su amor alguna cosa (*Matth.* XIX, 29), ciento tanto mas de lo que dejó, dándole incomparablemente mayor alegría espiritual por haberlo dejado, que la que tuviera poseyéndola.-Lo cuarto, finalmente, es amable por el gusto especial que tiene en tratar y conversar con nosotros. Por lo cual dice la Sabiduría increada (*Prov.* VIII, 30), que se alegraba todos los dias jugando; esto es, gozándose y entreteniéndose en las obras que hacia en la redondez de la tierra; pero sus delicias y deleites espe-

ciales eran los hijos de los hombres, estar con ellos y conversar con ellos, pues, segun el hebreo: *Deliciae meae filii horum.*

3. De todo esto se sigue, que Dios nuestro Señor quiere ser servido con alegría, y que conversemos y tratemos con él con grande gusto, porque cada uno ama á su semejante; y como él es tan alegre, y todo lo que hace es con alegría, así quiere que sus escogidos vivan alegres en su servicio, y con alegría le sirvan, como dice David (*Psalm.* XCIX 2): Alegraos con Dios todos los moradores de la tierra, servid al Señor con alegría, y entrad en su presencia con regocijo. Y para mas animarnos á esto nos promete por premio su mismo gozo, diciendo al que fuere fiel en su servicio (*Matth.* XXV, 21): Entra en el gozo de tu Señor. Con cada una de estas cinco consideraciones me moveré á grandes afectos de amor y gozo en la bondad de Dios, procurando gozarme en solo Dios, pues en él solo hallaré todas las razones de gozo y deleite que puedo desear. Ó alma mia, ¿para qué andas mendigando deleites de las criaturas? Pues en solo Dios hallarás infinito mayor deleite que en todas ellas (II *Cor.* IX, 7), haz con alegría las obras de su servicio, pues él hace con sumo gozo las de tu provecho. Dale cuanto tienes, no por necesidad ni con tristeza, porque ama al dadivoso alegre, y le vuelve ciento tanto de contado en alegría. Alégrate de conversar con él, pues él se deleita en conversar contigo, llenándote con esto de su gozo (*Sap.* VIII, 16), porque no hay amargura en su conversacion, ni tédio alguno en su trato, sino alegría y gozo, el cual comienza en esta vida y se cumplirá en la otra, pasando del gozo temporal al sempiterno. Últimamente, sacaré de aquí cuán abominable cosa es amar algun deleite prohibido por Nuestro Señor, atropellando los deleites celestiales por gozar de los terrenos, y dejando el gozo infinito y eterno por el gozo limitado y temporal; doliéndome de los que dan en tal desórden, y de las veces que yo he caido en él, con propósito de enmendarme, porque, como dice Job (*Iob,* XXVII, 10), no podré deleitarme en el Todopoderoso, si me aparto de su servicio.

MEDITACION IX.

DE LA INFINITA CARIDAD Y AMOR DE DIOS.

—El amor es una complacencia en el bien (*D. Thom.* 1 *p. q.* 20; 1, 2, *q.* 26, *art.* 1 *et* 4; 2, 2, *q.* 27, *art.* 2; *q.* 23, *art.* 1; *q.* 31) por la conveniencia que tiene con nuestra naturaleza; sus principales ac-

tos son tres.-El primero es general y se llama benevolencia, que es querer bien á otro, complaciéndome en el bien que tiene, ó queriendo que le tenga.-El segundo es amor que llamamos de concupiscencia, amando alguna cosa por mi provecho, ó por el provecho de otro, como amo el dinero, el manjar, y el esclavo.-El tercer acto es amor de amistad entre dos personas, amando la una á la otra por el bien que hay en ella, conociendo que se aman; y cuando este bien es sobrenatural, la tal amistad se llama caridad. De estos tres actos de amor nace otro exterior que se llama beneficencia, que es hacer bien al que amo. Con este presupuesto, entrarémos á meditar todo lo que pertenece á la infinita caridad y amor de Dios, en órden á sí mismo y á todas las criaturas, especialmente á los hombres, y mas especialmente á los justos, presupuestas muchas cosas que se han dicho en las meditaciones precedentes, que pertenecen á la caridad de Dios, por la trabazon que tiene con su bondad.—

Punto primero.-*Del amor de Dios consigo mismo.*— 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor se ama infinitamente á sí mismo, por la infinita bondad que en sí tiene; y como esencialmente es su misma bondad, así es su mismo amor y caridad (I *Ioan.* IV, 8), complaciéndose y agradándose de su mismo bien, y de todas las perfecciones que tiene, de su sabiduría, omnipotencia, etc. Y este amor es ordenadísimo, y santísimo y muy conforme, y debido á la infinita bondad, santidad y hermosura de Dios, y así es muy diferente del que acá llamamos amor propio, con que uno se ama á sí mismo con tan desordenada propiedad, que excluye el amor debido á otras cosas.

2. Pero mas adelante consideraré, como en Dios nuestro Señor hay infinito amor de amistad y caridad, porque entre las tres divinas Personas se hallan con infinita excelencia todas las perfecciones de la perfecta amistad, que son igualdad de personas (*Arist.* 8 *et* 9; *et hic D. Thom. ubi sup.; et* 2, 2, *q.* 25, *art.* 7), union de voluntades, comunicacion de todas las cosas, queriendo un amigo para el otro el ser y la vida, y todos los bienes, comunicándole los que él tiene, conversando con él íntimamente con grande alegría, y dándole parte de todos sus secretos, y que sobre todo esto haya antigüedad y permanencia en el amor, y que sea entre pocos. Todo esto, como se dijo en la meditacion IV, se halla entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, porque todos tres son iguales, con infinita igualdad de perfeccion; son sumamente una cosa en la esencia, con unidad de voluntad en todas las cosas; tienen infinita comunicacion,

y todas las cosas les son comunes, ni hay secreto partido entre ellas, y su amor es eterno, siempre fue, es, y será para siempre, y es entre pocos, porque no son mas que tres, ni era posible que tan infinita amistad se extendiese á mas personas.

3. De esta consideracion sacaré grandes afectos de gozo y confianza, por muchos títulos.-Lo primero, me gozaré de que Dios se ame cuanto puede y merece ser amado, de modo que su bondad y amor corren á las parejas, sin que el amor desee mayor bondad en que se cebe, ni la bondad desee amor que mas la ame; y pues yo amo á Dios, es razon que me goce de ver lleno el deseo que su caridad tiene de amar, y su bondad de ser amada.-Lo segundo, me gozaré porque el infinito amor que Dios tiene á sí mismo y á su bondad es causa y orígen del amor que tiene á las criaturas; y la amistad que tienen las tres divinas Personas, es causa y dechado de la amistad que tiene con los Ángeles y hombres. Y este divino amor es solicitador y despertador perpétuo que hay en Dios, para que nos ame; por lo cual puedo tener grande confianza que siempre me amará, porque se ama á sí, y por esto quiere amarme á mí y á todo lo que ama. Y si san Pablo dice de sí (II *Cor.* v, 14): *Caritas Christi urget nos:* la caridad y amor que tenemos á Cristo nos espolea y atiza, para que amemos á nuestros prójimos, ¿cuánto mas la caridad y amor que Dios tiene á su bondad le atizará para que ame á sus criaturas? como se verá en los puntos siguientes.

Punto segundo.-*Del amor de Dios con los hombres.*— 1. Lo segundo, se ha de considerar el grande amor que Dios nuestro Señor tiene á todas sus criaturas, ponderando algunas cosas muy señaladas. -La primera, es la diferencia que hay entre nuestro amor y el de Dios, como la pone santo Tomás, diciendo (*p.* 1, *q.* 20, *art.* 2): Que nuestro amor presupone ser ya el bien que ama, ó á lo menos imagina que tiene ser, y bondad, y en esa se agrada: mas el amor de Dios es causa del bien que ama; y así andan juntos en Dios los dos actos de amor que se llaman benevolencia y beneficencia, querer bien y hacer bien, porque viendo Dios en su eternidad, con su infinita sabiduría, la bondad de las criaturas que podia criar, pareciéndole todas bien, amó, y quiso con eficacia el bien de algunas de ellas, determinándose á darlas el ser y perfeccion que podian tener; y así queriendo Dios bien á los cielos, estrellas y planetas, les dió todo el ser y bien que tienen; queriendo bien á las criaturas de la tierra y al hombre, las hizo con la hermosura y belleza que hay en cada una; y el amarlas Dios, es querer y hacer todo lo bueno y perfecto que

hay en ellas. Y como dijo David (*Psalm.* XVII, 20): *Salvum me fecit, quoniam voluit me:* salvóme, porque me quiso bien; así puedo decir: Dios me dió este cuerpo y esta alma, y me crió á su imágen y semejanza, porque me quiso bien. Dios me conserva y gobierna, y me da todos los bienes de que gozo, porque me quiere bien, y quererme bien es darme estos bienes que me da, y esto de gracia y de balde, no mas de porque quiere amarme, como dice por Oseas (*c.* XIV, 5): *Diligam eos spontaneè.* Amarélos de mi voluntad y bella gracia. Ó Amado de mi alma, gracias te doy por tal modo de amor con que amas á tus criaturas, y á mí con ellas: reconozco que no es posible amarte yo del modo que me amas tú; porque yo puedo quererte bien, pero no puedo hacerte bien, ni darte algo que no tengas; pero del modo que pudiere te daré lo que me das, sirviéndote, y dándote las gracias por todo: y lo que no puedo dar á tí, daré á mis prójimos por tu amor.

2. Lo segundo, ponderaré que Dios nuestro Señor incomparablemente ama mas al hombre que á todas las criaturas de este mundo visible, porque la semejanza en el bien es causa del amor; y cuanto es mayor la semejanza, tanto es mas vehemente la inclinacion del amor, porque los semejantes míranse como una misma cosa, y este modo de unidad les inclina á que se quieran bien (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 27, *art.* 3); y como las demás criaturas solamente son una huella y rasguño del ser de Dios, pero el hombre es á imágen y semejanza suya, con capacidad de tener amistad y trato con él. De aquí es que Dios nuestro Señor ama mucho mas al hombre que á todo el resto de las criaturas visibles, por esta semejanza que con él tiene; y así las crió para el hombre, ordenándolas todas á sí mismo como á último fin. De aquí sacaré la grande obligacion que tengo á amar á Dios; porque, si la semejanza es causa de amor, ¿cuánto debo amar al que me crió á su misma imágen y semejanza? Si un animal (*Eccli.* XIII, 19) ama á otro semejante, y cada cosa gusta de juntarse con la que tiene semejanza con ella, ¿cómo no amaré yo á Dios, y gustaré de juntarme con él, pues con tanto amor me hizo semejante á sí? Ó Dios trino y uno, que en la creacion del hombre diste muestras de la infinita amistad y unidad que tienes dentro de tí mismo, diciendo las tres divinas Personas (*Genes.* I, 26): Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza; concédeme que te ame con tal amor, que todas mis potencias concuerden y se aunen para amarte y glorificarte por la semejanza que me diste, y por el amor que en dármela me mostraste.

3. De aquí se sigue la tercera cosa señalada que resplandece en este amor; conviene á saber, que Dios nuestro Señor ama á todas las criaturas de este mundo visible, fuera del hombre, no con amor de amistad, porque no son capaces de ella, sino con amor de concupiscencia (*D. Thom.* 1 *p. q.* 2, *art.* 2), queriendo el bien que tienen, no por provecho del mismo Dios, porque él, como dice David (*Psalm.* xv, 2), de nada tiene necesidad, sino por provecho de los hombres, para la conservacion de su vida, para su regalo y entretenimiento, y para las demás comodidades que de ellas recibimos; porque como ellas no podian amar á Dios, ni alabarle por los bienes que les daba, quiso ordenarlas para el bien y provecho de otra criatura, la cual supliese este defecto, amándole y glorificándole por el ser que da á todas. De donde sacaré un grande afecto de admiracion, diciendo con David (*Psalm.* viii, 5): ¿Quién es el hombre, para que te acuerdes de él, ó el hijo del hombre, para que le visites? Hasle coronado de honra, de gloria, y héchole superior á las obras de tus manos; debajo de sus piés pusiste todas las cosas, las ovejas y las vacas, las bestias del campo, las aves del cielo y los peces del mar. Ó Señor, Señor nuestro, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! Ó Dios de mi alma, no es tu nombre menos amable que admirable, pues todo lo admirable que has hecho con el hombre, es porque le amaste, y para que te amase, descubriéndole que eres sumamente amable.

4. De aquí iré luego discurriendo, y sacando infinitos títulos para amar á Dios, por infinitas obras de amor que acumula en sí mismo, porque amando Dios estas innumerables criaturas, me ama á mí en ellas, y de ellas pasa el amor á mí, como el padre que ama el vestido, y el manjar, y el esclavo para el hijo, en todo esto ama á su hijo, porque el motivo principal para amarlo es su hijo: así este Dios y Padre amorosísimo amando los cielos, estrellas y planetas, me ama tambien á mí; porque los ama, y quiere el bien que les da para mi provecho; y de la misma manera amando los elementos, los mixtos, las plantas y todos los animales, juntamente me ama á mí, porque los ama para mí, y les hace bien, por hacerme á mí bien; y pues Dios me ama en todas las criaturas al modo dicho, razon es que yo le ame en todas ellas, amando á las criaturas por el bien que él las dió, y para gloria del que se las dió, y no usando de ellas sino para su amor y servicio. Ó Dios eterno, amador y bienhechor de todas las criaturas, confieso que por mil títulos estoy obligado á amarte de todo mi corazon; y pues amas innumerables criaturas que no pueden

volverte retorno de amor por el que tú les tienes, obligado quedo yo á amarte por todas ellas. ¡Oh quién tuviera tantos corazones, como me has dado criaturas, para que con todos ellos te amara y glorificara, cumpliendo la deuda que ellas no pueden pagar, y de que yo estoy cargado por su causa!

Punto tercero.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la universalidad de este generoso amor de Dios, del cual ninguna criatura está excluida por el ser que tiene, segun aquello del Sábio que dice (*Sap.* xi, 25): Amas todas las cosas que son, y ninguna cosa aborreces de cuantas hiciste; porque ninguna ordenaste, ni hiciste con aborrecimiento, ni puede perseverar, si no es que tú lo quieras. De suerte, que aunque Dios aborrece el pecado y al pecador en cuanto malo, pero no aborrece su naturaleza ni el bien que él mismo puso en él; y aunque sea ingrato y desconocido, no cesa de amarle con este amor, como á criatura suya, comunicándole los bienes naturales que da á los agradecidos. De donde sacaré tres avisos: el primero, es de este amor que Dios me tiene, por el bien natural que me dió, hacer título para pedirle me quite el mal que yo añado, diciéndole aquello de Job (*Iob*, x, 8): Tus manos me hicieron, y formaron todo cuanto hay en mí, ¿y así de repente me despeñas? Ó Formador y Hacedor mio, no permitas que me despeñe en tales pecados, que te provoquen á despeñarme en los infiernos; destruye lo que yo hice por mi culpa, por el amor que tienes á lo que tú hiciste por tu bondad.

2. Lo segundo, sacaré una grande determinacion de no aborrecer cosa alguna de cuantas Dios ama, conformando en todo mi amor con el suyo; y aunque aborrezca la maldad de mi enemigo, no aborreceré su persona (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 25, *art.* 6), antes le amaré como Dios le ama, queriendo para él los bienes que Dios le da, y desea darle; acordándome de lo que dijo Cristo nuestro Señor: Amad á vuestros enemigos, y haced bien á los que os aborrecen, para que seais hijos de vuestro Padre celestial (*Matth.* v, 44), el cual hace salir su sol para buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores, en lo cual muestra que los ama.

3. Finalmente, como este amor generalmente acompaña á Dios en todas sus obras, por lo cual dijo el Sábio (*Sap.* xi, 25): que ninguna cosa hizo ni ordenó con aborrecimiento; porque, como dice san Dionisio (*c.* 4 *de div. nom; D. Thom.* 1, 2, *q.* 28), el amor es causa de todas las cosas que hace el que ama; así yo si amo á Dios con fervoroso amor, he de imitarle en que este amor sea principio, medio y fin de mis obras: de modo que todas comiencen con amor,

y vayan acompañadas con amor, y las haga por amor de este gran Dios que tanto me ama, y de este modo le amaré con todo mi corazon, alma, espíritu y fuerzas, como dice el precepto del amor. Ó Amado mio, pues siempre amas, y siempre obras con amor, y no cesas de amar ni de obrar, porque si tú cesases, todo dejaria de ser; concédeme que nunca yo cese de amarte, ni de obrar por tu amor, haciendo (I *Cor.* XVI, 14) todas mis obras en caridad, porque si esta cesa, tambien yo dejaré de ser en tu presencia, pues sin ella *nihil sum* (I *Cor.* XIII, 2), nada soy, nada valgo, y nada merezco; y si algo tengo, es por tu amor.

PUNTO CUARTO.—*De la amistad de Dios con los hombres.*— 1. Lo cuarto, se ha de considerar la grandeza de la caridad y amor que Dios nuestro Señor tiene á los hombres, queriendo trabar con ellos verdadera amistad, con todas las perfecciones que puede tener la amistad entre el Criador y la criatura, discurriendo por las mas principales propiedades de ella, que arriba se apuntaron.—La primera propiedad de la amistad es, que sea entre personas en alguna manera iguales, ó con entera igualdad, como entre dos ciudadanos muy íntimos, ó con proporcion, conservando la excelencia del estado del uno, como entre el rey y su privado, entre el padre y el hijo. (*Arist.* 8 Ethic. c. 10). De donde procede, que cuando un amigo es muy excelente, levanta al otro á la mayor excelencia que puede, por lo cual dijo san Jerónimo (*D. Hieron.* in Mich. VII): *Amicitia pares accipit aut facit:* la amistad presupone que los amigos son iguales, ó ella los hace iguales, y de este jaez es la amistad que Dios tiene con nosotros: el cual, viendo la grande desigualdad que habia entre nuestro ser natural y el suyo, quiso por su infinita bondad levantarnos á otro ser excelentísimo sobre toda nuestra naturaleza, en el cual se pudiese fundar verdadera amistad, dándonos, como dice san Pedro (II *Petr.* I, 4), dones preciosísimos de gracia, por los cuales seamos consortes, y conformes con su divina naturaleza, con la mayor conformidad que es posible á puras criaturas, no solamente tomándonos por amigos, sino haciéndonos hijos suyos, herederos de su reino, y bienaventurados, como él lo es, hasta llamarnos reyes y dioses (*Psalm.* LXXXI, 6), y tomar nuestras almas por esposas suyas; y todo esto de pura gracia, y por ser él bueno y mostrar su infinita bondad en admitir á sus criaturas y á sus esclavos á la participacion de la infinita amistad que tienen las tres divinas Personas.

2. Y aunque no es posible tener igualdad con su infinita excelencia, pero su infinita afabilidad suple esto; y así nos llama con

nombres de igualdad, como se ve en el libro de los Cantares, donde llama al alma su hermana y esposa, y la atribuye los mismos nombres de alabanza con que ella le alaba. Ó Dios amorosísimo, amable sobre todo lo que se puede pensar, harta merced me habias hecho en haberme criado á tu imágen y semejanza; mas tu infinita caridad quiso levantarme á otra semejanza muy mayor, para darme mayores muestras de amor. Ya no me admiraré, como David, porque me diste un ser natural, superior á todas las cosas de la tierra, pues te has dignado levantarme á un ser sobrenatural, que corre á las parejas con lo que hay sobre el cielo. En el primero me hiciste poco menor que los Ángeles. (*Psalm.* VIII, 7). En este segundo me has hecho igual con ellos y semejante á tí, Criador y Santificador de todos los Santos, para que te ame, y santifique tu nombre en la tierra, como ellos le santifican en el cielo.

3. De esta primera propiedad de la perfecta amistad nace la segunda, que es querer para su amigo el ser y la vida, y todos los bienes que puede darle (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 27, *art.* 5), comunicándoselos liberalmente, por el amor que le tiene, en lo cual es excelentísimo nuestro gran amigo Dios; porque demás de querernos bien, y hacernos bien, dándonos el ser y vida natural, quiere para nosotros el ser sobrenatural, la vida de la gracia y la vida eterna de la gloria, con los innumerables bienes que la acompañan, hasta decirnos (*Luc.* XV, 31): *Omnia mea tua sunt;* todas mis cosas son tuyas, porque *amicorum omnia sunt communia*, á los amigos todos los bienes son comunes; y lo que Dios tiene, para sus amigos lo quiere. Ó Amado y amigo nuestro (*Cant.* V, 16), ¡cuán bien cumples esta ley de la perfecta amistad, haciendo que tus propios bienes sean comunes á tus amigos! ¿Cómo podré yo cumplirla, pues no tengo bienes propios para hacerlos contigo comunes? Todas las cosas son tuyas (I *Par.* XXIX, 14), y lo que de tu mano he recibido, eso te volveré; mi propia voluntad y propio amor convertiré en comun, haciendo todo lo que tú quisieres, y amando lo que tú amares, no queriendo cosa propia para mí, sino que todo sea para tí.

4. De aquí procede la tercera propiedad de la perfecta amistad, que es la union, por razon de la cual se dice, que el amigo es otro yo (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 20, *art.* 1 *et* 2; *D. Aug.* IV Confes. c. 6), y que los amigos son una alma en dos cuerpos, y que el alma mas está donde ama, que donde anima, y por esto desean grandemente estar juntos, y conversar uno con otro. Esto resplandece mucho mas en la amistad de nuestro Dios, el cual nos hace por el amor un mismo

espíritu consigo (I *Cor.* VI, 17), y nos tiene dentro de sí, como la niñeta está dentro del ojo (*Zach.* II, 8), y tiene por regalo estar con los hijos de los hombres (*Prov.* VIII, 31), y conversar familiarmente con ellos, y les da parte de sus secretos, segun aquello que dijo á sus Apóstoles (*Ioan.* XIII, 14): Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: yo os he llamado y tenido por amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he manifestado; y finalmente los llevará á su cielo á donde será la comunicacion mas estrecha, porque continuamente estarán en su presencia, metidos dentro de su divinidad, viéndole cara á cara, conservando con él su íntima familiaridad.

5. Ó Dios amantísimo, ahora veo con cuánta razon te llamas esposo de nuestras almas, y á ellas las llamas esposas tuyas, pues eres un espíritu y un corazon con ellas, tratándolas con tan tierno amor, cual nunca tuvo esposo á su querida esposa. ¿Quién creyera tal modo de amor, si tú no le revelaras? Y ¿quién podrá entender tal modo de conversacion, si tú no le das parte de ella? Ó Amado mio (*Iob*, VII, 17), ¿quién es el hombre, porque así le engrandeces? ó ¿por qué pones en él tu corazon? Pon, Señor, mi corazon en el tuyo, y muéstrame la grandeza de este amor, haciéndome una cosa contigo, para que te ame como me amas, y sea tambien la amistad perfecta de mi parte, como es perfectísima de la tuya. De estas tres propiedades he de sacar un deseo grande de mostrar la amistad y caridad que tengo á Dios nuestro Señor en tener otra tal por su amor á mis prójimos, igualándome y humanándome con ellos, y levantándolos del modo que yo pudiere, comunicando con ellos de mis bienes corporales y espirituales, haciéndome uno con todos, y conversando con ellos amorosamente á fin de que amen á Dios, para que tenga muchos amigos en quien sea glorificado por todos los siglos. Amen.

MEDITACION X.

DE CUATRO EXCELENCIAS SINGULARÍSIMAS QUE TIENE LA INFINITA CARIDAD Y AMISTAD DE DIOS CON LOS HOMBRES, Y DEL MODO CON QUE LAS PODEMOS IMITAR.

—Las excelencias de la caridad de Dios para con los hombres que hasta aquí hemos puesto, tienen fundamento en las propiedades de la perfecta amistad que suele haber entre los hombres. Ahora pondrémos otras singularísimas que no se pueden hallar, si no es en la

de Dios, la cual como es infinita de su parte, así es singular sin que haya otra que le llegue, las cuales se reducen á las cuatro que el apóstol san Pablo (*Ephes.* III, 18) llama longitud, latitud, alteza y profundidad. La longitud es su duracion eterna sin principio ni fin. La latitud ó anchura es su dilatacion á todos los hombres que quieren tener amistad con él. La alteza es la soberanía de los bienes celestiales á que les levanta. La profundidad es los secretos que hay en esta amistad, tales que ninguno puede ahondarlos: y aunque algo de esto queda dicho en las meditaciones precedentes, en esta se irá ponderando mas por los puntos siguientes. —

PUNTO PRIMERO.—*De la eternidad del amor de Dios.*— 1. La primera excelencia singular de la caridad de Dios para con los hombres es ser eterna. Esta eternidad consiste en ser tan antigua como el mismo Dios, el cual desde su eternidad se resolvió en amar á los hombres, y trabar amistad con ellos, y no solamente á bulto y en comun, sino en particular, conociendo á cada uno, y queriendo, cuanto es de su parte, darle todos los bienes de gracia y gloria en que se funda esta amistad; aunque mas particularmente amó á los que llamamos predestinados. De suerte, que yo puedo aplicar á mí mismo aquello que dijo Dios por Jeremías (*c.* XXXI, 3): *In caritate perpetua dilexi te*, con caridad perpétua te amé; como si dijera, desde que soy Dios te amo: desde que me amo á mí, te amo á tí. Tan eterno es el amor que te tengo, cuan eterno soy yo, y el amor con que me amo. Ó Amador eterno, ¿quién no te amará sin cesar? ¡Oh quién te hubiera amado siempre desde que fuí hombre, pues tú me amaste desde que eres Dios! Ó alma mia, no dilates el amar á Dios, porque para luego es tarde; comienza luego, y ama á quien siempre te amó. *Ama amorem ab aeterno te amantem:* ama al infinito amor, que desde la eternidad se emplea en amarte. Si el amigo para ser bueno y seguro ha de ser antiguo, ¿qué amigo puede haber mas antiguo que el eterno? Toma el consejo del Sábio que dice (*Eccli.* IX, 14): No dejes al amigo antiguo, porque el nuevo no será semejante á él: no dejes la amistad de Dios por la de los hombres, porque esta no será semejante á aquella, y cuanto excede lo eterno á lo temporal, tanto excede aquella á esta. Estos y otros propósitos y afectos semejantes he de sacar de esta consideracion, dando gracias á Nuestro Señor porque me amó *ab aeterno*, deseando haberle yo siempre amado desde que tuve uso de razon, fiándome de amigo tan antiguo, doliéndome de haberle dejado por trabar nuevas amistades con las criaturas, y proponiendo de nunca dejarle.

2. De esta consideracion he de subir á ponderar, como la caridad y amor de Dios siempre es primero que el nuestro, y nos gana por la mano, previniéndonos en amor, conforme á lo que dice san Juan (*Ioan.* IV, 9): En esto se descubrió la caridad, porque no amamos nosotros primero á Dios, sino él primero nos amó; que es decir, la fineza de la caridad de Dios se descubre mucho, en que nos ama primero que le amemos, porque esto es señal que nos ama, no por su interés ni por nuestros merecimientos, sino de gracia y solamente por ser bueno y para solicitar nuestro amor con el suyo, y provocarnos al retorno de amor. Y así concluye san Juan: *Nos ergo diligamus Deum, quia ipse prior dilexit nos.* Luego justo es que nosotros amemos á Dios, porque él primero nos amó. Ó alma mia, si el amar mueve á ser amado, muévate tal amor, y de tal Dios, para amar á quien así te ama y se anticipa en el amor. Ó Amador eterno, si fuera posible que yo te amara primero que tú me amaras, fuera muy justo que mi amor solicitara el tuyo, suplicándote que te dignaras de amarme; mas pues tu amor solicita el mio, desde luego te le ofrezco con entrañable deseo de amarte, porque me amas, y de amarte cada dia mas, para que tú me ames mas, aumentando en mí los dones del amor.

3. Luego ponderaré, lo tercero, como la caridad de Dios es eterna cuanto á la duracion que está por venir con grande estabilidad y firmeza por toda la eternidad. De suerte, que como su caridad no tuvo principio, así, cuanto es de su parte, nunca tendrá fin para con los hombres; y por consiguiente puedo considerar, como este gran Dios y eterno Amador siempre me amó y me ama, y me amará mientras fuere Dios, si por mí no queda, y su amor, como la misericordia que de él procede, es (*Psalm.* CII, 16) *ab aeterno in aeternum*, sin que haya cosa criada que pueda quitar de Dios este amor; y de este modo se puede entender lo que dice el Apóstol (*Rom.* VIII, 35; *Tolet.* ibi.): ¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? esto es, ¿quién podrá hacer que nos deje Dios de amar por Cristo? Porque en todos los trabajos y tribulaciones vencemos por el que nos ama, y por la virtud que en nosotros pone el amor que nos tiene.

4. Y pasa tan adelante la estabilidad de este amor, que cuando nosotros por nuestra culpa rompemos esta amistad, y nos hacemos enemigos suyos, él con su infinita caridad siempre está firme en desear que volvamos á su amistad, y está aparejado para admitirnos de nuevo en su gracia, olvidándose de la injuria, si le pedimos per-

don de ella, diciendo aquello de Jeremías (*c.* III, 1): Tú has fornicado con muchos amadores, pero vuélvete á mí, que yo te recibiré. Ó Amador eterno é inmutable, dame un amor semejante al tuyo, del cual ninguna cosa me pueda apartar. Si tú no apartas de mí tu amor, ¿quién podrá apartar de tí el mio? (*Rom.* VIII, 35). ¿Por ventura la tribulacion, ó la angustia, ó la hambre, ó el cuchillo? Nada de esto será poderoso para ello, porque el amor que tú me dieres, fácilmente lo vencerá todo, en virtud del que tú me tienes. Ni las muchas aguas ni los copiosos rios podrán apagar mi caridad (*Cant.* VIII, 7), si anda junta con la tuya, porque la tuya es fuego infinito que en un punto las consumirá. No permitas, Amador eterno, que yo corte el hilo de tu amistad por mi culpa, y si como flaco le cortare, tu amor me despierte y me prevenga para que me vuelva á tí; cumple en mí la inclinacion de la caridad (I *Cor.* XIII, 8), que es nunca desfallecer, para que conservándola en esta vida temporal, dure para siempre en la vida eterna. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—*De la extension del amor de Dios.*— 1. La segunda excelencia de la caridad de Dios es ser anchísima con infinita anchura, abrazando, cuanto es de su parte, todos los hombres de cualquier estado y condicion que sean, deseando admitir á todos á su gracia y amistad, sin excluir á ninguno que quiera ser admitido; cumpliéndose tambien en esto lo que dijo el Sábio, hablando con Dios (*Sap.* XI, 24): Disimulas los pecados de los hombres por la penitencia, porque amas todas las cosas que son, y ninguna cosa aborreciste de las que hiciste; y por consiguiente, á ningun hombre aborreciste como á enemigo, si no es por la culpa que no ha borrado por la penitencia. (*Rom.* IX, 13). Y aunque es verdad que con mas especial amor ama á los predestinados, y en este sentido se dice aborrecer á los réprobos, porque no los amó tanto como á ellos; pero absolutamente á todos, cuanto es de su parte, ama con infinita caridad, deseando que todos se salven (I *Tim.* II, 4), y que todos sean amigos suyos, y no cesa de hacerles grandes caricias de amor, como las hizo con Judas á fin de reducirlos á su amistad, echando brasas de beneficios sobre la cabeza de su enemigo (*Prov.* XV, 22; *Rom.* XII, 20), para convertirle en amigo. Y así con amor de Padre hizo que su Hijo el Sol de justicia naciese para buenos (*Matth.* V, 45) y malos, y que la lluvia de su doctrina se ofreciese á justos y pecadores, y el rocío de los dones celestiales desciende para todos cuantos quisieren recibirlos. ¡Oh inmensidad de la caridad de Dios, que á todos abrazas y nunca te llenas, porque siempre tienes anchura para

recibir muchos mas! Ó alma mia, alégrate de tan inmensa caridad, confiando que tendrás parte en ella. Ó Amador inmenso, pues tan anchos senos tiene tu infinita caridad, admite dentro de ellos á todos los mortales (*Isai.* v, 45); cierra, si es posible, los senos del infierno, donde eres aborrecido, para que ninguno baje á ellos, y abre los senos del cielo, donde eres amado, para que todos suban á ocuparse para siempre en tu amor. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré otra cosa singularísima en esta caridad y amistad de Dios, que aunque se extiende á muy muchos, es como si fuese con muy pocos, y así no deja de ser perfectísima. Acá entre los hombres la estrecha amistad, como dijo Aristóteles (III *Eth. c.* 5), ha de ser entre pocos, porque es cosa rara hallar muchos amigos fieles de quien poderse fiar; pero Dios nuestro Señor con su infinita caridad traba amistad con muchos, porque él los hace amigos fieles, y les da la verdadera caridad; y aunque los muy queridos sean muchos, trata con tanta familiaridad con cada uno, como si fuera solo; de modo que la muchedumbre de amigos no quita la familiar comunicacion con ellos, como se ve en el cielo, donde está muy perfecta esta amistad. Y á esta causa en el libro de los Cantares (*Cant.* vi, 8), habiendo contado Nuestro Señor tres suertes de almas que viven en su compañía, concluye: Una es mi paloma, y mi perfecta: que es decir, á todas juntas que hacen una Iglesia, las amo como si fueran una, y para un fin de su eterna bienaventuranza y de mi gloria. Ó Amado mio, gracias te doy por esta voluntad que tienes de tener amistad con todos y con cada uno tan estrecha como si fuera solo. ¡Oh si mi alma fuese tan dichosa que pudiese ser una de estas esposas tuyas, á quien dijiste: *Una est columba mea, perfecta mea, una est matris suae:* una es mi paloma, y mi perfecta, una para su madre! Hazme paloma tuya por la inocencia, y perfecta tuya por la caridad, que es el vínculo de la perfeccion (*Colos.* iii, 14), y concédeme que te ame en esta Iglesia de la tierra, como te ama nuestra madre la Iglesia del cielo.

3. De estas dos ponderaciones he de sacar dos propósitos en que mi caridad ha de imitar la caridad de Dios.-El primero, ha de ser de no aborrecer á ninguno, ni tenerle por enemigo, sino amar á todos, ensanchando los senos de la caridad, para que quepan en ellos todos los hombres buenos y malos, perfectos é imperfectos, haciendo á todos obras de amigo en lo que yo pudiere.-El segundo propósito es, reducir el amor de todos á uno solo, que es Dios; de modo, que aunque ame á muchos, no los ame como muchos, por respetos particu-

lares de cada uno, sino principalmente por un solo motivo, y por un solo amigo, que es Dios, cuyos son todos.

PUNTO TERCERO. - *De la alteza del amor de Dios.* — 1. La tercera excelencia es la alteza de la divina caridad, la cual se descubre en la alteza de los beneficios y dones que de ella proceden, los cuales son tan altos que no pueden ser mayores, y descubren que su alteza y sublimidad es infinita. Lo primero, porque nos levanta á la alteza de la soberana dignidad de hijos de Dios, y herederos de su reino; por lo cual dijo san Juan (*Ioan.* III, 1): *Videte qualem caritatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur, et simus:* mirad qué caridad nos dió el Padre, que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos, como si dijera: Contemplad y ponderad la alteza á donde llegó la caridad de Dios, los admirables afectos y efectos que brotó, pues nos levantó á ser hijos de Dios, con todas las excelencias que han de tener hijos de tal Padre. Y cuáles sean estas, no es posible conocerlo en esta vida; y así añade: *Ahora somos hijos de Dios, pero no se descubre lo que serémos: cuando se descubriere, serémos semejantes á él, porque le verémos como es.* Y así en el cielo se descubre la soberana alteza de esta dignidad de hijos, y de la caridad de Dios, que nos levantó á ella. Gracias te doy, Padre amantísimo, por esta caridad que me has mostrado en tomarme por hijo: esclarece los ojos de mi alma, para que conozca cuál sea esta caridad, y vestido de ella te ame como á Padre, procurando serte semejante en el amor, para serlo despues en la gloria. Amen.

2. Lo segundo, se descubre mas la alteza de la divina caridad en habernos amado tanto, que para nuestro remedio levantó un hombre de nuestra naturaleza á ser Hijo de Dios, no adoptivo, sino el mismo Hijo de Dios natural por la union de la encarnacion: de modo, que un hombre sea real y verdadero Hijo de Dios, igual con el eterno Padre, y un Dios con él. Y aquí subió tan alto la caridad de Dios, que no pudo subir mas, por lo cual dijo el mismo Cristo nuestro Señor (*Ioan.* III, 16): *Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito.* Y san Juan evangelista dijo (I *Ioan.* IV, 9): *En esto se descubrió la caridad de Dios para con nosotros, en que envió su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.* Y con este Hombre celestial trabó Dios la mas excelente amistad que puede haber, despues de la amistad infinita que hay entre las tres divinas Personas, porque como esta se funda en unidad de esencia, así esa otra se funda en unidad de una misma persona igual al mismo Dios, y en ella estriba la firmeza y seguridad de la que Dios tiene con nosotros, el cual

nos amá por Cristo su Hijo, y dándonos á su Hijo, nos dió con él todas las cosas. (*Rom.* VIII, 32). Ó alteza de la bondad y caridad de Dios, ¡cuán incomprensibles son sus obras, y cuán investigables sus caminos! ¡Oh amor inefable, que para trabar amistad perfecta con el hombre, le subes á la igualdad de Dios! Ó Amador altísimo, ¿qué gracias te daré por tan altas y soberanas obras de amor, y cómo te podré alabar dignamente por ellas? Aláhete, Señor, tu misma caridad, y bendígante las obras que de ella proceden, y sobre todo glorifíquete tu mismo Hijo, Dios y hombre verdadero, en quien todos somos amados con tan alta y soberana caridad. Mira el rostro de este tu querido amigo antiguo y nuevo, antiguo en cuanto Dios, y nuevo en cuanto hombre, y por él te suplico me hagas amigo tuyo, renovándome conforme á la imágen de este nuevo Hombre, para que viva por él, y por su medio alcance la vida eterna. Amen.

—De esta consideracion se dijo en la meditacion II de la parte II.—

3. Tambien se puede ponderar la alteza de la divina caridad en el misterio de la Eucaristía, en que el mismo Cristo, Dios y hombre verdadero, cubierto con especies de pan y vino, entra dentro de nosotros para conservar esta caridad, y aumentarla en nosotros, y unirnos mas concordialmente consigo mismo, como se ha ponderado en la parte IV, y adelante se dirá mas.—Últimamente, ponderaré la alteza de la divina caridad por la alteza del infinito don que nos da, dándonos al Espíritu Santo, que es fuente del amor, como se verá en la meditacion siguiente. De todo esto he de sacar un deseo generoso de imitar la alteza de la divina caridad, en amarle de tal manera, que siempre en su servicio pretenda cosas altas y grandiosas, alta intencion de su mayor gloria, alta oracion y contemplacion de sus misterios, y alta imitacion de las virtudes, cumpliendo aquello que dice san Pablo (*Philip.* I, 9): Por esto hago oracion á Dios, pidiéndole que vuestra caridad crezca mas y mas con toda ciencia y conocimiento espiritual, para que aprobeis las cosas mejores, y seais sinceros, y sin ofensa llenos del fruto de la justicia, por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios. Amen.

Punto cuarto.—*De la profundidad del amor de Dios.*— 1. La cuarta excelencia de la caridad de Dios es su profundidad, la cual se descubre,—lo primero en las humillaciones profundas de Dios por amor de los hombres, porque siendo el Verbo divino igual á su eterno Padre (*Philip.* II, 7), *exinanivit semetipsum*, apocóse y menoscabóse á sí mismo, tomando forma de siervo, y humillóse, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; porque como la per-

fecta amistad desea igualdad con sus amigos, como Dios se vió tan alto, quiso abajarse y vestirse de la misma naturaleza que ellos (*Philip.* II, 8): *In similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo*, haciéndose á semejanza de los hombres, y viviendo con ellos hermanablemente como hombre, asemejándose en todas las cosas á sus hermanos. (*Hebr.* II, 17). Y demás de esto, como la perfecta caridad no solamente se muestra en hacer bien á su amigo, sino tambien en padecer por él trabajos; porque no hay mayor caridad que dar la vida por sus amigos (*Ioan.* XV, 13), quiso la infinita caridad de Dios dar tambien estas muestras de amor; y como no podia padecer ni morir en su propia naturaleza divina, tomó la naturaleza humana, y en ella padeció gravísimos trabajos y desprecios, y muerte cruel por sus amigos: y ¿qué digo por sus amigos? padecióla por sus enemigos, para convertirlos en amigos, y por los que le aborrecian, para hacer que le amasen. (*Rom.* V, 8). ¡Oh abismo inmenso de la caridad de Dios! ¡Oh caridad alta y profunda, que levantaste al hombre á lo mas alto de Dios, y humillaste á Dios á lo mas profundo del hombre! (I *Cor.* XIII, 4). ¡Oh caridad paciente y benigna, que no contenta con hacernos bien, con grande benignidad quisiste padecer mucho por nosotros con grande paciencia! Ó Amado de mi alma, muestra conmigo esta caridad, dándome otra tal, que me incline á humillarme hasta el profundo de mi nada, y me aliente á padecer hasta morir por tu gloria. Esta misma ponderacion puedo tambien hacer en el misterio de la Eucaristía, donde se descubre la profundidad de la caridad de Dios, inventando medios de tan profunda humildad, para honrar y regalar á los amigos que le aman con verdadera caridad (como se dijo en el lugar citado).

2. Tambien se descubre la profundidad de esta caridad de Dios en el abismo de los secretos juicios de su divina sabiduría (*Rom.* VIII, 28), en razon de hacer bien á sus amigos, á los cuales todas las cosas convierte en bien, las tribulaciones, aflicciones, tentaciones y miserias, así propias como ajenas, y hasta los mismos defectos y faltas en que caen por flaqueza se los convierte en bien, tomando de ellos ocasion para mas arraigarlos y perfeccionarlos en el amor. De suerte, que con profundidad incomprensible resplandece la caridad de Dios en todas las obras de justicia y venganza que hace en los malos, para provecho de los buenos, y en los buenos para hacerlos mejores, inventando mil medios y caminos muy ocultos, nacidos del abismo de la eterna predestinacion, para salvacion de los predestinados.

3. *Perfeccion de nuestra caridad.* — Estas son las cuatro excelencias de la infinita caridad de Dios, las cuales podré conocer y sentir, no tanto con largas meditaciones, cuanto con intensos actos de caridad, echando hondas raíces en ella, siguiendo el aviso que nos da el Apóstol aquí, cuando dice (*Ephes.* III, 17): Fundaos y arraigaos en la caridad, para que podais conocer por experiencia las propiedades y excelencias de la infinita caridad de Dios, y por ella vengais á comprender y abarcar una caridad larga en la duracion, que dure hasta la vida eterna; ancha en la extension que abrace todas las obras de amor, y todas las personas que pueden ser amadas; alta en la intencion y pretension, que no se abaje á cosas terrenas, sino que suba con el deseo á las celestiales; y profunda en la humillacion, sufriendo todos los trabajos y desprecios que os vinieren, por ser fieles á vuestro Amado. Ó Amado de mi corazon, dame una caridad semejante en estas cuatro cosas á la tuya, para que amándote con tal espíritu en esta vida, llegue á gozarte y amarte sin fin en la otra. Amen.

MEDITACION XI.

DEL DESEO QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR TIENE DE SER AMADO DE LOS HOMBRES, DEL PRECEPTO QUE DE ESTO PONE, Y DE LAS AYUDAS Y PREMIOS QUE OFRECE.

—Aunque segun la sentencia de santo Tomás (2, 2, *q.* 27, *art.* 1), es mas propio de la caridad amar, que ser amada; con todo eso la infinita caridad de Dios no se contenta con amarnos, sino desea sumamente ser amada de nosotros, no por su interese, sino por el nuestro; y por esta causa, como se ha dicho, nos gana por la mano en el amor para provocarnos á que le amemos, porque el amar es gran motivo para ser amado. Este deseo, y la eficacia y grandeza de él, se descubre en algunas cosas que pondrémos en los puntos siguientes. —

PUNTO PRIMERO. - *Del precepto del amor.* — 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, deseando ser amado de los hombres, les puso precepto de ello (*Deut.* VI, 5; *D. Thom.* 2, 2, *q.* 24, *art.* 5, *q.* 44; *D. Bern.* lib. de dilig. Deo), mandándoles que le amasen de todo su corazon, de toda su alma, mente, virtud y fuerzas; esto es, con toda la perfeccion que les fuese posible, no poniendo tasa en el amar, porque el modo de amar á Dios es amarle sin modo ni tasa alguna, y tanto el amor es mejor, cuanto es mayor.

De donde se sigue cuán infinito sea el amór de Dios para con nosotros, porque quien desea ser amado sin tasa, y nos manda que no tengamos tasa en el amor, es señal que no quiere tener tasa en el amarnos y hacernos bien, porque Dios ama á los que le aman; y cuanto mas le aman y los ama, tanto mayores bienes les da; porque todas las dádivas y dones celestiales proceden del amor que Dios nos tiene, y nos disponemos para recibirlas con el amor que le tenemos. Ó Amador amabilísimo, pues tanto deseas que te ame sin tasa, dame lo que me mandas para que pueda cumplir lo que deseas: *Diligam te sicut diligor à te:* Ámete yo como me amas tú, ámete como quieres ser amado, y ámete como me mandas que te ame.

2. De aquí he de sacar una grande estima de este precepto del amor, como la tuvo Cristo nuestro Señor, llamándole (*Matth.* XXII, 38): *Primum, et maximum mandatum,* el primero y el mayor mandamiento, por muchas causas.-Es el primero en órden, porque se pone por fundamento de todos, y es fundamento de la vida espiritual y raíz de toda la perfeccion, y por esto nos dijo el Apóstol (*Ephes.* III, 17), que nos fundemos y arraiguemos en la caridad.-Además, es el primero en la dignidad, porque manda el supremo acto de virtud que hay en la vida cristiana, que es la caridad, la cual es mayor que la fe, y que la esperanza, y que todas las demás virtudes, las cuales sin ella están como muertas; y así dice el Apóstol (I *Cor.* XIII, 13), que si me falta la caridad, aunque tenga todas las virtudes y ciencias, *nihil sum,* soy nada.-Además, es el primero en el merecimiento, porque la caridad es la primera causa de todos nuestros merecimientos delante de Dios, y sin ella ninguna obra merece algo, pues, como dice san Pablo, aunque dé toda mi hacienda á los pobres, y entregue mi cuerpo á las llamas, si no tengo caridad, *nihil mihi prodest,* nada me aprovecha para merecer la vida eterna.-Es tambien el primero en la suavidad y dulzura, porque de la caridad nace (I *Ioan.* V, 3) toda la suavidad del yugo de Dios, y la ligereza de la carga de su ley, y por ella sus mandamientos no son pesados, y propio efecto suyo es el gozo en el Espíritu Santo. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 28).-Tambien es el primero en la eficacia, porque es causa de la observancia de los demás mandamientos; y por esta razon dijo Cristo nuestro Señor, que de él dependia la Ley y los Profetas. Y el Apóstol dice (*Rom.* XIII, 10): que el cumplimiento de la ley es el amor. Finalmente, es el primero en la intencion, porque, como dice san Pablo (I *Tim.* I, 5), es fin de los preceptos, y todos se ordenan á la caridad, y á ella ha de ir enderezada nuestra intencion; y así

ha de acompañar todas nuestras buenas obras, haciéndolas en caridad, para que su bondad sea perfecta.

3. Por estas y otras causas he de cobrar una grande estima de este precepto tan encomendado de Cristo nuestro Señor, y alentarme al perfecto cumplimiento de él, lo cual consiste en dos cosas; conviene á saber, en quitar de mí cualquier amor y cosa que contradiga ó entibie la caridad, y en aplicarme á procurar el ejercicio de todas las cosas que le aumentan. Ó Amador eterno, ámete yo de todo mi corazon, mortificando en él todo mi amor propio, para que quede solo el amor tuyo. Ámete de toda mi voluntad, negando todos sus quereres, por cumplir lo que tú quieres: ámete con toda mi alma, enfrenando las pasiones de mis apetitos, para que se vayan tras tí todos sus afectos: ámete con toda mi mente, negando mi juicio propio, y cautivando mi entendimiento en servicio de tu fe, y en cumplimiento de tu voluntad; ámete con todas mis fuerzas, mortificando mis sentidos, y aplicando mis potencias á la guarda de tu ley. Y pues tus mandamientos no son imposibles, dame fuerzas para amarte del modo que quieres ser amado, haciéndome fácil y suave con tu gracia lo que es imposible á mi flaca naturaleza. Todo lo que se ha puesto en este coloquio es necesario para cumplir perfectamente este precepto; y á lo mismo ayuda lo que se dijo en la introduccion de estas meditaciones, y en la meditacion VIII.

Punto segundo.—*La caridad de Dios es causa de la nuestra.*— 1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, deseando ser amado de nosotros, y habiéndonos puesto precepto de ello, nos da las fuerzas y eficacia para cumplirle con un modo excelente y admirable. - Porque lo primero, este infinito Amador nuestro, con el deseo que tiene de trabar amistad con nosotros, y de que la amistad sea entera de ambas partes, nos infunde y da liberalmente la caridad con que le hemos de amar, y el mismo amor con que le amamos; y nos ayuda para que le amemos con inspiraciones interiores, y con esto nos obliga á usar de esta caridad que derrama en nuestros corazones (*Rom.* v, 5), obrando con ella y ejercitando varios actos de amor para aumentarla y cobrar siempre nuevas fuerzas para amar. Por esta causa dijo san Juan (I *Ioan.* iv, 7): Amémonos unos á otros: *Quia caritas ex Deo est.* Porque la caridad con que nos amamos procede de Dios, y es razon usar de ella para amarle como quiere ser amado.

2. Pero mas adelante pasa la infinita caridad de Dios, el cual no contento con esto, nos da la misma fuente de la caridad criada (*Rom.*

v, 5), que es el Espíritu Santo, y es la caridad increada, y caridad viva y amor vivo, para que asista dentro de nosotros, conservando nuestra caridad, avivándola, enderezándola, y solicitándola á que brote actos de amor; por lo cual dijo san Juan (I, IV, 16): *Conocemos y creemos la caridad que tiene Dios con nosotros; porque Dios es caridad, y quien está en caridad está en Dios y Dios en él: y en esto conocemos que está en nosotros, y nosotros en él; porque nos dió de su Espíritu Santo.* De suerte que quien tiene la virtud de la caridad infusa en su alma, tiene la misma caridad viva é infinita, que es Dios; y está dentro de Dios, y Dios dentro de él, unidos los dos con amor, y no solamente tiene al Espíritu Santo, sino al Padre y al Hijo, segun aquello que dijo Cristo nuestro Señor (*Ioan.* XIV, 23): Si alguno me ama será amado de mi Padre, y vendrémos á él, y en él morarémos; y por consiguiente dentro del justo están las tres divinas Personas, que son la viva caridad, fuente y dechado de la que él debe tener, ayudándole para que guarde todas las leyes de la verdadera amistad, á semejanza del modo que Dios nuestro Señor las guarda.

3. ¡Oh alteza inefable de la caridad de Dios! ¡Oh fuente de agua viva, que estando en el corazon de tierra, le levantas hasta el tercer cielo, y le juntas con la beatísima Trinidad! ¡Oh Trinidad beatísima, que no solamente amas á tus escogidos, sino quieres tomar para tí el nombre del amor, y llamarte caridad, para que todos nos preciemos de ella! Ó alma mia, alégrate y da saltos de placer, porque tu Dios es caridad. (*D. Bern., et D. Thom.;* I *Ioan.* IV). Si Dios es caridad, ¿qué cosa hay mejor? Si quien está en caridad está en Dios, ¿qué cosa hay mas segura? Y si Dios está en él, ¿qué cosa hay mas alegre? Pues ¿qué amas, si á tal caridad no amas? Y pues este Dios de amor quiere entrar dentro de tí, y que tú entres dentro de él, para llenarte todo de caridad, entra tú tambien dentro de tí misma, y mira el dechado infinito de esta caridad que tienes dentro de tí, y ama á tu Dios trino y uno del modo que él se ama, uniéndote con él por caridad, como sus divinas Personas están unidas por esencia, siendo todas tres una misma caridad. ¡Oh Dios mio! *Ostende mihi caritatem tuam, et amorem tuum da mihi.* Muestra conmigo tu caridad, y dame tu santo amor. (*Psalm.* XVII, 2). Ámete, Señor, fortaleza mia, refugio mio, y consuelo mio, ámete como me amas, y como quieres que te ame, por todos los siglos. Amen.

—Estas jaculatorias y otras tales se han de repetir á menudo, para alcanzar en breve la caridad, unas veces pidiéndola y otras ve-

ces ejercitándola, porque no hay medios mas eficaces para alcanzar el amor, que amar y orar al modo dicho.—

Punto tercero.—*Premios del que ama.*— 1. Lo tercero, se ha de considerar como la infinita caridad de Dios, con el deseo que tiene de ser amado de nosotros, aunque bastara mandarlo, y aun sin precepto era muy debido el hacerlo, con todo esto juntó con este precepto grandes premios corporales y espirituales, temporales y eternos, para obligarnos mas á que le amemos. Por lo cual en el Deuteronomio (*Deut.* x, 13), mandando á su pueblo que le amase, añade: *Ut bene sit tibi,* para que todo te suceda bien. Como quien dice: No te pido que me ames por el bien que yo espero, sino por el bien que tú recibirás en amarme. Y cuán gran bien sea este, se puede ponderar en tres ó cuatro cosas.—Porque lo primero, el premio de la vida eterna se da por el amor; de modo que á la medida de la caridad se nos dará la gloria. Y aunque uno haya hecho obras de suyo muy gloriosas, y convertido muchas almas, y padecido grandes trabajos, si no llega á tener tanta caridad como otro que no ha hecho tales cosas por no poder hacerlas, no tendrá tanta gloria como él. Y así dice Cristo nuestro Señor (*Ioan.* xiv, 21): *Si alguno me ama, yo le amaré y manifestaré á mí mismo.* Como quien dice: Por el amor le daré la bienaventuranza, que es la clara vista de mi divinidad; y cuanto mas me amare, tanto mas me verá y se gozará en mí, y tendrá mas alto trono en el reino de mi Padre.

2. Lo segundo, los dones y favores celestiales, que son premio de esta vida, tambien se dan á la medida del amor que dispone para recibirlos; y así dice la divina Sabiduría (*Prov.* viii, 20): Yo ando en medio de los caminos de la justicia y de las sendas del juicio, para enriquecer á los que me aman, y llenar cumplidamente sus tesoros. Ó Sabiduría eterna, que muestras tu justicia y rectitud en premiar y favorecer á los que te aman, ayúdame á caminar por los caminos de la justicia y por las sendas de la perfeccíon, amándote con todas mis fuerzas, para que sea digno de que me enriquezcas con tus riquezas celestiales, y llenes mis deseos con los tesoros de tus bienes sempiternos.

3. Demás de esto, continuamente este amantísimo Dios, en lugar de hechizos nos previene con innumerables beneficios para que le amemos, trayéndonos á su amor y servicio (*Osee,* xi, 4) con cuerdas de Adan y con cadenas de caridad, cebando el fuego del amor con leña de dádivas, y soplando con el soplo de sus inspiraciones, porque su venida al mundo fue á traer este fuego (*Luc.* xii, 49), y

su deseo es que siempre arda, para tener tambien Serafines en la tierra como los tiene en el cielo. Ó Serafines celestiales, que estais ardiendo en fuego de amor, suplicad á vuestro Dios que me abrase con este fuego, atizándole de manera que siempre arda en esta vida, hasta que me junte con vosotros en la eterna. Amen.

4. Finalmente, para que por todos caminos quedemos presos y atados á su amor, nos amenaza con terribles castigos si quebrantamos el precepto de amarle, porque en faltando el amor, falta la vida de la gracia, y faltará la eterna de la gloria, y en su lugar entra la muerte y el infierno. Y por esto dijo san Juan (*Ioan.* III, 14): El que no ama permanece en la muerte del alma, y permanecerá para siempre en la muerte eterna. Y san Pablo dice (I *Cor.* XVI, 22): Si alguno no ama á Nuestro Señor Jesucristo, *sit anathema maranatha*, sea maldito y descomulgado, y en el dia del juicio sea apartado de los buenos que le aman, y echado en los fuegos eternos que han de abrasar á los que le aborrecen. De todo esto he de sacar la obligacion que tengo de amar á Dios nuestro Señor, principalmente por sí mismo, por su bondad infinita, y por el amor que me tiene, tomando esto, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 27, *art.* 3), por motivo propio de amor; el cual, como dice san Bernardo (*Serm.* 83 *in Cant. et tract. de dilig. Deo*, § *dicto proinde*), cuando es puro, aunque no es jornalero no carece de jornal, antes tanto mayor premio alcanza, cuanto menos le pretende; pero sin embargo de esto, para conservarle y aumentarle, puedo aprovecharme de las tres cosas que hemos aquí puesto, conviene á saber, de los premios que espero, de los bienes que recibo, y de los castigos que temo, haciendo de estas tres cosas una cuerda de tres dobleces (*Eccles.* IV, 2) con que atarme mas fuertemente con el amor, para que mis tres enemigos, mundo, carne y demonio, no prevalezcan contra mí, ni me puedan apartar de la caridad de Cristo.—Ó Cristo amantísimo y amabilísimo, bendito sea y será cualquiera que te ama; y maldito es y será cualquiera que te aborrece. (*Bern.* Lib. de dilig. Deo, § *Felix qui meruit*). ¿Quién no te amará, Dios mio, pues tantas bendiciones derramas sobre quien te ama? y ¿quién te aborrecerá, pues tantas maldiciones llueven sobre quien te aborrece? Ó alma mia, levanta las alas de mi corazon sobre todo lo criado y sobre tí misma, traspasa todo lo que es premio y pena, ó interese tuyo, y vuela con ligereza á lo íntimo y supremo de tu soberano Criador; ámale por ser quien es, y por su infinita bondad y caridad; ámale porque te ama, y porque desea ser amado de tí; dale gusto en lo que te pide,

pues lo pide para tu bien; alábale y glorifícale, porque te manda que le ames, y te da fuerzas para cumplir lo que se dignó mandar. Ó Amado mio, ¿qué te va en que yo te ame? ó ¿qué te importa tener amistad conmigo? Á mí me importa, Señor, y no á tí; mas tu infinita caridad lo solicita, como si te importara á tí tanto como á mí. ¡Oh quién pudiese imitar en esto tu amor, olvidándose totalmente de sí por amarte á tí solo, único y sumo bien mio, á quien sea honra y gloria y continua alabanza por todos los siglos! Amen.

MEDITACION XII.

DE LA INFINITA MISERICORDIA DE DIOS.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar la excelencia de la divina misericordia, comparada con su justicia, presuponiendo que estos dos atributos resplandecen en todos los dones que recibimos de Dios (*D. Thom.* 1 *p. q.* 21, *art.* 3): la justicia en que los distribuye y reparte conforme al órden de su infinita sabiduría, y á lo que pide la naturaleza de cada cosa, ó los méritos de cada persona. La misericordia, en que con ellos nos libra de los defectos ó miserias que padecemos, ó por la imperfeccion de nuestra naturaleza, ó por la culpa de nuestra libre voluntad; lo cual hace en dos maneras, ó atajando la miseria antes que venga, ó librándonos de ella despues de haber venido; pero la justicia de Dios tiene su propia obra, que es castigar á los que no se aprovechan de su misericordia.—Presupuesto esto, tengo de considerar que aunque las divinas perfecciones, segun que están en Dios, todas son iguales; pero en órden á los efectos en que resplandecen, una se muestra mayor que otra. Y en esto se señala grandemente la misericordia, y de sus obras se precia Dios mas que de las obras de justicia; y así dijo el apóstol Santiago (*Iacob.* II, 13): *Misericordia superexaltat iudicium:* la misericordia ensalza el juicio, y sube sobre la justicia. Lo cual se puede considerar, ponderando como la misericordia precede, acompaña y sigue á la justicia en todas sus obras.

2. Lo primero, precede siempre la misericordia, porque todas las obras de justicia presuponen alguna obra de misericordia en que se fundan, y antes de castigar Dios con justicia á los pecadores, les ha hecho infinitas misericordias, y les ha perdonado muchas veces, y avisádoles que se enmienden y que huyan de su justicia. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 21, *art.* 4). De aquí es, que la misericordia y el

perdon nacen de solo Dios, el cual por sola su infinita bondad quiere librarnos de nuestras miserias; mas la justicia en el castigo no procede de solo Dios, sino tambien de nuestros pecados, que le provocan á ello, porque de su inclinacion antes quisiera que no hubiera ocasion de ejercitar su justicia punitiva. Y por esto dijo por su profeta Ezequiel (*Ezech.* XVIII, 23), que no era de su voluntad la muerte del malo, sino que se convierta y viva. Y tambien el Sábio dice (*Sap.* I, 13), que Dios no hizo la muerte, sino que los malos la trajeron al mundo. Ó Dios misericordiosísimo, pues no es tu gusto castigar, antes gimes cuando castigas, y te alegras cuando premias, anticipa con tu misericordia el remedio de nuestras culpas, porque no fuercen tu justicia á castigarlas.

3. Lo segundo, tambien la misericordia acompaña las obras de justicia, las cuales nunca andan á solas, porque en medio de ellas usa Dios con los castigados de muchas misericordias, segun aquello de David (*Psalm.* LXXVI, 10): ¿Por ventura olvidarse ha Dios de tener misericordia, ó detendrá sus misericordias con su ira? como quien dice: Por muy airado que esté, no se olvidará de su misericordia, sino mezclará su ira con ella. Y por lo mismo dijo Habacuc profeta (*Habac.* III, 2): Cuando estuvieres enojado, en medio de tu ira te acordarás de tu misericordia: lo cual hace, dando avisos á sus enemigos para que huyan de su castigo, y convidándolos con el perdon, y moderando mucho la pena que merecian por su culpa. Y hasta en el mismo infierno resplandece la misericordia divina, porque, como dice santo Tomás (1 *p. q.* 21, *art.* 4 *ad* 1), castiga á los condenados: *Citra condignum*, menos de lo que pudiera castigarlos, conforme al mucho castigo que merecia la gravedad de sus pecados.

4. De aquí es, que la misericordia es como fin de la justicia, cuyos castigos se ordenan para que el castigado se enmiende y se haga capaz de la misericordia de Dios: y si él no quiere, á lo menos otros por ocasion de su castigo acudan á la divina misericordia, y esta campee y resplandezca mas en los buenos, puesta cabe la justicia que se ejecuta en los malos. Y por esta causa dice el apóstol san Pablo (*Rom.* IX, 22), que Dios con mucha paciencia sufrió los vasos de ira, que son los reprobados, para descubrir las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia, que son los escogidos, en los cuales se manifiesta la grandeza de la misericordia de Dios que les libró de la miseria en que están los reprobados.—Finalmente, muy mas excelentes obras ha hecho Dios para perdonar con misericor-

dia, que para castigar con justicia, como luego verémos. Y por esto dice David (*Psalm.* CXLIV, 9): Las misericordias de Dios son sobre todas sus obras.

5. De todas estas consideraciones sacaré grandes afectos de gozo, de confianza y amor: pues por lo dicho consta, que aunque tenemos muy grandes motivos para temer la justicia de Dios, pero mayores los tenemos para esperar en su misericordia; y aunque tengo de abrazarlas ambas, porque ni la justicia sola me ponga tanto miedo que desmaye, ni la misericordia sola tanta confianza que presuma; pero mas me arrimaré á la misericordia, y en todas mis miserias y caidas puedo apelar, como dice santo Tomás (*Sup. c.* II, *epist. D. Iacobi*), del tribunal de la justicia al de la misericordia, como de tribunal menor á otro que en alguna manera es mayor, al modo dicho, y acudir, como dice san Pablo (*Hebr.* IV, 16), con grande confianza al trono de su gracia, para que alcancemos misericordia, y hallemos gracia con ayuda para obrar en el tiempo diputado para ello. Ó Dios eterno, gózome de que juntamente seas justo y misericordioso (*Psalm.* CXIV, 5): justo, porque amas la justicia, y tu rostro siempre mira la equidad (*Psalm.* X, 8): misericordioso, porque te compadeces de los injustos, perdonándoles sus injusticias para que abracen la bondad; pero mas largo eres en la misericordia que en la justicia (*Exod.* XX, 5), porque visitas los pecados de los padres en los hijos que les imitan, hasta la cuarta generacion; pero tienes misericordia de los que te aman, no por cuatro sino por mil generaciones. Yo, Señor, venero tu justicia, y me sujeto á tu justa correccion; pero deseo que prevalezca en mí tu misericordia, haciéndome vaso é instrumento de ella, para que seas en mí glorificado, y yo cante tus misericordias en compañía de tus escogidos por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la grandeza y extension de la misericordia de Dios para con todas las criaturas y para todas sus miserias, la cual es infinita, porque se funda en su omnipotencia, como dijo el Sábio (*Sap.* XI, 24): *Misereris omnium quia omnia potes*, tienes misericordia de todos, porque todo lo puedes. Ó alma mia, gózate de que tu Dios sea tan poderoso como misericordioso, y que su omnipotencia pueda remediar cualquier miseria, de quien se compadeciere su misericordia. Ó misericordia omnipotente, y omnipotencia infinitamente misericordiosa, ¡cuán bien hermanadas estais para nuestro remedio, dando la una el querer, y la otra el poder, y ambas nuestra perfeccion! Si la misericordia es-

tuviera sin la omnipotencia, ¿cómo pudiera darme remedio? y si la omnipotencia estuviera sin la misericordia, ¿cómo tuviera voluntad de dármele? Por tanto, alma mia, mira que, como dijo David (*Psalm.* LXI, 12), una vez habla Dios, y dos son las cosas que dice, que es suya la potestad, y á él conviene la misericordia. Ó Dios de mi alma, háblame dentro de mi corazon con gran firmeza y eficacia estas dos cosas; descúbreme con tu luz soberana la junta de tu misericordia con tu omnipotencia, para que te sirva con alegría, fiado de tu omnipotente misericordia.

2. De aquí puedo discurrir por la grandeza y muchedumbre de la misericordia de Dios, ponderando algunas cosas.-Lo primero, que la tierra está llena, como dice David (*Psalm.* XXXII, 5) de la misericordia de Dios, porque todas las criaturas que viven en ella están sujetas á alguna miseria, por defecto de su naturaleza ó por malicia de su voluntad, y Dios solo es el que puede acudir y acude á su remedio, y así puedo mirar la redondez de la tierra como un vaso capacísimo lleno todo de las misericordias de Dios, y todo cuanto en ella viere me puede ser motivo de alabar su misericordia.-De aquí es, que su misericordia es tanta que se extiende á las bestias y brutos animales; por lo cual dijo David (*Psalm.* XXXV, 8): Tú, Señor, salvarás á los hombres y á los jumentos, segun que multiplicaste tu misericordia; como quien dice: Ó Señor, ¡cuánto has multiplicado tu misericordia, pues no solamente das vida y salud, y remedio de sus necesidades á los hombres, sino tambien á los jumentos! Gracias te doy por la misericordia que les haces sin ellos conocerla; y pues te compadeces de los hijuelos de los cuervos, dándoles comida cuando su necesidad clama por ella (*Psalm.* CXLVI, 9), mucho mejor te compadecerás de los hijos de los hombres, por cuyo bien criaste las bestias. Donde puedo ponderar lo que dijo Dios á Jonás (*Ionae,* IV, 10): Tú te entristeces porque se secó la hiedra que no hiciste, ¿y no quieres que perdone yo á la ciudad de Nínive, en la cual hay mas de ciento y veinte mil niños que no saben discernir entre la mano derecha y la izquierda, y entre lo bueno y lo malo; y demás de esto hay muchos jumentos y bestias? Como quien dice: Pésate á tí de que se destruya la criatura que no hiciste, y ¿quieres que destruya las criaturas que yo hice? Tú te dueles por la pérdida de una hiedra que dentro de una noche nació y pereció, y ¿no me doleré yo de que se pierdan tantas vidas, que por mi misericordia han durado tantos años? Alábete, Dios mio, tu infinita misericordia, pues incomparablemente es mayor que todas las vidas (*Psalm.* LXII, 4);

ella es la que da vida á todos los que viven, y sin ella no hay vida ni medio para conservarla; vengan, Señor, sobre mí tus misericordias, y viviré, y por ellas glorificaré (*Psalm.* CXVIII, 77) tu nombre para siempre. Amen.

3. De aquí he de sacar una grande confianza en la misericordia de Dios, que se compadecerá de todas mis miserias, ponderando que no pueden ser tantas en número ó en gravedad, sean enfermedades de cuerpo ó aflicciones del alma, ó cualesquier penalidades y persecuciones, de las cuales la misericordia de Dios no pueda y quiera librarme, cuanto es de su parte, cuando me conviniere, porque como no tienen número las miserias, tampoco le tienen sus misericordias.

PUNTO TERCERO. - *De la misericordia de Dios con los pecadores.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar en particular la infinita misericordia de Dios para con los pecadores. De la cual dijo el Sábio (*Sap.* XI, 24): *Tienes misericordia de todos, porque puedes todas las cosas, disimulas los pecados de los hombres, esperándoles á penitencia, y perdonas á todos, porque tú, Señor, que amas las almas, tienes por tuyas todas las cosas.* De donde sacarémos las propiedades de la infinita misericordia de Dios. La primera, que se extiende á todos los hombres de cualquier estado y condicion que sean, sin excluir á ninguno. Pues por esto dice: *Misereris omnium*, tienes misericordia de todos, grandes y pequeños, nobles y pecheros, libres y esclavos, sin que esta regla universal tenga alguna excepcion; para lo cual da dos razones.- La primera, porque todos los pecadores son hechura de Dios y obra de su omnipotencia: con la cual, como está dicho, se acompaña su misericordia.-La segunda, porque Dios ama las almas, y del amor nace la compasion de las miserias que padece la cosa que es amada. De estos dos títulos he de usar á menudo, así para confiar en la divina misericordia, como para pedir á Dios que use de ella conmigo. Ó alma mia, si te amilana la culpa que tú hiciste por tu voluntad; anímete á confianza la obra que Dios hizo por su omnipotencia. Si quieres borrar con la penitencia lo malo que tú hiciste, certísimamente reparará Dios con su misericordia lo bueno que él hizo, porque no faltará la misericordia á la obra que salió de su omnipotencia. Ó Amador de las almas, pues amas la mia porque la hiciste, porque si la aborrecieras, nunca la hicieras, perdona la culpa que yo hice, para que no quede en mí cosa que tú aborrezcas; mira que la que amas está llena de miseria, muestra con ella tu copiosa misericordia.

2. La segunda propiedad de la infinita misericordia de Dios es, que se extiende á todos los pecados, por muchos y graves que sean, porque ningun pecado puede ser tan grande, que no sea infinitamente mayor la misericordia de Dios para perdonarle; ni pueden ser tan innumerables, que no sean incomparablemente mas innumerables sus misericordias. Y así de estas dos cosas juntas puedo hacer título, para pedir perdon de mis pecados, diciendo á Dios con David (*Psalm.* L, 3): Compadécete, Señor, de mí, segun tu grande misericordia; y segun la muchedumbre de tus misericordias borra luego mis maldades. Ó Dios misericordiosísimo (*Psalm.* LXXVIII, 8), anticípense con presteza tus misericordias, porque son muchas y muy graves nuestras miserias.

3. De aquí procede la tercera propiedad de la misericordia de Dios, que es esperar á los pecadores para que hagan penitencia, y convidarlos con el perdon, concediéndosele cuando se le piden con gran facilidad, y olvidándose de sus pecados como si no los hubieran cometido. Esto es decir el Sábio, que disimula Dios los pecados de los hombres por la penitencia, porque se hace del que no lo sabe, cuanto al castigo, esperando á que se arrepientan de ellos: y en arrepintiéndose los disimula, como si no supiera que los habian hecho, echándolos, como dice un Profeta, en el profundo del mar (*Mich.* VII, 19), donde nunca mas parezcan; y apartándolos de nosotros, como dice David (*Psalm.* CII, 12), cuanto dista el Oriente del Occidente; porque como no es posible juntarse estos dos extremos, así la culpa que Dios una vez perdona con su misericordia, no volverá á juntarse con quien recibió perdon de ella. Y lo que echa el sello es, que no ha puesto tasa en las veces que ha de perdonar, sino que despues de haber perdonado una vez muchos y graves pecados, torna segunda vez á perdonar otros tantos, y mucho mayores (*Matth.* XVIII, 22); y lo mismo hace tercera vez. Y no solamente siete veces, sino setenta veces siete, que es decir sin número; y todo esto hace la divina misericordia, no para que tomemos ocasion de ofenderla mas libremente, sino para provocarnos, como dice san Pablo (*Rom.* II, 4), á penitencia de la culpa, si cayéremos en ella, no desesperando de alcanzar perdon todas las veces que le pidiéremos de corazon. Ó Dios misericordiosísimo, ¿qué gracias y alabanzas te podrémos dar por tu infinita misericordia? menor soy que todas tus misericordias (*Genes.* XXXII, 10); ¿cómo te podré dar debidas gracias por ellas? ellas mismas te alaben y bendigan para siempre, y así con David repetiré muy á menudo aquel dulce cántico (*Psalm.* CVI,

15): Alaben al Señor sus misericordias, y las maravillas que hace con los hijos de los hombres.

—Para engrandecer este punto de la divina misericordia, aprovecharán las parábolas del hijo pródigo, y otras cuyas meditaciones están en la parte III, sacando de todas estas consideraciones una grande determinacion de imitar la misericordia de Dios, en ser misericordioso con mis prójimos como Dios lo es conmigo, porque esta es otra propiedad de la divina misericordia, ser notablemente compasiva de cualquiera que la imita. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* v, 7), que eran bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán de Dios misericordia. —

PUNTO CUARTO. - *De la misericordia de Dios con los justos.*— 1. Lo cuarto, se ha de considerar la infinita misericordia de Dios para con los justos que le aman y sirven, y con los que tiene escogidos, para que sean, como dice san Pablo (*Rom.* IX, 28), vasos de misericordia; esto es, instrumentos para descubrir el abismo de sus misericordias, y todas las excelencias que tiene esta perfeccion de que tanto se precia. - Lo primero, la misericordia con estos escogidos es eterna, sin principio y sin fin; desde que Dios es Dios tuvo misericordia de ellos, y mientras fuere Dios durará esta misericordia; por lo cual dijo David (*Psalm.* CII, 16): *Misericordia Domini ab aeterno usque in aeternum super timentes eum:* la misericordia del Señor con los que le temen es desde la eternidad por toda la eternidad. Así como dijimos arriba, que su amor era eterno porque desde su eternidad los predestinó Dios, y se determinó librarles de todas sus miserias, y muy especialmente de la suprema miseria, que es la eterna condenacion, dándoles la suprema dicha, que es la bienaventuranza eterna; y cuanto es de su parte su misericordia tuvo el mismo deseo para todos los hombres. De suerte, que antes que yo fuese tuvo Dios misericordia de mí; y viendo las miserias en que habia de caer, se determinó á librarme de ellas si yo quisiese obedecerle, con ánimo de perseverar en esta misericordia para siempre.

2. De donde sacaré un afecto encendidísimo de alabar y glorificar á Dios por esta su eterna misericordia, haciendo un cántico de alabanza como el de David, en que repite á cada verso esta palabra (*Psalm.* CXXXV, 1): *Quoniam in aeternum misericordia eius.* Alabad al Señor porque es bueno, porque dura para siempre su misericordia. Alabad al Dios de los dioses, y al Señor de los señores, porque dura para siempre su misericordia. Alabad al que con su omnipotencia hace cosas maravillosas, porque dura para siempre su mise-

ricordia, etc. Ó alma mia, alaba, glorifica y bendice á tu Dios, porque es sumamente bueno, y porque no tuvo principio ni tendrá fin su misericordia. Gózate con suma alegría, porque Dios es bueno, y porque su misericordia con los que le sirven será eterna. Ó Dios eterno, por toda la eternidad guardaré tus mandamientos (*Psalm.* CXVIII, 44), pues tu misericordia es para mí eterna, por todos los siglos.

3. Lo segundo, la misericordia de Dios, desde que el escogido comienza á ser, le va previniendo, acompañando y siguiendo hasta la muerte: la misericordia de Dios, que le predestinó en su eternidad, le va despues llamando para justificarle, y le justifica para engrandecerle y glorificarle (*Rom.* VIII, 30); y así dijo por Jeremías (*c.* XXXI, 3): Con caridad perpétua te amé: *Ideo attraxi te miserans tui.* Y por esto te atraje á mí, teniendo misericordia de tí. Si estoy muerto en la culpa, la misericordia de Dios se anticipa á llamarme para que resucite á nueva vida: si estoy durmiendo en tibieza, la misericordia de Dios nuestro Señor viene á despertarme para que salga de ella: si tengo de obrar algo que sea agradable á Dios (*Psalm.* LVIII, 11), su misericordia me previene é inspira á ello. Y si tengo de durar en el bien que comienzo (*Psalm.* XXII, 6), su misericordia me ha de acompañar y seguir todos los dias de mi vida, por ella tengo de vencer las tentaciones, y alcanzar la victoria postrera y la vida eterna. Bendice, ó alma mia, al Señor, y todas las cosas que están dentro de mí glorifiquen su santo nombre, porque él perdona tus pecados y cura tus enfermedades, libra de la perdicion tu vida, y te corona con misericordia y misericordias (*Psalm.* CII, 1): su misericordia es tu corona, porque con ella alcanzas la victoria, y te corona en esta vida con buenas obras, y en la otra con grandes premios.

4. De aquí es, lo tercero, que la misericordia de Dios es altísima con los escogidos, levantándolos á los mas altos bienes que Dios tiene, que son los de la gloria. Y por esto, con mucha razon dice David (*Psalm.* XXXV, 6), que la misericordia de Dios es grande en el cielo y sobre los cielos, porque allí se despliega con los escogidos: y aun en esta vida es tambien altísima, porque acá los engrandece con soberanos bienes de su gracia y proteccion. Y por esto dice David (*Psalm.* CII, 11), que segun la alteza del cielo sobre la tierra, así ha fortificado Dios su inmensa misericordia sobre los que le temen: y como el cielo durará para siempre cubriendo la tierra, así su misericordia durará amparando á los que le aman: y cuanto el

cielo es mas alto que la tierra, tanto su misericordia es mayor que nuestra miseria, porque como el padre se compadece de sus hijos, así el Señor tiene misericordia de los que le temen, porque conoce la masa de nuestra naturaleza, y suple las faltas de su flaqueza con la grandeza de su misericordia. Ó Dios mio y gloria mia, ¿qué diré de tu misericordia? ¿cómo te alabaré por ella, y cómo podré ser vaso é instrumento de ella? Tu misericordia se compadeció de mí antes que fuese; ella me crió para que fuese; ella me previene para que obre, y me acompaña cuando obro, y me va siguiendo hasta que acabe de obrar; ella me cerca de bendiciones, y me corona de grandes victorias, y me da grande confianza de alcanzar las eternas (*Psalm.* LVIII, 18): *Deus meus misericordia mea.* Ó Dios mio, misericordia mia, tú eres la misma misericordia, y la misericordia es tuya, porque de tu naturaleza tienes ser misericordioso; pero tambien es mia, porque la misericordia no es para tí, que careces de miserias, sino para mí, que estoy lleno de ellas, y tú solo puedes remediarlas. Ó misericordia mia, júntame contigo en tu eterna gloria, donde siempre seas mia, gozando de tu bienaventuranza, libre de toda miseria, por todos los siglos. Amen.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo último, se ha de considerar las muestras que hizo Dios de su infinita misericordia con los hombres, descubriéndola con un modo, el mayor que era posible, en el cual se encierran infinitos modos de misericordia. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 21, *art.* 3). Porque primeramente, la misericordia en nosotros tiene dos actos: uno es entristecerse del mal de su prójimo, el otro es librarle de aquel mal; y como Dios en cuanto Dios no fuese capaz del primer acto, porque no cabe en él tristeza, quiso su infinita misericordia que no le faltase este acto, del modo que era posible, haciéndose hombre verdadero, de tal manera, que pudiese entristecerse de nuestras miserias, y tener verdadera compasion y tristeza de ellas, como si fueran propias, asemejándose, como dice san Pablo (*Hebr.* II, 17) á sus hermanos en todas las cosas, *ut misericors fieret,* para que se hiciese misericordioso con un nuevo modo, tomando la compasion y tristeza que antes no tenia: de lo cual son testigos las lágrimas que derramaba viendo nuestras miserias, con deseo de librarnos de ellas. Gracias te doy, ó misericordioso Dios, por este nuevo modo que has tomado de ser misericordioso con el hombre. Ó alegría infinita, ¿para qué te quieres hacer capaz de tristeza, pues puedes bastantemente remediar mi miseria, sin tener tristeza de ella? Alabada sea tu misericordia por estas invenciones que de ella han procedido, por la

cual te suplico me ayudes á imitarla en esta vida, para que sea digno de alcanzarla en la otra.

2. Pero mas adelante pasó la misericordia de Dios, pues no contento con haber tomado esta tristeza y compasion interior, tomó tambien todas nuestras miserias y penalidades, hasta la misma muerte, excepto la culpa, para que con esta experiencia aprendiese con nuevo modo á tener misericordia; por lo cual dijo san Pablo (*Hebr.* IV, 15): No tenemos pontífice que no se pueda compadecer de nuestras enfermedades, porque fue tentado en todas las cosas á semejanza nuestra, sin pecado; que es decir: El pontífice que tenemos no será riguroso con sola justicia, sino muy compasivo con grande misericordia, porque ha pasado por la experiencia de los trabajos y tentaciones que padecemos los hombres, aunque siempre sin pecado, y en lo que él padeció aprendió á compadecerse y á tener misericordia de lo que padecemos nosotros. Ó Pontífice misericordiosísimo, aunque no tuviste experiencia de las miserias que son culpas, tuvístela de las penas que se merecen por ellas; y pues las padeciste por librarme de unas y otras, líbrame de las culpas, para que no caiga en las penas eternas.

3. Mas no paró aquí la infinita misericordia de Dios; porque inventó otro nuevo modo de ejercitar las obras de misericordia con nosotros, en el santísimo Sacramento del altar, haciéndose comida para los hambrientos, bebida para los sedientos, medicina para los enfermos, precio para redimir los cautivos, sacrificio para perdonar los pecados, remediador y remedio de todas nuestras necesidades. Y así no sin misterio atribuye David esta obra á la misericordia de Dios, diciendo (*Psalm.* CX, 4): Un memorial ha hecho de todas sus maravillas el Señor misericordioso, y que hace misericordias, dándose por manjar á los que le temen. Ó Dios misericordiosísimo, ahora puedo con nuevo título llamarte misericordia mia, pues no solamente eres misericordioso, remediando mi necesidad, sino eres el mismo remedio de ella y la misma misericordia con que se remedia. Alábente, Señor, tus misericordias y las maravillas que has hecho con los hijos de los hombres, porque hartaste al alma vacía, y llenaste de bienes á la hambrienta. (*Psalm.* CVI, 8).

4. De estas consideraciones sacaré, cuán innumerables son las misericordias de Dios y cuán inmensas, pues en cada cosa de estas hay tantas, que no se pueden comprender; pero de todas he de sacar grandes deseos de imitarlas en bien de mis prójimos, pues Cristo nuestro Señor dijo (*Luc.* VI, 36): Sed misericordiosos como lo es

vuestro Padre celestial, el cual es benigno aun con los ingratos y malos; y así mirando el dechado de la divina misericordia que hemos puesto en estos cinco puntos, iré sacando para mí otra misericordia semejante, deseando topar ocasiones en que ejercitarla, diciendo lo que á otro propósito dijo David (II *Reg.* IX, 3): ¿Hay alguno de la casa de Saul? *Ut faciam cum eo misericordiam Dei*, para que haga con él misericordia de Dios, esto es, una misericordia altísima, semejante á la de Dios, la cual se extiende á amigos y á enemigos, y á todos concede altísimos y soberanos bienes, para librarlos del abismo de sus males. Ó Dios eterno, cuyo nombre muy propio es, Padre de misericordias (II *Cor.* I, 3); muestra con nosotros tu misericordia, haciéndonos semejantes á tí en ella, para que imitándote como hijos en la tierra, alcancemos tu eterna herencia en el cielo. Amen.

MEDITACION XIII.

DE LA INFINITA LIBERALIDAD DE DIOS CON LOS HOMBRES.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como la liberalidad infinita de Dios consiste en dar innumerables y excelentísimos dones á sus criaturas, sin debérselos, ni esperar de ellas alguna paga ó propio interese. (1 *p. q.* 21, *art.* 3; 2, 2, *q.* 117, *art.* 6 *ad* 1). Por lo cual dijo el apóstol Santiago (*Iacob.* I, 5): Que Dios da á todos abundantemente, sin zaherir por ello. De suerte que la liberalidad de nuestro Dios resplandece en darnos las dádivas que proceden de su bondad y caridad, con las cuales frisa mucho este atributo. Y por consiguiente se muestra en cinco cosas.-La primera, en dar innumerables dones de naturaleza y gracia, conforme á la capacidad de sus criaturas.-La segunda, en dar dones de infinita excelencia, pues llega á darse á sí mismo, al modo que se ha dicho en los misterios de la encarnacion, pasion y Eucaristía, y venida del Espíritu Santo.-La tercera, en que da á todos, sin excepcion de personas, á buenos y malos, á los ingratos y escasos, y á sus mismos enemigos.-La cuarta, en que da sin deber nada, solo por ser bueno y amigo de dar; porque si la liberalidad no comenzara por él, no hubiera otro que pudiera ser liberal. Y por esto dijo á Job (*Iob,* XLI, 2): ¿Quién me dió algo para que se lo pague? Y su Apóstol dice (*Rom.* XI, 35): ¿Quién dió algo primero á Dios con que le obliga á darle paga?

2. La quinta es, que da sin esperar ni pretender de las criatu-

ras paga ó interese propio para su provecho, porque no tiene necesidad de ellas ni de sus bienes. (*Psalm.* xv, 2). Y si pide agradecimiento y obediencia á sus leyes, es porque la liberalidad no es contraria á la justicia; y como es legislador supremo y justísimo, pone preceptos de lo que estamos obligados á hacer de nuestra parte. Y en esto mismo muestra su liberalidad; porque todo lo que nos manda y pide, es para tener ocasion de darnos mas, premiando nuestros servicios con nuevos dones. Por donde á boca llena podemos decir que solo Dios es liberal, y que no hay otro liberal sino Dios, al modo que decimos que no hay otro bueno sino él; y nuestra liberalidad, comparada con la suya, no es liberalidad, porque, como dice la Escritura (I *Par.* xxix, 14), no le podemos dar sino lo que de él mismo recibimos, y lo que le damos, por mil títulos se lo debemos. Ó Dios liberalísimo, gracias te doy por todas las obras de tu infinita liberalidad, en la cual descubres tu infinita bienaventuranza, pues, como tú dijiste (*Act.* xx, 35): Mayor bienaventuranza es dar, que recibir. Concédeme, Señor, que sea liberal en darte lo que de tí recibo, para que goce de tu bienaventuranza por todos los siglos. Amen.

3. De aquí he de sacar un gran deseo de ser liberal, del modo que pudiere, con Dios nuestro Señor, dándole todas las cosas que desea de mí, y las que me pide, ó por sus preceptos, grandes y pequeños; ó por los consejos evangélicos y reglas de mi estado religioso, y por los superiores de la Iglesia y de mi religion, y de cualquier otro que me pueda mandar algo; ó por sus secretas inspiraciones; ó finalmente por boca de los pobres y de mis prójimos, puestos en alguna necesidad corporal ó espiritual, que yo pueda remediar. Todo lo cual he de dárselo (II *Cor.* ix, 7): *Non ex tristitia, aut ex necessitate;* no con tristeza y por fuerza, como los villanos que pagan el tributo y pecho á mas no poder, y por miedo de la ejecucion y castigo; sino con alegría y muy de grado, como nobles que hidalgamente dan lo que deben, y mas de lo que deben de justicia, para mostrar su largueza: *Hilarem enim datorem diligit Deus:* Á los que dan con alegría ama Dios, y de estos gusta. (*Luc.* xiv, 12). Y finalmente, lo que diere á Dios ó á los pobres, no ha de ser principalmente por la paga ó interese que espero, sino por solo amor, y por imitar del modo que puedo la infinita bondad y liberalidad de mi Criador (*Prov.* xxiii, 26), dándole la cosa que él mas desea, que es mi corazon. Ó Padre amantísimo y liberalísimo; tuyo es mi corazon, pues me le diste; tómale, pues me le pides; y porque yo no

le puedo dar con la liberalidad y perfeccion que deseo, suple mi falta, para que te le dé como deseas: *Pater mi, accipe cor meum tibi.* Ó Padre mio, toma para tí mi corazon, que mejor y mas seguro estará en tí que en mí. Desde hoy mas te ofrezco mis deseos y aficiones, mis obras y todas mis cosas: toda la fruta de este árbol quiero que sea para tí, Amado mio (*Cant.* VII, 13); liberalmente te la doy, para que la comas, porque mayor merced me haces en quererla recibir, que yo servicio en te la dar.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la infinita liberalidad que muestra Dios nuestro Señor con los que son de esta manera liberales con él; porque si tan liberal es con los escasos, ¿cuánto mas liberal será con los liberales? pues él ha dicho: Con la medida que midiéreis seréis medidos. (*Luc*, VI, 38). Y cuanto mas liberales fuéreis conmigo, tanto mas lo seré yo con vosotros. Esta liberalidad resplandece en las cosas siguientes.-Lo primero, en oir con gran presteza todas sus oraciones y peticiones, concediéndoselas en la forma y coyuntura que mas les conviene; porque cuanto mas presto con obediencia damos á Dios lo que nos pide, tanto mas presto nos da lo que le pedimos.-Además (*D. Greg.* Lib. 3 Dial. c. 16), si nos descuidamos ú olvidamos de pedirle lo que nos conviene, nos inspira y solicita á que se lo pidamos, por el deseo que tiene de dárnoslo. Y así es oficio del Espíritu Santo inspirar la oracion (*Rom.* VIII, 26), para dar muestras de su largueza.

2. Lo tercero, campea mucho mas esta liberalidad en darles las cosas que han menester, sin que se las pidan, previniendo su oracion y su deseo, con el don de lo que hubieran de pedir y desear; porque la necesidad del que es liberal con Dios, aunque él calle, clama por él, y solicita la divina liberalidad, para que la remedie (*Isai.* XXV, 24); y por esto dice, que antes que le llamen, los oirá. -Lo cuarto, se muestra liberal en darles abundancia de consuelos espirituales tan aventajados, que exceden cien veces á todo lo que ellos le dan. Y esta liberalidad experimentan mas los religiosos, los cuales, como son liberales en dejar por Cristo todas sus cosas (*Matth.* XIX, 21), y darlas á los pobres, así lo es Cristo con ellos, dándoles el cien doblo de lo que dejan. Y proporcionalmente la experimenta cualquiera que con ánimo generoso ofrece á Dios lo que le da gusto.

3. Finalmente, son innumerables los dones y gracias que la divina liberalidad les reparte, tomándolos debajo de su proteccion y providencia, cuyos efectos experimentan, porque los ayuda en sus tentaciones, líbralos de sus peligros, tómalos por instrumentos de

grandes obras, aumenta sus virtudes y merecimientos, y despues los premia con muy copiosos galardones, cumpliendo la palabra que dió, cuando dijo (*Luc.* VI, 38): *Dad, y daros han una medida buena, llena, apretada, colmada hasta que sobre.* Porque las dádivas de la liberalidad divina exceden infinitamente á las dádivas de la nuestra. Ó alma mia, alégrate de que tienes un Dios, no menos liberal que rico. Si fuera rico y no liberal, de poco te sirvieran sus riquezas; y si fuera liberal y no rico, poco te aprovechara su liberalidad; mas en lo uno y en lo otro es infinito, y lo emplea en su provecho. Sé liberal con quien tanto lo es contigo, pues por mucho que le dés, es mucho mas lo que recibes. No tengas la mano abierta para recibir, y apretada para dar (*Eccli.* IV, 36), porque si aprietas tu mano en dar á Dios lo que te pide, él apretará la suya en darte lo que pides. Abre tu mano para darle cuanto tienes, y él abrirá la suya para henchirte de bondad y bendicion. (*Psalm.* CIII, 28).

PUNTO TERCERO. — 1. De lo dicho he de sacar otra consideracion de mi grande cortedad para con Dios, habiendo sido Dios tan liberal para conmigo, imaginando que así como Cristo nuestro Señor en medio de sus fatigas tuvo sed dos veces, y ambas le negaron lo que deseaba: una fue cuando pidió de beber á la Samaritana; y otra cuando dijo en la cruz (*p.* III, *med.* XLVI; *p.* IV, *med.* XLIX), sed tengo: así yo soy cortísimo con él, porque ó le niego lo que me pide, como la Samaritana, ó le doy á beber vinagre con hisopo desabrido, como los judíos, haciendo las obras con mezcla de tantas faltas, que no las quiere aceptar. Lo cual puedo ponderar, discurriendo por las cinco cosas que me pide Dios, como se pusieron en el punto primero, porque soy muy corto en guardar sus preceptos; y si guardo los mayores, atropello muchos de los menores, y muchos de sus consejos, guardando las reglas de mi estado con muchas quiebras y mezclas de imperfecciones, y repugnando muchas veces á lo que mis superiores me ordenan, ahogando las divinas inspiraciones, y negando á Dios lo que por ellas me pide, y lo que me piden muchos prójimos necesitados de mi ayuda corporal ó espiritual.

2. Y así por esta cortedad, cuanto es de mi parte, estrecho la divina liberalidad, y merezco que sea Dios corto conmigo en las cinco cosas en que es liberal con los liberales; de modo que si no me oye, ó no me favorece, ni me da sus dones con la largueza que á otros, mia es la culpa, y conmigo habla aquella sentencia que dice por el Profeta (*Isai.* L, 2; LIX, 1): *Numquid abbreviata, et parvula*

facta est manus mea, ut non possim redimere? ¿Por ventura mi mano liberal y poderosa se ha abreviado y estrechado, ó se ha menoscabado mi liberalidad y omnipotencia, para no poderos salvar y hacer el bien que solia? No es así, sino que las culpas y escasezas de vuestras manos han apretado las mias, y sido causa de que mi justicia estreche mi liberalidad. Pero en esto mismo muestra Dios ser liberalísimo, pues le pesa de verse estrechado y como forzado de su justicia por nuestros pecados, á no usar de su largueza con nosotros. Ó liberalidad infinita, quita de mí con tu misericordia los estorbos que pongo á tu deseo, perdonando mis pecados para que sea capaz de tus dones. Amen.

MEDITACION XIV.

DE LA INMENSIDAD DE DIOS, Y DE SU PRESENCIA EN TODO LUGAR Y EN TODAS LAS COSAS.

—Esta meditacion es muy importante, por ser fundamento de la oracion y contemplacion, y de la union, que es el fin de estas meditaciones que tocan á la via unitiva.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, trino y uno, es de tal manera inmenso, que llena, como él dijo por Jeremías (*c.* XXIII, 24), el cielo y la tierra, y su espíritu, como dice el Sábio (*Sap.* I, 7), llena la redondez del mundo, sin que haya rincon donde no esté Dios; y como es puro espíritu, penetra tambien todos los cuerpos y está dentro de ellos; está dentro de los cielos y del mar, y del corazon de la tierra, ni es posible imaginar lugar ni punto donde no esté Dios. Y así donde quiera que fuere, he de imaginar que voy dentro de Dios como los peces andan dentro del agua, y las aves dentro del aire, diciendo con David (*Psalm.* CXXXVIII, 8): *Si subiere al cielo, allí estás tú, y si bajare al infierno, allí te hallaré; si tomare alas para volar hasta lo extremo del mar, allí me llevará tu mano, y me conservará tu misma diestra.* De suerte que no es posible huir de Dios, ni esconderme de él, porque en el mismo camino por donde huyo, allí está; y en el lugar donde quisiere esconderme, allí le hallaré.

2. Pero mucho mas tiene su inmensidad, porque de tal manera llena cielos y tierra, y todo este mundo, que no está atado ni estrechado á este lugar, sino puede estar en otros millones de mundos, que puede criar sobre los cielos. Y el lugar que ahora llena, es co-

mo un punto en comparacion del inmenso lugar que puede llenar; por lo cual dijo Salomon á Dios (III *Reg.* VIII, 27): *Coeli coelorum te capere non possunt:* los cielos de los cielos no te pueden abarcar. Esta consideracion es semilla de grandes afectos y virtudes, si se hace como debe, avivando la fe de la presencia de Dios en todo lugar, á imitacion de Moisés, de quien dice san Pablo que (*Hebr.* XI, 27) *Invisibilem tanquam videns sustinuit,* que esperó y trató con el Invisible, como si le viera. Así yo he de mirar á Dios con la fe, hablar con él en la oracion, y esperar de él mi socorro; aconsejarme con él, y obrar delante de él, como si le viera con los ojos corporales, pues aunque sea invisible á estos, real y verdaderamente está donde yo estoy, y los ojos de la lumbre natural y de la fe han de suplir la falta de los ojos corporales. Y de aquí es, que para mí todo lugar puede ser de oracion, pues en todo lugar está Dios, con quien puedo hablar, cumpliendo lo que dijo san Pablo (I *Tim.* II, 8): Quiero que los varones oren en todo lugar; y especialmente importa esto para el uso de las oraciones jaculatorias.

3. Avivada la fe de esta manera, prorumpiré en afectos de admiracion y gozo, admirándome de la inmensidad de Dios, y gozándome de que sea tan inmenso, que no quepa en todo el mundo, diciendo con el Profeta (*Baruch,* III, 24): Ó Israel, ¡cuán grande es la casa de Dios, y cuán extendido el lugar de su morada y posesion! Grande es y no tiene fin; levantado es é inmenso. Ó Dios inmenso cuya silla es el cielo (*Isai.* LXVI, 1), y cuyo estrado es la tierra, y ambos no te pueden abarcar, porque eres mas alto que el cielo (*Iob,* XI, 8), mas empinado que las estrellas, y mas profundo que el abismo; gózome de tu inmensidad, junta con tanta gloria, que la bajeza del lugar no te envilezca; esclarece, Señor, mis ojos interiores, para que te vean con mas certeza que si te viera con los ojos exteriores.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar el modo como Dios nuestro Señor está en todo lugar, y en todas las cosas criadas, conviene á saber, por esencia, presencia y potencia. (*Divus Thom.* 1 *p. q.* 8, *art.* 3; *ex D. Greg. in illud Cant.* V: *Quo abiit dilectus*).-Lo primero, está en ellas por esencia, porque real y verdaderamente está allí toda su divinidad con todo cuanto tiene y obra dentro de sí, por ser indivisible é inseparable; y así he de creer que aquí donde estoy yo, está todo Dios, el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo; aquí el Padre está engendrando al Hijo, y el Padre y el Hijo están produciendo al Espíritu Santo. Aquí está su infinita bondad y

tá en ella, y como la niñeta está dentro del ojo, así estoy yo dentro de Dios; y como el mismo Señor dice (*Isai.* XLVI, 3), él nos trae dentro de sí, como la mujer que ha concebido trae el niño dentro de sus entrañas, y ella le sirve de casa, de litera, de muro, de sustento y de todas las cosas. Ó alma mia, ¿cómo no te alegras y das saltos de placer, mirándote de esta manera dentro de tu Dios? Él es tu casa, de la cual no puedes salir, y dentro de la cual has siempre de vivir y obrar; él es tu cama donde has de descansar, y fuera de él no puedes hallar descanso. Él es tu litera, en la cual vas donde quiera que caminas, porque si él no te lleva, no te podrás menear; es tu muro que te cerca, sin el cual no tendrás seguridad; es tu sustento y vida, porque en él la tienes, y de él la recibes, mucho mas que el niño que está en las entrañas de su madre la recibe de ella. Ó Dios amantísimo y madre amorosísima, que donde quiera que voy me llevas dentro de tus entrañas, concédeme que te traiga siempre dentro de las mias por conocimiento y amor, conociendo el bien que me haces, y amándote por el amor que me tienes. Dentro de tu bondad estoy, transfórmame en ella; dentro de tu caridad vivo, enciéndeme con ella; dentro de tu omnipotencia ando, ayúdame con ella; y pues estoy dentro de tí, transfórmame todo en tí, para que no viva mas en mí, sino todo para tí por todos los siglos. Amen.

2. Esta consideracion puedo particularizar, discurriendo por los divinos atributos; unas veces puedo imaginar que Dios es como (*Deut.* IV, 24) un fuego consumidor, y que todo este mundo está lleno de este fuego, dentro del cual yo vivo, admirándome como no ardo, y como no consume en mí todo lo malo, atribuyéndolo á la grande frialdad que tengo, por la cual le resisto. Otras veces imaginaré á Nuestro Señor como una luz infinita, extendida por todo este mundo, ó como sabiduría y hermosura inmensa, de cuya gloria y resplandor está llena toda la tierra, y á mí mismo dentro de esta luz y hermosura, suplicándole me dé parte en ella; y así en los demás atributos.

3. Lo segundo, Dios nuestro Señor está dentro de mí mismo, junto conmigo, muy mas íntimamente que mi alma está dentro de mi cuerpo, aunque con modo mas excelente, por esencia, presencia y potencia, al modo declarado. De suerte, que dentro de mí está el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, y toda la Divinidad real y verdaderamente. Y por consiguiente, conmigo está unida su infinita bondad, comunicándome el ser y vida que vivo; y su sabiduría, dándome la luz y conocimiento que tengo; y su omnipotencia está uni-

da con todas mis potencias, ayudándolas en sus obras, con los ojos, para que vean; con los oidos, para que oigan; con los piés, para que anden; con la memoria y entendimiento, para que se acuerden y entiendan; con la voluntad y apetitos, para que quieran y obren sus actos. Y así puedo y debo mirar á Dios presentísimo dentro de mí mismo, como si yo fuese casa y morada suya, á donde está y obra todo lo que yo soy, tengo y obro, sin cuya presencia luego yo dejaria de ser, porque este morador conserva su morada; y en ausentándose de ella, se volverá en nada. De lo cual sacaré grandes afectos de gozo y admiracion, de confianza y amor, viéndome tan unido y junto con mi Dios.-Pero en especial he de procurar que mi corazon sea retrete y oratorio, donde yo entre á orar y conversar con Dios, pues allí dentro está, y allí ve lo que oro y le pido, y allí es poderoso para concedérmelo. Y de esta manera entienden muchos Santos lo que dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* VI, 6): Cuando orares, entra en tu aposento, esto es, en tu corazon, y cierra las puertas de tus sentidos, y allí ora á tu Padre celestial, en lo escondido, etc. (*D. Aug. Concione* 2 *in illud Psalm.* XXXIII: *Exquisivi Dominum; et in illud Psalm.* C: *Perambulabam in innocentia cordis mei*).

4. Tambien he de procurar acostumbrarme á buscar á Dios dentro de mí mismo; porque si está dentro de mí, ¿para qué me tengo de cansar en buscarle solamente fuera de mí? Y para esto limpiaré mi alma de todo lo que pudiera desagradar á Dios, que está presente dentro de ella, procurando que no haya en mí cosa que le ofenda, ni que me impida el verle, conocerle y unirme con él por amor actual. Y otras veces, como dice santo Tomás (*Opusc.* 30, *de beat. c.* 3), procuraré gozar de esta presencia de Dios y de este tesoro infinito que tengo dentro de mí, como el amigo se goza con la presencia de su amigo; y el flaco con la presencia del fuerte; y el pobre con la presencia del rico misericordioso; y como el artífice se aprovecha del instrumento que tiene dentro de su casa, sin salirle á buscar fuera; y el rico se aprovecha del dinero y tesoro que tiene dentro de sus arcas; y el hambriento de los manjares que tiene en sus despensas. Ó alma mia, dentro de tí tienes todos los bienes, ¿cómo no gozas de ellos? Dentro de tí está tu soberano Amigo y Padre, gózate de tenerle contigo; júntate íntimamente con él, y dale todo tu corazon. Si estás pobre, contigo tienes á Dios, rico en misericordias; acude á él para que te dé parte de sus riquezas. Si eres flaca y pusilánime, contigo está Dios, que es la misma fortaleza, y unida con él podrás todas las cosas con su virtud; ¿para qué buscas fuera de

tí con demasía ayudas de criaturas, teniendo dentro de tí la omnipotencia del Criador? Ó Criador mio, Dios mio y todas mis cosas, perfecciona en mí esta union que conmigo tienes, uniéndote tambien con perfectísima union de gracia, para que yo tambien me junte contigo con perfecta union de caridad.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar otros modos especiales que tiene Dios de estar en algunos lugares y en algunas cosas. Primeramente, está con especialidad en los cielos, porque en los demás lugares está encubierto, sin que pueda ser visto, si no es por fe; pero en los cielos está descubierto, manifestando claramente á los bienaventurados su divina esencia, y obrando allí cosas gloriosísimas en los que le están mirando. Y por esta causa la celestial Jerusalen se llama (*Apoc.* xxi, 3): *Tabernaculum Dei cum hominibus*, morada de Dios con los hombres, donde juntamente mora Dios, y moran sus escogidos con él, y él está con ellos, y ellos son pueblo suyo. Ó Dios altísimo que habitas en las alturas, llévame á este tabernáculo en que moras con tus escogidos, para que allí vea y goce del infinito bien que aquí tengo, y no gozo porque no le veo.

2. Lo segundo, Dios nuestro Señor está con especialidad en aquellos lugares de la tierra, donde suele dar alguna especial señal de su presencia, obrando algunas cosas maravillosas. Y á esta causa, cuando Jacob en la soledad vió en sueños la escala que llegaba de la tierra al cielo, y á Dios encima de ella que le hablaba, cuando despertó dijo: Verdaderamente Dios está en este lugar, y yo no lo sabia. (*Genes.* xxviii, 16). ¡Oh cuán terrible lugar es este, casa es de Dios y puerta del cielo! De este modo está Dios nuestro Señor en los templos y oratorios, y en los lugares diputados para oracion y contemplacion, y en cualquier soledad donde suele su Majestad hacernos particulares favores, pues por esto dijo (*Osee*, ii, 14): Yo la llevaré á la soledad, y la hablaré al corazon. Y con este afecto y reverencia he de acudir á semejantes lugares, respetando la presencia de Dios, que se manifiesta en ellos.

3. Lo tercero, Dios nuestro Señor está especialmente en los justos por fe y gracia, obrando en ellos y con ellos obras sobrenaturales, dignas de vida eterna. Por razon de lo cual dijo el bienaventurado san Juan (I *Ioan.* iv, 16): Quien está en caridad está en Dios, y Dios está en él; porque quien ama está en la cosa amada, y cuando dos se aman, uno está en otro. Y así quien ama á Dios está en Dios; y porque Dios le ama, Dios está en él. Y demás de esto, el justo está en Dios, por estar dentro de sus entrañas rodeado y

amparado de su proteccion; y Dios está en él, porque asiste dentro de su ánima, causando en ella el ser, vida y obras de la gracia y caridad. Ó Dios inmenso, cuya caridad es tan inmensa, que desea mostrar su inmensidad en estar por gracia dentro de todos los que son capaces de ella, quita de mí todos los estorbos que tengo para recibirla, para que permanezcas en mí y yo en tí por todos los siglos. Amen.

4. Pero allende de esto Dios nuestro Señor, con otro modo especialísimo, está dentro de algunos amigos suyos, en lo mas íntimo y hondo de su espíritu, donde se les descubre con ilustraciones y hablas interiores, revelándoles misterios de su divinidad, con grandes testimonios y señales de su presencia; de donde les procede grande magnanimidad y confianza, grande seguridad, paz y gozo interior, con grandes prendas de la eterna bienaventuranza, por lo que gustan de ella, viéndose con aquella luz dentro de la inmensidad de su Dios, y á su Dios inmenso dentro de sí, unido con ellos con tal modo de presencia y amor. Este cuarto modo se ha de venerar con humildad, pero el tercero se ha de pretender y perfeccionar con todas nuestras fuerzas, dejando á la divina providencia lo demás extraordinario que él quisiere obrar en nosotros, contentándonos con la esperanza de ir al lugar donde es visto cara á cara, y está todo dentro de todos, y todos dentro de él, engolfados en el gozo eterno de su Señor.

MEDITACION XV.

DE LA INFINITA SABIDURÍA Y CIENCIA DE DIOS.

Punto primero.—Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría se conoce (*D. Thom.* 1 *p. q.* 14, *art.* 2 *et* 3) y comprende á sí mismo, su divina esencia y sus personas, su bondad y omnipotencia, y todas sus infinitas perfecciones. Además, todos sus actos, intenciones, decretos y trazas, y todas las cosas que puede ordenar y hacer, sin que se le encubra cosa alguna, hartando y llenando la infinita inclinacion y capacidad de su divino entendimiento con sumo gusto; de suerte que ninguna cosa desea, ni puede saber, que no lo sepa. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 26, *art.* 2). Y en esto consiste la bienaventuranza de Dios, aunque no es bienaventurado por conocer las cosas que son fuera de sí, sino por conocerse á sí, que es fuente y principio de todas ellas. De donde sacaré un grande gozo por la sabiduría que tiene Dios, y por la

bienaventuranza y gozo que de ella recibe, y un deseo grande de alcanzar parte de ella, poniendo mi bienaventuranza, no en conocer á las criaturas, sino en conocerle á él con esta sabiduría celestial y amorosa; porque con este conocimiento quedaré harto (*Psalm.* XVI, 5), y los deseos que tengo de saber, quedarán cumplidos; pues, como dice san Gregorio (*Lib. 4 Dial. c.* 33): *Quid non videt, qui videntem omnia videt?* ¿qué no ve, el que ve al que ve todas las cosas? Ó alma mia, si tienes tanto deseo de saber, emplea tu estudio en saber á Dios, porque habiéndole bien conocido, todos tus deseos quedarán cumplidos. Si deseas ser como Dios, que sabe el bien y el mal (*Genes.* III, 5), procura conocer y servir á Dios, y de este modo lo sabrás, teniendo parte en el bien, y ninguna en el mal. Aunque sepas todas las cosas, si no sabes á Dios, ¿qué te aprovechará? Ó Dios sapientísimo, fuente de toda la sabiduría, conózcate á tí, y lo que quieres de mí, y bástame este conocimiento, ayudándome con tu gracia, para que ame lo que conozco, y obre lo que entiendo.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor tiene esta sabiduría por su misma esencia, y con ella, como en un clarísimo espejo, ve y comprende todas las cosas, y por sí mismo las traza y ordena (*D. Thom.* 1 *p. q.* 14, *art.* 4): y así ni recibió esta sabiduría de otro, ni tuvo ni pudo tener maestro ó consejero; ni tuvo, fuera de sí mismo, otro libro ó dechado en que ver y aprender lo que sabe, sino todo esto tiene de sí mismo y en su esencia; la cual, si así es lícito hablar, es como su maestro y consejero, su espejo, su libro y su dechado é idea, para todo cuanto dispone, y traza, y ejecuta, y para todo cuanto es posible saber.-De donde se sigue, que solo Dios es esencialmente sábio é infinitamente sábio, sin tener tasa en su sabiduría. Y como se dice (*Luc.* XVIII, 19), que ninguno es bueno sino Dios, así podemos decir que ninguno es sábio sino Dios, porque todos los demás de su naturaleza son ignorantes, y no tienen ciencia, si no la reciben de Dios, y la que tienen es con tasa y límite; y tan pequeña, que es como nada, en comparacion de la infinita sabiduría de Dios.

2. Y en este principio he de fundar la humildad y propio conocimiento en materia de ciencia, diciendo con Salomon (*Prov.* XXX, 2): *Stultissimus sum virorum.* El mas ignorante soy de todos los hombres; *non didici sapientiam;* no he aprendido la sabiduría; porque si miro al tiempo de mi nacimiento, hallaré que ninguna ciencia tenia; y esa que he aprendido es tan poca, como si no fuera ni hubiera

aprendido cosa alguna. Por lo cual, comparándome á Dios, puedo decir lo que decia Sócrates: *Hoc unum scio, me nihil scire:* una cosa sola sé, y es que no sé nada; todo hombre, como dice Jeremías (*c.* x, 14), es necio comparado con Dios que es la misma ciencia. Con esta consideracion reprimiré los afectos de vana complacencia, de vana gloria y presuncion, poniéndome en el último lugar de mi nada y de mi total ignorancia.

3. De aquí tambien se sigue que es grandísima presuncion y locura, querer yo apear y comprender esta infinita sabiduría de Dios, porque infinitamente excede á toda la capacidad de hombres y Ángeles: y como dice san Pablo (I *Cor.* II, 11): Ningun otro que el espíritu de Dios conoce lo que hay en Dios. Y por esto dijo el Eclesiástico (*c.* I, 3): La sabiduría de Dios que puede todas las cosas, ¿quién la pudo investigar? la raíz de la sabiduría ¿á quién se reveló? sus trazas, ¿quién las conoció? la muchedumbre de sus caminos, ¿quién los entendió? Escondida está, dice Job (*c.* XXVIII, 21), á los ojos de todos los vivientes, y encubierta á las aves del cielo, que son Ángeles y espíritus celestiales. Ó Dios sapientísimo, que subes y vuelas sobre los Querubines (*Psalm.* XVII, 11), que son plenitud de ciencia, porque á todas pasas de vuelo, y ninguno puede alcanzar á entender todo lo que sabes (*Eccli.* III, 23); yo venero los secretos de tu infinita sabiduría, y te suplico me descubras la parte de ella que me conviene tener, para poderte servir y amar. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar que la divina Sabiduría sola, sin ayuda de otro, es la primera inventora de todas cuantas cosas ha habido en el mundo (*Eccli.* I, 10), y de ella proceden todas las ciencias y artes é invenciones de cielo y tierra. Y así dice Isaías (*Isai.* XL, 13): ¿Quién ayudó al espíritu del Señor, ó quién fue su consejero y le descubrió algo de nuevo? ¿con quién tomó consejo, y le instruyó y enseñó el camino de la justicia, y de la ciencia ó prudencia? Ó alteza de la sabiduría y ciencia de Dios, ¿quién conoció el sentimiento del Señor, ó quién fue su consejero? (*Rom.* XI, 33). Gózome, Dios mio, de que tú seas maestro y consejero de todos, y ninguno lo pueda ser tuyo; sélo siempre mio, para que te agrade en todo. Amen.—De aquí bajaré á considerar en particular las invenciones y trazas maravillosas que han salido y salen de la infinita sabiduría de Dios, meditando, como dice David (*Psalm.* LXXVI, 13) en sus obras, y ejercitándome en sus invenciones, con afectos de admiracion y gozo, creyendo, como dice

san Pablo (*Hebr.* XI, 3), con la fe que el Verbo divino sacó estas cosas visibles, de las invisibles que tenia dentro de sí trazadas en su eterna sabiduría. Esto puedo hacer primeramente, discurriendo por los seis dias de la creacion del mundo, ponderando la invencion de la Sabiduría divina en cada uno de ellos, como despues verémos.

2. Luego miraré la invencion de la divina Sabiduría en la creacion del hombre (*Genes.* II, 7), juntando con cuerpo de tierra un espíritu inmortal, ponderando la variedad de rostros, y de inclinaciones y talentos que hay en los hombres, y las invenciones que han salido de ellos, inventando modo de hacer vidrio, paño, lino, y los demás artes y cosas artificiales, y las otras ciencias que tanto florecen en el mundo. Todas las cuales originalmente han procedido de la infinita sabiduría de Dios; por lo cual la madre de Samuel llamó á (I *Reg.* II, 3) Dios, Señor de las ciencias, porque él las tiene todas, y de él proceden las que hay en sus criaturas.

3. De aquí subiré á considerar las invenciones de la divina Sabiduría, en el ser de gracia que ha comunicado á los hombres, especialmente la suprema invencion de juntar la naturaleza humana con la divina en unidad de persona en Cristo nuestro Señor, y en la invencion de ponerse en el santísimo Sacramento del altar, con otras innumerables trazas y modos que cada dia inventa en sus escogidos, para librarlos de los peligros, y promoverlos en las virtudes y llevarlos á su cielo, á donde son maravillosas las trazas que ha inventado para su perfecta bienaventuranza.—De aquí inferiré, que la sabiduría de Dios es la que guia y acompaña las obras en que resplandecen sus divinos atributos, conviene á saber: las obras de su bondad y caridad, de su misericordia y justicia, porque con sabiduría se comunica la bondad, ama la caridad, la misericordia se compadece, y la justicia premia y castiga. Y así dice el Eclesiástico (*c.* I, 10), que derramó Dios su sabiduría sobre todas sus obras. Y David dice (*Psalm.* CIII, 24) que hizo todas las cosas con sabiduría.

4. Todo esto me ha de mover á grandes afectos de admiracion y gozo, alegrándome particularmente por tener un Dios tan sábio, que sabe inventar mil modos y caminos como alcanzar sus intentos, para librarme de males y comunicarme los bienes que desea de naturaleza, gracia y gloria. De donde aprenderé á tener gran confianza en Dios en los casos que parecen desesperados, porque donde yo no alcanzo medio ni remedio, la sabiduría de Dios puede inventar medios y remedios innumerables. Y en agradecimiento de todo esto

procuraré yo tambien con su gracia y luz inventar nuevos modos como mortificarme y ejercitarme en toda virtud y agradar á este Dios, pues el justo come y goza el fruto de sus invenciones (*Isai.* III, 10), y cada dia le cantaré cantares nuevos (*Psalm.* XCV, 1), por las nuevas trazas que toma de hacerme bienes. Ó Dios y Señor de las ciencias, gózome del señorío que tienes sobre todas, como principio de donde todas nacen; dame, Señor, la ciencia de los Santos, para que conozca el modo de servirte en justicia y santidad. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como la infinita sabiduría de Dios dispuso y ordenó todas las cosas del mundo (*D. Thom.* 1 *p. q.* 5, *art.* 5), *in numero, pondere et mensura:* en número, peso y medida, comprendiendo el número de todas las cosas que ha habido y habrá, y de todas sus partes, miembros, oficios y obras. Además el peso que tiene cada una de ellas, en la cantidad, y el peso de sus inclinaciones y aficiones naturales y sobrenaturales. Además la medida de cada una, en lo ancho y largo, alto y profundo que tiene; y la medida en la perfeccion y en los talentos y caudales, admirándome de la proporcion y traza maravillosa que en cada una y en todas juntas resplandece, por la infinita sabiduría del que las ordenó con tal modo y órden de bondad y perfeccion. Esto se puede ponderar discurriendo por algunas cosas de estas, que la divina Escritura exagera, atribuyéndolas á solo Dios y á su infinita sabiduría. – Lo primero, como dice David (*Psalm.* CXLVI, 4): Dios tiene contado el número de las estrellas, el peso de su inclinacion á influir en la tierra, y la medida de su grandeza y perfeccion. Y por esto dice, que las llama á todas con sus propios nombres (*Iob*, XXXVIII, 33), como quien conoce todo lo que hay en cada una. Y de la misma manera sabe Dios el número de los movimientos y vueltas que han de dar los cielos, hasta la fin del mundo. Y por consiguiente los años y dias que ha de durar, y el último en que este órden y música del cielo ha de dormir y parar para siempre; lo cual, como dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* XXIV, 36), es reservado á sola la ciencia de Dios.

2. Bajando mas abajo, á lo que pasa en el aire, Dios tiene contado el número de cometas, rayos y truenos, las gotas de la lluvia, los copos de nieve y el número de los vientos y granizos: sabe muy bien el peso é inclinacion de cada cosa de estas, porque (*Iob*, XXVIII, 25) *ventis fecit pondus*, á los vientos dió su peso propio; y del mismo modo á la nieve, y al granizo y al rayo; y todos por traza de la sabiduría de Dios, como él dijo á Job (c. XXXVIII, 34), salen con este

peso á ir donde les envia, y para el fin que les envia. Y así he de tener grande confianza en medio de estas tempestades, acordándome que todo va ordenado por la divina sábiduría, para grandes fines. - Luego ponderaré, como Dios nuestro Señor, tambien con su sabiduría mide á palmos la mar y la tierra, y sabe lo ancho y largo, lo alto y profundo que tienen, y la gravedad y peso de cada cosa. (*Isai.* XL, 12). Además sabe el numero de todas las cosas que hay dentro de estos elementos y encima de la tierra, hasta el número de las arenas del mar y de los pajaritos (*Matth.* X, 29), pues ni una cae en tierra sin su providencia.

3. Pero mas en particular ponderaré lo que toca á los hombres, cuyo número tiene Dios contado desde Adan hasta la fin del mundo (*Psalm.* XXXVIII, 6); y los años, dias y horas que cada uno ha de vivir, y la hora en que ha de morir. Además (*Matth.* X, 30), tiene contados todos los huesos y cabellos; de modo que ni uno perecerá sin su sabiduría y providencia. Tambien tiene contados (*Iob,* XIV, 16) todos los pasos que ha de dar cada uno, y todas las obras buenas y malas que ha hecho y ha de hacer. Además conoce el peso é inclinacion de cada uno, su talento y caudal, y la medida de perfeccion natural y sobrenatural que tiene en su alma y en sus obras, porque su infinita sabiduría distribuye todo esto (*Prov.* XVI, 2) con peso y medida, pesando los espíritus de todos y las obras que hacen, sabiendo el peso y valor que tienen. - Con esta consideracion me arrojaré en las manos de Dios y de su infinita sabiduría; la cual es infalible y cierta, procurando no fiarme de mis antojos y aprensiones en el número de los años y dias de vida, ni en la calificacion de mis talentos y partes naturales, ó dones gratuitos, ni en la medida de mis merecimientos y virtudes, sino entender que lo que soy en los ojos de Dios que todo lo ve, eso soy y no mas.

4. Últimamente, subiré á considerar lo que hay sobre los cielos, ponderando como la divina sabiduría lo trazó tan bien, con órden, peso y medida; y así sabe el número de los Ángeles, de todos los coros y jerarquías, y el de todos los bienaventurados que hay y ha de haber en el cielo; el peso y medida de sus perfecciones naturales y sobrenaturales, distribuyéndoles los oficios conforme al órden de su infinita sabiduría; y la medida de gloria á la medida de sus merecimientos. Ponderando todas estas cosas, prorumpiré en afectos de admiracion y pasmo de la infinita sabiduría de Dios, mucho mas que la reina Sabá (III *Reg.* X, 6), cuando vió la sabiduría de Salomon en la distribucion y órden de las cosas de su casa; y así con

mucho mas encendido afecto diré: Verdadero es, Dios mio, todo cuanto he oido de tu infinita sabiduría; y muy mayor es tu ciencia y tus obras, que todo cuanto he oido de ellas. Bienaventurados tus ciudadanos y tus siervos, los que están siempre delante de tí, y oyen tu sabiduría. Ó Sabiduría infinita, que trazas y dispones todas las cosas en número, medida y peso, traza con este órden las cosas de mi alma, aumentando en ella el número de las buenas obras, el peso de las fervorosas aficiones y la medida de tus gracias, concediéndome la medida llena, apretada y colmada de tu gloria. (*Luc.* VI, 38). Amen.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, se ha de considerar como la infinita sabiduría de Dios es eterna é inmutable, profundísima y evidentísima, y está toda junta, porque con una sencilla vista alcanza de una eternidad á otra, y ve todo cuanto es posible verse y conocerse. Y así desde que Dios es Dios, sabe cuanto sabe, sin que de nuevo pueda saber cosa alguna, porque para él ninguna puede ser nueva; y todas las cosas pasadas, presentes y por venir, y las que en alguna manera son posibles, las conoce distintamente y con suma evidencia, sin mezcla de dudas, ni opiniones ó perplejidades; de modo que en Dios ni puede haber ignorancia, ni error, ni duda, ni engaño en cosa alguna de cuantas se pueden saber. Y así dice el Eclesiástico (*c.* XXIII, 28): Los ojos del Señor son mas resplandecientes que el sol, ven los caminos de los hombres, el profundo abismo, los secretos de los corazones, y todas las cosas antes que tengan ser; y despues que han pasado ninguna cosa le está escondida (*Eccli.* XXXIX, 35), y *à saeculo usque ad saeculum respicit*, mira todo lo que hay de un siglo á otro y de una eternidad á otra.

2. Esta verdad para nuestro provecho se ha de particularizar, discurriendo por las cosas pasadas, presentes y por venir, y por las que pueden ser.-Lo primero, Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría conoce todas las cosas que han pasado desde el principio del mundo, hasta este instante en que estamos, y las tiene tan presentes como si no hubieran pasado; y así no es posible que Dios se olvide de lo que una vez sabe, ni de las obras buenas y malas que ha visto, ni de ninguno de los hombres bueno ni malo, aunque diferentemente tiene memoria de unos y de otros; porque de los malos se acuerda para castigarlos por sus malas obras, de las cuales nunca se olvida; y de los buenos para premiarlos por las buenas, de las cuales siempre tiene memoria; aunque se dice olvidarse de los malos, porque no hace caso de ellos para hacerles bien, en castigo de sus maldades. Aplicando esto á mí mismo, he de creer que se acuerda

Dios de mí y de mis cosas, tan distintamente como si yo solo estuviera en el mundo, y siempre me tiene presente en su memoria y sabiduría eterna, sin jamás borrarme de ella, imaginando que me dice lo que dijo á la ciudad de Sion (*Isai.* XLIX, 15): ¿Por ventura puédese olvidar la madre del hijo que salió de sus entrañas, sin tener de él misericordia? Pues aunque ella se olvide, yo no me olvidaré de tí, porque te tengo escrita en mis manos, y tus muros están delante de mis ojos. Ó alma mia, no te olvides de Dios, pues Dios no se olvida de tí; escríbele en tus manos, pues él te tiene escrito en las suyas; pon delante de tus ojos las cosas de su servicio, pues él tiene delante de los suyos las cosas de tu provecho.

3. Lo segundo, Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría conoce todo cuanto en este dia y en este instante se hace en todo el mundo, sin que haya cosa que se le encubra, penetrando los secretos del corazon de cada hombre, por muy ocultos que sean; sus imaginaciones, pensamientos, deseos y propósitos buenos y malos, y todo aquello que no puede conocer otro hombre, ni Ángel, sino el mismo espíritu que lo piensa, y aun muchas mas cosas que el hombre piensa é imagina, y no hace reflexion sobre ellas, las penetra Dios y comprende, y á él solo pertenece tal comprension, como lo dijo por el profeta Jeremías (*c.* XVII, 10), y el Apóstol lo declaró mas diciendo, que la palabra de Dios (*Hebr.* IV, 12), que es su Hijo, es viva y eficaz, y penetra mas que cuchillo de dos filos, conoce los pensamientos é intenciones del corazon, y ninguna criatura es para él invisible, y todas las cosas están descubiertas y patentes á sus ojos. Por tanto, ó alma mia, pues los ojos de Dios miran siempre lo que haces, los tuyos miren siempre las (*Prov.* IV, 25) cosas justas, y tus párpados abiertos vayan siempre delante de tus pasos, mirando primero dónde asientas el pié, porque lo está mirando Dios. Aparta de tu boca las palabras del hombre viejo, porque Dios es Señor de las ciencias, y penetra y pesa los pensamientos del corazon.

4. Lo tercero, Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría conoce todas las cosas que están por venir y han de suceder por toda la eternidad, aunque dependan de nuestro libre albedrío, y las tiene tan presentes, como si ya hubieran sucedido ó se hicieran ahora, y algunas veces las revela á sus amigos; y es imposible que deje de suceder lo que revela, porque lo está mirando del modo que ha de suceder, como si actualmente entonces sucediera; y esto es tan propio de la sabiduría de Dios, que ni hombre ni Ángel puede conocerlo. Por lo cual dijo Isaías (*Isai.* XLI, 23): Decidnos las cosas

que están por venir, y dirémos que sois dioses; como quien dice: Señal propia es de la divinidad conocer las cosas que están por venir, y dependen de la libertad del hombre.—Pero mas adelante pasa, porque no solamente conoce todas las obras que harán hombres y Ángeles, sino todas las que pueden hacer, usando de su libertad y de las ayudas que él les quisiere dar con su gracia; y con esta infinita sabiduría, profundísima y ocultísima, traza y ordena, ó permite las cosas que suceden, dejando esotras. En lo cual con humildad tengo de venerar sus secretos juicios, diciendo con el Apóstol (*Rom.* XI, 33): ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos! Maravillosa (*Psalm.* CXXXVIII, 6) es, Señor, tu ciencia, mucho se ha levantado sobre mí, ni es posible subir á ella; yo la venero con humildad, y te suplico que con ella traces mi vida, de modo que alcance tu eterna gloria. Amen.

PUNTO SEXTO. — 1. Últimamente, se ha de considerar como la infinita sabiduría de Dios comprende y abraza todas las cosas que caen debajo de la divina omnipotencia, y que pueden ser posibles, aunque nunca hayan de ser, las cuales son tantas en número y perfeccion, que todas cuantas hemos dicho, en comparacion de estas, son como una gota de agua respecto del mar Océano, porque conoce Dios infinitos Ángeles, cielos y mundos, con otras infinitas trazas diferentes de esta, y con otras perfecciones muy mayores; de modo que si durara este mundo un millon de años, conoce la sabiduría de Dios que cada dia podia criar otro mundo mas perfecto que este; y despues de criados todos, es infinito mas lo que conoce que puede criar. ¡Oh abismo incomprensible! oh piélago inmenso! oh tesoro infinito de la sabiduría de Dios! Gózome, Señor, que seas tan sábio, que comprendas todo lo que se puede saber, sin que se te encubra nada. Y tambien me gozo del gozo que tienes en conocerlo, por conocerte á tí, en cuya omnipotencia está todo encerrado. Ahora, Dios mio, confieso que toda nuestra sabiduría es nada en comparacion de la tuya (*Iob*, XXVI, 14), y que si apenas podemos oir y entender una pequeñuela gota de tu sabiduría, ¿cuánto menos podrémos conocer el inmenso trueno de tu grandeza? y si lo que de tu sabiduría has descubierto, es no mas que una gota, ¿cuánta será la inmensidad de lo que en ella tienes encerrado? Grande eres en todo, y tu grandeza vence nuestra ciencia (*Iob*, XXXVI, 26); pero gloria nuestra es ser vencidos de tí, de quien recibimos la ciencia y grandeza que nosotros tenemos.

2. De lo dicho concluiré, como la infinita sabiduría de Dios nuestro Señor es infinitamente liberal (*Sap.* VII, 13) en comunicarse sin envidia, antes con mucho gusto se comunica á los hombres y Ángeles, á Querubines y Serafines, y á todos los espíritus bienaventurados, y sobre todo al alma de Cristo nuestro Redentor y Señor, en quien depositó todos los tesoros de su incomprensible sabiduría y ciencia (*Colos.* II, 3); pero aunque le dió conocimiento de todas las cosas pasadas, presentes y por venir, por toda la eternidad, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 3 *p. q.* 10, *art.* 2), mucho mas es infinitamente lo que le quedó por comunicar, porque no es posible comunicarse todo á pura criatura; y de esta liberalidad tomaré motivo para suplicarle que me comunique esta sabiduría, enseñándome todas las cosas provechosas para mi salvacion. (*Isai.* XLVIII, 17). Ó Dios sapientísimo, envia tu sabiduría de tus santos cielos, y de la silla de tu grandeza (*Sap.* IX, 10), *ut mecum sit, et mecum laboret, ut sciam quid acceptum sit coram te omni tempore*, para que esté conmigo, y obre conmigo, sepa lo que te agrada en todo tiempo: ella vaya delante de mis obras, como va delante de las tuyas; ella me acompañe en todo lo que hiciere, como te acompañó en todo lo que hiciste, y ella sea el último fin de mis pretensiones, y me lleve á donde te vea claramente, con la luz que de ella procede, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XVI.

DE LA OMNIPOTENCIA DE DIOS.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, trino y uno (*D. Thom.* 1 *p. q.* 25), es infinitamente poderoso para hacer todas las cosas que quisiere, sin tasa ni limitacion alguna en el número, grandeza y perfeccion, por razon de lo cual se llama (*Exod.* XV, 3) Omnipotente y Todopoderoso, cuya omnipotencia consiste en que puede hacer todas las cosas que su infinita sabiduría ve ser posibles, en las cuales no hay repugnancia ni contradiccion alguna para que puedan ser. Y en este sentido dijo el Ángel á la Vírgen, que no es imposible á Dios (*Luc.* I, 37), *omne verbum*, toda palabra; esto es, toda y cualquier cosa que hombres y Ángeles y el mismo Dios pueden concebir con su entendimiento, que no hay contradiccion en que sea. Y el mismo Señor dijo por Jeremías (*c.* XXXII, 27): ¿Por ventura será para mí dificultoso, *omne verbum*, cualquier cosa? que fue decir, nada me será dificul-

toso, sino todo me será posible y fácil de hacer. En esto se pueden ponderar tres excelencias. La primera, que Dios nuestro Señor puede hacer de nuevo infinitamente muchas mas cosas de las que ha hecho; porque todo lo que ha hecho es cási nada en comparacion de lo que puede hacer; y despues de haberlo visto todo, puedo decir con el Eclesiástico (*c.* XLIII, 36): *Multa abscondita sunt maiora his, pauca enim vidimus operum eius.* Muchas cosas nos están escondidas mayores que las que hemos dicho de Dios, porque son muy pocas las que hemos visto. Ó Dios omnipotentísimo, gózome de tu grandiosa omnipotencia con la cual puedes hacer infinitamente mas de lo que yo puedo alcanzar; si tan maravilloso eres en las obras que has hecho, ¿cuánto mas maravilloso serás en las que puedes hacer? Glorifica, alma mia, á tu Dios cuanto pudieres, pues por su omnipotencia merece mucho mas de lo que puedes.

2. La segunda excelencia es, que puede Dios hacer cuanto quisiere en las cosas que ha hecho, mudándolas, trastocándolas y revolviéndolas á su voluntad, porque como dice el mismo Eclesiástico (*c.* XLIII, 30; *D. Thom.* 1 *p. q.* 105, *art.* 6): *Ipse est omnipotens super omnia opera sua:* él es todopoderoso sobre todas sus obras, porque puede mas de lo que ha hecho, y en lo que ha hecho puede hacer lo que quisiere. Puede hacer que pare el sol, como en tiempo de Josué, y que vuelva atrás, como lo hizo en tiempo de Ezequías, y que no dé luz, como en tiempo de la pasion de Cristo: puede hacer lo que quisiere del mar, de los vientos, de la tierra, y de todos los vivientes, como lo hizo en la ley vieja por medio de Moisés, y en la ley nueva lo hizo Cristo nuestro Señor cuando vivió en esta vida mortal; y cada dia va haciendo nuevos milagros, y los puede hacer mayores que los que ha hecho. Y ponderando esto, puedo decir lo que añade el Eclesiástico: Terrible es Dios, y grande vehementemente, *et mirabilis potentia ipsius,* y maravillosa es su potencia, y por consiguiente dignísimo de ser creido, y de que todos demos crédito á lo que la fe nos revela de sus maravillosas obras y milagros.

3. La tercera excelencia es, que puede la omnipotencia de Dios ejecutar cuanto la divina voluntad puede querer; porque si Dios quisiera con eficacia alguna cosa, y no la pudiera hacer, fuera miserable, y no fuera Dios. Por lo pasado podemos sacar lo futuro y posible, porque como Dios (*Psalm.* CXIII, 3), *omnia quaecumque voluit fecit,* hizo todas las cosas que quiso, así hará todas las que quisiere, y podrá hacer cuantas puede querer, como dice el Sábio: *Subest tibi cum volueris, posse;* tienes poder para cuanto quisieres hacer, y en

queriendo algo no te falta poder para hacerlo. De donde procede, que cuando me consta de la voluntad de Dios, no puedo dudar de su omnipotencia; y cuando no me consta de lo que quiere, tengo de decir lo que dijo el otro leproso al Redentor (*Matth.* VIII, 2): *Domine si vis, potes.* Señor, si quieres, puedes. Ó Dios omnipotentísimo, delante de tu omnipotencia derramo mi alma con todas sus necesidades y miserias, y con todos sus deseos y aficiones; tu voluntad es justa y sabes lo que me conviene: si quieres, puedes; si quieres sanarme de mis enfermedades, puedes fácilmente hacerlo; si quieres darme lo que te pido, luego puedes darlo. Gózome de que tu omnipotencia esté puesta en manos de tu justa y amorosa voluntad, porque cuanto procediere de tal querer y poder, será bueno y provechoso para mí y glorioso para tí, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como esta omnipotencia es propia de solo Dios, aunque liberalmente da parte de ella á sus criaturas. En lo cual se han de ponderar otras tres excelencias, - la primera, que solo Dios tiene por su naturaleza y esencia el poder, y ninguna criatura le tiene si no es participado de Dios, y por esto le llama san Pablo (I *Tim.* VI, 15): *Solus potens*, solo el que puede, y los demás de nuestra cosecha somos los que no podemos, porque no tenemos ser ni poder, si no lo recibimos de Dios. - La segunda excelencia es, que solo Dios por su omnipotencia puede hacer sus obras sin ayuda de otro; todas las demás criaturas no pueden hacer nada, si no es que la omnipotencia de Dios obre con ellas. Ni el sol alumbrará, ni el fuego quemará, ni el hombre andará ni hará cosa alguna, si la omnipotencia de Dios no les ayuda y obra con ellos. Y por esto dijo Isaías (*Isai.* XXVI, 12), que Dios obra en nosotros todas nuestras obras; y Cristo nuestro Señor dijo (*Ioan.* XV, 5), que sin él nada podíamos hacer. De estas dos consideraciones he de sacar la dependencia que tengo de la omnipotencia de Dios, y fundarme en profunda humildad, viendo que sin ella no puedo ser, ni obrar, y darle infinitas gracias por la asistencia que tiene conmigo en todas mis obras, como despues ponderarémos mas largamente. (*Medit.* XXIII).

2. La tercera excelencia es, que no se alza Dios del todo con su omnipotencia, sino que da parte á sus criaturas, para que cada una de ellas pueda hacer todas las cosas que convienen á su propia naturaleza. Y demás de esto añade á los hombres y Ángeles otro poder muy mas excelente y levantado que el que tienen por su naturaleza,

y los toma por instrumentos y ayudadores para muchas cosas propias de su omnipotencia; por lo cual vino á decir el apóstol san Pablo (*Philip.* IV, 13): *Omnia possum in eo qui me confortat;* todas las cosas puedo en el que me conforta. De suerte, que junto con la omnipotencia de Dios soy poderoso para todas las cosas que quisiere Dios hacer en mí y por mí; y se honra Dios de que creamos esto, y esperemos de él esto; y á esta fe y confianza remite la experiencia de ello. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor á cierto hombre (*Marc.* IX, 22): Si crees, todas las cosas son posibles al que cree. Y como dice san Bernardo (*Serm.* 85 *in Cant.*): Ninguna cosa tanto ilustra y engrandece la omnipotencia de Dios, como hacer omnipotentes, al modo dicho, á los que confian en él. Ó Dios omnipotentísimo, gracias te doy cuantas puedo, por la parte que das á tus siervos de tu soberana omnipotencia; en ella confio, pues tú lo quieres, y con ella haré cuanto me mandas. Ó alma mia, escoge por amigo al Todopoderoso con quien serás todapoderosa, pues conforme á la ley de la amistad, lo que podemos por medio de nuestros amigos, por nosotros lo podemos.

PUNTO TERCERO.—*Fuentes de los beneficios divinos.*— 1. Lo tercero, se ha de considerar como conclusion de todo lo que hasta aquí se ha dicho, que la omnipotencia de Dios siempre se emplea en hacernos bien, y es principio y fuente de donde proceden y manan todos los beneficios divinos de que gozamos, juntamente con la sabiduría y bondad ó caridad de Dios; porque estos tres atributos son los tres dedos de quien tiene Dios colgada la tierra, como dice el santo profeta Isaías (*Isai.* XL, 12), y tambien tiene colgados de estos tres dedos los cielos, los Ángeles y los hombres, y todas las criaturas del mundo; porque con ellos los cria, sustenta, gobierna, ayuda, y lleva á su último fin. Con la sabiduría conoce y traza lo que ha de hacer; con la bondad y caridad lo que quiere; y con la omnipotencia lo ejecuta; y con todas tres se emplea en hacernos grandes bienes. El Padre con la omnipotencia que se le atribuye por apropiacion; el Hijo con la sabiduría, y el Espíritu Santo con la bondad, y todas tres Personas con todas tres perfecciones, porque cada una las tiene todas con la misma unidad, porque en Dios son una misma cosa.

2. Con este espíritu he de entrar en las meditaciones siguientes de los beneficios divinos, que comenzaron desde la creacion del mundo, procurando que toda la máquina de mi vida y de mis consideraciones estribe principalmente en estos tres dedos de la sabiduría, em-

nipotencia y bondad de Dios, correspondiéndole con los actos y afectos de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que responden á estos tres atributos: la fe á la sabiduría; la esperanza á la omnipotencia; la caridad á la bondad de Dios, aunque todas tres virtudes y sus actos miran á todos tres atributos juntos. Ó Dios trino y uno, tan sábio como poderoso, y tan poderoso como bueno, y en todo infinito; ilustra mi entendimiento con tu divina sabiduría, aficiona mi voluntad con tu bondad soberana, y fortalece mis potencias con tu admirable potencia, para que conozca los innumerables y soberanos beneficios que de tí han procedido, y por ellos te ame con fervor, y te sirva y obedezca con fortaleza por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XVII.

DE LA OMNIPOTENCIA DE DIOS EN LA CREACION DEL MUNDO, Y DE LA GRANDEZA DE ESTE BENEFICIO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar el artículo principal de nuestra fe, en que confesamos que Dios nuestro Señor, con su poder infinito (*D. Thom.* 1 *p. q.* 44), al principio crió cielos y tierra, y todas las cosas visibles é invisibles que hay en el mundo (*Genes.* I, 1), de modo que ninguna hay, grande ni pequeña, la cual no traiga orígen de Dios, conforme á lo que dice san Juan del Verbo divino (*Ioan.* I, 3): *Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no fue hecha cosa alguna de cuantas han sido hechas:* y por consiguiente yo tambien soy hechura de Dios, y de él he recibido el ser que tengo. En este artículo se ha de ponderar, lo primero, como todas cuantas cosas hay fuera de Dios, tuvieron principio y comenzaron á ser como antes no fuesen. De suerte, que antes de la creacion del mundo, que cuenta la divina Escritura, no habia cosa alguna fuera de Dios; todo era nada, y solo Dios era de quien todas las cosas recibieron el ser que tienen; y por consiguiente, si yo me considero en mi orígen, soy nada, no solo cuanto al alma, sino cuanto al cuerpo; porque aquello de que fuí hecho, algun tiempo era nada. De donde me moveré á dar infinitas gracias á Dios, que con su omnipotencia me sacó del abismo de la nada, y me fundaré en esta profunda humildad, diciendo con el Apóstol (*Rom.* XI, 33): Ó alteza de la sabiduría y omnipotencia de Dios, ¿quién le dió algo primero, para que esté obligado á pagárselo? Él es el primero que dió á todos todo lo que tienen, y á quien todos deben dar gracias por todo

lo que poseen; porque de él, por él, y en él son todas las cosas, á quien se debe toda la honra y gloria por todos los siglos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como Dios nuestro Señor libremente, y de su voluntad pura y graciosa, crió estas cosas, sin que hubiese quien le forzase, porque ni le forzaron merecimientos, pues no habia quien mereciese; ni le forzó su necesidad ó interese, porque sin sus criaturas era bienaventurado, y ninguna necesidad tenia de ellas; ni le forzó la bondad de las criaturas, porque es muy limitada, y no necesita á ser amada de nadie cuanto menos de Dios; y así por su sola bondad y misericordia se movió á criarlas para sí mismo (*Prov.* XVI, 4), y para gloria suya. Ó alma mia, alaba y glorifica á tu Criador, por tan soberano beneficio como te ha hecho, sacando tantas cosas, y á tí con ellas, del abismo de la nada, para darte el ser que tienes; y pues quiso criarlas, y criarte por sola su libre voluntad porque era bueno, emplea todo tu ser y cuanto tienes en servirle con tu libre voluntad, solamente porque es bueno, y porque te crió sin merecerlo.

3. Lo tercero, se ha de ponderar como Dios nuestro Señor en esta obra no tuvo otro ejemplar ni modelo que á sí mismo: de suerte, que solo él fue la causa eficiente que hizo todas las cosas, y el fin último á quien las ordenó, y el ejemplar de donde las sacó. Porque descubriendo con su infinita sabiduría todas las cosas que podia hacer, y la traza y órden de ellas, escogió con su libre voluntad este órden de criaturas que hay en el mundo, y con su omnipotencia le ejecutó; y por consiguiente, como entonces dejó infinitas criaturas en el abismo de la nada, y escogió criar las que crió, así dejando infinitas almas en el mismo abismo, escogió entre otras la mia, para criarla á su tiempo: por lo cual le debo infinitas gracias, acordándome de lo que dijo á Job (*Iob*, XXXVIII, 21): Cuando yo criaba el mundo, ¿sabias tú que habias de nacer y los años que habias de vivir? Como quien dice: Tú no lo podias saber, pero yo ya lo sabia, y por mi bondad estaba determinado á ello. Ó Dios sapientísimo y poderosísimo, ¿qué viste en mi alma, para querer criarla, dejando otras innumerables en el abismo de la nada? Ó fin último de todas las criaturas, ¿por qué criaste mas esta miserable que á otras muchas que te glorificaran mejor que ella? Ó ejemplar de todas las cosas que se pueden criar, ¿por qué quisiste criarme á mí mas que á otras muy mejores de quien tambien eras ejemplar? No hay otra causa, Dios mio, sino tu pura y santa voluntad, por la cual me crió tu omnipotencia, dándome el ser que tengo porque quiso; y pues

tan liberalmente lo has hecho conmigo, yo te serviré siempre, porque así lo quieres. Tú serás mi último fin en todas mis cosas, porque así lo mandas; y á tí miraré como á ejemplar y dechado de mi vida, porque así lo ordenas: tu voluntad, Señor mio, será siempre la mia, pues mi ser y cuanto tengo me vino de ella.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se han de considerar las cosas en que resplandece la omnipotencia de Dios, en esta obra de la creacion del mundo (*D. Thom.* 1 *p. q.* 45), reduciéndolas á tres ó cuatro, mas principales.-La primera es, que no tuvo necesidad de algunos materiales para fabricar este mundo, como la tienen Ángeles y hombres para sus fábricas y obras artificiales, sino de nada hizo las partes mas principales del mundo, dándolas su ser todo y entero, sin que nada de él precediese antes. De este modo crió el cielo y la tierra, y las sustancias espirituales, como son los Ángeles y nuestras almas, las cuales no pueden ser hechas sino de nada, para que conozcan la total obligacion que tienen de servir á Dios nuestro Señor con todo lo que son, y á darle gracias por todo, sin presumir nada de sí. Ó Criador omnipotente, justo es que toda mi alma te sirva, pues de nada la hiciste. Razon es que te ame con todo mi corazon, con todo mi espíritu, y con toda mi virtud, pues todo me lo diste para que con todo te amase. Ó alma mia, ¿qué tienes que no hayas recibido? (I *Cor.* IV, 7). Y pues todo lo has recibido de Dios, da de todo la gloria á Dios; y si de tí no tienes nada, no te glories si no es de tu nada; pon toda tu confianza, no en tí que nada puedes, sino en Dios que lo puede todo, y llama las cosas que no son, como si fuesen (*Rom.* IV, 17), sacándolas de la nada, para que tengan ser y poder para servirle y glorificarle por todos los siglos. Amen.

2. Lo segundo, resplandece la divina omnipotencia en haber hecho unas cosas de otras del modo que quiso; porque aunque pudiera criar de nada todos los vivientes, quiso mostrar su poder en hacer del agua los peces y aves, de la tierra las plantas y animales, para que se entienda, que tiene pleno señorío y potestad de sus criaturas, mudándolas, y convirtiendo unas en otras á su voluntad, y de aquí aprenda yo á sujetarme á su señorío, alegrándome de tener tan poderoso Señor, á cuya voluntad todas las cosas están sujetas.

3. Lo tercero, resplandece en haber hecho esta obra de la creacion del mundo á solas, sin tener quien le ayudase en ella. (*Isai.* XLIV, 12). *Yo*, dice, *soy el Señor que hice todas las cosas: yo solo extendí*

los cielos, y establecí la tierra, y ningun otro conmigo. Y aunque pudiera despues de haber criado los Ángeles (*D. Thom.* 1 *p. q.* 65, *art.* 3), servirse de ellos para hacer algunas cosas corporales, no quiso, sino hacer él solo toda esta primera obra, para que los hombres, por quien la hacia, reconociésemos vasallaje á él solo; y á él solo adorásemos y sirviésemos como á nuestro Criador, y Hacedor de todas las cosas, dándole la gloria de ellas, como los ancianos del Apocalipsis, que decian (*Apoc.* IV, 11): Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la honra y gloria, y la potestad, porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad fueron y perseveraron, como por ella fueron criadas.

4. *Obediencia á Dios á imitacion de las criaturas.*—Lo cuarto, resplandece la omnipotencia de Dios en la facilidad con que hizo todas estas cosas sólo con quererlo, y con decirlo ó mandarlo, obedeciéndole todo sin resistencia alguna y sin dilacion, porque en el mismo instante que lo decia quedaba hecho. Dijo Dios: *Fiat lux*, hágase la luz, y al punto se hizo. Y como dice David: Él lo dijo, y todas las cosas quedaron hechas; él lo mandó, y todas las cosas fueron criadas. De donde sacaré por una parte una grande admiracion de la omnipotencia de Dios, á cuya voluntad eficaz ninguno puede resistir, y por otra parte una grande resolucion de obedecer á Dios sin contradiccion, ni dilacion ó tardanza en todo cuanto me mandare, con una obediencia pronta, puntual, instantánea y muy perfecta. Ó alma mia, ¿por qué no te sujetas al imperio y mandamiento de tan poderoso Dios? ¿por qué tú sola resistes á quien todas las cosas obedecen? Él te dió libertad para querer y no querer; renuncia la que tienes para le resistir, usando siempre de ella para le obedecer. Ó Dios omnipotente, mándame con tal eficacia lo que quieres, que nunca contradiga á lo que me mandas.

Punto tercero.—Lo tercero, se ha de considerar el modo que tuvo la omnipotencia de Dios en criar todas las cosas, adornándolas y perfeccionándolas poco á poco (*D. Thom.* 1 *p. q.* 74), porque, aunque pudiera en un instante criarlas con toda su perfeccion, quiso hacerlo en espacio de seis dias (*Genes.* I, 31), por algunos fines y motivos de nuestro provecho.—El primero, para que entendiésemos mejor y mas distintamente la traza de la sabiduría divina en la creacion del mundo, y aprendiésemos á meditarla, no á bulto, sino poco á poco, y por sus partes, dando gracias á nuestro Bienhechor por los nuevos beneficios que cada dia nos iba dando.—El segundo, para que entendiésemos mejor la necesidad que habia de las cosas

que crió, mirando en el primer dia la falta que hacian las cosas que crió en el segundo, y en este las que crió en el tercero, y así nos moviésemos á mayor amor y agradecimiento por cada uno de estos beneficios.-El tercero, para que entendiésemos en esta primera obra de la creacion, como Dios nuestro Señor guarda este mismo estilo en la obra de nuestra santificacion y perfeccion, comunicándola, no toda junta de una vez, sino por sus partes y grados, primero un grado, despues otro, por todo el discurso de los seis dias, que representan el espacio de nuestra vida, hasta que llega el sábado del descanso eterno, en el cual la obra está ya perfecta, y se goza el premio del trabajo.

—Todo lo cual se irá ponderando por menudo en las meditaciones siguientes.—

MEDITACION XVIII.

DE LAS COSAS QUE DIOS CRIÓ EN EL PRIMER INSTANTE, Ó PRINCIPIO DEL TIEMPO.

—El fin de esta meditacion, y de las que se siguen, es considerar las cosas que hizo Dios en el principio del mundo, y en los seis dias primeros, para movernos con la consideracion de estos soberanos beneficios al amor y servicio del que los hizo, meditando algunas veces en cada dia de la semana las obras que hizo aquel dia. Pero advierto, que iré declarando la obra que suena la corteza del texto sagrado, dejando para las escuelas de los teólogos la disputa del sentido en que se dice haber sido en aquel dia hechas aquellas cosas, ó del todo ó en parte, porque para el intento de estas meditaciones importa poco saber esto.—

Punto primero.-*De la creacion del cielo.*— 1. El texto sagrado dice así (*Genes.* I, 1): *En el principio crió Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba vana y vacía, y las tinieblas cubrian la sobrehaz del abismo, y el espíritu del Señor se movia sobre las aguas.*-Lo primero, se ha de considerar como en el principio, esto es, en el principio del tiempo, el Padre eterno, por el principio, que es su Hijo, juntamente con su espíritu, que es el Espíritu Santo, dió principio á todas las cosas, criando de nada el cielo, con toda su grandeza y redondez. Y con ser tan grande le tiene medido á palmos (*Isai.* XL, 12), como dice por Isaías; y con ser tan esférico y redondo, no tuvo necesidad de cimbria para hacer y sustentar esta inmensa bóveda, que coge en medio toda la tierra, mostrando en esto su omní-

potencia. Pero en particular crió entonces el supremo cielo que llamamos empíreo, que quiere decir, resplandeciente como fuego, para que comprendiese dentro de sí toda la máquina del mundo visible, y para que fuese corte y trono de su reino, y perpétua morada de los bienaventurados, así Ángeles como hombres: de donde sacaré grandes afectos de admiracion, alabanza y gozo, por la grandeza de esta obra, y de este lugar tan maravilloso, suplicando á Nuestro Señor que me lleve á él, pues le crió para mí. Ó Dios omnipotente, que criaste de nada el supremo de los cielos, y en él asentaste tu especial morada, dando la tierra á los hijos de los hombres (*Psalm.* CXIII, 16), para que en ella mereciesen alguna morada de este cielo; concédeme que viva de tal manera en este valle de lágrimas, que llegue á vivir contigo en ese paraíso de deleites. Ó cielo gloriosísimo, alaba y bendice á tu Criador, y tus moradores le glorifiquen por la grandeza y hermosura que te dió, pues son bienaventurados los que para siempre moran en tí, que eres su casa, y por los siglos de los siglos le han de alabar en ella. (*Psalm.* LXXXIII, 5).

2. *De la creacion de los Ángeles.*—Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor no crió este cielo vacío de moradores como á la tierra, sino lleno de innumerables Ángeles (*D. Thom.* 1 *p. q.* 61, *art.* 3 *et* 4), repartidos en tres jerarquías y nueve coros, y á todos en aquel mismo instante dió todas las perfecciones de naturaleza y gracia que convenia á cada uno, segun la traza de la divina Sabiduría. ¡Oh qué hermoso y admirable quedaria aquel cielo con este ejército de escuadrones celestiales tan bien ordenado y concertado! ¡Oh qué contenta estaria la santísima Trinidad, viendo aquellas tres jerarquías, cada una con tres coros, en que se representaban las excelencias de sus tres divinas Personas! ¡Oh qué contento y alegría tendrian estos nuevos soldados, viéndose unos á otros, y cada uno á sí mismo, adornados con tantas perfecciones! ¡Oh qué júbilo tendrian en aquel primer instante, conociendo al Criador de quien tanto bien habian recibido!

3. Con esta consideracion, provocaré á los Ángeles que perseveraron, para que glorifiquen á Dios ahora con las alabanzas que le dieron al principio, de las cuales se precia Nuestro Señor, diciendo á Job (*Iob*, XXXVIII, 7): ¿Á dónde estabas tú cuando á una me alababan las estrellas de la mañana, y con júbilo me bendecian los hijos de Dios? Ó Ángeles soberanos, que fuísteis las primicias de las obras de Dios, criados en la primera mañana y alborada del mundo; alabadle y bendecidle, porque juntamente fue vuestro Criador

y vuestro Padre, dándoos el ser de naturaleza y la adopcion de hijos de Dios por su gracia; y pues poco despues, tambien por vuestros merecimientos, os dió el ser eterno de su gloria, glorificadle con grandes júbilos de alegría, por esta nueva merced que os hizo, suplicándole que en vuestra compañía me haga participante de ella. Amen.-En esta consideracion puedo discurrir por los coros de Ángeles, Arcángeles, Principados, Potestades, Virtudes, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines, convidando á cada coro que alabe á Dios, gozándome del bien que recibió en su creacion, y despues en su glorificacion, conforme á lo que en otros (*p.* I, *med.* XXXV) lugares se ha meditado, y adelante se dirá mucho mas.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor en el mismo instante crió la tierra, poniéndola como centro en medio de la concavidad del cielo, pero de tanta grandeza, anchura y longitud, que ninguno de los mortales la puede conocer y medir con certeza (*Iob*, xxxviii, 5), gloriándose Dios de poder esto, como la Escritura lo testifica muchas veces. (*Eccli.* i, 2). Pero en lo que mas resplandece su omnipotencia, es en tener una cosa de tan inmenso peso, como en vacío, sin arrimo ni sustento alguno corporal; y esto con tanta firmeza, que, como dice el real profeta David (*Psalm.* cm, 5): No se inclinará, ni se meneará á una parte ni á otra para siempre; y con tanta facilidad la sustenta, segun dice Isaías, como quien tiene colgada una cosa muy pequeña de tres dedos, porque su sabiduría, bondad y omnipotencia la tienen en este lugar firmemente; y por esto dijo Job (*Iob*, xxvi, 7): que Dios nuestro Señor, *appendit terram super nihilum*, fundó el peso de la tierra sobre nada. De donde sacaré cuánto debo fiarme de la omnipotencia de Dios, pues con solo su querer me puede confirmar y eternizar en el bien, sin que me mueva á un lado ni á otro; y aunque la carga del cuerpo sea pesada, la virtud de Dios puede sustentarla, para que no oprima mi alma, y lo hará si yo me fundo en humildad, *super nihilum*, sobre mi nada, arrojándome totalmente sobre las manos del Señor. Ó Dios todopoderoso, que tienes en peso la tierra, sin estribar en cosa alguna fuera de tí; concédeme que conozca mi nada, para que tú solo seas mi firmeza y en tí esté segura mi virtud.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el abismo de agua ó niebla con que Dios cubrió la tierra en el mismo instante que la crió, de modo que no pudiese ser vista, atendiendo en esto al órden natural que estos dos elementos piden; y representando por aquí el estado

del hombre terreno, el cual está cubierto de miserias y trabajos, figurados por el agua, y tan feo y miserable, que no merece ser visto, hasta que Dios le quite esta cubierta por su infinita misericordia, en la cual confiaré que á su tiempo me librará, diciendo con el profeta Jonás (*Ionas*, II, 6): Cercáronme las aguas, hasta penetrar mi alma; el abismo me rodeó por todas partes, y el piélago cubrió toda mi cabeza; pero tú, Señor Dios mio, me sacarás de este peligro, librando mi vida de la muerte y corrupcion.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como la tierra en este instante estaba vana y vacía (*D. Thom.* 1 *p. q.* 66, *art.* 1 *ad* 2; *et q.* 68, *art.* 3), y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo. De suerte, que todo el espacio que habia de la tierra al cielo, ora fuese agua, niebla ó aire, todo estaba en tinieblas y sin luz. En lo cual se ha de ponderar lo primero, la imperfeccion que por entonces tenia la tierra y el agua; porque la tierra estaba como vana, sin tener el fin propio de su creacion, y vacía de arboledas y de moradores, y todo estaba en tinieblas por falta de luz. De modo, que si la tierra y agua tuvieran entendimiento y lengua, clamaran á su Criador, para que les diera la perfeccion que les faltaba. En todo lo cual me puedo considerar á mí mismo, hombre terreno y miserable, concebido en pecado por el pecado de Adan; y así en el principio de mi ser estaba vano y vacío, destituido del fin para que fuí criado; y vacío de la gracia y virtudes, y todo cubierto con horribles tinieblas de ignorancia y culpa. Y esta misma miseria tengo cada vez que caigo en culpa mortal, y pues tengo entendimiento y lengua, he de clamar á mi Criador, para que me libre de ella y perfeccione la obra de sus manos.

2. Y demás de esto, por muy santo que sea, puedo considerar que de mi cosecha soy como tierra vana y vacía, y como abismo cubierto de tinieblas, y acordándome del tiempo que estuve de esta manera, tengo siempre de clamar á Dios, de quien está pendiente mi perfeccion, para que la conserve, y lleve adelante hasta que alcance su fin. Ó Criador mio, tierra soy, vacía de todo bien, sin fruto de buenas obras, y sin el fin que puedo alcanzar por ellas, y sobre todas mis miserias estoy lleno de tinieblas, sin luz para conocer mis males y el remedio de ellos. Acude, Señor, con tu misericordia para sacarme de esta miseria, y pues me has dado el ser que tengo, dame la perfeccion que me falta, para que tu obra sea perfecta en todos los siglos. Amen.

3. Lo segundo, se ha de ponderar las causas misteriosas de esta

diferencia, en la creacion de la tierra y cielo empíreo. Una es, porque la tierra significa lo que tiene el hombre por su naturaleza miserable, que es ser vanidad (*Psalm.* XXXVIII, 6) y tinieblas, y estar vacío de bienes; pero el cielo empíreo significa lo que tiene por la gracia de Dios, que es ser *igneus*, resplandeciente con la luz divina, y ardiente con el fuego de caridad y lleno de virtudes. Además, el cielo empíreo fue criado para ser perpétua morada de los perfectos que han alcanzado su último fin, y por esto se crió con toda su perfeccion, y lleno de innumerables moradores; mas la tierra crióse para morada de buenos y malos é imperfectos, y no para ser morada perpétua, sino de paso, y para caminar en ella á la última perfeccion y premio que se da en el cielo; y para significar esto, en su creacion fue imperfecta y vacía de moradores, y vana sin su fin. De donde inferiré que yo estoy en medio de tierra y cielo, para que entienda que mi cuidado principal ha de ser mirar siempre lo uno y lo otro, lo que tengo de mí cosecha y lo que tengo por divina gracia; el estado presente que tengo de caminante y peregrino en la tierra, y el estado eterno que espero en el cielo; y considerando mi imperfeccion, procuraré caminar, trazando, como dice David (*Psalm.* LXXXIII, 6), subidas y crecimientos en este valle de lágrimas, en el lugar donde Dios nuestro Señor me puso, hasta subir al soberano alcázar de Sion, y al lugar que me tiene aparejado en su cielo empíreo. Ó Dios eterno, pues tus ojos ven todo lo imperfecto que hay en mí (*Psalm.* CXXXVIII, 16), ayúdame para quitarlo, mientras vivo en este lugar donde me has puesto, para que llegue á gozar de tí en el que me tienes aparejado por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como el espíritu del Señor *ferebatur super aquas*, andaba y se movia sobre las aguas, ponderando, lo primero, la presencia del espíritu del Señor, que es el Espíritu Santo, para perfeccionar esta obra imperfecta, andando sobre las aguas, aunque llenas de tinieblas, imprimiéndolas virtud y eficacia para las obras y cosas que de ellas se habian de hacer, en razon de adornar y poblar la tierra. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 66, *art.* 1 *ad* 2; *q.* 74, *art.* 3 *ad* 4). En lo cual se representa cuán propio es del Espíritu Santo socorrer á los necesitados, aunque estén en tinieblas y sombra de muerte, y llenos de muchas imperfecciones, imprimiéndoles con su inspiracion y mocion interior, virtud y eficacia para volverse á Dios y hacerse capaces de su luz y de sus dones, y para ser instrumentos de las obras grandiosas que ha de obrar en ellos. Tambien se representa, como dice la Iglesia (*in be-*

ned. fontis baptismalis), la eficacia y virtud de santificacion que habia de comunicar á las aguas, para limpiar con ellas á los pecadores, y comunicarles la gracia y plenitud de las virtudes; y así con grande afecto invocaré á este soberano Espíritu, diciéndole: Espíritu divino que andabas sobre las aguas aunque tenebrosas, ven á mi alma llena de tinieblas, imprímela el ímpetu de tu santa inspiracion, con la cual se disponga á recibir tu soberana luz y los dones de tu gracia y caridad. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el misterio que tiene aquella palabra *ferebatur*, andaba y se movia sobre las aguas, para denotar que el espíritu divino, aunque en sí mismo es inmutable, y en el cielo, que es lugar de triunfo y premio, está quieto, dándose á ver y gozar con quietud eterna; pero en esta vida siempre anda en continuo movimiento sobre los hombres viandantes, inspirándoles y moviéndoles á la virtud y perfeccion, ayudándoles á ella con su calor y proteccion hasta que lleven el fruto que desea en ellos, porque su andar y mover no es ocioso, sino de suyo eficaz, no porque él se mueva, sino porque nos hace mover á nosotros, sacudiendo nuestra pereza y ociosidad, y haciéndonos caminar al cielo; y esto hace con sus hijos muy queridos. De los cuales dice san Pablo (II *Rom.* VIII, 14): *Qui spiritu Dei aguntur, hi sunt filii Dei:* los que son movidos ó impelidos del espíritu de Dios, estos son sus hijos. Ó Espíritu soberano, anda siempre sobre mí alentándome á seguir tu voluntad, para que donde quiera que fuere el ímpetu de tu espíritu (*Ezech.* I, 12), allí camine sin volver atrás de lo comenzado.

3. Tambien tengo de ponderar, como esta palabra, *ferebatur*, denota continuacion y asistencia sobre las aguas, lo cual se declara por la comparacion (*D. Basil. hom.* 2, in hexaemer.) de que los Santos y la Iglesia usan, diciendo, que como la gallina está sobre los huevos vivificándolos con su calor para sacar los pollos; así el Espíritu Santo asistia con su virtud sobre las aguas, para producir de ellas los vivientes, y asiste y preside con su proteccion sobre las almas, para vivificarlas con su gracia, y para que lleven frutos de obras vivas; y nunca se aparta de ellas, si ellas no le echan de sí; y entonces nos sucede lo que á los huevos que desampara la gallina, que se hacen güeros, y no valen para otra cosa que para el muladar. Por tanto, alma mia, mira lo que haces y lo que piensas, porque no se aparte de tí el divino Espíritu, en cuya presencia consiste tu vida, y por cuya ausencia te vendrá la muerte; asiste con gran continuacion y cuidado á su servicio, para que él asista con gran per-

severancia á tu remedio. Ó Espíritu divino, de tí ha de comenzar mi bien, porque tú presides sobre todo lo que es bueno; no permitas que yo me aparte de tí, para que nunca te apartes de mí. Amen. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 45, *art.* 6).

4. Últimamente, ponderaré los nombres con que la divina Escritura llama aquí al Criador (*Ioan.* VIII, 28. *El Hebreo dice: In principio Dii creavit,* para denotar la trinidad de personas con unidad de esencia y de virtud en obrar); es á saber: Principio, Dios, Espíritu y Señor; es Principio, porque da ser á todas las cosas; es Dios, por la autoridad y potestad con que las gobierna; es Espíritu, porque las perfecciona, y da vida á las que son capaces de ella; y es Señor, porque las crió. Demás de esto, como toda la santísima Trinidad hizo esta obra, el Hijo se significa por el nombre de Principio, porque con su sabiduría dió principio á la traza de todo lo que se crió. El Padre se queda con el nombre de Dios, por la omnipotencia que tiene de sí mismo, sin recibirla de otra persona. El Espíritu Santo se llama Espíritu, por el oficio que hizo de vivificar y perfeccionar las criaturas con su bondad, aunque todos tres lo hicieron todo, y á todos tres conviene el nombre de Señor, por el señorío que tiene sobre las criaturas, por título de la creacion; así entonces, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 1 *p. q.* 13, *art.* 7), tomó Dios el nombre de Señor, y la posesion de su señorío, porque entonces comenzó á tener criaturas, esclavos y criados de quien fuese Señor y á quien pudiese mandar. Por lo cual le daré el parabien de este nuevo nombre con un corazon muy agradecido. Ó Dios eterno, cuyo señorío, cuanto á la potestad, es eterno; gracias te doy, porque te dignaste de criar tantas criaturas, de las cuales fueses legítimo Señor. Gózome de que seas Señor nuestro, Señor de todos los señores, y único Señor de quien todo señorío procede. Y pues eres mi Señor, mira por mí que soy criatura tuya; toma posesion de mí, de modo que como fiel siervo siempre me ocupe en servirte á tí por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XIX.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EL PRIMER DIA.

PUNTO PRIMERO. — *De la luz.* — 1. *Dijo Dios: Hágase la luz, y fue hecha la luz; y vió Dios á la luz que era buena, y dividióla de las tinieblas; y á la luz llamó dia, y á las tinieblas noche.* (*Genes.* I, 3;

D. Thom. 1 *p. q.* 67, *art.* 4.) Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, viendo las tinieblas en que estaba el mundo, para perfeccionarle hizo ante todas cosas la luz, como quien enciende una hacha en una casa muy oscura, para que pueda entrar gente dentro de ella; ponderando cuán miserable estuviera el mundo sin esta luz corporal, y cuántos bienes trae consigo, porque ella descubre las obras de Dios, y las cosas hermosas y vistosas del mundo. Sin ella no podemos ver ni andar, ni hacer convenientemente las obras corporales. Es causa de grande alegría en todos los vivientes, y con ella se causan grandes influencias y virtudes para su conservacion; por todo lo cual, viendo Dios la luz, dijo que era buena y muy conveniente para el fin del universo, y muy provechosa para todos los vivientes. De donde tomaré motivos para dar gracias á Dios por este beneficio de la luz; y cada dia que sale el sol, y de nuevo causa la luz, alabaré al Criador por ella, y porque me dió ojos para verla y gozarla, y por la alegría que con ella recibo, acordándome de lo que dijo el ciego Tobías (*Tob.* v, 12): ¿Qué gozo puedo tener estando en tinieblas, sin ver la luz del cielo? Tambien sacaré propósitos de aprovecharme de esta luz, para el fin que Dios la crió, para ver sus obras, y glorificarle por ellas, condoliéndome de los pecadores que aborrecen cosa tan buena para pecar mas á sus anchuras, conforme á lo que dijo Cristo nuestro Señor (*Ioan.* III, 20): El que hace mal, aborrece la luz, porque no se sepan sus obras.

2. *De la luz espiritual.*—De aquí subiré á considerar la excelencia de la luz espiritual, con que Dios perfecciona las almas que viven en tinieblas, y en oscuridad y sombra de muerte, y de sí no tienen otra cosa que tinieblas de ignorancia y culpa; la cual luz comunica Dios con grande gusto, porque gusta de que todos le conozcan, y vean sus gloriosas obras, y con ella vean lo que han de hacer, y cómo le han de servir y han de caminar á la vida eterna (*Psalm.* IV, 7); y por medio de esta luz les comunica influencias celestiales de gracias y virtudes, y llena sus corazones de alegría. Por lo cual, viendo Dios esta luz, dice que es buena, y con excelencia buena, con todo género de bien honesto, útil y deleitable, porque es muy conveniente para el fin sobrenatural de la gracia, es principio de las virtudes, provechosa para todas las buenas obras, y deleitable en el ejercicio de ellas; y si tantas gracias debo á Dios por la luz corporal, ¿cuánto mayores las he de dar por esta luz espiritual, que es incomparablemente mejor? Ó Padre de las lumbres,

de quien todas proceden, gracias te doy por estas dos luces que hiciste para alumbrar mi cuerpo y alma; alabado seas mil veces por la luz corporal con que veo todas las cosas visibles, y millones de veces seas glorificado por la luz espiritual con que veo las invisibles. (*Psalm.* XVII, 29; *Ecclesia, in hymno Laud. fer.* II). Mira, Dios mio, la oscuridad de mi alma, compadécete de ella, y pues tú eres la fuente de la luz, alumbra con ella mis tinieblas. Ó resplandor de la gloria del Padre, Luz de quien procede la luz, Luz de luz, Fuente de la luz, y Dia que alumbras el dia, sácame de las tinieblas en que estoy, y hazme hijo perfecto (*Ephes.* V, 8) de la luz. Convierte mi noche en dia, para que camine creciendo como la luz de la mañana, hasta el dia (*Prov.* XIV, 18) perfecto de tu eternidad. Amen.

—Al modo de este coloquio, sacado en parte de un himno de la Iglesia, se pueden hacer otros, tomados de los mismos himnos que se cantan en los Maitines y Laudes, y Vísperas de las ferias, los cuales están llenos de afectos y alabanzas de esta luz.—

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar el modo que tuvo Dios en hacer la luz, ponderando tres cosas.-La primera, que hizo la luz el primer dia, porque la luz corporal, con su presencia, es causa del dia, y sin ella no hay dia; y la luz espiritual es la primera perfeccion, y como primicias de la perfeccion cristiana, sin la cual no hay dar paso en ella, porque, como dice David (*Psalm.* CXXVI, 2): Vana cosa es levantarse antes de la luz. Y así tiene cuidado Nuestro Señor de prevenirnos al principio de la vida, y cuando estamos en tinieblas, con alguna ilustracion y rayo de su clarísima luz, para que podamos caminar y trabajar en su servicio. Ó luz verdadera que alumbras á todo hombre (*Ioan.* I, 9), que por el uso de la razon entra en este mundo; previéneme con tu luz, para que te conozca y ame; ayudándome á prevenir la luz del sol (*Sap.* XVI, 28), para que ocupe la primera parte del dia en adorarte y bendecirte, por la grandeza de las misericordias con que me previenes para remediar mis miserias.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que Dios nuestro Señor en este primer dia solamente hizo la luz, aunque pudiera hacer otras muchas cosas; pareciéndole bastante empleo de aquel dia sola esta obra, y que la luz hiciese su curso por el hemisferio del mundo, desterrando las tinieblas y haciendo entero el dia. Con lo cual significaba la estima que tenia de la luz, y la que nosotros debemos tener de la luz espiritual, ocupándonos totalmente en procurarla, y gastando á veces algun dia entero, ó alguna hora del dia, en

atender á solo esto, dando de mano á otras ocupaciones, hasta cumplir nuestra tarea enteramente, y perseverando en esto hasta el fin, como persevera este curso de la luz todos los dias. Ó Sabiduría divina, que saliste de la boca del Altísimo, primogénita antes de todas las criaturas, y despues hiciste que naciese en el cielo una luz perpétua que nunca faltase (*Eccli.* XXIV, 5); comunícame parte de tu soberana luz, con tanta firmeza, que nunca desfallezca, hasta que la reciba cumplida en tu eterna gloria. Amen.

3. Lo tercero, se ha de ponderar como toda la santísima Trinidad, con su imperio amoroso, y con grande gusto, hizo esta luz, y se agradó de ella. Lo cual denotan aquellas palabras de la Escritura: *Dijo Dios: Hágase la luz.* Esto es, dijo el Padre por su Hijo, que es su palabra eterna: Hágase la luz, y al punto quedó hecha. Y viendo con su sabiduría que era buena, con su espíritu de amor la aprobó y se agradó de ella; y como es propio de la bondad comunicarse, quiso que la luz se fuese comunicando por el hemisferio del mundo, como está dicho. Ó Trinidad beatísima, gózome del buen agradamiento que tienes en la luz criada; por el gusto que te da la luz increada. Ó Padre soberano, por el amor que tienes á tu Hijo te suplico digas dentro de mi alma, *Fiat lux*, hágase aquí la luz, porque luego se hará; y hazla, Señor, de manera que me santifiques, para que tu Santo Espíritu venga con ella, y more en esta casa de su luz por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como Dios dividió la luz de las tinieblas, y á la luz llamó dia, y á las tinieblas noche, queriendo que en la tierra hubiese sucesion de luz y tinieblas, de dias y de noches, para que los hombres trabajasen de dia con la luz, y descansasen de noche con las tinieblas, cesando del trabajo para dar alivio al fatigado cuerpo. En lo cual se descubre la suave providencia de este Señor, que así proveyó lo conveniente para nuestros cuerpos. Por lo cual le debo dar gracias, así por la luz, como por las tinieblas, convidándolas á que alaben á Dios con aquellas palabras del cántico (*Dan.* III, 72): *Benedicite lux et tenebrae Domino*, etc. Bendecid al Señor, la luz y las tinieblas, los dias y las noches; alabadle y glorificadle por todos los siglos. Amen.

2. Pero subiendo de aquí á contemplar lo espiritual, ponderaré la diferencia que hay entre Dios y los hombres, entre el cielo y la tierra, porque Dios nuestro Señor, como dice san Juan (*Ioan.* I, 9), es la misma luz, sin que haya en él tinieblas (1 *Ioan.* I, 5); y los bienaventurados en el cielo, por la participacion de su gracia, siempre

son luz sin mezcla de tinieblas. Y en el cielo, como se dice en el Apocalipsis (*Apoc.* XXI, 25), no hay sucesion de noches y dias, porque allí no hay noches; pero en la tierra hay de todo, con mucha sucesion y division. Porque lo primero, unos hay buenos que viven como hijos de la luz, y como quien anda de dia; otros son malos, que viven como hijos de tinieblas, y como quien anda de noche; y uno mismo en un tiempo es hijo de luz y en otro de tinieblas: y Dios divide á estos, aprobando los unos y reprobando los otros. Porque, como dice san Pablo (II *Cor.* VI, 14), no conciertan bien, ni puede tener compañía luz con tinieblas. Por tanto, alma mia, mira cómo vives, y allégate al bando de los hijos de la luz, para que cuando venga el supremo Juez á dividirlos de los hijos de las tinieblas, te quepa su dichosa suerte, gozándote con ellos en la eterna gloria. Amen.

3. Demás de esto, en la tierra hay gran division de luz y tinieblas, de dias y noches en varios hombres, aunque sean justos, y en uno mismo en diversos tiempos, porque ya está en prosperidad, ya en adversidad; ya en honra, ya en deshonra; ya en devocion de espíritu, ya en sequedad de corazon; ya con grandes ilustraciones interiores, ya con grandes tinieblas y falta de ellas. Y esta division hace Dios para ejercicio de sus escogidos, y la aprueba y se agrada de ella, porque conviene esta sucesion de la luz y tinieblas para el bien de su alma; y así me tengo de alegrar de ella, y darle gracias por lo uno y por lo otro, pues su providencia lo trazó para darme por este camino la eterna luz de su bienaventuranza. Ó Padre soberano que con tu palabra apartaste la luz de las tinieblas, alumbra nuestros corazones, de modo que alcancemos la luz de la ciencia y claridad divina que resplandece en el rostro de tu Hijo (II *Cor.* IV, 6), imitando aquella claridad de su vida, para que despues gocemos de su gloria. Amen.

4. Finalmente, ponderaré que pues Dios puso nombre á la luz y á las tinieblas, llamando á la luz dia, y á las tinieblas noche; yo estoy obligado á conformarme con los nombres que de tal sabiduría procedieron, teniendo por luz y por dia, y por virtud, y santidad y prosperidad á lo que Dios tiene por tal, y llama por tal nombre; y de la misma manera teniendo por tinieblas y por noche, y por vicio, y culpa y adversidad á lo que Dios pusiere tal nombre, porque no me comprenda la miserable amenaza del Profeta, que dice (*Isai.* V, 20): ¡Ay de los que llamais bien al mal y mal al bien, confundiendo las tinieblas con la luz, y la luz con las tinieblas! Ó luz inmensa,

alumbra nuestros corazones con la luz de la ciencia y claridad que resplandece en el rostro de Jesucristo (II *Cor.* IV, 6), para que nuestro sentir, hablar y obrar sea en todo conforme al suyo, pues quien le sigue no anda en tinieblas, sino siempre tendrá luz de vida, gozando con él de su eterna gloria. Amen.

MEDITACION XX.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL SEGUNDO DIA.

PUNTO PRIMERO. — *Del elemento del aire.* — 1. *Dijo Dios: Hágase el firmamento en medio de las aguas, y divida unas aguas de otras; é hízose así. Y llamó Dios al firmamento cielo.* (*Genes.* I, 6; *D. Thom.* 1 *p. q.* 68). Lo primero, se ha de considerar como el segundo dia Dios nuestro Señor hizo ó perfeccionó el firmamento, que es todo lo que ahora hay desde la tierra y agua hasta el cielo, que se crió al principio, que por lo menos es la region del aire. En lo cual he de ponderar la grandeza de este beneficio, por los grandes bienes que nos vienen con el elemento del aire; porque con él respiramos y vivimos; dentro de él andamos siempre; por el aire vienen las especies de las cosas que ven los ojos, los sonidos, músicas que oyen los oidos, y los olores suaves que percibe el olfato; por el aire bajan del cielo la luz y las influencias de los planetas, las lluvias, nieves y rocíos; por el aire andan los vientos y las nubes, y de él se hacen muchas cosas necesarias para nuestra vida. Por todo lo cual tengo de dar gracias á Nuestro Señor con grande afecto, y á cada respiracion que hago, atrayendo el aire fresco, habia de respirar otro afecto de alabanza y amor. Unas veces provocaré á mis ojos, oidos y olfato, y á mi corazon y entrañas, que alaben á Dios por este beneficio del aire de que gozan, y por medio del cual viven y hacen sus obras. Otras veces provocaré al mismo aire, y á todas las cosas que vienen y andan por él, para que glorifiquen á su Criador.

2. Tambien puedo ponderar el secreto de este nombre firmamento, porque no era mucho llamar firmamento á los cielos, que, como se dice en el libro de Job (*Iob*, XXXVII, 18), son macizos y fundidos como el bronce; pero siendo el aire la cosa mas fácil de moverse y alterarse que hay en la tierra, para muestra de la divina omnipotencia, se llama firmamento, por la firmeza y estabilidad que

tiene en permanecer, y en hacer los oficios para que Dios le crió, de dividir las aguas y de henchir todos los vacíos, y darnos á todos vida con permanencia, sin que jamás falte aire para respirar. Ó Dios omnipotentísimo, gózome de esta muestra que das de tu admirable omnipotencia, juntando tanta mutabilidad con tanta firmeza. Junta, Dios mio, con mi mudable naturaleza, la firmeza que procede de tu soberana gracia, para que perseverando en hacer lo que me mandas, llegue á gozar del premio que me prometes por todos los siglos. Amen.

Punto segundo.—*De las nubes.*— 1. Lo segundo, se ha de considerar, como Dios nuestro Señor dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban encima de él (*Psalm.* cxlviii, 4; *Dan.* iii, 60), ora sea algunas aguas que tenga Dios sobre los cielos para los fines que su eterna sabiduría sabe, ora sean los vapores ó aguas de las nubes que andan en este firmamento y region del aire, y se convierten en lluvias. Y hablando de estas que percibimos con el sentido, para considerar el grande beneficio que nos hace Nuestro Señor con ellas, ponderaré la providencia de este Señor, la cual resplandece aquí en muchas cosas.—Lo primero, en que viendo ser necesario dividir las aguas que cubrian la tierra, para que parte de ella quedase seca y habitable de animales y hombres, quiso en este segundo dia hacer primero otra division de las aguas, dejando las mas gruesas y terrestres sobre la tierra, y levantando de ellas otras mas sutiles y delicadas en la region del aire, que son las nubes, para humedecer á sus tiempos la tierra seca y fertilizarla (*Iob,* xxxviii, 27), de modo que lleve sus frutos.

2. Y de aquí es, que con su providencia las gobierna y reparte, llevándolas por el aire á donde quiere para bien de los hombres, usando de esta misericordia en tiempo que clama su necesidad por ella. Y por esto se dice en Job (*Iob,* xxxvii, 11): Que el trigo desea las nubes, las cuales van rodeando el mundo á donde quiera que las lleva la voluntad de Dios que las gobierna, haciendo todo lo que les manda en la redondez de la tierra, ó en una region especial, ó en la tierra propia donde se levantaron, ó en otra muy distante, y en cualquier lugar donde su misericordia quisiere que se hallen. Y es tan grande la misericordia y amor que en esto muestra, que él mismo se quiso llamar padre (*Iob*, xxxviii, 28) de la lluvia y del rocío; porque con amor de Padre la envia sobre la tierra para beneficio de los que moran en ella. Ó Padre de misericordias, gracias inmensas te doy, porque te llamas tambien Padre de las lluvias (*Matth.*

v, 15), repartiéndolas con amor de padre, no solamente sobre la tierra de los justos, sino tambien sobre las que poseen los pecadores. Derrama sobre mi alma la lluvia de tu gracia para que no sea ingrato á tan soberana misericordia, sino siempre te alabe, ame y sirva por ella. Amen.

3. Lo tercero, resplandece la omnipotencia y providencia de Dios, en que por una parte sustenta en el aire tanta inmensidad de nubes cargadas de agua; y por otra parte, cuando caen no bajan de un golpe, sino poco á poco para que rieguen y se empapen en la tierra. Y como dice Job (*Iob*, XXVI, 8): Dios es el que ata las aguas en sus nubes para que no bajen abajo todas juntas (*Iob*, XXXVIII, 25); y cuando bajan con ímpetu, Dios es el que se le da; y cuando van goteando, Dios es el que cuenta todas sus gotas (*Eccli.* I, 2), señalando el lugar donde han de caer. ¡Oh Omnipotencia sapientísima! Ó Sabiduría omnipotentísima, alábente las nubes y las lluvias, y las gotas del rocío te glorifiquen para siempre por el ser que les das, y por el modo con que las distribuyes sobre la tierra. Y pues todo es para bien de los hombres, todos te glorifiquen y sirvan por este beneficio que de tí reciben. Amen.

4. Lo cuarto, ponderaré como tambien las nubes por la providencia de Dios nos sirven de toldo para templar los ardores y resplandores del sol, recibiendo de él la luz, y dándonosla mas templada y moderada. Por lo cual tambien se dice en Job (*Iob*, XXXVII, 11), que el trigo desea las nubes, y ellas esparcen su luz y su lluvia, con la cual templan los ardores y calores de la tierra. Todos estos beneficios tuvieron principio en lo que hizo Dios este segundo dia: pues cada dia los recibimos y gozamos de nuevo, cada dia hemos de alabar y servir á Dios por ellos.

PUNTO TERCERO. — *Como el alma santa es cielo.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor llamó cielo á todo el firmamento, aun por la parte que abraza el aire, por la semejanza que tiene el aire con los cielos, en estar levantado sobre nosotros, y ser transparente, y sujeto en que se recibe la luz, y otras calidades que causan los cielos. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 68, *art.* 4). Pero levantando el espíritu á contemplar el misterio de las obras de este segundo dia, consideraré en ellas las propiedades del alma, á quien Dios nuestro Señor hace su cielo por la santidad, la cual despues que ha recibido de su omnipotencia la luz con que se perfecciona el entendimiento, recibe la firmeza y estabilidad de la gracia, y virtudes celestiales con que se perfecciona la voluntad y corazon: de modo

que quien era mudable por su condicion, sea firme y estable por la proteccion de Dios.

2. *Lluvias de consuelo.* — De aquí procede la division de las aguas, que son las aficiones é inclinaciones, las cuales solian estar mezcladas y confundidas, pero con la divina gracia se apartan y dividen, y las aficiones de las cosas de la tierra quedan en su lugar inferior, sujetas al espíritu, y las aficiones de las cosas del cielo suben al lugar superior presidiendo sobre la carne; y aunque hay guerra entre carne y espíritu, como dice san Pablo (*Galat.* v, 17), pero vence el espíritu y queda en superior lugar, porque la gracia de Dios es su firmamento y fortaleza, que divide con firmeza las aficiones del uno y del otro; pero de las aguas superiores del espíritu bajan de cuando en cuando lluvias que riegan la tierra seca y estéril de la carne, para que lleve frutos de buenas obras, y para que corazon y carne se alegren en Dios vivo (*Psalm.* LXXXIII, 3), de quien el bien de ambos procede. Ó Dios eterno, ¿cómo no te amaré por tantos bienes como de tí recibo? ámete yo, fortaleza mia, refugio mio y firmamento mio (*Psalm.* XVII, 2): séame tu gracia firmamento, con la cual firmemente aparte lo precioso de lo vil (*Ierem.* XV, 19), para ser amigo muy privado tuyo. Envia del cielo la lluvia de tu celestial doctrina, y el rocío de tu dulce sabiduría, para que empapado con este riego soberano, lleve frutos de santas obras que permanezcan hasta la vida eterna. Amen.

3. Últimamente, ponderaré la causa por que Nuestro Señor no alabó la obra de este dia, diciendo que era buena, como lo dijo de la obra del dia pasado y de los siguientes. — La principal fue, porque Dios no alaba, ni se agrada del todo en las obras, hasta que están perfectas y acabadas. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 74, *art.* 3 *ad* 3). Y como la division de las aguas se comenzó en este dia y no se acabó hasta el dia siguiente, por esto no dijo que era buena hasta el tercero dia, cuando estaba acabada. Con lo cual me avisa que procure la entereza y perfeccion de mi vida y de mis obras, pues en sus ojos no es tenida por buena y perfecta la obra que tiene buen principio, si tiene mal fin, ni se salvará quien bien comienza, sino quien bien acaba, y el que persevere hasta el fin será salvo. (*Matth.* X, 22).

4. Esto puedo ponderar mas, si se admite lo que dicen algunos doctores (*Albert.* 2 *à* 5; *Dion. Cart. ibi q.* 6, *mag. hist. in suo Gen. c.* 4, *dicit esse traditionem Hebr.*), que en este dia segundo, que es el lunes, pecaron los malos Ángeles, y los apartó Dios de los buenos, dejando á los buenos sobre el firmamento, y á los malos debajo

en el abismo, gimiendo como los gigantes (*Ioan.* XXVI, 5) debajo de las aguas. Y por esta causa dicen que Dios nuestro Señor no llamó bueno á lo que se habia hecho este dia, atendiendo á la maldad y pecado que tuvo principio en él por los demonios, que comenzaron bien y acabaron mal, porque no perseveraron en la verdad (*Ioan.* VIII, 44) y luz que habian recibido. De este ejemplo tomaré aviso para temer de mi flaqueza mirando á los Ángeles malos, y para confiar en la virtud de Dios mirando á los buenos. Y en este dia alabaré á Dios por la merced que les hizo en darles perseverancia, y me gozaré con ellos de la gloria que alcanzaron, suplicándoles sean mis defensores contra los demonios, y mis abogados con Dios, para que él sea mi fortaleza, mi perseverancia y corona por todos los siglos. Amen.

5. Tambien puedo ponderar otra causa mística, de no haber dado Dios su bendicion al segundo dia (*D. Thom. ubi supr.*), porque era principio de la division en los dias, y señal de la desunion, que es contraria á la unidad ó union que es propia de la caridad; la cual le agrada mucho, y derrama su bendicion sobre los que la abrazan, y niégala á los que la aborrecen y se apartan de ella. Y así dijo David (*Psalm.* CXXXII, 1): ¡Oh cuán bueno es y cuán alegre vivir los hermanos en union! porque en ella puso Dios su bendicion, la vida sempiterna. Y siendo esto así, razon es que yo escoja este uno necesario (*Luc.* X, 42), para que llegue á gozar de aquel único dia, que, como dice el mismo David (*Psalm.* LXXXIII, 11), se goza en la casa de Dios, y vale mas que millares fuera de ella, huyendo de la division fraterna, que priva de la bendicion divina.

MEDITACION XXI.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL TERCER DIA.

PUNTO PRIMERO.—*De las aguas del mar.*— 1. *Dijo Dios: Júntense las aguas que están debajo del cielo en un lugar, y descúbrase la tierra, y así se hizo. A lo seco llamó tierra, y á la congregacion de las aguas llamó mar; y viendo que era bueno, dijo: Brote la tierra yerba verde que lleve semilla, y árboles fructuosos que lleven fruto segun su especie, cuya semilla en ellos mismos permanezca sobre la tierra: é hízose así.* (*Genes.* I, 9; *D. Thom.* 1 *p. q.* 69, *art.* 1).—Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor el tercer dia, viendo que la tierra estaba cubierta de agua, juntó las aguas que estaban debajo del cielo, en un lugar, descubriendo su omnipotencia en muchas cosas

maravillosas.—Lo primero, en que con ser estas aguas inmensas, con solo su imperio, en un momento ó en tiempo brevísimo las recogió todas en un lugar anchísimo y extendidísimo, que se divide en otros muchos que llamó mares; y todas ellas llevadas por su omnipotencia se juntaron cada una en su lugar brevísimamente, sin resistencia, obedeciendo al divino imperio. Y así dice David (*Psalm.* CIII, 6): El abismo de las aguas cubria la tierra como vestidura; pero con tu imperio huyeron, y con tu voz como de trueno se espantaron. ¿Qué fuera ver en este dia huir con increible presteza la inmensidad de las aguas al lugar que Dios las tenia señalado? Unas fueron al Océano, otras al Sur, otras al Mediterráneo, y otras á otros mares. Ó Dios omnipotentísimo, pues tan poderoso es tu imperio, recoge las aguas de mis aficiones y pensamientos que andan derramados por toda la tierra, y ponlos en un lugar señalado por tu voluntad, de modo que nunca se aparten de ella.

2. *Dechado de perfecta obediencia.*—Pero en esto mismo resplandece tambien la omnipotencia de Dios nuestro Señor, porque teniendo las aguas natural inclinacion á estar encima de la tierra, como en su lugar natural, cercándola por todas partes, como el aire cerca la tierra y agua, sin embargo de esto, en oyendo el divino imperio dejan este lugar y se van á las concavidades y honduras que Dios les señaló, y allí están sin repugnancia alguna, por el bien comun y universal de las demás criaturas, teniendo por propio el bien comun, y quietándose en el lugar que les dió el Criador. Ó alma mia, aprende á obedecer á tu Criador por este nobilísimo ejemplo que te da su criatura; niega tu inclinacion propia por hacer la voluntad divina, y deja tu provecho temporal por acomodarte al bien de tus hermanos. Ó Dios de mi alma, ponme en cualquier lugar que quisieres, que en este descansará mi corazon. Si me quitares el lugar anchuroso y alto en que me habias puesto, y me mandares recoger á otro estrecho y bajo, eso quiero yo, porque gusto dejar mi inclinacion por seguir la tuya, y la tuya será la mia. No quiero mi provecho solo (I *Cor.* X, 33), sino el comun de mis hermanos; y de buena gana cederé á mi derecho, por el bien de ellos, pues el bien de todos será mio, obedeciéndote á tí, cuya hechura somos todos.

3. Lo tercero, resplandece la omnipotencia de Dios altísimamente en tener á raya estas aguas del (*Prov.* VIII, 29; *Psalm.* CIII, 9) mar en el lugar donde las puso, sin que jamás puedan salir de él, ni traspasar los límites y términos que les tiene señalados: y con tener grandes

menguantes y crecientes, maravillosos flujos y reflujos, horribles olas y tempestades, todo para dentro del término de la arena que Dios les señaló, y de esto se precia el mismo Dios, diciendo á Job (*Iob*, XXXVIII, 8): ¿Quién otro que yo puso el mar entre puertas, cuando salió con gran ímpetu del abismo de mi omnipotencia? Yo le cerqué con mis límites, y le puse puertas con cerrojos, diciendo: Hasta aquí llegarás, sin pasar mas adelante, y aquí quebrantarás tus hinchadas olas.

4. De esta consideracion no solamente sacaré admiracion de la omnipotencia de Dios, sino temor grande de no ofenderle, acordándome de lo que dice por Jeremías (*c.* v, 22): ¿Á mí no temeréis, dice el Señor, y en mi presencia no os doleréis de vuestra mala vida? Yo soy el que puse á la arena por término del mar, con un precepto sempiterno que siempre guardará; alterarse han las aguas, y no podrán ir contra él: levantarse han las olas, y no le traspasarán. Ó Dios omnipotente, ¿quién no temerá ofenderte, y quién no se dolerá de haberte tantas veces ofendido? Cerca, Señor, este mar de mi corazon con la cerca de tu proteccion, y ciérrale con las puertas y candados de tu santo temor, para que nunca traspase los preceptos que me has puesto, ni las olas de mis pasiones le saquen del lugar que me tienes señalado.—Tambien sacaré de aquí afectos de confianza en la omnipotencia de Dios, el cual, como dice Isaías (*Isai.* XL, 12), tiene las aguas en un puño, y las aprieta y hace estar á raya, aunque sean deleznables, y aunque fuese así como dicen muchos santos, que el mar en algunas partes está mas alto que la tierra, para que yo confie, que aunque me deslice como agua, y la inclinacion de mi carne me lleve á salir del lugar donde Dios me ha puesto, él me conservará y tendrá á raya, para que cumpla siempre su santa voluntad.

PUNTO SEGUNDO.—*De los montes y valles.*— 1. Lo segundo, se han de considerar las maravillas que hizo Dios este dia en la tierra, para recoger las aguas y acomodarlas á los vivientes. Porque primeramente con su imperio en un momento revolvió y conmovió gran parte de la tierra, que era esférica y redonda, haciendo hondísimas concavidades donde recoger las aguas, y levantando altísimos montes que fuesen como muros, con la notable variedad de llanuras, collados, valles y puertos que ahora tiene, obedeciendo la tierra en todo el divino imperio: por lo cual dice David (*Psalm.* CIII, 8): Suben los montes, y bájanse los campos al lugar que tú les señalaste. De donde sacaré los mismos afectos de admiracion, obediencia, temor y

confianza, temblando de este Señor tan poderoso, que, como dijo Job (*Iob*, IX, 5): Trastorna los montes de repente, primero que lo sepan los que quiere hundir con su furor; mueve la tierra de su lugar, y hace temblar sus colunas y cimientos. Pero no menos confiaré en la palabra de este poderoso Dios, que dijo (*Matth.* XVII, 19): *Si tuviéredes fe como un grano de mostaza, y dijéredes á un monte, pásate de aquí allí, luego se hará, y ninguna cosa os será imposible*, porque la omnipotencia de Dios que puso los montes en el lugar que tienen, puede facilísimamente mudarlos de este á otro.

2. Lo segundo, ponderaré la omnipotencia de Dios en dejar la tierra tan seca y enjuta, que la llamase *árida* (*Genes.* VIII), sin detenerse muchos dias en esto, como en tiempo del diluvio, y sin ser menester vientos que la secasen, como secaron en una noche el suelo que dejó descubierto (*Exod.* XIV, 21) el mar Bermejo, porque la virtud de Dios por sí sola la secó en un abrir y cerrar de ojo. Ó Espíritu divino (*Deut.* IV, 24), que eres fuego que consume y viento que abrasa; consume en mi carne las humedades de mis aficiones terrenas, y abrasa mi corazon con el amor de tus virtudes celestiales, para que el demonio, amigo de lugares húmedos, y enemigo de los secos (*Matth.* XII, 43), no halle posada en mi alma, tomando tú posesion de ella.

3. *De las fuentes y rios.*—Lo tercero, ponderaré como Dios nuestro Señor con admirable providencia, de tal manera recogió las aguas al mar dejando la tierra seca, que juntamente dejó en ella muchas aguas dulces, de rios y fuentes, repartidas por varios lugares, haciendo para esto sus concavidades y canales en ella, y unas como venas dentro de sus entrañas, por las cuales pasase el agua que salia del mar, en el cual, como dice el Eclesiastés (*c.* I, 7), entran los rios para salir otra vez de él: en lo cual se han de ponderar algunas cosas maravillosas.—La primera es, la muchedumbre de estos rios y fuentes, y pozos tan acomodados á cada lugar de la tierra, y en los mas altos montes y peñas, de donde van destilando y cayendo á los valles.—La segunda es, la perpetuidad y continuacion; porque corriendo siempre, y por tantos años, no ha faltado ni faltará nueva agua que siempre corra y nunca pare.

4. La tercera es, la dulzura de estas aguas, siendo las del mar, de donde muchas de ellas salen, muy amargas, porque la omnipotencia del Criador, colándolas por los poros de la tierra, convierte su amargura en dulzura, para que se vea cuán fácil le es á Dios mudar un contrario en otro, y convertir lo amargo en dulce al que

le sirve de veras.-La cuarta es, la utilidad grande que tienen estas aguas para regar y fertilizar la tierra, de modo que tenga agua del cielo, y agua de las fuentes y pozos que están en ella. Además, á los hombres y á los vivientes son muy necesarias para su bebida y conservacion de su vida, para lavarse y bañarse, y resistir al calor del fuego, sin otras admirables propiedades que tienen las aguas de las fuentes para sanar los cuerpos de muchas enfermedades. Todo esto hizo nuestro gran Dios este dia, con providencia de Padre, por la cual le debemos dar continuas gracias cada vez que usamos de este beneficio, y convidar al mar y tierra, á los montes y collados, á los rios y fuentes que alaben y glorifiquen á su Hacedor. (*Dan.* III, 74).

5. *De las minas y metales.*—Lo cuarto, ponderaré como Nuestro Señor en este mismo dia dispuso la tierra de tal manera, que cierta parte fuese gruesa y muy á propósito para las plantas y arboledas que pensaba hacer, y otra parte fuese como mina, en la cual se engendrasen el oro y plata, hierro, azogue y otros metales, y mixtos necesarios para el uso y servicio de los hombres, repartiendo estas minas por diversos lugares de la tierra, dispuestos para esto, como dijo Job (*Iob*, XXVIII, 1), y es creible que los hizo Dios luego; por lo cual tambien debo dar muchas gracias al Criador, que tan cuidadoso fue en proveernos de estas cosas, sin las cuales no pudiéramos pasar sin mucho trabajo; y así cada vez que uso de ellas he de glorificar al que me las dió. Pero he de ponderar que la divina Escritura no hace aquí mencion de la creacion de estos metales, como ni de otras cosas ocultas (*D. Thom.* 1 *p. q.* 69, *art* 2 *ad* 2): y quizá la causa mística es, para enseñar á los hombres el poco caso que han de hacer de estas riquezas temporales en comparacion de las celestiales, contemplando como son parte de la misma tierra, y de tan poca estima que su Hacedor, contando las cosas que habia criado, no quiso ponerlas en esta cuenta: y los que con demasía las estiman, caerán en la maldicion que profetiza David contra los malos, diciendo (*Psalm.* XVI, 14): Apártalos, Señor, en su vida de los pocos, porque llenaron su vientre de tus cosas escondidas; esto es, apártalos del número de tus escogidos, porque hartaron su codicia con los tesoros que criaste en lo escondido de la tierra. Ó Dios eterno, que criaste el oro y plata, y los demás metales para mi provecho, no permitas que con mi mal uso los convierta en mi daño: no sea instrumento para ofenderte, lo que debe serlo para servirte y alabarte. Amen.

PUNTO TERCERO.—*De las plantas y árboles.*— 1. Lo tercero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor en apartando las aguas de la tierra, dando por buena esta division porque estaba ya perfecta y acabada, dijo luego (*Genes.* I, 11): Brote la tierra yerba verde, etc. En lo cual resplandecen dos cosas señaladas.—La primera, que aunque parecia bastante obra para este tercer dia haber apartado las aguas de la tierra; como Nuestro Señor vió que la tierra descubierta quedaba fea y muy imperfecta, no quiso que durase todo aquel dia en esta imperfeccion y fealdad, dilatando para el siguiente el perfeccionarla y hermosearla, sino luego comenzó á vestirla y cubrirla con el adorno que habia de tener. En lo cual se nos representa la providencia de Dios con sus criaturas, y la gana que tiene de perfeccionarlas; porque como quitó á la tierra una vestidura ó cubierta que la afeaba y hacia invisible, y la dió luego otra que la hermoseó é hizo muy vistosa, sin querer que ni por un breve tiempo estuviese desnuda; así tambien su deseo es desnudarnos la vestidura del hombre viejo que nos hace feos, aborrecibles é indignos de que nos mire y nos miren sus Ángeles, y luego quiere vestirnos la vestidura nueva de su gracia y virtudes, para que seamos hermosos y agradables á sus ojos. Y en esto desea que no haya dilacion de nuestra parte, procurando no dejar para el dia de mañana lo que podemos hacer en el presente.

2. La segunda cosa es, que no quiso criar de nada las plantas y árboles que habian de adornar la tierra, aunque le fuera fácil el hacerlo, sino quiso que la misma tierra le ayudase á ello, y por esto dijo: *Germinet terra:* la tierra brote y produzca yerba, etc. Y así fue, porque siendo Dios el principal hacedor, la tierra le dió lo que tenia, que era á sí misma, para que de ella como de materia se hiciesen las plantas, aunque fuese con alguna corrupcion suya. En lo cual altísimamente se nos representa que Dios nuestro Señor, aunque desea sumamente nuestra perfeccion, no quiere hacerla á solas, sino que le ayudemos nosotros, cooperando con su divina gracia, ofreciéndole lo que tenemos, que es á nosotros mismos, nuestro corazon y libertad, para que su divina Majestad haga en nosotros y de nosotros lo que quisiere, aunque sea con alguna corrupcion y destruccion de lo que tenemos; esto es, de nuestra propia voluntad y deseos terrenos, mortificando y deshaciendo el mal que hicimos: y así con su ayuda, nosotros mismos, como dice el apóstol san Pablo (*Colos.* III, 9), hemos de desnudarnos del hombre viejo y de sus obras, y vestirnos del nuevo y de las suyas. ¡Oh Dios perfectísimo, fuente

y orígen de toda perfeccion, que por honrar mas al hombre y conservar mas entera su libertad, no quieres santificarle ni perfeccionarle, sin que él tenga parte en su santidad y perfeccion, ves aquí, misericordioso Señor, me presento como la tierra, aparejado para recibir las plantas de las virtudes celestiales; á tí, Señor, pertenece hacerlas con tu omnipotencia, y yo prevenido con tu gracia, doy mi consentimiento para recibirlas, cuésteme lo que me costare, y dame lo que te pido para que te sirva como debo.

3. Luego consideraré por menudo las cosas que hizo Dios de la tierra con este imperio, ponderando cinco excelencias que manifiestan la omnipotencia y providencia con los vivientes, especialmente con los hombres, para cuyo provecho se hizo todo esto. – La primera es, la muchedumbre innumerable de yerba, plantas, flores y árboles que Dios hizo en este dia, repartiéndolas por diversas partes de la tierra, conforme á la calidad y clima de cada una; porque unas plantas piden tierras frias, y otras tierras calientes, y otras templadas, y en todas puso las que se podian conservar segun su naturaleza: porque la divina Providencia muestra suavidad en todas sus obras, y así tambien suele acomodar los dones de su gracia con lo bueno de nuestra naturaleza, para que yendo á una obren con mas suavidad y duracion.

4. La segunda es, la facilidad y presteza con que hizo todas estas plantas en toda la tierra, que tan extendida está por tantos millares de leguas, y tan poblada de diversas plantas; pues en diciendo hágase, al punto se hizo, y quedó la tierra vestida de tanta variedad y hermosura, que de ella se precia el mismo Dios que la crió diciendo (*Psalm.* XLIX, 11): La hermosura del campo está conmigo. – Á esto se añade la tercera excelencia, que hizo Dios nuestro Señor todas estas plantas y árboles en la grandeza y perfeccion que pueden tener, y el árbol, que á su paso natural tarda muchos años en echar raíces y crecer, y llevar hojas y frutos, en un momento salió perfecto con todo esto, porque las obras de Dios nuestro Señor son perfectas, y lo que los hombres hacemos poco á poco y con mucho trabajo, puede Dios hacerlo de presto, y con grande perfeccion y alivio. Ó Criador omnipotentísimo y perfectísimo, gracias te doy por la presteza y perfeccion con que hiciste tantas y tan grandes cosas en este dia, sobrándote mucho tiempo para hacer otras muchas si quisieras. Muestra conmigo esta omnipotencia, abreviando con tu divina gracia lo que dilata mi flaqueza (*Eccli.* XI, 23), pues es cosa muy fácil en tus ojos de repente enriquecer al pobre.

5. La cuarta excelencia abraza los grandes é innumerables provechos que de esta obra resultan á los hombres, para conservacion de su vida y regalo de sus sentidos. Los ojos se recrean con la hermosura de las flores y florestas que Dios nuestro Señor hizo; el olfato con el olor suavísimo que de ellas procede; el gusto con el sabor de tantas frutas y hortalizas, unas mas sabrosas que otras; y el cuerpo crece, engorda y se sustenta, y cobra fuerzas con ellas. Y aunque para la conservacion de la vida bastara que Dios criara el trigo, de que se hace el pan, y las vides, de que se hace el vino, quiso su providencia ser liberalísima en criar grande variedad de plantas para sustento y regalo nuestro, para quitar el fastidio con la variedad, y tambien para que diversos gustos hallasen proporcionados manjares con que se recreasen. Y demás de esto, á muchas de ellas dió virtudes medicinales maravillosas para las enfermedades de nuestros cuerpos, de que se hacen las medicinas con que nos curamos; y para que nada nos faltase, los árboles que no dan fruta dan siquiera madera de que hacer casas y otras cosas artificiales de que usamos, y leña que cebe el fuego con que nos calentamos, sin otros muchos provechos que seria largo de contar.

6. Y finalmente, para que estas cosas durasen perpétuamente, dió virtud á las plantas y árboles que hizo en este dia, para que produjesen semillas, de que naciesen otras semejantes, como al ojo lo vemos cada dia.—Con estas cinco consideraciones, y con cada una de ellas levantaré mi corazon á glorificar á Dios por estas cosas que crió para conservacion y regalo de mi vida, y de los animales que gozan de ellas y me sirven á mí; pues aunque yo no coma la yerba, pácela el carnero y oveja que yo como, y aunque no sea mi sustento la cebada, eslo de la cabalgadura en que ando. Y así con mucha razon dijo David (*Psalm.* CIII, 14), que produce Dios heno para las bestias, y yerba para servicio de los hombres. Ó Vida de los vivientes, á quien todos miran, esperando que les dés manjar para sustentar su vida, y abriendo tú la mano se llenen todos de tu largueza; gracias te doy cuantas puedo, por la liberalidad con que tu mano se abrió en este dia para dar adorno á la tierra, pasto á los animales, sustento y regalo á los hombres; y pues cada dia prosigue tu largueza continuando este beneficio, cada dia proseguirá mi agradecimiento, continuando el servicio que por él te debo.

PUNTO CUARTO.—*Del paraiso terrenal.*— 1. Lo cuarto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, en este mismo dia (*D. Thom.* 1 *p. q.* 102, *art.* 1 *ad* 1), con particularísima providencia plantó en la

mejor parte de la tierra un huerto excelentísimo y apacibilísimo, tal que por excelencia se llamó paraíso y huerto de deleites, para que fuese morada del hombre, edificándole la casa antes de criarle. (*Genes.* II, 8). Las excelencias de este paraíso principalmente fueron cinco.-La primera, que tenia el mejor temple del mundo de parte del cielo, del suelo y del aire, sin demasía de frio ni de calor, y sin los nublados y tempestades y penalidades que experimentamos ahora.-La segunda, que estaba proveido de toda suerte de árboles hermosos á la vista y deleitables al gusto, plantados con admirable órden y concierto, cuyo sabor y gusto era tan grande, que no echara menos el hombre el uso de las carnes y pescados que despues se le concedió.

2. La tercera, que en medio de él estaba el árbol de la vida, hermosísimo y suavísimo, cuya fruta preservaba de enfermedad y vejez, y de corrupcion, y prolongaba la vida temporal (*D. Thom.* 1 *p. q.* 102, *art.* 4), todo el tiempo que Dios queria, hasta traspasar al hombre á la vida eterna.-La cuarta, que tenia un rio de aguas dulces y saludables, copiosísimo para regar el paraíso, y dar al hombre bebida muy saludable y cordial, el cual se dividia despues en cuatro rios que regaban lo restante de la tierra comarcana.-La quinta, que era espacioso y capaz para muchos hombres; de suerte, que aunque era huerto, era tan extendido como una provincia de España ó Francia. Y en conclusion, todos los huertos ó jardines que han plantado los monarcas del mundo no tienen que ver con este huerto, que plantó Dios con su providencia amorosa, para que fuese habitacion, no de malos y de buenos como esos otros huertos, sino de solos buenos.

3. Pero sobre todo, he de ponderar la grandeza del beneficio que yo recibí de Dios en este paraíso; porque su voluntad fue criarle no solo para Adan, sino para sus descendientes y para mí mismo, si Adan no pecara; y así cuanto es de su parte ya me le dió. Gracias te doy, ó Padre soberano, por la voluntad que tuviste de dar al hombre dos paraísos en que morase, uno terreno y otro celestial, trasladándole del uno al otro si perseveraba en tu servicio. Suplícote, Señor, que pues ya perdí por el pecado de Adan el primero, no pierda por mis pecados el segundo. Y pues me perdonaste ya la culpa original por el Bautismo, perdóname las actuales por la Penitencia; consérvame siempre en el paraíso terreno de tu Iglesia, con la comida del árbol de la vida que tienes en ella, para que en viniendo la muerte, me traslades al paraíso celestial de tu gloria. Amen.

Punto quinto. — 1. Lo quinto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, acabada la obra de este dia tercero, vió que era buena (*Genes.* I, 12), porque nada le faltaba de todo lo conveniente para el fin de su creacion. En lo cual se ha de ponderar, lo primero, que todas las cosas que Dios crió para nuestro sustento son buenas, y ninguna es mala de su naturaleza, aunque puede ser malo el uso por haberle su Majestad prohibido, como vedó á nuestros primeros padres comer la fruta del árbol de la ciencia, aunque era hermosa y deleitable, lo cual hizo para probar su obediencia. Y ahora el mismo Dios por medio de su Iglesia prohibe el uso de algunos manjares, y los perfectos, ó con voto, ó por devocion, se prohiben á sí mismos el uso de algunas cosas regaladas, para mortificar su carne. De donde sacaré gran determinacion de usar de estas cosas con agradecimiento y templanza; porque si la cosa que Dios crió es buena, no es razon que el uso por mi glotonería se haga malo, en lo cual guardaré el consejo de san Pablo que dice (I *Tim.* IV, 4): Toda criatura de Dios es buena, y ninguna se ha de desechar, por título de ser mala, si se recibe y come con accion de gracias, porque está santificada por la palabra de Dios y por la oracion; porque el Verbo divino la aprueba por buena, y la oracion que acompaña la comida la hace santa.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que todo lo que Dios crió en este dia fue bueno, sin embargo de que tambien hizo los espinos y algunas plantas y yerbas venenosas, porque aunque estas sean dañosas para los hombres, son provechosas para otros animales, ó para otros fines del universo, y aun al mismo hombre sirven de medicina mezcladas con otras; y si Adan no pecara, nunca le pudieran dañar. Y finalmente, son instrumentos de la divina justicia, para castigar á los que usan mal de otras cosas; y esto basta para ser muy buenas, pues aun de las que son muy provechosas usa Dios para castigar á los malos y desagradecidos, porque el agua á unos refresca y á otros ahoga; el fuego á unos calienta y á otros abrasa. De donde he de concluir, con cuánto cuidado debo usar de estas criaturas en servicio de mi Criador, imaginando que todas me dicen aquellas tres palabras que pone Hugo de San Víctor (*Lib. de arca mor. c.* IV, *t.* 2): *Accipe, redde, fuge: accipe beneficium, redde debitum, fuge supplicium.* Recibe, paga, y huye; recibe el beneficio, paga la deuda, y huye del castigo, como quien dice: Si no quieres servir á Dios por el beneficio que de él recibes sírvele siquiera por el castigo que te puede dar, porque la criatura que crió para tu provecho se conver-

tirá en tu verdugo y tormento. Este lenguaje tengo de oir y entender en viendo las criaturas, y en queriendo usar de ellas, mirando á Dios, de quien todas proceden y por quien dice estas palabras. Ó sumo Bien de quien todo lo que procede es bueno; concédeme que use de ello con tal bondad y agradecimiento, que huya el castigo y alcance el premio, gozando de tu suma bondad por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXII.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL CUARTO DIA.

PUNTO PRIMERO. - *Del sol.* — 1. *Dijo Dios: Háganse lumbreras en el cielo, que dividan el dia y la noche, y sirvan de señales, y de dividir los tiempos, los dias y los años, para que resplandezcan en el firmamento del cielo y alumbren la tierra: é hízose así, porque hizo Dios dos lumbreras grandes: la mayor para que presidiese al dia, y la menor para que presidiese á la noche, y las estrellas,* etc. (*Genes.* I, 14; *D. Thom.* 1 *p. q.* 70).-Lo primero, se ha de considerar la grandeza del beneficio que nos hizo Dios en criar la lumbrera mayor de las dos, que es el sol, ponderando juntamente sus excelencias, y el fruto que de ellas se puede sacar. (*Eccles. in hym. ad Vesp. fer.* IV).-La primera es, la grandeza de luz que tiene como fuente de la luz, cuyo resplandor es tan grande, que en saliendo al mundo oscurece las estrellas, y en su presencia son como si no fuesen.-La segunda es, la perpetuidad y permanencia de esta luz, sin menguarse un punto, ni enturbiarse en sí misma. (*Pereira,* hìc).

2. La tercera es, la grandeza de cuerpo, por razon de la cual le llama la Escritura, *luminare maius,* porque es mas de seis mil veces mayor que la luna, y mas de cien veces mayor que la tierra.-La cuarta es, eficacia grande en alumbrar á todo el mundo, y repartir con gran liberalidad su luz en un momento y sin resistencia alguna en los cuerpos capaces de ella, presidiendo como rey al dia, y haciéndole con su movimiento ligerísimo desde Oriente á Poniente, como dice el Salmista. (*Psalm.* XVIII, 6).-Demás de esto, tiene maravillosa eficacia en calentar, echando de sí rayos como de fuego; y juntamente tiene virtud en causar tales influencias, que vivifican y hacen crecer las plantas y los vivientes, ayudando á todos para su vida y conservacion.

3. La sexta es, que con el movimiento propio que comenzó este cuarto dia hace la diversidad de tiempos, que son, verano, invier-

no, estío y otoño. Además la diversidad de los dias, unos mayores que otros, en diversos tiempos y lugares. Además, él hace los años, porque su entero movimiento es el tiempo que llamamos año. Para estos fines le crió Dios, mostrando su omnipotencia en hacer tan bella y tan grande criatura en un instante, con solo su querer; y por esto le llama el Sábio (*Eccli.* XLIII, 2), vaso y cosa admirable, obra por excelencia del muy Alto; por lo cual he de darle gracias cada vez que sale, admirándome de la belleza y constancia que muestra en su nacimiento y carrera, conforme á lo que dice David (*Psalm.* XVIII, 7): Sale como desposado de su tálamo, y alégrase como gigante, para correr su carrera, saliendo de un extremo del cielo, sin parar hasta llegar al otro. Ó Dios omnipotentísimo, gózome de la gloria que te da esta bella criatura, y alábote mil veces por el bien que cada dia nos haces por medio de ella. Justo es, Señor, que cuando sale el sol yo me alegre como gigante, para correr en tu servicio la carrera de aquel dia, comenzando desde la mañana con perseverancia en el fervor hasta la tarde.

4. De aquí subiré á contemplar, como el sol es símbolo y señal de la divinidad de Dios, por la cual es conocida de los hombres mas claramente que por otras criaturas. Y por esto dijo el Salmista (*Psalm.* XVIII, 7): Que Dios habia puesto su tabernáculo y morada en el sol, en quien obra cosas maravillosas, y allí le hallará quien le buscare, meditando las seis propiedades que cóntamos, las cuales con mas excelencia están en la divinidad de quien ellas procedieron. Ó Dios eterno, sol de justicia, luz inaccesible, en cuya presencia no solo se oscurecen las estrellas, sino el mismo sol; tú eres fuente de la luz y fuente perpétua que no se puede agotar: tú alumbras los hombres, especialmente tus escogidos, y con tu luz les das calor vital é influencias celestiales: tú eres el que presides sobre el sol y el dia, sobre los tiempos y años, y por tu voluntad están repartidos con el órden y concierto que ahora tienen. Alábete, Señor, el sol y el dia, el invierno y el verano, el estío y el otoño, y todas las cosas te glorifiquen por la gloria que descubres en esta criatura. Amen. — De aquí tambien aprenderé á imitar en mi modo las propiedades del sol, pues del alma perfecta se dice (*Cant.* VI, 8), *electa ut sol*, que es escogida como el sol, por la singular santidad que tiene, en la cual persevera sin mudanza, resplandeciendo con buenas obras para la gloria de Dios, y para dar luz y calor de espíritu á los prójimos.

PUNTO SEGUNDO. — *De la luna.* — 1. Lo segundo, se ha de considerar la grandeza del beneficio que nos hizo Dios nuestro Señor en

criar la segunda lumbrera menor, que es la luna, ponderando tambien sus excelencias para nuestro provecho.-La primera es, la grandeza, belleza y hermosura que tiene (*Psalm.* CXXXV, 9), cuando recibe del sol la luz, y no la recibe para quedarse con ella, sino para alumbrar la tierra de noche y presidir en ella, desterrando parte de las tinieblas que se hacen con la ausencia del sol.-La segunda es, el armonía con que va siguiendo al sol, de tal manera, que siempre tiene luz en la parte que le mira de lleno, y en la otra, como dice el Eclesiástico (*c.* XLIII, 7), va menguando hasta que se acaba, y luego va creciendo maravillosamente hasta que se llena, llegando en lo uno y en lo otro hasta lo sumo.-La tercera es, la virtud grande que tiene de causar influencias y efectos maravillosos en la mar y en los vivientes, aunque muchos no alcanzamos y otros experimentamos.-La cuarta es, que con su movimiento propio es tambien señal de los efectos que causa y de la variedad de los tiempos del año, y especialmente, como dice el Eclesiástico, es causa de los meses, porque su propio movimiento tarda un mes, poco mas ó menos. Con estas consideraciones he de avivar en mí los afectos de alabanza y agradecimiento á Dios nuestro Señor por la creacion de tan hermosa criatura, y por los bienes que de ella reciben las demás.

2. Pero levantando mas el espíritu, contemplaré como la luna es símbolo y señal de la hermosura de las almas santas, á las cuales llama Dios hermosas como la luna (*Cant.* VI, 9), cuya hermosura y resplandor consiste en mirar siempre al sol infinito de la Divinidad, y recibir de él la luz y resplandor de su divina gracia, dones y virtudes, procurando por una parte menguar y descrecer en su estima, hasta llegar con su propio conocimiento al profundo de su nada y de la oscuridad que tiene de suyo; y por otra parte procurando crecer en las virtudes, hasta la plenitud de la gracia y hasta la consumacion y perfeccion en ella. Ó Sol de justicia, de quien depende la hermosura de la luna; concédeme que te siga con tal fervor, que siempre reciba aumento de tu gracia con profundo conocimiento de mi miseria; no permitas que imite á la luna como los necios en mudarme del resplandor de la virtud á la oscuridad del vicio (*Eccli.* XXVII, 12), sino que siendo constante en este como el sol, me mude siempre de bien en mejor, hasta llegar al estado inmutable de tu gloria, donde te vea y goce sin fin. Amen.

PUNTO TERCERO.-*De las estrellas.*— 1. Lo tercero, se ha de considerar el grande beneficio que nos hizo Dios en la creacion de las

estrellas, ponderando sus excelencias y maravillas.-La primera es, su muchedumbre, que es innumerable á los hombres, como lo son las arenas del mar; y así se precia Dios de saber su número y de conocer á cada una por su nombre (*Psalm.* CXLVI, 4): y con ser tantas y tan bellas, muchas de extraordinaria grandeza, en un momento las crió y puso en el firmamento donde están fijas, con admirable órden y concierto, como un ejército de soldados muy concertados, y así las llama la Escritura escuadrones celestiales, guardando cada una su puesto con gran firmeza, y haciendo maravillosas figuras, unas con otras ordenadas, como dice Job (*Iob,* XXXVIII, 31), por el Criador, y se precia de ello por ser tan admirable.-La segunda excelencia es, que juntamente con la luna presiden, como dice David (*Psalm.* CXXXV, 9), en la noche, y nos alumbran y sirven de guias para las jornadas y navegaciones, y con su presencia hermosean y adornan grandemente el cielo, cuando se descubren en la oscuridad de la noche.

2. La tercera excelencia es, que todas y cada una de ellas causan maravillosas influencias en la tierra, en los vivientes y en los hombres; y aunque son ocultas, no por eso dejan de ser muy provechosas, por las cuales debemos á Dios dar tantas gracias, como por las manifiestas, pues las ordenó para nuestro bien; y así dice el Eclesiástico (*Eccli.* XLIII, 10): Que obedecen á las palabras del santo, para ejercitar lo que ordena; y nunca duermen ni desfallecen en sus vigilias. Y el profeta Baruch (*Baruch,* III, 34) añade: Que en llamándolas Dios, dicen muy alegres, aquí estamos, y alumbran con alegría en servicio del que las crió. Todo esto me ha de ser motivo de alabar á Dios, procurando en agradecimiento de este beneficio imitar las propiedades dichas, en que son símbolo de las almas justas, especialmente de las que con ejemplo y palabra enseñan á otros la virtud; por lo cual, como dice Daniel (*Dan.* XII, 13), resplandecerán en el cielo en perpétuas eternidades. Gracias te doy, amantísimo Criador, por la hermosura que diste á tan innumerables estrellas, distribuyéndolas por el cielo con admirable concierto, dando á cada una su propio lugar, su propio resplandor y propio oficio. ¡ Oh cuán mas admirable será el ejército de estrellas que tienes en tu supremo cielo, distribuido con el mismo órden y concierto, conforme á los merecimientos que tuvieron en la tierra! Concédeme, Señor, que sea yo estrella en la Iglesia militante, guardando como fiel soldado mi puesto, haciendo mis vigilias sin cansancio, y obedeciendo á tus preceptos con alegría, para que luciendo aquí para tu glo-

ria, alcance gran lugar en la Iglesia triunfante, reinando contigo por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto.— 1. Lo cuarto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, hecha esta obra, vió que era buena, y se agradó mucho de la perfeccion que puso en ella, ponderando como es tanta la belleza y hermosura que dió en este cuarto dia al sol, luna y estrellas, que deslumbrados los hombres rudos, vinieron á pensar que eran dioses, y rectores ó gobernadores de todo el mundo, pareciéndoles (*Sap.* XIII, 2), que tanta bondad y perfeccion no cabia sino en lo que era Dios; pero esto mismo nos ha de provocar á dos excelentes afectos. El primero es, admiracion de la omnipotencia y soberanía de nuestro gran Dios; porque quien tan bellas criaturas pudo hacer, sin duda será incomparablemente mas bello y admirable que ellas; y como dice el Sábio, si tanto gusto nos da la hermosura de estas criaturas, muy mayor nos le debe dar la hermosura del Criador, si le conociésemos por ellas. Ó Dios soberano, *speciei generator*, engendrador de la hermosura, no permitas que se cieguen los hombres con su resplandor, mirando al sol (*Iob*, XXXI, 26) cuando nace, y á la luna cuando resplandece, besando su mano, en señal de adoracion. Ábreles, Señor, los ojos, para que entiendan que son hechura tuya (*Psalm.* XVIII, 1) y morada donde te han de hallar, glorificándote como á Dios, de quien todas procedieron.

2. El segundo afecto es, amor grande á quien nos amó tanto, que crió criaturas tan nobles y hermosas para servicio nuestro, y para que fuesen como criadas y esclavas nuestras. Por lo cual dijo Moisés á su pueblo: Mira que cuando veas el sol, luna y estrellas, no las adores como á dioses, ni honres á las que crió tu Dios (*Deut.* IV, 19) *in ministerium cunctis gentibus quae sunt sub coelo*, para servir á todas las gentes que hay debajo del cielo. Ó Dios omnipotentísimo y amorosísimo, ¿quién no te amará de todo su corazon, por haber criado criaturas tan excelentes para servicio de gentes tan bajas? No solamente las criaste para el servicio de los reyes, sino para servicio de los viles esclavos, y lo que mas es, de los vilísimos pecadores. Ó Dios altísimo, que ordenas lo que pusiste en el firmamento del cielo para servir á las gentes que viven debajo de él; concédeme que te ame con tantas veras por este beneficio, que nunca jamás desfallezca en tu servicio por todos los siglos. Amen.

Punto quinto.—*Del fuego.*— 1. Lo quinto, se ha de considerar la admirable providencia de Dios nuestro Señor en la creacion del elemento del fuego; y aunque el santo Moisés no hizo de él men-

cion, porque solamente contó las cosas corporales que se ven, y este elemento en su esfera no se ve, pero aquí viene bien ponderar la grandeza y magnificencia del beneficio que recibimos en este fuego visible de que gozamos, que es muy semejante al sol.—Porque lo primero, el fuego suple la ausencia que hace el sol y la luna de noche, y dentro de nuestras casas, y en los retretes hace oficio de sol, alumbrándonos con su luz; con la cual vemos á hacer de noche las cosas que con la luz del sol hacemos de dia.—Lo segundo, tambien suple la distancia del sol en el invierno, y con su calor calienta á los que se llegan á él, deshaciendo la frialdad y el hielo, y vivificando el cuerpo aterido con el frio.—Lo tercero, á modo del sol, se comunica con liberalidad y facilidad á todos sin disminuirse por esto, como se ve en la luz de la candela, de la cual se encienden muchas, y á todos los que se acercan da parte de su calor.

2. Lo cuarto, es instrumento universal y eficaz para conocer y sazonar los manjares que comemos, y para purificar y labrar los metales (*D. Dion.* libr. de Eccl. Hier. c. 15, ponit ferè 34 proprietates); él consume las humedades con su sequedad, y ablanda y derrite las cosas duras con su eficacia, y hace otros maravillosos efectos para nuestro provecho; por los cuales hemos de glorificar al Criador, dándole gracias por la providencia con que previno el remedio de todas nuestras necesidades, atribuyendo las obras de este cuarto dia á su infinita misericordia, como lo hace David, diciendo (*Psalm.* CXXXV, 1-8, 9): Alabemos al Señor, porque es bueno y misericordioso, porque su misericordia dura para siempre. Hizo el sol para presidir en el dia, porque su misericordia dura para siempre. Hizo la luna y estrellas para presidir en la noche, porque su misericordia dura para siempre; y tambien hizo el fuego para suplir la ausencia del sol y de la luna, y lucir por ellos en la noche, porque su misericordia dura para siempre, y durará en sus escogidos sin fin. Amen.

3. De aquí se puede subir tambien á considerar como el fuego, así como el sol, es símbolo de la Divinidad, al modo que se ponderó en las meditaciones de la venida del Espíritu Santo (*p.* V, *med.* XXV) añadiendo cuán propio es de nuestro Criador suplir las faltas y menguas de las criaturas, y acudir á favorecernos con socorro divino, cuando se nos ausenta y esconde el humano, y cuán liberalmente se comunica como fuego á todos los que se llegan y acercan á él; por lo cual dijo David (*Psalm.* XXXIII, 6): Llegaos á Dios y seréis ilustrados, y vuestros rostros no serán confundidos. Gracias te doy, ó

fuego infinito, por los dos fuegos, uno corporal y otro espiritual, con que recreas nuestros cuerpos y nuestras almas. Enciende, Señor, la mia con el fuego de tu amor, para que como fuego suba á lo alto de tu divinidad, juntándose con ella en union perfecta, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIII.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EL DIA QUINTO.

PUNTO PRIMERO.—*De los peces.*— 1. *Produzcan las aguas vivientes que naden y que vuelen sobre la tierra, debajo del firmamento del cielo,* etc.—Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor el quinto dia quiso adornar el mar y los rios con abundancia de moradores; esto es, de muchos y grandes peces, para muestra de su omnipotencia y providencia en beneficio de los hombres. En lo cual, —lo primero, ponderaré como quiso Nuestro Señor que las aguas tuviesen parte en la formacion de los peces que habian de vivir en ella, como la tierra en la formacion de las plantas, por la razon que arriba se dijo; y así en virtud de esta palabra *producant aquae* (*med.* XXI, *punto* 3.°), las aguas de todos los mares y de los rios caudalosos administraron materia de la cual Dios hizo peces que anduviesen por ellas.—Lo segundo, hizo grande abundancia de ellos con gran diversidad de especies, y varias figuras y propiedades, y entre ellos los que llama *cete grandia,* ballenas y otros de extremada grandeza, sin comparacion mayor que la de los animales de la tierra, y á todos dió sus escamas y alitas, y miembros proporcionados para nadar y moverse con gran facilidad por el espacioso mar y todos sus senos.

2. Lo tercero, bendíjolos, diciendo: *Creced y multiplicad, y llenad las aguas del mar.* Y porque la bendicion de Dios es eficaz, bendecirlos fue darles virtud para engendrar otros semejantes con grandísima abundancia, que excede incomparablemente á los de las aves y animales terrestres; por lo cual dijo David (*Psalm.* CIII, 25): que no tenian número, y con ser tantos, á todos provee con su providencia de mantenimiento conveniente dentro del mismo mar, que como madre los cria y sustenta, y trae dentro de sus entrañas. Por esta bendicion, que es la primera que Dios echó á los peces, y obró tanto en ellos, se ve cuán eficaz y copiosa es la bendicion de Dios so-

bre sus criaturas, y mas sobre los hombres.-Lo cuarto, toda esta muchedumbre de peces hizo Dios en beneficio del hombre, á quien crió: *Ut praesit piscibus maris* (*Genes.* II, 26), para que presidiese á los peces del mar, dándole industria para pescarlos y ponerlos debajo de sus piés, no solamente á los pequeños, sino los muy grandes. (*Psalm.* VIII, 9). Y despues del diluvio se los dió en manjar para su sustento y regalo, y otros grandes provechos. (*Genes.* IX, 2).

3. Con estas consideraciones tengo de moverme á glorificar al Criador, admirándome no solo de la omnipotencia que mostró en hacer en un momento con solo su palabra tanta muchedumbre y grandeza de criaturas, sino tambien de la providencia paternal que descubrió para con nosotros, proveyendo los mares y los rios de pescados tan regalados para nuestro sustento y gusto; y así puedo decir con David (*Psalm.* CIII, 24): Ó Dios eterno, ¡cuán grandes son las obras que has hecho con tu infinita sabiduría! la tierra está llena de las cosas que criaste, y este mar grande y espacioso con sus senos está lleno de tantos peces que no tienen número: allí viven los grandes y los pequeños; los dragones y ballenas que hiciste andan por él jugando, cazando otros menores para su entretenimiento y sustento; pero por tu divina providencia los hombres tambien pasean este mar en sus naves, y juegan y se deleitan, pescando de unos y otros peces para su comida y entretenimiento. Ó Gloria mia, derrama sobre mí tu copiosa bendicion, para que te alabe y sirva por los innumerables bienes que nos das con ella; sean mis juegos amarte, mis deleites servirte, y mis entretenimientos pescar en el mar de este mundo muchas almas que se ocupen en tu servicio por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.-*De las aves.* — 1. Lo segundo, se ha de ponderar como Dios nuestro Señor en este mismo dia adornó el aire, produciendo del agua grande muchedumbre de aves de diferentes especies. Sobre lo cual se ha de ponderar, lo primero, como la omnipotencia de Dios, para criar las aves, se sirvió como de materia del agua (*D. Aug.* lib de Gen. ad literam, c. 5; *D. Thom. q.* 71, *art.* 3), especialmente del agua mas sutil que está en los vapores y nubes del aire, para que tambien el aire ayudase á la formacion de lo que habia de ser adorno suyo. Y así en diversas regiones del mundo crió muchedumbre de aves en cada una, las que se podian mejor conservar, segun sus calidades; y á todas echó su bendicion, para que se multiplicasen, como á los peces, y con su providencia dió á todas mantenimiento conveniente, á unas en la tierra, á otras volando por

el aire, y otras nadando en el agua, y para esto les dió alas, picos, é instrumentos muy proporcionados.

2. Lo segundo, ponderaré la grandeza de este beneficio, discurriendo por los bienes que abraza: porque unas aves nos sustentan regaladamente con sus carnes; otras nos recrean con sus dulces cantos; otras nos atavian con sus plumas; otras nos enseñan lo que debemos hacer, con las industrias que tienen en hacer sus nidos, en criar sus hijos, y en conocer la mudanza de los tiempos. De donde toma el mismo Dios muchas comparaciones que sirven á este intento. Unas veces se compara al águila que vuela sobre sus hijos (*Deut.* XXXII, 11), y á la gallina que los abriga con sus alas (*Matth.* XIII, 37): otras veces reprende nuestra ignorancia con el conocimiento de la cigüeña y el milano. (*Ierem.* VIII, 7).

3. Finalmente, todo el trabajo de las aves con sus inclinaciones é industrias para en nuestra recreacion y provecho. Con unas cazamos otras, y echando por el aire los pájaros de volatería, de allá nos echan la caza, recreándonos en ver la sagacidad que tienen en rendirla. Y hasta la abeja, que, como dice el Sábio (*Eccli.* XI, 3), es pequeñita entre las aves, produce la miel, que es lo primero de la dulzura, para regalo de los hombres, y tambien la cera, de que se hacen velas y otras muchas cosas de gran provecho; por las cuales todas debemos dar grandes gracias á nuestro Criador y Bienhechor, reconociendo en las aves domésticas y en las bravas, y en los huevos, cañones y plumas, y en todos sus despojos, la providencia paternal de Dios que tantos regalos y entretenimientos crió para sus hijos. Ó Padre dulcísimo y amorosísimo, que retrataste tu caridad y misericordia, y tu admirable y gran providencia en las aves que criaste en este dia, muéstrala conmigo liberalmente en hacerme cuidadoso de servirte, como tú lo fuiste de regalarme. Sean las aves mis maestras, para aprender de ellas á madrugar y cantar tus alabanzas; séanme motivos de virtud para volar en tu servicio, renunciando el regalo demasiado del cuerpo por el que de esto recibiré dentro de mi espíritu. Amen.

PUNTO TERCERO. — *De las dos vidas activa y contemplativa.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor viendo todo lo que habia hecho en este dia, lo dió por bueno, porque todo era muy perfecto y conveniente para el fin que lo ordenaba. — Y en particular se ha de ponderar como fue muy conveniente en un mismo dia adornar el agua y aire, que simbolizan mucho entre sí, y están muy hermanados, especialmente el agua terrestre, y la region del aire cer-

cana en que andan los vapores y aguas de las nubes, para significar el gusto que recibe Nuestro Señor en premiar á los que se hermanan y ayudan unos á otros, pareándolos en los favores, como ellos se parean y aunan en caridad. Pero levantando mas el espíritu ponderaré lo que dice la Iglesia en el himno de las Vísperas de esta feria quinta, que de las cosas que hizo Dios del agua, *partim relinquis gurgiti, partem levas in aëra*, una parte hundes en la mar, y otra parte levantas en el aire, significando que los que son engendrados por el agua del Bautismo se parten en dos modos de vida; unos son seglares, y otros religiosos; unos siguen la vida activa, figurados por los peces, porque en la mar de este mundo se ocupan en obras de virtud, mezcladas con negocios y cuidados del siglo. Otros escogen la vida contemplativá, figurados por las aves, porque con las alas de la contemplacion vuelan de lo terreno á lo celestial, y tienen su conversacion en los cielos.

2. Los primeros tienen la parte de Marta, de quien dijo Cristo nuestro Señor (*Luc:* x, 41), que andaba solícita y turbada en muchas cosas, porque viven en el mar tempestuoso y turbado del mundo, donde hay muchas cosas que turban y amargan nuestras almas. Los segundos escogen como María, su hermana, la mejor parte, gozando de la quietud que tiene quien se levanta sobre lo terreno y sobre sí mismo á juntarse en union con Dios, que es el uno necesario á quien se ha de ordenar todo lo demás, como en su lugar se dijo (*en la introd. de la parte* III *y de la* V). Unos y otros son buenos, porque ambos estados hizo Dios, y los santificó con el agua del Bautismo, y los lava con el agua de penitencia y lágrimas: y así de ambos se entiende lo que dice la Escritura (*Genes.* I, 31): Vió Dios lo que habia hecho, y era bueno; pero en diferente manera, porque como los peces se hicieron de las aguas terrestres, que en el mar son amargas; así los ejercicios de penitencia, y lágrimas de los seglares y de los activos, van mezcladas con dolor y amargura de corazon, por las culpas en que han caido y caen por su flaqueza; pero las lágrimas de los contemplativos son aguas dulces y delicadas como vapores del cielo, de que fueron hechas las aves, porque son lágrimas de amor y devocion, con deseos y suspiros de unirse con Dios.

3. Demás de esto, aunque en un dia se hicieron peces y aves, primero se hace mencion de la formacion de los peces, que son mas imperfectos, y despues de las aves, que tienen mayor perfeccion en su ser natural, porque Nuestro Señor de lo imperfecto va subiendo á lo perfecto, para significar que la vida activa es primero que la

contemplativa, y primero nos hemos de ejercitar en llorar con amargura nuestros pecados, que subamos á la dulzura de la contemplacion, así como Lia fue primero que Raquel, y Jacob primero se desposó con la primera, y despues con la segunda; porque de la vida activa, que es imperfecta, se sube á la contemplativa, que es mejor.

4. Finalmente, echó Dios su bendicion á los peces y á las aves, dándoles virtud de multiplicarse, para significar que echa su copiosa bendicion á estos dos géneros de justos, para que multipliquen y engendren muchedumbre de buenas obras, que son frutos de su vientre, y tambien engendren hijos espirituales, ganando almas para Dios. Y como cada uno engendra su semejante, cada uno inclina al otro á sus ejercicios de virtud. Aunque los peces son mas fecundos que las aves, para significar que la vida activa es, como Lia, mas fecunda que Raquel, y engendra mas hijos espirituales para Cristo que la contemplativa, lo cual se entiende de la vida activa perfecta, que tambien da parte á la contemplacion, y de ella saca lo que ha de enseñar y predicar á otros; pero tambien la contemplativa es fecunda como las aves, y engendra hijos, aunque pocos, pero perfectos como los de Raquel. - Considerando estas cosas he de animarme á los ejercicios de estas dos vidas, hermanándolos y juntándolos en un mismo dia, como juntó Dios la creacion de estas dos cosas, suplicándole me dé gracia y ayuda para ello. Ó Criador de todas las cosas, que en este dia quinto criaste las criaturas que representan estas dos vidas, para dar vida y sustento á los hombres; suplícote que cada dia dés á mi alma pasto de accion y de contemplacion para conservar y sustentar su vida, hasta que por tu misericordia alcance la eterna, en la cual te alabe y glorifique por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL SEXTO DIA.

PUNTO PRIMERO. - *De los animales terrestres.* — 1. *Produzca la tierra vivientes de varias especies, jumentos, serpientes, y bestias: é hízose así*, etc. (*Genes.* I, 24; *D. Thom.* 1 *p. q.* 72). - Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor el sexto dia quiso adornar la tierra con darla moradores que habitasen en ella; esto es, animales de varias especies, jumentos, serpientes, y bestias; en lo cual descubrió su omnipotencia, haciendo en un momento tanta muchedumbre de animales en diversas partes de la tierra, en cada una los

que allí se podian conservar, dando la tierra materia de que se hiciesen, y obedeciendo al divino imperio sin resistencia, sacando de esta ponderacion los afectos que arriba se han tocado.

2. Luego ponderaré la muchedumbre y variedad de animales que Dios crió, los cuales reduce aquí la Escritura á tres géneros, unos que llama jumentos, que son los animales domésticos, y se llaman así, porque ayudan al hombre. Otros que arrastran por la tierra, y con nombre general llamamos serpientes. Otros que llama bestias, que son los animales del campo, y las fieras. Y en cada género de estos hizo varias especies, con maravillosas figuras, propiedades é inclinaciones, y á todos provee de mantenimiento conveniente, con admirable providencia, dándoles instrumentos para procurarlo. Y juntamente les da armas defensivas y ofensivas, y astucias grandes para defenderse unos de otros, y para salir con sus intentos. De todo lo cual se precia Dios hablando con Job (*c.* XXXVIII-XLI), contándole en cuatro capítulos maravillosas propiedades que dió á estos animales, y la providencia que tiene con ellos; y por todas he de darle gracias, confiando que quien tal providencia tiene de los animales, mucho mayor la tendrá de los hombres, como despues verémos.

3. Lo tercero, ponderaré el grande beneficio que nos hizo Dios en la creacion de estos animales; porque unos nos sustentan con sus carnes regaladamente; otros nos visten con sus lanas, y nos calzan con sus cueros; y hasta los gusanillos nos hacen la seda con que nos adornamos; otros nos ayudan en los caminos, y en llevar las cargas, guardan nuestras cosas, y defienden nuestras personas; otros nos recrean y honran con su generosidad, y nos sirven en la paz y en la guerra; otros nos enseñan con sus astucias y sagacidades; y hasta la hormiga es maestra de los perezosos, y á ella les envia el Espíritu Santo para que aprendan á huir de su pereza. (*Prov.* VI, 6). Finalmente, los provechos son tantos, que no se pueden contar; pero cada dia los experimentamos, y por cada experiencia habíamos de alabar á Dios, y dar innumerables gracias al Criador por dos títulos: el uno, por el bien que hace á estas criaturas, sin conocer ellas de dónde les viene, supliendo yo su ignorancia con mi ciencia, y dándole las gracias que ellas no saben darle: el otro, por el bien que á mí me hace por medio de estos animales, pués todo lo que ellos tienen es para mí, y mas me sirve á mí que á ellos. Ó Dios liberalísimo, que nos diste tantas ayudas para pasar esta vida con alivio, ayúdanos con tu gracia, para que de tal manera pasemos por estos bienes temporales, que no perdamos los eternos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como mirando Nuestro Señor esta obra, vió que era buena, aprobando los tres géneros de animales que habia hecho, no solamente los domésticos y mansos, sino las serpientes y las fieras, sin embargo de que las serpientes son ponzoñosas, y las fieras hacen grandes daños á los hombres, por las razones que arriba se apuntaron (*en la medit.* XXIII, *punto* 5.°): en especial, porque la divina Providencia quiso aquí mostrar su misericordia y su justicia. La misericordia, en que crió estas fieras y serpientes con tal sujecion al hombre, que si él no pecara no le pudieran dañar. La justicia, en que las toma por instrumento para corregir al que peca, á fin de que se enmiende, y si no quiere enmendarse, para castigarle por su pecado; y tambien para que los justos glorifiquen á Dios, viendo el cuidado con que les defiende, si no es cuando para su mayor bien permite que sean molestados de ellas. Lo cual ponderó el Sábio, diciendo (*Sap.* XVI, 24-25): La criatura sirviendo á tí su Hacedor, se embravece para dar tormento á los malos, y se amansa para hacer bien á los que confian en tí. Ó Dios eterno, por cuya providencia todas las criaturas sirven, *omnium nutrici gratiae tuae*, á tu gracia, conservadora de todas las cosas, y obedecen á tus preceptos, para conservar sin daño á tus escogidos; tómame debajo de tu amparo y proteccion, ayudándome á que te sirva y obedezca; porque siendo las criaturas tan obedientes á tu voluntad, no me dañarán, si yo tambien me rindo á ella.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como tambien estos animales se llaman buenos, porque nos dan ocasion de ejercitar virtudes y huir de vicios, y despiertan el temor de Dios y la confianza en su misericordia, y con sus inclinaciones nos avisan de lo que debemos hacer. Y así Cristo nuestro Señor nos dice que seamos prudentes como las serpientes. (*Matth.* X, 16). De donde sacaré un modo de aprovecharme de estas criaturas en la meditacion, porque en ellas hay algo bueno y provechoso que imitar por la parte que son perfectas en su género; pero hay algo imperfecto que huir por la parte que son imperfectas, comparadas con el hombre. Del jumento tomaré la sujecion y obediencia á Dios y á las cargas de su ley, con rendimiento de juicio, diciendo como David (*Psalm.* LXXII, 23): *Ut jumentum factus sum apud te:* híceme como jumento delante de tí; pero huiré de la ignorancia y brutalidad que tiene, porque no se diga de mí, que el hombre no entendió el estado de honra en que estaba, fue comparado á los jumentos necios, é hízose semejante á

ellos. (*Psalm.* XLVIII, 13). Ó Dios eterno, no permitas que los hombres, capaces de razon, se hagan como el caballo y mulo, que no tiene entendimiento (*Psalm.* XXXI, 9); enfrena el furor de sus pasiones con el freno de tu temor, para que conservando la dignidad de hombres, imiten lo bueno que tú pusiste en las bestias, dejando todo lo que es malo. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la causa por que Dios nuestro Señor no bendijo á los animales de la tierra, como bendijo el dia quinto á los peces y aves, diciéndoles: Creced y multiplicad, pues sin duda tuvo misterio. Y aunque la causa fue porque en este mismo dia, poco despues, habia de echar esta bendicion al hombre, y en él la echaba virtualmente á los demás animales, con los cuales convenia en la naturaleza corpórea y sensitiva, y en el lugar de su habitacion; pero subiendo de esta causa literal á la mística, quiso Nuestro Señor que estuviese como suspensa la bendicion de estos animales, para que entendiésemos que su bendicion ó maldicion, su multiplicacion ó diminucion dependia de los méritos de los hombres, para quien los habia criado; porque en premio de los justos que le sirviesen fielmente, promete la bendicion y multiplicacion de los animales provechosos para el hombre. Y así dijo á los israelitas (*Deut.* XXVIII, 1): Que si le fuesen obedientes, serian benditos los frutos de su vientre, de sus tierras, y de sus jumentos, y ganados, vacas y ovejas; y al contrario, en castigo de sus pecados, les amenaza con la maldicion de estos animales, diciendo que serian estériles, y que se los quitaria y destruiria. Y por la misma causa multiplicaria los animales ponzoñosos y fieros; lo cual no es bendicion sino maldicion para los hombres, en castigo de sus maldades, por las cuales se multiplican las serpientes, langostas, leones y otras bestias, como consta por las plagas de Egipto (*Deut.* XXXII, 24), y otros castigos que cuenta la Escritura. De donde sacaré deseos de servir á un Señor de quien proceden tales bendiciones, y temor de ofenderle, pues de su ofensa proceden tales maldiciones. Ó Padre misericordiosísimo, de quien proceden todas las bendiciones del cielo y de la tierra, concede á los fieles de tu Iglesia que te sirvan con tanta fidelidad, que merezcan, como otro Jacob, la bendicion conveniente de los bienes temporales, y mucho mas copiosa de los eternos.

2. De aquí subiré á ponderar como las pasiones bestiales de nuestra carne se multiplican y crecen en castigo de la rebeldía de nuestra voluntad contra Dios; y al contrario, se disminuyen en premio de la sujecion y conformidad de nuestra voluntad con la divina.

Por la cual se nos sujetan, y hacen pacíficas; pero estas mismas reducidas á órden se multiplican y crecen por bendicion de Dios, ayudando los afectos de los apetitos sensitivos á la voluntad, para que carne (*Psalm.* LXXXIII, 3), corazon y espíritu se alegren en Dios vivo, y vayan viento en popa en su servicio. Ó amado de mi corazon, deseo que mi alma esté sedienta de tí (*Psalm.* LXII, 2), y mi carne en muchas maneras tenga sed de tu servicio. Derrama sobre ellas tu bendicion, para que mi carne multiplique los afectos que te agradan, y mi alma se ayude de ellos, para servirte con mas fervor por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXV.

DE LA CREACION DEL HOMBRE EN EL SEXTO DIA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Dijo Dios: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza, y presida á los peces del mar, á las aves del cielo, y á las bestias, y á toda la tierra, y á cuanto se mueve en ella.* (*Genes.* I, 26). -Lo primero, se ha de ponderar como en habiendo Nuestro Señor hecho los animales terrestres, en el mismo sexto dia quiso hacer tambien al hombre, ponderando tres cosas señaladas que hubo en esto. La primera, que con particular misterio no quiso dedicar un dia entero á sola la creacion del hombre, como le dedicó á la formacion de la luz, sino crióle en el mismo dia sexto en que crió los animales terrestres, porque convenia con ellos en la parte del cuerpo y naturaleza sensitiva, y para que se fundase en humildad reconociendo la bajeza que por esta parte tiene; porque, como le habia de levantar á grandes excelencias, era conveniente mezclarlas con alguna bajeza, porque no se engriese. Y este estilo guardó siempre Nuestro Señor, mezclando algo que humilla con algo que ensalza, para que nos fundemos en humildad, sin la cual ninguna alteza es segura.

2. *Del crecimiento en la virtud.* — La segunda cosa es, que crió Dios al hombre despues de los animales, porque, como en la creacion de los vivientes, comenzó por los mas imperfectos, y fué subiendo á los perfectos. Primero hizo las plantas, despues los peces, luego las aves, despues los animales de la tierra, y últimamente al hombre, que es mas perfecto. Así quiere que sus siervos procedan en sus obras, siempre subiendo de lo menos á lo mas, y cada dia crezcan en la perfeccion de ellas, haciéndolas el segundo dia con mas

perfeccion que el primero, y en el tercero con mayor perfeccion que el segundo, subiendo cada dia de virtud en virtud, hasta llegar á la cumbre de la perfeccion. Además, como cada dia de estos seis hizo Nuestro Señor cosas nuevas, una mejor que otra, ó perfeccionaba de nuevo las que habia hecho antes; así desea que sus escogidos cada dia le canten cantares nuevos de alabanza y agradecimiento (*Ephes.* v, 19), y le hagan nuevos servicios con nuevo fervor, renovando su espíritu con novedad de sentimientos interiores de su grandeza y majestad. Ó alma mia, pues solamente estima Dios lo que es nueva criatura, procura ejercitar cada dia nuevas obras, atribuyéndolas (*Ephes.* II, 10), no á tí, sino al que las cria en tí, por los merecimientos de Jesucristo, á quien debes la gloria de ellas.

3. La tercera cosa es, que crió Dios al hombre el último de todas las cosas, en quien se remataron las obras de la creacion de estos seis dias, para que se entendiese que el hombre era el fin de todas, y un breve mundo en quien todas estaban recopiladas, y que todo el edificio y ornato de este mundo visible era para que fuese su casa y morada. (*D. Ambr.* Epist. 38 ad Horatium). Lo cual con providencia paternal aparejó y proveyó primero que le criase, para que en siendo criado, luego pudiesen recrearse sus ojos con la hermosura de las cosas que veian, y los oidos con las músicas y cantos de las aves que oian, y gusto con el sabor de los manjares que estaban en la mesa que Dios le habia puesto, y así en lo demás. Ó Padre amorosísimo, si antes de criarme aparejaste tantos bienes en este mundo visible, donde mi morada ha de ser tan corta, ¿cuántos mayores bienes me tendrás aparejados en el mundo invisible, donde mi morada ha de ser eterna? Gracias te doy, cuantas puedo, por los unos y los otros; y pues me aparejaste los primeros, para que me ayudasen á granjear los segundos, concédeme que viva de tal manera en este mundo visible que criaste para mí, que suba despues al mundo invisible, donde para siempre goce de tí. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar el soberano consejo de la santísima Trinidad en la creacion del hombre; el cual se descubre en aquellas primeras palabras: *Hagamos al hombre.* En las cuales se han de ponderar los grandes misterios que encierran. Porque lo primero, no dijo Dios lo que de las otras cosas: *Fiat homo, ó producat terra hominem:* Hágase el hombre, ó la tierra produzca al hombre, para significar la excelencia del hombre, el cual por razon de su parte mas noble, que es el alma, no podia ser hecho de la tierra ni agua, sino por solo Dios criador del cielo y de

la tierra; para que entendamos que á él solo hemos de amar sobre todo como á único principio de nuestro ser, de quien todo nuestro bien procede, y á él solo hemos de servir, y pedirle que nos perfeccione, diciéndole (*Psalm.* LXXIX, 15): Ó Dios de las virtudes, mira la viña de mi alma, y perfecciona la que plantaste con tu poderosa diestra.

2. Lo segundo, dijo en número plural: *Hagamos al hombre á nuestra imágen*, para dar alguna noticia del misterio de la santísima Trinidad, y que todas tres Personas divinas concurrian á la creacion del hombre con mas especialidad que á las otras rosas, por comunicarle su imágen y semejanza; y tambien para significar que las tres divinas Personas hacian esta obra con consejo y consulta, y como exhortándose una á otra á la ejecucion de ella (*D. Greg.* lib. IX Moral. c. 27), porque tenian presente lo que habia de suceder; y echaban de ver cuán ingrato habia de ser el hombre á su Criador, quebrántando su ley, y cuán caro les habia de costar el remediarle por rigor de justicia; y cuán arduo era el santificarle y hacerle conseguir el último fin para que le criaban. Pero sin embargo de estas dificultades, el Padre dijo á su Hijo, y ambos al Espíritu Santo, y todos tres con grande resolucion dicen: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza. Ó amabilísimo y misericordiosísimo Criador, ¿qué te movió á criar una criatura que tan ingrata habia de ser á tu bondad? ¿por qué diste ser á quien tan mal le habia de emplear? ¿cómo criaste á tu imágen y semejanza al que con sus pecados la habia de afear? Fácil cosa te fue criarle, pero muy costoso de repararle, y con todo eso, con grande resolucion dices: Hagamos al hombre. Ó Amado de mi ánima, ¿con qué te pagaré tan amorosa resolucion? Deseo yo, con tu ayuda, hacer otra muy semejante á esta, determinándome á vencer cualquier dificultad valerosamente por servirte, pues tú te determinaste amorosamente á criarme.

3. De aquí tambien he de aprender, á imitacion del Criador, primero que comience cosas arduas y graves, consultarlas, y tomar consejo en ellas, mirando lo que pretendo hacer, para que no se me haga nuevo lo que sucediere, ni me arrepienta de ello, conforme á lo que dice el Sábio (*Eccli.* XXXII, 24): Hijo, ninguna cosa hagas sin consejo, y despues de hecha no te arrepentirás. Y el consejero principal ha de ser uno (*Eccli.* VI, 6), que es el mismo Dios trino y uno, siguiendo los consejos que nos ha dado en su ley. (*Psalm.* CXVIII, 24). Y finalmente ponderaré como dijo Cristo nuestro Señor esta palabra: Hagamos, para significar que criaba al hombre, con

dentes, es ser capaz de la sabiduría y ciencia, de virtud y gracia, de bienaventuranza y gloria, y de todos los dones naturales y sobrenaturales, que en razon de esto la puede Dios dar (*D. Thom.* 1 *p. q.* 88 *et* 89), con una capacidad tan infinita que solo él puede hartarla; y mientras no ve y posee á Dios, no es posible estar del todo harta. En lo cual resplandece grandemente la imágen de Dios, pues como Dios no se puede llenar si no es consigo mismo; así la capacidad y deseo del alma no se puede llenar si no es con Dios. Ó Dios infinito, pues me distes infinita capacidad, no permitas que siempre esté vacía. Y pues en tí solo están todos los bienes, lléname de tí, porque tú solo bastas para mí.—La sexta excelencia es, que como Dios es supremo Señor de todas las cosas, y las encierra en sí con eminencia, y tiene mando y potestad sobre ellas, y es el fin último á que se ordenan (*D. Thom.* 1 *p. q.* 96, *art.* 2); así el hombre, por razon de su alma principalmente es superior á todas las cosas visibles y corporales; y hasta los mismos cielos y estrellas, como arriba se dijo, le son inferiores, y se ocupan en su servicio. En sí encierra los grados de todas las cosas, de los cuerpos, plantas, animales y Ángeles; y como mundo abreviado abraza lo que hay en este mundo extendido, y preside con gran potestad á todo lo que hay en la tierra, como se verá en el punto 5.°

6. De estas seis consideraciones se sigue, que el ser hecho á imágen de Dios es excelencia singular y propia de solo el hombre, entre las criaturas corporales: las cuales no son mas que un rasguño, y pisada ó huella de la grandeza de Dios y de su Trinidad. Y así tengo de alentar á mi alma, para que conociendo su nobleza y generosidad, no desdiga de ella, sino que toda se entregue á Dios, trayendo á la memoria lo que Cristo nuestro Señor dijo á los que le preguntaron si era lícito pagar el tributo á César; y mostrándole una moneda, les dijo (*Matth.* XXII, 20): *¿Cuya es esta imágen? Respondieron ellos: De César. Pues dad,* dice, *á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.* Como quien dice: Pues con la imágen de este dinero de que usais, protestais que sois vasallos de César, pagadle lo que le debeis por este vasallaje, pues es suyo. Y tambien pagad á Dios lo que debeis á Dios. Ó alma mia, entra en cuenta y razon contigo, y pregunta á tí misma, ¿cuya es esta imágen, que está dentro de tí? ¿por ventura es imágen de César, ó de mundo y carne, ó de alguna cosa criada mayor ó menor que tú? Reconoce tu grandeza, porque no es imágen sino del mismo Dios, que por su infinita liberalidad te crió á imágen suya. Da pues á Dios lo que es de Dios; reconoce

por esta imágen el vasallaje que le debes; págale el tributo que te ha puesto. Y pues que tú eres la moneda de este tributo, en que está la imágen de tu Rey, date toda á su servicio, porque toda te debes á quien te dió lo que eres.—De esta misma forma puedo discurrir por las seis excelencias dichas, en que está la razon de imágen, preguntándome á mí mismo: Tu espíritu ¿cuya imágen es? si es imágen del espíritu de Dios, dale todo á Dios, y hazte un espíritu con él: tu alma con tus tres potencias ¿cuya imágen es? si es imágen de la santísima Trinidad, da á la Trinidad lo que es de la Trinidad, sirviendo con ellas al que es trino y uno por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor no solamente crió al hombre á su imágen, sino tambien á su semejanza, de modo que la imágen fuese muy perfecta y semejante al ejemplar de donde se sacó (*D. Thom.* 1 *p. q.* 93, *art.* 9; *D. Basil., Ambr. et alii*): y así no contento con haberle criado á su imágen, segun la naturaleza, al modo dicho, crió tambien á Adan á su semejanza, segun el ser de la gracia y justicia original, por lo cual dijo el Sábio (*Eccles.* vii, 30), que Dios crió al hombre con rectitud, porque las obras de Dios son perfectas, y nunca vanas ni vacías de la perfeccion que pueden por entonces tener, conforme al fin para que las cria. (1 *p. q.* 95, *art.* 1). Y como Adan, por ser hecho á imágen de Dios, era capaz de su gracia y amistad, quiso criarle con esta perfeccion, comenzando á llenar este vacío y capacidad que tenia para los dones sobrenaturales.—De aquí tambien procedió, que la semejanza en el ser de la gracia que Dios dió á Adan fue muy perfecta (*q.* 95, *art.* 2 *et* 3), porque no solamente santificó el alma, y la rectificó y conformó con Dios, sino que tambien la dió pleno dominio y señorío sobre sus pasiones, de modo que con su libre voluntad mandase los apetitos, y ellos hiciesen sus actos con la duracion é intencion que ella quisiese, sin que jamás se rebelasen contra la razon, ni tuviesen guerra con ella, como ahora la hay entre la carne (*Galat.* v, 17) y el espíritu; y á semejanza de Dios, tenia paz en su reino interior, sin que hubiese dentro de él quien resistiese á su libre voluntad.

2. Y de aquí tambien resultó, que la imágen y semejanza de Dios, que principalmente está en el alma, se derivase al cuerpo, no solamente por la rectitud que tiene andando derecho y levantado al cielo, sino por la participacion de la inmortalidad que le comunicaba el alma, en cuya potestad estaba que nunca muriese, como no muriera si no pecara. (1 *p. q.* 76, *art.* 1).—De este modo crió Dios

á Adan y Eva á su imágen y semejanza: y aunque ellos solos gozaron de este último bien sobrenatural, porque le perdieron por su culpa para sí y para sus hijos; pero la voluntad de Dios fue dársele á él y á todos sus descendientes, si fuera obediente á sus mandamientos; y por esta voluntad tengo de darle muchas gracias, y tomar á mi cuenta estos tres bienes que Dios hizo á nuestros primeros padres, como si me los hubiera hecho á mí, suplicándole, que pues ya perdí esta semejanza, sea servido de repararla con su gracia. Ó Verbo divino (*Colos.* I, 15), imágen invisible del eterno Padre, que veniste al mundo para remediar los daños del hombre que criaste á tu imágen, y reparar la semejanza en el ser de gracia que perdió para todos, por su culpa; mira con ojos de misericordia mi pobre alma, reconoce la imágen que hiciste, aunque afeada con lo que yo hice: y pues yo la quité el lustre de la gracia que me diste en el Bautismo, restitúyemele con la penitencia, borrando el mal que yo hice, para que tenga su resplandor la imágen que tú hiciste. Ó Padre de las misericordias (*Rom.* VIII, 29), que predestinaste á tus escogidos para que fuesen conformes á la imágen de tu Hijo, confórmame con ella en la santidad, para que alcance la perfecta semejanza de su gloria. Amen. (I *Ioan.* III, 2).

PUNTO QUINTO. — 1. (*D. Thom.* 2 *p. q.* 96, *art.* 1). Lo quinto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor hizo tambien al hombre, *para que presidiese á los peces del mar, y á las aves del cielo, á las bestias, y á toda la tierra, y á todo lo que arrastra por ella.* En lo cual se ha de ponderar, lo primero, la excelencia del hombre, por razon de ser hecho á imágen de Dios; de donde procede, que como Dios es supremo Señor de todas las criaturas; así el hombre le sea semejante en ser superior á todas las criaturas de la tierra, con entero dominio de ellas, para servirse de todas, y poderlas sin injuria matar para su recreacion ó para su sustento. Por lo cual, admirándome de la infinita liberalidad de Dios para con nosotros, diré con David: ¿Quién es el hombre, para que te acuerdes de él? ó el hijo del hombre para que le visites? (*Psalm.* VIII, 5). Hicístele un poco menor que los Ángeles, coronástele de honra y gloria, y constituístele sobre las obras de tus manos; pusiste todas las cosas debajo de sus piés, las ovejas y las vacas, y todo el ganado del campo; las aves del cielo, y los peces que nadan por el mar. Ó Señor, y Señor nuestro, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la redondez de la tierra! Admirable es, porque siendo quien eres te acuerdas de una cosa tan baja como es el hombre; y tambien es admirable, porque le has co-

ronado de tanta honra y gloria, que le has hecho á tu imágen y semejanza; y no menos admirable, porque le has dado poder y señorío sobre las obras que tú hiciste por tus manos. Y pues tanto bien me has hecho, justo es que predique tu admirable nombre por toda la tierra, con deseo de que todos le veneren con suma honra.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la providencia de Dios nuestro Señor, así con los animales, como con los hombres en este caso; porque viendo su Majestad, que todas las cosas que habia criado en la tierra, por carecer de razon, tenian necesidad de quien las gobernase, crió al hombre á su imágen y semejanza, para que presidiese sobre ellas, proveyendo tambien con esto al mismo hombre del alivio y regalo que habia menester para pasar su vida, como se ve al ojo, que pastoreando el hombre á sus ovejas, hace bien á ellas y á sí. Y á esta causa, estando Adan en el paraíso, le llevó todas las aves y animales de la tierra á su presencia, para que él los conociese y pusiese nombre (*Genes.* II, 19), y tomase posesion de su dominio, y todos le reconociesen, á su modo, por señor, sujetándosele serpientes y fieras, como los mansos corderos. Y este favor no era para él solo, sino para sus descendientes (*Genes.* I, 28): y así despues que crió á Adan y Eva, les dijo: *Creced y multiplicad, y llenad la tierra, sujetadla, y señoreaos de los peces, aves y animales.* Y por consiguiente á mí tambien se hizo este favor, y gozara de él si Adan no pecara.

3. Pero aun despues del pecado resplandece esta misericordia y providencia de Dios con el hombre; porque, como consta de lo que dijo á Noé, le dejó el pleno dominio y uso de todos los animales que le podian ser de provecho; y tambien preside sobre los peces, serpientes y fieras, porque con su industria y maña pesca y sujeta no solamente los peces menores sino las ballenas, y caza toda suerte de aves y animales, por bravos que sean; doma las serpientes y las fieras, como dice el apóstol Santiago. (*Iacob.* III, 7). De donde sacaré motivos de alabanza y agradecimiento á Nuestro Señor por este beneficio, mostrando el agradecimiento en presidir y domar los apetitos bestiales de mi carne, que son figurados por estos cuatro géneros de animales, que Dios nos sujetó, mortificando las pasiones de la sensualidad carnal, figuradas por los peces; las pasiones de soberbia y ambicion, figuradas por las aves; las pasiones de codicia de bienes terrenos, figuradas por las serpientes; y las pasiones de ira y venganza, figuradas por las fieras. O Dios omnipotente, que diste al hombre dominio y maña para domar estas cuatro suertes de ani-

males, dame tu copiosa gracia para que dome las pasiones que son figuradas por ellos. Ninguno de los mortales puede por sí mismo domar la lengua (*Iacob.* III, 8), porque todas cuatro pasiones se juntan á embravecerla, pero con tu gracia será fácil lo que á nosotros es difícil: dómala tú, Señor, con tu omnipotencia, para que de hoy mas no se ocupe en otra cosa, que en cantar tus alabanzas por tus innumerables beneficios por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVI.

DEL MODO COMO DIOS FORMÓ EL CUERPO DEL HOMBRE, Y LE INFUNDIÓ EL ALMA, Y FORMÓ Á EVA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Hizo Dios al hombre del lodo de la tierra, é inspiró en su rostro un soplo de vida, y quedó el hombre con ánima viviente,* etc. (*Genes.* II, 7). Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor quiso que se contase distintamente la formacion del cuerpo y alma de Adan (*D. Thom.* 1 *p. q.* 91, *art.* 1), y primero la del cuerpo que es menos noble, para que se entendiese que el cuerpo y alma del hombre no eran como los de los otros animales, cuyos cuerpos y almas fueron hechos de la tierra, sino que el cuerpo solo se hizo de la tierra, y el alma vino de fuera; y en esta fe fundarémos nuestra vida, tratando al cuerpo como merece, y dándole su lugar, de modo que no se anteponga ni iguale con el alma. Y aun algunos santos Padres afirman (*Habetur* IV *Esdrae, c.* III; *tenent Gennad., D. Chrysost., Tostat. et alii in Genes. c.* II; *contra D. Thom.* 1 *p. q.* 90, *art.* 4 *ad* 3), que hizo Dios el cuerpo de Adan un poco primero que el alma, para que mejor se conociese lo que tenia el cuerpo de suyo, y la necesidad que tenia del alma, y el bien que por ella le venia; pero bástanos para esto imaginarle sin alma, como ahora está un cuerpo muerto: y en este retrato podemos contemplar lo que debemos á quien nos da el alma con que vivimos.

2. Luego ponderaré como Dios nuestro Señor con altísima sabiduría no quiso criar de nada el cuerpo de Adan, sino hacerle de tierra y del polvo de la tierra, mezclado con agua, como el ollero hace el barro, y de él forma los vasos, para que el hombre se fundase en profunda humildad, viendo su vil orígen de esta parte, y conociendo la fragilidad de su naturaleza, y por consiguiente la mortalidad que de tal principio le viene. - Con esta consideracion, unas

veces, para reprimir mi orgullo, diré aquello del Eclesiástico (*c.* x, 9): *Quid superbit terra, et cinis?* ¿De qué se ensoberbece la tierra y ceniza? Ó soberbio y presuntuoso, ¿de qué presumes? ¿por ventura de la tierra y polvo que lleva el viento? humíllate hasta la tierra, pues eres tierra.—Otras veces, para reprimir las quejas que se me levantan en el corazon, contra los juicios de Dios, porque no me da las cosas que deseo, diré aquello de san Pablo (*Rom.* ix, 20): Ó hombre, ¿tú quién eres, para andar en quejas con Dios? ¿Por ventura puede decir el vaso de barro al ollero, por qué me hiciste así? ¿No tiene el ollero potestad de hacer de un mismo barro un vaso de honra, y otro de ignominia? *Vae qui contradicit Fictori suo testa de lamiis terrae!* (*Isai.* xlv, 9). ¡Ay del que contradice á su Hacedor, siendo vaso hecho de tierra! Ó alma mia, ríndete á tu Hacedor, pues no te hace agravio en hacer de tí lo que quisiere; y siendo justo, no hará cosa contra tu provecho, si tú no te apartas de su servicio.

3. Otras veces para alentarme á confianza en Dios, que me hizo de barro, diré aquello del profeta Isaías (*Isai.* lxiv, 8): Tú eres nuestro Padre, y nosotros barro; tú nuestro formador, y nosotros obra de tus manos: no quiebres, Señor, el vaso que hiciste, pues no le hiciste para quebrarle con rigor, sino para servirte de él con entereza.—Otras veces, para resignarme con gozo en las manos de Dios, y darle la gloria de todo lo bueno que en mí hay, me acordaré de lo que dijo por Jeremías (*c.* xviii, 6): *Sicut lutum in manu figuli; ita vos in manu mea:* como el barro está en manos del ollero, así estais vosotros en las mias. Ó Criador piadosísimo, gózome de estar en tus benditas manos, porque todo me será dulce cuanto saliere de ellas. Gózome de que hayas puesto en vasos de barro los tesoros de tu gracia (II *Cor.* iv, 7), para que no sea nuestra, sino tuya la gloria de ellos.

4. Finalmente, para huir todos los pecados, me acordaré que ellos deshacen esta obra de barro, y la convierten en el polvo de que fue hecha, conforme á la sentencia que dió Nuestro Señor contra Adan, diciéndole (*Genes.* iii, 19), que se convertiria en tierra, de donde fue formado: *Quia pulvis es, et in pulverem reverteris.* Eres polvo, y serás tornado en polvo; como quien dice: Por esto te hice de la tierra y del polvo, para que entendieses que si no guardabas mi ley te convertirias en la tierra y polvo de que te hice, pues quien no estima al que le sacó del lodo, justo es que se vuelva al lodo de donde le sacó. Ó Padre amantísimo, que con tanta providencia formaste mi cuerpo de la tierra, concédeme que tome los avisos que con este

hecho me diste, para que cuando mi cuerpo se vuelva en tierra, suba mi alma contigo al cielo. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la omnipotencia de Dios en haber hecho de materia tan vil y grosera una cosa tan preciosa, como el cuerpo del hombre; discurriendo por las excelencias de esta obra, reduciéndolas brevemente á cuatro. – La primera es, la muchedumbre de partes y miembros tan diferentes que tiene, las cuales se hicieron de un mismo lodo, y ahora se hacen de una misma materia, poco menos vil que el lodo, sino que ahora hácense poco á poco, y una despues de otra; entonces hízolas Dios en un momento todas juntas, con grande perfeccion; por lo cual daré gracias, admirándome de su omnipotencia, con aquellas palabras de David (*Psalm.* xxxiv, 10): *Omnia ossa mea dicent: Domine quis similis tibi?* Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién hay semejante á tí? Ó Dios poderosísimo, mis huesos y mi carne, mis venas y mis arterias, y todos los miembros de mi cuerpo á voces están diciendo: ¿quién hay semejante á tí en el poder? ¿quién sino tú pudiera hacer en el vientre de una mujer cuerpo lleno de tantos huesos? Ó alma mia, oye las palabras de aquella excelente matrona que decia á sus hijos los Macabeos (II *Mach.* vii, 22): No os dí yo el espíritu ni la vida, ni yo sola formé los miembros de vuestro cuerpo, con la trabazon que tienen, sino el Criador del mundo, que formó la vida del hombre, y dió principio á todas las cosas. (*Eccles.* xi, 5). ¡Oh si todos mis huesos fuesen descoyuntados y martirizados como los de estos santos Macabeos, en gloria y honra del que me los dió!

2. La segunda excelencia es, la hermosura, grandeza y delicadeza de este cuerpo, con ser hecha de una cosa tan fea, grosera y tan pequeña como un poco de lodo. Y lo que admira es, que tardando ahora treinta años en tener su debida grandeza y hermosura, en Adan la tuvo en un momento, haciéndole Dios en estado de varon perfecto, para que se vea que de cosas bajas puede sacar cosas muy altas; y lo que por curso natural pide tiempo de muchos años, lo puede hacer en un instante. – La tercera excelencia es, la figura tan noble (*D. Thom. q.* 93, *art.* 3) y derecha que tiene, andando todos los demás animales los cuerpos inclinados á la tierra, para que entendiésemos, que aunque fuimos hechos de tierra, nuestro fin no es cosa de la tierra, sino del cielo, enderezando allá la vista y el corazon. Ó alma mia, avergüénzate de andar inclinada con tus aficiones á la tierra, estando en cuerpo derecho y levantado al cielo. Ó Salvador mio, que desataste á la hija de Abrahan (*Luc.* xiii, 16), que

anduvo diez y ocho años inclinada á la tierra, sin poder mirar al cielo, desata esta alma, que tantos años ha traido atada Satanás, inclinándola á las cosas terrenas, para que de hoy mas respire, y se levante á mirar las celestiales.

3. La cuarta excelencia es, la perfeccion de todo cuanto ha menester, en órden al alma, que le informa, supliendo el alma con la razon las faltas que resultan de su delicada complexion; porque aunque otros animales nos exceden en la viveza de la vista y olfato, en la ligereza del movimiento, en nacer vestidos y calzados, y armados con varias armas ofensivas; pero todo esto procede de la grosería y terrestridad grande de su complexion y naturaleza, y no se compadecia con la delicadeza de la nuestra; pero el alma con la luz de la razon y prudencia aviva sus sentidos, y los perfecciona, viste y calza, y arma su cuerpo, mejor que los animales, acudiendo la divina Providencia á suplir la falta de todo esto, para que no falte á los hombres lo que no falta á las bestias. Por todas estas cosas he de dar gracias al Criador, que con tanta suavidad trazó la fábrica de mi cuerpo para ser morada de mi alma, alabándole porque me dió ojos para ver, con párpados que los cubriesen, y cabeza levantada en alto, con cabellos que la adornasen, y así por todos los demás miembros del cuerpo.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar (*D. Thom.* 1 *p. q.* 90), como Dios nuestro Señor crió de nada el alma del primer hombre, cuya creacion declara, diciendo: *inspiró en su rostro un espíritu, ó soplo de vida* (*Genès.* II, 7), para significar que el alma y vida que le daba no procedia de la tierra, de donde el cuerpo fue formado, sino que le venia de fuera, por la omnipotencia del Criador, porque como el soplo procede del hombre, y es un aire que sale de lo interior por la boca, así nuestra alma procede de Dios, y sale de él con grande amor, como quien la saca de sus entrañas, y sale por su boca, esto es, por su imperio, queriendo que sea, sin haber quien le resista; y en esto se descubre su nobleza, y la semejanza con la divina Sabiduría, que, como ella dice (*Eccli.* XXIV, 5), procedió de la boca del Altísimo. Ó alma mia, obra eres de solo Dios, alaba y glorifica al que te dió el ser que tienes con tanto amor. De Dios saliste, procura volver á Dios, y entrar dentro de su pecho, amando al que te amó con todo tu corazon.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que llama Dios al alma, *spiraculum vitae*, soplo, espíritu ó respiracion, que da vida á la cosa donde entra, para significar que la vida del cuerpo consiste en que

Dios crie y junte el alma con él, y en que siempre respire para conservarse; y por esto dice, que el soplo dió en el rostro de Adan, porque allí están los principales sentidos de la vida, la vista, oido, olfato y gusto, y los sentidos interiores, y algunos instrumentos de la respiracion para conservar la vida. Y de aquí sacaré, que llamar Dios al alma respiracion de vida, es para provocarme á que cada vez que respiro me acuerde del Criador que me dió el alma, y del soberano beneficio que me hizo en dármela, creyendo, que como la vida del cuerpo está pendiente de la respiracion del alma, así la vida y ser de mi alma está pendiente de la inspiracion y virtud de Dios; porque si él no la conserva, se volveria en nada, y así es justo algunas veces con cada respiracion hacer algunos actos de amor, ó de alabanza y agradecimiento por este beneficio, al modo que arriba se declaró. (*Medit.* XXIII *de la parte* V).

3. De aquí subiré á ponderar el misterio de estas palabras, porque como el cuerpo sin el alma carece de vida natural, así el alma sin la gracia carece de vida espiritual; y como Dios soplando en el cuerpo de Adan, le infundió un alma con que le dió vida natural, así tambien soplando con el soplo de su divina y eficaz inspiracion infunde en el alma un espíritu de gracia y caridad, con que la da vida sobrenatural, y ambas vidas infundió Nuestro Señor juntamente al primer hombre cuando le crió. Y quizá por esto dice la Escritura, en la lengua original, que inspiró en Adan, *spiraculum vitarum*, soplo de vidas, porque no solamente le dió el alma excelentísima, de quien procede la vida vegetativa, con que crece como las plantas, y sensitiva, con que siente como los animales, é intelectiva, con que entiende como los Ángeles, sino tambien le dió el Espíritu Santo, de quien procede la gracia y caridad, con los varios ejercicios de vida que hay en ella. Y en conformidad de esto, Cristo nuestro Señor con otro soplo dió á sus Apóstoles el Espíritu Santo (*Ioan.* xx, 22), como en su lugar ponderamos. (*Parte* V, *medit.* IX). Ó Padre eterno, que por boca de tu Hijo produces el soplo del Espíritu Santo, con cuya presencia se vivifican las almas muertas por la culpa; renueva la mia con este divino soplo, visitándome á menudo con tus divinas inspiraciones, para que viva la vida nueva de tu gracia, y en ella permanezca hasta la vida eterna. Amen.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, habiendo criado á Adan (*Genes.* II, 8), poco despues le llevó al paraíso de deleites, que habia plantado el tercer dia

para su morada (*D. Thom.* 1 *p. q.* 102, *art.* 4), ponderando los sentimientos tiernos y devotos que por él pasaron, cuando conoció con la ciencia que Dios le habia dado los beneficios que le habia hecho. -Lo primero, cuando en aquel primer instante abrió los ojos, y vió la hermosura de los cielos, con sus estrellas y planetas, y la belleza de la tierra, con sus árboles y plantas, y las aves y animales que andaban por ella, quedaria como suspenso con la novedad de cosas tan admirables, al modo que un hombre que desde que nació hubiese estado encerrado en un sótano, si al cabo de treinta años saliese de su encerramiento, y viese lo que hay en este mundo, quedaria como fuera de sí admirado de tantas maravillas, alabando y glorificando al Criador de ellas.

2. Pues ¿qué haria, cuando poco despues vió que el mismo Dios le llevó al paraíso y huerto de deleites, y se le dió por habitacion y morada, con plena potestad de comer la fruta de los innumerables árboles que tenia, excepto uno? Y como conoció que este era nuevo favor sin sus merecimientos y sin ser debido á su naturaleza, sino por sola gracia del Criador, admirado de su bondad y liberalidad, y de la belleza del huerto, prorumpiria en nuevas alabanzas, por tan soberana merced como le habia hecho. -Y apenas habia acabado estas alabanzas, cuando vió que el mismo Dios, por ministerio de sus Ángeles, le ponia delante toda la muchedumbre de aves, bestias y serpientes, para que se recrease con aquella vista de tanta variedad y hermosura de criaturas; porque si tanta recreacion es ver un elefante ú otro animal nunca visto, ¿qué seria ver tantos juntos, y conocer lo que habia en cada uno? y cuando vió que todos le estaban sujetos y él era superior á todos, todo se convertiria en alabanzas de su Criador por la inmensa liberalidad que con él habia usado.

3. Estas consideraciones he de aplicar á mí mismo, y levantando el espíritu de lo terreno á lo celestial, glorificaré á Dios por las cosas que crió en este mundo inferior para mi regalo, mirándolas con nueva vista, como si fueran nuevas para mí, cantándole cantares nuevos de alabanza por ellas; y luego contemplaré el amor tan tierno con que Dios nuestro Señor me va llevando y guiando al paraíso celestial, con deseo de dármele para perpétua morada, ponderando la admiracion y júbilos que tendré en la primera vista de aquel nuevo mundo superior. Ó Dios de mi alma, ahora entiendo lo que dijiste por tu Profeta (*Osee*, XI, 4): Traerlos he con cuerdas de Adan y ataduras de caridad. Cuerdas de Adan fueron los innumerables beneficios de naturaleza y gracia, con los cuales le ataste y obligas-

te á que te amase y sirviese; y con estas mismas me atas y obligas á que yo tambien te ame y sirva: cuerdas son de Adan los cielos con sus estrellas, el mar con sus peces, el aire con sus aves, la tierra con sus plantas y animales. Cuerdas son de Adan el cuerpo que me diste, con sus miembros y sentidos, y el alma que criaste á imágen tuya, con todas sus potencias. Ataduras de caridad son las gracias, los Sacramentos, las inspiraciones, y el paraíso que me prometes. ¡Oh si me atase con fortísimo amor á quien tales cuerdas y ataduras inventó para que le amase, de modo que nunca las rompiese!

Punto quinto. — 1. Lo quinto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, aunque hizo juntamente pareados los sexos de las aves y animales de la tierra, no quiso criar juntamente al hombre y á la mujer, sino primero crió al hombre, y despues de su costilla hizo la mujer (*Genes.* II, 22), para que entendiésemos que el hombre no fue criado principalmente para vacar á la generacion como los demás animales; porque, aunque esta obra en el matrimonio sea buena, y fue necesaria por entonces para la multiplicacion del género humano, pero es obra muy baja, y comun al hombre con las bestias, y así le crió solo antes de la mujer, para que entendiese que su principal fin era vacar á Dios, y contemplarle y amarle, y ejercitar con él á solas las obras que son propias de los Ángeles. Y aun cuando formó la mujer de su costilla, estaba durmiendo arrebatado en grande éxtasis de contemplacion, para que entendiese que el mismo matrimonio no ha de estorbar el uso de la oracion y contemplacion, cumpliendo lo que despues dijo el Apóstol (I *Cor.* VII, 29): Que quien tiene mujer, viva como si no la tuviese, y no deje de vacar á la oracion; y despues que el mundo está multiplicado, mejor es al que tiene vocacion de Dios para ello, vivir solo sin mujer, que con tal compañía.

2. Otra causa de esto fue, para movernos á la union de unos con otros por amor, viendo que nuestro Criador, como dice san Pablo (*Act.* XVII, 26), *ex uno fecit omne genus hominum*, de uno solo hizo á todo el género humano, para que los que tienen no mas que un Padre en el cielo y otro en la tierra se amen como hermanos, conforme á lo que dijo el profeta Malaquías (*Malach.* II, 10): ¿Por ventura no es uno el Padre de todos nosotros, y no es uno el Dios que nos crió? pues ¿por qué desprecia cada uno á su hermano?

3. Otra causa mística fue, para significar que así como un solo hombre fue cabeza del género humano en el ser natural, de cuya costilla estando durmiendo se hizo Eva; así un solo hombre nuevo,

Cristo Jesús, habia de ser cabeza de todos los hombres en el ser de gracia, de cuyo lado, estando durmiendo el sueño de la muerte en la cruz, salió agua y sangre, figura de los Sacramentos con que se edifica y conserva su esposa la Iglesia, que es la congregacion de todos los fieles; y esta razon les moviese mucho mas á tener union de caridad, pues tienen un solo Criador y un Padre en la naturaleza, y un solo Padre en el ser de gracia, el cual es su único Redentor y Remediador de todos los males que incurrieron por el pecado del primero. Ó dulcísimo Criador y Redentor nuestro, que á costa de tu misma sangre (*Ephes.* v, 27) edificaste la Iglesia para hacerla gloriosa sin mancha ni ruga, ni otra alguna imperfeccion; aplica tu redencion con tu infinita misericordia á los que criaste con tu soberana omnipotencia, para que todos gocen de ella, y de ellos se haga una iglesia y esposa tuya, hermosa y sin mancilla (*Cant.* iv, 7), en la cual reines por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVII.

DE LA REFLEXION QUE HIZO DIOS NUESTRO SEÑOR SOBRE LAS OBRAS DE ESTOS SEIS DIAS, DECLARANDO QUE ERAN MUY BUENAS, Y DE LA SANTIFICACION DEL DIA SÉPTIMO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de ponderar como Dios nuestro Señor al fin del sexto dia, habiendo criado todas las cosas, las vió (*Genes.* i, 31), *et erant valde bona*, y eran muy buenas. En lo cual ponderaré como en tres tiempos leemos que Dios nuestro Señor hiciese reflexion sobre sus obras, y viese que eran buenas; es á saber, en el mismo dia que las hizo, despues de haberlas criado; y si en un dia hizo diferentes obras, en cada una al fin de ella; y lo tercero al fin de los seis dias y de todas las obras, haciendo reflexion sobre todas juntas, y entonces no solamente dijo que eran buenas, sino muy buenas y muy perfectas, porque tenia cada una la bondad que le convenia en órden á sí misma y en órden al bien comun del universo, el cual era perfecto en todas sus cosas cuanto al número, duracion, hermosura y proporcion de todas sus partes, sin que en ellas hubiese cosa mala ni dañosa, al modo que ya se ha ponderado en las meditaciones pasadas. Pero juntamente ponderaré como á solo Dios, por razon de su infinita bondad, pertenece que mirando todas sus obras, pueda decir que son buenas y muy perfectas (*Deut.* xxxii, 4), sin que en ellas haya cosa mala ni imper-

fecta; y lo mismo conviene á Cristo nuestro Señor, por ser Hombre y Dios, de quien se dijo (*Marc.* VII, 37): *Bene omnia fecit,* que hizo todas las cosas bien. Y esto mismo por especial privilegio se halló en la Vírgen santísima; pero todos los demás hombres, por muy santos que hayan sido, segun la ley ordinaria, haciendo reflexion sobre sus obras, hallarán alguna culpa ó imperfeccion en algunas de ellas, pues como dijo Santiago apóstol (*Iacob.* III, 2): Todos tropezamos y caemos en muchas cosas; pero nuestro cuidado ha de ser acercarnos, cuanto pudiéremos, á la perfeccion de Dios, procurando, en cuanto nos fuere posible, que nuestras obras sean tales, que mirándolas Dios, pueda decir en alguna manera, que son, *valde bona,* muy buenas.

2. *De tres exámenes de nuestras obras.* — Para alcanzar esta perfeccion, nos ayudará hacer tres exámenes de nuestras obras, haciendo reflexion sobre ellas.-El primero es al fin del dia, haciendo reflexion sobre todas las obras que en él hubiere hecho, mirando si son conformes á la divina voluntad, de modo que Dios las dé por buenas, borrando con la contricion las malas, al modo que se dijo en la meditacion XXVIII de la parte I.-El segundo exámen, que ayuda mas á la perfeccion, es en acabando cualquier obra de importancia hacer luego reflexion sobre ella, como la hizo Nuestro Señor el tercero y sexto dia, y examinarla sin aguardar al fin del dia; y si hallare que toda ella es buena, sin que le falte circunstancia alguna, daré gracias á Dios por ello; y si hallare que es buena, pero con mezcla de algunas imperfecciones y descuidos, apartaré lo precioso de lo vil, y el oro de la escoria, consumiendo con el fuego del amor y del dolor todo lo malo é imperfecto, con propósito de otra vez hacerla de tal manera, que viéndola Dios pueda decir que es buena; y si hallare que toda fue mala, confundiréme de haber empleado mal el dia que Dios me dió para obrar bien.

3. Este exámen se ha de hacer al fin de cualquier obra y negocio de importancia, porque, como dice san Doroteo, pecamos mucho y olvidámonos presto, y así es menester (*Serm.* 11): *Frequentissime, ac singulis horis nos ipsos exquirere, rimari, ac perscrutare diligentissime,* muy á menudo, y cada hora examinarnos y escudriñarnos diligentísimamente. (*Serm.* 10): *Imo, et per quaelibet temporum momenta:* y si fuera posible en cada momento de tiempo, mirando cómo le hemos gastado, pues, como dice el Sábio (*Prov.* XXIV, 16), el justo cae siete veces; esto es, muchas veces, y otras tantas se levanta, sin aguardar á levantarse de todas al fin del dia. Y como

los hombres muy limpios, si muchas veces se manchan ó enlodan, muchas veces se limpian, acudiendo luego á quitar la mancha; así los varones muy amigos de la limpieza de su alma se limpian y purifican luego en manchándose con alguna culpa ó imperfeccion; de modo que mirando Dios su alma por entonces, pueda decir: Toda eres hermosa, amiga mia (*Cant.* IV, 7), y no hay en tí mancha alguna.

4. El tercer exámen es al fin de la semana, al modo que Nuestro Señor hizo reflexion sobre las obras de estos seis dias al fin de ellos, haciendo comparacion de un dia á otro, examinando si cada dia procuré adornar mi alma con nuevos resplandores de virtudes; si fuí creciendo y aprovechando cada dia en la perfeccion de ellas; si cumplí enteramente las obligaciones propias y las del bien comun; y de lo bueno que hallare haré una pella, ofreciéndolo á Dios, y dándole gracias por ello, cumpliendo lo que dice David (*Psalm.* CXLIV, 2): *Per singulos dies benedicam tibi:* todos los dias te alabaré, por el bien que me has hecho en cada uno. De lo malo que hallare, haré otra pella, para confesarlo con dolor de corazon, y aparejarme con esta pureza para la fiesta que tengo de celebrar el dia séptimo, pues quien desea crecer en la perfeccion, cada semana deberia confesar y comulgar para alcanzarla. Este mismo exámen y reflexion se deberia hacer al fin de cada año, haciendo una confesion general de las culpas cometidas en todo él, y haciendo comparacion de un año á otro; confundiréme si voy siempre á un paso tibio, y alentaréme á ir siempre adelante.

5. Y finalmente, al fin de toda la vida, figurada por estos seis dias, dando lugar la enfermedad, y no habiendo algun especial impedimento, es bueno hacer otro exámen y confesion para borrar todo lo malo que hubiéremos hecho; de modo que el príncipe de este mundo no halle por entonces en nosotros cosa suya (*Ioan.* XIV, 30), y el Príncipe del cielo mirando todo lo que tenemos, lo apruebe y dé por bueno, y así nos lleve consigo al descanso eterno, figurado por el dia séptimo. Ó Bien sumo y principio de todo bien, cuyas obras siempre fueron buenas y como tales las aprobaste en estos seis dias que las hiciste; concédeme por tu gracia parte de esta bondad, que es propia de tu divina naturaleza, para que en el último exámen que hicieres de mi vida no halles cosa de lo malo que yo hice, sino solamente lo bueno que tu gracia hizo conmigo, y por ello me admitas en tu santo reino. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios

nuestro Señor el dia séptimo acabó la obra que hizo: *Et requievit ab universo opere quod patraverat* (*Genes.* II, 2), y descansó y cesó de toda la obra que habia hecho, por lo cual bendijo al dia séptimo. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 73). Aquí se ha de ponderar, lo primero, como Dios nuestro Señor en el séptimo dia cesó de hacer nuevas cosas, no porque se le agotase la omnipotencia para hacerlas, si quisiera ó conviniera para su intento y nuestro provecho, sino porque las hechas bastaban para la perfeccion del mundo que habia trazado, y así no dice la Escritura, que acabó Dios lo que podia hacer, sino lo que hizo, haciéndolo muy perfecto; y entonces descansó, no en las criaturas, porque no tiene necesidad de ellas para su descanso y bienaventuranza, sino descansó, cesando de obrar al modo dicho, y gozándose en sí mismo, por haber cumplido lo que *ab aeterno* quiso y ordenó, y ahora ejecutó con alegría. Á cuya imitacion procuraré buscar mi descanso, no en las criaturas, si no en el Criador; porque como Dios no puede descansar si no es en sí mismo, así yo no puedo hallar descanso si no es en él. Y aunque tengo de alegrarme de las obras que hace como el mismo Dios, segun dice David (*Psalm.* XCI, 5; *Psalm.* CIII, 31), se deleita en ellas; pero no ha de ser parando en las cosas criadas, sino en el que las crió. Ó gloria y descanso mio, gózome del descanso eterno que tienes en tí mismo, porque ni obras con trabajo, ni por obrar pierdes tu descanso. Concédeme, Señor, que ponga mi descanso en trabajar por tu servicio, porque sin tí todo descanso es vano y perecedero, y en tí solo es lleno y sempiterno.

2. Lo segundo, ponderaré como Dios nuestro Señor bendijo al dia séptimo, y le santificó, y porque la bendicion de Dios es eficaz, bendecirle fue dar á entender que en aquel dia, aunque cesaba de criar nuevas cosas, comenzaba con otro nuevo modo á hacerlas bien con el beneficio de la conservacion y gobernacion; y las criaturas tambien comenzaban á poner en obra la bendicion recibida, atendiendo á su multiplicacion; y dice así la Escritura que cesó Dios, *ab omni opere suo quod creavit, ut faceret*, de todo lo que crió para que hiciese, esto es, para que obrase y se multiplicase en el mundo; como quien dice, no lo crió para que estuviese ocioso, sino para que cada cosa hiciese lo que le tocaba, para alcanzar su fin. Y al hombre crió tambien, *ut faceret*, para que obrase y trabajase, por alcanzar la santidad, la quietud y descanso que se recibe en solo Dios; y así para él principalmente se bendijo y santificó este dia séptimo. Ó Dios eterno que me criaste por Cristo (*Ephes.* II, 10) tu

Hijo, para que hiciese obras buenas, y caminase por ellas á tu eterna bienaventuranza; derrama sobre mí tu copiosa bendicion, para que desde luego comience á obrar y aprovechar en justicia y santidad, poniendo todo mi descanso en darte contento por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. - *Del espíritu con que se han de celebrar las fiestas.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar el misterio que está encerrado en cesar Dios de sus obras, y en bendecir y santificar el dia séptimo (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 122, *art.* 4); ponderando como Dios nuestro Señor ordenó con precepto al pueblo de Israel, que santificasen el dia séptimo (*Exod.* xx, 8; *D. Thom.* 2, 2, *q.* 22, *art.* 4 *ad* 4), que para ellos era el sábado, en memoria y agradecimiento del beneficio de la creacion del mundo, y de las cosas que hizo en los seis dias primeros. Y en figura de la quietud y descanso que tienen los justos, así en esta vida por la gracia, como en la otra por la gloria; por razon de lo cual, los llama Isaías (*Isai.* lviii, 13): Sábado del Señor, delicado y glorioso. Á este sábado sucede ahora el domingo, no solamente en memoria y agradecimiento del beneficio de la creacion del mundo, sino mucho mas de la redencion y renovacion que hizo Cristo nuestro Señor en su resurreccion, y de la quietud que nos dió con su gracia, y de la que nos promete con la glorificacion del alma y resurreccion del cuerpo. Y por consiguiente muchos mayores títulos hay para santificar el domingo, que habia para santificar el sábado.

2. Para cumplir con esta obligacion perfectamente (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 107, *art.* 1), quitando todo género de desagradecimiento, se han de hacer cuatro cosas. - La primera es, cesar de las obras serviles, como Dios cesó de las cosas que hizo al modo dicho, para que desocupados de ellas, podamos vacar á Dios con quietud; y por consiguiente hemos de cesar de los pecados que son obras mas serviles que las exteriores que hacen los siervos, porque (*Ioan.* viii, 34), *quien hace el pecado, siervo es del pecado;* el cual impide notablemente el vacar á Dios, y es supremo grado de desagradecimiento ofender al bienhechor en el tiempo que habia él mismo señalado para que le agradeciesen su beneficio, profanando con la culpa el dia que santificó con su magnificencia. - La segunda cosa es, vacar á Dios con ejercicios de oracion y contemplacion, ponderando la grandeza de los beneficios, en cuya memoria se instituyó este dia de fiesta, meditándolos por los puntos que arriba se pusieron; con lo cual quitamos el segundo grado de desagradecimiento, que es olvidarse

de su bienhechor y del beneficio recibido.-La tercera es, alabar á Dios vocalmente, cantándole himnos y salmos en accion de gracias por los beneficios recibidos, como se usa en la Iglesia, para que allí acudan los fieles, y oyendo el canto se muevan á glorificar á Dios, cantando, como dice san Pablo (*Colos.* III, 17), en sus corazones, dando gracias al Padre de las misericordias por las que nos ha hecho. Con lo cual se ataja el otro grado de desagradecimiento, que es no agradecer, siquiera de palabra, las mercedes recibidas.

3. La cuarta es, ofrecer á Dios sacrificios para darle el culto debido por título de ser nuestro Criador y Santificador, y en accion de gracias por las mercedes que nos ha hecho, y para impetrar de nuevo otras con que mas servirle. Para estos tres fines se ofrece el sacrificio de la misa, como en su lugar se dijo (*P.* IV, *med.* XV), al cual han de asistir los fieles todos los domingos y fiestas, ofreciéndole juntamente con los sacerdotes, y por su mano, añadiendo tambien los sacrificios de corazon (*Psalm.* L, 19-21), contricion y de justicia, ejercitando varias obras de piedad y caridad, pues no cesamos de las obras serviles para estar ociosos, sino para ejercitar las obras que son por entonces mas agradables al Criador, con las cuales se alcanza la quietud y descanso del espíritu.

4. Finalmente, para animarnos á todo esto, quiso Nuestro Señor bendecir y santificar el dia séptimo, premiando á los que le santifican al modo dicho, con echarles su bendicion y llenarlos de santidad, pues por esto se llama el dia bendito; porque Dios le señaló para llenarnos en él de bendiciones celestiales, y cuando conviniere tambien de las temporales, multiplicando los bienes de los que se ocupan en santificarle. Ó Dios liberalísimo, gracias te doy por haber señalado tiempo en que te alabase por los beneficios recibidos, para que me hiciese digno de recibir otros nuevos. Líbrame, Señor, de la ingratitud que como viento abrasador consume las virtudes y seca la fuente de tus misericordias. (*D. Aug.* in Soliloq. *c.* 18; *D. Bern.* Serm. contra vitium pessimum ingratit. *Psalm.* CXIV, 7). Ó alma mia, conviértete á tu descanso, porque el Señor lo ha hecho bien contigo: tu descanso sea alabarle todo el tiempo de esta vida, para que llegues al descanso eterno en la otra. Amen.

MEDITACION XXVIII.

DEL BENEFICIO DE LA CONSERVACION DEL MUNDO, Y DE LA DEPENDENCIA QUE TODAS LAS COSAS TIENEN DE DIOS EN EL SER Y EN EL OBRAR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar (*D. Thom.* 1 *p. q.* 104, *art.* 1), como todas las cosas que Dios nuestro Señor crió en el principio del mundo, y en los seis dias primeros, que quedan referidas, y todas las demás que por medio de ellas se han multiplicado, dependen en la conservacion de su ser del mismo Dios: porque la conservacion no es otra cosa que una continuacion de la obra con que Dios hace una cosa: y así como hizo todas las cosas con tres dedos de su mano, que son, la bondad, sabiduría y omnipotencia, como arriba se dijo (*med.* XVI); así con estos mismos las sustenta y conserva, como dice Isaías (*Isai.* XLVIII, 6), y lo confiesa san Pablo (*Hebr.* I, 3), diciendo, que Dios con la palabra de su virtud sustenta todas las cosas: pues ¿qué cosa puede ser mas admirable y gloriosa que ver la máquina de todo este mundo colgada actualmente de la voluntad y poder de Dios, mucho mas que la luz del aire está dependiente del sol? De tal manera, que como en ausentándose el sol deja de ser la luz; así en queriendo Dios suspender su concurso, toda esta máquina se volveria en nada; lo cual puede hacer en un momento: de donde sacaré varios afectos, para fundamento de mi vida y perfeccion.

2. Unas veces afectos de confianza en un Dios que tanto puede, y de quien todo depende, venciendo los temores de las criaturas con esta omnipotencia del Criador, como aquel valeroso Macabeo, que dijo (II *Mach.* VIII, 18): *Nos autem in omnipotente Domino qui potest et venientes adversum nos, et universum mundum, uno nutu delere, confidimus:* nosotros confiamos en el Señor todopoderoso, que con un solo guiñar de ojo puede destruir á cuantos vinieren contra nosotros, y á todo el universo mundo. Otras veces sacaré afectos de temor grande de su justicia por estar junta con tal omnipotencia, suplicándole que la modere con su misericordia, diciendo como Jeremías: Corrígeme, Señor, pero sea con juicio y no con furor (*c.* X, 24): *Ne forte ad nihilum redigas me,* porque no me vuelvas en nada como mis pecados merecen. Pero mucho mas temeré ofender á un Dios de quien actualmente está colgado mi ser y cuanto tengo: ¿cómo temblaria de injuriar á un hombre que me tuviese con sus tres

dedos colgado de una torre altísima, y en su voluntad estuviese soltarme de la mano para que me despeñase?

3. Otras veces sacaré afectos de profundísima humildad, reconociendo esta íntima dependencia que tengo de Dios en mi ser y en todo lo necesario para su conservacion, juntando con la humildad la caridad, porque mirando como este ser no puede conservarse sin Dios, he de humillarme y tenerme por nada delante de él, y mirando como Dios le conserva, he de amar á quien tanto bien me hace: y por este camino la humildad aviva la caridad, y el conocimiento de mi nada causa grande amor al que me saca de ella, y me conserva siempre en el ser que me ha dado.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la infinidad de este soberano beneficio de la conservacion, por los innumerables bienes que abraza, aplicándolos todos á mí, y cada uno á sí mismo. Porque primeramente, todas las cosas que Dios crió en el principio del mundo y en los seis primeros dias, y las que en virtud de estas se han ido multiplicando por tantos millares de años, y las que de presente hay en el mundo, que son como infinitas, todas pertenecen en alguna manera á este beneficio, ayudando unas para que yo viniese á ser engendrado, y otras para que me conserve en el ser que tengo, sirviéndose de ellas Nuestro Señor para este fin. Los cielos con todos sus movimientos, y los Ángeles que los mueven con las innumerables influencias que reparten por todo el mundo, para conservar las cosas inferiores, son beneficio mio, necesario para que yo me conserve. Los elementos con los vivientes que hay en ellos, y toda la muchedumbre de aves, ovejas ó peces que ha precedido, para que viniese á tener vida el ave, ó el cordero, ó pez que yo como, son beneficios mios, pues sin ellos no gozara yo del que ahora gozo. Y lo mismo es de las plantas, de donde procedió la manzana y la uva, ó el vino que me sustenta.

2. Y si uso de una vasija de oro ó plata, allí se encierran innumerables beneficios, por las innumerables cosas que Dios ha hecho y conserva hasta el punto que yo gozo de esta vasija, las influencias del cielo que causaron el oro: la tierra que le concibió en sus entrañas: el agua ó lluvia, ó helada que ayudó á ello: los hombres que trabajaron en buscar y hallar las minas, y en sacarlo, apurarlo, y labrarlo: los instrumentos de hierro y madera de que se sirvieron: y lo que hizo Dios para criar aquel hierro ó madera, hasta llegar á ser instrumento para esto, y otras cosas innumerables que concurrieron para que de léjas tierras viniesen á mi poder: todas son beneficio

de Dios, y se encierran en una cosa tan pequeña de que ahora gozo. Y el mismo discurso puedo hacer en el bocado de pan que como, en el vestido de lana que me visto, en la pluma y papel en que escribo, y así en lo demás; porque cada cosa por sí, aunque no es mas que una, encierra infinitas al modo dicho, y por consiguiente por cada una deberia dar gracias infinitas á este Bienhechor. Ó Dios infinito, Bienhechor inmenso, Dador y Conservador de todos los bienes, ¿qué gracias te podré dar por el menor de los bienes que me das, pues en él se encierra muchedumbre tan innumerable de ellos? Si tanta multitud de criaturas se aunan contigo, su Criador, para conservarme, ¿por qué yo no me aunaré con todas para glorificarte? ¡Oh si yo y todas ellas nos convirtiésemos en lenguas para te alabar y bendecir por el bien que con cada una me haces, para pagar en algo lo mucho que te debo por todas!

3. Lo segundo, ponderaré en este mismo beneficio la infinita caridad de Dios, que resplandece en que pudiendo con su omnipotencia aniquilar cualquier cosa de las criadas, nunca jamás, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 1 *p. q.* 104, *art.* 4), aniquiló alguna, ni la destruyó totalmente, sino siempre que destruye una es para poner en su lugar otra, y si una se corrompe, otra se engendra. Y aunque en tiempo de Noé llegó á tanto la maldad de los hombres, que dijo Dios (*Genes.* VI, 7): Pésame de haber hecho al hombre; con todo eso no quiso aniquilarlos, como ni quiso aniquilar á los demonios ni á otros grandes pecadores; antes, como dice el Sábio (*Sap.* XI, 24), á muchos conserva la vida, esperándoles á penitencia, solo porque quiere hacerles este bien, porque de otra manera luego perecerían: *Quomodo posset aliquid permanere nisi tu voluisses, aut quod à te vocatum non esset conservaretur?* ¿cómo podria permanecer alguna cosa si tú no quisieses? ó ¿cómo se conservará lo que no hubieres ordenado?

4. Lo tercero, se ha de ponderar los innumerables beneficios ocultos que se encierran en esta conservacion, porque sin yo saberlo, ataja Dios innumerables cosas que la impedirian, y me preserva de innumerables peligros de fuego (*D. Chrysost.* lib. 1 de Provid.), agua, aires corruptos, fieras, infortunios, ladrones, enfermedades, y ocasiones de muerte. Y como ningun mal hay que padezca un hombre que no pueda padecerlo otro; por los muchos males que padecen otros hombres puedo sacar los muchos de que Dios me libra. Y con ser tantos y tan grandes estos beneficios, quiere que estén ocultos, para que en ellos conozcamos que no nos hace bien por jac-

puede la sierra (*Isai.* x, 15) gloriarse de lo que el artífice hace con ella, atribuyéndoselo á sí sola y al artífice. Por tanto, alma mia, humíllate hasta el abismo de esta nada, debajo de la poderosa mano de tu Dios (I *Petr.* v, 6), para que te ensalce en el dia de la visita general, cuando venga á tomarte cuenta de las obras que has hecho, obrando con el concurso que él te dió. Ó Juez soberano, que tan liberal eres ahora en concurrir con todos los hombres á las obras que con su libertad quieren hacer; comienza en mí con tu gracia todas las obras que hiciere, y acaba las que comenzare, para que el dia de la cuenta parezca sin vergüenza (*Philip.* i, 6; ii, 13) delante de tí, y sea digno de ser ensalzado contigo en el reino de tu gloria. Amen.

MEDITACIONES

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS.

—Aunque en las meditaciones pasadas hemos dicho muchas cosas que tocan á la divina providencia (*D. Thom.* 1 *p. q.* 22), por cuanto resplandece en todas las obras que proceden de la bondad, caridad, misericordia, sabiduría y omnipotencia de Dios, y en la creacion del mundo; pero ahora mas en particular tratarémos lo que es propio de la divina providencia en el gobierno de sus criaturas, especialmente de los hombres, haciendo de esto algunas meditaciones, en las cuales se deberian ejercitar todos los que pretenden alcanzar la perfeccion, y cualesquier otros que desean pasar esta vida con algun modo de aprovechamiento y consuelo, así para el alma como para el cuerpo, porque para todo esto aprovechará notablemente de tal manera, que yo no alcanzo cómo pueda tener en esta vida contento, paz, y alivio cordial y verdadero, quien no se funda en esta verdad de la divina providencia, ni sé cómo puede tener pena demasiada, ni turbacion ó desconsuelo que dure por cosa criada fuera de lo que es culpa, si con viva fe ahonda y penetra los secretos de la divina providencia, como se verá por lo que de ella irémos diciendo.—

MEDITACION XXIX.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS CON SUS CRIATURAS: EN QUÉ CONSISTE, Y LOS INNUMERABLES BIENES QUE DE ELLA PROCEDEN.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar qué cosa sea la divina providencia, porque de aquí ha de nacer la estima de

ella, y el amor, confianza, veneracion y sujecion que debemos tenerla. La providencia, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 1 *p. q.* 22, *art.* 1), es una disposicion y órden de todos los medios que tiene Dios para salir con sus intentos, y de todos los medios que provee á sus criaturas para que alcancen los fines para que fueron criadas. En lo cual he de ponderar tres cosas principales, sacadas de lo que se ha dicho en las meditaciones pasadas.-La primera, que Dios nuestro Señor con su divino entendimiento, ilustrado con su infinita sabiduría, desde su eternidad conoce y comprende todos los fines que pueden tener (*supr. en la med.* V), y pretender sus criaturas; y todos los medios necesarios y convenientes que hay y puede haber para conseguir estos fines; y todos los estorbos que pueden suceder, y los medios que hay para quitar ó atajar estos impedimentos, de modo que con efecto salga el mismo Dios con su intento, y las criaturas alcancen su fin en el modo y forma que quisiere. De donde se sigue, que por ignorancia no puede la providencia de Dios ser falta y defectuosa, como lo es la providencia de los hombres, de quien dice el Sábio (*Sap.* IX, 14): Los pensamientos de los mortales son dudosos, y nuestras providencias son inciertas; porque con nuestra poca ciencia y mucha ignorancia dudamos si es verdadero ó falso lo que pensamos, y si será bueno ó malo, seguro ó peligroso lo que proveemos.

2. La segunda cosa es, que Dios nuestro Señor, con su divina voluntad, llena de infinita bondad y caridad, de todos los fines y medios que conoce con su divina sabiduría, quiso y escogió los mas altos y soberanos, y los mas proporcionados á sus criaturas, conforme á la naturaleza y capacidad de cada una. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 103, *art.* 2). Porque primeramente quiso ordenarlas todas á sí mismo, para su gloria y para manifestacion de su bondad y perfeccion, que es el supremo fin que puede haber, conforme á lo que dice el Sábio (*Prov.* XVI, 4): Todas las cosas hizo Dios para sí mismo. Demás de esto, á cada especie de criatura quiso dar su propio fin, y medios proporcionados para alcanzarle; pero sobre todas quiso levantar á los Ángeles y á los hombres al mas alto y soberano fin que era posible, incomparablemente mayor de lo que su naturaleza pedia, que es para ser bienaventurados como el mismo Dios lo es, viéndole claramente, amándole y gozándose con él en su gloria. (*Part.* I, *med.* I). Y para alcanzar este fin, quiso proveernos de todos los medios necesarios y convenientes con grande abundancia, porque como su bondad y caridad era infinita, no quiso quedar corta en escoger medios bastantísimos para tan importante fin.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como la divina providencia totalmente se emplea en mirar por las criaturas, ponderando, lo primero, la diferencia que hay entre Dios y los hombres, porque los hombres que gobiernan y tienen á su cargo otros, tienen necesidad de tener providencia de sí mismos y de las obras propias que les tocan; las cuales suelen ocuparles tanto, que no les dan lugar á mirar todo lo que era menester por las de los otros. Pero Dios nuestro Señor, como dice santo Tomás (1 *p. q.* 22, *art.* 1), no tiene necesidad de tener providencia de sí mismo, ni de las cosas que á él pertenecen, porque dentro de sí tiene todo bien, sin que le pueda faltar nada, ni espere nada de fuera. Y así toda su providencia la emplea en mirar por otros; esto es, por las criaturas que crió, para tener en quien mostrar su providencia; la cual, como es infinitamente perfecta, provee con grande perfeccion todo lo que está á su cargo, por haberse querido ella encargar de ello.

2. De aquí es que la divina providencia se extiende á todas las criaturas, sin excluir ninguna, y á todos los hombres sin olvidarse de ninguno (*D. Thom.* 1 *p. q.* 22, *art.* 2), por vil y bajo que sea; porque, como dice el Sábio (*Sap.* VI, 8), Dios hizo al grande y al pequeño, é igualmente tiene cuidado de todos. Por tanto, ó alma mia, no desmayes ni desconfies, mirando tu pequeñez; porque tal cual eres, te hizo Dios, y nunca excluye de su providencia al que hizo con su omnipotencia; y quien no se desdeñó de hacerte, no se desdeñará de gobernarte. — De aquí tambien procede, que el mismo Dios por sí mismo es el ejecutor de su providencia (*D. Thom.* 1 *p. q.* 22, *art.* 3); porque aunque es verdad que por medio de unas criaturas provee á otras; pero él por sí mismo asiste á todas en todo lugar y en todo tiempo, porque, como arriba se dijo (*medit.* XIV), él está en todo el mundo y en todas las cosas por esencia, presencia y potencia, conociendo lo que se hace, y ayudando á ponerlo en obra, y proveyéndolo todo con admirable gobierno. Y aunque deja á los hombres en su libertad, y como dice el Sábio (*Eccli.* XV, 20), en poder de su mismo consejo, para que hagan lo que quisieren, no por esto deja de tener providencia de ellos y de sus obras libres, enderezándolas ó permitiéndolas para los fines que tiene ordenados.

3. De aquí finalmente procede, que ninguna cosa sucede en este mundo acaso respecto de Dios nuestro Señor, aunque sea muy acaso respecto de los hombres (*D. Thom.* 1 *p. q.* 116, *art.* 1), porque con su infinita sabiduría conoce todo lo que sucede, aun antes que

suceda, y con su providencia lo tiene ordenado y permitido para el fin supremo de su gobierno, que es su gloria, y la manifestacion de su misericordia y justicia y de las demás divinas perfecciones. Y tambien para bien de los justos y escogidos, de los cuales tiene providencia con mas excelente modo, convirtiendo, como dice san Pablo (*Rom.* VIII, 28), todas las cosas que suceden en provecho de los que le aman. De todo lo cual concluyo, que para gozar de la divina providencia, y enriquecerme con los tesoros infinitos que en sí encierra, ayudará mucho sentir afiamente de ella, atribuyéndola todo el bien, como á fuente y principio de donde todo procede; creyendo con fe viva y muy cierta lo que de ella se ha dicho y se dirá, del modo que Dios lo ha revelado y manifestado por experiencias, de las cuales sacaré grande confianza en ella, con gran resignacion, al modo que se dirá en la meditacion XLIX. Y sobre todo amaré sumamente al Padre de la providencia, que con tanto amor provee á sus criaturas, pagándole con amor y servicios el cuidado que tiene de mí y de todas. Ó Padre amorosísimo y providentísimo, que con providencia tan admirable provees á todas las criaturas, y mucho mas á los que con fe encendida en amor confiadamente se arrojan en tus manos, yo me pongo en ellas, pues en ellas están mis suertes (*Psalm.* XXX, 16); endereza con tu providencia mis obras, para que sean agradables á tus ojos, de modo que por ellas me suceda la buena suerte de tu eterna bienaventuranza. Amen.

MEDITACION XXX.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN EL GOBIERNO DEL MUNDO Y DE LOS HOMBRES.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como fundamento de esta meditacion la excelentísima providencia que Dios nuestro Señor mostró en la creacion del mundo para los hombres, resumiendo en breve lo que está dicho en las meditaciones precedentes.—Porque, lo primero, al principio fabricó la casa en que habian de morar los hombres, haciendo sus cimientos, paredes y bóvedas; esto es, cielo y tierra, con los elementos que están entre los dos.—Luego en los tres primeros dias hizo divisiones y apartamientos, como quien hace diferentes salas y aposentos para diversos moradores. Y juntamente plantó jardines y huertos de recreacion, y frutales para sustento de los vivientes; y en los cofres secretos de la

tierra puso tesoros de oro y plata con que se enriqueciesen los hombres. Y tambien puso lumbreras que de dia y de noche les diesen luz.-Despues proveyó de moradores al mar, y al aire y á la tierra, dándoles medios y potencias para multiplicarse, y perpetuar su especie todo el tiempo que durase el mundo.

2. Y últimamente crió al hombre, y le hizo dueño de toda esta casa y hacienda, con el usufructo de todo, y con el dominio, aunque no absoluto, sino sujeto al divino, con obligacion de darle cuenta del modo como usaba de las criaturas, y de la hacienda que le entregó, como los mayordomos suelen darla á sus señores. Ponderando todo esto al modo que arriba se ha declarado, echaré de ver cuán entera y perfecta fue la providencia de Dios en esta obra de la creacion, pues no hay padre de familias, ni príncipe, que pueda edificar una casa ó palacio con tanta provision de todo lo necesario para sus intentos, como Dios edificó esta casa del mundo para nosotros. Y aplicando esto á mí mismo, ponderaré como Dios nuestro Señor con su providencia, antes que yo naciese, me aplicó particular lugar, casa y hacienda con que viviese; y lo que hicieron los antepasados con trabajo, gozo yo ahora con descanso. Por tódo lo cual le daré muchas gracias, procurando imitar su providencia, en tener yo otra tal de mi alma; de modo que antes que salga de este mundo, la tenga con mis obras ganada, y granjeada casa y riquezas en el otro; porque quien me crió de pura gracia sin merecimientos mios en este mundo visible, no quiere ponerme en el invisible, si no es por su gracia, junta con mis merecimientos, aprovechándome fielmente de los bienes que él me ha dado, para ganar amigos que me reciban en las eternas moradas. (*Luc.* XVI, 2; *en la p.* III, *med.* LII). Ó Criador amorosísimo, que con admirable providencia desde el principio del mundo me aparejaste los bienes de que ahora gozo; concédeme que de tal manera use de ellos, que cuando al fin del mundo me pidas cuenta, pueda dártela muy buena. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, en criando el mundo, él mismo con su providencia tomó el gobierno á su cargo, conforme á lo que está escrito en Job (*Iob*, XXXIV, 13): *¿A quién otro constituyó sobre la tierra, ó á quién puso por gobernador del mundo que fabricó?* Y el Sábio dice (*Sap.* XIV, 3): *Tu providencia, ó Padre, desde el principio gobierna todas las cosas.* En lo cual se ha de ponderar, lo primero, cuán bien nos está que uno mismo sea el Criador y Gobernador del mundo y de

todos nosotros, porque nos gobernará como cosa propia, y mirará por nosotros como por obra de sus manos (*D. Thom.* 1 *p. q.* 103, *art.* 1); y como sus obras son perfectas, y las crió para muestra de su bondad, por la misma las habia de gobernar y enderezar á sus fines, por los medios que para ello les habia dado. Ó Dios amantísimo, dos títulos tengo para pedirte que me ampares, hasta que alcance mi último fin: uno, que eres mi Criador, y otro, que eres mi Gobernador; y aunque me criaste sin mi consentimiento, pero quieres gobernarme sin perjuicio de mi libertad. Gobiérname, Señor, de tal manera, que no resista á tu gobierno, para que alcance el fin para que me has criado. Amen.

2. Lo segundo, he de ponderar cuán bien nos está que el supremo Gobernador sea uno, á quien estén sujetos todos los demás que por su autoridad tienen parte del gobierno, porque siendo uno, enderezará todas las criaturas á unidad y paz, componiendo las discordias y disensiones que hay entre ellas, para bien del universo; y todos los hombres podrán unirse y conformarse entre sí, conformándose con el gobierno y leyes de este único Gobernador, que es el último fin de todos. (*Q.* 103, *art.* 3). Aunque por conservar su libertad no quiere forzarlos, sino convidarles á ello con aquellas regaladas palabras que dijo por Isaías (*Isai.* XLVIII, 17): Yo soy tu Señor Dios, *gubernans te in via qua ambulas*, que te gobierno en el camino que andas, y en la vida que vives. ¡Ojalá atendieses á mis mandamientos! tu paz seria como un rio, y tu justicia como el agua del mar. Ó Gobernador del mundo, único y supremo, á cuyo gobierno todas las criaturas irracionales obedecen sin resistencia; pues tanto deseas que los hombres te obedezcamos, danos lo que nos mandas, para que cumplamos lo que deseas, y alcancemos la justicia y paz que nos prometes. Amen.

3. Lo tercero, se ha de ponderar la infinita bondad y liberalidad de Dios, que en esto mismo resplandece; porque de tal manera gobierna por sí mismo á cada uno, atendiendo á todo lo que ha menester, que no quiere alzarse con todo el gobierno, sino dar parte de él á sus criaturas, comunicándolas esta honra y dignidad de gobernar á otras, dándoles suficiencia para ello; y así quiere que los hombres estén sujetos á los que en su nombre les gobiernan (*q.* 10, 3, *art.* 6); y quien á estos resiste, á él resiste, como dice san Pablo (*Rom.* XIII, 1), porque toda su potestad es de Dios; el cual con su infinita providencia asiste á los que gobiernan en su nombre, y suple las faltas de su gobierno, sacando de sus yerros aciertos para

bien de los escogidos. Gracias te doy, Gobernador sapientísimo, por este singularísimo modo que tienes de gobierno, tan propio tuyo, que no puede hallarse en otro. Gobierna, Señor, á los que nos gobiernan, para que acierten á gobernarnos; y gobierna á los que somos gobernados, para que nos sujetemos por tí á su gobierno, fiados de tu providencia, que todo lo convertirá en nuestro mayor provecho.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se han de considerar las excelencias de este maravilloso gobierno de Dios nuestro Señor. La primera es, que es gobierno paternal; y por esto el Sábio llama Padre á Nuestro Señor, cuando dijo (*Sap.* XIV, 3) que su providencia gobernaba todas las cosas; y así gobierna con grande suavidad, disponiendo, como dice el mismo Sábio (*Sap.* VIII, 1), todas las cosas suavemente, dándolas inclinacion grande á su propio fin, al cual va enderezado el gobierno. Y como este amoroso Padre vió que el hombre, por razon de su naturaleza, segun el espíritu tenia inclinacion á la virtud, y segun la carne padecia algun modo de contradiccion; dispuso al principio, que la carne le estuviese sujeta por la justicia original, para que la inclinacion del espíritu prevaleciese; y despues del pecado original nos da virtudes sobrenaturales, que son inclinaciones poderosas para hacer el yugo de su ley muy suave. (*Matth.* XI, 30).-La segunda excelencia es, ser gobierno eficaz, juntando la fortaleza con la suavidad, conforme á lo que dice el Sábio (*Sap.* VIII, 1): que la divina Sabiduría llega de un fin á otro fuertemente, y lo dispone todo suavemente; porque todas las cosas están debajo de su mando, y no hay quien pueda resistir á su voluntad; y es tan poderoso, que nos puede hacer querer lo que él quiere, de modo que hallemos gusto en quererlo; lo cual es propio de su sabiduría y omnipotencia.

2. La tercera excelencia es, ser gobierno justo, porque con ser Señor absoluto de todos, sin tener quien le pida cuenta de lo que hace, gobierna con toda rectitud y justicia, dando á cada cosa lo que le conviene, segun su naturaleza, y á los hombres gobierna, prometiéndoles premios y amenazándoles con castigos; y en esto guarda justicia con todos, aunque llena de misericordia paternal; porque amenaza como Padre, con deseo de que todos alcancen el fin de su gobierno.-La cuarta excelencia es, ser gobierno provechosísimo para todos los que son gobernados; porque, como dice santo Tomás (*ib. q.* 103, *art.* 4) el gobierno de Dios tiene tres efectos en general, en los cuales se encierran otros innumerables:-Uno es, *es-*

similari summo Bono: hacer que seamos semejantes al sumo Bien, participando de su infinita bondad.—El segundo es, conservarnos en el bien que hemos recibido, para que no le perdamos, ni se menoscabe.—El tercero es, movernos con suavidad y eficacia al aumento de este bien, y á su perfecta posesion.

3. Ponderando estas cuatro excelencias del gobierno divino, en cada una tengo de alegrarme y gozarme de la infinita bondad, sabiduría, justicia y omnipotencia de este supremo Gobernador, y tenerme por dichoso de estar debajo de su gobierno, y darle gracias por el modo que tiene de gobernarme, suplicándole me ayude para que nunca salga de su direccion. Ó alma mia, supuesto que has de ser gobernada, ¿qué mejor gobernador, ni qué mejor gobierno puedes desear? Teniendo tal Gobernador, ¿qué te faltará si le obedeces? *Dominus regit me; nihil mihi deerit* (*Psalm.* xxii, 1): el Señor me gobierna, nada me faltará. Ni me faltará vida, ni salud, ni honra, ni contento, ni bien temporal que pueda aprovecharme para el eterno; y mucho menos me faltará la virtud, la gracia, la sabiduría y los dones celestiales que hubiere menester para conseguir los eternos. Solo me faltará lo que es nada, que es el pecado, si obedezco á su gobierno; porque todo lo que es algo para bien de mi alma, él me lo dará con abundancia. Ó Amado mio, rígeme tú y seré bien regido; gobiérname tú y seré bien gobernado; no me gobierne yo á mí mismo, ni me gobierne el mundo, ni la carne, ni otro que salga de tu gobierno, del cual procede todo mi remedio. De estas mismas consideraciones he de sacar imitacion, aprendiendo á gobernar á los que Dios me encargare, con las cuatro excelencias que resplandecen en el gobierno de Dios; porque tanto será mas perfecto el gobierno humano, cuanto fuere mas semejante al divino, procurando, como dice san Pedro (I *Petr.* v, 2), que no sea tiránico ni forzado, sino paternal y suave; no remiso ni pusilánime, sino eficaz y fuerte; no injusto, sino justo; no principalmente para provecho del que gobierna, sino para provecho de los gobernados, y para gloria del supremo Gobernador y Príncipe de los pastores y gobernadores del mundo y de la Iglesia, el cual cuando venga á juicio dará corona de gloria eterna á los que de esta manera hubieren gobernado.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar otra excelencia soberana del gobierno de Dios (*D. Thom.* 1 *p. q.* 103, *art.* 5; *q.* 22, *art*, 2), el cual se extiende de un fin á otro, abrazando todas las criaturas del cielo y de la tierra, desde el supremo de los Serafines, hasta el último y mas despreciado gusanillo, mirando con cui-

dado por todas las cosas que les pertenecen, como si no tuviera otra cosa que hacer. Y por consiguiente gobierna con mas cuidado á todos los hombres y á cada uno de ellos, hasta mirar por cualquiera de los cabellos de su cabeza (*Matth.* x, 30); y aunque sean muchos gobierna á todos como si fuera uno solo; y no tiene menor cuidado de los innumerables hombres que hay ahora en el mundo, que de solos ocho que estaban en el arca de Noé, y de solo Adan cuando estaba en el paraíso; porque ni la muchedumbre le ocupa, ni la poquedad le desanima; y su bondad, como es infinita, extiéndese á cuidar de todos, grandes y pequeños, muchos y pocos (*Sap.* vi, 8), porque para su grandeza todos son pequeños, y para su caridad todos son grandes, y para su infinita sabiduría los muchos son como uno. Y así puedo decir con san Agustin (*Lib.* 3 *Confes. c.* 11): *Ó tu bone Omnipotens, qui sic curas unumquemque nostrum tanquam solum cures, et sic omnes tanquam singulos!* ¡Oh Dios bueno y todopoderoso, que así tienes cuidado de cada uno de nosotros, como si le tuvieras de él solo, y así de todos como de cada uno!

2. De donde sacaré, que el gobierno de Dios para conmigo tiene todas las excelencias arriba dichas; porque para mí es gobierno paternal, suave, fuerte, eficaz, justo y provechoso, sin que me pueda quejar con razon de este gobierno. Y por esto, no sin causa se nombra en número singular el que es gobernado, como cuando dijo David (*Psalm.* xxii, 1): El Señor me rige. Y por Isaías (*Isai.* xlviii, 17): Yo soy el Señor que te gobierno; para que yo entienda que conmigo guarda la perfeccion de su gobierno; aunque no se puede negar, sino que á los mas queridos y escogidos gobierna con mayor providencia, para mayor muestra de su infinita caridad. Y para hacerme yo participante de tan especial gobierno, ayudarán los tres medios que se pusieron al fin de la meditacion pasada, creyendo, esperando y amando á este soberano Gobernador. Gracias te doy, amantísimo Padre, por el cuidado que tienes de mí, como si yo estuviera solo en el mundo, siendo entre todos el mas miserable. ¡Oh si yo te alabase por el bien que haces á todos, y todos te alabasen por el bien que me haces á mí, para que yo y todos gocemos de tí por todos los siglos! Amen.

MEDITACION XXXI.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN EL SUSTENTO DE LAS CRIATURAS, ESPECIALMENTE DE LOS HOMBRES, CUANTO Á SU COMIDA, VESTIDO, HONRA Y BIENES TEMPORALES.

—Esta meditacion irá fundada en la maravillosa doctrina que Cristo nuestro Señor nos dió de la divina providencia, declarando por su órden las palabras del texto sagrado.—

PUNTO PRIMERO.—*Contra la demasiada solicitud.*— 1. *Dijo Jesús á sus discípulos: No querais ser solícitos para vuestra alma, de lo que habeis de comer, ni para vuestro cuerpo, de lo que habeis de vestir.* (*Matth.* VI, 25).—Lo primero, se ha de considerar cuál sea la solicitud que Cristo nuestro Señor prohibe en estas palabras, ponderando cuatro cosas, en que consiste ser viciosa.—La primera, por no ser de cosas necesarias para la vida, ó convenientes á su estado, sino supérfluas y demasiadas, atesorando codiciosamente bienes de la tierra. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 55, *art.* 6 *et* 7; 1, 2, *q.* 108, *art.* 3 *ad* 5).—La segunda, por ser antes de tiempo y sazon, tomando los cuidados que no pertenecen á este tiempo sino á otro, despues de muchos dias.—La tercera, por ser desordenada en la intencion ó graduacion de las cosas, buscando los bienes temporales primero que los espirituales, ó con daño de ellos, ó por malos medios ó por malos fines, ó poniendo en ellos todo su fin y descanso.—La cuarta, por ser demasiadamente congojosa, aunque sea en cosas necesarias, porque tal congoja procede siempre de aficion demasiada á la cosa temporal y de poca fe en la divina Providencia, como si Dios no tuviera cuidado de mí, y yo solo hubiera de alcanzarla. Y por esta misma causa suele ser viciosa la solicitud congojosa, aunque sea de bienes espirituales, cual fue la de Marta cuando servia á Cristo con turbacion, y la de algunos escrupulosos ó indiscretos muy tímidos y pusilánimes en el negocio de su salvacion.

2. Sobre estos cuatro desórdenes haré reflexion, examinando bien si me tocan, para echarlos de mí, siquiera porque no me diga Dios lo que dijo al rico codicioso, que tropezó con ellos (*Luc.* XII, 22): *Necio, esta noche te arrancarán el alma: ¿los bienes que has aparejado, cuyos serán?* Que es decir: ¿De qué te servirá esta solicitud que tienes y los tesoros que recoges, si te quitan luego el alma y la vida, para quien los querias? (*Med.* XII *de la p.* I). De donde infi-

rió Cristo nuestro Señor la doctrina de su providencia: *Ideo dico vobis: nolite solliciti esse.* Por tanto os digo, que no seais solícitos de la comida y vestido, ni de cosa de esta vida, pues Dios tiene á su cargo el cuidar de ella. Ó alma mia, escarmienta en la cabeza de este rico codicioso, aborreciendo su demasiada solicitud, si no quieres pasar por el castigo de su grande necedad. Oye la leccion de tu Maestro soberano, arroja en él toda tu solicitud (I *Petr.* v, 7), y tus cuidados congojosos, pues él con su providencia se carga de ellos.

3. Tambien ponderaré la caridad de Cristo nuestro Señor en prohibir esta demasía por nuestro interese y por librarnos del trabajo que anda con ella; y por esto dijo: *No seais solícitos del dia de mañana, porque mañana será solícito para sí mismo, y bástale al dia su trabajo*, que es decir: No os carguéis hoy de los trabajos y cuidados que para hoy no son necesarios; tomad hoy los propios de hoy, y mañana tomaréis los de mañana; y pues no sabeis lo que ha de ser mañana, ni si habrá mañana para vosotros, no tomeis hoy el cuidado supérfluo de lo que está por venir, y quizá no será conveniente; dejad esto á la divina Providencia, que abraza todos los tiempos, y en cada tiempo proveerá lo que por entonces conviniere.

4. Por todo esto no prohibe Cristo nuestro Señor la solicitud virtuosa que procura las cosas presentes y previene las que están por venir con moderado cuidado, y se llama diligencia, la cual tiene otras cuatro condiciones contrarias á las sobredichas, es á saber, ser de cosas necesarias ó convenientes para el cuerpo ó alma, y en su propio tiempo, con órden en la intencion y en el modo de buscarlas, y con moderada aficion, sin turbacion ó congoja; y esta solicitud no es contraria á la providencia de Dios, sino efecto de ella, y medio ó instrumento de que ella usa para alcanzar su fin. Y así nos la encomienda la sagrada Escritura, diciendo que andemos solícitos con Dios (*Mich.* VI, 8), y en procurar la unidad de espíritu con el vínculo de la paz (*Ephes.* IV, 3), y en sacudir la pereza que destruye las obras buenas. (*Rom.* XII, 11). Ó Dios eterno, cuya providencia es solícita sin congoja, y cuidadosa sin turbacion, quita de mí la solicitud que me prohibes, y dame la que me mandas, para que imitando el órden de tu pacífica y cumplida providencia, sea solícito de tu servicio, al modo que tú lo eres de mi provecho. Sean mis cuidados en este dia, dolerme de los pecados hechos en el tiempo pasado, buscar medios como agradarte en el presente, y prevenirme para

no pecar en el futuro, porque todos estos cuidados tocan al dia de hoy, fiándome de tu providencia que me ayudarás á lo mismo el dia de mañana.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se há de considerar la maravillosa razon con que Cristo nuestro Señor nos exhorta á confiar en su providencia, diciendo: *¿Por ventura el alma no es mas que el manjar, y el cuerpo no es mas que el vestido?* En la cual sentencia apunta tres verdades admirables y muy provechosas.—La primera, que el alma es mejor y de mucho mayor valor y estima que el manjar, y el cuerpo es muy mas precioso que el vestido. Y debajo de estas dos cosas comprende todas las riquezas y cosas preciosas del mundo, que se ordenan para sustento de la vida y adorno del cuerpo, y para nuestra habitacion y recreacion y pompa exterior.—La segunda, que Dios nuestro Señor de su bella gracia, sin nuestros merecimientos y sin nuestra industria, nos dió el alma y cuerpo que tenemos; y por consiguiente por traza suya estamos necesitados de manjar para conservar la vida, y de vestido para cubrir la desnudez, despues que Adan perdió la vestidura de la inocencia.—La tercera, que quien nos dió lo que es mas, podrá y querrá darnos lo que es mucho menos. Y quien crió el alma y cuerpo, con necesidad de otra cosa menos que ellos para su conservacion, da claro testimonio de que sabe, puede y quiere dar tambien aquello que es menos, con que se remedia su necesidad; y la misma bondad que le movió á lo primero le moverá á lo segundo.

2. De aquí infiere Cristo nuestro Señor, que debemos perder la demasiada solicitud de comida y vestido, fiándonos en la divina providencia, que pues nos dió sin se lo merecer cosa tan preciosa como el alma y cuerpo, tambien nos dará el manjar y vestido necesario, que es de mucho menor precio. Ó Criador liberalísimo y Maestro sapientísimo, ¿qué gracias te daré por tan soberana largueza? ¿y cómo agradeceré tan admirable doctrina? Yo creo lo que me dices, y espero de tí lo que me ofreces; y fiado de tu providencia haré todo lo que me mandas; en agradecimiento de lo que me prometes. —De esta doctrina de Cristo nuestro Señor tambien he de sacar que, pues el alma es mas que el manjar, y el cuerpo mas que el vestido, solamente debo tomar de lo uno y de lo otro lo que fuere conveniente para cuerpo y alma, dejando todo lo que redundare en daño suyo; porque seria intolerable error perder lo que es mas, por lo que es menos, perdiendo mi alma ó la de mi prójimo, por adquirir lo que tan poco vale en respecto de ella. Por lo cual dijo san Pablo

aquella memorable sentencia (*Rom.* XIV, 20): *Noli propter escam destruere opus Dei.* No quieras por el manjar destruir la obra de Dios, matando el alma de tu hermano por quien murió Cristo. Ó Redentor dulcísimo, que dijiste: ¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? (*Matth.* XVI, 26); concédeme que estime en mas el bien de mi alma, que el dominio y posesion de todo el mundo, ofreciéndome de buena gana á perder cuanto hay en el mundo, porque no se pierda el alma.

3. Tambien sacaré de esta admirable doctrina una regla general de confianza en la providencia de Dios, asegurándome cuando me da algun bien grande, que me dará lo que es menos, siendo necesario ó conveniente para conservarlo. Y en esto se funda lo que dice el bienaventurado apóstol san Pablo, que quien nos dió á su propio Hijo, nos dió con él todas las cosas (*Rom.* VIII, 32), porque todas son menos que el Hijo, y se ordenan y enderezan para su honra y servicio. Y quien nos ofreció su cielo y su reino, nos dará los medios necesarios para alcanzarle. Y quien nos da el estado de perfeccion ó la dignidad de su Iglesia, dará lo que conviene para cumplir con su obligacion. Finalmente, quien me da su propio cuerpo y sangre por manjar, para sustentar la vida del alma, providencia tendrá para darme los demás manjares, que son incomparablemente menores que este, y necesarios para sustentar la vida del cuerpo. Ó Dador liberalísimo, que dándonos lo que es mas te ofreces á darnos lo que es menos, para conservarlo; pues me das tan inmensos beneficios, dame luz y perfecto entendimiento para conocerlos y estimarlos como debo; y dame tambien gracia para servirte y amarte por ellos, para que con este agradecimiento persevere en mí tu beneficio por todos los siglos. Amen.

4. Últimamente, ponderaré como Dios nuestro Señor, en decir que tiene providencia de nuestra comida y vestido, nos dice tambien que la tiene de nuestras tierras, viñas, olivares, dehesas y ganados; de los linos, lanas y sedas, y de los gusanillos que las hacen, y de todas las cosas que son necesarias para este sustento; y por consiguiente, por su providencia vienen las lluvias, nieves y vientos, y todos los bienes temporales que ayudan á esto; y así todos son beneficios de Dios nuestro Señor, y efectos del cuidado que tiene con nosotros; y si nos fiamos de él y le servimos, nos los dará, pues nos dió lo que es mas que todo ello. Y con esta confianza hemos de perder la solicitud congojosa que nos da la falta de agua ó de viento, ó de otra cosa de estas, arrojando este cuidado en Dios,

pues es propio suyo, diciéndole: Dios y Señor nuestro, pues nos diste alma y cuerpo necesitados de manjar y vestido, danos estos bienes temporales, para que con mas confianza procuremos los eternos. Amen.

Punto tercero. — 1. *Mirad las aves del cielo y á los cuervos, que no siembran, ni cogen, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las sustenta: ¿por ventura no sois vosotros mas estimados que ellas?* (*Matth.* vi, 26). Aquí se ha de considerar primeramente la maravillosa providencia que tiene Dios nuestro Señor de las aves, proveyéndolas á todas de sustento conveniente, no solamente á las grandes, sino á las pequeñuelas, y no solamente á las mansas y provechosas para los hombres, sino á las bravas, y desaprovechadas y aborrecibles, como son los cuervos. Y se precia tanto de esta providencia, que dijo á Job (*Iob*, xxxviii, 41; *et Psalm.* cxlvi, 9): ¿Quién apareja su manjar al cuervo, cuando sus hijuelos claman á Dios, vagueando por faltarles la comida? Que fue decir: Yo soy el que con mi providencia aparejo manjar bastante para el cuervo, con ser tan tragador, y al parecer de poco provecho: y cuando se olvida de sus polluelos, yo como Padre los sustento, oyendo el clamor que su necesidad me representa. Pues si vuestro Padre celestial, dice Cristo, sustenta las aves, con no ser Padre de ellas sino Señor, porque ellas no son capaces de ser sus hijas, ¿cuánto mas sustentará á vosotros, que sois hijos suyos, y os estima muy mucho mas que á ellas? Y si vuestro Padre oye el graznido de los cuervos, y se compadece de su necesidad, ¿cuánto mas oirá vuestros clamores, y se compadecerá de vuestra hambre, y ella sola será oracion y clamor que le mueva á daros sustento para remediarla? Ó Padre amorosísimo, alábente las aves del cielo y los hombres de la tierra por la providencia que tienes de su comida; las aves con sus cantos y los hombres con sus palabras de alabanza publiquen tus misericordias, por el cuidado que tienes en remediar sus miserias.

2. Luego ponderaré el modo maravilloso como la divina Providencia sustenta las aves, sin tener ellas solicitud de sembrar, ni de coger, y sin tener graneros ni botillerías, porque el mismo Dios les apareja el manjar que cada una ha menester, y les da habilidad é industria para haberle y para llevarle á sus hijuelos. Á las águilas, como el mismo Señor dice (*Iob*, xxxix, 29), sustenta con la caza de animales, y llevándolos á sus nidos, con la sangre que sale de ellos sustenta á sus polluelos; á los vencejos sustenta con mosquitos que cogen volando por el aire, y con este manjar están gor-

dos, y andan juntamente comiendo y jugando, gozando con alegría de lo que les provee el Autor de la naturaleza. De aquí infiere Cristo nuestro Señor, que perdamos la demasiada solicitud de las sementeras y cosechas, y de allegar demasiadas provisiones en las trojes y despensas; porque quien provee sin nada de esto á las aves, mucho mejor proveerá á sus hijos, poniendo el cuidado que él mismo quiere que pongamos. Ó alma mia, cesa de hoy mas tus cuidados congojosos, porque agravias con ellos á la providencia de tu Padre celestial: pues quien sustenta á las aves sin esta solicitud, mejor te sustentará á tí sin ella. Ó Padre amantísimo, tu providencia será mi principal sementera y mi cosecha; ella será mi botillería y mi granero, porque sin ella todos mis cuidados serán vanos, y con ella los moderados serán muy provechosos, supliendo ella la falta que hubiere en ellos.

3. Lo tercero, se ha de ponderar que esta misma providencia tiene Dios nuestro Señor de proveer á los peces del mar y á los animales de la tierra de sustento conveniente, sin que les falte á su tiempo con grande abundancia: por lo cual dijo David (*Psalm.* CXLIV, 15): En tí esperan, Señor, los ojos de todos, y tú les das mantenimiento, en el tiempo conveniente abres tu mano y llenas á todos los animales de bendicion. (*Psalm.* CXLVII, 9). Tú das á los jumentos su propio mantenimiento; y (*Psalm.* CIII, 21) los cachorrillos de los leones salen de noche, *ut rapiant, et quærant à Deo escam sibi*, para buscar y arrebatar el manjar que les da Dios con su providencia. Ó dulcísimo Salvador, que dijiste por tu boca (*Matth.* XV, 26): No es bueno quitar el pan á los hijos y darlo á los perros; si con tanto cuidado das mantenimiento á los perros, ¿con cuánto mayor le darás á los hijos? Si hartas el hambre de las fieras, ¿cómo no hartarás la de los hombres? (*Psalm.* CVI, 8). Alábente, Señor, tus misericordias y las maravillas que haces con los hijos de los hombres, porque hartas al alma hambrienta, y llenas de bienes á la vacía. Tú das manjar á toda carne, porque tu misericordia dura para siempre. Ó alma mia, arroja, como dice David (*Psalm.* LIV, 23), tus cuidados en Dios, y él te sustentará, y no permitirá que andes fluctuando de una parte á otra; porque su providencia será ama que te crie, escudo que te defienda, áncora que te estableca, y corona que te galardone por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. *¿Quién de vosotros con su pensamiento y cuidado podrá añadir un codo á su estatura? luego si no podeis lo que es tan poco, ¿para qué andais solícitos de lo demás?* (*Matth.* VI, 27; *Luc.* XII, 26).

En esta sentencia se ha de considerar, como la divina Providencia ha trazado la estatura de nuestro cuerpo de tal manera, que no es posible por ninguna solicitud y cuidado grande añadir algo á lo que Dios tiene ordenado, conforme á la complexion de cada uno. De donde Cristo nuestro Señor infiere:—Lo primero, que como la divina Providencia secretamente de noche y de dia va haciendo que nuestros cuerpos crezcan y lleguen á tener su debida estatura, sin saber nosotros cómo lo hace; así tambien nos dará el sustento necesario para esto, y el vestido conveniente, conforme á su medida; pues quien da lo mas dará lo menos, siendo esto necesario para conservar lo que es mas. Y muchas veces lo da por medios muy secretos, sin saber por dónde nos viene, para que mas claramente echemos de ver el cuidado que tiene de nosotros, y aprendamos á confiar en su providencia y á servirle con mas diligencia.

2. Lo segundo, infiere que, pues nuestra solicitud no es poderosa para añadir á nuestro cuerpo un codo, ni un dedo de grandeza, y por consiguiente seria vana, por ser de cosa imposible; tambien es justo que quitemos la demasiada solicitud de la comida y vestido, como si á solas pudiésemos haberlo; porque tambien será solicitud vana, pues sin la providencia de Dios no podemos alcanzarlo: *Si neque quod minimum est potestis, quid de cæteris solliciti estis?* si no podeis lo que es tan poco, ¿para qué estais solícitos y congojados por lo demás; pues sin mí no podeis alcanzarlo, y yo tomo á mi cargo el proveerlo? Ó Padre celestial, gracias doy á tu soberana providencia, porque no solamente me das el cuerpo, sino su aumento y perfeccion: y aunque yo esté durmiendo ó velando en otras cosas, tú tienes cuidado de esta. Suplícote, Señor, que del mismo modo cuides del aumento y perfeccion espiritual de mi alma, que vale mucho mas que el cuerpo; pues el que planta ó riega no es nada, sino tú que das el crecimiento. (I *Cor.* VII, 7).

3. De esta misma verdad puedo tambien sacar el contento que debo tener con la estatura y proporcion de miembros que me ha cabido en suerte, pues nace de la divina Providencia para mi provecho, y gloria del que me la dió, el cual se glorifica con el pequeño y con el grande, con el flaco y con el grueso, y cada uno le debe gracias por la estatura que tiene: ni el que la tiene grande se ha de vanagloriar por ella, ni el que la tiene pequeña se ha de desconsolar, pues es verdad que (*Psalm.* XCIX, 3), *Ipse fecit nos, et non ipsi nos:* Dios nos hizo, y no nos hicimos nosotros, y pues Dios lo hizo, quién le dirá (*Job*, IX, 12): *Cur ita facis?* ¿por qué lo hiciste así?

Básteme, Señor, que tú lo hayas hecho, para que yo esté contento con ello; y cuando estuviera en mi mano deshacerlo, yo lo pusiera totalmente en la tuya, porque no hay para mí mayor acierto que fiarme de tu gobierno.

Punto quinto.— 1. *¿Por qué estais solícitos del vestido? considerad los lirios del campo, como crecen sin hilar ni trabajar. Digoos de verdad, que ni Salomon en toda su gloria estuvo vestido como uno de ellos. Pues si Dios viste de esta manera al heno del campo, que hoy es, y mañana le echan en el fuego, ¿cuánto mas vestirá á vosotros, hombres de poca fe?* Sobre esta maravillosa doctrina se ha de considerar, lo primero, como la divina Providencia dió á todos los vivientes vestido conforme á su naturaleza, porque á los peces vistió de escamas, á las aves de plumas, á los demás animales de lanas ó récios cueros, y á los árboles de duras cortezas. Pero mas adelante pasó la divina Providencia con el hombre, porque careciendo de todo esto por su naturaleza, le vistió maravillosamente con su gracia, adornándole en el estado de la inocencia con la justicia original, en virtud de la cual podia pasar sin vestido corporal, sin padecer daño ni vergüenza con su desnudez. Mas despues que Adan y Eva por su pecado perdieron esta vestidura (*Genes.* III, 7), haciendo ellos otra de hojas de árboles para cubrir su desnudez; viendo la divina Providencia cuán mal vestido era este, luego los proveyó de otro mejor, vistiéndoles con vestidura de pieles de animales, hechas por su misma mano ó por ministerio de sus Ángeles, lo uno para remediar su necesidad presente, y lo otro para enseñarles el modo de vestirse en lo por venir; y sobre todo para que entendiesen ellos y nosotros, que la culpa cometida no habia sido parte para que totalmente nos excluyese de su divina providencia, ni perdiese el cuidado que tenia de darnos vestido conveniente á estado de pecadores, como le habia dado conveniente al estado de justos.—Ó Padre amantísimo y amorosísimo, ¿quién no te amará y alabará por tan amorosa providencia como tienes con nosotros? No era mucho que pues diste de vestir á todos los animales, tambien lo dieras á los hombres; pero lo que me admira es, que habiéndose los hombres hecho peores que animales por la culpa, no les desampare tu divina providencia. Quien habia rasgado la riquísima vestidura de la justicia original, digno era de quedarse desnudo para siempre, con perpétua confusion de cuerpo y alma; pero tu infinita misericordia vistió con pieles de animales muertos al cuerpo, deseando por la penitencia vestir con tu gracia al alma. Alábente, Señor, mi alma y mi cuerpo por el cui-

dado que tienes de darles el vestido conveniente, y ambos se ocupen totalmente en tu servicio; porque si tanto cuidado tienes de los pecadores que te ofenden, ¿cuánto mayor le tendrás de los justos que te sirven?

2. Lo segundo, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor para quitar de nosotros la demasiada solicitud del vestido, nos trae por ejemplo la providencia que tiene de vestir á los lirios ó azucenas, y no á las que se crian en los jardines con industria de hombres, sino á las que nacen en el campo, las cuales no tienen necesidad de hilar como las mujeres para vestirse, ni de trabajar como los varones para ganar el vestido, sino por sola providencia del Criador nacen vestidas con tanta belleza y hermosura, que Salomon en toda la pujanza de su gloria nunca alcanzó vestido tan glorioso. Pues quien tiene cuidado de vestir de esta manera al lirio, que hoy es, y mañana se seca y se echa en el fuego, ¿cuánto mayor le tendrá del hombre, cuya vida es mas larga, y no fue criado para el fuego, sino para el cielo? Ó alma mia, si los príncipes del mundo, aunque sean mas sábios y poderosos que Salomon, no pueden vestirse tan gloriosamente como Dios viste á un lirio, mejor es confiar en el Señor (*Psalm.* CXVII, 9) que en los príncipes, pues de él puedes recibir lo que ellos no te pueden dar.

3. Lo tercero, ponderaré dos causas, por las cuales Cristo nuestro Señor no trajo por ejemplo de esta providencia el vestido que da á los peces, aves y animales, sino á los lirios, que hoy son y mañana se echan en el fuego.-La primera, para significar la liberalidad de su providencia en darnos no solamente el vestido necesario, que bastara ser grosero como de pieles de animales, sino tambien el precioso y vistoso, para adorno de nuestras personas, conforme á nuestro estado; para lo cual nos proveyó de brocados, sedas y telas preciosas, de las cuales no se ha de usar por vanidad sino para gloria del que las da.-La segunda causa mística es, para significar la largueza de su providencia en repartir estos vestidos tan preciosos, no solamente á los justos que tiene escogidos para el cielo, sino á los mundanos que son como heno, que hoy resplandecen y mañana pararán en el fuego del infierno. Para que se vea que si tan liberal es con los reprobados, mucho mas lo será con los escogidos; y si viste con tanta gloria á los que han de ser cebo del fuego sempiterno, ¿de cuánta mayor gloria vestirá á los que han de ser ciudadanos de su reino? Ó gloria mia, gracias te doy por las vestiduras tan gloriosas que das á tus criaturas, para mostrar la providencia que tienes de ellas.

Con mucho gusto por tu amor renuncio la vestidura de gloria temporal, deseando que vistas mi alma con la vestidura preciosa de tu gracia, y despues con la de tu eterna gloria. Amen.

Punto sexto.— 1. *No querais ser solícitos, diciendo: ¿Qué comerémos y beberémos, y con qué nos vestirémos? Et nolite in sublime tolli. Y no queráis levantaros en alto, porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo; y vuestro Padre celestial sabe que teneis necesidad de todas ellas.*-Lo primero, se ha de considerar el gran deseo que Cristo nuestro Señor tiene de que sus discípulos pierdan la demasiada solicitud de estas cosas temporales, fiados de que Dios tiene cuidado de ellos, y este deseo significa con repetir tantas veces que no seamos solícitos de la comida, ni aun de la bebida que es menos: y por san Lucas añade, que no nos levantemos en alto, en lo cual nos prohibe la demasía en algunas cosas que están á cargo de su providencia.-Lo primero, que no andemos ansiosos de la gloria, honra y fama, ni de las dignidades, oficios ó preeminencias del mundo.-Lo segundo, que no nos engriamos con los bienes que Dios nos diere, levantándonos á mayores, é hinchándonos con ellos. (I *Tim.* vi, 17).-Lo tercero, que no busquemos lo que es sobre nuestras fuerzas ó nuestros merecimientos, queriendo lugar mas alto ó cosas mas levantadas de lo que nuestra pequeñez merece, en cualquier materia que sea.

2. Lo cuarto, que no andemos con los ojos levantados curiosamente á mirar los signos de los planetas y cielos (*Ierem.* x, 3), como quien espera de ellos el suceso de las cosas que pretende, pues no ha de venir de ellos sino de la divina Providencia, á cuyo cargo están todas estas cosas, y el suceso de cualquier cosa grandiosa que pretendemos, ora se haya de proveer por votos de hombres, ora por suertes, ora por voluntad de reyes, porque nada de esto sucede acaso, sino por la providencia de Dios, en cuyas manos están nuestras suertes. (*Psalm.* xxx, 16). Y como dice el Sábio (*Prov.* xvi, 33; xxi, 1), él las endereza, y en su mano está el corázon del rey, por muy voluntarioso que sea, y le hace inclinar á la parte que él quisiere. Y él principalmente provee los imperios y pontificados, las dignidades, cátedras, beneficios, y oficios honrosos de ambas repúblicas, eclesiástica y seglar. Y aunque en estas provisiones se mezclen ambiciones, sobornos, injusticias y otros pecados, que permite la divina Providencia por secretos fines; pero ella endereza los sucesos para sus intentos soberanos.

3. De donde se sigue, que es grande agravio de la divina Pro-

videncia andar solícito de estas cosas con demasiadas congojas, desvelado, y derramado en pensar medios cómo salir con ellas; y muy mayor agravio es tomar malos medios contra la divina voluntad; porque, como luego dirémos, en el grado que estas cosas me convienen, la divina Providencia podrá y querrá dármelas sin tales medios por otros lícitos que yo tomaré, ó que ella inventará sin saberlo yo. Y por esta causa dijo tambien Cristo nuestro Señor: *Nolite in sublime tolli.* No andeis con solicitud y congoja, levantando los ojos á lo alto, suspirando y gimiendo, vagueando por una y otra parte, buscando cómo alcanzar la alteza que pretendeis. Ó Dios altísimo, que moras en lo alto, y desde allá con tu providencia miras y provees las cosas de acá bajo, yo me sujeto á tu divina disposicion, y con grande confianza levantaré los ojos á lo alto donde tú estás, esperando que de allí me ha de venir lo que me conviene, para vivir de tal manera en la tierra, que suba á gozar de tí en el cielo.

4. Luego consideraré dos admirables razones que alega Cristo nuestro Señor para quitar esta demasiada solicitud.-La primera es (*Luc.* XII, 30): *Haec enim omnia gentes mundi quaerunt?* ¿por qué todas estas cosas las gentes del mundo las buscan? que es decir, buscar estas cosas con tal solicitud y por tales medios es propio de los gentiles, que niegan, como se dice en Job (*Iob,* XXII, 13), la divina Providencia, y de los mundanos, que la niegan con las obras (*Psalm.* LXXII, 11), ó de los imperfectos, que, por su corta confianza en ella, se congojan como los infieles. Ó Maestro soberano, cuya doctrina tienen los gentiles por locura, y los sábios del mundo por necedad (I *Cor.* I, 23; *Epist. Iudae,* 10), blasfemando lo que ignoran, porque no alcanzan los secretos de tu alta providencia; ilústralos con tu celestial luz, para que la conozcan y veneren; y pues yo por tu misericordia la creo, concédeme que la vida concierte con la fe, para que goce los admirables efectos que proceden de ella.-La segunda razon regaladísima es: *Scit enim Pater vester coelestis, quia his omnibus indigetis:* sabe vuestro Padre celestial que teneis necesidad de todas estas cosas. En las cuales palabras cifró Cristo nuestro Señor los tres divinos atributos en que se funda la confianza que debemos tener en su providencia: es á saber, su sabiduría, á quien están manifiestas nuestras necesidades; su bondad, para querer remediarlas por ser Padre; y su omnipotencia, para ejecutar el remedio por ser Padre celestial y Señor de todo lo criado: pues siendo esto así, certísimo es que con su providencia paternal proveerá de remedios para todas en el grado que nos conviene.

5. De donde infiero una razon eficacísima para tener paz y consuelo en todo lo que pretendiere, diciéndome á mí mismo: ó esta cosa que deseo y pretendo me conviene, ó no: si no me conviene, porque me ha de ser ocasion de otros mayores daños de cuerpo y alma, no la quiero, y espero en Dios que con su providencia la impedirá. Pero si me conviene, cierto estoy que con esta misma providencia me la dará, porque desea mi bien como padre, y conoce el medio para dármela como sábio, y puede ponerla por obra como todopoderoso. Con esta consideracion quedaré contento con cualquier cosa que me sucediere, cumpliéndose en mí lo que dice Salomon (*Prov.* XII, 21): Al justo no le entristecerá cualquier cosa que le suceda; porque sabe que todo viene trazado por la providencia de su Padre celestial. Ó Padre amorosísimo, desde hoy mas deseo servirte con grande paz y alegría, fundada en tu divina providencia, pues bástame creer que tú sabes mis necesidades, para que seguramente espere el remedio de ellas.

PUNTO SÉPTIMO. — 1. *De la providencia que tiene Dios con los que buscan primero su reino celestial. — Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura.* En esta maravillosa sentencia se declara el órden que debemos tener en la pretension de nuestras cosas, para hacernos dignos de que la divina Providencia mire por ellas. Y porque cada palabra tiene especial misterio, ponderarémos cada una por sí. — La primera es, *primum;* primero buscad el reino de Dios, esto es ante todas cosas y sobre todas las cosas, y en primer lugar, poniendo vuestro primero y principal cuidado en pretenderle, tomando esto por último fin de vuestras intenciones, de modo, que ninguna otra cosa habeis de estimar mas ni tanto como este reino, ni mezclarla con él si es ajena de su grandeza. — Y no dice: Sed solícitos, sino *quaerite*, buscad; porque la solicitud congojosa, aunque desea buscando este reino, no agrada á Dios, como está dicho, por estar llena de dudas y desconfianzas de su providencia.

2. La tercera palabra es, *regnum Dei,* el reino de Dios; esto es, el reino celestial y eterno en el cual veais á Dios y reineis con él para siempre. Y esto sea en primer lugar, no solo por ser bien vuestro sino para que el mismo Dios reine en vosotros, y su reino se dilate por el mundo, y su nombre sea santificado de todos (*med.* XV, *part.* III): pero tambien habeis de buscar *iustitiam ejus*, su justicia; esto es, la justicia de Dios ó de su reino, que os hace justos, y abraza todas las virtudes y obras, que son títulos y medios para alcanzar

este reino y ganar la corona de justicia. Y con gran misterio Cristo nuestro Señor no dijo: buscad en primer lugar el reino de Dios, y en segundo su justicia, sino juntamente dice, que en primer lugar busquemos uno y otro, porque no se puede buscar uno sin otro: y quien dice que busca el reino de Dios, si no busca tambien la justicia y santidad, engáñase á sí mismo; porque poco aprovecha desear ir al cielo, si no se ponen medios para ello, por cuanto la divina Providencia, como no quiere que seamos demasiadamente solícitos y congojosos, así no quiere que seamos flojos y descuidados. Ó Rey eterno, pues me mandas buscar tu reino y tu justicia, prevéngame tu misericordia, ayudándome á ejercitar los medios con que se alcanza.

3. La última palabra es: *Et haec omnia adjicientur vobis.* Y todas estas cosas se os añadirán. En la cual Cristo nuestro Señor, por modo de promesa, asegura á los que buscan primero su reino y justicia, que tendrá especial providencia de ellos, y les proveerá de todas las cosas necesarias para la vida, con mas suavidad que á las gentes del mundo que las buscan con tanta congoja, conforme á lo que dice David (*Psalm.* XXXIII, 11): Los ricos tuvieron necesidad y hambre, pero los que buscan al Señor no carecerán de todo bien. Como quien dice: aunque los que confian en sus riquezas vengan á tener falta de muchas cosas; pero los que buscan á Dios y en él ponen su confianza no les faltará bien alguno, espiritual ó corporal, como sea bien para ellos; y si alguna vez les faltare la comida ó vestido del cuerpo, será por otro mayor bien del alma.

4. Pero tiene misterio que Cristo nuestro Señor no dijo: buscad en segundo lugar estas cosas temporales; porque aunque sea lícito buscarlas con cuidado moderado, no quiso decirlo por alejarnos mas de la solicitud que con ello se mezcla: y así, quien las busca ha de ser, como dice san Pablo (I *Cor.* VII, 31), como si no las buscase, quitando la turbacion y ocasion de pecado. Y buscarlas de esta manera, es buscar la justicia del reino de Dios; pues Dios manda que pongamos los medios convenientes para buscar lo necesario para no morir. Tambien no dijo Cristo nuestro Señor: todas estas cosas se os darán, sino añadirán; para que entendamos que no da Dios á los justos estas cosas temporales por premio principal de sus obras, sino por añadidura y cosa muy accesoria, en cuanto son medio para vivir. Y así el dia de la paga no las toma en cuenta mas que si no las hubiera dado, porque no se precia de pagar nuestros servicios con tan bajos premios. Y por la misma razon he yo de tener por gran bajeza servirle por ellas, ó pretenderlas por paga principal de mis

obras, sino generosamente buscar la gloria de este Señor y de su reino, dejando á su providencia que añada lo que quisiere de lo temporal, mucho ó poco, con determinacion de servirle de cualquier modo que me tratare. Y por este camino no solo no perderé lo temporal, pero si me conviene lo acrecentaré, porque quien sirve á Dios, tanto mayor interese alcanza, cuanto menos interés propio pretende.

Punto octavo.— 1. En confirmacion de todo lo dicho, últimamente se ha de considerar, como es tan amorosa la providencia de Dios con sus escogidos, que cuando no son posibles medios humanos y ordinarios para proveerlos de la comida y vestido, y lo demás necesario para la vida, inventa medios extraordinarios y milagrosos para proveerlos de todo esto, como lo hizo con los israelitas por espacio de cuarenta años en el desierto; dándoles milagrosamente pan del cielo, sacándoles agua de la piedra (*Exod.* xvi, 35; xvii, 6), conservándoles el vestido y calzado. Pero en especial ponderaré tres medios milagrosos que la divina Providencia descubrió en sustentar á Elías. (III *Reg.* xvii, 6).-El primero fue, mandando á los cuervos que le trajesen pan y carne, mañana y tarde, para comer y cenar. Los cuales obedecieron al mandato de Dios, y con ser tan tragadores se lo quitaban de la boca para darlo al Profeta. En lo cual se nos representa, que los grandes pecadores, figurados por los cuervos, aunque sean muy codiciosos, suelen por inspiracion de Dios sustentar con sus haciendas á los justos. Ó Padre amantísimo, ¿quién no te obedecerá, dejando por tu amor lo que le diere gusto, pues los cuervos te obedecen, dejando su gusto por darle á tus amigos? el mio pongo en solo servirte con amor, fiado de tu providencia, que si es menester, cuando me desamparen los hombres, me servirán los animales.

2. El segundo modo fue, por medio de una pobre viuda (III *Reg.* xvii, 12) que no tenia mas que un poco de harina y aceite, á quien Dios mandó que le sustentase con ello, multiplicándoselo cada dia milagrosamente, de modo que bastase para el Profeta, y para ella y su hijo, en testimonio de la providencia que tiene de sustentar á sus siervos por medio de otros hombres devotos y limosneros, multiplicando sus bienes, en premio de la limosna que les hacen; porque puesto caso que la divina Providencia provee á todos, pero con mas cuidado provee á los que toma por instrumentos de su obra, dándoles porque dan, y para que dén á sus pobres.

3. El tercer modo fue, por medio de un Ángel (III *Reg.* xix, 6),

poniéndole pan y agua que comiese al tiempo que estaba durmiendo, y bien descuidado de esto, porque los Ángeles son ministros de la divina Providencia para sustentar á los escogidos en tiempo de necesidad, cuando les falta socorro humano, como otro Ángel tomó por un cabello al profeta Habacuc que llevaba de comer á sus segadores, y le llevó por el aire donde estaba Daniel en el lago de los leones, para que le diese de comer. Y así le dijo Habacuc (*Dan.* XIV, 36): *Daniel, siervo de Dios, toma la comida que te envia el Señor*. Y admirado el santo Daniel de esta infinita caridad, dijo: *Recordatus es mei Deus*. Acordado te has, Señor, de mí, y no has desamparado á los que te aman. Ó Dios de mi alma, millones de gracias te doy por la memoria que tienes de tus siervos, amparando y sustentando á los que esperan en tu misericordia. No te contentaste con tapar las bocas á los leones hambrientos, para que no comiesen á tu siervo, sino tambien quitas la comida á los hambrientos segadores para darle de comer á él. Bendita sea tu amorosa providencia, y alábente por ella los Ángeles y los hombres; aumenta en mi corazon la fe y confianza de ella, para que haciendo con esta fe lo que me mandas, vea por experiencia lo que me prometes. Amen.—Con esta doctrina han de vivir muy consolados los religiosos, como dice Casiano (*Collat.* XIX, *c.* 5, 6, 8), los cuales dejan todas las cosas por librarse de cuidados congojosos, arrojándolos en la divina providencia, por seguir á Cristo con perfeccion.

MEDITACION XXXII.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS CERCA DE LAS COSAS ADVERSAS DE ESTA VIDA, Y DE TODOS LOS MALES, ASÍ DE PENA COMO DE CULPA.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como la divina Providencia comprende debajo de su gobierno todas las cosas adversas que suceden en esta vida (*D. Thom.* 1 *p. q.* 22, *art.* 2 *ad* 3 *et* 4; *q.* 103, *art.* 7), y todas las miserias que padecen los hombres en el cuerpo y en el alma, trazando y ordenando los males que no son culpa, y permitiendo los que lo son para fines muy altos y secretos de su gobierno en bien de sus criaturas, especialmente de los hombres escogidos para el cielo. Por lo cual dijo san Agustin (*in Enchir. c.* 11, *t.* 3): que el omnipotente Dios en ninguna manera consintiera que hubiera algun mal ó defecto en sus obras, si no fuera tan poderoso y bueno, *ut bene faceret etiam de malo*, que sacara bien

del mal; y de un solo mal muchos bienes: estos se pueden reducir á tres géneros.-El primero es, la manifestacion de su bondad y omnipotencia, de su justicia y misericordia, y de otros atributos y perfecciones, cuyas obras se ejercitan cerca de estas miserias, y resplandecen mucho en lo que hacen por atajarlas ó remediarlas.-El segundo bien es, la conservacion del universo mundo, el cual está compuesto de tales cosas, que no se puede conservar si no es destruyéndose unas para que se engendren ó sustenten otras, de donde nace la enemistad natural de unos animales, peces y aves con otros, porque los unos son manjar y sustento de los otros.

2. El tercer bien es, el provecho de los mismos hombres, así el natural como el sobrenatural, porque ambos bienes andan mezclados con muchas miserias, y con ellas suelen perfeccionarse, y las virtudes ejercitan sus obras con gran resplandor cerca de las miserias del cuerpo y alma, propias ó ajenas. Debajo de estos tres géneros de bienes se encierran otros innumerables, que la divina Providencia saca de nuestros males, como se verá en los puntos siguientes, discurriendo por todas las suertes de males y trabajos que padecemos: advirtiendo para mi consuelo, que tengo siempre de poner los ojos, no tanto en el mal que padezco, cuanto en el bien que la divina Providencia pretende, gozándome de tener un Dios tan bueno y poderoso, que de mis males saca bienes; ni permitiera el mal, si no supiera, quisiera y pudiera sacar de él algun bien. Ó Bien infinito, gracias te doy por la bondad que muestras en sacar bienes de nuestros males, permitiendo la miseria para que resplandezca mas tu infinita misericordia: muestra, Señor, conmigo tal providencia, que ataje del todo el mal de culpa, y convierta en bien el mal de pena. Amen.

Punto segundo.-*De las tentaciones del demonio.*— 1. Lo segundo, se ha de considerar la maravillosa providencia que tiene Dios cerca de las aflicciones y tentaciones que nos vienen por medio del demonio, ponderando principalmente tres cosas.-La primera, que Dios nuestro Señor con su providencia da licencia permisiva al demonio para afligirnos (*Matth.* viii, 31), sin la cual no puede tocarnos en el hilo de la ropa, ni entrar en los puercos con ser animales tan viles: pero siempre da esta licencia con tasa y limitacion, señalándole las cosas en que nos ha de afligir, y el número de veces, y la gravedad y el tiempo que ha de durar, sin que pueda pasar un punto de lo que Dios le permitiere.-La segunda cosa es, que aunque la voluntad del demonio es perversa, y pide licencia de tentarnos por des-

truirnos; pero la divina Providencia no se la da sino por nuestro bien, sirviéndose de su malicia para nuestro provecho, pretendiendo con estas tentaciones y aflicciones ejercitarnos en la mortificacion, humildad y oracion, y en todas las virtudes contrarias al intento del demonio; porque si el demonio pretende con la tentacion derribarme en lujuria, Dios pretende fundarme en perfecta castidad. Y si con los trabajos quiere moverme á impaciencia y desesperacion, Dios con los mismos quiere arraigarme en paciencia y confianza.

2. La tercera cosa es, que la divina Providencia siempre mide las aflicciones y tentaciones conforme á nuestras fuerzas, así de la naturaleza como de la gracia que piensa darnos: de modo que, como dijo el Apóstol (I *Cor.* x, 13), nunca seamos tentados ni afligidos sobre lo que podemos, deseando que salgamos con victoria y aprovechamiento, y para esto nos provee de muchos y admirables medios, ó por los confesores y buenos consejeros, ó por los santos Ángeles que resisten á los demonios por secretas inspiraciones, asistiendo el mismo Señor para favorecernos, de modo que podamos alcanzar el fin de su providencia, si por nosotros no queda. (*En la med.* XXVII *de la p.* V).

3. De estas tres consideraciones sacaré dos avisos importantes para tener consuelo en semejantes aflicciones. El primero es, no poner los ojos en el demonio que me aflige, sino en Dios que lo permite, mirando la afliccion como venida de su mano, pues pudiéndola estorbar no la estorba; y así diré con Job (*Iob,* II, 10): Si recibí de la mano del Señor tantos bienes, ¿por qué no recibiré éstos males? El Señor con su providencia me dió salud, hacienda, honra, paz y alegría; él con la misma providencia me lo quitó, dando para ello licencia al demonio: bástame que él lo haya hecho para que yo lo tenga por bueno: sea su nombre bendito por lo que me dió, y bendito por lo que me quitó, por todos los siglos. Amen.—El segundo es, poner los ojos no en los males que el demonio me amenaza, sino en los bienes que Dios pretende, confiando en su providencia, que será mas poderosa en salir con sus intentos, que el demonio con los suyos; y así quitaré los ojos de mi flaqueza para no desmayar, y de la fiereza del demonio para no temerle, y pondrélos en la omnipotencia de Dios, y en la eficacia de su gracia, suplicándole que con su providencia me aplique tan eficaces medios, que alcance el fin de sus soberanos intentos. Amen.

PUNTO TERCERO.—*De las persecuciones de los hombres.*— 1. Lo tercero, se ha de considerar la providencia de Cristo nuestro Señor

cerca de las persecuciones que nos vienen por manos de hombres, ora sean tiranos públicos, ora enemigos particulares, ora amigos fingidos ó falsos hermanos. En lo cual se ha de ponderar, lo primero, como la divina Providencia tiene atadas las manos á todos estos enemigos nuestros, de tal manera, que sin su licencia no pueden quitarnos un cabello de la cabeza, como Cristo nuestro Señor lo dijo á sus discípulos (*Matth.* x, 29; *Luc.* xii, 6): *¿Por ventura no se venden cinco pájaros por un real, y ni uno de ellos tiene Dios echado en olvido, ni cae en la tierra sin vuestro Padre: y aun los cabellos de vuestra cabeza están contados? No querais pues temer, porque muy mejores y muy mas estimados sois vosotros que muchos pájaros.* En las cuales palabras apunta Cristo nuestro Señor dos razones muy regaladas de la divina providencia. La primera es, que nuestro Padre celestial tiene cuidado de la vida de los pájaros, por viles que sean, y no está olvidado del menor de todos, de tal manera, que ninguno cae en el lazo ni cae muerto en la tierra sin su providencia; lúego mucho mayor cuidado tendrá de nosotros, porque de los pájaros no es Padre sino Señor, y de nosotros es Señor y Padre: y el Padre que tiene cuidado de la salud y vida de los esclavos, mayor le tendrá de los hijos: y quien no se olvida de un vil pajarillo, no se olvidará de un hombre, y mas si es amigo suyo, porque uno vale mas que infinitos pájaros: y si el cazador no puede cazar ni matar un pájaro sin la voluntad de Dios que lo consienta, mucho menos podrá el tirano afligir ni matar al justo sin licencia y permision de su celestial Padre.

2. La segunda razon es, porque Dios tiene contados los cabellos de nuestra cabeza; y tiene cuidado de ellos, como la tienen los hombres de la cosa que tienen por cuenta: y así, ninguno sin su licencia nos puede quitar un cabello de este número. Pues quien tanta providencia tiene de mis cabellos, que es la cosa mas vil del hombre, y de muy poca importancia que sea uno mas ó uno menos, ¿cuánto mayor providencia tendrá de mi salud, vida y honra, y de todas las cosas graves que me tocan? Y si mis enemigos no pueden quitarme un solo cabello sin licencia de mi Padre celestial, mucho menos podrán quitarme la salud, honra ó vida. Con esta confianza tengo de vivir muy contento y seguro, como quien está debajo de la proteccion de Señor tan poderoso y tan amoroso, que dice (*Zach.* ii, 8): Quien os toca á vosotros en el pelo de la cabeza, me toca á mí en la niñeta del ojo. Ó Amado mio, guárdame como los hombres guardan las niñetas de sus ojos: ponme debajo de tus alas, como las aves ponen á sus polluelos debajo de las suyas, defendiéndo-

me de mis perseguidores, como ellas los defienden de los milanos. (*Psalm.* XVI, 8).

3. De aquí subiré á ponderar, lo segundo, como la divina Providencia permite que seamos perseguidos de los hombres malos, por los grandes bienes que de aquí se nos siguen; de modo que no diera tal licencia á nuestros enemigos, si no pretendiera tomarlos por instrumentos para estos bienes, como permite tiranos, para que haya esclarecidos mártires, en lo cual hace dos cosas muy señaladas.—La primera es, sacar de las persecuciones el bien totalmente contrario al mal que nuestros enemigos pretendian con ellas. Y á veces los mismos medios que toman para hundirnos, toma Dios para ensalzarnos.—La segunda es, convertir la persecucion en bien de nuestros mismos enemigos, haciéndoles bien por los medios que tomaban para hacernos mal. Ambas cosas resplandecieron en la persecucion de José, á quien Dios levantó á ser virey de Egipto, por los medios que sus hermanos tomaron para hundirle. Y por los mismos trazó de remediarlos, como lo declaró el mismo José diciéndoles (*Genes.* L, 20): *Vos cogitastis de me malum, sed Deus vertit illud in bonum, ut exaltaret me.* Vosotros tramásteis contra mí un grande mal, pero Dios le ha convertido en un grande bien para ensalzarme (*Genes.* XLV, 5): y vine á Egipto, no tanto por vuestro consejo, cuanto por la voluntad de Dios, para vuestra salud y de otros muchos.

4. Con esta consideracion me consolaré cuando me viere perseguido, diciendo con David: Callé y no abrí mi boca, *quoniam tu fecisti*, porque tú, Señor, lo hiciste, y por tu ordenacion y permision me viene este trabajo; y haciéndolo tú, no es razon que me queje yo: y como el mismo David, cuando le maldecia Semei, dijo á sus criados: El Señor le ha mandado que me maldiga (II *Reg.* XVI, 10): *Et quis est qui audeat dicere, quare sic fecerit?* Y ¿quién hay que se atreva á decir por qué lo mandó? quizá el Señor hoy convertirá esta maldicion en bendicion para mí; así yo diré á mí mismo: No pienses que es acaso la maldicion y trabajo que padeces, porque ninguno podria decir ni hacer mal contra tí, si Dios no le diese licencia para ello; no pienses que la da para tu daño, pues por esto se dice que lo manda, porque lo permite para tu provecho. Y si él lo manda de esta manera, ¿quién le pedirá razon por qué lo manda? Bástame, Señor, que tú lo mandes, para que sea bien mandado, porque siempre es acertado y justo tu gobierno.

PUNTO CUARTO.—*De las enfermedades.*— 1. Lo cuarto, se ha de considerar la paternal providencia de Nuestro Señor cerca de las

adversidades corporales, así comunes como particulares, ora nazcan de causas naturales solas, ora tambien de alguna malicia ó descuido de los hombres, como son tempestades, diluvios, guerras, pestes, enfermedades y dolores del cuerpo, con otros innumerables achaques y miserias que padecemos; pero todas vienen registradas por la divina Providencia, sin la cual ni una sola sucediera. Y por esto dijo un profeta (*Amos*, III, 6): No hay mal en la ciudad que no haya hecho el Señor. Pero en particular ponderaré como la divina Providencia muy por menudo tiene tanteadas las enfermedades que me suceden, midiéndolas conforme á mis fuerzas, cuanto al número, calidad, intension y duracion de ellas, sin que el humor que aflige la cabeza pueda pasarse á otra parte, ni crecer ó durar mas horas de las que Dios tiene determinadas.

2. Y asimismo la divina Providencia dispone los sucesos de la cura, y los aciertos ó yerros de los médicos, y la aplicacion de buenas ó malas medicinas en buena ó mala coyuntura; de modo que nada de esto es acaso para Nuestro Señor; el cual se sirve de todas estas cosas para salir con sus intentos; porque como dice el Sábio (*Eccli.* XXXVIII, 2; XL, 14): *A Deo est omnis medela.* De Dios nace toda la medicina y el suceso de ella; y en sus manos está la vida y la muerte, la salud y la enfermedad; y con su providencia hiere y sana, mortifica y vivifica, pone en la sepultura y saca de ella. (*Osee*, VI, 2; I *Rey.* II, 6). De donde sacaré, que en semejantes casos, aunque puedo y debo poner medios humanos, convenientes para librarme de estos trabajos; pero mi principal confianza no ha de ser en ellos, sino en Dios, á quien he de acudir con oraciones, porque su providencia es la que ha de dar buen suceso á los medios que yo tomare, ó poner otros mejores.

3. Lo segundo, he de ponderar como la divina Providencia traza ó permite estas enfermedades y trabajos del cuerpo para bien del alma, para que con ellas se purifique de culpas, venza las pasiones, ejercite las virtudes, alcance la perfeccion de ellas, porque *virtus in infirmitate perficitur*, la virtud se perfecciona en la enfermedad. Y así mirándola, no en cuanto aflige mi cuerpo, sino en cuanto procede de Dios para mi provecho, tengo de gozarme, diciendo con el Apóstol (I *Cor.* XII, 9): De muy buena gana me gloriaré y gozaré de mis enfermedades, porque habite en mí la virtud de Cristo. Y si la carne rehusare tales trabajos, la diré con fervor de espíritu (*Ioan.* XVIII, 11): *Calicem quem dedit mihi Pater, non bibam illum?* ¿No quieres que beba el cáliz que me da mi Padre? Esta enfermedad y tra-

bajo, y las amarguras que andan con el cáliz, es recetado por la providencia de mi Padre celestial; y por consiguiente de gran provecho, pues basta que él le recete, para que yo le acepte: y pues él quiere que le beba, yo quiero beberle, por hacer lo que él quiere, y no me apartar de lo que manda.

Punto quinto. - *De las miserias del alma.* — 1. Lo quinto, se ha de considerar la providencia que tiene Dios nuestro Señor cerca de las miserias de nuestra alma, las cuales son en dos maneras, unas involuntarias que nos afligen mal que nos pese (*Rom.* vii, 15; viii, 13), como son las pasiones de la carne rebelde contra el espíritu, las vagueaciones de la imaginacion, y otros defectos semejantes, los cuales resultaron del pecado original; y la providencia de Dios los dejó, no para nuestro daño, sino para nuestro ejercicio, por los grandes bienes que resultan de esta guerra á los que valerosamente pelean en ella. Y así Nuestro Señor con su providencia paternal modera la furia de estas tentaciones interiores, para que no nos ahoguen, y da bastante gracia para pelear con ellas, y vencerlas.

2. Otras miserias son queridas por nuestra libre voluntad desordenada, como son los pecados, los cuales en ninguna manera son pretendidos por la divina Providencia, antes salen fuera de su órden, y contradicen al fin principal de su gobierno, que es nuestra salvacion, para gloria suya. Pero con todo eso los permite, por dejar al hombre en su libertad; y con su bondad infinita saca de ellos, por su altísima providencia, grandes bienes. Unas veces para el que los hizo, haciéndole con esta ocasion mas humilde y desconfiado de sí, mas recatado para adelante, y mas fervoroso en el divino servicio. Otras veces para otros, porque con la crueldad y malicia de los malos ejercita, labra y perfecciona á los buenos, y siempre saca de ellos manifestacion de su bondad, ó esperando y perdonando con misericordia, ó castigando severamente con justicia: y todo, como dice san Pablo (*Rom.* viii, 28), se convierte en bien de los escogidos, los cuales, por la providencia de Nuestro Señor, de los pecados propios sacan humildad, y de los ajenos escarmiento; y del perdon sacan amor y agradecimiento á la divina misericordia, y del castigo sacan temor y reverencia de la divina justicia. Ó Dios eterno, cuya providencia convirtió la culpa de Adan en bien de todo el mundo, tomando de ella ocasion para darnos á tu Hijo por Redentor; convierte con tu misericordia en mi bien lo que yo miserable hice para mi mal. Ó Redentor del mundo, que redimes de él los pecados perdonando y preservando; perdóname los que ya he cometido, y pre-

sérvame de los que puedo cometer, aplicándome con tu amorosa providencia los efectos de tu copiosa redencion. Amen.

6. Últimamente, ponderaré los innumerables beneficios ocultos que proceden de la divina Providencia en todas las cosas referidas, atajando innumerables males de cuerpo y alma, particulares y generales que sucederian en el mundo, y me tocarian á mí particularmente, si Dios no los impidiera. Por los cuales, como arriba se dijo (*supr. medit.* XXVIII, *parte* II), he de alabarle, y como le pido perdon de mis pecados ocultos, porque aunque son ocultos para mí, no lo son para Dios, y algun dia serán manifiestos; así he de darle gracias por sus beneficios ocultos, pues aunque me sean ocultos (*Psalm.* XVIII, 13), no dejan de ser muy grandes; y algun dia me serán manifiestos, y me hallaré corrido, si no los hubiere agradecido. Gracias te doy, soberano Bienhechor, por el bien que me haces, librándome secretamente de los males que yo haria, y de las miserias en que caeria, si tú no las atajases. Lleva, Señor, adelante este soberano beneficio, para que con tal providencia sea cierta mi perseverancia en tu gracia, y alcance la corona de la gloria. Amen.

MEDITACION XXXIII.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN OIR NUESTRAS ORACIONES, Y DESPACHARLAS Á SU TIEMPO, Y CUÁN SOBERANO SEA ESTE BENEFICIO.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como la divina Providencia ha tomado la oracion por instrumento y medio principalísimo (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 38, *art.* 2; 1 *p. q.* 23, *art.* 8) para ejecutar las trazas de su gobierno con los hombres cerca de las cosas dichas, y otras que se dirán; porque viendo la falta que los hombres tenemos de muchos bienes, así corporales como espirituales, temporales y eternos, y tambien la muchedumbre de males á que estamos sujetos en el cuerpo y en el alma, sin tener fuerzas para alcanzar los bienes, y librarnos de los males, ordenó que nuestra oracion fuese medio para lo uno y para lo otro, dándonos palabra de que nos concederia cuanto le pidiésemos, pidiéndoselo con las condiciones que se debe pedir. Y así dice Cristo nuestro Señor (*Matth.* VII, 7): *Petite, et accipietis.* Pedid lo que os falta, y lo recibiréis, porque (*Luc.* XI, 10), *omnis qui petit accipit*, cualquiera que pide recibe.

2. En lo cual ponderaré, como la oracion es medio para todo

esto eficacísimo, suavísimo y universalísimo. Es eficacísimo, porque, como arriba se dijo (*en la medit.* XVIII *y* XIX *de la parte* IV), estriba en la palabra y promesa de Dios, que no puede faltar, porque es sumamente fiel en cumplir lo que dice, y todopoderoso para hacer lo que promete. Es suavísimo, porque no hay cosa mas suave y fácil, que pedir lo que me falta al que me ama, y me manda que se lo pida, y desea darme lo que le pido, mas que yo recibirlo. Es universalísimo, porque vale para negociar todos los bienes que me convienen, y para librarme de todos los males que me dañan. Y tambien es medio de la divina Providencia, para la ejecucion de la obras que proceden de los divinos atributos y perfecciones que arriba se han puesto, porque es medio para que la bondad de Dios se nos comunique, su caridad nos ame, su misericordia nos remedie, su justicia nos galardone, y para que su omnipotencia ejecute lo que su sabiduría ha trazado; y si es menester para que altere y mude el órden de las cosas naturales, haciendo obras milagrosas, porque la oracion alcanza que la divina Omnipotencia dé vista á los ciegos, vida á los muertos, haga parar los cielos y trueque unas cosas en otras.

3. Finalmente, tambien es medio de la divina Providencia para el adorno y perfeccion de las criaturas, que hizo al principio del mundo en provecho del hombre, porque por medio de la oracion fertiliza la tierra, envia agua del cielo, multiplica el ganado y los animales provechosos, destruye los dañosos, amansa los bravos, quita las pestes, purifica los aires; y hace otras muchas cosas propias de la omnipotencia de Dios; el cual por este camino comunica, del modo que es posible, su mismo poder á los que nada pueden sin él. Ó Dios omnipotente, gracias te doy por la omnipotencia que has comunicado á la oracion, para alcanzar de tu bondad y misericordia lo que ha dispuesto tu soberana providencia. Aficióname, Señor, á este santo ejercicio, porque cierto estoy que si yo no aparto de mí la fervorosa oracion, tú no apartarás de mí tu copiosa misericordia. (*Psalm.* LXV, 20).

PUNTO SEGUNDO. – *La liberalidad de Dios en despachar nuestras oraciones.* — 1. Lo segundo, se ha de considerar como la divina Providencia con gran liberalidad nos concede lo que le pedimos, si es provechoso, y con grande caridad nos lo niega, si es dañoso, queriendo que la oracion sea medio de nuestro provecho, y no de nuestro daño. Esta verdad declaró Cristo nuestro Señor á sus discípulos, por esta parábola (*Matth.* VII, 9): *¿Qué hombre hay que si le pide su*

hijo pan, le dé una piedra? ó si le pide pez, le dé una serpiente? ó si le pide un huevo, le dé un escorpion? (*Luc.* XI, 12). *Pues si vosotros, siendo malos, dais á vuestros hijos los bienes que habeis recibido, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial dará sus bienes y el buen espíritu al que se lo pidiere?* En la cual parábola Cristo nuestro Señor nos enseña, que así como el padre cuando su hijo le pide algo de comer, no le da una piedra, porque es inútil, ni le da una serpiente ó escorpion, porque es dañosa; así tambien, cuando yo pido á Nuestro Señor salud, hacienda, honra, regalo, ó alguna otra cosa temporal, si ve su Majestad que esto no ha de ser para mi alma de provecho, sino de daño, no me lo da, porque me ama como padre, y con amor de padre no quiere dar á su hijo lo que ha de ser piedra de escándalo en que tropiece, ó serpiente que le emponzoñe con malicia, ó escorpion que le muerda la conciencia con pecado. Y el negarme esto es oir mi oracion, porque de razon cuando se lo pido, há de ser debajo de condicion que sea para mi provecho, y no para mi daño.

2. Y de la misma manera, como el padre, cuando su hijo le pide de comer, le da lo necesario y lo conveniente, como es pan, huevos y peces; así Nuestro Señor nos dará lo que le pidiéremos, no solamente lo necesario, como el pan, sino lo decente y conveniente, como pez y huevos. Porque si vosotros, dice, siendo de vuestra cosecha mal inclinados, teneis esta buena inclinacion de dar á vuestros hijos los bienes que habeis recibido de Dios, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial, que de su naturaleza es bueno, y tiene inclinacion á hacer bien á todos, dará sus bienes á quien se los pidiere, especialmente su espíritu bueno, esto es, el espíritu con que somos buenos, y nos dispone á recibir el Espíritu Santo, de quien toda bondad procede, y con quien vienen todas las cosas que son para nuestro bien? Gracias te doy, ó Padre amantísimo, por la providencia que tienes en negarme lo que me daña, y concederme lo que me aprovecha, y tantas gracias te doy por lo uno como por lo otro, pues uno y otro procede de igual amor. Concédeme, Señor, que siempre te pida lo que te agrada, para que siempre me dés lo que te pido, para gloria tuya y provecho mio. Amen.

3. Lo segundo, tengo de ponderar la infinita liberalidad de esta soberana Providencia, la cual se muestra en no dejar vacía la oracion de sus hijos, cuando por ignorancia le piden lo que les haria daño, porque de tal manera se lo niega, que en su lugar les da otra cosa que les entre mas en provecho, como cuando san Pablo (II *Cor.* XII, 8) pidió tres veces á Dios que le quitase el aguijon de su carne, aun-

que se lo negó, dióle otra cosa muy mejor, que era su gracia, para que el aguijon no le dañase, antes le aprovechase, aguijándole en su salvacion. Por lo cual dijo san Bernardo (*Serm.* 5 *in quad.*): Ninguno desprecie su oracion, porque Dios no la desprecia: y antes que salga de nuestra boca, la tiene escrita en su libro, é indubitablemente podemos esperar una de dos cosas, ó que nos dará lo que le pedimos, ó lo que nos será mas provechoso. Ó Dios de mi alma, no quiero tener mi oracion en poco, pues tú la tienes en tanto; y aunque vale poco en cuanto sale de mí, vale mucho en cuanto estriba en tí, en quien confio que nunca saldrá vacía de tu presencia, dándome lo que te pido, ó lo que de razon te debiera pedir.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la providencia que tiene Dios nuestro Señor en dar lo que se le pide, en buen tiempo y sazon, cuando es mas conveniente para su gloria y bien nuestro, sin anticipar ni posponer este tiempo. Y quizá por esto dijo el mismo Señor (II *Cor.* VI, 2): *In tempore accepto exaudivi te.* Yo te oí en el tiempo que me fue acepto y agradable. Y los santos que saben ya algo de estos tiempos, piden á Dios remedio de sus necesidades, como dice David (*Psalm.* XXXI, 6): *In tempore opportuno,* en su sazon y coyuntura. Y cuando se ven apretados, suplican á Dios, que el tiempo en que oran sea el tiempo oportuno para ser oidos, como decia el mismo David (*Psalm.* LXVIII, 14): Á tí, Señor, enderezo mi oracion; sea este tiempo aceptable á tí para que me oigas: óyeme, por la muchedumbre de tu misericordia, y por la verdad que tienes en cumplir lo que prometes. De aquí es, que cuando es conveniente dar luego lo que se pide, luego lo da Dios si se pide como conviene, y si no hay estorbo para recibirlo.

2. Y esto principalmente nos sucede cuando le pedimos perdon de los pecados, para lo cual todo tiempo es oportuno. Y en estos casos se cumple lo que dice Isaías (*Isai.* LVIII, 9): Clamarás á Dios, y luego te dirá: Aquí estoy. Y aun mas adelante dice (*Isai.* LXV, 24): Antes que clamen les oiré; y aun estando hablando haré lo que me piden; pero otras veces, aunque oye y entiende nuestras peticiones, y se determina de hacer lo que le pedimos, dilata la ejecucion para otro tiempo mas conveniente, ó porque hay otro que le pide lo contrario por otro justo título, como sucedió á Daniel, que pedia á Dios la libertad de su pueblo (*Dan.* X, 3); y aunque le oyó luego, pero dilató veinte y un dia la respuesta, porque otro Ángel pedia lo contrario, por el bien de los persas que le tenian cautivo: ó lo dilata, por haber de nuestra parte algun impedimento de culpa ó ingrati-

tud, ó tibieza en el pedir, ó remision en el desear, y con esta dilacion se quita el estorbo y se aumenta el deseo, y nos hacemos dignos de recibir lo que pedimos; y así todo va ordenado á nuestro bien. Alabada sea, Padre mio, tu providencia paternal, así por las veces que me mandas lo que te pido, como por las que dilatas el concederlo. Cierto estoy, Señor (*Habac.* II, 3), que si te detuvieres en oirme, no te tardas; porque aunque te tardas conforme á mi deseo, no te tardas conforme á lo que pide mi necesidad.

3. Lo segundo, ponderaré la liberalidad de este gran Señor, cuando con su providencia dilata el concedernos lo que le pedimos, porque si perseveramos pidiendo, recompensa la dilacion con darnos mucho mas de lo que habíamos pedido. De esto nos avisa Cristo nuestro Señor en la parábola del hombre (*Luc.* XI, 5), que á media noche fué á casa de su amigo á pedirle tres panes prestados, y aunque le despidió la primera vez, perseveró en llamar á su puerta, hasta que su amigo le abrió, vencido de su importunidad, y le dió, no solamente tres panes, sinó todos los que habia menester, y no prestados sino dados. De esta manera quien acude á las puertas de Dios, que es verdadero amigo, en cualquier tiempo y hora que acuda, es oida su oracion, porque nunca duerme; y aunque algunas veces da respuestas desabridas, como á la Cananea (*Math.* XV, 26), á fin de probar nuestra fe y perseverancia, si somos fieles en perseverar, despues nos da mucho mas de lo que le pedimos. Danos los tres panes de la fe, esperanza y caridad, y todas las demás virtudes necesarias y convenientes para nuestra perfeccion. Danos tambien los tres panes cotidianos, el corporal que sustenta el cuerpo, y el espiritual de la gracia, y el del santo Sacramento que sustenta el alma. Ó alma mia, acude confiadamente á las puertas de Dios, que es tu verdadero amigo; llama con instancia y perseverancia, porque no le cansa el importuno sino el tibio; y si te hace del dormido, es porque gusta de oirte llamar con mas fervor, para darte lo que le pides con mas abundancia. (*Ephes.* III, 20).

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como la divina Providencia en este medio de la oracion se extiende á todos los hombres del mundo, sin excluir á ninguno, porque con todos habla aquella sentencia general de Cristo nuestro Señor, que dice (*Math.* VII, 7; *Luc*, XI, 9): *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirán. Porque todo hombre que pide, recibe; y el que busca, halla; y á quien llama, abren la puerta.* En la cual promesa resplandece grandemente la inmensa largueza y omnipotencia de nues-

tro gran Dios, porque con haber en el mundo innumerables hombres cargados de innumerables deseos y de innumerables necesidades, acudiendo todos innumerables veces á sus puertas por remedio, á todos atiende, y oye las peticiones de todos, como si fuera uno solo el que le pidiera, sin cansarse ni enfadarse de que le pidan tantos, y tantas cosas, y unas contrarias á otras, y con tanta importunidad, antes gusta de que lo pidan; y declara su gusto con la repeticion de estas tres palabras, que cási significan lo mismo: *Pedid, buscad, llamad;* como quien dice (*D. Aug.* lib. I Retr. c. 19): Mirad que deseo mucho que me pidais; pedidme, pedidme, pedidme. ¡Oh caridad inmensa! oh largueza infinita! ¿qué te va, Dios mio, en que los hombres te pidan algo, para que con tantas ganas nos pidas que te pidamos? Los príncipes del mundo se cansan de que les pidan, ¿y tú de que no te pidan? Aquellos no dan entrada en su presencia, sino á los privados ó nobles de su reino, tú admites á los más viles y despreciados del mundo; aquellos muchas veces no quieren, ó no pueden dar lo que se les pide; tú siempre quieres lo que conviene, porque eres bueno, y siempre lo puedes dar, porque eres todopoderoso. Y pues todos gozan de tu copiosa liberalidad, todos te alaben y glorifiquen por ella. Amen.

2. Lo segundo, se ha de considerar el deseo que tiene Nuestro Señor de que le pidamos con gran deseo y fervor; de suerte que nuestro deseo y fervor en el pedir, sea semejante al que él tiene de que le pidamos. Y por esto, con la repeticion de estas tres mismas palabras: *Pedid, llamad, buscad,* nos enseña que pidamos con instancia y fervor, como quien dice: Pedid con fe y confianza; buscad con gran diligencia, y llamad con grande perseverancia, y no os canseis de pedir hasta que alcanceis lo que pedís, porque os conviene siempre orar (*Luc.* XVIII, 1), y nunca desfallecer.

3. Lo tercero, se ha de ponderar como no solamente los justos, sino los pecadores, gozan de esta providencia, y son oidos en sus oraciones, con tal que pidan cosas buenas, con buen fin y con buen modo (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 82, *art.* 16), perseverando y quitando los estorbos que ponen para recibir lo que piden; porque de otra manera diríales el Apóstol (*Iacob.* IV, 3): Pedís y no recibís, porque pedís mal. Y Cristo nuestro Señor les dirá como á los hijos del Zebedeo (*Matth.* XX, 22): No sabeis lo que os pedís. Ó Dios misericordiosísimo, que con grande gusto haces la voluntad de los que te temen (*Psalm.* CXLIV, 19), y oyes la oracion que hacen; concédeme que haga siempre tu voluntad, para que sea digno de que tú hagas

la mia, en cuanto fuere conforme con la tuya. Ó alma mia (I *Ioan.* III, 21), procura que tu corazon no te reprenda de culpa, para que crezca la confianza, y merezcas ser oida: no cierres tu oido para oir la ley de Dios, y el clamor del pobre, porque no cierre Dios el suyo para oir tu oracion.

4. Finalmente, ponderaré la suavidad de la divina Providencia en la aplicacion de este medio, porque no contentándose con exhortar generalmente á todos que oren, y enseñarles el modo de órar, como se ha dicho, en particular hace esto con cada uno por sus secretas inspiraciones, inspirándonos lo que hemos de pedir, imprimiendo el deseo y fervor de pedirlo, y las razones y títulos que hemos de alegar para alcanzarlo, conforme á lo que dijo san Pablo: No sabemos lo que hemos de pedir como conviene, y así el Espíritu Santo pide por nosotros con gemidos que no se pueden explicar. (*Rom.* VIII, 26). Y cuando oramos de esta manera, es señal que Dios quiere concedernos lo que le pedimos, porque del deseo que tenia de concederlo procedió inspirar tal modo de pedirlo. Y así la divina predestinacion, como dice san Gregorio (*Lib.* I. *Dial.* 8), para salir con sus intentos, se sirve de la perfecta oracion. Ó Espíritu divino, cuya providencia me gobierna, gracias te doy por el cuidado que tienes de mí, para que no falte en la oracion; si no sé lo que tengo de pedir, tú me lo enseñas; si me olvido, tú me lo acuerdas; si aflojo, tú me avivas; si desmayo, tú me alientas; y si quiero cesar, tú me haces perseverar, pidiendo, buscando y llamando, hasta que reciba y halle lo que pretendo. Ó Padre amantísimo, muestra conmigo siempre esta soberana providencia, dándome tal espíritu en la oracion que pueda llamarte Padre, y alcanzar de tí todo lo que me conviene para ser tu perfecto hijo por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXIV.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN DARNOS ÁNGELES QUE NOS GUARDEN, Y CUÁN GRANDES BIENES ENCIERRA ESTE BENEFICIO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como la divina Providencia ordenó que todos los hombres tuviesen Ángeles que les guardasen y encaminasen al fin de su eterna salvacion (*D. Thom.* 1 *p. q.* 113), ponderando los motivos que Dios nuestro Señor tuvo para ello. - El primero fue, para mostrar el grande amor que tiene á los hombres, y la grande estima y deseo que tiene de su

salvacion, pues quiso que los espíritus angélicos, como dice san Pablo (*Hebr.* I, 14), fuesen ministros suyos en esta obra, enviándolos del cielo á procurarla. De suerte, que no solamente todas las criaturas del cielo y tierra sirviesen al hombre, sino tambien las que están sobre el cielo, y son mayores que él en la naturaleza, se ocupasen en ayudarle. Y por esta causa dijo Cristo nuestro Señor que no despreciásemos á ninguno de los pequeñuelos (*Matth.* XVIII, 10): *Quia Angeli eorum semper vident faciem Patris mei qui in coelis est:* porque Dios los estima tanto, que les ha dado Ángeles que están siempre viendo el rostro de mi Padre, que está en los cielos. Gracias te doy, Padre eterno, por este amor y estima que tienes de nosotros, dándonos por gente de guarda á los mas privados de tu casa. Ya no me admiro, como David (*Psalm.* VIII, 8), de que hayas puesto todas las cosas debajo de mis piés, haciéndome poco menor que tus Ángeles, pues me das á los mismos Ángeles para que me sirvan por tu amor: sírvate yo, Señor, como ellos te sirven, y en agradecimiento del bien que por tí me hacen.

2. El segundo motivo fue, porque vió la divina Providencia nuestra grande flaqueza, y las grandes necesidades y peligros en que vivimos; y aunque por sí solo pudiera favorecernos, quiso tambien servirse de los Ángeles para ello, encomendándoles que tuviesen cuidado de nosotros; y así dice David (*Psalm.* XC, 10): *No te tocará el mal, ni el azote se acercará á tu morada; porque Dios ha mandado á sus Ángeles que tengan cuidado de tí, y te guarden en todos tus caminos: llevarte han sobre las palmas de sus manos, porque tus piés no tropiecen en las piedras.* En las cuales palabras apunta David tres grandes favores.-El primero, que ha dado Dios cuidado de mí, no solo á un Ángel, sino á sus Ángeles; dando á entender, que muchos cuidan de mí, como luego verémos.-El segundo, que me guardan, *in omnibus viis,* en todos mis caminos y pasos, en cualquier parte del mundo que esté, y ande por mar ó por tierra, y en todos los negocios que trato, y en todas las obras que hago.-El tercero, que me traen en las palmas de sus manos, porque no tropiece, preservándome de las ocasiones en que podia tropezar y peligrar, sirviéndome sus manos de litera que me lleva, ampara y levanta del suelo, y me defiende de las injurias del aire y de los tropiezos de la tierra. Ó providencia amorosísima y regaladísima de nuestro Padre celestial, ¿qué gracias te podré dar por el cuidado que has tenido de remediar por tal camino mi flaqueza? ¡Oh si yo tuviese tal cuidado de servirte como tienen los Ángeles de ampararme! oh si en todos mis

pasos y caminos les obedeciese para que en todos te agradase! oh si me dejase llevar siempre de sus manos, para que nunca me soltases de las tuyas! Ó Ángeles benditísimos, tened cuidado siempre de mí, para que ni el mal se me acerque, ni el castigo me derribe, ni cese de servir á quien nunca cesa de me amparar.

3. El tercer motivo fue, porque viendo Nuestro Señor que los malos ángeles que habian sido echados del cielo habian de tentar y perseguir á los hombres con grande rabia y envidia, proveyó con su amorosa providencia, que los Ángeles buenos que quedaron en el cielo viniesen á defenderlos de los demonios, para que el hombre tuviese espíritus invisibles que le defendiesen de los enemigos invisibles que le molestaban. Y así en el mismo estado de la inocencia, como hubo demonio que tentó á los primeros padres, así hubo Ángel que los guardase y amparase (*D. Thom.* 1 *p. q.* 113, *art.* 4 *ad* 2): y si Eva atendiera á las inspiraciones del Ángel bueno, no diera crédito á las palabras del malo. Y por la misma causa trazó esto la divina Providencia, para que nos defendiesen de otros enemigos que, aunque visibles, pero son ocultos y encubiertos; y era menester que tuviésemos algun amigo tambien oculto que los conociese y nos pudiese defender de ellos. De todo esto sacaré grande confianza y ánimo contra los demonios y contra los demás enemigos secretos, por tener de mi parte los Ángeles que son mas poderosos que ellos. Ó alma mia, si te abriese Dios los ojos, como al criado de Eliseo, para ver cuántos mas y mejores son los que pelean por tí, que contra tí (IV *Reg.* VI, 17), sin duda tendrias grande ánimo en pelear, y grande confianza de vencer. Alaba y glorifica la providencia de tu supremo Capitan, que te ha dado tantos y tan valerosos defensores, contra tantos y tan poderosos enemigos.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como esta soberana Providencia se extiende á todos los hombres del mundo, con un modo maravilloso. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 113, *art.* 4). Pondemando, lo primero, como no solamente tienen Ángeles de guarda los predestinados para el cielo, sino los reprobados; y no solamente los justos, sino los pecadores; ni solamente los cristianos, sino los paganos y todo género de infieles, sin excluir á ninguno, hasta el mismo Antecristo le tendrá; porque como Dios desea (I *Tim.* II, 4) que todos se salven, así provee á todos de este medio para su salvacion: y porque ninguno lo atribuya á sus merecimientos, á todos se señalan Ángeles desde que el alma es criada y unida con su cuerpo, ó desde el punto de su nacimiento.

2. Y lo que mas admira es, que siendo un Ángel solo suficientísimo para guardar muchos hombres, que viven en una ciudad ó reino; con todo eso quiso la divina Providencia que un solo Ángel se emplease en la guarda de un solo hombre, en cualquier parte y lugar del mundo que fuese, y que este solo le sirviese de perpétuo ayo y compañero todos los dias de su vida, sin desampararle del todo, aunque le fuese muy rebelde. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 113, *art.* 6). ¡Padre amorosísimo, ¿qué gracias te daré por tan soberano beneficio como haces á los hombres, mandando á los Ángeles tus amigos, que sean ayos de tus mismos enemigos? Del vientre de mi madre nací hijo de ira, y desde allí diste cargo de mí al que era vaso de misericordia, para que procurase hacerme semejante á sí. Sírvate yo, Señor, como él te sirve, para que llegue á gozar de tí como él te goza. Amen. - De aquí sacaré grande amor y estima de cualquier prójimo por vil que sea; pues con ser tan vil, le dió Dios un Ángel totalmente dedicado á su guarda; y por esto dijo Cristo nuestro Señor: No desprecieis (*Matth.* XVIII, 10), *unum ex his pusillis*, á uno de estos pequeñuelos, pues por muy pequeñuelo que sea tiene un Ángel muy grande y poderoso que le guarda. Y si yo no me atreviera á murmurar de un hombre ausente delante de un grande amigo suyo, ni á injuriarle en su presencia, estando con él su ayo ó guarda muy poderosa, razon es que no me atreva á hacer esto, considerando que mi prójimo tiene un Ángel por ayo y guarda, el cual oye mi murmuracion y agravio, y es poderoso para pedir á Dios justicia y venganza contra mí, y para ejecutarla sin resistencia.

3. Luego ponderaré como la divina Providencia, no contenta con dar á cada uno su Ángel de guarda, del último coro de la ínfima jerarquía, tambien da Arcángeles y Principados que gobiernen y defiendan á los reyes y príncipes, á los reinos y ciudades. Además á la Iglesia universal, y á las matrices de ella, á las religiones y provincias, ó conventos de cada una, y á los prelados y personas constituidas en dignidad, para que por medio de estos soberanos espíritus se ejecuten las trazas del divino gobierno con mas suavidad. De donde se sigue, que no solamente tengo yo un solo Ángel que me guarda, sino tambien me ayuda el Arcángel ó Principado que guarda el reino y ciudad en que vivo, y el que defiende la Iglesia universal y particular en que resido, y la religion y convento en que moro, y el que por razon de mi dignidad ú oficio me está señalado.

4. Y demás de esto los Ángeles de la segunda jerarquía, Virtudes ó Potestades, que tienen poder para reprimir á los demonios,

me ayudan en las tentaciones. Y es tan suave la divina Providencia, que por respeto del hombre ha señalado Ángeles que miren por la conservacion de las especies de las cosas corruptibles; para que nunca falten, ni el hombre carezca del bien que recibe de ellas, ni se frustre el fin para que Dios las crió. Todo esto me ha de ser motivo de nuevas alabanzas, gozándome del amor que Dios nos muestra en esta tan amorosa providencia, provocando al Ángel de mi guarda, y al Arcángel, Principado y Potestad, debajo de cuyo gobierno estoy, que le dén gracias por mí, y por el bien que hace á los infieles que no le conocen, ni se le agradecen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar el gusto y contento con que acuden los Ángeles á cumplir con este oficio de guardarnos, sin reparar en su grandeza y nobleza, ni en nuestra pequeñez y bajeza, ponderando las causas de este gusto, y aplicándolas á mí mismo para imitarlos en ellas. – La primera y principal causa es, mandárselo Dios, y esta basta; porque como le aman, desean entrañablemente cumplir cualquier cosa que les manda, y ninguna cosa tienen por vil ni baja en siendo mandada de Dios, á quien servir es reinar. Y así con tanto gusto el ángel Rafael, con ser uno de los siete principales que asisten delante de Dios, servia á Tobías por los caminos y mesones, como gobernara un reino ó moviera el cielo estrellado, porque no miraba tanto la cosa mandada, cuanto al que se la mandaba; y tanto gusto tiene en su oficio el Ángel que guarda el esclavo, como el que guarda al emperador ó papa. Ó Ángeles de Dios poderosos en virtud para hacer lo que os manda, y oir su palabra, cumpliendo con prontitud todo lo que quiere (*Psalm.* CII, 20); bendecidle por este buen afecto que os ha dado, y suplicadle me ayude, para que os imite, preciándome de obedecer á cuanto me quisiere mandar.

2. La segunda causa es, la grande caridad y amor que tienen á los hombres, como prójimos suyos, porque viendo que Dios los ama, no pueden dejar de amarlos; y viendo que Dios los amó tanto que se hizo hombre por ellos, tambien ellos gustan de amarnos tanto, que se hacen como siervos por nosotros. Y así queriendo san Juan adorar á uno de ellos por su grande excelencia, el Ángel no se lo consintió, diciendo (*Apoc.* XIX, 10): No lo hagas, porque yo tambien soy siervo como tú y como todos tus hermanos, los que tienen en sí mismos el testimonio de Jesús, que es decir: No me precio tanto de ser Ángel, como de siervo de Jesús, de quien tú y tus hermanos sois siervos, y por quien yo gusto de servir como siervo, y

no de ser adorado como señor. Y llega este amor á tanto, que no solamente aman á los siervos de Dios, sino tambien á sus enemigos, deseando hacerles bien para convertirlos en amigos, y por esto con grande gusto los guardan.

3. De estas dos causas procede la tercera, por el gran deseo que tienen de poblar las sillas del cielo, que dejaron vacías sus compañeros; y así ponen grande esfuerzo en procurar nuestra salvacion, para llevarnos consigo. Y de aquí es, que cuando un pecador hace penitencia, se alegran (*Luc.* xv, 10) y hacen fiestas en el cielo; y si fueran capaces de tristeza lloraran (*Isai.* xxxiii, 7) los Ángeles de la paz por la caida de los justos; porque ninguna cosa pudiera moverles á lágrimas sino esta; y por la misma razon se entristecen al modo dicho de nuestra tibieza, y se alegran de nuestro fervor, y tienen deseo de que crezcamos en toda virtud, aun sobre la que ellos tienen, porque tan léjos están de tener envidia, que se gozan los Ángeles de la guarda de que los hombres sean colocados en el cielo en lugar mas alto que ellos entre los Querubines y Serafines. Por tanto, alma mia, reconoce la caridad tan encendida de estos espíritus soberanos, y procurá imitarla sin envidia, doliéndote de los que pecan, alegrándote de los que se justifican, y gozándote de los que han llegado á mayor alteza que la tuya; y pues tu Ángel pone su contento en tu aprovechamiento, no hagas cosa que le ofenda, ni dejes de hacer cosa que le agrade, dando materia de gozo al que con tanto gusto procura tu provecho.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar la providencia y cuidado que tienen con nosotros los Ángeles de la guarda, y los grandes bienes espirituales que por su medio nos vienen. Ponderando primero la causa de su gran providencia, la cual tocó Cristo nuestro Señor, cuando dijo (*Matth.* xviii, 10): *Que nuestros Ángeles custodios ven el rostro de mi Padre celestial,* porque de esta vista les vienen las tres propiedades necesarias para la perfecta providencia, que arriba se tocaron; conviene á saber, sabiduría, bondad y potencia, la que basta para saber lo que deben de hacer con nosotros, y para quererlo con grande amor y ejecutarlo con gran poder. Y cuando no les consta de lo que Dios quiere, cada uno hace lo que juzga mas conveniente para el bien del que está á su cargo, aunque sea contrario á lo que el otro pretende, como sucedió á los Ángeles que guardaban al pueblo de los judíos y de los persas (*Dan.* x, 13; *D. Thom. ibid. art.* 8); pero en revelándoles Dios su voluntad y la traza de su providencia, luego se aunan para ejecutarla. Y

en esta fe tengo de arraigarme, trayendo á la memoria lo que dijo el Eclesiastés (*Eccles.* v, 5): No digas delante del Ángel no hay providencia, porque no se enoje Dios con tus palabras, y deshaga todas tus obras, que es decir: Mira que estás delante de tu Ángel, y en su presencia, no digas que ni Dios ni él tienen providencia, porque eso será parte para que no recibas provecho de ella, sino el castigo que merece tu blasfemia.

2. De aquí subiré á ponderar los efectos maravillosos de esta providencia de los Ángeles, cuanto á lo espiritual, reduciéndolos á los tres actos jerárquicos que llama san Dionisio (*cap. 4 Coel. Hierarch.*) purgar, ilustrar y perfeccionar, los cuales ejercita la suprema jerarquía con la media, y la media con la ínfima, y esta con los hombres; y aun alguna vez extraordinaria lo hacen tambien los de la suprema jerarquía. - Segun esto, los Ángeles primeramente nos purifican de errores y pecados, ayudándonos á salir de ellos, inspirándonos los ejercicios de la via purgativa, como el Serafin que con una brasa purificó los labios de Isaías, diciendo (*Isai.* vi, 7): Yo he tocado tus labios, y con este tocamiento será quitada tu maldad, y quedarás limpio de tu pecado. - Ellos tambien nos alumbran, ilustrando nuestras almas con verdades y adornándolas con virtudes, porque con sus ilustraciones interiores nos descubren lo que no sabemos, y nos aficionan á obrar lo que debemos, y por este medio aprovechamos en la via que llaman iluminativa. Y otras veces nos inspiran que vamos á los maestros que nos pueden enseñar y ayudar, y á los mismos maestros inspiran que nos enseñen y ayuden, como sucedió á Cornelio (*Act.* x, 17), al modo que arriba se dijo.

3. Lo tercero, los Ángeles nos perfeccionan en toda virtud y en los ejercicios de la union con Dios, y así tienen especial cuidado de nuestros ejercicios de oracion, meditacion y contemplacion, por medio de los cuales se alcanzan los efectos dichos. Y como dice David (*Psalm.* lxvii, 26), nos previenen para que oremos solicitándonos á la oracion, y nos acompañan cuando oramos, quietándonos en ella y avivándola con fervor. Y como dijo san Juan en su Apocalipsis (*Apoc.* viii, 3): En habiendo orado representan á Dios nuestras oraciones, y negocian el despacho de ellas. Y así cuando sintiere deseos repentinos de orar, puedo presumir que mi Ángel me convida á que ore, y es justo obedecerle; y cuando orare, ha de ser como lo hacia David (*Psalm.* cxxxvii, 1), en presencia de los Ángeles, alabando á Dios, adorándole en su santo templo y confesando su santo nombre, teniéndoles á ellos por testigos, para no pensar en su presen-

cia cosa que me avergonzara pensar en presencia de los hombres, porque de otra manera no presentarán mi oracion delante de Dios. Ó Príncipe soberano que asistes á mi guarda, purifícame de vicios, ilústrame con virtudes, y perfeccióname con la union de caridad: solicítame para que ore; acompáñame cuando oro; enciéndeme mi oracion con fuego de fervor, para que suba por tu mano á la presencia de mi Criador, y de ella salga con el buen despacho que deseo, uniéndome con él por todos los siglos. Amen.

4. Finalmente, de esta providencia procede, que los Ángeles con particular cuidado asisten á quitar los estorbos de nuestra salvacion, y como se reveló á san Juan en su Apocalipsis (*Apoc.* XII, 7), pelean valerosamente por nosotros contra los demonios, y asisten en nuestras batallas y tentaciones para defendernos: y si queremos aprovecharnos de su valor y consejo, será nuestra la victoria, y el demonio quedará vencido, y con el mismo valor nos defienden de los demás enemigos. Por lo cual dijo David (*Psalm.* XXXIII, 8), que el Ángel del Señor cercaba por todas partes á los que le temen, y los libraba de todas sus tribulaciones, trayendo consigo un ejército de soldados celestiales, que los cogiesen en medio y defendiesen de sus enemigos, como sucedió á Eliseo (IV *Reg.* VI, 17). Gracias os doy, espíritus bienaventurados, por el cuidado con que acudís á mi defensa, pues es cosa cierta que no seréis menos vigilantes en defenderme, que los demonios en perseguirme; ni será menos solícita vuestra caridad para mi bien, que su maldad para mi mal. Y pues ellos como leones andan bramando, cercándome por todas partes para tragarme (I *Petr.* V, 8), venid como leones valerosos, cercándome tambien para defenderme, pues será vuestra la honra, si con vuestra ayuda saliere yo con la victoria.

Punto quinto. — 1. Lo quinto, se ha de considerar la providencia de los Ángeles con nosotros, cuanto á los bienes corporales, en órden á los espirituales de nuestra salvacion, por razon de la cual miran por nuestra vida, salud, honra, hacienda, comida, vestido y lo demás necesario para nuestra conservacion, conforme á nuestro estado; y del mismo estado que nos conviene tener, tienen cuidado conforme á la disposicion de la divina Providencia. Y así tambien nos ayudan en las enfermedades, tristezas, peligros y miserias que padecemos, ó librándonos de ellas, ó moderándolas, ó consolándonos, ó inspirando á los que nos pueden librar y consolar, y abogando delante de Dios por nosotros, sin dejar de hacer todo lo que á su oficio pertenece, con grande amor y cuidado; á la manera que san

Rafael lo hizo con Tobías, á quien libró del pez que queria tragarle, y le animó para que le cogiese, y de sus carnes hizo sustento para todo el camino: de su corazon se aprovechó para ahuyentar al demonio Asmodeo que pretendia ahogarle, y de sù hiel hizo medicina para sanar á su padre ciego; cobró el dinero, trató de casarle honrada y ricamente; llenóle de bienes temporales, dióle admirables consejos, antes y despues de casado, hasta dejarlo rico, contento y próspero en casa de su padre. Y lo que hizo este santo Ángel visiblemente con Tobías, hace invisiblemente con todos; y así puedo yo decir al mio lo que le dijo Tobías (*Tob.* IX, 2): *Si me ipsum tradam tibi in servum, non ero condignus providentiae tuae.* Ángel mio benditísimo, aunque me entregue por tu siervo, no será digna paga de tu amorosa providencia; vesme aquí me entrego por tu esclavo; lleva adelante lo que has comenzado, teniendo cuidado de mi cuerpo y alma, hasta que me pongas en casa de mi Padre celestial, rico y bienaventurado por todos los siglos. Amen.

2. De aquí subiré á ponderar lo que yo debo hacer con mi santo Ángel, en agradecimiento del cuidado que conmigo tiene. Porque, lo primero, es razon que tenga de él frecuente memoria, mirándole presente, como testigo de mi vida, procurando no hacer cosa á solas, en lo secreto y escondido de mi casa ó aposento, que pueda ofender los ojos de tan buen amigo. Y como dice san Pablo (I *Cor.* XI, 10), que las mujeres cubran sus cabezas en la iglesia, por los Ángeles; así yo procuraré ser casto, modesto, templado y muy compuesto en todas mis acciones, públicas y secretas, por respeto del que está á mi lado, y con él he de tener frecuente trato y conversacion, porque como él hace conmigo oficio de ayo, maestro, consejero, gobernador, defensor, amigo y compañero, es razon haya de mi parte correspondencia hablándole familiarmente, ya como á maestro, pidiéndole luz contra mis ignorancias; ya como á consejero, pidiéndole consejo en mis dudas; ya como á defensor, pidiéndole favor en mis peligros; ya como con amigo, pidiéndole consuelo en mis trabajos. Unas veces le daré gracias por las mercedes que me hace, otras me gozaré de los bienes que tiene, y otras alabaré á Dios por los dones que le ha dado. Y porque algunas veces se ausenta y se va al cielo, aunque desde allá me mira y tiene de mí gran cuidado, yo le llamaré para que venga y esté conmigo á mi lado; y es tan amoroso que lo hará, y aun me dará testimonios interiores de su presencia con los júbilos que sentirá mi corazon con ella.

3. Y sobre todo procuraré ganarle por amigo para la hora de la

muerte; porque como es ejecutor de los medios de nuestra predestinacion, la cual depende de la perseverancia, hasta una buena muerte, allí son mayores sus diligencias para que me salve, como son mayores las del demonio para que me condene; y quien le ha servido y obedecido en la vida, tendrále muy mas propicio y favorable en la muerte, no le dejando un punto hasta llevarle, como al alma de Lázaro, al seno y descanso de la gloria. Para todo esto será bien hacerle cada dia algun servicio ó alguna oracion especial, diciéndole: Dios te salve Ángel de Dios, príncipe nobilísimo, guarda mia y ayo amorosísimo, Dios te salve. Gózome de que Dios te haya criado en tanta grandeza y santificádote con su gracia, perseverando en ella hasta que alcanzaste la gloria. Gracias doy al todopoderoso Dios por las mercedes que te ha hecho, y á tí por los bienes que me haces y por el amor y gusto con que me guardas. Yo te encomiendo hoy mi cuerpo y mi alma, mi memoria, entendimiento y voluntad, mis apetitos y sentidos, para que me guardes, rijas, defiendas y gobiernes, y juntamente me purifiques, alumbres y perfecciones, de tal manera, que lleno por tí de todos los bienes, persevere siempre en gracia, hasta que juntamente contigo vea y goce de Dios en la gloria. Amen.

MEDITACION XXXV.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA REPARACION DEL MUNDO, POR LA ENCARNACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE SU MARAVILLOSO GOBIERNO.

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar la excelentísima providencia que Dios nuestro Señor tuvo de la salvacion de los hombres perdidos por el pecado de Adan, comparándola con la que tuvo del mismo Adan y de sus descendientes en el estado de la inocencia. Porque primeramente crió Dios á Adan en gracia y justicia original (*D. Thom.* 1 *p. q.* 95, *art.* 1, 2; *q.* 100, *art.* 1), como cabeza de todo el linaje humano, con tal pacto, que si perseverara en su servicio, todos los descendientes nacieran con la misma gracia, en la cual pudieran fácilmente perseverar toda la vida, porque les quitó los tres mayores estorbos que ahora padecemos; es á saber, la rebeldía de la carne contra el espíritu, y de las pasiones contra la razon. Además, las miserias del cuerpo mortal, que apesgan á la pobre alma; y las persecuciones y contradicciones de los malos que inficionan y turban á los buenos; porque si entonces hu-

biera algun malo (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 105), luego le apartara de ellos. Y aunque les dejó un tentador, que era el demonio, era fácil de vencer, porque no podia tentar como ahora, alterando los humores, ni despertando las pasiones ó imaginaciones, sino solamente proponiendo por defuera lo que pretendia, para engañar, cuyo engaño fuera fácil de conocer, si se aprovecharan de la ciencia y gracia que Dios les habia dado. Por todo lo cual se ve las grandes ganas que Nuestro Señor tenia de que Adan y sus descendientes perseveraran en su gracia, y alcanzaran la corona de la gloria; y por ello he de darle muchas gracias, pues aunque no goce de esta providencia, su voluntad era que todos los hijos de Adan gozasen de ella.

2. Luego ponderaré, como viendo nuestro Señor que por el pecado de Adan se habian deshecho las trazas de su providencia para la salvacion de los hombres en aquel estado, no por eso los desamparó como merecian, sino determinó tomar otro modo de providencia para remediarlos muy mas excelente que el pasado, porque es tan grande su bondad, que no permitiera que Adan pecara con pérdida de todo el linaje humano, si no pudiera y quisiera sacar de este pecado otros mayores bienes, manifestando su infinita caridad en el amor de sus enemigos, lo cual hasta entonces no habia hecho, porque los bienes que en el principio del mundo hizo para Ángeles y hombres, aunque no se los habian merecido, tampoco se los habian desmerecido, pues entonces no eran, y por consiguiente no eran amigos ni enemigos. Mas en pecando Adan, aunque le privó de la justicia original, pero dejóle en señorío de este mundo visible; y el sol, que solia nacer para los buenos, comenzó tambien á nacer para los malos; y la lluvia, que caia para los justos, tambien comenzó á caer para los pecadores; y Dios comenzó á ser benigno con los ingratos, haciendo bien á quien le habia servido tan mal, queriendo perdonar al enemigo y convertirle otra vez en su amigo.

3. Para esto con su infinita caridad, como se ponderó en el principio de la parte II, de muchos medios que tenia, escogió el mas glorioso que pudo inventar su sabiduría, ni ejercitar su omnipotencia, ni querer su bondad, trazando que de los descendientes de Adan y Eva naciese otro hombre que juntamente fuese Dios, por cuyos merecimientos el pecado de Adan fuese perdonado, y reparados los daños que de él habian procedido. De suerte, que no solamente quiso tener providencia de los hombres perdidos, sino ser el mismo ejecutor de esta providencia, por un medio inefable, haciéndose hombre por ellos. Y el que era su gobernador y cabeza invisible, quiso

hacerse su gobernador y cabeza visible, uniendo la naturaleza humana con su divina persona, honrándolos infinitamente mas que antes de la culpa, remediándola con infinitos modos de misericordia. (*Ecclesia*, in sabb. sanct.). ¡Oh venturosa culpa, que mereció tener tal y tan grande Redentor! ¡Oh dichosa quiebra, que se reparó con tan admirable providencia! Ó Padre celestial, ¿á dónde pudo mas llegar tu providencia, que á dar el Hijo por remediar al esclavo? Ó Hijo de Dios benditísimo, ¿qué mas pudo hacer tu sabiduría que vestirse de carne mortal, por vivificar con tu gracia la carne muerta por la culpa? Ó Espíritu santísimo, ¿qué mayor señal podias dar de tu infinita caridad, que dar infinitos dones al que infinitamente era digno de ellos? Ó Trinidad beatísima, pues quisiste repararnos conforme á la imágen de Jesucristo (*Rom.* VIII, 29), Dios y hombre verdadero, muestra conmigo tu amorosa providencia, reparando la imágen de mi naturaleza, manchada con la culpa, con la semejanza viva de tu gloria. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. De aquí subiré á considerar en particular, que como el segundo Adan Cristo excede infinitamente al primero, así los bienes que nos vienen por medio del segundo exceden incomparablemente á los que nos vinieran por el primero, si no pecara, porque primeramente si los hijos de Adan nacieran en gracia, los que son engendrados por Cristo en el Bautismo reciben mayor gracia, porque aquella daba Dios á los niños por sola su liberalidad, y esta la da tambien por los infinitos merecimientos del que se la ganó con su pasion y muerte.-Lo segundo, aunque los hijos de Adan en aquel estado no tuvieran guerra de pasiones, y ahora la tienen los hijos de Cristo; pero trazólo así la divina Providencia para que fuese mas ilustre su victoria, cuanto era mas terrible la pelea; y para que fuesen sus obras mas meritorias por la parte que vencen mayores dificultades, acudiendo nuestro Redentor con mas copiosa gracia á los hijos que tenian mayor flaqueza.-Lo tercero, aunque los hijos de Adan carecieran de la muerte y miserias corporales que ahora padecen los hijos de Cristo; pero el mismo Señor las honró tanto, vistiéndose de ellas, que es gran dicha tenerlas, porque todas las convierte en materia y ejercicio de heróicas virtudes, cuyos excelentes actos cesaran en aquel estado, porque no hubiera ocasiones de pobreza y paciencia, ni de martirio y amor de enemigos, ni de resignacion en lo que tanto se ama, como es salud y vida.

2. Finalmente, la grandeza de la misericordia sobrepuja infinitamente á la grandeza de la miseria que causó la culpa de Adan;

pues, como dijo el Apóstol (*Rom.* v, 15), no tuvo tanta eficacia el delito como el don, ni pudo Adan hacernos tanto daño, que no pueda Cristo hacernos mayor provecho, perdonándonos el pecado que de él heredamos, y los demás que por nuestra voluntad añadimos, y haciéndonos tantos favores despues de haber sido pródigos de tantos bienes, que los de aquel estado pudieran en muchas cosas tener envidia de las grandezas, Sacramentos y sacrificios que tenemos en este, por los merecimientos de nuestro Redentor. Ó Redentor dulcísimo, gracias te doy, cuantas puedo, por la providencia paternal que tienes de nosotros, supliendo la felicidad del estado de la inocencia, con la abundancia que nos das de tu divina gracia; mas quiero contigo vivir en estado de guerra, que sin tí vivir en estado de paz, porque la paz sin tí se perdió en un dia, y la guerra con tu gracia ganará paz sempiterna.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la providencia soberana que resplandece en el gobierno de Cristo nuestro Señor con sus propiedades y efectos maravillosos, reduciéndolos á cuatro que apunta san Pablo, cuando dice de Cristo nuestro Señor (I *Cor.* I, 30): *Qui factus est nobis sapientia, iustitia, sanctificatio, et redemptio,* que se hizo para nosotros sabiduría, justificacion, santificacion y redencion.—Lo primero, es para nosotros sabiduría, porque es Gobernador sapientísimo (*Colos.* II, 3), en quien están los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, con la cual gobierna sin error, con suma eficacia y suavidad, y conoce las inclinaciones de todos, y á cada uno ofrece gracia y socorro poderoso para vencer las malas y seguir con perfeccion las buenas, y su gobierno va enderezado á hacernos sábios, no con sabiduría mundana (*Rom.* VIII, 7) y terrena, sino celestial y divina, comunicándola con (*Iacob.* I, 5) abundancia á sus siervos. Por lo cual dijo Isaías (*Isai.* XI, 9; LIV, 13), que en tiempo de su gobierno la tierra estaria llena de ciencia, y que todos sus hijos serian doctos y enseñados por el Señor; el cual juntamente seria gobernador y maestro, enseñándonos las verdades necesarias para nuestra salvacion, y gobernándonos segun ellas, para alcanzarla. Ó Gobernador sapientísimo, que siendo sabiduría de los Ángeles en el cielo, te hiciste sabiduría de los hombres en la tierra, poniéndoles delante tu vida y doctrina, tus ejemplos y palabras, guíame con esta tu sabiduría, para que no pierda el fin que pretende tu providencia.

2. Lo segundo, Cristo nuestro Señor es para nosotros justicia, porque es Gobernador justísimo, y por excelencia se llama el Justo

(*Ierem.* XXXIII, 16; XXIII, 6), en quien no pudo haber injusticia, y siempre ajustó sus obras con la voluntad de su eterno Padre; y por consiguiente su gobierno siempre es con justicia y equidad, sin agraviar á nadie, ni aceptar personas, ni torcer por respetos humanos de lo justo, dando á cada uno lo que merece, premiando los buenos y castigando los malos, como Juez universal de todos, aunque su deseo mas es gobernar de modo que pueda premiar con corona de justicia, que castigar con celo de venganza. Y de aquí es, que su gobierno va ordenado á (*Isai.* LIII, 11) justificar los hombres con verdadera justicia, haciéndolos delante de Dios justos y limpios de toda culpa, y llenándolos de la paz que acompaña la justicia. Por lo cual dijo David (*Psalm.* LXXI, 7): Que en tiempo de su gobierno naceria la justicia y la abundancia de la paz, y los que se dejaren gobernar por él alcanzarán, como dice Isaías (*Isai.* XLVIII, 18), un rio de paz y mar de justicia. Ó Gobernador justísimo, tú eres mi justicia, porque me justificas con tu gracia, mereciéndomela de justicia, y me ayudas á merecer de justicia la corona de la gloria. Tus obras son mi justicia, porque son merecimiento del perdon de mis culpas; satisfaccion de las penas que debo por ellas; título para que sean oidas mis oraciones, y derecho para alcanzar el reino de los cielos. Por ellas te suplico me ayudes á imitarlas, para que yo tambien sea justo en mis obras, como tú lo fuiste en las tuyas.

3. Lo tercero, Cristo nuestro Señor es para nosotros santificacion, porque es Gobernador santísimo, y Santo de los santos (*Dan.* IX, 24), en quien están los tesoros de la santidad, de cuya plenitud reciben los hombres, no solamente la justicia que limpia de la culpa, sino la santidad; esto es, grande aumento de las gracias, virtudes y dones celestiales, con gran firmeza. Y á este fin va encaminado su santísimo gobierno con santas leyes, santos consejos y santos ejemplos; y así dice á todos (I *Petr.* I, 16): Sed santos como yo soy santo; y sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. (*Matth.* V, 48). Ó Gobernador santísimo, sé mi santificacion, santificándome en verdad (*Ioan.* XVII, 19) con tus esclarecidas virtudes, pues tú te santificaste por mí, ofreciéndote á la muerte por llenarme de ellas.

4. Lo cuarto, Cristo nuestro Señor es para nosotros redencion, porque es Gobernador poderoso (*Rom.* VI, 18) para librarnos de la servidumbre del demonio, y del pecado de la carne y sus pasiones (*Galat.* V, 13); del mundo y sus tiranías, poniéndonos en la libertad del espíritu, propia de los hijos de Dios (*Rom.* VIII, 15); y á

esto va enderezado su gobierno; porque juntamente es Redentor del mundo, redimiendo á los que gobierna, y gobernando á los que redime, para que alcancen el fin de su redencion, que es la perfecta adopcion de hijos de Dios, libres de toda miseria con la herencia de la gloria. Ó Gobernador amabilísimo, gracias te doy porque eres mi redencion, librando á mi alma del infierno, á mí espíritu de la esclavonía de su carne, y á la carne de las miserias que padece, y á su tiempo la librarás de la muerte y corrupcion. Aplícame, Señor, el fruto de tu copiosa redencion, para que redimido por tu gracia, goce de tí para siempre en la gloria. Amen.—Estas cuatro excelencias de Cristo nuestro Señor, al modo que se han puesto, he de traer siempre en la memoria, diciéndole muchas veces con gran afecto: Dulcísimo Jesús, *esto mihi sapientia, iustitia, sanctificatio, et redemptio*, sé para mí sabiduría, justicia, santificacion y redencion, aplicándome con eficacia lo que eres para todos con tanta suficiencia.

—Lo demás que toca á este beneficio, se ha puesto largamente en las meditaciones de la parte II, III y IV, sin otras muchas cosas que se han tocado en las meditaciones de la bondad, caridad y misericordia de Dios.—

MEDITACION XXXVI.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA FUNDACION DE LA IGLESIA, CON TODOS LOS MEDIOS NECESARIOS PARA NUESTRA SALVACION, Y CUÁN SOBERANOS SEAN ESTOS BENEFICIOS.

Punto primero.— 1. Esta meditacion fundarémos en lo que dice el Sábio (*Prov.* IX, 1), que *la divina Sabiduría edificó para sí una casa con siete colunas; en ella ofreció sus sacrificios; puso mesa con pan y vino, y envió sus esclavas para que llamasen gente que subiese al alcázar y muros de la ciudad, diciéndoles de su parte: Venid y comed mi pan y bebed el vino que os tengo aparejado.*—Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría edificó en medio de este mundo una casa para tí, que es la santa Iglesia (I *Tim.* III, 15), proveyéndola con admirable providencia de todos los medios necesarios para la salvacion de todos los que viviesen en ella; esto es, para que se librasen de las dos mayores miserias que puede haber en esta vida y en la otra, que son pecado é infierno, y alcanzasen las dos felicidades contrarias, que son gracia y gloria.—La grandeza de esta providencia se puede ponderar por la gran-

deza del fin á que se ordena esta casa é Iglesia, que es la gloria del mismo Dios y de Jesucristo nuestro Redentor, para que fuese su casa de recreacion en la tierra, y su especial morada donde habitase y conversase con los hijos de los hombres, y para que los mismos hombres pudiesen salvarse y alcanzar la vida eterna; y pues el fin es el mas alto que puede ser, tambien lo serán los medios y la providencia de Dios en disponerlos para tal fin.

2. Porque si es tan grande y admirable, como se ha dicho, la providencia que tiene del hombre, cuanto á lo natural de su cuerpo y vida temporal, ¿cuánto mayor y mas admirable será la que tiene del mismo, cuanto á lo sobrenatural de su alma y vida eterna? Y quien de tantos medios le proveyó para conservar la vida del cuerpo, que hoy es y mañana perece, ¿cuánto mas le proveerá para granjear y conservar la vida espiritual del alma, que nunca ha de perecer? Sin duda cuanto excede el espíritu á la carne, y lo eterno á lo perecedero, tanto excede una providencia á otra. Y como dijo san Pablo (I *Cor.* IX, 2): ¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes, para mandar en su ley que no les tapen la boca cuando aran? Dando á entender, que aunque Dios verdaderamente tiene cuidado de los bueyes, pero todo es en órden á los hombres, de los cuales tiene tanto cuidado, que ese otro es como si no fuera; así todo el cuidado que tiene Dios nuestro Señor del cuerpo y de la vida temporal, y los medios que nos ha dado con su providencia para conservarla, es en órden al alma y á la vida eterna; y en comparacion de este cuidado, ese otro es muy pequeño. Y por esto dice el Sábio que la divina Sabiduría cuida de los escogidos (*Sap.* VI, 17), *cum omni providentia*, con toda providencia, porque en esta se encierra toda su perfeccion. Por lo cual he de dar muchas gracias á Nuestro Señor, reconociendo mi indignidad y la grandeza de este beneficio, diciéndole lo que dijo Tobías al Ángel (*Tob.* IX, 2): *Si me ipsum tradam tibi in servum, non ero condignus providentiae tuae.* Ó Padre amantísimo, aunque me entregue por tu esclavo, no será paga digna de tu grande providencia; yo me ofrezco de ser tu perpétuo siervo, pues con tu providencia me gobiernas como á hijo.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se han de considerar los admirables medios que la divina Providencia ha puesto en su Iglesia para nuestra salvacion, reduciéndolos á siete, como siete colunas fortísimas y hermosísimas de esta casa.-El primero (*Ioan.* XVII, 3) es, verdadera fe, y conocimiento del verdadero Dios, y del Medianero y Redentor que nos dió, que es su Hijo Jesucristo, cuyo conocimiento

es principio y fundamento de la vida eterna; porque (*Hebr.* XI, 6) sin esta fe es imposible agradar á Dios, y sin el nombre de este Señor (*Act.* IV, 12) no hay salud debajo del cielo.-El segundo medio es, ley purísima y santísima, en la cual están todos los mandamientos de las cosas necesarias para entrar en la vida eterna, y todos los consejos que nos pueden ayudar para alcanzarla con seguridad y perfeccion.-El tercero es, religion observantísima con los sacrificios y ceremonias exteriores, ordenadas á la honra y culto del verdadero Dios; y aunque la Iglesia antigua tenia un templo con muchos sacrificios, ahora nuestra Iglesia tiene muchos templos con un solo sacrificio, que vale infinitamente mas que todos los otros, porque en él se ofrece el mismo cuerpo y sangre del Redentor en especies de pan y vino.

2. El cuarto medio es, siete Sacramentos excelentísimos ordenados para remedio y medicina de nuestros pecados, entre los cuales uno es mesa del mejor pan y vino que Dios nos pudo dar para nuestro sustento. Y todos siete son como siete colunas exteriores, en que estriba la grandeza y firmeza de esta casa.-El quinto es, siete virtudes verdaderas y sólidas, fe, esperanza y caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza; y siete dones del Espíritu Santo, que son como siete colunas interiores en que estriba la santidad y hermosura espiritual de este edificio, con admirables labores de obras virtuosas en órden á Dios, y á los prójimos, y á sí mismos.-El sexto es, promesas ciertas y grandiosas de la vida eterna y de los premios excelentísimos que en esta vida y en la otra se dan á los virtuosos que viven dentro de esta casa. Y juntamente terribles amenazas de infierno, y castigos horrendos que en esta vida y en la otra se dan á los que viven fuera de ella, ó en ella no viven como deben.

3. El séptimo medio es, la divina Escritura (*Rom.* XV, 4), en que están reveladas todas las cosas que se han dicho, y es como una mesa regaladísima de pan y vino para sustento de las almas; las cuales, con la fe y verdades que allí están escritas, por revelacion de Dios, se sustentan, consuelan y alientan, hasta alcanzar la vida eterna que en ellas se encierra.-Ponderando estos siete medios que la divina Providencia ha trazado para nuestra salvacion en la casa de su Iglesia, y mirándome á mí dentro de ella como morador que puedo gozar de todos para salvarme, glorificaré á este Señor por tan soberana merced como me ha hecho, diciéndole: Siete mil veces, Señor, te alaben los Ángeles del cielo, por estos siete medios que

para mi salvacion me has dado en la tierra. Y pues me has hecho por tu gracia morador de esta casa, concédeme que goce de sus bienes, viviendo de tal manera, que llegue á ser morador de la casa que tienes en el cielo. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como esta Iglesia y casa de Dios vivo no es mas que una en todo el mundo; en la cual pueden salvarse todos los que se aprovecharen de sus medios, y fuera de ella todos infaliblemente se condenarán. De suerte, que como en tiempo del diluvio no hubo mas que una arca (*Genes.* VI, 14; I *Petr.* III, 20), y todos los que se quedaron fuera de ella perecieron, y los que entraron se salvaron; así ahora no hay mas que una Iglesia, una fe, una Religion, una ley, unos Sacramentos y sacrificios, una Escritura sagrada, y unos medios de nuestra salvacion; así como (*Ephes.* IV, 5) no hay mas que un Dios, un Criador y Santificador, un fin último de todos, y un Medianero de todos; y siendo una la cabeza, no ha de ser mas que uno el cuerpo místico, que es la congregacion de los fieles que creen y profesan las siete cosas que se han dicho; y todos los infieles en cualquiera otra ley y secta que vivan, serán condenados para siempre.

2. Y de aquí tambien es, que como el arca de Noé no tenia mas que una puerta, así para entrar en la casa de la Iglesia hay una sola puerta, que es Cristo nuestro Señor, y su fe profesada por el santo Bautismo, conforme á lo que el mismo Señor dijo: *Yo soy la puerta, si alguno entrare por mí, se salvará* (*Ioan.* X, 9); *quien creyere en mí, y fuere bautizado, será salvo; quien no creyere, será condenado.* (*Marc.* XVI, 16). Con esta consideracion ponderaré mas la grandeza del beneficio que Dios me ha hecho, entrándome dentro de esta arca, dejando fuera de ella innumerables infieles que perecen en el diluvio de la infidelidad; y aun entre cristianos, muchos niños no alcanzan esta buena dicha, ó por morirse en el vientre de sus madres, ó porque despues de nacidos se mueren sin aplicarles el Bautismo; y con no desmerecerlo estos mas que yo, ni yo merecerlo mas que ellos, quiso la divina Providencia librarme de estos peligros, y que recibiese el beneficio del Bautismo, sin saber lo que recibia, haciéndome Dios por pura gracia su hijo, antes que supiese llamarle Padre. Ó Padre amantísimo, ¿qué gracias te daré por este tan soberano beneficio? Antes que yo supiese escoger el bien y reprobar el mal (*Isai.* VIII, 4), me quitaste la culpa y me justificaste con tu gracia, para que supiese reprobar lo malo y escoger lo bueno; aun no sabia hablar, cuando tu omnipotencia destruyó en mí la fortaleza de Damas-

co, que es el demonio, echándole de la posesion que habia tomado desde el dia en que habia sido concebido. Consérvame, Señor, en tu Iglesia militante, peleando de tal manera, que llegue á gozar de tí en la triunfante por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXVII.

DE LA VOCACION DE DIOS PARA ENTRAR EN LA IGLESIA Y RECIBIR LA GRACIA DE LA JUSTIFICACION.

PUNTO PRIMERO.— 1. Cerca de este soberano beneficio de la vocacion se han de ponderar seis cosas: en qué consiste; qué bienes trae del cielo; por qué mèdios se encamina; á qué personas se extiende; cuánto tiempo dura, y los títulos que nos obligan á oirla.— Lo primero, se ha de considerar como la vocacion es una inspiracion ó ilustracion del Espíritu Santo, con la cual toca el corazon del pecador, y de pura gracia, sin sus merecimientos, le previene, despierta y ayuda, para convertirse y alcanzar la gracia de la justificacion, de tal manera, que sin ella no puede por sus propias fuerzas, ni entrar en la Iglesia, ni salir de pecado, por lo cual dijo Cristo nuestro Señor, que ninguno podia venir á él, si su Padre no le trajese; y como Lázaro, cuando estaba muerto en el sepulcro, se quedara muerto, hasta convertirse en polvo, si la voz de Cristo no le llamara, diciéndole: Sal á fuera; así yo para siempre me quedaré muerto en mis pecados, si la voz de la divina inspiracion no me llama y ayuda á salir de ellos.

2. De aquí es que la divina vocacion é inspiracion es único instrumento del Espíritu Santo, para todos los medios de nuestra santificacion. Esta nos trae del cielo el don de la fe, sin la cual no hay agradar á Dios (*Hebr.* XI, 6); y la virtud de la esperanza, por la cual entra la salud (*Rom.* VIII, 24); y el espíritu de temor que comienza á echar fuera el pecado (*Eccli.* I, 27); y el dolor de la contricion que quebranta el corazon por haberle cometido; y el fuego de la caridad que consume la escoria de nuestras culpas, y el resplandor de la divina gracia que nos purifica y limpia de ellas. Ella es la semilla para ser engendrados en el ser de hijos de Dios por el Bautismo; y si le perdemos, es semilla para recobrarle por la Penitencia. Y este beneficio se nos da sin merecimientos nuestros, conforme á lo que dice san Pablo (II *Tim.* I, 9): Dios nos llamó con su santa vocacion, no por nuestras obras, sino por el beneplácito de

su voluntad, y por la gracia que nos hizo por Jesucristo. Ó Dios eterno, gracias te doy por esta inmensa liberalidad de tu amorosa providencia, con la cual nos envias del cielo lo que nos trae las dádivas buenas, y los dones perfectos que han de venir de allá. (*Iacob.* I, 17). Si tú no me llamaras, nunca resucitara de la muerte; y si tu inspiracion no me previniera sin merecerlo, ya yo pagara la pena que merecia. Y pues por tu sola misericordia me llamaste, por ella te suplico me ayudes, que responda dignamente á tu santo llamamiento. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se han de considerar los medios maravillosos por donde Nuestro Señor encamina la vocacion de los hombres. Á unos llama por medio de los predicadores ó confesores, ó por pláticas y conversaciones con personas devotas; á otros por leccion de buenos libros, ó viendo algunos buenos ejemplos. (*D. Greg.* hom. 36 in Evang.; *D. Gregor. Naz.*, in sua vita quam scripsit metrice). Á unos trae por adversidades y trabajos; á otros por prosperidades y beneficios. Á unos llama por caminos ordinarios, dejando caminar las cosas por su curso natural, y de los sucesos saca ocasiones para convertirlos; á otros llama por medios extraordinarios y milagrosos, usando de su omnipotencia para reducirlos, porque son increibles las fuerzas del amor cuando se junta con el poder; y como Dios ama infinitamente á los hombres, el amor mueve á la omnipotencia, para que los llame y traiga, como dice san Agustin: *Miris modis* (*D. Aug.*, contra duas epist. Pelag. c. 19), con modos maravillosos á su servicio. De todo lo cual hay ejemplos muy esclarecidos en la Escritura, especialmente en el Evangelio, como consta por las vocaciones y parábolas que á este propósito se meditaron en la parte III y V.

2. Y aplicando esto á mí mismo, ponderaré el soberano beneficio que Dios me ha hecho, en que habiendo caido en graves pecados, me ha llamado á penitencia por mil vias. Unas veces cercando mis caminos con espinas y abrojos de adversidades, para que me volviese á él. Otras veces trayéndome con cuerdas de caridad (*Osee*, II, 6, *et* XI, 4) y con cadenas de beneficios, para que me entregase á su servicio; y otras veces con inspiraciones repentinas, trayéndome á la memoria la muerte, juicio, infierno ó gloria, y otros innumerables motivos con que me daba batería continua al corazon, para que le abriese (*Apoc.* III, 20; *Cant.* V, 2); y aunque muchas veces le he dado con la puerta en los ojos, y otras veces despues de admitido le he echado de mi posada, él se ha quedado á la puerta

para tornar á llamar, hasta que le tornase á abrir para darme su gracia y amistad. Ó Padre amorosísimo, ¿qué gracias te podré dar por este cuidado que de mí has tenido? Bendita sea tu misericordia, que así ha solicitado á tu providencia, por la cual te suplico lleves adelante lo que has comenzado, para que alcance la vida eterna. Amen.

3. Lo segundo, ponderaré como no hay hombre en el mundo á quien Nuestro Señor no llame por un camino ó por otro; porque todos los infieles, de cualquier secta que sean; y en cualquier lugar ó rincon del mundo que vivan, están debajo de su soberana providencia. Y como el Sol de justicia, Cristo, nació para todos, y la lluvia de su doctrina bajó del cielo para todos, y para todos edificó la casa de la Iglesia, y puso los Sacramentos que hay en ella; así á todos llama, ya por el dictámen de la lumbre natural, moviéndoles á dejar lo malo y seguir lo bueno, ya por su especial ilustracion, alumbrando á todo hombre que entra en el mundo (*Ioan.* I, 9), por el uso de la razon, con deseo de que reciba su divina gracia, y despues entre en su gloria, como lo mostró á san Pedro en la vision del lienzo que bajó del cielo, segun se declaró en la parte V. Y porque muchos no conocen este beneficio, he de glorificar por ellos al que se le hace. Ó Sabiduría eterna, que por las calles y plazas y rincones del mundo levantas la voz, llamando á todos los pasajeros para que vengan á tu casa á gozar de tus convites; gracias te doy por la soberana providencia con que los llamas, alegándoles razones tan claras que las entiendan, y tan eficaces que les muevan á entrar. ¡Oh si todos te obedeciesen, para que entrando en tu escuela, todos alcanzasen la vida eterna por todos los siglos! Amen.

4. Lo tercero, ponderaré como esta providencia dura con todos los hombres por todo el tiempo de su vida, sin desamparar á ninguno totalmente, ni negarle los medios necesarios para su salvacion, antes como buen padre de familias (*Matth.* XX, 1) sale á llamar á cada uno en la mocedad, y si entonces resiste, sale otra vez en la juventud y en la vejez, y cuando está cercano á la muerte, y en cualquier hora y punto que oye su llamamiento, le admite á su amistad. Y aunque á los endurecidos en su pecado suele negar los especiales favores que les ablandarian el corazon, y por esto se dice desampararlos; pero no les niega la vocacion suficiente y los medios necesarios para su justificacion.

5. De donde sacaré aviso para no desconfiar de la salvacion de ningun pecador por malo que sea, y mucho menos de la mia, por

muy caido que me vea, porque yo y todos estamos siempre debajo de la divina Providencia que nos tiene á su cargo; y quien hoy es rebelde, mañana quizá será llamado con tanta fuerza, como el buen ladron, que de la cruz y de la cama vaya al paraíso. Pero tampoco he de descuidarme, dejándolo todo á la divina Providencia, porque si no procuro quitar los estorbos del divino llamamiento, quizá me hallaré burlado, aunque ella no quedará burlada, porque siempre saldrá con el fin principal de su gloria, ó justificándome si consiento, ó castigándome si resisto. Ó Padre amorosísimo, cuya providencia tiene dos brazos de su gobierno, uno de misericordia, para hacer bien á los rendidos; y otro de justicia, para castigar á los rebeldes; pon debajo de mi cabeza el brazo izquierdo de tu justicia, y abrázame con el derecho de tu misericordia (*Cant.* II, 6), sustentándome con el temor de tus castigos, para que no te resista, y alentándome con la esperanza de tus dones, para que te obedezca y me sujete á tu gobierno por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — 1. De todo lo dicho concluiré los varios títulos que me obligan á oir con presteza la divina vocacion, cuando me llama Dios para salir de pecado y de tibieza, reduciéndolos á seis.-El primero, por la infinita grandeza del Señor que me llama para que le sirva, no por tener necesidad de mí, sino porque yo la tengo de él; y porque gusta de hacerme este bien por ser bueno, y en él concurren todas las razones que pueden obligarme á oir su voz, pues no hay cosa mas puesta en razon que oir la criatura la voz de su Criador, el vasallo la de su rey, el esclavo la de su señor, el hijo la de su padre, el enfermo la de su médico, el discípulo la de su maestro, y el cautivo la de su redentor.-El segundo título es, por la infinita bajeza del que es llamado, á quien le viene muy ancho que Dios se digne llamarle y servirse de él, mereciendo ser dejado y desamparado en el abismo de sus miserias.

2. El tercero, por la infinita miseria del pecado, de donde Dios quiere librarme, sacándome de un estado que es peor que el mismo infierno, cuanto á lo que es pena, como en su lugar se dijo. (*P.* I, *med.* VI).-El cuarto, por la infinita grandeza de los bienes para que Dios me llama, pues me convida para recibir la vida de la gracia, la hermosura de las virtudes, la paz que sobrepuja todo sentido, los dones y gozos del Espíritu Santo, y al mismo Espíritu Santo, dador de los dones, con prendas de que despues me llamará para gozar de los bienes eternos de su gloria.-El quinto (*p.* V, *med.* XXII), por el modo tan amoroso como me llama, usando de tantos

medios interiores y exteriores con que ablandar mi corazon, y aficionarme á que le oiga, como si le importara á él lo que me importa á mí.

3. El sexto, por los gravísimos daños que se me pueden seguir si resisto á la divina vocacion, pues si me hago siempre sordo á su llamamiento, será cierta mi eterna condenacion, como la de los convidados que no quisieron venir á la cena (*p.* III, *med.* LVI), á quienes dijo (*Luc.* XIV, 24), que nunca mas la gustarian.—En estas seis cosas se descubre tambien la grandeza de este beneficio; y los que son títulos para oir la divina vocacion, son títulos para glorificar á Dios por la merced que me hizo en llamarme, ayudándome para que le oyese. Ó Dios eterno, gracias te doy por este soberano beneficio, que por tantos títulos es como infinito. Bendita sea tu providencia, de donde mana, y bendita tu omnipotencia, que por él tantas grandezas obra. Llama, Señor, con tu santa vocacion á todos los hombres que criaste, para que entren todos en la ciudad de tu Iglesia, y suban al alcázar de la perfeccion cristiana, y despues á la de tu eterna gloria. Amen.

MEDITACION XXXVIII.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA INSTITUCION DE LOS SIETE SACRAMENTOS, PARA LA JUSTIFICACION Y SALVACION DE TODOS LOS HOMBRES.

—La excelencia de esta soberana providencia mostró un Ángel al profeta Zacarías (*Zach.* IV, 2) en figura de un grande candelero de oro, que representaba la Iglesia universal, sobre el cual estaba una grande lámpara, que era figura de Cristo nuestro Señor, cabeza de la Iglesia; y en su contorno estaban otras siete menores, que representaban la muchedumbre de todos los fieles; y para cebarlas estaban junto á ellas siete vasijas de oro, á modo de aceiteras, llenas de aceite, figura de los siete Sacramentos; los cuales son como vasos en que se encierra el óleo de la divina gracia, para dos fines; es á saber, para sanarnos de todo género de culpas y enfermedades espirituales, y para fortalecernos y perfeccionarnos en todo género de gracias y virtudes, de modo que seamos como lámparas que resplandezcan y ardan delante de Dios en medio de su Iglesia, por los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, de cuyas dos naturalezas humana y divina, unidas en una persona, procede el óleo de la gracia que tienen los Sacramentos. Y para significar esto esta-

ban los siete vasos colgados de dos picos que tenia la lámpara mayor; todo lo cual se irá ponderando en los puntos siguientes.—

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar los fines particulares para que la divina Providencia ordenó estos siete Sacramentos dentro de la casa de su Iglesia; discurriendo brevemente por cada uno. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 65, *art.* 1).-El Bautismo es como un vaso de óleo celestial, para sanar la llaga del pecado original. Y demás de esto nos engendra en un nuevo ser de gracia, para vivir nueva vida en Cristo, en cuyo testimonio los bautizados son ungidos con el óleo, para que sean semejantes á Cristo, que quiere decir ungido.-La Confirmacion se ordena para curar nuestra flaqueza, y fortalecer á los nuevos soldados de Cristo en la fe y gracia que recibieron, ungiéndolos con crisma, compuesta de óleo y bálsamo, en señal de que han de pelear valerosamente contra los enemigos de su Rey y de su ley, dando de sí suave olor de santidad.-El sacramento de la Eucaristía se ordena contra la perversa inclinacion del amor propio, que va consumiendo la vida del espíritu, y encierra dentro de sí al mismo Cristo, que es médico y medicina, y nos unge con óleo de devocion y alegría espiritual, para conservar y perfeccionar la vida del espíritu.

2. El sacramento de la Penitencia se ordena para curar las llagas mortales de nuestros pecados actuales, y reparar la vida de la gracia que por ellos perdimos, ungiéndonos, como el piadoso Samaritano, con vino y aceite, para que nuestras heridas queden perfectamente sanas.-El sacramento de la Extremauncion todo es vaso de óleo para ungir al enfermo, y curarle las reliquias de los pecados, y fortalecerle para pelear contra el demonio en la batalla de la muerte, y disponerle para entrar en la vida eterna.-El sacramento del Órden unge con este divino óleo los sacerdotes y ministros de la Iglesia, contra la desunion y poca inclinacion que los hombres tienen á las cosas comunes, dándoles gracia para que ofrezcan el sacrificio del precioso cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor por los pecados de los vivos y difuntos, y administren los demás Sacramentos y remedios necesarios para nuestra salvacion.

3. El sacramento del Matrimonio es medicina de flacos, para curar las concupiscencias carnales; de modo que los casados, unidos en caridad, sin daño de sus almas, engendren hijos que reciban estos Sacramentos, y pueblen la Iglesia militante, y despues la triunfante.-Ponderando esta traza tan soberana, glorificaré á Dios por el cuidado que ha tenido de proveernos de tantos remedios, tan fáciles

y suaves, y tan proporcionados para el fin á que se ordenan, diciéndole (*Sap.* VIII, 1): Ó Sabiduría infinita, pues alcanzas de un fin á otro con fortaleza y dispones todas las cosas con suavidad; gracias te doy por estos siete Sacramentos que instituiste dentro de tu Iglesia, por los cuales me favoreces desde el principio de mi vida hasta el fin de ella, ordenándola con dulzura y eficacia, para que gane la vida eterna. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la excelencia de estos siete Sacramentos, cuanto á su eficacia, porque no son como los Sacramentos de la ley vieja (*Galat.* IV, 9), vasos vacíos de lo que significaban, sino llenos del óleo y gracia que significan, causándola en el que debidamente los recibe. De modo, que diciendo el que bautiza (*Trid. Ses.* 7, *can.* 6): Yo te lavo, ó te bautizo, en el nombre del Padre, etc.; en virtud de este Sacramento queda el alma lavada del pecado original, y de cualquier otro que tuviere. Y en diciendo el sacerdote: Yo te absuelvo de tus pecados, queda el pecador libre de ellos, recibiendo la gracia de la justificacion. Y demás de esto, hacen de atrito, contrito, porque recibiéndolos el pecador con un dolor imperfecto, que llaman atricion, en virtud de ellos recibe la gracia, supliendo el Sacramento la falta de la contricion, que era dolor perfecto; y aun quien comulga con sola atricion, pensando que va en gracia, la recibe por el Sacramento, y queda justificado.

2. Finalmente, todos dan gracia (*Trid. Ses.* 7, *can.* 8) *ex opere operato;* porque además de lo que cada justo puede merecer con sus propios actos, recibe otros grados de gracia en virtud del Sacramento. Todo lo cual trazó la divina Providencia: lo uno, por facilitar mas nuestra salvacion, supliendo la falta de nuestras cortas disposiciones, porque muchos mas se condenaran, si fuera necesaria la perfecta contricion; y lo otro, para enriquecernos con mas abundancia de gracia y gloria por tales medios, supliendo la falta de nuestros merecimientos, que son muy cortos. Por donde veré la gran dicha de los que vivimos en la ley de gracia, gozando de tan amorosa y eficaz providencia, y la razon que tengo para animarme á recibir á menudo los sacramentos de Confesion y Comunion, que se pueden frecuentar. Ó alma mia (*Isai.* XII, 3), acude con grande gozo á estas fuentes del Salvador, para sacar agua de gracias celestiales, con que te laves de tus culpas y hartes tus deseos, hasta que dentro de tí se haga una (*Ioan.* IV, 14) fuente de agua viva, que salte y te lleve tras sí á la vida eterna. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como la divina Providencia ofrece estos siete Sacramentos á todos los hombres, en el grado y estado que son necesarios ó convenientes para su salvacion y perfeccion. - Porque primeramente, á todos los pecadores infieles ofrece el sacramento del Bautismo, y á los pecadores fieles el de la Penitencia, sin excluir á ninguno. Y por esto los llama un profeta fuentes patentes (*Zach.* XIII, 1) en medio de Jerusalen, que es la Iglesia, para lavar las manchas de los pecados, etc. Á todos convida con la Confirmacion y con la comida de la Eucaristía; y á todos los enfermos en peligro de muerte ofrece la Extremauncion. Y á la divina Providencia pertenece, que no falte quien reciba el sacramento del Órden, para que haya bastantes ministros en su Iglesia; y así aunque yo no reciba este Sacramento, no por eso deja de ser para mi provecho, pues le reciben otros, de cuya mano yo he de recibir los demás Sacramentos.

2. Finalmente, ponderaré como estos Sacramentos son vasos, no de vidrio que se quiebra, sino de oro rico y macizo, que durarán hasta la fin del mundo, sin que jamás se agote el óleo y gracia que tienen, aunque se dé á innumerables hombres; porque la fuente de donde recibe su virtud y licor celestial es Jesucristo nuestro Señor, cuyos merecimientos son infinitos y no pueden agotarse. Y como el aceite de la otra pobre viuda (IV *Reg.* IV, 1), por la palabra de Eliseo, nunca se agotó mientras hubo vasos vacíos en que se recibiese, y manó con tanta abundancia, que pagó sus deudas, y sobró para conservar su vida; así el óleo de la divina gracia no cesará de manar de estos Sacramentos, mientras hubiere hombres que puedan recibirla, para pagar las deudas de sus pecados, y alcanzar y conservar la vida de la gracia. Y en un mismo hombre, como fuere recibiendo los que se pueden iterar, perpétuamente irán manando y aumentando la gracia mientras le durare la vida, y el vaso de su alma estuviere capaz y bien dispuesto para recibir este aumento. Gracias te doy, Redentor misericordiosísimo, por la providencia que has tenido de mi pobre alma cargada de deudas, proveyéndola tan ricos vasos de óleo con que pagarlas, con tanta abundancia, que sobre para vivir rica con virtudes. Concédeme que los reciba de tal manera, que por ellos alcance la vida eterna. Amen.

—Del Bautismo y Penitencia no harémos especiales meditaciones, porque bastan las que se han hecho en la parte III y IV.—

MEDITACIONES

DEL SOBERANO BENEFICIO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR.

—Presupuestas las meditaciones del santísimo Sacramento, que se pusieron en la parte IV, entre los misterios de la cena, pondré aquí otras del mismo, en cuanto es principalísimo medio de la divina Providencia para nuestra salvacion y perfeccion, y en cuanto es suma ó memorial de las grandezas de Dios y de sus beneficios, para que los sacerdotes y los que comulgan á menudo puedan sin fastidio, con esta variedad de meditaciones, aparejarse para hacerlo con provecho.—

MEDITACION XXXIX.

DE LA SINGULAR PROVIDENCIA DE DIOS NUESTRO SEÑOR EN LA INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO PARA SUSTENTO DE NUESTRAS ALMAS.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar la excelencia singular de la divina Providencia en sustentar nuestras almas con este soberano Sacramento, comparándola con la que tuvo de Adan en el estado de la inocencia, para cuyo sustento hizo muchos árboles en el paraíso, y entre ellos el árbol de la vida (*Genes.* II, 9; *D. Thom.* 1 *p. q.* 97, *art.* 4), cuya fruta comida de cuando en cuando bastase para conservar la vida para siempre. De esta misma manera la divina Providencia en el paraíso de la Iglesia aunque puso muchos manjares para nuestras almas; pero sobre todo ordenó este divino Sacramento como árbol de la vida (*Ioan.* VI, 35), porque es pan de vida sempiterna.

2. En lo cual excede infinitamente al otro árbol, porque aquel era terreno, hecho de la tierra; este es celestial y venido del cielo; aquel daba vida al cuerpo, este al alma; aquel solamente conservaba la vida de los vivos, este, al modo que se ha dicho, alguna vez da vida á los muertos. De aquí es, que mucho mejor se puede comparar al árbol de la vida que está en el paraíso celestial, de quien dice san Juan (*Apoc.* XXII, 2), que lleva doce frutos, cada mes el suyo, ó diferentes en especie, para deleitar con la variedad, ó uno mismo doce veces al año, para recrear con la novedad, y sus hojas son salud de las gentes. Así este soberano Sacramento, en quien está aquel Señor que dijo (*Ioan.* XIV, 6): Yo soy camino, verdad y vida, lleva doce frutos, produciendo en nuestras almas toda variedad de

virtudes, y moviéndola al ejercicio de los doce frutos que san Pablo llama frutos del Espíritu Santo (*Galat.* v, 22; *D. Thom.* 2, 2, *q.* 70, *art.* 3); es á saber, caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Y estos renueva cada vez que debidamente se recibe, y sus hojas, que son las palabras que de él están escritas, son poderosas para dar salud perfecta, porque de ellas dijo el mismo Señor (*Ioan.* vi, 24): Las palabras que os he dicho, son espíritu y vida. Ó Padre amorosísimo, gracias te doy por esta regalada providencia que has tenido de nosotros, plantando tal árbol en medio de tu Iglesia, para darnos vida eterna. Concédeme que pueda vencer mis pecados y pasiones, para que guste la fruta de este árbol del paraíso que prometiste al victorioso. (*Med.* L).

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la excelencia de esta providencia, comparándola con la que Nuestro Señor tuvo en sustentar al pueblo de Israel con el maná, el cual en cuatro excelentes propiedades que tenia, fue figura de este divino Sacramento, que las tiene con infinitas ventajas.—Lo primero, el maná era Pan del cielo y de Ángeles, porque por su ministerio se fabricaba en la region del aire, y como rocío caia en la tierra y se cuajaba; despues se molia, y se amasaba, y cocia en el fuego, y así se comia. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 73, *art.* 6; *Exod.* xvi, 4). Pero este divino Pan vino del supremo cielo, por obra no de Ángeles, sino del Espíritu Santo (*Sap.* xvi, 20), á quien se apropia la encarnacion del Verbo divino, el cual (*Psalm.* lxxi, 6), como rocío bajó á la tierra, y juntándose con la pequeñez de nuestra humanidad, fue molido con trabajos corporales, amasado con agua de aflicciones interiores, y cocido con fuego de tormentos y amorosos afectos, y de este modo se hizo nuestro manjar, cubierto con accidentes de pan y vino, trocando la pena que nos puso cuando dijo (*Genes.* iii, 19): Con el sudor de tu rostro comerás tu pan, porque con sus fatigas y sudor de sangre ganó el pan que nosotros comemos sin tanto trabajo. (*Sap.* xvi, 20). Ó Padre amantísimo, gracias te doy por haber dado á tus hijos Pan tan soberano: Pan verdaderamente de Ángeles, con el cual se sustentan, aunque de otro modo que los hombres: Pan por excelencia verdadero (*Ioan.* vi, 32), en cuya comparacion, el que diste á los hebreos no fue mas que figurativo. Y pues tan á costa tuya le aparejaste, de modo que pudiese comerle; yo tambien con tu ayuda me aparejaré para recibirle, moliendo mi corazon con dolor de sus pecados, y mi cuerpo con penitencias; amasando y uniendo mis

potencias con el agua viva de tu gracia, y sazonándolas con el fuego encendido de tu caridad.

2. Lo segundo, el maná era pan medicinal, preservando de enfermedades; y así todo el tiempo que le comieron los israelitas, no hubo, como dice Dayid (*Psalm.* CIV, 37), enfermo alguno en sus tribus, aunque muchos murieron muertes arrebatadas en castigo de sus culpas, y despues todos vinieron á morir por lo menos de vejez. Pero este divino Sacramento sana las enfermedades del alma, preserva de la muerte, de muchas culpas, y de la muerte eterna que incurriéramos por ellas. Y á su tiempo tambien librará de la muerte á nuestro cuerpo, segun aquello del Salvador que dice (*Ioan.* VI, 55): *Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene en sí la vida eterna, y yo le resucitaré el dia postrero.* Ó Salvador poderosísimo, Médico y medicina nuestra, ¡cuán admirable ha sido tu providencia, destruyendo la muerte que incurrimos por una comida, con la vida que nos das por medio de esta! No permitas, Señor; que la coman los hombres con tan poca reverencia, que mueran ó enfermen (I *Cor.* XI, 30), convirtiendo en veneno por su culpa lo que tú instituiste para su remedio con tu misericordia.

3. Lo tercero, como el maná tenia un solo sabor natural (*Sap.* XVI, 20), mas para los justos tenia todo sabor, sabiendo á cada uno á lo que queria; así este divino manjar, aunque tiene un solo sabor natural de las especies de pan y vino, mas para los justos tiene todos los sabores espirituales que cada uno puede desear, conforme á su necesidad, porque encierra dentro de sí á la fuente de todo sabor y dulzura; y para descubrirla á sus hijos, sirve, *uniuscuiusque voluntati*, á la voluntad del que le recibe. Al que le recibe con ansias de obediencia ó paciencia, da el sabor de estas virtudes, endulzurándoselas, para que guste de ellas; y á los que dignamente comulgan, da el sabor y dulzura del espíritu que encierra en sí con eminencia los sabores de las cosas que dan gusto á la carne. Ó Providencia dulcísima, ó Fuente de toda dulzura, ¿de dónde á mí tanto bien, que sirvas á mi voluntad? ¡Oh quién se ocupase siempre en servir á la tuya, cumpliéndola en la tierra con el gusto que la cumplen los Ángeles del cielo!

4. Lo cuarto, cada uno cogia la medida señalada del maná, grande ó pequeña (*Exod.* XVI, 18; *en la p.* III, *med.* XVII), y esta le bastaba para su sustento, quedando tan harto quien cogia poco, como quien cogia mucho; así cualquier medida que uno coma de este Sacramento, basta para su entero sustento espiritual, porque todo Cristo está en

la hostia grande y en la pequeña, y en cada partecica de ella. Y tanto recibe quien toma grande hostia, como quien toma la mitad de ella; y tanto recibe uno como mil, y mil como uno, porque todos reciben un mismo Cristo, suficientísimo para hartar á todos. Y por la misma razon tanto recibe con la hostia sola, como con la hostia y cáliz, porque todo Cristo, con su carne y sangre, está en las especies de pan y vino. Ó Pan de vida, por extremo pequeño y por extremo grande; ¿qué cosa mas pequeña que una migajica de este Pan? ¿y qué cosa mas grande que Dios y hombre dentro de él? Ó Pan soberano, hazme pequeño y grande; pequeño en mis ojos y grande en los tuyos, y pues tú solo bastas para millones de almas, harta los deseos de la mia, para que de hoy mas totalmente sea tuya por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como la divina Providencia ha ordenado que nosotros cooperemos con ella, para buscar y gustar este divino Pan, al modo que mandó á los israelitas que madrugasen á coger el maná antes de salir el sol, porque en saliendo lo derretia, en castigo de los perezosos; para que entendiesen todos, como dice el Sábio (*Sap.* xvi, 28), que convenia prevenir la luz del sol, para recibir la bendicion de Dios, y bendecirle por ella. En lo cual se nos avisa, que madruguemos con gran fervor y diligencia para tres cosas. -La primera, para meditar las grandezas de este divino Sacramento, y coger el maná dulcísimo de la devocion, que se saca de la consideracion de ellas, antes que el sol de las ocupaciones y tentaciones que suceden entre dia nos derramen y sequen el espíritu.

2. La segunda, para alabar y glorificar á Dios, con ánimo muy agradecido por este beneficio, asistiendo al sacrificio que para este fin se celebra, y teniendo de él perpétua memoria. Porque si Nuestro Señor deseó tanto hubiese memoria del maná, con que sustentó solos cuarenta años al pueblo hebreo, que para esto mandó guardar un vaso lleno de él en el arca del Testamento (*Exod.* xvi, 32), ¿cuánto mas querrá que tengamos perpétua memoria, con grande agradecimiento de este divino manjar con que ha sustentado al pueblo cristiano mas de mil y quinientos años, y le sustentará hasta la fin del mundo?

3. Lo tercero, en especial hemos de madrugar el dia de la comunion, para disponernos á ella diligentísimamente, tomando esta ocupacion por la primera y principal de aquel dia, acordándonos de lo que dice la Escritura, que cada dia se cogia el maná, y el vier-

ses doblada medida (*Exod.* XVI, 22), porque el sábado no se hallaba, y padecia mucha hambre quien se habia descuidado en cogerle; así tambien, si en los seis dias de esta vida no cojo el fruto de este Sacramento, en el sábado de la otra vida no le hallaré, y padeceré perpétua hambre, ni será para mí sábado de descanso, sino dia de tormento. Por tanto, alma mia, cuanto mas te acercas al fin de la vida, tanto mas aparéjate para coger doblada medida, con la cual alcances hartura sempiterna.

—Para la buena ejecucion de las tres cosas dichas, ayudarán mucho las meditaciones que se siguen.—

MEDITACION XL.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES SUMA Y MEMORIAL DE LAS GRANDEZAS Y OBRAS MARAVILLOSAS DE DIOS, EN BENEFICIO DE LOS HOMBRES.

PUNTO PRIMERO.— 1. Esta meditacion se fundará en aquel verso del salmo 110: *El Señor misericordioso, y hacedor de misericordias, hizo un memorial de sus maravillas, dándose en manjar á los que le temen.* Estas maravillas reducirémos á siete ú ocho cabezas, para que puedan meditarse en los siete dias de la semana.—Lo primero, se ha de considerar como este santo Sacramento es un memorial de las grandezas maravillosas de la Divinidad y Trinidad, que en él están encerradas. Porque lo primero, aquí está la persona del Verbo divino, unida con su sacratísima humanidad, en quien, como dice san Pablo (*Colos.* II, 9), mora la plenitud de la divinidad corporalmente. Y por consiguiente está en su compañía la santísima Trinidad, porque no es posible apartarse una Persona de otra, por ser todas un mismo Dios; y todas las obras que en este Sacramento hace el Hijo, tambien las hacen el Padre y el Espíritu Santo, aunque con un modo especial se atribuyen al Hijo, en cuanto sola su Persona sustenta la carne y sangre que se nos dan en manjar.

2. De aquí es, que tambien en este Sacramento están todas las perfecciones y atributos de Dios, pues, como dijo el mismo Apóstol: En Cristo están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, y tambien las de su bondad y caridad, los cuales resplandecen admirablemente en esta obra. La sabiduría, en haber inventado tal medio, que Dios y hombre se haga manjar y bebida de los hombres; la bondad, en comunicarse á sí mismo de esta manera á sus

fieles; la caridad, en unirse y entrañarse con sus amigos, y no negarse á sus enemigos; la misericordia, en darse por manjar de los hambrientos y bebida de los sedientos, y venir personalmente á visitar y curar los enfermos; la liberalidad, en darnos de pura gracia cuanto tiene; y la omnipotencia, en hacer tantos milagros para la ejecucion de todo esto. En cada una de estas perfecciones se puede hacer grande páusa, trayendo á la memoria lo que de ellas á este propósito se ha dicho en las meditaciones precedentes, y en la XI de la parte IV, sacando de todas grande admiracion por la mucha estima que tiene Dios de nosotros; diciéndole con David (*Psalm.* VIII, 2): Ó Dios y Señor nuestro, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! Admirable fue en la creacion del hombre; mas admirable en su reparacion; y no menos admirable en su sustento, haciendo una suma de tus maravillas, para sustentar al que es suma de tus obras.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como este divino Sacramento es un memorial de las maravillas de la omnipotencia de Dios, la cual obra aquí muchos y muy grandes milagros invisibles á los ojos del cuerpo; pero admirables y estupendos á los ojos del alma que los mira con la lumbre de la fe.—Lo primero es, deshacer Dios con su palabra la union y trabazon natural que tenian los accidentes de pan y vino con su sustancia, destruyendo la sustancia y conservando los accidentes sin aquel arrimo; de modo que aunque percibo con los sentidos color, sabor y olor de pan y vino, pero realmente no está allí la sustancia del vino ni del pan, sino la carne y sangre de Jesucristo, en quien milagrosamente se convirtió. Ó Verbo divino (*Hebr.* IV, 12), mas penetrador que cuchillo de dos filos, pues con sola una palabra divides esta trabazon de los accidentes con su sustancia, divide tambien mi alma de mi espíritu, para que viviendo yo esta vida natural y exterior que perciben los sentidos, no viva la vida interior que solia, sino tú vivas en mí, de modo que pueda decir con tu Apóstol (*Galat.* II, 20): Vivo yo, ya no yo, sino vive Cristo en mí.

2. El segundo milagro es, convertirse una sustancia tan pequeña de pan y vino en un cuerpo tan grande y perfecto como el de Cristo. De modo que debajo de los accidentes que permanecen, está todo con la entereza y gloria que tiene en el cielo. Allí está su sacratísima cabeza, con aquellos divinos ojos que roban el corazon y con su vista destruyen todo mal. Allí están sus benditísimos piés y manos, con las señales de las llagas que hicieron los clavos, y el

costado con la llaga que hizo la lanza; y el corazon encendidísimo con el fuego de amor que le movió á recibirlas; y todo el cuerpo con las dotes de la claridad y hermosura, que excede á la del sol, luna y estrellas. Pues ¿qué mayor maravilla puede ser, que hacer Dios en un instante una conversion y mudanza tan extraordinaria de una cosa tan pequeña en otra tan grande, de una tan vil en otra tan preciosa, solo para sustentar al hombre? Ó Gloria mia, múdame en otro varon, para que pueda servirte por esta mudanza que por mí has hecho. Si tú me das todo lo que eres para mi sustento, yo te quiero dar todo lo que soy para tu servicio; mi cuerpo con mis sentidos, mi corazon y cuanto tengo emplearé en servirte, pues tú lo has empleado todo en sustentarme.

3. El tercer milagro estupendo es, estar todo el cuerpo de Cristo en el Sacramento á modo de espíritu indivisiblemente, de suerte que todo él está en toda la hostia, y todo en cada parte de ella. De donde resulta, que aunque la hostia se divida, Cristo nuestro Señor no se divide, sino todo él entero queda en cada partecica de ella. Y de aquí es tambien que la vida que vive Cristo en el Sacramento no es vida de carne, sino como vida de espíritu; porque allí aunque tiene piés no anda, y aunque tiene manos no palpa, y aunque tiene lengua no habla; solamente usa de las potencias espirituales, propias del espíritu. Ó Amado mio, ¿qué gracias te podré dar, por haber amasado tu divina carne con modo tan milagroso, que permaneciendo verdadera carne, tenga las propiedades del espíritu? (I *Cor.* x, 3). ¡Oh quién me diese que viviendo yo en carne no obrase segun la carne (*Rom.* VIII, 1), sino segun el espíritu, ejercitando solamente las obras del espíritu, y mortificando las que son propias de la carne! ¡Oh quién pudiese conservar entero y sin division el corazon y lo interior del alma, aunque se dividiese en muchas partes la ocupacion exterior del cuerpo! Obra, Dios mio, estas maravillas en mí, pues por mí las obraste en tí.

4. El cuarto milagro es, que estando Cristo nuestro Señor en el cielo empíreo, ocupando el lugar que su soberana grandeza merece, sin dejar de estar allí, baja al Sacramento, y juntamente está en diferentes partes del mundo, donde quiera que fuere consagrado, sin exceptuar lugar alguno; y con tanta vigilancia atiende á la consagracion de cualquier sacerdote, que en diciendo: Esto es mi cuerpo, en el mismo instante saca verdaderas las palabras, y hace todos los milagros que quedan referidos. Ó omnipotencia soberana de Jesús, que así te empleas en provecho de los hombres, ofreciendo

poner á tu cuerpo en cualquier lugar de la tierra donde puede estar el suyo: ¿qué te daré, Señor, por tan admirabe beneficio, sino dedicarme todo, en todo tiempo y lugar, á tu servicio.

PUNTO TERCERO.- *Del oficio de médico.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar como este divino Sacramento es un memorial de los oficios que Cristo nuestro Señor ejercitó con los hombres viviendo en el mundo, renovándolos todos en este santo Sacramento con cada hombre en particular. Para lo cual discurriré por cada uno de estos oficios, ponderando tres cosas:-El modo como Cristo nuestro Señor le hizo en la tierra;-el modo como le hace en el Sacramento;-y la grande necesidad que yo tengo de que haga conmigo este oficio, allegándome á la Comunion con este espíritu y deseo conforme á mi necesidad.-Lo primero, consideraré como Cristo nuestro Señor, viviendo en carne mortal, hizo con los hombres oficio de médico, dando vista á los ciegos, salud á los enfermos, y vida á los muertos, y esto no con medicinas corporales, sino con sola su palabra, ó tocándolos con la mano ó con su vestidura: y de la misma manera sanaba las enfermedades del alma con la infinita virtud que de él salia, para bien de todos. Luego ponderaré, como se puso en este Sacramento para ser médico y medicina de cada uno de nosotros hasta la fin del mundo; porque con el tocamiento de su cuerpo y sangre, mediante las especies sacramentales, sana las enfermedades espirituales del que le recibe, cura sus llagas, enfrena sus codicias, y le da entera salud en el espíritu, y á veces tambien, si conviniere, se la dará en el cuerpo. Luego me miraré á mí mismo, ponderando la extrema necesidad que tengo de este soberano Médico, por estar enfermo con graves y peligrosas enfermedades, exagerándolas todas, contándoselas como lo hacen los enfermos, suplicándole que las cure con su divina presencia, pues para este fin me visita. Ó Médico celestial, que vienes del cielo á visitar los enfermos que viven en la tierra, gloria será tuya sanar á un enfermo tan miserable como yo; sáname de todas mis enfermedades para que sano y salvo me ocupe en alabarte y servirte por el bien que me hicieres, librándome de ellas.

2. *Del oficio de maestro.* — De este modo puedo tambien considerar, como Cristo nuestro Señor hizo en esta vida mortal oficio de maestro, al modo que se ponderó en la meditacion XII de la parte III. Y de esta manera le hace en este Sacramento con el que le recibe; porque mientras está en el breve mundo del hombre, es tambien luz de este mundo (*Ioan*, IX, 5), y le alumbra interiormen-

te, enseñándole dentro del corazon las verdades que están escritas en el Evangelio. Y mirando la necesidad que tengo de este divino Maestro, le diré con grande afecto: Ó Maestro soberano que vienes del cielo á enseñarme el camino de la perfeccion, destierra mis ignorancias, y alumbra mis tinieblas, para que mi alma con tu presencia quede llena de tus verdades y virtudes.

3. *Del oficio de redentor y pastor.*—Lo tercero, puedo tambien considerar como Cristo nuestro Señor hizo oficio de salvador y redentor, sacando del poder y tiranía del demonio los cuerpos de muchos endemoniados y las almas de muchos pecadores, dando su vida y sangre con terribles dolores y desprecios, en precio de esta redencion. Y de la misma manera hizo oficio de pastor de su rebaño, cumpliendo todo lo que está á cargo de un buen pastor, hasta dar la vida por sus ovejas. Y los mismos oficios hace en este Sacramento; porque viene principalmente para aplicarnos el fruto de su copiosa redencion, librándonos de la tiranía del demonio, de la esclavonía de la carne y de sus pasiones, y de la servidumbre de los vicios. Y tambien hace oficio de pastor, cuidando de cada alma como si fuera ella sola, apacentándola con su propio cuerpo y sangre. De suerte, que no solamente la oveja come de la mesa del Pastor, como dijo Natan á David (II *Reg.* XII, 3), sino come de la misma carne de su Pastor: al contrario de los pastores de la tierra, que comen de las carnes de sus ovejas. Luego mirándome á mí mismo ponderaré la servidumbre y esclavonía en que vivo, y los peligros grandes en que ando de perecer de hambre y de flaqueza, y de dar en manos de los lobos infernales; y con este sentimiento clamaré á mi Redentor y Pastor para que me favorezca, diciéndole: Ó Redentor misericordioso y Pastor soberano, líbrame de las bocas de estos lobos y leones del infierno (*Psalm.* XXI, 22); y pues has puesto delante de mí esta mesa celestial contra los que me atribulan y persiguen (*Psalm.* XXII, 5), apaciéntame y fortifícame con ella, de modo que alcance la victoria, y goce de la mesa que me tienes aparejada en tu gloria. Amen.—A este modo se pueden considerar otros oficios, que Cristo nuestro Señor hizo en la tierra, de abogado, consolador, protector, y Padre universal de todos.

PUNTO CUARTO.— 1. Lo cuarto, se ha de considerar como este divino Sacramento es memorial de las virtudes esclarecidas que Jesucristo nuestro Señor ejercitó en la tierra, ejercitándolas tambien aquí; de suerte, que como vino al mundo á darnos ejemplo de vida y ponernos delante el dechado de virtudes que todos debíamos imi-

tar; así tambien viene ahora en el Sacramento, para darnos cada dia nuevos ejemplos de estas mismas virtudes, especialmente de las que son mas necesarias para nuestra salvacion y perfeccion.-La primera es, humildad, encubriendo su infinita grandeza y resplandor con una figura tan vil como es de pan y vino; de donde resulta que muchos le desprecian y tratan como puro pan y puro vino.-La segunda es, obediencia pronta y puntual al sacerdote que consagra, acudiendo luego que dice aquellas palabras, aunque sea malo y las diga con mala intencion y para mal fin, y en cualquier lugar y hora que las dijere, sin réplica ni dilacion alguna.

2. La tercera es, mansedumbre y paciencia admirable en todas las injurias que se le hacen, así por los herejes é infieles, como por los pecadores que le reciben en pecado, ó por los descuidos de los flojos sacerdotes, sin que sea parte ninguna de estas cosas para que deje de estar en la hostia todo el tiempo que duran las especies sacramentales.-La cuarta es, la caridad y misericordia con que viene al Sacramento, para ejercitar todas las obras de misericordia con todos los hombres grandes y pequeños, sin aceptar personas, no mirando mas que al bien de cada una de las almas, dándose todo á cada una, en testimonio de que murió por cada una.-La quinta es, perseverancia así en permanecer en la hostia y cáliz hasta que se consuman las especies sacramentales, como tambien en cumplir todo lo dicho hasta la fin del mundo, sin que ningunos pecados sean poderosos para que deje de cumplir lo que ha prometido.

3. En cada una de estas cinco virtudes se pueden hacer grandes ponderaciones, como se hicieron en la parte IV (*med.* XI, XV y XVI), y en las meditaciones precedentes. Pero cuando fuere á comulgar he de pedírselas á Nuestro Señor, poniendo los ojos de la fe en las cinco señales de las llagas que tiene allí su cuerpo glorificado, y diciéndole: Dulcísimo Jesús, pues vienes á mi pobre morada con tus cinco llagas, por ellas te suplico me dés estas cinco virtudes. Por las dos llagas de tus sagrados piés te pido humildad y mansedumbre: por las dos llagas de las manos, obediencia y perseverancia; y por la llaga del costado me llena de tu encendida caridad, para que amándote y obedeciéndote con perseverancia, alcance la corona de la gloria. Amen.

Punto quinto.—Lo quinto, se ha de considerar como este soberano Sacramento, en cuanto es señal de cosa sagrada, tiene una cosa especial sobre los demás Sacramentos, que es ser señal y suma de los tres mayores beneficios que Dios ha hecho, ni hará á los hom-

bres: uno pasado, que es la redencion; otro presente, que es la santificacion; y otro futuro, que es la glorificacion; todo lo cual representa con un modo singularísimo, asistiendo el mismo Cristo dentro del Sacramento que lo significa, como consta de aquella antífona que canta la Iglesia: *O sacrum convivium*, etc. ¡Oh sagrado convite, en el cual se recibe Cristo, renuévase la memoria de su pasion, el ánima se llena de gracia, y se da en prendas de la futura gloria! De estas tres cosas se irá tratando en las meditaciones siguientes, reduciendo á ellas todo lo que nos resta por decir de este venerable Sacramento.

MEDITACION XLI.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES MEMORIA DE LA PASION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Deseando el Redentor que en su Iglesia hubiese perpétua memoria de su pasion y muerte, y del soberano beneficio que nos hizo en ella, instituyó para esto este sagrado convite, en que cada dia nos da á comer y beber su cuerpo y sangre debajo de especies de pan y vino. (*Luc.* XXII, 19; I *Cor.* XI, 24). Sobre esta verdad de nuestra fe se han de considerar, primeramente, las causas por que quiso Cristo nuestro Señor, que habiendo sido su pasion y muerte afrentosa y dolorosa, la señal y memoria de ella fuese un convite lleno de dulzura y suavidad; pues parece que venia mejor que la señal y memoria fuera algun Sacramento en que derramáramos nuestra sangre como en la circuncision, ó comiéramos alguna cosa amarga, como se comian lechugas amargas con el cordero pascual, y bebiéramos algun poco de vinagre en memoria de la hiel y vinagre que él bebió. Nada de esto quiso, sino que la memoria fuese en especies de pan, y no pan de cebada cual le comia otras veces, sino en pan de trigo, y no en vinagre, sino en vino incorrupto. Las causas principales fueron cuatro, todas llenas de suavidad.—La primera, para descubrirnos su infinita bondad, y la caridad y amor que nos tiene como padre, escogiendo para sí las cosas penosas, y dando á nosotros las suaves, en memoria de sus penas, y para aplicarnos el fruto y provecho que se nos sigue de ellas; porque propio es de padres tomar para sí lo trabajoso y dar á sus hijos lo suave; y este espíritu quiere que tengamos todos sus hijos para con nuestros hermanos y prójimos.

2. La segunda, para que por aquí viésemos el gusto con que padeció los trabajos de su pasion, en cuanto era en beneficio nuestro y para nuestro bien: y así quiere que su memoria sea en cosa de gusto y suavidad, y en banquete de grande regocijo (*Luc.* XXII, 15), para que con mas gusto nos acordemos de ella, y se la agradezcamos. De suerte, que como el dia de su pasion fue para él dia de desposorio y bodas con la Iglesia esposa suya, así la memoria ha de ser convite de regocijo, como en las bodas se acostumbra.—La tercera, para que viésemos la suavidad de su ley, de la cual habia dicho que era carga ligera y yugo suave (*Matth.* XI, 30; *p.* IV, *med.* LXI, *punto* 5.°), y así todos sus Sacramentos fueron suaves, y este sobre todos, con haber salido de su costado herido con cruel lanza.

3. La cuarta, para obligarnos con esto á que nosotros imitemos las cosas amargas y afrentosas de su pasion, pues cuanto él se mostró mas liberal en querer que su memoria fuese en convite lleno de tanta suavidad, tanto mas nos obliga á que á ley de agradecidos nos acordásemos de ella con cosas llenas de amargura, abrazando la penitencia y el ayuno, la mortificacion y humillacion, y todo lo que es conforme á Cristo crucificado y despreciado, diciendo con Jeremías (*c.* III, 20): Con grande memoria me acordaré de tí, y mi ánima se secará dentro de mí, consumiendo con la mortificacion todo lo que me apartare de tu servicio, y abrazando las penas que padeciste por mi amor. Ó Amado de mi corazon, ¿qué haré yo por tí en recompensa de tan soberano beneficio, y del amor tan excesivo que en él me muestras? Si te miro como Padre, eres amorosísimo; si como Redentor, eres dulcísimo; si como Legislador, eres suavísimo: por todas partes me coronas con misericordia, y con innumerables obras que proceden de ella. (*Psalm.* CII, 4). Deseo por tu amor coronarme con corona de innumerables espinas, pagando con innumerables trabajos tus innumerables tormentos llenos de innumerables misericordias.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar las causas por que quiso Cristo nuestro Señor quedarse él mismo real y verdaderamente en este Sacramento, para ser memoria de su pasion; pues bastaran para esto solo el pan y el vino, como basta el agua pura en el Bautismo, que tambien es figura de su muerte y sepultura. (*Rom.* VI, 3).—La primera causa fue, para descubrirnos la estima grande que tiene de su pasion, queriendo él mismo ser el memorial de ella, para obligarnos á tener grandísima estima y conti-

nua memoria de este beneficio, agradeciéndoselo mucho, pues él se hace despertador de la memoria contra nuestro olvido, y atizador del agradecimiento contra nuestra ingratitud.

2. La segunda causa fue, para descubrirnos mas su infinita caridad y el deseo inmenso que tiene de padecer por nuestro bien; porque cada vez que se dice misa, como el mismo Cristo hace representacion de su pasion y muerte, así está aparejado por nuestro amor á padecer y morir real y verdaderamente si fuera menester para nuestro provecho; pero como esto no es necesario ni conveniente, gusta de padecer y morir siquiera con la representacion. Y como se llama en el Apocalipsis (*Apoc.* XIII, 8): Cordero muerto desde el principio del mundo, porque murió en las figuras de los animales que se mataban en su memoria; así le podemos llamar, Cordero que muere hasta la fin del mundo: porque de la misma manera muere él mismo en esta representacion de su muerte, que durará hasta la fin del mundo. Con lo cual nos obliga á que nosotros mismos real y verdaderamente procuremos tomar parte de su pasion y muerte, así por su amor, como por el bien de nuestros hermanos, diciendo con san Pablo (II *Cor.* IV, 10): Siempre traemos en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesucristo, por cuya causa somos mortificados todo el dia, y tratados como ovejas del matadero (*Rom.* VIII, 36), y cada dia, hermanos mios, muero por vuestra gloria. (I *Cor.* XV, 51).

3. La tercera causa fue, para suplir con su presencia la falta de agradecimiento que tienen los hombres, no solo por el beneficio de su redencion, sino por los demás beneficios que han recibido de Dios, los cuales, por ser infinitos, no pueden ser agradecidos bastantemente por pura criatura; y así él mismo quiere por su persona en este Sacramento ser el que agradece por nosotros todos estos beneficios. De modo, que como dice san Pablo (*Rom.* VIII, 26), que el Espíritu Santo pide mercedes por nosotros con gemidos inenarrables; así podemos decir, que Cristo nuestro Señor en este Sacramento agradece estos beneficios con afectos inenarrables, moviéndonos á ejercitarlos con gran virtud. De donde vino á llamarse este Sacramento, Eucaristía, que quiere decir accion de gracias. Ó Dios de amor, ¿qué es lo que haces? Ó Bienhechor infinito, ¿qué es lo que ordenas? Si para agradecerte los beneficios recibidos, me haces de nuevo otro tan grande como todos ellos, ¿con qué tengo de agradecer este nuevo beneficio? Alábate, Señor, tú mismo á tí mismo, por este y por todos los demás, y este mismo beneficio te alabe por sí y por los otros

(*Psalm.* CX, 3), pues tu obra es confesion y engrandecimiento, dándote por manjar á los que te temen: y pues yo no puedo darte cosa nueva por las grandes mercedes que me has hecho, recibiré este cáliz de mi salud, alabando y glorificando tu santo nombre. (*Psalm.* CXV, 4).

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar las causas por que quiso Cristo nuestro Señor quedarse en especies de pan y vino, para ser memorial de su pasion, pues sin duda tienen con ella alguna semejanza. -La primera fue, para significar que así como en este Sacramento se junta Cristo con pan hecho de granos de trigo despedazados y molidos, y con vino hecho de granos de uva, pisados y estrujados; así en su pasion fue su cuerpo sacratísimo atormentado y molido con azotes, espinas y clavos, y tambien fue pisado con graves ignominias, y estrujado hasta sacarle toda la sangre y dejarle exprimido como uva en el lagar. (*Isai.* LXIII, 2). Y así con la presencia de estas especies de pan y vino, quiere que nos acordemos de los dolores y afrentas que representaban; y que como comemos el pan y bebemos el vino, así comamos y bebamos, é incorporemos con nosotros las penas de su pasion y muerte. Y en especial hemos de quebrantar y moler nuestro corazon con la contricion de nuestros pecados, y castigar nuestra carne con penitencias, y gustar de ser despreciados por imitarle.

2. Pero mas adelante pasa la caridad de este Señor, porque en el Bautismo el bautizado representa, como dice san Pablo, la muerte y sepultura de Cristo, cuando es sumido debajo de las aguas (*Rom.* VI, 4), como él fue sumido debajo de las olas de sus trabajos y aflicciones (*Psalm.* LXVIII, 15), y colocado en el sepulcro debajo de una grande losa. Pero en este Sacramento el mismo Cristo representa su muerte y sepultura, cuando es comido y partido con los dientes, y cuando es tragado y puesto dentro del estómago, en memoria de que fue desmenuzado con los dientes de sus perseguidores, y tragado de la muerte y puesto en una sepultura: y á todo esto asiste el mismo Señor, para que se haga con reverencia y espíritu, comunicando los frutos de su pasion y muerte al que le recibe. Ó alma mia, acuérdate cuando comulgas, que eres sepulcro del mismo Jesucristo, recibiéndole dentro de tí, vivo en sí mismo, pero muerto en la representacion. Mira que su sepulcro fue glorioso (*Isai.* XI, 10), nuevo y cavado en piedra (*Matth.* XXVII, 60), para que entiendas que tambien tú has de ser gloriosa por las virtudes, nueva por la renovacion del espíritu, y fundada en la imitacion de la piedra viva que es

Cristo. Ó Cristo dulcísimo, santificad este sepulcro en que ahora entrais, para que mientras estais en él, sea digna morada vuestra. Y como en vuestro sepulcro ningun otro fue jamás sepultado, así en este no entre de aquí adelante cosa que os desagrade, ni criatura que le profane, conservándole siempre nuevo y puro para vuestra gloria por todos los siglos. Amen.

—En la meditacion XIII de la parte IV están otras consideraciones á este propósito, de lo que significa consagrar por sí el cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor en diferentes especies de pan y vino.—

MEDITACION XLII.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES CAUSA DE LA GRACIA Y SANTIFICACION QUE SE DA DE PRESENTE, Y DE LA MARAVILLOSA UNION CON CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como habiendo Cristo nuestro Señor determinado instituir siete Sacramentos, que fuesen siete señales sensibles de la gracia, y siete instrumentos para aplicarnos el fruto de su pasion que es nuestra santificacion, determinó que el uno de ellos no fuese pura criatura, como es pura agua, ó puro aceite ó bálsamo, ó puro pan y vino: sino quiso el mismo Cristo, Dios y hombre verdadero, real y verdaderamente juntarse con la criatura, y encubrirse milagrosamente debajo de los accidentes del pan y del vino, para darnos él mismo la gracia y aplicarnos el fruto de su pasion, mostrando en esto la infinita caridad y amor que nos tiene, y lo mucho que estima nuestra santificacion, y el aumento y perfeccion de ella. Lo cual puede ponderarse por algunos ejemplos. Porque nuestro amorosísimo Jesús no es como el médico, que ordena la medicina y encarga al enfermero que la aplique sin tocar él al enfermo, antes él mismo es el médico, y la medicina, y el que invisiblemente la aplica, entrando como manjar en nosotros, y dándonos la gracia que sana nuestra dolencia.—No es como el hombre rico y poderoso que da el precio para redimir al cautivo, y manda á su criado que le rescate, sino él mismo es el Redentor, y el precio de nuestro rescate, y el que aplica este precio de su sangre, y por sí mismo nos da la perfecta libertad de la gracia y adopcion de hijos de Dios.

2. No es como la madre que pare con dolor su hijo, y despues

le da á otra ama para que le crie con su leche, sino él mismo que nos engendró con dolores en la cruz, quiere criarnos como amorosa madre con su mismo cuerpo y sangre. No es como el rey que convida á sus vasallos y manda á sus criados que les sirvan á la mesa, antes él mismo quiere ser el que nos convida, y el convite, y el que nos sirve á la mesa, dándosenos á sí mismo en manjar y bebida. Y aunque los sacerdotes son sus instrumentos para esto, pero él real y verdaderamente asiste á todo, unido con las especies del pan y del vino. Ó Médico misericordiosísimo, ó Redentor liberalísimo, ó Rey piadosísimo, ó Madre amantísima, ¿qué haré por tu servicio en recompensa de lo mucho que haces por mi provecho? ¿cómo no amaré á quien tanto me ama? ¿cómo no estimaré la gracia de mi santificacion, pues el mismo Santificador viene en persona á comunicármela? ¿Cómo no tendré hambre de tan soberano convite, pues el mismo Dios que me convida, es el mismo manjar que tengo de comer para recibir con él la vida? Gracias te doy, Padre amantísimo, por esta merced tan soberana, y no permitas que sea corto en agradecerla, ni tibio en aprovecharme de ella. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se han de considerar los dones que Cristo nuestro Señor da al alma cuando entra en ella por el Sacramento, porque con su entrada, *mens impletur gratia*, el ánima se llena de gracia y de caridad, y de todas las virtudes sobrenaturales, y de los siete dones del Espíritu Santo, con grande aumento y perfeccion, mucho mayor que todos los demás Sacramentos, por estar aquí la misma fuente de las gracias y el dador de ellas. Como cuando el rey da limosna por mano de su limosnero, bien se sufre que la dé pequeña; mas cuando él mismo la da por su mano, ha de ser dádiva grande, como dádiva de un rey: así en este Sacramento, como el mismo Cristo por sí mismo da limosna de la gracia y virtudes, dala muy copiosa como limosna dada por la mano de Dios, cumpliendo aquí lo que dice David (*Psalm.* CII, 5), que nos corona con su misericordia y con grandes obras que nacen de ella, llenando nuestro deseo de grandes bienes; y así puedo imaginar que cuando entra por mi boca, me dice aquello del Salmo (*Psalm.* LXXX, 11): *Dilata os tuum, et implebo illud.* Abre bien la boca, y yo la llenaré; dilata y ensancha los senos de tu alma y los deseos de tu corazon, porque vengo con propósito de llenarlos y cumplirlos. Ó alma mia, oye la voz de tu Amado, y pues quiere ser largo en darte sus dones, no seas corta en aparejarte para recibirlos; ensancha tu corazon con la esperanza, dilátale con la caridad, y adórnale con

fervientes actos de devocion, para que cuando entre te le hinche de sus dones, y le llene de su copiosa bendicion. Amen.

2. Luego ponderaré el convite espiritual que nos hace Cristo dentro del alma, comunicándola en su entrada la refeccion espiritual, que es la gracia propia de este Sacramento; lo cual se puede entender al modo que dice san Gregorio (*Lib.* I *Moral. c.* 15), que las virtudes y dones del Espíritu Santo, figurados por las tres hijas y siete hijos de Job, hacen banquete muy solemne al alma con el ejercicio de sus actos, meneándolos Cristo nuestro Señor con su presencia, para que los ejerciten con grande júbilo. Hácenos banquete por medio de la caridad, moviéndola á que ejercite actos de amor de Dios, de gozo espiritual, de celo de su gloria, y de ansias para unirse con su Amado. Mueve la virtud de la religion, para que ejercite actos de reverencia, alabanza, agradecimiento, y mil afectos de oracion y devocion. Mueve el don de la sabiduría, para que brote altos sentimientos de Dios con admiracion de sus grandezas, con grande fe y luz de sus verdades, con grande sabor y dulzura por sus perfecciones; y de esta manera menea la fe y la esperanza, la humildad y la obediencia con las demás virtudes y dones del Espíritu Santo, cuyos actos son refeccion, sustento y hartura espiritual del alma.

3. De donde sacaré un entrañable deseo de convidarle yo tambien como él me convida (*Apoc.* XXX, 20), animándome á ejercitar estos actos con mi libre albedrío, ayudado de su gracia aunque esté seco y pesado; porque Cristo nuestro Señor gusta mucho de esta comida, y de cenar con nosotros dentro de nuestro corazon. Y por esto dice el Espíritu Santo, que si nos sentáremos á comer con el príncipe, miremos lo que nos da de comer (*Prov.* XXIII, 1, *iuxta* LXX), *Sciens quod talia te oportet praeparare,* sabiendo que le has de aparejar otro tanto para que él coma. Ó Príncipe soberano, entrad en esta pobre morada á cenar conmigo, y traed con Vos la cena de que gustais, porque de mi parte me ofrezco de aparejarla, haciendo con todas mis fuerzas lo que os diere gusto en ella. (*D. Aug.* Tract. 17 et 18 in Ioan.; *D. Ambr.*, 1 offic. *c.* 13).

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor particularmente instituyó este divino Sacramento para unirse con nosotros con union de caridad todo el tiempo de esta vida, que es el mayor beneficio que aquí hace á sus escogidos. Esto significó cuando dijo (*Ioan.* VI, 57): *Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él.* Que es decir, está en mí por ca-

ridad, como el que ama está en la cosa amada, y yo estoy en él por gracia, comunicándole los bienes que proceden de ella. Y esto no es solamente mientras dura este manjar sensible en el cuerpo, sino de asiento y con permanencias, porque consumidas las especies sacramentales, aunque Cristo en cuanto hombre no queda con nosotros; pero queda en cuanto Dios unido con nosotros, y nosotros con él con amor de amistad mútua, amándonos y amándole, poniendo por obra lo que dijo san Juan (I *Ioan.* IV, 16): Dios es caridad, y quien permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios en él; porque Cristo nuestro Señor en cuanto Dios es la misma caridad por esencia, y de él nace por medio de este Sacramento la caridad participada, y el que le come queda unido con la caridad, y así está en Dios como en su casa de refugio, y Dios está en él como en su templo y casa de recreacion. Ó alma mia, ¿cómo no sales de tí, considerando la grandeza de este beneficio y la eficacia de la caridad que te da Cristo en este Sacramento? Si Cristo es caridad, ¿qué cosa hay mas buena? Si quien está en caridad está en Cristo, ¿qué cosa hay mas segura? Si Cristo está con él, ¿qué cosa hay mas alegre? Y si todo esto alcanzas en este convite, ¿qué cosa hay mas amable? ¡Oh convite de infinita caridad, donde la misma caridad cubierta con especies de pan y vino entra dentro de mí para morarme en sí! (*D. Thom.* ibi ex D. Bern.). Ó Amado mio, múdame todo en tí, para que siempre te ame, alabe y glorifique por todos los siglos. Amen.

2. En esta consideracion tengo de hacer páusa, ponderando las tres cosas que se han apuntado: es á saber, que quien me convida en este Sacramento es Dios, que es la misma caridad; y movido de esta caridad, hace este soberano convite. Á mas, que la comida que aquí se me da, principalmente es la misma caridad, que es Dios nuestro Señor, y ella entra dentro de mí, y se sienta en medio de mi corazon, como Salomon el amable del Señor se sentaba en medio de su litera (*Cant.* III, 9), aficionando con su presencia las hijas de Jerusalen, que son las almas santas. Y finalmente, que el fin y fruto de esta comida es la union de caridad, permaneciendo Dios en mí como en su litera y lugar de su descanso, y yo en él como en mi protector, y en lugar de mi refugio.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar las excelencias de esta soberana union, por la semejanza que Cristo nuestro Señor las declaró, cuando dijo (*Ioan.* VI, 58): *Como yo vivo por el Padre, así quien me coma vivo por mí.* En las cuales palabras puso

Cristo nuestro Señor la mayor semejanza que podia traer para este intento: la cual consiste, en que así como el Hijo de Dios, mediante la generacion eterna, recibe de su Padre el ser y vida de Dios, y todas las perfecciones, virtudes y obras de Dios; de suerte, que el Hijo por esta generacion es un Dios con su Padre, vive en él y por él; y es sábio, bueno, santo, infinito y todopoderoso como él, y con él tiene un mismo sentir, querer y obrar en todas las cosas; así tambien el que dignamente come á Cristo nuestro Señor en este Sacramento, en virtud de esta comida recibe, por participacion, el ser y vida de Cristo, sus perfecciones y virtudes, y la conformidad con Cristo en el sentir, querer y obrar lo mismo que Cristo, de suerte que sea un espíritu con él, y pueda decir aquello de san Pablo (*Galat.* II, 20): Vivo yo, ya yo no, sino Cristo vive en mí: y mi vivir es Cristo (*Philip.* I, 21), porque vivo en él, y por él, y para él. Ó dulcísimo Jesús, pues tantas ganas tienes de que sea una cosa contigo, como tú lo eres con tu Padre, entra dentro de mi alma por medio de este Sacramento, y obra en ella la union que por él me has prometido, para que por ella seas glorificado por todos los siglos. Amen.

2. En esta consideracion tengo de ponderar aquella palabra, quien me come vivirá *propter me*, por mí, la cual abraza todos los géneros que hay de causa, dando á entender que será causa perfectísima de todas las obras vivas que hiciere quien le come, porque será principio de ellas por su inspiracion, moviéndole á que las haga; será fin último á cuya gloria las ordene; ejemplar y dechado, de quien las saque; y materia de las palabras, pensamientos y afectos que tuviere, de modo que siempre viva, *propter Christum*, como quien no sabe otra cosa sino á Cristo, y ese crucificado (I *Cor.* II, 2), ni quiere amar, ni hablar sino es de Cristo, ni obrar sino por Cristo y para Cristo. De este modo Cristo será nuestra vida, la cual nos comunica en el santísimo Sacramento, y por esto se llama por excelencia Pan de vida (*Ioan.* VI, 51), porque por él vivimos vida de Dios, y vida de Cristo en union con él, como él vive la vida misma de su Padre. Ó Pan de vida, vivificame con tu vida celestial y divina, para que de hoy mas no viva en mí, sino en tí, y no viva vida de hombre, sino vida de Dios, unido con él por todos los siglos. Amen.

Punto quinto. — 1. Lo quinto, se han de considerar los efectos maravillosos de esta union, por algunas semejanzas.- La primera es, del pan y vino en que se hace este convite. Porque así como el man-

jar uniéndose con el cuerpo le pega sus mismas calidades, de donde procede que manjares gruesos crian humores gruesos, y manjares delicados, humores delicados y saludables; así Cristo nuestro Señor entrando en nosotros y uniéndose con nuestras almas nos comunica sus propiedades y calidades del cielo, su caridad, humildad, obediencia, paciencia, y las demás virtudes; de modo, que quedemos renovados á imágen de este hombre nuevo, y de este Adan celestial, y se pueda decir de nosotros, cual es el segundo hombre celestial (I *Cor.* xv, 48), tales son los celestiales, y cual es Cristo, tales son los que le comen. Y aunque es verdad que comunica todas las virtudes, pero señaladamente da á cada uno la que mas ha menester, y la que mas desea y pretende con aquella comida, á semejanza del maná, que aunque sabia á todo sabor, pero servia á la voluntad de cada uno de los justos, como arriba se ponderó.

2. Á este modo puedo considerar tambien, como en este Sacramento está aquel Señor que dijo (*Ioan.* xv, 5): *Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos: quien permanece en mí, y yo en él, llevará mucho fruto.* Y para cumplir esto entra en nosotros, y como cepa se pone en medio de nuestro corazon, y une consigo el sarmiento de nuestra alma con las varas de todas sus potencias, y las da virtud para que broten frutos dulcísimos de bendicion, devotos pensamientos, fervorosos afectos, santas palabras y perfectas obras. Pero no solamente es la vid, sino tambien es el labrador y podador que poda el sarmiento, para que lleve fruto. Y así entrando en el hombre, le inspira lo que ha de podar y mortificar, y le ayuda á ello para que se conserve la union, y saque mas copioso fruto de ella. Ó alma mia, pues sabes que el sarmiento apartado de la vid no puede llevar fruto, ni vale para otra cosa que para el fuego; júntate con esta vid soberana, que es Cristo, recíbele dentro de tus entrañas, y poda cualquier cosa que de él te aparta, para que libre del fuego del infierno, ardas siempre en el fuego de su amor. Amen.

3. Tambien puedo considerar, como en este Sacramento está aquel Señor que llama el glorioso apóstol Santiago (*Iacob.* I, 21): Verbo ingerido que puede salvar nuestras almas, porque mediante la encarnacion se engirió y juntó con la humanidad, como un árbol fructuoso se ingiere en un tronco de árbol estéril, y por ella hizo obras mas que humanas. Este mismo Señor, mediante la comunion de este Sacramento, viene á entrar dentro de mi alma, y á ingerirse en ella por gracia. Y siendo yo de mi naturaleza tronco estéril, y que no produce sino frutos amargos de pecados, ingiriéndose

en mí me hace llevar frutos dulces y divinos, no como quien yo soy, sino como quien él es, al modo que un tronco de almendro (*Rom.* XI, 17) amargo por el ingerto produce frutas dulces. Ó Amado mio, Árbol dulcísimo traido del cielo para salud del mundo; ya no me contento solamente como la Esposa (*Cant.* II, 3), de sentarme á tu sombra y coger de tus dulces frutos, sino tambien deseo que entres dentro de mí, y me hagas una cosa contigo, para que con tu virtud lleve yo frutos dulces como los tuyos, que permanezcan hasta la vida eterna. Amen.

PUNTO SEXTO.— 1. Últimamente, de todo lo dicho subiré á ponderar como Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento en accidentes de pan y vino, mas que de otro manjar mas precioso y raro, para significar la frecuencia con que se ha de recibir (*p.* IV, *med.* I, *punto* 3.°), de qué personas, con qué disposicion, y la union y efectos que obra en ellas.—Lo primero, por aquí declaró el entrañable deseo que tiene de hacernos cada dia este banquete, y de que cada dia nos aparejemos para tener parte en él; porque los reyes de la tierra tienen por grandeza que sus convites sean muy preciosos, pero muy raros, dos ó tres veces al año. Mas el Rey del cielo tiene por grandeza que su convite sea preciosísimo, y cada dia por toda la vida; y así le instituye en forma de pan y vino, que es manjar de cada dia, para que entendamos, que como el cuerpo, aunque no hubiera precepto de conservar la vida, solo por su necesidad y gusto come cada dia el pan y vino con que se sustenta; así el alma, aunque no hubiera precepto de comulgar, ha de hacerlo muy á menudo, por la necesidad que tiene de conservar la vida espiritual, y por el gusto que hay en esta comida, y por dar gusto al que nos convida con tanto amor y nos manda que le pidamos cada dia este pan cotidiano, por lo mucho que desea dárnosle. Y para mas aficionarnos, tambien nos amenaza, que si no comiéremos su carne, y bebiéremos su sangre (*Ioan.* VI, 54), no tendrémos vida en nosotros, ni vida de gracia, ni la eterna de la gloria. Ó Padre amantísimo, hazme digno de comer cada dia este pan de cada dia. (*Luc.* XI, 3). Y pues quieres que le coma con tanta frecuencia, ayúdame con tanta gracia, que saque provecho de ella.

2. Demás de esto, como el pan y vino son sustento ordinario de toda suerte de personas, ricos y pobres, grandes y pequeños; así Cristo nuestro Señor quiere que este Sacramento sea sustento de todos los fieles en cualquier estado y suerte que tuvieren, alta ó baja, porque á todos convida; como se ve por la parábola del hombre que

hizo una grande cena (*Luc.* XIV, 21), y convidó hasta los cojos y mancos; y sintió grandemente que muchos se excusasen, como ponderamos en la meditacion de esta parábola. (*P.* III, *med.* LXIII).

3. Lo tercero, se juntó Cristo nuestro Señor con especies de pan y vino, que se hacen de muchos granos de trigo y de uva unidos entre sí, para significar que por este Sacramento no se junta espiritualmente si no es con almas unidas en caridad consigo mismas y con sus prójimos. De suerte, que así como no se pueden consagrar los granos de trigo ó de uva, hasta que se hacen pan y vino con la dicha union; así tambien aunque Cristo nuestro Señor entre por la Comunion sacramental en el hombre, no se unirá espiritualmente con él si está dividido y desunido con falta de caridad, y si no se dispone debidamente para quitar los impedimentos de ella; lo cual alcanzarémos, si como trigo nos molemos con la contricion y penitencia, y como uvas nos dejamos pisar con la verdadera humildad y sujecion á todos por amor de Dios. De aquí resulta grande fortaleza para todas las obras de la vida espiritual, con grande alegría del ánima, porque como el pan, segun dice David (*Psalm.* CIII, 15), conforta el corazon del hombre, y el vino le alegra; y aunque sean manjar ordinario, no enfadan ni causan fastidio, antes suelen ser como salsa que acompaña la otra comida; así tambien este pan y vino del cielo conforta y alegra el espíritu (*Eccli.* XXIV, 29), y aunque se coma cada dia, no causa fastidio, si se come dignamente, antes despierta nuevas ganas de comerle otra vez, porque encierra en sí todo género de suavidad (*Sap.* XVI, 20), no terrena como el maná que enfadó á los hijos de Israel, sino celestial que recrea á los Ángeles del cielo. Ó Amado de mi alma, que por tantas vias y modos me provocas á gozar de este soberano convite, no permitas que me excuse con el amor desordenado de los bienes de la tierra, ni tampoco que venga á él sin la vestidura de bodas (*Matth.* XXII, 12), que es la caridad. Desnuda mi corazon de todo amor terreno, y vístele del divino, para que asista con amor á convite de amor, y alcance por su medio la perfeccion del amor, uniéndome contigo con perfecta caridad. Amen.

MEDITACION XLIII.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES SEÑAL Y PRENDAS DE LA GLORIA QUE ESPERAMOS.

—Deseando Dios nuestro Señor darnos alguna señal y prenda de la gloria que nos prometió para nuestro consuelo y para seguridad de nuestra confianza, instituyó este santísimo Sacramento, en quien concurren todas las cosas que se pueden desear para este fin, como se verá en los puntos siguientes.—

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como este santísimo Sacramento es señal y prenda de la gloria que nos está prometida, por encerrar en sí la cosa mas preciosa y amada que Dios tiene, cuyo valor es infinito, y vale tanto como la misma gloria que nos prometió; así como entre los hombres, para asegurar la paga de alguna deuda ó el cumplimiento de alguna palabra que han dado, ó promesa que han hecho, dan en señal y prenda alguna joya, ó cosa muy estimada y querida, y que sea de tan gran precio, que exceda ó iguale á lo que se ha de dar despues. Esto se puede considerar, discurriendo por las Personas divinas que dan esta prenda, y por lo que ella es.—Lo primero, no pudo el Padre eterno darnos prenda mas preciosa y amada que á su mismo Hijo, que es tan bueno como él; así como los reyes y príncipes para asegurar las paces ó treguas ó alguna gran deuda, suelen dar en prendas ó rehenes á su hijo mayorazgo; y pues en este Sacramento nos da á su Hijo unigénito Jesucristo por prendas de la gloria, diónos lo sumo que pudo, no solo en prendas de ella, sino de todas las demás cosas que nos ha prometido con tanta seguridad cuanto es de su parte, como si ya nos las hubiera dado, conforme á lo que dice san Pablo (*Rom.* VIII, 32): El que no perdonó á su propio Hijo, sino le entregó por todos nosotros, ¿por ventura no nos dió con él todas las cosas? como quien dice: Quien me dió á su Hijo por Redentor, y me lo dió por manjar y comida, ¿por ventura no me dará su gracia y su gloria, y todas las cosas que ha prometido? Tan cierto estoy que me las dará cuanto es de su parte, como si me las hubiera dado, porque en esta dádiva se encierran las demás que me ha de dar. Gracias te doy, ó Padre amantísimo, por tal prenda como me das de mi salvacion y perfeccion. Suplícote, Dios mio, que lo que es tan cierto de tu parte, no falte por la mia, favoreciéndome, para

que me aproveche de la prenda que me das, para alcanzar lo que me prometes.

2. Lo segundo, el mismo Hijo de Dios Salvador nuestro no pudo darnos mayor prenda que á sí mismo encubierto en este Sacramento, en el cual se encierran todos los títulos y derechos que tenemos para nuestra salvacion, como quien promete un grande mayorazgo, y da en prendas el privilegio y escritura en que se funda. Porque este Señor que aquí está, es nuestro hermano mayor (*Hebr.* II, 11), mayorazgo del eterno Padre y heredero de su cielo, el cual se hizo hombre, como dice el apóstol san Pablo (*Rom.* VIII, 29), para salvar á los que estaban predestinados para la gloria, por cuyo medio han de alcanzar el fin de su predestinacion, y con el precio de su sangre nos compró el cielo y abrió sus puertas, para que pudiésemos entrar en él por los medios que para ello nos ofrece. Pues si todo esto está aquí encerrado, ¿qué mayor prenda nos pudo dar para seguridad del cielo que nos ganó y prometió?

3. Finalmente el Padre y el Hijo no pueden darnos mayor prenda invisible de la gloria, que es al mismo Espíritu Santo, de quien dice san Pablo (*Ephes.* I, 14), que es *pignus haereditatis nostrae,* prenda de nuestra herencia celestial, la cual prenda, como dice el Apóstol (II *Cor.* I, 22), nos da Cristo en nuestros corazones para seguridad de todas sus promesas, y para esto vino al mundo y viene tambien en este santísimo Sacramento. De suerte, que aquí recibimos dos prendas de la gloria las mayores que puede haber; una visible, que es el Sacramento en que está Cristo Dios y hombre verdadero, y otra invisible, que es el Espíritu Santo, que se nos da por el mismo Sacramento. Ó Trinidad beatísima, gracias te doy innumerables por tales prendas como me das de tus promesas soberanas. Bien se ve, Señor, que eres buen pagador, pues no te duelen prendas dándome tantas y tan buenas. Alégrate, ó alma mia, con tales prendas; gózate con la esperanza que se funda en ellas, procura glorificar y servir al que te las da, para que llegues á poseer la gloria que te promete. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como este santísimo Sacramento es prenda de la gloria que nos está prometida, en cuanto es medio eficacísimo y poderosísimo para alcanzarla, pues no puede haber prenda mas cierta para alcanzar un fin, que el medio eficacísimo para alcanzarle.-Lo necesario para alcanzar la gloria con efecto, es perdon de las culpas pasadas, preservacion de las futuras, sustento de la gracia recibida, con perseverancia hasta

la muerte. En todo esto tiene eminencia este Sacramento, con la presencia de Cristo nuestro Señor, porque aunque el sacramento del Bautismo ó Penitencia perdonan los pecados; pero este confirma mucho el perdon, admitiéndonos el mismo Rey que nos perdona á su mesa, en señal de habernos perdonado. Tambien nos preserva de culpas, porque enfrena las pasiones de la carne, da fortaleza contra las tentaciones del demonio, y previénenos contra todos los peligros del mundo.

2. Además, sustenta la vida de la gracia, como el manjar sustenta la vida del cuerpo; pero con tanta eficacia, que puede conservar el aumento que ha dado hasta la vida eterna. Todo lo cual se funda en la promesa de Cristo nuestro Señor, que dice (*Ioan.* VI, 50): *Este es el Pan que bajó del cielo para que si alguno comiere de él, nunca muera. Yo soy Pan vivo que bajé del cielo; si alguno comiere de este Pan, vivirá para siempre; y el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el dia postrero.* En las cuales palabras Cristo nuestro Señor nos asegura, que este divino Pan, como arriba se apuntó, con su virtud celestial nos libra de todo lo contrario á la vida eterna, porque nos libra de la muerte primera, que es la culpa, y de la muerte segunda del alma (*Apoc.* XXI, 8), que es la condenacion; y á su tiempo nos librará de la muerte del cuerpo en la resurreccion. Demás de esto nos concede todo lo que es vida eterna, porque nos da la vida de la gracia, y la conserva hasta el fin, y despues nos dará la vida de la gloria, de que goza el alma; y á la fin del mundo la vida gloriosa de que ha de gozar el cuerpo.

3. De todo esto tenemos prendas en este Sacramento, porque para todo tiene virtud y da fuerzas al que le come con la frecuencia y reverencia que debe. Ó árbol de vida puesto en medio del paraíso de Dios (*Apoc.* II, 22) en señal y prendas de la inmortalidad y vida eterna, dame á comer tu dulce fruto, para que preserve mi alma de todo género de muerte, y la conceda todo género de vida. Ó alma mia, si deseas vida eterna, come con espíritu este manjar, que es prenda y causa de ella. Ó cuerpo mio, si deseas resucitar á vida bienaventurada, come este preciosísimo cuerpo, que es prenda cierta de tu resurreccion y de la vida gloriosa que te está prometida.

4. Pero aun mas adelante pasa la excelencia de esta prenda, porque con su presencia causa en nosotros algo que es parte de la vida eterna, como raíz y fuente de ella, con la cual ha de perma-

necer para siempre, y es imposible que se niegue la vida eterna al que lo tuviere; es á saber: la union con Cristo nuestro Señor, por medio de su gracia y de la virtud del Espíritu Santo, que es fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna (*Ioan.* IV, 14); y como nota santo Tomás (*Lect.* 5 *in Ep. ad Ephes.* I, 14: Arrha haereditatis nostrae), no solamente es prenda de nuestra herencia, sino arra, porque la prenda dase solamente hasta que se hace la paga, y luego cesa; pero las arras danse para siempre; así el Sacramento del altar y el don de la fe y esperanza no es mas que prenda de la gloria, que dura por el tiempo de esta vida; pero la union con Cristo que se hace en el Sacramento, y el Espíritu Santo que nos da con union de caridad, es arras de la gloria, y durará por toda la eternidad, si por nosotros no queda; porque la caridad nunca perece (I *Cor.* XIII, 8; *Ioan.* XIV, 16), y el Espíritu Santo permanece con nosotros *in aeternum*. Ó Esposo dulcísimo de las almas justas, que por arras las das á tí mismo, juntándolas contigo en union de caridad, aunque mi alma no sea digna de tan soberana grandeza, no la excluyas de ella por tu infinita misericordia.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar como este Sacramento es prenda de la gloria, en cuanto es un convite excelentísimo, en el cual nos da Dios á comer y á beber lo mismo que da en la gloria, pero guisado y acomodado á nuestro estado de caminantes debajo de velo y oscuridad. En lo cual he de ponderar, que Cristo nuestro Señor en el cielo, como lo prometió á sus Apóstoles, tiene consigo á todos los bienaventurados sentados á su mesa (*Luc.* XXII, 30), haciéndoles un solemnísimo convite, cuyo manjar es su misma divinidad y humanidad, viéndola claramente, y hartando con ella todos sus deseos, embriagándose con el vino del amor beatífico, y bebiendo del rio caudaloso de sus deleites celestiales. Y en este convite el mismo Señor, como dice por san Lucas (*Luc.* XII, 37), se ciñe y los sirve, porque él mismo les da este premio de justicia; pero cíñese, porque es tan infinito, que ninguno le puede comprender, ni verle, si no es ceñido y ajustado á sus merecimientos.

2. De aquí bajaré á ponderar, como este Dios infinito que hace este banquete en el cielo, acordándose de los hijos que tiene en la tierra, se ciñe mucho mas para convidarlos, poniéndose todo con su divinidad y humanidad debajo de estas especies de pan y vino, tan pequeñas y estrechas, para que allí con los ojos de la fe le veamos presente, y recibiéndole dentro de nosotros llene tambien nuestros

deseos, como acá pueden llenarse, y nos embriague tambien con el vino de su amor, y nos dé á gustar la suavidad de sus deleites; dándonos todo esto como prendas, en esperanza de lo que despues nos dará en cumplida posesion. Por lo cual le daré inmensas gracias, con deseos entrañables de ceñirme, y mortificarme, y estrecharme por servirle, pues él se ciñe tanto por regalarme. Ó Amado mio, si tú estando en el cielo vienes á ceñirte á la tierra por mi regalo, ¿qué mucho que para subir yo de la tierra al cielo, me ciña por tu servicio? Aviva, Señor, mi fe, para que de tal manera guste del banquete que me haces en esta vida, que llegue á gozar del que me prometes en la otra. Amen.

3. Con este espíritu me alentaré á procurar una vida celestial para ser digno de este convite, en que se me da lo mismo que en el cielo, pues por esto Cristo nuestro Señor, en la oracion del *Pater noster*, primero nos mandó decir (*Matth.* VI, 10): Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Y luego dijo que pidiésemos este pan cotidiano y sobresustancial, significando que quien le ha de comer dignamente, ha de aspirar á la pureza del cielo, cumpliendo acá todo lo que Dios manda, como allá se cumple.

4. Finalmente, sacaré de aquí que este Sacramento, por ser prenda de la gloria y principio del convite que se hace en el cielo, es viático para pasar de esta vida á la otra, el cual se ha de recibir en aquel peligro con grande fe y confianza; pues como Elías, en virtud del pan que le dió el Ángel, caminó hasta el monte de Dios, Horeb (III *Reg.* XIX, 8); así yo, en virtud de este divino Pan haré mi jornada seguramente hasta el monte de la gloria. Y para recibirle entonces con provecho, me importaria acostumbrarme, cada vez que comulgo, á hacerlo con el mismo espíritu que si fuera viático, imaginando que quizá aquella Comunion será la postrera de la vida, cumpliendo lo que dijo el Sábio (*Prov.* XXIII, 2), que al tiempo de esta comida entrásemos un cuchillo por la garganta; esto es, comiendo como quien tiene ya el cuchillo á la garganta y está á punto de morir, y por esta causa Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento la noche antes de su muerte, para significar, como en su lugar se dijo, que esta comida fortalecia para padecer y morir, y pasar de esta vida á la eterna. Ó Redentor dulcísimo, que á la partida de este mundo dijiste á tus Apóstoles (*Ioan.* XIV, 3): *Yo volveré otra vez, y os llevaré conmigo, para que esteis donde yo estoy;* ven á mi alma, visitándome con la gracia y presencia de tu venerable Sacramento, y en virtud de ella me lleva á donde tú estás, para que allí vea lo que

ahora creo, y posea lo que espero, y goce de tu soberana compañía por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLIV.

POR APLICACION DE LOS SENTIDOS DEL ALMA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

—Este modo de oracion, por aplicacion de los sentidos, el cual se declaró en la parte II (*med.* XXVI), es muy provechoso cerca del santísimo Sacramento, negando los cinco sentidos del cuerpo y avivando los del alma. Algo de esto toca san Buenaventura en su tratado de los siete caminos de la eternidad, al modo que se dijo en el párrafo XI de la introduccion de este libro. Pero aquí lo pondrémos con otro modo mas fácil para todos. —

Punto primero.— 1. El primer punto será, ver con la vista interior del alma, ilustrada con la fe, todo lo que es objeto de esta vista, cerca de este Sacramento, sacando varios afectos, conformes á lo que hubiere visto. Lo primero, veré la cantidad, y el color y figura de pan y vino, apartadas de su sustancia, porque Dios con su omnipotencia la destruyó, para poner en su lugar el cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor; y actuando esta fe, captivaré mi entendimiento á que crea esto, negando el juicio que procede de los sentidos, y confesando que puede Dios hacer con su omnipotencia mas de lo que puede percibir nuestra corta razon. Y así diré: Creo que, aunque veo color de pan, y percibo olor y sabor de pan, no hay sustancia de pan, porque la fe lo dice y Dios así lo revela.

2. Luego veré con la misma vista la majestad de Cristo, tan entero y glorioso como está en el cielo: veré su sagrada cabeza con corona de gloria; su divino rostro con rayos de inmenso resplandor; sus manos, piés y costado con las hermosísimas señales de las llagas que están en ellos, y todo su cuerpo incomparablemente mas resplandeciente que el sol, y hermosísimo sobre todos los hijos de los hombres. Y luego subiré mas alto, viéndole como es Dios, resplandor de la gloria del Padre, figura de su sustancia, de tan infinita belleza, que hace bienaventurados á los que le ven con claridad. Y mirándole de esta manera, unas veces sacaré afectos de reverencia y humildad, bajando los ojos y encogiéndome en su presencia. Otras sacaré afectos de gozo y alegría de verle tan hermoso y resplandeciente y tan cerca de mí. Otras prorumpiré en afectos de alabanza y

accion de gracias, por haberse puesto allí con toda su gloria y majestad.

3. Lo tercero, veré la junta de aquel exterior de pan, con la majestad de Cristo, admirándome de ver juntos dos extremos tan distantes, uno tan pequeño y bajo, como es accidentes de pan y vino, y otro tan grande y alto, como es hombre y Dios, encubriendo la grandeza de su resplandor con el velo de tan vil criatura, provocándome á que le imite en tal modo de humildad. Ó Amado mio, que en este Sacramento visible estás con modo invisible; véate yo con la fe, y reverencie tu grandeza, como si te viera con claridad, pues eres el mismo en el Sacramento y en el cielo, y tan digno de ser reverenciado y amado en la bajeza del uno, como en la alteza del otro.

Punto segundo. — 1. El segundo punto es, oir con el oido del alma lo que Cristo nuestro Señor me dice en el Sacramento, imaginando que desde allí me habla al corazon y me dice varias cosas á mi propósito. Unas veces imaginaré que me convida á que le coma, diciéndome aquello de la Sabiduría (*Prov.* IX, 5): *Venid, comed mi pan y bebed mi vino que os tengo aparejado, dejad la niñez, vivid y andad por las sendas de la prudencia.* Que es decir: Venid á recibirme en este Sacramento, pero dejad primero las niñerías de esta vida, porque soy manjar de grandes y de gente que vive con recato y providencia. Y á este modo puedo tambien imaginar que me dice aquello de los Cantares (*Cant.* V, 1): *Comed, amigos, bebed y embriagaos los muy amados.* Y aquello de Isaías (*Isai.* LV, 1): *Los que teneis sed, venid á las aguas, oidme con atento oido; comed lo bueno, y alegrarse ha vuestra alma con su gusto.*

2. De donde sacaré deseos de recibirle, obedeciendo á su voz, diciéndole: ¿De dónde á mí, Señor, que me convideis á vuestra mesa? Yo me llego á ella porque me lo mandais; habladme mientras como, para que mi corazon se derrita en vuestro amor. Otras veces imaginaré que desde allí me exhorta á que le imite, diciéndome (*Matth.* XI, 29): Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon: aprended de mí á humillaros, á encubriros y á convidaros con caridad unos á otros. Otras veces miraré como está allí rodeado de Ángeles, los cuales me están diciendo (*Matth.* XXV, 6): *Ecce Sponsus venit, exite obviam ei.* Mirad que viene el Esposo de vuestras almas, salidle á recibir con lámparas encendidas, con afectos muy abrasados de uniros con él en perpétua caridad. Finalmente, despues que le hubiere recibido le diré aquello de Samuel (I *Reg.* III,

9): Habla, Señor, que tu siervo oye; y atenderé á las inspiraciones que me comunicare para oirlas y obedecerlas con presteza, diciendo con David (*Psalm.* LXXXIV, 9): Oiré lo que habla en mí el Señor que está dentro de mí, porque bien sé que hablará palabras de paz y de vida eterna.

PUNTO TERCERO. — 1. El tercer punto es, con el olfato del alma percibir el olor y fragrancia de Cristo nuestro Señor en este Sacramento, el cual en la misa se ofrece á sí mismo al Padre en hostia y sacrificio, en olor de suavidad. ¡Oh cuán bien huele al Padre eterno este sacrificio, aplacando por él su ira! ¡Oh cuán poderoso es su olor, para deshacer y aniquilar el mal olor de todos los pecadores y pecados del mundo! Ó Padre soberano, pues tanto os agrada el olor suavísimo de este sacrificio, perdonadme por él mis graves pecados, y aplacad la ira que contra mí teneis por ellos.

2. Tambien percibiré el olor de las virtudes de este santo Sacramento, porque como el ámbar y bálsamo, y otras cosas olorosas, confortan con su fragrancia no solo al que las toca, sino á otros, aunque estén algo apartados; así el olor de este Sacramento no solo conforta al que le recibe, sino al que le mira, adora y desea recibirle. Y como dice el mismo Señor (*Matth.* XXIV, 28), que adonde está el cuerpo, allí van las águilas, atraidas de su olor, para comerle y sustentarse de sus carnes; así las almas, que como águilas vuelan en la oracion y contemplacion, percibiendo este olor suavísimo del cuerpo de Cristo, se van adonde está para comerle y sustentarse con su preciosísima carne. Ó carne olorosísima de Jesús, confórtame con el olor de tus virtudes; dame á sentir la fragrancia de tu caridad, y llévame tras tí al olor de tus ungüentos, para que me junte contigo en union de perfecto amor. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. El cuarto punto es, con el gusto del alma gustar lo primero el grande gusto y sabor con que Cristo nuestro Señor está en este santo Sacramento, y en cualquier hostia, aunque le pongan en lugar vil y despreciado, y el gusto grande que tiene en ser comido. Los otros manjares, como son cosa muerta, dan gusto al que los come, pero no tienen gusto en ser comidos; pero este manjar, como es pan vivo, tiene gusto grandísimo en que lo coman, y mas desea ser comido de los hombres, que ellos desean comerle. Ó Pan de vida, gracias te doy por este gusto que tienes en ser nuestra comida y sustento; purifica el gusto de mi alma, para que perciba tu dulcísimo sabor, de modo que guste de recibirte con el gusto que tienes de ser recibido.

2. Luego percibiré la suavidad de Cristo en este Sacramento, mirando como comunica á los que dignamente le reciben un sabor de divinidad, mucho mas vario y dulce que el maná (*Sap.* XVI, 20), porque tiene el sabor de todos los manjares espirituales, y sabe á todas las virtudes, y con tanta dulzura que endulzora todas las cosas amargas que hay en esta vida; y en el ejercicio de la mortificacion y de todas las obras virtuosas imaginaré que me están diciendo aquello del salmo (*Psalm.* XXXIII, 9): Gustad y ved por experiencia cuán suave es el Señor. Ó dulcísimo Jesús, ¡cuán dulce eres para los que te aman y reciben con amor! Ó fuente de dulzura, que te das á gustar con abundancia por los caños de estas dos especies sacramentales, llena mi alma de tu suavidad soberana, para que deseche toda la terrena.

PUNTO QUINTO. — 1. El quinto punto es, con el tacto tocar espiritualmente, y á su tiempo corporalmente este Sacramento, de cuyo tocamiento sale virtud para sanar, vivificar, alegrar y perfeccionar á todos los que le tocan debidamente, como antiguamente salia de las vestiduras de Cristo nuestro Señor, para sanar los flujos de sangre y las enfermedades de los que las tocaban (*Marc.* V, 30), como se ponderó en la parte III, med. XXXI. Otras veces imaginaré, cuando llegó con mis labios á la hostia consagrada, que con gran reverencia y temblor doy ósculo á Cristo nuestro Señor, y le recibo amorosamente de su dulcísima boca, diciéndole aquello de los Cantares (*Cant.* I, 1): Béseme con el beso de su boca, porque mejores son sus pechos que el vino, llenos de fragrancia de suavísimos ungüentos. Ó Salvador dulcísimo, dadme ósculo de paz, pacificándome con vuestro Padre. Ó especies sacramentales de pan y vino, que sois como los pechos de mi Amado, llenos de leche de deleites celestiales, muy mas preciosas que el vino de los deleites terrenos; tocadme y hartadme con vuestra leche, para que se me haga desabrida toda carne.

2. Otras veces avivaré la fe, para creer y ver con ella las llagas sacratísimas de Cristo nuestro Señor (*Ioan.* XX, 21), tocando con el espíritu sus piés y manos y costado, como quien se llega á beber del agua y sangre que de él salió, y tocándolas con viva fe, como santo Tomás, exclamaré: ¡Señor mio y Dios mio! Ó Dios de mi alma, llaga con el dardo de la caridad mi corazon, por las llagas que recibiste en tu sagrado cuerpo; harta la sed de mi alma, por la sangre y agua que salió de tu costado; lávame con ella, purifícame, enciéndeme y perfeccióname; dame licencia para que con el espí-

ritu entre dentro de esas llagas glorificadas. Y pues tú con ellas moras dentro de mí, yo con toda mi alma quiero morar dentro de ellas, y de tí, uniéndome contigo con union de amor, hasta que sea uno contigo en tu eterna gloria. Amen.

MEDITACION XLV.

PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, Y PARA ANDAR CON ESPÍRITU LAS PROCESIONES DE ESTE DIA Y SUS OCTAVAS.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor en este Sacramento viene á nuestra tierra á renovar lo que hizo cuando vivió en ella; ponderando como entonces anduvo por todas las calles y plazas de Judea y Galilea, y por las sinagogas y casas particulares, y en el mismo templo de Jerusalen, haciendo bien á todos. Y como dice san Pedro (*Act.* x, 38): *Pertransiit bene faciendo, et sanando omnes oppressos à diabolo, quoniam Deus erat cum illo:* pasó y caminó, haciendo bien y sanando todos los oprimidos del demonio, porque Dios estaba con él, no solo por gracia, sino por unidad de persona; y el bien que hacia era en todo género de cosas, ejercitando los varios oficios que arriba se dijeron; de suerte que por donde quiera que iba dejaba rastros de su divinidad y omnipotencia, y de su inmensa caridad y misericordia.

2. De esta misma manera imaginaré ahora que anda Cristo nuestro Señor en este Sacramento por los templos, plazas y calles de la cristiandad, haciendo bien á todos los que con viva fe llegan á él, confesándole, adorándole y alabándole con todo su corazon, porque tambien ahora este divino Sacramento, *pertransiit bene faciendo;* pasa haciendo bien y sanando á los oprimidos del demonio; porque Dios está dentro de él, y así les va comunicando todo género de bienes, con resplandores de su celestial luz é inspiraciones de su divino espíritu, enseñándoles como maestro, curándoles como médico, perdonándoles como salvador, y apacentándolos como pastor con su mismo cuerpo y sangre; y aunque todo esto hace mas copiosamente con los que le reciben, pero tambien da alguna parte á los que con viva fe le miran y glorifican. Y con este espíritu tengo de acompañarle en las procesiones, como le acompañara cuando vivia en carne mortal, si tuviera la fe que ahora tengo, y como le acompañaba la gente devota que se iba tras el Salvador por gozar de su dulce compañía. Ó Amado mio, gracias te doy por haberte quedado

con nosotros tan de asiento, que aunque tienes tu morada en los cielos, llenándolos de alegría, quieres tambien estar en nuestra tierra, llenando sus plazas y calles de tu misericordia. Y pues tan poderoso eres debajo de este velo, como lo eres en el cielo, y como antes lo eras en la tierra; ven á esta pobre morada de mi alma, pasea todas las potencias y sentidos de ella, haciendo bien á todas, para que te sirvan y glorifiquen todas por todos los siglos. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor quiere ahora renovar espiritualmente la entrada que hizo en Jerusalen el dia de Ramos (*Matth.* xxi, 8; *Ioan.* xii, 13); porque entonces entró en Jerusalen manso y humilde, sentado en un jumentillo, saliéndole á recibir grande muchedumbre de hombres, y llevándole todos en procesion con grande pompa. Unos echaban por tierra sus capas para que pasase por ellas, otros desgajaban árboles para enramar el suelo, y otros llevaban palmas en las manos, y todos á voces le alababan, diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor: Rey de Israel, sálvanos en las alturas. Y esta entrada tan solemne hizo Cristo nuestro Señor para mostrar de su parte el gusto con que estaba entre ellos, sin embargo de que le perseguian y maltrataban, y para que sus discípulos y la gente devota diese tambien aquella muestra de la fe, amor y devocion que le tenian, y por otras causas que ponderamos en la parte IV.

2. De esta misma manera quiere ahora ser llevado en el santísimo Sacramento por las calles y plazas de la Iglesia con grande pompa y majestad. Va en la hostia manso, humilde y disfrazado, cubierto con aquel velo y nube ligera de los accidentes de pan; pero todos los fieles y príncipes de la Iglesia se honran de acompañarle, adornando las calles con ramos y con ricos doseles, llevando hachas y luminarias, y con cantores y músicas de alegría, celebrando su venida al mundo, con la mayor pompa y honra exterior que se le puede dar en la tierra. De todo lo cual me tengo de alegrar y regocijar, porque si me gozo de la honra que el dia de Ramos hicieron á este Señor, con haber parado en mayor ignominia, ¿cuánto mas me gozaré de la honra que todos ahora le hacen, ordenándose toda á su mayor gloria?

3. Y luego ponderaré como Cristo nuestro Señor traza esta solemne pompa para darnos á entender el gusto que tiene de estar con nosotros, y que no está cansado ni enfadado, aunque hay mucho porque lo esté, á causa del maltratamiento que algunos pecadores le hacen, comulgando mal ó diciendo misa con indecencia; y

aunque es razon dolerme de este agravio que se le hace, tambien le alabaré, porque sin embargo de él no se cansa de estar con los pecadores, por hacer bien á los justos. De donde sacaré un gran deseo de que todos celebremos con espíritu estas devotas procesiones, de modo que guste Cristo nuestro Señor de la honra que le hacemos, porque no se paga de lo exterior, si está vacío del interior. Ó Amado mio, ¡si tendiésemos todos por tierra nuestras vestiduras, poniendo á tus piés todas nuestras cosas, para que tú hicieses lo que quisieses de ellas! ¡Oh si todos se postrasen en tierra con humildad profunda, dejándose humillar y pisar de todos, para que fueses ensalzado y glorificado por todos! oh si todos te acompañásemos con palmas en las manos, alcanzando de nuestros enemigos gloriosas victorias, atribuyendo á tí solo la gloria de ellas! oh si todos con grande espíritu te alabasen y glorificasen por las victorias que ganas cada dia por medio de este soberano Sacramento, deseando que tuviese en ellas parte todo el mundo! Ó alma mia, alaba y glorifica á este Señor cuando le acompañas ó asistes en su presencia, juntando el cántico de los Serafines con el cántico de los hebreos, diciendo con el espíritu (*Ecclesia in praefat. Missae*): Santo, santo, santo el Señor Dios de las batallas; llenos están los cielos y la tierra de tu gloria, sálvanos en las alturas: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; sálvanos en las alturas. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como el Padre eterno quiere con estas procesiones tan honrosas premiar en la tierra las estaciones afrentosas y dolorosas que su Hijo Jesucristo nuestro Señor anduvo la noche y dia de su pasion, por las plazas y calles de Jerusalen. Ponderando como entonces fué desde el huerto de Getsemaní á casa de Anás y Caifás, llevándole atado, con hachas y linternas, con lanzas y espadas, y con grande estruendo de soldados, triunfando del preso con escarnio; y otro dia le llevaron con la misma ignominia de casa en casa, de tribunal en tribunal, hasta que salió al monte Calvario con la cruz á cuestas y con voz afrentosa de pregoneros, y fue colocado en el trono horrendo de la cruz, en medio de dos ladrones, á donde era blasfemado y escarnecido con grandísima ignominia y crueldad.

2. En premio de estas jornadas quiere el Padre eterno que su Hijo en la tierra sea honrado en estas procesiones, llevando todos hachas y luminarias en las manos, en señal de que es luz verdadera que alumbra á todo el mundo, y acompañándole los fieles soldados de su Iglesia, cantándole mil cantares de alabanza, llevándo-

le sobre sus hombros los sacerdotes y colocándole en tronos de grande majestad, donde todos le hincan la rodilla y le adoran como á su Dios y Redentor, mandando á todos que lo hagan así, mucho mejor que el rey Asuero mandó honrar á Mardoqueo, llevándole con grande pompa por todas las calles de la ciudad clamando sus privados (*Esther*, VI, 7): Así ha de ser honrado el que quiere el rey que lo sea. Ó Padre eterno, gracias te doy por la honra que quieres se haga á tu Hijo unigénito en la tierra, en premio de la deshonra que recibió en ella. Ó dulcísimo Redentor, gózome de la honra que hoy os hacen vuestros fieles, pues la teneis bien merecida, por la deshonra que sufrísteis por ellos. Yo hinco mi rodilla ante el trono donde estais colocado en este santo Sacramento, y arrojo mi corona y cuanto tengo á vuestros piés, diciendo como los ancianos del Apocalipsis (*Apoc.* IV, 11): Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la honra, la gloria y la virtud, porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad son y fueron criadas. Redime, Señor, y salva con tu preciosa sangre al que criaste por tu graciosa voluntad. Amen.

3. De aquí sacaré cuán fiel es Dios en premiar en esta vida á los que le sirven, ensalzándolos en la misma cosa que ellos se humillan: y si yo honro á Cristo en este Sacramento, él tambien me honrará; y si le trato con poco respeto, tambien quedaré deshonrado. Para lo cual ayudará ponderar la historia del arca del Testamento, que llevó David en procesion, con grande acompañamiento de sacerdotes y levitas, y de todo el pueblo, con grande música de varios instrumentos, saltando el mismo David delante del Arca, con grande fervor de espíritu; y aunque Michol le despreció (II *Reg.* VI, 14), él no se arrepintió de lo hecho, antes propuso de humillarse y envilecerse mas delante de Dios; pero al contrario Oza, que con temeridad y poco respeto tocó al Arca, quedó muerto de repente por ello, para significar que si trato con poca reverencia este divino Sacramento, seré castigado como Oza, y tanto será mas terrible mi castigo, cuanto debia tener mayor reverencia al que la merece mucho mas que el Arca. Pero si le honro como David, tañendo y saltando en mi corazon, con júbilos y afectos de amor, humillándome, y apocándome en su presencia, sin hacer caso de los dichos de los hombres, él me honrará en la tierra, y mucho mas en el cielo. Pero yo, Gloria mia, no quiero otra mayor honra que honrarte; tu honra es la mia, y de que tú seas honrado me honro yo; y si tú te honras con mis deshonras, esas tendré yo por suma honra, por glorificarte á tí, que eres digno de infinita honra y gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor quiere que se le haga en la tierra alguna fiesta, como la que se le hace en el cielo, para que por este medio bajen del cielo bendiciones á la tierra, ponderando como este Señor está en el cielo, cercado de Ángeles y Santos que continuamente le hacen fiesta. Unos, como los veinte y cuatro ancianos, arrojan las coronas á sus piés, diciendo, que solo él es digno de honra y gloria (*Apoc.* IV, 10; V, 2): otros, como los cuatro animales, están diciendo: Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso, que es, era, y ha de venir. Otros le ofrecen vasos de oro, llenos de incienso muy oloroso, que son las oraciones de los santos, y cada uno á su modo le glorifica y ofrece cánticos de agradecimiento y alabanza. De suerte que por las calles y plazas de aquella celestial Jerusalen siempre se oye aleluya (*Tob.* XIII, 22; *Isai.* LI, 3), voz de alabanza y accion de gracias, gozo y alegría sempiterna.

2. Con ser esto así, gusta Cristo nuestro Señor de bajar á nuestra aldea en este santísimo Sacramento, y quiere que á nuestro modo le pongamos en su trono, y le hagamos fiesta, aunque aldeanos, imitando en lo que pudiéremos á sus cortesanos celestiales, pretendiendo en esto, no su provecho, sino el nuestro, para que descubriendo el amor que le tenemos, tenga él ocasion de honrarnos, y hacernos grandes bienes. Y así á imitacion de los bienaventurados le tengo de honrar con tres géneros de afectos principalmente.—El primero, de humildad como los ancianos, desnudándome de cuanto tengo, y confesando que no es mio, sino suyo, dándole la gloria de todo.—El segundo afecto ha de ser viva fe de su grandeza, y del oficio á que viene, y ha de venir á juzgarnos, alabándole como los santos cuatro animales, por su santidad y omnipotencia, por su eternidad é inmutabilidad, y porque viene ahora para salvarme como padre, y despues vendrá para coronarme como juez.

3. El tercer afecto será de ofrecimiento, presentándole el vaso de mi corazon, dorado con el fino oro de la caridad, lleno de incienso de fervorosas oraciones, mezcladas con mortificaciones de mí mismo, deshaciéndome en el fuego del amor, por oler bien á este Señor, á quien he de hacer fiesta con el mejor modo que pudiere, admirándome de que un Señor que tan festejado es en el cielo, se digne y guste de la fiesta que se le hace en la tierra, como el rey, que despues de haber visto las fiestas que se le hacen en su corte, gusta tambien de la que se le hace en una aldea. Persuadiéndome tambien, que como Cristo nuestro Señor por los servicios que se le hacen en el cielo,

da nuevos gozos accidentales, así premia á los servicios que los justos le hacen en estas fiestas de la tierra, con nuevas gracias y aumento de virtudes. Ó Rey soberano, ¡quién pudiese hacer de la tierra cielo, santificando tu nombre (*Matth.* VI, 10), y haciendo tu voluntad en este valle de lágrimas, como lo hacen los espíritus bienaventurados en su paraíso de deleites! Cierto estoy, que si así lo hiciese, el valle de lágrimas seria para mí valle de consuelos, y el paraíso de deleites vendria al valle de lágrimas, convirtiendo mi llanto en gozo, y llenándome de alegría. Venga, Rey mio, á mí tu reino, y pues tú estás conmigo en el Sacramento, aviva mi fe, enciéndeme con tu caridad, para que te conozca y ame, de modo que reines en mí, y yo goce de tí reinando contigo en el reino de tu Padre por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLVI.

DE LA PROVIDENCIA PATERNAL DE DIOS EN REPARTIR LOS ESTADOS Y OFICIOS, DANDO Á CADA UNO EL QUE MAS LE CONVIENE PARA SU SALVACION.

PUNTO PRIMERO. - *Tres cosas propias del Padre celestial.* — 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor por excelencia es nuestro Padre, y hace este oficio con nosotros infinitamente mejor que todos los padres de la tierra (*Matth.* XXIII, 9), pues en su comparacion ninguno merece este nombre; de donde se sigue, que no solamente nos cria y engendra en el ser de la naturaleza y gracia, y despues de engendrados nos conserva y sustenta en el uno y otro ser, con medios y modos muy admirables, como se ha dicho; sino tambien su paternal providencia tiene cuidado de ponernos en estado y oficio conveniente para nuestra salvacion, inspirando, moviendo y aficionando á cada uno al que mejor le está para este fin. Á unos mueve á estado de matrimonio, á otros á estado de continencia ó religion, y á otros escoge para estado de prelacía (I *Cor.* XII, 12); porque como en el cuerpo natural hay muchos miembros con diferentes oficios, así quiere que los haya en el cuerpo místico de la Iglesia, y de la república civil, y con su providencia ordena que unos sean como cabeza, que gobiernen á los demás; otros como ojos, que resplandezcan en virtud y doctrina; otros como manos, que ejerciten obras de vida activa; otros como pecho y corazon, que se escondan en lo secreto de la vida contemplativa y unitiva; otros como piés, que se ocupen en ministerios serviles y humildes; y como

Nuestro Señor conoce las complexiones, ingenios y caudales de cada uno, así con su providencia les acomoda en el estado y oficio que dice con su natural, si no es que el hombre quiera salirse de la direccion del divino gobierno, y escoger el estado y oficio por su antojo, para malos fines y por malos medios.

2. De esta verdad bien ponderada he de sacar grande agradecimiento á Nuestro Señor por esta providencia paternal que tiene de nosotros, con dos advertencias. – La primera, que si no he tomado estado, he de acudir muy de veras á pedírsele, poniendo medios lícitos que no desdigan de su divina providencia, la cual me dará el estado y oficio que me conviene por tales medios, si pongo mi confianza en ella: y si estos que yo alcanzo no fueren bastantes, sabrá poner otros que salga con su intento. De lo cual hay innumerables ejemplos en la Escritura, como son el casamiento de Isaac con Rebeca; de Tobías con Sara, por medio de san Rafael; la eleccion de José por virey de Egipto, y la de David por rey de Israel. Pero si ya he tomado estado por traza de la divina Providencia, he de estar muy contento en él, confiando de alcanzar la vida eterna por tal medio, pues para este fin me le dió Nuestro Señor. Y si el estado ó el oficio fuere bajo, no tengo de correrme ni tenerme por desfavorecido; como ni al contrario, si fuere alto, tengo de envanecerme ni engreirme, sino, como dice el Apóstol (I *Cor.* VII, 20), contentarme con la suerte que me ha cabido de siervo ó de libre, de grande ó de pequeño, viviendo en la grande con humildad, y en la pequeña con confianza; porque mas vale siendo piés de la Iglesia alcanzar el cielo, que siendo cabeza bajar al infierno. Por tanto, alma mia, alégrate en tu Dios, en cuyas manos están tus suertes (*Psalm.* XXX, 16), y cualquiera que te diere recíbela con alegría; porque la suerte del estado y oficio que te diere en esta vida, va por su providencia encaminada para que alcances la suerte bienaventurada de la otra.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la suavidad de la divina Providencia en el repartimiento de los estados y oficios, la cual resplandece en una cosa tan propia de Dios, que no hay príncipe ni monarca que pueda hacerla; porque como es Gobernador universal de todo el mundo, y se precia tanto de gobernar con suavidad y fortaleza (*Sap.* VIII, 1), reparte entre los hombres las inclinaciones á diversos estados y oficios, con tan admirable suavidad, que no hay oficio, por pesado y vil que sea, al cual no tenga algun hombre vehemente inclinacion, sin inclinarse á otra cosa; y aunque sean hijos de unos mismos padres, y hermanos de un vien-

tre, como Esaú y Jacob, suelen nacer con inclinaciones muy contrarias (*Genes.* xxv, 25); porque como el ollero de una misma masa hace vasos con diferentes figuras, aplicados á diferentes ministerios, y de una misma materia se hacen diferentes miembros de un cuerpo, para diferentes oficios; así la sabiduría y omnipotencia de Dios de la masa del género humano saca diversos hombres, aplicados con diversas inclinaciones á diversos oficios; por lo cual he de glorificarle, mirando como todas estas inclinaciones surten en mi provecho, para que haya hombres que con gusto me defiendan en la guerra, y me gobiernen en la paz, y labren el campo, y hagan el vestido y lo demás de que tengo necesidad. Porque, como dice san Pablo: Si todos los miembros fueran ojos, ¿quién anduviera? si todos fueran piés, ¿quién mirara? si todos fueran lengua, ¿quién obrara? y si todos fueran manos, ¿quién hablara?

2. Luego como los oficios de todos los miembros son para bien de cada uno, así los estados y oficios de todos los hombres, y las inclinaciones que tienen á ellos, son para provecho mio, y como beneficio mio me han de ser motivo para glorificar á Dios, que con su providencia los repartió de esta manera; y conforme á esto he de mirar bien la inclinacion buena que Dios me ha dado, y aprovecharme de ella, tomando con gusto el estado y oficio que conforme á ella me dió, dándole gracias por la suavidad con que me gobierna, queriendo que no vaya violentado, y remando en el estado de mi vida, especialmente en el que ha de ser perpétuo, ó de mucha dura. Ó Padre amantísimo, gracias te doy por la dulzura con que gobiernas á los hombres, haciendo sabrosa á los unos la carga que es pesada á los otros, para que cada uno lleve la suya con facilidad (*Galat.* vi, 5), y todos se ayuden unos á otros con alegría. Concédeme, Señor, que lleve yo la mia, con tal aplicacion, que sea provechoso para mis prójimos, como deseo que ellos lo sean para mí.

3. Lo segundo, se ha de ponderar en esta misma suavidad de la divina Providencia, que cuando falta inclinacion natural para el estado y oficio que nos quiere encargar, nos da liberalmente inclinacion sobrenatural, por medio de las divinas inspiraciones é ilustraciones, las cuales suelen descubrirnos tantas razones de utilidad en el estado y oficio, que aunque sea árduo y dificultoso, se hace sabroso y fácil. Y así vemos por experiencia, que muchos por este toque de Dios tienen vehemente inclinacion á dejar el mundo, y abrazar el estado religioso, y el oficio trabajoso y humilde, con mayor gusto que otros abrazan otros estados y oficios de mas dulzura y

facilidad para la carne, porque la gracia suple abundantemente lo que falta á la naturaleza. Y si alguna vez Nuestro Señor no da esta inclinacion y gusto sensible en la eleccion del estado, por lo menos da razones tan eficaces, que convencen el entendimiento, y le hacen juzgar que le conviene tomarle, y la voluntad lo acepta con gran resolucion, venciendo la repugnancia natural con la luz superior del espíritu. Ó Dios de mi alma, en tus manos me arrojo, fiado de tu divina providencia, que me darás gusto y consuelo en llevar la carga que me pusieres. Y si la carne no sintiere los gustos que apetece, bástame que los sienta el espíritu, tomando por su propio gusto hacer el tuyo. Esta sea mi única inclinacion, hacer en todo tu voluntad por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la eficacia de la divina Providencia en proveer de ayudas suficientes para cumplir con el estado y oficio que por su traza se escoge; porque á ninguno manda lo imposible, ni quiere ponerle mayor carga de la que puede llevar, conforme á las fuerzas que tiene, y al caudal de gracia que le da. Y así á los casados para llevar las cargas de su estado les da gracia especial por el sacramento del Matrimonio; y á los sacerdotes para las cargas del suyo les da el Espíritu Santo por el sacramento del Órden; y á los religiosos da la gracia, conforme á las cargas de la religion que cada uno profesa; y á los prelados y gobernadores da espíritu bastante para su gobierno, y cuanto el gobierno es mas pesado, tanto es mas copioso el espíritu que les da. Y así cuando Dios quitó á Moisés parte del gobierno del pueblo, le dijo (*Num.* xi, 17): que tambien le quitaria de su espíritu y le daria á los setenta ancianos que habian de ayudarle, como quien dice: Yo te daba caudal para toda esta carga, mas pues das parte de ella á otros, daré á estos la parte de ayuda que te daba á tí, para que puedan llevar la parte de su carga. De donde procede que tan fácil me será por la providencia de Dios llevar la carga doblada, como la sencilla, porque me dará fuerzas dobladas para llevarla. Y así con grande fervor puedo decir á Nuestro Señor aquello del salmo (*Psalm.* xxv, 2): Pruébame y tiéntame, abrasa mi corazon y mis renes; cárgame con la carga de oficios y trabajos que quisieres, porque delante de mis ojos está siempre tu misericordia, y me agrada tu fidelidad, por la cual estoy cierto que aumentarás las fuerzas, si aumentares los trabajos.

2. De todo lo dicho he de sacar, que es cosa peligrosísima tomar estado contra la voluntad de Dios y por medios prohibidos, porque

con esto corto el hilo de los medios que la divina Providencia trazó para mi salvacion, y á mi cuenta irán los yerros que sucedieren; y merezco que Dios no me dé ayuda para llevar la carga que yo tomé por mi propia voluntad contra la suya, y sucederáme lo que dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* xv, 13): Toda planta que mi Padre no plantó, será arrancada; pero sin embargo de esto, si el yerro está hecho, y no tiene remedio por ser el estado perpétuo, ó por otra causa, no tengo de desconfiar de la divina misericordia; porque es tan infinita su caridad, que si uno se sale por un camino de la traza de su paternal providencia, sabe y puede por otro camino volverle á ella, sacando de los males bienes, y de los yerros aciertos, con tal condicion, que con arrepentimiento de lo hecho, como el hijo pródigo, vuelva confiadamente á ponerse en sus manos; porque no desampara á los que se arrojan en ellas.

—De los avisos para elegir estado se dijo algo en la meditacion VII y VIII de la parte III.—

MEDITACION XLVII.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA INSTITUCION DEL ESTADO RELIGIOSO CON VARIEDAD DE RELIGIONES, Y EN LLAMAR Á ALGUNOS PARA ELLAS.

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como la divina Providencia ordenó que dentro de la Iglesia hubiese casas y familias de religiosos dedicados á su divino servicio, por muy altos y soberanos fines, ponderando sumariamente los mas principales.- El primero es, para que la religion sea escuela de la perfeccion cristiana, la cual consiste en la perfecta caridad y union con Dios y con los prójimos, dando de mano á todas las demás cosas que desvian de esto (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 186); de modo que se pueda cumplir el precepto del amor con la mayor perfeccion que se pudiere. Y por consiguiente, la religion es casa de la caridad, linaje de los que buscan á Dios, morada de los que viven en union, y congregacion de los hijos de la sabiduría (*Psalm.* xxiii, 6), cuya nacion y condicion es obediencia y amor (*Eccli.* iii, 1).-De aquí es, que la religion es tambien escuela de la imitacion de Dios y de Cristo, en la cual los religiosos estudien por imitar las virtudes ejemplares de Dios, procurando ser perfectos, como su Padre celestial lo es; y tambien imiten al mismo Cristo, guardando no solamente sus preceptos, sino tambien sus consejos al modo que él los guardó.

2. El tercer fin fue, para que la religion fuese casa de refugio, donde los fieles se recogiesen, huyendo los peligros del mundo, y asegurasen mas su salvacion por los medios que para esto tiene, poderosos para huir de las culpas y ocasiones de ellas, y para ganar las virtudes con perseverancia hasta la muerte. De suerte, que por medio de la religion se cumpla lo que deseaba David, cuando dijo á Nuestro Señor (*Psalm.* XXX, 3): Sé para mí Dios amparador, y casa de refugio, para que me hagas salvo. El cuarto fin es, para que la religion sea casa de recreacion para Dios nuestro Señor, en medio de la tierra y paraíso de deleites; porque como sus regalos son estar con los hijos de los hombres, trazó su providencia que hubiese casa particular de algunos especiales amigos y privados con quien conversase (*Isai.* LVI, 6; *Cant.* II, 4), y se regalase, dedicándose ellos á conversar familiarmente con él; y así la religion es casa de oracion, bodega de los vinos del cielo, retrete del Rey celestial, á donde entra á sus queridos, y les descubre sus secretos.

3. El quinto fin es, para que la religion fuese como candelero de la Iglesia, y ciudad puesta sobre un alto monte, para dar luz á los demás fieles, así luz de doctrina, como de ejemplar vida, la cual confirmase la verdad y pureza de la religion cristiana, y exhortase á todos á seguirla y á glorificar á nuestro Padre que está en los cielos; cumpliéndose en los religiosos lo que dice san Pablo (*Philip.* II, 14): Vivid sin queja como sinceros hijos de Dios, sin reprension en medio de la nacion perversa de los hombres, entre los cuales resplandeceis como lumbreras del mundo. – El sexto fin fue, para que la Religion fuese lugar diputado para granjear muchos merecimientos y grandes aumentos de virtudes, de modo que subiesen los hombres á muy altos grados de gloria en compañía de los mas aventajados Ángeles que hay en ella, por ser la vida que hacen mas angélica que humana.

4. Con la consideracion de estos seis fines, si soy religioso, he de procurar estos seis afectos y deseos, que sean como las seis alas de los Serafines que vió Isaías; es á saber, perfecto amor de Dios y del prójimo; deseo de imitar la perfeccion de Dios y de Cristo; huir las ocasiones de culpas é imperfecciones para asegurar lo mas que pudiere mi salvacion; conversar familiarmente con Nuestro Señor; vivir ejemplarmente, para edificacion de los prójimos; y crecer en las virtudes, hasta alcanzar grandes aumentos de gloria. Con estas alas volaré para cumplir las obligaciones de mi estado, fiándome de la divina Providencia que con su espíritu avivará mi vuelo. Ó Padre

de misericordias, pues me has llamado á estado tan alto por fines tan soberanos, suplícote que la vida no sea baja, sino que concuerde la alteza de la vida con la del estado, para que con ambas alcance la alteza de la gloria. Amen.

—Estos seis fines han de servir de reglas para conocer las vocaciones á estado de religion, porque las que son de Dios siempre estriban en alguno de los motivos que están dichos.—

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como la divina Providencia ordenó que hubiese mucha variedad de religiones con diversos institutos y reglas, para alcanzar con mas suavidad los fines referidos, ponderando tres causas principales de esto.—Primeramente, como la perfecta caridad tiene varios actos en órden á la gloria y culto de Dios, y al provecho del prójimo, ejercitando con él varias obras de misericordia, así corporales como espirituales, y una religion sola no podia resplandecer con eminencia en todas juntas, ordenó la divina Sabiduría que hubiese varios institutos de religion, y que unos se señalasen en la contemplacion y amor unitivo de Dios; y otros en las cosas del culto divino; otros en la penitencia, y afliccion rigurosa de la carne; otros en obras de misericordia espirituales con los prójimos, enseñándoles, predicándoles y administrándoles los Sacramentos; otros en obras de misericordia corporales, sirviendo á los enfermos, ó redimiendo cautivos, ó defendiendo la Iglesia de sus enemigos. Y de esta manera en todas las religiones juntas resplandecen todas las obras de caridad con excelencia; señalándose unas en lo que no se señalan otras. Por lo cual la religion es como la casa de la divina Sabiduría, fundada en siete colunas (*Prov.* IX, 1), que son los siete institutos referidos, labradas con varias labores de medios muy eficaces para alcanzar sus fines, como son frecuencia de Sacramentos, exámenes de conciencia, direccion de maestros espirituales, silencio y clausura conveniente, y otras tales.

2. Lo segundo, como Cristo nuestro Redentor es dechado de infinita perfeccion en todo género de virtudes, de tal modo, que no puede una religion esmerarse con eminencia en imitarle en todas, por ser grande nuestra flaqueza para tan alta empresa, trazó la divina Providencia varias religiones, y que unas le imitasen con excelencia en la pobreza, otras en la obediencia, otras en el celo de las almas, otras en la humildad y ejercicios humildes, dando cada una ejemplo de estas virtudes á la otra, y al resto de la Iglesia, la cual por esta causa es como reina y esposa de Jesucristo, vestida, como

dice David, con vestidura rica de varios colores semejantes á los de su Esposo, cuyos pasos sigue. Y conforme á esto, si soy religioso, he de mirar cuál es la cosa principal en que mi religion se señala, así en la imitacion de Cristo nuestro Señor, como en las obras de caridad que ha escogido por su amor, y procurar señalarme en ellas, no descuidándome de las otras, para que se pueda decir de mí por esta singular diligencia, lo que dice la Iglesia de cada uno de los Santos (*Eccli.* XLIV, 20): No se halló otro semejante que así guardase la ley del Señor.

3. Lo tercero, como Dios nuestro Señor conoce que son muy diversas las inclinaciones y complexiones de los hombres, y que era muy dificultoso acomodarse todos á un modo de caminar á la perfeccion, trazó con su divina providencia que hubiese varios modos, para que todos hallasen alguno á su propósito, acomodado á su inclinacion y fuerzas, y por este camino asegurasen mas su salvacion, y creciesen mas en la virtud. Unos son inclinados á soledad, y les daña el trato con hombres; otros al contrario son inclinados á conversar con hombres, y les daña la soledad. Unos tienen fuerte complexion, y se inclinan á grandes asperezas; otros son mas flacos, y no pueden sufrirlas tan grandes. Pues para que todos puedan ser perfectos, quiere Nuestro Señor haya caminos apropiados para todos, y á cada uno, con su providencia paternal, encamina por el que mas le cuadra. Ó Sabiduría infinita, que haces todas las cosas con fortaleza, y las dispones con suavidad (*Sap.* VIII, 1), gracias te doy por haber edificado dentro de tu Iglesia la casa de la religion con mucha variedad de institutos, que como colunas la sustentan, y con mesa llena de varios manjares de reglas y documentos acomodados al gusto y necesidad de sus moradores. Y pues tu soberana providencia se ha dignado arrimarme á una de estas colunas, átame fuertemente con ella, para que perseverando siempre en tu servicio, conforme á mi estado, llegue á ser coluna en el santo templo de tu gloria. (*Apoc.* III, 12). Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar el cuidado que tiene la divina Providencia en llamar gente para este estado de religion, y para cada una de las religiones, ponderando las cosas mas señaladas que hay en esta vocacion. Lo primero, que ninguno puede tomar este soberano estado, ni entrar en la religion como debe, si no es llamado de Dios con vocacion especial para ello, porque la castidad, obediencia y pobreza religiosa exceden tanto á nuestra naturaleza, que no puede por sí mismo atreverse á prometerlas, ni po-

drá guardarlas. Y así dijo Cristo nuestro Señor de la castidad, que no todos alcanzaban á entenderla, *sed quibus datum* (*Matth.* XIX, 11), sino solamente aquellos á quien era concedido, y ninguno puede venir á Cristo imitando su perfeccion, si su Padre celestial no le trajere (*Ioan.* VI, 44), llamándole con sus inspiraciones, y ayudándole para que venga.

2. Lo segundo, ponderaré que como el estado de religion no es necesario para entrar en el cielo, así Dios nuestro Señor no llama á todos los hombres para que le tomen, sino solamente á los que quiere, y esto no por sus merecimientos, sino de pura gracia y misericordia; y así muchas veces deja á los muy buenos en el siglo, y llama á otros no tales para mejorarlos, porque quiere hacerles este bien, conforme á lo que dijo á sus Apóstoles (*Ioan.* XV, 16): No me escogísteis vosotros, sino yo os escogí: yo os puse en el estado que teneis, para que vayais por el mundo, y lleveis fruto que permanezca. Gracias te doy, Maestro soberano, porque me escogiste para ser discípulo tuyo en la escuela de perfeccion, dejando otros que merecian mejor entrar en ella. No pudiera yo escoger este estado, si tu misericordia no me previniera para ello; y pues ya me has escogido, suplícote me ayudes, para que lleve frutos que permanezcan hasta la vida eterna. Amen.

3. Lo tercero, ponderaré que los que son llamados de Dios para este estado, han de responder á su llamamiento, por ser grande la merced y favor que en esto les hace, y resistirle es grande descortesía é ingratitud, y ocasion de grandes caidas; porque quizá Nuestro Señor con su eterna sabiduría ha visto que este estado es el medio de su salvacion; y si le rechazan, decirles ha como á los convidados que no quisieron venir á su convite, que nunca mas gustarán de su cena. (*Luc.* XIV, 24). Y lo que dijo al otro que dilataba seguirle (*Luc.* IX, 52): Quien echa mano al arado y se vuelve atrás, no es apto para el reino de Dios. Y así con gran cuidado he de mirar si soy de los llamados, porque si consiento, será señal que soy de los escogidos; y si resisto, puedo temer que soy de los reprobados.

4. Lo cuarto, ponderaré como la divina Providencia con especial vocacion llama á cada uno para la religion que mas le conviene, atendiendo juntamente á dos cosas; porque en cuanto Gobernador universal de las religiones, provee á todas de personas que las vayan conservando; y en cuanto Gobernador particular de cada hombre, inspira á cada uno de los que así llama á la religion, que mas

le ayudará para su salvacion y entera perfeccion, y resistirla es gran yerro, porque fácilmente podrá alcanzar su fin con suavidad en la religion para que es llamado, y quizá en la otra no podrá, ó no perseverará, por faltarle el caudal para ello, al modo que se dijo en la meditacion pasada. Con esta consideracion daré gracias á Nuestro Señor por el cuidado que tiene de todas las religiones, confiando en su providencia que las conservará para su gloria. Y cada uno puede confiar que le llamó para la religion que mas le convenia, animándose á perseverar con aumento de virtudes en el lugar donde le ha puesto, hasta que le vea claramente en la santa Sion. (*Psalm.* LXXXIII, 7). Amen.

MEDITACION XLVIII.

DE LOS BIENES QUE ENCIERRA EL ESTADO RELIGIOSO, Y CUÁN SOBERANO SEA ESTE BENEFICIO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Para ponderar la grandeza de este beneficio, se han de poner los ojos en las miserias del mundo, de donde saca Dios al religioso, y en las excelencias del estado en que le pone, y en los premios que en esta vida y en la otra le promete. - Lo primero, se ha de considerar como dentro de este mundo visible, que es bueno y hechura de Dios, hay otro mundo fundado en maldad, cuyo príncipe es el demonio, y cuyo empleo, como dice san Juan (I *Ioan.* II, 16), es codicia de carne y de ojos, y soberbia de la vida. De suerte, que este mundo es una congregacion de hombres rendidos al amor desordenado de los deleites carnales, de las riquezas y honras vanas, de donde proceden las espinas de las culpas y congojas que punzan á los mundanos (*Luc.* VIII, 14), y ahogan la semilla de las divinas inspiraciones, y despues son cebo de los fuegos eternos. Este mal mundo tiene dos partes: una está fuera de la Iglesia, que es la congregacion de los infieles, los cuales, como carecen de fe, se deslizan en innumerables vicios, y no paran hasta despeñarse en los infiernos. Y de este mundo saca Dios nuestro Señor, por su misericordia, á todos los fieles, poniéndoles dentro de su Iglesia, donde pueden salvarse. - Otra parte está dentro de la misma Iglesia, que es la congregacion de los pecadores que poseen ó pretenden con desórden los regalos, riquezas y dignidades con pérdida de la caridad, y con riesgo de su salvacion; porque llevados de su amor, re-

sisten al divino llamamiento, como resistieron los tres que fueron llamados á la cena, y fueron para siempre excluidos de ella. En medio de este mundo viven los justos seglares que poseen lícitamente estas cosas, los cuales tambien tienen grande peligro, por las ocasiones que nacen de los bienes temporales que gozan, y del mal ejemplo de los mundanos con quien viven, y por las calumnias y molestias que reciben de los que pretenden lo mismo que ellos poseen; por lo cual Cristo nuestro Señor, hablando de un rico que era justo, y resistió á la vocacion para ser perfecto, dijo (*Matth.* XIX, 24): Que era mas fácil entrar un camello por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de los cielos.

2. De este mundo tan peligroso saca Nuestro Señor, por su misericordia, á los religiosos poniéndoles en un estado desnudo de estas riquezas, deleites y vanas libertades, para que vivan libres de los pecados y peligros que trae consigo. Y así tantos beneficios recibo de Dios en la religion, cuantos son los vicios y congojas que veo en los que viven fuera de ella, por lo cual he de darle continuas gracias. Ó dulcísimo Jesús, ¿de dónde á mí tanto bien, que me hayas dicho al corazon como á Abrahan (*Genes.* XII, 1): Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que te mostraré? Gracias te doy cuantas puedo, porque me sacaste de *Ur Chaldaeorum* (*Genes.* XI, 31), del fuego de los caldeos, para que no pereciese abrasado con el fuego de mis codicias; y pues ya me alejaste de este fuego, no permitas que me acerque á él, antes abrásame con el fuego de la caridad, para que del todo muera en mí la codicia.

3. Pero mas adelante ponderaré la traza de la divina Providencia en este caso, porque cuando algunos están pegados á las cosas que poseen en el mundo con peligro de perderse, si no quieren dejarlas de grado por las inspiraciones amorosas con que los llama, suele cási forzarlos á que las dejen, permitiéndoles caer en trabajos, enfermedades y tentaciones, y á veces en graves pecados, para que viendo al ojo su peligro, procuren huir de él. Al modo que los Ángeles, viendo que Lot no acababa de salir de Sodoma, por estar aficionado á las cosas que allí tenia, le asieron de la mano, y le sacaron medio por fuerza, para que no fuese abrasado con el fuego que cayó sobre ella. (*Genes.* XVI, 17). Ó Padre amorosísimo (*Luc.* XIV, 23), ¿qué gracias te daré por haberme compelido á entrar en tu casa para huir del fuego que abrasa al mundo? Consérvame dentro de ella, aunque sea con fuerza de trabajos, para que libre de los

fuegos que me amenazan, alcance los premios que me esperan. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como el estado religioso encierra con gran excelencia los tres géneros que hay de bien.—El primero, es el bien honesto que abraza todas las virtudes, así morales, como teologales, con los dones del Espíritu Santo.—El segundo, es el bien deleitable que abraza la paz de Dios, que sobrepuja á todo sentido, y el gozo del Espíritu Santo, con los deleites que nacen de las obras de las virtudes.—El tercero, es el bien útil y provechoso que encierra los medios convenientes para conservar y aumentar la vida del alma y alcanzar la vida eterna, y tambien los que ayudan para pasar esta vida temporal del cuerpo, con provecho del espíritu. Todo esto se halla en la religion excelentísimamente, de modo que podemos decir de ella lo que dice el Sábio de la divina Sabiduría (*Sap.* VII, 11): Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y por su medio alcancé innumerables riquezas, y no sabia que era madre de todos los bienes.

2. Y así es, que la religion es madre de todas las virtudes en su perfeccion; ella las cria y sustenta con la leche de su doctrina, y las hace crecer con los medios que pone para que ejerciten sus actos; y las encierra con los cerrojos de los votos dentro de su casa, para que no se vayan fuera de ella, y las levanta á tanta grandeza, que compiten con la angélica, porque, como dice san Basilio (*Reg.* 8 *ex just. et de const. Monast. c.* 19), no es otra cosa religion, que un traspaso del modo de vivir humano, al que tienen los Santos en el cielo; y por la semejanza de lo que pasa en el cielo, se puede conocer la vida que los religiosos profesan en la tierra. Porque acá toman posesion especial del reino de Dios (*Rom.* XIV, 17), que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, el cual con particular asistencia es Padre de todos estos géneros de bienes, de los cuales la religion es madre, llenando de ellos á sus hijos. Ó Padre amantísimo, gracias te doy por haberme traido á vivir en la casa de la santidad, haciéndome hijo de la que es madre de las virtudes, para que me crie en ellas. Ó alma mia, oye los consejos de tu madre, que dice (*Prov.* VII, 1-2): Reciba tu corazon mis palabras, guarda mis preceptos, y vivirás, no la vida que solias, sino otra mas que humana, vida santa, alegre, pacífica, celestial y divina. Comienza á ejercitar luego lo que te manda, y probarás por experiencia lo que te promete. En cada uno de estos tres géneros de bienes se puede discurrir en particular, ponderando como la religion es madre de la caridad, de la contemplacion, de la templanza, etc., y de los de-

leites y provecho que de ella se siguen, al modo que se verá en los ejemplos del punto siguiente.

Punto tercero. — 1. Para penetrar mas las riquezas inestimables de este estado, se ha de considerar el coloquio entre san Pedro y Cristo nuestro Señor, que cuentan los Evangelistas por estas palabras (*Matth.* XIX, 27; *Luc.* XVIII, 27): *Dijo Pedro á Jesús: Nosotros hemos dejado por tí todas los cosas, y te hemos seguido, ¿qué premio nos darás? Respondió el Señor: Digoos de verdad, que vosotros que me habeis seguido en la regeneracion del mundo, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su Majestad, os sentaréis en doce tronos, para juzgar las doce tribus de Israel. Y cualquiera que dejare, por mi causa, hermanos ó hermanas, padre ó madre, mujer ó hijos, ó heredades, recibirá cien doblado en este siglo, y despues la vida eterna.* En esta pregunta y respuesta se ha de ponderar, como la religion es un admirable concierto entre Dios y el hombre, por el cual se ofrece el hombre de hacer lo sumo que puede por Dios, y Dios ofrece excelentísimos favores y premios al hombre.

2. *De lo que el religioso hace por Dios.* — Lo primero, ponderaré lo que el religioso hace por Dios, reduciéndolo á las dos cosas que dijo san Pedro. - La primera es, dejar por él todas las cosas que se pueden dejar, porque con el voto de pobreza renuncia el dominio de los bienes temporales que tiene, y el derecho de haberlos, y aun la voluntad de pretenderlos; de modo, que si todo el mundo fuera suyo, le dejara, contentándose con el uso de lo necesario para pasar la vida, y esto con dependencia de la voluntad del prelado. - Con el voto de castidad renuncia los deleites de la carne, no solamente los ilícitos, sino los lícitos del matrimonio, renunciando el derecho de tener mujer (*D. Basil.* reg. 8 ex fusis), hijos y familia. Y para conservar esta pureza de la carne se ofrece á mortificarla con la penitencia, clausura y guarda de los sentidos. - Con el voto de obediencia renuncia su propia libertad, ofreciéndose á negar su propio juicio y propia voluntad, por hacer la de Dios y la de los prelados, que en su nombre le gobiernan. Y para cumplir bien todo esto, deja su padre y madre, hermanos, amigos y vecinos, y su propia tierra, negándolos á todos, como si no los conociera; y está aparejado á perder la salud y vida, cuando la ley de la caridad y obediencia lo pidiere. De donde se sigue, que el religioso ofrece á Dios de sí mismo y de todas sus cosas un perfecto holocausto, dándole, como dice san Gregorio (*Homil.* 12 *in Ezech.*), todo lo que tiene, sabe y puede. Pero ¿qué mucho, dulcísimo Jesús, que ofrezca yo tal holocausto de

mí por tu servicio, pues tú ofreciste otro muy mayor de tí por mi provecho? Tú renunciaste todas las cosas de esta vida por remediarme, razon es que yo las deje por servirte.

3. La segunda cosa es, seguir á Cristo nuestro Señor, imitando cada uno conforme á su caudal las esclarecidas virtudes que en él resplandecieron, y los consejos de perfeccion que nos enseñó, mirándole como á dechado de su vida, conversando con él familiarmente en la oracion, siguiendo á este Cordero donde quiera que va (*Apoc.* XIV, 4), sin perderle de vista ni alejarse de su compañía. Y para què se vea lo mucho que estas dos cosas encierran, puedo aplicar á los religiosos lo que dice san Pablo de los santos antiguos (*Hebr.* XI), porque con esclarecida fe salen como Abrahan de su tierra, y de la casa de su padre, y viven como peregrinos, esperando la ciudad eterna, cuyo fundador es Dios. Y como el mismo Abrahan ofrecen en holocausto su hijo unigénito Isaac, degollando por el voto de obediencia su propia voluntad, por cumplir la divina, confiando que Dios podrá resucitarla con mejor vida que antes tenia. Y como otro Moisés niegan la filiacion y generosidad del mundo, escogiendo vivir afligidos con los justos, antes que gozar los deleites de los pecadores, teniendo los desprecios de Cristo por riquezas mas preciosas que los tesoros de Egipto, no haciendo caso de lo que dirán los hombres, porque miran presente al invisible Dios.

4. Con esta fe salen de la tiranía de Faraon, que es el demonio; pasan el mar Bermejo á pié enjuto, rompiendo el muro de dificultades que tiene la entrada en la tierra de la promision eterna; tapan las bocas de los leones, que son sus pasiones; apagan el fuego de sus codicias; sacan fuerzas de flaqueza en las enfermedades; están fuertes en las batallas y tentaciones; vístense de pieles groseras y de cilicios ásperos; sufren hambre y sed buscando las soledades; moran en las cuevas y hacen vida tan excelente, siguiendo los pasos de su capitan Jesús, que no merece el mundo su compañía. Cuando hubiere cumplido estas dos cosas como san Pedro, en virtud de la fe y confianza en la gracia y omnipotencia del Salvador, puedo decirle: *Quid ergo erit mihi?* ¿qué me darás por todo esto? Ó Salvador dulcísimo, no pretendo servirte principalmente por interese, porque harto premio es servirte por quien tú eres; mas para alentar mi flaco corazon, díme lo que quieres hacer por mí, en premio de lo que yo hago por tí.

5. *De lo que Dios hace por el religioso.* — Luego ponderaré lo que hace Dios por el religioso, reduciéndolo á tres cosas que prometió

á san Pedro por el órden que las dijo.-La primera es, darle el dia del juicio un lugar y trono excelentísimo (*D. August., Bed. et alii*) por el lugar que dejó en el mundo y tomó en la religion. De modo, que cuando los demás hombres han de parecer ante el tribunal de Cristo para ser juzgados, estarán ellos con los Apóstoles sentados en tronos de gloria á modo de jueces, con un gozo y honra especial, por haber imitado al Juez en la pobreza, castidad y obediencia, y en las demás virtudes que nos aconsejó en su Evangelio: porque es amigo de honrar á los que le honran (I *Reg.* II, 30), y de ensalzar á los que se humillan por honrarle. (*Matth.* XXIII, 12).

6. La segunda promesa es, darle por lo que dejó ciento tanto en esta vida. Y esta paga unas veces es de contado en la misma moneda, porque, como dice Casiano, y la experiencia lo enseña (*Collat. ultima, c. ult,*), dejando una casa ó heredad, un padre, hermano y amigo, ó fiel criado, halla todas las casas, rentas y limosnas de la religion, y muchos centenares de personas que hacen con él oficio de padre, hermano y amigo, y le sirven con mas fidelidad que los seglares; y por la honra que dejó en el mundo, recibe, sin pretenderla, honra cien doblada. Y la providencia especial de Dios es cien mil veces mas que todas las cosas que dejó, pues por el mismo caso que las dejó por su amor, toma á su cargo darme las convenientes, al modo que arriba se dijo, como lo experimentaron los Apóstoles, á quien dijo Cristo: Cuando os envié sin bolsa, ni alforja (*Luc.* XXII, 35), *numquid aliquid defuit vobis?* ¿por ventura faltóos alguna cosa? Y respondieron todos: *nihil,* ninguna cosa.

7. Otras veces la paga se hace en otra moneda mas preciosa, dándonos, en lugar de las cosas que dejamos, tanto consuelo en haberlas dejado, que excede cien veces al que tuviéramos poseyéndolas: porque los deleites del espíritu exceden incomparablemente á los de la carne, y mas gusto halla el perfecto religioso en la deshonra y pobreza, que el ambicioso y avariento en la honra y riqueza. (*D. Bas.* de const. Monast. *c.* 6). Y para asegurarnos de esto dijo el Salvador por san Marcos, que nos daria el cien doblado, con las persecuciones. Ó Padre amorosísimo, ¿que gracias te daré por haberme traido á tu casa? pues vale mas un dia de ella, que mil de otra parte (*Psalm.* LXXXIII, 12); y mas quiero ser en ella despreciado, que vivir muy honrado en los palacios del mundo, porque no hay mayor honra y regalo, que vivir débajo de tu amparo. ¿Qué puedo dejar por tí, que no vuelvas por ello cien doblado? Si dejo mis padres, tú entras á ser mi padre; si renuncio las herencias, tú eres mi herencia; y si

dejo todas las cosas, tú eres para mí todas las cosas. ¡Oh cambio celestial! oh trueco divino! Tómame, Señor, por tuyo, pues con tanta liberalidad te das por mio.

8. La tercera promesa es, de la vida eterna, añadiendo á lo que se promete á todos los fieles una especial providencia de encaminarles á esta vida por medios tan seguros, que la alcancen con mas facilidad y con mayores ventajas. Por lo cual dicen los santos, que la perseverancia en la religion es señal de predestinacion (*D. Bern.* ad fratr. de Mont. Dei; *D. Laur. Justin.* de perfect. Monast. convers. *c.* 7); porque en premio de haber renunciado su propio parecer y el gobierno de sí mismos, los gobierna Dios con especial cuidado, para que alcancen su dichoso premio. Ó alma mia, alégrate por haberte Dios escogido para este dichoso estado: sea para tí la celda, cielo, viviendo en la celda con la pureza que viven los Ángeles en el cielo; porque si perseveras en ella fielmente hasta la muerte, de ella serás trasladada al cielo, donde reines con Cristo por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLIX.

DE LA PROVIDENCIA ESPECIALÍSIMA QUE TIENE DIOS CON LOS PREDESTINADOS CERCA DE SU BUENA MUERTE Y PERSEVERANCIA EN LA GRACIA, Y CUÁN SOBERANO SEA EL BENEFICIO DE LA PREDESTINACION.

Punto primero.— 1. El supremo beneficio que Dios en esta vida nos hace es, disponer con su providencia de tal manera nuestras cosas, que tengamos buena muerte en gracia y amistad suya; en lo cual consiste totalmente nuestra salvacion, y se suman los beneficios propios de los predestinados, de quien dijo san Pablo (*Rom.* VIII, 29): *Que predestinó Dios á muchos, para que fuesen conformes con la imágen de su Hijo: y á los que predestinó, llamó; y á los que llamó, justificó; y á los que justificó, glorificó.* En las cuales palabras pone tres singulares beneficios de los predestinados.-El primero es, llamarlos antes de la muerte, de modo que con efecto se justifiquen.-El segundo, justificarlos de tal manera, que perseveren en la justicia hasta la muerte.-De donde se sigue el tercero, que es glorificarlos con el premio de la gloria. Y á la providencia que Dios tiene de todo esto llamamos predestinacion (*D. Thom.* 1 *p. quaest.* 23), de cuyas causas, efectos y señales dirémos lo que hace á nuestro propósito, para nuestro consuelo y provecho.-Lo primero, se ha

de considerar la particularísima providencia que tiene Dios nuestro Señor de llamar y justificar á algunos pecadores antes de la muerte, porque los tiene predestinados para el cielo. Esta vocacion tan singular consiste en llamarlos en tal tiempo y coyuntura, con tal frecuencia y eficacia de inspiraciones, y con tales toques interiores y exteriores, que vienen á consentir con el divino llamamiento, y alcanzar la gracia de la justificacion, como sucedió al buen ladron en la cruz (*Luc.* XXIII, 41): y á veces usa de medios extraordinarios y cási milagrosos, como la experiencia de cada dia nos lo muestra.

—De esto se dijo en la meditacion XXXVII.—

2. Luego consideraré la especial providencia que tiene Nuestro Señor con la muerte de los justos predestinados, para que perseveren en gracia y mueran en ella: porque lo primero, les previene con especiales favores, para que no sean vencidos de las tentaciones, y les preserva de muchas que pudieran derribarles.-Además, traza el modo de muerte que les conviene para su salvacion, ó con muchos dolores, ó sin ellos, ó poco á poco, ó de repente; porque la malicia no mude su corazon, ni el verse morir les cause grande afliccion. (*Sap.* IV, 11).-Además, á unos lleva por grandes temores, porque no se envanezcan, ni se pierdan por soberbia: á otros por grandes regalos, porque no desmayen, ni se pierdan por desconfianza; y á otros hace singulares favores en premio de singulares servicios. (*Trid. ses.* 6, *can.* 26).-Finalmente, por medios maravillosos y secretos les concede el gran don de la perseverancia, de quien dijo Cristo nuestro Señor: El que perseverare hasta la fin, será salvo. Y porque este don no cae debajo de nuestros merecimientos, hemos de pedírsele, y suplicar á los Santos le pidan por nosotros con fervientes oraciones, pues ellas tambien son medio de la predestinacion. (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 109, *art.* 10; *q.* 114, *art.* 9). Ó Dios eterno, cuyas obras son perfectas, pues has comenzado en mí la obra de mi salvacion, acábala perfectamente, dándome el don de la perseverancia con que alcance la corona. Ó Santos del cielo, á quien Nuestro Señor concedió este don tan soberano, negociadle para mí, suplicándole tenga tal providencia de mi muerte, que sea principio de mi eterna vida. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar las causas de donde procede este soberano beneficio, para que tengamos confianza de alcanzarle. La primera es, la infinita bondad y misericordia de Dios, el cual viendo que todos los hombres de su naturaleza eran mudables, y que por su libertad y flaqueza era fácil

condenarse, resistiendo á los medios de su general providencia, quiso tener otra especialísima de algunos, en los cuales, sin sus merecimientos, mostrase, como dice el Apóstol (*Ephes.* I, 7), las riquezas de su gloria. Y por esto los llama vasos de misericordia (*Rom.* IX, 23), aparejados para gloria suya (como se ponderó en la meditacion XII).—La segunda causa es, los infinitos merecimientos de Cristo nuestro Señor, por los cuales quiso el Padre eterno asegurarle alguna familia de escogidos, conforme á su imágen (*Rom.* VIII, 29), para que fuese primogénito entre muchos hermanos, parecidos á él en el ser de gracia y de la gloria, como lo eran en el ser de naturaleza. Y de aquí es, que aunque estos predestinados son pocos, respecto de los que por su culpa se condenan, y desechan la conformidad con Cristo; pero absolutamente, como dice san Juan (*Apoc.* VII, 9), son muy muchos y como innumerables, porque así convenia á la grandeza de la misericordia de Dios, y á la dignidad del Salvador, y á la eficacia de sus merecimientos.

2. De estas dos fuentes he de sacar afectos muy gozosos, por esta eleccion que hizo Dios de tantos predestinados, confiando que yo seré uno de ellos, pues en tales prendas estriba mi salvacion, con tal que, pues he sido llamado al Cristianismo, procure, como dice san Pedro (II *Petr.* I, 10), por medio de buenas obras, hacer cierta mi vocacion y eleccion, porque de parte de Dios nunca me faltará bastante ayuda para alcanzar la perseverancia y buena muerte; aunque quiere su Majestad que todo esto me sea oculto, para que no afloje en su servicio. Por tanto, alma mia, no te turbes con demasiadas congojas, sino arrójate confiadamente en las manos de Padre tan amoroso, y de Redentor tan misericordioso, esperando acabarán en tí con perfeccion la obra que comenzaron por su gracia. Y pues su voluntad es, que la predestinacion y perseverancia sea oculta, alábale por ello, y cesa de escudriñarla, porque no es razon querer saber lo que Dios no ha querido revelar. Escudriña, como dice el Sábio (*Eccles.* III, 22), las cosas que Dios te manda, para cumplirlas, y así llegarás con los predestinados á gozar el premio de ellas.

Punto tercero. — Últimamente, consideraré como hay muchas señales y conjeturas para conocer los que son predestinados, las cuales deberíamos procurar, así para nuestro consuelo, como para nuestro aliento; pues como dijo el Salvador: No hay mayor motivo de alegría que estar nuestros nombres escritos en el cielo. Estas señales son: oir de buena gana la palabra de Dios; obedecer á sus se-

cretas inspiraciones; procurar cumplir sus mandamientos y consejos, especialmente el dejar por él todas las cosas; frecuentar los Sacramentos y el ejercicio de la oracion; ser muy devoto de la Vírgen, y muy inclinado á obras de misericordia; y el mismo temor continuo de Dios y de sus juicios es señal de predestinacion, porque imprime Dios este miedo, para que guarde la viña. Finalmente, por medio de estas obras el mismo Espíritu Santo, como dice san Pablo (*Rom.* VIII, 16), y declara san Bernardo (*Serm.* 2 *de oct. Pas.*), va dando testimonios interiores á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y si hijos, tambien serémos herederos con Cristo. Ó Rey eterno, y Pastor soberano, cuyas ovejas se conocen por oir tu voz, y seguir tu vida (*Ioan.* X, 14); concédeme que oiga lo que me dices, y cumpla lo que me mandas, para que tenga prendas de ser oveja de tu escogido rebaño, y el dia del juicio me pongas á tu mano derecha, llevándome contigo al reino de tu gloria. Amen.

—Para quitar la congojosa solicitud de nuestra perseverancia y predestinacion, ayudará lo que se dijo en la meditacion XXXI. Y para asegurarla del modo que acá se puede, ayudará mucho la meditacion que se sigue.—

MEDITACION L.

DE LA HUMILDAD Y RESIGNACION QUE DISPONEN PARA COGER COPIOSOS FRUTOS DE LA DIVINA PROVIDENCIA.

—La humildad, que dispone para ser favorecidos de la divina Providencia, no solamente es la que pertenece á los que han sido pecadores, y se funda en el conocimiento de nuestros pecados, del cual se trató en la parte I (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 191, *art.* 1 *ad* 4), sino la que pertenece á los muy santos, y á la misma alma de Cristo nuestro Señor: y se funda en el conocimiento de la nada que tenemos de nuestra cosecha, del cual se ha tratado en las meditaciones de esta parte VI, en las cuales se han ponderado cuatro puntos principales.—El primero, que todo el ser de mi cuerpo y alma, con todos mis miembros y potencias, y con el adorno que tienen añadido, así natural como sobrenatural, no es mio, sino de Dios que me lo dió; y si él no me lo diera, yo siempre estuviera en el abismo de la nada, como se ponderó en la meditacion II y XVII.—El segundo, despues de recibido todo este ser, yo no puedo conservarle, y si Dios no le conservase actualmente, luego se volvería en nada, como se

dijo en la meditacion XXVIII.-El tercero, el uso de todas mis potencias y sentidos; y todas mis obras están tan pendientes de Dios, que sin su actual concurso nada puedo hacer ni aun pensar, como allí se ponderó.-El cuarto, por mucho que tenga recibido, todo es nada, en comparacion del ser de Dios y de sus perfecciones y virtudes, como se dijo en la meditacion VI.-Añado, lo quinto, que de mi cosecha soy fuente de todo lo que es nada y menos que nada, que es el pecado, al modo que se ponderó en la meditacion IV de la parte I. Todo esto se verá recogido en la meditacion que se sigue, fundándola en la semejanza de que Cristo nuestro Señor usa muchas veces, diciendo (*Matth.* XVIII, 8): *Si no os hiciéredes como pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos, y el que se humillare como este niño, será mayor en el cielo, y dejad á estos infantes llegarse á mí, porque de estos es el reino de Dios.*

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar la humildad heróica que en esta comparacion se representa, y los frutos que en ella se cogen de la divina providencia: para lo cual en la presencia de Dios me imaginaré como un niño pequeño, cuyas propiedades son:-La primera, que si está súcio no puede limpiarse si no le limpian.-La segunda, si está caido en tierra, no puede levantarse si no le levantan.-La tercera, si le ponen en pié, no puede tenerse si no le tienen, ni dar paso si no le llevan.-La cuarta, si tiene hambre ó sed, no puede comer ni beber si no se lo dan.-La quinta, si tiene frio ó cualquier otro trabajo ó peligro de enemigos, no se puede librar si no le libran, ni defenderse si no le defienden.-La sexta, por remate de sus miserias, no sabe ni puede pedir lo que le falta, ni aun lo conoce para pedirlo. Estas son las miserias del niño, para las cuales no tiene otro remedio que la piedad y amor de su madre, y la providencia maternal que tiene de su hijo. De este modo me tengo yo de imaginar delante de Dios, aplicándome las seis cosas dichas.-Lo primero, es tan grande mi flaqueza, que por mi solo albedrío puedo pecar y mancharme con muchas culpas; pero despues que peco, no puedo yo solo lavarme ni limpiarme de ellas, si Dios no me lava y limpia. Y así tengo de decirle como David (*Psalm.* L, 4): Lávame, Señor, de mi maldad, y límpiame de mi pecado.

2. Lo segundo, con el peso de mis ruines inclinaciones, y de este cuerpo corruptible que apesga al alma, fácilmente caigo en tierra, y estoy postrado en ella con la aficion desordenada á las cosas terrenas, porque soy hijo del Adan terreno; pero una vez caido no puedo levantarme á solas, si Dios no me da la mano y me levanta.

Y así para siempre quedaria caido como la casa de Israel, de quien dice un Profeta (*Amos*, v, 1): Cayó, y nunca mas se levantará.-Lo tercero, si Dios por su misericordia me levanta y pone en pié dándome alguna virtud ó espíritu de devocion, no puedo por mí solo tenerme, ni conservar lo que me ha dado, ni dar paso adelante, si él mismo no me ayuda á ello, y así siempre he de estar con temor de caer, conforme al dicho del Apóstol (I *Cor.* x, 12): El que está en pié, mire no caiga.-Lo cuarto, si padezco hambre y sed de los manjares espirituales, como son los Sacramentos, la palabra de Dios, y las obras de justicia, no puedo por mí solo buscarlos ni comerlos, de modo que me entren en provecho, si Dios no me ayuda á todo esto; y si tengo algun deseo de mejorarme, no puedo cumplir mi deseo, si Dios que me le dió no me da tambien gracia para cumplirle.

3. Lo quinto, estoy tan rodeado de tentaciones y peligros del demonio, mundo y carne, que no es posible por mis solas fuerzas librarme de ellos, si Dios no me libra; ni tengo armas para defenderme, si Dios no me las da. Siempre estaria frio con pecados y tibiezas, si Dios no me calienta con el fuego de su amor; y siempre estaria encendido con el fuego del amor propio, si Dios no me refresca con el agua viva de su gracia.-Finalmente, es tanta mi miseria, que no sé orar (*Rom.* viii, 26), ni pedir lo que he menester, como me conviene, si el mismo Espíritu de Dios no me lo enseña, ni aun sé conocer mis peligros y necesidades, si Dios no me descubre la gravedad de ellas. Esta es la miseria que tengo de mi cosecha: de donde se sigue que hacerme niño, no es ser ignorante de estas cosas, ni estar caido actualmente en estas miserias, sino reconocerme por sujeto á caer en ellas; y de aquí como de raíz nace la perfeccion. Por lo que dijo san Pablo (I *Cor.* xiv, 20): No seais niños en el sentir y conocer, sino en la malicia y astucia; pero en el sentir y conocer sed perfectos.

4. Despues de haber ponderado estas miserias que tengo de mi cosecha, he de levantar los ojos á ponderar, como la infinita caridad y providencia paternal de Dios acude á remediarlas todas, con mucho mayor cuidado que las madres acuden á remediar las de sus hijuelos pequeñitos, porque será posible que las madres se olviden de ellos; pero, como dice el mismo Señor, nunca se olvida de los suyos (*Isai.* xlix, 15): y así con su providencia acude á lavarme, á levantarme de la tierra, á tenerme en pié, á darme el manjar conveniente, á defenderme de mis enemigos, y á enseñarme á orar, de

tal manera, que nunca faltará por su providencia mi remedio, mucho mas á punto que si estuviera en mi sola libertad. Y así con el afecto de humildad y desconfianza de mí mismo, por verme tan flaco como un niño, he de juntar el afecto de amor y confianza en Dios, por ver el cuidado con que asiste á mi remedio, para que la consideracion de mi niñez no me haga pusilánime, antes me aliente mucho mas; porque como la madre tiene mayor providencia y cuidado del niño pequeñito que no puede cuidar de sí ni de su remedio, que no del hijo grande que puede por sí valerse; así Dios nuestro Señor tiene providencia mas regalada y especial de los humildes, que se tienen por niños en sus ojos, que no de los que presumen y se tienen por grandes. Y así dice por Isaías (*Isai.* LXVI, 12), que como madre los regalará, y dará su pecho, y los pondrá sobre sus rodillas, y se alegrará con ellos de la manera que la madre suele hacerlo con su hijo. ¡Oh dichoso el justo que se hace niño con la humildad, pues por ella goza de tan admirable y regalada providencia! ¡Oh humildad bienaventurada, por la cual la divina Providencia produce frutos tan copiosos! Ó Padre misericordiosísimo, cuanto mas conozco mis miserias, tanto mas te amo, por el cuidado que tienes de librarme de ellas. Y pues salí de tu omnipotencia como niño necesitado de tu continua ayuda, dámela con tu paternal providencia, para que nunca cese de alabarte (*Psalm.* VIII, 3), pues de la boca de los niños, y de los que maman, salen las alabanzas que te agradan y agradarán por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la resignacion humilde que en esta misma comparacion se representa, y los frutos que con ella se cogen de la divina Providencia, ponderando que el niño naturalmente descuida de todas las cosas que ha menester, dejándolas á la providencia y cuidado de su madre. No tiene cuidado de la leche que le han de dar, si es buena ó mala, ni repara en que le envuelvan en pañales de lino delgado ó grueso, y en mantillas de seda ó jerga; con cualquiera cosa se contenta. No advierte si mora en palacios suntuosos, y si le echan en cuna blanda y rica, ó si mora en una pobre choza, y está echado en un vil pesebre. No se envanece con la honra que le hacen por ser hijo de rey, ni se aflige de que le desprecien por ser hijo de esclavo. Finalmente, descuidando él de sí, tal es su suerte, cual es la de su padre y madre, y tal su crianza, cual es la providencia de los que de él tienen cuidado.

2. De esta manera he de procurar hacerme niño delante de Dios

nuestro Señor, haciendo con virtud lo que hace el niño por naturaleza, apartando de mí todos mis congojosos cuidados, y arrojándolos en Dios (*Psalm.* LIV, 23), *et ipse me enutriet*, y él me criará y cuidará de mí, como de niño hijo suyo, proveyéndome de la comida, vestido, honra, y lo demás que arriba se ha dicho. Por lo cual he de gozarme de la buena suerte que me ha cabido en tener tal padre y madre como Dios, cuya providencia y cuidado para conmigo excede infinitamente al que todos los reyes y príncipes, y todos los padres y madres del mundo pueden tener de sus hijos. Porque si es verdad, como dice el Apóstol (I *Tim.* V, 8), que quien no tiene cuidado de los suyos, especialmente de los domésticos, negó la fe, y es peor que el infiel, ¿cómo es posible que Dios nuestro Señor, que ha dado palabra de cuidar de nosotros, y es imposible negarse á sí mismo ni faltar en la fidelidad, deje de tener muy gran cuidado de los suyos, que están á su cargo, y mucho mayor de sus hijos, que están en su casa, y no tienen otro amparo sino el suyo por ser niños? De lo cual es regalado testimonio lo que dijo Nuestro Señor al profeta Jonás (*Ionae*, IV, 11): ¿No quieres que perdone á la ciudad de Nínive, en la cual hay mas de ciento y veinte mil hombres que no saben cuál es su mano derecha, ni cuál es la izquierda? como quien dice: Cuando no me movieran á compasion los varones que hay en Nínive, bastara para enternecerme ciento y veinte mil niños inocentes, los cuales no hacen caso de las prosperidades significadas por la mano derecha, ni de las adversidades significadas por la mano izquierda, porque de todo esto descuidan como niños; pero no quiero descuidar yo que soy su padre. Ó Padre amorosísimo, gracias te doy cuantas puedo por la providencia especial que tienes de los que con humildad y resignacion se arrojan en tus manos. No permitas, Señor, que caiga en la ignorancia de Ephraim, que siendo tú como su ama, y trayéndole en tus brazos no supo conocer el bien que le hacias (*Osee*, XI, 3), ni el remedio de sus miserias que le dabas. Conózcame á mí y conózcate á tí, para que mi propia miseria me fuerce á confiar en tu infinita misericordia. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar otros cinco favores y privilegios de los pequeñuelos y humildes, que se tocan en la sentencia referida. -El primero, que por su pequeñez hallarán entrada en el reino de los cielos, de tal manera que los que no se hicieren como niños (*Matth.* XVIII, 3), no entrarán allá. Y por consiguiente perderán los medios y fin de la providencia paternal de Dios sin gozar de ella. -El segundo, que serán grandes en el mismo rei-

no, á la medida que acá se hicieron pequeños; porque cuanto mas humildes, tanto serán mas santos en esta vida, y mas copiosamente premiados en la otra. Por lo cual dijo san Basilio (*Serm. de abdicatione rerum*), que el crecimiento en humildad es crecimiento en toda virtud; y cuanto la humildad es mas profunda, tanto la virtud es mas alta.

2. El tercero, que quien recibe á uno de estos pequeñuelos en nombre de Cristo, recibe el mismo Cristo, porque como está unido con ellos por amor, cualquier bien que se les hace, le toma como si se hiciese á él mismo. Y si Cristo nuestro Señor tanto gusta de que todos reciban á los pequeñuelos, y los traten como á su misma persona, ¿con qué gusto los recibirá él debajo de su proteccion en su casa, en su reino, y en su cielo? porque siempre se preció este Señor de hacer lo que enseñaba, y de que su ejemplo precediese á su doctrina.-El cuarto, que quien escandalizare á uno de estos pequeñuelos, dándole ocasion de tropezar en la virtud, será terriblemente castigado, y le valiera mas con una gran piedra á la garganta ser echado en el mar, que ser piedra de escándalo para los tales; porque como toma á su cuenta el bien que se les hace, así tiene por injuria propia la que padecen ellos.

3. El quinto es, que tienen Ángeles de guarda que ven el rostro del Padre celestial, porque aunque todos los hombres los tienen, como arriba se dijo, pero los humildes especialmente gozan de esta providencia así de parte de Dios, como de parte de los mismos Ángeles, que con mas particular cuidado acuden á los pequeñuelos porque conocen mas su necesidad, y son mas rendidos á su Gobernador, y mas agradecidos al bien que reciben. En cuya prueba dice la Escritura (*Genes.* XXI, 17), que estando Agar con su hijo pequeñito Ismael á punto de perecer de sed, echó al niño junto á un árbol, y ella se apartó por no verle morir. Y llorando el niño, se le apareció un Ángel, y le dijo que Dios habia oido la voz del niño, proveyéndole de agua, y prometiendo hacerle cabeza de grande gente. De suerte, que padeciendo madre é hijo la misma necesidad, no dice la Escritura que oyó Dios la voz de la madre, sino la del niño; ni vino el Ángel por respecto de la madre, sino por respecto del niño, y por él proveyó de agua á ella; para que en este suceso vea dibujado el cuidado tan amoroso que Dios y sus Ángeles tienen de los pequeñuelos, cuyas necesidades y lágrimas son voces que les enternecen. Y cuando su padre (*Psalm.* XXVI, 10) y madre los dejan y echan de sí, Dios los ampara, y envia sus Ángeles que miren por

ellos. ¡Oh dichosa niñez, que tanto privas con Dios y con sus Ángeles! tú eres puerta del cielo, medida de la grandeza y perfeccion: sobre tí abre Dios sus liberales manos y te llena de copiosa bendicion. Por tí ama al que te recibe, y aborrece al que te desecha: al que te ama mira desde cerca para remediarle y ensalzarle; y al que te aborrece mira desde léjos para humillarle y castigarle. (*Psalm.* CXXXVII, 6). Callando tu boca, clama tu necesidad, y tus gemidos llegan al tribunal de Dios; y de allí despacha Ángeles que te remedien. ¡Oh quién me diese que te amase y abrazase de todo mi corazon, por imitar al que se hizo niño por mí! Ó dulcísimo Jesús, que amaste tanto la niñez purísima del espíritu, que por ella tomaste tambien la del cuerpo, haciéndote niño por nosotros, dándonos ejemplo de hacernos niños por la humildad, concédeme que me haga pequeñuelo, á imitacion tuya, para que participando de esta pequeñez que escogiste en esta vida, llegue á participar de la grandeza que tienes en la otra por todos los siglos. Amen.

MEDITACIONES

DEL ÚLTIMO Y SOBERANO BENEFICIO DE LA GLORIA.

—Con las meditaciones de la gloria daré fin á este libro: porque ella es el fin último de nuestra vida y de los demás beneficios divinos, que son medios ordenados por la divina Providencia para alcanzarla, entre los cuales uno muy eficaz es, suplicar á Nuestro Señor nos dé ojos de fe muy esclarecidos, para verla y contemplarla, al modo que los dió á san Juan cuando dijo (*Apoc.* XXI, 2): *Vi la santa ciudad de Jerusalen nueva, que bajaba del cielo adornada por Dios, como esposa para su esposo: y luego oí una grande voz que salia del trono y decia: Veis aquí la morada de Dios con los hombres.* Ó Dios eterno, que haces bajar del cielo la celestial Jerusalen, dando noticia de ella á los que viven en la tierra, esclarece los ojos de mi alma, para que conozca la soberanía de esta ciudad, su grande santidad, su vista de paz, su novedad nunca oida, su adorno maravilloso, y el desposorio inefable que contigo tiene. ¡Oh si sonase en mis oidos la voz de tu inspiracion, que me dijese: Mira la morada de Dios con los hombres, descubriéndome la belleza de esta morada, y la union que tienes con tus dichosos moradores! Ea, Esposo dulcísimo de las almas, muéstrame tu rostro porque es bello; háblame con tu voz (*Cant.* II, 14) porque es dulce, y descúbreme los bienes que me

prometes, para que me anime á pretenderlos, de modo que los alcance para gloria de tu santo nombre. Amen.—

MEDITACION LI.

DE LA GLORIA CUANTO AL ESTADO, LUGAR Y COMPAÑÍA DE LOS BIENAVENTURADOS.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar en comun qué cosa es gloria, paraíso y bienaventuranza, la cual, como dicen los teólogos (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 3 *et seq. q.* 82, *addit.*), es un estado perfecto en quien se juntan todos los bienes, ó es un estado eterno, seguro é inmutable, libre de todos los males de culpa y pena que se pueden temer, y lleno de todos los bienes de naturaleza y gracia que se pueden desear; y así aquel es bienaventurado, como dice san Agustin (*Lib.* 13 *de Trinit. c.* 4 *et* 5), que tiene todas las cosas que quiere, y no quiere cosa mala. Esto se puede fácilmente ponderar, discurriendo por los males que tengo ó imagino que me pueden suceder, y por los bienes de cuerpo y alma que razonablemente puedo desear, quitadas las imperfecciones de este estado en que vivimos, y en su lugar poniendo estas cuatro excelencias.-La primera es, eternidad, porque ha de durar cuanto durare Dios, cuyo reino no tendrá fin. (*Luc.* I, 33).-La segunda es, seguridad de que será eterno, porque saben los Santos que ni puede haber culpa por que Dios se le quite, ni mudará el decreto que ha hecho de no excluirlos jamás de su cielo.-La tercera es, inmutabilidad, porque la gloria esencial nunca se menoscabará, ni el gozo se disminuirá, antes se aumentarán á menudo nuevas glorias accidentales que la harán muy mas amable.-La cuarta es, hartura sin fastidio; de modo, que la inmutabilidad sea sin tédio, y el descanso sin cansancio de gozarle con una continua novedad en el gusto, como el primer dia que comenzó.

2. Estas propiedades se irán ponderando en cada punto: ahora en general puedo ponderarlas, comparando este dichoso estado con el estado de esta vida mortal, en el cual, por muy próspero que sea, hay falta de muchos bienes y mezcla de muchos males, y es estado temporal, mudable, inquieto, lleno de tédios y fastidios. Por lo cual Cristo nuestro Señor dijo á sus discípulos (*Matth.* VI, 19; *Luc.* XII, 33): *No querais allegar tesoros en la tierra, donde la herrumbre y la polilla los destruye, y los ladrones escalan la casa y los roban. Ateso-*

rad en el cielo, donde no hay peligros. En las cuales palabras pone la diferencia que hay entre los tesoros de la tierra y del cielo: que aquellos son perecederos, y con efecto perecen por una de tres causas: ó porque se gastan con el uso, como los manjares; ó porque de su interior nace algo que los destruye, como perece el vestido por la polilla que de él procede; ó porque alguna causa exterior nos lo quita, como los ladrones, y los que por engaño ó calumnia se alzan con ellos. De donde resulta, que quien tiene puesto su corazon en estos tesoros, está sujeto á mil zozobras y amarguras.

3. Pero los tesoros del cielo son incorruptibles y eternos por todas vias; porque no se menoscaban con el uso, sino con la entereza que comenzaron durarán por toda la eternidad, sin marchitarse ni envejecerse. No puede nacer de ellos polilla de culpa que los consuma, y el vaso en que están, aunque de su cosecha es de barro quebradizo, está fortalecido con la divina Omnipotencia, sin que pueda quebrar: no pueden ser robados con violencia ni por engaño, porque en el cielo no pueden entrar ladrones ni tentadores, como dijo san Juan. (*Apoc.* XXII, 15). Y aunque los tesoros de la gracia y virtudes corren estos peligros en esta vida; pero hay esta diferencia entre estos tres tesoros, que los temporales pueden ser destruidos mal que nos pese; los espirituales de la gracia solamente consintiendo nosotros por nuestra culpa, mas no contra nuestra voluntad; pero los de la gloria de ninguna suerte, ni es posible querer carecer de ellos. Ó alma mia, si deseas verdaderos tesoros, desprecia los primeros con fe viva, procura los segundos con diligencia, para que goces de los terceros con seguridad. ¡Oh dichoso estado, que con tales tesoros está enriquecido! Ó Sabiduría divina, que eres para los hombres tesoro infinito (*Sap.* VII, 14), del cual los que usan bien, participan la amistad de Dios; dame parte de este tesoro de tu gracia, para que alcance los infinitos tesoros de la gloria. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Descendiendo á lo particular de la gloria, se ha de considerar ante todas cosas la excelencia y belleza del cielo empíreo, y de aquel mundo superior que crió Dios para morada de sus escogidos, el cual está libre de todos los males y defectos que hay en este mundo inferior, que se llama valle de lágrimas, por estar lleno de innumerables cosas que nos provocan á llorar continuamente, y de todas está vacío el cielo, á donde, como dice san Juan (*Apoc.* VII, 17), no habrá ni una sola lágrima, porque no habrá ocasion de ella; pero juntamente tiene todos los bienes que hay en este mundo visible, quitadas sus imperfecciones, y con grandes ventajas.

Y así, cuando dice san Juan (*Apoc.* XXI, 18), que sus plazas son de oro claro como vidrio, sus muros adornados con piedras preciosas, sus fundamentos y puertas de margaritas y perlas de inestimable valor, todo esto es pintura, por no haber acá cosa mas preciosa á que comparar lo que hay en el cielo, en cuya comparacion es como pintado lo que hay en la tierra, porque como dice el apóstol san Pablo (I *Cor.* II, 9; *Isai.* LXIV, 4), ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni en corazon de hombre pudo caber cuán grandes bienes tiene Dios aparejados para los que le aman, los cuales exceden incomparablemente á todas las cosas que perciben los sentidos, y los discursos que proceden de ellos.

2. Pero particularizando lo que toca al cielo empíreo, ponderaré cuatro excelencias de este lugar. - La primera, que es clarísimo, sin que jamás haya en él tinieblas ni noche, sino un perpétuo dia, con una luz apacible, celestial y divina, porque el mismo Dios es su sol, y le alumbra con una claridad digna de Dios; y el Cordero, que es Cristo nuestro Señor, con el resplandor de su sacratísima humanidad le esclarece y llena de alegría. - Lo segundo, es lugar templadísimo, sin la variedad de tiempos que acá nos molestan, porque no hay inviernos, ni estíos, ni otoños, ni calores, ni sequedades, ni humedades, sino un temple uniforme y tan divino, que no cansa ni enfada; y así es lugar quietísimo y sanísimo, porque no llegan allá tempestades, ni terremotos; ni truenos, ni rayos; ni pestilencias, ni aires corruptos, ni maldiciones de esta miserable tierra, porque es tierra de bendicion muy cumplida, y tierra propiamente de vivos, donde no puede llegar ni aun la que es sombra de muerte. - Lo tercero, es lugar seguro, durable y eterno, sin temor ni recelo de que se acabará ó arruinará, ni puede entrar allá cosa que le turbe, inquiete ó desmorone su entereza, y así en todos habrá perpétua quietud, serenidad y suavidad perfecta.

3. Finalmente, es lugar hermosísimo, amenísimo y deleitable, incomparablemente mas que todos los lugares deleitables y apacibles de esta vida, mucho mas que el paraíso terrenal, que se llamó paraíso de deleites, porque es lugar diputado, no para buenos y malos, ni para peregrinos y viandantes, sino para solos buenos, y para premiar á los escogidos que han trabajado fielmente en servicio de su rey. Pues si tantos bienes puso Dios en este mundo visible, lugar comun á los hombres y bestias, á justos y pecadores, ¿qué bienes, qué deleites, qué riquezas habrá puesto en el lugar comun á hombres y Ángeles, pero propio de solos justos? ¡Oh lugar dichoso

y bienaventurado! oh paraíso de deleites inefables, y morada digna de nuestro Dios! (*Psalm.* LXXXIII, 2). ¡Oh cuán amables son tus tabernáculos y moradas, Señor Dios de las virtudes! mi ánima los desea, y por la grandeza del deseo desfallece, pensando en estos palacios de mi Señor. ¡Oh! ¿cuándo tengo de morar en ellos gozando de su hermosura? Cerraos, ojos mios, y no mireis lo que hay en la tierra, porque todo es vileza, respecto de lo que veréis en el cielo.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la belleza y excelencia de los ciudadanos de aquella soberana ciudad, en cuya compañía espero vivir. Ponderando, lo primero, como el número de ellos es sin número; pero de tal manera, que con ser innumerables, todos se conocen y conversan unos con otros, con tanta familiaridad como si fueran pocos, lo cual es materia de grande gozo. De solos los Ángeles dice Daniel (*Dan.* VII, 10), que millares de millares asistian delante de Dios, y diez veces cien millares le servian. Y de los hombres dice san Juan (*Apoc.* VII, 9), que era una multitud tan grande, que ninguno la podia contar; porque aunque es verdad que su número es pequeño en comparacion del infinito número de los condenados (*Eccles.* I, 15), y por esto dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* VII, 14), que era estrecha la puerta del cielo, y que pocos entraban por ella; pero absolutamente son muchos, y por eso dijo, que en la casa de su Padre habia muchas moradas (*Ioan.* XIV, 2), moviéndonos con lo primero á temor, y con lo segundo á confianza de alcanzar lugar donde tantos le han de hallar.

2. Lo segundo, la calidad de estos ciudadanos es gloriosísima, todos son nobilísimos, santísimos, sapientísimos, prudentísimos, afabilísimos y eminentísimos, en todas las partes que se pueden desear, de condicion, complexion, cortesanía, discrecion, y de toda virtud, porque no puede entrar allí demonio, ni pecador, ni persona que esté manchada (*Apoc.* XXI, 27) con resabio de culpa ni de otra imperfeccion. Todos son lirios sin espinas, grano sin paja, trigo sin zizaña, porque las espinas, paja, zizaña se quedan fuera del cielo para cebo del fuego del infierno. Pues si tanto gusto recibo en conversar con un hombre sábio, discreto y santo, ¿qué gusto recibiré en tratar con tantos y tan grandes en sabiduría, discrecion y santidad?

3. Lo tercero, el órden con la variedad que tienen es admirable, porque no son todos iguales en las partes que se han dicho, sino como las estrellas (I *Cor.* XV, 41) del cielo son diferentes en la claridad y grandeza; así ellos tienen gran diversidad en su hermosura y claridad celestial, pero con sumo concierto y órden en sus grados.

Hay tres jerarquías y nueve coros de Ángeles, Arcángeles, Principados, Potestades, Virtudes, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines, diferentes en las naturalezas y en los dones de la sabiduría y gracia, con una belleza indecible. Y entre ellos están los hombres mezclados con sus coros, y algunos sobre todos ellos, porque les exceden en la santidad. Hay coros de Patriarcas y Profetas, de Apóstoles y Evangelistas, de Mártires y Confesores, de Pontífices y Doctores, de Sacerdotes y Religiosos, de Vírgenes y Viudas, y de otros estados, todos con sumo concierto, de modo que podemos decir de ellos aquello de los Cantares (*Cant.* VII, 1): ¿Qué veréis en la Sunamites, sino coros de guerreros? Ó ciudad pacífica, esposa del pacífico Salomon; ¿qué otra cosa hay en tí sino coros de Santos, que cantan con alegría, y fueron guerreros con gran fortaleza, y ahora gozan la paz que ganaron con su victoria? ¡Oh quién pudiese pelear como estos valerosos soldados pelearon, para que mereciese vivir siempre en su dulce compañía! De aquí sacaré un deseo de servir á Dios con la mayor excelencia que pudiere; porque si puedo llegar al coro de los Serafines, no tengo de contentarme con otro menor, sino comprar, como este Señor dice, oro encendido y muy probado (*Apoc.* III, 18), para amar con gran fervor y pureza al que es digno de infinito amor.

4. Lo cuarto, sobre todo campea la union de tanta muchedumbre, con tanta variedad, la cual union es estrechísima y amabilísima, porque todos se aman con un amor ardentísimo en Dios, con suma conformidad de sus voluntades, sin encuentros, ni pleitos, ni ambiciones ó envidias. Los mayores aman tiernamente á los menores, y les desean dar cuanto pueden. Los menores aman intensamente á los mayores, y se gozan del bien en que les exceden. El bien de uno es bien de todos, y el bien de todos es bien de cada uno; porque cada uno toma por suyo el bien del otro, y se goza de él como si fuera suyo, por la eminencia de su caridad; todos comen á una mesa de la Divinidad, beben de una copa celestial, tienen unos mismos ejercicios, sirviendo á un mismo Dios con un mismo espíritu; porque (I *Cor.* XV, 18) Dios está en todos, y es todas las cosas á todos, uniéndolos entre sí mismos y consigo mismo. ¡Oh compañía bienaventurada, en la cual ni la multitud confunde, ni la grandeza envanece, ni la variedad turba, ni la desigualdad causa desunion, ni entibia el amor! Ó alma mia, si te agrada tan dulce compañía, procura desde luego imitar las virtudes que ves en ella. Sigue su obediencia, cumpliendo la divina voluntad en la tierra, como

ellos la cumplen en el cielo; imita su fraterna union y caridad, amando á todos los prójimos como á hermanos, y teniendo paz con todos ellos. Sujétate á los mayores, honra á los menores, gózate del bien de todos, y con esto imitarás en la vida á los que deseas imitar en la gloria. – Estos son los principales frutos que he de sacar de este punto, pidiendo á Nuestro Señor me los conceda, por los merecimientos de estos nobilísimos ciudadanos, á los cuales tambien he de pedir lo mismo, diciéndoles: ¡Oh Santos bienaventurados, que os vísteis en los peligros en que yo me veo, y gozais ya de la quietud que yo deseo! ayudadme con vuestras oraciones, para que imite vuestras virtudes, y llegue á tener parte en vuestras coronas, gozando de vuestra compañía por todos los siglos. Amen.

MEDITACION LII.

DE LA GLORIA ESENCIAL DEL ALMA Y DEL CUERPO CON SUS SENTIDOS.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar la grandeza de la gloria que es propia del alma y la hace enteramente bienaventurada, la cual es tan grande, que, como dice santo Tomás (*D. Thom. q.* 82 *addit.*; 1 *p. q.* 25, *art.* 6 *ad* 3), no pudo darla Dios otra bienaventuranza mayor, por encerrar en sí al mismo Dios; y así consiste en que toda estará como endiosada, llena de Dios, y hecha un Dios, por participacion eterna é inmutable, uniéndose Dios con ella como el fuego suele apoderarse del hierro, y penetrarle, comunicándole su luz y resplandor, su calor y las demás propiedades que tiene, de modo que parece fuego. De donde resulta, que el alma queda harta y llena de todo el bien que desea, conforme á lo que dice David (*Psalm.* XVI, 15): Quedaré harto, cuando se me descubriere tu gloria. Esto se puede ponderar, discurriendo por las tres potencias espirituales del alma. – La memoria entrará en las potencias del Señor (*Psalm.* LXX, 16), y se engolfará en el abismo de su divinidad, acordándose de sola su justicia. Estará llena de Dios, teniéndole siempre presente, sin poderse olvidar de él, ni divertirse en otra cosa. Acordaráse continuamente de los bienes que ha recibido y recibe, y espera recibir con sumo gozo, sin olvidarse jamás de lo que tanto gusto le causa, ni acordarse de cosa que le dé pena; porque si se acuerda de los trabajos y peligros de esta vida, y de los pecados que hizo, de todo saca gozo y alegría, y motivos de continuas alabanzas á Dios, dándole continuas gracias por los bene-

ficios que le ha hecho, hace y hará sin fin; cumpliéndose lo que dice David (*Psalm.* CXLIV, 7): Brotarán tus alabanzas con la memoria de la abundancia de tu suavidad, y se alegrarán con tu justicia, acordándose cuán justo y fiel has sido con ellos, cumpliéndoles todo lo que les habias prometido.

2. El entendimiento estará lleno de Dios, con la vista clara de su Divinidad y Trinidad. Allí verá sin figuras (I *Cor.* XIII, 12) ni enigmas rostro á rostro á todo Dios, al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo; y como el Padre engendra al Hijo, y los dos producen al Espíritu Santo, y los tres son un Dios infinito, eterno, inmenso é incomprensible: verá todas sus divinas perfecciones, su infinita bondad, sabiduría, caridad, omnipotencia y providencia. Verá los soberanos misterios de la encarnacion del Hijo de Dios, de su sacratísima humanidad, y las obras maravillosas que Dios ha obrado de naturaleza y gracia; de modo que cesen las ignorancias, errores, dudas y opiniones que acá tenia. Cesará la fe, porque verá lo que creyó; y la esperanza, porque poseerá lo que esperó; y en especial verá claramente los secretos juicios de Dios, que acá le daban pena en el gobierno de los hombres; y mas particularmente verá los secretos inmensos de la providencia paternal con que Dios le gobernó y encaminó su salvacion, para que tuviese efecto; los peligros de que le libró, y los beneficios ocultos que le hizo, dándole con esto motivo de sumo gozo. Finalmente, allí se hartará el deseo insaciable que los hombres tienen de saber, viendo á Dios, en quien están todas las cosas, y alcanzarán por un modo inefable lo que la serpiente dijo en el paraíso (*Genes.* III, 5), que es ser como dioses que saben de bien y de mal, gozando de lo bueno, sin tener parte en lo malo.

3. La voluntad estará llena de Dios, unida con su divinidad con una union de amor que sea perpétua, continua, entrañable y amigable, con todos los géneros y títulos que hay de amor santo; porque todos caben en Dios claramente visto, á quien amará como á padre, amigo, esposo, bienhechor infinito, bien sumo, primer principio y último fin suyo. Y de este amor resultará un rio continuo, y perpétuo y caudalosísimo de deleites, del cual beberá y se embriagará (*Psalm.* XXXV, 9); y estará toda engolfada dentro de los infinitos gozos de su Señor. (*Matth.* XXV, 21). De aquí es, que el alma estará llena de todas las virtudes, ejercitando sus actos con sumo deleite. - La obediencia obedecerá á Dios con gran gozo. - La humildad se le rendirá con amoroso reconocimiento. - La Religion le dará su culto y adoracion con grande reverencia, y la gratitud continuo agra-

decimiento con júbilos y cánticos, y aleluyas perpétuas; porque allí no habrá pasiones ni contradicciones, ni cosa que estorbe ó entibie la variedad de estos gustos, los cuales serán tan divinos, que no pueden ser conocidos si no son probados (*Apoc.* II, 17); porque son como el maná escondido, cuyo favor no conoce quien no le prueba.

4. Finalmente, para entender de una vez la grandeza y hartura de la gloria, ponderaré esta razon que las abraza todas. Lo que hace á Dios bienaventurado, y le harta, y da infinito gozo, bastante será para hacer en mí proporcionalmente otro tanto (*D. Thom.* 1 *p. q.* 27, *art.* 2): luego como Dios desde que es Dios, y por toda su eternidad sea bienaventurado, y esté harto y gozoso, sin fastidio alguno, con solo verse y amarse, sin tener necesidad de otra cosa alguna fuera de sí; tambien yo seré bienaventurado, y estaré harto y gozoso con solo ver á Dios, amarle y gozarle, sin tener necesidad de otra cosa fuera de él, y sin que en esta obra haya fastidio ni cansancio, sino una novedad eterna, y una eternidad siempre nueva, viendo siempre á Dios, y deseando siempre verle, y gozándome de verle sin cesar. Ó Gloria mia, ¿cuándo tengo de verte con tanta claridad que hartes los deseos de mi corazon? ¿Cuándo tendré tal limpieza de alma, que pueda ver tu divino rostro? ¡Oh quién nunca hubiera hecho cosa que desagradara á tu bondad, y me impidiera tan dichosa vista! Toma, Señor, todas mis potencias, y ocúpalas desde luego en lo que siempre han de hacer. Siempre se ocupe mi memoria en mirarte, mi entendimiento en conocerte, mi voluntad en amarte, mi lengua en bendecirte, mis sentidos y miembros en obedecerte, gozándose todos en tí, de tí y por tí por todos los siglos. Amen.

5. *La oracion mental es semejanza de lo que pasa en la gloria.* — De lo dicho he de sacar, como el ejercicio de la oracion mental, que es obra de las tres potencias interiores del alma, como arriba se dijo, es un retrato de la gloria, en el cual consiste la bienaventuranza de esta vida, que llaman comenzada, á semejanza de la que nuestra alma tendrá en la otra. Por lo cual, con mucha razon dijo san Bernardo (*Ad fratres de monte Dei*), que la celda para el religioso es cielo, porque los ejercicios que se hacen en el cielo se hacen en la celda, conociendo y amando á Dios, gozando de él, y alabándole con todo su corazon. Y por esto los mismos Ángeles se alegran en las celdas, como en los cielos, porque ven allí la obra de la oracion, que es obra de Ángeles. Y de la misma manera á cualquiera que trata de oracion, el oratorio será su cielo, si ora como conviene. (*San Juan Clímaco*, Gradu 28).

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la grandeza de la gloria del cuerpo bienaventurado, con sus cuatro dotes de gloria, discurriendo por cada una de ellas.-La primera dote, es claridad con admirable hermosura, porque cada uno resplandecerá como el sol (*Matth.* XIII, 43; *D. Thom. q.* 82 *addit.*), á semejanza del cuerpo de Cristo nuestro Señor; aunque el mas bienaventurado tendrá mayor resplandor, y el de Cristo, sobre todos, tendrá mayor entereza en todas sus partes con grande proporcion y con un color y figura maravillosa, sin fealdad, ni mancha, ni ruga, ni cosa que desdore su resplandor. Y si alguna herida ó llaga recibió en esta vida por Cristo, y queda su señal en el cuerpo, será como esmalte de perlas preciosísimas que le harán muy mas hermoso. Y demás de la hermosura exterior, será vistosísima y apacibilísima la interior del mismo cuerpo por su transparencia, descubriéndose la armonía de los huesos, venas, arterias, con grandísimo resplandor de todas. Y por esto se compara al oro, que es resplandeciende, y al vidrio (*S. Greg.* lib. XVIII *Moral. c.* 27; *D. Thom. q.* 85 *addit. art.* 1) ó cristal, que es tan transparente.

2. La segunda dote es, impasibilidad inmortal, ó inmortalidad impasible (*Apoc.* VII, 16), porque nunca mas tendrá hambre, sed, ni dolor ó enfermedad, ni recelo de muerte; aunque esté en medio del fuego no le quemará; y aunque penetre rios y mares no le humedecerán. Siempre tendrá un vigor que no se puede marchitar, y una salud que no se puede menoscabar, y una impasibilidad eterna con sumo gozo de la carne, la cual con el (*Psalm.* LXXXIII, 3) corazon se alegrará en Dios vivo, de quien recibe tan alegre y dichosa vida.-La tercera dote es agilidad ó ligereza, por la cual tendrá el ánima tanto dominio de su cuerpo, que le podrá mover de una parte á otra, sin cansancio, ni fatiga ó tardanza penosa, sino con suma presteza y velocidad, como centella ó rayo (*Sap.* III, 7), discurriendo por el cielo empíreo á su gusto, ya al trono de Jesucristo nuestro Señor, ya al de su Madre ó de otros Santos.

3. La cuarta dote, es sutilidad ó espiritualidad, porque no estará sujeto á las obras de la vida vegetativa mas que si fuera espíritu, y así pasará sin comidas ni bebidas, sin sueño y sin las demás obras que son comunes á las bestias; y por esto dijo el Salvador: Que en la resurreccion no habrá casamientos ni bodas, y que todos serán como Ángeles (*Matth.* XXII, 30), pareciéndose en esto á los puros espíritus. Tendrá tambien sutileza para poder, en virtud de Dios, penetrar los cielos y otro cualquier cuerpo, sin que le sea

impedimento, como entró Cristo nuestro Señor en el cenáculo cerradas las puertas, y salió del sepulcro, penetrando la losa con que estaba cerrado, dando con esto muestras de la delicadeza de su cuerpo glorificado. (*D. Thom. lect.* 6 *in* I *ad Cor.* XV).

4. Estas son las cuatro dotes del cuerpo glorioso, con cuya consideracion me alentaré á padecer de buena gana las miserias de esta vida, teniendo por dicha padecerlas, pues han de ser tan bien premiadas. ¡Oh dichosas ignominias, cuyo fin es tanto resplandor! dichosas penalidades que causan ser tan impasible! y dichosos trabajos que son premiados con tantos alivios! ¡Oh cuán bien dijo el apóstol san Pablo (*Rom.* VIII, 18), que no igualan las pasiones de esta vida con la gloria que esperamos en la otra! Anímate, ó alma mia, á traer en tu cuerpo la mortificacion de Jesucristo, pues tu cuerpo humillado será conforme con el suyo glorificado. Abraza en tu carne sus dolores y tormentos (II *Cor.* IV, 10), pues tan inmensa es la gloria que has de recibir por ellos.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la gloria y deleite de los cinco sentidos corporales, discurriendo por cada uno. (*D. Thom. in* 4 *sent. dist.* 49). -La vista tendrá sumo deleite, viendo la hermosura de tan innumerables cuerpos gloriosos, con la variedad que habrá en ellos de rostros y figuras apacibles. Y sobre todo se deleitará en ver la humanidad sacratísima de Cristo nuestro Señor, y sus resplandecientes llagas, cuya vista será tan gloriosa, que el santo Job en medio de sus llagas y dolores se consolaba con la esperanza de ella, diciendo (*Iob*, XIX, 25): Sé que mi Redentor vive, y el dia último tengo de resucitar, y en mi carne tengo de ver á Dios, al cual tengo de ver yo mismo, y mis ojos le han de mirar y no otro por mí. -El oido se deleitará con oir las dulces palabras que se dirán unos á otros llenas de sabiduría, discrecion y santidad, y las alabanzas que con sus lenguas darán á Dios, al modo que se dice en el Apocalipsis (*c.* IV, 8), que los santos cuatro animales no cesaban de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso. Y David dice (*Psalm.* CXLIX, 5), que los santos se alegrarán en la gloria, y las alabanzas de Dios sonarán en sus gargantas; tambien se recrearán oyendo músicas celestiales y sonidos nuevos, inventados por la sabiduría de Dios para recrear los oidos que gustaron en esta vida de oir sus palabras para creerlas, y sus preceptos para cumplirlos.

2. El olfato se recreará con el olor suavísimo que tendrán los cuerpos glorificados, especialmente el de Cristo nuestro Señor, de

quien él dice (*Matth.* XXIV, 28): que adonde está el cuerpo, van las águilas llevadas de su olor. ¡Oh qué fragrancia y variedad de olores inventará la divina piedad, para recrear la carne que dió de sí olor de santa vida! -El gusto tendrá una hartura y satisfaccion celestial sin fastidio alguno, comunicándole Nuestro Señor sin manjares la suavidad que pudiere recibir de ellos, con otro modo mas sabroso y soberano, porque si el maná siendo uno contenia el sabor de todo manjar con grande excelencia para regalar á los justos, tambien sabrá Dios hacer tal modo de sabor, que abrace con eminencia todos los sabores, para regalar á los bienaventurados.

3. Finalmente, el sentido del tacto, que está derramado por todo el cuerpo, estará lleno de deleites santos y puros; de modo, que todo el bienaventurado estará como empapado en el rio de los deleites de Dios. ¡Oh cuán bien premiados quedarán allí los sentidos, por las mortificaciones que en esta vida padecieron, pues conforme á la muchedumbre de los dolores, será la muchedumbre de los consuelos en el alma y en el cuerpo. (*Psalm.* XCIII, 19). Ó cuerpo mio, anímate á padecer por Cristo, para que gocen tus sentidos del gozo que tienen los suyos. (*Psalm.* CXXI, 1). Alégrate con las nuevas que te han dado, de que has de ir á la casa del Señor. Y aunque tus piés anden sobre la tierra, tenlos con el deseo fijos en los palacios del cielo y en los patios de la celestial Jerusalen. Ó Jerusalen madre nuestra (*Galat.* IV, 26), que á modo de ciudad eres edificada de las piedras vivas de tus ciudadanos, unidos con grande paz entre sí mismos, recibe desde luego mi corazon, admíteme dentro de tí con el espíritu, para que á su tiempo me admitas con alma y cuerpo. Ó Dios infinito, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que por tu grande misericordia nos engendraste en el ser de gracia y nos diste esperanza viva de alcanzar la herencia que no puede perecer, ni mancharse ó marchitarse, la cual tienes guardada en los cielos, y la guardas por viva fe en tus escogidos, para manifestársela en los dias postreros (I *Petr.* I, 5); engéndrame por tu bondad en el ser de hijo tuyo, conservando siempre en mí la gracia, para que alcance esta soberana herencia de tu gloria. Amen.

MEDITACION LIII.

DE LA GLORIA EN CUANTO ABRAZA LOS PREMIOS DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS.

—La grandeza de la gloria declaró Cristo nuestro Señor en el sermon del monte, por los siete premios que prometió á los actos de virtud heróica que llamó bienaventuranzas, de las cuales se trató en la meditacion XI de la parte III: presupuesto lo que allí se dijo, meditarémos estos siete premios como se hallan en la gloria.—

Punto primero.—Lo primero, se ha de considerar como la gloria es el reino de los cielos que Cristo nuestro Señor promete á los pobres de espíritu y á los que sufren persecuciones por la justicia, el cual no es otra cosa que la vista clara de Dios, y la posesion de sus infinitas riquezas (*Rom.* XIV, 17), con la santidad, justicia, paz y gozo que tienen los santos en el cielo empíreo; y cada cosa de estas está allí con grande excelencia, porque la vista es sin mezcla de oscuridades; las riquezas, sin mengua ni pobreza; la santidad, sin género de malicia; la justicia, sin desigualdad ni agravio; la paz, sin cosa que cause discordia; y el gozo, sin rastro de dolor ni de tristeza. Este reino está dentro de cada uno (*Luc.* XVII, 21), y le posee enteramente, sin dependencia del otro; porque aunque no hubiera mas que un bienaventurado solo, estuviera su reino entero, aunque tambien se le recrece no pequeño gozo de la dulce compañía de los otros bienaventurados. De aquí es, que todos los moradores del cielo reciben este reino por suyo, de tal manera, que son verdaderos reyes, y se gozan grandemente de su dignidad real, y reinan juntamente con el supremo Rey de todos que es Dios; y así la Iglesia triunfante se llama reina (*Psalm.* XLIV, 10), la cual está á la diestra de su esposo Cristo, con vestido de oro, adornada con mucha variedad de dones y virtudes, cuales conviene á esposa de Rey tan soberano. ¿Pues qué cosa puede haber mas gloriosa, que poseer tal reino y ser rey en compañía de tan esclarecidos reyes (*Matth.* XI, 11), el menor de los cuales es incomparablemente mayor que todos los reyes de la tierra? Ó Rey de los reyes, Señor de los señores, gracias te doy porque das á tus siervos en galardon de cualquier pequeño servicio, un tan excelente reino. Ó reino infinito y cielo inmenso, estrechado en el corazon del justo, y comparado con las obras de su justicia; si todos los bienes de esta vida se dan por añadidu-

ra (*Matth.* VI, 33) al que busca este reino, ¿cuán infinitos serán los bienes que se dan por paga principal al que es digno de alcanzarle? ¡Oh dichosos los que se humillan y empobrecen por su voluntad, ó son humillados y perseguidos por la justicia! pues con tal reino serán premiados. Venga, Señor, á mí tu reino, entre dentro de mí, para que yo entre dentro de él, y goce para siempre de tí. Amen.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de ponderar como la gloria es la dichosa posesion de la tierra que se promete á los mansos, y excede tanto á esta que pisamos, cuanto la excede el cielo estrellado en grandeza, hermosura y resplandor; porque esta tierra de acá es tierra de los que han de morir, y sepultura de los que mueren en ella, convirtiéndolos en tierra. Es valle de lágrimas, destierro de nuestra patria y lugar lleno de toda miseria, porque es tierra de maldicion, seca y estéril por la culpa de su primer morador. Pero la tierra (*Psalm.* CXLI, 6) que aquí se promete es region de vivos, donde ninguno puede morir, y todos truecan la vida terrena en celestial. Es valle de deleites que mana leche y miel de divinas consolaciones, sin suspiros ni lágrimas, ni ocasiones de ellas. Es tierra de bendicion y de regadío, con milagrosa fertilidad, porque como dice san Juan (*Apoc.* XXII, 1), continuamente se riega con un rio de agua viva y cristalina que procede del trono de Dios y del Cordero, y en su ribera por ambas partes tiene muchedumbre de árboles de vida que llevan doce frutos al año, y sus hojas son salud de todas las gentes. ¡Oh tierra dichosísima, donde perpétuamente mana el agua viva y clara de la vista de la divinidad de Dios y de la humanidad del cordero, Cristo Jesús, cuyos morádores son como árboles de vida, que siempre viven bañados con el agua de este divino rio, en cuya virtud producen innumerables frutos de nuevos gozos y deleites! ¡Oh dichosos árboles, cuyas hojas dan salud á las gentes que vivimos en la tierra, porque con las sentencias que de ellos oimos, y con la proteccion que en ellos tenemos, esperamos vivir con ellos en el cielo! ¡Oh quién me diese la posesion de esta dichosa tierra! Ó alma mia, ama la mansedumbre del cordero Jesús, para que te dé en posesion esta soberana tierra, donde no pueden entrar los cabritos que estarán el dia del juicio á su mano izquierda, sino solamente los corderos que han de estar á su mano derecha.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como la gloria es el consuelo que se promete á los que lloran, en el cual se ha de ponderar quién es el que consuela, con qué cosas, con qué modo y por cuánto tiempo. — Quién consuela, es el que por exce-

lencia se llama *Paraclitus* (*Ioan.* XIV, 16; II *Cor.* I, 3), Consolador, *et Deus totius consolationis*, Dios de todo consuelo, y de quien procede todo lo que nos puede consolar, y en el cielo lo hace con eminencia, porque allí hay innumerables cosas que consuelan con suma grandeza.-Consuela la vista clara de Dios y de la humanidad de Cristo, la presencia de su gloriosa Madre, la compañía de las jerarquías de los Ángeles, la suave conversacion con los coros de los Patriarcas y Profetas, Apóstoles, Mártires y los demás santos de aquella dichosa corte. Cada uno es consolador del otro, en cuanto los bienes de todos consuelan á cada uno.-Consuela la seguridad del lugar, la eternidad del estado y la paz de la conciencia que sobrepuja á todo sentido.

2. Pero ¿quién dirá el modo de consolar? No consuela Dios allí perdonando culpas y moderando tristezas, sino desterrando para siempre las unas y las otras, con una perpétua música de alabanza y accion de gracias, y un continuo aleluya que recrea el corazon. (*Tob.* XIII, 22).-Y todo este consuelo será eterno sin interrupcion, porque todos están dentro del corazon de su Señor (*Matth.* XXV, 21), y ninguno habrá que pueda quitarles el gozo que les ha dado. (*Ioan.* XVI, 22). ¡Oh vida bienaventurada, donde el consuelo es tan eterno como la vida, y la vida tan eterna como el consolador! ¡Oh dichoso el que llora en esta vida mortal, pues tal consuelo ha de recibir en la inmortal! Ó Dios de la esperanza, lléname de gozo y de consuelo en creer las grandezas de tu gloria, para que sufra los dolores y tormentos de esta vida, con la firme esperanza de los eternos consuelos que me darás en la otra.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como la gloria es la hartura que se prométe á los que tienen hambre y sed de la justicia; la cual hartura es una abundancia de todos los bienes, que los hombres podemos razonablemente desear.-En lo cual se ha de ponderar, que la tierra es lugar de perpétua hambre y sed; porque unos tienen hambre de manjares y deleites de la carne; otros de riquezas, honras y dignidades del mundo; otros de ciencias y curiosidades de los sentidos; y otros de las virtudes y gracias celestiales. Y ninguno se puede ver harto en esta vida, porque los bienes temporales no pueden llenar nuestro deseo, y los espirituales danse con tasa, y siempre hay gana de crecer en ellos; pues por esto dice la divina Sabiduría (*Eccli.* XXIV, 29), que quien la come, siempre queda con mas hambre.

2. Pero el cielo es lugar de hartura muy cumplida, porque, co-

mo dice David (*Psalm.* XVI, 15), todos quedarémos hartos con la vista sola de Dios; la cual enriquece y engrandece tanto, que quita las ganas de todas las riquezas y grandezas de este siglo, porque todas en su comparacion son miserias y bajezas. Ella harta el deseo de saber, porque con ver á Dios se ven todas las cosas que se pueden desear. Ella tambien llena el deseo de las virtudes, porque da cumplimiento y última perfeccion en todas; y con durar esto por toda la eternidad, nunca causa fastidio, antes cada dia se gusta con la misma novedad que al principio. Finalmente, allí se cumplirá lo que está escrito (*Apoc.* VII, 16), que los escogidos no tendrán hambre ni sed, ni les afligirá el sol ni el estío; porque el Cordero los regirá y los llevará á las fuentes de agua viva, y enjugará las lágrimas de sus ojos. Ó alma mia, ten hambre y sed de esta gloria; pues esta sola basta para darte cumplida hartura. Ten tambien hambre y sed de la justicia, porque sin ella no podrás alcanzar su grandeza.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, se ha de considerar como la gloria es la plenitud de misericordia que se promete á los misericordiosos, ponderando tres lugares que hay para diversas suertes de hombres; conviene á saber, infierno, cielo, y tierra en medio de ellos, la cual, como dice san Pablo (II *Tim.* II, 20), es como una grande casa, en que hay vasos de oro y plata, y tambien de madera y barro; unos para servir en cosas de honra, y otros en cosas de menosprecio. Unos son vasos de ira, diputados para la muerte en pena de sus pecados; y otros son vasos de misericordia (*Rom.* IX, 22), diputados para la vida, en premio de sus buenas obras, fundadas en la divina gracia. De este lugar medio se proveen moradores para los otros dos extremos.—El infierno es lugar diputado para los vasos de desprecio y de ira, en los cuales muestra Dios la suprema ira y venganza de sus enemigos, castigándoles con el supremo castigo que su rigurosa justicia señaló contra ellos.—Pero el cielo es diputado para los vasos de honra y de misericordia, en los cuales muestra Dios la suprema misericordia que desea hacer con los justos por su infinita bondad y caridad, premiando en ellos las obras de su gracia con el soberano premio de la gloria.

2. De suerte, que el cielo es como una casa ó aparador lleno de hermosísimos vasos, todos de oro y plata, sin que entre ellos haya vaso de madera ó barro que pueda quebrarse con golpe, ó corromperse con carcoma, ó abrasarse con fuego. Todos son vasos de honra y gloria, y ninguno hay de desprecio ó infamia. Todos son vasos de misericordia, porque desde la eternidad los escogió Dios por

su misericordia, y los coronará con infinitas misericordias, como dice David (*Psalm.* CII, 4), llenando de bienes su deseo, y renovando como águilas su juventud, sin temor de volverse á envejecer. De donde inferiré, que la gloria, aunque es corona de justicia (II *Tim.* IV, 8), pero como esta se funda en gracia, mucho mas es corona de misericordia infinita, la cual alcanzarán los vasos de misericordia, por haber sido misericordiosos. Por tanto, alma mia, pues vives entre cielo é infierno, procura ser vaso de oro por la caridad (I *Tim.* II, 20), y de plata por la pureza; purifícate de las culpas y pasiones, y serás vaso de santificacion, en quien deposite Dios los tesoros de su gracia, y despues los de su gloria. Amen.

—Cerca de este punto se puede ver lo que se dijo en las meditaciones de la caridad y misericordia de Dios.—

PUNTO SEXTO.— 1. Lo sexto, se ha de considerar como la gloria es la vista clara de Dios, que se promete á los limpios de corazon, y en ella consiste nuestra bienaventuranza esencial (*D. Thom.* in addit. *q.* 95, *art.* 1 *et* 5), en lo cual se ha de ponderar, que así como en la tierra los padres dotan á sus hijas cuando las casan, y las dan ricos dones con que se adornan, y el mismo esposo, el dia que lleva su esposa á la casa, la da ricas joyas; así tambien el Padre eterno á cada una de las almas que es esposa de su Hijo, en el dia que entra en la casa del cielo, donde se perfecciona este matrimonio espiritual, da tres riquísimas dotes de gloria que responden á las virtudes teologales que tuvo en esta vida, con las cuales se adorna y hermosea, y queda cumplida su bienaventuranza. En premio de la fe, le da una lumbre de gloria excelentísima con la cual ve claramente á Dios y todos los misterios que en esta vida creyó, sin que se le encubra ninguno, cumpliéndose lo que dice David: Con tu lumbre verémos la lumbre (*Psalm.* XXXV, 10); y con la lumbre de tu rostro andarán, y en tu nombre se alegrarán, porque tú eres la gloria de su virtud. (*Psalm.* LXXXVIII, 16). ¡Oh cuán dulce es esta lumbre, y cuán deleitable á los ojos ver el sol! (*Eccles.* XI, 7). Ó Sol de justicia, lléname de esta divina lumbre, para que te vea en tu gloria y resplandor.

2. En premio de la esperanza, le da otra segunda dote, que llaman comprension, que es tener presente siempre y como en propiedad y posesion todo lo que en esta vida esperaba y deseaba; allí tiene presentísimo á su Dios, á su padre y esposo, á su último fin y todo su bien, y goza de él como de cosa que tiene en su poder, y con quien está abrazada con seguridad de nunca perderle, ni au-

sentarse de él, porque ya corrió de modo que comprendiese. Y en aquella primera entrada del cielo, dijo (*Cant.* III, 4): He hallado al que buscaba mi alma, tenerle he y no le soltaré.

3. En premio de la caridad, se le da la otra tercera dote de gloria, que llaman fruicion ó amor, que es amar sumamente el bien que está viendo, y gozarse de la conveniencia y bondad que tiene, con un gozo y deleite inefable, que nace de verse unida con quien tanto ama, amando como es amada, y gozándose de este mútuo amor; y así dice (*Cant.* II, 16): Mi Amado todo para mí, y yo todo para él. Ó alma mia, ama la limpieza de corazon, avivando estas tres virtudes, para que Dios te dé sus tres gloriosas dotes. Ó Padre de las lumbres, dame la lumbre de tu gloria, para que vea lo que creo con la lumbre de la fe. Ó Verbo divino, esposo de las almas, dáteme á tí mismo, para que posea con seguridad lo que deseo con la esperanza. Ó Espíritu santísimo, muéstrame tu bondad, para que goce con hartura lo que amo con caridad.

Punto séptimo. — 1. Lo último, se ha de considerar como la gloria es la perfecta adopcion de hijos de Dios, que se promete á los pacíficos, ponderando que así como Cristo nuestro Señor fue declarado por Hijo de Dios dos veces, una en el Bautismo, y otra en la transfiguracion, viniendo sobre él el Espíritu Santo en figura de paloma ó de nube, y sonando la voz del Padre, que decia: Este es mi Hijo muy amado; así el justo es declarado y publicado de Dios por su hijo adoptivo otras dos veces. -La primera, es en esta vida mortal, cuando le llama y justifica por los Sacramentos, y le engrandece con tales gracias y dones, que descubren la dignidad de hijo de Dios, como se declaró en la meditacion del Bautismo. (*Parte* III, *med.* III).

2. Pero esta adopcion de hijos es imperfecta, por cuanto corre peligro de perderse por nuestra culpa; y así aun los muy santos, como los Apóstoles, que recibieron las primicias del espíritu, gimen dentro de sí, *adoptionem filiorum Dei expectantes*, esperando la adopcion de hijos de Dios; esto es, el cumplimiento y perfeccion de la primera adopcion con otra mas perfecta, figurada por la transfiguracion de Cristo; la cual se comunica al alma el dia que entra en la gloria, y toma posesion de la herencia debida á los hijos con derecho, para recibir á la fin del mundo un cuerpo glorificado con las cuatro dotes de gloria que arriba se dijeron (*parte* III, *med.* XXI y XXII), y entonces descubre Dios la dignidad de los que son sus hijos, porque, como dice san Juan (I *Ioan.* III, 2), ahora somos hijos

de Dios; pero no se ha descubierto lo que serémos; cuando se descubriere, serémos semejantes á él, porque le verémos como es. Ó Padre amantísimo, gracias te doy por la herencia soberana que das á tus queridos hijos, aunque ahora los tienes humillados y maltratados, porque castigas al que recibes por hijo (*Prov.* III, 13; *Hebr.* XII, 6), para honrarle y ensalzarle, haciéndole tu heredero. ¡Oh si me gloriase con la esperanza de esta perfecta filiacion, viviendo como hijo de tal Padre en la tierra, para que me glorifique y corone de su gloria en el cielo! Amen.

MEDITACION LIV.

DE LA GLORIA EN CUANTO ABRAZA LOS SIETE PREMIOS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PROMETE EN EL APOCALIPSIS Á LOS QUE VENCEN.

—La grandeza de la gloria declaró tambien Cristo nuestro Señor en el Apocalipsis, por otros siete géneros de premios que promete á los que vencen (*Apoc.* II, III); esto es, á los que vencen al demonio y sus tentaciones; á la carne y sus pasiones; al mundo y á sus honras vanas; á los tiranos y á sus persecuciones; y á los que se vencen á sí mismos y á su propia voluntad con todos sus quereres, mortificándose con perseverancia hasta la muerte. Y en la promesa siempre se va proporcionando el premio y corona, con el modo de la batalla en que se ganó la victoria, como se verá por los puntos siguientes.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como la gloria es el premio que Cristo nuestro Señor promete á los que perseveran en el primer fervor, ó con la penitencia se reducen á él, diciéndoles (*Apoc.* II, 7): *Al que venciere daré á comer del árbol de la vida que está en el paraíso de mi Dios.* En las cuales palabras se ha de ponderar, qué árbol de vida sea este, en qué paraíso está, qué es comerle, y á quién se da por comida.-Lo primero, este árbol de vida es el mismo Dios, con todas las grandezas y perfecciones que tiene. Los frutos son las obras que de él proceden, ó dentro de sí mismo, como es la generacion del Verbo eterno por el conocimiento, y la produccion del Espíritu Santo por el amor; ó fuera de sí, como es la creacion y gobierno del mundo, la santificacion y glorificacion de los escogidos; y llámase árbol de vida porque siempre vive (*Ioan.* I, 4) en sí mismo, y es la misma vida infinita, y es fuente de la vida (*Psalm.* XXXV, 10), así de la vida de naturaleza y gracia, como

de la gloria y vida eterna. Ó Trinidad beatísima, gózome de que seas árbol de la vida, de quien proceden vidas tan preciosas. Consérvame, si conviene, la vida natural, aumenta en mí la vida de la gracia, y dame despues la vida de la gloria. Amen.

2. El paraíso donde está este árbol, es el cielo empíreo, en donde brota con grandísima abundancia los deleites que son propios de Dios, de los cuales goza quien come de él, y la comida es mediante la vista clara de la divinidad, y tambien de la humanidad de Cristo nuestro Señor, en cuyo conocimiento está la vida eterna, y es tanta la eficacia de esta comida que convierte en árboles de vida á los que la comen, por la semejanza grande que tienen con su Dios; y así el mismo san Juan, al fin del Apocalipsis llama á los bienaventurados árboles de vida (*Apoc.* XXII, 2), que están á las riberas del rio que riega la ciudad de Dios, y llevan cada uno doce frutos, porque perpétuamente viven y brotan nuevos y muy sabrosos afectos y gustos, con que conservan y van continuando sin fastidio su dichosa vida. Esta es la gloria disfrazada por nombre de comida tan gloriosa, que Cristo nuestro Señor promete á los que vencen; y si no venzo no podré recibirla. Por tanto, toma el consejo de tu Redentor; y si has perdido la primera caridad procura recobrarla y vencer la tibieza; vive como árbol plantado á las corrientes de las aguas de la gracia, para que comas los frutos de este árbol de vida, por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como la gloria es el segundo premio que promete Cristo nuestro Señor á los que son fieles en todas las tentaciones y persecuciones hasta la muerte, diciendo (*Apoc.* II, 10): *Que les dará la corona de vida, y el que venciere no recibirá daño de la muerte segunda.* En lo cual se ha de ponderar lo primero, que los que en esta vida son vencidos del demonio y de sus ministros, y por temor ó flojedad se rinden al pecado, aunque se escapen por un poco de tiempo de la muerte primera, que es la muerte natural; pero caen en la muerte segunda del pecado, y despues en la muerte eterna del infierno. De suerte, que no solamente no gustarán del árbol de la vida que está en el paraíso de los deleites, sino serán echados en el abismo de las penas, donde les darán á comer del árbol, si así se puede decir, de la muerte, cuyos frutos son fuego (*Apoc.* XIV, 10), piedra azufre, gusanos, serpientes, llantos, crujir de dientes, y beberán el cáliz amarguísimo de la ira de Dios hasta la hez.

2. Pero al contrario los vencedores, aunque padecen algun da-

ño de la muerte primera, porque suelen quedar muertos cuanto al cuerpo en la batalla, como quedaron los Mártires; pero ningun daño reciben de la muerte segunda del pecado, ni del infierno, porque Dios los libra de ella, coronándoles con corona de vida; esto es, con corona inmortal, que siempre viva, y con una vida tan dichosa, que sea corona de su victoria. Y de aquí es, que la muerte primera del cuerpo no les daña, antes les aprovecha, y se alegran con ella, y les sirve de paso para la vida; porque, como dice la Sabiduría (*Sap.* III, 1), están sus almas en las manos de Dios, y así no puede tocarles lo que es tormento y malicia de la muerte. Y finalmente, el dia del juicio les librará tambien de la muerte primera del cuerpo; porque los vencidos resucitarán á una vida que será segunda muerte, siendo echados (*Apoc.* XX, 9) en los estanques eternos de fuego y piedra azufre. Pero los vencedores resucitarán á nueva vida gloriosa, y no tendrá en ellos poder alguno esta segunda muerte; porque su cuerpo no solamente será inmortal sino impasible, resplandeciente y gozoso con su nueva vida. Ó Salvador mio, abre los oidos de mi alma, para que oiga lo que tu divino Espíritu dice á las Iglesias; y ayúdame á pelear contra mis enemigos y tuyos, con tal fervor, que aunque muera el cuerpo, no muera el alma; ni me toque la muerte eterna. Concédeme que persevere fielmente en tu servicio hasta la muerte, para que reciba de tí la corona de la vida. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como la gloria es el tercer premio que Cristo nuestro Señor promete á los que resisten á sus enemigos, y huyen de su perversa compañía, diciéndoles (*Apoc.* II, 17): *Al que venciere, daré un maná escondido, y una piedra blanca, y en ella escrito un nombre nuevo, el cual ninguno le conoce, sino quien le recibe.* En las cuales palabras se ha de ponderar, qué maná sea este, y qué piedra blanca, qué nombre nuevo, y quién es el que le recibe y conoce.-Lo primero, este maná es la dulzura de la divinidad que se gusta en la gloria, la cual, como el maná, con un modo eminentísimo abraza todos los géneros de deleites que pueden dar las riquezas, dignidades, amigos y todas las cosas criadas, y cuantos pueden percibir los sentidos, con lo cual descubre Dios la dulzura con que regala á sus hijos; pero llámala maná escondido, porque es secreta y desconocida de los hombres en la tierra, aunque es manifiesta y muy experimentada de los justos en el cielo, y aun acá tienen algunos barruntos de ella. Por lo cual dijo David (*Psalm.* XXX, 20): ¡Oh cuán grande es la muchedumbre de la dulzura que

tienes escondida para los que te temen! es mucha por la variedad de favores celestiales que encierra, y es grande por la grandeza que tiene cada uno de ellos. ¡Oh cuán dulce es la sabiduría de Dios al que la ve, y cuán dulce su bondad al que la ama! cuanta dulzura puede apetecer nuestra voluntad, tanta y mucho mayor nos dará en la gloria su divinidad.

2. Lo segundo, la piedra blanca que se da en la gloria, es un preciosísimo testimonio interior que da Dios al bienaventurado, por el cual conoce que está aprobado y escogido, para gozar siempre de él, con grandísima seguridad de que nunca será reprobado, ni excluido de la gloria; ni le darán la piedra negra que se da á los malaventurados, en señal de su eterna reprobacion y condenacion; y llámase piedra blanca, porque la da el Espíritu Santo á los que lavaron y blanquearon sus almas con la sangre del Cordero; y es piedra preciosa que se da con esta regalada comida del maná, para enriquecer á los convidados, y asegurarles de la perpetuidad de su convite. Y si en esta vida tanto alegran al justo los testimonios que da el Espíritu Santo, de que su nombre está escrito en el libro de la vida; ¿qué alegría será verse ya, no con testimonios inciertos ó dudosos, sino ciertos y evidentes, de que para siempre ha de gozar la dulzura que ha gustado? Y el dia del juicio á los escogidos que vencieron dará Cristo nuestro Señor esta piedra blanca, que es la sentencia pública de aprobacion, con que dirá (*Matth.* xxv, 34): Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os tengo aparejado desde el principio del mundo; y á los reprobados que fueron vencidos, dará piedra negra de la sentencia de su condenacion. Por tanto, alma mia, mira cómo vives, porque en la hora de la muerte se ha de ver y votar tu pleito, y el voto no es mas que uno, porque uno solo es el juez; y si has vivido mal, declarará su voto con piedra negra de tu condenacion; pero si has vivido bien, declarará su voto en tu favor, dándote la piedra blanca de tu aprobacion y salvacion.

3. Lo tercero, el nombre que está escrito en esta piedra es, el nombre de hijo de Dios y heredero de su reino; el cual se declara con esta aprobacion, porque entonces el Espíritu Santo dará testimonio interior á los escogidos que son hijos de Dios; y si hijos, herederos, y herederos de Dios (*Rom.* viii, 16), en compañía de Cristo. Y llámase este nombre nuevo, porque la perfecta adopcion de hijos y la herencia de la gloria se les da de nuevo, y se conservará perpétuamente con esta novedad, cuya excelencia es tan grande que

no es posible conocerla, ni estimarla como merece, si no es recibiéndola en la gloria. ¡Oh dichosos los que vencen los pecados, pues tal premio han de recibir por su victoria! ¡Oh qué alegres estarán con la comida del maná! qué ricos y contentos con la piedra blanca de su perpétua aprobacion! y qué honrados (I *Ioan.* III, 1; *en la med. pasada, punto* 7.°) y gloriosos con el nuevo nombre de hijos de Dios! hasta los mismos condenados con una vislumbre que tendrán de todo esto el dia del juicio, dirán á voces: Nosotros locos teníamos su vida por locura, y su muerte por infame (*Sap.* V, 4): *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei:* mirad como han sido contados entre los hijos de Dios, y su suerte les ha cabido entre los Santos. Ó Santos gloriosos, cuya suerte fue tan dichosa que os cupo la piedra blanca de la eterna aprobacion: alcanzadme del Padre celestial que os ha tomado por hijos y herederos, que viva yo de tal manera en la tierra, que alcance con vosotros la misma suerte en el cielo. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como la gloria es el cuarto premio que Cristo nuestro Señor promete al que vence y guarda hasta el fin sus obras; esto es, sus preceptos, haciendo las obras que él hizo, al cual dice (*Apoc,* II, 26): *Yo le daré potestad sobre las gentes, y las regirá con vara de hierro, quebrantándolas como vaso de barro, al modo que yo recibí esta potestad de mi Padre. Y juntamente le daré la estrella de la mañana.* En lo cual se ha de ponderar, lo primero, la grande honra que Cristo nuestro Señor hace á los Santos que en esta vida fueron oprimidos y afligidos por los pecadores, trocando las suertes de unos y otros; porque á los justos dará señorío y potestad sobre las gentes que les afligieron, aunque sean reyes y príncipes, á los cuales tendrán debajo de sus piés, y se alegrarán de la justicia y severidad con que Dios los castigará con vara de hierro rigurosa, quebrantándolos como vasos de barro, que no son de provecho. Por lo cual dijo David en un salmo (*Psalm.* CXLIX, 5): *Alegrarse han los Santos en la gloria, y regocijarse han en sus moradas: las alabanzas de Dios sonarán en sus bocas, y tendrán cuchillos de dos filos en sus manos, para vengarse de las naciones, y castigar á los pueblos, y aprisionar á los reyes con grillos, y á los nobles con esposas de hierro, para hacer de todos el juicio determinado. Gloria haec est omnibus Sanctis ejus.* Esta gloria tendrán todos los Santos. ¡Oh gloria verdadera, gloria maciza é inefable, ordenada por Dios para honrar á sus Santos! ¡Oh cuán honrados son (*Psalm.* CXXXVIII, 17), Señor, tus amigos, y cuán ennoblecido es su principado, pues

les das la potestad que tú recibiste de tu Padre, porque vivieron sujetos á tu gobierno! Gracias te doy, por la honra que les haces, y concédeme que los imite en la vida, para que tenga parte en su gloria. Amen.

2. La estrella de la mañana que aquí se promete es Cristo Dios y hombre, el cual se llama á sí mismo con este nombre, porque en cuanto Dios fue engendrado de su Padre como resplandor eterno (*Psalm.* CIX, 3), antes del lucero. Y en cuanto hombre nació en el mundo, y despues resucitó como principio de la luz y primicias de la resurreccion. Esta estrella da Cristo á los que vencen y le imitan en sus obras, para que le vean y gocen, y vengan á ser, á su imitacion, estrellas del firmamento, y tengan parte en su gloriosa resurreccion, resucitando con un cuerpo glorificado semejante al suyo. Ó amantísimo Jesús, que naciste como estrella de la mañana para desterrar del mundo las tinieblas de la ignorancia y las tristezas y amarguras de la culpa, hazme estrella en tu Iglesia militante, para que resplandeciendo con la luz de la vida y doctrina, sea despues estrella resplandeciente en la Iglesia triunfante por todos los siglos. Amen.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, se ha de considerar como la gloria es el quinto premio que Cristo nuestro Señor promete á los que no mancharon las vestiduras de su alma, y tuvieron obras llenas en la presencia de Dios, á los cuales dice (*Apoc.* III, 5): *El que venciere, será vestido con vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, antes le confesaré delante de mi Padre y de sus Ángeles.* En las cuales palabras se incluyen tres excelencias de la gloria con que premia Dios á los que vencen. La primera es, vestirlos de vestiduras blancas adornando sus almas con la riquísima vestidura de la gracia y de la lumbre de la gloria, con una pureza divina, llenándolos de perpétua alegría, y vistiendo tambien sus cuerpos con la rica vestidura de la inmortalidad impasible, y de la impasibilidad resplandeciente, y del resplandor hermosísimo, mucho mas que el sol, cumpliéndoles lo que está escrito (*Isai.* LXI, 7): En su tierra serán vestidos con doblada vestidura. Ó dulce Redentor, gracias te doy por estas vestiduras de gloria que tienes aparejadas en el cielo, para los que se vistieron la vestidura de tu gracia en la tierra: vísteme, Señor, con estas, para que sea digno de que me vistas con esotras.

2. La segunda excelencia es, no borrar su nombre del libro de la vida; esto es, asegurarles de que para siempre estarán con él en

su gloria; y que como desde su eternidad los escribió en su entendimiento y voluntad, escogiéndolos para ser bienaventurados, así permanecerán por toda la eternidad. Y por consiguiente, les asegura que nunca serán echados en el estanque de fuego (*Apoc.* XX, 15), donde han de estar los que no estuvieren escritos en este libro.

3. La tercera excelencia es, confesarlos y alabarlos delante de su Padre y de sus Ángeles, preciándose de tenerlos en su compañía, y publicando los servicios que le han hecho, para que sean honrados de todos. Lo cual hará mas extendidamente el dia del juicio delante de todos los hombres, y aun de los mismos malos, así para confundirlos, como para que vean cuán bién cumple la palabra que dió de honrar á los que le sirven con fidelidad. Ó Dios eterno, que no te desdeñas de llamarte Dios de Abrahan (*Hebr.* XI, 16), y de los demás justos que peregrinan en la tierra, porque les tienes aparejada una riquísima y nobilísima ciudad en el cielo; gracias de doy por esta honra que les haces, y humildemente te suplico no te desdeñes de tomarme por tu esclavo, para que no me deseches para siempre de tu reino. Amen.

PUNTO SEXTO. — 1. Lo sexto, se ha de considerar como la gloria es el sexto premio que Cristo nuestro Señor promete á los que perseveran en retener el bien que han recibido, diciéndoles (*Apoc.* III, 12): *Al que venciere, haré coluna en el templo de mi Dios, y nunca mas saldrá fuera, y sobre él escribiré el nombre de mi Dios y de su nueva ciudad Jerusalen que viene del cielo, y mi nombre nuevo.* Aquí se ha de ponderar, lo primero, como los que vencian á los enemigos de Cristo, y son como colunas que sustentan la fe y la Iglesia con su vida y doctrina, serán en el cielo honrados como colunas, alabándoles todos por la santidad y fortaleza que tuvieron en la tierra, y allá les hará Dios colunas de su templo celestial, para adorno y atavío suyo, labrándolas mucho mejor que Salomon labró las colunas de su templo (III *Reg.* VI, 18), con mil labores de gracias y virtudes. Y serán colunas fuertes é inmutables, porque nunca dejarán el lugar que Dios les diere, ni saldrán jamás del cielo al estado que antes tenian. En lo cual se diferencian de los justos que son colunas de la Iglesia, los cuales, por ser de su cosecha mudables, algunas veces vienen á caer de su estado. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor: *Ten lo que tienes, porque no lleve otro tu corona: y si vences, yo te haré coluna en mi templo, y nunca saldrás fuera de él.* Ó dulce Redentor, coluna de la Iglesia militante y triunfante, que edificaste tu casa en la tierra sobre siete (*Prov.* IX, 1) colunas de

grande fortaleza, concédeme que viva con tal firmeza en tu servicio, que llegue á ser coluna en tu santo templo.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor, para honrar mas á estas columnas celestiales, promete que ha de escribir en ellas tres nombres; conviene á saber, el nombre de Dios, el de la ciudad nueva de Jerusalen, y su nombre nuevo que es Jesús y Salvador, para significar que Dios los toma por cosa suya, y ellos son obra de sus manos, de la cual se precia, y que son ciudadanos perpétuos de la celestial Jerusalen, gozando para siempre la dichosa vista de paz que su nombre significa. Y finalmente el mismo Jesús imprime en ellos los frutos de su nombre, manifestando en ellos las riquezas de la salud que ganó para todos. ¡Oh qué hermosas estarán estas celestiales colunas con la escultura de estos tres gloriosos nombres! Ó Dios de mi alma, imprime tu nombre en mi corazon de modo que no se borre por mi culpa. Ó dulce Jesús, estampa tu dulce nombre en mis entrañas, imprimiendo en mí los afectos de tu salud. Ó ciudad de Jerusalen, que bajas del cielo, dándote á conocer en la tierra, tómame por ciudadano, mediante la amorosa confianza, y despues con la eterna posesion. Amen.

Punto séptimo. — 1. Lo séptimo, se ha de considerar como la gloria es el séptimo premio que Cristo nuestro Señor promete á los que vencieren la tibieza de vida que le provoca á vómito, diciéndoles (*Apoc.* III, 21): *Al que venciere, yo le concederé que se siente conmigo en mi trono, así como yo vencí, y me senté con mi Padre en su trono.* En las cuales palabras se ha de ponderar la suprema grandeza que tendrán los santos en la gloria, por la grande conformidad con Cristo nuestro Señor en ella; la cual, aunque no llega á igualdad, pero para manifestar su grandeza se declara por palabras que significan igualdad. Y por esto dice: Al que venciere, yo le concederé que esté en mi reino, no en pié, como criado que sirve, sino sentado con grande quietud y majestad, como príncipe y grande de mi corte. Y estará sentado, no apartado de mí, sino *mecum*, junto conmigo, en mi compañía y en mi presencia, conversando conmigo familiarísimamente, y participando de mis bienes. Y estará sentado conmigo, no como quiera, sino *in trono meo*, en mi mismo trono, sin que haya entre nosotros cosa partida; de modo, que tambien tenga parte en la honra que se me hace, que es decir: Daréle la dignidad de Dios, del modo que es capaz de ella, para que goce de la excelencia que Lucifer pretendió por malos medios, y no alcanzó, cuando dijo (*Isai.* XIV, 13): *Subiré al cielo, pondré mi trono sobre las estrellas, sentaréme*

EPÍTOME

DE LA

VIDA DEL V. P. LUIS DE LA PUENTE,

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,

SACADO DE UNA COPIA DE LA INFORMACION QUE SE PRESENTÓ AL SUMO PONTÍFICE CLEMENTE IX, EN EL AÑO 1667, PARA PROMOVER LA CAUSA DE BEATIFICACION Y CANONIZACION DE AQUEL SIERVO DE DIOS.

Nació el venerable Luis de la Puente en la ciudad de Valladolid á 11 de noviembre del año del Señor de 1554, de padres esclarecidos en piedad y nobleza, y fue bautizado en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Antigua, el dia 26 del mismo mes. En su niñez y adolescencia, aun siendo seglar, vivia una vida inocente, dándose desde entonces á la oracion mental y vocal, y empleándose en obras de misericordia, especialmente en visitar y servir á los enfermos en los hospitales. Esta pureza é inocencia de vida la conservó hasta la muerte en la religion de la Compañía de Jesús, donde entró el dia 2 de diciembre de 1574 á la edad de veinte años, y la adornó con dos margaritas preciosas; á saber, la flor de la virginidad, y el voto de no cometer pecado venial advertidamente, que descubrió á su confesor y observó exactísimamente; lo que es señal de exímia perfeccion. Con esta pureza de corazon é inocencia de obras fue contado en la generacion de aquellos que viven á Dios, por el ejercicio de actos heróicos de todas las virtudes, con los cuales se hizo á sí mismo templo vivo para honra y culto del verdadero Dios.

El fundamento de este edificio fue la fe, que lo es de todos los bienes sobrenaturales, y por la cual vive el justo. Él la profesó siempre perfectísimamente, lo primero ejercitándola en todas las acciones sagradas, así en las de mayor momento como en las ordinarias, con igual atencion y diligencia; lo segundo, en la continua oracion con que pedia á Dios que le aumentase la fe; lo tercero, deseando y pi-

diendo con insistencia á sus superiores licencia para ir al Japon y á otros países infieles, á fin de predicarles el santo Evangelio; lo cuarto, visitando frecuentemente de dia y de noche el santísimo Sacramento; lo quinto, escribiendo é imprimiendo libros de sana y católica doctrina, que hoy se hallan traducidos en cinco idiomas de diversas lenguas. Ejercitaba estas acciones con tanto amor para con Dios, que los otros religiosos de la Compañía se admiraban del fervor de su amor; y siguiendo este fervor, su mismo aposento temblaba y se estremecia, especialmente cuando recitaba aquellas palabras del salmo: *Venite exultemus*, etc. *Venite, adoremus et procidamus ante Deum*. En esta ocasion fue visto cercado de un resplandeciente globo de luz desde el medio cuerpo hasta la cabeza.

Levantó este templo con los actos de la virtud teologal de la esperanza, que es una certísima confianza de conseguir la vida eterna, la cual tuvo este siervo de Dios, fundándose en los méritos de la pasion de Cristo Señor nuestro, y en Dios, como padre benignísimo. Esta cierta esperanza no solo la tenia en cuanto á la consecucion de la vida eterna, sino tambien en cuanto á los demás bienes; y era tan grande, que aunque fuese pecador, con todo mirando á la misericordia de Dios y á los méritos de Cristo, se alentaba y avivaba su confianza en el Señor, en órden á conseguir de él todo bien.

Cubrió este su templo con la caridad, que nacia de un corazon puro y no fingida fe por virtud del Espíritu Santo que habitaba en él, señalándose en esta virtud así para con Dios como para con el prójimo, á quien amaba en Dios y por Dios. En cuanto á Dios la ejercitó viviendo y respirando siempre en él con una continua presencia suya, ofreciéndole tantos sacrificios cuantas eran las obras que practicaba, no perdiendo nada de tiempo, porque siempre estaba con su Dios, ó en oracion mental ó vocal, ó hablando de Dios, ú obrando por Dios; y no solo él hablaba de Dios, sino que tambien queria que hablasen sus súbditos aun en las recreaciones. Todo cuanto hacia, nacia de esta raíz de la caridad para con Dios, á quien amaba con tanta vehemencia, que prorumpia en estas voces: *Non plus, Domine, non plus:* No mas, Señor, no mas.

La caridad para con sus prójimos fue tambien insigne, porque continuamente ardia su corazon por la salud de las almas, y solia decir que estaba aparejado á arder perpétuamente en el infierno por la conversion de los pecadores. De esta ardiente caridad tuvieron orígen todas aquellas obras de misericordia así espirituales como corporales, que aun estando enfermo ejercitó con sus prójimos y en par-

ticular en tiempo de peste y contagio, en el cual no solo ministraba los Sacramentos á los apestados, sino tambien sepultaba los cuerpos de los que morian de peste. Esto mismo demuestra el continuo concurso de las personas que de todos estados y calidades acudian á él, y el haber perseverado en estas obras de caridad para con sus prójimos hasta el dia de su muerte, en el cual dictó á su amanuense un papel por el bien espiritual de su prójimo.

Ni faltan á este siervo de Dios heróicos actos de virtudes morales, con las que adornó el templo vivo levantado á Dios con las teologales; porque viniendo á la virtud de la religion, por la cual los fieles de Cristo dan culto interior y exteriormente á Dios, se ejercitó en actos heróicos propios de ella, ya con la oracion mental, contemplacion y adoracion de la divina Majestad, ya con el rezo del divino oficio, que siempre rezó con cuidado y atencion, y en él fue visto algunas veces rodeado todo de un globo resplandeciente de luz desde el medio cuerpo hasta la cabeza, ya en la celebracion de la misa, que aun estando enfermo decia, y una vez le ayudó Dios para que la dijese con concurso extraordinario y cási milagroso, ya en la continuacion con que visitaba el santísimo Sacramento del altar, no una ó dos veces, sino ciento al dia aun estando enfermo.

Mostró tambien grandísima piedad, observancia y culto para con la Vírgen santísima Nuestra Señora, y con los Ángeles y Santos, y en especial con el Ángel de su guarda tenia familiar y visible conversacion. En el estado religioso se señaló asimismo en tan pio culto con heróicos actos, porque el voto de la pobreza le guardó con excelencia, pues fue con espíritu y con efecto pobre, sin tener mas de lo necesario, y sano y enfermo pasaba con la comida y vestido comun; y si se le presentaba ó daba alguna cosa, lo remitia al punto á los superiores, para que lo repartieran con la comunidad. En el voto de la castidad procuró imitar la pureza angélica, y lo consiguió, pues murió vírgen, como queda dicho. El voto de la obediencia, por virtud del cual un religioso consagra á Dios su propia voluntad, le guardó exactísimamente, así en la ejecucion perfecta de las órdenes de los superiores, como en la conformidad con su voluntad y juicio, aprobando cualquiera cosa que se le mandaba, y observando todas las reglas de su religion, aun las mínimas, con admiracion de los religiosos que con él vivian. Todas estas cosas las sacó y aprendió de la luz divina que por favor especial recibió del mismo Dios, como lo testifica él en sus escritos compulsados.

Fue dotado de una singular prudencia, con la cual adquirió luz

para discernir y juzgar de las cosas de que así él mismo como los prójimos necesitaban en órden á conseguir el fin de su creacion. Mostró esta prudencia en sí honrando y reverenciando tan exactamente como honró y reverenció á Dios por el ejercicio de las virtudes teologales y otras, segun queda referido; y tambien la mostró en la eleccion que hizo del estado religioso; porque como dijo el Nazianceno en la oracion de las alabanzas de san Basilio: *Ii sapientiores habendi sunt quam reliquum mortalium vulgus, qui seipsos à mundi consortio segregarunt.* No se mostró menos prudente para con otros; y así el que habia menester consejo ó se creia en aprieto, se acogia á este siervo de Dios como á varon prudente que penetraba los corazones de los que á él acudian. Por lo cual deponen los testigos que habia recibido de Dios el don de prudencia espiritual, y que en aquella edad no hubo un maestro de espíritu mayor que él, teniéndole en todos los reinos de España por oráculo.

La justicia, que es una constante voluntad de dar á cada uno lo que es suyo, la observó de modo que á cada uno dió lo que le debia, á Dios, á sus superiores, al prójimo y á sí mismo. Á Dios dió el amor que le debemos segun el divino precepto: *Diliges Dominum Deum tuum;* amándole sobre todas las cosas intensísimamente, como arriba se vió. Tambien le dió la honra como á supremo Señor, y se gozaba sumamente de que en él hubiese justicia vindicativa, con que pudiera castigar sus pecados, como lo testifica en sus escritos compulsados. Á los superiores dió la obediencia que se les debia, con la exactitud y perfeccion que ya se dijo. Á los prójimos dió el amor fraterno, con la excelencia que queda referido. Asimismo atendió continuamente á la composicion de sus acciones, sujetando á la razon y parte superior de su mente todos los movimientos de su ánimo, y domando todas sus concupiscencias carnales, para que así resplandeciese en él el reino de Dios con grande tranquilidad y paz.

La fortaleza, que trae consigo la firmeza de ánimo mostrada en los actos de acometer y sufrir, la consiguió en grado heróico; porque si miramos al acto de acometer y emprender cosas arduas, se mostró la fortaleza de este siervo de Dios en su entrada en la religion, no solo por ser esta accion de tanta estimacion, que se equipara al martirio, el cual sin controversia toca á esta virtud, sino tambien por las grandes dificultades que se le levantaron cuando quiso entrar en la Compañía, las cuales todas las venció con fortaleza. Pero si miramos á otro acto, que consiste en el sufrir, no fue menor

su fortaleza, como lo mostró con ventajas en los acerbísimos dolores y enfermedades que padeció por espacio de treinta años y mas, los cuales no solo llevó con paciencia, sino con alegría. Lo mismo le sucedió en los oprobios que le dijeron, é injurias que le hicieron.

Resta decir algo de la templanza, la cual modera los afectos acerca de las delectaciones de los sentidos de gusto y tacto, á quien pertenecen como especies propias las virtudes de abstinencia, sobriedad y castidad, y como parte anexa se le reduce tambien la virtud de la humildad. En las dos virtudes de abstinencia y sobriedad fue insigne este varon, pues nunca permitió que se pasase ningun tiempo de su vida sin alguna mortificacion de su carne; y sus ayunos fueron tan rigurosos, que redujeron su cuerpo no solo á la piel y los huesos, sino á tal estado que parecia un esqueleto. Si algo tenia de espíritu y vida, todos los testigos deponen que lo habia alcanzado de Dios por continuo milagro. No fue menos insigne en la castidad; pero en este particular no añado nada, pues bastante he dicho arriba.

De su humildad solo apuntaré un propósito que hizo acerca de su ejecucion, y es el siguiente: *Debo siempre procurar humildad interior y exterior delante de Dios y de los hombres, eligiendo en todas las cosas lo mas vil, exponiéndome al menosprecio, y rogando á Dios que deje que yo sea abatido, no diciendo nada, ni indirectamente, que incline á mi alabanza, ni contando mis dolores, ni alguna cosa mia sin evidente necesidad.* Cumplió exactísimamente este propósito, como lo deponen los testigos, declarando cuán puntualmente cumplia la primera parte de procurar su humildad interior y exterior, la segunda de elegir las cosas mas viles para sí, y la tercera de exponerse á que le despreciasen, como se vió en andar á caballo en un jumento por la ciudad de Valladolid, de tal modo que daba ocasion á muchos de que hicieran burla de él. Últimamente, no decia nada que redundase en alabanza propia; antes rehusaba el ser juez en las cosas espirituales, porque pidiéndole que juzgase si una cosa era mas perfecta que otra; lo rehusó, siendo así que le tenian por sapientísimo maestro en estas materias, como arriba se ha dicho.

Con esta vida perfecta, santa, virtuosa y llena de Dios, como todos los testigos lo deponen, llegó el venerable P. Luis al fin de su mortalidad; y aunque los testigos expresamente no dicen en sus deposiciones que Dios le reveló la hora de la muerte; pero afirman que la supo y le fue revelada, sacándolo de varios dichos del siervo de Dios y varias señales que observaron. Para prepararse á aquella hora pidió y recibió el santo Viático y la Extremauncion.

Habiendo, pues, llegado el siervo de Dios á los setenta años de edad, el 16 de febrero de 1624 á las diez y media de la noche, dichas aquellas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*; y las otras: *Dum veneris iudicare, noli me condemnare;* puestos los ojos fijos en una imágen de Cristo crucificado, entregó su espíritu á su Criador. Algunas piadosas y devotas mujeres, especialmente religiosas, vieron que subia al cielo el espíritu del Venerable, adornado y coronado con preciosísimas piedras y margaritas.

Entre otras, examinada sor Juana Rodriguez, monja profesa en el convento de Santa Clara, extramuros de Búrgos, depone que aunque no conoció al P. Luis de la Puente, con todo despues de la muerte de él, estando orando mentalmente en su oratorio, antes que hubiese entrado en el monasterio, vió á un religioso de la Compañía de Jesús, muy devoto y de grande espíritu, acompañado de multitud de Ángeles y rodeado de resplandores, y oyó una voz interior que le decia que aquel era el P. Luis de la Puente, el cual habia muerto, y con el ejemplo de su vida y sus escritos habia ayudado grandemente á las almas de los fieles, sacando á muchas de pecado mortal, y que por eso Dios le habia dado aquel premio.

Al dia siguiente, los Padres de la Compañía le hicieron el oficio de difuntos, á que concurrieron de suyo multitud de pueblo y gente noble para ver, segun decian, el cuerpo de aquel santo varon, y tocarle y besarle, y llevar algo de sus reliquias. La devocion del pueblo para con este siervo de Dios dura hasta los tiempos presentes.

El Señor le hizo tambien maravilloso con el don de profecías y otras virtudes y gracias, y entre ellas la gracia de curar y sanar varias enfermedades, así en vida como despues de muerto. Profetizó, lo primero, á una novicia de un monasterio de monjas, que habia de ser elegida por prelada de él, y así sucedió. Lo segundo, á una monja de san Bernardo, que habia de pasar á un convento de descalzas (lo cual ella deseaba) dentro de un año, tres dias antes que se cumpliese el año, y sucedió todo así. Lo tercero, previno á una religiosa que se aparejase para una ocasion de insigne paciencia que se le habia de ofrecer: hízolo la religiosa con cuidado, y despues por espacio de doce años padeció grandes molestias de una persona. Lo cuarto, manifestó á una muchacha el propósito que tenia de entrar monja en un monasterio de recoletas, y le profetizó todas las cosas que despues le habian de suceder por su órden; y todo pasó así. Lo quinto, aconteció que andando un caballero armado y acompañado de sus criados para defenderse contra otro caballero enemigo suyo,

como se presentase así al P. Luis, le preguntó este la causa por que iba cargado de armas. Manifestósela el caballero, y el siervo de Dios le dijo: «Deje vuesa merced las armas y el miedo, porque no recibi-«rá daño alguno de su enemigo.» Y como lo profetizó, así sucedió, aunque vivió muchos años el enemigo, porque la profecía se hizo el año de 1615, y el enemigo del caballero murió el de 1656.

En cuanto á la gracia de curar enfermedades, se refieren en los procesos cinco casos obrados en vida por este siervo de Dios, y son los siguientes: Primero, libró á una enferma que estaba atormentada de terribles dolores, con solo decirle: *Quítensele esos dolores.* Segundo, sanó á otra enferma que estaba con calentura, dolores de garganta y oidos, dejándola sana con decirle: *Nuestro Señor la libre.* Tercero, impetró feliz parto á dos mujeres, que en otros anteriores siempre se habian visto en peligro de la vida. Cuarto, libró á un religioso de un demonio que le atormentaba. Quinto, una mujer que estaba apretada de la ceática y otros dolores, recibió un billete del siervo de Dios con una oracion devota escrita en él, y en leyéndola se halló mejorada.

De los milagros obrados despues de muerto, se cuentan en los procesos veinte y ocho. Primeramente, por aplicacion de una reliquia suya libró á tres mujeres que estaban de parto y en peligro de la vida: la una padecia un flujo de sangre; las otras dos no podian acabar de echar las criaturas. Lo segundo, once personas que estaban enfermas de varios dolores de cabeza, de garganta, de ceática, de costado, con vómitos y otras diversas dolencias, quedaron sanas y libres de sus males con la aplicacion de las reliquias ó la invocacion del nombre del P. Luis. Con los mismos medios alcanzaron la salud seis personas que se veian en extremo peligro de perder la vida, por ser agudas las enfermedades de calenturas malignas, cuartanas y puntas de costado. Otras dos que padecian afecciones del pecho sanaron por su intercesion, como asimismo uno que tenia erisipela. Una señora que cayendo por una escalera dió con la cabeza en la pared, se halló libre de todo mal y peligro por la intercesion del venerable Padre. Un enfermo que padecia retencion de orina, con solo aplicarse una imágen y una firma del siervo de Dios, orinó y echó dos carnosidades, una tan grande como una avellana, y otra como un garbanzo. En cosas espirituales socorrió á otras que se valieron de su intercesion, especialmente en aprieto de escrúpulos.

Tambien glorificó Dios á su siervo despues de muerto, en cosas que quedaron de él. Primeramente, en una carta escrita el año de

1593, toda de su mano, para doña Francisca de Luna, la cual carta vino despues á parar en manos de una monja llamada doña Francisca de Ribera. Esta puso la dicha carta en una almilla de que usaba, entre la bayeta y el forro, y la cosió para que no se le perdiese; mas despues olvidada de que estaba allí dió á lavar la almilla, y la metieron en una artesa de agua caliente, la jabonaron y torcieron. Pasados algunos meses, queriendo usar de la almilla se acordaron de la carta, y cuando pensaron que estaria del todo deshecha, la hallaron en todo mejorada; porque antes el papel estaba flojo y amarillo, y las letras gastadas y desfiguradas, y despues hallaron el papel entero, tieso y blanco, y las letras vivas y muy legibles. Todo esto se tuvo por milagroso en el convento, y sobre ello examinó el Obispo de Valladolid á muchos testigos. El otro milagro sucedió en un hueso del dedo índice de la mano derecha del siervo de Dios. Habiéndole entregado el P. José Cabello, de la Compañía de Jesús, á un platero para que le pusiese en el cuello de una garrafa de vidrio adornado de unos cabos de plata sin decirle otra cosa; el platero dispuso los cabos, y metido el hueso en el vidrio (estando los dos secos y sin humedad ninguna), echó el hueso tanta cantidad de agua, que se mojó el vidrio y no se pudieron poner los cabos. El platero, despues de enjugado todo, intentó repetir la operacion segunda y tercera vez, y sucedió lo mismo que la primera; con lo que aburrido envolvió el hueso y vidrio en un papel, y todo descompuesto lo metió en su cajon y cerró con llave. Á la mañana siguiente, queriendo componer lo que no habia podido en el dia anterior, abrió el cajon y halló que todo estaba compuesto y hecho segun el arte, y ligado con los cabos de plata, sin que le faltase nada. De este milagro deponen dos testigos de vista, el platero y su compañero.

De todo lo cual consta que el siervo de Dios Luis de la Puente fue adornado de todas y cada una de las virtudes en grado perfecto y heróico, y que la fama de santidad con que murió, se confirmó con los milagros referidos, que Nuestro Señor obró por su intercesion despues de muerto.

En todo lo que va dicho, no es nuestra intencion prevenir en forma alguna el juicio y determinacion de la Santa Sede apostólica en cuanto al venerable siervo de Dios P. Luis de la Puente; y á los hechos referidos pretendemos solamente se les dé aquella autoridad, fe y crédito que puede y debe darse á la historia humana escrita con exacto cuidado.

Para cerrar dignamente este epítome de su vida, ponemos á con-

tinuacion un catálogo de las obras que escribió este insigne maestro y doctor místico, y de los tratados y materias que en sí contienen.

La primera obra que sacó á luz, fue la presente de las Meditaciones de los misterios de nuestra santa fe, la cual fue recibida con tanta estimacion, que en los tres primeros años se hicieron cuatro impresiones, y despues se han repetido otras muchísimas. De ella solia decir uno de los mas célebres predicadores del siglo del autor: *Sin esta puente no me atrevo yo á pasar el rio de la predicacion.*

La segunda obra que publicó, es aquella ilustrísima suma de teología mística, que se intitula *Guia espiritual*, donde se trata de la oracion, meditacion y contemplacion, de las divinas visitas, gracias extraordinarias, de las reglas para calificar los espíritus, de la mortificacion y obras heróicas que acompañan la vida contemplativa; obra verdaderamente grande y de las mayores que en esta materia hay en la Iglesia; la cual deberian manejar los maestros de espíritu para encaminar seguramente las almas á lo supremo de la contemplacion. Por haberse ejercitado mucho en su lectura la santidad de Alejandro VII, hizo tan gran concepto del sublime espíritu del venerable Padre, y miró con tal afecto la causa de su beatificacion, que á haberle dado Nuestro Señor dos ó tres años mas de vida, presumimos con grande probabilidad que le hubiera beatificado. En esta obra se contienen cuatro tratados. Es el primero del trato familiar con Dios por la oracion y de las visitas de Dios en ella por sus inspiraciones. Es el segundo de la sagrada leccion y meditacion, con que se alcanza el conocimiento de sí mismo, de Cristo nuestro Señor y de sus Santos, y de Dios por las cosas criadas, con los fervorosos actos que las acompañan. Es el tercero de la perfecta contemplacion y union con Dios. Es el cuarto de la mortificacion y obras heróicas, que son fruto de la vida contemplativa y de la consideracion práctica que las acompaña.

La tercera obra verdaderamente heróica es de la perfeccion del cristiano en todos sus estados, dispuesta en veinte y cuatro tratados, en que recogió cuanto grande se halla en los Padres y Doctores místicos acerca de las materias que toca con tanta comprension, que admira á los mas sábios, y con tanto acierto, que se reconoce le escogió el Espíritu Santo para maestro universal de todos estados. El primer tratado es de la perfeccion en el estado cristiano, desde su primera vocacion y nacimiento espiritual hasta la muerte, dividido en cinco partes. En la primera se trata de las vocaciones á la fe católica y estado de gracia, y de la perfecta conversion de los pecado-

res: en la segunda de los sacramentos del Bautismo y Confirmacion, y de la perfeccion que en ellos se profesa: en la tercera del sacramento de la Penitencia y de todos sus actos de la perfecta reformacion: en la cuarta del santísimo Sacramento del altar, y de la excelente perfeccion que comunica con su frecuente comunion: en la quinta de la perfeccion en las enfermedades y peligros de muerte, y del sacramento de la Extremauncion.

El segundo tomo es de la perfeccion del cristiano en los estados y oficios de la república seglar, eclesiástica y religiosa, y especialmente de la seglar: contiene otros cinco tratados. El primero es de la providencia de Dios en el repartimiento de todos los estados, oficios y suertes de vida que tiene la república cristiana, con la perfeccion propia de cada uno. El segundo trata de la providencia de Dios acerca de las tentaciones contra la perfeccion en todos estados, y el modo de vencerlas. El tercero es de la perfeccion en los estados y oficios de los que gobiernan la república cristiana, y especialmente la seglar. El cuarto de la perfeccion en el gobierno de las familias, en el trato comun entre mayores, menores é iguales. El quinto es de los estados del matrimonio y viudez, y de la perfeccion propia de cada uno.

El tercer tomo habla de la perfeccion del cristiano en el estado de virginidad y continencia, y en la república religiosa: contiene siete tratados. El primero es de los principales consejos de perfeccion comunes á todos estados: el segundo de los estados de continencia y virginidad, y de las virtudes especiales que acompañan: el tercero del estado de la religion cuanto á las cosas sustanciales que abraza, y de los grandes premios que le están prometidos: el cuarto de las especiales vocaciones para entrar en la religion, y de los admirables medios por donde Dios las encamina: el quinto de la entrada en la religion y crianza de los novicios, de sus tentaciones, pruebas, y modo de hacer perfectamente los votos: el sexto de la perfecta guarda de los tres votos, pobreza, castidad y obediencia, segun las reglas: el séptimo de la suprema perfeccion del religioso en la observancia de todas las demás cosas que contienen las constituciones de la religion.

El cuarto tomo es de la perfeccion cristiana en todos los oficios y ministerios de la república eclesiástica: contiene otros siete tratados. El primero es del sacramento del Órden y estado sacerdotal, y de la perfeccion que pertenece á todos los eclesiásticos: el segundo del santo sacrificio de la misa, y del modo de decirla y oirla con perfec-

cion: el tercero de la perfeccion en el ministerio de rezar ó cantar el oficio divino y horas canónicas: el cuarto de los oficios y ministerios en general de ayudar á las almas, y de las partes que piden para hacerse con perfeccion: el quinto de la que pertenece á los confesores en todos sus ministerios: el sexto de la que corresponde á los maestros y predicadores: el séptimo del estado de los obispos y prelados, y modo de gobernar las almas con perfeccion.

Fuera de estos libros compuso un Directorio espiritual de los santos sacramentos de la Confesion y Comunion, y del sacrificio de la misa, con el ejercicio de oracion y meditacion que acompañan, reduciendo á un tomillo la doctrina mas jugosa y devota que acerca de estas materias habia escrito en el primero y cuarto tomo de los estados, añadiendo otras cosas muy devotas. En este opúsculo se contienen tres tratados: el primero del santo sacramento de la Penitencia y sus tres partes, contricion, confesion y satisfaccion, donde pone siete meditaciones eficacísimas para mover á perfecta contricion de los pecados: el segundo es del santísimo Sacramento del altar y de dos modos de comunion, sacramental y espiritual, donde pone siete meditaciones dulcísimas de todas las cosas que se encierran en este augusto Sacramento, y otras siete de las visitas de Cristo Señor nuestro en este alto Sacramento, y de los efectos que causa, para los siete dias de la semana, excitando á que con esta piadosa variedad las personas devotas enternezcan su corazon cuando comulgan. El tercer tratado es del santo sacrificio de la misa y de la perfeccion de decirla: contiénense en él catorce consideraciones diferentes con varios afectos de devocion, que disponen para decir bien misa, y comulgar para los siete dias de la semana; y prueba con catorce eficacísimas razones cuán santa y provechosa sea la devocion de decir misa y oirla cada dia.

Aunque en todos sus escritos es admirable este gran Doctor, en lo que toca al santísimo Sacramento se excede á sí mismo. Trata de esta materia en la primera, cuarta y sexta parte de las Meditaciones, en la Guia espiritual hablando del amor unitivo con Cristo, en el primero y cuarto tomo de los estados, y sin repetir nada de lo que tenia dicho, siempre descubre nuevos motivos para encendernos en amor de Cristo sacramentado, de quien recibió tan copiosa luz por la cordial devocion que le tenia, visitándole cien veces al dia aun cuando apenas se podia mover.

Á mas de lo dicho escribió dos tomos grandes de á fólio de exposicion moral sobre los Cantares, llenos de tanta y tan delicada en-

señanza, que en ellos hallan los varones espirituales cuánto pueden decir para cualquiera sermon ó plática espiritual.

Escribió asimismo la vida del venerable P. Baltasar Álvarez, confesor de santa Teresa, que contiene una práctica admirable del modo como se han de encaminar las almas á la perfeccion, y del modo de oracion en que comunmente deben ejercitarse todas, con una subidísima explicacion de la oracion sobrenatural, de union y quietud.

Dejó escritas tambien de su mano las admirables cosas de la venerable vírgen doña Marina de Escobar, á quien confesó treinta años, para que se publicasen despues de su muerte. Dióse á la estampa esta obra en el año de 1665, y contiene seis libros. En los cinco primeros trata de los extraordinarios caminos por donde Nuestro Señor guió desde los principios á su sierva, y de las maravillosas revelaciones y singulares mercedes y gracias que debió á la bondad divina; y en el sexto de su heróica perfeccion en el modo de padecer y ejercitar todas las virtudes.

En las obras del venerable P. Luis de la Puente resplandece tan claramente su elevadísimo espíritu, que cada línea de ellas es una llama, y cada palabra una centella de amor divino; por lo cual muchas personas enfervorizadas con su lectura y especialmente de lo que toca al santísimo Sacramento, han dejado legados considerables para ayuda de su beatificacion y canonizacion, de que está fundada una obra pia en el colegio de San Ambrosio de Valladolid, donde se halla su cuerpo.

FIN.

TABLA

DE LAS MEDITACIONES SOBRE LOS EVANGELIOS Y ALGUNAS EPÍSTOLAS DE VARIAS DOMINICAS, FERIAS Y FIESTAS DEL AÑO.

Dominica 1.ª de Adviento: *Erunt signa*, etc. (Luc. XXI, 25), tomo I, parte I, meditacion 13.

Dominica 3.ª de Adviento: *Miserunt Judæi*, etc. (Ioan. I, 19), t. II, p. III, med. 2.

Dominica 4.ª de Adviento: *Factum est verbum*, etc. (Luc. III, 4), t. II, p. III, med. 1.

Vigilia de Navidad: *Cum esset desponsata*, etc. (Matth. I, 18), t. I, p. II, meditacion 4 y 14.

Dia de Navidad: *Exiit edictum*, etc. (Luc. II, 1), t. I, p. II, med. 16.—*Pastores loquebantur*, etc. (Luc. II, 15), t. I, p. II, med. 19.—*Verbum caro factum est*, etc. (Ioan. I, 14), t. I, p. II, med. 1.

Dominica infraoctava de Navidad: *Erant Pater eius et Mater*, etc. (Luc. II, 33), t. I, p. II, med. 25.

Circuncision: *Postquam consummati*, etc. (Luc. II, 21), t. I, p. II, med. 20.

Vigilia de la Epifanía: *Defuncto Herode*, etc. (Matth. II, 19), t. I, p. II, meditacion 28.

Epifanía del Señor: *Cum natus esset*, etc. (Matth. II, 1), t. I, p. II, meditaciones 22 y 23.

Dominica infraoctava de la Epifanía: *Cum factus esset Iesus*, etc. (Luc. II, 42), t. I, p. II, med. 29.

Octava de la Epifanía: *Vidi Spiritum descendentem*, etc. (Ioan. I, 32), t. II, p. III, med. 3.

Dominica 2.ª despues de Epifanía: *Postquam consummati*, etc. (Luc. II, 21), t. I, p. II, med. 21.

Dominica 3.ª despues de Epifanía: *Ecce leprosus*, etc. (Matth. VIII, 2), t. II, p. III, med. 38.

Dominica 4.ª despues de Epifanía: *Ascendente eo in naviculam*, etc. (Matth. VIII, 23), t. II, p. III, med. 18.

Dominica 5.ª despues de Epifanía: *De la viña*. (Matth. XIII, 24), t. II, p. III, med. 45.

Dominica 6.ª despues de Epifanía: *Del grano de mostaza*. (Matth. XIII, 31), tomo II, p. III, med. 46.

Dominica de Septuagésima: *De los trabajadores de la viña*. (Matth. XX, 1), t. II, p. III, med. 54.

Dominica de Sexagésima: *Exiit qui seminat*, etc. (Luc. VIII, 5), t. II, p. III, med. 44.

Dominica de Quinquagésima: *Ecce ascendimus... Coecus quidam*, etc. (Luc. XVIII, 31, 35), t. II, p. IV, med. 2, y p. III, med. 2.

Dia de Cenizas: *Memento homo quia pulvis es*, etc. (Genes. III, 19), t. I, p. I, med. 11.—*De ieiunio*, t. II, p. III, med. 4.—*Nolite thesaurizare*, etc. (Matth. VI, 19), t. III, p. VI, med. 51.
Jueves: *Accessit ad eum centurio*, etc. (Matth. VIII, 5), t. II, p. III, med. 30.
Viernes: *Estote perfecti*, etc. (Matth. V, 48), t. II, p. III, med. 13.—*Del amor de los enemigos*. (Matth. V, 44), t. II, p. IV, med. 45, y t. III, p. VI.
Sábado: *Erat navis in medio mari*, etc. (Marc. VI, 47), t. II, p. III, med. 19.
Domingo 1.° de Cuaresma: *Ductus est Iesus in desertum*, etc. (Matth. IV, 1), t. II, p. III, med. 4.
Lunes: *Cum venerit Filius*, etc. (Matth. XXV, 31), t. I, p. I, med. 15.
Martes: *Eiiciebat omnes vendentes*, etc. (Matth. XXI, 10), t. II, p. III, meditacion 10.
Miércoles: *Sicut fuit Ionas*, etc. (Matth. XII, 40), t. II, p. III, med. 10, punto 2.°
Jueves: *De la Cananea*. (Matth. XV, 21), t. II, p. III, med. 29.
Viernes: *Est autem Hierosolymis*, etc. (Ioan. V, 1), t. II, p. III, med. 32.
Sábado: *Post dies sex*, etc. (Matth. XVII, 1), t. II, p. III, med. 21.
Domingo 2.° de Cuaresma: *Post dies sex*, etc. (Matth. XVII, 1), t. II, p. III, med. 21.
Miércoles: *Ecce ascendimus... Accessit ad eum*, etc. (Matth. XX, 18, 20), tomo II, p. IV, med. 2, y p. III, med. 23.
Jueves: *Homo quidam erat dives*, etc. (Luc. XVI, 19), t. II, p. III, med. 24.
Viernes: *Parábola de la viña*. (Matth. XXI, 33), t. II, p. III, med. 55.
Sábado: *Homo quidam habuit duos filios*, etc. (Luc. XV, 11), t. II, p. III, med. 49.
Domingo 3.° de Cuaresma: *Erat Iesus eiiciens daemonium*, etc. (Luc. XI, 14), t. II, p. III, med. 37.
Viernes: *Venit Iesus in civitate Samariae*, etc. (Ioan. IV, 5), t. II, p. III, meditacion 26.
Sábado: *Adducunt mulierem*, etc. (Ioan. VIII, 3), t. II, p. III, med. 27.
Domingo 4.° de Cuaresma: *Abiit Iesus trans*, etc. (Ioan. VI, 1), t. II, p. III, med. 17.
Lunes: *Invenit in templo vendentes*, etc. (Ioan. II, 14), t. II, p. III, med. 10.
Miércoles: *Praeteriens Iesus*, etc. (Ioan. IX, 1), t. II, p. III, med. 35.
Jueves: *Ibat Iesus in civitatem*, etc. (Luc. VII, 11), t. II, p. III, med. 40.
Viernes: *Erat quidam languens*, etc. (Ioan. XI, 1), t. II, p. III, med. 41.
Domingo de Pasion: *Abraham exultavit ut*, etc. (Ioan. VIII, 56), t. II, p. IV, introduccion.—*De la memoria de la Pasion*, t. II, p. IV, toda ella.
Jueves: *Rogabat Iesum quidam*, etc. (Luc. VII, 36), t. II, p. III, med. 25.
Viernes: *Collegerunt pontifices*, etc. (Ioan. XI, 47), t. II, p. III, med. 42.
Domingo de Ramos: *Cum appropinquasset*, etc. (Matth. XXI, 1), t. II, p. IV, med. 3.
Lunes Santo: *Ante sex dies*, etc. (Ioan. XII, 1), t. II, p. IV, med. 5.
Jueves Santo: *Ante diem festum Paschae*, etc. (Ioan. XIII, 1), t. II, p. IV, med. 8.
Viernes Santo: *Historia de la Pasion*, t. II, p. IV, toda ella.

Domingo de Pascua : *Maria Magdalenae*, etc. (Marc. XVI, 1), t. III, p. V, med. 2-16.

Lunes de Pascua : *Duo ex discipulis*, etc. (Luc. XXIV, 13), t. III, p. V, meditacion 7.

Martes de Pascua : *Stetit Iesus in medio*, etc. (Luc. XXIV, 36), t. III, p. V, med. 8.

Miércoles de Pascua : *Manifestavit se iterum*, etc. (Ioan. XXI, 1), t. III, p. V, med. 12.

Jueves de Pascua : *Maria stabat*, etc. (Ioan. XX, 11), t. III, p. V, med. 4.

Viernes de Pascua : *Undecim discipuli*, etc. (Matth. XXVIII, 16), t. III, p. V, med. 14.

Sábado de Pascua : *Una autem sabbati*, etc. (Ioan. XX, 1), t. III, p. V, meditacion 6.

Domingo de Cuasimodo : *Cum sero esset*, etc. (Ioan. XX, 19), t. III, p. V, med. 8.

Domingo 2.° despues de Pascua : *Ego sum pastor bonus*, etc. (Ioan. X, 11), t. III, p. V, med. 13, punto 2.°, y t. II, p. III, med. 48.

Domingo 3.° despues de Pascua : *Modicum iam... Mulier cum*, etc. (Ioan. XVI, 16, 21), t. III, p. V, med. 16, y t. II, p. IV, med. 8.

Domingo 4.° despues de Pascua : *Vado ad eum*, etc. (Ioan. XVI, 5), t. III, p. V, med. 17.

Domingo 5.° despues de Pascua : *Amen, amen dico vobis*, etc. (Ioan. XVI, 23), t. II, p. IV, med. 18, y t. III, p. VI, med. 33.

Lunes de Rogaciones : *Quis vestrum*, etc. (Luc. XI, 5), t. II, p. IV, med. 18.

Vigilia de la Ascension : *Sublevatis Iesus oculis*, etc. (Ioan. XVII, 1), t. II, p. IV, med. 19.

Ascension : *Recumbentibus undecim*, etc. (Marc. XVI, 14), t. III, p. V, meditacion 14, 17-19.

Dominica infraoctava : *Cum venerit Paraclitus*, etc. (Ioan. XV, 26), t. III, p. V, med. 22.

Domingo de Pentecostes : *Cum complerentur dies*, etc. (Act. II, 1), t. III, p. V, med. 23.-27.

Domingo de la santísima Trinidad : *Data est mihi*, etc. (Matth. XXVIII, 18), t. III, p. V, med. 14, y p. VI, med. 4. — *Estote misericordes*, etc. (Luc. VI, 36), t. III, p. VI, med. 12.

Fiesta de Corpus, t. II, p. IV, med. 9-19, y t. III, p. VI, med. 39-45.

Dominica infraoctava de Corpus : *Homo quidam fecit coenam*, etc. (Luc. XIV, 16), t. II, p. III, med. 56.

Domingo 3.° despues de Pentecostes : *Quis ex vobis homo*, etc. (Luc. XV, 4), t. II, p. III, med. 48.

Domingo 4.° despues de Pentecostes : *Relictis omnibus... Exi à me Domine*, etc. (Luc. V, 11, 8), t. II, p. III, med. 6.

Domingo 5.° despues de Pentecostes : *Omnis qui irascitur*, etc. (Matth. V, 22), t. I, p. I, med. 22.

Domingo 6.° despues de Pentecostes : *Misereor super turbam*, etc. (Marc. VIII, 2), t. II, p. III, med. 17.

Domingo 8.° despues de Pentecostes: *Del mayordomo.* (Luc. XVI, 1), t. II, p. III, med. 52.

Domingo 9.° despues de Pentecostes: *Videns civitatem*, etc. (Luc. XIX, 41), t. II, p. IV, med. 4.

Domingo 10.° despues de Pentecostes: *Duo homines*, etc. (Luc. XVIII, 10), t. II, p. III, med. 53.

Domingo 11.° despues de Pentecostes: *Adducunt ei surdum*, etc. (Marc. VII, 32), t. II, p. III, med. 37.

Domingo 12.° despues de Pentecostes: *Homo quidam descendebat*, etc. (Luc. X, 30), t. II, p. III, med. 50.—*Diliges Dominum Deum tuum*, etc. (Luc. X, 27), t. III, p. VI, med. 11.

Domingo 13.° despues de Pentecostes: *Occurrerunt decem viri leprosi*, etc. (Luc. XVII, 12), t. II, p. III, med. 34.

Domingo 14.° despues de Pentecostes: *Nolite solliciti esse*, etc. (Matth. VI, 31), t. III, p. VI, med. 31.

Domingo 15.° despues de Pentecostes: *Iluat Iesus*, etc. (Luc. VII, 11), t. II, p. III, med. 40.

Domingo 17.° despues de Pentecostes: *Quod est mandatum*, etc. (Matth. XXII, 36), t. III, p. VI, med. 11.

Domingo 19.° despues de Pentecostes: *Simile factum est*, etc. (Matth. XXII, 2), t. II, p. III, med. 56.

Domingo 20.° despues de Pentecostes: *Nisi signa*, etc. (Ioan. IV, 46), t. II, p. III, med. 39.

Domingo 21.° despues de Pentecostes: *Assimilatum est homini Regi*, etc. (Matth. XVIII, 23), t. II, p. III, med. 56.

Domingo 22.° despues de Pentecostes: *Cuius est imago haec?* etc. (Matth. XXII, 20), t. II, p. III, med. 25, punto 3.°

Domingo 23.° despues de Pentecostes: *Ecce princeps unus... Mulier quae*, etc. (Matth. IX, 18, 20), t. II, p. III, med. 39.

Domingo 24.° despues de Pentecostes: *Del juicio universal* (Matth. XXIV, 16), t. I, p. I, med. 12.

FIESTAS DE LOS SANTOS.

San Andrés apóstol: *Vidit duos fratres*, etc. (Matth. IV, 18), t. II, p. III, med. 6.

Concepcion Inmaculada, t. I, p. II, med. 3.

Expectacion del parto: *Missus est*, etc. (Luc. I, 26), t. I, p. II, med. 6.

Santo Tomás apóstol: *Thomas unus ex eis*, etc. (Ioan. XX, 24), t. III, p. V, med. 10.

San Estéban protomártir: *Stephanus autem*, etc. (Act. VI, 8), t. III, p. V, med. 28.

San Juan evangelista: *Sequere me*, etc. (Ioan. XXI, 19), t. III, p. V, meditacion 13.

Los santos Inocentes: *Angelus Domini*, etc. (Matth. II, 13), t. I, p. II, meditacion 28.

Santísimo nombre de Jesús: *Postquam consummati sunt*, etc. (Luc. II, 21), t. I, p. II, med. 21.

Conversion de san Pablo: *Saulus adhuc*, etc. (Act. IX, 1), t. III, p. V, meditacion 29.

Purificacion de Nuestra Señora, t. I, p. II, med. 24.

San Matías: *Exurgens Petrus*, etc. (Act. I, 15), t. III, p. V, med. 21.

San José, esposo de Nuestra Señora: *Cum esset desponsata*, etc. (Matth. I, 18), t. I, p. II, med. 4, punto 6.°, y med. 14.

Anunciacion de Nuestra Señora: *Missus est*, etc. (Luc. I, 26), t. I, p. II, meditacion 6 y 1.

Invencion de la santa Cruz: *Quod natum est*, etc. (Ioan. III, 6), t. III, p. V, med. 26.

San Juan Bautista, t. I, p. II, med. 13, y t. II, p. III, med. 1.

San Pedro: *Quem dicunt homines*, etc. (Matth. XVI, 13), t. II, p. III, meditacion 20.

San Pablo, t. III, p. V, med. 31.

Visitacion de Nuestra Señora, t. I, p. II, med. 11.

Octava de los Apóstoles: *Compulit Iesus*, etc. (Marc. XIV, 22), t. II, p. III, med. 19.

Santa Magdalena: *Rogabat Iesum quidam*, etc. (Luc. VII, 36), t. II, p. III, med. 25.

Santiago: *Accessit ad Iesum*, etc. (Matth. XX, 20), t. II, p. III, med. 23.

Transfiguracion, t. II, p. III, med. 21 y 22.

Asuncion de Nuestra Señora: *Intravit Iesus*, etc. (Luc. X, 38), t. II, p. III; t. III, p. V, med. 34-36.

San Bartolomé: *Exiit Iesus in montem*, etc. (Luc. VI, 12), t. II, p. III, meditacion 6.

Degollacion de san Juan, t. II, p. III, med. 16.

Natividad de Nuestra Señora, t. I, p. II, med. 4.

El santísimo Nombre de María, t. I, p. II, med. 4.

Dolores de Nuestra Señora, t. II, p. IV, med. 1.

San Mateo: *Vidit Iesus hominem*, etc. (Matth. IX, 9), t. II, p. III, meditacion 6.

San Miguel: *Nisi conversi... Angeli eorum*, etc. (Matth. XVIII, 3, 10), t. III, p. VI, med. 50 y 34.

Todos los Santos: *Videns Iesus*, etc. (Matth. V, 1), t. II, p. III, med. 11.

Los Difuntos, t. I, p. I, med. 36.

Presentacion de Nuestra Señora, t. I, p. II, med. 4.

Dedicacion de la Iglesia: *Ingressus Iesus*, etc. (Luc. XIX, 1), t. II, p. III, med. 28.

Comun de los Apóstoles: *Hoc est praeceptum meum*, etc. (Ioan. XV, 12), tomo II, p. IV, med. 18. — *Ecce nos reliquimus*, etc. (Matth. XIX, 27), t. III, p. VI, med. 48.

Comun de los Evangelistas: *Designavit Dominus*, etc. (Luc. X, 1), t. II, parte III, med. 15.

Comun de un Mártir: *Si quis vult post me venire*, etc. (Matth. XVI, 24), t. II,

p. III, med. 7. — *Si quis venit ad me*, etc. (Luc. XIV, 26), t. II, p. III, meditacion 8.

Comun de muchos Mártires: *Descendens Iesus*, etc. (Luc. VI, 17), t. II, parte III, med. 11.

Comun de Pontífices: *Homo peregre*, etc. (Matth. XXV, 14), t. II, p. III, meditacion 58.

Comun de Doctores: *Vos estis sal terræ*, etc. (Matth. V, 13), t. II, p. III, meditacion 12.

Comun de Confesores: *Homo quidam nobilis*, etc. (Luc. XIX, 12), t. II, p. III, med. 58.

Comun de Vírgenes: *Simile est... decem virginibus*, etc. (Matth. XXV, 1), t. II, p. III, med. 57.

Comun de Viudas: *Simile est... homini negotiatori*, etc. (Matth. XIII, 45), t. II, p. III, med. 47.

ÍNDICE.

PARTE QUINTA.

De las meditaciones que pertenecen á la via unitiva, y contiene los misterios de Cristo nuestro Señor glorificado hasta la venida del Espíritu Santo, y publicacion del Evangelio.

PÁG.

INTRODUCCION.—De la union con Dios, que es fin de la via unitiva. 5

MEDITACION I.—Del glorioso descendimiento de Cristo nuestro Señor al limbo para sacar de allí los justos, y de la gloria que les comunicó. 9

MEDITACION II.—De la resurreccion de Cristo nuestro Señor. 16

MEDITACION III.—De la aparicion de Cristo nuestro Señor á su Madre santísima, y como los Ángeles manifestaron la resurreccion á las mujeres. 22

MEDITACION IV.—De la aparicion á la Magdalena. 27

MEDITACION V.—De la aparicion á las demás mujeres con la Magdalena. 36

MEDITACION VI.—De la aparicion á san Pedro, y de lo que sucedió antes de ella. 38

MEDITACION VII.—De la aparicion á los dos discípulos que iban á Emaús. 42

MEDITACION VIII.—De la aparicion á los Apóstoles juntos en el mismo dia de la resurreccion. 49

MEDITACION IX.—De como Cristo nuestro Señor dió entonces á sus Apóstoles el Espíritu Santo y la potestad de perdonar pecados. 54

MEDITACION X.—De la aparicion á los Apóstoles, presente santo Tomás, el dia octavo de la resurreccion. 58

MEDITACION XI.—De las causas por que Cristo nuestro Señor resucitó con las señales de las llagas de los piés, manos y costado. 62

MEDITACION XII.—De la aparicion á los siete discípulos que pescaban en el mar de Tiberíades. 66

MEDITACION XIII.—De como Cristo nuestro Señor en esta aparicion hizo á san Pedro pastor universal de su Iglesia, y le dió admirables documentos de perfeccion. 70

MEDITACION XIV.—De la aparicion á todos los discípulos en el monte de Galilea, y de las cosas que les mandó y promesas que les hizo. 75

MEDITACION XV.—De otra promesa que hizo Cristo nuestro Señor á sus discípulos de estar con ellos hasta la fin del mundo. 81

MEDITACION XVI.—De varias apariciones que hizo Cristo nuestro Señor á sus discípulos, los cuarenta dias que estuvo con ellos, y del modo

como espiritualmente visita las almas, figurado por estas apariciones. 84
MEDITACION XVII. — De la aparicion de Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles el dia de la ascension. 89
MEDITACION XVIII. — De la ascension de Cristo nuestro Señor. 93
MEDITACION XIX. — De la entrada de Cristo nuestro Señor en el cielo empíreo, y de su asiento á la diestra del Padre. 99
MEDITACION XX. — Del recogimiento y oracion que tuvieron los Apóstoles despues de la ascension hasta la venida del Espíritu Santo. 104
MEDITACION XXI. — De la eleccion de san Matías al apostolado, que se hizo en este tiempo. 109
MEDITACION XXII. — Del soberano beneficio que hizo Dios al mundo en darnos al Espíritu Santo, y de los motivos y fines para que le dió. 113
MEDITACION XXIII. — Del modo como el Espíritu Santo vino sobre los discípulos el dia de Pentecostes. 119
MEDITACION XXIV. — De las obras maravillosas que por medio de los Apóstoles hizo el Espíritu Santo en el dia de Pentecostes. 131
MEDITACION XXV. — De la vida excelentísima que el Espíritu Santo inspiró á los primeros cristianos. 135
MEDITACION XXVI. — De la excelentísima perfeccion que el Espíritu Santo comunica por medio de sus inspiraciones, y de las propiedades que tienen. 140
MEDITACION XXVII. — De los siete dones que da el Espíritu Santo á los justos, para que se dejen guiar de sus inspiraciones y alcancen grande santidad. 146
MEDITACION XXVIII. — De la plenitud del Espíritu Santo que se dió á san Estéban, y como Cristo nuestro Señor se le apareció en el martirio. 152
MEDITACION XXIX. — De la aparicion de Cristo nuestro Señor á Saulo, y de su maravillosa conversion. 160
MEDITACION XXX. — De lo que sucedió á Saulo en los tres dias despues de esta aparicion, y de la plenitud del Espíritu Santo que se le dió. 169
MEDITACION XXXI. — De la vida y heróicas virtudes del apóstol san Pablo, despues de su conversion, y en ella se pone una suma de la suprema perfeccion evangélica. 178
MEDITACION XXXII. — De la vocacion de Cornelio centurion, y de la revelacion que tuvo san Pedro sobre la conversion de los gentiles, y como el Espíritu Santo vino sobre ellos. 190
MEDITACION XXXIII. — De los ejercicios admirables de virtud en que se ocupó la Virgen nuestra Señora despues de la venida del Espíritu Santo. 197
MEDITACION XXXIV. — Del glorioso tránsito de Nuestra Señora. 205
MEDITACION XXXV. — De la asuncion de la Virgen, cuanto al alma, sobre todos los coros de los Ángeles, de su gloria esencial, y de su coronacion. 214
MEDITACION XXXVI. — De la asuncion de la Virgen, cuanto al cuerpo, y del lugar que tiene en el cielo. 227
MEDITACION XXXVII. — De la heróica humildad de la Virgen nuestra

Señora, por la cual fue levantada sobre todos los coros de los Ángeles. 221
MEDITACION XXXVIII. — De la devocion con Nuestra Señora, y de los bienes que con ella nos vienen, y de las cosas en que se ha de mostrar. 227
— Modo de rezar el Rosario de Nuestra Señora con espíritu y devocion, juntando con él la oracion mental. 231
MEDITACION XXXIX. — De las vidas de los Santos, y de sus dichosas muertes y premios. 237

PARTE SEXTA.

De las meditaciones de los misterios de la Divinidad, Trinidad y perfecciones de Dios: y de los beneficios naturales y sobrenaturales que de él proceden.

INTRODUCCION. — De los fervorosos afectos de amor y agradecimiento. 243
MEDITACION I. — Del ser de Dios. 250
MEDITACION II. — De la eternidad del ser de Dios, y como él solo es el que es. 253
MEDITACION III. — De la infinidad é incomprensibilidad del ser de Dios. 258
MEDITACION IV. — De la unidad de Dios en esencia, y de la trinidad en personas. 264
MEDITACION V. — De la infinita perfeccion de Dios. 275
MEDITACION VI. — De la suma bondad y santidad de Dios. 281
MEDITACION VII. — De la suma inclinacion que tiene la bondad de Dios á comunicarse á todos, especialmente á los hombres, y los modos como se comunica, haciéndonos innumerables beneficios. 287
MEDITACION VIII. — Cuán amable sea la bondad de Dios, y cuán digna de ser amada con sumo amor por sí mismo, y por los innumerables bienes que nos comunica, y por los infinitos deleites que encierra en sí y proceden de ella. 291
MEDITACION IX. — De la infinita caridad y amor de Dios. 296
MEDITACION X. — De cuatro excelencias singularísimas que tiene la infinita caridad y amistad de Dios con los hombres, y del modo con que las podemos imitar. 304
MEDITACION XI. — Del deseo que Cristo nuestro Señor tiene de ser amado de los hombres, del precepto que de esto pone, y de las ayudas y premios que ofrece. 308
MEDITACION XII. — De la infinita misericordia de Dios. 318
MEDITACION XIII. — De la infinita liberalidad de Dios con los hombres. 326
MEDITACION XIV. — De la inmensidad de Dios, y de su presencia en todo lugar y en todas las cosas. 332
MEDITACION XV. — De la infinita sabiduría y ciencia de Dios. 339
MEDITACION XVI. — De la omnipotencia de Dios. 348
MEDITACION XVII. — De la omnipotencia de Dios en la creacion del mundo, y de la grandeza de este beneficio. 352
MEDITACION XVIII. — De las cosas que Dios crió en el primer instante, ó principio del tiempo. 356
MEDITACION XIX. — De las cosas que hizo Dios el primer dia. 362

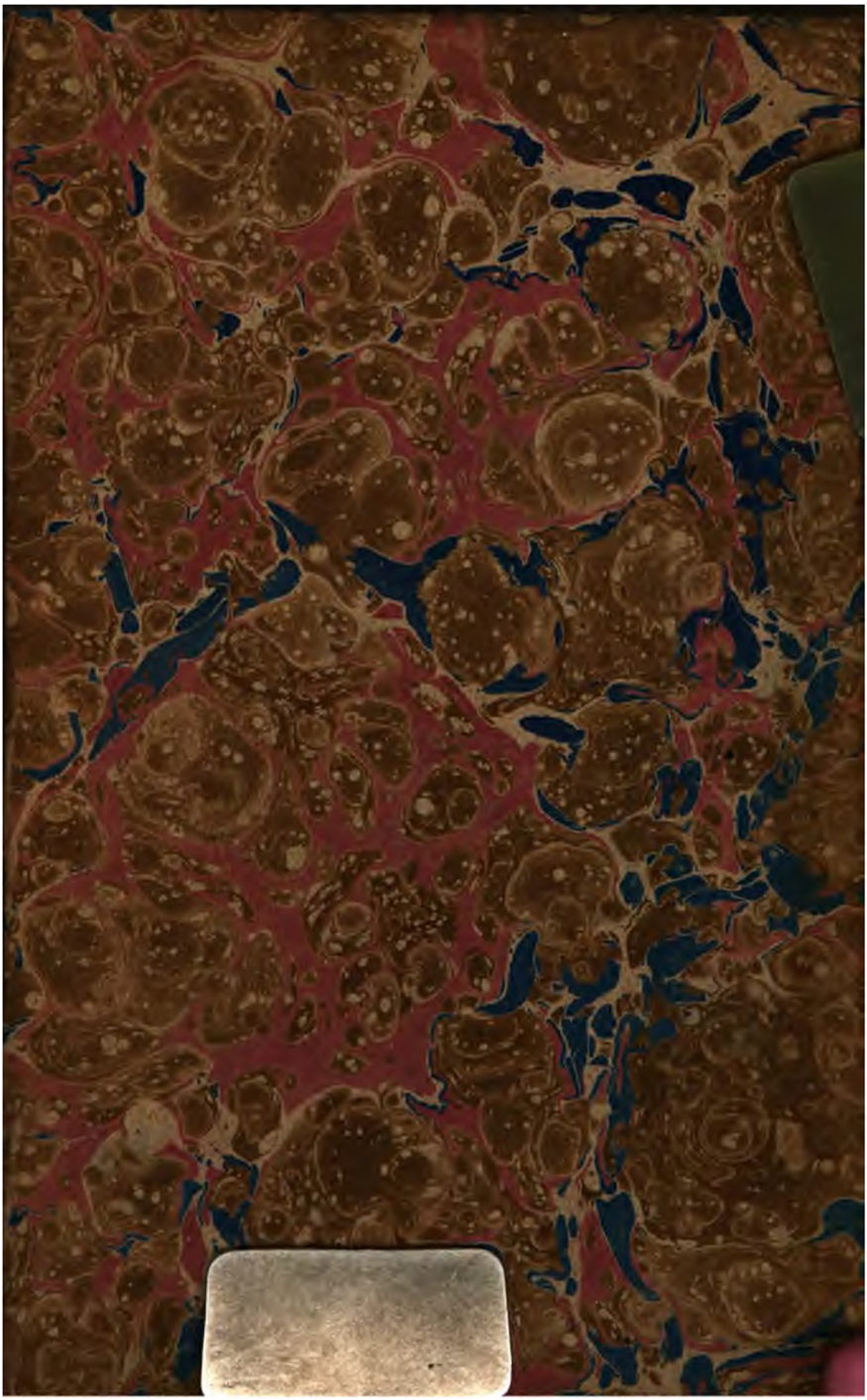
MEDITACION XX. — De las cosas que hizo Dios en el segundo dia. 367
MEDITACION XXI. — De las cosas que hizo Dios en el tercer dia. 371
MEDITACION XXII. — De las cosas que hizo Dios en el cuarto dia. 381
MEDITACION XXIII. — De las cosas que hizo Dios el dia quinto. 387
MEDITACION XXIV. — De las cosas que hizo Dios en el sexto dia. 391
MEDITACION XXV. — De la creacion del hombre en el sexto dia. 395
MEDITACION XXVI. — Del modo como Dios formó el cuerpo del hombre, y le infundió el alma, y formó á Eva. 404
MEDITACION XXVII. — De la reflexion que hizo Dios nuestro Señor sobre las obras de estos seis dias, declarando que eran muy buenas, y de la santificacion del dia séptimo. 411
MEDITACION XXVIII. — Del beneficio de la conservacion del mundo, y de la dependencia que todas las cosas tienen de Dios en el ser y en el obrar. 417
— Meditaciones de la providencia de Dios. 422
MEDITACION XXIX. — De la providencia de Dios con sus criaturas; en qué consiste, y los innumerables bienes que de ella proceden. 422
MEDITACION XXX. — De la providencia de Dios en el gobierno del mundo y de los hombres. 427
MEDITACION XXXI. — De la providencia de Dios en el sustento de las criaturas, especialmente de los hombres, cuanto á su comida, vestido, honra y bienes temporales. 433
MEDITACION XXXII. — De la providencia de Dios cerca de las cosas adversas de esta vida, y de todos los males, así de pena como de culpa. 447
MEDITACION XXXIII. — De la providencia de Dios en oir nuestras oraciones, y despacharlas á su tiempo, y cuán soberano sea este beneficio. 454
MEDITACION XXXIV. — De la providencia de Dios en darnos Ángeles que nos guarden, y cuán grandes bienes encierra este beneficio. 460
MEDITACION XXXV. — De la providencia de Dios en la reparacion del mundo, por la encarnacion de Cristo nuestro Señor, y de su maravilloso gobierno. 469
MEDITACION XXXVI. — De la providencia de Dios en la fundacion de la Iglesia, con todos los medios necesarios para nuestra salvacion, y cuán soberanos sean estos beneficios. 474
MEDITACION XXXVII. — De la vocacion de Dios para entrar en la Iglesia y recibir la gracia de la justificacion. 478
MEDITACION XXXVIII. — De la providencia de Dios en la institucion de los siete Sacramentos, para la justificacion y salvacion de todos los hombres. 482
— Meditaciones del soberano beneficio del santísimo Sacramento del altar. 486
MEDITACION XXXIX. — De la singular providencia de Dios nuestro Señor en la institucion del santísimo Sacramento para sustento de nuestras almas. 486
MEDITACION XL. — Del santísimo Sacramento, en cuanto es suma y memorial de las grandezas y obras maravillosas de Dios, en beneficio de los hombres. 490

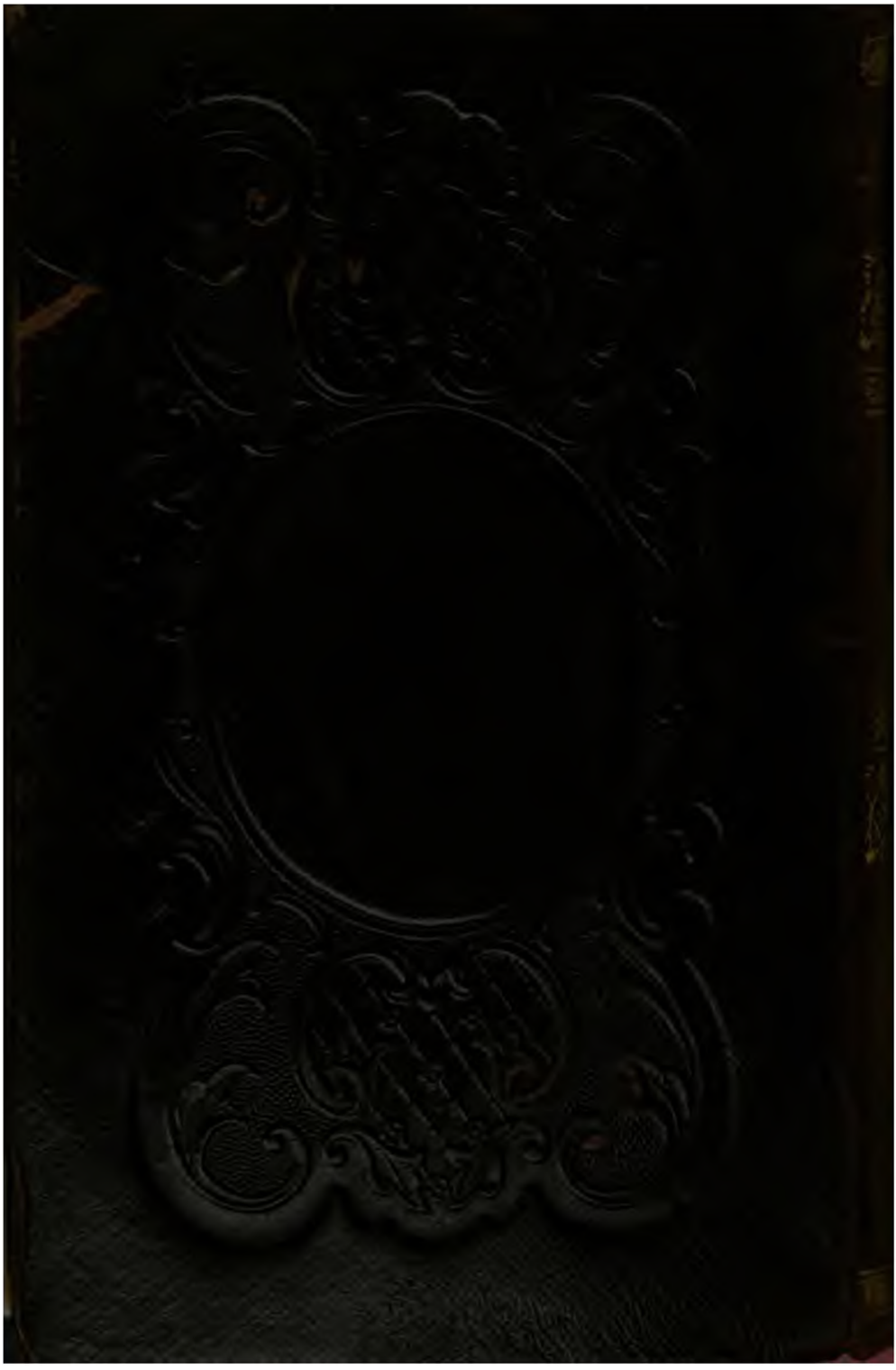
MEDITACION XLI. — Del santísimo Sacramento, en cuanto es memoria de la Pasion de Cristo nuestro Señor. 496
MEDITACION XLII. — Del santísimo Sacramento, en cuanto es causa de la gracia y santificacion que se da de presente, y de la maravillosa union con Cristo nuestro Señor. 500
MEDITACION XLIII. — Del santísimo Sacramento, en cuanto es señal y prendas de la gloria que esperamos. 508
MEDITACION XLIV. — Por aplicacion de los sentidos del alma al santísimo Sacramento. 513
MEDITACION XLV. — Para la fiesta del santísimo Sacramento, y para andar con espíritu las procesiones de este dia y sus octavas. 517
MEDITACION XLVI. — De la providencia paternal de Dios en repartir los estados y oficios, dando á cada uno el que mas le conviene para su salvacion. 522
MEDITACION XLVII. — De la providencia de Dios en la institucion del estado religioso con variedad de religiones, y en llamar á algunos para ellas. 526
MEDITACION XLVIII. — De los bienes que encierra el estado religioso, y cuán soberano sea este beneficio. 531
MEDITACION XLIX. — De la providencia especialísima que tiene Dios con los predestinados cerca de su buena muerte y perseverancia en la gracia, y cuán soberano sea el beneficio de la predestinacion. 537
MEDITACION L. — De la humildad y resignacion que disponen para coger copiosos frutos de la divina Providencia. 540
— Meditaciones del último y soberano beneficio de la gloria. 546
MEDITACION LI. — De la gloria cuanto al estado, lugar y compañía de los bienaventurados. 547
MEDITACION LII. — De la gloria esencial del alma y del cuerpo con sus sentidos. 552
MEDITACION LIII. — De la gloria en cuanto abraza los premios de las ocho bienaventuranzas. 558
MEDITACION LIV. — De la gloria en cuanto abraza los siete premios que Cristo nuestro Señor promete en el Apocalipsis á los que vencen. 564
EPÍTOME de la vida del V. P. Luis de La Puente. 575
TABLA de las meditaciones sobre los Evangelios y algunas Epístolas de varias dominicas, ferias y fiestas del año. 587

FIN DEL ÍNDICE.

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
30 MAR 2001
OF OXFORD
LIBRARY

003038





Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

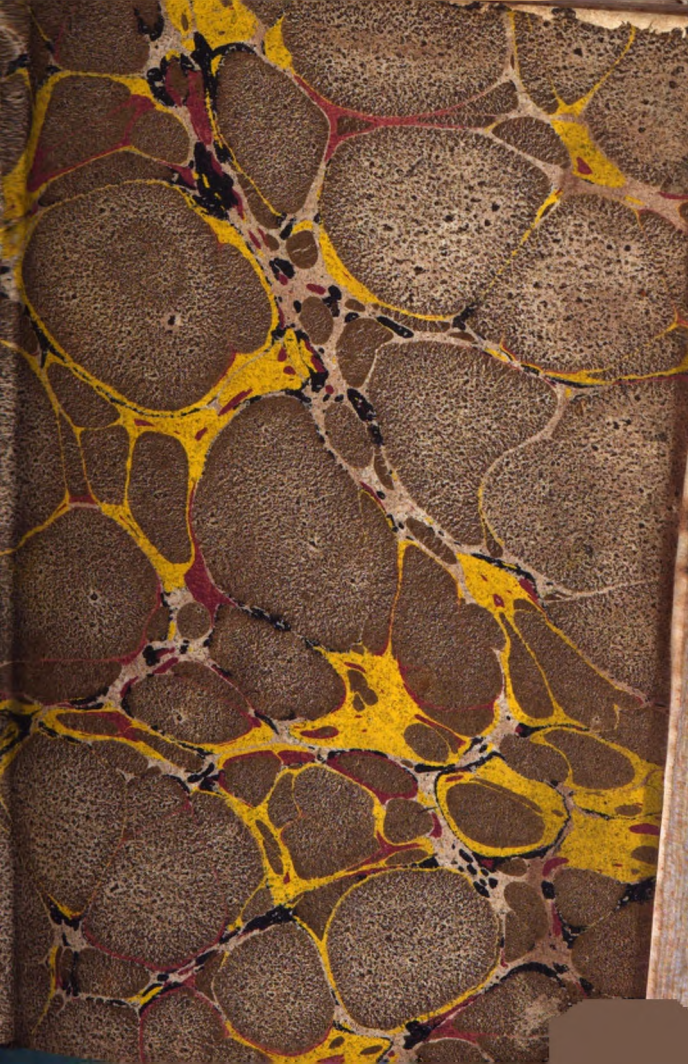
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Digitized by Google



Digitized by Google

MEDITACIONES

ESPIRITUALES.

Digitized by Google

Barcelona: Imprenta de Vicente Magriñá, calle de *S. Silvestre*, 5.

Digitized by Google

MEDITACIONES ESPIRITUALES

DEL VENERABLE PADRE

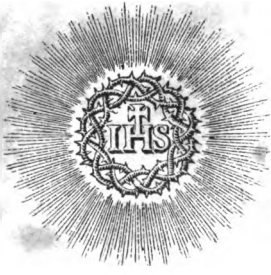
LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

CON LICENCIA Y PREVIA REVISION DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

TOMO IV.

MEDITACIONES PARA SOSTENERSE EN EL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.



BARCELONA.
LIBRERÍA DE JAIME SUBIRANA,
PLAZA DE S. JAIME.

1856.

Digitized by Google

Digitized by Google

CUARTA PARTE

DE

LAS MEDITACIONES.

SOBRE LOS MISTERIOS

DE LA PASION DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR.

INTRODUCCION DE LA ORACION MENTAL,

CERCA DE LA PASION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Aunque las meditaciones de los misterios de la pasion de Jesucristo nuestro Señor pertenecen, segun se dijo en la introduccion de este libro, á la via iluminativa, especialmente á lo supremo de ella, que confina con la via unitiva; con todo eso son muy provechosas para cualquier suerte de personas, por cualquier via que caminen, y en cualquier grado de perfeccion que vivan [1], porque los pecadores hallarán en ella motivos eficacísimos para purificarse de sus pecados. Los principiantes, para mortificar sus pasiones; los que aprovechan, para crecer en todo género de virtudes; y los perfectos, para alcanzar la union con Dios por el ferviente amor. Por lo cual dice san Bernardo [2], que la

[1] D. Bonav. in stimulo Divini amoris, cap. 1. [2] Serm. in feria 2. majoris Hebdomadæ.

Digitized by Google

pasion de Cristo, hasta el dia de hoy, hace temblar la tierra, quebranta las piedras, abre los sepulcros, y parte por medio el velo del templo, rasgándole de alto á bajo; porque los que debidamente la meditan, si son tierra por la culpa y aficion á cosas terrenas, tiemblan con el santo temor de Dios, y de la justicia rigurosa [1], que hace en su Hijo, moviéndose con esto á dejar su terrestridad. Si son piedras, por la dureza de corazon, se enternecen y desmenuzan por la grandeza del dolor, así de sus pecados, como de las penas que Cristo padece por ellos: y si son sepulcros cerrados, con la vergüenza de manifestar sus culpas, se abren por la confesion, para lanzar de sí la muerte y resucitar á nueva vida. Y finalmente, para todos se rompe el velo que ponia division entre Dios y nosotros, para que podamos, como dice san Pablo [2], contemplar mas al descubierto la gloria del Señor, y el abismo de los celestiales secretos. Y no sin causa se partió el velo de alto á bajo, para significar, que por medio de Cristo crucificado podemos contemplar la alteza de la divinidad, y de sus soberanas perfecciones: y tambien la profundidad de la humanidad, y de sus esclarecidas virtudes. De suerte, que los pecadores que como erizos están espinados con sus culpas [3], hallarán entrada en las aberturas de esta divina piedad, y meditando con dolor en ellas, quedarán libres de sus espinas. Los mas puros y sencillos, como palomas, podrán volar mas alto: haciendo sus nidos y moradas en los agujeros de esta piedra, y en las hendiduras de esta pared, quedarán con mayor pureza y hermosura. Y los perfectos, que como ciervos suben á los montes altos [4], meditando en Cristo levantado de la tierra, serán traidos con gran fuerza, para tener su conversacion en el cielo. Y todos como dice san Bernardo [5], podrán chupar miel de esta

[1] Matth. 27. 51. [2] 2. Cor. 3. 18. [3] Psal. 103. 18. [4] Cant. 2. 14. [5] Ser. 2. de Pentecost. Deut. 32. 13.

Digitized by Google

piedra, y aceite de este durísimo peñasco; el cual, habiendo sido duro en sufrir injurias, y mas duro en sufrir azotes, y durísimo en sufrir los tormentos de la cruz, es para nosotros fuente de aceite y miel, sanando nuestras llagas, ablandando nuestras durezas, confortando nuestras flaquezas, y regalando nuestras almas con la suavidad de sus divinas consolaciones. Y á esta causa con mucha razon, decia Alberto Magno[1], que la sencilla memoria y devota meditacion de la pasion de Cristo, aprovecha mas al hombre, que ayunar un año entero á pan y agua, y que diciplinarse cada dia hasta derramar sangre, y que rezar cada dia todo el salterio; porque estos ejercicios, aunque son buenos y muy provechosos, pero como son obras exteriores, si se toman á solas, no son tan poderosos para purificar el corazon de vicios é ilustrarle con verdades y virtudes, y perfeccionarle con los afectos encendidos del divino amor, como lo es la meditacion atenta y profunda de la pasion de Cristo nuestro Señor, la cual causa todo esto, dando tambien espíritu y vida á las penitencias y obras exteriores, y moviendo con eficacia al ejercicio fervoroso de ellas.

§ I.

Del fin que se ha de tener en meditar la pasion.

De este principio que se ha puesto, consta claramente, que como son diferentes las personas que meditan la pasion de Cristo nuestro Señor, así son diferentes los fines particulares que deben tener en meditarla, pretendiendo cada una aquel afecto y fruto espiritual, que es conforme al estado de su alma, y al camino por donde camina; es á saber, ó purificarse de culpas y aficiones desordenadas, ó adornarse con heróicas virtudes, ó unirse á Dios con fervorosos afectos

[1] Vide Rosetum Spirit. exercitior. tit. 22. cap. 1.

Digitized by Google

de caridad, tomando por medio para todo esto el afecto de la compasion que abre camino para los demás.

Para lo cual se ha de presuponer, que la pasion de Cristo, como dice san Laurencio Justiniano[1], puede ser motivo de gozo y motivo de tristeza, porque se puede considerar en dos maneras. La una es, en cuanto es sumo beneficio de Dios: *In quo divinæ miserationis reseratur abissus, cœlorum aperitur janua, charitatis latitudo ostenditur. et quantus sit homo apertissimè demonstratur; vile enim esse non potest, quod Filii Dei Sanguine comparatur.* En el cual se descubre el abismo de la divina misericordia, ábrese la puerta del cielo, manifiéstase la anchura inmensa de la caridad, y declárase la estima que Dios tiene del hombre; pues no puede ser cosa vil, la que con la sangre del Hijo de Dios se compra. De esta manera la meditacion de la pasion mueve afectos de gozo y alegría, como se alegró Abrahan[2], cuando en figura del sacrificio que ofreció del carnero en lugar de su hijo Isaac, vió la muerte de Jesucristo, gozándose de los grandes bienes que por ella vendrian á todo el mundo. Y el mismo Cristo nuestro Señor se alegraba por esta causa con la memoria de su pasion: y en el libro de los Cantares[3], á este dia, en que su madre la sinagoga le coronó con corona de espinas, llama dia de su desposorio y de la alegría de su corazon; y así entró en Jerusalen con grandes señales de regocijo para recibir esta corona, y celebrar en el tálamo de la cruz el desposorio con la Iglesia. Este modo de meditacion es mas propio de los que estan en la via unitiva, considerando la pasion como los demás beneficios divinos, de que se trata en la sexta parte.

La otra manera de meditar la pasion, de que ahora principalmente se ha de tratar, es en cuanto fué amar-

[1] Lib. de triumph. agon. Christi. cap. 20. [2] Joan. 8. 56. Ex Chrys. homil. 84. in Joan. [3] Cantic. 3. 11.

Digitized by Google

ga y muy penosa á Jesucristo nuestro Señor, y en cuanto fué ocasionada de nuestros pecados, y fué dechado de todas las virtudes, especialmente las que resplandecen en medio de grandes trabajos; y de esta manera nos mueve á tristeza y compasion del Señor, que tanto padeció por nosotros; y el mismo Cristo se entristecia con su memoria, y es razon que todos nos entristezcamos con él, porque no diga de nosotros aquello del Salmo 68. Miré si alguno se entristecia conmigo, y no le hubo: busqué quien me consolase, y no le hallé.

Mas para que se entienda cual ha ser esta compasion, y á qué fines se ha de ordenar, advierto, que Cristo nuestro Señor en dos maneras bebió el cáliz amargo de su pasion. La una, fué corporalmente por mano de los ministros y sayones, cuando fué preso, azotado, coronado de espinas y crucificado. La otra, fué espiritualmente por la memoria y viva representacion é imaginacion de los mismos trabajos, y de la causa de ellos, que fueron nuestros pecados. De ambas hizo mencion su Majestad, hablando con los hijos del Zebedeo, como en su lugar se dijo; porque san Mateo refiere, que les dijo [1]: Podréis beber el cáliz que yo tengo de beber? Donde habla de la bebida corporal que estaba por venir. Y san Marcos refiere, que les dijo [2]: Podréis beber el cáliz que yo bebo, y ser bautizados con el bautismo que yo soy bautizado? Donde tambien declara la bebida espiritual que continuamente cada dia bebia, aunque con mayor amargura la bebió en el huerto de Getsemaní, á donde con el sentimiento interior fué espiritualmente azotado, espinado, y crucificado: y en ambos modos de beber el cáliz resplandecieron excelentísimas virtudes, como despues verémos.

De aquí se siguen los fines que hemos de tener en estas meditaciones, y los provechos que de ellas hemos de sacar; los cuales se reducen á unirnos, transfor-

[1] Matth. 20. 22. [2] Marc. 10. 38.

Digitized by Google

marnos y conformarnos con Cristo afligido y atormentado en las dos maneras dichas, bebiendo tambien á nuestro modo el cáliz de su pasion en ambas formas.

Lo primero, procurando en la meditacion sentir, como dice san Pablo [1], en nosotros lo que sintió Cristo, con los afectos de compasion, dolor y tristeza, de modo que quedemos transformados en Cristo, triste y afligido por nosotros, espiritualmente crucificados con él, de la manera que la Vírgen santísima sintió los dolores de su Hijo; por razon de lo cual dijo de ella Simeon [2], que traspasaria su ánima el cuchillo, no corporal, sino espiritual, de compasion y dolor. Este modo de sentimiento de la pasion de Cristo, es don especial del mismo Señor, el cual dá ojos para ver sus trabajos y para llorarlos. Por lo cual dijo por Zacarías [3], que derramaria sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalen espíritu de gracia y de oracion: y que mirarian al que enclavaron, llorarian con gran llanto, como se suele llorar la muerte del unigénito: y aunque esto se suele declarar de otra vista y otro llanto que habrá el dia del juicio en los judíos incrédulos [4]; pero tambien se puede entender de los que reciben de Dios el espíritu de oracion, y en su virtud, con ojos de viva fe, miran al que con sus pecados crucificaron, llorando su muerte amargamente. De aquí consta el desórden de algunos que van á meditar la pasion, y desean en ella lágrimas y ternuras, principalmente por su propio consuelo y gusto, que aunque parece espiritual, pero, como dice san Buenaventura [5], es de amor propio y muy desordenado, pues es gran desórden pretender dulzuras en las amarguras de Cristo, y querer consuelos, meditando sus desconsuelos; los cuales no se han de meditar, sino para sentirlos y tener

[1] Philip. 2. 5. [2] Lucæ 2. 35. [3] Zach. 12. 10. Joan. 19. 37. [4] Hebr. 6. 6. [5] In stimulo Divini amoris. c. 1. ad fin.

Digitized by Google

parte en ellos; aunque es tanta la bondad de este Señor, que el mismo desconsolarnos con él, es modo de consuelo y no pequeño.

2. El segundo fin que hemos de pretender en estas meditaciones, es beber tambien el cáliz de la pasion corporalmente, conformándonos con Cristo nuestro Señor en el mismo padecer, sacando ánimo y esfuerzo para esto, y propósitos de esto muy eficaces, tomando algunas cosas penosas de nuestra voluntad, como es ayunos, disciplinas y otras mortificaciones voluntarias; ó sufriendo con paciencia y alegría las que Dios nos enviare ó permitiere, creyendo que, como dice san Pablo[1], tambien es don de Dios este modo de padecer por Cristo, como el compadecerse de Cristo. Y así á imitacion del mismo Apóstol hemos de procurar[2], cuando meditamos la pasion, traer siempre en nuestro cuerpo la meditacion de Cristo, y las señales de Jesus, que son las llagas y penalidades que afligen nuestra carne como afligieron la suya. De suerte, que de ambas maneras pueda decir cada uno: *Christo confixus sum cruci.* Con Cristo estoy enclavado en la cruz, así por la compasion, como por la imitacion en el padecer por él, como él padeció por mí.

3. De aquí se sigue el tercer fin principal de aquestas meditaciones, que es conformarnos con Cristo en las heróicas virtudes que ejercitó, bebiendo su cáliz, así espiritualmente, como corporalmente; es á saber, en el amor de Dios y de los hombres, en el celo de la salvacion de las almas, en la pureza de intencion, y en el afecto de obediencia, humildad, paciencia y pobreza, y las obras exteriores de estas y otras virtudes; y en especial en el desprecio de las cosas terrenas, y en la mortificacion de las aficiones que puede haber en procurarlas ó retenerlas. De modo, que armados, como dice san Pedro[3], con el pensamiento de lo que Cristo

[1] Philip. 1. 28. [2] 2. Cor. 4. 10. Galat. 16. 17. [3] 2. Pet. 4. 1.

Digitized by Google

padeció, en todo nos parezcamos á él: y la meditacion de su pasion nos sirva de un arnés trenzado, fuerte, lucido y hermoso, que nos arme y cubra de piés á cabeza, y nos haga espantables á los demonios, y terribles á la carne, admirables al mundo, agradables á los ángeles y amables á Dios.

§ II.

De las disposiciones que se han de procurar, para meditar la pasion.

Para alcanzar estos fines que se pretenden con la meditacion de la pasion, es importante aparejarnos lo mejor que nos fuere posible para ella: porque aunque es necesario, como dice el Espíritu santo [1], aparejar el alma antes de toda oracion, y no ir á ella, como quien tienta á Dios, esperando la racion del cielo sin aparejo; pero en especial es mas importante para la oracion y meditacion que tiene por materia los dolores y trabajos de Cristo nuestro Señor, para los cuales él se aparejó con grande amor, y quiere que sean pesados y meditados con mucho fervor.

Y así puedo imaginar, que me dice aquello de Jeremías [2]: Acuérdate de mi pobreza y trabajo, de mi amargura y de mi hiel; y que yo le respondo: con memoria me acordaré, y mi ánima se secará en mí, y repitiendo esto en mi corazon, esperaré en él, que es decir: me acordaré muy en particular, y con grande fervor de sus trabajos y aflicciones, sintiéndolas tan tiernamente, que mi ánima se seque por la grandeza de la tristeza y dolor; y no contento con pensar una vez todas tus penas, las repetiré muchas veces con grande atencion y afecto, sacando de ellas grande confianza.

Las disposiciones convenientes, para meditar con provecho estos misterios, declaró brevemente S. Buenaventura, diciéndo [3]: *Debet homo aggredi hoc tam no-*

[1] Prov. 18. 23. [2] Thren. 3. 19. [3] In stimulo Divini amoris, cap. 2.

Digitized by Google

bile opus humiliter, confidenter, instanter, et cum quanta potest cordis sui munditia. Debe el hombre acometer esta obra tan noble, humilde y confiadamente, instantemente y con cuanta limpieza de corazon pudiere. Donde pone cuatro principales virtudes que disponen grandemente para recibir de Dios los dones y gracias que suele comunicar á los que se ejercitan en estas meditaciones.

1. La primera es, humildad de corazon, entrando en la meditacion con vergüenza y confusion de sus culpas no solo por la razon general [1], de que el justo en el principio de la oracion se acusa á sí mismo, sino en especial, porque con sus pecados es causa de los tormentos de Cristo, á quien está mirando y contemplando, á la manera que si un padre estuviese preso en la cárcel, aerrojado en un calabozo, con grillos y cadenas entre ladrones, padeciendo graves dolores y deshonras, no por sus propias culpas, sino por las de su hijo: si el tal hijo entrase á visitarle, sin duda entraria con una humilde vergüenza y confusion de sí mismo, por haber sido causa de aquellos tormentos á su padre. Y á esta humildad pertenece cubrirse de luto; esto es, de humildad exterior en el vestido y traje, especialmente cuando se celebra la memoria de la pasion, ó se medita muy de propósito, pues quien vá á visitar al afligido, no ha de ir con ropas de fiesta, sino de llanto, conformándose con el atribulado, como lo hicieron los amigos de Job [2], cuando le vieron llagado y tendido en un muladar. Tambien pertenece á la humildad, subiéndola de punto, reconocerse por indigno de asistir á estos misterios, y tener sentimiento de ellos, creyendo que esto es favor especial que hace Dios á sus amigos muy queridos, como lo fué dar parte á tres apóstoles de su tristeza en el huerto; y querer que su Madre, san Juan y la Magdalena asistiesen en el monte Calvario. Y esta

[1] Prov. 18. 17. [2] Job. 2. 7.

Digitized by Google

gracia no se dá sino á los humildes, porque los soberbios, como se dice en el libro de Job[1], no se atreven; esto es, no les es concedido contemplar á Dios, segun las grandezas de su divinidad, ni tienen espíritu para contemplar, segun las bajezas de su humanidad.

2. La segunda disposicion, es, confianza grande en la misericordia de Cristo nuestro Señor, que pues se dignó padecer tanto por nosotros, tambien se dignará concedernos que nos compadezcamos con él, de modo, que de la meditacion de sus trabajos saquemos el provecho para que ellos se ordenaron; y así juntando la humanidad con la confianza, he de pedirle esta gracia, alegándole tres títulos. El primero, la misma pasion que padece. El segundo, la compasion que allí tuvo de los pecadores, haciéndose su abogado, y orando por ellos, para que fuesen capaces del fruto de su pasion. El tercero, la liberalidad que usó con uno de ellos; esto es, con el buen ladron; el cual con humildad y confianza le pidió se acordase de él en su reino, y alcanzó mas de lo que pedia, como en su lugar verémos. Pero yo, dice san Laurencio Justiniano[2], despues que me hubiere confesado por pecador como el ladron, hablaré á mi Señor, colgado en la cruz, y le diré con humildad y confianza: Señor, acuérdate de mí, no solo para que vaya á tu reino: *Set ut doloribus compatiar tuis, tuæque communicem passioni*, sino para que me compadezca de tus dolores y participe de tu pasion[3]; porque bien sé que si tengo parte contigo en padecer, la tendré tambien en reinar. Con estos títulos hemos de ensanchar la confianza en Cristo, la cual, como dice san Bernardo[4], cuanto es mayor, tanto nos hace mas capaces de los divinos dones, estando el vaso del corazon con la humildad vacío de sí mismo para recibirlos.

3. La tercera disposicion, es, gran fervor y dili-

[1] Job. 37. 24. D. Gregor. lib. 27. mór. cap. 27. [2] Serm. de Passion. [3] Rom. 8. 17. 2. Tim. 2. 12. [4] Serm. 32. in Cant.

Digitized by Google

gencia en esta obra de la oracion; porque seria cosa vergonzosa pensar con tibieza lo que Cristo padeció con tanto fervor. Este se ha de mostrar en que la meditacion sea muy atenta, profunda y devota, sacudiendo de la memoria las vagueaciones; del entendimiento, la torpeza en los discursos para ahondar en los misterios; y de la voluntad, la frialdad en los afectos, procurando que sean muy fervientes, como los de Cristo nuestro Señor, haciendo una generosa determinacion de acompañarle, no durmiendo, como los tres apóstoles en el huerto, sino velando, como él velaba, y orando con la agonía, instancia y perseverancia que él oraba, gastando en esto algunas horas, como él las gastaba.

4. La cuarta disposicion, es, limpieza de corazon, procurando purificarle y conservarle limpio de culpas, para que entrando limpio en la oracion, esté con grande confianza, sin remordimiento, y bien dispuesto para recibir los dones de Dios y los frutos de su preciosa sangre; porque ningun hombre cuerdo quiere echar un licor precioso en vaso muy sucio. Por tanto, dice san Bernardo[1], pues la bendicion es muy copiosa, aparejad para recibirla vasos limpios, almas devotas, espíritus vigilantes, afectos bien regidos, y conciencias puras, en quien se derramen tantas gracias como aquí se comunican. Estas son las disposiciones que se han de llevar para meditar estos misterios. Mas quien se hallare falto de ellas, no por eso deje la meditacion, porque ella misma encenderá el deseo de ellas, como tambien mueve á otras virtudes que luego dirémos.

§ III.

De varios modos de meditar la pasion.

Para quitar el fastidio que podria tener nuestra tibieza, meditando siempre una cosa de una misma ma-

[1] Serm. in feria 4. Hebdomada pœnosa.

Digitized by Google

nera, es bien saber los varios modos que hay de meditar la pasion, demás de los que se han puesto, meditándola como beneficio nuestro, ó como dolorosa á Cristo. Otros dos muy principales hay, á que se reducen los demás, al modo que en los convites se suele servir en dos maneras: la una, poniendo cada plato de por sí; y comido aquel, poner otro: otra, poniendo muchos juntos, y tomando de cada uno algun bocado, conforme al gusto ó necesidad del que come. Así en este convite espiritual de los misterios de la pasion hay dos modos de comerlos espiritualmente. El primero, y mas ordinario, es, meditando cada misterio por sí, ponderando en cada uno lo que es digno de ponderacion, siguiendo el órden de la historia, y en especial poniendo los ojos en las cuatro cosas que se notaron en la introduccion de la segunda parte[1]; conviene á saber: mirar las personas que allí intervienen, así la de Cristo nuestro Señor, como la de su Madre y discípulos, y tambien de sus perseguidores, penetrando las calidades y condiciones de cada una. Además, mirar las palabras que hablan, y tambien las obras que hacen, aprendiendo de las que dice y hace Cristo nuestro Señor, y huyendo de las malas que dicen y hacen sus perseguidores. Y finalmente, mirar las cosas que Cristo padece, ponderando como la divinidad en cierto modo se escondió, no destruyendo á sus enemigos, sino permitiéndoles que atormentasen á la sacratísima humanidad. De donde inferiré lo que es razon haga y padezca yo, por quien tanto hizo y padeció por mí, trabando en razon de esto, coloquios con Dios nuestro Señor, en la forma que luego verémos.

2. El segundo modo de meditar estos misterios, es, teniéndolos todos en la memoria, tomar por materia de meditacion algun trabajo especial, ó especial virtud de Cristo nuestro Señor, ponderando lo que hay cerca de

[1] Ex. S. P. N. Ignatio in 1. exerc. 3. Hebdomad.

Digitized by Google

ella en todos los pasos de la pasion, discurriendo por ellos. Como si quiero meditar la humildad de Cristo nuestro Señor, iré discurriendo y ponderando los actos de humildad que hizo: primero, cuando lavó los piés á los apóstoles: despues los del prendimiento, cuando estaba debajo de los piés de sus enemigos, y así procederé hasta los que ejercitó en la cruz. Y si quiero tomar la carrera de mas atrás, puedo discurrir por los actos de humillacion que hizo en el tiempo de su nacimiento, niñez, y predicacion, sacando de todos ellos motivos para ejercitar esta virtud enteramente, y porque en cada misterio resplandece algo especial que pertenece á su perfeccion. De este mismo modo se puede meditar la obediencia y caridad, ó paciencia del Salvador.

Y de la misma manera se puede tomar por materia de meditacion algun género especial de trabajo, dolor ó deshonra, discurriendo por los misterios de la pasion, ponderando solamente lo que toca á este trabajo como seria meditar las veces que fué desnudado con grande ignominia: las veces que derramó su preciosa sangre: las estaciones que anduvo en este tiempo: las afrentas en materia de virtud ó en materia de sabiduría que sufrió, procurando con cada cosa de estas compadecerme del Salvador, y alentarme á sufrir algo por él en aquella suerte de trabajo. Y otras veces puedo tomar por materia de meditacion el dolor especial que Cristo nuestro Señor padeció en algunos de sus miembros ó sentidos, como seria meditar el dolor de las manos, cuando las ataron en la prision, y despues en la columna, y cuando las clavaron en la cruz, y así en lo demás.

3. A estos dos modos de meditar la pasion se puede añadir el tercero, por aplicacion de los sentidos interiores del alma, cerca de cada misterio, en la forma que se declaró en la meditacion 26 de la segunda parte. Lo

Digitized by Google

primero, ver con los ojos del alma la figura exterior de Cristo nuestro Señor tan lastimosa, y la interior de su alma, por una parte tan bella, y por otra tan afligida, admirándome y compadeciéndome de que el resplandor de la gloria del Padre y figura de su sustancia, esté por mis pecados tan desfigurado. Lo segundo, oir interiormente, y sentir las palabras tan blandas y amorosas de este Señor: los clamores contra él tan ásperos y furiosos de sus enemigos: el ruido de las bofetadas, de los golpes, de los azotes y martilladas, sintiendo en mi corazon lo que Cristo sentiria en el suyo. Lo tercero, oler con el olfato interior, así la hediondez de los pecados que causaron la muerte de este sumo Sacerdote, como la suavidad del sacrificio que ofreció por ellos, y de las virtudes que ejercitó en esta poblacion tan devota de su pasion, ponderando como aplacó con ella la ira del eterno Padre, poniéndonos por señal de reconciliacion, no el arco que se hace en las nubes[1], sino á su Hijo, extendido como arco en la cruz, lloviendo sangre por nosotros. Lo cuarto, gustar las amarguras é hieles de Cristo nuestro Señor, amargándome y entristeciéndome con ellas, como si corporalmente las gustara. Y gustar tambien la dulzura del amor con que las padecia, y la que Dios comunica á los que padecen por su causa con amor, admirándome de ver unida tanta dulzura con tanta amargura. Lo quinto, tocar con el tacto del alma los terribles instrumentos de la pasion de Cristo, el rigor y aspereza de las sogas, azotes, espinas, cruz y clavos, sintiendo en mi espíritu lo que el Señor sentiria en su cuerpo, y ejercitando los afectos que suelen brotar de tales sentimientos. La práctica de este modo de orar se pondrá en los misterios del huerto, y la de esotros dos modos, se verá en la meditacion que se sigue; y es fundamento y preámbulo para las demás.

[1] Gen. 9. 13.

Digitized by Google

MEDITACION PRIMERA FUNDAMENTAL.

DE LA PASION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, EN QUE SE PONE UNA SUMA DE LAS COSAS QUE SE HAN DE MEDITAR EN CADA MISTERIO.

Lo que se ha de ponderar en cada misterio de la pasion, se puede reducir á seis ó siete puntos principales; conviene á saber: quién es la persona que padece estos tormentos: cuántos y cuan graves fueron: de qué personas los padece: por quién, y porqué causa: con qué amor y afectos; y las virtudes que ejercita padeciéndolos, y los que con él padecia su gloriosa Madre. De todo esto se tocará en esta meditacion en general, para que pueda despues aplicarse á cada misterio en particular.

Punto primero.—*De la persona que padece.*—En la persona de Cristo nuestro Señor, que padece estos tormentos, se pueden considerar principalmente tres cosas, que mueven con mas eficacia á los afectos de compasion, agradecimiento, amor é imitacion.

1. La primera, es la inocencia y santidad de este Señor; el cual era inocentísimo, sin mancha de pecado [1]: Santísimo con todo género de santidad, lleno de todas las gracias y virtudes: Sapientísimo y discretísimo, en quien estaban encerradas las riquezas espirituales de la sabiduría de Dios, y su divino Espíritu sin medida: por lo cual se vé, que cuanto padecia era sin culpa suya, aunque sus enemigos fingian que la tenía, y le atormentaban como á culpado. Pues cómo no me compadeceré de ver padecer á un Señor tan inocente, sabio y santo? Si el centurion y otros muchos que se hallaron en el monte Calvario, herian sus pechos de dolor, viendo padecer al que tenian por justo, cómo no hiero yo el mio, considerando que padece, no

[1] Coloss. 2. 3. Joan. 3. 34.

Digitized by Google

cualquiera justo, sino el supremo de los justos, sin haber dado ocasion culpable para tantos trabajos? O corazon mio, mas duro que las piedras, cómo no te partes por medio de dolor, pues ellas se partieron y desmenuzaron, cuando padeció esta Piedra viva, fuente de la gracia y dechado de toda santidad?

2. La segunda, consideraré, la omnipotencia, y liberalidad de este Señor en hacer bien á todos, y ser universal bienhechor de todos; porque toda la vida se ocupó, como dijo san Pedro [1], en hacer bien, y curar á todos los oprimidos del demonio: alumbraba los ciegos, limpiaba los leprosos, sanaba los enfermos, y resucitaba los muertos. Y además de esto hacia bien á las mismas almas, perdonando los pecados, librándolas del infierno, abriendo las puertas del cielo, comunicándolas luz de doctrina maravillosa y fuego de caridad, con el resplandor de todas las virtudes. De donde consta, que padecia tormentos y deshonras, no solo sin culpa, sino por lo que merecia sumo descanso y honra. Por lo cual dice san Agustin [2], que Cristo nuestro Señor vivió en el mundo: *Mira faciens, et malos patiens donec suspenderetur in ligno*, haciendo cosas maravillosas, y padeciendo cosas muy trabajosas, hasta ser colgado de un madero. Pues cómo, alma mia, no te deshaces de pena, viendo padecer este Bienhechor tuyo y de todo el mundo, el cual haciendo bien y provecho á todos, recibe mal y daño de todos? O quién pudiese alcanzar tal gracia, que obrando bien como mi Señor, padezca algun mal y trabajo por su amor! No quiero de los hombres premio de mis buenas obras, pues mi Redentor recibió de ellos graves tormentos por las suyas.

3. La tercera, consideraré la infinita caridad de este Señor en darse á todos, y hacerse uno con todos, ponderando como es mi Padre, mi Maestro, mi Médico, mi Redentor, mi Pastor, mi Criador, mi Bienaventu-

[1] Actor. 10. 38. [2] In Psal. 49.

Digitized by Google

ranza, Esposo de mi alma, Dios mio, y todas mis cosas. Y poco antes de su pasion se hizo mi manjar y bebida para entrar dentro de mí y hacerse una cosa conmigo; por lo cual he de tomar sus trabajos, como mios, y compadecerme de ellos y sentirlos como si fueran mios, pues tan mio es el que los padece y tanto amor me tiene. Si el hijo llora la muerte de su padre, y la esposa de su esposo, y el amigo la de su amigo muy querido, cómo no lloraré la pasion y muerte de tal Padre, de tal Esposo, de tal Amigo? Para este fin ayudará lo que se dirá en el punto octavo.

Punto segundo. — *De la muchedumbre y gravedad de los tormentos de Cristo nuestro Señor.* — La muchedumbre y gravedad de los tormentos que Cristo nuestro Señor padeció en su pasion, en general se pueden reducir á dos órdenes: unos exteriores, figurados por el bautismo, que baña el cuerpo por de fuera; otros interiores, figurados por la bebida del cáliz, que entra y penetra á lo de dentro, porque de estas dos semejanzas usó el mismo Señor para declararlos[1], comenzando por los tormentos exteriores. Primeramente, se ha de discurrir por todos los géneros de cosas que son materia de trabajos corporales, en las cuales padeció Cristo nuestro Señor grandemente. En la hacienda y cosas que poseia[2], llegó á padecer tanta pobreza y desnudez, que murió públicamente desnudo en la cruz, tomándole los soldados sus vestiduras, y repartiéndolas entre sí. En la honra padeció innumerables irrisiones y escarnios, tratándole como á ladron, malhechor, y blasfemo contra Dios; blasfemando de él por esta causa. Lo tercero, en la fama padeció muchos falsos testimonios con que pretendian desacreditarle; de suerte, que en materia de virtud y santidad, fué despreciado y tenido por pecador, por samaritano, endemoniado, revolvedor del pueblo, comedor, bebedor y blasfemo.

[1] Marc. 10. 38. [2] Ex D. Tom. 3. p. q. 46. art. 5. 6. et 7.

Digitized by Google

gas de mi alma; y por tus dolores corporales, líbrame de mis males espirituales. Amen.

4. Lo cuarto, se ha de considerar las aflicciones y dolores interiores de Cristo nuestro Señor, los cuales acompañaban á estos exteriores, y fueron tambien muchos y muy graves en todas las cosas que el ánima purísima del Salvador podia padecer sin imperfeccion, como fueron desamparos interiores de la divinidad, suspension de los consuelos sensibles del corazon, tristezas vehementes de la voluntad, por las injurias que se hacian á Dios y por la perdicion de los hombres; temores, tedios y agonías terribles; de las cuales fué testimonio el sudor de sangre, como verémos en la meditacion de los misterios del huerto. Finalmente, aunque fueron terribles los dolores del cuerpo, fueron mayores los del espíritu; porque en lo interior tomaba tanta pena, cuanta queria: y como amaba mucho, queria que fuese mucha, para mayor bien de los que tanto amaba. O dulce Redentor, ahora veo con cuánta razon te llama Isaías [1], varon de dolores y curtido en enfermedades pues por todas partes estás rodeado de dolores y cercado de aflicciones! Las tempestades del mar amargo bañaron y atormentaron tu cuerpo, y sus olas entraron dentro de tu alma [2]. Por de fuera te afligió el bautismo de sangre muy penoso, y por de dentro el cáliz de la tristeza muy amargo. Concédeme, Señor, que sea semejante á tí en todas estas penas, para que mi cuerpo y espíritu te agraden, y queden limpios de todas sus mancillas. Amen.

Punto tercero. — *De los perseguidores y enemigos que atormentaron á Cristo nuestro Señor en su pasion.*— 1. Cerca de este punto, lo primero, se ha de considerar la muchedumbre y calidad de las personas que se conjuraron contra Cristo nuestro Señor para despreciarle y atormentarle en su pasion, ponderando como con-

[1] Isai. 53. 3. [2] Psal. 68. 2. Luc. 12. 50. Marc. 10. 38. 1. Cor. 7. 34.

Digitized by Google

currieron reyes, jueces, gobernadores, sumos pontífices, sacerdotes, letrados y religiosos de aquel tiempo, cortesanos, soldados, gentiles y judíos; y hasta de sus mismos discípulos no faltó quien le persiguiese: el rey Herodes con su corte le escarnece; el juez Pilato le condena: Anás y Caifás, sumos sacerdotes, le reprueban: los escribas y fariseos le acusan: los soldados le prenden y mofan: los verdugos le azotan, coronan y crucifican: la canalla del pueblo dá voces contra él, pidiendo que muera: un discípulo le vende, otro le niega, y todos le desamparan. A lo cual se ha de añadir, que á todos estos tenia este Señor obligados con innumerables beneficios, para que le amasen, honrasen y sirviesen; porque demás de los beneficios generales, que como Dios y Redentor comunicaba á todos, en especial habia hecho otros muy particulares á los de aquel pueblo, enseñándoles su doctrina, haciendo en su presencia muchos milagros, curándoles sus enfermedades y las de sus hijos, criados ó amigos, y dándoles de comer milagrosamente en los desiertos, por lo cual le querian alzar por rey, y le recibieron en su ciudad, con la mayor pompa que jamás fué recibido príncipe de la tierra.

Pues todos estos se trocaron y convirtieron contra su Dios y Redentor, y contra su bienhechor infinito, injuriando, atormentando y matando á quien tanto bien les habia hecho; y á quien poco antes juzgaban por digno de suma honra, y le aclamaban por autor de la vida. O dulce Jesus, Rey de los reyes, Juez de los vivos y muertos, sumo Pontífice y supremo sacerdote, Fuente de la ciencia y santidad, Piedra angular del pueblo gentílico y judáico, cómo eres perseguido de los reyes y jueces terrenos; de los sacerdotes y sabios de la tierra, y de todos los pueblos y naciones del mundo? No me espanto que te persigan los que no te conocen; pero qué diré viéndote perseguido de los que te

Digitized by Google

conocían, y por mil títulos estaban obligados á servirte! O quién nunca te hubiera perseguido con mis pecados! No permitas, Señor, que te persiga mas con ellos, sino que fielmente con mis servicios corresponda á tus innumerables beneficios.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la crueldad y fiereza de estos enemigos y perseguidores; porque como eran soberbios, ambiciosos, codiciosos, hipócritas y fingidos, eran tambien enemigos de la verdad y del maestro que la enseñaba, y del médico que deseaba curar sus mortales llagas. Y demás de esto, estaban poseidos de la pasion, del ódio, rencor y envidia de Cristo, porque les reprendia sus vicios, y oscurecia sus honras vanas con la autoridad de su sabiduría, santidad y milagros, y así deseaban hundirle: unos por malicia, para vengar sus injurias: otros por pasion de temor, por no perder la gracia del César, ó del pueblo; otros por ignorancia, por no conocer bien quien era: otros por falso celo de la religion y del bien público; el cual celo, cuando se junta con envidia, atiza la crueldad, y la hace mas terrible que de fieras. O Cordero mansísimo, con mucha razon decís [1], que os han cercado muchos perros y novillos, y toros gruesos, leones, y unicornios muy feroces, porque vuestros enemigos, á modo de fieras os rodean y espantan con sus bramidos, desgarran con sus uñas, muerden con sus dientes, y con sus cuernos os voltean de una parte á otra, trayéndoos de tribunal en tribunal, hiriéndoos con tanta crueldad, como si no fuerais hombre, sino estátua de hombre, gusano y desecho del pueblo! O quién pudiera libraros de su furia endemoniada! Mas vuestra caridad no dá lugar á vuestra omnipotencia, que pudiera hacerlo, para que en medio de tantas fieras resplandezcan vuestras soberanas virtudes.

3. Lo tercero, ponderaré como los principales per-

[1] Psal. 21. 13.

Digitized by Google

seguidores de Cristo nuestro Señor [1], fueron las potestades de las tinieblas infernales, que son los demonios, los cuales sumamente le aborrecian, porque los echaba de los cuerpos, y sacaba de su poder las almas, y destruia su reino, que era el reino del pecado; y así por vengarse de él, atizaban la fiereza de los hombres para que le persiguiesen. A Judas instigó Satanás, que le vendiese: á los soldados, que inventasen los escarnios que le hicieron; y en los judíos, encendia el fuego de ira con que ardian; y como la licencia que para esto le dieron, no fué con la limitacion que se le dió contra el santo Job, no se contentó con arrojarle en un muladar, lleno de llagas, sino con quitarle la vida con terribles tormentos. O Jesus, gran sacerdote [2], qué á tí con Satanás, para que tal poderío se le dé sobre tu sagrado cuerpo? O amor insaciable, que no contento con ser atormentado de los hombres, quieres que sus atizadores sean los demonios, para librarme con estos tormentos de lo que ellos me habian de dar por mis pecados.

4. Finalmente ponderaré, como crecieron las penas de este Señor, porque con los ojos de su alma sapientísima, conocia la rabia de sus enemigos; no solamente por las obras y señales exteriores, como los demás hombres, sino porque penetraba sus corazones, y veia claramente las ánsias endemoniadas que tenian de atormentarle, mucho mas de lo que por de fuera mostraban; porque aunque fueron muchos y muy graves los tormentos que le dieron, muchos mas y mayores quisieran darle si pudieran. O sapientísimo Jesus [3], vuestra misma ciencia aumenta vuestro dolor, sin entibiarse por esto vuestro amor; porque mas lleno está vuestro corazon de amor con vuestros enemigos, para padecer por su provecho, que el suyo de aborrecimiento para buscar vuestro daño. Llenadme, Señor, de vues-

[1] Lucæ 22. 53. [2] Zachar. 3. 1. [3] Eccles. 1. 18.

Digitized by Google

tra encendida caridad, para que imite vuestra invencible paciencia. Amen.

PUNTO CUARTO.—*De las personas por cuyo bien padece Cristo nuestro Señor, y de las causas porque padece.*—1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Salvador padeció todos estos desprecios y dolores por los pecados de los hombres pasados, presentes y por venir, pagando las deudas de todos con el precio de su sangre, derramada con tanto dolor y desprecio. De donde podemos sacar algunas causas particulares de esta soberana pasion; es á saber: para volver por la honra de su Padre, injuriado con tantas ofensas; y para aplacar la justa indignacion que tenia contra los hombres, reconciliándolos con él, y librándolos de sus culpas y de las penas que por ellas merecian, asi temporales como eternas; y para merecerles y alcanzarles la gracia y caridad, y todas las virtudes, con los medios necesarios y convenientes para su justificacion y perfeccion. Y finalmente, para abrirles la puerta del cielo, y entrarlos en la gloria y vida eterna, quitando todos los estorbos que para ello habia. De aquí es, que como los pecados de los hombres eran infinitos en el número y en la gravedad, por ser contra Dios infinito, era necesario que fuese de infinita excelencia la persona que padecia estos dolores, para pagar con ellos la deuda con igualdad; y aunque cualquier dolor de Cristo nuestro Señor y cualquier gota de su sangre bastara para esto [1], por ser de persona tan infinita, quiso padecer tanta muchedumbre de tormentos, para que su redencion fuese mas copiosa, y los hombres conociésemos la infinita gravedad de nuestros pecados; porque, como dice san Bernardo [2], por la consideracion del remedio veo la grandeza de mi peligro. O cuán graves son las llagas, por las cuales fué necesario que Cristo fuese llagado! Si no fueran llagas de

[1] Psal. 129. 7. [2] D. Bern. serm. 3. de Nativit.

Digitized by Google

muerte, y de muerte sempiterna, nunca por su remedio el Hijo de Dios muriera. Miraba nuestro Redentor todo el cuerpo místico del linaje humano, llagado de piés á cabeza con innumerables culpas, y para curarle quiere que su cuerpo sea de piés á cabeza llagado con innumerables heridas, y su espíritu afligido con muy graves ignominias, proporcionando la medicina con la llaga. Por nuestras codicias desordenadas de hacienda estais, Señor, desnudo en una cruz, por la soberbia de los letrados, sois tenido por loco; por la vánidad de los que presumen de santos, sois escarnecido como pecador; por la hinchazon de los poderosos, sois tratado como miserable y flaco; por los regalos de los sensuales, sois cargado de tormentos. Los dolores de vuestros cinco sentidos, pagan las demasías de los nuestros; vuestra cabeza es coronada de espinas, en castigo de nuestras ambiciones; vuestra lengua es ahelada con hiel y vinagre, por nuestras glotonerías; vuestras manos y piés son agujereados con clavos, en pena de nuestras malas obras y peores pasos; vuestras espaldas son aradas con azotes, por los hurtos y maldades que cargamos sobre las nuestras; vuestros hombros fueron oprimidos con la carga de la cruz, porque los nuestros desecharon la carga de vuestra ley. O Redentor liberalísimo, cuya redencion es tan copiosa, que bastara para redimir infinitos mundos, si los hubiera, aplicad esta redencion á este único mundo que criastes, para que todos gocen de ella y se salven. Amen.

2. Lo segundo ponderaré, como Cristo nuestro Señor padecia todos estos tormentos por los mismos enemigos que se los daban, y derramaba su sangre preciosa para pagar los pecados que sus perseguidores hacian derramándola: y en testimonio de esto, estando en la cruz, oró por ellos y los excusó. Y es tan inmensa su caridad, que ofrece su pasion por dar la misma caridad á los que le aborrecen, por dar honra á los que le des-

Digitized by Google

honran, por dar libertad á los que le prenden, por dar descanso á los que le afligen y por dar eterna vida á los que le dan cruel muerte. Bendita sea, Salvador mio, vuestra inmensa caridad, y glorificada sea vuestra infinita misericordia. O si vuestros enemigos la conocieran cómo se confundieran de su ingratitud, y convertidos en amigos no cesaran de alabaros y serviros con mas amor, que antes os perseguian con rencor! Abrid, Señor, los ojos de los que ahora os persiguen, para que cesando de perseguiros, traten muy de veras de serviros.

3. Lo tercero, he de considerar con mas particular atencion, como Cristo nuestro Señor de tal manera padecia todos estos desprecios y dolores por todos los hombres del mundo, que en especial los padecia y ofrecia por cada uno de ellos, como si él solo estuviera en el mundo, teniéndole presente en su memoria y en su corazon, y ponderando sus pecados, miserias y necesidades, como si no tuviera otras que mirar y remediar. De modo, que yo puedo decir por mí, lo que san Pablo dijo de sí [1], hablando de Cristo nuestro Señor: el que me amó y se entregó á la muerte por mí. O alma mia, si te vieras en el corazon de tu dulce Jesus, al tiempo que padecia estos dolores! O si entendieras el amor y cuidado con que los ofrecia por tus pecados, sin duda te deshicieras de dolor, por ser causa de sus dolores, y te abrazaras en amor por verte tan amada en medio de ellas. Llora, pues, ahora tus pecados, por los cuales padece tanto el que tanto te amó y ama con todas tus fuerzas al que por tí tanto padeció, y como si por tí sola las padeciera, así le alaba y glorifica por todos los siglos. Amen.

Punto quinto.—*Del amor y afecto con que Cristo nuestro Señor padecia.*—Este punto es el mas tierno y el que ha de servir de salsa para hallar gusto y sabor espiritual en todo lo que meditarémos de la pasion, pon-

[1] Galat. 2. 20.

Digitized by Google

derando la grandeza é inmensidad del amor con que este Señor padecia todos sus tormentos, porque no los padecia por necesidad y fuerza; sino, como dijo el profeta Isaías [1], por su voluntad y de gana, solamente porque quiso, porque era bueno y misericordioso, é inclinado á dar gusto á su Padre eterno, y hacer bien á todos los hombres, y para descubrir las riquezas y tesoros infinitos de caridad y misericordia, y liberalidad de Dios para con sus criaturas. De aquí procedia, que como amaba tanto á su eterno Padre, y por su respeto amaba tanto á los hombres, con ese mismo amor inmenso padecia todo lo que padeció por ellos [2], aceptándolo todo con grande gusto y consuelo por su bien. O quién pudiera rastrear la longura y anchura, la alteza y profundidad de la caridad de Jesus! O quién entrara en su encendido corazon, y viera el horno de fuego infinito que en él ardia, y se derritiera con aquel fuego, saliendo todo lleno de amor, para amar como soy amado y para padecer con amor por quien padece con tanto amor. De este amor interior nacian tres señales y muestras exteriores, que bastan para derretir el corazon mas helado que el mismo yelo, y mas duro que el peñasco.

1. Porque lo primero, señal de amor á los trabajos, es desear que vengan presto: hablar con gusto de ellos, refrescar á menudo su memoria: entrar con alegría y gozo en el lugar donde han de padecer, y afligirse de ver que se dilatan, y reprender á los que se lo quieren estorbar, llamándolos Satanás y adversarios suyos. Todo esto hacia nuestro dulce Jesus, como verdadero enamorado del padecer, como adelante se verá. Por razon de lo cual dijo á sus discípulos [3]; Con un bautismo tengo de ser bautizado. O cómo me aflijo hasta que esté acabado! O Amado mio, si este bautismo fuera de agua, no me admirara que te diera pena su tardanza y dila-

[1] Isai. 53. 7. [2] Ephes. 3. 18. [3] Lucæ 12. 50.

Digitized by Google

cien; mas siendo bautismo de sangre, y de sangre salida de tus venas con terribles penas, cómo le deseas con tantas ánsias? O quién me diese tal hambre y deseo de padecer trabajos, que gustase de ellos mas que de los descansos!

2. Mas porque muchos blasonan de los trabajos, y los desean antes que vengan; y despues de venidos los aborrecen y huyen de ellos; hay otra señal mas cierta del amor al padecer, que es, acometer los mismos trabajos, salirlos á recibir, no huir de ellos ni impedirlos, aunque pueda: no excusarse, ni volver por sí, ni hablar en su defensa, aunque sea provocado á ello, para eximirse de ellos: ofrecerse aparejado sin resistencia á todo cuanto quisieren hacer de él sus atormentadores, con tal modo de mansedumbre, que no pierdan el ánimo de atormentarle, por muchos tormentos que le den. Todo esto y mucho mas descubrió Cristo nuestro Señor en su pasion, porque se fué al huerto donde le habian de prender: podia rogar al Padre que enviase legiones de ángeles que le defendiesen, y no quiso: dió licencia á sus enemigos, que estaban postrados en tierra, para que se levantasen y le prendiesen: entregó su rostro á las bofetadas, y su cuerpo á los azotes, sin volver el rostro, ni desviar el cuerpo á dolor alguno: no quiso hacer milagros, para que Herodes le amparase, ni hablar en su defensa, para que Pilatos le soltase, aunque le provocaba á ello, y se admiraba de su silencio: Y finalmente, aceptó su injusta sentencia, y abrazó dulcemente la cruz y se tendió en ella, dejándose enclavar con duros clavos de hierro[1], porque estaba ya muy mas enclavado con los clavos del amor. O amor infinito y fuego inmenso, á quien no pudieron apagar las aguas de trabajos tan inmensos antes con ellas se encendia mucho mas. Abrasadme, Salvador mio, con este fuego, y encendedme con este amor.

[1] Cantic. 8. 7. Prov. 30. 15.

Digitized by Google

3. Pero mas adelante pasó el amor inmenso de Jesus, en dar señales de inmensidad, pues no se hartó con padecer lo que padeció, sino deseó padecer infinitamente mas. Miraba las ánsias con que sus enemigos deseaban inventar nuevos tormentos para afligirle; y dilatando mas su amor, no solamente deseaba padecer los tormentos que le dieron, sino estaba aparejado á sufrir todos los que deseaban darle. Y aun no contento con esto, estaba deseoso y aparejado para sufrir otros incomparablemente mayores, si fuera necesario para nuestro bien. O fuego infinito, que siempre ardes y nunca dices basta, con qué te pagaré tal deseo de padecer? Mucho te debo, por lo mucho mas que por mí padeciste; pero mucho mas te debo, por lo mucho mas que deseaste padecer, si fuera necesario para nuestra redencion. Si recibiste cinco mil azotes, amor tenias para recibir cinco mil millares mas crueles. Si tu cabeza fué traspasada con setenta y dos espinas, tu amor estaba rendido para dejarse traspasar de setenta mil de ellas. Si estuviste colgado tres horas en la cruz con excesivos dolores, aparejado estabas para estar millares de horas con tormentos mucho mayores. Mas deseaste ser atormentado, que tus enemigos atormentarte; y mas amaste el padecer, que todos los hombres mundanos aman el descansar. O quién me diese un amor tan insaciable, que no se viese harto de padecer por quien tanto padeció por mí con tan insaciable amor! Buen testimonio de este amor es lo que pasó en el huerto, adonde este Señor, previniendo á los tormentos de los verdugos, quiso de su voluntad dar principio á sus trabajos, con tales muestras de dolor, que sudó sangre, como en su lugar lo ponderarémos.

Punto sexto. — *De las heróicas virtudes, que Cristo nuestro Señor ejerciló en su pasion.* — 1. Lo primero, se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor ejercitó en

Digitized by Google

su pasion, todas las principales virtudes de la vida cristiana y perfecta, y cada una de ellas en grado heróico, cuanto á los actos exteriores, y mucho mas cuanto á los interiores que los acompañan. Las causas de esto fueron: La primera, porque habia venido á ser maestro, ejemplar y dechado de las virtudes; y entonces quiso hacer un epílogo de todas, y dar de ellas singular ejemplo, como lo dijo en acabando de lavar los piés á sus apóstoles [1]. La segunda, porque con su pasion nos habia de merecer y ganar todas las virtudes; y así quiso que los merecimientos se fundasen en el ejercicio actual de todas ellas. La tercera, para volver por la honra de las virtudes que estaban muy caidas y desacreditadas en el mundo, especialmente las que tienen por oficio hollar las cosas mundanas. La cuarta, para dejarnos por testamento y última voluntad, confirmada con su muerte, las obras excelentes de todas las virtudes; porque así como dijo en el último sermon, un mandamiento nuevo os dòy, que os ameis unos á otros, como yo os amé, así pudo decir, y dijo con la obra: Un mandamiento nuevo os dòy, que os humilleis como yo me humillé, y que obedezcais y sufrais como yo obedecí y sufrí. Ó dulce Maestro, enseñadme á ejercitar estas virtudes, imitando el ejemplo que me disteis, para que yo en mi tanto vuelva por la honra de ellas para gloria vuestra. Amen.

2. Lo segundo, puedo ponderar la muchedumbre y grandeza de estas virtudes, discurriendo por los ocho actos heróicos que Cristo nuestro Señor en el sermon del monte llamó bienaventuranzas, las cuales ejercitó en su pasion con eminencia. Lo primero, ejercitó la pobreza de espíritu, renunciando todas las cosas hasta el propio vestido, quedando desnudo en la cruz [2]. Y con la pobreza ejercitó la humildad, que se encierra en ella, hollando todas las vanas honras y pompas del mundo,

[1] Joan. 13. 15. [2] Matth. 5. 3.

Digitized by Google

y abrazando todo género de desprecios como está referido. Ejercitó la mansedumbre heróicamente en medio de tantas fieras que le mordian y despedazaban, estando como cordero sin hablar ni defenderse, ni indignarse, y con tanta fortaleza como si fuera un diamante en todo lo que sufria.

Lloró amargamente por nuestros pecados, con grande dolor y tristeza, hasta derramar, no solamente lágrimas por sus ojos, sino sangre por todos los poros de su delicado cuerpo. Tuvo hambre y sed insaciable de la justicia, no viéndose harto de hacer bienes, y de padecer males por justificarnos y darnos ejemplos de santidad; por lo cual dijo en la cruz: Sed tengo. Señalóse en tener misericordia de los miserables, dándoles cuanto tenia, hacienda, honra, sangre y vida para remediar sus miserias, y su mismo cuerpo en manjar para hartar su hambre, y su sangre en bebida para satisfacer á su sed. Tuvo limpieza de corazon eminentísima, conservándose en medio de tan terribles ocasiones sin pecado; antes tomando de ellas motivo para ejercitar admirables actos de virtud. Fué excelentísimamente pacífico, pacificándonos con su eterno Padre, ganándonos la verdadera paz, y conservándola él mismo con los que le hacian tan terrible guerra. Finalmente, fué por extremo paciente, padeciendo por la justicia las mayores persecuciones que jamás se han padecido, y con la mayor paciencia que jamás se ha tenido; por lo cual con mucha razon le son debidos todos los premios que á estas virtudes corresponden, los cuales tambien ganó para los que le imitasen en ellas. O Maestro soberano, quién te oyera hablar en el primer monte, cuando predicabas estas virtudes; y quién te viera padecer en el monte Calvario cuando las ejercitabas! él mismo eras, y el mismo fin tenias en ambos montes, hablando y obrando, enseñando á padecer y padeciendo. Dame gracia, Señor, para que oiga lo que me enseñaste, y ejercite

Digitized by Google

lo que ejercitaste, conformándome contigo en todo lo que hiciste y padeciste.

3. Lo tercero, se pueden ponderar estas virtudes de Cristo nuestro Señor, cada una por sí discurriendo por las propiedades y grados que tiene cada una. Y porque seria cosa larga poner ejemplo en cada una, solamente le pondré en la obediencia, que las abraza todas: de la cual dijo san Pablo [1], que se humilló Cristo nuestro Señor, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: y que siendo Hijo de Dios, por las cosas que padeció, aprendió la obediencia, la cual fué heróica. Lo primero, porque no solo obedeció en cosas fáciles y prósperas, sino en cosas dificultosísimas y asperísimas, cual fué la muerte de cruz, con lo demás que precedió á ella. Lo segundo, con ser las cosas tales, fué su obediencia enterísima, sin dejar una jota ni una tilde de todo cuanto habian profetizado los profetas [2]. Lo cual ponderó san Juan cuando dijo: Sabiendo Jesus que todas las cosas de su pasion estaban ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Sed tengo; que fué decir: Para que se cumpliese una penalidad de las que estaban profetizadas, y faltaba por cumplir, que habian de darle á beber vinagre cuando tuviese sed, dijo: Sed tengo. Lo tercero, fué su obediencia prontísima y puntual, sin dilacion ni tardanza, ni réplica, ni escusas á cuanto se le mandaba, aunque fuese muy áspero, y de parte de los jueces y verdugos muy injusto. Lo cuarto, fué general y humilde, sujetándose á todo género de hombres malos y perversos, por entender que esta era la voluntad de su Padre, conforme á lo que él dice por Isaías [3]. El Señor me abrió la oreja; esto es, mandóme obedecer, y yo no contradije, ni volví atrás: dí mi cuerpo á los que le herian, mis barbas á los que las arrancaban, no aparté mi rostro de los que me injuriaban y escupian. Finalmente, fué obediencia per-

[1] Philip. 2. 8. Hebr. 5. 8. [2] Joan. 19. 28. [3] Isai. 50. 5.

Digitized by Google

severante hasta la muerte, queriendo que primero le faltase la vida, que el obedecer, y morir obedeciendo, y obedecer muriendo, y todo con obediencia de amor, segun aquello que el mismo Señor dijo [1]: Para que conozca el mundo que amo á mi Padre, y que como mi Padre me dió el precepto así le cumplo: levantaos y vamos á padecer. Gracias te doy, dulcísimo Señor, por el heróico ejemplo que me diste de obediencia. O quién tuviese otra semejante, fuerte, entera, pronta, puntual, perseverante y amorosa, sujetándome á toda humana criatura por tu amor, para que todo el mundo conociese que te amo, y que cumplo tus mandamientos con el modo que los mandas! Por tu santísima obediencia, te pido esta obediencia: mándame, Dios mio, lo que quisieres, con tal que me des esta virtud para cumplir lo que me mandas. De esta manera se puede discurrir cerca de la humildad y pobreza, silencio, modestia y demás virtudes.

Punto séptimo. — *De las siete estaciones que Cristo nuestro Señor anduvo en su pasion.* — Los caminos ó estaciones que Cristo nuestro Señor anduvo la noche de su pasion, y el dia siguiente, se pueden reducir á siete, para meditarse en los siete dias de la semana, comprendiendo en ellas todo el discurso de la pasion. La primera, fué con sus discípulos, desde el cenáculo al huerto de Getsemaní, donde se entristeció, oró, y sudó sangre. La segunda, desde el huerto, donde fué preso, hasta casa de Anás, donde fué examinado, y recibió una cruel bofetada. La tercera, á casa de Caifás, donde fué escupido, abofeteado, y padeció gravísimas injurias y dolores toda aquella noche. La cuarta, á casa de Pilatos, presidente, donde fué acusado de los judíos con muchos falsos testimonios. La quinta, al palacio del rey Herodes, donde fué escarnecido de él, y de todo su ejército. La sexta, fué la vuelta á casa de

[1] Joan. 14. 31.

Digitized by Google

Pilatos, donde fué azotado, coronado de espinas, y escarnecido y condenado á muerte. La séptima, fué de aquí al monte Calvario con su cruz á cuestas, en la cual fué allí crucificado. Por estas siete estaciones deberia como David [1], dar gracias á Dios siete veces al dia, glorificándole por los juicios de su justicia y misericordia que en ellas resplandecen, rumiando muy despacio quién es la persona que anda estas jornadas, y el fin que tiene en ellas, la compañía que lleva, el lugar de donde sale, el modo como camina, el lugar donde para, las cosas que dice, hace y padece, sacando de todo, el espíritu y provecho á que se ordenaron.

1. En la persona de Cristo nuestro Señor se ha de considerar su infinita dignidad, como está dicho, ponderando los pasos y afectos del espíritu con que acompañaba los pasos del cuerpo, ordenándolos á gloria del eterno Padre, para satisfacer por nuestros pecados. Y quizá fueron siete las estaciones en castigo de los malos pasos que hemos andado en los siete pecados mortales, y para quebrantar el orgullo del dragon bermejo de siete cabezas, que tenia tiranizado el mundo [2]: y para domar la soberbia y rebeldía de los mundanos, y darnos á todos ejemplo de humildad y paciencia, conforme á lo que está escrito [3], que los montes del siglo se desmenuzaron, y los collados del mundo se encorvaron con los caminos de su eternidad; esto es, que los soberbios y altivos corazones, los rebeldes y protervos ánimos, se humillaron y sujetaron por las jornadas y caminos que anduvo este Señor eterno, trazadas desde su eternidad para este fin. O eterno Dios [4], y Salvador nuestro, Cordero sacrificado por nosotros desde el principio del mundo, esclarece los ojos de mi alma, para que considere estas jornadas y pasos que anduviste por nuestro remedio, de modo que alcance el fin para que tú las ordenaste [5]. Perdona, Señor, por

[1] Psal 118. 164. [2] Apoc. 12. 3. [3] Hab. 3. 6. [4] Apoc. 13. 8. [5] Psal. 118. 133.

Digitized by Google

ellas mis malos pasos, y enderézalos de aquí adelante, segun tu ley, para que no se señoree de mí ninguna injusticia. Ó Padre eterno, que cuentas los pasos de los hombres, así los malos para castigarlos, como los buenos para galardonarlos [1]! Mira los pasos de tu querido Hijo, y por ellos te suplicó endereces los mios, para que sean en todo conformes con los suyos. Amen.

2. Cuanto á la compañía que Cristo nuestro Señor lleva en estas estaciones, se ha de considerar, como unas veces vá acompañado de sus discípulos, como vá el pastor en medio de sus ovejas. Y así fué la primera estacion del cenáculo al huerto, consolándolos y exhortándolos á velar y orar, amparándolos de los lobos que los querian perseguir y destrozar. Pero en las demás estaciones iba rodeado de enemigos, como oveja entre lobos, y como cordero entre leones y tigres; los cuales con excesiva crueldad y fiereza le mordian y despedazaban, afligiéndole con injurias, desprecios, dolores y tormentos, llevándole maniatado, como una oveja cuando es llevada al matadero, sin abrir su boca para quejarse. Cumplió aquí en su Persona lo que habia dicho á sus discípulos [2]: Mirad, que os envio como á corderos entre lobos, sed prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas; porque en estas estaciones, con ser terribles las persecuciones, calumnias y astucias de sus enemigos, siempre se mostró manso como cordero, sin resistirlos: sincero y puro como paloma, sin ofenderlos: prudente mas que las serpientes, sin ser engañado de ellos; antes con admirable sabiduría los confundia, ya callando, ya hablando como convenia.

3. Cuanto á los lugares de donde sale, y el modo como camina, y á donde vá á parar su estacion, se ha de considerar, como todos son para él lugares de afliccion y tormento, dejando unos y tomando otros: y ca-

[1] Job. 14. 16. [2] Lucæ 10. 3.

Digitized by Google

si siempre los postreros son mas terribles que los primeros, subiendo del trabajo menor al mayor. Y todos los pasos son con apresuracion, por la furia de sus enemigos, que le hace salir de paso; y por la grandeza del amor con que gusta de apresurarse para concluir de presto nuestra redencion. De modo, que podemos decir de él aquello de los Cantares [1]: Mirad, que viene saltando por los montes y atrancando collados. Montes y collados son los tribunales y palacios de los pontífices, presidentes y reyes; en los cuales no se detenia este Señor á gozar de los bienes que allí gozan los mundanos, sino con grande apresuracion, como ciervo perseguido de los perros, pasaba por cada uno de ellos siendo allí mortificado, herido y atormentado, hasta que en el monte Calvario le dieron el último alcance, y quedó descoyuntado, y muerto en la cruz.

4. Ultimamente, en cada lugar de estos edificaré espiritualmente algunos tabernáculos, como san Pedro queria edificarlos en el monte Tabor, para morar allí con Cristo transfigurado en dolores, ponderando por menudo lo que allí dice, hace y padece por mi causa. Primero edificaré un tabernáculo en el huerto de Getsemaní, y allí moraré con Cristo triste y afligido, velando y orando con él, oyendo las palabras que habla con su Padre eterno y con sus discípulos, oyendo tambien las que el Angel le dice cuando le conforta, y las que él le responde, y mirando la lucha que padece dentro de sí, y el sudor de sangre que arroja de sí, y los pasos que anda, yendo y viniendo á sus apóstoles para despertarlos, y al lugar de la oracion para rogar por sí y por ellos. Unas veces le pediré como discípulo á maestro, que me enseñe á orar y velar: y otras veces, como amigo ó fiel criado, le consolaré en sus desconsuelos, compadeciéndome de verle desconsolado acompañándole en su soledad. Y en esta misma mora-

[1] Cantíc. 2. 8.

Digitized by Google

da miraré como sale á recibir á sus enemigos, las palabras que les dice, los milagros que obra en ellos, y los tormentos que de ellos recibe, siendo preso, pisado y maniatado. Y aunque todo esto se hizo de priesa, yo lo pensaré despacio, deteniéndome en esta morada y estacion, hasta que mi alma quede satisfecha, enseñada y movida al amor é imitacion de lo que allí ha visto en su Señor. Todo esto se ha de sacar de lo que dirémos en la meditacion de este misterio, y á este modo se ha de proceder en las demás estaciones.

Punto octavo.—*De los dolores que la Vírgen nuestra Señora padeció en la pasion de su Hijo.*—Tambien se han de considerar en estos misterios de la pasion, los dolores y trabajos de la Vírgen nuestra Señora, para compadecernos de lo mucho que por esta causa padeció su Hijo, sintiendo lo que padecia su gloriosa Madre: y pues tambien lo es nuestra, y nuestros pecados son causa de sus aflicciones, justo es sentirlas, y alentarnos tambien á imitar las excelentes virtudes que descubrió en ellas.

La grandeza de estos dolores se ha de sacar de dos raices principales. La primera, del grande amor que tenia á Cristo nuestro Señor, porque á la medida del amor es el gozo de los bienes que tiene la persona amada; y el dolor de los males que padece. Este amor y dolor fueron vehementísimos en la Vírgen por muchos títulos.

1. El primero, porque Cristo nuestro Señor era hijo natural, á quien amaba con amor mas tierno y puro que todas las madres y padres del mundo amaron á sus hijos, por cuanto ella sola fué madre, sin padre, en quien se recogió todo el amor de padre y madre: y como la concepcion de este Hijo fué singular por obra del Espíritu santo, que es amor, así el amor fué singular: y por consiguiente fué singular el dolor que padeció en su muerte, de modo que pudo decir [1]: O vosotros

[1] Thren. 1. 12.

Digitized by Google

los que pasais por el camino, mirad y ved si hay dolor que iguale al mio!

2. Con esto se juntaba, que este Hijo era primogénito[1] y único, cuya vida suele ser mas amada, y su muerte mas sentida; y así para encarecer la Escritura el llanto en alguna cosa, le llama[2], llanto por muerte del Unigénito. Pues cómo lloraria la Vírgen la muerte de este su Unigénito, que juntamente era unigénito de Dios, viéndole crucificado con tan grande ignominia y dolor?

3. Lo tercero, creció mas el amor de la Vírgen con su Hijo, por la grande semejanza que tenian los dos, y la semejanza, como dice el Sabio[3], es causa del amor; y así los padres suelen amar mucho mas al hijo que mas se les parece. Pues como la Vírgen y su Hijo fuesen muy semejantes en la complexion y condicion, en las costumbres y virtudes, eran como una cosa en todo; y el dolor que traspasaba al uno, penetraba tambien el corazon del otro.

4. El cuarto título de amarle, fué la grandeza de santidad y sabiduría de su Hijo; porque la caridad[4], cuando está bien ordenada, ama mas á los mejores, que están mas cercanos á Dios: y si con esto se junta, que están mas cercanos á nosotros por la sangre, crece mucho el amor, aunándose naturaleza y gracia para su perfeccion. Y á este paso crece el dolor, viendo padecer al que es muy santo: y como creemos que padece sin culpa, acreciéntase nuestra pena. Pues si las hijas de Jerusalen lloraban amargamente los tormentos de Cristo[5], teniéndole por inocente, cuánto mas amargamente los lloraria la que le tenia por santo de los santos y fuente de toda santidad?

5. El quinto título de amarle, fué reconocerle por infinito bienhechor suyo, de quien habia recibido in-

[1] Jere. 6. 26. [2] Amos. 8. 10. Zach. 12. 10. [3] Eccl. 13. 19. D. Thom. 1. 2. q. 27. art. 3. [4] D. Th. 2. 2. q. 26. art. 3. [5] Lucæ 23. 27.

Digitized by Google

numerables y excelentísimos beneficios, y entre ellos el sumo de haberla escogido por su Madre. Y como el amor es agradecido, desea infinitos bienes para su bienhechor, en recompensa de los que le ha dado. Pues qué pena recibiria la Vírgen, viendo padecer tan terribles males al que deseaba que gozase infinitos bienes?

6. El sexto título de amarle, fué, porque siendo Hijo suyo, era tambien Hijo de Dios vivo y Dios infinito, y dignísimo de ser amado con infinito amor, por su infinita bondad y hermosura: y como la Vírgen con grande luz conocia esta infinita excelencia de su Hijo, amábale con todo su corazon, ánima, espíritu y fuerzas, sin quitar nada del sumo amor que podia ofrecerle. Y á esta medida creció el dolor, doliéndose con todo su corazon, con toda su ánima, con todo su espíritu, y con todas sus fuerzas, por ver tan despreciado y aborrecido al que por infinitos títulos merecia ser honrado y amado.

7. Finalmente, el Espíritu santo habia derramado en su corazon la caridad de Dios, uniéndola consigo con el amor unitivo, de modo, que fuese un espíritu con Dios y con su Hijo, de donde procedia tener por propias todas sus prosperidades y adversidades, y dolerse de los trabajos del Hijo, mucho mas que si fueran suyos, porque le amaba mas que á sí. Y como con la fuerza de este amor salia de sí, y estaba traspasada y puesta en el corazon del Hijo, lo que padecia él, padecia ella, sintiendo en sí lo que miraba sentir el Hijo: y así podia decir mucho mejor que san Pablo[1]: Con Cristo estoy enclavada en la cruz, vivo yo, no yo, sino Cristo vive en mí, y yo vivo en Cristo.

Con la grandeza de este amor se juntaba la segunda raiz del dolor, que es la viva aprension que tenia de los trabajos de su Hijo, con todas las circunstancias que quedan referidas; porque habia leido las divinas

[1] Galat. 2. 19.

Digitized by Google

Escrituras que los contaban, y penetrándolos con luz del cielo, y hallándose presente á ellos, no solamente ponderaba lo que padecia por de fuera, sino penetraba lo de dentro, y de todo formaba representacion tan viva, que se transformaba en la imágen de lo que el Hijo padecia. Este fue el cuchillo de dos filos, aguzado con conocimiento y amor, que traspasó como dijo Simeon [1], no el cuerpo, sino el alma de esta Vírgen purísima. Y de esta manera tambien bebió el cáliz de la pasion, que Cristo ofreció á los hijos del Zebedeo, y fué bautizada con el bautismo de penas, y sumida en el mar amargo de las tribulaciones, de modo, que se pudo decir de ella [2]: *Magna est velut mare contritio tua.* Grande es como el mar tu contricion, y la amargura de tu afliccion. O Vírgen soberana, quién podrá contar la amargura que tuvísteis por estos siete títulos de amor y dolor, que como siete cuchillos traspasaron vuestro corazon? Bien podeis decir en esta ocasion [3], no me llameis Noemi, que quiere decir hermosa, sino llamadme María, que quiere decir amarga, porque me ha llenado de grande amargura el Todopoderoso. Grandes favores os hizo el Todopoderoso en el dia de su encarnacion, y grandes aflicciones os ha dado el mismo Todopoderoso en el dia de su pasion. Y pues tambien las aflicciones son favores, suplicadle muestre conmigo su poder, dándome sentimiento de lo que padeció, y gracia para imitarle con ello. Amen.

De estas consideraciones he de sacar, que la mas alta disposicion para sentir los dolores de la pasion de Cristo nuestro Señor, es el amor; y como dice san Buenaventura [4]: Cuanto este fuere mas encendido, tanto será mayor el dolor y compasion, y con la misma compasion se aumenta el amor. Y así de los siete títulos que se han referido, tomaré los que me hacen al caso para

[1] Lucæ 2. 35. [2] Theren. 2. 13. [3] Ruth. 1. 20. [4] In stimulo divini amoris. cap. 2.

Digitized by Google

granjear este fervoroso amor, y la union con Cristo, por la cual me haga participante de sus dolores y de los dones que proceden de su preciosa imitacion.

PUNTO NONO.—*De las heróicas virtudes que la Vírgen nuestra Señora ejerciló en la pasion de su Hijo.*—Ultimamente se han de considerar las virtudes que en esta ocasion ejérciló la Vírgen nuestra Señora, para imitarla en ellas. Las mas principales fueron cuatro, en que se encierran otras muchas.

1. La primera, fué altísima resignacion en la divina voluntad, negando la suya natural para conformarla con la de Dios, diciéndole como su Hijo: No se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres: y esta resignacion tanto es mas heróica, cuanto son mayores los trabajos á qué nos ofrecemos por ella.

2. La segunda, fué profundísima humildad, no huyendo los desprecios, sino acometiéndolos y abrazándolos, gustando de manifestarse por Madre del que tantos desprecios padecia, tomando la mucha parte que le cabia de ellos. Y con esta humildad asistia á la cruz de su Hijo, haciéndose cargo de su pasion y muerte; porque aunque ella no tuvo pecados, por los cuales muriese Cristo, pero murió por preservarla de ellos.

3. La tercera, fué grande fortaleza y magnanimidad con gran paciencia, acercándose á la cruz de su Hijo, y estando en pié junto á ella, sin que fuesen parte para desviarla de su presencia, ni la crueldad de los perseguidores, ni la terribilidad de los dolores que por esta causa padecia, deseando se le ofreciese ocasion de padecer y morir por quien tanto padecia por ella.

4. La cuarta, fué encendidísima caridad y amor de los hombres, y de los mismos enemigos de su Hijo, sin que sus blasfemias y crueldades la moviesen á indignacion, sino antes á compasion, doliéndose de los pecados que hacian, y de los daños que incurrian, rogando á Dios por ellos, y excusándolos al modo que lo

Digitized by Google

hizo su mismo Hijo, como en su lugar verémos. De esta manera juntó la Vírgen con sus terribles aflicciones admirables ejercicios de virtudes; por lo cual pudo decir en este tiempo aquello de los Cantares [1]: Negra sóy pero hermosa; hijas de Jerusalen, no os admireis de verme así morena, porque el sol me ha quitado el color. Negra estais, Vírgen santísima, en lo exterior, por las penas que padeceis; pero hermosa en lo interior, por las virtudes que ejercitais: el Sol de justicia os ha puesto descolorida, porque sus tristezas son causa de las vuestras; y él mismo os hace hermosa, porque con su ejemplo resplandece el vuestro, imitando sus virtudes. Suplicadle, Madre piadosísima, que con los rayos encendidos de su luz, ilustre y encienda mi corazon, para que de tal manera medite sus trabajos, que tenga parte en ellos, imitando sus virtudes. Amen.

Por lo que se ha dicho en estos nueve puntos, quedan declaradas en general las cosas que mas en particular se han de ponderar en cada misterio de la pasion, así en la persona de Cristo nuestro Señor, como de la Vírgen su Madre, tomando á los dos por principal materia de la meditacion é imitacion, y á la Madre por abogada, para alcanzar sentimiento de lo que padece su Hijo. La práctica de todo se irá poniendo en las meditaciones que se siguen.

MEDITACION II.

DE LA SUBIDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR A JERUSALEN, EN QUE DESCUBRIÓ Á SUS APÓSTOLES LO QUE ALLÍ HABIA DE PADECER, Y DE LAS VECES QUE HABLÓ CON ELLOS DE SU PASION.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como sabiendo nuestro Señor [2], que el tiempo de su pasion estaba cerca, y que los judíos trataban en Je-

[1] Cant. 1. 4. [2] Jonn. 11. 54.

Digitized by Google

rusalen de matarle, quiso ir allá desde la ciudad de Ephren, donde se habia recogido con sus apóstoles, y en este camino iba con paso extraordinario[1]: *Præcedebat illos Jesus, st stupebant, et sequentes timebant.* Iba Jesus delante de ellos, de modo, que los apóstoles se admiraban y procuraban seguirle llenos de temor. Sobre este punto se han de ponderar las causas de este nuevo modo de caminar de Cristo con paso tan apresurado, y los afectos que causó en sus discípulos.

1. La primera causa, fue, para declarar la prontitud de voluntad, y el fervor de espíritu con que iba á padecer, sin temor de los trabajos que le esperaban en Jerusalen, ponderando que á las obras de suyo fáciles y gloriosas, como predicar, hacer milagros, sanar enfermos, etc., iba Cristo nuestro Señor con su paso ordinario; mas á la obediencia penosa y afrentosa de su pasion y muerte, quiso ir con paso extraordinario, sacándole de su paso la fuerza de su divino amor, el cual es como fuego y como aguijon y espuela, que apresura, y hace correr con mas fervor á la obediencia, que es mas penosa á la carne, y mas agradable á Dios. Al contrario del amor propio, que vá con piés de plomo á los ejercicios trabajosos de virtud, y nos saca de paso, y apresura á todo lo que es regalo y honra. Por donde conoceré cuan lleno estoy de amor propio, y cuan vacío del divino. O dulcísimo Jesus, que subiste á Jurusalen á padeeer tormentos con tanto fervor y priesa, como si fueras á recibir descansos, llena mi corazon del amor divino, que te sacó de tu paso, para que yo salga del mio perezoso y tibio, ofreciéndome á obedecer y padecer cuanto quisieres, con un espíritu ferviente semejante al tuyo.

2. La segunda causa porque iba delante de todos, fué para significar, que en materia de padecer trabajos interiores y exteriores[2], quiso proceder y llevar la de-

[1] Marc. 10. 32. [2] Joan. 14. 12. D. Thom. 3. p. q. 46. art. 6.

Digitized by Google

lantera á todos sus apóstoles y discípulos, y á todos los mártires y santos que ha habido y habrá; ponderando que en los milagros, que es cosa honrosa, dió la delantera á sus apóstoles y á otros santos, queriendo que los hiciesen mayores que él; mas en materia de padecer, ninguno se le adelantó ni igualó. Padeció mas que Job, mas que Lázaro el mendigo, mas que los profetas y mártires, todos quedan atrás y le miran como á ejemplo y dechado de padecer. O buen Jesus, cuán contrario es tu espíritu al espíritu del mundo! Este quiere llevar la delantera á todos en honras y regalos; el tuyo en deshonras y tormentos. Aquel desea preceder en las obras de mayor gloria, el tuyo en las de mayor ignominia. Dame, Señor, este espíritu de que tanto te preciaste, para que procure señalarme sobre todos en ser por tu amor mas abatido y afligido que todos.

3. La tercera causa, fué para provocar á sus apóstoles á admiracion é imitacion: *Stupebant sequentes.* Admirábanse, y dábanse priesa por seguirle y alcanzarle, procurando cada uno adelantarse mas que el otro por acercarse mas á Jesus, venciendo el temor y miedo que llevaban, con el fuego de amor que le tenian, el cual les sacaba tambien de su paso, provocados por su ejemplo. En lo cual se nos descubre el modo como hemos de mirar á Cristo en su pasion, y meditarla, que es admirándonos de lo que hace y padece, y siguiéndole en ello. Cuando miro á Cristo azotado, vestido de púrpura, coronado de espinas y llevando su cruz, tengo de admirarme de que un Señor tan grande padezca con tanto amor cosas tan penosas, y acercarme á él cuanto mas pudiere, siguiéndole en tomar disciplinas y cilicios, y traer vestido pobre, y llevar mi cruz cada dia, dándome priesa por adelantar mas que otros y seguirle, no *à longe*, desde lejos, como le seguia Pedro la noche del prendimiento [1], sino de cerca, suplican-

[1] Matth. 26. 58.

Digitized by Google

do á este Señor me ayude á vencer las repugnancias que me desviaren de esto, y haciendo de mi parte lo que pudiere para vencerlas.

PUNTO SEGUNDO.—Caminando de esta manera Cristo nuestro Señor[1], detúvose un poco, hasta que llegasen los doce apóstoles, y tomándolos á parte, les dijo en secreto[2]: *Mirad que subimos á Jerusalen, y allí se cumplirán todas las cosas que están escritas por los profetas del Hijo del hombre, porque será entregado á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas, y estos le condenarán á muerte y le entregarán á los gentiles para que escarnezcan de él, y le azoten y crucifiquen, y al tercero dia resucitará.* Esta fué la tercera vez en que Cristo nuestro Señor descubrió su pasion á los apóstoles[3], por que otras dos veces habia hecho lo mismo, aunque no con tanta distincion. La primera, cuando san Pedro le confesó por Hijo de Dios vivo. La segunda, cuando curó al endemoniado lunático, con grande admiracion y pasmo de toda la gente, como lo cuenta san Lucas. Sobre todo esto ponderaré las causas que tuvo Cristo nuestro Señor para descubrir á sus apóstoles tantas veces, y en tales ocasiones, los trabajos de su pasion y muerte, tomando las que hacen mas al caso para nuestro provecho espiritual.

1. La primera, para que se entendiese cuan presente tenia siempre en su memoria esta pasion, gustando continuamente la amargura de ella, y bebiendo sin cesar este cáliz tan penoso: de modo, que cuando comia y bebia, cuando predicaba y razonaba, cuando hacia milagros y obras maravillosas, allí la tenia presente: y en la misma transfiguracion gloriosa, hablaba de ella[4] como de cosa de que gustaba hablar, aunque fuese muy amarga; y todo esto á fin de moverme con su ejemplo á que yo tenga siempre presente su pasion, y guste de

[1] Lucæ 18. 31. [2] Matth. 20. 18. [3] Matth. 16. 21. et 17. 22. Marc. 8. 31. et 9. Lucæ. 9. 30. [4] Lucæ 9. 22.

Digitized by Google

pensar en ella y de hablar de ella á menudo, y que sea como pan, que se come con todos los otros manjares. O dulce Jesus, cómo no gustaré yo de pensar lo que pensabas, y de hablar en lo que tú hablabas? Este es mi deseo Amado mio[1], hacer un ramillete de tus dolores y ponerle delante de mis ojos, y entre mis pechos, acordándome siempre de ellos, compadeciéndome de tí, y amándote mas que á mí. Nunca le echaré á las espaldas, sino entre mis pechos, como cosa que gusto ver y que deseo abrazar, y no tomaré á bulto tus trabajos, sino uno por uno los iré contando, mientras camino por esta vida mortal, confortándome con su olor, hasta alcanzar la vida eterna.

2. La segunda causa era, para confirmar á sus discípulos en la fe y creencia de estas ignominias, que eran mas dificultosas de creer que sus grandezas, y para que se apercibiesen con grande constancia para ellas. Y por esta causa, cuando se vió mas honrado entre sus discípulos, por la confesion de san Pedro, y entre la gente del pueblo, por la grandeza de sus milagros, entonces les descubre su pasion, acordándose en el dia de los bienes, como dice el Sabio[2], del dia de los males, y apercibiéndoles en él un dia para el otro. Mirad, dice, que subimos á Jerusalen, y allí tengo de ser entregado á la muerte con grandes dolores y desprecios; pues subís conmigo, apercibios á padecer algo conmigo, porque no desfallezcais en la fe, y en el amor que me debeis. O Maestro soberano, donde Vos subís quiero subir, porque padecer con Vos, no es bajar, sino subir y medrar: y si yo voy en vuestra compañía, no tengo que temer, porque será cierta vuestra ayuda. Con Vos quiero padecer en la Jerusalen de la tierra, para reinar con Vos en la Jerusalen del cielo. De estas palabras de Cristo me tengo de aprovechar en mis trabajos, imaginando que me dice: *Ecce ascendimus Hie-*

[1] Cant. 1. 12. [2] Eccles. 11. 27.

Digitized by Google

rosolymam; mira, hombre, que subimos á Jerusalen, primero á padecer y despues á reinar: no subes solo, yo subo contigo para ayudarte; yo subí primero, sube tú trás mí para imitarme: porque padeciendo conmigo, reinarás conmigo por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — Luego añaden los Evangelistas [1]: *Que los apóstoles no entendian lo que Cristo les decia, y que era para ellos palabra escondida y encubierta, y que no la sentian, ni alcanzaban, y que temian preguntársela, y que se entristecian vehementemente.* En lo cual se ha de ponderar:

1. Lo primero, como no todos los que oyen predicar la pasion, ó la leen y oyen hablar de ella, la entienden, penetran y sienten; como no la entendian, ni penetraban en este tiempo los apóstoles, que eran imperfectos: porque sentirla y penetrar los misterios y frutos de ella, y las grandezas que en sí encierra, es don de Dios, el cual le dá á sus escogidos á su tiempo; y así se le tengo de pedir, diciéndole: Redentor mio, mi entendimiento está oscurecido, y los misterios de vuestra pasion están para mí encubiertos, dadme sentimiento de ellos, pues me mandais por vuestro Apóstol, que sienta en mí lo que padecísteis Vos [2].

2. Lo segundo, ponderaré las causas de donde procedió, que los apóstoles no entendiesen ni penetrasen lo que se les decia de la pasion; es á saber: porque tenian baja estima con demasiado temor de las ignominias y desprecios, y grande estima con demasiado amor de las honras y grandezas: y así cuando les decia Cristo sus dolores y desprecios, entristecíanse vehementemente con gran caimiento de ánimo; porque sentian ser cosa indigna, que Cristo la permitiese. Y de aquí procede tambien, que cuando yo medito la misma pasion, estoy seco y sin sentimiento, porque llego con disposicion contraria á estos misterios, y para sentirlos; tengo de

[1] Luc. 18. 34. et 9. 45. et Matth. 17. 22. [2] Philip. 2. 5.

Digitized by Google

desnudarme del vano temor de los desprecios y dolores, y del amor propio de honras y grandezas, procurando tener grande estima y aprecio de todo lo que es padecer aflicciones y desprecios por cumplir la voluntad de Dios.

Para sentir mas esta verdad, ayudará mucho ponderar lo que en esta coyuntura sucedió á Cristo nuestro Señor con san Pedro [1]; el cual en acabando de confesarle por Hijo de Dios vivo, por revelacion que de ello tuvo, luego descubrió la grosería que de su coseha tenia: porque oyendo decir á su Maestro lo que hemos dicho, sintió tan bajamente de su pasion, que se atrevió á reprenderle, diciendo: *Guárdete Dios de tal cosa, no será así como dices.* Pero Cristo nuestro Señor, mirando á los demás apóstoles, le amenazó, y respondió asperísimamente, diciéndole: *Vente trás mí Satanás: éresme escándalo, porque no sabes las cosas que son de Dios, sino las cosas que son de los hombres;* como quien dice: Tú me has honrado, confesándome por Hijo de Dios vivo; eres ahora Satanás y adversario mio, pues contradices á mi pasion, y cuanto es de tu parte me escandalizas, queriéndome apartar de ella, siendo la voluntad de mi Padre que la padezca. Todo esto nace en tí, de que no tienes entera sabiduría celestial, para conocer y gustar las cosas que son ordenadas por Dios, sino sabiduría humana y terrena, para conocer y gustar de las cosas de los hombres, las que ellos estiman y aprecian. Vente, pues, trás mí, y sígueme, porque no tengo yo de seguir tu juicio errado, sino tú has de seguir el mio que es acertado. De donde sacaré la grande estima que Cristo nuestro Señor tenia de su pasion y muerte, por ser trazada por voluntad del eterno Padre para bien del mundo, y la grande estima que quiere tengamos todos de los trabajos y desprecios padecidos por esta causa. De modo, que á cualquiera que

[1] Matth. 16. 16. Marc. 8. 29.

Digitized by Google

nos desviare de esto, le tengamos por Satanás, y por piedra de escándalo; y no nos vamos trás él, sino traerle trás nosotros, para que sienta lo que sentimos: y aunque nos contradiga con pio celo, y aunque sea santo ilustrado de Dios en otras cosas, y aunque sea amigo y querido, le hemos de atropellar como aquí atropelló Cristo á san Pedro. O Maestro soberano, que sentias tan altamente de tu pasion, por la sabiduría del cielo con que mirabas la causa de ella, desnúdame de toda sabiduría terrena, y vísteme de tu sabiduría celestial, para que yo tambien sienta altamente de tus trabajos, y de los que quisieres que padezca por tu amor. No quiero, Redentor mio, traerte yo á que sigas mi propio parecer y deseo, porque es parecer errado, y deseo terreno. Trás tí quiero ir, á tí quiero seguir, estimando lo que tú estimas, amando lo que tú amas, y aborreciendo lo que aborreces; y pues me dás tal deseo, dame gracia para ejecutarlo. Amen.

MEDITACION III.

DE LA ENTRADA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN JERUSALEN CON RAMOS.

Punto primero.—Lo primero se ha de considerar[1], como Cristo nuestro Señor, cinco dias antes de su muerte, quiso entrar en Jerusalen, donde habia de ser crucificado y muerto, con grandes muestras de alegría, y con grande pompa exterior; así como solian los hebreos recoger en su casa el cordero pascual cinco dias antes de sacrificarle. Esta entrada ordenó el Salvador por algunas causas muy amorosas.

1. La primera, para manifestar las ganas que tenia de padecer, y la alegría con que recibia los trabajos que le esperaban en Jerusalen, entrando en ella con tanto regocijo, como si fuera á bodas; porque el celo

[1] Exod. 12. 5.

Digitized by Google

de la gloria de Dios, y de cumplir la voluntad de su eterno Padre, por la salvacion de los hombres, le ponia gusto en padecer todos aquellos trabajos, aunque los tenia tan presentes, como si ya los estuviera padeciendo. Y de este ejemplo nació, que los mártires iban á las cárceles como á bodas; y estaban en las parrillas de fuego como en cama de flores. O dulce Jesus, corrido estoy en tu presencia, por la repugnancia que tengo á padecer trabajos por tu amor; ayúdame, gozo mio, á que me goce en padecer algo por tí, como tú te gozabas en padecer por mí.

2. La segunda causa fué, para que entendiésemos [1], que cuando en el huerto de Getsemaní, y en el discurso de su pasion, habia de tener temores, tristezas, tedios y agonías, todo esto era principalmente en la parte inferior del alma, á cuya natural inclinacion contradecian los dolores del cuerpo; mas tambien los tomaba de su voluntad, y con gran contento de la parte superior del espíritu, en cuanto resplandecia en ellos la voluntad de su Padre. Y en esto mismo perseveró hasta la muerte, enseñándonos con esto, que la suma paciencia consiste en ofrecerse con gran contento del espíritu á sufrir, no solamente trabajos exteriores, sino aflicciones interiores. Y á esto me tengo de alentar, diciendo con el Apóstol [2]: Agrádome y alégrome en las enfermedades, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias por Cristo. De buena gana, Salvador mio, recibiré las tristezas y agonías de la carne, y renuncio los gustos sensibles de ella aceptándolas por imitarte con gozo del espíritu.

3. La tercera causa fué, para manifestar, que todas las injurias y persecuciones que habia recibido en Jerusalen las veces que habia estado en ella, no eran parte para entibiarle la caridad y amor que la tenia, y el deseo y gusto que recibia en visitarla y enseñarla,

[1] D. Th. 3. p. q. 46. art. 7. [2] 2. Cor. 12. 10.

Digitized by Google

y hacerla todo el bien que pudiese y con esto tambien la aseguraba, que las afrentas y dolores que en ella habia de padecer esta vez, tampoco le entibiarian su caridad, ni serian parte para que no volviese á recibirla en su amistad, si ella quisiese. O inmensa caridad de Jesus! O fuego encendidísimo de amor, á quien ni las muchas aguas, ni los rios de las tribulaciones pueden apagar [1]. Hasta el dia de hoy dura en él este amor, porque visitando mi alma con su gracia, si peco mortalmente, aunque con este pecado le crucifico dentro de mí, y huello su sangre preciosa, echándole de mí con ignominia; sin embargo de esto, vuelve segunda vez con grande alegría á entrarse por mis puertas y á querer visitarme, y darme de nuevo su gracia: y si otra vez le torno á crucificar, hollar y echar de mí, volverá la tercera vez con el gusto que la primera. O bendita sea tal caridad, y mil veces le alaben los ángeles por ella. Venga, venga vuestra Majestad, Redentor mio, á esta ingrata Jerusalen de mi alma, pues tanto gusto tiene en visitarla, que yo le ofrezco de nunca mas echarle de ella, tratándole siempre con la reverencia y obediencia que merece tal caridad. Mas porque yo soy mudable, ayúdeme vuestra gracia á tener constancia en retenerla.

4. La cuarta causa fué, para que entendamos, que padecer trabajos y desprecios por cumplir la divina voluntad y por la virtud, es cosa gloriosa y honrosa en los ojos de Dios y de los ángeles y de los justos: y así se ha de entrar en ellos, no solo con gozo, sino con muestras de honra y pompa, como quien se precia de ellos y se honra con ellos, sin avergonzarse, ni correrse por esto. Guárdeme Dios, como dice san Pedro [2], de padecer como homicida ó maldiciente, ó ladron, en castigo de tales culpas, porque esto es cosa vergonzosa; mas padecer como cristiano, por razon de la justicia, honra mia es, como lo fué de mi Señor.

[1] Heb. 6. 6. [2] Pet. 4. 15.

Digitized by Google

5. Pero mas adelante pasó la caridad de Jesus, y sus ganas de padecer, porque quiere entrar en Jerusalen con tanta honra y acompañamiento, para que despues sus deshonras é ignominias fuesen mayores, como quien caia de una grande honra, como lo dijo por David [1]: *Exaltatus autem, humiliatus sum, et conturbatus.* Despues de ser ensalzado, fuí humillado y conturbado. Y su Padre dice de él por Isaías [2]: mi siervo será ensalzado y levantado; mas como será á todos muy glorioso, así será entre muchos muy despreciado. De suerte, que nuestro buen Jesus siempre huyó la honra exterior de los hombres: y si esta vez la procuró ó aceptó, fué para que con ella fuese despues muy mayor su deshonra, ordenando la honra á padecer mas ignominia. Gracias te doy, dulcísimo Jesus, por la hambre insaciable de padecer ignominias que tuviste, por la cual te suplico humilmente me des tales ganas de padecer por tí afrentas, que no se menoscaben, aunque reciba honras. Amen.

Punto segundo.—Lo segundo, se ha de considerar la traza que Cristo nuestro Señor tomó en esta entrada: *Envió dos de sus discípulos, diciéndoles: Id á un lugar que está enfrente de vosotros, allí hallaréis una jumenta atada con su pollino, desatadlos y traedmelos. Y si alguno os dijere algo, decidle, que el Señor tiene necesidad de ellos, y luego os dejarán. Hiciéronlo así los discípulos, y poniendo sus capas sobre el pollino, subió en él Jesus.*

1. Aquí se ha de ponderar, como el Rey del cielo, queriendo dar muestra de su reino, estando acostumbrado á andar siempre á pié por toda Galilea y Judea, esta vez no quiso entrar á pié, ni tampoco en carros de cuatro caballos, ni en caballo ó mula aderezada con ricos aderezos, sino en un jumentillo, aderezado con las pobres capas de sus discípulos, hollando con esto la pompa mundana, y manifestando su pobreza, humildad

[1] Psal. 87. 16. [2] Isai. 52. 13.

Digitized by Google

y mansedumbre; por la cual habia de ser conocido en el mundo por Mesías y Salvador, como estaba profetizado por el profeta Zacarías, cuando dijo: Decid á la hija de Sion[1]: *Ecce Rex tuus veniet tibi justus, et salvator, ipse pauper et ascendens super asinum.* Alégrate hija de Sion, porque tu Rey vendrá para tí justo y salvador, pobre y sentado sobre un jumento. Con este ejemplo procuraré aborrecer la pompa del mundo, y abrazar la pobreza, mansedumbre y humildad de Cristo; porque si estas son señales de mi Rey y de mi Señor, razon es que lo sean tambien de los que se precian de sus vasallos, y con ellas tengo de aparejarme para salir á recibirle, pues á mí tambien se dice: *Ecce Rex tuus venit tibi.* Tu rey viene para tí. O si entendiese quien es este rey mio, y como viene para mí! Tú, Salvador mio[2], eres mi Rey, y Rey de reyes, Rey de hombres y de ángeles, de cielos y tierra[3]: Rey por tu naturaleza, Hijo del eterno Padre y monarca de todo lo criado; y tú vienes del cielo para mí, para mi salud, para mi consuelo, para mi remedio, para mi ejemplo, para mi defensa y proteccion. O Rey, amado mio, tú para mí, y yo para tí! Véisme aquí dedicado para tí, para tu servicio, para tu honra y gloria, para obedecerte, adorarte y amarte, y ser todo tuyo, pues tú eres todo mio: y pues tú vienes pobre, manso y humilde, yo tambien quiero ir á recibirte con pobreza, mansedumbre y humildad, vistiéndome de la librea que traes vestida.

2. Lo segundo, ponderaré el misterio que está encerrado en las menudencias de este hecho. Envia dos discípulos por el jumentillo, y no uno solo, por llevar adelante su costumbre de que anduviesen acompañados, y de dos en dos unidos en caridad. Manda que suelten á los jumentos atados, y se los traigan[4], para significar, que el oficio de los apóstoles era soltar á los

[1] Zacar. 9. 9. [2] Psal. 144. 13. [3] Apoc. 19. 15. [4] Prov. 5. 22.

Digitized by Google

pecadores, que viven vida bestial y están atados con las sogas de sus pecados, y traerlos á Cristo, para que se apodere de ellos, y los rija, como rige al jumento el que vá sentado en él. Manda que si alguno se lo impidiere, le digan, que el Señor tiene necesidad de ellos, como quien avisa que ha de haber quien impida su oficio, de desatar las almas de los pecadores, y que estos impedimientos cesarán con el nombre del Señor, que les envia por ellos [1], porque tiene de ellos necesidad para su gloria. O palabra omnipotente, que así tapa las bocas y ata las manos de los que quieren impedir el mandato del Señor! O Rey de gloria, qué necesidad teneis Vos de un jumentillo tan vil y despreciado como el pecador? Yo, miserable, soy el que tengo necesidad de Vos, que no Vos de mí: yo por mis pecados soy como jumento, y estoy atado con las sogas de mis pasiones. Mandad, Señor, que me desaten y me presenten delante de Vos, porque mi gozo será llevar sobre mí la carga de vuestra ley, á Vos, Dios mio, por gobernador en ella: no permitais que el demonio, mundo y carne estorben esta soltura, decidles con vuestra palabra, que teneis necesidad de vuestro siervo, porque luego me dejarán libre para serviros como deseo.

Punto tercero. — Caminando Cristo nuestro Señor sentado en su jumento, á deshora, por inspiracion del cielo, le salió á recibir innumerable gente, y unos echaban sus vestiduras en el suelo, para que pasase por ellas: otros cortaban ramos de los árboles y olivos, que estaban en aquel valle: otros venian desde Jerusalen á recibirle con palmas en las manos, en señal de victoria, y todos con gran gozo alaban á Dios, diciendo á voces [2]: *Hosanna Filio David, benedictus qui venit in nomine Domini Rex Israel. Hosanna in excelsis, benedictum regnum quod venit Patris nostri David, pax in cœlo, et gloria in excelsis.* Gloria sea al Hijo de David,

[1] Psal. 48, 13. [2] Luc. 19. 38.

Digitized by Google

salva Señor, al Hijo de David, y por él nos salva á nosotros: bendito sea el que viene en nombre del Señor, bendito y prosperado sea su reino, paz sea en el cielo y gloria sea á Dios en las alturas.

1. Sobre este hecho tan maravilloso, que todo precedió de inspiracion del Espíritu santo, ponderáré: Lo primero, cuan de verdad honra el Padre eterno á su Hijo, con honras y alabanzas; verdaderas porque así cuando entró la primera vez en el mundo, naciendo pobre en el portal de Belen, envió ejércitos de ángeles, que solemnizasen su entrada, y dijesen: Gloria sea á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad; así cuando entró esta vez en Jerusalen, pobre y manso sobre un jumento, despierta ejércitos de hombres y de mozos inocentes y puros, para que solemnicen su entrada y digan con el mismo Espíritu: Paz tenga el cielo con los que vivimos en la tierra, y gloria á Dios en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Los ángeles piden paz en la tierra de los hombres para con Dios; y estos hebreos piden paz en el cielo de Dios para con los hombres. O Padre eterno, gracias te doy por la honra que haces á tu Hijo unigénito, cuando vá por cumplir tu volund á ser menospreciado. O Espíritu santísimo, gracias te doy, porque inspiraste á esta gente tal modo de alabanzas para gloria de mi Redentor. Gózome Redentor mio, de que todos te alaben y bendigan: y yo con el mismo Espíritu te alabo y bendigo, diciendo: *Hosanna Filio David.* Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Estas palabras dice la Iglesia en la misa, al fin del Prefacio, en memoria de la venida que Cristo nuestro Señor hace en el santo Sacramento del altar, y con este espíritu las diré yo exclamando: Bendito sea el que viene en nombre del cielo á este Sacramento para salvarnos, venga con él la paz de los cielos, y sea gloria á Dios en las alturas.

Digitized by Google

2. Lo segundo, ponderaré la devocion de la gente, que se quitaba sus capas, y las tendia en el suelo para que las pisase Cristo nuestro Señor en señal de reverencia, teniéndose por dichosos de que tocase sus cosas. Y con este espíritu arrojaré todas las mias á los piés de Cristo, para que él haga de ellas lo que quisiere. Veis aquí, Redentor mio, arrojo á vuestros piés, no solo mi hacienda, sino mi honra y mi contento: mi corazon, y á mí mismo todo, pisadme y holladme, y haced de mí lo que quisiéreis, triunfad de mí, que he sido enemigo vuestro, yo llevaré en mis manos la palma de esta victoria, y la publicaré por el mundo; porque rendirme á Vos, es victoria vuestra y ganancia mia, y es victoria mia en virtud vuestra.

PUNTO CUARTO.—*En esta sazon algunos fariseos se llegaron á Cristo, y le dijeron*[1]: *Maestro, reprende á tus discípulos y házlos callar.* El Señor les respondió: *Digoos, que si estos callaren, las piedras hablarán.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, la maldad del envidioso, que le pesa de la gloria de su prójimo, y condena por malo lo que es bueno, y llama pasion á lo que es inspiracion de Dios, y quiere que sea reprendido; por lo cual se hace indigno de que Dios le inspire y mueva, como mueve á la gente sencilla y devota, para que se ocupe en alabanzas de Cristo.

2. Tambien ponderaré la eficacia de la divina inspiracion, que así trueca los corazones, y enseña á los ignorantes y los mueve á glorificar á Dios con fervor, dejando á los soberbios y presuntuosos fariseos en su tibieza. Esto denotan aquellas palabras: *Digoos de verdad, que si estos callaren, las piedras darán voces*; que fué decir: No dejarán estos de hablar, porque Dios con gran fuerza les inspira y mueve á ello; pero si callaren, Dios despertará otros, aunque sean tan duros como piedras, que clamen y digan lo que ellos dicen, porque para

[1] Lucæ 19. 39.

Digitized by Google

todo es poderoso, y de las piedras sacará hijos de Abraham [1] : y cuando estos callen ahora, de aquí á poco en mi pasion las piedras mismas, partiéndose con grande estruendo, me predicarán por Dios. O dulce Jesus, ablanda la dureza de los corazones judáicos y gentílicos, para que halle entrada en ellos tu divino espíritu, y conociéndote por verdadero Mesías clamen y den voces, diciendo: Bendito sea el que ha venido á salvarnos en el nombre del Señor. Sálvalos á todos, Salvador mio, y no te olvides de mi corazon, mas duro que las piedras, ablándale, muévele y enternécele con espíritu de devocion cuando ora, para que siempre te ame y alabe por todos los siglos. Amen.

MEDITACION IV.

DE LAS LÁGRIMAS QUE DERRAMÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR SOBRE JERUSALEN, CUANDO COMENZÓ Á VERLA, Y DE LO QUE SUCEDIÓ AQUEL DIA.

Punto primero.—Prosiguiendo Cristo nuestro Señor su camino [2], con el acompañamiento y aplauso de toda la gente que se ha dicho, en llegando á ver la ciudad de Jerusalen, *flevit super illam*, lloró sobre ella.

Aquí se ha de ponderar el motivo de estas lágrimas de Cristo, el cual tiene mas particular misterio que las otras veces que lloró. Las que sabemos, fueron cuatro. Lloró en el pesebre cuando niño [3], y esto no era mucho porque es propio de niños llorar en su nacimiento. Además, lloró cuando resucitó á Lázaro [4], y ni esto fué mucho, porque estaban llorando la Magdalena y todos los circunstantes, y es propio de los justos llorar con los que lloran. Tambien lloró en la cruz [5], y ni esto es tanto de maravillar, porque estaba lleno de trabajos y dolores, escarnecido de todos, y como desamparado de su Padre. Pero lo que admira, es, que llore esta

[1] Matt. 3. 9. [2] Luc. 19. 41. [3] Sap. 7. 3. [4] Joan. 11. 35. [5] Hebr. 5. 7.

Digitized by Google

vez cuando se vé en tanta honra y gloria, y cuando todos le dicen mil cantares de alabanza. Las causas de este lloro fueron estas.

1. La primera, para que conociésemos cuan poco caso hacia de la gloria mundana, y cuan poco se le pegaba al corazon, pues en medio de tantas alabanzas y regocijos, y cuando todos le cantaban loores, él derramaba lágrimas. O cuán lejos estaba de reirse, y envanecerse con aquellas prosperidades, quien las aguaba con lágrimas y suspiros!

2. La segunda causa mas principal, fué su infinita caridad, de la cual procedió el gozo de entrar en Jerusalen á morir, por el bien que de allí resultaba á los escogidos: y juntamente el llanto que ahora tiene, por el mal que ha de venir á los réprobos. No dice san Lucas solamente que lloró sobre la ciudad de Jerusalen, para que se entendiese que no lloraba sobre sí mismo, por los trabajos que habia de padecer, sino que olvidado de estos, lloraba sobre la desdichada Jerusalen, por los pecados que habia de cometer matándole, y por los castigos que por esta causa habian de venir sobre ella; lo cual todo se le puso delante al tiempo que la vió. O dulce Jesus, quién os pudiera acompañar en estas lágrimas, y olvidándose de los trabajos propios, llorar con caridad los pecados de mis prójimos y los castigos justísimos que han de venir por ellos! O cuán grave mal es el que mueve á Cristo á llanto, en medio de tanto regocijo! O alma mia, cómo no tiemblas de mal tan espantoso, que hace llorar á Dios de compasion!

3. Lo tercero, podré ponderar como es creible, que así como Cristo nuestro Señor, mirando á esta ciudad de Jerusalen, en la cual habia algunos buenos, pero muchos malos, lloró los pecados de los malos, y la destruccion que por su causa vendria sobre ella; así tambien entonces se le representaria la ciudad de este mundo y la Jerusalen terrena, donde están mezclados

Digitized by Google

pecadores con justos, y mirando los pecados de los malos, y los castigos que por ellos habian de venir, tambien lloraria sobre ellos: y por consiguiente, lloraria tambien por mis pecados, pues los tenia presentes. O Redentor mio, cuánto me pesa de la causa que os he dado y doy para que así lloreis! Deseo, cuanto es de mi parte, enjugar vuestras lágrimas, quitando de por medio mis pecados, que son causa de ellas. Yo, yo soy el que tengo de llorar, porque yo soy el que pequé: ayudadme, Señor, á que llore, de modo que merezca ser consolado.

Punto segundo.—Lo segundo, se ha de considerar las palabras de Cristo nuestro Señor cuando lloraba. Lo primero, dijo: *Si conocieses tú en este dia las cosas que son para tu paz, y ahora te están escondidas.*

1. Que es decir: O Jerusalen, si conocieses tú lo que yo conozco en tí, y de tí, sin duda llorarias como yo lloro: y si conocieses las cosas que te ofrezco para tu paz y prosperidad, como esta gente que viene conmigo las conoce, sin duda tambien me alabarias y aceptarias el bien que se te entra por las puertas. Y si conocieses este dia tuyo, y este buen dia, que amanece por tu casa con mi venida, sin duda le admitirias, y no le dejarias pasar partecica de él. Pero todo te está escondido por tus pecados [1], y por eso, ni lloras, ni lo buscas, ni lo admites. De donde sacaré, que el principio de mi remedio consiste en el conocimiento vivo y profundo de dos cosas; es á saber: mis miserias, y el remediador de ellas, que es Cristo nuestro Señor, con los medios que él me ofrece para ello, que son creerle, amarle, y obedecerle. Y en especial me importa conocer los medios que me ofrece para la paz de mi alma, en el estado que tengo en la Iglesia, ó en la religion. Y al contrario, el principio de mi perdicion es la ignorancia y poca estima de esto, y no conocerlo con tener-

[1] Eccles. 14. 14.

Digitized by Google

lo entre las manos. O buen Jesus, ahora veo con cuánta razon llorais nuestra ceguedad, pues estimamos en tan poco el bien que nos ofreces, siendo digno de infinita estima! Quitad de mí, y de todos los hombres este velo de ignorancia, para que veamos y lloremos; porque el ojo que no vé, no llora: y si viese, luego lloraria.

2. Lo segundo, profetizó los castigos que habian de venir sobre esta ciudad, diciendo: *Serás cercada de tus enemigos, y apretada por todas partes, y echada por tierra, sin dejar en tí piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visita.* Esto es, porque no conociste este dia, en que Dios te visita, y viene á salvarte. De donde inferiré, que si la Jerusalen presente, que son las ciudades y almas de los fieles, no conocen esta visita de Dios, y las ocasiones muchas que Cristo les ofrece para su salvacion y perfeccion, tambien serán castigadas con terribles castigos: y por consiguiente, pues apenas hay dia en que Dios no me visite en la oracion ó fuera de ella [1], con inspiraciones y toques interiores, provocándome á que le sirva, si no conozco este tiempo de su visita, tambien seré castigado. Por tanto, alma mia, abre los ojos para conocer este dichoso tiempo, no seas mas torpe que el milano, y la golondrina, y la cigüeña, que conocen el tiempo de sus idas y venidas, mira bien las veces que Dios te visita cada dia [2], pues viene para tu provecho: si le dejas será para tu daño.

3. Finalmente ponderaré, que si Cristo nuestro Señor tanto lloró el castigo temporal de aquella ciudad por el amor que la tenia, cuánto mas lloraria el castigo eterno que habia de recibir en la otra vida, cuando venga á visitarla, no con visita de misericordia, sino de justicia en el dia de la cuenta? O piadosísimo Jesus, con cuánto afecto llorabais los desventurados hijos de esta perversa Jerusalen, mirando como habian de estar cer-

[1] Job. 7. 18. [2] Hier. 8. 7.

Digitized by Google

cados y apretados, no de los romanos, sino de los demonios, postrados no solo hasta la tierra, sino hasta el mismo infierno, atormentados en todas sus potencias, con turbacion y desórden sempiterno, sin dejar piedra sobre piedra, ni cosa que no esté llena de confusion. Allí llorarán con llanto perpétuo, porque no lloraron con Vos en esta vida, ni se aprovecharon de las lágrimas que por ellos llorásteis, ni de los avisos que les disteis. Abrid, Señor, los ojos de todos los pecadores, para que temamos la visita que habeis de hacer en la hora de la muerte, previniéndonos para ella con llorar nuestros pecados, porque no caigamos en los llantos sempiternos.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar [1], como entrando Cristo nuestro Señor en Jerusalen, luego se fué al templo á dar gracias á su Padre eterno, como lo tenia de costumbre, y allí sanó á muchos ciegos y cojos; y los niños que estaban en el templo, á imitacion de los demás, renovaron este cántico: *Hosanna Filio David.* Y los fariseos indignados, le dijeron: *Oyes lo que dicen estos? Respondió: Sí, oigo. No habeis leido lo que dice la Escritura* [2]: *De la boca de los infantes, y de los que maman, sacaste perfecta alabanza.*

1. Aquí se ha de ponderar, por una parte la bondad y liberalidad de Cristo nuestro Señor en hacer bien á cuantos se le llegaban, ciegos, cojos y tullidos dando con esto testimonio de quién era. Además, la eficacia de la divina inspiracion en mover las lenguas de los niños para glorificar á Cristo, atestiguando sus grandezas con estas alabanzas. Y por otra parte la maldad de los fariseos, en sacar de todo ponzoña; porque carcomidos de la envidia, ni les enternecia la mansedumbre de Cristo, ni la grandeza de sus obras, ni las alabanzas de los niños que apenas sabian hablar. O Dios eterno, líbrame de esta ceguedad y dureza de corazon,

[1] Mat. 21. 12. [2] Psal. 8. 3.

Digitized by Google

para que no saque daño de lo que ordenas para mi provecho. Y házme niño en la sinceridad y pureza, para que mi boca sea digno instrumento de tus alabanzas, por las cuales muchos te glorifiquen por todos los siglos. Amen.

2. Finalmente ponderaré, como habiendo estado Cristo nuestro Señor todo aquel dia trabajando en predicar [1], y hacer tantas maravillas, siendo ya tarde, miraba á todos, para ver si alguno le convidaba y hospedaba en su casa, y no hubo quien se moviese á ello por temor de los fariseos; y así se volvió con sus apóstoles ayuno á Betania, que distaba dos mil pasos de Jerusalen. Para que se vea la infinita liberalidad y misericordia de Dios con los hombres, y la infinita cortedad y desagradecimiento de los hombres contra Dios, y cuán poco se puede fiar de ellos, pues tan presto desampararon, por temor humano, al que habian recibido con tanto regocijo, cuya pena profetizó Cristo el dia siguiente por la mañana [2], maldiciendo á la higuera, que no tenia fruto de que comiese, y al punto se secó. O Juez justísimo, cuán justamente echarás tu maldicion á los malos el dia del juicio, porque teniendo hambre no te dieron de comer, y siendo peregrino, no te quisieron hospedar! O alma mia, no dejes por temor humano de convidar y hospedar á Cristo, porque no te excluya de su reino; y no ceses de trabajar por hacer bien á tus prójimos, aunque no recibas premio de ellos. Acompaña á tu Salvador, como los apóstoles en la entrada de Jerusalen tan gloriosa, y en la salida tan ignominiosa [3], sirviéndole con honra y con deshonra, para que él te reciba en su eterna compañía. Amen.

[1] Marc. 11. 11. [2] Matt. 21. 19. [3] 2. Cor. 6. 8.

Digitized by Google

MEDITACION V.

DE LA CENA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN BETANIA.

Aunque esta cena se hizo seis dias antes de la Pascua del cordero [1]; y un dia antes de la entrada en Jerusalen con ramos, como refiere san Juan; mas san Mateo y san Marcos la cuentan despues, por la ocasion que de allí tomó Judas para vender á Cristo nuestro Señor y por la misma causa sigo yo su órden.

Punto primero.—*Habiendo sido convidados Jesus en Betania, estando en la mesa, llegó Maria, hermana de Lázaro, con un vaso de alabastro, que cabia una libra de ungüento, hecho de nardo y de su espiga, muy precioso y puro, y con él ungió los piés de Jesus, y los limpió con sus cabellos: y quebrando el alabastro, derramó lo que tenia sobre su cabeza, quedando la casa llena del buen olor.*

Lo primero, consideraré como la Magdalena dos veces ungió á Cristo nuestro Señor. La primera, en su conversion, para alcanzar perdon de sus pecados, como se declaró ya en la tercera parte, en la meditacion 25. La segunda, en esta cena, en agradecimiento de la resurreccion de su hermano Lázaro; de lo cual quiso dar público testimonio, arrojándose á los piés de Cristo y lavándolos; á lo que se cree, con lágrimas de amor como la primera vez: luego los limpió con la mejor toalla que tenia, que eran sus cabellos, y los ungió con un ungüento muy precioso, y cobrando nueva confianza se atrevió á ungirle la cabeza, quebrando el vaso de alabastro, para que no quedase nada, con ser la cantidad de una libra. O qué atento y que contento estaba el Salvador mirando la obra de esta su sierva; y mucho mas ponderando la devocion y afecto interior con que la hacia, deseando hubiese muchos en su Iglesia que

[1] Marc. 14. 3. Joan. 12. 1.

Digitized by Google

en esto la imitasen! Y así para imitar el espíritu de estas dos unciones, he de procurar, con todo el fervor posible, pagar á Dios nuestro Señor las dos deudas que le debo: una por mis pecados, y otra por sus beneficios, y esta con mas fervor y espíritu de agradecimiento, dando muestras de ello en las obras, sirviéndole con todo lo mejor y mas precioso que tuviere.

Especialmente he de traer un grande vaso de alabastro, lleno de uncion espiritual con que ungirle. Vaso de alabastro es mi corazon y mi cuerpo, el cual he de quebrantar con ejercicios de mortificacion y penitencia con la contricion y dolor de pecados, quebrantando mis quereres y apetitos. La uncion ha de ser con un ungüento fiel y puro de la espiga de nardo[1]; esto es, con muchedumbre de afectos y obras muy excelentes de humildad y caridad, con fidelidad y pureza de intencion en ellas, para que mi caridad, como dice el Apóstol[2], sea de corazon puro, con buena conciencia y fe no fingida. Con este ungüento he de ungir espiritualmente á Cristo, primero los piés y despues la cabeza; porque primero tengo de meditar las bajezas é ignominias de su humanidad, figurada por los piés, procurando imitarlas y abrazarlas con obras de penitencia y mortificacion; y despues subir á meditar las grandezas de su divinidad, figuradas por la cabeza, gozándome de ellas, y agradeciéndole los beneficios que proceden de ambas. O dulcísimo Jesus, Dios y hombre verdadero! Pues de tu mano he recibido lo bueno que tengo en este vaso quebradizo, yo te lo ofrezco todo, aunque se haya de quebrar el vaso, cuando fuere menester, para tu servicio.

Finalmente ponderaré, que como toda la casa se hinchó de la fragancia del oloroso ungüento que derramó la Magdalena, así toda la Iglesia y casa de religion se edifica y conforta con estos ejercicios de virtud tan

[1] D. Bern. serm. 42. in Cantic. [2] 1. Tim. 1. 5.

Digitized by Google

gloriosos; por lo cual tengo de animarme á ejercitarlos para ser, como dice san Pablo, buen olor de Cristo, y provocar con mi ejemplo á que hagan otro tanto aquellos con quien vivo.

Punto segundo.—*Viendo Judas Iscariote lo que habia hecho María*[1], *dijo: Porqué este ungüento no se vendió en trescientos dineros, y se dió á los pobres? Y esto lo decia, no porque tuviese cuidado de los pobres, sino porque era ladron y tenia la bolsa comun, y hurtaba de lo que le daban: y tambien los discípulos llevaban esto pesadamente, y se enojaron contra ella, diciendo lo mismo.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, como nunca ha de faltar quien juzgue temerariamente, y murmure de las buenas obras de los justos. Unos por dañada intencion, como Judas; otros por ignorancia ó buen celo, aunque indiscreto, como los discípulos, que murmuraron de esta obra de la Magdalena, pareciéndoles que era pródiga en despreciar aquel ungüento tan precioso en cosa de que su Maestro no gustaba, como era aquella recreacion de ser ungido: y que era indiscreta en no remediar con el valor de aquel ungüento muchos pobres; y tambien tácitamente esta murmuracion redundaba contra el Maestro que lo permitia. Pero todos erraban en su juicio, porque no sabian ponderar el espíritu que movia á esta santa mujer para hacer esta santa obra, ni el que movia á Cristo para aceptarla, y por su poca devocion, ó por su reprension superficial la condenan, y se indignan y murmuran de ella. De donde sacaré aviso para nunca juzgar mal de nadie con temeridad, ni echar á la peor parte las cosas que pueden ser buenas, y mucho menos murmurar de ellas, dejando el juicio de todo esto á Dios, que es el verdadero juez, porque de otra manera erraré y pecaré contra los prójimos, y contra el Espíritu santo, que les mueve á la obra de que yo murmuro, el cual vengará

[1] Matth. 26. 10. Marc. 14. 4.

Digitized by Google

su injuria. Por lo cual Cristo nuestro Señor nos dijo[1]: No juzgueis y no seréis juzgados: no condeneis y no seréis condenados. Ni me excusará el color aparente de piedad con que encubro los juicios temerarios y murmuraciones, porque muchas veces con esta capa se cubren perversas intenciones; como Judas encubrió las ganas de hurtar el dinero en que se vendiera el ungüento, con capa de darlo á pobres.

2. Tambien ponderaré, como es muy creible, que esta murmuracion comenzó por Judas, y él despertó con su mal ejemplo á los demás, á que tambien murmurasen; para que se vea cuanto daña el mal ejemplo, y como un malo lleva trás sí á otros muchos buenos. Y así como aquella casa se hinchó del buen olor, que procedió de la obra buena que hizo Maria, así tambien se hinchó del mal olor que salió de la boca pestilencial de Judas, y turbó á los demás discípulos, inficionándolos con el vicio de la murmuracion.

PUNTO TERCERO.—*Cristo nuestro Señor, viendo todo esto, dijo á sus discípulos: Para qué sois molestos á esta mujer? Porque buena obra es la que ha obrado en mí: siempre tendréis con vosotros á quien podréis hacer bien, pero á mí no me tendréis siempre, y esta ha querido prevenirse, ungiendo mi cuerpo antes de la sepultura. Digoos de verdad, que donde quiera que fuere predicado mi Evangelio, se predicará en todo el mundo lo que esta hizo en mi memoria.*

1. Aquí se ha de ponderar las heróicas virtudes que Cristo nuestro Señor descubrió en este caso. La primera, fué grande fidelidad en defender á su sierva la Magdalena, callando ella, como lo habia hecho otras veces[2]; porque propio es del Señor volver por la honra de los que por su causa padecen murmuraciones, no queriendo excusarse, ni defenderse por humildad, fiándose de su divina providencia. Por lo cual es gran

[1] Lucæ. 6. 37. [2] Lucæ 7. 44. et 10. 42.

Digitized by Google

cordura callar con paciencia en casos semejantes, porque mejor sabrá y podrá Dios excusarme, y volver por mi honra, que yo. Así como Cristo nuestro Señor defendió á la Magdalena, mucho mejor que ella supiera defenderse; porque si ella quisiera excusarse, quizá no acertara, ni saliera con su intento.

2. La segunda virtud, fué grande benignidad y blandura en corregir á sus discípulos y á Judas; porque aun que vió turbada su escuela, ni se turbó, ni indignó, sino con mansedumbre les quitó los engaños que tenian, y deshizo sus falsas aprensiones, aprobando aquella obra, diciendo que habia sido por instinto del divino Espíritu, que movió á esta mujer para que ungiese con aquel ungüento su cuerpo vivo, porque no le podria ungir despues de muerto. Lo cual fué así, porque cuando fué á ungirle, ya era resucitado. O Maestro sapientísimo, enséñame á corregir con espíritu de blandura [1], para que cure los males con la mansedumbre, y no los empeore con mi indignacion.

3. La tercera virtud, fué grande caridad y liberalidad con muestra de la providencia que tiene en convertir todas las cosas que suceden á los que le aman en su mayor provecho; porque si la Magdalena no fuera murmurada en esta obra, no fuera publicada, ni premiada con tanta honra suya. Ni permitiera nuestro amoroso Salvador que sus justos fueran murmurados [2], si no pudiera y quisiera sacar de estas murmuraciones mayores bienes para ellos. Y por esta causa prometió, que en todo el mundo seria esta obra publicada y predicada, como su Evangelio, para honra de quien le honró con ella: y así lo cumplió, porque todos los fieles creemos, que esta obra fué santa y por inspiracion divina, y alabamos á la que la hizo. Y yo, Redentor mio, en cumplimiento de vuestra promesa, me gozo de la devocion de esta vuestra sierva, y la doy gracias por

[1] Galat. 6. 1. [2] Roman. 8. 28.

Digitized by Google

el servicio y regalo que os hizo; pero mucho mas alabo la liberalidad que teneis en premiar lo poco que por Vos hacemos y padecemos; pues por cuatro ó seis, que de esta obra murmuraron, quereis que millones de hombres la engrandezcan. No quieras, ó alma mia, servir á otro Señor, sino á Cristo, pues tan liberal es en honrar á los que le honran, y en premiar á los que le sirven.

MEDITACION VI.

DE COMO JUDAS VENDIÓ POR TREINTA DINEROS Á CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y LOS PRÍNCIPES DE LOS SACERDOTES SE RESOLVIERON DE MATARLE.

Entonces entró Satanás en Judas por sobrenombre Iscariote[1], *y fue á los príncipes de los sacerdotes, y díjoles: Qué me quereis dar, y yo os lo entregaré? Ellos le ofrecieron treinta dineros de plata, y entonces buscaba oportunidad para entregarle.*

El primer paso de la pasion de Cristo, nuestro Señor y la primera de sus injurias, fué ser vendido por Judas á sus enemigos, y esta fué una de las mayores ignominias que padeció y la que mas exageró despues, estando cenando con sus discípulos; y así en ella se han de ponderar todas las cosas que concurrieron en esta venta; es á saber, quién es el que es vendido y porqué se deja vender: quién le vende y porqué motivo: quién se lo persuade, y porqué causa, y con qué color, á qué personas le vende, en qué ocasion, y para qué fin: por qué precio, y con qué modo: y finalmente, lo que resulta de esta venta, porque todo esto exagera la grandeza de esta injuria.

Punto primero.—Lo primero, se ha de considerar, como el que es vendido injuriosamente es Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Señor de todo lo criado, cuya pro-

[1] Matth. 26. 15. Marc. 14. 11. Lucæ 22. 3.

Digitized by Google

piedad es ser inestimable, porque su valor es infinito; el cual por su inmensa caridad bajó del cielo á comprarnos con el precio de su sangre [1], y á comprar para nosotros los bienes de gracia y gloria que perdimos, y en esto gastó toda su vida, haciendo innumerables bienes á los hombres para sacarlos de la servidumbre del demonio, á quien de su voluntad se habian vendido por el pecado. Este Señor tan soberano y bienhechor de todos, es vendido á traicion, y como si fuera esclavo, permitiendo esta venta tan afrentosa, por dos causas principalmente. La primera, para satisfacer con ella por la injuria que yo hice á Dios en vender mi alma al demonio por la culpa. O Redentor misericordiosísimo, confieso que como Achaz me he vendido y entregado á innumerables pecados [2], por los cuales merecia me mandaras vender como al siervo que debia diez mil talentos. Mas pues tú has querido ser vendido para pagar mis deudas, perdónalas por tu misericordia, y no permitas que otra vez vuelva á ellas.

La segunda causa, fué para darnos ejemplo de rara humildad, porque como tomó por nuestro amor forma de siervo y esclavo, quiso humillarse á la suprema baja de los esclavos, que es ser vendidos por dineros. O dulce Jesus, qué de invenciones buscas para humillarte por curar mi soberbia con tu humildad! Cúrala Señor, de una vez, pues tanto lo deseas, para que yo pueda imitar tu humildad, como deseo.

Punto segundo.—1. Lo segundo, se ha de considerar, como la injuria de Cristo nuestro Señor creció; porque quien le vende, no es algun enemigo descubierto, sino discípulo suyo, y no discípulo de los que comunmente le seguian, ó de los setenta y dos discípulos, que eran mas allegados, sino uno de los doce, que llamó apóstoles, á quien hizo extraordinarios favores y mercedes, descubriéndole sus secretos y dándole potestad para lanzar los demonios y hacer milagros.

[1] Isai. 52. 3. [2] 3. Reg. 21. 20. Matt. 18. 24.

El motivo principal que tuvo para esto, fué avaricia: por aquí comenzó su maldad, por aquí prosiguió y llegó á la cumbre, cumpliéndose en él lo que dijo san Pablo[1]; que la codicia es raiz de todo los males, y por ella muchos faltan en la fe, y se meten en grandes trabajos. Era Judas inclinado á tener dineros y cosas propias, y dejándose vencer de esta pasion en cosas pequeñas[2], vino á caer en otras muy grandes. Porque teniendo cuidado de recoger las limosnas que daban á su Maestro[3], comenzó á hurtar algo, y gastarlo á su albedrío y en sus comodidades. Con esto comenzó á quebrantar el voto de pobreza, si es verdad que los apóstoles ya le tenian hecho, y así vino á perder la gracia de Dios: y cuando la Magdalena ungió á Cristo nuestro Señor, murmuró de aquella obra tan santa, y de que Cristo la consintiese; por lo cual le aborreció, y vino á dar en tal alevosía, como fué venderle para reparar la perdicion de lo que hurtara, si el ungüento se vendiera en trescientos dineros. De suerte que de la codicia nació el hurto, el quebrantamiento del voto, la murmuracion, el escándalo, el aborrecimiento de su Maestro, y el venderle con traicion á sus mismos enemigos: por donde se vé el extremo de maldad, á donde llega un hombre desamparado de Dios, y que se deja llevar de sus pasiones, pues del estado mas alto que habia en la Iglesia, cayó en el abismo mas profundo de maldad que jamás hubo; lo cual ponderó con grande sentimiento Cristo nuestro Señor, cuando dijo á sus apóstoles[4]: *Por ventura no os escogí yo á t⁰dos, y el uno se ha hecho diablo?* Que fué decir: Con ser yo propio el que os escogí para el apostolado por mi gracia, uno de vosotros se ha convertido en hijo del demonio, y grande adversario mio por su culpa.

De esta consideracion sacaré un grande temor y temblor de los juicios de Dios. Porque, como dice el glo-

[1] Tim. 6. 10. [2] Eccl. 19. 1. [3] Joan. 12. 6. [4] Joan. 6. 71.

Digitized by Google

riosp san Bernardo [1], en ningun lugar de viandantes hay perfecta seguridad, ni en el cielo, pues de allí cayó Lucifer: ni en el paraiso, pues de allí fué echado Adan; y mucho menos en el mundo, pues Judas se perdió en la escuela del Salvador. Lo cual no se dice, porque no se haya de escoger el lugar mas saguro, sino para que despues de escogido ninguno se descuide con falsa seguridad, ni cese de pedir á Dios le tenga siempre de su mano. O alma mia, aunque ahora estés en pié, teme y mira que no caigas [2]; porque si cayó el que era apóstol de Cristo y conversaba con él familiarmente, oyendo sus sermones, viendo sus ejemplos, y gozando de sus milagros, cómo no temerás tú de caer pues nada de esto tienes? O Maestro piadoso, tened de vuestra mano á este pobre discípulo, para que no caiga en las miserias de este falso apóstol.

Punto tercero.—1. El que persuadió á Judas esta maldad, como dicen los Evangelistas, fué Satanás [3]: lo uno, por robarle el alma; y lo otro, por el ódio que tenia á Cristo nuestro Señor, deseando quitarle la vida y sacarle de su poder aquel discípulo. En lo cual he de ponderar, que la perdicion de Judas, aunque de su parte comenzó por querer seguir su mala inclinacion; pero creció mucho, por la solicitud del demonio que la iba atizando y soplando por momentos, el cual entró dentro de su alma; porque la pasion no mortificada, es como enemigo doméstico, que abre la puerta del corazon á Satanás, para que entre y le despeñe en el abismo de la maldad; y mientras la pasion dura, tiene su morada y posesion muy segura. De donde sacaré cuán perjudicial cosa es no mortificar una sola pasion, porque de ellas hace Satanás lazo para enlazarme y arrastrarme á su voluntad [4]; como el cazador que tiene atada el águila por una sola uña; fácilmente la puede que-

[1] D. Bern. serm. de ligno, feno et stipula. [2] 1. Cor. 10. 12. [3] Joan. 13. 2. [4] Ex D. Dorotheo serm. 11.

Digitized by Google

brar las alas y cortar la cabeza. O Salvador fortísimo, que veniste á echar de las almas al fuerte armado, que pacíficamente las poseia [1], muestra tu fortaleza en echarle de la mia, de modo que nunca mas se atreva á entrar en ella.

2. Lo segundo, ponderaré la razon aparente con que ésta serpiente astuta engañó á este miserable, coloreándo la maldad de esta manera: Tu Maestro dice, que ha de morir esta Pascua, y los judíos lo desean y procuran mucho; pues ello ha de ser, y tu Maestro lo quiere, poco daño le hace en venderle; antes cumples su deseo y de camino cumplirás el tuyo cobrando el dinero que perdiste. Esta razon convenció á Judas, porque la pasion ciega el entendimiento, y le hace creer fácilmente todo lo que el demonio le dice en su favor, aunque sea muy injusto. De donde aprenderé á no dar crédito á pensamientos conformes á mi corazon apasionado, persuadiéndome que nacen de la serpiente infernal, cuyo oficio es engañarnos como á Eva, diciéndonos lo que nos dá gusto, coloreando el mal con apariencia de algun bien.

Punto cuarto.—Lo cuarto, se ha de considerar las personas á quien Cristo nuestro Señor es vendido, y el fin para que le compran.

1. Estos fueron los príncipes de los sacerdotes, con los demás escribas y fariseos, y ancianos del pueblo, al tiempo que estaban tratando de matar á Cristo, por la ira y rabia que tenian contra él. De suerte, que el traidor no le vende á su Madre, que le comprara segunda vez, como le compró en el templo para regalarle, ni le vende á otros discipulos ó amigos, que le compraran para libertarle y tomarle por Señor, sino véndele á los mayores enemigos que tiene; los cuales le compran para quitarle la vida con terribles tormentos. O crueldad endemoniada del vencedor! O furia infernal de los com-

[1] Lucæ 11. 21.

Digitized by Google

pradores! Bien se vé que Satanás era el tercero de esta venta y de esta compra, pues para tales fines se ordenaba. O mansísimo Cordero, qué injuria es esta que padece, siendo vendido para ser sacrificado por manos de tan crueles verdugos? O Salvador del mundo, vendido eres hoy, como el patriarca José lo fué de sus hermanos, aunque con diferente fin [1]; porque aquel fué vendido para librarle de la muerte, y tú lo fuiste para darle cruel muerte: aquel con su vida salvó á Egipto, y tú con tu muerte salvaste al mundo. Sálvame, Señor, por tu misericordia, y pues me compraste con el precio de tu sangre, no permitas que me venda por el vil precio del pecado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la grande afrenta que resultó á Cristo nuestro Señor de esta venta en la opinion de aquella gente, y la grande paciencia con que la llevó, cuando la estaba mirando, aunque estaba lejos. Porque es de creer, que Judas para encubrir una cosa tan fea como era vender á su Maestro, diria de él mucho mal á los del Concilio, diciendo, que se salia de su escuela, porque era quebrantador de la ley, enemigo de las costumbres antiguas, comedor y bebedor en los convites: que era regalado y pródigo, consintiendo que una mujer le ungiese piés y cabeza con un ungüento, que valia trescientos dineros, etc. Y todo esto oian con grande gusto aquellos sacerdotes, sin haber quien volviese por Cristo. O dulce Maestro, cómo no hay quien tape la boca de este falso murmurador, ni quien vuelva por vuestra inocencia, como Vos volvísteis por la Magdalena! O con cuánta razon os quejais por la boca de vuestro Profeta diciendo [2]: Si mi enemigo me maldijera, sufriéralo: y si el que me aborrecia dijera males contra mí, quizá me guardara de él. Pero qué hagas tú, ó Judas, mi amigo y compañero, y tan mio, que comiamos los dos con mucho gusto juntos, y andábamos en la casa de Dios

[1] Genes. 37. 28. [2] Psal. 54. 13.

Digitized by Google

muy unidos! Grande, Señor, fué vuestra injuria; pero mayor fué vuestra paciencia, porque mas sentís la culpa del injuriador, que el daño que os viene de ella. Con este ejemplo se han de consolar los maestros, y los prelados y príncipes, cuando sin culpa suya dijeren mal de ellos sus discípulos, y sus súbditos ó vasallos.

3. Tambien fué grande afrenta de Cristo nuestro Señor en los ojos de aquella gente, y del pueblo, que de su escuela saliese un discípulo tan codicioso y abominable, que vendiese á su Maestro con muestras exteriores de grande aborrecimiento, de donde tomarian ocasion sus enemigos para decir: Cual es el discípulo, tal es el Maestro. O Maestro celestial, no permitais que yo con mala vida os afrente, ni que por mi causa sea vuestro nombre blasfemado entre las gentes[1]: Seamos, Señor, todos vuestros discípulos tales cuales sois Vos, único Maestro nuestro, para que todos seamos gloria vuestra. Amen.

Punto quinto.—1. El precio porque es vendido Cristo nuestro Señor, fué treinta dineros de aquel tiempo: precio vilísimo; en el cual comunmente los judíos apreciaban á su esclavo, cuando alguno se le habia muerto[2]. Y esto acrecienta mucho la injuria del Salvador, pues por aquí se vé la baja estima que tenian de de él, así el que le vende, como los que le compran.

2. Pero mucha mayor injuria se le hizo en el modo del concierto, porque el discípulo, codicioso de algun dinero, puso el precio en la voluntad de los mismos compradores, diciéndoles: *Quid vultis mihi dare, et ego eum vobis tradam?* Qué me daréis, y yo os lo entregaré? Como quien dice: Dadme lo que quisiéreis, y yo le pondré en vuestras manos. Ellos, parte por ver la codicia del vendedor, parte por la baja estima y ódio que tenian de Cristo, á la primera palabra le ofrecieron los treinta dineros, que se daban por los esclavos, no en

[1] Isai. 52. 5. Rom. 2. 24. 2. Cor. 8. 23. [2] Exod. 21. 32.

Digitized by Google

satisfaccion de la muerte, sino para dársela cruelmente. O Salvador del mundo, cuán diferente estima teneis de los pecadores, de la que ellos tienen de Vos! Ellos os venden por treinta dineros, y Vos los comprais con vuestra sangre preciosa. Ellos ponen en voluntad de su carne el precio de esta venta, y Vos poneis en voluntad del Padre el precio de esta compra. O Padre eterno, formador de todo lo criado, mirad el precio en que es apreciado vuestro Hijo [1]! O Hijo de Dios vivo, con cuánta razon podeis decir: *Decorum pretium, quo appretiatus sum ab eis.* Donoso precio en que me han apreciado; mas pues habeis tomado forma de esclavo, no es mucho paseis por las bajezas del esclavo, siendo vendido por el precio de los esclavos. Gracias os doy por esta primera injuria que recibísteis en vuestra pasion, y en agradecimiento de ella me ofrezco por vuestro perpétuo esclavo, como deseo de nunca apartarme de vuestro servicio.

De aquí tambien tengo de sacar grande confusion y vergüenza, acordándome de las veces que he vendido á Cristo nuestro Señor por precio mas vil que treinta dineros; esto es, por un deleite de carne, ó un punto de honra, ó un interesillo de hacienda, entregándole otra vez á sus enemigos los pecados, para que dentro de mi corazon le crucifiquen. Y así puedo imaginar, que Cristo nuestro Señor me dice, lo que refiere el profeta Zacarías [2]: *Si os pareciere galardon por los bienes que os he hecho; y sino dejadlo, porque no os quiero forzar.* Y á esta peticion tan justa, lo que yo respondo con las obras, es venderle por tal vil precio, que me diga: *O donoso precio en que me apreciais!* O alma mia, cómo no te cubres de vergüenza, oyendo esta palabra de tu Redentor! O Redentor mio, cuán justo fuera quitaras de mí la vara de tu gobierno, y me cortaras el hilo de la vida, pues tan mal me sé aprovechar de ella! Perdóname, Señor, la injuria pasada, y ayúdame á qué te aprecie como

[1] Zachar. 11. 13. [2] Zachar. 11. 12.

Digitized by Google

mereces, de modo que puedas decir sin ironía: *Hermoso precio es este en que me aprecias.*

Punto sexto. — Lo sexto, se ha de considerar lo que sucedió despues de esta venta, así en Judas, como en los príncipes de los sacerdotes.

1. Porque lo primero, Judas concertado el precio, *spopondit*, prometió de cumplir lo que habia ofrecido, y con gran cuidado buscaba oportunidad para hacer la entrega, por cobrar el precio; y así se volvió al colegio de los apóstoles, y á la compañía de Cristo, disimulando su maldad; porque como habia perdido la fe, pensó que Cristo no lo sabria. Pero Cristo nuestro Señor le admitió con tanto amor, como si no supiera lo que habia hecho, ejercitando en esto el amor de los enemigos con grande eminencia, sin reprenderle, ni afrentarle, ni descubrir su traicion. Quizá le diria: Amigo, seas bien venido; dónde has estado? qué has hecho? Y á sus falsas respuestas calló con gran disimulacion. O mansísimo Pastor y dulcísimo Padre, qué sentísteis en vuestro corazon, cuando vísteis entrar á este lobo en medio de vuestras ovejas, cubierto con piel de oveja para hacer prèsa en su propio Pastor? El disimula por no ser conocido, y Vos, aunque le conoceis, haceis el disimulado: él viene de procuraros la muerte, y Vos le recibís con tanto amor, como si en ello os fuera la vida. O caridad inmensa! O mansedumbre infinita! Hacedme, Señor, manso como oveja, para sufrir por vuestro amor los agravios de cualquier lobo.

2. Lo segundo, los príncipes de los sacerdotes quedaron tambien contentísimos, y mudaron luego de padecer; porque habiéndose resuelto de no matar á Cristo en el dia de la fiesta, porque no se levantase ningun alboroto en el pueblo, no quisieron perder la ocasion, y se resolvieron de matarle cada y cuando que Judas se le entregase, sin hacer caso del alboroto del pueblo. En lo cual se echa de ver por una parte la rabia de estos

Digitized by Google

crueles enemigos, y las ánsias que tenian de hundir á Cristo nuestro Señor; y por otra parte resplandece la sabiduría y providencia de Dios en salir con su traza, que Cristo muriese en el dia de aquella fiesta, para que fuese sacrificado el verdadero Cordero de Dios, cuando lo era el figurado. O Cordero inocentísimo Jesus, con cuánta razon os podemos llamar cordero pascual, porque vuestras fiestas y pascuas son morir por librarnos de la muerte, y ser sacrificado por darnos la vida: y si vuestros enemigos se dan priesa á querer mataros, aunque sea en fiesta solémne, mucha mas priesa teneis Vos en querer morir por ellos. Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico encendais mi corazon con tanto fervor, que tenga por fiesta y pascua, padecer algo por vuestro amor. Amen.

De lo dicho en esta meditacion, sacaré dos causas principales, por las cuales Cristo nuestro Señor permitió tanto tiempo á Judas en su escuela, esperándole á penitencia. La primera, para que entendamos, que en todas las congregaciones, aunque sean muy religiosas, ha de haber algunos malos, sin culpa del que las gobierna, como la hubo en esta, escogida por Cristo. Por lo cual dijo san Agustin[1]: *Ad quamcumque professionem te converteris, para te pati fictos*. En cualquier profesion de vida que escogieres, aparéjate á sufrir algunos fingidos; porque si no tragas esto, y te aparejas á sufrirlo, hallarás lo que no esperabas, y vendrás á faltar en tu vocacion, ó á turbarte en ella.

La segunda causa, fué para que le diese ocasion de ejercitar para nuestro ejemplo, los heróicos actos de mansedumbre, paciencia y caridad, y otras virtudes que no pueden ejercitarse sino es con enemigos. Y en particular, para dar ejemplo á los prelados y superiores, de tolerar á los malos súbditos, y ayudarlos, aunque les den muchas ocasiones de padecer, pues como

[1] Concione 1. in Ps. 36.

Digitized by Google

dice san Bernardo[1]: Los malos súbditos, como aumentan la carga del gobierno, así aumentan el merecimiento: *Et in quantum gravaris, in tantum lucraris.* Cuanto mas cargado, tanto mas ganancioso.

MEDITACION VII.

DE LA ÚLTIMA CENA, EN QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR COMIÓ EL CORDERO LEGAL CON SUS APÓSTOLES, Y COMO ANTES DE ELLO SE DESPIDIÓ DE SU MADRE SANTÍSIMA

PUNTO PRIMERO. — *Llegado el primer dia de los Azimos*[2], *cuando segun la ley, se habia de sacrificar el cordero pascual, que fué jueves, envió Cristo nuestro Señor luego por la mañana dos de sus apóstoles, Pedro y Juan, á Jerusalen desde Betania, diciéndoles: Cuando entraréis en la ciudad, toparéis un hombre con un cántaro de agua, seguidle; y decid al dueño de la casa donde entrare: El tiempo de mi partida está cerca, quiero celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos. Y él os enseñará un cenáculo grande y bien aderezado, y allí aparejaréis lo necesario para esta Pascua.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, el cuidado grande que Cristo nuestro Señor tenia con la observancia de la ley, pues quiso ir á Jerusalen adonde era necesario comer el cordero, con saber que le habia de costar la vida, y que allí habia de ser preso y crucificado, haciéndose obediente hasta la muerte. Además, como es propio de los perfectos obedientes prevenir con tiempo las cosas necesarias para cumplir su obediencia, así quiso con tiempo prevenir lo necesario para esta, dándonos ejemplo de obediencia y de diligencia, y providencia en la ejecucion de ella, para confusion de mis desobediencias, y de los descuidos y negligencias que tengo en la guarda de su santísima ley, aun en las cosas que me han de costar poco. Por tanto, ó

[1] Epist. 37. [2] Matt. 26. 17. Marc. 14. 13. Luc. 22. 10.

Digitized by Google

alma mia, acuérdate de lo que dice el Sabio [1]: Aparejа primero tu obra, y luego labra tu campo y edifica tu casa, porque no podrás labrar bien el campo de tu alma con mortificaciones, ni edificar la casa de tu conciencia con virtudes, si primero no aparejas lo necesario para el ejercicio de ellas.

2. Lo segundo ponderaré, como Cristo nuestro Señor escogió dos apóstoles los mas queridos, y los mas señalados en fe, amor y obediencia, Pedro y Juan, para que fuesen á prevenir la casa y huésped, y para que le ayudasen con su destreza y diligencia en la prevencion de lo necesario para el sacrificio del cordero. Y demás de esto, para enseñarnos el cuidado que hemos de poner en aparejar nuestras almas con lo necesario para celebrar el sacrificio y comida del Cordero purísimo de la ley nueva, que se nos dá en el santísimo Sacramento del altar, cuyo aparejo pertenece á la virtud de la fe figurada por san Pedro, y á la caridad figurada por el glorioso san Juan, ambas fervorosas y acompañadas con obediencia muy perfecta. O Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, justo es que te comamos con grande aparejo, limpiando y enderezando el cenáculo y sala donde has de ser espiritualmente sacrificado y comido. Envia, Señor, desde el cielo á esta pobre alma, viveza de fe y fervor de caridad, con prontitud de obediencia, que la ensanchen, adornen y aparejen como conviene, para esta celestial comida; porque si tú no me envias esta ayuda, nunca me aparejaré como debo para ella.

3. Lo tercero ponderaré, aquel breve y tierno recado que mandó dar al dueño de la casa. El Maestro dice: Mi tiempo es llegado, en tu casa quiero celebrar la Pascua con mis discípulos, el cual recado fué tan eficaz, que luego aquel hombre, tocado del divino Espíritu, ofrecio la mejor pieza de su casa, muy bien aderezada,

[1] Prov. 24. 27.

Digitized by Google

para que Cristo nuestro Señor celebrase allí su Pascua, sirviéndole con cuanto tenia. O Maestro soberano y Redentor mio, cuyo dicho es tan poderoso, que hace luego lo que dice, dí á mi alma: Mi tiempo es llegado, en tu casa quiero celebrar la Pascua con mis discípulos. O dichoso tiempo, en el cual mi Redentor quiere aplicarme el fruto de su pasion, y entrar en mi alma á celebrar la Pascua, que es tránsito de lo terreno á lo celestial! Ven, ó Maestro dulcísimo, con la dulce compañía de tus virtudes, y con ellas celebra dentro de mi alma esta Pascua y convite celestial: yo te ofrezco, no solamente la mejor pieza de mi casa, sino toda ella, pues toda es tuya; y ojalá fuera mejor de lo que es, para que te agradaras de estar siempre en ella.

Punto segundo. —1. Lo segundo, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor antes de salir de Betania, quiso despedirse de su Madre santísima, diciéndola, como era llegada ya la hora de su pasion y muerte, la cual habia deseado tantos años, para dar fin á la redencion del mundo, que su Padre eterno le habia encargado: y para prevenirla, es de creer que con un ánimo muy tierno pero muy varonil, la contaria todas las cosas que habian de pasar por él, diciéndola: Yo voy á Jerusalen á sacrificar y comer el cordero pascual, y á instituir el sacrificio y Sacramento, que por él es representado; y luego seré preso como ladron de mis enemigos en el huerto de Getsemaní: de allí me llevarán atado con gritería en casa de Caifás, donde pasaré toda la noche en graves desprecios y tormentos; y en siendo de dia me llevarán al tribunal de Pilatos, por cuyo mandado seré cruelmente azotado, y despues coronado de espinas, y escarnecido y sentenciado á muerte de cruz, y cargado con ella saldré de su pretorio al monte Calvario, donde seré crucificado entre dos ladrones, y al cabo de tres horas espiraré. Todo esto está decretado por mi eterno Padre, y es conveniente para la reden-

Digitized by Google

cion del mundo, y por esta razon gusto mucho de pasar por ello, pues basta que mi Padre lo quiera, para que yo lo acepte, y todos los que aman á mi Padre se conformen con su santa voluntad.

2. Oyendo la Vírgen estas y otras semejantes palabras que su Hijo la diria, fué su bendita alma traspasada con gravísimos dolores, porque cada palabra de aquellas era un cuchillo que atravesaba su corazon; pero levantando los ojos al cielo, hablando con el Padre eterno, le diria: Padre, si es posible, no beba vuestro Hijo y mio, este cáliz tan amargo de su pasion: pero no se haga mi voluntad sino la vuestra. Y volviéndose á su Hijo, le diria: Hijo, pues vuestra voluntad es beber este cáliz, dadme licencia que yo le beba enteramente con Vos, asistiendo á todos vuestros trabajos, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Vos quereis. De esta manera la Vírgen sintió en esta ocasion sumo dolor, con suma resignacion en la divina voluntad.

3. Tambien se puede piamente meditar, que Cristo nuestro Señor, como quien conocia la fe y valor de su Madre, la encomendaria, que en esta su breve ausencia recogiese el rebaño descarriado de sus apóstoles y discípulos, y los confirmase en la fe de su resurreccion, y los alentase y consolase. Y en razon de esto, es de creer la diria algunas razones de las muchas que dijo á sus discípulos en el sermon de aquella noche. Ó Vírgen soberana, cuán amargo dia fué este para Vos, bebiendo por junto el cáliz de la pasion que vuestro Hijo os iba relatando! Ya el cuchillo que Simeon profetizó, comienza á traspasar vuestra alma con gravísimo dolor: y si este es muy agudo, aparejad vuestro corazon, que mañana se aguzará mucho mas. O quién se hallara en vuestra compañía, para que siquiera gustara una gota de ese cáliz, y le tocara la punta de éste cuchillo! Alcanzadme, Señora, favor del cielo, para que de tal manera oiga y medite vuestros trabajos y los de vues-

Digitized by Google

tro Hijo, que merezca tener parte en ellos. Amen.

Punto tercero. — *Venida la tarde del juéves, salió Cristo nuestro Señor de Betania con sus apóstoles: y en llegando á Jerusalen, al lugar señalado, sentóse con ellos á la mesa, y díjoles* [1]: *Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua; esto es, este cordero pascual, antes que padezca.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, los semblantes diferentes que iban en este camino desde Betania hasta Jerusalen. Cristo nuestro Señor iba contento porque iba á padecer. Judas iba gozoso porque se le acercaba el tiempo y ocasion de entregar al que vendió, y cobrar el precio que le ofrecieron. Los apóstoles iban tristes por la muerte que temian de su Maestro, acordándose de lo que les habia dicho el dia antes: De aquí á dos dias será la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado. O Hijo del hombre, Dios y hombre verdadero, cómo llevas en tu compañía al que ha de entregarte para ser crucificado? Mira que ese lobo ha de alborotar tu rebaño; y pues tanto has trabajado en recogerle, echa fuera al que ha de esparcirle. O qué plátieas tan dulces trabaria el Señor con sus discípulos para moderar la tristeza de su corazon, y aliviar el trabajo del camino! Dichoso el que camina con Jesus, no con fingimiento como Judas, sino con verdad como los demás discípulos, porque con su dulce compañía hallará alivio en su tristeza.

2. Lo segundo se ha de ponderar, la entrañable caridad y afabilidad de Cristo nuestro Señor, la cual mostró en aquellas tiernas palabras: *Con deseo he deseado comer este cordero con vosotros.* Como quien dice: Muchos dias ha que deseo grandemente este dia para daros muestras de lo mucho que os quiero, comiendo con vosotros no solo este cordero legal, sino otro mas precioso que os daré antes que padezca. O dulcísimo

[1] Luc. 22. 15.

Digitized by Google

y amorosísimo Maestro, estando tan cerca vuestra pasion tan amarga, decís, que con gran deseo habeis deseado este convite, antes de veros en ella? Con qué os pagaré tales deseos, sino con procurar otros tales para serviros? Y si Vos, Señor, deseais mucho comer conmigo esta última Pascua [1], yo tambien deseo mucho comerla con Vos. O Rey del cielo, que estais llamando á la puerta del corazon, deseando con gran deseo que os abramos, para entrar y cenar con nosotros: venid á mi casa que la puerta tengo abierta, y con gran deseo estoy deseando vuestra venida, para tener parte en vuestra cena.

Punto cuarto. — Lo cuarto se ha de considerar, el modo como Cristo nuestro Señor comió el cordero pascual, guardando todas las ceremonias de la ley, y contemplando lo que significaban, con sentimiento de su corazon.

1. Mirando al cordero sobre la mesa muerto, desollado y asado en fuego [2], se le representó como habia de estar tendido en la mesa de la cruz, muerto y desollado con azotes, desangrado, y asado con fuego de tormentos. Mirando como le despedazaban sin quebrarle hueso se vió á sí mismo descoyuntado, sin que le quebrantasen las piernas como á los ladrones. Mirando la priesa con que le comian, miraba tambien la priesa con que descargaria sobre él la furia de sus enemigos para consumirle con tormentos. Gustando las lechugas amargas, se acordaria de las hieles y amarguras que le estaban esperando. Y cuando se vió con el báculo en las manos, se acordó de la cruz con que se habia de abrazar, y en que habia de estar enclavado. O dulce Jesus, cuán amarga era esta comida, mezclada con salsa de tan amarga representacion! Con esta salsa deseo siempre comer, acordándome de los trabajos que por mí padecísteis, y de la hiel y vinagre que por mí gustásteis.

[1] Apoc. 3. 20. [2] Exod. 12. 9.

Digitized by Google

2. Finalmente, acabada esta cena legal, es de creer que Cristo nuestro Señor daria gracias á su eterno Padre porque se habia puesto fin á esta figura y representacion, y se ofreceria á padecer todo cuanto en ella se representaba, por cumplir enteramente su voluntad, diciendo [1]: Padre mio, bien sé que estos holocaustos y sacrificios antiguos no te han agradado perfectamente, y que por esto me enviaste al mundo con cuerpo apto para ser crucificado. Ya es llegada la hora de este sacrificio, vesme aquí aparejado para cumplir tu voluntad; como lo has ordenado, así lo quiero. Gracias te doy Hijo de Dios unigénito, por este nuevo ofrecimiento que haces á tu eterno Padre: yo tambien me ofrezco á cumplir tu voluntad: mándame lo que quisieres, ayudándome con tu gracia á cumplir lo que me mandares.

MEDITACION VIII.

DEL LAVATORIO DE LOS PIES.

Punto primero. — *Sabiendo Jesus* [2], *que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, que estaban en este mundo, amólos hasta el fin.*

Sobre este punto, que es el proemio, y entrada que hace el glorioso san Juan para los misterios que se siguen, se han de ponderar las propiedades del amor que Cristo nuestro Señor tuvo á sus discípulos y á todos los suyos que vivian y habian de vivir en este mundo; presuponiendo, que este Señor tenia entonces tres familias de personas suyas: una de ángeles en el cielo; otra de almas justas en el limbo; y otra de discípulos en el mundo: y aunque estos estaban mezclados con otros muchos, que no eran suyos, porque eran malos, y ellos tambien tenian mezcla de algunas culpas é imperfecciones, con todo eso los amó con un amor tierno y pa-

[1] Psal. 39. 7. [2] Joan. 13. 1.

Digitized by Google

ternal, porque eran suyos, eran sus hijos, sus amigos, y sus fieles devotos. De aquí se siguen las propiedades de este amor.

1. La primera es, que los amó como á cosa suya propia, y por consiguiente como á sí mismo, y en cierto modo mas que á sí mismo; pues con estar cercano á la muerte, como olvidado de sí y de sus trabajos, todo se ocupó en regalarlos, y perdió su vida por la vida de ellos [1], tomando los pecados y miserias de sus escogidos como suyas, y pagando con su muerte las deudas que ellos debian. O Amado de mi alma, si tú me amas como á cosa tuya, yo digo que te amo como á cosa mia; porque como yo soy tuyo, así tú eres mio. Yo soy criatura tuya, esclavo é hijo tuyo; pero tú eres mi Criador y Redentor, mi Señor y mi Padre, y te quiero amar, no como á mí, sino sobre mí, y sobre todas las cosas criadas y por criar, porque eres dignísimo de ser amado mas que todas ellas.

2. La segunda es, que los amó con amor perseverante hasta el fin: amólos mientras vivió en esta vida, y hasta que llegó al fin de ella: y amólos mientras vivieron, hasta que llegó para ellos su fin; y amará á todos los suyos hasta la fin del mundo. O amor constantísimo de Jesus, cuyo fuego no pudieron apagar las aguas de inmensas tribulaciones, ni los rios de innumerables tormentos! O qué de veces con mis pecados, cuanto es de mi parte, he querido ahogarle; pero siempre ha prevalecido, haciendo bien á quien le servia mal, arrojando nuevas brasas en la cabeza del que multiplicaba ofensas [2]. No ceses, Salvador mio, de amarme hasta el fin, para que yo tambien te ame sin fin. Amen.

3. La tercera propiedad, fué, que los amó con un amor excesivo sin tasa, hasta el fin donde puede llegar el amor, haciendo y padeciendo por ellos lo sumo que podia y convenia hacer y padecer, y deseando mucho

[1] Isai. 53. 12. [2] Prov. 25. 21.

Digitized by Google

mas sin fin, si fuera necesario para su remedio. O Amado mio, yo tambien deseo amarte como manda el precepto del amor con todo mi corazon, con toda mi alma, con todo mi espíritu, y con todas mis fuerzas, sin tasa alguna llegando si pudiese, al fin donde puede llegar el amor de una criatura para con su Criador. Querria amarte mas que los ángeles y serafines: y si fuera posible amor infinito, con ese te quisiera amar, sin cansarme con tu ayuda de crecer el amor, hasta llegar al fin de lo que tú has ordenado que te ame, pues mereces ser amado sin fin.

4. La cuarta, fué, que los amó para el fin; esto es, para él fin que fueron ordenados, que es amarle y servirle en esta vida mortal, y gozar de él en la vida eterna. No los amó para darles riquezas, ni honras ó regalos temporales, porque no era este su fin, sino para darles todos los medios de su gracia, con que alcanzasen el fin de la gloria. Y amólos para sí mismo, que es principio y fin de todas las cosas, para unirlos consigo con union de amor, en quien descansasen como en su último fin. O Amado mio, si te amase para el fin que me amaste! No te amo para que me des bienes temporales, sino ámote, porque me amas, y para que me des los bienes espirituales con que crezca en tu amor, y me junte sin fin contigo, que eres mi último fin, y suprema bienaventuranza. Amen. Estos afectos de amor tengo de ejercitar en todas las meditaciones siguientes, con las propiedades que quedan referidas.

Punto segundo.—*Acabada la cena legal del cordero, habiendo el demonio puesto en el corazon de Judas Iscariote, que le entregase á la muerte, sabiendo que el Padre puso todas las cosas en sus manos, y que salió de Dios y volvia á Dios, levantóse de la mesa, y quitándose la vestidura de encima, tomó un lienzo y ciñóse con él; y echando agua en una vacía, comenzó á lavar los pies de sus discípulos y á limpiarlos con el lienzo que tenia ceñido.*

Digitized by Google

Sobre este paso se ha de considerar, la excelencia de la persona que hace esta obra, el modo como la hace por sí mismo, y el misterio que representa de su encarnacion y pasion.

1. Lo primero, se ha de hacer pausa en lo que la hizo san Juan, ponderando la excelencia de la persona que se humilla á obra tan baja, como es lavar los piés de sus discípulos; porque tanto será mayor la humillacion, cuanto es mas alto el que se humilla: y tanto la humildad será mas heróica, cuanto fuere mas excelente la persona en quien se halla. Para esto miraré en Cristo nuestro Señor lo que tiene en cuanto Dios, y lo que tiene aquí en cuanto hombre: en cuanto Dios está en el cielo en medio de innumerables ángeles, que postrados á sus piés le adoran; en cuanto hombre, está en un pobre cenáculo, y en medio de unos viles pescadores, postrado á sus piés para lavárselos: en cuanto Dios, está vestido de hermosura, y ceñido de fortaleza, criando con sus manos todas las cosas; en cuanto hombre, está desnudo de sus vestiduras, ceñido con un lienzo, y con sus manos lava los piés lodosos de sus criaturas.

Pero en especial se ha de ponderar, como lo ponderó el Evangelista, que este Señor, que aquí se humilla, es infinitamente sabio, á quien nada se le esconde, ni la excelencia de su persona, ni la maldad del discípulo que le vende, ni la vileza y cobardía de los otros que tiene delante. Es tambien infinitamente poderoso, porque el Padre eterno puso todas las cosas en su mano y potestad, comunicándole su omnipotencia en cuanto Dios por la eterna generacion: y en cuanto hombre, por la union hipostática al Verbo. Es tambien Hijo natural de Dios, de quien nació *ab æterno*, y vino al mundo para remediarle, y despues de muerto volverá á Dios, á sentarse en su trono á la mano derecha de su Padre; y con saber todo esto claramente, quiso humillarse á esta obra; de suerte, que no se humilló por

Digitized by Google

ignorancia de lo que era, ni por fuerza que otro le hiciese, ni por ser de baja ralea, ni por tener bajos intentos y fines, sino solo porque quiso humillarse, y tomar forma de siervo por nuestro amor, cumpliendo perfectísimamente aquel consejo del Sabio, que dice [1]: Cuanto fueres mas grande, humíllate en todas las cosas. O infinita humildad, que así resplandeces en persona de tanta infinita dignidad para confundir la soberbia de mi infinita bajeza! Si Jesus, infinitamente sabio y poderoso [2], así se humilló cómo yo, sumamente ignorante y flaco, así me ensoberbezco? Si el Hijo de Dios, que procedió de Dios, y se vuelve á Dios, se bajó á tomar forma de siervo; cómo yo hijo de ira y esclavo del demonio, que fuí hecho de polvo, y me convertiré en el mismo polvo, presumo de engreirme, y querer ser servido como señor? O humilde Jesus, líbrame de este espíritu de soberbia, y fúndame en profunda humildad, pues tanta razon tengo para ser humilde.

2. Lo segundo ponderaré, como la humildad de este Señor tan alto fué amorosa y diligente, haciendo toda esta obra por sí mismo, sin ayuda de otro en señal de amor: El mismo se desnuda y ciñe: él echa el agua en la vacía, y la lleva adonde están sus discípulos, y se postra en tierra, y les lava, no las manos, sino los piés muy polvorientos y lodosos: y él mismo amorosamente se los limpia con la toalla con que estaba ceñido, regalándose y saboreándose en hacer todo esto por su persona, enseñándome á ejercitar las obras de humildad y caridad por sí mismo, gustando más de hacer que de mandar, y haciendo la obra humilde, sin mezcla de cosa jactanciosa [3]. O amantísimo Maestro, que sin hablar estais clamando, aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, comunicadme esa mansedumbre y humildad tan amorosa para hallar gracia en vuestros ojos, á quien siempre han agradado los mansos y humildes de corazon.

[1] Eccles. 3. 20. [2] Philip. 2. 7. [3] Matt. 11. 29.

Digitized by Google

3. Pero si es grande la humildad de esta obra exterior, mucho mayor es la humildad y solicitud que representa; la cual ejercitó con todos nosotros, pues por nuestra causa, siendo hijo de Dios[1], se apocó á sí mismo, tomando forma de siervo, y se desnudó las vestiduras de su gloria y grandeza, ciñéndose con carne mortal y pasible, sujeta á grandes penalidades: y en el monte Calvario consintió ser despojado de sus vestiduras con grande ignominia, y allí derramó en lugar de agua toda la sangre preciosísima de sus venas, depositándola en los sacramentos, que ordenó para lavarnos de nuestras culpas: y porque nosotros quedásemos limpios, quiso que el purísimo lienzo de su sacratísima humanidad, con que se ciñó, quedase en la apariencia sucio y manchado con ella. O Dios eterno, con que te pagaré lo mucho que por mí has hecho? Deseo desnudarme de toda grandeza temporal, y ceñirme con rigor de penitencia, y derramar mi sangre por tu amor cargándome de las penas con que te cargaste por mis culpas; y despues que hubiere hecho todo, diré[2], que soy siervo sin provecho; pues no hago la mínima parte de lo que hizo mi Señor.

Punto tercero.—El tercer punto, será considerar lo que pasó á Cristo nuestro Señor con san Pedro cuando llegó á lavarle los piés, y las razones que sobre esto hubo.

1. Lo primero, pasmado Pedro de la humildad de su Maestro, dijo: *Domine, tu mihi lavas pedes?* En las cuales palabras descubrió la viva fe que tenia de la grandeza de Cristo nuestro Señor, y de su propia bajeza, y de la vileza de aquella obra á que Cristo se humillaba. Y de la interior consideracion, y ponderacion de todo esto, vino á decir con afecto de grande admiracion y pasmo: Señor, tú á mí lavas los piés? Tú Dios infinito, Criador de cielos y tierra, Señor de los ángeles y se-

[1] Philip. 2. 7. [2] Lucæ 17. 10.

Digitized by Google

rafines, á mí criatura tuya, esclavo tuyo, pecador vilísimo y asquerosísimo, con esas manos, que dan vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos, quieres lavar, no mi cabeza ó mis manos, sino mis sucios y miserables piés? Yo, Señor, te habia de servir á tí, y lavar tus piés; y aun de esto no me tengo por digno, y tú quieres lavármelos á mí? De aquí tengo de aprender á sentir altamente de Cristo y bajaménte de mí, y haciendo comparacion de lo que un Dios tan alto hizo por un hombre tan bajo, sacar afectos de admiracion, de accion de gracias y de imitacion.

2. A este dicho de san Pedro, que procedia de gran fervor, respondió Cristo nuestro Señor, enderezándole á lo que convenia, con estas palabras: *Lo que yo hago no lo entiendes ahora, despues lo entenderás.* Como quien dice: Esto que hago tiene un misterio que no alcanzas yo te lo descubriré despues, ahora déjate gobernar. Respondió Pedro: *No me lavarás jamás los piés.* Replicóle Cristo: *Si non lavero te, non habebis partem mecum.* Pues si no te lavare, no tendrás parte conmigo. En lo cual se ha de ponderar lo mucho que ofende á Cristo nuestro Señor cualquier desobediencia y rebeldía, y cualquier asomo de pertinacia en su propio parecer, aunque sea con capa de humildad y de reverencia, pues este vicio solo bastó para que dijese á Pedro aquella tan terrible amenaza: *No tendrás parte conmigo*: que fué decir: no serás mas mi discípulo, ni te tendré mas en mi escuela y compañía, ni te admitiré á la herencia de mi reino. De donde aprenderé á no resistir á la voluntad de Dios y de mis superiores, por ningun título de aparente virtud, sino rendir mi juicio al primer aviso, y á la primera correccion de amor, antes que venga la segunda correccion con amenaza y temor; porque aunque sea tan privado de Cristo como san Pedro, y tan favorecido del eterno Padre como él lo fué, no durará mas la privanza de cuanto durare la obediencia:

Digitized by Google

y en faltando esta con pertinacia, faltará luego la privanza. O buen Jesus, dechado de toda perfecta obediencia, no permitas que me engañe mi propio juicio, anteponiéndole al tuyo, ni que con capa de humildad siga mi propia voluntad, dejando la tuya, porque no caiga sobre mí amenaza tan terrible, como es no tener parte contigo.

3. Lo tercero, tambien ponderaré la necesidad que tengo de que Cristo nuestro Señor me lave y limpie de mis culpas; pues si él no me lava, no tendré parte con él. Y á esta causa no dijo: si no lavare tus piés, antes dijo: Si no te lavare no tendrás parte conmigo. O Salvador del mundo, confieso que estoy sucio y manchado con innumerables pecados, de los cuales yo no me puedo lavar, porque el pecar fué mio, mas el perdonar es vuestro! Por tanto[1]: *Amplius lava me ab iniquitate mea, et a peccato meo munda me.* Lavadme Dios mio de mi grande maldad, y limpiadme de mi pecado: y despues que me hubiéreis una vez lavado, lavadme mucho mas, para que tenga mayor parte con Vos con mas seguridad de no perderla.

Punto cuarto.—Lo cuarto, consideraré el efecto que obró en san Pedro esta amenaza de Cristo, y lo que Cristo le respondió.

1. Porque primeramente á esta amenaza respondió Pedro: *Señor, no solamente los piés, sino manos y cabeza.* En lo cual descubrió el grande amor que tenia á Cristo nuestro Señor, y la grande estima que tenia de estar siempre con él, y lo mucho que sentiria apartarse de su compañía; y así dijo: Señor, si para tener parte contigo es menester que me laves, lávame, no solamente los piés, sino manos y cabeza. De donde aprenderé á rendirme á Dios y á mis superiores, siquiera por temor de que Dios no me aparte de sí, aunque este temor no es servil y de esclavos, sino temor

[1] Psal. 50. 4.

Digitized by Google

filial y de muy justos, porque es rendirse á Dios, por no carecer de Dios. Y á esta causa Cristo nuestro Señor no dijo á Pedro: Si no te lavare, echarte he en los infiernos, sino no tendrás parte conmigo, como quien deseaba ser obedecido, por temor casto y no por temor de esclavo.

2. A este dicho de Pedro, respondió Cristo nuestro Señor, diciendo: *El que está lavado, no tiene necesidad sino de lavar los piés, porque todo está limpio: vosotros estais limpios, aunque no todos, porque sabia quien era el que le habia de entregar.* En las cuales palabras pretendió enseñarnos, que quien está lavado por el bautismo, y penitencia de las culpas mortales, aunque está todo limpio, por cuanto tiene la limpieza necesaria para estar en gracia y amistad de Dios, pero tiene todavía necesidad de lavarse los piés de los afectos terrenos y de las culpas ligeras, que se le pegan tratando en las cosas de tierra; y esto tambien es necesario para tener parte con Cristo en este sentido, que no entrarémos en el cielo, hasta habernos lavado de estas culpas, de las cuales tambien nos ha de lavar el mismo Cristo. De donde sacaré, cuan grave mal es un pecado venial, como pondera san Bernardo [1], y cuanto debe ser aborrecido, por dos títulos. El primero, porque no se perdona, sino es á costa de la sangre de Jesucristo, en cuya virtud somos lavados de estas manchas. El segundo, porque no es posible tener parte con Cristo en el cielo, hasta lavarnos de él, ó en esta vida ó en la otra con el fuego del purgatorio. Y pues el lavatorio del purgatorio es terribilísimo; como se dijo en la meditacion última de la primera parte, gran cordura será ya que cada dia me mancho con culpas veniales, lavarme á menudo de ellas con los suaves lavatorios que Cristo ha dejado en su Iglesia.

4. Finalmente ponderaré, la causa porque dijo el

[1] D. Bern. serm. in cœna Domini.

Digitized by Google

Señor: Vosotros estais limpios, aunque no todos, queriendo con esto secretamente avisar á Judas, que estaba sucio y que tenia necesidad de ser lavado, so pena de que nunca tendria parte con él; y de camino avisarme, que mire con diligencia si estoy limpio de culpas graves; porque entre muchos limpios, hay algunos que no lo están, y quizá seré yo uno de ellos: y aunque no sea mas que uno, no se puede encubrir á Cristo, el cual vé y conoce muy bien quién está limpio y quién sucio.

Punto quinto. — Lo quinto, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, prosiguiendo su ejercicio de humildad y caridad, quiso ejercitarle con Judas, y llegando con su vacía adonde estaba, puesto á sus piés, se los lavó, y limpió con su lienzo como á los demás, y aun con algunas muestras de mayor caricia y amor para enternecerle. Y es de creer que le hablaria al corazon, diciéndole: O Judas, discípulo, y apóstol mio, qué te he hecho, porqué así me aborreces, y tratas de venderme? Si tienes alguna queja contra mí, aquí me tienes á tus piés, haz de mí lo que quisieres, con tal que no me ofendas, ni te pierdas? Quien te lava los piés del cuerpo, desea lavarte las manchas del alma: no te reuses ser lavado, porque de otra manera nunca tendrás parte conmigo [1]: y si no tienes parte conmigo, tu parte será con los hipócritas y fingidos en aquel miserable lago, donde todo será crujir de dientes, y perpétuo llanto. Puédese creer que derramaria lágrimas de sus ojos, por la dureza y miseria de aquel alma, y las mezclaria con el agua de la vacía, lavándole tambien con ellas: pero nada aprovechó, porque tenia el corazon obstinado, y poseido de Satanás. Pero este ejemplo ha de aprovechar para que aprenda yo á amar á mis enemigos, haciéndoles todo el bien que pudiere, para reducirlos á la verdadera amistad con Dios, y conmigo, por amor de Dios.

[1] Matt. 24. 51.

Digitized by Google

Y de la dureza de Judas tengo de sacar aviso para escarmentar en cabeza agena, acordándome de lo que dice el Sabio [1]: Que el pecador, cuando viene al profundo de los males todo lo desprecia; y que ninguno basta para corregir al que Dios ha despreciado, porque él quiso despreciar á Dios. O alma mia, contempla con atencion los dos retratos que tienen delante de tí, uno de la mayor caridad, y otro de la mayor dureza, que jamás hubo en el mundo. Adónde pudo mas subir la caridad, que á bajarse el mismo Dios á lavar los piés del traidor, que trataba de venderle? Y adónde pudo llegar mas la dureza del traidor, que no ablandarse con la inmensa caridad del que estaba postrado á sus piés [2]? O Dios de mi alma, trueca mi corazon de piedra en carne, para que sienta tus divinos toques, y abrace tus amorosos ejemplos. Amen.

Punto sexto.—Acabado el lavatorio, Cristo nuestro Señor se desciñó el lienzo, considerando en él las manchas de los pecados agenos, que habian de ser causa que su humanidad quedase teñida con su propia sangre, derramada para librarnos de ellos; y tomando sus vestiduras, tornó á sentarse á la mesa, y dijo á sus apóstoles: *Sabeis lo que he hecho con vosotros? Llamáisme Señor, y maestro, y decís bien porque lo soy. Pues si yo, siendo vuestro Señor y maestro os he lavado los piés, cuánto mas vosotros debeis lavar los piés unos á otros? Porque yo os he dado ejemplo para que vosotros hagais lo qué yo he hecho. Si sabeis estas cosas, seréis bienaventurados si las hiciéreis. No digo esto de todos vosotros, porque yo sé los que he escogido.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, aquella pregunta de Cristo nuestro Señor: Sabeis lo que he hecho con vosotros? Esto es, el misterio que está encerrado en ello, y el fin para que lo hice? En lo cual nos dá á entender, que no todos los que ven sus obras, entienden

[1] Prov. 18. 3. Eccles. 7. 14. [2] Ezech. 36. 26.

Digitized by Google

el secreto, y el espíritu de ellas. O Maestro celestial, esclareced mis ojos con vuestra soberana luz, para que con viva fe, crea, entienda, y penetre las cosas que habeis hecho con nosotros, para que de todas me aproveche para gloria vuestra. Amen.

2. Lo segundo ponderaré, la fuerza de aquella razon que dice Cristo: Si yo, siendo vuestro Señor y maestro, os he lavado los piés, cuánta mayor razon es, que os laveis los piés unos á otros; esto es, que ejerciteis unos con otros obras de humildad y caridad; pues toda mi vida he gastado en daros ejemplo de estas virtudes, para que á imitacion mia os ejerciteis en ellas.

3. Ultimamente ponderaré aquella postrera palabra: Si esto sabeis, seréis bienaventurados si lo hiciereis. En que claramente enseña, que no basta saber los ejemplos de virtud que nos dió, sino los ponemos por obra; y que no es bienaventurado ni escogido para el cielo el que los sabe por saberlos, sino por imitarlos; pues Judas que estaba allí presente, los sabia, y no los imitaba, y por esto era de los réprobos. O bienaventuranza mia, pues me has hecho merced de que sepa lo que por mí hiciste, ten por bien que ejecute todo lo que me mandaste. Confieso que no hago lo que sé, ni obro lo que entiendo, por lo cual merezco ser castigado con grandes castigos; como el siervo que sabe la voluntad de su señor, y no la cumple [1]. Perdona, Señor, mis yerros pasados, y aliéntame á la enmienda de ellos, para que seá del número de tus escogidos, y llegue á ser bienaventurado, gozando de tí para siempre. Amen.

MEDITACIONES

DE LA INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Acabado el lavatorio de los piés de los apóstoles, y concluido el razonamiento, que Cristo nuestro Señor tu-

[1] Lucas 12. 47.

Digitized by Google

vo con ellos, para declarar el misterio que en él estaba encerrado, quiso dárles otras mayores muestras del amor que les tenia, y otras mas regaladas señales de que los amaba hasta el fin: no solo hasta el fin de su vida, sino hasta el fin del mundo: y para esto quiso instituir un exelentísimo Sacramento, en el cual se quedase con ellos real y verdaderamente, mientras durase el mundo, haciéndoles un solemne y continuo convite, con darles á comer su propio cuerpo, y á beber su propia sangre[1], con un modo maravilloso, suave y muy regalado, como se verá por las meditaciones siguientes.

MEDITACION IX.

DE LO QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTES DE INSTITUIR EL SANTÍSIMO SACRAMENTO, PARA REPRESENTAR LA DISPOSICION QUE HAN DE TENER LOS QUE LE HAN DE RECIBIR.

PUNTO PRIMERO.—Lo primero consideraré, las causas porque precedió el lavatorio de los piés á la institucion de este soberano Sacramento.

1. La primera fué, para enseñarnos la grande pureza y limpieza que han de tener los que le han de recibir, y participar de este convite, procurando no contentarse con estar limpios de los pecados graves, sino en cuanto pudieren de los ligeros, lavando sus piés del polvo que se les pega con las aficiones terrenas; porque siendo Cristo la misma limpieza, razon es recibirle con la mayor limpieza que nos fuere posible, lavándonos con el sacramento de la confesion, y con agua de lágrimas, suplicando á este Señor que él nos lave y purifique, para dignamente recibirle. Tengo de imaginar, que Cristo nuestro Señor me dice, lo que dijo á san Pedro: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo en este convite, porque no recibirás la parte de los frutos y gozos que reciben los que asisten lavados y puros. O Dios de

[1] Matt. 28. 20.

Digitized by Google

mi alma, si esto es así, lavadme cabeza, manos y piés, lavad mis pensamientos, obras y afectos, para que lavado, puro y limpio, asista en este convite, y participe de su fruto. Amen.

2. La segunda causa fué, porque era costumbre, cuando uno convidaba á otro, lavarle los piés, en señal de humildad y caridad: y por esto se quejó Cristo de Simon[1], que cuando entró Cristo en su casa á comer, no le dió agua para sus piés: y debajo de esta loable costumbre, quiso significar Cristo nuestro Señor, que los que han de asistir á este convite, á imitacion suya, se han de ejercitar en grandes afectos de humildad y caridad, que son las dos mejores disposiciones que pueden llevar, humillándose delante de Dios y de los hombres, y amando entrañablemente á Dios, y á todos los hombres por Dios, cumpliendo con ellos las obras de piedad con reverencia y caridad. Por tanto, alma mia, si quieres gozar del convite de Cristo, aprende primero la leccion que te leyó, cuando dijo: Sabeis el ejemplo que os he dado? Sigue, pues, su ejemplo, para que te entre en provecho su Sacramento.

Punto segundo.—Lo segundo, consideraré las causas porque procedió la cena del cordero pascual[2] á la cena misteriosa en que se instituyó y comió este divino Sacramento, que fueron dos principales, en que la figura y lo figurado se podian conformar.

1. La primera, para que entendiésemos, que así como aquel cordero se sacrificaba, en agradecimiento de la merced que Dios hacia á su pueblo en sacarle del cautiverio de Faraon, y con su sangre se señalaban las puertas de las casas de los hebreos, para que el ángel de Dios, que mataba todos los primogénitos de Egipto, no tocase en ellas, y con su carne se confortaban los que habian de hacer aquella jornada para comenzarla, y proseguirla con esfuerzo; así tambien este Cordero de-

[1] Lucæ 7. 44. [2] Exod. 12. 11.

Digitized by Google

Dios [1], cuya carne y sangre está en este santísimo Sacramento, se sacrifica en la misa, en memoria y agradecimiento de la merced soberana que nos hizo el mismo Cristo en sacarnos del cautiverio del demonio, por medio de su pasion y muerte; y con su sangre, y en virtud suya somos preservados de la culpa y de la muerte eterna; y con su carne preciosa somos sustentados y confortados, para salir de esta servidumbre de Egipto, y comenzar con fervor la jornada de la virtud, y proseguirla hasta la vida eterna. O Cordero de Dios [2], muerto desde el principio del mundo, no en tu santa humanidad, sino en las figuras de ella, comenzando desde el principio del mundo á comunicar las gracias y dones que con tu muerte habias de merecer, qué te daré por los innumerables bienes que con tu preciosa muerte me has ganado? No tengo, Señor, cosa mas preciosa que darte [3], que es ofrecer este sacrificio de ti mismo, y recibir el cáliz de mi salud, con alabanzas de tu santo nombre. Líbrame ó purísimo Cordero, de la esclavonía del demonio! No muera en la casa de mi alma su primogénito, que es su libre albedrío, y confórtame para que camine por el desierto de esta vida, hasta llegar al descanso de la gloria. Amen.

2. La segunda causa fué, para enseñarnos en la comida del cordero legal, las disposiciones con que habiamos de comer este divino Cordero, figurado por él. Porque primeramente se ha de comer ceñidos los cuerpos con la santidad, mortificando todos los deleites sensuales de la carne, porque es cordero castísimo y amicísimo de esta pureza virginal. Lo segundo, calzados los piés con la guarda del corazon, y de todos nuestros afectos, para que no se enloden, ni lastimen con las cosas de la tierra. Lo tercero, teniendo báculos en las manos, con la confianza en la cruz de Cristo nuestro Señor, y en su proteccion y gobierno, haciendo obras agradables á sus

[1] D. Thom. 3. p. q. 83. art. 1. [2] Apoc. 13. 8. [3] Psal. 115. 12.

Digitized by Google

ojos. Lo cuarto, comiéndole aprisa con apresuracion de fervor espiritual, sacudiendo toda pereza y flojedad, comiendo este cordero, no con acedia, tedio ni fastidio, sino con hambre y deseo grande de comerle. Lo quinto, comiéndole con pan sin levadura, y con lechugas amargas; esto es, con pureza de alma, sin corrupcion de culpa, y con ejercicio de mortificacion amarga á la carne. Finalmente, comiéndole, no crudo ni cocido en agua, sino asado en fuego, porque no tengo de comerle, sin consideracion de lo que es este manjar, ni con sola consideracion fria y helada, sino con tal meditacion, que encienda el fuego del amor en el corazon.

Ponderadas estas seis cosas, haré reflexion sobre mí mismo para confundirme de la ruin disposicion con que como este celestial Cordero, y para alentarme á procurarle con grandes veras, diciendo aquello del Apóstol [1]: Pues Cristo, nuestro Cordero pascual, ha sido sacrificado por nosotros, comámosle en este convite, no con levadura de malicia y fingimiento, sino con sinceridad y verdad.

Punto tercero.—El tercer punto será, refrescar la memoria de aquellas palabras amorosas, que referimos haber dicho Cristo nuestro Señor á sus apóstoles al principio de la cena, y quizá las dijo al principio de esta cena sacramental [2]: *Con gran deseo he deseado comer con vosotros este cordero pascual, antes que padezca. Dígoos de verdad, que no le comeré mas, hasta que se cumpla, y venga el reino de Dios*. En las cuales palabras se nos avisa dos cosas para disponernos admirablemente á recibir este Sacramento.

1. La primera, que le debemos comer con gran deseo, y muy vehemente, así como él deseó comerle vehementísimamente con los suyos; porque Cordero tan precioso se ha de comer con grandísima hambre y deseo, nacido de la consideracion de nuestra necesidad, y de

[1] Cor 5. 7. [2] Lucæ 22. 15.

Digitized by Google

su excelencia y dignidad; porque ni la necesidad puede ser mayor que la mia, ni la excelencia del manjar mayor que la suya y así no ha de haber hambre mayor que esta.

2. La segunda es, que hemos de comer este Cordero cada vez, como si fuese la postrera, y como quien no le ha de comer mas hasta el cielo; pues por esto se llama Viático para pasar á la otra vida: y si con este afecto comulgo, será la comunion devota y provechosa acordándome de lo que dice el Sabio [1]: *Cuanto te sentares á comer á la mesa con el Príncipe, diligentemente considera lo que se te pone delante, y entra un cuchillo por tu garganta.* Esto es, como este manjar que te dá el Príncipe del cielo, como quien tiene el cuchillo á la garganta, y está cerca de espirar; y cómete, habiendo primero mortificado los afectos desordenados de la carne, como los mortificarias si entendieses que esta comida hábia de ser la postrera. O Rey del cielo, pues quieres que me siente contigo á esta soberana mesa, dame valor para degollar todas las aficiones que me hacen indigno de ella, aparejándome para este convite, como quien está de paso para ir luego al eterno, donde goce de tí por todos los siglos. Amen.

MEDITACION X.

DEL TIEMPO, LUGAR Y COMPAÑÍA QUE ESCOGIÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR PARA INSTITUIR ESTE SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Punto primero.—Lo primero consideraré las causas porque Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento la noche de su pasion y víspera de su muerte, pudiendo dilatar la institucion para despues de su resurreccion.

1. La primera causa fué, para descubrir la grandeza del amor que nos tenia; pues cuando los hombres trataban de quitarle la vida con terribles tormentos y deshonras, él estaba instituyendo un convite celestial

[1] Prov. 23. 1.

Digitized by Google

para darles la vida con admirables regalos y favores, del cual habian de gozar muchos de aquellos que actualmente trataban de darle la muerte; con lo cual juntamente nos enseñaba, que con las injurias y persecuciones de los malos, no fueron parte para entibiar su caridad, ni para que dejase de regalar con este banquete á los escogidos; asi ningunos trabajos, desprecios, ó tormentos han de ser parte para que los escogidos dejen de servirle, y de participar de este soberano convite, y coger su copioso fruto. Por donde echaré de vér con cuanta razon dijo san Pablo [1]: Quién nos apartará de la caridad de Cristo, así de la caridad que él nos tiene, como de la que nosotros con su ayuda le tenemos? Por ventura podrán hacer divorcio, y apartamiento entre estas caridades y amistades, la tribulacion ó la angustia? La persecucion ó el cuchillo? Cierto estoy, que ni la vida, ni la muerte, ni criatura alguna nos podrá apartar de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesus. O dulce Jesus, cierto estoy que ningunas persecuciones amortiguarán tu caridad, pues en medio de ellas nos diste por prendas de perpétuo amor tu cuerpo en manjar, y tu sangre en bebida; por lo cual te suplico me concedas otra caridad tan encendida, que ninguna persecucion baste para entibiarla.

2. La segunda causa fué, para descubrir el entrañable deseo que tenia de estar siempre con nosotros [2], no solo en cuanto Dios, sino en cuanto hombre; y así cuando se habia de apartar de nosotros, segun la presencia corporal, visible, y ordinaria de su humanidad, trazó quedarse con otro modo de presencia, tambien ordinaria, y perpétua hasta la fin del mundo, debajo de las especies de este Sacramento. Y aunque bastara instituirle poco antes de su ascension y subida á los cielos, no quiso sino antes de la pasion, por dejar entendido en su vida mortal este modo de quedarse con los hom-

[1] Rom. 8. 35. [2] D. Thom. 3. p. q. 83. art. 5.

Digitized by Google

bres mortales, por cuyo amor le instituia, y para que se viese su infinita caridad; pues cuando los hombres querian echarle del mundo por envidia y rencor, él trataba de quedarse con ellos en el mundo por otro modo, con grande piedad y amor. O Amado de mi corazon, si tanto deseas estar siempre conmigo, yo deseo estar siempre contigo, mirándote presente en todo lugar en cuanto Dios, y en este santísimo Sacramento en cuanto hombre. O quién pudiera asistir siempre en la iglesia cuando se celebra este divino misterio, y á donde está este divino Sacramento, para gozar de su presencia; mas ya que no puedo lo que deseo, haré lo que puedo procurando estar allí las veces que pudiere con alma y cuerpo, y siempre con el corazon y afecto.

3. La tercera causa fué, para que nunca faltase en el mundo un memorial de su pasion sacratísima [1], y algun sacrificio ordenado para aplacar y glorificar á Dios; y como en aquella cena y con su pasion cesaba ya el memorial del cordero y los sacrificios de la ley vieja, quiso entonces instituir este divino Sacramento y sacrificio, para que fuese memorial y representacion de su pasion, por el cual se nos aplicase el fruto de ella: y aunque bastara instituirle despues de su resurreccion, no quiso sino antes; porque el amor vehemente gusta mas de anteponer el bien que ha de hacer por su amado, y por obligarnos con esto á que tuviésemos mas tierna memoria suya; porque lo que los padres encomiendan á sus hijos, cuando están cercanos á la muerte, suele quedar mas impreso en sus memorias. O Padre amantísimo, pues en tal hora me dejaste memorial tan amoroso de tu pasion y muerte [2], con gran memoria me acordaré de tí hasta que la vida se me acabe: si me olvidara de tí, olvidada sea mi mano derecha, y mi lengua se pegue al paladar, si de tí no me acordare.

[1] Lucæ 22. 19. [2] Thren. 3. 20. Psal. 136. 5.

Digitized by Google

PUNTO SEGUNDO. — Lo segundo consideraré, el lugar que Cristo nuestro Señor escogió para instituir este Sacramento[1], y el misterio que en él está encerrado, porque escogió un cenáculo grande y bien aderezado, ofrecido con muy buena voluntad, por un hombre cuyo nombre no se declara; y Cristo nuestro Señor le aceptó y apropió para sus obras misteriosas, porque en este cenáculo se recogieron los apóstoles con la Vírgen despues de la pasion[2]; allí se les apareció Cristo despues de su resurreccion; allí se recogieron en oracion á esperar la venida del Espíritu santo; y allí vino sobre ellos con lenguas de fuego; y de allí salieron á predicar la ley evangélica. Y aunque este cenáculo principalmente es figura de la Iglesia católica[3], en la cual sola, y no fuera de ella se puede comer este cordero, y recibir las gracias y dones que de el proceden, tambien lo es del alma donde Cristo nuestro Señor entra y reside por medio de este divino Sacramento; la cual ha de ser grande y muy capaz, por los dones celestiales: ancha, por la latitud de la caridad y amor de Dios y del prójimo: larga, por la longanimidad de la esperanza; y aderezada con todo género de virtudes, que son la tapicería de la casa en que Diós mora; porque como está el cielo adornado con estrellas, así ha de estar el alma adornada con virtudes. O Dios eterno, pues te dignas venir á esta pobre alma, mira que de su cosecha es morada pequeña, estrecha, corta y sin adorno alguno; engrandécela con tus dones, y ensánchala con tu caridad, dilátala con tu confianza, adórnala con tus virtudes, inclina esos cielos estrellados[4], y estampa en mí una viva figura de ellos, para que sea digna morada tuya. Amen.

El misterio de los dos discípulos que vinieron á negociar este cenáculo, hace tambien á este propósito, como se declaró en la meditacion 7ª.

[1] Marc. 14. 15. Luc. 22. 12. [2] Act. 1. 13. [3] Exod. 12. 46. [4] Psal. 143. 5.

Digitized by Google

2. Lo segundo ponderaré, como Cristo nuestro Señor estima en mucho una voluntad buena y pronta de recibirle, sin hacer caso de las grandezas ni excelencias del mundo, y por esto no quiso que se declarase el nombre de este hombre, que le dió su cenáculo, para significar que no repara ni hace caso que sea rico ó pobre, noble ó plebeyo, letrado ó idiota, el que le ha de recibir en su alma, sino solamente de que le ofrezca lo que tiene, con una voluntad buena y devota, inspirada por Dios, consintiendo el hombre.

Finalmente, cuando entra en el alma que dignamente le recibe, se la apropia y toma por suya, y la hace su casa de oracion, y la descubre sus misterios, y comunica los dones del Espíritu santo, y la hace salir á publicar sus grandezas, para que ayude á sus prójimos. O dichoso el que acierta á ser cenáculo de Cristo en quien se agrade, y á donde resida y obre sus misterios! Venid, Señor, á este cenáculo de mi corazon, y tomadle por vuestro, que de hoy mas no quiero que sea mio.

Punto tercero. — Lo tercero consideraré, la compañía de personas que escogió Cristo nuestro Señor para instituir en su presencia este santo Sacramento, y darles parte de él, que fueron sus apóstoles, entre los cuales lo mas cierto es, como dice santo Tomás [1], que estuvo Judas, que aun no era salido del cenáculo, ponderando cuan diferentemente estaban allí los once apóstoles y este traidor: porque los once estaban presentes con el cuerpo y con el espíritu, con atencion y reverencia, mirando y entendiendo lo que Cristo nuestro Señor hacia, y recibiendo aquella comida con grandísima devocion, y haciendo diferencia de ella á las otras; pero Judas estaba allí presente con solo el cuerpo, porque con el espíritu estaba en sus malvadas pretensiones; y así, ni atendia ni entendia lo que Cristo estaba haciendo: y recibió aquel Pan de vida, sin hacer dife-

[1] D. Thom. 3. p. q. 81. art. 2

Digitized by Google

rencia de él al pan ordinario, y así no le entró en provecho; antes se le convirtió en daño, y de allí salió para vender á su Maestro, y paró en muerte desastrada, cumpliéndose en él lo que dijo san Pablo [1], que quien comulga indignamente, es culpado contra el cuerpo y sangre del Señor, como si otra vez le entregara á sus enemigos. Por lo cual muchos caen enfermos, y se debilitan y aun mueren desastradamente; y así por no hacer tal injuria á cuerpo tan venerable, he de procurar asistir á este convite como los apóstoles, con cuerpo y con espíritu, con atencion, reverencia y devocion, reparando en lo que Cristo nuestro Señor hace por mí, y en lo que voy á hacer cuando le recibo, apartando el corazon, no solamente de las cosas malas, sino de otros negocios diversos, atendiendo, como dice el Sabio [2], con diligencia á mirar lo que me ponen delante.

MEDITACION XI.

DE LA MARAVILLOSA CONVERSION QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO DEL PAN EN SU CUERPO, Y DEL MODO COMO ÉL Y LOS APÓSTOLES COMULGARON.

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar, como estando Cristo nuestro Señor sentado en la mesa, tomó en sus benditas manos un pan de los que allí estaban, y diciendo estas palabras [3]: *Este es mi cuerpo*, en virtud de ellas mudó la sustancia del pan en su santísimo cuerpo. De suerte, que lo que al principio de las palabras era verdadero pan, en el instante que las acabó, se convirtió en su verdadero cuerpo, cubierto con los accidentes exteriores del pan.

Sobre esta verdad de nuestra fe, tengo de ponderar las infinitas grandezas que Cristo nuestro Señor descubrió en esta obra, en especial su infinita sabiduría, omnipotencia, bondad y caridad.

[1] 1. Cor. 11. 27. [2] Prov. 23. 1. [3] Matt. 26. 26. Marc. 14. 22. Luc. 22. 19. 1. Cor. 11. 24.

Digitized by Google

1. La sabiduría descubrió en inventar un modo tan inefable de comunicarse á los hombres, y darles sustento de vida, el cual modo solo Dios con su saber infinito pudo alcanzar; y así como la sabiduría de Dios resplandeció en la encarnacion, hallando modo como juntar cosas tan extremas, como son Dios y hombre, en unidad de persona para nuestro remedio, así en este misterio de la Eucaristía resplandece en haber hallado modo como juntar á Dios hecho hombre, con especies y accidentes de pan y vino, en un Sacramento para nuestro sustento. De donde sacaré afectos de admiracion, gozo y alabanza, gozándome de tener un Dios tan sabio, y alabándole por estas invenciones de su sabiduría, y rindiendo mi juicio con actos de fe á lo que inventó con ella: pues no es mucho que el infinitamente sabio sepa hacer lo que yo no alcanzo á entender. O sapientísimo Jesus [1], en quien están depositados los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios, dame alguna parte de ellos, para que sepa conocer y estimar esta merced, y darte las gracias debidas por ella.

2. Lo segundo, resplandece aquí la omnipotencia de Cristo nuestro Señor, en que con una sola palabra, en un momento hace innumerables milagros, así en el pan, como en su mismo cuerpo, para amasarlos, y juntarlos para nuestro sustento; porque en un instante muda y convierte la sustancia del pan en su cuerpo, quedándose solos los accidentes del pan para encubrirle; y le dispone de tal manera, que todo él está debajo de una cantidad muy pequeña de una hostia: de modo, que todo está en toda y en cada parte de ella, sin que se divida el cuerpo, aunque se divida la hostia. Todo lo cual tengo de creer con viva fe, pues basta ser Dios omnipotente, para creer que lo pudo hacer y que lo hizo, pues lo dijo. O grandeza de la omnipotencia de Cristo! qué es esto que haceis, omnipotentísimo Salva-

[1] Colos. 2. 3.

Digitized by Google

dor? Para sustentar á un vil gusanillo, trastornais el órden de la naturaleza, guisando con nuevo modo la disposicion de vuestro cuerpo, para acomodarle á la pequeñez de vuestro esclavo? Bendita sea vuestra omnipotencia, por la cual os suplico me troqueis en otro varon, para que goce el fruto de ella.

3. Lo tercero, se descubre aquí la infinita bondad y caridad de Cristo nuestro Señor con las mayores muestras que pudo dar de ella para nuestro sustento. Porque así como el Padre eterno mostró su bondad y caridad en dar al mundo para su remedio la cosa mas preciosa que tenia, que era su Hijo, y con él nos dió todas las cosas para que fuese copiosa nuestra redencion [1]; así el Hijo de Dios mostró su bondad y caridad en darnos para nuestro sustento la cosa mas preciosa que tenia, que era á sí mismo y su precioso cuerpo, con todo cuanto dentro de él estaba; como si un rey tuviese un cofre muy rico, lleno de grandes tesoros de oro y plata, perlas y joyas de inestimable valor, y dijese á uno: Toma este cofre para tí, dándole el cofre, le dá cuanto está dentro de él; así nuestro soberano Rey, dándonos su cuerpo y carne santísima, nos dá tambien su sangre, su alma, su divinidad, y los tesoros de sus merecimientos y satisfacciones, para que gocemos de ellas, queriendo estar siempre con nosotros, y ser nuestro compañero, nuestro convite, y regalador perpétuo. O Amado mio, con qué podré responder á tanta bondad y caridad como mostrais en este Sacramento? Vos me dais lo mejor que teneis, yo os quiero dar lo mejor que tengo: Vos me dais á Vos mismo, y á todas vuestras cosas, veis aquí os ofrezco á mí mismo, y á todas mis cosas, mi cuerpo y mi alma, mi sangre y mi vida, y cuanto puedo tener ofrezco á vuestro servicio. Ayudadme para que cumpla lo que deseo, en agradecimiento de lo mucho que por esta merced os debo.

[1] Jo. 3. 16. Rom. 8. 32.

Digitized by Google

4. Finalmente, aquí resplandece el celo ferventísimo que tuvo Cristo nuestro Señor de nuestra salvacion, inventando tal medio para aplicarnos él mismo los frutos de su pasion; de suerte, que puede ya decir: *Zelus domus tuæ comedit me.* El celo de tu casa me comió; no solamente me comió y consumió la honra, hacienda y vida, sino me hizo comedero; y que me dejase comer por dar salud y vida á los que moran en mi casa. O dulce Jesus, gracias te doy por este celo tan encendido que tienes de la casa de tu Padre, que es tu Iglesia: y pues tambien mi alma es casa tuya, por la cual te haces manjar para mi sustento, concédeme tan ferviente celo de tu gloria, que me deje comer y deshacer en razon de volver por ella.

Punto segundo.—Lo segundo consideraré las grandezas misteriosas que se encierran en las palabras que Cristo nuestro Señor dijo consagrando el pan. San Lucas refiere que dijo[1]: *Este es mi cuerpo, que se dá por vosotros.* Y san Pablo dice[2]: *Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros.*

1. Lo primero, se ha de ponderar, que no dijo: Este es figura ó representacion de mi cuerpo, sino es mi cuerpo real y verdadero, para declarar la presencia de su real cuerpo santísimo, y dar muestras excelentísimas de su misericordia y providencia paternal; porque en realidad de verdad, para lo que es santificarnos y sustentarnos espiritualmente, bastara que este Sacramento fuera puro pan, en cuanto representaba á Cristo, así como agua pura en el bautismo nos lava y santifica; pero la infinita caridad de Cristo no se contentó con esto, sino quiso él mismo por su propio cuerpo, y por su propia persona, estar en este Sacramento y santificarnos, para manifestacion del amor que nos tenia, y del cuidado con que tomaba nuestro regalo y sustento; porque lo que uno hace por sí mismo, hácelo con

[1] Luc. 22. 19. [2] 1. Cor. 11. 24.

Digitized by Google

mayor amor, con mas compasion, y con mas diligencia y providencia; como la madre que estima y ama mucho á su hijo, y por estó no consiente que otra ama le crie, ni quiere que sea sustentado con leche agena, sino ella misma le cria con leche de sus pechos, y se los dá muy tierna y amorosamente, con muy gran cuidado y compasion de su necesidad [1]. O Padre amantísimo! O Madre y ama nuestra piadosísima, cómo nó me deshago en servirte con amor, haciendo por tí, lo que tú haces por mí? No me quiero contentar de hoy mas con hacer lo que tú me mandas para cumplir tus preceptos, sino hacerlo de tal modo, que cumpla perfectísimamente tus consejos.

2. Lo segundo, se ha de ponderar, que no dijo: Esto es parte de mi cuerpo, ó de mi carne; sino esto es mi cuerpo todo entero y perfecto: porque aunque cualquier partecita de su carne bastara para santificarnos, quiso poner allí su cuerpo entero, su cabeza, ojos, oidos, boca, lengua, pecho, corazon, manos y piés, para significar, que con sus miembros sacratísimos, quería santificar todos los miembros del que le recibe, y sanar á todo el hombre entero. Con sus ojos quiere santificar los mios, con su corazon el mio, y con sus manos las mias, á la manera que el profeta Eliseo para resucitar al niño difunto [2], se encogió y juntó sus ojos, boca y manos con las del niño, y de este modo le dió vida. Y así cuando le recibo, tengo de hablar con él, discurriendo por sus miembros benditísimos, y decirle: O dulce Jesus, pues os habeis encogido tanto en este Sacramento por dar vida á mi alma con vuestros ojos y oidos, santificad los mios, para que solamente vean y oigan lo que os agrada; con vuestra lengua purificad la mia, para que no hable palabra que os ofenda; con vuestros piés y manos fortaleced los mios, para que no falten en hacer lo que os dá gusto. O Amado mio, abrid

[1] Osseæ 11. 3. [2] 4. Reg. 4. 34.

Digitized by Google

esos vuestros ojos de misericordia, miradme con ellos, y alumbrad los mios, para que os conozcan y crean con viva fe. Abrid esos oidos, y oid mis oraciones y gemidos, haciendo que los mios se abran para oir vuestra palabra, y obedecer á vuestra santa ley. Abrid esa boca y lengua benditísima, y decidme algo al corazon, con que mi boca se abra para bendeciros, y mi lengua nunca cese de alabaros. Abrid, Dios mio, vuestro pecho y dilatad vuestro corazon, metedme dentro de él, para que todo me encienda y abrase, con el fuego de vuestro amor. Extended vuestras manos, y tocadme con ellas para santificar las mias en las obras que hicieren: por los pasos que dieron vuestros piés santísimos, os suplico que endereceis los mios, para que sean conformes á los vuestros, y todo mi cuerpo sea un vivo retrato de la santidad que tuvo el vuestro.

3. Lo tercero, se ha de ponderar aquella palabra última: Este es mi cuerpo, que se dá, ó se entregará por vosotros; en lo cual se nos dá á entender, que allí está el cuerpo que habia de ser vendido y entregado á la muerte por nosotros, y que él mismo se entregaba para ser comido, y uno y otro procede de un mismo amor para con nosotros, y así tengo de considerar en este cuerpo santísimo las cinco llagas que recibió en la pasion, que son señales de su muerte y de nuestra vida, y por ellas pedirle que me vivifique y santifique y me entre dentro de ellos, diciéndole: O Cuerpo santísimo de mi Salvador, que fuiste en la cruz traspasado con clavos y lanza, recibiendo cinco llagas muy crueles, y ahora estás en el cielo y en este Sacramento con las mismas muy resplandecientes, yo te adoro, alabo y glorifico, y te suplico por esas llagas, que cures las mias, y conviertas en hermosura y resplandor con tu gracia, la fealdad é ignominia en que yo caí por mi culpa.

Punto tercero.—Lo tercero consideraré, como Cristo nuestro Señor comulgó á todos los apóstoles, ponde-

Digitized by Google

rando la reverencia y devocion altísima con que los apóstoles tomaron aquel benditísimo Pan, y le comieron, porque en aquel instante hizo Dios otro milagro de su omnipotencia en los entendimientos y corazones de aquellos rudos pescadores y discípulos imperfectos, ilustrándolos con una lumbre extraordinaria, para que con viva fe certísimamente creyesen, que lo que estaba debajo de aquella cubierta de pan, era el mismo cuerpo de su Maestro; y así con la reverencia y amor que le tenian, y con la grande admiracion del nuevo milagro, le recibieron, por una parte temblando de respeto, y por otra, gozándose con amor, por meterle dentro de sus entrañas. O apóstoles sagrados, suplicad á vuestro Maestro y mio, me dé el santo temor y amor con que comulgásteis, para que le reciba con el provecho que vosotros le recibísteis.

2. Lo segundo ponderaré, la grande dulzura y afectos maravillosos que sintieron los apóstoles en aquella primera comunion; los cuales sin duda fueron tan excelentes, que por ellos conocieron la excelencia y dignidad infinita de aquel divino manjar, probando por experiencia la diferencia del sabor y gusto de aquel divino Pan, al que poco antes habian comido. Solo el desventurado Judas no halló sabor en esta comida, porque comia sin fe, sin atencion, ni reverencia alguna. Para sentir mas esto, puedo piamente discurrir por los once apóstoles, ponderando el modo como comulgaban. San Pedro avivaria allí la fe, diciendo á lo que estaba encerrado en aquel pan [1]: Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo. Y Cristo nuestro Señor le pudo responder: Bienaventurado eres Simon, hijo de Juan, porque no te lo ha revelado carne y sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y cuando Cristo nuestro Señor le diese el Pan consagrado, con esta viva fe llena de reverencia, diria dentro de sí [2]: Apártate de mí, Señor, porque

[1] Matt. 16. 16. [2] Luc. 5. 8.

Digitized by Google

soy gran pecador; pero por obedecer le tomaria y comeria. En san Juan puedo considerar, como avivaria los afectos de amor, viendo que su Maestro, no solamente le pegaba consigo, sino le queria entrar en su propio pecho, y quedó tan absorto y con tanta éxtasis de este excesivo amor, que acabada esta cena mística, se reclinó sobre el pecho de Cristo, durmiendo el dulcísimo sueño de la contemplacion. O quién pudiera tener tal fe y reverencia como Pedro, y tal amor y caridad como Juan, para recibir con ellos á mi Señor! O cuán bien les pagó Cristo el trabajo que tomaron en aparejar la cena del cordero, porque como á mas queridos y fervorosos les daria mejorada la racion! Alcanzadme apóstoles gloriosos, este espíritu con que comulgásteis, para que goce tambien de la dulzura que gustásteis. A este modo puedo discurrir por los demás apóstoles, conforme á la devocion que en cada uno puedo imaginar.

Punto cuarto.—Lo cuarto consideraré, como Cristo nuestro Señor, segun dicen comunmente los santos, tomando un bocado de aquel Pan santísimo se comulgó á sí mismo, para animar á los apóstoles á que le comiesen, y para darles ejemplo de la reverencia, modestia y devocion con que habian de comerle, porque en todo quiso enseñarnos primero con el ejemplo, que con el precepto; y con la obra, primero que con la palabra: y como quiso ser bautizado, así quiso comulgarse tambien. O qué reverencia y devocion tan grande mostraria exteriormente, cuando llegaba aquel bocado á su boca, mirando la divinidad que estaba junta con la carne que allí recibia! O qué nuevos júbilos de alegría brotarian en su ánima santísima al tiempo que se comió á sí mismo, por el grande gozo que se le recreció de haber instituido tan admirable Sacramento! O dulce Jesus, quién pudiera recibiros con el amor y reverencia que Vos os recibísteis, imitándola en el mo-

Digitized by Google

do que puede ser imitada! Esta, Dios mio, os ofrezco por la que á mí me falta, y por ella os suplico me deis la mayor parte que me fuere posible, pues toda será muy debida á tan soberana Majestad.

MEDITACION XII.

DE LA CONVERSION DEL VINO EN LA SANGRE DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LOS GRANDES TESOROS QUE ESTAN ENCERRADOS EN ESTA SANGRE.

Punto primero.—Acabada la consagracion y comunion del pan, tomó Cristo nuestro Señor en sus manos un cáliz de vino, y dijo [1]: *Este es el cáliz de mi sangre del nuevo testamento, que por vosotros y por muchos será derramada en remision de los pecados.* Y en virtud de estas palabras, el vino se convirtió en su preciosa sangre.

1. En lo cual se ha de ponderar primeramente, la infinita caridad, liberalidad y omnipotencia de Cristo nuestro Señor, que resplandece en poner toda su sangre sin dejar una sola gota en el cáliz para nuestro regalo y sustento. Bastara sin duda para nuestra santificacion, que en el cáliz estuviera tanta cantidad de sangre, cuanta era la del vino, ó una sola gota de sangre; pero no quiere sino que esté allí toda la sangre de sus venas, la que entonces tenia y ahora tiene en su cabeza, corazon y brazos, y en todo su cuerpo, dándonosla toda liberalmente sin dejar nada, mostrando en esto su amor y largueza, y convidándome á mí, para que yo tambien le dé toda mi sangre, si fuere menester, para su servicio.

2. Pero mas adelante pasa su caridad y liberalidad, porque no solamente dá la sangre, sino la misma vasija preciosísima en que está. Como si un príncipe convidase á beber con un excelente vino en una taza sembrada de piedras muy preciosas, y dijese: Toma el vino, y

[1] D. Thom. 3. p. q. 78. art. 3.

Digitized by Google

tambien la taza; así Cristo nuestro Señor nos dá su preciosa sangre y tambien la copa y vaso en que está, que es sus venas, su carne y cuerpo santísimo, con su ánima y su divinidad, para que todo sea bebida y comida nuestra. O caridad inmensa! O prodigalidad santísima! Cómo no te daré yo, Señor, cuanto tengo, pues tú me das cuanto tienes con modo tan admirable?

3. Tambien tiene grande misterio aquella palabra, *mei*, mio, de la sangre mia, no agena, sino propia. En que nos significa su caridad, bien diferente de la de los reyes de la tierra, los cuales beben la sangre agena de sus vasallos, y de ella hacen liberalidades, y á costa de ella defienden sus tierras y conquistan las agenas; pero Cristo nuestro Señor, con su sangre preciosa dá beber á sus vasallos, de ella hace franquezas y liberalidades, y con ella gana tesoros y reinos para ellos. O Rey soberano, no tirano, sino padre, y padre amantísimo, que con la sangre de tus venas das la vida y sustento á tus vasallos é hijos, para que todos seamos de tu sangre real, haciéndonos [1]: *Genus electum, regale sacerdotium, gens sancta.* Linaje escogido, real sacerdocio, gente santa. O si todo el pueblo cristiano conociese su linaje y sangre, y se preciase de ella bebiendo tus santas y generosas costumbres!

Punto segundo. — Lo segundo consideraré, como Cristo nuestro Señor á este cáliz de su sangre llamó su nuevo testamento. Lo primero, para declarar la excelencia del nuevo testamento sobre el viejo, porque este estribaba en sangre de animales, en cuanto figuraban la sangre de Cristo; pero el nuevo en la misma sangre de Cristo, en la cual está fundado, establecido y confirmado. Y así tengo de ponderar, que Cristo nuestro Señor, esta noche de su pasion hizo su testamento, con muchos legados y promesas de infinito valor, porque abrazan todos los tesoros de gracia y gloria, que tiene

[1] 1. Petr. 2. 9.

Digitized by Google

Dios para repartir con los escogidos. En este testamento nos promete perdon de pecados, y por consiguiente de las penas eternas que merecemos por ellos. Prométenos tambien la gracia y adopcion de hijos de Dios; con la caridad y todas las virtudes y dones del Espíritu santo, y la herencia del cielo, que es la eterna bienaventuranza; y que oirá nuestras oraciones, y asistirá con nosotros á nuestros trabajos, y para ayudarnos en nuestras obras. De todas estas promesas y legados es esta sangre la firmeza, prendas, arras, escritura, y carta de privilegio: por la cual hemos de cobrar lo que Cristo nos ganó, y lo que nos prometió y dejó por legado en su testamento; y así el tenerle con nosotros nos ha de ser motivo de grandes afectos de amor, confianza, alegría y seguridad de nuestra salvacion. Y cuando decimos misa, ó la oimos ó comulgamos, hemos de ofrecer esta sangre al Padre eterno confiadísimamente, para alcanzar todo esto, diciéndole: O Padre eterno, la sangre de este cáliz preciosísimo te presento como escritura y señal del testamento de tu Hijo, por el cual me prometió, que me darias lo que pidiese, y pues tú eres el testamentario, cumple en mí su testamento, concediéndome lo que te pido.

3. Tambien en este testamento nos dejó Cristo nuestro Señor grandes avisos y consejos, el nuevo mandato del amor de unos con otros, la observancia de sus preceptos, y lo que pertenece á las obras de humildad, paciencia y perfeccion cristiana. Para todo esto vale la sangre que está en este cáliz; y por ella alcanzamos fuerzas para cumplirlo, procurando, como dicen, tener sangre en el ojo, y preciarnos de ser siempre valerosos en su servicio.

Punto tercero. — Lo tercero consideraré, lo que Cristo nuestro Señor dijo de su sangre á los apóstoles, que por ellos y por muchos se derramaria en remision de los pecados.

Digitized by Google

1. Lo primero, dice, será derramada por vosotros para moverlos á compasion y dolor, y tambien á grande amor y agradecimiento, como quien dice: Mirad que os doy la misma sangre que tengo de derramar con graves dolores, no por mi causa, sino por la vuestra, y por vuestro remedio: compadeceos de mí, que la derramo, y amadme, pues tambien os amo. Y como dijo aquella palabra, por vosotros, porque hablaba con muchos, pudiera decir á cada uno: Esta es la sangre que derramo por tí, y así puedo imaginar que me lo dice á mí. O amantísimo Redentor, que derramaste tu sangre por mí con tanto dolor, y me la das en este Sacramento con tanto amor, dame gracia para que me compadezca de tus dolores, y corresponda á tu amor con grandes servicios.

2. Lo segundo, dice, que será derramada por muchos, esto es, por todos los hombres del mundo, cuanto á la suficiencia, y por muchos, cuanto á la eficacia y fruto que de ella sacarán. Y en este cáliz se pone para todos aquellos por quien se derramó, y hace mencion de esto, para que conozcamos su liberalidad; pues no hay hombre en el mundo por vil que sea, por quien no haya derramado esta sangre, y á quien no convide con el fruto de ella, aunque sea esclavo y la hez de la tierra. O Salvador liberalísimo, pues una gota de vuestra sangre basta para todo el mundo, aplicad su valor á muchos, para que muchos gocen el fruto de ella. Amen.

3. Lo tercero, dice, que se derramará en remision de los pecados, sin poner tasa alguna, ni en el número, ni en la gravedad: porque no hay número tan crecido de pecados, ni pecado tan grave y abominable, que por esta sangre no se pueda perdonar; hasta los pecados de los sayones y verdugos, que con crueldad endemoniada la derramaron, pudieron ser perdonados por ella, porque por ellos se derramó: y si ellos quisieran, fácil-

Digitized by Google

mente alcanzaran perdon. O sangre preciosísima del cordero Jesus[1], en cuya virtud todos podemos lavar y blanquear nuestras estolas, limpiando nuestras almas de las manchas de nuestros pecados, lávame, blanquéame, limpiame, y hermosea mi alma, quitando de ella las fealdades de la culpa, y poniendo en ella las virtudes de la divina gracia.

4. Tambien se ha de ponderar aquella palabra, *effundetur*, será derramada, en que nos representa como saldrá de su cuerpo, no gota á gota destilándola con escasez, sino á borbollones, derramándola toda por todas las partes de su cuerpo, como se dirá en la meditacion siguiente.

El cuarto punto, puede ser del modo como Cristo nuestro Señor y sus apóstoles gustaron de este cáliz, ponderando lo mismo que dijimos del pan.

MEDITACION XIII.

DE LAS ESPECIES SACRAMENTALES DEL PAN Y VINO, Y DE LO QUE POR ELLAS SE NOS REPRESENTA.

Esta meditacion y la siguiente, pueden servir para cuando se oye misa, tomando algun punto de ellas, para ejercitar allí los actos de devocion, cerca del misterio que se representa.

Punto primero. — Lo primero, consideraré las causas porque instituyó Cristo nuestro Señor este Sacramento en dos especies diferentes de pan y vino, poniendo en la una principalmente su cuerpo, y en la otra su sangre, supuesto que verdaderamente con el cuerpo está tambien la sangre, y con la sangre su cuerpo, haciéndose compañía.

1. Dos causas fueron las principales. La primera, para significar que el convite que nos hacia era perfectísimo; y pues en los convites de la tierra hay comida

[1] Apoc. 7. 14.

Digitized by Google

y bebida, así tambien la hubiese en este convite celestial, aunque por su infinita excelencia, con lo uno está junto lo otro; y cualquiera parte de él, juntamente harta nuestra hambre y satisface á nuestra sed, por lo cual tengo de darle gracias innumerables, gozándome de que sea tan perfecto en todas su obras.

2. La segunda causa mas principal fué, para significar, que su sangre preciosísima estuvo toda apartada de su cuerpo en la pasion, derramándola por nuestros pecados con dolores y tormentos gravísimos. Y así cuando oigo misa, y veo alzar por sí la hostia y despues el cáliz, tengo de acordarme de este apartamiento tan doloroso, ponderando como en aquel cáliz está recogida toda la sangre que Cristo nuestro Señor derramó la noche y el dia de su pasion en cinco veces; es á saber: por el sudor, azotes, espinas, clavos y lanzada. Y discurriendo por cada una, puedo hacer con nuestro Señor coloquios y peticiones, con afectos de amor y agradecimiento, y de dolor de pecados. de esta manera. O sangre preciosísima de Jesus, que fuiste derramada en el huerto de Getsemaní, por los poros de su cuerpo con grandes tristezas y agonías de su alma! Gózome de que estés recogida en este cáliz, para ser adorada de los fieles: yo te adoro y glorifico cuanto puedo, y te suplico que me libres de las tristezas y agonías eternas que tengo merecidas por mis pecados, pues por ellos fuiste derramada. O cáliz preciosísimo lleno de aquella sangre que mi Señor derramó por sus espaldas, cuando fueron heridas con crueles azotes; y de la que derramó por su cabeza, cuando fué traspasada con agudas espinas, embriágame con el divino licor de esta sangre, para que todo me convierta en amor del que por mí la derramó. O amantísimo Jesus, que depositaste en este cáliz la sangre que derramaste en la cruz por los agujeros que hicieron los clavos en tus sagrados piés y manos, y por la herida que hizo la lanza en el costado; qué te daré por tan gran-

Digitized by Google

de beneficio [1], sino ofrecerte esta misma sangre en este cáliz de mi salud, glorificando por él tu santo nombre. Amen.

Punto segundo.—Lo segundo consideraré, las causas porque Cristo nuestro Señor quiso que la conversion y mudanza del pan y vino en su cuerpo y sangre fuese invisiblemente, quedando los accidentes visibles del pan y vino para encubrirle; pues si quisiera, pudiera fácilmente hacer alguna mudanza visible, ó poner alguna señal exterior, que descubriera la grandeza interior que allí estaba encerrada.

1. La primera causa fué, de parte del mismo Cristo nuestro Señor para humillarse, y dar nuevo y continuo ejemplo de humildad, y tambien de heróica paciencia. Porque así como en la encarnacion, el que era Hijo de Dios, se humilló tomando forma de siervo, encubriendo la alteza de su divinidad, con la bajeza de su humanidad, por razon de lo cual fué de muchos desconocido, despreciado y maltratado, como si fuera puro hombre: así en este Sacramento, el que era juntamente Dios y hombre verdadero, quiso humillarse á tomar sacramentalmente aquella figura exterior de pan y vino, y encubrir con ella la alteza de su divinidad y humanidad; por razon de lo cual, tambien es de muchos desconocido, despreciado y maltratado, y á veces pisado, como si fuera puro pan, y puro vino; lo cual sufre con gran paciencia, sin dar muestras de venganza para ejemplo nuestro. O humildísimo y pacientísimo Jesus! Gracias os doy por esta rara humildad y paciencia que ejercitais para nuestro ejemplo. Ayudadme, Señor, para que á imitacion vuestra encubra lo que me puede causar honra vana entre los hombres, y sufra cualquier desprecio y agravio que recibiere de ellos. Esclareced nuestros ojos con la lumbre de vuestra fe, para que creamos y veneremos la infinita grandeza que está dentro de ese

[1] Psal. 115. 12.

Digitized by Google

velo; pues cuanto mas por nuestra causa os humillais, tanto es mas razon que todos os engradezeamos y alabemos por todos los siglos. Amen.

2. La segunda causa es, de parte nuestra [1], para que tuviésemos un nuevo y continuo ejercicio de heróica fe, negando todos nuestros sentidos, y los discursos que de ellos saca nuestro entendimiento, rindiéndole, y cautivándole, á lo que nos dice la fe. Por lo cual en las palabras de la consagracíon del cáliz, llama Cristo nuestro Señor á este Sacramento: *Mysterium fidei*, misterio de fe por excelencia. Y así uno de los grandes milagros, que Cristo hizo esta noche, fué, como arriba dijimos, mudar los corazones y entendimientos de los apóstoles de repente, á que creyesen, que lo que tenia en sus manos, en diciendo: *Este es mi cuerpo*, dejó de ser pan, y se convirtió en cuerpo del mismo que lo decia. Y conforme á esto, cuando oigo misa, ó comulgo, ó entro en la iglesia, es admirable ejercicio actuar y avivar la fe, discurriendo por los sentidos de esta manera: creo, Señor, que aunque mis ojos ven color y figura de pan [2]; pero no está ahí verdadero pan, sino tú, Hijo de Dios vivo, resplandor de la gloria del Padre, y figura de su sustancia [3], blanco y colorado, escogido entre millares. Creo, Dios mio, que aunque mi olfato percibe olor de pan y vino; pero allí debajo estas tú mismo, verdadero Jacob [4], cuyo olor es como de campo lleno, á quien bendijo el Señor. Creo tambien, que aunque mi gusto percibe sabor de pan, y mi tacto toca blandura, y calidades de pan; pero con todo eso no hay allí pan terreno, sino tú, Pan vivo, que veniste del cielo, fuente de toda dulzura y suavidad [5]. O Salvador dulcísimo, ilustra mi entendimiento, como ilustraste el de tus apóstoles, para que con viva fe conozca la infinita hermosura que está allí encerrada, y sea confortado con el olor suaví-

[1] D. Th. 3. p. q. 75. art. 5. [2] Hebr. 1. 3. [3] Cant. 5. 10. [4] Genes. 27. 27. [5] Joan. 6. 51.

Digitized by Google

simo de tus virtudes, y sustentado, y recreado con la dulzura de tus deleites.

3. Otra tercera causa se puede ponderar, que fué para alentar nuestra confianza, y darnos ánimo y atrevimiento á tocarle, recibirle, y comerle; porque si no estuviera así encubierto quién se atreviera á ello? Y así el amor que le hizo quedarse con nosotros, le hizo tambien que se quedase disfrazado, para que pudiésemos gozar de él con mayor union, metiéndole dentro de nosotros. O bendito sea tal amor, que olvidado de su grandeza, se acomoda á nuestra bajeza, para que los viles gusanillos no se espanten ni huyan de ella.

Punto tercero.—Lo tercero consideraré, las causas porque Cristo nuestro Señor quiso quedarse con nosotros debajo de especies de pan y vino, mas que debajo de otra cosa visible, aplicándolas á nuestro provecho espiritual.

1. La primera fué, para unirse y juntarse con nosotros, no solo espiritualmente en cuanto Dios, sino corporalmente en cuanto hombre, con la mayor junta que era posible; porque no hay cosa que mas se junte con el hombre, que el manjar y bebida, la cual no se pega solamente por de fuera, sino entra por la boca, y penetra las entrañas, y allá se pega con ellas: y como el amor es unitivo del que ama con la cosa amada, quiso nuestro amantísimo Jesus, no solo quedarse cerca de nosotros, sino entrar dentro de nosotros, y con esta union sacramental, causar la union espiritual de verdadero amor. O Jesus amorosísimo, cómo no tienes asco de entrar en las entrañas de un cuerpo asqueroso como el mio? Quién causa esto, sino la grandeza de tu amor, que atropella las grandezas, por juntarse con nuestras bajezas? Júntame contigo con perfecta union de caridad, para que nunca me aparte de tí por toda la eternidad. Amen.

2. La segunda causa fué, para significar que obraba

Digitized by Google

dentro de nuestras almas todos los efectos que el pan y vino obran en los cuerpos; porque con su presencia, y con la gracia que nos dá por este Sacramento, nos sustenta, conserva, y aumenta la vida espiritual: dá fuerzas, y alegra el corazon: resiste al calor perverso del amor propio, y repara los daños que por él nos vienen: y finalmente, nos hace semejantes á sí, imprimiéndonos sus virtudes y propiedades; y por esto dijo [1]: El que me come, vivirá por mí. Con estas consideraciones despertaré en mí grande hambre de este santo Sacramento, con grande estima de lo que me importa recibirle á menudo para sustento de mi alma, como importa comer á menudo el manjar corporal para sustento del cuerpo. O manjar del cielo, ó Pan de ángeles y pan de cada dia [2], quién te pudiera cada dia comer para vivir por tí vida celestial y divina! O vino que engendras vírgenes, y alegras el corazon del hombre, ven y purifica mi alma con tu pureza, y alegra mi espíritu con tu alegría, embriagándome con la fuerza del amor!

2. La tercera causa fué, para significar, que como el pan se hace de muchos granos de trigo, molidos y hechos una masa, y el vino de muchos granos de uva pisados y exprimidos, así este divino manjar y bebida, pide corazones unidos con verdadera caridad, y se ordena para causar esta union de muchos fieles en un espíritu, y por esta causa se llama comunion, como union de muchos entre sí y con Cristo, de cuyo espíritu todos participan: y si para esta union es menester que yo me deje moler, pisar y hollar, mortificando en mí el ser que tengo del hombre viejo, tengo de ofrecerme á ello, en razon de gustar la dulzura de este divino manjar, y unirme con Cristo. O Cristo dulcísimo, que juntaste tu cuerpo con especies de pan, que primero fué molido, y tu sangre con accidentes de vino, que primero fué pisado y exprimido: yo me ofrezco á ser molido y des-

[1] Joan. 6. 58, [2] Zach. 9, Psal. 103. 15.

Digitized by Google

menuzado, y á ser pisado y hollado, por conservar tu amor, y la union y concordia con mis hermanos, para que tú, Dios mio, te dignes de unirte conmigo en esta vida por copiosa gracia, y despues con la perpétua union de la eterna gloria. Amen.

MEDITACION XIV.

DE SEIS COSAS MISTERIOSAS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO Y DIJO CUANDO CONSAGRÓ EL PAN Y EL VINO.

Punto primero.—Lo primero consideraré, como Cristo nuestro Señor, con un semblante exterior, grave, modesto y devoto, y poderoso, para causar reverencia y admiracion á sus discípulos, tomó de la mesa un pan en sus santas y venerables manos: y aunque pudiera consagrarlo sobre la mesa, quiso tomarle en ambas manos, para significar que la mudanza de este pan en su cuerpo, era obra de su omnipotencia y liberalidad, y de sus obras meritorias, que son figuradas por las manos.

1. Lo primero, era obra de su omnipotencia en cuanto Dios y de la potestad de excelencia que tenia en cuanto hombre, dada por su Padre[1]; el cual puso todas las cosas en sus manos, y con ellas hizo esta mudanza tan maravillosa, de modo que él mismo tuviese á sí mismo todo entero en sus propias manos; y quedándose donde estaba, se pusiese todo entero en las manos de sus discípulos para que le comiesen. O grandeza del poder divino! O mudanza de la diestra del muy alto[2]! Gózome Salvador mio, de que vuestras manos sean tan poderosas! Mudadme con ellas, y trocadme con vuestra diestra, para que reciba la virtud de este soberano Pan.

2. Lo segundo, mostró aquí la liberalidad infinita de sus manos; porque como dice David[3], que Dios dá

[1] Joan. 13. 3. [2] Psal. 76. 11. [3] Psal. 103. 27. et 144. 16.

Digitized by Google

á todos su manjar en el tiempo conveniente, y abriendo su mano los llena de bondad y bendicion; así tambien liberalísimamente nos dá este manjar celestial, y abre ambas manos para llenarnos con él de bendiciones y virtudes. Qué mayor liberalidad puede ser, que dársenos todo entero, sin reservar nada para sí, en precio y en sustento, y por compañero; y todo esto de valde y sin interés, solamente por ser bueno y liberal? Con esta consideracion, pediré á este Señor me dé sus poderosas y liberales manos para besárselas, por las mercedes que me hace, dándole la gloria de todo lo que con ellas obra.

3. Lo tercero, fué obra de sus manos, porque con sus merecimientos, y con los trabajos de sus manos, y con el sudor de su rostro, ganó este pan que nos dió á comer: y juntamente quiere que este pan sea comida, no de holgazanes, sino de trabajadores [1], que comen los trabajos de sus manos, y por eso son bienaventurados, disponiéndonos con ejercicio de buenas obras para comerle; y despues de comido, prosiguiendo el trabajo de nuestras manos en servirle. O Adan celestial, que á imitacion del Adan terreno trabajaste y sudaste para ganar el pan que habias de dar á tus hijos, yo te alabo y glorifico, porque me das de gracia lo que tú compraste con tan caro precio, y ganaste con tanta fatiga [2]. Justo es, Señor, que yo trabaje con mis manos, para no ser indigno de este divino Pan: pues está escrito, que quien no trabaja, no es razon que coma.

Punto segundo.—1. Lo segundo, consideraré, como teniendo Cristo nuestro Señor el pan en sus manos, levantó sus ojos al cielo para significar, que el pan que pretendia darles, no era pan de la tierra, sino pan del cielo, y pan de ángeles, pan sobresustancial, dado por su eterno Padre [3], en cumplimiento de lo que habia prometido en un sermon cuando dijo [4]: *No os dió Moisés*

[1] Psal. 127. 2. [2] 2. Thes. 3. 10. [3] D. Th. 3. p. q. 83. art. 4. ad. 2. [4] Joan. 6. 32.

Digitized by Google

pan del cielo, sino mi Padre os dá pan del cielo verdadero. Yo soy pan vivo, que bajé del cielo. Y así levanta los ojos al cielo para mover á sus discípulos, y á todos nosotros que levantemos allá los corazones con afectos de esperanza, de oracion y pureza, esperando recibir este manjar de nuestro Padre celestial que está en los cielos, y pidiéndosele con oracion afectuosa, y disponiéndonos á recibirle con pureza de vida celestial, cumpliendo lo que dice la Iglesia en el prefacio de la misa: *Sursum corda*, arriba los corazones. A lo cual respondemos: Ya los tenemos levantados al Señor. O Padre nuestro, que estás en los cielos, levanta nuestros corazones donde tú estás, y danos hoy este Pan sobresustancial que bajó del cielo para dar vida celestial al mundo.

2. Luego dió gracias á su eterno Padre por esta merced tan señalada que por sus manos hácia al mundo en darle tal Pan para su comida y sustento; enseñándonos con esto, que este Pan se ha de comer con grandes afectos de agradecimiento, antes y despues de comerle, por lo cual se llama Eucaristía, que quiere decir accion de gracias. O qué hacimiento de gracias tan fervoroso haria Cristo en aquella hora! Porque si dió gracias por el pan de cebada [1], que dió á los cinco mil hombres en el desierto, cuánto mayores y mas afectuosas las daria por este Pan del cielo, que dá á los hombres en el desierto del mundo? Porque á la medida del beneficio, crece el afecto del agradecimiento: y pues yo no puedo dárselas como debo, he de ofrecerle las que él dió á su Padre, y recibir el Sacramento, que para este fin instituyó.

3. Hecho esto, bendijo el pan: de suerte, que no solo bendijo á su Padre eterno, con bendicion de alabanza y accion de gracias, sino al mismo pan con bendicion de oracion, obradora de lo que bendecia. Nos-

[1] Joan. 6. 41.

Digitized by Google

otros bendecimos á una cosa con el deseo y oracion, deseando algun bien, y pidiendo á Dios que se le dé; pero Cristo nuestro Señor bendijo el pan, no solo pidiendo al Padre la conversion y transmutacion, que de él pensaba hacer, sino comunicándole virtud divina, é imprimiéndole un bien tan grande, como era mudarse en su propio cuerpo, y hacerle principio y causa de las bendiciones espirituales, que por su medio vienen del cielo para nuestra salud. O eficacia de la bendicion de Cristo! Bendíceme, Salvador mio, pues tu bendecir es bien hacer, para que bendito por tí, llegue á comer este benditísimo Pan, y participe las bendiciones que nos dás por él.

4. Luego partió el pan, porque no sin gran misterio tomó de la mesa un pan entero, y despues le partió, y dió á sus apóstoles: para significar lo primero, que todos habian de comer de un mismo pan, y beber de un mismo cáliz; y así todos habian de tener un mismo amor por el cual habian de ser unos entre sí. Además, para que entendiésemos, que aquel pan se podia partir, sin que se partiese lo que dentro de sí tenia, porque en toda parte iba su cuerpo, y con cada bocado daba á cada uno de los discípulos, tanto como estaba en todo el pan. Y finalmente para significar que este divino Pan, no se ha de comer entero y á bulto, sino partido y desmenuzado con la meditacion, considerando todo lo que está encerrado en él, que es la carne de Cristo, su anima santísima, su sangre preciosa, su divinidad y todos sus merecimientos, y ponderar cada cosa de estas por sí, es como partir espiritualmente el pan para comerle. O Redentor mio, pues yo como pequeñuelo no sé partir este pan, ni le tengo de comer sino es partido, pártemele con tu mano, para que le coma con provecho, sintiendo muy por menudo lo que en él está encerrado.

Punto tercero.—1. Ultimamente consideraré, como

Digitized by Google

partido el pan, Cristo nuestro Señor le dió á sus apóstoles, diciendo: Tomad, y comed, porque este es mi cuerpo. En lo cual se ha de ponderar aquella palabra: *Deditque discipulis suis:* Diólo á sus discípulos. O qué dádiva tan preciosa, en la cual les dió todo lo que era, y lo que tenia, de pura gracia, solo porque es amigo de dar! O caridad infinita! O bondad inmensa, la cual aquí no se quiere á sí, para sí, sino á sí, para darse á nosotros! O Dador liberalísimo, dáteme á tí mismo, pues yo tambien soy discípulo tuyo: y aunque no merezco tal don, pero bien sé que no le das porque le merecemos, sino porque eres bueno, y gustas darnos un bien tan grande, que excede á todo merecimiento.

Luego ponderaré como era tan grande la reverencia y estima que los apóstoles tuvieron de aquel divino Pan, por la luz interior de fe viva, que Cristo les comunicó, que si no les dijera: Tomad, y comed todos, no se atrevieran á tomarle en sus manos, ni á comerle; y así fué menester que se lo mandase y les dijese: Tomad este Pan, y mirad que no os le doy solamente para que le beseis, adoreis y pongais sobre vuestras cabezas, ó le guardeis como reliquias para vuestro consuelo, sino para que le comais, y os sustenteis con él, y comed de él todos, ninguno se excuse por título de humildad, porque le doy para todos los que sois de verdad mis discípulos, y no solamente á los presentes, sino tambien á los que sucederán hasta la fin del mundo. O Amado mio, pues me mandais comer este divino manjar, yo le tomaré y adoraré, y despues le comeré por obedeceros, y por gozar de vuestra dulce presencia, confiado que supliréis mi indignidad con la abundancia de vuestra misericordia y liberalidad.

Digitized by Google

MEDITACION XV.

DE LA POTESTAD QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR DIÓ Á SUS APÓSTOLES PARA HACER LO MISMO QUE ÉL HABIA HECHO, Y DE LA QUE TIENEN AHORA LOS SACERDOTES PARA CONSAGRAR, Y OFRECER EL SACRIFICIO DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO.

PUNTO PRIMERO.—Lo primero se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor despues de haber instituido este santísimo Sacramento, dijo á sus apóstoles[1]: *Hoc facite in meam commemorationem*. Haced esto en mi memoria. Por las cuales palabras consta, que les dió potestad de hacer lo que él habia hecho convirtiendo el pan en su cuerpo, y el vino en su preciosa sangre, mandándoles así á ellos, como á los sacerdotes que les sucediesen en la dignidad sacerdotal[2], que hiciesen esto mismo, en la forma que él lo habia hecho.

1. Sobre este punto tan regalado ponderaré; lo primero, la infinita caridad de Cristo nuestro Señor en haber querido dar potestad sobre su verdadero cuerpo y sangre, no á los ángeles del cielo, sino á los hombres que viven en la tierra, para que ellos en su nombre, y representando su misma persona, puedan con verdad decir sobre el pan: Este es mi cuerpo, y en virtud de estas palabras conviertan el pan en el cuerpo de Cristo como el mismo Señor le convirtió; con tanta muchedumbre de milagros, que excede á los milagros de dar vista á ciegos, salud á enfermos y vida á muertos. O amantísimo Jesus, qué mas podias hacer de lo que hiciste por los hombres, dándoles una potestad, que excede á la dignidad de ángeles? Habias hecho al hombre poco menor que á ellos, constituyéndole sobre las obras de tus manos[3], y ahora le engrandeces mas, dándole facultad para traer del cielo tu cuerpo y sangre, y po-

[1] D. Thom. 3. p. q. 82. art. 1. [2] Luc. 22. 19. [3] Psal. 8. 6.

Digitized by Google

nerla en sus propias manos. Bendígante, Señor, por esta merced todas tus criaturas, y mi ánima con sus potencias se deshaga en tus perpétuas alabanzas. Amen.

2. Pero mas hay que ponderar en la infinita liberalidad de este divino Señor, el cual no quiso limitar esta potestad á cierto número de personas ó á lugares y tiempos determinados, para que todos pudiesen gozar del fruto de su Sacramento con abundancia. Pudiera ordenar, que no hubiera mas de un sacerdote en el mundo, ó uno en cada provincia ó ciudad: ó que los sacerdotes no pudieran consagrar, sino es siendo muy santos; ó que este Sacramento, como el cordero pascual[1], no se celebrara sino en un lugar señalado y una vez al año; pero su liberalidad no quiso poner estas tasas, dando plena facultad de que hubiese muchos sacerdotes; los cuales, aunque fuesen malos, pudiesen consagrar en todo tiempo y lugar, cada dia y en cada iglesia y oratorio de cualquier aldea. O largueza sin medida de nuestro Salvador! Por ventura, Señor, no sabeis nuestra condicion, que si lo precioso no es raro, luego lo tenemos en poco? Pues porqué quereis haya tantos sacerdotes, con plena potestad de celebrar tan amenudo este veneble Sacramento? Pero vuestro amor es sin medida, y pasa por la desestima que los malos tienen de vuestros dones, en razon de hacer bien á los buenos, que usan bien de ellos. O si todos sin tasa fuésemos largos en servirnos, pues sin tasa sois largo en regalarnos!

3. Aun mucho mas hay que ponderar en la infinita humildad y obediencia que Jesucristo nuestro Señor muestra á la voz y palabra de los sacerdotes; porque desde este punto se obligó hasta la fin del mundo de venir á la voz del sacerdote, cuando consagrase, sin dilacion ni tardanza, en cualquier lugar y hora que lo hiciese, aunque fuese malo y consagrase con dañada intencion, y aunque fuese para pisarle y echarle en el

[1] Exod. 12. 46.

Digitized by Google

fuego, pasando por todo esto por el bien de los escogidos. O piélago inmensísimo de la caridad de Cristo! Qué es posible que obedezca Dios la voz del hombre, y no de hombre santo como Josué[1], sino perverso como Judas? Y qué se deje tratar de manos tan sangrientas, y se sujete á tantas y tales bajezas? O Señor, cuan amigo eres de humildad y obediencia; pues cada dia quieres darnos tan ilustre ejemplo de ellos! De este ejemplo tengo de aprender á obedecer á los prelados, en todo lo lícito que mandaren, aunque sean malos y mal intencionados, cumpliendo su mandato con obediencia puntual, pronta y perseverante hasta la muerte, sin cansarme de obedecer, como no se cansa Cristo de cumplir lo que una vez ofreció.

Punto segundo.—Lo segundo consideraré, como en estas mismas palabras mandó Cristo nuestro Señor á los apóstoles, y manda á los sacerdotes de su Iglesia, que ofrezcan este sacrificio que instituyó de su cuerpo y sangre, debajo de estos accidentes de pan y vino, en lugar de los sacrificios de la vieja ley, ponderando la excelencia de este sacrificio, y los bienes que por él nos vienen.

1. Lo primero, sacrificio es una ofrenda que hace el hombre á Dios, de alguna cosa que le agrada, para reverenciarle y honrarle, en reconocimiento de su infinita excelencia y majestad. Pues qué cosa se puede ofrecer al Padre eterno mas preciosa, ni que mas le agrade, que su mismo Hijo, Dios y hombre verdadero, de quien él dijo[2]: Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me he agradado? O cuánto te debemos Salvador del mundo, en habernos dado por Sacramento y sacrificio la cosa mejor que nos podias dar, que es á tí mismo! Y porque la ofrenda, aunque preciosa, no fuese desechada, por ser malo el que la ofrece, tú mismo quieres ser el principal oferente, como sacerdote eterno[3], se-

[1] Josue 10. 14. [2] Matt. 3. 17. [3] Psal. 109. 4. Hebr. 7. 17.

Digitized by Google

gun el órden de Melchisedech, ofreciendo este pan y vino celestial por mano de los sacerdotes terrenos.

2. Lo segundo ponderaré, como este sacrificio con eminencia es causa de los tres efectos para que se ordenan los sacrificios; es á saber: en satisfaccion por nuestros pecados, en hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, y para impetrar de Dios los bienes que deseamos, temporales ó eternos. Para estos fines he de oir ó celebrar la misa, dilatando las velas de la confianza todo lo posible, pues para todo hay en ella fundamento, confiando que por medio de este sacrificio, aplacaré la ira del Padre eterno, y pagaré las deudas de mis pecados, y alcanzaré las virtudes y dones que le pidiere; y con la caridad extenderé todo el bien de mis prójimos, así vivos como difuntos del purgatorio, pues á todos puede aprovechar, diciéndome á mí mismo, para avivar mi confianza: Qué pecados habrá tan graves, cuyo perdon no se alcance con este divino sacrificio del cuerpo y sangre que se ofreció en la cruz por todos los pecadores? Y qué penas, por nuestras graves culpas, no se pagarán con esta paga, ofreciendo las satisfacciones que nuestro Salvador ofreció para pagarlas? Y qué bienes se pueden pedir á Dios, que no se alcancen por medio de tal ofrenda, en la cual sumamente se agrada? O Padre eterno, si tanto te agradó la ofrenda del inocente Abel, á quien mató por envidia su hermano Cain, mucho mas te agradará la ofrenda de tu inocentísimo Hijo Jesus, á quien por envidia mató su hermano el pueblo hebreo, ofreciendo su vida para remediarnos con su muerte! Acepta, ó Padre misericordiosísimo, este sacrificio en remision de mis pecados; acéptale tambien en hacimiento de gracias, por los innumerables beneficios que de tu mano liberalísima he recibido, y por él te suplico me des aquí tu copiosa gracia, y despues la vida eterna. Amen.

Punto tercero.—Lo tercero consideraré, como en

Digitized by Google

estas mismas palabras encarga Cristo nuestro Señor á sus apóstoles, que hagan esto en su memoria, y especialmente en memoria de su pasion y muerte, ponderando como Cristo nuestro Señor ofreció dos sacrificios por nuestra causa.

1. Uno sangriento en la cruz, y otro sin sangre la noche de la cena, y este quiso que fuese en memoria del otro, para que echemos de ver lo mucho que desea tengamos memoria de él y de su pasion sacratísima, por el bien que de ella nos resulta, pues por esta causa instituyó este Sacramento y sacrificio, en que él mismo se queda entre nosotros para despertar esta memoria y movernos con ella á ejercitar los tres actos de agradecimiento, que son reconocer y estimar el beneficio, y alabar al bienhechor y hacerle algun servicio.

2. Para esto ponderaré, como nuestro Señor, siempre que hacia á su pueblo algun beneficio señalado, ordenaba alguna cosa en su agradecimiento, por lo mucho que nos importa serle agradecidos para recibir de él nuevas gracias. Y como este beneficio de la pasion, con los dones que de él proceden, no podia ser dignamente agradecido por los hombres, quiso suplir nuestra falta, haciendose nuestra ofrenda, para que se la ofreciésemos por los dones que nos habia dado: y como ella misma es otro nuevo beneficio, no queda otro medio para agradecerla, sino frecuentarla con la memoria dicha, procurando asistir cada dia á este venerable sacrificio, y recibir espiritualmente este divino Sacramento, y á sus tiempos sacramentalmente, al modo que se dijo en la primera parte en la meditacion 33 y 34. O dulcísimo Salvador, pues te quedas con nosotros para que tu presencia despierte nuestra memoria, concédeme que siempre me acuerde de tí, como tú te acordaste de mí, para que siempre te alabe por los innumerables bienes que de tí recibo. Amen.

3. Ultimamente ponderaré, como Cristo nuestro Se-

Digitized by Google

ñor quiere tambien que celebremos este misterio, en memoria de las heróicas virtudes que ejercitó en su vida y muerte, de las cuales es un vivo dechado este venerable Sacramento; porque como vino al mundo, no solo á redimirnos, sino á darnos ejemplo de todas las virtudes, asi viene al Sacramento, no solo á santificarnos, sino á renovar los mismos ejemplos, los cuales, por ser presentes y continuos, mueven mucho á su imitacion. Y así puedo imaginar, que desde allí me está diciendo[1]: Ejemplo os he dado para que hagais lo que yo hice con vosotros; y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon. Estas virtudes son la caridad, misericordia y liberalidad. La humildad, paciencia y mansedumbre, y la obediencia pronta y puntual, con perseverancia en todo esto hasta la fin del mundo, como se ha ponderado en esta meditacion y en las pasadas, y en la sexta parte se dirá mucho mas, para declarar todo lo que le pertenece á este soberano beneficio. La imitacion de estas virtudes ha de ser uno de los principales frutos que he de sacar de estas meditaciones, suplicando á nuestro Señor me ayude á ponerlas por obra. O Dios de las virtudes, que hiciste de ellas un memorial, dándote por manjar á los que te temen, concédeme que de tal manera medite y reciba estos misterios, que imite tus esclarecidos ejemplos. Amen.

MEDITACION XVI.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR EN LA CENA DIJO Á SUS APÓSTOLES QUE UNO DE ELLOS LE HABIA DE ENTREGAR, Y COMO JUDAS SE SALIÓ PARA ESTO.

PUNTO PRIMERO.—*Estando Cristo nuestro Señor sentado en la mesa con sus doce apóstoles á deshora, se turbó á sí mismo en el espíritu, y con gran sentimiento, dijo*[2]*: De verdad os digo, que uno de vosotros que está conmigo*

[1] Joan 13. 15. [2] Matt. 26. 20. Joan 13. 21. Lucæ 22. 2. Marc. 14. 18.

Digitized by Google

en la mesa, y con su propia mano come conmigo de un mismo plato, me ha de entregar á la muerte, pero el Hijo del hombre morirá como está determinado: mas ay de aquel por quien será entregado, mejor le fuera no haber nacido.

1. Sobre este punto se ha de ponderar; lo primero las causas de esta turbacion y sentimiento interior de Cristo nuestro Señor, que fué por ver allí á Judas entre los suyos, hombre perverso, impenitente y reprobado; el cual, aunque era solo, bastaba para turbarle, entristecerle y aguarle el contento que allí tenia con tantos buenos y escogidos, no porque aborreciese la persona por sí misma, sino porque sumamente aborrecia su maldad, y en particular su abominable ingratitud, despues de haber recibido de él tantos beneficios. La cual quiso declarar su Majestad con gran ponderacion, diciendo: Uno de vosotros, á quien yo escogí por apóstol y descubrí mis secretos, y dí potestad de hacer milagros, á quien he lavado los piés y dádole á comer mi cuerpo y á beber mi sangre, comiendo conmigo de un plato, y bebiendo de un cáliz, este me ha de entregar á la muerte. O buen Jesus, ya no me espanto de que os turbeis á Vos mismo, tomando voluntariamente esta turbacion y tristeza, pues tan horrendo crímen como este es motivo de ella: pésame de la causa, que con mis desagradecimientos he dado á vuestras tristezas, y con vuestro favor propongo enmendarme de ellos.

2. Lo segundo se han de ponderar dos causas, que movieron á Cristo nuestro Señor, para decir estas palabras delante de los apóstoles. La primera, para que todos entendiesen que era Dios, y que conocia los corazones de todos y lo que contra él tramaban; y esta ciencia era una de las circunstancias que agravaba sus trabajos, y de ella se aprovechaba, no para vengarse de sus enemigos, sino para padecer mas por ellos. La segunda causa muy especial fué, la compasion que te-

Digitized by Google

nia de Judas, deseando reducirle con las razones que allí le dijo, que fueron tres eficacísimas, para convertir á un pecador. La primera, avisándole que sabia sus ocultos pensamientos y malos tratos, y por consiguiente, que era su Dios y su juez, á quien nada estaba oculto. La segunda, deshaciéndole el engaño en que fundó su pecado; porque como arriba se apuntó, excusaba Judas su maldad, diciendo: que pues Cristo habia de morir entonces á manos de los judíos, poco daño era venderle para sacar algun dinero. A este pensamiento respondió Cristo: El Hijo del hombre morirá como está decretado; pero ay del que le entregare! Como quien dice: El decreto de mi Padre, de que yo muera, no te fuerza á tí á que me vendas; libertad tienes para no hacerlo, y tuya es la culpa en quererlo hacer.

3. La tercera fué, amenazarle terriblemente con decir: Mejor le estuviera no haber nacido, que cometer tal pecado, por el cual será condenado al fuego eterno, donde deseará no ser, por no padecer tales tormentos, y no le será concedido. Con estas tres razones tengo de moverme á temblar de cualquier pecado; pues ni puede ocultarse á Dios, ni atribuirse á otra causa, que á mi dañada voluntad: y es tan grave mal, que fuera mejor no ser, que hacerle y ser por él condenado.

Punto segundo.—1. Lo segundo consideraré, lo que de aquí resultó en los demás apóstoles, y lo que Cristo nuestro Señor hizo en este caso. Porque primeramente todos los apóstoles se entristecieron grandemente, y preguntaron á Cristo nuestro Señor: *Maestro, soy por ventura yo?* En lo cual se descubre, como es de buenas almas temer culpa donde no la hay, porque temen tanto el pecado, por el grande amor que tienen á Dios, que no querrian ver su sombra, ni oir que entre ellos hubiese rastro de él. O quién tuviese tan entrañado en el corazon el amor de Cristo, que temblase de solo pensar que puede ofenderle!

Digitized by Google

2. Lo segundo, Cristo nuestro Señor, con su acostumbrada caridad y providencia, no quiso publicar el traidor, porque todavía estaba oculto; y porque no fuese ocasion de que sus apóstoles se alborotasen contra él, dándonos ejemplo, así en encubrir los pecados del prójimo; aunque se hayan presto de descubrir, como tambien de quitar cualquier ocasion de discordia y alboroto en la comunidad donde estamos.

3. Solamente descubrió esto á dos personas. La una, fué el mismo Judas, que con desvergüenza grande, por encubrir su delito, preguntó como los demás, si era él? Pero Cristo nuestro Señor, sin indignarse, ni decirle injuria alguna, con grande mansedumbre y con voz baja, sin que los otros lo entendiesen, le respondió: *Tú lo dices*. Que fué decirle: Tú eres el que me ha de entregar, y por tí he dicho todo esto: á tiempo estás de arrepentirte si quieres, que yo te perdonaré. La otra persona, fué su querido Juan, que estaba reclinado sobre su pecho, para que fuese testigo de la caridad que usaba con Judas; y así le dijo: *Aquel es, á quien yo diera un pedazo de pan mojado, y diósele á Judas*. Y es de creer se le daria con grandes caricias y muestras de amor: como una madre le suele dar á un hijo, ó un amigo á otro muy familiar y querido suyo [1], para que se vea donde llegó la caridad de Cristo, que con haberse turbado y entristecido con la traicion de aquel hombre, no cesó de darle muestras de amor para reducirle á su amistad. Gracias te doy, Salvador amorosísimo, porque no te cansas de echar brasas sobre la cabeza del que te aborrece, regalándole con tan amoroso bocado, para enternecer y ablandar su corazon.

Punto tercero.—Lo tercero, se ha de considerar como el desventurado Judas tomó aquel bocado, pero con grande pertinacia y obstinacion en su propósito; como quien decia: Por mas que me regales, tengo de vender-

[1] Prov. 25. 22.

Digitized by Google

te, y sacar el dinero que perdí; y en pena de esta pertinacia, le sucedieron dos terribilísimos castigos.

1. El primero fué permitir, que trás el bocado entrase en él Satanás. Dos veces entró en Judas, como consta del Evangelio [1]. La primera, para persuadirle, que vendiese á Cristo nuestro Señor, á lo cual dió su consentimiento, como arriba se dijo. La segunda, para que lo ejecutase con diligencia, instigándole á que se saliese de aquel cenáculo [2], y fuese á poner por obra la entrega que tenia tramada. Y esta fué en tomando aquel bocado de pan, para que se vea cuan peligrosa cosa es usar mal de los regalos de Dios, y de las señales de amor que nos dá; y por consiguiente, cuan peligroso es recibir en mal estado el Pan de vida, mojado con la sangre preciosísima que en sí encierra, y se nos dá en señal del perfecto amor que Cristo nos tiene. Porque en castigo de este atrevimiento y desagradecimiento, trás el bocado entra Satanás, y se apodera del corazon, y le instiga á otros innumerables y abominables pecados.

2. El segundo castigo fué, decirle Cristo nuestro Señor [3]: *Quod facis, fac citius*. Lo que haces, hazlo mas presto. Que fué como desampararle, y dejarle de su mano, permitiendo que cumpliese su dañada voluntad; como quien dice: Hasta ahora te he detenido en mi compañía, y en este cenáculo, haciéndote muchos regalos y favores, para que te arrepentieses de tu pecado; mas pues no quieres, yo alzo la mano de tí, y permito que vayas á ejecutar lo que deseas: y pues has de ir, vé presto porque mayores ganas tengo yo de morir, que tú de entregarme á la muerte. O caridad inmensa de Jesus! O dureza endemoniada de Judas! Por mucho que Judas desea vender á Jesus, mucho mas desea Jesus ser vendido y entregado á la muerte por salvar á Judas; mas cuando la maldad llega á resistir á la caridad, entra su hermana la justicia á vengar su injuria, y juzga que

[1] Lucæ 22. 3. [2] Joan. 13. 27. [3] Joan. 13: 27.

Digitized by Google

sea desamparado, quien con rebeldía no quiso ser curado, conforme al dicho del Profeta [1]: Curado hemos á Babilonia, y no ha sanado, desamparémosla. Por tanto, alma mia, canta á tu Dios misericordia y juicio, para que si la misericordia no te aficionare á lo bueno, el juicio te aparte de lo malo, y recabe el temor del justo Juez, lo que no recaba el amor del misericordioso Padre.

Punto cuarto.—Lo cuarto, se ha de considerar, como habida esta licencia permisiva, Judas se salió del cenáculo, y Cristo nuestro Señor dijo [2]: *Ahora es clarificado el Hijo del hombre, y Dios es clarificado en él, y luego le clarificará.*

1. Por las cuales palabras pretendió enseñarnos dos cosas de mucho consuelo. La primera, que con la salida de Judas quedaba glorificado, porque su escuela y rebaño quedaba puro y santo: al modo que lo será el dia del juicio, cuando con grande gloria venga á juzgar, apartando los malos de entre los buenos y escogidos. De suerte, que como se turbó y entristeció de ver á Judas entre sus escogidos, así se gozó y glorificó de verle apartado de ellos. O quién fuese tal, que pudiese glorificarse Cristo de tenerle en su santa compañía! No permitas, Señor, que lleguen á tanto mis pecados, que sea honra tuya echarme de ella.

2. La segunda, fué, que con la salida de Judas se daba principio á su pasion, por la cual era glorificado, porque su gloria era morir por la gloria de su Padre; y Dios era glorificado en él, y le glorificaria con milagros en la pasion, y luego con la gloria de la resurreccion. Por donde se vé con qué ojos miraba Cristo nuestro Señor sus ignominias, pues la llamaba su gloria: y tambien con qué ojos mira Dios las ignominias de los escogidos, pues se glorifica en ellas, y por ellas los glorifica, y honra con suma gloria, para que yo aprenda á gloriarme de padecer por Cristo, pues Cristo es glorificado en que

[1] Jer. 51. 9. Psal. 100. 1. [2] Joan. 13. 31.

Digitized by Google

yo padezca, y él me glorificará porque padezco. Por tanto, ó alma mia, gloríate con el Apóstol en las tribulaciones, y en la cruz de Cristo[1], pues de ellas, y por ellas, es glorificado Cristo, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XVII.

DE LA CONTIENDA DE LOS APÓSTOLES SOBRE LA MAYORÍA, Y COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR LES CORRIGIÓ Y AVISÓ DEL ESCÁNDALO QUE HABIAN DE PADECER AQUELLA NOCHE; Y A PEDRO DE QUE LE NEGARIA TRES VECES.

Punto primero.—En acabando Cristo nuestro Señor de decir[2], que ahora era clarificado, y que su Padre le clarificaria, luego brotó en los apóstoles un espíritu de ambicion y contienda sobre quién de ellos era el mayor. En lo cual se descubre la viveza de esta pasion de honra, la cual luego salta en cualquier ocasion; y los que poco ha estaban tristes, por la nueva de que uno de ellos habia de entregar á su Maestro, ahora andan en porfías sobre quién privará mas con él, y quién seria mayor y mas honrado. Cristo nuestro Señor luego atajó esta contienda, y la raiz de ella, diciéndoles.

1. Lo primero, que en su escuela se habia de proceder diferentemente que en el mundo, y entre los reyes de las gentes; porque quien quisiere ser mayor, ha de procurar ser como el menor: y el que desea preceder á todos, ha de tratar de servir á todos; al modo que él estaba entre ellos, como siervo, sirviéndoles con humildad, como ya se ponderó en la meditacion 23 de la tercera parte.

2. Luego añadió, para animarles á esto: *Vosotros habeis permanecido conmigo en todas mis tentaciones y tribulaciones; pues perseverad en esto, y no en pretender mayorías, porque yo por testamento dispongo y ordeno daros*

[1] 1. Cor. 12. 10. Galat. 6. 14. [2] Lucæ 22. 24.

Digitized by Google

mi reino, como mi Padre me lo dió á mí; esto es: ordeno que entreis en mi reino por humillaciones y tribulaciones, como yo entré en él por ellas. O dulce Jesus, yo acepto el legado de vuestro reino, con condicion de la perseverancia en los trabajos por vuestro servicio. Ayudadme Vos á la perseverancia, porque no pierda la corona. De aquí sacaré, que si hubiese de tener algun modo de contienda con otros, no ha de ser sobre la excelencia, sino sobre la bajeza, deseando el postrer lugar, y la sujecion á todos, porque este es el camino para ser mayor en el reino de Cristo.

Punto segundo.—Lo segundo consideraré, como Cristo nuestro Señor dió á sus apóstoles otra triste nueva diciéndoles [1]: *Todos vosotros seréis escandalizados en mí esta noche: porque escrito está: Heriré al Pastor, y serán esparcidas sus ovejas; pero despues que resucitaré, os veré en Galilea.* Como quien dice: Vosotros, á quien he favorecido y regalado tanto, habeis de recibir escándalo con lo que veréis pasar por mí esta noche, y me desampararéis, y vendréis á perder la fe, ó titubear en ella; pero no desespereis por esto, porque yo resucitaré, y os recogeré en Galilea. Esto dijo para humillarlos por una parte, y abajar los humos de su ambicion, avisándoles de la flaqueza y cobardía que habian de tener; y por otra parte para prevenirlos, porque no desesperasen, ni se amilanasen por su caida, prometiéndoles que los visitaria. Y de ambas cosas he de sacar aviso para vivir con temor, de no escandalizarme, y dejar á Cristo; y para no desesperar, si alguna vez le dejare, pues tan benigno se muestra en querer recibirme.

2. A esto respondió Pedro: *Aunque todos se escandalicen, yo no me escandalizaré; antes estoy aparejado para ir contigo á la cárcel, y á la muerte.*

En las cuales palabras se descubre, que el fervor sin humildad, es causa de muchos yerros. Tres cometió Pe-

[1] Matt. 26. 31. Marc. 14. 27. Luc. 22. 33. Joan. 13. 37. Zach. 13. 7.

Digitized by Google

dre aquí. El primero fué, contradecir á Cristo, que fué, un modo de no darle crédito, á lo que habia dicho. El segundo fué, presumir de sí mas que de los otros, anteponiéndose á ellos. El tercero fué, presumir de sus fuerzas mas de lo que podia, y jactarse de ello. De aquí resultó que los demás apóstoles, por no quedar inferiores á Pedro, y no ser notados de cobardes, todos dijeron lo mismo, que estaban aparejados á seguir á Cristo hasta morir. Y si esto dijeran con humildad, pidiendo á su Maestro que los ayudara, no erraran, pero como nacia de presuncion, no fué agradable á Cristo nuestro Señor; el cual pudiera responderles aquello de Jeremías[1]: Oido habemos la soberbia de Moab, en gran manera es soberbio. Yo conozco su jactancia, y que no es conforme á ella su fortaleza, ni aun hará lo poco que podia. Lo cual se cumplió á la letra con los discípulos.

3. Pero Cristo nuestro Señor, dejando á los demás, se volvió á Pedro y le dijo: *Dígote de verdad, que antes que el gallo cante, me negarás tres veces.* Que fué decirle: Tú que presumes mas que todos, te escandalizarás mas que todos esta misma noche, porque en ella me negarás tres veces. Parece que permitió nuestro Señor estas tres negaciones de Pedro, en castigo de los tres yerros que cometió en las palabras que dijo, como despues verémos en la meditacion 28. De donde sacaré aviso para no presumir de mí, ni anteponerme á otros, sino con humildad temiendo mi flaqueza, suplicaré á nuestro Señor no me deje de su mano, porque soy tal, que aunque todos no se escandalicen, yo me escandalizaré, si él no me favorece. Mira, Dios mio, esta gran flaqueza mia, compadécete de ella; porque si tú no me ayudas, en cualquiera ocasion de escándalo, será cierta mi caida.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar otro aviso que Cristo nuestro Señor dió á Pedro, y de camino á los demás discípulos, diciendo[2]: *Mirad que*

[1] Jer. 48. 29. [2] Luc. 22. 34.

Digitized by Google

Satanás ha deseado y pedido cribaros como á trigo, pero yo he rogado por tí, ó Pedro, para que no falte tu fe, y tú, despues de convertido, confirma á tus hermanos.

1. En las cuales palabras se encierran tres grandes avisos. El primero, que Satanás su adversario habia pedido licencia para tentarlos, porque sin esta licencia no pudiera, como ni pudo tentar á Job [1], ni aun entrar en los cuerpos ni hacerles daño. Pero concediósele la licencia porque así convenia; porque dado caso que el demonio pretendia turbarlos y esparcirlos como quien criba trigo sin tiento alguno; pero Dios nuestro Señor pretendia convertir aquella tentacion en provecho suyo, para que quedasen mas humildes y puros en adelante, como el trigo bien cribado queda limpio de la neguilla y paja. Y esto me ha de ser motivo de consuelo cuando soy tentado, imaginando que la tentacion es como el cribo; y aunque el demonio me cribe con furia, no para apurarme, sino para derribarme: pero la divina proteccion suele cercar el cribo, y defender al que es cribado, y tener la mano al demonio con tal tiento, que no derribe, sino limpie y perfeccione; y no me faltará esta proteccion, si con humildad y confianza acudo á la divina misericordia.

2. El segundo aviso fué, que él habia rogado por Pedro, para que no desfalleciese ni faltase su fe, dándole á entender, que sin duda pereciera, y Satanás prevaleciera contra él hasta del todo destruirle, sino fuera por su proteccion. O amantísimo Jesus, suplico á tu divina Majestad, que si dieres licencia á Satanás que me cribe como á trigo, tú seas mi abogado y protector, para que no desfallezca mi fe ni falte en la caridad: convierte, Señor, la tentacion en mi provecho, para que la afliccion que padeciere, sirva de apurarme en el crisol, apartando de mí todo lo malo que tuviere [2].

3. El tercer aviso fué: *Y tú despues de convertido*,

[1] Job. 1. 12. Matt. 8. 31. [2] 1. Cor. 10. 13.

Digitized by Google

confirma á tus hermanos. En lo cual se descubre la misericordia de este Señor, con que templó el rigor pasado; porque como le reveló que habia de negarle tres veces, así le reveló que se convertiria, para que no desesperase cuando se viese caido. Además, le exhorta á que se muestre agradecido, por las mercedes que recibirá en su conversion, ayudando él á sus hermanos, para que tambien se convirtiesen; donde se vé la caridad de Cristo nuestro Señor para con los suyos, pues no le dijo, cuando te convirtieres, dame muchas gracias porque rogué por tí, sino confirma á tus hermanos en la fe y confianza: mira por ellos, ayúdalos en lo que fuiste ayudado, y en esto me pagarás algo de lo mucho que por tí he hecho.

MEDITACION XVIII.

DEL SERMON QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO DESPUES DE LA CENA.

Acabada la cena, hizo Cristo nuestro Señor á sus apóstoles un devotísimo y excelentísimo sermon, en el cual ejercitó maravillosamente los tres principales oficios que tuvo, de maestro, consolador y abogado. Como maestro, les exhortó á heróicos actos de virtud; como consolador, les hizo grandes promesas para su consuelo; y como abogado, rogó por ellos á su eterno Padre, como se irá ponderando en esta meditacion y en la siguiente.

Punto primero. — *Del amor de Dios*.—1. Comenzando por el amor de Dios, que es el primero y supremo mandamiento, en este sermon exhortó Cristo nuestro Señor á sus apóstoles á que le amasen, trayéndoles grandes razones para ello. Entre otras cosas les dijo [1]: *Como el Padre me amó, así os he amado, permaneced en mi amor*; como quien dice: El amor que os he tenido,

[1] Joan. 15. 9.

Digitized by Google

no es como quiera, sino como el amor que mi Padre me tiene, comunicándoos de gracia muchos de los dones que mi Padre me ha dado; y por esto os aviso que permanezcais en mi amor, procurando de vuestra parte conservar este amor que os tengo, para que yo por vuestra culpa no deje de amaros; y procurando tambien amarme como yo os amo, porque amor no se paga sino con semejante amor, y el amor mueve á ser amado. O Amador dulcísimo, con qué palabras mas encarecidas podias declarar la grandeza del amor que nos tienes, que con decir que nos amabas como tu Padre te amó! Y con qué razones mas eficaces nos podias mover á que te amásemos, que con decirnos la grandeza del amor con que nos amas! O si pudiese amarte con un amor semejante al tuyo, pues con tal amor quieres ser amado!

De la obediencia á los mandamientos.— 2. Lo segundo les dijo, como este amor principalmente se descubria en la obediencia y guarda de sus mandamientos, trayéndoles grandes motivos para ello, y así les dijo[1]: *Si me amais guardad mis mandamientos: el que guarda mis mandamientos, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré y le manifestaré á mí mismo: si alguno me ama, guardará mis palabras, y mi Padre le amará, y ambos vendrémos á él y harémos morada en él.* En las cuales palabras nos enseña que el verdadero amor de Dios no está ocioso, ni vive á su libertad, sino trabaja por cumplir la voluntad de Dios, y en esto se encierran tres grandes bienes. El primero, ser amado del eterno Padre con especiales señales de amor: y si tan gran bien es ser amado y querido de los reyes de la tierra, cuán gran bien será ser amado del Rey del cielo, porque nada puede faltar al que priva con tal Rey? El segundo, que el Padre y el Hijo, y por consiguiente el Espíritu santo, morarán dentro de él, y estarán en su alma, rigiéndola, regalándola, y tenien-

[1] Joan. 14. 15.

Digitized by Google

do especial cuidado de ella. El tercero es, que Cristo se les manifestará, así en esta vida por la luz de la fe, muy esclarecida con la gracia de la contemplacion, como en la otra, por la beatífica con que se vé á Dios claramente. O dichosos los que aman á Cristo cumpliendo sus mandamientos, pues tan grandes bienes alcanzarán por ello! O alma mia, ama obedeciendo, y obedece amando, para que te purifiques con esta obediencia de caridad, y veas al que amas, y te goces con su vista por todos los siglos. Amen.

3. Lo tercero, púsose á sí mismo por ejemplo y dechado de todo esto, diciendo [1]: *Si guardais mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo guardé los preceptos de mi Padre, y permanezco en su amor, así en el amor que me tiene, como en el que yo le tengo.* De modo, que la guarda de los mandamientos de Dios, conserva el amar nosotros á Dios, y el ser amado de él, y todo á imitacion de Cristo, mirando como guardó él estos mandamientos, poniendo su vida por cumplirlos. O Amado mio, deseo cumplir la voluntad de tu Padre, como tú la cumpliste, amándote como le amaste, para ser amado como tú lo fuiste! *Diligam te, sicut diligor à te.* Amete como me amas. Y pues me mandas que te ame, dame lo que me mandas, para que pueda amarte como quieres. En la sexta parte se dirá mas largamente de este punto.

Punto segundo. — *Del amor de unos con otros.* — Con el precepto del amor de Dios, anda junto el precepto del amor del prójimo, al cual exhortó Cristo nuestro Señor á sus apóstoles tres veces en este sermon, con palabras muy encarecidas.

1. La primera vez les dijo [2]: *Un mandamiento nuevo os doy, que os ameis unos á otros como yo os amé, y con esto conocerán que sois mis discípulos, si tuviereis amor*

[1] Joan. 15. 10. [2] Joan. 13. 34.

Digitized by Google

unos con otros. Llama á este mandamiento nuevo, porque él le renovó, que estaba muy caido, y le puso en perfeccion, y como fundamento de la ley nueva, que todo es amor, y por él somos semejantes al Adan nuevo; y somos renovados en el espíritu, y alcanzamos la nueva dignidad de hijos de Dios, por la adopcion de Cristo, y porque nos pone nuevo dechado y ejemplo de amor. El precepto de amor antiguo decia: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Este precepto nuevo, dice: Que le amemos como Cristo nos amó; esto es, con la pureza y fervor, y con la intencion que él nos amó, á semejanza suya, queriendo y procurando para nuestros prójimos, principalmente los bienes espirituales aunque sea con pérdida de nuestras comodidades temporales. Y para que estimemos este amor, dice, que este ha de ser la divisa y señal de sus discípulos, por la cual han de ser conocidos por tales, que fué decirles: Los discípulos de Moisés son conocidos por la observancia de las ceremonias de la ley: los del Bautista, por ayunos y asperezas: los de los fariseos, por los vestidos y ceremonias exteriores: los de los filósofos, por dichos y sentencias agudas; pero los discípulos de mi escuela, por el amor de unos con otros, y aunque puede haber otras señales, como son la fe, la profecía, los milagros, y otras obras muy gloriosas: pero esta del amor es la certísima, y puede hallarse en todos, sin la cual las demás son imperfectas. Y por esto dijo el Sabio [1]: Que los hijos de la divina Sabiduría, son la Iglesia y congregacion de los justos, cuya nacion y condicion propia es obediencia y amor: porque como las naciones del mundo se conocen por los lenguajes ó trajes, ó por los fueros y otras señales exteriores; así la nacion de los hijos de la Sabiduría encarnada, que es Cristo, se conoce por obediencia y amor de Dios, y de unos con otros entre sí. O Maestro dulcísimo; dame la señal de los que

[1] Eccles. 3. 1.

Digitized by Google

cursan en tu escuela, para que por ella, no solamente yo sea conocido, sino tambien tú seas glorificado, pues la virtud del discípulo, es gloria de su maestro.

2. La segunda vez les dijo [1]: *Este es mi precepto, que os ameis unos á otros como yo os amé: ninguno tiene mayor amor que este, que es dar la vida por sus amigos.* En las cuales palabras al mandamiento del amor que llamó nuevo, llama ahora suyo; porque aunque los demás sean tambien suyos, pero este lo es por excelencia: es suyo, porque en él funda su ley, y se preció de guardarle perfectísimamente, y porque le estima en mas que á los otros, y con él hace á los hombres suyos, sus hijos, sus amigos y sus fieles siervos, y con él les dá sus cosas propias: esto es, su gracia y la herencia de la gloria, y á sí mismo se dá por suyo. Finalmente, es precepto suyo, porque él mismo se pone por dechado de este amor, cuya suprema perfeccion consiste en dar la vida si fuere menester por sus amigos; esto es, por aquellos á quien ama, como él la dió por nosotros [2]. O Amador infinito, que diste la vida por todos, porque á todos amaste; y aunque eran tus enemigos, la ofreciste por ellos, para convertirlos en amigos, dame un amor tan perfecto como este, pues no es razon quiera yo mi vida, siendo tan vil y miserable, mas que tú quisiste la tuya, siendo tan preciosa y admirable.

3. La tercera vez les dijo [3]: *Estas cosas os mando, que os ameis unos á otros.* En las cuales palabras claramente dá á entender, que todas las cosas que mandó en su ley, y todos los demás mandamientos, están cifrados en este uno del amor, y por esto dijo: Estas cosas os mando, que os ameis; porque si os amais, con esto cumpliréis todas las demás: porque el cumplimiento de la ley, es el amor [4]. Tres veces repite este precepto, para que esté mas firme en el corazon, y todas tres le llama precepto, con no haber usado de este vocablo, cuando

[1] Joan. 15. 12. [2] Roman. 5. 10. [3] Joan. 15. 17. [4] Rom. 13. 10.

Digitized by Google

les encargó que le amasen, como quien dice: Para que me ameis, no será menester diga yo que os lo mando, porque el amor que os tengo, y los bienes que os he hecho, están diciendo que me ameis; mas para que ameis á vuestros prójimos, quiero mandarlo expresamente una, dos y tres veces, porque no os descuideis en este amor.

PUNTO TERCERO. — *De la oracion y confianza.* — Otras tres veces exhortó Cristo nuestro Señor á sus apóstoles en este sermon al ejercicio de la oracion, declarándoles la confianza, y las demás condiciones que habian de acompañarla.

1. Lo primero les dijo[1]: *El que cree en mí, hará las obras que yo hago, y otras mayores, porque voy al Padre, y cualquier cosa que pidiereis en mi nombre, la haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo: y si me pidiereis alguna cosa en mi nombre; tambien la haré.* En las cuales palabras nos enseña, que la oracion con la fe viva, y esperanza cierta en su palabra, es poderosa para alcanzar del Padre eterno y del mismo Cristo, fuerzas y poder para hacer obras maravillosas, semejantes á las que él hizo en este mundo; así obras de virtud y santidad, como obras de milagros mayores que los suyos, si fuere menester; y para certificarnos de esto, repite lo mismo segunda vez, y dice, que es gloria de su Padre conceder esto por su Hijo, para que entendamos cuan de buena gana lo cumplirán ambos.

Obediencia con amor, hace ser oida la oracion.—2. Lo segundo les dijo[2]: *Si permaneciéreis en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, todo lo que quisiéreis, pediréis, y se os dará.* En las cuales palabras nos enseña la maravillosa eficacia y trabazon de la oracion, con la union á Cristo por amor y por obediencia á sus palabras; porque en manos de la voluntad, unida de esta manera con Cristo, se pone el querer y el pedir; y el

[1] Joan. 14. 12. [2] Joan. 15. 7.

Digitized by Google

mismo Cristo nuestro Señor se obliga á conceder lo que pidiere: lo cual se entiende cuando quiere y pide, movida de esta divina union, y segun ella, la cual nunca quiere mas de lo que Dios quiere, ni pide, sino lo que dá gusto á Dios, porque no tiene voluntad propia, sino la de Dios toma por suya: y por esta razon dice santo Tomás[1], que siempre se cumple la oracion de los que de esta manera oran. O Dios de mi alma, concédeme que siempre esté unido contigo, y tus palabras y preceptos estén siempre unidos conmigo, amándolos y cumpliéndolos de corazon; porque cierto estoy, que si te amo, obedezco y concierto mis quereres, conforme á la ley del amor, cuanto quisiere puedo pedir, y cuanto pidiere me darás [2], porque gustas de hacer placer á quien te le hace, y de cumplir la voluntad del que siempre cumple la tuya.

3. Lo tercero, les dijo [3]: *De verdad, de verdad os digo, si alguna cosa pidiereis al Padre en mi nombre, él os la dará: hasta ahora no habeis pedido nada en mi nombre, pedid y recibireis, para que vuestro gozo sea lleno.* En las cuales palabras con grande aseveracion les hace una solemne promesa, de que le les dará cuanto pidieren en su nombre, y luego les exhorta á que usen de ella, para que por la experiencia prueben su verdad, y se gocen enteramente cuando la vieren cumplida. Para que se entienda la excelencia de esta promesa, se ha de ponderar, quién es el que la hace, á quién se hace, quién la ha de cumplir, á quién se ha de pedir, porqué títulos, qué cosas, y con qué modo.

De la promesa de nuestras oraciones.—1. El que hace esta promesa, es el Hijo de Dios vivo[4], cuyo nombre es fiel y verdadero, y la misma verdad y sabiduría infinita, que no puede engañarse, ni engañarnos: y sabe muy bien lo que promete, y lo que puede y quiere cum-

[1] 3. p. q. 21. art. 4. [2] Psal. 114. 19. 1. Joan. 3. 22. [3] Joan. 16. 23. [4] Apoc. 19. 11.

Digitized by Google

plir, y conviene que se cumpla, y de todas partes es certísima.

2. A quien se hace la promesa, es á los discípulos de Cristo, que estaban con él en aquel cenáculo, habiéndose ya salido Judas; que es decir: hácese solamente á los que creen en Cristo, y esperan en él, y desean servirle y obedecerle como discípulos, y no á los pecadores rebeldes y obstinados que se apartan de su escuela y obediencia. Y en este sentido dijo el otro ciego [1], que Dios no oye á los pecadores. Y el Sabio dice: Que quien cierra su oido para no oir la ley, su oracion será desechada. Pero aunque sean pecadores, si desean no serlo, sino ser discípulos de Cristo, tambien tienen parte en esta promesa, cuando piden ser admitidos á su escuela, porque nuestro Padre celestial dá su espíritu bueno al que se le pide, para dejar de ser malo; pero mas especialmente gozan de ella los que permanecen en Cristo, y sus palabras permanecen en ellos, como esta dicho [2].

3. El que ha de cumplir la promesa, ó á quién se ha de pedir, es el Padre; esto es, aquel Señor que por excelencia merece este nombre, y es padre amoroso, y todopoderoso para dar á sus hijos cuanto le pidieren, mucho mejor que todos los padres de la tierra, porque dá sin perder nada, y sus gustos son dar á todos. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor [3]: *Si vosotros, siendo malos, dais á vuestros hijos los bienes que habeis recibido, cuánto mas vuestro Padre celestial que por naturaleza es bueno, dará su buen espíritu á cualquiera que se le pidiere?* Tambien ha de cumplir esta promesa el mismo Hijo de Dios, que nos amó tanto, que murió por nosotros; y es tan liberal y amigo de dar, que se dá á si mismo, y nos manda que pidamos, por el deseo que tiene de darnos. Y finalmente, tambien la ha de cumplir el Espíritu santo, que es un Dios, con los dos, el cual, como dice el Apóstol [4], pide por nosotros, inspirándonos á pedir, por las ganas que tiene de dar.

[1] Joan. 9. 31. [2] Luc. 11. 13. [3] Lucæ 11. 13. [4] Roman. 8. 26.

Digitized by Google

4. Los títulos para pedir, son el nombre de Cristo; esto es, la bondad de Cristo nuestro Señor con todas sus virtudes y merecimientos, y por los trabajos de su vida y muerte, y por los servicios que hizo al Padre, y por su gloria y honra; para que sea su nombre glorificado. De suerte, que no tengo de pedir en mi nombre, ni confiando en mi virtud, ni en mis merecimientos, ni para gloria de mi nombre, sino dejando todo esto, y desconfiando de mí, estribar en Cristo mi Señor, y ordenar lo que pidiere para gloria suya.

5. Las cosas que abraza la promesa, con todas las que son decentes y convenientes á la bondad del Padre que las ha de dar, y al nombre y virtud del Hijo por quien se piden, y á la necesidad del que las pide para bien de su alma ó de otros para quien pide, sin poner tasa en esto, pues no la puso el que hizo la promesa. De donde se sigue [1], que pues Dios quiere ser largo en dar, no tengo de ser yo corto en pedir, sino pedir como quien pide al liberalísimo Dios; y pedir, como dice Cristo nuestro Señor: *Ut gaudium vestrum sit plenum.* Que nuestro gozo sea lleno; esto es, pedir, no principalmente cosas terrenas, que no pueden dar gozo lleno, sino las cosas celestiales, y esas no cortamente, sino con tanta abundancia, que llenen nuestro gozo, y harte nuestro deseo, primero en esta vida temporal, y despues en la eterna.

6. El modo con que se ha de pedir, es con gran fe y confianza en la bondad y liberalidad del que promete y ha de dar lo que se pide, y en los merecimientos del medianero, por quien se pide. Esta es la fe de quien dijo Cristo nuestro Señor por san Marcos [2]: *Habete fidem Dei*, tened fe de Dios; esto es, una fe que sea grandísima, fe digna de Dios, fe altísima, que dejando todo lo bajo de la tierra, ponga sus áncoras en el cielo, y espere de Dios todo lo que ha prometido, estribando en su palabra, y en quien él es. Esta es la fe, que en otras

[1] D. Basil. de Constit. cap. 1. [2] Marc. 11. 22.

Digitized by Google

partes compara al grano de mostaza, de la cual se dijo en la tercera parte meditacion 38. Con esta fe se ha de juntar grande perseverancia, hasta que nuestro gozo sea cumplido; esto es, hasta que por experiencia veamos que somos oidos, y nos gocemos de ello, y alcancemos el gozo lleno que se recibe con los dones que nos dan. O Redentor del mundo, que tan liberal eres en prometer, y tan fiel en cumplir lo que prometes! Gracias te doy por esta liberalidad y fidelidad que en todo muestras, suplícote me des gracia para que te pida lo que me mandas pedir, y con el modo que quieres que lo pida, para que mi gozo sea lleno, recibiendo lo que pido, y gozándome con tus dones, y mucho mas contigo dador de ellos, porque nunca mi gozo será lleno, sino es teniéndote á tí, que eres mi sumo gozo, por todos los siglos. Amen. Lo que resta de esta promesa, pondrémos en la meditacion 33 de la sexta parte.

Punto cuarto. —*Razones de consuelo en los trabajos.*—Gran parte del sermon gastó Cristo nuestro Señor en animar á sus apóstoles, y consolarlos en los trabajos presentes, y en otros que despues habian de padecer en el mundo, trayéndoles muchas razones, de las cuales apuntaré algunas, aunque no por el mismo órden, para que nos sirvan de puntos de meditar, y de motivos para consolarnos y alentarnos á sufrir con paciencia las persecuciones y trabajos que nos sucedieren.

1. La primera razon, es, por el ejemplo de lo que el mismo Cristo padeció [1]: *Acordaos*, dice, *de las palabras que os he dicho: No ha de ser el siervo mayor, ó mas privilegiado que el Señor: si á mí persiguieron, tambien perseguirán á vosotros. Os echarán de las sinagogas, y vendrá hora en que quien quiera que os matare, piense que hace servicio á Dios, y estos trabajos os vendrán por mi causa.* O dichosos trabajos, cuya causa es Cristo, y por los cuales somos semejantes á Cristo! No quiero, Señor

[1] Joan. 15. 20.

Digitized by Google

mio, privilegio de exencion de trabajos, pues siendo yo vuestro siervo, es grande honra mia pasar por la ley que pasó mi Señor.

2. La segunda, porque ser perseguidos, es señal y prenda de que no son del bando reprobado del mundo; y por consiguiente, que son del bando de Cristo, y de sus escogidos. *Si el mundo*, dice, *os aborrece, sabed que primero me aborreció á mí: Si fuerais del mundo, el mundo amara lo que es suyo; mas porque no sois del mundo, sino yo os escogí, y saque del mundo, por eso os aborrece el mundo.* O buen Jesus, de tu bando quiero ser, y no del mundo; y si el mundo me aborreciere y persiguiere, de esto me alegraré, porque tú volveras por mí, pues me persigue por tí.

3. La tercera razon, es[1], porque estos trabajos y tristezas se convertirán presto en gozo. Así como la mujer cuando pare tiene gran tristeza y dolor, pero despues se goza por el hijo que le ha nacido en el mundo, y el mismo hijo, que fué causa de su dolor, es despues causa de su gozo: el dolor duró poco tiempo, el gozo mucho, y es tan grande, que hace olvidar los dolores del parto; así tambien vosotros teneis tristeza por mi ausencia y por mi muerte; pero yo resucitaré, como quien de nuevo nace en el mundo, y convertiré vuestro llanto en gozo. Teneis grandes dolores, como de parto, predicando mi ley, haciendo lo que os mando, porque se levantarán grandes persecuciones contra vosotros; pero eso mismo que os diere tristeza, será ocasion de alegría tan grande, que os haga echar en olvido la tristeza pasada, por el fruto que de ella cogísteis: el dolor durará poco tiempo, pero el gozo será perpétuo, porque ninguno os lo podrá quitar. O alma mia, no codicies el gozo del mundo, pues ha de parar en llanto[2]: escoge la tristeza y el dolor por Cristo, pues se ha de convertir en gozo: ama las tribulaciones, y luego hallarás gozo en ellas.

[1] Joan. 16. 20. [2] Jacobi 1. 2.

Digitized by Google

4. La cuarta, porque en el cielo hay moradas eternas, donde serán aposentados por Cristo los que acá padecen por su amor[1]. *No se turbe*, dice, *vuestro corazon, creed y confiad en Dios, y en mí, porque en la casa de mi Padre hay muchas moradas, y yo voy á aparejaros el lugar que habeis de tener, y volveré por vosotros, y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy, allí esteis gozando de mi compañía y de mi gloria.* O alma mia, no te turbes ni aflijas con tus trabajos, porque la morada de este mundo es como de paso, y Cristo vendrá por tí en la hora de la muerte, para premiarte lo que hubieres padecido en vida, colocándote con sumos gozos en sus eternas moradas.

5. La quinta, porque en medio de los trabajos de esta vida viene Cristo nuestro Señor á visitarnos y ayudarnos; y así dice[2]: *No os dejaré huérfanos, yo volveré á vosotros: no se turbe vuestro corazon, ni tema, pues os he dicho, que voy y vengo á vosotros: un poco no me veréis, y de ahí á poco me veréis, y se gozará vuestro corazon, y ninguno podrá quitar el gozo que yo os diere.* O Padre amantísimo, que nunca dejas huérfanos á tus hijos, aun cuando á su parecer estás ausente de ellos, porque nunca lo estás para mirar por su bien, deseo no turbarme con mis trabajos, pues tan presto has de venir á visitarme y consolarme en ellos! Dame Señor, el gozo interior, del cual, ni el demonio, ni el mundo, ni criatura alguna me puede privar; porque poseyendo este gozo, me será sabroso cualquier trabajo.

6. La sexta, porque aunque sean atribulados, son amados del Padre eterno[3]: *Cuando yo*, dice, *no rogara por vosotros, sabed que el Padre os ama, porque me amásteis y creísteis que salí de Dios.* Como quien dice: No os turbeis ni temais, ni perdais la confianza y el ánimo en medio de los trabajos que padeciéreis por mi causa, porque son prendas de que mi Padre os ama,

[1] Joan. 14. 1. [2] Joan. 16. 16. [3] Joan. 16. 26.

Digitized by Google

por el amor que mostrais en padecer por mí: y si el Padre os ama, él os amparará y consolará; pues un Padre tan amoroso y poderoso, no puede faltar al consuelo de sus hijos. O Padre amantísimo, no quiero otro consuelo en la tierra, sino saber que me amas; porque si me amas, nada me puede faltar, pues no sabes amar y desamparar.

7. La séptima razon de consuelo es, por las grandes prendas de confianza que tenemos para salir con la victoria de todos los enemigos que nos persiguen [1]. *En el mundo*, dice, *tendréis apretura, pero confiad que yo vencí al mundo.* Esto es, yo vencí al demonio, príncipe de este mundo, y vencí la fiereza de los trabajos y persecuciones, y vencí al pecado y á la muerte; y en virtud de mi victoria podeis seguramente confiar que vencerêis, pues yo vencí para vosotros, y estoy en vosotros peleando para vencer. Gracias te doy Padre eterno, por la victoria que nos das por tu Hijo Jesucristo [2]; y pues tuya ha de ser la victoria y la gloria de ella, no quiero dudar ni desconfiar de que podré alcanzarla.

Otras razones de consuelo trae Cristo nuestro Señor, fundadas en la venida del Espíritu santo, las cuales dejo para la quinta parte, en las meditaciones 17 y 22 de su venida.

MEDITACIÓN XIX.

DE LA ORACION QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO Á SU PADRE AL FIN DEL SERMON DE LA CENA.

Esta oracion de Cristo nuestro Señor, es un vivo y parfectísimo ejemplo de todas las cosas que han de concurrir en una oracion fervorosa y excelente, cuanto á las personas por quien se ha de orar, y las cosas que se han de pedir, y los títulos que se han de alegar y el órden que en esto ha de haber. Reducirla hemos á

[1] Joan 16. 33. [2] 1. Cor 15. 57.

Digitized by Google

tres puntos, por tener ella tres partes[1]: porque primero oró en cuanto hombre por sí y por sus cosas: luego oró por sus apóstoles que tenia presentes, y estaban á su cargo, y despues por todos los escogidos, y por todos los fieles que habia de haber hasta la fin del mundo: y este órden pide la caridad bien ordenada, y es el que debemos guardar en la forma y manera que Cristo nuestro Señor le guardó.

Punto primero.—Estando Cristo nuestro Señor en pié en presencia de sus apóstoles, levantando los ojos al cielo con voz clara, oró á su Padre por sí mismo, diciendo: *Padre, llegada es la hora, clarifica á tu Hijo, para que tu Hijo te clarifique á tí.*

1. Aquí se ha de ponderar lo primero, la reverencia interior y exterior con que Cristo nuestro Señor oraba, la devocion que mostró levantando los ojos al cielo, la voz tan tierna, y palabras tan regaladas y sentidas que decia para enseñar á sus apostoles con este ejemplo como habian de orar, y para consolarnos con el cuidado que de ellos mostraba tener.

2. Lo segundo se ha de ponderar lo que pidió en esta oracion; es á saber: que fuese clarificado en el tiempo de su pasion con milagros, para que se descubriese que aunque padecia cosas tan ignominiosas, era Hijo de Dios. Además, ser tambien clarificado con la claridad y gloria de la resurreccion y ascension á los cielos, y ser clarificado en el mundo, y conocido de los hombres por Hijo de Dios; y para que se entendiese, que no pedia esto por su propia honra, añade: Pídolo Padre, para que tu Hijo te clarifique á tí; esto es, para que por mi gloria y en ella seas glorificado: y para que yo, despues de glorificado por tí, de nuevo te clarifique y publique tu gloria á mis discípulos y por ellos á todo el mundo.

De esta oracion de Cristo nuestro Señor tengo de

[1] D. Thom. 3. p. q. 21. art. 3.

Digitized by Google

usar en muchas maneras. Unas veces pidiendo al Padre eterno clarifique á su Hijo en todo el mundo, entre todos los infieles, dándoles luz para que le crean y glorifiquen como á Hijo suyo, para que con esto sea el mismo Padre mas glorificado, y con este espíritu le diré muchas veces: *Pater, clarifica Filium tuum, ut Filius tuus clarificet te.* Padre, clarifica á tu Hijo unigénito Jesucristo, para que tú seas en él y por él clarificado en todo el mundo.

Otras veces apropiaré á mí mismo esta oracion, pidiendo al Padre eterno, clarifique á mí, miserable é indigno hijo suyo, con la claridad de su gracia, y con obras excelentes de virtud, no para honra mia, sino para gloria suya, y para que yo le glorifique y predique sus grandezas; y así con este espíritu, pidiendo para mí, diré: Padre, clarifica á tu hijo, para que tu hijo te clarifique á tí: y no es atrevimiento usar de esta oracion, porque supuesto que Dios quiere que le llame Padre, bien puedo llamarme yo hijo: y si no tuviere tanto ánimo, en lugar de esta palabra hijo, pondré esta palabra siervo ú esclavo, diciendo: Dios mio, clarifica á tu siervo, para que tu siervo te clarifique á tí: Padre, ama á este esclavo tuyo, para que tu esclavo te ame á tí.

3. Lo tercero, con esta oracion juntó Cristo nuestro Señor títulos para lo que pedia, diciendo: *Yo te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me encomendaste. Clarifícame pues, ó Padre, cerca de tí mismo, con la claridad que tuve cerca de tí, antes que el mundo se hiciese.* Como quien dice: Justo título tengo para pedir esto, porque yo he procurado siempre tu gloria en la tierra, y he obedecido á tu voluntad, cumpliendo todo lo que me has mandado, justo es que tú me clarifiques con la claridad y con el premio que me tienes señalado en tu predestinacion eterna. De donde se han de sacar dos cosas. La primera, que los varones perfectos

Digitized by Google

cuando piden algo á Dios nuestro Señor, pueden como arriba se dijo en la introduccion de la obra, § 1, con humildad alegarle los servicios que le han hecho, buscando su gloria, y obedeciendo á su voluntad: y cuando la conciencia les dá testimonio de esto, piden con gran confianza. O Padre amantísimo, si pudiera decirte con verdad que siempre te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me has encomendado! Pero muy al contrario he vivido, buscando mi gloria con menoscabo de la tuya, y atropellando tu voluntad por hacer la mia; y así te suplico, no como fiel criado, sino como pobre necesitado, que me clarifiques con tu gracia, para que de hoy mas te clarifique sobre la tierra y acabe lo que me has encomendado[1].

La segunda es, que la oracion es medio para negociar las cosas que Dios tiene ordenadas en su eterna predestinacion; y así no hemos de faltar en la continua oracion, pues quizá por ella se nos ha de dar lo que Dios ha predestinado para nuestra salvacion, y así le hemos de pedir con instancia, no la gloria del mundo cerca de los hombres, sino la gloria cerca de Dios, para la cual nos tiene señalados.

Punto segundo.—Luego se ha de considerar la oracion que Cristo nuestro Señor hizo por sus apóstoles, en la cual primero declaró por quien rogaba, diciendo á su Padre: *No te ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque son tuyos.* Llama mundo á la muchedumbre de los reprobados, rebeldes á Dios y á su ley: los cuales por su culpa se hacen indignos de que Cristo nuestro Señor ore por ellos, cuanto á la eficacia de su oracion, la cual no tiene en ellos efecto. Y así dice, que ruega por los apóstoles escogidos del Padre, *quia tui sunt*, porque son tuyos, son tus amigos, tus siervos fieles; tus escogidos, y los tienes debajo de tu amparo. Este título es maravilloso para alegar á Dios en nues-

[1] D. Thom. 2. 2. q. 83. art. 2.

tras oraciones, diciéndole: Padre celestial, favorece á los que me has encomendado, y dá tu ayuda á todos los fieles, porque son tuyos. Dios mio, mira por mi alma y cuerpo, y por todos los sentidos y potencias que me diste, porque son tuyas. Conserva los deseos y propósitos buenos que me has dado, porque son tuyos. Quién hay que no mire por lo que es suyo [1]? *Tuus sum ego, salvum me fac.* Tuyo soy, sálvame: tuya es mi alma, sálvala: tuyo es mi entendimiento, ilústrale: tuya es mi voluntad, rigela, etc. No permitas, Señor, que yo sea parte del mundo, por el cual no ruegas, porque si me excluyes de tu oracion, tambien quedaré excluido de tu reino.

2. Despues de esto pidió Cristo nuestro Señor para sus apóstoles tres cosas excelentísimas.

Union de caridad.—1. La primera fué, diciendo: *Padre santo, en tu nombre y por tu gloria guarda estos que me diste, para que sean una cosa como yo y tú lo somos.* En las cuales palabras pide al Padre eterno, que mire por ellos y los conserve, dándoles union de caridad entre sí mismos y con Dios; no union cualquiera, sino perfectísima, y á semejanza de la que el Padre y el Hijo tienen en unidad de esencia. De modo que como los dos, por ser un Dios, tienen un mismo sentir, querer y obrar, así ellos se conformen en todo con el sentir de Dios y con su divina voluntad, obrando solamente lo que Dios quiere que obren; y conviniendo todos en esta union con Dios, quedarán tambien unidos entre sí.

2. La segunda cosa que pide, es, los libre de todo lo que es contrario á esta divina union, diciendo: *No te ruego que los saques del mundo, sino que los libres del mal.* Que es decir: En el mundo han de padecer grandes persecuciones y trabajos: no te pido, Padre mio, que los saques del mundo, porque conviene se queden en él, sino que los libres de lo malo; esto es, del peca-

[1] Psal. 118. 94.

Digitized by Google

do, de la desunion y discordia, del demonio, y de todo mal eterno, de modo que vivan en el mundo sin que se les pegue el mal del mundo.

3. La tercera cosa que pide, es, los de la plenitud de todas las virtudes, diciendo: *Santifícalos en verdad, pues yo me santifico por ellos, para que ellos queden santificados en verdad.* Que es decir: no solamente los libre del mal, sino santifícalos con abundancia de virtudes verdaderas, libres de toda hipocresía y fingimiento, conformes á la verdad que yo les he predicado, pues yo me he consagrado y ofrecido en sacrificio y hostia santa, por hacerlos santos. Por todo esto se vé, como Cristo nuestro Señor quiere que pidamos en la oracion cosas grandiosas, dignas de Dios, alegándole principalmente dos títulos; uno la gloria y majestad de su santísimo nombre; otro la santidad del sacrificio que él mismo ofrecio por nosotros en la cruz. O Padre soberano, oye la oracion de tu Hijo unigénito, librándome de lo malo, que inficiona el mundo, y santificándome con verdadera santidad, para que goce de la union que tienes con él, unido contigo en perfecta caridad. Amen.

Punto tercero.—Ultimamente, se ha de considerar la oracion que hizo por todos los demás fieles, pidiendo para ellos los bienes de gracia, y la vida eterna.

1. Lo primero, dijo: *No ruego solamente por estos, sino por todos los que por su predicacion han de creer, para que todos sean una misma cosa: y como tú, Padre, estás en mí, y yo en tí, así ellos sean uno en nosotros, para que crea el mundo que tú me enviaste.* De donde consta, que oró por todos los que ahora vivimos en su Iglesia; y por consiguiente, que oró por mí mismo, porque á todos y á cada uno, y á mí tambien, nos tenia tan presentes como á los que estaban en aquel cenáculo, y para todos pidió esta union de caridad perfectísima con Dios y entre sí, al modo dicho; la cual fuese tan grande y maravillosa, que bastase para convertir al mun-

Digitized by Google

do, y para que los infieles creyesen que Cristo era Dios, pues tenia discípulos tan unidos en caridad. O dulcísimo Jesus, cuán cuidadoso y celoso eres del bien de tus escogidos; pues antes que nazcan oras por ellos, y pides para ellos dones tan soberanos! O Padre amantísimo, oye esta oracion que tu Hijo unigénito ofrece por mí, y házme participante de la soberana union que tienes con él! Concede tambien esta union á los religiosos, para que por ella conozcan los seglares, que tu Hijo unigénito mora en ellos. Concédela tambien á todos los fieles, para que los infieles, admirados de esta milagrosa union, reciban tu santa ley. Y pues tu Hijo nos ofrece la claridad de su gracia, para que todos seamos *consummati in unum*, muy perfectos y acabados en lo que es ser una cosa, concede á todos los justos, que han participado esta claridad, que lleguen á la excelencia de ella, para que se dilate por todo el mundo la claridad de su gloria. Amen.

2. Lo segundo que pidió, fué: *Padre, quiero para los que me diste, que adonde yo estoy, allí estén ellos conmigo, para que vean la claridad que me diste.* Que es decir: Padre, no solamente pido para mis fieles la union de caridad y perfeccion en esta vida, sino que despues de ella estén conmigo en el cielo, donde yo estoy gozando de mi compañía, para que vean la claridad que me diste en cuanto Dios y en cuanto hombre, y sean bienaventurados con esta vista. O Amador dulcísimo, con qué eficacia orabas cuando esto decias, pues hablando con tu Padre, interpones tu suprema autoridad y la igualdad que tienes con él, diciendo [1]: Padre, *volo*, quiero que donde yo estuviere, estén mis discípulos. Quién podrá ir contra ese quiero tuyo, pues lo que tú quieres eficazmente, todo se cumplirá? O quién estuviera donde tú estás! Bien sé que estás en todo lugar, donde están buenos y malos, pero no todos están con-

[1] Isai. 46. 10.

Digitized by Google

tigo, gozando de tu dulce compañía [1]. Concédeme, que siempre esté yo donde estás tú, viéndote en esta vida por fe muy esclarecida, y despues con clara vista en tu gloria. Amen.

MEDITACION XX.

DE LA IDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR AL HUERTO, Y DE LA TRISTEZA Y AFLICCION INTERIOR QUE ALLÍ TUVO.

PUNTO PRIMERO. — *Acabado el sermon de la cena y dicho el himno acostumbrado, en accion de gracias* [2], *salióse Jesus con los once apóstoles del cenáculo, y fuese de la otra parte del arroyo de Cedron, al monte de las Olivas, á un campo que se llama Getsemaní, donde estaba un huerto, y allí entró como tenia de costumbre.*

1. Sobre este paso se han de ponderar las causas de esta salida de Cristo nuestro Señor del cenáculo al huerto. La primera fué, por guardar la costumbre que tenia de recogerse á lugares solitarios á oracion retirada, despues de haber cumplido con el oficio de predicar. Y es mucho de ponderar la magnanimidad y entereza de este Señor, que por ningunos trabajos ni peligros queria dejar sus buenas costumbres, y así predicó y dijo su himno acostumbrado despues de la cena, y se fué á la soledad como si no esperara ningun trabajo. De donde sacaré confusion de mi tibieza, porque con cualquier ocasion dejo mis loables costumbres, en especial la de la oracion, habiendo de ser al contrario, que en tiempos de mayor aprieto habia de acudir mas á ella.

2. La segunda causa fué, porque su prision no se hiciese en el cenáculo y en casa agena, sino en la soledad y en el campo, donde se podia hacer mas cómodamente sin que viniese daño á su huésped. Y para que se viese que no huia, fuese al lugar que era muy

[1] D. Dionis. cap. 3. de Divinis nominibus. [2] Matt. 26 30. Luc. 22. 39. Joan. 18. 1.

Digitized by Google

sabido del traidor que le habia de entregar, como quien de su voluntad se vá á ofrecer á la prision y muerte, llevado, no con cadenas de hierro, sino con cadenas de amor y de obediencia; y así dijo á sus discípulos en el sermon de la cena [1]: *Para que conozca el mundo, que amo á mi Padre; y que como él me dió el mandamiento, así lo cumplo: levantaos, vamos de aquí.* O dulce Jesus, dame estos afectos de amor y de obediencia para que no huya de los trabajos, sino antes me ofrezca á ellos, siguiéndote con amor, y acompañándote con obediencia.

3. La tercera causa fué, para significar, que como la pérdida del mundo comenzó por la mala libertad que Adan pretendió en un huerto; así la salvacion del mundo comenzase por la prision de Cristo en otro huerto, plantado en el valle de las olivas: porque todo lo que allí sucedió, fué para nosotros rio inmenso de misericordia, aunque para él fué arroyo impetuoso de tristezas y trabajos: y aunque al tiempo que pasó el arroyo de Cedron se acordó de las avenidas de dolores que habian de penetrar su alma, con todo eso iba con sus apóstoles mostrándoles grandes caricias. Dame, Salvador mio, licencia, que te acompañe y pase contigo por el arroyo de los trabajos y penas; pues todos serán para mí valle de olivas y misericordias.

Punto segundo. — *Llegando al lugar señalado, dejando los apóstoles, tomó tres de ellos, Pedro, Diego y Juan. Et cœpit contristari, et mœstus esse, pavere et tædere. Comenzó á entristecerse y á estar afligido, á tener miedo y tedio.*

1. Lo primero, se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor quiso dar principio á los trabajos de su pasion con dos cosas terribles, que la hicieron penosísima. La primera fué, privarse voluntariamente de toda alegría sensible; de suerte, que aunque solia tener gusto de padecer con muestras de alegría, ahora se privó de esta

[1] Joan. 14. 31.

Digitized by Google

alegría en la parte inferior de su alma y cerró la puerta á todo consuelo sensible, que de la parte superior le podia venir. La segunda fué, tomar voluntariamente los afectos contrarios de temor, y tristeza, dando licencia á sus apetitos que brotasen estos afectos penosos con grande vehemencia; porque como estaba en su mano tomarlos ó dejarlos, y tomarlos con poca ó mucha intension, tomólos con grandísima fuerza, para que su pasion fuese mas amarga; porque los trabajos, cuando hay alegría sensible siéntense poco, como lo experimentaron muchos mártires: mas cuando hay tristeza, siéntense mucho; y así la paciencia entonces es muy mas gloriosa, porque padece sin ayuda de costa sensible, y se come sin salsa el manjar desabrido y amargo de la tribulacion puramente por amor de Dios. O dulce Jesus, gracias te doy por este principio que diste á tus trabajos, tomando lo que habia de ser aumento de ellos, concédeme que por tu amor me prive de cualquier gusto sensible, y me ofrezca á beber el cáliz de tu pasion, puro como le bebiste.

2. Lo segundo ponderaré, la muchedumbre y gravedad de estas aflicciones interiores de Cristo, que los Evangelistas llaman temor ó pavor, tedio, tristeza, y agonía. El temor fué de los tormentos y muerte tan terrible, que tenia cercana, el cual suele á veces atormentar mas que la misma muerte, y causa un modo de temblor ó espanto, que se llama pavor, y una congoja interior que se llama agonía, de que despues dirémos. Este temor acometió á Cristo nuestro Señor como un ejército de soldados innumerables, imaginando tantos temores, cuantos fueron despues sus tormentos, porque tuvo temor de la prision, de las injurias de aquella noche, de los azotes, de la corona de espinas, de la cruz y clavos, y hasta de la lanzada que le habian de dar despues de muerto. Todos estos temores tomóde su voluntad para afligirse con ellos, y mostrar su fortaleza en resistirlos, sin volver por su

Digitized by Google

causa atrás de lo comenzado. O fortísimo Guerrero, con cuánta mas razon podiais decir lo que dijo David [1]: Mi corazon se ha turbado, y el miedo de la muerte ha descargado sobre mí; el temor y el temblor me han cogido, y las tinieblas me han cubierto; mas no por eso deseais alas de paloma para huir, porque tomais el temor para vencerle. El tedio fué un enfado y desgana de todas las cosas de este mundo, no hallando en la tierra cosa que le diese gusto y consuelo, ó alivio: y hasta de la misma vida, como otro Job [2], tenia tedio, viéndola cercada de tantos males y peligros; con lo cual pagaba los tedios que yo tengo de las obras de virtud, y las desganas de sufrir lo amargo de ella.

La tristeza fué un pesar y afliccion interior de los males que miraba como presentes, contrarios á la inclinacion natural de su carne: y como los trabajos eran muchos y muy terribles, y la aprension de todos ellos muy viva, y los aprendia como inevitables, supuesta la divina ordenacion, tuvo la mayor tristeza que jamás hubo ni habrá en esta vida; y esta tristeza tambien le acometió como otro ejército de soldados terribles, entristeciéndose de verse afrentado, despreciado, escupido, desamparado y perseguido. O alegría de los ángeles, porqué te sujetas á tantas tristezas? Quieres convertir tus gozos en penas, para convertir mis penas en gozos! Alábente los ángeles por esta caridad tan grande, con la cual escogiste para tí la tristeza, por llenarme á mí de alegría. Concédeme, Señor, tal esfuerzo en tu servicio, que ni el temor me acobarde, ni el tedio me oprima, ni la tristeza me consuma. Amen.

En todo esto tengo de ponderar, que así como resplandeció la infinita caridad de Cristo en desear la muerte, y gozarse de su pasion para nuestro bien, así resplandece ahora en tomar voluntariamente estos afectos penosos para padecer los trabajos interiores que sus esco-

[1] Psal. 54. 5. [2] Job. 10. 1.

Digitized by Google

gidos padecen, y hacerse semejante á sus hermanos en lo que era natural sin culpa, y para darnos ejemplo de paciencia en sufrirnos á nosotros mismos, cuando nos viéremos en el estado que estaba Job, cuando dijo[1]: *Factus sum mihi metipsi gravis.* Yo mismo me soy grave, y pesado en sufrir.

PUNTO TERCERO.—Lo tercero, se ha de considerar las demás causas que acumuló Cristo nuestro Señor para moverse á esta tristeza y afliccion interior, en las cuales se representan los motivos que yo puedo tener de justa tristeza, que es la que san Pablo llama tristeza[2], segun Dios.

1. La primera fué, la memoria y viva aprension de los pecados de los hombres, así pasados, como presentes y porvenir; los cuales tenia presentísimos, y con grande evidencia conocia, y pesaba tres cosas que hay en ellos muy terribles; es á saber: su muchedumbre sin cuento, su gravedad como infinita, por la injuria que con ellos se hace á Dios, y el grandísimo daño que causan en los hombres, condenándolos á terribles tormentos del infierno. Todo esto le causó terrible tristeza y la tomó de buena gana. Lo uno, para suplir la falta de tristeza que los hombres tienen por sus culpas, y pagar por ellas con este dolor interior que tenia; y lo otro, para librarlos de la eterna tristeza que por sus pecados merecian.

Considerando esto, tengo de imaginarme á mí mismo dentro de la memoria y corazon de Cristo nuestro Señor, y ver como está mirando todos mis pecados y tibiezas, y como con ellos le causo tristeza y desconsuelo terrible, por lo cual me tengo de entristecer, ponderando las tres cosas dichas; es á saber, su muchedumbre y gravedad, y la pena eterna que por ellos merecia, y procurando aborrecer el pecado, pues tan grande mal es, que basta su consideracion á causar en

[1] Job. 7. 20. [2] 2. Cor. 7. 10.

Digitized by Google

Cristo tal tristeza. O Padre eterno, yo te ofrezco esta tristeza y dolor de tu Hijo unigénito, en satisfaccion de mis muchos y graves pecados. Pésame de haberlos cometido; mas porque mi pesar y tristeza es muy pequeña, yo la junto con la suya, por la cual te pido aumentes la mia, para que pague con esta pena lo que debo por mi culpa. O Salvador mio, gracias te doy por la tristeza que tomaste por mis pecados. O quién nunca los hubiera cometido, por no darte tal pena con ellos! Bórralos Señor de mi alma, para que no haya en ella cosa que pueda darte tristeza y pena.

2. La segunda causa de esta tristeza fué, la consideracion del poco provecho que habian de hacer en muchos hombres los medios de su encarnacion, pasion y muerte, los sacramentos y sacrificios, la doctrina y ejemplos de su vida, y en todo esto ponderaba la terrible ingratitud de los hombres, su ceguedad, dureza y rebeldía en desechar estos bienes, que tan á su costa les ofreció, por lo cual con efecto, muchos se habian de condenar. Y tambien le daba pena la tibieza y pereza que otros muchos tendrian en aprovecharse de estos medios tan eficaces para su salvacion y perfeccion. Y en esta consideracion tambien tengo de imaginar, que yo soy uno de los que afligian á mi Salvador con mis tibiezas, por no hacer el caso que debia de su pasion y muerte, por lo cual me tengo de entristecer con él, suplicándole que quite de mí esto, que tal tristeza le causaba.

3. La tercera causa de esta tristeza fué, la consideracion de todos los trabajos y tristezas que habian de padecer sus escogidos, y todos los justos por su causa, las cuales tenia presentísimas, y las sentia como si él mismo las padeciera, porque los tenia unidos consigo, con entrañable amor y caridad [1]: y quien tocaba á uno de ellos, le tocaba á las niñas de sus ojos, porque mas

[1] Zachar. 2. 8.

Digitized by Google

unidos estaban con su corazon, que la niñeta con el ojo. Allí sentia las aflicciones de los apóstoles y mártires, las persecuciones de los doctores y ministros del Evangelio, las tentaciones que padecieron los confesores y vírgenes, las tristezas y desconsuelos de los justos atribulados; y allí tenia tambien presente mis tribulaciones y tentaciones, mis temores y tristezas, y compadeciéndose de mí, se entristecia por ellas, queriendo por este afecto de compasion, padecer lo mismo que yo padezco, obligándome á que yo; con el mismo afecto de compasion, padezca lo qué él padeció. O piadosísimo y clementísimo Jesus, qué es lo que haces para entristecerte y afligirte? Por ventura, no te basta considerar tus propias penas, sino que tambien quieres considerar las agenas, y entristecerte por ellas, como si fueran propias? Bastara, Señor, que te entristecieras por mis pecados, holgándote de las penas que justamente se me dan por ellos; pero como tu inmensa caridad no tiene tasa, quiere sentir tristeza de mis culpas y de mis penas para librarme de ellas. Concédeme, Señor, que yo me entristezca de tus trabajos, como tú te entristecias de los mios, pues los tuyos de verdad son mios, habiéndolos tomado por mi causa.

4. A estas causas generales de la tristeza de Cristo nuestro Señor, se pueden añadir otras especiales, que son la perdicion de aquel pueblo hebreo, á quien habia escogido por suyo, y la grande ingratitud que mostraba en quitarle la vida; y á este modo tengo de imaginar, que sentia Cristo nuestro Señor la perdicion de algunos reinos de la cristiandad, que habian de negarle y perder la fe.

5. Además, la condenacion y perdicion de Judas, viendo que el demonio se le quitaba y arrebataba de su escuela, imaginando, que así como un hombre siente grande tristeza y dolor cuando le cortan un miembro que está unido con todo el cuerpo; así Cristo nuestro

Digitized by Google

Señor sentia en su corazon todos los empellones y vaivenes del demonio, con que le cortaba ó arrancaba algun miembro vivo de su cuerpo místico, que era como atravesarle las entrañas y arrancarle al que tenia metido dentro de ellas. O mi buen Jesus, cuán innumerables tormentos de estos padecias por junto, teniendo presentes las caidas de tantos justos que el demonio arrebataba para si! Duélete, Señor, de mí, y no permitas que yo sea apartado jamás de tí.

6. Tambien se entristecia por el escándalo de sus discípulos, y por la afliccion de su afligida Madre, la cual tambien tenia allí presente. Y en conclusion, siendo verdad lo que dice el Sabio [1], que quien añade ciencia, añade dolor; Cristo nuestro Señor aumentó grandemente sus dolores, por la grande ciencia y viva aprension que tuvo de todas las cosas, que eran causa de ellos. O Dios y Señor de las ciencias, dame esta ciencia de tus dolores, para que yo tenga parte en ellos!

Punto cuarto. — Lo cuarto consideraré, como Cristo nuestro Señor habiéndose apartado con sus tres discípulos, Pedro, Diego y Juan, les declaró su afliccion, diciéndoles con un semblante demudado: *Triste está mi alma hasta la muerte; esperadme aquí, y velad conmigo.*

Aquí se ha de ponderar, primeramente estas palabras de Cristo nuestro Señor, y lo mucho que por ellas significa, cuando dice: *Tristis est anima mea usque ad mortem.* Que es decir: Mi alma está triste con una tristeza, cual se padece en las agonías de la muerte, y tan grande, que bastara á causarme la muerte, sino guardara la vida para padecer mas cruel muerte; y será tan larga, que durará sin cesar hasta el instante de mi muerte, despidiéndome de tener mas alegría mientras viviere en esta vida mortal. O Salvador mio, cómo no traspasan mi corazon estas palabras, y le hieren con herida mortal, viéndote á tí entristecido con tristeza de

[1] Eccles. 1. 18.

Digitized by Google

muerte por mi causa! O Vírgen santísima, si oyérais estas palabras, cómo fueran cuchillo de dolor, que pasaran de parte á parte vuestra purísima alma, por estar tan unida con la de vuestro Hijo que tan triste estaba! O pecado mortal, cuán grave eres, pues causas en Cristo tristeza mortal!

2. Lo segundo, se han de ponderar los motivos que tuvo para decir estas palabras á sus apóstoles, que fueron dos. El primero, porque como esta tristeza era interior, era necesario que él nos manifestase su grandeza, para que conociésemos lo mucho que por nosotros padecia, y se lo agradeciésemos y nos alentásemos á imitarle en ello. Así como en la cruz dijo, sed tengo, para que se conociese aquel trabajo, que en secreto padecia por nuestra causa. El segundo, para mostrar que era hombre y que se sujetaba á tristezas y temores, y como tal se consolaba con sus amados discípulos, descubriéndoles su afliccion, para que se compadeciesen de él y le consolasen; y por eso les dijo: Velad conmigo, y hacedme compañía. O consuelo de los desconsolados, quién te ha sujetado á pedir consuelo á tus criaturas? Mis pecados han hecho esto, y el deseo que tienes de mi consuelo, comprándole con el precio de tus desconsuelos. De aquí tambien puedo sacar, que no es contra la perfeccion de la paciencia dar cuenta de sus desconsuelos y tristezas á los confesores y maestros de espíritu, y á los fieles amigos, que nos pueden consolar en Cristo con verdadero consuelo.

3. Lo tercero, ponderaré la causa porque Cristo nuestro Señor declaró esta tristeza á estos tres apóstoles mas que á otros; es á saber, para que los mismos que habian sido testigos de la gloria que tuvo en su transfiguracion, fuesen tambien testigos de la tristeza y agonía que tomaba en su pasion, y comparando una con otra, conociesen y testificasen lo mucho que debemos al que por nuestro amor privó á su cuerpo de tanta glo-

Digitized by Google

ria, y ahora le aflige con tan terrible tristeza: y tambien para que entendamos, que si Dios dá consuelos en esta vida á los escogidos, es para prevenirlos y alentarlos á grandes trabajos: y que si es favor estar con Cristo en el monte Tabor, viéndole glorificado y participando los gozos de su gloria, tambien es favor estar con el mismo Cristo en el huerto, viéndole entristecido y atribulado, y participando con él de sus aflicciones y tristezas; y que este favor no se hace á todos; sino á los mas queridos y regalados. Así lo creo, Salvador mio, y así lo deseo, y te suplico me hagas este favor, que sea yo uno de los pocos á quien des parte de tus trabajos, con grande sentimiento de ellos.

MEDITACION XXI.

DE LA ORACION QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO EN EL HUERTO.

Punto primero. — Estando Cristo nuestro Señor triste al modo dicho, y viendo que sus apóstoles lo estaban, les avisó que orasen, diciéndoles [1]: *Velad conmigo y orad, porque no entreis en tentacion: y tomando para sí el mismo consejo, se apartó de ellos como un tiro de piedra á orar.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, como Cristo nuestro Señor, con palabra y ejemplo nos enseña, que el remedio de nuestras tristezas no es parlar y enternecerse con los hombres, que no pueden dar consuelo cordial, sino hablar con Dios en la oracion, á quien hemos de acudir como á principal consolador, el cual nos puede quitar la tristeza ó moderarla, como mas nos conviniere. De este ejemplo he de aprender en mis tristezas á no esperar principalmente, ni consuelo de hombres, ni desordenarme en buscar consuelos terrenos, sino en primer lugar, como dice el apóstol Santiago [2], pedirle á Dios; y esperarle de él, y experimentaré

[1] Matt. 26. 41. Luc. 22. 41. D. Thom. 3. p. q. 21. per tot. maximè art. 4. ad 1. [2] Jacob 5. 13.

Digitized by Google

lo que dice David: Mi alma rehusó ser consolada, acordéme de Dios, y alegróse mi corazon.

2. Lo segundo, tambien nos avisa que la oracion es único remedio para no caer en las tentaciones, y no perecer en los peligros; y así cuando estamos cerca de ellos, hemos de orar con fervor. Y no dice Cristo, orad que no seais tentados, sino orad para que no entreis en la tentacion, y os anegueis en ella, porque muchas veces nos conviene ser tentados y afligidos; pero la oracion sirve para que no caigamos en ella, ó si cayéremos, para que no perezcamos del todo, sino que nos levantemos con el favor que Dios nos dará para ello: y porque la tentacion es cada dia, así cada dia tengo de decir con gran devocion la última peticion del Padre nuestro, no no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal. Amen.

3. Lo tercero tengo de ponderar aquella palabra: *Velad conmigo;* esto es, en mi compañía, y como yo velo, imitándome á mí; en lo cual nos dá á entender, que él mismo vela con los que velan, y ora con los que oran; y los que velan y oran hacen esto con él, teniéndole por maestro, por compañero y ayudador. Pues con tal compañía, cómo no gustaré yo de velar y orar? Ayudadme, dulcísimo Jesus, para que siempre vele con Vos, gastando los dias en trabajar, y las noches en orar, y dias y noches en obedecer á quien siempre veló, oró y trabajó por mi amor.

4. Finalmente, ponderaré aquel acto de mortificacion, que hizo Cristo nuestro Señor en apartarse de la compañía de sus apóstoles para orar: porque en las grandes tristezas y aflicciones, gusta la naturaleza estar en compañía de sus amigos, para consolarse con ellos; pero Cristo nuestro Señor venció esta inclinacion con valor. Lo cual denota el Evangelista, diciendo [1]: *Avulsus est ab eis,* que fué arrojado, ó arrancado

[1] Luc. 22, 41.

de ellos, cuanto un tiro de piedra, como quien vencia con el ímpetu del espíritu la inclinacion de la carne, y se apartaba de las personas, á que estaba pegada con amor natural, por orar á solas [1]. O Dios mio, concededme que me aparte de la leche, y me arranque de los pechos de las consolaciones humanas, para dedicarme á la oracion, y en ella entender tu santísima voluntad para ponerla por obra. Amen.

Punto segundo.—Llegado Cristo nuestro Señor al lugar de su oracion, hincó ambas rodillas, y postróse, pegando el rostro con la tierra, y puesto así, dijo [2]: *Padre mio, si es posible pase de mí este cáliz; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Vos quereis.* Que fué decir: Padre mio, si es hacedero, salvo el decreto de vuestra justicia, que pase de mí el cáliz de esta pasion sin que yo le beba, concédemelo, pero no se haga lo que mi voluntad natural desea, conforme á su inclinacion, sino lo que fuere vuestra voluntad, porque esta quiero sea preferida á la mia. O altísima oracion! O excelentísima resignacion! O Maestro de oracion y de obediencia, cuán alta leccion me estás leyendo de estas dos virtudes, abre mis ojos para que la entienda y mis oidos para que la oiga y cumpla.

1. Cuatro cosas señaladas hubo en esta oracion, las cuales tengo de ponderar para mi provecho. Lo primero, fué oracion retirada y sola, quitando todas las ocasiones de divertirse para hablar á solas con Dios, rompiendo por las dificultades de la inclinacion natural, como está dicho.

2. Lo segundo, fué con profunda reverencia y humildad interior y exterior, nacida de la grandísima estima que Cristo nuestro Señor tenia de la divina majestad, y del conocimiento de la bajeza de su humanidad, en cuanto criatura, y de la necesidad en que estaba, porque otras veces oraba en pié; pero esta vez,

[1] Isai. 28. 9. [2] Matt. 26. 39.

Digitized by Google

como estaba en afliccion del ánima, oró de rodillas, postrado y cosido con la tierra.

3. Lo tercero, fué acompañada de grande confianza y amor; lo cual declara aquella palabra, Padre mio. Otras veces llamábale solamente Padre, pero esta vez añadió, Padre mio, dando muestras de aumentar la confianza y amor con quién era particularmente Padre suyo, no por adopcion, sino por naturaleza.

4. Lo cuarto, fué con grande abnegacion de la propia voluntad, y con grande resignacion en la divina, porque los trabajos eran terribles, la inclinacion natural de huir de ellos era grande, la congoja interior muy crecida y así resignarse entonces á lo que Dios quisiese contra su inclinacion, fué acto de heróica virtud. Considerando todo esto, he de confundirme por la falta que tengo de estas virtudes, suplicando á Cristo nuestro Señor me las comunique; y cuando me viere en algun trabajo, cualquiera que sea, tengo de usar de esta misma oracion, procurando decirla con el espíritu que la dijo el mismo Señor. O Padre celestial, si es posible pase de mí este cáliz de amargura que me aflige; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.

5. Tambien se ha de ponderar otra cosa señalada de esta oracion de Cristo nuestro Señor, que fué ser larga, porque no hemos de pensar que duró solamente el tiempo que gastó en decir estas breves palabras, sino por lo menos duró una hora como consta de lo que dijo á san Pedro: *No has podido velar conmigo una hora?* Esta hora gastó Cristo pensando las cosas que le movian á la reverencia, confianza, amor y resignacion, y á los demás afectos que ejercitó en su oracion. Tambien pasaba por su memoria todas las partes de su cáliz, y en todas se resignaba; como si dijera: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz de la tristeza; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú: pase de mí el cáliz de la prision, el cáliz de los azotes, etc. pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.

Digitized by Google

6. Tambien se puede creer, que en esta hora diria esta oracion con otros sentidos que refieren los santos haberla dicho, como en el que santa Catalina de Sena supo por revelacion que Cristo nuestro Señor, con las ánsias de padecer, para concluir la redencion del mundo, pidió, que si era posible, se abreviase y pasase de presto la bebida de aquel cáliz. En lo cual fué oido, porque en pocas horas se concluyó el negocio de su pasion, y asimismo en otros sentidos, que luego dirémos. Y á imitacion de todo esto, tengo yo de gastar una hora ó mas en la oracion recogida; de modo, que aunque el tema y materia de ella sea una breve sentencia; pero la variedad de consideraciones y afectos la puede alargar mucho, como se dice de san Francisco, que gasté una noche en oracion, diciendo solamente: Dios mio y todas mis cosas; ó como decia san Agustin, hablando con Dios: Conózcame á mí, y conózcate á tí.

Punto tercero. — Acabada esta primera oracion, Cristo nuestro Señor volvió á sus apóstoles, para ver si velaban como les habia mandado, y hallólos durmiendo. Despertólos, y con blandura les dijo, especialmente á Pedro, que se preciaba de mas fervoroso: *Así, no pudísteis velar una hora conmigo? Velad y orad, porque no entreis en tentacion; porque aunque el espíritu está pronto, la carne está flaca.*

1. Sobre este punto se ha de ponderar: lo primero, en Cristo nuestro Señor, su grande caridad, solicitud y cuidado que tenia de sus discípulos, pues en medio de tantas aflicciones interrumpe su oracion por visitarlos y alentarlos: y aunque los halló durmiendo, no se indignó contra ellos, sino con blandura los corrigió y avisó del peligro en que estaban, repitiéndoles lo que les habia dicho, que orasen por no caer en la tentacion; pues aunque el espíritu esté pronto, como la carne es flaca, si no es ayudada con oracion, será vencida. De todo esto he de sacar avisos y consejos de perfeccion,

Digitized by Google

procurando de tal manera darme á la oracion y recogimiento, que no falte al cuidado de las personas y cosas que están á mi cargo. Además de no reprender con aspereza, sino con espíritu de mansedumbre y con razones amorosas, especialmente á los que faltan por flaqueza, mas que por malicia.

2. Lo segundo, ponderaré en los discípulos el descuido del hombre en los negocios de su salvacion, tomándolos Cristo nuestro Señor tan de veras y con tanto cuidado. Y en persona de estos que duermen, me consideraré á mí mismo, que duermo y aflojo en mi aprovechamiento, imaginando que Cristo nuestro Señor me reprende con las mismas palabras, diciéndome: No puedes velar, ni una hora conmigo? Oh, Señor, y cuán justamente merezco ser reprendido; pues velando Vos, duermo yo: no solo no velo una hora, pero ni aun media velo como debo, llevado de mi flojedad; mas pues veis que mi carne es flaca, socorred á mi flaqueza, para que no me canse de velar en vuestra compañía.

3. Tambien ponderaré, la diferencia de los perfectos á los imperfectos; porque en estos la tristeza causa soñolencia, desmayo y enfado de la oracion, y porque la dejan, vienen á caer en la tentacion, como cayeron los apóstoles, desamparando á Cristo; pero en los perfectos, la tristeza les convida, y lleva á la oracion, y les aviva en ella: y cuanto mas crece la tristeza, tanto mas crece el fervor de la oracion, como creció en Cristo nuestro Señor, y por esto no desfallecen en la tentacion, antes permanecen con gran fortaleza en ella[1]. O Dios benditísimo, no apartes de mí la oracion, ni tu misericordia, y no permitas que yo deje la oracion; porque si yo no la dejo, tu misericordia nunca me dejará.

Punto cuarto.—Volvióse Cristo nuestro Señor se-

[1] Psal. 65, 20.

Digitized by Google

gunda vez á la oracion, repitiendo las mismas palabras, aunque con mayor instancia, porque es de creer diria las que pone san Marcos[1]: *Abba Pater, Padre, Padre, todas las cosas te son posibles, traspasa de mí este cáliz, mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.*

1. Aquí se ha de ponderar el grande afecto de amor y confianza, que descubre la repeticion de aquella palabra, Padre, Padre, y la confesion de su omnipotencia, en que estriba la oracion, alabándole primero que le pida lo que desea, como quien dice: No puedes dejar de oirme por falta de amor, porque eres Padre, y muy padre; ni por falta de poder, porque todas las cosas te son posibles. De esta oracion tambien me puedo aprovechar en mis trabajos y peligros, y á su semejanza componer yo otra, diciendo: Padre, Padre, todas las cosas te son posibles, líbrame de esta tentacion que padezco; concédame esta virtud que te pido; remedia esta necesidad en que me veo; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quisieres.

2. Lo segundo ponderaré, como Cristo nuestro Señor gastó buen rato de tiempo en esta oracion; y es de creer, que en este tiempo oraria por todos los hombres, cuyo Redentor era, deseando cuanto es de su parte, como Redentor universal, que todos se salvasen, y que su pasion fuese provechosa á todos, y no se perdiese el fruto de tan grandes trabajos. Y en este sentido, junto con el que se ha dicho, podemos creer, que tambien dijo las palabras referidas: Padre, todas las cosas te son posibles, si es posible, no quede este cáliz de mi pasion en mí solo, páse de mí, y traspásale á todos los hombres, para que todos reciban provecho de él; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Esta peticion era muy conforme á la caridad de Cristo nuestro Señor, y de ella puedo yo usar, suplicando al Padre eterno, que

[1] Marc. 14. 39.

Digitized by Google

el cáliz de la pasion de su Hijo se traspase con eficacia á todo el mundo, pero rindiendo mi juicio y voluntad á su eterna ordenacion.

En esta consideracion me puedo imaginar presente á Cristo nuestro Señor, y que pide á su Padre, que pase el cáliz de su pasion á mí, comunicándome el fruto de ella; y así le tengo de suplicar me le aplique. O Padre eterno, pues vuestro Hijo ha bebido este cáliz tan amargo, poderoso para dar vida á todo el mundo, y á mil mundos, mostrad vuestra caridad y omnipotencia en traspasar su fruto á muchos, para gloria del que le bebió por ellos! Pase tambien este cáliz á mí, y lléneme de sus amarguras y de los dones que ganó con ellos.

3. Tambien se puede ponderar á este propósito, lo que san Mateo refiere, que dijo Cristo nuestro Señor en esta segunda oracion: *Pater, si non potest transire hic calix, nisi bibam illum, fiat voluntas tua. Padre, si no puede pasar este cáliz, sin que yo le beba, hágase tu voluntad;* como quien dice: Si este cáliz de la pasion no puede pasar á los escogidos, y serles de provecho, sino es que yo le beba, yo le quiero beber por su provecho. Gracias te doy, amantísimo Redentor, por la estima que de mí tienes, pues te ofreces á beber cáliz tan amargo por mi provecho. Menester es, Señor, que este cáliz pase primero por tí, y ese paso pierda su amargura, para que cuando pase por mí sea fácil de beber. Si tú no le bebieras, quién tuviera corazon para beberle? Mas despues que tú le bebiste, quién no gustara de beberle? Pase, Señor, pase de tí á mí; porque pasando los trabajos por tí, serán muy dulces para mí.

Punto quinto.—Acabada la segunda oracion, volvió Cristo nuestro Señor segunda vez á sus apóstoles con la misma caridad que la primera; y hallándolos tambien durmiendo, compadeciéndose de su flaqueza, dejólos, y volvióse la tercera vez á la oracion, repitiendo las mismas palabras [1]: *Padre, si quieres, pase de mí este cáliz;*

[1] Luc. 22. 42.

Digitized by Google

pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y esta oracion tambien fué larga y prólija; porque como dice el mismo Evangelista: *Factus in agonia prolixius orabat. Puesto en agonía y congoja grande, oraba mas prólijamente, prolongando mas su oracion.*

1. Aquí tengo de ponderar, lo primero, como Cristo nuestro Señor, aunque sabia que sus discípulos dormian, quiso venir á visitarlos, para descubrir el cuidado que de ellos tenia; pero en especial ponderaré la grande soledad que sintió el Salvador en este punto, viéndose privado de todo consuelo. El lugar era solo, y el tiempo oscuro, los discípulos estaban oprimidos del sueño, su Madre estaba ausente, su Padre celestial parece que se hacia del sordo, y no le respondia; su divinidad, y la porcion superior de su alma dejaba padecer á la porcion inferior, cumpliéndose lo que dijo David[1]: Busqué quien me consolase, y no le hallé. Y es de creer, que entonces diria aquello del salmo 21: Dios mio, Dios mio, mira por mí; porqué me desamparaste? Doy voces de dia y de noche, y no me oyes; aunque bien sé que no es por mi culpa, ni será para mi daño.

2. De aquí procedió la perseverancia de Cristo nuestro Señor en su oracion, sin quejarse con impaciencia de no ser oido, ni enfadarse, ni dejar por eso de orar, y repetir lo mismo una, dos, y tres veces, creciendo en el fervor, para enseñarme con este número de tres, que significa perfeccion y duracion, que tengo de orar con instancia y perseverancia, sin quejarme de Dios, porque no me oye, ó porque dilata el oirme, y sin cesar por eso de orar[2]; porque si Cristo mi Señor, que merecia ser oido á la primera palabra, no le dan la respuesta, hasta que ahora tercera vez, qué mucho que me la dilaten, no mereciendo yo ser oido? Y si esta dilacion no fué para su daño, tampoco será para el mio: y si persevero, sin duda seré oido á su tiempo en lo que me conviniere, ya

[1] Psal. 68. 21. [2] 2. Cor. 12. 8.

Digitized by Google

que no por merecerlo como amigo, siquiera por importuno.

3. Finalmente, ponderaré como el Padre eterno dilató tanto el oir la oracion de Cristo nuestro Señor, para darnos á entender la grande necesidad que nosotros teníamos de la pasion y muerte de su Hijo, pues se detenia en responderle cuando le pedia, que si era posible se impidiese; lo cual me obliga mucho á amarle, pues tanto estima mi bien. O Padre soberano, porqué amais tanto á los esclavos, que quereis por su causa afligir á vuestro Hijo? Porqué os haceis del sordo á su demanda, dejando de cumplir su deseo, por respeto de los que nunca cumplen el vuestro? Si haceis la voluntad de los que os temen, y oís su ruego con presteza, cómo no haceis la voluntad de quien tanto os ama; y en clamando le decís[1]: Aquí estoy, qué me quieres? Vuestra caridad, Dios mio, y la de vuestro Hijo, es causa de esto; porque en el modo que Vos quereis no oirle, él tambien quiere no ser oido, estimando en mas nuestra salvacion que su vida. Concédeme Señor, esta conformidad con vuestra voluntad en cualquier cosa que ordenáreis, pues aunque sea por mi culpa, no será para mi daño, con el grande amor que teneis á vuestro Hijo, á quien sea honra y gloria para todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXII.

DE LA APARICION DEL ÁNGEL, Y DEL SUDOR DE SANGRE.

PUNTO PRIMERO.—*Estando Cristo nuestro Señor en su oracion, se le apareció un ángel que le confortó*[2].

1. Sobre este punto se ha de considerar, quién envió este ángel, qué ángel era, y en qué manera le confortó. Quien le envió fué el Padre eterno, el cual viendo á su Hijo en tanta afliccion y desamparo, y que todavía perseveraba en su oracion, para que se echase de ver que

[1] Psal. 144. 19. Isai. 58. 9. [2] Lucæ 22. 43.

Digitized by Google

tenia providencia y cuidado de él, y que no despreciaba su oracion, envió del cielo este mensajero, que en su nombre le consolase; así como en el desierto cuando venció al demonio, envió ángeles que le diesen de comer, con lo cual juntamente nos enseña el cuidado paternal que tiene de los que oran, enviándoles á su tiempo el consuelo con algun ángel invisible, que es su santa inspiracion: y si dilata esto, no es porque les aborrezca, sino para enviárselo al tiempo que mas le conviene. O Padre celestial, gracias te doy por el cuidado que tuviste de enviar quien confortase á tu desconsolado Hijo, por él te suplico no me desampares en mis trabajos, sino que á su tiempo me des el consuelo y esfuerzo conveniente para poder llevarlos.

2. El ángel que vino, es de creer que fué san Gabriel, á quien estaba encargado el servicio del Verbo encarnado [1], no como ángel de guarda, sino como ministro y ejecutor de lo que tocaba y pertenecia al misterio de la redencion: y aunque no vino sino un ángel solo, porque este bastaba para el fin que se pretendia de confortar á Cristo; pero si fueran menester diez legiones de ellos, poderosa era su oracion para alcanzarlos de su Padre, como él mismo lo dijo poco despues. En lo cual se nos representa, como el oficio de los ángeles es asistir á los que oran para consolarlos y animarlos, y para presentar á Dios sus oraciones, y traer el despacho de ellas; y con la oracion les provocamos á que vengan en nuestra ayuda todos los que fueren menester para ella.

3. Llegado pues, el ángel en forma visible, habló á Cristo nuestro Señor con gran reverencia, y con semblante muy compasivo, poniéndole delante algunas razones que podian consolarle, y confortarle en su afliccion; es á saber, que era voluntad y decreto del Padre eterno, que muriese, y bebiese aquel cáliz, que era ne-

[1] D. Thom. 1. p. q. 113. art. 4. ad 1.

Digitized by Google

cesario para remedio del mundo; para rescatar los justos que estaban en el limbo, para poblar el cielo, y para cumplimiento de las profecías; y que los trabajos pasarian presto, y luego se seguiria la gloria de la resurreccion, y el descanso perpétuo de su carne. Estas, y otras razones le diria él ángel, y Cristo nuestro Señor con humildad las oia, mostrándose en cuanto hombre necesitado del consuelo de sus criaturas: y aunque sabia muy bien todo lo que el ángel podia decirle, gustaba de oírselo, y se confortaba con ello. O Salvador mio, cómo siendo tú el consuelo y esfuerzo de los ángeles, te has puesto en necesidad de ser confortado por uno de ellos? Tu caridad ha hecho esto, por la cual te doy innumerables gracias, y te suplico me ayudes, para que me aproveche de los consuelos y avisos que me diere, así el ángel de mi guarda, como tú, que eres ángel del gran consejo.

Tambien de este ejemplo sacaré aviso para sujetarme con humildad á recibir consuelo de cualquier persona, aunque sea menos sabia y discreta que yo, y aunque yo sepa todo lo que me puede decir; porque muchas veces, por medio del menor, consuela Dios al mayor, y le dá nuevo sentimiento de las verdades que antes sabia, y tomaré aviso para sacar razones mas divinas que humanas con que consolarme en mis trabajos, y oir tambien las que el Espíritu santo consolador suele inspirar al corazon para su consuelo.

Punto segundo. — *En oyendo Cristo nuestro Señor las razones del ángel, puesto en agonía oraba mas prolijamente, y vínole un sudor como de gotas de sangre, que caian en la tierra.*

1. Sobre este paso tan lastimoso se han de considerar las causas de este sudor tan extraordinario y prodigioso, en el cual se manifestó la terribilidad de la afliccion interior que padecia el anima santísima de este Señor, ponderando como dentro de ella se levantó una

Digitized by Google

lucha terribilísima entre el temor y la tristeza de la muerte, y de los tormentos por una parte, y el celo de la gloria de Dios y del bien de los hombres por la otra. La imaginativa, con la viva aprension de los dolores, avivaba los afectos del temor, tristeza y congoja interior; pero la razon superior, con las conveniencias de la muerte por las causas dichas, avivaba los afectos del celo y del amor, resistiendo á los otros que le detenian, y con esta lucha creció tanto la congoja, que vino á reventar la sangre por sudor de todo el cuerpo en tanta abundancia, que corrió hasta la tierra. O Luchador fortísimo, qué necesidad teneis de pelear contra los temores y tristezas con tanto celo, pues en todo están sujetas á vuestra voluntad? Por ventura es ensayaros para la lucha que os espera con los verdugos y sayones? O es pasear la carrera de vuestra pasion antes de veros en ella? O es darme ejemplo de luchar contra mis pasiones, resistiendo valerosamente hasta derramar la sangre por vencerlas? Por todo os doy inmensas gracias, y os suplico me prevengais con vuestra gracia, para que luche con grande fortaleza. El modo de luchar contra mis pasiones, á imitacion de lo que aquí hizo Cristo nuestro Señor, ha de ser poniendo delante de los ojos distintamente todas las cosas que me causan temor y espanto en el camino de la virtud, y en el cumplimiento de la divina voluntad, ora sea temor de pobreza ó desprecio, ó de algun dolor ó enfermedad, ó cualquier otra dificultad, y contra todas luchar con gran valor, procurando con el celo fervoroso de la gloria de Dios y de mi salvacion, vencerlas y rendir mis apetitos á la divina voluntad, resistiendo á mis inclinaciones, hasta que reviente la sangre, por el santo coraje que concibo contra ellas.

2. Lo segundo, tengo de ponderar la inmensidad del amor de Cristo nuestro Señor, y la liberalidad grande que muestra en derramar su sangre por nosotros de su

Digitized by Google

voluntad; por razon de lo cual en el libro de los Cantares es comparado al árbol de la mirra, el cual primero destila como sudor por los poros el licor que se llama mirra, y despues es punzado y descortezado para que la brote con mas abundancia: así Cristo nuestro Señor no quiso esperar á que los verdugos sacasen su sangre con los azotes, espinas y clavos, sino antes de esto quiere que su imaginacion y su santo celo, sean sus verdugos, sus azotes y clavos, aprendiendo tan al vivo todos los tormentos que habia de padecer en cada parte de su cuerpo, que bastase á sudar sangre por la cabeza, rostro, espaldas, pecho y las demás. De modo, que en aquella hora padeció espiritualmente de tropel y por junto lo que despues habia de padecer en diferentes horas, como si en su espíritu fuera preso, azotado, coronado de espinas, crucificado, ahelado, y atormentado con dolores de muerte, para que entendiese, que mas ganas tenia él de derramar su sangre por nuestro bien, que los verdugos de sacársela por hacerle mal. O Arbol de mirra benditísimo, que antes de ser punzado y descortezado, brotas la mirra primera por los poros de tu cuerpo, gracias te doy por este amor tan liberal, y por esta liberalidad tan amorosa que aquí mostraste. Bastaba, Señor, ser una vez atormentado, mas tu caridad quiere mostrarse tan liberal, para que nuestra redencion sea mas copiosa, y el ejemplo que nos das de padecer mas eficaz. O quién le pudiese imitar, cogiendo un hacecico de esta mirra primera, y poniéndole entre mis pechos [1], para que pensando con dolor las amarguras que aquí padeciste, mis manos destilasen mirra muy escogida, castigando con penitencias mi carne, como tú afligiste la tuya. Ayúdame, Amado mio, con tu gracia, para que cumpla este deseo con fortaleza.

3. La tercera causa de este sudor, fué, para mostrar

[1] Cant. 5. 12.

Digitized by Google

el vivo y tierno sentimiento que tenia de nuestros pecados, y de las llagas mortales que padece todo el cuerpo místico de su Iglesia, para cuyo remedio quiso, como cabeza nuestra, tomar la purga y medicina de dolor interior con tanta vehemencia, que sudó sangre por todo su cuerpo natural: y como los pecados se purgan y perdonan con lágrimas nacidas de este dolor, el suyo fué tan excesivo, que no solo derramó lágrimas por los ojos como gotas de agua, sino derramólas por todos los poros del cuerpo como gotas de sangre, que bañaron la tierra. O sangre preciosísima, derramada por mis pecados con infinito amor y excesivo dolor! O quién fuera la tierra en que caiste, para quedar limpio y santificado con tu baño! Lávame, ó buen Jesus, con esa sangre, y aplícame una gota de ella, pues una basta para mi salud. Y qué digo para mi salud? Para la salud de todo el mundo bastara una sola, pues porqué, Salvador mio, derramas tantas? O amor sin medida, quién te amase sin medida! O si todos los miembros, y partecicas de mi cuerpo se convirtiesen en lenguas para alabar tus misericordias, y en ojos para llorar lágrimas de sangre por mis pecados!

4. La cuarta causa, fué, para mostrar el sentimiento grande que tenia de las aflicciones y tormentos que habia de padecer el cuerpo místico de sus escogidos, cuyos trabajos sintió tanto, que por la compasion de ellos derramó sangre: y como dice san Lorenzo Justiniano[1], allí fué espiritualmente apedreado con san Estéban, crucificado con san Pedro, aspado con san Andrés, desollado con san Bartolomé, asado en parrillas con san Lorenzo, despedazado de bestias con san Ignacio: y en resolucion, padeció con el espíritu, lo que sus mártires padecieron en el cuerpo, y en testimonio de esto suda sangre por el suyo. Dignísimo eres, ó Salvador de los hombres, que todos te alaben, sirvan y amen

[1] Lib. de triumph. Cristi agone, cap. 19.

Digitized by Google

por este amor que les mostraste! O quién me diese que sintiese yo tus dolores, que solo el pensamiento de ellos me hiciese sudar sangre; porque si la cabeza siente tanto el dolor de los miembros, razon es tambien que los miembros sientan el dolor de su cabeza.

Finalmente, tengo de ponderar, cuan debilitado quedaria nuestro dulce Jesus de este sudor, y cuan solo estaba, sin tener con que enjugarse, ni quien le aliviase. Solamente el ángel, pasmado de esta estrañeza, le confortaria de nuevo, hasta que fué tiempo de partirse. O afligido Jesus, quién se hallara en ese huerto para haceros compañía en este trabajo! O quién pudiera daros su alma y corazon, para enjugar vuestro sudor con algun alivio! Dame, Señor, licencia para que con el espíritu me halle presente á vuestro tormento, y haga con verdadera compasion, lo que entonces quisiera hacer para vuestro consuelo.

Punto tercero.—Acabada esta lucha y sudor de sangre, Cristo nuestro Señor se levantó de la oracion, y volvió tercera vez á sus discípulos; y hallándolos durmiendo, los despertó, diciéndoles: *Basta ya; levantaos y vamos de aquí, porque ya se acerca el que me ha de entregar.*

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, el ánimo y esfuerzo que la carne de Cristo nuestro Señor sacó de la oracion para acometer los trabajos de la pasion, enseñándonos con este ejemplo la eficacia de la oracion, para fortalecer á la carne flaca, y darla vigor para acometer lo que antes aborrecia y huia.

2. Lo segundo, ponderaré la mansedumbre de este Señor, que con haberse visto tan congojado, y ver á sus discípulos tan descuidados y dormidos, no se indignó, sino compadeciéndose de ellos, les dijo: *Dormid y descansad.* O buen Jesus, cuánta mayor necesidad teniais Vos de domir y descansar! Pero como buen Padre, quereis para vuestros hijos el descanso, y tomais para Vos el trabajo.

Digitized by Google

8. De ahí á un rato los despertó y dijo: *Levantaos, que ya viene el traidor*. Como quien los reprendia amorosamente, diciendo: Vosotros, mis amigos dormís, y mi enemigo no duerme. Con lo cual me tengo de confundir, viendo que los malos son mas diligentes en perseguir y ofender á Cristo que yo en servirle; pero confiado en la virtud de este Señor, tengo de levantarme como los discípulos, y acompañarle en sus trabajos ofreciéndome con prontitud á sufrirlos por su amor.

MEDITACION XXIII.

POR APLICACION DE SENTIDOS INTERIORES DEL ALMA, CERCA DE LA SANGRE QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR DERRAMÓ EN EL HUERTO.

Presupuesto lo que está dicho de este modo de orar [1], por aplicacion de los sentidos, servirá esta meditacion para los demás pasos, en que Cristo nuestro Señor derramó su preciosa sangre en la pasion, y tambien para la que derramó en su circuncision.

Punto primero.—Lo primero, con la vista interior del alma, miraré la sangre que vierte Cristo nuestro Señor, ponderando quién es el que la derrama, porqué causa, con qué modo, y con qué afecto; es á saber, como la derrama Dios por mis pecados con infinito amor, excesivo dolor y desprecio, y como sale matizada con los vivos colores de sus virtudes, humildad, paciencia y caridad, sacando de aquí, afectos de admiracion, amor, agradecimiento, y de imitacion, en esta forma. Qué es posible que un Dios de tan infinita majestad derrame sangre tan preciosa por una criatura tan vil como yo! Y qué tan á costa suya busque mi remedio, haciendo de su sangre, medicina para mi pecado! O bendita sea bondad tan sin medida! Qué alabanzas te daré, Señor, por tanta merced! Cómo podré debidamente agradecér-

[1] 2. par. med. 26.

Digitized by Google

tela! Cómo te amaré de todo mi corazon! ¡Y cómo imitaré tus gloriosas virtudes! Yo propongo con tu gracia de imitarlas, aunque sea derramando mi sangre por seguirte en ellas.

Punto segundo.—Lo segundo, oiré con los oidos del alma las palabras, voces y clamores, que suenan con el derramamiento de esta sangre, y con el ejercicio de tantas virtudes. Lo primero, oiré como esta sangre clama y dá voces al Padre eterno [1], no pidiendo venganza como la sangre de Abel, sino pidiendo misericordia y perdon para los hombres, alcanzando lo que pide, porque no puede el Padre eterno dejar de oir este clamor. De donde sacaré grandes afectos de confianza para pedir por esta sangre perdon de mis culpas. Lo segundo, oiré las voces que me dá Cristo con esta sangre diciéndome: Pues yo doy mi sangre preciosa por tu provecho, dame tu sangre vil por mi servicio, resistiendo al pecado, y derramándola si fuera menester, por no hacerle. Lo tercero, tambien oiré las palabras, que el Salvador diria á su eterno Padre, ofreciéndole su sangre por nosotros. O cuán bien las recibia su Padre, aceptando la oferta, y prometiendo darle cuanto le pidiese por ella. Lo cuarto, oiré los gemidos del Salvador y el ruido de la sangre que vertia, compadeciéndome de sus dolores, y sintiéndolos como si fueran mios, y llorando mis culpas, que fueron causa de ellos.

Punto tercero.—Lo tercero, se ha de oler con el olfato interior la fragancia y olor suavísimo de esta sangre, que sube al eterno Padre, aplacando con esta suavidad su ira é indignacion mucho mejor que con el sacrificio sangriento de animales que Noé le ofreció [2]. O cuán bien le olia verla derramar con tanto fuego de amór, ofreciéndosela su Hijo en sacrificio y ofrenda por nuestras culpas, entregándose, como dice san Pablo [3], á sí mismo por oblacion y sacrificio en olor de suavi-

[1] Hebr. 12. 24. [2] Genes. 8. 20. [3] Ephes. 5. 2.

Digitized by Google

dad. Tambien ponderaré cuan bien le huele, cuando nosotros se la ofrecemos en el sacrificio de la misa, sacando grandes afectos de amor y confianza por todo esto. Tambien he de oler la fragancia de las virtudes olorosísimas que acompañan este derramamiento de la sangre de Cristo, y con este olor confortaré mi corazon para imitarlas, corriendo trás Cristo por darle un alcance en ellas; ponderando, que humildad, paciencia y obediencia, teñidas con mi sangre, mezclada con la de Cristo, son muy olorosas y agradables al Padre eterno, por la semejanza que tienen con las de su Hijo, y así me animaré con gran fervor á procurarlas.

Punto cuarto.—Lo cuarto, se ha de gustar con el gusto interior del alma, la suavidad y dulzura de esta sangre, y de las virtudes que en su derramamiento resplandecen, viendo el gusto de la parte superior del espíritu con que este Señor la derrama, y cuán sabroso le es derramarla por obedecer al eterno Padre, y para nuestro remedio. Además, gustar la suavidad de esta sangre cuando se bebe en el Sacramento del altar, recreando mi alma con esta dulzura, y deseando siempre tener parte en ella. Gustar tambien la dulzura inmensa que tiene para endulzurar todas las cosas amargas de esta vida, mojándolas en ella, haciendo propósitos de tomarla por salsa de la obediencia y humillacion, y de los trabajos y desprecios que se me ofrecieren. Tambien he de gustar las amarguras y dolores que este Señor padece en su carne, y sentirlas dentro de mí, conforme á lo que dijo san Pablo[1]: Sentid en vosotros, lo que en Cristo Jesus. O dulcísimo Jesus, quién pudiera sentir lo que sentias, y gustar lo que gustabas, cuando derramabas por mí tu preciosa sangre! Dámelo á sentir, aunque sea muy amargo; porque habiendo pasado por tí, para mí será muy dulce.

Punto quinto.—Lo quinto, con el tacto interior del

[1] Philip. 2. 5.

Digitized by Google

alma se ha de tocar esta sangre, besarla y bañarme con ella, para quedar limpio, blanco y puro con la sangre de este Cordero sin mancilla[1]. O quién fuera la tierra en que cayó esta preciosa sangre! O si mi corazon fuera relicario en que estuviera depositada! O sangre de Jesus, derramada con infinito amor, abrásame en amor del que por mí te derramó! O sangre, vertida con excesivo dolor y desprecio, enciéndeme en deseo de padecer dolores y desprecios por quien te vertió! O sangre de mi Señor, que en el Sacramento del altar entras dentro de mi pecho, yo te toco y te palpo, te gusto y te abrazo, y me incorporo y junto contigo, y deseo estar siempre abrazado y unido con quien te me dió, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LA VENIDA DE JUDAS CON LOS SOLDADOS A PRENDER A CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LO QUE SUCEDIÓ ANTES DE LA PRISION.

Punto primero.—*Estando Cristo nuestro Señor en el huerto con sus once apóstoles*[2], *llegó Judas con un escuadron de soldados con su tribuno y con otros magistrados y ancianos, y muchos criados de los pontífices y fariseos, á los cuales dijo Judas: A quién yo besare, ese es Jesus, prendedle, y llevadle con cautela. Y acercándose á Jesus, besóle, y díjole: Dios te salve, Maestro. El Señor le respondió: Amigo, á qué has venido? Y cómo Judas, con beso entregas al Hijo del hombre?*

1. Sobre este paso se ha de considerar; lo primero, las marañas y trazas que inventó Satanás, por medio de Judas, para prender á Cristo nuestro Señor, parte con violencia de muchos soldados, muy desaforados; parte con astucia y doblez, encubriendo la traicion con beso de paz. Ponderaré la maldad de este traidor, que

[1] Apoc. 1. 5. et 7. 14. [2] Matth. 26. 48. Marc. 14. 44. Luc. 22. 48. Joan. 18. 3.

Digitized by Google

de apóstol de Cristo se hizo capitan y guia de traidores y enemigos capitales de Cristo, y les dá consejo de lo que han de hacer para salir con su intento, por no perder los treinta dineros que le habian de dar hecha la entrega. Y finalmente, la desvergüenza tan grande que mostró en aprovecharse del conocimiento que tenia de Cristo, y del lugar donde acudia á orar para entregarle, llegándose á darle beso de amor, como solia. De todo lo cual he de sacar temor de los juicios de Dios, suplicándole no me desampare, porque no llegue mi maldad á tanto, que del bien saque mal, convirtiéndolo en mi daño.

2. Lo segundo, ponderaré en Cristo nuestro Señor la grande caridad y mansedumbre que mostró en este caso en muchas cosas. La primera, en admitir el beso de aquel traidor, sabiendo que le tomaba por señal de traicion. O dulce Jesus, cómo no teneis asco de que boca tan maldita llegue á vuestro divino rostro? Cómo no salen de él llamas de fuego que le abrasen? Pero vuestra inmensa caridad no quiere por ahora echar de sí otras llamas que de amor, con deseo de ablandar este duro corazon. De donde sacaré grande confianza en la misericordia de este Señor, que no desechará el ósculo de los pecadores, que desean reconciliarse con él, como la Magdalena, pues no desechó este de Judas.

Lo segundo, mostró su mansedumbre en llamarle amigo, y hacer del disimulado en admitir su beso, como si no supiera á que fin iba enderezado, diciéndole: Amigo, á qué veniste? Como quien dice: Acuérdate que has sido mi amigo, y siempre te trataré como tal, y ahora deseo convertirte de enemigo en amigo, y de amigo fingido, en amigo verdadero. Si vienes á eso, yo te recibiré y te perdonaré: Dime, á qué veniste? O bendita sea tal caridad, que con tanta blandura convida al que usa contra él de tanta crueldad!

3. Lo tercero, quiso Cristo nuestro Señor, despues

Digitized by Google

de esto, corregir blandamente á Judas, manifestándole que sabia sus intentos, y por eso le dijo: *O Judas, con beso entregas al Hijo del hombre!* Como si dijera, con grande admiracion: O Judas, con señal de amistad usas conmigo de tanta enemistad! Y con beso de paz me haces cruel guerra! Y aunque nombra al discípulo con su nombre propio, en señal del conocimiento y amor que le tenia; pero á sí mismo no se nombra, sino con nombre comun del Hijo del hombre, en señal de humildad, pretendiendo por todas vias conquistar aquel corazon duro para ablandarle, pero su dureza fué tan grande, que nada aprovechó, sino dada la señal del beso, como se habia adelantado un poco de los soldados, volvióse de presto á ellos para hacer su hecho.

PUNTO SEGUNDO.—*Luego Cristo nuestro Señor salió al encuentro á los soldados y preguntóles*[1]: *A quien buscais? Ellos respondieron: A Jesus Nazareno. (No dijeron á tí sino á Jesus Nazareno, porque no le habian bien conocido). Díjoles Jesus: Yo soy, y al punto volvieron hácia atrás y cayeron de celebro en tierra.*

1. Aquí se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor en su prision quiso dar muestras de su omnipotencia y divinidad, haciendo dos milagros: uno para descubrir el poder de su justicia; y otro para manifestar la grandeza de su misericordia. En el primero, se ha de ponderar la magnanimidad y omnipotencia de Cristo nuestro Señor en salir sin temor alguno á recibir á sus enemigos, y con una sola palabra dar con todos, y con Judas en tierra, de donde nunca se pudieran levantar, si él no les diera licencia para ello: lo cual hizo para que entendiesen, así Judas, como aquella gente, que contra él, ni valen astucias y fraudes, ni tampoco armas, ni fuerzas humanas, y que no le podrian prender, si él no quisiese; y que si moria, era porque de su voluntad se entregaba á la muerte. De

[1] Joan. 18. 4.

Digitized by Google

donde inferiré, que lo que no es poderoso contra Cristo, tampoco lo será contra los que están debajo de su amparo; y así me tengo de gozar de la omnipotencia de mi Señor, y fiado de ella acometer cualesquier trabajos.

2. Tambien se ha de ponderar la fuerza de aquella palabra, yo soy; la cual para los buenos es dulce, y de grande consuelo, cuando despues de haberle buscado y llamado en la oracion, les dice como á los apóstoles[1]: No querais temer, yo soy: esto es, yo soy vuestro Padre, vuestro protector y remediador, vuestro descanso y alegría: Yo soy vuestra sabiduría y justicia, vuestra santificacion y redencion: soy vuestro camino, verdad y vida: soy el que soy, y por mí seréis vosotros con un ser bienaventurado, participado del mio. Mas á los malos, que buscan á Cristo para ofenderle é injurarle, esta palabra es terrible y espantosa, porque quiere decir: Yo soy vuestro juez, que os tengo de juzgar: soy el Todopoderoso, que os puedo condenar: soy el Dios de las venganzas, que os tengo de castigar: soy el que soy para vuestro daño y desventura, aunque por vuestra culpa. Y si esta palabra, dicha por boca de Cristo, cuando estaba en tanta afliccion, es tan poderosa, que derriba en tierra á sus enemigos, cuánto mas poderosa será la que dijere, cuando venga como rey á juzgar, y digá á los malos: Apartaos de mí malditos, será sin duda como un viento impetuosísimo, que dará con ellos, no solo en tierra, sino en el profundo del infierno: Por tanto, alma mia, busca á Cristo con humildad, y le hallarás para tu provecho; porque si le buscas con soberbia, y para tus intentos vanos, le hallarás para tu daño.

3. Lo tercero, se puede ponderar la causa porque esta gente cayó hácia atrás, y no hácia adelante, pues no fué acaso sino para significar, que la caida de los malos es peligrosísima, sin ver á donde caen, ni ver los terribles castigos que les esperan, en los cuales caerán de

[1] Matth. 14. 28.

Digitized by Google

repente, y cuando menos piensan. Líbrame, Dios mio de tal caida, para que ni vuelva atrás del bien que comencé, ni caiga de tu gracia en el abismo de la culpa. Delante de mi rostro quiero caer con humildad, reconociendo mi pecado, y la nada que de mio tengo, y la tierra de que fuí formado, para que cayendo de esta manera, me levante á gozar de tu eterna gloria. Amen.

Punto tercero.—Dando Cristo nuestro Señor licencia á los soldados, que se levantasen, les preguntó segunda vez: *A quién buscais? Y diciendo ellos, á Jesus Nazareno, les respondió con gran imperio: Ya os he dicho que yo soy: si me buscais á mí, dejad ir á estos.*

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, la ceguedad y dureza de Judas, y de estos hombres miserables, que con haber visto un milagro tan manifiesto de la divinidad y potencia de Cristo, no se le rindieron, ni reconocieron por Dios, sino como endemoniados perseveraron en su obstinacion; pero aunque tales, no sin misterio, á la pregunta que les hizo Cristo nuestro Señor, respondieron, que buscaban á Jesus Nazareno, queriendo el Espíritu santo por sus bocas, aunque tan malas, declarar que el que buscaban para prenderle y matarle, era Jesus, Salvador del mundo, Nazareno y Santo, consagrado á Dios y florido con virtudes celestiales, porque tal habia de ser el que con su muerte nos habia de salvar. O Jesus Nazareno, si los hombres te conociesen, todos te buscarian, no para darte la muerte, sino para que tú les dieses la vida. Búsquete yo, dulce Jesus, para que seas para mí Jesus: búsquete yo Santo Nazareno, para que por tí sea yo santo, y consagrado á tu servicio.

2. Mas sobre todo, se ha de ponderar, la inmensa caridad de Cristo nuestro Señor para con los suyos, y el cuidado que tiene en mirar por ellos, y defenderlos con su omnipotencia; porque aquella palabra, *sinite hos abire*, dejad ir á estos, fué un mandato tan poderoso y

Digitized by Google

eficaz, que no pudieron sus enemigos ir contra él, ni hacer daño alguno á los apóstoles. O amantísimo Jesus, cómo no cesas de mostrar en todas ocasiones el amor que nos tienes! Das licencia á tus enemigos contra tí, y quítasela contra tus amigos! Quieres que los males descarguen sobre tus espaldas, para librar de ellos á tus escogidos! Sirve, ó alma mia, de corazon á este Señor, sin cuya licencia ninguno te puede molestar, y cuya bondad es tan grande, que no la dará para tu daño, si le sirves con cuidado.

Punto cuarto.—*Viendo los apóstoles que los soldados acometian á Cristo nuestro Señor, le dijeron: Heriríes hemos con nuestros cuchillos. Mas Pedro, arrebatado de su fervor, sin esperar respuesta, cortó con su cuchillo, la oreja de un siervo del pontífice, llamado Malco. Cristo nuestro Señor les dijo: dejadles hacer lo quieren.* Y á Pedro reprendió y reprimió su fervor indiscreto con breves y admirables sentencias, mezcladas de rigor y blandura.

1. La primera, fué: *Torna la espada á su vaina, porque quien mata con cuchillo á cuchillo morirá.* Que es decir: Quien con espíritu de venganza mata, digno es de muerte. En lo cual se ha de ponderar, cuan lejos quiere Cristo nuestro Señor que estemos de este espíritu de venganza en cosas propias, pues así reprende á su discípulo, porque con mezcla de este espíritu le queria defender: y tambien se descubre aquí la mansedumbre de este Señor, el cual no se cansa de dar lecciones de sufrimiento en medio de tantos enemigos que le injuriaban, como si estuviera en la cátedra, en medio de muchos discípulos que le oyeran.

2. La segunda, fué: *El cáliz que me dió mi Padre, no quieres que le beba?* Por las cuales palabras se vé, con qué ojos miraba Cristo nuestro Señor el cáliz de su pasion, la estima que tenia de beberle. No le miraba como dado por mano de sus enemigos, sino como recetado y ordenado por la voluntad de su eterno Padre, la cual de-

Digitized by Google

seaba cumplir, y sentia mucho que se lo impidiesen: y aunque el cáliz fuese amargo, bastaba ser dado por Padre tan sabio y amoroso, para beberle, como si fuera dulce. Con estos ojos tengo yo de mirar todos los trabajos y tribulaciones que me sucedieren: y si sintiere tentacion interior, ó pensamiento, que me aparte de beber con gana este cáliz, tengo de responder á mi tentacion: Y cómo no quieres que beba el cáliz, que mi Padre me dá! O Padre amantísimo, yo me ofrezco á beber cualquier cáliz que me dieres, y á recibir cualquier purga que ordenares, por amarga y desabrida que sea; pues siendo ordenada por tu sabiduría y providencia, sin duda será para mí muy justa y provechosa.

3. La tercera, fué: *Por ventura no podria yo hacer oracion á mi Padre, y luego enviaria mas de doce legiones de ángeles para mi defensa? Pero cómo se cumplirian las Escrituras, que dicen convenir que así se haga?* En las cuales palabras nos enseña, cuán fácil cosa le fuera defenderse por medio de la oracion, alcanzando con ella mayores ejércitos de ángeles, que los que venian á prenderle. Pero que cesaba de pedir esto, porque se cumpliese la divina ordenacion de su muerte, declarada en las Escrituras. O buen Jesus, gracias te doy porque dejaste de pedir lo que tu Padre te concediera, atendiendo mas á la necesidad que teníamos de tu muerte que al descanso de tu persona. De aquí sacaré dos avisos: uno, de cuan eficaz es la oracion hecha con confianza en Dios, persuadiéndome, que por ella, si fuere necesario, me defenderán legiones de ángeles; y que es verdad lo que dijo Eliseo á su criado [1]: Mas están por nosotros, que contra nosotros. El segundo, que cuando me consta ya de la voluntad de Dios no tengo de pedirle cosa en contrario, aunque supiese que la habia de alcanzar: porque ninguna cosa tengo tanto de desear y pedir, como que se cumpla en mí su santísima voluntad y ordenacion.

[1] 4. Reg. 6. 16.

Digitized by Google

PUNTO QUINTO.—*Luego Cristo nuestro Señor, tocando la oreja de aquel siervo Malco, le sanó.*

1. Este es el segundo milagro que hizo en su pasion, cuyos motivos fueron por cumplir con la ley del amor perfecto, haciendo bien á su enemigo, y al que tanto mal le queria hacer. Además; por las entrañas de misericordia que tenia, doliéndose de que alguno por su ocasion recibiese daño: y porque sus enemigos no tomasen de allí ocasion de hacer daño á sus discípulos, calumniándoles como á gente que resistia á la justicia. O dulcísimo Jesus, que pudiendo hacer milagro para defenderos, no quereis usar de vuestro poder, y usais de él para hacer bien al que os ofende: comunicadme este espíritu de amor, con el cual sea conmigo riguroso, y con mis enemigos blando. Amen.

2. Tambien se puede ponderar el espíritu de este milagro, porque sanar Cristo la oreja derecha, significa, que por los méritos de su pasion se nos ha de restituir el oido derecho del alma, que es la fe y la obediencia á todo lo que Dios revela y manda: y es de creer, que como las obras de Cristo nuestro Señor fueron perfectas, dando con la salud del cuerpo la del alma, como se dijo en la tercera parte, en la introduccion de la meditacion 25. Este Malco, en recibiendo este beneficio, admirado del milagro, y de la omnipotencia de Cristo, creyó en él, y quedó sano en el alma. Y apartándose de la maldita canalla, se fué á su casa llorando las injurias que se hacian á hombre tan santo y poderoso. O mudanza de la diestra del muy alto! Toca, Señor, el oido de mi alma, y sánale con perfeccion, para que dejando el espíritu de siervo, me haga verdadero Malco, que quiere decir rey, sirviéndote muy de veras con señorío de mis pasiones; pues servirle á tí, es reinar por todos los siglos. Amen.

Digitized by Google

MEDITACION XXV.

DEL PRENDIMIENTO.

PUNTO PRIMERO.—*Entonces dijo Jesus á los sacerdotes, magistrados y ancianos que allí estaban*[1]: *Cómo á ladron habeis venido con espadas y lanzas á prenderme? Cada dia estaba con vosotros en el templo enseñándoos y no me prendisteis! Pero esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, como este Señor inocentísimo fué tenido y tratado como ladron, y como á tal vinieron á prenderle: y es de creer, que con esta voz iban los soldados gentiles á ello. O buen Jesus, cuan lejos estais de ser ladron, robador de lo ageno, pues dais por nuestro bien todo lo que teneis por propio. Si es ser ladron robar los corazones, y sacar las almas del poder de Satanás[2], es verdad que sois ladron cuyo nombre es, date priesa, despoja, apresúrate y roba, mas esto no es injuria, sino honra; no es culpa digna de prision, sino hazaña, digna de eterna loa. Robad Señor, mi corazon, y tomadle para Vos, porque ni tomaréis lo ageno, pues tambien es vuestro, ni será contra la voluntad de su dueño, porque yo gusto de ser robado.

2. Lo segundo, ponderaré la reprension que dá Cristo nuestro Señor á esta gente, diciéndoles: *Cada dia estaba con vosotros en el templo enseñándoos.* Que es decir: Este pago me dais por el contínuo trabajo que he tomado en enseñaros, tratando como á ladron al que siempre ha sido vuestro maestro? O Maestro celestial, cuán mala paga te damos por la enseñanza y doctrina que nos diste, perdona nuestras descortesías, y apiádate de nuestras miserias; pues aunque seamos malos discípulos, tú no dejas de ser buen maestro.

[1] Luc. 22. 52. [2] Isai. 8. 3.

Digitized by Google

3. Lo tercero, ponderaré aquellas sentidísimas palabras: *Esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas.* Por las cuales Cristo nuestro Señor dió licencia y poderío sobre su cuerpo á todos sus enemigos y á los demonios, cuyos ministros èran, para que le prendiesen y atormentasen á su voluntad, no con limitacion de reservar la vida como á Job[1], sino con plena potestad de quitársela á fuerza de tormentos, lo cual me ha de mover á grandes afectos de compasion y dolor, viendo entregado á mi Señor á enemigos tan crueles por mi causa. Gracias te doy, ó amantísimo Jesus, por esta caridad tan grande que mostraste en querer entregar tu cuerpo y vida á los poderes del infierno, por librar de ellos á mi alma. Yo, yo Señor, era el que habia de ser entregado á ellos, pues yo he sido el que pequé; mas tu caridad quiere pasar por esta pena, para librarme de la culpa. Suplícote, Dios mio, que me libres de sus furias, para que ni en esta vida, ni en la otra, caiga en sus tinieblas.

Punto segundo.—Habida esta licencia, todo aquel escuadron de soldados, arremetió furiosamente á Cristo nuestro Señor para prenderle; y es de creer, que con aquel ímpetu darian con él en tierra y le pisarian, boca, rostro y todo el cuerpo, hollándole con rabia increible. Luego le levantarian del suelo con grande violencia, dándole récios golpes con los palos que traian; y como dice el Evangelista[2], le ataron. Y puédese creer, que le ataron cruelmente las manos por las muñecas con duras sogas, y despues le echarian una soga á la garganta, haciendo todo esto con gran regocijo y alegría, como se alegran los vencedores con la presa, especialmente cuando ha sido muy deseada y se han visto muchas veces á punto de perderla.

En este hecho tengo de ponderar las heróicas virtudes del Salvador, para imitarlas, compadeciéndome de los trabajos que padece.

[1] Job. 1. 12. [2] Joan. 18. 12.

Digitized by Google

1. La primera, es extremada humildad, considerando como está debajo de los piés de los hombres y de los hombres pecadores, el que tiene su silla sobre todos los querubines y serafines. O qué sentimiento tan tierno tendria este Señor, viéndose así pisado de todos, diciendo á su eterno Padre aquello de David [1]: Ten misericordia de mí, Señor, porque me ha pisado el hombre: todo el dia me ha combatido y atribulado: hollado me han mis enemigos, porque son muchos los que pelean contra mí. Gracias te doy, dulcísimo Jesus, por la humildad tan profunda que aquí mostraste: grande humildad fué arrojarte á los piés de tus apóstoles y de Judas, para lavárselos; pero qué tiene que ver con permitir que Judas, con su maldito escuadron, ponga sobre tí sus piés? Concédeme, humildísimo Redentor, que guste ser pisado, y estar debajo de los piés de todos los hombres, pues merecia estar á los piés de Lucifer hollado de los demonios. De aquí subiré á ponderar en este paso la diferencia entre los pecadores y justos. Porque los pecadores cuando pecan, pisan, como dice san Pablo [2], al Hijo de Dios, y ponen debajo de los piés su santa ley. Mas los justos, como dice el mismo Apóstol [3], glorifican y llevan á Dios en su cuerpo, y ponen la divina ley sobre sus hombros y cabezas; y haciendo reflexion sobre mi vida pasada, lloraré las veces que pisé al Hijo de Dios, y hollé su voluntad para salir con la mia.

2. Lo segundo, ponderaré la invencible paciencia de este Cordero mansísimo, sufriendo tantas injurias y golpes, sin responder palabra, ni quejarse, ni tenia movimiento de ira ó indignacion alguna, aunque estaba viendo los corazones rabiosos de sus enemigos, y los regocijos que hacian por haberle prendido, cumpliéndose lo que dijo por David [4]: Me han cercado muchos becerros y toros gruesos: abrieron contra mí su boca, como leon que roba y brama. O pacientísimo Cordero,

[1] Psal. 55. 2. [2] Hebr. 10. 29. [3] 1. Cor. 6. 20. [4] Psal. 21. 13.

Digitized by Google

qué haces rodeado de tantos lobos y leones tan feroces? Cómo no balas, ni abres tu boca contra ellos, pues con solo decir: Yo soy, puedes derribarlos á todos? Mas ya Señor, pasé la hora de hablar; y callando con sufrimiento, quieres dejarte pisar para darme ejemplo de paciencia. Ayúdame para que le tome, sufriendo con silencio cualquier agravio y desprecio que me viniere.

3. Pero sobre todas las virtudes, campea la infinita caridad de este dulcísimo Salvador, en dar sus benditísimas manos para ser atadas con tanta crueldad, manos que siempre se ocuparon en hacer bien á los mismos que se las ataban; y aunque pudiera romper las ataduras, con mas facilidad que Sanson rompió las suyas [1], no quiso hacerlo, porque él mismo se las quiso atar con las sogas y cadenas de la caridad, en castigo de la mala libertad y demasiada soltura que han tenido las nuestras, y para librarnos de la cárcel, á donde merecíamos estar atados de piés y manos. Entonces se cumplió lo que habia dicho por David [2]: Los cordeles de los pecadores me ataron, pero yo no me olvidé de tu ley. Y qué ley es esta, sino la ley de la caridad? De la cual no se olvidó Cristo cuando le ataban los pecadores, amándolos, y deseando traerlos y atarlos consigo con cuerdas de Adan [3], y con cadenas de caridad. O amabilísimo y amorosísimo Jesus, quién pudiera atar tus manos, si tu amor primero no las atara? O manos liberalísimas y poderosísimas, que poco ha repartísteis á los vuestros el pan del cielo, y nunca estuvísteis atadas para hacer bien á los hombres, porqué os dejais atar con tanta crueldad? O atrevimiento endemoniado de los hombres, que con tanta ignominia maniatais á Dios! No permitais, Señor, que con mis pecados y desagradecimientos ate tus manos, para que no me hagas bien; antes te suplico ates las mias para todo lo que es culpa, y las sueltes para todo lo que es virtud.

[1] Judic. 16. 9. [2] Psal. 118. 61. [3] Osseæ 11, 4.

Digitized by Google

PUNTO TERCERO.—*Viendo los once apóstoles lo que pasaba, todos huyeron dejando solo á su Maestro.*

1. Aquí ponderaré lo primero, de parte de los discípulos, la cobardía y miedo que se apoderó de ellos, mirando como los que poco antes habian recibido de Cristo tantos favores, y oido tan saludables consejos, y visto tantos milagros, y blasonaban que estaban aparejados para morir con él, olvidados de todo esto se escandalizan en viéndole preso, y le desamparan y huyen, no solamente con el cuerpo, sino tambien con el espíritu, ó perdiendo la fe ó titubeando en ella. Los piés que poco antes habian sido lavados por las manos de Cristo, fueron enlodados y manchados con la culpa de esta huida tan cobarde. El corazon, que habia sido fortificado con el cuerpo y sangre de Cristo, perdió la fortaleza por el miedo de perder la vida. La fe, arraigada con la vista de tantos milagros, se oscureció con la niebla que levantó el temor de las persecuciones. Para que yo eche de ver lo poco que se puede fiar de hombres, cuya condicion es acompañar al amigo en la vida, y dejarle en la muerte, seguirle en tiempo de prosperidad y huir de él en tiempo de adversidad. Y en persona de estos discípulos me miraré á mí mismo, que en tiempo de paz blasono y presumo; y en viniendo la guerra y contradiccion, huyo: sigo á Cristo al tiempo del partir el pan y cuando me regala; y huyo de él cuando se ha de beber el cáliz de la pasion y cuando me aflige, y así me olvido de los beneficios que me ha hecho, como si nunca los hubiera recibido. O Salvador mio, líbrame de tal escándalo y cobardía, y no me desampares en el tiempo de la tentacion, porque amparándome tú, no te desampararé yo.

2. Lo segundo, ponderaré de parte de Cristo nuestro Señor, el grande sentimiento que tuvo cuando vió derramado su rebaño, y el escándalo que padecia; y cuando se vió solo y desamparado de sus amigos, en-

Digitized by Google

tonces diria aquello de David [1]: Mis conocidos se alejaron de mí, tuviéronme por abominable, como hombre aborrecible: fuí entregado á mis enemigos, y no me defendí, y mis ojos se enflaquecieron viendo su miseria. O Amado mio, quién te pudiera acompañar en esa hora, siendo preso contigo, de modo, que unas mismas sogas ataran tus manos y las mias! Esta será mi honra, y guárdeme Dios de dar en tal locura, que tenga por abominacion al que es todo mi consuelo y santificacion.

MEDITACIONES

DE LOS MISTERIOS DE LA PASION, QUE SUCEDIERON ESTA NOCHE, DESPUES DEL PRENDIMIENTO.

Por fundamento de las meditaciones siguientes, advierto, que Cristo nuestro Señor, para padecer mayores ignominias en su pasion, quiso ser presentado á cuatro tribunales ó concilios, y juntas de las personas mas calificadas que habia en Jerusalen, dos eclesiásticos, y dos seculares.

El primero [2], fué de Anás, príncipe y cabeza de los escribas y letrados de la ley; de los cuales se juntaba un concilio de setenta personas ancianas, para las causas que pertenecian á la doctrina que se predicaba y enseñaba, segun las Escrituras.

El segundo, fué de Caifás, supremo pontífice, y supremo sacerdote, con quien se juntaban los demás pontífices, sacerdotes, y fariseos, religiosos de aquel tiempo, para las cosas tocantes á la religion, y este era el tribunal eclesiástico del juez legítimo de aquel tiempo.

El tercero, fué de Pilatos, juez y presidente de Judea, á cuyo tribunal concurria muchedumbre de escribanos, alguaciles, y otros ministros de justicia, como es costumbre.

[1] Psal. 87. 9. [2] Ex Baronio, tom. 1. anno 30. et 31. Christi Domini.

Digitized by Google

El cuarto, fué de Herodes, rey de Galilea, con quien estaba muchedumbre de cortesanos, y un ejército de gente de guarda. En estos cuatro tribunales y concilios fué Cristo nuestro Señor presentado, y despreciado ignominiosamente; de suerte, que á sus desprecios concurrieron todas las personas de Jerusalen mas calificadas en letras, en religion, en justicia, y en grandeza: y el que era sapientísimo Maestro de todas las ciencias, quiso ser despreciado de los sabios y profesores de ellas. El que era sumo Sacerdote y dechado de toda religion, fué despreciado de los sacerdotes, y de los que profesaban santidad. El que era justísimo Juez de vivos y muertos, fué escarnecido de los jueces y ministros de justicia. Y el que era Rey de reyes y Señor de señores, fué despreciado de los reyes y cortesanos, y de sus ejércitos, sin otra muchedumbre del pueblo, que concurrió á estos desprecios, queriéndolo así su divina Majestad, para darnos ejemplo de humildad y paciencia, y para consuelo de los que fueren despreciados en este mundo, por cualquier suerte de personas, y para otros fines que irémos ponderando en las meditaciones que se siguen. Y cerca de ellas se advierta, que presupongo haber sucedido en casa de Anás, el primer exámen con la bofetada, como dicen muchos doctores [1], conformándome con el órden que san Juan lleva en contarlo; y de las tres negaciones de san Pedro hago juntamente una meditacion, ora hayan sucedido todas en casa de Caifás, ora solamente las dos postreras, y la primera en casa de Anás; porque para el intento de estas meditaciones, no importa haber sucedido todo esto mas en un lugar, que en otro.

[1] Idem sequitur S. P. N. Ignatius, in suis exercitiis.

Digitized by Google

MEDITACION XXVI.

DE LOS TRABAJOS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PADECIÓ DESDE EL HUERTO A CASA DE ANÁS, Y DE LO QUE ALLÍ LE SUCEDIÓ.

PUNTO PRIMERO.—*El escuadron de los soldados, con su tribuno, y los ministros de los judíos, luego que prendieron á Jesus le llevaron á casa de Anás, suegro de Caifás, pontífice.*

1. Sobre este paso tengo de ponderar todos los trabajos que Cristo nuestro Señor padeció en aquel largo camino. Lo primero, padeció graves dolores, porque era llevado con grande crueldad de sus enemigos, tirando de él por las sogas, dándole de golpes y empellones, haciéndole ir á prisa, medio corriendo, y tropezando, y arrodillando, como en semejantes casos suele acontecer á los que van presos y maniatados. Acordaríase este Señor de la postrera vez que caminó á Jerusalen con sus discípulos, yendo muy aprisa delante de ellos, para significarles las ganas que llevaba de padecer [1], O dulcísimo Jesus, qué apresurado paso llevais, arrastrado de vuestros enemigos; pero mucho mas de vuestra caridad, que les dá licencia para ello! O qué diferente compañía llevais ahora, de la que llevabais entonces! Dónde están vuestros discípulos, que entonces os seguian? No pudieron seguir paso tan apresurado y doloroso, y por esto os han dejado solo? No permitais, Señor, que yo deje de seguiros con esfuerzo al paso que llevais aunque sea muy penoso.

2. Lo segundo, ponderaré, la fatiga que sentia el cuerpo tierno de Cristo nuestro Señor, por razon del sudor de sangre que poco antes habia tenido; y puédese creer, que con la demasiada furia que le llevaban, se tornarian á abrir los poros, y á sudar de nuevo, si no sangre, á lo menos sudor de congoja y fatiga [2]. Tambien

[1] Marc. 10. 32. Supr. Medit. 2. [2] Psal. 109. 7.

Digitized by Google

al pasar el arroyo de Cedron, quizá tropezaria en aquellas piedras y caeria, bebiendo, no del agua del arroyo, sino del arroyo de las fatigas y amarguras que traspasaban su corazon. O cuerpo santísimo, gracias te doy por el cansancio que en este camino padeciste! O piés benditísimos, yo os glorifico por los pasos apresurados, que en esta jornada disteis! Ahora comienzan, ó buen Jesus, vuestros piés á pagar los pecados que hicieron los piés apresurados para el mal. Detened, Señor, los mios en semejantes pasos, y apresuradlos con ligereza para el bien.

3. Lo tercero, padeció nuestro Señor en este camino grande ignominia, siendo llevado como ladron con gran vocinglería: y especialmente, al tiempo que entraban por la puerta de la ciudad, levantarian el grito aquellos fieros ministros del demonio, pregonando la presa que llevaban con gran orgullo. O Redentor mio, cuán diferente entrada es esta en Jerusalen de la que hiciste el domingo pasado! En aquella iban muchos con palmas en las manos, en señal de vuestra victoria; en esta van con espadas y lanzas en señal de la suya; en aquella levantaban todos la voz para alabaros, diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; en esta levantan la voz para vituperaros, diciendo mil injurias y blasfemias contra Vos; en aquella tendian sus ropas por el suelo para que pasase por ellas el jumento en que ibais sentado; en esta tiran de vuestra ropa, y os la rasgan y os llevan á pié y medio arrastrando. O mudanza de hombres contra su Dios! O paciencia de Dios en sufrir tales hombres! Líbrame, Señor, de mudanza tan perversa, y dame paciencia tan admirable, que me haga superior á cualquier mudanza.

4. Finalmente, ponderaré el espíritu y afecto con que Cristo nuestro Señor iba por el camino con grande humildad y paciencia, ofreciendo con grande caridad al Padre eterno aquellos sus pasos trabajosos, en satisfac-

Digitized by Google

cion de los que nosotros damos para ofenderle, sacando de esto afectos de agradecimiento y de imitacion, como despues dirémos.

PUNTO SEGUNDO.—*Preguntó el pontífice á Jesus de su doctrina y de sus discípulos.*

1. Sobre este punto se ha de considerar, primeramente los desprecios que Cristo nuestro Señor padeció en aquella entrada en casa de Anás, á donde se habian juntado los ancianos, letrados y maestros de la ley, como personas á quien tocaba calificar la doctrina de Cristo, á quien el pueblo llamaba profeta: y como todos eran sus enemigos y juntamente eran letrados soberbios, en viendo á Cristo, comenzaron á escarnecer y mofar de él, mostrando grande regocijo en verle preso y humillado, para que se vea como la ciencia que hincha dá principio á los desprecios de Cristo nuestro Señor, en castigo del pecado de Adan, que tuvo principio del apetito de la ciencia, para saber como Dios el bien y el mal. O Maestro sapientísimo, autor y principio de todas las ciencias del mundo, porqué se levantan contra Vos los sabios, y escarnecen al autor de la sabiduría? Mi soberbia es la causa de esto, y mi ciencia hinchada pedia tal cura, para que viendo al que es la misma sabiduría, despreciado de los sabios de este siglo, guste ser humillado de ellos, y no haga caso de sus errados juicios. Dadme, Dios mio, humildad en sabiduría; porque la sabiduría del humillado levantará su cabeza, y en medio de los grandes le hará glorioso[1]:

2. Lo segundo, se ha de ponderar la soberbia con que el pontífice y sus letrados comenzaron á examinar á Cristo nuestro Señor, con ánimo de calumniarle; y así le preguntarian, qué doctrina era la suya, si era contraria á la de Moisés: si era doctrina del cielo y habida por revelacion: cuántos discípulos tenia: quiénes eran: dónde estaban. Todo lo cual oia Cristo nuestro

[1] Eccles. 11. 1.

Digitized by Google

Señor con grande humildad y mansedumbre, sin embargo de que conocia su dañada intencion. De donde sacaré grandes afectos de confusion propia y de compasion de Cristo, mirándole en medio de aquellos sayones, ellos sentados como jueces, y él en pié como reo: ellos con insignias y borlas de doctores, y él maniatado con insignias de malhechor. O Doctor excelentísimo, doctor de los doctores y de todas las gentes! Cuando eras de doce años estabas sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles, con admiracion de todos[1]; y ahora estás en pié en medio de los mismos, oyendo y respondiendo con escarnio de ellos! Pero si fué admirable la sabiduría, que mostraste en las respuestas que entonces diste, no es menos admirable la que muestras en las que ahora dás, sufriendo las ignominias que de ellas te resultan. O si tu Madre santísima se hallara aquí presente, con qué sentimiento repitiera aquella su amorosa queja, diciendo: Hijo, porqué lo has hecho conmigo así? Porqué me has dejado sola, y te has entrado en medio de estos doctores, mas lobos carniceros, que maestros piadosos? Pero tú, Señor, le respondieras como entonces: En las cosas que son de mi Padre me conviene siempre estar, y mi Padre quiere que pase por este exámen. Gracias te doy, amantísimo Redentor, por la obediencia que tienes á tu Padre, y por la humildad que muestras entre los hombres por su amor.

Punto tercero.—*Respondióle Jesus: Públicamente he hablado al mundo, siempre enseñé en la sinagoga y en el templo donde concurrian todos los judíos, y nada he dicho en secreto, pretendiendo que lo fuese, para qué me preguntas á mí eso? Pregúntalo á los que me oyeron, pues ellos saben lo que les he dicho.*

1. Aquí tambien ponderaré; lo primero, como Cristo nuestro Señor, aunque preso y humillado, no esta-

[1] Lucæ 2. 49.

Digitized by Google

ha acobardado en este concilio, sino con gran libertad de espíritu, que procedia de la santidad de su vida, y de la verdad de su doctrina, porque la conciencia que se funda en santidad y verdad de su doctrina, es libre y animosa para todo lo bueno, sin temor ni encogimiento alguno, aunque esté delante de los sabios y grandes del mundo; y así tengo de procurar para mí tal modo de conciencia y santa libertad, como despues lo mostraron los apóstoles, imitando á su Maestro [1].

2. Lo segundo, ponderaré, la grande prudencia de Cristo nuestro Señor en no querer decir en particular de su doctrina qué tal era, porque sabia cuan mal recibida habia de ser la verdadera respuesta, sino remitióse á los que le habian oido, porque estaba tan seguro de su verdad, que á sus mismos enemigos, que estaban presentes y la habian oido, y hacia testigos de ella. Y bien se vió ser así, porque todos enmudecieron y no hubo quien le notase de alguna cosa mal dicha. O pureza de la doctrina del Salvador, cuán poderosa es tu fuerza, pues no solo das libertad generosa al que la dice, sino rindes y tapas la boca del enemigo que la oye. Concédeme, Salvador mio, luz para entenderla, libertad para publicarla, y obediencia para ejecutarla con perfeccion. Amen.

3. Lo tercero, es de ponderar la causa porque Cristo nuestro Señor no dijo nada de sus discípulos; porque como habian dado mala cuenta de sí, ni los quiso acusar publicando su flaqueza, ni se pudo preciar de ellos alabando su lealtad. Y además de esto, como algunos contemplan [2], estaba allí Judas esperando á que le diesen el dinero de la venta, porque estaba remitido á Anás: y como este desventurado era conocido por discípulo de Cristo, con su presencia desacreditaba á su Maestro. Todo lo cual afligia no poco á nuestro Salvador. O Maestro amantísimo, no permitas que yo desdi-

[1] Actuum. 5. 29. [2] Ita D. Cyril. lib. 11. cap. 31.

Digitized by Google

ga de la lealtad que te debo como fiel discípulo[1], para que no te avergüences de confesar por tuyo delante de tu Padre y de sus ángeles. Amen.

MEDITACION XXVII.

DE LA BOFETADA Y DE LA REMISION Á CAIFÁS.

PUNTO PRIMERO. — *Uno de los ministros dió una bofetada á Jesus, diciendo: Así respondes al pontífice*[2]?

Esta bofetada fué la primera injuria de las que recibió Cristo nuestro Señor en casa del pontífice por mano de sus ministros, y tan señalada, que san Juan quiso hacer mencion especial de ella. Tuvo todas estas circunstancias.

1. Lo primero fué cruel, dada por un sayon encendido en ira, con deseo de vengar la injuria de su amo, pareciéndole que con esto le ganaba la voluntad y hacia placer á todos los circunstantes.

2. Lo segundo fué afrentosa, porque se dió en presencia de muchos nobles y principales; y á una persona, que hasta entonces era venerada y respetada de todos, de cuyo rostro salia tal resplandor, que movia á reverencia á los que le miraban sin pasion.

3. Lo tercero fué injusta, porque se dió por venganza, y calumniando una respuesta prudentísima, juzgando temerariamente que era descomedida contra la autoridad del pontífice.

4. Lo cuarto, fué con aprobacion y aplauso de todos los presentes, sin que hubiese quien volviese por Cristo y reprendiese la furia de aquel mal hombre, y así abrió camino para que otros se descomediesen á hacer con él otro tanto. Mira pues, ó alma mia, el rostro de tu Señor lastimado con el furioso golpe de este sayon, sonroseado con la vergüenza natural de tan grave injuria, y corrido por el regocijo que sus enemigos recibieron

[1] Lucæ 9. 26. [2] Joan. 18. 22.

Digitized by Google

con ella: y compadécete de ver abofeteado el soberano rostro en quien se desean mirar los ángeles del cielo [1]. O Hijo de Dios vivo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su sustancia, quién ha puesto en vuestro divino rostro la figura de tan abominable mano? O Padre eterno, mirad el rostro de vuestro Hijo señalado con los dedos de un insigne pecador; y pues él sufre esta injuria por amor de los pecadores, sufridlos y perdonadlos por lo que él sufrió por ellos.

Punto segundo.—Respondióle Jesus: *Si hablé mal, dá testimonio de ello; y si bien, porqué me hieres?*

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, la grande paciencia y mansedumbre que Cristo nuestro Señor conservó en su ánima, recibiendo tal injuria; y aunque este malvado merecia que bajara fuego del cielo y le abrasara, ó se abriera la tierra y le tragara, ó la mano se le secara para siempre, como se secó la mano de Jeroboan, porque quiso asir con ella á un santo profeta: y aunque fuera fácil á Cristo nuestro Señor castigarle con estas y otras penas semejantes; pero no quiso vengar su injuria, sino llevóla con tanta serenidad, que mostró con la obra estar aparejado á recibir otra bofetada en el otro carrillo y otras muchas sin cuento. O dulcísimo Jesus, profeta verdadero, que por decir la verdad, como otro Miqueas [2], fuiste herido en tus mejillas, sufriendo este golpe con admirable paciencia y mansedumbre, dame parte en estas virtudes para que sufra mis injurias sin venganza ni turbacion por ellas.

2. Lo segundo se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor, que sabia bien callar y disimular sus afrentas, esta vez con grande mansedumbre quiso dar razon de sí, porque no entendiesen, que habia pretendido injuriar al pontífice, y de camino tácitamente corrige á su injuriador, para que reconozca su pecado, diciéndole: Si hablé mal en lo que dije, dá testimonio de ello

[1] Hebr. 1. 3. [2] Reg. 22. 24.

Digitized by Google

primero que me castigues, pues no eres juez sino testigo. Y si hablé bien, porqué me hieres contra razon y me notas de descortés y descomedido? Y con ser esta razon tan concluyente, no fué admitida, ni le valió, ni se hizo caso de ella, para que aprenda yo á tener paciencia, cuando no fueren oidas ni admitidas las mias, ni se hiciera caso de ellas. O amantísimo Jesus, cuya propiedad fué hablar siempre bien, y en cuya boca nunca se halló engaño, de quien con toda verdad se dijo [1]: Nunca así habló hombre alguno, gracias te doy por la injuria y dolor que padeces hablando bien, en castigo de las culpas que yo hice hablando mal. Concédeme, Señor, que siempre hable lo que té agrada, aunque desagrade á los hombres, sufriendo con paciencia sus calumnias.

PUNTO TERCERO.—*Envió Anás atado á Cristo al pontífice Caifás.*

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, la resolucion que tomó Anás, y todos aquellos sabios, que fuese llevado Cristo nuestro Señor á casa de Caifás, que era el pontífice y juez legítimo de estas causas, donde estaban juntos los sacerdotes y fariseos, y otros ancianos, para que todos juntamente tratasen de esta. Y dice el Evangelista, que Anás le envió atado, para significar que le tenian por culpado. Y quizá le ataron de nuevo y le doblaron las ataduras, porque no se les fuese ni alguno se le quitase, como habian de pasar por medio de la ciudad. O Cordero mansísimo, aunque de este primer concilio salís mas atado y apretado para entrar en el segundo; pero no se menoscaba por esto vuestra caridad, antes os ata y aprieta con nuevos deseos de padecer, por desatar de sus graves culpas á los que os atan con tan crueles sogas! Aumentad, Señor, en mí los trabajos, con tal que aumenteis el amor de padecerlos.

[1] Petr. 2. 22. Joan. 7. 46.

Digitized by Google

2. Lo segundo, tengo de ponderar la fatiga é ignominia que padeció Cristo nuestro Señor en esta segunda jornada, siendo llevado por medio de la ciudad con gran priesa y vocinglería, saliendo mucha gente á saber lo que era, y muchos se juntarian con los soldados, ayudándoles á injuriar al Salvador olvidados del bien que de él habian recibido. Pero no por esto nuestro dulce Jesus perdia un punto de su faz y caridad, ofreciéndose á padecer muchos por bien de todos, por lo cual es digno de ser glorificado de todos, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVIII.

DE LAS TRES NEGACIONES DE SAN PEDRO.

Punto primero.—*Despues que todos los apóstoles huyeron, Pedro volvió á seguir á Cristo, pero desde lejos* [1], *y con él iba otro discípulo, el cual por ser conocido del pontífice, entró dentro del patio; y entrando tambien Pedro, se juntó con los demás criados al fuego, porque hacia frio.*

Sobre este paso tengo de ponderar los escalones por donde llegó Pedro á negar á Cristo nuestro Señor, para escarmentar en cabeza agena, y huir de ellos.

1. El primero fué, tibieza en el amor, nacida del temor humano, porque el amor de Cristo le movió á seguirle, pero el temor humano le entibió, de modo que le siguiese de lejos, como antes siempre le siguiese de cerca.

2. El segundo fué, olvidarse de lo que Cristo nuestro Señor le habia dicho, que le negaria tres veces aquella noche; y es propiedad de los que confian mucho de sí, olvidarse de las palabras de Dios, y de los avisos que les dá para reprimir su orgullo, como si no hablaran con ellos.

3. El tercero fué, con título de amar á Cristo, po-

[1] Matth. 26. 58. Marc. 14. 54. Lucæ 22. 54. Joan. 18. 15.

Digitized by Google

nerse en la ocasion de negarle, juntándose con malas compañías que le provocasen á ello, llegándose al fuego donde habia trulla de gente ruin, y ruinas pláticas. Y no carece de misterio decir que hacia entonces frio, para significar la frialdad del corazon de Pedro, y la oscuridad y tinieblas de su alma. Todo esto nació originalmente de la secreta presuncion y confianza que tenia de sí mismo; la cual no se curó con el aviso que le dió Cristo nuestro Señor, y como quedó viva, brotó estos malos frutos. De donde tengo de sacar tres grandes propósitos. El primero, de no presumir de mí, ni fiarme de mí mismo, acordándome de lo que dice san Pablo [1]: Si estás en la fe, no presumas, sino teme: y el que piensa que está en pié mire bien no caiga. El segundo propósito es, de seguir á Cristo nuestro Señor, no desde lejos sino desde cerca y con fervor [2]; porque quien le sigue de lejos, no pone los piés donde los puso Cristo, ni advierte bien sus pisadas, ni es amparado de él en sus peligros. El tercer propósito, es, de huir las ocasiones de tropezar, y las malas compañías que me provocaren á caer, acordándome de lo que dice el Sabio [3]: Quien ama el peligro, perecerá en él.

4. Tambien puedo ponderar, que si es así, como dicen algunos doctores, que este discípulo conocido del pontífice era san Juan evangelista, aunque estuvo en las mismas ocasiones que san Pedro, no negó á Cristo nuestro Señor, ni tuvo ese peligro, principalmente por la proteccion especial del mismo Cristo, que le guardó y preservó, y porque no tenia la secreta soberbia y presuncion de Pedro. O Dios omnipotente, líbrame de las ocasiones de caer: y si en ellas me viere por mi gran miseria, ampárame con tu divina misericordia. Pónme siempre cerca de tí, y pelee cualquier mano contra mí [4], porque si me tienes de tu mano, ninguno me derribará, ni sacará de ella.

[1] Rom. 11. 20. [2] Cor. 10. 12. [3] Eccles. 3. 27. [4] Job. 17. 3.

Digitized by Google

PUNTO SEGUNDO. — *A esta sazon llegó una mujercilla, criada del pontífice y portera de la casa; la cual mirando á Pedro y reconociéndole por discípulo de Cristo, dijo á los que estaban allí: Este, con Jesus andaba. Y volviéndose á Pedro, dijo: Por ventura tú no eres discípulo de este hombre? Sin duda tú con Jesus Nazareno estabas. Respondió Pedro: No soy su discípulo, ni le conozco, ni sé lo que dices.*

1. Sobre este punto se ha de ponderar; lo primero, la astucia del demonio en acometer á san Pedro la primera vez por medio de una mujer, como acometió Adan por medio de otra para derribarle; porque las mujeres, como mas atrevidas y blandas, suelen derribar las rocas y piedras de la Iglesia, si no hay cuidado en huir de ellas.

2. Lo segundo, ponderaré en Pedro, la grande flaqueza del hombre; pues el que era piedra fundamental de la Iglesia, y habia tenido revelacion de la divinidad de Cristo, y le confesó por Hijo de Dios vivo, y se ofreció á morir por él, ahora solamente con la voz de una mujercilla teme tanto, que le niega y dice que no le conoce, ni es su discípulo, ni se precia de ello. Y con este ejemplo aprenderé á no presumir de mí, pues no soy Pedro ni piedra, sino polvo y lodo, fundándome en el conocimiento propio, y en el temor de mi mutabilidad y flaqueza; porque todo el oro y plata de mis virtudes, está fundado sobre mis piés de barro, y una chinita basta á derribarlos y dar con toda la máquina en el suelo[1]. O Dios eterno, dame conocimiento profundo de este barro que soy de mi cosecha, para que no presuma de mí, sino de tí, en cuya virtud resista al golpe de la tentacion, y conserve los dones que me has dado.

3. Lo tercero, ponderaré, cuan dañoso es el temor demasiado de la deshonra ó de la muerte; porque quien me derriba, no es tanto la noche de la adversidad,

[1] Daniel. 2. 33.

Digitized by Google

cuanto el vano temor de ella, por el cual muchas veces he negado á Cristo [1], ya que no con palabras, á lo menos con las obras, desdeñándome de algunas cosas de virtud obligatorias, por no perder un punto de la honra mundana, ó algun interés ó regalo de la carne. Y así he de suplicar á nuestro Señor me cerque con el escudo de su proteccion [2], para que no tema los temores de la noche, ni ellos se apoderen de mi corazon.

4. Lo cuarto, ponderaré la grave injuria que hizo Pedro á su Maestro en este caso, y lo mucho que Cristo nuestro Señor sintió ver que su querido y regalado, se desdeñase de ser su discípulo, condenando con esto la vida del que negaba por Maestro, y con esta consideracion me compadeceré de ver á mi Señor tan desconocido y desamparado de los suyos. O Maestro soberano, ya no me espanto que Judas el tibio te niegue por codicia, pues Pedro el fervoroso te niega por pusilanimidad; mas tu sabiduría permite esta ignominia, para que se descubra mas tu paciencia en el sufrir, y nuestra flaqueza en el pecar, y tu gracia en convertir al que pecó.

Punto tercero. — *Viendo Pedro lo que habia sucedido, y el peligro en que estaba, salióse del patio hácia el portal, y entonces cantó el gallo la primera vez, pero con la turbacion no advirtió en ello, y de ahí á poco tornó á entrar donde estaban los demás calentándose al fuego, y dijéronle* [3]: *Por ventura tú no eres de los discípulos de este hombre? Y uno de ellos afirmó que verdaderamente lo era. Y Pedro con juramento negó, diciendo, que no conocia tal hombre. De ahí á una hora tornaron tercera vez á hacer instancia en que era su discípulo, dándole señas de ello. Uno dijo, que le habia visto con Cristo en el huerto: otro que era galileo, como se conocia por el habla; y Pedro tornó á negar, echando maldiciones si le conocia.*

1. Sobre estos sucesos de Pedro se ha de ponderar, lo primero, las astucias de Satanás en tentarle, hacien-

[1] Titum. 1. 16. [2] Psal. 90. 5. [3] Marc. 14. 68.

Digitized by Google

do lo que Cristo nuestro Señor dijo, que habia deseado cribarle como á trigo, ya con unas tentaciones, ya con otras, hasta que le derribó una, dos, y tres veces, porque á los mejores combate con mayor furia; y si no están arraigados en humildad, derríbalos de la cumbre de la santidad [1]. O Dios eterno! No entre dentro de mí el pié de la soberbia, porque la mano del pecador no me mueva, echándome del lugar que tenia por tu gracia.

2. Lo segundo, se ha de ponderar cuan malo es durar en la ocasion, no escarmentando en la primera caida, porque un pecado llama á otro, y el menor trae luego á otro mayor, yendo de mal en peor, como Pedro, que primero negó á Cristo sencillamente, y la segunda vez con juramento, y la tercera con juramento y maldicion; y así es muy importante atajar á los principios el temor humano, y huir del peligro cuando asoma, porque los demonios siempre con el deseo están diciendo contra el alma aquello del salmo 135. Destruidla, destruidla, hasta los cimientos de la fe y esperanza en que estriba.

3. Lo tercero, se ha de ponderar, que como Pedro tres veces aquella noche habia presumido de sí mismo, diciendo, que estaba aparejado á morir por Cristo, y que no se escandalizaria aunque todos se escandalizasen, y que no le negaria, aunque supiese morir por él; así en castigo de estas tres presunciones, permitió Dios las tres negaciones de esa misma noche, porque la soberbia luego trae consigo la humillacion en la materia misma en que se ceba, y por esto es muy importante llorar luego la culpa de la soberbia, antes que se apresure la pena de la humillacion.

Punto cuarto.—*Luego cantó el gallo la segunda vez, y al mismo tiempo volviendo el Señor sus ojos á Pedro, miróle; y acordándose Pedro de lo que Cristo le habia dicho, salióse á fuera y lloró amargamente.*

[1] Psal. 35. 12.

Digitized by Google

1. Aquí se pinta la conversion de Pedro, y su penitencia, en la cual se ha de ponderar; lo primero, la infinita misericordia y caridad de Cristo nuestro Señor, el cual aunque estaba rodeado de enemigos, y metido en un fuego de terribles persecuciones y calumnias, como olvidado de sus trabajos, se acuerda del discípulo que se los aumentaba con aquella injuria: y aunque estaba lejos de Pedro, conoció los pecados en que habia caido; y en lugar de castigarle, se compadeció de él, con deseo de provocarle á penitencia para perdonarle, y todo con suma presteza, por sacar de presto aquella oveja de la garganta del lobo infernal, que se la habia tragado, y para esto hace que luego cante el gallo; pero no bastara el segundo canto, como ni bastó el primero, si el mismo Cristo no convirtiera sus ojos misericordiosos á Pedro, alumbrándole los suyos con luz del cielo, para que conociese sus yerros, y hablándole el corazon para que llorase. O amorosísimo Jesus, cómo no te amaré con todo mi corazon, pues cuando trato de ofenderte, pones medio para perdonarme[1]? Y cuando habias de mostrar tu ira en el castigo, muestras tu misericordia en el perdon? Compadécete, Señor, de todos los pecadores, míralos con ojos de misericordia, abre sus oidos para que oigan el canto y voz de los predicadores, tocándoles su corazon, para que lloren sus pecados: y cuando yo pecare por flaqueza, no te olvides de mirarme con ojos de misericordia.

2. Lo segundo, se ha de ponderar las lágrimas amargas de san Pedro, las cuales no procedian de temor de algun castigo, sino de amor de su Maestro; porque acordándose de los favores y beneficios que de él habia recibido, y de la ingratitud que mostró negándole en tan recia coyuntura, sus ojos se convirtieron en fuentes de lágrimas, con grande amargura de su corazon, como quien sentia lo que dice Jeremías[2], ser cosa muy amar-

[1] Abac. 3. 2. [2] Jer. 2. 19.

Digitized by Google

ga haber dejado á su Dios, y negado á su Señor. Ay de mí, diria, cómo vivo habiendo negado al Autor de la vida? Cómo no se abre la tierra, y me traga, habiendo injuriado al Criador de ella? O boca abominable! cómo te abriste para jurar que no conocias al que tanto bien te ha hecho? O lengua maldita! cómo te soltaste para maldecirte, si conocias al que tanto amor te ha mostrado [1]? O cuán justo fuera que viniera sobre mí la maldicion, pues la escogí, y que penetrara todos mis huesos, pues la abracé! O quién diese amargura de mar á mi corazon, y fuentes de lágrimas á mis ojos, para llorar amargamente de dia y de noche la muerte de mi alma y la traicion que ha cometido contra su Criador! Mas, pues ya conozco su misericordia [2], y que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, miraré al que me miró, me convertiré al que se convirtió á mí, y con el corazon me llegaré á él, y postrado á sus piés, le diré como el hijo pródigo [3]: O Padre y maestro mio, he pecado contra el cielo y contra tí, no soy digno de ser llamado tu hijo, ni tu discípulo, admíteme siquiera, cómo á uno de los jornaleros de tu casa, porque no hay para mí mas duro infierno, que ser echado de ella. De esta manera lloraba san Pedro, y se movia á confianza del perdon, acordándose de lo que Cristo nuestro Señor le dijo: que habia rogado por él para que no desfalleciese su fe, y que cuando se convirtiese, confirmase á sus hermanos. Y de esta misma manera lloró toda la vida, cuando oia el canto del gallo; y así se dice de él, que tenia sulcados y cavados los lagrimales de los ojos, por la muchedumbre de las encendidas lágrimas que por ellos vertia.

3. Finalmente, ponderaré el modo como la divina inspiracion ilustró y tocó á Pedro, y le convirtió, porque primero le hizo que se acordase de las palabras de Cristo, luego que saliese del lugar y ocasion donde estaba,

[1] Psal. 108. 18. [2] Ezech. 33. 11. [3] Luc. 15. 18.

Digitized by Google

y despues que á sus solas llorase amargamente; y lo mismo hace con nosotros cuando nos toca con eficacia. Con lo primero, nos mueve á temor, confianza y amor. Con lo segundo, quita los estorbos de la verdadera penitencia. Y con lo tercero, alcanza el fruto de ella, que es el perdon de los pecados, como haya propósito de confesarlos á su tiempo. O alma mia, como viste en Pedro tu flaqueza para pecar, así mira en él la eficacia de la divina gracia para convertirte: y como él lloró, así llora tus pecados, para que alcances cumplido perdon de ellos. Amen.

MEDITACION XXIX.

DE LOS FALSOS TESTIMONIOS QUE DIJERON CONTRA CRISTO NUESTRO SEÑOR EN CASA DE CAIFÁS, Y DE LO QUE RESPONDIÓ A SU PREGUNTA.

PUNTO PRIMERO. — *Los sumos sacerdotes, con todo su concilio, buscaban algun falso testimonio contra Cristo para condenarle á muerte; pero no le hallaron, aunque vinieron muchos testigos falsos para ello. Y entre otros unos dijeron*[1]: *Este hombre ha dicho, puedo destruir el templo de Dios, y en tres dias reedificarle; pero ninguno de estos testimonios era bastante, ni Jesus les respondió palabra.*

1. Sobre este punto tengo de considerar, lo primero, la forma de este juicio que intentó Caifás contra Cristo nuestro Señor, ponderando quién son los jueces, sus dañados corazones, y la soberbia y ambicion con que están sentados. Además, quién son los acusadores y testigos, su muchedumbre y perversas entrañas. Además, quién el preso y acusado, su divinidad y soberanía, junta con la modestia y humildad; admirándome de que el Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, esté como reo en pié, y atadas las manos, oyendo contra sí tantas calumnias delante de tan malditos jueces, los cuales eran

[1] Matt. 26. 59. Marc. 14. 59.

Digitized by Google

sus crueles perseguidores; y haciendo forma de juicio iban contra todas las leyes de justicia, convocando testigos falsos para condenar al inocente. O Cordero inocentísimo, quién te ha puesto en medio de lobos tan crueles? O Juez justísimo, quién te ha sujetado á jueces tan injustos? Las injusticias que yo hice, son causa de las calumnias que padeces por librarme de ellas. Líbrame, Señor [1], de las calumnias de los hombres, para que guarde con quietud tus santos mandamientos.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la grande inocencia y pureza que resplandeció en Cristo nuestro Señor, pues andando sus enemigos á buscar con tantas ánsias algo de que acusarle, por fas, ó por nefas, no hallaron fundamento aparente para testificar contra él cosa digna de castigo. Por donde se vé con cuanta verdad dijo [2]: *Vino á mí el príncipe del mundo, y no halló en mí cosa alguna.* Porque Satanás, por medio de sus ministros, vino á prenderle, y prendido condenarle á muerte con título de justicia, y no halló en él cosa suya; esto es, cosa que fuese pecado, ni cosa digna de tal castigo. O inocentísimo y purísimo Salvador! Por la inocencia y pureza de tu virtud santísima te suplico me concedas una vida tan inocente y pura, que cuando venga el Príncipe de este mundo en la hora de mi muerte, no halle en mí cosa suya, de que me pueda acusar para condenarme. Amen.

3. Lo tercero, se ha de ponderar el maravilloso silencio de Cristo nuestro Señor en todas estas calumnias, sin querer volver por sí, ni excusarse, ni tachar los testigos, ni cogerlos á palabras, descubriendo su falsedad; lo cual le fuera muy fácil, por su gran sabiduría; pero quiso callar, confiado de su inocencia, y de la fuerza que tiene la verdad, cumpliendo lo que dijo por boca del santo rey David [3]: Los que buscaban males contra mí, hablaron vanidades, y tramaron engaños: Pero

[1] Psal. 118. 134. [2] Joan. 14. 30. [3] Psal. 37. 13.

Digitized by Google

yo, como sordo, no los oia, y como mudo no abrí mi boca. Fuí como hombre, que ni oia, ni sabia que responder á sus calumnias. Todo esto hacia nuestro Redentor, para darnos ejemplo de silencio, sufrimiento en tales casos, remitiendo nuestra defensa á Dios, y á la verdad conocida. Y tambien es un modo secreto, y muy glorioso de triunfar de nuestros enemigos, los cuales desean que respondamos para tener algo de que asir con nuestra impaciencia ó indiscrecion, ó calumniando nuestra escusa; y así Caifás, enfadado de ver tanto silencio en Cristo nuestro Señor, se levantó en pié y le dijo: *No respondes algo á tantas cosas como testifican contra tí? Pero Jesus callaba, y no respondió nada.* O Verbo divino, palabra eterna del Padre, porqué no hablais alguna palabra en defensa vuestra? Mirad no digan, que quien calla consiente, y os tengan por culpado, por no haberos defendido. Pero vuestra misericordia quiere con su silencio satisfacer por mis parlerías y enfrenar mi lengua, para que no excuse mis culpas. Enfrenadla, Señor, con vuestra gracia, para que sufra callando, como Vos sufrísteis, y triunfe de mis enemigos, como Vos triunfásteis de los vuestros.

Punto segundo. — *Viendo Caifás que Cristo callaba tanto, díjole: Conjúrote por Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios bendito? Respondióle Jesus: tú lo dices, que yo soy: y dígoos de verdad, que de aquí á poco veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo.*

1. Aquí se ha de ponderar la reverencia grande que Cristo nuestro Señor tenia al santo nombre de Dios; pues habiendo callado con tanto teson, en oyendo conjurar por el nombre de Dios, luego respondió y obedeció al pontífice, aunque sabia que le conjuraba con mala intencion, para sacarle alguna palabra de que acusarle: y aunque sabia que su respuesta le habia de costar muy caro, pues le habian de condenar por ella, dándo-

Digitized by Google

nos ejemplo de reverenciar su santo nombre, y por él obedecer á los prelados de su Iglesia, aunque sean malos, sin resistirlos, ni porfiar en nuestro silencio con dureza, cuando nos mandan hablar, ó hacer algo contra lo que habíamos determinado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la respuesta que dió, confesando sencillamente la verdad de que era Cristo, y juntamente desengañándoles del error que tenian contra esto, por verle tan oprimido, y para de camino ponerles algun temor que les enfrenase y apartase de sus dañados intentos; como quien dice[1]: Yo soy Cristo, y aunque me desconoceis, por verme tan humillado, dia vendrá en que veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios, y venir en las nubes del cielo á juzgar al mundo, como está profetizado de Cristo; por tanto, mirad bien lo que haceis. O Hijo de Dios vivo, é Hijo del hombre, Dios y hombre verdadero, humillado y ensalzado, que estás en pié como reo para ser juzgado de Caifás, y estarás sentado como juez en las nubes del cielo para ser juez de todo el mundo! Mi alma se abrasa con el fuego de tu amor, cuando te miro humillado para redimirme; y tiembla con gran temor, cuando te considero entronizado para juzgarme. Séame, Señor, tu amor espuela para servirte, y tu temor freno para no ofenderte.

3. Tambien se ha de ponderar aquella palabra: *Dè aquí á poco tiempo veréis al Hijo del hombre, etc.* Porque en los ojos de Dios[2] mil años son como un dia; y aunque nos parece que la venida de Cristo á juzgar se dilata, será muy presto. Con lo cual pretendió enseñarnos, que cuando nos viéremos humillados y atribulados, nos consolemos con pensar que de allí á poco vendrá la exaltacion; y al contrario, cuando nos viéremos engreidos y soberbios, nos humillemos, entendiendo que vendrá presto el dia del juicio, en que serémos humi-

[1] Ex Psal. 109. 1. et Daniel. 7. 13. [2] Psal. 89. 4.

Digitized by Google

llados, y en ambos casos nos ayudará considerar lo que sentirán Caifás y los demás que estaban en este concilio congregados contra Cristo, cuando le vean sentado en tanta gloria, como juez para condenarlos. O cómo se han de trocar las suertes, llorando con amargura irremediable los que aquí se atrevieron á ofenderle! Por tanto escoge ser con Cristo humillado en esta vida, para que seas por él glorificado en la otra.

Punto tercero. — *Oida esta respuesta por el pontífice, rasgó sus vestiduras diciendo: Ha blasfemado, para qué deseamos más testigos? No habeis oido la blasfemia? Qué os parece? Y luego todos le condenaron y dijeron: Digno es de muerte.*

1. Sobre este punto se ha de considerar, lo primero, la hipocresía endemoniada de este mal pontífice, para indignar á todos contra Cristo nuestro Señor: por una parte rasga sus vestiduras en señal de tristeza, como quien habia oido una grande blasfemia contra Dios, y por otra parte se goza de haber hallado ocasion para condenarle; y así como quien habia alcanzado victoria, dice: Para qué buscamos testigos? Y atropellando el órden del juicio, él se hace acusador, y á los circunstantes hace jueces, pidiéndoles que ellos le juzguen, y digan su parecer, provocándoles á que le condenen como á blasfemo; y así lo hicieron, diciendo: Digno es de muerte. Para que yo vea cuan errados son los juicios de los hombres, especialmente cuando están apasionados, pues llegan á condenar por digno de muerte al que es autor de la vida, y á juzgar por blasfemo contra Dios, al que es el mismo Dios.

2. Con esto tengo tambien de ponderar, la humillacion de Cristo nuestro Señor en este caso, compadeciéndome de verle calumniado y oprimido, por haber respondido la verdad, y admirándome que el Hijo de Dios llegue á tal extremo de desprecio, que sea juzgado por blasfemo, y sus palabras, que son de vida eterna, sean

Digitized by Google

tenidas por blasfemias, dignas de muerte eterna, sacando de este ejemplo motivos tambien para consolarme cuando me viere despreciado y condenado sin culpa. O dulce Jesus! Con cuánta mas razon pudieras rasgar tu vestidura, cuando oiste las palabras de Caifás tan llenas de blasfemias contra Dios, como las suyas estaban llenas de verdad y gloria del mismo Dios? O si mi corazon se rasgase de dolor y pena, oyendo las blasfemias que aquí dicen contra tí! No eres tú, Señor, el blasfemo, sino el blasfemado, y por las blasfemias que los hombres dicen contra Dios, permites ser tú blasfemado de ellos, pagando sus culpas con tus penas.

3. Últimamente, ponderaré el ánimo con que Cristo nuestro Señor oyó aquella sentencia: *Reus est mortis.* Reo es, y culpado digno de muerte. Y cuando vió que todos en conformidad la pronunciaban, por una parte se entristeceria viendo su injusticia, y que personas á quien tanto bien habia hecho, le condenaban tan presto á muerte; y por otra parte interiormente la aceptaria y se ofreceria á morir por darles á ellos vida. O caridad inmensa de Jesus, que así te dueles de nuestras culpas, por el daño que nos hacen, y juntamente te ofreces á morir por librarnos de ellas? Alábente, Señor, todos los ángeles, y á una voz contradigan á este perverso concilio, diciéndole: Digno es de vida; digno es de vida. Vosotros sois los merecedores de la muerte, y Cristo solo es digno de sempiterna vida.

MEDITACION XXX.

DE LAS INJURIAS Y DOLORES QUE PADECIÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR EN PRESENCIA DE CAIFÁS Y DE SU CONCILIO, Y EN LO RESTANTE DE LA NOCHE.

PUNTO PRIMERO. — Oida esta sentencia [1], los que tenian asido á Cristo nuestro Señor, porque no solo esta-

[1] Matt. 26. 65.

Digitized by Google

ba atado, sino otros muchos le tenian asido porque no se les fuese, tomaron atrevimiento y ocasion para injuriarle y atormentarle, instigándoles Satanás á ello, mezclando con las cosas ignominiosas, otras dolorosas, para que la pena fuese mayor. Estas penas se reducen á cinco ó seis géneros.

1. La primera injuria, fué escupirle en el rostro, que era un tormento ignominioso y asqueroso, usado entre los judíos, y tenido por grande injuria; y como los soldados y ministros eran muchos, y todos á porfía le arrojaban salivas, quedó el rostro de Cristo afeado y oscurecido grandemente. Pondera, pues, ó alma mia, quién es el escupido, y quién son los que le escupen, qué rostro es el afeado con salivas, y qué bocas son las que le afean con ellas, y hallarás que el escupido es el Dios de la majestad, el Criador de cielos y tierra [1], el que con su saliva dá vista á los ciegos, lengua á los mudos, y oido á los sordos; es escupido el rostro que enamora á los serafines, á quien no se hartan de ver los ángeles, en quien está la salvacion de todos los hombres, por quien suspiraban los profetas, diciendo [2]: Muéstranos tu rostro, y serémos salvos. Este es escupido de viles hombrecillos, de abominabilísimos pecadores, de gente dignísima de que todos escupiesen en ella como en el lugar mas vil y desechado del mundo. Pues cómo no te compadeces de ver escupido á tal Señor por tales esclavos? A tan excelente Criador, por tan viles criaturas? O rostro venerable de Jesus, mas resplandeciente que el sol, mas hermoso que la luna, y mas gracioso que las estrellas del cielo! Cómo te han oscurecido y afeado las salivas de los pecadores de la tierra? Sus pecados son la causa de esto, y por lavarles de ellos quieres tú ser afeado. Antiguamente era escupido el que no queria resucitar la familia de su hermano [3], que habia muerto sin hijos; pero tú, Señor, eres escupido

[1] Marc. 7 33. [2] Psal. 79. 4. [3] Deut. 25. 9.

Digitized by Google

por resucitar la familia de Adan, que mató á sí, y á todos sus hijos. Gracias te doy por esta inestimable caridad, y por ella te suplico resucites mi alma, la laves y adornes con la hermosura de tu gracia. Amen.

2. Luego ponderaré la modestia, gravedad y serenidad que tenia Cristo nuestro Señor, sufriendo con extraña mansedumbre y silencio, aquella lluvia de salivas sin apartar su rostro, como dice Isaías [1], de los que le escupian, sin hacer gesto ni meneo de hombre injuriado ni enojado, y sin decir palabra alguna contra sus injuriadores. O Dios eterno, si á Maria hermana de Aaron, porque injurió á Moises, escupísteis en el rostro y se llenó de lepra, porqué no escupís á estos que os escupen, para que se llenen de lepra como su maldad merece? Mas Vos, Dios mio [2], no venísteis al mundo á hacer leprosos, sino á sanarlos, tomando sobre Vos la pena de su lepra, y la figura de leproso. No venísteis á escupir para matar [3], sino para sanar y dar vida con vuestra saliva al pecador que carece de ella: tocadme con vuestra saliva, para que sea sabio en conoceros, sano y fuerte para amaros y serviros.

3. Lo tercero, espiritualizando esto, ponderaré, como cada vez que ofendo á Dios con culpa grave, es espiritualmente escupir á Cristo en el rostro, y afearle con la saliva de mi culpa, salida de mi lengua emponzoñada, y de mi corazon y pecho venenoso. Y tambien ponderaré, cuánta lluvia de estas salivas descargaron y descargan sobre Cristo nuestro Señor, y cuánto mas siente estas que esotras, por ser mas abominables y hediondas delante de Dios. Y finalmente ponderaré, como despreciar y escupir al prójimo, es escupir á Cristo que toma esta injuria por suya. De todo lo cual tengo de sacar afectos de dolor y compasion, y propósitos de huir el pecado con que Dios es escupido.

PUNTO SEGUNDO. — 1. La segunda injuria fué, vendarle

[1] Isai. 50. 6. [2] Num. 12. 10. [3] Isai. 53. 4.

Digitized by Google

sus divinos ojos, para mas á su salvo herirle y escarnecerle, pensando que no los veia, porque la serenidad y gravedad del rostro de Cristo los encogia para no burlar de él á su gusto. Al contrario de lo que sucedió á Moisés [1], el cual cubrió con un velo su cara para hablar con el pueblo, porque el resplandor que salia de ella, ofuscaba la vista de los que la miraban; mas nuestro dulce Jesus, resplandor de la gloria del eterno Padre, consiente que la suya sea cubierta con otro velo por los discípulos de Moisés, no para que le oigan con mas atencion, sino para que le desprecien con mayor libertad, mostrando en esto que tiene no menos gana de ser despreciado, que ellos de despreciarle. Y es de creer que el velo ó venda con que le cubrieron y vendaron, seria vil y despreciado, para que el escarnio fuese mayor.

2. Tambien tengo de ponderar, cuán propio es de los grandes pecadores desear que Dios no les vea, ó imaginar que no los vé, para pecar mas libremente, diciendo lo que está escrito en Job [2]: Las nubes son su escondrijo, y no considera nuestras cosas. Al modo que estos miserables vendaron los ojos corporales de Cristo nuestro Señor, para que no les viese; mas no por eso dejaba de verlos con los ojos de su alma y de su divinidad; y así mas fué cegarse y quitarse la vista á sí mismos, que quitarla á Cristo. Y de esta manera he de pensar, que cuando peco olvidado de que Dios me mira [3], este olvido es como un velo con que pienso estar cubiertos los ojos de Dios, pero no lo están sino los mios; porque los de Dios, como dice el Sabio [4], contempla en todo lugar al bueno y al malo, y al bien ó mal que hace cada uno. O Dios eterno, no permitas que yo cubra tus ojos y tu rostro, sino es como los serafines le cubrian con sus alas, venerando tu divinidad y confesando que no tenian ojos para comprenderla [5]; pero tú, Señor, los tienes muy claros para verme y comprender-

[1] Exod. 34. 35. [2] Job. 22. 14. [3] Job. 22. 13. [4] Prov. 15. 3. [5] Isai. 6. 2.

Digitized by Google

me, y esto basta para que yo crea que miras mis culpas y me mueva á llorarlas, con propósito de nunca mas volver á ellas.

Punto tercero.—1. La tercera injuria y tormento, fué herirle con las manos cruelmente, y esto fué en dos maneras. Unos le herian con los puños dándole puñadas y golpes en la cabeza y en el rostro, brazos, pechos y espaldas, con grande rabia y porfía. Y es de creer, que su celestial rostro quedaria hinchado y acardenalado, y el cuerpo como molido por la muchedumbre de los golpes á causa de ser muchos y muy crueles los que le golpeaban, y estar muy encendidos en ira, paliada con celo de que vengaban la blasfemia dicha contra Dios.

2. Otros le herian con las palmas de las manos, dándole de bofetadas, lo cual entre los hombres es mas ignominioso, que ser herido con el puño[1]. Aquí cumplió nuestro Señor á la letra el consejo que habia dado: Si alguno te hiere en un carrillo, ofrece el otro, porque las bofetadas no fueron una como en casa de Anás, sino muchas, y á porfía por muchos ministros del demonio, pareciéndoles que ganaban perdones en herirle, y todas las recibia este mansísimo Salvador sin decir: *Cur me cædis?* Porqué me hieres? Antes decia con la obra, mas que con la palabra: Si quereis herirme, heridme, que aparejado estoy para ser herido y abofeteado, y mi deseo es verme harto y lleno de tales desprecios, cumpliéndose aquí lo que dijo Jeremías[2]: Dará su rostro al que le hiere y será lleno de oprobios.

3. Tambien se ha de ponderar el misterio de estos dos modos de heridas que recibió Cristo nuestro Señor con las manos de los pecadores, porque unos le hieren con la mano cerrada y apretada, y estos son los avarientos y codiciosos, que se ocupan en allegar bienes para sí, y los aprietan sin extender las manos á repar-

[1] Matt. 26. 67. [2] Thren. 3. 30.

Digitized by Google

tirlos con pobres: otros le hieren con las palmas y manos extendidas y abiertas, y estos son los soberbios y jactanciosos del mundo, y los regalados y blandos en su carne; los pródigos y manirotos en dar y gastar para su vanidad y sensualidad. Las culpas de estos traen mayor ignominia, porque afrentan á Cristo, despreciándole para honrarse á sí. Y en castigo de estas dos suertes de culpas, quiere Cristo nuestro Señor pasar por estas dos diferencias de penas; y así tengo de pensar, que yo soy el que hiero á Cristo con mis puños cerrados, cuando peco por codicia de bienes terrenos, y yo le hiero con las palmas extendidas, cuando peco por vanidad y sensualidad, por dilatar mi fama, y buscar la blandura de mi carne. O liberalísimo Dador de todos los bienes, que con tanta liberalidad das tu rostro al que te hiere, con deseo de darle tu corazon, por el grande amor que le tienes. Abre, Señor, tu mano benditísima, y toca á los que te hieren con la suya, para que cesen de herirte, y con ella hieran sus pechos como el Publicano, confesando sus culpas, para que alcancen perdon de ellas. Amen.

Punto cuarto.—1. La cuarta pena y tormento, fué mesarle las barbas y arrancarle los cabellos con crueldad excesiva; porque aunque los Evangelistas no cuentan eso, pero díjolo el mismo Señor por Isaías, y es cierto que se cumplió [1]. *Yo*, dice, *dí mi cuerpo á los que le herian, y mis barbas á los que las arrancaban: no aparté mi rostro de los que me escarnecian y escupian.* O sumo Sacerdote, mucho mas noble que Aaraon [2], cuya uncion destilaba de la cabeza hasta la barba, para significar su dignidad y fortaleza varonil! Cómo consientes que la tuya sea mesada y arrancada con tanta ignominia y crueldad! O sagrado Nazareno, cuyos cabellos no habian de ser cortados durante su consagracion [3]! Porqué dejas repelar y arrancar los tuyos, pues siempre

[1] Isai. 60. 6. [2] Psal. 132. 2. [3] Num. 6. 5.

Digitized by Google

eres Nazareno y Santo, y la misma santidad? Ya veo, Señor, que por mis cobardías afeminadas son mesadas tus barbas, y por mis demasías y excesos son arrancados tus cabellos: y pues el amor que me tienes, mas casto que el de Sanson á Dalida [1], dió licencia para esto, suplícote perdones las culpas que fueron causa de estas penas, y me des un ánimo varonil para servirte, y muy mortificado para nunca mas ofenderte.

2. La última injuria, fué de palabras afrentosas que le decian cuando le daban bofetadas y puñadas, diciéndole: *Profetizanos Cristo, quién es el que te hirió?* Que era decir: Pues dices de tí que eres Cristo y profeta, adivina quién te dió esta bofetada; en lo cual daban á entender, que le tenian por Cristo fingido y profeta falso. Y añade san Lucas: *Et alia multa blasfemantes dicebant in eum.* Que decian contra él otras muchas blasfemias, las cuales deja á nuestra consideracion. Mas para creer que fueron muchas y muy graves, basta saber que los blasfemadores eran muchos, y muy atrevidos y descomedidos [2], llenos de ira y rencor, y que la serpiente infernal movia sus lenguas serpentinas para que vomitasen injurias y blasfemias nunca oidas, á fin de provocarle á impaciencia, y tomar de él cruel venganza. Es de creer, que renovarian todas las palabras injuriosas que otras veces le habian dicho, llamándole samaritano, endemoniado, comedor y bebedor, amigo de publicanos, quebrantador de los sábados y fiestas, revolvedor del pueblo, embaidor, nigromántico, blasfemo contra Dios, y otras innumerables. De suerte, que ellos hartaron y cumplieron el deseo que tenian de injuriarle, cumpliéndose en Cristo nuestro Señor lo que dijo de sí el santo Job [3]: Abrieron contra mí sus bocas diciéndome oprobios, hirieron mi rostro y hartáronse con mis penas. Y el mismo Cristo, como dijo Jeremías [4], quedó tambien harto y lleno de desprecios; pero siem-

[1] Judic. 16. 4. [2] Psal. 139. 4. [3] Job. 16. 11. [4] Thren. 3. 30.

Digitized by Google

pre con ganas de recibir otros mayores, como los recibió en el discurso de esta noche: porque el deseo de sus enemigos era como hambre canina, y sed de hidropesía, que aunque coma y beba hasta hartase, luego tiene hambre y sed de comer y beber hasta la muerte. Pero el deseo de Cristo nuestro Señor, era hambre y sed de caridad infinita, que nunca del todo se puede ver harta; y así por mucho que ellos deseaban llenarle de injurias, estaba aparejado para recibir otras muy mayores. O bendita sea caridad tan insaciable, y fuego de amor tan encendido [1], que nunca supo decir á sus injuriadores, basta, basta, sino antes, daca, daca.

3. Finalmente, cerca de estas cinco maneras de injurias se ha de ponderar, como los Evangelistas no se desdeñaron de contar tan por menudo las afrentas é injurias de nuestro Salvador, porque sabian que era grande gloria de Dios, de Cristo y nuestra, haber querido padecer tales cosas por nosotros; y por consiguiente, que no hemos de desdeñarnos de padecer otras semejantes; sino gloriarnos de ellas, y amar de todo corazon al que tales muestras de amor nos dió, y nunca cesar de alabarle, juntando con la continua accion de gracias, continuos servicios por ellas, de las cuales puedo hacer una como letanía, en esta ó en otra forma. Gracias te doy dulcísimo Jesus, por haber sufrido con invencible paciencia y humildad, que fuese tu rostro escupido, tus ojos vendados, tus carrillos obofeteados, tus barbas mesadas, tus cabellos arrancados, tu cuerpo golgeado y tus oidos con innumerables blasfemias ofendidos. Suplícote, Señor, por estas tus sacratísimas penas me perdones las culpas que fueron causa de ellas, y me hagas tan dichoso, que padezca con paciencia y caridad por tí las penas que tú padeciste por mí.

Punto quinto.—1. Luego se ha de considerar lo que Cristo nuestro Señor padeceria en lo restante de aquella

[1] Prov. 30-15.

Digitized by Google

noche, lo cual es mas de lo que nuestro entendimiento puede alcanzar; porque habiéndose ido los pontífices y sacerdotes á reposar, Cristo nuestro Señor quedó fuertemente atado en aquella sala con muchos soldados de guarda, acudiendo tambien los criados y chusma de casa; los cuales se entretuvieron todo aquel tiempo burlando de él en las cinco cosas que se han dicho, y con otras muchas que Satanás les instigaba para vengarse de Cristo y derribar su constancia; y yéndose unos á dormir, venian otros de refresco, que proseguian sus injurias sin dejarle dormir ni descansar en toda la noche, estando como blanco y terrero de todos, cumpliéndose lo que habia dicho Simeon que estaria puesto como señal de contradiccion [1]. Y lo que dijo David [2]: Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo.

2. Pero qué hacia entonces este soberano Redentor, no hombre, sino mas que hombre y gloria de todos los hombres? Mostraba un rostro como de diamante, y un cuerpo como de acero, sin cansarse de sufrir, ni dar señal de enfado ó enojo; y en lo interior ofrecia todos aquellos trabajos á su Padre por los pecadores, y estaba continuamente orando por ellos con grandísimo fervor, de modo, que podíamos decir de él [3]: *Erat pernoctans in oratione Dei*. Estaba trasnochando y pasando toda la noche en oracion de Dios; esto es, en oracion altísima, digna de Dios, sin que la muchedumbre de las injurias que oia, ni la terribilidad de los dolores que padecia le divertiesen ó entibiasen en ella. Allí tenia presentes á sus discípulos, que andaban descarriados, como ovejas sin pastor, y oraba por ellos ardientemente, porque no se los tragase el lobo infernal; y tambien puedo creer, que me tenia presente en su memoria, y ofrecia por mí su oracion. O Salvador mio, quién se hallara en vuestra compañía para consolaros en el des-

[1] Lucæ 2. 34. [2] Psal. 21. 7. [3] Lucæ 2. 12.

Digitized by Google

consuelo de tan larga noche! Con el espíritu me pongo en vuestra presencia, deseando trasnochar en la oracion de Dios, juntando la mia con la vuestra, para que sea bien recibida y despachada.

PUNTO SEXTO.—1. Ultimamente, se ha de considerar, como algunos de los discípulos, y quizá fué san Juan, llevó la nueva de la prision de Cristo nuestro Señor á la Vírgen sacratísima, que estaba en compañía de la Magdalena y de otras santas mujeres, donde habian comido su cordero pascual; y en oyendo la triste nueva, fué su alma traspasada con el cuchillo de dolor y tristeza tan crecida, que bien pudo decir con verdad las palabras de su Hijo: *Triste está mi alma hasta la muerte.* Esto es, está llena de tristeza mortal, con ánsias y congojas como de muerte; porque como era encendidísimo el amor que le tenia, y muy viva la fe y aprension de las injurias y dolores que habia de padecer, cuando le consideró ya metido dentro de ellas, fué su alma llena de amargura, y penetrada de un mar de compasion, de suerte, que podíamos decir de ella lo que dijo Jeremías[1]: Grande es como el mar tu dolor y contricion, quién podrá darte remedio en ella?

2. Pero como esta Vírgen estaba llena de Dios, hizo luego lo que su Hijo, acudiendo al remedio de la oracion, y puesta de rodillas delante del eterno Padre, pegando su rostro con la tierra diria: Padre soberano, si es posible, pase este cáliz de mi Hijo sin que le beba, ó templa en algo su terrible amargura; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú. Padre eterno, todas las cosas te son posibles, traspasa este cáliz de mi Hijo en mí, yo le beberé, porque él no le beba: pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y en esta oracion velaria grande rato, haciendo actos de confianza y resignacion, conformando su querer con el divino: y es de creer, que con la congoja oraba mas prólijamente, has-

[1] Thren. 2. 13.

Digitized by Google

ta que el Padre eterno, por algun ángel, ó por sí mismo interiormente la confortó.

3. Luego se levantaria de su oracion, y á imitacion de su Hijo, como buena Madre procuraria confortar á las que estaban en su compañía, para que no desfalleciesen en la fe, y lo restante de la noche gastarian en revolver por su memoria las aflicciones que su Hijo estaba padeciendo, como las habia leido en los profetas [1], haciendo sus ojos fuentes de lágrimas con estas consideraciones. O Vírgen sacratísima, que como otra Sion llorando, llorais toda la noche, derramando lágrimas por vuestras mejillas, sin que alguno de vuestros conocidos os consuele en esta afliccion [2], razon teneis de llorar porque el espíritu de nuestra vida Cristo, ha sido preso por nuestros pecados. O pecados nuestros, que tanto dolor causais á Cristo y á su Madre! Llorad ojos mios, toda la noche; llorad llorando con gran dolor, derramando copiosas lágrimas por vuestras mejillas; pues ningun otro consuelo les podeis dar, que llorar las culpas que son causa de sus llantos.

MEDITACION XXXI.

DE LA PRESENTACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTE PILATOS Y DE LA MUERTE DE JUDAS.

PUNTO PRIMERO.—*Luego en siendo de dia, se tornaron á juntar en casa de Caifás los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y ancianos, y llamando á su concilio á Cristo nuestro Señor, le preguntaron segunda vez* [3]*: Si tú eres Cristo, dínoslo? Respondió el Señor: Si os dijere quién soy, no me creeréis: y si os preguntare algo, es á saber, de las Escrituras, para que vengais en conocimiento de esto, no me responderéis, ni me soltaréis; pero de verdad os digo, que el Hijo del hombre, que está aqui, despues estará sentado á la diestra de Dios. Replicaron*

[1] Tren. 1. 2. [2] Thren. 4. 20. [3] Lucæ 22. 66. 71.

Digitized by Google

ellos: Luego tú eres Hijo de Dios? Respondióles Jesus: Vosotros lo decis, que yo soy. Contentos con esta respuesta, dijeron: No hay necesidad de testigos, pues de su boca hemos oido lo que queremos.

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, cuán deseada tenian la mañana, así Cristo nuestro Señor, como sus enemigos, pero con fines contrarios. Cristo, porque en aquel dia pensaba concluir la redencion del mundo, y habia treinta y tres años que estaba esperando este dia, que tenia por suyo, en cuanto todo era para bien nuestro. Sus enemigos deseaban que amaneciese para concluir su dañada pretension de matarle cruelmente; y así madrugaron mucho para juntarse otra vez de nuevo en su concilio. De donde tengo de sacar afectos de agradecimiento á Cristo nuestro Señor por las ganas que tuvo de ver este dia; y afectos de confusion y vergüenza, viendo cuán diligentes son los malos para el mal, y cuan madrugadores para cumplir su propia voluntad, y yo cuán perezoso y descuidado en cumplir la divina.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la malicia y astucia de estos escribas en la pregunta que hicieron á Cristo nuestro Señor, para cogerle de cualquier modo que respondiese: porque si negaba que era Cristo, dijeran que era contrario á sí mismo y que él se condenaba en haberse tenido por Cristo; y si confesaba que lo era, ratificándose en lo dicho, alcanzarian lo que deseaban para condenarle.

3. Pero mucho mas se ha de ponderar en la respuesta de Cristo nuestro Señor su admirable prudencia, su modestia y mansedumbre, junta con grande libertad de espíritu, añadiendo segunda vez aquella palabra, que estaria sentado á la diestra de Dios, para ponerles miedo, y para que nosotros entendamos, que sus humillaciones habian de parar en exaltacion; y lo mismo será de las nuestras, si le siguiéremos.

Digitized by Google

4. Y finalmente, con otro ánimo diferente del que tenian estos traidores, mirando á Cristo nuestro Señor tan desfigurado, con los muchos trabajos de aquella penosa noche, le preguntaré si es Cristo. Por ventura, Jesus mio, sois Vos el Cristo, el Mesías? el Hijo de Dios vivo? el resplandor de la gloria del eterno Padre? el que es figura de su sustancia, é imágen invisible de Dios? Pues si lo sois, como de verdad lo sois, cómo está vuestro rostro tan desfigurado? cómo tan afeado con salivas? cómo tan acardenalado con bofetadas? Quién os ha tratado de esta manera sin tener respeto á vuestra venerable persona? Mis pecados son la causa de esto, y vuestra caridad ha tomado estas insignias, por las cuales dá testimonio de que es Cristo Hijo de Dios vivo, que vino al mundo para redimirle porque otro que Cristo no pudiera sufrir tantos tormentos con tanto amor, por los pecados que no hizo; y pues Vos lo sufrís, Vos sois mi Cristo, mi Dios y mi Salvador, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — *Oida esta respuesta, levantóse toda aquella muchedumbre de gente; y atando de nuevo á Jesus le llevaron á Poncio Pilatos, presidente.*

1. En esta tercera estacion, que anduvo Cristo nuestro Señor, se ha de considerar lo primero, como el estado eclesiástico de los judíos, enemigo declarado de Jesucristo, por su sentencia le relajó al brazo seglar de Pilatos, presidente por los romanos, para que le ajusticiase mas cruelmente, pareciéndoles que era muy pequeña la pena que ellos podian darle, porque deseaban muriese con muerte muy cruel, ordenándolo así la divina Providencia, para que judíos y gentiles concurriesen á la muerte del que moria por la salvacion de todos. O dulce Jesus, si los de vuestra nacion, á quien tanto bien habeis hecho, así os condenan, qué se puede esperar de los extraños, que no os conocen? Pero Vos, Señor, estais aparejado para ser perseguido de

Digitized by Google

todos, para dar salud á todos, porque vuestra muerte es nuestra vida, y vuestra condenacion en el concilio de los malos, será nuestra salvacion en la presencia de Dios, por todos los siglos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la crueldad con que llevaron á Cristo nuestro Señor por las calles de Jerusalen con grandes voces y alaridos, concurriendo á esto mucha gente, por ser innumerable la que habia en la ciudad á causa de la fiesta del cordero. Iba nuestro buen Jesus, maniatado con paso muy apresurado; pero con un rostro modesto, grave y manso, dejándose llevar de aquellos tigres, sin resistencia alguna, sufriendo los desprecios y baldones que le decian, con mucha mayor afrenta que la noche pasada, porque con el dia claro todos le podian ver y conocer: y como sabian que este se hacia por órden de sus sacerdotes, y que ellos iban allí cerca, ninguno se atrevia á contradecir, antes clamaban contra el preso. Gracias te doy, ó buen Jesus, por todos los pasos que diste desde casa de Caifás, hasta la de Poncio Pilatos: y por las afrentas que en este camino padeciste, por ellas te suplico perdones los malos pasos que he dado para ofenderte, y los endereces de aquí adelante para que todos sean para servirte.

Punto tercero.—*Viendo Judas que Cristo estaba condenado á muerte en el concilio de los sacerdotes, y que le llevaban á Pilatos para que lo aprobase y ejecutase, pesóle de lo que habia hecho, y fuese al templo donde estaban algunos sacerdotes y ancianos, ocupados en sus ministerios, y díjoles: Pequé entregando la sangre del justo. Ellos respondieron: Qué se nos dá á nosotros de ello? mirároslo primero. Y él arrojando los dineros en el templo, fuese, y ahorcóse.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, como el demonio ciega los ojos del pecador al tiempo que peca, porque no vea la maldad de la culpa, y huya de ella, y despues los abre encareciéndosela mucho, y afeándosela

Digitized by Google

tanto, que de corrido venga á desesperar, como sucedió á Cain, el cual dijo á Dios con desesperacion [1]: Mi maldad es tan grande, que no merezco perdon ni misericordia. Pero yo, Dios mio, confieso que mi maldad es grande; mas juntamente confieso [2], que es muy mayor vuestra misericordia, y por ella confio alcanzar el perdon que no merezco, porque no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

2. Lo segundo, ponderaré como Judas comenzó á hacer penitencia, y á ejercitar las tres partes de ella, porque tuvo dolor interior, y confesó su pecado delante de los sacerdotes, y satisfizo, restituyendo el precio que habia llevado injustamente; pero todo le aprovechó poco, porque no fué buena su penitencia, ni el dolor era verdadero, ni hizo la confesion á quien debia, ni con esperanza de perdon. De donde sacaré aviso para procurar que mi penitencia no sea fingida, ni defectuosa; porque no basta decir como Judas, pequé, sino se dice, como lo dijo David, al cual diciendo, pequé, perdonó Dios su pecado [3], porque lo dijo con gran contricion y confianza de alcanzar perdon.

3. Lo tercero he de ponderar, la obstinacion de estos judíos, y la crueldad de aquellos sacerdotes, porque con ver al discípulo arrepentido, y que confesaba ser inocente su Maestro, ellos perseveran en su maldad, diciendo: Qué se nos dá á nosotros que sea inocente, y que tú hayas pecado en venderle! Miraras primero lo que hacias. Y con esta respuesta tan desabrida le dieron mayor ocasion de desesperar; por donde se vé, cuán peligroso es no hacer buena acogida á los pecadores cuando dan algun asomo de arrepentimiento. Lo cual es muy ageno del espíritu de Cristo nuestro Señor, de quien está escrito [4], que no apaga la torcida de la lámpara, que tiene algo de luz, y está echando humo; antes la atiza y aviva, para que tenga luz cumplida.

[1] Genes. 4. 13. [2] Ezech. 18. 23. [3] 2. Reg. 12. 13. [4] Isai. 42. 3.

Digitized by Google

4. Lo cuarto, se ha de ponderar el justo juicio de Dios en desamparar á este traidor, como sus pecados merecian, permitiendo que no hallase consuelo en los hombres, ni contento con su dinero; antes su dinero fuese su verdugo, y su deseo cumplido fuese su sayon y atormentador, recibiendo mayor congoja en tenerle, que recibió contento al tiempo de recibirle; y así le arrojó de sí, y no tuvo ánimo para acudir á Dios, ni á su Maestro á pedir perdon: antes atormentado de la conciencia, é instigado de Satanás, no atreviéndose á esperar la resurreccion de Cristo, de que tenia noticia, se resolvió en ahorcarse luego, como lo hizo, para que en este miserable conozcamos todos la pena de la avaricia, que es perder el dinero, la vida y la felicidad eterna, y morir á sus mismas manos, reventando por medio, y derramando sus entrañas, por no haber tenido entrañas de misericordia con Cristo.[1].

5. Finalmente, ponderaré el sentimiento que tuvo Cristo nuestro Señor de la condenacion de este discípulo, y cuán de buena gana le recibiera á penitencia, si como acudió á los sacerdotes del templo, acudiera á él con arrepentimiento. O Redentor misericordiosísimo, que á ningun pecador desechas, por muy cargado que esté de pecados: pues tanto sientes la perdicion de los que eran tuyos, no me dejes de tu mano; porque si tú me dejas, daré en los desvaríos de Judas, pues no hay mal que haga un hombre, que no le pueda hacer otro, si le sueltas de tu mano.

Punto cuarto. — *Los príncipes de los sacerdotes tomando consejo sobre lo que harian de aquel dinero, no lo quisieron echar en el arca del templo, porque era precio de sangre, sino compraron con ello un campo de un ollero, para sepultura de peregrinos*[2].

1. Donde se ha de ponderar, por una parte la hipocresía de estos malos sacerdotes, y por otra parte la

[1] Actuum. 1. 18. [2] Matth. 27. 6.

Digitized by Google

bondad de Dios, que con secreto instinto les movió á esta traza, para significar que la sangre de Cristo habia de ser de poco provecho para los sacerdotes del templo y sus secuaces; pero habia de ser precio con que se comprase el descanso eterno de los que viven en esta vida como peregrinos.

2. Y tambien se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor mostró el amor que tenia á los pobres, en querer que el precio de su sangre fuese remedio de pobres para darles sepultura, aficionándonos con esto á las obras de misericordia, aunque sea á costa de nuestra sangre. O dulce Jesus, pues tanto nos amas, que todo lo que te pertenece quieres se convierta en provecho nuestro, mira mi pobreza, y con el precio de tu sangre remediala, para que viva como peregrino en esta vida, de modo que camine con diligencia al descanso de la eterna. Amen.

MEDITACION XXXII.

DE LA ACUSACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTE PILATOS, Y DE LAS PREGUNTAS QUE PILATOS LE HIZO.

PUNTO PRIMERO.—*Presentado Cristo ante Pilatos en su pretorio, salió el presidente á los judíos, y preguntóles*[1]: *Qué acusacion traeis contra este hombre? Ellos respondieron: Si no fuera malhechor, no le entregáramos á tí.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, la mala acogida, y el mal tratamiento que haria Pilatos á Cristo nuestro Señor cuando le vió traer tan atado, y con tanto estruendo, y en dia tan solemne, concibiendo que seria algun gran malhechor, pues en tal dia, y por gente tan grave venia preso, compadeciéndome de ver á mi Señor tan despreciado, y acordándome de la diferente manera con que él recibió á la mujer adúltera que le trajeron los judíos para que la juzgase[2]. O Juez misericor-

[1] Matth. 27. 6. Joan. 18. 29. [2] Joan. 8. 3.

Digitized by Google

diosísimo, que con tanta mansedumbre recibes á los presos, no solo cuando son inocentes, sino tambien á los culpados, librándolos de sus crueles acusadores, cómo siendo tú la misma inocencia, quieres ser recibido de este soberbio juez con tal ignominia [1]? Pues confundes á los acusadores del que es culpado, y los haces ir uno trás otro con solo escribir en la tierra con tu dedo sus pecados, porqué no los escribes tambien ahora para que confundidos te dejen, y cesen de acusarte? Mas tu misericordia es tan grande, que compadeciéndose de los pecadores, no quiere compadecerse de sí, para padecer por ellos. Líbrame, Señor, de mis acusadores cuando fuere presentado en el tribunal de tu juicio, y recíbeme con piedad, para que librado por tí, goce para siempre de tí. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré la grande soberbia y presuncion de estos acusadores de Cristo, la cual mostraron en decir: *Si este no fuera malhechor, no le trajéramos á tu tribunal.* Como quien dice: Basta que nosotros siendo sacerdotes y letrados de la ley, le traigamos preso, para que estés cierto que es malhechor. O soberbia endemoniada, que así ciegas á los malhechores! O humildad soberana, que así humillas al supremo Bienhechor! De esta humildad de Cristo nuestro Señor, que siendo bienhechor de todos, quiso ser tenido por público malhechor de los mismos á quien hizo bien, tengo de sacar grande afecto á la humildad, teniendo por dicha hacer bien á todos, y que todos me tengan por malhechor, á imitacion de mi Salvador.

Punto segundo.—*Respondióles Pilatos: Si es tan público malhechor como decís, castigadle vosotros segun vuestra ley. Ellos dijeron: A nosotros no es permitido matar á alguno, esto es, matarle con el género de muerte que este merece, porque nosotros solamente podemos apedrearle, y esta es pequeña pena para sus delitos. Entonces le comen-*

[1] Joan. 8. 9.

Digitized by Google

taron á acusar de tres. El primero, que alborotaba la gente con mala doctrina. El segundo, que prohibia dar los tributos debidos á César. El tercero, que decia de sí ser Cristo rey; esto es, que era el Mesías, que estaba prometido por rey de los judíos.

Aquí se ha de ponderar la maldad de estos acusadores, y las calumnias que inventaron contra Cristo nuestro Señor, con ánimos empoçoñados: porque llana cosa era que no alborotaba Cristo la gente, antes la movia á penitencia, y á todo género de virtud, tanto, que dijo á sus discípulos [1]: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos, haced todo cuanto os dijeren. Tambien era llano que no prohibia pagar los tributos á César; antes dijo [2]: Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios; y él pagó el tributo por sí y por Pedro, con no estar obligado á ello. Además, nunca dijo de sí, que era rey temporal como los que hacian los romanos; antes queriéndole hacer rey, huyó [3]. Y si decia que era Mesías, sus obras daban testimonio de ello. Pues á dónde mas pudo llegar la maldad de estos falsos acusadores, que á inventar tales calumnias? Y qué mayor crueldad pudo ser, que no hartar su rabia con la muerte que ellos pudieron darle, sino fingir delitos para condenarle á otra mas cruel, que era la muerte de cruz! O dulce Jesus, gracias te doy por el silencio con que oyes tales calumnias, pudiendo fácilmente deshacerlas! Concédeme que imite tu paciencia, y líbrame del vicio del aborrecimiento, que tales calumnias inventa contra el que es aborrecido.

Punto tercero. — *Oyendo Pilatos estas acusaciones, entróse en la sala del tribunal, para examinar á Cristo de los delitos que le oponian, y comenzó por el postrero, que tenía por mas grave, diciéndole: Eres tú rey de los judíos [4]? Cristo nuestro Señor, como vió que esta pregunta era con sencillez, respondió á ella: Mi reino no es de es-*

[1] Matth. 23. 2. [2] Luc. 20. 25. Matt. 22. 21. [3] Joan. 6. 15. [4] Joan. 18. 33.

Digitized by Google

te mundo, porque si lo fuera, tuviera vasallos y criados que me defendieran para que no fuera entregado á los judíos; y así mi reino no es como los del mundo. Replicó Pilatos: Luego rey eres tú? Respondió Cristo; Tú lo dices, que soy rey, y así lo confieso, porque nací, y vine al mundo á dar testimonio de la verdad; y los que andan en verdad, oyen mi voz.

Cerca de este exámen, que Pilatos hizo de Cristo nuestro Señor, se han de ponderar las notables sentencias que dijo en sus respuestas.

1. La primera, que su reino no era reino terreno y mundano, como los de acá, y por esto no tenia aparato de soldados, ni de gente de guarda, ni los demás ministros, que suelen tener los reyes terrenos en sus reinos. Y no solamente quiso decir que no lo era, sino que no lo pretendia, ni jamás lo habia pretendido, como sus acusadores decian.

2. La segunda, fué, que verdaderamente era rey, pero rey celestial, y tenia reino, pero reino de otro mundo, que es el reino del cielo, y el reino espiritual de su Iglesia: y por consiguiente, tenia vasallos, y criados, pero celestiales y espirituales, que son los ángeles, los justos, y los fieles, que le creen; porque cual es el rey, son sus vasallos: y cual es el reino, tales son sus ciudadanos[1]. O Rey soberano, instituido por el Padre eterno, sobre el santo monte de Sion, muy debido era á vuestra grandeza ser tambien rey de este mundo, y tener por vasallos y esclavos á todos los reyes de la tierra. Pero vuestra infinita caridad renunció esta pompa mundana para darme ejemplo de humildad, y levantar mi corazon á la pretension del reino celestial, con desprecio del terreno. Hacedme, Rey mio, vasallo digno de vuestro reino, con ánimo para hollar todo lo que estima el mundo.

3. La tercera sentencia, fué, que habia nacido en el mundo para dar testimonio de la verdad; esto es, para

[1] Psal. 2. 6.

Digitized by Google

enseñarla y predicarla, confirmándola con milagros y obras maravillosas; en lo cual tuvo tres excelencias. La primera, que nunca testificó cosa que fuese falsedad ó mentira, sino verdad, y no cualquiera, sino verdad provechosa, para alcanzar el reino, cuyo Rey era. La segunda, que testificó esta verdad con gran valor, aunque le hubiese de costar la vida el decirla. La tercera, que cuando era de cosa gloriosa para él, la decia, no por su honra, sino por cumplir con su oficio, dando testimonio de la verdad. A imitacion de este Señor he de persuadirme, que yo tambien nací, y vine al mundo para dar testimonio de la verdad con mis obras y palabras, procurando que siempre resplandezca en ellas la divina verdad, sin mezcla de mentira ni fingimiento, aunque me cueste la vida el testificarla.

4. La cuarta sentencia, fué, que todos los que son del bando de la verdad, y la aman, oyen su voz, dando crédito á lo que dice, y obedeciendo á lo que manda: y por aquí echaré yo de ver si soy del bando de Cristo[1], que es la misma verdad, ó del bando del demonio, que es padre de la mentira. En todo esto se ha de ponderar la autoridad de Cristo nuestro Señor, y la divinidad que en él resplandecia en medio de tantos desprecios, sin dejar por ellos de hacer su oficio de maestro. Y si este miserable juez le quisiera oir, aparejado estaba para enseñarle con mayor luz esta verdad; pero el desventurado, aunque comenzó á tener deseo de ello, preguntando á Cristo: *Quid est veritas?* Qué es la verdad? No esperó respuesta, porque no mereció oirla. O Maestro del cielo, respondedme dentro de mi corazon, qué es la verdad? y dádmelo á sentir con gran firmeza. Vos, Dios mio, sois la misma verdad, y cuanto de Vos procede es la verdad. Verdad es vuestra vida, vuestra doctrina, vuestros preceptos, vuestros consejos, vuestros milagros, y vuestros sacramentos[2]. O si mi vida se confor-

[1] Joan. 8. 44. [2] D. Joan. epist. 3, 4.

Digitized by Google

mase con esta verdad, y anduviese siempre en verdad hasta veros claramente en vuestra gloria. Amen.

PUNTO CUARTO.—*Oidas estas respuestas de Cristo tan concertadas, coligió de ellas Pilatos su inocencia, y sacándole consigo fuera del pretorio á vista del pueblo, dijo: Yo no hallo en este hombre causa para condenarle. Oyendo esto los príncipes de los sacerdotes y ancianos, temiendo no le soltase Pilatos, acusábanle de nuevo en muchas cosas, pero Cristo no respondia. Díjole Pilatos: No ves en cuántas cosas te acusan y cuántos testimonios dicen contra tí, cómo no respondes algo? Con todo eso Jesus no respondia palabra, sino callaba, de modo que el presidente se admiró vehementemente.*

En este punto se ha de ponderar el maravilloso silencio de Cristo nuestro Señor, el cual con razon causó vehemente admiracion en Pilatos como cosa nueva y no vista en el mundo, porque concurrieron muchas cosas que al juicio humano le provocaban á hablar y responder por sí. Las acusaciones eran muchas y falsas, y en materias gravísimas, y de gravísima deshonra, opuestas por personas calificadas, y á fin de que por ellas fuese condenado á muerte cruel y muy infame; y el mismo juez le provocaba á que respondiese por sí, con deseo de darle por libre, porque conocia su inocencia. Cualquier cosa de estas bastaba para provocar á cualquier hombre á su defensa; pero Cristo nuestro Señor, rompiendo por todas, quiso callar y no responder palabra, descubriendo en esto su grave mansedumbre y paciencia, no solo en no vengarse de sus calumniadores; pero ni quererlos convencer de su calumnia, pudiendo hacerlo con facilidad. Además, descubrió gran fortaleza, mostrando por la obra, cuán poco temia la deshonra, los tormentos y la muerte; pues ni aun hablar queria para defenderse de ella, y esto admiró á Pilatos, y me ha de admirar á mí. O buen Jesus, con cuánta razon os pusieron por nombre el Admirable,

Digitized by Google

pues no solo sois admirable en las grandezas y milagros[1], sino en las bajezas y trabajos. Admirable es vuestra mansedumbre, admirable vuestro sufrimiento, y admirable vuestro silencio. Admirable fué por cierto vuestro callar delante de Caifás; pero mas admirable fué delante Pilatos, porque las acusaciones eran mas graves, el peligro mayor, y el juez mas propicio para oiros. Menester era tal silencio para castigar mi parlería, y para darme eficaz ejemplo de callar, sufriendo con paciencia las injurias. Poned, Señor[2], guarda á mi boca, y puerta muy justa á mis labios; no permitais que mi corazon se incline á palabras de malicia para dar vanas escusas de mis pecados: y yo tambien con vuestra gracia, propongo de guardar mi boca, cuando el pecador se levantare contra mí[3], enmudeciendo, humillándome, y callando lo bueno que pudiera decir para mi defensa, como Vos callásteis lo que pudiera servir para la vuestra.

De aquí sacaré tambien, que un silencio tan raro como este, no se puede hallar sino en gente que tiene muy mortificado el amor de la honra y de la vida, y ha llegado á no tener con demasía la deshonra y la muerte, arrojando todas sus cosas en la divina Providencia, como arriba se dijo. Esto pretendió el Espíritu santo, cuando dice[4]: Funde el oro y plata que tuvieres, y haz de ello un peso para tus palabras, y frenos justos para tu boca, porque no deslices con tu lengua; que es decir: Recoge todas las virtudes morales con la caridad, figurados por el oro, y todas las virtudes intelectuales con la prudencia, figuradas por la plata, porque todas son menester para saber bien hablar y bien callar, por cuanto todos los vicios se aunan para desconcertar la lengua; y así es menester que tambien se aunen las virtudes para concertarla: y por esto quien no ofende á Dios con la lengua[5], señal es que es perfecto varon.

[1] Isai. 9. 6. [2] Psal. 149. 3. [3] Psal. 38. 2. [4] Eccl. 28. 29. [5] Jacob. 3. 2.

Digitized by Google

MEDITACION XXXIII.

DE LA PRESENTACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTE HERODES, Y DE LOS DESPRECIOS QUE ALLÍ PADECIÓ.

PUNTO PRIMERO.—*Perseverando los sacerdotes* [1], *y la multitud en acusar á Cristo, dijeron á Pilatos, que alborotaba al pueblo, enseñando su doctrina por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta Jerusalen, de donde coligió Pilatos, que Cristo era galileo y de la jurisdiccion de Herodes, que estaba entonces en Jerusalen, y remitióle el preso, para que él conociese de la causa.*

1. Aquí se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor, de quien dice san Pedro [2], que pasó desde Galilea por toda Judea, haciendo bien á todos, y sanando los oprimidos del demonio, es ahora calumniado de que alborotaba el pueblo con mala doctrina desde Galilea por toda Judea, para que se vea cuánto quiso ser humillado el que permitió que todas sus peregrinaciones y sermones, que se ordenaban para bien de aquella gente, fuesen calumniadas, diciendo que eran para su destruccion.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el trabajo y la ignominia que Cristo nuestro Señor padeció en esta cuarta estacion, desde casa de Pilatos al palacio del rey Herodes, por medio de las calles y plazas de Jerusalen, con grande estruendo de gente, porque ya era mas entrado el dia, admirándome de la caridad y humildad del Hijo de Dios, que quiso ser traido por tantos tribunales, uno peor que otro, y venir al tribunal de un rey cruelísimo, que tomó para sí la mujer de su propio hermano, y degolló al gran Bautista, porque se lo reprendia. Lo cual trazó su providencia, para que padeciendo mas por nosotros, nos obligase mas á su servicio y nos diese mas eficaces ejemplos de paciencia.

[1] Luc. 23. 5. [2] Actuum 10. 38.

Digitized by Google

PUNTO SEGUNDO.—*Herodes, en viendo á Jesus, holgóse mucho, porque habia gran tiempo que deseaba verle, y esperaba que haria en su presencia algun milagro. Hízole muchas preguntas, y á ninguna respondió. Pero los príncipes de los sacerdotes y escribas estaban allí acusándole pertinazmente.*

Sobre este punto se ha de ponderar en Herodes, el gozo que tuvo con la vista de Cristo, y la buena acogida que le hizo, no por caridad, sino por curiosidad de ver áun hombre de tanta fama, y esperar ver alguna novedad, pero todo redundó despues en mayor afrenta de Cristo nuestro Señor, el cual, sin embargo de esta acogida, no le quiso hablar, ni responder palabra, ni hacer milagro en su presencia.

1. Lo primero, en detestacion de su maldad, tratándole como á descomulgado é indigno de ver sus maravillas; y por esto otra vez le llamó raposa [1], declarando la malicia astuta con que perseguia los principales sarmientos de la viña del Señor.

2. Lo segundo, en detestacion de la vana curiosidad, porque no habla Dios sus divinas palabras, ni hace sus obras maravillosas por solo cebo del apetito curioso: y quien con este vano espíritu se llega á tratar con Dios en la oracion, hallarále mudo y sordo para consigo, ni sentirá sus inspiraciones y hablas interiores, ni su mocion para cosas grandes.

3. Lo tercero, para descubrir las ganas que tenia de morir y padecer; porque quien hizo milagros para poder morir por los hombres, privándose milagrosamente de la gloria del cuerpo, que se le debia por ser bienaventurado en el alma, no habia de hacer milagro para huir el padecer y la muerte; con lo cual confunde nuestra tibieza, que pedimos á Dios milagros, para que nos libre de los trabajos por no padecer con ellos. O buen Jesus, que tantos milagros habeis hecho para remediar

[1] Luc. 23. 9. Cantic. 2. 15

Digitized by Google

las necesidades agenas, porqué no haceis uno siquiera delante de Herodes para remediar la propia? Pues aunque su curiosidad lo desmerezca, vuestra necesidad clama, pero no quereis oir este clamor, por oir el clamor de nuestras necesidades, cuyo remedio está en que murais por ellas.

4. Por esta misma causa, aunque los sacerdotes y escribas acusaban á Cristo con grande ahinco delante de Herodes, calló con otro silencio, no menos admirable que el que tuvo delante de Pilatos, y aun en cierto modo mayor, porque á Pilatos ya habia hablado en el pretorio, descubriéndole la verdad de lo que preguntaba; pero á Herodes ninguna palabra habló, ni en su defensa, ni por otro respeto humano, aunque sabia que por este silencio incurria en su indignacion, enseñándonos con esto la libertad santa que debemos tener delante de reyes y príncipes, para no hablar ni hacer delante de ellos por solo respeto mundano lo que desean, aunque de no hacerlo se nos siga daño.

Punto tercero.—*Viendo Herodes que Cristo no le hablaba, despreciólo con su ejército: y burlando de él, vestido con una vestidura blanca, le remitió á Pilatos.*

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, la sentencia de este inícuo rey contra Cristo; porque le tuvo por hombre sin juicio, y muy rústico y mal criado, juzgando que de simplicidad ó bobería callaba, y habia deseado ser rey; y así no quiso condenarle á muerte, sino afrentarle, y que por escarnio y mofa le vistiesen una ropa blanca, como la solian traer los Césares, aunque seria rota y vieja, para mayor escarnio. Y de este modo le remitió á Pilatos; como quien dice: Ahí te vuelvo ese loco y simple, que por simplicidad queria ser rey. Y todo el ejército, queriendo vengar la injuria de su señor y lisonjearle, escarneció á Cristo nuestro Señor con mil géneros de injurias, llamándole simple, descomedido, tonto y loco, reyecillo, y otros nombres

Digitized by Google

infames: y es de creer, que tambien jugarian de manos contra él, instigándoles á ello Satanás. Todo lo cual sufria este Señor con admirable paciencia, enseñándonos á despreciar las vanas honras del mundo, y á no hacer caso de los errados juicios de los hombres, que así trataron al mismo Dios. O Verbo divino, sabiduría del eterno Padre, gracias te doy por haberte humillado tanto, que quieras ser tenido de los hombres por siemple y loco! Menester era tan grande humillacion para curar mi grande soberbia y presuncion. O quién se viese vestido de esta tu librea, y fuese tenido por loco, sin dar causa culpable para ello; porque no hay mayor cordura, que gustar de ser despreciado en el mundo por tí, ni mayor locura, que buscar ser honrado sin tí.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la grande afrenta que Cristo nuestro Señor padeció por aquellas calles de Jerusalen, continuando todos los que iban con él, los escarnios que comenzó el ejército de Herodes, llamándole con grandes voces loco y rey fingido. O Rey del cielo, cuán diferentes voces son estas de las que daban habrá cinco dias, cuando os llamaban Rey de Israel, y bendito del Señor; pero ahora es tiempo de padecer, para que vengais presto á reinar. Cumplirse ha lo que está escrito[1]: La simplicidad del justo es escarnecida, lámpara es despreciada por la soberbia de los ricos; pero su resplandor y claridad, se descubrirá en el tiempo que está por venir. O Lámpara preciosísima, que lucis y ardeis con doctrina y caridad, y echais rayos de mansedumbre y de paciencia, sufriendo tantos desprecios por nuestro amor, tiempo vendrá en que se descubra vuestra preciosidad, para confusion de los ricos y soberbios que los desprecian. Confundidlos, Señor, en esta vida con los ejemplos de vuestra humillacion, para que volviendo sobre sí, amen lo que despre-

[1] Job. 12. 4.

Digitized by Google

ciaban, y desprecien lo que antes amaban y estimaban.

3. Tambien se ha de ponderar, cuán corrido pareceria Cristo nuestro Señor delante de Pilatos con aquel nuevo traje y librea: y como allí de nuevo fué tambien escarnecido de sus oficiales y criados, aumentándose siempre las injurias del humildísimo Jesus, para que no me canse yo de las que me vinieren por mis culpas, y avergonzándome de las ánsias que tengo de ser tenido por sabio y cuerdo, y de lo mucho que siento si alguno me moteja de loco ó menos avisado. Para lo cual me acordaré de aquel dicho del Apóstol[1]: Si alguno se tiene por sabio en este mundo, hágase como necio, para ser verdaderamente sabio; porque la sabiduría del mundo, es locura delante de Dios, así como la sabiduría de Dios parece locura al mundo.

4. Tambien ponderaré, como aquella vestidura blanca, que se dió á Cristo por escarnio, era figura de la blancura y pureza de su alma, y de la inocencia de su vida, la cual suele andar junta con desprecios y humillaciones; porque es gran cosa, como se dice en el libro de los Cantares[2], ser puro y blanco en lo interior, y denegrido y despreciado en lo exterior; y así pediré á nuestro Señor, que me vista la vestidura blanca de su inocencia en el alma, y la vestidura de sus desprecios en el cuerpo, para que en todo le sea semejante[3]. O Cordero sin mancilla, en cuya sangre, aunque bermeja, se lavan los santos y blanquean sus vestiduras, hacedme blanco como la nieve, imitando vuestra pureza, y teñidme como sangre, imitando vuestra pasion!

5. Ultimamente, se ha de ponderar, como Herodes y Pilatos, que antes eran enemigos, desde entonces quedaron amigos, para significar, que los príncipes de la tierra se aunan y conjuran contra Cristo para perseguirle[4]; pero Cristo nuestro Señor con su muerte los confederó en verdadera amistad, y juntó á judíos y

[1] 1. Cor. 3. 18. [2] Cant. 1. 4. [3] Apoc. 7. 14. [4] Psal. 2. 2.

Digitized by Google

gentiles en union de caridad, figurada por esta amistad, que trabaron entre sí Herodes y Pilatos[1]. Por donde tambien se vé cuán poderoso es cualquier modo de humildad, para concordar los corazones desavenidos; pues estando estos dos hombres enemistados, por punto de jurisdiccion, cuando Pilatos se humilló á remitirle el preso, quedaron amigos. Y todo fué á costa de la humillacion de Cristo, el cual con sus humillaciones compró la union de caridad que tienen los escogidos, fundada en profunda humildad.

6. Finalmente, puedo ponderar el desastroso fin que tuvieron estos dos jueces, que así despreciaron á Cristo nuestro Señor, porque aunque con su paciencia sufre y disimula sus injurias; pero como es justo juez, á su tiempo las castiga como merecen.

MEDITACION XXXIV.

DE COMO LOS JUDÍOS ESCOGIERON Á BARRABÁS Y CONDENARON Á CRISTO.

Punto primero.—1. Deseando Pilatos librar á Cristo de la muerte[2], viendo que Herodes tampoco le habia condenado, tomó un medio á su parecer conveniente, y puédese creer que fué por inspiracion de Dios.

Habia costumbre, que el presidente en aquella pascua nombrase dos presos ó mas al pueblo, dándole facultad de escoger uno de los nombrados y este quedase libre. Pilatos aprovechándose de esta ocasion, nombró con Cristo nuestro Señor un solo preso, y ese el mas insigne malhechor que habia en la cárcel, llamado Barrabás, hombre revoltoso, ladron, homicida, y por esto aborrecido de todos pareciéndole que el pueblo, por no dar libertad á tan mal hombre, escogeria á Cristo; y así les dijo: *A quién quereis que os suelte, conforme á vuestra costumbre, á Cristo, ó á Barrabás?* En lo cual

[1] Ephes. 2. 14. [2] Matt. 27. 17. Marc. 15. 6. Luc. 23. 17. Joan. 18. 39.

Digitized by Google

se ha de ponderar la humillacion de Cristo nuestro Señor; el cual con ser tan grande, tan santo, tan sabio, y tan bienhechor de todos, entra en votos, y en competencia con un hombre infame; ladron, revoltoso, homicida, y público malhechor, siendo la competencia sobre cosa tan importante, como era la libertad, honra y vida. Acá se tiene por afrenta entrar en competencia, ó hacer oposicion con un hombre vil, y de partes muy desiguales, y Cristo nuestro Señor compite con el mas vil hombre del pueblo, para darnos ejemplo de humildad en todas las cosas. O buen Jesus, con cuánta razon podiais quejaros, y decir lo que dijiste por vuestro profeta [1]: A quién me asemejásteis é igualásteis? A quién me comparásteis é hicísteis semejante? Pero segun veo, Señor, mayor injuria os espera, porque nuestra soberbia con mayor humillacion ha de ser curada.

2. *Estando el pueblo dudando á quien escogeria, los sacerdotes y ancianos comenzaron á sobornarle y persuadirle que pidiese á Barrabás.* En lo cual se ha de considerar la solicitud de estos malditos sacerdotes en sobornar al pueblo, porque es de creer, que andarian repartidos por varias partes, hablando ya á unos ya á otros, diciéndoles mil males de Cristo, que era mas revoltoso y homicida que Barrabás, pues revolvia, no solo una ciudad, sino toda la provincia y reino, con peligro de que muriesen, no uno ó dos hombres, sino toda la gente, si él no moria. Y que merecia la muerte mas que Barrabás, porque era muy mayor pecador, pues era blasfemo, encantador, enemigo de la ley de Moisés etc. Todo esto entendia bien Cristo nuestro Señor, y le causaba grande sentimiento, viendo como aquellos falsos predicadores engañaban al simple pueblo, y le quitaban el verdadero sentimiento que tenia.

3. Tambien ponderaré con gran dolor de corazon, como Barrabás tiene tantos patrones y solicitadores, y

[1] Isai. 40. 25.

Digitized by Google

agentes de su negocio; los cuales le abonan, favorecen y sobornan al pueblo con ser su causa tan injusta; y no le faltaron amigos y deudos, que juntamente con los sacerdotes hablaban por él. Pero Cristo nuestro Señor está tan solo y desamparado, que no tiene solicitador, ni agente, ni persona que se atreva á informar al pueblo, y hablar en su favor, con ser su causa tan justa y estar el juez inclinado á favorecerle: no tiene amigo, ni discípulo, ni pariente, ni persona de las muchas á quien hizo grandes bienes, que ose hablar en su defensa. O Amparador y abogado de los pobres, cómo no hay quién os ampare y abogue por vuestra causa? Quejaos, Señor, á vuestro eterno Padre, y decidle[1]: *Tibi derelictus est pauper*. O Padre mio, tú solo eres amparador de este pobre desamparado, y ayudador de este triste huérfano! Envía de tu alto cielo alguno que abogue por mí, y sea mi agente en causa tan grave. Mas vuestra infinita caridad, Salvador mio, quiere pasar por este desamparo, para librarme del que yo por mis pecados habia merecido.

Punto segundo.—*Apretando Pilatos al pueblo para que escogiese uno de los dos nombrados, díjoles: A quién quereis que os suelte, á Barrabás ó á Jesus, que se llama Cristo? y luego todos con gran clamor, dijeron: No queremos, sino á Barrabás.*

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, la extremada humildad y bajeza de Cristo nuestro Señor; pues en competencia de un hombre tan vil y abominable, perdió la cátedra, y fué reprobado y tenido por mas indigno de la libertad y de la vida que Barrabás. O dulcísimo Jesus, ahora veo con cuánta verdad dijísteis: Gusano soy, y no hombre, oprobio de los hombres, y desecho del pueblo[2], porque todos os desechan, posponiéndoos al mas vil y desechado del pueblo! O soberbia mia que presumes subir sobre todos los hombres, por-

[1] Psal. 9. 14. [2] Psal. 21. 7.

Digitized by Google

qué no te humillas con este ejemplo, y te abajas y pospones á todo? Confundid, Señor, y hundid esta soberbia, pues no es razon que desde hoy mas se atreva levantar cabeza en presencia de tanta humildad.

2. Lo segundo, ponderaré cuán errados son los juicios de los hombres, pues en causa tan clara dan sus votos contra la justicia y verdad, en agravio manifiesto de Cristo. Y cuán poderosa es la pasion de la envidia y ódio, para cegar el entendimiento, y despeñarle en intolerables errores, y cuán mudables son los hombres, y cuán fáciles en dejarse engañar; pues los que pocos dias ha, con grandes voces claman que Cristo era Salvador y Rey de Israel, ahora con gran alarido dicen que es peor que Barrabás. De todo lo cual sacaré aviso para no hacer caso de los juicios de los hombres, ni guiarme por ellos, ahora me alaben, ahora me vituperen. Y consolarme con este ejemplo de Cristo mi Señor, cuando me viere desechado en las pretensiones que tuviere, aunque sean justas, y acordándome que la pretension de la vida eterna, solamente se negocia por voto del supremo Juez, que está libre de toda pasion y engaño. Gracias te doy, Dios eterno, porque no has puesto la libertad y vida de mi alma en votos de los hombres, ni quieres que mi salvacion esté pendiente de pareceres tan errados y apasionados como los suyos. Házme Señor, superior á ellos, para que despreciando sus vanos juicios, solamente tenga cuenta con el tuyo; pues de verdad no soy bueno, ni malo, por lo que dijeren los hombres de mí, sino por lo que soy delante de tí.

3. Lo tercero, ponderaré como todas las veces que ofendo á Dios pasa dentro de mi corazon un juicio perverso, semejante á este de los judíos; porque la tentacion que me instiga á pecar, no es otra cosa, sino una pregunta que me hace diciéndome: A cuál quieres mas, á Cristo, ó á Barrabás? A Dios, ó á la criatura? Al cielo,

Digitized by Google

ó la tierra! Á la honra de Dios, ó á la tuya? Y cuando ando vacilando, y dudando sobre lo que escogeré, llega el demonio y la carne á persuadirme con sugestiones y razones, que deje á Cristo. Y finalmente, cuando consiento, es como abalanzarme, y escoger á Barrabás, á la criatura, y al deleite sensual, ó á la honra vana, con grande injuria de Dios, y con gran desprecio de Cristo, y de su grandeza, y con grave desagradecimiento de las mercedes que me ha hecho; por lo cual me tengo de avergonzar, teniéndome por peor que los judíos; pues teniendo fe verdadera de quién es Dios, y quién es Cristo, le desprecio, y dejo por otra cosa mas vil que Barrabás. O Hijo unigénito del Padre celestial, que fuiste comparado á Barrabás, que quiere decir, hijo del padre no celestial, sino terreno, y en su competencia fuiste reprobado por los que eran hijos del demonio, y cumplian los deseos de su padre [1], no permitas que yo haga tal traicion como esta dentro de mi alma, sino que siempre viva como hermano tuyo, hijo de tu eterno Padre, reprobando lo que tú repruebas, y aprobando lo que apruebas, estimándote á tí sobre todo lo criado, pues eres infinitamente mas amable que todo ello.

PUNTO TERCERO.—*Atónito Pilatos de que el pueblo hubiese escogido á Barrabás, díjoles: Pues qué quereis que haga de Jesus, que se llama Cristo? Respondieron todos á voces: Crucifícale, crucifícale. Replicó Pilatos tercera vez, diciendo: Qué mal ha hecho este hombre? Yo no hallo causa en él, por la cual merezca muerte: yo le castigaré, y castigado le soltaré. Pero el pueblo, levantando mas el grito, clamaba: Crucifícale, crucifícale.*

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, la pusilanimidad de este juez, que conociendo la inocencia de Cristo nuestro Señor, no tuvo ánimo para librarle, antes pregunta al pueblo furioso, qué quiere que haga de él, haciéndoles jueces del que aborrecian, y le habian trai-

[1] Joan. 8. 44.

Digitized by Google

do allí por envidia. Todo lo cual resultó en afrenta del Salvador.

2. Lo segundo, tambien se ha de ponderar lo mucho que Cristo nuestro Señor sentiria aquellas voces tan rabiosas y tan repetidas, crucifícale, crucifícale, viendo que no solo pedian que fuese muerto, sino muerto con tal cruel muerte, como era la de cruz. O Salvador del mundo, en cuán grande aprieto te han puesto mis pecados! Ellos son los que dan voces, y dicen [1]: Crucifícale, crucifícale; porque siendo tú crucificado, quedarán ellos contigo crucificados, y muertos en la cruz. Mátalos, Señor, de modo que nunca mas vivian en mi alma, porque no salga de ella otro clamor semejante [2], crucificándote otra vez dentro de mi corazon.

MEDITACION XXXV.

DE LOS AZOTES DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á LA COLUNA.

PUNTO PRIMERO.—*Viendo Pilatos la pertinacia del pueblo en pedir que Cristo fuese crucificado, dió contra él la primera sentencia, que fuese azotado; entregándole á los soldados, para que luego la ejecutasen* [3].

1. Sobre este punto se han de ponderar los motivos que tuvo Pilatos para dar esta sentencia, que fueron dos. El uno, para ver si con esta pena de azotes ablandaria al pueblo, de modo, que quedase satisfecho, y así pudiese librar á Cristo de la muerte: de donde se puede creer, que mandaria á los soldados le azotasen cruelmente, y le pusiesen tal, que moviese á compasion á los que le mirasen.

2. El segundo, porque si hubiese de ser crucificado, hubiesen precedido los azotes, segun la ley de los romanos, que lo ordenaba así [4], para que el crucificado no ofendiese con su vista á los que le miraban desnudo,

[1] Rom. 6. 6. [2] Hebr. 6. 6. [3] Matth. 27. 28. Marc. 15. 15. Joan. 19. 1.
[4] Ex D. Hier. in Matth. tom. 9.

Digitized by Google

antes les moviese á compasion, viéndole llagado. De donde algunos contemplan [1], que Cristo nuestro Señor fué azotado dos veces. La primera, por el primer motivo: y la segunda, por el segundo cuando fué condenado á muerte de cruz.

Pero como quiera que esto haya sido, la sentencia fué injustísima, cruelísima, y afrentosísima, porque conocia bien el juez que Cristo era inocente, y sin embargo de esto le condenó á castigo de azotes, que era castigo infame, propio de ladrones, y de esclavos, y castigo cruel, derramando la sangre inocente con terribles dolores, y confirmando con la obra, lo que el pueblo habia hecho en escoger á Barrabás, y condenar á Cristo, pues lo trataba como merecia ser tratado Barrabás, por sus hurtos y latrocinios.

3. Con ser tal la sentencia, Cristo nuestro Señor en su corazon la aceptó, sin apelar, ni suplicar, ni decir palabra de queja, ni dar muestra de sentimiento contra ella; antes de muy buena gana ofreció su cuerpo á los azotes en satisfaccion de nuestros pecados, para que con las llagas de todo su cuerpo, como dijo Isaías [2], sanase las llagas de toda mi alma, y me provocase á servirle, y á amarle; pues descubriéndome sus entrañas, rasgadas con azotes, me obligaba á que yo le diese las mias con todos mis afectos. Es de creer, que entonces Cristo nuestro Señor levantaria los ojos al cielo, y diria á su eterno Padre aquellas palabras de David [3]: *Quoniam ego in flagella paratus sum*. Padre mio, aparejado estoy para los azotes, porque tú así lo has ordenado: mi cuerpo habia de ser inmortal é impasible, de modo que no pudiese tocarle mal de pena, ni el azote pudiese acercarse al tabernáculo en que mora mi alma; pero tu providencia ordenó, que yo tuviese un cuerpo apto para padecer, y ser azotado [4], y desde entonces estoy aparejado

[1] Gerson. in Monot. cap. 148, rub. 6. [2] Isai. 53. 5. [3] Psal. 37. 18. [4] Hebr. 10. 5. Psal. 39. 7.

Digitized by Google

para ello, con deseo de pagarlo que no robé, por librar de la pena á los que robaron tu honra. Gracias te doy, ó dulcísimo Redentor, por haber aceptado sentencia tan cruel, tan infame, y tan injusta! Vésme aquí, Señor aparejado por tu amor, para los azotes, con ánimo de aceptar la sentencia que dieres contra mí, porque ni será injusta, pues mis pecados la merecen, ni será infame, ni cruel, pues es sentencia de padre, que azota al hijo que ama, para que se enmiende.

Punto segundo.—*Oida esta sentencia, tomaron los soldados á Cristo con grande orgullo, y entráronle dentro de una sala: y en entrando, le despojaron de sus vestiduras, hasta la túnica inconsutil.*

1. En lo cual se ha de ponderar, la vergüenza grande que padeceria aquel hermosísimo mancebo, y excelentísimo Señor, viéndose así desnudo delante de tanta muchedumbre de soldados, y los escarnios que harian de él, viéndole tan vergonzoso, y ésta afrenta quiso sufrir con gran paciencia, en castigo de la desvergüenza con que yo me desnudé la vestidura de su gracia, y en precio para comprar esta sagrada vestidura con que se cubra mi miserable desnudez [1]. O amantísimo Señor, que me persuades compre de ti oro puro y encendido de caridad, y vestiduras blancas de virtud, con las cuales me libre de la eterna confusion que merecia por estar desnudo de ellas, yo te ofrezco por precio la desnudez y vergüenza que padeces con un corazon determinado á desnudarme de todo lo terreno! Por ella te suplico me vistas con tu divina gracia, para que no caiga en la confusion eterna.

2. Tambien se puede considerar, que como algunos dicen [2], los soldados ataron fuertemente á Cristo nuestro Señor á una coluna, los brazos levantados en alto para poderle herir mas á su placer, lo cual no seria pe-

[1] Apoc. 3. 18. [2] Hieron. in Epitaph. Paulæ ad Eustochium tom. 1. et Ps. in Lucæ 23.

Digitized by Google

queño tormento, porque le ataron por los piés, y por las muñecas con grande crueldad; pero cuando no le atasen con sogas, estaba él mas atado con las cuerdas del amor, y aparejado para dejarse desollar con azotes por nuestro remedio. O Cordero sin mancilla[1], que con admirable mansedumbre te dejas atar de estos crueles esquilmadores, no solo para quitarte la lana de tus sagradas vestiduras, sino para desollar tu delicado cuerpo con tijeras de crueles azotes, sufriendo este dolor sin balar, ni abrir tu boca, suplícote me ates contigo con cuerdas de caridad, tan fuertes, que no basten á desatarme los azotes y trabajos temporales. Amen.

Punto tercero. — 1. Estando ya Cristo nuestro Señor desnudo en la coluna[2], comenzaron los sayones á azotarle con extraordinaria crueldad. Los instrumentos del castigo, como algunos dicen, fueron tres diferentes de que usaron diversos verdugos, hiriéndole unos despues de otros; es á saber, unas varas verdes, llenas de espinas, y unos ramales tejidos de nervios de bueyes, con sus abrojos de hierro al remate de ellos, y unas cadenillas de hierro, que herian y penetraban hasta los huesos. Con estos azotes comenzaron á descargar terribles golpes sobre las espaldas del Salvador, las cuales con la furia de los golpes, primero se encardenalaron, luego se desollaban del cuero delgado que tenian, despues penetrando los azotes la misma carne, vertian arroyos de sangre que caian en el suelo. Y con esta crueldad iban golpeando é hiriendo todo el cuerpo, sin perdonar brazos ni hombros, y todo el pecho hasta descubrir los huesos. De suerte, que como todo el cuerpo místico de su pueblo, como dice Isaías[3], estaba llagado de piés á cabeza y del menor hasta el mayor, y con llagas de pecados, así el cuerpo de Cristo nuestro Señor desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza, no tuvo parte sana, sino todo llagado como leproso, de la manera

[1] Isai. 53. 7. [2] Vide Salmeron. tom. 10. tract. 29. [3] Isai. 1. 5.

Digitized by Google

que lehabía visto en el espíritu el mismo Isaías cuando dijo[1]: *No tenia figura ni hermosura. Vímosle, y no habia en él cosa que se pudiese ver y desear. Estaba despreciado, y el mas abatido de los hombres, varon de dolores y experimentado en trabajos. Traia su rostro escondido, y no hicimos caso de él. Verdaderamente tomó sobre sí nuestras enfermedades, y se cargó de nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por leproso, herido de Dios y humillado; pero fué llagado por nuestras maldades, y molido por nuestros delitos: el castigo causador de nuestra paz, descargó sobre él, y por sus llagas hemos sanado todos.* O quién tuviera luz del cielo para contemplar, Redentor mio, la figura tan desfigurada, que tenias en esa coluna! O quién tuviera caridad tan encendida, que bastara para transfigurarme en esta figura, por la fuerza de la compasion! O el mas hermoso de los hijos de los hombres, quién te ha quitado la figura tan hermosa que tenias? O resplandor de la gloria del Padre, quién te ha oscurecido el resplandor de tu divino rostro? O Varon, sobre todos los varones, deseado y esperado de todas las gentes, quién te ha convertido en varon de dolores, y hecho abominacion de todas ellas? O salud de leprosos, quién te ha puesto como leproso? O Padre eterno, porqué consientes que sea tu Hijo tratado como ladrón, y tenido por hombre herido y castigado del mismo Dios?[2] Si mis pecados son la causa; mas justo es que yo sea castigado por ellos. Yo soy el que pequé, este Cordero ningun mal ha hecho; convierte tu mano contra mí, descarguen los azotes sobre mis espaldas, para que pague la pena quien cometió la culpa. O inmensa caridad del Padre, que así quiere castigar al Hijo, por reconciliar consigo al esclavo! O infinita caridad del Hijo, que así quiere ser castigado por reconciliar al esclavo con su Padre! Gracias te doy, Padre eterno, por esta tu inmensa caridad: y gracias te doy, Hijo unigenito encarnado, por este tu infinito amor.

[1] Isaí. 53. 2. [2] 2. Reg. 24. 17.

Digitized by Google

2. Para ponderar mas la crueldad de este castigo, puedo poner los ojos en cuatro cosas que concurrieron en él. La primera, de parte del cuerpo de Cristo nuestro Señor, que era tierno y delicado y muy sensible; y por otra parte estaba muy quebrantado con el sudor de sangre que precedió, y con el trabajo de la noche y de aquel dia: y como las heridas entraban muy adentro penetrando las entrañas, causaban excesivo dolor, y por esto en el salmo, donde dijo [1]: Sobre mis espaldas fabricaron los pecadores, dice otra letra, araron; porque como el arado penetra la tierra, y la sulca toda, así los azotes araron su sacratísima carne, y la sulcaron, penetrando en lo interior de ella. O tierra virginal, pura y blanda, poca necesidad tenias de ser arada, si la compasion que tenias de la dureza de mi corazon no te moviera á ello! Penétrale, Dios mio, con el arado de la compasion, para que sienta en mi carne los dolores que penetraron la tuya. La segunda causa fué, de parte de los sayones, que eran crueles de su condicion, y el presidente les habia mandado que con crueldad le azotasen por las causas dichas. Y el demonio les atizaba á ello para mover á Cristo nuestro Señor á impaciencia; y los príncipes de los sacerdotes y los judíos les pondrian fuego: y como se remudaban á menudo, los que de nuevo comenzaban, herianle con nueva crueldad, especialmente que viendo á Cristo tan sufrido, y que no se quejaba, quizá á porfía le herian por sacarle algun grito ó quejido. La tercera fué, de parte de la muchedumbre de los azotes y de los que le herian. Muchos dicen [2] que fueron mas de cinco mil, y de la crueldad de sus enemigos se puede presumir, porque no se guardaba con Cristo la ley de dar cuarenta golpes menos uno, como dijo de sí san Pablo [3], sino muchos números de cuarenta, haciendo la penitencia que nuestros pe-

[1] Psal. 128. 3. [2] Fulsso 5466. insinuat S. Gertrudis, lib. 4. divin. insinuat. cap. 35. Coster. Med. 14. de Passione. [3] 2. Cor. 11. 24.

Digitized by Google

cados merecian. Y esta es la cuarta causa por parte de nuestros pecados, que eran innumerables y gravísimos: y así los azotes con que se pagaban, habian de ser como innumerables y cruelísimos.

3. Con estas consideraciones tengo de ponderar la invencible paciencia de Cristo nuestro Señor, el cual estaba como mudo sin dar muestras exteriores de queja, ó de turbacion ó enfado, sufriendo con una vunque los golpes, ofreciéndolos al Padre eterno en satisfaccion de nuestros pecados con un amor tan grande, que por muchos que fueron los azotes, tenia deseo y voluntad de recibir muchos mas y mas crueles, si fuera necesario para nuestro remedio; y así nunca dijo basta, hasta que la rabia de sus enemigos quedó harta, y la justicia de Dios satisfecha. De donde sacaré grande aborrecimiento de mis pecados, que fueron la causa de este castigo, y un gran deseo de castigarlos yo mismo con penitencias y disciplinas. Y finalmente, poniéndome á los piés de este Señor junto á la coluna, mirando su soledad, y como no hay hombre que de él se duela y compadezca, y como por todas partes se vá desangrando y enflaqueciendo: unas veces con el espíritu besaré la tierra bañada con la sangre de mi Señor y Criador; otras veces tomaré aquellos azotes teñidos con su preciosa sangre; y ponerlos he sobre mi corazon, suplicándole que sane las llagas de mis aficiones desordenadas, y me llague con su divino amor. Otras veces abrazaré aquella santa coluna, y la saludaré con reverencia, diciendo [1]: O dichosa coluna, en la cual fué atado y azotado el que es coluna del mundo y fortaleza de todo lo criado! O coluna soberana, labrada y esmaltada con la sangre del Hijo de Dios, derramada para hacer á los hombres fuertes colunas en el templo de Dios vivo! O quién estuviera atado contigo para ser bañado con esta sangre, y quedar hecho coluna en el servicio del

[1] Apoc. 3. 12.

Digitized by Google

que tanto padeció por mi remedio! O colunas del cielo, qué haceis? cómo no temblais de espanto, viendo azotado á vuestro Dios en esa coluna? O Coluna firmísima, en quien estriba todo el mundo, compadécete de ti mismo, vístete de tu fortaleza, ó brazo del Señor; porqué te has desangrado y enflaquecido, y estás á punto de desfallecer! Y pues todo esto padeces por mis culpas, fortaléceme con tu gracia para que yo las castigue, y me enmiende de ellas. Amen.

4. Ultimamente, ponderaré como acabada esta justicia tan injusta y desapiadada, los soldados desataron á Cristo nuestro Señor; el cual como quedó molido con los golpes, y enflaquecido por la mucha sangre que habia vertido por las llagas, es de creer que caeria en tierra: y como se vió desnudo, y las vestiduras estarian algo apartadas, iria por ellas medio arrastrando, bañándose en su propia sangre, que estaba al rededor de la coluna; y como mejor pudo se las vistió, porque los verdugos, parte por crueldad, parte por desden, no le querian ayudar á vestir. Todo esto puedo piamente contemplar, compadeciéndome del desamparo y flaqueza de este Señor. O Rey del cielo, que ayudais á todas las criaturas en sus obras, porque sin Vos no pueden hacer cosa alguna, cómo no teneis quien os ayude en esta necesidad? O vestiduras sagradas, que sanásteis el flujo de sangre de la mujer que tocó en vuestro ruedo, y dabais salud á cuantos enfermos os tocaban, sanad las llagas de mi Salvador, y detened la corriente de su sangre, para que pueda padecer hasta dar fin á nuestra redencion. O quién se hallara presente para servirle, aunque fuera menester dar mi sangre por aliviarle! Recibid, Dios mio, esta buena voluntad que me habeis dado, y confortadla para que os sirva en todo lo que pudiere, con deseo de hacer mucho mas de lo que puedo.

Digitized by Google

MEDITACION XXXVI.

DE LA CORONACION DE ESPINAS, Y DE LOS DEMÁS ESCARNIOS QUE LUEGO SUCEDIERON.

Punto primero. — Los soldados que habian azotado á Cristo nuestro Señor [1], instigados del demonio, inventaron para afligirle nuevos géneros de tormentos, por una parte dolorosísimos, y por otra afrentosísimos: y para que fuese la afrenta mayor, convocaron á toda la cohorte, que eran los soldados de la guarda, para que asistiesen á este espectáculo, y á la burla ó farsa que pretendian hacer de Cristo á costa de su honra y descanso, los cuales fueron todos de buena gana por entretenerse.

1. Sobre lo cual tengo de ponderar, lo primero, la insaciable gana que Cristo nuestro Señor tenia de padecer por nuestro amor, porque de esta nació querer que se inventasen contra él nuevos modos de injurias y tormentos, no contentándose con los ordinarios, para descubrir el amor que nos tenia, y la gravedad de nuestros pecados; porque como los hombres arrastrados del amor propio, inventan nuevos modos de ofender á Dios para su regalo y honra, así Cristo nuestro Señor, llevado de su amor divino, quiso que se inventasen nuevos modos de castigos contra tales pecados, y nuevos modos de derramar sangre para satisfacer por ellos, como el que inventó en el huerto. Gracias te doy, dulcísimo Jesus, por la excelencia de esta caridad con que nos amaste! O cuán bien te cuadra el nombre de justo [2], pues tantos modos inventas para ganar la justicia con que nos has de justificar. Dóite el parabien de estas invenciones de amor, y con el Profeta quiero decirte á tí, que eres justo por excelencia, que está bien, y que comerás el fruto de tus invenciones, ganando innumerables almas por medio de ellas.

[1] Matt. 27. 27. [2] Isai. 3. 10.

Digitized by Google

2. Lo segundo, se ha de ponderar la maldad de estos sayones, instigados de Satanás, en convocar gente para que se junten á burlar de Cristo, y se hallen á sus desprecios, compadeciéndome de la humillacion de este Señor, que llegó á ser risa de los hombres, abominado de los que solicitan á otros para ofender á Cristo, y de hacer escarnio de sus cosas. Pero yo, Salvador mio, deseo hallarme con el espíritu en este tu espectáculo, no como los soldados para escarnecerte, sino para meditar tus obras, y ejercitarme en la consideracion de tus invenciones, para compadecerme de tus trabajos, y sacar esfuerzos para llevar los mios. Con este espíritu tengo de considerar los trabajos que nuestro Señor padeció despues de los azotes de la misma sala, los cuales se pueden reducir á seis, que sucedieron uno en pos de otro.

Punto segundo.—1. La primera injuria de Cristo nuestro Señor, fué desnudarle sus sagradas vestiduras; y créese, que como el fin de esto era, que todo el pueblo despues viese llagado su cuerpo, le desnudarian hasta la misma túnica inconsutil, dejándole desnudo del todo; con lo cual padeció gran dolor y afrenta: dolor, porque las vestiduras ya se habrian pegado á la carne con la sangre fresca que tenia cuando se las vistió; y es de creer se las desnudarian con crueldad, y sin tiento alguno. La afrenta fué grande en verse desnudo delante de todo aquel ejército de soldados, como se ponderó en la meditacion pasada.

2. Trás esta injuria sucedió la segunda, que fué vestirle una vestidura, que llaman clámide, que era una ropa larga de grana ó púrpura, que solia ser vestidura de los reyes; pero á Cristo nuestro Señor se la pusieron por escarnio, para motejarle de rey falso y fingido. De suerte, que lo que tenia el mundo por honra, convirtió en deshonra de Cristo para hacer de él una farsa y representacion de rey. O Esposo de las almas [1],

[1] Cantic. 5. 10.

Digitized by Google

blanco y colorado, escogido entre millares, muy amigo sois de estos colores, no por honra, sino por desprecio, pues en casa de Herodes fuisteis vestido de blanco, y en casa de Pilatos de colorado, mereciéndonos con estos desprecios lo blanco de la inocencia, y lo colorado de la caridad. Ayudadme, Señor, para que me precie de esta vuestra librea, y de esta púrpura ignominiosa, teniendo por afrenta, lo que el mundo tiene por vana honra, y tomando por verdadera honra, lo que él tiene por afrenta.

3. Tambien puedo ponderar, como esta vestidura larga de púrpura significaba nuestros sangrientos pecados, los cuales cargaron sobre Cristo nuestro Señor, y le pesaban y afrentaban mas que la ignominia de la púrpura, y en particular representaba las obras que tienen apariencia de buenas y generosas; pero en los ojos de Dios son malas y abominables, por la intencion mundana y terrena con que se hacen; y así en lugar de honrar á Cristo con ellas, le despreciamos y escarnecemos. O Dios de mi alma, no permitas que te ponga tal vestidura, ni que la escoja para mí! Si púrpura tengo de escoger, sea la púrpura encendida de la caridad[1], con la cual cubra la fealdad y muchedumbre de mis pecados, y sea agradable á tus divinos ojos. Amen.

Punto tercero. — La tercera injuria fué, ponerle una corona no de oro, ni de plata, ni de rosas, ó flores, sino tejida de agudas espinas, la cual cubria toda su cabeza; y como se la pusieron encima con grande furia, las espinas traspasaron su sagrado celebro y sienes, vertiendo abundancia de sangre por las heridas.

1. Sobre este punto tengo de ponderar, lo primero, la ignominia y el dolor de esta coronacion, porque de ambas cosas fué instrumento esta corona. Pusiéronla por escarnio en lugar de las coronas que se ponen á los reyes, y á los que triunfan de sus enemigos, y á los que

[1] 1. Petr. 4. 8.

Digitized by Google

tenian por dioses, para denotar, que en estas tres cosas merecia ser escarnecido, porque era reyecillo y Dios fingido, y su triunfo del domingo pasado habia sido vano. Pero inventaron, que fuese tal la corona, que le atormentase cruelmente; porque como las espinas eran muchas, y muy agudas, rompian la cabeza, y sacaban la sangre, que los azotes habian dejado en aquella mas noble parte del cuerpo, y corriendo hilo á hilo por el rostro y por los ojos, los afeaba y enturbiaba, atormentando el sagrado celebro y la frente con gravísimo dolor. Levántate, pues, ó alma mia, en espíritu, y como una de las hijas de Sion[1], sal á contemplar á este verdadero rey Salomon, con esta cruel corona que le ha puesto su madre ó madrastra la sinagoga, ataviándole con ella para los desposorios que en este dia ha de celebrar en el tálamo de la cruz[2]. O Rey eterno, que coronásteis al hombre con corona de gloria y honra, poniendo debajo de sus piés todas las cosas como rey y señor de ellas, cómo estais coronado por mano de los hombres con corona de ignominia y de tormento! O ingratitud y crueldad inhumana de los hombres contra Dios! O bondad y mansedumbre inefable de Dios para con los hombres! El los corona de gloria, y ellos á él de ignominia: él con la grandeza de sus misericordias, y ellos con la fiereza de sus crueldades. Pues cómo, alma mia, no punzan tu corazon estas espinas? Cómo no sacan agua copiosa de tu cabeza, y fuentes de lágrimas de tus ojos, viendo espinado al Rey del cielo por ganarte la corona de su reino eterno? O verdadero Salomon, que os coronais de espinas para celebrar vuestro desposorio con las almas, coronad la mia con ellas, para que merezca tener parte en vuestras bodas. O sagrada corona de Jesus, aunque eres espantable al mundo, yo te adoro y reverencio como á corona de Dios. O sagradas espinas, quién fuera punzado con vuestras puntas, para que vuestras llagas fueran medicina de las mias!

[1] Cant. 3. 11. Psal. 8. 6. [2] Ps. 8. 6.

Digitized by Google

2. Luego ponderaré la gravedad de mis pecados, especialmente los de soberbia y sensualidad, que fueron causa de esta terrible coronacion, y ellos fueron las espinas que punzaron y atormentaron á este Señor, mucho mas que esotras. Porque yo me coroné de rosas y flores [1], buscando mis regalos, es coronado mi Salvador con corona de espinas. Porque yo busco corona de soberbia, pretendiendo vanas honras, quiere mi Señor tomar para sí corona de humillacion con grandes afrentas. Toma, pues, alma mia, todos tus pecados, que son las espinas que punzan á tu Redentor, y punza tu corazon con espinas de penitencia y aflicciones, por haberlos cometido. Y pues tu cabeza, que es Cristo, está coronada de espinas, avergüenzate de que tú, que eres miembro de su cuerpo, vivas coronada de flores, gastando la vida en deleites y vanidades.

3. Lo tercero, ponderaré el misterio de esta corona de Cristo nuestro Señor, fija en su cabeza; la cual, aunque se puso por desprecio y tormento, significaba, que Cristo era rey eterno, y que su reino era durable, y su corona firme, no como la de los reyes de la tierra, que se quita y se pone fácilmente. Además, que era vencedor, y triunfador perpétuo contra los demonios y el infierno, y contra el mundo y la carne, aunque á costa de su sangre, derramada con aquella corona, con la cual ganaba para los escogidos innumerables coronas de las victorias que habian de alcanzar en esta vida, y despues las coronas de la gloria.

4. Y por consiguiente nos enseña, que con corona de espinas se gana la corona del cielo; y que vale mas en esta vida abrazar la corona de trabajos, que punzan, que la corona de regalos y deleites que recrean; porque si en esta vida [2], como los mundanos, me corono de rosas, buscando las vanidades y deleites, despues seré rodeado y enclavado con las espinas de mis

[1] Sap. 2. 8. Isai. 28. 1. [2] Psal. 31. 4.

Digitized by Google

pecados y remordimientos, sin que sea posible arrancarlas. Gracias te doy, Rey soberano, vencedor glorioso, y triunfador perpétuo, por el modo que escogiste para ganar la corona y triunfo de tu gloria. Desde aquí me ofrezco á seguirte, y escojo para mí ser coronado de espinas en esta vida, con esperanza de que me has de coronar de gloria en la otra.

Punto cuarto.—Puesta la corona de espinas, pusiéronle tambien en su mano derecha en lugar de cetro una caña por escarnio, significando por esto, que su reino era reino hueco y sin sustancia, y que era rey de palillos, y movedizo como caña, y falto de juicio y seso en llamarse rey, y en desprecio de las palmas y ramos de árboles que llevaba la gente que solemnizó su triunfo en Jerusalen pocos dias habia.

1. Sobre este punto, ponderaré la injuria grave de Cristo nuestro Señor, y la estima que hace el mundo de su reino y de su doctrina, y de la perfeccion que predicaba, teniéndolo todo por cosa vana y hueca, y con cuán grande humildad aceptó el Señor esta injuria. No resistió á tomar la caña, no la echó luego de sí; antes la tomó con su benditísima mano, y la apretó muy bien como á insignia de su desprecio, porque amaba los desprecios, enseñándome á mí, que tambien los acepte, y abrace con amor. O caña venerable, ó cetro divino de mi Señor, de cuya mano recibes virtud para dar vida á cualquiera que tocares, mucho mejor que el cetro de oro del rey Asuero[1]. Tócame, Rey mio, con esta tu real vara, imprimiendo en mi corazon estima grande de tus desprecios, porque este tocamiento será para mí señal de clemencia, y prendas de vida eterna.

De aquí tambien sacaré, cuán errados son los juicios de los hombres, los cuales para sí toman cetro de oro macizo; en señal de la excelencia y estabilidad de su reino, siendo de verdad como caña mudable, y que de

[1] Esth. 4. 11.

Digitized by Google

presto se pasa, y tan frágil; que como dijo Isaías [1], no se puede con seguridad estribar en él. Y al contrario, tienen por cosa vana, como dijo el profeta Malaquías [2], servir á Dios, y guardar sus preceptos. De donde aprenderé á estimar en poco juicios tan errados, procurando no seguirlos.

2. Luego añadian otra injuria, hincando la rodilla delante de Cristo nuestro Señor, adorándole por escarnio, y diciéndole [3]: *Dios te salve, Rey de los judíos.* Y aunque la salutacion era honorífica, pero como se decia por escarnio, atormentaba los oidos de este excelentísimo Señor, que en el cielo estaba oyendo alabanzas de ángeles, y siempre se recrea en oir nuestras oraciones. O Rey soberano, cuán diferentemente eres adorado de los ángeles en el cielo, y de los hombres en la tierra! Los ángeles te adoran como á su Dios y rey verdadero; pero los hombres con adoracion fingida, te escarnecen como á Dios falso y á rey fingido. Yo, Señor, te adoro, y te saludo, con las veras que puedo, de todo mi corazon: *Ave, Rex Judæorum.* Dios te salve, Rey de los judíos y de los gentiles, Dios te salve, Rey de los ángeles y de los hombres, Dios te salve, Rey del cielo y de la tierra. Sálvame, Señor, y admíteme en tu reino, para que siempre goce de tí. Amen.

3. Tambien puedo ponderar, como dos veces fué Cristo nuestro Señor saludado en su pasion, una con fingimiento secreto de hipocresía, cuando le dijo Judas: *Ave, Rabbi.* Dios te salve, Maestro. Otra con fingimiento público, por via de escarnio, cuando le dijeron estos soldados: Dios te salve, Rey de los judíos. En que se denotan dos suertes de pecadores, que ofenden á Dios: unos hipócritas, que fingen amarle y reverenciarle; pero no le aman, ni reverencian; otros públicos y escandalosos, que hacen burla de las cosas sagradas y divinas, y por todos padece Cristo para dar salud á todos.

[1] Isai. 36. 6. [2] Malac. 3. 14. [3] Marc. 15. 18. Matt. 27. 29. Joan. 19. 3.

Digitized by Google

Y tambien tuvo misterio decir el Evangelista [1], que le adoraban, *flexo genu*, hincada la rodilla, y no ambas rodillas, para significar, que los mundanos no se dan todos á Dios, sino parte dan á Dios y parte al mundo; y con una rodilla adoran su honra, regalo y hacienda, y con otra adoran á Dios. Pero esta adoracion aprovéchales poco, porque Dios no quiere ser servido con corazon dimediado, sino entero.

Punto quinto.—Con la injuria de palabra juntaba cada soldado alguna injuria de obra dolorosa y afrentosa. Unos le tomaban la caña, y con ella herian la cabeza de este Señor, atormentándola y enclavando mas las espinas por ella. Otros le daban bofetadas en el rostro y otros le escupian en la cara, afeándosela con sus asquerosas salivas. Estas tres cosas refieren los Evangelistas, y puédese creer, que otros le darian golpes y puñadas en el cuerpo, y otros le darian repelones, mesándole las barbas, para que padeciese por los gentiles en casa de Pilatos, lo que habia padecido por los judíos en casa de Caifás. Solamente los gentiles no le vendaron el rostro porque le trataban como á rey, aunque de farsa; y porque como estaba tan desfigurado no representaba ya aquella majestad, que ponia respeto y empacho de herirle al descubierto. O Salvador del mundo, cuán repetidas son vuestras injurias, y cuán repetidos son vuestros duros tormentos! Bastara, Señor, ser una vez abofeteado, escupido y golpeado por nuestros pecados; pero vuestra caridad quiere pasar estos tormentos dos veces por mano de judíos y de gentiles, para que padeciendo de todos, pague por todos. Todos, Señor, os bendigan y glorifiquen por esta vuestra caridad; y pues por todos padeceis, alcancen todos el fruto de vuestra pasion. Amen.

En cada una de estas injurias se puede ponderar lo que se ponderó en la meditacion 30, especialmente la

[1] Matt. 27. 29.

Digitized by Google

invencible paciencia y humildad de Cristo nuestro Señor en sufrirlas, con haber sido innumerables, porque eran muchos los soldados que le injuriaban, y repetirian muchas veces las injurias por su entretenimiento, saboreándose en injuriar al que se saboreaba en ser injuriado, por dar vida á los mismos que le injuriaban.

Ultimamente, consideraré cuán cansado y afligido quedó Cristo nuestro Señor de este juego y tormento: cuán desflaquecida su cabeza, por la mucha sangre que vertia con las espinas: cuán afeado su rostro con las manchas de sangre, y con la muchedumbre de las salivas; y cuán acardenalado con los golpes de las bofetadas, ponderando como no hubo quién se compadeciese de él en este trabajo, ni quién reprimiese la furia de aquella gente feroz, hasta que ellos mismos se cansaron de atormentarle; pero no se cansó el espíritu de nuestro buen Jesus de ser atormentado, antes se aparejó para los nuevos tormentos que le estaban esperando. Y así es razon que yo no me canse de ponerme á sus piés llorando sus trabajos y mis pecados, que fueron causa de ellos; y adorándole con verdadera adoracion, le pediré mercedes, como á verdadero rey, y no otras, sino que me haga participante de sus desprecios y dolores, con la humildad, paciencia y caridad que tuvo en ellas.

MEDITACION XXXVII.

DEL ECCE HOMO, Y DEL ÚLTIMO EXÁMEN QUE HIZO PILATOS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Punto primero.—Entrando Pilatos en el lugar donde estaba Cristo nuestro Señor [1], y viéndole tan mal tratado y desfigurado, parecióle, que con solo mostrarle al pueblo aplacaria su furor: y así mandó á los soldados, que le llevasen á un lugar alto, donde podia ser visto

[1] Joan. 19. 4.

Digitized by Google

de todos: y adelantándose un poco, dijo á todo el pueblo: *Veis aquí os le saco á fuera, para que entendais, que no hallo en él culpa merecedora de muerte, y á esta sazon salió Jesus á vista de todo el pueblo, vestido con la púrpura, y coronado con lás espinas.*

Donde ponderaré la vergüenza que padeceria el Señor viéndose delante de tanta gente, en aquel traje tan abatido, y la humildad con que se presentó á ser visto de todos en aquella tan horrenda figura. O Redentor mio, cuán diferente figura es esta de la que teniais en el monte Tabor, llena de resplandor y majestad? Aquella descubrísteis no mas que á tres de vuestros discípulos en un monte alto; pero esta descubrís en otro lugar alto á todo el pueblo, para que todos vean vuestras ignominias y crezcan con ser vistas. Dadme, Señor, ojos de viva fe con que yo las mire, porque para mí no será menos amable esta figura lastimosa, que la otra muy gloriosa.

Estando, pues, Cristo nuestro Señor á vista de todo el pueblo, díjoles Pilatos: *Ecce Homo*, veis aquí al hombre. Estas palabras tengo de considerar primero, como dichas de Pilatos por su propio espíritu, y despues como dichas del divino Espíritu, y del Padre eterno por boca de Pilatos: ponderando tambien el modo como tengo yo de oirlas y decirlas.

1. Lo primero, en cuanto fueron dichas de Pilatos, quieren decir, mirad á este hombre, que se llama Rey, Mesías é Hijo de Dios, y veréisle tan castigado y desfigurado, que apenas parece hombre; pero de verdad es hombre; y pues es hombre como vosotros, compadeceos de vuestra humana naturaleza, y contentaos con los castigos que ha recibido este miserable hombre. Pero tú, alma mia, mira á este hombre segun todo lo exterior que se puede ver en él, para compadecerte de su dolorosa figura. Mira á este hombre llagado con azotes: afeado con salivas, acardenalado con bofetadas: mira

Digitized by Google

á este hombre vestido con vestidura de escarnio [1], y coronado con corona de dolor y desprecio. Mírale bien, y hallarás ser verdad lo que dijo de sí: Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo; y el que solia ser mas hermoso que todos los hijos de los hombres [2], es el mas feo de todos, en quien no hay cosa que pueda ser vista. O Hijo del hombre Dios, y hombre verdadero [3], harta humillacion fué abajarte á tomar forma de hombre, pues porqué te humillas tanto en esa forma, que vengas á ser tenido por gusano y no hombre, y por afrenta del linaje de los hombres? La soberbia con que yo pretendí ser mas que hombre, igualándome con Dios, es causa de que tú, Dios mio, te hayas humillado á parecer menos que hombre; porque tan abominable soberbia, pedia medicina de tan admirable humildad. O si mi hombre exterior fuese del todo semejante al tuyo, gustando con verdadera humildad de ser pisado como gusano, y tenido por menos que hombre, y desecho de los hombres!

2. Lo segundo, ponderaré estas palabras, en cuanto fueron dichas del divino Espíritu, por boca de Pilatos: *Ecce Homo*; mirad á este hombre, que aunque parece solo hombre, es mas que hombre, porque es Hijo de Dios vivo: Mesías prometido en la ley, cabeza de los hombres y de los ángeles, redentor del linaje humano, y único remediador de todas sus miserias, cuya caridad fué tan grande, que ha tomado esta figura tan dolorosa por solo amor de los hombres, para pagar las deudas de sus pecados, y librarlos de las penas eternas que merecian por ellos: por lo cual merece que todos le den millones de gracias, y le confiesen por hombre y Dios verdadero, alabándole, adorándole y sirviéndole por todos los siglos. Amen.

Estas y otras grandezas tengo de ponderar en este hombre: y considerando que se me dice á mí esta pa-

[1] Psal. 21. 7. [2] Psal. 44. 3. [3] Isai. 53. 2.

Digitized by Google

labra, prorumpiré en afectos de admiracion, amor y confianza, diciendo: Qué es posible, que hombre tan divino esté tan abatido? Qué no podré esperar, de quien tanto amor me ha mostrado? Cómo no me desahogo en amar, á quien tanto por mí ha hecho? O Hombre mas que hombre, honra del linaje de los hombres, yo te adoro y glorifico como á hombre y Dios eterno, y te suplico me tomes por tu esclavo, herrando mi rostro con esta lastimosa figura que tiene el tuyo.

3. Lo tercero, ponderaré estas palabras, como dichas por el Padre eterno: *Ecce Homo*, mirad este hombre que yo envié al mundo, para que fuese maestro de los hombres y dechado de toda perfeccion y santidad; y para dar ejemplo de ella, ha tomado esta horrenda figura. Mirad sus virtudes interiores en medio de tales ocasiones exteriores: su humildad, en tantos desprecios: su pobreza de espíritu, en tanta desnudez: su mansedumbre, en tan graves injurias: su paciencia, en tan terribles dolores: su modestia entre tantos blasfemadores: su obediencia, entre tantos perseguidores: y su caridad en medio de tantos que le aborrecen: y pues por vuestro ejemplo ha tomado esta figura, miradla y estampadla en vuestras almas. O Padre eterno, es por ventura este hombre aquel de quien dijísteis en su bautismo y transfiguracion: Este es mi Hijo muy amado, en quien bien me he agradado, á él oid? Si este es el mismo que entonces, dónde está la figura de paloma, que declare su inocencia? Dónde la nube resplandeciente, que manifieste su divinidad? Dónde Moisés y Elías que le abonen y autoricen con su presencia? De todo le veo desamparado, pero sus virtudes le acompañan; estas predican su inocencia, descubren su divinidad, y autorizan su persona: y pues me mandais que le mire y que le imite, ayudad mi flaqueza, para que pueda conformarme con la imágen de este hombre celestial, borrando de mí la imágen del hombre terreno.

Digitized by Google

De esta manera tengo de ir mirando á Cristo nuestro Señor en lo interior y en lo exterior, ponderando como en lo exterior parece menos que hombre y en lo interior es mas que hombre. En lo exterior está feo con terribles llagas; en lo interior hermoso con admirables virtudes, sacando deseos de imitar cada una de ellas.

4. Ultimamente, volviéndome al eterno Padre para alcanzar todo esto que deseo, le diré: *Ecce Homo*. O Padre soberano, mirad á este hombre llagado y desfigurado por mis pecados! Vos me mandais que le mire, para compadecerme de él; yo os suplico que le mireis para compadeceros de mí. Quereis que le mire para que le imite, miradle, Señor, para darme por su respeto fuerzas para imitarle. O Padre soberano, á quien todos los hombres hemos injuriado con graves pecados, mirad á este hombre atormentado con graves dolores para satisfacer por nuestras ofensas, y aplacad vuestra ira, dándonos perdon de ellas! O Padre de misericordias: *Ecce Homo*, mirad á este hombre, que tiene dentro de su corazon todos los hombres, y ofrece su vida por todos ellos, no me mireis á mí á solas, sino miradme junto con este hombre, y lo que por mí no merezco, dádmelo por lo que él merece![1] *Protector noster, aspice Deus, et respice in faciem Christi tui!* O Dios, protector mio, mirad, mirad el rostro de vuestro Cristo, porque no es posible desampareis á los que él tiene escondidos en lo secreto de su rostro, afligido con tal figura! Mirad, Dios mio, á este espejo, y en él veréis vuestro divino rostro, porque es imágen vuestra, y por él mirad á nosotros, y veréis que somos imágen suya: y por el amor que teneis á vuestra imágen, perdonad, reformad y santificad á todos los que somos criados á su imágen, y redimidos con la sangre que derrama en esta dolorosa figura.

PUNTO SEGUNDO. — *A estas palabras que dijo Pilatos,*

[1] Psal. 83. 10.

Digitized by Google

respondieron todos con grandes voces, y los pontífices y los ministros: Crucifícale, crucifícale.

1. En lo cual se ha de considerar, la crueldad endemoniada de estos pontífices y sacerdotes, y de este pueblo inducido por ellos, los cuales no solo no se compadecieron de este Señor, tan llagado y afligido; pero con increible ódio, con la vista de sus trabajos, creció la sed de añadir otros mayores, diciendo: Crucificale, crucificale; como quien dice: Buen principio has dadó en azotarle, acaba lo que has comenzado en crucificarle, pues los azotes preceden á la crucifixion. O qué sentimiento tan grande causarian estos clamores en los oidos del Salvador, viendo la pertinacia de aquel pueblo en pedir su muerte con mas crueldad que los gentiles, pues estos se daban ya por satisfechos, y ellos deseaban añadirle nuevos tormentos! Acordábase de los bienes que habia hecho á esta nacion, y viendo el mal pago que le daban, lastimábase por el castigo y desamparo que merecian. O alma mia, cómo no revientas de dolor, viendo tan aborrecido al que merecia ser sumamente amado! Cómo tu rostro no se baña en lágrimas, viendo el rostro de tu Señor bañado en sangre, y á sus enemigos sedientos por derramarla toda! Ama con entrañable amor al que tanto te ama, en recompensa del ódio tan injusto con que es aborrecido, y procura ser mas ferviente en amarle, que sus enemigos fueron en aborrecerle.

Enfadado Pilatos de la protervia de los pontífices y ministros, díjoles: Tomad vosotros á ese hombre, y crucificadle, porque yo no hallo en él causa bastante para esto. Respondieron ellos: Nosotros ley tenemos; y segun nuestra ley, debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.

2. En estas palabras acusaron á Cristo nuestro Señor de blasfemo, teniendo por blasfemia que dijese de sí ser Hijo de Dios, no por adopcion, sino por naturaleza; y así, que segun la ley, debia ser castigado con

Digitized by Google

pena de muerte. En lo cual se vé la ceguedad abominable de esta gente, que tenia por blasfemia la misma verdad de Dios, aprobada por su Escritura, que decia, que el Mesías era Hijo de Dios, y confirmada con tantos milagros como Cristo hizo, para dar testimonio de ella. Por donde consta, que ellos eran blasfemos en decir que esta era blasfemia, y por consiguiente dignísimos del castigo de la ley, pero la verdadera blasfemia es perdonada y la falsa castigada, porque el Hijo de Dios quiso humillarse á ser castigado como blasfemo, para merecer el perdon de las verdaderas blasfemias. O Rey soberano, verdad es muy grande, que segun la ley habeis de morir, no porque os habeis hecho Hijo de Dios, sino porque siendo Hijo de Dios, os habeis hecho hombre, y con vuestra muerte habeis de engendrar muchos hijos adoptivos para Dios. Por ella os suplico, me hagais hijo vuestro, y como tal muera al pecado, al mundo y á la carne, y deje de vivir para mí, por vivir para Vos. Amen.

De lo dicho sacaré tambien, cuán propio es de los malos é imperfectos preciarse de la ley y no cumplirla, sino es conforme á lo que es su gusto y honra. Y para esto se aprovechan de la ley, queriendo disimular y encubrir con ella su dañada pretension [1]; pero yo abominando esta perversa y obstinada costumbre, procuraré preciarme de la ley, y del entero cumplimiento de ella, porque de otra manera, la ley será mi condenacion, manifestando mi desobediencia.

Punto tercero. — *Oyendo esto Pilatos, temió mucho; y entrando en el pretorio, dijo á Jesus; De dónde eres? Jesus no le respondió palabra alguna; y díjole Pilatos: A mí no me hablas? No sabes que tengo potestad para crucificarte, y para salvarte? Respondióle Jesus: no tuvieras potestad alguna contra mí, si no te fuera dada de arriba.*

1. En lo cual se ha de considerar la causa del temor

[1] Román. 2. 13.

Digitized by Google

de Pilatos, cuando oyó que Cristo nuestro Señor se hacia Hijo de Dios; porque las grandes virtudes que resplandecian en Cristo, le hacian muy creible, que era así como él decia, y temia mucho de condenarle, por no incurrir en la divina indignacion. O cuán admirable era la mansedumbre y paciencia, que bastó sin otros singulares milagros, para que un juez gentil siendo tan malo, tuviese por creible que un hombre tan afligido y maltratado, podia ser Hijo de Dios vivo! Dame, ó buen Jesus, que imite estas virtudes, para que seas glorificado en mí por ellas.

2. Tambien se ha de considerar la soberbia que luego salteó á este mal juez, indignándose de que Cristo no le respondia, por parecerle que era contra su autoridad. Además, su presuncion y gravedad tan hinchada, y la jactancia de sus palabras para hacerse estimar: Todo lo cual es propio de los mundanos, y ha de estar muy lejos de mí, si quiero ser del bando de Cristo.

Sobre todo se ha de considerar, la prudencia admirable de Cristo nuestro Redentor en callar, y en hablar. Calló en este caso, cuando el hablar no era mas que para su defensa; pero habló cuando era necesario, para volver por la honra de Dios, y corregir al soberbio, que presumia de su potestad; y entonces hablaba con tanta libertad, como sino estuviera en tanta miseria; y lo que le dice es: No te jactes del poder que tienes, que no es tuyo, sino del cielo, dado por mi Padre celestial, sin cuya licencia y permision nada pudieras contra mí. En lo cual resplandece grandemente la bondad del eterno Padre, que dió potestad sobre su Hijo á un tan mal juez para bien nuestro. O Juez soberano, á quien el Padre eterno dió potestad de juzgar vivos y muertos; gracias te doy por haberte sujetado á un juez tan soberbio que presume de su poder, y por otra parte tan cobarde, que no se atreve á usar de él. Líbrame, Señor, de estos extremos tan viciosos, para que ni la sober-

Digitized by Google

bia me desvanezca, ni la pusilanimidad me oprima.

Punto cuarto. —*Por esta respuesta de Cristo nuestro Señor deseó mas Pilatos librarle; mas los pontífices apretáronle con amenazas, diciendo: Si sueltas á este, no eres amigo del César;* como quien dice: Si le sueltas, acusarémoste delante del César, porque soltaste á su enemigo, y al que se hacia rey en perjuicio de su imperio. Y amedrentado con esto Pilatos, *sacó segunda vez á Cristo nuestro Señor á fuera, y díjoles: Ecce Rex vester, mirad á vuestro Rey.* Estas palabras se pueden considerar como dichas de Pilatos, por su propio espíritu, y como dichas por el Espíritu divino, que le movió á decirlas.

1. Pilatos las dijo por via de escarnio; como si dijera: Veis aquí á este miserable, de quien decis que se hace rey vuestro, miradle que ni es rey, ni puede pretenderlo; no es sino rey de farsa, y de representacion, como lo declara esta corona, cetro, y púrpura que trae: compadeceos de él, y no creais que este puede contradecir á César en hacerse rey. O Rey del cielo, cuán abatido estais entre los hombres en figura de rey fingido, pagando con esta humillacion, la soberbia y ambicion con que ellos desean reinar. Un rey de Israel [1], entrando en la batalla, se desnudó las vestiduras reales, por huir con este disfraz de la muerte que sus enemigos pretendian dar á él solo, sin hacer caso de los demás. Pero Vos, Dios mio, verdadero Rey de Israel, tomais insignias y apellido de rey, por entregaros á la muerte, para que muriendo Vos queden todos libres de ella. O bendito sea tal Rey, que así ama á sus vasallos, que quiere morir porque vivan ellos! Muera yo, Señor, mil muertes, porque Vos vivais en mí, y yo viva para Vos.

2. Estas mismas palabras dijo el Espíritu divino por boca de Pilatos á los judíos, para avisarles de lo que tenian presente y tanto habian deseado: *Ecce Rex vester.*

[1] 3. Reg. 22. 30.

Digitized by Google

Veis aquí al Rey que habeis estado esperando tantos años: al Rey y Mesías prometido por los profetas para vuestro remedio: al Rey que sucede en la casa de David con vara de equidad, cuyo reino ha de ser eterno: al Rey ungido por Dios para libraros de la servidumbre del demonio: aquí os le represento, mirad si le conoceis y le quereis recibir por vuestro rey.

3. Con el mismo espíritu tengo de imaginar, que estas palabras se dicen á mí, y á todos los fieles: *Ecce Rex vester*. Veis aquí á vuestro Rey, santo y sabio, manso y humilde, liberal, dadivoso, y tan amoroso, que por vuestro amor está con figura tan lastimosa, maltratado y atormentado. Veis aquí al Rey constituido por el eterno Padre sobre la Iglesia militante y triunfante [1], Rey del cielo, y de la tierra, Rey de la gloria, y Rey eterno, cuyo reino no tendrá fin. Mira, ó alma mia, si le quieres recibir por rey, y darle el debido vasallaje. Mira si te desdeñas de tener Rey tan ultrajado en lo exterior. Mira si quieres vestirte de su librea, y andar siempre en su compañia, pues para tí vino este Rey. De muy buena gana, Rey mio, os recibo y adoro por mi Rey: y cuanto os miro mas abatido, tanto de mí sois mas estimado. Vestidme de vuestra librea, que muy grande honra es del vasallo, andar vestido como su rey.

PUNTO QUINTO.—*Los pontífices respondieron á esto: Tolle, tolle, crucifige eum. Quítale, quítale de ahí, crucifícale. Dijo Pilatos: A vuestro Rey tengo de crucificar? Respondieron ellos: No tenemos otro rey sino á César.*

1. Aquí se ha de considerar, lo primero la rabia increible de esta gente, que ni aun ver á Cristo querian, y por eso dijeron, quítale de ahí; que fué decir: No le vean mas nuestros ojos, crucifícale para que de una vez se acabe. Pusieron por obra lo que de ellos refiere la Sabiduría [2]: Acechemos al justo, porque es inútil para nosotros, y contrario á nuestras obras. Danos en rostro

[1] Psal. 2. 6. [2] Sap. 2. 12.

Digitized by Google

con los pecados que hacemos contra la ley, y publícalos á todos. Dice que tiene ciencia de Dios, y se llama su Hijo: *Gravis est nobis etiam ad videndum.* Pesado es á nosotros aun el mirarle, porque su vida es muy desemejante á la de los otros, y sus caminos muy diferentes. O Justo de los justos, justísimo Salvador nuestro, utilísimo y provechosísimo para nosotros, porque sin tí todos quedaríamos inútiles y perdidos para siempre, pesada es tu vista para los malos, pero muy apacible para los buenos. Los pecadores rebeldes no querrán verte, pero los justos desean siempre contemplarte. Nunca se me quite de delante tu divino rostro, aunque sea en esta triste figura, que por mí tomaste; porque verte así, me alienta á imitar tus trabajos para despues verte y gozarte en los eternos descansos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de considerar la maldad y ceguedad de esta gente en dejar al Rey verdadero que Dios les habia dado para su bien, y aceptar por rey al tirano, que les quitaba las haciendas y la libertad que ellos tanto estimaban: y al que antes aborrecian, ahora le reciben en ódio de Cristo, y por no recibir á Cristo; y en castigo de esta maldad permitió Dios nuestro Señor que perdiesen al verdadero Rey y Mesías, y que el rey terreno que ellos escogieron, se volviese contra ellos, y los asolase y destruyese.

3. Todo esto he de aplicar á mí mismo, considerando cuántas veces dejo al Rey del cielo por el de la tierra, y por puntos de honra vana y perecedera, viviendo como si no hubiese ni tuviese otro rey mas que á Cesar. Con lo cual hago grande injuria á Dios nuestro Señor á semejanza de este pertinaz y perverso pueblo hebreo. O Rey soberano, de todo corazon me pesa por las veces que os he dejado y ofendido! Cuando era del mundo, decia con los mundanos: No tengo otro rey sino á César; pero de hoy mas, Señor, digo cuanto es de mi parte, que no quiero otro rey sino á Cristo. Vos sois

Digitized by Google

mi César y mi Rey, á quien deseo obedecer y servir de todo corazon. Y si obedeciere á los reyes de la tierra, será porque así lo quereis, y en las cosas solas que mandais; porque en lo demás, que fuere contra vuestra santa ley, no reconozco otro rey que á Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XXXVIII.

DE LA CONDENACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á MUERTE DE CRUZ.

Punto primero. — *Habiéndose sentado Pilatos en su tribunal, para sentenciar la causa de Cristo*[1], *envióle su mujer un recado que decia: No te metas en la causa de este Justo, porque muchas cosas he padecido hoy con visiones por él.*

Aquí se ha de considerar, como estas visiones, que padeció en sueños la mujer de Pilatos, pudieron proceder del demonio, y del buen ángel, segun lo contemplan diferentes santos, y de ambas maneras puedo sacar provecho para mí.

1. Lo primero, puedo ponderar que el demonio, viendo la extraña mansedumbre de Cristo nuestro Señor, y su invencible paciencia en tantas injurias y dolores, comenzó á sospechar que era el Mesías, Hijo de Dios, y el que habia de destruir su reino; y así amedrentó con sueños á la mujer de Pilatos, para que ella procurase estorbar su muerte, pareciéndole que por medio de la mujer persuadiria al marido lo que queria. En lo cual es digno de consideracion la invencible fuerza de la heróica virtud, pues pone admiracion á los mismos demonios; los cuales, como dice Santiago apóstol[2], creen y tiemblan: creen forzados de los indicios, y tiemblan de la majestad y santidad que creen. O si todos los hombres mirasen estas virtudes del Salvador para que cre-

[1] Matth. 27. 19. [2] Jacob. 2. 19.

Digitized by Google

yesen en él, y le respetasen! Pero no contentos con solo esto, como los demonios, tambien le imitasen y sirviesen.

2. Puedo tambien considerar, que el buen ángel con su inspiracion habló en sueños á esta mujer, y la dijo: Que si su marido condenaba á Cristo, él seria condenado, y padeceria terribles trabajos, y el pueblo hebreo seria asolado. Y á este talle le representaria algunas cosas espantosas, para que persuadiese á su marido le soltase; por lo cual ella le tuvo por justo, y así dió testimonio de ello, diciendo al marido: *Nihil tibi, et Justo illi.* No te entrometas con este Justo. O Justo y justificador de los hombres, cuya justicia es muy conocida y atestiguada, y con todo eso no es admitida ni aprobada! Justificadme con vuestra justicia, y dadme parte en ella, porque ni yo puedo vivir sin vuestra compañía, ni querria jamás apartarme de ella.

PUNTO SEGUNDO.—*Sentado Pilatos en su tribunal*[1], *pidió agua, y delante de todo el pueblo lavó sus manos, diciendo: Inocente soy de la sangre de este Justo, vosotros mirad lo que haceis. Ellos respondieron: Su sangre venga sobre nosotros, y sobre nuestros hijos.*

1. Aquí tengo de ponderar lo primero, como los Evangelistas muy á menudo nos traen á la memoria en esta historia, la inocencia de Cristo nuestro Señor, y los testimonios que de ella daba Pilatos, para que nos acordemos en cada uno de los tormentos que padece por nuestros pecados, convidándonos con esto á compadecernos mas de este Señor, y á llorar nuestras culpas, por las cuales padece tan graves penas.

2. Lo segundo, ponderaré la maldad furiosa de este pueblo judáico, que á trueco de quitar la vida á Cristo, y derramar su sangre, ofrecieron la suya, y la de sus hijos, cargándose de los castigos que merecia la muerte de este Justo tan injusta; y así les sucedió, porque la sangre de Cristo que era poderosa para dar la vida á

[1] Matth. 27. 24.

Digitized by Google

sus mismos derramadores, fué para ellos ocasion de muerte, durando en su rebeldía. Pero yo con otro espíritu diré al Padre eterno: Venga, Señor, la sangre de este Justo, Hijo vuestro, sobre mí, y sobre todos los fieles, para limpiarnos y santificarnos con ella. Yo, Señor, os ofrezco la mia, con deseo de derramarla por quien derramó por mí la suya. Ó sangre preciosísima de mi Salvador, no vengas sobre mí, como sobre estos rebeldes para confundirme, sino ven con misericordia para lavarme y justificarme. O Redentor mio, no permitas que á imitacion de Pilatos lave yo las manos con agua, y deje mi corazon manchado con la culpa; y que haciendo obras malas por temor humano, las quiera excusar, y lavar en la apariencia, atribuyendo á otro lo que yo miserable peco.

Punto tercero.—*Entonces Pilatos juzgó que se debia cumplir la demanda del pueblo* [1], *y entrególe á su voluntad para que hiciesen lo que querian.*

1. Esta fué la sentencia que dió el juez contra Cristo nuestro Señor, condenándole á muerte de cruz; en la cual se ha de considerar, lo primero, cuán injusta y cruel fué, pues el mismo juez conocia que era inocente, y lo testificaba, no solamente con palabras, sino con aquella ceremonia exterior de lavarse las manos, y con todo eso la pronunció, movido de temor humano, porque el pueblo no le acusase delante del César, atropellando por esto la justicia. Tambien fué cruel la sentencia, porque sabiendo que los pontifices por envidia acusaban á Cristo nuestro Señor, y por ódio deseaban que muriese tal muerte: *Tradidit voluntati eorum*, le entregó á su voluntad, siguiendo no la razon, ni leyes de justicia, ni misericordia, sino la voluntad de un pueblo furioso, que no se contentaba con menos que muerte de cruz. O dulce Jesus, no quiero entregaros á Vos, ni á vuestras cosas á tan cruel tirano, como es mi voluntad

[1] Luca 23. 24.

Digitized by Google

propia, antes quiero que yo, y todas mis cosas, se entreguen á la vuestra; porque mi propia voluntad es tan cruel, que no parará hasta crucificaros otra vez en mí por la culpa; pero la vuestra es tan misericordiosa, que me librará de la muerte con su gracia.

2. Lo segundo, tengo de considerar la grande alegría de aquella gente, y la gritería que levantó cuando vió pronunciada esta sentencia, y el parabien que se darian unos á otros de haber salido con su pretension; todo lo cual era en grave injuria de Cristo nuestro Señor, que lo estaba oyendo.

3. Pero sobre todo ponderaré con mas devocion, como notificaron esta sentencia á Cristo nuestro Señor; el cual, aunque vió que era injustísima de parte del juez, pero mirando como venia por órden del eterno Padre, para remedio del mundo, luego la aceptó de muy buena gana, no apeló ni suplicó, ni se quejó del agravio que le hacian, ni habló palabra contra el juez, ni contra sus ministros, sino con gran voluntad se ofreció á la ejecucion de ella por nuestro bien, entregándose con su voluntad amorosa á la voluntad rabiosa de sus enemigos, para que hiciesen de él lo que Pilatos habia sentenciado. Gracias te doy, dulcísimo Redentor, por esta voluntad con que aceptaste sentencia tan injusta y tan cruel, por librarme de la justa sentencia de condenacion eterna que contra mí estaba dada. Con qué te pagaré yo esta voluntad? Veis aquí te entrego la mia, para cumplir en todo la tuya. Aparejado estoy para aceptar cualquier sentencia de trabajos, que por tu ordenacion ó permision contra mí se diere; y ayúdame con tu gracia para que nunca por temor ni cobardía me aparte de cumplir lo que mandas, ni falte en el oficio que me encargas.

4. Demás de esto, piamente puedo contemplar, que alguno de los discípulos, que allí se halló encubiertamente, iria á dar la nueva á la Vírgen nuestra Señora,

Digitized by Google

y la diria la figura lastimosa en que habia visto á su Hijo, y como quedaba ya condenado á muerte de cruz; con la cual nueva su corazon quedó traspasado, espinado y atormentado mas de lo que se puede sentir y decir; pero con grande resignacion en la divina voluntad pasaria por la sentencia, entendiendo que su Hijo pasaba por ella, por conformarse con la voluntad del Padre. O Vírgen soberana, esforzad vuestro corazon, porque habeis de hallaros presente al sacrificio para ofrecer al Padre eterno lo que recibísteis de su mano; y si os dá mucha pena la triste nueva que oís con vuestros oidos, mayor os la dará el triste espectáculo que veréis con vuestros ojos.

MEDITACION XXXIX.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR LLEVÓ LA CRUZ Á CUESTAS Y DE LO QUE SUCEDIÓ HASTA LLEGAR AL CALVARIO.

Punto primero.—Oida y aceptada la sentencia[1], los soldados hicieron tres cosas notables por órden del juez. La primera, fué desnudar á Jesus la vestidura de púrpura, y vestir sus propias vestiduras, para que fuese conocido por ellas; pero no leemos que le quitasen la corona de espinas, antes se la dejaron puesta por no darle aquel alivio. O dulce Jesus, muy bien habeis representado el personaje de rey verdadero, y por eso os dejan la corona, que representa la perpetuidad de vuestro reino. Tiempo es ya que representeis el personaje de ladron y malhechor sin serlo, con las insignias de los verdaderos ladrones y malhechores. En lugar de la caña hueca que os quitan de las manos, habeis de abrazar con ella el madero de la cruz, y en compañía de ladrones saldréis á morir con ellos en ella. Tambien se pueden ponderar las palabras afrentosas que le dirian, como á hombre condenado por facinero-

[1] Matth. 27. 31. Marc. 15. 20.

Digitized by Google

so; y la crueldad con que le llevaron á la sala donde le habian azotado para desnudarle, dándole sus vestiduras sangrientas para que se las vistiese. Lo cual tuvo misterio, porque como Cristo Señor nuestro, para llevar su cruz, se desnudó de las vestiduras agenas que le habian puesto en casa de Herodes y Pilatos, y se vistió las suyas propias; así yo para llevar mi cruz é imitarle, tengo de desnudarme de todas las costumbres viciosas del mundo y carne, y vestirme las que son propias de Cristo, por las cuales tengo de ser conocido y tenido por discípulo suyo, especialmente la mansedumbre, paciencia, misericordia y entrañas de caridad.

2. La segunda causa, fué, traer allí el madero de la cruz grande y muy pesado; en lo cual ponderaré lo que Cristo nuestro Señor sentiria y diria dentro de su corazon cuando le vió, como interiormente se regalaria con ella, y diria mucho mejor que despues dijo san Andrés: *Salve crux pretiosa, diu desiderata, solicite amata, sine intermissione quæsita, et aliquando cupienti animo præparata.* Dios te salve, cruz preciosa, que tantos años has sido por mí deseada con gran deseo, amada con solicitud, buscada con grande continuacion, y estás ya aparejada para el que desea verse junto contigo: ven, y abrazarté he con mis brazos, porque me has de recibir en los tuyos: ven, y te daré beso de paz con mi boca, porque tengo de reclinar en tí mi cabeza, y dormir en paz el último sueño de la muerte. O con qué ternura abrazaria nuestro Salvador su cruz santificándola con aquel primer abrazo! Con qué ganas la tomaria en sus manos, y la pondria sobre sus afligidos hombros! O dulce Jesus, dame gracia para que mire tu cruz con tales ojos, y la abrace con este amor, y la busque con este deseo, gloriándome de la cruz, y no descansando hasta morir en ella.

3. La tercera cosa fué, sacar de la cárcel otros dos

Digitized by Google

ladrones, para que fuesen con él por el camino, como dice san Lucas, y para que muriesen juntos; lo cual resultaba en grande ignominia del Salvador, para que fuese tenido por ladron y malhechor. O con cuán diferentes ojos miraron estos ladrones la cruz, estremeciéndose con su vista, y cerrando los ojos por no verla! Estos amaron la culpa, y aborrecieron la pena; pero nuestro amado Jesus amó la pena, y aborreció la culpa. Estos huian de la pena que merecia su culpa propia; pero Cristo aceptó la pena que merecia la culpa agena. Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por la dulcedumbre con que abrazaste la pena de la cruz sin la culpa, por librarme de ella, trueca mi corazon á semejanza del tuyo, porque ya que como los ladrones cometí las culpas, acepte de buena gana como tú las penas que merezco por ellas, y me ofrezca con caridad á llevar tambien las agenas, padeciendo por la salud de mis prójimos, algo de lo mucho que padeciste por ellos.

Punto segundo. — *Cargándose Jesus de la cruz, salió caminando hácia el monte Calvario.*

1. Sobre este punto tan lastimoso tengo de considerar, lo primero, la grande afrenta de Cristo nuestro Señor en aquella primera salida de casa de Pilatos, cargado de su cruz, y en medio de ladrones, con voz de pregoneros que publicaban sus delitos, y con grande gritería del pueblo, concurriendo innumerable gente á ver este espectáculo. O ángeles, que estais mirando esta salida de vuestro Señor tan afrentosa, cómo no salís de vuestro cielo á pregonar la causa de ella, para volver por su honra? O Padre eterno, qué haceis viendo salir á vuestro Hijo cargado con la leña de la cruz en que ha de ser sacrificado? Salís por ventura como otro Abrahan con su hijo Isaac [2], llevando en vuestras manos el fuego y el cuchillo con que se ha de hacer el sacrificio? O fuego de amor, que ardes tanto en el corazon del Pa-

[1] Joan. 19. 17. [2] Genes. 22. 6.

dre, que le haces desenvainar el cuchillo de su justicia sobre el Hijo, para que sea sacrificado, y muerto por dar vida al pecador! Abrásame, Señor con este fuego, para que ame á quien tanto me ama. Hiéreme con ese cuchillo, de modo que muera en mí todo lo que te desagrada. Pero qué será la causa, Dios mio? Porqué no salís con vuestro Hijo, como Abrahan de noche, y con solos dos criados, y no á medio dia con grande estruendo de gente que se halle al sacrificio? O fuego de amor, que ardes y luces, y quieres que tus obras rezplándezcan, y abrasen como el sol de medio dia! Descúbreme la grandeza de esta caridad del Padre, y la profundidad de la humildad y obediencia del Hijo, para que me precie de sus desprecios, y los abrace con amor á vista de todo el mundo.

2. Lo segundo se ha de considerar la grande afliccion y dolor que sentiria el cuerpo flaco de Cristo nuestro Señor con carga tan pesada. Qué de veces tropezaria, y arrodillaria con el peso, por estar el cuerpo muy debilitado con los tormentos pasados? Cómo sudaria en congoja, oprimido con la carga de aquel madero? Cómo iria regando las calles con la sangre que corria de las llagas oprimidas y exprimidas con aquella viga de lagar que caia encima de ella? O sangre de Dios vivo, sangre de infinito valor, mezclada con el lodo de las calles, y hollada de viles hombres! O ángeles del cielo, cómo no venís á recoger esta preciosa sangre! Y cómo no ayudais á este Señor tan desangrado, para que pueda llevar tan pesada carga! O dulce Jesus, quien pudiera llevarla sobre sus hombros, para que recibieran algun alivio los tuyos! Mas ya veo, Señor, que son menester hombros de Dios para llevarla: sobre ellos ha de cargar tu principado[1], que comienza por la cruz, y la llave de la casa de David[2], para con ella abrirnos la puerta del cielo que hasta aquí ha estado cerrada.

[1] Isai. 9. 6. [2] Isai. 22. 22.

Digitized by Google

3. Lo tercero, tengo de ponderar cuánto mas sentia Cristo nuestro Señor la carga de nuestros pecados, que la carga de la cruz; porque si David decia[1], que los suyos eran para él carga pesada, cuánto mas pesada seria la carga de los pecados de todos los hombres pasados, presentes y por venir; la cual cargó toda sobre este Señor, de quién dice Isaías[2]: Todos nosotros erramos como ovejas, cada uno se fué por su camino, y el Señor puso sobre él la maldad de todos nosotros. Mis pecados, ó dulce Jesus, son los que cargan sobre tus hombros! Yo soy la oveja que erré, y tú eres llevado como oveja al matadero del monte Calvario, para ser sacrificado por mis yerros! O quién nunca los hubiera cometido, por no darte tanto trabajo! Pero ya que la culpa es mia, razon es que lleve parte de la pena, y que cargue sobre mí la cruz que tengo merecida. Yo, Señor, me ofrezco á llevarla, como tú llevaste la tuya.

Punto tercero.—*Caminando Jesus con su cruz á cuestas*[3], *asieron de un hombre, llamado Simon Cirinense, que venia de una granja, y le forzaron á que llevase la cruz detrás de Jesus.*

1. Sobre este paso se ha de considerar, la grande fatiga que llevaba Cristo nuestro Señor en este camino, de lo cual tomarian sus enemigos ocasion para baldonarle, por la flaqueza que mostraba, diciendo por otra parte, que era Hijo de Dios, y que en tres dias podia levantar la máquina del templo. Todo lo cual sufria el Señor con admirable paciencia, hasta que los príncipes de los sacerdotes, temiendo no se les muriese en el camino, le quitaron la cruz, no por aliviarle, sino por la gana que tenian de crucificarle en ella. De donde sacaré consuelo en mis trabajos, y en la cruz que me cupiere en suerte, aunque sea muy pesada, confiando en la misericordia de Jesucristo nuestro Señor, que proveerá quien me ayude á llevarla, acordándome de lo que dice san Pa-

[1] Psal. 37. 5. [2] Isai. 53. 6. [3] Matt. 27. 32. Marc. 15. 21. Luc. 23. 26.

Digitized by Google

blo [1]: *Lassati sumus supra modum, et supra virtutem.* Hemos sido cargados de tribulaciones sobre todo modo, y sobre nuestra virtud y fortaleza: de manera, que teníamos enfado de la vida, y tuvimos ya respuesta de muerte; pero de todo nos libró Dios, y nos librará en adelante.

2. Tambien ponderaré, como Cristo Señor nuestro aunque pudiera llevar su cruz solo hasta el Calvario, esforzando para ello su carne milagrosamente, no quiso usar de este poder, sino que la cruz se diese á otro que la llevase trás él, para significar, que la cruz se habia de comunicar con sus fieles, que á imitacion suya habian de llevarla, cumpliendo lo que habia dicho: Si alguno quiere venir en pos de mí [2], niéguese á sí mismo, tome su cruz cada dia, y sígame. O buen Jesus, si Vos vais delante, y llevais primero la cruz tan pesada, que os hace arrodillar, qué mucho os siga yo, llevando la mia con las fuerzas que me dais para llevarla? Cruz es, Señor, la que llevo; vuestra y mia; vuestra porque Vos la llevásteis primero, y por vuestra órden viene, y por vuestra causa se lleva; pero es mia, porque está cortada á la medida de mis fuerzas, y es para mi provecho; porque nunca me diérais vuestra cruz, si no fuera por darme juntamente los gloriosos frutos que proceden de ella.

3. Lo tercero, consideraré como ninguno se halló que quisiese llevar la cruz de Cristo, ni ayudarle en este trabajo; porque los judíos tenian por género de maldicion y de irregularidad tocar la cruz [3], por cuanto, segun la ley, era maldito quien moria en ella. Los soldados gentiles teníanlo por afrenta: y entre los discípulos y amigos de Cristo, ninguno se atrevió á ello, porque el miedo los tenia acobardados; y así hubieron de forzar á un pasajero y extranjero que la llevase. En lo cual se re-

[1] 2. Cor. 1. 8. [2] Matt. 16. 24. Marc. 8. 34. Luc. 9. 23. [3] Deut. 21. 23. Galat. 3. 13.

Digitized by Google

presentaban varias suertes de personas, que huyen de la cruz de Cristo: unos, porque no creen la virtud que Dios ha puesto en ella, como los infieles: otros, porque la tienen por afrenta, y contraria á su honra, como los soberbios y ambiciosos: otros, por temor del trabajo que hay en llevarla contra su sensualidad, como los regalados y carnales. O quién diera fuentes de lágrimas á mis ojos para llorar como san Pablo[1], los muchos que andan por el mundo, enemigos de la cruz de Cristo, cuyo Dios es el vientre, y la gloria vana para su propia confusion! O Rey de gloria, no permitas que yo sea enemigo tuyo! No quiero tener por Dios al vientre, ni á la gloria mundana, sino á Cristo crucificado: su cruz será mi regalo y mi gloria; y siendo amigo de la cruz, lo seré tambien del que murió en ella.

4. Lo cuarto ponderaré, como todos tenemos horror natural á la cruz, y no hay quien la lleve, sino es en alguna manera forzado, como Simon Cirinense[2], pero en diferente manera; porque unos la llevan con impaciencia y sin mérito, otros con paciencia y mérito, haciendo de necesidad virtud, como este Cirinense; pero á otros mas suavemente fuerza el mismo Dios con la eficacia de su inspiracion y de su gracia, por la cual vencen su repugnancia y la inclinacion de la carne, y con voluntad pronta del espíritu aceptan llevar la cruz: y como san Pablo, se glorian y gozan de llevarla en todo tiempo y lugar. O dulce Salvador, que á ninguno quieres forzar á que lleve tu cruz contra su voluntad! Y por esto dijiste[3]: Si alguno quisiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame, pues mi carne repugna y contradice á llevarla. Prevéngame tu gracia, para que con ella yo la fuerce y tome de grado tu cruz, siguiéndole á tí, pues tan de grado la llevaste por mí.

Punto cuarto. — Luego consideraré las circunstancias de este hombre, que llevó la cruz de Cristo nuestro

[1] Philip. 3. 18. [2] D. Bern. 34. in Cant. et infra Medit. 53. [3] Lucæ 9. 23.

Digitized by Google

Señor, sacando de ellas el espíritu que tienen, pues no sucedieron acaso.

1. Lo primero, llamóse Simon, que quiere decir obediente, para significar que la virtud de la obediencia se señala en vencer la repugnancia de la voluntad propia, y en aceptar la cruz que Dios nos diere, de cualquier modo que nos la diere: y los obedientes son los que alivian á Cristo y á sus vicarios; los demás antes le son carga, haciendo como dice san Pablo [1], que lleven la suya gimiendo. O Jesus dulcísimo, que tomaste la cruz por obediencia, y te humillaste á tí mismo, haciéndote obediente hasta morir en ella! Pues amas tanto á los obedientes, que no quisiste dar tu cruz, sino al que tenia nombre de obediente, dame esta soberana virtud, con la cual me sujete á tu ordenacion, haciendo y padeciendo lo que de ella procediere, aunque sea para mí cruz muy pesada.

2. Lo segundo, era extranjero, y venia de una granja caminando á Jerusalen, para significar, que los que se han de encontrar con Cristo nuestro Señor, y ser dignos de tomar su cruz, han de resolver á vivir como peregrinos, y dejar el mundo, y sus costumbres agrestes y profanas, enderezando sus pasos y obras á la celestial Jerusalen: y si de esta manera deseo vivir, cuando mas descuidado estuviere, encontraré con Cristo, y me hará digno de que padezca con él y por él. O dichoso encuentro con Cristo cargado de su cruz! O si fuese tan dichoso, que me saliese al camino de esta manera, y pusiese sobre mis hombros la cruz que llevó sobre los suyos! Simon se llamaba tambien el apóstol, á quien saliendo de Roma salió Cristo al encuentro, diciéndole; que volvia á Roma á ser otra vez crucificado: Vamos, ó Salvador mio, juntos, y juntos llevemos la cruz; pero no sea yo como Simon Cirinense, que la llevó y no murió en ella, sino como Simon Pedro, que fué cru-

[1] Hebr. 13. 17.

Digitized by Google

cificado con Vos, siendo Vos crucificado en él.

3. Finalmente, como el trabajo de Simon Cirinense duró poco, y hasta hoy dura la memoria de él, y de sus hijos en la Iglesia, como de personas señaladas en virtud, y por esta causa san Marcos las nombró todas. Así los que llevan la cruz de Cristo nuestro Señor, aunque comienzan por fuerza, prosiguiendo con la paciencia de grado, su trabajo durará poco, y su gloria será mucha; porque quien lleva la cruz con Cristo nuestro Señor, reinará con él para siempre en su gloria.

Punto quinto. — *Seguia á Jesus gran muchedumbre del pueblo y de mujeres, llorando y lamentando; y volviéndose á ellas las dijo* [1]: *Hijas de Jerusalen, no querais llorar sobre mí, sino sobre vosotras, y sobre vuestros hijos, porque vendrá dia en que se dirá: Bienaventurados los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Y á los montes se dirá: Caed sobre nosotros. Y á los collados: Cogednos debajo, porque si en el madero verde se hace esto, qué se hará en el seco?*

1. Sobre este punto tengo de considerar; lo primero, los diversos fines de estos que seguian á Cristo nuestro Señor, porque unos le seguian para crucificarle, como los soldados y verdugos; otros para escarnecer de él, y regocijarse en verle morir, como los sacerdotes y escribas: otros por curiosidad de ver este espectáculo tan nuevo: y otros por algun conocimiento y amistad que tenian con Cristo, llorando de compasion natural los trabajos que padecia; pero ninguno de estos le seguia para ayudarle á llevar la cruz, ni con deseo de morir con él, al modo que habia dicho [2]: Si alguno quisiere venir en pos de mí, tome su cruz, y sígame. O buen Jesus, dame gracia que te siga, no como esta turba del pueblo, sino como tú quieres ser seguido, abrazando tu cruz para morir contigo en ella.

2. Lo segundo, se ha de considerar, como Cristo

[1] Lucæ 23. 28. [2] Luc. 9. 23.

Digitized by Google

nuestro Señor, en medio de tanto tropel de gente y de tanta ignominia, conservó su divina autoridad; y volviéndose á las mujeres que le seguian y lloraban, les enseñó el modo como habian de llorar con mas perfeccion, diciéndolas: *No querais llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras.* En las cuales palabras no prohibe el llorar su pasion, pues es justo que la lloren todos, sino el modo, llorándola solamente como miseria humana, y con olvido de la causa porque padece, que son nuestros pecados; como quien dice: No lloreis tanto por mí y por lo que padezco, cuanto por vosotros y por vuestros pecados, y por los pecados de vuestros hijos, que son causa de mi pasion. O Maestro soberano, que en medio de tantos trabajos no te olvidas de tu oficio, enséñame á llorar sobre tí, y sobre mí, y sobre mis projimos: sobre tí, llorando lo mucho que padeces por mi causa: sobre mí, llorando lo mucho que pequé contra tí: sobre mis prójimos, llorando sus pecados, al modo que tú muchas veces lloraste por ellos.

3. Lo tercero, ponderaré la infinita caridad de este Señor, que como olvidándose de sus trabajos, quiere que lloremos los nuestros, y los de nuestros prójimos, especialmente los castigos de aquellos que no se aprovechan de su pasion y muerte, para alcanzar perdon de sus pecados. Y para eso nos dice aquella temerosa sentencia: *Si en el madero verde se hace esto, que será en el seco?* Que fué decir: Si á mí, que soy árbol verde y fructuoso, me castiga tan terriblemente la divina Justicia, por los pecados agenos, cómo castigará á los pecadores, que son maderos secos y desaprovechados, por sus pecados propios? Si yo inocente, he sido azotado, abofeteado, espinado y escarnecido, y ahora voy con esta cruz á ser enclavado y ahelcado, que será de los culpados? Qué azotes? qué espinas? qué bofetadas? qué desprecios? qué hiel y tormentos vendrán por ellos cuando sean juzgados? O alma mia, cómo no

Digitized by Google

tiemblas del espantoso castigo que te espera, si eres árbol seco? Si no te mueven á llorar tus pecados, ver lo mucho que tu Dios padece por ellos, muévate siquiera ver lo mucho que tú padecerás, si no te aprovechas de lo que él padeció? Si no despiertas con las voces amorosas de misericordia que dá la sangre de Cristo, vertida con tanto amor, despierta con los clamores de justicia, que dá contra los rebeldes esa misma sangre, derramada con tanto dolor. O Padre eterno, apláquese vuestra ira con lo que padece vuestro Hijo inocente! Satisfágase vuestra justicia con los frutos que produce este árbol de vida; y aunque yo como árbol seco, merezca ser cortado para el fuego del infierno; mas por sus merecimientos os suplico me engirais en él de nuevo, para que lleve frutos dignos de vida eterna. Amen.

Punto sexto.—Lo sexto, se ha de considerar, como segun piamente se cree, la Vírgen santísima, oida la nueva triste de la condenacion de su Hijo á muerte, salió con san Juan y con la Magdalena y otras devotas mujeres en su busca, siguiéndole con excesivo dolor por el rastro de la sangre.

1. Y al tiempo que Cristo nuestro Señor volvió el rostro á las hijas de Jerusalen; levantó sus ojos para ver á su Madre, y la Madre levantó los suyos para ver al Hijo; y encontrándose los ojos de los dos, se penetraron los corazones, y cada uno quedó traspasado de dolor con la vista del otro. O qué cuchillo de dos filos tan agudo penetró el alma de la Vírgen, cuando vió á su amado Hijo con aquella corona de espinas, que su madrastra la sinagoga le habia puesto! Y cuando vió su divino rostro tan desfigurado, su cuerpo tan acorvado con la carga de aquel pesado madero, en medio de dos ladrones, y rodeado de innumerables sayones, que por todas partes le atormentaban! Si las hijas de Jerusalen así lloraban y sentian las penas de Cristo nuestro Señor, no teniéndole mas que por santo, cómo las llora-

Digitized by Google

ria y sentiria la que le tenia por su Hijo y por su Dios?

2. Alzó luego los ojos del ánima al eterno Padre, y vióle en espíritu [1], que estaba allí con el cuchillo y con el fuego para el sacrificio de su Hijo, y con grandes gemidos de corazon, diria [2]: O fuego del amor divino, que nunca dices basta, dí esta vez basta, pues basta lo que mi Hijo ha padecido, para que el mundo quede remediado. O cuchillo de la divina Justicia, entra en tu vaina, pues basta la sangre que has derramado, por paga de las injurias que te han hecho! O Padre eterno, cese el rigor de vuestra justicia contra vuestro Hijo y mio, pues basta lo que ha pagado, para que quede satisfecha! O convertid tambien el cuchillo contra mí, para que yo muera juntamente con él por los pecadores, porque vivir sin él, es para mí muerte, y morir con él, será vida; pero no se haga mi voluntad, sino la vuestra.

O Padre de misericordias! pues por vuestra ordenacion Abrahan fué á ofrecer el sacrificio de su hijo Isaac, sin que su madre lo supiese; porqué quereis que vuestro Hijo sea sacrificado, sabiéndolo su Madre, y asistiendo ella al sacrificio? Nuevo tormento es este del Hijo, y de la Madre; pues porqué quereis que crezcan los tormentos del uno, con la presencia del otro? Mas ya sé, Señor, vuestra costumbre en atormentar mucho á los que mucho amais, para que crezcan mucho en vuestro amor, ó descubran el que os tienen, estimando en mas vuestra voluntad, que la suya, y ofreciéndose á morir por dar vida á los que aman. O Vírgen sacratísima, pues tanto amais á los pecadores, que os ofreceis con vuestro Hijo á morir por ellos, mostrad conmigo el amor que me teneis, en darme á sentir los dolores que sentísteis viendo á vuestro Hijo tan lastimado, para que me ofrezca á morir con él á todo lo terreno, crucificando mi carne por su amor. Amen.

[1] Gen. 22. 6. [2] Prov. 30. 16.

Digitized by Google

Ultimamente consideraré, *como caminando Cristo nuestro Señor en la forma dicha, salió por las puertas de la ciudad, y llegó al monte Calvario.*

3. En lo cual se ha de ponderar, lo que Cristo nuestro Señor sentiria cuando salió de la ciudad de Jerusalen con aquellas insignias de pecador, acordándose como aquella desdichada ciudad le echaba fuera de sí, y por ello seria destruida y asolada, y su pasion seria de provecho para los demás que no tuviesen parte con pertinacia en las traiciones y maldades de ella. O buen Jesus [1], que salís fuera de la ciudad, para que vuestra carne, figurada por la de los antiguos cabrones, sea ofrecida en holocausto por mis pecados! Ayudadme á salir de la perversa ciudad de este mundo, y de la compañía estragada de los mundanos, llevando sobre mis hombros vuestros desprecios, preciándome de ellos, y abrazando con amor vuestros tormentos.

MEDITACION XL.

DE LO SUCEDIDO EN EL MONTE CALVARIO ANTES DE LA CRUCIFIXION.

Punto primero.—Lo primero se ha de considerar, las causas porque Cristo nuestro Señor quiso ser crucificado en el monte Calvario, al medio dia, y en tiempo de tanta solemnidad, pues todo esto tiene misterio, atento que no acaso, sino por su eleccion y voluntad, escogió ser crucificado, y en el modo, tiempo y lugar, con las demás circunstancias del sacrificio [2].

La principal causa fué, para que su crucifixion y muerte por todas partes fuese para él mas penosa, y para nosotros mas provechosa, por los raros ejemplos de virtud que por esta ocasion resplandecieron en ella. Quiso morir en campo raso, para que sus ignominias y tormentos fuesen mas públicas, y pudiesen se[illegible]stas de

[1] Hebr. 13. 11. [2] D. Thom. 3. p. q 46. art. 10. ad 2.

Digitized by Google

todos, pues eran para bien de todos. Quiso que este campo fuese el monte Calvario, donde eran justiciados los malhechores, para que su muerte fuese mas afrentosa, muriendo en el lugar donde eran castigados los hombres por enormes delitos, y para que se entendiese que moria, no tanto por sentencia de la justicia humana, cuanto por sentencia de la divina Justicia, en castigo de los pecados de los verdaderos malhechores, para pagar sus penas, y librarlos de las culpas. Quiso que este lugar se llamase Calvario, por estar lleno de calaveras de los justiciados, lugar hediondo y asqueroso, para que todo esto le causase horror, y se entendiese que su sangre era para salud de vivos y muertos, y para vivificar las almas, y á su tiempo los cuerpos. Quiso tambien ser crucificado al medio dia, para que todos con claridad pudiesen ver su desnudez é ignominia, y lo que padecia por todos con exceso de fervor, significado por el sol de medio dia [1]. Y por esta misma causa escogió morir en dia solemne de Pascua, cuando concurria á Jerusalen innumerable gente; porque llegando sus pasiones á noticia de muchos, fuesen mas afrentosas, y todos pudiesen aprender de la heróica humildad, paciencia y caridad, con que padecia tales cosas, y de tales perseguidores, y con tales circunstancias, cuales nunca en el mundo fueron vistas. Gracias te doy, dulcísimo Redentor, por haber escogido para tu muerte lo peor y mas desechado de la tierra: para entrar en el mundo, escogiste un vil establo, y para salir de él, un infame Calvario: para nacer, escoges un lugar asqueroso, morada de animales; y para morir, tomas otro lleno de calaveras de malhechores. Cuando naciste, concurrió mucha gente á Belen, para que te fuese ocasion de no hallar posada; y cuando mueres, concurre mucha gente á Jerusalen, para que te sea ocasion de mayor infamia. Naciste á media noche, y en ciudad pequeña, para que fue-

[1] D. Tho. 3. p. q. 46. art. 9.

Digitized by Google

se oculto tu nacimiento glorioso; y padeces á medio dia en ciudad muy grande, para que sea manifiesta tu muerte afrentosa. Y pues tu eleccion es siempre acertada, concédeme, Salvador mio, que á imitacion tuya escoja para mí lo peor del mundo, huyendo lo que es honra, y abrazando lo que es deshonra, perseverando en la humillacion hasta la muerte. Amen.

Punto segundo. — *Llegado al monte Calvario, diéronle vino mirrado, mezclado con hiel; y como lo gustase, no quiso beberlo*[1].

1. Aquí se ha de considerar, lo primero[2], la grande crueldad de estos sayones, porque acostumbrando á dar buen vino á los que habian de justiciar para confortar su desmayo, y estando Cristo nuestro Señor afligidísimo, y apretado de sed, por estar muy desangrado, y haber hecho tantos caminos, al tiempo que le hubieron de dar el vino, se lo mezclaron con hiel y mirra amarga, para atormentarle la lengua, boca y estómago, donde no habian llegado los azotes, ni las espinas. Pero Cristo nuestro Señor, aunque sabia el vino que le daban, gustólo, aunque no lo tragó, queriendo gustar aquella amargura, y padecer aquel tormento en su seca lengua, y afligida boca, y pagar de esta manera los deleites sensuales de la gula y embriaguez nuestra, dándonos ejemplo de paciencia cuando en nuestros trabajos no halláremos alivios de los hombres, sino aumento de ellos: y tambien ejemplo de sufrimiento, cuando en nuestra hambre y sed nos faltare lo necesario, ó nos dieren comida desabrida, pues en la suya le dieron hiel[3]. O dulce Jesus, cuán cara te cuesta la paga de nuestras gulas! No se dirá por tí, que los padres comieron la uva aceda, y los hijos padecen la dentera: antes al contrario, tus hijos comimos las uvas amargas, y los agrazones de los pecados, y tú padeces la dentera, gustando las amargu-

[1] Matt. 27. 34. Marc. 15. 23. [2] Prov. 31. 6. [3] Ps. 68. 32. Jer. 31. 29. Ezec. 18. 2.

Digitized by Google

ras y tormentos que merecimos por ellos. Perdona, Redentor mio, las demasías que en este vicio he cometido, y sea salsa de mi comida la memoria de tu hiel [1], para que ni la falta del manjar me aflija, ni su deleite me arrebate.

2. Lo segundo, se ha de considerar los muchos hombres que ahora dan á beber á Cristo nuestro Señor, vino mezclado con hiel, ofreciéndole obras de suyo buenas, con intenciones perversas y circunstancias abominables: Vino con hiel es la doctrina, mezclada con errores: la fe, con malas obras: el celo, con venganza: la limosna, por vanagloria: la oracion, con distracciones voluntarias, y todas las obras de hipocresía. Esta es la uva, que llama Moisés uva de hiel, y el vino que llama hiel de dragones [2], con que los pecadores convidamos á Cristo; pero aunque lo gusta, no lo traga, sino luego lo escupe de la boca, porque le desagrada y ofende sumamente tal modo de bebida. O Rey soberano, cuán diferente comida y bebida me das de la que yo te doy. Tú me das el pan de tu cuerpo santísimo, y el vino saludable de tu preciosísima sangre, mezclado con miel de consolaciones suavísimas: y yo en retorno te vuelvo pan y vino, mezclado con hieles amarguísimas. Perdona, Señor, mi desagradecimiento, y ayúdame con tu divina gracia, para que te ofrezca de hoy mas vino de buenas obras [3], tan puro y oloroso, que te alegre el gustarlo y rumiarlo, y admitirlo en tu corazon, juntándome con él con union de perfecto amor.

Algunos contemplan, que dieron á beber á Cristo nuestro Señor dos veces en llegando al monte Calvario. La primera vez, le dieron vino escogido, que llama san Marcos mirrado y confeccionado, cual solian dar á los que habian de ser crucificados, para que los enagenase de los sentidos, y sintiesen menos el tormento. Y de este dice el evangelista san Marcos, *noluit accipe-*

[1] Thren. 3. 19. [2] Deut. 32. 32. [3] Cantic. 7. 3.

Digitized by Google

re, que no lo quiso recibir. Y por esta causa aquellos crueles soldados con rabia le dieron segunda vez vino, mezclado con hiel; del cual tambien, dice el evangelista san Mateo, que lo gustó, pero no quiso beberlo: y siendo esto así, resplandece la caridad de Cristo nuestro Señor, en no querer tomar el primer vino por no recibir aquel alivio, sino padecer con su sentido entero, y sentir mucho la terribilidad de sus dolores; y en gustar el segundo vino, para sentir su amargura, aunque no lo tragó, por la significacion dicha.

Punto tercero.—Lo tercero se ha de considerar, como para crucificar á Cristo nuestro Señor, primero le desnudaron de todas sus vestiduras, hasta la túnica interior, con gran dolor y afrenta.

Cuatro veces desnudaron á Cristo nuestro Señor en su pasion, en castigo de las muchas que yo me desnudé la vestidura de la gracia, ofendiéndole con mis pecados. La primera, cuando le azotaron. La segunda, cuando le coronaron de espinas para vestirle de púrpura. La tercera, cuando despues le desnudaron la púrpura, y le tornaron á poner sus vestiduras. La cuarta, fué para crucificarle, y esta fué la mas dolorosa y afrentosa, porque es de creer, que la túnica estaria pegada á las carnes llagadas, y quitáronsela con grande crueldad, desollándole, como cuando trasquilan sin tiento á la oveja, y la llevan con las ligeras pedazos del pellejo con la lana. La afrenta que padeció era gravísima, viéndose desnudo del todo en medio de un campo lleno de innumerable gente, burlando y escarneciendo de él los que le miraban. Todo lo cual sufria este pacientísimo Cordero con incomprensible paciencia y humildad, ofreciéndolo al eterno Padre, por la confusion, que nuestros pecados merecian; y dándonos ejemplo de sufrimiento, cuando nos faltare el vestido, y lo demás necesario para el cuerpo, y exhortándanos á la desnudez y pobreza evangélica que habia predicado, y siem-

Digitized by Google

pre desde que nació habia ejercitado. O Salvador mio, cuán á la letra quereis cumplir lo que está escrito [1]: Desnudo salí del vientre de mi Madre, y desnudo tengo de volver á ella. Desnudo nacisteis en el mundo, cubriéndoos luego vuestra Madre con unos viles y pobres pañales; y al tiempo de salir del mundo estuvisteis tambien desnudo de la vestiduras que ella os habia dado, sin que le fuese permitido cubriros con otras. O segundo Adan celestial, cuán caro os ha costado la desnudez del primer Adan terreno, nacida de su desobediencia [2], pues para cubrirla con la vestidura de vuestra gracia, fué menester que Vos estuviéseis desnudo con tanta ignominia. O vino del divino amor, que así embriagaste á este divino Noé [3], reparador del mundo, que le dejaste desnudo, escarnecido y mofado del pueblo que tenia por hijo. Embriágame tambien á mí para que me desnude de todas las cosas terrenas, y siga desnudo al desnudo Jesus, gustando de sus desprecios. Desnudo salí, Salvador mio, del vientre de mi madre, desnudo como Vos quiero volver á él, vuestra desnudez será mi vestidura; vuestra deshonra mi librea: vuestra pobreza será mi riqueza: vuestra confusion mi gloria; y vuestra muerte será mi vida, porque muriendo con Vos, resucitaré á nueva vida con Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLI.

DE LA CRUCIFIXION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Punto primero.—Despues que Cristo nuestro Señor estuvo desnudo [4], habiendo puesto la cruz tendida en la tierra, mandáronle los soldados que se tendiese de espaldas sobre ella, y al mismo punto se tendió, extendiendo sus brazos y piés, para que fuesen enclavados.

[1] Job 1. 21. [2] Genés. 3. 10. [3] Genes. 9. 21. [4] Matth. 27. 35. Marc. 15. 24. Lucæ 23. 34. Joan. 19. 18.

Digitized by Google

1. En lo cual se ha de ponderar, la obediencia excelentísima de este Salvador, la cual resplandeció en oir y obedecer puntualmente á la voz de aquellos crueles sayones, en cosa tan áspera y terrible, como era tenderse sobre aquella durísima cama de la cruz, para ser crucificado en ella, dándome ejemplo de obedecer á mis prelados, aunque sean malos, y de sujetarme á toda humana criatura por su amor, en lo que no fuere contrario á la divina ordenacion. O Adan celestial, que tendiste tus manos [1], no como el Adan terreno, para tomar la fruta del árbol con desobediencia, sino para ser cosidas en otro árbol por obediencia; dame gracia para que yo levante las mias á cumplir tus mandamientos, tendiéndome, si fuere menester, en cama de cruz, para morir en ella por tu amor.

2. Luego ponderaré, lo que haria Cristo nuestro Señor cuando se vió de espaldas sobre aquella dura cama, porque sin duda levantaria los ojos al cielo, y daria gracias al eterno Padre [2], porque á tal tiempo le habia traido, y con grande voluntad se ofreceria á ser sacrificado sobre aquel altar, con sacrificio sangriento por nuestros pecados; y así como el obediente Isaac se dejó atar de su propio padre, y por su mano fué puesto encima del altar y de la leña, y allí estaba esperando el golpe de la espada; así nuestro dulce Jesus estaba sobre el madero de la cruz, atado con los cordeles del amor, esperando el golpe del martillo y clavo. O Padre eterno, pues tanto os agradó el rendimiento y obediencia de Isaac, que enviásteis del cielo un ángel para que detuviese la mano de Abrahan, y no le hiriese con la espada, contentaos si es posible, con el rendimiento de este benditísimo Isaac, tendido sobre este altar de la cruz, y enviad otro ángel que detenga las manos de estos sayones, para que no enclaven las de vuestro Hijo. Bastantes muestras ha dado de su excelentísima

[1] Psal. 118. 48. [2] Genes. 22. 9.

Digitized by Google

obediencia, contentaos con tan generosa voluntad, sin que llegue á ponerse en obra. Pero ya veo, Señor, que vuestras obras y las de vuestro Hijo son perfectas, y así ambos quereis que sea perfecto el sacrificio, para que sea copiosa nuestra redencion. Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico me deis gracia, para que yo os ofrezca un sacrificio de mí mismo, entero, perfecto y agradable á vuestra Majestad.

Punto segundo.—Tendido Cristo nuestro Señor en la cruz, tomaron los soldados la una mano, y con un clavo grande y grueso la enclavaron con muy grandes golpes, y luego al otro lado enclavaron la otra; y de la misma manera le enclavaron el uno y otro pié con uno ó dos clavos, vertiendo arroyos de sangre por las cuatro heridas.

1. Sobre este paso tengo de considerar, primeramente, el terrible dolor que sintió Cristo nuestro Señor con estas crueles heridas, por ser en las partes mas nerviosas, y en cuerpo tan delicado. Si tanto siento yo la picadura de una aguja, cuánto sentiria este delicadísimo Señor ser traspasado con tan agudos clavos, rompiéndole venas, atravesándole nervios, y rasgándole sus delicadas carnes? O cuán bien te cuadra, Dios mio, el nombre que te puso Isaías[1], llamándote Varon de dolores, pues jamás hubo dolor en esta vida que igualase al tuyo. O manos sacratísimas, en las cuales está escondida la fortaleza de Dios[2], quién os ha enclavado en los brazos de la cruz, y esmaltado con las cabezas de sus clavos? O piés sacratísimos[3], de cuya presencia sale el demonio huyendo como vencido, quién os ha cosido con ese duro madero? O dulce Jesus, qué llagas son esas que teneis en medio de vuestras manos y de vuestros piés? Quién ha dado atrevimiento al martillo y á los clavos para traspasarlos, siendo Vos su criador? Mis pecados sin duda son la causa de todo esto,

[1] Isai. 53. 3. [2] Abac. 3. 4. [3] Zach. 13. 6.

Digitized by Google

los que yo cometí con las manos de mis malas obras, y con los piés de mis malos afectos, llagando ellos con mi alma, y afligiéndoos mas con estas llagas, que con las que recibís en vuestro cuerpo. O Padre eterno, mirad estas llagas y dolores de vuestro Hijo, las cuales os está ofreciendo para remedio de las mias! Aceptad su ofrenda, y curadme de ellas, pues ordenásteis las llagas del Hijo inocente [1], para dar salud á todos los que estaban por sus culpas llagados.

2. Lo segundo, consideraré otro terrible dolor que padeció Cristo nuestro Señor en esta crucifixion, porque enclavada la una mano, se encogieron los nervios; y cuando quisieron enclavarle la otra, no llegaba al lugar donde estaba hecho el taladro: y para que llegase, estiráronle tan fuertemente, que casi le desencajaron los huesos; y por esta causa dijo de sí en el salmo [2]: *Foderunt manus meas, et pedes meos, et dinumeraverunt omnia ossa mea.* Cavaron y agujerearon mis manos y mis piés, y contaron todos mis huesos; esto es, mis miembros estuvieron tan extendidos en la cruz, y mi carne tan flaca y consumida, que pudieron contar los huesos que tenia. Este dolor fué de los mas terribles que padeció Cristo nuestro Señor en su pasion, porque aunque no le quebraron ningun hueso, como dice la Escritura [3], pero aquella extension y desencajamiento ó descoyuntamiento fué dolorosísimo, y ofrecióle este Señor en satisfaccion de los pecados que cometieron los miembros de su Iglesia, por la desunion y falta de concordia y caridad. O Salvador de mi alma, ahora quiero decir lo que dijo David [4]: Todos mis huesos dirán, Señor, quién es semejante á tí! O si mis huesos se convirtiesen en lenguas para alabarte por el dolor que padeciste en los tuyos! Quién jamás fué semejante á tí en los dolores y tormentos, y en las ignominias y desprecios que padeciste en la cruz? Ninguno puede igua-

[1] Isai. 53. 5. [2] Psal. 21. 18. [3] Joan. 19. 36. [4] Psal. 34. 10.

Digitized by Google

larse con las grandezas de tu divinidad, ni tampoco se igualará con las bajezas, mezcladas con admirables virtudes, de tu sacratísima humanidad. O si supiese contar tus huesos, que son las virtudes interiores, cubiertas con esa dolorosa figura que tienes en la cruz, para imitarte en ellas! Concédenos, ó buen Jesus, por este dolor, que los huesos de tu Iglesia, que son los prelados y varones perfectos, vivan unidos entre sí, y con la demás gente flaca, que es la carne de tu cuerpo místico, trabados con union de caridad, para que todos á una te glorifiquemos, y nuestras obras estén predicando tus grandezas, diciendo: Señor, quién será semejante á tí en el poder, pues así puedes unir tan diferentes voluntades con tal union de amor?

3. Lo tercero, se puede ponderar el dolor grande que sentiria la Vírgen nuestra Señora cuando oyese los golpes del martillo, al tiempo que enclavaban á su Hijo, porque un mismo golpe penetraba con el clavo la mano ó el pié del Hijo, y traspasaba tambien con agudo dolor el corazon de la Madre. O Vírgen soberana, si á vuestro Hijo cuadra bien el nombre de Varon de dolores, á Vos tambien os cuadra otro semejante, llamándoos Mujer de dolores, pues con verdad podiais decir á todos los que estaban en aquel monte y pasaban por aquel camino[1], atended, y mirad si hay dolor semejante al mio. O si estas martilladas traspasasen tambien mi corazon como el vuestro! O si los oidos de mi alma estuviesen siempre abiertos para oir los golpes del martillo de Dios, que es su santa inspiracion, quebrantando con dolor mi duro corazon por haber ofendido al que con tan cruel martillo por mi causa es golpeado.

Punto tercero. — Despues de clavado Cristo nuestro Señor, levantaron los soldados la cruz en alto; y es de creer, que la dejaron caer de golpe en el hoyo, que para esto estaba hecho, estremeciéndose todo el cuerpo con gravísimo dolor.

[1] Thren. 1. 12.

Digitized by Google

1. Levántate, ó alma mia, en alto con tu Señor, y levanta los sentidos y afectos de tu corazon para enclavarlos con él en la cruz. Mira lo primero, el dolor, la vergüenza y afliccion que sintió tu dulce Jesus, cuando se vió en alto á la vergüenza á vista de tanta gente, desnudo, afrentado, y hecho señal de oprobio, cargado de inmensos dolores por todas las partes de su cuerpo: mira como la cabeza no tiene donde reclinarse, porque si se reclina en la cruz, se le hincan mas las espinas; las manos se le están rasgando con los clavos, por el peso del cuerpo que tira de ellos: las heridas de los piés se van abriendo y dilatando con la carga del cuerpo que estriba en ellos. Y viendo á tu Señor tan rasgado con tormentos por tus pecados, rasga tu corazon de dolor por haberlos cometido.

2. Mira luego aquellos cuatro arroyos de sangre que salen de las cuatro llagas, como cuatro rios[1], que salen del paraiso, para regar y fertilizar la tierra del corazon humano: llégate cerca de estos arroyos con el espíritu, gusta la dulzura de esta sangre derramada con tanto amor y dolor, y lávate con ella, para que quedes limpio de tus culpas, como los que lavaron[2] y blanquearon sus estolas en la sangre del Cordero. O Sangre preciosísima, lávame, purifícame, enciéndeme y embriágame con el exceso de amor con que fuiste derramada, y penétrame con el exceso de dolor con que fuíste sacada de las venas de mi Señor.

3. Tambien abre tu oido, para oir los clamores y alaridos que los enemigos de Cristo levantaron cuando le vieron levantado en la cruz, gozándose de verle tan desfigurado y afligido, y sin esperanza alguna de vivir. Oye tambien los clamores y llantos dolorosísimos que levantarian las hijas de Jerusalen cuando viesen aquel doloroso espectáculo; y especialmente los suspiros y gemidos vehementes de las mujeres devotas

[1] Genes. 2. 10. [2] Apoc. 7. 14.

Digitized by Google

que allí estaban. O cuán atormentados estaban vuestros oidos, dulcísimo Jesus, con los alaridos de vuestros enemigos, y con los llantos de vuestros amigos! Si los amigos de Job, cuando levantaron los ojos á mirarle, como le vieron en un muladar, cubierto de llagas, apenas le conocieron, y levantando el grito llorando amargamente, rasgando sus vestiduras, y cubriendo con polvo sus cabezas, y así estuvieron siete dias sin atreverse á hablarle palabra[1]: *Quia videbant dolorem esse vehementem*, porque veian su dolor ser vehemente; qué harian vuestros amigos cuando levantaron los ojos, y os vieron en ese horrible lecho, cubierto de llagas de piés á cabeza, muy mas terribles y dolorosas que las de Job? Apenas os conocieron, segun estabais desfigurado, levantaron el grito con amargo llanto, rasgaron sus entrañas con la fuerza de su dolor, cubriéndose de polvo con la vergüenza de vuestra desnudez, y quedaron enmudecidos y pasmados, sin saber que poder deciros, viendo que vuestro dolor era vehemente. O quién me diese un sentimiento tan grande como este; pues tengo mucha mas razon de sentir vuestros dolores, que tuvieron los amigos de Job, para sentir los suyos, porque Job no padecia por los pecados de sus amigos, y Vos, Salvador mio, padeceis por los nuestros! Y si el dolor de Job era vehemente, el vuestro era vehementísimo, pues aquel no perdió la vida con la fuerza de su dolor, y Vos la perdísteis cruelmente con la fuerza del vuestro. Llora, pues, ó alma mia, los dolores de tu Señor, rasga tu corazon de pena, cubre tu cabeza con polvo y ceniza, haciendo penitencia de tus pecados: y aunque la lengua no sepa, ó no pueda hablar, tu corazon medite y rumie sus vehementísimos dolores y desprecios, no solo por siete dias, sino por todos los dias de tu vida, haciendo tu morada á los piés de la cruz.

[1] Job. 2. 13.

Digitized by Google

4. Finalmente, se ha de considerar el dolor que la Vírgen santísima padeció en aquella primera vista de su Hijo, porque en encontrándose los ojos de Cristo, y de su Madre, ambos quedarian eclipsados con suma tristeza: la Madre quedó espiritualmente crucificada con la vista del Hijo; y el Hijo nuevamente afligido con la vista de su Madre: y callando ambos, por la vehemencia del dolor, el corazon de cada uno se ocupaba en sentir los dolores que padecia el otro, doliéndose mas por ellos que por los propios. Ponte, pues, ó alma mia, entre estos dos crucificados, y levanta los ojos á ver al Hijo crucificado con clavos de hierro, y luego bájalos á ver á la Madre crucificada con clavos de dolor y compasion, y suplícales que repartan contigo de su dolores, de modo, que tú tambien estés crucificada con ellos por verdadera imitacion. Lo que pertenece á este paso se ha de ponderar mas, por lo que se dijo en la meditacion fundamental, punto octavo.

MEDITACION XLII.

DE LOS MISTÉRIOS QUE ESTÁN ENCERRADOS EN CRISTO CRUCIFICADO.

Punto primero.—Puesto á los piés de la cruz[1], y levantando los ojos del alma al que está puesto en ella, para conocer y penetrar todo lo que allí hace y representa, tengo de considerar.

1. Lo primero, quién es el que está allí crucificado, ponderando el motivo que hubo para ello de su parte, que fué su sola bondad y misericordia, y de la nuestra que fué el remedio de nuestra miseria. Levanta, pues, ó alma mia, tus ojos desde la cruz al cielo, y desde aquel trono de ignominia que está en el monte Calvario, al trono de gloria que está en el cielo empíreo; y considera la infinita majestad de aquel Señor que está cru-

[1] D. Thom. 3. p. q. 46. art. 6.

Digitized by Google

cificado como es Dios eterno é inmenso, cuya silla es el cielo, y la tierra es estrado de sus piés; el cual está sentado sobre los querubines, y anda sobre las plumas de las vientos. Es sumamente sabio y todopoderoso, por quien fueron criadas todas las cosas del cielo y de la tierra, ángeles y hombres. Y como dice Isaías: Sustenta con tres dedos la redondez de la tierra, porque con su bondad, sabiduría y omnipotencia la conserva.

2. Y despues que hubieres considerado esto, baja tus ojos á mirar la extremada bajeza y miseria de que esta divina Persona está vestida en la cruz, ponderando como su afligido cuerpo está sustentado con otro ternario de tres agudos clavos que le tienen asido en aquel madero, sin poderse menear de una parte á otra; los cuales de tal manera sustentan la carga de su cuerpo, que le atormentan con gran dolor, y le atormentarán hasta quitarle la vida. Y haciendo comparacion de lo que esta divina Persona tiene en estos dos tronos, quedarás admirado y pasmado de que tanta grandeza haya venido á tanta bajeza: y cubriendo como los serafines lo alto y lo bajo de tu Redentor por no alcanzarlo, dirás con grande afecto[1]: Santo, Santo, Santo eres, Señor Dios de los ejércitos: tres veces eres santo, por los tres dedos con que sustentas el mundo; y tres veces santo, por los tres clavos que sustentan tu cuerpo en la cruz; y mucho mas por otros tres con que tú mismo te has clavado en ella: uno de amor á los hombres, otro de obediencia á tu eterno Padre, y otro de celo por su gloria, y de nuestro bien, los cuales te tienen asido mas fuertemente que los de acero. Gracias te doy, Redentor soberano, por este amor, obediencia y celo con que estás fijado en tu cruz. Suplícote, Señor, que me claves con esos mismos clavos en ella, de modo que siempre te ame mas que á mí; y obedezca á tu voluntad, sin hacer caso de la mia; y cele tu honra y mi salvacion eterna, sin cui-

[1] Isai 6. 3.

Digitized by Google

dar mucho de lo que presto se pasa [1]. Y si estos clavos no me tuvieren bien fijo, enclava, Señor, mis carnes con los clavos del temor, haciendo que tema tus ocultos juicios, tu rigurosa justicia, y mi eterna condenacion, de modo que me libres de ella. Amen.

Punto segundo. —Lo segundo tengo de considerar, como este Señor que está en la cruz, es aquel gran Sacerdote, segun el órden de Melchisedech [2], supremo Pontífice de la Iglesia, escogido y llamado de Dios con mas excelencia que Aaron [3], príncipe de los pastores, y obispo vigilantísimo de nuestras almas; el cual subió á la cruz para ofrecer un sacrificio sangriento, el mas excelente que jamás se ofreció en la tierra.

Las insignias de este sumo Sacerdote son dolorosas y afrentosas, pero misteriosas. Por mitra tiene una corona de espinas, fija en su cabeza, porque es cabeza perpétua de la Iglesia, y sacerdote eterno, que nunca se ha de acabar. El báculo pastoral, es la cruz. Los anillos son los clavos de las manos. La vestidura sacerdotal de varios colores, es su carne, labrada con varios cardenales y llagas causadas de los azotes. De esta manera entró nuestro buen Jesus una sola vez en el Sancta Sanctorum á ofrecer sacrificio [4], no de animales, sino de sí mismo; no por sí mismo, sino por nosotros; no sacrificio comun que se divida, sino holocausto que todo se abrase con fuego de dolor y con fuego de amor, derramando toda su sangre en remision de nuestros pecados, hasta quedar muerto y consumido en la cruz. O sumo Sacerdote, cuán caro te cuesta aplacar la ira de Dios contra nosotros, pues no te contentas con ofrecer carne y sangre de animales, sino tu propia carne y sangre unidas con tu divinidad, y apartadas entre sí con excesiva crueldad! Necesaria era tal ofrenda como la tuya para satisfacer de justicia por tal ofensa como la nuestra! Menester era que fuese Dios el sacerdote y el sacrificio,

[1] Psal. 118. 120. [2] Hebr. 6. 20. [3] 1. Petr. 3. 4. et. 2. 25. [4] Hebr. 9. 12.

Digitized by Google

para que Dios quedase del todo contento y aplacado. Qué te daré, ó supremo Pontífice y pastor de mi alma, por este sacrificio que estás ofreciendo en la cruz por ella? Deseo asistir á este tu sacrificio sangriento, y ofrecerte un sacrificio de mi corazon contrito y humillado: contrito, por los pecados que cometí contra tí; y humillado, por ver los dolores y afrentas que padeces por mí. Y demás de esto [1], te ofreceré otro sacrificio de alabanza por lo mucho que haces por mi salud, con propósito de hacer lo posible por tu servicio. Acepta, Señor, estos sacrificios, vísteme de las insignias de tu sacerdocio, y házme semejante á tí en lo mucho que padeces por mí.

Punto tercero. — Lo tercero, tengo de mirar á Jesucristo crucificado, como á doctor y maestro, enviado por el eterno Padre al mundo, para enseñarnos los caminos de la verdad y virtud, y las sendas de la santidad y perfeccion; el cual habiéndolas enseñado por palabra y obra en los treinta y tres años de su vida, al fin de ella se sube á la cátedra de la cruz, y allí hace un epílogo de todo cuanto ha enseñado con excelentísima perfeccion: porque así como cuando comenzó á predicar se subió á un monte, sentándose con sus discípulos, abrió su boca, y les predicó las ocho bienaventuranzas, que son ocho actos heróicos de virtud en que se funda la perfeccion evángelica [2]; así ahora sube al monte Calvario, y puesto en la cruz platica estas mismas virtudes, con la mayor excelencia que jamás las ejercitó, al modo que se dijo en el punto sexto de la meditacion fundamental. Y habiendo ponderado su pobreza, humildad, y las demás, se ha de imaginar, que Dios nuestro Señor me dice aquellas palabras que dijo á Moisés [3]: Mira y obra segun el ejemplar que se te ha mostrado en el monte; esto es, mira el ejemplo de virtudes que mi Hijo te ha dado en el monte Calvario, y obra segun ellas, aprendiendo la leccion que te ha leido. Pon-

[1] Psal. 49. 14. [2] Matth. 5. 1. [3] Exod. 25. 40.

Digitized by Google

te, pues ó alma mia, á los piés de la cruz, y oye con atencion la leccion que está leyendo Cristo crucificado: y pues le cuesta tanto el leerla, no seas perezosa en oirla y repetirla: imprímela en tu corazon, y ponla luego por obra, con tantas veras, que puedas decir con el Apóstol [1]: No me precio de saber otra cosa entre los hombres, sinó á Cristo, y este crucificado. O Maestro soberano, que dijiste [2]: Si yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mí: trae mi memoria, para que piense siempre lo que ahí me enseñas; y mi entendimiento, para que lo penetre; y mi voluntad, para que lo ame; y todo mi espíritu, para que lo imite! O Vírgen sacratísima, y discípulo amado del Señor, que estando al pié de la cruz oísteis esta soberana leccion y os aprovechasteis altamente de ella, suplicad á este soberano Maestro la estampe en mi corazon, como la estampó en el vuestro. Amen.

Punto cuarto.—Luego tengo de considerar, como el que está en la cruz es el Señor de los ejércitos, el Dios de las batallas y de las venganzas, capitan y guerrero fortísimo; el cual en el campo raso del monte Calvario presenta la batalla á las potestades del infierno y á los príncipes de este mundo, y pelea contra ellos, y allí los vence, destruyendo el reino del pecado. Las armas con que pelea son la cruz, clavos y espinas, y los demás instrumentos de sus dolores é ignominias; con los cuales, quebrantando y desmenuzando su sacratísimo cuerpo, quebranta la cabeza de la serpiente que engañó á nuestros primeros padres, y por ellos introdujo en el mundo el pecado original, cuyo perdon nos alcanzó en la cruz. Y demás de esto quebrantó las siete cabezas del dragon vermejo [3], que son los siete vicios capitales que nacieron de este pecado original: quebrantó la soberbia con sus ignominias y desprecios, sufridos con profundísima humildad: venció la gula, gustando la hiel y vinagre

[1] 1. Cor. 2. 2. [2] Joan. 12. 32. [3] Genes. 3. 15. Apoc. 12. 3.

Digitized by Google

que le dieron para refrigerar su sed: rindió los deleites de la lujuria, con los terribles dolores que padeció en todos los miembros de su cuerpo: destruyó la avaricia con su extremada pobreza y desnudez: sujetó la ira, con su heróica mansedumbre y paciencia: venció la envidia, con los excelentes actos de caridad que ejercitó para nuestro bien. Finalmente, destruyó la pereza, con el fervor que mostró en toda la obra de nuestra redencion.

De esta manera nuestro buen Jesus, tomando forma de serpiente en la cruz, peleó como la serpiente de Moisés con las serpientes de los Magos[1], y las tragó, tragando y deshaciendo todos los pecados que infeccionan el mundo; y como Gedeon[2], quebrantando el cántaro que tenia en su mano, con el resplandor de la lámpara que estaba dentro de él, espantó y venció á los medianitas; así nuestro Capitan, quebrantado su cuerpo con los trabajos de la pasion, con el resplandor de las virtudes que de él salieron, venció los vicios y desbarató los poderes del infierno. Y este gran Dios de las venganzas, vengando en su cuerpo las injurias hechas contra su Padre, tomó venganza de sus enemigos, y los puso debajo de sus piés, enseñándome á mí el modo de vengar en mí mismo las injurias que hice á Dios, y el modo de vencer al demonio, mundo y carne, y á los vicios que hacen guerra contra mi espíritu. O Guerrero fortísimo, que derramando tu propia sangre vences á los demonios y destruyes el reino del pecado y los vicios que asuelan el mundo, enséñame á pelear como peleaste, para que venza como venciste! Dame corazon varonil, para que yo tambien, como los soldados de Gedeon, quebrante con penitencias el cántaro de mi cuerpo, y resplandezca en mí la luz de las virtudes, de modo que huyan mis enemigos y alcance victoria de ellos. O Dios de las venganzas, enséñame á tomar venganza de mí

[1] Exod. 7. 12. [2] Judic. 7. 20.

Digitized by Google

mismo, porque te ofendí, pues si de mí me vengo, triunfaré de mis enemigos por la sangre de tu Hijo, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLIII.

DEL TÍTULO DE LA CRUZ DE CRISTO Y DE LAS CAUSAS MISTERIOSAS DE SU PASION QUE EN ÉL SE ENCIERRAN.

PUNTO PRIMERO.—*Pusieron sobre la cruz un título que decia*[1]: *Jesus Nazareno, Rey de los judíos; y estaba esto con letras hebreas, griegas y latinas.*

Sobre este título se han de considerar las cuatro palabras que tiene: en las cuales, como dice san Marcos, se contenia la causa de Cristo; esto es, la causa porque le habian puesto en la cruz, no solamente la causa que tuvo Pilatos, sino principalmente la que tuvo el Padre eterno para decretarlo y permitirlo.

JESUS.—1. La primera palabra del título, es, *Jesus*, que quiere decir Salvador, porque vino á salvar el mundo, y á librarle de los pecados que tenia, y de las penas que por ellos merecia. Y esta fué la primera causa de ser crucificado, para que con su muerte y con el derramamiento de su sangre, acabase la obra de nuestra redencion. Este nombre se le puso en la circuncision, tomando posesion del oficio de Salvador, con la poca sangre que allí derramó. Mas ahora se le pone encima de la cruz, como título de su pasion, porque acaba y perfecciona todo lo que pertenece á este oficio, con el derramamiento de toda su sangre. Pues como dice san Pablo[2]: *Sine sanguinis effusione, non sit remissio.* Sin derramamiento de sangre, no hay redencion de pecados, ni salvacion. O dulcísimo Jesus, cuán caro os cuesta el oficio de Salvador, pues para salvarnos dais el precio de vuestra sangre, derramándola liberalmente, no una parte, sino toda, no poco á poco, sino á

[1] Matth. 27. 37. Marc. 15. 26. Luc. 23. 38. Joan. 19. 19. [2] Heb. 9. 22.

Digitized by Google

borbollones, virtiéndola por las llagas de vuestros piés y manos! O nombre suavísimo de Jesus, cuán bien os cuadra ahora ser como óleo derramado[1], pues derramando la sangre, haceis de ella óleo que cure nuestras llagas, y sane las dolencias de nuestras culpas! O liberalísimo Jesus, sed para mí Jesus, ejercitad conmigo el oficio de Salvador: sed para mí óleo que me cure, medicina que me sane, y ungüento olorosísimo que me conforte, aplicándome los frutos de vuestra redencion.

NAZARENUS.—2. La segunda palabra, es, *Nazareno*, que quiere decir florido: en la cual se denota la segunda causa de haber subido Jesus al árbol de la cruz, para brotar en ella las flores excelentísimas de las virtudes que allí ejercitó para nuestra enseñanza y ejemplo: flores fueron su pobreza y obediencia, su mansedumbre y humildad, su paciencia y caridad. O Jesus Nazareno, cuán florido estais en esa cruz! Toda la vida fuisteis muy florido; pero mucho mas lo estais al fin de ella. Bien podeis decir á vuestra esposa la Iglesia[2], nuestro lecho está florido, porque el lecho de la cruz está lleno de las flores olorosísimas que brotais en ella[3]. Admitidme, Señor, en ese lecho vuestro, aunque sea estrecho, que bien cabrémos los dos; pues Vos dijísteis[4]: A donde yo estoy, ahí estará el que me sirviere. O quién estuviese con Vos en la cruz, oliendo las flores que en ella brotásteis, y alentándose á brotar otras como ellas.

§. Tambien Nazareno, quiere decir lo mismo que santo; en lo cual se denota, que este Señor que está en la cruz, es Santo de todos los santos, y que muere no por culpas suyas, sino por las agenas, para librar á los hombres de ellas y hacerlos santos, cumpliéndose lo que está escrito[5]: Que en la cruz justificaria á muchos, quitando de ellos sus maldades, y pagan-

[1] Cantic. 1. 2. [2] Cantic. 1. 15. [3] Isai. 28. 20. [4] Joan. 12. 26. [5] Isai. 53. 11.

Digitized by Google

do las penas que debian por ellas. Y estos son frutos que nacen de aquellas flores, los cuales produce nuestro buen Jesus en su muerte [1]; porque el grano de trigo que cae en la tierra, si muere, lleva mucho fruto. O árbol florido y frutuoso [2], quién pudiese sentarse á tu sombra, y comer de tu dulce fruto hasta hartarse! O dulce Jesus, que dijiste [3]: Subiré á la palma, y cogeré los frutos de ella! Dame gracia que suba contigo á la palma de la cruz, y goce de los frutos que por ella produjiste, para que imitando tus virtudes, alcance la palma de la gloria que se merece por ellas. Amen.

Rex. — 3. La otra palabra del título es, Rey; en la cual se significa la causa porque Pilatos condenó á Cristo á ser crucificado: es á saber, porque los judíos le acusaban de que era su rey; y es así, que era rey, no temporal, sino celestial y eterno, cuyo reino comenzó con estabilidad desde la cruz, porque escrito está [4]: *Regnavit à ligno Deus*, que Dios reinaría desde el madero; porque como el reino del pecado comenzó en un árbol, por la desobediencia del primer Adan: así el reino de Dios comenzó en otro árbol, por la obediencia de Cristo, que murió en él. De donde sacaré, que si quiero reinar con Cristo ha de comenzar mi reinado desde la cruz, crucificando en ella mi hombre viejo, y destruyendo el cuerpo del pecado, porque los reinos de la tierra gózanse viviendo, pero el de Cristo muriendo. O Rey eterno, cuya corona y trono son eternos, y por eso la corona penetra vuestra cabeza con espinas, y en vuestro trono estais clavado con duros clavos, derramando por las heridas vuestra sangre, para conquistar con ella el reino que habeis prometido á vuestros vasallos [5], pues sois tan poderoso, que sentado en vuestro trono, con una sencilla vista destruís todo lo malo, destruid en mí todo lo que os ofende, para que entre con Vos á gozar de vuestro reino. Amen.

[1] Joan. 12. 24. [2] Cantic 2. 3. [3] Cantic. 7. 8. [4] Eccl. ex Psal. 95. 10. [5] Prov. 20. 8.

Digitized by Google

JUDÆORUM.—La última palabra del título, es, Rey de los judíos: y aunque ellos no le quisieron recibir, y por esto pidieron que fuese crucificado; pero no por eso dejó de ser Rey, enviado por el eterno Padre, para que reinase en ellos, y en todos aquellos que tuviesen la significacion de su nombre, que es confesar con verdadera confesion lo que Dios ha revelado, glorificándole por ello. Y á esta causa el nombre se escribió con letras hebreas, griegas y latinas, para que todas las naciones del mundo, significadas por estas tres lenguas, conozcan á este Rey, y le adoren; y toda lengua, como dice san Pablo [1], confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. O Hijo de Dios vivo, yo confieso que te cuadra muy bien este glorioso título, porque tú solo, y no otro, eres Jesus Nazareno, Rey de los judíos! O si todo el mundo leyese este título y le admitiese, y todos te confesasen por su Rey y Salvador! O título soberano, en quien están cifrados todos los títulos que tengo para negociar mi salvacion! Por este título serán oidas mis oraciones, cumplidos mis deseos, y remediadas todas mis necesidades. O Padre eterno, reconoce este título, que está escrito sobre la cruz de tu Hijo; y pues es título del reino que compró para mí, admíteme dentro de él, para que reine contigo por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—*Habiendo muchos leido este título, los pontífices de los judíos dijeron á Pilatos: No quieras escribir Rey de los judíos, sino el dijo: Rey soy de los judíos.*

1. Sobre este punto puedo considerar tres suertes de personas que leyeron este título de la cruz de Cristo en el monte Calvario. La primera fué de los pontífices y fariseos, y otros mal intencionados y enemigos de Cristo nuestro Señor; los cuales tuvieron el título por falso y quisieron enmendarle. Estos son figura de los herejes

[1] Philip. 2. 11.

Digitized by Google

y de los demás infieles que oyen y leen los libros sagrados, y los títulos y obras de la divinidad y humanidad de Cristo, y niegan muchas de ellas, y las quieren enmendar por su antojo y errado parecer.

2. Otros leyeron el mismo título por curiosidad, como es de costumbre en tales cosas; pero no hicieron caso de él, ni le entendieron, ni penetraron el misterio que encerraba; y estos son figura de aquellos que oyen y leen las cosas de Cristo nuestro Señor, y las creen á bulto, y sin ahondar ni penetrar los misterios que en sí encierran, y así no sacan provecho de ellas.

3. Otros hubo en el monte Calvario, como fué la Vírgen sacratísima y el evangelista san Juan, los cuales leyeron el título con devocion, y le entendieron, y penetraron los misterios que encerraba, venerándolos con grande afecto de su corazon; y estos son figura de los que leen los libros sagrados y las verdades de nuestra fe, y procuran meditarlas y rumiarlas con devocion y espíritu para su propio provecho. A los cuales tengo yo de imitar, suplicando á la Vírgen santísima y al glorioso san Juan, me alcancen la luz y espíritu con que leyeron y penetraron este título, para que con la misma lea yo, y penetre las verdades que la fe me enseña de Cristo mi Salvador[1]; pues mi vida eterna consiste en conocerle, amarle y servirle para siempre.

Punto tercero.—*Respondióles Pilatos: Quod scripsi, scripsi, lo que escribí, escribí.*

Esta palabra dijo este presidente, movido por divina inspiracion, para que se entendiese que era verdad lo que el título contenia, y que por ninguna humana razon ni persuasion se habia de mudar; y así será, que lo que está escrito en este título y en la divina Escritura, para siempre estará escrito, y no se mudará ni faltará, por mas que contra ello hagan los enemigos

[1] Joan. 17. 3.

Digitized by Google

de la fe. De donde tambien tengo de aprender á tener firmeza en lo bueno que he propuesto y determinado por seguir á Cristo: y si el demonio ó el mundo ó la carne me quisieren apartar de ello con tentaciones, tengo de responderles: Lo que escribí, escribí: lo que determiné, determiné, y no volveré atrás un punto, ni borraré lo que escribí, ni mudaré lo que una vez determiné. O Salvador del mundo, pues tan amigo eres de firmeza, que no consentiste que se mudase una letra de este título, suplícote me hagas tan constante en tu servicio, que nunca persuasion de mis enemigos baste á derribarme de él. Amen.

MEDITACION XLIV.

DE LA PARTICION DE LAS VESTIDURAS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Y DE LOS ESCARNIOS QUE PADECIÓ EN LA CRUZ.

Punto primero.—*Despues que los soldados crucificaron á Jesus* [1], *tomaron sus vestiduras, y partiéronlas en cuatro partes, tomando cada uno la suya.*

Sobre esta particion se han de considerar las causas y los misterios que están encerrados en ella.

1. De parte de los cuatro soldados, que fueron los cuatro verdugos que crucificaron al Señor, la causa fué su codicia; porque como era gente vil, cada uno quiso llevar su pieza de la vestidura, echando suertes sobre cual pieza cabria á cada uno; y tambien la descosieron y dividieron á vista de Cristo, por escarnecer de él; como quien dice: Ya no tendréis mas necesidad de vestiduras. Y cuando las partian, quizá diria alguno: Rasguemos las vestiduras de este blasfemo, pues no quiso él rasgárselas; por las blasfemias que dijo contra Dios. De esta manera estaban allí atormentando los ojos y oidos de nuestro buen Jesus. O sagradas vestiduras [2], de las cuales salia virtud para sanar todas las enferme-

[1] Matth. 27. 35. Lucæ 27. 34. Joan. 19. 23. [2] Luc. 6. 19.

Digitized by Google

dades de los que las tocaban, cómo habeis venido á manos de gente tan profana? La humildad del que os trajo vestidas, es causa de vuestra humillacion, para curar con ella mi soberbia en el vestido. Concededme, Señor, esta humildad, para que lleve de buena gana cualquier injuria que hiciere á cosas mias.

2. La segunda causa misteriosa, fué de parte de Cristo nuestro Señor; el cual para dar ejemplo de perfectísima pobreza evangélica, no se contentó con estar desnudo en la cruz, sino quiso tambien enagenarse de sus vestidos, que era toda la hacienda que tenia, de modo que ni le quedase el uso, ni el dominio ó propiedad de ellos, traspasándole en aquellos pobres soldados y crueles enemigos. De donde sacaré un entrañable deseo de cumplir en el modo que mejor pudiere lo que dijo este Señor [1]: Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dalo á los pobres y sígueme: y el que no renuncia todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.

3. La tercera causa, fué para mostrar su inmensa caridad y liberalidad en dar cuanto tenia á los hombres, cuerpo y sangre y hacienda, y en especial para significar, que todos los hombres de cualquiera de las cuatro partes del mundo que viniesen á él, podrian tener parte en las vestiduras de su gracia, caridad y virtudes, para que se vistiesen y adornasen con ellas; y que como estos cuatro soldados que le crucificaron tuvieron derecho á estas vestiduras, que estaban teñidas con su sangre: así los pecadores, que con sus pecados le crucifican dentro de sí mismos, tienen derecho á pedir estas vestiduras de las virtudes, no por sus merecimientos, sino por la sangre del mismo Jesucristo que anda junta con ellas. O dulcísimo Jesus, gracias te doy por tu infinita liberalidad, con la cual te dignas vestir con tu preciosa vestidura al mismo que te crucifica con tanta deshonra! Pésame de la parte que he tenido en tu

[1] Matth. 19. 21.

Digitized by Google

crucifixion; mas pues eres tan liberal, dame parte en tus sagradas vestiduras, repartiendo conmigo tus soberanas virtudes.

PUNTO SEGUNDO.—*La túnica era inconsutil, tejida toda desde arriba abajo* [1]; *y por esto dijeron los soldados: No la dividamos, sino echemos suertes sobre cuya ha de ser. Con esto se cumplió lo que habia dicho el Profeta: Devidieron entre sí mis vestidos, y sobre mi vestidura echaron suertes.*

Aquí se han de considerar tambien las causas misteriosas de este hecho, pues tan en particular quiso Dios que fuese profetizado.

1. Lo primero, de parte de los verdugos: la causa fué, porque si la túnica se partiera, nó fuera de provecho para ninguno, por ser toda de una pieza tejida, segun se dice, por la Vírgen sacratísima nuestra Señora, la cual sintió tiernamente ver aquella preciosa túnica, bañada con la sangre de su Hijo en las manos de tan vil gente. O Vírgen soberana, con cuánta mayor razon pudiérais decir lo que dijo Jacob [2]: Una fiera muy cruel ha tragado á mi hijo José, y con su sangre está teñida la túnica que yo le dí. La fiera de la envidia le ha puesto en aquella cruz, y ha teñido su vestidura: no con sangre de cabritos, sino con sangre de sus venas, para librar de la muerte á los mismos que por envidia se la dan. O fiera envidia, cómo te atreves á tragar al que es la misma caridad! O caridad infinita, que matas á la fiera que te traga, destruye en nosotros esta fiera, para que conservemos entera la túnica de la verdadera caridad.

2. La segunda causa de este hecho fué, porque esta túnica representaba la humanidad de Cristo nuestro Señor, tejida desde arriba abajo: porque desde el cielo se tejió sin obra de varon en las entrañas de la Vírgen, por obra del Espíritu santo. La cual es vestidura

[1] Joan. 19. 23. Psal. 21. 19. [2] Genes. 37. 33.

Digitized by Google

riquísima de los fieles, que como dice el Apóstol [1], se visten de nuestro Señor Jesucristo cuando se bautizan, conformándose con su vida en union de caridad, sin admitir division alguna, porque Cristo no se puede dividir. Dichoso á quien le cabe en suerte esta vestidura celestial, por la cual viene á ser suerte de Dios y herencia suya.

3. Tambien esta túnica de Cristo [2] representa la Iglesia, esposa suya, en la cual quiere que no haya division, sino que se conserve siempre una en unidad de fe y de caridad. Y por esto en el libro de los Cantares dice ella [3], que es una su paloma y su perfecta, porque es uno el Espíritu santo, que tambien es figurado por la paloma, y uno el espíritu de Cristo, y de la perfeccion que reside en ella: y quien intentare dividirla, intenta dividir á Cristo y su preciosa túnica de una pieza; en lo cual es mas cruel que los que le crucificaron, porque divide y rasga lo que ellos no se atrevieron á dividir, ni el mismo Señor les quiso dar licencia para ello. O Dios de la paz y del amor, no permitas que haya cisma en tu Iglesia, ni discordia en tu religion, y division alguna en tu pueblo cristiano. Consérvalos á todos en union de caridad, para que sean una cosa en ti, y tú puedas vestirte de ellos, como de túnica preciosa, para colocarlos en el reino de tu gloria. Amen.

4. Finalmente, puedo considerar, que como Cristo nuestro Señor tenia dos vestiduras, una exterior, que se partió entre los cuatro soldados, y otra interior, que se dió á solo uno; así tambien las obras y ceremonias exteriores del cristianismo, á todos los fieles pertenecen y todas tienen parte en ellas; pero la virtud interior, que es la gracia y caridad, y la devocion, y el espíritu, solamente se dá á uno; esto es, á pocos, y esos unidos en sí mismos con union de la carne al espíritu, de la sensualidad á la razon en todo lo que manda Dios; y

[1] Rom. 6. 3. Gal. 3. 27. [2] 1. Cor. 1. 13. [3] Cant. 6. 8.

Digitized by Google

así tengo de procurar ser del número de estos pocos, y ser este uno á quien quepa tan dichosa suerte, que reciba esta divina túnica y se vista de ella.

Punto tercero.—*Hecha la particion de las vestiduras[1] sentáronse los soldados, y guardaban á Cristo.*

Puédese creer, que hicieron esto por órden de Pilatos, á instancia de los judíos, cuya mala conciencia les hacia temer que alguno no le bajase vivo de la cruz, ó para prohibir que ninguno le diese algun refrigerio ó alivio de los que se solian dar á otros crucificados; y quizá se dieron á los ladrones que estaban crucificados con Cristo, porque esta guarda no era para ellos. O Rey del cielo, cuyos soldados son innumerables legiones de ángeles, que rodean vuestro trono celestial y os cantan mil cantares de alabanza, cómo os habeis humillado á estar en ese vil trono de la cruz, teniendo por gente de guarda unos viles y crueles soldados, que nunca cesan de vituperaros? Gózome de la gloria que teneis en el cielo, y aflíjome por la ignominia y tormento que padeceis en el suelo, y por ambas cosas os alabo y glorifico, deseando tener parte en vuestra ignominia, con esperanza de tenerla despues en vuestra eterna gloria. Amen.

Luego ponderaré, como los enemigos de Cristo nuestro Señor, despues que le pusieron en la cruz, no solamente no se movieron á compasion de verle padecer tan graves ignominias y tormentos, sino con una crueldad endemoniada procuraban añadir otros de nuevo con palabras y meneos, diciéndole grandes injurias y blasfemias por instigacion del demonio; el cual pretendia por ellas tentarle, unas veces de impaciencia y desconfianza, y otras de inconstancia, faltando en lo que habia comenzado. Pero todas estas injurias sufria este inocentísimo Cordero, con admirable paciencia y humildad, y con grande constancia y fortaleza, sin dar muestras ni por palabra, ni por meneo, de algun sentimiento ó que-

[1] Matth. 27. 36.

Digitized by Google

ja contra sus blasfemadores, ni de alguna flaqueza ó arrepentimiento de haber subido á la cruz, dándonos un heróico ejemplo de sufrir y vencer las tentaciones que á este modo nos acometieren.

Todo esto se ha de ponderar, discurriendo por cuatro suertes de personas que injuriaron á Cristo en la cruz, como consta de los sagrados Evangelistas.

PUNTO CUARTO. — 1. *Lo primero, los que pasaban por allí blasfemaban de él, meneando sus cabezas, y diciéndole por mofa*[1]: *Tú eres el que destruyes el templo de Dios, y en tres dias le reedificas? Sálvate á tí mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.* Y es de creer, que harian muchos gestos con la boca y labios, como lo apunta David en sus salmos[2]. Y que tambien como dijo Jeremías en sus lamentaciones[3], darian palmadas con las manos, y le silbarian con sus bocas por irrision, sufriendo el Redentor estos silbos de desprecio, para remediar el veneno que la serpiente infernal derramó con los silbos venenosos de su maldita sugestion; y así como no hizo caso de su silbo, cuando le dijo en el desierto, estando sobre el pináculo del templo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; así tambien no hace caso de este silbo que dá por boca de estos blasfemos, diciéndole[4]: Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz; antes porque es Hijo de Dios, no quiere descender vivo de la cruz, sino morir en ella para engendrar allí muchos hijos de Dios por adopcion, y para que yo entienda, que es propio de los hijos de Dios no descender por su voluntad de la cruz, sino morir en ella al mundo y al pecado, perseverando en la mortificacion hasta el fin. O Hijo de Dios vivo, no permitas que la serpiente astuta me engañe con sus silbos infernales, persuadiéndome á bajar de la cruz que una vez tomé por tu amor: dame que persevere en ella como hijo de tal Padre, porque no venga á perder la dignidad de hijo.

[1] Matt. 27. 39. Marc. 15. 29. Lucæ 23. 35. [2] Psal. 21. 14. et 108. 2. [3] Thren. 2. 15. [4] Matth. 4. 6.

Digitized by Google

2. *Lo segundo, los príncipes de los sacerdotes y los escribas y ancianos burlaban de él, diciendo unos á otros, de modo que lo oyese: A otros hizo salvos, y á sí no puede salvarse. Si es rey de Israel, baje de la cruz, y creerémos en el. Confia en Dios, librele si quiere, pues ha dicho: Hijo soy de Dios.*

En las cuales palabras por escarnio le zaherian en las cuatro cosas mas principales de que Cristo nuestro Señor se preciaba. Lo primero, en su poder, diciendo: Que quien podia librar á otros, no tenia poder para librarse á sí. Lo segundo, en su reino, diciendo: Que si era rey de Israel, bajase de la cruz, y creerian en él; como si dijeran: Tan falso es ser rey, cuan imposible bajar de la cruz. Lo tercero, en la confianza que tenia en Dios, diciéndole: Si se precia de confiar en Dios, porque le ama, pida á Dios que le libre; como quien dice: No le librará, porque no le ama. Lo cuarto, en la dignidad de Hijo de Dios, teniéndola por fingida, y en todas cuatro cosas mezclaban grandes falsedades, porque el demonio, padre de mentiras, hablaba por ellos para tentar á Cristo, y conocer si era Hijo de Dios, bajando de la cruz, á título de que aquella gente creyese en él. Mas nuestro buen Jesus sufria con paciencia estos escarnios, sin responderles palabra, ni hacer caso de sus dichos, porque sabia el mal ánimo de donde procedian. O mansísimo Cordero, qué te daré por la paciencia con que sufrias tales baldones y blasfemias contra tus soberanas y divinas virtudes? Lo que á gloria tuya deseo, es confesar lo que estos blasfemos no alcanzaron, y preciarme de lo que ellos despreciaron. Confieso que hiciste salvos á otros muchos, y que puedes salvarte; pero no quieres hacerlo por salvarme, porque mi vida está pendiente de tu muerte. Confieso tambien, que eres verdadero Rey de Israel, y que por eso no quieres bajar de la cruz donde tu reinado comienza, para que todos creamos en tí. Tambien confieso, que tienes confianza

Digitized by Google

en Dios Padre tuyo, que te ama como á propio Hijo; pero no quiere librarte, porque no es señal cierta de los hijos de Dios ser librados de los trabajos, sino perseverar constantemente hasta la muerte en ellos. Concédeme, Señor, esta confianza, resignada en tu santa voluntad, para que pueda perseverar en la cruz hasta morir en ella.

3. *La tercera, los soldados que allí estaban, tambien burlaban de Cristo, leyendo el título de la cruz, y diciendo: Si tú eres Rey de los judíos, sálvate á ti mismo.* Como si dijeran: Si eres Rey tan poderoso, que podrás salvar y librar á los judíos, líbrate á tí de la cruz en que estás. De la misma manera, dice san Marcos, que blasfemaban de Cristo los ladrones que estaban crucificados con él, como luego verémos. En todos estos puntos podemos considerar la pena grande que recibiria la Vírgen sacratísima, oyendo aquellas blasfemias que se decian contra su Hijo, y los meneos, silbos y escarnios que de él hacian. Ya que no habia visto los que padeció en casa de Caifás y en el pretorio de Pilatos, ordenó la divina Providencia que oyese estos, para que tambien fuesen sus oidos atormentados con estas injurias y blasfemias; las cuales sentia mas que si se dijeran contra ella; y aun se puede creer, que de recudida, aquellos fieros perseguidores, blasfemando del Hijo, revolvian sobre la Madre que tal Hijo habia parido; pero lo sufria con admirable paciencia y silencio, mirando el ejemplo que su Hijo la daba. O Vírgen sacratísima, qué de cuchillos traspasaron vuestro afligido corazon! Las lenguas de estos blasfemos[1], cuchillos agudos son, y cuchillos de dos filos; los cuales de un golpe hieren á vuestro Hijo, y á Vos, que sois su Madre. Porqué, ó Madre piadosísima, no hablais alguna palabra en defensa de vuestro Hijo, pues conoceis su inocencia y santidad? Mas ya veo, que no es tiempo es-

[1] Psal. 56. 5.

Digitized by Google

te de hablar, sino de callar, y que la grandeza del dolor os tiene muda para con los hombres, aunque nunca cesais de hablar con Dios.

4. Finalmente, se puede ponderar lo que dice san Lucas, que el pueblo estaba allí *spectans*, mirando á Cristo, y esperando en que habia de parar su crucifixion; y este mirar no era con devocion, sino con irrision, y así Cristo nuestro Señor le cuenta entre sus injurias en el salmo 21, diciendo: Consideráronme y miráronme. O si estos miserables le miraran como habian de mirarle, cuán grandes bienes sacaran de esta vista! Si mirar á la serpiente de metal bastaba para sanar las mordeduras mortales de las serpientes venenosas[1], cuánto mas bastara mirar al Salvador, figurado por esta serpiente, puesto sobre el madero de la cruz, con figura de pecador; para librarles de las mordeduras venenosas de sus pecados? Concédeme, Salvador mio, que te mire y te contemple con viva fe y con espíritu de amor y devocion, para que de esta vista quede sano y fuerte para alabarte y servirte por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLV.

DE LA PRIMERA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HABLÓ EN LA CRUZ, ROGANDO POR SUS ENEMIGOS.

Punto primero. — Estando Cristo nuestro Señor en su cruz, sufriendo los desprecios que quedan referidos[2]; y habiendo callado con grandísimo silencio, abrió su boca sacratísima para decir la primera palabra de las siete que allí habló diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.* Abre, ó alma mia, tus oidos para oir, pues tu celestial Maestro abre su boca en la cátedra de la cruz para hablar. Hablad, Señor, que vuestro siervo oye[3]; y pues sois palabra del eterno Pa-

[1] Num. 21. 8. [2] Luc. 23. 34. [3] 1. Reg. 3. 10. Isai. 9. 8.

Digitized by Google

dre, abreviada por el misterio de vuestra encarnacion y pasion, leedme alguna breve leccion, la cual pueda retener en mi memoria, y rumiar con mi entendimiento; y abrazar con todo mi corazon y voluntad.

La primera leccion que este Señor lee, y la primera palabra que habla en la cruz, toda es de amor, orando por los que le crucificaban, y excusándolos de modo que podia, mostrando en esto su infinita caridad. Para lo cual tengo de ponderar primero, la ocasion en que habla, y luego cada una de las palabras que dice, y despues los afectos que con esta oracion obra.

1. Cuanto á lo primero, consideraré á Cristo nuestro Señor lleno de dolores y tormentos en todos los miembros de su cuerpo, sin hallar lugar de descanso en aquella dura cama de la cruz. Y demás de esto, rodeado de sus enemigos, que le habian puesto en ella; los cuales actualmente se estaban saboreando en verle tan afligido, añadiéndole nuevas aflicciones con terribles injurias y blasfemias, abriendo sus bocas, moviendo sus labios, y meneando sus cabezas por escarnio. A este tiempo levanta Cristo nuestro Señor sus ojos al cielo, y derramando lágrimas por ellos, abre su boca, no para pedir fuego que los abrase como pidió Elías[1], ni para echarles su maldicion como Noé y Eliseo, cuando maldijeron á los que le escarnecian, sino para rogar á su eterno Padre que les perdonase el pecado que hacian en crucificarle y escarnecerle, doliéndose mas del daño que les venia por esta culpa, que de los tormentos é injurias que de ellos recibia, cumpliendo por la obra lo que habia dicho[2]: Amad á vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen: y lo que de él estaba profetizado, que rogaria por los transgresores; esto es, por aquellos que quebrantaron contra él todas las leyes de la caridad y piedad, de la justicia y gratitud, con la mayor crueldad y

[1] 4. Reg. 1. 10. Genes. 9. 25. 4. Reg. 2. 24. [2] Matth. 5. 44. Lucæ 6. 27. Isai. 53. 12.

Digitized by Google

desagradecimiento que jamás se habia visto en el mundo. O amantísimo Jesus cuán bien habeis mostrado que sois Dios de amor y la misma caridad[1]: pues las inmensas aguas de tantas tribulaciones, y los rios impetuosisimos de tantas persecuciones no han sido poderosas para matar ni apagar vuestro fuego; antes ha crecido tanto, que levantó su llama hasta el cielo, rogando al Padre celestial, que no castigue á los que en tantos trabajos os han puesto. Concededme, Señor, tal caridad como esta, para que yo tambien ame á mis enemigos, y ore por los que me persiguen y os persiguen, pues vuestros enemigos tambien son mios. Perdonad á todos, ó Padre de las misericordias, para que todos gocen de ellas. Amen.

Punto segundo.—Luego tengo de considerar cada palabra de las que tiene esta breve oracion.

1. La primera es, *Padre*, al cual endereza su peticion; porque aunque á él mismo, en cuanto Dios, pertenecia perdonarlos, quiso mas, como hombre, pedir esto á su Padre; porque pidiéndole que los perdonase, claramente daba á entender, que él de su parte los perdonaba y cumplia con su oficio de supremo sacerdote, ofreciendo sacrificio de sí mismo por los pecados é ignominias del pueblo, y rogando con mucho fervor á Dios por ellos. Y no dice, Dios, perdónalos[2], sino Padre, para que se entendiese, que no habia perdido la confianza que en él tenia, y para obligarle con este título tan amoroso, á que le oyese, y perdonase á sus enemigos, pues como Padre hace que su sol salga para buenos y malos, y que la lluvia descienda para justos y pecadores. O Padre soberano y misericordioso[3], cuya caridad fué tan grande, que quisiste que el Sol de justicia, tu Hijo unigénito, naciese en el mundo para dar luz, calor y vida de gracia á los mortales, y que la lluvia de su doctrina regase la tierra de los pecadores. Mira á es-

[1] Cantic. 8. 7. [2] Heb. 9. 7. [3] Matt. 5. 45.

Digitized by Google

te divino Sol, que está en la cruz cerca del occidente, para ponerse y ocultarse, y con todo eso echa de sí rayos de divino amor, rogando por sus enemigos; oye su encendida oracion, y por ella envia desde el cielo la lluvia de tu gracia sobre todos, para que todos te conozcan, y le conozcan é imiten el raro ejemplo de su excelentísima caridad.

2. La otra palabra es, *perdónalos*. No dice, perdónalos esta injuria ó agravio que me hacen, sino absolutamente, perdónalos; porque su deseo era, que fuesen perdonados todos sus pecados, sin dejarles ninguno: y porque se entendiese, que no reparaba tanto en su propia injuria, cuanto en las injurias y ofensas de su Padre, á quien suplicaba que las perdonase todas: y no dice, perdona á estos que me crucifican ó me injurian, sino perdónalos: porque no quiere poner en su oracion palabra que les acuse ó irrite la ira del Padre; y porque pedia perdon, no solo para los que le crucificaban con la obra, sino para los que con sus pecados fueron causa de su crucifixion, los cuales tenia presentes en su memoria; y por los unos y por los otros dijo, perdona á estos. O caridad liberalísima y anchurosísima de Jesus, que te dilatas y extiendes á todos los pecadores, sin excluir á ninguno de cuantos quisieren recibir perdon, penetra sus corazones, para que todos se dispongan á recibir el perdon que les ofreces, y participen el fruto de la oracion que por ellos haces.

3. La otra palabra es, *porque no saben lo que se hacen*; en la cual excusa del modo que puede á sus enemigos: porque aunque la ignorancia de muchos de ellos fué muy grosera y afectada, y muy culpable; pero la caridad de este piadosísimo Redentor con cualquier cosa de que pudo echar mano, quiso encubrir y excusar la muchedumbre y gravedad de sus pecados. Y esta escusa tambien se extiende á todos los pecadores en su modo, porque todos tienen algun modo de ignorancia en no co-

Digitized by Google

nocer, como deben, quién es Dios á quien ofenden, y cuán grave cosa es ofenderle, cuán grandes bienes pierden, y cuán terribles males acarrean; porque si todo esto lo conociesen, no le ofenderian. Y así tambien les cuadra lo que dice san Pablo[1]: Nunca crucificaron en sí mismos al Señor de gloria, si perfectamente, como es razon, le conocieran.

Esta escusa añadió Cristo nuestro Señor, no solo para mostrar su infinita caridad y la gana que tenia de que su Padre perdonase á los pecadores, sino tambien para otros dos fines. El uno, para movernos á grande confianza en su misericordia; porque si él nos excusa, quién nos acusará? Quién, dice san Pablo[2], acusará á los escogidos del Señor? Si Dios los justifica, quién habrá que les condene? Por ventura, Cristo Jesus, que murió, resucitó y está sentado á la diestra del Padre, y ruega y aboga por nosotros? El otro fin, fué para darnos ejemplo, de como hemos de excusar las faltas de nuestros prójimos, aunque sean enemigos, atribuyéndolas á ignorancia ó inadvertencia y celo, ó á otra intencion menos mala. De suerte, que no solo no lo acusemos, ni exajeremos el agravio que nos hacen, ni de él hagámos título, para que Dios les castigue, sino del mejor modo que pudiéremos le aligeremos, haciendo de la escusa título para que Dios les perdone. O Salvador dulcísimo, cuán bien habeis subido hoy al monte de la mirra[3], al collado del incienso, juntando en este monte Calvario, mirra de mortificacion muy amarga, é incienso de oracion muy encendida. Confortad, Señor, mi corazon con esta mirra, para que la abrace, y con este incienso para que os le ofrezca, buscando siempre vuestra gloria por todos los siglos. Amen.

Punto tercero.—Ultimamente, consideraré los efectos de esta oracion de Cristo nuestro Señor, ponderando lo primero, como el Padre eterno la oyó; porque si

[1] 1. Cor. 2. 8. [2] Roman. 8. 33. [3] Cantic. 4. 6.

Digitized by Google

la oracion de los humildes y mansos siempre le agrada, como dice la Escritura [1], cuánto mas le agradaria la oracion del humildísimo y amantísimo Hijo suyo? El cual, como dice san Pablo [2], cuando oró en la cruz con lágrimas, fué oido por su reverencia; esto es, por el respeto que se debia á la infinita dignidad de su Persona, y por la reverencia con que humilló y honró á su Padre; y así por esta oracion alcanzaron perdon muchos de los judios que allí estaban: á los cuales convirtió san Pedro el dia de Pentecostés, no tanto por su predicacion, cuanto por la virtud de esta oracion de Cristo, por la cual tambien se dá el perdon á todos los pecadores que le piden y reciben. O Padre eterno, oid la oracion de vuestro Hijo, perdonando los pecados que contra Vos he cometido. Perdonadme, Padre de misericordias, porque no supe lo que hice cuando os ofendí: y aunque yo no merezco ser oido, merécelo vuestro Hijo, por quien es, y por la reverencia que siempre os ha tenido.

2. Tambien puedo ponderar el afecto que obró esta oracion en la Vírgen santísima y en san Juan y otras personas devotas que allí estaban, cuán admiradas quedarian de ver tanta caridad y mansedumbre en Cristo nuestro Señor! Y cuán llorosas por ver crucificado con tanto dolor, al que oraba por sus perseguidores con tanto amor; especialmente la Vírgen santísima, tomando ejemplo de su Hijo, ejercitaria luego la misma caridad y amor de sus enemigos; y repitiendo la oracion que habia oido, diria: Padre, perdonad á estos, porque no saben lo que hacen. O cuán agradable fué al Padre eterno la oracion de esta Vírgen humilde y mansa, mas que todas las puras criaturas, cuán bien recibida fué en el cielo, y juntándola con la del Hijo, ayudaria á recabar el perdon que deseaba! O Abogada de los pecadores, abogad por mí delante de vuestro Dios, pidiéndole que me

[1] Judic. 9. 16. [2] Hebr. 5. 7.

Digitized by Google

perdone, pues no supe lo que hice! Tambien á esta oracion de Cristo se puede atribuir la conversion del buen ladron, y del centurion, y otros afectos, que se irán poniendo en las meditaciones siguientes.

MEDITACION XLVI.

DE LOS LADRONES QUE FUERON CRUCIFICADOS CON CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LA SEGUNDA PALABRA QUE DIJO AL UNO, PROMETIÉNDOLE EL PARAISO.

PUNTO PRIMERO.—*Crucificaron con Jesus dos ladrones*[1]. *poniendo uno á su mano derecha, y otro á la izquierda, y á él en medio.*

Sobre este punto se ha de considerar, la humildad rara de Jesucristo nuestro Señor en haber querido ser crucificado en medio de dos ladrones con tanta ignominia; y es de creer, que escogerian los mas insignes que habia en la cárcel, otros tales como Barrabás, para que se cumpliese lo que estaba de él profetizado, que fué contado con los malhechores facinerosos. Y para ponderar mas esta humildad, tengo de levantar los ojos á mirar su infinita dignidad, considerando como él es Verbo eterno, que está como en medio de las divinas Personas; y el mismo que estuvo en el monte Tabor transfigurado en medio de Moisés y Elías, y el que es piedra angular, en quien se juntan los pueblos hebreo y gentil, y el dia del juicio estará sentado en el trono de su majestad, en medio de buenos y malos, teniendo los buenos al lado derecho, y los malos al izquierdo. Este Señor, pues, es el que está en este monte Calvario, y en este trono de la cruz en medio de dos ladrones, despreciado y abatido como si fuera ladron; pero no se le pega de su compañía, ni malicia ni infamia; antes está allí representando el juicio que ha de hacer entre justos y pecadores. En todo lo cual nos dá ejemplo mara-

[1] Luc. 23. 33. Joan. 19. 18. D. Tho. 3. p. q. 46. art. 11. Isai. 53. 12.

Digitized by Google

villoso con que nos consolemos, cuando nos viéremos puestos en el lugar bajo, y contados en el número de los malhechores, persuadiéndonos que si no se nos pega su malicia, no nos podrá dañar su infamia. O Rey de la gloria, cuán bien habeis mostrado que venísteis al mundo para darnos ejemplo de humildad. En la entrada fuísteis puesto en un pesebre en medio de dos animales, y en la salida sois puesto en una cruz en medio de dos ladrones, para que el fin correspondiese al principio, y la humillacion fuese creciendo por sus grados, hasta el supremo que podia llegar. Concededme, Señor, que á imitacion vuestra ordene mi vida de tal manera, que su principio, medio y fin sea humildad, abrazando por vuestro amor todo género de humillacion.

Punto segundo. — *El uno de los ladrones, que estaba crucificado con Jesus, mofaba de él, diciéndole*[1]*: Si tú eres Cristo, sálvate á tí mismo, y á nosotros. El otro le respondió: Ni tú temes á Dios, estando en la misma condenacion de muerte que está este. Nosotros justamente estamos condenados, porque recibimos lo que nuestras obras merecieron; pero este ninguna cosa mala ha hecho.*

En este punto se ha de considerar, la diferencia de los malos á los buenos, y la ignominia que Cristo recibe de los unos, y la gloria que recibe por medio de los otros.

1. Lo primero, uno de los ladrones, que se entiende era el del lado izquierdo, porque representaba á los reprobados, blasfemaba de Cristo nuestro Señor como los fariseos, zaheriéndole del pecado, porque decian estaba crucificado, que es haberse hecho Cristo y Mesías; lo cual fué de grande ignominia para el Salvador, pues llegó á tanto su desprecio, que un hombre vilísimo, condenado á muerte de cruz por sus ladrocinios y maldades, le escarneció, pareciéndole que ganaba indulgencia para bien morir en escarnecerle. Por donde se vé, cuán propio es de los malos olvidarse de sus delitos, y

[1] Lucas 23. 39.

Digitized by Google

agravar los agenos, murmurando de ellos, y condenando á los que los cometieron, teniéndose á sí por inocentes en su comparacion; como sucedió á este mal ladron, el cual con este pecado hinchió la medida de su condenacion, y dió ocasion al Salvador, para mostrar su admirable paciencia callando, sin responder palabra al injuriador, que cabe sí tenia.

2. Al contrario de este, el otro que estaba á la mano derecha de Cristo, tocado con la inspiracion del Espíritu santo, y ayudado de la gracia del Señor, que tenia cabe sí, volvió por él, trazando así la divina Providencia, para que pues Cristo nuestro Señor sufria su injuria callando, no faltase quien respondiese por él; y en la respuesta ejercitó algunos actos heróicos de virtud, especialmente de caridad y humildad. El primero fué, corregir al público blasfemo con palabras graves y concluyentes, diciéndole: *Ni tú temes á Dios estando á punto de muerte como este?* Como quien dice: Que no teman á Dios los que están sanos, y sin peligro de muerte, menos malo es, pero que tú no le temas estando á peligro de morir, no es tolerable. El segundo fué confesar públicamente su culpa, y que justamente merecia la pena que padecia en aquella cruz, avisando de lo mismo al compañero. El tercero fué, confesar la inocencia de Cristo nuestro Señor, diciendo: *Iste nihil mali gessit;* Este ningun mal ha hecho. De suerte, que tuvo ánimo para confesar delante de todo el pueblo, que los príncipes de los sacerdotes y los escribas se engañaban en acusar á Cristo, y que Pilatos erró en condenarle, y que todos hacian mal en blasfemar de él, porque de verdad ningun mal ni pecado habia hecho. O varon admirable, que no tuvo vergüenza de confesar la inocencia de Cristo, cuando todo el mundo lo condenaba! Huyen los apóstoles [1], encúbrense los discípulos, callan todos sus conocidos, temiendo la ira de los judíos, y solo este la-

[1] Matth. 10. 32. Lucæ 12. 8.

Digitized by Google

dron en lo alto de la cruz predica á voces, que Cristo es inocente. Justo es, Salvador mio, que cumplais con él la palabra que dijísteis: Quien me confesare delante de los hombres, yo le confesaré y honraré delante de mi Padre y de sus ángeles.

3. De este ejemplo he de sacar, que así como en el monte Calvario estuvieron tres en la cruz con diferente modo; uno con culpa, y con impaciencia; otro con culpa, y con paciencia; otro sin culpa, y con admirable paciencia: así tambien suele suceder en esta vida á los hombres, unos por sus pecados son castigados de Dios, llevando con impaciencia el castigo, y estos serán condenados como el mal ladron, bajando de la cruz al infierno; otros son castigados por sus pecados, llevando la pena con humildad y paciencia, diciendo aquello de Miqueas, c. 7. *Iram Domini portabo, quia peccavi ei.* Sufriré el castigo y la ira de Dios, porque pequé contra él; y estos como el buen ladron, alcanzarán perdon de su pecado, y de la cruz irán al paraiso. Otros son afligidos sin culpa para su ejercicio y corona, llevando su afliccion con grande paciencia, á imitacion de Cristo nuestro Señor; y estos son mas dichosos, porque como dijo san Pedro en su canónica, lo mas precioso de la cruz y del tormento es padecerle sin culpa: pero yo miserable, si no pudiere alcanzar esta dicha, que sea de los postreros, porque estoy lleno de pecados, por los cuales merezco cualquier castigo, y puedo y debo decir lo que está escrito en Job[1]; pequé, y verdaderamente delinquí, y no he recibido tanto castigo como mi pecado merecia: procuraré ser siquiera de los segundos, para alcanzar de Dios misericordia, siguiendo el ejemplo del buen ladron.

Punto tercero.—Vuelto el buen ladron á Jesus, díjole: *Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum.* Señor, acuérdate de mí, cuando estuvieres en tu reino.

[1] Job. 33. 27.

Digitized by Google

1. En esta heróica oracion y peticion, se ha de considerar lo primero, como este santo penitente, despues que hubo ejercitado las obras dichas de caridad y humildad, confesando su culpa, y la santidad de Cristo, luego tomó ánimo y confianza para orar y pedir perdon de sus pecados, y la entrada en el cielo, con unas palabras breves y devotas, llenas de fe y confianza. Lo primero, llámale Señor con grande reverencia, respetando al que de todos era vituperado, y tenido por vil gusano y desecho del pueblo. Lo segundo, confiesa que es rey, y que tiene verdadero reino, al modo que él mismo lo habia dicho; no en este mundo, sino en el otro, y que por la cruz y muerte iba á tomar posesion de este reino eterno y celestial. Lo tercero, pídele que se acuerde de él cuando entrare en su reino como si dijera[1]: No te pido que me salves aquí, librándome de la cruz como pide mi compañero, sino que me salves despues que muriere en la cruz, dándome la salud y salvacion eterna. Tampoco te pido que me lleves contigo á tu reino, y me des trono y asiento en él; porque un ladron como yo, no se ha de atrever á pedir cosa tan grande: solo te pido, que te acuerdes de mí, y esto basta; porque si te acuerdas de mí, tú me darás buena muerte, y me pondrás en el lugar que quisieres de tu gloria. O ladron prudentísimo y humildísimo; cuán bien has acertado á pedir y negociar el reino de los cielos, que los valientes han de arrebatar! No te sucederá lo que á José con el copero de Faraon[2], con quien estaba preso en la cárcel, á quien pidió que cuando saliese de la prision, y se viese en su prosperidad, se acordase de él, pero luego se olvidó. No es esta la condicion del Señor con quien estás crucificado; porque pasado el tormento de la cruz, llegará el tiempo de su prosperidad, y tendrá memoria de tí, dándote parte de ella.

2. Lo segundo, tengo de ponderar las causas de don-

[1] Matth. 11. 12. [2] Génes. 40. 14.

Digitized by Google

de procedió la conversion de este ladron, y su confesion y fe maravillosa: porque puesto caso que la principal causa fué la diestra de Dios, que obró esta mudanza en su corazon; pero esta diestra de Dios [1], tomó medios para alumbrarle. Estos no fueron principalmente milagros, porque quizá no habia visto los milagros que Cristo hizo en su vida, ni habian comenzado los que sucedieron en la pasion. Tampoco fueron sermones, porque ningun sermon de Cristo habia oido; pero en lugar de milagros, le movió la heróica paciencia y mansedumbre que vió en Cristo en medio de tantas injurias; y en lugar de sermones, se enterneció con el ejemplo de aquella rara caridad, cuando le oyó rogar por sus enemigos. De donde sacó con la ilustracion del cielo, que aquel Señor era santísimo; y pues él decia que era Rey y Mesías, é Hijo de Dios, así seria sin duda. De aquí sacaré yo [2] cuánto importa ser paciente, manso y caritativo, y de dar buen ejemplo, pues todo esto tiene fuerza de milagros, y de sermones para convertir á los pecadores mas duros que peñascos. O dulce Jesus, que puesto en la cátedra de la cruz, con tu milagrosa paciencia, y con tu maravilloso ejemplo de caridad convertiste al buen ladron, ayúdame para que á imitacion tuya haga yo semejantes milagros, dando semejantes ejemplos con que edifique á mis prójimos, enfrene á los malos, y encienda en mayor perfeccion á los buenos. Amen.

3. Finalmente, á imitacion del buen ladron, puesto á los piés de Cristo crucificado, repetiré yo una y muchas veces con grande afecto la misma oracion, diciéndole: Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino. O Rey eterno, confieso que por mis pecados justamente estoy puesto en la cruz de muchos trabajos y tentaciones, no te olvides de mí, ni permitas que me pierda. Y pues ya estás pacífico en tu reino, ten memoria de

[1] Psal. 76. 11. [2] Castan. collat. 12. cap. 13.

Digitized by Google

este miserable, mirándole con ojos de misericordia.

Punto cuarto. — *Respondióle Cristo nuestro Señor: De verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraiso.*

En esta segunda palabra, que Cristo nuestro Señor dijo, se han de considerar las inestimables riquezas y tesoros de su liberalidad y misericordia, y de su bondad y caridad.

1. Lo primero, descubre aquí la eficacia de la oracion, en que rogó por los pecadores, cogiendo luego el fruto de ella en este grande pecador; del cual dicen algunos, que al principio blasfemaba de Cristo, juntamente con su compañero, por decir san Mateo y san Marcos, en número plural, que los ladrones escarnecian de él: y siendo esto así, mucho mas campea la virtud de Cristo en tocar á este blasfemo, como despues se mostró en tocar á Saulo por la oracion de san Estéban.

2. Tambien resplandece aquí la eficacia de la sangre de Jesucristo, derramada en la cruz, cuyas primicias fueron este buen ladron, trocándole con modo maravilloso, perdonándole sus pecados, á culpa y á pena, prometiéndole la entrada en el paraiso, sin dilacion, y asegurándole de ella. O buen Jesus, cuán amigo sois de ejercitar en todo lugar vuestro oficio de justificar los pecadores! En el vientre de vuestra Madre justificais á vuestro Precursor: en el pesebre llamais á los Magos, ilustrándolos con vuestra gracia: y en la cruz llamais á este ladron, prometiéndole la vida eterna, en saliendo de la vida temporal. Gracias os doy por tan inmensa liberalidad, y humilmente os suplico ejerciteis conmigo este oficio de Salvador, para que reine con Vos por todos los siglos. Amen.

3. Lo tercero, se ha de ponderar la liberalidad de esta promesa. No pide el ladron á Cristo, sino que se acuerde de él cuando estuviere en su reino, y Cristo le que en aquel mismo dia estará con él en su Rey soberano, bien bastara prometerle, que

Digitized by Google

de allí á algunos años entraria en vuestro reino; pero vuestra caridad quiere apresurar los plazos; y en lugar de purgatorio, le admite por paga los tormentos que padece; y para que no desmaye en los que ha de padecer, cuando le quiebren las piernas, le dice: Hoy serás conmigo en el paraiso. Hoy se trocará tu suerte, y de esta cruz de tormentos, pasarás al paraiso de deleites, y allí estarás conmigo; porque yo he dicho, que quien me siguiere [1]; estará donde yo estoy; y pues tú me has seguido en la cruz, tambien me seguirás en la gloria, entrando hoy á estar conmigo en ella. O Rey de la gloria, si con tanta liberalidad premiais al que solamente os siguió tres ó cuatro horas del dia, cómo premiaréis al que os siguiere con perfeccion todas las horas y edades de su vida? Si tan agradecido os mostrais al pecador que os ha injuriado innumerables veces, por una sola vez que os honra, qué agradecimiento mostraréis al que toda la vida gasta en honraros? O dichoso ladron [2], que habiendo estado todo el dia ocioso, llegaste á la viña una hora antes de anochecer, y te diste tanta priesa á trabajar, que siendo el postrero, mereciste ser el primero: el primero, digo, de los mortales que, en saliendo de esta vida, recibió luego el denario de la gloria. Date priesa, ó alma mia, á trabajar, pues mas merecerás con el fervor del trabajo, que con el largo tiempo; y juntando ambas cosas, será mas copioso tu galardon.

Punto quinto.—1. Ultimamente, tengo de considerar las dos suertes de hombres malos y buenos, que se representan en estos dos ladrones, de los cuales uno fué reprobado, y otro escogido, acordándome de lo que dice Cristo nuestro Señor [3], que en el dia del juicio, de dos que estarán en el campo ó en el molino, ó en lecho, uno será tomado, y otro dejado, que fué decir: De todos estados y modos de vida, unos serán tomados para el cielo por las buenas obras que hicieron, preveni-

[1] Joan. 12. 26. [2] Matth. 20. 8. [3] Matth. 24. 40. Luc. 17. 34.

Digitized by Google

dos y ayudados de la divina gracia, y otros serán dejados para el infierno por las culpas que hicieron con su libre albedrío. De suerte, que quien está en el molino del estado de matrimonio con muchos cuidados y trabajos, no ha de perder la confianza de su salvacion: y quien está en el lecho del estado de continencia con mucho descanso, no ha de perder el miedo de su condenacion: y el que trabaja en el campo de la vida activa, y el que descansa en el lecho de la vida contemplativa, han de vivir con esperanza, mezclada con temor de los juicios de Dios, á quien humildemente suplicaré, que no sea yo de los dejados, sino de los escogidos, haciendo vida digna de que Dios me tome para sí, colocándome en su paraiso.

2. Tambien ponderaré, como la sangre de Jesucristo, aunque era poderosa para justificar á los ladrones, solamente obró en el uno, para darnos motivos juntamente de temor contra la presuncion, y de confianza contra la pusilanimidad. De suerte, que los grandes pecadores, cuando se ven cercanos á la muerte, no desesperen, viendo que un ladron en aquella hora hizo penitencia, y alcanzó misericordia; pero ninguno presuma vivir á sus anchuras, dilatando la penitencia hasta la muerte, viendo que el otro ladron, aunque estaba junto á Cristo, murió sin penitencia, castigado con el rigor de la divina Justicia. Y harto motivo de temor es ver, como entre tantos malos como estaban en el monte Calvario, á un solo ladron se dijo: Hoy serás conmigo en el paraiso.

3. Finalmente, se puede ponderar la impresion que haria en la Vírgen sacratísima todo este suceso, así la confesion del ladron, como la respuesta de su Hijo, y como se consolaria algun tanto de ver que no faltaba quien volviese por su honra; y cómo se confirmaria en la fe, viendo una promesa tan grandiosa, en la cual se declaraba, que por la pasion de su Hijo se abrian las puertas del cielo, que tantos millares de años habian es-

Digitized by Google

tado cerradas. O alma mia, en medio de las lágrimas, respira un poco con estas dulces nuevas, mira que hoy se abren las puertas del paraiso, y aunque es á costa de la sangre de tu Señor, él se consuela de derramarla, para que con ella se quebranten las cerraduras de estas puertas [1]! O santo Abrahan, ya no me maravillo de que os alegráseis cuando vísteis en espíritu este dia, pues en él se habia de abrir el paraiso para Vos, y vuestros hijos, imitadores de vuestra fiel obediencia. O Salvador del mundo, en cuyas manos, clavadas en la cruz, está la llave de David [2], con la cual abrís, y ninguno cierra; cerrais, y ninguno abre; abridme las puertas del cielo, que mis pecados cerraron, y cerradme las puertas del infierno, que ellos abrieron, para que en el dia de mi muerte pueda., como el buen ladron, entrar con Vos en el paraiso. Amen.

MEDITACION XLVII.

DE LA TERCERA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HABLÓ EN LA CRUZ CON SU MADRE Y CON SAN JUAN.

Punto primero.—*Estaban cerca de la cruz de Jesus* [3], *su Madre, y la hermana de su Madre, María Cleofé, y María Magdalena, y el discípulo á quien amaba.*

1. Sobre este punto se ha de considerar, como se acercaron á la cruz de Jesus las personas que más se señalaron en amarle; porque no hay mayor señal de amar á Cristo, que seguirle hasta la cruz, compadeciéndose de sus dolores é ignominias, y haciéndose participante de ellas: y cuanto mas cerca nos llegamos, y con mayor estabilidad y firmeza, tanto mayores muestras damos de este amor, como las cuatro personas que aquí se nombran.

2. Entre las cuales, la capitana y guia fué la Vírgen

[1] Joan. 8 56. Vide Introduc. à princip. [2] Apoc. 3. 7. Isai. 22. 22. [3] Joan. 19. 25.

Digitized by Google

sacratísima, por cuyo respeto fueron los demás en su compañía, y sin la cual no tuvieran ánimo para asistir allí; pero ella, como mas firme en la fe, y mas encendida en el amor, pospuesto todo el peligro humano, y atropellando por todas las dificultades é ignominias que de aquí se le habian de seguir, quiso hallarse presente á la pasion de su Hijo, y se puso en pié cerca de la cruz, con grande constancia y fortaleza, acercándose con el cuerpo todo lo mas que le fué permitido. Pero con el espíritu se acercó tanto, que se pegó con ella, y con su Hijo, y allí quedó espiritualmente crucificada con él, por la grandeza del amor y del dolor, como se ponderó en la meditacion fundamental. De suerte, que tres clavos la tenian allí crucificada. El primero, la viva aprension de lo que su Hijo padecia. El segundo, el entrañable amor que le tenia, no solo como á Hijo, sino como á su Dios y bienhechor infinito, por lo cual todos sus trabajos tomaba por propios. El tercero, era la compasion de que tal Persona padeciese tanto por pecados agenos; de donde resultaba en su ánima un dolor tan grande, que bastó por martirio, como si muriera en otra cruz. Miraba la cabeza de su Hijo espinada, y quedaba la suya traspasada con espinas: miraba las manos enclavadas, y quedaban las suyas penetradas con los clavos: miraba los huesos desencajados, de modo que se podian contar, y los suyos se estremecian de dolor. Y á este modo, cuanto el Hijo padecia corporalmente, padecia la Madre espiritualmente, pero terriblemente. O Vírgen de las vírgenes, con cuánta razon podemos hoy llamaros Mártir de los mártires! pues como á todas las vírgenes excedísteis en la flor de la virginidad, así á todos los mártires excedeis en el fruto del martirio. Mártir sois en el deseo fervoroso de padecer todos los tormentos de muerte que vuestro Hijo padecia: y mártir tambien, por los terribilísimos dolores, que con su vista padecísteis, bastantes para daros

Digitized by Google

la muerte, si vuestro Hijo no os conservara la vida. O quién pudiera acompañaros en este modo de martirio? Alcanzadme, ó Reina de los mártires, que tenga en él alguna parte, martirizando mi carne con penitencias, y mi espíritu con abnegaciones, acercándome con fortaleza de corazon á la cruz de vuestro Hijo, y crucificándome en ella como os crucificásteis Vos.

PUNTO SEGUNDO.—*Como viese Jesus á su Madre y al discípulo que amaba, dijo á su Madre: Mujer, ves ahí á tu Hijo.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, la caridad de Cristo nuestro Señor, juntamente con la entereza y autoridad que mostraba en medio de tantos dolores y desprecios, atendiendo á las obras de piedad y de misericordia, y á las obligaciones de su oficio, como si no estuviera padeciendo. Ya ruega por sus enemigos, como sumo Sacerdote: ya promete el paraiso, como Redentor: ya mira por su Madre, como Hijo: y por su discípulo como Maestro: enseñándonos con este ejemplo, que no hemos de faltar á nuestras obligaciones, por vernos rodeados de trabajos. O supremo sacerdote Jesus, cuán diferente sois del otro sumo sacerdote Aaron [1], que dijo no podia hacer bien su oficio, estando con animo lloroso y triste! Pero Vos, Salvador mio, rodeado de trabajos, y afligido con tristezas, haceis perfectísimamente vuestros oficios, orando por vuestros enemigos, aplacando á vuestro Padre, y mirando por el consuelo de vuestra Madre. Dadme, Señor, esta entereza de corazon, para que nunca deje de hacer lo que me habeis encargado, aunque me vea muy atribulado.

2. Lo segundo, ponderaré las palabras que dijo á la Vírgen: *Mujer, ves ahí á tu Hijo.* Como quien dice: No me olvido de tí, ni de la obligacion que te tengo como hijo; mas pues yo me apartaré de este mundo, en mi lugar te dejo á Juan por hijo, para que haga contigo ofi-

[1] Levit. 10. 19.

Google

cio de hijo, sirviéndote, y haciendo lo que yo habia de hacer con tal Madre; pero no la quiso llamar Madre, sino mujer: lo uno, por no afligirla con esta palabra tan tierna; y lo otro principalmente para mostrar cuán descarnado estaba de todo lo que era carne y sangre, atendiendo á las obras de su Padre celestial, por lo cual nunca se lee haberla llamado con este nombre, como en la meditacion 9.ª de la tercera parte lo ponderamos. Esta palabra causó gran sentimiento en el corazon de la Vírgen, así porque entendió que su Hijo se despedia de ella para morir, como porque consideró el trueco tan desigual, que era trocar al Hijo de Dios vivo, por el hijo de un pobre pescador, y al Maestro del cielo, por el discípulo de la tierra. O Salvador del mundo, si como mirando al discípulo, dijísteis á vuestra Madre, ves ahí á tu Hijo, mirándoos á Vos mismo dijérades: *Mulier, ecce Filius tuus.* Ves aquí á tu Hijo: ves aquí el que concebiste por obra del Espíritu santo, y pariste sin dolor; ves aquí al que reclinaste en un pesebre, en medio de dos animales, y le diste leche con tus pechos: ves aquí al que trajiste en tus brazos, recreándote en mirarle y regalarle: ves aquí á tu Hijo puesto en los brazos de una terrible cruz, y en medio de dos ladrones, todo desfigurado y desangrado. Mira si me conoces por Hijo, y si me mandas algo como Madre: y pues callas y no me dices nada, en mi lugar le dejo á mi discípulo: *Ecce filius tuus.* Ves ahí á tu hijo.

3. Pero mas adelante pasó la caridad de este Señor para con nosotros en estas palabras, y mas ahondó la inteligencia de su Madre en ellas, porque no solamente la dió por hijo á Juan, sino en él á todos los demás discípulos que tenia, y tendria hasta la fin del mundo, por todos los cuales dijo: Mujer, ves ahí á tu hijo, toma por hijo á mi discípulo, y á todos los que fueren discípulos mios, porque mi voluntad es, que tú seas su madre, y ellos tus hijos; y que mires por ellos como por hijos

Digitized by Google

tuyos, procurando su bien con toda solicitud. Gracias te doy, dulcísimo Jesus, por haber encargado á tu Madre, que nos tome por hijos, haciéndonos con esto tus hermanos. O Vírgen benditísima, desde hoy mas tengo de deciros confiadamente: *Ecce filius tuus.* Señora mia, veis aquí á vuestro hijo: acordaos que os mandó vuestro Hijo unigénito, me tomáseis por hijo adoptivo, reconocedme por hijo, y mirad por mi remedio.

PUNTO TERCERO.—*Despues dijo al discípulo: Ves ahí á tu Madre, y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya.*

1. Primeramente se ha de ponderar, que como las palabras de Cristo nuestro Señor son eficaces para hacer lo que dicen, en la forma que él quiere hacerlo, con esta palabra imprimió á la Vírgen espíritu de madre para con san Juan, y con los demás discípulos: y en san Juan imprimió espíritu de hijo para con su Madre; y el mismo espíritu comunica á todos los que son perfectos discípulos suyos. Y pues esta palabra no se dijo á solo san Juan, sino en él á todos sus semejantes; he de imaginar, que Cristo nuestro Señor me dice: Ves ahí á tu Madre, ámala y venérala como á madre, obedécela y sírvela en cuanto pudieres, y acude á ella en todas tus necesidades; porque como te dí á mi Padre por tuyo, así te doy á mi Madre por tuya: vive, pues, como hijo de tal Madre. O dulcísimo Jesus, de dónde á mí tanto bien, que me dais á vuestra Madre por mi madre? Dadme, Señor, espíritu de verdadero hijo, para que la sirva como merece tan gloriosa Madre. O Madre benditísima, cierto estoy, que siendo tan obediente como sois á vuestro Hijo, luego aceptaréis el oficio de mi madre: *Monstra te esse Matrem, sumat per te preces, qui pro nobis natus, tulit esse tuus.* Muéstrate ser Madre, reciba por ti los ruegos, el que naciendo por nosotros quiso ser tu Hijo. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré las causas, por las cuales

Digitized by Google

hizo Cristo nuestro Señor este favor á san Juan. Las principales fueron dos, y ambas juntas le dispusieron para recibirle. La primera, porque fué vírgen, y convenia que el Hijo vírgen no encomendase su Madre vírgen, sino á discípulo vírgen; en lo cual declaró la estima que tenia de la virginidad de cuerpo y alma. La segunda, porque se señaló en la caridad y amor de Cristo, siguiéndole hasta la cruz, y poniéndose cerca de ella, rompiendo por todas las dificultades que de esto le apartaban, como apartaron á los demás discípulos: y pues se señaló mas que ellos, digno era de ser favorecido mas que todos. De donde sacaré un gran deseo de imitar á la Vírgen, y al glorioso san Juan, en la castidad y en el amor de Cristo y de su cruz, para sér digno de que la Vírgen me tome por hijo, y yo pueda tenerla por madre.

3. Finalmente, se ha de considerar lo que dice el Evangelista, que desde aquella hora el discípulo la tomó por suya: de la Vírgen no dice que desde aquella hora le tomó por hijo, porque ya se estaba dicho, por ser ella tan obediente, que bastaba saber cualquier señal de la divina voluntad para cumplirla; pero de sí dice que, *accepit eam in suam*, que la tomó á su cargo para ejercitar con ella todos los oficios de un buen hijo para con su madre; los cuales cumplió con grande puntualidad y diligencia, no solo por habérselo mandado su Maestro, sino tambien porque se tenia por dichoso en servir á tal Madre. O glorioso Evangelista, gózome de la buena suerte que os ha cabido en este dia; suplicad á vuestro dulce Maestro me dé el espíritu de hijo, que os dió para con su Madre, para que la sirva yo como la servísteis Vos. O Salvador mio, pues tan liberal os mostrais en la cruz, que dais vuestro paraiso al ladron que se convierte, y vuestra Madre al discípulo que os ama; usad conmigo de esta liberalidad, dándome en esta vida devocion cordial con vuestra Madre, por cuyo

Digitized by Google

medio espero hallar entrada en el paraiso, donde reine con Vos y con ella por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLVIII.

DE LAS TINIEBLAS QUE SUCEDIERON EN TODA LA TIERRA, Y DE LA CUARTA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HABLÓ EN LA CRUZ.

PUNTO PRIMERO. — *Habiendo sido Cristo nuestro Señor crucificado cerca de la hora de sexta, que es al medio dia*[1], *poco despues sucedieron unas grandes tinieblas en toda la tierra que duraron hasta hora de nona, que es las tres de la tarde.*

1. En lo cual se ha de considerar las causas porque nuestro Señor ordenó estas tinieblas milagrosas, eclipsándose el sol en tal coyuntura por tanto tiempo. Lo primero, para manifestar la ira que tenia contra aquel pueblo ingrato, por el delito atroz que cometia contra Cristo, pues no eran dignos de ver la luz del sol, los que quitaban la vida al Sol de justicia. Y tambien con estas tinieblas exteriores significaba las interiores de aquella miserable gente, y las eternas en que habian de caer por su obstinacion.

2. Lo segundo, para manifestar la inocencia y majestad de Cristo nuestro Señor con este milagro, haciendo que el sol se oscurezca, y cubra á la tierra de luto por la muerte de su Hacedor: y del modo que puede, muestre compasion de sus dolores é ignominias, y escondiendo su luz quite la ocasion á los perseguidores de mirarle con escarnio, y á los blasfemos de añadir nuevas blasfemias, haciéndolos retirar con aquella oscuridad. O Sol de justicia, justo es que el sol material se oscurezca, estando tú tambien oscurecido con tristeza, y á punto de transponerse al hemisferio de la otra vida; pero mas justo fuera que yo me entristeciera de tu muer-

[1] Matt. 27. 45. Marc. 15. 33. Luc. 23. 44. D. Thom 3. p. q. 44. art. 2.

Digitized by Google

te, pues yo soy la causa de ella. No permitas, Señor, que yo sea tan ciego, que no vea la razon que tengo de entristecerme, ni tan duro, que no me compadezca de tu tormento.

3. Lo tercero, ordenó Cristo nuestro Señor estas tinieblas, para qué cesando con esta repentina noche el bullicio de la gente, pudiese á sus solas, y con quietud, gastar aquellas tres horas en apercibirse para la muerte, y en orar con gran fervor y lágrimas por nosotros; á la manera que cuando predicaba, gastaba los dias en su oficio, conversando con los hombres: y en viniendo la noche, se recogia á los montes á orar, haciendo todo esto, no por su necesidad, sino por nuestra enseñanza y ejemplo [1]. Así estando en el monte Calvario, tendidas sus manos en la cruz, despues que hubo cumplido los oficios de piedad, arriba dichos, quiso en aquellas tres horas de tinieblas que sucedieron, ocuparse totalmente en orar, aplicando su oracion por todos los fieles que tenia presentes en su memoria, de los cuales era yo uno por quien aplicaba su oracion. O dulce Jesus, enseñadme á orar con la quietud y espíritu que en estas tres horas oraste; y avivad mi tibieza, para que me aproveche del tiempo que tengo de vida, aparejándome con gran fervor para la muerte.

4. Tambien puedo ponderar, como la Vírgen santísima gastaria este tiempo en orar con gran fervor, levantando su espíritu á una contemplacion muy alta, no de afectos gozosos, sino dolorosos, á imitacion de su Hijo. Y lo mismo es de creer haria san Juan y el buen ladron, inspirándoles este Señor á ello, y diciéndoles desde su cruz, con palabras interiores: Velad y orad conmigo, pooque no caigas en tentacion.

Punto segundo.—*Cerca de la hora nona, que era las tres de la tarde, clamó Jesus, diciendo* [2]: *Heli, Heli, lamazabathani; que quiere decir: Dios mio, Dios mio; porqué me desamparaste?*

[1] Hebr. 5. 9. [2] Matth. 27. 46. Marc. 15. 34.

Esta fué la cuarta palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz poco antes de espirar, y díjola con gran clamor, para que se entendiese que estaba vivo, y para declarar el afecto con que la decia, afligidísimo por el interior desamparo que sentia. Este desamparo estuvo en dos cosas.

1. La primera, en que el Padre eterno le dejaba padecer, sin librarle de aquellos terribles trabajos en que estaba: lo cual es un modo de desamparo que usa Dios con los justos para su provecho; pero en Cristo nuestro Señor fué terribilísimo, porque no hallaba descanso en cosa alguna. La cabeza no podia descansar sobre la cruz, sin nueva pena: las manos no podian sustentar el cuerpo sin rasgarse con mayor dolor: los piés no podian con la carga, sin aumentar sus heridas; y viéndose por todas partes afligido, levantó la voz al cielo con gran clamor, diciendo: Dios mio, Dios mio, porqué me desamparaste?

2. La segunda cosa en que estuvo este desamparo, fué en que la divinidad desamparó á la humanidad, cuanto á los consuelos sensibles, dejándola padecer con las tristezas y agonías que tuvo en el huerto, las cuales duraron hasta que murió; y porque ninguno pensase que su paciencia era insensibilidad, y que el acudir á las cosas de los otros, procedia de no sentir sus penas, quiso con esta palabra declararlas, diciendo: Dios mio, Dios mio, porqué me desamparaste? Mas para que entendiésemos, que esta queja no nacia de desesperacion, sino de amor por la razon dicha: no dijo, Dios, Dios, porqué me desamparaste? Sino Dios mio, Dios mio; como quien dice: Dios eres de todos, porque les das el ser que tienen; pero mucho mas eres Dios mio, porque me comunicas tu divino ser, y me amas con especial amor, y yo te amo con el mismo; pues porqué me desamparas en esta tribulacion? O buen Jesus, no es necesario que venga otra vez ángel del cielo como en el

Digitized by Google

huerto para confortaros en vuestra afliccion, diciéndoos las causas de este desamparo, porque ya está muy cercano á su fin, pero yo, Señor, os la diré, para que se descubra en mí vuestra inmensa caridad, porque yo os desamparé, apartándome de vuestra voluntad, por cumplir la mia, quereis ser desamparado de vuestro Padre; mereciendo con este desamparo, que nunca me desampare su misericordia, y para darme ejemplo de paciencia cuando sintiere semejante desamparo, pues no es mucho pase el discípulo por donde pasó su Maestro. O Maestro dulcísimo [1], *Ne me derelinquas usquequaque*, no me desampares con demasía, y cuando desfalleciere mi virtud, no me desampare tu gracia.

3. Tambien puedo considerar, como Cristo nuestro Señor se queja de otro desamparo, que sentia mucho mas que los que están dichos, viendo que sus discípulos le habian desamparado, y el pueblo hebreo le habia dejado, y millares de hombres habian de desampararle, dejando su fe, atropellando sus sacramentos, y desechando los frutos que de su pasion podian sacar. O dulce Jesus, no me espante que os quejeis de este desamparo, pues siendo vuestra redencion tan copiosa y vuestra pasion tan penosa, apenas hay quien se aproveche de ella. O Amparador nuestro, cuán desamparado os veo en este mundo! Unas naciones, no quieren recibir vuestra fe: otras, la dejan; y otras, aunque reciben vuestra ley, dejan el cumplimiento de ella, y unos desamparan á otros, desamparándoos en cada uno de vuestros pequeñuelos. O Padre eterno, no desampareis así á vuestro Hijo; y pues tan bien lo ha trabajado en su pasion, haced que sea de todos conocido, y adorado por ella.

Punto tercero.—1. Aunque Cristo nuestro Señor solamente dijo en voz alta las palabras referidas, que son principio del salmo 21, que trata de su pasion, pia-

[1] Psal. 118. 8. Psal. 70. 9.

Digitized by Google

mente se puede creer, que en secreto prosiguió todo este salmo, contando á su Padre todos los trabajos que están expresados allí; pero con mayores ánsias diria aquellas palabras: Libra, Señor, mi alma del cuchillo, y defiende á la única querida mia, del poder del perro: sácame de la boca del leon, y libra mi pequeñez de los cuernos del unicornio. Llama cuchillo á la muerte, á que está condenado por la divina Justicia; y perro á Caifás, con los demás perseguidores que mordian su fama: Leon á Pilatos, con los ministros y soldados que le despreciaban y afligian con aquellos tormentos: y unicornios á los poderes de las tinieblas infernales que solicitaban á sus enemigos contra él. Estas palabras diria con gran sentimiento, conforme á lo que de él dice san Pablo [1]: Que en los dias de su carne hizo oracion con gran clamor y lágrimas al que le podia salvar y librar de la muerte.

2. Tambien se ha de considerar, el sentimiento grande que tendria la Vírgen cuando oyó decir á su Hijo estas lastimosas palabras; las cuales en entrando por sus oidos, penetraron su corazon, y le levantó al eterno Padre, suplicándole que no desamparase á su afligido Hijo; y como ella sabia tambien los salmos de David, es de creer, que cuando este divino cantor con voz llorosa comenzó este salmo 21, en el facistol de la cruz, ella juntamente le prosiguiria en su corazon, doliéndose de los tormentos que allí se van contando de su Hijo, y con el mismo espíritu le tengo yo de decir y rumiar, haciendo pausa en cada palabra de él.

3. Ultimamente ponderaré, como algunos de los circunstantes que oyeron esta palabra, dijeron: *A Elías llama, esperad, y verémos si viene á librarle.* Esto dirian aquellos malvados perseguidores por mofa de Cristo, juzgando del vocablo *Heli*; como quien dice: Es tan miserable, que no puede salvarse á sí mismo, y así se

[1] Hebr. 5. 7.

Digitized by Google

queja y pide el favor de Elías. De esta manera torcian las palabras del Redentor para escarnecerle con ellas, permitiéndolo así su bondad para ser por todas maneras atormentado en la cruz. No permitas, Señor, que yo tuerza tus palabras, ni use de ellas para otra cosa, que glorificarte y servirte. Y pues son palabras de vida eterna, concédeme que por ellas la alcance. Amen.

MEDITACION XLIX.

DE LA SED QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PADECIÓ EN LA CRUZ, Y DE LA QUINTA PALABRA QUE HABLÓ EN ELLA.

PUNTO PRIMERO. — *Sabiendo Jesus que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Sed tengo.*

1. Cerca de este misterio se ha de considerar, lo primero, la terrible sed que Cristo nuestro Señor padecia, porque desde la noche antes no habia bebido, y habia padecido grandes trabajos, andado muy aprisa muchas jornadas, y vertido mucha sangre con los azotes y espinas; y en la cruz, donde habia estado casi tres horas; por lo cual dijo el mismo Señor, en el salmo 21: Mi virtud se secó como una teja, y mi lengua se pegó al paladar, y llegué á estar como polvo á punto de perecer. Con ser la sed tan grande, la sufrió y disimuló, hasta que estaba para espirar, y entonces la declaró, para que supiésemos lo que padecia en castigo de nuestras glotonerías y embriagueces, y se lo agradeciésemos, alentándonos á padecer semejante sed por su amor, teniendo paciencia cuando nos viéremos acosados de ella. O valeroso Sanson [1], que despues de haber muerto mil filisteos con la quijada de un jumento, teneis sed mortal, pedid á vuestro Padre, que de esa cruz en que venceis á vuestros enemigos, saque una fuente de agua, con que se mate vuestra sed. O Piedra viva y pedernal

[1] Judith. 15. 15.

Digitized by Google

de fuego amoroso, pues estais herido con la vara de la cruz, brotad como la piedra que hirió Moisés [1], alguna fuente de agua con que refresqueis vuestra afligida lengua! Mas ya veo, Señor, que vuestra caridad no quiere sino brotar arroyos de sangre para lavar nuestras culpas, pues su refrigerio es padecer mucho por librarnos de ellas. Por vuestra sed os suplico me deis paciencia y templanza, para que ni la falta de la bebida me turbe, ni su abundancia me desordene.

Punto segundo.—Demás de esta sed corporal tuvo Cristo nuestro Señor sed insaciable de tres cosas, las cuales podemos sacar de la causa que dá el Evangelista, por la cual dijo esta palabra [2]: Sed tengo; es á saber, porque viendo como estaban ya cumplidos todos los trabajos que de él habian profetizado los profetas, y que solamente faltaba uno, que era darle vinagre en su sed; para que este se cumpliese, dijo: Sed tengo, provocando con esta palabra á que le diesen á beber del vinagre que allí tenian.

1. En lo cual se descubren tres excelentísimas virtudes de este excelentísimo Señor, en que se fundan tres suertes de sed que le afligian. La primera, fué una insaciable sed de obedecer, con la cual deseó cumplir la voluntad de Dios, en todas las cosas, sin dejar una jota, ni una tilde, ni cosa alguna por penosa que fuese: y como sabia que era voluntad del Padre, que en su sed le diesen vinagre, no quiso dejar de cumplirla; y por esto dice, que tiene sed, no tanto de beber agua, cuanto de gustar aquel vinagre por obedecerle. O amantísimo Jesus [3], cuyo manjar y bebida fué cumplir la voluntad de tu Padre, dame sed de esta obediencia tan ferviente, que no halle descanso en otra cosa, que en cumplirla.

2. La segunda sed, fué un entrañable deseo de padecer por nuestro amor; porque por mucho que habia

[1] Exod. 17. 6 [2] Psal. 68. 22. [3] Joan. 4. 34.

Digitized by Google

padecido, deseaba padecer mucho mas, y sin duda lo padeciera, si esta fuera la voluntad de su Padre. Y de aquí procedió, que viendo como le faltaba por padecer la bebida del vinagre, dijo: Sed tengo. Y no lo dijo para pedir refrigerio, sino por padecer nuevo tormento. O Redentor mio, confuso estoy de mí mismo; porque la sed que yo tengo, no es de padecer dolores, sino de tener muchos regalos: quitad de mí tan preciosa sed, y trocadla en otra sed como la vuestra, para que siempre tenga sed de padecer mas y mas por vuestro amor.

3. De estas dos virtudes procedió el modo que tuvo Cristo nuestro Señor de manifestar su necesidad, lleno de admirable santidad, porque la manifestó sencillamente, sin alegar razones ni causas para persuadir que le diesen de beber; ni aun lo pidió expresamente, sino solo dijo: Sed tengo; como quien dice: Esta necesidad padezco, vosotros ved si la quereis remediar, y el cómo, y cuándo la remediaréis. Con lo cual nos enseña, especialmente á los religiosos, el modo como hemos de representar nuestras necesidades temporales á Dios nuestro Señor en la oracion, y á nuestros prelados con grande resignacion, contentándonos con declarar la necesidad, dejando á su providencia el remedio de ella, cuanto al tiempo, y modo, y á lo demás, quedando aparejados para sufrirla hasta la muerte, si Dios así lo dispusiere. Y qué mucho yo haga esto con Dios, que es mi Padre, y con los prelados, que son ministros suyos, pues Cristo nuestro Señor lo hizo con los sayones y verdugos, de quien no esperaba remedio de su trabajo? Por ventura[1], si pidiere á Dios pan, daráme piedra? Y si le pidiere pesce, daráme escorpion? Y si le pidiere huevo, daráme serpiente? Y si le dijere, sed tengo, daráme hiel y vinagre? No es Dios padre tan cruel conmigo, que me niegue lo que me conviene, ó me dé lo que ha de hacerme daño: y pues esto es así, basta decirle

[1] Matth. 7. 9.

Digitized by Google

mi necesidad, dejándole con entera resignacion el cuidado de remediarla.

4. La última sed, fué de la salvacion de las almas, que con su pasion redimia, deseando que su sangre aprovechase[1] á todos, y que todos sirviesen á su Padre, y le diesen la gloria y culto debido como á Dios, porque siempre el celo ardiente de la casa de Dios le comia las entrañas, y de aquí procedia esta sed, que con mayores ánsias padeció en la cruz. Y en especial tengo de ponderar la sed que allí tenia de mi salvacion, y de que yo le sirviese con perfeccion, dándole gracias por ella, y animándome á darle de beber, para refrigerar su sed. O alma mia, mira que tu Señor está diciendo, que tiene sed de que seas obediente, paciente, humilde y caritativa, dale de beber lo que te pide por aliviar su trabajo. Tomad, Salvador mio, el vaso de mi corazon, en el cual os ofrezco unos fervientes deseos de serviros. Bebed lo que deseais, metiéndome en vuestras entrañas, de modo que nunca me salga de ellas. Amen.

De aquí sacaré, que si quiero perfectamente imitar á Cristo nuestro Señor, tengo de procurar la sed de las tres cosas dichas; esto es, de obedecer á Dios, de padecer por Dios, y de que muchos sirvan á Dios, porque trás estas se seguirá la sed de ver á Dios fuerte y vivo. Y así se cumplirá en mí lo que dijo Cristo nuestro Señor[2]: Bienaventurados los que tienen sed de la justicia, porque ellos serán hartos.

Punto tercero.—*Estaba allí una vasija llena de vinagre*[3], *y corriendo luego un soldado, tomó una esponja, y empapándola en el vinagre, la puso sobre una caña, y la juntó á la boca de Cristo para que bebiese.*

1. En este paso se ha de considerar la terrible escasez y crueldad del hombre contra Dios, y la inmensa largueza y bondad de Dios para con el hombre; porque

[1] Psal. 68. 10. [2] Psal. 41. 3. Matt. 5. 6. [3] Joan. 19. 29. Matt. 27. 48. Marc. 15. 36.

Digitized by Google

no pudo hacer mayor liberalidad, que derramar Dios toda la sangre de sus venas, sin dejar gota, para el bien del hombre; ni pudo ser mayor cortedad y villanía, que en este mismo tiempo no dar el hombre algun alivio á la sed de Dios. Pero particularizando esto he de considerar; lo primero, el desamparo de Cristo nuestro Señor en esta su sed, sin tener quien se compadeciese de él, y le diese agua con que refrescarse, sino vinagre, y aun ese mezclado con la yerba del hisopo mortal, y desabrida. Sufria este trabajo su Majestad con admirable paciencia y silencio, sin quejarse, ni decir palabra de indignacion, para darnos ejemplo de sufrimiento, y para librarnos de la sed eterna que por nuestros pecados merecíamos en el infierno, á donde los condenados piden como el rico Avariento una sola gota de agua, y no se les dá. O dulce Jesus, gracias te doy por este desamparo que padeciste, semejante en algo al de los condenados, no hallando quien te diese una gota de agua para mitigar tu sed! Por ella te suplico humildemente me libres de la sed eterna, y me des paciencia cuando me faltare el alivio para mitigar la temporal. Amen.

2. Lo segundo ponderaré la afliccion de Cristo nuestro Señor en la sed espiritual que allí padecia, cuando en aquella esponja llena de vinagre sobre la caña, consideró la bebida que le habian de dar muchos pecadores, dándole sus corazones fofos para lo bueno, llenos de vinagre acedo del pecado, puestos sobre la caña movediza de la vanidad y mutabilidad de su carne. O alma mia, mira la bebida que das á tu Señor, mezclada con tanta muchedumbre de pecados! Atiende al vinagre que le das, cuando afliges con ásperas palabras, y con acedas obras á tus projimos, en los cuales él está tomando por suya la injuria que les haces! O Salvador mio, y cuán diferente bebida me dais para hartar mi sed de la que yo os doy para la vuestra! Por la esponja

Digitized by Google

llena de vinagre sobre la caña de hisopo, me dais vuestra santísima carne, mezclada con el vino de vuestra preciosa sangre, exprimida en esa caña de la cruz, y con ella me rociais como con hisopo para que quede limpio, y me embriagais como con vino para llenarme de vuestro amor. Gracias os doy por esta bebida tan preciosa, y por ella os suplico me perdoneis las injurias que he cometido en la bebida aceda que os he dado.

3. Finalmente, ponderaré el gran dolor que sintió la Vírgen sacratísima cuando oyó decir á su Hijo: Sed tengo, y vió que le daban á beber vinagre; y como tambien conoció la sed espiritual que su Hijo tenia, crecia la suya grandemente de que hubiese muchas almas que le sirviesen. O Vírgen soberana, cuán de buena gana fuérais entonces á refrescar la sed corporal de vuestro amantísimo Hijo, si os fuera dada licencia para ello! Y cuánto de mejor gana acudís ahora á hartar su sed espiritual, porque haya muchos que le amen y gocen el fruto de su pasion. Negociad, Madre mia, que mi vida sea tal, que pueda ser alivio á vuestro sediento Hijo, sirviéndole con las veras que desea ser servido, á gloria de su santo nombre. Amen.

MEDITACION L.

DE LA SEXTA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR DIJO EN LA CRUZ.

En recibiendo Jesus el vinagre, dijo[1]*: Consummatum est. Acabado es.*

Esta es la sexta palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz, despues que bebió algo de vinagre, para que se entendiese el fin con que habia dicho que tenia sed, y gustando aquella bebida, con la cual daba fin á sus trabajos; y así dijo: *Consummatum est.* Acabado, y cumplido es. O palabra breve y acabada, com-

[1] Joan. 19. 30.

Digitized by Google

pendiosa y muy cumplida, quién pudiera entender cumplidamente los misterios que en tí encierras, y declarar enteramente lo que significas! En tres cosas puso Cristo nuestro Señor los ojos cuando dijo estas palabras, dignas de gran ponderacion, de las cuales podemos hacer tres puntos.

Punto primero. — 1. Lo primero puso los ojos en todos los trabajos y tormentos que su Padre eterno quiso padeciese, desde el instante de su encarnacion, hasta el punto en que estaba, que era el fin de su pasion y de su vida; pasando por la memoria los trabajos de su nacimiento y circuncision, los de su destierro en Egipto, los de su predicacion en Judea y Galilea, y últimamente los de su pasion; y viendo como todos estaban cumplidos enteramente sin faltar ninguno, consolóse grandemente de ver que hubiese llegado al fin de sus trabajos tan á gusto de su eterno Padre, y con un afecto de reconocimiento y agradecimiento, dijo: *Consummatum est;* acabado es todo cuanto mi Padre me mandó padecer. Y es de creer repetiria la oracion que hizo en el cenáculo, dándole gracias por esta obra [1]: *Ego te clarificavi super terram, opus consummavi, quod dedisti mihi, ut faciam.* O Padre mio dulcísimo, gracias te doy porque me has traido á esta hora tan deseada por mí: yo he clarificado en la tierra, y he acabado la obra que me encomendaste; yo te la ofrezco por la redencion del mundo, y para que todos sean clarificados por mí. O Redentor mio, que dijísteis [2]: con un bautismo tengo de ser bautizado, cómo me aflijo hasta que le vea cumplido? Cese ya vuestra afliccion, pues ya está acabado este bautismo; y si la esperanza [3], que se dilataba, afligia vuestro corazon, el cumplimiento de vuestro deseo sea para Vos árbol de vida: seálo tambien, Dios mio, para mí, cogiendo el fruto que en el árbol de la cruz habeis brotado. De aquí he de sacar, cuán contento me

[1] Joan. 17. 4. [2] Lucæ 12. 50. [3] Prov. 13. 12.

Digitized by Google

hallaré en la hora de mi muerte, si he cumplido todo lo que Dios me ha mandado, gastando en esto la vida.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, puso Cristo nuestro Señor los ojos en todos los fines de su venida al mundo, y en los oficios que su Padre le habia encargado, pasando por su memoria, como su venida fué á satisfacer por el pecado de Adan, á quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, á destruir la muerte y el infierno, á abrir las puertas del cielo, á enseñar como Maestro la doctrina de la perfeccion; á dar heróico ejemplo de todas las virtudes, á entablar los consejos evangélicos, y á instituir sacramentos y sacrificios propios de la nueva ley. Y habiendo visto como de su parte habia hecho todo lo necesario para conseguir estos fines, y cumplido enteramente todos sus oficios, con grande contento dijo [1]: *Consummatum est*; ya es acabado todo lo que pretendí con mi venida al mundo; ya he concluido la consumacion y abreviacion que habia de hacer en medio de la tierra, de la cual pueda nacer abundancia de santidad en el mundo, acabándose la indignacion que contra él tenia. Ya tambien se han cumplido las semanas de Daniel, cap. 7, en las cuales se habia de acabar la prevaricacion y tener fin el pecado, y borrarse la maldad, y venir la justicia sempiterna, y cumplirse toda profecía. Ya finalmente he cumplido de mi parte todo lo necesario, para que mis escogidos sean [2] *Consummati in unum*, consumados y acabados en union de caridad, como yo y mi Padre lo somos. Gracias te doy, perfectísimo Salvador del mundo, por lo bien que has cumplido tus oficios, y acabado la obra de nuestra redencion: suplícote, Señor, que acabes tambien en mí la obra que has comenzado, consumiendo en mí todo pecado, comunicándome cumplida y consumadamente tu justicia, para que cuando mi vida se acabare, sea ya en tus ojos acabado y consumado en toda virtud. Amen.

[1] Isai. 10. 21. [2] Joan. 17. 23.

Digitized by Google

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, puso Cristo nuestro Señor los ojos en todas las sombras y figuras de su venida, que habian sucedido desde el principio del mundo hasta entonces; y en especial en los sacrificios y ceremonias de la ley vieja, y en las cosas que los profetas habian dicho, para representar todo lo que habia de hacer y padecer en el mundo; y viendo como todo esto estaba cumplido, dijo: *Consummatum est*; acabado es todo lo que era sombra y figura: acabados son ya los sacrificios y ceremonias antiguas: acabada es ya la ley de la circuncision, con las largas intolerables que consigo traia; cumplida es ya la ley, y los profetas[1], pues no vine á quebrantarla, sino á cumplirla: porque el cielo y la tierra faltarán, antes que se deje de cumplir una jota ó una tilde, de todo cuanto en ella se dice. Así lo habeis cumplido, Señor, como lo dijisteis, porque vuestra palabra es mas perpétua que el cielo, y mas firme que la tierra; por lo cual deseo que todos los moradores de tierra y cielo os alaben y glorifiquen en esa cruz. Amen.

Ultimamente ponderaré, como este mismo Señor que está en este doloroso trono para espirar, volverá el dia del juicio en un trono de gloria para juzgar; y habiendo dividido á buenos de malos, y sentenciado á unos y á otros conforme á sus obras, dirá tambien esta palabra: *Consummatum est*. Ya es acabado el mundo y su gloria vana: ya es acabado el tiempo de merecer y desmerecer: ya son acabados los deleites de los malos y los trabajos de los buenos: ya es acabado el poderío y reino del demonio, para tentar y engañar de nuevo á los hombres: ya es acabado y cumplido el número de los escogidos para el cielo, y su medida ha llegado á cumplimiento y perfeccion. Y esto mismo proporcionalmente me dirá á mí en la hora de mi muerte, cuando venga á juzgarme, pues para mí todo esto se acaba en aquella

[1] Matt. 5. 17.

Digitized by Google

hora. Y con esta consideracion tengo de animarme á vivir de tal manera, que pueda decir con san Pablo [1]: *Cursum consummavi, fidem servavi.* Consumado y acabado he mi carrera, y en ella he guardado la fe y lealtad qne debia á Dios, sin desfallecer en ella. O Juez supremo de los hombres, cuya justicia será tan cumplida, y consumada, como lo ha sido tu misericordia, cumple ahora en mí tu misericordia, llenándome de gracia y de merecimientos, para que despues cumplas en mí tu justicia, dándome la corona de ellos en tu gloria. Amen.

MEDITACION LI.

DE LA SÉPTIMA PALABRA QUE DIJO EN LA CRUZ CRISTO NUESTRO SEÑOR Y DE SU MUERTE.

PUNTO PRIMERO.—*Clamando Jesus con grande voz, dijo* [2]: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

1. Sobre esta postrera palabra se han de considerar, primeramente las causas porque la dijo con tan grande clamor y grito. Una fué para que se entendiese que tenia fuerza y vigor para dilatar la vida, y atajar la muerte si quisiera; y que si moria, era porque queria morir, conforme á lo que antes habia dicho [3]: Ninguno me puede quitar la vida, si yo no la ofrezco de mi voluntad, porque tengo potestad de dejarla, y tornarla á tomar cuando quisiere. Gracias te doy, dulce Jesus, por esta voluntad que tuviste de morir, y dar tu vida por mí, yo te ofrezco la mia desde luego, aparejado para perderla cada y cuando que fuere menester por tu gloria.

2. La segunda causa, fué para declarar el natural sentimiento que tenia el alma en apartarse de su cuerpo. Miraba la buena compañía que le habia hecho treinta y tres años, y cuán bien le habia servido y ayudado en todas las obras de nuestra redencion, y como esta-

[1] 2. Ad. Timot. 4. 7. [2] Lucæ 23 46. [3] Joan 10. 18.

Digitized by Google

ba unido con la divinidad, así como ella. De aquí resultaba una grande pena y dolor natural en apartarse de él, la cual significó con este clamor y grito en lugar de las congojas y bascas con que otras almas se apartan de sus cuerpos. O ánima santísima de Jesus, por el dolor que sentiste en apartarte de tu santo cuerpo, te suplico confortes la mia, para que no tema con demasía apartarse del suyo.

3. Lo tercero, clamó Cristo nuestro Señor con voz clara y sonora, en señal de la victoria que alcanzaba del demonio y del infierno, porque así como Gedeon [1] quebrantó su cántaro, y alzando el grito venció á los madianitas, tambien nuestro glorioso capitan, quebrantando su cuerpo en la cruz con los tormentos, y clamando con esta voz sonora, venció con su muerte á los demonios, poniendo terror y espanto á las potestades infernales. Y fué esta voz milagrosa, porque los crucificados, como mueren desangrados, cuando están cercanos á la murrte, están muy desflaquecidos; pero nuestro buen Jesus usó entonces de su poder, mostrando que su muerte era para vencer, y que en ella estaba escondida su fortaleza y su victoria. Gracias te doy, Salvador poderosísimo, por la victoria que has ganado, no tanto para tí, cuanto para nosotros, muriendo por darnos vida. Suplícote, Señor [2], que cuando desfalleciere mi virtud, no me desampares, fortaleciéndome con la tuya, para que muriendo alcance por tí la victoria que ganaste para mí.

Punto segundo.—Luego se ha de considerar las palabras que Cristo nuestro Señor dijo con este clamor que son tomadas del salmo 30: y es de creer, que en diciendo *Consummatum est*, comenzó á decir interiormente este devoto salmo; y en llegando á este vérso, levantó la voz y dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

[1] Judic. 7. 19. [2] Psal. 70. 9.

Digitized by Google

1. Cada palabra tiene particular misterio. Llámale Padre, en señal de amor y confianza; la cual es muy necesaria en la hora de la muerte, para que haga Dios con nosotros oficio de padre, amparándonos y defendiéndonos con su proteccion, y admitiéndonos á la herencia que tiene prometida á sus hijos; mas para esto, es menester que en vida hagamos con él oficio de buenos hijos, amándole, honrándole y sirviéndole como tal Padre merece. O Padre amantísimo, concédeme, mientras vivo, que tenga para contigo espíritu de verdadero hijo, para que confiadamente pueda en mi muerte llamarte Padre.

2. Lo segundo, encomienda su espíritu en las manos del Padre, para significar, que en las manos de tal Padre, y no en otras puede estar seguro. Estas manos criaron nuestro espíritu [1], y en ellas nos tiene escritos para no olvidarse de nosotros. En sus manos están nuestras suertes, porque de ellas depende la dichosa suerte de nuestra salvacion. O alma mia, arrójate en las manos de tu Padre, que pues te tiene escrito en ellas, no te borrará del libro de la vida: y pues tus suertes están en sus manos, él hará que te quepa la buena suerte de la gloria. O dulce Jesus, como Vos encomendais vuestro espíritu en las manos de vuestro Padre, así yo encomiendo el mio en las vuestras, las cuales teneis extendidas en la cruz para abrazar á los pecadores que se acogieren á ellas. Ahí teneis á vuestros escogidos, escritos con vuestra sangre y asidos con vuestra fortaleza, de modo, que ninguno podrá sacarlos de ellas. En las mias no está seguro mi espíritu, porque son muy flacas: yo le entrego en las vuestras, que son muy fuertes; y pues con ellas le habeis redimido, haced que por ellas sea glorificado.

3. Lo tercero, dice, que le encomienda su espíritu: no dice su hacienda, porque ninguna tiene: no su hon-

[1] Psal. 118. 73. Isai. 49. 16. Psal. 30. 6.

Digitized by Google

ra, porque no le dá cuidado: no su cuerpo, porque no es lo que mas estima, sino su espíritu, que es lo principal del hombre, de cuya buena suerte pende todo lo demás. Enseñándonos con esto el cuidado grande que en la hora de la muerte hemos de tener de encomendar á Dios el alma, dejando á su providencia el suceso de lo que toca al cuerpo; porque si mi espíritu entra en las manos de Dios, eso me basta para ser bienaventurado.

4. Pero mas adelante pasa la caridad de Cristo nuestro Señor, el cual no solo encomendó á su Padre su propio espíritu, poniéndole en sus manos como en depósito para tomarle de ahí á tres dias, y reunirle al cuerpo, sino tambien le encomendó el espíritu de todos sus escogidos, que tenia por suyo; porque como dice san Pablo [1], el que se llega á Dios es un espíritu con él: de suerte, que tambien aquí encomendó á su Padre mi espíritu, y la vida espiritual que he de hacer, suplicándole que lo tomase todo debajo de su proteccion; y con este mismo sentimiento puedo yo decir estas palabras á nuestro Señor, no solo en muerte, sino en vida.

Punto tercero.—*En diciendo esto* [2], *inclinó Cristo la cabeza, y entregó su espíritu.*

1. Cuanto á esta inclinacion de la cabeza, que como fué voluntaria, así fué misteriosa, se han de considerar las causas de ella. La primera, para significar que moria por obediencia, inclinando la cabeza á la divina ordenacion. La segunda, para declarar su humildad de corazon y su pobreza, como no tenia donde reclinar su cabeza en la cruz. La tercera, para darnos á entender la gravedad de nuestros pecados, que con su carga le hicieron inclinar hasta la muerte. La cuarta, para señalar el lugar del limbo, adonde su espíritu encaminaba la jornada que habia de hacer para despojarle. De estas causas tengo de sacar afectos de agradecimiento é

[1] 1. Cor. 6. 17. [2] Joan. 19. 30.

Digitized by Google

imitacion, inclinando mi cuello y cabeza al yugo de la obediencia por Cristo, y mirando siempre la tierra de donde fuí formado, y el infierno que tengo merecido, adonde me aploma la carga de mis pecados, suplicando á Cristo nuestro Señor, que por la inclinacion de su cabeza en la cruz, me conceda todo esto, para que inclinando ahora mi cabeza con humildad, la pueda levantar despues con grande confianza.

2. Luego se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor de tal manera entregó su espíritu, que verdaderamente murió por la fuerza y terribilidad de los dolores que padeció en la cruz, y por el desfallecimiento de la sangre que por sus heridas derramaba hilo á hilo sin parar; y así como las venas comenzaron á vaciarse de la sangre, comenzó el rostro á demudarse, y los miembros del cuerpo á enflaquecerse, y faltando las fuerzas vino á espirar. O buen Pastor, cuán bien habeis cumplido con vuestro oficio, dando la vida por vuestras ovejas! O sumo Sacerdote, cuán buen sacrificio habeis ofrecido de Vos mismo en esa ara de la cruz! O sapientísimo Maestro, cuán alta leccion de justicia y santidad habeis leido en esa cátedra! O Redentor liberalísimo, cuán copioso precio habeis dado por la redencion de vuestros cautivos! O Sol de justicia, que salísteis como gigante del oriente [1], cuán bien habeis corrido vuestra carrera, alumbrando y calentando la tierra, hasta parar en el occidente de la muerte! Gracias os doy por los trabajos que habeis tomado por mi amor: tiempo era ya que descansáraïs, dando fin á vuestras penas, diciendo como otro David [2]: En paz conmigo mismo dormiré y descansaré.

3. Pero aunque es verdad, que el cuerpo de este Señor quedó libre de penas, mas quedó tal, que era un retablo de dolores á todos los que le miraban, especialmente á la Vírgen sacratísima, cuyo dolor no cesó con

[1] Psal. 18. 6. [2] Psalm. 4. 9.

Digitized by Google

la muerte del Hijo; antes en parte se renovó, viéndose privada del que tanto amaba. O qué lágrimas derramaria por sus ojos! O qué suspiros y gemidos sacaria de su corazon! O qué clamores del espíritu levantaria al cielo! O qué deseos tan vivos tendria su alma de acompañar á la de su Hijo! Y qué quejas daria al eterno Padre, porque la dejaba sola en este valle de miserias, aunque acompañadas con grande conformidad con su voluntad; pero como tenia muy viva fe, y cierta esperanza de la resureccion, algun consuelo recibió con ver despenado al que tanto padecia, sabiendo que todos sus trabajos se acababan con la muerte.

4. Finalmente, puedo considerar lo que muchos santos ponderan, que el demonio se halló presente á un lado de la cruz, esperando si hallaba en Cristo algo que fuese suyo, para asir de ello, pero no lo halló, como el mismo Señor lo habia dicho [1]. Tambien es de creer que pues los ángeles se hallan á la muerte de los justos, enviaria el Padre eterno algunos de sus jerarquías, para que se hallasen á la muerte de este supremo Justo de los justos; no para ayudarle, sino para honrarle y acompañarle. O gran sacerdote Jesus [2], que á imitacion del otro de vuestro nombre estais vestido de vestiduras manchadas, no con manchas de culpas propias, sino de las agenas, y á vuestro lado teneis á Satanás para contradeciros, aunque no al lado derecho como le tenia el otro, sino al lado izquierdo, porque en nada pudo venceros; y al otro lado teneis, no un ángel, sino muchos que asisten para honraros, y yo os suplico humildemente, os acordeis de mí en la hora de mi muerte, limpiando mi alma de toda mancha de pecado, de modo que Satanás no pueda prevalecer contra ella [3]: y enviadme vuestro santo ángel para que me defienda, de modo, que en siendo suelta de su cuerpo, merezca ser colocada en vuestra gloria. Amen.

[1] Joan. 14. 30. [2] Zachar. 3. 5. [3] En la Medit. 9. de la 1. Part.

Digitized by Google

SUMA DE LAS MEDITACIONES PASADAS,

EN QUE SE PONE UN MODO DE BIEN VIVIR, Y UN APAREJO DE BIEN MORIR, Á IMITACION DE CRISTO CRUCIFICADO.

1. Lo primero, así como Cristo nuestro Señor estuvo en la cruz desnudo de sus vestiduras, y estas las dejó para que los soldados las repartiesen entre sí mismos, tambien yo tengo de procurar desnudar mi corazon del amor de todas las cosas de esta vida, de suerte, que quede totalmente desnudo de las aficiones desordenadas que tenia. Cuanto al uso de las cosas que poseyere, tengo de ser tan moderado, que no tome sino las necesarias, desnudándome de las supérfluas, y de las que se toman por vanidad ó regalo; y cuanto á la propiedad, tengo de desnudarme de algunas para que se vistan los pobres: y si puedo, mucho mejor será desnudarme de todas, renunciándolas para seguir desnudo al desnudo Jesus, y morir del todo desnudo como él, dejando todos los cuidados de lo temporal, por atender á lo eterno.

2. Lo segundo, así como Cristo nuestro Señor estuvo en la cruz, clavados piés y manos con tres clavos, sin tener libertad de moverse de una parte á otra, y desangrándose poco á poco por las heridas, hasta vaciar toda la sangre de sus venas; tambien yo no me tengo de contentar con desnudarme de las cosas exteriores que poseo, sino procurar, como dice san Pablo [1], crucificar mi carne con sus vicios y concupiscencias en la cruz de Cristo, de modo, que no tenga piés ni manos libres para desear ni hacer cosa que la desvie de esta cruz, sino que esté sujeta del todo al espíritu [2], y enclavada con los clavos del temor de Dios, y de su amor y obediencia á su santa voluntad, como se ponderó en la meditacion 44. Y de esta manera ha de perseverar, hasta

[1] Galat. 5. 24. [2] Ex Cassian. lib. 4. cap. 34. et 35.

Digitized by Google

que se vacie y purifique toda la mala sangre de sus pecados é imperfecciones; porque como el crucificado no muere de un golpe [1], sino poco á poco, así no podré mortificar de un golpe todas mis pasiones y aficiones desordenadas, sino poco á poco con paciencia y larga esperanza, continuando el ejercicio de la mortificacion, hasta que alcance esta perfecta muerte: y como el crucificado no se crucifica á sí mismo, sino otro le crucifica y enclava, así mi carne ha de ser crucificada por otros: la ha de crucificar el espíritu con penitencias, negando sus antojos y deseos; pero á ella y al espíritu, crucifica Dios nuestro Señor con trabajos, el demonio con tentaciones, y los hombres con persecuciones, las cuales hemos de llevar con paciencia, hasta morir esta dichosa muerte.

3. Lo tercero, así como Cristo nuestro Señor en la cruz tuvo especial cuidado de cumplir sus obligaciones y oficios con tres personas: es á saber, con su Madre, con su discípulo y con el buen ladron, á los cuales habló como queda dicho; así tengo yo de tener cuidado de cumplir las obligaciones de piedad y de justicia, y las de mi estado y oficio, especialmente con tres suertes de personas. Lo primero, con mis superiores, significados por la Madre. Lo segundo, con los domésticos, significados por el discípulo. Lo tercero, con los demás hombres, figurados por el buen ladron, dando á cada uno lo que estoy obligado, y ayudando á todos como mejor pudiere. Pero además de esto, he de cumplir las obligaciones de la perfecta caridad, rogando á Dios por mis enemigos, y por los suyos, para que los convierta; y excusando las faltas de mis prójimos, como lo hizo el mismo Señor, comenzando por aquí el cumplimiento de sus oficios.

4. Lo cuarto, como Cristo nuestro Señor, cumplidas estas obligaciones en las tres horas que hubo de tinie-

[1] Deut. 7. 22.

Digitized by Google

blas, se ocupó en oracion, como quien se aparejaba para morir; así yo, cumplidas las obligaciones de mi estado y oficio, tengo de tomar tiempo, y lugar retirado y y quieto para vacar á solo Dios, y negociar mi salvacion y una buena muerte: y en especial, atizar una gran sed, como la que tuvo Cristo nuestro Señor de obedecer á Dios y á sus ministros, de padecer mucho por su servicio, y de ganar muchas almas que le sirvan: y como me fuere acercando á la muerte, así han de ir creciendo estos ejercicios de oracion, con los efectos que de ella proceden, disponiéndome para ella, porque como dice san Gregorio [1]; *Quanto morti vicinior, tanto solicitior*. Cuanto mas cercano á la muerte, tanto he de ser mas cuidadoso para que sea buena.

5. Lo quinto, para esto he de procurar, que todas mis obras vayan tan bien hechas, que al fin de cada una pueda decir aquella palabra de Cristo: *Consummatum est*. Acabado es lo que Dios me mandó en esta obra, cumplido queda, y bien perfecto. Y de la misma manera he de gastar el dia tan bien, que á la noche pueda decir lo mismo: y al mismo paso tengo de ordenar la vida, y aparejarme al fin de ella con los sacramentos de confesion y viático, con el testamento y disposicion de mis cosas obligatorias, de modo, que pueda decir: *Consummatum est*. Acabado es, y cumplido todo lo que Dios me ha mandado.

6. Ultimamente, en vida y en muerte, con amor y confianza, encomendaré á Dios mi espíritu, poniéndole en sus manos para que él le guarde, defienda, y le gobierne, y enderece al fin de la bienaventuranza eterna, al modo que se ponderó en la meditacion precedente. Pero como Cristo nuestro Señor quiso morir en su florida edad, á los 33 años de su vida, cuando los hombres sienten mas el morir, así yo tengo de ofrecerme con resignacion en las manos de Dios, para que me lleve, cuan-

[1] Lib. 7. epistol. 1.

Digitized by Google

do él quiere, aunque sea en lo mas florido de mi edad, y de mis pretensiones, fiándome que me llevará en la edad, tiempo y lugar que mas me conviniere para mi salvacion.

MEDITACION LII.

DE LOS MILAGROS QUE SUCEDIERON EN MURIENDO CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Despues que Cristo nuestro Señor murió, demás de las tinieblas que han precedido, sucedieron otros milagros para tres fines [1]; es á saber, para declarar la gloria del que moria, y la maldad de aquel pueblo que le crucificaba, y para significar los admirables efectos que se seguirian de su muerte.

Punto primero. — *El velo del templo se dividió en dos partes, de alto á bajo.*

Las causas de esta division fueron principalmente dos. La primera, porque así como el sumo Sacerdote Caifás, cuando oyó decir á Cristo, que era Hijo de Dios, juzgando que era blasfemia [2], rasgó sus vestiduras en señal de dolor y pena; así el mismo Dios rasgó el velo de su templo en señal de la blasfemia y sacrilegio horrendo que cometió aquel pueblo, injuriando y crucificando á su Hijo. O alma mia, si eres templo de Dios vivo, rasga tu corazon de pena, por lo mucho que tu Señor padeció en la cruz, siendo tú la causa de ello! O Dios de mi corazon, rasgadle Vos con vuestra mano, comunicándome este sentimiento, porque yo soy tan flaco, que no puedo por mí rasgarle como deseo.

La segunda causa, fué para significar, que por la muerte de Cristo nuestro Señor, se abria camino para conocer los secretos y misterios de Dios [3], que antes estaban ocultos, parte por el velo de las sombras y figu-

[1] Vide etiam supra in Introduction. [2] Matt. 27. 51. Marc. 15. 38. Luc 13. 45. [3] Hebr. 9. 8.

Digitized by Google

ras de la vieja ley, parte por el velo de nuestros pecados; que hacian division entre nosotros y Dios. O Salvador mio, romped en mí este velo que me impide el conoceros! Dadme luz divina con que penetre vuestros secretos celestiales en aquel grado que me conviene, para serviros con perfeccion.

PUNTO SEGUNDO.—*La tierra tembló*[1], *las piedras se partieron, y los sepulcros se abrieron.*

1. Las causas de estos milagros fueron otras dos. La primera, para que las criaturas sensibles á su modo, diesen muestras de dolor y sentimiento por la muerte del Salvador, en detestacion de la dureza y obstinacion de aquel pueblo rebelde que le crucificó, y juntamente fuesen confusion de los que no se compadecen de la pasion de Cristo nuestro Señor. O alma mia, cómo no tiemblas y te estremeces como la tierra, viendo estremecer á Jesus en la cruz! Cómo no te partes por medio como las piedras, viendo que la piedra viva Cristo, se parte por medio apartando su alma de su afligido cuerpo? Cómo no te abres de pena como los sepulcros de los muertos, viendo á tu Señor abierto por tantas partes? O Salvador del mundo, no permitas que sea mas insensible que la tierra, y mas duro que las piedras y que los sepulcros de los muertos; pues siendo yo el que pequé, tengo mas razon de sentir lo que tú padeces por mi pecado.

2. La segunda causa, fué para significar, que en virtud de la pasion de Cristo nuestro Señor, temblarian los corazones terrenos con el temor santo de Dios, que es principio de la justificacion; y por mas duros que fuesen, se quebrantarian con la contricion y dolor de sus pecados, y se abririan para descubrir en la confesion sus obras muertas, que son las culpas que matan las almas, á fin de que resuciten con Cristo á nueva vida. De donde sacaré, cuán provechoso sea meditar bien estos divinos misterios, con los cuales se alcanzan en la ora-

[1] Matt. 27. 51.

Digitized by Google

cion los tres efectos dichos, como se dijo en la introduccion de esta cuarta parte.

PUNTO TERCERO. — *El centurion que guardaba á Cristo, viendo estas cosas, y que habia espirado con tal clamor, dijo* [1]: *Verdaderamente este hombre era justo, y era Hijo de Dios, y los soldados que con él estaban, temieron mucho, y dijeron: Verdaderamente este era Hijo de Dios. Y la turba del pueblo, que estaba allí mirando este espectáculo, hiriendo sus pechos, se volvieron á la ciudad.*

Aquí se ha de considerar, como los milagros dichos obraron los efectos que significaban, en virtud de la pasion de Cristo, moviendo los corazones de los que los vieron, para que confesasen á Cristo por justo y santo; y lo que mas era, por Hijo de Dios, hiriendo sus pechos en señal de penitencia y dolor, por las injurias que le habian hecho. Y aunque el centurion y los soldados eran gentiles, y la turba del pueblo hebreo habia estado tan dura y pertinaz en pedir la muerte de Cristo, se trocaron en este punto, convencidos de la verdad, y de la inocencia y santidad del que murió por ellos: y tambien en virtud de la oracion que hizo en la cruz, rogando por los que le perseguian, la cual obró estas mudanzas y conversiones dichas. Y á imitacion de esta gente, tambien yo tengo de herir mi pecho por los pecados que contra Cristo he cometido, suplicándole por su pasion me les perdone.

MEDITACION LIII.

DE LA LANZADA EN EL COSTADO Y TAMBIEN DE LAS CINCO LLAGAS.

PUNTO PRIMERO.—*Rogaron los judíos á Pilatos mandase quebrar las piernas de los crucificados, y quitar sus cuerpos de la cruz* [2], *porque no estuviesen en ella el dia siguiente, que era sábado, y fiesta muy solemne.*

1. Aquí se ha de ponderar, la maldad de estos prín-

[1] Matt. 27. 54. Marc. 15. 39. Luc. 23. 47. [2] Joan. 19. 31.

Digitized by Google

cipes de los sacerdotes, los cuales con título de fingida religion encubrieron su crueldad y envidia, porque pretendieron se quebrantasen las piernas á Cristo nuestro Señor para darle este nuevo tormento, si estuviese vivo; ó á lo menos para que pasase por esta nueva injuria, si estaba muerto. Y desearon se quitase de la cruz, porque vieron que la gente se compungia de verle, y le confesaba por justo, y por Hijo de Dios, queriendo quitársele de los ojos para oscurecer su gloria. De donde sacaré un temor grande de los juicios de Dios, cerca de los obstinados y endurecidos pecadores; los cuales en lugar de compungirse con estos milagros, como la gente sencilla, se endurecen mas como Faraon, y añaden pecados á pecados, por llevar adelante su porfiado intento. O Dios misericordiosísimo, no permitas que caiga en dureza de corazon, de modo, que convierta en mi daño, lo que tú ordenas para mi provecho.

2. Tambien se ha de ponderar, como la ley antigua mandaba [1], que el crucificado fuese quitado el mismo dia de la cruz, y sepultado, porque era maldito el que moria en ella, y porque no contaminase la tierra con su mal olor. Por esta ley quiso pasar Cristo nuestro Señor, haciéndose, como dice san Pablo [2], maldito por nosotros, para librarnos de la maldicion del pecado en el mismo dia que murió por él. Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por haberte humillado á que tu cuerpo fuese tenido por maldito, y por contagio de la tierra, siendo tú la bendicion de todas las gentes, y el olor suavísimo que las hace santas. Danos, Señor, esta humildad, para que con su olor edifiquemos la Iglesia; y líbranos de la soberbia, cuyo mal olor contamina la tierra.

En cumplimiento de esta peticion, por órden de Pilatos, vinieron los soldados, y quebrantaron las piernas del uno, y del otro, que estaban crucificados con Jesus: y como vieron que Jesus estaba muerto, no le quebraron las piernas.

[1] Deut. 21. 22. [2] Galat. 3. 13.

Digitized by Google

3. En lo cual se ha de considerar, como las trazas de los hombres nunca pueden prevalecer contra las de Dios, el cual no quiso que quebrasen las piernas de Cristo nuestro Señor, en cumplimiento de la Escritura, que dijo del Cordero pascual, que le representaba [1]: *No le quebraréis hueso alguno.* Para significar que los tormentos de su pasion, aunque fuesen terribilísimos, no quebrantarian su fortaleza y paciencia, ni menoscabarian su caridad, ni las virtudes sólidas, significadas por los huesos, sino que siempre se conservarian enteras y perfectas, por mas que los demonios y sus enemigos pretendiesen quebrantarlas, como tambien pretenden quebrar las de los escogidos; pero él los defiende y anima con su ejemplo, á los cuales dijo despues su Apóstol [2]: Alegraos con las tribulaciones, porque la prueba de vuestra fe, consiste en la paciencia; y para que la paciencia sea perfecta, habeis de ser perfectos y enteros, sin faltar en cosa alguna. O Dios eterno [3], que librais á los justos de muchas tribulaciones, y guardais sus huesos, sin que se quiebre ninguno, conservad en mí fortaleza en los trabajos, y guardad las virtudes interiores de mi alma, porque si Vos no guardais estos huesos, presto serán de mis enemigos quebrantados.

Punto segundo. — *Uno de los soldados abrió con una lanza su costado.*

1. Sobre este misterio, lo primero, se ha de considerar la causa de esta lanzada de parte de los soldados, la cual no fué otra que su crueldad y furia, para asegurarse mas de la muerte de Cristo, y hacer aquella injuria al cuerpo muerto, ya que no le pudieron quebrar las piernas estando vivo. Pero aunque el cuerpo de nuestro Señor recibió la herida, y por estar muerto no sintió dolor, sintióle grandísimo el ánima de la Vírgen su madre; la cual por la grandéza de su amor, mas estaba en el cuerpo de su Hijo, que en el suyo. O Vírgen sobe-

[1] Exod. 12. 46. [2] Jacob. 1. 2. [3] Psal. 33. 20.

Digitized by Google

rana, con cuánta verdad podeis decir ahora lo que dijo el Apóstol [1]: Cumplo en mi carne lo que falta á la pasion de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia. Falló á esta lanzada de Cristo el dolor, porque él no la sintió, y Vos, Vírgen purísima, supliste esta falta, padeciendo y sintiendo el dolor que él habia de sentir, ofreciéndole al eterno Padre por el cuerpo místico de vuestro Hijo, que es su Iglesia: y pues le ofrecisteis por mí, que soy miembro de este cuerpo, alcanzadme gracia para que sienta lo que sentísteis, y padezca algo de lo mucho que padecísteis: traspase esta lanzada mi corazon, y atormentele con gran dolor, porque fué causa con sus pecados de la herida que recibió mi Salvador.

2. Pero mucho mas son dignas de ponderar las causas porque Cristo nuestro Señor no se contentó con que sus espaldas fuesen abiertas con azotes, su cabeza con espinas, sus manos y piés con clavos, sino tambien quiso que su costado fuese abierto con la lanza con mayor abertura, que penetrase hasta su corazon; ordenando esto en castigo de los pecados que todo el cuerpo místico del linaje humano habia cometido con todos los miembros y potencias exteriores é interiores, y mucho mas con el corazon; de donde, como el mismo Señor dijo [2], salen las cosas que manchan al hombre, y le condenan: y para purgarle de esta ponzoña, quiere que sea abierto el suyo, del cual procede la vida. O Salvador mio [3], por la abertura de tu precioso costado; te suplico perdones los innumerables pecados que de mi corazon han procedido. Ciérrale, Señor, de tal manera, que nunca salgan de él obras que manchen mi alma, y solamente le abre; para que de él procedan obras con que gane la vida eterna.

3. Tambien por esta llaga del costado quiso descubrir nuestro buen Jesus la infinita caridad y amor que nos tenia, y como todo cuanto habia hecho y padecido

[1] Colos. 1. 24. [2] Matt. 15. 19. [3] Prov. 4. 23.

Digitized by Google

por nosotros, habia sido por puro amor y con amor, como si dijera aquello de los Cantares [1]! Llagaste mi corazon, hermana y esposa mia, llagaste mi corazon, dos veces le llagaste: una con llaga de amor, cuando te amé por sola mi bondad y misericordia, poniendo en tí mis dones, para que ellos me inclinasen á amarte; y otra vez le llagaste con el hierro de una lanza, pues por tu causa fué llagado, para que por esta segunda llaga conocieses la primera, y echases de ver lo mucho que te amé. O amantísimo Jesus y Redentor mio, hermano y esposo de las almas castas, con qué te pagaré las llagas que recibiste por mi amor? Llaga, Señor, mi corazon, con llagas de amor y de dolor, para que te ame por lo mucho que me amaste, y me compadezca de lo mucho que por mí padeciste. Dame, Señor mio, licencia que entre por la abertura de tu costado, para que en ese horno de fuego que arde dentro de tu corazon, sea yo todo abrasado con tu amor. Amen.

4. Tambien quiso este dulcísimo Amador, que fuesen abiertos sus piés y manos con los clavos, y el costado con la lanza, para que los agujeros y aberturas de esta Piedra viva, fuesen morada espiritual de todos los fieles en cualquier estado y grado de virtud que estuviesen. De modo, que pecadores y principiantes, los que aprovechan y los perfectos, con la meditacion de estas llagas, entrando con el espíritu dentro de ellas, alcanzasen su deseado fin. Ellas son lugar de refugio á los erizos [2], que son los pecadores; espinados con las espinas de sus pecados, y como cueva donde pueden esconderse de la ira de Dios los que le han injuriado. Son como madrigueras, donde el pueblo flaco de los principiantes, figurados por los conejuelos, se encierran para defenderse de los enemigos invisibles y visibles que les persiguen. Y con ser de suyo pusilánimes, metidos en estas llagas,

[1] Cant. 4. 9. [2] D. Augustin. in manual. cap. 22. et 23. D. Bern. ser. 61. in Cant. Psal. 54.

Digitized by Google

son fuertes é invencibles como peñas. Son tambien como soledad espiritual, donde se recogen los que viven cansados del bullicio del mundo, y como palomas desean huir, y alejarse á donde hallen algun descanso: y finalmente, son como nido á donde moran con paz y seguridad, los que de corazon desean estar siempre unidos con Cristo, á los cuales les convida y llama, diciendo [1]: Levántate, date priesa, amiga mia y esposa mia, ven, y mora en los agujeros de la piedra, y en la hendidura de la pared. O Amado de mi alma, pues abrís vuestras llagas para que yo more en ellas, y me convidais á ello, yo me determino con vuestra gracia de hacer para mí tres tabernáculos y moradas, no en el monte Tabor, sino en el monte Calvario [2]. Un tabernáculo será en las llagas de vuestros sacratísimos piés, ocupándome en meditar vuestros pasos, para saber por donde tengo de caminar para la vida eterna, sintiendo juntamente los dolores que en ellos padecísteis. El otro será en las llagas de vuestras manos, considerando siempre vuestras obras, y los tormentos que sufrísteis por hacerme bien con ellas. Pero el tercero, y mas ancho, será en la llaga de vuestro costado, contemplando continuamente la insaciable caridad con que amásteis y os ofrecísteis á hacer y padecer todo lo necesario para mi remedio. En estos tabernáculos quiero estar de dia y de noche, aquí quiero dormir, comer, leer, negociar y orar, mezclando cuanto hiciere con la consideracion de vuestras amorosas y dolorosas llagas. Mas porque yo no tengo alas para volar á ellas, dadme, Dios mio, alas como de paloma, pensamientos y aficiones puras, con las cuales como paloma medite y gima vuestros dolores y mis pecados, gimiendo tambien y suspirando por verme siempre unido con Vos, con union de perfecto amor. O Vírgen purísima, que fuísteis la primera que como paloma volásteis á los agujeros de estas llagas, pedid á vuestro Hijo ben-

[1] Cantic. 2. 10. [2] Ex D. Bonav. in stimulo divini amoris cap. 1.

Digitized by Google

ditísimo me admita dentro de ellas. O divino Noé [1], pues en el arca de vuestro cuerpo abrísteis á un lado puerta por donde entrasen los vivientes que habian de escaparse del diluvio, dadme licencia que entre por esta puerta, para que el diluvio de los pecados del mundo no me aneguel O Pastor soberano, pues sois la puerta por la cual entran vuestras ovejas, y hallan pasto de vida eterna, tened por bien que yo entre por la puerta de vuestro costado [2], para que halle pasto de luz y amor con que apacentar mi alma! O fortísimo David, que con vuestras cinco llagas, como con cinco piedras, derribásteis al gigante Goliad [3], que es el demonio, aunque una sola bastaba para ello, derribad con ella la soberbia de mi corazon, perdonad los pecados de mis cinco sentidos, y enfrenadlos de manera, que siempre se ocupen en serviros.

Estos afectos y propósitos, y otros semejantes que apunta san Buenaventura [4], se han de sacar de la meditacion de estas llagas, mirando por ellas las infinitas perfecciones de Dios, y las inmensas virtudes de Cristo, especialmente su inefable caridad; pues, como dice san Bernardo [5]: *Patet arcanum cordis per foramina corporis; quid ni viscera per vulnera pateant?* Lo secreto del corazon de Dios se descubre por los agujeros de su cuerpo, y qué mucho que descubra sus entrañas por sus llagas?

Punto tercero.—*Luego salió sangre y agua [6]; y el que lo vió, dió testimonio de ello, y es su testimonio verdadero.*

1. El misterio de esta sangre y agua que manó del costado de Cristo nuestro Señor, fué uno de los principales fines porque quiso fuese abierto con la lanza. Las causas de este misterio fueron: La primera, para declararnos su inmensa largueza y caridad en darnos to-

[1] Gen. 6. 16. [2] Joan. 10. 9. [3] 1 Reg. 17. 40. [4] In stimulo divini amoris cap: 1 [5] Serm. 61. in Cant. [6] Jo. 19. 34.

Digitized by Google

da su sangre, sin reservar gota de ella; porque esa poca que habia quedado en el corazon, donde no llegaron las espinas, ni los clavos, quiso que saliese siendo punzado con la lanza. O Salvador mio, qué te daré yo por esta liberalidad tan pródiga, si pródiga se puede llamar la que con tanto acuerdo y providencia se derrama? Toma, Señor mi corazon, y cuanto está dentro de él: toma toda su sangre, y todos sus espíritus vitales, para que todos se ocupen en amarte, y mi sangre hierva en deseo de servirte.

2. La segunda causa, fué para declararnos la eficacia de su pasion y muerte, para lavar nuestros pecados y purificarnos en virtud de su sangre, con el agua de su gracia, y con ella juntamente apagar el ardor de nuestras codicias, y hartar la sed de nuestros deseos. O dulcísimo Salvador, ahora confieso que tú eres la fuente de David [1], de cuyo costado, patente y abierto, mana continuamente agua y sangre, para lavar las manchas sangrientas de nuestras culpas! Tú eres la piedra viva y pedernal de fuego [2], la cual siendo herida en el costado con la lanza, brota abundantísimas aguas para refrescar á los que en el desierto de este mundo perecen de sed. O fuentes del Salvador [3], abiertas en sus piés, manos y costado, con grande gozo acudo á vuestros caños por agua de salud, que me lave y limpie, sane y salve! Ea, Salvador dulcísimo, pues teneis patentes estas fuentes, brotad por ellas agua y sangre, que lleguen hasta lo íntimo de mi corazon; él sea la vasija donde se deposite, para que con tan precioso licor quede puro, santo, sano y salvo. Amen.

3. De aquí procede la tercera causa, para significar [4], que del costado de Cristo muerto en la cruz con tanto amor, saldrian los sacramentos de la nueva ley, con virtud de lavar y santificar las almas, especialmente el sacramento del bautismo y el de la penitencia,

[1] Zac. 13. 1. [2] Num. 20. 11. [3] Isai. 12. 3. [4] Ps. 79. 6.

Digitized by Google

que es bebida de lágrimas, figurado por el agua; y el santísimo Sacramento del altar[1], figurado por el agua y sangre, en cuya memoria en el cáliz se mezcla agua con el vino; y así cuando yo voy á recibir estos sacramentos, y sobre todos éste divinísimo Sacramento, tengo de imaginar que me llego al costado de Cristo á beber del agua y sangre que salió de él, y á participar de las gracias y dones que manan de las fuentes del Salvador. O Salvador amabilísimo, que mereciste con dolores las aguas que tengo de sacar con gozo de tus fuentes, no me cierres sus caños, como mi grande ingratitud merece; porque de hoy mas propongo con tu ayuda acudir á ellas, no con tedio, sino con muy grande gozo; no con tibieza, sino con grande fervor; no de tarde en tarde, sino muy á menudo, procurando sacar de ellas, no agua, sino aguas, llenando mi alma con abundancia de muchas gracias y virtudes para gloria tuya. Amen.

4. De todas estas causas se saca otra, por la cual quiso el Salvador que se abriese su costado, para significar, que como de la costilla de Adan, estando dormido[2], fué formada Eva; así de su costado, estando durmiendo el sueño de la muerte en la cruz[3], saldria la Iglesia como otra Eva, madre de los verdaderamente vivientes; la cual fuese hermosa, sin tener mancha ni ruga, ni otra fealdad, porque con el agua y sangre del mismo costado, se lavaria y alcanzaria esta hermosura. Gracias te doy, ó Adan celestial, por el amor que tuviste á tu Iglesia, entregándote por ella á tantos trabajos. Pero qué mucho la amases tanto, pues tú mismo la sacaste de tu lado, y del seno de tu corazon? Suplícote, Señor, la conserves en paz y santidad, limpia de toda mancha y ruga, para que llegue con muchos hijos, á ser gloriosa entre los ángeles, viendo tu divina esencia con el Padre y con el Espíritu santo, por todos los siglos. Amen.

[1] D. Tho. 3. p. q. 74. art. 6. [2] Gen. 3. 20. [3] Ephes. 5. 27.

Digitized by Google

5. Ultimamente ponderaré, que como advirtió el Evangelista, esto sucedió en cumplimiento de la Escritura, que dice [1]: *Videbunt in quem transfixerunt.* Verán al que traspasaron. Para significar, que los pecadores, que con nuestros pecados punzamos y alanceamos á Cristo, hemos de verle y contemplarle con viva fe, para que con sus heridas quedemos sanos, y con sus llagas quedemos libres de las nuestras, y con su lanza quede traspasado nuestro corazon, y salga de él una fuente de agua de lágrimas, haciendo grande llanto por su muerte, y por la causa que dimos á ella; pero si no hiciéremos esto en esta vida, juntamente nos avisa, que vendrá tiempo en que le verémos, no en la cruz con las llagas de fealdad, sino en trono de gloria como juez con llagas de resplandor, de las cuales saldrán rayos de ira y de venganza contra sus perseguidores, y llorarán amargamente sin remedio las injurias que le hicieron. O alma mia, mira bien la diferencia que vá de vista á vista, y de llanto á llanto! Y pues ahora puedes ver con devocion las llagas de Cristo crucificado, y llorarlas con provecho, no aguardes á tiempo que las veas con espanto y llores con tormento.

MEDITACION LIV.

DEL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ.

PUNTO PRIMERO.—*Siendo ya tarde, vino un hombre noble y rico, llamado José, varon bueno y justo, y discípulo de Jesus, aunque oculto, per miedo de los judíos* [2]*; el cual audacter con gran osadía y animo fué á Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesus: y Pilatos, sabiendo que ya era muerto, mandó que se le diesen.*

1. Sobre este paso tengo de considerar, lo primero, la providencia y cuidado que Dios nuestro Señor tiene con los suyos, así difuntos como vivos. Estaba el cuerpo

[1] Zac. 12. 10. [2] Matth. 27. 57. Marc. 15. 43. Lucæ 23. 50. Joan. 19. 38.

Digitized by Google

de Cristo nuestro Señor colgado en la cruz con grande infamia de sus conocidos; y algunas devotas mujeres estaban *à longe*, apartadas de la cruz por miedo de los judíos. Su Madre santísima y el discípulo Juan con la Magdalena, estaban cerca, pero muy llorosos y afligidos por su muerte, y congojados por no saber como podian bajarle de la cruz, con la decencia que tan precioso cuerpo merecia, temiendo que si los soldados le bajaban, seria con grande ignominia y desacato; pero en medio de esta congoja no faltó la divina Providencia, mirando por la honra del Hijo difunto y de la afligida Madre, proveyendo quien le bajase de la cruz con grande reverencia y honra; porque es propio de nuestro Padre celestial consolar á los afligidos, y honrar á los humillados; y así quiso que como las deshonras de su Hijo duraron hasta la muerte en la cruz, luego desde la misma cruz comenzasen sus honras, para que nos animemos á padecer humillaciones, pues tan presto acude Dios con las exaltaciones.

2. Lo segundo, consideraré como nuestro Señor inspiró á un varon llamado José, que se encargase de este oficio, cuyas propiedades eran ser rico y noble, porque así convenia para poder ejercitarle; pero juntamente era bueno y justo, deseoso del reino de Dios, porque no quiso nuestro Señor servirse de hombre malo y vicioso, y de poca caridad, ni hiciera caso de su nobleza y riquezas, sino las acompañara con bondad y justicia. Este con haber sido discípulo oculto de nuestro Señor, amilanado por temor de los judíos, entonces con grande ánimo se manifestó, y tuvo atrevimiento para entrar á Pilatos, y pedirle el cuerpo de su Maestro para darle sepultura. En lo cual resplandece la virtud de la pasion de Cristo y la eficacia de la divina inspiracion que destierra del alma toda cobardía y pusilanimidad, acometiendo las dificultades que antes temia, y cobrando atrevimiento para las cosas de que antes huia.

Digitized by Google

O amantísimo Jesus, tocad mi corazon con la fuerza de vuestra inspiracion, para que pospuesto todo temor humano, acometa con gran pecho lo que fuere del servicio divino.

3. Lo tercero, consideraré la humildad y obediencia que quiso mostrar Cristo nuestro Señor despues de muerto en pasar por las leyes de los malhechores y crucificados, los cuales no podian ser bajados de la cruz, sin licencia de los jueces, y esta licencia quiso que se pidiese para bajar al suyo; porque como subió á la cruz por obediencia de su Padre celestial, así despues de muerto quiso bajar de ella por obediencia de la ley, que lo mandaba, y del presidente que lo concedió, para que por aquí aprenda yo á no bajar de la cruz, en que Dios me ha puesto, sin licencia del mismo que me puso en ella.

PUNTO SEGUNDO. — *Habida licencia, compró José una sábana limpia, y vino tambien con él otro hombre, llamado Nicodemus, trayendo consigo una mixtura, ó ungüento de mirra y aloé, como cien libras, para ungir el cuerpo de Jesus.*

1. Aquí se ha de considerar, el cuidado que tuvo la divina Providencia de dar á José de Arimathea compañero que le ayudase [1], igual á él, porque tambien era noble y justo, y discípulo de Jesus, aunque oculto, porque sabe nuestro Señor cuanto importa juntarse dos buenos á las obras de caridad, animándose y esforzándose uno á otro con el ejemplo. José acabó de perder el miedo con la compañía de Nicodemus, y este con la compañía de José, y ambos con grande fortaleza acometieron esta obra; porque, como dice el Sabio [2], cuando un hermano ayuda á otro, ambos son como una ciudad muy fuerte: y como Cristo nuestro Señor en vida enviaba á sus discípulos de dos en dos, así ahora en muerte escoge otros dos discípulos para que le bajen de la

[1] Joan. 3. 1. [2] Prov. 18. 19.

Digitized by Google

cruz, porque todas sus obras quiere se hagan con caridad. Pero así como cada uno de estos dos varones trajo algo para la sepultura de Cristo, José trajo una sábana para envolver el cuerpo, comprándola de nuevo en la tienda, porque juzgó que no convenia traer sábana que hubiese servido á otros. Y Nicodemus trajo un precioso ungüento, y en grande cantidad, para ungirle todo; así tambien quien ofrece su corazon al servicio de Cristo, siempre con la voluntad junta las obras que puede, segun su posibilidad, procurando que sean obras limpias y puras, mezcladas con mortificacion y devocion, preciosas y muchas. De suerte, que ni por ser preciosas sean pocas, ni por ser muchas sean de poco precio, sino que lo juntemos todo del mejor modo que pudiéremos. O dulcísimo Salvador, qué maravilla es que te ofrezca yo tales obras, habiéndome tú ofrecido las tuyas, que infinitamente sobrepujan á las mias? Concédeme que no sea corto en darte todo lo que pudiere; pues todo es poco cuanto puedo darte.

Punto tercero.—Estos dos varones bajaron el cuerpo de Cristo nuestro Señor de la cruz, con grande reverencia y devocion, mezclada con grande compasion y lágrimas. Desclavaron los sagrados piés y manos, besándoselas con gran ternura; quitáronle la corona de espinas de la cabeza, adorándola con grande reverencia: y cuando le desclavaban, abrazáronse con el sagrado cuerpo, para sustentar al que antes sustentaban los clavos, cuya divina Persona sustenta con sola su palabra cielos y tierra, y todo cuanto está dentro de ellos. O Hijo de Dios vivo, unido con cuerpo muerto y necesitado á que tus mismas criaturas le sustenten; gracias te doy por esta humildad que aquí muestras, llena de tanta caridad. O caridad fuerte como la muerte [1]! O celo duro como la sepultura! Cómo has vencido al invencible, sujetándole á la muerte, y rindiéndole á que sea puesto

[1] Cantic. 8. 6.

Digitized by Google

en un sepulcro? Vénceme tambien á mí, para que muera con mi Señor: porque morir con él, es ganancia; y ser vencido por tí, es alcanzar victoria.

2. En bajando el cuerpo de la cruz, recibióle la Vírgen en sus brazos, y abrazóle con ellos, y mucho mas con los de su alma, toda traspasada de dolor, cumpliéndose á la letra lo que se dice en los Cantares[1]: Hacecico de mirra es mi Amado para mí, entre mis pechos le pondré. O Vírgen soberana, qué diferente abrazo es este de los que le dabades en el portal de Belen, y cuando caminabais á Egipto! Entonces era para Vos hacecico y ramillete de mirra, como joyel puesto entre vuestros sagrados pechos; pero ahora es haz grande de mirra muy amarga, que os llena toda de amargura. Ya podeis decir aquella lamentacion de Jeremías[2]: Llenóme de amarguras, y embriagóme con agenjos muy amargos. Miraba esta Vírgen todo el cuerpo de su Hijo en cada uno de sus miembros atormentados, y de allí cogia mirra de que componia este haz tan amargo. Contemplaba los huesos desencajados, besando los agujeros de las manos, y enderezando los dedos escogidos. Luego miraba las llagas del costado y de los piés, quedando su espíritu llagado con la vista de tantas llagas, y embriagado con tantas amarguras.

3. Tambien acudiria la Magdalena, abrazándose con los piés, donde alcanzó perdon de sus pecados; y como los vió tan heridos y lastimados, quedó su corazon herido, y sus ojos se hicieron fuentes de lágrimas, con que los comenzó á regar, deseando, si pudiera, limpiarlos con sus cabellos, como lo solia hacer; pero el Discípulo amado fuese luego al pecho, donde se habia recostado la noche antes, y como le vió abierto por un lado con la lanza, besaba aquella sagrada llaga, bañábala con lágrimas de sus ojos, y deseaba entrar dentro de ella á dormir otro sueño de contemplacion, mas pro-

[1] Cantic. 1. 12. [2] Thren. 3. 15.

Digitized by Google

fundo que el pasado. O dichosas almas, á quien fué concedido tocar y abrazar este soberano cuerpo! Dadme licencia, Salvador mio, que con el espíritu yo le abrace, transformándome todo en vuestro amor. De hoy mas habeis de ser para mí ramillete de mirra, el cual estará siempre entre mis pechos, mirándole con mis ojos, y amándole con todos los afectos de mi corazon.

MEDITACION LV.

DEL ENTIERRO Y SEPULTURA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Punto primero.—Despues que la Vírgen santísima hubo tenido un rato el cuerpo de su Hijo en su regazo, dióle á José y á Nicodemus para que hiciesen su ministerio, quedándose ella con la corona de espinas y con los clavos, como con prendas y joyas muy preciosas.

Tomaron el santo cuerpo estos varones, y ungiéronle con la mirra, gastando en esto todas las cien libras, de modo que todo el cuerpo quedó empapado en ella, para significar, que todo aquel santísimo cuerpo, desde que fué concebido, hasta que espiró, vivió empapado en mirra de trabajos y mortificaciones, para que todo el cuerpo místico de su Iglesia se ungiese con esta mirra, preservando de la corrupcion de la culpa, al que quisiese ungirse con ella: y porque el número de ciento significa perfeccion, por estas cien libras nos significa, que nuestra mortificacion ha de ser muy perfecta y acabada en todo género de virtud, como fué la suya, conforme á lo que se dice en el libro de los Cantares, cap. 7, que las manos y dedos de la Esposa estaban llenos de mirra escogidísima. O alma mia, acuérdate muy de veras de esta mirra de tu Amado, y unge con ella tu cuerpo, trayendo siempre en él, como el Apóstol [1], la mortificacion de Cristo Jesus, para que se manifieste por la tuya.

[1] 2. Cor. 4. 10.

Digitized by Google

Hecha esta uncion, envolvieron el sagrado cuerpo en la sábana limpia, y la sagrada cabeza en un sudario, atándole como era costumbre: *Ligaverunt illud linteis cum aromatibus.* O Vírgen sacratísima, qué dolor sentiria vuestro corazon, viendo cubierto el rostro en quien deseabais mirar mas que los ángeles del cielo! O rostro mas puro que el sol, quién te ha cubierto con la nube de esta mortaja? O Adan celestial, quién te ha vestido con piel de animales muertos? Tu caridad ha hecho esto para librar de la muerte al Adan terreno, y para quitar de por medio la nube de mis pecados, que me impide ver tu divino rostro.

Tambien se puede ponderar el amor que Cristo nuestro Señor tuvo á la pobreza, pues la mirra, la sábana y sudario quiso que fuese de limosna, como tambien quiso que el sepulcro fuese ageno y prestado, enseñándonos á amar la virtud que tanto amó, y á ejercitarla en vida y en muerte como él la ejercitó.

Punto segundo.— Amortajado el cuerpo, es de creer que le pondrian en unas andas, como era costumbre llevar á enterrar los difuntos, y toda aquella compañía de devotas mujeres irian llorando con la Madre del difunto[1], que lloraba como la viuda de Naim á su hijo único, que habia muerto en la flor de su edad. O Dios infinito, cómo no salís al encuentro á esta desconsolada Viuda, y la decís: *Noli flere?* No quieras llorar. Cómo no tocais esas andas en que vá el cuerpo de este glorioso Mancebo, Hijo único suyo y vuestro, y le decís: Mancebo, á tí digo, levántate, volviéndole á su Madre, que tan sola queda sin él? Mas ya veo, Señor, que no es llegado este tiempo, porque primero ha de entrar Jonás en el vientre de la ballena[2], y ha de estar este Hijo del hombre tres dias en el corazon de la tierra, para salir despues vivo de ella.

Tambien se puede piamente creer, que los coros de

[1] Luc. 7. 13. [2] Jonæ 2. 1. Matt. 12. 40.

Digitized by Google

los ángeles se dividirian en dos partes, y una parte iria acompañando al alma de Cristo nuestro Señor, como despues verémos, y la otra vendria acompañando este divino cuerpo unido con la divinidad, para honrarle como convenia, cumpliendo lo que estaba escrito [1]. Que el sepulcro de este Señor seria glorioso, por concurrir muchas cosas, que le honraron en la sepultura, y una de ellas fué la compañía de estos ángeles gloriosos, de los cuales podemos decir lo que dijo Isaías, cap. 7: Que que de verdad la paz lloraban amargamente, no por los ángeles de llorasen, sino porque si fueran capaces de lágrimas, su caridad les hiciera llorar con los que lloraban, habiendo tan justa causa para llorar. O ángeles de la paz, alcanzadme que llore amargamente la muerte de mi Señor, y que con lágrimas de mi corazon acompañe á los que lloran, pues yo he sido la causa de ponerle en tal figura, que mueva á todos á llorar.

Punto tercero.—*Cerca del lugar donde Jesus fué crucificado habia un huerto* [2], *y en él estaba un sepulcro nuevo cavado en la peña, donde ninguno habia sido enterrado; allí pusieron á Jesus, y José puso una gran piedra á la puerta del sepulcro.*

1. Lo primero, se ha de considerar las propiedades del sepulcro que Cristo escogió para sí; tomándoselo á José, que le habia labrado. La primera, estaba en un huerto; porque como el primer Adan pecó en un huerto, y allí incurrió la pena de muerte, quiso el segundo Adan llorar este pecado en otro huerto, y en otro ser sepultado, para librarle del pecado y de la muerte.

2. La segunda, era nuevo, porque siendo este Señor el nuevo Adan y hombre nuevo, no habia de escoger para su cuerpo, sino sepulcro nuevo; así como cuando entró en el mundo, escogió para su cuerpo el vientre de la Vírgen, que era como sepulcro, pero nuevo, en quien ninguno habia sido puesto, porque siempre

[1] Isai. 11. 10. [2] Matt. 27. 60. Marc. 15. 46. Joan. 19. 41.

Digitized by Google

fué Vírgen[1], huerto cerrado, y morada de solo Cristo, en quien no tuvo parte su esposo José; como ni estotro la tuvo en el sepulcro, que para sí habia labrado.

3. La tercera, estaba cavado en piedra ó peña, á fuerza de picos que la hendieron, para significar, que habia de ser sepultado en él la piedra viva Cristo, labrado con picos de trabajos, de quien dijo el Padre eterno[2]: Yo labraré esta Piedra á cincel, y cavaré muchos hoyos en ella, y en un dia quitaré toda la maldad de la tierra; porque en virtud de las llagas que recibió esta divina Piedra, se perdonó el pecado con que toda la tierra estaba infeccionada. O Piedra viva, házme fuerte como piedra, lábrame con mazo y escoplo de trabajos, para que sea sepulcro en que puedas morar para siempre. Amen.

4. En este sepulcro pusieron aquel santísimo cuerpo de Jesus, humillándose el que está sobre los cielos á ser puesto debajo de tierra entre los muertos. Pusiéronme, dice por David[3], en el lago interior, en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Lo cual ordenó este Señor para librarnos con esta humillacion del lago inferior del infierno, de las tinieblas de la ignorancia, y de la sombra de la muerte[4], que es el pecado, porque consigo sepultó los vicios del mundo, para que en virtud de su muerte quedasen muertos para siempre. O sepulcro de Dios[5] verdaderamente glorioso, porqué dentro de tí encierras al que es resplandor del eterno Padre, gloria de los angeles, honra del mundo, salud y vida de los hombres! Líbrame, ó sagrado sepulcro, del oscuro lago del infierno y de la mortal sombra del pecado: admíteme dentro de tí para que muera y sea sepultado con el que murió y fué sepultado por mí.

5. Ultimamente, tengo de considerar, como en este misterio se representa el aparejo debido para la comunion, porque como la consagracion del cuerpo y sangre

[1] Cantic. 4. 12. [2] Zac. 3. 9. [3] Ps. 87. 7. [4] Isai. 11. 10. [5] Roman. 6. 4.

Digitized by Google

de Cristo nuestro Señor, en diferentes especies de pan y vino, significa como arriba se dijo, su muerte, en la cual la sangre fué apartada del cuerpo; así la comunion representa su sepultura, porque este sagrado cuerpo con sus cinco llagas, llenas de merecimientos que procedieron de la mirra de su pasion, y cubierto como con mortaja, con el velo de las especies de pan, entra en nuestro pecho como en sepulcro, el cual ha de ser como huerto lleno de flores de olorosas virtudes; y sepulcro nuevo, por la renovacion de la vida, echando fuera de él todos los resabios de la vida vieja, para que quede tan limpio, como si en él nunca hubiera caido cosa muerta. Ha de estar labrado en piedra, por la fortaleza y constancia grande que ha de tener en sufrir las mortificaciones y tribulaciones de esta vida. Y ha de estar cercano al monte Calvario, porque siempre se ha de ocupar en pensar las aflicciones de Cristo crucificado, é imitar sus soberanas virtudes. Con este aparejo será sepulcro glorioso de Cristo, el cual gustará de entrar en él, y enriquecerle con los dones de su gracia. Pero despues de haber comulgado, he de poner una gran piedra sobre la puerta del sepulcro, guardando con fortaleza el tesoro que he recibido, cerrando la puerta del corazon y de los sentidos, á todo lo que puede quitarme tanto bien, sepultándome á mí mismo dentro de mí mismo, con el Señor que tengo dentro de mí, para razonar con él, y agradecerle los bienes y mercedes que me ha hecho. Pues, como dice san Gregorio[1], la misma contemplacion, es como un sepulcro del espíritu, donde se encierra y esconde con Cristo en Dios. O alma mia, procura como José de Arimathea ungir á este Señor con mirra de mortificaciones muy perfectas! Envuélvele en una sábana de lienzo nuevo con gran limpieza de vida; dale tu propio sepulcro, que es tu corazon, labrado con gran firmeza, y de esta manera serás como José, que

[1] Lib. 5. mor. c. 5. Colos. 3. 3.

Digitized by Google

quiere decir el que crece, porque con cada comunion crecerás en las virtudes, hasta que subas á morar en la ciudad celestial, significada por Arimathea [1], que quiere decir excelsa, la que está puesta en alto, viendo claramente al Dios de los dioses, en el alcázar alto de la santa Sion, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION LVI.

DE LA SOLEDAD DE NUESTRA SEÑORA, Y DE LO QUE HIZO DESPUES DEL ENTIERRO DE SU HIJO.

Punto primero.—Acabado todo el oficio de la sepultura, la Vírgen nuestra Señora, llena de nuevo dolor, por verse del todo sola y privada, no solo del Hijo vivo, sino de su cuerpo muerto, determinó volverse á su posada, acompañándola aquellos nobles varones, con la Magdalena y las otras devotas mujeres: y al tiempo que llegaron al monte Calvario, en viendo la Vírgen la cruz de su Hijo, la adoró, siendo ella la primera que nos dió ejemplo de esta adoracion. O qué palabras tan tiernas y devotas la diria, regalándose con ella! Hincaria en tierra sus rodillas, y levantadas las manos en alto, comenzaria á decir: Dios te salve, ó cruz preciosa, en cuyos brazos murió el que yo traje siendo niño en los mios: mayor ventura fué la tuya en esto, que la mia, pues en mis brazos comenzó la redencion del mundo, y en los tuyos la acabó y perfeccionó: bendita eres entre todas las criaturas, porque en tí se trocó la maldicion de la culpa en la bendicion de la gracia, por el que murió en tí para dar vida al mundo. Dios te salve, ó árbol de la vida, por cuyo fruto todos los mortales pueden alcanzar la vida eterna, yo te adoro como á imágen del que es imágen invisible de Dios, y tendió sus brazos y piés en tí, para renovar la imágen que Adan borró por su pecado. Con estas ú otras tales palabras adoraria la

[1] Jansenius c. 244. concordiæ.

Digitized by Google

Vírgen la santa cruz, y los demás que iban con ella á su imitacion harian lo mismo.

Por el camino iria esta Señora con gran cuidado por no pisar la sangre de su Hijo, la cual creia que era sangre de Dios unida con su divinidad, y se lastimaria grandemente de los que la pisaban, llorando los pecados de aquellos, que como dice san Pablo [1], huellan al Hijo de Dios, y contaminan la sangre de su nuevo testamento. En llegando á la posada, con grande humildad, agradeció á los dos varones, José y Nicodemus, el oficio de caridad que habian hecho con su Hijo, y se despidió de ellos; y quizá les diria lo que dijo David [2], á los moradores de Galaad, cuando enterraron á Saul, á quien habian muerto los filisteos: Benditos seais de Dios, que hicísteis tal misericordia con vuestro señor Saul, y le dísteis sepultura. Dios os lo premiará usando con vosotros de misericordia, y yo tambien de mi parte os seré agradecida por el bien que le habeis hecho.

Punto segundo.—1. Entrándose la Vírgen en su posada, y recogida en algun retrete, comenzó á llorar su soledad y desamparo. Tenia su alma dividida en muchas partes á donde estaba el tesoro de su corazon. Una parte estaba en el sepulcro con el cuerpo de su Hijo, meditando y rumiando los dolores que habia padecido en su pasion. Otra parte tenia en el limbo, con el alma del mismo Hijo, contemplando lo que haria con los padres que allí estaban; pero mucho mas por entonces se le iba el corazon á los dolores, revolviéndolos por su memoria, y llorando las causas de ellos, suplicando al Padre eterno aplicase su fruto á muchos, para gloria del que los padeció.

2. Otro rato de la noche gastó en platicar con la compañía que allí tenia de los trabajos de Cristo, especialmente el evangelista san Juan la contó las cosas que habia hecho su Maestro en el cenáculo, cómo habia cena-

[1] Hebr. 10. 29. [2] 2. Reg. 2. 5.

Digitized by Google

do con ellos el cordero, y lavádoles los piés, é instituido el santísimo Sacramento de su cuerpo y sangre, y hécholes un divino sermon, y avisádoles de lo que les habia de suceder, y cómo se habian ido al huerto de Getsemaní, y las palabras de tristeza que les habia dicho, y cómo se retiró á oracion por tres veces. Y finalmente, cómo vino Judas con un ejército de soldados á prenderle, los milagros que allí hizo, y cómo todos sus discípulos huyeron y le desampararon. Todo esto oia la Vírgen con gran devocion y espíritu, y conservaba todas estas cosas, confiriéndolas dentro de su corazon; pero cuando volvió á contemplar las penas que ella habia visto, toda se resolvia en lágrimas, gastando en esto lo restante de la noche. O Vírgen soberana, querria yo llorar con Vos como el profeta Jeremías [1], y deciros: Cómo estais sentada en soledad, la que solíais ser como ciudad llena de mucho pueblo? Qué haceis como viuda desamparada, la que por derecho sois señora de las gentes.! Llorando llorais de noche, y vuestras lágrimas corren por vuestras mejillas. No hay quien os consuele entre vuestros amigos, porque unos han huido, y otros se han convertido en crueles enemigos. Consolaos, ó Princesa soberana, cesen vuestros gemidos y suspiros; pare la corriente de vuestras lágrimas, porque el grano de trigo que sembrásteis en el sepulcro, dentro de tres dias saldrá vivo con su fruto muy copioso, para premiar con cien doblada alegría esta vuestra soledad y tristeza.

3. Luego ponderaré, como en este tiempo aquel buen Pastor, que habia dado la vida por sus ovejas, aunque bajó al limbo para dar consuelo y libertad á las que estaban recogidas en aquel aprisco, no se olvidó de las que andaban descarriadas en la tierra, como ovejas sin pastor, y con la virtud de su omnipotencia, desde el limbo las inspiró á que se recogiesen á donde estaba su Madre, para que ella en su lugar las consolase y esforzase. El pri-

[1] Thren. 1. 1.

Digitized by Google

mero que vino, fué Pedro, todo lloroso y lastimado, por las tres veces que habia negado á su Maestro; y postrándose delante de la Vírgen y de su condiscípulo Juan, renovaria sus amargas lágrimas por muchos títulos; por sus negaciones, por los trabajos de su Maestro, y por el desconsuelo de la Madre, y de los demás que allí lloraban. Pero la Vírgen le consoló blandemente, como quien sabia bien la condicion de Dios, que es consolar á los que lloran. Luego fueron viniendo los demás apóstoles, y á todos recibió la Vírgen con grande caridad, como recoge la gallina debajo sus alas á sus polluelos, cuando vienen huyendo del milano. Exhórtolos á que tuviesen fe y esperanza de la resurreccion de su Hijo; pues como se cumplió lo que les dijo de su crucifixion y muerte, así se cumpliria lo que juntamente les dijo de su resurreccion. O Vírgen soberana, cuán bien comenzais á ejercitar el oficio de Madre, que vuestro Hijo os encargó en la cruz, recogedme tambien debajo de vuestras alas, para que los milanos del infierno no se atrevan á hacerme daño.

Tambien puedo ponderar el sentimiento que tendria la Vírgen y los apóstoles cuando echaron menos en su número de doce á Judas; y la desventura de este miserable, el cual si con arrepentimiento viniera á nuestra Señora, como vino san Pedro, sin duda le admitiera, y consolara; pero ya su culpa le habia puesto donde no es, ni será jamás capaz de consuelo.

Punto tercero.—*En este mismo tiempo*[1] *María Magdalena y María José, y otras devotas mujeres, que habian estado mirando el sepulcro, y el modo como sepultaban el cuerpo de Jesus, aparejaban ungüentos y olores con que ungirle, despues de pasado el dia solemne del sábado.*

1. En este paso consideraré la devocion y vigilancia de estas mujeres, así en contemplar muy despacio lo que pasaba en la sepultura de Cristo nuestro Señor,

[1] Luc. 23. 55.

Digitized by Google

y en notar bien el lugar y modo como quedaba para cuando volviesen otra vez, como tambien en apercibir con tiempo nuevas especies aromáticas con que ungirle; porque dado caso que se hubiesen gastado cien libras de mirra en la primera uncion, todo les pareceria poco, conforme al deseo que tenian de honrar y servir á su Maestro, de quien tanto bien habian recibido: y aunque esta obra iba mezclada en estas devotas mujeres con alguna imperfeccion de fe; pero de ella puedo sacar dos cosas que tengo de hacer toda la vida, y en especial despues de la comunion. La primera, es, contemplar muy despacio, no por curiosidad, sino por caridad todo lo que pertenece á Cristo crucificado, muerto y sepultado por mí, y el modo como entra dentro de los sepulcros vivos de las almas que le reciben en el Sacramento, y lo que dentro de ellas obra. La segunda, es, no contentarme con sola meditacion y contemplacion, sino despues de ella, ocuparme en recoger especies aromáticas; esto es, ejercicios olorosos de virtudes á gloria de Dios y provecho de los prójimos, y edificacion de la Iglesia, que es su cuerpo místico, el cual es ungido con estas obras.

MEDITACION LVII.

DE LAS GUARDAS QUE PUSIERON AL SEPULCRO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LA INCORRUPCION DE SU CUERPO.

Punto primero.—*El dia siguiente, que fué sábado, los príncipes de los sacerdotes y fariseos, dijeron á Pilatos: Hemos acordado, que aquel engañador dijo, estando vivo, que despues de tres dias resucitaria. Manda, pues, guardar su sepulcro hasta el tercero dia, porque no vengan quizá sus discípulos, y le hurten, y digan al pueblo que resucitó, y sea el postrer yerro peor que el primero.*

En este hecho se descubre la furia de los enemigos de Cristo nuestro Señor, y con cuanta razon [illegible] Da-

Digitized by Google

vid [1]: La soberbia de los que te aborrecen crece siempre; porque con ser el dia del sábado tan solemne, madrugaron para llevar adelante su obstinada persecucion.

1. Y lo primero, estos soberbios se desdeñaron de llamar á Cristo nuestro Señor por su nombre propio, y como blasfemos le llamaron con nombre propio del demonio, que es engañador, siendo de verdad el desengañador del mundo, y el maestro de todos los desengaños, para que yo me consuele cuando fuere injuriado con nombres tan afrentosos.

2. Lo segundo, estos aborrecedores de Cristo dieron en temerarios y sospechosos, temiendo donde no habia que temer, sospechando que los discípulos hurtarian el cuerpo de su Maestro, y publicarian que habia resucitado, y que el pueblo los creeria. Todo lo cual no llevaba piés ni cabeza, sino que su ódio les cegaba, y su envidia les turbaba el juicio; y los que llamaban á Cristo engañador, no echaban de ver cuán engañados andaban, porque el verdadero engañador, que es el demonio y el espíritu de la soberbia, les traia engañados. Demás de esto, los que ponian su contento en quitar la vida á Cristo nuestro Señor no quedaron hartos, sino como mar tempestuoso que hierve, están inquietos, y pretenden oscurecer la gloria de su resurreccion; mas no les aprovechó, porque la divina Providencia convirtió sus trazas contra ellos mismos tomando de ellas ocasion para que la resurreccion de Cristo fuese mas publicada y mas creida. O dulcísimo Jesus que fuiste perseguido en vida y en muerte de tus enemigos, no permitas que yo caiga en tal ceguedad, que tenga por engaño al mismo desengaño, calificando por engaños los consejos de los justos que siguen los tuyos. Si tengo de ser engañado, sea Dios mio, por tí mismo [2], que con santo engaño sueles engañar á la carne, para que se rinda con gusto al espíritu.

[1] Psal. 73. 23. [2] Oseas 2. 14. Ribera. ibi.

PUNTO SEGUNDO.—*Respondióles Pilatos: Ahí teneis gente de guarda, guardadle como sabeis; y ellos cerraron el sepulcro, sellando la piedra, y poniendo guardas.*

1. En este hecho mostraron estos fariseos la congoja de su dañada sospecha, porque ni aun se fiaron de los soldados, pareciéndoles que los discípulos de Cristo podian coecharlos para que les dejasen sacar el cuerpo, y por esto sellaron con su sello la piedra del sepulcro: pero mucho mejor le selló el Padre eterno con el sello de su omnipotencia, poniendo millares de ángeles que guardasen el cuerpo de su Hijo. O Salvador mio, que como otro Daniel [1] fuísteis echado por envidia de vuestros enemigos en el lago de los leones, sellándose la piedra del lago con el sello del rey Dario; seguro estais en ese lago del sepulcro, porque ni los leones, que son los gusanos, se atreverán tocar en vuestro cuerpo, ni los enemigos de fuera podrán hacerle daño. Libradme, Señor, de los enemigos domésticos, que son mis pasiones, porque no me despedacen con sus bocas; y de los enemigos de fuera, que son los demonios y sus ministros, porque no me dañen con sus tentaciones y calumnias.

2. Del ejemplo de estos hijos del siglo tengo de sacar aviso para ser tan diligente como ellos en guardar mi alma, despues que ha sido morada y sepulcro de Cristo nuestro Señor en la comunion, procurando sellarla y guardarla, porque no me roben á Cristo, y el espíritu de la devocion: pero qué sello puedo poner mas seguro, ni que guarda mas poderosa que al mismo Cristo? O Amador mio, que dijísteis [2]: Ponme como sello sobre tu corazon y brazo, porque es fuerte el amor como la muerte, y duro el celo como el sepulcro! Suplícote selles mi corazon y mis sentidos y potencias, con el sello de tu caridad, y de la imitacion de tus gloriosas virtudes, para que guardado con este se-

[1] Daniel. 6. 17. [2] Cant. 8. 6.

Digitized by Google

llo pueda gozar de tí para siempre. Amen.

Punto tercero.—1. Estuvo el cuerpo de Cristo nuestro Señor en el sepulcro tres dias y tres noches[1], tomando la parte por el todo, que vienen á hacer dos noches y un dia entero, para significar, que por la muerte y sepultura de Cristo nuestro Señor somos libres de dos muertes; de alma y de cuerpo, de la culpa y de la pena, significadas por las dos noches, las cuales se repararán con una vida significada por un dia, que es la vida de la gracia y caridad.

2. Y en todo este tiempo, el cuerpo de Cristo nuestro Salvador se conservó entero é incorrupto, sin que ninguna parte suya se resolviese en polvo ni en otra cosa, como estaba profetizado por David, cuando dijo[2]: No permitirás que tu Santo vea la corrupcion; porque aunque quiso sujetarse de su voluntad á las miserias del hombre, y á la pena de muerte en que incurrió por la culpa, pero no quiso sujetarse á la pena de la corrupcion y conversion en polvo, por no dejar, ni por breve tiempo las dos partes de la naturaleza que habia juntado consigo en unidad de persona; porque si el cuerpo se deshiciera, habia de faltar esta union: lo cual no consintió su bondad ni caridad, porque nunca quiso dejar lo que una vez tomó. O amantísimo Redentor, gracias te doy por habernos librado de las dos muertes, de culpa, y pena eterna, ganando con tu muerte la vida de la gracia, que es principio de la vida eterna! Aplícame, Señor, el fruto de tu pasion, librándome de estas dos muertes, y concediéndome estas dos vidas, que en tí son una. Gózome, Salvador mio, de que tu cuerpo siempre haya perseverado incorrupto, y que la union de tu divina Persona con él nunca haya faltado; por lo cual te suplico me libres de la corrupcion del pecado, y me juntes contigo en union de perfecta caridad, en la cual persevere hasta la vida eterna. Amen.

[1] Ex D. Th. 3. p. q. 51. art. 4. [2] Psal. 15. 10. Act. 2. 31.

Digitized by Google

El descendimiento al limbo se pondrá en la quinta parte que se sigue, porque pertenece á los triunfos gloriosos de Cristo nuestro Señor, los cuales alcanzó por los merecimientos de su pasion, por la cual sea glorificado y honrado de los hombres, y de los angeles, con el Padre, y con el Espiritu santo, por todos los siglos de los siglos. Amen.

FIN DEL TOMO CUARTO.

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

CUARTA PARTE DE LAS MEDITACIONES,

sobre los misterios de la pasion de Jesucristo nuestro Señor.

Introduccion de la oracion mental, cerca de la pasion de Cristo nuestro Señor, en que se pone el fin, disposiciones, y varios modos de meditarla. . . . . *pag.* 1
Meditacion fundamental de la pasion, en que se pone una suma de las cosas que se han de meditar en cada misterio, cuanto á la dignidad de la persona que padece, y terribilidad de sus dolores y perseguidores; y de las causas y amor con que padece, y virtudes que ejercita. 15
Medit. 2.ª — De la subida de Cristo nuestro Señor á Jerusalen, en que descubrió á sus apóstoles lo que allí habia de padecer. 42
Medit. 3.ª — De la entrada de Cristo nuestro Señor en Jerusalen con ramos. 49
Medit. 4.ª — De las lágrimas que derramó sobre Jerusalen, cuando comenzó á verla, y de lo que sucedió aquel dia. 57
Medit. 5.ª — De la cena de Cristo nuestro Señor en Betania. 63
Medit. 6.ª — De como Judas vendió por treinta dineros á Cristo y los príncipes de los sacerdotes se resolvieron de matarle. 68
Medit. 7.ª — De la última cena, en que Cristo nuestro Señor comió el cordero legal con sus apóstoles, y como antes de ella se despidió de su Madre santísima. . . 78
Medit. 8.ª — Del lavatorio de los piés. 84
Medit. 9.º — De lo que hizo Cristo nuestro Señor antes

Digitized by Google

de instituir el santo Sacramento, para representar la disposicion que han de tener los que lo han de recibir. 99
Medit. 10. — Del tiempo, lugar y compañia que escogió para instituir este santísimo Sacramento. . . . 100
Medit. 11. — De la maravillosa conversion, que Cristo hizo del pan en su cuerpo, y del modo como él y los apóstoles comulgaron. 105
Medit. 12. — De la conversion del vino en la sangre de Cristo, y de los grandes tesoros que están encerrados en ella. 113
Medit. 13. — De las especies sacramentales del pan y vino, y de lo que por ellas se representa. 117
Medit. 14. — De seis cosas misteriosas que Cristo hizo y dijo cuando consagró el pan y el vino. 123
Medit. 15. — De la potestad que Cristo nuestro Señor dió á sus apóstoles, para hacer lo mismo que él habia hecho, y de la que tienen ahora los sacerdotes para ofrecer y consagrar el sacrificio del cuerpo y sangre de Cristo. 128
Medit. 16. — De como Cristo en la cena dijo á sus apóstoles, que uno de ellos le habia de entregar, y Judas se salió para esto. 133
Medit. 17. — De la contienda de los apóstoles sobre la mayoría, y como Cristo nuestro Señor los corrigió, y avisó del escándalo que habian de padecer aquella noche. 139
Medit. 18. — Del sermon que hizo Cristo nuestro Señor despues de la cena. 143
Medit. 19. — De la oracion que hizo á su Padre, al fin del sermon de la cena. 155
Medit. 20. — De la ida de Cristo al huerto, y de la tristeza y afliccion interior que allí tuvo. 162
Medit. 21. — De la oracion que hizo en el huerto. . . 171
Medit. 22. — De la aparicion del ángel, y del sudor de sangre. 180
Medit. 23. — Por aplicacion de los sentidos interiores del alma cerca de la sangre que Cristo derramó en el huerto. 18
Digitized by Google

Medit. 24. — De la venida de Judas con los soldados á prender á Cristo, y de lo que sucedió antes de la prision. 190
Medit. 25. — Del prendimiento. 198
Medit. 26. — Del trabajo que Cristo padeció desde el huerto á casa de Anás, y de lo que allí sucedió. . . 205
Medit. 27. — De la bofetada y remision á Caifás. . . 210
Medit. 28. — De las tres negaciones de san Pedro. . 213
Medit. 29. — De los falsos testimonios, que dijeron contra Cristo en casa de Caifás, y de lo que respondió á su pregunta. 220
Medit. 30. — De las injurias y dolores que padeció en presencia de Caifás en lo restante de la noche. . . 225
Medit. 31. — De la presentacion de Cristo ante Pilatos, y de la muerte de Judas. 235
Medit. 32. — De la acusacion de Cristo ante Pilatos, y de las preguntas que Pilatos le hizo. 241
Medit. 33. — De la presentacion de Cristo ante Herodes, y de los desprecios que allí padeció. 248
Medit. 34. — De como los judíos escogieron á Barrabás, y condenaron á Cristo. 253
Medit. 35. — De los azotes de Cristo á la coluna. . . 258
Medit. 36. — De la coronacion de espinas, y de los demás escarnios que luego sucedieron. 266
Medit. 37. — Del Ecce Homo, y del último exámen que hizo Pilatos de Cristo. 271
Medit 38. — De la condenacion de Cristo á muerte de cruz. 285
Medit. 39. — De como llevó la cruz á cuestas, y de lo que sucedió hasta llegar al Calvario. 289
Medit. 40. — De lo que sucedió en el monte Calvario, antes de la crucifixion. 301
Medit. 41. — De la crucifixion de Cristo. 306
Medit. 42. — De los misterios que están encerrados en Cristo crucificado. 313
Medit. 43. — Del título de la cruz de Cristo, y de las causas misteriosas de su pasion que en él se encierran. . 319
Medit. 44. — De la particion de las vestiduras de Cristo,

Digitized by Google

y de los escarnios que padeció en la cruz. . . . 324
Medit. 45. — De la primera palabra que Cristo habló en la cruz, rogando por sus enemigos. 332
Medit. 46. — De los ladrones que fueron crucificados con Cristo, y de la segunda palabra que dijo al uno, prometiéndole el paraiso. 338
Medit. 47. — De la tercera palabra que habló en la cruz con su Madre y con san Juan. 347
Medit. 48. — De las tinieblas que sucedieron en toda la tierra, y de la cuarta palabra que Cristo habló en la cruz. 353
Medit. 49. — De la sed que padeció en la cruz, y de la quinta palabra que habló en ella. 358
Medit. 50. — De la sexta palabra que dijo en la cruz. . 363
Medit. 51. — De la séptima palabra que dijo, y de su muerte. Un modo de bien vivir y aparejo de bien morir, á imitacion de Cristo. 367
Medit. 52. — De los milagros que sucedieron en muriendo Cristo. 376
Medit. 53. — De la lanzada en el costado, y de las cinco llagas. 378
Medit. 54. — Del descendimiento de la cruz. . . . 387
Medit. 55. — Del entierro y sepultura de Cristo. . . 392
Medit. 56. — De la soledad de nuestra Señora, y de lo que hizo despues del entierro de su Hijo. 397
Medit. 57. — De las guardas que pusieron al sepulcro de Cristo, y de la incorrupcion de su cuerpo. . . . 401

FIN DEL ÍNDICE.

Digitized by Google

En la misma librería de **J. Subirana** *se hallarán las obras siguientes:*

THEOLOGIA MORALIS UNIVERSA Pio IX Pontifici Maximo dicata, auctore *Petro Scavini*, Theologo Colleg. J. U. D., Equite SS. Mauritii etc. Prima editio hispana cum notis italice in hispanum translatis, quoad tractatum sextum juri civili vel canonico vel doctrinæ S. Alphonsi M. de Liguori accomodatum, et cum add. definitionum privilegiorum militarium atque tractatus Bullæ S. Cruciatæ *a Josepho Morgades et Gili*, presbytero in Sacra Theologia Doctore, ejusdemque facultatis nec non Sacrorum Canonum in Seminario Tridentino Barcinonensi Professore. — Dos tomos en 4.° mayor, precio en rústica 72 rs. en Barcelona y 84 rs. fuera.

COMPENDIUM THEOLOGIÆ MORALIS, auctore *Joanne Petro Gury*, *S. J.* in collegio Romano et in seminario Valsensi prope Anicium Professore. Aumentado con el tratado de *Beneficiis* de la obra de Teologia moral de Scavini y una explicacion de la Bula de la Santa Cruzada segun el Breve del S. P. Pio IX en vista de las aclaraciones sobre la misma de varios Prelados españoles. — Un tomo en 4° mayor, precio en rústica 30 rs. en Barcelona y 35 rs. fuera.

PRÆLECTIONES THEOLOGICÆ, quas habebat in Collegio Romano, *Joannes Perrone*, e Societate Jesu, ab eodem in compendium redactæ. Duce ultima editione Romæ typis S. Congregationis de propaganda fide, recognita et emendata de Ordinarii licentia. — Dos tomos en 4° su precio en Barcelona 32 rs. rústica, y 36 reales remitido *franco de porte*.

INSTITUTIONES PHILOSOPHICÆ, auctore *Matthæo Liberatore S. J.* Editio prima hispana ab ipso auctore in meliorem ordinem redacta et in singulis fere par-

Digitized by Google

tibus insigniter emendáta, — Dos tomos en 8° mayor, su precio en Barcelona 24 rs. vn. en rústica, y 28 rs. fuera.

THESIS DOGMATICA DE IMMACULATA V. M. CONCEPTIONE, addenda *Prælectionibus Theologicis;* nuper á *J. Perrone* é Societate Jesu in lucem edita. Un cuaderno en 4°, 2 rs. en Barcelona y 2 rs. 12 mrs. fuera.

Joannis Baptistæ Faure é Societate Iesu DUBITATIONES THEOLOGICÆ de iudicio practico quod super pœnitentes, præcipue consuetudinarii aut recidivi, dispositione formare sibi potest ac debet confessarius, ut cum rite absolvat. — Un cuaderno en 8° precio 5 rs.

MEMORIALE VITÆ SACERDOTALIS, *a Claudio Arvisenet*, canónico et vicario general trecensi. — Un tomo en 16° precio en rústica 8 rs. en Barcelona 9 rs. fuera.

KEMPIS: DE IMITATIONE CRISTI, nueva edicion en latin corregida y aumentada con las citas de los lugares de la Sagrada Escritura, que se encuentran en la obra, y además con un índice alfabético al final de la misma. — Un tomo en 16° precio 4 rs. en Barcelona, y 4 rs. 8 mrs. fuera.

R. P. Martini Becani Societatis Iesu Theologi ANALOGIA VETERIS AC NOVI TESTAMENTI, in qua primum status veteris, deinde consensus, proportio et conspiratio illius cum novo explicatur. Cum triplici indice, uno capitum, altero quæstionum, tertio autem rerum et verborum. Obra utilísima á todo eclesiástico, reimpresa con el competente permiso del Exmo. Señor Obispo de Barcelona, y revisada por un sacerdote destinado al efecto por dicho Prelado. — Un tomo en 8° mayor, precio en rústica 12 rs. en Barcelona y 13 rs. fuera.

NOTA. *Todas las expresadas obras se podrán adquirir enviando su importe con sellos ó bien con libranzas contra Tesorería.*

Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001156893

BC Biblioteca de Catalunya
C-Tus
Adq. 1001156893
CB.
Tus-8
9203
Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura
IC 27

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

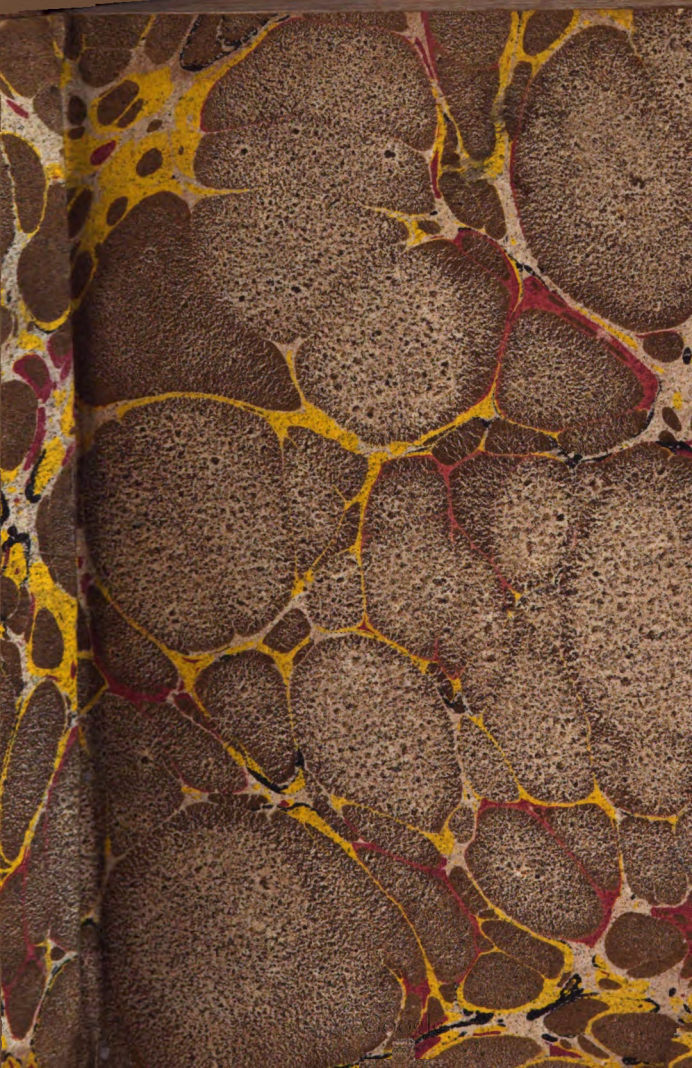
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google

MEDITACIONES

ESPIRITUALES.

Digitized by Google

Barcelona: Imprenta de Vicente Magriñá, calle de *S. Silvestre*, 4.

Digitized by Google

MEDITACIONES ESPIRITUALES

DEL VENERABLE PADRE

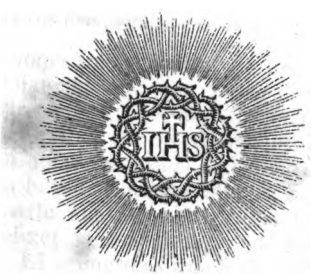
LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

CON LICENCIA Y PRÉVIA REVISION DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

TOMO V.

MEDITACIONES PARA SOSTENERSE EN EL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.



BARCELONA.
LIBRERÍA DE JAIME SUBIRANA,
PLAZA DE S. JAIME.

1856.

Digitized by Google

Digitized by Google

QUINTA PARTE

DE

LAS MEDITACIONES

PERTENECIENTES Á LA VIA UNITIVA.

DE LOS MISTERIOS

DE CRISTO NUESTRO SEÑOR GLORIFICADO, HASTA LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO, Y PUBLICACION DEL EVANGELIO.

INTRODUCCION.

DE LA UNION CON DIOS, QUE ES FIN DE LA VIA UNITIVA.

Las meditaciones que pertenecen á los que caminan por la via que llamamos unitiva, tienen por fin la union con Dios nuestro Señor, de quien dice san Pablo[1], que quien se llega á Dios es un mismo espíritu con él. Y aunque esta union es propia de los varones perfectos, pero todos han de aspirar á ella, y tienen en ella, no pequeña parte aunque sean de los principiantes. Para cuya inteligencia presupongo, que esta union tiene tres actos[2]. El primero es union de entendimiento, cuyo oficio es traer á Dios dentro de sí mismo; y aposentarle en su memoria pensando en él, y conociéndole con un conocimiento verdadero, propio, entero y per-

[1] Ad Cor. 6. 17. [2] D. Thom. 12. q. 28. art. 1. et 2.

Digitized by Google

fecto: el cual sea como una imágen y retrato muy al vivo de lo que es Dios, en el cual se transforme segun aquello del Apóstol que dice[1]: Nosotros con rostro descubierto, y sin el velo de Moisés, miramos como en espejo, y contemplamos la gloria del Señor, y nos transformamos en su misma imágen, pasando de una claridad á otra, movidos del divino espíritu. En las cuales palabras nos enseña san Pablo que la meditacion y contemplacion de las cosas gloriosas de Dios, no es otra cosa que formar dentro de sí un conocimiento que sea viva imágen de ellas. De modo, que lo mismo que Dios tiene en sí, esto tenga yo dentro de mí por el conocimiento, procurando que cada dia sea mas distinto y claro.

De este conocimiento procede el segundo acto de union, que es union de voluntad, la cual con grande fuerza sale de sí, y se abraza con la bondad que ha conocido, amándola, complaciéndose en ella, y deseando el mejor modo que puede gozar de ella. Esta union se declara por aquel supremo mandamiento del amor que dice[2]: Amarás á tu Señor Dios de todo tu corazon, con toda tu ánima y espíritu, con toda tu fortaleza, y con todas tus fuerzas. En las cuales palabras se nos encarga un amor tan perfecto, que lleve trás sí todas nuestras aficiones y deseos, traspasándolas en Dios con toda la intension y continuacion que pudiéremos. Los afectos que nacen de esta union, y en que se han de ejercitar los que la pretenden en estas meditaciones son estos: Admiracion de la majestad de Dios, de sus perfecciones y de sus obras: gozo de que sea quien es, y de que tenga tantas excelencias, y obre cosas tan gloriosas: alabanzas y hacinamientos de gracias por los dones que de él proceden: deseos entrañables de verle y poseerle, y estar siempre unido con él; deseos tambien muy encendidos de honrarle y obedecerle, y darle gusto en todas las cosas, y de que todos los hombres le conozcan,

[1] 2. Cor. 3. 18. [2] Deut. 6. 5. Lucæ 10. 27.

Digitized by Google

amen y sirvan. Celo ferviente de su gloria, y de la salvacion de las almas, mezclado con dolor grande de las ofensas que contra él se hacen, confianza en su bondad y providencia, y temor de su justicia, no temor servil, que es excluido por la caridad, sino temor filial y reverencial, que teme apartarse de Dios, y hacer cosa que le ofenda aunque sea cosa muy pequeña: y con este afecto se ha de juntar dolor de los pecados, que procede de amor, porque como arriba se dijo [1]: el grado superior de santidad siempre ejercita los actos del grado inferior, aunque con modo mas perfecto. De esta union resulta la tercera, que es union de semejanza en la vida y costumbres, fundada en una perfecta conformidad con la divina voluntad, teniendo un querer y no querer con Dios en todas las cosas, así prósperas como adversas, de donde procede el ejercicio continuo de todas las virtudes que pertenecen á la perfeccion de la vida cristiana, por las cuales se alcanza aquel supremo grado que Cristo nuestro Señor nos exhortó, cuando dijo [2]: Sed perfectos como vuestro Padre celestial lo es, que fué decir, sed puros, caritativos, misericordiosos, prudentes, justos, templados y santos, como lo es vuestro Padre que está en los cielos. Y de esta manera se cumple perfectamente lo que dijo el Apóstol [3], que contemplando la gloria de Dios, nos transformamos en su imágen, recibiendo dentro de nuestro espíritu las virtudes gloriosas del mismo Dios, por las cuales somos semejantes á su gloriosa divinidad [4], pasando de una claridad á otra: esto es, del conocimiento, á la claridad del afecto, y de esta, á la claridad de las virtudes, subiendo de una en otra hasta ver con claridad al Dios de los dioses en Sion.

De lo dicho se sigue, que la vida contemplativa, cuando es perfecta abraza estos tres modos de union los cua-

[1] En la introduccion citada la obra. § 4. [2] Matth. 5. 48. [3] 2 Cor. 3. 18. [4] Psal. 83. 8.

Digitized by Google

les andan entre sí muy hermanados, ayúdanse mucho el uno al otro, porque el conocimiento de Dios ayuda al amor, y este á la imitacion de su virtudes: y el amor é imitacion grandemente perfeccionan el conocimiento, porque como dicen comunmente los maestros del espíritu [1], hay dos modos de conocer á Dios, uno especulativo, que procede de la lumbre natural de nuestro entendimiento, ilustrado con la lumbre de la fe, el cual con el discurso y meditacion llega á contemplar la gloria de Dios y sus grandezas, por las cosas que se ven en las criaturas, ó por las que están reveladas en las divinas Escrituras, que son como dos espejos ó atalayas, para conocer á Dios en esta vida. Otro conocimiento hay práctico y experimental, que procede del supremo don del Espíritu santo, que llamamos sabiduría [2], ó ciencia sabrosa de Dios, el cual, como comenzamos á decir en el párrafo undécimo de la introduccion de este libro, se funda en las maravillosas experiencias que sentimos dentro de nuestras almas, por las ilustraciones celestiales, y por los afectos y dulzuras de la caridad y amor de Dios. Del cual conocimiento dijo David [3]: Gustad, y ved cuan suave es el Señor, como quien dice: probad por experiencia la suavidad de Dios, y sus efectos maravillosos, y por aquí llegaréis á verle, como acá puede ser visto [4]. Y el Apóstol nos aconseja, que echemos raices en la caridad, y en sus amorosos ejercicios, para que comprendamos. Esto es, para que palpemos y conozcamos por experiencia las grandezas de Dios, la latitud de su caridad, la longitud de su eternidad, la alteza de su divino ser, y la profundidad de su sabiduría, y tambien la excelente caridad de Cristo, que sobrepuja al conocimiento que se alcanza con la ciencia humana; en virtud de este soberano conoci-

[1] D. Tho. 2. 1. 2. q. 180. art. 1. Dionis. c. 2. de divin. nom. D. Bonav. opusc. 7. de itineribus, ætern. itiner. 6. Gerson. 3. p. trac. de mistica theol. D. Bern. serm. 23. et 24. in Cant. [2] D. Thom. 2. 2. q. 45. art. 2. et 3. [3] Psal. 33. 9. [4] Ad Ephe. 3. 17.

Digitized by Google

miento quedarémos llenos de la plenitud de Dios, transformados en él por union perfecta[1], porque como dijo el Sabio, hablando con nuestro Señor: *Nosse te consummata justitiam est, et scire justitiam et virtutem tuam, radix est immortalitatis.* Conocerte á tí es consumada y perfecta justicia, y conocer tu santidad y tu virtud, es raiz de la inmortalidad, porque la vida inmortal y eterna, procede de conocer, como se ha dicho, al eterno Dios amándole é imitando sus virtudes, de tal manera, que como dijo san Juan[2], quien no ama no conoce á Dios, porque Dios es caridad, y la caridad increada, no se conoce perfectamente, sino es por la experiencia de los actos y afectos de la caridad criada, así como nunca se conoce bien la dulzura y eficacia de la miel y del vino[3], hasta que se gusta y prueba: Por lo cual dijo santo Tomás[4], que era lícito desear conocer á Dios de esta manera, y tener experiencia de su bondad y voluntad, buena, agradable y perfecta, para no desviarse un punto de ella.

Por lo dicho queda entendido el fin principal de las meditaciones de la quinta y sexta parte, las cuales van encaminadas al primer conocimiento de Dios, para alcanzar el segundo, y gozar de la union con su infinita bondad y voluntad al modo que se ha declarado. Y aunque es verdad que la contemplacion y union sobredicha, tiene por blanco principal la divinidad y perfecciones de Dios, con quien se hace un espíritu: mas tambien mira la humanidad de Dios encarnado[5], y sus esclarecidas obras y virtudes en las cuales resplandecen las excelencias de la divinidad, porque como el mismo Señor dijo[6], la vida eterna no solamente consiste en conocer á Dios vivo y verdadero, sino tambien á su Hijo Jesucristo Salvador del mundo. Y los que quisieren excluir siempre de la contemplacion los misterios de

[1] Sap. 15. 3. [4] Joan. 4. 8. [3] Cas. coll. 12. cap. 13. [4] 2. 2. q. 9. art. 3. ad. 2. [5] D. Tho. 2. 2. q. 180 art. 4. [6] Joan. 17. 3.

Digitized by Google

su sacratísima humanidad, serán excluidos de gozar los frutos y regalos de la vida eterna. Porque él dijo [1]: Yo soy la puerta, si alguno entrare por mí, será salvo, entrará y saldrá, y hallará pasto, que es decir: Yo en cuanto hombre, soy la puerta para entrar á Dios, si alguno entrare por mí, creyendo con viva fe en mí y en mi Padre, alcanzará la salud y vida eterna, y tendrá sus entradas y salidas, procediendo con la consideracion de los misterios de mi humanidad, hasta los mas altos secretos de mi divinidad, y de estos volverá á estos otros, y en todos hallará pasto espiritual de devocion para su alma.

Y por cuanto la vida de Cristo nuestro Señor tiene dos partes, una mortal y pasible, de la cual han sido las meditaciones que hasta aquí se han puesto: y otra inmortal é impasible, despues que resucitó, la cual vive ahora, y en ella resplandecen grandemente las excelencias gloriosas de su divinidad, porque, como dice san Pablo [2], fué crucificado por la flaqueza del hombre, pero vive ahora por la virtud de Dios. De aquí es, que las meditaciones de esta vida gloriosa de Cristo nuestro Señor, de que trata esta quinta parte, pertenecen principalmente á los perfectos que han pasado por las otras, en nombre de los cuales dijo el mismo Apóstol [3]: Aunque hemos conocido á Cristo, segun la carne, pero ya no le conocemos así, que es decir, como declara santo Tomás [4], aunque hasta ahora conocimos á Cristo en carne mortal, sujeto á las miserias de nuestra carne, y le amábamos con amor mezclado con alguna aficion de carne: pero ya no le conocemos, ni amamos de esta manera, sino contemplámosle en carne inmortal y gloriosa, y amámosle con amor puro, libre de todo resabio de carne y sangre. Lo cual se verá practicado en las meditaciones siguientes.

[1] Joan. 10. 9. [2] Cor. 13. 4. [3] 2. Cor. 5. 16. [4] Lect. 4.

Digitized by Google

MEDITACION I.

DEL GLORIOSO DESCENDIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR AL LIMBO, PARA SACAR DE ALLÍ LOS JUSTOS, Y DE LA GLORIA QUE LES COMUNICÓ.

Punto primero. — Por fundamento de esta meditacion, se ha de considerar qué lugar es el limbo, qué personas habia en él; y en qué se ocupaban, hasta que Cristo nuestro Señor murió.

El limbo es un lugar debajo de la tierra [1], y por esto se llama infierno, cuando decimos que Cristo nuestro Señor bajó á los infiernos, y se llama lago sin agua, y cárcel de presos, oscura y cerrada con puertas de bronce, y con cerraduras de hierro, tan fuertes, que no habia poder humano ni angélico para quebrarlas, ni para sacar al que una vez entraba dentro de ellas. En este limbo eran depositadas y encarceladas las almas de todos los justos, por muy santos que hubiesen sido, porque ninguno podia entrar en el cielo, por causa del pecado de Adan, hasta que Cristo muriese por todos; allí estaba el mismo Adan y Eva, Abel su hijo, Noé y Abrahan con los santos patriarcas, Moisés y David, con los profetas, el gran Bautista y san José, con todos los demás justos que murieron antes de la pasion.

Su continua ocupacion, era suspirar por la venida del Mesías, para que les librase y comunicase la vista clara de Dios: y cada uno repetiria la oracion afectuosa que solia decir en vida; David daria voces á Dios [2], muéstranos Señor tu misericordia, y danos tu Salvador [3]. Despierta tu potencia, y ven para que nos hagas salvos, como el siervo desea las fuentes de las aguas; así desea mi alma á tí Dios [4]. Mi ánima tiene sed de Dios fuerte, vivo: cuándo tengo de ir y parecer ante el rostro de mi Dios? Isaías diria [5]: ojalá rompieses los cielos y vinie-

[1] Zacha. 9. [2] Psal. 84. 8. [3] Psal. 79. 3. [4] Psalm. 41. 2. [5] Isai. 64. 1.

Digitized by Google

ses, para que con tu presencia estos montes que están sobre nosotros se deshiciesen [1]. O cielos, enviad de lo alto este rocío. O nubes, lloved al justo. O tierra, si te abrieses y brotases ya al Salvador. De esta manera los otros santos hervian con semejantes deseos y suspiros sin cesar, esperando el dichoso dia de su redencion, aunque no sin algun dolor; porque, como dijo el Sabio [2], la esperanza que se dilata, aflige al alma, y cuando se acerca el cumplimiento del deseo, se alegra. Y así se alegraron cuando entró el ánima del gran Bautista, haciendo allí el oficio de precursor, que habia hecho en este mundo, diciendo [3]: Alegraos, y levantad vuestras cabezas, porque ya se acerca vuestra redencion.

De esta consideracion, tengo de sacar semejantes afectos, imaginando á mi alma presa y cautiva en este cuerpo, como en un limbo y cárcel de tinieblas, gimiendo y deseando que venga Cristo nuestro Señor á librarla y llevarla consigo diciendo con san Pablo [4]: Deseo ser desatado y estar con Cristo [5]. O quién me librara de la cárcel de este mortal cuerpo [6]? Saca, Señor, de esta cárcel á mi alma, para confesar tu santo nombre. Estos y otros afectos semejantes son muy propios de la gente perfecta, que ha comenzado á gustar la suavidad de la divina union, y siente sus ausencias, diciendo con David [7]: Las lágrimas eran mi pan de dia y de noche, mientras me dicen, dónde está tu Dios?

PUNTO SEGUNDO. — *En el mismo punto que Cristo nuestro Señor espiró en la cruz, quedándose allí el cuerpo unido con la divinidad, su ánima santísima, unida tambien con la misma divinidad, se partió al limbo á librar las almas de los justos que allí estaban* [8]. — En lo cual descubrió el Verbo divino encarnado, las mismas virtudes que manifestó en su venida al mundo, para que enten-

[1] Isai. 45. 8. [2] Prov. 13. 12. [3] Lucæ 21. 28. [4] Ad Phil. 1. 23. [5] Ad Rom. 7. 24. [6] Psalm. 141. 8. [7] Psalm. 41. 4. [8] Tho. 3. p. q. 52. in simbolo, descendit ad inferos.

Digitized by Google

diésemos, que despues de muerto no estaba olvidado de ellas. Estas hemos de ponderar, para encendernos en amor de este Señor, especialmente dos.

La primera, fué su inmensa bondad y caridad, la cual le movió á venir en persona á salvar el mundo, aunque lo pudiera hacer por otros medios: así tambien, aunque pudiera librar estas almas del limbo sin bajar allá personalmente, pues con sola una palabra pudiera sacarlas de allí, como sacó á Lázaro del sepulcro, diciéndole: Sal á fuera; ó pudiera enviar ángeles que se las trajeran á su presencia, pero no quiso sino que su misma alma real y verdaderamente bajase al limbo [1], para descubrir el amor que las tenia, y el mucho caso que hacia de ellas; y cuan contento estaba de los servicios que le habian hecho; y para aplicarles él mismo por sí mismo, el fruto de su pasion y muerte, conforme á lo que estaba profetizado. Tú tambien, en virtud de la sangre de tu testamento, sacaste á los presos del lago donde no habia agua. O eterno Amador de las almas, cuan embriagado estás de su amor, pues no te hallas un punto sin ellos: en dejando de vivir con los hombres, luego quieres que tu alma viva con las almas, y estar donde están ellas, haciéndolas el bien que antes de tu muerte hacias á los hombres. Ven, Señor, á visitar la mia, júntate con ella; embriágala con ese amor tuyo, para que nunca de tí se aparte, ni quiera otra cosa mas que estar siempre unida contigo. Amen.

La segunda virtud, fué su profundísima humildad la cual quiso ejercitar, no solamente bajando á esta miserable tierra, sino á lo mas bajo de ella, y á lo que era cárcel y pena de pecado, estando allí algunas horas, aunque no como preso, sino como libertador de presos, para que por esta humillacion, hasta lo ínfimo de la tierra, alcanzase la exaltacion hasta lo supremo del cielo, segun aquello del Apóstol, que dice [2]: Qué es la

[1] Zach. 9. 11. [2] Ad Ephes. 4. 9.

Digitized by Google

causa porque subió, sino porque se abajó primero hasta las partes mas bajas de la tierra? O humildísimo Señor, que despues de la victoria quieres gozar de ella con muestras de humildad, concédeme que me humille y abaje hasta el postrer lugar, y en él me asiente muy despacio [1], porque bien sé que á la medida que me humillare en la tierra, seré por ti ensalzado en el cielo.

Punto tercero. — Aunque la entrada de Cristo nuestro Señor en el limbo, fué un momento sin resistencia alguna, pero podemos considerar el modo y majestad con que la hizo, imaginando que aquella ánima santísima bajaria acompañada de muchos ángeles, como de criados y ministros suyos: los cuales dirian aquellas palabras del salmo 23. Aunque principalmente se entienden de la entrada de Cristo en el cielo, como despues verémos [2]. *Abrid príncipes vuestras puertas; levantaos ó puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria: Y preguntando los príncipes de las tinieblas: Quién es este Rey de la gloria? Respondieron: el Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla.* O Rey gloriosísimo, gózome de que tu gloria y fortaleza sea pregonada de los ángeles; y publicada á los demonios, para que te conozcan y se postren rendidos á tus piés. O Rey fortísimo y poderosísimo, cuán nueva es tu fortaleza, y cuán fuerte tu potencia, pues muriendo en la batalla, sales de ella con victoria, matando á la misma muerte, y venciendo al autor de ella.

Hiciéronse los príncipes de las tinieblas como sordos á este primer mandato, y repitiéndole segunda vez los ángeles, hicieron ellos la misma pregunta, á los cuales respondieron: *El Señor de las virtudes; este es el Rey de la gloria.* O Rey de gloria, cuan bien os cuadra el nombre de Señor de las virtudes, porque sois Señor de la caridad, de la humildad, de la obediencia y paciencia, y de las demás virtudes celestiales, las cuales

[1] Lucæ 14. 14. [2] Psalm. 13. 7.

Digitized by Google

ganastes para nosotros en la batalla de vuestra pasion, y las repartís como despojos entre vuestros escogidos. Vos tambien sois Señor de las virtudes, porque de Vos proceden todas las obras santas, fuertes, y gloriosas, por las cuales descubrís la gloria de vuestro reino, y haceis gloriosos á vuestros vasallos: Vos sois Señor de las virtudes del cielo, y á vuestro señorío están sujetas las potestades y dominaciones, y toda la milicia de la corte celestial, en cuya presencia tiemblan y se postran, adorándoos como á su Dios, y á su Rey, y supremo Señor. O Señor de las virtudes, repartid conmigo de ellas, pues las ganastes para mí. O Señor de la caridad, infundidla en mi corazon, para que todo se derrita en vuestro amor. O Señor de la humildad, arraigadla dentro de mi alma, para que halle gracia en vuestra presencia.

Tambien ponderaré la omnipotencia de este glorioso Rey, el cual en virtud de su sangre quebrantó y desmenuzó las puertas y cerraduras infernales, penetrando, sin resistencia, el profundo caos de la tierra, hasta el infierno, para sacar de allí los presos, quebrantando sus cadenas, por lo cual tengo de alegrarme, y decir con David [1]: Alaben al Señor sus misericordias, y las maravillas que hace con los hijos de los hombres, porque desmenuzó las puertas de bronce, y quebrantó los cerrojos de hierro. Puertas de bronce son mis pecados, que impiden la entrada de Dios en el alma: cerrojos de hierro son los estorbos que el demonio y carne ponen, para que Dios no los deshaga, cadenas fortísimas son las pasiones, con las cuales estoy preso, para no hacer el bien que querria. Pues alábente, Salvador mio, tus misericordias, y todo el mundo te glorifique, por las maravillas que haces con los hijos de los hombres: porque con tu omnipotencia quebrantas todas estas puertas y cerrojos, y cadenas de hierro, para en-

[1] Psal. 106. 16.

Digitized by Google

trar dentro de nuestras almas, y ponerlas en libertad: desmenuza Señor las mias, y entra dentro de mi alma, para que te glorifique y cante tus misericordias, por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto. — En entrando el alma santísima de Cristo nuestro Señor en el limbo, alumbró con una celestial luz todas aquellas tinieblas, cumpliendo la divina Sabiduría encarnada, lo que prometió cuando dijo[1]: *Penetraré las inferiores partes de la tierra: miraré á todos los que duermen, y alumbraré á los que esperan en el Señor*. Luego dió á todas aquellas almas que le estaban esperando, una lumbre de gloria, con la cual vieron la divina esencia, y la majestad del que los habia librado, y todas quedaron glorificadas, convirtiéndose aquel limbo en cielo, y aquella cárcel de presos en paraiso de bienaventurados.

En lo cual se ha de considerar la grande alegría de aquellas almas, con la repentina mudanza de su estado, y con aquella súbita vista de Dios, que es la suprema bienaventuranza, de que ahora gozan. O qué hartas y satisfechas quedaron, dándose por bien premiadas de todos los trabajos pasados! O qué agradecidas estarian á quien tanto bien, y tan á costa suya les habia hecho: todas le adorarian y alabarian, y darian el parabien de su victoria. Podemos imaginar, que venian coros á reconocerle, como suele suceder cuando entra un rey de nuevo en su reino.

El primero seria el coro de los patriarcas, con todos los hijos que fueron herederos de su fe y santidad, los cuales le adoraron y reconocieron como á su supremo patriarca y Padre del siglo futuro, confesando que eran sus hijos, y alabándole por la herencia celestial que les habia dado. Luego el segundo coro de los profetas le reconoció por supremo Profeta, y le agradeció el haber cumplido perfectísimamente todas sus profecías, y las

[1] Eccles. 24. 45.

Digitized by Google

promesas que por ellos habian hecho. Trás este vino el tercer coro de los sumos sacerdotes y levitas, adorándole como á sumo Sacerdote sobre todos, y dándole gracias por el sacrificio que ofreció en la cruz por los pecados de todos para librarle de ellos. A este se siguió el cuarto coro de los santos capitanes y jueces y reyes, con la muchedumbre escogida del pueblo de Dios, adorándole como á supremo Rey de cielos y tierra, y dándole el parabien de la victoria que habia alcanzado contra los príncipes de las tinieblas, quebrantando el orgullo del que se llama rey de los hijos de la soberbia.

El quinto coro fué de los ilustrísimos mártires que allí estaban, desde Abel hasta los niños inocentes que murieron por mandato de Herodes, los cuales le confesaron por rey glorioso de los mártires, dándole las gracias por el ilustre martirio que sufrió en la cruz.

Todos estos cinco coros llevaban por alferez y guia al gloriosísimo profeta y mártir y precursor de Cristo Juan; y todos á una voz con divina armonía cantarian aquel divino cántico del Apocalipsis[1]: Digno es el Cordero que ha sido muerto, de recibir la virtud y la divinidad, la sabiduría y fortaleza, la honra y gloria y bendicion. Digno eres, Señor, de abrir estas puertas eternales, porque fuiste muerto por nosotros, y nos redimiste por tu sangre, escogiéndonos de todas las tribus y lenguas, y de todos los pueblos y naciones del mundo, y nos hiciste reino de Dios y sacerdotes, para que reinemos contigo sobre la tierra; y luego tomarian las coronas de gloria que tenian, y confesando que no eran suyas, sino de este divino Cordero, las arrojarian á sus piés, diciéndole[2]: Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la honra y gloria y alabanza, porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad son: Tú nos has redimido y ganado estas coronas, y pues tuyas son, á tí sea la gloria, por todos los siglos. Amen.

[1] Apocal. 5. 12. [2] Apoc. 4. 11.

Digitized by Google

Con cada uno de estos cinco coros tengo yo de cantar las mismas alabanzas á Cristo nuestro Señor, alabándole como á patriarca y profeta, sacerdote, rey y mártir, incomparablemente mas excelente que todos.

De aquí tengo de subir á considerar el inmenso gozo que sentiria el ánima de Cristo nuestro Señor, viendo tanta muchedumbre de almas redimidas con su sangre. O cuánto se alegraria de haber venido al mundo por rescatarlas! O por cuán bien empleados daria los trabajos de su pasion, viendo el copioso fruto que sacaba de ellos! Aquí vió cumplida la promesa del eterno Padre que dice [1]: Porque su alma trabajó, verá y será harto: y le repartiré muchos hijos y vasallos, y dividirá los despojos con los fuertes, porque entregó su alma á la muerte, y fué contado entre los malos. O dulcísimo Redentor, os doy el parabien del gozo y contento que teneis, en premio de la tristeza y dolor que habeis sufrido. Bien responden estos cinco coros de santos á las cinco llagas con que los habeis redimido de la servidumbre del demonio: razon es que os goceis con tanta muchedumbre de hijos, como vuestro Padre os ha dado; y gracias os doy por el repartimiento de los despojos que con ellos habeis hecho, dando á cada uno tanto premio, cuanto habia sido sú trabajo: repartid conmigo algo de estos despojos, para que os sirva como estos santos os sirvieron, y llegue á gozar del premio que alcanzaron. Amen.

De todo esto tengo de sacar últimamente una larga confianza en Dios, sin cansarme de esperarle, ni congojarme por sus dilaciones y tardanzas, porque no hay plazo que no llegue, y en un momento dá repentinamente tanto gozo, que recompensa los trabajos de muchos años.

Punto quinto. —Estúvose Cristo nuestro Señor en aquel limbo todo el tiempo que su cuerpo estuvo en el

[1] Isai. 53. 11.

Digitized by Google

sepulcro, que fueron treinta y seis horas, ó cuarenta, ejercitando en aquella cárcel la humildad y caridad, comunicando á los justos el premio, en el lugar que habia sido instrumento de su trabajo. Pero allí no cesó de obrar obras maravillosas, con que aumentó el contento de aquellos justos.

Lo primero, dentro de pocas horas llegó el ánima del buen ladron, y le cumplió el Redentor la palabra que le dió en la cruz, cuando le dijo: Hoy serás conmigo en el paraiso, porque luego en entrando, la puso en el paraiso celestial, que es la vista clara de Dios, de donde nacen todos los deleites que hay en el paraiso: y como Cristo nuestro Señor es tan honrador de los que le honran, allí delante de todos aquellos justos le honró contando como le habia confesado por rey y Dios, en medio de tantos que le despreciaban y blasfemaban, y todos aquellos justos agradecerian al buen ladron la confesion que hizo en honra de su Dios, y se alegrarian con él, y él alabaria grandemente al que le daba premio tan grande por servicios tan pequeños. Alégrate, ó alma mia, y regocíjate en Dios tu salvador, abrázate de buena gana con la cruz, pues de ella baja un ladron al paraiso, y es glorificado con Cristo, porque en ella confesó á Cristo.

Lo segundo, es de creer que en el discurso de estas horas que estuvo allí Cristo nuestro Señor, despojó tambien el purgatorio, sacando las almas que allí estaban, ó apresurando la paga de la deuda que debian, usando de alguna indulgencia, en virtud de su sangre fresca y recien derramada en su pasion: despacharia desde allí ángeles al purgatorio, y traerian ya unas, ya otras, alegrándose grandemente las que venian, así por verse libres de tantas penas como por ver la gloria del que las libraba, y la buena compañía de las almas que allí estaban; las cuales tambien se alegraban con las que de nuevo iban viniendo, tomando su gozo por propio,

Digitized by Google

como suele hacerlo la caridad. O liberalísimo Redentor, acordaos en este dia de los que vivimos en esta vida mortal, purgando nuestros pecados con las aflicciones que en ella padecemos: trocad nuestro llanto en gozo, purificadnos de las culpas, y perdonadnos tambien todas las penas por ellas debidas.

Ultimamente, puedo considerar la rabia de los condenados que barruntaron la entrada de Cristo en el limbo, viendo que los dejaba y no hacia caso de ellos, porque no fueron dignos de que Cristo los visitase y consolase con su presencia, antes los confundió, porque no quisieron aprovecharse de los medios que les dió para alcanzar perdon de sus pecados. En especial, puedo ponderar la rabia del desventurado Judas y del mal ladron, volviéndose contra sí mismos con furor endemoniado, porque no se aprovecharon de la ocasion que tuvieron, uno en la escuela de Cristo, y otro en la cruz. De donde sacaré escarmiento para mirar como vivo, porque la sangre de Cristo no saca del infierno al que una vez entra en él, ni aprovecha al obstinado, que por su perverso libre albedrío la desprecia. Tambien ponderaré la confusion de Lucifer y de los príncipes de las tinieblas, cuando se vieron vencidos de Cristo y atados con su omnipotencia, y sueltos los presos que habian ganado en cinco mil y tantos años. O qué rabia seria la suya, viéndose postrados á los piés de Cristo, y cuán grande seria la gloria y gozo de Cristo, viendolos así postrados á sus piés: Entonces, como dice san Pablo[1], despojó á los principados y potestades, quitándoles su poder con grande autoridad, y sacándoles la presa con gran valor, triunfando de ellos por su propia virtud, con grande manifestacion de su justicia, delante de muchedumbre de ángeles que asistieron á este juicio. Gózome, Salvador mio, de este vuestro triunfo contra los poderes infernales, y de que con tan gran valor les ha-

[1] Ad. Col. 2. 15.

Digitized by Google

yais quitado sus despojos, y desmenuzado las armas en que tenian puesta su esperanza. Triunfad, Señor; de ellos en mí, dándome gracia para vencerlos, pues mi victoria será vuestra, porque todos vencemos por Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION II.

DE LA RESURRECCION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Punto primero. — Llegado el tercer dia despues de la pasion, que era el domingo al amanecer [1], el ánima de Cristo nuestro Señor salió del limbo con aquellos coros de almas justas que tenia consigo, y fué derechamente al sepulcro donde estaba su cuerpo sepultado.

Aquí tengo de ponderar: Lo primero, la causa de haber Cristo nuestro Señor apresurado su resurreccion [2]: porque habiendo dicho que estaria en el corazon de la tierra tres dias y tres noches, como estuvo Jonás otro tanto en el vientre de la ballena, abrevió este tiempo todo ló posible, salva la verdad de su palabra, contentándose con tomar de los tres dias alguna parte, y esta bien pequeña, que fué la parte del viernes, y la mañana del domingo. A lo cual le movió su inmensa caridad, por socorrer con presteza á los discípulos que estaban en las tinieblas de la infidelidad, y por acudir al consuelo de su afligida Madre, y de todos sus amigos, por alumbrar y alegrar al mundo con la gloria de su cuerpo, como habia alumbrado y alegrado al limbo con la de su alma. Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por el cuidado que tienes de los tuyos, y por la presteza con que acudes á su consuelo y remedio [3]. Hiciste tu curso como el sol, corriendo como gigante tu carrera, haciendo muy mas largo el dia que la noche: porque el dia de tu vida duró treinta y tres años, alumbrando al mundo que estaba en tinieblas, pero la

[1] D. Th. 3. p. q. 53. et 54. [2] Matth. 12. 40. Joan. 2. 1. [3] Psalm. 18. 6.

Digitized by Google

noche de tu muerte, duró treinta y seis horas, tornando luego á nacer con nueva luz, para consolar á los que dejaste tristes con tu ausencia. Apresura, Señor, la luz de tu divina vista, para que respire mi alma con la presencia de tu gracia.

Tambien quiso nuestro Señor que su muerte fuese á la tarde al poner del sol, y su resurreccion á la mañana cuando queria salir, para significar, que moria por nuestros pecados, con los cuales nos privamos de la luz celestial, y del resplandor de la divina gracia, y resucitaba, como dice el Apóstol [1], por nuestra justificacion, para restituírnosla, y con ella el gozo, desterrando los llantos de la tristeza pasada, segun aquello de David [2]: A la tarde habrá lloro, y á la mañana alegría.

Luego ponderaré el regocijo grande con que salió Cristo nuestro Señor del limbo con aquella gloriosa compañía, triunfando del infierno, dejándole despojado de la presa que tenia, podria decir aquellas palabras de Jacob [3]: Con solo mi báculo pasé por este Jordan, y ahora vuelvo por él con dos compañías: Pasé por el mundo con el báculo de mi cruz, solo, y sin tener quien me ayudase; ahora vuelvo con dos compañías de justos de las dos leyes natural y escrita. O qué alegres subian estas dos ilustres compañias, y como cantarian á coros el triunfo de su Capitan, diciendo [4]: Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido, al caballo y al caballero anegó en el mar. El Señor es nuestra fortaleza, y motivo de nuestras alabanzas, porque es autor de nuestra salud: este nuestro Dios, glorifiquémosle, es el Dios de nuestros padres, ensalcémosle. El Señor es como varon guerrero, y tiene por nombre, el Todopoderoso: Los carros de Faraon y su ejército arrojó en el mar. Entra, ó alma mia, entre estas gloriosas almas, y alaba tú tambien á la de tu soberano Capitan, confiando que recibirás algo de la gloria que ellas recibieron.

[1] Ad Rom. 4. 25 [2] Psal. 29. 6. [3] Genes. 32. 10. [4] Exod. 15. 1.

Digitized by Google

PUNTO SEGUNDO. — Llegando Cristo nuestro Señor al sepulcro, lo primero descubrió á toda su compañía la triste y horrible figura de su cuerpo, para que viesen, cuan caro le habia costado su remedio: y cuando aquellas benditas almas vieron el cuerpo tendido en el sepulcro, todo acardenalado y descoyuntado, teñido en su propia sangre, y agujereado por tantas partes con las llagas de los piés y manos y costado, de nuevo alabarian á su libertador, y le darian inmensas gracias por la libertad que les dió tan á costa suya.

Luego Cristo nuestro Señor con su omnipotencia, y quizá tambien por ministerio de los ángeles, recogió toda la sangre que habia derramado en su pasion, para volverla á su lugar. Partirian unos ángeles al huerto de Getsemaní, y otros al pretorio de Pilatos, y otros al monte Calvario, y recogerian la sangre del Señor que allí estaba, con grande reverencia, porque estaba unida con la divinidad, y con ella se tornaron á llenar las sagradas venas de aquel cuerpo. Tambien trajeron los pelos y cabellos que se habian arrancado de su cabeza y barba, cumpliendo lo que está prometido [1]: *Capillus de capite vestro non peribit.* No perecerá un cabello de vuestra cabeza. O sangre preciosísima, gózome de verte restituida á tu propio lugar, porque tal sangre no habia de estar sino en tal cuerpo, y sangre de Dios, no habia de llenar otras venas que las de Dios, en las cuales estarás siempre, para que seas precio de nuestro rescate, lavatorio de nuestras culpas, nuestro sustento y bebida en el santo Sacramento y sacrificio del altar.

Luego entró aquella beatísima alma en su cuerpo, y con su entrada le trocó y transfiguró mucho mas excelentemente que en el monte Tabor: desnudóle de las mortajas en que estaba envuelto: limpióle de la mirra con que estaba ungido: quitóle todas las fealdades y

[1] Lucæ 21. 18.

Digitized by Google

manchas que tenia, y comunicóle para siempre las cuatro dotes de gloria, claridad, inmortalidad, impasibilidad, ligereza, y sutileza, quedando el cuerpo mil veces mas hermoso y resplandeciente que el sol: antes cada parte era como un sol de inmensa claridad y belleza; especialmente las cinco llagas que dejó en él, por los fines que despues dirémos, arrojaban rayos de admirable resplandor, que hermoseaban sus piés y manos y costado: y las llagas que habian hecho las espinas, hacian una forma de corona gloriosísima que adornaba su sagrada cabeza. Y al mismo punto usando del dote de sutilidad, salió del sepulcro, que era lugar de muertos, penetrando aquella grande piedra que le cerraba, sin que pudiese estorbarle la salida. O qué gozo recibió aquella benditísima alma, cuando vió á su cuerpo tan glorioso; y cuán de buena gana se abrazó con él, escogiéndole por su perpétua morada. O qué alegre quedó aquel cuerpo benditísimo cuando se vió adornado con aquellas dotes de gloria, en premio de los dolores é ignominias que habia padecido [1]. O Rey de gloria, que como nuevo hombre salís otra vez al mundo, renovado en vuestro traje, para vivir nueva vida, toda llena de grandeza, sea para bien este vuestro nuevo nacimiento, no menos admirable que el primero: en aquel salistes del vientre de vuestra Madre, dejando la puerta cerrada, por conservar su virginidad: en este salís del vientre de la tierra, dejando el sepulcro cerrado, para manifestar vuestra sutileza y majestad: en aquel salistes como nuevo hombre, libre de culpas, pero sujeto á penas; en este salís del todo renovado, libre tambien de toda pena, y coronado de grande gloria [2]: y así ahora podemos decir á boca llena, que hemos visto vuestra gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Finalmente es de creer, que Cristo nuestro Señor,

[1] Actuum. 13. 33. [2] Joan. 1. 14.

Digitized by Google

como tenia de costumbre, levantando sus ojos y manos al cielo, haria gracias al eterno Padre por su resurreccion, y por la gloria de su cuerpo, diciendo aquello del salmo [1]: Convertiste mi llanto en gozo: rompiste mi saco, y cercásteme de alegría, para que te alabe mi gloria, sin tener jamas tristeza. A imitacion de este Señor yo tambien diré al Padre eterno: gracias te doy Padre celestial porque convertiste el llanto de tu Hijo en sumo gozo, rompiendo el saco de su mortalidad y tristeza, y vistiéndole de inmortalidad y de alegría. Alábete, Señor, la misma gloria que le diste: alábete su alma benditísima, que es gloria suya, y tuya, y tambien te alabe mi alma, y nunca cese de alabarte por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — En resucitando Cristo nuestro Señor, por ordenacion de su eterno Padre, bajaron las jerarquías y coros de los ángeles á darle el parabien, y á celebrar la fiesta de su glorioso triunfo, porque si vino el ejército de la milicia del cielo á celebrar la fiesta de su nacimiento, cuando entraba en el mundo á vivir vida mortal, cuánto mas se ha de creer que vendrian en su resurreccion, cuando comenzaba la vida inmortal, y no venia á pelear, sino á triunfar por la victoria? Y así lo dá á entender el apóstol san Pablo [2], cuando dice, que cuando Dios introdujo otra vez á su Primogénito en el mundo, dijo: Adórenle todos sus ángeles. Este dia es cuando segunda vez le introdujo en el mundo, y le adoraron todos los ángeles como á su Dios y supremo Señor. Renovarian aquel cántico del nacimiento: Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad; y con mucha razon; porque toda esta obra fué de grande gloria para Dios, y de grande paz para los hombres, pues por ella quedaron pacificados con Dios, y sus enemigos destruidos; y así podemos decir aquello del salmo [3]: *Hæc*

[1] Psalm. 29. 12. [2] Ad Heb. 1. 6. [3] Psalm. 117. 24.

Digitized by Google

dies quam fecit Dominus, exultemus, et lætemur in ea. Este es el dia que hizo el Señor; alegrémonos, y regocijémonos en él. Gracias os doy, Padre eterno, por el cuidado que teneis de glorificar á vuestro Hijo, cumpliendo la palabra que le disteis, diciendo [1]: *Yo te he clarificado, y te clarificaré mas.* Gózome, Salvador mio, de que vuestros ángeles os adoren, y yo con ellos os adoro y glorifico en este dia, que todo es vuestro, y nada mio: porque todo lo que en él hicísteis, pertenece á la grandeza de vuestra divinidad, y no á la bajeza de mi humanidad. O si todo el mundo os conociese, y se alegrase con vuestra victoria, gozando los despojos de ella!

Punto cuarto. — Viéndose Cristo nuestro Señor resucitado, no quiso gozar á solas de esta gloria, sino tambien que se derivase á otros que resucitasen con él [2]: y así ordenó, que algunas de aquellas santas almas, cuyos cuerpos estaban en los sepulcros de Jerusalen, que se abrieron el dia de la pasion, se uniesen con ellos, quedando gloriosos y resplandecientes como el suyo. O qué contentos estarian aquellos justos cuando se viesen con sus cuerpos ya glorificados, resplandecientes como el sol! Acudirian luego al cuerpo de Jesucristo que resplandecia incomparablemente mas que el suyo, y besarian sus piés y manos, adorándole y alabándole por aquel especial favor que les habia hecho.

Hánse de ponderar las causas porque Cristo nuestro Señor hizo esto: la primera, para descubrir su omnipotencia y su caridad y liberalidad, porque no pudo su bondad sufrir no comunicar á otros el bien de que él gozaba.

Lo segundo, para que estos pocos fuesen testigos de su resurreccion, y por ellos cobrásemos esperanzas de que todos, á su tiempo, resucitaríamos como él, recibiendo cuerpos glorificados como el suyo.

[1] Joan. 12. 28. [2] Ex D. Ambr. et aliis quos citat Suar. 3. p. q. 43. art. 3. et Catet. ibi.

Digitized by Google

Y tambien para darnos á entender, que su voluntad era, que todos desde luego resucitásemos en el espíritu, comenzando una nueva vida, semejante á la suya glorificada, cumpliendo lo que dice el Apóstol, que como Cristo resucitó para gloria de su Padre, así nosotros [1], *In novitate vitæ ambulemus*, vivamos vida nueva. De suerte, que así como Cristo se desnudó de las mortajas, y salió del sepulcro vivo y glorioso con su cuerpo entero, inmortal, impasible, resplandeciente, ligero, sutil, y hermosísimo, así yo me desnude las vestiduras del viejo Adan, y las mortajas en que solia estar envuelto, que son las pasiones y costumbres viciosas, y comiencé una vida de gracia perfecta, con estas condiciones, que sea entera en todas las virtudes: inmortal, con firmeza de no volver mas á pecar mortalmente, como Cristo resucitó para no volver mas á morir: impasible, sin admitir pasiones que causen enfermedad en el alma: resplandeciente, por la luz del conocimiento interior de las cosas celestiales: ligera, para cumplir sin repugnancia todo lo que fuere voluntad de Dios, y sutil ó espiritual, renunciando todo lo terrestre, y no tomando mas de lo necesario, para que pueda tener mi conversacion en los cielos con los ángeles, aunque el cuerpo esté en la tierra con los hombres.

Estas son las señales de haber resucitado con Cristo nuestro Señor, las cuales tengo de procurar, porque, como dice san Gregorio [2], el justo cada dia ha de imitar su resurreccion, procurando tales virtudes, para renovar su alma, cuales son las dotes de gloria que tendrá su cuerpo.

Pero cerca de esto se han de advertir dos cosas muy importantes. La primera, que así como no todos los muertos que habia en Jerusalen resucitaron con Cristo, sino solamente aquellos, cuyos sepulcros se abrieron en la pasion, así tambien no todos los pecadores resucitan

[1] Ad Rom. 6. 4. [2] In prologo in Cantica.

Digitized by Google

con Cristo á la vida de gracia, sino solo aquellos que en virtud de su pasion abren sus sepulcros, manifestando sus conciencias al confesor, y quebrantando sus corazones con la contricion: y de la misma manera no todos los justos llegan á participar la alegría de la resurreccion, sino aquellos que han roto sus corazones con el afecto compasivo de la pasion, conforme á lo que dice el Apóstol [1]: *Si compatimur ut et glorificemur.* Con tal que padezcamos con Cristo, para ser con él glorificados. La segunda es, la diferencia entre la resurreccion espiritual perfecta y la imperfecta: porque los imperfectos resucitan, sacando consigo sus mortajas, como salió Lázaro vendado con sus fajas y sudario [2]; porque salen con las reliquias de la vida vieja, que son los hábitos y costumbres viciosas y pasiones desconcertadas; y por consiguiente salen con peligro de recaer y volver á morir; sino se desatan y desnudan con la mortificacion de estas vestiduras de su mortalidad y vejez espiritual. Pero los muy perfectos, á imitacion de su capitan Jesus que dejó la sábana y el sudario en el sepulcro, resucitan con nuevo fervor, dejando todas estas vestiduras de muertos, y vistiéndose las nuevas de la vida eterna, despojándose del hombre viejo y de sus obras, y vistiéndose del nuevo; renovados todos con perfecta santidad. O gloriosísimo Triunfador, házme participante de tu pasion, para que tambien lo sea de tu resurreccion: resucite yo contigo, no como resucitó Lázaro, y resucitaron otros para tornar otra vez á morir, sino como tú resucitaste á una vida nueva [3], para nunca mas morir muerte de culpa: padezca mucho mi cuerpo, para que se haga impasible mi alma: cúbrame de ignominia exterior, para que resplandezca mi espíritu con luz interior, y sea ágil y pronto en obedecerte, para que despues de esta vida llegue á gozarte. Amen.

[1] Ad Rom. 8. 17. [2] Joan. 11. 4. [3] Ad Rom. 6. 9.

Digitized by Google

MEDITACION III.

DE LA APARICION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SU MADRE SANTÍSIMA, Y COMO LOS ÁNGELES MANIFESTARON LA RESURRECCION Á LAS MUJERES.

PUNTO PRIMERO.— Despues que Cristo nuestro Señor resucitó, quiso manifestar al mundo su resurreccion, para que muchos gozasen los frutos de ella.

Esta manifestacion hizo por tres vias[1]. Una fué por medio de los santos que resucitaron con él, los cuales, como dice san Mateo[2]: *Vinieron á la ciudad de Jerusalen, y aparecieron á muchos*, predicándoles sin duda, como el que fué crucificado era verdadero Mesías y Rey de Israel, Salvador del mundo, y era ya resucitado. Y es de creer que entre otros aparecieron á José de Arimathea y á Nicodemus, consolándolos y confirmándolos en la fe de su Maestro. Para esto tambien envió ángeles, los cuales manifestaron su resurreccion á las devotas mujeres que iban á ungirle, dándolas nuevas de ella y mostrándolas el sepulcro. Pero no contento con esto, el mismo Cristo nuestro Señor, quiso por sí mismo manifestarse á sus amigos, para descubrir mas la grandeza de su caridad. Por lo cual, aunque en resucitando habia de subirse al cielo empíreo, que era el lugar debido á los cuerpos glorificados, quiso quedarse en el mundo algunos dias, y como buen pastor recoger su ganado, sin fiar esto de otro, consolando á sus discípulos, y enseñándoles muchas cosas del reino del cielo, y manifestándoles á sí mismo ya glorificado, para que como testigos de vista pudiesen predicar su resurreccion. O Rey de gloria, alábente los ángeles y los hombres por el grande amor que nos muestras. No era digno el mundo de que estuvieses en él un momento despues de resucitado, pero la caridad que te detuvo casi cuarenta

[1] D. Thom. 3. p. q. 55. [2] Matth. 27. 53.

Digitized by Google

horas en el limbo, te detiene cuarenta dias en la tierra para purificarla y honrarla con tu presencia, y descubrirnos que no has mudado la condicion con la mudanza de la vida, ni te has olvidado en la prosperidad de los que te acompañaron en la adversidad.

De aquí he de sacar espiritualizando lo que se ha dicho, como Cristo nuestro Señor tiene tres caminos, para manifestarnos sus misterios, y para consolarnos y enseñarnos. Uno, por medio de hombres santos que han resucitado con él, y conocen por experiencia la suavidad y grandezas de Dios, los cuales con santo celo, descubren á otros lo que saben, para que Dios sea conocido y glorificado. Otro camino es por los ángeles, los cuales con secretas ilustraciones nos alumbran, enseñan y consuelan, y nos ayudan á quitar las dificultades que tenemos para no gozar de Cristo glorificado. El tercer camino es por sí mismo, hablándonos al corazon, y dándonos interiores testimonios de su divina presencia: y esto hace con los mas queridos discípulos, cumpliendo con ellos en esta vida lo que dijo en el sermon de la cena [1]: El que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y le manifestaré á mí mismo. O Amado mio, ámete yo de todo corazon, pues tan grande bien es amarte, que amas á quien te ama, y le descubres quien eres, para encenderle mas en tu amor.

Punto segundo. — La primera visita y aparicion que quiso hacer Cristo nuestro Señor, fué á su Madre santísima, la cual estaba grandemente afligida por su pasion, aunque con viva fe y esperanza de su resurreccion, y como vió que entraba ya el tercer dia, puesta en una alta contemplacion, con grandes ánsias y suspiros pediria á su Hijo que apresurase su venida [2], queriendo como leona despertar con sus bramidos al leon de Judá, que estaba dormido en el sepulcro. Diríale aquellas palabras del salmo [3]: *Exurge gloria mea, exurge psalte-*

[1] Joan. 14. 21. [2] Genes. 46. 9. [3] Psal. 56. 9.

Digitized by Google

rium, et cithara. Levántate gloria mia, y resucita: sal glorificado de este sepulcro para glorificarnos á todos: levántate salterio y cítara mia: sal de esta caja donde estás metido, y alegra con tu música á los que por tu causa estamos en tristeza. Tú dijiste: *Exurgam diluculo,* que resucitarias al amanecer del dia. Ven, ó Sol de justicia antes que nazca el sol de la tierra, y con tu luz destierra las tinieblas de ella. Estando la Vírgen con estos deseos, entró Cristo nuestro Señor, acompañado de aquellos tres lucidísimos ejércitos que tenia consigo; uno de ángeles, otro de almas, y otro de cuerpos glorificados, y manifestósele con toda la gloria y claridad que tenia, confortando su vista, así del cuerpo como del alma, para que pudiese verle y gozarle. O qué contenta, qué harta, qué glorificada quedaria la Vírgen con tan gloriosa visita, cumpliéndose en parte lo que está escrito [1]: Hartarme he cuando apareciere tu gloria. O qué dulces abrazos se darian el Hijo y la Madre, y qué dulces coloquios tendrian entre sí. Besaria la Vírgen aquellas preciosísimas llagas del Hijo, sacando de estas fuentes copiosísimos arroyos de consuelo, así como antes los habia sacado de desconsuelo: porque á la medida de los dolores, suele Dios dar las consolaciones [2]. Luego llegó aquella ilustrísima compañía á darla el parabien y á reconocerla por Madre de su Dios, y de su libertador, dándola gracias por el trabajo que habia puesto en la obra de su redencion. O qué nueva alegría tendria la Vírgen viendo el fruto de la pasion del Hijo, y tantas almas rescatadas con ella; daria el parabien á su Hijo de esta ganancia, y los ángeles solemnizarian esta fiesta con alguna música celestial, á gloria del Hijo y de la Madre.

Finalmente, despues que Cristo nuestro Señor estuvo gran rato con su Madre, descubriéndola grandes secretos del cielo, y diciéndola como estaria en el mundo al-

[1] Psal. 16. 15. [2] Psal. 93. 19.

Digitized by Google

gunos dias, y la visitaria otras muchas veces, se despidió de ella, quedando la Vírgen consoladísima de esta visita, pero guardóla para sí con gran silencio, así como tuvo secreto el misterio de la encarnacion, sin quererle descubrir á su esposo san José, hasta que un ángel se le reveló. Tambien ahora calló la visita de Cristo resucitado, sin decirlo á los apóstoles ni á las mujeres, hasta que los ángeles ó el mismo Cristo se lo manifestasen. O Vírgen soberana, sea para loa el Hijo resucitado. Reina del cielo alegraos, alleluya, porque el que trajistes en vuestro vientre, alleluya, ha resucitado como dijo, alleluya, rogad por nosotros, alleluya, haciéndonos participantes de la eterna, alleluya, que se canta en las plazas de la gloria. Amen [1].

Punto tercero. — En este mismo tiempo quiso Cristo nuestro Señor, por medio de sus ángeles, manifestar su resurreccion á las devotas mujeres que le habian seguido, cuya devocion declaran primeramente los Evangelistas diciendo [2]; *Maria Magdalena y Maria Jacobé, y otras devotas mujeres, habiendo estado en quietud todo el sábado por reverencia de la fiesta, madrugaron el domingo antes de amanecer, y con sus especies aromáticas caminaron de noche al sepulcro, diciendo: Quién nos quitará la piedra de la puerta del sepulcro?*

En estas mujeres se nos representa la devocion con que hemos de buscar á Cristo nuestro Señor, acompañada de las virtudes que ellas ejercitaron. La primera, fué obediencia á la ley, porque con tener gran deseo de ungir el cuerpo de Cristo nuestro Señor, no quisieron hacerlo en la fiesta, por no ir contra el precepto: enseñándonos que por título de piedad, no se ha de faltar en la obediencia. La segunda, fué diligencia grande en madrugar antes del dia, y con ser las mujeres naturalmente temerosas, no temieron salir y caminar de noche, por cumplir el deseo que tenian de hacer este

[1] Tobias 13. 22. [2] Matt. 28. 1. Marc. 16. 1. Lucæ 23. 56. Joan. 20. 1.

Digitized by Google

servicio á su Maestro. Con esta diligencia quiere ser buscada la divina Sabiduría encarnada, que dijo[1]: Los que de mañana madrugaron para buscarme, me hallarán. Y si deseo el maná de los celestiales consuelos, tengo de madrugar antes de salir el sol á recogerle, porque los perezosos no le hallan[2], y los diligentes le gozan. La tercera, fué confianza en Dios, y perseverancia en el bien, sin dejarle por temor de las dificultades; porque con saber estas mujeres que no podian quitar la grande losa que cerraba el sepulcro, prosiguieron su camino, confiando en nuestro Señor les depararia medio para ello: y así cuando llegaron la hallaron quitada en premio de su confianza, porque no falta la divina providencia á los que de esta manera esperan en Dios en cosas de su servicio.

Punto cuarto. —El modo como esto pasó, declaran los Evangelistas, diciendo[3]: *A deshora sucedió un grande terremoto: porque el ángel del Señor vino del cielo, y quitó la piedra del sepulcro, y sentóse sobre ella; su vista esta era como un relámpago: sus vestiduras eran blancas como la nieve, y puso tanto espanto á las guardas, que quedaron como muertos. Llegando las mujeres al sepulcro, y viendo quitada la piedra, entraron dentro atemorizadas de la vista del ángel; él las dijo: No querais temer, buscais á Jesus Nazareno crucificado? ya ha resucitado, no está aquí; venid, y ved el lugar donde le habian puesto.* En lo cual se ha de ponderar la majestad de este ángel, y su hermosura y poder, así en el terrible terremoto que causó, como en la facilidad con que revolvió aquella grande piedra del sepulcro, causando grande temor en malos y buenos, aunque en diferente manera, porque á los soldados como malos, postró en tierra, dejándolos sin sentido, para que no gozasen de tanto bien: pero á las devotas mujeres consoló diciéndolas: No querais temer vosotras. Como quien dice: Estas guardas teman, porque son ma-

[1] Prov. 8. 17. [2] Sap. 16. 28. [3] Marc. 16. 4.

Digitized by Google

los, vosotras no temais ni os congojeis, porque vengo á daros buenas nuevas de la resurreccion del Señor á quien buscais.

Luego ponderaré aquel nuevo renombre que el ángel dá á Cristo nuestro Señor, llamándole Jesus Nazareno crucificado, como quien sabia la condicion de nuestro buen Jesus, que es preciarse de sus desprecios, y honrarse de haber sido crucificado por nosotros. O dulce Jesus Nazareno y crucificado, y nunca tan nazareno como cuando crucificado, porque en la cruz brotaste las flores de tus virtudes, y los frutos de nuestra santificacion, de los cuales gozas en tu gloriosa resurreccion. O quién te buscase con tanto fervor, que no me preciase de saber otra cosa que á Cristo, y ese crucificado! O ángel benditísimo, venid en mi ayuda, fortalecedme con estas flores, fortificadme con estos frutos [1], porque estoy enferma de amor, deseando ver á Jesus Nazareno, que fué por mí crucificado.

Lo tercero, ponderaré como estas mujeres por su corta fe, no eran dignas de que Cristo nuestro Señor se les apareciese; y así el ángel las disponia para ello con avivar su fe, diciéndolas: Entrad, y ved el lugar donde le pusieron, y por aquí creeréis ser verdad que ha resucitado. Tambien avivó su caridad, diciéndolas con presteza fuesen á dar noticia de esto á los apóstoles, y á Pedro [2], nombrándole en particular, porque no se tuviese por desamparado, á causa de sus negaciones, pues por haberlas llorado, era digno de este consuelo. De donde sacaré, como la dilacion de ver á Cristo nuestro Señor y gozar de su dulce presencia, viene muchas veces por la falta de nuestra fe, y por nuestra poca disposicion: y así tengo de alentarme á procurar aumento de las virtudes que me disponen para verle, no desmayando por haber sido pecador, pues á Pedro se dan esperanzas de esta vista.

[1] Cantic. 2. 5. [2] Marc. 16. 7.

Digitized by Google

Ultimamente ponderaré, como entrando estas devotas mujeres en lo mas interior del sepulcro, *vieron dos ángeles con vestiduras muy resplandecientes, con cuya vista temieron, inclinando sus rostros á la tierra; y ellos las dijeron* [1]*: Para qué buscais al vivo entre los muertos? No está aquí, ya ha resucitado: Acordaos de lo que os dijo estando en Galilea: que convenia ser el Hijo del hombre entregado en manos de los pecadores, y ser crucificado, y resucitar al tercer dia* [2]*: Y acordándose de estas palabras, se volvieron con temor, y con gozo de lo que habian oido y visto.* En lo cual se representa como la perseverancia en la devocion con Cristo es digna de nuevos consuelos. Primero vieron estas mujeres un ángel, y perseverando en su demanda, vieron otros dos que les dijeron lo mismo, confirmándolas en la fe con un modo de reprension amorosa como quien dice: Para qué porfiais en buscar entre los muertos al que está ya vivo y resucitado? Y tambien se ha de ponderar, como es propio de los ángeles, traernos á la memoria las palabras de Cristo nuestro Señor, y con ellas enseñarnos y consolarnos, confirmando nuestra fe, alentando nuestra esperanza, y atizando nuestra caridad, para que nos hagamos dignos de verle glorificado. O ángeles bienaventurados, á quien Dios ha dado cuidado de las almas, si viéreis que la mia busca al vivo entre los muertos, buscando á Cristo entre las cosas muertas de este siglo, reprendedla, y enderezadla para que le busque adonde está, que es en la tierra de los vivos, reinando con los suyos, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION IV.

DE LA APARICION A LA MAGDALENA.

PUNTO PRIMERO. — *Habiendo dado estas devotas mujeres el recaudo de los ángeles á los apóstoles, volvieron*

[1] Lucæ 24. 5. [2] Matth. 28. 7.

Digitized by Google

todas segunda vez al sepulcro; y entonces, como dice san Marcos[1], *Cristo nuestro Señor se apareció á la Magdalena, de quien habia echado siete demonios.*

Aquí se ha de considerar la infinita caridad del Redentor en honrar á los pecadores convertidos, escogiendo por primer testigo de vista de su resurreccion, á una mujer que habia sido morada de siete demonios, y de los siete pecados mortales que de ellos proceden, para que se entendiese que no daña la muchedumbre y gravedad de los pecados pasados, cuando se recompensan con mayor fervor presente. Y tambien, que quien fuere primero en el servicio de Cristo, será primero en los favores que de él recibirá; y que si yo fuere singular en servirle, él será singular en regalarme, como sucedió á la Magdalena, la cual se señaló singularmente en amar y servir á Cristo, haciendo por su amor muchas cosas que otros no hicieron, como fué lavarle los piés con lágrimas, ungírselos con precioso ungüento, limpiarlos con sus cabellos; asistir á sus piés oyendo su doctrina con mucho gusto, acompañarle en el monte Calvario, y madrugar para ungirle despues de muerto, con mayor fervor que todas sus compañeras[2]: y así fué digna de verle primero que los demás, como dice el himno: *Prima meretur gaudia, quæ plus ardebat cœteris.* Mereció tener los primeros gozos de la resurreccion de Cristo, porque ardia por entonces mas que todos en su amor, al modo que se dirá en los puntos siguientes.

Punto segundo. — *Estaba María en pié*[3], *fuera del monumento, llorando, y como llorase, inclinóse á ver el sepulcro, y vió dos ángeles con vestiduras resplandecientes, que estaban sentados, uno al principio, y otro al fin del lugar donde fué puesto el cuerpo de Jesus. Dijéronla los ángeles: Mujer, porqué lloras? Respondió ella, porque llevaron á mi Señor, y no sé donde le pusieron.*

En estas palabras se ha de considerar. Primeramente

Marc. 16. 9. Jo. 20. 1. [2] Lucæ 7. 38. Marc. 16. 9. [3] Joan. 20. 11.

Digitized by Google

el fervor de la Magdalena, el cual resplandece. Lo primero en las grandes ánsias que tenia de ver el cuerpo de su Maestro. Y aunque estas iban fundadas en falta de fe de su resurreccion, pero como procedian de ferviente amor, y de piadosa intencion, eran agradables á su Amado.

De estas ánsias nacia la solicitud de buscarle: y á esta causa no se sentó cabe el monumento, sino siempre estaba en pié, como á punto para buscarle á una y otra parte, inclinándose una y otra vez á mirar el sepulcro, por ver si hallaba la segunda vez lo que no halló en la primera: porque quien mucho ama á Dios, no cesa de repetir las mismas oraciones, y multiplicar las mismas diligencias para hallarle.

De aquí procedió, que aunque sus compañeras se volvieron del sepulcro, contentándose con lo que los ángeles les habian dicho: y san Pedro y san Juan se tornaron á su posada, contentos con haber visto las mortajas: pero ella no se contentó con nada de esto, sino quedóse allí con gran perseverancia, como quien dice: aquí perdí lo que tanto amo, aquí lo hallaré, ó aquí moriré hasta hallarlo. Finalmente mostró su fervor en las lágrimas que derramaba por esta causa, sin que fuese parte la vista de los ángeles tan hermosos y resplandecientes para enjugarlas, porque no hallaba ningun consuelo en vista de criaturas, la que tenia puesto todo su deseo en ver á su Maestro, que era el Criador.

En estas cuatro cosas he de imitar á esta fervorosa mujer, buscando á Dios nuestro Señor, con un deseo vehemente, solícito, perseverante y devoto, resolviéndome de no tomar consuelo supérfluo en cosa criada, hasta hallar á mi Criador, diciendo lo que dice David á otro propósito [1]: No entraré en el retrete de mi casa, ni subiré en el lecho del descanso, no daré sueño á mis

[1] Ps. 131. 3.

Digitized by Google

ojos, ni reposo alguno á mis párpados, hasta que halle el lugar donde está mi Dios, y el tabernáculo donde mora el Dios de Jacob, para entrar dentro de él, y estar siempre en su compañía. En lo cual tambien imitaré el fervor con que la Esposa buscaba á su Amado por todas las calles y plazas de la ciudad, sin detenerse con las guardas, ni descansar un punto, hasta que le halló, porque de los que buscan de esta manera, se entiende lo que dice Cristo nuestro Señor y Redentor [1]: Quien busca, halla.

Lo segundo se ha de considerar la razon de estas fervorosas lágrimas, que la misma Magdalena dió á los ángeles, diciéndoles [2]: *Lloro porque llevaron á mi Señor, y no sé donde le pusieron.* Como quien dice: No os parece bastante causa para llorar, haberme llevado á mi Señor y todo mi bien, sin saber quién le llevó, y adónde le pusieron? Antes lloraba su muerte, pero consolábame con tener su cuerpo; ahora me han quitado este consuelo que me quedaba; y por esto lloro, ni hallo para mis lágrimas remedio. En lo cual ponderaré, que las lágrimas son bien empleadas principalmente por dos causas.

La primera, cuando nuestros pecados nos han quitado á Dios del alma, privándonos de su gracia y amistad; y estas lágrimas son semejantes á las que derramó la gloriosa Magdalena á los piés de Cristo, cuando echó de ella los siete demonios [3], y la perdoné sus pecados.

La segunda causa es, cuando sin saberlo nosotros, se nos ausenta Dios, y nos deja en tinieblas, y sequedad de espíritu, con tanta oscuridad, que apenas sabemos adónde, y cómo buscarle. Y estas lágrimas son semejantes á las que derramaba la Magdalena en esta ocasion; buscando á su Maestro y Redentor, y ambas lágrimas son prendas de que hallarémos á Dios nuestro Señor, si con ellas le deseamos, y buscamos, diciendo

[1] Cant. 3. 2. [2] Matt. 7. 8. [3] 3. p. medit. 35.

Digitized by Google

con el real profeta David [1]: Lágrimas fueron mi pan de dia y de noche, oyendo á los que me dicen cada dia: Dónde está tu Dios? O Dios mio, que solias estar dentro de mi alma, como en tu sepulcro, descansando y alegrándome con tu presencia, dónde estás ahora? quién te me ha llevado y sacado de mi corazon? cómo me has dejado solo, seco, triste y desconsolado? Si mis pecados y mis grandes culpas te han quitado de donde estabas, quítalos de mí, por tu infinita misericordia, para que puedas volverte á tu lugar, y yo le conservaré siempre limpio con gracia, para que otra vez nó alejes de mí tu presencia, por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — Compadeciéndose Cristo nuestro Señor de las muchas lágrimas de la gloriosa Maria Magdalena, quiso consolarla, para cumplir la palabra que dió, cuando dijo [2]: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Pero en esto procedió poco á poco para su mayor bien.

Porque lo primero, se le apareció, no poniéndosele delante de los ojos, sino á las espaldas, haciendo algun ruido, para que ella volviese á mirarle: *Conversa est retrorsum, et vidit Jesum stantem.* Volvió atrás, y vió á Jesus que estaba allí en pié. En lo cual se nos representa el modo como Dios nuestro Señor busca las almas que le tienen vueltas las espaldas, y le dejan, y no le conocen, ni le respetan como es razon, por no conocerle. A las cuales dijo, por el profeta Isaías [3]: Tus oidos oirán la voz del que tienes á las espaldas, y te amonesta el camino que has de andar. Estas voces son algunas inspiraciones y toques interiores con que las convida Dios nuestro Señor á que vuelvan el rostro al que tienen detrás de sí, para que él pueda tambien mirarlas, y compadecerse de ellas, diciéndoles aquello de los Cantares [4]: Vuélvete, vuélvete Sunamitis, vuélvete,

[1] Ps. 41. 4. [2] Matth. 5. 5. [3] Isai. 30. 21. [4] Cantic. 6. 12.

Digitized by Google

vuélvete, para que te miremos: Cuatro veces la dice que vuelva su rostro hácia Dios para que sea una vuelta muy fervorosa y perfecta, convirtiendo á Dios su corazon, su alma, su espíritu y sus fuerzas, cumpliendo el mandamiento del amor con estas cuatro condiciones que en él se piden [1]. O alma mia, Sunamitis, y cautiva de tus aflicciones, mira que las tres divinas Personas te dicen, que les vuelvas tu rostro, porque desean mirarte con el suyo. Y pues todo tu bien está en que Dios te mire, no tardes en mirar al que te convida que le mires, para mirarte, y compadecerse de tí.

Lo segundo, aunque la Magdalena miró á Cristo nuestro Redentor, no le conoció, porque se le apareció en traje disfrazado, como hortelano, por cuanto tenia muy corta fe y no merecia verle al descubierto, por su imperfecta disposicion: en lo cual se nos avisa que la mortandad y tibieza de nuestra fe, es causa, que estando Dios presente en todo lugar, y estando Cristo nuestro Señor presente en el santísimo Sacramento, no le conocemos ni respetamos, ni tratamos como cosa presente. Y así se aparece en figura de hortelano, para significar la necesidad que tienen los imperfectos de que Cristo escarde y labre el huerto de sus almas, limpiándolas de las malas yerbas, de culpas é imperfecciones, y avivando en ellas las virtudes [2]. O dulcísimo Jesus, pues sabes que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino tú, Dios mio, que das el aumento; aumenta mi fe y las virtudes, apartándo de ellas sus imperfecciones, para que sea digno de conocerte, de modo que te ame, y sirva con perfeccion.

Lo tercero, volviendo la Magdalena el rostro hácia Cristo nuestro Señor, él la dijo con una voz diferente de la que solia hablar: *Mujer porqué lloras? á quién buscas?* En lo cual se ha de ponderar, que cuando Dios hace tales preguntas en casos semejantes, haciéndose

[1] Marc. 12. 30. Lucæ 10. 27. [2] 1. Cor. 3. 7.

Digitized by Google

del que no sabe, quiere dar á entender que hay allí algo que no aprueba, ni lo sabe con la ciencia que llaman de aprobacion.

Y así, cuando la Magdalena lloraba á sus piés, y los regaba con lágrimas, no la dijo: Porqué lloras[1]? á quién buscas? porque aquellas lágrimas se fundaban en profundo conocimiento de sus pecados, y en viva fe y amor del Señor que tenia presente, el cual las conocia y aprobaba. Pero en este caso, como las lágrimas procedian de ignorancia y falta de fe, llorando por muerto al vivo, y buscando al vivo entre los muertos, dícela: Porqué lloras? á quién buscas? como si dijera: Sabes porqué lloras, y á quién buscas? sin duda que no lo sabes bien, porque si lo supieras, no me lloraras de esta manera por muerto, ni buscaras como ausente al que tienes presente. En lo cual nos enseña Cristo nuestro Señor, como su voluntad es que examinemos bien la causa de nuestras lágrimas y suspiros; y tambien que es lo que buscamos y pretendemos en su servicio, porque no se mezcle algo que sea contrario á Dios, ó desdiga de lo que á su grandeza, y á nuestra perfeccion conviene. Y porque muchas veces pensaré que lloro por mis pecados, y no lloro sino por la ofensa y daño temporal que me resultó de ellos: y pienso que lloro por ir á ver á Dios, y no es sino por huir el trabajo que padezco. Y tambien acontece pensar que busco á Dios y su gloria, y verdaderamente me busco á mí mismo, á mi honra ó provecho. Y si busco á Dios, es con mezcla de estas imperfecciones. Y á esto con mucha razon me dirá Dios: Porqué lloras? á quién buscas? O Dios de mi alma, concédeme que llore por mis pecados y por tu ausencia, de modo que tú apruebes mis lágrimas; y que busque lo que deseo, de modo que tú apruebes mi pretension.

Punto cuarto. — *Pensando la Magdalena que el que*

[1] Joan. 20. 15.

Digitized by Google

estaba allí era hortelano, díjole: Señor, si tú le llevaste, dime donde le pusiste, y yo le traeré.

En estas palabras descubrió la Magdalena el exceso de su ferviente amor, el cual con gran violencia la tenia como enagenada de sí misma, y la hizo sacar fuerzas de flaqueza para ofrecerse á mas de lo que podia. Y así muy al vivo se ven aquí pintadas las propiedades de la encendida caridad, que se llama unitiva y violenta.

La primera propiedad, es que arrebata el corazon y la lengua del que ama, y le saca de sí, para que siempre piense en su amado, y piense que todos piensan en él, y hable siempre de él, imaginando que todos le entienden. Y así la Magdalena no dijo, si tú llevaste el cuerpo de mi Maestro, sino solamente si tú le llevaste, porque imaginaba que el hortelano la entendia, y sabia de quien hablaba, por estar absorta en pensar solamente de su Amado. Y por esta señal conoceré yo si tengo grande amor de Dios: pues como él dijo [1]: donde está tu tesoro, allí está tu corazon, y por consiguiente, allí está tu lengua, tus ojos, tus piés y manos, ocupándose todo tu espíritu en la vista y amor del tesoro, en guardarle y acrecentarle con cuidado. O Dios infinito, se tú mi tesoro, y arrebata mi corazon y cuanto tengo, para que donde estás tú, allí esté yo, viéndote y gozándote sin fin. Amen.

La segunda propiedad de esta encendida caridad, es causar en el que ama olvido de sí y de sus cosas, y hacerle que se humille y sujete á toda humana criatura, en razon de salir con su pretension: y á veces dice y hace cosas que al juicio humano parecen locuras, pero son excesos de amor, al modo que David [2], olvidado de su real grandeza, saltaba y bailaba delante del arca, y burlando de él su muger Michol, él no hizo caso de ella, antes se humillaba y saltaba mas delante de Dios. Y la misma Magdalena, herida de amor, se fué al convite

[1] Matth. 6. 21. [2] 2. Reg. 6. 16.

Digitized by Google

donde estaba Cristo, y se echó á sus piés, sin reparar lo que dirian los convidados, olvidada de todos, como si estuviera sola. Y en el caso presente, con el mismo enagenamiento, con grande humildad y reverencia llama Señor al hortelano para acariciarle y persuadirle que la descubriese donde estaba el cuerpo de su Maestro. [1] Y le dice, si tú le llevaste, no reparando en que no llevaba camino que el hortelano hubiese desenterrado un difunto, y sacándole del sepulcro donde su mismo dueño le habia puesto. Y por esta segunda señal conoceré yo la grandeza ó pequeñez de mi caridad, porque si el amor de la hacienda en los avarientos, y el amor de la honra en los ambiciosos, y el amor del deleite en los sensuales tiene tanta fuerza que los enagena de sí, y los hace que olvidados de sí mismos y de sus cosas, se humillen y sujeten á otros, y hagan cosas que parecen desatinos, al que no ama como ellos; cuánto mas hará todo esto y con mayor fuerza el encendido amor de Dios, en aquellos que han entrado en la bodega de sus vinos [1]? Y si el mismo Señor no ordenase en ellos la caridad harian locuras y demasías: pero él la pone en órden. Y si hacen algo que parece locura al que no ama, es cordura en los ojos del que sabe que cosa es amar. O Rey eterno, éntrame en la bodega de tus vinos, embriágame con el vino fuerte de tu amor: sácame de mí para traspasarme en tí: causa en mi alma olvido de mis cosas, para que solamente atienda á las que son tuyas, humillándome hasta ser tenido del mundo por loco, para ser delante de tus ojos sabio.

La tercera propiedad de la ferviente caridad, es sacar fuerzas de flaqueza, y hacer al que ama, que se ofrezca á mucho mas de lo que puede, en razon de servir á su amado, confiando no en las fuerzas que tiene de suyo, sino en las que Dios le ha de dár. Y así la Magdalena encendida en este amor, se ofreció valero-

[1] Cant. 2.

Digitized by Google

samente á ir por el cuerpo de su Maestro, donde quiera que estuviese, sin exceptuar lugar alguno, y sin reparar en que era dia solemne y el sol era ya salido, y ella mujer flaca, y la carga un cuerpo muerto, y cuerpo de un crucificado, aborrecido de los judíos, y sentenciado á muerte por el presidente, sin cuya licencia no se atrevió José de Arimathea á darle sepultura: pero ella, rompiendo por este muro de dificultades, dice: *Ego eum tollam.* Yo le llevaré y volveré á su lugar. O mujer, grande es tu confianza, grande es tu ánimo y esfuerzo, porque es grande tu amor: O amor invencible, que vences todo lo dificultoso y áspero de esta vida, y de nada eres vencido. Tú llevas al que te lleva, y haces ligera la carga de que te cargas: tú pones sobre nuestros hombros á Cristo, y haces que nos lleve Cristo, ayudándonos contigo á llevar toda la carga[1]. O amor fortísimo, verdaderamente eres fuerte, no menos que la muerte, pues te atreves á lidiar con muertos, y á romper las dificultades de muerte, por servir á tu Amado? O Dios eterno y amador infinito, embriágame con la dulzura de tu amor[2], para que mudando con él mi fortaleza, corra en tu servicio sin parar, y camine sin desfallecer, llevando cualquier carga que me pusieres, fiado que me darás fuerzas para llevarla.

Con este espíritu me tengo de ofrecer á llevar á Cristo muerto sobre mí: esto es su mortificacion en mi cuerpo, del modo que él mortificó el suyo, conforme á lo que dice san Pablo[3]: Siempre traemos de una parte á otra en nuestro cuerpo la mortificacion de Cristo Jesus, etc.[4] Mirad que habeis sido comprados con grande precio, glorificad y llevad Dios en vuestro cuerpo.

Punto quinto. — Viendo Cristo nuestro Señor el fervor y lágrimas y ofrecimientos de la Magdalena, descubriósele, llamándola con su propio nombre, y con el tono de voz que solia, diciendo: *Maria;* y al punto le

[1] Cant. 8. 6. [2] Isai. 40. 31. [3] 1. Cor. 4. 10. [4] 1. Cor. 6. 20.

Digitized by Google

reconoció y respondió: *Maestro*. En lo cual se ha de ponderar la omnipotencia de Cristo, llena de dulzura y suavidad, pues con una sola palabra diciendo, María, trueca el corazon de esta devota sierva suya, y desterrando de ella toda tristeza, la llena de incomparable alegría, ilustró su entendimiento con nueva luz, deshaciendo todas las nieblas de infidelidad que tenia, y encendió su voluntad con nuevo fuego de amor, para que amase como á Dios vivo, al que amaba como hombre muerto. O Dios inmenso, cuán inmenso es el amor que tienes á los que conoces por su propio nombre[1]. Á estos muestras tu divino rostro, y los alegras con tu presencia, porque hallaron gracia delante de tí. O dichosa Magdalena, á quien Cristo conoció por su propio nombre, y con él la llamó, y llamándola se le descubrió, para que conociese al que la conocia, y viese al que deseaba, y hallase al que con tanto amor buscaba. Halle yo Señor, gracia en tus ojos, y conóceme de esta manera, para que llegue á conocerte[2], como soy conocido, y á amarte, como soy amado.

Tambien se ha de ponderar la respuesta de la Magdalena, que fué: Maestro mio, porque arrebatada del amor, llamó á su Amado con el nombre que solia llamarle. Cuando habló con los ángeles, usó del nombre de reverencia, llamándole mi Señor, ahora que habla con él mismo, llámale con nombre de reverencia y amor; llamándole Maestro mio, porque en oyendo aquella palabra María, experimentó dentro de su alma los efectos de su divino magisterio, por la plenitud de luz que la infundió: y así se echó á sus piés, adonde solia estar oyendo su doctrina. O Maestro soberano, que tan en breve enseñaste tantas grandezas á esta fervorosa discípula tuya, ilustra mi entendimiento, para que yo tambien las conozca, y conociéndolas te ame, como ella te amó. Finalmente, viendo Cristo nuestro Señor,

[1] Exod. 33. 12. [2] 1. Cor. 13. 12.

Digitized by Google

que Maria postrada á sus piés queria besárselos, díjola: *No me quieras tocar, porque no he subido á mi Padre, sino vé á mis hermanos, y díles de mi parte, subo á mi Padre, y á vuestro Padre, á mi Dios, y á vuestro Dios.* En lo cual se ha de ponderar las causas de no haber consentido, que la Magdalena le tocase como otras veces solia. La primera fué, porque con el fervor se abalanzó á querer tocar con demasiada familiaridad, y quiso nuestro Señor que entendiese que de allí adelante habia de tratarle con mas reverencia, como quien estaba ya en vida gloriosa y cerca de subir á su Padre. Y generalmente gusta su Majestad que juntemos reverencia con el amor.

La segunda causa fué, la imperfeccion de fe que tenia, porque así como por esta causa no se le descubrió de un golpe, sino poco á poco: primero en figura y voz de hortelano, despues en su propia figura y voz: así no quiso hacerla de golpe todos los favores, sino primero se le descubrió para que le conociese y se gozase de verle: y despues cuando su fe estuvo mas perfecta, se dejó tocar de ella. Y por esta razon dijo, no me toques, porque dentro de tu corazon aun no he subido á mi Padre, pues aun no crees bien que con vida gloriosa subo á mi Padre celestial. O Maestro soberano, subid dentro de mi corazon lo mas alto que es posible, dándome la suprema fe y estima que puedo tener de vuestra grandeza, para que sea digno de veros y abrazaros con entrañable caridad.

Tambien se ha de ponderar la ternura de aquel recaudo tan amoroso, que envió el Señor á sus discípulos, no desdeñándose de llamarlos hermanos, para que entendiesen que la gloria de la resurreccion no le habia mudado la condicion, antes les daba mayores muestras de amor con este nombre de hermanos: y lo que les mandó decir es: Ya he resucitado para subir á mi Padre y á vuestro Padre: á mi Dios, y á vuestro Dios;

Digitized by Google

mi Padre por la generacion eterna, y vuestro por la adopcion graciosa; y mi Dios por la unidad de naturaleza, y vuestro por la union de caridad. O amantísimo Jesus, gracias os doy cuantas puedo por este favor tan grande que nos haceis, en darnos á vuestro Padre por nuestro Padre, y á vuestro Dios, por nuestro Dios. O alma mia, si tienes tal Padre, qué mas quieres? y si tienes tal Dios, qué mas buscas? O Padre mio, mostraos ser mi Padre, haciéndome digno hijo vuestro! O Dios mio, mostraos ser mi Dios, haciéndome un espíritu con Vos por union de perfecta caridad. Amen.

MEDITACION V.

DE LA APARICION Á LAS DEMÁS MUJERES CON LA MAGDALENA.

Punto primero.—Partiendo la Magdalena con grande gozo, alcanzó á sus compañeras en el camino, y tratando con ellas lo que habia sucedido, todas se encendieron en grande deseo de ver á su Maestro, el cual atendiendo á este deseo, y al fervor con que habian madrugado, las salió al encuentro, y las dijo [1]: *Dios os salve.*

Aquí se ha de ponderar el cuidado grande que tiene Cristo nuestro Señor en premiar los trabajos y vigilias de los suyos aunque dilata la visita, hasta que se hagan mas dignos de ella, para que les entre mas en provecho: aprendiendo de aquí no desistir de mi pretension por ninguna dilacion. Y es motivo de grande consuelo ver la bondad de Cristo nuestro Señor, por la cual no repara en nuestras imperfecciones, cuando con sana y fervorosa intencion deseamos agradarle, como sucedió á estas mujeres, las cuales con falta de fe fueron á ungirle, pero con entrañable deseo de servirle; y mirando á esta intencion, quiso consolarlas. O qué contentas y alegres quedaron con su vista, y por cuan bien

[1] Matth. 28. 9.

Digitized by Google

empleados dieron los trabajos pasados, porque aquella palabra *Avete*, que quiere decir, Dios os salve, ó gozaos y alegraos, quedaron todas llenas de salud espiritual, y de alegría grandísima, porque la palabra de Cristo es eficaz, y obra todo lo que significa. Y no sin misterio usó de esta palabra el Salvador, de la cual habia usado san Gabriel, cuando anunció á la Vírgen la encarnacion, para confirmar lo que el ángel habia dicho, anunciándolas, que por su resurreccion se les quitaria la maldicion de las culpas, que por una de ellas todos incurrimos. O Salvador mio, ven á mi alma, y á sus potencias, y dilas *Avete*, Dios os salve, porque con tu palabra todas quedarán llenas de la bendicion y gozo que nos has ganado con tu gloriosa resurreccion.

Punto segundo.—En viendo las mujeres á Cristo nuestro Señor, luego se acercaron [1]: *Et tenuerunt pedes ejus, et adoraverunt eam.* Abrazaron sus piés, y le adoraron: no se arrojaron precipitadamente á esto, como la Magdalena se arrojó la primera vez, sino con grande reverencia se llegaron á él, y le adoraron, y dándoles licencia, tomaron sus piés sacratísimos, y los besaron con grande amor. Y aquí alcanzó la Magdalena el cumplimiento de su deseo, tocando tambien los piés de Cristo. O qué dulzura sentirian en este tocamiento, besando aquellas preciosas llagas, que con tanto deseo habian procurado ungir. Ellas vinieron al sepulcro, para ungir á Cristo, pero Cristo las ungió con la uncion que él estaba ungido [2], que era con óleo de alegría, y con la devocion del divino espíritu, que derramó sobre ellas.

A imitacion de estas santas mujeres, que como cuenta san Marcos, fueron tres las principales, tengo de procurar, que las tres potencias de mi alma se ocupen en ungir á Cristo nuestro Señor; la memoria con santos pensamientos: el entendimiento con pias meditaciones: la voluntad con fervorosos afectos. Comprando estas un-

[1] Matth. 28. 9. [2] Psal. 44. 8.

Digitized by Google

ciones del que dijo [1]: Venid, y comprad sin plata, y sin conmutacion alguna: porque nos dá de gracia el precio con que las compramos; con cuyo favor he de ofrecerle por precio muchos ejercicios de mortificacion, suplicándole me dé estas especies aromáticas con que ungirle, pues de su mano me ha de venir todo lo bueno. O Cristo Jesus, ungido por tu eterno Padre con óleo de alegría sobre tus compañeros, poca necesidad tienes de ser ungido con unciones tan viles como las mias, pero es tan grande tu caridad, que tienes por óleo y uncion de alegría tuya, verme encendido en amor tuyo. Ves aquí te ofrezco las especies aromáticas que he comprado, que son afectos de alabanza y agradecimiento, de amor y confianza, con vivos deseos de tener todas las virtudes para ungirte con ellas. Pero tú, Señor, que previenes á los que te buscan, anticipa conmigo tus misericordias: dame licencia que toque con el espíritu tus sacratísimas llagas, y con el licor preciosísimo que salió de ellas, unge mi corazon con la gracia de tu divino espíritu, para que siempre se ocupe en tu amor y servicio. Amen.

Punto tercero.—*Luego las dijo el Señor: No querais temer, id, y decid á mis hermanos, que vayan á Galilea que allí me verán.*

En este recado se vé, como es propio del espíritu de Dios, conformarse con el espíritu de los ángeles y de sus ministros, diciendo lo mismo que ellos, y confirmando lo que ellos han dicho, pero con mayores muestras de amor. Los ángeles dijeron: Decid á sus discípulos que se vayan á Galilea; Cristo nuestro Señor, dijo: Decid á mis hermanos, y el que no llamó á los ángeles sus hermanos, llama así á los hombres, en señal de amor muy tierno y dulce, por razon del parentesco y semejanza en la humana naturaleza. O amantísimo Jesus, cuán dulce es para mis oidos esta palabra que sale de tu boca; dé-

[1] Isai. 55. 1.

Digitized by Google

cid á mis hermanos. Nunca me canso de oirla, aunque la repitas muchas veces. Dímela, Señor, al corazon; y dame á sentir el espíritu que tienes puesto en ella, para que alcance la semejanza de vida que de tal hermandad procede.

Tambien se ha de ponderar la causa porque Cristo nuestro Señor mandó á los apóstoles, como antes tambien lo habian dicho los ángeles, que fuesen á Galilea, y allí le verian, supuesto que aquel mismo dia pensaba verlos en Judea y en Jerusalen, donde entonces estaban. La causa fué, porque aquel lugar de Judea estaba muy inquieto y turbado, y ellos estaban allí llenos de turbacion y miedo. Y así, para que gozasen de su presencia mas á su gusto, les mandó ir á Galilea, donde habria mas quietud. Dándonos á entender, que aunque de paso nos visita Dios en medio de los tráfagos y turbaciones del mundo, pero gusta que busquemos lugar quieto donde podamos verle despacio, y conversar con él en la oracion y contemplacion [1]. Y el nombre de Galilea significa algo de esto, porque quiere decir transmigracion, y los que han de ver y gozar de Cristo resucitado, se han de traspasar, y mudar del vicio á la virtud, de la vida ancha á la estrecha, de la inquietud á la quietud, de la tibieza al fervor, y de la imperfeccion á la perfeccion. O dulcísimo Jesus, pues tan amigo eres de Galilea, múdame tú, y traspásame con esta mudanza que tanto te agrada, para que sea digno de verte, por la contemplacion en esta vida, y despues me traspase de ella á la otra, donde te vea faz á faz, por toda la eternidad. Amen.

[1] D. Gro. hom. 21. in Evang.

Digitized by Google

MEDITACION VI.

DE LA APARICION Á SAN PEDRO, Y DE LO QUE SUCEDIÓ ANTES DE ELLA.

PUNTO PRIMERO. — *Llegando las mujeres donde estaban sus discípulos, como dice san Marcos* [1], *tristes y llorosos; dándoles el recado de los ángeles, no las dieron crédito; antes, como dice san Lucas* [2], *visa sunt ante illos, sicut deliramenta, verba ista, pareciéronles desvaríos y sueños las palabras que les decian; y aun cuando despues les dijo la Magdalena que le habia visto, tampoco la creyeron* [3].

En lo cual se representa, cuan dificultoso y heróico es el acto de fe, que nos levanta á creer algo contra lo que hemos visto con los sentidos, y cuan mal correspondemos los hombres á lo mucho que Dios hace por nosotros, pagándolo con incredulidad, y con tenerlo por desvarío, siendo mas desvarío no creerlo como Dios lo ha revelado. Porque habiendo dicho Cristo á sus discípulos, que habia de ser crucificado, y que al tercer dia resucitaria: y diciéndoles ahora estas mujeres el recado de los ángeles, y las señas tan ciertas de que se fuesen á Galilea, donde le verian como él se lo habia dicho la noche de la cena: con todo esto no lo creyeron, teniendo por desvarío pensar que un hombre muerto en cruz, desangrado y llagado por tantas partes, hubiese resucitado: olvidándose de la revelacion y de la resurreccion de Lázaro, y de otros milagros que su Maestro habia hecho. O Maestro soberano, con mucho gusto cautivo mi entendimiento en servicio de la fe, y niego todos mis sentidos, por creer lo que tú revelas: y estoy cierto que esta carne, y estos huesos que ahora tengo, aunque se conviertan en polvo y ceniza, han de tornar á resucitar [4]: y en ellos espero de ver á tí, mi Dios y mi Salvador, porque no dudo de tu omnipotencia, ni menos de tu voluntad, pues lo tienes revelado y prometido.

[1] Marc. 16. 10. [2] Lucæ 24. 11. [3] D. Marc. 16. 11. [4] Job. 19. 25.

Digitized by Google

De aquí tengo de sacar, huir de dos extremos. Uno, de los que ligeramente creen á cualesquier revelaciones y visiones de mujeres, con peligro de creer muchas cosas que son desvaríos y sueños, ó antojos de su imaginacion. Otro, de los muy duros en creer, y que todo lo tienen por desvarío: lo cual es grande yerro, pues aunque sean mujeres, y gente idiota por su devocion y fervor, suelen ser dignas de tener verdaderas apariciones de ángeles, y del Señor de los ángeles, como se vé en el caso presente; y deben ser creidas especialmente, cuando son en confirmacion de verdades de nuestra santa fe. Y no es menor yerro llamar desvarío de la imaginacion, á la revelacion de Dios, que llamar revelacion de Dios, al desvarío de la imaginacion.

PUNTO SEGUNDO.—Entre los discípulos, los dos mas fervorosos, que se señalaron mas en el amor de Cristo nuestro Señor, es á saber: *Pedro y Juan, se resolvieron de ir al monumento, y ver por vista de ojos lo que las mujeres decian: y aunque Juan llegó primero al sepulcro, entró primero Pedro, y vieron á un lado la sábana en que se envolvió el cuerpo, y al otro lado cogido el sudario, con que se cubrió la cabeza* [1], lo cual era cierta señal de que el cuerpo no habia sido hurtado, sino que habia resucitado, *y creyeron lo que las mujeres les habian dicho.*

Aquí se ha de ponderar, como estos dos discípulos no dieron en el extremo de los otros, teniendo por desvarío la revelacion que contaban las mujeres, sino quisieron probar el fundamento y señales de ella: porque propio es de los fervorosos discretos, hacer diligencias para enterarse bien en las cosas de Dios, y como el amor vence grandes dificultades, así con saber estos dos apóstoles la persecucion que los judíos levantaban contra los discípulos de Cristo, y que habian puesto guardas al sepulcro, se resolvieron de ir á ver lo que pasaba. Pero no carece de misterio que no se les apare-

[1] Joan. 20. 3.

Digitized by Google

cieron ángeles como á las mujeres; quizá fué la causa, porque no era menester, pues por el dicho de ellas, y por las señales que vieron de las mortajas que se quedaron allí recogidas, creyeron que Cristo habia resucitado, acordándose con esta ocasion de las palabras que su Maestro les habia dicho. Por donde se vé, que las visiones de los ángeles no son indicio de mayor santidad, pues algunas veces se conceden á los que tienen virtud mas tierna y flaca. Tambien consideraré, como por estos dos apóstoles Pedro y Juan, son figuradas las virtudes principales con que hemos de buscar á Cristo, que son, fe y caridad: la fe descubre las verdades, y entra como san Pedro primero en el sepulcro, y luego entra el amor, como entró san Juan, y con esta entrada se aumenta y fortifica la fe, y se perfecciona el conocimiento de ella. Y tambien son figuradas las dos vidas, activa y contemplativa, que nos llevan á Cristo: la activa entra primero disponiendo, y la contemplativa, poseyendo y gozando. O amantísimo Jesus, esclarece mi fe, y enciende mi caridad, para que pospuesto todo temor humano, te busque, y entre adonde quiera que puedo hallarte: perfeccióname con los ejercicios de la vida activa en todo genero de virtud, para que suba á los ejercicios de la vida contemplativa; y por medio de ellos entre en lo escondido de tu rostro, para verte y gozar de la belleza y hermosura que tienes en tu gloria.

El misterio de haber dejado Cristo nuestro Señor las mortajas en el sepulcro, se declaró al fin de la meditacion 2ª.

Punto tercero.—Volviéndose san Pedro y san Juan á su posada, san Pedro se retiró á parte, rumiando lo que habia visto, y como dice san Lucas [1]: *Mirans secum quod factum fuerat.* Admirándose consigo mismo, y á sus solas de lo que habia sucedido; y estando así se

[1] Lucæ 24. 12.

Digitized by Google

le apareció Cristo nuestro Señor, como se saca de aquellas palabras que refiere san Lucas, que decian los apóstoles: *Surrexit Dominus vere, et apparuit Simoni.*

Aquí se ha de ponderar: Lo primero, como san Pedro se hizo digno de esta aparicion, disponiéndose para ella con la diligencia de ir al sepulcro, y con la meditacion que tuvo dentro de sí, de lo que habia visto. Y aunque san Juan fué con él al sepulcro, con todo esto no se le apareció Cristo nuestro Señor: para que se vea como muchas veces se hacen mayores favores á los pecadores bien arrepentidos, que á los justos que no pecaron, para consolarlos y alentarlos, como se declara en la parábola del hijo pródigo [1]: y así no sin causa el primer varon y la primera mujer de los que cuentan los Evangelistas, á quien Cristo se apareció, fueron pecadores [2], porque adonde abundó el delito, abundó mucho mas la gracia. Con lo cual me alentaré á confiar en Dios, aunque haya sido gran pecador, disponiéndome con la oracion y fervor de la vida, para recibir sus dones; pues por él no quedará. Lo segundo, ponderaré la vergüenza que tendria san Pedro de verse delante de su Maestro, acordándose que le habia negado; y es de creer se arrojaria á sus piés, llorando amargamente su pecado, y pidiéndole perdon de él. Pero Cristo nuestro Señor sin duda le consoló y aseguró del perdon, y le llenó de alegría. O qué palabras tan tiernas le diria, y qué avisos tan saludables le daria; podemos imaginar que le dijo: Paz sea contigo; no temas; yo soy; perdonados te son tus pecados, confirma á tus hermanos. O qué gozoso quedaria el santo Apóstol con la vista y palabra de su Maestro, cuán confirmado en la fe, y cuán encendido en el amor! O dulce Jesus, cuán grande es la muchedumbre de vuestra misericordia para todos los pecadores que de corazon lloran sus pecados! Sin duda recibiérais á Judas, y le

[1] Lucæ 15. 20. [2] Ad Rom. 5. 20.

Digitized by Google

apareciérais resucitado como á Pedro, si hiciera penitencia como Pedro la hizo. Bendita sea vuestra misericordia, por la cual os suplico me hagais digno de vuestra soberana aparicion en el reino de la gloria.

Ultimamente ponderaré, como san Pedro con gran gozo se partió adonde estaban sus compañeros, para confirmarlos en la fe, como Cristo nuestro Señor se lo habia encargado, y fué tan poderoso su testimonio, que muchos creyeron por él, como se saca de aquellas palabras que dijeron: *Surrexit Dominus vere, et apparuit Simoni.* Resucitado ha el Señor verdaderamente, y aparecido á Simon; como quien dice: Resucitado ha, no con fingimiento ó apariencia, sino con toda verdad. Y esto lo sabemos, no porque apareció á Magdalena, ó á otras mujeres, sino porque se apareció á Simon, cuyo dicho es de grande autoridad. De donde sacaré, á imitacion de este Apóstol, ser agradecido á las mercedes que recibiere de nuestro Señor, y aprovecharme de ellas, para confirmar á mis hermanos en la virtud, y tanto mas tengo de hacer esto, cuanto mayores partes tuviere para persuadir y ser creido. O glorioso Apóstol, con mucha razon os llamais Simon, que quiere decir obediente, pues tan obediente sois á la voz de vuestro Maestro en cumplir todo lo que os manda, haciendo el oficio de piedra, como Pedro; y de cabeza como Cefas, en confirmar y fortalecer la fe de vuestros condiscípulos, cuya cabeza habeis de ser. Confirmad tambien mi flaca fe, y perfeccionad mi corta obediencia, para que crea con gran firmeza lo que creistes, y obedezca con gran fervor á mi Señor, como Vos le obedecistes.

MEDITACION VII.

DE LA APARICION Á LOS DOS DISCÍPULOS QUE IBAN Á EMAÚS.

PUNTO PRIMERO. — *Dos discípulos habiendo oido lo que las mujeres habian dicho* [1], *salieron á un lugar llamado*

[1] Lucæ 24. 13. Marc. 16. 12. D. Th. 3. p. q. 55. art. 4.

Digitized by Google

Emaús, hablando entre sí por el camino de las cosas que habian sucedido: y acercándose á ellos Cristo nuestro Señor, en forma de caminante, caminaba con ellos, sin que le conociesen.

Lo primero ponderaré, la causa de salirse en esta ocasion de Jerusalen estos dos discípulos: la cual fué por alejarse del lugar que tenian por peligroso, y por tomar algun alivio en aquel lugar de Emaús, de donde era natural uno de ellos. Pero la causa mística fué, para que entendamos como la pasion del miedo y tristeza, suele ser ocasion de salirse el alma de Jerusalen, que quiere decir vision de paz, y de la compañía de los discípulos de Cristo, que son los buenos, por buscar algun alivio corporal, y algun regalo de la carne en medio de deudos carnales, ó personas mundanas, figuradas por Emaús, que quiere decir, pueblo despreciado, ó temeroso consejo, tomando en esto consejo muy errado, pues pongo á riesgo el consuelo divino, por buscar el terreno. Y así he de procurar no rendirme á esta pasion, porque si la misericordia de Dios no ataja los consejos que nacen de ella, vendré á perderme por su causa.

Lo segundo ponderaré, las causas porque Cristo nuestro Señor se dignó de aparecerles en este camino. La primera fué la compasion que tuvo de ellos, deseando como buen Pastor recoger á estas dos ovejas que iban descarriadas, y volverlas al rebaño de las otras, para que entendamos como no descuida de este oficio, acudiendo con su misericordia á nuestra mayor necesidad y siguiendo por detrás los pasos del que se vá alejando de él, hasta que le dá un alcance. O bendito sea tan buen Pastor, que así cuida de su ganado. Bien se echa de ver, Señor, que habeis puesto por él la vida, y le habeis rescatado con vuestra sangre, pues tanto cuidado poneis en recogerle al aprisco de vuestra Iglesia, para que de allí llevarle al aprisco eterno de vuestra gloria.

Digitized by Google

La segunda causa fué, porque iban afligidos y desconsolados, y es muy propio de Cristo nuestro Señor asistir con los tales para moderar su tristeza, y darles algun alivio en ella, segun lo que dice por David[1]: Con él estoy en la tribulacion: O alma mia, si vieses al que está contigo en tus trabajos, aunque disfrazado y encubierto, sin duda te alegrarias en ellos, teniendo por gran dicha ser afligida, á trueque de estar tan bien acompañada.

La tercera causa fué, porque iban hablando cosas buenas, y gusta Cristo nuestro Señor de asistir con los que hablan cosas semejantes, terciando en medio de sus buenas pláticas, y así dijo[2]: Donde quiera que estuvieren dos ó tres juntos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. De donde sacaré cuan acertado es hablar siempre de Dios en todo lugar, y entretenerse en semejantes pláticas con sus compañeros, especialmente en tiempo de trabajos, pues acude Cristo á ellos para consolarlos: y al contrario cuan malo es hablar de cosas malas y profanas, porque Cristo nuestro Señor no se juntará con los que las hablan, antes huirá de ellos.

Ultimamente ponderaré como los ojos de estos discípulos estaban impedidos para no conocer á Cristo por su poca fe; por lo cual nuestro Señor permitió este impedimento, hasta que su fe se fuese perfeccionando, porque como dijo Isaías[3]: Si no creyereis, no entenderéis. Otra causa fué la mucha tristeza y afliccion interior que tenian, significándonos por esto Cristo nuestro Señor, que muchas veces está con nosotros en las tentaciones y trabajos, ayudándonos á pelear y sufrirlos con paciencia. Pero nosotros no le vemos, ni reparamos en ello, antes pensamos que está ausente, porque no sentimos el favor de la sensible consolacion. O buen Jesus, no permitas que mis culpas causen tales nieblas en la vista de mi alma, que teniéndote presente no te vea, y

[1] Psalm. 90. 15. [2] Matth. 18. 20. [3] Isai. 7. juxta. LXX.

Digitized by Google

hablándome tú dentro de mi corazon, no te conozca; mas si por tu secreta providencia te escondieres, no me falte la presencia de tu gracia, para que no falte yo en hacer lo que debo por mi flaqueza.

PUNTO SEGUNDO.— *Díjoles Jesus: Qué cosas son las que vais platicando y confiriendo entre vosotros, y porqué vais tristes? Respondió uno de ellos llamado Cleofás: Tú solo entre los peregrinos y moradores de Jerusalen no has sabido las cosas que han pasado estos dias? Respondióle Cristo: Qué cosas? Ellos dijeron: De Jesus Nazareno, que fué varon profeta, poderoso en la obra y en la palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y los sumos sacerdotes y príncipes nuestros le entregaron, para que fuese condenado á muerte, y le crucificaron: y nosotros esperábamos que habia de redimir á Israel.*

Aquí se ha de ponderar la suavidad de Cristo nuestro Señor en el trato con estos discípulos, para hacerles descubrir la llaga de su infidelidad y curársela de raiz; para lo cual les pregunta de lo que tratan, y se hace del que no lo sabe, porque gusta oirlo de su boca; y en especial se recrea en oir contar las cosas que por nosotros ha padecido, no desdeñándose de ellas con ser tan afrentosas. De donde sacaré, como es propio del espíritu de Cristo con sus inspiraciones, provocarnos á hablar para dos cosas: es á saber, para publicar las grandezas de Dios á gloria suya, y para descubrir nuestras miserias, por ser curados de ellas.

De parte de los discípulos ponderaré el magnífico concepto que tenian de su Maestro, aunque corto, en razon de su divinidad. Dijeron de él, que era poderoso; primero, en las obras; segundo, en las palabras; tercero, delante de Dios; cuarto, delante de todo el pueblo. Gózome, ó Rey de la gloria de que seais poderoso en las obras, así de heróica santidad, como de grandes milagros; en las cuales se descubre vuestra infinita bondad y omnipotencia. Gózome tambien de que seais po-

Digitized by Google

deroso en la palabra, enseñando doctrina celestial que ilustra los entendimientos y arrebata las voluntades, aficionándolas á la verdad y á la virtud, en lo cual mostrais vuestra infinita sabiduría: Gózome de que seais poderoso delante de Dios, para aplacar su ira y alcanzar copiosa misericordia para todos los hombres, en lo cual descubrís la igualdad que con él teneis. Tambien me gozo de que seais poderoso delante de todo el pueblo, mudando los corazones de los hombres, y trayéndolos á vuestro servicio, en lo cual se descubre la eficacia de vuestra gracia. Mostrad, ó Señor todopoderoso, este vuestro poder conmigo, para que yo conforme á mi caudal, sea poderoso en la obra y en la palabra delante de Dios y de los hombres, obrando y hablando tales cosas que agraden á Dios, y edifiquen á los prójimos para gloria vuestra. Amen.

En estas cuatro cosas tengo de procurar señalarme por el órden dicho, porque no seré poderoso en la palabra, sino lo fuere en la obra, ni lo seré delante de los hombres, si primero no lo fuere delante de Dios: y si delante de Dios fuere poderoso por medio de la oracion y confianza en su omnipotencia, mucho mas lo seré con los hombres, como lo dijo el ángel al patriarca Jacob [1].

Ultimamente ponderaré, como estos discípulos descubrieron su flaqueza, y la falta de fe que tenian, diciendo: *Esperábamos que habia de redimir á Israel.* Como quien dice: Con esta su muerte hemos perdido la esperanza. *Aunque hoy es el tercer dia, y algunas mujeres de nuestra compañía fueron al monumento, y no hallando el cuerpo, volvieron diciendo, que habian visto ángeles que les dijeron que habia resucitado.* Con lo cual se representa la flaqueza de los imperfectos, los cuales suelen perder presto la grande estima que tenian de Dios y de sus cosas, por un suceso adverso, contrario á su perfecta aprension, por no saber las trazas que tiene Dios pa-

[1] Genes. 32. 28.

Digitized by Google

ra salir con sus intentos, como estos discípulos que no entendieron que la muerte de Cristo era medio para la redencion de Israel que ellos esperaban.

PUNTO TERCERO. — *Díjoles Jesus: O necios y tardos de corazon para creer las cosas que han dicho los profetas; por ventura no convino que Cristo padeciese todo esto, y así entrase en su gloria? Y comenzando desde Moisés y de los profetas, les iba declarando todo lo que de él estaba escrito.*

Aquí se ha de ponderar, lo primero, la aspereza de la reprension de Cristo nuestro Señor, la cual no procedia de indignacion, sino de compasion y celo, para avivar su fe y sacarlos de la ignorancia en que estaban. Llamólos necios ó ignorantes, porque con haberle oido tantas veces hablar de este misterio, no acababan de entenderle. Llamólos tardos de corazon, porque teniendo bastantes indicios y motivos para creer, todavia estaban duros. O Maestro soberano, con cuánta mas razon podias reprenderme y decirme: O necio y tardo de corazon en creer lo que han dicho los profetas y evangelistas: porque muchas cosas no entiendo como debo, ni las creo con fe viva, de modo que las obre. Quita, Señor, de mí esta necedad y esta dureza de corazon, para que te conozca y sirva como conviene.

Lo segundo, ponderaré aquella razon que les dió Cristo tan profunda y admirable: *Por ventura no convenia que Cristo padeciese estas cosas, y así entrase en la gloria?* En lo cual dá á entender, que su ignorancia y dureza de corazon, consistia en no haber caido en la cuenta de esta verdad. O alma mia, abre los ojos, y considera que si fuese necesario que Cristo padeciese tantas y tan graves aflicciones para entrar en la gloria, que era suya por título de herencia, como hijo natural del eterno Padre, mucho mas necesario será que tú padezcas algunas cosas para entrar en la gloria, que no es tuya, sino de Dios, á la cual por sola su misericordia te

Digitized by Google

ha ordenado. Y si á esto no te persuades, necia eres, y tarda y dura de corazon, y digna de ser reprendida. Pero si lo crees con viva fe, obra lo que crees, sufriendo los trabajos que te sucedieren; pues está escrito, que todos los que desean vivir santamente con Cristo, han de padecer persecuciones por su amor.

Lo tercero, ponderaré la eficacia con que Cristo nuestro Señor comenzó á interpretar las divinas Escrituras, abriéndoles el sentido interior del alma, para que las entendiesen, encendiéndoles el corazon con gran fuego de amor, para que se aficionasen á ellas, y al que se las iba declarando, y así dijeron despues: *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas?* Por ventura nuestro corazon no ardia en nosotros, cuando en el camino nos hablaba y declaraba las Escrituras? A esta declaracion llaman abrir las Escrituras que para ellos estaban cerradas, sacando á luz los misterios que allí estaban escondidos [1]. O Maestro del cielo, que tienes en tus manos las llaves de David para cerrar y abrir á tu voluntad las divinas Escrituras, cerrándolas á los soberbios, y abriéndolas á los humildes. Abrelas á este indigno siervo tuyo, de tal modo, que mi entendimiento quede ilustrado con la verdad de sus misterios, y mi voluntad quede abrasada con la caridad que descubriste en ellos. Háblame, Señor en el camino de esta vida, para que mi corazon arda dentro de sí mismo, y mi alma se derrita con la dulzura de tu voz [2]. O dichosos discípulos que merecistes oir tal Maestro, cuyas palabras son hachas que lucen y arden, alumbran y encienden á los que las oyen; suplicadle me hable como os habló, compadeciéndose de mi necesidad, como se compadeció de la vuestra.

PUNTO CUARTO. — *Llegando al lugar donde iban, hizo ademan que queria pasar mas adelante; pero ellos le detenian y forzaban, diciéndole: Quédate con nosotros, Señor, porque se vá haciendo tarde, y el dia se acaba.*

[1] Apocal. 3. 7. [2] Cantic. 2. 14.

Digitized by Google

Aquí se ha de ponderar, lo primero, como Cristo nuestro Señor hizo este ademan de querer dejar estos discípulos y pasar adelante, aunque de verdad, su deseo era quedarse con ellos, para significar que en su opinion estaba lejos de ellos: y para con esto provocarlos á que le convidasen y detuviesen, brotando á fuera el fuego que ardia allá dentro; y para que con aquella obra exterior de hospedar al peregrino, se hiciesen dignos de que Dios entrase á hospedarse en sus almas, y las manifestase quien era. O dulce Jesus, por mas que lo disimules, es cierto que tus regalos son estar con los hijos de los hombres; y mucho mas deseas estar con ellos, que ellos desean estar contigo; antes si ellos desean tenerte consigo, es porque les infundes tal deseo, para cumplir el tuyo. Gracias te doy por esta inmensa caridad que tienes á tus escogidos, por lo cual te suplico no me excluyas de tener parte en ella.

Lo segundo ponderaré, como los discípulos, no solo detenian á Cristo, sino *cogebant eum*, le forzaban á que se quedase con ellos, porque Cristo nuestro Señor gusta de ser forzado de nosotros con oraciones, gemidos, lágrimas, penitencias y ruegos importunos, alegándole títulos y razones que le hagan fuerza para que nos conceda lo que le pedimos, hasta decirle como Jacob [1]: No te dejaré, sino me das tu bendicion: Ni dejaré de luchar contigo, hasta que te rindas á darme lo que te pido, aunque en tales cosas no le forzamos nosotros, sino su bondad y caridad, y su misericordia le fuerza á favorecernos: porque él mismo nos imprime aquel espíritu con que le hacemos fuerza. Y en negocio tan grave, como es el de mi salvacion, no tengo de proceder á poco mas ó menos, ni tomarla con tibieza, sino usar de toda la diligencia y violencia que el mismo Señor me permite. Para esto ayuda mucho ponderar la oracion que hicieron estos discípulos, diciendo: *Mane nobiscum Domi-*

[1] Genes. 32. 26.

Digitized by Google

ne, quia advesperascit, et inclinata est jam dies: Quédate, Señor, con nosotros, porque anochece y se acaba el dia: Llaman Señor, al que llamaron peregrino, por la reverencia y amor que le habian cobrado, y alegan por título, para detenerle, que era ya tarde, y anochecia. O buen Jesus, quédate conmigo, porque en mi alma se vá oscureciendo la luz de la fe, y el resplandor de la virtud, y el fervor de la caridad se vá enfriando y declinando, y si tú te vas, quedaré convertido en noche oscura y fria. Quédate, Señor, conmigo, porque el dia de mi vida se vá acabando, y ahora tengo mayor necesidad de tu presencia, cuando está mas cercana la noche de mi muerte. Tú dijiste [1]: si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y ambos vendrémos á él, y nos quedarémos con él. Deseo amarte y obedecerte con todo el afecto de mi corazon. Quédate, Señor, conmigo, para que pueda cumplir mi deseo, y llegar á la vida eterna, donde siempre esté contigo. Amen.

De esta oracion jaculatoria usa la Iglesia en este tiempo, y podemos usar de ella á menudo con el espíritu que se apuntó en el coloquio precedente.

Punto quinto. — *Sentándose con ellos á la mesa, tomó el pan, bendíjolo y partió, y dábaselo: Abriéronse sus ojos, y conociéronle, y al punto se les quitó de delante de los ojos.*

Aquí se ha de ponderar las causas porque Cristo nuestro Señor quiso manifestarse á estos discípulos estando en la mesa con ellos. La primera fué, para que se entendiese lo mucho que estimaba la hospitalidad y caridad; y como estas obras de misericordia nos disponen para recibir á Cristo en sus pobres, y alcanzar de él grandes favores, pues, como dice san Gregorio [2], estos discípulos no fueron ilustrados cuando oyeron los preceptos de Cristo, sino cuando los cumplieron. La segunda causa fué, para que tambien entendiésemos, como es mas poderoso el ejemplo, que la palabra, para

[1] Joan. 14. 23. [2] Homil. 23. in Evang.

Digitized by Google

darse á conocer; como Cristo nuestro Señor era poderoso en lo uno, y en lo otro, mostróles en el camino la dulzura y sabiduría de sus palabras; pero en la mesa mostróles la gravedad y modestia con que solia tomar el pan en sus manos, la devocion con que lo bendecia, y daba gracias al Padre por ello, y la caridad con que lo repartia entre ellos, y con la vista de estas virtudes se les abrieron los ojos del alma, para conocerle. La tercera fué, para significar la eficacia del santísimo Sacramento de la Eucaristía, figurado por este pan, ó si de verdad fué el mismo Sacramento, como algunos dicen, el cual tiene virtud de alumbrar el alma, y esclarecer los ojos interiores, mucho mejor que la miel que esclareció los ojos de Jonatás [1]; porque el gusto de la suavidad que se percibe en esta comida, nos descubre por experiencia la excelencia y soberanía de Cristo nuestro Señor que está en ella, y por ella obra tan maravillosos efectos. De estas tres causas tengo de sacar deseos grandes de ejercitar las tres cosas dichas; esto es, obras de misericordia, y dar buen ejemplo á otros, y frecuentar la comunion, suplicando á este Maestro del cielo me ayude, para ejercitarlas de manera, que mis ojos se abran para conocerle, y servirle como merece.

Ultimamente ponderaré las causas porque Cristo nuestro Señor se desapareció luego, dejándolos al tiempo que habian de gustar de su presencia. Esto hizo para que se entendiese la verdad de aquella sentencia de Job, que dice [2]: Visítaslo á la mañana, y súbitamente le pruebas, porque en esta vida mortal, las visitas de Dios no son de asiento, ni muy despacio, sino de paso, ausentándose luego, parte para nuestro ejercicio, parte para que acudamos á las obras de caridad con los prójimos. Y así fué en el caso presente, porque en desapareciéndose Cristo nuestro Señor, estos dos discípulos llenos de grande alegría, por haberle visto, y re-

[1] Reg. 14. 27. [2] Job. 7. 18.

Digitized by Google

prendiendo su tardanza, en no haberle reconocido por el camino, cuando les abrasaba, y sentian arder el corazon con sus palabras, luego se volvieron á Jerusalen á dar nueva de esto á los apóstoles, publicando como le habian visto y conocido en el partir del pan: y los que á la venida caminaban despacio, y con piés de plomo, cargados de tristeza, á la vuelta caminaban de prisa con piés de ciervos, llenos de alegría. O mudanza de la diestra del muy alto! ó poder infinito de nuestro dulce Jesus, cuán en breve Dios mio trocais los corazones de vuestros dicípulos, y cuán varios caminos teneis para trocarlos [1]. Visitadme, Señor, á menudo, aunque luego me probeis, porque un momento que dure vuestra visita, basta para sacarme de lacería, y llenar mi alma de celestial alegría, dilatándose mi corazon, para que corra con ligereza por el camino de vuestros mandamientos, hasta llegar á veros de asiento en el trono de vuestra gloria, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION VIII.

DE LA APARICION Á LOS APÓSTOLES JUNTOS EN EL MISMO DIA DE LA RESURRECCION.

PUNTO PRIMERO.—*El mismo dia de la resurreccion á boca de noche, recogiéndose los discípulos en su casa, cerrando las puertas por el miedo de los judíos, y estando juntos, vino Jesus, y se puso en medio de ellos.* [2].

Aquí tengo de ponderar. Lo primero, las causas porque Cristo nuestro Señor dilató hasta la noche visitar á sus apóstoles juntos, habiendo entre ellos muchos que le amaban, y deseaban ver, como san Juan, san Andres, y otros. Las causas fueron. La primera, porque entre ellos habia algunos muy duros en creer; y era menester poco á poco disponerles, para que les entrase en provecho la visita. La segunda, para probar la pa-

[1] Psal. 118. 32. [2] Joan. 20, 19. Lucæ 24. 36.

Digitized by Google

ciencia de los mas queridos: y con esta dilacion aumentar el deseo que tenian de verle, y disponerlos mejor para el favor que les pensaba hacer. La tercera, porque es costumbre de Dios nuestro Señor acudir al consuelo de los suyos, cuando están mas desconfiados, y desauciados de recibirle. Y así, cuando los apóstoles se encerraron en el cenáculo, desconfiados de ver aquel dia á su Maestro, entonces entra de repente á visitarles. De donde sacaré aviso para esperar con paciencia la visita de Dios y su consuelo, confiando que le dará en el tiempo que mas me conviniere, acordándome de lo que dijo Abacuch [1]: Si se tardare, espérale; porque vendrá sin duda, y no tardará: y de lo que dice en Job [2]: Cuando pensarès que estás hundido, saldrás como lucero de la mañana.

Lo segundo, ponderaré, las causas porque entró cerradas las puertas. Una, fué para manifestar á sus discípulos, como su cuerpo estaba glorificado, y por el dote de la sutilidad podia penetrar por donde quisiese, sin estorbo alguno. Y tambien con esto significaba la eficacia de su omnipotencia, y que como Señor absoluto puede entrar dentro del alma á visitarla, y consolarla con sus inspiraciones, y á mudarla como él quisiere, sin que haya cosa que le estorbe, ni pueda resistir á su voluntad eficaz [3]: y tambien, para significar que gusta de que sus siervos cierren las puertas y ventanas de su corazon, que son los sentidos, para que no entre por ellos la muerte [4]; y entonces entra él, como autor de la vida, para llenarlos de alegría. O Rey de gloria, tuya es mi alma, con todas sus potencias. Casa es fabricada por tu omnipotencia para morada tuya; entra en ella como Señor, y haz en mí lo que quisieres, porque deseo no resistir á lo que ordenares, deseo cerrar todas sus puertas, para que no entre cosa que te desagrade: mas si tú, Dios mio, estás dentro, con tu presencia estarán mas bien cerradas.

[1] Habac. 2. 3. [2] Job 11. 17. [3] Rom. 9. 19. [4] Jer 9. 21

Digitized by Google

Lo tercero, ponderaré las causas porque se puso en medio de ellos; quizá quiso que entendiesen la verdad de lo que les habia dicho [1]; que donde quiera que estuviesen dos ó tres congregados en su nombre, allí estaria él en medio de ellos, como sol, alumbrándolos; como maestro, enseñándolos; como pastor, rigiéndolos; como medianero entre Dios y los hombres, pacificándolos, y como protector, amparándolos, y cubriéndolos con sus alas; porque todos estos oficios hace este Señor en los suyos, cuando se pone en medio de ellos. O alma mia, pues Cristo está donde están dos ó tres congregados en su nombre, procura que tus tres potencias, memoria, entendimiento, y voluntad, se congreguen, y junten en la oracion, cerradas las puertas de los sentidos, porque luego vendrá tu Señor, y se pondrá en medio de ellas, alumbrándolas como sol, enseñándolas como maestro, rigiéndolas como pastor, y juntándolas consigo en perfecta union de amor.

PUNTO SEGUNDO. — *Díjoles: paz sea con vosotros; yo soy, no querais temer. Turbados y atemorizados, pensaban que veian algun espíritu, y díjoles; De qué os turbais? Mirad mis manos y mis piés, porque yo mismo soy; y el espíritu no tiene huesos y carne como veis que yo tengo. Y diciendo esto, mostróles las manos, y piés, y el costado, y alegráronse los discípulos viendo al Señor.*

Aquí se ha de considerar. Lo primero, las tres palabras que Cristo nuestro Señor dijo á los apóstoles, estando en medio de ellos, que son efectos y señales del buen espíritu. La primera fué [2]: Paz sea con vosotros, como quien dice, acordaos que os díje: Mi paz os dejo, y mi paz os doy; esta paz he ganado ya con mi pasion y muerte, y así ahora de nuevo os la comunico, y saludo con ella. La segunda es: yo soy, que fué decir: yo soy el mismo que solia en la naturaleza, y en la persona, y en la condicion. Yo soy vuestro maestro,

[1] Matt. 18. 20. [2] Joan. 14. 27.

Digitized by Google

vuestro salvador, vuestro protector, vuestro hermano, y vuestro Dios. Y díjoles esta palabra con un modo tan suave, que por ella les sosegó, y se les dió á conocer. Y así añadió la tercera, diciendo: No querais temer, como quien dice, ya que el temor os acomete, no querais admitirle, ni darle entrada; no temais la furia de los judíos, ni la ira de los gentiles, ni la rabia de los reyes y príncipes que se levantaron contra mí: porque estando yo en medio de vosotros, estais seguros. O Rey de gloria, venid á mi alma, poneos en medio de sus potencias, y decidlas: Paz sea con vosotras. Dadme, Señor, la paz que el mundo no me puede dar; poned paz entre mi carne, y mi espíritu, y entre mis potencias y sentidos; pacificadme con vuestro Padre, y con mis hermanos. Decid, Señor, á mi alma: yo soy; no quieras temer, porque si yo tengo prendas de que estais conmigo, no tengo porque temer, teniendo tal protector.

Lo segundo, se ha de ponderar la benignidad de Cristo nuestro Señor, porque no contento con certificar á los discípulos de su resurreccion con la vista y con el oido, dándoles á ver su propio cuerpo, y hablándoles con su propia voz, les quiere certificar con el tacto, dándoles licencia que le toquen y palpen su cuerpo; especialmente los piés y manos, y el costado donde tenia las llagas de los clavos y de la lanza, para sanar con ellas las llagas de la infidelidad y pusilanimidad que tenian en sus corazones, porque para este fin, entre otros las habia dejado. Y así fué, que tocando los apóstoles las llagas con grande reverencia y amor, con aquel tocamiento quedaron ilustrados y confirmados en la fe, llenos de amor y gozo, por la gloria de su Maestro [1]. Gracias te doy Maestro soberano por el favor que has hecho á tus discípulos, y en ellos á todos nosotros. Bien se vé que has trocado la ley de temor en la ley de

[1] 1. Reg. 6. 19.

Digitized by Google

amor [1]; pues antiguamente quitabas la vida á los que con curiosidad miraban el arca del testamento, ó con atrevimiento la tocaban. Pero ahora tú mismo, arca del nuevo testamento, te das á ver y tocar, comunicando la vida y gozo á los discípulos que te ven y tocan. O quién se hallara presente con esta dichosa compañía, y pudiera ver la hermosura y belleza de Jesus, oir su dulce vóz, y tocar sus preciosas llagas. O dulce Jesus, con el espíritu me presento ante tu venerable presencia, y adoro tu soberana Majestad, y postrado en lo profundo de mi corazon, me llegó á besar tus llagas preciosísimas, con grande confianza de que por medio de ellas quedaré sano de las mias.

PUNTO TERCERO. — *No acabando de creer algunos discípulos que era el mismo Cristo que habia sido crucificado: y estando admirados con el gozo que tenian; díjoles: Teneis algo que comer? Ellos ofrecieron parte de un pez asado, y de un panal de miel: y comiendo delante de ellos, dióles lo que le sobró* [2].

Aquí se ha de considerar la grandeza del amor de Cristo nuestro Señor, porque no contento con las cosas que habia dicho y hecho, para certificar á sus discípulos de su resurreccion, añadió otra señal de grande hermandad y afabilidad, pidiéndoles de comer, y comiendo con ellos, con ser esta una cosa muy agena de su estado glorioso. De donde sacaré motivos de amar al que tanto se humilla y humana por nuestro bien: y tambien tomaré ejemplo para humillarme, en razon de hacer bien á mis prójimos, aunque para esto sea menester hacer algo que no diga tanto con la alteza de mi estado, porque no será contra esta alteza lo que se hace para bien del prójimo.

Lo segundo, ponderaré el misterio de esta comida, porque el pez asado, representaba su sacratísima humanidad, que fué asada en la cruz con fuego de tribu-

[1] 2. Reg. 6. 6. [2] Lucæ 24. 41.

Digitized by Google

laciones; y el panal de miel, representaba su divinidad, que es la fuente de toda dulzura; y ambas cosas están juntas en el santísimo Sacramento del altar. Estas comió Cristo la noche de su pasion. Estas le ofrecemos ahora en sacrificio; y estas nos dá él en sustento de nuestras almas, para abrazarnos en el fuego de su amor y llenarnos de espiritual alegría. O Amado de mi corazon, si me pides de comer, qué te podré dar que sea conforme á tu gusto sino este pez y este panal? Lo que tú me has dado, eso te doy, y de tu mano espero recibirlo para comer de ello, y remediar mi necesidad; y si otras cosas quieres, vesme aquí, que como pescando por el mar tempestuoso de este mundo, vagueando con libertad de carne, y sujeto á los malos humores de mi sensualidad. Sácame, Señor de este mar, ásame con el fuego de tu amor, disecando mis humedades abominables, y sazóname con la dulzura de tu gracia, para que como panal de miel sea sabroso á tu soberano gusto. Amen.

Finalmente, ponderaré como habiendo Cristo nuestro Señor mostrado á sus discípulos, que era él mismo por las señales dichas: *Les trajo á la memoria, como todo lo que habia pasado, no habia sido acaso, sino en cumplimiento de lo que estaba escrito en la ley de Moisés, en los profetas y salmos. Y abrióles el sentido, para que entendiesen las Escrituras*[1]: como lo hizo con los que iban á Emaús. Y es de creer que su corazon tambien arderia dentro de ellos, cuando se las declaraba.

Con este favor echó el sello á los testimonios de su resurreccion, alegando las Escrituras, las cuales ninguno entenderá, si el mismo Cristo no le abre el sentido para que las entienda. Y si las entiende con la luz que este Señor le dá, no dejará de creer y admitir lo que ellas dicen. O Maestro del cielo, que dijistes á tus apóstoles[2]: A vosotros es concedido saber el miste-

[1] Lucæ 24. 44. [2] Matth. 13. 11. Lucæ 8. 10.

Digitized by Google

rio del reino de Dios; y á los demás, solamente en parábolas, para que viendo, no vean, y oyendo, no entiendan. Confieso que tus soberanos misterios están cerrados para mí, y mi sentido está cerrado para ellos, porque con mis pecados le tengo muy oscurecido; mas acuérdate, que por los méritos de tu pasion abriste el libro cerrado y sellado con siete sellos, de modo que se pudiese leer [1]. Abre Señor, para mí el libro de tus sagrados misterios, y abre mi sentido de modo que pueda entenderlos, encendiéndome todo en el fuego de tu amor. Por lo dicho en esta meditacion, consta la práctica de los modos especiales que tiene Dios en consolar á los suyos por los sentidos interiores, de los cuales se trató en la introduccion de este libro, § 11, porque en esta aparicion consoló Cristo á sus apóstoles, no solamente en los sentidos exteriores, sino proporcionalmente en los interiores; en la vista, mostrándoseles resucitado, y muy hermoso; en el oido, hablándoles con gran dulzura; en el tacto, dándoles á tocar sus llagas preciosísimas; en el gusto, repartiéndoles las sobras del pez y panal. Y finalmente, abriéndoles y perfeccionándoles el sentido interior, para que entendiesen las sagradas Escrituras, y los misterios que están encerrados en ellas. Todo lo cual obra nuestro Señor espiritualmente en las almas que se dan á la contemplacion, como allí se dijo, y se verá en las meditaciones que se siguen.

MEDITACION IX.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR DIÓ ENTONCES Á SUS APÓSTOLES EL ESPÍRITU SANTO, Y LA POTESTAD DE PERDONAR PECADOS.

PUNTO PRIMERO.—*Díjoles otra vez: Paz sea con vosotros, como me envió mi Padre, yo tambien os envió* [2].

Lo primero se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor en esta visita que hizo á sus apóstoles, les dijo

[1] Apocal. 5. 7. [2] Joan. 20. 21.

Digitized by Google

dos veces: Paz sea con vosotros. La primera fué en entrando, para disponerlos y hacerlos capaces de conocer el misterio de su resurreccion, porque el corazon turbado con remordimientos de culpas ó desórden de pasiones, ó muchedumbre de cuidados, ó con tropel de imaginaciones, no está bien dispuesto para conocer á Cristo, y contemplar sus misterios: y así es menester que nuestro Señor primero le sosiegue y apacigüe, ayudándonos tambien nosotros á quitar estos cuatro impedimentos de la contemplacion sobredichos, que llama san Bernardo [1]: *Culpa mordens, sensus egens, cura pungens, et irruentia corporearum imaginum phantasmata.* Culpa que remuerde, sentido que codicia, cuidado que punza, y tropel de imágenes corporales que se apoderan de la imaginacion. Quitados estos impedimentos, por la paz interior que Dios comunica cooperando el alma á ello, es capaz de los consuelos que se dijeron al fin de la meditacion pasada.

La segunda vez les dijo: Paz sea con vosotros; para disponerlos al misterio que pretendia encargarlos, de ir por el mundo á conversar con los hombres, y convertirlos: lo cual no se puede hacer sino es teniendo en sí mismo paz, y cuanto es de su parte, estando muy dispuesto á tenerla con todos, con deseo de ponerlos á todos en paz entre sí y con Dios. O Rey de la paz, dí á mi alma dos veces: Paz sea contigo, para que goce de una y otra paz, con la cual pueda llegar á conocer tus soberanos misterios, y ayudar á otros para que los conozcan; de suerte, que todos te amemos y sirvamos con verdadera paz y caridad. Amen.

Lo segundo, se ha de considerar aquellas palabras que dijo luego á los apóstoles [2]: *Como el Padre me envió, así os envio yo.* Con las cuales les encargó el oficio para que les habia escogido de apóstoles, que quiere decir enviados, y fué decirles: Como mi Padre me envió al

[1] Serm. 23. in Cant. [2] Joan. 20. 21.

Digitized by Google

mundo para que le enseñase el camino de la verdad y de la virtud, así yo os envío, para que lleveis adelante lo que yo he comenzado. Por donde se vé la dignidad grande que Cristo nuestro Redentor dió á sus apóstoles[1], haciéndoles sus legados y sucesores en el oficio de la conversion del mundo, en la cual dignidad suceden otros, y sucederán hasta la fin del mundo, para que nunca falte quien atienda á su conversion y perfeccion. Y tiene grande énfasis aquella palabra, *Sicut*, que aunque no denota igualdad, pero dice grande semejanza, como quien dice: Yo que soy igual á mi Padre, os envio como él me envió, concediéndoos muchas gracias y dones de las que yo tengo, para que hagais el oficio que yo hice: Mas porque no entendamos que el oficio es muy deseansado, en las mismas palabras les avisa la carga de él, diciendo: Como mi Padre, aunque me ama, no me envió á honras y regalos, sino á padecer afrentas y trabajos, en razon de cumplir con mi oficio, así yo aunque os amo, os envio á padecer grandes persecuciones, en razon de cumplir con el vuestro, como yo las padecí: porque no ha de ser mas privilegiado el apóstol, que el que le envia por su legado[2]. O apóstol y pontífice supremo Cristo Jesus, á quien por excelencia conviene el nombre de apóstol, enviado por el eterno Padre para salvar al mundo, justo es que todos nos conformemos con tu vida, y sigamos los pasos de tu mision, pasando por los trabajos que pasaste, en razon de cumplir la voluntad del que te envió. Vesme aquí ofrecido á tu servicio; envíame donde quisieres, que aparejado estoy á padecer lo que ordenares, pues siendo tú el que me envias, tu gracia me ayudará para cumplir lo que mandares.

PUNTO SEGUNDO. — *En diciendo esto sopló, y dijo: Recibid el Espíritu santo*: La grandeza de este don, ponderarémos en la meditacion 22. Ahora se ha de consi-

[1] 2. Cor. 5. 20. [2] Joan. 13. 16. Ad Heb. 3. 1.

Digitized by Google

derar el modo como se le dió, ponderando el misterio de este soplo.

Lo primero, sopló para significar que el Espíritu santo que les daba, era espíritu que procedia de él, así como el soplo procede del que sopla. De suerte, que no solamente nos dá Cristo sus dones, sino al mismo Espíritu santo con ellos, el cual aunque es distinto en la persona, pero no en la sustancia. O bendito sea tal dador, que con tanta liberalidad y con tanta facilidad nos dá tan soberano don, tan precioso como el mismo que le dá.

Lo segundo, sopló para significar que él mismo era el que sopló en el rostro de Adan formado del lodo un soplo de vida[1], con el cual quedó con ánima viviente, y que este soplo hacia los mismos efectos en el alma, que el otro hizo en el cuerpo, vivificándola, hermoseándola, y dándola movimientos y sentidos, y obras proporcionadas á la vida sobrenatural que la comunica; y por consiguiente, que cual queda un cuerpo sin alma, tal queda un alma sin la gracia del Espíritu santo que la vivifica. De donde sacaré un entrañable deseo de este divino Espíritu, pidiéndole á Cristo nuestro Señor con gran fervor: O dulce Jesus, sopla en mi alma este soplo del Espíritu santo, para que viva nueva vida de gracia, y haga obras dignas de la vida eterna, por tu gloria.

Demás de esto, el soplo es un aire que arrojamos de la boca con fuerza, y con él solemos soplar y quitar algun polvillo, ó motica que está en la ropa, ó en otra cosa limpia. A este modo tambien el Espíritu santo se dá á los que ya son justos, como lo eran los apóstoles, en forma de soplo, para que con fuerza interior se muevan á lo bueno y purifiquen y limpien de culpas é imperfecciones, aunque sean muy ligeras, sin que permanezca en ellos cosa que desdiga de su pureza.

[1] Genes. 2. 7.

Digitized by Google

Finalmente, la dádiva de este dia fué como señal de la que se habia de dar el dia de Pentecostés, en forma de viento vehemente, muy mas copiosamente, cuánto excede el viento vehemente al soplo, porque la de este dia fué para un solo efecto de perdonar pecados; la del dia de Pentecostés para otros muchos efectos, como en su lugar verémos.

Punto tercero. — Luego añadió Cristo nuestro Señor: *Aquellos cuyos pecados perdonareis, serán perdonados; y los que retuviéreis sin perdonar, serán retenidos.*

En estas palabras concedió Cristo nuestro Señor á sus apóstoles la potestad de perdonar los pecados, que es propia de solo Dios, porque á solo el injuriado pertenece perdonar la injuria que se le hace [1]: y como el pecado es grandísima injuria contra Dios y contra su ley, á solo Dios pertenece perdonarle, ó á quien él dá sus veces para ello; estas no las dió á los ángeles, sino á los hombres, por quien se hizo hombre: ni las dió á los hombres que precedieron antes de su venida al mundo; esto es, á los sacerdotes de la ley vieja, los cuales como no podian sanar la lepra del cuerpo, sino declarar que estaba sana, así tampoco podian limpiar la lepra del alma. Pero á los sacerdotes de la ley nueva dióles potestad por medio de los sacramentos, para limpiar real y verdaderamente las almas de la lepra de los pecados en su nombre, y como vicarios suyos. Y así les hace participantes de la infinita dignidad de Salvador, significada por el nombre de Jesus, porque en su virtud salvan y libran de los pecados; por lo cual debemos darle innumerables gracias. O liberalísimo Jesus, con qué le pagarémos una merced tan señalada como esta? Ya que quérias dar á otros tal potestad, no fuera mejor darla á los ángeles, que eran puros y limpios de pecado, celosos de tu honra, y que supieran bien volver por ella? O inmensa liberalidad! O liberalísima misericor-

[1] Marc. 2. 7. Isai. 43. 25.

Digitized by Google

dia! á los hombres pecadores dás tus veces para perdonar las pecados, para que tanto con mas largueza perdoñen, cuanto mas conocen su propia necesidad. Y aunque es justo miren por tu honra, pero tambien gustas miren por su provecho.

Pero grandemente campea esta misericordia y liberalidad, en no haber puesto tasa, ni límite á esta potestad en muchas cosas. Porque lo primero, se extiende á todos los hombres del mundo, de cualquier estado y condicion que sean, sin excluir á ninguno mientras vivé en esta vida mortal, de suerte, que si por él no queda negociar el perdon de sus pecados; por medio del sacramento, no quedará por falta de potestad para perdonarlos. Lo segundo, se extiende á todos los pecados, por grandes y enormes que sean, de tal manera, que el pecado contra el Espíritu santo, de quien se dice [1], que no se perdonará en esté siglo ni en el otro, por ser dificultoso de perdonar de parte del que lo comete; con todo eso, si él quiere arrepentirse, hay potestad en la tierra para perdonarle. Lo tercero, se extiende á todo el número de veces que son posibles, durante la vida [2]: de suerte, que no solamente siete veces, sino setenta veces siete, y setecientas mil veces, sin cuento puede ser perdonado el pecado, y esto con admirable suavidad; porque como Cristo nuestro Señor, con el soplo que salió de su boca, dió á los apóstoles el Espíritu santo; así los confesores, con la palabra de absolucion, que sale de su boca, en virtud de Cristo, le dan á los penitentes, librándoles de sus pecados. Y para que esta potestad durase para siempre en la Iglesia, quiso nuestro Señor que los obispos, sucesores de los apóstoles, con el mismo soplo, diciendo las mismas palabras que él dijo, diesen el Espíritu santo á los que ordenan de sacerdotes, con potestad de perdonar pecados. O amantísimo y liberalísimo Jesus, si os hubiera costado poco

[1] Matth. 12. 32. [2] Matth. 18. 22.

Digitized by Google

el perdon de los pecados, no me admirara tanto de que fuérais liberal en dar facultad tan copiosa para perdonarlos, pero habiéndoos costado el precio de vuestra sangre, derramada con tan terribles dolores y desprecios; quien no se admirará, y saldrá de sí para predicar vuestra inmensa misericordia? Bendita sea setecientas mil veces vuestra infinita caridad; por la cual os suplico humildemente ayudeis á todos los pecadores, para que se aprovechen de ella, y alcancen el perdon que de vuestra parte se les ofrece. De lo dicho sacaré el espíritu y fervor con que debo llegarme al santo sacramento de la confesion, como quien vá á recibir el Espíritu santo, mediante la palabra de la absolucion, que como soplo de Cristo sale por boca del sacerdote. De esto se dijo algo en la meditacion 30 de la primera parte.

MEDITACION X.

DE LA APARICION Á LOS APÓSTOLES, PRESENTE SANTO TOMÁS, EL DIA OCTAVO DE LA RESURRECCION.

PUNTO PRIMERO. — *Tomás, uno de los doce, no estaba con ellos cuando vino Jesus. Dijeron los demás discípulos: Visto hemos al Señor. Respondió él: Si no viere en sus manos la abertura de los clavos, y si no entrare mi dedo por sus agujeros, y mi mano por su costado, no creeré* [1].

Aquí se ha de considerar los defectos que hubo en este Apóstol, no para su desprecio, sino para nuestro escarmiento, y para que se vea mejor la misericordia de Cristo nuestro Señor en curarle, y lo mucho que él mismo se aprovechó de la cura.

El primer defecto y falta fué, apartarse de la compañía de los demás apóstoles, ó que por enfado, ó que por atender á otra cosa de su gusto, por lo cual se privó de bien tan grande, como fué ver á Cristo, y gozar de los favores que hizo á sus compañeros. De donde sacaré

[1] Joan. 20-24.

Digitized by Google

cuán gran mal es apartarse de la compañía de los buenos; y si soy religioso, cuán perjudicial es apartarme de la comunidad, dando en el vicio de la singularidad, porque Cristo nuestro Señor asiste en medio de los que están unidos con amor, y deja á los que se hacen singulares, con daño de la fraterna caridad.

El segundo pecado fué, incredulidad, con dureza de corazon, y protervia de juicio, no queriendo creer á lo que todos sus condiscípulos atestiguaban, como testigos de vista, anteponiendo con secreta soberbia su juicio y parecer al de los demás.

El tercer pecado fué, un modo de presuncion y curiosidad, que llegó á señalar á Dios el medio para creer, diciendo, que no se contentaria con ver á Cristo, sino que le habia de tocar, y entrar sus dedos y manos por sus llagas: lo cual es muy perjudicial á los que tratan con Dios, porque no han de presumir de sí, ni pretender favores especiales, ni señalar los medios por donde han de creer, ó dedicarse al divino servicio, rechazando los ordinarios que Dios les señala.

El cuarto fué, un modo de pertinacia, durando ocho dias en esta ruin disposicion, sin quererse ablandar con el dicho de sus condiscípulos, ni de Pedro, ni de los que le vieron en el camino de Emaús, y quizá le diria lo mismo la Vírgen nuestra Señora con las otras mujeres, y á todas se hacia sordo, permaneciendo en su dureza, en la cual durara muchos mas dias, y hasta el fin, si Cristo nuestro Señor no viniera á curarle. Todo esto procedió por especial providencia de Dios, que lo permitió, parte para que la dureza de Tomás en creer, se convirtiese en mayor seguridad y abono de su testimonio, cuando creyó: parte para que echemos de ver la flaqueza nuestra si Dios nos deja de su mano; y como ninguno puede venir á Cristo por fe, sino le es dado de arriba, y sino es traido por su Padre [1]. O Hijo de Dios

[1] Joan. 6. 44.

Digitized by Google

vivo, pues conoces la masa de que estoy compuesto, no me sueltes de tu mano, porque no me pierda: líbrame de estos cuatro vicios, que como cuatro vientos combatieron la casa de Tomás, para que no combatan y echen por tierra la mia.

PUNTO SEGUNDO. — *Despues de ocho dias, estando otra vez los discípulos encerrados, y Tomás con ellos, entró Jesus, las puertas cerradas, y púsose en medio de ellos, diciendo: Paz sea con vosotros; y luego dijo á Tomás: entra tu dedo por aquí, y mira mis manos: llega tu mano, y éntrala por mi costado, y no quieras ser incrédulo, sino fiel.*

Lo primero, consideraré la infinita caridad de Cristo Señor nuestro, en mirar por el bien de sus ovejas: porque habiendo esperado ocho dias á ver si Tomás se convertia, viendo su dureza, no quiso dilatar mas el remedio, sino venir en persona á sanarle, manifestándosele como á los demás, entrando las puertas cerradas, y dándoles paz como la primera vez, para moverle con esto á que creyese [1]. O Pastor amabilísimo, que así amas á una oveja como á muchas, y dejas de buena gana las noventa y nueve en el desierto, por venir á buscar la una que andaba perdida fuera del rebaño: ahora veo como siempre eres el mismo, pues el deseo de salvar esta oveja de tu Apóstol, que se iba perdiendo, te hace venir en su busca, y le tomas por la mano, deseando meterle dentro de tu corazon.

Lo segundo, ponderaré, que pudiendo Cristo nuestro Señor aparecer á Tomás á solas, como apareció á san Pedro, no quiso sino en presencia de los demás apóstoles. Lo uno, para que Tomás entendiese, que esta gracia no se hacia por sus merecimientos, sino por estar en compañía de otros buenos, y queridos discípulos. Lo segundo, para que los otros viesen mas la caridad de su Maestro, pues por hacer bien á uno, y ese incrédulo, les aparecia y consolaba á todos; y para que co-

[1] Lucæ 15. 4.

Digitized by Google

mio todos habian sido testigos de la incredulidad de Tomás, tambien lo fuesen de su fe, y esta les sirviese de confirmarse mas en la suya. Por donde se vé la suave providencia de este Señor, que la falta de uno convierte en bien del mismo, y de los demás escogidos, trazando la cura de modo que aproveche á todos.

Lo tercero, ponderaré la blandura y afabilidad con que Cristo nuestro Señor habló á Tomás, condescendiendo con su flaqueza. Y para que entendiese que le conocia los pensamientos, y que sabia lo que habia dicho, y con esto convencerle, díjole: Pues has dicho que no creerás sino vieres y tocares las llagas de mis manos y costado; Hégate, y entra tu dedo por los agujeros de las manos, y entra tu mano por mi costado, y no quieras ser mas incrédulo, que no te lo tengo merecido: sé fiel, pues estas llagas te provocan á serlo. O afabilidad infinita de Jesus! ahora veo, Salvador mio, con cuánta razon dijo vuestro Apóstol [1]: Ha aparecido la benignidad y humanidad de Dios nuestro Señor, el cual, no por las obras de justicia que nosotros hicimos, sino por su gran misericordia, nos hizo salvos. Vuestra benignidad y humanidad [2], Salvador mio, apareció hoy, cuando apareciste á Tomás, haciéndole salvo, no por sus obras, pues no lo merecian, sino por vuestra grande misericordia, dándonos prendas de que no se encubrirá á los que la buscan, pues tan patentemente aparece á los que no la creen; y se descubre á los que no preguntan por ella.

Punto tercero. — *Respondió Tomás: Señor mio y Dios mio: Díjole Jesus: Porque me viste Tomás, creiste. Bienaventurados los que no vieron y creyeron.*

Lo primero, se ha de ponderar la ilustre confesion de santo Tomás [3]. No nos consta del Evangelio, si tocó las llagas de Cristo nuestro Señor, ó si se contentó con haberle visto, y oido las palabras que le dijo, convidándole á que las tocase. Creible es, que por reverencia se

[1] Ad Tit. 3. 4. [2] Isai. 63. 1. Ad. Rom. 10. 20. [3] D. Th. 3. p. q. 54. art. 4.

Digitized by Google

detendria, arrojándose á sus piés; pero Cristo nuestro Señor le tomaria por la mano, y le haria que cumpliese su deseo, mostrando en esto la grandeza de su caridad. Y en tocando las llagas, quedó tan ilustrado, que con grande afecto de su corazon, confesó que Cristo era su Señor y su Dios, confesando claramente su humanidad y divinidad, y entregándose totalmente á su servicio con ferviente amor, lo cual declaran aquellas palabras, Señor mio y Dios mio; que son palabras de amor tierno, y por eso no dijo Señor nuestro y Dios nuestro. Con mucha razon, ó Tomás, llamais á vuestro Maestro, Señor mio y Dios mio, pues os amó tan de veras, que por solo vuestro bien se aparece á todos vuestros condiscípulos, y como olvidado de ellos, á Vos solo endereza la plática, para encenderos en su amor [1]. O dulcísimo Jesus, tambien yo como Tomás, liberalmente confieso que sois mi Señor y mi Dios, porque vuestro amor es tan crecido, que estáis aparejado á hacer por mí solo lo que hicísteis por él, porque me amásteis, y os entregásteis á la muerte por mí, aplicándome el fruto de vuestra muerte, como si la hubiérais padecido por mí solo.

Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor, aunque aprobó la confesion de Tomás, pero no quiso alabarle por ella llamándole bienaventurado [2], como á san Pedro, cuando le confesó por Hijo de Dios vivo, porque habia sido tardo en creer, y porque no tomasen otros ocasion de este ejemplo para pedir otro tanto, queriendo prueba de sentidos para creer los misterios de Dios: antes tácitamente le reprendió, diciendo: Porque me viste, creiste, como quien dice: Ha sido menester que me hayas visto y palpado, para que creyeses que soy tu Señor y tu Dios. Y luego añade: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron;* para consuelo de los fieles que no alcanzaron á verle en esta vida mortal. Habíales dicho otra vez [3]: Bienaventurados los ojos que

[1] Ad Gal. 2. 20. [2] Matth. 16. 17. [3] Matth. 15. 16. Lucæ 10. 24.

Digitized by Google

ven lo que vosotros veis, porque muchos reyes y profetas y justos desearon verlo, y no lo vieron. Ahora dice que son bienaventurados los que no le vieron y le creyeron: porque por una parte gozamos de todos los bienes que nos ganó por su muerte, de los sacramentos que instituyó, de los ejemplos que nos dió en el discurso de su vida, de los sermones que predicó, y de la ley perfecta que nos enseñó: y por otra parte nuestra fe es mas meritoria, en cuanto creemos sin haber visto y palpado con los sentidos corporales, lo que ellos vieron y palparon. Esta fe es principio de nuestra bienaventuranza, y si se perfecciona con el amor, nos entrará dentro de ella. Gracias te doy, Salvador mio, por el cuidado que tuviste de consolar á los que no merecimos gozar de tu dulce presencia; y pues no alcancé la bienaventuranza de los que te vieron con ojos corporales, querria perfectamente alcanzar la que tienen los que te ven con los ojos espirituales. Esclarécelos, Señor, con tu celestial lumbre, para que avivada la fe, y encendida la caridad; siempre te crea y ame, de modo que llegue á ser bienaventurado contigo en el reino de los cielos. Amen.

MEDITACION XI.

DE LAS CAUSAS PORQUE CRISTO NUESTRO SEÑOR RESUCITÓ CON LAS LLAGAS DE LOS PIÉS, Y MANOS, Y COSTADO.

Presupuesto lo que se ha dicho en las meditaciones precedentes [1], recogeré en esta las causas porque Cristo nuestro Señor quiso resucitar, conservando en su cuerpo glorioso las llagas de los piés, manos, y costado, ponderando el espíritu de cada una, con el provecho que de ella se puede sacar.

Punto primero. — La primera causa fué, para confirmar á sus discípulos en la fe de su resurreccion, mostrándoles, no solamente su cuerpo, para que le palpa-

[1] D. Thom. 3. p. q. 54. art. 4.

Digitized by Google

sen, sino los agujeros que hicieron en él los clavos, y la lanza, para que creyesen que era el mismo cuerpo que fué crucificado y no otro hecho de nuevo. Con lo cual tambien nos confirma en la fe de nuestra resurreccion, con los mismos cuerpos que tuvimos en esta vida mortal, segun aquello de Job [1]: Creo, que mi Redentor vive, y que el postrer dia tengo de resucitar de la tierra, y vestirme otra vez de mi piel, y en mi propia carne veré á Dios, mi Salvador, al cual tengo de ver yo mismo, y mis ojos le han de mirar, y no otro por mí; esta esperanza tengo depositada en mi seno. A imitacion de este santo varon, pondré yo tambien esta esperanza en el seno de mi corazon, para consolarme con ella, en medio de mis trabajos y enfermedades; creyendo firmemente, que mi carne, aunque esté llagada, y llena de gusanos de piés á cabeza en un muladar, como la de Job, y aunque esté desollada, y agujereada por mil partes, en una cruz, como la de Cristo Salvador nuestro, resucitará á nueva vida: y si quedare con señales de sus llagas, no será por flaqueza del que la resucita, sino para mayor gloria y hermosura de la carne resucitada, y con esta esperanza tengo de alentar mi misma carne, para que lleve de buena gana, y con paciencia, los trabajos que padece.

La segunda causa fué, para que fuesen señales de su victoria y triunfo, y juntamente indicios de lo mucho que estimaba padecer trabajos é ignominias, honrando sus llagas con dejarlas en el cuerpo glorificado con especial hermosura y resplandor, con lo cual pretendia alentarnos á padecer, y á preciarnos de ello, teniendo por grande honra tener en nuestros cuerpos impresas algunas llagas, esto es, algunos trabajos semejantes á los de Cristo nuestro Señor, recibidos por su amor, diciendo con el apóstol san Pablo [2]: *Stigmata Domini Jesu in corpore meo porto.* Traigo en mi cuer-

[1] Job. 19. 25. [2] Ad. Galat. 6. 17.

Digitized by Google

po impresas las señales y llagas de Jesus. O dulcísimo Jesus, tú eres mi Señor y mi Redentor, y yo soy tu esclavo, y pues los señores hierran á sus esclavos con algunas señales, para que sean conocidos por suyos, y no puedan huir de su servicio; hiérrame, y señálame con las señales de tus llagas, para que siempre sea tuyo, y nunca me aparte de tu divino servicio.

PUNTO SEGUNDO. — La tercera causa fué, para que le sirviesen como de memoria y despertador de lo mucho que le habíamos costado; y con esto se moviese á amarnos, y perdonarnos y hacernos siempre bien. Y el que en cuanto Dios, como dice el profeta Isaías; no se olvida de nosotros, porque nos tiene escritos en sus manos, tambien en cuanto hombre no se olvidará de nosotros: porque en sus manos está escrito lo mucho que le costamos. Y como las tiene abiertas con los agujeros que hicieron los clavos, así las tiene abiertas y extendidas para henchirnos de su bendicion, y llenarnos del amor, que muestra su costado abierto. O dulcísimo Redentor, esto mismo me obliga á que nunca jamás me olvide de tí, poniéndote por señal sobre mi brazo, y sobre mi corazon [1], para que mis obras y deseos sean siempre sellados con el sello de tu infinita caridad, para cumplir en todo tu santa ley. Y pues mandaste al pueblo hebreo, que atasen, como señal, en su mano la ley, dada por mano de ángeles, para acordarse de ella [2]: cuánta mas razon es haga lo mismo con la ley, que me fué dada por manos del Señor de los ángeles, agujereadas con clavos por mi amor?

La cuarta causa fué, para mostrar estas llagas al eterno Padre, y aplacar con ellas la ira é indignacion que tuviese contra el mundo por nuestros pecados, haciendo oficio de perpétuo abogado y medianero nuestro [3]: porque si mirando Dios nuestro Señor al arco del cielo, con la belleza de sus tres colores, aplaca su ira, y por

[1] Cant. 8. 6. [2] Deut. 6. 8. [3] 1. Joan. 2. 1.

Digitized by Google

esta señal se acuerda de no anegar otra vez al mundo con diluvio[1]: cuánto mas se aplacará Dios nuestro Señor, viendo este arco del cielo empíreo Cristo Jesus, con aquellas tres suertes de llagas en manos, piés y costado, y le servirá este arco de señal y motivo para no castigar al mundo, como sus pecados merecian? Con este espíritu tengo yo de mostrar al Padre eterno las llagas de su Hijo, y suplicarle por ellas, aplaque la ira que tiene contra mí, y contra los hombres, diciéndole[2]: O Dios, protector nuestro, mira el rostro de tu Cristo. Mira tambien sus benditas manos y piés, y su costado: y por las llagas de sus sacratísimas manos, concédenos, que las nuestras hagan siempre buenas obras; y por las de sus piés, que los nuestros anden siempre buenos pasos; y por la de su costado, que el nuestro esté siempre llagado de tu amor. O alma mia, sigue el consejo de la divina Sabiduría, y levantando los ojos al cielo empíreo, mira el arco[3] que allí está, y bendice al Señor, que le hizo, porque es muy hermoso con el adorno de sus colores, rodea el cielo con un círculo muy glorioso: las manos del muy alto le abrieron y pusieron como está. Benditas sean las manos que fabricaron este arco, por cuya ordenacion tendió las suyas en la cruz, con variedad de virtudes celestiales, para abrazar en señal de paz á todos los escogidos, y cercarlos con el círculo de su proteccion, y despues colocarlos en el trono de su gloria. Amen.

La quinta causa fué, para provocarnos con estas llagas á que le amásemos y obedeciésemos, conociendo por ellas lo mucho que nos amó, y lo que padeció por nosotros: de suerte, que la vista espiritual de estas llagas que están ahora en el cuerpo glorificado de Cristo, fuese un despertador eficacísimo de nuestras potencias, para que todas se ocupasen en servicio de este Señor, y por éstas llagas, como arriba se dijo[4], entrasen den-

[1] Genes. 9. 11. [2] Psal 83. 10. [3] Eccles. 43. 12. [4] 4. P. Med. 53. 4. punto.

Digitized by Google

tro de él á morar y estar unidas con él, con union de actual memoria, conocimiento y amor, imaginando que desde el cielo les dice [1]: Levántate y date prisa, amiga mia y paloma mia, vuela apresurada á los agujeros de la piedra, y á la abertura de la pared, entra en estas llagas de mi cuerpo, no ya feas y sangrientas, sino hermosas y glorificadas. Si te vieres acosada de los milanos infernales, huye á estas llagas, que ellas te defenderán de sus tentaciones. Si fueres perseguida de las vanidades del mundo, y de las pasiones de tu carne, acógete á estas llagas, porque en ellas hallarás casa de refugio, contra todos tus temores. Si te vieres alborotada con cuidados y negocios, húrtales el cuerpo, y entra dentro de estas llagas, donde hallarás quietud, y descanso para tu espíritu. Si deseas conocerme y amarme con todo tu corazon, llégate á estas llagas y entra dentro de ellas, y allí verás la estima que tuve de tí, y lo mucho que te amé, y do mi corazon saldrán tales llamas de amor, que totalmente abrasen el tuyo, y le junten y transformen en el mio. Mira las llagas de mis manos, y fortalece las tuyas, para pelear por mi gloria, como yo peleé por tu salud. Mira la abertura de mi costado, y ábreme el tuyo dándome todo tu amor, como yo me dí todo por tí. Mira las llagas de mis piés, y endereza todos tus pasos á mi servicio, imitando los mios con perseverancia, hasta que alcances la corona.

Estas consideraciones y afectos tengo de ejercitar, acordándome de las llagas de Cristo nuestro Señor: y para mirarlas mas de cerca, avivaré la fe de que las tiene su cuerpo gloriosísimo, no solamente en el cielo, sino en el santísimo Sacramento del altar: y que allí son como cinco fuentes del Salvador, de las cuales manan aguas de gracias y consuelos espirituales para todos los que se llegan con espíritu á ellas [2].

Punto tercero. — A estas causas añado la última,

[1] Cant. 2. 13. [2] Isai. 12. 3.

Digitized by Google

para confundir el dia del juicio á los condenados, mostrándoles las llagas que recibió por ellos y el deseo que tuvo de salvarlos, si por su culpa no quedara. A los cuales, como pondera san Agustin [1], dirá de esta manera: Veis aquí al Hombre que crucificásteis, mirad las llagas que le hicísteis, reconoced el costado que alanceásteis, el cual por vosotros, y para vosotros fué abierto, y con todo eso no quisísteis entrar por él. Entonces será el terrible llanto, que está profetizado de estos miserables, viendo la ocasion que perdieron de salvarse, y la justa razon que tiene Cristo para condenarlos [2].

Al contrario, con estas mismas llagas alegrará Cristo nuestro Señor á los escogidos, no solamente aquel dia, sino por toda la eternidad, viendo en ellas claramente tantos motivos de amar al que las recibió por ellos: O Salvador amabilísimo, por estas llagas te suplico humildemente obres en mí los efectos para que las conservaste en tu glorioso cuerpo, admitiéndome á entrar por ellas con alas de paloma, y á morar en ellas como en nido y lugar de mi descanso: porque no quiero otro en esta vida, sino pensar en lo mucho que por mí hiciste y padeciste, amándote por ello, y obedeciéndote con perseverancia, hasta gozar de tí en la gloria, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XII.

DE LA APARICION Á LOS SIETE DISCÍPULOS, QUE PESCABAN EN EL MAR DE TIBERIADES.

PUNTO PRIMERO. — *Estando juntos Pedro y Juan, y otros cinco discípulos, dijo Pedro: Quiero ir á pescar. Respondieron los otros: Vamos todos, y subiendo en el navío, no pescaron cosa en toda aquella noche* [3].

Aquí se ha de ponderar. Lo primero, como estos discípulos fueron á pescar, parte por su pobreza, para

[1] In lib. de Sym. [2] Apoc. 1. 7. [3] Joan 21. 3.

Digitized by Google

tener algo que comer, parte por huir la ociosidad, porque no era llegado el tiempo de ocuparse en pescar hombres: y en diciendo Pedro que queria pescar, los demás se ofrecieron de acompañarle, mostrando en esto la concordia y conformidad de voluntades que tenian en las obras de virtud. De donde sacaré deseo de imitar á estos santos discípulos en el ejercicio de estas tres virtudes, pobreza, caridad, y amor al trabajo, contra la ociosidad.

Lo segundo, se ha de ponderar, como en toda la noche no pescaron pez alguno, como les sucedió otra vez, cuando dijo san Pedro [1]: *Per totam noctem laborantes nihil cœpimus.* Habiendo trabajado toda la noche, nada hemos pescado: para significar, lo primero, cuán poca parte es la industria del hombre tomada á solas, para pescar las almas, y sacarlas del pecado. De suerte que Pedro y Pablo, y cualquier otro, aunque sea muy letrado, y muy santo, y gran predicador, trabajará sin fruto, si estriba en sus solas fuerzas, y si Dios no acude á la pesca. Por esto dijo el Apóstol [2]: Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que dá el aumento. Por lo cual se han de fundar en humildad los obreros de las almas, si quieren que su trabajo sea de provecho; acordándose de lo que dijo Cristo [3]: Sin mí, nada podeis hacer.

Tambien tiene misterio decir ambas veces, que era de noche, para significar el miserable estado que tenia el mundo antes de la venida de Cristo, Sol de justicia, con cuya luz se hace la pesca, y sin ella no se hace nada. Además de esto se nos representa, que quien trabaja estando en la noche de la ignorancia, y en las tinieblas del pecado mortal, no medra, ni sus obras son de merecimiento para la vida eterna. Y por esto dijo el real profeta David [4]: Vana cosa es levantaros antes de la luz: como quien dice, antes que salga la luz de la

[1] Lucæ 5. 5. [2] 1. Cor. 3. 7. [3] Joan 15. 5. [4] Psal. 116. 2.

Digitized by Google

divina gracia, en vano será todo vuestro trabajo, porque sin ella no podréis hacer obras dignas de luz. De donde sacaré la miseria grande del pecador que trabaja y no medra, cánsase por pescar toda la noche de su miserable estado, y no saca provecho alguno de merecimiento para la vida eterna, porque aunque pesque hacienda, honra y regalo, todo esto es nada, y es trabajar muy en vano, pues al mejor tiempo le ha de faltar.

Lo tercero, ponderaré lo que harian estos siete discípulos, viendo que no pescaban pez alguno; porque llevando su trabajo con paciencia, se acordarian de su Maestro, y de la falta que les hacia su presencia, y es de creer que hablarian entre sí mismos de lo que otra vez les habia sucedido en aquel mar con Cristo nuestro Señor, y suspirarian por él, diciéndole: O Maestro soberano, dónde estas? Cómo nos dejas en este trabajo? Cómo no acudes á remediar nuestra pobreza? Qué maravillá, se huian los peces de las redes, pues tú huyes de los pescadores? Ven, Señor, y acércate á nosotros, porque con tu venida vendrá tambien la pesca que deseamos. Estas palabras, ú otras semejantes tengo de decir en el espíritu, cuando viere que mi trabajo es sin provecho, confiando que seré oido, porque oye Dios el deseo de los pobres.

Punto segundo. — *A la mañana estuvo Jesus en la ribera, aunque los discípulos no le conocieron, y preguntóles si tenian algun pescado; respondiendo que no, díjoles: Tended la red á la diestra del navío, y hallaréis pesca. Hiciéronlo así, y no podian traer la red, por la muchedumbre de los peces.*

Aquí se ha de ponderar. Lo primero, la caridad de Cristo nuestro Señor, en acudir al consuelo de sus amados discípulos, aunque dándoseles á conocer poco á poco, para que les entrase mas en provecho la vista, y para esto se puso en la ribera. No quiso andar sobre las aguas, ni entrar en el navío, para significar que el

Digitized by Google

estado que tenia despues de su resurreccion, era estable y ageno de toda mutabilidad y alteracion, ordenado para vivir con perpetuidad en la tierra de los vivientes. Y aunque sabia que no habian cogido pez en toda la noche, hízose de nuevas, y preguntóles si tenian peces, para provocarlos con esto á que conociesen su necesidad, y la poca parte que eran para recoger peces sin su ayuda, porque deseaba dársela luego. O liberalísimo Jesus, qué de veces llegas á nuestras puertas, y nos pides algo, no tanto por lo que hemos de darte, cuánto por lo que tú deseas darnos [1]! Pides á la Samaritana que te dé un poco de agua, porque tú deseabas darla el agua viva de tu gracia. Pides que demos limosna al pobre, porque deseas dar limosna muy copiosa al que se la diere. O si te diese lo que me pides con tu inspiracion, para que tú me dieses lo que deseas darme con ella!

Lo segundo, ponderaré como les mandó echar la red á la diestra del navío, para significar el próspero suceso de aquella pesca, que era figura de la pesca de las almas que han de salir del mar de este mundo, para la eterna bienaventuranza, en virtud de Cristo, que era diestra de Dios. Y obedeciendo los discípulos á este mandato, pescaron gran muchedumbre de grandes peces, para que se vea la eficacia de la obediencia, y cuán gran verdad es lo que dice el Sabio [2], que el varon obediente hablará victorias ganando muchas almas para Dios. Y es mucho de considerar que en la otra pesca conoció san Pedro que Cristo era el que le mandaba echar la red, y obedeciéndole dijo: *In verbo tuo laxabo rete* [3]. En tu palabra y por tu mandamiento tenderé la red, pero esta vez no conocia que era Cristo el que lo mandaba; y con todo esto rindió su juicio y obedeció, y sacó gran pesca, porque gusta mucho Cristo nuestro Señor de que obedezcamos á toda humana criatura por

[1] Joan. 42 7. [2] Prov. 21. 28. [3] Luco 5 5.

Digitized by Google

su amor; y nos desnudemos de nuestro propio juicio y propia voluntad, por hacer la de los otros, en cosas donde no se vé pecado, y á veces sucederá que esté Cristo donde no pensamos que está, y que obedeciendo al hombre obedezcâmos á Cristo, que habla por su boca, y nos asegura, que si tendemos la red hácia tal parte, sacarémos pesca.

Por lo cual esta virtud de la obediencia me ha de ser muy familiar, si quiero tener prósperos sucesos como san Pedro, el cual por esto se llama Simon, que quiere decir obediente.

Punto tercero. — *El discípulo á quien amaba Jesus, dijo á Pedro: Dominus est, el Señor es; en oyéndolo Pedro, ciñóse la túnica y echóse en el mar. Los demás llegaron con el navío trayendo la red con los peces: y mandándoles Cristo traer de los peces: trajo Pedro la red, y hallaron que eran ciento y cincuenta y tres muy grandes, y con ser tantos no se rompió la red.*

Aquí se ha de ponderar. Lo primero, en los dos discípulos san Pedro y san Juan los efectos del fervoroso amor, âsi en la vida contemplativa como en la vida activa, el amor en los contemplativos aguza la vista interior del alma, para que como Juan conozcan á Cristo, cuando otros no le conocen, y les den noticia de él; pero el amor en los fervorosos de la vida activa, en conociéndole, se abalanzan por seguirle. Y como san Pedro en oyendo decir, el Señor es, dejó la red, y los peces, y el navío, y cubriéndose por la decencia, con su ropa, se arrojó á nado, por llegar presto donde estaba su Maestro, pareciendo que era mucha dilacion ir al paso del navío. Así yo tengo de procurar seguir con fervor á Cristo, y desear llegar presto á la tierra de la eternidad, donde está, dejando por esta causa cuánto tengo, y arrojándome á todos los peligros y trabajos del mar tempestuoso de este mundo, y pareciéndome muy espacioso el paso de los que siguen la vida comun, tengo de procurar apresurarme mucho mas.

Google

Lo segundo, se ha de ponderar la excelencia misteriosa de esta pesca [1], comparada con la otra que hizo san Pedro en su primera vocacion, porque aquella fué figura de la pesca de las almas para entrar en la Iglesia, y creer en Cristo, y recibir su ley, y así no se hizo echando la red á la diestra del navío, sino á todas manos, diestra, y siniestra, recogiendo buenos y malos peces, grandes y pequeños, y de ella se hinchieron dos navíos, figura de los dos pueblos hebreo y gentil, debajo de una cabeza Cristo, y su vicario Pedro, y la red en que se cogieron se iba rompiendo, porque en esta vida padece quiebras y cismas la Iglesia, y la predicacion de Cristo: pero la pesca de este dia fué la pesca de los predestinados y escogidos, para entrar en el cielo, y por esto se hace á la diestra del navío y no á la siniestra, porque los escogidos han de estar á la mano derecha del Juez; todos son peces grandes en la santidad y pureza de vida, porque en el cielo ninguno es pequeño: la red se trae á la tierra, donde está Cristo, que es la tierra de los vivos, y no se rompe, porque no habrá entonces disensiones, ni cismas, ni cosa que les perturbe, pues ya los ángeles habrán apartado los malos de los buenos [2], como dijo el Señor en la parábola de la red. O dichosos los peces que entraren en esta red para ser colocados en la vida eterna! Dichosas las aguas vivas, donde se criaron y sustentaron, alcanzando la perfecta salud y vida que Cristo les ganó [3]! O santo profeta Ezequiel, cuán bien cumplida está vuestra profecia con tanta muchedumbre de grandes peces, que los pescadores de Jesus han pescado en estas aguas que salen del lado derecho del templo celestial! Concédeme, ó dulcísimo Redentor, que viva yo en las aguas vivas de tu gracia, de modo que sea sacado de ellas para la vida eterna. Amen.

Finalmente, consideraré como *saltando en tierra los*

[1] Luçæ 5. 7. D. Aug. quæst. 81. de div. [2] Matth. 13. 49. [3] Ezec. 47. 1.

Digitized by Google

discípulos, vieron unas brasas y un pez sobre ellas, y pan. Díjoles Jesus, venid y comed, y tomando el pan, repartiólo con ellos y tambien del pez. En lo cual resplandece grandemente la afabilidad y liberalidad del Redentor para con sus discípulos, aparejándoles este convite, y convidándolos á comer con pan hecho de su mano milagrosamente, y con peces diferentes de los que ellos habian pescado, para significar, lo primero, cuán cuidadoso es de dar comida y refeccion espiritual á los que trabajan por su amor y obediencia, dándoles manjar de ángeles, y pan celestial que los conforte, echando con este regalo brasas sobre sus corazones, para que todos se enciendan en su amor. Y lo segundo, para significar que mientras trabajamos nosotros en la tierra, él nos está aparejando un convite regaladísimo en el cielo, donde él mismo nos convidará y servirá á la mesa, dándonos por manjar su sacratísima divinidad y humanidad [1]. O bienaventurados los que comieren este pan en el reino de Dios! Dichosos los que estuvieren con Cristo sentados á su mesa en el reino de su Padre [2]! O si fuese yo uno de estos siete discípulos, lleno de los siete dones del Espíritu santo, con los cuales dignamente pudiese hallarme en este convite. Recibe, ó buen Jesus, este mi deseo, y fortifícale con tu gracia, para que llegue á cumplirse en tu gloria. Amen.

MEDITACION XIII.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR EN ESTA APARICION HIZO Á SAN PEDRO PASTOR UNIVERSAL DE SU IGLESIA, Y LE DIÓ ADMIRABLES DOCUMENTOS DE PERFÉCCION.

PUNTO PRIMERO. — *Acabada la comida, dijo Jesus á Simon Pedro* [3]*: Simon, hijo de Juan, ámasme mas que estos? Respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Díjole, pues, apacienta mis corderos: Díjole otra vez: Simon, hijo*

[1] Lucæ 14. 15. [2] Lucæ 22. 30. [3] Joan. 2. 15.

Digitized by Google

de Juan, ámasme? Respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Díjole tercera vez: Simon, hijo de Juan, ámasme? Entristeciose Pedro, porque tercera vez le preguntó si le amaba, y respondió: Señor, tú sabes todas las cosas, y sabes que te amo. Díjole: apacienta mis ovejas.

Aquí se ha de ponderar, lo primero, como Cristo nuestro Señor habiendo [1] prometido á san Pedro las llaves del reino del cielo, en premio de la ilustre confesion que hizo de su divinidad; ahora queriéndoselas dar con el primado sobre toda la Iglesia, le examinó el amor. Preguntóle si le amaba mas que todos, para darnos á entender, que los prelados han de ser excelentes en la fe, y eminentes sobre todos en la caridad, y llamóle por su nombre, Simon, que quiere decir obediente, hijo de Juan, que quiere decir gracia, ó hijo de Jona, que quiere decir paloma, significando, que con la fe y caridad han de juntar la obediencia con plenitud de gracia, y de Espíritu santo.

Lo segundo, le examinó tres veces en el amor, para que con las tres respuestas recompensase las tres negaciones que habia hecho: y como estas nacieron de soberbia y presuncion, anteponiéndose á sus condiscípulos, así las tres respuestas del amor, fueron acompañadas de humildad, no atreviéndose á decir que amaba mas que los otros, sino solamente que le amaba, y aun en eso mismo estaba temeroso, y no se fiaba de su ciencia, sino remitiólo á la ciencia de Cristo, diciendo: Tú sabes que te amo: Y la tercera vez se entristeció con humildad, temiendo no supiese Cristo algo en contra de lo que él sentia de sí mismo, y así le dijo: Tú, Señor, sabes todas las cosas, y sabes si es verdad lo que digo. De donde sacaré cuán agradable cosa es á Cristo nuestro Señor la humildad, y el no presumir de sí, y cuán seguro es temer siempre de sí mismo, acordándome de lo que dijo san Pablo [2]: No sé de mí culpa alguna, pero

[1] Matth. 16. 19. [2] 1. Cor. 4. 4.

Digitized by Google

con todo esto no me tengo por justo; porque el que me juzga es Dios, y puede ser que él halle culpa donde yo no la hallo.

Tambien le examinó tres veces en el amor, para significar que quien ha de ser pastor de sus ovejas [1], ha de estar muy arraigado en la caridad y en los tres grados de ella, porque ha de ser perfecto en la via purgativa de los principiantes, y en la iluminativa de los que aprovechan, y en la unitiva de los que han llegado á la perfeccion, siendo excelente en la pureza y limpieza de corazon, desnudo de culpas é imperfecciones, y en el ejercicio de las virtudes, y en la union del amor con las tres divinas Personas, y perfecto en la caridad para con Dios, y para con los prójimos, y para consigo mismo. O Amado de mi alma, concédeme que eche hondas raíces en la humildad y caridad, de modo que alcance el fin de tus preceptos, que es amarte con puro corazon [2], con buena conciencia, y con fe no fingida; perseverando hasta la muerte en la lealtad del verdadero amor.

Lo cuarto, ponderaré como Cristo maestro Señor; habiendo dicho dos veces á Pedro: Apacienta mis corderos; la tercera vez dijo: apacienta mis ovejas; para significar que le hacia pastor universal de su rebaño, no solamente de los fieles ordinarios; significados por los corderos, sino tambien de los que son madres espirituales de los otros, figurados por las ovejas: como son los confesores, predicadores, maestros, y todos los demás prelados inferiores de la Iglesia, para que toda ella fuese, *unum ovile, et unus pastor*, un rebaño y un pastor. Mas no dijo: Apacienta tus corderos ó tus ovejas, sino mis corderos y mis ovejas, para que entendiese que no era Señor del ganado, sino vicario suyo, y que habia de mirar por los fieles, como por ganado de Cristo, príncipe de los pastores [3], á quien habia de dar cuenta

[1] D. Thom. 2. 2. q. 24. art. 9. [2] Ad Tim. 1. 5. [3] 1. Petr. 5. 4.

Digitized by Google

de su oficio, como el mismo san Pedro lo entendió, y despues lo dejó escrito.

En lo cual resplandece grandemente la caridad del Salvador para con nosotros, pues por señal del amor que le tenemos, en recompensa de los innumerables beneficios que nos hace, pide á san Pedro que apacente sus ovejas, y que en eso muestre el amor que le tiene en amarlas, y tener cuidado de ellas. O Pastor soberano, cuán grande es el amor que tienes á tus ovejas; y cuánto deseas que los pastores criados tuyos las amen y apacienten por tu amor: Yo, Señor, deseo mostrar el amor que tengo en apacentar las ovejas que me has dado dentro de mí mismo, que son mis potencias y sentidos, rigiéndolas segun el órden de tu divina volúntad: y del mismo modo apacentaré las que me dieres fuera de mí, por ser ovejas tuyas, pues basta ser tuyas, para que mire por ellas, mucho mas que si fueran mias.

Ultimamente, ponderaré como le dijo tres veces[1]: Apacienta mis corderos y ovejas, para significar tres suertes de pastos que las ha de dar. Es á saber, apaciéntalas con el espíritu, orando por ellas, con la lengua, enseñándolas, y con la obra dándolas buen ejemplo. Apaciéntalas con doctrina, con sacramentos, y con ejemplos de buena vida, ayudándolas con todas las obras de misericordia, así espirituales como corporales, apacentando, no solo el espíritu, sino á sus tiempos el cuerpo. Todo esto encarga Cristo nuestro Señor á los pastores, amenazando terriblemente por Ezequiel[2], á los que no apacientan á las ovejas, sino á sí mismos, buscando en el oficio su honra é interés, y no el bien de las almas.

Punto segundo.—*Luego añadió el Señor: De verdad, de verdad te digo, que cuando eres mas mozo, tú te ceñias, é ibas donde querias: pero cuando te hagas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y llevará adonde no*

[1] D. Bern. ser. 2. de resurrect. [2] Ezech. 34. 2.

Digitized by Google

quieres. Esto dijo significando la muerte con que habia de glorificar á Dios[1].

Lo primero, se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor, debajo de esta parábola, descubrió á san Pedro la señal cierta del verdadero amor que le tenia, y del buen uso del oficio de pastor que le encargaba, que era morir muerte de cruz, como el mismo Señor habia muerto, en confirmacion de lo que dijo[2]: El buen Pastor dá su vida por las ovejas, y ninguna mayor caridad hay que dar la vida por sus amigos: y así para que entendiese Pedro á lo que se ofrecia, cuando dijo, que amaba mucho á Cristo, y lo que le ofrecia Cristo, cuando le dijo, que apacentase sus ovejas, añade, que moriria en cruz.

Lo segundo, se ha de ponderar, el espíritu de esta parábola, en la cual Cristo nuestro Señor toca dos modos de trabajos y mortificaciones[3]. Unos, que el hombre toma por su eleccion, negando sus apetitos, castigando su carne con penitencias y asperezas, y ofreciéndose á grandes trabajos, en los cuales el hombre se ciñe y aprieta á sí mismo; y aunque contradice á sus inclinaciones, pero vá á donde quiere, porque como ninguno le fuerza, toma los trabajos cómo, y cuándo quiere con su voluntad racional; y aun á veces se mezcla algo de voluntad propia, porque el amor propio suele tambien echarse en las cosas del espíritu. Este modo de mortificaciones es propio de los que son mozos en la virtud, fervorosos, y fuertes de complexion, y por él han de comenzar los principiantes.

Otros trabajos hay que nos vienen por mano agena de los hombres que nos persiguen, ó de los demonios que nos tientan, y atormentan, ó del mismo Dios que los traza para nuestra mortificacion, como son enfermedades y dolores, infamias, pobreza, y falsos testi-

[1] Joan. 21. 18. [2] Joan. 10. 11. [3] D. Aug. in illud. Psal. 49. Invoca me in die tribulationis.

Digitized by Google

monios, y otras persecuciones que se padecen por la justicia, como la padecieron los mártires. En estas el hombre extiende sus manos, abrazándolas, porque Dios lo quiere, pero otro es el que le ciñe, enclava, y crucifica, y lleva á donde él no queria, segun su voluntad natural. Este modo de trabajos es propio de gente anciana, y perfecta en la virtud, y le concede nuestro Señor á los que quiere hacer muy perfectos, porque está limpio de toda voluntad propia, y no se halla en él sino la voluntad de Dios, el cual es el que principalmente nos ciñe, *alius te cinget*. O dulcísimo Jesus, si tú eres el que de esta manera me ciñes, ordenando, ó permitiendo el aprieto de trabajos que padezca, cíñeme como quisieres con tu mano; porque aunque me parezca áspera, no será para mí sino muy blanda, y pues tú te ceñiste abrazando cosas ásperas, y extendiste tus manos en la cruz, á donde te ciñeron con duros clavos, llevándote á donde tu voluntad natural rehusaba, no es mucho que yo, tu siervo, me ciña, y sea ceñido, y llevado á donde mi carne y voluntad propia no querrian [1]. Estos dos modos de mortificacion he de abrazar en todo género de cosas. El primero, buscándole yo conforme á lo que dice David, hallé tribulacion, y dolor. El segundo, aceptándole cuando viniere, segun lo que él mismo dice: La tribulacion y la angustia me hallaron.

Lo tercero, ponderaré lo que dice el Evangelista: que san Pedro con este modo de muerte habia de clarificar á Dios, porque Dios es muy glorificado de nosotros, cuando de buena gana padecemos por él. O dichoso yo si mereciese extender mis manos como Pedro, y que otro me ciñese clarificando á Dios en tal modo de mortificacion! O dichosa mortificacion propia, con la cual se dilata y acrecienta la gloria divina! Muera mi alma con la muerte de los justos [2], y sean mis postri-

[1] D. Aug. ubi sup. [2] Num 23. 10.

Digitized by Google

merías semejantes á las suyas, y no muera con muerte de cualquiera manera, sino con aquella que mas ha de clarificar á Dios.

PUNTO TERCERO.—*Dicho esto, dijo el Señor á Pedro: Sígueme. Volviéndose Pedro, vió al discípulo á quien amaba Jesus que le seguia, y dijo á Jesus: Señor, qué ha de ser de este? Respondióle Jesus: Si yo quiero que se esté así hasta que yo vuelva, quid ad te? Qué te toca á tí saber esto? Sígueme tú.*

Aquí se ha de ponderar. Lo primero, como Cristo nuestro Señor levantándose de donde estaba sentado, comenzó á caminar, y dijo solo á san Pedro: Sígueme: para con este hecho confirmar lo que le habia dicho, dándole á entender, que le habia de seguir de otro modo diferente de los demás discípulos, no solamente en la vida evangélica y perfecta que todos abrazaron, sino tambien en el oficio de supremo Pastor, y en el modo de morir en cruz como él murió. Ó dulcísimo Maestro, dá mi alma: Sígueme en la muerte de cruz, para que muriendo como tú en la tierra, llegue á reinar contigo en el cielo.

Lo segundo, se ha de ponderar, como san Juan sin decirle Cristo nada, comenzó tambien á seguirle, porque la fuerza del amor que tenia á Cristo le llevaba trás él, y no le consentia apartarse de su compañía, y tambien la santa envidia de ver que Pedro le seguia; en lo cual se nos representa un modo de vocacion, ó llamamiento para seguir á Cristo sin palabras exteriores, el cual nace parte del amor y deseo de estar siempre con él, parte de ver el buen ejemplo de los que le siguen: especialmente cuando son nuestros amigos y conocidos, cuya conversion y mudanza de vida ayuda mucho á la nuestra. Y este modo tambien agrada á Cristo nuestro Señor, así como le agradó que san Juan le siguiese en este caso; y el mismo Señor interiormente le llamó, y le traia, diciéndole en el corazon: Sígueme, aunque no se lo dijo con la boca.

Digitized by Google

Lo tercero, se ha de ponderar, que aunque Pedro con celo de amistad, porque amaba á san Juan, deseó saber lo que habia de ser de él, y si habia de morir muerte de cruz, ó no: con todo eso Cristo nuestro Señor le reprendió; porque este deseo iba mezclado con curiosidad demasiada, pretendiendo saber lo que no le tocaba, y lo que es oculto á solo Dios, cuando él no lo revela, y así le dijo; *Puesto caso que yo quiera se quede así Juan hasta la fin del mundo, cuando venga á juzgarle, que te vá á tí? Sígueme tú.* Que es decir: No pertenece á tí ese cuidado, sino á mí que le amo, y tengo providencia de todo lo que le toca: lo que á tí toca es seguirme del modo que te he dicho. En lo cual nos dá tres avisos. El primero, que no nos entrometamos curiosamente en saber lo que no nos toca con ningun título aparente de amistad humana. El segundo, que en tales casos dejemos á la Providencia divina el cuidado de lo que pertenece á nuestros deudos y amigos, fiándonos de que Dios mirará por ellos. El tercero, que dejados los cuidados agenos, atendamos á lo que nos toca, que es seguir á Cristo en el modo de vida para que nos ha escogido, pues este cuidado basta para todo el hombre, y en este se suman todos, porque si yo tengo cuidado de seguir á Cristo, él le tendrá de mí, hasta llevarme consigo al eterno descanso de su gloria. Amen.

MEDITACION XIV.

DE LA APARICION Á TODOS LOS DISCÍPULOS EN EL MONTE DE GALILEA, Y DE LAS COSAS QUE LES MANDÓ, Y PROMESAS QUE LES HIZO.

Punto primero. — *Los once discípulos partiéronse á Galilea al monte que Jesus les habia señalado; y viéndole allí, le adoraron, aunque algunos dudaron*[1].

Aquí se ha de ponderar. Lo primero, como los on-

[1] Matth. 28. 16.

Digitized by Google

ce apóstoles partiéndose para Galilea por mandamiento de Cristo nuestro Señor, iban por el camino con grande gozo, con esperanzas de verle mas despacio, y por inspiracion del mismo Señor, iban dando noticia de su resurreccion á todos los discípulos que estaban derramados por Galilea, de los cuales, como lo apunta san Pablo [1], se recogieron mas de quinientos, y subieron al monte señalado, que se cree fué el monte Tabor, esperando allí la visita de su Maestro. En lo cual se nos representa la caridad y celo de los apóstoles en convocar á sus condiscípulos para que gozasen de esta dichosa vista, y tambien el fervor con que aquella multitud unida en caridad, subió al monte, dándonos á entender, que si yo quiero ver á Cristo con la vista de la contemplacion, y conocer sus misterios con luz celestial, he de procúrar subir al monte de la vida perfecta, y anhelar á la cumbre de la caridad y union fraterna, porque esto es lo que mas dispone para alcanzarla.

Lo segundo ponderaré, cuán liberalmente cumplió Cristo nuestro Señor la promesa que hizo á sus apóstoles, de que se les mostraria en el monte de Galilea; y es de creer que les descubriria algo de su gloria y resplandor, como descubrió á los tres, delante de quien se transfiguró en aquel mismo monte. O qué contentos y hartos quedaron aquellos santos varones, y cuán de buena gana dijeron aquellas palabras que dijo san Pedro en la transfiguracion: *Domine, bonum est nos hic esse.* Señor, bueno es quedarnos aquí contigo, sino es que otra cosa ordenes de nosotros. Todos los apóstoles le adoraron y reconocieron por su Dios; y si algunos dudaron, fueron de los otros discípulos mas imperfectos que al principio tuvieron alguna duda, pero con su presencia se la quitó, llenando á todos de alegría.

Punto segundo. — *Acercándose á ellos Jesus, les dijo: Dada me es toda potestad en el cielo y en la tierra: Id por*

[1] 1. Cor. 15. 6.

Digitized by Google

todo el mundo, enseñad á todas las gentes, y predicad el Evangelio á toda criatura.

Aquí se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor, por los méritos de su pasion y muerte alcanzó, en cuanto hombre, toda la potestad en el cielo y en la tierra: porque aunque era suya en cuanto Dios, y por otros muchos títulos, se le debia por la union hipostática, y por ser cabeza de ángeles y hombres. Pero tambien quiso ganarla por su punta de lanza, y por esto dijo á sus discípulos: Ahora se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. La potestad en el cielo, es para abrir sus puertas, y admitir dentro de él á los hombres, distribuyéndoles las sillas celestiales, y para mandar á los ángeles todo lo que quisiese en bien de sus escogidos. La potestad en la tierra, es para perdonar los pecados, trocar los corazones, y repartir sus gracias y dones espirituales con nosotros; y ambas cosas cumplió en subiendo al cielo; llevando consigo, como dice David, cautiva la cautividad de las almas justas, y repartiendo dones á los hombres. Gózome, Salvador mio de vuestra soberana potestad; y doy muchas gracias al eterno Padre que os la dió, pues con tanta justicia la habeis ganado. Alégrate, ó alma mia de tener tan poderoso Redentor, y no dudes de servir á quien puede hacer cuanto quisiere en el cielo y en la tierra. O Salvador mio, qué tengo yo en el cielo[1]? Y fuera de tí, qué otra cosa quiero yo sobre la tierra? Tú me bastas para todas las cosas, pues en tí, que todo lo puedes, las tengo todas.

Luego consideraré, como usando Cristo nuestro Señor de esta potestad, mandó á sus apóstoles que fuesen por todo el mundo, y enseñasen á todas las gentes, no solo á los hebreos, sino á los gentiles; y no solo á los nobles y poderosos, sino á cualesquiera por viles que fuesen, predicando el Evangelio á toda criatura, dan-

[1] Psalm. 71. 25.

Digitized by Google

do á todos noticia de los artículos de nuestra fe, así los que pertenecen á la divinidad y trinidad, como los que pertenecen á la humanidad. En lo cual se echa de ver como la voluntad de Cristo nuestro Señor es, como dice san Pablo[1], que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Porque como la bondad del Padre celestial[2] se muestra en que este sol corporal nazca para buenos y malos, y la lluvia caiga sobre justos y pecadores; así la caridad de su Hijo se descubre en que el sol de su Evangelio alumbre á todos los hombres del mundo, y la lluvia de su doctrina riegue los corazones humanos de toda la tierra, sin hacer diferencia de unos á otros, ni sin aceptar personas; porque todas son sus criaturas. O Padre amorosísimo, pues soy criatura tuya, alumbra este mundo abreviado que criaste, dando luz á todas mis potencias, y riégalas con el rocío de tu soberana doctrina[3], para que conozca á tí solo Dios verdadero, y al que enviaste al mundo Jesucristo tu Hijo, de tal manera, que obrando conforme á este conocimiento, alcance la vida eterna. Amen.

PUNTO TERCERO. — *Bautizadles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo, enseñándoles á guardar todas las cosas que os he mandado*[4].

Aquí se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor despues que mandó á sus apóstoles, que enseñasen las cosas de la fe á todos los hombres, que era como catequizarles y disponerles para el bautismo, les mandó otras dos cosas. La primera fué, que los bautizasen en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo; con lo cual trocó el rigor de la circuncision en la blandura del bautismo, así como trocó las leyes, cuya entrada eran: porque la circuncision era puerta y entrada de la ley vieja, que era ley de temor y de siervos, y así los cauterizaba y señalaba con una señal exterior, dolorosa y afrentosa, cortando parte de su carne, con derra-

[1] 1. Ad Tim. 2. 4. [2] Matth. 5. 45. [3] Joan. 17. 3. [4] Matth. 28. 19.

Digitized by Google

mamiento de sangre. Pero el bautismo es puerta y entrada de la ley nueva, que es ley de gracia y de amor, ley de hijos, escrita principalmente en sus corazones; y así los señala con un lavatorio blando de agua, en señal del lavatorio interior del alma, donde les imprime el carácter ó señal del cristianismo, y les comunica la gracia y caridad propia de hijos. De aquí es, que este bautismo se dá en nombre de la santísima Trinidad, porque todas tres Personas hacen maravillosos efectos en el bautizado. El Padre le toma por hijo adoptivo, heredero de su cielo, recibiéndole debajo de su proteccion. El Hijo de Dios, le toma por hermano y compañero de su herencia, y de los merecimientos y frutos de su pasion, recibiéndole por su discipulo y amigo muy querido. El Espíritu santo, toma el alma por esposa suya, adornándola con las dotes de las virtudes sobrenaturales, desposándola consigo en fe, y caridad y misericordia muy copiosa. Y toda la santísima Trinidad la toma por su templo y morada, entrando dentro de ella con deseo de permanecer para siempre en ella, y de unirla consigo con union de amor, á semejanza de la union que tienen las tres divinas Personas en su divina esencia. Estos son los nombres gloriosos que Isaías llama nombres nuevos [1], que pone Dios al bautizado y al cristiano que está unido con Cristo, y es Hijo, amigo, compañero y discípulo suyo, y su alma esposa de este Dios infinito. Alábente, Señor, todas las jerarquías de los ángeles, por las innumerables mercedes que has hecho á los hombres, y les haces por medio de este soberano Sacramento. Con qué te pagarémos la suavidad que tienes con nosotros, habiéndolas tú comprado con tu preciosa sangre? Tu cuerpo fué cauterizado con terribles llagas para ungir mi alma en el bautismo con excelentes gracias, vistiéndola con la vestidura de tu gracia: mas qué digo, de tu gracia? Tú mismo eres su

[1] Isai. 62. 2.

Digitized by Google

vestidura, pues como dice el Apóstol[1]: Todos los que hemos sido bautizados en Cristo, nos habemos vestido de Cristo, y pues siendo sumidos en el agua, salimos renovados con tu gloriosa resurreccion: confirma en mí lo que has comenzado, renovando la dignidad que me diste en el bautismo, para que llegue á gozarla cumplidamente en la gloria. Amen.

La segunda cosa que les mandó, fué que enseñasen á los bautizados, como habian de guardar todas las cosas que les habia mandado; como quien dice: no se han de contentar con ser bautizados, sino tambien han de vivir vida digna de la fe y gracia que les doy en el bautismo, guardando, no los preceptos y ceremonias que mandó guardar Moisés en su ley escrita, porque todo eso está ya abrogado, sino todas las cosas que yo os mandé cuando publiqué mi ley evangélica. De suerte, que por este mandato Cristo nuestro Señor quitó de nuestras cervices el yugo pesado de la ley vieja, de quien dice san Pedro en nombre de todos los apóstoles[2]; que ni ellos, ni sus padres le pudiérón llevar, y en su lugar nos pone el yugo suave y la carga ligera de la ley evangélica, con obligacion de que guardemos todos sus preceptos sin quebrantar ni uno solo. Gracias te doy, ó dulcísimo Maestro, por haber trocado el yugo pesadísimo de Moisés, en el yugo suavísimo de tu Evangelio[3], para descanso de nuestras almas. Justo es, Señor, que yo cumpla todos tus preceptos, pues son pocos y suaves, puestos por tí, á quien tanto debo, por lo mucho que has hecho y padecido por mí. Deseo guardarlos, y enseñar á otros que los guarden, pues tú dijistes, que quien hiciese y enseñase, seria grande en tu reino: ayúdame con tu doblado espíritu, para cumplir ambas cosas que aquí has mandado.

PUNTO CUARTO.—*El que creyere y fuere bautizado será salvo: el que no creyere, será condenado.*[4]

[1] Ad Gal. 3. 27. Ad Rom. 6. 3. [2] Actuum 15. 10. [3] [illegible]
[4] Marc. 16. 16.

Digitized by Google

Esta promesa y amenaza, añade Cristo nuestro Señor, para alentarnos al cumplimento de lo que manda. No promete, ni amenaza bienes ó males corporales y temporales, como en la ley vieja, sino bienes ó males espirituales y eternos, que son gozar de la salvacion que nos ganó con su pasion y muerte, ó carecer de ella para siempre; que es decir: El que creyere y fuere bautizado, y cumpliere lo demás que os he mandado, alcanzará perdon de sus pecados, salud espiritual de su alma por mi gracia, y despues la vida eterna; y quien no creyere, perderá todo esto; y así mismo quien cree con la fe[1], pero con las obras niega conocer á Dios, tambien será condenado. Porque no conforma la vida con la creencia, ni cumple con la obra lo que prometió en el bautismo. O Dios de mi alma, descúbreme los tesoros innumerables que están encerrados en esta palabra, será salvo, para que el amor de ellos me solicite á cumplir todo lo necesario para salvarme. Y tambien me descubre el abismo de miserias que está encerrado en esta palabra; será condenado, para que me aguije el temor de tan terribles males, cuando no me despertare el amor de los celestiales bienes.

Tambien ponderaré la infinita caridad y liberalidad de Cristo nuestro Señor, que resplandece, en no haber dicho: Quien no creyere, ni fuere bautizado, se condenará; sino solamente: Quien no creyere; para enseñarnos, que aunque es verdad que quien deja el bautismo por desprecio, ó notable descuido, se condenará[2]: porque quien no nace de agua y Espíritu santo, no puede entrar en el cielo, pero cuando el hombre tiene deseo de recibirle, y sin culpa suya no puede, no se condenará, si tiene viva fe y dolor de sus pecados, porque ya espiritualmente está engendrado, é incorporado con Cristo, en virtud de la contricion y propósito de bautismo, y no quiso este Señor estrechar la entrada en el

[1] Ad Titu. 1. 16. [2] Joan. 3. 5.

Digitized by Google

cielo á cosa que el hombre capaz de razon, sin culpa suya, no pudiese recibir [1].

Punto quinto.—*Los que creyeren, harán estas señales y milagros: En mi nombre echarán los demonios: hablarán nuevas lenguas: quitarán las serpientes: si bebieren alguna cosa mortal, no les dañará: pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán* [2].

Esta promesa se puede ponderar en tres sentidos. El primero, es á la letra de la facultad que dió Cristo nuestro Señor á los fieles para hacer estos milagros, cuando conviniese para la dilatacion de la fe, y conversion de las almas. La cual potestad resplandeció mucho en la primitiva Iglesia; y ahora tambien la concederá, cuando fuere menester para su gloria: y es muy importante, que esta fe y confianza esté viva en nosotros, pues es palabra infalible de este Señor, que si tuviéremos fe como un grano de mostaza, y dijéremos á un monte, que se pase de una parte á otra, se hará, y nada nos será imposible.

El segundo sentido, es de la facultad que el dia de hoy tienen los predicadores, sacerdotes y confesores, para obrar estas señales espiritualmente en las almas de los fieles: porque como dice san Gregorio [3]: echan de ellos los demonios cuando los absuelven, y libran de sus pecados: hablan en nuevas lenguas cuando con el espíritu de Cristo, y con lenguaje del cielo les predican la doctrina de la verdad: quitan las serpientes, cuando echan de ellos las enemistades y rencores, y las astucias de Satanás: beben el veneno, sin que les dañe, cuando conversan con los malos; y oyen sus maldades, sin que se les pegue mal alguno: ponen las manos sobre los enfermos, y sanan, cuando con sus amonestaciones y ejemplos esfuerzan á los flacos en la virtud. O Salvador de las almas, envia muchos obreros por este mun-

[1] D. Th. 3. p. q. 68. art. 2. [2] Matth. 17. Marc. 16. 17. [3] Homil. 29. in Evang.

Digitized by Google

do, que obren tales maravillas, con las cuales la fe se dilate, y la caridad se avive, y la gloria de tu Padre celestial en todos se acrecente.

El tercer sentido, es de la potestad que tiene cada uno de los fieles para obrar en sí mismo tales señales en virtud de Cristo, porque como dice san Bernardo[1]: echamos los demonios de nosotros, cuando tenemos contricion y perfecto dolor de nuestros pecados: hablamos nuevas lenguas, cuando dejamos el lenguaje del viejo Adan terreno, y hablamos el lenguaje del nuevo Adan celestial, ocupándonos en la accion de gracias, y en las divinas alabanzas, y en hablar siempre de cosas agradables á Dios: quitamos las serpientes, cuando apartamos de nosotros las ocasiones de tornar á pecar, y todo lo que nos puede emponzoñar en el corazon: bebemos el veneno, sin que nos dañe, cuando mal que nos pese sentimos las sugestiones y tentaciones de la carne, pero no consentimos con ellas: ponemos las manos sobre los enfermos, y sanan, cuando curamos las enfermedades de nuestra alma, y sus pasiones, con el ejercicio de las buenas obras, y de las penitencias, y mortificaciones. Estas son las señales de los que creen como han de creer; las cuales pueden hacer no en su nombre, sino en el nombre, y virtud de Cristo. O Cristo poderosísimo y fidelísimo, en ti creo, y en tí espero, y así en tu nombre quiero comenzar estas maravillas, fiándome de tu misericordia, que conforme á tu promesa, me ayudarás para obrarlas.

MEDITACION XV.

DE OTRA PROMESA QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SUS DISCÍPULOS, DE ESTAR CON ELLOS HASTA LA FIN DEL MUNDO.

Dichas las cosas que quedan referidas, añadió Cristo nuestro Señor: *Et ecce Ego vobiscum sum omnibus diebus*

[1] Serm. 1. de Ascens.

Digitized by Google

usque ad consummationem sæculi[1]. Mirad que yo estoy con vosotros todos los dias, hasta la fin del mundo. Esta promesa es de las mas regaladas y gloriosas que Cristo nuestro Señor hizo á sus apóstoles, y en cada palabra de ella hay mucho que considerar, ponderando quién es la persona que hace esta promesa, qué causas le mueven, cómo la cumple, con qué personas, con qué continuacion, y por cuánto tiempo: porque todo esto se toca en las palabras propuestas, y la primera que es *Ec e*, nos convida á que las consideremos.

Punto primero. —Lo primero, se ha de considerar las causas que tuvo Cristo nuestro Señor para decir á sus discípulos que se quedaba con ellos. La primera para consolárlos en la ausencia que habia de hacer, subiéndose al cielo, y en la ausencia que sentian no viéndole sino es de tarde en tarde en estos cuarenta dias, como quien dice: aunque yo me voy al cielo, y aunque ahora os veo pocas veces, pero sabed, y tened por cierto, que estoy con vosotros invisiblemente. No os dejaré huérfanos sin padre, y sin consolador, porque aunque no me veais, estoy con vosotros siempre tan presente, como si me vieseis. La segunda causa, fué para esforzarlos en la empresa que les encargaba enviándoles por el mundo á predicar, y bautizar, y hacer milagros, asegurándoles, que siempre andaria con ellos para su ayuda: como si les dijera: no desmayeis por veros flacos para tan alta empresa, porque yo mismo estoy siempre con vosotros, fortaleciendo vuestra flaqueza; y yo tengo de hacer estas obras en vosotros, y os acompañaré donde quiera que fuereis, sin apartarme de vuestro lado. La tercera causa, fué para avivarlos en la ejecucion de todo lo que les mandaba, porque sabiendo que estaba con ellos presente mirando como trabajaban en su oficio, esta memoria les haria cuidadosos y diligentes en hacerle sin faltas é imperfecciones, antes con

[1] Matth. 28. 20.

Digitized by Google

toda la perfeccion que pudiesen, como quien estaba á la mira de su Maestro y Señor, á quien deseaban agradar.

Estas tres razones tengo de aplicar á mí mismo, imaginando como es verdad que por ellas me dice Cristo nuestro Señor: *Ecce Ego tecum sum*, mira que yo estoy contigo presente, como consolador, y como ayudador, y como testigo de lo que haces; por tanto nunca te olvides de mí, sino siempre acuérdate que yo estoy contigo en tus trabajos para consolarte; en tus ministerios y oficios para ayudarte; y en todas tus obras para juzgarte y galardonarte. O dulcísimo Señor, si tú estás conmigo, qué me puede faltar? O Dios invisible, concédeme que viva como si siempre te viera. No me dejes huérfano, pues eres mi padre, ni me dejes desconsolado, pues eres mi consolador; asiste siempre conmigo, pues sabes que sin tí nada puedo, y contigo lo podré todo; y advirtiendo que me miras, se avivará mi tibieza con tu presencia.

Punto segundo.—Lo segundo se ha de considerar la grandeza de esta promesa que se encierra en estas tres palabras: *Ego vobiscum sum*. Yo estoy con vosotros.

Ponderando, lo primero, quién es este que dice, yo: No dice como á Moisés [1]: Yo enviaré mi ángel que vaya delante de tí, y te guarde en el camino, y te entre en la tierra de los cananeos, sino yo mismo, dice, estoy con vosotros, y os acompañaré en vuestra jornada, y os guardaré, y entraré en la tierra de los gentiles. Yo, Dios omnipotente, infinito y eterno, á cuya voluntad ninguno puede resistir. Yo, vuestro Salvador, que vencí al demonio, despojé al infierno, y he destruido el reino del pecado, y la tiranía de la muerte [2]. Yo, á quien ha sido dada toda la potestad en el cielo, y en la tierra, os envio por el mundo como mi Padre me envió á mí, asistiendo con vosotros, como él asistió conmigo. Yo, vuestro maestro, y protector, cuyo poder, liberalidad y amor

[1] Exod. 23. 20. et 23. [2] Matth. 28. 18.

Digitized by Google

habeis experimentado, y soy el mismo que solia: Yo estoy con vosotros, y soy vuestro compañero invisiblemente, como hasta aquí lo he sido corporalmente.

Y en decir, *vobiscum sum*, abraza todos los modos que hay de estar con ellos. El primero, es comun á todas las criaturas con las cuales está presentísimo, dándolas el ser, vida y movimientos que tienen. El segundo, es comun á todos los justos, con los cuales está por gracia, dándoles la vida sobrenatural y las virtudes. El tercero, es especial á los muy escogidos, con los cuales está con particular providencia, cuidando de ellos, y obrando por ellos obras grandes y maravillosas. El cuarto, es por el santísimo Sacramento del altar, en el cual asiste real y verdaderamente, en cuanto Dios, y en cuanto hombre para ser nuestra comida y sustento espiritual. De todas estas maneras está nuestro Señor en su Iglesia cuidando de ella, y gobernándola, como el rey está en su reino, el piloto en su navío, el padre de familias en su casa, y el maestro en su escuela; y todo esto promete cuando dice: Yo estoy con vosotros: esto es, con vosotros que representais mi Iglesia universal, y con vosotros que sois mis discípulos queridos, y con todos los que os imitaren y siguieren. Gracias te doy, dulcísimo Jesus, por tan liberal y magnífica promesa como haces á tu Iglesia, y á los discípulos de tu escuela. Dichosos aquellos con quien estás con tan regalados modos de presencia. O si siempre estuvieses conmigo de esta manera, para que siempre yo estuviese contigo; sirviéndote y amándote sin apartarme de tí por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar la continuacion y duracion de esta presencia, que se declara en las dos palabras postreras: *Todos los dias, hasta la fin del mundo*. De suerte, que Cristo nuestro Señor está con nosotros, no dias interpolados, un dia sí y otro no, sino todos los dias y todas las horas y mo-

Digitized by Google

mentos del dia : y no por tiempo limitado de mil ó dos mil años, sino hasta que el mundo se acabe ; en lo cual nos asegura que su Iglesia durará hasta la fin del mundo, y por consiguiente sus leyes, sacramentos y sacrificios : y así que el dia de hoy está con nosotros, y el de mañana estará tambien hasta el dia postrero : y acabado el mundo, estará con los suyos mucho mejor, por otro modo mas excelente, que dure toda la eternidad. Por todo lo cual tengo de dar gracias á este Señor, y suplicarle me haga participante de esta merced, que siempre en todo tiempo y lugar esté conmigo, sin apartarse ni un solo momento de mí, hasta la fin de mi vida, proponiendo no apartarme, ni olvidar de él en cuanto me fuere posible, acordándome de lo que dice san Agustin [1] : *Sicut nullum est momentum, quo homo non fruatur, vel utatur pietate divina, sic nullum debet esse momentum, quo eum præsentem habeat in memoria.* Como ningun momento de tiempo hay, en el cual el hombre no goce, y se aproveche de la divina piedad ; así no ha de haber momento, en el cual no le tenga presente en su memoria. Justo es, Dios mio, que pues tú siempre estás conmigo, y me tienes presente delante de tí, yo tambien siempre esté contigo, y te tenga presente delante de mí. Mas porque esto excede á mis flacas fuerzas, concédeme por tu gracia lo que deseo, pues con ella me será fácil lo que sin ella no puedo.

MEDITACION XVI.

DE VARIAS APARICIONES QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SUS DISCÍPULOS, LOS CUARENTA DIAS QUE ESTUVO CON ELLOS, Y DEL MODO COMO ESPIRITUALMENTE VISITA LAS ALMAS, FIGURADO POR ESTAS APARICIONES.

Demás de las apariciones que quedan referidas, es cierto haber habido otras muchas, por lo que dice san

[1] In manu. c. 29. et D. Bern. de interior. dom. c. 9.

Digitized by Google

Lucas[1] : *Que á sus discípulos se mostró vivo con muchas señales, por cuarenta dias, apareciéndoseles y hablándoles del reino de Dios*. En las cuales palabras se han de considerar algunas cosas que tocan á estas apariciones, ponderando juntamente el espíritu que está en ellas, en cuanto representan las visitas espirituales que Cristo nuestro Señor hace invisiblemente á las almas.

Punto primero.— Lo primero se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor por espacio de estos cuarenta dias, aunque estaba siempre con sus discípulos invisiblemente, al modo que queda referido, pero de cuando en cuando, para su consuelo, se les mostraba vivo, resucitado y glorioso, probándoles con varios argumentos muy eficaces, ser el mismo que habia muerto. Unas vecés dándoles á tocar sus llagas, otras comiendo con ellos, otras haciendo algunos milagros, como entrar cerradas las puertas, y pescar muchedumbre de grandes peces; y otras alegándoles razones y testimonios de las divinas Escrituras, que hablan de esto; y de esta manera los alentaba y consolaba, cada vez que se les aparecia.

Esto mismo hace Cristo nuestro Señor con las almas de sus escogidos, con las cuales al modo arriba dicho, está invisiblemente todo el tiempo de su vida, figurado como dice san Agustin[2], por estos cuarenta dias, pero de cuando en cuando se les aparece: esto es, las visita interiormente, y las regala y consuela, dándoles algunas señales y testimonios de su presencia, con especiales inspiraciones y afectos de amor: con dulzuras y devocion sensible, que es refeccion del espíritu, con mudanzas maravillosas que obra dentro del corazon, y con ilustracion é inteligencia de verdades de la Escritura que les comunica. Por estos argumentos, *Præbet seipsum vivum*, se les muestra vivo; y conocen que

[1] Actu. 1. 3. D. Th. 3. p. q. 55. art. 5. et 6. [2] Lib. 2. de consensu Evang. c. 4. D. Th. 3. p. q 55. ar. 3.

Digitized by Google

quien está dentro de ellas es Dios vivo, y que como vivo obra en ellas tales obras. Y cuando comulgan, algunas veces tambien se les muestra vivo de esta manera, dándoles señales de que han recibido el pan vivo, que bajó del cielo: porque les comunica alguna luz ó amor, ó deseos y propósitos de nueva vida, dolor de pecados, y afectos encendidos de devocion: por los cuales conocen que lo que han recibido no es pan solo, ni cosa muerta, sino viva. O Dios invisible, presentísimo y ausentísimo, que á veces te escondes de manera, que parece estás muy ausente, y á veces te descubres de modo que echamos de ver que estás muy presente. Ven, Señor, á mi alma, y visítala con tu dulce presencia, muéstrateme como Dios vivo y verdadero, haciendo en mí tales obras, que den testimonio de quien tú eres. O Amado de mi corazon, concédeme que de tal manera te reciba en el Sacramento, que luego eche de ver que he recibido Pan vivo, y Pan de vida[1]: mi alma ha tenido sed de tí, Dios fuerte y vivo, no la dejes, Señor, hambrienta y sedienta, no quede seca y desmedrada como si hubiera recibido cosa muerta.

De aquí tengo de sacar algunos avisos. El primero, que aunque Dios está presente en todo lugar y dentro de mí; pero por mi culpa no se me muestra como Dios vivo, ni siento efecto de su presencia, ni me acuerdo de él, mas que sino estuviera presente, ó como si fuera cosa muerta; y así he de procurar quitar las culpas y congojosos cuidados que me impiden tanto bien. El segundo, que muchas veces comulgo, y no siento que reciba á Dios vivo, antes me quedo como si hubiera recibido cosa muerta, porque mi ruin disposicion no merece, que Cristo nuestro Señor la consuele, ni obre en ella señales de su viva presencia. El tercero, que los argumentos que dá Dios de su presencia, son argumentos de Dios vivo y verdadero, á diferencia de otros que sue-

[1] Psalm. 41. 3.

Digitized by Google

le contrahacer el mal espíritu, transfigurado en ángel de luz, y con máscara de Dios, siendo Dios falso y fingido. Y así tengo de suplicarle, que cuando me hiciere merced de visitarme, sea con efectos propios suyos, librándome de los engaños de Satanás, y de los que suele tramar mi propio juicio errado y desatinado.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar, como en estas apariciones Cristo nuestro Señor hablaba con sus discípulos del reino de Dios. Unas veces trayéndoles á la memoria algunas cosas que les habia dicho antes de su muerte. Otras veces descubriéndoles nuevos misterios y secretos pertenecientes á los sacramentos, y sacrificios, y modos del culto divino, de los cuales muchos se conservan ahora por tradicion. Otras veces, como maestro, les declaraba las divinas Escrituras, dándoles luz para que las entendiesen. Finalmente, nunca les hablaba de cosas vanas, ó curiosas, ó impertinentes, sino solamente las que pertenecian al reino de Dios, esto es, á la justicia, paz y gozo en el Espíritu santo, para bien de su Iglesia [1]. Y en estas pláticas algunas veces les reprendia por su incredulidad y dureza. Otras veces les alentaba y esforzaba, y les abrasaba el corazon en su amor, pero siempre les dejaba con paz y consuelo, sin que se cansasen de oirle hablar.

Esto mismo hace Cristo nuestro Señor, cuando espiritualmente visita las almas, á las cuales siempre en estas visitas habla algunas palabras al corazon, conforme á lo que dice David [2]: Oiré lo que habla mi Señor, porque hablará paz para su pueblo. Y á lo que dice por Oseas [3]: Llevaréla á la soledad, hablárela al corazon. Estas hablas son por inspiraciones é ilustraciones secretas, en las cuales no les dice cosas vanas, ni curiosidades impertinentes, sino solamente las que pertenecen al reino de Dios, á la justicia y santidad, y ejercicio de

[1] Ad Rom. 14. 17. [2] Psalm. 84. 9. [3] Oseæ 2. 14.

Digitized by Google

las virtudes, á la paz de la conciencia con Dios, consigo, y con sus prójimos, y al gozo puro en el Espíritu santo, descarnado del gozo sensual y mundano. Unas veces les trae á la memoria cosas que han leido ú oido, dándoles vivo sentimiento de ellas. Otras veces les descubre nuevas verdades, y les infunde nuevos afectos, que nunca habian tenido; unas veces les reprende de sus faltas y tibiezas, otras les exhorta y alienta á la perfeccion, y por estas pláticas tambien se descubre, que es Cristo el que habla, porque las pláticas del espíritu del demonio, mundo y carne, son muy contrarias á estas[1]. O amantísimo Salvador, ven al alma de tu siervo, y visítala, y háblala al corazon, como sueles, del reino de Dios, para que cobre cada dia nueva estima y amor de este reino, y nunca cese de buscarle, hasta que le alcance con perfeccion en esta vida, y despues le vea y goce claramente en la otra.

Punto tercero.—Lo tercero, se ha de considerar algunas propiedades de las visitas de Cristo nuestro Señor, que resplandecen en esta aparicion que hizo á sus apóstoles.

La primera, estas apariciones no eran continuas, sino interpoladas, y de cuando en cuando, aunque á unos con mas frecuencia que á otros, por su mejor disposicion, y por el mayor deseo de ver á Cristo. Es de creer que á la Vírgen nuestra Señora aparecia cada dia ó muy amenudo: á san Pedró mas veces que á otros, por su mayor fervor y amor. Así tambien las visitas de Cristo á las almas son interpoladas ó menos frecuentes, conforme á la voluntad del Señor, que las visita, y á la dignidad y fervor de la que ha de ser visitada: y así á mi cuenta está tener siempre, como los apóstoles, un ardiente deseo de ver á Cristo nuestro Señor, y gozar de su presencia y visita interior, no por mi solo gusto, sino porque le amo, y querria estar siempre con él,

[1] En el punto 3. se dirá de esto.

Digitized by Google

por el grande bien que de aquí me resulta, y como la Esposa puedo decir á los ángeles y almas de los bienaventurados[1]: Adjúroos hijas de Jerusalen, que si hallaredes á mi Amado le digais como estoy enfermo de amor, deseando su dulce presencia, para confortar con ella mi flaqueza.

La segunda propiedad, es, que estas apariciones eran de repente, y cuando menos pensaban los apóstoles, duraban poco tiempo, y á veces de repente se les desaparecia, como á los discípulos de Emaús, dejándolos, como dicen, con la miel en la boca. Así tambien las visitas interiores suelen venir de repente, y cuando mas descuidados estamos: y tambien suelen durar poco tiempo, y de repente se acaban, porque quiere nuestro Señor que andemos con esta continua mudanza, colgados de su misericordia, y que un poco le veamos[2], y otro poco no le veamos; un poco estemos alegres con su presencia, y otro poco tristes con su ausencia, y deseosos de que vuelva. Y así dice san Bernardo[3], que en esta vida puede haber alegría con la presencia del Esposo, pero no hartura, porque aunque nos alegra su visita, pero molestanos la mudanza; y cuando viene *Est rara hora, brevis mora*[4], es pocas veces, y por poco tiempo, porque este silencio que se hace en el cielo del alma justa, apenas dura media hora. En lo cual nos hemos de conformar con la divina voluntad, ciertos de que todo vá encaminado á nuestro mayor provecho.

La tercera propiedad, es, que así como las apariciones no eran siempre á un mismo tiempo, ó lugar, ó en una misma ocupacion, sino en diferentes; porque á la Magdalena se le apareció en el huerto, junto al sepulcro; á dos discípulos en el camino de Emaús; y á los once apóstoles en el cenáculo; á otros siete á la ribera

[1] Cantic. 5. 8. [2] Joan. 16. 16. [3] Ser. 32. in Cantic. [4] Apoc. 8. 1. D. Greg. lib. 30. Moral. c. 12.

Digitized by Google

del mar; y á otros en el monte de Galilea: así tambien las visitas interiores no tienen lugar, ni tiempo, ni ocupacion determinada, porque suelen suceder en la oracion, y en la leccion espiritual, en la mesa ó en el ejercio de alguna buena obra: á veces en el recogimiento, y en el dia de fiesta, y á veces en el campo, y en el dia de trabajo, porque quiere nuestro Señor, que en todo tiempo, lugar y ocupacion, estemos aparejados de tal manera, que no pongamos impedimento á su visita y consolacion, y que siempre estemos colgados de su providencia, porque, *spiritus ubi vult spirat*[1], el espíritu inspira donde quiere, visitándonos con sus inspiraciones, en el lugar, tiempo, y ocasion que le parece.

La cuarta propiedad, es, que en estas apariciones algunas veces precedian visitas de ángeles, otras veces se mostraba Cristo nuestro Señor en diversa figura y traje, y poco á poco se iba manifestando; y otras veces de repente se manifestaba del todo, ya con mucho resplandor, como á la Vírgen nuestra Señora, ya con poco, conforme á la disposicion de las personas á quien se aparecia; de la misma manera en las visitas espirituales de las almas comunica nuestro Señor la luz, y conocimiento de su divina presencia, y los demás favores interiores, en varios modos, conforme á la ordenacion de su eterna sabiduría, y á la disposicion de las almas á quien visita. Lo que de nuestra parte hemos de procurar, es un ánimo generoso, y confiado, esperando y deseando de nuestro Señor, no menos que á él mismo, y pidiéndole siempre lo mejor, y lo que mas le agrada, porque esta grandeza de confianza, y esta generosidad de corazon, como dice san Bernardo[2], alcanza de Dios grandes cosas, á imitacion de un Moisés, que dijo á Dios: *Ostende mihi teipsum*[3]. Muéstrateme á tí mismo, y oyó por respuesta: *Ego ostendam tibi omne bonum*. Yo te mostraré todo el bien. Y de un David, que

[1] Joan. 3. 8. [2] Ser. 32. in Cantic. [3] Exod. 33. 18.

Digitized by Google

decia [1]: A tí dijo mi corazon, mi rostro te buscó, y tu rostro buscaré: y con esta determinacion llegó á tanta alteza, que vino á decir [2]: Qué tengo yo en el cielo, y fuera de tí, qué otra cosa deseo yo sobre la tierra? Estos, y otros efectos semejantes puedo despertar en mi corazon, diciendo á Cristo nuestro Señor, unas veces como san Felipe [3]: Señor, muéstranos á tu Padre, y bástanos. Otras veces como la Esposa [4]: O Amado de mi alma, muéstrame donde apacientas, y sesteas á medio dia; descúbreme con tu lumbre celestial el lugar donde al medio dia con ferviente amor dormiste el sueño de la muerte, y á donde con luz clara, como de medio dia, manifiestas á los bienaventurados tu soberana gloria [5]. Y descúbreme tambien los caminos del fervor, para que aproveche, y crezca en tu servicio, sin parar hasta que llegue á la luz del perfecto dia. Amen.

MEDITACION XVII.

DE LA APARICION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SUS APÓSTOLES EL DIA DE LA ASCENSION.

Punto primero. — Llegado el dia que Cristo nuestro Señor habia determinado subirse á los cielos, como habia amado á los suyos [6], que estaban en este mundo, al fin les dió mayores señales de amor: y para esto aquel dia se apareció á los discípulos en el cenáculo, estando comiendo, y comió con ellos amigablemente, con grandes muestras de amor: y luego les dijo como aquel dia se habia de partir para su Padre: y es de creer, que para consolarlos de la tristeza que esta nueva les causó, renovó algunas de las razones que les dijo en el sermon de la cena.

Lo primero les diria [7]: *Voy á aparejar lugar para vosotros, y otra vez vendré, y os llevaré conmigo, para*

[1] Psal. 26. 8. [2] Psal. 72. 25. [3] Joan 14. 8. [4] Cantic. 1. 6. [5] Prov. 4. 18. [6] Marc. 16. 14. Lucæ 24. 36. Actu. 1. 4. [7] Joan. 14. 2.

Digitized by Google

que donde yo estoy esteis vosotros. Como quien dice: Yo subo al cielo, para abrir sus puertas, y dar entrada á los justos que le han merecido, para que gocen de las moradas que están aparejadas en la casa de mi Padre: Alegraos, que yo volveré por vosotros en la hora de vuestra muerte, y os llevaré conmigo, poniéndoos en el lugar que mi Padre os tiene señalado. O Amado mio, subid en hora buena al cielo, pues es vuestro, y para Vos principalmente fué criado; pero no os olvideis de volver por mí, para que yo llegue á estar donde Vos estais, ayudándome con vuestra gracia, para que sea digno de que me admitais en vuestra gloria.

Luego les diria la otra razon [1]: *Si me amais, habeis de holgaros, porque voy á mi Padre, porque mi Padre es mayor que yo*: Que es decir: Si me teneis amor, habeis de holgaros de mi honra, y de mi contento, porque subo á mi Padre, que está en los cielos, el cual es mayor que yo, en cuanto soy hombre, y me ha de honrar, y glorificar, poniéndome á su mano derecha, á donde goce con quietud del reino eterno, que con mi pasion he conquistado. Gózome, ó dulce Jesus, de que subais á vuestro Padre, porque os amo mas que á mí, y deseo mas vuestra honra que la mia. Y pues vuestro Padre tambien lo es mio, tengo grande confianza que despues me llevaréis á gozar de su divina presencia.

Lo tercero, añadiria tambien [2]: *A vosotros importa que yo me vaya, porque sino me fuere, no vendrá el consolador: pero si me fuere, yo os lo enviaré.* Como quien dice: No solo importa á mi honra el subirme al cielo, sino tambien á vuestro provecho, para que se perfeccione vuestra fe, y se levante vuestra esperanza, y se purifique vuestra caridad, y venga del cielo la plenitud del divino Espíritu, porque si yo no subo, no vendrá á vosotros el Espíritu santo: así porque está decre-

[1] Joan. 14. 23. [2] Joan. 16. 7.

Digitized by Google

tado que yo suba primero, y desde allá os le envie, como tambien porque vosotros no estais bien aparejados para recibirle, porque estais apegados con un modo de amor carnal á mi corporal presencia: y es menester que os descarneis de ella, para recibir don tan soberano. Por tanto, alma mia, mira bien que tu Dios es espíritu, y quiere ser amado con amor espiritual, desnudo de todo resabio de amor propio. Y si amar la presencia corporal de Cristo, con amor menos puro, y algo interesado, impide la venida del Espíritu santo, cuánto mas la impedirá amarte á tí misma, ó á otra criatura alguna con amor desordenado? O dulce Salvador, gobernad como quisiéreis mi alma; y si para su provecho es menester que os ausenteis de ella, cuanto al consuelo sensible, hágase vuestra voluntad, porque cierto estoy que á su tiempo la daréis el Espíritu consolador, con la plenitud que la conviene, para durar en vuestro amor.

Punto segundo. — Habiendo Cristo nuestro Señor consolado á sus discípulos, les dijo [1]: *Sedete in civitate, donec induamini virtute ex àlto.* Estaos quedos en la ciudad, hasta que seais vestidos con la virtud de lo alto. En las cuales palabras les promete la venida del Espíritu santo, pero con modo muy misterioso, como se verá ponderando cada palabra de por sí.

Lo primero, les dice, que se sienten y estén quedos, para enseñarles que la quietud del cuerpo y del espíritu con sosiego de corazon, es importante para recibir este don celestial, y tambien para avisarles que le esperen con paciencia y espacio, sin apresurarse mas de lo que conviene, dejando el cuidado de esto á Dios, y á esta causa no les quiso señalar el dia en que les pensaba enviar el Espíritu santo, porque cada dia le esperasen, y le pidiesen, y se aparejasen para recibirle: solamente les dijo que serian bautizados con el Espíri-

[1] Lucæ 24. 49.

Digitized by Google

tu santo [1]. *Non post multos hos dies.* No de aquí á muchos dias, para que tuviesen algun consuelo de que no seria muy larga la dilacion. De donde sacaré aviso para esperar con quietud y paciencia la venida del divino Espíritu, con la plenitud que deseo, remitiendo á la divina Providencia el dia de su venida, segun aquello de Isaías [2]: el que cree no se apresure.

Lo segundo, les dijo, que se estuviesen en la ciudad de Jerusalen: y aunque parecia mas á propósito que se fueran al desierto, ó á algun monte apartado, para esperar allí con quietud la venida del Espíritu santo, no quiso sino que le esperasen en la ciudad, y en el poblado, porque el Espíritu santo no se les daba para ellos solos, sino para bien de todos los hombres: y así convenia se les diese en lugar público, de donde pudiesen salir luego á predicar la ley de Cristo, conforme á la profecía de Isaías, que dice [3]: De Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalen. Demás de esto, Dios nuestro Señor mas desea la soledad del corazon, que la soledad del cuerpo, y en medio del bullicio de mucha gente, puede haber corazon quieto, y pacífico, y apto, para ver y recibir á Dios. Y quizá por esto, no sin misterio, esta ciudad aunque era populosa, se llama Jerusalen, que quiere decir vision de paz. O Príncipe de la paz, pacifica mi corazon y sosiega mi espíritu, para que en todo lugar y tiempo pueda orar, levantando mis manos puras al cielo, esperando el don que me has prometido.

Lo tercero, les dijo, que se estuviesen allí, hasta que fuesen vestidos de la virtud de lo alto: esto es, de la fortaleza del Espíritu santo: en lo cual les dá á entender, que de su cosecha están desnudos y desarmados; son flacos, pusilánimes y vacíos del espíritu y caudal que es menester para salir por el mundo á predicar el Evangelio, y así que se han de estar quedos, hasta que

[1] Actu. 1. 5. [2] Isai. 28. 16. [3] Isai. 2. 3.

Digitized by Google

venga sobre ellos el Espíritu santo, el cual los vestirá con su gracia, y los armará con sus dones, y los fortificará con sus virtudes celestiales, dándoles fortaleza, virtud y caudal para esta empresa. Y esta virtud viene de lo alto, porque ella es alta y superior á todas nuestras fuerzas humanas[1]: y porque toda dádiva nueva y todo don perfecto, viene de arriba, del Padre de las lumbres, que mora en las alturas. De donde sacaré dos avisos. El primero, que importa mucho fundarme en humildad, reconociendo mi desnudez y flaqueza, porque de mi cosecha, ni tengo vestiduras, ni armas bastantes, ni me puedo vestir de ellas si otro no me viste, como á un niño. Y por esto Cristo nuestro Señor no dijo, estaos quedos hasta que os vistais, sino hasta que seais vestidos. El segundo aviso, que es temeraria presuncion salir á estas graves empresas antes de tener este caudal, y ser vestidos de la virtud de lo alto, porque quien sale á pelear sin armas, contra fuertes enemigos, será destruido de ellos. O Padre de las lumbres, de quien proceden todos los dones celestiales, pobre soy en tu presencia, y niño pequeñuelo, de tal modo, que ni tengo vestidura, ni me la puedo vestir, si tu misericordia no hace lo uno y lo otro conmigo. Vísteme, Señor, con la virtud de lo alto, para que con ella pueda acometer altas empresas de tu servicio, y no permitas que sin ella temerariamente me arroje á lo que no puedo, porque si quiero volar sin alas, en lugar de subir á lo alto, la soberbia me despeñará en lo profundo.

Ultimamente ponderaré, que en decirles Cristo nuestro Señor, que se estén quedos hasta que sean vestidos con la virtud de lo alto, les dá á entender que en recibiéndola, luego han de salir á su empresa; pues como es vicio de temeridad salir antes de recibir esta virtud, así será vicio de pusilanimidad no salir despues de recibida, como salieron los apóstoles, y se verá en la meditacion 25.

[1] Jacob. 1. 17.

Digitized by Google

PUNTO TERCERO.—*Dicho esto*[1], *eduxit eos foras in Bethania: sacólos fuera de la ciudad á Betania, al monte que se llama de las Olivas*[2].

Aquí se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor dijo á todos los discípulos que estaban en el cenáculo, que se fuesen luego á Betania, al monte de las Olivas, porque desde allí habian de subirse al cielo, no consta si él mismo los sacó y acompañó algun rato, dejándose ver de ellos, y no de los otros hombres que pasaban por el camino, ó si se desapareció, y ellos se fueron solos. Como quiera que haya sido, los apóstoles cumplieron luego el mandamiento de Cristo nuestro Señor. Y es de creer, que á la salida del cenáculo, se acordarian de la salida que hicieron para el huerto de Getsemaní, que estaba á un lado del monte de las Olivas, llenos de grandes tristezas y congojas, temblando de miedo, por los trabajos que esperaban con la muerte de su querido Maestro. Pero ahora saldrian con grandes ánsias, mezcladas de tristeza y alegría, esperando su gloriosa subida al cielo, y con este fervor caminarian con paso apresurado al lugar que les estaba señalado.

Lo segundo, se ha de ponderar, que Cristo nuestro Señor escogió para subir al cielo el monte Olivete, á donde oró á su Padre con agonía y sudor de sangre, y á donde fué desamparado de sus apóstoles, entregado por Judas á sus enemigos, preso de los judíos, atado con cuerdas, y hollado con sus piés, y de donde salió á padecer las ignominias de la cruz, quiere subir á gozar las grandezas de su gloria, para que entendiese, que por estos trabajos ganó el cielo que iba á poseer: y para que yo entienda, que si tengo paciencia, lo mismo que fuere principio de mi humillacion, lo será de mi exaltacion, y de los trabajos temporales, subiré á los descansos eternos. Tambien para esta subida señaló á Betania, que quiere decir casa de obediencia: y al mon-

[1] Lucæ 24. 50. [2] Actuum 1. 12.

Digitized by Google

te de las Olivas, que representa la cumbre de la misericordia y caridad, para significar, que todas las cosas que hizo, desde que encarnó, hasta que subió á los cielos, fueron por obedecer á su Padre, con perfectísima obediencia, en cuya casa siempre vivió, sin apartarse de ella. Y todas tambien fueron por el supremo fin de la caridad y misericordia, para bien de los hombres, por su amor, y por librarlos de sus miserias. Y juntamente nos enseña, que el camino para subir al cielo es Betania, y monte de Olivas, casa de obediencia y cumbre de caridad y misericordia, castificando, como dice san Pedro[1], y pacificando nuestras almas con obediencia de caridad. O Hijo unigénito del Padre, que por los caminos de la obediencia y caridad subiste á sentarte á su mano derecha: suplícote me favorezcas, para que toda mi vida more en casa de obediencia, sin apartarme un punto de tu voluntad, procurando siempre subir á lo mas alto de la caridad y misericordia, hasta que llegue á subir contigo á lo alto de tu reino, donde te vea y goce por toda la eternidad. Amen.

MEDITACION XVIII.

DE LA ASCENSION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Punto primero. — Estando todos los discípulos, y la Vírgen santísima en el monte de las Olivas[2], mostróseles Cristo nuestro Señor con un rostro mas resplandeciente y amoroso que solia, y en lugar de los abrazos que se suelen dar los que se aman, cuando se apartan unos de otros, consintió que todos besasen sus sacratísimos piés y manos, saliendo de sus llagas un olor suavísimo que les confortaria el corazon: llegaria primero la Vírgen nuestra Señora, la cual con título de madre, besaria la llaga del costado, deseando entrar dentro del Hijo, para subirse con él al cielo, si le fuera concedido:

[1] 1. Pet. 1. 22. [2] D. Th. 3. p. q. 57. Marc. 16. Lucæ 14. Actuum. 1.

Digitized by Google

mas como estaba muy resignada en la divina voluntad, no queria otra cosa mas de lo que Dios queria. Llegó luego san Pedro, y san Juan, y los demás apóstoles, y discípulos, tocándole todos con grande reverencia y devocion.

Luego dice san Lucas[1]: *Elevatis manibus benedixit eis*, que levantando las manos, los bendijo. Dos cosas hizo Cristo nuestro Señor. La primera fué, levantar las manos en alto, para significar que la bendicion que pretendia echarles, no era en bienes de la tierra, sino en bienes del cielo, y que habia sido ganada por su pasion y muerte, levantando las manos en la cruz: y levantó ambas manos, porque ambas fueron clavadas en ella, y para significar la largueza de su bendicion, ofreciéndónos á manos llenas, los bienes de gracia y gloria. De donde sacaré grandes afectos de alabanza y agradecimiento, diciendo como san Pablo[2]: Bendíto sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendicion espiritual en las cosas celestiales, por su Hijo. O Cristo benditísimo, por el dolor, y amor excesivo con que levantaste tus manos en la cruz, para ganarme las bendiciones celestiales, te suplico las levantes ahora para echarme tu copiosa bendicion: Concédeme, Señor, que levante yo las mias al cielo con oraciones, y obras tan perfectas, que merezca levantes tú las tuyas, para bendecirme con ellas.

Lo segundo, dice san Lucas, que les bendijo, declarando con palabras los bienes que deseaba y pedia para ellos. Y aunque no sabemos las palabras que dijo, ni los bienes que deseó y pidió para ellos, puede ser que haya dicho aquellas palabras con que mandaba Dios que bendijesen á los hijos de Israel[3]: Bendígaos el Señor, y él os guarde: muéstreos su divino rostro, y tenga misericordia de vosotros: convierta su faz para miraros con buenos ojos, y concédaos su paz para siempre.

[1] Lucæ 24. 50. [2] Ad. Eph. 1. 3. [3] Num. 6. 24.

Digitized by Google

O quizá repetiria parte de la oracion que hizo en el sermon de la cena, que fué la suprema bendicion que les podia echar, diciendo á su eterno Padre [1]: Padre santo, en tu nombre, y con tu virtud, guarda y ampara estos que me diste, para que sean una cosa, como yo y tú lo somos; y despues suban á donde yo subo, para que vean la claridad que me diste, y el amor que me tuviste antes de la creacion del mundo; y como la bendicion de este Señor no es de solas palabras, sino de obras, haciendo lo que dice: juntamente les llenaria de aquellos bienes celestiales, que pedia para ellos. O dulcísimo Jesus, á quien todos los ausentes estaban presentes en aquella hora, dadme parte en esta vuestra bendicion, pues de ella está colgado todo mi remedio: no sea yo como el réprobado Esaú, que no alcanzó la bendicion cumplida de su padre Isaac. Bendecidme, Padre mio, por la despedida, no con bendicion de la tierra, sino con bendicion del cielo, porque no me hartan los bienes terrenos sino solamente los celestiales.

Punto segundo. — Dada la bendicion, comenzó el Salvador poco á poco á levantarse de la tierra [2]. *Et ferebatur in cœlum*, é iba subiendo al cielo, no como Elías [3], arrebatado de un carro de fuego, sino con su propia virtud, llevado del fuego de su divina voluntad y majestad, cuya inclinacion es subir á lo alto, como su propio lugar. Iban con él acompañándole, todas las almas de los justos, y muchos coros de ángeles, que bajaron del cielo para subir con él; los discípulos tenian enclavados los ojos del cuerpo y del alma en su Maestro, con tres afectos encendidísimos. El primero de admiracion, viendo una cosa tan nueva, como era subir un hombre por los aires con tanta suavidad y facilidad, y con muestras de tanta grandeza. El segundo de alegría grandísima, gozándose de la gloria de su Maestro, y de la divinidad que en él resplandecia. No rasgaron sus ves-

[1] Joan. 17. 11. [2] Lucæ 24. 51. Actu. 1. 9. [3] 4. Reg. 2. 11.

Digitized by Google

tiduras por tristeza, como rasgó las suyas Eliseo, cuando vió que su maestro Elías era llevado al cielo, antes darian saltos de placer, con el gusto de verle subir con tanta majestad. El tercer afecto era un entrañable deseo de seguirle, y subirse con él, porque los corazones se iban trás su Amado; cumpliéndose aquí lo que estaba profetizado [1]: subiendo á lo alto llevó cautiva la cautividad. Dos suertes de cautivos llevaba Cristo consigo, unos real y verdaderamente en sus propias personas, como eran los justos que sacó del limbo; los cuales le siguieron hasta el cielo impíreo. Pero demás de esto, llevaba cautivos los corazones de su Madre y de sus discípulos, los cuales le seguian con el deseo, atados con las cadenas del amor, sin poderse de él apartar. O quién me diese que fuese yo uno de estos cautivos de Jesus! O dulcísimo Jesus, llevad con Vos mi corazon cautivo al cielo, para que esté allá siempre en vuestra compañía! Gózome de que subais por esos aires volando como águila, y provocando á vuestros hijos á que vuelen con Vos [2]. Dadme, Señor, alas de águila, con que vuele en vuestro seguimiento, poniendo mis pensamientos y deseos en solo seguiros, pues fuera de Vos nada quiero sobre la tierra, ni deseo mas que gozaros en el cielo.

PUNTO TERCERO. — *Estando los discípulos mirando á Cristo nuestro Señor como subia, una nube le recibió y se le quitó de los ojos* [3].

Aquí se ha de considerar el misterio de esta nube; la cual en llegando Cristo nuestro Señor cerca de la region del aire, le recibió dentro de sí, á vista de los apóstoles. Y es de creer, que seria una nube muy hermosa y resplandeciente, cual convenia para significar la majestad del Señor que subia en ella, y la hermosura del cielo á donde iba, cumpliéndose lo que estaba escrito [4]: Pones tu subida sobre una nube, y andas sobre las plumas de los vientos, que es decir: Sírveste

[1] Psal. 67.19. Ad Eph. 4.8. [2] Deut. 32. 11 [3] Actuum 1.9. [4] Psal. 103.3.

Digitized by Google

de las nubes como de carros triunfales, para subir volando por esos aires, con grande pompa y majestad. O qué alegría sentirian los apóstoles con la vista de este glorioso carro, en que iba su Maestro! Y aunque no dieron voces como Eliseo, cuando vió subir á Elías en el carro de fuego, porque la suspension del espíritu les quitaba el uso de la lengua, pero cada uno diria en su corazon lo que dijo Eliseo[1]: Padre mio, Padre mio, carro de Israel y guia suya. O Padre mio amantísimo, fortaleza y defensa de los verdaderos israelitas, fuertes en servirte, y cuidadosos en contemplarte, á dónde te vas y me dejas? O Padre mio dulcísimo, gobernador y protector de los que confian en tí, admíteme en ese carro triunfal; dame entrada en esa nube resplandeciente, para que te siga siquiera con el espíritu, y entre á contemplar lá gloria de tu soberana majestad. Lo segundo, se ha de ponderar, como habiendo Cristo nuestro Señor subido un rato en esta nube, ella misma le encubrió, y quitó de los ojos de sus discípulos: en lo cual esta nube representa todo aquello que nos impide ver á Cristo, y nos hace perder de vista á Dios, lo cual sucede en dos maneras: unas veces es por nuestra culpa, y entonces nuestras culpas son las nubes, las cuales ponemos entre nosotros y Dios, y son grande impedimento en la oracion y contemplacion, segun aquello de Jeremías que dice[2]: Pusiste delante de tí una nube para que la oracion no pase al cielo: y pues yo puse esta nube, á mi cuenta está, con la divina gracia, quitarla por medio de la penitencia y mortificacion, examinando en particular si es nube de soberbia, ó de codicia, ó de algun amor desordenado á criaturas, y aplicando medios eficaces, para deshacer lo que tanto bien me estorba. Otras veces se pone esta nube sin nuestra culpa, por providencia de Dios, el cual como á ciertos tiempos se nos descubre, así tambien á ciertos tiempos

[1] 1. Reg. 2. 12. [2] Thren. 3. 44.

Digitized by Google

se nos cubre, y quiere que no la veamos, por la suave contemplacion de su presencia, para que acudamos á otras cosas de su servicio. Y generalmente la flaqueza de nuestra carne, la cortedad de nuestro entendimiento, y la muchedumbre de cuidados y necesidades que padecemos en esta vida mortal, son como nubes que nos estorban poder contemplarle, con la claridad y continuacion que deseamos, como las nubes que pasan á menudo por el aire nos quitan la vista del sol. O Dios infinito, que moras en una luz inaccesible á los mortales[1], quita de mi alma las nubes de los pecados que yo he puesto, y deshaz los nublados de las tentaciones y turbaciones que padezco, para que pueda contemplar tu gloria en esta vida mortal, hasta que llegue á verle cara á cara, sin impedimento de nube alguna en la vida eterna. Amen.

Punto cuarto. — Despues que los apóstoles perdieron de vista á Cristo nuestro Señor, como estaban tan admirados y enagenados de sí, no por eso dejaban de mirar al cielo, y se estuvieran en aquella éxtasis mucho tiempo, si el Señor no proveyera quien los despertara[2]. *Luego vinieron dos ángeles en forma de varones, con vestiduras muy blancas, y les dijeron: Varones de Galilea, qué haceis aquí mirando al cielo? Este Jesus que se partió de vosotros, así volverá, como lo visteis subir al cielo.* En las cuales palabras los ángeles dieron dos maravillosos avisos á los discípulos, y en ellos á nosotros. El primero, que la suspension, y admiracion y los demás afectos de la divina contemplacion en esta vida, se han de tomar con medida y tasa, porque no son fin último, sino medio para cumplir mejor la voluntad de Dios y las obligaciones de nuestro oficio: y así por modo de reprension, les dijeron los ángeles: qué haceis mirando al cielo? como quien dice: cesad, basta lo que habeis mirado, volveos á cumplir lo que está á vuestro

[1] 1. Ad Ti. 6. 16. [2] Actuum 1. 10.

Digitized by Google

cargo. El segundo aviso fué, que juntasen la memoria de esta subida de Cristo al cielo, con la memoria de la vuelta á juzgar, para que la vista de la primera, confirmase la fe de la segunda, y para que las predicasen ambas juntamente á los hombres, porque si se descuidasen de vivir bien, con decir que su Señor estaba ausente, y se habia subido al cielo, se reformasen, acordándose que habia de volver á juzgarles. Y no les dicen cuando ha de volver, sino que volverá, para que cada dia estén en espera de su vuelta, y teman la cuenta que le han de dar: y aunque es verdad que volverá así como subió, cuanto á la majestad y grandeza que mostró en la subida, pero el que sube amoroso y blando con muestras de grande amor, volverá terrible y espantoso con señales de grande rigor; y tomará cuenta de lo que nos encargó en la partida, sin perdonar al que hallare culpado [1]. Por tanto, alma mia, en el dia de los bienes, acuérdate de los males, y en el dia de la subida de Cristo al cielo para ser tu abogado, acuérdate de su vuelta para ser tu juez: mira bien lo que te dejó encargado, y procura cumplirlo, para que cuando vuelva, te lleve consigo, subiendo á reinar con él en su cielo. Amen.

Oyendo los discípulos este recado de los ángeles [2], *haciendo su adoracion, se volvieron á Jerusalen, cum gaudio magno, con grande gozo*: porque como entendieron que su Maestro estaba ya en el trono del cielo, postrados en tierra le adoraron con grande reverencia, supliendo con la vista de la fe lo que no alcanzaban con la vista del cuerpo: y volviéronse con grande gozo; porque aunque volvian sin su Maestro, volvian como gente perfecta, que se goza mas de lo que Dios quiere, que de lo que su carne desea; y se alegra mas de la gloria de Cristo, que de su propio gusto. Las causas de este gozo fueron tres: es á saber, la firmeza de fe con que

[1] Eccles. 11. 27. [2] Lucæ 24. 52.

Digitized by Google

quedaron, viendo cuán glorioso fin habian tenido las cosas de su Maestro, y por lo pasado quedaban muy certificados de todo lo que estaba por venir. Además, la grande esperanza que cobraron de que les enviaria el Espíritu santo que les habia prometido, y que vendria tiempo en que habian de subir con él á estar donde él está, conforme á la palabra que de esto les dió. Y finalmente, el grande amor que le tenian, de cuya gloria se gozaban como si fuera propia: y aunque los cuerpos caminaban por la tierra desde el monte de las Olivas á Jerusalen, sus corazones estaban en el cielo contemplando la gloria de su Señor, y de aquí les resultaba tanto gozo.

Estas tres cosas han de causar tambien grande gozo en mi alma, avivando la fe, esperanza y caridad con Cristo mi Señor, gozándome de su gloria, y alegrándome con la esperanza de subir donde él está: para lo cual tengo de procurar quitar de mí todo lo que puede impedir esta subida, como son, pecados, vicios, y aficiones desordenadas á cosas terrenas, y aun descargarme de la demasía de estas cosas, para poder mas ligeramente volar á donde está Cristo, pues por esto dijo su Majestad [1]: Que adonde está el cuerpo, allí se juntarán las águilas: esto es, adonde está el cuerpo de Cristo nuestro Señor glorificado, subirán aquellos que se han renovado como águilas [2], y con la confianza en Dios, mudaron [3] su fortaleza, y tomando alas de águila, suben á contemplarle, y vuelan con ligereza en las cosas de su servicio. O Rey del cielo, que como águila real subes por esos aires, y pones tu nido en lo mas alto del cielo [4]; provocándome á que te siga con el deseo: renueva mi juventud como la del águila para que cobre nueva virtud y fortaleza, y con ella pueda volar trás tí, siguiendo tus pasos, imitando tus virtudes, traspasando mi corazon adonde está tu cuerpo glorificado,

[1] Matth. 24. 28. [2] Psal. 102. 5. [3] Isai. 40. 31. [4] Job. 39. 27.

Digitized by Google

para que de tal manera viva en la tierra, que tenga mi conversacion en el cielo, donde tú vives y reinas por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XIX.

DE LA ENTRADA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN EL CIELO EMPÍREO, Y DE SU ASIENTO Á LA DIESTRA DEL PADRE.

PUNTO PRIMERO.—Lo primero, se ha de considerar el glorioso triunfo con que Cristo nuestro Señor entró en el cielo empíreo [1]: en lo cual se ha de ponderar el acompañamiento que llevaba, la alegría y música con que entró, las pláticas y razonamientos que hubo en la entrada.

El acompañamiento era de todas las almas que habia sacado del limbo, con algunos justos ya glorificados en el cuerpo, si es verdad que los que resucitaron con Cristo no tornaron mas á morir, cumpliendo lo que estaba escrito [2]; que subiendo á lo alto, llevó consigo cautiva á la cautividad. Esto es, llevó las almas que habian estado cautivas en el limbo, tomándolas por sus prisioneras con prisiones de amor, y con sumo gusto y consuelo de ellas, porque cuanto es de malo y penoso ser cautivo del demonio, tanto es de bueno y glorioso ser cautivo de Cristo. O qué gozosa iba esta compañía de ilustres cautivos y prisioneros, siguiendo á su Capitan, deseando verse en el trono de su gloria, adonde habian de tener perfectísima libertad! Miraban la estrechura y oscuridad del limbo de donde salieron, y comparábanla con la anchura y claridad del cielo empíreo donde entraban; y admirados de la belleza de este lugar, diria cada uno aquello del salmo [3]: O cuán amables son tus tabernáculos y moradas, Señor Dios de las virtudes! Mi ánima los codicia y desfallece mirando los palacios del Señor. Con esta vista comenzó luego la música celestial

[1] Marc. 16. 10. [2] Psal. 67. 19. Ad Eph. 4. 8. [3] Psal. 83. 2.

Digitized by Google

que dice David [1]: Sube Dios con júbilo, y el Señor con voz de trompeta. O que júbilos de alegría sentian aquellas almas, acompañando á su Dios! Qué voces de alabanzas mas sonoras que de trompetas salian de sus corazones, glorificando á su Señor! Unas á otras se provocarian á cantar estos cánticos de alabanza, diciendo lo del mismo David: Cantad á nuestro Dios, cantad, cantad á nuestro Rey, cantad, y cantad con gran sabor, porque Dios es rey de toda la tierra, y se sienta sobre su santa y real silla. Tambien dirian lo del otro salmo [2]: Cantad al Señor que sube sobre el supremo cielo al oriente, y allí mora en una luz inaccesible, para alumbrar á sus escogidos, con la lumbre de su gloria.

Con el coro de las almas, entraba tambien un coro de innumerables ángeles, que vinieron para acompañar á Cristo nuestro Señor sirviéndole, como dice David [3], como de carros triunfales, y eran millares de millares: *millia lætantium*. Todos con grande alegría, cantando los triunfos de su victoria, haciendo entre sí diálogos y coloquios, para descubrir su grandeza, unos decian á los otros: Abrid, príncipes, vuestras puertas: abrios puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria. Otros respondian por via de admiracion [4]: Quién es este Rey de la gloria que quiere entrar por estas puertas? El Señor fuerte y poderoso, poderoso en las batallas, el Señor de las virtudes: este es el Rey de la gloria. Otros le preguntaban por via de regocijo [5]: Quién es este que viene de Edon, teñidas las vestiduras de bosra, hermoso en su vestidura, y que camina con la muchedumbre de su virtud? Que es decir: Quién es este que sube del mundo sangriento, y del lugar de la batalla, vestido con una humanidad bordada con señales de heridas, pero hermosa á maravilla, y con muestras de grande virtud y fortaleza? Yo soy, dice, el que hago

[1] Psal. 46. 6. [2] Psalm. 67. 33. [3] Psal. 67. 18. [4] Vide supr. in Med. 1. p. 3. [5] Isai. 63. 1.

Digitized by Google

justicia, y el que peleó para salvar. Yo hice en el mundo justicia, pagando los pecados de los hombres, peleando contra el demonio para salvarlos: Ahora hago justicia, subiéndome á mí, y á ellos al cielo, que les tengo merecido. Entonces todos á una voz dirian lo del Apocalipsis [1]: Digno es el Cordero que fué muerto, de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la honra, gloria y fortaleza, y la bendicion y alabanza, por todos los siglos. Amen. O Salvador del mundo, gózome de este vuestro triunfo tan glorioso que teneis bien merecido [2]. Subid, Señor, á vuestro descanso Vos, y el arca de vuestra santificacion, pues tambien habeis trabajado por nosotros [3]. Levantaos sobre los cielos, subid sobre los querubines [4], y volad sobre las plumas de los vientos, y poneos encima de todas las criaturas, pues sois mejor que todas ellas: dadme licencia que entre con estos coros angelicales, y que juntando mis voces con las suyas, os alabe y bendiga diciendo con ellos: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de las batallas; el que es, el que fué, y el que ha de venir: Llenos están los cielos de vuestra gloria con la entrada tan gloriosa que haceis en ellos.

Mas sobre todo se ha de ponderar la alegría de Cristo nuestro Señor en este triunfo, porque tambien por él mismo se puede decir [5]: *Ascendit Deus in jubilo.* Dios sube con grande júbilo, alegrándose su ánima santísima con gran regocijo, por ver el dichoso fin de sus trabajos: y como el pastor que habia hallado la oveja perdida, y la traia consigo al cielo, de donde bajó en su busca [6], diria á los ángeles que se alegrasen con él, y le diesen el parabien de haberla hallado. O Pastor soberano, que tan á costa vuestra buscásteis, y hallásteis la oveja del linaje humano, gózome del gozo que teneis subiendo con ella triunfante sobre todos los cielos. Sea

[1] Apoc. 3. 12. [2] Psal 131. 8. [3] Psalm. 107. 6. [4] Psal. 17. 11. [5] Psal. 46. 6. [6] Lucæ 15. 6.

Digitized by Google

para bien la gloria de vuestro triunfo, por lo cual os suplico me hagais participante de él, buscándome y hallándome en esta vida, y subiéndome despues á gozar con Vos en la otra.

Punto segundo.—Entrando de esta manera Cristo nuestro Señor por los cielos, y habiéndolos penetrado todos, como dice san Pablo [1], y llegado á lo supremo del cielo empíreo, presentó al Padre eterno aquella dichosa cautividad que llevaba consigo [2], y como quien le daba cuenta de lo que en el mundo habia hecho en su servicio, le diria lo que dijo en el sermon de la cena [3]: *Padre, yo he manifestado tu nombre á los hombres, y te he glorificado sobre la tierra, acabando la obra que me encomendaste: ahora, Padre, clarifica á tu Hijo con la claridad que tuve delante de ti, antes que criases al mundo.* O qué contento recibiria el Padre eterno con el presente que su Hijo le hacia, y con grande regocijo le mandaria sentar á su mano derecha [4], cumpliendo lo que habia profetizado David en un salmo [5]. Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi mano derecha. Dice que se siente, para significar su señorío quieto y sosegado, y la dignidad infinita de su persona: dice que se siente á su mano derecha, para que se entienda, que le dá los mejores bienes de su gloria, entronizándole sobre los ángeles y arcángeles, sobre las potestades y dominaciones, sobre los querubines y serafines, como cabeza y señor de todos, porque á ninguno de los ángeles dijo: Siéntate á mi diestra, antes quiere que todos sean sus criados y ministros de su gobierno [6].

Aquí tengo de ponderar, que bien premió el Padre eterno á su Hijo los servicios que le hizo, ensalzando sobre todos al que se humilló mas que todos: por el trono de la cruz, le dió el trono de su majestad: por la corona de espinas, la corona de gloria: por la com-

[1] Ad Heb. 4. 14. [2] D. Th. 3. p. q. 57. art. 4. et q. 58. [3] Joan. 17. 4. [4] Marc. 16. 19. [5] Psal. 109. 1. [6] Ad Heb. 1. 13.

Digitized by Google

pañía de ladrones, la compañía de las jerarquías angélicas: por las ignominias y blasfemias de los judíos, las honras y alabanzas de los espíritus bienaventurados [1]: y porque bajó hasta lo mas profundo de la tierra, le hizo subir hasta lo mas alto del supremo cielo, y le dió un nombre sobre todo nombre, á quien todos se arrodillen y adoren, reconociendo que Jesus está en la gloria de Dios Padre [2]. Aprende, ó alma mía, á humillarte por Cristo, porque sin duda serás ensalzada con Cristo, pues la fidelidad que tuvo el Padre con el Hijo unigénito, tendrá con sus hijos adoptivos por el amor que tiene al Hijo natural, en cuyo premio está encerrado el nuestro; porque como dice el Apóstol [3]: Dios que es rico en misericordia, por la mucha caridad con que nos amó estando muertos por el pecado, nos hizo vivos á Cristo, por cuya gracia somos salvos, y con él nos resucitó, y nos hizo asentar en los cielos con Cristo Jesus.

De aquí tengo de sacar afectos grandes de confianza, esperando de subir con Cristo á los cielos, fiado en la misericordia y caridad del Padre, y en los grandes merecimientos del Hijo. Y tambien grandes propósitos de no buscar otra cosa que á Cristo nuestro Señor, y su santísima voluntad, acordándome siempre de lo que dice san Pablo [4]: *Quæ sursum sunt quærite, ubi Christus est in dextera Dei sedens.* Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado á la diestra del Padre. O dulcísimo Jesus, si donde está mi tesoro, allí está mi corazon, donde Vos estais ha de estar siempre, porque Vos sois mi tesoro, y fuera de Vos nada tengo por precioso. Ea, alma mia, mira que eres peregrina y extranjera sobre la tierra; tu Padre y tu Redentor está ya de asiento en el cielo; date prisa á caminar donde está. Ya se han abierto las puertas del cielo que tantos millares de años habian estado cerradas. Alégrate con

[1] Ad Eph. 4. 9. [2] Ad Phi. 2. 9. [3] Ad Eph. 2. 4. [4] Ad. Col. 3. 1.

Digitized by Google

estas nuevas, corre con ligereza de ciervo, vuela con alas de águila, sube con el corazon al trono de tu Señor; y mora junto á su celestial estrado; porque si ahora moras allí con el espíritu, despues morarás con él glorificada tambien con el cuerpo, por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar, como sentado Cristo nuestro Señor á la diestra del Padre, comenzó luego á hacer su oficio distribuyendo las sillas del cielo entre las almas que subió consigo. A unas puso entre los ángeles, á otras entre los arcángeles y principados, y á otras entre los querubines y serafines, dando á cada uno el lugar y silla conforme á sus merecimientos. En lo cual puedo discurrir, ponderando la silla que daria á los patriarcas, y á los profetas; al glorioso san José, y al gran Bautista; y tambien el lugar que daria á los que subieron con él glorificados en sus cuerpos. O qué contentas estarian aquellas almas cuando se viesen en tales tronos, y entre tan gloriosa compañía! O qué alegres estarian los ángeles, cuando viesen llenas las sillas que sus compañeros por su soberbia dejaron vacías, reparando, como dice David [1], en los hombres, las ruinas y caidas de los malos ángeles! O cuán bien cumplió el Padre eterno la palabra que dió á su Hijo, cuando le dijo [2]: Porque entregó su alma á la muerte, yo le repartiré muy muchos que le sirvan, y dividirá entre los fuertes sus despojos. Gózome, ó dulce Jesus, de que esté á vuestro cargo repartir los despojos de vuestra gloria entre los que os sirven con fortaleza. Hacedme, Señor, fuerte en vuestro servicio, para que merezca participar de vuestros despojos. Tambien puedo considerar como Cristo nuestro Señor á la diestra del Padre, comenzó luego á hacer su oficio de abogado por los hombres que quedaban en la tierra, mostrándole las llagas que recibió por re-

[1] Psalm. 106. 6. [2] Isai. 53. 12.

Digitized by Google

dimirlos; y por cumplir su precepto, en el cual oficio persevera siempre. De donde tengo de sacar grandes afectos de amor y confianza, acordándome de lo que dice san Pablo [1]: Pues tenemos un gran Pontífice que penetró los cielos, Jesus, Hijo de Dios vivo, tengamos firme la confesion de nuestra esperanza, no desfalleciendo en confesar lo que creemos, ni en el pretender lo que esperamos; y especialmente cuando me viere caido en pecados, tengo de acordarme de lo que dice san Juan [2]: Hijuelos mios, estas cosas os escribo para que no pequeis; mas si alguno pecare, sepa que tenemos delante del Padre por abogado á Jesucristo justo, el cual es propiciacion por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino por los de todo el mundo. Y siendo tan justo como es, y habiendo hecho una redencion tan copiosa, como la que hizo, no dejará de abogar por mí, y aplicarme el perdon que me ganó; y habiendo abierto para mí las puertas del cielo, no me las cerrará, antes me admitirá á tener parte con él en su reino para gloria de su Padre, con quien vive y reina por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XX.

DEL RECOGIMIENTO Y ORACION QUE TUVIERON LOS APÓSTOLES, DESPUES DE LA ASCENSION, HASTA LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

Volviéndose los discípulos á Jerusalen, entraron en el cenáculo, y estuvieron allí Pedro, Juan, y los demás apóstoles, perseverantes unanimiter in oratione, cum mulieribus, et Maria mater Jesu, et fratribus ejus. Perseverando todos con un mismo ánimo en la oracion, juntamente con las devotas mujeres, y con Maria, madre de Jesus, y con sus hermanos.

PUNTO PRIMERO. — Lo primero, se ha de considerar,

[1] Ad Heb. 4. 14. [2] 1. Joan. 2. 1.

Digitized by Google

como los apóstoles, movidos del espíritu de Cristo, se recogiéron estos diez dias en aquel cenáculo, apartándose del bullicio y tráfago de la gente, ejercitándose en oracion fervorosa, para negociar la venida del Espíritu santo, porque aunque Cristo nuestro Señor se le habia prometido, sabian que las divinas promesas se cumplen por medio de la oracion, especialmente esta; de la cual les habia dicho el mismo Señor [1]: Si vosotros, siendo malos, dais á vuestros hijos los bienes que habeis recibido, cuánto mas vuestro Padre celestial dará el espíritu bueno al que se le pidiere? Esta oracion acompañaron con otras excelentes virtudes, que se apuntan en las palabras dichas. Porque lo segundo, dice san Lucas, que estaban todos muy unidos, y conformes, teniendo un corazon y una voluntad, orando todos á una, porque sabian que la oracion de muchos unidos con amor, es muy eficaz delante de Dios, segun aquello que su Maestro les habia dicho [2]: Digoos de verdad, que si dos de vosotros se concertaren entre sí sobre la tierra, cualquier cosa que pidieren se la concederá mi Padre que está en los cielos, porque á donde están dos, ó tres juntos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Como quien dice: Serán oidos de mi Padre; porque yo estoy con ellos, ayudándoles á orar, y abogando y orando con ellos. Y como Cristo nuestro Señor les habia encargado tanto el amor, procuraban señalarse en esta conformidad de voluntades que causa el mismo amor.

Lo tercero, no solo estaban unidos unos con otros, sino cada uno consigo mismo, de donde procede ser la oracion recogida, teniendo unidas sus potencias para orar, porque tambien en este sentido, dice san Ambrosio [3], se entiende lo que Cristo nuestro Señor dijo: Que será oida la oracion cuando en ella conciertan dos: esto es, el hombre exterior, y él hombre interior, el cuerpo

[1] Lucæ 11. 13. [2] Matth. 18. 19. [3] D. Amb. in institut. ad Virg. c. 2.

Digitized by Google

y el alma, concordando con verdadera mortificacion, y sumision del cuerpo al alma, y ambos han de concordar con otro tercero, que san Pablo llama espíritu: de modo, que para orar se aunen el cuerpo con los sentidos, y el alma con la imaginacion y apetitos inferiores, y el espíritu con las potencias superiores, memoria, entendimiento y voluntad, y entonces estará Cristo en medio de estos dos ó tres unidos en su nombre, ayudándoles á orar.

Lo cuarto, estaban con grande perseverancia en su ejercicio sin interrumpirle ó aflojar en él por tibieza, acordándose de lo que su Maestro les habia dicho [1]: Conviene siempre orar, y no desfallecer. Y como Cristo nuestro Señor no les habia señalado tiempo para darles el Espíritu santo, cada dia oraban, y le pedian, multiplicando la oracion, como si aquel dia le hubieran de recibir, importunando á Dios que se le diese, para que cuando no mereciesen alcanzar este don por amigos, siquiera le alcanzasen por importunos, como se lo habia avisado su Maestro.

Finalmente estaban [2] orando en compañía de la Vírgen sacratísima Madre de Jesus, á la cual sin duda tomarian por patrona é intercesora, sabiendo que podia ella sola mucho mas con su Hijo, y con el Padre eterno, que todos ellos. Y así la Vírgen oraba fervorosamente, y con su ejemplo animaba á los demás á que orasen con fervor y perseverancia: y su oracion fué tan eficaz, que podemos decir de ella, que como alcanzó con sus oraciones la apresuracion de la encarnacion del Hijo de Dios; así tambien alcanzó la apresuracion de la venida del Espíritu santo, para bien de los apóstoles y de todo el mundo.

En estas cuatro virtudes tengo de procurar imitar á los apóstoles, para negociar la venida del Espíritu santo: es á saber, oracion recogida con union de mis po-

[1] Lucæ 18. 1. [2] Lucæ 11. 8.

Digitized by Google

tencias y sentidos: union de caridad con todos: perseverancia con importunidad en pedir: y devocion á la Vírgen nuestra Señora, suplicándola como á Madre, que ore por mí, y abogue delante del Padre eterno y de su Hijo, para que me concedan la plenitud del Espíritu santo. De aquí tambien sacaré, que como el cenáculo donde estaban los apóstoles es figura de la Iglesia, la cual es casa de oracion y de union; así he de procurar que mi alma sea como este cenáculo, adornada con estas virtudes, para que descienda en ella el Espíritu santo, y la enriquezca con sus dones. Y juntamente daré muchas gracias á nuestro Señor, por haberme puesto en su Iglesia; en la cual no oro solo, porque siempre ella ora por todos, y muchos justos oran unos por otros: y así en virtud de la comunion de los santos que hay en la Iglesia, mi oracion vá acompañada con la de muchos justos, si quiero unirme con ellos.

Punto segundo.—Lo segundo se ha de considerar las causas y motivos que tuvieron los apóstoles para este recogimiento y ejercicio de oracion, aplicándolas á mí mismo, por tener en mí la misma fuerza. La primera fué haberles mandado Cristo nuestro Señor á la partida, que se estuviesen quedos y quietos en la ciudad, hasta que fuesen vestidos de la virtud de lo alto: y en cumplimiento de esto se recogieron al cenáculo, haciendo de él casa de oracion, y lugar de refugio, acordándose de los misterios que allí se celebraron, y de las razones tan divinas que allí oyeron á su Maestro. Y como Cristo nuestro Señor antes de salir á predicar, estuvo cuarenta dias recogido en el desierto, así quiso que sus apóstoles estuviesen siquiera diez dias, negociando el espíritu con que habian de salir á predicar su Evangelio.

La segunda causa fué, el conocimiento de su flaqueza é insuficiencia, y la experiencia que tenian de ella en las ocasiones pasadas, especialmente en el tiempo

Digitized by Google

de la pasion; y como se veian privados de la presencia de su Maestro que les enseñaba y consolaba, así lo uno como lo otro les atizaba y encendia un fervorosísimo deseo de la venida del Espíritu santo, para que los enseñase y fortaleciese en su virtud. Y así no cesaban de orar y gemir, y suspirar por él. Unas veces le pedian al Padre eterno, por los merecimientos de su Hijo unigénito Jesucristo, que en su nombre les habia prometido; otras le pedian al mismo Jesucristo su maestro, suplicándole cumpliese la palabra que les habia dado de enviarle. Otras veces pedian al mismo Espíritu santo, se dignase de venir á visitarles, enseñarles y consolarles; alegándole por título la necesidad que tenian de su presencia, para cumplir con el oficio que les estaba encomendado. Y es de creer que algunas veces todos juntos en comunidad, levantadas sus manos al cielo con gran clamor de corazon oraban diciendo: Ven, ó santo Espíritu, hinche los corazones de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu amor. Ven, ó Espíritu criador y consolador nuestro, visita las almas de tus siervos, llénalas de gracia celestial, consuélalas con la dulzura de tu amor, y fortaléceles con la potencia de tu virtud. Pero quien con mas fervor oraba y solicitaba á las tres divinas Personas, era la Vírgen, porque pedia con mas caridad; y no solo para sí, sino para los apóstoles, porque si en las bodas cuando faltó el vino, luego acudió á pedirle á su Hijo, movida de compasion, con cuánto mas fervor pediria ahora el vino del amor, y fervor que procedia del Espíritu santo, para aquella congregacion que estaba de él necesitada? A imitacion de estos santos varones tengo yo de atizar en mi alma semejantes deseos, pues me consta la grande necesidad que tengo de este divino Espíritu, procurando hacer á menudo coloquios con las tres divinas Personas, pidiéndosele á cada una; aprovechándome de los himnos y salmos en que se hace mencion de esto.

Digitized by Google

Hablando con el Padre eterno, ó con Cristo nuestro Señor, puedo decir aquellas palabras de David[1]: O Dios inmenso, cria en mi corazon limpio, y renueva en mí el espíritu recto, vuélveme la alegría de tu salud, y confírmame con el espíritu principal[1]. Envia, Señor, tu Espíritu y seré renovado, pues con él renuevas la sobrehaz de la tierra[2]. Hablando con el Espíritu santo, es muy á propósito el himno *Veni creator Spiritus*, y la secuencia que se dice en su misa, repitiendo con mucho fervor aquellas palabras: Ven, Padre de los pobres; Ven, dador de los dones: ven lumbre de los corazones: *O lux beatissima, reple cordis intima tuorum fidelium.* O lumbre esclarecidísima, ó fuego encendidísimo, ven y penetra lo íntimo de mi corazon, purifícale, témplale, ilústrale y abrásale con las llamas de tu divino amor.

Ultimamente, ponderaré como el Espíritu santo, cuyo es, como dice san Pablo[3], pedir por los justos con gemidos que no se pueden decir, iba encendiendo estos deseos en los corazones de los apóstoles porque los deseos son como precursores y aposentadores de Dios en el alma en quien ha de entrar: y aunque todos estos diez dias los iba atizando, pero en los postreros dias los encendia mucho mayores; y así tengo de suplicarle sea servido de prevenirme con tales deseos, que me dispongan para recibirle. O Espíritu divino y Dios eterno, de quien está escrito, que el fuego precede y viene delante de tí[4]: enciende en mi alma el fuego de estos deseos, para que abrase todo lo que puede ser estorbo de tu entrada en ella. O apóstoles sagrados, á quien este divino Espíritu comunicó tales deseos, suplicadle me los comunique, para que sea capaz de recibirle, como lo recibísteis, pues mi necesidad no es menor que fué la vuestra. O Vírgen gloriosísima, mirad la falta que tengo de este vino, con que el Espíritu santo embriagó á los apóstoles, y represen-

[1] Psal. 50. 12. [2] Psal. 103. 30. [3] Ad Rom. 8. 26. [4] Psal. 96. 3.

Digitized by Google

tádsela con gran fervor, para que por vuestra intercesion me embriague como á ellos.

PUNTO TERCERO.—Lo tercero se ha de considerar las causas porque Cristo nuestro Señor dilató diez dias el cumplimiento de su promesa y la venida del Espíritu santo. La primera, fué para enseñarnos la longanimidad con que hemos de esperar y pretender tan soberano don. Porque en la Escritura el número de diez, significa muchedumbre de dias; y así se dice en el Apocalipsis [1]; que la perfeccion duraria diez dias, esto es, muy muchos. Quiere pues nuestro Señor que entendamos, que la venida del Espíritu santo es tan soberano beneficio, que se ha de pretender y esperar muchos dias, sin cansancio, ni fatiga, porque todo tiempo es poco, y despues se paga bastantemente con el don que le dá en un dia. Y tambien lo que presto se alcanza [2], presto se suele perder, como sucedió á Salomon, que alcanzó de presto el espíritu de la sabiduría: y como le costó poco, no dió buen cobro de él. De donde sacaré resolucion de pedir este don tan celestial con gran perseverancia, dure lo que durare la pretension, aplicando á este propósito lo que díjo Abacuch profeta [3]. Si tardare, espérale, porque viniendo, vendrá y no se tardará. Y aunque tarde, conforme á tu deseo, no tardará conforme á lo que conviene á su grandeza, para que su venida te entre en provecho.

La segunda causa fué, para significar la perfeccion con que hemos de pretender este don, porque el número de diez significa esta perfeccion, segun aquello que dijo el profeta Baruch á su pueblo [4]: Diez veces mas habeis de convertiros á Dios, que os apartásteis de él; así quien desea recibir la plenitud del Espíritu santo, ha de convertirse á Dios con gran fervor y perfeccion, animándose á cumplir los diez mandamientos

[1] Apocal. 2. 10. [2] De Basil. de constit. monastic. c. 2. ad finem. [3] Abach. 2. 3. [4] Baruch. 4. 28.

Digitized by Google

de su divina ley, y perseverar en este cumplimiento con grande instancia, porque oracion y obediencia, recaban de Dios lo que le pedimos. O dulcísimo Jesus, que dijiste á tus apóstoles [1]: Si permaneciéreis en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, cuanto quisiéreis pediréis, y dárseos ha: Concédeme que permanezca en tí por verdadero amor, y tus palabras permanezcan en mí por entera obediencia, para que pidiendo lo que deseo, que es tu divino Espíritu, me le des con grande plenitud [2]. Algunos contemplan que en los nueve dias despues de la ascension, los nueve coros angelicales hicieron especial fiesta y adoracion á Cristo nuestro Señor, cada coro en su dia; y á esta causa vino el Espíritu santo el dia décimo. De donde puedo sacar deseo de imitar á estos nueve coros de ángeles en estos nueve dias, pidiendo cada dia á un coro de ellos, que me negocie la venida del Espíritu santo.

MEDITACION XXI.

DE LA ELECCION DE SAN MATÍAS AL APOSTOLADO, QUE SE HIZO EN ESTE TIEMPO.

En estos dias san Pedro asistiendo en medio de todos los discípulos, que eran ciento y veinte, trató de elegir un apóstol en lugar de Judas: y habiendo nombrado dos, á Barsabás por sobrenombre Justo, y á Matías, haciendo oracion á Dios que conocia los corazones, para que declarase el que tenia escogido: cayó la suerte sobre Matías [3].

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar, la providencia que tiene nuestro Señor, de que nunca falte el número de sus escogidos para las dignidades y oficios de la Iglesia militante: porque así como faltando Judas, quiso que se escogiese Matías, para cumplir el número que tenia señalado de doce apóstoles: así tambien cuando alguno falta en la fe y cristianismo, ó en

[1] Joan. 15. 7. [2] Niceph. lib. 1. c. 37. [3] Actuum. 1. 15.

Digitized by Google

la religion, ó en el grado que tiene en la Iglesia, llama y escoge otros en su lugar: por lo cual dijo en el Apocalipsis á un obispo[1]: Ten lo que tienes, porque no reciba otro tu corona. De donde sacaré dos afectos importantes; uno de temor y humildad, viendo el peligro en que estoy de perder lo que tengo, y que otro entre en mi lugar, como sucedió al desventurado Judas, por quien dijo el Salmista[2], y reciba otro su obispado, como ya ponderamos en la cuarta parte.

El segundo, es de grande confianza en la providencia que tiene Dios con su Iglesia y con las religiones, y en todas las comunidades dedicadas á su servicio, inspirando á muchos que sucedan en lugar de los que desfallecen y mueren. Tambien tengo de ponderar como Cristo nuesto Señor gobierna suavemente su Iglesia por medio de los pastores que puso en ella: porque pudiendo en los cuarenta dias que estuvo en el mundo despues de su resurreccion, escoger otro apóstol en lugar de Judas, como habia escogido á los demás antes de su pasion, perteneciéndole esto por razon de su dignidad y excelencia, no quiso hacerlo, sino remitirlo á san Pedro, y al colegio apostólico, para que ellos nombrasen, y por su medio se hiciese la eleccion, asistiendo su Majestad invisiblemente á ella, lo cual ordenó así, para honrar á sus vicarios y ministros, y para enseñarnos que lo que ellos hacen, es por providencia suya, y han de ser obedecidos en ello, como si él mismo lo ordenara, pues por esto les díjo[3]: El que á vosotros oye, á mí oye.

Punto segundo.—Lo segundo se ha de considerar, lo que hicieron de su parte los apóstoles en este caso. Lo primero ponderaré la solicitud que tenia san Pedro, como cabeza de aquella congregacion, en cumplir las obligaciones de su oficio, inspirándole Dios lo que habia de hacer, y aprovechándose de la luz que le dió

[1] Apocal. 3. 11. [2] Psal. 108. 8. [3] Lucæ 10. 16.

Digitized by Google

cuando le abrió el sentido, para que entendiese las Escrituras; y así entendió muy bien lo que decian de Judas[1]: Reciba otro su obispado. Tambien es de creer que en este caso y otros semejantes, consultaria lo que habia de hacer con la Vírgen nuestra Señora, como con maestra de todos, ilustrada mas que todos en los misterios de la fe, y en el conocimiento de las divinas Escrituras; de donde sacaré que los prelados y todos los demás que se dan á tiempos al recogimiento de la oracion, no por esto han de faltar á las obligaciones de su oficio, pues con la oracion y con el cumplimiento de la voluntad de Dios, se disponen á recibir lo que por el recogimiento pretenden.

Lo segundo, se han de ponderar algunas virtudes heróicas que ejercitó aquella santa congregacion, como señales de lo que el Espíritu santo habia luego de obrar en ella. La primera, fué una grande obediencia y sujecion al parecer y juicio de san Pedro, sin haber quien le replicase, ni contradijese, pues pudiera alguno decir que èra mejor dilatar esto para cuando hubiese venido el Espíritu santo, con cuya presencia se acertaria en esta eleccion, antes todos rindieron su juicio al de su pastor, é hicieron lo que les proponia, enseñándonos el modo de obedecer á nuestros prelados con prontitud y rendimiento de juicio; el cual tengo de mirar con mucho cuidado disponiéndome con esta obediencia para recibir al Espíritu santo que se dá á los obedientes, y se niega á los desobedientes. La segunda virtud fué, grande union y concordia en el nombramiento de las dos personas que señalaron para el apostolado, sin que hubiese entre ellos pretension ambiciosa de esta dignidad, ni discordias y contrariedad de pareceres, en si se habian de nombrar dos ó mas, ó cuales habian de ser, porque todos con humildad se tenian por indignos del apostolado; y así con paz y concordia, y con

[1] Psalm. 108. 8.

Digitized by Google

gran acierto nombraron los dos mejores, que á su juicio habia en la congregacion para aquel oficio, á cuyo ejemplo he de procurar la concordia y humildad, con las cuales se alajan las ambiciones y bandos de las comunidades, y se disponen para recibir al Espíritu santo.

La tercera virtud fué, oracion y recurso á Dios nuestro Señor, que conoce los corazones, para que declarase cual de aquellos dos tenia escogido para aquella dignidad; en lo cual confesaban, que los hombres fácilmente se pueden engañar en estas elecciones, porque no conocen los corazones, en los cuales está el bien ó el mal; y así fácilmente tienen por bueno al malo, ó por mejor, al menos bueno; y tambien confesaban, que Dios, en su eternidad, tiene escogidos y señalados algunos para las dignidades y oficios de su Iglesia; y así nuestro deseo ha de ser escoger á estos mismos, para que nuestra eleccion sea conforme á la de Dios: y para todo esto ayuda la oracion fervorosa, hecha en union y caridad. O Espíritu santísimo, por cuya providencia era regida esta santa congregacion de los discípulos de Cristo, comunica á todas las congregaciones de la Iglesia estas soberanas virtudes de obediencia y humildad, de concordia y oracion, para que fundadas en ellas, como en cuatro colunas, perseveren siempre en el espíritu de tu santa vocacion: y pues sin ellas yo no puedo perseverar en la mia, infúndemelas con abundancia de tu gracia, para manifestacion de tu gloria. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar las causas porque Dios nuestro Señor, escogió á san Matías para el apostolado, dejando á Barsabás, por sobrenombre, Justo. La primera fué, porque quiere Dios honrar á todos sus siervos; y como ya Barsabás estaba muy honrado, y autorizado entre los discípulos, con la grande opinion que tenia de santidad, por la cual tenia renombre de Justo, y de todos era llamado así, quiso

Digitized by Google

tambien honrar á Matías, que no tenia tal renombre, dándole otro muy glorioso de apóstol suyo, para que todos tambien le honrasen con este nombre. A lo cual se llega, que san Matías, con ser varon santísimo, era muy humilde; y procuraba encubrir su santidad, para fundarse mas en humildad; y esta causa no habia alcanzado nombre tan honroso como es el de Justo. Y como es propio de Cristo nuestro Señor ensalzar á los humildes [1], y sacar al pobre del estiércol de la tierra, para colocarle con los príncipes de su pueblo, así quiso ensalzar y honrar á san Matías con la dignidad de príncipe de su Iglesia, la cual parece sentir esto, poniendo en la festividad de este santo el Evangelio en que Cristo nuestro Señor alaba á su Padre, porque escondió los misterios de la fe á los sabios soberbios, y los descubre á los pequeños y humildes, y convidó á todos á que aprendiesen de él la humildad de corazon [2]. O Dios altísimo, que te precias de mirar desde la altura del cielo á los pequeñuelos y humildes que viven en la tierra, mírame con ojos de misericordia, haciéndome humilde de corazon, como lo fué tu Hijo amantísimo, para que imitándole en su humildad en la tierra, sea digno de alcanzar parte de su grandeza en el cielo.

La tercera causa fué, para que aprendamos á rendir nuestro juicio á los juicios de Dios, que van por muy diferentes caminos que los nuestros, porque en este nombramiento, como se colige del texto, pusieron en primer lugar á Barsabás, y en segundo á Matías; pero Dios nuestro Señor cruzó los brazos como Jacob, para bendecir á estos dos hijos suyos, y escogió al postrero, dejando al primero [3], no porque Barsabás fuese indigno, sino para que entendamos, que en estos dones de gracia hace Dios lo que quiere, y porque así le dá gusto, y muchas veces los primeros son postreros, y los postreros primeros [4]: *Ita Pater, quia sic placitum fuit*

[1] Matth. 11. 23. [2] Psal. 112. 6. [3] Genes. 48. 14. [4] Matth. 11. 26.

Digitized by Google

ante te. Así es, Padre, porque así te dá gusto hacerlo, y ninguno tiene razon de quejarse, porque á todos dá Dios lo necesario para que se salven; pero en otros favores extraordinarios y superabundantes, bien puede hacer lo que le dá gusto.

De donde sacaré, que así como el justo Barsabás no se indignó, ni dió quejas, ni tuvo envidia de su compañero, sino en todo se conformó con la divina voluntad, porque era justo; y de la misma manera san Matías, no se desvaneció con la dignidad, ni despreció á su compañero, antes con humildad se tuvo por inferior á él en la justicia y santidad. Así yo, cuando me viere desechado, y tenido en menos que otros, tengo de hacer lo que Barsabás, y cuando me viere antepuesto á otros, tengo de hacer lo que Matías, conformándome con la voluntad de Dios [1], en cuyas manos están mis suertes, y por cuya providencia viene, así el ser desechado, como el ser escogido, y el ser tenido en menos, ó en mas que otros, persuadiéndome, que cuando me hace Dios estos favores, no es por ser yo mas santo, sino para que lo sea, y quizá porque soy mas flaco, y tengo necesidad de estas ayudas extraordinarias; y sobre todo tengo de gozarme de todo lo que él hace, aunque sea con desprecio mio, pues ninguna cosa ha de haber para mí de mayor consuelo que la divina y eterna ordenacion. Y esta es una de las mas aventajadas disposiciones que hay para recibir la plenitud del Espíritu santo, como la recibieron estos dos santos varones. Gracias te doy, ó Padre soberano, por la secreta providencia con que repartes tus dones entre tus escogidos, honrando y enriqueciendo á todos, aunque á unos mas que á otros. Yo venero tus ocultos juicios, y creo que son muy justos. Gózome de los favores que haces á todos tus siervos, y de que otros los reciban mayores que yo, pues así lo quieres. Lo que te supli-

[1] Psalm. 30. 16.

Digitized by Google

co es, que mis culpas no aten tus liberales manos, y lo demás remito á tu divina providencia, pues cualquier cosa que me dieres, por pequeña que sea, es mayor de lo que yo merezco, y basta que venga de tu mano, para que yo la tenga por grande y me anime á glorificarte por ella, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXII.

DEL SOBERANO BENEFICIO QUE HIZO DIOS AL MUNDO EN DARNOS AL ESPÍRITU SANTO, Y DE LOS MOTIVOS Y FINES PARA QUE LE DIÓ.

Antes de meditar lo que san Lucas cuenta de la venida del Espíritu santo, he querido poner esta meditacion, para que se entienda mejor la grandeza de este don, y las circunstancias con que se dió, considerando quién nos dá el Espíritu santo, á quién se dá, porqué motivos, y para qué efectos y fines.

Punto primero. —Lo primero, se ha de considerar como el Padre eterno, llegado el dia para esto señalado, se determinó enviar al mundo la persona del Espíritu santo, por tres motivos. El primero, por su infinita bondad y caridad, la cual así como le movió para que nos diese á su Hijo por redentor, tambien le movió á que nos diese al Espíritu santo por santificador, y esto de gracia y de puro amor sin merecerlo nosotros, antes desmereciéndolo por mil títulos, pues habiendo el mundo tratado tan mal á la persona del Hijo, no merecia recibir la persona del Espíritu santo. Por lo cual, como Cristo nuestro Señor dijo á Nicodemus [1]: Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito, podemos tambien decir: Así le amó, que le dió á su divino Espíritu, el cual es tan bueno como el Hijo, y tan bueno como el mismo Padre, porque es un Dios con ambas Personas.

[1] Joan. 3. 16.

Digitized by Google

El segundo motivo fué, los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, el cual con su pasion y muerte nos mereció este don, y estando á la diestra del Padre, abogaba por los hombres, mostrándole sus llagas, y pidiéndole cumpliese la palabra que dió de darles este divino consolador [1]. Y fué tan eficaz esta peticion, que luego la oyó y aceptó el Padre eterno, por premiar con esto los trabajos de quien tan bien le habia servido.

El tercer motivo, fué nuestra propia necesidad y miseria, la cual movió á compasion las entrañas de este Padre de las misericordias, para enviar el último remediador de todos los males, que era el Espíritu santo [2]; de suerte, que la justicia y misericordia se concertaron para negociar esta venida. La justicia de parte de Jesucristo nuestro Señor que la mereció; la misericordia de parte de la bondad de Dios, atendiendo á nuestra miseria. Gracias te doy, Padre soberano, por la infinita caridad que te movió á dar tan infinito don, dándonos todo lo bueno que de tí procede. Dístenos al Hijo, que procede por tu entendimiento como Verbo y palabra tuya, y dásnos tambien el Espíritu santo, que procede por tu voluntad, como amor impulso tuyo: qué te daré yo por dones tan preciosos? Toma, Señor, mi entendimiento y voluntad, con las obras que de ellos proceden, para que todas sean á gloria tuya, por todos los siglos. Amen.

Tambien nos envia el Espíritu santo [3], y nos le dá Jesucristo nuestro Señor, Hijo de Dios vivo, de quien el mismo Espíritu santo procede, juntamente con el Padre, cumpliendo lo que estaba profetizado [4], que en subiendo á lo alto con sus cautivos, dió dones á los hombres, enviando al Espíritu santo, en quien se encierran todos los dones celestiales. Y el motivo que tiene, demás de su bondad y misericordia, y de nuestra necesidad, es para que el Espíritu santo concluya, y per-

[1] Joan. 14. 16. [2] Psal. 84. 11. [3] Joan. 15. 20. et 16. 7. [4] Ad Ephes. 4. 8.

Digitized by Google

feccione con eficacia la redencion del mundo; y lleve adelante la obra que él comenzó, y como el mismo Señor lo dijo en el sermon de la cena, como luego verémos.

Con este afecto tengo de pedir á Cristo nuestro Señor envie sobre mí el Espíritu santo, diciéndole: O Redentor del mundo, pues tanto te preciaste de acabar la obra que comenzaste, deseando que tus obras sean perfectas, dame tu divino Espíritu, para que acabe en mí la obra que has comenzado, aplicándonme con eficacia los frutos de tu copiosa redencion.

Finalmente se ha de considerar, que aunque el Padre y el Hijo nos envian el Espíritu santo, pero tambien el Espíritu santo se nos dá á sí mismo: él es el dador, y el don, por el grande amor que nos tiene; y porque procede del Padre, y del Hijo, como amor, dándonos su amor se nos dá á sí mismo, y así le hemos de pedir que se nos dé, y se nos comunique. O Espíritu divino, dáteme á tí mismo, porque ningun don fuera de tí me puede hartar. O Dador de los dones, dame el mayor de todos ellos, que eres tú, porque contigo me darás todas tus cosas, y pues tu propiedad es ser don, muéstrate conmigo don, dándome lo que tú eres, para que te dé lo que yo soy.

PUNTO SEGUNDO.—Lo segundo, se han de considerar los fines para que el Padre y el Hijo nos envian al Espíritu santo, sacándolo de lo que Cristo nuestro Señor dijo en el sermon de la cena. Lo primero, viene el Espíritu santo, para que suceda á Cristo nuestro Señor en el oficio de protector, abogado, y consolador, haciendo esto invisiblemente con sus apóstoles, como él solia hacerlo visiblemente con ellos, y así les dijo [1]: Yo rogaré á mi Padre: *Et alium Paracletum dabit vobis, ut maneat vobiscum in æternum;* y él os dará otro Paracleto, que quiere decir, patron, abogado, y consolador, el cual tendrá cuidado de vosotros, y os será padrino,

[1] Joan. 14. 16.

Digitized by Google

y protector en vuestros trabajos, consolador en vuestras tristezas, abogado é intercesor en vuestras necesidades, pidiendo por vosotros con grandes gemidos [1]: en cuanto os impelerá, y moverá á orar, y pedir lo que os conviene. Y este Paracleto, como ha de venir invisiblemente, nunca se apartará de vosotros, como yo me aparto por la presencia corporal, sino permanecerá en vuestra compañía in æternum.

Gracias te doy, Redentor del mundo, por habernos dado tal sucesor en tu ausencia, que sea para nosotros fuerte protector, dulce consolador, y solícito abogado. O Espíritu santísimo venid á vuestro siervo, que está suspirando por Vos, apadrinadme en las batallas, amparadme en los peligros, consoladme en las aflicciones, y abogad por mí en todas mis necesidades, haciéndome orar con tal fervor, que alcance remedio de ellas.

Lo segundo, nos dá Cristo nuestro Señor el Espíritu santo; para que suceda en el oficio de maestro, enseñando y platicando dentro de nuestro corazon, la doctrina que él predicó por su boca, y así dijo á sus apóstoles [2]: *Cuando viniere el Espíritu santo que os enviará mi Padre en mi nombre*, esto es en mi lugar, y por mi respeto, *El os enseñará todas las cosas*, *et suggeret vobis omnia*, *quæcumque dixero vobis: y os traerá á la memoria todo lo que os he dicho*, *y os dijere:* que es decir: Os enseñará todas las cosas que os conviniere saber para vuestra salvacion y perfeccion, y para cumplir vuestro oficio, muchas de las cuales exceden ahora á vuestra capacidad [3]; y además de esto, las que hubiéreis oido ó leido, ó aprendido de mi doctrina, os las traerá á la memoria, cuando fuere menester, y os las repetirá, y platicará dentro de vuestro espíritu, para que ni por ignorancia, ni por olvido falteis en lo que os conviene. Y esta enseñanza no es seca, y de pura especulacion, sino jugosa, y llena de devocion. Y por esto dijo san

[1] Ad Rom. 8. 26. [2] Joan. 14. 26. [3] Joan. 16. 12.

Digitized by Google

Juan Evangelista [1] que la uncion nos enseñará todas las cosas. O Maestro celestial, que sin ruido de palabras hinches la memoria de verdades, é ilustras el entendimiento, para que las conozca, de modo que se aficione á ellas, ven á visitar mi alma ruda, ignorante, y olvidadiza. Y pues eres Espíritu de verdad, enséñala toda verdad, desterrando de ella toda falsedad y mentira, asistiendo con ella, para que conozca todo lo que ha de conocer, y no se olvide de ello al tiempo de obrar.

Lo tercero, se dió el Espíritu santo á los apóstoles, para que interiormente les diese testimonio [2], de quién era Cristo, y enseñándolos con este testimonio, ellos le diesen públicamente al mundo, así como el mismo Señor le habia dado de sí mismo, mientras vivió entre los hombres, ofreciéndose al martirio como testigos de esta verdad, muriendo por el testimonio de ella si fuese menester. De suerte, que entrando el Espíritu santo en el corazon del justo, su oficio es darle testimonio de quién es Cristo, ilustrándole con su luz, para que crea que es Dios y hombre Salvador, y único remediador suyo, y para que tenga grande estima de él, y le ame de todo corazon, y se anime á imitarle, incitándole á ejercitar obras santas y á veces tan milagrosas, que ellas den testimonio de Cristo á quien imitan. O Salvador mio, enviad sobre mí el Espíritu de verdad, que procede de Vos y vuestro Padre, para que interiormente con abundancia de su luz, me dé á conocer quien sois, de modo que os ame y haga tales obras, que por ellas sea vuestro Padre glorificado, y Vos seais conocido y honrado. Amen.

Lo cuarto, viene el Espíritu santo para reprender y corregir los vicios del mundo, y convencerle de ellos y de la victoria que el Salvador ganó contra el demonio, de la manera que Cristo nuestro Señor hacia este oficio cuando predicaba. Y así dijo él á sus apóstoles [3]: *Cuan-*

[1] 1. cap. 2. 7. [2] Joan. 15. 26. [3] Joan. 16. 8.

Digitized by Google

do viniere el Espíritu consolador, argüirá al mundo de pecado, y de justicia y de juicio. Esto es, revistiéndose en vosotros: por vuestro medio reprenderá al mundo de sus pecados é infidelidades, convenciéndole que hace mal en no creer en mí, y en no guardar mi ley. Y tambien te convencerá con razones y testimonios de la justicia y santidad de mi vida, de mi ley y de mi doctrina. Y últimamente le convencerá y dará á entender el juicio que yo he hecho contra el pecado, condenando al demonio, echándole del mundo, reprobando la maldad y aprobando la justicia. Y esto mismo hace interiormente el Espíritu santo en el breve mundo de cada hombre, porque su oficio es reprenderle lo malo que hace, y exhortarle á lo bueno y justo que debe hacer, y descubrirle el juicio, que es razon haga entre lo bueno y lo malo, entre Cristo y el demonio, para que abrace lo bueno, siguiendo á Cristo, y aborrezca lo malo, huyendo del demonio. O Espíritu santísimo, ven á este mundo abreviado de mi alma, y convéncela de su pecado y de tu justicia, y enséñala á hacer recto juicio: porque no menos te muestras verdadero consolador y abogado mio, cuando con amor reprendes mis vicios, como cuando me regalas con tus consuelos.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar la infinita grandeza de este don que Dios nos dá, dándonos el Espíritu santo, el cual por excelencia se llama don [1] de Dios altísimo, porque es el supremo de todos los dones [2], y fuente de todos ellos. De suerte, que no contentándose nuestro Dios con darnos la gracia y la caridad, y las virtudes sobrenaturales, y los siete dones del Espíritu santo, tambien nos dá al que es principio y causa de todos ellos, para que él nos conserve, rija, aumente y perfeccione, como quien tiene una fuente y no se contenta con dar el agua de ella, sino dá tambien la misma fuente, de donde perpétuamente pro-

[1] Eccles. [2] D. Th. 1. p q. 38.

Digitized by Google

cede el agua. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor, hablando del Espíritu que habian de recibir los que creyesen en él [1], que de su vientre saldrian fuentes de agua viva. Y para que se entendiese que estos rios serian perpétuos, dijo [2], que dentro de ellos haria una fuente de agua viva, que saltase hasta la vida eterna. O Espíritu santísimo, rio cristalino de agua viva, que procedes de la silla de Dios, y del Cordero, y riegas la ciudad de Dios, y el árbol de vida, que produce doce frutos al año [3], cuyas hojas son para salud de las gentes, ven á esta breve ciudad de mi alma, riégala con tus copiosas gracias, y produce en ella tus doce frutos [4], comunicandome la caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Y porque estos frutos no se sequen ni marchiten, asiste siempre conmigo, conservándolos en su verdor, y aumentando su perfeccion hasta la vida eterna. Amen.

De la consideracion de esta grandeza del Espíritu santo tengo de sacar una grande confianza, de que me dará Dios todo lo que le pidiere, pues quien me dá lo mas me dará lo menos; y como dijo san Pablo [5], quien nos dió á su Hijo, cómo no nos dará con él todas las cosas? Así puedo decir, quien nos dá su divino Espíritu, cómo no nos dará con él todas las cosas que de él proceden, pidiéndoselas en virtud del mismo Espíritu y por los merecimientos del Hijo, por quien se dá? Con esta confianza juntaré un entrañable deseo, de que el Espíritu santo cause dentro de mi aquellos doce frutos, ponderando lo que es cada uno, y pidiéndosele con especial peticion. Primero le pediré la caridad, diciendo [6]: O Espíritu divino, que eres la misma caridad, y quien está en caridad está en tí y tú en él; engendra en mí esta caridad, para que con ella te ame, y lleve copiosos

[1] Joan. 7. 39. [2] Joan. 4. 14. [3] Apoc. 22. 1. [4] Ad Gal. 5. 22. [5] Ad Rom. 8. 32. [6] 1. Joan. 4. 16.

Digitized by Google

frutos de amor; y á este modo le pediré los demás frutos, y tambien sus siete dones, de los cuales harémos luego especial meditacion.

PUNTO CUARTO. — Lo cuarto, se ha de considerar á quién se dá este soberano don del Espíritu santo, para que se descubra mas la grandeza de la divina liberalidad, ponderando, que aunque fué grande largueza dar este don á unos pobres pescadores, idiotas y pusilánimes, y á otra muchedumbre de menos estofa; pero mas admira que le ofrezca Dios á todas las naciones y pueblos del mundo, así de judíos, como de gentiles y bárbaros, sin excluir á ningun hombre por vil y despreciado que sea, y por grande pecador que haya sido, como él quiera disponerse para recibirle[1]; porque como dijo san Pedro, no es Dios aceptador de personas, sino entre todas las gentes, cualquiera que le temiere y obrare justicia le será agradable, y recibirá del Espíritu santo, y así le dió á muchos de los que trataron de crucificar á su Hijo, y á otros innumerables que adoraban por dioses á las serpientes y bestias de la tierra. De suerte, que quien antes era morada de Satanás, y cueva de leones y dragones, sea templo de Dios vivo, y morada de su divino Espíritu, en quien descanse con sus dones, cumpliendo la promesa que hizo por el profeta Joel[2]: *Effundam Spiritum meum super omnem carnem.* Derramaré mi Espíritu sobre toda carne. O liberalidad infinita de nuestro Dios! Adónde mas pudo llegar su liberalísima misericordia, que á derramar con tanta largueza un espíritu tan precioso como el suyo, en un vaso tan asqueroso como el nuestro? Por ventura, Señor, no sois Vos el que dijísteis antiguamente[3]: No permanecerá mi Espíritu en el hombre, porque es carne? Pues cómo decís ahora que derramaréis vuestro Espíritu sobre toda carne? Si hablárais de sola vuestra carne, unida con vuestra divina Persona, razon era que derramárais so-

[1] Actu. 10. 34. [2] Joel. 2. 28. [3] Genes. 6. 3.

Digitized by Google

bre ella vuestro Espíritu, porque tal Espíritu venia bien para tal carne; pero decís que quereis derramarla sobre toda carne siendo ella tal, que no sabe sino hacer guerra y contradiccion á vuestro Espíritu; pues cómo quereis juntar Espíritu tan divino con carne tan terrena? O inmensa caridad! O incomprensible liberalidad! No quiere Dios dar su Espíritu al que es carne, repugnando á las leyes del espíritu: mas si el que es carne quiere mudar su vida carnal, doliéndose del tiempo que ha gastado en ella, Dios derramará sobre él su Espíritu con el cual vivificará su carne, para que viva vida espiritual, digna de tal Espíritu. Gracias te doy, Padre de las misericordias, por la infinita bondad que muestras en dar tal don á tan vil criatura como el hombre, y en juntar tu divino Espíritu con nuestra miserable carne; si quieres que tu misericordia resplandezca mucho en estas dádivas, aquí tienes un hombre que es todo carne, pero deseoso de ser vivificado con tu Espíritu; dámele, Señor, graciosamente, para que more en mí, y mi alma te glorifique, por la soberana merced que haces al que tan indigno era de recibirla.

MEDITACION XXIII.

DEL MODO COMO EL ESPÍRITU SANTO VINO SOBRE LOS DISCÍPULOS EL DIA DE PENTECOSTÉS.

PUNTO PRIMERO. — *Habiéndose cumplido los dias de Pentecostés, estaban todos juntamente en un lugar* [1].

Sobre estas palabras se ha de considerar el misterio que está encerrado en el lugar, tiempo, y dia en que vino el Espíritu santo, y en la junta de las personas sobre quien vino. Lo primero, se ha de considerar, como por inspiracion del mismo Espíritu santo, el dia de Pentecostés se juntaron todos los discípulos de Cristo con la Vírgen nuestra Señora en la casa y cénaculo,

[1] Actu. 2. 1.

Digitized by Google

donde solian juntarse, que por lo menos eran los cien-
o y veinte, de que poco antes hizo mencion san Lu-
as, y todos á una clamaban y pedian al Padre eter-
no, por los méritos de su Hijo, y al mismo Hijo, les
enviase el Espíritu santo que les habia prometido, cu-
yas oraciones fueron presentadas delante de Dios, por
medio de los ángeles, y juntándolas con la peticion de
Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, fueron oidas,
resolviéndose que aquel dia se les diese lo que pedian,
porque no hay plazo que no llegue para quien pide, y
persevera, y espera con paciencia la venida del Señor.

Lo segundo, ponderaré como esta casa, y cenáculo, como ya se ha dicho [1], representa la Iglesia universal, en la cual se recogen todos los que son discípulos de Cristo, unidos en una misma fe, y en el culto de un mismo Dios, y en la observancia de una misma ley. Y como en este dia se dió el Espíritu santo á los que estaban en esta casa, y no á los que estaban fuera de ella, así tambien el Espíritu santo solamente se dá á los que viven dentro de la Iglesia, disponiéndose para recibirle, y ninguno que estuviere fuera de ella le recibirá, porque como la paloma no halló lugar donde poner su pié para descansar, fuera del arca de Noe [2], así el Espíritu santo, figurado por la paloma [3], no halla en quien morar fuera de la Iglesia, que es representada por el arca. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor [4], que el mundo no podia recibir el Espíritu santo, llamando mundo á la congregacion de los que niegan su fe, reprueban su doctrina, y resisten á su santa ley. Esto me ha de mover á dar muchas gracias á nuestro Señor, por haberme traido á esta casa de su Iglesia: en la cual, si por mí no queda, recibiré al Espíritu santo, disponiéndome para recibirle con la oracion y union que los apóstoles tenian dentro de ella.

[1] En la Meditacion 20, y en la 10 de la 4 parte. [2] Genes. 8. 9. [3] 1. Petr. 3. 20. [4] Joan. 14. 17.

Digitized by Google

Lo tercero, ponderaré la causa porque vino el Espíritu santo en el dia de Pentecostés, que era una fiesta de los judíos, instituida en memoria de la ley que les dió nuestro Señor en el monte Sinaí, y se celebraba cincuenta dias despues de la Pascua del Cordero. La causa fué, para significar, que el Espíritu santo venia principalmente á imprimir en las almas la ley de gracia que Cristo habia predicado, dando fin y cumplimiento á la ley vieja que habia sido su figura, y así en el mismo dia que se dió la una, se promulgó la otra, aunque en diferente manera, porque la ley vieja era ley de temor, y así se dió con truenos, y relámpagos, y amenazas de muerte en el monte Sinaí: escribióse en tablas de piedra, porque era pesadísima, y se daba á hombres de dura cerviz, y de empedernido corazon: pero la ley nueva es ley de amor, y así con gran suavidad la escribió el mismo Espíritu santo en las entrañas de los hombres [1], y en las tablas de su corazon, quitándoles el corazon de piedra y trocándosele en corazon de carne [2], como por sus profetas lo tenia prometido. O Padre soberano, cuya mano es el Hijo que de tí procede, por quien criaste todas las cosas, y cuyo dedo es el Espíritu santo, que procede de ambos por quien las reformaste, escribiendo con él tu santa ley en los corazones de los hombres, escríbela en el mio con este dedo de tu diestra, con tanta fuerza, que nunca mas se borre: y pues tú me mandas que yo tambien la escriba, cooperando con amor al cumplimiento de ella, dame lo que me mandas, para que lo cumpla como quieres.

Tambien vino el Espíritu santo cincuenta dias despues de la pasion y resurreccion de Cristo, para significar, que con su venida tan copiosa, concede jubileo plenísimo, significado por el número de cincuenta, dando plenaria remision de las deudas [3], y pecados, en

[1] Jer. 31. 33. [2] Ezech. 36. 26. [3] Levit. 25. 10.

Digitized by Google

virtud de la pasion de nuestro Redentor. Y si la Iglesia dice del Espíritu santo, que es *Remissio omnium peccatorum*. O Espíritu santísimo, ven con plenitud á mi alma, y concédela este jubileo plenísimo, perdonándola todos sus pecados, para que libre de ellos, suba con grande júbilo á los gozos de tu eterna gloria. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — *De repente vino del cielo un sonido como de espíritu, y viento vehemente.*

En cada palabra de estas se declara algun misterio, ó propiedad de la venida del Espíritu santo al alma, por medio de las inspiraciones que preceden á su entrada, las cuales son unos movimientos repentinos, que sentimos dentro del alma, y á modo de relámpagos nos descubren alguna verdad de la fe, y á modo de centellas de fuego nos aficionan á lo bueno y santo.

Lo primero, viene de repente este sonido, para significar que la inspiracion del divino Espíritu y su visita, no tiene dia ni hora señalada y determinada, sino que viene cuando el hombre menos piensa, y cuando el Espíritu santo quiere, y como quiere; porque[1] *Spiritus ubi vult spirat.* El Espíritu sopla é inspira donde quiere, porque, como luego dirémos[2], inspira por sola su misericordia, y así en todo tiempo tengo de suplicarle que venga, y esperar su venida, dejando á su paternal providencia el dia y la hora en que ha de venir, que será la que mas conviniere, aunque para mí será repentina.

Lo segundo, vino del cielo este viento y nó del oriente, ó poniente, ni del septentrion, ó mediodia de la tierra, para significar que la inspiracion del Espíritu santo no es de la tierra, ni hay en ella fuerzas para levantar este viento, sino del cielo ha de venir, porque como dice el apóstol Santiago[3], toda dádiva buena, y todo don perfecto es de arriba, y viene del Padre de las lumbres: la dádiva por excelencia buena, es el Hijo, y el don por excelencia perfecto, es el Espíritu santo, y

[1] 1. Joan. 3. 8 [2] En la Medit. 26 [3] Jac. 1 17.

Digitized by Google

todas las dádivas y dones que de estos dos proceden, son del cielo, enviados por el eterno Padre de quien proceden el Hijo y el Espíritu santo. O Padre de las lumbres, envíame desde lo alto esta dádiva buena, y este don perfecto. Venga desde el cielo el viento de tu divino Espíritu, para que me arrebate y lleve trás sí al lugar de donde salió.

Lo tercero, este sonido, fué de aire ó viento [1], para significar que el Espíritu santo, con su inspiracion obra en nosotros algunos efectos maravillosos, significados por el viento, porque con ella nos dá y conserva la vida espiritual de la gracia, con ella respiramos, y se amortigua el ardor de nuestras concupiscencias: ella nos limpia y purifica, apartando en nuestras almas lo precioso de lo vil, el grano de la paja, y lo bueno y perfecto de lo malo é imperfecto, y ella nos impele y mueve á huir del vicio, y á seguir lo que es virtud. De suerte, que como con el aire vivimos y respiramos, y sin él no podríamos vivir, así dentro del divino Espíritu, y en su virtud somos, vivimos y nos movemos en el ser de gracia, y sin él no podemos tener, ni conservar tal ser y vida. O Espíritu de vida, que soplando sobre los muertos que vió Ezequiel [2], luego los vivificaste, ven y sopla sobre las almas muertas por la culpa, para que las vivifiques con tu gracia [3]. O viento ábrego del cielo, sopla en el huerto de mi alma, para que con tu inspiracion los árboles de las virtudes broten sus gloriosos actos á gloria de Dios, y á edificacion de mis prójimos. O Dios eterno, que con un viento fresco recreaste á los mozos que estaban en el horno de Babilonia [4], envia sobre mí este viento fresco de tu divino Espíritu, para que temple las llamas que arden en el horno de mi sensualidad, y todas mis potencias se provoquen á darte continuas alabanzas. Amen.

Lo cuarto, el viento fué vehemente, para significar

[1] Sup. in. Med. 4. [2] Ezech. 37. 9. [3] Cant. 4. 16. [4] Dan. 3. 50.

Digitized by Google

el ímpetu y fervor con que el Espíritu santo mueve á las obras de virtud, con una fuerza suave y amorosa, no contra nuestra voluntad, sino con grande gusto, porque es enemigo de tibiezas y pereza, y como dice san Ambrosio [1]: *Nescit tarda molimina Spiritus sancti gratia:* La gracia del Espíritu santo no aprueba tardanzas y pesadumbres en las obras de virtud, y cuando él entra en el alma, llévala como navío que navega con viento en popa sin trabajo, y con grande velocidad, siendo él tambien el piloto que lo gobierna, enderezándolo al puerto y lugar donde quiere llevarle. Y de estos dijo san Pablo: los que son llevados y movidos del divino Espíritu, estos son los hijos de Dios. O Espíritu divino, que á tus hijos muy queridos mueves con gran vehemencia á las obras de virtud y santidad, ven sobre mi alma como viento vehemente, impeliéndola á todo lo que te agrada: y porque no se despeñe con el fervor indiscreto, gobiérnala en sus caminos, para que llegue al puerto de tu eterna gloria. Amen.

Lo quinto, este viento vehemente causó un gran sonido y trueno, que se oyó en toda la ciudad, para significar que la venida del Espíritu santo hace en los justos, y por ellos tales obras, que suenan en todo el mundo, por el admirable ejemplo de su vida, y á veces por grandes milagros, y en especial por la fuerza de su predicacion y palabra, como se vió en los apóstoles, de quien está escrito [2], que en toda la tierra salió su sonido, y en los últimos fines de ella sus palabras: y por esta causa Cristo nuestro Señor llamó á dos de ellos hijos del trueno [3], porque como trueno salieron á predicar por el mundo. O Amado mio, suene la voz de tu inspiracion en mis oidos, para que con ella haga tales obras, que suenen en todo el mundo, edificando á mis prójimos, y despertándolos á que te glorifiquen por todos los siglos. Amen.

[1] Lib. 2. in Luc. [2] Psal. 18. 5. Ad. Rom. 10. 18. [3] Marc. 3. 17.

Digitized by Google

PUNTO TERCERO. — *Y llenó toda la casa donde estaban sentados.*

Aquí se ha de ponderar los misterios que están encerrados en que este viento vehemente haya llenado toda la casa donde estaban sentados los discípulos.

El primero fué, para significar, que en la ley de gracia se dá el Espíritu santo con grandísima abundancia y plenitud, para todo género de obras, ejercicios y ministerios, estados y oficios de la Iglesia, mostrándose Dios mucho mas liberal que en la ley de naturaleza, y mas que en la ley escrita [1]. Un amigo de Job, que fué en la ley de naturaleza, y Elías, que fué en la ley escrita [2], sintieron la venida del divino Espíritu, como sonido ó silvo de un aire delgado, porque entonces se daba el Espíritu muy tasado: mas despues de la pasion de Cristo nuestro Señor, dase como viento vehemente, que llena toda la casa, porque se dá con gran plenitud con todo género de gracias, para toda suerte de personas; de tal manera, que el mismo Redentor, antes de su muerte no le dió con tanta plenitud: y por esto dijo san Juan [3], que no se habia dado el Espíritu santo porque Jesus no estaba glorificado, pero en resucitando, abriéronse las cataratas [4], y puertas del cielo, y vino un diluvio de gracias, que llenó toda la tierra, y la renovó y fertilizó. Y por esto dijo Isaías [5] que la tierra se llenaria de ciencia y conocimiento de Dios, como de aguas de un mar que la cubriesen toda. Gracias te doy, dulcísimo Redentor, porque abriste las cataratas de tu sacratísimo cuerpo, para derramar toda tu sangre por nosotros, y en virtud de ella abriste las cataratas y puertas del cielo para derramar tu copioso Espíritu sobre los que quisiesen aprovecharse de tu pasion. Derrámale, Señor, de nuevo sobre toda la casa de tu Iglesia, para que de nuevo todos comencemos á servirte con fervor.

Lo segundo, llenó este viento toda la casa, sin dejar

[1] Job. 4. 16. [2] 3. Reg. 19. 12. [3] Joan. 7. 39. [4] Gen. 7. 12. [5] Isai. 11. 9.

Digitized by Google

sala, ni retrete, ni rincon que no penetrase, para significar la generalidad con que el Espíritu santo, cuanto es de su parte se dá y ofrece á todos los hombres, en cualquier parte y rincon del mundo que estén, cumpliéndose lo que dice la divina Sabiduría [1], que el Espíritu del Señor hinche la redondez de la tierra; y lo que Dios prometió á su pueblo, cuando dijo [2] que derramaria su Espíritu sobre toda carne, y le daria á sus hijos é hijas, á los viejos y mozos, á sus esclavos y esclavas, como ponderamos en la meditacion pasada.

Lo tercero, para significar, que cuando el Espíritu santo entra con esta vehemencia en una alma, llena toda su casa con todas sus potencias, sin dejar vacía alguna: llena su memoria de buenos pensamientos: su entendimiento de santos discursos y meditaciones: su voluntad de fervientes deseos y afectos, y sus apetitos de santas aficiones, de suerte, que esta casa quede llena de verdades y virtudes celestiales, y dentro de ella bullan los actos y ejercicios de todas, como son amor de Dios, celo de su gloria, confianza en su misericordia, temor reverencial de su grandeza, gozo de sus excelencias, alabanza y accion de gracias por sus beneficios, dolor de los pecados, deseos y propósitos eficaces de obedecer á Dios, y de padecer mucho por él [3]. O Espíritu santísimo, si llenases mi memoria y entendimiento de tus ilustraciones, para que los pensamientos que de ellas procediesen, celebrasen un dia de fiesta muy alegre para tí y para mí. O si mi voluntad y apetitos quedasen llenos de tu divinidad, para que mis quereres y deseos de hoy mas fuesen divinos, conformes en todo con los tuyos. Lléname, Señor, de tí mismo, para que todas mis obras sean llenas delante de tí, sin que haya en ellas cosa vacía que te ofenda y desagrade [4]. Ultimamente ponderaré como este viento llenó la casa donde estaban los discípulos sentados; para significar que si

[1] Sapien. 1. 7. [2] Joel. 2. 28. [3] Psal. 75. 11. [4] Apoc. 3. 2.

Digitized by Google

quiero que el Espíritu santo llene la casa de mi corazon, no tengo de andar vagabundo fuera de ella, derramándome voluntariamente por las criaturas, sino procurar entrar dentro de mí mismo, y morar de asiento y con quietud dentro de mi conciencia, ocupándola con algunos buenos pensamientos y deseos, y con algunas buenas obras, esperando la venida de este Espíritu vehemente, que lo llene todo y perfeccione con su abundante amor. De aquí es, que como arriba se dijo [1]; cuando Dios quiere visitar las almas, primero las recoge, y las entra dentro de sí mismas, y hace que se asienten con reposo en el retrete de su corazon, y luego entrar él con toda su plenitud de dones.

PUNTO CUARTO.—*Aparecieron lenguas repartidas como de fuego, y sentóse sobre cada uno de ellos* [2].

Lo primero, se ha de ponderar la causa porque el Espíritu santo se dió en forma de fuego visible, porque siempre ha tomado formas exteriores, que representasen los efectos maravillosos que causa interiormente en los que le reciben [3]. En el bautismo de Cristo tomó forma de paloma, para significar la inocencia y fecundidad de las buenas obras á que inspira. En la transfiguracion apareció como nube resplandeciente, para significar la lluvia de la doctrina que comunica, y la proteccion que tiene de sus escogidos. En el cenáculo se dió con un soplo [4], en señal de la vida espiritual que se nos dá por medio de los sacramentos. Pero este dia apareció en forma de fuego, para significar, que así como el fuego purifica, alumbra, enciende, sube á lo alto y es muy unitivo y comunicativo de sí mismo transformando en sí lo que se le junta; así el Espíritu santo purifica las almas consumiendo la escoria de sus vicios y pecados, y apartando el oro y plata de las virtudes, la escoria y estaño de las faltas é imperfecciones que suelen mez-

[1] En la Medit. 20. [2] Actu. 2. 3. [3] D. Th. 1. p. q. 43. art. 7. ad. 6. [4] Sup. in Medit. 9.

Digitized by Google

clarse con ellas, alumbra los entendimientos con una lumbre sobrenatural, tan excelente, que los certifica de las verdades y misterios de la fe, mas que si los vieran con los ojos corporales. Enciende las voluntades con el ardor de la caridad, abrasándolas en amor de Dios y de sus prójimos. Levanta los corazones de la tierra á las cosas celestiales, haciendo que tengan su conversacion en los cielos, y allí descansen por la contemplacion, como en su esfera y propio lugar. Finalmente, une las almas consigo mismo, comunicándolas sus virtudes y dones, de modo que sean un espíritu con él por union de perfecto amor [1]. Este es el fuego de quien dijo Cristo nuestro Señor: *He venido á traer fuego á la tierra, qué otra cosa quiero yo sino que arda?* O amantísimo Redentor, cumplid vuestro deseo en la tierra de mi alma, arrojando en medio de ella este divino fuego, para que consuma todo lo terreno y me levante sobre sí á lo celestial. O Espíritu divino, pues sois fuego consumidor, consumid en mí todo lo que os desagrada, para que sea capaz de recibir la luz, ardor, ligereza, y actividad de este fuego, siendo en él perfectamente transformado.

Lo segundo, se ha de ponderar, la causa porque vino el Espíritu santo en forma de lenguas, mas que en forma de corazones de fuego. Esta fué porque no se daba á los apóstoles para que solamente ellos amasen y se convirtiesen en fuego, sino para que con sus lenguas movidas de este divino Espíritu, predicasen al mundo la ley de Cristo, y su muerte y pasion. Y haciendo oficio de fuego, purificasen los hombres de sus errores y pecados, y los alumbrasen con la lumbre de la verdadera doctrina, y los encendiesen con las llamas de la caridad, y los levantasen al deseo de las cosas celestiales, uniéndolos con Dios nuestro Señor con union de amor: cumpliendo tambien por ellos Cristo nuestro Señor lo que dijo [2]: Fuego he traido á la tierra, mi deseo es que siempre arda.

[1] Luc. 12. 49. [2] Lucæ 12. 49.

Digitized by Google

Demás de esto, tambien el Espíritu santo viene sobre nosotros espiritualmente en lenguas de fuego, cuando nos comunica los afectos de la devocion, la cual, como dice san Bernardo [1], es la lengua del alma, con la cual habla con Dios, y cuando el Espíritu santo se le comunica con plenitud, es lengua de fuego, de la cual salen afectos encendidísimos de amor, con los cánticos que luego dirémos.

Lo tercero se ha de ponderar aquella palabra, *Dispartitæ linguæ*, lenguas divididas y repartidas entre todos, en la cual se apunta lo que dice el Apostol [2]: que aunque el Espíritu santo es uno, pero hay muchas divisiones y particiones de gracias, ministerios, y operaciones, como es don de sabiduría, de ciencia, de fe, gracia de santidad, de hacer milagros, de interpretar las Escrituras, etc. Las cuales divide y distribuye el Espíritu santo como quiere entre los miembros de la Iglesia, dándoles lenguas de fuego para usar de la gracia que les ha repartido. De lo cual sacaré afectos de alabanza y accion de gracias, por los dones que este divino Espíritu reparte por los miembros de la Iglesia, gozándome de los que ha dado á mis hermanos, y agradeciéndole los que me ha dado: pues así los unos como los otros son para mi provecho. De la manera que en los miembros del cuerpo natural, el bien del ojo es bien de la mano, y el bien de la mano lo es del ojo, porque unos ayudan á otros.

Lo cuarto, ponderaré aquella palabra, *seditque supra singulos eorum*, sentóse sobre cada uno de ellos, para significar, que el fuego del Espíritu santo, cuanto es de su parte, viene de asiento sobre nosotros con deseo de nunca dejarnos, sino le echamos, conforme á lo que Cristo nuestro Señor dijo en el sermon de la cena [3]: Mi Padre os dará un Espíritu consolador que permanezca con vosotros in æternum, y si nos deja, es por

[1] Serm. 43. in Cant. [2] 1. Cor. 12. 4. [3] Joan. 14. 16.

Digitized by Google

nuestra culpa: porque, como dice la divina Sabiduría [1], el Espíritu santo huye del fingido en la disciplina de la virtud, y apártase de los pensamientos que van fuera de razon, y échale de donde está la maldad que de nuevo viene. Por tanto, alma mia, si quieres que el Espíritu santo se asiente sobre tí, y permanezca contigo para siempre, huye toda doblez y fingimiento; sacude de tí cualquier pensamiento y afecto desordenado, y no des entrada á la maldad, porque como es Espíritu purísimo, no quiere entrar en el alma mal intencionada, ni habitar en cuerpo sujeto á pecados, ni permanecerá en el hombre que vive como bestia, siguiendo las leyes de su carne.

PUNTO QUINTO. — *Todos se llenaron de Espíritu santo.* Primeramente consideraré la infinita bondad y liberalidad de la santísima Trinidad, así del Padre, y del Hijo que envian al Espíritu santo, como del mismo Espíritu santo que se dá á sí mismo, porque con ser los que estaban en aquel cenáculo tan diversos en los merecimientos, y en la dignidad, á todos llenó de sus dones, á todos hinchó de alegría, y á todos se dió todo, de modo que todos quedasen llenos de su Espíritu, todos hartos y satisfechos, sin desear por entonces otra cosa fuera de Dios: llenó con especialidad toda la casa de su alma, sin dejar vacía ninguna de sus potencias, porque en su memoria estampó las divinas Escrituras, para que se acordasen de ellas siempre que las hubiesen menester. En su entendimiento infundió gran luz é inteligencia de ellas, y de todos los misterios principales que encierran debajo de su corteza. En su voluntad y corazon, imprimió de un golpe toda la ley de la caridad y amor; con tanta perfeccion, que aunque no hubiese en el mundo ley, ni Evangelio escrito, ellos fueran ley viva, y la ley interior les impeliera á guardarle perfectamente. Y por concluir, de repente hizo con ellos to-

[1] Sap. 1. 5.

Digitized by Google

dos sus oficios: porque como viento fresco, les llenó de suavidad: como sol, les hinchó de luz: como fuego, les llenó de calor celestial: como maestro, de su doctrina: y como médico, de una perfecta y cumplida salud: y en un momento los trocó de cobardes en animosos: de flacos en fuertes: de ignorantes, en muy sabios: de envidiosos en caritativos: de ambiciosos, en humildes: y de imperfectos, los hizo consumados en toda perfeccion [1]. O mudanza de la diestra del muy alto! O poder infinito del divino Espíritu! La mudanza que no hizo el combate de tres años con tres fuertes tiros de sermones, ejemplos, y milagros, la hizo el dia de hoy en un instante el Espíritu de Cristo, y la virtud que vino de lo alto. Envia, ó buen Jesus sobre mí, esta virtud de tu divino Espíritu, para que me trueque en otro varon, hecho en todo á tu voluntad. Ven, ó Espíritu santísimo, y lléname con tus dones, para que trueque mis costumbres de terrenas en celestiales, y no quiera, ni pretenda otra cosa fuera de tí, estando lleno y harto con tenerte dentro de mí.

Lo segundo, se ha de considerar, que aunque todos fueron llenos de Espíritu santo, unos recibieron mayores dones que otros, como dos vasos llenos de agua, si el uno es mayor que el otro, el mayor tendrá mas agua; así los que eran mas santos, y estaban mas bien dispuestos, recibieron mayor plenitud de Espíritu santo con mas copiosa gracia; y por consiguiente nuestra Señora recibió mayor gracia y alegría que todos los demás juntos, y los apóstoles mayor que todos los otros discípulos, glorificando todos á Dios por la merced singular que les habia hecho. Y yo tambien me gozaré, dando á la Vírgen el parabien de los dones que recibió, y del contento que tuvo, viendo á todos los discípulos llenos del Espíritu santo, y cumplida la promesa de su precioso Hijo con tanta perfeccion.

[1] Psalm. 76. 11.

Digitized by Google

Tambien sacaré un gran deseo de aparejarme para recibir el Espíritu santo, con el mayor fervor que pudiere, pues se dá con mas abundancia al que está mas bien aparejado: esto aparejo le haré con estas cuatro virtudes. La primera, es pureza de conciencia, lavando el vaso donde el Espíritu santo ha de derramar sus dones. La segunda, humildad de corazon, vaciándole de sí mismo, y de todo espíritu contrario. La tercera, es confianza en Dios, ensanchando la capacidad del alma, no á la medida de mis solos merecimientos, sino á la medida de los merecimientos de Cristo nuestro Señor, y de la infinita bondad y liberalidad de Dios. La cuarta, es oracion ferviente, con la cual se alcanzan estos dones, pidiendo á Dios que dé como quien es, y no como quien yo soy. Cuanto mas aventajadamente ejercitare estas cuatro virtudes, tanto estaré mas dispuesto para recibir el Espíritu santo con mayor abundancia de sus dones. O Dios altísimo, que dijiste á tu pueblo [1]: Abre tu boca, dilata, y ensancha tu seno, y yo le llenaré [2]: yo abro mi boca con deseo de traer tu divino Espíritu, y querria ensanchar los senos de mi alma para recibirle con plenitud: hínchelos, Señor, conforme á tu voluntad, y ensánchalos con tu misericordia, para que reciban mas copiosa gracia.

Ultimamente ponderaré como tambien quedaron todos llenos de Espíritu santo, en cuanto recibieron todo el caudal que habian menester para llenar su ministerio [3], porque Dios nuestro Señor dá tanta gracia á cada uno, cuanta es menester para que cumpla enteramente con el ministerio y oficio que le encarga, y con el estado para que le llama. Y así á nuestra Señora, y al precursor san Juan, y á los apóstoles llenó de gracia, dando á cada uno tanta cuanta pedia la dignidad y oficio para que los habia escogido, y lo mismo hace ahora con los que llama para los estados y oficios de

[1] Psal. 80. 11. [2] Psalm. 118. 131. [3] D. Th. 3. p. q. 7. art. 10.

Digitized by Google

la Iglesia, como se verá en la sexta parte.

PUNTO SEXTO. — *Y comenzaron á hablar en varias lenguas como el Espíritu santo les daba que hablasen.*

En este hecho se ha de considerar. Lo primero, la gracia especial que hizo el Espíritu santo á los apóstoles, dándoles de repente facultad de hablar en varias lenguas, para que pudiesen predicar el Evangelio en todo el mundo, porque esta gracia no era tanto para su propio provecho, cuanto para el provecho de todos los hombres de la tierra, y así todos hemos de alabar á Dios por esta merced que les hizo para bien nuestro: advirtiendo [1], que como la division de las lenguas fué castigo de la soberbia: así la union de ellas fué premio de la humildad; y como los soberbios, queriendo edificar una torre, cuya cumbre llegase al cielo, fueron confundidos con dividirles los lenguajes, sin que uno entendiese al otro, para que se dividiesen, y cesasen de su pretension, así los humildes, deseando edificar la torre de la perfeccion, cuya cumbre llegase á la vista y union con Dios, fueron ayudados con la union de los lenguajes, para que pudiesen unirse con todos los hombres, y llevar adelante su edificio. O dulcísimo Jesus, dame verdadero espíritu de humildad, y perfecciona con el fuego de tu amor la lengua que me has dado, para que de mi parte ayude á levantar esta torre de la perfeccion, no solo en mi alma, sino en las de mis prójimos: de modo, que todos lleguemos á la cumbre de tu eterna gloria. Amen.

Lo segundo ponderaré, como los apóstoles luego comenzaron á hablar en estas lenguas, no por su antojo, sino movidos del divino Espíritu hablando de las cosas, con el modo y fervor que les inspiraba: y así sus palabras eran de cosas santas, y con modo santo, lo cual conservaron toda la vida, como lo dijo san Pablo [2]: No somos como muchos que adulteran la palabra de Dios:

[1] Genes. 11. 7. [2] 2. Cor. 2.

Digitized by Google

Sed ex sinceritate, sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur. Hablamos con sincera intencion, movidos de Dios, en la presencia de Dios, y de cosas que pertenecen á Cristo; que es decir: En las palabras guardamos cuatro condiciones. La primera, que no sean por fin malo, ni vano; sino con pura intencion de la gloria de Dios y del bien nuestro, y de nuestros prójimos. La segunda, que proceden, no de espíritu impetuoso y aprisionado, sino de buen espíritu, santo y reposado, La tercera, que sean en la presencia de Dios, mirando que nos oye y es testigo de lo que decimos. La cuarta, que no sean de cosas malas, ni vanas, ni impertinentes, sino todas de Cristo, ó de cosas enderezadas á Cristo, y aun grandezas suyas, como luego verémos.

Lo tercero ponderaré, como estando el Espíritu santo en el alma, luego la hace hablar en varias lenguas interiormente, que son varios afectos de devocion, conforme á lo que dice san Pablo[1]: Llenaos de Espíritu santo hablando á vosotros mismos con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y tañendo en vuestros corazones al Señor, haciendo siempre gracias por todos á Dios Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Estas son las varias lenguas de fuego, con las cuales como se dijo en el párrafo segundo de la introduccion de este libro, hablamos dentro de nosotros mismos con Dios nuestro Señor, cantándole salmos é himnos, con afectos de alabanza y agradecimiento por las mercedes que nos hace, y tambien afectos de amor y gozo, por ser quien es, haciendo grandes ofrecimientos de servirle, y provocando todas las virtudes, para que le hagan música, ejercitando sus actos á gloria de nuestro Señor. O quién oyera como hablaba la Vírgen este dia con estas varias lenguas, inspirada por este divino Espíritu! Qué afectos tan encendidos! Qué alabanzas y accion de gracias brotaria, y cómo se derretiria en fuego de amor, ha-

1 Ad Eph. 5. 18. Ad. Col. 3. 16.

Digitized by Google

blando con su Amado! O qué música de lenguas tan diversas, pero muy concertadas sonaba en aquel cenáculo, por aquellos sagrados cantores, rigiéndoles como maestro el Espíritu santo[1]! O Espíritu santísimo, ven á mi alma muda, y enséñala á hablar con varias lenguas de encendidos afectos, y pues me pides que suene mi voz en tus oidos, aclárala y endulzúrala, para que su música te sea dulce y agradable por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LAS OBRAS MARAVILLOSAS QUE POR MEDIO DE LOS APÓSTOLES HIZO EL ESPÍRITU SANTO EN EL DIA DE PENTECOSTÉS.

PUNTO PRIMERO. —*Estaban aquel dia en Jerusalen muchos judíos y varones religiosos de todas las naciones del mundo; y en oyendo el sonido del viento vehemente, juntóse grande muchedumbre: y oyendo cada uno hablar á los apóstoles en su propia lengua las grandezas de Dios, quedaron admirados y pasmados, diciendo: Quid vult hoc esse? Qué será esto?*

Lo primero se ha de considerar, cuán propio es del Espíritu santo con el sonido de su divina inspiracion menear los ánimos de los hombres, y traerlos á donde oigan los predicadores del Evangelio, para que por medio de su predicacion conozcan á Cristo y se conviertan. Por lo cual tengo de darle muchas gracias, y suplicarle que no cese de hacer esto con los pecadores, y de mi parte de imitar á esta gente: la cual oyendo esta voz y sonido no se quedó en su casa, despreciándola y haciendo poco caso de ella, sino luego salió á ver lo que era, y lo que este prodigioso sonido significaba: así yo en oyendo dentro de mi alma la voz de la divina inspiracion, no tengo de estar ocioso, ni dejarla pasar en vano, sino salir á cumplir lo que por ella Dios me inspira.

[1] Cantic. 2. 14.

Digitized by Google

Lo segundo, se hà de ponderar, como los apóstoles que habian estado recogidos con silencio esperando la venida del Espíritu santo, luego que le recibieron, salieron de su recogimiento á lo público, y comenzaron á publicar y predicar las grandezas de Dios, en presencia de todas las naciones del mundo, porque la fuerza interior del Espíritu santo[1] les movia á ello, el cuál no quiere que sus talentos estén enterrados, ni que sus dones estén ociosos un momento, sino que luego salgan á luz, y se negocie con ellos la salvacion de las almas: con lo cual me confirmaré en lo que arriba se dijo: Que como es vicio de soberbia salir á predicar, y tratar las almas antes de recibir la virtud de lo alto, así es vicio de pusilanimidad salir despues de recibida; y como dice san Gregorio[2]: Ambos extremos son muy peligrosos.

Lo tercero, ponderaré la eficacia y espíritu con que los apóstoles hablaban *magnalia Dei*[3], grandezas de Dios: porque cada espíritu mueve á hablar como quien es: el espíritu de mundo, con la lengua que David llama *Magniloquia*, habla grandezas mundanas: el espíritu de carne, grandezas carnales: el espíritu propio, grandezas propias: mas el Espíritu divino aborrece estas grandezas, y no las quiere tomar en la boca, sino es para despreciarlas; porque las tiene por bajezas, y solamente inspira y mueve á hablar de las grandezas de Dios, de sus virtudes y excelencias, de sus beneficios y misericordias, de sus obras y misterios, sintiendo altamente de Dios y de cualquier cosa suya, y hablando de ella cuando es menester, no con tibieza y caimiento de ánimo, sino con lenguas de fuego, y con fervor admirable; de modo que provoque á los oyentes grande admiracion y espanto, reconociendo en él que hablaba la divinidad del Espíritu que le mueve. O Es-

[1] Med. 17. p. 2. [2] 3. p. Past. admon. 26. [3] S. Bern. ser. de spir. et lib. de cons. ad mon. cist.

Digitized by Google

píritu divino, ilustra mi alma, para que conozca las grandezas de Dios, y mueve mi lengua, para que hable de ellas con tal fervor, que tú quedes glorificado y mis prójimos edificados, y yo mas encendido en tu amor. Amen.

Punto segundo. — *Algunos escarneciendo decian: Estos están llenos de mosto; pero levantándose Pedro con los once apóstoles, alzó la voz, y hablóles, declarándoles, como no estaban tomados del vino, sino llenos del Espíritu santo.*

Aquí se ha de ponderar. Lo primero, como nunca faltan malos que escarnezcan de los buenos, y hagan burla de las buenas obras de Dios, juzgando temerariamente de ellas, y echándolas siempre á la peor parte: como el sumo sacerdote Helí, que viendo á la madre de Samuel orar en el templo, meneando solamente los labios[1], juzgó que estaba tomada del vino, atribuyendo á embriaguez lo que era fervor de espíritu: y los deudos de Cristo nuestro Señor, cuando comenzó á predicar, juzgaban que su fervor era furor[2], y ahora estos miserables á los que están llenos del Espíritu santo, llaman embriagados y llenos de vino. Esto permite nuestro Señor para ejercitar á los justos en humildad y paciencia, y para que vean cuán errados son los juicios de los hombres, y no hagan caso de ellos, y aprendan á no juzgar temerariamente lo que no alcanzan, especialmente cuando lo hace gente santa, sino venerarlo con silencio y admiracion, ó preguntar como hicieron este dia algunos: *Quidnam vult hoc esse? Qué será esto?*

Lo segundo, ponderaré cómo los apóstoles, movidos del divino Espíritu, tomaron de aquí ocasion para predicar la fe de Cristo nuestro Señor, respondiendo á la pregunta de unos, y deshaciendo el error de los otros; y así tomando la mano san Pedro, como cabeza de los apóstoles, les dijo; que no estaban llenos de vino, por-

[1] 1. Reg. 1. 13. [2] Marc. 3. 21.

Digitized by Google

que era muy de mañana para haber bebido, y no se habia de presumir tal cosa de gente buena, y en tal dia, pero que estaban llenos de aquel Espíritu que Dios habia prometido por el profeta Joel [1]: como quien dice, llenos están de vino, no de este vino corporal que vosotros pensais, sino de otro vino mas fuerte que es el Espíritu de Dios, y su encendido amor, porque los ha metido en la bodega de sus vinos, y embriagádoles con la mansedumbre y dulzura de su amor. O Amador de las almas, entra la mia [2] en esta tu bodega, y hártala con la variedad y abundancia de los vinos preciosos que tienes en ella, ordenando en mí la caridad y todos los actos y afectos que proceden de ella. Tú bebiste de este vino, y convidas á los tuyos que beban de él, diciéndoles [3]: Bebed, amigos mios, y embriagaos los muy amados: y aunque yo no merezco nombre de amigo, mas para que lo sea, te suplico me convides y des á beber con tanta abundancia, que como embriagado de tu amor salga de mí, y olvidado de todo no quiera mas que á tí.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar el maravilloso sermon que hizo el apóstol san Pedro, dando testimonio de Cristo crucificado, en el cual descubrió las grandes virtudes que el Espíritu santo le habia comunicado, y las que han de tener los misterios del Evangelio.

La primera, fué grande sabiduría y destreza en proponer las verdades y misterios de Cristo nuestro Señor, probándolos con testimonios muy eficaces de la divina Escritura, de los profetas y salmos. La segunda, fué grande libertad de espíritu con gran fortaleza de corazon; porque Pedro á quien la voz de una esclava hizo temer y negar á su Maestro, ahora con la virtud y fortaleza que le dió el Espíritu santo, confesó y predicó delante de innumerables hombres, que Cristo á quien

[1] Joel. 2. 28. [2] Cant. 2. 4. [3] Cant. 3. 1.

Digitized by Google

ellos crucificaron, habia resucitado, y era su Dios y su Mesías y Salvador.

Y con la misma libertad testificó lo mismo delante de Anás y Caifás, y de todos los príncipes de los sacerdotes, admirándose ellos de su constancia, y mandándole con amenazas[1] que no predicase mas á Cristo, libremente respondió, que era mas justo obedecer á Dios, que á los hombres[2]; y así lo hicieron todos los apóstoles, ofreciéndose por esta causa á muchos trabajos, y gozándose de sufrirlos por el nombre de Jesus, y de todos se dice, que *loquebantur verbum Dei cum fiducia*, predicaban la palabra de Dios con gran osadía y confianza.

La tercera, fué grande celo y fervor en sus palabras, penetrando en ellas y punzando los corazones de los oyentes, de tal manera, que los que poco antes tenian á los apóstoles por embriagados, luego compungidos se les rinden y preguntan que harán para salvarse[3]: y los que con terrible dureza pidieron que Cristo fuese crucificado, ahora con gran ternura piden ser bautizados. O mudanza milagrosa de la virtud de Dios! O poder inmenso del divino Espíritu, quién sino Dios pudiera dar tal sabiduría y fortaleza con tal fervor á tan rudos y cobardes predicadores? Y quién otro que su Espíritu pudiera mudar y ablandar los duros corazones de tales oyentes? Ven, ó Espíritu santísimo, sobre los predicadores de la Iglesia, y sobre los fieles que les oyen, y obra en los unos y en los otros esta maravillosa mudanza, para que nuestro Redentor sea de todos obedecido y amado, y tu divina voluntad sea de todos conocida y venerada. Amen.

Ultimamente, ponderaré como los *que en aquel dia se convirtieron y bautizaron, fueron cerca de tres mil almas.* El cual número tiene misterio: porque la santísima Trinidad le escogió apropiándose cada una de las tres divinas Personas un millar de estas almas, como primicias

[1] Actu. 4. 18. [2] Actu. 4. 19. [3] Actu. 2. 37.

Digitized by Google

de las innumerables que habian de recibir su santa ley [1]. Así como en otro sermon se convirtieron cinco mil en premio de las cinco llagas que Cristo recibió en la cruz. O qué gozo sentiria Cristo nuestro Señor cuando vió que su Padre habia traido tanta gente á su servicio [2], cumpliendo la prómesa que de esto habia hecho! O qué fiestas harian los ángeles en el cielo por la conversion de tantos pecadores, pues por la conversion de uno solo se gozan grandemente [3]! O qué regocijada estaria la Vírgen sacratísima, viendo tantos que reconocian la divinidad de su amado Hijo, en cuya conversion tuvo ella mucha parte; porque mientras los apóstoles predicaban, ella oraba con gran fervor, negociando con Dios el próspero suceso de su predicacion! O qué alegres estarian los apóstoles con la copiosa pesca que sacaron de aquella redada, gastando todo aquel dia en enseñar á los convertidos los misterios de la fe, y en moverlos á penitencia de sus pecados, y en bautizarlos, dándoles nuestro Señor, como les ofreció san Pedro, el don del Espíritu santo, con el cual quedaron llenos de santidad y alegría espiritual. De todo esto he yo de sacar tambien afectos de gozo y alabanza, gozándome de que Cristo mi Señor sea conocido y venerado, y dándole el parabien de esta copiosa cosecha [4]. O dulcísimo Jesus, cuán bien comenzais á cumplir lo que dijisteis, si fuere levantado de la tierra, traeré á mí todas las cosas [5]. Ya, Señor, habeis subido á lo alto, y dado dones á los hombres; y en recompensa de lo que dais, recibís tambien dones de los mismos hombres, dándoseos ellos por vuestra gracia, y tomándolos Vos para vuestro servicio. Dadme, Señor, vuestros dones, y tomad de mí los que Vos me dais, porque todo yo sea vuestro, por todos los siglos. Amen.

[1] Actu. 2. 41. [2] Isai. 53. 10. [3] Lucæ 13. 7. [4] Joan. 12. 32. [5] Psal. 67. 19. Eph. 4. 8.

Digitized by Google

MEDITACION XXV.

DE LA VIDA EXCELENTÍSIMA QUE EL ESPÍRITU SANTO INSPIRÓ Á LOS PRIMITIVOS CRISTIANOS.

PUNTO PRIMERO.—*Los que se bautizaron perseveraban en la doctrina de los apóstoles, y en la comunion de la fraccion del pan, y en las oraciones* [1].

Aquí se ha de pondefar como es propio del Espíritu santo inspirar á los justos, cuyas almas llena de sí mismo tres principalísimos ejercicios de virtud, con los cuales conserven y aumenten la santidad.

El primero es, perseverar en la doctrina de los apóstoles: esto es, ocuparse en oir sermones, y leer libros sagrados y santos, para confirmarse mas en la fe, y penetrar mas la doctrina evangélica, y aficionarse mas á ella, huyendo de toda la doctrina que fuere contraria á la de los apóstoles, ó nos enlibiare en la fe y estima que debemos tener de ella.

El segundo es, perseverar en la comunion de la fraccion del pan: esto es, en la comunion del santísimo Sacramento del cuerpo de Cristo nuestro Señor, que es el Pan del cielo que se reparte á los hombres que vivimos en la tierra, para conservar y aumentar la vida espiritual de la gracia.

El tercero es, perseverar en oraciones: y no dice en oracion, sino en oraciones, esto es, en todo género de oracion, que llama san Pablo [2], peticiones, obsecraciones, acciones de gracias, alabanzas, himnos, salmos, y cánticos espirituales, orando de todos estos modos en todo lugar, levantando las manos puras á Dios sin iras ni contiendas.

Estas tres cosas hacian estos fieles con grande frecuencia y perseverancia, ocupándose en ellas todos los dias, inspirándoles esto el Espíritu santo, porque

[1] Actu. 2. 42. [2] 1. Ad Tim. 2. 1.

Digitized by Google

todas tres son sustento espiritual de las almas, y el medio mas eficaz que hay para conservar la vida de la gracia, y para aumentar los dones de Dios, y alcanzar la plenitud del Espíritu santo. Y así en este libro de los hechos apostólicos leemos [1], que siempre se daba el Espíritu santo, cuando los apóstoles predicaban, y ponian sus manos sobre los fieles, y oraban, de suerte que los fieles recibian el Espíritu santo por una de tres vias, oyendo los sermones, ó recibiendo los sacramentos, y haciendo oracion á Dios; pero esta oracion era fervorosísima, tanto que, como dice san Lucas [2]: *Cum orassent, motus est locus in quo erant congregati, et repleti sunt omnes Spiritu sancto.* Orando templó el lugar donde estaban juntos, para significar el espanto que pondrian al mundo, y la mudanza de los corazones que harian con su ejemplo y palabra en virtud del Espíritu santo. O Espíritu santísimo, mi alma está hambrienta, y no tengo pan con que sustentarla, dame estos tres panes de la doctrina, comunion y oracion con que la remedie, y aunque yo no los merezca por amigo, dámelos por importuno, premiando en esto los trabajos de nuestro dulcísimo amigo Cristo Jesus, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

Punto segundo.—*Todos los que creian, estaban juntos, y tenian todas las cosas comunes, vendian las posesiones, y las haciendas, y dividianlas á todos conforme á la necesidad de cada uno* [3].

Aquí se ha de considerar, como tambien es propio del Espíritu sánto inspirar á sus escogidos la perfeccion evangélica que Cristo nuestro Señor predicó, estampándola en estos primitivos cristianos, para que fuesen ejemplo de los religiosos que les habian de suceder.

Lo primero, les inspiró la vida de comunidad, con suma union y caridad; y por eso dice san Lucas, *querant pariter*, que estaban juntos, y mucho mas con el

[1] Actu. 10. 44. S. 17. [2] Luc. 11. 8. [3] Actu. 2. 44.

Digitized by Google

espíritu que con el cuerpo. Y así añadió otra vez, que *multitudinis credentium erat cor unum, et anima una* [1]. Que la muchedumbre de los creyentes tenia un corazon y una ánima; porque aunque eran muchos de diferentes naciones y complexiones, y de diversos caudales y talentos, todos estaban unidos con amor, y tenian una voluntad y un mismo sentir porque todos tenian un mismo Espíritu santo que los unia consigo, y entre sí mismos; como lo hace el alma con los miembros del cuerpo, aunque sean muy diversos, cumpliendo nuestro Señor lo que prometió por Jeremías, cuando dijo [2]: Yo les daré un corazon, y un camino. Y concediendo el Padre eterno á su Hijo lo que le pidió la noche de la cena, que fuesen sus discípulos una cosa [3], como los dos lo eran, para que el mundo le conociese por esta union. O Padre eterno [4], que haces morar en una casa á los que tienen unas mismas costumbres, dá esta union á todos los fieles que moran en la casa de tu Iglesia, y á todos los que moran en la casa de tu religion, para que tu Hijo sea glorificado en el mundo, viendo la union que tienen los que viven en tu casa. O Espíritu santísimo, á quien pertenece dar testimonio de Cristo nuestro Salvador, imprime en todos tus discípulos esta soberana union, para que amándose unos á otros, por el testimonio de este amor, sea creido y adorado su Maestro.

Tambien ponderaré, como en este tiempo se comenzaron á manifestar los milagros que profetizó Isaías, cuando dijo [5]: Que habitarian juntamente el lobo y el cordero, el tigre y el cabrito, el leon y la oveja, y que un niño pequeño los pastorearia, paciendo juntamente el becerro y el oso, y comiendo paja el leon, como si fuera buey. Porque el Espíritu santo, con el ganado de las ovejas y corderos de Cristo que eran sus discípulos, juntó en union de perfecta caridad á los que el dia

[1] Actu. 4. 32. [2] Jer. 32. 33. [3] Jo. 17. 11. [4] Ps. 67 7. [5] Isai. 11. 6. et 65. 25.

Digitized by Google

de su pasion le persiguieron como lobos, tigres, y leones; y los que solian ser codiciosos como lobos, coléricos como tigres, soberbios como leones, y astutos como osos, hacen un mismo rebaño muy concorde, y unido en caridad con los que son mansos, humildes y sencillos como ovejas y corderos. Todos se hacen á un modo de comida llana y poco regalada, dejando el leon su costumbre, por tomar la propia del buey, humanándose los principales á la comida grosera de los pobres trabajadores, y todos se sujetan con gran obediencia al gobierno de un pequeñuelo pescador, á quien Cristo hizo pastor de su ganado. O mudanza de la diestra del muy alto! O milagros de la omnipotencia del Salvador [1]! Venid, y ved todos las obras del Señor, los prodigios que ha hecho sobre la tierra, quitando de ella toda discordia y guerra, trocando á los leones y tigres en ovejas y corderos mansos [2]. Gracias te doy, Salvador omnipotente, por estas mudanzas que haces con la eficacia de tu divino Espíritu. Lleva, Señor, adelante esta obra que has comenzado, dando á todos los fieles y religiosos esta union, esta igualdad, esta obediencia y sujecion á sus prelados, para que con estos milagros de tu gracia, los infieles reciban tu fe, y los fieles se confirmen en ella, y crezcan siempre en tu amor.

Lo segundo, inspiró el Espíritu santo á estos fieles, que para conservar esta union tuviesen todas las cosas comunes, guardando la pobreza evangélica con rigor, porque lo primero, vendian todas sus posesiones, y bienes muebles, para que el precio se repartiese entre todos, acudiendo á la necesidad de cada uno, con lo cual cumplian aquel consejo de Cristo nuestro Señor que dice [3]: Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo.

Lo segundo, en la distribucion de estos bienes, no

[1] Psal. 45. 9. [2] Ex Cas. coll. 12. c. 12. [3] Matth. 19. 21.

Digitized by Google

querian seguir su propia voluntad, y propio parecer, sino el de los apóstoles, á cuyos pies echaban el precio de lo que vendian, para que ellos lo repartiesen á su voluntad [1]; con lo cual se desnudaban de todo afecto de carne y sangre, y de su voluntad propia, siguiendo la de los ministros de Cristo nuestro Señor.

Lo tercero, se desapropiaron tanto en el uso de todas cosas, que á lo que tenian, no lo llamaban suyo, desterrando de sus pláticas aquella fria palabra, mio y tuyo, que es ocasion de discordias, y de entibiar la caridad. De suerte, que con el corazon, y con la palabra, y con la obra, se desapropiaron, y renunciaron todo cuanto poseian, para ser perfectos discípulos de Cristo.

De aquí se seguia, que siendo todos pobres, ninguno de ellos padecia necesidad, porque lo que uno tenia era de todos, y lo que tenian todos, era de cada uno, y todas las cosas tenian comunes para el uso de todos. Era comun la casa, el vestido, la comida, los ejercicios de virtud, los trabajos, los premios, y las coronas, porque siendo muchos, eran uno, y el uno no estaba solo, sino en él estaban muchos, ayudándole todos [2]. O vida dichosa y bienaventurada, enseñada por Cristo, inspirada por el Espíritu santo, aprobada por los apóstoles, y ejercitada por los discípulos, que fueron primicias del divino Espíritu. O divinidad santísima, que siendo una en tu esencia eres comun á tres Personas: concede á los fieles que llamaste á estado de perfeccion, que sean todos uno, y cada uno con sus cosas sea comun para todos, para que todos, sin poseer nada, lo tengan todo, y dejándolo todo [3], alcancen el ciendoble de lo que dejaron [4], poseyéndote á tí, fuente de todos los bienes, por todos los siglos. Amen.

De todo esto que se ha dicho he de sacar, si soy religioso, gran deseo de imitar á estos primitivos cristia-

[1] Actu. 4. 35. [2] D. Basil. de constit. monast. c. 19. [3] 2. Cór. 6. 10. [4] Matth. 19. 29.

Digitized by Google

nos, á los cuales puso el Espíritu santo por dechado de religiosos, y muchos de ellos, por su inspiracion, hicieron voto [1] de esta pobreza, para que fuese mas estable y agradable á Dios, á cuya causa Ananías y Safira, porque vendieron su heredad, y se quedaron con parte del precio, fueron castigados severamente por san Pedro, con muerte arrebatada, diciéndoles [2]: que habian mentido al Espíritu santo, por cuya inspiracion habian hecho el voto. Pero si soy seglar, sacaré deseos de imitar á estos discípulos en lo que fuere conveniente, segun mi estado, desnudándome, siquiera con el corazon, de todas las cosas, pues con todos habla aquella sentencia del Salvador, que dice [3]: El que no renunciare todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.

Punto tercero. — *Cada dia perseveraban con un mismo ánimo en el templo, y partiendo el pan en las casas, tomaban el manjar con alegría y simplicidad de corazon, alabando juntos á Dios, y siendo agradables á todo el pueblo* [4].

Aquí se ha de considerar, como es tambien propio del Espíritu santo inspirar á los escogidos otros varios medios para conservar la union y perfeccion. El primero es, que *unanimiter*, con un mismo ánimo fuesen al templo, y perseverasen allí, haciendo los ejercicios para que se ordenó el templo, que son, oir juntos la palabra de Dios, orar y asistir á los divinos sacrificios, y recibir los santos Sacramentos, porque el templo es escuela de Cristo, casa de oracion, propiciatorio de nuestros pecados, y lugar dedicado al divino culto. Y en estos ejercicios perseveraban gran parte del dia con sumo gusto, porque el Espíritu santo asistia con ellos.

Cumplida esta obligacion con Dios, luego por inspiracion del mismo Espíritu, se iban unos á las casas de

[1] D. Aug. ser. 17. de verbis apostoli, et alii plures quos refert Belar. to. 1. lib. 2. de monac. c. 25. [2] Actu. 5. 4. [3] Luc. 14. 33. [4] Actu. 2. 46.

Digitized by Google

los otros, y allí se convidaban con caridad, tomando el manjar del cuerpo con alegría, no sensual, sino espiritual, cumpliéndose lo que dijo David [1]: Los justos coman y alégrense en la presencia de Dios, y con esta alegría juntaban simplicidad de corazon sin dobleces ni fingimientos, ni murmuraciones de unos contra otros, sino con sincera intencion, por agradar á Dios, y conservar la fraterna caridad, dándonos ejemplo del modo como hemos de comer, espiritualizando esta obra que de suyo es tan carnal.

De aquí resultaba, que siempre andaban alabando y glorificando á Dios con grande edificacion de todo el pueblo que los amaba y veneraba por la santidad y caridad que en ellos resplandecia. O amantísimo Jesus, Esposo dulcísimo de las almas justas, con cuánta razon puedes decir ahora, mirando la vida de esta pequeña Iglesia esposa tuya [2]: Llagaste mi corazon, hermana y esposa mia, llagaste mi corazon con el uno de tus ojos; esto es, con la union y conformidad que tienen estos justos, que son como tus ojos [3]; porque como los ojos son entre sí muy parecidos, y á una se abren y cierran, á una se menean á una y otra parte, á una velan y duermen: así estos justos con grande conformidad, á una van al templo, á una oran, á una oyen tus palabras, y á una ejercitan las obras de caridad, porque todos tienen un corazon y un espíritu unidos contigo y entre sí con perfecto amor. O Espíritu divino, pues eres el corazon invisible de la Iglesia, arroja por todos sus miembros espíritus de vida, que son tus divinas inspiraciones, con las cuales acudan con grande union y fortaleza á todas las cosas de tu servicio, de tal manera, que llaguen tu corazon con llagas de amor, haciéndose dignos de que los ames, y aumentando en ellos el fuego del amor. Amen.

Antes de proseguir esta historia pondré dos medita-

[1] Psal. 67. 4. [2] Cant. 4. 9. [3] D. Greg. ibi.

Digitized by Google

ciones, en las cuales vean los justos que ahora viven, el caudal que tienen del Espíritu santo para llegar á la santidad que tuvieron los primitivos cristianos.

MEDITACION XXVI.

DE LA EXCELENTÍSIMA PERFECCION QUE EL ESPÍRITU SANTO COMUNICA POR MEDIO DE SUS INSPIRACIONES, Y DE LAS PROPIEDADES QUE TIENEN.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como el Espíritu santo á los que engendra en el ser de gracia por el agua del bautismo, los hace semejantes á sí mismo, y por medio de sus inspiraciones los vá levantando á tanta alteza de santidad, que se puedan como él llamar espíritus. Así lo dice expresamente Cristo nuestro Señor, hablando con Nicodemus: *Lo que ha nacido de carne, es carne, y lo que ha nacido de espíritu, es espíritu. El espíritu inspira donde quiere, oyes su voz, mas no sabes de donde viene, ni donde vá: así es todo hombre que ha nacido del espíritu*[1]. Que es decir: Como lo que nace de carne por carnal generacion, es en todo semejante al que lo engendró, del cual recibe la naturaleza con las mismas propiedades é inclinaciones naturales que él tiene, como un hombre engendra otro hombre semejante á sí mismo en lo que es propio de hombre, aunque no llega á tener toda su perfeccion en las obras hasta que ha crecido, así tambien en su proporcion, lo que nace del Espíritu santo por la generacion espiritual es semejante al mismo Espíritu, de quien recibe la gracia, virtudes y dones, que son participacion de la divina naturaleza, y en virtud de las cuales se puede llamar espíritu: esto es, hombre espiritual semejante al Espíritu santo, que espiritualmente le engendró. Por lo cual dijo san Agustin[2]: *Si nascaris de Spiritu hoc eris ut ille*, si naces del Espíritu santo, serás como él es, y

[1] Joan. 3. 6. [2] Tract. 12. in Joan.

Digitized by Google

en virtud suya podrás vivir en carne, como si fueses espíritu, libre de resabios carnales, ilustrado con verdades, rico de virtudes, encendido con fervientes afectos, imitando el excelentísimo modo que tiene de hacer sus obras. O Espíritu santísimo, qué gracias te podré dar por tan alta dignidad como concedes al hombre de carne, que pueda como tú ser, y llamarse espíritu! O Padre amorosísimo que de tal manera engendras á tus hijos, que estás dentro de ellos, ayudándolos á crecer y obrar, para que lleguen á ser perfectos como tú lo eres: pues ya me has engendrado por el bautismo, inspírame lo que tengo de hacer, para que mis obras sean semejantes á las tuyas [1], y llegue á ser contigo un mismo espíritu, por todos los siglos. Amen.

Luego puedo discurrir por tres excelentes propiedades que tiene el Espíritu santo en la obra de su inspiracion, que se tocan en las palabras propuestas: es a saber, libertad suma, eficacia todo poderosa, y secreto grande en sus medios y fines: en los cuales podemos imitarle, al modo que se verá en los puntos siguientes.

Punto segundo. — La primera propiedad del Espíritu santo es, que *ubi vult spirat*. Inspira donde quiere, porque hace su obra de inspirar, con suma libertad, no por fuerza, porque no hay quien le fuerce, ni por temor, porque no tiene que temer, ni por interés propio, porque no espera premio de sus criaturas; ni por obligacion de justicia, porque ninguno con merecimientos le puede obligar á ello: solamente inspira porque quiere, y porque su infinita bondad le inclina á hacernos este bien de pura gracia. De suerte, que comunica sus inspiraciones á las personas que quiere, y en el tiempo que quiere, y con el modo que quiere, con mucha frecuencia, ó con poca, con gran fuerza, ó pequeña, moviendo á las cosas que quiere, segun las trazas de su divina providencia, dividiendo las gracias y favores, *prout vult*, como

[1] 1. Cor. 6. 17.

Digitized by Google

quiere. Pero en esto muestra su liberalidad infinita, porque dá estas inspiraciones de repente á todos, con todos los modos que hay de liberalidad. Lo primero, dalas á quien no se las pide, ni se acuerda de pedirlas. Lo segundo, á quien no las merece, antes las desmerece por sus pecados. Lo tercero, á quien no las quiere, antes las contradice y resiste, como Saulo [1]; pero con mas frecuencia y eficacia las dá á los justos que ha escogido por hijos regalados suyos: de los cuales dice el apóstol san Pablo [2]: Los que son movidos del divino Espíritu, estos son hijos de Dios. O dichosos hijos, que traen por ayo perpétuo compañero al divino Espíritu [3]! O Espíritu divino, pues inspiras donde quieres porque eres sumamente bueno, muestra conmigo tu bondad en querer lo que puedes, inspirándome con frecuencia lo que tengo de pensar, decir, y obrar, para que siendo movido por tí en todo me parezca á tí.

De aquí subiré á ponderar el modo excelentísimo como el justo que perfectamente ha nacido del Espíritu, con su inspiracion hace lo que quiere, no cosas malas ni prohibidas, ni vanas ó impertinentes; porque el Espíritu santo no mueve á cosas semejantes, sino siempre á cosas buenas, santas y provechosas, y estas hace con suma libertad de espíritu, no forzado como los esclavos, no con repugnancia ó tedio, como los tibios, no por miedo del infierno, como los imperfectos; ni principalmente por el premio, como los jornaleros, sino porque quiere hacer placer á Dios, y ama la virtud, de tal manera, que aunque no hubiera infierno, no pecara, porque no hay para él mas terrible infierno que el pecado: y aunque no hubiera premio, no dejara de hacer lo que Dios le manda, porque obedecerle es su premio, y dentro de sí tiene una ley viva, que le inclina á querer todo lo que Dios quiere. Y en esto consiste su perfecta libertad de espíritu, conforme á la del Espíritu

[1] 1. Cor. 12. [2] Ad Ro. 8. 14. [3] D. Bern. ser. 32. in Can.

Digitized by Google

santo, segun aquello de san Pablo, que dice [1]: Dios es espíritu, y donde está el espíritu de Dios hay libertad.

De aquí es, que como el Espíritu santo inspira á buenos y malos, porque quiere mostrar en esto su bondad; así el justo, movido de su inspiracion, hace bien á todos, á los amigos y á los enemigos, y á los que le contradicen y persiguen, mostrando en esto ser hijo de Dios, y tener su divino Espíritu.

Finalmente, siempre hace lo que quiere, porque totalmente ha puesto su voluntad en la de Dios y de su divino Espíritu: y haciendo lo que quiere Dios, hace juntamente lo que él mismo quiere, porque su querer no es otro que el de Dios.

Por lo cual dijo el glorioso san Buenaventura [2], que los que están conformes con la divina voluntad, son como dioses omnipotentes de su voluntad para lo que quieren. O alma mia, si deseas esta soberana omnipotencia, quiere solamente lo que quiere Dios, y la alcanzarás. Resuélvete de una vez á negar tu propia voluntad, resignándola en la divina, y cumpliendo siempre la de Dios cumplirás tambien la tuya. O Dios de mi alma, desde hoy mas me determino á querer lo que tú quieres, no por fuerza [3], sino de grado, no por temor ó interés, sino por puro amor, porque mi gusto es querer el tuyo, y tu querer es gusto mio.

De aquí sacaré las señales para conocer la inspiracion del Espíritu santo, contrarias á las sugestiones del mal espíritu, de quien procede la desgana, repugnancia, tedio y horror al cumplimiento de la divina voluntad y de su santa ley. Pero el temor del infierno, y esperanza de premio, pueden proceder del Espíritu santo, porque no siempre inspira lo mas perfecto, sino suele comenzar por lo imperfecto.

Punto tercero. — La segunda propiedad del Espíritu santo es, que cuando inspira *vocem ejus audis*: oi-

[1] 1. Cor. 3. 17. [2] In dic. salutis tit. 8. c. 1. [3] Psal. 53. 8.

Digitized by Google

mos su voz, descubriendo en esto su omnipotencia, en muchas maneras.

Lo primero, en que cuando quiere inspirar, no hay para él puerta cerrada en el alma, ni estorbo que pueda impedir su entrada, ni es posible dejar de oir su voz.[1]: esto es, sentir su toque é inspiracion, y lo que por ella dice, aunque puede el hombre no consentir con ello [2]. Y en esto tiene una cosa singular, que puede inmediatamente, y del primer golpe, entrar en nuestro entendimiento y voluntad, imprimiendo de repente el conocimiento y buen afecto que quiere, porque es dueño y señor absoluto de nuestro espíritu, en quien y por quien puede hablar de cualquier cosa corporal ó espiritual que le diere gusto, con figuras sensibles de la imaginacion, ó sin ellas. Pero más adelante pasa su omnipotencia y bondad porque tiene fuerza y maña para inspirar de tal manera, que no solamente oigamos su voz, sino consintamos con ella, y obedezcamos á lo que nos dice, no con violencia y necesidad, sino con sumo gusto y suavidad, trocando nuestra voluntad, para que diga como Saulo [3]: Señor, qué quieres que haga? De donde resulta que el hombre espiritual, movido de este divino Espíritu, tiene la misma fuerza y maña, para todo lo que quiere del divino servicio, aunque sea muy dificultoso y áspero, rompiendo muros de dificultades para salir con lo que quiere, pareciéndose en esto al Espíritu santo de quien es movido. O Espíritu santísimo, pues eres Señor absoluto de mis potencias, juntamente llama y abre sus puertas, llamando con tanta eficacia, que sin hacerse esperar luego te abra, para que hagas en mí y de mí lo que fuere tu voluntad.

Lo segundo he de ponderar, que así como cada hombre tiene su particular modo de voz, por la cual se mani-

[1] D. Bern. ser. 45. in Cant. [2] D. Th. 1. p. q. 105. art. 3. et 4. et 111. art. 2. et 2. 2. q. 173. art. 2. [3] Actu. 9. 6.

Digitized by Google

fiesta, y es conocido y diferenciado del otro, y como dice Job [1], el oido percibe la diferencia de estas voces: así la voz interior é inspiracion del Espíritu santo tiene sus particulares propiedades y señales que percibe el oido del alma, por las cuales conoce que Dios es el que habla y distingue su voz de la voz del mal espíritu que las tiene muy contrarias. Y todo se vé por los efectos interiores de cada una [2], porque el Espíritu santo con su voz enternece los corazones duros, doblega los tercos, ablanda los ásperos, enciende los frios, fortalece los flacos, alienta los pusilánimes, recoge los distraidos, establece los mudables, consuela los tristes, y pacifica los turbados: convierte los soberbios en humildes, los iracundos en mansos, los codiciosos en pobres de espíritu, y los regalados en templados y mortificados en su carne. Y esto hace con imperio y majestad, con suavidad y eficacia; turbando con temor al malo para que se enmiende, y estremeciendo al bueno para que le reverencie, parando siempre en justicia, gozo y paz. Al contrario de esto vá el espíritu malo en su voz aunque disimulada: O Espíritu divino, habla dentro de mí, que tu siervo oye. Tú dices que deseas oir mi voz, yo deseo mucho oir la tuya [3]. *Fac me audire vocem tuam.* Hazme que oiga tu voz divina, y sienta los efectos de ella, para que pueda yo responderte con la mia, haciendo tales obras, que sean muy parecidas á las tuyas.

De aquí he de sacar, que el varon espiritual, movido del Espíritu santo, tiene sus voces, por las cuales es conocido por tal, semejantes á las del Espíritu santo que le mueve. Las voces son modestia en el rostro, gravedad en los meneos del cuerpo, pureza y discrecion en las palabras, presteza en la obediencia, templanza en la comida, alegría en las persecuciones, constancia en los trabajos, humildad en sujetarse á todos, diligencia en las obras del culto divino, gusto en la oracion, celo

[1] Job 12. 11. et 34. 3. [2] D. Greg. lib. 28. Moral. c. 2. [3] Cant. 8. 13.

Digitized by Google

en ayudar á las almas. Estas y otras obras semejantes son voces del que ha nacido perfectamente del Espíritu santo, y es movido de su inspiracion, por las cuales será conocido, porque el árbol se conoce por su fruto.

Punto cuarto. — La tercera propiedad del Espíritu santo es, que aunque inspira de modo que oimos su voz, pero *nescis unde veniat, aut quo vadat.* No sabemos de donde viene ni adonde vá, porque de propósito quiere encubrir sus entradas y salidas, sus principios y sus fines, con admirable traza de su providencia. Porque nos encubre la venida de su inspiracion, cuanto al tiempo, lugar, ejercicio y ocasion de ella. Unas veces viene en dias de fiesta; otras en dia de trabajo: ya de dia, ya de noche, ya á la mañana, ya á la tarde: unas veces viene en la Iglesia ó en el oratorio, otras en la plaza ó en el campo. Unas veces viene en la oracion ó misa, ó en el sermon, otras en el negocio y obra exterior. Unas veces entra por medio de la vista, viendo alguna imágen devota, otras por el oido oyendo algunas buenas palabras, ó por el gusto ó tacto, padeciendo algun dolor ó trabajo. Finalmente, no se puede saber como el Señor mismo dijo á Job[1] porque caminos esparce la luz de sus divinas ilustraciones, y el calor de sus encendidas inspiraciones, porque quiere que siempre estemos colgados de su providencia, y reconozcamos con humildad la dependencia que de ella tenemos, confesando que no bastan nuestras industrias, para alcanzar tal favor, y que cuando se nos dá no es por nuestros merecimientos, sino por gracia del dador. O Dador de los dones, visítame á menudo con tu santa inspiracion, y ven por el camino que quisieres, porque yo gusto de no saberle para humillarme, creyendo que en todo lugar y tiempo puedes favorecerme. De la misma manera nos encubre el Espíritu santo el fin que pretende con sus inspiraciones, porque aunque sabemos ser su vo-

[1] Job. 38. 24. D. Greg. ib.

Digitized by Google

luntad que le obedezcamos en hacer lo bueno que nos inspira, para gloria suya y salvacion nuestra: pero no sabemos á qué fin particular lo encamina; porque muchas veces con pequeños principios pretende grandes fines, y con gran impulso mueve á algunas cosas, cuyos fines no se pueden sáber hasta que el suceso los descubre, como dice san Pablo [1], que atado en el espíritu, con la fuerza de su inspiracion, subia á Jerusalen, sin saber las cosas que allí le estaban esperando, porque gusta nuestro Señor que con rendimiento de juicio y voluntad, obedezcamos á su santa inspiracion, esperando de su amorosa providencia, el fin que pretende en ella. O Padre amorosísimo, inspírame lo que te agrada conforme á tu santa ley, porque bástame saber el fin último que pretendes, para que yo te obedezca en los demás medios y fines que ordenares.

De aquí he de sacar dos cosas. La primera, si soy movido de Espíritu santo, aunque haga obras públicas, por las cuales se manifieste la virtud del alma, he de encubrir mis fines é intenciones á los hombres, contentándome con que sean manifiestas á solo Dios, porque el ladron de la vanagloria no robe mi tesoro, aunque es necesario dar parte al confesor y maestro, que en nombre de Dios me gobierna, porque Satanás, transfigurado en ángel de luz no me engañe. La segunda es, tener gran confianza de alcanzar esta grandeza de santidad; pues no sin misterio dijo Cristo nuestro Señor generalmente: *Sic est omnis*, así es todo hombre que nace del espíritu, para darnos esperanzas, que cualquier justo podrá subir á esta perfeccion, si vive conforme á la gracia que recibió en su nacimiento espiritual, y obedece á la mocion del divino Espíritu que le encamina á ella, y en prendas y señal de esto, á todos los justos dá sus siete dones, como luego verémos.

[1] Actu. 20. 22.

Digitized by Google

MEDITACION XXVII.

DE LOS SIETE DONES QUE DÁ EL ESPÍRITU SANTO Á LOS JUSTOS, PARA QUE SE DEJEN GUIAR DE SUS INSPIRACIONES, Y ALCANCEN GRANDE SANTIDAD.

PUNTO PRIMERO.—Primeramente se ha de considerar, como el Espíritu santo, con las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad [1], infunde tambien á los justos siete dones que llamamos [2], don de sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor de Dios, cuyos oficios [3] y fines son muy diferentes, porque el oficio de las virtudes, es inclinar al hombre al ejercicio de las obras virtuosas, por su propia eleccion y libre albedrío, ayudado de la divina gracia; y así puede obrar con ellas siempre, creyendo, esperando y amando, obedeciendo y humillándose como quisiere, porque el divino favor nunca le faltará. Pero el oficio de los dones es inclinar al justo que se rinda y sujete al impulso y movimiento que le viene de fuera: esto es, del Espíritu santo, con el viento de la inspiracion le mueve á bien obrar, como las velas sirven á los navíos, para que sean fácilmente movidos de los vientos. Y por esto el profeta Isaías llama á estos dones espíritus, porque son instrumentos del Espíritu santo, para las obras que hacen los justos, movidos de su impulso. Por donde se vé las grandes ganas que tiene el Espíritu santo de que obedezcamos á sus inspiraciones, pues para esto nos dá tales dones: por los cuales he de alabarle siete veces al dia, como David, convidando á los apóstoles y santos del cielo, que me ayuden á ello. O sagrados apóstoles, que como palomas volásteis con las alas de vuestras virtudes; y como nubes fuísteis movidos del Espíritu santo, por medio de sus siete dones [4]: suplicad á este divino Espíritu me los comunique, para que como

[1] D. Th. 1. 2. q. 68. [2] Isai. 11 2. [3] D. Th. q. 68. art. 2. [4] Isai. 60. 8.

Digitized by Google

paloma vuele en su servicio, y como nube me deje llevar del viento de su santa inspiracion.

De lo dicho inferiré, que, como dice santo Tomás[1], estos dones son necesarios á los justos, para alcanzar la vida eterna; así porque andan siempre trabados con la gracia y caridad, de la cual no se pueden apartar, como porque el instinto é inspiracion del Espíritu santo, es muy necesaria para conservar las dos partes de la justicia y santidad, que son apartarse del mal, y seguir el bien, especialmente en muchas cosas árduas y dificultosas que suceden en esta vida; y como el Espíritu santo desea tanto nuestra salvacion y perfeccion, acude luego á favorecernos habiéndonos prevenido con estos dones, para que le obedezcamos. Gracias te doy, Espíritu santísimo, por el cuidado que tienes de ayudar mi flaqueza, con tan excelentes dones de tu gracia; no permitas, Señor, que yo los pierda, hasta que por ellos alcance la vida eterna. Amen.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar el modo como le Espíritu santo con los siete dones, por medio de sus inspiraciones nos aparta del mal, ayudándonos á vencer los vicios y tentaciones; lo cual declaró san Gregorio por estas palabras[2]: Contra la necedad nos arma la sabiduría: contra la rudeza el entendimiento: contra la precipitacion el consejo: contra la ignorancia la ciencia: contra la pusilanimidad la fortaleza: contra la dureza la piedad, y contra la soberbia el temor. De modo, que estos siete dones, son armas ofensivas y defensivas que nos dá el Espíritu santo contra las principales raices de las tentaciones que combaten la vida espiritual, para que no la destruyan.

Lo primero, unas tentaciones proceden del tedio ó desgana que tenemos de las cosas de Dios, y se llama estulticia, porque la carne no gusta, ni halla sabor en las cosas del espíritu, ni tiene estima de las cosas eter-

[1] D. Th. art. 2. [2] Lib. 2. Moral. c. 26.

Digitized by Google

nas, y enfadada de ellas las deja y busca los deleites sensuales, como los israelitas, que enfadados del maná, suspiraban por las ollas de Egipto. Contra estas tentaciones nos arma el Espíritu santo con el don de la sabiduría, inspirándonos con razones que nos aficionen á los bienes celestiales, pegándonos dulzura en ellos y hastío de los terrenos. Lo cual puede y suele hacer en un momento, cuando quiere hacernos este favor, y nuestra necesidad clama por él.

Otras tentaciones proceden de la rudeza y oscuridad que tenemos en las cosas de la fe, de donde nacen dudas, perplejidades, nieblas, desconfianzas y tibiezas, así en el creer y esperar, como en el obrar: contra las cuales nos favorece el Espíritu santo, con el don del entendimiento, arrojando en nuestro espíritu ilustraciones y rayos de luz que deshagan estas nieblas, y nos dén paz y gozo en el creer.

Otras tentaciones nos vencen, por ser indiscretos y precipitados en nuestras cosas, ó por la cortedad de nuestra prudencia, que no halla traza para salir bien de ellas, ó porque nos cogen de repente y desapercibidos, sin darnos tiempo para pensar lo que hemos de hacer. En tales casos suele acudir el Espíritu santo, con el don del consejo, inspirándonos con especialísima providencia el medio que hemos de tomar para vencerlas, como inspiró á José que dejase la capa en manos de la mujer que le solicitaba á pecar, huyendo de la ocasion, por no perecer en ella.

Lo cuarto, contra las tentaciones que nos pueden derribar, por ignorancia, por engaño, olvido ó inadvertencia, nos socorre el Espíritu santo con el don de la ciencia, ilustrándonos con sus inspiraciones, para conocer las astucias de Satanás, los embaimientos del mundo, y los engaños de la carne. Y trayéndonos á la memoria las verdades que son mas á propósito para vencerlos, aficionándonos á ellas con gran dulzor.

Digitized by Google

A otras tentaciones mas terribles nos rendimos por flaqueza de ánimo, cuando nos ponen en tal aprieto, que sino hacemos lo que es pecado mortal, hemos de perder la hacienda, honra ó vida, ó padecer otro grave daño. Entonces acude el Espíritu santo, con el don de la fortaleza, fortaleciendo con sus impulsos nuestro cobarde corazon, y animándole á padecer cualquier daño temporal, por huir el eterno, al modo que favoreció á Susana, y los gloriosos mártires en sus peligros.

Lo sexto, de la dureza de nuestro corazon procede no tener compasion de nuestros prójimos, ni aplicarnos á hacerles bien, ni querer sufrir el mal que nos hacen, antes brota tentaciones de iras, impaciencias, injurias, injusticias, venganzas y crueldades, contra las cuales nos ayuda el Espíritu santo, con el don de piedad, ablandando nuestros corazones con el toque de su tierna inspiracion, y moviéndonos á usar de misericordia en las ocasiones que nos mueven á venganza. Finalmente, contra las tentaciones que nacen de soberbia, presuncion, ambicion y vanidad, nos arma con el don de temor, arrojando con su ilustracion algunos sentimientos de verdades, que repriman nuestro orgullo, y nos hagan temblar de sus espantosos y secretos juicios, ó nos humillen y deshagan la rueda de nuestra vanidad.

En todos estos casos ponderaré la grandeza de mi necesidad, y la eficacia de estas ayudas; y comparando una con otra, glorificaré al Espíritu santo, que con tan amorosa providencia proveyó de tales remedios al que tan necesitado estaba de ellos. Y cuando fuere molestado con algunas de estas tentaciones, acudiré á él luego pidiéndole que me ayude, pues por esta razon nos ofreció estos dones. O Espíritu santísimo, gracias te doy, por las armas que me has dado contra mis crueles enemigos, y por el cuidado con que me mueves, para librarme de ellos. Teniendo tal ayudador, á quién temeré[1]?

[1] Psal. 26. 1.

Digitized by Google

Siendo tú mi luz y mi ilustracion, de quién temblaré[1]? Pónme junto á tí, y pelee quien quisiere contra mí: aunque vengan impulsos del demonio para derribarme, si los tuyos me previenen, no podrán vencerme. Prevénganme, Señor, en mis peligros tus santas inspiraciones, para que no me aneguen mis miserias.

PUNTO TERCERO. — Lo tercero, se ha de considerar el modo como el Espíritu santo, con estos siete dones, por medio de sus inspiraciones, ayuda á ganar las virtudes, con excelentísima perfeccion, así en las obras de la vida contemplativa, como de la activa.

Lo primero[2], con los tres dones del entendimiento, sabiduría y ciencia, nos ayuda en las obras de la vida contemplativa, leccion, meditacion, oracion y contemplacion, moviéndonos con sus inspiraciones á ejercitarlas con gran fervor y perfeccion.

Con el don del entendimiento nos perfecciona en el conocimiento de los misterios de nuestra fe, ayudándonos con sus ilustraciones, para penetrar lo mas íntimo y secreto que hay en ellos con tanta certeza como si lo viéramos; de donde nacen lluvias de meditaciones profundas y delicadas, infundidas por el mismo Espíritu santo, con las cuales se enciende el fuego de los afectos en el corazon.

Con el don de sabiduría nos perfecciona en el conocimiento de Dios, de sus excelencias y atributos, y de todas las cosas que tocan á su deidad, imprimiendo grande estima de las cosas divinas, con gran sabor y dulzura en conocerlas; con cuyo gusto y experiencia se perfecciona mas este conocimiento, y se levanta el espíritu á los actos encendidos de amor de Dios, y de union con su bondad.

Con el don de la ciencia nos perfecciona el conocimiento de las cosas criadas, imprimiéndonos con sus inspiraciones el juicio verdadero que debemos hacer de

[1] Job. 17. 3. [2] D. Th. 2. 2 q. 8 art. 6.

Digitized by Google

ellas, así por lo que tienen de Dios, como por lo que tienen de su cosecha. De donde procede, que por esta ciencia, como otro san Pablo [1], las estimemos y tengamos por estiércol y basura en razon de ganar á Cristo.

Y porque la oracion para ser perfecta, ha de ser práctica, de modo que no pare en conocimiento y afecto, sino que lleve fruto de propósitos y obras excelentes; por esto con el don del consejo perfecciona el conocimiento de las cosas particulares que hemos de proponer, en razon de cumplir lo que nos manda. De este modo nos ayuda el Espíritu santo para la oracion mental, sin cuyo favor será derramada, seca y poco provechosa, porque como dice el Sabio [2], tu corazon padecerá fantasías de mujer preñada, si el Altísimo no envia su visitacion, que es decir: Padecerá grandes vagueaciones, y muchedumbre de afectos desconcertados y antojadizos, si el Espíritu santo no le visita, y con sus inspiraciones le recoge y endereza [3]. Y así cuando voy á la oracion, he de suplicar al Espíritu santo haga conmigo este oficio, diciéndole: O Espíritu divino, que enseñas á orar con gemidos inenarrables: visítame con estos dones, y ayúdame con tus santas ilustraciones para que brote mi entendimiento santos pensamientos, mi voluntad encendidos afectos, y mis potencias se muevan á excelentes obras. Amen.

Luego consideraré, como el Espíritu santo [4], con los tres dones de piedad, fortaleza y temor, nos perfecciona en las obras de la vida activa, para con nuestros prójimos, y para con nosotros mismos, y para con Dios nuestro Señor. Con el don de la piedad, nos perfecciona en las obras que hemos de hacer con nuestros prójimos, imprimiéndonos espíritu de hijos para con los superiores, y espíritu de madre para con los inferiores, y espíritu tierno y compasivo para con los iguales, acu-

[1] Ad Phil. 3. 8. [2] Eccles. 34. 6. [3] D. Bonav. de sep. itin. particular. in nota. 1. dist. 4. [4] D. Th. 1. 2. q. 63. art. 4.

Digitized by Google

diendo con entrañas de caridad á remediar las necesidades de todos, así corporales como espirituales, y mas á esta por ser mayores. Con el don de la fortaleza nos perfecciona en órden á nosotros mismos, fortaleciendo la flaqueza de nuestra carne, reprimiendo sus temores, y moviéndonos á emprender cosas gloriosas del divino servicio, pospuesto todo temor humano. Con el don del temor nos perfecciona en órden á Dios nuestro Señor, imprimiendo en nuestro corazon espíritu de reverencia y humildad, teniéndonos por nada en su presencia, y atribuyéndole la gloria de lo que con estos dones hacemos, pues todo es suyo. De esta manera nos mueve á cumplir lo que dice el Sabio [1]: En todas tus obras sé preexcelente; y á veces mueve á cosas extraordinarias, para darnos extraordinaria santidad.

Últimamente consideraré, como el don del consejo está como sol en medio de estos siete planetas del cielo, dándonos luz de lo que debemos hacer en las obras de ambas vidas activa y contemplativa [2], para que acertemos á escoger las mas convenientes, y el modo, lugar y tiempo de ejercitarlas: y como las cosas interiores son muy secretas, y puede haber en ellos muchos engaños, transfigurándose Satanás en ángel de luz [3], acude el divino Espíritu con el don de consejo, para que sin engaño busquemos la verdad y topemos con ella. Mas porque ninguno es suficiente para sí, con este don nos inspira un admirable consejo; que no nos fiemos de nuestro propio consejo, sino que acudamos á los consejeros que él ha puesto en su Iglesia, y con ellos consultemos nuestras cosas, cumpliendo lo que dice el Sabio [4]: Júntate á un corazon de buen consejo, porque apenas hallarás cosa de mas estima que esta: creyendo él que anima al varon santo, que suele topar con la verdad, mas que siete sabios, que miran las cosas desde atalaya [5]. Y porque es don del Espíritu santo topar con este

[1] Eccl. 53. 23. [2] D. Th. 2. 2. q. 52. [3] 2. Cor. 11. 14. [4] Eccl. 37. 16. [5] Cassia. collat. 16. c. 11. et 12.

Digitized by Google

buen consejero, y tener corazon dócil para seguir su consejo, he de pedirle uno y otro diciéndole: O Espíritu santísimo, de quien proceden todas las gracias, para bien de la universal Iglesia, inspira á mis consejeros el consejo que me han de dar, y dame corazon dócil y esforzado para seguirle.

Conclusion de lo dicho. — De lo dicho en esta meditacion y en la pasada, he de sacar tres grandes propósitos, los cuales tambien son medios pare solicitar y negociar la frecuencia de las inspiraciones del Espíritu santo, y el uso de estos siete dones, con las perfecciones que se ha dicho. El primero es, confiar grandemente en la bondad y liberalidad del Espíritu santo que me ha de hacer esta merced, aunque sea flaco, idiota y mal inclinado, porque á todos los justos, de cualquier estado y condicion que sean, dá estos dones, con deseo de que no estén ociosos con ellos. Y como los cuatro animales que vió Ezequiel [1], con rostros de buey, hombre, leon y águila, con ser tan diferentes en lo natural, caminaban á un mismo paso con suma ligereza, siguiendo el ímpetu del Espíritu, con las alas que les habia dado; así tambien los ingeniosos y letrados, como águilas, y los nobles y fuertes como leones, y los discursivos y flacos de complexion como hombres, y los rudos y trabajadores como bueyes, pueden caminar á un paso en la vida espiritual, y subir á la cumbre de ella, con las alas de las virtudes y dones que les dá el Espíritu santo, siguiendo el ímpetu de su fervorosa inspiracion. O Espíritu divino, pues no quieres que tus talentos estén ociosos, y por esto castigas al perezoso que los entierra, usa en mí de los dones que me has dado, moviéndome á las obras que te dán contento.

El segundo medio es, frecuentar del mejor modo que pudiéremos, aquellos ejercicios en que el Espíritu santo suele comunicar sus inspiraciones, porque de suyo

[1] Ezech. 1. 10.

Digitized by Google

le provocan á ello: á los cuales por esta causa podemos llamar, como se dice en Job [1], venas del murmullo de Dios, como dice san Gregorio [2], ó arcaduces, por donde viene la divina inspiracion al alma. Estos son, leccion de buenos libros, y oir los sermones, en los cuales suele inspirar luz de lo que se lee y oye: oracion y meditacion, en las cuales, hablando con Dios, le provocamos á que nos hable; comunion y misa, en la cual está el mismo Cristo que nos mereció estas inspiraciones, y con el Espíritu santo es dador de ellas. Y á tiempos será muy provechoso ejercitar aquel modo de oracion, por respiraciones, de que se hizo mencion en la introduccion de este libro, juntando con cada respiracion un afecto ó suspiro amoroso, ya por ver á Dios, ya por vernos libres de tanta miseria.

El tercer medio es, agradecer muy de veras cualquiera merced de estas que el Espíritu santo nos hiciere, teniéndonos por indignos de ella [3]: y cumpliendo puntualmente la obra buena que nos inspirare, sea de vida activa ó contemplativa, gozando con quietud de los sentimientos que con su divina luz nos comunicare, porque quien agradece las inspiraciones y mercedes recibidas, y usa con obediencia de las presentes, recibirá otras muy mayores en lo porvenir. O Esposo de las almas puras, que dijiste [4]: Huye cierzo, y ven ábrego por todo mi huerto, para que los árboles destilen sus licores olorosos [5]. Destierra de mi alma el viento cierzo de la ingratitud y soberbia que seca las fuentes y desparce las lluvias de tus copiosas misericordias, y envia sobre mí el viento ábrego de tus fervientes inspiraciones, para que mis potencias broten muchedumbre de obras olorosas, agradables á tus ojos, y provechosas á mis prójimos, subiendo por ellas de virtud en virtud, hasta llegar á verte en la santa Sion por todos los siglos. Amen.

[1] Job. 4. 12. [2] D. Greg. lib. 20. [3] D. Ber. serm. 1. de Pent. [4] Cant. 4. 16. [5] Bern. ser. 51. in Cant. D. Aug. in Solloq. c. 18.

Digitized by Google

MEDITACION XXVIII.

DE LA PLENITUD DEL ESPÍRITU SANTO QUE SE DIÓ Á SAN ESTEBAN, Y COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR SE LE APARECIÓ EN EL MARTIRIO.

Entre los discípulos de aquel tiempo [1], uno de los mas señalados fué san Esteban, el primero de los siete diáconos que escogieron los apóstoles, de quien san Lucas cuenta cuatro cosas, que pueden ser materia de esta meditacion, conviene á saber, los dones que el Espíritu santo le dió; lo bien que él usó de ellos; los favores que le hizo Dios por este buen uso, y el buen fin que tuvo. A lo cual se ha de añadir el premio de que goza en la gloria. Y estos mismos puntos se pueden aplicar á las meditaciones de las vidas de los santos.

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar, cuán liberal fué el Espíritu santo con san Estéban, porque de él se dice que estaba lleno de Espíritu santo. Y de esta plenitud nacian otras cuatro, porque estaba lleno de gracia y sabiduría, de fe y de fortaleza: de donde resultaba en él tanta modestia y apacibilidad exterior, que su rostro parecia de ángel. La primera plenitud de gracia adornaba su corazon con virtudes celestiales, para que fuese gracioso á Dios. La segunda de sabiduría, adornaba su entendimiento con luz de las verdades divinas, para penetrarlas con gusto, y enseñarlas á otros con provecho. La tercera de fe, llenaba su alma para orar confiadamente á Dios, y hacer obras milagrosas en bien de los hombres. La cuarta de fortaleza, le hacia invencible de sus enemigos, y constante en sufrir las persecuciones y trabajos, y por todas cuatro era como ángel, teniendo en cuerpo terreno vida angelical.

Estos dones le dió el divino Espíritu graciosamente,

[1] Actuum. 6. 5. et 7. 57.

Digitized by Google

para mostrar las riquezas de su gracia, no solamente en los doce apóstoles, sino tambien en los otros inferiores discípulos: pero sin duda este glorioso varon se dispuso para recibirlos con grande fervor: previniéndole tambien para esto el mismo Espíritu santo, con cuyo favor he de animarme á procurarlos, pues no está abreviada la mano de este liberalísimo dador. Y al glorioso Estéban tengo de suplicar interceda por mí: porque si con su oracion alcanzó estos y otros mayores dones para Saulo, siendo perseguidor de Cristo, tambien lo podrá alcanzar para mí; y quien tanto pudo con Dios estando en la tierra, no podrá menos ahora, estando en el cielo.

Luego consideraré, cuán diligente y fervoroso fué este glorioso varon, en usar de los dones que habia recibido del Espíritu santo, favoreciéndole el mismo Espíritu para ello. Porque primeramente con la sabiduría que le infundió, predicaba la ley de Cristo nuestro Señor, con admirables y eficacísimas razones, tanto que saliendo muchos letrados de los judíos á disputar contra él, *non poterant resistere sapientiæ, et spiritui qui loquebatur*, no podian resistir á la sabiduría, y al espíritu que hablaba por él, que era el mismo Espíritu santo, de que estaba lleno, cumpliendo nuestro Redentor lo que prometió á sus discípulos, cuando les dijo [1]: que en tales casos no serian ellos los que hablasen, sino el espíritu de su Padre celestial hablaria por ellos.

Lo segundo, armado con la grande fe que tenia, hacia grandes milagros y prodigios en el pueblo; con los cuales hacia creible su doctrina, para que todos los fieles entendiesen que el don de hacer milagros no era de solos los apóstoles, sino tambien de los que estuviesen llenos de gracia y fe, como él estaba.

Lo tercero, en medio del concilio estando rodeado de muchos enemigos y testigos falsos, que testificaban

[1] Matth. 10. 20.

Digitized by Google

contra él grandes delitos, no perdió la serenidad y modestia de su rostro, antes resplandeció mucho mas por el testimonio de su conciencia, y por el gozo que tenia de verse perseguido por Cristo: y así mirándole sus enemigos, *videbant faciem ejus quasi faciem angeli*, veian su rostro como de un ángel venido del cielo, cumpliéndose en él lo que dijo de sí el santo Job [1]: La luz y resplandor de mi rostro nunca cayó en tierra, porque ni las persecuciones y falsos testimonios de sus enemigos, ni las contradicciones ni porfías en las disputas, fueron parte para que se mudase, ni alterase, ni perdiese la serenidad grave y alegre que tenia, ni para que hiciese cosa, por la cual como á Caín se le cayese el rostro de vergüenza. O quién pudiese imitar la modestia angelical de este purísimo guerrero, nunca haciendo cosa, por la cual la lumbre de mi rostro cayese en tierra, confundiéndome con vergüenza de haberla hecho! Concédeme, ó buen Jesus, que en medio de las persecuciones sea tal la pureza de mi alma, que para gloria tuya se descubra en el modesto y alegre semblante de mi rostro.

Lo cuarto, con grande fortaleza, sin temor ninguno de sus enemigos, reprendiendo ásperamente su dureza y la rebeldía que siempre habian tenido al Espíritu santo, y la desobediencia que tenian á la ley, y la crueldad con que habian perseguido á los profetas, y al supremo de ellos Cristo Jesus: y aunque sus contrarios rompian sus corazones de rabia, y crujian los dientes, él estaba sin temor con la virtud que se le habia envestido de lo alto. Gózome, ó glorioso Estéban, de la fortaleza con que volveis por la honra de vuestro Maestro, honrando al que os honró, y ofreciéndoos á morir por el que por vos murió. Suplicadle me vista con otra virtud de lo alto, como esta, para que imitándoos en la pelea, alcance vuestra corona. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — *Como estuviese* [2] *Estéban lleno de*

[1] Job. 29. 24. [2] Actu 7. 55.

Digitized by Google

Espíritu santo, mirando al cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesus que estaba á la diestra de Dios, y dijo: Mirad que veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está á la diestra de la virtud de Dios.

En esta maravillosa vision se pueden considerar los favores extraordinarios que hace el Espíritu santo á sus escogidos, y á qué suerte de justos lo hace, en qué ocasiones y por qué causas; para que saquemos de aquí luz con que conocer las causas y efectos de las divinas inspiraciones y revelaciones. Lo primero, tiene misterio decir, que como Estéban estuviese lleno de Espíritu santo, mirando al cielo, vió la gloria de Dios. En lo cual se nos dá á entender, que dos cosas le hicieron digno de esta gloriosa vision. La primera, que estaba lleno de Espíritu santo, y de sus gracias y dones, al modo dicho. La segunda, que miraba al cielo, no tanto con los ojos del cuerpo, cuanto con los del alma, aspirando á las cosas celestiales, suspirando por ellas, y orando por sí y por todos, porque tales favores ordinariamente los hace Dios á grandes santos, muy dados á la oracion y contemplacion. Y aunque no es seguro desear estos favores, pero es justo que no me haga indigno de ellos, sino que procure la plenitud de gracia y de oracion que disponen á recibirlos, pues á todos la promete nuestro Señor, diciendo: Derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalen [1], *Spiritum gratiæ et precum,* Espíritu de gracia y de oracion.

Lo segundo, tiene tambien misterio decir, que vió la gloria de Dios y á Jesus que estaba á su diestra: en lo cual se nos dá á entender, que la luz celestial que esclarece los ojos interiores, y los levanta á la suprema contemplacion, descubre principalmente dos cosas. Es á saber, los misterios de la gloria de Dios que pertenecen á su divinidad y trinidad; y tambien á Jesucristo Señor nuestro, con los misterios de su gloriosa humani-

[1] Zach. 12. 10.

Digitized by Google

dad: y ésta luz descubre estos misterios con un modo tan levantado, que se llama vista, y arrebata el corazon, como dice san Pablo [1], para transformarle con amor en la gloria del Señor que ha visto, subiendo de una claridad á otra mayor, porque con esta vista crecen los dones y gracias que antes tenia; queda de nuevo lleno de Espíritu santo; aumenta la gracia, la sabiduría y fortaleza, y queda lleno de una extraordinaria alegría, con grande hartura interior, gozando en su tanto en esta vida de lo que dice David [2]: Quedaré harto cuando se me descubriere tu gloria.

Las causas porque en esta coyuntura vió san Estéban la gloria de Dios, y de Jesucristo, fueron tres, por las cuales hace Dios semejantes favores á los escogidos. La primera, para premiarle tambien en esta vida los servicios que le habia hecho en la ilustre confesion y testimonio que dió de Cristo delante de aquel concilio, ofreciéndose por esto á peligro de muerte: porque propio es de Dios pagar extraordinarios servicios, con extraordinarios favores, y dar en esta vida ciento tanto mas de lo que por él se hace. Con lo cual me animaré á servir á Dios con gran fervor, pues á la medida de los servicios suelen ser las mercedes, y los mas fervorosos son á quien dice David [3]: Gustad, y ved cuan suave es el Señor: bienaventurado el varon que espera en él.

La segunda causa fué, para esforzarle en la pelea y trabajos que padecia, y ponerle ánimo grande para los que le estaban esperando; porque la vista del premio, notablemente alienta al trabajo: y la presencia del capitan, dá brio al soldado: y la certeza del divino socorro, hace acometer los peligros sin miedo. Y así san Estéban vió á Cristo su capitan y su ayudador á la diestra de Dios, no sentado, sino en pié, para que entendiese, que estaba presente mirando como peleaba, y á

[1] 2. Cor. 3. 18. [2] Psal. 16. 15. [3] Psal. 33. 9.

Digitized by Google

punto para ayudarle en la pelea, y para bajar luego por él, para darle la corona. O dulcísimo Jesus, aviva mi corta fe, para que vea con ella, aunque sea con oscuridad, lo que vió Estéban con tanta claridad: levanta mi espíritu al cielo, para que contemple el premio que me prometes, la vista con que me miras, y la ayuda que me ofreces, porque atado mi corazon con esta cuerda de tres ramales, no habrá trabajo ni persecucion que le aparten de tu amor.

La tercera causa fué, para que fuese testigo como de vista, de las verdades y misterios que habia predicado: y así en viéndolos, luego los testificó de nuevo, y con gran fervor dijo: *Mirad que veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está á la diestra de la virtud de Dios.* Como quien dice: Mirad que es verdad lo que digo, y por vista de ojos lo veo. Veo que ya se han abierto los cielos, para que éntren dentro los que creyeren en Cristo: veo que el Hijo del hombre, á quien vosotros crucificásteis, está ya, como él mismo os lo dijo, á la diestra de la virtud de Dios [1]: miradlo tambien vosotros, y creedlo. De donde sacaré, que estos favores no los hace Dios á sus grandes siervos, para que los gocen á solas, sino para que prediquen y publiquen su gloria para bien de las almas, provocándolas á que se dispongan, para ver lo que ellos ven, creyéndolo y amándolo, como ellos lo creen y aman. O si esta gente diera crédito al glorioso Estéban, y levantara los ojos al cielo con el espíritu que él los levantó, sin duda quedaran ilustrados y llenos del divino Espíritu, porque aparejado estaba Cristo nuestro Señor para dársele con grande liberalidad. Concédeme amantísimo Jesus, que dé credito con viva fe á todo lo que nos has revelado, para que de la fe suba á la inteligencia, y de esta á la contemplacion, y despues llegue á la vista clara de tu divinidad, por todos los siglos. Amen.

[1] Matth. 26. 64.

Digitized by Google

PUNTO TERCERO. — *En oyendo esto, todos levantaron grandes alaridos, y taparon sus oidos, y de tropel con gran ímpetu le sacaron fuera de la ciudad para apedrearle, y poniendo los testigos sus ropas á los piés de un mozo llamado Saulo, le apedrearon* [1].

Aquí se ha de considerar. Lo primero, las trazas de la divina Providencia en regalar á los escogidos; permitiendo, que los mismos favores sean ocasion de sus persecuciones, para que se entienda lo mucho que Dios estima el padecer, pues el regalo ordena al trabajo, y aunque todo viene á parar en aumento de gloria, como le sucedió al patriarca José [2], á quien Dios mostró en sueños, que el sol y luna y once estrellas le adoraban. Y contando este sueño á sus hermanos, se arraigó mas en ellos el ódio y envidia que le tenian, y fué ocasion de que le empozasen y vendiesen por esclavo. Y lo mismo sucedió al glorioso san Estéban, para que yo entienda, que si fuere muy regalado de Dios, tengo de aparejarme para grandes trabajos, los cuales quizá tendrán principio de los mismos regalos. O Salvador dulcísimo, regalos son tambien los trabajos padecidos por tu amor, traza mi vida como quisieres, porque no habrá para mí mayor favor, que seguir tu ordenacion.

Lo segundo, se ha de ponderar el martirio de este Santo lleno de desprecio y tormentos, porque sus enemigos en lugar de levantar los ojos al cielo para ver la gloria de Cristo, levantaron el grito contra él como contra blasfemo, y taparon sus oidos por no oir lo que decia: y como leones arremetieron á él, hiriéndole con los puños, y llevándole con gran furia fuera de la ciudad, y allí le apedrearon. Iba el glorioso Mártir como un cordero, y recibia las pedradas en su cuerpo, como si fuera un diamante, sin volver el rostro ni esconderle, antes como canta la Iglesia [3], las piedras del arroyo le eran dulces, porque tenia por suma dulzura padecer por

[1] Actu. 7. 56. [2] Gen. 37. 9. [3] D. Aug. in solil. c. 12.

Digitized by Google

su Maestro: y la gloria de Jesus que estaba contemplando, le hacia muy dulce sufrir lo que estaba padeciendo, porque el cuerpo padecia en la tierra, y el espíritu estaba traspasado al cielo. O dulcísimo Jesus, cuán dulce cosa es padecer desprecios y dolores al que contempla los muchos que tú padeciste, y la gloria que por ellos alcanzaste [1]! O si me dieses á beber del arroyo de los deleites del cielo, para que me fuesen dulces las piedras del arroyo de las tribulaciones que me afligen en la tierra! O Amado mio [2], pues sacas miel de la piedra y óleo del duro canto, endulzora mis trabajos con la miel de tus consuelos, y con el óleo de tus alegrías, para que en ellos te glorifique por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO. — *Apedreaban á Estéban que estaba orando y diciendo: Señor Jesus, recibe mi espíritu: é hincadas las rodillas, clamó con grande voz, diciendo: Señor, no les imputes este pecado: y dicho esto murió en el Señor* [3].

Aquí se ha de considerar el fervor con que este glorioso Mártir imitó á Cristo nuestro Señor, Rey de los mártires, en todo lo que podia imitarle en su martirio, orando dos veces. La primera, por sí, encomendándole su espíritu. La segunda, por sus enemigos, pidiéndole perdon para ellos, en cumplimiento de lo que su Maestro habia dicho [4]: Orad por los que os persiguen; y esta oracion fué con mayor reverencia y fervor. Lo cual mostró en hincar las rodillas en tierra, y levantar mas la voz, queriendo tambien espirar como espiró Cristo con voz muy clamorosa. O fidelísimo soldado, verdadero imitador de su capitan Jesus! O caridad invencible [5]! O amor muy mas fuerte que la misma muerte! Por tí Estéban tiene por beneficio morir, y ruega por los que le matan, y cuando ellos le tiran piedras para quitarle la vida temporal, él tira dardos de oracion al cielo, pa-

[1] Psal. 35. 9. [2] Deut. 32. 13. [3] Actu. 7. 58. [4] Mat. 5. 44. Lucæ. 6. 28. [5] Cant. 8. 6.

Digitized by Google

ra negociarles la vida eterna. Concédeme, ó buen Jesus, que yo imite á este tu soldado, como él te imitó, amando á los que me aborrecen, y orando por los que me persiguen.

Lo segundo, se ha de ponderar la causa porque san Estéban oró por sí en pié, y por sus enemigos, de rodillas y con gran clamor. Quizá fué, porque cuando oraba por sí estaba cierto que seria oido, porque no hallaba en sí impedimento contrario á lo que pedia: mas cuando oraba por sus enemigos, conocia la rebeldía que habia de parte de ellos, y el estorbo que ponian á su oracion: y así encendido con el fuego del Espíritu santo, oró con mayor reverencia y con mayor afecto y clamor, para que su oracion fuese oida. Y así lo fué, alcanzando la conversion del mas insigne perseguidor que era Saulo, el cual guardaba los vestidos de los que le apedreaban, y quizá le tiraba algunas piedras por su mano, aunque las tiraba todas por mano de sus compañeros. De donde sacaré propósitos de orar fervorosamente por mis enemigos, persuadiéndome que orar por otros, es medio para que Dios oiga la oracion que hago por mí, como sucedió á Job [1], cuando oró por sus amigos que habian hecho con él obras de enemigos.

Lo tercero, ponderaré la causa porque san Estéban primero oró por sí, encomendando su Espíritu al Señor, y despues por sus enemigos, pues Cristo nuestro Señor al contrario, primero oró por sus enemigos, y despues ya que queria espirar, encomendó su espíritu al Padre [2]. La causa fué, porque la oracion ha de comenzar por lo mas necesario y obligatorio: especialmente cuando se ora en tiempo de grandes aflicciones y peligros. Y como Cristo nuestro Señor no tenia necesidad de orar por sí: pero los pecadores teníamos extrema necesidad de que orase por nosotros, especialmente los que le crucificaban, porque no fuesen hun-

[1] Job. 42. 10. [2] Ad Heb. 7. 27.

Digitized by Google

didos en el abismo del infierno. De aquí es que con su entrañable caridad, primero oró por sus enemigos. Pero san Estéban y los demás justos tienen necesidad de orar por sí, y mucho mas en la muerte, donde corre mayor obligacion, por ser mayor el peligro; y así la caridad comenzó por lo mas obligatorio, y extendióse despues á lo que descubria mas su perfeccion. Y en ambas cosas quiere Cristo nuestro Señor que le imitemos, aunque por el órden dicho, porque la ley de la caridad nos obliga á procurar primero nuestra salvacion, y despues la agena. O dulcísimo Jesus, recibe mi espíritu, y el de todos los fieles, en vida y en muerte, tomándole debajo de tu proteccion, para que te sirva en la tierra, y despues te goce en el cielo. Amen.

Finalmente, ponderaré como acabadas estas dos oraciones, san Estéban durmió en el Señor [1]: morir en el Señor, es morir dentro de Cristo unido con él por fe viva con caridad, como mueren los santos confesores, ó morir por la confesion de Cristo, como mueren tambien los mártires, y ambas muertes son dichosas [2], porque es preciosa en la presencia del Señor la muerte de sus santos. Y como dijo la voz del cielo al bienaventurado san Juan [3], son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque desde luego dice el Espíritu santo, que descansen de sus trabajos, por cuanto les siguen sus obras, que es decir: Los que mueren en el Señor, luego en muriendo se pueden llamar bienaventurados, porque despues que Cristo murió, sino tienen algo que purgar, ya están para ellos abiertas las puertas del cielo, y el Espíritu santo, de que están llenos, quiere que su muerte sea fin de todos sus trabajos, y principio de sus eternos descansos, porque las obras que hicieron en vida, con las cuales se aparejaron para la muerte, les acompañarán con grande honra hasta el cielo. Tal fué la muerte del gloriosísimo Estéban que

[1] Actu. 7. 59. [2] Psal. 115. 15. [3] Apoc. 14. 13.

Digitized by Google

murió en Cristo, y por Cristo: el cual desde el cielo, donde se le apareció en la batalla, vino por él con millares de ángeles celebrando su victoria. Y el que poco antes era de los hombres aclamado por blasfemo, ya es de los ángeles aclamado por santo: y el que fué apedreado con piedras dolorosas, es coronado de piedras preciosas, recibiendo la corona que su nombre significaba. Subió acompañado de sus esclarecidas obras, por las cuales fué honrado y alabado de Cristo nuestro Señor delante de su Padre, y colocado en un trono muy alto entre los serafines, á donde vió con la lumbre de gloria, claramente la divina esencia, y bebió hasta hartar del copiosísimo arroyo de los deleites celestiales, sin temor de jamás perderlos. O dichosos trabajos, cuyo fin son eternos descansos! O dulces piedras[1], que fabricaron corona tan preciosa! O preciosa muerte, que es principio de tan eterna y gloriosa vida! Muera, Señor, mi alma la muerte de este justo, y sea mi vida tal, que merezca tal muerte, y aparéjeme para ella con tal disposicion, que mis postrimerías sean semejantes á las suyas, subiendo á gozar de tí, acompañado de esclarecidas obras, y de grandes trabajos, padecidos por la justicia para tu mayor gloria. Amen.

MEDITACION XXIX.

DE LA APARICION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SAULO, Y DE SU MARAVILLOSA CONVERSION.

La conversion de san Pablo, sucedió despues del martirio de san Estéban, sucediéndole tambien en el oficio de predicador de Cristo, porque las trazas de los hombres no pueden prevalecer contra Dios, y si ellos quitan de por medio el predicador que les hace guerra, el Espíritu santo levanta otro que se la haga muy mayor, como la hizo san Pablo.

[1] Num. 33. 10.

Digitized by Google

PUNTO PRIMERO. — *Saulo*[1] *todavía furioso en amenazar de muerte á los discípulos del Señor, fué al príncipe de los sacerdotes, y pidióle cartas para las sinagogas de Damasco, para que si hallase allí algunos hombres y mujeres que siguiesen la ley de Cristo, los trajese presos á Jerusalen.*

Por fundamento de esta meditacion se ha de considerar, cuán gran pecador fué Saulo, el cual desde mozo tuvo entrañado en su corazon el aborrecimiento de Cristo nuestro Señor y de su santa ley, pareciéndole con ignorancia y falso celo, que agradaba á Dios en perseguirle. Y de aquí procedió hallarse á la muerte de san Estéban, guardar las ropas de los que le apedreaban, consentir en su muerte, saboreándose en verle apedrear, por quitar la vida al que volvia por la fe que tanto aborrecia. Luego fué creciendo tanto su ódio, que dice de él el evangelista san Lucas, *devastabat Ecclesiam*[2], que destruia la Iglesia, entrándose por las casas, sacando hombres y mujères, y llevándolos á la cárcel. De modo, que por haber sido de la tribu de Benjamin le cuadra bien lo que dijo Jacob[3]: Benjamin, lobo robador, á la mañana comerá lo que robó, y á la tarde dividirá los despojos, porque desde la mañana de su mocedad, todo el dia, mañana y tarde, como lobo, perseguia las ovejas de Cristo, *usque ad mortem*, hasta matarlas y despedazarlas.

Y pareciéndole poco perseguir á las que estaban en Jerusalen, pidió licencia y facultad al príncipe de los sacerdotes para ir á Damasco, y traer presos á todos los que allí seguian á Cristo con deseo de hundirlos: cumpliéndose en él lo que dice David[4]; la soberbia de los que te aborrecen, siempre crece.

Luego ponderaré las causas porque nuestro Señor permitió todo esto. La primera fué, porque pretendia hacerle grande santo, y levantar en él una torre de al-

[1] Actu. 9. 1. [2] Actu. 8. 3. [3] Génes. 49. 27. [4] Psal. 73. 23.

Digitized by Google

tísima perfeccion, sobre cimientos muy hondos de profundísima humildad, los cuales se sacan con el conocimiento de los pecados pasados; y así lo hizo san Pablo, el cual por esta causa decia de sí [1], que era el primero de los pecadores, porque habia sido blasfemo, perseguidor, é injuriador de Cristo, y que era el mínimo de los apóstoles, indigno de ser llamado apóstol, porque habia perseguido la Iglesia de Dios. De cuyo ejemplo aprenderé á sacar este grande provecho de los pecados que he cometido, pues por esto dice el Espíritu santo [2]; que es mejor la maldad del varon, que la mujer que obra bien, porque los varones fervorosos suelen de sus pecados sacar motivos para crecer en grandes virtudes, especialmente de humildad para consigo, y de caridad para con Dios que los perdonó: y al contrario los tibios, de sus buenas obras sacan vanidad y presuncion.

La segunda causa fué, para que Cristo nuestro Señor mostrase en Saulo las inestimables riquezas de su gracia, y sus infinitas virtudes y perfecciones [3]. Mostró su caridad en amar al que tanto le aborrecia: su bondad, en llamar al que huia de él: su omnipotencia, en ablandar un corazon tan endurecido: su paciencia, en sufrir y esperar al que tanto le perseguia: su misericordia, en admitirle á penitencia y librarle de tantas miserias: y la eficacia de su gracia, en llenar de excelentes virtudes al que estaba lleno de abominables vicios. Y así dice el santo Apóstol, que en él mostró Cristo principalmente toda su paciencia, para ejemplo de los que habian de creer y alcanzar la vida eterna: y como mostró en Saulo mas que en otros pecadores toda su paciencia, esto es, su perfectísima paciencia, así tambien mostró toda su caridad, bondad y misericordia, liberalidad y omnipotencia. Y como viviendo en la tierra, mostró estas virtudes con la Magdalena, Mateo,

[1] 1. Ad. Ti. 1. 13. 1. ad. Cor. 15. 9. [2] Eccles. 42. 14. [3] 1. Ad. Ti. 1. 16.

Digitized by Google

Zaqueo, y otros predicadores, así despues de subido al cielo, principalmente las mostró con Saulo, para que entendamos, que siempre es el mismo en amar á los pecadores y hacerles bien: y por consiguiente, que siempre podemos confiar de alcanzar perdon de nuestros pecados, y mudanza de nuestras costumbres, pues no le falta caridad, ni bondad, ni misericordia, ni poder para hacerlo.

La tercera causa fué, para que un mismo Saulo nos fuese escarmiento y ejemplo, escarmentando en su caida, para no dejarnos llevar del natural brioso, ni del celo indiscreto, ni de la ira furiosa, coloreada con título de religion, porque nos despeñarán en pecados innumerables, añadiendo unos mayores que otros. Y por otra parte, si cayéremos en ellos, procuremos convertirnos á Dios, tomando ejemplo de su conversion y mudanza, la cual fué de las mas maravillosas que Cristo obró para nuestra enseñanza, y con este espíritu se ha de meditar, y ponderar.

Punto segundo. — *Yendo por su camino* [1], *y acercándose á Damasco, súbitamente resplandeció al rededor de él una luz del cielo; y cayendo en la tierra, oyó una voz que le decia: Saulo, Saulo, porqué me persiguès?*

Aquí se ha de ponderar, lo primero, la infinita caridad de Cristo nuestro Señor, que estando en su trono celestial sentado á la diestra del Padre, no se desdeñó de venir á la tierra, y aparecerse á su mismo perseguidor, como se apareció despues de su resurreccion á san Pedro, y Santiago, y á otros [2], como el mismo san Pablo lo testifica, diciendo [3]: *Novissimè omnium tanquam abortivo visus est, et mihi.* Despues que Cristo hizo todas sus apariciones, últimamente se me apareció como abortivo que nace fuera de tiempo, y con violencia, y sale desmedrado, porque yo soy el menor de los apóstoles. Y esta aparicion fué mayor señal de la cari-

[1] Actu. 9. 3. [2] D. Th. 3. p. q. 57. art. 6. [3] 1. Cor. 15. 8.

Digitized by Google

dad de Cristo que las otras, porque las otras hiciéronse á sus amigos, y á los discípulos que le buscaban, y deseaban ver: pero esta fué á su enemigo que le perseguia, y deseaba hundir su nombre, y el de todos sus discípulos. Cumpliendo aquí este buen Pastor lo que habia dicho: que dejando las noventa y nueve ovejas en el desierto, baja en persona á buscar esta oveja perdida, con el amor que vino á buscar las otras. O fuego infinito de la caridad, que ardes en el corazon de Jesus, y no puedes encubrirte, antes echas cada dia nuevas llamaradas, para encender á todos en tu amor [1]. Grande amor fué el que mostraste en dejarte hallar de los que no te buscaban, y en aparecerte á los que no preguntaban por tí: pero este dia pasas mucho mas adelante, apareciéndote al que te aborrecia, y mostrándote al que con terrible furor te perseguia; y en lugar de rodearle con fuego que abrasase su cuerpo, le rodeas de luz que convierta su alma. Gracias te doy amantísimo Jesus, por las muestras que das de tu amor: alumbra mi alma para que las conozca, de modo que tenga parte en ellas. Amen.

Lo segundo, ponderaré las propiedades de esta luz del cielo que rodeó á Saulo, por las cuales se conocen las propiedades de la luz interior, que con su ilustracion infunde nuestro Señor á los pecadores, para que se conviertan. La primera es, que vino de repente como relámpago, cuando Saulo menos la esperaba, y aun cuando menos la merecia, porque suele nuestro Señor enviar estas ilustraciones, cuando estamos mas olvidados de él, y aun cuando por nuestra dureza somos mas indignos de ellas [2]. O Dios omnipotentísimo, que escondes la luz en tus manos, y despues la mandas salir, y das noticia y posesion de ella á tus amigos: con qué te pagarémos la infinita caridad que muestras en dar tambien alguna parte de ella á tus enemigos,

[1] Ad Ro. 10. 20. Isai. 65. 1. [2] Job. 36. 32.

Digitized by Google

haciéndola salir de repente para convertirlos en amigos? Mándala, Señor, que salga, y alumbre lo secreto de mi corazon, para que le arranque de lo terreno, y le traspase á lo celestial y eterno.

La segunda propiedad, fué, que atajó á Saulo los pasos que llevaba. Y al tiempo que estaba cerca de Damasco, que significa sangre, con deseo de ejecutar sus propósitos sangrientos, le derribó en tierra humillando su soberbia, y deteniendo la corriente de su ira. De suerte, que aunque Dios nuestro Señor, como él lo dice por Oseas [1], ataja los pasos de otros pecadores, cercando su camino de espinas, trayéndolos á sí con fuerza de trabajos: mas á Saulo atajóle los pasos con cerco de luz, trayéndole con blandura de regalos. Y ponderó el mismo Apóstol, contando su conversion, que era medio dia cuando le cercó esta luz copiosa [2], para significar, que cuando habia llegado su furor á lo mas crecido de la maldad y soberbia, entonces le detuvo Cristo nuestro Señor, el cual como al medio dia subió en la cruz, mostrando el fervoroso amor que nos tenia, así quiso venir á medio dia á convertir á Saulo, y cercarle con su copiosa luz, mostrando en esto el amor particular que le tenia: por lo cual pudo decir de sí mismo [3]: Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó, y se entregó á la muerte por mí. Por donde consta que es propio de la divina ilustracion, atajar los pasos del pecador, haciéndole cesar de sus pecados, y que no pase adelante en sus propósitos, ni los ponga por obra, mas cuando los propósitos están muy arraigados, es menester que la luz sea muy copiosa. O dichoso Saulo, á quien cercó tan copiosa luz del cielo: bien podeis decir en esta coyuntura, lo que dijo David [4]: Si el Señor no me ayudara y previniera con su ayuda, muy cerca del infierno estuviera mi alma, porque los pasos que llevabades hácia Damasco, presto la hundieran en el pro-

[1] Oseæ 2. 6. [2] Actu. 22. 6. [3] Ad Gal. 2. 20. [4] Psal. 93. 1.

Digitized by Google

fundo del infierno. Suplicad al Señor que atajó vuestros pasos, me dé una luz tan grande, que ataje los mios, humillando mi altivez, enfrenando mi ira, y cosiéndome con la tierra, para que vuelva sobre mí, y del todo me convierta á Dios. O Dios de mi alma, aunque cerques mis caminos con espinas, es menester que tambien los cerques con tu luz, para que me convierta á tí: no me falte, Señor, esta segunda cerca, porque no falte mi perfecta conversion.

La tercera propiedad fué, que cercó á Saulo al rededor, por alto y bajo, y á un lado y otro, de modo, que ninguna cosa veia, sino era por esta luz, para significar que la luz celestial cuando es perfecta, cerca al hombre por todas partes. De suerte, que no mire sino con ella, y por ella, contemplando las cosas celestiales, sin resquicio para mirar las terrenas, sino es en órden á las eternas. O lumbre verdadera, que alumbras á todo hombre que viene á este mundo, cércame con este cerco de luz, para que no mire con vana complacencia las cosas de la tierra, sino solamente las del cielo.

Lo cuarto, se ha de ponderar las palabras que Cristo nuestro Señor dijo á Saulo, en las cuales resplandece su amor por muchas vias. Lo uno, porque queriendo reprender á Saulo, no lo reprende con aspereza, ni con palabras pesadas, sino con grande amor y blandura. Llámale dos veces Saulo, Saulo, en señal de que le amaba y conocia por su nombre propio, y para avivarle mas, y hacerle atender á lo que le queria decir. Y lo que le dijo es: *Porqué me persigues?* Que fué decir, qué causa tienes para perseguirme? dímela que yo te satisfaré: y si no la tienes, porqué me persigues sin causa? O amor inmenso de nuestro Criador, que se pone á entrar en cuenta y razon con tan vil criatura, y á pedirle porqué le persigue, pudiendo con su palabra aniquilarle.

Tambien muestra el amor, en que la persecucion de

Digitized by Google

sus discípulos la toma por suya: y porque Saulo les perseguia, se queja de que le persigue. Y el que en la cruz no habló, quejándose de los que le perseguian en su propia persona, ahora habla, quejándose del que le persigue en los suyos, doliéndose mas del trabajo de ellos que del suyo. Quién no te amará ó amantísimo Jesus, pues así amas á los que te aman? Quién se atreverá á perseguir á tus siervos, pues perseguir á estos es perseguirte á tí?

De aquí sacaré, como es propio del buen Espíritu, cuando habla al corazon del pecador con sus inspiraciones, acompañadas de la luz del cielo, reprenderle el mal que hace para que se confunda, y decirle interiormente: Hombre, hombre, porqué me persigues? O alma mia, si conocieses quien es el que te habla, y es perseguido de tí, y quien eres tú que le persigues, y la causa y razon, ó sin razon porque le persigues con tus pecados, sin duda te avergonzarias de lo que haces, y cesarias de perseguir al que deberias seguir y servir. Estas tres cosas descubrió nuestro Señor á Saulo, como luego verémos.

PUNTO TERCERO.—*Dijo Saulo: Qué quieres, Señor? Respondió: Yo soy Jesus Nazareno, á quien tú persigues: dura cosa es para tí dar coces contra el aguijon.*

Aquí se ha de considerar el modo como nuestro Señor fué ilustrando á Saulo con su luz, no de un golpe sino por sus grados, inspirándole que hiciese algunas preguntas, y dándole sus respuestas, en las cuales como en semilla, está toda la perfeccion cristiana. Lo primero, con la luz del cielo le infundió nuestro Señor un gran deseo de conocer y saber quien era el que le hablaba, porque es propio de los que tratan con Dios, y han recibido alguna luz suya, desear luego fervorosamente conocerle mucho mas, porque la vida eterna está en conocer á Dios vivo y verdadero, y á su Hijo unigénito Jesucristo. Y así con este deseo dijo Saulo[1]: *Señor,*

[1] Joan. 17. 3.

Digitized by Google

quién eres? Como quien dice: Descúbreme claramente quien eres, para que sepa á quien persigo, y cese de hacer el mal que hago. Y llámale Señor, por el gran respeto que tuvo á la grandeza y majestad del que le hablaba.

Respondiendo Cristo nuestro Señor á esta pregunta, le enseñó mas de lo que le preguntaba, porque le declaró quien era el perseguido y el perseguidor, diciéndole: *Yo soy Jesus Nazareno á quien tú persigues*, que fué decir: Quieres saber quién soy yo? Yo soy Jesus, Salvador del mismo que me ofende y persigue: Y quieres saber quién eres tú? eres perseguidor del mismo Salvador que desea salvarte y santificarte. Por donde se vé como es propio de Cristo nuestro Señor, con su luz celestial, enseñarnos juntamente quien es Dios y quien es el hombre; quien es Jesus para con el pecador, quien es el pecador para con Jesus: porque estos dos conocimientos andan juntos y se ayudan mucho, porque comparando lo uno con lo otro, campea mas la grandeza y la bondad y caridad de Dios nuestro Salvador: y tambien la vileza y la maldad é ingratitud del hombre pecador; porque á dónde puede subir mas la bondad que á ser Salvador del mismo que le persigue? Y á dónde puede llegar mas la maldad, que á ser perseguidor del mismo que le salva?

En estas dos cosas tengo de ahondar mucho, como lo hizo toda la vida el apóstol san Pablo, á quien se le imprimieron tanto estas palabras, que siempre traia en su corazon y en su lengua á Jesus, predicando la excelencia de su Persona, la obra que hizo de nuestra redencion, el motivo que tuvo para ella, el precio que le costó, y las inestimables riquezas que nos ganó, juntando esto con su bajeza y miseria, y con la ingratitud y maldad del que ofende á tan excelente Salvador que le redimió de pura misericordia con el precio de su sangre, ganándole tesoros infinitos de gracia y gloria. O aman-

Digitized by Google

tísimo Jesus, *noverim me, et noverim te*. Conózcame á mí y conózcate á tí. Conózcame á mí para que me aborrezca, y desprecie y castigue en mí las maldades que he cometido. Y conózcate á tí para que te ame y alabe, obedezca y sirva, por las innumerables mercedes que de tí he recibido. O glorioso Apóstol, alcanzadme de vuestro Amado algun rayo de luz celestial, para que conozca quien ha sido y es Jesus para conmigo, y quien he sido y soy yo para con él, porque ilustrado con esta luz, comience de nuevo á amar lo que aborrecia, y aborrecer lo que antes amaba, imitándoos á vos como vos imitásteis á Cristo nuestro Señor.

Finalmente, ponderaré aquella palabra [1]: *Dura cosa es para tí tirar coces contra el aguijon;* que es decir: Así como quien tira coces contra el aguijon, no hace daño al aguijon sino á sí mismo, y cuanto con mayor fuerza tira las coces tanto recibe mayor herida: así tambien quien resiste á Dios y á la inspiracion con que nos aguija y solicita á servirle, no hace daño á Dios sino á sí mismo; y cuanto mas le resiste, tanto mayor daño recibe. O alma mia, mira lo que haces cuando resistes á la voluntad de Dios y á su santa inspiracion: aunque es verdad que le haces grave injuria, pero no le haces ningun daño en su Persona, á tí misma haces gravísimo daño, porque con esa resistencia te haces toda sangre, manchándote con culpas, y obligándote á terribles penas. Vuelve sobre tí y sigue los dulces aguijones de su inspiracion, haciendo lo que te inspira y cumpliendo lo que te manda, porque cuanto es dura cosa el resistirle, tanto es dulce el obedecerle.

Punto cuarto. — *Temblando, y pasmado dijo: Señor, qué quieres que haga? Díjole el Señor: Levántate y entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que te conviene hacer.*

Aquí se ha de considerar. Lo primero, este temblor del cuerpo, y el pasmo ó admiracion del alma que tuvo

[1] 2. Ad Cor. 11. 1.

Digitized by Google

Saulo, causado de lo que habia visto y oido, temblando por las injurias que habia hecho á un tan grande Señor: y admirado y pasmado así de su ignorancia y atrevimiento, como de la bondad y misericordia con que Dios le habia sufrido, y venido del cielo á llamarle y desengañarle. Todos estos efectos suele obrar la luz del cielo en el alma del pecador á quien rodea, segun aquello de David, que dice [1]: Salieron sus resplandores y relámpagos por la redondez de la tierra: movióse y estremecióse la tierra. Relámpagos son las divinas ilustraciones, con las cuales el pecador terreno vé muchas cosas que antes no veia. Vé la gravedad de su pecado, el castigo que ha merecido, la bondad de Dios que le ha sufrido, y las mercedes que le ha hecho. Y viendo estas cosas, y otras, teme, tiembla y se estremece todo, y sale de sí con grande admiracion y espanto. O Dios eterno, enviad estos resplandores sobre la tierra de los infieles, y sobre las almas de todos los pecadores, para que vean, y tiemblen, y salgan de su lugar, dejando sus pecados por serviros con lealtad.

Lo segundo se ha de considerar aquella segunda pregunta que hizo Saulo, nacida de la abundancia de la luz interior, y de la perfectísima obediencia y sujecion con que se rindió á Cristo, diciéndole: *Domine, quid me vis facere?* Señor, qué quieres que haga? como quien dice: Vesme aquí aparejado para hacer y padecer por tí lo que quisieres, así en castigo de los pecados pasados, como en agradecimiento de los beneficios presentes: manda y ordena lo que tuvieres por bien, que yo lo cumpliré [2]. O mudanza de la diestra del muy alto! O eficacia de la luz del cielo! Quién otro que el omnipotente Dios pudiera obrar tan en breve tal mudanza [3]? Qué otra luz, sino la del cielo pudiera causar tan de repente tantos desengaños? El que antes aborrecia á Cristo, ya le ama: el que le tenia por destrui-

[1] Psal. 76. 19. et 96. 4. [2] Psal. 76. 11. [3] D. Th. 2. 2. q. 113. art. 10.

Digitized by Google

dor de la ley, le tiene por dador de la ley á quien debe obedecer: el que le persigue se ofrece á seguirle, y predicarle, aunque sea perseguido: y el que antes aferraba con su juicio y voluntad propia, ahora la deja, y renuncia en la divina. Concédeme, ó buen Jesus, que con entera resignacion, siempre diga á tí, y á los que están en tu lugar, Señor, qué quieres que haga, porque mi deseo es hacer lo que tú quisieres, y lo que por ellos me mandares. No quiero que tú me digas lo que dijiste al otro ciego, condescendiendo con su flaqueza [1]: *Quid tibi faciam?* Qué quieres que yo haga contigo? no me trates como imperfecto, condescendiendo con mi deseo, porque no es razon que yo traiga tu voluntad á la mia, sino que la mia siga á la tuya.

Lo tercero, ponderaré la respuesta de Cristo nuestro Señor, el cual no quiso decirle en el camino, y de paso, las cosas que habia de hacer, sino enviarle á la ciudad, para decírselas allí mas de asiento. Porque no quiere que cosas de tanta importancia como las de nuestra salvacion y de su gloria, se oigan de paso. Y aunque en todo lugar y tiempo, de repente, y en un momento arroje sus ilustraciones, como quien arroja la semilla en la tierra: mas para que lleve fruto sazonado, escoge lugar y tiempo conveniente, como lo hizo con Saulo, en la forma que verémos.

Finalmente ponderaré, que, como dice san Lucas [2]: *Los varones que acompañaban á Saulo estaban pasmados, oyendo la voz, sin ver á nadie.* En lo cual representa la alteza y profundidad de los divinos juicios, en la vocacion de los pecadores, porque yendo Saulo con muchos compañeros malos y perseguidores de Cristo, como él, y siendo él peor que todos ellos, con todo eso Dios nuestro Señor, á él solo llamó con eficacia en esta ocasion, y le convirtió á su fe, y le admitió á su gracia y amistad, dejando á los otros; para que por una

[1] Lucæ 18. 41. [2] Actu. 9. 7.

Digitized by Google

parte alabemos su bondad en el escogido, y temblemos de su justicia en los desechados: especialmente que el llamado no fué mas que un Saulo, y los desechados fueron muchos, que le acompañaron: pero en lo uno y en lo otro hemos de venerar los juicios de Dios, y atajar las quejas que se levantaren en nuestro errado juicio contra él, diciendo lo que dijo el mismo Apóstol[1]: O hombre, quién eres tú para que pidas cuenta á Dios de lo que hace? Por ventura el ollero no tiene potestad para hacer de una masa un vaso de honra, y otro de afrenta[2]? O alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos! Quién conoció lo que Dios siente? O quién fué su consejero? Y quién le dió primero alguna cosa, para que se le deba algo? Porque de él, por él, y en él son todas las cosas, á quien sea honra y gloria, por todos los siglos. Amen.

De aquí procedió, que estos compañeros de Saulo oian la voz del mismo Saulo, y lo que hablaba. Y vieron tambien algo del resplandor exterior que le cercó: pero como dijo el mismo Apóstol[3]: No vieron al que le hablaba, ni oyeron las palabras que le decia: No llegó á sus oidos aquella voz, Saulo Saulo, porqué me persigues? Ni la otra: Yo soy Jesus Nazareno, á quien tú persigues: duro es para tí dar coces contra el aguijon: y así, aunque se admiraron de ver á Saulo caido en tierra, y hablar lo que decia, pero no se trocaron por entonces, ni se convirtieron, aunque de aquí pudieron tomar ocasion para hacerlo despues, como es creible que lo harian algunos, siguiendo el ejemplo del que tenian por capitan, y oyéndole decir lo que sucedio en este camino.

[1] Ad. Ro. 9. 20. [2] Ad. Ro. 11. 33. [3] Actu. 22. 9.

Digitized by Google

MEDITACION XXX.

DE LO QUE SUCEDIÓ Á SAULO EN LOS TRES DIAS DESPUES DE ESTA APARICION Y DE LA PLENITUD DEL ESPÍRITU SANTO QUE SE LE DIÓ.

PUNTO PRIMERO. — *Levantándose*[1] *Saulo de la tierra, y teniendo los ojos abiertos, no veia, y llevándole sus compañeros por las manos, le metieron en Damasco.*

Lo primero, consideraré como Saulo, todo el tiempo que duró esta vision con sus coloquios, estuvo postrado en tierra, adonde le derribó la luz del cielo para humillarle, y para que con mas reverencia viese y oyese lo que Cristo nuestro Señor le decia: y con la caida tambien le enflaqueció y debilitó el cuerpo, como suele suceder en tales visiones, y sucedió á Daniel[2], para significar que la vista de las cosas gloriosas de Dios, debilita los brios de la carne: y como Jacob[3], en viendo á Dios, quedó cojo de un pié, así el que por la contemplacion vé las cosas eternas, queda debilitado en el amor de las cosas temporales. O Dios eterno, envia los rayos de tu luz sobre mi espíritu, para que se debiliten las pasiones furiosas de mi carne: derríbame por humildad en el abismo de mi polvo, y de mi nada, para que sea digno de levantarme á contemplar el abismo de tu divinidad y humanidad. Amen.

Lo segundo se ha de ponderar, como Saulo, en oyendo el mandato de Cristo nuestro Señor, que le dijo: *Surge*, levántate luego, como hijo de obediencia, se levantó, comenzando á cumplir lo que propuso, cuando dijo: Señor, qué quieres que haga? Y no solo se levantó de la tierra corporalmente, sino tambien espiritualmente: *Surrexit de terra*, se levantó del cieno de sus errores y pecados; y despertó del profundo sueño en que habia estado, y resucitó á nueva vida,

[1] Actu. 9. 8. et 22. 11. [2] Dan. 10. 8. [3] Gen. 32. 31.

Digitized by Google

dejando las aficiones terrenas que tenian su corazon cosido con la tierra. De donde sacó el santo Apostol el aviso que nos dió, cuando dijo [1]: Levántate tú que duermes, y resucita de entre los muertos, y alumbrarte ha Cristo. O alma mia, oye este consejo del Apóstol, sacado del libro de su propia experiencia, y levántate de la tierra en que estás caida por la culpa: despierta del sueño en que estás dormida por la tibieza: resucita á nueva vida, dejando las obras muertas, y Cristo tu Señor te alumbrará con la lumbre de su gracia, para que le veas despues con la lumbre de su gloria.

Lo tercero, se ha de ponderar como Saulo, teniendo los ojos abiertos no veia: lo cual dice él mismo, que procedia de la mucha claridad de la luz que le cercó [2], para significar que la luz del cielo abre los ojos del alma, y cierra los ojos del cuerpo, porque es tanta la estima que pone de las cosas eternas, que quita las ganas de ver las cosas temporales. Y así los muy contemplativos, aunque tienen ojos, no ven, porque no usan de ellos curiosamente para ver cosas vanas, ni las que pueden enturbiarles la vista del alma. O lumbre celestial, ven, y alumbra mis ojos interiores, para que véan con tanta claridad á su Criador, que los ojos exteriores se cierren, para no mirar vanamente á las criaturas. O alma mia, cierra y mortifica la vista del cuerpo, para que aclare Dios en tí la vista del espíritu.

Punto segundo. — *Estuvo allí tres dias sin ver, en los cuales no comió ni bebió.* Lo primero se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor detuvo tres dias á Saulo en la ciudad, dilatándole el bautismo, y la plenitud del Espíritu santo, para que en este tiempo se catequizase é industriase bien en los misterios de la fe de la santísima Trinidad, y se aparejase para recibir el bautismo que se dá en nombre de las tres divinas Personas. Y como Cristo nuestro Señor estuvo tres dias en el

[1] Ad Eph. 5. 14. [2] Actu. 22. 11.

Digitized by Google

sepulcro, antes de resucitar glorioso, así quiso que este su Apóstol estuviese tres dias enterrado en el sepulcro de la contemplacion, antes de resucitar por el bautismo. A los demás apóstoles hizo esperar en la ciudad diez dias la venida del Espíritu santo: á Saulo no mas que tres, porque quiso darse priesa á labrar este vaso, para servirse luego de él en su ministerio.

Luego consideraré los ejercicios que en estos dias tuvo Saulo para imitarle en lo que es imitable. Lo primero, no vió en todo este tiempo con los ojos corporales; porque demás de la razon arriba dicha, la vista interior le quitaba la exterior. Lo segundo, no comió, ni bebió, porque el gusto y suspension del alma le hizo olvidar del manjar del cuerpo. Lo tercero, oraba continuamente, como nuestro Señor lo dijo á Ananías: *Ecce enim orat.* Mira que le hallarás orando. Con estos ejercicios se aparejó para el bautismo, y para el apostolado, enseñándome con su ejemplo que estas tres cosas, modestia en la vista, ayuno riguroso, y oracion continua, disponen para alcanzar de nuestro Señor grandes dones, ayudándose unas á otras, porque la modestia y el ayuno levantan de punto la oracion, y la oracion hace suave la modestia y el ayuno.

Lo tercero, consideraré los grandes favores que Cristo nuestro Redentor hizo á Saulo en estos tres dias, haciendo con él oficio de maestro invisiblemente, como le habia hecho visiblemente con los demás apóstoles; porque en este tiempo le reveló y descubrió todos los misterios de nuestra fe, con copiosísima luz del cielo, para que pudiese predicarlos á todas las gentes. Esto se saca de unas regaladas palabras que le dijo Ananías, como el mismo Apóstol las refiere[1]. *El Dios de nuestros padres te ha escogido, para que conocieses su voluntad, y vieses al justo, y oyeses su palabra de su propia boca, porque has de ser su testigo con todos los hombres, de las*

[1] Actu. 22. 14.

Digitized by Google

cosas que viste y oiste. De suerte, que en estos tres dias le descubrió Dios su voluntad, y vió á Cristo y sus misterios, y de su boca aprendió su doctrina, para que fuese testigo de las cosas que habia visto y oido al mismo Salvador; y así dijo á los de Galacia[1], que habia recibido su Evangelio no de hombres, sino por revelacion de Jesucristo. O dichoso varon, á quien tanta gracia hizo Dios, por su sola misericordia! O Dios de mi alma, concédeme que yo tambien conozca tu voluntad, y con ojos de viva fe vea al justo Jesucristo mi Señor, y oiga las palabras que me hablare al corazon, para que pueda ser testigo tuyo publicando tus grandezas, del modo que las he creido y gustado, cumpliendo en todo tu santísima voluntad. Amen.

Algunos santos Padres dicen, que en estos tres dias sucedió aquella vision y revelacion maravillosa, que san Pablo cuenta de sí mismo, diciendo[2] que fué enagenado de los sentidos, y arrebatado hasta el tercer cielo, y entrado en el paraiso; y allí oyó palabras tan secretas, que no es lícito decirlas al hombre imperfecto, y aun entonces, segun la sentencia de san Agustin y santo Tomás, vió claramente la divina Esencia; pero como quiera que esto haya sido, en estos tres dias le labró Dios maravillosamente, y le dió grandes arrebatamientos, sacándole de sí mismo, y levantándole sobre sí y sobre todo lo criado hasta conocer los altísimos misterios del tercero y supremo cielo de la santísima Trinidad, comunicándole grandes secretos, y metiéndole en el paraiso de los divinos deleites, á donde tuvo grandes éxtasis y excesos de amor; de modo, que cuando volvió en sí, pudo decir[3]: Vivo yo, ya no yo, vive en mí Cristo. Gracias os doy dulcísimo Jesus, por la infinita caridad y liberalidad que mostrais con un tan grande pecador[4] y perseguidor vuestro, concediéndole mayo-

[1] Ad Gal. 2. 12. [2] 3. Cor. 12. 2. D. Th. in 2. ad Cor. 12. et 2. 2. q. 175.
[3] Ad Galat. 2. 20. [4] Ad Rom. 5. 20.

Digitized by Google

res favores que á otros que nunca pecaron: mostrando en este pecador, que á donde abundó el delito, mucho mas abundó la gracia; y con este hijo que habia sido tan pródigo en haceros injurias, quisísteis ser mucho mas pródigo, si así es lícito hablar, en hacerle misericordias, pues no solamente salísteis á recibirle, sino en cierto modo á compelerle y forzarle que entrase en vuestra casa, adornándole con tales vestiduras, y regalándole con tales banquetes [1], que los hermanos mayores tienen que envidiar con santa envidia; y pues vuestra misericordia no se ha menoscabado [2], forzad á mi rebelde voluntad, para que entre en vuestra casa, sacadla de sí misma, y arrebatadla con gran fuerza, traspasándola en Vos, para que de hoy mas no viva yo sino Vos en mí, por todos los siglos. Amen.

Ultimamente ponderaré la suavidad con que Cristo nuestro Señor guiaba á Saulo, porque estando en su oracion le reveló lo que habia de suceder en su cura, mostrándole en vision imaginaria, que un hombre llamado Ananías entraba en su casa, y ponia las manos sobre él para darle vista, como luego verémos, significándonos por esto, que en la oracion suele Dios inspirarnos los medios de nuestra cura espiritual, y de nuestra salvacion y perfeccion.

Punto tercero. — *Estaba en Damasco [3] un discípulo, por nombre Ananías, y díjole el Señor en vision: Ananías: Respondió luego: Vesme aquí, Señor. Levántate, dicé, y vé al barrio que se llama Recto, y busca en la casa de Judá á Saulo, por nombre Tarsense, porque está orando.*

Aquí se ha de considerar. Lo primero, los varios modos que tiene Cristo nuestro Señor en revelar y descubrir su voluntad á sus siervos, por modos extraordinarios, porque á unos se les aparece, y los llama en vigilia como á Saulo, quietando los sentidos exteriores,

[1] Lucæ 15. 20. [2] Eccles. in collecta. [3] Actuum. 9. 12.

Digitized by Google

para que no les impidan la vista interior: á otros en sueños, aprovechándose de la quietud que entonces tienen los sentidos, como llamó á Jacob, y á Samuel [1], y así parece que llamó á Ananías; con lo cual pretende enseñarnos que en todo lugar y tiempo, velando, y durmiendo, en la iglesia, y en el lecho, hemos de estar tan concertados y compuestos, que seamos capaces de las divinas inspiraciones, y de los favores y dones de Dios, y que podamos decir [2]: La noche será mi ilustracion con grandes regalos, y yo duermo [3], y mi corazon vela, porque durmiendo el cuerpo, suele Dios, que es nuestro amor, velar dentro de nosotros, y hacer que vele nuestro espíritu.

Lo segundo, ponderaré el misterio que está encerrado en los nombres que aquí se ponen, para manifestar la obra maravillosa que Cristo nuestro Señor hacia en Saulo. El barrio donde estaba se llamó *Recto*, que quiere decir derecho, para significar, que ya Saulo llevaba pasos derechos, enderezados á la vida eterna. La casa donde moraba era de un hombre llamado Judas, que quiere decir confesion y alabanza, para significar que Saulo se ejercitaba en la confesion humilde de sus pecados, orando por el perdon de ellos, y en alabanza de Dios, glorificándole por las mercedes que le hacia. El que le habia de buscar era Ananías, que quiere decir nube del Señor, para significar el oficio de los predicadores, que como nubes derraman su doctrina sobre los fieles, y con gran facilidad van á donde les lleva el viento de la divina inspiracion. Y así en oyendo Ananías la voz de Cristo, dijo: *Ecce ego Domine*. Véisme aquí, Señor [4]. Habla, que tu siervo oye: manda lo que quisieres, porque yo iré á donde me mandares. Pero sobre todo es de ponderar la caridad de Cristo nuestro Señor, que no dice á Saulo que vaya á buscar á Ananías, sino á Ananías dice que se levante,

[1] Genes. 21. 11. 1. Reg. 3. 4. [2] Psalm. 138. 11. [3] Cant. 5. 2. [4] 1. Reg. 3. 10.

Digitized by Google

y vaya á buscar á Saulo; como médico que vá á visitar al enfermo; porque como él vino del trono de su morada celestial en busca de este pecador, así tambien quiere que Ananías, y los demás ministros suyos salgan de su casa, y de su quietud, en busca de los pecadores, y se les entren por sus puertas, y allí les ayuden al negocio de su salvacion. Gracias te doy dulcísimo Jesus, por todo lo que haces, en razon de justificar á los pecadores. Dame, Señor, espíritu de obediencia como á Ananías, y espíritu derecho de alabanza y confesion como á Saulo: quita de mí toda pereza y flojedad, para que con fervor acuda al bien de las almas, que con tu sangre redimiste. Amen.

PUNTO CUARTO. — *Respondió Ananías: Señor, oido he á muchos de este hombre, cuán grandes males ha hecho contra tus santos en Jerusalen, y tiene potestad de los príncipes de los sacerdotes para prender á todos los que invocan tu santo nombre. Díjole el Señor: Vé á donde te digo, porque este es vaso escogido por mí, para que lleve mi nombre delante de las gentes, y de los reyes, y de los hijos de Israel, y yo le mostraré cuantas cosas le conviene padecer por mi nombre.*

Aquí se ha de considerar. Lo primero, cuán cortos son los juicios de los hombres, y cuán fáciles de engañarse en sus sospechas, especialmente cuando están combatidos de temor humano. Y así Ananías, por lo que habia oido de Saulo, sospechó que era perseguidor de Cristo, como solia, y con decirle Cristo nuestro Redentor que oraba, con todo esto no cayó en la cuenta de que estaria mudado. De donde sacaré aviso para no juzgar temerariamente de mis prójimos, en especial por lo que sé de oidas, pues el que ayer fué malo, puede ser que hoy sea bueno, trocándole nuestro Señor el corazon con su gracia; y como miró las señales de malicia para sospechar mal del prójimo, es bien que mire con mas cuidado las señales de su mudanza, para sentir bien de él.

Digitized by Google

De aquí procedió, que Ananías, aunque se mostró muy aparejado para obedecer á Cristo nuestro Señor cuando le llamó, pero con temor humano le representó la dificultad que sentia en ir á casa de un perseguidor, y entrarse por las puertas del que tenia por lobo. Y antes que Cristo le diese enteramente su recado, le atajó con la representacion de esta dificultad, para que le diese salida á ella. De donde tengo de sacar, que representar estas dificultades con pusilanimidad y cobardía de ánimo, para resistir á la obediencia, es malo y muy ageno de los discípulos de Cristo: pero representarlas con indiferencia, por saber el modo como se vencerán, para mejor cumplir su obediencia, es bueno y conforme al espíritu de Cristo, que es suave, blando y amoroso, como aquí se mostró con Ananías.

Lo segundo, se ha de considerar la respuesta de Cristo nuestro Señor á Ananías: Vé, dice, donde te mando, porque este á quien tú tienes por tan malo, *Vas electionis est mihi:* es vaso escogido por mí, con particularísima eleccion, no por sus merecimientos, sino por mi sola bondad, mudando al que era vaso de ira y de maldad, en vaso de misericordia y de gracia, llenándole de mis copiosos dones, para descubrir en él la grandeza de mi caridad. Y demás de esto le tengo escogido por vaso é instrumento mio, para que lleve mi nombre por todo el mundo, y sea maestro y predicador de todas las gentes. Gracias te doy, dulcísimo Jesus[1], porque en vaso de barro tan vil has depositado tesoros tan admirables, para que su preciosidad se atribuya á tu sola virtud, y no á sus fuerzas. O glorioso Apóstol, sol resplandeciente[2], vaso admirable, y obra del muy alto, puesto en medio de la Iglesia, para correr vuestra carrera por el mundo, dando luz de fe y calor de caridad á todos los mortales, gózome de vuestra eleccion, y de la buena suerte que os ha cabido, suplicad al Se-

[1] 1. Cor. 4. [2] Eccles. 43. 2.

Digitized by Google

ñor que os escogió, se digne tambien de hacerme á mí vaso escogido, lleno de su gracia y claridad, para que yo tambien corra mi carrera, de modo que alcance la corona.

Ultimamente, ponderaré lo que Cristo nuestro Señor añadió diciendo: *Yo le mostraré cuántas cosas le conviene padecer por mi nombre*: esto es, primero se las mostraré por revelacion, y luego por experiencia, haciéndole que padezca por mi nombre mucho mas de los que otros por su causa padecian, y así lo cumplió su Majestad, porque apenas hubo Saulo comenzado á llevar el nombre de Cristo por el mundo[1], cuando experimentó cuán pesado era de llevar, padeciendo innumerables persecuciones y trabajos por esta causa, como lo dice de sí mismo á los de Corintio[2]: en lo cual atendió nuestro Señor á tres fines. El primero, á que Saulo pagase con las persecuciones que padecia, las que hizo padecer á otros; cumpliendo por una parte la ley de la justicia, y por otra parte fabricándole con estos trabajos grande corona de gloria. El segundo, para que entendamos que grandes favores y dones del cielo no se dan sino en compañía de grandes aflicciones: y si los favores se dan de antemano, los trabajos se siguen despues á la medida de los favores. El tercero, para que entienda el discípulo, que ha de seguir á su Maestro, y el apóstol al que le envia, y el predicador del Evangelio ha de pasar por las penalidades que pasó el mismo que le fundó. O Salvador del mundo, pues tan bien sabes labrar con trabajos el vaso que has escogido para el cielo, purificándole de sus vicios, y adornándole con preciosas virtudes, escógeme por vaso de tu misericordia, y lábrame con aflicciones en esta vida, para que sea digno de alcanzar la eterna.

Punto quinto. — *Partióse Ananías*[3], *y entrando en la casa donde estaba Saulo, le dijo: Saulo hermano, Jesus Se-*

[1] Isai. 30. 27. [2] 1. Cor. 11. 23. [3] Actu. 9. 17.

Digitized by Google

ñor nuestro, que te apareció en el camino por donde venias, me envia para que veas, y seas lleno del Espíritu santo: luego cayeron de sus ojos unas como escamas, y cobró la vista, y levantándose fué bautizado.

Aquí se ha de considerar la suave providencia de nuestro Señor en el gobierno de los suyos, ayudándose de unos hombres, para hacer bien á otros, y á veces de los menores, para enseñar á los mayores. Y así, aunque pudiera por sí mismo dar la vista á Saulo, quiere que vaya Ananías á esto, y que él le intime la obligacion del bautismo, y el oficio de testigo y apóstol que Dios le encargaba, para que cualquiera por sabio y santo ó muy favorecido que sea de Dios, entienda que tiene necesidad de sujetarse á otro hombre[1], y de esta manera se conserven en humildad. Pero juntamente ponderaré en Ananías, por una parte la caridad y humildad con que habló á Saulo, llamándole hermano, y diciendo, que no venia él por su propia autoridad, sino que Cristo le enviaba: mas por otra parte, en cuanto ministro de Cristo, mostró grande autoridad en lo que dijo, como el mismo Apóstol lo cuenta por estas palabras: *Entrando Ananías donde estaba, me dijo: Vé, y al punto ví, y le miré; y luego me dijo: El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conocieses su voluntad. Pues en qué te detienes? Levántate, y sé bautizado, y lava tus pecados en su nombre*[2]. En lo cual se representa el modo como los ministros del Evangelio han de juntar humildad con autoridad, sin que una impida á la otra.

Lo segundo, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor quiso dar milagrosamente á Saulo la vista antes del bautismo, para que le recibiese con mas consuelo, viendo al que le bautizaba; y para declarar en aquel milagro la virtud del bautismo, que alumbra el alma y echa de sus ojos, que son sus potencias, las escamas de los vicios y pecados. O qué alegre quedó Saulo cuan-

[1] Ex. Cas. coll. 2. c. 5. [2] Actu. 22. 13.

Digitized by Google

do vió á Ananías y oyó su recado [1]! Al punto, sin detenerse, recibió con grande devocion el santo bautismo, y quedó lleno de Espíritu santo con una nueva plenitud, recibiendo el don de lenguas, y las otras gracias que habian recibido los demás apóstoles, y lleno de este divino Espíritu, cantaria mil alabanzas á Dios, dándole gracias por las mercedes que le habia hecho, y ofreciéndose muy de corazon á su servicio, rasgaria y quemaria las cartas que le habia dado el príncipe de los sacerdotes, doliéndose de la solicitud con que las negoció, y proponiendo [2] de ser él mismo carta viva de Cristo, para dar noticia de él en todo el mundo. O ángeles del cielo, que os gozais de la conversion de cualquier pecador, cuánto mas os gozariais de la conversion milagrosa de este gran pecador y perseguidor de Cristo, viéndole trocado en grande predicador y amigo suyo? Alabadle, gloriosos ángeles con vuestras fuerzas, y dadle el parabien por haber cazado á este lobo robador, convirtiéndole en cordero manso de su rebaño, y suplicadle aumente vuestro gozo con la conversion de muchos pecadores para que su rebaño crezca, el cielo se pueble, y Dios se glorifique por todos los siglos. Amen.

Finalmente, considerare como Saulo [3] *continuo ingressus sinagogas, prædicabat Jesum, quoniam hic est Filius Dei.* Al punto entrando en las sinagogas predicaba á Jesus, diciendo que era Hijo de Dios, en lo cual resplandece el fervor grande de este nuevo Apóstol y la puntualidad con que acudió á hacer su oficio, y predicar á Cristo, atropellando, como él dijo, todo lo que era carne y sangre [4], sin reparar en lo que los suyos le habian de perseguir, y en que le tendrian por mudable, pues tan presto predicaba por Dios al que perseguia como enemigo de Dios. Sin embargo de esto, no se detiene en el rincon de la casa donde se hospedó, no vá poco á poco con tiento tentando los ánimos de su gente,

[1] 1. Cor. 14. 18. [2] 2. Cor. 3. 2. [3] Actu. 9. 20. [4] Ad Gal. 1. 16.

Digitized by Google

sino como los apóstoles el dia de Pentecostés salieron del cenáculo al templo, y allí predicaron á Cristo crucificado: así tambien Saulo embriagado con el vino del mismo espíritu sale por todas las sinagogas á predicarle, dando pública satisfaccion del yerro pasado, y mostrándose no menos ferviente en predicar á Cristo, que se habia mostrado en perseguirle, cumpliendo lo que él nos aconsejó, cuando dijo[1]: Como entregásteis vuestros miembros en servicio de la inmundicia, para aumento de la maldad, así entregadlos al servicio de la justicia, para aumento de la santificacion. Pero mas adelante pasó su fervor en lo bueno que en lo malo, procurando con celo ferventísimo, el aumento de la santidad en sí, y en otros, y en todos los hombres del mundo, con tanta constancia, que admirándose todos de verle predicar á Cristo, sabiendo que habia venido á Damasco, para prender á sus discípulos, con todo esto, *multo magis convalescebat, et confundebat Judæos affirmans, quoniam hic est Christus*, mucho mas se fortificaba y confundia á los judíos, afirmando, que Jesus era Mesías. De suerte, que los dichos de los hombres y las persecuciones, no solo no le entibiaban en su predicacion, sino le eran ocasion de animarse y fortalecerse mas en ella, y á este paso prosiguió toda la vida, hasta darla por Cristo con grande amor, como se verá en la meditacion que se sigue.

MEDITACION XXXI.

DE LA VIDA Y HERÓICAS VIRTUDES DEL APÓSTOL SAN PABLO DESPUES DE SU CONVERSION, Y EN ELLA SE PONE UNA SUMA DE LA SUPREMA PERFECCION EVANGÉLICA.

La vida de este gloriosísimo Apóstol, despues de su conversion, fué un perfectísimo dechado de la perfeccion evangélica que han de procurar todos los varones apostólicos, imitando, como él dijo[2], á Cristo nuestro

[1] Ad Rom. 6. 19. [2] 1. Cor. 4. 16.

Digitized by Google

Señor, de la manera que él le imitó, y para este fin la pongo aquí, contando sus principales virtudes, sacándolas de sus epístolas, y del libro de los actos de los apóstoles.

PUNTO PRIMERO. — La primera virtud fué excelente pobreza de espíritu, renunciando todas las cosas como los demás apóstoles, para desocuparse mas en el servicio de Cristo, y en el misterio de su predicacion, gustando de experimentar los efectos de ella, señalándose especialmente en tres cosas.

Lo primero [1], *estaba contento*, como él dice, *con tener sustento, y con cubrirse*: esto es, con tener lo necesario precisamente para vivir y cubrir su desnudez, y el contento era tan grande, como si tuviera todo el mundo, y por esto dijo [2]: Vivimos como necesitados, y enriquecemos á muchos, y como quien no tiene nada, poseyéndolo todo, porque tenemos tanto contento en no tener nada, como si lo tuviéramos todo, y la causa de su contento era, porque con esta pobreza corporal poseia sumas riquezas espirituales, las cuales dan incomparablemente mayor consuelo que todas las temporales. De aquí procedió lo segundo, que aun de esto necesario se privaba muchas veces, y padecia falta, llevándola con alegría; y así entre sus trabajos cuenta hambre [3] y sed, frio y desnudez; y muchos ayunos. Y aun mas adelante pasó, porque con estar muy ocupado en predicar, y con tener derecho para pedir sustento á los fieles, y recibirle de ellos como lo recibian los demás apóstoles, él renunció este derecho, y con el trabajo de sus manos en un oficio mecánico ganaba la comida para sí, y para sus compañeros, por no gravar á los fieles; y por darles ejemplo de mayor perfeccion, y así dice [4]: *No he codiciado plata, ni oro, ni vestidura vuestra, como vosotros lo sabeis, porque lo que era menester para mí, y*

[1] 1. Tim. 6. 8. [2] 1. Cor. 6. 10. [3] 2. Cor. 11. 27. [4] 1. Thes. 2. 9. et 2. c. 3. Actu. 20. 33.

Digitized by Google

para los que andan conmigo, estas manos lo ganaron, dándonos ejemplo de que trabajando de esta manera se han de recibir los flacos, y acordarnos de la palabra de Jesus, que dice: Beatius est magis dare quam accipere: Mas dichosa cosa es dar que recibir. O glorioso Apóstol, que fuisteis corto en recibir de lo temporal, y largo en dar de lo espiritual, alcanzadme de vuestro Maestro que os imite en la pobreza de los bienes temporales, para que alcance vuestra riqueza de los bienes espirituales. O alma mia, déjalo todo, y lo hallarás todo. Deja por Cristo todas las cosas, y poseerás en Cristo todas las cosas, porque teniéndole á él lo tendrás todo, y siendo por su amor pobre, estarás muy mas contenta, que si fueras rica.

Punto segundo. — La segunda virtud fué, purísima castidad, de la cual hizo voto como los demás apóstoles, y la guardó siempre, y se dió por ejemplo de esta, diciendo: *Deseo que todos los hombres vivan como yo*[1], esto es, libres de casamientos, y de las obras del matrimonio, para orar y vacar á Dios, y ser santos en el cuerpo y en el espíritu. Pero especialmente ponderaré tres cosas. La primera, la grande estima que tenia de esta virtud, pues deseaba que todos los hombres fuesen castos como él, sin reparar en que se acabaria el mundo, porque estimaba en mas lo eterno que lo temporal, y siempre ponia el blanco de su deseo en lo mejor y mas excelente, aunque en la ejecucion se acomodaba á la traza con que Dios repartia sus dones entre los hombres.

La segunda, que teniendo los demás apóstoles costumbre de traer consigo alguna devota mujer, que los sirviese y sustentase con su hacienda[2], él no quiso usar de esta facultad, no solamente por querer vivir del trabajo de sus manos, y no de limosna, sino tambien por el recato en la compañía y comunicacion con mu-

[1] 1. Cor. 7. 7. [2] 1. Cor. 9. 5.

Digitized by Google

jeres, de las cuales ha de huir quien quisiere tener segura la castidad.

La tercera cosa es, que su castidad fué combatida con grandes tentaciones, las cuales venció valerosamente, y así fué sin duda mas gloriosa la virtud, cuanto ha sido mas terrible la contradiccion en conservarla. De este modo declaran algunos santos, lo que dijo de sí el mismo san Pablo á los Corintios [1]: *Porque la grandeza de las revelaciones no me envanezca, me ha sido dado un aguijon de mi carne, ángel de Satanás, que me dá de bofetadas; y rogando tres veces al Señor me le quitase, me respondió: Bástate mi gracia, porque la virtud se perfecciona en la enfermedad.* Como quien dice: Para que seas humilde, es menester que seas tentado; y para que tu virtud sea pefecta, ha de ser muy probada, y el aguijon de tu carne la hará perfectamente casta, y el ángel de Satanás que te dá de bofetadas, te hará sufrido y puro, con pureza de ángel celestial. O Padre de misericordias, convierte el aguijon de mi carne en espuela de mi espíritu, para que ore con fervor, y corra con diligencia en tu servicio, pues de tí solo está colgado mi remedio.

Tambien resplandece la santidad y pureza del Apóstol en otras batallas interiores que padecia, y vencia con gran valor; por razon de las cuales dijo [2]: *Alégrome con la ley de Dios, segun el hombre interior, siento otra ley en los miembros de mi carne, que contradice á la ley de mi espíritu, y me lleva cautivo á la ley del pecado. O infeliz hombre, quién me librará de este cuerpo mortal, que me dá tal tormento y muerte? La gracia de Dios por Jesucristo.* Esta es la que me ha de librar, y en virtud de ella tengo de vencer. O alma mia, no desmayes si te vieres combatida, confiando en la gracia de Dios que no serás vencida [3]. Si tu carne codiciare contra el espíritu, procura que el espíritu codicie tambien con-

[1] 2. Cor. 12.7. D. Aug. D. Th. et alii ibi. [2] Ad. Ro. 7.22. [3] Ad. Gal. 5.17.

Digitized by Google

tra la carne, de modo, que quede vencedor, y así será mas gloriosa su victoria, cuando hubiere sido mas terrible y porfiada la batalla, y con el mismo Apóstol podrás decir [1]: Gracias á Dios que nos dió victoria por Jesucristo. Amen.

Punto tercero. — La tercera virtud fué, muy rigurosa penitencia y mortificacion de su carne, la cual castigaba con rigor, para tenerla rendida y sujeta al espíritu, como él lo declaró con unas palabras muy encarecidas, diciendo [2]: *Yo corro mi carrera, no como incierto de mi premio; y peleo, no como quien azota al aire, trabajando en vano, y con solas palabras sin obras, sino castigo mi cuerpo con penitencias, y hágole que esté sujeto, porque no me suceda que predicando á otros, yo sea reprobado.* O alma mia, si el Apóstol que estaba cierto de su premio, así corre y teme, cómo tú que estás incierta no corres con temblor? Si él no se contenta con azotar el aire, sino á su carne, porqué tú te contentas con solas palabras, descuidando de las obras? Castiga con penitencias tu cuerpo, para que obedezca á tu espíritu, porque si le dejas en su rebeldía, será causa de tu reprobacion.

Demás de esto, el santo Apóstol se ejercitaba en la continua mortificacion de sus sentidos y apetitos, negando sus quereres y deseos, cumpliendo perfectamente la abnegacion que Cristo nuestro Señor nos encargó, y por esto dijo [3]: *Siempre, y á donde quiera que vamos, llevamos en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesucristo, para que la vida de Jesus se manifieste en nuestros cuerpos.* De suerte, que en todo lugar y en todo tiempo andaba rodeado de mortificaciones, no solamente interiores del espíritu, sino exteriores del cuerpo; unas que él se tomaba, otras que le venian por mano de sus enemigos, imitando en esto á Cristo nuestro Señor, cuya vida manifestaba en sí mismo; y así solia decir [4]: *Ego*

[1] 1. Cor. 15. 57. [2] 1. Cor. 9. 26. [3] 1. Cor. 4. 10. [4] Gal. 6. 17.

Digitized by Google

stigmata Jesu in corpore meo porto, en mi cuerpo traigo las llagas y señales de Cristo, padeciendo las cosas que él padeció. O quién pudiese alcanzar una mortificacion tan continua, larga y perfecta, en la cual se descubriese la vida del que me dió ejemplo de ella! O dulce Jesus [1], camino, verdad y vida, pues tu mortificacion es el camino para llegar á gozar de tí, que eres la misma vida, ilústrame con tu verdad para que abrace esta perfecta muerte, en que se manifiesta tu admirable vida.

Punto cuarto. — La cuarta virtud fué, profunda y admirable humildad, junta con grande santidad, la cual es cosa rara, y resplandeció en las cosas siguientes. Porque lo primero, comparándose á los demás hombres, siempre escogia para sí el lugar mas humilde, porque entre los pecadores se tuvo por el primero, y entre los santos por el postrero [2]. Y así una vez dijo: *Cristo Jesus vino á salvar los pecadores, de los cuales yo soy el primero*. Y otra vez dijo [3]: *Yo soy el menor de los apóstoles, y no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios*. Y mas adelante pasó, llamándose [4], *Sanctorum minimus*. El mínimo de todos los santos: esto es, de los fieles que habia en la Iglesia. De suerte, que quien era en los ojos de Dios uno de los mayores apóstoles, y de los primeros en la santidad, se tenia en sus ojos por el postrero entre los buenos, y el primero entre los malos. Y la causa era, porque en esta comparacion que hacia de sí á todos, exageraba mucho los pecados propios, olvidábase de los agenos, y al contrario, acordábase de las virtudes ageñas, y por entonces olvidábase de las propias, acordándose de los vicios pasados: en lo cual he de procurar grandemente imitar á este humildísimo varon, diciendo como él: Yo soy el menor de los cristianos, y no soy digno del nombre de cristiano: soy el menor

[1] Joan. 14. 6. [2] 1. Tim. 1. 13. [3] 1. Cor. 15. 9. [4] Eph. 3. 8.

Digitized by Google

de los religiosos y sacerdotes, y no merezco ser llamado con tal nombre; y aun soy el mínimo de los hombres, y no merezco el nombre de hombre, pues por mis pecados me hice bestia.

Lo segundo, resplandeció su humildad en no avergonzarse de decir sus pecados públicamente y dejarlos por escrito, diciendo [1], que habia sido blasfemo, injuriador de Cristo, incrédulo, grande perseguidor de la Iglesia [2], derramador de sangre inocente [3], y que tuvo parte en la muerte de san Estéban. Y si alguna vez contaba sus obras gloriosas, forzado de la necesidad, buscaba vocablos de humildad, diciendo: *Factus sum insipiens, vos me coegistis* [4]: necio me he vuelto á vuestro parecer, vosotros me habeis forzado: y otras veces repetia lo mismo; y de propósito callaba muchas cosas que pudiera decir, porque no le tuviesen en mas de lo que era, enseñándonos que el verdadero humilde, de su motivo propio se inclina á confesar sus culpas, y forzado dice las virtudes, tragando la humillacion de ser tenido por vano en decirlas.

Lo tercero, resplandeció su humildad en que conociendo los grandes bienes que de Dios habia recibido, por que el espíritu de Dios, como él mismo dice, no es ciego para conocerlos, no se los atribuia á sí mismo, ni se gloriaba vanamente de ellos, sino toda la gloria daba á Dios y á su gracia, y así se reconocia por nada en su presencia, diciendo [5]: *Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no estuvo en mí vacía: mas he trabajado que todos; no yo, sino la gracia de Dios conmigo* [6]: *y en mí no tengo de que gloriarme, sino de mis enfermedades, y aunque yo he plantado la fe en otros* [7], *pero el que la planta es nada.* Y una vez que le quisieron adorar como á Dios, rasgó sus vestiduras, confesando que era puro hombre, indigno de tal honra [8]. Esta es la humildad

[1] 1. Tim. 1. 13. [2] Gal. 1. 13. [3] Actu. 22. 20. [4] 2. Cor. 12. 11. [5] 1. Cor 15. 10. [6] 2. Cor. 12. 5. [7] 1. Cor. 3. 6. [8] Actu 14. 13.

Digitized by Google

cordial que dura en los santos para siempre, en la cual he de imitar este santo Apóstol si quiero ser capaz de los dones de Dios, acordándome de lo que él dice[1]: Qué tienes que no hayas recibido? y si lo has recibido, de qué te glorias, como sino lo recibieras? Por tanto, alma mia, vacíate de tí, si quieres que Dios te llene de sí; él te dará sus copiosos dones, si con humildad le dás toda la gloria de ellos.

Lo cuarto, resplandeció su humildad en el santo temor que tenia de sí mismo, fundado en su propio conocimiento; para lo cual unas veces decia[2]: *Ninguna culpa conozco en mí, mas no por eso me tengo por justificado, porque quien me juzga es Dios.* Otras veces decia[3], que castigaba su cuerpo, por no venir á ser reprobado. Y muchas veces pedia á los fieles hiciesen oracion por él[4]. Lo cual era señal de humildad, y de este santo temor con que se recelaba no tuviese culpa en impedir las trazas de Dios. Y sobre todo con saber que habia recibido por revelacion de Dios su Evangelio, quiso conferirle con los demás apóstoles[5], *ne forte in vacuum currerem, aut cucurrisem:* Porque quizá no hubiese trabajado en vano, en lo cual descubrió el humilde rendimiento que tenia de su juicio al de la Iglesia, no queriendo presumir de sí, ni dejar de asegurarse mas con el juicio de toda ella.

Lo quinto, resplandeció en el desprecio del mundo y en el gusto de ser despreciado de él gloriándose mas de los desprecios, que otros de las honras. Y así dice[6]: *Guárdeme Dios de gloriarme, sino es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo: por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para él.* Esto es, él me desprecia á mí, como á cosa vil y digna de muerte afrentosa de cruz, y yo tambien le desprecio á el con el mismo desprecio; y aunque era tenido por hez y deshecho del

[1] 1. Cor. 4. 7. [2] 1. Cor. 4. 4. [3] 1. Cor. 9. 27. [4] Rom. 15. 30. Col. 4. 3. Heb. 13. 18. 2. Cor. 1. 11. [5] Gal. 2. 2. [6] Gal. 6. 14.

Digitized by Google

mundo, no se le daba nada ni hacia caso de los juicios y dichos vanos de los hombres, y estaba tan lejos de buscar el gusto vano de ellos, que decia [1]: *Por ventura busco agradar á los hombres? si tratase de esto no seria siervo de Cristo.* O siervo de Cristo fidelísimo, alcánzame de tu Señor este precioso don de la humildad, de la cual nace la fidelidad en su servicio. O alma mia, si deseas de verdad servir á tu Señor, desprecia las vanas pompas de este siglo, y los juicios engañosos de sus hijos: precíate de estar muerta y crucificada al mundo, y de que el mundo esté muerto y crucificado para tí, de modo que de hoy mas vivas para solo Dios, por todos los siglos. Amen.

Punto quinto. — La quinta virtud fué invencible y heróica paciencia en sus trabajos, los cuales fueron innumerables en toda suerte de cosas interiores y exteriores, por mar y por tierra, de judíos y de gentiles, y de falsos hermanos, como consta del catálogo que hizo de ellos, escribiendo á los de Corintio, y cuán graves hayan sido algunos, lo declaró por estas palabras [2]: *Gravati sumus supra modum, et supra virtutem. Hemos sido afligidos sobre manera, y sobre nuestras propias fuerzas, tanto, que tuvimos tédio de vivir. Por defuera teníamos batallas, de dentro temores [3]: somos mortificados cada dia, y tratados como ovejas, diputadas para el matadero.* Y con ser tantos estos trabajos, resplandeció su paciencia, en que le parecian pequeños, respeto del premio que esperaba, y así los llamó [4], *momentaneum et leve tribulationis nostra*, trabajos de un momento y muy ligeros: y no se espantaba de ellos, ni perdia el ánimo con su terribilidad, antes se ofrecia á otros mayores; como le sucedió cuando el profeta Agabo [5], le dijo, seria preso en Jerusalen, y él respondió: *Estoy aparejado, no solo á ser preso, sino á morir por el nombre de Jesus.* Y este

[1] Gal. 1. 10. [2] 2. Cor. 11. 23. et c. 6. 4. 5. [3] Rom. 8. 36. [4] 2. Cor. 4. 17. [5] Act. 21. 13.

Digitized by Google

ánimo le procedia de la grande confianza que tenia en Dios, obrándola el mismo Señor por medio de los mismos trabajos; y así dice [1]: *Tuvimos respuesta de muerte dentro de nosotros mismos, para que no confiemos en nosotros, sino en Dios que puede resucitar los muertos: el cual nos libró de tantos peligros, en quien esperamos que de aquí adelante nos librará.* Y de aquí le nacia tanta grandeza de ánimo que dijo [2]: *Bien sé lo que es ser humillado, y lo que es ser ensalzado, estar harto y hambriento, tener abundancia y padecer pobreza: todas las cosas puedo en el que me conforta.* Como quien dice: En lo próspero, y en lo adverso, en lo poco y en lo mucho, soy como todopoderoso, no en mis fuerzas, sino en las de Dios, por cuyo poder todo lo puedo. O Dios omnipotente, hazme en tu virtud poderoso, para hacer todo lo que me mandas; y para padecer todo lo que permites, pues será tuya la gloria, siendo tambien tuya la potencia.

Finalmente [3], en sus trabajos tuvo grande consuelo y alegría comunicándole Dios nuestro Señor grandes regalos en medio de ellos, como lo escribe á los corintios diciendo [4]: *Bendito sea Dios que nos consuela en toda nuestra tribulacion; de tal manera, que podamos consolar á los que están en grande aprieto.* Y otra vez dice [5]: *Lleno estoy de consuelo, y tengo grande abundancia de gozo en todas mis tribulaciones, y en ellas me glorio, y me agrado en mis afrentas y necesidades, y en las persecuciones y angustias que padezco por Cristo.* O Redentor del mundo, que mostraste por la experiencia á este tu vaso escogido lo mucho que habia de padecer por tu nombre, y le diste gusto en padecerlo, escógeme tambien por vaso tuyo, en quien deposites abundancia de trabajos, con abundancia de consuelos en sufrirlos por tu amor.

Punto sexto.—La sexta virtud, fué altísima oracion y contemplacion, creciendo siempre en la que le

[1] 2. Cor. 1. 9. [2] Phil. 4. 12. [3] 2. Cor. 1. 4. [4] Ibid. 7. 4. Rom. 5. 3. 2. Cor 12. 10. [5] Ro. 1. 9.

Digitized by Google

dieron los tres dias primeros de su conversion, como queda dicho. Pero en particular, su oracion fué muy continua, rogando á Dios por sí, y por todos los fieles, sin interrupcion, como él lo testificó muchas veces, cumpliendo lo que nos enseñó cuando dijo [1]: *Quiero que los varones oren en todo lugar, levantando las manos puras á Dios* [2]. Y esto hacia con todos los modos de oracion, obsecracion, peticion y accion de gracias, que aconsejaba á los otros [3]. Y hasta en las mismas cárceles oraba, y glorificaba á Dios nuestro Señor, haciendo de ellas oratorios con grande edificacion de las mismas guardas.

Lo segundo, oraba con grande espíritu y fervor, no pagándose de solas palabras, sino mas de los afectos del corazon; y por esto dijo [4]: *Orabo spiritu, orabo et mente.* Oraré con espíritu, y oraré con la mente, juntando lo interior del alma con la palabra que se echa por la boca. De aquí es, que su contemplacion es tan alta, que estando en la tierra, tenia como él dice [5], su conversacion en los cielos [6]. Una vez fué arrebatado hasta el tercer cielo, y el paraiso donde vió los secretos de Dios, que no es lícito hablar á los hombres, como arriba se apuntó, en el cual rapto, por lo menos, le comunicó nuestro Señor el grado mas alto de contemplacion que en esta vida mortal se comunica: y es de creer, que tuvo otros muchos, los cuales por su humildad calló, como lo dá á entender cuando cuenta este, y cuando dijo [7]: *Mente excidimus Deo.* Tenemos éxtasis del espíritu, tratando con Dios. Y bien se vé cuán altos fueron, pues para que la grandeza de tantas revelaciones no le envaneciese, fué menester que el aguijon de su carne, y el ángel de Satanás le humillasen. De esta contemplacion procedia la abundancia de consolaciones que tenia, y alto sentimiento que tuvo de Cristo nuestro Señor, y de las riquezas inestimables de su gracia, y

[1] 1. Tim. 2. 8. [2] 1. Tim. 2. 8. [3] Actu. 16. 25. [4] 1. Cor. 14. 15. [5] Phil. 3. 20. [6] 2. Cor. 12. 2. [7] 1. Cor. 5. 13.

Digitized by Google

de los secretos de la predestinacion y providencia divina, y de las excelencias y perfecciones de Dios, de las jerarquías de los ángeles, y de otras muchas cosas que enseña en sus epístolas. Finalmente, fué tanta la estima que tenia de Cristo nuestro Señor, que vino á decir[1]: que todas las cosas del mundo, oro, plata, perlas, y lo demás, lo tenia por estiércol, en razon de ganar á Cristo; y que por la eminente ciencia que tenia de su grandeza, todo lo que era contrario á él, lo tenia por pérdida, aunque antes la hubiese tenido por ganancia. O ciencia soberana de Cristo que tanta desestima pegas de las cosas de la tierra, y tanta estima de las cosas del cielo! Dame, Señor, esta ciencia, con la cual te conozca de tal manera, que tenga por basura lo terreno, en razon de alcanzarte á tí Dios y hombre verdadero. De estas cuatro consideraciones he de sacar, por una parte grande admiracion de las raras mercedes que hizo Dios á este santo Apóstol, dándole gracias por ellas: y por otra parte un gran deseo de imitarle en lo que es imitable, frecuentando la oracion con espíritu, y el ejercicio de la meditacion con viveza, disponiéndome de tal manera, que no ponga impedimento á los favores que Dios desea hacer á los que frecuentan este soberano ejercicio.

Punto séptimo. — La séptima virtud, fué excelentísima caridad y amor á Cristo nuestro Señor con la suprema union que hay en la vida unitiva, la cual declaró diciendo[2]: *Christo confixus sum cruci: vivo autem, jam non ego, sed vivit in me Christus.* Con Cristo estoy enclavado en la cruz: vivo, no yo, sino vive en mí Cristo. En las cuales palabras declara dos modos maravillosos de union amorosa que tenia con Cristo. El primero, era con Cristo crucificado, estando unido y enclavado con él en la cruz, no con clavos de hierro, sino con clavos de amor y de imitacion, preciándose sumamente

[1] Phil. 3. 8. [2] Gal. 2. 19.

Digitized by Google

de esto, y pensando, hablando y obrando conforme á esto, y así dijo á los de Corintio: *Estando con vosotros me hube como quien no sabia otra cosa que á Cristo crucificado.*

El segundo modo de union con Cristo era espiritual, con excesos de amor, viviendo, como dice san Dionisio [1], solamente la vida amatoria: de suerte, que aunque es verdad que vivia su vida natural, pero no vivia él la vida libre, guiándose por su antojo, y á su solo albedrío y voluntad, sino Cristo vivia en él, como principio, regla y fin de sus pensamientos y afectos, de sus palabras y obras, trayéndole Cristo nuestro Señor unido consigo con ejercicios muy continuos de amor. Y así decia [2]: *Mihi vivere Christus est*: Mi vivir es Cristo, mi pensar es Cristo, mi querer es Cristo, mi hablar es Cristo, y mi obrar es Cristo! O dichoso Apóstol á quien tanto favor hizo Cristo! O si mi ánima fuese tal que viviese siempre Cristo en ella! O Cristo, vida mia, vive siempre en mí, y mi vivir sea siempre en tí, por todos los siglos. Amen.

Luego ponderaré cuán arraigado estaba en este santo Apóstol este amor, pues se atrevió á decir [3]: *Quién nos apartará de la caridad de Cristo? Por ventura la tribulacion, ó angustia, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó persecucion, ó cuchillo? Cierto estoy, que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni la fortaleza, ni la alteza, ni la profundidad, ni otra alguna criatura nos podrá apartar de la caridad de Dios por Cristo Jesus* [4]. O fuego de amor que no te amortiguas con las aguas de las tribulaciones, antes creces con ellas! O fuego insaciable que nunca dices basta [5], porque nunca te cansas de padecer por el que amas: enciende, Redentor mio, este fuego en mi corazon, para que te ame con

[1] Cap. 4. de divinis nominibus. [2] Phil. 1.21. [3] Rom. 8. 33. [4] Cant. 8. 7. [5] Prov. 30. 16.

Digitized by Google

tanto fervor, que ninguna cosa criada pueda apagarle. Amen.

PUNTO OCTAVO. — La octava virtud, fué fervorosísima caridad y amor á los prójimos, nacida de la caridad encendida que tenia á Cristo nuestro Señor, la cual como él dice [1], le hurgaba y espoleaba el corazon para todas las cosas de su servicio en bien de las almas, cuya salvacion deseaba entrañablemente, y por ellas padeció terribles trabajos, andando por todo el mundo predicando infatigablemente por los reinos y provincias, en las plazas y calles, y casas particulares, y en la misma cárcel: unas veces en comun, otras á cada uno en particular, con grande ternura de corazon [2]: *Nocte, et die non cessavi monens cum lacrymis unumquemque vestrum.* De noche y de dia no descansé, amonestando á cada uno con lágrimas nacidas de amor mas tierno que de madre. De aquí le procedia hacerse siervo y esclavo de todos, para ganarlos á todos, acomodándose á judíos y á gentiles, á sabios y á idiotas, á fuertes y flacos [3]: *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facere salvos.* Hiceme todas las cosas á todos, para salvar á todos [4], y en todas las cosas procuro agradar á todos, no buscando lo que es útil para mí, sino para muchos, para que todos se salven. O caridad extendidísima, que á todos abrazas, y á ninguno excluyes, tomando todas las figuras de los hombres, para que todos reciban la figura de Cristo, y lleven sobre sí la imágen del hombre celestial.

De aquí tambien nacia la solicitud y celo que tenia del bien de todos, sintiendo sus daños como si fueran propios, y así cuenta este sentimiento entre sus grandes trabajos, diciendo [5]: *Quién enferma que yo no enferme con él? Y quién se escandaliza que yo no me abrase?* Y por esta causa decia á los romanos [6], que la tristeza de su corazon era grande, y su dolor continuo, por la perdi-

[1] 2. Cor. 5. 14. [2] Actu. 20. 31. [3] 1. Cor. 9. 23. [4] Et 10. 33. [5] 2. Cor. 11. 20. [6] Rom 9. 2.

Digitized by Google

cion de sus hermanos los israelitas. Y á los de Galacia, que habian degenerado de la pureza evangélica, decia[1]: *Hijuelos, á los cuales otra vez engendro con dolor, hasta que se engendre Cristo en vosotros*[2]: Y otra vez se llama ama que cria á sus hijos pequeñuelos, protestando, que deseaba darles su alma, porque los amaba en gran manera, y los tenia dentro de su corazon, amándoles con entrañas de Cristo[3], deseando entrañarlos dentro de él, para que siempre le amasen.

De aquí procedió otra grandeza excelentísima de su amor[4], porque con desear mucho morir por ir á ver á Cristo nuestro Señor, detenia este deseo por la necesidad de sus prójimos, en razon de ganar sus almas, y no dudaba dejar la dulzura de la contemplacion[5], y ausentarse de este dulce trato con Cristo, porque otros se salvasen.

Y pasó tan adelante su caridad, que dijo[6]: *Optabam ego ipse anathema esse á Christo pro fratribus meis*. Deseaba estar apartado de Cristo por mis hermanos, dando á entender, como muchos santos declaran, que si fuese necesario para la salvacion de sus prójimos, escogiera estar apartado de la vista de Cristo, y de su gloria, ó por muy largo tiempo, ó hasta la fin del mundo: porque no tenia otra mayor gloria que amar á Cristo, y cumplir su voluntad, y ganarle muchas almas que le amasen y sirviesen por toda la eternidad. Por las cuales dijera mejor que Moisés[7]: O perdónalas, Señor, ó bórrame del libro de la vida; porque mas querria estar ausente de tí sin culpa, que no perderse tantas almas por su culpa. O caridad altísima y profundísima, que subes tan alto, que no te contentas con menos de poseer á Dios, y desciendes tan profundo, que quieres sin culpa carecer de Dios, por dar gusto al mismo Dios. Dame, Señor, una caridad como esta, que ponga su descanso en

[1] Gal. 4. 19. [2] 1. Thes. 2. 7. [3] Phil. 1. 8. [4] Phil. 1. 23. [5] D. Th. 2. 2. q. 182. art. 2. [6] Rom. 9. 3. D. Chris. Et. D. Th. ibi. et alii. [7] Exod. 32. 31.

Digitized by Google

darte gusto, aunque sea á costa del mio, gustando de ganar muchas almas que gocen de tí, por todos los siglos. Amen.

Lo último, exagera mucho esta caridad, en que se extendia á sus mismos enemigos y perseguidores, amándoles como amigos, cumpliendo en ellos todas las leyes del amor, y así dice [1]: *Somos maldecidos, y bendecimos, somos blasfemados de muchos, y rogamos por ellos.* Y á los corintios dijo [2]: De bonísima gana me daré todo, y tornaré otra vez á darme por vuestras almas, aunque amándoos yo mucho, vosotros me amais poco.

De donde procedia, que si algunos por envidia, ó contienda, ó por hacerle pesar predicaban á Cristo, no solo no le pesaba, ni se quejaba, ni tenia envidia [3], ó lo estorbaba, antes se gozaba y alegraba de que Cristo fuese predicado, y las almas aprovechadas. De todas estas ponderaciones he de sacar un entrañable deseo de imitar esta encendida caridad del Apóstol para con mis prójimos, así buenos, como malos, así amigos, como enemigos, mirando en ellos á Cristo nuestro Señor, por quien todos deben ser amados.

Punto nono. — De esta caridad proceden otras insignes virtudes, en lo cual descubrió el Apóstol su perfeccion, y de ellas ponderarémos algunas.

La primera, fué grande obediencia á la voluntad divina, y á todas las inspiraciones con que se le descubria. Y así, en diciéndole que fuese á predicar á Macedonia [4], ó Jerusalen, ú otra parte, al punto iba, aunque supiese que allí le esperaban por esta causa terribles persecuciones y trabajos, porque mas caso hacia de su alma, que de su vida, y de buscar la voluntad de Dios, que su propio descanso. Y despues de haber obedecido en todo esto, no se gloriaba, ni pensaba que habia hecho algo, porque lo tenia por necesario y obli-

[1] 1. Cor. 4. 12. [2] 2. Cor. 12. 13. [3] Phil. 1. 15. [4] Actor. 16. 9. et 20. 22.

Digitized by Google

gatorio, como quien dice: Siervo soy y sin provecho, lo que estaba obligado á hacer esto hice.

La segunda, fué gran cuidado en guardar la lengua, y ser perfecto en sus palabras con excelentísima perfeccion, así predicando como conversando con los hombres, como consta por lo que dijo á los corintios [1]: *No somos como algunos que adulteran la palabra de Dios, sino hablamos con sinceridad, movidos de Dios, delante de Dios, y de cosas que tocan á Cristo* [2]. O varon perfecto, verdaderamente religioso, que así supo guardar su lengua, sin tropezar en palabras, para que su religion no fuese vana, ni su perfeccion menguada. Quién tropezará hablando, si habla con sincera intencion, siguiendo la divina inspiracion, mirando que le mira Dios, y tratando de solo Cristo?

La tercera, fué un entrañable deseo de aprovechar en la virtud, y de ir siempre adelante, porque con haber trabajado tanto, ni se tenia por perfecto, ni pensaba haber llegado á la cumbre, sino siempre iba siguiendo su intento de mayor perfeccion, y para esto se olvidaba de las cosas pasadas, y se extendia siempre á cosas nuevas, hasta alcanzar el premio de la soberana vocacion.

La cuarta, fué maravillosa destreza en juntar las virtudes que se juntan con dificultad, como son [3], humildad y magnanimidad, mansedumbre y celo, entrañas de misericordia y rectitud de justicia, castigando, cuando era menester, los delitos, y resistiendo á los que no procedian conforme á la verdad y sinceridad del Evangelio que predicaba.

La quinta, fué grandes ánsias de ir á ver á Cristo nuestro Señor por el grande amor que le tenia, y así [4] gemia dentro de sí mismo, esperando la perfecta adopcion de hijo de Dios, y decia, que su vivir era Cristo,

[1] 1. Cor. 2. 17. [2] Jacob. 1. 25. [3] Gal. 2. 11. [4] Phil. 1. 25. Rom. 8. 23. 3. Cor. 5. 8.

Digitized by Google

y morir era su ganancia: porque muriendo ganaba estar siempre con Cristo. Y con este deseo decia, que aunque deseaba estar presente á Dios, pero que presente y ausente, siempre deseaba agradarle. Y de aquí procedia la confianza y seguridad que tenia de la gloria, de modo que pudo decir [1]: *Peleado he buena pelea: corrido he mi carrera: guardado he la fe y lealdad que debia, por la cual me está guardada la corona de justicia, que me dará el justo Juez el dia de la cuenta, y no solamente á mí, sino á todos los que aman su venida.* De aquí tambien nació la grande prontitud y generosidad de ánimo con que se ofrecia á morir por Cristo por el bien de las almas, la cual mostró con las obras toda la vida, porque su vida fué una prolongada muerte por Cristo, y por sus prójimos, y así dijo [2]: *Por tí somos mortificados todo el dia, y tratados como ovejas del matadero, y nosotros que vivimos, somos siempre entregados á la muerte por Jesus* [3]. Y otra vez dice: *Cada dia, hermanos, muero por vuestra gloria, la cual tengo en Cristo Jesus.*

Y finalmente, cuando se ofreció ocasion, dió la cabeza por Cristo nuestro Señor: y aunque el modo de muerte parecia ligero, pues no murió crucificado como san Pedro, pero quizá fué la causa porque toda su vida, despues de su conversion, habia vivido, como está dicho [4], enclavado con Cristo en la cruz, estando señalado con las llagas y señales de su pasion, cumpliendo en su cuerpo lo que era menester para cumplimiento de la pasion de Cristo, aplicando la eficacia á la Iglesia, á costa de sus propios trabajos, y con este fervor estaba aparejado para morir muerte de cruz, si le fuera concedido [5]. Y aun deseaba morir con mil géneros de tormentos, para mostrar en esto el grande amor que tenia á su Maestro. O Maestro celestial, que despues de subido

[1] Ti. 4. 7. [2] Rom. 8. 36. [3] 2. Cor. 4. 11. 1. Cor. 16. 31. [4] Gal. 2. 19. et 6. 17. [5] Col. 1. 24.

Digitized by Google

al cielo, escogiste este nuevo discípulo, y le labraste con tu divina mano, despojándole de todas las aficiones terrenas, y vistiéndole de las divinas. Por él te suplico me tomes tambien por tu discípulo, ayudándome con tan copiosa gracia, que te pueda imitar como él te imitó, para que llegue en su compañía á gozar de tí, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXII.

DE LA VOCACION DE CORNELIO CENTURION, Y DE LA REVELACION QUE TUVO SAN PEDRO SOBRE LA CONVERSION DE LOS GENTILES, Y COMO EL ESPÍRITU SANTO VINO SOBRE ELLOS.

PUNTO PRIMERO. — *Habia un varon en Cesarea, llamado Cornelio*[1], *capitan de la legion que se llamaba Itálica, religioso, y temeroso de Dios, con toda su casa, el cual hácia muchas limosnas al pueblo, y oraba siempre á Dios.*

Aquí se han de considerar las virtudes excelentes con que este varon se fué disponiendo para recibir las mercedes que Dios le hizo, alumbrándole con la fe de Cristo, y comunicándole la plenitud del Espíritu santo con el don de lenguas, como á los apóstoles. Lo primero, era muy religioso: esto es, muy dado á las cosas del culto de Dios, y á las obras de su servicio. Lo segundo, era temeroso de Dios, apartándose de todo pecado, con lo cual cumplia las dos partes de la justicia, que son apartarse de lo malo, y seguir lo bueno. Y era tan grande el ejemplo que de esto daba, que toda su casa hacia lo mismo, porque cual es el señor, tales son los criados: y cual es el padre de familias, tales son sus domésticos. Lo tercero, era muy limosnero, dando muchas limosnas á cualquiera del pueblo que se las pedia, no haciendo diferencia de unos á otros. Lo cuarto, era muy dado á la oracion, porque oraba siempre: esto es, con grande frecuencia, y continuacion, y en las horas

[1] Actu. 10 1.

Digitized by Google

señaladas para esto: lo cual se echó bien de ver en que guardaba la costumbre de orar á la hora de nona, como él mismo lo dijo: *Orans eram hora nona.* Y aunque era de nacion gentil, se ejercitaba en tales obras: porque Dios misericordiosamente le previno con sus ayudas, y se aprovechaba del ejemplo que veia en los buenos, con quien conversaba en aquella ciudad; y nuestro Señor nos le pone delante, para confusion de los que tenemos fe de Cristo, y gozamos de sus sacramentos, y con todo eso no hacemos lo que un gentil y soldado hacia.

Luego consideraré el modo como Dios le llamó para darle la luz y perfeccion que le faltaba, porque *cerca de la hora de nona vió en vision manifiestamente al ángel de Dios que entraba á él, y le decia: Cornelio; y mirándole con gran temor respondió: Señor, quién eres? Díjole el ángel: Tus oraciones, y tus limosnas han subido a la presencia de Dios. Envia luego algunos varones á Joppe y llama á Simon, por sobrenombre Pedro, el cual te dirá lo que te conviene hacer.* En lo cual resplandece la suave providencia de nuestro Señor, en mirar por la salvacion y perfeccion de los escogidos, porque cuando vé que alguno de su parte conforme á su caudal y fuerzas, ayudadas del divino socorro, hace lo que sabe y puede, luego acude á enseñarle lo que no sabe, y á darle nueva ayuda para lo que no puede, tomando para esto, si fuere necesario, medios extraordinarios y milagrosos, como lo hizo en este caso. De donde sacaré grande confianza en esta providencia paternal de Dios, y continuas alabanzas por las mercedes que con ella nos hace. O Amado mio, cómo no tendré yo cuidado de tí, pues tú le tienes tan grande de mí? Cierta será mi salvacion, si la tomas á tu cargo, mirando con especial providencia lo que me falta, para poner luego remedio en ello. Concédeme, Señor, que haga todo lo que mi saber y poder alcanza, y descúbreme con tu divina luz lo que no entiendo, ayudándome con tu gracia para cumplirlo.

Digitized by Google

Luego ponderaré como los ángeles, especialmente los de la guarda, son instrumentos y ministros de la divina Providencia en el negocio de nuestra salvacion, y á su cargo está asistir invisiblemente á los que oran, y presentar á Dios sus oraciones y buenas obras: y así este ángel que guardaba á Cornelio se le apareció estando orando, y le dijo dos cosas [1]. La primera, que sus oraciones y limosnas habian subido á la memoria y presencia de Dios: de suerte, que no se quedaron en la tierra, sino volaron hasta el cielo, y no se olvidó Dios de ellas, sino túvolas presentes en su memoria, y en su presencia estuvieron solicitando y negociando la salvacion y perfeccion de Cornelio, y ambas juntas subieron, porque la oracion ayuda á la limosna, y la limosna á la oracion. Por tanto, ó alma mia, si quieres negociar con Dios tu salvacion, envíale estos dos solicitadores, para los cuales no hay puerta cerrada en el cielo [2]: porque la oracion del que se humilla penetra las nubes, y no saldrá de allí hasta que el Altísimo la mire. Y si escondes la limosna en el seno del pobre [3], ella orará por tí, librándote de todo mal, porque la limosna es oracion, no de boca, sino de obra.

La segunda cosa que dijo, fué, que enviase por san Pedro, y que él le diria lo que le convenia hacer, en lo cual se vé que la divina Providencia, aunque nos gobierna por ángeles en las cosas que no pueden hacer los hombres, pero en las que pueden hacer, quiere gobernarnos por ellos. Y así el ángel no quiso decir á Cornelio lo que habia de hacer, aunque pudiera, sino remitióle á san Pedro, para que de su boca lo oyese, y juntamente inspiró á san Pedro que viniese á enseñarle. De donde sacaré aviso para sujetarme á este modo de gobierno que Dios tiene, así para honrar á sus ministros, como para humillarnos á todos con la necesidad que unos tenemos de otros, como ponderamos de Saulo y Ananías.

[1] Tob. 12. 12. [2] Eccles. 35. 21. [3] Eccles. 29. 15.

Digitized by Google

PUNTO SEGUNDO. — *Enviando Cornelio dos criados y un soldado á Joppe, ya que llegaban cerca de la ciudad, subióse Pedro á lo alto de la casa, para orar cerca de la hora de sexta, y teniendo hambre, quiso gustar algo, y estándose aparejando la comida, cecidit super eum mentis excessus; vino sobre él una éxtasis del alma, con suspension de sus sentidos.*

Aquí se ha de ponderar la costumbre tan loable de los apóstoles en orar, escogiendo para la oracion lugar y tiempo, y horas convenientes, como se vió en este caso. Porque san Pedro para orar se subió á lo alto y mas retirado de la casa, donde no llegase el bullicio de la gente que andaba por lo bajo [1]. En lo cual tambien se representa la obra de la perfecta oracion, que es subida del espíritu á Dios, dando de mano al bullicio de las imaginaciones importunas, que bullen en la parte inferior del alma. O Dios eterno, pues dijiste que para [2] orar entrase en mi aposento, y cerrase las puertas, para que con mas quietud y silencio pudiese ofrecerte mi secreta oracion: ayúdame con tu gracia, para que entre en el aposento mas alto de mi espíritu, y allí ore, y te adore con espíritu y verdad. Tambien escogió para orar la hora de sexta, como Cornelio la de nona, siguiendo la costumbre de los justos de Israel, que oraban [3] tres veces al dia, á la hora de tercia, que es á la mañana, cerca de las nueve, y á la hora de sexta, que es á medio dia, y á la hora de nona, que es á las tres de la tarde, la cual costumbre tuvo David y Daniel, y los demás apóstoles la guardaron con mas cuidado, porque á la hora de tercia vino el Espíritu santo sobre ellos, á la de sexta subió Cristo nuestro Señor á la cruz, y á la de nona espiró [4], y bajó á despojar el limbo. De donde sacaré propósito eficaz de señalar horas en que orar: y en llegando la hora señalada, dejar todas las

[1] D. Damas. et D. Th. 2. 2. q. 82. art. 17. [2] Matth. 6. 6. [3] Psal. 54. 18. Dan. 6. 10. Actu. 3. 1. [4] Casian. lib. 2. c. 9.

Digitized by Google

cosas por cumplir con mi oracion, como san Pedro en este caso, que aunque tenia hambre, y quisiera comer, no por eso dejó su oracion, antes con ella se previno para la comida, dando primero su manjar al espíritu que al cuerpo.

Lo segundo, se ha de considerar, como nuestro Señor para hacer favores extraordinarios á sus escogidos, tambien escoge lugar y tiempo conveniente; y lo mas ordinario es escoger lugar retirado y tiempo de oracion: porque cuando el hombre de su parte procura llegarse á Dios, y subir á su presencia con el espíritu, entonces Dios le hace los favores especiales que puede y quiere: y así en esta ocasion suspendió á san Pedro los sentidos, y le levantó en espíritu para que viese los secretos de Dios, y esta suspension llama [1], *excessus mentis*, exceso de la mente, porque el alma sale de sí, y es levantada sobre sí misma y sobre sus fuerzas; y cuando esto se hace con violencia interior, se llama rapto ó arrebatamiento, porque arrebata Dios el espíritu, y le hace subir como á san Juan [2], á ver sus divinos misterios. De donde sacaré, que aunque no es seguro pretender tales excesos, tengo de pretender aquel exceso de amor que me saque de mí mismo, y me traspase á Cristo, de modo que pueda decir con san Pablo [3]: Vivo yo, ya no yo, vive en mí Cristo, porque dejando todas las cosas temporales, y á mí mismo con ellas, dejo de ser mio, y comienzo á ser todo de Cristo, gustando de pensar en él, y hablar de él, y hacerle placer en todas las cosas. O Dios de amor, arroja sobre mí este exceso de amor. O Amor omnipotente, arrebata mi corazon, y traspásale donde tú estás, para que yo esté siempre contigo unido en amor, y tú vivas en mí rigiéndome con amor.

PUNTO TERCERO. — *En este exceso vió san Pedro el cie-*

[1] 2. Cor. 5. 13. [2] Apocal. 4. 2. [3] Gal. 2. 20. D. Dionis. c. 4. de div. nom. D. Th. 2. 2. q. 175. art. 2.

Digitized by Google

lo abierto, y que un lienzo grande, colgado de cuatro puntas, bajaba del cielo á la tierra, en el cual estaban bestias de cuatro piés, serpientes de la tierra, y aves del cielo: y oyó una voz que le decia: Levántate Pedro, mata, y come. Respondió Pedro: No, Señor, porque nunca comí lo que es comun é inmundo. Luego oyó otra voz que decia: Lo que Dios santificó, no lo llames comun. Esto sucedió tres veces, y luego el lienzo fué recibido en el cielo.

Aquí se ha de ponderar. Lo primero, que como Cristo nuestro Señor, cuando predicaba en esta vida mortal usaba de semejanzas para descubrir los misterios del reino de los cielos, así tambien espiritualmente suele usar de estas semejanzas, imprimiendo estas figuras en la imaginacion, en las cuales se representa el misterio que pretende, como lo hizo aquí con san Pedro y con san Juan en las revelaciones del Apocalipsis, y ahora tambien suele comunicarse de este modo á los que él quiere. Pero á mi cuenta lo está formar yo en mi imaginacion, si cómodamente puedo, las imágenes y figuras de las cosas que me ha revelado en su fe, como son, de Cristo hecho niño en un pesebre, ó atado á la coluna, ó puesto en la cruz, para moverme con estas figuras á mayor amor del Señor, que en ellas se representa; lo demás dejaré á su providencia para que haga lo que mas conviniere. Pero en esta figura presente, resplandece mucho la infinita caridad de Dios nuestro Señor, en querer admitir en su Iglesia y en su cielo, cuanto es de su parte, á todos los pecadores del mundo, avarientos, carnales y soberbios, figurados por aquellos tres géneros de animales, bestias, serpientes y aves, recogiéndolos no solamente del rincon de Judea, sino de todas las cuatro partes del mundo; para esto vino del cielo, y se vistió del lienzo purísimo de su sacratísima humanidad: para esto instituyó su Iglesia, blanca y pura, sin mancha, ni ruga: para esto trazó la predicacion de los cuatro Evangelios, cuya doctrina

Digitized by Google

es del cielo para salud y vida del mundo. Gracias te doy, ó dulcísimo y misericordiosísimo Jesus, por la infinita caridad con que llamas á todos los pecadores. y te quieres cargar de todos para llevarlos sobre tus hombros al cielo. O Amado mio, cómo admites tales fieras y serpientes en lienzo tan blanco y puro? En los desiertos y cuevas de la tierra habia de ser su morada; pues porqué los sacas de allí, y los pones en este lienzo para llevarlos al cielo, y aposentarlos en las eternas moradas? Desde hoy mas no quiero desconfiar de tu inmensa misericordia, pues tan larga se muestra en remediar nuestra miseria.

Lo segundo, tengo de ponderar lo que significa aquella voz que se dijo á san Pedro, y en él á todos los ministros de Cristo; *mata, y come,* como quien dice: pues tienes hambre y deseas comer, mata esas fieras, esas serpientes y aves de rapiña, y come de ellas: para significar, que es propio de los sacerdotes y confesores, y ministros de Cristo, matar los pecadores, cuanto á sus pecados, quitándoles la vida carnal y bestial que tenian, por medio de los sacramentos del bautismo y penitencia, y luego comerlos é incorporarlos con la Iglesia, como miembros suyos, y unirlos con Cristo con caridad y semejanza de vida, porque Cristo nuestro Señor aborrece y desecha á los pecadores vivos que viven al pecado, pero admite dentro de sí á los pecadores muertos, cuanto á la culpa, porque esta muerte les trae otra nueva vida de gracia. O Dios eterno, pues mandas á tus ministros que maten y coman; mata, tú, Señor, y come por su medio, ayudándoles con eficacia á cumplir lo que les mandas con tanta misericordia.

Luego ponderaré lo que respondió san Pedro, el cual no estaba por entonces enterado en la voluntad de Dios, cerca de admitir los gentiles á la Iglesia: y esto significaba el rehusar de comer aquellos animales inmundos, segun la ley vieja. Pero la voz del cielo le dijo: *Lo que*

Digitized by Google

Dios ha santificado, no lo llames inmundo, que es decir: No rehuses de admitir á mi fe y religion á los que yo con mi eterna ordenacion tengo escogidos, para que sean santos, aunque te parezcan á tí muy malos. Por donde se vé cuán contrario es al espíritu de Cristo, que los predicadores y confesores tengan asco de los pecadores que vienen á sus piés, por mas abominables que sean; pues los trae Dios para convertirlos y hacerlos justos. O inmensa caridad de Jesus, cuán varios caminos tomas para descubrir el amor que tienes á los pecadores! Quién tendrá asco de recibirlos, pues tú no le tienes de llamarlos? Quién rehusará esta comida, pues tú la calificas por santa? Dame, dulcísimo Señor, esta hambre de salvar pecadores, para que con gusto los coma é incorpore contigo por gracia, trayéndolos tú con verdadera penitencia.

Ultimamente ponderaré, como sonó esta voz tres veces, para que se arraigase mas en el corazon de Pedro, así como le examinaron tres veces en el amor, y tres veces le dijeron que apacentase las ovejas de Cristo: y luego aquel lienzo fué recibido en el cielo, en señal de que Dios tenia su cielo abierto para los gentiles que se convirtiésen, aunque hubiesen sido grandes pecadores. Alégrate, ó alma mia, mirando como sube al cielo este lienzo lleno de bestias y serpientes, y aves de rapiña, cargados de grandes pecadores, no vivos sino muertos: muertos á la culpa, pero vivos ya por la gracia. Procura matar en tí la vida del hombre viejo, y resucita con Cristo á la vida del hombre nuevo, para que entres con él en su cielo, y te dé asiento en el trono de su gloria. Amen.

Punto cuarto. — *Dudando Pedro de lo que significaba esta vision, llegaron los tres varones que le llamaban de parte de Cornelio, y díjole el Espíritu santo: Tres hombres te buscan, levántate y vete con ellos, porque yo los envié. Y partiéndose otro dia, llegó á casa de Cornelio, don-*

Digitized by Google

de estaba mucha gente; y habiendo san Pedro oido de su boca lo que habia pasado, les predicó á Cristo, y estando predicando, vino el Espíritu santo sobre los que oian el sermon y hablaban diversas lenguas, magnificando á Dios.

Aquí se ha de ponderar, como nuestro Señor algunas veces no dá luego la inteligencia de las visiones que descubre á sus siervos, lo cual hace con su prudencia, parte para fundarles en humildad, parte para que con oraciones alcancen esta inteligencia, y tambien para dársela en el tiempo y coyuntura que mas conviene, como sucedió en este caso á san Pedro, el cual obedeciendo á la voz del Espíritu santo, fué á donde estaba Cornelio y su gente, y les predicó á Jesucristo crucificado con tanto fervor, que todos creyeron y recibieron el Espíritu santo, y el don de hablar en diversas lenguas. En lo cual se ha de ponderar la infinita liberalidad de Dios, en dar tales dones á estos gentiles, para que se entienda, como aquí dijo san Pedro, que no es aceptador de personas, pues dá liberalmente un don tan precioso como el Espíritu santo, á unos hombres que habian sido bestias y serpientes, adorando por dioses á estos animales: y á los que habian tenido lenguas serpentinas para blasfemar del verdadero Dios y emponzoñar á sus prójimos, les concede lenguas de fuego, con que glorifiquen á Dios, y publiquen sus grandezas. Y aunque poco á poco les iba ilustrando y hablando con el sermon de san Pedro, pero de repente y en un punto, les trocó, justificó, y llenó de sus gracias y dones, comunicándoles grandes júbilos de alegria, y recibiendo todos el bautismo por órden de san Pedro, y con el bautismo recibieron nuevo aumento de gracia, gozándose tambien el santo Apóstol con estas primicias de la gentilidad, que en este dia ofrecia á su Maestro, á quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

Digitized by Google

MEDITACION XXXIII.

DE LOS EJERCICIOS ADMIRABLES DE VIRTUD EN QUE SE OCUPÓ LA VÍRGEN NUESTRA SEÑORA, DESPUES DE LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

Para dar fin á los misterios gloriosos de Cristo nuestro Señor, cuya gloria en cierto modo quedó cumplida, cuando tuvo consigo glorificada á su Madre, añadiré algunas meditaciones de la vida y muerte, y asuncion gloriosa de la Vírgen nuestra Señora: la cual despues de la venida del Espíritu santo, como la Iglesia lo dá á entender en el Evangelio que canta el dia de su asuncion, escogió la mejor parte de Maria sin dejar del todo la de Marta; antes tomó de ella la mejor, ocupándose no solo en vacar á Dios por la contemplacion, sino tambien en acudir al bien espiritual de los prójimos, para gloria de su Hijo, y para consuelo y acrecentamiento de la primitiva Iglesia, que fué la causa príncipal de no llevarla Cristo nuestro Señor luego consigo al cielo, dejándola casi quince años en la tierra, para que en su ausencia hiciese los oficios que él solia hacer con sus discípulos, al modo que verémos.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como la Vírgen nuestra Señora ilustrada por el Espíritu Santo, no se retiró á los desiertos, como despues lo hizo la Magdalena, sino escogió vivir á imitacion de su Hijo, vida comun entre los demás discípulos, para ayudarlos con su ejemplo, guardando con gran perfeccion todos los consejos evangélicos, de quien ellos aprendieron á guardarlos. Primeramente abrazó la pobreza evangélica, haciendo voto de ella, sino es que antes le tuviese hecho, como es mas cierto, pero guardóle entonces con grande estrechura, viviendo de la limosna que los apóstoles repartian á los fieles y á las demás viu-

Digitized by Google

das [1], contentándose mucho mejor que san Pablo [2], con tener sustento y algo con que cubrirse, porque tenia muy fresca en su memoria la hiel y vinagre, y la desnudez de su Hijo en la cruz, en cuya comparacion le parecia poco todo cuanto padecia. Y así como verdaderamente pobre de espíritu, deseaba siempre padecer mayores efectos de pobreza, y con ella juntó su hermana la humildad, á quien los santos llaman con el mismo nombre, de la cual harémos especial meditacion.

Lo segundo, tuvo excelente obediencia, no solamente á todas las cosas que Cristo nuestro Señor dejó establecidas en la ley evangélica, sino tambien á las que san Pedro y los apóstoles ordenaban para toda la Iglesia, siendo la primera en obedecer y sujetarse á todo, acordándose de lo que su Hijo habia dicho [3]; que quien hiciere la voluntad de su Padre, es su verdadero hermano y hermana, y su madre: y así en ninguna cosa quiso tanto mostrar ser Madre de Cristo, como en obedecer á Cristo y á los que dejó en su lugar. O Vírgen soberana, gózome de veros Madre de Cristo mi Señor, por dos títulos; por haberle engendrado en vuestro vientre, y por haberle concebido en vuestro espíritu con perfecta imitacion: solo resta, Señora, que seais su Madre por otro tercer título, engendrándole tambien espiritualmente en los corazones de los fieles; engendrándole dentro de mi alma, negociando que siempre viva en ella por todos los siglos. Amen.

Lo tercero, se señaló sobre todos en la castidad, de la cual como se dijo en la segunda parte, hizo voto, y le guardó perpétuamente, y con una pureza mas que de angel: por lo cual la Iglesia no solamente la llama Vírgen de las vírgenes, sino la misma virginidad, diciendo: Santa é inmaculada virginidad, no sé con qué palabras te pueda ensalzar: solamente añado, que como el arca del testamento, que era de Sethim madera in-

[1] Actu. 4. 33. [2] 1. Ti. 6. 8. [3] Matth. 12. 50.

Digitized by Google

corruptible, estaba guarnecida con chapas de oro purísimo [1], *intus et foris*, por de dentro y por de fuera; así esta Vírgen adornó su incorruptible castidad con virtudes purísimas, así las que perfeccionan el cuerpo en las obras exteriores, como las que perfeccionan el espíritu en las obras interiores, para que fuese, como dice el Apóstol, santa por eminencia en el cuerpo y en el espíritu. Entre estas ponderarémos algunas que cuenta san Ambrosio [2], para guarda de la castidad. La primera, fué rara modestia en todos los meneos exteriores, con una celestial compostura en el mirar y andar, y en el modo de hablar, de tal manera, que el semblante del cuerpo era retrato de la santidad del espíritu, y por la portada exterior se conocia la hermosura del edificio interior, con resplandores de divinidad. La segunda fué, silencio admirable y muy discreto, hablando solamente cuando convenia, pocas palabras, y con voz humilde, como consta de las que se cuentan en el Evangelio, por lo cual sus labios se comparan á la cinta de grana [3], dando á entender que ceñia sus palabras, pero con muestras de caridad, como en su lugar se dijo. La tercera fué, singular templanza y abstinencia, guardando una regla celestial, que refiere san Ambrosio: *Cibus plerumque obvius; qui mortem arceret, non delicias ministraret.* Comia del manjar ordinario que se halla á donde quiera, y en tanta cantidad, que bastase á no morir y no para regalar. Y además de esto, despues que se ausentó su Hijo, cumplió lo que él habia dicho [4], que ayunarian los hijos del Esposo, ayunando ella mucho, en especial cuando pretendia alcanzar algo para la Iglesia, juntando ayuno y penitencia con la oracion, como se lo reveló despues á santa Isabel [5]. La cuarta fué, raras vigilias, porque, como dice este Santo, solamente dormia lo necesario para vivir, á mas no poder, y entonces no

[1] Exod. 25. 10. [2] Lib. 2. de virg. [3] Can. 4. 3. [4] Mat. 9. 15. [5] De Bon. in vita Christi.

Digitized by Google

estaba del todo ociosa, porque durmiendo el cuerpo velaba su ánima, ó repitiendo lo que habia leido, ó continuando lo que habia interrumpido, ó ejecutando algo de lo que habia propuesto, proponiendo algo de nuevo con varios afectos del espíritu, segun aquello de los Cantares [1]: Yo duermo, y mi corazon vela. La quinta fué, gran diligencia en todas las obras exteriores que pertenecian al culto de Dios, y al servicio de su Hijo, y al gobierno de su pobre casa, y al bien de los prójimos, cumpliendo las obras de religion, piedad y misericordia con gran cuidado. Esta virtud pondera san Ambrosio, juntándola con las pasadas, por estas palabras: Cómo contaré la poca comida de la vírgen María, y su mucho trabajo y ocupacion! Su ocupacion fué tanta, que sobrepujaba á sus fuerzas, su comida tan poca, que casi faltaba á ellas. Su ocupacion fué tan continua, que no tenia interrupcion: la comida tan rara, que á pares pasaba los dias sin comer.

La sexta virtud fué [2], guarda vigilantísima de su corazon, del cual, como dice el Sabio, procede la vida; y así cuando salia fuera de casa, aunque fuese con compañía, pero *nullo meliori sui custode quam seipsa*, ninguna guarda llevaba mejor que á sí misma, la cual velaba en guardar sus sentidos, componer sus meneos, y conservar puro su corazon para su Dios á quien solamente deseaba agradar, sin hacer caso de los vanos juicios y dichos de los hombres: *Arbitrum mentis solita non homines, sed Deum quærere*. Buscaba por juez y testigo de su conciencia, no á los hombres, sino á Dios, cuya gloria deseaba. O Vírgen soberana, mas pura que los ángeles del cielo, gózome de que seais espejo de vírgenes, dechado de religiosos, y maestra de la evangélica perfeccion. Suplicad á vuestro Hijo me adorne con vuestras virtudes, para que guarde con perfeccion todos sus consejos. Amen.

[1] Can. 5. 2. [2] Prov. 4. 23.

Digitized by Google

PUNTO SEGUNDO. — Aunque nuestra Señora siempre tuvo altísima oracion y contemplacion, como se dijo en la segunda parte, pero como crecia en edad, crecia en los dones de Dios, señaladamente en este: en el cual se han de ponderar algunas cosas en que podemos imitarla, conforme á nuestro pobre caudal.

La primera es, que totalmente por especial privilegio tenia quitados los cuatro impedimentos de la oracion y contemplacion [1], que el glorioso san Bernardo llama culpa que remuerde, cuidado que punza, sentido que codicia, y tropel de vanos pensamientos que turban la imaginacion. De suerte, que no fué nuestra Señora como la Sunamitis, que es alma cautiva y presa de sus pasiones, la cual se turba á sí misma con estos carros de cuatro ruedas, apartando de nuestro Señor Dios su vista en la oracion, hasta que la llama cuatro veces con grande eficacia, diciéndola [2]: Vuélvete, vuélvete, Sunamitis, vuélvete, vuélvete, para que te miremos; porque siempre esta sacratísima Vírgen miraba á Dios, sin tener cosa que la desviase ni apartase un punto de esta vista. A lo cual ayuda que tenia muy en su punto todas las virtudes que disponen á la oracion y contemplacion, y la sirven de alas para subir al cielo, especialmente viva fe de los divinos misterios, grande confianza en Dios nuestro Señor, humildad muy profunda, y sobre todo caridad muy encendida, con la eminencia de la sabiduría, y de los demás dones del Espíritu santo. Y como estas virtudes estaban ahora muy mas crecidas, así tambien lo estaba la contemplacion: por lo cual con mayor admiracion decian los ángeles ahora: Quién es esta que sube por el desierto como vara de humo, salida de mirra y de incienso, y de todo genero de polvos olorosos? Como si dijeran [3]: Quién es esta que está llena de mirra de mortificacion y de incienso de oracion, y de polvos olorosos de todas las virtudes, las cuales echadas en las

[1] Serm. 32. in Cant. [2] Cant. 6. 12 [3] Cant. 3. 6.

Digitized by Google

brasas de su caridad, levantan un humo suavísimo de contemplacion, que siempre vá subiendo, y sube tan alto que le perdemos de vista? O Vírgen santísima, gózome de que viviendo en la tierra, tengais siempre vuestra conversacion en el cielo, volando tan alto, que causeis grande admiracion á los ángeles que os miran. Llevadme, ó Vírgen piadosísima, trás Vos, al olor de vuestros ejemplos, y encended en mi alma un fuego de caridad, que consuma en ella todo lo terreno, y la levante á contemplar lo celestial.

Lo tercero, frecuentaba esta Señora muy á menudo los lugares donde su Hijo habia obrado los misterios de nuestra redencion, visitaba el huerto de Getsemaní, el monte Calvario, el santo sepulcro, y el monte de las Olivas, de donde se subió á los cielos, y el sagrado cenáculo donde vino el Espíritu santo, y á donde se habia instituido el santísimo Sacramento; y estas visitas hacia con grande reverencia y devocion, y con muy alta contemplacion de los misterios que allí se obraron, recibiendo nuevas ilustraciones cerca de ellos. O Vírgen soberana, quién pudiera seguiros en estos pasos [1], subiendo con Vos al monte de la mirra, y al collado del incienso, mirando, como Vos mirásteis, lo que Cristo padeció en este monte, y el modo como oró en este collado: llevadme en vuestra compañía, enderezándome para que suba con acierto, é ilustradme para que lo mire con provecho.

Lo cuarto, oraba esta Señora instantemente en todo lugar y tiempo, con la mayor continuacion que oró pura criatura, cumpliendo el consejo de su Hijo, que dice [2]: Conviene siempre orar, y no desfallecer: oraba y contemplaba de dia y de noche, haciendo obras de manos; y aun durmiendo, como se ha dicho, pensaba muchas veces en Dios, el cual la visitaba entonces con visiones no menos regaladas que las de Jacob [3],

[1] Cant. 4. 6. [2] Luc. 18. 1. [3] Gen. 28. 12.

Digitized by Google

cuando durmiendo vió el reino de Dios en figura de la escala. Y generalmente en su contemplacion recibió favores extraordinarios mayores que cuantos han recibido los santos del viejo y nuevo Testamento. Mostrábaseles Dios muchas veces como á Moisés hablando con ella, no por figuras, ni en sueños [1], sino *os ad os*, boca á boca, y cara á cara, con la claridad que en esta vida mortal se compadece. Era arrebatada como san Pablo [2], hasta el tercer cielo, y entrada en el paraiso donde oia los secretos de Dios, que no se pueden decir. Fué como san Juan [3], levantada en espíritu para ver las cosas que estaban por venir, con mayor luz que él tuvo [4]. Vió muchas veces los cielos abiertos como san Estéban, y á su Hijo sentado á la diestra del Padre. Finalmente, los regalos eran tantos, que los ángeles se admiraban, y decian: Quién es esta que sube del desierto, *deliciis affluens*, llena de deleites, arrimada á su Amado? Como si dijeran [5]: Quién es esta que vá subiendo por la contemplacion al cielo, y en esta subida recibe abundancia de regalos, con tanto favor, que siempre vá arrimada á su Amado, unida con él por amor, y estribando en él por singular confianza? O Virgen santísima, gózome de veros tan llena de deleites, y tan unida por amor á vuestro Amado [6], bien merecidos los teneis por los muchos trabajos que por su causa padecísteis. Bien podeis decirle como David, segun la muchedumbre de mis dolores alegraron mi alma tus consolaciones. Repartid, Señora, alguna gotica de ese celestial licor con vuestro siervo [7], para que se aliente á correr por el camino de los divinos mandamientos, con la dilatacion de su corazon.

Ultimamente ponderaré, como esta Señora comulgaba cada dia con extraordinaria fe, reverencia y devocion, recibiendo á su Hijo, para unirse con él de

[1] Num. 12. 8. [2] 2. Cor. 12. 2. [3] Apoc. 1. 10. [4] Actu. 7. 55. [5] Cant. 8. 5. [6] Psal. 93. 19. [7] Psal. 118. 32.

Digitized by Google

nuevo, y entreteniéndose con verle y gozarle en el Sacramento, hasta que le viese en la gloria. Y en cada comunion recibia tan grande aumento de gracia por su excelentísima disposicion, que no es posible declararse, y muchas veces se le mostraba Cristo nuestro Señor en la forma que allí está, como despues acá lo ha hecho con otros siervos suyos. O Vírgen santísima, gózome de veros cada dia renovar el primer gozo de la encarnacion, recibiendo sacramentalmente en vuestro pecho al que entonces recibísteis en vuestras entrañas. Por él os suplico me alcanceis tal disposicion para recibirle, que me llene de su gracia, y despues le goce con Vos en su gloria. Amen.

Punto tercero. — Como la Vírgen nuestra Señora entraba cada dia en la bodega de los vinos de su Hijo, allí se encendia en deseo de ejercitar con órden y concierto, todos los actos y obras de la caridad [1], de la cual nacia en ella un celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas encendidísimo, pero muy ordenado, en lo cual todos podemos imitarla. Porque lo primero, deseaba grandemente la salvacion de todos los hombres, y con oraciones la solicitaba por todos los caminos que podia; ya orando por los predicadores, para que Dios diese eficacia á su palabra: ya por los mismos pecadores, para que Dios tocase sus corazones; y así es de creer, que por las oraciones de esta Señora se convirtieron tantos millares en el primero y segundo sermon de san Pedro. Y tambien se convirtió Saulo, por quien ella oró, no menos que san Estéban. Tambien oraba por los mismos mártires, para que Dios les diese constancia y victoria. Y teniendo ella levantadas las manos, mucho mejor que Moisés [2], cuando el pueblo peleaba, cómo no habian de vencer aquellos por quien oraba? Orad, Vírgen soberana por vuestro siervo, cuando pelea contra sus enemigos, porque orando Vos

[1] Cant. 2. 4. [2] Exod. 17. 11.

Digitized by Google

por mí, yo venceré por Vos, y vuestra será la gloria de mi victoria.

Lo segundo, ayudaba á las almas con el ejemplo raro de su vida, la cual era un predicador mudo, pero eficacísimo para mover á toda virtud, porque en toda ella resplandecia una divinidad tan grande, que, como dijo de ella san Dionisio [1], si la fe no lo corrigiera, pensaran todos que era Dios, como lo era su Hijo: además de esto, ayudaba con la palabra, enseñando á los apóstoles los misterios de la fe, que ella sabia con mas particularidad, y con mayor luz del cielo; y consolando y alentando á los fieles que acudian á ella, no solamente de Jerusalen, sino de otras partes remotas; porque, como dijo san Ignacio mártir [2], todos deseaban verla, como á un prodigio celestial de santidad. Pero mas adelante pasó su caridad, porque así como por inspiracion de Dios fué desde Nazaret á las montañas de Judea á visitar á santa Isabel, para que por su medio fuese justificado el Bautista, así tambien por la misma inspiracion hizo ahora algunas jornadas. Fué á Efeso, como lo afirman los padres del concilio Efesino [3], y á Antioquía, como lo prometió á san Ignacio, y tambien iria á otras partes, para ayudar y consolar á los fieles que deseaban verla, y confirmarlos en la fe, y juntamente dilatarla entre los gentiles, porque aunque era muy amiga del recogimiento, pero la caridad la hacia salir, como se dice en el libro de los Cantares [4], para visitar las viñas de las iglesias, y ver si florecian, y si las flores de los nuevos cristianos producian frutos de buenas obras.

Finalmente, en este tiempo, y por esta ocasion, como dice san Ignacio [5], padeció grandes murmuraciones y persecuciones de los escribas y fariseos, y de todos los que aborrecieron y persiguieron á su Hijo;

[1] Dionís. Cartusian. c. 3. de divinis nominibus. [2] Ep. 1. et. 2. [3] Tomo. 2. Act. Concilii. Ephesi c. 27. Ep. 4. inter Epis. S. Ignatii. [4] Cant. 7. 12. [5] Epistol. 1.

Digitized by Google

en las cuales persecuciones se mostraba sufrida, y muy gozosa, alegrándose de padecer algun desprecio por el nombre de su Hijo; y con este maravilloso ejemplo de paciencia, alentaba á los que eran perseguidos, para que tuviesen otra semejante.

Pero sentia grande afliccion en su alma, con las caidas de algunos flacos, porque mucho mejor que san Pablo podia decir [1]: Quién se escandaliza y yo no me abraso? y quién cae enfermo que yo no enferme [2]? Y el celo de la casa de Dios comia sus entrañas, como las de su Hijo, viendo los pecados de aquellos que la profanaban, mas todo esto la movia á orar con mayor fervor, y á procurar con mas cuidado la salvacion de las almas para gloria del que las crió y redimió. O Vírgen soberana, ya que no tuvísteis dolores en el parto de vuestro Hijo natural Cristo Jesus, ahora los padeceis en el parto del hijo adoptivo, que es el linaje humano: vestida estais del sol, coronada de estrellas, y con la luna debajo de los piés, y con todo eso clamais con dolor por parir este hijo, formando á Cristo dentro de su corazon. Clamad, Señora, por mí, y no ceseis de clamar, hasta que me engendreis en Cristo, de modo que viva él en mí, y yo en él, por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto. — Lo último que podemos considerar de la Vírgen nuestra Señora, para conocer la cumbre de santidad donde llegó, es el modo de obrar, no solamente, como dice el Sabio [3], excelente, sino excelentísimo, aumentando cada dia innumerables grados de excelencia; porque en cada obra echaba el resto de sus fuerzas espirituales, obrando con todo el afecto de corazon que le era posible [4], y como nuestro Señor paga de contado á los fervorosos, premiándoles luego, y dándoles todo el aumento de gracia y caridad que han merecido con la obra que hacen: de aquí es, que la Vírgen, con cada obra que hacia, redoblaba las fuerzas

[1] 2. Cor. 11 29. [2] Psal. 68. 10. [3] Eccles. 38. 23. [4] D. Th. 2. 2. q. 24. a. 2.

Digitized by Google

que tenia, y aumentaba al doble la caridad con que amaba, y así cuando volvia otra vez á ejercitar el amor, amaba con doblada intencion que antes; y de esta manera iba creciendo cada dia con un aumento incomprensible, porque la caridad, como dice santo Tomás[1], en esta vida no tiene término en el crecer, y el fuego de la Vírgen nunca decia basta.

De aquí es, que la Vírgen nuestra Señora eminentísimamente cumplia aquel precepto que dice[2]: Amarás á tu Señor Dios de todo tu corazon; con toda tu alma, con todo tu espíritu, y con todas tus fuerzas; porque todas las empleaba en amarle con cuanto caudal tenia, y con toda la continuacion que era posible en esta vida mortal, ayudándola los títulos que para amar á su Hijo tenia, como se ponderó en la cuarta parte[3]. De la misma manera cumplia excelentísimamente aquella peticion del *Pater noster*, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo; porque la cumplia en todas las cosas grandes y pequeñas, con tanto amor y tanta pureza de intencion, y con tanta diligencia y fervor, como la cumplen los ángeles del cielo, y aun con mucho mayor, sacando lo que es propio del estado de los bienaventurados. Tambien se esmeraba en dilatar cada dia mas su corazon, y ensancharle para recibir mayores dones de Dios, con la confianza grande que tenia en su bondad. De donde procedia, que como dice Isaías[4], cada dia mudaba su fortaleza, añadiendo nuevo aumento, cobraba nuevas plumas, y como águila volaba á la cumbre de la perfeccion[5]; corria sin trabajo, y andaba sin desfallecimiento; alegrábase como gigante, para correr su carrera con grande ligereza, hasta lo supremo de ella. O Vírgen gloriosísima, hija del Príncipe soberano[6], cuán hermosos son los pasos que dais con vuestros piés, calzados con virtudes tan divinas[7]! O cómo caminais

[1] 2. 2. q. 24. art. 7. [2] Prover. 30. 16. Deut. 6. 5. [3] En la Medit. 1. punto 8. [4] Isai 40. 31. [5] Psal. 18. 6. [6] Cant. 7. 1. [7] Cant. 6. 9.

Digitized by Google

prósperamente cada dia, como la mañana cuando sale, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como escuadrones de ejército muy concertado! Comenzais vuestras obras como la mañana [1], creciendo en la luz hasta el perfecto dia, proseguíslas como luna llena, llenándolas con la plenitud de la conformidad con la divina voluntad; perfeccionáislas como el sol con singular excelencia, alumbrando con ellas al mundo, y encendiéndole en amor del Criador: y finalmente, todas son como un ejército de virtudes muy concertado, terrible á los demonios, y favorable á los escogidos, cuya protectora sois: tomadme debajo de vuestra proteccion, para que con vuestro favor crezca cada dia de virtud en virtud, hasta que llegue á ver el Dios de los dioses en Sion [2], por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXIV.

DEL GLORIOSO TRÁNSITO DE NUESTRA SEÑORA.

PUNTO PRIMERO. — Lo primero se ha de considerar, los vivos y encendidos deseos que tenia la Vírgen, especialmente en los últimos años de su vida, de ir á ver á Dios, y estar junta con su Hijo: los cuales nacian no de tédio de la vida presente, ni de horror á los trabajos que padecia, sino de puro amor; el cual cuando es muy grande, suspira grandemente por la presencia de su amado, y no halla descanso sino en verle: y como era tan leida en las divinas Escrituras, de ellas sacaba las palabras de su afecto: unas veces hablando consigo misma diria con David [3]: Ay de mí, que se ha dilatado mucho mi peregrinacion, morado he mucho tiempo con los moradores de Cedar, muchos dias ha sido mi alma peregrina en esta vida.

Otras veces hablando con Dios diria [4]: Como el siervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á

[1] Prov. 4. 18. [2] Psal. 83. 8. [3] Psal. 119. 5. [4] Psal. 41. 23.

Digitized by Google

tí mi Dios: mi alma tiene sed de Dios, fuerte y vivo: cuándo tengo de ir á aparecer en la presencia de mi Dios? Saca, ya Señor, mi alma de la cárcel de este cuerpo, para confesar tu santo nombre, y mira que los justos están esperando á que me des la corona de justicia [1] que me tienes prometida. Otra vez hablando con los ángeles que la visitaban, les diria aquello de los Cantares [2]: Conjúroos moradores de la celestial Jerusalen, que si topareis á mi Amado, le digais como estoy enferma de amor: decidle que mi espíritu desfallece, y mi carne se debilita, con el deseo que tiene de verle, y gozar de él.

Pero tambien es de creer que algunas veces dentro del corazon de la Vírgen habria una santa contienda, como dice de sí san Pablo [3], entre el amor de Dios, y el amor del prójimo: porque el amor de Dios juzgaba por mejor ser desatado, y éstar con Cristo; mas el amor del prójimo decia que era necesario quedarse acá por hacerle bien: y como estaba tan resignada en la divina voluntad, con una excelentísima obediencia, diria lo que dijo despues san Martin [4]: Señor, si soy necesaria para tu pueblo, no rehuso el trabajo, hágase tu voluntad. O Vírgen inefable, que ni fuiste vencida del trabajo, ni lo serás de la muerte, ni temiste morir, ni reusaste vivir, queriendo solamente lo que quiere Dios. O si viviese yo de tal manera, que pudiere imitar tus fervorosos deseos con tu santa resignacion, deseando la muerte con alegría, y sufriendo esta vida con paciencia.

Finalmente, cuando la Vírgen sintió que le faltaban pocos dias de vida, comenzó con nuevo fervor á aparejarse para la partida, ejercitando actos de virtud mas esclarecidos, diciendo aquello de los Cantares [5]: Fortalecedme con flores, fortificadme con frutos, porque estoy enferma de amor: como si dijera, hablando con sus mismas potencias: La fuerza del amor me vá consumiendo

[1] Psal. 141. 8. [2] Cant. 5. 8. [3] Phil. 1. 23. [4] In ejus vita. [5] Cant. 2. 5.

Digitized by Google

la vida, producid nuevas flores y frutos celestiales: brotad meditaciones, afectos, y obras olorosas, que alivien mi enfermedad, y me dispongan al fin de ella. En estas tres cosas dichas tengo de imitar á la Vírgen, aparejándome para la muerte, con deseos encendidos de ver á Dios, con resignacion en su voluntad, y con obras mas perfectas, aumentando el fervor, cuando presumo está cerca la partida: porque no carece de falta ser tibio en desear ver á Dios, y alcanzar la bienaventuranza: y así se lee, que hay cierto modo de purgatorio en la otra vida, que llaman purgatorio del deseo [1], para castigar las tibiezas de los que no tuvieron deseos de ver á Dios.

Punto segundo. — Lo segundo se han de considerar, las cosas que precedieron á la muerte de nuestra Señora, ponderando primeramente, como Dios nuestro Señor, aunque preservó á la Vírgen de la culpa original, no quiso preservarla de la muerte del cuerpo, que fué su efecto, sino que pasase por ella [2], como todos los demás hombres, para que se viese cuán irrevocable era esta sentencia de la muerte. Y para que la Vírgen imitase en esto tambien á su Hijo, el cual murió para remediarnos con su muerte, y para que mereciese mucho, vencida esta natural repugnancia que tiene la carne á morir, pues, como dice san Pablo [3], no queremos ser despojados del cuerpo, sino recibir en él la vestidura de la gloria, y tambien para que diese á todos ejemplo raro de virtud en su muerte, y se compadeciese de los que mueren, como quien pasó por aquel trabajo, porque habia de ser nuestra abogada en la hora de la muerte. De donde sacaré títulos para suplicar á la Vírgen me socorra en aquella hora, alcanzándome aquel favor de los muchos que ella recibió entonces, diciéndole con mucho espíritu aquellas palabras del Ave Maria: Rogad por nosotros pecadores, ahora y en la

[1] Blos. refert. in monili spirituali, c. 13. [2] Heb. 9. 27. [3] 2. Cor. 5. 4.

Digitized by Google

hora de nuestra muerte. Y el otro himno que dice: Maria, Madre de gracia, Madre de misericordia, libradnos del enemigo, y recibidnos en la muerte.

Lo segundo consideraré, como llegado el tiempo determinado para el glorioso tránsito de la Vírgen, su Hijo la envió al arcángel san Gabriel, para que la diese la nueva de ello; vendria resplandeciente como cuando vino á anunciarla la encarnacion del Verbo divino; y es de creer que entraria con la misma salutacion diciéndola [1]: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres, por el fruto bendito de tu vientre Jesus. De su parte vengo á decirte, como ya es llegada la hora en que quiere llevarte consigo, y premiarte los servicios que le has hecho, y dar juntamente contento á todos los cortesanos del cielo que te están esperando con deseo de tenerte en su compañía. O qué sentimientos tan levantados tendria la Vírgen con tal nueva! Por una parte, llena de júbilos de alegría, diria con David [2]: Alegrado se ha mi espíritu por las cosas que me han dicho, porque tengo de ir á la casa del Señor. Y por otra parte, con grande resignacion repetiria tambien la respuesta que dió la otra vez al mismo ángel, diciéndole: Ves aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra. Estos dos afectos tengo de ponderar y guardar en mi corazon, para la hora en que me dieren la nueva de mi muerte, pues gusta Dios que la reciba con alegría y resignacion.

Lo tercero, consideraré como milagrosamente vinieron los apóstoles y muchos otros discípulos á estar presentes á la muerte de la Vírgen, mas para provecho de ellos, que para consuelo suyo, aunque se consoló mucho con su vista [3]. Todos lloraban su ausencia, y se encomendaban en sus oraciones; y ella consoló á todos, y los dió consejos muy saludables, y á imitacion de su Hijo,

[1] Niceph. lib. 2. cap. 21. [2] Psal. 121. 1. [3] Dionis. c. 3. de divinis nom. Damascen. Juven. Lipoman. ser. de Assump. Virgin.

Digitized by Google

oró por ellos, y echóles su bendicion con grande afecto, ofreciéndose á ser su abogada en el cielo. O Madre dulcísima, huérfanos quedamos en la tierra, si Vos os vais al cielo; pero si tenemos cierta vuestra ayuda desde el cielo, seguros vivirémos en la tierra. Subid en buena hora, pues con vuestra bendicion nos dejais prendas de que subirémos con Vos á gozar de vuestro Hijo, por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — Llegada ya la hora, bajó Cristo nuestro Señor del cielo por su Madre, cumpliendo con ella la palabra que habia dado á los apóstoles, cuando les dijo [1]: Si me fuere para aparejaros lugar en el cielo, yo volveré otra vez, y os llevaré conmigo. Y es cierto que trajo innumerable multitud de ángeles, para que se hallasen presentes á su muerte, echando de allí á todos los demonios, sin que se atreviesen á llegar á su posada. O qué palabras tan regaladas diria el Hijo á su Madre! no alcanza nuestro entendimiento á rastrearlas, sino es por las que están escritas en el libro de los Cantáres. Diríala con grande amor [2]: Levántate, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y vèn, porque ya es pasado el invierno, y han cesado las lluvias, y es llegado el fin de tus trabajos. Ven, ó Esposa mia, del Líbano, y de los demás montes altos y fértiles de virtudes en que has morado [3]; deja ese mundo miserable, que es cueva de leones y montes de tigres: ven, y serás coronada con la corona de justicia, que tan bien has merecido.

En viendo la Vírgen á su Hijo, y oyendo las palabras que la decia al corazon, es de creer que con la grande caridad que tenia, le pediria consolase á sus apóstoles y discípulos, derramando sobre ellos su copiosa bendicion. Y luego acordándose del modo como su Hijo espiró en la cruz, diria las mismas palabras que él dijo: O Padre mio, en cuanto á Dios, é Hijo mio en cuanto

[1] Joan. 14. 3. [2] Cant. 2. 10. [3] Cant. 4. 8.

Digitized by Google

hombre[1], en vuestras manos encomiendo mi espíritu, y en diciendo esto espiró. O cuán preciosa fué la muerte de esta Señora en los ojos de Dios, ante quien es preciosa la muerte de sus santos!

Lo primero, porque no murió tanto de enfermedad del cuerpo, como de enfermedad de amor, el cual la consumió las fuerzas corporales, y así pudo decir, que estaba enferma de amor[2]: *Et vulnerata charitate ego sum*, y llagada con la caridad, cuya llaga penetró su alma, y la sacó del cuerpo, para ver al mismo que ella llagó con la union de su encendida caridad.

Lo segundo por que murió sin dolor, contentándose su Hijo con los dolores que padeció cuando le vió morir en la cruz. Y porque fué tan grande la alegría que tenia su alma con la presencia de su Amado, que no sintió apartarse de su cuerpo, cumpliéndose en ella lo que dice la Sabiduría[3], que el tormento de la muerte no toca á los justos, porque sus almas están en las manos de Dios.

Lo tercero, porque todas sus obras, que eran muchas, y muy esclarecidas, se juntaron entonces, manifestándoselas Dios para que la acompañasen y llenasen de confianza y alegría[4]. Si son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras les siguen, cuánto mas bienaventurada seria la que murió en Cristo de puro amor de Cristo, con abundancia de obras tan esclarecidas que la acompañaban[5]? Si es bienaventurado el siervo á quien el Señor halla velando cuando viene á su casa, cuánto será mas bienaventurada esta Vírgen que nunca durmió sueño profundo, como las vírgenes locas[6], ni aun sueño ligero, como las prudentes, sino siempre estuvo en vela? Si el justo, como dice el Sabio[7], tiene grande esperanza en la hora de su muerte, cuánto mayor la tendria esta Reina de los jus-

[1] Psal. 30. 6. [2] Cant. 2. 5. [3] Sap. 3. 1. [4] Apoc. 14. 13. [5] Lucæ 12. 37. [6] Matth. 25. 5. [7] Prov. 34. 32.

Digitized by Google

tos? O si mi alma muriese la muerte de esta Señora, que por excelencia merece el nombre de justa [1], y mis postrimerías fuesen semejantes á las suyas! O Vírgen santísima, para que mi muerte sea en algo semejante á la vuestra, alcanzadme que viva llagado de amor, y tan lleno de buenas obras, que no me toque el tormento de la muerte. Justo es que me toque el tormento corporal de la muerte, pues es pena merecida por mi culpa, pero no me toque su tormento espiritual, afligiéndome con temor demasiado, con desconfianza, y desmayo de corazon.

Punto cuarto. — Despues que la Vírgen espiró, dieron sepultura á su bienaventurado cuerpo, con grande pompa del cielo y de la tierra; de modo que podemos decir de ella lo que dice Isaías [2] de Cristo, que su sepulcro fué glorioso, porque concurrieron á él la gente mas gloriosa de la tierra y los del cielo: es á saber, los apóstoles y muchos discípulos, los cuales iban cantando himnos y alabanzas á Dios y á su Madre, como el Espíritu santo se las ponia en el corazon y en la boca [3]: y tambien vinieron los coros angelicales que seguian el cuerpo, y estuvieron tres dias en el sepulcro con música celestial, honrando á la que era Reina suya, y estaba allí depositada.

Lo segundo, fué tambien glorioso, por los grandes milagros que hizo Dios á la presencia de este venerabilísimo cuerpo, porque aunque mientras vivió no hizo milagro, parte por humildad, parte por dejar esto á los apóstoles y predicadores del Evangelio, y parte porque su vida toda era un continuo milagro, muy mas glorioso que la vida del Bautista: pero en muriendo, quiso su Hijo honrarla con esclarecidos milagros como honra á otros santos. Y finalmente fué glorioso, porque puesto caso que los apóstoles y discípulos sintieron la muerte de la Vírgen tiernamente, pero es de creer, que

[1] Num. 23. 10. [2] Isai. 11. 10. [3] Ex Docto. sup. citat.

Digitized by Google

luego los daria nuestro Señor parte de la gloria de su Madre, llenando sus corazones de alegría espiritual, acordándose que tenian en el cielo á su Madre y abogada, que miraria por ellos. O Vírgen soberana, de la manera que puedo quiero acompañar vuestro cuerpo con mi espíritu, y entrarme entre los dos coros de apóstoles y de ángeles para cantar con ellos vuestras alabanzas. Justo era que pues vuestro cuerpo fué sepulcro gloriosísimo donde el Verbo eterno estuvo como sepultado nueve meses, ahora se le diese sepulcro muy glorioso donde estuviese depositado por tres dias. Y pues toda la vida se ocupó en alabar y glorificar al Criador, y dentro de tres dias ha de volver al mismo ejercicio para siempre, razon era que en estos tres dias los ángeles le sirviesen de lengua para glorificar por ellos al que siempre glorificó. Gracias os doy, Verbo eterno, por la honra que haceis á vuestra Madre, por la cual os suplico me deis tal muerte, que merezca en su compañía gozaros para siempre en la gloria. Amen.

MEDITACION XXXV.

DE LA ASUNCION DE LA VÍRGEN, CUANTO AL ALMA, SOBRE TODOS LOS COROS DE LOS ÁNGELES, DE SU GLORIA ESENCIAL, Y DE SU CORONACION.

PUNTO PRIMERO. — Lo primero se ha de considerar la gloriosa subida y entrada de la Vírgen en el cielo empíreo, porque en espirando, suelta ya su alma de las ataduras del cuerpo, en un instante voló al cielo y fué glorificada: pero meditando esto á nuestro modo, como si hubiera sucedido poco á poco. Primero, ponderaré los dulces abrazos que se darian Madre é Hijo en aquella primera salida, con un gozo inefable. Allí se cumplió lo que está escrito [1]. Su mano siniestra está debajo de mi cabeza, y con su mano derecha me abrazará, por-

[1] Cant. 2. 6.

Digitized by Google

que mientras vivió, la sustentaba con la contemplacion de los misterios y obras de su humanidad, significada por la mano izquierda: pero en muriendo, la abrazó y rodeó con la vista clara de su divinidad, figurada por la mano derecha. O qué gozosa estaria esta alma benditísima en aquel primer instante! Con qué afecto diria: Hallado he, al que ama mi alma: asirle he, y no le dejaré [1], hasta que me entre, y lleve consigo á la casa de mi madre la celestial Jerusalen. O Vírgen soberana, negociadme tal pureza de vida, y tal ardor de caridad, que en saliendo mi alma de su cuerpo, luego dé en los brazos de su Amado, y suba con él á la casa de mi Madre, donde Vos, Madre mia, morais gozosa con vuestro Hijo, por todos los siglos. Amen.

Lo segundo, se ha de ponderar la ilustre compañía de las tres jerarquías angelicales que iban con la Vírgen celebrando su asuncion, saludábanla, como dice san Atanasio [2], con varias salutaciones de grande gloria: y gozábanse de llevarla á su ciudad soberana: dábanle el parabien de las grandezas que Dios habia obrado en ella: y á una vóz entonaban todos la salutacion de san Gabriel, en que estaban sumadas sus grandezas: pero yo entregiriéndome con el espíritu en medio de estas jerarquías, alabaré á esta Señora, celebrando su triunfo, como los hebreos el de Judith. O Vírgen gloriosísima [3], tú eres gloria de Jerusalen, así de la militante, como de la triunfante. Tú eres alegría de Israel, así de los que ven á Dios por la contemplacion en esta vida, como de los que la ven clarámente en la otra. Tú eres honra de nuestro pueblo, porque obraste siempre varonilmente, y amaste la castidad, sin jamás conocer varon. Por esto serás bendita para siempre: y por tu causa serán benditos los que por tí fueren amparados.

Lo tercero, ponderaré como subia esta Señora, no llevada por manos de ángeles, como fué llevado Lázaro

[1] Cant. 3. 4. [2] Ser. de Asumpt. Virg. [3] Judith. 15. 10.

Digitized by Google

el mendigo al seno de Abrahan, sino por las manos de su mismo Hijo, y de sus mismos brazos, pagándole con esto los servicios y regalos que le hizo en su niñez, trayéndole en sus brazos.

De aquí procedió la grande admiracion de las jerarquías celestiales, cuando dijeron [1]. Quién es esta que sube del desierto, llena de deleites, arrimada á su Amado? Como si dijeran: Quién es esta que sube del erial del mundo seco y estéril, donde no hay otra cosa sino dolor y trabajo, y con todo eso sube rica, próspera y abundante, llena de deleites celestiales, estribando no en sí misma, ni en los ángeles, sino en su Amado?

De esta manera entró la Vírgen en el cielo empíreo con alegría inefable de todos los cortesanos celestiales, y de la santísima Trinidad, porque el Padre eterno se gozaba de tener consigo á su querida Hija: el Hijo, de tener consigo á su dulce Madre: y el Espíritu santo, de tener en su compañía á su amada Esposa. O qué recibimiento tan alegre! O qué besos de paz tan dulces! O qué abrazos tan amorosos! O qué coloquios tan tiernos pasarian entre tal Hija con tal Padre: y entre tal Madre con tal Hijo: y entre tal Esposa con tal Esposo; y entre las tres divinas Personas, sobre honrar á tal Princesa! Todo esto tengo de venerar con silencio y admiracion, porque es mas de lo que puedo pensar.

De lo dicho tengo de sacar un entrañable deseo de seguir con el espíritu á la Vírgen en esta jornada, comenzando desde luego á disponerme para ella. Lo primero, en desamparar con el corazon al mundo, imaginando que para mí es un desierto, y privándome de los deleites sensuales que hay en él para ser capaz de los espirituales. Lo segundo, en procurar subir cada dia, y aprovechar en virtud, no estribando en mis fuerzas, ni arrimándome á brazo de carne, sino al brazo de Dios poniendo en él mi confianza. Y lo tercero, en procurar

[1] Cant. 8. 5.

Digitized by Google

alegrarme siempre en Dios, y en las cosas de su servicio, de modo que abunde en sus gracias y dones, y sea como dice san Pablo [1], rico en Cristo, sin que me falte alguna gracia, esperando con gran fiducia el dia en que se me ha de manifestar su gloria.

PUNTO SEGUNDO. — Lo segundo, se ha de considerar, la gloria esencial del alma de la Vírgen nuestra Señora; porque si á todos los justos, dice Cristo nuestro Señor [2], se les dará medida buena, llena, apretada y colmada, qué medida daria á su Madre? Si con la medida que midiéremos hemos de ser medidos, quien nunca quiso tener medida limitada en amar y servir á Dios, qué medida casi sin medida recibirá del mismo Dios? La medida de la Vírgen en el servicio de su Hijo, siempre fué buena con todo género de bondad, sin mezcla de culpa: llena de todas gracias y virtudes, con plenitud de buenas obras, sin que le faltase ninguna de sus circunstancias: apretada con trabajos y mortificaciones; colmada y muy sobrada con la observancia de los consejos evangélicos, haciendo mucho mas de lo que tenia obligacion, y deseando siempre hacer mas, sin poner tasa ni medida á su deseo; pues si Dios premia á los justos con medida de gloria, mil veces mas excelente que sus servicios, cómo premiaria la medida tan excelente de su Madre? Solo el mismo Dios que se la dió, y la Vírgen que la recibió, pueden conocer la inmensidad de esta medida; á nosotros bástanos saber que la Vírgen quedó llena, harta y satisfecha, experimentando lo que está escrito [3]. *Satiabor cum apparuerit gloria tua.* Hartaréme cuando se me descubriere tu gloria. Diríala Dios nuestro Señor lo que dijo Holofernes á Judith [4]: Bebe, hártate, y descansa con alegría, porque has hallado gracia en mi presencia. Y responderia la Vírgen como Judith: Beberé, Señor, porque mi alma ha sido engrandecida en este dia, mas que en todos los demás

[1] 1. Cor. 1. 7. [2] Lucæ 6. 38. [3] Psal. 16. 15. [4] Judith 12. 17.

Digitized by Google

de su vida. Bebió la Vírgen, y quedó harta, porque su entendimiento quedó harto y satisfecho con la vista clara de Dios, trino y uno, bebiendo de aquel mar inmenso de su infinita sabiduría, con tanta abundancia, que los querubines que se llaman plenitud de ciencia, en su comparacion están como vacíos. Su voluntad quedó harta con el amor beatífico de Dios[1], entrando en la bodega de sus vinos, y bebiendo del vino de la caridad hasta embriagarse con tanto exceso de amor, que los serafines, que quiere decir encendidos, en su comparacion están como helados. Su espíritu todo quedó harto, con la posesion pacífica del bien infinito que habia deseado, engolfándose[2] en el mar de los gozos de su Señor, y bebiendo del rio impetuoso de sus deleites, con tanta plenitud, que en su comparacion los ángeles están como sedientos. Finalmente, entonces echó Dios el resto de su bondad y omnipotencia en hartar los de su Madre, con toda la hartura que convenia á una pura criatura, premiándola las veces que ella le habia dado á beber, no un cáliz de agua fria, sino la leche de sus pechos, hasta hartar. Entonces la puso él á los pechos de su divinidad, para que se hartase con la dulzura infinita de su leche. Entonces tambien la premió la bebida del cáliz amargo que por su causa recibió en la pasion, dándola á beber el cáliz dulcísimo de su gloria: con el cual, echó en olvido todas las amarguras pasadas, porque incomparablemente fueron mayores las dulzuras[3]: enjugó del todo sus lágrimas, desterrando para siempre el llanto y el dolor, y todas las miserias del hombre viejo, renovándola con las dotes gloriosas del hombre nuevo. O Vírgen gloriosísima, gózome de vuestra gloria y del gozo y hartura que teneis en esa mesa del cielo, donde estais sentada con vuestro Hijo, y á su lado[4], comiendo y bebiendo lo mismo que él come y bebe: mejor mereceis este asiento y esa hartura, que los

[1] Cant. 2. 4. [2] Isai. 66. 12. [3] Apoc. 21. 4. [4] Lucæ 22. 30.

Digitized by Google

apóstoles, pues permanecísteis con él en sus tentaciones, mas fielmente que todos ellos. Y pues la medida que se os dá es tan copiosa, acordaos de los hambrientos y sedientos que vivimos en la tierra, repartiendo con nosotros algunas migajas de ella.

De aquí tengo de sacar un propósito grande de imitar á la Vírgen en la medida con que sirvió á Dios, con las cuatro condiciones dichas, animándome á ello con la esperanza de la gloria, que Dios me dará mil veces mayor que mis obras, por lo que de su naturaleza merecian, por lo cual dijo san Pablo [1]: Que no igualan las pasiones de esta vida con la gloria que esperamos en la otra.

Punto tercero.—Lo tercero, se ha de considerar la coronacion de nuestra Señora, con las demás circunstancias de su gloria. Porque lo primero, la Vírgen sacratísima fué levantada sobre los nueve coros de ángeles, á gloria incomparablemente mayor que la de todos ellos, sentándola su Hijo á su mano derecha en un trono de grande majestad [2], con mayores muestras de amor que Salomon sentó en otro trono á su madre Bersabé. Allí se cumplió lo que está escrito [3]. Asistió la Reina á tu mano derecha vestida con un vestido de oro, y adornada con variedad; porque así como de Cristo nuestro Señor se dice estar á la diestra del Padre, en cuanto goza los mejores bienes de gracia y gloria que hay en el cielo, así la Vírgen está á la diestra de su Hijo, porque despues de él, tiene mas alto grado de gloria sobre todos los coros de los ángeles, y de los demás espíritus bienaventurados: porque cuanto es mas glorioso [4] el nombre de madre, que el nombre de criado, tanto es mas alto el trono de la Vírgen, que el de los demás. Gózome, ó Reina de los ángeles, de la alteza de vuestro trono, sea para bien ese asiento á la diestra de vuestro Hijo. O cuán bien os está esa vesti-

[1] Rom. 8. 18. [2] 3. Reg. 2. 19. [3] Psal. 44. 10. [4] Hebr. 1. 4.

Digitized by Google

dura de oro de caridad, bordada con tanta variedad de virtudes! Si el primer ángel que despues se perdió por su soberbia, estaba en el paraiso adornado con nueve géneros de piedras preciosas, esto es, con las perfecciones de los nueve coros angélicos [1], cuánto mas adornada estaréis Vos con todas las perfecciones de las piedras vivas [2] y preciosas de esa celestial Jerusalen? Mirad, ó Madre de misericordia, mi desnudez, y negociadme la vestidura de bodas que es la caridad, con la pedrería de las demás virtudes, para que sea digno de parecer en la presencia de mi Dios, y gozar de él en vuestra compañía. Amen.

Lo segundo, fué coronada de la santísima Trinidad con coronas preciosísimas. El Padre eterno la coronó con corona de potestad, concediéndola, despues de Cristo, poderío sobre todas las criaturas del cielo y de la tierra y del infierno, cumpliéndose tambien en ella, aquello del salmo [3]: Coronástele de honra y gloria, y constituístele sobre las obras de tus manos. El Hijo de Dios la coronó con corona de sabiduría, dándola conocimiento claro, no solamente de la divina Esencia, sino de todas las cosas criadas, y de todas las que pertenecen á su estado de Madre y abogada nuestra.

El Espíritu santo la coronó con corona de caridad, infundiéndola, no solamente el amor de Dios, sino el amor encendidísimo de los prójimos, con un celo ardentísimo de su bien y salvacion. O qué admiracion y pasmo tuvieron las tres jerarquías angélicas, cuando vieron á la Vírgen con tales coronas! Los serafines se admiraban del ardor de su caridad: los querubines, de la plenitud de su ciencia, y los tronos, de la abundancia de su paz: las dominaciones, de la grandeza de su potestad: las virtudes, de la excelencia de sus dones: y los demás ángeles, de la soberanía de su perfeccion y santidad. Gózate, ó alma mia, de esta corona de la

[1] Ezech 18. 13. [2] D. Greg. lib. 28. Moral. c. 18. [3] Psal. 8. 6.

Digitized by Google

Vírgen; alégrate que tienes Madre en el cielo de tanta potestad y grandeza, que puede con su intercesion remediar tus miserias; y de tanta sabiduría, que sabe muy bien todas tus necesidades, y entiende tus deseos y oraciones; y de tanta caridad y celo, que desea mas que tú el cumplimiento de ellas. O Madre dulcísima, coronada de vuestro Hijo con [1] misericordia, y abundancia de misericordias, suplicadle que me corone con ellas en esta vida, para que alcance la corona de la otra.

Demás de esto, la santísima Trinidad coronó á la Vírgen con las tres coronas de gloria accidental, que los teólogos llaman lauréolas, ó coronas de laurel, que nunca pierde su verdor: conviene á saber, lauréola de virginidad, de martirio y magisterio, porque esta Señora fué Vírgen de las vírgenes, fué mártir en la pasion de su Hijo, al modo que arriba se dijo [2]: y fué maestra de nuestra religion, enseñando los misterios de la fe á los mismos maestros de ella. O Reina soberana, cuán bien merecidas teneis estas coronas en el cielo, por los copiosos frutos que llevásteis en la tierra! Llevásteis fruto de treinta [3], como vírgen, y de sesenta como maestra, y de ciento como mártir: justo es que á tales trabajos respondan tan preciosas coronas: y para que yo sea digno de ellas, alcanzadme que lleve fruto muy copioso de santas obras.

Ultimamente, fué coronada esta Señora con la corona de doce estrellas [4], de que se hace mencion en el Apocalipsis, porque como concurrieron en ella las grandezas y virtudes de todas las órdenes de santos que hay en el cielo, así fué coronada con los premios de todos ellos, figurados por las doce estrellas. Resplandeció en ella sumamente con grandes ventajas, la fe y esperanza de los patriarcas; la luz y contemplacion de los profetas; la caridad y celo de los após-

[1] Psal. 102. 4. [2] En la Medit. 47. de la 4.ª parte. [3] Matth. 13. 23. [4] Apoc. 12. 1.

Digitized by Google

toles; la fortaleza y magnanimidad de los mártires; la paciencia y penitencia de los confesores; la sabiduría y discrecion de los doctores; la santidad y pureza de los sacerdotes; la soledad y oracion de los hermitaños; la pobreza y obediencia de los monjes; la caridad y limpieza de las vírgenes; la humildad y sufrimiento de las viudas, con la fidelidad y concordia de los santos casados; y por consiguiente recibió los premios y coronas de todos ellos, con exceso incomparable, porque á ella cuadra con gran propiedad lo que dice el Sabio [1]: Muchas hijas allegaron para sí riquezas, pero tú has excedido á todas, que es decir: Muchas almas allegaron grandes tesoros de merecimientos y virtudes, pero tú allegaste mucho mas que todas ellas. Levántate, pues, alma mia en el espíritu, y mira con los ojos de la fe, á esta Madre del verdadero rey Salomon, con la corona de gloria con que la coronó su Hijo en el dia de su entrada en el cielo, y en el dia de la alegría de su corazon. Contempla el inefable gozo de esta Reina soberana, y el afecto con que renovaria su antiguo cántico, diciendo [2]: Mi ánima engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador, porque miró la pequeñez de su sierva; desde hoy mas me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque ha obrado en mí grandes cosas el que es todopoderoso, y su santo nombre. O Vírgen gloriosísima; ya pueden todas las generaciones del cielo y de la tierra, llamaros á boca llena, bienaventurada, pues teneis en posesion lo que hasta aquí teniais en esperanza. Grandes cosas obró siempre en Vos el que es todopoderoso: pero el dia de hoy echó el sello á todas con la corona de gloria que os ha dado en premio de vuestra humilde pequeñez. Coronada estais de estrellas, porque los santos que os siguieron, son gloria y corona vuestra, y por vuestra intercesion y ayuda alcanzaron sus victo-

[1] Prov. 31. 29. [2] Lucæ 1. 46.

Digitized by Google

rias. Y así con mucha humildad arrojan sus coronas á vuestros piés, reconociendo, que por vuestro medio las ganaron. O Abogada piadosísima, y medianera poderosísima, socorredme con vuestra intercesion, para que yo tambien sea gozo y corona vuestra, peleando con tanto valor en esta vida, que por vuestro medio gane la victoria, y alcance la corona eterna de la gloria. Amen.

MEDITACION XXXVI.

DE LA ASUNCION DE LA VÍRGEN, CUANTO AL CUERPO, Y DEL LUGAR QUE TIENE EN EL CIELO.

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar la incorrupcion del cuerpo sacratísimo de la Vírgen, los tres dias que estuvo en el sepulcro, conservándole Dios con la misma entereza que tenia en vida [1]; porque así como esta Señora, aunque fué concebida por órden natural de los demás hombres, fué por especial privilegio preservada su alma de la corrupcion de la culpa, como en su lugar se dijo: así tambien aunque murió su muerte natural, como los demás hijos de Adan, por privilegio especial, fué preservado el cuerpo de la corrupcion, que fué pena de la culpa, de modo que no cayese en aquella maldicion que echó Dios al hombre, cuando le dijo [2]: Polvo eres, y en polvo te has de volver. Las causas de este privilegio fueron tres. La primera, en premio de su pureza virginal, la cual fué milagrosa, y nunca oida, con gran firmeza de voto, y con grande constancia por toda la vida; y así habia de ser premiada con premio milagroso y extraordinario, pero muy proporcionado, conservando la entereza de cuerpo tan puro, sin corrupcion por toda la eternidad. La segunda causa, fué en premio de la extraordinaria y milagrosa pureza y santidad de su alma, en la cual nunca hubo gusano de culpa que la mordiese, ni polvo

[1] 2. p. med. 3. [2] Genes. 3. 19.

Digitized by Google

de pecado que la manchase, ni resabio alguno del Adan terreno, y así era muy conveniente que los gusanos no tocasen á su cuerpo, ni se convirtiese en tierra ó polvo, á semejanza del cuerpo del Adan celestial, por cuya santidad dijo David [1]: No permitirás que tu santo vea corrupcion.

De aquí nace la tercera causa, porque así convenia á la honra de Cristo nuestro Señor, cuya carne era como una misma cosa con la carne de su purísima Madre, por haber sido tomada de ella; y como su carne nunca experimentó corrupcion, así, dice san Agustin [2], era razon que no la experimentase la carne de su Madre, en la cual estaba en cierto modo la de su Hijo. O Madre benditísima de Jesus, arca del nuevo Testamento, fabricada de madera Sétim incorruptible, chapeada de oro purísimo, para ser digna morada del que era propiciatorio de todo el mundo: gózome de la incorruptibilidad de vuestro cuerpo, y del oro purísimo de vuestras virtudes, con las cuales adornásteis vuestro espíritu. Alcanzadme, ó Vírgen soberana [3], aquella incorruptibilidad del espíritu quieto y modesto, que es rico delante de Dios, para que libre mi alma de la corrupcion de la culpa, sea tambien á su tiempo librado mi cuerpo de la corrupcion que merece por ella.

Punto segundo. — Lo segundo se ha de considerar, la resurreccion del cuerpo de la Vírgen, saliendo al tercer dia del sepulcro vivo y glorioso, por la virtud y omnipotencia de su Hijo, al cual le pareció poco favor conservar incorrupto el cuerpo de su Madre, hasta el dia de la resurreccion general; y así quiso anticiparla, resucitándola al tercer dia. La primera causa de este favor fué, porque como el Hijo de Dios amaba tanto á su Madre, quiso cumplir y llenar no solamente los deseos que su alma benditísima tuvo de ver á Dios, sino el deseo natural que tenia de reunirse con su cuerpo,

[1] Psal. 15. 10. [2] Ser. de Assumpt. [3] 1. Petr. 3. 4.

Digitized by Google

cual le tienen las almas de los demás bienaventurados, las cuales, como se dice en el Apocalipsis [1], claman con gran deseo por la resurreccion de sus cuerpos [2]; y pues el cuerpo y alma de la Vírgen siempre estuvieron muy unidos, y conformes en cumplir la voluntad de Dios, razon era que Dios los tornara luego á unir, para que con la misma conformidad siempre le alabasen. La segunda causa fué, para darnos esperanzas de nuestra resurreccion con la fe, de que no solamente resucitó Cristo, verdadero Dios y hombre, sino tambien su Madre, que era pura criatura, y con esto juntamente despertar en nosotros grandes deseos de ir á verla, pretendiendo y buscando, no las cosas de la tierra, sino las cosas del cielo, donde está Cristo, y su Madre sentada á su diestra. La tercera fué, para que con toda propiedad, desde luego hasta el dia del juicio, y para siempre se conservase en la Vírgen el nombre de Madre de Dios, porque este nombre propiamente no cuadra á sola el alma, sino al compuesto de cuerpo y alma. Y tambien para que en el cielo pudiese cumplidamente hacer por nosotros el oficio de madre y abogada, aplacando la indignacion de su Hijo, con mostrarle sus pechos, así como el Hijo, aplaca la ira del Padre, mostrándole sus llagas. Y así tuviese tambien en el cielo una ayudadora semejante á sí mismo en la gloria de alma y cuerpo, como la tuvo Adan en el paraiso.

Por estas y otras causas que se dijeron en el punto precedente, se determinó Dios de resucitar á la Vírgen, uniendo su alma con su cuerpo. O qué alegre estaria esta Señora con este nuevo beneficio, y cuán de veras renovaria en este tercer dia su acostumbrado cántico, diciendo: Engrandece, anima mia, al Señor, y mi espíritu se alegre en Dios mi Salvador, porque ha hecho en mí grandes cosas el que es todopoderoso, glorificando mi alma, y tambien mi cuerpo! O qué gozoso es-

[1] Apocal. 6. 10. [2] D. Greg. 2. Mor. c. 6.

Digitized by Google

taria aquel cuerpo sacratísimo, viéndose unido con aquella benditísima alma, y recibiendo por ella las cuatro dotes de gloria! Quedó mil veces mas resplandeciente que el sol, y hermosísimo, sin comparacion, mas que la luna llena: quedó inmortal, impasible, ligero, y todo espiritualizado, sin temor de hambre, ni de frio, ni de cansancio, ni de otra alguna miseria, porque todo esto se acabó, resucitando á nueva vida para nunca mas morir. Gracias, os doy, Verbo eterno, por este nuevo favor que habeis hecho á vuestra Madre, volviendo por su honra, y por la vuestra, pues la gloria de los hijos, es tener gloriosos padres. Gózome, ó Vírgen gloriosísima, de este nuevo privilegio que hoy os concede vuestro Hijo, cumpliendo el deseo de vuestra alma, glorificando vuestro cuerpo á semejanza del suyo: Abogad por mí en su presencia, mostrándole los pechos que le disteis, para que cumpla los deseos de mi alma, favoreciéndome para que le sirva en esta vida, y despues cumplidamente me glorifique en la otra. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar la asuncion del cuerpo glorificado de la Vírgen al cielo. Y aunque no sabemos el modo como esto pasó, pero podemos meditarlo á semejanza de la ascension de Cristo nuestro Señor, imaginando que la resurreccion de la Vírgen se hizo acá en la tierra, viniendo su alma á unirse con su cuerpo, como se ha de hacer en la resurreccion general el dia del juicio.

Estaban guardando el sepulcro millares de ángeles cantando músicas celestiales, como arriba se dijo; y desde allí darian voces á Cristo nuestro Señor, diciéndole aquello del salmo[1]: Levántate, Señor, á tu descanso, tú y el arca de tu santificacion, porque tu descanso será llevar contigo el arca donde estuvo depositado el tesoro infinito de la santidad.

Luego comenzó á subir esta soberana arca en bra-

[1] Psal. 131, 8.

Digitized by Google

zos de querubines y serafines, rompiendo por esos aires con júbilos de inefable gozo y alegría, penetró todos los cielos, hasta llegar al cielo empíreo. Recibióla con sumo regocijo su amado Hijo, poniéndola como Salomon en el *Sancta Sanctorum* [1], y en el lugar mas alto y levantado de aquel templo celestial [2]. Coronóla como al arca, con una corona de oro purísimo, rodeando todo su cuerpo de una claridad y hermosura inefable, que excedia á la misma claridad del cielo empíreo donde estaba. O qué claro estaria este cielo, renovado con tá luz de tal sol, y de tal luna, como Cristo y su Madre! O qué alegres estarian los ángeles con la gloria de tal Reina, por cuya intercesion esperaban que se repararian las sillas de este reino! O qué regocijados los demás bienaventurados con la gloria de tal Madre, por cuyo medio confiaban ver poblado el cielo de innumerables hombres! O qué contenta estaria esta humilde Madre, viéndose levantada desde lo mas bajo de la tierra, hasta lo mas alto del supremo cielo! Gózome, ó Madre santísima, de las dos estolas de gloria que os han dado, una para vuestra alma, como á los demás bienaventurados; y otra por especial privilegio desde luego para vuestro cuerpo. O cuán bien ha cumplido vuestro Hijo sus promesas [3], pues hoy os dá corona de gloria en lugar de la ceniza; óleo de alegría por el llanto, manto de alabanza por el espíritu de tristeza, y quiere que desde luego poseais en vuestra tierra los premios doblados con alegría sempiterna. Levantad, ó Madre santísima, mi espíritu al cielo, donde Vos estais sentada á la diestra de vuestro Hijo, pues donde está la madre, es razon que estén los hijos [4], y donde está el cuerpo, se han de congregar las águilas. O quién me diese alas de águila para volar á lo alto, y contemplar la gloria del cuerpo glorificado de la Vírgen! Levántate, ó alma mia, con grande gozo, subiendo sobre tí misma,

[1] 3. Reg. 8. 6. [2] Exod. 25. 11. [3] Isai. 61 3. et 7. [4] Matth. 24. 28.

Digitized by Google

y sobre todo lo criado. Olvídate de las cosas de la tierra, y suspira por las del cielo donde está tu Padre celestial, y tu gloriosa Madre: imita la humildad que tuvo en esta vida; para que seas con ella ensalzada en la otra. Amen.

MEDITACION XXXVII.

DE LA HERÓICA HUMILDAD DE LA VÍRGEN NUESTRA SEÑORA, POR LA CUAL FUÉ LEVANTADA SOBRE TODOS LOS COROS DE LOS ÁNGELES.

Aunque la Vírgen nuestra Señora se esmeró mucho en todas las virtudes, pero con particular excelencia se señaló en la humildad; á la cual podemos atribuir su exaltacion, siguiendo la regla que san Pablo pone de Cristo nuestro Señor, diciendo [1], qué es la causa porque subió tanto, sino porque bajó primero á las inferiores partes de la tierra? El que descendió, es el mismo que subió sobre todos los cielos para llenar todas las cosas. Esto mismo podemos decir de su Madre benditísima, la cual subió sobre todas las criaturas, porque se humilló mas que todas ellas: y la corona gloriosísima de doce estrellas que tiene en el cielo, se le dió por doce actos heróicos de humildad que ejercitó en la tierra, los cuales pondré en esta meditacion, recogiéndolos de todo lo que se ha dicho en las meditaciones de su vida, especialmente en la segunda parte: y porque hay humildad para con Dios, y humildad para con los demás hombres, y en ambas la Vírgen fué muy excelente, de todas dirémos en los tres puntos siguientes.

Punto primero.—Lo primero, se ha de considerar la heróica humildad que tuvo la Vírgen cerca de los dones que recibió de nuestro Señor, en los cuales se muestra esta virtud, ejercitando estos actos.

El primer acto es, encubrir estos dones con sumo si-

[1] Eph. 4. 9.

Digitized by Google

lencio, sin descubrirlos por palabras ni meneos, ó señales exteriores, por ningun respeto humano, ni por algun título aparente de glorificar á Dios, ó aprovechar al prójimo, sino es en los casos de necesidad, en que nuestro Señor quiere y ordena que se descubran, porque fuera de estos casos, quien manifiesta los dones que recibe en secreto, se pone á peligro, como dice san Gregorio [1], de que se los roben los ladrones de la vanagloria, soberbia y presuncion. Y por esto la humildad con gran fuerza dice aquello de Isaías [2]: *Secretum meum mihi, secretum meum mihi*, mi secreto para mí, mi secreto para mí: y repítelo dos veces, para significar las veras con que toma guardar este secreto, y gozar de él á sus solas.

Este acto ejercitó la Vírgen ocultando la revelacion del ángel, y el misterio de su preñez, sin descubrirle ni á su mismo esposo san José [3], á quien amaba tiernamente: por lo cual con mucha razon la llama su Amado [4], huerto cerrado, y fuente sellada, porque encerraba con silencio las gracias que recibia de Dios, sin hacer plaza de ellas, hasta que Dios las manifestaba.

De este acto se sigue el segundo, que es aborrecer sus alabanzas, y oirlas de mala gana, con encogimiento y afliccion, porque, como dice san Gregorio [5], el humilde, cuando es alabado de otros, ó no reconoce en sí el bien que oye, ó si le conoce, teme perderle con el vano complacimiento de su loa, ó porque quizá le premia Dios con este premio temporal, para excluirle del eterno.

Este acto, con modo mas levantado, ejercitó la Vírgen cuando el angel la saludó con palabras de tan grande loa, llamándola [6], llena de gracia, y bendita entre las mujeres, porque como humilde se turbó y encogió, pareciéndola, que tanta grandeza no cabia en su pequeñez, por la baja estima que de sí tenia.

[1] Hom. 11. in Evang. [2] Isai. 24. 16. [3] Matth. 1. 19. [4] Cant. 4. 12. [5] D. Greg. lib. 22. Moral. cap. 5. [6] Luc. 1. 28.

Digitized by Google

De aquí tambien nace el tercer acto de humildad, que es cuando Dios quiere que sus dones se descubran, ó él los descubre por alguna via, darle luego la gloria de todo, y alabarle y bendecirle, diciendo aquello de David[1]: No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu santo nombre sea la gloria, y con el mismo afecto desear, que todos los demás tambien dén la gloria á Dios por lo mismo, diciendo aquello de David[2]: Engrandeced conmigo al Señor, y alabemos todos juntos su santo nombre. Esto hizo la Vírgen cuando vió que nuestro Señor habia revelado á santa Isabel el misterio secreto de que era Madre de Dios, y cuando oyó las grandezas que de ella decia, porque al mismo punto dió la gloria de todo á solo Dios, diciendo[3]: Mi ánima engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador, porque se dignó de mirar la pequeñez de su sierva, por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones; con lo cual procuraba santa Isabel, que atribuyese aquella obra á solo Dios, y confesase con ella su propia pequeñez. O Vírgen gloriosísima, que como otro Job[4], nunca mirásteis al sol cuando resplandeció, ni la luna cuando estaba clara, porque nunca os pagásteis de la gloria y fama entre los hombres, dando á solo Dios la gloria de sus dones. Con mucha razon estais en el cielo vestida del verdadero Sol de justicia[5], y teneis debajo de vuestros piés la luna de este mundo[6], coronada con estrellas, resplandeciendo en las perpetuas eternidades. Alcanzadme, ó Madre benditísima tal grado de humildad, para que sea digno de tal modo de corona. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — Lo segundo se ha de considerar la heróica humildad que mostró la Vírgen en la sujecion á Dios nuestro Señor, y á los hombres por su amor, ponderando los actos en que esta humildad suele mostrarse.

[1] Psal. 113. 9. [2] Psal. 33. 4. [3] Luc. 1. 46. [4] Job. 31. 26. [5] Apoc. 12. 1. [6] Dan. 12. 3.

Digitized by Google

El cuarto acto en órden, es escoger, como dice David [1], el lugar mas despreciado en la casa de Dios, y cuanto es de su parte ponerse en el lugar postrero, aunque Dios le dé el primero [2]. Así lo hizo la Vírgen, cuando vió que Dios la queria poner en el lugar mas alto de su casa, despues de su Hijo, haciéndola Madre suya, porque como humilde, tomó para sí el postrero, cual suele ser el de las esclavas [3], llamándose esclava del Señor. Y por esta causa, correspondiendo á su deseo, la contó san Lucas en el postrer lugar despues de los apóstoles [4] y de las otras mujeres, entre las cuales estaba la que habia sido pública pecadora [5]. Y por esta causa tambien, como humilde, cuando entró en Belen, gustó de tomar para su morada el mas vil lugar del meson, que era el establo.

El quinto acto de humildad, es sujetarse y obedecer á todas las leyes y ordenaciones de Dios, y de sus ministros, aunque sean en cosas contrarias á su honra y reputacion, sin querer admitir privilegios ni exenciones, aunque tenga causa bastante para ellas: y aunque no esté obligado á ellas por precepto, gusta de obedecer como todos, por humillarse mas que todos, aun cuando pudiera excusar la humillacion, á imitacion de Cristo nuestro Señor, que se humilló á la ley de la circuncision, y se hizo obediente hasta la muerte de cruz. Esto cumplió la Vírgen puntualmente, guardando la ley de la purificacion, aunque no la obligaba, y aunque era con algun detrimento de su honor, por ser ley dada por las mujeres no limpias, que habian concebido por obra de varon, queriendo conformarse en esto con las demás mujeres que parian hijos, como si fuera una de ellas.

El sexto acto de humildad [6], es sujetarse y humillarse, no solamente á los mayores y á los iguales, sino

[1] Psal. 83. 11. [2] Luc. 14. 10. [3] Luc. 1. 38. 3. p. med. 10. [4] Actu. 1. 14. [5] D. Bern. Ser. in ill. signum magnum apparuit. [6] Phil. 2. 3.

Digitized by Google

tambien á los menores, dando á todos el primer lugar, y previniéndoles con los comedimientos y cortesías de honra, ganándoles en todo esto por la mano, conforme al consejo de san Pablo [1], que dice: por la humildad teneos por superiores unos de otros, y preveníos uno á otro en todo lo que fuere honra. Así lo hizo la Vírgen, cuando fué á visitar á santa Isabel, y la saludó primero [2], humillándose, como dice san Ambrosio [3], la mayor en dignidad, á la que era mucho menor, y ocupándose en servirla. Y lo mismo guardaba con todos, como maestra de humildad [4], sujetándose por Dios á toda humana criatura.

El séptimo acto es, servir á otros en oficios bajos y humildes, y ocuparse en ellos con gusto, como quien nació, no para ser servido, sino para servir, al modo que dijo Cristo nuestro Señor [5]: No vine para que otros me sirvan, sino para servir yo á todos, y dar mi vida por su redencion: lo cual cumplió exactamente, ocupándose en oficio de carpintero, y ganando de comer con este trabajo que hacia en servicio de otros, y sirviendo despues á sus discípulos, hasta lavarlos los piés, dándonos ejemplo para que cumplamos lo que despues dijo san Pablo [6]: Por la caridad del espíritu, servid unos á otros.

Esto mismo ejercitó la Vírgen, porque como pobre mujer de un pobre oficial, se ocupaba en todos los oficios humildes de su casa, y ayudaba á ganar su comida con el trabajo de sus manos, teniéndose tambien en esto por esclava, cuyo oficio es servir á los demás de su casa. Y así con mas humildad que Abigail diria [7]: Ves aquí á tu sierva, recíbeme como esclava, para lavar los piés de las esclavas de mi Señor.

Con este grado de humildad anda tambien junto otro su compañero, que es reusar, cuanto es de su parte,

[1] Rom. 12. 10. [2] Luc. 1. 40. [3] In Lucam, et ibi. Beda. [4] 1. Petr. 2. 13. [5] Matt. 20. 28. Marc. 10. 45. [6] Gal. 5. 13. [7] 1. Reg. 25. 41.

Digitized by Google

oficios y cargos honrosos, y ministerios que son muy estimados de los hombres, ó por juzgarse por inhábil, ó indigno de ellos, ó por huir la honra que traen consigo, ó por acomodarse á su estado humilde, viviendo contento con él. Esto guardó la Vírgen, la cual, como dice santo Tomás [1], no hizo en su vida milagro alguno, ni quiso predicar en público: y si enseñaba á los apóstoles y á otros fieles los misterios de la fe, era en secreto, dejando esta honra para los apóstoles y discípulos, acomodándose á la regla que despues dijo san Pablo [2]: No se ha de permitir que la mujer enseñe: antes es de creer, que en el templo, y en las juntas y sermones, estaba oyendo como las demás mujeres, y con grande humildad veneraba á los sacerdotes de Cristo, y recibia de ellos la comunion, teniéndose por indigna de tener tal potestad, ni deseando que su Hijo, por especial dispensacion se la comunicase. O Vírgen gloriosísima, muy bien empleado está en Vos el trono de gloria que teneis en el cielo, pues tanto os humillásteis en la tierra: justo es, se os dé allá el primer lugar, despues de vuestro Hijo, pues acá escogísteis el postrero: razon es que se os sujeten las jerarquías de los ángeles, pues Vos os sujetásteis como esclava á los mismos hombres. Y pues tan bien guardásteis los consejos de la humildad, ayudadme, para que á imitacion vuestra yo los guarde, humillándome en la tierra, para que Dios me ensalce en su cielo. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar la heróica humildad que mostró la Vírgen en las humillaciones de la pobreza, y en las injurias que vienen por mano agena; las cuales son piedras del toque en que se descubre la fineza de la humildad para con Dios, y para con los demás hombres; y comenzando por el mas fácil, el noveno acto en órden á la humildad, es gustar de ser pobre, y ejercitar todo lo que pertenece á la pobreza,

[1] 3. p. q. 27. art. 5. ad 7. [2] 1. ad Tim. 2. 12.

Digitized by Google

y á humillaciones que de ella proceden, porque puesto caso que la pobreza voluntaria no sea afrentosa entre cristianos, pero cuando no se sabe si el ejercicio de pobreza es de voluntad ó necesidad, causa desprecio entre los honbres; y así es rara humildad tratarse como pobre en todas las cosas, y dejarse tratar de otros como son tratados los pobres, haciendo esto, no de fuerza, sino de grado. Esta humildad ejercitó la Vírgen con grande gusto, en todas las ocasiones que se le ofrecieron. En Belen fué desechada de todos cuando les pidió posada: y así se recogió al refugio de los pobres en el invierno, que era el establo. En la purificacion no quiso ofrecer cordero, sino un par de tórtolas, ó palominos, como pobre. En Egipto, y despues de vuelta á Nazaret, siempre abrazó los desprecios de la pobreza, gustando que la tratasen como suelen ser tratadas las mujeres pobres como ella era. El décimo acto heróico de humildad, es llevar con paciencia y silencio las afrentas que le suceden contra su honra y buen crédito, no excusándose, ni volviendo por sí, ni quejándose de la sinrazon que se le hace, sino callando y aceptando su afrenta y humillacion con mucho gusto por amor de Dios, y en esto hay grados. El primero, es sufrir con paciencia las injurias y desprecios que nacen de nuestras culpas. El segundo y mayor, es sufrir estas injurias, sin tener culpa en ellas, callando, aunque nos levanten falsos testimonios. El tercero, muy mayor es sufrirlas, cuando nos suceden por ocasion de alguna buena obra, por la cual merecíamos gloria y alabanza. El cuarto, muy mayor es sufrir todo esto, no solo de enemigos ó extraños, sino de sus mismos hermanos, deudos ó amigos. Tal fué la humildad que tuvo Cristo nuestro Señor en las injurias y desprecios que padeció en esta vida, y la misma ejercitó su Madre santísima, cuando su esposo José vióla preñada, y sospechando que era adúltera la quiso dejar; pero ella sufrió y calló sin volver por

Digitized by Google

mo en su lugar ponderamos[1]. Y es de creer que no seria esta sola vez la que padeció la Vírgen tal modo de injurias, cabiéndole muchas veces parte de los falsos testimonios que levantaban á su Hijo, y cuando los deudos de Cristo le perseguian y querian atar como á furioso[2], tambien se volverian contra su Madre, porque veian que eran de parte de su Hijo: pero ella sufria y callaba[3], gozándose mejor que los apóstoles de padecer injurias por el nombre de Jesus.

El undécimo acto de humildad, que anda junto con el precedente, es llevar con serenidad y paz de corazon, las reprensiones y desvíos, las respuestas desabridas y secas: así las interiores que sentimos tratando con Dios cuando nos desconsuela, ó niega, ó dilata lo que le pedimos, como las exteriores que nos dan los superiores ó nuestros prójimos, aunque sean sin nuestra culpa, y de ellas se nos siga algun desprecio; porque en tales casos sufrir y no excusarse, ni quejarse, ni indignarse, es acto de heróica humildad: la cual agrada mucho á nuestro Señor, y por ella, como dice san Bernardo[4], le agradó la Esposa y la llamó hermosa, porque calló siendo ásperamente reprendida y amenazada, cuando la dijo: Si no te conoces, salte, y vete de mi casa.

Esta humildad ejercitó la Vírgen muchas veces en varias ocasiones, cuando su Hijo, siendo de doce años, dijo con aspereza á ella, y á san José: Para qué me buscabais? No sabiais que habia de estar ocupado en las cosas de mi Padre? Y en las bodas otra vez, con muestras de sequedad, y de negarla lo que pedia, la dijo: Mujer, qué tienes que ver conmigo? no es llegada mi hora: Y diciéndole otra vez algunos, que su Madre y hermanos estaban allí, y deseaban verle, respondió con gran desvío: Quién es mi madre y mis hermanos? El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi Madre y hermano. En todas estas ocasiones que tenian aparien-

[1] 2. p. med. 14. [2] Marc. 3. 21. [3] Actu. 5. 41. [4] Ser. 45. in Cant.

Digitized by Google

cia de reprension y despreció, conservó la Vírgen grande humildad y silencio, como ponderamos en su lugar[1]. Y á este talle tuvo otras muchas, con otras muchas personas, sufriéndolas todas con grande paz.

El duodécimo acto de humildad es, no huir las afrentas y desprecios de sus deudos, antes querer tener parte en ellas, hallándose presente á todas, como Job á quien, como él dijo[2], no atemorizó el desprecio de sus deudos: esto es, el verse despreciado de ellos, ó ver al ojo sus desprecios. Pero mas valerosamente ejercitó esto la Vírgen, hallándose presente á los desprecios y afrentas de su Hijo, poniéndose junto á la cruz, no desdeñándose de que todos supiesen que era Madre de aquel hombre justiciado y crucificado en medio de dos ladrones, y allí padeció muchas injurias, con hambre y deseo de padecerlas mucho mayores, como en su lugar se dijo[3].

Estos son los doce actos de humildad que resplandecieron en la Vírgen, cumpliendo con lo que dice el Espíritu santo[4]: Cuanto fueres mayor, tanto mas humíllate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios[5], y así la halló la Vírgen en esta vida, y despues fué coronada con la corona de doce estrellas resplandecientes, premiándola sus doce géneros de humillaciones, y levantándola á un trono altísimo de gloria, á donde con su Hijo, mas dignamente que los apóstoles[6], juzgue las doce tribus de Israel. Gózome, ó Vírgen santísima, de veros coronada por vuestro Hijo, con tantas coronas de justicia. Razon era, que quien vivió cercada de tales actos de humildad, fuese adornada con rayos de tanto resplandor; y que quien se sujetó por humillarse á todos los hombres, sea sentada en trono de majestad para juzgarlos á todos; y pues ahora estais en trono de gloria, no para ser juez sino abogada, supli-

[1] 2. p. med. 30. 3. p. med. 9. [2] Job. 31. 34. [3] En la medit. 50. de la 4. p. [4] Eccles. 3. 20. [5] Lucæ 1. 30. [6] Matth. 19. 28.

Digitized by Google

cad á vuestro Hijo me corone con misericordias en esta vida, para que alcance la corona de justicia en la otra. Amen.

MEDITACION XXXVIII.

DE LA DEVOCION CON NUESTRA SEÑORA, Y DE LOS BIENES QUE CON ELLA NOS VIENEN, Y DE LAS COSAS EN QUE SE HA DE MOSTRAR.

PUNTO PRIMERO. — Lo primero, se han de considerar las muchas razones que tenemos para amar y servir á la Vírgen nuestra Señora, con todas nuestras fuerzas, poniéndola en segundo lugar despues de su Hijo, ponderando en cada razon lo que puedo y debo hacer por ella.

La primera razon es, porque la santísima Trinidad ama á esta Señora mas que á todos los ángeles y santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos: y así es justo que yo la ame sobre todas las puras criaturas, conformando mi amor con el de Dios, y amando mas á la que por su mayor santidad merece ser mas amada. De donde sacaré varios afectos de gozo espiritual, y de complacencia en los bienes de la Vírgen, gozándome de que sea tan amada de Dios, y de que haya hallado gracias delante de él: gozándome, otro sí de su santidad, y de todas las virtudes que tiene, dando gracias á Dios, porque se las dió; y suplicando á la misma Vírgen me alcance parte de ellas, para que yo tambien sea amado de Dios, y halle gracia en su presencia.

La segunda razon es, por ser Madre del mismo Dios, y Madre de nuestro Salvador, el cual por el grande amor que la tiene, quiere que todos la amen y sirvan, como la grandeza de su dignidad merece, tomando por suyo cualquier servicio que se la hace; porque si dijo de los pobres [1]: Lo que hicisteis por uno de estos pe-

[1] Matth. 25. 40.

queñuelos, por mí lo hicísteis, cuánto mas dirá: lo que hicísteis en servicio de mi Madre, por mí lo hicísteis? Luego si amo de veras á Cristo, por lo mucho que le debo, tengo tambien de amar, no solamente á su eterno Padre, con quien es un mismo Dios, sino tambien á su Madre, con quien es un mismo espíritu por singular amor.

La tercera razon es, porque es Madre nuestra, y nos ama entrañablemente, y esto bastaba para que la amásemos, pagando amor con amor; pues es propio de hijos amar á sus madres, que con tal amor les aman. Por lo cual, así como el Discípulo amado de Cristo, en oyéndole decir aquella palabra que le dijo en la cruz [1]: Ves ahí á tu Madre, luego la tomó por suya, y la amó con especial amor. Tambien yo tengo de tomarla por mia, y amarla, y servirla con especial cuidado, teniendo por suma dicha tenerla por Madre [2].

La cuarta razon es, por los buenos oficios que hace continuamente por mí en el cielo, los cuales me obligan á amarla como á suprema bienhechora mia, despues de Dios. Porque lo primero, ora continuamente por nosotros, mucho mejor que Jeremías oraba por su pueblo, porque es nuestra abogada y medianera para con su Hijo. Lo segundo, es grandemente solícita de nuestro bien, de modo que no solamente oye las peticiones de sus devotos, sino antes que ellos la pidan algo, representa á Dios sus necesidades, como en las bodas de [3] Caná de Galilea pidió vino para los convidados, movida de sola compasion, como en su lugar ponderamos [4], y, como dijo san Agustin [5], *sicut omnibus sanctis est potior, ita pro nobis omnibus sanctis est sollicitior*. Como es mejor que todos los santos, así es mas solícita de nuestro bien que todos ellos.

Lo tercero, es grandemente poderosa para alcanzar

[1] Joan. 19. 27. [2] 2. Mach. 15. 14. [3] Joan. 2. 3. [4] 5. p. medit. 9. [5] Ser. 4. de Nativ.

Digitized by Google

remedio de nuestros males con presteza, por la cual dice san Anselmo [1], que algunas veces somos oidos mas presto, invocando el nombre de la Vírgen que invocando el nombre de su Hijo, no porque el Hijo no sea incomparablemente, mas poderoso y misericordioso que su Madre, sino porque como tambien es juez nuestro, algunas veces su justicia detiene á su misericordia, dilatando el oirnos por nuestros pecados; mas la Vírgen, como no es juez, sino abogada, acógese á sola la misericordia, y con sus oraciones aplaca á la divina Justicia, y hace que con preteza nos socorra.

De donde saca lo que dice el mismo Santo, que la devocion cordial con la Vírgen, es señal de la predestinacion, porque con gran solicitud procura esta Señora para sus devotos, como se dijo en la segunda parte, todos los medios de su predestinacion, hasta que alcanzan su fin, y los lleva consigo á la gloria. Además acude al remedio de todos nuestros peligros y necesidades, con tanta certeza y generalidad, que se atrevió á decir san Bernardo [2]: Vírgen bienaventurada, cese de alabar tu misericordia, quien se acordare que le has faltado en remediar su necesidad; como quien dice: todos han de alabar tus misericordias, porque todos los que acuden á tí, hallan remedio en sus necesidades.

Con todas estas razones bien consideradas, tengo de encender en mi alma el fuego de la devocion con la Vírgen nuestra Señora, suplicando á su Hijo me comunique este amor con su Madre, y la misma Madre que me le alcance [3]. O Madre amantísima, cuya morada especial no es en la casa de Esaú el aborrecido, sino en la casa de Jacob el amado, echando raices en los escogidos para el cielo: con todo mi corazon deseo amaros y serviros como á Madre, é imitar vuestras virtudes, como hijo: admitidme en esa casa de Jacob, donde

[1] Lib. de excel. Virg. c. 9. part. 2. medit. 3. [2] Serm. 4. de Nativ.
[3] Eccles. 24. 13.

Digitized by Google

morais; echad raices en mi corazon, para que cumpla mi deseo, ocupándome con gran solicitud en vuestro servicio.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar la devocion que el Espíritu santo ha inspirado á toda la Iglesia universal con la Vírgen nuestra Señora, señalando algunas cosas excelentes en que la muestra: las cuales tengo de ponderar para ejecutar la parte que pudiere, correspondiendo á la inspiracion y deseo del Espíritu santo.

Lo primero, lo muestra en adorarla y venerarla, con una adoracion menor que la que se dá á Dios, pero mayor que se dá á todos los demás santos; y por excelencia se llama hiperdulia; y en razon de esto la atribuye algunos renombres propios de solo Dios, por la grande excelencia con que se hallan en ella. Y así vemos que la llama Madre de misericordia, vida nuestra, dulzura y esperanza nuestra; llámala puerta del cielo, y pídela lo que es propio de Dios, como es desatar las cadenas á los culpados, dar lumbre á los ciegos, y quitar de nosotros todos los males, y mostrarnos á Jesus, fruto bendito de su vientre. Todo lo cual hace la Vírgen, alcanzándolo de nuestro Señor con sus oraciones: y con este afecto tengo de honrar á esta Señora, y usar las palabras de la Iglesia, con el espíritu y ternura que ella las dice:

Lo segundo, muestra esta devocion, en que por divina inspiracion dedica templos muchos, y muy suntuosos á honra de la Vírgen, con imágenes muy devotas, exhortando á visitarlas, confirmando nuestro Señor todo esto con innumerables milagros que hace por su respeto: y para este fin tambien instituye congregaciones y religiones, consagradas al servicio de la Vírgen, la cual las toma debajo de su amparo, haciéndolas extraordinarios favores, así en general como en especial; á los que con especialidad se dedican á servirla,

Digitized by Google

sin aceptar personas, porque cualquiera que la sirve, halla gracia y favor en sus ojos; y yo le hallaré si de veras me ofreciere á su servicio.

Lo tercero, muestra esta devocion en la frecuente memoria y recurso que tiene á ella en todos tiempos, señalando para esto muchas festividades al año, y casi cada mes una, y en algunos dos y tres, y cada semana dedica el sábado á su honra con particular oficio y misa: y para cada dia ha ordenado oficio propio de esta Señora, con indulgencias al que le rezare; y antes de comenzar el oficio mayor siempre se dice la salutacion del *Ave Maria*, y le acaba con alguna antífona de la Vírgen, y con sonido de campana nos avisa cada dia á boca de noche, que la saludemos con el *Ave Maria*, y en algunas partes se hace tres veces, al amanecer, y al medio dia, y al anochecer. Y finalmente, aprueba y exhorta el uso del rosario en honra suya, haciendo un salterio de ciento y cincuenta *Ave Marias*, que responde al salterio de los ciento y cincuenta salmos de David, con quince *Pater noster*, á cada diez *Ave Marias* el suyo, como quien para un poco en las quince gradas de este divino templo, y responden á los quince salmos del *Canticum graduum*, para glorificar con esta música á la que siempre subió por los grados de todas las virtudes. Y para quien no puede rezar tanto cada dia tambien aprueba la corona de sesenta y tres *Ave Marias*, en memoria de otros tantos años como vivió en esta vida, concediendo grandes indulgencias á los que rezaren estos rosarios, para provocarnos al ejercicio de ellos, acudiendo nuestro Señor á confirmar esta devocion con grandes milagros, por el amor que tiene á su Madre, y por el que desea que todos le tengamos. O dulcísimo Jesus, pues tanto deseais que honremos á vuestra Madre santísima, inspiradme con eficacia esta devocion, ayudándome á ejercitar con fervor las obras, que vuestra esposa la Iglesia para este fin ejercita.

Digitized by Google

MODO DE REZAR EL ROSARIO DE NUESTRA SEÑORA

CON ESPÍRITU Y DEVOCION, JUNTANDO CON ÉL ORACION MENTAL.

Entre las devociones de la Vírgen nuestra Señora, la mas celebrada es la que se apuntó del rosario: y porque la oracion vocal sube mucho de punto, cuando se junta con la mental, los devotos de la Vírgen han inventado varios modos de juntarlas cuando le rezan, de los cuales pondré los mas provechosos, para que cada uno escoja el que mas ayudare á su devocion, tomando una vez uno, y otra vez otro, por quitar el fastidio con esta santa variedad.

Antes de comenzar el rosario, se ha de hacer lo que dijimos en la introduccion de este libro, párrafo 5.°, levantando el corazon á Dios nuestro Señor, que está presente, y haciéndole una reverencia muy profunda, le suplicaré me ayude con su gracia para rezar este rosario, de modo que le agrade, ofreciéndole todas las palabras, pensamientos, afectos y deseos que tuviere, enderezándolos todos á gloria suya, y de la Vírgen nuestra Señora, en accion de gracias, por las mercedes que me ha hecho, y en satisfaccion de los pecados y descuidos que he tenido en su servicio, y para que me conceda las virtudes que me faltan, y lo demás de que tengo necesidad, para servirla con perfeccion. Y si el rosario se ha de ofrecer por otras necesidades de la Iglesia, ó de alguna persona particular viva ó difunta, aquí se ha de hacer este ofrecimiento, advirtiendo, que de cuatro fines á que puedo enderezar mi oracion, que son glorificacion y alabanza de Dios, por ser quien es, accion de gracias por sus beneficios, satisfaccion por mis pecados, é impetracion de virtudes. Cuando ofrezco el rosario por otro, aunque le doy la satisfaccion que me cabia, tambien puedo sin perjuicio suyo, ofrecerle por mí para los otros tres fines.

Digitized by Google

Hecho este ofrecimiento, rezaré diez *Ave Marías* y un *Pater noster*, con espacio y atencion, no contentándome con atender á la corteza de las palabras para no errar, sino tambien al sentido de ellas, ó á la persona á quien se enderezan, que es Dios nuestro Señor, ó á la Vírgen nuestra Señora, la cual aunque está en el cielo, me vé, oye y entiende mi corazon, y puedo hablar con ella, como si estuviera cerca de mí en la tierra. En habiendo rezado las dichas diez *Ave Marías*, haré una breve meditacion, por uno de los modos que se siguen.

Primer modo de rezar el rosario, meditando las palabras del Ave Maria. —El primer modo de rezar el rosario, ó la corona, es por el modo de orar, por palabras que declaramos en el párrafo 9.º de la introduccion de este libro, dividiendo la oracion del *Ave Maria*, en seis ó siete palabras principales, y á cada diez *Ave Marias* tomar por materia de meditacion, una de ellas, como se ponderaron en la segunda parte. En el primer diez, meditaré esta palabra [1]: *Dios te salve Maria*, ponderando las grandezas que se encierran en este dulcísimo nombre de Maria. En el segundo diez, meditaré la segunda palabra: *Llena de gracia*, ponderando la inmensidad de gracias y virtudes de que está llena esta Señora [2]. En el tercer diez, meditaré la tercera palabra: *El Señor es contigo*, en el cuarto la cuarta: *Bendita tú entre las mujeres*. En el quinto, la otra palabra: *Bendito es el fruto de tu vientre Jesus* [3]; ponderando las excelencias del nombre dulcísimo de Jesus, y las bendiciones celestiales que nos vienen por su medio. En el sexto diez, meditaré la sexta palabra [4]: *Santa Maria, Madre de Dios*, ponderando las grandezas que están encerradas en la eleccion de la Vírgen, para esta dignidad tan alta, los privilegios que por ella le concedieron. Y finalmente, meditaré lo que encierra la postrera palabra: *Ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte* [5]. Ponderando

[1] Par. 2. Medit. 4. [2] Ib. medit. 3. [3] Ib. medit. 21. [4] Ib. medit. 3. [5] Par. 3. medit. 5.

Digitized by Google

la eficacia de la oracion de la Vírgen, la necesidad que tengo de ella, especialmente en la hora de la muerte, mirando con qué afecto diré esta palabra cuando me vea en aquel trance, y decirla ahora con el mismo.

Con esta breve meditacion he de juntar varios afectos: unos con Dios nuestro Señor, y otros con la Vírgen, admirándome de las grandezas y virtudes que tiene, gozándome de que las tenga, glorificando y alabando á Dios porque se las dió, despertando en mí deseos de imitarla en ellas, y dándola siempre el parabien de todas, con esta palabra *Ave*, que se ha de repetir con cada una de las otras con grande afecto, diciendo: Dios te salve Maria benditísima, Dios te salve la llena de gracia, la llena de caridad, llena de humildad: Dios te salve la que tienes á Dios contigo, la que eres su Madre, y le tienes por Hijo etc.

Ultimamente, he de concluir con peticiones de las virtudes que he considerado en la Vírgen, ó de las cosas que me faltan, enderezándolas unas veces á Cristo nuestro Señor, por los merecimientos de su Madre; otras á la misma Madre, para que me las negocie, y alcance de su Hijo; otras á las demás personas de la santísima Trinidad, con los títulos y coloquios de que hicimos mencion en el párrafo 1°. de la introduccion de este libro.

De esta misma manera se puede tomar otras veces, por materia de meditacion, la oracion del *Pater noster*, meditando á cada diez *Ave Marias* una de sus siete peticiones, como se hallará en la meditacion 14 de la tercera parte. Y otras veces podré tambien meditar los diez versos del cántico de la Magnifica, en cada diez *Ave Marias* uno ó dos de ellos, con los varios sentimientos y afectos que se pusieron en la meditacion 12 de la segunda parte.

Segundo modo de rezar el rosario, meditando los quince misterios. —El segundo modo de rezar el rosario mas

Digitized by Google

ordinario, es tomando por materia de meditacion los quince misterios mas principales de Cristo nuestro Señor y de su Madre, meditando á cada diez *Ave Marias* un misterio, los cuales se dividen en tres órdenes. El primero es de los misterios gozosos, que fueron materia de grande gozo para la Vírgen, y son la anunciacion del ángel, la visitacion á santa Isabel, el nacimiento de Cristo nuestro Señor, su presentacion al templo, y cuando fué hallado entre los doctores, de los cuales se han hecho meditaciones en la segunda parte de este libro; y porque cada misterio abraza muchos puntos, y podria causar algun fastidio pensar siempre una misma cosa, puédese un dia meditar un punto, y otro dia otro, como allí se pusieron.

El segundo órden de misterios, se llama dolorosos, porque fueron muy penosos para Cristo nuestro Señor, y para su Madre, ó cuando estuvo presente á ellos, ó cuando los supo y los consideraba. Estos son la oracion del huerto, con la tristeza y sudor de sangre; los azotes en la coluna, la coronacion de espinas, el llevar la cruz á cuestas, y el estar crucificado en la cruz. De los cuales se han hecho muchas meditaciones en la cuarta parte.

El tercer órden es, de los misterios gloriosos, en que resplandeció la gloria de Cristo nuestro Señor, y de su Madre, conviene á saber: la resurreccion de Cristo, su ascension, y su asiento á la diestra del Padre: la venida del Espíritu santo: la asuncion de la Vírgen, y su gloriosa coronacion: de los cuales se han puesto meditaciones en esta quinta parte.

Presupuesto esto, en cada diez *Ave Marias* se han de hacer tres cosas. La primera es, pasar por la memoria el misterio, ó algun punto de él, meditando y ponderando brevemente las grandezas y excelencias de Cristo nuestro Señor y de su Madre, las cosas que allí hacen ó padecen; el gozo, ó el dolor, ó la gloria que re-

Digitized by Google

ciben; las heróicas virtudes que ejercitan, y los grandes bienes que de allí resultan para todos los hombres, y en particular para mí mismo, considerando las causas especiales que yo tengo para gozarme, ó dolerme, ó gloriarme de lo que en estos misterios se representa. En esta meditacion puedo detenerme mas ó menos tiempo, conforme á la devocion ó lugar que tuviere, procurando siempre pasar á la segunda cosa, que es mas principal; conviene á saber, mover la voluntad al ejercicio de los afectos gozosos ó dolorosos, á que el misterio provoca, haciendo amorosos coloquios con Cristo nuestro Señor, ó con su Madre, ó con la santísima Trinidad. Si el misterio es gozoso como el de la encarnacion, puedo ejercitar todos estos actos con pausa, y sentimiento interior. Gracias te doy, Padre eterno, por haber querido que tu Hijo se hiciese hombre por nosotros. Gózome de la infinita bondad y caridad y misericordia que en esta obra descubriste. O si todo el mundo te alabase y glorificase por ella! O Verbo divino, gracias te doy por haber escogido á la Vírgen santísima por tu Madre, queriendo hacerte niño en sus entrañas. O Vírgen santísima, gózome de que hayas sido escogida por Madre del mismo Dios, y del gozo grande que tuviste con la nueva que de esto te dió su glorioso Arcángel. Alégrome tambien, de la prudencia, castidad y humildad, y resignacion que en esta embajada descubriste. O si pudiese yo tener parte en tus gozos, ó imitar tus virtudes! Negocia, Madre mia, lo que deseo, para servirte fervorosamente con ello.

Y si el misterio fuese doloroso, he de ejercitar afectos de dolor, proporcionalmente á los dichos. Mirando al misterio del huerto, puedo decir: Gracias te doy, Padre eterno, por haber querido que tu Hijo unigénito padezca tales agonías por remedio de mis culpas. O Salvador mio, pésame de verte tan triste y afligido por mis pecados, sudando sangre para lavarme de ellos! O pe-

Digitized by Google

cados mios, que así afligís á mi mismo Dios! O quién nunca hubiera pecado, ni dado causa para tan gran tormento! Pésame, Dios mio, de haberte ofendido, y quisiera que mi pesar fuera como el tuyo, derramando copiosas lágrimas por mis culpas, pues tú derramas sangre por ellas. O Vírgen santísima, cuán grave fué vuestro dolor, cuando supísteis el que vuestro Hijo padeció en este huerto! O qué sentimiento tuvísteis de nuestras culpas, considerando el que vuestro Hijo tuvo de ellas! Pedidle me haga participante de estos dolores, pues siendo mia la culpa, es justo que pase por la pena.

A este modo se pueden hacer coloquios y afectos en los demás misterios, juntando con ellos la tercera cosa, que es representar á Cristo nuestro Señor y á su Madre, las necesidades y miserias que padezco, pidiéndoles remedio de ellas; alegándoles por título el gozo, ó el dolor que allí recibieron, haciendo propósitos muy eficaces de imitar alguna de las virtudes de la Vírgen, de que luego dirémos.

Y si alguno, por falta de tiempo, ó por otra causa, no quisiere detenerse en meditar sobre el misterio, bastará que dichas diez *Ave Marias*, por lo menos se acuerden de él, y haga un breve coloquio y peticion á nuestra Señora, diciéndola: Gózome, Vírgen soberana, del gozo que en este misterio recibísteis, por el cual os suplico me alcanceis perdon de mis pecados, y gracia para imitar vuestras virtudes. Y en los misterios dolorosos y gloriosos, diré proporcionalmente: Pésame, Vírgen soberana, del dolor que en este paso padecísteis, ó alégrome de la gloria y alegría que en este misterio recibísteis, por el cual os suplico, etc.

Acabada esta breve oracion mental, como está dicho, cerca de un misterio, he de proseguir la vocal, rezando otras diez *Ave Marias*. Y si por la mocion y sentimiento pasado se me fuere el corazon á lo mismo, bien puedo dejarle ir; porque semejantes afectos no son

Digitized by Google

contrarios á la atencion que ha de tener la oracion vocal, antes la perfeccionan en gran manera.

En rezando el rosario, examinaré brevemente el modo como le he rezado, doliéndome de las distracciones y sequedades, y de las demás faltas que hubiere tenido, y dando gracias á Dios por cualquier sentimiento que me hubiere dado, con deseo de rezarle otro dia con mayor fervor y devocion.

Ultimamente añado, que aunque reducimos á quince los misterios del rosario, podemos algunas veces, en lugar de los nombrados, tomar otros semejantes, que andan pareados con ellos. Con los gozosos podemos juntar alguna vez la concepcion de la Vírgen, su natividad y presentacion al templo, la circuncision del niño Jesus, la adoracion de los Magos, la huida y vuelta de Egipto. Con los dolorosos, se pueden juntar la prision, la bofetada en casa de Anás, los trabajos de la noche de la pasion en casa de Caifás, los desprécios de Herodes, el ser pospuesto á Barrabás. Y alguna vez se puede tomar por materia de meditacion las siete palabras que Cristo nuestro Señor dijo en la cruz, meditando una á cada diez Ave *Marias*, ponderando los sentimientos de la Vírgen, cuando las oyó decir, como se hallará en la cuarta parte de la meditacion 45.

Tercer modo de rezar el rosario, meditando las virtudes de nuestra Señora. — La principal cosa en que hemos de mostrar la devocion con la Vírgen nuestra Señora, es la imitacion de sus heróicas virtudes. Para lo cual ayudará mucho meditarlas en el ejercicio del rosario, en cada diez *Ave Marias* una virtud. En un diez, la humildad, en otro la pureza, en otro la obediencia ó paciencia ó caridad; y así las demás, poniendo los ojos en tres cosas. Lo primero, en los actos heróicos que la Vírgen ejerciló cerca de aquella virtud, al modo que los contamos de su humildad, en la meditacion 37, admirándome de su santidad, gozándome de ella, glo-

Digitized by Google

rificando á Dios porque se la dió, y alegrándome por el premio que por tal virtud le ha dado. Lo segundo, pondré los ojos en la falta que yo tengo de aquella virtud, y en las culpas y defectos contrarios en que caigo, doliéndome de ellos con grande confusion y humillacion, suplicando á esta Vírgen soberana me alcance perdon de lo pasado, y gracia para enmendarme en lo porvenir. Lo tercero, haré algunos propósitos, con las veras que pudiere, de imitar á la Vírgen en aquellos actos de virtud, señalando para ello alguna cosa particular, confiando en el favor de esta piadosa Madre, que podré cumplirlos.

Para este modo de meditacion ayudará saber las virtudes especiales de esta Señora, como se han tocado en las meditaciones precedentes [1], y en las de su presentacion y purificacion, á donde pusimos seis, como seis hojas blancas de la azucena, con seis varicas doradas de los afectos interiores que resplandecieron en ella, las cuales podemos meditar rezando su corona.

MEDITACION XXXIX.

DE LAS VIDAS DE LOS SANTOS, Y DE SUS DICHOSAS MUERTES Y PREMIOS.

Porque en el discurso de esta quinta parte, y de la tercera, se han puesto muchas meditaciones que pueden servir para las fiestas de los apóstoles, mártires, doctores, y vírgenes, y otros santos, solamente pondré aquí una de todos en general, la cual fácilmente se puede aplicar á cada uno en especial, meditando de uno lo que dijéremos de todos.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar la inmensa liberalidad de Dios con sus escogidos, en comunicarles innumerables dones de su gracia, para hacerlos santos, de los cuales hizo un breve catálogo san

[1] 2. p. med. 6. et 29.

Digitized by Google

Pablo, diciendo [1]: *Que á los que Dios predestinó, para que fuesen conformes con la imágen de su Hijo, á esos llamó, y á los que llamó, justificó, y á los que justificó, glorificó y engrandeció.*

Primeramente, Dios nuestro Señor por sola su bondad, y por los merecimientos de Jesucristo su Hijo, los predestinó y escogió para que fuesen santos [2], y limpios en su presencia, señalándolos para que fuesen vasos [3] de misericordia; en quien depositase y manifestase las riquezas de su gracia. En ejecucion de esta soberana eleccion, á su tiempo los crió, dejando otros innumerables en el abismo de la nada; luego los llamó eficazmente á su fe y religion cristiana, haciéndolos miembros de su Iglesia, por el bautismo, dejando perecer á otros muchos en el diluviode la infidelidad. Y cuando pecaron, tornó á llamarlos con eficacia, para que hiciesen penitencia, dejando á otros morir en su culpa.

Lo tercero, preservóles de grandes pecados, sacólos de graves peligros, favorecióles en terribles tentaciones, previnoles con muchas inspiraciones de dulzura, para que ejercitasen heróicas virtudes, y engrandecióles con muchos dones de su gracia, para que fuesen grandes en su presencia. Demás de esto, tuvo especial providencia con ellos, llamándoles al estado y oficio que mas les convenia para ser santos, ó sacerdocio, ó religion, ó prelacía, dando á cada uno bastantes ayudas para cumplir con sus obligaciones. Y finalmente trazó su modo de muerte, de manera que fuese paso para la gloria [4], porque es muy preciosa en los ojos del Señor la muerte de sus santos: en la cual se remata todo el discurso de su dichosa eleccion, para ser conformes con Cristo nuestro Señor en su gloria, como le fueron en su vida.

Todas estas consideraciones me han de ser motivos de varios afectos: unos con nuestro Señor, alabándole por las mercedes que hizo á los santos: otros con los mismos

[1] Ro. 8. 29. [2] Eph. 1. 4. [3] Ro. 9. 23. [4] Ps. 115. 15.

Digitized by Google

santos, gozándome de los bienes que Dios les comunicó: otros en órden á mí mismo, reconociendo las mercedes que en esta parte nuestro Señor me hubiere hecho, y dándole gracias por la voluntad que tiene de hacerme santo y limpio en sus ojos, suplicándole me ayude para que por mí no quede. O Santo de los santos, que dijiste á tu pueblo [1]: Sed santos, como yo lo soy, dame lo que me mandas, para que alcance lo que deseas. Y pues la santidad es tuya, previéneme con tu copiosa gracia, para que suba á muy altos grados de ella. Amen.

De estos cinco beneficios, que aquí se han contado, se dirá largamente en la sexta parte que se sigue.

Punto segundo.—Lo segundo se ha de considerar, cuán bien respondieron los santos á su vocacion, y cuán bien se aprovecharon de estas mercedes que recibieron en el discurso de su vida [2], ponderando las virtudes mas señaladas en que se ejercitaron, para llegar á tanta santidad.

Estas se pueden reducir brevemente á tres órdenes, en cumplimiento de lo que Cristo nuestro Señor dijo [3], *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame.*

Lo primero, se señalaron en la abnegacion y mortificacion de sí mismo, concibiendo un santo ódio de sí, de su carne, y amor propio. Los que fueron grandes pecadores, hicieron grandes penitencias, llorando sus pecados con gran contricion, y confesándolos tan humildemente, que algunos los dejaron escritos en sus cartas y libros para su perfecta humillacion. Y los que no hicieron culpas graves, para preservarse de ellas, afligian su carne con grandes asperezas, para tenerla rendida al espíritu, castigando cualquier culpa pequeña, como si fuera grande, mostrándose todo ser del bando de Cristo en crucificar su carne con sus vicios y concupiscencias [4],

[1] Lev. 11. 44. et 1. Petr. 1. 16. [2] En la medit. 7. de la 3. part. [3] Matth. 16. 24. [4] Gal. 5. 24.

Digitized by Google

mortificando las obras de la carne [1], con el fervor del espíritu. Y como Cristo crucificado recibió cuatro llagas en piés y manos, de que murió, y la quinta en el costado, para confirmar mas su muerte; así los santos crucificaron los deleites desordenados de los sentidos: las codicias desenfrenadas de los apetitos: los quereres torcidos de la voluntad propia, y los pensamientos desvariados de su imaginacion y propio juicio, y con estas cuatro cosas murieron al pecado [2]. Pero no contentos con esto, deseando asegurar mas esta dichosa muerte, mortificaron su amor natural en muchas cosas lícitas, por estar mas lejos de caer en las ilícitas. Renunciaron los padres, amigos, hacienda, honra y regalo que licitamente pudieran poseer: dejando muchas cosas, que sin culpa pudieran hacer, á fin de morir al mundo, y al amor propio, para vivir mas perfectamente á Cristo, y con esta generosa violencia que hicieron á sí mismos [3], arrebataron el reino de los cielos. O santos valerosos, que con vuestra mortificacion continua os [4] despojásteis del hombre viejo con todas sus obras, para vestiros del hombre nuevo con las suyas: suplicad á vuestro capitan Jesus, me ayude con su gracia para vencer mi naturaleza, alentándome á entrar por la puerta estrecha de la mortificacion de mi carne, para alcanzar la renovacion perfecta del espíritu.

Lo segundo, se señalaron los santos en llevar cada dia la cruz de Cristo nuestro Señor con grande fortaleza, paciencia y perseverancia. Mostrando la fortaleza en las batallas que tuvieron interiores y exteriores del demonio, y de sus ministros, de enemigos, y de amigos, con capa de piedad, las cuales iban enderezadas á quitarles la fe, ó castidad, ó la humildad y pobreza evangélica, ó la vocacion para religion, y en ellas pelearon valerosamente, padeciendo mucho por salir con la victoria [5]. Mostraron la paciencia invencible en los traba-

[1] Ro. 8. 13. [2] D. Gregor. 5. Moral. c. 8. [3] Matt. 11. 12. [4] Col. 3. 9. [5] En medit. 24. de la 3. parte.

Digitized by Google

jos que les sucedian, en las enfermedades, dolores y pobrezas, infamias, falsos testimonios, y otras muchas aflicciones semejantes: y aunque como hombres las sentian, pero con la divina gracia llegaron á gozarse en ellas, gloriándose de llevar la cruz de Cristo, y su preciosa mortificacion. Todos padecieron algun modo de martirio en el cuerpo, ó en el espíritu, por defensa de alguna virtud, y muriendo en esta cruz, entraron en la gloria [1]. Todos como piedras vivas fueron labrados con golpes de tribulaciones, y así fueron colocados en el edificio del cielo. Todos [2] pasaron por el fuego de las aflicciones, y salieron probados como el oro en el crisol [3]: porque la paciencia acabó en ellos su obra, y los hizo enteros y perfectos, sin quebrar, ni faltar en la lealtad que debian á Dios. Gracias os doy, fuertes soldados, por la fidelidad que tuvísteis en vuestras persecuciones, volviendo por la honra de Dios. Gózome de vuestra invencible paciencia por la cual alcanzásteis la corona. Ayudadme con vuestras oraciones, para que siguiendo vuestros ejemplos, tenga parte en vuestras victorias. Amen.

Lo tercero, se señalaron los santos en seguir perfectamente á Cristo nuestro Señor [4], de modo que la vida de Jesus se manifestaba en ellos, por estar de piés á cabeza vestidos de Jesucristo [5], y por la perfecta imitacion se pudieron llamar, *alter Christus*, otro Cristo en la humildad, castidad, y las demás virtudes, como arriba se dijo [6]. Esta perfecta imitacion alcanzaron con oracion y obediencia, porque fueron muy fervorosos en orar, teniendo frecuente recurso á Dios en todas sus cosas con gran confianza en la divina Providencia: y tambien fueron muy prestos y puntuales en obedecer á la divina voluntad, á sus preceptos y consejos; á las divinas inspiraciones, teniendo por sumo gozo negar su

[1] 1. Petr. 2. 5. [2] Sapient. 3. 6. [3] Jacob. 1. 4. [4] 2. Cor. 4. 11. [5] Ro. 13. 14. [6] En la intr. de la 2. p.

Digitized by Google

propia voluntad, por hacer la de Dios, señalándose cada uno en algo particular, por razon de lo cual, dice de él la Iglesia, aquello del Ecclesiástico [1]: No se halló otro semejante, que así guardase la ley del Altísimo. O altísimo Dios, que muestras la alteza de tu bondad en las virtudes que diste á los santos, para que fuesen conformes con la imágen de tu Hijo: muéstrala conmigo en hacerme semejante á ellos, para que imite al que ellos imitaron, y la vida de Jesus resplandezca en la mia, como resplandeció en la suya. Amen.

De estas consideraciones he tambien de sacar afectos de confusion, viendo lo poco que yo hago, y lo mal que respondo á mi vocacion, y á los beneficios de Dios, pues como dice nuestro Señor por Ezequiel [2], y declara san Gregorio, hemos de mirar los templos vivos de sus santos, para confundirnos de nuestros pecados, y hemos de medir y meditar la fábrica maravillosa de sus vidas, para avergonzarnos de las nuestras, reformarlas, segun ellas, esperando en la divina liberalidad que nos ayudará como los ayudó: y pues ellos, siendo hombres flacos, como yo, pudieron tanto en virtud de Dios, yo tambien podré lo mismo, pues no está abreviada la mano del Señor para conmigo [3].

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar cuán liberal ha sido nuestro Señor en honrar y premiar á los santos en esta vida, y en la otra, en varias maneras. Lo primero, antes de la muerte premió á muchos de ellos con raros consuelos espirituales, con gracia de contemplacion, con raptos y revelaciones muy regaladas, con espíritu de profecía, con don de hacer milagros, y otras gracias gratis datas. De tal manera, que huyendo ellos con humildad, de la honra, Dios con su liberalidad los honraba, obrando por ellos obras tan maravillosas que los hacian venerables á todos, y su heróica virtud ponia tanta admiracion, que se hacia res-

[1] Eccles. 44. 20. [2] Ezech. 43. 10. lib. 24. Moral. cap. 6. [3] Isai. 59. 1.

Digitized by Google

petar, cumpliendo el Señor lo que dijo[1], que honraria á los que le honrasen.

Tambien los premió en la misma muerte, concediendo á unos que muriesen como mártires, por la confesion gloriosa de su fe, y á otros con tal modo, que aunque fuese penoso á la carne, fuese muy dulce al espíritu, dándoles á gustar algo de lo que esperaban recibir en la gloria, y enviando ángeles que asistiesen á su tránsito, viniendo á veces el mismo Señor por ellos, cumpliendo lo que habia dicho[2]: Yo vendré por vosotros, y os llevaré conmigo, para que esteis donde yo estoy.

Demás de esto, despues de la muerte, los honra en su Iglesia militante, queriendo que su santidad sea publicada y alabada de todos, y que á honra suya se edifiquen muchos templos, pinten imágenes, y se celebren fiestas. Y que todos veneren sus huesos y cenizas, y los vestidos remendados que trajeron, las cadenas con que estuvieron presos, y las firmas de sus cartas, haciendo grandes milagros por estas cosas para honrarlos, y castigando los desacatos que se hacen contra ellos. Y los que estuvieran olvidados en el mundo, sino hubieran sido tan santos, como un san Francisco, ahora andan en bocas de todos; y los príncipes y monarcas se honran con sus nombres, y se amparan con sus reliquias, cumpliéndose lo que Dios prometió á su Iglesia, cuando dijo[3]: *Ponam te in superbiam sæculorum.* Te haré tan gloriosa, que la grandeza del mundo tenga por honra echarse á tus piés.

Lo cuarto, el dia del juicio los honrará con honra excelentísima, poniéndolos á su mano derecha con grande majestad á vista de todo el mundo, cumpliendo la palabra que dió á quien le confesase delante de los hombres[4], que le honraria delante de su Padre y de los ángeles.

Finalmente, en el cielo los premia y honra con tan-

[1] Reg. 2. 30. [2] Joan. 14. 13. [3] Isai. 60. 15. [4] Matth. 10. 32. Lucæ 12. 8.

Digitized by Google

ta grandeza, que solo Dios y ellos la pueden declarar. Estarán sentados junto á su trono en otros tronos muy resplandecientes, con vestiduras blancas de admirables virtudes, con coronas de oro sobre sus cabezas como reyes, con palmas en las manos como vencedores. Y el mismo Dios, como dice Isaías [1], será su corona y su gloria y alegría, empleándose en honrar, alegrar, y festejar á sus escogidos. Premiará cada una de sus virtudes con singular premio, y con medida tan llena, que rebose de contento. La fe, será premiada con la clara vista de la Divinidad. La esperanza, con la posesion eterna de todos los bienes que desearon. La caridad, con el amor beatífico que los une con su Dios. La humildad y paciencia, y las demás virtudes, con el rio de deleites que les embriaga, experimentando todos los premios que se prometen á las ocho bienaventuranzas, como en su lugar verémos [2]. O alma mia, qué haces? cómo no suspiras y trabajas por alcanzar la santidad, cuyo fin es tan soberano galardon [3]? Si deseas honras y grandezas, quién mas honrados que los amigos de Dios? Y qué principado excede al de sus santos [4]? Si es honrado aquel á quien quiere honrar el Rey del cielo, cómo no sigues la virtud, que es digna de tanta honra y premio? O Dios infinito [5] que eres glorioso y admirable en tus santos, gracias te doy por las maravillas que en ellos obraste, y por los admirables premios que les diste: y pues es gloria tuya que sean muchos, júntame en el número de ellos, para que te sirva con la pureza y santidad todos los dias de mi vida, y despues suba á gozar de tí en su compañía, por todos los siglos de los siglos. Amen.

[1] Isai. 28. 5. [2] 6. p. me. 52. [3] Psal. 138. 17. [4] Ester. 6. 6. [5] Psalm. 67. 36.

FIN DEL TOMO QUINTO.

BIBLIOTECA NACIONAL

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE DEL TOMO QUINTO.

QUINTA PARTE DE LAS MEDITACIONES,

que pertenecen á la vía unitiva: y contiene los misterios de Cristo nuestro Señor glorificado, hasta la venida del Espíritu santo, y publicacion del Evangelio.

Introduccion de la union con Dios, que es fin de la via unitiva. . . . . *pag* 1

Medit. 1.ª — Del glorioso descendimiento de Cristo nuestro Señor al limbo, para sacar de allí los justos, y de la gloria que les comunicó. 7

Medit. 2.ª — De la resurreccion de Cristo nuestro Señor. 17

Medit. 3.ª — De la aparicion de Cristo nuestro Señor á su Madre santísima, y como los ángeles manifestaron la resurreccion á las mujeres. 25

Medit. 4.ª — De la aparicion á la Magdalena. 31

Medit. 5.ª — De la aparicion á las demás mujeres con la Magdalena. 43

Medit. 6.ª — De la aparicion á san Pedro, y de lo que sucedió antes de ella. 47

Medit. 7.ª — De la aparicion á los discípulos que iban á Emaús. 51

Medit. 8.ª — De la aparicion á los apóstoles juntos, en el mismo dia de la resurreccion. 61

Digitized by Google

Medit. 9.ª — De como entonces les dió el Espíritu santo, y la potestad de perdonar pecados. 67
Medit. 10. — De la aparicion á los apóstoles presente santo Tomás. 73
Medit. 11. — De las causas porque Cristo nuestro Señor resucitó con las señales de las llagas de piés y manos, y costado. 78
Medit. 12. — De la aparicion á los siete discípulos en el mar de Tiberíades. 83
Medit. 13. — De como Cristo nuestro Señor, en esta aparicion hizo á san Pedro, pastor universal de su Iglesia, y le dió admirables documentos de perfeccion. . . 89
Medit. 14. — De la aparicion á los discípulos en el monte de Galilea, y de las cosas que les mandó, y promesas que les hizo. 96
Medit. 15. — De otra promesa que hizo Cristo nuestro Señor á sus discípulos, de estar con ellos hasta la fin del mundo. 101
Medit. 16. — De varias apariciones que hizo Cristo nuestro Señor á sus discípulos, los cuarenta dias que estuvo con ellos, y del modo como espiritualmente visita las almas figurado por ellas. 108
Medit 17. — De la aparicion de Cristo nuestro Señor á sus apóstoles el dia de la ascension. 115
Medit. 18. — De la ascension de Cristo nuestro Señor. . 121
Medit. 19. — De la entrada de Cristo nuestro Señor en el cielo empíreo, y de su asiento á la diestra del Padre. . 129
Medit. 20. — Del recogimiento y oracion que tuvieron los apóstoles despues de la ascension, hasta la venida del Espíritu santo. 135
Medit. 21. — De la eleccion de san Matías al apostolado, que se hizo en este tiempo. 142
Medit. 22.—del soberano beneficio que hizo Dios al mundo en darnos el Espíritu santo, y de los motivos y fines para que le dió. 148
Medit. 23. — Del modo como el Espíritu santo vino sobre los discípulos el dia de Pentecostés. 156
Medit. 24. — De las obras maravillosas que por medio de

Digitized by Google

los apóstoles hizo el Espíritu santo el dia de Pentecostés. 172
Medit. 25. — De la vida excelentísima que el Espíritu santo inspiró á los primitivos cristianos. 178
Medit. 26. — De la excelentísima perfeccion que el Espíritu santo comunica por medio de sus inspiraciones, y de las propiedades que tienen. 185
Medit. 27. — De los siete dones que el Espíritu santo dá á los justos para que se dejen guiar de sus inspiraciones, y alcancen grande santidad. 193
Medit. 28. — De la plenitud de Espíritu santo que se dió á san Estéban, y como Cristo nuestro Señor se le apareció en el martirio. 202
Medit 29. — De la aparicion de Cristo nuestro Señor á Saulo, y de su maravillosa conversion. 212
Medit. 30. — De lo que sucedió á Saulo en los tres dias despues de esta aparicion, y de la plenitud del Espíritu santo que se le dió. 225
Medit. 31. — De la vida y heróicas virtudes del apóstol san Pablo despues de su conversion: y en ella se pone una suma de la perfeccion evangélica. 236
Medit. 32. — De la vocacion de Cornelio centurion; y de la revelacion que tuvo san Pedro sobre la conversion de los gentiles, y como el Espíritu santo vino sobre ellos. 254
Medit. 33. — De los ejercicios admirables de virtud, en que se ocupó la Vírgen nuestra Señora, despues de la venida del Espíritu santo. 263
Medit. 34. — Del glorioso tránsito de la Vírgen nuestra Señora. 274
Medit. 35. — De la asuncion de la Vírgen, cuanto al alma, sobre todos los coros de los ángeles; de su gloria esencial, y de su coronacion. 281
Medit. 36. — De la asuncion de la Vírgen cuanto al cuerpo, y del lugar que tiene en el cielo empíreo. 290
Medit. 37. — De la heróica humildad de la Vírgen nuestra Señora, por la cual fué levantada sobre todos los coros de los ángeles. 295
Medit. 38. — De la devocion de nuestra Señora, y de los

Digitized by Google

bienes que con ella nos vienen, y de las cosas en que se ha de mostrar. 304
Varios modos de rezar el rosario de nuestra Señora con espíritu. 309
Medit. 39. — De las vidas de los santos, y de sus dichosas muertes y premios. 316

FIN DEL ÍNDICE.

Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001133258

BC Biblioteca de Catalunya
Adq. C-Tus
CB. 1001133258
Top. Tus-8 9204
Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura
BC 27
Digitized by Google

This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Digitized by Google

Digitized by Google

MEDITACIONES

ESPIRITUALES.

Digitized by Google

Barcelona: Imprenta de Vicente Magriñá, calle de *S. Silvestre*, 4.

Digitized by Google

MEDITACIONES ESPIRITUALES

DEL VENERABLE PADRE

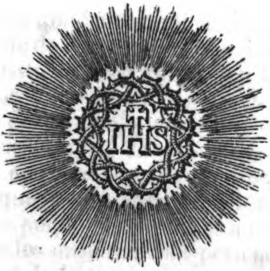
LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

CON LICENCIA Y PRÉVIA REVISION DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

TOMO VI.

MEDITACIONES PARA UNIRSE EL ALMA CON DIOS.



BARCELONA.
LIBRERÍA DE JAIME SUBIRANA,
PLAZA DE S. JAIME.

1856.

BIBLIOTECA DE CATALUNYA

Digitized by Google

Digitized by Google

SEXTA PARTE

DE

LAS MEDITACIONES.

DE LOS MISTERIOS DE LA DIVINIDAD, TRINIDAD, Y PERFECCIONES DE DIOS: Y DE LOS BENEFICIOS NATURALES Y SOBRENATURALES QUE DE ÉL PROCEDEN.

INTRODUCCION.

DE LOS FERVOROSOS AFECTOS DE AMOR Y AGRADECIMIENTO.

Las meditaciones que hasta aquí se han puesto, han sido principalmente de los misterios que pertenecen á la humanidad de Cristo nuestro Señor y á las obras que obró en ella, y por ella, antes y despues de su resurreccion, aunque con ellas han ido mezcladas otras muchas de algunos misterios propios de la divinidad, por la trabazon que tienen entre sí, en cuanto proceden de una misma persona, que juntamente es hombre y Dios. Las meditaciones que pondrémos de aquí adelante, serán principalmente de los misterios que pertenecen á la divinidad y trinidad de Dios, y á las obras que de él proceden en beneficio de los hombres, con las cuales, por razon de la misma trabazon, tambien irán mezcladas otras de algunos misterios que tocan á la humanidad. Y aunque estos, cómo dice santo Tomás [1], son mas pro-

[1] 2. 2. q. 22. art. 3. maximè ad 2. et q. 180. art. 4.

Digitized by Google

porcionados á nuestra flaca naturaleza, pero los de la divinidad son de suyo mas excelentes, en los cuales principalmente se apacientan los ángeles y espíritus bienaventurados, y los varones perfectos que viviendo con el cuerpo en la tierra, tienen su conversacion con el espíritu en el cielo, y por la continua meditacion y contemplacion de las cosas celestiales, aumentan y perfeccionan el encendido amor de Dios, y la perfecta union, que es fin de la via unitiva, al modo que se dijo en la Introduccion de la quinta parte. Esto declaró maravillosamente san Basilio, respondiendo á una pregunta que le hicieron sus monges, para saber con que aficion se habia de servir á Dios, y esta aficion en que consistia, á los cuales respondió estas palabras [1]: *La buena aficion del alma es un deseo de agradar á Dios, vehemente, insaciable, estable y constante, el cual se vá ganando con la contemplacion vigilante y continua de la grandeza de la gloria de Dios, y con la memoria agradable y frecuente de los beneficios que de él hemos recibido; de las cuales cosas se engendra en el alma el cumplimiento de aquello que está escrito [2]: Amarás á Dios de todo tu corazon, con toda tu fortaleza, y con todo tu espíritu, como lo hacia aquel profeta que dijo [3]: Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí mi Dios.* Y el Apóstol que decia [4]: *Quién nos apartará de la caridad de Cristo? La tribulacion, ó la augustia, ó la persecucion, ó la desnudez, ó el peligro, ó el cuchillo?* Lo dicho es de san Basilio, en las cuales palabras brevemente nos enseña este santo Doctor el fin principal de la vida contemplativa en su grado supremo, y los principales medios que hay para alcanzarla, y el fruto que de ellos se saca: y de camino declaró tambien la perfeccion con que se han de ejercitar todas las obras de la vida activa, juntando con ellas la devocion interior, y el fervor del espíritu, el cual consiste en tener grande aficion á las

[1] In Reg. Brevior Reg. 157. [2] Matth. 22. 37. [3] Psalm. 41. 2. [4] Ro. 8. 35.

Digitized by Google

cosas del divino servicio, con deseo de agradar en ellas, no al mundo ni á la carne, ni á nosotros mismos, sino á solo Dios, por ser quien es, acompañando nuestro deseo con estas cuatro condiciones. La primera, que no sea tibio, ni flojo, cual es el de los perezosos, que para en solo deseo, y se le convierte, como dice el Espíritu santo [1], en tormento y muerte, sino que sea vehemente, fuerte y eficaz, cual es el de los fervorosos, que para en obras, haciéndolas con entereza y exaccion. La segunda es, que sea insaciable: esto es, que no se contenta con lo poco que hace, ó padece, aunque sea todo lo que puede, sino que se extienda el deseo á mucho mas; y que no solamente no tenga tédio, ni fastidio de las buenas obras, sino que tenga tal hambre, que nunca se vea harto de ellas, de modo que su deseo sea como el fuego [2], que nunca dice basta. La tercera es, que sea estable: esto es, que no sea mudable, salpicando de una cosa en otra, como el perezoso que todo se le vá en decir, quiero y no quiero, y con liviandad prueba varios ejercicios de virtud, dejando unos por enfado, y tomando luego otros diversos, sin tener firmeza ni estabilidad en lo bueno que comienza, la cual estabilidad, es muy necesaria para llegar á la cumbre de la perfeccion que se pretende. La cuarta es, que sea constante y perseverante hasta la muerte, sin que se pierda, ni afloje, ó entibie por tentaciones, ni persecuciones, haciendo rostro á todas con grande valor y pecho, de la manera que el ciervo [3] muy sediento con grande vehemencia corre buscando alguna fuente de agua en que hartar su sed, y no descansa, rompiendo por breñas y riscos, hasta topar con ella. Todas estas propiedades tuvo el deseo con que Cristo nuestro Señor cumplió la voluntad de su Padre para nuestro remedio, como consta por lo que se ha dicho en la tercera y cuarta parte; y esta sola consideracion bastará para despertar en nos-

[1] Prov. 21. 25. [2] Prov. 30. 16. [3] Psal. 41. 2.

Digitized by Google

otros semejante afecto, pues es razon que el discípulo imite á su Maestro, y es muy justo que yo me ocupe en su servicio con el afecto que él se ocupó en mi provecho.

Pero dejando esta consideracion de que ya se ha dicho mucho, el glorioso san Basilio pone aquí otras dos que hacen á nuestro propósito; por las cuales se vá ganando este afecto con las propiedades referidas. La primera, es la contemplacion de las grandezas de Dios, de sus excelencias y perfecciones, por las cuales es digno de ser amado, alabado, servido y obedecido, con infinito afecto, si fuera posible, pero ya que no lo es, todas, y cada una de ellas nos mueven y obligan á procurar un afecto el mas vehemente, insaciable, constante, y perseverante que pudiéremos; pues, como dice el Eclesiástico [1], por mucho que hagamos, quedarémos cortos en darle lo que merece.

La segunda, es la contemplacion de los innumerables beneficios que recibimos de su mano, los cuales nos dá con un amor vehemente, insaciable y perseverante, que no se cansa de hacernos bien, ni se harta de darnos sus dones, ni cesará, cuanto es de su parte, de darlos por toda su eternidad, con lo cual nos obliga á que á ley de agradecidos deseemos pagar sus infinitos beneficios con infinitos servicios, si nos fueran posibles, pues todo es poco para pagarle lo mucho que le debemos.

De aquí infiere este santo Doctor, que con estas consideraciones se vá engendrando en el alma la perfeccion del amor con que Dios quiere ser amado, cuando nos dice [2]: que le amemos con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, espíritu y fortaleza, y con todas nuestras fuerzas; de suerte, que todas nuestras potencias interiores y exteriores, y todos los sentidos y miembros de nuestro cuerpo, del modo que pueden se ocupen en

[1] Eccles. 45. 32. [2] Deut. 6. 5. Matth. 22. 37. Lucæ 10. 27.

Digitized by Google

amar á Dios[1], ayudando á la obra del amor con insaciable vehemencia y perseverancia; porque la memoria y el entendimiento aman cuando solamente se acuerdan, y piensan, y ponderan las cosas que provocan al amor. La imaginativa y los apetitos del alma, tambien aman cuando brotan imaginaciones y afectos que despiertan, y avivan el amor. Los sentidos aman, cuando los ojos, oidos, lengua y gusto, solamente gustan de ver, oir, y hablar de cosas que van ordenadas al amor; y todos los miembros corporales aman, cuando todos sirven á las obras de amor de Dios. Y finalmente, todas nuestras fuerzas aman, cuando todas se emplean en amar á Dios con la intencion que pueden, y en atropellar las dificultades que se lo estorban, y en resistir á las tentaciones que las divierten, para que la caridad esté tan arraigada en el alma, que ninguna cosa criada pueda apartarla de ella[2]: ni los rios, ni las muchas aguas de las tribulaciones sean poderosas para amortiguar sus llamas, antes crezcan, y suban tan alto, que nos muevan á imitar las heróicas y ejemplares virtudes de la Divinidad, de las cuales harémos mencion en la meditacion 6ª, al modo que Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre las imitó, pues con mucha razon puede decir: imitadme á mí, como yo imito á mi Padre. Todo esto abraza la vida unitiva, y el fin de estas meditaciones. Porque aunque es verdad que un amor y afecto tan perfecto, como se ha dicho, es dádiva graciosa del Espíritu-santo, el cual sin muchedumbre de discursos, suele entrar á algunos de sus escogidos[3] en la bodega de sus vinos, y embriagarlos con el vino fervorosísimo de amor, y regalarlos con el conocimiento experimental de su inmensa caridad; pero de nuestra parte, con su ayuda, nos acercamos á esta bodega, volando con las dos alas de estas dos

[1] D. Th. 2. 2. q. 44. art. 4. et. 5. [2] Eph. 3. 17. Ro. 8. 3. Cant. 8. 7. [3] Cant. 2. 4.

Digitized by Google

suertes de meditaciones, cerca de las perfecciones de Dios y sus beneficios, las cuales van entretejidas unas con otras, por la trabazon que tienen entre sí, y á causa de que en esta vida no podemos conocer bien las grandezas de Dios, sino es por sus obras, y por los beneficios y dones que de él proceden; y como en estos dones resplandecen juntamente muchos atributos, así tambien en la meditacion del uno se habrán de mezclar algunas cosas que pertenecen al otro.

Modo de meditar los beneficios divinos con afectos de agradecimiento. — Resta que declaremos el modo de meditar los beneficios divinos, en las cuales principalmente se han de considerar cinco cosas para conocer su infinidad, y agradecerlos como conviene. La primera, es la infinita grandeza del Bienhechor, que es Dios, discurriendo por sus excelencias y perfecciones, al modo que se irán meditando. De donde se sigue, que cualquier don, por pequeño que parezca, es de grande estima, por ser infinitamente grande el que le dá. Y así decia David [1]: Ensalzaréte Dios mio, y Rey mio, y bendeciré tu nombre por todos los siglos, y cada dia te alabaré, porque es grande el Señor, y su grandeza no tiene fin.

La segunda, es la infinita grandeza del amor con que hace el beneficio, el cual por esta causa es de grande estima, porque dando con amor, con el don se dá á sí mismo, y se entra en la cosa amada; y de tal manera dá cualquier cosa, aunque sea pequeña, que está deseoso de dar otras muy grandes, como dice á David por boca de Natan profeta [2]: Si te parecen pequeñas las mercedes que te he hecho, yo añadiré otras mayores; porque ni le falta poder, ni voluntad, como despues verémos.

La tercera, es la grandeza del mismo beneficio, la cual en cierto modo es infinita en el número, ó en la

[1] Psal. 144. 1. [2] 2. Reg. 12. 8.

Digitized by Google

excelencia; porque unos beneficios hay que abrazan innumerables bienes, como es el de la creacion y conservacion del mundo, y de la providencia. Otros hay que tienen infinita excelencia, como el de la encarnacion, redencion, Eucaristía, y glorificacion, y por todos hemos de dar gracias á Dios, como decia Isaías [1]: Alabaré al Señor por todas las cosas que nos dió, y por la muchedumbre de bienes que repartió á la casa de Israel; y como dice san Bernardo, ningunos dones de Dios se han de quedar sin agradecimiento y alabanza [2]: *Non grandia, non mediocria, non pusilla.* Ni los grandes, ni los medianos, ni los pequeños, porque los pequeños son infinitos en número, y aunque respecto de otros sean pequeños, por otros títulos son muy grandes.

La cuarta, es la infinita bajeza de la persona á quien se hace el beneficio, que es el hombre miserable, desconocido é ingrato, y verdaderamente indigno de que Dios se acordase de él, y le hiciese beneficio alguno. Y así dice David [3]: Quién es el hombre para que te acuerdes de él? Y quién es el hijo del hombre para que le estimes en algo? Todo es vanidad, y sus dias pasan como sombra. De donde tambien sacaré, que comparando mi bajeza con la grandeza de Dios, soy indigno de tomar en mi vil boca sus alabanzas, diciendo con san Agustin [4]: Quién soy yo, Dios mio, para alabarte? Soy polvo y ceniza, perro muerto y hediondo, gusano y podredumbre; pues, cómo alabarán las tinieblas á la luz? la muerte á la vida? y el gusano á su infinito Criador?

La quinta es, la infinita liberalidad de Dios en dar el beneficio, dándole de gracia, y de valde, sin esperar provecho del hombre á quien le dá, y sin merecérselo, antes desmereciéndoselo infinitamente por sus innumerables pecados y desagradecimientos. De modo, que con ser tan enemigo suyo, no se cansa de ha-

[1] Isai 63. 7. [2] Ser 51. in Cant. [3] Ps. 8. 6. et 143. 3. [4] In solliloquis, c.10.

Digitized by Google

cerlé cada dia nuevos beneficios. Estas cinco cosas nos enseñó á ponderar Cristo nuestro Señor, trayéndonos á la memoria el beneficio de la encarnacion, diciendo [1]. *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* Así amó Dios al mundo que le dió á su Hijo unigénito. La cual sentencia, como se dijo en la meditacion 2ª de la segunda parte, tiene cinco palabras, y cada una pondera una de las cosas dichas. El que dió el beneficio es Dios infinito; el modo fué: *Dilexit*, amando: el que le recibió fué *mundus*, el mundo lleno de abominacion: el beneficio fué su Hijo unigénito tan infinito como él, y dióle de valde y sin merecimientos nuestros, y por esto dice, *ut Filium suum unigenitum daret.*

Ponderando estos cinco puntos en cada beneficio divino, hemos de corresponder con el debido agradecimiento, al cual, como dice santo Tomás [2], inclina en primer lugar la virtud de la gratitud, por ser Dios el primero y supremo bienhechor, con quien principalmente hemos de ejercitar los tres actos propios del agradecimiento, que son reconocer y estimar grandemente su beneficio, por las razones dichas: alabarle por él, publicando su largueza, para que todos le alaben y glorifiquen; y hacerle algunos servicios, no por interés, sino de gracia, y de valde, aunque no esperáramos de Dios otros nuevos beneficios, pues bastan los recibidos. Y para que nuestro agradecimiento sea cumplido, ha de ser, como dice san Pablo [3], universal por todos los beneficios, sin dejar ninguno, y no solo por los que yo recibo, sino por los que reciben todas las demás criaturas.

Advirtiendo, que en el mundo hay tres suertes de criaturas. Unas, que pueden y quieren dar gracias á Dios por los beneficios que les hace, pagándole esta deuda conforme á su posibilidad, como son los ángeles,

[1] Joan. 3. 16. [2] D. Th. 2. 2. q. 106. art. 6. q. 107. art. 1. [3] Ti. 2. 1.

Digitized by Google

los santos del cielo, las ánimas del purgatorio, y los justos de la tierra. Otros hay que pueden pero no quieren darle gracias, ó por ignorancia, ó por malicia, como son los idiotas que no conocen á Dios, los demás infieles, y los muy malos cristianos. Y aquí tambien pueden entrar los demonios y los condenados, á los cuales hizo Dios en algun tiempo grandes beneficios. Otras criaturas hay, que ni quieren, ni pueden agradecerlos, por no tener entendimiento para ello, como son los cielos, elementos mixtos, planetas, y animales brutos. Por todos los beneficios que se hacen á estas criaturas, hemos de dar gracias á Dios, acompañando á las primeras en su obra, supliendo la ignorancia y malicia de las segundas, y la imposibilidad de las terceras, convidándolas á alabar á Dios, porque de este modo me animo yo á bendecirle y glorificarle, y atizo el deseo de que alaben á Dios todos los que pueden y deben alabarle. Y así en todo lugar y tiempo, como dice el Apóstol [1], alabaré á Dios con la palabra de que usa él muchas veces, especialmente á los Corintios: *Gratias Deo super inenarrabili dono ejus.* Gracias á Dios por su don que no se puede contar. De esta palabra usa á menudo la Iglesia al fin de la misa, y de las horas canónicas, para aficionarnos al uso de ella, porque como dice san Agustin [2]: *Quid melius, et animo geramus, et ore promamus, et calamo scribamus, quam Deo gratias? Hoc nec dici brevius, nec audiri lætius: nec intelligi grandius, nec agi fructuosius potest.* Qué cosa mejor podemos traer en el corazon, y echar por la boca, y escribir con la pluma, que esta palabra, gracias á Dios? No hay cosa que se pueda decir con mas brevedad, ni oirse con mas alegría, ni sentirse con mayor alteza, ni hacerse con mayor utilidad.

Con esto queda declarada la diligencia que de nuestra parte podemos hacer en estas meditaciones para al-

[1] Eph 5. 4. 2. Thes. 1. 3. 2. Cor. 9. 15. [2] Epist. 77.

Digitized by Google

canzar su fin, cooperando, con la divina gracia, en la cual principalmente hemos de poner toda nuestra confianza, desconfiando de nuestras diligencias, diciendo despues de haberlas hecho: Siervos somos sin provecho; lo que debíamos hacer hicimos, no somos dignos de tan dulce y soberano premio como es el don de la contemplacion: harto es haberle pretendido para gloria del Señor que desea darle, y nos le dará, ó en esta vida si nos conviniere, ó sino en la otra, á donde contemplarémos á Dios con claridad, y le amarémos con todas las fuerzas de la caridad, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION I.

DEL SER DE DIOS.

El fundamento de todas las verdades de nuestra santa fe católica, como dice el Apóstol [1], es creer que hay Dios: esto es, creer y entender con gran firmeza, que dentro de este mundo visible hay un espíritu soberano, supremo é invisible, principio y fin de todas las cosas, el cual con su omnipotencia las crió, y con su sabiduría las gobierna y endereza á sí mismo, como á último fin, y á este llamamos Dios. Para entender bien esta verdad, demás de la lumbre de la fe, nos ha dado el mismo Dios varios maestros y predicadores que nos la enseñen, y acuerden para nuestro provecho, como se verá en los puntos siguientes.

Punto primero.—Lo primero consideraré como todas las criaturas del mundo son predicadores de esta verdad: los cielos con sus planetas y estrellas: el aire con sus aves: el agua con sus peces: la tierra con sus animales, plantas, y mixtos: todas están diciendo, que no se hicieron á sí mismas, ni el órden que tienen fué acaso, ni por traza suya, sino que Dios las hizo, y concertó como ahora están: y si tuvieran lenguas, dijeran

[1] D. Th. 1. p. q. 2. art. 3. Heb. 11. 6.

Digitized by Google

aquello del salmo[1]: *Ipse fecit nos, et non ipsi nos*, Dios nos hizo, y no nos hicimos nosotros. Y así como viendo una imágen muy hermosa, ó un palacio muy bien trazado, luego entendemos que hubo algun gran pintor y arquitecto que hizo y trazó estas obras para algun fin, y nos viene gana de saber quien es, y lo preguntamos: así en viendo la hermosura de las criaturas, y el concierto de ellas, podemos entender, como dice la divina Escritura, que hay Dios que las hizo, y las gobierna con tanto órden y concierto para algun fin muy glorioso, y nos ha de venir gana y deseo de conocerle, y saber quien es para amarle y servir como merece: y con este espíritu tengo de mirar á todas las criaturas, y oir las voces que me dan. Unas veces levantaré los ojos del alma á las criaturas celestiales, y al órden que tienen en sus movimientos el sol y la luna, y los demás planetas y estrellas, y como dice David[2]: Entenderé que los cielos pregonan la gloria de Dios, y que la sucesion de dias, con la variedad de tiempos, declaran su infinita sabiduría, alegrándome de que haya un Dios que conserva y gobierna todo esto. Otras veces haré lo que dice Job[3], que es preguntar á las bestias de la tierra, á las aves del aire, y á los peces del mar, quién los hizo, quién les dió su hermosura, su fecundidad, el conocimiento que tienen de los tiempos, y de lo que les hace provecho y daño? Y luego imaginaré que me responden: Esto que tenemos no es nuestro, un Dios hay que nos lo dió: *Quis ignorat quod omnia hæc manus Domini fecerit?* Quién hay tan idiota que no sepa que la mano de Dios hizo todas estas cosas? Y con esta respuesta me regocijaré interiormente, suplicando al mismo Dios abra mis oidos, para que oiga las voces de estas criaturas, y por ellas me mueva á conocerle y amarle de todo mi corazon, y á las mismas criaturas provocaré que alaben á este gran Dios, que está en me-

[1] Psalm. 99. 3. [2] Ps. 18. 2. [3] Job. 12. 7.

Digitized by Google

dio de ellas con aquel cántico, que comienza[1], *Benedicite omnia opera Domini Domino: laudate, et superexaltate eum in sæcula.* Bendecid al Señor todas sus obras, alabadle y ensalzadle sobre todo por todos los siglos. Amen.

O ciudad de Sion[2], alégrate, y canta cantares de alabanza: porque en medio de tí está el grande y poderoso, el Santo de Israel. O alma mia, sube con la contemplacion sobre esta Sion y atalaya del mundo, y mirando todas las criaturas, alaba, bendice, y glorifica con grande gozo y júbilo de alegría al inmenso Dios, que está en medio de ellas. O Dios inmenso, gracias te doy, cuantas puedo, por el testimonio que das de tí en todas las cosas que criaste[3], *benefaciens de cœlo*, haciéndonos bien desde el cielo, dándonos lluvias y tiempos fértiles, proveyendo manjar para nuestros cuerpos, y llenando de alegría nuestros corazones. Abre, Señor, los ojos de mi alma, para que no se contenten con ver las cosas temporales que perciben los sentidos, sino que suban á contemplar las eternas que no se ven, y á tí Dios invisible que eres sobre todas, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

En este afecto de agradecimiento he de hacer pausa, dando gracias á nuestro Señor por la noticia que nos dió de esta verdad, y por los muchos testigos que puso, para que diesen testimonio de ella.

Punto segundo. — Lo segundo se ha de considerar, como dentro de nosotros mismos hay muchas cosas que nos predican y dan testimonio, que hay Dios, de modo que si con la consideracion entro dentro del mundo abreviado, que es el hombre, y en particular entro dentro de mí mismo, y por el conocimiento de lo que hay en mí, puedo subir á conocer que hay Dios: y quizá por esto dijo David[4]: *Mirabilis facta est scientia tua ex me.* Maravillosa es, Dios mio, la ciencia y conocimien-

[1] Dan. 3. 57. [2] Isai. 12. 6. [3] Actu. 14. 16. [4] Psalm. 138. 6.

Digitized by Google

to que puedo tener de tí, por lo que pasa en mí.

Lo primero, dentro de mí mismo tengo estampada la lumbre natural, que, como dijo David [1], es lumbre y resplandor que sale del rostro de Dios, y nos descubre lo que es bueno, y al que es sumo bien, de quien todo lo bueno procede; y con esta lumbre anda una inclinacion natural, que nos solicita á lo que es conforme á razon, y á la regla de toda bondad, que es Dios, inclinándonos á amarle, venerarle y obedecerle: y cuando nuestros pecados no ahogan esta centella, ó apagan los resplandores de esta lumbre, á menudo sentimos relámpagos que nos descubren esta verdad, é hinchan nuestros corazones de alegría.

Lo segundo, en mí mismo echo de ver tanta hermosura y variedad de potencias y sentidos exteriores é interiores, con tanta muchedumbre de huesos, venas, arterias y otras innumerables partes, y todas con tan admirable órden; que ellas mismas claman y dicen, que ni son hechas acaso, ni se hicieron á sí mismas, sino que hay Dios, artífice soberano, de quien todas procedieron, y como dijo David [2]: Mis huesos están diciendo: Señor, quién hay semejante á tí? O Dios infinito, mis huesos y mis arterias y venas, mis ojos y oidos, y todas las telas y partecicas de todos mis miembros y sentidos están diciendo que tú eres Dios, y que no hay otro semejante á tí que pudiera darles el ser que tienen, si tú no se le dieras. O si todas ellas se convirtieran en lenguas para testificar á todo el mundo esta verdad, y alabarte y glorificarte, y bendecirte por ella!

Pero sobre todo el espíritu nobilísimo que está dentro de nuestro cuerpo, dá voces que hay otro espíritu soberano que está dentro de este mundo, aunque no estrechado á él: porque si entro con la consideracion dentro de mí mismo, veré la nobleza de mi alma, por las obras admirables que salen de sus tres potencias, me-

[1] Psalm. 4. 7. [2] Psalm. 34. 10.

Digitized by Google

moria, entendimiento y voluntad, y libre albedrío, las cuales no están atadas á su cuerpo, sino salen fuera de él, paseándose por toda la redondez de la tierra, mar y aire, y penetran los cielos, descubriendo los secretos de la naturaleza que no perciben los sentidos. De donde proceden las innumerables artes y ciencias, y los modos admirables de artificios y trazas de prudencia en el gobierno, por las cuales conocemos que nuestra alma es espíritu invisible é inmortal, sin dependencia en su ser del cuerpo donde está encerrada, de modo, que aunque el cuerpo se acabe, ella permanece, cumpliéndose la natural inclinacion y deseo que tiene de la inmortalidad, y de vivir para siempre. Todo esto pregona claramente que hay Dios, espíritu invisible é inmortal, de quien proceden todos los demás espíritus, el cual está en medio de este mundo, dando ser y vida á todas las cosas, no como ánima que informa al cuerpo, sino con otro modo mas levantado, gobernando las criaturas, y comunicando todas las artes y ciencias, industrias é inclinaciones que tienen, pero sin dependencia de ellas, porque aunque el mundo se acabase, Dios siempre permaneceria. O Dios de inmensa majestad [1], ahora digo que es admirable el conocimiento que alcanzo de tí, por lo que conozco en mí: porque si en cosa tan grosera como mi cuerpo está un espíritu tan noble como mi alma, que le dá ser y vida, y la gobierna, y en él, y por él hace cosas de tanta admiracion, cuánto mas necesario es que en medio de este mundo tan extendido estés tú, espíritu soberano, por quien todos somos, vivimos y nos movemos? y pues tú eres mi ser y mi vida, quiero tambien llamarte mi alma, y gozarme de tenerte á tí por Dios, amándote sumamente mas que á mí. O si todos te conociesen y amasen mas que á su vida y á su alma, pues tú eres como vida y alma de todos, á quien sea gloria y alabanza por todos los siglos. Amen.

[1] Psal. 138. 6.

Digitized by Google

PUNTO TERCERO.—Lo tercero tengo de considerar, como no solamente la hermosura y concierto de este gran mundo, y del mundo abreviado del hombre, sino tambien todos sus alborotos, desconciertos, y desórdenes particulares, con todas las miserias y trabajos de que los hombres no podemos librarnos por nuestras fuerzas, son despertadores que nos acuerdan que hay Dios.

Los truenos, relámpagos y rayos del cielo, las nieves, granizos, heladas, vientos y tempestades del aire, las olas del mar, las avenidas de los rios, los temblores de la tierra, las enfermedades, las guerras, y todas las cosas que nos afligen, están dando voces, que hay Dios que puede remediar estos males: y así naturalmente cuando nos vemos apretados de ellos, luego nos acordamos de Dios [1], y levantamos los ojos al cielo á pedir remedio al que puede dárnosle, pues la misma razon nos dicta haber alguno que pueda esto. Y hasta los mismos pecados, y las injusticias y agravios que padecen los buenos, dan voces que hay Dios á quien pertenece castigar estas maldades, y premiar las virtudes, pues en la tierra no hay quien haga esto cumplidamente.

Demás de esto, la guerra y contradiccion que siento dentro de mí mismo, rebelándose mi carne contra el espíritu, y las pasiones contra la razon, está diciendo, que hay Dios por cuya virtud podré rendir á los que no puedo con la mia. Con esta consideracion tengo de consolarme y alentarme, así en mis trabajos, como en los agenos, y así en los propios, como en los comunes; y de los males del mundo, sacar el mismo bien que está dentro de él, á quien pertenece remediarlos. O alma mia, abre tus ojos, y tiéndelos por ese mundo, y por lo que hay dentro de tí, mirando todas las cosas prósperas y adversas: y luego abre tus oidos, para oir lo que te dicen, y oirás que están clamando cómo en medio de to-

[1] 2. Paral. 20. 12. Hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad te.

Digitized by Google

das hay un Dios que puede dar las prosperidades, y librar de las adversidades á los que no pueden librarse de ellas. Alégrate con esta buena nueva, y procura como el Apóstol [1], mostrar tu fidelidad, peleando á diestro y á siniestro, en lo próspero y en lo adverso, sirviendo en todo al que se muestra ser Dios en todo, y por ello merece ser alabado de todos. Amen.

De estas consideraciones que se han puesto, sacaré cuanto importa tener viva fe, y luz cierta de esta verdad, y memoria continua de ella, porque es freno de todos los vicios, y espuela de todas las virtudes: y al contrario, la falta en esta fe, ó la mortandad en ella, ó el olvido de esta verdad es causa de todos los pecados del mundo, y de todas las tibiezas é imperfecciones que hay en el divino servicio. Y por esto dijo David [2], que en diciendo los necios dentro de su corazon, no hay Dios, luego estragan sus costumbres, y se hacen abominables, y no hay entre ellos ni uno solo que obre bien; como si en una república entendiesen los hombres que no hay rey, ni juez, ni justicia, luego se desenfrenarian en millones de maldades unos contra otros.

Y el mismo daño hace olvidarse de que hay Dios, como se dice en Job [3]: y por esto, con grande exageracion nos pide la divina Escritura, en la ley y salmos, y profetas [4], que no nos olvidemos de Dios, y que nos acordemos siempre de él, porque acordándonos que hay Dios, no pecarémos, vivirémos contentos, alegres, confiados, y con ánimo para ejercitar todas las virtudes como decia David [5]: Acordéme de Dios, alegréme y ejercitéme, hasta que desfalleció mi espíritu.

De aquí tambien sacaré gran compasion de los pecadores, que confiesan con la boca que hay Dios, y como dice san Pablo [6], lo niegan con las obras, ponderando cuán grave mal es un pecado mortal [7], pues cuanto es

[1] 2. Cor. 6. 7. [2] Psal. 13. 1. [3] Job. 8. 13. [4] Deut. 6. 13. [5] Psal. 76. 4. [6] Titu. 1. 16. [7] Job. 31. 28.

Digitized by Google

de su parte es negacion de Dios, y una protestacion práctica, de que no hay Dios á quien se haya de obedecer, ni que pueda castigar: pero yo al contrario tengo de protestar esta verdad con el corazon, y con la lengua, y con las obras, y gozarme de que haya Dios, y darle gracias por la fe que me ha dado de esta verdad, y procurar traerle siempre en mi memoria, tomando á las criaturas por despertadores de mi olvido, para que en viéndolas, luego me acuerde que hay Dios, por quien ellas y yo tenemos ser, á quien sea honra y gloria, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION II.

DE LA ETERNIDAD DEL SER DE DIOS, Y COMO ÉL SOLO ES EL QUE ES.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como no solamente es verdad certísima que hay Dios, sino que este Dios necesariamente es [1], fué, y será siempre: porque su esencia es ser: Y así preguntando Moisés á Dios por su nombre, le respondió [2]: *Yo soy el que soy.* Y á los hijos de Israel dirás: *El que es, me envió á vosotros.* Como quien dice: Mi nombre propio es ser el que es, y mi esencia es ser siempre, sin que sea posible dejar de ser [3], como no es posible que el hombre no sea racional, y que la piedra no sea cuerpo.

De suerte, que Dios fué antes que fuese el mundo; y si con la imaginacion fingiese millones de millones de años, que precedieron al ser del mundo, antes de todos ya era Dios, y siempre fué. Y por esto en la Escritura se llama [4], *Antiquus dierum,* el Antiguo de dias, porque todo lo criado es nuevo y reciente, y él solo es tan antiguo, que no se puede hallar principio de su ser. Demás de esto, en este ser ha permanecido siem-

[1] D. Th. 1. p. q. 2. art. 3, et q. 3. art. 11. [2] D. Th. 1. p. q. 10. art. 2. et 3. [3] Exod. 3. 14. [4] Dan. 7. 9.

Digitized by Google

pre sin mudanza alguna, como él lo dijo por Malaquías [1]: Yo soy Dios que no me mudo, ni me envejezco, ni marchito, sino siempre permanezco en un mismo ser [2], tan libre de mudanza, que ni la sombra de ella me toca. Y en este mismo ser permanecerá para siempre, durando millones de millones de años, sin que se pueda imaginar fin de ellos. Por lo cual dijo David [3]: Tú, Señor, siempre eres el mismo, y tus años no desfallecerán; y por esta causa Dios es, y se llama eterno, cuya eternidad consiste en que su ser, ni tuvo principio, ni puede tener fin, ni sucesion, ó mudanza alguna, sino todo él siempre fué, es, y será, como fué. De donde sacaré grandes afectos de gozo y alabanza, por este ser eterno de Dios, cantándole aquel cántico de los santos cuatro animales, que decian [4]: Santo, Santo, Santo, el Señor Dios todopoderoso, el que era, es, y será, y ha de venir. O Santo de los santos, firme, estable, é inmutable en tu ser, que todo es santo, ven á darme noticia de quien eres, y de tu eterno ser, para que mi alma ilustrada con tu luz, te alabe y glorifique, y bendiga por toda tu eternidad. Amen.

De aquí tambien sacaré, cuán abominable cosa es la propia voluntad; de la cual dice san Bernardo [5]: que cuanto es de su parte querria matar y destruir á Dios, y que Dios dejase de ser, y que no fuese tal cual es, para que ni supiese sus males, ni pudiese castigarlos; y este disparate protestan con las obras todos los pecadores que se rinden á su voluntad propia, que es contraria á la de Dios, de los cuales me debo compadecer, llorando las veces que yo he intentado tal locura. Y al contrario, gozándome de que Dios tenga tal ser, que ninguno pueda destruirle, ni menoscabarle, ni quitar nada de lo que su sabiduría y omnipotencia tiene, porque todo es eterno é inmutable, como su mismo ser.

[1] Malac. 3. 6. [2] Jacob. 1. 17. [3] Psal. 101. 28. [4] Apoc. 4. 8. [5] Ser. 3. de Resurrect.

Digitized by Google

PUNTO SEGUNDO. — Lo segundo se ha de considerar, como de tal manera es esencia de Dios ser el que es, que á ningun otro que á Dios puede convenir, porque solo Dios tiene el ser de sí mismo, y todo lo demás recibe el ser de Dios: y así es principio sin principio, de quien todas las cosas dependen en su ser, y él de ninguna. Y por esto dijo el Apóstol [1], que solo Dios tiene inmortalidad, porque solo él de su naturaleza tiene el no poder morir, ni dejar de ser: pero las demás cosas, aunque sean el cielo, sol, luna, y estrellas; y los mismos ángeles de su cosecha no tienen ser, antes están sujetos al no ser, y son de suyo cosa vana [2], y vacía de ser, y [3] como la vestidura se envejecieran, y vendrian á perecer, si Dios no las dá siempre su ser, y se le conserva.

De esta verdad bien ponderada, sacaré el principal fundamento de la vida espiritual, porque en ella se funda la profunda humildad que debemos tener delante de Dios, la cual tienen los ángeles, y los espíritus bienaventurados, y la Virgen nuestra Señora, y la misma alma de Cristo nuestro Señor, y es razon que yo la procure, considerando, que como solo Dios es el que es, así yo soy el que no fuí, porque de mi cosecha no tengo ser, ni le puedo tener, si no es de Dios, y en dejando él de dármele, me volveré en nada; y como dijo Dios á Adan [4]: Polvo eres, y en polvo te volverás, porque fué hecho de tierra, y se convertiria en ella: así debo entender proporcionalmente, que me dice Dios: nada eres, y en nada te volverás, porque soy hecho de nada, y de mi cosecha soy nada, y luego me volveria en nada, si Dios no me conservase, aunque de su voluntad el ser de mi alma nunca se volverá en nada. Y si soy nada cuanto al ser, que es fundamento de las demás perfecciones, lo mismo será en todas ellas; y así de mi naturaleza y cosecha, ni tengo ser, ni po-

[1] 1. Ti. 6. 16. [2] Rom. 8. 20. [3] Psal. 101. 27. et 103. 29. [4] Genes. 3. 19.

Digitized by Google

der, ni obrar, ni movimiento alguno, ni tengo estabilidad, ni firmeza en cosa mia: todo está sujeto á vanidad y mutabilidad, y parará en muerte y en no ser, si Dios no lo conserva; y por esto dijo David [1]: Pusiste medida y tasa á mis dias, y mi sustancia es como nada delante de tí. Sustancia llama todo su ser, y sus potencias y virtudes, y la firmeza y fortaleza que resplandece en todas las cosas que posee dentro y fuera de sí, lo cual todo de su cosecha es nada en la presencia de Dios, sin el cual no tiene ser.

Sobre esta nada que tengo de mio, y sobre el ser esencial que tiene Dios de suyo, fundaré todos los afectos de la vida espiritual. Unos para con Dios, amándole como á principio de mi ser, reverenciándole por la singular excelencia que tiene en el suyo, confiando en él como en autor de toda virtud y de la firmeza en ella, alabándole y agradeciéndole el ser que me dá con los demás afectos de resignacion y obediencia que se deben á tan gran Dios. Otros afectos serán para conmigo mismo despreciándome, por la nada que soy, desconfiando de mis fuerzas, no presumiendo de ellas, ni atribuyéndome cosa buena que tuviere, ó hiciere, dando de todo la gloria á Dios, y ahogando todos los movimientos de soberbia, presuncion y vanagloria en el abismo de esta nada. O Dios eterno, cuya esencia es ser, con modo tan singular: gózome de que tú solo seas el que eres, y que nada tenga ser, sino es de tí. Esclarece los ojos de mi alma para que conozca el ser que tienes por tu esencia, y el no ser que yo tengo de mi cosecha, para que sobre estos dos conocimientos, como sobre dos polos firmes é inmutables, se mueva la rueda de mi vida, hasta llegar al descanso de la eterna, donde te vea y goce, participando de tu eternidad. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar, como la esencia de Dios es ser el que es, porque su ser

[1] Psal. 38. 6.

Digitized by Google

simplicísimo, sin añadidura ni composicion, encierra con suma identidad y union, y sin limitacion alguna, todas las perfecciones de todas las cosas que tienen ser con un modo eminentísimo, y otras infinitamente mayores y mas excelentes de lo que podemos entender: de tal manera, que en su comparacion todas las cosas criadas, y las que pueden criarse son como nada, y como si no fuesen, ni tuviesen ser. Por lo cual dice Isaías [1], que todas las gentes delante de Dios son como una gotica del agua que gotea del caldero, ó como la mínima inclinacion que hace el fiel de la balanza: y finalmente son en su presencia como si no fuesen, y como nada y cosa vacía de ser. De donde sacaré una grande estima de la soberanía y majestad del ser de Dios, ante cuya presencia cosas de tan noble ser quedan oscurecidas, y son como si no fuesen: lo cual se ponderará mas en la meditacion 4.ª, y en las siguientes.

Y tambien sacaré la poca estima que por esta parte debo tener de todas las cosas criadas, especialmente de estas visibles, que me arrebatan el corazon pues en presencia del divino Ser son como una gota de agua, que no puede hartar mi sed, ni la mínima parte de mi deseo, y son tambien mudables como el fiel del peso, que fácilmente se inclina ya á una parte, ya á la contraria, con cualquier peso que se ponga en la balanza. O Dios eterno, cuyo nombre propio es ser el que es; gózome de la soberanía de este nombre, tan propio tuyo, que no es posible convenir á otro que á tí. O Nombre venerable, nombre inefable, escondido á Abrahan, Isaac, y Jacob, y manifestado á Moisés, en señal de amor, descúbreme Dios mio, las riquezas inestimables de este nombre, para que reverencie, adore, ame, y sirva, como Señor de tan soberano ser merece. O alma mia, Dios es solo el que es, abarcando toda la perfeccion del ser, porqué no te juntas con él, para que tu ser tenga nobleza y fir-

[1] Isai. 40. 15.

Digitized by Google

meza con el suyo? Porqué te derramas por las criaturas vacías del ser, pues no te pueden dar lo que deseas, no teniéndolo ellas[1]? Desde hoy mas, Dios eterno, tendré todo lo criado por estiércol y basura, por pérdida y detrimento, por vanidad y nada, en razon de juntarme contigo, para amarte y servirte por toda la eternidad. Amen.

MEDITACION III.

DE LA INFINIDAD É INCOMPRENSIBILIDAD DEL SER DE DIOS.

Para entrar con seguridad en el conocimiento de las grandezas del ser de Dios sin anegarnos en ellas[2], es necesario conocer que es infinito é incomprensible, y que á su grandeza pertenece, que ningun otro que sea menos que él, pueda comprender todo lo que tiene, para cuyo entendimiento advierto, que como hay dos modos de hacer una imágen, uno por pintura, y otro por escultura; el primero se hace añadiendo varios colores y rayas sobre la tabla: el segundo, quitando con el cincel muchas partecicas de ella, hasta dejar entallada la figura. Así, dice san Dionisio[3], hay dos modos de conocer á Dios, y de formar dentro de nuestra alma un concepto verdadero y propio que sea imágen de su divinidad. Uno por afirmaciones, poniendo en Dios las excelencias y perfecciones que hay en las criaturas, con modo muy mas perfecto, diciendo, que es bueno, sabio, poderoso y fuerte. Y otro por negaciones, quitando de Dios lo limitado que vemos en las criaturas, por ser cosas indignas de su grandeza; y por esto decimos que es infinito, inmenso, incomprensible, inefable, etc. Y de este modo de conocer á Dios será esta meditacion, el cual dice mas con su infinita grandeza, y nos abre la puerta para el otro primero, del cual serán las meditaciones siguientes.

[1] Phil. 3. 8. [2] D. Th. 1. p. q. 7. art. 1. et q. 12. art. 7. [3] De mystica teol. c. 3. et de divinis nom. c. 7. et D. Th. lect. 4.

Digitized by Google

PUNTO PRIMERO. — Lo primero se ha de considerar, como Dios nuestro Señor, no es cosa alguna de cuantas se pueden percibir con los cinco sentidos corporales [1], y por consiguiente, no es blanco, ni colorado, ni resplandeciente, ni hermoso, como las que acá se ven, no es como cielo, sol, ó estrellas, ni es como fuego, aire ó agua, ni es como leon, águila, ó cuerpo alguno, porque todo esto que se percibe con los sentidos, es cosa indigna de la grandeza de Dios, el cual infinitamente excede á todo esto, y es grandísimo agravio compararle á ello con igualdad, conforme á lo que dice Isaías [2]: A quién hicísteis semejante á Dios? A quién me comparásteis é igualásteis? dice el Santo. O Santo de los santos, todos mis huesos se conviertan en lenguas, y digan á voces [3]: *Domine quis similis tibi?* Señor, quién hay semejante á tí? No hay alguno semejante á tí entre los que se llaman dioses, ni sus obras pueden igualarse con las tuyas. No eres hermoso como las cosas de la tierra, sino con otra hermosura, que no pueden comprender los ángeles del cielo: no eres resplandeciente como la luz de este sol visible, sino con otro resplandor [4], y luz inaccesible: no eres grande con la grandeza de cantidad que conviene á los cuerpos, sino con grandeza de virtud, que excede á todos los espíritus: no eres dulce ni sabroso como las músicas ó manjares corporales, sino con otra dulzura y sabor que sobrepuja la capacidad de todas las cosas espirituales. O Dios infinito [5], quién puede ser semejante á tí? De esto me gozo y me regocijo, que tu ser sea tan infinito, que no tenga comparacion con todo lo visible que criaste. O quién te amase con un amor tan crecido, que no fuese semejante á ningun amor terreno!

PUNTO SEGUNDO. — Lo segundo se ha de considerar, como Dios nuestro Señor no es cosa alguna de cuantas

[1] D. Th. 1. p. q. 7. art. 3. [2] Isai. 40. 18. [3] Psal. 34. 10. et 83 8. [4] 1. Tim. 6. 16. [5] Psal. 70. 19.

Digitized by Google

se pueden abarcar y comprender con la imaginacion ó entendimiento de los hombres, ni aun de los ángeles, porque todo esto es finito y limitado: y por consiguiente desdice mucho de la soberanía y majestad del ser de Dios, el cual es infinito é ilimitado; de suerte, que Dios no es bueno, ni sabio con la bondad y sabiduría que los hombres y ángeles pueden comprender, porque esta es muy corta y pequeña, y dista infinitamente de la que tiene Dios: el cual tiene tal modo de bondad y sabiduría, que no la podemos abarcar, ni ponerle nombre propio que del todo la cuadre, y por esto es incomprensible é inefable: y lo mismo digo de las otras divinas perfecciones. Por lo cual tambien seria gran desvarío comparar sus grandezas con las de algun hombre, ó ángel, con igualdad y perfecta semejanza: antes con David tengo de decir[1]: *Quis in nubibus æquabitur Domino? similis erit Deo in Filiis Dei?* Quién en las nubes se igualará al Señor? O quién entre sus hijos será semejante á Dios? Que es decir: Ninguno de los que moren entre las nubes, ni de los que son hijos de Dios por gracia, puede igualarse ni compararse con Dios, porque todos infinitamente distan de él, y él es sobre todos.

De aquí subiré á considerar, como para conocer la grandeza del ser de Dios, con este modo de conocimiento, tengo de dejar, como dijo san Dionisio á Timoteo[2], las cosas que se perciben con los sentidos, y con nuestros cortos entendimientos, y dar de mano á imaginaciones y discursos, é inteligencias limitadas del entendimiento, entendiendo que Dios no es sustancia, niespíritu, ó ser como lo que yo alcanzo, sino una cosa excelentísima, grandísima, soberanísima, y levantadísima sobre toda sustancia, y sobre todo espíritu, y sobre todo ser: el cual yo ignoro, y todos ignoramos; y para mí, y para todas las criaturas es como niebla, oscuridad y tinieblas

[1] Psal. 88. 7. [2] L. de mys. theol. c. 1.

Digitized by Google

Y así dice la Escritura [1], que Moisés entró en la oscuridad donde Dios estaba. Y David dice [2], que nube y oscuridad está al rededor de su silla: y Salomon [3], que Dios mora en la niebla. Pero mas claro san Pablo dice [4], que mora en una luz inaccesible, á quien ninguno de los mortales vió, ni puede ver, abarcando lo que en sí tiene. En esta ignorancia tan sabia, y en esta oscuridad tan clara, aunque inaccesible, tengo de procurar hallar descanso y quietud, sintiendo altísimamente de Dios, gozándome de que sea infinitamente mayor de lo que yo puedo imaginar, ni pensar, admirándome de esta grandeza incomparable; y supliendo la falta del conocimiento, con el exceso del amor, deseando con todo mi corazon amarle y servirle, y suspirando por verle [5]: O Dios invisible, cuándo tengo de verte, no por espejo, y en enigmas con oscuridad, sino cara á cara con claridad! O si te conociese como me conoces, para amarte como me amas! Mas pues la ciencia es tan corta, y se queda tan atrás, el amor será largo, y pasará muy adelante, amándote cuanto puedo, hasta verte como deseo.

Punto tercero. — Lo tercero, consideraré, como el ser de Dios de tal manera es infinito, que todas las perfecciones que la divina Escritura dice de él son infinitas, sin que el entendimiento halle donde hacer pié, ni pueda imaginar fin y cabo de ellas; porque como dicen los profetas [6]: Grande es el Señor, y su grandeza no tiene fin. Y así tambien ni tiene fin su duracion, ni su lugar, ni su bondad, ni su sabiduría, ni su potencia, porque en todo es infinito. Y despues de haber imaginado cuanto puedo imaginar, es infinitamente mas de lo que hubiere imaginado. De suerte, que despues que imaginare que Dios durará millones de años, he de añadir otros tantos, y luego otros tantos; y despues de añadi-

[1] Exod. 20. 21. [2] Psal. 96. 2. [3] 3. Reg. c. 8. 12. [4] 1. Ti. 6. 16. [5] 1. Cor. 13. 12. [6] Psal. 114. 3. Baruc. 3. 25.

Digitized by Google

dos cuantos imaginare, son infinitos los que restan. Por lo cual exclamó un amigo de Job [1]: Grande es Dios, y vence á nuestra ciencia: el número de sus años es inestimable, y no se puede contar. Del mismo modo Dios llena todo este mundo, y puede llenar otros millones de mundos mayores que este: y despues de haber imaginado cuantos mundos pudiere, son infinitos mas los que Dios puede llenar con su inmensidad. Y lo mismo es en la sabiduría y omnipotencia, sintiendo tan altamente de cada una de sus perfecciones, que crea ser mucho mas lo que no entiendo, que lo que entiendo; y en esta ignorancia descansaré, gozándome de lo mucho que hay en el ser y perfecciones de Dios, que yo no alcanzo.

De donde se sigue, que el ser de Dios á boca llena es incomprensible é inefable, si no es del mismo Dios; de modo que ninguna criatura puede abarcar lo que hay en él, ni lo que hay en su bondad ó sabiduría, ó en cualquiera de sus atributos y perfecciones, ni puede ponerlas nombre propio que le cuadre del todo. Y por esto dijo Jeremías [2]: Grande es Dios en el consejo, é incomprensible á todo entendimiento; y la razon es evidente, porque cualquier criatura es finita y limitada, y lo finito no puede comprender á lo que es infinito, así como no es posible que yo con mi puño abarque todo el mundo, ni un vaso pequeño pueda recibir dentro de sí toda el agua del mar Océano. Y como dice el Sabio [3]: Si con dificultad conocemos las cosas que pasan en la tierra, y con trabajo entendemos las que pasan delante de los ojos, las que están en los cielos quién las podrá buscar? Así lo tengo de confesar, y gozarme de ello, preciándome de tener un Dios tan grande, que ninguno le comprenda, porque si yo le pudiera comprender, fuera Dios muy corto y apocado, ó por mejor decir, no fuera Dios.

Y para esto tomaré ejemplo de los supremos ángeles,

[1] Job. 36. 26. [2] Jer. 32. 19. [3] Sapien. 9. 16.

Digitized by Google

que son los serafines [1], los cuales tienen seis alas, para significar que vuelan en el conocimiento de Dios, y de las cosas que crió en los seis primeros dias del mundo, y suben mas alto que todos los demás ángeles; y con todo eso, cuando están en la presencia de Dios, de las seis alas encogen las cuatro, y con las dos cubren la cabeza de Dios, significando que no pueden comprender las altezas de su divinidad, y con otras dos cubren los piés de Dios, significando que no pueden comprender todas las obras que proceden de ella; y con solas dos vuelan, confesando de Dios algunas grandezas que saben; pero mucho mas engrandecen á Dios, con el encogimiento de las cuatro alas, que con el vuelo de las dos, y con las palabras que dicen, porque confiesan ser infinitamente mas lo que no saben de Dios, que lo que saben. O Dios incomprensible é inefable, gózome de que los serafines se hallen ciegos y deslumbrados en tu presencia, confesando que vences toda su ciencia [2], y que no te pueden abarcar! O quién tuviera las seis alas de estos encendidos serafines, y las convirtiera todas en alas de amor, para emplear todas mis fuerzas en amarte, ya que no puedo comprenderte.

Punto cuarto. — Lo cuarto se ha de considerar, como fundamento de nuestra fe, el sumo beneficio que Dios nos hizo en revelarnos los misterios secretísimos de su infinito ser y perfecciones, porque viendo su Majestad, que no era posible á los hombres, ni á los ángeles, alcanzarlos todos, ni rastrear muchos de ellos, por lo que miraban en las criaturas, quiso por su infinita bondad y misericordia revelarnos algunos, para gloria suya y bien nuestro, entre los cuales hay muchos tan levantados, que no podemos alcanzar á entender como son, porque sobrepujan á nuestra capacidad, y á toda la razon y lumbre natural, lo cual me ha de mover á sumo gozo, por ver que tengo un Dios tan excelente é

[1] Isai. 6. 2. [2] Job. 36. 26.

Digitized by Google

infinito, que su ser y sus obras trascienden á todo cuanto los hombres y ángeles podemos alcanzar ó rastrear. Y demás de esto, tengo de sacar otros tres excelentes afectos y propósitos.

El primero, de agradecimiento á nuestro Señor, por habernos revelado en sus Escrituras, por medio de sus profetas, las cosas secretas de su divinidad, y como dijo David [1], las escondidas y ocultas de su sabiduría, pero en especial, los que vivimos en la ley de gracia, hemos de darle mayores gracias por habernos dado su Hijo unigénito, el cual, como dijo el glorioso san Juan [2], nos las reveló con mas distincion, como quien las habia visto. Y así tengo de darle gracias, porque nos reveló el misterio de la santísima Trinidad, de la encarnacion, de la Eucaristía, del perdon de los pecados, de la resurreccion de la carne, de la vida eterna, contando estos y otros misterios semejantes, los cuales no se pudieran saber sino por su revelacion.

El segundo afecto ha de ser de fe, muy cierta y muy rendida [3], cautivando mi entendimiento á creer lo que yo no alcanzo, porque Dios lo ha revelado, pues de otra manera fuera imposible saberlo. Y así en particular ejercitaré la fe cerca de los misterios que son mas levantados y secretos, gustando de creerlos, y de vivir con esta fe, y guiarme por ella. Y á imitacion de los serafines, confesando mi cortedad, juntamente á voces, y con grande gusto, alabaré á Dios trino y uno, con los nombres que él me ha revelado, diciendo [4]: Santo, Santo, Santo: Sabio, Sabio, Sabio: Poderoso, Poderoso, Poderoso es el Señor Dios de los ejércitos, sin querer escudriñar mas de lo que él me tiene revelado; porque el escudriñador curioso de la divina Majestad, como dice el Sabio [5], será oprimido de su gloria.

El tercer afecto, ha de ser una grande confianza con grande alegría de corazon, esperando firmemente que

[1] Ps. 50. 8. [2] Joan. 1. 18. [3] 2. Cor. 10. 5. [4] Isai. 6. 3. [5] Prov. 25. 27.

Digitized by Google

tengo de llegar á ver estos misterios que ahora creo, cumpliéndose en mí lo que dice san Pablo [1]: Ahora vemos á Dios por espejo, y por enigma, despues le veremos cara á cara: pues por esto me los reveló con oscuridad, para que creyéndolos con viva fe, y obediencia á sus mandamientos, llegase á verlos con claridad. Y aun he de tener gran confianza, que tambien en esta vida esclarecerá mi fe, y me dará grande inteligencia de sus misterios, si yo me dispongo con limpieza de corazon para verlos, pues él dijo que eran [2] bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. O Dios de la esperanza, lléname de todo gozo y paz en el creer, para que abunde en mí la confianza [3], y la virtud del Espíritu santo, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION IV.

DE LA UNIDAD DE DIOS EN ESENCIA Y DE LA TRINIDAD EN PERSONAS.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar el primer artículo de nuestra santa fe, por el cual confesamos que no hay mas que un solo Dios, con una sola esencia y divinidad, sin que sea posible haber muchos dioses [4]. De suerte, que no hay mas que un Criador, un Gobernador, un Señor, un primer principio, y un último fin de todas las cosas. Y en esta verdad se fundan los mas principales mandamientos de nuestra ley.

Porque primeramente, como Dios es un bien sumo é infinito, en quien están encerrados todos los bienes [5] y perfecciones posibles, sin que le pueda faltar una; porque si una le faltase, seria imperfecto, y andaria mendigando la de otros; síguese claramente que no es mas que uno, porque si hubiera otros dioses, faltáralo la bondad y perfeccion que tienen estos, por lo cual se dife-

[1] 1. Cor. 13. 12. [2] Matt. 5. 8. [3] Rom. 15. 13. [4] Deuter. 6 4. [5] D. Th. 1. p. q. 11. art. 3. 1. Cor. 8. 4.

Digitized by Google

rencia de ellos. Y en ésto se funda mandarnos Dios que le [1] amemos sobre todas las cosas, con todo nuestro corazon, porque es sumo bien, todo bien, y único bien, digno de ser amado con sumo amor, y con todo amor, y con único amor, sin dividirle, ni partir el corazon en otros amores, que no sean en órden á su amor. O Bien infinito, qué mucho te ame yo sobre todas las cosas, pues tú eres un Dios superior á todas? Y qué mucho que te dé yo mi amor todo, sumo y único, pues todo es poco, en comparacion del amor que me merece tu bondad toda, suma y única? Razon es que no ame cosa contra tí, ó que no sea ordenada para tí; pues no hay cosa que sea buena, ni amable, sino es por la bondad que recibe de tí.

Lo segundo, como Dios es soberano y supremo Señor y gobernador de sus criaturas, á quien todas están sujetas [2], y á cuya voluntad eficaz ninguno puede resistir, porque si alguno pudiese resistirle, seria Dios miserable, y no tendria contento, ni paz en su gobierno, ni su reino podria ser de dura. Síguese, que no es mas que uno solo, porque si fueran muchos dioses, tuvieran diferentes juicios, y voluntades, y poderes, y pudiera alguno querer algo contra el otro, y hacerle guerra y contradiccion. No fuera posible durar el mundo con la paz y concierto que tienen las criaturas, porque [3] todo reino dividido será asolado. Y así el concierto de los cielos, y elementos, y animales, pregonan que hay un solo Dios, y gobernador de todo. Y en esto se funda mandarnos Dios que á él solo adoremos [4], temamos y sirvamos con todo nuestro corazon, y con toda nuestra alma, porque como dijo el Salvador [5], no es posible servir bien á dos señores diversos, pues de fuerza mandarán cosas diferentes; y queriendo obedecer al uno, darémos enojo al otro; y así no fuera posible servir á dos dioses.

[1] Deut. 6. 5. [2] Job. 9. 4. Psalm. 75. 8. Isai. 47. 3. [3] Lucæ 11. 17. [4] Deut. 6. 13. [5] Matth. 6. 24.

Digitized by Google

Por lo cual todo mi cuidado tengo de poner en servir á este único y supremo Señor mio, y dar á él solo la obediencia, y á ningun otro, sino es por él, y por estar en su lugar, y quererlo él así.

Lo tercero, como Dios es nuestro supremo legislador, á quien pertenece darnos leyes, porque su dictámen y voluntad es regla de lo que hemos de hacer, y á él tambien pertenece ser juez de todos para dar premio á los obedientes, y castigo á los rebeldes; y él mismo es nuestro último fin y bienaventuranza, de cuya vista y posesion hallarémos hartura, y satisfaccion de todos nuestros deseos. Síguese de todo esto evidentemente [1], que no puede ser mas que un Dios, un legislador y supremo juez, y un último fin, porque si fueran muchos, pudieran encontrarse en las leyes, y en los premios y castigos, y ninguno por sí solo hartara nuestros deseos, porque quisiéramos ver al otro. Y en esto se funda la obligacion que tenemos á que [2] nuestra intencion sea una, pura y sencilla, enderezando todas nuestras obras á solo Dios, como á nuestro último fin, buscando su sola honra y gloria en todas las cosas.

De todo esto tengo de sacar. Lo primero, grande compasion de los infieles é idólatras que multiplican dioses falsos, con injuria del verdadero Dios, suplicándole que destruya tal vicio del mundo, y diciéndole [3]: O Dios único y verdadero, que sobre la nube ligera de tu santísima humanidad, entraste en el Egipto de este miserable mundo, derriba con tu presencia todos los ídolos que adoran los mundanos, y derrite su corazon en medio de ellos, espantándolos con tu santo temor, y aficionándolos con tu dulce amor.

Lo segundo, sacaré cuán grave mal sea el pecado que pretende destruir la unidad de Dios, admitiendo falsos dioses, pues, como dice san Pablo [4], los carna-

[1] D. Th 1. 2. q. 1. art 5. [2] Matth. 6. 22 [3] Isai. 19. 1. [4] Phil. 3. 19. Col. 3. 5.

Digitized by Google

les tienen por Dios á su vientre; los avarientos al dinero; los soberbios á la honra vana; y cada uno toma por su Dios y último fin á la cosa por la cual deja al verdadero Dios: de donde procede, que cada dia, como dice la Escritura [1], inventan dioses nuevos y recientes, que nunca fueron conocidos, ni adorados de sus padres. O Dios eterno [2], antiguo de dias, y juez de los mortales, vuelve por tu causa destruyendo la multitud de falsos dioses, para que todos nó solo con la boca, sino con la obra, confiesen, y protesten [3] que hay un Dios, y Padre de todos: el cual es sobre todos, y está en todas las cosas, á quien todas alaben y glorifiquen por todos los siglos. Amen.

Lo tercero, sacaré un entrañable deseo de reducir todas mis pretensiones, aficiones y deseos á este uno y supremo Dios, sin derramarme á otras cosas, contentándome con esta una, en quien están todas, diciendo á mi alma lo que Cristo nuestro Señor dijo á Marta [4]: Alma mia, muy solícita andas, y muy turbada con muchas cosas, una sola te es necesaria, que es amar, reverenciar, y servir á un solo Dios, criador de todas las cosas, y á un solo Padre, de quien todas proceden, y á un solo fin, á quien todas se ordenan, en quien hallarás descanso y hartura sempiterna. Finalmente sacaré otro gran deseo de amar y hacer bien á todos los hombres, pues todos tenemos un Dios, un principio y fin último, acordándome de lo que dice el profeta Malaquías [5]: Por ventura no es uno el Padre de todos? Por ventura no es uno el Dios que nos crió? Pues porqué desprecia cada uno á su hermano, quebrantando la ley que se dió á nuestros padres? O Dios infinito, uno en esencia, de quien todos procedemos, concédenos que seamos unos en tí, amándonos unos á otros, como á hechura de un mismo Dios, como criados de un mismo Señor, y como hijos de un mismo Pa-

[1] Deut. 32. 17. [2] Dan. 7. 9. [3] Eph. 4. 6. [4] Lucæ 10. 41. [5] Malac. 2. 10.

Digitized by Google

dre, ordenados á gozar de un mismo fin, que eres tú, único y sumo bien de todos: á quien sea honra y gloria, por todos los siglos. Amen.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar el otro artículo principalísimo de nuestra fe, que Dios nuestro Señor de tal manera es uno en esencia, que juntamente es trino en personas, Padre, Hijo, y Espíritu santo[1], cautivando mi entendimiento á creer esta verdad, aunque no alcance el modo como es: pero puedo discurrir qué Dios nuestro Señor junta en sí mismo todo lo bueno y perfecto que vemos en las criaturas, sin lo malo é imperfecto que hay en ellas[2]. Y así tiene lo bueno de ser uno, sin lo malo que tiene ser solo: y tiene lo perfecto de ser en alguna manera muchos, sin lo imperfecto, que tiene ser diversos: es uno en la esencia, y en la divinidad: uno en la bondad, sabiduría, omnipotencia, y en todos los demás atributos: y á esta causa las tres divinas Personas, como son un Dios, tienen un mismo sentir y querer, y un mismo poder y obrar, sin que haya entre ellas diferencias de pareceres, ni contrariedad de voluntades, ni encuentro en las obras[3], porque todas sienten lo mismo, quieren lo mismo, y obran lo mismo fuera de sí, con suma paz y concordia. Pero juntamente son tres Personas diversas, y no una sola, porque no pareciese Dios de la perfeccion y gozo que trae consigo la comunicacion y amistad perfecta entre iguales: y para que la bondad y sabiduría, y potencia de Dios cumpliesen su deseo de comunicarse infinitamente con modo infinito. Y así el Padre llena estos deseos, comunicando su divina esencia, y toda su sabiduría y omnipotencia al Hijo; y el Padre y el Hijo comunican lo mismo al Espíritu santo; y entre estos tres hay infinito amor y amistad perfectísima, como entre personas iguales y semejantes, que llegan á ser una misma cosa, real y verdaderamente en la sustancia de

[1] Matth. 28. 19. [2] D. Th. 1. p. q. 27. [3] Joan. 10. 30.

Digitized by Google

su divino ser: y en esta comunicacion y amistad, hay infinito gozo y alegría, gozándose infinitamente cada Persona del propio ser personal que tiene la otra.

De esta consideracion tengo de sacar. Lo primero, una grande admiracion y profunda reverencia á la majestad de Dios uno y trino, venerando sumamente lo que no alcanzo, y animándome, como dice Isaías [1], á creerlo, para entenderlo, y exclamando como dice san Pablo [2]: O alteza de las riquezas del ser y sabiduría de Dios! si tus juicios son incomprensibles y tus caminos investigables, cuánto mas incomprensible será tu ser? cuánto mas investigable tu deidad? Aumenta, Señor, mi fe, para que crea tu soberana Trinidad, de modo que la entienda; y para que la entienda, de modo que la ame, y llegue á gozar de ella para siempre jamás. Amen.

Lo segundo, sacaré de aquí un grande gozo de la perfectísima unidad que tienen entre sí las tres divinas Personas, con un entrañable deseo de tener parte en ella, é imitarla del modo que me es posible. O Padre eterno, gózome de la union que teneis con vuestro Hijo. O Hijo unigénito de Dios, gózome del amor que teneis á vuestro Padre. O Espíritu santísimo, gózome de la union y amor que teneis al Padre y al Hijo. O Trinidad beatísima, gózome de la infinita amistad que resplandece dentro de Vos misma. O Dios infinito, pues me disteis fe de esta soberana union; dadme gracia para imitarla del modo que Vos quereis.

Luego tengo de aplicarme á considerar el modo como puedo imitarla, acordándome de que Cristo nuestro Señor la noche de la cena, pidió á su Padre para nosotros [3], que fuésemos una cosa como los dos lo eran. De modo que como las tres divinas Personas tienen un mismo sentir, y un mismo querer y obrar en todas las cosas, con suma concordia, sin diversidad alguna. Por lo

[1] Isai. 7. 9. [2] Rom. 11. 33. [3] Joan. 17. 11.

Digitized by Google

cual dijo Cristo nuestro Señor de sí [1]: El Hijo no puede hacer por sí mismo cosa, sino es la que viere hacer á su Padre; y todas las cosas que hace el Padre, las hace tambien el Hijo. Así yo procuraré unirme y hacerme una cosa con Dios por amor, teniendo un mismo sentir con el suyo en todas las cosas que me ha revelado, y un mismo querer en todas las cosas que me ordena, haciendo todas mis obras del modo que me las manda, sin apartarme de su voluntad en cosa alguna, conformándome con ella con suma concordia y alegría.

Esta misma union, en su tanto, tengo de procurar con mis superiores, y con los que gobiernan mi alma, especialmente si soy religioso, conformando mi juicio y mi voluntad, y la ejecucion de mis obras, con el juicio y voluntad de los prelados que me gobiernan en nombre de Dios; y la misma union tengo de procurar con todos los prójimos, en todas las cosas que lícitamente puedo, conformándome con ellos, como dice san Pablo [2]: en el sentir y hablar, y en lo demás que la caridad ordena. Y porque no es posible por mis fuerzas llegar á tal union con Dios, y con los prójimos, tengo de pedírsela á la santísima Trinidad, diciendo: O Dios infinito, que siendo trino en personas eres uno en esencia, y comunicas tu divinidad sin perjuicio de la unidad, comunícame tu copiosa gracia, por la cual llegue á ser uno contigo, con union de perfecta caridad. O Salvador del mundo, presenta á tu eterno Padre la oracion que por mí hiciste la noche de tu pasion, para que en virtud de ella sea yo uno contigo, y con todos mis hermanos, como tú lo eres con tu Padre celestial, por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar el modo como pasa en Dios este misterio. Porque la primera Persona, que es el Padre, conociendo y comprendiéndose á sí mismo, y á su divina esencia, con infini-

[1] Joan. 5. 19. [2] Phil. 2. 2.

Digitized by Google

ta y mayor claridad que yo me veo á mí mismo en un espejo, por este conocimiento forma dentro de sí un concepto é imágen viva de sí mismo. Y este concepto es el Hijo, el cual, como dice san Pablo [1], es resplandor de la gloria de su Padre, figura de su sustancia, é imágen invisible suya. Este es el que llama san Juan, Verbo y palabra de Dios: la cual habla dentro de sí, exprimiendo en ella todo cuanto Dios sabe: y por esto se llama su sabiduría. En produciendo el Padre al Hijo, necesariamente le ama, y se agrada con él con infinito amor y gozo, porque vé en él inmensa bondad infinita [2]: y el Hijo de la misma manera ama al Padre con infinito amor y gozo, por la infinita bondad que vé en él y recibe de él: y los dos juntos por este amor producen un ímpetu ó impulso de su divina voluntad, que llamamos Espíritu santo [3], comunicándole su misma divinidad, y así es un Dios con ellos. Y todo esto está en Dios desde su eternidad, porque todas tres Personas son eternas, sin que una sea primero que la otra, ni el Padre es mas antiguo que el Hijo, ni el Hijo que el Espíritu santo, porque no son padre é hijo como los de la tierra. Además todas tres son inmensas, sin que puedan apartarse una de la otra: y donde quiera que está el Padre, está el Hijo y el Espíritu santo; y todas tres son iguales, sin que una sea mayor que otra, porque tanta dignidad es ser Hijo, como ser Padre, y ser Espíritu santo, como ser Hijo. Y así todos tres tienen entera y cumplida bienaventuranza, con el conocimiento y amor de sí mismos y de su divinidad, de donde procede estar infinitamente gozosos y hartos sin fastidio, y sin tener necesidad de cosa alguna fuera de sí mismos. Y así, aunque Dios en su eternidad, antes de criar al mundo, estaba solo sin criaturas, no estaba ocioso ni sin gozo, porque su principal obra es la interior de conocimiento y amor, en la cual está su inefable gozo, y de ella pro-

[1] Heb. 1. 3. Colos. 1. 15. [2] Joan. 1. 1. [3] D. Tho. 1. p. q. 42.

Digitized by Google

ceden las obras exteriores que son comunes á todas tres Personas, porque todas son un Criador, Santificador y Glorificador, y un Bienhechor, de quien proceden las obras de naturaleza, gracia y gloria. Y así todas tres oyen nuestras oraciones, cumpliendo nuestros deseos, y nos llenan de sus misericordias.

De todas estas consideraciones hemos de sacar grandes afectos de admiracion, amor, gozo y alabanza, por las grandezas de cada Persona divina, discurriendo por las que hay en cada una, por medio de coloquio, hablando con ella en la forma siguiente.

Del Padre eterno. — Primeramente hablaré con la primera Persona, diciéndola: O Padre de inmensa majestad, principio sin principio, que de nadie procedes, y de tí proceden las demás Personas; con mucha razon dijiste [1]: Por ventura yo que doy á otros virtud de concebir y parir, estaré privado de ella? Y pues hago que otros engendren, faltaráme poder para engendrar? Gózome, Señor, de que concibas dentro de tí esta palabra y Verbo eterno, y engendres este Hijo tan semejante á tí, que sea una misma cosa contigo: ninguna falta te hace la muchedumbre de hijos, pues en este solo echas el resto de tu infinita virtud, engendrando de una vez lo sumo que podias engendrar. O Padre gloriosísimo, alégrome de que sea perpétuo el gozo que tienes en engendrar tal Hijo, pues perpétuamente le estás engendrando y diciendo [2]: *Filius meus es tu, ego hodie genui te.* Tú eres mi Hijo, hoy yo te engendré. O eterno hoy que siempre fuiste, y eres, y serás, sin jamás dejar de ser! O divina generacion, por la cual ó Padre soberano, engendraste, engendras y engendrarás al Hijo que tanto amas! O con cuánta alegría dirias en tu eternidad lo que despues dijiste en el rio Jordan y en el monte Tabor [3]: Este es mi Hijo muy amado, en quien bien me agradé. Quién otro que tú, y lo que es uno contigo, podrá

[1] Isai. 66. 9. [2] Psal. 2. 7. [3] Matth. 3. 17.

Digitized by Google

entender el amor con que le comunicas tu misma divinidad [1]? Si el padre se alegra con el hijo sabio, qué alegría recibirás con tal Hijo, que es la misma sabiduría igual con la de su Padre? O Padre celestial, de quien procede toda la paternidad que hay en el cielo [2] y tierra, pues tanto gusto tienes en ser Padre de tal Hijo, por él te suplico engendres otros muchos de quien seas Padre por gracia de adopcion, como lo eres de este por naturaleza. O si tierra y cielo se llenase de tales hijos, para que tu divina paternidad se dilatase y resplandeciese en los cielos y en la tierra! O Padre de las lumbres [3], de quien procede la luz verdadera que es tu Hijo, resplandor de tu infinita gloria [4]: dame la lumbre de viva fe, para que conozca á tí, solo Dios verdadero, y al unigénito que engendraste Jesucristo, por cuyo medio te conozca y ame, y sea hijo de la luz en esta vida, y despues alcance la lumbre de la gloria, con que te vea claramente en la vida eterna. Amen.

Del Hijo unigénito de Dios.—Luego hablaré con la segunda Persona, discurriendo por sus propiedades [5]. O Hijo de Dios vivo, que procedes del Padre por la eterna generacion: gózome de que por excelencia seas unigénito, sin que jamás haya habido, ni pueda haber unigénito como tú. Muchos hay que son hijos únicos de sus padres: pero tú solo eres único y unigénito, engendrado con un modo tan singular, que no es posible hallarse otro que sea semejante á este. Tú eres unigénito, porque en cuanto Dios, procedes de Padre, sin madre, y eres tan único de tu Padre, que no puede engendrar otro, y de él solo recibes el bien infinito de que gozas, sin que sea posible que el Padre cese de dártele, ni tú de recibirle, gustando infinitamente él de engendrarte y tú de ser engendrado de él. Tú eres unigénito, porque tú solo entre los hijos eres imágen y figura de tu

[1] Prov. 10. 1. [2] Eph. 3. 15. [3] Jacob. 1. 17. Joan. 1. 9. Heb. 1. 3. [4] Joan. 17. 3. [5] Joan. 1. 14.

Digitized by Google

Padre, tan perfecta, que llegas á ser una cosa con él: de modo, que cual es el Padre, tal es en todo y por todo el Hijo, y tanta dignidad es ser Hijo, cuanto lo es ser Padre. O igualdad infinita, ó semejanza singular, mas admirable que imitable, á la cual ninguno puede llegar con igualdad, aunque puede suspirar por tener alguna parte de ella.

Tú tambien eres por excelencia unigénito, porque tú solo recibes toda la herencia de tu Padre, que es las inestimables riquezas de su divinidad, sin que reserve nada para sí: de modo que seas tan poderoso como él, con igual potestad de engendrar otros hijos adoptivos, que sean herederos de tu gloria en la parte que les quisieres dar [1]. O si me hicieses semejante á tí en el ser de hijo, pues en siendo hijo, seré tambien contigo heredero de tu cielo.

Tú, finalmente, eres por excelencia unigénito [2], que estás en el seno de tu Padre, sin jamás apartarte de él. Gózome, Bien mio, del gozo y descanso eterno que tienes en ese seno, penetrando, todos los secretos de la infinita sabiduría de tu Padre, y amando con infinito amor la bondad que dentro de sí te tiene, y bebiendo todo el rio de los deleites que bañan su divino pecho. O si entrase yo dentro de ese divino seno! O si me reclinase en ese santo pecho, para que participase algo de la luz, amor y gozo que allí tienes! No me contento, Señor, con el seno de Abrahan, padre de los creyentes, sino con el seno de tu Padre, que es Padre de los vivientes, y donde tú estás quiero yo estar, pues tú dijiste [3]: Donde estoy yo, estará mi siervo. O alma mia, mira el gozo que tiene el Padre de tener en su seno á tal Hijo, y el gozo que tiene el Hijo, por estar en el seno de tal Padre: y entra con la fe y contemplacion dentro de este seno á gozar del gozo de los dos, que es un mismo gozo: y gózate con ellos, juntando tu gozo con

[1] Rom. 8. 17. [2] Joan. 1. 18. [3] Joan. 12. 26.

Digitized by Google

el suyo, para que le hagan una misma cosa consigo. Pero qué hacejs, ó Verbo divino, desde vuestra eternidad puesto en medio de ese seno? Por ventura queréisle para Vos solo, sin que haya otro que esté allí con Vos? O virtud inefable del Hijo, el cual procediendo de su Padre, junto con él mismo, produce al Espíritu santo, tan bueno y poderoso como los dos: gózome, Dios mio, del gozo que teneis en producirle, comunicándole la misma divinidad que recibís de vuestro Padre, con el mismo gozo que el Padre os la comunica á Vos. O quién me diese que sin envidia comunicase los bienes que de vuestra mano recibo, para que muchos os amasen como yo deseo amaros, por todos los siglos. Amen.

Del Espíritu santo.—De la misma forma hablaré con la tercera Persona, discurriendo por sus propiedades. O Espíritu soberano, que procedes del Padre y del Hijo, como de un principio con eterna procesion de amor [1], gózome de que por excelencia seas espíritu, recibiendo con sumo gozo todo el espíritu y vida de los dos de quien procedes. Tú eres espíritu del Padre, de quien recibes su divinidad y omnipotencia, y eres espíritu del Hijo, de quien recibes tambien su misma sabiduría, y eres espíritu de los dos, de quien recibes el infinito amor con que se aman, amándolos tú con el mismo amor con que eres amado de ellos: gozándote tanto de ser amado cuanto ellos se gozan de amarte, porque todos tres sois un Dios, una bondad, y un amor. O quién me juntase contigo en un espíritu, para que todo yo me convirtiese en espíritu de amor! Tú eres propiamente espíritu, porque procedes como ímpetu ó impulso de la voluntad amorosa del Padre y del Hijo, quedándote dentro de ellos en unidad de esencia y caridad, uniendo con vínculo de infinita amistad las personas de quien procedes. O si de ti saliese un ímpetu de amor que llenase toda mi voluntad,

[1] Joan 15. 26.

Digitized by Google

y penetrando mi corazon le arrebatase y juntase con el tuyo, haciéndolos uno con el amor! O Espíritu divino, que por excelencia eres santo, porque procedes como amor, que es la fuente de la santidad, la cual no está tanto en conocer con mucha sabiduría, cuanto en amar con mucha caridad. Gózome de la santidad que tienes, y del gozo con que la recibes del Padre y del Hijo, de quien procedes. Y pues juntamente procedes de los dos como don, para ser dado liberalmente á los que fueren capaces de tí, dáteme á tí mismo, don infinito, para que con tal don sea espíritu, como tú en la pureza, y santo, como tú en la caridad, y por ella me dé todo á tí, como tú te das á mí, para que goce de tu soberana deidad, por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto. — Por lo que se ha dicho en el punto precedente, consideraré la forma y modo de la oracion mental, y del trato interior con Dios, á semejanza de la comunicacion eterna que tienen las tres divinas Personas. Porque como el Padre eterno, conociendo su divina esencia, forma un concepto y semejanza viva de sí mismo, que es el Verbo, el cual siempre permanece dentro del Padre: así yo en la oracion tengo de procurar conocer á Dios perfectamente, de modo que forme dentro de mí un concepto de Dios verdadero, propio, y perfecto, que sea imágen y representacion de lo que hay en él, cumpliendo lo que dice san Pablo[1]: que contemplando la gloria de Dios, nos transformamos en su imágen. Y este conocimiento ha de perseverar dentro de mí, con la mayor continuacion y frecuencia que me fuere posible.

Demás de esto, como el Padre y el Hijo, amándose á sí mismos producen el amor, que es el Espíritu santo, el cual tambien permanece dentro de Dios, así yo en habiendo conocido á Dios, y formado este concepto de su bondad, tengo de amarle, y producir dentro de mí

[1] 2. Cor. 3. 18.

Digitized by Google

el afecto de amor, con los demás que le acompañan, procurando que permanezcan en mi corazon lo mas que pudiere: porque entonces se cumple lo que dice la Esposa[1]: Hallado he al que ama mi alma, yo le tendré y no le dejaré. El hallarle es propio del conocimiento y deseo que busca á Dios nuestro Señor: el tenerle y asirle, es propio del conocimiento y amor que le posee y le goza.

De estos actos se sigue el sumo gozo[2] y deleite de que es capaz mi alma, porque en ellos consiste la bienaventuranza que puedo tener en esta vida, así como tambien por ellos se posee la bienaventuranza eterna, que es ver á Dios claramente, amarle y gozarle sin fin, á donde la comunicacion con nuestro Señor será perfecta, y muy semejante á la que tienen las tres divinas Personas entre sí: porque como dice el glorioso san Juan[3]: Cuando Dios se nos descubriere, serémos semejantes á él, porque le verémos como él es.

Finalmente, de estos actos se seguirá, que como las tres divinas Personas tienen un sentir y querer en todo lo que obran, y juntamente lo obran para bien de las criaturas, así yo en virtud de esta comunicacion interior con Dios, unido con él, gustaré de cumplir siempre su voluntad, y hacer bien á otros, que es el fruto de la oracion. Y de aquí entenderé, que ejercitarse en esta oracion no es estar ocioso, sino tener la mas noble ocupacion que es posible á semejanza de la que tiene Dios dentro de sí, aunque suele llamarse ocio, por la quietud que tiene la contemplacion de Maria, á diferencia del bullicio y solicitud que tiene la ocupacion y vida de Marta. Por la cual dijo el mismo Señor por David: Vacad, y ved que yo soy Dios, que es decir[4]: Desocupaos de otras cosas por atender á la contemplacion, y veréis como yo solo soy Dios por las cosas gloriosas de mi divinidad, de las cuales doy testimonio interior á quien vaca por contemplarlas.

[1] Cant. 3. 4. [2] D. Th. 2. 2. q. 180. art. 7. [3] Joan. 3. 2. [4] Psal. 45. 11.

Digitized by Google

De aquí subiré á contemplar aquellas misteriosas palabras con que san Juan declaró este misterio, diciendo[1]: *Tres son los que dan testimonio en el cielo, Padre, Verbo, y Espíritu santo: y estos tres son una misma cosa, y tres son los que dan testimonio en la tierra, espíritu, agua y sangre: y estos tres son una misma cosa en dar este testimonio.* Ponderando como las tres divinas Personas, como testigos abonados que llegan á número de tres, dan testimonio cumplidísimo de todas las cosas que les pertenecen, con grande conformidad, por ser un mismo Dios; y así le dieron en la creacion del mundo, especialmente del hombre á quien hicieron á su imágen y semejanza[2]. Y en el bautismo y transfiguracion de Cristo nuestro Señor, le dieron de su divinidad, y despues de la verdad de su doctrina, de la santidad de su ley, y de la eficacia de su gracia, viniendo para esto el Espíritu santo, como arriba queda dicho. Pero en particular, dan testimonio de sus grandezas y perfecciones dentro del corazon de los justos, con admirables señales de su divinidad. Por lo cual dijo el mismo san Juan[3], que quien cree en el Hijo de Dios, tiene dentro de sí el testimonio de Dios, que, como dijo san Pablo[4], es propio del divino Espíritu. Pero el último testimonio claro y evidente darán á los bienaventurados en la gloria, á donde todos verán las tres divinas Personas; porque no es posible ver una sin la otra, y con la vista de todas tres, quedarán hartos para toda la eternidad. O Trinidad beatísima, y unidad gloriosísima, qué te daré por los testimonios tan esclarecidos como de tí nos has dado, y das, y darás sin cesar? Lo que deseo es abrazarme con los tres que dan testimonio en la tierra, espíritu, agua y sangre, adorando, amando, é imitando el espíritu de Cristo mi Señor, lavándome con el agua que salió de su precioso costado, y enriqueciéndome con la sangre que vertió por sus divinas ve-

[1] 1. Joan. 5. 7. [2] D. Th. 1. p. q. 93. art. 5. [3] Joan. 5. 10. [4] Rom. 8. 16.

Digitized by Google

nas. O quién me diese espíritu de amor, agua de lágrimas, y sangre de penitencia con que diese testimonio de lo mucho que te debo, y me hiciese uno contigo con union de caridad, para glorificarme, y alabarte por todos los siglos en tu eterna gloria. Amen.

MEDITACION V.ª

DE LA INFINITA PERFECCION DE DIOS.

Perfecto llamamos lo que tiene todas las cosas que puede y debe tener, segun su naturaleza, sin que le falte cosa alguna, por mínima que sea [1]. Porque cualquier cosa que le falte de estas, pone alguna imperfeccion; y esto mismo se llama hermoso, en cuanto deleita y recrea la vista de cuerpo y alma [2]: y llámase bueno en cuanto mueve, aficiona, y lleva trás sí la voluntad del que lo mira. Y así estos tres nombres en la divina Escritura, se atribuyen á Dios y á sus obras, por razon de la entereza que tienen en todo lo que su ser pide, y debe tener. Presupuesta esta declaracion de los nombres, declararémos la misma cosa que significan.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como la primera y suprema perfeccion de nuestro gran Dios, trino y uno, es ser tan perfecto [3], que en su propio ser encierra todas las perfecciones y excelencias posibles, sin mezcla de imperfeccion alguna, de modo que no le falte nada de lo que puede caber en Dios, ni es posible imaginar verdadera perfeccion de que Dios sea capaz, que no esté en él con todos los grados y quilates que puede tener, sin tasa, ni limitacion alguna: por lo cual dice la Escritura [4], que la grandeza de Dios no tiene fin, y que el espíritu del Señor encierra en sí todas las cosas [5], y que todas proceden de él: y

[1] D. Th. 1. p. q. 4. art. 1. et 2. [2] D. T. 1. p. q. 5. art. 4. ad 2. [3] D. Dionis. c. 5. de divinis nom. D. Aug. in Manu. c. 12. [4] Psal. 144. 3. [5] Sapient. 1. 7. Rom. 11. 36.

Digitized by Google

en él están todas con infinitas ventajas y sin la mezcla de las imperfecciones que tienen las criaturas. Y así con grande afecto de admiracion y gozo, diré á nuestro Señor [1]: *Deus meus, et omnia.* Dios mio, y todas las cosas. O Dios mio, Dios de infinita majestad, con gran firmeza creo que eres todas las cosas, en cuanto tienes con infinita eminencia la perfeccion de todas, porque todas reciben de tí la perfeccion que tienen en sí. Tú eres todas las cosas, porque eres principio, y fin, idea, y ejemplar de la perfeccion que de tí reciben: y tanto son mas perfectas, cuanto su perfeccion se llega mas á la tuya: tú eres para mí todas las cosas que puedo desear: tú eres mis riquezas, mis deleites, mis honras y dignidades, mis mayorazgos y tesoros infinitos: en tí solo, sin otras cosas, las tengo todas, y sin tí, todas serán como nada para mí. O alma mia, si pretendes perfeccion, abrázate con Dios, y en él la hallarás, sin mezcla de imperfeccion. Si deseas hermosura, mira y contempla á Dios, porque en él está toda, sin mezcla de fealdad. Si amas la bondad, ama á Dios en quien resplandece sumamente, sin mezcla de malicia. O mi Dios, y todas mis cosas, cuándo tengo de ir á verte claramente en tu gloria, á donde eres todas las cosas á todos, por todos los siglos? Amen.

Esta palabra encierra copiosísima materia de meditacion, juntando con ella la que dijo el padre del hijo pródigo á su hijo mayor: *Omnia mea tua sunt* [2]. Todas mis cosas son tuyas. Y así para penetrar lo que hay en ella, se ha de discurrir por los grados de perfeccion en el ser que hay en las cosas criadas, reduciéndolos á cuatro, ó cinco, como se verá por los puntos siguientes.

Punto segundo. — Lo segundo se ha de considerar, como en Dios nuestro Señor están con eminencia las perfecciones del primer grado de criaturas, que son las corporales que carecen de vida: conviene á saber, los

[1] D. Aug. in medit. cap 12. [2] Lucæ 15. 31.

Digitized by Google

cielos con sus estrellas y planetas. Además, los cuatro elementos con todos los mixtos que de ellos se engendran, y con todos los metales de oro, plata, y piedras preciosas, porque todas estas cosas crió Dios, y él las dió la hermosura y resplandor que tienen, y las propiedades y virtudes con que obran cosas maravillosas: y así están en él con otro modo infinitamente mas perfecto: de suerte, que lo que en las criaturas por su imperfeccion carece de vida, en Dios está con vida, segun aquello de san Juan [1]: *Quod factum est, in ipso vita erat.* Lo que fué hecho antes de hacerse, en Dios era vida, porque Dios tenia dentro de sí vivamente con gran eminencia, la perfeccion que habia de dar á lo que crió, y la viva idea de ello, como el artífice la tiene de la casa que ha de hacer [2].

De aquí es, que Dios nuestro Señor sin estas criaturas, puede hacer lo que hacen ellas; puede alumbrar sin el sol, calentar sin el fuego, refrescar sin el viento, humedecer sin el agua, y producir sin la tierra, lo que produce con ella, porque tiene en sí la virtud y perfeccion de todo esto; y si se sirve de estas criaturas, no es por necesidad, sino por muestra de su infinita bondad, como despues verémos.

De aquí tambien es, que la Escritura para declarar las perfecciones de Dios, usa de estas criaturas; y así le llama Sol de justicia, Estrella de la mañana, Fuego consumidor, Fuente de agua viva, Espíritu que sopla donde quiere. Y las riquezas de su gracia y gloria, las declara por oro, plata, y piedras preciosas: y de la hermosura, belleza, y propiedades maravillosas de estas cosas, sube á contemplar la hermosura y belleza de Dios, y sus excelentes propiedades.

Pero de tal manera, que todo cuanto hay en estas cosas criadas, es como sombra, ó figura, y casi nada en respeto de lo que hay en Dios nuestro Señor en

[1] Joan. 1. 3. [2] D. Aug. Bed. et alii.

Digitized by Google

cuya comparacion los cielos no están limpios, el sol no resplandece, la luna no es hermosa, y toda hermosura es como fealdad. Con cada una de estas consideraciones he de mover mi corazon á los afectos de admiracion, amor, alabanza y gozo de tener un Dios tan hermoso, y en todo tan perfecto. O Dios infinito, gózome de que el sol y la luna se maravillen de tu hermosura, reconociendo que es nada la que tienen en respeto de la mucha que tú tienes. O Amado de mi corazon, si tanto me alegro en ver la hermosura y perfeccion de estas criaturas, cómo no me alegraré en ver la hermosura y perfeccion tuya, de quien procedieron ellas? Amete yo mas que á todas, pues eres hermoso y perfecto, infinitamente mas que todas; y no ame á ellas, sino es por tí, de quien reciben la perfeccion que tienen en sí. De aquí tambien sacaré, cuán grande locura es dejar á Dios infinitamente perfecto, por gozar de la perfeccion y hermosura de estas criaturas, por el gusto ó interés que puedo tener en poseerlas: pues todo el oro en su comparacion, como dice la sagrada Escritura [1], es como arena menuda, y la plata es como lodo, y todas las riquezas son como nada; y el gusto que de ellas procede [2], es agua echada en aljibe roto, por cuya causa no es justo dejar á la fuente del agua viva, y el tesoro infinito de toda perfeccion. Finalmente, me aplicaré algunas veces á discurrir por las propiedades de algunas de estas criaturas, para conocer perfecciones que hay en Dios, que se compara á ellas [3], como lo hizo san Dionisio, contando casi treinta y cuatro propiedades del fuego por las cuales rastreaba la que hay en Dios que se llama, *ignis consumens* [4], fuego consumidor. Lo cual haré alegrándome de que Dios tenga todo aquello y mucho mas, y de que puede por sí solo lo que hace por sus criaturas.

Punto tercero.—A este modo se ha de considerar,

[1] Sapient. 7. 9. [2] Jer. 2. 13. [3] Lib. de cœlest. Hier. c. 15. [4] Deut. 4. 24.

Digitized by Google

como en Dios nuestro Señor están tambien con eminencia las perfecciones del segundo grado de las criaturas corporales que tienen vida vegetativa, y se aumentan, y crecen, y engendran otras semejantes, como son los árboles, plantas, yerbas y flores olorosas, cuyas propiedades se descubren por los frutos, hojas y semillas que producen, por la virtud que les dió su Criador, en quien están con infinita excelencia, y de ella se precia, diciendo [1]: *Pulchritudo agri mecum est.* Conmigo está la hermosura del campo: esto es, la hermosura de todos los árboles, plantas, yerbas y flores que hay en los huertos y campos del mundo. Y á esta causa unas veces se llama lirio, otras cepa, otras árbol de vida. De todo lo cual se sacarán afectos como en el punto pasado.

De la misma manera están en Dios las perfecciones de los vivientes que sienten, como son, los animales de la tierra, las aves del aire, y los peces del mar; los cuales son innumerables y admirables, porque en unos resplandece la grandeza, en otros la fortaleza, en otros la ligereza, en otros la hermosura, en otros la astucia y sagacidad; y todo esto se halla en Dios con infinitas ventajas, y así en la divina Escritura se compara á estos animales, para que por las perfecciones que tienen, subamos á conocer las que él tiene. Llámase leon, por la fortaleza: cordero, por la mansedumbre: ciervo, por la ligereza: y águila, por la piedad. Pero de tal manera, que no hay en Dios las imperfecciones con que están mezcladas en estas cosas, porque está en Dios la fortaleza del leon sin su crueldad, y la mansedumbre de cordero sin su simplicidad, y así en lo demás. Por donde consta, que de todo lo que viere perfecto é imperfecto, bueno y malo, hermoso y feo, puedo sacar la infinita perfeccion de Dios, quitando del todo lo malo, imperfecto y feo, y poniendo en él todo lo bueno, perfecto y hermoso, con otro modo mas excelente de per-

[1] Ps. 49. 11.

Digitized by Google

feccion. O Amado mio, como aparto en tí lo precioso de lo vil para conocerte [1], así deseo apartar en mí lo precioso de lo vil para agradarte: concédeme, Señor, que participe por tu gracia esta soberana division que tú tienes por naturaleza, para que libre de imperfecciones, sea puro y perfecto en las virtudes.

Punto cuarto.—Lo cuarto se ha de considerar, como están en Dios todas las perfecciones de las criaturas intelectuales, así hombres como ángeles, á los cuales crió á su imágen y semejanza, y les dió el ser espiritual que tienen, la memoria, el entendimiento, voluntad y libre albedrío, las artes y ciencias, las virtudes y gracias, la potestad y excelencia que en todos y en cada uno resplandece, y por consiguiente todas están en Dios con infinita mayor excelencia, por la cual dijo [2] en un salmo: Quién hizo la oreja, no oirá? y quién formó el ojo, no verá? quién enseña á los hombres la ciencia, carecerá de ella? y quién les dá la virtud y santidad, estará sin ella? ó quién les comunica el poder que tienen, quedarse ha sin potestad? Y así cuando viere las habilidades de los hombres en las artes y artificios, en la invencion de la casa, del vidrio, del papel, del lienzo, de la pintura, música, y otras cosas semejantes, luego subiré á considerar la infinita sabiduría de Dios, de quien originalmente procedieron estas invenciones. Y cuando viere la prudencia y providencia de los reyes y gobernadores en su gobierno, y las soberanas virtudes que resplandecen en los santos y varones perfectos, levantaré los ojos á considerar la infinita excelencia que tiene Dios en todas estas cosas, alabándole, glorificándole, y amándole por ellas.

De donde sacare. Lo primero, que Dios nuestro Señor es un dechado infinito de toda perfeccion, al cual tengo de mirar siempre, para admirarme de las infinitas perfecciones en que no puede ser imitado, y para

[1] Jer. 15. 19. [2] Psal. 93. 9.

Digitized by Google

plandor, para que tú seas glorificado en ellas, por todos los siglos. Amen.

El segundo propósito ha de ser de juntar en cada una de mis obras la variedad de las virtudes principales que pueden resplandecer en ellas; de modo que cada obra sea tambien á su modo una, y muchas, y abrace muchos espíritus y afectos de Dios, porque si rezo, ó ayuno, ó doy limosna, esta obra puede ir acompañada con afecto de amor de Dios, de confianza, de obediencia, de humildad, de temor filial, y otros tales. Y quizá por esta causa Cristo nuestro Señor llamó ojo á la intencion, y á la obra cuerpo; dando á entender, que como el cuerpo tiene muchos miembros, y partes, así cada obra ha de tener varios ejercicios de virtudes, enderezados todos por el ojo simplicísimo de la pura intencion, á gloria de solo Dios.

MEDITACION VI.

DE LA SUMA BONDAD Y SANTIDAD DE DIOS.

Dos modos hay de bondad en las criaturas; una natural, que consiste en tener todas las partes que le convienen, segun su naturaleza [1]: por la cual dice de ellas la Escritura, que vió Dios todas las cosas que habia hecho, y todas eran [2] *valde bona*, muy buenas; otra bondad hay moral, propia de las criaturas intelectuales, la cual consiste en tener todas las virtudes y ejercicios de ellas que les convienen; segun su estado, y esta se llama por otro nombre santidad. Y aunque en las criaturas pueden andar apartadas, porque bien se compadece la primera sin la segunda que pende del libre albedrío, pero en Dios andan juntas, porque tan natural le es la segunda como la primera, aunque con libertad ejercita los actos de ella en órden á las criaturas: y así de ambas juntamente será esta meditacion,

[1] D. Th. 1. p. q. 6. [2] Genes. 1. 31.

Digitized by Google

presupuesto lo que se ha dicho en la pasada.

PUNTO PRIMERO. —Lo primero se ha de considerar, como Dios nuestro Señor es infinitamente bueno, cuya suma bondad consiste en tres cosas. La primera, en que encierra en sí todos los grados y modos de bondad que se hallan en las criaturas, de suerte que no se puede imaginar bondad que no se halle en Dios con infinita excelencia: por la cual pidiendo Moisés á nuestro Señor, que le mostrase su rostro, y su gloria, le respondió [1]: *Ego ostendam omne bonum tibi*. Yo te mostraré todo el bien, y todo lo bueno: dándole á entender, que Dios era todo el bien, y que encerraba en sí todo lo bueno. La segunda excelencia es, que toda esta bondad la tiene por su misma esencia, de modo que ni es participada de otro, ni añadida á su divina naturaleza, ni postiza, de manera que se pueda poner y quitar como en nosotros, sino tan natural cosa le es ser bueno y santo, como ser Dios; y por esta causa Cristo Señor nuestro, á una persona principal que le llamó bueno, creyendo que era hombre puro, le respondió: Para qué me llamas bueno [2]? *Nemo bonus, nisi solus Deus*: Ninguno hay bueno, sino solo Dios, porque solo Dios es la misma bondad, por su misma esencia. La tercera excelencia es, que la bondad y santidad de Dios excede tanto á la bondad de todas las cosas criadas, y posibles de criar, que en su comparacion no merecen el nombre de buenas, y su bondad es como si no fuese. Y por esta causa tambien dijo Cristo nuestro Señor, que ninguno habia bueno sino Dios, y que [3], *unus est bonus Deus*, uno es el bueno, y este es Dios: y por la misma razon dijo la madre de Samuel [4]: No hay santo como el Señor, ni hay otro fuera de él, que es decir: No hay otro que pueda llamarse santo como Dios, porque solo él llena el nombre de santidad.

De donde se saca el fundamento de la verdadera y

[1] Exod. 33. 18. [2] Lucæ 18, 19, Marc. 10. 17. [3] Matt. 19. 17. [4] 1. Reg. 2. 2.

Digitized by Google

profunda humildad que tienen los santos en la presencia de Dios; la cual estriba en estas dos cosas postreras, porque toda la santidad de los hombres es añadida á su naturaleza, y mudable de su cosecha, y en comparacion de la de Dios es como nada. Y así dijo un amigo de Job, comparando los ángeles con Dios [1]: Mirad que entre sus santos, ninguno hay inmutable, y los cielos no están limpios en su presencia. O Dios santísimo, que por excelencia te llamas [2] Santo de los santos, porque eres principio, dechado, y fin de toda santidad. Gózome de la suma bondad y santidad que tienes, con infinita firmeza y estabilidad en ella. Confieso, Señor, que no puedo tener santidad si tú no me la das, ni puedo durar en ella, si tú no la conservas; y por mucha que me des, será tan pequeña respeto de la tuya, que cubriendo mi rostro con vergüenza, diré á voces como los serafines [3]: Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejercitos, tres veces eres santo, por las tres excelencias de santidad que tienes, por la cual te suplico me fundes en esta humildad muy profunda, para que sea digno de subir á una santidad muy levantada.

Punto segundo. — Particularizando mas lo que se ha dicho, se ha de considerar lo segundo, las infinitas virtudes de Dios nuestro Señor, por las cuales es infinitamente bueno y santo, ponderando algunas excelencias de ellas.

La primera es, que Dios nuestro Señor, con infinita eminencia tiene todas las virtudes que están repartidas en los santos, así hombres, como ángeles, sin las imperfecciones y limitaciones que tienen en ellos. De modo que tiene infinita prudencia, justicia, fortaleza, y templanza: infinita caridad, liberalidad, y misericordia: infinita mansedumbre, clemencia, y paciencia con todas las demás, sin faltarle ninguna de las que no presuponen imperfeccion en el sugeto que las tiene.

[1] Job. 15. 15. [2] Dan. 9. 24. [3] Isai. 6. 3.

Digitized by Google

Y por esta razon se llama á boca llena[1] *omne bonum, et Deus*, *vel Dominus virtutum*, todo bien, y Dios de las virtudes, en quien está, no una ú otra virtud, sino todas pertenecen á la infinita bondad y santidad de Dios: y cada una trae consigo encadenadas á las demás. De donde procede, que estas virtudes cuando llegan á tener su perfecto estado, están trabadas, y eslabonadas entre sí[2], como lo están en Dios, á quien tengo de imitar en esto, procurando señalarme, no solamente en una virtud, sino en todas, diciéndole: Dios de las virtudes, hazme semejante á tí en todas ellas.

La segunda excelencia es, que las virtudes de Dios nuestro Señor, son ejemplar y dechado infinito de todas las que hay y puede haber en los santos: cuyas virtudes tanto son mas ó menos perfectas, cuanto mas ó menos se parecen, y son semejantes á las de Dios: las cuales son tan infinitas, que otro que el mismo Dios no puede comprenderlas; pero irémos rastreando su grandeza inmensa, por las de los santos. Para lo cual ayudará considerar cuatro suertes de virtudes que refiere santo Tomás, con palabras muy graves y muy espirituales[3]. Y comenzando por las menores, las primeras son las políticas y morales, propias de los hombres que gobiernan su vida segun el dictámen y regla de la razon, moderando la furia de sus pasiones, para que no desdigan de ella.

Otras virtudes hay de los que aspiran á la divina semejanza, y andan en pretension de ella, deseando cumplir lo que Cristo nuestro Señor dijo[4]: Sed perfectos como vuestro Padre celestial lo es; los cuales por la virtud de la prudencia llegan á despreciar todas las cosas mundanas, con la contemplacion de las divinas, y á ellas enderezan los pensamientos de su alma. Con la templanza dejan lo que pide el cuerpo, en cuanto lo

[1] Psal. 23. 10. et 45. 8. et 79. 5. [2] D. Th. 2. 2. q. 65. art. 1. [3] 1. 2. q. 61. art. 5. [4] Matth. 1. 48.

Digitized by Google

sufre la vida y lo permite la naturaleza; con la fortaleza no se atemoriza, ni por apartarse del cuerpo, ni por acercarse á lo eterno. Y con la justicia hacen que toda el alma con sus potencias y sentidos, consienta en este modo de vida.

Otras terceras virtudes hay de los que han alcanzado la divina semejanza, cuya prudencia solamente mira las cosas divinas; su templanza no siente codicias terrenas; su fortaleza no experimenta ya pasiones; y su justicia está considerada en amistad perpétua con Dios, imitándole cuanto puede. Y estas virtudes son propias de los bienaventurados ó de algunos muy perfectos de esta vida. Casi todas estas palabras son de santo Tomás. De aquí subiré á contemplar las supremas virtudes que llaman ejemplares, propias de solo Dios, y son regla y dechado de todas las que hemos referido, pero con tan infinitas ventajas, que en su comparacion todas las demás quedan oscurecidas, y son como sino fueran, y á boca llena podemos decir á Dios [1]: *Tu solus Sanctus*. Tú sólo eres Santo, y no hay otro fuera de tí; tú solo prudente, tú solo modesto, tú solo fuerte, tú solo justo, y no hay entre los dioses, ni entre los hijos de Dios, quien se pueda igualar contigo [2], ni presumir de sí. O Dios de las virtudes, gózome con sumo gozo de la infinita excelencia que tienes en ellas. Tú eres la misma prudencia, conociendo lo que en tí tienes; tú la misma templanza, conformándote contigo; tú la misma fortaleza, asiéndote de tu inmutabilidad; tú la misma justicia, guardando tu ley eterna; y tú la misma caridad, amando tu bondad, y por ella á los que la participan. O quién me diese que participase algo de tus virtudes, para glorificarte con ellas! O dulcísimo Jesus que dijistes: Sed perfectos como vuestro Padre lo es, y tú en cuanto hombre alcanzaste la suprema perfeccion de las virtudes, y la suma semejanza que puede haber con Dios en

[1] Eccles. in hymno Gloria in excelsis Deo. [2] 1. Reg. 2. 2.

Digitized by Google

ellas: concédeme que imite las que encerraste en tu sagrada humildad, para que juntamente imite las que resplandecen en tu soberana divinidad. Amen.

De aquí he de sacar unos generosos propósitos y deseos de no contentarme con las virtudes políticas, sino buscar aquellas en que está la mayor semejanza con Dios, procurando con todas mis fuerzas alcanzarlas. De aquí se sigue otra excelencia de Dios en estas virtudes, que es ser principio y causa de las demás, á quien se han de pedir, como á su propio dueño y Señor, porque á él toca darlas, conservarlas, aumentarlas, y perfeccionarlas en sus grados; y por esto se llama, *Dominus virtutum*, Señor de las virtudes; Dios es Señor de la fe, del temor y esperanza; Señor de la castidad, humildad, obediencia y caridad, con las demás gracias y dones que la siguen. Y de este señorío se precia, y de él he yo de hacer título para pedirle me dé estas virtudes, y los demás dones de su gracia, diciendo como David [1]: Señor Dios de las virtudes, conviértenos, muéstranos tu rostro, y serémos salvos. O Rey de las virtudes, dame aquellas en que tu reino consiste, para que reines en mí por ellas.

Tambien haré un cántico de alabanza á Dios nuestro Señor por sus virtudes, provocando á todos que le alaben por ellas, y á ellas mismas que alaben al Señor diciendo con David [2]: Alabad al Señor en sus santos, alabadle en la firmeza de su virtud, alabadle por sus virtudes, alabadle segun la muchedumbre de sus grandezas. Alabadle todos sus ángeles, alabadle todas sus virtudes, alábele su misericórdia, alábele y glorifíquele su misma santidad. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar la infinita pureza y santidad de Dios en todas sus obras, en las cuales descubre aquellas dos partes de la santidad y justicia, que llama David [3], apartarse del mal, y hacer bien, carecer de todo lo malo, y tener todo lo bue-

[1] Psal. 79. 8. [2] Psal. 150. 2. [3] Psal. 36. 27.

Digitized by Google

no. Porque primeramente las virtudes de Dios nuestro Señor son tan puras, que no es posible admitir cosa contraria, ó defectuosa, ó que desdiga un punto de su infinita perfeccion. Y así en Dios no puede haber vicio, ni pecado, ni defecto, ó imperfeccion alguna, y tan propio es de su bondad ser impecable como ser Dios. No es posible que peque por ignorancia de lo bueno, porque todo lo sabe; no por olvido, ó inadvertencia, porque de todo se acuerda; no por flaqueza, porque todo lo puede; no por pasion que le arrebate, porque todo lo previene; no por temor, porque á nadie teme; no por malicia porque es la suma bondad, y la primera regla, de la cual no puede desviarse. Y así no es posible que en Dios haya mentira, infidelidad, engaño, doblez, impaciencia, tiranía, ni otro pecado, ni sombra de él [1], porque sus divinos ojos son tan limpios, que no pueden mirar á la maldad, agradándose de ella.

De aquí es, que no solamente Dios no puede pecar por sí mismo, pero ni ser causa propia de que otros pequen, inclinándoles y moviéndoles á ello [2]: porque esto desdice de su infinita pureza, y seria contrario á sí mismo, y al órden de su infinita sabiduría y bondad. De aquí tambien es, que aunque Dios puede tomar naturaleza humana, sujeta á todas las penalidades de esta vida, pero no es posible tomarla con sujecion á pecado.

De todo lo cual concluyo, que la infinita bondad y santidad de Dios resplandece en la pureza y santidad de sus obras, y que sus virtudes no están en él ociosas, sino que siempre que Dios obra, se descubren en sus obras. Por lo cual dijo David [3], que Dios es fiel en todas sus palabras, justo en todos sus caminos, y santo en todas sus obras. Y esto postrero repite dos veces, y en ello quiere Dios ser imitado de los hombres con gran cuidado; y así dijo á su pueblo [4]: No querais manchar vues-

[1] Abac. 1. 13. [2] D. Th. 1. p. q. 49. art. 3. et 1. 2. q. 79. art. 1. et 3. p. q. 15. art. 1. [3] Psal. 144. 15. [4] Levi. 11. 43. et 19. 2.

Digitized by Google

tras almas, ni tocar cosa que os haga inmundos: sed santos, porque yo soy santo. Y con las mismas palabras exhorta san Pedro á los fieles[1], que en su vida y conversacion sean santos. O Dios santísimo, que por tu sola bondad nos escogiste para[2] que fuésemos santos, y sin mancha en tu presencia; concédeme que yo lo sea, apartando de mí toda culpa, y adornándome con toda virtud y santidad. O serafines celestiales, que alabásteis á vuestro Dios con el nombre de Santo, de que tanto gusta; venid de este cielo con alguna brasa de amor, y purificad mis labios[3], como los de Isaías, y juntamente mi corazon, para que todo yo sea puro y santo, en la presencia de mi Señor.

De esta consideracion he de sacar principalmente un gran propósito de apartarme de todo género de culpa grave y pequeña, y de cualquier defecto, imperfeccion, ó resabio de ella, en cuanto me fuere posible, acordándome de lo que nuestro Señor dijo á su pueblo: *Perfectus eris, et absque macula cum Domino Deo tuo.* Serás perfecto sin mancha delante de tu Señor Dios. Procurando tambien imitar en la tierra la pureza que hay en el cielo, á donde la Iglesia, como dice san Pablo[4], será gloriosa, sin mácula, ni ruga, ni otro algun defecto; lo cual en su tanto, puedo cumplir acá si vivo con cuidado, de no caer en cosas pequeñas; y en cayendo como flaco, luego limpiarme de ellas, para que siquiera en alguna hora y parte del dia pueda decir Dios á mi alma[5]: Toda eres hermosa, amiga mia, y no hay en tí mancha alguna. Y finalmente sacaré de aquí una resolucion grande de no preciarme en esta vida de honras, ni linajes, ni dignidades, ni de ingenio, letras, ni otros talentos, sino principalmente de la virtud y santidad, acordándome que Dios nuestro Señor se preció de esta, mas que de todos sus atributos, en órden á nosotros, porque no habiendo nombre propio con que llamar á la

[1] 1. Petr. 1. 15. [2] Eph. 1. 4. [3] Isai. 6. 6. [4] Eph. 5. 27. [5] Cant. 4. 7.

Digitized by Google

tercera Persona de la santísima Trinidad, la apropió el nombre de bondad y santidad, y no le llamó Espíritu eterno, ó inmenso, sino Espíritu santo, y Espíritu bueno. Y con este nombre quiere Dios ser llamado de los hombres, como lo fué de los serafines. O Espíritu divino, que te apropiaste el nombre de santo, por lo mucho que te precias de santidad; concédeme que yo me precie de ella, mas que de todo lo criado, procurando apropiármela con gran cuidado, para ser santo con firmeza en tu presencia, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION VII.

DE LA SUMA INCLINACION QUE TIENE LA BONDAD DE DIOS Á COMUNICARSE Á TODOS, ESPECIALMENTE Á LOS HOMBRES, Y LOS MODOS COMO SE COMUNICA, HACIÉNDONOS INNUMERABLES BENEFICIOS.

Esta meditacion será fundamento de todos los beneficios divinos, los cuales nacen como de fuente de la infinita bondad de Dios, el cual en su eternidad comunicó necesariamente toda su divinidad, por conocimiento al Hijo, y por amor al Espíritu santo, y despues libremente se comunica fuera de sí, con todos los modos posibles, como se verá por los puntos siguientes.

PUNTO PRIMERO. — Lo primero, se ha de considerar la suma inclinacion que tiene la bondad de Dios en comunicarse, y hacer bien á otros; porque, como dice san Dionisio [1], *Bonum est diffusivum sui*. El bien es derramador y comunicador de sí mismo, y tanto es mayor su inclinacion á esto, cuanto es mayor bien, y cuanto puede mas comunicarse [2], y como Dios es sumo bien, así tiene suma inclinacion á comunicarse con todos los modos que puede. Y esta comunicacion muestra grandes excelencias.

La primera, que no se comunica por necesidad, fuer-

[1] C. 4. de div. nom. [2] D. Th. 3. p. q. 1. art. 1.

Digitized by Google

za, ó violencia, sino por sola su bondad, y de su libre voluntad, porque es bueno, y quiere seguir la inclinacion de su bondad en hacer bien. Con lo cual me obliga que yo le ame y sirva de la misma manera, diciendo con David [1], voluntariamente te sacrificaré, y alabaré tu nombre, porque es bueno.

La segunda, que no se comunica por su propio provecho, sino por el nuestro; porque de comunicarse á otros ningun bien se le acrece, pues tan bienaventurado era antes de criar el mundo, como ahora. Y así dijo David [2]: Tú eres mi Dios, porque no tienes necesidad de mis bienes; y luego añade el fruto que de esta consideracion saca, diciendo: El Señor ha engrandecido maravillosamente mis quereres, con los santos que viven en su tierra, que es decir: Ya que no puedo serte de provecho con mis obras, hasme hecho esta merced, que mis quereres y deseos se enderecen á hacer bien á tus siervos, pagándote el bien que me haces con hacer bien á otros.

La tercera excelencia es, que no deja estar ociosa su inclinacion, antes la cumple, comunicándose con todos los modos que era posible comunicarse, hasta el sumo. De suerte, que si el bien es derramador de sí mismo, Dios se derramó todo cuanto podia, segun el órden de su infinita sabiduría; con lo cual me obliga á que yo tambien me derrame todo en su servicio y bien de mis prójimos, haciendo todo el bien que pudiere, y con la mayor perfeccion que me fuere posible. Y así cuando oro [3], derramaré como Ana, mi alma en la presencia de Dios, ó como David [4] derramaré mi corazon, echando el resto de mis fuerzas en ella. Y cuando amo, derramaré mi corazon [5] y mis afectos delante del Señor, ocupándolos todos en amarle. O sumo bien, que sumamente deseas comunicarte, porque si tú no te comunicas, no es posible que haya otro bien fuera de tí. Comuní-

[1] Ps. 53. 8. [2] Ps. 15. 2. [3] 1. Reg. 1. 15. [4] Ps. 141. 3. [5] P. 61. 9.

Digitized by Google

came estas excelencias con que te comunicaste; para que te ame, sirva, y obedezca, no por fuerza, ni temor, sino de grado, y por amor; no por mi propio interés, sino por tu solo servicio; no con ánimo escaso y corto, sino largo y generoso, haciendo lo sumo que pudiere por mis prójimos, y por tí, como tú lo has hecho por mí.

Punto segundo. —Descendiendo á particularizar esta comunicacion de la divina bondad, se ha de considerar lo segundo, como comunicó el ser y bondad natural á las criaturas, repartiendo por ellas cuatro grados de grande hermosura y perfeccion, que apuntamos en la meditacion 5.ª A unas dió el ser corporal solo, aunque con grande variedad de perfecciones, como son los cielos, elementos, y mixtos. A otras dió la vida vegetativa, como son los árboles, flores, y plantas; á otras la vida sensitiva, como son los animales, aves, y peces; otros el ser espiritual, y vida intelectiva, como son los ángeles de las tres jerarquías. Y últimamente todos cuatro grados los recogió en el hombre, compuesto de cuerpo y espíritu, dándole ser como á los cielos y elementos; vida como á las plantas; sentido como á los animales, y entendimiento como á los ángeles [1], por lo cual el hombre se llama toda criatura, y mundo abreviado. De modo, que estos cuatro grados de ser y perfeccion, son como cuatro rios [2], que nacen de la fuente del paraiso, que es la infinita bondad de Dios, los cuales riegan por diversas partes la tierra y cielo; y despues todos cuatro se recogen en el hombre haciéndole en esto muy semejante al paraiso de donde salieron. De donde sacaré grandes afectos de admiracion, y gozo de agradecimiento y amor por este maravilloso modo, como Dios nuestro Señor se comunicó á los hombres, admirándome de la sabiduría infinita que mostró en esto, gozándome de su omnipotencia, agradeciendo su liberalidad, y aman-

[1] D. Greg. hom. 29. in evang. [2] Genes. 2. 10.

Digitized by Google

do su infinita bondad[1]! O bondad soberana, qué gracias te daré por esta variedad de perfeciones con que adornaste mi naturaleza! Por aquí veo con cuanta razon me mandas que te ame con estas cuatro cosas[2], con todo mi corazon, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, y con toda mi mente, pues es razon que todo cuanto recibí de tu bondad, se ocupe en amarte sin fin: amaréte de todo mi corazon, por el ser corporal que me diste; amaréte con toda mi alma, por la vida que con ella vivo; amaréte con todas mis fuerzas, por los sentidos y potencias de que uso; amaréte con toda mi mente, por el espíritu y entendimiento que me has dado[3]. O si saliesen de mis entrañas cuatro rios de agua viva, llenos de fervientes afectos de amor y gozo, de agradecimiento y alabanza, por los cuatro rios de beneficios con que me has bañado todo!

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar, como la divina bondad, no contentándose con este modo de comunicacion, escogió otro excelentísimo, con otros cuatro grados ó modos, que exceden á todo el ser natural sobredicho. El primero es, el ser sobrenatural de la gracia, por el cual hombres y ángeles llegan á ser participantes[4] de la divina naturaleza, hijos, y amigos de Dios; y con este ser anda la caridad, con las virtudes sobrenaturales, y dones del Espíritu santo. El segundo es, el ser de la gloria, por el cual los justos se hacen perpétuamente semejantes á Dios en las propiedades[5] gloriosas que tiene, reinando con él en su mismo reino. El tercero y supremo es, el ser personal del mismo Dios, el cual comunicó la segunda Persona de la santísima Trinidad á la naturaleza humana. Y si fuera conveniente que el Padre eterno, ó el Espíritu santo comunicaran su propio ser personal á otra naturaleza, ó el Hijo comunicara el suyo á otras muchas naturalezas, no quedara por falta de bondad, ni de la infinita inclinacion que tiene á

[1] D. Th. 2. 2. q. 44. art. 4. et 5. [2] Lucæ 10. 27. Marc. 12. 30. [3] Joan. 4. 10. [4] 2. Petr. 1. 4. [5] 1. Joan. 3. 2.

Digitized by Google

comunicarse á sus criaturas. De esta comunicacion se dijo largamente en la segunda parte de estas meditaciones. El cuarto modo es admirable, porque como no fuese conveniente que el Hijo de Dios comunicase su ser personal á muchas naturalezas, su bondad infinita le inclinó á comunicar aquel divino ser con sus dos naturalezas, divina y humana á todos los hombres en el santísimo Sacramento del altar, juntándolas con un modo inefable con las especies de pan y vino, y con ellas se nos comunica todo Cristo Dios y hombre verdadero[1].

En estos cuatro grados de beneficios hay dos cosas señaladísimas que ponderar. La primera, que la infinita bondad de Dios quiso cumplir su infinita inclinacion de comunicarse de estos cuatro modos al hombre, y en los dos postreros á solo el hombre, y no al ángel[2]; con lo cual descubrió bien, como sus deleites eran estar con los hijos de los hombres[3], y que no solamente los crió á su imágen y semejanza, sino hizo que uno de ellos fuese el mismo Verbo, que es la misma imágen y semejanza infinita del Padre, y un Dios con él. O bondad infinita de nuestro soberano Dios y Señor, si tanto te debemos los hombres, por haber juntado en nosotros los cuatro rios de beneficios en el ser natural, cuánto mas te deberémos por haber juntado en nuestra naturaleza estos otros cuatro rios de incomparables beneficios en el sobrenatural? Y si te estamos tan obligados, por habernos comunicado el ser criado, cuánto mas lo estarémos por habernos comunicado el mismo sér increado? Poco te pareció, Dios mio, comunicar los bienes que están fuera de tí, y así quisiste comunicarnos tambien á tí. O quién me diese tal modo de bondad, que tuviese vehemente inclinacion á comunicarte cuanto tengo, empleándolo todo en amar y servir á quien tanto bien me ha hecho[4]! Y pues los rios que salen del mar vuelven al mar donde salieron, justo es que todos estos rios que salieron

[1] D. Th. 3. p. q. 4. et 5. [2] Ad Heb. 2. 16. [3] Prov. 8. 31. [4] Eccl. 1. 7.

Digitized by Google

del mar inmenso de tu bondad vuelvan á él por el agradecimiento, atribuyendo á tu sola bondad infinita el bien de todo, que se halla en nuestra naturaleza.

La segunda cosa que se ha de ponderar es, que viendo la infinita bondad de Dios como no convenia comunicar su divino ser á todas las naturalezas criadas, para hartar su infinita inclinacion, escogió comunicarle á una, en quien estaban todas, y todos los cuatro grados de ser que estaban repartidos por las criaturas del mundo: y así del modo que convenia se comunicó y honró á todos; honró todas las naturalezas corporales, en comunicar su divino ser á nuestro cuerpo; y honró todas las naturalezas espirituales en comunicarse á nuestro espíritu; y por esto le debo gracias, convidando á todas las criaturas alaben al Señor por la parte que tiene en este soberano beneficio, y animarme yo á ser santo [1], *corpore et spiritu*, en el cuerpo y en el espíritu, pues la infinita bondad de Dios tanto quiso honrar y engrandecer al uno y al otro.

Otros modos, como la bondad de Dios se comunica particularmente á los escogidos, se irán poniendo en las meditaciones siguientes.

MEDITACION VIII.

CUÁN AMABLE SEA LA BONDAD DE DIOS, Y CUÁN DIGNA DE SER AMADA CON SUMO AMOR POR SÍ MISMA, Y POR LOS INNUMERABLES BIENES QUE NOS COMUNICA, Y POR LOS INFINITOS DELEITES QUE ENCIERRA EN SÍ, Y PROCEDEN DE ELLA.

La principal propiedad de la bondad es, ser amable, y por ella difinieron los filósofos el bien, diciendo: *Bonum est quod omnia appetunt.* El bien es lo que todas las cosas aman y apetecen, porque él mueve la voluntad y apetitos para que le amen y codicien. Los títulos y motivos para amar la bondad, se reducen á tres cabe-

[1] 1. Cor. 7. 34.

Digitized by Google

es deseable y amable. No hay cosa en Dios que sea aborrecible, todas son amabilísimas, hasta la misma justicia vindicativa, con que castiga los pecadores por sus pecados, es deseable y amable y digna de ser amada, porque en ella tambien resplandece la bondad de Dios, pues sin ella no fuera enteramente bueno; y así me tengo de gozar tambien de esto, y gozarme de que Dios vengue sus injurias, y las castigue en esta vida y en la otra, y de que haya hecho infierno y purgatorio, como hizo cielo y paraiso, pues todo pertenece á su entera perfeccion. O Amado de mi alma, todo eres amable para mí, porque todo es bueno cuanto hay en tí. O si tambien fuese amable para tí todo cuanto hay en mí! Quita, Señor, de mi alma todo género de culpa [1] y mancha, para que sea toda hermosa en tus ojos, y amable á tu corazon.

Ultimamente sacaré de aquí, cuán abominable cosa sea aborrecer á un Dios tan bueno, y á una bondad tan amable, compadeciéndome de la ceguedad y maldad de los pecadores que aborrecen á Dios, ó porque prohibe los deleites malos, ó porque los castiga con justicia; pues por esto mismo merecia ser amado, y así con mucha razon dijo Cristo nuestro Señor [2], que los malos aborrecian á él y á su Padre, *gratis*, de valde, y sin causa ni razon. O suma bondad, que mereces ser amada con infinito amor de infinitos amadores, si los hubiese: no permitas que haya hombre que no te ame, abre los ojos de los que te aborrecen, porque si con viva fe te conociesen, nunca te aborrecerian. O si llegase el dia en que te vea claramente, para amarte sumamente, porque no es posible verte y no amarte!

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar, como la divina bondad es infinitamente amable, no solamente por sí misma, sino tambien por la suma inclinacion que tiene á hacernos bien, y por los innumera-

[1] Cant. 4. 7. [2] Joan. 15. 24.

Digitized by Google

bles é infinitos bienes que nos ha comunicado.

Lo primero es amable, por los cuatro grados de ser natural, que, como ya se ha dicho, comunicó á las criaturas, y los cifró en el hombre, como en un mundo abreviado; y como estas perfecciones son innumerables, así son innumerables los títulos y motivos que puedo sacar de ellas, para amar la amabilísima bondad de donde precedieron para bien y provecho mio. Y así en viendo cualquier criatura, he de imaginar, como dice Hugo de san Victore [1], que Dios nuestro Señor, me está diciendo por ella estas dos palabras: *Accipe, et redde*: Recibe, y paga: ó las que dice el Sabio [2]: *Da, et accipe, et justifica animam tuam.* Dá, y recibe, y justifica tu alma. Lo que significan es: Recibe de Dios el bien que te dá, y dale por él tu amor; recibe su don, y dale tu agradecimiento; recibe su beneficio, y dale tu servicio: *Accipis benignitatem, redde charitatem.* Recibes de Dios benignidad, vuélvele caridad. Y si esto hago dignamente, justificaré mi alma, haciendo lo que debo; porque como Dios quiere recibir agradecimiento por el bien que me dá, así yo tengo de darle agradecimiento por el bien que recibo. O alma mia, oye las voces de estas criaturas, y el consejo del Sabio que dice [3]: No tengas la mano abierta para recibir, y apretada para dar; y pues Dios abre su mano para llenarte á tí y á todo el mundo de bondad y bendicion, abre tu corazon para henchirle de amor, y tu boca para llenarla de alabanzas, y tus manos para henchirlas de servicios, en agradecimiento de tan innumerables beneficios: mira no seas ingrata, porque si aprietas tu mano en dar á Dios lo que te pide, apretará él la suya para no darte el bien que tú le pides. De aquí consideraré, cuán amable es la bondad de Dios, por los innumerables bienes de gracia y gloria que de ella proce-

[1] Lib. de arca mor. c. 4. to. 2. [2] Eccles. 14. 16. [3] Eccles. 4. 36. Psal. 103. 28.

Digitized by Google

den, y cuanto mas amable por el sumo beneficio de la encarnacion del Verbo divino, en la cual echó el resto para declararnos por las obras cuanto merece ser amada. O Dios amabilísimo, si tan digno eres de ser amado, por habernos dado tantos bienes naturales, cuánto mas lo serás por habernos añadido tantos bienes sobrenaturales? Y si tanto debo amarte por los bienes perecederos, cuánto mas por los eternos? Y si eres sumamente amable por los bienes que nos das fuera de tí, cuánto mas lo serás por dártenos á tí? O quién me diese nuevo corazon, nueva alma, nuevo espíritu, nueva virtud y fuerzas, para que con nuevo fervor cumpliese perfectísimamente el precepto del amor, amándote como quieres ser amado! O alma mia, tiende los ojos de la fe, por los bienes de gracia que has recibido y cada dia recibes, y abre los oidos para oir la voz de tu Amado, que te dice: *Accipe, et redde, da, et accipe.* Recibe, y paga, dá, y recibe. Recibe de mí la gracia, y pagámela con algun servicio. O Amado mio, pues así lo mandais, hágase así; pero ayudadme para que no quede por mi flojedad, lo que tan liberalmente me ofrece vuestra bondad. Este modo de afecto tengo de ejercitar, cuando recibiere el sacramento de la confesion y comunion, cuando oyere misa ó sermon, cuando fuere participante de cualquier bien sobrenatural, imaginando que me dice Dios; recibe, y paga, dá, y recibe, para que justifiques tu alma, y la santifiques con nuevos aumentos de santidad.

Lo tercero ponderaré, como la bondad de Dios es tambien amable, por encerrar en sí toda la razon del bien útil que se puede imaginar, sin mezcla de imperfeccion, porque en Dios nuestro Señor están con eminencia todas las cosas que son medios para alcanzar nuestro último fin [1]. Y él mismo es el camino, la verdad y la vida, en cuanto él dá los medios para caminar,

[1] Joan. 14. 6.

Digitized by Google

y llegar á ver la suma verdad, y alcanzar la vida eterna, que es él mismo. Y por esto dijo el real profeta David [1]: El Señor dará la gracia y la gloria. Y demás de esto, todos los bienes que en esta vida son medios para alcanzar algun buen fin, están con eminencia en Dios, y de su bondad proceden, y por ellos es digno de ser amado; y si amo el manjar porque me conserva la vida, y la medicina porque me cura la enfermedad, y el dinero porque con él compro lo que he menester, mucho mas tengo de amar á Dios, de quien todo esto procede, no porque mi principal motivo sea que me dé tales bienes, sino por la bondad que resplandece en dármelos con tanta liberalidad. Y así de todas estas cosas de que uso, he de sacar motivos para conocer cuán amable es Dios, procurando amarle por ellos al modo dicho, imaginando que tambien me dice las palabras dichas, recibe, y paga, dá, y recibe.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar, cuán amable sea la bondad de Dios, por el tercer título del bien, que llamamos deleitable, el cual es una quietud y descanso del corazon, en la posesion de la cosa que ama, y en el cumplimiento de lo que desea, y por otro nombre se llama gozo y alegría. Lo primero, Dios nuestro Señor es amable, por el infinito gozo y deleite que tiene dentro de sí mismo, porque como es la misma bondad, así es el mismo deleite, y todas las perfecciones que tiene le son motivo de infinito gozo, deleitándose en verlas y amarlas. Lo segundo, es amable, por el infinito gozo con que hace todas las obras, deleitándose en la creacion de los cielos, y de las demás cosas, conforme á lo que dice David [2]: Alegrarse ha el Señor en sus obras.

Lo tercero, es amable, por ser causa de todos los bienes deleitables de esta vida; de suerte, que ninguna cosa puede deleitar nuestros sentidos ó potencias inte-

[1] Psalm. 83. 12. [2] Psalm. 103. 31.

Digitized by Google

riores, sino es por el ser que recibe de Dios, ni nuestra alma puede tener algun deleite, si Dios no se le dá. Y así en Dios están con eminencia todas las cosas deleitables y todos los deleites que podemos desear; y aunque nos deleita con sus criaturas, puede él solo sin ellas darnos el deleite que nos habian de dar, y otro incomparablemente mayor, en lo cual se funda la promesa de dar al que dejare por su amor alguna cosa [1], ciento tanto mas de lo que dejó, dándole incomparablemente mayor alegría espiritual, por haberlo dejado, que la que tuviera poseyéndolo. Lo cuarto, finalmente es amable por el gusto especial que tiene en tratar y conversar con nosotros. Por lo cual dice la Sabiduría increada [2], que se alegraba todos los dias jugando: esto es, gozándose y entreteniéndose en las obras que hacia en la redondez de la tierra; pero sus delicias y deleites especiales, eran los hijos de los hombres, estar con ellos, y conversar con ellos.

De todo esto se sigue, que Dios nuestro Señor quiere ser servido con alegría, y que conversemos y tratemos con él con grande gusto, porque cada uno ama su semejante; y como él es tan alegre, y todo lo que hace es con alegría, así quiere que sus escogidos vivan alegres en su servicio y con alegría le sirvan, como dice David [3]: Alegraos con Dios todos los moradores de la tierra, servid al Señor con alegría, y entrad en su presencia con regocijo. Y para mas animarnos á esto, nos promete por premio su mismo gozo, diciendo, al que fuere fiel en su servicio [4]: Entra en el gozo de tu Señor. Con cada una de estas cinco consideraciones me moveré á grandes afectos de amor y gozo en la bondad de Dios, procurando gozarme en solo Dios, pues en él solo hallaré todas las razones de gozo y deleite que puedo desear. O alma mia, para qué andas mendigando deleites de las criaturas, pues en solo Dios hallarás infinito mayor deleite que en todas ellas [5]! Haz

[1] Matth. 19. 29. [2] Prov. 8. 30. [3] Psal. 99. 2. [4] Matth. 25. 21. [5] 2. Cor. 9. 7.

Digitized by Google

con alegría las obras de su servicio, pues él hace con sumo gozo las de tu provecho. Dale cuanto tienes, no por necesidad, ni con tristeza, porque ama al dadivoso alegre, y le vuelve ciento tanto de contado en alegría. Alégrate de conversar con él, pues él se deleita en conversar contigo, llenándole con esto de su gozo [1], porque no hay amargura en su conversacion, ni tédio alguno en su trato, sino alegría y gozo, el cual comienza en esta vida, y se cumplirá en la otra, pasando del gozo temporal al sempiterno. Ultimamente sacaré de aquí cuán abominable cosa es amar algun deleite prohibido por nuestro Señor, atropellando los deleites celestiales, por gozar de los terrenos, y dejando el gozo infinito y eterno, por el gozo limitado y temporal, doliéndome de los que dan en tal desórden, y de las veces que yo he caido en él, con propósito de enmendarme, porque como dice Job [2], no podré deleitarme en el Todopoderoso, si me aparto de su servicio.

MEDITACION IX.

DE LA INFINITA CARIDAD Y AMOR DE DIOS.

El amor es una complacencia en el bien [3], por la conveniencia que tiene con nuestra naturaleza. Sus principales actos son tres. El primero es general, y se llama benevolencia, que es querer bien á otro, complaciéndome en el bien que tiene, ó queriendo que le tenga. El segundo, es amor que llamamos de concupiscencia, amando alguna cosa por mi provecho, ó por el provecho de otro, como amo el dinero, el manjar, y el esclavo. El tercer acto, es amor de amistad entre dos personas, amando la una á la otra, por el bien que hay en ella, conociendo que se aman; y cuándo este bien es sobrenatural, la tal amistad se llama caridad. De estos

[1] Sap. 8. 16. [2] Job. 27. 10. [3] D. Th. 1. p. q. 20. et 1. 2. q. 26. art. 1. et 4. et 2. 2. q. 27. art. 2. q. 23. artic. 1. et q. 31.

Digitized by Google

tres actos de amor nace otro exterior que se llama beneficencia, que es hacer bien al que amo. Con este presupuesto, entrarémos á meditar todo lo que pertenece á la infinita caridad y amor de Dios, en órden á sí mismo, y á todas las criaturas, especialmente á los hombres, y mas especialmente á los justos, presupuestas muchas cosas que se han dicho en las meditaciones precedentes que pertenecen á la caridad de Dios, por la trabazon que tiene con su bondad.

PUNTO PRIMERO. — Lo primero se ha de considerar, como Dios nuestro Señor se ama infinitamente á sí mismo por la infinita bondad que en sí tiene [1]: y como esencialmente es su misma bondad, así es su mismo amor y caridad, complaciéndose y agradándose de su mismo bien, y de todas las perfecciones que tiene de su sabiduría, omnipotencia, etc. Y este amor es ordenadísimo y santísimo, y muy conforme y debido á la infinita bondad, santidad y hermosura de Dios, y así es muy diferente del que acá llamamos amor propio, con que uno se ama á sí mismo con tan desordenada propiedad, que excluye el amor debido á otras cosas.

Pero mas adelante consideraré, como en Dios nuestro Señor hay infinito amor de amistad y caridad, porque entre las tres divinas Personas se hallan con infinita excelencia todas las perfecciones de la perfecta amistad, que son igualdad de personas [2], union de voluntades, comunicacion de todas las cosas queriendo un amigo para el otro el ser, y la vida, y todos los bienes, comunicándole los que él tiene, conversando con él íntimamente con grande alegría, y dándole parte de todos sus secretos, y que sobre esto haya antigüedad y permanencia en el amor, y que sea entre pocos. Todo esto, como se dijo en la meditacion 4.ª, se halla entre el Padre, y el Hijo, y el Espíritu santo, porque todos tres son iguales con infinita igualdad de perfeccion: son

[1] 1. Joan. 4. 8. [2] Arist. 8. et 9. et D. Th. ubi sup. et 2. 2. q. 25. art. 7.

Digitized by Google

sumamente una cosa en la esencia con unidad de voluntad en todas las cosas: tienen infinita comunicacion, y todas las cosas les son comunes, ni hay secreto partido entre ellas, y su amor es eterno, siempre fué, es, y será para siempre, y es entre pocos, porque no son mas que tres, ni era posible que tan infinita amistad se extendiese á mas personas.

De esta consideracion sacaré grandes afectos de gozo y confianza, por muchos títulos. Lo primero, me gozaré de que Dios se ame cuanto puede, y merece ser amado, de modo, que su bondad y amor, corren á las parejas, sin que el amor desee mayor bondad en que se cebe, ni la bondad desee amor que mas la ame; y pues yo amo á Dios, es razon que me goce de ver lleno el deseo que su caridad tiene de amar, y su bondad de ser amada.

Lo segundo me gozaré, porque el infinito amor que Dios tiene á sí mismo, y á su bondad, es causa y orígen del amor que tiene á las criaturas; y la amistad que tienen las tres divinas Personas, es causa y dechado de la amistad que tiene con los ángeles y hombres. Y este divino amor, es el solicitador y despertador perpétuo que hay en Dios para que nos ame, por lo cual puedo tener grande confianza que siempre me amará, porque se ama á sí, y por esto quiere amarme á mí, y á todo lo que ama. Y si san Pablo dice de sí [1]: *Charitas Christi urget nos*. La caridad y amor que tenemos á Cristo, nos espolea y atiza para que amemos á nuestros prójimos, cuanto mas la caridad y amor que Dios tiene á su bondad, le atizará á que ame á sus criaturas, como se verá en los puntos siguientes.

Punto segundo.—Lo segundo, se ha de considerar el grande amor que Dios nuestro Señor tiene á todas sus criaturas, ponderando algunas cosas muy señaladas. La primera, es la diferencia que hay entre nuestro amor

[1] 2. Cor. 5. 14.

Digitized by Google

y el de Dios, como la pone santo Tomás, diciendo [1]: Que nuestro amor presupone ser ya el bien que ama, ó á lo menos imagina que tiene ser y bondad, y en esa se agrada: mas el amor de Dios es causa del bien que ama, y así andan juntos en Dios los dos actos de amor que se llaman benevolencia, y beneficencia: querer bien, y hacer bien, porque viendo Dios en su eternidad, con su infinita sabiduría, la bondad de las criaturas que podia criar, pareciéndole todas bien, amó, y quiso con eficacia el bien de algunas de ellas, determinándose á darlas el ser y perfeccion que podian tener: y así queriendo Dios bien á los cielos, estrellas y planetas, les dió todo el ser y bien que tienen; queriendo bien á las criaturas de la tierra, y al hombre, las hizo con la hermosura y belleza que hay en cada una; y el amarlas Dios, es querer y hacer todo lo bueno y perfecto que hay en ellas. Y como dijo David [2]: *Salvum me fecit, quoniam voluit me.* Salvóme porque me quiso bien; así puedo decir: Dios me dió este cuerpo, y esta alma, y me crió á su imágen y semejanza, porque me quiso bien. Dios me conserva y gobierna, y me dá todos los bienes de que gozo, porque me quiere bien; y quererme bien es darme estos bienes que me dá, y esto de gracia, y de valde, no mas de porque quiere amarme, como dice por Oseas [3]: *Diligam eos spontanee.* Amarélos de mi voluntad y bella gracia. O Amado de mi alma, gracias te doy por tal modo de amor con que amas á tus criaturas, y á mí con ellas: reconozco que no es posible amarte yo del modo que me amas tú, porque yo puedo quererte bien, pero no puedo hacerte bien, ni darte algo que no tengas; pero del modo que pudiere te daré lo que me das, sirviéndote y dándote las gracias por todo, y lo que no puedo dar á tí, daré á mis prójimos por tu amor.

Lo segundo ponderaré, que Dios nuestro Señor in-

[1] P. 1. q. 20. art. 2. [2] Psal. 17. 20. [3] Oseæ 14. 5.

Digitized by Google

comparablemente ama mas al hombre que á todas las criaturas de este mundo visible, porque la semejanza en el bien es causa del amor, y cuanto es mayor la semejanza, tanto es más vehemente la inclinacion del amor; porque los semejantes míranse como una misma cosa, y este modo de vanidad les inclina á que se quieran bien [1]; y como las demás criaturas solamente son una huella y rasguño del ser de Dios; pero el hombre es á imágen y semejanza suya, con capacidad de tener amistad y trato con él. De aquí es que Dios nuestro Señor ama mucho mas al hombre que á todo el resto de las criaturas visibles, por esta semejanza que con él tiene; y así las crió para el hombre, ordenándolas todas á sí mismo como á último fin. De aquí sacaré la grande obligacion que tengo á amar á Dios, porque si la semejanza es causa de amor, cuánto debo amar al que me crió á su misma imágen y semejanza? Si un animal [2] ama á otro semejante, y cada cosa gusta de juntarse con la que tiene semejanza con ella, cómo no amaré yo á Dios, y gustaré de juntarme con él, pues con tanto amor me hizo semejante á sí? O Dios trino y uno, que en la creacion del hombre diste muestras de la infinita amistad y unidad que tienes dentro de tí mismo, diciendo las tres divinas Personas [3]: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza; concédeme que te ame con tal amor, que todas mis potencias concuerden y se aunen para amarte y glorificarte por la semejanza que me diste, y por el amor que en dármela me mostraste.

De aquí se sigue la tercera cosa señalada que resplandece en este amor: conviene á saber, que Dios nuestro Señor ama á todas las criaturas de este mundo visible, fuera del hombre, no con amor de amistad, porque no son capaces de ella, sino con amor de concupiscencia [4], queriendo el bien que tienen, no por provecho del mis-

[1] D. Th. 1. 2. q. 27. art. 3. [2] Eccles. 13. 19. [3] Genes. 1. 26. [4] D. Th. 1. p. q. 2. art. 2.

Digitized by Google

mo Dios; porque él, como dice David[1], de nada tiene necesidad, sino por provecho de los hombres, para la conservacion de su vida, para su regalo y entretenimiento, y para las demás comodidades que de ellas recibimos; porque como ellas no podian amar á Dios, ni alabarle, por los bienes que les daba, quiso ordenarlas para el bien y provecho de otra criatura, la cual supliese este defecto, amándole y glorificándole por el ser que dá á todas. De donde sacaré un grande afecto de admiracion, diciendo con David[2]: Quién es el hombre, para que te acuerdes de él, ó el hijo del hombre para que le visites? Hasle coronado de honra y de gloria, y héchole superior á las obras de tus manos; debajo de sus piés pusiste todas las cosas, las ovejas, y las vacas, y las bestias del campo, las aves del cielo, y los peces del mar. O Señor, Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! O Dios de mi alma, no es tu nombre menos amable que admirable, pues todo lo admirable que has hecho con el hombre, es porque lo amaste, y para que te amase, descubriendole que eres sumamente amable.

De aquí iré luego discurriendo y sacando infinitos títulos para amar á Dios por infinitas obras de amor que acumula en sí mismo, porque amando Dios estas innumerables criaturas, me ama á mí en ellas, y de ellas pasa el amor á mí, como el padre que ama el vestido, y el manjar, y el esclavo para el hijo, en todo esto ama á su hijo, porque el motivo principal para amarlo es su hijo. Así este Dios y Padre amorosísimo, amando los cielos, estrellas y planetas, me ama tambien á mí; porque los ama y quiere el bien que les dá para mi provecho; y de la misma manera amando los elementos, los mixtos, las plantas y todos los animales, juntamente me ama á mí, porque los ama para mí, y les hace bien por hacerme á mí bien; y pues Dios me ama en todas las

[1] Psal. 15. 2. [2] Psal. 8. 5.

Digitized by Google

criaturas al modo dicho, razon es que yo le ame en todas ellas, amando á las criaturas por el bien que él las dió, y para gloria del que se las dió, y no usando de ellas sino para su amor y servicio. O Dios eterno, amador y bienhechor de todas las criaturas, confieso que por mil títulos estoy obligado á amarte de todo mi corazon; y pues amas innumerables criaturas que no pueden volverte retorno de amor por el que tú les tienes, obligado quedo yo á amarte por todas ellas. O quién tuviera tantos corazones, como me has dado criaturas, para que con todos ellos te amara y glorificara, cumpliendo la deuda que ellas no pueden pagar, y de que yo estoy cargado por su causa.

Punto tercero. [illegible]tercero, se ha de considerar la universalidad de [illegible] generoso amor de Dios, del cual ningun[illegible] exenida por el ser que tiene, segun aque[illegible]bio, que dice [1]: Amas todas las cosas que [illegible] ninguna cosa aborreces de cuantas hiciste, porque ninguna ordenaste ni hiciste con aborrecimiento; ni puede perseverar, sino es que tú lo quieras. De suerte, que aunque Dios aborrece el pecado, y al pecador en cuanto malo, pero no aborrece su naturaleza, ni el bien que él mismo puso en él, y aunque sea ingrato y desconocido, no cesa de amarle con este amor, como á criatura suya, comunicándole los bienes naturales que dá á los agradecidos. De donde sacaré tres avisos. El primero, es de este amor que Dios me tiene, por el bien natural que me dió, hacer título para pedirle me quite el mal que yo añado, diciéndole aquello de Job [2]: Tus manos me hicieron, y formaron todo cuanto hay en mí, y así de repente me despeñas? O Formador y Hacedor mio, no permitas que me despeñe en tales pecados, que te provoquen á despeñarme en los infiernos, destruye lo que yo hice por mi culpa, por el amor que tienes á los que

[1] Sap. 11. 25. [2] Job. 10: 8.

Digitized by Google

tú hiciste por tu bondad. Lo segundo, sacaré una grande determinacion de no aborrecer cosa alguna de cuantas Dios ama, conformando en todo mi amor con el suyo; y aunque aborrezca la maldad de mi enemigo, no aborreceré su persona [1], antes le amaré como Dios le ama, queriendo para él los bienes que Dios le dá, y desea darle, acordándome de lo que dijo Cristo nuestro Señor: Amad á vuestros enemigos, y haced bien á los que os aborrecen, para que seais hijos de vuestro Padre celestial [2], el cual hace salir su sol para buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores, en lo cual muestra que los ama.

Finalmente, como este amor generalmente acompaña á Dios en todas sus obras, por lo cual dijo el Sabio [3]: que ninguna cosa hizo, ni ordenó con aborrecimiento, porque, como dice san Dionisio [4], el amor es causa de todas las cosas que hace el que ama; así yo si amo á Dios con fervoroso amor, he de imitarle en que este amor sea principio, medio, y fin de mis obras: de modo que todas comiencen con amor, y vayan acompañadas con amor, y las haga por amor de este gran Dios que tanto me ama, y de este modo le amaré [5] con todo mi corazon, alma, espíritu y fuerzas, como dice el precepto del amor. O Amado mio, pues siempre amas, y siempre obras con amor, y no cesas de amar, ni de obrar, porque si tú cesases, todo dejaria de ser; concédeme que nunca yo cese de amarte, ni de obrar por tu amor, haciendo, como dice tu Apóstol [6], todas mis obras en caridad, porque si esta cesa, tambien yo dejaré de ser en tu presencia, pues sin ella *nihil sum* [7], nada soy, nada valgo, y nada merezco, y si algo tengo, es por tu amor.

Punto cuarto. — Lo cuarto, se ha de considerar la grandeza de la caridad y amor que Dios nuestro Señor

[1] D. Th. 2. 2. q. 25. art. 6. [2] Mat. 5. 44. [3] Sap. 11. 25. [4] C. 4. de div. nom. et D. Th. 1. 2. q. 28. [5] Deut. 6. 5. [6] 1. Cor. 16. 14. [7] 1. Cor 13. 2.

Digitized by Google

tiene á los hombres, queriendo trabar con ellos verdadera amistad, con todas las perfecciones que puede tener la amistad entre el Criador y la criatura, discurriendo por las mas principales propiedades de ella, que arriba se apuntaron.

La primera propiedad de la amistad, es que sea entre personas en alguna manera iguales, ó con entera igualdad, como entre dos ciudadanos muy íntimos, ó con proporcion, conservando la excelencia del estado del uno, como entre el rey y su privado, entre el padre y el hijo [1]. De donde procede, que cuando un amigo es muy excelente, levanta al otro á la mayor excelencia que puede por lo cual dijo san Gerónimo [2]: *Amicitia pares accipit aut facit.* La amistad presupone que los amigos son iguales, ó ella los hace iguales, y de este jaez és la amistad que Dios tiene con nosotros: el cual, viendo la grande desigualdad que habia entre nuestro ser natural y el suyo, quiso por su infinita bondad levantarnos á otro ser excelentísimo sobre toda nuestra naturaleza, en el cual se pudiese fundar verdadera amistad dándonos, como dice san Pedro [3], dones preciosísimos de gracia, por los cuales seamos consortes, y conformes con su divina naturaleza, con la mayor conformidad que es posible á puras criaturas, no solamente tomándonos por amigos, sino haciéndonos hijos suyos, herederos de su reino, y bienaventurados [4], como él lo es, hasta llamarnos reyes y dioses, y tomar nuestras almas por esposas suyas; y todo esto de pura gracia, y por ser él bueno, y mostrar su infinita bondad en admitir á sus criaturas y á sus esclavos á la participacion de la infinita amistad que tienen las tres divinas Personas. Y aunque no es posible tener igualdad con su infinita excelencia, pero su infinita afabilidad suple esto, y así nos llama con nombres de igualdad, como se vé en el libro de los Cantares; donde llama al

[1] Arist. 8. Etic. c. 10. [2] D. Ger. in Mich. 7. [3] 2. Petr. 1. 4. [4] Psal. 81. 6.

Digitized by Google

alma su hermana y esposa, y la atribuye los mismos nombres de alabanza con que ella le alaba. O Dios amorosísimo, amable sobre todo lo que se puede pensar; harta merced me habias hecho en haberme criado á tu imágen y semejanza, mas tu infinita caridad quiso levantarme á otra semejanza muy mayor, para darme mayores muestras de amor. Ya no me admiraré como David, porque me diste un ser natural, superior á todas las cosas de la tierra, pues te has dignado levantarme á un ser sobrenatural, que corre á las parejas, con lo que hay sobre el cielo. En el primero me hiciste poco menor que los ángeles [1]. En este segundo, me has hecho igual con ellos, y semejante á tí, Criador y Santificador de todos los santos, para que te ame, y santifique tu nombre en la tierra, como ellos le santifican en el cielo.

De esta primera propiedad de la perfecta amistad nace la segunda, que es querer para su amigo el ser, y la vida, y todos los bienes que puede darle [2], comunicándoselos liberalmente por el amor que le tiene, en lo cual es excelentísimo nuestro gran amigo Dios: porque demás de querernos bien, y hacernos bien, dándonos el ser y vida natural, quiere para nosotros el ser sobrenatural, la vida de la gracia, y la vida eterna de la gloria, con los innumerables bienes que la acompañan, hasta decirnos [3]: *Omnia mea tua sunt*; todas mis cosas son tuyas porque *amicorum omnia sunt communia*, á los amigos todos los bienes son comunes; y lo que Dios tiene, para sus amigos lo quiere. O Amado y amigo nuestro [4], cuán bien cumples esta ley de la perfecta amistad, haciendo que tus propios bienes sean comunes á tus amigos! Cómo podré yo cumplirla, pues no tengo bienes propios para hacerlos contigo comunes? Todas las cosas son tuyas [5], y lo que de tu mano he re-

[1] Psal. 8. 7. [2] D. Th. 2. 2. q. 27. art. 5. [3] Lucæ 15. 31. [4] Cant. 5. 16. [5] 1. Par. 29. 14.

Digitized by Google

cibido, eso te volveré; mi propia voluntad y propio amor convertiré en comun, haciendo todo lo que tú quisieres, y amando lo que tú amares, no queriendo cosa propia para mí, sino que todo sea para tí.

De aquí procede la tercera propiedad de la perfecta amistad, que es la union, por razon de la cual se dice, que el amigo es otro yo[1], y que los amigos son una alma en dos cuerpos, y que el alma mas está donde ama, que donde anima, y por esto desean grandemente estar juntos, y conversar uno con otro. Esto resplandece mucho mas en la amistad de nuestro Dios, el cual nos hace por el amor un mismo espíritu consigo[2]; y nos tiene dentro de sí, como la niñeta está dentro del ojo[3], y tiene por regalo estar con los hijos de los hombres[4], y conversar familiarmente con ellos, y les dá parte de sus secretos, segun aquello que dijo á sus apóstoles[5]: Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: Yo os he llamado y tenido por amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he manifestado; y finalmente los llevará á su cielo á donde será la comunicacion mas estrecha; porque continuamente estarán en su presencia, metidos dentro de su divinidad, viéndole cara á cara, conservando con él su íntima familiaridad. O Dios amantísimo, ahora veo con cuanta razon te llamas esposo de nuestras almas, y á ellas las llamas esposas tuyas, pues eres un espíritu y un corazon con ellas, tratándolas con tan tierno amor, cual nunca tuvo esposo á su querida esposa! Quién creyera tal modo de amor, si tú no le revelaras? Y quién podrá entender tal modo de conversacion, si tú no le das parte de ella? O Amado mio[6], quién es el hombre, porque así le engrandeces! ó porqué pones en él tu corazon! Pon, Señor, mi corazon en el tuyo, y muéstrame la grandeza de este amor, haciéndome una cosa contigo, para

[1] D. Th. 1. 2. q. 20. art. 1. et 2. D. Aug. confes. c. 6. et retrac. c. 1. [2] 1. Cor. 6. 17. [3] Zachar. 2. 8. [4] Prov. 8. 31. [5] Joan. 13. 14. [6] Job. 7. 17.

Digitized by Google

que le ame como me amas, y sea tambien la amistad perfecta de mi parte, como es perfectísima de la tuya. De estas tres propiedades he de sacar un deseo grande de mostrar la amistad y caridad que tengo á Dios nuestro Señor en tener otra tal por su amor á mis prójimos, igualándome y humanándome con ellos, y levantándolos del modo que yo pudiere, comunicando con ellos de mis bienes corporales y espirituales, haciéndome uno con todos, y conversando con ellos amorosamente á fin de que amen á Dios, para que tenga muchos amigos en quien sea glorificado por todos los siglos. Amen.

MEDITACION X.

DE CUATRO EXCELENCIAS SINGULARÍSIMAS QUE TIENE LA INFINITA CARIDAD Y AMISTAD DE DIOS CON LOS HOMBRES, Y DEL MODO CON QUE LAS PODEMOS IMITAR.

Las excelencias de la caridad de Dios para con los hombres que hasta aquí hemos puesto, tienen fundamento en las propiedades de la perfecta amistad que suele haber entre los hombres. Ahora pondrémos otras singularísimas que no se pueden hallar, sino es en la de Dios, la cual como es infinita de su parte, así es singular, sin que haya otra que le llegue, las cuales se reducen á las cuatro que el apostol san Pablo[1] llama longitud, latitud, alteza y profundidad. La longitud es su duracion eterna, sin principio ni fin. La latitud ó anchura, es su dilatacion á todos los hombres que quieren tener amistad con él. La alteza es la soberanía de los bienes celestiales á que les levanta. La profundidad es los secretos que hay en esta amistad, tales que ninguno puede ahondarlos. Y aunque algo de esto queda dicho en las meditaciones precedentes, en esta se irá ponderando mas por los puntos siguientes.

Punto primero.—La primera excelencia singular de

[1] Eph. 3, 18.

Digitized by Google

la caridad de Dios para con los hombres es ser eterna. Esta eternidad consiste en ser tan antigua como el mismo Dios; el cual desde su eternidad se resolvió en amar á los hombres, y trabar amistad con ellos, y no solamente á bulto y en comun, sino en particular, conociendo á cada uno, y queriendo, cuanto es de su parte, darle todos los bienes de gracia y gloria en que se funda esta amistad: aunque mas particularmente amó á los que llamamos predestinados. De suerte, que yo puedo aplicar á mí mismo aquello que dijo Dios por Jeremías [1]; *In charitate perpetua dilexi te*, con caridad perpétua te amé; como si dijera: Desde que soy Dios te amo: desde que me amo á mí, te amo á tí. Tan eterno es el amor que te tengo, cuán eterno soy yo, y el amor con que me amo. O Amador eterno, quién no te amará sin cesar? O quién te hubiera amado siempre desde que soy hombre, pues tú me amaste desde que eres Dios! O alma mia, no dilates el amar á Dios, porque para luego es tarde; comienza luego, y ama á quien siempre te amó. *Ama amorem ab æterno te amantem.* Ama al infinito amor, que desde la eternidad se emplea en amarte. Si el amigo para ser bueno y seguro ha de ser antiguo, qué amigo puede haber mas antiguo que el eterno? Toma el consejo del Sabio que dice [2]: No dejes al amigo antiguo, porque el nuevo no será semejante á él: No dejes la amistad de Dios por la de los hombres, porque esta no será semejante á aquella, y cuanto excede lo eterno á lo temporal, tanto excede aquella á esta. Estos y otros propósitos y afectos semejantes he de sacar de esta consideracion, dando gracias á nuestro Señor porque me amó *ab æterno*, deseando haberle siempre amado desde que tuve uso de razon, fiándome de amigo tan antiguo, doliéndome de haberle dejado por trabar nuevas amistades con las criaturas, y proponiendo de nunca dejarle.

De esta consideracion he de subir á ponderar, como

[1] Jer. 31. 3. [2] Eccles. 9. 14.

Digitized by Google

la caridad y amor de Dios siempre es primero que el nuestro, y nos gana por la mano, previniéndonos en amor, conforme á lo que dice san Juan [1]: en esto se descubrió la caridad, porque no amamos nosotros primero á Dios, sino él primero nos amó; que es decir: la fineza de la caridad de Dios se descubre mucho, en que nos ama primero que le amemos, porque esto es señal que nos ama, no por su interés, ni por nuestros merecimientos, sino de gracia, y solamente por ser bueno, y para solicitar nuestro amor con el suyo, y provocarnos al retorno de amor. Y así concluye san Juan: *Nos ergo diligamus Deum, quia ipse prior dilexit nos.* Luego justo es que nosotros amemos á Dios, porque él primero nos amó. O alma mia, si el amar mueve á ser amado, muévate tal amor, y de tal Dios, para amar á quien así te ama, y se anticipa en amor. O Amador eterno, si fuera posible que yo te amara primero que tú me amaras, fuera muy justo que mi amor solicitara el tuyo, suplicándote que te dignaras de amarme: mas pues tu amor solicita el mio, desde luego te le ofrezco con entrañable deseo de amarte, porque me amas, y de amarte cada dia mas, para que tú me ames mas, aumentando en mí los dones del amor.

Luego ponderaré lo tercero, como la caridad de Dios es eterna cuanto á la duracion que está por venir con grande estabilidad y firmeza por toda la eternidad. De suerte, que como su caridad no tuvo principio, así, cuanto es de su parte, nunca tendrá fin para con los hombres: y por consiguiente puedo considerar, como este gran Dios, y eterno Amador, siempre me amó, y me ama, y me amará mientras fuere Dios, si por mí no queda, y su amor como la misericordia que de él procede es [2], *ab æterno in æternum*, sin que haya cosa criada que pueda quitar de Dios este amor; y de este modo se puede entender lo que dice el Apostol [3]: Quién

[1] Joan. 4. 9. [2] Psal. 102. 16. [3] Rom. 8. 35. Tolet. ibi.

Digitized by Google

nos apartará de la caridad de Cristo? esto es, quién podrá hacer que nos deje Dios de amar por Cristo? Porque en todos los trabajos y tribulaciones, vencemos por el que nos ama, y por la virtud que en nosotros pone el amor que nos tiene. Y pasa tan adelante la estabilidad de este amor, que cuando nosotros por nuestra culpa, rompemos esta amistad, y nos hacemos enemigos suyos, él con su infinita caridad siempre está firme en desear que volvamos á su amistad, y está aparejado para admitirnos de nuevo en su gracia, olvidándose de la injuria, si le pedimos perdon de ella, diciendo aquello de Jeremías [1]: Tú has fornicado con muchos amadores, pero vuélvete á mí, que yo te recibiré. O Amador eterno é inmutable, dame un amor semejante al tuyo, del cual ninguna cosa me pueda apartar. Si tú no apartas de mí tu amor, quién podrá apartar de tí el mio [2]? Por ventura la tribulacion ó la angustia, ó la hambre ó el cuchillo? Nada de esto será poderoso para ello, porque el amor que tú me dieres, fácilmente lo vencerá todo, en virtud del que tú me tienes [3]. Ni las muchas aguas, ni los copiosos rios podrán apagar mi caridad si anda junta con la tuya, porque la tuya es fuego infinito que en un punto las consumirá. No permitas, Amador eterno, que yo corte el hilo de tu amistad por mi culpa; y si yo, como flaco le cortare, tu amor me despierte y me prevenga para que me vuelva á tí; cumple en mí la inclinacion de la caridad [4], que es nunca desfallecer, para que conservándola en esta vida temporal, dure para siempre en la vida eterna. Amen.

Punto segundo. — La segunda excelencia de la caridad de Dios es ser anchísima con infinita anchura, abrazando, cuanto es de su parte, todos los hombres de cualquier estado y condicion que sean, deseando admitir á todos á su gracia y amistad, sin excluir á ninguno que quiera ser admitido, cumpliéndose tam-

[1] Jerem. 3. 1. [2] Ro. 8. 35. [3] Cant. 8. 7. [4] 1. Cor. 13. 8.

Digitized by Google

bien en esto lo que dijo el Sabio, hablando con Dios [1]: Disimulas los pecados de los hombres por la penitencia, porque amas todas las cosas que son, y ninguna cosa aborreciste de las que hiciste, y por consiguiente, á ningun hombre aborreciste como á enemigo, sino es por la culpa que no ha borrado por la penitencia [2]. Y aunque es verdad que con mas especial amor ama á los predestinados; y en este sentido se dice aborrecer á los réprobos, porque no los amó tanto como á ellos, pero absolutamente á todos, cuanto es de su parte, ama con infinita caridad, deseando que todos se salven [3], y que todos sean amigos suyos, y no cesa de hacerles grandes caricias de amor, como las hizo con Judas [4], á fin de reducirlos á su amistad, echando brasas de beneficios sobre la cabeza de su enemigo para convertirle en amigo. Y así con amor de Padre hizo que su hijo el Sol de justicia naciese para buenos [5] y malos, y que la lluvia de su doctrina se ofreciese á justos y pecadores, y el rocío de los dones celestiales desciende para todos cuantos quisieren recibirlos. O inmensidad de la caridad de Dios, que á todos abrazas, y nunca te llenas, porque siempre tienes anchura para recibir muchos mas! O alma mia, alégrate de tan inmensa caridad, confiando que tendrás parte en ella! O Amador inmenso, pues tan anchos senos tiene tu infinita caridad, admite dentro de ellos á todos los mortales [6]! Cierra, si es posible, los senos del infierno, donde eres aborrecido, para que ninguno baje á ellos, y abre los senos del cielo, donde eres amado, para que todos suban á ocuparse para siempre en tu amor. Amen.

Lo segundo, ponderaré otra cosa singularísima en esta caridad y amistad de Dios, que aunque se extiende á muy muchos, es como si fuesen con muy pocos, y así no deja de ser perfectísima. Acá entre los

[1] Sap. 11. 24. [2] Ro. 9. 13. [3] 1. Tim. 2. 4. [4] Prov. 15. 22. Ro. 12. 20. [5] Matth. 5. 45. [6] Isai. 5. 45.

Digitized by Google

hombres, la estrecha amistad, como dijo Aristóteles [1], ha de ser entre pocos, porque es cosa rara hallar muchos amigos fieles de quien poderse fiar; pero Dios nuestro Señor con su infinita caridad traba amistad con muchos, porque él los hace amigos fieles, y les dá la verdadera caridad; y aunque los muy queridos sean muchos, trata con tanta familiaridad con cada uno, como si fuera solo; de modo, que la muchedumbre de amigos no quita la familiar comunicacion con ellos, como se vé en el cielo, donde está muy perfecta esta amistad. Y á esta causa en el libro de los Cantares [2], habiendo contado nuestro Señor tres suertes de almas que viven en su compañía, concluye: una es mi paloma, y mi perfecta; que es decir: á todas juntas, que hacen una Iglesia, las amo como si fueran una, y para un fin de su eterna bienaventuranza y de mi gloria. O Amado mio, gracias te doy por esta voluntad que tienes de tener amistad con todos, y con cada uno, tan estrecha como si fuera solo! O si mi alma fuese tan dichosa, que pudiese ser una de estas esposas tuyas, á quien dijiste: *Una est columba mea, perfecta mea, una est matris suæ:* Una es mi paloma, y mi perfecta, una para su madre; hazme paloma tuya, por la inocencia; y perfecta tuya [3] por la caridad, que es el vínculo de la perfeccion: y concédeme que te ame en esta Iglesia de la tierra, como te ama nuestra madre la Iglesia del cielo.

De estas dos ponderaciones he de sacar dos propósitos en que mi caridad ha de imitar la caridad de Dios. El primero, ha de ser de no aborrecer á ninguno, ni tenerle por enemigo, sino amar á todos, ensanchando los senos de la caridad, para que queden en ellos todos los hombres buenos y malos, perfectos é imperfectos, haciendo á todos obras de amigo en lo que yo pudiere. El segundo propósito, es reducir el amor de to-

[1] 3. Eth. c. 5. [2] Cant. 6. 8 [3] Col. 3. 14.

Digitized by Google

dos á uno solo, que es Dios; de modo, que aunque ame á muchos, no los ame como muchos, por respetos particulares de cada uno, sino principalmente por un solo motivo, y por un solo amigo, que es Dios, cuyos son todos.

Punto tercero. — La tercera excelencia, es la alteza de la divina caridad; la cual se descubre en la alteza de los beneficios y dones que de ella proceden, los cuales son tan altos que no pueden ser mayores, y descubren que su alteza y sublimidad es infinita. Lo primero, porque nos levanta á la alteza de la soberana dignidad de hijos de Dios, y herederos de su reino: por lo cual dijo san Juan [1]: *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur, et simus.* Mirad que caridad nos dió el Padre, que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos, como si dijera: Contemplad, y ponderad la alteza á donde llegó la caridad de Dios, los admirables afectos y efectos que brotó, pues nos levantó á ser hijos de Dios, con todas las excelencias que han de tener hijos de tal Padre. Y cuales sean estas, no es posible conocerlo en esta vida; y así añade: *Ahora somos hijos de Dios, pero no se descubre lo que serémos: cuando se descubriere, serémos semejantes á él, porque le verémos como es.* Y así en el cielo se descubre la soberana alteza de esta dignidad de hijos, y de la caridad de Dios, que nos levantó á ella. Gracias te doy, Padre amantísimo, por esta caridad que me has mostrado en tomarme por hijo: esclarece los ojos de mi alma, para que conozca cual sea esta caridad, y vestido de ella te ame como á Padre, procurando serte semejante en el amor, para serlo despues en la gloria. Amen.

Lo segundo, se descubre mas la alteza de la divina caridad en habernos amado tanto, que para nuestro remedio levantó un hombre de nuestra naturaleza á ser Hijo de Dios, no adoptivo, sino el mismo Hijo de Dios

[1] 1. Joan. 3. 1.

Digitized by Google

natural, por la union de la encarnacion: de modo, que un hombre sea real y verdadero Hijo de Dios, igual con el eterno Padre, y un Dios con él; y aquí subió tan alto la caridad de Dios, que no pudo subir mas, por lo cual dijo el mismo Cristo nuestro Señor [1]: *Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito.* Y san Juan evangelista dijo [2]: *En esto se descubrió la caridad de Dios para con nosotros, en que envió su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.* Y con este Hombre celestial trabó Dios la mas excelente amistad que puede haber despues de la amistad infinita que hay entre las tres divinas Personas, porque como esta se funda en unidad de esencia, así esa otra se funda en unidad de una misma persona, igual al mismo Dios, y en ella estriba la firmeza y seguridad de la que Dios tiene con nosotros, el cual nos ama por Cristo su Hijo [3], y dándonos á su Hijo, nos dió con él todas las cosas. O alteza de la bondad y caridad de Dios, cuán incomprensibles son sus obras, y cuán investigables sus caminos! O amor inefable, que para trabar amistad perfecta con el hombre, le subes á la igualdad de Dios! O Amador altísimo, qué gracias te daré por tan altas y soberanas obras de amor, y cómo te podré alabar dignamente por ella? Alábete, Señor, tu misma caridad, y bendígante las obras que de ella proceden, y sobre todo glorifíquete tu mismo Hijo Dios y hombre verdadero, en quien todos somos amados con tan alta y soberana caridad. Mira el rostro de este tu querido amigo, antiguo y nuevo: antiguo en cuanto Dios, y nuevo en cuanto hombre, y por él te suplico me hagas amigo tuyo, renovándome conforme á la imágen de este nuevo Hombre, para que viva por él, y por su medio alcance la vida eterna. Amen.

De esta consideracion se dijo en la meditacion segunda de la segunda parte.

[1] Joan. 3. 16. [2] 1. Joan. 4. 9. [3] Rom. 8. 32.

Digitized by Google

Tambien se puede ponderar la alteza de la divina caridad, en el misterio de la Eucaristía, en que el mismo Cristo Dios y hombre verdadero, cubierto con especies de pan y vino, entra dentro de nosotros para conservar esta caridad, y aumentarla en nosotros, y unirnos mas cordialmente consigo mismo, como se ha ponderado en la cuarta parte, y adelante se dirá mas.

Ultimamente, ponderaré la alteza de la divina caridad por la alteza del infinito don que nos dá, dándonos al Espíritu santo, que es fuente del amor, como se verá en la meditacion siguiente. De todo esto he de sacar un deseo generoso de imitar la alteza de la divina caridad, en amarle de tal manera, que siempre en su servicio pretenda cosas altas y grandiosas, alta intencion de su mayor gloria, alta oracion y contemplacion de sus misterios, y alta imitacion de las virtudes, cumpliendo aquello que dice san Pablo [1]: Por esto hago oracion á Dios, pidiéndole que vuestra caridad crezca mas y mas con toda ciencia y conocimiento espiritual, para que aprobeis las cosas mejores, y seais sinceros, y sin ofensa llenos del fruto de la justicia por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios. Amen.

Punto cuarto. — La cuarta excelencia de la caridad de Dios, es su profundidad, la cual se descubre, lo primero en las humillaciones profundas de Dios, por amor de los hombres, porque siendo el Verbo divino igual á su eterno Padre [2], *exinanivit semetipsum*, apocóse, y menoscabóse á sí mismo, tomando forma de siervo, y humillóse, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; porque como la perfecta amistad desea igualdad con sus amigos, como Dios se vió tan alto, quiso abajarse y vestirse de la misma naturaleza que ellos [3]: *In similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo*, haciéndose á semejanza de los hombres, y viviendo con ellos hermanablemente como hombre [4],

[1] Phil. 1. 9. [2] Phil. 2. 7. [3] Ibid. 8. [4] Heb. 2. 17.

Digitized by Google

asemejándose en todas las cosas á sus hermanos. Y demás de esto, como la perfecta caridad, no solamente se muestra en hacer bien á su amigo, sino tambien en padecer por él trabajos, porque no hay mayor caridad que dar la vida por sus amigos [1], quiso la infinita caridad de Dios dar tambien estas muestras de amor, y como no podia padecer, ni morir en su propia naturaleza divina, tomó la naturaleza humana, y en ella padeció gravísimos trabajos, y desprecios, y muerte cruel, por sus amigos: y qué digo por sus amigos? padecióla por sus enemigos, para convertirlos en amigos, y por los que le aborrecian para hacer que le amasen [2]. O abismo inmenso de la caridad de Dios! O caridad alta y profunda, que levantaste al hombre á lo mas alto de Dios, y humillaste á Dios á lo mas profundo del hombre [3]! O caridad paciente y benigna, que no contenta con hacernos bien, con grande benignidad, quisiste padecer mucho por nosotros con grande paciencia! O Amado de mi alma, muestra conmigo esta caridad, dándome otra tal, que me incline á humillarme hasta el profundo de mi nada, y me aliente á padecer hasta morir por tu gloria. Esta misma ponderacion, puedo tambien hacer en el misterio de la Eucaristía, donde se descubre la profundidad de la caridad de Dios, inventando medios de tan profunda humildad, para honrar y regalar á los amigos que le aman con verdadera caridad.

Tambien se descubre la profundidad de esta caridad de Dios en el abismo de los secretos juicios de su divina sabiduría [4], en razon de hacer bien á sus amigos, á los cuales todas las cosas convierte en bien; las tribulaciones, aflicciones, tentaciones y miserias, así propias como agenas, y hasta los mismos defectos y faltas en que caen por flaqueza, se los convierte en bien, tomando de ellos ocasion para mas arraigarlos y perfeccionarlos en el amor. De suerte, que con profundidad incomprensi-

[1] Joan. 15. 13. [2] Ro. 5. 8. [3] 1. Cor. 13. 4. [4] Ro. 8. 28.

Digitized by Google

ble, resplandece la caridad de Dios en todas las obras de justicia y venganza que hace en los malos, para provecho de los buenos, y en los buenos, para hacerlos mejores, inventando mil medios y caminos muy ocultos, nacidos del abismo de la eterna predestinacion, para salvacion de los predestinados.

Estas son las cuatro excelencias de la infinita caridad de Dios, las cuales podré conocer y sentir, no tanto con largas meditaciones, cuanto con intensos actos de caridad, echando hondas raices en ella, siguiendo el aviso que nos dá el Apóstol aquí, cuando dice [1]: Fundaos y arraigaos en la caridad, para que podais conocer por experiencia, las propiedades y excelencias de la infinita caridad de Dios, y por ella vengais á comprender y abarcar una caridad larga en la duracion, que dure hasta la vida eterna; ancha en la extension, que abrace todas las obras de amor, y todas las personas que pueden ser amadas; alta en la intencion y pretension, que no se abaje á cosas terrenas, sino que suba con el deseo á las celestiales; y profunda en la humillacion, sufriendo todos los trabajos y desprecios que os vinieren, por ser fieles á vuestro Amado. O Amado de mi corazon, dame una caridad semejante en estas cuatro cosas á la tuya, para que amándote con tal espíritu en esta vida, llegue á gozarte y amarte sin fin en la otra. Amen.

MEDITACION XI.

DEL DESEO QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR TIENE DE SER AMADO DE LOS HOMBRES, DEL PRECEPTO QUE DE ESTO PONE, Y DE LAS AYUDAS Y PREMIOS QUE OFRECE.

Aunque segun la sentencia de santo Tomás [2], es mas propio de la caridad amar que ser amada, con todo eso la infinita caridad de Dios no se contenta con amarnos, sino desea sumamente ser amada de nosotros; no

[1] Eph. 3. 17. [2] 2. 2. q. 27. art. 1.

Digitized by Google

por su interés, sino por el nuestro; y por esta causa como se ha dicho, nos gana por la mano en el amor, para provocarnos á que le amémos, porque el amar es gran motivo para ser amado. Este deseo y la eficacia y grandeza de él, se descubre en algunas cosas que pondrémos en los puntos siguientes.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como Dios nuestro Señor, deseando ser amado de los hombres, les puso precepto de ello [1], mandándoles que le amasen de todo su corazon, de toda su alma, mente, virtud y fuerzas; esto es, con toda la perfeccion que les fuese posible, no poniendo tasa en el amar, porque el modo de amar á Dios, es amarle sin modo ni tasa alguna, y tanto el amor es mejor, cuanto es mayor. De donde se sigue cuán infinito sea el amor de Dios para con nosotros, porque quien desea ser amado sin tasa, y nos manda que no tengamos tasa en el amor, es señal que no quiere tener tasa en el amarnos y hacernos bien, porque Dios ama á los que le aman, y cuanto mas le aman, y los ama, tanto mayores bienes les dá, porque todas las dádivas y dones celestiales proceden del amor que Dios nos tiene, y nos disponemos para recibirlas, con el amor que le tenemos. O Amador amabilísimo, pues tanto deseas que te ame sin tasa, dáme lo que me mandas para que pueda cumplir lo que deseas: *Diligam te sicut diligor à te*: Amete yo como me amas tú, ámete como quieres ser amado, y ámete como me mandas que te ame. De aquí he de sacar una grande estima de este precepto del amor, como la tuvo Cristo nuestro Señor, llamándole [2]: *Primum, et maximum mandatum*, el primero y el mayor mandamiento por muchas causas. Es el primero en órden, porque se pone por fundamento de todos, y es fundamento de la vida espiritual, y raiz de toda la perfeccion, y por esto nos dijo el Após-

[1] Deut. 6. 5. Matth. 22. 37. D. Th. 2. 2. q. 44. et q. 24. art. 5. D. Ber. lib. de dilig. Deo. [2] Matt. 22. 38. Marc. 12. 30.

Digitized by Google

tol [1], que nos fundemos y arraiguemos en la caridad. Además es el primero en la dignidad, porque manda el supremo acto de virtud que hay en la vida cristiana, que es la caridad, la cual es mayor que la fe, y que la esperanza, y que todas las demás virtudes, las cuales sin ella están como muertas; y así dice el Apóstol [2], que si me falta la caridad, aunque tenga todas las virtudes y ciencias, *nihil sum*, soy nada. Además es el primero en el merecimiento, porque la caridad es la primera causa de todos nuestros merecimientos delante de Dios, y sin ella ninguna obra merece algo, pues, como dice san Pablo, aunque dé toda mi hacienda á los pobres, y entregue mi cuerpo á las llamas, sino tengo caridad, *nihil mihi prodest*, nada me aprovecha para merecer la vida eterna. Es tambien el primero en la suavidad y dulzura, porque de la caridad nace [3] toda la suavidad del yugo de Dios, y la ligereza de la carga de su ley, y por ella sus mandamientos no son pesados, y propio efecto suyo es el gozo en el Espíritu santo [4]. Tambien es el primero en la eficacia, porque es causa de la observancia de los demás mandamientos; y por esta razon dijo Cristo nuestro Señor, que de él dependia la ley, y los profetas. Y el Apóstol dice [5]: que el cumplimiento de la ley es el amor. Finalmente, es el primero en la intencion; porque como dice san Pablo [6], es fin de los preceptos, y todos se ordenan á la caridad, y á ella ha de ir enderezada nuestra intencion; y así ha de acompañar todas nuestras buenas obras, haciéndolas en caridad, para que su bondad sea perfecta.

Por estas y otras causas he de cobrar una grande estima de este precepto tan encomendado de Cristo nuestro Señor, y alentarme al perfecto cumplimiento de él, lo cual consiste en dos cosas, conviene á saber: en quitar de mí cualquier amor y cosa que contradiga ó en-

[1] Eph. 3. 17. [2] 1. Cor. 13. 13. [3] 1. Joan. 5. 3. [4] D. Th. 2. 2. q. 28. [5] Rom. 13. 10. [6] 1. Tim. 1. 5.

Digitized by Google

tibie la caridad, y en aplicarme á procurar el ejercicio de todas las cosas que le aumentan. O Amador eterno, ámete yo de todo mi corazon, mortificando en él todo mi amor propio, para que quede solo el amor tuyo: ámete de toda mi voluntad, negando todos sus quereres, por cumplir lo que tú quieres: ámete con toda mi alma, enfrenando las pasiones de mis apetitos, para que se vayan trás tí todos sus afectos: ámete con toda mi mente, negando mi juicio propio y cautivando mi entendimiento en servicio de tu fe, y en cumplimiento de tu voluntad: ámete con todas mis fuerzas, mortificando mis sentidos, y aplicando mis potencias á la guarda de tu ley: y pues tus mandamientos no son imposibles, dame fuerzas para amarte del modo que quieres ser amado, haciéndome fácil y suave con tu gracia, lo que es imposible á mi flaca naturaleza. Todo lo que se ha puesto en este coloquio, es necesario para cumplir perfectamente este precepto; y á lo mismo ayuda lo que se dijo en la introduccion de estas meditaciones, y en la meditacion 8ª.

Punto segundo. —Lo segundo se ha de considerar como Dios nuestro Señor, deseando ser amado de nosotros, y habiéndonos puesto precepto de ello, nos dá las fuerzas y eficacia para cumplirle, con un modo excelente y admirable. Porque lo primero, este infinito Amador nuestro, con el deseo que tiene de trabar amistad con nosotros, y de que la amistad sea entera de ambas partes, nos infunde y dá liberalmente la caridad con que le hemos de amar, y el mismo amor con que le amamos; y nos ayuda para que le amemos con inspiraciones interiores, y con esto nos obliga á usar de esta caridad que derrama en nuestros corazones, obrando con ella, y ejercitando varios actos de amor [1] para aumentarla, y cobrar siempre nuevas fuerzas para amar. Por esta causa dijo san Juan [2]: Amémonos unos á otros:

[1] Ro. 5. 5. [2] 1. Joan. 4. 7.

Digitized by Google

Quia charitas ex Deo est. Porque la caridad con que nos amamos procede de Dios, y es razon usar de ella para amarle como quiere ser amado.

Pero mas adelante pasa la infinita caridad de Dios, el cual no contento con esto, nos dá la misma fuente de la caridad criada [1], que es el Espíritu santo, y es la caridad increada, y caridad viva, y amor vivo, para que asista dentro de nosotros, conservando nuestra caridad, avivándola, enderezándola, y solicitándola á que brote actos de amor; por lo cual dijo san Juan [2]: *Conocemos, y creemos la caridad que tiene Dios con nosotros; porque Dios es caridad, y quien está en caridad, está en Dios, y Dios en él: y en esto conocemos que está en nosotros, y nosotros en él; porque nos dió de su Espíritu santo.* De suerte, que quien tiene la virtud de la caridad infusa en su alma, tiene la misma caridad viva é infinita, que es Dios, y está dentro de Dios, y Dios dentro de él, unidos los dos con amor; y no solamente tiene al Espíritu santo, sino al Padre, y al Hijo, segun aquello que dijo Cristo nuestro Señor [3]: Si alguno me ama será amado de mi Padre, y vendrémos á el, y en el morarémos; y por consiguiente dentro del justo están las tres divinas Personas, que son la viva caridad, fuente y dechado de la que él debe tener, ayudándole para que guarde todas las leyes de la verdadera amistad, á semejanza del modo que Dios nuestro Señor las guarda. O alteza inefable de la caridad de Dios! O fuente de agua viva, que estando en el corazon de tierra, le levantas hasta el tercer cielo, y le juntas con la beatísima Trinidad. O Trinidad beatísima, que no solamente amas á tus escogidos [4], sino quieres tomar para tí el nombre del amor, y llamarte caridad, para que todos nos precciemos de ella. O alma mia, alégrate y dá saltos de placer, porque tu Dios es caridad. Si Dios es caridad, qué cosa hay mejor? Si quien está en caridad está en Dios,

[1] Ro. 5. 5. [2] 1. cap. 4. 16. [3] Joan. 14. 23. [4] D. Ber. et D. Th. 1. Joan. 4.

Digitized by Google

qué cosa hay mas segura? Y si Dios está en él, qué cosa hay mas alegre? Pues qué amas, si á tal caridad no amas? Y pues este Dios de amor quiere entrar dentro de tí, y que tú entres dentro de él, para llenarte toda de caridad, entra tú también dentro de tí misma, y mira el dechado infinito de esta caridad que tienes dentro de tí, y ama á tu Dios trino y uno del modo que él se ama, uniéndote con él por caridad, como sus divinas Personas están unidas por esencia, siendo todas tres una misma caridad. O Dios mio[1]! *Ostende mihi charitatem tuam, et amorem tuum da mihi.* Muestra conmigo tu caridad, y dame tu santo amor. Amete, Señor, fortaleza mia, refugio mio, y consuelo mio, ámete como me amas, y como quieres que te ame, por todos los siglos. Amen.

Estas jaculatorias, y otras tales se han de repetir á menudo, para alcanzar en breve la caridad, unas veces pidiéndola, y otras veces ejercitándola, porque no hay medios mas eficaces para alcanzar el amor, que amar y orar al modo dicho.

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar, como la infinita caridad de Dios, con el deseo que tiene de ser amado de nosotros, aunque bastara mandarlo, y aun sin precepto, era muy debido el hacerlo; con todo esto juntó con este precepto grandes premios corporales y espirituales, temporales y eternos, para obligarnos mas á que le amemos. Por lo cual en el Deuteronomio[2], mandando á su pueblo que le amase, añade: *Ut bene sit tibi*, para que todo te suceda bien. Como quien dice: No te pido que me ames por el bien que yo espero, sino por el bien que tú recibirás en amarme: Y cuán gran bien sea este, se puede ponderar en tres ó cuatro cosas.

Porque lo primero, el premio de la vida eterna se dá por el amor, de modo que á la medida de la caridad se nos dará la gloria. Y aunque no haya hecho obras de

[1] Psal. 17. 2. [2] Deut. 10. 13.

Digitized by Google

suyo muy gloriosas, y convertido muchas almas, y padecido grandes trabajos, sino llega á tener tanta caridad como otro que no ha hecho tales cosas, por no poder hacerlas, no tendrá tanta gloria como él. Y así dice Cristo nuestro Señor [1]: *Si alguno me ama, yo le amaré, y manifestaré á mí mismo.* Como quien dice: Por el amor le daré la bienaventuranza, que es la clara vista de mi divinidad, y cuanto mas me amare, tanto mas me verá, y se gozará en mí, y tendrá mas alto trono en el reino de mi Padre.

Lo segundo, los dones y favores celestiales que son premio de esta vida, tambien se dán á la medida del amor que dispone para recibirlos; y así dice la divina Sabiduría [2]: Yo ando en medio de los caminos de la justicia, y de las sendas del juicio, para enriquecer á los que me aman, y llenar cumplidamente sus tesoros. O Sabiduría eterna, que muestras tu justicia y rectitud en premiar y favorecer á los que te aman, ayúdame á caminar por los caminos de la justicia, y por las sendas de la perfeccion, amándote con todas mis fuerzas, para que sea digno de que me enriquezcas con tus riquezas celestiales, y llenes mis deseos con los tesoros de tus bienes sempiternos. Demás de esto, continuamente este amantísimo Dios, en lugar de hechizos, nos previene con innumerables beneficios, para que le amemos, trayéndonos á su amor y servicio [3], con cuerda de Adan, y con cadenas de caridad, cebando el fuego del amor con leña de dádivas, y soplando con el soplo de sus inspiraciones, porque su venida al mundo fué á traer este fuego [4], y su deseo es que siempre arda, para tener tambien serafines en la tierra, como los tiene en el cielo. O serafines celestiales, que estais ardiendo en fuego de amor, suplicad á vuestro Dios que me abrase con este fuego, atizándole de manera que siempre arda en esta vida, hasta que se junte con vosotros en la eterna. Amen.

[1] Joan. 14. 21. [2] Prov. 8. 20. [3] Oseæ 11. 4. [4] Lucæ 12. 49.

Digitized by Google

Finalmente, para que por todos caminos quedemos presos y atados á su amor, nos amenaza con terribles castigos, si quebrantamos el precepto de amarle, porque en faltando el amor, falta la vida de la gracia, y faltará la eterna de la gloria, y en su lugar entra la muerte y el infierno. Y por esto dijo san Juan [1]: El que no ama permanece en la muerte del alma, y permanecerá para siempre en la muerte eterna. Y san Pablo dice [2]: Si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo, *sit anathema maranatha*, sea maldito y descomulgado, y en el dia del juicio sea apartado de los buenos que le aman, y echado en los fuegos eternos, que han de abrasar á los que le aborrecen. De todo esto he de sacar la obligacion que tengo de amar á Dios nuestro Señor, principalmente por sí mismo, por su bondad infinita, y por el amor que me tiene, tomando esto, como dice santo Tomás [3], por motivo propio de amor; el cual, como dice san Bernardo [4], cuando es puro, aunque no es jornalero, no carece de jornal, antes tanto mayor premio alcanza, cuanto menos le pretende, pero sin embargo de esto, para conservarle y aumentarle, puedo aprovecharme de las tres cosas que hemos aquí puesto; conviene á saber, de los premios que espero, de los bienes que recibo, y de los castigos que temo, haciendo de estas tres cosas una cuerda de tres dobleces [5] con que atarme más fuertemente con el amor, para que mis tres enemigos mundo, carne, y demonio, no prevalezcan contra mí, ni me puedan apartar de la caridad de Cristo [6]. O Cristo amantísimo y amabilísimo, bendito sea y será cualquiera que te ama; y maldito es y será cualquiera que te aborrece; quién no te amará, Dios mio, pues tantas bendiciones derramas sobre quien te ama? y quién te aborrecerá, pues tantos

[1] 1. Joan. 3. 14. [2] 1. Cor. 16. 22. [3] D. Th. 2. 2. q. 27. art. [illegible] Cant. et trac. de dilig. Deo, § dicto proinde. [5] Eccles. 4. [illegible] de dilig. Deo, § felix, qui meruit.

Digitized by Google

diciones llueven sobre quien te aborrece? O alma mia, levanta las alas de mi corazon sobre todo lo criado, y sobre tí misma, traspasa todo lo que es premio y pena, ó interés tuyo, y vuela con ligereza á lo íntimo y supremo de tu soberano Criador; ámale por ser quien es, y por su infinita bondad y caridad; ámale porque te ama, y porque desea ser amado de tí; dále gusto en lo que te pide, pues lo pide para tu bien; alábale y glorifícale, porque te manda que le ames, y te dá fuerzas para cumplir lo que se dignó mandar. O Amado mio, qué te vá en que yo te ame? ó qué te importa tener amistad conmigo? A mí me importa, Señor, y no á tí; mas tu infinita caridad lo solicita como si te importara á tí tanto como á mí. O quién pudiese imitar en esto tu amor, olvidándose totalmente de sí por amarte á tí solo, único y sumo bien mio, á quien sea honra y gloria y continua alabanza por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XII.

DE LA INFINITA MISERICORDIA DE DIOS.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, la excelencia de la divina misericordia, comparada con su justicia, presuponiendo, que estos dos atributos resplandecen en todos los dones que recibimos de Dios [1], la justicia en que los distribuye y reparte conforme al órden de su infinita sabiduría, y á lo que pide la naturaleza de cada cosa, ó los méritos de cada persona. La misericordia, en que con ellos nos libra de los defectos ó miserias que padecemos, ó por la imperfeccion de nuestra naturaleza, ó por la culpa de nuestra libre voluntad; lo cual hace en dos maneras, ó atajando la miseria, antes que venga, ó librándonos de ella, despues de haber venido; pero la justicia de Dios tiene su propia obra, que es castigar á los que no se aprovechan de su misericordia.

[1] D. Th. 1. p. q. 21. art. 3.

Digitized by Google

Presupuesto esto, tengo de considerar, que aunque las divinas perfecciones, segun que están en Dios, todas son iguales, pero en órden á los efectos en que resplandecen, una se muestra mayor que otra. Y en esto se señala grandemente la misericordia, y de sus obras se precia Dios mas que de las obras de justicia; y así dijo el apóstol Santiago [1]: *Misericordia superexaltat judicium.* La misericordia ensalza el juicio, y sube sobre la justicia. Lo cual se puede considerar, ponderando como la misericordia precede, acompaña, y sigue á la justicia en todas sus obras.

Lo primero, precede siempre la misericordia, porque todas las obras de justicia, presuponen alguna obra de misericordia en que se fundan, y antes de castigar Dios con justicia á los pecadores, les ha hecho infinitas misericordias, y les ha perdonado muchas veces, y avisádoles que se enmienden, y que huyan de su justicia [2]. De aquí es, que la misericordia y el perdon, nacen de solo Dios, el cual por sola su infinita bondad quiere librarnos de nuestras miserias; mas la justicia, en el castigo, no procede de solo Dios, sino tambien de nuestros pecados que le provocan á ello, porque de su inclinacion, antes quisiera que no hubiera ocasion de ejercitar su justicia punitiva. Y por esto dijo por su profeta Ezequiel [3], que no era de su voluntad la muerte del malo, sino que se convierta y viva. Y tambien el Sabio dice [4], que Dios no hizo la muerte, sino que los malos con sus manos la trajeron al mundo. O Dios misericordiosísimo, pues no es tu gusto castigar, antes gimes cuando castigas, y te alegras cuando premias, anticipa con tu misericordia el remedio de nuestras culpas, porque no fuercen tu justicia á castigarlas.

Lo segundo, tambien la misericordia acompaña las obras de justicia, las cuales nunca andan á solas, por-

[1] Jacob 2. 13. [2] D. Th. 1. p. q. 21. art. 4. [3] Ezech. 18. 23. et 33. 11. [4] Sap. 1. 13.

Digitized by Google

que en medio de ellas usa Dios con los castigados de muchas misericordias, segun aquello de David [1]: Por ventura olvidarse ha Dios de tener misericordia, ó detendrá sus misericordias con su ira? Como quien dice: Por muy airado que esté no se olvidará de su misericordia, sino mezclará su ira con ella. Y por lo mismo dijò Abacuch profeta [2]: Cuando estuvieres enojado, en medio de tu ira te acordarás de tu misericordia: lo cual hace, dando avisos á sus enemigos, para que huyan de su castigo, y convidándolos con el perdon, y moderando mucho la pena que merecian por su culpa. Y hasta en el mismo infierno resplandece la misericordia divina, porque, como dice santo Tomás [3], castiga á los condenados: *Citra condignum*, menos de lo que pudiera castigarlos, conforme al mucho castigo que merecia la gravedad de sus pecados.

De aquí es, que la misericordia es como fin de la justicia, cuyos castigos se ordenan para que el castigado se enmiende, y se haga capaz de la misericordia de Dios: y si él no quiere, á lo menos otros por ocasion de su castigo, acudan á la divina misericordia; y esta campee y resplandezca mas en los buenos, puesta cabe la justicia que se ejecuta en los malos. Y por esta causa dice el apóstol san Pablo [4], que Dios con mucha paciencia sufrió los vasos de ira, que son los reprobados, para descubrir las riquezas de su gloria, en los vasos de misericordia, que son los escogidos, en los cuales se manifiesta la grandeza de la misericordia de Dios que les libró de la miseria en que están los reprobados.

Finalmente, muy mas excelentes obras ha hecho Dios para perdonar con misericordia, que para castigar con justicia, como luego verémos. Y por esto dice David [5]: Las misericordias de Dios son sobre todas sus obras.

[1] Psal. 76. 10. [2] Abac. 3. 2. [3] 1. p. q. 21. art. 4. ad 1. [4] Ro. 9. 22. [5] Psal. 144. 9.

Digitized by Google

De todas estas consideraciones sacaré grandes afectos de gozo, de confianza y amor; pues por lo dicho consta, que aunque tenemos muy grandes motivos para temer la justicia de Dios, pero mayores los tenemos para esperar en su misericordia; y aunque tengo de abrazarlas ambas, porque ni la justicia sola me ponga tanto miedo, que desmaye, ni la misericordia sola tanta confianza, que presuma: pero mas me arrimaré á la misericordia, y en todas mis miserias y caidas puedo apelar, como dice santo Tomás [1], del tribunal de la justicia al de la misericordia, como de tribunal menor, á otro que en alguna manera es mayor, al modo dicho, y acudir como dice san Pablo [2], con grande confianza al trono de su gracia, para que alcancemos misericordia, y hallemos gracia con ayuda, para obrar en el tiempo diputado para ello. O Dios eterno, gózome de que justamente seas justo y misericordioso [3]: justo porque amas la justicia, y tu rostro siempre mira la equidad [4]: misericordioso porque te compadeces de los injustos, perdonándoles sus injusticias, para que abracen la bondad; pero mas largo eres en la misericordia, que en la justicia [5], porque visitas los pecados de los padres en los hijos que les imitan hasta la cuarta generacion, pero tienes misericordia de los que te aman, no por cuatro sino por mil generaciones. Yo, Señor, venero tu justicia, y me sujeto á tu justa correccion, pero deseo que prevalezca en mí tu misericordia, haciéndome vaso é instrumento de ella, para que seas en mí glorificado, y yo cante tus misericordias en compañía de tus escogidos por todos los siglos. Amen.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar la grandeza y extension de la misericordia de Dios para con todas las criaturas, y para todas sus miserias, la cual es infinita, porque se funda en su omnipotencia,

[1] Sup. ea. 2. Epist. D. Jacobi. [2] Heb. 4. 16. [3] Psal. 114. 5. [4] Psalm. 10. 8. [5] Exod. 20. 5.

Digitized by Google

como dijo el Sabio [1]: *Misereris omnium, quia omnia potes.* Tienes misericordia de todos, porque todo lo puedes. O alma mia, gózate de que tu Dios sea tan poderoso cómo misericordioso, y que su omnipotencia pueda remediar cualquier miseria, de quien se compadeciere su misericordia. O misericordia omnipotente, y omnipotencia infinitamente misericordiosa, cuán bien hermanadas estais para nuestro remedio, dando la una el querer, y la otra el poder, y ambas nuestra perfeccion. Si la misericordia estuviera sin la omnipotencia, cómo pudiera darme remedio? Y si la omnipotencia estuviera sin la misericordia, cómo tuviera voluntad de dármele? Por tanto, ó alma mia, mira que, como dijo David [2], una vez habla Dios, y dos son las cosas que dice, que es suya la potestad, y á él conviene la misericordia. O Dios de mi alma, háblame dentro de mi corazon con gran firmeza y eficacia estas dos cosas; descúbreme con tu luz soberana, la junta de tu misericordia con tu omnipotencia, para que te sirva con alegría, fiado de tu omnipotente misericordia. De aquí puedo discurrir por la grandeza y muchedumbre de la misericordia de Dios, ponderando algunas cosas. Lo primero, que la tierra está llena, como dice David [3] de la misericordia de Dios, porque todas las criaturas que viven en ella están sujetas á alguna miseria, por defecto de su naturaleza, ó por malicia de su voluntad, y Dios solo es el que puede acudir y acude á su remedio, y así puedo mirar la redondez de la tierra como un vaso capacísimo, lleno todo de las misericordias de Dios, y todo cuanto en ella viere, me puede ser motivo de alabar su misericordia. De aquí es, que su misericordia es tanta, que se extiende á las bestias y brutos animales; por lo cual dijo David [4]: Tú, Señor, salvarás á los hombres y á los jumentos, segun que multiplicaste tu misericordia; como quien dice: O Señor, cuánto has multiplicado tu

[1] Sap. 11. 24. [2] Psal. 61. 12. [3] Psal. 3 2. 5. et 118. 64. [4] Psal 35. 8.

Digitized by Google

misericordia, pues no solamente das vida, y salud, y remedio de sus necesidades á los hombres, sino tambien á los jumentos! Gracias te doy, por la misericordia que les hacés sin ellos conocerla[1], y pues te compadeces de los hijuelos de los cuervos, dándoles comida, cuando su necesidad clama por ella, mucho mejor te compadecerás de los hijos de los hombres, por cuyo bien criaste las bestias? Donde puedo ponderar lo que dijo Dios á Jonás[2]: Tú te entristeces, porque se secó la yedra que no hiciste, y no quieres que perdone yo á la ciudad de Nínive, en la cual hay mas de ciento y veinte mil niños, que no saben discernir entre la mano derecha y la izquierda, y entre lo bueno y lo malo; y demás de esto hay muchos jumentos y bestias? Como quien dice: Pésate á tí de que se destruya la criatura que no hiciste, y quieres que destruya las criaturas que yo hice? Tú te dueles por la pérdida de una yedra que dentro de una noche nació y pereció, y no me doleré yo de que se pierdan tantas vidas, que por mi misericordia han durado tantos años?

Alábete, Dios mio, tu infinita misericordia, pues incomparablemente es mayor que todas las vidas, ella es la que dá vida á todos los que viven, y sin ella no hay vida ni medio para conservarla: vengan, Señor[3], sobre mí tus misericordias, y viviré, y por ellas glorificaré[4] tu nombre, para siempre. Amen.

De aquí he de sacar una grande confianza en la misericordia de Dios, que se compadecerá de todas mis miserias, ponderando, que no pueden ser tantas en número ó en gravedad, sean enfermedades de cuerpo, ó aflicciones del alma, ó cualesquier penalidades y persecuciones; de las cuales la misericordia de Dios no pueda y quiera librarme, cuanto es de su parte, cuando me conviniere, porque como no tienen número las miserias, tampoco le tienen sus misericordias.

[1] Psal. 146. 9. [2] Jon. 4. 10. [3] Psal. 62. 4. [4] Psal. 118. 77.

Digitized by Google

PUNTO TERCERO. — Lo tercero, se ha de considerar en particular, la infinita misericordia de Dios para con los pecadores. De la cual dijo el Sabio [1]: *Tienes misericordia de todos, porque puedes todas las cosas, disimulas los pecados de los hombres, esperándoles á penitencia, y perdonas á todos, porque tú, Señor, que amas las almas, tienes por tuyas todas las cosas.* De donde sacarémos las propiedades de la infinita misericordia de Dios.

La primera, que se extiende á todos los hombres, de cualquier estado y condicion que sean, sin excluir á ninguno. Pues por èsto dice: *Misereris omnium*, tienes misericordia de todos, grandes y pequeños, nobles y pecheros, libres y esclavos, sin que esta regla universal tenga alguna excepcion; para lo cual dá dos razones. La primera, porque todos los pecadores son hechura de Dios, y obra de su omnipotencia: con la cual, como está dicho, se acompaña su misericordia. La segunda, porque Dios ama las almas, y del amor nace la compasion de las miserias que padece la cosa que es amada. De estos títulos he de usar á menudo, así para confiar en la divina misericordia, como para pedir á Dios que use de ella conmigo. O alma mia, si te amilana la culpa que tú hiciste por tu voluntad, anímete á confianza la obra que Dios hizo por su omnipotencia. Si tú quieres borrar con la penitencia lo malo que tú hiciste, certísimamente reparará Dios con su misericordia lo bueno que él hizo, porque no faltará la misericordia á la obra que salió de su omnipotencia. O Amador de las almas, pues amas la mia porque la hiciste, porque si la aborrecieras, nunca la hicieras, perdona la culpa que yo hice, para que no quede en mí cosa que tú aborrezcas; mira que la que amas está llena de miseria, muestra con ella tu copiosa misericordia.

La segunda propiedad de la infinita misericordia de Dios es, que se extiende á todos los pecados, por mu-

[1] Sap. 11. 24.

Digitized by Google

chos y graves que sean, porque ningun pecado puede ser tan grande, que no sea infinitamente mayor la misericordia de Dios para perdonarle, ni pueden ser tan innumerables, que no sean incomparablemente mas innumerables sus misericordias. Y así de estas dos cosas juntas puedo hacer título, para pedir perdon de mis pecados, diciendo á Dios con David [1]: Compadécete, Señor, de mí, segun tu grande misericordia, y segun la muchedumbre de tus misericordias borra luego mis maldades. O Dios misericordiosísimo [2], anticípense con presteza tus misericordias, porque son muchas y muy graves nuestras miserias.

De aquí procede la tercera propiedad de la misericordia de Dios, que es esperar á los pecadores para que hagan penitencia, y convidarlos con el perdon, concediéndosele cuando se le piden con gran facilidad, y olvidándose de sus pecados, como si no los hubieran cometido. Esto es decir el Sabio, que disimula Dios los pecados de los hombres por la penitencia, porque se hace del que no lo sabe; cuanto al castigo, esperando á que se arrepientan de ellos, y en arrepintiéndose los disimula, como si no supiera que los habian hecho, echándolos, como dice un profeta, en el profundo del mar [3], donde nunca mas parezcan; y apartándolos de nosotros, como dice David [4], cuanto dista el oriente del occidente; porque como no es posible juntarse estos dos extremos, así la culpa que Dios una vez perdona con su misericordia, no volverá á juntarse con quien recibió perdon de ella. Y lo que echa el sello es, que no ha puesto tasa en las veces que ha de perdonar, sino que despues de haber perdonado una vez muchos y graves pecados, torna segunda vez á perdonar otros tantos, y mucho mayores: y lo mismo hace tercera vez. Y no solamente siete veces, sino setenta veces siete, que es decir sin número; y todo esto hace la divi-

[1] Psal. 50. 3. [2] Psal. 78. 8. [3] Mich. 7. 19. [4] Psal. 102. 12.

Digitized by Google

na misericordia, no para que tomemos ocasion de ofenderla mas libremente, sino para provocarnos, como dice san Pablo [1], á penitencia de la culpa, si cayéremos en ella, no desesperando de alcanzar perdon todas las veces que le pidiéremos de corazon. O Dios misericordiosísimo, qué gracias y alabanzas te podrémos dar por tu infinita misericordia [2]? Menor soy que todas tus misericordias: cómo te podré dar debidas gracias por ellas? Ellas mismas te alaben y bendigan para siempre; y así con David [3], repetiré muy á menudo aquel dulce cántico [4]: Alaben al Señor sus misericordias, y las maravillas que hace con los hijos de los hombres.

Para engrandecer este punto de la divina misericordia, aprovecharán las parábolas del hijo pródigo, y otras, cuyas meditaciones están en la tercera parte, sacando de todas estas consideraciones una grande determinacion de imitar la misericordia de Dios en ser misericordioso con mis prójimos, como Dios lo es conmigo, porque esta es otra propiedad de la divina misericordia, ser notablemente compasiva de cualquiera que la imita. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor [5] que eran bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán de Dios misericordia.

Punto cuarto. — Lo cuarto, se ha de considerar la infinita misericordia de Dios para con los justos que le aman y sirven, y con los que tiene escogidos, para que sean, como dice san Pablo [6], vasos de misericordia: esto es, instrumentos para descubrir el abismo de sus misericordias, y todas las excelencias que tiene esta perfeccion, de que tanto se precia.

Lo primero, la misericordia con estos escogidos, es eterna, sin principio, y sin fin; desde que Dios es Dios tuvo misericordia de ellos, y mientras fuere Dios durará esta misericordia; por lo cual dijo David [7]: *Miseri-*

[1] Matt. 18. 22. [2] Ro. 2. 4. [3] Genes. 32. 10. [4] Psal. 106. 15. [5] Matt. 5. 7. [6] Ro. 9. 23. [7] Psal. 102. 16.

Digitized by Google

cordia Domini ab æterno, usque in æternum super timentes eum. La misericordia del Señor con los que le temen, es desde la eternidad por toda la eternidad. Así, como dijimos arriba, que su amor era eterno, porque desde su eternidad los predestinó Dios, y se determinó librarles de todas sus miserias, y muy especialmente de la suprema miseria, que es la eterna condenacion, dándoles la suprema dicha, que es la bienaventuranza eterna: y cuanto es de su parte su misericordia tuvo el mismo deseo para todos los hombres. De suerte, que antes que yo fuese, tuvo Dios misericordia de mí; y viendo las miserias en que habia de caer, se determinó á librarme de ellas, si yo quisiese obedecerle, con ánimo de perseverar en esta misericordia para siempre. De donde sacaré un afecto encendidísimo de alabar y glorificar á Dios por esta su eterna misericordia, haciendo un cántico de alabanza, como el de David, en que repite á cada verso esta palabra [1]: *Quoniam in æternum misericordia ejus*. Alabad al Señor, porque es bueno, porque dura para siempre su misericordia. Alabad al Dios de los dioses, y al Señor de los señores, porque dura para siempre su misericordia. Alabad al que con su omnipotencia hace cosas maravillosas, porque dura para siempre su misericordia, etc. O alma mia, alaba, glorifica, y bendice á tu Dios, porque es sumamente bueno; y porque no tuvo principio ni tendrá fin su misericordia. Gózate con suma alegría, porque Dios es bueno, y porque su misericordia con los que le sirven será eterna. O Dios eterno, por toda la eternidad guardaré tus [2] mandamientos, pues tu misericordia es para mí eterna, por todos los siglos.

Lo segundo, la misericordia de Dios, desde que el escogido comienza á ser, le vá previniendo, acompañando, y siguiendo hasta la muerte [3]: la misericordia de Dios que le predestinó en su eternidad, le vá des-

[1] Psal. 135. 1. [2] Psal. 118. 44. [3] Ro. 8. 30.

Digitized by Google

pues llamando para justificarle, y le justifica para engrandecerle y glorificarle; y así dijo por Jeremías [1]: Con caridad perpétua te amé: *Ideo attraxi te miserans tui.* Y por esto te atraje á mí, teniendo misericordia de tí. Si estoy muerto en la culpa, la misericordia de Dios se anticipa á llamarme, para que resucite á nueva vida: si estoy durmiendo en tibieza, la misericordia de Dios nuestro Señor viene á despertarme, para que salga de ella: si tengo de obrar algo que sea agradable á Dios [2], su misericordia me previene é inspira á ello: y si tengo de durar en el bien que comienzo [3], su misericordia me ha de acompañar y seguir todos los dias de mi vida; por ella tengo de vencer las tentaciones, y alcanzar la victoria postrera, y la vida eterna [4]. Bendice, ó alma mia, al Señor, y todas las cosas que están dentro de mí glorifiquen su santo nombre, porque él perdona tus pecados, y cura tus enfermedades, libra de la perdicion tu vida, y te corona con misericordia y misericordias: su misericordia es tu corona, porque con ella alcanzas la victoria, y te corona en esta vida con buenas obras, y en la otra con grandes premios.

De aquí es lo tercero, que la misericordia de Dios es altísima con los escogidos, levantándoles á los mas altos bienes que Dios tiene, que son los de la gloria. Y por esto, con mucha razon dice David [5], que la misericordia de Dios es grande en el cielo, y sobre los cielos, porque allí se despliega con los escogidos: y aun en esta vida es tambien altísima, porque acá los engrandece con soberanos bienes de su gracia y proteccion. Y por esto dice David [6], que segun la alteza del cielo sobre la tierra, así ha fortificado Dios su inmensa misericordia sobre los que le temen: y como el cielo durará para siempre, cubriendo la tierra, así su misericordia durará amparando á los que le aman: y cuanto el cielo

[1] Jer. 31. 3. [2] Psal. 58. 11. [3] Psal. 22. 6. [4] Psal. 102. 1. [5] Psal. 35. 6. et 107. 5. [6] Psal. 102. 11.

Digitized by Google

es mas alto que la tierra, tanto su misericordia es mayor que nuestra miseria, porque como el padre se compadece de sus hijos, así el Señor tiene misericordia de los que le temen, porque conoce la masa de nuestra naturaleza, y suple las faltas de su flaqueza, con la grandeza de su misericordia. O Dios mio y gloria mia, qué diré de tu misericordia? Cómo te alabaré por élla, y cómo podré ser vaso é instrumento de ella? Tu misericordia se compadeció de mí antes que fuese; ella me crió para que fuese; ella me previene para que obre, y me acompaña cuando obro, y me vá siguiendo hasta que acabe de obrar; ella me cerca de bendiciones, y me corona con grandes victorias, y me dá grande confianza de alcanzar las eternas [1]: *Deus meus misericordia mea.* O Dios mio, misericordia mia, tú eres la misma misericordia, y la misericordia es tuya, porque de tu naturaleza tienes ser misericordioso: pero tambien es mia, porque la misericordia no es para tí, que careces de miserias, sino para mí que estoy lleno de ellas, y tú solo puedes remediarlas. O misericordia mia, júntame contigo en tu eterna gloria, donde siempre seas mia, gozando de tu bienaventuranza, libre de toda miseria por todos los siglos. Amen.

Punto quinto. — Lo último, se ha de considerar, las muestras que hizo Dios de su infinita misericordia con los hombres, descubriéndola con un modo el mayor que era posible; en el cual se encierran infinitos modos de misericordia [2]. Porque primeramente, la misericordia en nosotros, tiene dos actos: uno es entristecerse del mal de su prójimo; el otro, es librarle de aquel mal; y como Dios en cuanto Dios no fuese capaz del primer acto, porque no cabe en él tristeza, quiso su infinita misericordia que no le faltase este acto, del modo que era posible, haciéndose hombre verdadero, de modo que pudiese entristecerse de nuestras miserias, y tener verda-

[1] Psal. 58. 18. [2] D. Th. 1. p. q. 21. art. 3.

Digitized by Google

dera compasion y tristeza de ellas, como si fueran propias; asemejándose, como dice san Pablo [1] á sus hermanos en todas las cosas, *ut misericors fieret*, para que se hiciese misericordioso con un nuevo modo, tomando la compasion y tristeza que antes no tenia: de lo cual son testigos las lágrimas que derramaba viendo nuestras miserias, con deseo de librarnos de ellas. Gracias te doy, ó misericordioso Dios, por este nuevo modo que has tomado de ser misericordioso con el hombre. O alegría infinita, para qué te quieres hacer capaz de tristeza, pues puedes bastantemente remediar mi miseria, sin tener tristeza de ella? Alabada sea tu misericordia por estas invenciones que de ella han procedido, por la cual te suplico me ayudes á imitarla en esta vida, para que sea digno de alcanzarla en la otra.

Pero mas adelante pasó la misericordia de Dios, pues no contento con haber tomado esta tristeza y compasion interior, tomó tambien todas nuestras miserias y penalidades, hasta la misma muerte, excepto la culpa, para que con esta experiencia aprendiese con nuevo modo á tener misericordia; por lo cual dijo san Pablo [2]: No tenemos pontífice que no se pueda compadecer de nuestras enfermedades, porque fué tentado en todas las cosas á semejanza nuestra, sin pecado; que es decir: el pontífice que tenemos, no será riguroso con sola justicia, sino muy compasivo con grande misericordia, porque ha pasado por la experiencia de los trabajos y tentaciones que padecemos los hombres, aunque siempre sin pecado, y en lo que él padeció aprendió á compadecerse, y á tener misericordia de lo que padecemos nosotros. O Pontífice misericordiosísimo, aunque no tuviste experiencia de las miserias que son culpas, tuvístela de las penas que se merecen por ellas, y pues las padecistes por librarme de unas y otras, líbrame de las culpas, para que no caiga en las penas eternas.

[1] Heb. 2. 17. [2] Heb. 4. 15.

Digitized by Google

Mas no paró aquí la infinita misericordia de Dios, porque inventó otro nuevo modo de ejercitar las obras de misericordia con nosotros, en el santísimo Sacramento del altar, haciéndose comida para los hambrientos, bebida para los sedientos, medicina para los enfermos, precio para redimir los cautivos, sacrificio para perdonar los pecados, remediador, y remedio de todas nuestras necesidades. Y así no sin misterio atribuye David esta obra á la misericordia de Dios, diciendo [1]: Un memorial ha hecho de todas sus maravillas el Señor misericordioso, y que hace misericordias, dándose por manjar á los que le temen. O Dios misericordiosísimo, ahora puedo con nuevo título llamarte misericordia mia, pues no solamente eres misericordioso, remediando mi necesidad, sino eres el mismo remedio de ella, y la misma misericordia con que se remedia [2]. Alábente, Señor, tus misericordias, y las maravillas que has hecho con los hijos de los hombres, porque hartaste al alma vacía, y llenaste de bienes á la hambrienta.

De estas consideraciones sacaré, cuán innumerables son las misericordias de Dios, y cuán inmensas, pues en cada cosa de estas hay tantas, que no se pueden comprender: pero de todas he de sacar grandes deseos de imitarlas en bien de mis prójimos, pues Cristo nuestro Señor dijo [3]: Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial, el cual es benigno, aun con los ingratos y malos; y así mirando el dechado de la divina misericordia que hemos puesto en estos cinco puntos, iré sacando para mí otra misericordia semejante, deseando topar ocasiones en que ejercitarla, diciendo lo que á otro propósito dijo David [4]: Hay alguno de la casa de Saul, *ut faciam cum eo misericordiam Dei*, para que haga con él misericordia de Dios? Esto es, una misericordia altísima, semejante á la de Dios, la cual se extiende á amigos, y á enemigos, y á todos concede al-

[1] Psal. 110. 4. [2] Psal. 106. 8. [3] Lucæ 6. 36. [4] 2. Reg. 9. 3.

Digitized by Google

tísimos y soberanos bienes, para librarlos del abismo de sus males. O Dios eterno, cuyo nombre muy propio es, Padre de misericordias [1]: muestra con nosotros tu misericordia, haciéndonos semejantes á tí en ella, para que imitándote como hijos en la tierra, alcancemos tu eterna herencia en el cielo. Amen.

MEDITACION XIII.

DE LA INFINITA LIBERALIDAD DE DIOS CON LOS HOMBRES.

PUNTO PRIMERO.—Lo primero, se ha de considerar, como la liberalidad infinita de Dios consiste en dar innumerables y excelentísimos dones á sus criaturas, sin debérselos, ni esperar de ellas alguna paga, ó propio interés [2]. Por lo cual dijo el apóstol Santiago [3]: Que Dios dá á todos abundantemente sin zaherir por ello. De suerte, que la liberalidad de nuestro Dios, resplandece en darnos las dádivas que proceden de su bondad y caridad, con las cuales frisa mucho este atributo. Y por consiguiente, se muestra en cinco cosas. La primera, en dar inumerables dones de naturaleza y gracia, conforme á la capacidad de sus criaturas. La segunda, en dar dones de infinita excelencia, pues llega á darse á sí mismo, al modo que se ha dicho en los misterios de la encarnacion, pasion, y Eucaristía, y venida del Espíritu santo. La tercera, en que dá á todos, sin excepcion de personas, á buenos y malos, á los ingratos y escasos, y á sus mismos enemigos. La cuarta, en que dá, sin deber nada, solo por ser bueno y amigo de dar, porque si la liberalidad no comenzara por él, no hubiera otro que pudiera ser liberal. Y por esto dijo á Job [4]: Quién me dió algo para que se lo pague? Y su Apóstol dice [5]: Quién dió algo primero á Dios con que le obliga á darle paga? La quinta es, que dá sin esperar, ni

[1] 2. Cor. 1. 3. [2] 1. p. q. 21. art. 3. et 2. 2. q. 117. art. 6. ad 1. [3] Jacob. 1. 5. [4] Job. 41. 2. [5] Rom. 11. 35.

Digitized by Google

pretender de las criaturas paga ó interés propio para su provecho, porque no tiene necesidad de ellas, ni de sus bienes [1]. Y si pide agradecimiento y obediencia á sus leyes, es, porque la liberalidad no es contraria á la justicia, y como es legislador supremo, y justísimo, pone preceptos de lo que estamos obligados á hacer de nuestra parte. Y en esto mismo muestra su liberalidad, porque todo lo que nos manda y pide, es para tener ocasion de darnos mas, premiando nuestros servicios con nuevos dones. Por donde á boca llena podemos decir: que solo Dios es liberal, y que no hay otro liberal sino Dios, al modo que decimos, que no hay otro bueno sino él: y nuestra liberalidad comparada con la suya, no es liberalidad, porque, como dice la Escritura [2], no le podemos dar sino lo que de él mismo recibimos, y lo que le damos, por mil títulos se lo debemos. O Dios liberalísimo, gracias te doy por todas las obras de tu infinita liberalidad, en la cual descubres tu infinita bienaventuranza, pues como tú dijiste [3]: Mayor bienaventuranza es dar que recibir. Concédeme, Señor, que sea liberal en darte lo que de tí recibo, para que goce de tu bienaventuranza, por todos los siglos. Amen.

De aquí he de sacar un gran deseo de ser liberal, del modo que pudiere, con Dios nuestro Señor, dándole todas las cosas que desea de mí, y las que me pide, ó por sus preceptos, grandes y pequeños, ó por los consejos evangélicos, y reglas de mi estado religioso, y por los superiores de la Iglesia y de mi religion, y de cualquier otro que me pueda mandar algo, ó por sus secretas inspiraciones; ó finalmente, por boca de los pobres y de mis prójimos, puestos en alguna necesidad corporal ó espiritual, que yo pueda remediar. Todo lo cual he de dárselo [4]: *Non ex tristitia, aut ex necessitate.* No con tristeza y por fuerza, como los villanos que pagan el tributo y pecho á mas no poder: y por miedo

[1] Ps. 15. 2. [2] 1. Par. 29. 14. [3] Act. 20. 35. [4] 2. Cor. 9. 7.

Digitized by Google

de la ejecucion y castigo, sino con alegría, y muy de grado, como nobles que hidalgamente dan lo que deben, y mas de lo que deben de justicia, para mostrar su largueza. *Hilarem enim datorem diligit Deus:* A los que dan con alegría, ama Dios, y de estos gusta [1]. Y finalmente, lo que diere á Dios, ó á los pobres, no ha de ser principalmente por la paga ó interés que espero, sino por solo amor, y por imitar del modo que puedo la infinita bondad y liberalidad de mi Criador [2], dándole la cosa que él mas desea, que es mi corazon. O Padre amantísimo y liberalísimo: tuyo es mi corazon, pues me le diste; tómale, pues me le pides; y porque yo no le puedo dar con la liberalidad y perfeccion que deseo, suple mi falta, para que te le dé como deseas: *Pater mi, accipe cor meum tibi.* O Padre mio, toma para tí mi corazon, que mejor y mas seguro estará en tí, que en mí. Desde hoy mas te ofrezco mis deseos y aficiones; mis obras y todas mis cosas [3]: toda la fruta de este árbol, quiero que sea para tí, Amado mio, liberalmente te la doy para que la comas, porque mayor merced me haces en quererla recibir, que yo en dártela.

PUNTO SEGUNDO.—Lo segundo, se ha de considerar la infinita liberalidad que muestra Dios nuestro Señor con los que son de esta manera liberales con él, porque si tan liberal es con los escasos, cuánto mas liberal será con los liberales! Pues él ha dicho: Con la medida que midiéreis seréis medidos [4]. Y cuanto mas liberales fuéreis conmigo, tanto mas lo seré yo con vosotros. Esta liberalidad resplandece en las cosas siguientes:

Lo primero, en oir con gran presteza todas sus oraciones y peticiones, concediéndoselas en la forma y coyuntura que mas les conviene, porque cuanto mas presto con obediencia damos á Dios lo que nos pide, tanto mas presto nos dá lo que le pedimos. Ademas [5], si nos

[1] Luc. 14. 12. [2] 1. Prov. 23. 26. [3] Cant. 7. 13. [4] Lucæ 6. 38. [5] D. Greg. lib. 3. dial. cap. 16.

Digitized by Google

descuidamos ú olvidamos de pedirle lo que nos conviene, nos inspira y solicita á que se lo pidamos, por el deseo que tiene de dárnoslo. Y así es oficio del Espíritu santo, inspirar la oracion[1], para dar muestras de su largueza.

Lo tercero, campea mucho mas esta liberalidad en darles las cosas que han menester, sin que se las pidan, previniendo su oracion y su deseo, con el don de lo que hubieran de pedir y desear. Porque la necesidad del que es liberal con Dios, aunque él calle, clama por él, y solicita la divina liberalidad, para que la remedie[2]: y por esto dice, que antes que le llamen, las oirá.

Lo cuarto, se muestra liberal en darles abundancia de consuelos espirituales tan aventajados, que exceden cien veces á todo lo que ellos le dan. Y esta liberalidad experimentan mas los religiosos, los cuales como son liberales en dejar por Cristo todas sus cosas[3], y darlas á los pobres, así lo es Cristo con ellos, dándoles el cien doblo de lo que dejan. Y proporcionalmente la experimenta cualquiera que con ánimo generoso ofrece á Dios lo que le dá gusto.

Finalmente, son innumerables los dones y gracias que la divina liberalidad les reparte, tomándolos debajo de su proteccion y providencia, cuyos efectos experimentan, porque los ayuda en sus tentaciones, líbralos de sus peligros, tómalos por instrumentos de grandes obras, aumenta sus virtudes y merecimientos, y despues los premia con muy copiosos galardones, cumpliendo la palabra que dió, cuando dijo[4]: *Dad, y daros han una medida buena, llena, apretada, colmada, hasta que sobre.* Porque las dádivas de la liberalidad divina, exceden infinitamente á las dádivas de la nuestra. O alma mia, alégrate de que tienes un Dios, no menos liberal que rico. Si fuera rico, y no liberal, de poco te sirvieran sus riquezas; y si fuera liberal, y no rico, poco te apro-

[1] 1. Rom. 8. 26. [2] Isai. 65. 24. [3] Matth. 19. 21. [4] Lucæ 6. 38.

Digitized by Google

vechará su liberalidad: mas en lo uno y en lo otro es infinito, y lo emplea en tu provecho. Sé liberal con quien tanto lo es contigo, pues por mucho que le des, es mucho mas lo que recibes [1]. No tengas la mano abierta para recibir, y apretada para dar, porque si aprietas tu mano en dar á Dios lo que te pide, él apretará la suya en darle lo que pides: Abre tu mano para darle cuanto tienes, y él abrirá la suya para henchirte de bondad y bendicion [2].

Punto tercero. — De lo dicho he de sacar otra consideracion de mi grande cortedad para con Dios, habiendo sido Dios tan liberal para conmigo, imaginando que así como Cristo nuestro Señor en medio de sus fatigas, tuvo sed dos veces, y ambas le negaron lo que deseaba. Una fué, cuando pidió de beber á la Samaritana; y otra cuando dijo en la cruz [3], sed tengo. Así yo soy cortísimo con él, porque ó le niego lo que me pide, como la Samaritana, ó le doy á beber vinagre con hisopo desabrido como los judíos, haciendo las obras con mezcla de tantas faltas, que no las quiere aceptar: lo cual puedo ponderar, discurriendo por las cinco cosas que me pide Dios, como se pusieron en el punto primero, porque soy muy corto en guardar sus preceptos, y si guardo los mayores, atropello muchos de los menores, y muchos de sus consejos, guardando las reglas de mi estado con muchas quiebras y mezclas de imperfecciones, y repugnando muchas veces á lo que mis superiores me ordenan, ahogando las divinas inspiraciones, y negando á Dios lo que por ellas me pide, y lo que me piden muchos prójimos necesitados de mi ayuda corporal ó espiritual. Y así por esta cortedad, cuanto es de mi parte, estrecho la divina liberalidad, y merezco que sea Dios corto conmigo en las cinco cosas en que es liberal con los liberales; de modo, que sino me oye, ó no me favorece, ni me dá sus dones con la largueza que á otros,

[1] Eccles 4.36. [2] Psal.103.28. et 144. 16. [3] 3. p. med. 46. 4. p. med. 49.

Digitized by Google

mia es la culpa, y conmigo habla aquella sentencia que dice por el Profeta [1]: *Nunquid abbreviata, et parvula facta est manus mea, ut non possim redimere?* Por ventura mi mano liberal y poderosa se ha abreviado y estrechado? ó se ha menoscabado mi liberalidad y omnipotencia para no poderos salvar y hacer el bien que solia? No es así, sino que las culpas y escasezas de vuestras manos han apretado las mias, y sido causa de que mi justicia estreche mi liberalidad. Pero en esto mismo muestra Dios ser liberalísimo, pues le pesa de verse estrechado, y como forzado de su justicia por nuestros pecados, á no usar de su largueza con nosotros. O liberalidad infinita, quita de mí con tu misericordia los estorbos que pongo á tu deseo, perdonando mis pecados para que sea capaz de tus dones. Amen.

MEDITACION XIV.

DE LA INMENSIDAD DE DIOS, Y DE SU PRESENCIA EN TODO LUGAR, Y EN TODAS LAS COSAS.

Esta meditacion es muy importante, por ser fundamento de la oracion y contemplacion, y de la union, que es el fin de estas meditaciones que tocan á la via unitiva.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como Dios nuestro Señor, trino y uno [2], es de tal manera inmenso, que llena, como él dijo por Jeremías [3], el cielo, y la tierra; y su espíritu, como dice el Sabio [4], llena la redondez del mundo, sin que haya rincon donde no esté Dios; y como es puro espíritu, penetra tambien todos los cuerpos, y está dentro de ellos; está dentro de los cielos, y del mar, y del corazon de la tierra, ni es posible imaginar lugar, ni punto donde no esté Dios. Y así donde quiera que fuere, he de imaginar que voy dentro

[1] Isai. 50. 2. et 59. 1. [2] D. Th. 1. p. q. 8. art. 1. et 2. [3] Jer. 23. 24. [4] Sapien. 1. 7.

Digitized by Google

de Dios como los peces andan dentro del agua, y las aves dentro del aire diciendo con David [1]: *Si subiere al cielo, allí estás tú, y si bajare al infierno, allí te hallaré: si tomare alas para volar hasta lo extremo del mar, allí me llevará tu mano, y me conservará tu misma diestra.* De suerte, que no es possible huir de Dios, ni esconderme de él, porque en el mismo camino por donde huyo, allí está: y en el lugar donde quisiera esconderme, allí le hallaré. Pero mucho mas tiene su inmensidad; porque de tal manera llena cielos, y tierra, y todo este mundo, que no está atado, ni estrechado á este lugar, sino puede estar en otros millones de mundos, que puede criar sobre los cielos. Y el lugar que ahora llena, es como un punto en comparacion del inmenso lugar que puede llenar; por lo cual dijo Salomon á Dios: *Cœli cœlorum te capere non possunt.* Los cielos de los cielos no te puedan abarcar. Esta consideracion es semilla de grandes afectos y virtudes, si se hace como debe, avivando la fe de la presencia de Dios en todo lugar á imitacion de Moisés, de quien dice san Pablo: [2] *Invisibilem tanquam videns sustinuit*, que esperó y trató con él invisible, como si le viera. Así yo he de mirar á Dios con la fe, hablar con él en la oracion, y esperar de él mi socorro; aconsejarme con él, y obrar delante de él, como si le viera con los ojos corporales, pues aunque sea invisible á estos, real y verdaderamente está donde yo estoy, y los ojos de la lumbre natural y de la fe, han de suplir la falta de los ojos corporales. Y de aquí es, que para mí todo lugar puede ser de oracion, pues en todo lugar está Dios, con quien puedo hablar, cumpliendo lo que dijo san Pablo [3]: Quiero que los varones oren en todo lugar. Y especialmente importa esto para el uso de las oraciones jaculatorias.

Avivada la fe de esta manera, prorumpiré en afectos de admiracion y gozo, admirándome de la inmensidad

[1] Psal. 138. 8. [2] Hebr. 11. 27. [3] 1. ad Tim. 2. 8.

Digitized by Google

de Dios; y gozándome de que sea tan inmenso que no quepa en todo el mundo, diciendo con el Profeta [1]. O Israel, qué grande es la casa de Dios, y cuán extendido el lugar de su morada y posesion! Grande es, y no tiene fin; levantado es, é inmenso. O Dios inmenso, cuya silla es el cielo [2], y cuyo estrado es la tierra, y ambos no te pueden abarcar, porque eres mas alto que el cielo [3], mas empinado que las estrellas, y mas profundo que el abismo. Gózome de tu inmensidad, junta con tanta gloria, que la bajeza del lugar no te envilezca; esclarece, Señor, mis ojos interiores, para que te vean con mas certeza, que si te viera con los ojos exteriores.

Punto segundo.—Lo segundo, se ha de considerar el modo como Dios nuestro Señor está en todo lugar, y en todas las cosas criadas, conviene á saber, por esencia, presencia, y potencia. Lo primero, está en ellas por esencia, porque real y verdaderamente está allí toda su divinidad con todo cuanto tiene, y obra dentro de si, por ser indivisible é inseparable [4], y así he de creer, que aquí donde estoy yo, esta todo Dios, el Padre, y el Hijo, y el Espíritu santo; aquí el Padre está engendrando al Hijo, y el Padre y el Hijo están produciendo al Espíritu santo. Aquí está su infinita bondad y caridad, su misericordia y justicia; su sabiduría, omnipotencia, y todas las grandezas y perfecciones de su divinidad; y este que está quí, es el mismo que está en el cielo, y el que crió el mundo, y le gobierna. Y si aquí tuviese luz para verle, aquí me haria bienaventurado. O alma mia, si avivases tu fe cuando estás sola, verias que no estás sola, pues contigo están las tres divinas Personas. Si quieres estando sola ocupar todas tus potencias, aquí tienes la suma bondad, á quien puedes amar; la infinita majestad, á quien debes adorar; la soberana sabiduría, con quien puedes conversar; la omnipotencia di-

[1] Baruch. 3. 24. [2] Isai. 66. 1. [3] Job. 11. 8. et 22. 12. [4] D. Th. 1. p. q. 8. art. 3. Ex. D. Gre. in illud. Cant 3. quo abiit. dilectus.

Digitized by Google

vina, en quien has he confiar, y la infinita alegría en quien te puedes regocijar. Gózate con la presencia del Padre, conversa con el Hijo, habla con el Espíritu santo: entra dentro de esta individua Trinidad é inmensa divinidad, mirando como por todas partes te cerca. Y de esta manera siempre estarás con Dios, y todo lugar será para tí corte del cielo: pues donde está este divino Rey, está su corte. O Rey inmenso, que estás en todo tu reino por esencia, asistiendo todo en cada parte; concédeme que yo tambien asista todo delante de tí, sirviéndote como tan alto Rey merece ser servido en su presencia.

Lo segundo, está Dios en todo lugar y en todas las cosas por presencia, viendo y conociendo todo lo que hay en cada una. De suerte, que no está Dios aquí como está en su lugar el hombre dormido ó embelesado, ó divertido, que no advierte donde está, ni está Dios en el mundo, como está nuestra alma en nuestro cuerpo, que no vé lo que se hace dentro de él, sino está viendo y conociendo el lugar y la cosa donde está, sin que nada se le esconda. Y aunque el lugar sea muy oscuro, para Dios es claro, porque las tinieblas, como dice David [1], no le ocultan cosa. Por tanto, ó alma mia, mira que está aqui Dios, y que te mira. Si quieres orar en lo secreto, allí está Dios [2], que te vé en lo escondido, y atiende á tu oracion, para despacharla. Si la tentacion te molestare, mira que te mira Dios, á cuyos ojos es aborrecible la maldad, y el que se rinde á ella. Si te vieres afligida, mira que Dios mira tu afliccion y que sabe el tiempo de remediarla. Si quieres hacer alguna buena obra, no mires á que te miran hombres, sino á que te mira Dios, que vé mas que todos, y muchas cosas que no ven todos, y á este solo desea agradar; pues él solo te ha de juzgar, por lo que está mirando [3]. O Dios inmenso, que estás en todo lugar lleno de ojos

[1] Psal. 138. 12. [2] Matt. 6. 6. [3] Prov. 15. 5.

Digitized by Google

contemplando lo que hacen buenos y malos, esclarece mi vista con la tuya, para que mirando que me miras, viva como tú quieres, sin hacer cosa indigna de tu presencia, para que llegue á gozar de tu clara vista: Amen.

Lo tercero, está Dios en todo lugar, y en cada cosa por potencia, porque no solamente está mirando lo que allí hay, sino está con su omnipotencia dándole el ser que tiene, y ayudándole en cuanto hace, conforme á lo que dijo san Pablo [1]: No está lejos de nosotros, porque en él vivimos, y nos movemos, y somos. De suerte, que el lugar no sustenta á Dios, como me sustenta á mí, sino Dios sustenta su lugar, y conserva todas las cosas dónde está; y si viven, es porque Dios está en ellas dándolas vida; si se mueven, es porque está en ellas, dándolas movimiento; y si tienen ser, es porque allí está Dios dándosele, y conservándosele siempre; y en ausentándose Dios de algun lugar, ó alguna cosa, luego dejará de ser.

De aquí es, que mirando todas las cosas del mundo, en todas he de mirar á Dios que está en ellas por esencia, presencia, y por su omnipotencia, obrando en ellas y por ellas. Y como mirando al hombre, de lo exterior y visible que veo en el cuerpo, paso á mirar lo interior é invisible que está dentro de él, que es su alma, la cual le comunica el ser, vida y movimiento que tiene; así, mirando todas las criaturas, he de penetrar con los ojos de la fe, lo que está en ellas, que es Dios, no como ánima y forma, sino con otro modo levantadísimo, dándolas ser, y todo cuanto tienen y hacen. Sacando de aquí afectos de amor, y gozo, y alabanza, alegrándome de ver la union que tiene Dios con sus criaturas, y el modo como está dentro de ellas, y de esta manera las hermosas no me llevarán trás sí, para que las ame con desórden, y las terribles no me

[1] Actu. 17. 27.

Digitized by Google

atemorizarán tanto que huya con demasía, y cuando me viere junto á las fieras, ó á mis enemigos, puedo, y debo creer, que estoy junto á Dios que está en todas las cosas, y con esto cobraré grande ánimo, diciendo aquello de Job [1]: Ponme cabe tí, y pelee cualquier mano contra mí. O Dios omnipotente [2], aunque me vea cercado de enemigos no temeré, porque sé cierto que estoy cabe tí, sin cuya voluntad no pueden mover su mano. Siempre te pondré delante de mis ojos [3], porque estás á mi mano derecha, para tenerme en pié con la tuya.

Punto tercero.—Lo tercero, se ha de considerar mas en particular el modo como Dios está dentro de mí, y yo estoy, y vivo, y ando dentro de Dios. Lo primero, porque Dios me rodea y cerca por todas partes, como el agua del mar cerca y rodea al pez que está en ella, y como la niñeta está dentro del ojo, así estoy yo dentro de Dios; y, como el mismo Señor dice [4], él nos trae dentro de sí, como la mujer que ha concebido trae al niño dentro de sus entrañas, y ella le sirve de casa, de litera, de muro, de sustento, y de todas las cosas. O alma mia, cómo no te alegras y das saltos de placer, mirándote de esta manera dentro de tu Dios! El es tu casa, de la cual no puedes salir, y dentro de la cual has siempre de vivir y obrar; él es tu cama donde has de descansar, y fuera de él no puedes hallar descanso; él es tu litera, en la cual vas donde quiera que caminas, porque si él no te lleva, no te podrás menear; es tu muro que te cerca, sin el cual no tendrás seguridad; es tu sustento y vida, porque en él la tienes, y de él la recibes, mucho mas que el niño que está en las entrañas de su madre la recibe de ella. O Dios amantísimo, y madre amorosísima, que donde quiera que voy me llevas dentro de tus entrañas, concédeme que te traiga siempre dentro de las mias, por

[1] Job. 17. 3. [2] Psal. 26. 2. [3] Psal. 15. 8. [4] Isai. 46. 3.

Digitized by Google

conocimiento y amor, conociendo el bien que me haces, y amándote por el amor que me tienes. Dentro de tu bondad estoy, transfórmame en ella; dentro de tu caridad vivo, enciéndeme con ella; dentro de tu omnipotencia ando, ayúdame con ella; y pues estoy dentro de tí, transfórmame todo en tí, para que no viva mas en mí, sino todo para tí, por todos los siglos. Amen.

Esta consideracion puedo particularizar, discurriendo por los divinos atributos: unas veces puedo imaginar, que Dios es como [1] un fuego consumidor, y que todo este mundo está lleno de este fuego, dentro del cual yo vivo, admirándome como no ardo, y como no consume en mí todo lo malo, atribuyéndolo á la grande frialdad que tengo, por la cual le resisto. Otras veces imaginaré á nuestro Señor como una luz infinita, extendida por todo este mundo, ó como sabiduría y hermosura inmensa, de cuya gloria y resplandor está llena toda tierra, y á mí mismo dentro de esta luz y hermosura, suplicándole me dé parte en ella, y así en los demás atributos.

Lo segundo, Dios nuestro Señor está dentro de mí mismo, junto conmigo, muy mas íntimamente que mi alma está dentro de mi cuerpo, aunque con modo mas excelente, por esencia, presencia y potencia, al modo declarado. De suerte, que dentro de mí está el Padre, y el Hijo, y Espíritu santo, y toda la divinidad, real y verdaderamente. Y por consiguiente, conmigo está unida su infinita bondad, comunicándome el ser y vida que vivo; y su sabiduría, dándome la luz y conocimiento que tengo; y su omnipotencia está unida con todas mis potencias, ayudándolas en sus obras, con los ojos, para que vean: con los oidos, para que oigan: con los piés, para que anden: con la memoria y entendimiento, para que se acuerden y entiendan: con la voluntad y apetitos, para que quieran y obren

[1] Deut. 4. 24.

Digitized by Google

sus actos. Y así puedo y debo mirar á Dios presentísimo dentro de mí mismo, como si yo fuese casa y morada suya, á donde está, y obra todo lo que yo soy, tengo, y obro, sin cuya presencia luego yo dejaria de ser, porque este morador conserva su morada; y en ausentándose de ella, se volverá en nada. De lo cual sacaré grandes afectos de gozo y admiracion, de confianza y amor, viéndome tan unido y junto con mi Dios.

Pero en especial he de procurar que mi corazon sea retrete y oratorio donde yo entre á orar y conversar con Dios, pues allí dentro está, y allí vé lo que oro y le pido, y allí es poderoso para concedérmelo. Y de esta manera entienden muchos santos lo que dijo Cristo nuestro Señor [1]: Cuando orares, entra en tu aposento, esto es, en tu corazon, y cierra las puertas de tus sentidos, y allí ora á tu Padre celestial, en lo escondido, etc. [2].

Tambien he de procurar acostumbrarme á buscar á Dios dentro de mí mismo, porque si está dentro de mí, para qué me tengo de cansar en buscarle, solamente fuera de mí? Y para esto limpiaré mi alma de todo lo que pudiera desagradar á Dios, que está presente dentro de ella, procurando que no haya en mí cosa que le ofenda, ni que me impida el verle, conocerle, y unirme con él por amor actual. Y otras veces, como dice santo Tomás [3], procuraré gozar de esta presencia de Dios, y de este tesoro infinito que tengo dentro de mí, como el amigo se goza con la presencia de su amigo; y el flaco con la presencia del fuerte; y el pobre con la presencia del rico misericordioso; y como el artífice se aprovecha del instrumento que tiene dentro de su casa, sin salirle á buscar fuera; y el rico se aprovecha del dinero y tesoro que tiene dentro de sus arcas; y el hambriento, de los manjares que tiene en sus despensas. O alma mia,

[1] Matt. 6. 6. [2] D. Aug. con. 2. in illud. Psal. 33. Exquisivi Dominum et in illud. Psal. 100. Perambulabam in innocentia cordis mei. [3] Opus 36. de beat. c. 3.

Digitized by Google

dentro de tí tienes todos los bienes, cómo no gozas de ellos? Dentro de tí está tu soberano Amigo y Padre; gózate de tenerle contigo: júntate íntimamente con él, y dale todo tu corazon. Si estás pobre, contigo tienes á Dios, rico en misericordias, acude á él para que te dé parte de sus riquezas. Si eres flaca y pusilánime, contigo está Dios, que es la misma fortaleza, y unida con él podrás todas las cosas con su virtud: para qué buscas fuera de tí con demasía ayuda de criaturas, teniendo dentro de tí la omnipotencia del Criador? O Criador mio, Dios mio, y todas mis cosas, perfecciona en mí esta union que conmigo tienes, uniéndote tambien con perfectísima union de gracia, para que yo tambien me una contigo, con perfecta union de caridad.

Punto cuarto.—Lo cuarto, se ha de considerar otros modos especiales que tiene Dios de estar en algunos lugares, y en algunas cosas: primeramente está con especialidad en los cielos, porque en los demás lugares está encubierto, sin que pueda ser visto, sino es por fe; pero en los cielos está descubierto, manifestando claramente á los bienaventurados su divina esencia, y obrando allí cosas gloriosísimas en los que le están mirando. Y por esta causa la celestial Jerusalen se llama[1]: *Tabernaculum Dei, cum hominibus*, morada de Dios con los hombres, donde juntamente mora Dios, y moran sus escogidos con él, y él está con ellos, y ellos son pueblo suyo. O Dios altísimo que habitas en las alturas, llévame á este tabernáculo en que moras con tus escogidos, para que allí vea y goce del infinito bien que aquí tengo, y no gozo porque no le veo.

Lo segundo, Dios nuestro Señor está con especialidad en aquellos lugares de la tierra, donde suele dar alguna especial señal de su presencia, obrando algunas cosas maravillosas. Y á esta causa, cuando Jacob en la soledad vió en sueños la escala que llegaba de la tierra

[1] Apost. 21, 3.

Digitized by Google

al cielo, y á Dios encima de ella, que le hablaba, cuando despertó dijo: Verdaderamente Dios está en este lugar, y yo no lo sabia [1]. O cuán terrible lugar es este, casa es de Dios, y puerta del cielo! De este modo está Dios nuestro Señor en los templos y oratorios, y en los lugares diputados para oracion y contemplacion, y en cualquier soledad [2] donde suele su Majestad hacernos particulares favores, pues por esto dijo [3]: Yo la llevaré á la soledad, y la hablaré al corazon. Y con este afecto y reverencia he de acudir á semejantes lugares, respetando la presencia de Dios, que se manifiesta en ellos.

Lo tercero, Dios nuestro Señor está especialmente en los justos por fe y gracia, obrando en ellos, y con ellos obras sobrenaturales, dignas de vida eterna. Por razon de lo cual dijo el bienaventurado san Juan [4]: Quien está en caridad, está en Dios, y Dios está en él; porque quien ama está en la cosa amada, y cuando dos se aman, uno está en otro. Y así quien ama á Dios, está en Dios; y porque Dios le ama, Dios está en él. Y demás de esto, el justo está en Dios, por estar dentro de sus entrañas, rodeado y amparado de su proteccion; y Dios está en él, porque asiste dentro de su ánima, causando en ella el ser, vida, y obras de la gracia y caridad. O Dios inmenso, cuya caridad es tan inmensa, que desea mostrar su inmensidad en estar por gracia dentro de todos los que son capaces de ella [5], quita de mí todos los estorbos que tengo para recibirla, para que permanezcas en mí, y yo en tí, por todos los siglos. Amen.

Pero allende de esto, Dios nuestro Señor, con otro modo especialísimo, está dentro de algunos amigos suyos en lo mas íntimo y hondo de su espíritu, donde se les descubre con ilustraciones y hablas interiores, revelándoles misterios de su divinidad, con grandes testimonios y señales de su presencia; de donde les procede

[1] Genes. 28. 16. [2] 3. Reg. 8. 29. [3] Oseæ 2. 14. [4] 1. Joan. 4. 16. [5] 1. ad Tim. 2. 4.

Digitized by Google

grande magnanimidad y confianza, grande seguridad, paz, y gozo interior, con grandes prendas de la eterna bienaventuranza, por lo que gustan de ella, viéndose con aquella luz dentro de la inmensidad de su Dios, y á su Dios inmenso dentro de sí, unido con ellos con tal modo de presencia y amor. Este cuarto modo se ha de venerar con humildad, pero el tercero, se ha de pretender y perfeccionar con todas nuestras fuerzas, dejando á la divina Providencia lo demás extraordinario que él quisiere obrar en nosotros, contentándonos con la esperanza de ir al lugar donde es visto cara á cara, y está todo dentro de todos, y todos dentro de él, engolfados en el gozo eterno de su Señor.

MEDITACION XV.

DE LA INFINITA SABIDURÍA Y CIENCIA DE DIOS.

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, con su infinita sabiduría se conoce [1], y comprende á sí mismo, su divina esencia, y sus personas, su bondad, y omnipotencia, y todas sus infinitas perfecciones. Además, todos sus actos, intenciones, decretos, y trazas, y todas las cosas que puede ordenar y hacer, sin que se le encubra cosa alguna, y hartando y llenando la infinita inclinacion y capacidad de su divino entendimiento con sumo gusto, de suerte, que ninguna cosa desea, ni puede saber, que no lo sepa [2]. Y en esto consiste la bienaventuranza de Dios, aunque no es bienaventurado, por conocer las cosas que son fuera de sí, sino por conocerse á sí, que es fuente y principio de todas ellas. De donde sacaré un grande gozo por la sabiduría que tiene Dios, y por la bienaventuranza y gozo que de ella recibe, y un deseo grande de alcanzar parte de ella, poniendo mi bienaventuranza, no en conocer á las criaturas, sino en conocerle á él con es-

[1] D. Th. 1. p. q. 14. art. 2. et 3. [2] D. To. 1. p. q. 26. art. 2.

Digitized by Google

la sabiduría celestial y amorosa[1]; porque con este conocimiento quedaré harto; y los deseos que tengo de saber, quedarán cumplidos: pues, como dice san Gregorio[2], *Quid non videt, qui videntem omnia videt?* Qué no vé, el que vé al que vé todas las cosas? O alma mia, si tienes tanto deseo de saber, emplea tu estudio en saber á Dios, porque habiéndole bien conocido, todos tus deseos quedarán cumplidos[3]. Si deseas ser como Dios, que sabe el bien y el mal, procura conocer y servir á Dios, y de este modo lo sabrás, teniendo parte en el bien, y ninguna en el mal. Aunque sepas todas las cosas, si no sabes á Dios, qué te aprovechará? O Dios sapientísimo, fuente de toda la sabiduría, conózcate á tí, y lo que quieres de mí, y bástame este conocimiento, ayudándome con tu gracia, para que ame lo que conozco, y obre lo que entiendo.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar, como Dios nuestro Señor tiene esta sabiduría por su misma esencia; y con ella, como en un clarísimo espejo, vé y comprende todas las cosas, y por sí mismo las traza y ordena[4]: y así ni recibió esta sabiduría de otro, ni tuvo, ni pudo tener maestro ó consejero, ni tuvo fuera de sí mismo otro libro ó dechado en que ver y aprender lo que sabe, sino todo esto tiene de sí mismo, y en su esencia; la cual, si así es lícito hablar, es como su maestro y consejero, su espejo, su libro, y su dechado é idea para todo cuanto dispone, y traza, y ejecuta, y para todo cuanto es posible saber. De donde se sigue, que solo Dios es esencialmente sabio, é infinitamente sabio, sin tener tasa en su sabiduría. Y como se dice[5], que ninguno es bueno sino Dios, así podemos decir, que ninguno es sabio sino Dios; porque todos los demás de su naturaleza son ignorantes, y no tienen ciencia, sino la reciben de Dios, y la que tienen, es con

[1] Psal. 16. 5. [2] Lib. 4. dial. c. 33. [3] Genes. 3. 5. [4] D. Th. 1. p. q. 14. art. 4. [5] Lucæ 18. 19.

Digitized by Google

tasa y límite; y tan pequeña, que es como nada, en comparacion de la infinita sabiduría de Dios. Y en este principio he de fundar la humildad y propio conocimiento, en materia de ciencia, diciendo con Salomon [1]: *Stultissimus sum virorum.* El mas ignorante soy de todos los hombres. *Non didici sapientiam:* No he aprendido la sabiduría; porque si miro al tiempo de mi nacimiento, hallaré, que ninguna ciencia tenia; y esa que he aprendido es tan poca, como sino fuera, ni hubiera aprendido cosa alguna. Por lo cual, comparándome á Dios, puedo decir lo que decia Sócrates: *Hoc unum scio, me nihil scire.* Una cosa sola sé, y es que no sé nada; y todo hombre, como dice Jeremías [2], es necio comparado con Dios, que es la misma ciencia. Con esta consideracion reprimiré los afectos de vana complacencia, de vana gloria y presuncion, poniéndome en el último lugar de mi nada, y de mi total ignorancia.

De aquí tambien se sigue, que es grandísima presuncion y locura, querer yo apear y comprender esta infinita sabiduría de Dios, porque infinitamente excede á toda la capacidad de hombres y ángeles; y como dice san Pablo [3]: Ningun otro que el espíritu de Dios conoce lo que hay en Dios. Y por esto dijo el Eclesiástico [4]: La sabiduría de Dios, que puede todas las cosas, quién la pudo investigar? La raiz de la sabiduría, á quién se reveló? Sus trazas quién las conoció? La muchedumbre de sus caminos quién los entendió? Escondida está, dice Job [5], á los ojos de todos los vivientes, y encubierta á las aves del cielo, que son ángeles y espíritus celestiales [6]. O Dios sapientísimo, que subes y vuelas sobre los querubines, que son plenitud de ciencia, porque á todas pasas de vuelo, y ninguno puede alcanzar á entender todo lo que sabes [7]; yo venero los secretos de tu infinita sabiduría, y te suplico me descubras la parte

[1] Prov. 30. 2. [2] Jer. 10. 14. [3] 1. Cor. 2. 11. [4] Eccles. 1. 3. [5] Job. 28. 21. [6] Psal. 17. 11. [7] Eccles. 3. 23.

Digitized by Google

de ella que me conviene tener para poderte servir y amar. Amen.

PUNTO TERCERO. — Lo tercero, se ha de considerar, que la divina Sabiduría sola, sin ayuda de otro, es la primera inventora de todas cuantas cosas ha habido en el mundo [1], y de ella proceden todas las ciencias y artes é invenciones de cielo y tierra. Y así dice Isaías [2]: Quién ayudó al espíritu del Señor, ó quién fué su consejero, y le descubrió algo de nuevo? Con quién tomó consejo, y le instruyó y enseñó el camino de la justicia, y de la ciencia, ó prudencia [3]? O alteza de la sabiduría y ciencia de Dios, quién conoció el sentimiento del Señor, ó quién fué su consejero? Gózome, Dios mío, de que tú seas maestro y consejero de todos, y ninguno lo pueda ser tuyo, selo siempre mio, para que te agrade en todo. Amen.

De aquí bajaré á considerar en particular las invenciones y trazas maravillosas que han salido y salen de la infinita sabiduría de Dios, meditando, como dice David [4], en sus obras, y ejercitándome en sus invenciones, con afectos de admiracion y gozo, creyendo, como dice san Pablo [5], con la fe, que el Verbo divino sacó estas cosas visibles, de las invisibles que tenia dentro de sí trazadas en su eterna sabiduría. Esto puedo hacer primeramente, discurriendo por los seis dias de la creacion del mundo, ponderando la invencion de la sabiduría divina en cada uno de ellos, como despues verémos.

Luego miraré la invencion de la divina sabiduría, en la creacion del hombre [6], juntando con cuerpo de tierra un espíritu inmortal, ponderando la variedad de rostros, y de inclinaciones y talentos que hay en los hombres, y las invenciones que han salido de ellos, inventando modo de hacer vidrio, paño, lino, y las demás

[1] Eccl. 1. 10. [2] Isai. 40. 13. [3] Ro. 11. 33. [4] Ps. 76. 13. [5] Heb. 11. 3. [6] Genes. 2. 7.

Digitized by Google

artes y cosas artificiales, y á las otras ciencias que tanto florecen en el mundo. Todas las cuales originalmente han procedido de la infinita sabiduría de Dios; por lo cual la madre de Samuel llamó á [1] Dios, Señor de las ciencias, porque él las tiene todas, y de él proceden las que hay en sus criaturas.

De aquí subiré á considerar las invenciones de la divina sabiduría, en el ser de gracia que ha comunicado á los hombres, especialmente la suprema invencion de juntar la naturaleza humana con la divina, en unidad de persona en Cristo nuestro Señor, y en la invencion de ponerse en el santísimo Sacramento del altar, con otras innumerables trazas y modos que cada dia inventa en sus escogidos, para librarlos de los peligros, y promoverlos en las virtudes, y llevarlos á su cielo, á donde son maravillosas las trazas que ha inventado para su perfecta bienaventuranza.

De aquí inferiré, que la sabiduría de Dios es la que guia y acompaña las obras en que resplandecen sus divinos atributos, conviene á saber: las obras de su bondad y caridad, de su misericordia y justicia, porque con sabiduría se comunica la bondad, ama la caridad, la misericordia se compadece, y la justicia premia y castiga. Y así dice el Eclesiástico [2], que derramó Dios su sabiduría sobre todas sus obras. Y David dice [3], que hizo todas las cosas con sabiduría.

Todo esto me ha de mover á grandes afectos de admiracion y gozo, alegrándome particularmente por tener un Dios tan sabio, que sabe inventar mil modos y caminos como alcanzar sus intentos, para librarme de males y comunicarme los bienes que desea de naturaleza, gracia, y gloria. De donde aprenderé á tener gran confianza en Dios en los casos que parecen desesperados, porque donde yo no alcanzo medio, ni remedio, la sabiduría de Dios puede inventar medios y remedios

[1] 1. Reg. 2. 3. [2] Eccles. 1. 10. [3] Psal. 103. 24.

Digitized by Google

innumerables. Y en agradecimiento de todo esto procuraré yo tambien con su gracia y luz inventar nuevos modos como mortificarme, y ejercitarme en toda virtud, y agradar á este Dios, pues el justo come y goza el fruto se sus invenciones [1], y cada dia le cantaré cantares nuevos [2], por las nuevas trazas que toma de hacerme bienes. O Dios [3] y Señor de las ciencias, gózome del señorío que tienes sobre todas, como principio de donde todas nacen; dame, Señor, la ciencia de los santos, para que conozca el modo de servirte en justicia y santidad. Amen.

Punto cuarto.—Lo cuarto, se ha de considerar como la infinita sabiduría de Dios dispuso y órdenó todas las cosas del mundo [4], *in numero, pondere, et mensura.* En número, peso y medida, comprendiendo el número de todas las cosas que ha habido, y habrá, y de todas sus partes, miembros, y oficios, y obras. Además, el peso que tiene cada una de ellas en la cantidad, y el peso de sus inclinaciones y aficiones naturales y sobrenaturales. Además, la medida de cada una, en lo ancho y largo, alto y profundo que tiene; y la medida en la perfeccion, y en los talentos y caudales, admirándome de la proporcion y traza maravillosa que en cada una, y en todas juntas resplandece, por la infinita sabiduría del que las ordenó con tal modo y órden de bondad y perfeccion. Esto se puede ponderar discurriendo por algunas cosas de estas, que la divina Escritura exagera, atribuyéndolas á solo Dios, y á su infinita sabiduría.

Lo primero, como dice David [5]: Dios tiene contado el número de las estrellas, el peso de su inclinacion á influir en la tierra, y la medida de su grandeza y perfeccion. Y por esto dice, que las llama á todas con sus propios nombres, como quien conoce todo lo que hay

[1] Isai. 3. 10. [2] Psal. 95. 1. [3] 1. Reg. 2. 3. [4] D. Tho. 1. p. q. 5. art. 5. Psal. 146. 4.

Digitized by Google

en cada una [1]. Y de la misma manera sabe Dios el número de los movimientos y vueltas que han de dar los cielos, hasta la fin del mundo. Y por consiguiente, los años y dias que ha de durar, y el último en que este órden y música del cielo ha de dormir y parar para siempre; lo cual, como dijo Cristo nuestro Señor [2], es reservado á sola la ciencia de Dios.

Bajando mas abajo, á lo que pasa en el aire, Dios tiene contado el número de cometas, rayos y truenos, las gotas de la lluvia, los copos de nieve, y el número de los vientos y granizos: sabe muy bien el peso é inclinacion de cada cosa de estas, porque [3] *ventis fecit pondus*, á los vientos dió su peso propio, y del mismo modo á la nieve, y al granizo y al rayo; y todos por traza de la sabiduría de Dios, como él dijo á Job [4], salen con este peso á ir donde les envia, y para el fin que les envia. Y así he de tener grande confianza en medio de estas tempestades, acordándome que todo vá ordenado por la divina sabiduría, para grandes fines.

Luego ponderaré, como Dios nuestro Señor, tambien con su sabiduría mide á palmos la mar y la tierra, y sabe lo ancho y largo, lo alto y profundo que tienen, y la gravedad y peso de cada cosa [5]. Además sabe el número de todas las cosas que hay dentro de estos elementos, y encima de la tierra, hasta el número de las arenas del mar, y de los pajaritos [6], pues ni una cae en tierra sin su providencia.

Pero mas en particular ponderaré lo que toca á los hombres, cuyo número tiene Dios contado desde Adan, hasta la fin del mundo [7]; y los años, dias y horas que cada uno ha de vivir, y la hora en que ha de morir. Además [8], tiene contados todos los huesos y cabellos; de modo, que ni uno perecerá sin su sabiduría y providencia. Tambien tiene contados [9], todos los pasos

[1] Job. 38. 33. [2] Matt. 24. 36. [3] Job. 28. 25. [4] Job. 38. 34. [5] Isai. 40. 12. [6] Matt. 10. 29. [7] Ps. 38. 6. [8] Matt. 10. 30. Luc. 21. 18. [9] Job. 14. 16.

Digitized by Google

que ha de dar cada uno, y todas las obras buenas y malas que ha hecho y ha de hacer. Además, conoce el peso é inclinacion de cada uno, su talento y caudal, y la medida de perfeccion natural y sobrenatural que tiene en su alma y en sus obras, porque su infinita sabiduría distribuye todo esto[1], con peso y medida, pesando los espíritus de todos, y las obras que hacen, sabiendo el peso y valor que tienen.

Con esta consideracion me arrojaré en las manos de Dios, y de su infinita sabiduría; la cual es inefable y cierta, procurando no fiarme de mis antojos y aprensiones en el número de los años y dias de vida, ni en la calificacion de mis talentos, y partes naturales, ó dones gratúitos, ni en la medida de mis merecimientos y virtudes, sino entender que lo que soy en los ojos de Dios, que todo lo vé, eso soy y no mas.

Ultimamente, subiré á considerar lo que hay sobre los cielos, ponderando como la divina sabiduría lo trazó tan bien con órden, peso y medida; y así sabe el número de los ángeles, de todos los coros y jerarquías, y el de todos los bienaventurados que hay y ha de haber en el cielo, el peso y medida de sus perfecciones naturales y sobrenaturales, distribuyéndoles los oficios conforme al órden de su infinita sabiduría; y la medida de gloria, á la medida de sus merecimientos. Ponderando todas estas cosas, prorumpiré en afectos de admiracion y pasmo de la infinita sabiduría de Dios, mucho mas que la reina Sabá[2], cuando vió la sabiduría de Salomon, en la distribucion y órden de las cosas de su casa; y así con mucho mas encendido afecto diré: Verdadero es, Dios mio, todo cuanto he oido de tu infinita sabiduría; y muy mayor es tu ciencia, y tus obras, que todo cuanto he oido de ellas. Bienaventurados tus ciudadanos y tus siervos, los que están siempre delante de tí, y oyen tu sabiduría. O Sabiduría infinita, que

[1] Prov. 16. 2. [2] 3. Reg. 10. 6.

Digitized by Google

trazas y dispones todas las cosas en número, medida y peso, traza con este órden las cosas de mi alma, aumentando en ella el número de las buenas obras, el peso de las fervorosas aficiones, y la medida de tus gracias [1], concediéndome la medida llena, apretada y colmada de tu gloria. Amen.

Punto quinto. — Lo quinto, se ha de considerar, como la infinita sabiduría de Dios es eterna é inmutable, profundísima y evidentísima, y está toda junta porque con una sencilla vista, alcanza de una eternidad á otra, y vé todo cuanto es posible verse y conocerse. Y así desde que Dios es Dios, sabe cuanto sabe, sin que de nuevo pueda saber cosa alguna, porque para él, ninguna puede ser nueva; y todas las cosas pasadas, presentes y por venir, y las que en alguna manera son posibles, las conoce distintamente, y con suma evidencia, sin mezcla de dudas, ni opiniones ó perplexidades; de modo que en Dios, ni puede haber ignorancia, ni error, ni duda, ni engaño, en cosa alguna de cuantas se pueden saber. Y así dice el Eclesiástico [2]: Los ojos del Señor son mas resplandecientes que el sol, ven los caminos de los hombres, el profundo abismo, los secretos de los corazones, y todas las cosas antes que tengan ser, y despues que han pasado, ninguna cosa le está escondida [3], y *à sæculo usque ad sæculum respicit*, mira todo lo que hay de un siglo á otro, y de una eternidad á otra.

Esta verdad, para nuestro provecho se ha de particularizar, discurriendo por las cosas pasadas, presentes y por venir, y por las que pueden ser. Lo primero, Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría conoce todas las cosas que han pasado desde el principio del mundo, hasta este instante en que estamos, y las tiene tan presentes como si no hubieran pasado; y así no es posible que Dios se olvide de lo que una vez sabe, ni de las obras buenas y malas que ha visto, ni de

[1] Lucæ 6. 38. [2] Eccles. 23. 28. [3] Eccles. 39. 35.

Digitized by Google

ninguno de los hombres bueno ni malo, aunque diferentemente tiene memoria de unos, y de otros, porque de los malos se acuerda para castigarlos por sus malas obras, de las cuales nunca se olvida: y de los buenos para premiarlos por las buenas, de las cuales siempre tiene memoria, aunque se dice olvidarse de los malos, porque no hace caso de ellos para hacerlos bien, en castigo de sus maldades. Aplicando esto á mí mismo, he de creer, que se acuerda Dios de mí, y mis cosas, tan distintamente como si yo solo estuviera en el mundo, y siempre me tiene presente en su memoria y sabiduría eterna, sin jamás borrarme de ella, imaginando que me dice lo que dijo á la ciudad de Sion [1]: Por ventura puédese olvidar la madre del hijo que salió de sus entrañas, sin tener de él misericordia? Pues aunque ella se olvide, yo no me olvidaré de tí, porque te tengo escrita en mis manos, y tus muros están delante de mis ojos. O alma mia, no te olvides de Dios, pues Dios no se olvida de tí, escríbele en tus manos, pues él te tiene escrito en las suyas: pon delante de tus ojos las cosas de su servicio, pues él tiene delante de los suyos las cosas de tu provecho.

Lo segundo, Dios nuestro Señor, con su infinita sabiduría, conoce todo cuanto en este dia y en este instante se hace en todo el mundo, sin que haya cosa que se le encubra, penetrando los secretos del corazon de cada hombre, por muy ocultos que sean; sus imaginaciones, pensamientos, deseos y propósitos buenos y malos, y todo aquello que no puede conocer otro hombre, ni ángel, sino el mismo espíritu que lo piensa; y aun muchas mas cosas que el hombre piensa é imagina, y no hace reflexion sobre ellas, las penetra Dios y comprende, y á él solo pertenece tal comprension, como lo dijo por el profeta Jeremías [2], y el Apóstol lo declaró mas, diciendo, que la palabra de

[1] Isai. 49. 15. [2] Jer. 17. 10.

Digitized by Google

Dios [1], que es su Hijo, es viva y eficaz, y penetra mas que cuchillo de dos filos, conoce los pensamientos é intenciones del corazon, y ninguna criatura es para él invisible, y todas las cosas están descubiertas y patentes á sus ojos. Por tanto, ó alma mia, pues los ojos de Dios miran siempre lo que haces, los tuyos miren siempre las [2] cosas justas, y tus párpados abiertos vayan siempre delante de tus pasos, mirando primero donde asientas el pié, porque lo está mirando Dios [3]. Aparta de tu boca las palabras del hombre viejo, porque Dios es Señor de las ciencias, y penetra y pesa los pensamientos del corazon.

Lo tercero, Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría, conoce todas las cosas que están por venir, y han de suceder por toda la eternidad, aunque dependan de nuestro libre albedrío, y las tiene tan presentes, como si ya hubieran sucedido, ó se hicieran ahora, y algunas veces las revela á sus amigos: y es imposible que deje de suceder lo que revela, porque lo está mirando del modo que ha de suceder, como si actualmente entonces sucediera: y esto es tan propio de la sabiduría de Dios, que ni hombre, ni ángel puede conocerlo. Por lo cual dijo Isaías [4]: Decidnos las cosas que están por venir, y dirémos que sois dioses; como quien dice: Señal propia es de la divinidad conocer las cosas que están por venir, y dependen de la libertad del hombre. Pero mas adelante pasa, porque no solamente conoce todas las obras que harán hombres y ángeles, sino todas las que pueden hacer, usando de su libertad, y de las ayudas que él les quisiere dar con su gracia; y con esta infinita sabiduría profundísima y ocultísima, traza y ordena, ó permite las cosas que suceden, dejando esas otras. En lo cual con humildad tengo de venerar sus secretos juicios, diciendo con el Apóstol [5]: O alteza de las riquezas de la sabiduría y

[1] Heb. 4. 12. [2] Prov. 4. 25. [3] 1. Reg 2 3. [4] Isai. 41. 23. [5] Ro. 11. 33.

Digitized by Google

ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos! Maravillosa [1] es, Señor, tu ciencia, mucho se ha levantado sobre mí, ni es posible subir á ella, yo la venero con humildad, y te suplico que con ella traces mi vida, de modo que alcance tu eterna gloria. Amen.

Punto sexto.—Ultimamente se ha de considerar, como la infinita sabiduría de Dios comprende y abraza todas las cosas que caen debajo de la divina omnipotencia, y que pueden ser posibles, aunque nunca hayan de ser, las cuales son tantas en número y perfeccion, que todas cuantas hemos dicho en comparacion de estas, son como una gota de agua, respecto del mar Océano, porque conoce Dios infinitos ángeles, cielos, y mundos, con otras infinitas trazas diferentes de esta, y con otras perfecciones muy mayores; de modo, que si durara este mundo un millon de años, conoce la sabiduría de Dios que cada dia podia criar otro mundo mas perfecto que este; y despues de criados todos, es infinito mas lo que conoce que puede criar. O abismo incomprensible! ó piélago inmenso! ó tesoro infinito de la sabiduría de Dios! Gózome, Señor, que seas tan sabio, que comprendas todo lo que se puede saber, sin que se te encubra nada. Y tambien me gozo del gozo que tienes en conocerlo, por conocerte á tí, en cuya omnipotencia está todo encerrado. Ahora, Dios mio, confieso que toda nuestra sabiduría es nada, en comparacion de la tuya [2], y que si apenas podemos oir y entender una pequeñuela gota de tu sabiduría, cuánto menos podrémos conocer el inmenso trueno de tu grandeza? Y si lo que de tu sabiduría has descubierto, es no mas que una gota, cuánta será la inmensidad de lo que en ella tienes encerrado [3]? Grande eres en todo, y tu grandeza vence nuestra ciencia; pero gloria nuestra es ser vencidos de tí, de quien recibimos la ciencia y grandeza que nosotros tenemos.

[1] Psal. 138. 6. [2] Job. 26. 14. [3] Job. 36. 26.

Digitized by Google

De lo dicho concluiré, como la infinita sabiduría de Dios nuestro Señor es infinitamente liberal [1], en comunicarse sin envidia, antes con mucho gusto se comunica á los hombres y ángeles, á querubines y serafines, y á todos los espíritus bienaventurados, y sobre todo [2], al alma de Cristo nuestro Redentor y Señor, en quien depositó todos los tesoros de su incomprensible sabiduría y ciencia; pero aunque le dió conocimiento de todas las cosas pasadas, presentes, y por venir, por toda la eternidad, como dice santo Tomás [3], mucho mas es infinitamente lo que le quedó por comunicar, porque no es posible comunicarse todo á pura criatura; y de esta liberalidad tomaré motivo para suplicarle que me comunique esta sabiduría, enseñándome todas las cosas provechosas para mi salvacion [4]. O Dios sapientísimo, envia tu sabiduría de tus santos cielos, y de la silla de tu grandeza [5], *ut mecum sit, et mecum laboret, ut sciam quid acceptum sit coram te omni tempore*, para que esté conmigo, y obre conmigo, y sepa lo que te agrada en todo tiempo: ella vaya delante de mis obras, como vá delante de las tuyas; ella me acompañe en todo lo que hiciere, como te acompañó en todo lo que hiciste, y ella sea el último fin de mis pretensiones, y me lleve á donde te vea claramente, con la luz que de ella procede, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XVI.

DE LA OMNIPOTENCIA DE DIOS.

Punto primero.—Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, trino y uno [6], es infinitamente poderoso para hacer todas las cosas que quisiere, sin tasa, ni limitacion alguna en el número, grandeza, y perfeccion, por razon de lo cual se llama [7] omnipotente,

[1] Sap. 7. 13. [2] Col. 2. 3. [3] D. Th. 3. p. q. 10. art. 3. [4] Isai. 48. [5] Sap. 9. 10. [6] D. Th. 1. p. q. 25. [7] Exod. 15. 3.

Digitized by Google

y todopoderoso, cuya omnipotencia consiste en que puede hacer todas las cosas que su infinita sabiduría vé ser posibles, en las cuales no hay repugnancia, ni contradiccion alguna, para que puedan ser. Y en este sentido dijo el ángel á la Virgen, que no es imposible á Dios[1], *omne verbum* toda palabra; esto es, toda, y cualquier cosa que hombres, y ángeles, y el mismo Dios pueden concebir con su entendimiento, que no hay contradiccion en que sea. Y el mismo Señor dijo por Jeremías[2]: Por ventura será para mí dificultoso, *omne verbum*, cualquier cosa? Que fué decir: Nada me será dificultoso, sino todo me será posible y fácil de hacer.

En esto se pueden ponderar tres excelencias. La primera, que Dios nuestro Señor puede hacer de nuevo infinitamente muchas mas cosas de las que ha hecho; porque todo lo que ha hecho es casi nada en comparacion de lo que puede hacer; y despues de haberlo visto todo, puede decir con el Eclesiástico[3]: *Multa abscondita sunt majora his, pauca enim vidimus operum ejus.* Muchas cosas nos están escondidas mayores que las que hemos dicho de Dios, porque son muy pocas las que hemos visto. O Dios omnipotentísimo, gózome de tu grandiosa omnipotencia con la cual puedes hacer infinitamente mas de lo que yo puedo alcanzar; si tan maravilloso eres en las obras que has hecho, cuánto mas maravilloso serás en las que puedes hacer? Glorifica, alma mia, á tu Dios cuanto pudierès, pues por su omnipotencia merece mucho mas de lo que puedes.

La segunda excelencia es, que puede Dios hacer cuanto quisiere en las cosas que ha hecho, mudándolas, trastocándolas y revolviéndolas á su voluntad, porque, como dice el mismo Ecelesiástico[4]: *Ipse est omnipotens super omnia opera sua.* El es todopoderoso sobre

[1] Lucæ 1. 37. [2] Jere. 32. 27. Matth. 19. 26. Marc. 10. 27. [3] Eccles. 43. 36. [4] Eccl. 43. 30. D. Th. 1. p. q. 105. art. 6.

Digitized by Google

todas sus obras, porque puede mas de lo que ha hecho, y en lo que ha hecho puede hacer lo que quisiere. Puede hacer que pare el sol, como en tiempo de Josué, y que vuelvas atrás, como lo hizo en tiempo de Ezequías, y que no dé luz como en tiempo de la pasion de Cristo; puede hacer lo que quisiere del mar, de los vientos, de la tierra, y de todos los vivientes, como lo hizo en la ley vieja, por medio de Moisés, y en la ley nueva lo hizo Cristo nuestro Señor, cuando vivió en esta vida mortal, y cada dia vá haciendo nuevos milagros, y los puede hacer mayores que los ha hecho. Y ponderando esto, puedo decir lo que añade el Eclesiástico: Terrible es Dios y grande vehementemente, *et mirabilis potentia ipsius*, y maravillosa es su potencia; y por consiguiente dignísimo de ser creido, y de que todos demos crédito á lo que la fe nos revela de sus maravillosas obras y milagros.

La tercera excelencia es, que puede la omnipotencia de Dios ejecutar cuanto la divina voluntad puede querer; porque si Dios quisiera con eficacia alguna cosa, y no la pudiera hacer, fuera miserable y no fuera Dios. Por lo pasado podemos sacar lo futuro y posible; porque como Dios [1], *omnia quæcumque voluit fecit*, hizo todas las cosas que quiso, así hará todas las que quisiere, y podrá hacer cuantas puede querer, como dice el Sabio: *Subest tibi cum volueris posse*; tienes poder para cuanto quisieres hacer, y en queriendo algo no te falta poder para hacerlo. De donde procede, que cuando me consta de la voluntad de Dios, no puedo dudar de su omnipotencia, y cuando no me consta de lo que quiere, tengo de decir lo que dijo el otro leproso al Redentor [2]: *Domine, si vis, potest.* Señor, si quieres, puedes. O Dios omnipotentísimo, delante de tu omnipotencia derramo mi alma con todas sus necesidades y miserias, y con todos sus deseos y aficiones: tu voluntad es jus-

[1] Psal. 113. 3. [2] Matth. 8. 2.

Digitized by Google

ta, y sabes lo que me conviene: si quieres, puedes; si quieres sanarme de mis enfermedades, puedes fácilmente hacerlo; si quieres darme lo que te pido, luego puedes darlo. Gózome de que tu omnipotencia esté puesta en manos de tu justa y amorosa voluntad, porque cuanto procediere de tal querer y poder, será bueno y provechoso para mí, y glorioso para tí, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

Punto segundo. — Lo segundo se ha de considerar, como esta omnipotencia es propia de solo Dios, aunque liberalmente dá parte de ella á sus criaturas. En lo cual se han de ponderar otras tres excelencias. La primera, que solo Dios tiene por su naturaleza y esencia el poder, y ninguna criatura le tiene si no es participado de Dios; y por esto le llama san Pablo[1]: *Solus potens*, solo el que puede; y los demás de nuestra cosecha somos los que no podemos, porque no tenemos ser, ni poder, sino lo recibimos de Dios.

La segunda excelencia es, que solo Dios por su omnipotencia puede hacer sus obras sin ayuda de otro; todas las demás criaturas no pueden hacer nada, sino es que la omnipotencia de Dios obre con ellas. Ni el sol alumbrará, ni el fuego quemará, ni el hombre andará, ni hará cosa alguna, si la omnipotencia de Dios no les ayuda, y obra con ellos. Y por esto dijo Isaias[2], que Dios obra en nosotros todas nuestras obras; y Cristo nuestro Señor dijo[3], que sin él nada podiamos hacer. De estas dos consideraciones he de sacar la dependencia que tengo de la omnipotencia de Dios, y fundarme en profunda humildad, viendo que sin ella no puedo ser, ni obrar, y darle infinitas gracias, por la asistencia que tiene conmigo en todas mis obras, como despues ponderarémos mas largamente[4].

La tercera excelencia es, que no se alza Dios del todo con su omnipotencia, sino que dá parte á sus criatu-

[1] 1. Tim. 6. 15. [2] Isai. 26. 12. [3] Joan. 15. 5. [4] Medit. 23.

Digitized by Google

ras, para que cada una de ellas pueda hacer todas las cosas que convienen á su propia naturaleza. Y demás de esto, añade á los hombres y ángeles otro poder muy mas excelente y levantado que el que tienen por su naturaleza, y los toma por instrumentos y ayudadores para muchas cosas propias de su omnipotencia; por lo cual vino á decir el apóstol san Pablo [1]: *Omnia possum in eo qui me confortat.* Todas las cosas puedo en él que me conforta. De suerte, que junto con la omnipotencia de Dios soy poderoso para todas las cosas que quisiere Dios hacer en mí, y por mí, y se honra Dios de que creamos esto, y esperemos de él esto: y á esta fe y confianza remite la experiencia de ello. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor á cierto hombre [2]: Si crees, todas las cosas son posibles al que cree. Y como dice san Bernardo [3]: Ninguna cosa tanto ilustra y engrandece la omnipotencia de Dios, como hacer omnipotentes al modo dicho, á los que confian en él. O Dios omnipotentísimo, gracias te doy cuantas puedo, por la parte que das á tus siervos de tu soberana omnipotencia; en ella confio, pues tú lo quieres, y con ella haré cuanto me mandas. O alma mia, escoge por amigo al Todopoderoso con quien serás toda poderosa, pues conforme á la ley de la amistad, lo que podemos por medio de nuestros amigos, por nosotros lo podemos.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar como conclusion de todo lo que hasta aquí se ha dicho, que la omnipotencia de Dios siempre se emplea en hacernos bien, y es principio y fuente de donde proceden y manan todos los beneficios divinos de que gozamos, juntamente con la sabiduría, y bondad, ó caridad de Dios; porque estos tres atributos son los tres dedos de quien tiene Dios colgada la tierra, como dice el santo profeta Isaías [4], y tambien tiene colgados de estos tres dedos los cielos, los ángeles, y los hombres, y todas las

[1] Phil. 4. 13. [2] Marc. 9. 22. [3] Ser. 85. in Cant. [4] Isai. 40. 12.

Digitized by Google

criaturas del mundo; porque con ellos los cria, sustenta, gobierna, ayuda, y lleva á su último fin. Con la sabiduría conoce y traza lo que ha de hacer; con la bondad y caridad lo que quiere, y con la omnipotencia lo ejecuta, y con todas tres se emplea en hacernos grandes bienes: el Padre con la omnipotencia que se le atribuye por apropiacion: el Hijo con la sabiduría, y el Espíritu santo con la bondad, y todas tres Personas con todas tres perfecciones, porque cada una las tiene todas, con la misma unidad, porque en Dios son una misma cosa.

Con este espíritu he de entrar en las meditaciones siguientes, de los beneficios divinos que comenzaron desde la creacion del mundo, procurando que toda la máquina de mi vida, y de mis consideraciones, estribe principalmente en estos tres dedos de la sabiduría, omnipotencia, y bondad de Dios, correspondiéndole con los actos y afectos de las tres virtudes teologales, fe, esperanza, y caridad, que responden á estos tres atributos: la fe á la sabiduría, la esperanza á la omnipotencia, la caridad á la bondad de Dios, aunque todas tres virtudes y sus actos miran á todos tres atributos juntos. O Dios trino y uno, tan sabio como poderoso, y tan poderoso como bueno, y en todo infinito, ilustra mi entendimiento con tu divina sabiduría, aficiona mi voluntad con tu bondad soberana, y fortalece mis potencias con tu admirable potencia, para que conozca los innumerables y soberanos beneficios que de tí han procedido; y por ellos te ame con fervor, y te sirva y obedezca con fortaleza por todos los siglos. Amen.

Digitized by Google

MEDITACION XVII.

DE LA OMNIPOTENCIA DE DIOS EN LA CREACION DEL MUNDO, Y DE LA GRANDEZA DE ESTE BENEFICIO.

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar el artículo principal de nuestra fe, en que confesamos que Dios nuestro Señor, con su poder infinito[1], al principio crió cielos y tierra, y todas las cosas visibles é invisibles[2] que hay en el mundo, de modo que ninguna hay grande, ni pequeña, la cual no traiga orígen de Dios, conforme á lo que dice san Juan del Verbo divino: *Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no fué hecha cosa alguna de cuantas han sido hechas*: y por consiguiente yo tambien soy hechura de Dios, y de él he recibido el ser que tengo.

En este artículo se ha de ponderar. Lo primero, como todas cuantas cosas hay fuera de Dios, tuvieron principio, y comenzaron á ser como antes no fuesen. De suerte, que antes de la creacion del mundo, que cuenta la divina Escritura, no habia cosa alguna fuera de Dios, todo era nada, y solo Dios era de quien todas las cosas recibieron el ser que tienen; y por consiguiente, si yo me considero en mi orígen, soy nada, no solo cuanto al alma, sino cuanto al cuerpo, porque aquello de que fuí hecho, algun tiempo era nada. De donde me moveré á dar infinitas gracias á Dios, que con su omnipotencia me sacó del abismo de la nada, y me fundaré en esta profunda humildad, diciendo con el apóstol[3]: O alteza de la sabiduría y omnipotencia de Dios, quién le dió algo primero, para que esté obligado á pagárselo? El es el primero que dió á todos todo lo que tienen, y á quien todos deben gracias por todo lo que poseen; porque de él, por él, y en él son todas las co-

[1] D. Th 1. p, q. 44. [2] Genes. 1. 1. Psal. 145. 6. Apocal. 14. 7. Joan. 1. 3. Col. 1. 16. [3] Ro. 11. 33.

Digitized by Google

sas, á quien se debe toda la honra y gloria, por todos los siglos. Amen.

Lo segundo, se ha de ponderar, como Dios nuestro Señor libremente, y de su voluntad pura y graciosa, crió estas cosas, sin que hubiese quien le forzase; porque ni le forzaron merecimientos, pues no habia quien mereciese; ni le forzó su necesidad ó interés, porque sin sus criaturas era bienaventurado, y ninguna necesidad tenia de ellas: ni le forzó la bondad de las criaturas, porque es muy limitada, y no necesita de nadie á ser amada cuanto mas de Dios; y así por sola su bondad y misericordia se movió á criarlas para sí mismo [1], y para gloria suya. O alma mia, alaba y glorifica á tu Criador, por tan soberano beneficio como te ha hecho, sacando tantas cosas y á tí con ellas, del abismo de la nada, para darte el ser que tienes; y pues quiso criarlas, y criarte por sola su libre voluntad porque era bueno, emplea todo tu ser y cuanto tienes en servirle con tu libre voluntad, solamente porque es bueno, y porque te crió sin merecerlo.

Lo tercero, se ha de ponderar, como Dios nuestro Señor en esta obra no tuvo otro ejemplar ni modelo que á sí mismo: de suerte, que solo él fué la causa eficiente que hizo todas las cosas, y el fin último á quien las ordenó, y el ejemplar de donde las sacó: porque descubriendo con su infinita sabiduría todas las cosas que podia hacer, y la traza y órden de ellas, escogió con su libre voluntad este órden de criaturas que hay en el mundo, y con su omnipotencia le ejecutó; y por consiguiente, como entonces dejó infinitas criaturas en el abismo de la nada, y escogió criar las que crió; así dejando infinitas almas en el mismo abismo, escogió entre otras la mia, para criarla á su tiempo; por lo cual le debo infinitas gracias, acordándome de lo que dijo á Job [2]: Cuando yo criaba el mundo, sabias tú que ha-

[1] Prov. 16. 4. [2] Job. 8. 21.

Digitized by Google

bias de nacer, y los años que habias de vivir? Como quien dice: Tú no lo podias saber, pero yo ya lo sabia, y por mi bondad estaba determinado á ello. O Dios sapientísimo y poderosísimo, qué viste en mi alma, para querer criarla, dejando otras innumerables en el abismo de la nada? O fin último de todas las criaturas, porqué criaste mas esta miserable, que á otras muchas que te glorificaran mejor que ella? O ejemplar de todas las cosas que se pueden criar, porqué quisiste criarme á mí mas que á otras muy mejores de quien tambien eras ejemplar? No hay otra causa, Dios mio, sino tu pura y santa voluntad, por la cual me crió tu omnipotencia, dándome el ser que tengo porque quiso: y pues tan liberalmente lo has hecho conmigo, yo te serviré siempre porque así lo quieres. Tú serás mi último fin en todas mis cosas, porque así lo mandas; y á tí miraré como á ejemplar y dechado de mi vida, porque así lo ordenas: tu voluntad, Señor mio, será siempre la mia, pues mi ser, y cuanto tengo me vino de ella.

Punto segundo. — Lo segundo, se han de considerar las cosas en que resplandece la omnipotencia de Dios en esta obra de la creacion del mundo [1], reduciéndolas á tres ó cuatro mas principales. La primera es, que no tuvo necesidad de algunos materiales para fabricar este mundo, como la tienen ángeles y hombres para sus fábricas y obras artificiales, sino de nada hizo las partes mas principales del mundo, dándolas su ser todo y entero, sin que nada de él precediese antes. De este modo crió el cielo y la tierra, y las sustancias espirituales, como son los ángeles y nuestras almas, las cuales no pueden ser hechas sino de nada, para que conozcan la total obligacion que tienen de servir á Dios nuestro Señor con todo lo que son, y á darle gracias por todo, sin presumir nada de sí. O Criador omnipotente, justo es que to-

[1] D. Th. 1. p. q. 45.

Digitized by Google

da mi alma te sirva, pues de nada la hiciste. Razon es que te ame con todo mi corazon, con todo mi espíritu, y con toda mi virtud, pues todo me lo diste para que con todo te amase. O alma mia, qué tienes que no hayas recibido [1]? Y pues todo lo has recibido de Dios, dá de todo la gloria á Dios; y si de tí no tienes nada, no te glories sino es de tu nada [2]; pon toda tu confianza, no en tí que nada puedes, sino en Dios que lo puede todo, y llama las cosas que no son como si fuesen, sacándolas de nada para que tengan ser y poder para servirle y glorificarle por todos los siglos. Amen.

Lo segundo, resplandece la divina omnipotencia en haber hecho unas cosas de otras del modo que quiso, porque aunque pudiera criar de nada todos los vivientes, quiso mostrar su poder en hacer del agua los peces y aves; y de la tierra las plantas y animales; para que se entienda, que tiene pleno señorío [3], y potestad de sus criaturas, mudándolas, y convirtiendo unas en otras á su voluntad; y de aquí aprenda yo á sujetarme á su señorío, alegrándome de tener tan poderoso Señor, á cuya voluntad todas las cosas están sujetas.

Lo tercero, resplandece en haber hecho esta obra de la creacion del mundo á solas, sin tener quien le ayudase á ella [4]: *Yo*, dice, *soy el Señor que hice todas las cosas: Yo solo extendí los cielos, y establecí la tierra, y ningun otro conmigo.* Y aunque pudiera despues de haber criado los ángeles [5], servirse de ellos para hacer algunas cosas corporales, no quiso sino hacer él solo toda esta primera obra, para que los hombres por quien la hacia, reconociésemos vasallaje á él solo: y á él solo adorásemos y sirviésemos como á nuestro Criador y Hacedor de todas las cosas, dándole la gloria de ellas, como los ancianos del Apocalipsis, que decian [6]: Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la honra y gloria,

[1] 1. Cor. 4. 7. [2] Rom. 4. 17. [3] Isai. 45. 7. [4] Isai. 45. 12. [5] D. Th. 1. p. q. 65. art. 3. [6] Apoc. 4. 11.

Digitized by Google

y la potestad, porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad fueron y perseveraron, como por ella fueron criadas.

Lo cuarto, resplandece la omnipotencia de Dios en la facilidad con que hizo todas estas cosas solo con quererlo, y con decirlo ó mandarlo, obedeciéndole todo sin resistencia alguna, y sin dilacion, porque en el mismo instante que lo decia quedaba hecho. Dijo Dios: *Fiat lux*, hágase la luz, y al punto se hizo. Y como dice David: él lo dijo, y todas las cosas quedaron hechas; él lo mandó, y todas las cosas fueron criadas. De donde sacaré por una parte una grande admiracion de la omnipotencia de Dios, á cuya voluntad eficaz ninguno puede resistir, y por otra parte una grande resolucion de obedecer á Dios sin contradiccion, ni dilacion ó tardanza en todo cuanto me mandare, con una obediencia pronta, puntual, instantánea, y muy perfecta. O alma mia, porqué no te sujetas al imperio y mandamiento de tan poderoso Dios? Porqué tú sola resistes á quien todas las cosas obedecen? El te dió libertad para querer y no querer; renuncia la que tienes para resistirle, usando siempre de ella para obedecerle. O Dios omnipotente, mándame con tal eficacia lo que quieres, que nunca contradiga á lo que me mandas.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar el modo que tuvo la omnipotencia de Dios en criar todas las cosas, adornándolas y perfeccionándolas poco á poco [1], porque aunque pudiera en un instante criarlas con toda su perfeccion, quiso hacerlo en espacio de seis dias [2], por algunos fines y motivos de nuestro provecho.

El primero, para que entendiésemos mejor, y mas distintamente la traza de la Sabiduría divina en la creacion del mundo, y aprendiésemos á meditarla, no á bulto, sino poco á poco, y por sus partes, dando gracias á nuestro Bienhechor, por los nuevos beneficios que cada dia nos iba dando.

[1] D. Th. 1. p. 74. [2] Genes. 1. 31.

Digitized by Google

El segundo, para que entendiésemos mejor la necesidad que habia de las cosas que crió, mirando en el primer dia, la falta que hacian las cosas que crió en el segundo, y en este, las que crió en el tercero, y así nos moviésemos á mayor amor y agradecimiento, por cada uno de estos beneficios.

El tercero, para que entendiésemos en esta primera obra de la creacion, como Dios nuestro Señor guarda este mismo estilo en la obra de nuestra santificacion y perfeccion, comunicándola no toda junta de una vez, sino por sus partes y grados, primeró un grado, despues otro, por todo el discurso de los seis dias que representan el espacio de nuestra vida, hasta que llega el sábado del descanso eterno, en el cual la obra está ya perfecta, y se goza el premio del trabajo. Todo lo cual se irá ponderando por menudo en las meditaciones siguientes.

MEDITACION XVIII.

DE LAS COSAS QUE DIOS CRIÓ EN EL PRIMER INSTANTE, Ó PRINCIPIO DEL TIEMPO.

El fin de esta meditacion, y de las que se siguen, es considerar las cosas que hizo Dios en el principio del mundo, y en los seis dias primeros, para movernos con la consideracion de estos soberanos beneficios al amor y servicio del que los hizo, meditando algunas veces en cada dia de la semana las obras que hizo aquel dia. Pero advierto, que iré declarando la obra que suena la corteza del texto sagrado, dejando para las escuelas de los teólogos la disputa del sentido, en que se dice haber sido en equel dia hechas aquellas cosas, ó del todo ó en parte, porque para el intento de estas meditaciones importa poco saber esto. El texto sagrado dice así[1]: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba va-*

[1] Gen. 1. 1.

Digitized by Google

na y vacía, y las tinieblas cubrianla sobre la haz del abismo, y el espíritu del Señor se movia sobre las aguas.

PUNTO PRIMERO. — Lo primero se ha de considerar, como en el principio: esto es, en el principio del tiempo, el Padre eterno, por el principio que es su Hijo, juntamente con su Espíritu, que es el Espíritu santo, dió principio á todas las cosas criando de nada el cielo con toda su grandeza y redondez. Y con ser tan grande, le tiene medida á palmos[1], como dice por Isaías: y con ser tan esférico y redondo, no tuvo necesidad de cimbria para hacer y sustentar esta inmensa bóveda, que coge en medio toda la tierra, mostrando en esto su omnipotencia. Pero en particular crió entonces el supremo cielo que llamamos empíreo, que quiere decir resplandeciente como fuego, para que comprendiese dentro de sí, toda la máquina del mundo visible, y para que fuese corte y trono de su reino, y perpétua morada de los bienaventurados, así ángeles, como hombres: de donde sacaré grandes afectos de admiracion, alabanza y gozo por la grandeza de esta obra, y de este lugar tan maravilloso, suplicando á nuestro Señor, que me lleve á él, pues le crió para mí[2]. O Dios omnipotente, que criaste de nada el supremo de los cielos, y en él asentaste tu especial morada, dando la tierra á los hijos de los hombres, para que en ella mereciesen alguna morada de este cielo: concédeme que viva de tal manera en este valle de lágrimas, que llegue á vivir contigo en ese paraiso de deleites. O cielo gloriosísimo, alaba y bendice á tu Criador, y tus moradores le glorifiquen por la grandeza[3] y hermosura que te dió, pues son bienaventurados los que para siempre moran en tí, que eres su casa, y por los siglos de los siglos le han de alabar en ella.

Lo segundo, se ha de considerar, como Dios nuestro Señor no crió este cielo vacío de moradores como á la tierra, sino lleno de innumerables ángeles[4], repartidos

[1] Isai. 40. 12. [2] Psal. 113. 16. Deut 12. 1. [3] Psal. 83. 5. [4] D. Th. 1. p. q. 61. art. 3. et 4.

Digitized by Google

en tres jerarquías, y nueve coros, y á todos en aquel mismo instante dió todas las perfecciones de naturaleza y gracia que convenia á cada uno, segun la traza de la divina Sabiduría. O qué hermoso y admirable quedaria aquel cielo con este ejército de escuadrones celestiales tan bien ordenado y concertado! O qué contenta estaria la santísima Trinidad, viendo aquellas tres jerarquías, cada una con tres coros, en que se representaban las excelencias de sus tres divinas Personas! O qué contento y alegría tendrian estos nuevos soldados viéndose unos á otros, y cada uno á sí mismo adornados con tantas perfecciones! O qué júbilo tendrian en aquel primer instante, conociendo el Criador de quien tanto bien habian recibido! Con esta consideracion provocaré á los ángeles que perseveraron, para que glorifiquen á Dios ahora con las alabanzas que le dieron al principio, de las cuales se precia nuestro Señor, diciendo á Job [1]: A dónde estabas tú cuando á una me alababan las estrellas de la mañana, y con júbilo me bendecian los hijos de Dios? O ángeles soberanos, que fuísteis las primicias de las obras de Dios, criados en la primera mañana y alborada del mundo! Alabadle y bendecidle, porque juntamente fué vuestro Criador, y vuestro Padre, dándoos el ser de naturaleza, y la adopcion de hijos de Dios por su gracia; y pues poco despues tambien por vuestros merecimientos os dió el ser eterno de su gloria, glorificadle con grandes júbilos de alegría por esta nueva merced que os hizo, suplicándole que en vuestra compañía me haga participante de ella. Amen. En esta consideracion puedo discurrir por los coros de ángeles, arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominaciones, tronos, querubines y serafines, convidando á cada coro que alabe á Dios, gozándome del bien que recibió en su creacion, y despues en su glorificacion, conforme á lo que en otros [2] lugares se ha meditado, y adelante se dirá mucho mas.

Job. 38. 7. [2] 1. p. medit. 35.

Digitized by Google

PUNTO SEGUNDO. — Lo segundo se ha de considerar, como Dios nuestro Señor, en el mismo instante crió la tierra, poniéndola como centro en medio de la concavidad del cielo, pero de tanta grandeza[1], anchura y longitud, que ninguno de los mortales la puede conocer y medir con certeza, gloriándose Dios de poder esto, como la Escritura lo testifica muchas veces. Pero en lo que mas resplandece su omnipotencia, es en tener una cosa de tan inmenso peso, como en vacío, sin arrimo ni sustento alguno corporal; y esto con tanta firmeza, qué como dice el real profeta David[2]: No se inclinará, ni se meneará á una parte ni á otra para siempre; y con tanta facilidad la sustenta, segun dice Isaías[3], como quien tiene colgada una cosa muy pequeña de tres dedos, porque su sabiduría, bondad y omnipotencia, la tienen en este lugar firmemente; y por esto dijo Job[4]: que Dios nuestro Señor, *appendit terram super nihilum*, fundó el peso de la tierra sobre nada. De donde sacaré cuanto debo fiarme de la omnipotencia de Dios, pues con solo su querer me puede confirmar y eternizar en el bien, sin que me mueva á un lado ni á otro; y aunque la carga del cuerpo sea pesada, la virtud de Dios puede sustentarla para que no oprima mi alma, y lo hará si yo me fundo en humildad, *super nihilum*, sobre mi nada, arrojándome totalmente sobre las manos del Señor. O Dios todopoderoso que tienes en peso la tierra, sin estribar en cosa alguna fuera de tí; concédeme que reconozca mi nada, para que tú solo seas mi firmeza, y en tí esté segura mi virtud.

Lo segundo se ha de ponderar, el abismo de agua ó niebla con que Dios cubrió la tierra en el mismo instante que la crió: de modo, que no pudiese ser vista, atendiendo en esto al órden natural que estos dos elementos piden; y representando por aquí el estado del hombre terreno, el cual está cubierto de miserias y tra-

[1] Job. 38. 5. Eccles. 1. 2. [2] Psal. 103. 5. [3] Isai. 40. 12. [4] Job. 26. 7.

Digitized by Google

bajos, figurados por el agua, y tan feo y miserable, que no merece ser visto, hasta que Dios le quite esta cubierta por su infinita misericordia, en la cual confiaré que á su tiempo me librará, diciendo con el profeta Jonás [1]: Cercáronme las aguas, hasta penetrar mi alma: el abismo me rodeó por todas partes, y el piélago cubrió toda mi cabeza; pero tú, Señor Dios mio, me sacarás de este peligro, librando mi vida de la muerte y corrupcion.

Punto tercero.— Lo tercero se ha de considerar, como la tierra, en este instante, estaba vana y vacía [2], y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo. De suerte, que todo el espacio que habia de la tierra al cielo, ora fuese agua, niebla, ó aire, todo estaba en tinieblas y sin luz. En lo cual se ha de ponderar, lo primero, la imperfeccion que por entonces tenia la tierra y el agua; porque la tierra estaba como vana, sin tener el fin propio de su creacion; y vacía de arboledas, y de moradores, y todo estaba en tinieblas, por falta de luz. De modo, que si la tierra y agua tuvieran entendimiento y lengua, clamaran á su Criador, para que les diera la perfeccion que les faltaba. En todo lo cual me puedo considerar á mí mismo, hombre terreno y miserable, concebido en pecado, por el pecado de Adan; y así en el principio de mi ser estaba vano y vacío, destituido del fin para que fuí criado; y vacío de la gracia y virtudes, y todo cubierto con horribles tinieblas de ignorancia y culpa. Y esta misma miseria tengo cada vez que caigo en culpa mortal, y pues tengo entendimiento y lengua, he de clamar á mi Criador, para que me libre de ella, y perfeccione la obra de sus manos. Y demás de esto, por muy santo que sea, puedo considerar que de mi cosecha soy como tierra vana y vacía, y como abismo cubierto de tinieblas, y acordándome del tiempo que estuve de esta manera, tengo siempre de

[1] Jon. 2. [2] D. Th. 1. p. q. 66. art. 1. ad 2. et q. 68. art. 3.

Digitized by Google

clamar á Dios, de quien está pendiente mi perfeccion, para que la conserve, y lleve adelante hasta que alcance su fin. O Criador mio, tierra soy, vacía de todo bien, sin fruto de buenas obras, y sin el fin que puedo alcanzar por ellas, y sobre todas mis miserias, estoy lleno de tinieblas, sin luz para conocer mis males, y el remedio de ellos. Acude, Señor, con tu misericordia para sacarme de esta miseria, y pues me has dado el ser que tengo, dame la perfeccion que me falta, para que tu obra sea perfecta, en todos los siglos. Amen.

Lo segundo, se ha de ponderar las causas misteriosas de esta diferencia, en la creacion de la tierra y cielo empíreo. Una es, porque la tierra significa lo que tiene el hombre por su naturaleza miserable[1], que es ser vanidad y tinieblas, y estar vacío de bienes: pero el cielo empíreo significa lo que tiene por la gracia de Dios, que es ser *igneus*, resplandeciente con la luz divina, y ardiente con el fuego de caridad, y lleno de virtudes. Además, el cielo empíreo fué criado para ser perpétua morada de los perfectos que han alcanzado su último fin, y por esto se crió con toda su perfeccion, y lleno de innumerables moradores: mas la tierra criose para morada de buenos y malos, é imperfectos; y no para ser morada perpétua, sino de paso, y para caminar en ella á la última perfeccion y premio que se dá en el cielo: y para significar esto, en su creacion fué imperfecta y vacía de moradores, y vana sin su fin. De donde inferiré, que yo estoy en medio de tierra y cielo, para que entienda, que mi cuidado principal ha de ser mirar siempre lo uno y lo otro, lo que tengo de mi cosecha y lo que tengo por divina gracia: el estado presente que tengo de caminante y peregrino en la tierra, y el estado eterno que espero en el cielo; y considerando mi imperfeccion, procuraré caminar, trazando, como dice David[2], subidas y crecimientos en este valle

[1] Psal. 38. 6. [2] Psal. 83. 6.

Digitized by Google

de lágrimas, en el lugar donde Dios nuestro Señor me puso, hasta subir al soberano alcázar de Sion, y al lugar que me tiene aparejado en su cielo empíreo. O Dios eterno, pues tus ojos ven todo lo imperfecto que hay en mí [1], ayúdame para quitarlo, mientras vivo en este lugar donde me has puesto, para que llegue á gozar de tí en el que me tienes aparejado, por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto. — Lo cuarto, se ha de considerar, como el Espíritu del Señor, *ferebatur super aquas*, andaba, y se movia sobre las aguas, ponderando, lo primero, la presencia del Espíritu del Señor, que es el Espíritu santo, para perfeccionar esta obra imperfecta, andando sobre las aguas, aunque llenas de tinieblas, imprimiéndolas virtud y eficacia para las obras y cosas que de ellas se habian de hacer, en razon de adornar y poblar la tierra [2]. En lo cual se representa cuán propio es del Espíritu santo socorrer á los necesitados, aunque estén en tinieblas, y sombra de muerte, y llenos de muchas imperfecciones, imprimiéndoles con su inspiracion y mocion interior, virtud y eficacia, para volverse á Dios, y hacerse capaces de su luz, y de sus dones, y para ser instrumentos de las obras grandiosas que ha de obrar en ellos. Tambien se representa, como dice la Iglesia, la eficacia y virtud de santificacion que habia de comunicar á las aguas, para limpiar con ellas á los pecadores, y comunicarles la gracia y plenitud de las virtudes; y así con grande afecto invocaré á este soberano Espíritu, diciéndole: Espíritu divino, que andabas sobre las aguas, aunque tenebrosas, ven á mi alma llena de tinieblas, imprímela el ímpetu de tu santa inspiracion, con la cual se disponga á recibir tu soberana luz, y los dones de tu gracia y caridad. Amen.

Lo segundo, se ha de ponderar el misterio que tiene aquella palabra *ferebatur*, andaba, y se movia sobre

[1] Psal. 138. 16. [2] D. Th. 1. p. q. 66. art. 1. ad 2. et q. 74. art. 3. ad 4.

Digitized by Google

las aguas, para denotar, que el Espíritu divino, aunque en sí mismo es inmutable, y en el cielo que es lugar de triunfo y premio, está quieto, dándose á ver y gozar con quietud eterna. Pero en esta vida siempre anda en cóntinuo movimiento sobre los hombres viandantes, inspirándoles y moviéndoles á la virtud y á la perfeccion, ayudándoles á ella con su calor y proteccion hasta que lleven el fruto que deséa en ellos, porque su andar y mover no es ocioso, sino de suyo eficaz, no porque él se mueva, sino porque nos hace mover á nosotros, sacudiendo nuestra pereza y ociosidad, y haciéndonos caminar al cielo; y esto hace con sus hijos muy queridos. De los cuales dice san Pablo [1]: *Qui spiritu Dei aguntur, hi sunt filii Dei.* Los que son movidos ó impelidos del Espíritu de Dios, estos son sus hijos. O Espíritu soberano, anda siempre sobre mí, alentándome á seguir tu voluntad, para que donde quiera que fuere el ímpetu de tu Espíritu [2], allí camine sin volver atrás de lo comenzado. Tambien tengo de ponderar esta palabra *ferebatur*, denota continuacion y asistencia sobre las aguas, lo cual se declara por la comparacion [3] de que los santos y la Iglesia usan, diciendo, que como la gallina está sobre los huevos vivificándolos con su calor para sacar los pollos, así el Espíritu santo asistia con su virtud sobre las aguas, para producir de ellas los vivientes, y asiste y preside con su proteccion sobre las almas, para vivificarlas con su gracia, y para que lleven frutos de obras vivas, y nunca se aparta de ellas, si ellas no le echan de sí; y entonces nos sucede lo que á los huevos que desampara la gallina, que se hacen güeros, y no valen para otra cosa que para el muladar. Por tanto, alma mia, mira lo que haces, y lo que piensas, porque no se aparte de tí el divino Espíritu, en cuya presencia consiste tu vida, y por cuya ausencia te vendrá la muerte; asiste

[1] 2. Rom. 8. 14. [2] Ezech. 1. 12. [3] D. Basil. hom. 2. hexamer.

Digitized by Google

con gran continuacion y cuidado á su servicio, para que él asista con gran perseverancia á tu remedio. O Espíritu divino, de tí ha de comenzar mi bien, porque tú presides sobre todo lo que es bueno: no permitas que yo me aparte de tí, para que nunca te apartes de mí. Amen [1].

Ultimamente, ponderaré los nombres con que la divina Escritura llama aquí al Criador [2], es á saber: Principio, Dios, Espíritu, y Señor: es principio; porque dá ser á todas las cosas: es Dios, por la autoridad y potestad con que las gobierna; es Espíritu, porque las perfecciona, y dá vida á las que son capaces de ella; y es Señor, porque las crió. Demás de esto, como toda la santísima Trinidad hizo esta obra, el Hijo se significa por el nombre de Principio, porque con su sabiduría dió principio á la traza de todo lo que se crió. El Padre se queda con el nombre de Dios, por la omnipotencia que tiene de sí mismo sin recibirla de otra persona. El Espíritu santo se llama Espíritu, por el oficio que hizo de vivificar y perfeccionar las criaturas con su bondad, aunque todos tres lo hicieron todo, y á todos tres conviene el nombre de Señor, por el señorío que tiene sobre las criaturas, por título de la creacion; así entonces, como dice santo Tomás [3], tomó Dios el nombre de Señor, y la posesion de su señorío, porque entonces comenzó á tener criaturas, esclavos, y criados de quien fuese Señor, y á quien pudiese mandar. Por lo cual le daré el parabien de este nuevo nombre con un corazon muy agradecido. O Dios eterno, cuyo señorío, cuanto á la potestad es eterno; gracias te doy, porque te dignaste de criar tantas criaturas, de las cuales fueses legítimo Señor. Gózome de qué seas Señor nuestro, Señor de todos los señores, y único Señor de quien todo señorío procede. Y pues eres mi Señor, mi-

[1] D. Th. 1. p. q. 45. art. 6. et 74. art. 3. ad 2. [2] Joan. 8. 28. El Hebreo dice: In principio Dii creavit. [3] 1. D. Th. 1. p. q. 13. art. 7.

Digitized by Google

ra por mí que soy criatura tuya, toma posesion de mí, de modo, que como fiel siervo siempre me ocupe en servirte á tí, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XIX.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EL PRIMER DIA.

Dijo Dios[1]*: Hágase la luz; y fué hecha la luz: y vió Dios á la luz que era buena, y dividióla de las tinieblas; y á la luz llamó dia, y á las tinieblas noche.*

PUNTO PRIMERO. — Lo primero se ha de considerar, como Dios nuestro Señor viendo las tinieblas en que estaba el mundo, para perfeccionarle, hizo ante todas cosas la luz, como quien enciende una hacha en una casa muy oscura, para que pueda entrar gente dentro de ella; ponderando cuán miserable estuviera el mundo sin esta luz corporal, y cuantos bienes trae consigo. Porque ella descubre las obras de Dios, y las cosas hermosas y vistosas del mundo. Sin ella no podemos ver ni andar, ni hacer convenientemente las obras corporales. Es causa de grande alegría en todos los vivientes, y con ella se causan grandes influencias y virtudes para su conservacion; por todo lo cual viendo Dios la luz, dijo que era buena, y muy conveniente para el fin del universo, y muy provechosa para todos los vivientes. De donde tomaré motivos para dar gracias á Dios por este beneficio de la luz; y cada dia que sale el sol, y de nuevo causa la luz, le alabaré por ella, y porque me dió ojos para verla y gozarla, y por la alegría que con ella recibo, acordándome de lo que dijo el ciego Tobías[2]: Qué gozo puedo tener estando en tinieblas, sin ver la luz del cielo! Tambien sacaré propósitos de aprovecharme de esta luz, para el fin que Dios la crió, para ver las obras de Dios, y glorificarle por ellas, condoliéndome de los pecadores que aborrecen cosa tan buena, para pecar

1 Genes. 1. 3. D. Th. 1. p. q. 67. art. 4. 2 Tobiæ 5. 12.

Digitized by Google

mas á sus anchuras, conforme á lo que dijo Cristo nuestro Señor [1]: El que hace mal, aborrece la luz, porque no se sepan sus obras.

De aquí subiré á considerar la excelencia de la luz espiritual con que Dios perfecciona las almas que viven en tinieblas, y en oscuridad y sombra de muerte, y de sí no tienen otra cosa que tinieblas de ignorancia y culpa; la cual luz comunica Dios con grande gusto, porque gusta de que todos le conozcan y vean sus gloriosas obras, y con ella vean lo que han de hacer, y como le han de servir, y han de caminar á la vida eterna [2]; y por medio de esta luz les comunica influencias celestiales de gracias y virtudes, y llena sus corazones de alegría. Por lo cual viendo Dios esta luz, dice que es buena, y con excelencia buena con todo género de bien honesto, util y deleitable, porque es muy conveniente para el fin sobrenatural de la gracia, es principio de las virtudes, provechosa para todas las buenas obras, y deleitable en el ejercicio de ellas; y si tantas gracias debo á Dios por la luz corporal, cuánto mayores las he de dar por esta luz espiritual, que es incomparablemente mejor? O Padre de las lumbres de quien todas proceden, gracias te doy por estas dos luces que hiciste para alumbrar mi cuerpo y alma! Alabado seas mil veces por la luz corporal con que veo todas las cosas visibles; y millones de veces seas glorificado por la luz espiritual con que veo las invisibles [3]. Mira, Dios mio, la oscuridad de mi alma, compadécete de ella, y pues tú eres la fuente de la luz, alumbra con ella mis tinieblas. O resplandor de la gloria del Padre, Luz de quien procede la luz, Luz de luz, Fuente de la luz, y dia que alumbras el dia, sácame de las tinieblas en que estoy, y hazme hijo perfecto [4] de la luz. Convierte mi noche en dia, para que camine creciendo como la luz de la mañana, hasta el dia [5] perfecto de tu eternidad. Amen.

[1] Joan. 3. 20. [2] Psal. 4. 7. [3] Psal. 17. 29. Ecclesia in Himno Matt. [4] Eph. 5. 8. [5] Prov. 14. 18.

Digitized by Google

Al modo de este coloquio, sacado en parte de un himno de la Iglesia, se pueden hacer otros, tomados de los mismos himnos que se cantan en los maitines y laudes, y vísperas de las ferias, los cuales están llenos de afectos y alabanzas de esta luz.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar el modo que tuvo Dios en hacer la luz, ponderando tres cosas. La primera, que hizo la luz el primer dia, porque la luz corporal con su presencia es cáusa del dia, y sin ella no hay dia; y la luz espiritual es la primera perfeccion, y como primicias de la perfeccion cristiana, sin la cual no hay dar paso en ella, porque como dice David [1]: Vana cosa es levantarse antes de la luz. Y así tiene cuidado nuestro Señor de prevenirnos al principio de la vida, y cuando estamos en tinieblas, con alguna ilustracion y rayo de su clarísima luz, para que podamos caminar y trabajar en su servicio. O Luz verdadera que alumbras á todo hombre [2], que por el uso de la razon entra en este mundo, previéneme con tu luz para que te conozca, y ame, ayudándome á prevenir la luz del sol [3], para que ocupe la primera parte del dia en adorarte y bendecirte, por la grandeza de las misericordias con que me previenes para remediar mis miserias.

Lo segundo, se ha de ponderar, que Dios nuestro Señor en este primer dia solamente hizo la luz, aunque pudiera hacer otras muchas cosas: pareciéndole bastante empleo de aquel dia en esta obra, y en que la luz hiciese su curso por el hemisferio del mundo, desterrando las tinieblas, y haciendo entero el dia. Con lo cual significaba la estima que tenia de la luz, y la que nosotros debemos tener de la luz espiritual, ocupándonos totalmente en procurarla, y gastando á veces algun dia entero, ó alguna hora del dia, en atender á solo esto, dando de mano á otras ocupaciones, hasta cumplir nuestra tarea enteramente; y perseverando en esto hasta el

[1] Psal. 126. 2. [2] Joan. 1. 9. [3] Sap. 16. 28. Psal. 5. 5. et 62. 2.

Digitized by Google

fin, como persevera este curso de la luz todos los dias[1]. O sabiduría divina, que saliste de la boca del Altísimo, primogénita antes de todas las criaturas, y despues hicistes que naciese en el cielo una luz perpétua que nunca faltase! Comunícame parte de tu soberana luz con tanta firmeza, que nunca desfallezca, hasta que la reciba cumplida en tu eterna gloria. Amen.

Lo tercero, se ha de ponderar, como toda la santísima Trinidad con su imperio amoroso, y con grande gusto hizo esta luz, y se agradó de ella. Lo cual denotan aquellas palabras de la Escritura: *Dijo Dios: Hágase la luz.* Esto es, dijo el Padre por su Hijo, que es su palabra eterna: hágase la luz, y al punto quedó hecha. Y viendo con su sabiduría que era buena, con su espíritu de amor la aprobó, y se agradó de ella: y como es propio de la bondad comunicarse, quiso que la luz se fuese comunicando por el hemisferio del mundo, como está dicho. O Trinidad beatísima, gózome del buen agradecimiento que tienes en la luz criada, por el gusto que te dá la luz increada. O Padre soberano, por el amor que tienes á tu Hijo, te suplico digas dentro de mi alma, *Fiat lux*, hágase aquí la luz, porque luego se hará; y hazla, Señor, de manera que me santifiques, para que tu santo Espíritu venga con ella, y more en esta casa de su luz, por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar, como Dios dividió la luz de las tinieblas, y á la luz llamó dia, y á las tinieblas noche, queriendo que en la tierra hubiese sucesion de luz y tinieblas, de dias y de noches, para que los hombres trabajasen de dia con la luz y descansasen de noche con las tinieblas, cesando del trabajo para dar alivio al fatigado cuerpo. En lo cual se descubre la suave providencia de este Señor, que así proveyó lo conveniente para nuestros cuerpos. Por lo cual le debo dar gracias, así por la luz, como por las

[1] Eccles. 24. 5.

Digitized by Google

tinieblas, convidándolas á que alaben á Dios con aquellas palabras del cántico [1] : *Benedicite lux ; et tenebræ Domino , etc.* Bendecid al Señor la luz y las tinieblas, los dias y las noches; alabadle y glorificadle por todos los siglos. Amen.

Pero subiendo de aquí á contemplar lo espiritual, ponderaré la diferencia que hay entre Dios y los hombres; entre el cielo y la tierra, porque Dios nuestro Señor, como dice san Juan [2], es la misma luz, sin que haya en él tinieblas ; y los bienaventurados en el cielo , por la participacion de su gracia , siempre son luz sin mezcla de tinieblas. Y en el cielo , como se dice en el Apocalipsis [3], no hay sucesion de noches y dias , porque allí no hay noches ; pero en la tierra hay de todo, con mucha sucesion y division. Porque lo primero , unos hay buenos que viven como hijos de la luz , y como quien anda de dia; otros son malos, que viven como hijos de tinieblas , y como quien anda de noche ; y uno mismo en un tiempo es hijo de luz ; y en otro de tinieblas. Y Dios divide á estos, aprobando los unos, y reprobando los otros. Porque , como dice san Pablo [4], no conciertan bien , ni puede tener compañía luz con tinieblas. Por tanto, alma mia, mira como vives , y allégate al bando de los hijos de la luz , para que cuando venga el supremo Juez á dividirlos de los hijos de las tinieblas, te quepa su dichosa suerte , gozándote con ellos en la eterna gloria. Amen.

Demás de esto , en la tierra hay gran division de luz y tinieblas, de dias y noches en varios hombres , aunque sean justos , y en uno mismo en diversos tiempos, porque ya está en prosperidad , ya en adversidad , ya en honra, ya en deshonra , ya en devocion de espíritu, ya en sequedad de corazon, ya con grandes ilustraciones interiores, ya con grandes tinieblas y falta de ellas.

Y esta division hace Dios para ejercicio de sus escogidos, y la aprueba, y se agrada de ella ; porque con-

[1] Dan. 3. 72. [2] Joan. 1. 9. et. 1. Joan. 1. 5. [3] Apoc. 21. 25. [4] 2. Cor. 6. 14.

Digitized by Google

viene esta sucesion de la luz y tinieblas para el bien de su alma; y así me tengo de alegrar de ella, y darle gracias por lo uno y por lo otro; pues su providencia lo trazó, para darme por este camino la eterna luz de su bienaventuranza [1]. O Padre soberano, que con tu palabra apartaste la luz de las tinieblas, alumbra nuestros corazones, de modo que alcancemos la luz de la ciencia y claridad divina que resplandece en el rostro de tu Hijo, imitando aquella claridad de su vida para que despues gocemos de su gloria.

Finalmente ponderaré, que pues Dios puso nombre á la luz y á las tinieblas, llamando á la luz dia, y á las tinieblas noche; yo estoy obligado á conformarme con los nombres que de tal sabiduría procedieron, teniendo por luz y por dia, y por virtud y santidad y prosperidad á lo que Dios tiene por tal, y llama por tal nombre; y de la misma manera teniendo por tinieblas y por noche, y por vicio y culpa y adversidad á lo que Dios pusiere tal nombre, porque no me comprenda la miserable amenaza del profeta, que dice [2]: Ay de los que llamais bien al mal, y mal al bien, confundiendo las tinieblas con la luz, y la luz con las tinieblas! O luz inmensa [3], alumbra nuestros corazones con la luz de la ciencia y claridad que resplandece en el rostro de Jesucristo, para que nuestro sentir, hablar y obrar, sea en todo conforme al suyo, pues quien le sigue no anda en tinieblas, sino siempre tendrá luz de vida, gozando con él de su eterna gloria. Amen.

MEDITACION XX.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL SEGUNDO DIA.

Dijo Dios [4]: Hágase el firmamento en medio de las aguas, y divida unas aguas de otras: é hizose así. Y llamó Dios al firmamento cielo.

[1] 2. Cor. 4. 6. [2] Isai. 5. 20. [3] 2. Cor. 4. 6. [4] Genes. 1. 6. D. Th. 1. p. quest. 68.

Digitized by Google

PUNTO PRIMERO. — Lo primero se ha de considerar, como el segundo dia Dios nuestro Señor hizo, ó perfeccionó el firmamento, que es todo lo que ahora hay desde la tierra y agua, hasta el cielo que se crió al principio, que por lo menos es la region del aire.

En lo cual he de ponderar la grandeza de este beneficio, por los grandes bienes que nos vienen con el elemento del aire; porque con él respiramos y vivimos; dentro de él andamos siempre; por el aire vienen las especies de las cosas que ven los ojos; los sonidos y músicas que oyen los oidos, y los olores suaves que percibe el olfato; por el aire bajan del cielo la luz y las influencias de los planetas, las lluvias, nieves y rocíos; por el aire andan los vientos y las nubes, y de él se hacen muchas cosas necesarias para nuestra vida. Por todo lo cual tengo de dar gracias á nuestro Señor con grande afecto, y á cada respiracion que hago, atrayendo el aire fresco, habia de respirar otro afecto de alabanza y amor. Unas veces provocaré á mis ojos, oidos y olfato, y á mi corazon y entrañas que alaben á Dios por este beneficio del aire de que gozan, y por medio del cual viven y hacen sus obras. Otras veces provocaré al mismo aire, y á todas las cosas que vienen y andan por él, para que glorifiquen á su Criador.

Tambien puedo ponderar el secreto de este nombre firmamento, porque no era mucho llamar firmamento á los cielos, que, como se dice en el libro de Job [1], son macizos, y fundidos como el bronce, pero siendo el aire la cosa mas fácil de moverse y alterarse que hay en la tierra, para muestra de la divina omnipotencia, se llama firmamento, por la firmeza y estabilidad que tiene en permanecer, y en hacer los oficios para que Dios le crió, de dividir las aguas, y de henchir todos los vacíos; y darnos á todos vida con permanencia, sin que jamás falte aire para respirar. O Dios omnipotentísimo,

[1] Job. 37. 18.

Digitized by Google

gózome de esta muestra que das de tu admirable omnipotencia, juntando tanta mutabilidad con tanta firmeza. Junta, Dios mio, con mi mudable naturaleza la firmeza que procede de tu soberana gracia, para que perseverando en hacer lo que me mandas, llegue á gozar del premio que me prometes, por todos los siglos. Amen.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar, como Dios nuestro Señor dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban encima de él [1], ora sean algunas aguas que tenga Dios sobre los cielos, para los fines que su eterna sabiduría sabe, ora sean los vapores ó aguas de las nubes que andan en este firmamento y region del aire, y se convierten en lluvias. Y hablando de estas que percibimos con el sentido, para considerar el grande beneficio que nos hace nuestro Señor con ellas, ponderaré la providencia de este Señor, la cual resplandece aquí en muchas cosas.

Lo primero, en que viendo ser necesario dividir las aguas que cubrian la tierra, para que parte de ella quedase seca, y habitable de animales y hombres, quiso en este segundo dia hacer primero otra division de las aguas, dejando las mas gruesas y terrestres sobre la tierra, y levantando de ellas otras mas sutiles y delicadas en la region del aire, que son las nubes, para humedecer á sus tiempos la tierra seca, y fertilizarla [2], de modo que lleve sus frutos. Y de aquí es, que con su providencia las gobierna y reparte, llevándolas por el aire á donde quiere, para bien de los hombres, usando de esta misericordia en tiempo que clama su necesidad por ella. Y por esto se dice en Job [3]; que el trigo desea las nubes, las cuales van rodeando el mundo á donde quiera que las lleva la voluntad de Dios que las gobierna, haciendo todo lo que les manda en la redondez de la tierra, ó en una region especial, ó en la tierra propia donde se levantaron, ó en otra muy distante y en cual-

[1] Psal. 148. 4. Dan. 3. 60. [2] Job. 38. 27. [3] Job. 37. 11.

Digitized by Google

quier lugar donde su misericordia quisiere que se hallen. Y es tan grande la misericordia y amor que en esto muestra, que él mismo se quiso llamar Padre [1] de la lluvia y del rocío, porque con amor de padre la envia sobre la tierra, para beneficio de los que moran en ella. O Padre de misericordias, gracias inmensas te doy porque te llamas tambien Padre de las lluvias [2], repartiéndolas con amor de padre, no solamente sobre la tierra de los justos, sino tambien sobre las que poseen los pecadores. Derrama sobre mi alma la lluvia de tu gracia, para que no sea ingrato á tan soberana misericordia, sino siempre te alabe, ame, y sirva por ella. Amen.

Lo tercero, resplandece la omnipotencia y providencia de Dios, en que por una parte sustenta en el aire tanta inmensidad de nubes cargadas de agua: y por otra parte, cuando caen no bajan de un golpe, sino poco á poco, para que rieguen, y se empapen en la tierra. Y como dice Job [3]: Dios es el que ata las aguas en sus nubes, para que no bajen á bajo todas juntas [4]; y cuando bajan con ímpetu, Dios es el que se le dá; y cuando vá goteando, Dios es el que cuenta todas sus gotas [5], señalando el lugar donde han de caer. O omnipotencia sapientísima! O sabiduría omnipotentísima, alábente las nubes y las lluvias, y las gotas del rocío te glorifiquen para siempre por el ser que les das, y por el modo con que las distribuyes sobre la tierra. Y pues todo es para bien de los hombres, todos te glorifiquen y sirvan por este beneficio que de tí reciben. Amen.

Lo cuarto ponderaré, como tambien las nubes, por la providencia de Dios, nos sirven de toldo, para templar los ardores y resplandores del sol, recibiendo de él la luz, y dándonosla mas templada y moderada. Por lo cual tambien se dice en Job [6], que el trigo desea las

[1] Job. 38. 28. [2] Matt. 5. 15. [3] Job. 26., 8. [4] Job. 38. 25 [5] Eccl. 1. 2. [6] Job. 37. 11.

Digitized by Google

nubes, y ellas esparcen su luz y su lluvia, con la cual templan los ardores y calores de la tierra. Todos estos beneficios tuvieron principio en lo que hizo Dios este segundo dia, pues cada dia los recibimos y gozamos de nuevo, cadia dia hemos de alabar y servir á Dios por ellos.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar, como Dios nuestro Señor llamó cielo á todo el firmamento, aun por la parte que abraza el aire, por la semejanza que tiene el aire con los cielos, en estar levantado sobre nosotros, y ser trasparente y sujeto en que se recibe la luz, y otras calidades que causan los cielos[1].

Pero levantando el espíritu á contemplar el misterio de las obras de este segundo dia, consideraré en ellas las propiedades del alma, á quien Dios nuestro Señor hace su cielo por la santidad; la cual despues que ha recibido de su omnipotencia la luz con que se perfecciona el entendimiento, recibe la firmeza y estabilidad de la gracia y virtudes celestiales, con que se perfecciona la voluntad y corazon: de modo, que quien era mudable por su condicion, sea firme y estable por la proteccion de Dios.

De aquí procede la division de las aguas, que son las aficiones é inclinaciones, las cuales solian estar mezcladas y confundidas; pero con la divina gracia se apartan y dividen, y las aficiones de las cosas de la tierra quedan en su lugar inferior, sujetas al espíritu; y las aficiones de las cosas del cielo suben al lugar superior, presidiendo sobre la carne; y aunque hay guerra entre carne y espíritu, como dice san Pablo[2], pero vence el espíritu, y queda en superior lugar, porque la gracia de Dios es su firmamento y fortaleza, que divide con firmeza las aficiones del uno y del otro: pero de las aguas superiores del espíritu bajan de cuando en cuando lluvias que riegan la tierra seca y estéril de la car-

[1] D. Th. 1. p. q. 68. art. 4. [2] Gal. 5. 17.

Digitized by Google

ne, para que lleve frutos de buenas obras, y para que corazon y carne se alegren [1] en Dios vivo, de quien el bien de ambos procede. O Dios eterno, cómo no te amaré por tantos bienes como de tí recibo [2]? Amete yo, Fortaleza mia, Refugio mio, y Firmamento mio: séame tu gracia firmamento, con la cual firmemente aparte lo precioso de lo vil [3], para ser amigo muy privado tuyo. Envia del cielo la lluvia de tu celestial doctrina, y el rocío de tu dulce sabiduría, para que empapado con este riego soberano, lleve frutos de santas obras, que permanezcan hasta la vida eterna. Amen.

Ultimamente ponderaré, la causa porque nuestro Señor no alabó la obra de este dia, diciendo que era buena, como lo dijo de la obra del dia pasado, y de los dias siguientes.

La principal fué, porque Dios no alaba, ni se agrada del todo en las obras, hasta que están perfectas y acabadas [4]. Y como la division de las aguas se comenzó en este dia y no se acabó hasta el dia siguiente, por esto no dijo que era buena hasta el tercero dia, cuando estaba acabada. Con lo cual me avisa que procure la entereza y perfeccion de mi vida, y de mis obras, pues en sus ojos no es tenida por buena y perfecta la obra que tiene buen principio, si tiene mal fin, ni se salvará quien bien comienza [5], sino quien bien acaba, y el que persevere hasta el fin, será salvo.

Esto puedo ponderar, mas si se admite lo que dicen algunos doctores [6], que en este dia segundo, que es el lunes, pecaron los malos ángeles, y los apartó Dios de los buenos, dejando á los buenos sobre el firmamento, y á los malos debajo en el abismo, gimiendo como los gigantes [7] debajo de las aguas. Y por esta causa dicen que Dios nuestro Señor no llamó bueno á lo que se habia hecho este dia, atendiendo á la maldad y pecado

[1] Psal. 83. 3. [2] Psal. 17. 2. [3] Jér. 15. 19. [4] D. Th. 1. p. q. 74. art. 3. ad 3. [5] Matth. 10 22. [6] Albert. 2. d. 5. Dion. Cart. ibi. q. 6. mag. his sup. Gen. c. 4. dicit esse tradit. Heb. [7] Job. 26 5.

Digitized by Google

que tuvo principio en él por los demonios que comenzaron bien [1] y acabaron mal, porque no perseveraron en la verdad y luz que habian recibido. De este ejemplo tomaré aviso para temer de mi flaqueza, mirando á los ángeles malos, y para confiar en la virtud de Dios mirando á los buenos. Y con grande afecto alabaré á nuestro Señor por la merced que les hizo en darles perseverancia, y me gozaré con ellos de la gloria que alcanzaron, suplicándoles sean mis defensores contra los demonios, y mis abogados con Dios, para que él sea mi fortaleza, mi perseverancia y corona por todos los siglos. Amen.

Tambien puedo ponderar otra causa mística, de no haber dado Dios su bendicion al segundo dia [2], porque era principio de la division en los dias, y señal de la division que es contraria á la unidad ó union que es propia de la caridad; la cual le agrada mucho, y derrama su bendicion sobre los que la abrazan, y niégala á los que la aborrecen y se apartan de ella. Y así dijo David [3]: O cuán bueno es y cuán alegre vivir los hermanos en union, porque en ella puso Dios su bendicion, y la vida sempiterna! Y siendo esto así, razon es que yo escoja este uno necesario [4], para que llegue á gozar de aquel único dia, que, como dice el mismo David [5], se goza en la casa de Dios, y vale mas que millares fuera de ella, huyendo de la division fraterna, que priva de la bendicion divina.

MEDITACION XXI.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL TERCER DIA.

Dijo Dios [6]: *Júntense las aguas que están debajo del cielo en un lugar, y descúbrase la tierra, y así se hizo. A lo seco llamó tierra, y á la congregacion de las aguas*

[1] Joan. 8. 44. [2] D. Th. ibi supr. [3] Psal. 132. 1. [4] Lucæ 10. 42. [5] Psal. 83. 11. [6] Genes. 1. 9. D. Th. 1. p. q. 69. art. 1.

Digitized by Google

llamó mar; y viendo que era bueno, dijo: Brote la tierra yerba verde, que lleve semilla, y árboles fructuosos que lleven fruto, segun su especie, cuya semilla en ellos mismos permanezca sobre la tierra: é hizose así.

PUNTO PRIMERO. — Lo primero se ha de considerar, como Dios nuestro Señor el tercer dia, viendo que la tierra estaba cubierta de agua, juntó las aguas que estaban debajo del cielo, en un lugar, descubriendo su omnipotencia en muchas cosas maravillosas.

Lo primero, en que con ser estas aguas inmensas, con solo su imperio, en un momento ó en tiempo brevísimo las recogió todas en un lugar anchísimo y extendidísimo, que se divide en otros muchos que llamó mares: y todas ellas llevadas por su omnipotencia, se juntaron cada una en su lugar brevísimamente, sin resistencia, obedeciendo al divino imperio. Y así dice David [1]: El abismo de las aguas cubria la tierra como vestidura; pero con tu imperio huyeron, y con tu voz, como de trueno, se espantaron. Qué fuera ver en este dia huir con increible presteza la inmensidad de las aguas, al lugar que Dios las tenia señalado? Unas fueron al Océano, otras al Sur, otras al Mediterráneo, y otras á otros mares. Ó Dios omnipotentísimo, pues tan poderoso es tu imperio, recoge las aguas de mis aficiones y pensamientos que andan derramados por toda la tierra, y ponlos en un lugar señalado por tu voluntad, de modo que nunca se aparten de ella.

Pero en esto mismo resplandece tambien la omnipotencia de Dios nuestro Señor, porque teniendo las aguas natural inclinacion á estar encima de la tierra, como en su lugar natural, cercándola por todas partes, como el aire cerca la tierra y agua, sin embargo de esto, en oyendo el divino imperio, dejan este lugar, y se van á las concavidades y honduras que Dios les señaló, y allí están sin repugnancia alguna, por el bien comun y

[1] Psal. 103. 6.

Digitized by Google

universal de las demás criaturas, teniendo por propio el bien comun, y quietándose en el lugar que les dió el Criador. O alma mia, aprende á obedecer á tu Criador por este nobilísimo ejemplo que te dá su criatura; niega tu inclinacion propia, por hacer la voluntad divina, y deja tu provecho temporal, por acomodarte al bien de tus hermanos. O Dios de mi alma, ponme en cualquier lugar que quisieres, que en este descansará mi corazon. Si me quitares el lugar anchuroso y alto en que me habias puesto, y me mandares recoger á otro estrecho y bajo, eso quiero yo, porque gusto dejar mi inclinacion, por seguir la tuya, y la tuya será la mia. No quiero mi provecho solo [1], sino el comun de mis hermanos; y de buena gana cederé á mi derecho, por el bien de ellos, pues el bien de todos será mio, obedeciéndote á tí, cuya hechura somos todos.

Lo tercero, resplandece la omnipotencia de Dios altísimamente en tener á raya estas aguas del [2] mar en el lugar donde las puso, sin que jamás puedan salir de él, ni traspasar los límites y términos que les tiene señalados; y con tener grandes menguantes y crecientes, maravillosos flujos y reflujos, horribles olas y tempestades, todo para dentro del término de la arena que Dios les señaló. Y de esto se precia el mismo Dios, diciendo á Job [3]: Quién otro que yo, puso el mar entre puertas, cuando salió con gran ímpetu del abismo de mi omnipotencia? Yo le cerqué con mis límites, y le puse puertas con cerrojos, diciendo: Hasta aquí llegarás, sin pasar mas adelante, y aquí quebrantarás tus hinchadas olas.

De esta consideracion, no solamente sacaré admiracion de la omnipotencia de Dios, sino temor grande de no ofenderle, acordándome de lo que dice por Jeremías [4]: A mí no temeréis, dice el Señor, y en mi presencia no os doleréis de vuestra mala vida. Yo soy el

[1] 1. Cor. 10. 33. [2] Prov. 8. 29. Psal. 103. 9. [3] Job. 38. 8. [4] Jerem. 5. 22.

Digitized by Google

que puse á la arena por término del mar, con un precepto sempiterno que siempre guardará; alterarse han las aguas, y no podrán ir contra él, levantarse han las olas, y no le traspasarán. O Dios omnipotente, quién no temerá ofenderte, y quién no se dolerá de haberte tantas veces ofendido? Cerca, Señor, este mar de mi corazon con la cerca de tu proteccion, y ciérrale con las puertas y candados de tu santo temor, para que nunca traspase los preceptos que me has puesto, ni las olas de mis pasiones le saquen del lugar que me tienes señalado.

Tambien sacaré de aquí afectos de confianza en la omnipotencia de Dios, el cual, como dice Isaías [1], tiene las aguas en un puño y las aprieta y hace estar á raya, aunque sean deleznables, y aunque fuese así, como dicen muchos santos, que el mar en algunas partes está mas alto que la tierra, para que yo confie, qué aunque me deslice como agua, y la inclinacion de mi carne me lleve á salir del lugar donde Dios me ha puesto, él me conservará y tendrá á raya, para que cumpla siempre su santa voluntad.

Punto segundo. — Lo segundo, se han de considerar las maravillas que hizo Dios este dia en la tierra, para recoger las aguas, y acomodarlas á los vivientes. Porque primeramente con su imperio, en un momento resolvió y conmovió gran parte de la tierra, que era esférica y redonda, haciendo hondísimas concavidades donde recoger las aguas, y levantando altísimos montes, que fuesen como muros, con la notable variedad de llanuras, collados, valles y puertos que ahora tiene, obedeciendo la tierra en todo el divino imperio: por lo cual dice David [2], suben los montes, y bájanse los campos al lugar que tú les señalaste. De donde sacaré los mismos afectos de admiracion, obediencia, temor y confianza, temblando de este Señor tan po-

[1] Isai. 40. 12. [2] Psal. 103. 8.

Digitized by Google

deroso, que como dijo Job[1], trastorna los montes de repente, primero que lo sepan los que quiere hundir con su furor; mueve la tierra de su lugar, y hace temblar sus colunas y cimientos. Pero no menos confiaré en la palabra de este poderoso Dios, que dijo[2]: *Si tuviéreis fe como un grano de mostaza, y dijéredes á un monte, pásate de aquí allí, luego se hará, y ninguna cosa os será imposible*, porque la omnipotencia de Dios, que puso los montes en el lugar que tienen, puede facilísimamente mudarlos de este á otro.

Lo segundo, ponderaré la omnipotencia de Dios, en dejar la tierra tan seca y enjuta, que la llamase *árida*, sin detenerse muchos dias en esto, como en tiempo del diluvio[3], y sin ser menester vientos que la secasen, como secaron en una noche el suelo que dejó descubierto[4] el mar Bermejo, porque la virtud de Dios por sí sola la secó en un abrir y cerrar de ojos. O Espíritu divino[5], que eres fuego que consume, y viento que abrasa: consume en mi carne las humedades de mis aficiones terrenas, y abrasa mi corazon con el amor de tus virtudes celestiales, para que el demonio[6], amigo de lugares húmedos, y enemigo de los secos, no halle posada en mi alma, tomando tú posesion de ella.

Lo tercero, ponderaré como Dios nuestro Señor, con admirable providencia, de tal manera recogió las aguas al mar, dejando la tierra seca, que juntamente dejó en ella muchas aguas dulces de rios y fuentes, repartidas por varios lugares, haciendo para esto sus concavidades y canales en ella, y unas como venas dentro de sus entrañas, por las cuales pasase el agua que salia del mar, en el cual, como dice el Eclesiastés[7], entran los rios para salir otra vez de él: en lo cual se han de ponderar algunas cosas maravillosas. La primera es, la muchedumbre de estos rios, y fuentes, y pozos tan aco-

[1] Job. 9. 5. [2] Matth. 17. 19. [3] Genes. 8. [4] Exod. 14. 21. [5] Deut. 4. 24. [6] Matt. 12. 43. Job. 40. 16. [7] Eccles. 1. 7.

Digitized by Google

modados á cada lugar de la tierra, y en los mas altos montes y peñas, de donde van destilando, y cayendo á los valles. La segunda es, la perpetuidad y continuacion: porque corriendo siempre, y por tantos años, no ha faltado, ni faltará nueva agua, que siempre corra, y nunca pare. La tercera es, la dulzura de estas aguas, siendo las del mar, de donde muchas de ellas salen muy amargas, porque la omnipotencia del Criador colándolas por los poros de la tierra, convierte su amargura en dulzura; para que se vea cuán fácil es á Dios mudar un contrario en otro, y convertir lo amargo en dulce al que le sirve de veras. La cuarta es, la utilidad grande que tienen estas aguas para regar y fertilizar la tierra, de modo que tenga agua del cielo, y agua de las fuentes y pozos que están en ella. Además, á los hombres y á los vivientes son muy necesarias para su bebida, y conservacion de su vida, para lavarse, y bañarse, y resistir al calor del fuego, sin otras admirables propiedades que tienen las aguas de las fuentes, para sanar los cuerpos de muchas enfermedades. Todo esto hizo nuestro gran Dios este dia, con providencia de Padre, por la cual le debemos dar continuas gracias cada vez que usamos de este beneficio [1], y convidar al mar y tierra, á los montes y collados, á los rios y fuentes, que alaben y glorifiquen á su Hacedor.

Lo cuarto, ponderaré, como nuestro Señor en este mismo dia dispuso la tierra, de tal manera, que cierta parte fuese gruesa y muy á propósito para las plantas y arboledas que pensaba hacer, y otra parte fuese como mina, en la cual se engendrasen el oro y plata, hierro, azogue, y otros metales, y mixtos, necesarios para el uso y servicio de los hombres, repartiendo estas minas por diversos lugares de la tierra, dispuestos para esto, como dijo Job [2], y es creible que los hizo Dios luego: por lo cual tambien debo

[1] Dan. 3. 74. [2] Job. 28. 1.

Digitized by Google

dar muchas gracias al Criador, que tan cuidadoso fué en proveernos de estas cosas, sin las cuales no pudiéramos pasar sin mucho trabajo. Y así cada vez que uso de ellas he de glorificar al que me las dió. Pero he de ponderar, que la divina Escritura no hace aquí mencion de la creacion de estos metales, como ni de otras cosas ocultas [1]: y quizá la causa mística es, para enseñar á los hombres el poco caso que han de hacer de estas riquezas temporales en comparacion de las celestiales, contemplando como son parte de la misma tierra, y de tan poca estima, que su Hacedor, contando las cosas que habia criado, no quiso ponerlas en esta cuenta; y los que con demasía las estiman, caerán en la maldicion que profetiza David contra los malos, diciendo [2]: Apártalos, Señor, en su vida de los pocos, porque llenaron su vientre de tus cosas escondidas, esto es, apártalos del número de tus escogidos, porque hartaron su codicia con los tesoros que criaste en lo escondido de la tierra. O Dios eterno, que criaste el oro y plata, y los demás metales para mi provecho, no permitas que con mi mal uso los convierta en mi daño: no sea instrumento para ofenderte, lo que debe serlo para servirte y alabarte. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, en apartando las aguas de la tierra, dando por buena esta division, porque estaba ya perfecta y acabada, dijo luego [3]: Brote la tierra yerba verde, etc. En lo cual resplandecen dos cosas señaladas.

La primera, que aunque parecia bastante obra para este tercer dia haber apartado las aguas de la tierra, como nuestro Señor vió que la tierra descubierta quedaba fea y muy imperfecta, no quiso que durase todo aquel dia en esta imperfeccion y fealdad, dilatando para el siguiente el perfeccionarla y hermosearla, sino luego comenzó á vestirla, y cubrirla con el adorno que ha-

[1] D. Th. 1. p. q. 69. art. 2. ad 2. [2] Psal. 16. 14. [3] Gen. 1. 11.

Google

bia de tener; en lo cual se nos representa la providencia de Dios con sus criaturas, y la gana que tiene de perfeccionarlas: porque como quitó á la tierra una vestidura ó cubierta que le afeaba y hacia invisible, y la dió luego otra que la hermoseó é hizo muy vistosa, sin querer que ni por un breve tiempo estuviese desnuda: así tambien su deseo es desnudarnos la vestidura del hombre viejo que nos hace feos, aborrecibles, é indignos de que nos mire, y nos miren sus ángeles, y luego quiere vestirnos la vestidura nueva de su gracia y virtudes, para que seamos hermosos y agradables á sus ojos. Y en esto desea que no haya dilacion de nuestra parte, procurando no dejar para el dia de mañana lo que puedo hacer en el presente.

La segunda cosa es, que no quiso criar de nada las plantas y árboles que habian de adornar la tierra, aunque le fuera fácil el hacerlo, sino quiso que la misma tierra le ayudase a ello, y por esto dijo[1]: *Germinet terra*: la tierra brote y produzca yerba, etc. Y así fué porque siendo Dios el principal hacedor, la tierra le dió lo que tenia, que era á sí misma, para que de ella, como de materia se hiciesen las plantas, aunque fuese con alguna corrupcion suya. En lo cual altísimamente se nos representa que Dios nuestro Señor, aunque desea sumamente nuestra perfeccion, no quiere hacerla á solas, sino que le ayudemos nosotros, cooperando con su divina gracia, ofreciéndole lo que tenemos, que es á nosotros mismos, nuestro corazon y libertad, para que su divina Majestad haga en nosotros, y de nosotros, lo que quisiere, aunque fuese con alguna corrupcion y destruccion de lo que tenemos, esto es, de nuestra propia voluntad, y deseos terrenos, mortificando y deshaciendo el mal que hicimos: y así con su ayuda, nosotros mismos, como dice el apóstol san Pablo[2], hemos de desnudarnos del hombre viejo y de sus obras, y vestirnos del

[1] Genes. 5. 11. [2] Col. 3. 9.

Digitized by Google

nuevo y de las suyas. O Dios perfectísimo, fuente y orígen de toda perfeccion, que por honrar mas al hombre, y conservar mas entera su libertad, no quieres santificarle ni perfeccionarle, sin que él tenga parte en su santidad y perfeccion. Ves aquí, misericordioso Señor, me presento como la tierra, aparejado para recibir las plantas de las virtudes celestiales; á tí, Señor, pertenece hacerlas con tu omnipotencia, y yo prevenido con tu gracia, doy mi consentimiento para recibirlas. Cuésteme lo que me costare, y dame lo que te pido, para que te sirva como debo.

Luego consideraré por menudo las cosas que hizo Dios de la tierra con este imperio, ponderando cinco excelencias, que manifiestan la omnipotencia y providencia con los vivientes, especialmente con los hombres, para cuyo provecho se hizo todo esto.

La primera, es la muchedumbre innumerable de yerbas, plantas, flores y árboles que Dios hizo en este dia, repartiéndolas por diversas partes de la tierra, conforme á la calidad y clima de cada una, porque unas plantas piden tierras frias, y otras tierras calientes, y otras templadas, y en todas puso las que se podian conservar, segun su naturaleza; porque la divina Providencia muestra suavidad en todas sus obras, y así tambien suele acomodar los dones de su gracia con lo bueno de nuestra naturaleza, para que yendo á una, obren con mas suavidad y duracion.

La segunda, es la facilidad y presteza con que hizo todas estas plantas en toda la tierra, que tan extendida está por tantos millares de leguas, y tan poblada de diversas plantas; pues en diciendo hágase, al punto se hizo, y quedó la tierra vestida de tanta variedad y hermosura, que de ellas se precia el mismo Dios que la crió, diciendo [1]: la hermosura del campo está conmigo.

A esto se añade la tercera excelencia, que hizo Dios

[1] Psal. 49. 11.

Digitized by Google

nuestro Señor todas estas plantas y árboles, en la grandeza y perfeccion que pueden tener, y el árbol que á su paso natural tarda muchos años en echar raices, y crecer y llevar hojas y frutos, en un momento salió perfecto con todo esto, porque las obras de Dios nuestro Señor son perfectas, y lo que los hombres hacemos poco á poco, y con mucho trabajo, puede Dios hacerlo de presto, y con grande perfeccion y alivio. O Criador omnipotentísimo y perfectísimo, gracias te doy, por la presteza y perfeccion con que hiciste tantas y tan grandes cosas en este dia, sobrándote mucho tiempo para hacer otras muchas si quisieras. Muestra conmigo esta omnipotencia, abreviando con tu divina gracia lo que dilata mi flaqueza [1], pues es cosa muy fácil en tus ojos de repente enriquecer al pobre.

La cuarta excelencia abraza los grandes é innumerables provechos que de esta obra resultan á los hombres para conservacion de su vida y regalo de sus sentidos. Los ojos se recrean con la hermosura de las flores y floretas que Dios nuestro Señor hizo; el olfato con el olor suavísimo que de ellas procede; el gusto con el sabor de tantas frutas y hortalizas, unas mas sabrosas que otras; y el cuerpo crece, engorda y se sustenta, y cobra fuerzas con ellas. Y aunque para la conservacion de la vida bastara que Dios criara el trigo, de que se hace el pan, y las vides de que se hace el vino, quiso su providencia ser liberalísima en criar grande variedad de plantas para sustento y regalo nuestro, para quitar el fastidio con la variedad, y tambien para que diversos gustos hallasen proporcionados manjares, con que se recreasen. Y demás de esto, á muchas de ellas dió virtudes medicinales maravillosas para las enfermedades de nuestros cuerpos, de que se hacen las medicinas con que nos curamos; y para que nada nos faltase, los árboles que no dan fruta, dan siquie-

[1] Eccles. 11. 23.

Digitized by Google

ra madera de que hacer casas, y otras cosas artificiales de que usamos, y leña que cebe el fuego con que nos calentamos, sin otros muchos provechos que seria largo de contar. Y finalmente, para que estas cosas durasen perpétuamente, dió virtud á las plantas y árboles que hizo en este dia, para que produjesen semillas de que naciesen otras semejantes, como al ojo lo vemos cada dia.

Con estas cinco consideraciones, y con cada una de ellas, levantaré mi corazon á glorificar á Dios por estas cosas que crió, para conservacion y regalo de mi vida, y de los animales, que gozan de ellas, y me sirven á mí; pues aunque yo no como la yerba, pácela el carnero y oveja que yo como: y aunque no sea mi sustento la cebada, lo es de la cabalgadura en que ando. Y así con mucha razon dijo David [1], que produce Dios heno para las bestias, y yerba para servicio de los hombres. O vida de los vivientes, á quien todos miran, esperando que les des manjar para sustentar su vida, y abriendo tú la mano se llenan todos de tu largueza! Gracias te doy cuantas puedo, por la liberalidad con que tu mano se abrió en este dia, para dar adorno á la tierra, pasto á los animales, sustento y regalo á los hombres; y pues cada dia prosigue tu largueza, continuando este beneficio, cada dia proseguirá mi agradecimiento, continuando el servicio que por él te debo.

Punto cuarto. — Lo cuarto se ha de considerar, como Dios nuestro Señor, en este mismo dia [2], con particularísima providencia, plantó en la mejor parte de la tierra un huerto excelentísimo y apacibilísimo, tal que por excelencia se llamó paraiso y huerto de deleites, para que fuese morada del hombre, edificándole la casa antes de criarle.

Las excelencias de este paraiso principalmente fueron cinco. La primera, que tenia el mejor temple del mundo de parte del cielo, y del aire, sin demasía de frio,

[1] Pal. 103. 14. [2] D. Th. 1. p. q. 102. art. 1. ad 1. Genes. 2. 8.

Digitized by Google

ni de calor, y sin los nublados y tempestades y penalidades que experimentamos ahora.

La segunda, que estaba proveido de todas suertes de árboles, hermosos á la vista y deleitables al gusto, plantados con admirable órden y concierto, cuyo sabor y gusto era tan grande, que no echara menos el hombre el uso de las carnes y pescados que despues se le concedió,

La tercera, que en medio de él estaba el árbol de la vida, hermosísimo y suavísimo, cuya fruta preservaba de enfermedad y vejez, y de corrupcion, y prolongaba la vida temporal[1], todo el tiempo que Dios queria, hasta traspasar al hombre á la vida eterna.

La cuarta, que tenia un rio de aguas dulces y saludables, copiosísimo, para regar el paraiso, y dar al hombre bebida muy saludable y cordial, el cual se dividia despues en cuatro rios, que regaban lo restante de la tierra comarcana.

La quinta, que era espacioso, y capaz para muchos hombres; de suerte, que aunque era huerto, era tan extendido como una provincia de España ó Francia. Y en conclusion, todos los huertos y jardines que han plantado los monarcas del mundo, no tienen que ver con este huerto que plantó Dios con su providencia amorosa, para que fuese habitacion, no de malos y de buenos, como esos otros huertos, sino de solos los buenos.

Pero sobre todo he de ponderar la grandeza del beneficio que yo recibí de Dios en este paraiso; porque su voluntad fué criarle, no solo para Adan, sino para sus descendientes, y para mí mismo, si Adan no pecara: y así cuanto es de su parte ya me le dió. Gracias te doy, ó Padre soberano, por la voluntad que tuviste de dar al hombre dos paraisos en que morase, uno terreno y otro celestial, trasladándole del uno al otro, si perseveraba en tu servicio. Suplícote, Señor, que pues ya

[1] D. Th. 1. p. q. 102. art. 4.

Digitized by Google

perdí por el pecado de Adan el primero, no pierda por mis pecados el segundo. Y pues me perdonaste ya la culpa original por el bautismo, perdóname las actuales por la penitencia, consérvame siempre en el paraiso terreno de tu Iglesia, con la comida del árbol de la vida que tienes en ella, para que en viendo la muerte, me traslades al paraiso celestial de tu gloria. Amen.

Punto quinto.— Lo quinto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, acabada la obra de este dia tercero, vió que era buena [1], porque nada le faltaba de todo lo conveniente para el fin de su creacion.

En lo cual se ha de ponderar. Lo primero, que todas las cosas que Dios crió para nuestro sustento son buenas y ninguna es mala de su naturaleza, aunque puede ser malo el uso por haberle su Majestad prohibido, como vedó á nuestros primeros padres comer la fruta del árbol de la ciencia, aunque era hermosa y deleitable, lo cual hizo para probar su obediencia. Y ahora el mismo Dios, por medio de su Iglesia prohibe el uso de algunos manjares, y los perfectos, ó con voto, ó por devocion se prohiben á sí mismos el uso de algunas cosas regaladas, para mortificar su carne. De donde sacaré gran determinacion de usar de estas cosas con agradecimiento y templanza, porque si la cosa que Dios crió es buena, no es razon que el uso por mi glotonería se haga malo; en lo cual guardaré el consejo de san Pablo que dice: Toda criatura de Dios es buena, y ninguna se ha de desechar, por título de ser mala, si se recibe y come con accion de gracias, porque está santificada por la palabra de Dios y por la oracion, porque el Verbo divino la aprueba por buena, y la oracion que acompaña la comida la hace santa.

Lo segundo, se ha de ponderar, que todo lo que Dios crió en este dia fué bueno, sin embargo de que tambien hizo los espinos, y algunas plantas y yerbas venenosas,

[1] Genes. 1. 12.

Digitized by Google

porque aunque estas sean dañosas para los hombres, sean provechosas para otros animales, ó para otros fines del universo, y aun al mismo hombre sirven de medicina, mezcladas con otras; y si Adan no pecara, nunca le pudieran dañar. Y finalmente, son instrumentos de la divina justicia, para castigar á los que usan mal de las otras cosas, y esto basta para ser muy buenas; pues aun de las que son muy provechosas usa Dios para castigar á los malos y desagradecidos, porque el agua á unos refresca y á otros ahoga: el fuego á unos calienta y á otros abrasa. De donde he de concluir con cuanto cuidado debo usar de estas criaturas en servicio de mi Criador, imaginando que todas me dicen aquellas tres palabras que pone Hugo de Santo Víctor [1]: *Accipe, redde, fuge: accipe beneficium, redde debitum, fuge supplicium.* Recibe, paga, y huye; recibe el beneficio, paga la deuda, y huye del castigo; como quien dice: Sino quieres servir á Dios por el beneficio que de él recibes [2], sírvele siquiera por el castigo que te puede dar; porque la criatura que crió para tu provecho, se convertirá en tu verdugo y tormento. Este lenguaje tengo de oir y entender en viendo las criaturas, y en queriendo usar de ellas, mirando á Dios de quien todas proceden, y por quien dice estas palabras: O sumo bien de quien todo lo que procede es bueno, concédeme que use de ello con tal bondad y agradecimiento, que huya el castigo, y alcance el premio, gozando de tu suma bondad, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXII.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL CUARTO DIA.

Dijo Dios [3]: Háganse lumbreras en el cielo, que dividan el dia, y la noche, y sirvan de señales, y de dividir los tiempos, los dias y los años, para que resplandezcan en

[1] Lib. de arca mor. c. 4. to. 2. [2] Sup. med. 8. p. 2. [3] Genes. 1. 14. D. Th. 1. p. q. 70.

Digitized by Google

el firmamento del cielo, y alumbren la tierra: é hízose así, porque hizo Dios dos lumbreras grandes: la mayor para que presidiese al dia, y la menor para que presidiese á la noche, y las estrellas etc.

PUNTO PRIMERO.—Lo primero, se ha de considerar la grandeza del beneficio que nos hizo Dios, en criar la lumbrera mayor de las dos, que es el sol, ponderando juntamente sus excelencias, y el fruto que de ellas se puede sacar [1].

La primera es, la grandeza de luz que tiene como fuente de la luz, cuyo resplandor es tan grande, que en saliendo al mundo oscurece las estrellas, y en su presencia son como sino fuesen.

La segunda es, la perpetuidad y permanencia de esta luz, sin menguarse un punto, ni enturbiarse en sí misma [2].

La tercera es, la grandeza de cuerpo, por razon de la cual le llama la Escritura, *luminare majus:* porque es mas de seis mil veces mayor que la luna, y mas de cien veces mayor que la tierra.

La cuarta es, eficacia grande en alumbrar á todo el mundo y repartir con gran liberalidad su luz en un momento, y sin resistencia alguna en los cuerpos capaces de ella, presidiendo como rey al dia, y haciéndole con su movimiento ligerísimo desde oriente á poniente, como dice el Salmista [3].

Demás de esto, tiene maravillosa eficacia en calentar, echando de sí rayos como de fuego; y juntamente tiene virtud en causar tales influencias, que vivifican y hacen crecer las plantas y los vivientes, ayudando á todos para su vida y conservacion.

La sexta es, que con el movimiento propio que comenzó este cuarto dia, hace la diversidad de tiempos que son, verano, invierno, estío y otoño. Ademas, la diversidad de los dias, unos mayores que otros en diversos tiempos y lugares. Además, él hace los años, por-

[1] Eccles. in hym. ad vesp. fer. 4. [2] Pereira hic. [3] Psal. 18. 7.

Digitized by Google

que su entero movimiento es el tiempo que llamamos año. Para estos fines le crió Dios, mostrando su omnipotencia en hacer tan bella y tan grande criatura en un instante, con solo su querer; y por esto le llama el Sabio [1], vaso y cosa admirable, obra por excelencia del muy Alto; por lo cual he de darle gracias cada vez que sale, admirándome de la belleza y constancia que muestra en su nacimiento y carrera, conforme á lo que dice David [2]: Sale como desposado de su tálamo, y alégrase como gigante para correr su carrera, saliendo de un extremo del cielo, sin parar hasta llegar al otro. O Dios omnipotentísimo, gózome de la gloria que te dá esta bella criatura, y alábote mil veces por el bien que cada dia nos haces por medio de ella. Justo es, Señor, que cuando sale el sol, yo me alegre como gigante, para correr en tu servicio la carrera de aquel dia, comenzando desde la mañana, con perseverancia en el fervor hasta la tarde.

De aquí subiré á contemplar, como el sol es símbolo y señal de la divinidad de Dios, por la cual es conocida de los hombres mas claramente que por otras criaturas. Y por esto dijo el Salmista [3], que Dios habia puesto su tabernáculo y morada en el sol, en quien obra cosas maravillosas, y allí le hallará quien le buscare, meditando las seis propiedades que contamos, las cuales con mas excelencia están en la divinidad de quien ellas procedieron. O Dios eterno, Sol de justicia, luz inaccesible, en cuya presencia, no solo se oscurecen las estrellas, sino el mismo sol; tú eres fuente de la luz, y fuente perpétua, que no se puede agotar: tú alumbras los hombres, especialmente tus escogidos, y con tu luz les das calor vital, é influencias celestiales. Tú eres el que presides sobre el sol y el dia, sobre los tiempos y años, y por tu voluntad están repartidos con el órden y concierto que ahora tienen. Alábete, Señor, el sol y el dia,

[1] Eccles. 43. 2. [2] Psal. 18. 7. [3] Psal. 18. 7.

Digitized by Google

el invierno y el verano, el estío y el otoño, y todas las cosas te glorifiquen por la gloria que descubres en esta criatura.

De aquí tambien aprenderé á imitar en mi modo las propiedades del sol, pues del alma perfecta se dice [1], *electa ut sol*, que es escogida como el sol, por la singular santidad que tiene, en la cual persevera sin mudanza, resplandeciendo con buenas obras para la gloria de Dios, y para dar luz y calor de espíritu á los prójimos.

Punto segundo. — Lo segundo se ha de considerar, la grandeza del beneficio que nos hizo Dios nuestro Señor en criar la segunda lumbrera menor, que es la luna, ponderando tambien sus excelencias para nuestro provecho.

La primera es, la grandeza, belleza y hermosura que tiene [2], cuando recibe del sol la luz, y no la recibe para quedarse con ella, sino para alumbrar la tierra de noche, y presidir en ella, desterrando parte de las tinieblas que se hacen con la ausencia del sol.

La segunda es, la harmonía con que vá siguiendo al sol, de tal manera, que siempre tiene luz en la parte que le mira de lleno, y en la otra como dice el Eclesiástico [3], vá menguando hasta que se acaba, y luego vá creciendo maravillosamente hasta que se llena, llegando en lo uno y en lo otro, hasta lo sumo.

La tercera es, la virtud grande que tiene de causar influencias y efectos maravillosos en la mar, y en los vivientes, aunque muchos no alcanzamos, y otros esperimentamos.

La cuarta es, que con su movimiento propio, es tambien señal de los efectos que causa, y de la variedad de los tiempos del año, y especialmente, como dice el Eclesiástico, es causa de los meses, porque su propio movimiento tarda un mes, poco mas ó menos. Con estas

[1] Cant. 6. 8. [2] Psal. 135. 9. [3] Eccles. 43. 7.

Digitized by Google

consideraciones he de avivar en mí los afectos de alabanza y agradecimiento á Dios nuestro Señor, por la creacion de tan hermosa criatura, y por los bienes que de ella reciben las demás.

Pero levantando mas el espíritu, contemplaré como la luna es símbolo y señal de la hermosura de las almas santas, á las cuales llama Dios hermosas como la luna [1], cuya hermosura y resplandor, consiste en mirar siempre al Sol infinito de la divinidad, y recibir de él la luz y resplandor de su divina gracia, dones y virtudes, procurando por una parte menguar y descrecer en su estima, hasta llegar con su propio conocimiento al profundo de su nada, y de la oscuridad que tiene de suyo; y por otra parte, procurando crecer en las virtudes, hasta la plenitud de la gracia, y hasta la consumacion y perfeccion en ella. Ó Sol de justicia, de quien depende la hermosura de la luna, concédeme que te siga con tal fervor, que siempre reciba aumento de tu gracia con profundo conocimiento de mi miseria [2]! No permitas que imite á la luna como los necios en mudarme del resplandor de la virtud á la oscuridad del vicio, sino que siendo constante en este como el sol, me mude siempre de bien en mejor, hasta llegar al estado inmutable de tu gloria, donde te vea y goce sin fin. Amen.

Punto tercero. —Lo tercero se ha de considerar, el grande beneficio que nos hizo Dios en la creacion de las estrellas, ponderando sus excelencias y maravillas.

La primera es, su muchedumbre, que es innumerable á los hombres, como lo son las arenas del mar, y así se precia Dios de saber su número, y de conocer á cada una por su nombre [3]: y con ser tantas y tan bellas, y muchas de extraordinaria grandeza, en un momento las crió, y puso en el firmamento donde están fijas, con admirable órden y concierto, como un ejér-

[1] Cant. 6. 9. [2] Eccles. 27. 12. [3] Psal. 146. 4.

Digitized by Google

cito de soldados muy concertados; y así las llama la Escritura, escuadrones celestiales, guardando cada una su puesto con gran firmeza, y haciendo maravillosas figuras unas con otras ordenadas, como dice Job [1], por el Criador, y se precia de ello.

La segunda excelencia es, que juntamente con la luna, presiden, como dice David [2], en la noche, y nos alumbran y sirven de guias, para las jornadas y navegaciones, y con su presencia hermosean y adornan grandemente el cielo, cuando se descubren en la oscuridad de la noche.

La tercera excelencia es, que todas y cada una de ellas causan maravillosas influencias en la tierra, en los vivientes, y en los hombres: y aunque son ocultas, no por eso dejan de ser muy provechosas, por las cuales debemos á Dios tantas gracias, como por las manifiestas, pues las ordenó para nuestro bien: y así dice el Eclesiástico [3]: que obedecen á las palabras del Santo, para ejercitar lo que ordena, y nunca duermen ni desfallecen en sus vigilias: y el profeta Baruch [4] añade: Que en llamándolas Dios, dicen muy alegres, aquí estamos, y alumbran con alegría en servicio del que las crió. Todo esto me ha de ser motivo de alabar á Dios, procurando en agradecimiento de este beneficio, imitar las propiedades dichas, en que son símbolo de las almas justas, especialmente de las que con ejemplo y palabra enseñan á otros la virtud; por lo cual, como dice Daniel [5], resplandecerán en el cielo en perpétuas eternidades. Gracias te doy, amantísimo Criador, por la hermosura que diste á tan innumerables estrellas, distribuyéndolas por el cielo, con admirable concierto, dando á cada una su propio lugar, su propio resplandor, y su propio oficio. O cuán mas admirable será el ejército de estrellas que tienes en tu supremo cielo, distribuido con el mismo órden y concierto, conforme á los

[1] Job. 38. 31. [2] Ps. 135. 9. [3] Eccl. 43. 10. [4] Baruc. 3. 34. [5] Dan. 12. 13.

Digitized by Google

merecimientos que tuvieron en la tierra! Concédeme, Señor, que sea yo estrella en la Iglesia militante, guardando como fiel soldado mi puesto, haciendo mis vigilias sin cansancio, y obedeciendo á tus preceptos con alegría, para que luciendo aquí para tu gloria, alcance gran lugar en la Iglesia triunfante, reinando contigo por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto. — Lo cuarto se ha de considerar, como Dios nuestro Señor hecha esta obra, vió que era buena, y se agradó mucho de la perfeccion que puso en ella, ponderando como es tanta la belleza y hermosura que dió en este cuarto dia al sol, luna, y estrellas, que deslumbrados los hombres rudos, vinieron á pensar que eran dioses, y rectores, ó gobernadores de todo el mundo, pareciéndoles [1], que tanta bondad y perfeccion, no cabia sino en lo que era Dios; pero esto mismo nos ha de provocar á dos excelentes afectos. El primero es, admiracion de la omnipotencia y soberanía de nuestro gran Dios, porque quien tan bellas criaturas pudo hacer, sin duda será incomparablemente mas bello y admirable que ellas; y como dice el Sabio: si tanto gusto nos dá la hermosura de estas criaturas, muy mayor nos le debe dar la hermosura del Criador, si le conociésemos por ellas. O Dios soberano, *speciei generator*, engendrador de la hermosura; no permitas que se cieguen los hombres con su resplandor, mirando al sol [2], cuando nace, y á la luna cuando resplandece, besando su mano, en señal de adoracion. Abreles, Señor, los ojos, para que entiendan que son hechura tuya [3], y morada donde te han de hallar, glorificándote como á Dios, de quien todas procedieron.

El segundo afecto, es amor grande á quien nos amó tanto, que crió criaturas tan nobles y hermosas para servicio nuestro, y para que fuesen como criadas y esclavas nuestras. Por lo cual dijo Moisés á su pueblo:

[1] Sap 13. 2. [2] Job. 31. 26. [3] Psal. 18. 1.

Digitized by Google

Mira que cuando veas el sol, luna y estrellas, no las adores como á dioses, ni honres á las que crió tu Dios [1]: *In ministerium cunctis gentibus quæ sunt sub cœlo*, para servir á todas las gentes que hay debajo del cielo. O Dios omnipotentísimo y amorosísimo, quién no te amará de todo su corazon, por haber criado criaturas tan excelentes para servicio de gentes tan bajas; no solamente las criaste para el servicio de los reyes, sino para servicio de los viles esclavos y lo que mas es de los vilísimos pecadores. O Dios altísimo, que ordenas lo que pusiste en el firmamento del cielo para servir á las gentes que viven debajo de él; concédeme que te ame con tantas veras por este beneficio, que nunca jamás desfallezca en tu servicio, por todos los siglos. Amen.

Punto quinto. — Lo quinto, se ha de considerar la admirable providencia de Dios nuestro Señor en la creacion del elemento del fuego; y aunque el santo Moisés no hizo de él mencion, porqué solamente contó las cosas corporales que se ven, y este elemento en su esfera no se vé, pero aquí viene bien ponderar la grandeza y magnificencia del beneficio que recibimos en este fuego visible de que gozamos, que es muy semejante al sol.

Porque lo primero, el fuego suple la ausencia que hace el sol, y la luna de noche, y dentro de nuestras casas, y en los retretes hace oficio de sol, alumbrándonos con su luz; con la cual vemos hacer de noche las cosas que con la luz del sol hacemos de dia.

Lo segundo, tambien suple la distancia del sol en el invierno, y con su calor calienta á los que se llegan á él, deshaciendo la frialdad y el hielo, y vivificando el cuerpo aterido con el frio.

Lo tercero, á modo del sol, se comunica con liberalidad y facilidad á todos sin disminuirse por esto, como se vé en la luz de la candela, de la cual se encienden muchas, y á todos los que se acercan dá parte de su calor.

[1] Deut. 4. 19.

Digitized by Google

Lo cuarto, es instrumento universal y eficaz para conocer y sazonar los manjares que comemos, y para purificar y labrar los metales [1]; él consume las humedades con su sequedad, y ablanda y derrite las cosas duras con su eficacia, y hace otros maravillosos efectos para nuestro provecho; por los cuales hemos de glorificar al Criador, dándole gracias por la providencia con que previno el remedio de todas nuestras necesidades, atribuyendo las obras de este cuarto dia á su infinita misericordia, como lo hace David, diciendo: Alabemos al Señor, porque es bueno y misericordioso, porque su misericordia dura para siempre. Hizo el sol para presidir en el dia, porque su misericordia dura para siempre. Hizo la luna y estrellas para presidir en la noche, porque su misericordia dura para siempre: y tambien hizo el fuego, para suplir la ausencia del sol y de la luna, y lucir por ellos en la noche, porque su misericordia dura para siempre, y durará en sus escogidos sin fin. Amen.

De aquí se puede subir tambien á considerar como el fuego, así como el sol es símbolo de la divinidad, al modo que se ponderó en las meditaciones de la venida del Espíritu santo [2], añadiendo cuán propio es de nuestro Criador suplir las faltas y menguas de las criaturas, y acudir á favorecernos con socorro divino, cuando se nos ausenta y esconde el humano, y cuán liberalmente se comunica como fuego á todos los que se llegan y acercan á él; por lo cual dijo David [3]: Llegaos á Dios, y seréis ilustrados, y vuestros rostros no serán confundidos. Gracias te doy, ó fuego infinito, por los dos fuegos, uno corporal, y otro espiritual, con que recreas nuestros cuerpos y nuestras almas. Enciende, Señor, la mia con el fuego de tu amor, para que como fuego suba á lo alto de tu divinidad, juntándose con ella en union perfecta por todos los siglos. Amen.

[1] D. Dion. libr. de Eccl. Hier. capit. 15. ponit. fere. 34. proprietates.
[2] 5. p. medit. 25. [3] Psal. 33. 6.

Digitized by Google

MEDITACION XXIII.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EL DIA QUINTO.

Produzcan las aguas, vivientes que naden y que vuelen sobre la tierra, debajo del firmamento del cielo, etc.

PUNTO PRIMERO. —Lo primero, se ha de considerar, como Dios nuestro Señor el quinto dia quiso adornar el mar y los rios con abundancia de moradores; esto es, de muchos y grandes peces, para muestra de su omnipotencia, en beneficio de los hombres. En lo cual, lo primero ponderaré, como quiso nuestro Señor, que las aguas tuviesen parte en la formacion de los peces que habian de vivir en ella, como la tierra en la formacion de las plantas, por la razon que arriba se dijo: y así en virtud de esta palabra *producant aquæ* [1], las aguas de todos los mares, y de los rios caudalosos, administraron materia, de la cual Dios hizo peces que anduviesen por ellas.

Lo segundo, hizo grande abundancia de ellos con gran diversidad de especies, y varias figuras y propiedades, y entre ellos los que llama, *cete grandia*, ballenas, y otros de extremada grandeza, sin comparacion mayor que la de los animales de tierra, y á todos dió sus escamas y alitas, y miembros proporcionados para nadar, moverse con gran facilidad por el espacioso mar y todos sus senos.

Lo tercero, bendíjolos, diciendo: *Creced, y multiplicad, y llenad las aguas del mar* [2]. Y porque la bendicion de Dios es eficaz, bendecirlos fué darles virtud para engendrar otros semejantes con grandísima abundancia, que excede incomparablemente á los de las aves y animales terrestres; por lo cual dijo David, que no tenian número, y con ser tantos, á todos provee con su providencia de mantenimiento conveniente dentro del mismo

[1] Med.-21. p. 3. [2] Psal. 103. 25.

Digitized by Google

mar, que como madre los cria y sustenta, y trae dentro de sus entrañas. Por esta bendicion, que es la primera que Dios echó á los peces, y obró tanto en ellos, se vé cuán eficaz y copiosa es la bendicion de Dios sobre sus criaturas, y mas sobre los hombres.

Lo cuarto, toda esta muchedumbre de peces hizo Dios en beneficio del hombre á quien crió: *Ut præsit piscibus maris* [1], para que presidiese á los peces del mar, dándole industria para pescarlos, y ponerlos debajo de sus piés, no solamente á los pequeños, sino los muy grandes. Y despues del diluvio se los dió en manjar para su sustento y regalo, y otros grandes provechos [2].

Con estas consideraciones tengo de moverme á glorificar al Criador, admirándome no solo de la omnipotencia que mostró en hacer en un momento con sola su palabra tanta muchedumbre y grandeza de criaturas, sino tambien de la providencia paternal que descubrió para con nosotros, proveyendo los mares y los rios de pescados tan regalados para nuestro sustento y gusto; y así puedo decir con David [3]: O Dios eterno, cuán grandes son las obras que has hecho con tu infinita sabiduría; la tierra está llena de las cosas que criaste, y este mar grande y espacioso con sus senos, está lleno de tantos peces que no tienen número, allí viven los grandes, y los pequeños, los dragones, y ballenas que hiciste, andan por él jugando, cazando otros menores para su entretenimiento y sustento; pero por tu divina providencia, los hombres tambien pasean este mar en sus naves, y juegan, y se deleitan, pescando de unos y otros peces para su comida y entretenimiento. O gloria mia, derrama sobre mí tu copiosa bendicion, para que te alabe y sirva por los innumerables bienes que nos das con ella! Sean mis juegos amarte, mis deleites servirte, y mis entretenimientos pescar en el mar de este mundo muchas almas que se ocupen en tu servicio, por todos los siglos. Amen.

[1] Genes. 1. 26. Psal. 8. 9. Joh. 3. 7. [2] Genes. 9. 2. [3] Psal. 103. 24.

Digitized by Google

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de ponderar, como Dios nuestro Señor en este mismo dia adornó el aire, produciendo del agua grande muchedumbre de aves de diferentes especies [1]. Sobre lo cual se ha de ponderar; lo primero, como la omnipotencia de Dios, para criar las aves, se sirvió como de materia del agua, especialmente del agua mas sútil que está en los vapores y nubes del aire, para que tambien el aire ayudase á la formacion de lo que habia de ser adorno suyo. Y así en diversas regiones del mundo crió muchedumbre de aves en cada una, las que se podian mejor conservar, segun sus calidades; y á todas echó su bendicion, para que se multiplicasen, como á los peces; y con su providencia dió á todas mantenimiento conveniente, á unas en la tierra, á otras volando por el aire, y otras nadando en el agua. Y para esto les dió alas, picos, é instrumentos muy proporcionados.

Lo segundo, ponderaré la grandeza de este beneficio, discurriendo por los bienes que abraza: porque unas aves nos sustentan regaladamente con sus carnes; otras nos recrean con sus dulces cantos; otras nos alavian con sus plumas; otras nos enseñan lo que debemos hacer, con las industrias que tienen en hacer sus nidos, en criar sus hijos, y en conocer la mudanza de los tiempos. De donde toma el mismo Dios muchas comparaciones que sirven á este intento. Unas veces se compara al águila que vuela sobre sus hijos [2], y á la gallina que los abriga con sus alas [3]: otras veces reprende nuestra ignorancia con el conocimiento de la cigüeña, y el milano [4].

Finalmente, todo el trabajo de las aves, con sus inclinaciones é industrias, para en nuestra recreacion y provecho. Con unas cazamos otras, y echando por el aire los pájaros de volatería, de allá nos echan la caza,

[1] D. Aug. lib. de Gen. ad literam, c. 5. D. Th. q. 71. art. 3. [2] Deut. 32. 11. [3] Matt. 33. 37. [4] Jerem. 8. 7.

Digitized by Google

recreándonos en ver la sagacidad que tienen en rendirla. Y hasta la abeja, que, como dice el Sabio [1], es pequeñita entre las aves, produce la miel, que es lo primero de la dulzura, para regalo de los hombres; y tambien la cera de que se hacen velas, y otras muchas cosas de gran provecho; por las cuales todas debemos dar grandes gracias á nuestro Criador y bienhechor, reconociendo en las aves domésticas, y en las bravas, y en los huevos, cañones y plumas, y en todos sus despojos, la providencia paternal de Dios que tantos regalos y entretenimientos crió para sus hijos. O Padre dulcísimo y amorosísimo, que retrataste tu caridad y misericordia, y tu admirable y gran providencia en las aves que criaste en este dia, muéstrala conmigo liberalmente en hacerme cuidadoso de servirte, como tú lo fuiste de regalarme. Sean las aves mis maestras, para aprender de ellas á madrugar, y cantar tus alabanzas: séanme motivos de virtud para volar en tu servicio, renunciando el regalo demasiado del cuerpo, por el que de esto recibiré dentro de mi espíritu. Amen.

Punto tercero.— Lo tercero, se ha de considerar, como Dios nuestro Señor viendo todo lo que habia hecho en este dia, lo dió por bueno, porque todo era muy perfecto y conveniente para el fin que lo ordenaba.

Y en particular se ha de ponderar, como fué muy conveniente en un mismo dia, adornar el agua y aire, que simbolizan mucho entre sí, y están muy hermanados, especialmente el agua terrestre, y la region del aire cercana, en que andan los vapores y aguas de las nubes, para significar el gusto que recibe nuestro Señor en premiar á los que se hermanan y ayudan unos á otros, pareándolos en los favores, como ellos se parean y andan en caridad. Pero levantando mas el espíritu, ponderaré lo que dice la Iglesia en el himno de las vísperas de esta feria quinta, que de las cosas que hizo

[1] Eccles. 11. 3.

Digitized by Google

Dios del agua, *partim relinquis gurgiti, partem levas in aera,* una parte hundes en la mar, y otra parte levantas en el aire, significando, que los que son engendrados por el agua del bautismo, se parten en dos modos de vida: unos son seglares, y otros religiosos: unos siguen la vida activa, figurados por los peces, porque en la mar de este mundo se ocupan en obras de virtud, mezcladas con negocios y cuidados del siglo: otros escogen la vida contemplativa, figurados por las aves, porque con las alas de la contemplacion, vuelan de lo terreno á lo celestial, y tienen su conversacion en los cielos.

Los primeros tienen la parte de Marta, de quien dijo Cristo nuestro Señor [1], que andaba solícita y turbada en muchas cosas, porque viven en el mar tempestuoso y turbado del mundo, donde hay muchas cosas que turban y amargan nuestras almas. Los segundos, escogen como María su hermana la mejor parte, gozando de la quietud que tiene quien se levanta sobre lo terreno, y sobre sí mismo á juntarse en union con Dios, que es el uno necesario á quien se ha de ordenar todo lo demás, como en su lugar se dijo. Unos y otros son buenos, porque ambos estados hizo Dios, y los santificó con el agua del bautismo, y los lava con el agua de penitencia y lágrimas. Y así de ambos se entiende lo que dice la Escritura [2]: Vió Dios lo que habia hecho, y era bueno; pero en diferente manera, porque como los peces se hicieron de las aguas terrestres, que en el mar son amargas, así los ejercicios de penitencia y lágrimas de los seglares, y de los activos, van mezcladas con dolor y amargura de corazon, por las culpas en que han caido y caen por su flaqueza; pero las lágrimas de los contemplativos son aguas dulces y delicadas, como vapores del cielo, de que fueron hechas las aves, porque son lágrimas de amor y devocion, con deseos y suspiros de unirse con Dios.

[1] Lucæ 10. 41. [2] En la Introduc. de la 3. p. y de la 5.

Digitized by Google

Demás de esto, aunque en un dia se hicieron peces y aves, primero se hace mencion de la formacion de los peces, que son mas imperfectos, y despues de las aves que tienen mayor perfeccion en su ser natural, porque nuestro Señor de lo imperfecto vá subiendo á lo perfecto, para significar, que la vida activa es primero que la contemplativa, y primero nos hemos de ejercitar en llorar con amargura nuestros pecados, que subamos á la dulzura de la contemplacion, así como Lia fué primero que Raquel, y Jacob primero se desposó con la primera, y despues con la segunda: porque de la vida activa, que es imperfecta, se sube á la contemplativa que es mejor.

Finalmente, echó Dios su bendicion á los peces y á las aves, dándoles virtud de multiplicarse, para significar que echa su copiosa bendicion á estos dos géneros de justos, para que multipliquen y engendren muchedumbre de buenas obras, que son frutos de su vientre, y tambien engendren hijos espirituales, ganando almas para Dios. Y como cada uno engendra su semejante, cada uno inclina al otro á sus ejercicios de virtud. Aunque los peces son mas fecundos que las aves, para significar, que la vida activa es como Lia, mas fecunda que Raquel, y engendra mas hijos espirituales para Cristo que la contemplativa, lo cual se entiende de la vida activa perfecta, que tambien dá parte á la contemplacion, y de ella saca lo que ha de enseñar y predicar á otros, pero tambien la contemplativa es fecunda como las aves, y engendra hijos, aunque pocos, pero perfectos como los de Raquel.

Considerando estas cosas, he de animarme á los ejercicios de estas dos vidas, hermanándolos y juntándolos en un mismo dia, como juntó Dios la creacion de estas dos cosas, suplicándole me dé gracia y ayuda para ello. O Criador de todas las cosas, que en este dia quinto criaste las criaturas que representan estas dos vidas,

Digitized by Google

ra dar vida y sustento á los hombres, suplícote que cada dia des á mi alma pasto de accion y de contemplacion para conservar y sustentar su vida, hasta que por tu misericordia alcance la eterna, en la cual te alabe y glorifique por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL SEXTO DIA.

Produzca la tierra vivientes de varias especies, jumentos, serpientes y bestias; é hízose así, etc[1].

PUNTO PRIMERO. — Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor el sexto dia quiso adornar la tierra con darla moradores que habitasen en ella: esto es, animales de varias especies, jumentos, serpientes, y bestias, en lo cual descubrió su omnipotencia, haciendo en un momento tanta muchedumbre de animales en diversas partes de la tierra, en cada una los que allí se podian conservar, dando la tierra materia de que se hiciesen, y obedeciendo al divino imperio sin resistencia, sacando de esta ponderacion los afectos que arriba se han tocado.

Luego ponderaré la muchedumbre y variedad de animales que Dios crió, los cuales reduce aquí la Escritura á tres géneros, unos que llama jumentos, que son los animales domésticos, y se llaman así, porque ayudan al hombre. Otros que arrastran por la tierra, y con nombre general llamamos serpientes. Otros que llama bestias, que son los animales del campo y las fieras. Y en cada género de estos hizo varias especies, con maravillosas figuras, propiedades é inclinaciones, y á todos provee de mantenimiento conveniente, con admirable providencia, dándoles instrumentos para procurarlo. Y juntamente les dá armas defensivas y ofensivas, y astucias grandes para defenderse unos de otros, y para

[1] Genes. 1. 24. D. Th. 2. p. quæst. 72.

Digitized by Google

salir con sus intentos. De todo lo cual se precia Dios hablando con Job [1], contándole en cuatro capítulos maravillosas propiedades que dió á estos animales, y la providencia que tiene con ellos; y por todas he de darle gracias, confiando, que quien tal providencia tiene de los animales, mucho mayor la tendrá de los hombres, como despues verémos.

Lo tercero, ponderaré el grande beneficio que nos hizo Dios en la creacion de estos animales, porque unos nos sustentan con sus carnes regaladamente: otros nos visten con sus lanas, y nos calzan con sus cueros; y hasta los gusanillos nos hacen la seda con que nos adornamos: otros nos ayudan en los caminos, y en llevar las cargas, guardan nuestras casas, y defienden nuestras personas: otros nos recrean, y honran con su generosidad, y nos sirven en la paz y en la guerra: otros nos enseñan con sus astucias y sagacidades; y hasta la hormiga es maestra de los perezosos [2], y á ella les envia el Espíritu santo para que aprendan á huir de su pereza. Finalmente, los provechos son tantos, que no se pueden contar: pero cada dia los experimentamos, y por cada experiencia habíamos de alabar á Dios, y dar innumerables gracias al Criador por dos títulos. El uno, por el bien que hace á estas criaturas, sin conocer ellas de donde les viene, supliendo yo su ignorancia con mi ciencia, y dándole las gracias que ellas no saben darle: el otro, por el bien que á mí me hace por medio de estos animales, pues todo lo que ellos tienen es para mí, y mas me sirve á mí, que á ellos. O Dios liberalísimo, que nos diste tantas ayudas para pasar esta vida con alivio, ayúdanos con tu gracia, para que de tal manera pasemos por estos bienes temporales, que no perdamos los eternos. Amen.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar, como mirando nuestro Señor esta obra, vió que era bue-

[1] A. c. 38. usque ad 41. [2] Prov. 6. 6.

Digitized by Google

na, aprobando los tres géneros de animales que habia hecho, no solamente los domésticos y mansos, sino las serpientes y las fieras, sin embargo de que las serpientes son ponzoñosas, y las fieras hacen grandes daños á los hombres, por las razones que arriba se apuntaron [1]: En especial, porque la divina Providencia quiso aquí mostrar su misericordia y su justicia. La misericordia, en que crió estas fieras y serpientes con tal sujecion al hombre, que si él no pecara, no le pudieran dañar. La justicia, en que las toma por instrumento para corregir al que peca, á fin de que se enmiende, y si no quiere enmendarse, para castigarle por su pecado; y tambien para que los justos glorifiquen á Dios, viendo el cuidado con que les defiende, si no es cuando para su mayor bien permite que sean molestados de ellas. Lo cual ponderó el Sabio, diciendo: La criatura sirviendo á tí su hacedor, se embravece, para dar tormento á los malos, y se amansa, para hacer bien á los que confian en tí. O Dios eterno, por cuya providencia todas las criaturas sirven, *omnium nutrici gratiæ tuæ* [2], á tu gracia, conservadora de todas las cosas, y obedecen á tus preceptos, para conservar sin daño á tus escogidos: tómame debajo de tu amparo y proteccion, ayudándome á que te sirva y obedezca, porque siendo las criaturas tan obedientes á tu voluntad, no me dañarán, si yo tambien me rindo á ella.

Lo segundo, se ha de ponderar, como tambien estos animales se llaman buenos, porque nos dan ocasion de ejercitar virtudes y huir de vicios, y despiertan el temor de Dios, y la confianza en su misericordia; y con sus inclinaciones nos avisan de lo que debemos hacer. Y así Cristo nuestro Señor nos dice, que seamos prudentes como las serpientes. De donde sacaré un modo de aprovecharme de estas criaturas en la meditacion, porque en ellas hay algo bueno y provechoso que imi-

[1] En la med. 23. punt. 5. [2] Sap. 16. 25.

Digitized by Google

tar por la parte que son perfectas en su género; pero hay algo imperfecto que huir, por la parte que son imperfectas, comparadas con el hombre. Del jumento tomaré la sujecion y obediencia á Dios, y á las cargas de su ley, con rendimiento de juicio, diciendo como David [1]: *Ut jumentum factus sum apud te.* Híceme como jumento delante de tí [2], pero huiré de la ignorancia y brutalidad que tiene, porque no se diga de mí, que el hombre no entendió el estado de honra en que estaba, fué comparado á los jumentos necios, é hízose semejante á ellos. O Dios eterno, no permitas que los hombres capaces de razon [3], se hagan como el caballo y mulo, que no tiene entendimiento, enfrena el furor de sus pasiones con el freno de tu temor, para que conservando la dignidad de hombres, imiten lo bueno que tú pusiste en las bestias, dejando todo lo que es malo. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar la causa porque Dios nuestro Señor no bendijo á los animales de la tierra, como bendijo el dia quinto á los peces y aves, diciéndoles: Creced, y multiplicad, pues sin duda tuvo misterio. Y aunque la causa fué porque en este mismo dia, poco despues habia de echar esta bendicion al hombre, y en él la echaba virtualmente á los demás animales, con los cuales convenia en la naturaleza corpórea y sensitiva, y en el lugar de su habitacion. Pero subiendo de esta causa literal á la mística, quiso nuestro Señor, que estuviese como suspensa la bendicion de estos animales, para que entendiésemos que su bendicion ó maldicion, su multiplicacion ó diminucion, dependia de los méritos de los hombres, para quien los habia criado, porque en premio de los justos que le sirviesen fielmente, promete la bendicion y multiplicacion de los animales provechosos para el hombre. Y así dijo á los israelitas [4], que si le fuesen obedientes, serian benditos los frutos de su vientre, de sus tierras, y de sus ju-

[1] Psal. 72. 23. [2] Psal. 48. 13. [3] Psal. 31. 9. [4] Deut. 28. 1.

Digitized by Google

mentos y ganados, vacas y ovejas; y al contrario, en castigo de sus pecados, les amenaza con la maldicion de estos animales, diciendo que serian estériles y que se los quitaria y destruiria. Y por la misma causa multiplicaria los animales ponzoñosos y fieros; lo cual no es bendicion, sino maldicion para los hombres, en castigo de sus maldades, por las cuales se multiplican las serpientes, langostas, leones, y otras bestias, como consta por las plagas de Egipto [1], y otros castigos que cuenta la Escritura. De donde sacaré deseos de servir á un Señor de quien proceden tales bendiciones, y temor de ofenderle, pues de su ofensa proceden tales maldiciones. O Padre misericordiosísimo, de quien proceden todas las bendiciones del cielo y de la tierra, concede á los fieles de tu Iglesia que te sirvan con tanta fidelidad, que merezcan como otro Jacob, la bendicion conveniente de los bienes temporales, y mucho mas copiosa de los eternos.

De aquí subiré á ponderar, como las pasiones bestiales de nuestra carne se multiplican y crecen en castigo de la rebeldía de nuestra voluntad contra Dios; y al contrario, se disminuyen en premio de la sujecion y conformidad de nuestra voluntad con la divina. Por la cual se nos sujetan y hacen pacíficas; pero estas mismas reducidas á órden, se multiplican y crecen por bendicion de Dios, ayudando los afectos de los apetitos sensitivos á la voluntad, para que carne [2], corazon, y espíritu se alegren en Dios vivo, y vayan viento en popa en su servicio. O Amado de mi corazon, deseo que mi alma esté sedienta de tí [3], y mi carne en muchas maneras tenga sed de tu servicio. Derrama sobre ellas tu bendicion, para que mi carne multiplique los afectos que te agradan, y mi alma se ayude de ellos, para servirte con mas fervor, por todos los siglos. Amen.

[1] Deut. 15. 18. [2] Psal. 83. 3. [3] Psal. 62. 2.

Digitized by Google

MEDITACION XXV.

DE LA CREACION DEL HOMBRE EN EL SEXTO DIA.

Dijo Dios: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza, y presida á los peces del mar, á las aves del cielo, y á las bestias, y á toda la tierra, y á cuanto se mueve en ella [1].

PUNTO PRIMERO. — Lo primero se ha de ponderar, como en habiendo nuestro Señor hecho los animales terrestres, en el mismo sexto dia, quiso hacer tambien al hombre, ponderando tres cosas señaladas que hubo en esto. La primera, que con particular misterio no quiso dedicar un dia entero á sola la creacion del hombre, como le dedicó á la formacion de la luz, sino erióle en el mismo dia sexto en que crió los animales terrestres, porque convenia con ellos en la parte del cuerpo y naturaleza sensitiva, y para que se fundase en humildad, reconociendo la bajeza que por esta parte tiene; porque como le habia de levantar á grandes excelencias; era conveniente mezclarlas con alguna bajeza, porque no se engriese. Y este estilo guardó siempre nuestro Señor, mezclando algo que humilla, con algo que ensalza, para que nos fundemos en humildad, sin la cual ninguna alteza es segura.

La segunda cosa es, que crió Dios al hombre despues de los animales, porque como en la creacion de los vivientes, comenzó por los mas imperfectos, y fué subiendo á los perfectos. Primero hizo las plantas, despues los peces, luego las aves, despues los animales de la tierra, y últimamente al hombre, que es mas perfecto. Así quiere que sus siervos procedan en sus obras, siempre subiendo de lo menos á lo mas: y cada dia crezcan en la perfeccion de ellas, haciéndolas el segundo dia con mas perfeccion que el primero: y en el tercero con

[1] Genes. 1. 26.

Digitized by Google

mayor perfeccion que el segundo, subiendo cada dia de virtud en virtud, hasta llegar á la cumbre de la perfeccion. Además, como cada dia de estos seis hizo nuestro Señor cosas nuevas, una mejor que otra, ó perfeccionaba de nuevo las que habia hecho antes [1], así desea que sus escogidos cada dia le canten cantares nuevos de alabanza y agradecimiento [2], y le hagan nuevos servicios con nuevo fervor, renovando su espíritu con novedad de sentimientos interiores de su grandeza y majestad. O alma mia, pues solamente estima Dios lo que es nueva criatura, procura ejercitar cada dia nuevas obras, atribuyéndolas [3], no á tí, sino al que las cria en tí, por los merecimientos de Jesucristo á quien debes la gloria de ellas.

La tercera cosa es, que crió Dios al hombre el último de todas las cosas, en quien se remataron las obras de la creacion de estos seis dias, para que se entendiese, que el hombre era el fin de todas, y un breve mundo en quien todas estaban recopiladas, y que todo el edificio y ornato de este mundo visible, era para que fuese su casa y morada [4]. Lo cual con providencia paternal aparejó y proveyó primero que le criase, para que en siendo criado, luego pudiesen recrearse sus ojos con la hermosura de las cosas que veian, y los oidos, con las músicas y cantos de las aves que oian, y el gusto con el sabor de los manjares que estaban en la mesa que Dios le habia puesto; y así en lo demás. O Padre amorosísimo, si antes de criarme aparejaste tantos bienes en este mundo visible, donde mi morada ha de ser tan corta, cuántos mayores bienes me tendrás aparejados en el mundo invisible, donde mi morada ha de ser eterna? Gracias te doy, cuantas puedo, por los unos y los otros; y pues me aparejaste los primeros para que me ayudasen á granjear los segundos, concédeme que viva de tal manera en este mundo visible que.

[1] Eph. 5. 19. [2] Gal. 6. 15. [3] Eph. 2. 10. [4] D. Ambros. epist. 38. ad Honor.

Digitized by Google

criaste para mí, que suba despues al mundo invisible, donde para siempre goce de tí. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — Lo segundo se ha de considerar, el soberano consejo de la santísima Trinidad, en la creacion del hombre, el cual se descubre en aquellas primeras palabras: *Hagamos al hombre*. En las cuales se han de ponderar los grandes misterios que encierran. Porque lo primero, no dijo Dios lo que de las otras cosas: *Fiat homo, ó producat terra hominem*. Hágase el hombre, ó la tierra produzca al hombre; para significar la excelencia del hombre: el cuál por razon de su parte mas noble, que es el alma, no podia ser hecho de la tierra, ni agua, sino de solo Dios, criador del cielo y de la tierra; para que entendamos, que á él solo hemos de amar sobre todo como á único principio de nuestro ser, de quien todo nuestro bien procede; y á él solo hemos de servir, y pedirle que nos perfeccione diciéndole [1]: O Dios de las virtudes, mira la viña de mi alma, y perfecciona la que plantaste con tu poderosa diestra.

Lo segundo, dijo en número plural: *Hagamos al hombre á nuestra imágen*, para dar alguna noticia del misterio de la santísima Trinidad; y que todas tres Personas divinas concurrian á la creacion del hombre con mas especialidad que á las otras cosas, por comunicarle su imágen y semejanza. Y tambien para significar que las tres divinas Personas hacian esta obra con consejo, y consulta, y como exhortándose una á otra á la ejecucion de ella [2], porque tenian presente lo que habia de suceder; y echaban de ver cuán ingrato habia de ser el hombre á su Criador, quebrantando su ley, y cuán caro les habia de costar el remediarle por rigor de justicia: y cuán arduo era el santificarle, y hacerle conseguir el último fin para que le criaban. Pero sin embargo de estas dificultades, el Padre dijo á su Hijo, y am-

[1] Psal. 79. 15. [2] D. Gre. lib. 9. mor. c. 27.

Digitized by Google

bos al Espíritu santo, y todos tres con grande resolucion dicen: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza. O amabilísimo y misericordiosísimo Criador, qué te movió á criar una criatura que tan ingrata habia de ser á tu bondad? Porqué diste ser á quien tan mal le habia de emplear? Cómo criaste á tu imágen y semejanza al que con sus pecados la habia de afear? Fácil cosa te fué criarle; pero muy costoso de repararle, y con todo eso, con grande resolucion dices: Hagamos al hombre. O Amado de mi ánima, con qué te pagaré tan amorosa resolucion? Deseo yo, con tu ayuda hacer otra muy semejante á esta, determinándome á vencer cualquier dificultad valerosamente por servirte, pues tú te determinaste amorosamente á criarme.

De aquí tambien he de aprender, á imitacion del Criador, primero que comience cosas árduas y graves, consultarlas, y tomar consejo en ellas, mirando lo que pretendo hacer, para que no se me haga nuevo lo que sucediere, ni se arrepienta de ello, conforme á lo que dice el Sabio [1]; Hijo, ninguna cosa hagas sin consejo, y despues de hecha no te arrepentirás. Y el consejero principal ha de ser uno [2], que es el mismo Dios, trino y uno, siguiendo los consejos que nos ha dado en su ley [3]. Y finalmente, ponderaré como dijo Cristo nuestro Señor esta palabra: hagamos, para significar que criaba al hombre, con quien podia tener comunicacion y trato, por ser capaz de razon, y de su amistad, como si dijera: En todo lo visible que hemos criado no hay con quien podamos conversar. Hagamos al hombre, que es capaz de nuestra comunicacion. O Sabiduría eterna, cuyos deleites en la creacion del mundo fueron criar los hijos de los hombres, y estar con ellos; pues me criaste capaz de conversar contigo, cumple el fin de mi creacion, conversando familiarmente conmigo. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar,

[1] Eccl. 32. 24. [2] Eccl. 6. 6. [3] Ps. 118. 24.

Digitized by Google

como Dios trino y uno, crió al hombre á su imágen y semejanza, dándole un alma, en quien principalmente está esta imágen [1], semejante á sí mismo, en el supremo grado del ser intelectual, y en las mas excelentes perfecciones de la divinidad, que se pueden comunicar á las criaturas. Las cuales reducirémos á seis, ponderando en cada una la excelencia de este soberano beneficio.

La primera excelencia de nuestra alma, por la cual es imágen de Dios [2], ó imágen suya es, que así como Dios es espíritu puro, y por consiguiente invisible á los ojos de carne, é indivisible en el lugar donde está, porque en cualquier parte de él está todo con gran eminencia, conservándole, y dando ser, vida y movimiento á la casa donde está, del modo que es capaz de ella [3]: así nuestra alma es puro espíritu, y por consiguiente es invisible á los ojos corporales, sino es por los efectos que obra en el cuerpo; en el cual está indivisiblemente, porque toda está en los ojos, oidos, manos y en cada parte y miembro dando á cada uno el ser y el modo de vida ó movimiento y oficio que tiene. Y así en faltando este espíritu [4], todo esto falta en el cuerpo, y se convierte en polvo. Por todo lo cual es razon que nuestro espíritu, con todos los miembros donde está, glorifique á Dios haciendo de ellos lenguas para bendecirle. O Espíritu infinito, que criaste varios espíritus en el cielo y en la tierra, para ser adorado de ellos en espíritu y en verdad, porque tales adoradores pides tú por ser espíritu. Yo te adoro y glorifico, por el espíritu que me diste, y con él te deseo servir, y mortificar las obras de la carne, para que solamente viva para tí mi espíritu, y en él viva para siempre el tuyo.

La segunda excelencia es, que como Dios es inmortal, y aunque está en el mundo, no depende de él; y si el mundo dejase de ser, Dios permaneceria en sí mis-

[1] D. Thom. 1. p. q. 93. [2] 1. Cor. 11. 7. [3] D. Tho. 1. p. q. 75. art. 2. [4] Psal. 103, 29.

Digitized by Google

mo. Así nuestra alma es inmortal; y aunque está en este cuerpo mortal, no depende de él su ser [1]; y cuando el cuerpo muere, y se convierte en la tierra de donde fué formado, no muere el espíritu, sino permanece, y vá á Dios que le crió, para que le señale el lugar donde ha de vivir, conforme á sus merecimientos [2]. O Rey de los siglos, inmortal é invisible, que tienes á solas la inmortalidad por esencia: gracias te doy porque diste á mi alma la inmortalidad, por participacion dependiente de tu voluntad; sin la cual perderia su ser, y por la cual para siempre la tendrá. Suplícote, que cuando ella salga de este cuerpo mortal, como le diste la inmortalidad de la naturaleza, la des tambien la inmortalidad de la gracia, para que libre de la muerte inmortal del infierno, viva la vida inmortal del cielo, por todos los siglos. Amen.

La tercera excelencia del alma es, que con ser una, tiene tres nobles potencias, con tres suertes de actos nobilísimos; entendimiento, con que conoce las cosas, así corporales como espirituales, y discurre por todas las criaturas de tierra y cielo [3]: memoria, con que se acuerda de las cosas que ha entendido, y las pasadas tiene como presentes: voluntad, con que quiere, ama, ó aborrece lo que ha conocido. De donde procede, que no solamente tiene en sí la imágen de la divinidad, sino tambien de la santísima Trinidad, porque como el Padre eterno conociéndose produce al Verbo, que es su Hijo, y los dos amándose, producen el amor, que es el Espíritu santo: así nuestra alma con sus potencias puede mirar á Dios, y con el entendimiento produce dentro de sí un verbo y concepto semejante á lo que es Dios. Y con la voluntad produce otro amor santo de Dios que la haga santa: y en esto, como dice santo Tomás [4], está principalmente la excelencia de ser nuestra alma imágen de la santa Trinidad.

[1] D. Thom. 1. p. q. 75. art. 6. [2] Eccles. 12. 7. Tim. 1. 17. et 6. 16. [3] D. Th. 1. p. q. 93. art. 5. [4] Art. 7. et 8.

Digitized by Google

La cuarta excelencia, que nace de la pasada, es, tener un libre albedrío [1], á semejanza del divino; tan generoso para querer, é no querer lo que le dá gusto, que no es posible forzarla contra su inclinacion, ni otro hombre, ni ángel puede necesitarla, porque solamente está sujeta á su Criador [2]: el cual dejó al hombre en la mano de su consejo, y en su voluntad puso la vida, y la muerte, para que pudiese escoger lo que quisiese. O Criador omnipotente, que te precias de tener algunas criaturas libres, con la libertad que tú les das. Yo te vuelvo la que me has dado, deseando usar siempre de ella, para solo querer lo que tú quisieres, porque tanto mas perfecto será mi libre albedrío, cuanto mas conforme fuere con el tuyo.

La quinta excelencia del alma, que nace de las dos precedentes, es ser capaz de la sabiduría y ciencia de virtud y gracia, de bienaventuranza y gloria, y de todos los dones naturales y sobrenaturales, que en razon de esto la puede Dios dar [3], con una capacidad tan infinita que solo él puede hartarla: y mientras no vé, y posee á Dios, no es posible estar del todo harta. En lo cual resplandece grandemente la imágen de Dios, pues como Dios no se puede llenar sino es consigo mismo, así la capacidad y deseo del alma no se puede llenar sino es con Dios. O Dios infinito, pues me distes infinita capacidad, no permitas que siempre esté vacía: Y pues en tí solo están todos los bienes, lléname de tí, porque tú solo bastas para mí.

La sexta excelencia es, que como Dios es supremo Señor de todas las cosas, y las encierra en sí con eminencia, y tiene mando y potestad sobre ellas, y es el fin último á que se ordenan [4]; así el hombre, por razon de su alma principalmente, es superior á todas las cosas

[1] Ibid. 1. p. q. 83. et 1. 2. q. 6. art. 4. et q. 9. art. 6. [2] Eccles. 15. 14. Deut. 30. 15. [3] D. Th. 1. p. q. 88. et 89. et p. 2. q. 2. art. 8. [4] D. Th. 1. p. q. 96. art. 2.

Digitized by Google

visibles y corporales: y hasta los mismos cielos y estrellas, como arriba se dijo, le son inferiores, y se ocupan en su servicio. En sí encierra los grados de todas las cosas, de los cuerpos, plantas, animales, y ángeles: y como mundo abreviado abraza lo que hay en este mundo extendido, y preside con gran potestad á todo lo que hay en la tierra, como se verá en el quinto punto.

De estas seis consideraciones se sigue, que el ser hecho á imágen de Dios, es excelencia singular, y propia de solo el hombre entre las criaturas corporales [1]: las cuales no son mas que un rasguño, y pisada, ó huella de la grandeza de Dios, y de su Trinidad. Y así tengo de alentar á mi alma, para que conociendo su nobleza y generosidad, no desdiga de ella, sino que toda se entregue á Dios, trayendo á la memoria lo que Cristo nuestro Señor dijo; á los que le preguntaron si era lícito pagar el tributo á César: y mostrándole una moneda, les dijo [2]: *Cuya es esta imágen? Respondieron ellos: de César: Pues dad, dice, á César, lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.* Como quien dice: Pues con la imágen de este dinero de que usais, protestais que sois vasallos de César, pagadle lo que le debeis por este vasallaje pues es suyo. Y tambien pagad á Dios lo que debeis á Dios. O alma mia, entra en cuenta y razon contigo, y pregunta á tí misma, cuya es esta imágen que está dentro de tí, y en tí? Por ventura es imágen de César, ó de mundo, y carne, ó de alguna cosa criada, mayor ó menor que tú? Reconoce tu grandeza, porque no es imágen, sino del mismo Dios, que por su infinita liberalidad te crió á imágen suya. Dá pues á Dios lo que es de Dios, reconoce por esta imágen, el vasallaje que le debes: págale el tributo que te ha puesto. Y pues que tú eres la moneda de este tribu-

[1] Ibid. 1. p. q. 45. art. 7. et q. 93. art. 2. [2] Matt. 22. 20. Marc. 12. 16. Lucæ 20. 24.

Digitized by Google

to, en que está la imágen de tu Rey, dáte toda á su servicio, porque toda te debes á quien te dió lo que eres.

De esta misma forma puedo discurrir por las seis excelencias dichas, en que está la razon de imágen, preguntándome á mí mismo: Tu espíritu cuya imágen es? Si es imágen del espíritu de Dios, dale todo á Dios, y hazte un espíritu con él. Tu alma con tus tres potencias, cuya imágen es? Si es imágen de la santísima Trinidad, dá á la Trinidad lo que es de la Trinidad, sirviendo con ellas al que es trino y uno, por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto. — Lo cuarto, se ha de considerar, como Dios nuestro Señor no solamente crió al hombre á su imágen, sino tambien á su semejanza, de modo que la imágen fuese muy perfecta y semejante al ejemplar de donde se sacó [1]: y así no contento con haberle criado á su imágen, segun la naturaleza, al modo dicho, crió tambien á Adan á su semejanza, segun el ser de la gracia y justicia original; por lo cual dijo el Sabio, que Dios crió al hombre con rectitud, porque las obras de Dios son perfectas, y nunca vanas ni vacías de la perfeccion que pueden por entonces tener, conforme al fin para que las crja [2]. Y como Adan, por ser hecho á imágen de Dios, era capaz de su gracia y amistad, quiso criarle con esta perfeccion, comenzando á llenar este vacío y capacidad que tenia para los dones sobrenaturales.

De aquí tambien procedió, que la semejanza en el ser de la gracia que Dios dió á Adan, fué muy perfecta [3], porque no solamente santificó al alma, y la rectificó y conformó con Dios, sino que tambien la dió pleno dominio y señorío sobre sus pasiones, de modo que con su libre voluntad mandase los apetitos, y ellos hiciesen sus actos con la duracion é intension que ella quisiese, sin que jamás se rebelasen contra la razon, ni tuviesen

[1] D. Th. 1. p. q 93. art. 9. D. Basil. Ambr. et alii. [2] 1. p. q. 95. art. 1. Eccles. 7. 30. [3] Q. 95. art. 2. et 3.

Digitized by Google

guerra con ella, como ahora la hay entre la carne[1] y el espíritu; y á semejanza de Dios, tenia paz en su reino interior, sin que hubiese dentro de él quien resistiese á su libre voluntad. Y de aquí tambien resultó, que la imágen y semejanza de Dios que principalmente está en el alma, se derivase al cuerpo, no solamente por la rectitud que tiene andando derecho y levantado al cielo, sino por la participacion de la inmortalidad, que le comunicaba el alma, en cuya potestad estaba que nunca muriese, como no muriera sino pecara[2].

De este modo crió Dios á Adan y Eva á su imágen y semejanza, y aunque ellos solos gozaron de este último bien sobrenatural, porque le perdieron por su culpa, para sí y para sus hijos; pero la voluntad de Dios fué dársela á él y á todos sus descendientes, si fuera obediente á sus mandamientos; y por esta voluntad tengo de darle muchas gracias, y tomar á mi cuenta estos tres bienes que Dios hizo á nuestros primeros padres, como si me los hubiera hecho á mí, suplicándole, que pues ya perdí esta semejanza, sea servido de repararla con su gracia. O Verbo divino[3], imágen invisible del eterno Padre, que veniste al mundo para remediar los daños del hombre que criaste á tu imágen, y reparar la semejanza en el ser de gracia que perdió para todos por su culpa; mira con ojos de misericordia mi pobre alma, reconoce la imágen que hiciste, aunque afeada con lo que yo hice; y pues yo la quité el lustre de la gracia que me diste en el bautismo, restitúyemele con la penitencia, borrando el mal que yo hice, para que tenga su resplandor la imágen que tú hiciste. O Padre de las misericordias[4], que predestinaste á tus escogidos, para que fuesen conformes á la imágen de tu Hijo, confórmame con ella en la santidad, para que alcance la perfecta semejanza de su gloria. Amen[5].

Punto quinto. — Lo quinto, se ha de considerar co-

[1] Gal. 5. 17. [2] 1. p. q. 76. art. 1. [3] Col. 1. 15. [4] Ro. 8. 29. [5] 1. Joan. 3. 2

mo Dios nuestro Señor hizo tambien al hombre, *para que presidiese á los peces del mar, y á las aves del cielo, á las bestias, y á toda la tierra, y á todo lo que arrastra por ella*[1].

En lo cual se ha de ponderar. Lo primero, la excelencia del hombre, por razon de ser hecho á imágen de Dios, de donde procede, que como Dios es supremo Señor de todas las criaturas, así el hombre le sea semejante en ser superior á todas las criaturas de la tierra, con entero dominio de ellas, para servirse de todas, y poderlas sin injuria matar para su recreacion, ó para su sustento. Por lo cual, admirándome de la infinita liberalidad de Dios para con nosotros, diré con David: Quién es el hombre, para que te acuerdes de él? ó el hijo del hombre para que le visites[2]? Hicístele un poco menor que á los ángeles, coronástele de honra y gloria, y constituístele sobre las obras de tus manos; pusiste todas las cosas debajo de sus piés; las ovejas, y las vacas, y todo el ganado del campo; las aves del cielo, y los peces que nadan por el mar. O Señor y Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la redondez de la tierra! Admirable es, porque siendo quien eres te acuerdas de una cosa tan baja como es el hombre; y tambien es admirable, porque le has coronado de tanta honra y gloria, que le has hecho á tu imágen y semejanza; y no menos admirable, porque le has dado poder y señorío sobre las obras que tú hiciste por tus manos. Y pues tanto bien me has hecho, justo es que predique tu admirable nombre por toda la tierra, con deseo de que todos le veneren con suma honra.

Lo segundo, se ha de ponderar la providencia de Dios nuestro Señor, así con los animales, como con los hombres en este caso, porque viendo su Majestad, que todas las cosas que habia criado en la tierra, por carecer

[1] D. Th. 2. p. q. 96. art. 1. [2] Psal. 8. 5.

Digitized by Google

de razon, tenian necesidad de quien las gobernase; crió al hombre á su imágen y semejanza, para que presidiese sobre ellas, proveyendo tambien con esto al mismo hombre del alivio y regalo que habia menester para pasar su vida, como se vé al ojo, que pastoreando el hombre á sus ovejas, hace bien á ellas y á sí. Y á esta causa[1], estando Adan en el paraiso le llevó todas las aves y animales de la tierra á su presencia, para que él los conociese y pusiese nombre, y tomase posesion de su dominio, y todos le reconociesen á su modo por señor, sujetándosele serpientes y fieras, como los mansos corderos. Y este favor no era para él solo, sino para sus descendientes[2]: y así despues que crió á Adan y Eva, les dijo: *Creced y multiplicad, y llenad la tierra, sujetadla, y señoreaos de los peces, aves y animales.* Y por consiguiente á mí tambien se hizo este favor, y gozara de él si Adan no pecara.

Pero aun despues del pecado resplandece esta misericordia y providencia de Dios, con el hombre; porque, como consta de lo que dijo á Noé, le dejó el pleno dominio, y usó de todos los animales que le podian ser de provecho; y tambien preside sobre los peces, serpientes y fieras, porque con su industria y maña, pesca y sujeta no solamente los peces menores sino las ballenas, y caza toda suerte de aves y animales, por bravos que sean; doma las serpientes y las fieras, como dice el apóstol Santiago[3]. De donde sacaré motivos de alabanza y agradecimiento á nuestro Señor por este beneficio, mostrando el agradecimiento en presidir y domar los apetitos bestiales de mi carne, que son figurados por estos cuatro géneros de animales que Dios nos sujetó, mortificando las pasiones de la sensualidad carnal, figurados por los peces: las pasiones de soberbia y ambicion, figuradas por las aves: las pasiones de codicia de bienes terrenos, figuradas por las serpien-

[1] Genes. 2. 19. [2] Genes. 1. 28. [3] Jacob. 3. 7.

Digitized by Google

tes: y las pasiones de ira y venganza, figuradas por las fieras. O Dios omnipotente, que diste al hombre dominio y maña para domar estas cuatro suertes de animales, dame tu copiosa gracia, para que dome las pasiones que son figuradas por ellos. Ninguno de los mortales puede por sí mismo domar la lengua[1], porque todas cuatro pasiones se juntan á embravecerla, pero con tu gracia será fácil lo que á nosotros es difícil: dómala tú, Señor, con tu omnipotencia, para que de hoy mas no se ocupe en otra cosa, que en cantar tus alabanzas por tus innumerables beneficios, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVI.

DEL MODO COMO DIOS FORMÓ EL CUERPO DEL HOMBRE, Y LE INFUNDIÓ EL ALMA, Y FORMÓ Á EVA.

Hizo Dios al hombre del lodo de la tierra, é inspiró en su rostro un soplo de vida, y quedó el hombre con ánima viviente, etc.[2].

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como Dios nuestro Señor quiso que se contase distintamente la formacion del cuerpo y del alma de Adan[3], y primero la del cuerpo que es menos noble, para que se entendiese que el cuerpo y alma del hombre, no eran como las de los otros animales, cuyos cuerpos y almas fueron hechos de la tierra, sino que el cuerpo solo se hizo de la tierra, y el alma vino de fuera; y en esta fe fundarémos nuestra vida, tratando al cuerpo como merece, y dándole su lugar, de modo que no se anteponga, ni iguale con el alma[4]. Y aun algunos santos Padres afirman, que hizo Dios el cuerpo de Adan un poco de tiempo primero que el alma, para que mejor se co-

[1] Jacob. 3. 8. [2] Genes. 2. 7. [3] D. Th. 1. p. q. 91. art. 1. [4] Habetur. 4. Esdræ. c. 3. tenent. gen. D. Crysost. Tostat. et alli in Gen. cap. 2. contra D. Th. q. 90. art. 4. ad 3.

Digitized by Google

nociese lo que tenia el cuerpo de suyo, y la necesidad que tenia del alma, y el bien que por ella le venia; pero bástanos para esto imaginarle sin alma, como ahora está un cuerpo muerto. Y en este retrato podemos contemplar lo que debemos, á quien nos dá el alma con que vivimos.

Luego ponderaré como Dios nuestro Señor, con altísima sabiduría, no quiso criar de nada el cuerpo de Adan, sino hacerle de tierra, y del polvo de la tierra, mezclado con agua, como el ollero hace el barro, y de él forma los vasos, para que el hombre se fundase en profunda humildad, viendo su vil orígen de esta parte, y conociendo la fragilidad de su naturaleza, y por consiguiente la mortalidad que de tal principio le viene.

Con esta consideracion, unas veces para reprimir mi orgullo, diré aquello del Eclesiástico[1]: *Quid superbit terra, et cinis?* De qué se ensoberbece la tierra y ceniza? O soberbio y presuntuoso, de qué presumes? Por ventura de la tierra y polvo que lleva el viento? Humíllate hasta la tierra, pues eres tierra.

Otras veces, para reprimir las quejas que se me levantan en el corazon contra los juicios de Dios, porque no me dá las cosas que deseo, diré aquello de san Pablo[2]: O hombre, tú quién eres, para andar en quejas con Dios? Por ventura puede decir el vaso de barro al ollero, porqué me hiciste así? No tiene el ollero potestad de hacér de un mismo barro un vaso de honra, y otro de ignominia? *Væ qui contradicit Fictori suo testa de lamiis terræ*[3]! Ay del que contradice á su Hacedor, siendo vaso hecho de tierra! O alma mia, rindete á tu Hacedor, pues no te hace agravio en hacer de tí lo que quisiere, y siendo justo, no hará cosa contra tu provecho, si tú no te apartas de su servicio.

Otras veces para alentarme á confianza en Dios, que me hizo de barro, diré aquello del profeta Isaías[4]: Tú

[1] Eccles. 10. 9. [2] Rom. 9. 20. [3] Isai. 45. 9. [4] Isai. 64. 8.

Digitized by Google

eres nuestro Padre, y nosotros barro; tú nuestro formador, y nosotros obra de tus manos; no quiebres, Señor, el vaso que hiciste, pues no le hiciste para quebrarle con rigor, sino para servirte de él con entereza.

Otras veces para resignarme con gozo en las manos de Dios, y darle la gloria de todo lo bueno que en mí hay, me acordaré de lo que dijo por Jeremías[1]: *Sicut lutum in manu figuli, ita vos in manu mea.* Como el barro está en manos del ollero, así estais vosotros en las mias. O Criador piadosísimo, gózome de estar en tus benditas manos, porque todo me será dulce cuanto saliere de ellas. Gózome de que hayas puesto en vasos de barro los tesoros de tu gracia[2], para que no sea nuestra, sino tuya la gloria de ellos.

Finalmente, para huir todos los pecados, me acordaré que ellos deshacen esta obra de barro, y la convierten en el polvo de que fué hecha, conforme á la sentencia que dió nuestro Señor contra Adan, diciéndole[3], que se convertiria en tierra, de donde fué formado: *Quia pulvis es, et in pulverem reverteris*[4]. Eres polvo, y serás tornado en polvo; como quien dice: Por esto te hice de la tierra, y del polvo, para que entendieses que sino guardabas mi ley, te convertirias en la tierra y polvo de que te hice, pues quien no estima al que le sacó del lodo, justo es que se vuelva al lodo de donde le sacó. O Padre amantísimo, que con tanta providencia formaste mi cuerpo de la tierra, concédeme que tome los avisos que con este hecho me diste, para que cuando mi cuerpo se vuelva en tierra, suba mi alma contigo al cielo. Amen.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar la omnipotencia de Dios, en haber hecho de materia tan vil y grosera, una cosa tan preciosa como el cuerpo del hombre, discurriendo por las excelencias de

[1] Jerem. 18. 6. [2] 2. Cor. 4. 7. [3] Genes. 3. 19. [4] En la medit. 11. de la 1. p. se dije de esto.

Digitized by Google

esta obra, reduciéndolas brevemente á cuatro.

La primera es, la muchedumbre de partes y miembros tan diferentes que tiene, las cuales se hicieron de un mismo lodo, y ahora se hacen de una misma materia, poco menos vil que el lodo, sino que ahora hácense poco á poco, y una despues de otra, entonces hízolas Dios en un momento todas juntas, con grande perfeccion: por lo cual daré gracias, admirándome de su omnipotencia, con aquellas palabras de David [1]: *Omnia ossa mea dicent: Domine quis similis tibi?* Todos mis huesos dirán: Señor, quién hay semejante á tí? O Dios poderosísimo, mis huesos, y mi carne, mis venas, y mis arterias, y todos los miembros de mi cuerpo, á voces están diciendo: quién hay semejante á tí en el poder? Quién sino tú pudiera hacer en el vientre de una mujer cuerpo lleno de tantos huesos? O alma mia, oye las palabras de aquella excelente matrona que decia á sus hijos los Macabeos [2]: No os dí yo el espíritu, ni la vida, ni yo sola formé los miembros de vuestro cuerpo, con la trabazon que tienen, sino el Criador del mundo, que formó la vida del hombre, y dió principio á todas las cosas [3]. O si todos mis huesos fuesen descoyuntados, y martirizados como los de estos santos Macabeos, en gloria y honra del que me los dió!

La segunda excelencia es, la hermosura, grandeza y delicadeza de este cuerpo, con ser hecha de una cosa tan fea y grosera, y tan pequeña como un poco de lodo. Y lo que admira es, que tardando ahora treinta años en tener su debida grandeza y hermosura, en Adan la tuvo en un momento, haciéndole Dios en estado de varon perfecto, para que se vea que de cosas bajas puede sacar cosas muy altas; y lo que por curso natural pide tiempo de muchos años, lo puede hacer en un instante.

La tercera excelencia es, la figura tan noble [4] y de-

[1] Psal. 34. 10. [2] 2. Mach. 7. 22. [3] Eccles. 11. 5. [4] D. Tho. q. 93. art. 3.

Digitized by Google

recha que tiene, andando todos los demás animales los cuerpos inclinados á la tierra, para que entendiésemos que aunque fuimos hechos de tierra, nuestro fin no es cosa de la tierra, sino del cielo, enderezando allá la vista y el corazon. O alma mia, avergüénzate de andar inclinada con tus aficiones á la tierra, estando en cuerpo derecho y levantado al cielo. O Salvador mio, que desataste á la hija de Abrahan [1], que anduvo diez y ocho años inclinada á la tierra, sin poder mirar al cielo, desata esta alma, que tantos años ha traido atada Satanás, inclinándola á las cosas terrenas, para que de hoy mas respire, y se levante á mirar las celestiales.

La cuarta excelencia es, la perfeccion de todo cuanto ha menester, en órden al alma que le informa, supliendo el alma con la razon, las faltas que resultan de su delicada complexion; porque aunque otros animales nos exceden en la viveza de la vista y olfato, en la ligereza del movimiento, en nacer vestidos, y calzados, y armados con varias armas ofensivas; pero todo esto procede de la grosería y terrestridad grande de su complexion y naturaleza, y no se compadecia con la delicadeza de la nuestra: pero el alma con la luz de la razon y prudencia, aviva sus sentidos, y los perfecciona, viste y calza, y arma su cuerpo, mejor que los animales, acudiendo la divina Providencia á suplir la falta de todo esto, para que no falte á los hombres, lo que no falta á las bestias. Por todas estas cosas he de dar gracias al Criador, que con tanta suavidad trazó la fábrica de mi cuerpo, para ser morada de mi alma, alabándole porque me dió ojos para ver, párpados que los cubriesen, y cabeza levantada en alto, con cabellos que la adornasen, y así por todos los demás miembros del cuerpo.

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar [2], como Dios nuestro Señor crió de nada el alma del primer hombre, cuya creacion declara, diciendo: *inspiró*

[1] Lucæ 13. 16. [2] D. Th. 1. p. q. 90.

Digitized by Google

en su rostro un espíritu ó soplo de vida [1], para significar, que el alma y vida que le daba, no procedia de la tierra, de donde él fué formado, sino que le venia de fuera, por la omnipotencia del Criador, porque como el soplo procede del hombre, y es un aire que sale de lo interior por la boca, así nuestra alma procede de Dios, y sale de él con grande amor, como quien la saca de sus entrañas, y sale por su boca, esto es, por su imperio, queriendo que sea, sin haber quien le resista; y en esto se descubre su nobleza, y la semejanza con la divina Sabiduría, que como ella dice [2], procedió de la boca del Altísimo. O alma mia, obra eres de solo Dios, alaba y glorifica al que te dió el ser que tienes, con tanto amor. De Dios saliste, procura volver á Dios, y entrar dentro de su pecho, amando al que te amó con todo tu corazon.

Lo segundo se ha de ponderar, que llama Dios al alma, *spiraculum vitæ*, soplo, espíritu, ó respiracion, que dá vida á la cosa donde entra, para significar, que la vida del cuerpo, consiste en que Dios crie, y junte el alma con él, y en que siempre respire para conservarse; y por esto dice, que el soplo dió en el rostro de Adan, porque allí están los principales sentidos de la vida, la vista, oido, olfato, y gusto, y los sentidos interiores, y algunos instrumentos de la respiracion para conservar la vida. Y de aquí sacaré, que llamar Dios al alma respiracion de vida, es para provocarme á que cada vez que respiro me acuerde del Criador que me dió el alma, y del soberano beneficio que me hizo en dármela, creyendo, que como la vida del cuerpo está pendiente de la respiracion del alma, así la vida y ser de mi alma, está pendiente de la inspiracion y virtud de Dios: porque si él no la conserva, se volverá en nada, y así es justo algunas veces con cada respiracion, hacer algunos actos de amor, ó de alabanza, y agradecimiento por este beneficio, al modo que arriba se declaró.

[1] Genes. 2. 7. [2] Eccles. 24. 5.

Digitized by Google

De aquí subiré á ponderar el misterio de estas palabras, porque como el cuerpo sin el alma carece de vida natural, así el alma sin la gracia, carece de vida espiritual; y como Dios soplando en el cuerpo de Adan, le infundió un alma con que le dió vida natural, así tambien soplando con el soplo de su divina y eficaz inspiracion infunde en el alma un espíritu de gracia y caridad, con que la dá vida sobrenatural, y ambas vidas infundió nuestro Señor, juntamente al primer hombre cuando le crió. Y quizá por esto dice la Escritura, en la lengua original que inspiró en Adan, *spiraculum vitarum*, soplo de vidas, porque no solamente le dió el alma excelentísima, de quien procede la vida vegetativa, con que crece como las plantas, y sensitiva con que siente, como los animales, é intelectiva, con que entiende, como los ángeles, sino tambien le dió el Espíritu santo, de quien procede la virtud de la gloria, con los varios ejercicios de vida que hay en ella. Y en conformidad de esto, Cristo nuestro Señor con otro soplo dió á sus apóstoles el Espíritu santo [1], como en su lugar ponderamos [2]. O Padre eterno, que por boca de tu Hijo produces el soplo del Espíritu santo, con cuya presencia se vivifican las almas muertas por la culpa; renueva la mia con este divino soplo, visitándome á menudo con tus divinas inspiraciones, para que viva la vida nueva de tu gracia, y en ella permanezca hasta la vida eterna. Amen.

Punto cuarto. — Lo cuarto se ha de considerar, como Dios nuestro Señor, habiendo criado á Adan [3], poco despues le llevó al paraiso de deleites, que habia plantado el tercer dia para su morada [4], ponderando los sentimientos tiernos y devotos que por él pasaron, cuando conoció con la ciencia que Dios le habia dado, los beneficios que le habia hecho.

Lo primero, cuando en aquel primer instante abrió los ojos, y vió la hermosura de los cielos, con sus es-

[1] Joan. 20. 22. [2] 5. p. medit. 9. [3] Gen. 2. 8. [4] D. Th. 1. p. q. 102. ad 4.

Digitized by Google

trellas y planetas, y la belleza de la tierra, con sus árboles y plantas, y las aves y animales que andaban por ella, quedaria como suspenso con la novedad de cosas tan admirables, al modo que un hombre que desde que nació hubiese estado encerrado en un sótano, si al cabo de treinta años saliese de su encerramiento, y viese lo que hay en este mundo, quedaria como fuera de sí, admirado de tantas maravillas, alabando y glorificando al Criador de ellas.

Pues qué haria, cuando poco despues vió, que el mismo Dios le llevó al paraiso, y huerto de deleites, y se le dió por habitacion y morada, con plena potestad de comer la fruta de los innumerables árboles que tenia, excepto uno, y como conoció que este era nuevo favor sin merecimientos suyos, ni sin ser debido á su naturaleza, sino por sola gracia del Criador, admirado de su bondad y liberalidad, y de la belleza del huerto, prorumpiria en nuevas alabanzas, por tan soberana merced como le habia hecho.

Y apenas habia acabado estas alabanzas, cuando vió que el mismo Dios, por ministerio de sus ángeles, le ponia delante toda la muchedumbre de aves, bestias y serpientes, para que se recrease con aquella vista de tanta variedad y hermosura de criaturas: porque si tanta recreacion es ver un elefante, ú otro animal nunca visto, qué seria ver tantos juntos, y conocer lo que habia en cada uno? Y cuando vió que todos le estaban sujetos, y él era superior á todos, todo se convertiria en alabanzas de su Criador por la inmensa liberalidad que con él habia usado.

Estas consideraciones he de aplicar á mí mismo, y levantando el espíritu de lo terreno á lo celestial, glorificaré á Dios por las cosas que crió en este mundo inferior para mi regalo, mirándolas con nueva vista, como si fueran nuevas para mí, cantándole cantares nuevos de alabanza por ellas; y luego contemplaré el

Digitized by Google

amor tan tierno con que Dios nuestro Señor me vá llevando y guiando al paraiso celestial, con deseo de dármele para perpétua morada, ponderando la admiracion y júbilos que tendré en la primera vista de aquel nuevo mundo superior. O Dios de mi alma, ahora entiendo lo que dijiste por tu Profeta [1]: Traerlos he con cuerdas de Adan, y ataduras de caridad. Cuerdas de Adan fueron los innumerables beneficios de naturaleza y gracia, con los cuales le ataste y obligaste á que te amase y sirviese; y con estas mismas me atas y obligas á que yo tambien te ame y sirva: cuerdas son de Adan los cielos con sus estrellas, el mar con sus peces, el aire con sus aves, la tierra con sus plantas y animales. Cuerdas son de Adan el cuerpo que me diste con sus miembros y sentidos, y el alma que criaste á imágen tuya, con todas sus potencias. Ataduras de caridad son las gracias, los sacramentos, las inspiraciones, y el paraiso que me prometes. O si me atase con fortísimo amor á quien tales cuerdas y ataduras inventó para que le amase, de modo que nunca las rompiese!

Punto quinto. — Lo quinto, se ha de considerar, como Dios nuestro Señor, aunque hizo juntamente pareados los sexos de las aves y animales de la tierra, no quiso criar juntamente al hombre, y á la mujer, sino primero crió al hombre, y despues de su costilla hizo la mujer [2], para que entendiésemos que el hombre no fué criado principalmente para vacar á la generacion, como los demás animales, porque aunque esta obra en el matrimonio sea buena, y fué necesaria por entonces para la multiplicacion del genero humano, pero es obra muy baja y comun al hombre con las bestias; y así lo crió solo antes de la mujer, para que entendiese, que su principal fin era vacar á Dios, y contemplarle y amarle, y ejercitar con él á solas las obras que son propias de los ángeles. Y aun cuando formó la mujer de su

[1] Oseæ 11. 4. [2] Genes. 2. 22.

Digitized by Google

costilla, estaba durmiendo arrebatado en grande éxtasis de contemplacion, para que entendiese, que el mismo matrimonio no ha de estorbar el uso de la oracion y contemplacion, cumpliendo lo que despues dijo el Apóstol [1]: Que quien tiene mujer, viva como si no la tuviese, y no deje de vacar á la oracion. Y despues que el mundo está multiplicado, mejor es al que tiene vocacion de Dios para ello, vivir solo sin mujer, que con tal compañía.

Otra causa de esto fué, para movernos á la union de unos con otros por amor, viendo que nuestro Criador como dice san Pablo [2], *ex uno fecit omne genus hominum*, de uno solo hizo á todo el genero humano, para que los que tienen no mas que un Padre en el cielo, y otro en la tierra, se amen como hermanos, conforme á lo que dijo el profeta Malaquías [3]: Por ventura no es uno el Padre de todos nosotros, y no es uno el Dios que nos crió? Pues porqué desprecia cada uno á su hermano?

Otra causa mística fué, para significar, que así como un solo hombre fué cabeza del género humano en el ser natural, de cuya costilla estando durmiendo se hizo Eva; así un solo hombre nuevo, Cristo Jesus, habia de ser cabeza de todos los hombres en el ser de gracia, de cuyo lado estando durmiendo el sueño de la muerte en la cruz, salió agua y sangre, figura de los sacramentos, con que se edifica y conserva su esposa la Iglesia, que es la congregacion de todos los fieles. Y esta razon les moviese mucho mas á tener union de caridad, pues tienen un solo Criador, y un padre en la naturaleza, y un solo Padre en el ser de gracia, el cual es su único Redentor y Remediador de todos los males, que incurrieron por el pecado del primero. O dulcísimo Criador y Redentor nuestro, que á costa de tu misma sangre [4], edificaste la Iglesia para hacerla gloriosa sin mancha ni ruga, ni otra alguna imperfec-

[1] 1. Cor. 7. 29. [2] Actu. 17. 26. [3] Malac. 2. 10. Matt. 23. 9. [4] Eph. 5. 27.

Digitized by Google

cion; aplica tu redencion con tu infinita misericordia, á los que criaste con tu soberana omnipotencia, para que todos gocen de ella, y de ellos se haga una Iglesia y esposa tuya, hermosa y sin mancilla [1], en la cual reines por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVII.

DE LA REFLEXION QUE HIZO DIOS NUESTRO SEÑOR SOBRE LAS OBRAS DE ESTOS SEIS DIAS, DECLARANDO QUE ERAN MUY BUENAS Y DE LA SANTIFICACION DEL DIA SÉPTIMO.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como Dios nuestro Señor al fin del sexto dia, habiendo criado todas las cosas, las vió [2], *et erant valde bona*, y eran muy buenas. En lo cual ponderaré como en tres tiempos leemos, que Dios nuestro Señor hiciese reflexion sobre sus obras, y viese que eran buenas: es á saber, en el mismo dia que las hizo, despues de haberlas criado; y si en un dia hizo diferentes obras en cada una al fin de ella; y lo tercero, al fin de los seis dias, y de todas las obras, haciendo reflexion sobre todas juntas, y entonces no solamente dijo que eran buenas, sino muy buenas, y muy perfectas, porque tenia cada una la bondad que le convenia en órden á sí misma, y en órden al bien comun del universo, el cual era perfecto en todas sus cosas cuanto al número, duracion, hermosura, y proporcion de todas sus partes, sin que en ellas hubiese cosa mala, ni dañosa, al modo que ya se ha ponderado en las meditaciones pasadas. Pero juntamente ponderaré, como á solo Dios, por razon de su infinita bondad, pertenece, que mirando todas sus obras, pueda decir que son buenas, y muy perfectas, sin que en ellas haya cosa mala ni imperfecta; y lo mismo conviene á Cristo nuestro Señor, por ser hom-

[1] Cant. 4. 7. [2] Gen. 1. 31.

Digitized by Google

bre y Dios, de quien se dijo [1]: *Bene omnia fecit*, que hizo todas las cosas bien. Y esto mismo por especial privilegio se halló en la Vírgen santísima, pero todos los demás hombres, por muy santos que hayan sido, segun la ley ordinaria, haciendo reflexion sobre sus obras, hallarán alguna culpa ó imperfeccion en algunas de ellas, pues como dijo Santiago apóstol: Todos tropezamos, y caemos en muchas cosas, pero nuestro cuidado ha de ser acercarnos, cuanto pudiéremos, á la perfeccion de Dios, procurando, en cuanto nos fuere posible, que nuestras obras sean tales, que mirándolas Dios, pueda decir en alguna manera, que son, *valde bona*, muy buenas.

Para alcanzar esta perfeccion, nos ayudará hacer tres exámenes de nuestras obras, haciendo reflexion sobre ellas. El primero, es al fin del dia, haciendo reflexion sobre todas las obras que en él hubiere hecho, mirando si son conformes á la divina voluntad, de modo que Dios las dé por buenas, borrando con la contricion las malas, al modo que se dijo en la meditacion 28 de la primera parte.

El segundo exámen que ayuda mas á la perfeccion, es en acabando cualquier obra de importancia, hacer luego reflexion sobre ella, como la hizo nuestro Señor el tercero y sexto dia, y examinarla sin aguardar al fin del dia; y si hallare que toda ella es buena, sin que le falte circunstancia alguna, daré gracias á Dios por ello: y si hallare que es buena, pero con mezcla de algunas imperfecciones y descuidos, apartaré lo precioso de lo vil, y el oro de la escoria, consumiendo con el fuego del amor y del dolor todo lo malo é imperfecto con propósito de otra vez hacerla de tal manera, que viéndola Dios pueda decir que es buena. Y si hallare que toda fué mala, me confundiré de haber empleado mal el dia que Dios me dió para obrar bien. Este exámen

[1] Deut. 32. 4. Marc. 7. 37.

Digitized by Google

se ha de hacer al fin de cualquier obra y negocio de importancia, porque como dice san Doroteo, pecamos mucho, y olvidámonos presto, y así es menester [1], *Frequentissimè, ac singulis horis nos ipsos exquirere, rimari, ac perscrutare diligentissimè*, muy á menudo, y cada hora examinarnos, y escudriñarnos diligentísimamente [2]: *Imo, et per quælibet temporum momenta.* Y si fuera posible en cada momento de tiempo, mirando como le hemos gastado, pues como dice el Sabio [3], el justo cae cada dia siete veces; esto es, muchas veces, y otras tantas se levanta, sin aguardar á levantarse de todas al fin del dia. Y como los hombres muy limpios, si muchas veces se manchan ó enlodan, muchas veces se limpian, acudiendo luego á quitar la mancha; así los varones muy amigos de la limpieza de su alma, se limpian y purifican luego en manchándose con alguna culpa ó imperfeccion, de modo que mirando Dios su alma por entonces, pueda decir: Toda eres hermosa, amiga mia [4], y no hay en ti mancha alguna.

El tercer exámen es al fin de la semana, al modo que nuestro Señor hizo reflexion sobre las obras de estos seis dias al fin de ellos, haciendo comparacion de un dia á otro, examinando si cada dia procuré adornar mi alma con nuevos resplandores de virtudes: si fuí creciendo y aprovechando cada dia en la perfeccion de ellas: si cumplí enteramente las obligaciones propias, y las del bien comun; y de lo bueno que hallare haré una pella, ofreciéndolo á Dios, y dándole gracias por ello, cumpliendo lo que dice David [5]: *Per singulos dies benedicam tibi.* Todos los dias te alabaré, por el bien que me has hecho en cada uno. De lo malo que hallare, haré otra pella, para confesarlo con dolor de corazon, y aparejarme con esta pureza para la fiesta que tengo de celebrar el dia séptimo, pues quien desea crecer en la perfeccion, cada semana deberia confesar y comulgar

[1] Ser. 11. [2] Ser. 10. [3] Prov. 24. 16. [4] Cant. 4. 7. [5] Psal. 144. 2.

Digitized by Google

para alcanzarla. Este mismo exámen y reflexion se deberia hacer al fin de cada año, haciendo una confesion general de las culpas cometidas en todo él, y haciendo comparacion de un año á otro, confundiréme si voy siempre á un paso tibio, y alentaréme á ir siempre adelante. Y finalmente, al fin de toda la vida, figurada por estos seis dias, dando lugar la enfermedad, y no habiendo algun especial impedimento, es bueno hacer otro exámen y confesion para borrar todo lo malo que hubiéremos hecho [1]: de modo que el príncipe de este mundo no halle por entonces en nosotros cosa suya, y el Príncipe del cielo mirando todo lo que tenemos, lo apruebe, y dé por bueno, y así nos lleve consigo al descanso eterno, figurado por el dia séptimo. O bien sumo y principio de todo bien, cuyas obras siempre fueron buenas, y como tales las aprobaste en estos seis dias que las hiciste; concédeme por tu gracia parte de esta bondad, que es propia de tu divina naturaleza, para que en el último exámen que hicieres de mi vida, no halles cosa de lo malo que yo hice, sino solamente lo bueno que tu gracia hizo conmigo, y por ello me admitas en tu santo reino. Amen.

Punto segundo. — Lo segundo se ha de considerar, como Dios nuestro Señor el dia séptimo acabó la obra que hizo: *Et requievit ab universo opere quod patraverat* [2], y descansó, y cesó de toda la obra que habia hecho, por lo cual bendijo al dia séptimo [3].

Aquí se ha de ponderar. Lo primero, como Dios nuestro Señor en el séptimo dia cesó de hacer nuevas cosas, no porque se le agotase la omnipotencia para hacerlas, si quisiera, ó conviniera para su intento y nuestro provecho, sino porque las hechas bastaban para la perfeccion del mundo que habia trazado; y así no dice la Escritura, que acabó Dios lo que podia hacer, sino lo que hizo, haciéndolo muy perfecto; y entonces descan-

[1] Joan. 14. 30. [2] Genes. 2. 2. [3] D. Th. 1. p. q. 73.

Digitized by Google

só, no en las criaturas, porque no tiene necesidad de ellas para su descanso y bienaventuranza, sino descansó, cesando de obrar, al modo dicho; y gozándose en sí mismo, por haber cumplido lo que *ab æterno* quiso y ordenó, y ahora ejecutó con alegría. A cuya imitacion procuraré buscar mi descanso, no en las criaturas, sino en el Criador: porque como Dios no puede descansar sino es en sí mismo, así yo no puedo hallar descanso sino es en él. Y aunque tengo de alegrarme de las obras que hace, como el mismo Dios, segun dice David [1], se deleita en ellas: pero no ha de ser parando en las cosas criadas, sino en el que las crió. O gloria y descanso mio, gózome del descanso eterno que tienes en tí mismo, porque ni obras con trabajo, ni por obrar pierdes tu descanso. Concédeme, Señor, que ponga mi descanso en trabajar por tu servicio, porque sin tí, todo descanso es vano y perecedero, y en tí solo es lleno y sempiterno.

Lo segundo ponderaré, como Dios nuestro Señor bendijo al dia séptimo y le santificó, y porque la bendicion de Dios es eficaz, bendecirle, fué dar á entender que aquel dia, aunque cesaba de criar nuevas cosas, comenzaba con otro nuevo modo á hacerlas bien en el beneficio de la conservacion y gobernacion, y las criaturas tambien comenzaban á poner en obra la bendicion recibida, atendiendo á su multiplicacion; y dice así la Escritura, que cesó Dios, *ab omni opere suo quod creavit, ut faceret*, de todo lo que crió, para que hiciese: esto es, para que obrase, y se multiplicase en el mundo: como quien dice, no lo crió para que estuviese ocioso, sino para que cada cosa hiciese lo que le tocaba, para alcanzar su fin. Y al hombre crió tambien, *ut faceret*, para que obrase y trabajase, por alcanzar la santidad, la quietud, y descanso que se recibe en solo Dios; y así para él principalmente se bendijo y santificó este dia séptimo. O Dios eterno que me criaste por

[1] Psal. 91. 5. Ps. 103. 31.

Digitized by Google

Cristo[1], tu Hijo, para que hiciese obras buenas, y caminase por ellas á tu eterna bienaventuranza: derrama sobre mí tu copiosa bendicion, para que desde luego comience á obrar y aprovechar en justicia y santidad, poniendo todo mi descanso en darte contento por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar el misterio que está encerrado en cesar Dios sus obras, y en bendecir, y santificar el dia séptimo[2]: ponderando como Dios nuestro Señor ordenó con precepto al pueblo de Israel, que santificasen el dia séptimo[3]; que para ellos era el sábado, en memoria y agradecimiento del beneficio de la creacion del mundo, y de las cosas que hizo en los seis dias primeros. Y en figura de la quietud y descanso que tienen los justos, así en esta vida por la gracia, como en la otra, por la gloria: por razon de lo cual los llama Isaías[4], Sabado del Señor, dedicado, y glorioso. A este sábado sucede ahora el domingo, no solamente en memoria y agradecimiento del beneficio de la creacion del mundo, sino mucho mas de la redencion y renovacion que hizo Cristo nuestro Señor en su resurreccion, y de la quietud que nos dió con su gracia, y de la que nos promete con la glorificacion del alma y resurreccion del cuerpo. Y por consiguiente muchos mayores títulos hay para santificar el domingo, que habia para santificar el sábado.

Para cumplir con esta obligacion perfectamente[5], quitando todo género de desagradecimiento, se han de hacer cuatro cosas.

La primera es, cesar de las obras serviles, como Dios cesó de las cosas que hizo al modo dicho, para que desocupados de ellas, podamos vacar á Dios con quietud: y por consiguiente, hemos de cesar de los pecados, que son obras mas serviles que las exteriores que hacen los

[1] Eph. 2. 10. [2] D. Th. 2. 2. q. 122. art. 4. [3] Exod. 208. D. Th. 2. 2. q. 22. art. 4. ad 4. [4] Isai. 58. 13. [5] D. Th. 2. 2. q. 107. art. 1.

Digitized by Google

siervos, porque [1], *quien hace el pecado, siervo es del pecado;* el cual impide notablemente el vacar á Dios, y es supremo grado de desagradecimiento, ofender al Bienhechor, en el tiempo que habia él mismo señalado para que le agradeciesen su beneficio, profanando con la culpa el dia que santificó con su magnificencia.

La segunda cosa es, vacar á Dios con ejercicios de oracion y contemplacion, ponderando la grandeza de los beneficios, en cuya memoria se instituyó este dia de fiesta, meditándolos por los puntos que arriba se pusieron: con lo cual quitamos el segundo grado de desagradecimiento, que es olvidarse de su bienhechor y del beneficio recibido.

La tercera es, alabar á Dios vocalmente cantándole himnos y salmos en accion de gracias por los beneficios recibidos, como se usa en la Iglesia, para que allí acudan los fieles, y oyendo el canto, se muevan á glorificar á Dios, cantando como dice san Pablo [2], en sus corazones, dando gracias al Padre de las misericordias por las que nos ha hecho. Con lo cual se ataja el otro grado de desagradecimiento, que es no agradecer, siquiera de palabra, las mercedes recibidas.

La cuarta, es ofrecer á Dios sacrificios para darle el culto debido por título de ser nuestro Criador y Santificador, y en accion de gracias por las mercedes que nos ha hecho, y para impetrar de nuevo otras con que mas servirle. Para estos tres fines se ofrece el sacrificio de la misa, como en su lugar se dijo [3], al cual han de asistir los fieles todos los domingos y fiestas, ofreciéndole juntamente con los sacerdotes, y por su mano añadiendo tambien los sacrificios de corazon [4], contricion, y de justicia, ejercitando varias obras de piedad y caridad, pues no cesamos de las obras serviles para estar ociosos, sino para ejercitar las obras que son por entonces mas agradables al Criador, con las cuales se alcanza la quietud y descanso del espíritu.

[1] Joan. 8. 34. [2] Col. 3. 17. [3] 4. p. medit. 15. [4] Psal. 50. 19. et 21.

Digitized by Google

Finalmente, para animarnos á todo esto, quiso nuestro Señor bendecir y santificar el dia séptimo, premiando á los que le santifican al modo dicho, con echarles su bendicion, y llenarlos de santidad, pues por esto se llama el dia bendito, porque Dios le señaló para llenarnos en él de bendiciones celestiales, y cuando conviniere tambien de las temporales, multiplicando los bienes de los que se ocupan en santificarle. O Dios liberalísimo, gracias te doy por haber señalado tiempo en que te alabase por los beneficios recibidos, para que me hiciese digno de recibir otros nuevos, Líbrame, Señor, de la ingratitud, que como viento abrasador consume las virtudes, y seca la fuente de tus misericordias [1]. O alma mia, conviértete á tu descanso, porque el Señor lo ha hecho bien contigo: tu descanso sea alabarle todo el tiempo de esta vida, para que llegues al descanso eterno en la otra. Amen.

MEDITACION XXVIII.

DEL BENEFICIO DE LA CONSERVACION DEL MUNDO, Y DE LA DEPENDENCIA QUE TODAS LAS COSAS TIENEN DE DIOS EN EL SER, Y EN EL OBRAR.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar [2], como todas las cosas que Dios nuestro Señor crió en el principio del mundo, y en los seis dias primeros, que quedan referidas, y todas las demás que por medio de ellas se han multiplicado, dependen en la conservacion de su ser del mismo Dios: porque la conservacion no es otra cosa que una continuacion de la obra con que Dios hace una cosa: y así como hizo todas las cosas con tres dedos de su mano, que son la bondad, sabiduría y omnipotencia, como arriba se dijo [3], así con estos mismos las sustenta y conserva, como dice Isaías [4], y lo con-

[1] D. Aug. in solil. c. 18. D. Bern. Ser. contra vitium pessimum. ingratit. Psal. 114. 7. [2] D. Th. 1. p. q. 104. art. 1. [3] Medit. 16. [4] Isai. 48. 6.

Digitized by Google

fiesa san Pablo [1], diciendo, que Dios con la palabra de su virtud sustenta todas las cosas. Pues qué cosa puede ser mas admirable y gloriosa que ver la máquina de todo este mundo, colgada actualmente de la voluntad y poder de Dios, mucho mas que la luz del aire está dependiente del sol? De tal manera, que como en ausentándose el sol deja de ser la luz, así en queriendo Dios suspender su concurso, toda esta máquina se volveria en nada, lo cual puede hacer en un momento: de donde sacaré varios afectos, para fundamento de mi vida y perfeccion. Unas veces afectos de confianza en un Dios que tanto puede, y de quien todo depende, venciendo los temores de las criaturas con esta omnipotencia del Criador, como aquel valeroso Macabeo, que dijo [2]: *Nos autem in omnipotente Domino qui potest, et venientes adversum nos, et universum mundum, uno nutu delere, confidimus.* Nosotros confiamos en el Señor todopoderoso, que con un solo guiñar de ojo puede destruir á cuantos vinieren contra nosotros, y á todo el universo mundo. Otras veces sacaré afectos de temor grande de su justicia, por estar junta con tal omnipotencia, suplicándole que la modere con su misericordia, diciendo como Jeremías: Corrígeme, Señor, pero sea con juicio y no con furor [3]: *Ne forte ad nihilum redigas me*, porque no me vuelvas en nada, como mis pecados merecen. Pero mucho mas temeré ofender á un Dios de quien actualmente está colgado mi ser, y cuanto tengo, como temblaria de injuriar á un hombre que me tuviese con sus tres dedos colgado de una torre altísima, y en su voluntad estuviese soltarme de la mano para que me despeñase. Otras veces sacaré afectos de profundísima humildad, reconociendo esta íntima dependencia que tengo de Dios en mi ser, y en todo lo necesario para su conservacion, juntando con la humildad la caridad, porque mirando como este ser no puede conservarse sin Dios, he de hu-

[1] Hebr. 1. 3. [2] 2. Mach. 8. 18. [3] Jer. 10. 24.

Digitized by Google

millarme y tenerme por nada delante de él, y mirando como Dios le conserva, he de amar á quien tanto bien me hace: y por este camino la humildad aviva la caridad, y el conocimiento de mi nada, causa grande amor al que me saca de ella, y me conserva siempre en el ser que me ha dado.

Punto segundo. — Lo segundo se ha de considerar, la infinidad de este soberano beneficio de la conservacion, por los innumerables bienes que abraza, aplicándolos todos á mí, y cada uno á sí mismo. Porque primeramente todas las cosas que Dios crió en el principio del mundo, y en los seis primeros dias, y las que en virtud de estas se han ido multiplicando por tantos millares de años, y las que de presente hay en el mundo, que son como infinitas, todas pertenecen en alguna manera á este beneficio, ayudando unas para que yo viniese á ser engendrado, y otras para que me conserve en el ser que tengo, sirviéndose de ellas nuestro Señor, para este fin.

Los cielos con todos sus movimientos, y los ángeles que los mueven con las innumerables influencias que reparten por todo el mundo, para conservar las cosas inferiores, son beneficio mio, necesario para que yo me conserve. Los elementos con los vivientes que hay en ellos y toda la muchedumbre de aves, ovejas, ó peces que ha precedido, para que viniese á tener vida el ave, ó el cordero, ó pez que yo como, son beneficios mios, pues sin ellos no gozara yo del que ahora gozo. Y lo mismo es de las plantas, de donde procedió la manzana y la uva, ó el vino que me sustenta. Y si uso de una vasija de oro, ó plata, allí se encierran innumerables beneficios, por las innumerables cosas que Dios ha hecho, y conserva hasta el punto que yo gozo de esta vasija; las influencias del cielo que causaron el oro: la tierra que le concibió en sus entrañas: el agua, ó lluvia, ó helada que ayudó á ella: los hom-

Digitized by Google

bres que trabajaron en buscar y hallar las minas, y en sacarlo, apurarlo, y labrarlo: los instrumentos de hierro y madera de que se sirvieron: y lo que hizo Dios para criar aquel hierro ó madera, hasta llegar á ser instrumento para esto, y otras cosas innumerables que concurrieron para que de lejanas tierras viniesen á mi poder, todas son beneficio de Dios, y se encierran en una cosa tan pequeña, de que ahora gozo. Y el mismo discurso puedo hacer en el bocado de pan que como, en el vestido de lana que me visto, en la pluma y papel en que escribo, y así en lo demás; porque cada cosa por sí, aunque no es mas que una, encierra infinitas al modo dicho, y por consiguiente por cada una deberia dar gracias infinitas á este Bienhechor. O Dios infinito, Bienhechor inmenso, Dador y Conservador de todos los bienes, qué gracias te podré dar por el menor de los bienes que me das, pues en él se encierra muchedumbre tan innumerable de ellos? Si tanta multitud de criaturas se aunan contigo su Criador para conservarme, porqué yo no me aunaré con todas para glorificarte? O si yo y todas ellas nos convirtiésemos en lenguas para alabarte y bendecirte, por el bien que con cada una me haces, para pagar en algo lo mucho que te debo por todas.

Lo segundo, ponderaré en este mismo beneficio, la infinita caridad de Dios, que resplandece en que pudiendo con su omnipotencia aniquilar cualquier cosa de las criadas, nunca jamás, como dice santo Tomás[1], aniquiló alguna ni la destruyó totalmente, sino siempre que destruye una, es para poner en su lugar otra, y si una se corrompe, otra se engendra. Y aunque en tiempo de Noé, llegó á tanto la maldad de los hombres, que dijo Dios[2]: Pésame de haber hecho al hombre; con todo eso no quiso aniquilarlos, como ni quiso aniquilar á los demonios, ni á otros grandes pecadores, an-

[1] D. Th. 1. p. q. 104. art. 4. [2] Genes. 6. 7.

Digitized by Google

tes, como dice el Sabio [1], á muchos conserva la vida, esperándoles á penitencia, solo porque quiere hacerles este bien, porque de otra manera luego perecerian: *Quomodo posset aliquid permanere nisi tu voluisses? Aut quod á te vocatum non esset conservaretur?* Cómo podria permanecer alguna cosa, si tú no quisieses? O cómo se conservará lo que no hubieres ordenado?

Lo tercero, se ha de ponderar, los innumerables beneficios ocultos que se encierran en esta conservacion, porque sin yo saberlo, ataja Dios innumerables cosas que la impedirian, y me preserva de innumerables peligros de fuego [2], agua, aires corruptos, fieras, infortunios, ladrones, enfermedades, y ocasiones de muerte. Y como ningun mal hay que padezca un hombre, que no pueda padecerlo otro, por los muchos males que padecen otros hombres, puedo sacar los muchos de que Dios me libra. Y con ser tantos y tan grandes estos beneficios, quiere que estén ocultos, para que en ellos conozcamos, que no nos hace bien por jactancia, ni por deseo vano de gloria y alabanza humana, sino puramente por su bondad y misericordia [3], mas no por eso dejaré de cumplir mi obligacion, alabándole por ellos, aunque no sepa cuantos son. O soberano Bienhechor de los hombres, gracias te doy cuantas puedo, porque con espíritu de padre nos haces innumerables beneficios, manifiestos y secretos; los manifiestos para provocarnos á estima y agradecimiento por el bien que de aquí nos resulta; y los secretos, para provocarnos á encubrir el bien que hiciéremos en tu servicio, sin buscar nuestra alabanza; y con los unos y con los otros nos provocas á que te amemos como padre, que mira por todas partes el provecho de sus hijos. Concédeme, Señor, que te sirva como hijo, haciendo los servicios con el mismo espíritu que haces tan innumerables beneficios. Amen.

[1] Sap. 11. 24. [2] D. Chrysost. lib. 1. de provid. [3] De esto se dijo en la medit. 32. punt. 4.

Digitized by Google

PUNTO TERCERO. — Lo tercero se ha de considerar, como todas las cosas criadas están colgadas de Dios nuestro Señor, no solamente en el ser que tienen, sino en las obras que hacen; de modo que el mismo Dios les ayuda á hacer la obra, y la conserva todo el tiempo que dura: y si Dios suspendiese su concurso, no podrian hacer cosa alguna, ni usar de sus potencias; y lo que con ayuda de Dios comienzan, con ella lo han de acabar, porque si ella cesa, tambien cesará la obra [1]. En lo cual se ha de ponderar la infinita omnipotencia de Dios en acudir al concurso y ayuda de tantas obras como hacen las criaturas del mundo, cielos, elementos, hombres y ángeles, sin faltar á ninguna, y sin cansarse, ni enfadarse, ni ocuparse mas que si acudiera á sola una, alabando y glorificando á este Dios por tal omnipotencia, gozándome de ella, convidando á todas las criaturas que le alaben, por el ayuda que les dá para todo lo que hacen. Pero aplicando esto á mí mismo, ponderaré los beneficios innumerables que en este concurso se encierran, de los cuales gozo cada dia, y cada hora, y aun cada momento, porque Dios actualmente concurre con mis ojos siempre que vean, y con los colores, para que les envien especies con que vean: concurre con mis oidos, para que oigan, y con las cosas de donde procede el sonido, ó música, ó palabra que tengo de oir: concurre con mi boca y gusto para comer y gustar, y con los manjares para que me den sabor; y mientras yo duermo, ayuda para que el manjar se cueza, y se incorpore, y para que respire; y con mi entendimiento y voluntad, concurre á todas las obras que hacen, y generalmente con todos aquellos que en algo me ayudan; porque como dice Isaías [2]: Tú, Señor, haces en nosotros todas nuestras obras. Y Cristo nuestro Señor dijo [3]: Mi Padre hasta ahora obra, y yo obro. O Trinidad beatísima que estás en todas las cosas obrando con ellas: gra-

[1] D. Th. 1. p. q. 105. art. 5. [2] Isai. 26. 12. [3] Joan. 5. 17.

Digitized by Google

cias te doy por los innumerables beneficios que haces á cada una, obrando con ella innumerables obras. Obra, Señor, siempre en mí lo que te agrada; para que tu concurso sea siempre para mi provecho, y para tu gloria, por todos los siglos. Amen.

Lo tercero, se ha de ponderar la ley infalible é inmutable que Dios ha hecho de concurrir con sus criaturas, porque con ser libre, y concurrir de su voluntad porque quiere, es tan cierto el no faltar, como si no pudiera hacer otra cosa, sino es alguna vez que milagrosamente suspende este concurso, para manifestacion de su gracia y de su gloria[1], en bien de sus escogidos, como cuando hizo que el fuego del horno de Babilonia no quemase á los tres mancebos que estaban en él[2], y en otros milagros semejantes. Y es tanta la bondad de este soberano Criador, que cuando el hombre se resuelve á pecar y hacerle algun agravio, no suspende el concurso, antes por conservarle la libertad, y guardar esta ley que él se ha puesto, le dá su concurso para aquella obra todo el tiempo que dura. O bondad inmensa, ó largueza infinita de nuestro soberano Criador, qué bondad puede ser mayor, que hacer actualmente bien al que actualmente está usando de aquel bien, para injuriar al que se le hace? O Amado mio, no permitas que yo me aproveche de tu omnipotencia para hacer obras con que te ofenda: no consientas que use mal de las criaturas, siendo tú el que concurres con ellas, para que me den gusto[3], y conmigo para que le reciba. Y pues en tí soy, y vivo, y me muevo, todas mis obras sean para tí, buscando en ellas tu gloria, por todos los siglos. Amen.

De aquí sacaré últimamente los mismos afectos del primer punto, especialmente el de la humildad, ponderando, como no tengo fuerzas para hacer cosa alguna por mí solo, sin el concurso de Dios; y aunque Dios

[1] 1. Thom. 1. p. q. 105. art. 6. [2] Dan. 3. 30. [3] Actu. 17. 28.

Digitized by Google

me conservase el ser que tengo, sino concurriese conmigo á obrar, seria como un tronco, y cosa desaprovechada, ponderando lo que dijo san Pablo[1]: No somos suficientes á pensar alguna cosa de nosotros, como si saliese de nosotros, porque toda nuestra suficiencia es de Dios, de cuya voluntad, sin perjuicio de nuestra libertad, estamos colgados para obrar[2]: y sin él ninguna cosa podemos hacer, y de ninguna podemos gloriarnos, como de cosa propia que no sea recibida de su mano, como no puede la sierra[3] gloriarse de lo que el artífice hace con ella, atribuyéndoselo á sí sola, no al artífice. Por tanto, alma mia, humíllate hasta el abismo de esta nada, debajo de la poderosa mano de tu Dios[4], para que te ensalce en el dia de la visita general, cuando venga á tomarte cuenta de las obras que has hecho, obrando con el concurso que él te dió. O Juez soberano, que tan liberal eres ahora en concurrir con todos los hombres á las obras que con su libertad quieren hacer: comienza en mí con tu gracia todas las obras que hiciere, y acaba las que comenzare, para que el dia de la cuenta parezca sin vergüenza[5] delante de tí, y sea digno de ser ensalzado contigo en el reino de tu gloria. Amen.

MEDITACIONES

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS.

Aunque en las meditaciones pasadas hemos dicho muchas cosas, que tocan á la divina providencia[6], por cuanto resplandece en todas las obras que proceden de la bondad, caridad, misericordia, sabiduría, y omnipotencia de Dios, y en la creacion del mundo; pero ahora mas en particular tratarémos lo que es propio de la divina providencia en el gobierno de sus criaturas, espe-

[1] 2. Cor. 3. 5. [2] Joan. 15. 5. [3] Isai. 10. 15. [4] Petr. 5. 6. [5] Phi. 1. 6. et 2. 13. [6] D. Th. 1. p. q. 22.

Digitized by Google

cialmente de los hombres, haciendo de esto algunas meditaciones, en las cuales se deberian ejercitar todos los que pretenden alcanzar la perfeccion, y cualesquier otros que desean pasar esta vida con algun modo de aprovechamiento y consuelo, así para el alma, como para el cuerpo: porque para todo esto aprovechará notablemente de tal manera, que yo no alcanzo como pueda tener en esta vida contento, paz, y alivio cordial, y verdadero, quien no se funda en esta verdad de la divina providencia, ni sé como puede tener pena demasiada, ni turbacion, ó desconsuelo que dure por cosa criada, fuera de lo que es culpa, si con viva fe ahonda y penetra los secretos de la divina providencia, como se verá por lo que de ella irémos diciendo.

MEDITACION XXIX.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS CON SUS CRIATURAS, EN QUÉ CONSISTE, Y LOS INNUMERABLES BIENES QUE DE ELLA PROCEDEN.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, qué cosa sea la divina providencia, porque de aquí ha de nacer la estima de ella, y el amor, confianza, y veneracion, y sujecion que debemos tenerla. La providencia, como dice santo Tomás [1], es una disposicion y órden de todos los medios que tiene Dios para salir con sus intentos; y de todos los medios que provee á sus criaturas, para que alcancen los fines para que fueron criadas. En lo cual he de ponderar tres cosas principales, sacadas de lo que se ha dicho en las meditaciones pasadas.

La primera, que Dios nuestro Señor con su divino entendimiento, ilustrado con su infinita sabiduría, desde su eternidad conoce y comprende todos los fines que pueden tener [2] y pretender sus criaturas; y todos los medios necesarios y convenientes que hay y puede

[1] D. Th. 1. p. q. 22. art. 1. [2] Supr. en la medit. 5.

Digitized by Google

haber, para conseguir estos fines, y todos los estorbos que pueden suceder, y los medios que hay para quitar ó atajar estos impedimentos, de modo que con efecto salga el mismo Dios con su intento, y las criaturas alcancen su fin en el modo y forma que quisiere. De donde se sigue, que por ignorancia no puede la providencia de Dios ser falta y defectuosa, como lo es la providencia de los hombres, de quien dice el Sabio[1]: Los pensamientos de los mortales son dudosos, y nuestras providencias son inciertas, porque con nuestra poca ciencia, y mucha ignorancia, dudamos si es verdadero ó falso lo que pensamos, y si será bueno ó malo, seguro ó peligroso lo que proveemos.

La segunda cosa es, que Dios nuestro Señor con su divina voluntad, llena de infinita bondad y caridad, de todos los fines y medios que conoce con su divina sabiduría, quiso, y escogió los mas altos y soberanos, y los mas proporcionados á sus criaturas, conforme á la naturaleza y capacidad de cada una[2], porque primeramente quiso ordenarlas todas á sí mismo, para su gloria, y para manifestacion de su bondad y perfeccion, que es el supremo fin que puede haber, conforme á lo que dice el Sabio[3]: Todas las cosas hizo Dios para sí mismo. Demás de esto, á cada especie de criatura quiso dar su propio fin, y medios proporcionados para alcanzarle: pero sobre todas quiso levantar á los ángeles y á los hombres al mas alto y soberano fin que era posible, incomparablemente mayor de lo que su naturaleza pedia, que es para ser bienaventurados como el mismo Dios lo es, viéndole claramente, amándole, y gozándose con él en su gloria[4]. Y para alcanzar este fin, quiso proveernos de todos los medios necesarios y convenientes, con grande abundancia, porque como su bondad y caridad era infinita, no quiso quedar corta en escoger medios bastantísimos para tan importante fin.

[1] Sap. 9. 14. [2] D. Th. 1. p. q. 103. art. 2. [3] Prov. 16. 4. [4] 1. Part. med. 1.

Digitized by Google

La tercera cosa es, que Dios nuestro Señor con su infinita omnipotencia, desde el principio del mundo comenzó á poner por obra los medios que habia escogido, y con la misma vá prosiguiendo, y proseguirá siempre, sin que su omnipotencia pueda ser defectuosa por falta de poder, como es la nuestra. De donde consta, que la providencia de Dios principalmente estriba en estos tres atributos de la sabiduría, bondad y omnipotencia, que son fuente de los divinos beneficios, como se dijo en la meditacion 16.

Estas tres consideraciones he de aplicar á la providencia que Dios tiene conmigo, ponderando como sabe todas mis necesidades y miserias, y los bienes que me faltan, así del cuerpo como del alma: y sabe todos los medios que hay para librarme de los males, y darme los bienes, por ser infinitamente sabio. Además, puede ejecutarlos, y ponerlos por obra, como quisiere, por ser todopoderoso. Además, por ser sumamente bueno, y amoroso Padre, quiere y pretende que alcance mi último fin, y desea darme los medios convenientes para ello: luego certísimo puedo estar que nada me faltará con tal providencia, pues ni por ignorancia, ni por flaqueza, ni por malicia puede haber falta en ella. O alma mia, alégrate y regocíjate de vivir debajo de tan soberana y alta providencia [1]; arroja toda tu solicitud en Dios, porque él tiene cuidado de tí. Si tu providencia es incierta, la de tu Dios suplirá sus faltas: con su sabiduría suplirá tu ignorancia; con su omnipotencia, tu flaqueza; y con su bondad tu malicia. Ten tú cuidado de Dios, que Dios le tendrá de tí. O Dios de mi alma, hagamos este concierto con gran firmeza, que tú tengas cuidado de mí, y yo le tenga de tí. Y sin duda le tendré de tí, si tú con especial providencia le tienes de mí. De hoy mas diré con grande gozo [2]: Mi Amado para mí, y yo para él, él tiene cuidado de mis cosas, y yo le

[1] Petr. 5. 7. [2] Cant. 2. 16.

Digitized by Google

tendré de las suyas; él mirará por mi honra y provecho, yo miraré por su gloria y servicio para siempre jamás. Amen.

Punto segundo. — De aquí subiré á considerar los infinitos é innumerables bienes que están encerrados en la divina providencia, para aficionarme á ella, y fiarme de ella, haciendo una suma de los que despues irémos poniendo á la larga. Lo primero ponderaré, como la divina providencia es mi madre, porque me dá el ser que tengo, y me trae dentro de sus entrañas [1]. Es mi ama, porque me cria y sustenta, y me trae en sus brazos como á niño [2]. Es mi aya, porque siempre anda á mi lado, y me acompaña en todos mis caminos. Es mi reina, y gobernadora, porque me rige y gobierna en todo el discurso de mi vida [3]. Es mi maestra, y consejera, porque me enseña lo que no sé, y me aconseja en lo que dudo, y me guia en lo que debo hacer para no errar [4]. Es mi protectora, y defensora en todas mis necesidades y peligros, porque para todas me dá ayuda. Es mi consoladora en todas mis aflicciones y tristezas, porque para todas me dá muchas razones de consuelo. Y finalmente, cuantos oficios de caridad y misericordia se pueden imaginar, todos caben en la providencia de Dios con infinita eminencia, haciendo oficio de padre, de amigo, de médico, de juez, y de pastor, y los demás. De donde sacaré, que debo tener con la divina providencia todos los afectos de amor, confianza, gozo, y alabanza que tales oficios merecen, amándola como hijo, y acudiendo á ella en todo como á madre, acompañándome con ella, pidiéndola direccion, consejo, ayuda, remedio, y consuelo.

Lo segundo ponderaré, como la divina providencia es la primera fuente de todos los bienes de cuerpo y alma, temporales y terrenos que yo he recibido, y espero recibir, y de todos los que ahora gozan las demás

[1] Isai. 46. 3. [2] Oseæ 11. 3. [3] Sap. 14. 3. [4] Isai. 48. 17.

Digitized by Google

criaturas del cielo y tierra. Por lo cual dijo san Doroteo [1], que ninguna cosa se hace sin la providencia de Dios: *Et ubi providentia, ibi omnino bonum est, et omnia ad utilitatem animæ fiunt.* Donde está la providencia de Dios, allí está el bien, y todo género de bien: el honesto, el útil, y el deleitable; porque la divina providencia es fuente de las virtudes y gracias celestiales que nos hacen justos, y de los bienes temporales que nos aprovechan para pasar la vida, y de todos los deleites que de unos y otros proceden. Y por ella tambien somos librados de todos los males contrarios, ó preservándonos de caer en ellos, ó sacándonos de ellos despues de haber caido, porque en lo uno y en lo otro quiere Dios mostrar su providencia, y los varios modos que tiene de mostrarla. Por lo cual de la divina Sabiduría se dice [2], que con toda providencia se hace encontradiza con los suyos; teniendo de ellos todo el cuidado posible, y con todos los modos de providencia que se puede tener con ellos, para llenarlos de bienes, como luego irémos descubriendo. O providencia soberana, que abres la mano de Dios para llenar á todas las criaturas de bendicion! Yo te adoro y glorifico como á reina y madre mia [3], y te suplico hagas conmigo oficio de madre, y de maestra, de protectora, y consoladora mia, y de ayudadora universal en todas mis cosas; porque teniéndote de mi parte, tendré contigo todo bien, y si tú me dejas, seré lleno de todo mal.

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar, como la divina providencia totalmente se emplea en mirar por las criaturas, ponderando, lo primero, la diferencia que hay entre Dios y los hombres, porque los hombres que gobiernan y tienen á su cargo otros, tienen necesidad de tener providencia de sí mismos, y de las obras propias que les tocan; las cuales suelen ocuparles tanto, que no les dan lugar á mirar todo lo que

[1] Serm. 13. [2] Sap. 6. 17. [3] Psal. 103. 33.

Digitized by Google

era menester por las de los otros. Pero Dios nuestro Señor, como dice santo Tomás [1], no tiene necesidad de tener providencia de sí mismo, ni de las cosas que á él pertenecen, porque dentro de sí tiene todo bien, sin que le pueda faltar nada, ni espere nada de fuera. Y así toda su providencia la emplea en mirar por otros: esto es, por las criaturas que crió, para tener en quien mostrar su providencia: la cual como es infinitamente perfecta, provee con grande perfeccion todo lo que está á su cargo, por haberse querido ella encargar de ello.

De aquí es, que la divina providencia se extiende á todas las criaturas, sin excluir ninguna, y á todos los hombres, sin olvidarse de ninguno [2], por vil y bajo que sea; porque, como dice el Sabio [3], Dios hizo al grande y al pequeño, é igualmente tiene cuidado de todos. Por tanto, ó alma mia, no desmayes, ni desconfies mirando tu pequeñez, porque tal cual eres, te hizo Dios, y nunca excluye de su providencia al que hizo con su omnipotencia; y quien no se desdeñó de hacerte, no se desdeñará de gobernarte.

De aquí tambien procede, que el mismo Dios por sí mismo es el ejecutor de su providencia [4], porque aunque es verdad que por medio de unas criaturas provee á otras: pero él por sí mismo asiste á todas en todo lugar y en todo tiempo, porque, como arriba se dijo [5], él está en todo el mundo, y en todas las cosas por esencia, presencia, y potencia, conociendo lo que se hace, y ayudando á ponerlo en obra, y proveyéndolo todo con admirable gobierno. Y aunque deja á los hombres en su libertad, y como dice el Sabio [6], en poder de su mismo consejo, para que hagan lo que quisieren, no por esto deja de tener providencia de ellos, y de sus obras libres, enderezándolas, ó permitiéndolas para los fines que tiene ordenados.

[1] 1. p. q. 22. art. 1. [2] 1. p. q. 22. art. 2. [3] Sapien. 6. 8. [4] 1. p. q. 22. art. 3. [5] Medit. 14. [6] Eccles. 15. 20.

Digitized by Google

De aquí finalmente procede, que ninguna cosa sucede en este mundo acaso, respecto de Dios nuestro Señor, aunque sea muy acaso, respecto de los hombres [1], porque con su infinita sabiduría conoce todo lo que sucede aun antes que suceda; y con su providencia lo tiene ordenado y permitido para el fin supremo de su gobierno, que es su gloria, y la manifestacion de su misericordia y justicia, y de las demás divinas perfecciones. Y tambien para bien de los justos y escogidos, de los cuales tiene providencia con mas excelente modo, convirtiendo, como dice san Pablo [2], todas las cosas que suceden en provecho de los que le aman. De todo lo cual concluyo, que para gozar de la divina providencia, y enriquecerme con los tesoros infinitos que en sí encierra, ayudará mucho sentir altamente de ella, atribuyéndola todo el bien, como á fuente y principio de donde todo procede; creyendo con fe viva y muy cierta lo que de ella se ha dicho y se dirá, del modo que Dios lo ha revelado y manifestado por experiencias. De las cuales sacaré grande confianza en ella, con gran resignacion, al modo que se dirá en la meditacion 49. Y sobre todo amaré sumamente al Padre de la providencia, que con tanto amor provee á sus criaturas, pagándole con amor y servicios, el cuidado que tiene de mí, y de todas. O Padre amorosísimo y providentísimo, que con providencia tan admirable provees á todas las criaturas, y mucho mas á los que con fe encendida en amor, confiadamente se arrojan en tus manos, yo me pongo en ellas, pues en ellas están mis suertes [3], endereza con tu providencia mis obras, para que sean agradables á tus ojos, de modo que por ellas me caiga la buena suerte de tu eterna bienaventuranza. Amen.

[1] D. Th. 1. p. q. 116. art. 1. [2] Rom. 8. 28. [3] Psal. 30. 16.

Digitized by Google

MEDITACION XXX.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN EL GOBIERNO DEL MUNDO, Y DE LOS HOMBRES.

Punto primero. —Lo primero se ha de considerar, como fundamento de esta meditacion, la excelentísima providencia que Dios nuestro Señor mostró en la creacion del mundo para los hombres, resumiendo en breve lo que está dicho en las meditaciones precedentes. Porque lo primero, al principio fabricó la casa en que habian de morar los hombres, haciendo sus cimientos, paredes, y bóvedas: esto es, cielo y tierra, con los elementos que están entre los dos. Luego en los tres primeros dias hizo divisiones y apartamientos como quien hace diferentes salas y aposentos para diversos moradores. Y juntamente plantó jardines y huertos de recreacion, y frutales para sustento de los vivientes; y en los cofres secretos de la tierra puso tesoros de oro y plata, con que se enriqueciesen los hombres. Y tambien puso lumbreras que de dia y de noche les diesen luz. Despues proveyó de moradores al mar, y al aire, y á la tierra, dándoles medios y potencias para multiplicarse, y perpetuar su especie todo el tiempo que durase el mundo. Y últimamente crió al hombre, y le hizo dueño de toda esta casa y hacienda, con el usufructo de todo, y con el dominio, aunque no absoluto, sino sujeto al divino, con obligacion de darle cuenta del modo como usaba de las criaturas, y de la hacienda que le entregó; como los mayordomos suelen darla á sus señores. Ponderando todo esto al modo que arriba se ha declarado, echaré de ver cuán entera y perfecta fué la providencia de Dios en esta obra de la creacion, pues no hay padre de familias, ni príncipe que pueda edificar una casa ó palacio, con tanta provision de todo lo necesario para sus intentos, como Dios edificó esta casa del

Digitized by Google

mundo para nosotros. Y aplicando esto á mí mismo, ponderaré como Dios nuestro Señor con su providencia, antes que yo naciese, me aplicó particular lugar y casa, y hacienda con que viviese; y lo que hicieron los antepasados con trabajo, gozo yo ahora con descanso. Por todo lo cual le daré muchas gracias, procurando imitar su providencia, en tener yo otra tal de mi alma: de modo, que antes que salga de este mundo, la tenga con mis obras ganada, y granjeada casa, y riquezas en el otro; porque quien me crió de pura gracia, sin merecimientos míos en este mundo visible, no quiere ponerme en el invisible, sino es por su gracia, junta con mis merecimientos, aprovechándome fielmente de los bienes que él me ha dado[1], para ganar amigos que me reciban en las eternas moradas. O Criador amorosísimo, que con admirable providencia, desde el principio del mundo, me aparejaste los bienes de que ahora gozo: concédeme que de tal manera use de ellos, que cuando al fin del mundo me pidas cuenta, pueda dártela muy buena. Amen.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar, como Dios nuestro Señor, en criando el mundo, él mismo, con su providencia, tomó el gobierno á su cargo, conforme á lo que está escrito en Job[2]: *A quién otro constituyó sobre la tierra, ó á quién puso por gobernador del mundo que fabricó?* Y el Sabio dice[3]: *Tu providencia, ó Padre, desde el principio gobierna todas las cosas.*

En lo cual se ha de ponderar. Lo primero, cuán bien nos está que uno mismo sea el Criador y Gobernador del mundo, y de todos nosotros, porque nos gobernará como cosa propia, y mirará por nosotros, como por obra de sus manos[4]. Y como sus obras son perfectas, y las crió para muestra de su bondad, por la misma las habia

[1] Lucæ 16. 2. En la 3. p. medit. 52. [2] Job. 34. 13. [3] Sap. 14. 3. [4] D. Th. 1. p. q. 103. art. 1.

Digitized by Google

de gobernar y enderezar á sus fines, por los medios que para ello les habia dado. O Dios amantísimo, dos títulos tengo para pedirte que me ampares, hasta que alcance mi último fin: uno, que eres mi Criador, y otro, que eres mi Gobernador. Y aunque me criaste sin mi consentimiento, pero quieres gobernarme sin perjuicio de mi libertad. Gobiérname, Señor, de tal manera, que no resista á tu gobierno, para que alcance el fin para que me has criado. Amen.

Lo segundo he de ponderar cuán bien nos está que el supremo Gobernador sea uno, á quien estén sujetos todos los demás, que por su autoridad tienen parte del gobierno; porque siendo uno, enderezará todas las criaturas á unidad y paz, componiendo las discordias y disensiones que hay entre ellas para bien del universo; y todos los hombres podrán unirse y conformarse entre sí, conformándose con el gobierno y leyes de este único Gobernador, que es el último fin de todos[1]. Aunque por conservar su libertad no quiere forzarlos, sino convidarles á ello, con aquellas regaladas palábras que dijo por Isaías[2]: Yo soy tu Señor Dios: *Gubernans te in via qua ambulas*, que te gobierno en el camino que andas, y en la vida que vives. Ojalá atendieses á mis mandamientos; tu paz seria como un rio, y tu justicia como el agua del mar. O Gobernador del mundo, único y supremo, á cuyo gobierno todas las criaturas irracionales obedecen sin resistencia; pues tanto deseas que los hombres te obedezcamos, danos lo que nos mandas, para que cumplamos lo que deseas, y alcancemos la justicia y paz que nos prometes. Amen.

Lo tercero se ha de ponderar, la infinita bondad y liberalidad de Dios, que en esto mismo resplandece, porque de tal manera gobierna por sí mismo á cada uno atendiendo á todo lo que ha menester, que no quiere alzarse con todo el gobierno, sino dar parte de él á sus

[1] Quæst. 103. art. 3. [2] Isai. 48. 17.

Digitized by Google

criaturas, comunicándolas esta honra y dignidad de gobernar á otras, dándoles suficiencia para ello: y así quiere que los hombres estén sujetos á los que en su nombre les gobiernan[1]: y quien á estos resiste, á él resiste, como dice san Pablo[2], porque toda su potestad es de Dios, el cual con su infinita providencia asiste á los que gobiernan en su nombre, y suple las faltas de su gobierno, sacando de sus yerros aciertos, para bien de los escogidos. Gracias te doy, Gobernador sapientísimo, por este singularísimo modo que tienes de gobierno, tan propio tuyo, que no puede hallarse en otro: gobierna, Señor, á los que nos gobiernan, para que acierten á gobernarnos; y gobierna á los que somos gobernados, para que nos sujetemos por tí á su gobierno, fiados de tu providencia, que todo lo convertirá en nuestro mayor provecho.

Punto tercero.— Lo tercero, se han de considerar las excelencias de este maravilloso gobierno de Dios nuestro Señor. La primera es, que es gobierno paternal; y por este el Sabio llama Padre á nuestro Señor, cuando dijo[3] que su providencia gobernaba todas las cosas; y así gobierna con grande suavidad, disponiendo como dice el mismo Sabio[4], todas las cosas suavemente, dándolas inclinacion grande á su propio fin, al cual vá enderezado el gobierno. Y como este amoroso Padre vió que el hombre, por razon de su naturaleza, segun el espíritu, tenia inclinacion á la virtud, y segun la carne, padecia algun modo de contradiccion; dispuso al principio, que la carne le estuviese sujeta por la justicia original, para que la inclinacion del espíritu prevaleciese; y despues del pecado original nos dá virtudes sobrenaturales, que son inclinaciones poderosas para hacer el yugo de su ley muy suave[5].

La segunda excelencia es, ser gobierno eficaz, juntando la fortaleza con la suavidad, conforme á lo que

[1] Quæst. 10. 3. art. 6. [2] Ro. 13. 1. [3] Sap. 14. 3. [4] Sap. 8. 1. [5] Mat. 11. 30.

Digitized by Google

dice el Sabio [1]; que la divina Sabiduría llega de un fin á otro fuertemente, y lo dispone todo suavemente, porque todas las cosas están debajo de su mando, y no hay quien pueda resistir á su voluntad; y es tan poderoso, que nos puede hacer querer lo que él quiere, de modo que hallemos gusto en quererlo; lo cual es propio de su sabiduría y omnipotencia.

La tercera excelencia es, ser gobierno justo, porque con ser Señor absoluto de todos, sin tener quien le pida cuenta de lo que hace, gobierna con toda rectitud y justicia, dando á cada cosa lo que le conviene, segun su naturaleza; y á los hombres gobierna, prometiéndoles premios, y amenazándoles con castigos, y en esto guarda justicia con todos, aunque llena de misericordia paternal: porque amenaza como Padre, con deseo de que todos alcancen el fin de su gobierno.

La cuarta excelencia es, ser gobierno provechosísimo para todos los que son gobernados: porque, como dice santo Tomás [2], el gobierno de Dios tiene tres efectos en general, en los cuales se encierran otros innumerables: Uno es: *Assimilari summo bono.* Hacer que seamos semejantes al sumo bien, participando de su infinita bondad. El segundo es, conservarnos en el bien que hemos recibido, para que no le perdamos, ni se menoscabe. El tercero es, movernos con suavidad y eficacia al aumento de este bien, y á su perfecta posesion.

Ponderando estas cuatro excelencias del gobierno divino, en cada una tengo de alegrarme y gozarme de la infinita bondad, sabiduría, justicia y omnipotencia de este supremo Gobernador, y tenerme por dichoso de estar debajo de su gobierno, y darle gracias por el modo que tiene de gobernarme, suplicándole me ayude para que nunca salga de su direccion. O alma mia, supuesto que has de ser gobernada, qué mejor Goberna-

[1] Sap. 8. 1. [2] Quæst. 103. art. 4.

Digitized by Google

dor, ni qué mejor gobierno puedes desear? Teniendo tal Gobernador, qué te faltará si le obedeces? *Dominus regit me: nihil mihi deerit* [1]. El Señor me gobierna, nada me faltará. Ni me faltará vida, ni salud, ni honra, ni contento, ni bien temporal, que pueda aprovecharme para el eterno; y mucho menos me faltará la virtud, la gracia, la sabiduría y los dones celestiales que hubiere menester para conseguir los eternos. Solo me faltará lo que es nada, que es el pecado, si obedezco á su gobierno, porque todo lo que es algo para bien de mi alma, él me lo dará con abundancia. O Amado mio, rígeme tú, y seré bien regido; gobiérname tú, y seré bien gobernado: no me gobierne yo á mí mismo, ni me gobierne el mundo, ni la carne, ni otro que salga de tu gobierno, del cual procede todo mi remedio. De estas mismas consideraciones he de sacar imitacion, aprendiendo á gobernar á los que Dios me encargare, con las cuatro excelencias que resplandecen en el gobierno de Dios; porque tanto será mas perfecto el gobierno humano, cuanto fuere mas semejante al divino, procurando, como dice san Pedro [2], que no sea tiránico ni forzado, sino paternal y suave, no remiso, ni pusilánime, sino eficaz y fuerte; no injusto, sino justo; no principalmente para provecho del que gobierna, sino para provecho de los gobernados, y para gloria del supremo Gobernador y Príncipe de los pastores y gobernadores del mundo, y de la Iglesia, el cual cuando venga á juicio dará corona de gloria eterna á los que de esta manera hubieren gobernado.

Punto cuarto. — Lo cuarto, se ha de considerar otra excelencia soberana del gobierno de Dios [3], el cual se extiende de un fin á otro, abrazando todas las criaturas del cielo y de la tierra, desde el supremo de los serafines, hasta el último y mas despreciado gusanillo, mirando con cuidado por todas las cosas que les pertene-

[1] Psal. 22. 1. [2] 1. Petr. 5. 2. [3] D. Th. 1. p. q. 103. art. 5. et 22. art. 2.

Digitized by Google

cen, como si no tuviera otra cosa que hacer. Y por consiguiente, gobierna con mas cuidado á todos los hombres, y á cada uno de ellos, hasta mirar por cualquiera de los cabellos de su cabeza [1]; y aunque sean muchos, gobierna á todos, como si fuera uno solo: y no tiene menor cuidado de los innumerables hombres que hay ahora en el mundo, que de solos ocho que estaban en el arca de Noé, y de solo Adan cuando estaba en el paraiso; porque ni la muchedumbre le ocupa, ni la poquedad le desanima, y su bondad, como es infinita, extiéndese á cuidar de todos, grandes y pequeños, muchos y pocos [2]; porque para su grandeza todos son pequeños, y para su caridad todos son grandes, y para su infinita sabiduría los muchos son como uno. Y así puedo decir con san Agustin [3]: *O tu bone omnipotens, qui sic curas unumquemque nostrum tanquam solum cures, et sic omnes tanquam singulos.* O Dios bueno y todopoderoso, que así tienes cuidado de cada uno de nosotros, como si le tuvieras de él solo, y así de todos como de cada uno.

De donde sacaré, que el gobierno de Dios, para conmigo tiene todas las excelencias arriba dichas; porque para mí es gobierno paternal, suave, fuerte, eficaz, justo y provechoso, sin que me pueda quejar con razon de este gobierno. Y por esto no sin causa, se nombra en número singular, el que es gobernado, como cuando dijo David [4]: El Señor me rige. Y por Isaías [5]: Yo soy el Señor que te gobierno, para que yo entienda, que conmigo guarda la perfeccion de su gobierno: aunque no se puede negar, sino que á los mas queridos y escogidos, gobierna con mayor providencia, para mayor muestra de su infinita caridad. Y para hacerme yo participante de tan especial gobierno, ayudarán los tres medios que se pusieron al fin de la meditacion pa-

[1] Matt. 10. 30. [2] Sap. 6. 8. [3] Lib. 3. confes. c. 11. [4] Psal. 22. 1. [5] Isai. 48. 17.

Digitized by Google

sada, creyendo, esperando y amando á este soberano Gobernador. Gracias te doy, amantísimo Padre, por el cuidado que tienes de mí, como si yo estuviera solo en el mundo, siendo entre todos el mas miserable. O si yo te alabase por el bien que haces á todos, y todos te alabasen por el bien que me haces á mí, para que yo y todos gocemos de tí, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXI.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN EL SUSTENTO DE LAS CRIATURAS, ESPECIALMENTE DE LOS HOMBRES, CUANTO Á SU COMIDA, VESTIDO, HONRA Y BIENES TEMPORALES.

Esta meditacion irá fundada en la maravillosa doctrina que Cristo nuestro Señor nos dió de la divina providencia, declarando por su órden las palabras del Texto sagrado.

Punto primero. — *Dijo Jesus á sus discípulos: No querais ser solícitos para vuestra alma, de lo que habeis de comer, ni para vuestro cuerpo de lo que habeis de vestir* [1].

Lo primero se ha de considerar, cual sea la solicitud que Cristo nuestro Señor prohibe en estas palabras, ponderando cuatro cosas, en que consiste ser viciosa. La primera, por no ser de cosas necesarias para la vida, ó convenientes á su estado, sino supérfluas y demasiadas, atesorando codiciosamente bienes de la tierra [2]. La segunda, por ser antes de tiempo y sazon, tomando los cuidados que no pertenecen á este tiempo, sino á otro, despues de muchos dias. La tercera, por ser desordenada en la intencion ó graduacion de las cosas, buscando los bienes temporales primero que los espirituales, ó con daño de ellos, ó por malos medios, ó por malos fines, ó poniendo en ellos todo su fin y descanso. La cuarta, por ser demasiadamente congojosa, aunque sea

[1] Matt. 6. 25. Lucæ 12. 22. [2] D. Th. 2. 2. q. 55. art. 6. et 7. et 1. 2. q. 108. art. 3. ad. 5.

Digitized by Google

en cosas necesarias, porque tal congoja procede siempre de aficion demasiada á la cosa temporal, y de poca fe en la divina providencia, como si Dios no tuviera cuidado de mí, y yo solo hubiera de alcanzarla. Y por esta misma causa suele ser viciosa la solicitud congojosa aunque sea de bienes espirituales, cual fué la de Marta cuando servia á Cristo con turbacion, y la de algunos escrupulosos, ó indiscretos muy tímidos y pusilánimes en el negocio de su salvacion. Sobre estos cuatro desórdenes haré reflexion, examinando bien si me tocan, para echarlos de mí, siquiera porque no me diga Dios lo que dijo al rico codicioso, que tropezó con ellos[1]: *Necio, esta noche te arrancarán el alma: los bienes que has aparejado, cuyos serán?* Qué es decir: De qué te servirá esta solicitud que tienes, y los tesoros que recoges, si te quitan luego el alma y la vida? para quién los querias[2]? De donde infirió Cristo nuestro Señor la doctrina de su providencia: *Ideo dico vobis: nolite solliciti esse.* Por tanto os digo, que no seais solícitos de la comida y vestido, ni de cosa de esta vida, pues Dios tiene á su cargo el cuidar de ella. O alma mia, escarmienta en la cabeza de este rico codicioso, aborreciendo su demasiada solicitud, sino quieres pasar por el castigo de su grande necedad. Oye la leccion de tu Maestro soberano, arroja en él toda tu solicitud[3], y tus cuidados congojosos, pues él con su providencia se carga de ellos.

Tambien ponderaré la caridad de Cristo nuestro Señor en prohibir esta demasía por nuestro interés, y por librarnos del trabajo que anda con ella; y por esto dijo: *No seais solícitos del dia de mañana, porque mañana será solícito para sí mismo, y bástale al dia su trabajo.* Que es decir: No os cargueis hoy de los trabajos y cuidados, que para hoy no son necesarios: tomad hoy los propios de hoy, y mañana tomaréis los de mañana;

[1] Lucæ 12. 22. [2] Medit. 12. de la 1. p. [3] 1. Petr. 5. 7.

Digitized by Google

y pues no sabeis lo que ha de ser mañana, ni si habrá mañana para vosotros, no tomeis hoy el cuidado supérfluo de lo que está por venir, y quizá no será conveniente: dejad esto á la divina providencia, que abraza todos los tiempos, y en cada tiempo proveerá lo que por entonces conviniere.

Por todo esto no prohibe Cristo nuestro Señor la solicitud virtuosa, que procura las cosas presentes, y previene las que están por venir con moderado cuidado, y se llama diligencia, la cual tiene otras cuatro condiciones contrarias á las sobredichas; es á saber, ser de cosas necesarias ó convenientes para el cuerpo ó alma, y en su propio tiempo, con órden en la intencion, y en el modo de buscarlas, y con moderada aficion, sin turbacion ó congoja; y esta solicitud no es contraria á la providencia de Dios, sino efecto de ella, y medio, ó instrumento de que ella usa para alcanzar su fin. Y así nos la encomienda la sagrada Escritura [1], diciendo que andemos solícitos con Dios, y en procurar la unidad de espíritu, con el vínculo de la paz, y en sacudir la pereza que destruye las obras buenas. Ó Dios eterno, cuya providencia es solícita, sin congoja, y cuidadosa sin turbacion, quita de mí la solicitud que me prohibes, y dame la que me mandas, para que imitando el órden de tu pacífica y cumplida providencia, sea solícito de tu servicio, al modo que tú lo eres de mi provecho. Sean mis cuidados en este dia, dolerme de los pecados hechos en el tiempo pasado: buscar medios como agradarte en el presente, y prevenirme para no pecar en el futuro, porque todos estos cuidados tocan al dia de hoy, fiándome de tu providencia que me ayudarás á lo mismo el dia de mañana.

Punto segundo. — Lo segundo se ha de considerar la maravillosa razon con que Cristo nuestro Señor nos exhorta á confiar en su providencia, diciendo: *Por ven-*

[1] Mich. 6. 8. Eph. 4. 3. Ro. 12. 11.

Digitized by Google

tura el alma no es mas que el manjar, y el cuerpo no es mas que el vestido?

En la cual sentencia apunta tres verdades admirables y muy provechosas. La primera, que el alma es mejor y de mucho mayor valor y estima que el manjar; y el cuerpo es mucho mas precioso que el vestido. Y debajo de estas dos cosas comprende todas las riquezas y cosas preciosas del mundo, que se ordenan para sustento de la vida, y adorno del cuerpo, y para nuestra habitacion, y recreacion, y pompa exterior. La segunda, que Dios nuestro Señor de su bella gracia, sin nuestros merecimientos, y sin nuestra industria, nos dió el alma y cuerpo que tenemos; y por consiguiente por traza suya estamos necesitados de manjar para conservar la vida, y de vestido para cubrir la desnudez, despues que Adan perdió la vestidura de la inocencia. La tercera, que quien nos dió lo que es mas, podrá, y querrá darnos lo que es mucho menos. Y quien crió al alma y cuerpo con necesidad de otra cosa menos que ellos para su conservacion, dá claro testimonio de que sabe, puede, y quiere dar tambien aquello que es menos, con que se remedia su necesidad; y la misma bondad que le movió á lo primero, le moverá á lo segundo.

De aquí infiere Cristo nuestro Señor, que debemos perder la demasiada solicitud de comida y vestido, fiándonos en la divina providencia, que pues nos dió sin merecerlo cosa tan preciosa como el alma, y cuerpo, tambien nos dará el manjar y vestido necesario, que es de mucho menor precio. O Criador liberalísimo, y Maestro sapientísimo, qué gracias te daré por tan soberana largueza? Y cómo agradeceré tan admirable doctrina? Yo creo lo que me dices, y espero de tí lo que me ofreces; y fiado de tu providencia, haré todo lo que me mandas en agradecimiento de lo que me prometes.

De esta doctrina de Cristo nuestro Señor tambien he

Digitized by Google

de sacar, que pues el alma es mas que el manjar, y el cuerpo mas que el vestido, solamente debo tomar de lo uno y de lo otro, lo que fuere conveniente para cuerpo y alma; dejando todo lo que redundare en daño suyo, porque sería intolerable error perder lo que es mas, por lo que es menos, perdiendo mi alma ó la de mi prójimo, por adquirir lo que tan poco vale en respecto de ella. Por lo cual dijo san Pablo aquella memorable sentencia[1]: *Noli propter escam destruere opus Dei*. No quieras por el manjar destruir la obra de Dios, matando el alma de tu hermano por quien murió Cristo. O Redentor dulcísimo, que dijiste, de qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma[2]? Concédeme que estime en mas el bien de mi alma, que el demonio y posesion de todo el mundo, ofreciéndome de buena gana á perder cuanto hay en el mundo, porque no se pierda el alma.

Tambien sacaré de esta admirable doctrina, una regla general de confianza en la providencia de Dios, asegurándome, cuando me dá algun bien grande, que me dará lo que es menos, siendo necesario ó conveniente para conservarlo. Y en esto se funda lo que dice el bienaventurado apóstol san Pablo, que quien nos dió á su propio Hijo, nos dió con él todas las cosas, porque todas son menos que el Hijo, y se ordenan y enderezan para su honra y servicio. Y quien nos ofreció su cielo y su reino, nos dará los medios necesarios para alcanzarle. Y quien nos dá el estado de perfeccion ó la dignidad de su Iglesia, dará lo que conviene para cumplir con su obligacion. Finalmente, quien me dá su propio cuerpo y sangre por manjar para sustentar la vida del alma, providencia tendrá para darme los demás manjares, que son incomparablemente menores que este, y necesarios para sustentar la vida del cuerpo. O Dador liberalísimo, que dándonos lo que es mas, te ofreces á darnos lo que

[1] Rom. 14. 20. [2] Matt. 16. 26.

Digitized by Google

es menos, para conservarlo; pues me das tan inmensos beneficios, dame luz y perfecto entendimiento para conocerlos y estimarlos como debo; y dame tambien gracia para servirte y amarte por ellos, para que con este agradecimiento persevere en mí tu beneficio por todos los siglos. Amen.

Ultimamente, ponderaré como Dios nuestro Señor, en decir que tiene providencia de nuestra comida y vestido, nos dice tambien, que la tiene de nuestras tierras, viñas, olivares, dehesas y ganados; de los linos, lanas, y sedas, y de los gusanillos que las hacen, y de todas las cosas que son necesarias para este sustento; y por consiguiente por su providencia vienen las lluvias, nieves, y vientos, y todos los bienes temporales que ayudan á esto; y así todos son beneficios de Dios nuestro Señor, y efectos del cuidado que tiene con nosotros; y si nos fiamos de él y le servimos, nos los dará, pues nos dió lo que es mas que todo ello. Y con esta confianza hemos de perder la solicitud congojosa, que nos dá la falta de agua, ó de viento, ó de otra cosa de estas, arrojando este cuidado en Dios, pues es propio suyo, diciéndole: Dios y Señor nuestro, pues nos diste alma y cuerpo necesitados de manjar y vestido, danos estos bienes temporales, para que con mas confianza procuremos los eternos. Amen.

Punto tercero. —*Mirad las aves del cielo, y á los cuervos, que no siembran, ni cogen, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las sustenta: por ventura no sois vosotros mas estimados que ellas*[1]?

Aquí se ha de considerar, primeramente, la maravillosa providencia que tiene Dios nuestro Señor de las aves, proveyéndolas á todas de sustento conveniente, no solamente á las grandes, sino á las pequeñuelas, y no solamente á las mansas y provechosas para los hombres, sino á las bravas, y desaprovechadas, y aborre-

[1] Matt. 6. 26. Lucæ 12. 22.

Digitized by Google

cibles, como son los cuervos. Y se precia tanto de esta providencia, que dijo á Job[1]: Quién apareja su manjar al cuervo, cuando sus hijuelos claman á Dios, vagueando por faltarles la comida? Que fué decir: Yo soy el que con mi providencia aparejo manjar bastante para el cuervo, con ser tan tragador, y al parecer, de poco provecho: y cuando se olvida de sus polluelos, yo como Padre los sustento, oyendo el clamor que su necesidad me representa. Pues si vuestro Padre celestial, dice Cristo, sustenta las aves, con no ser Padre de ellas, sino Señor, porque ellas no son capaces de ser sus hijas, cuánto mas sustentará á vosotros, que sois hijos suyos, y os estima muy mucho mas que á ellas? Y si vuestro Padre oye el graznido de los cuervos, y se compadece de su necesidad, cuánto mas oirá vuestros clamores, y se compadecerá de vuestra hambre, y ella sola será oracion y clamor que le mueva á daros sustento para remediarla? O Padre amorosísimo, alábente las aves del cielo, y los hombres de la tierra, por la providencia que tienes de su comida; y las aves con sus cantos, y los hombres con sus palabras de alabanza publiquen tus misericordias, por el cuidado que tienes en remediar sus miserias.

Luego ponderaré el modo maravilloso, como la divina providencia sustenta las aves, sin tener ellas solicitud de sembrar, ni de coger, y sin tener graneros, ni botillerías, porque el mismo Dios les apareja el manjar que cada una ha menester, y les dá habilidad é industria para haberle, y para llevarle á sus hijuelos. A las águilas, como el mismo Señor dice[2], sustenta con la caza de animales, y llevándolos á sus nidos, con la sangre que sale de ellos sustenta á sus polluelos; á los vencejos sustenta con mosquitos que cogen volando por el aire, y con este manjar están gordos, y andan juntamente comiendo y jugando, gozando con alegría de lo que les provee el Autor de la naturaleza.

[1] Job. 38 41. et Ps. 146. 9. [2] Job. 39. 29.

Digitized by Google

De aquí infiere Cristo nuestro Señor, que perdamos la demasiada solicitud de las sementeras y cosechas, y de allegar demasiadas provisiones en las trojes y despensas; porque quien provee sin nada de esto á las aves, mucho mejor proveerá á sus hijos, poniendo el cuidado moderado que él mismo quiere que pongamos. O alma mia, cesen de hoy mas tus cuidados congojosos, porque agravias con ellos á la providencia de tu Padre celestial: pues quien sustenta á las aves sin esta solicitud, mejor te sustentará á tí sin ella. O Padre amantísimo, tu providencia será mi principal sementera y mi cosecha; ella será mi botillería y mi granero, porque sin ella todos mis cuidados serán vanos, y con ella los moderados serán muy provechosos, supliendo ella la falta que hubiere en ellos.

Lo tercero se ha de ponderar, que esta misma providencia tiene Dios nuestro Señor de proveer á los peces del mar, y á los animales de la tierra de sustento conveniente, sin que les falte á su tiempo con grande abundancia; por lo cual dijo David[1]: En tí esperan, Señor, los ojos de todos, y tú les das mantenimiento en el tiempo conveniente; abres tu mano, y llenas á todos los animales de bendicion[2]. Tú das á los jumentos su propio mantenimiento; y[3] los cachorrillos de los leones salen de noche, *ut rapiant, et quærant á Deo escam sibi*, para buscar, y arrebatar el manjar que les dá Dios con su providencia. O dulcísimo Salvador, que dijiste por tu boca[4]: No es bueno quitar el pan á los hijos, y darlo á los perros; si con tanto cuidado das mantenimiento á los perros, con cuánto mayor le darás á los hijos? Si hartas el hambre de las fieras, cómo no hartarás la de los hombres[5]? Alábente, Señor, tus misericordias, y las maravillas que haces con los hijos de los hombres, porque hartas al alma hambrienta, y llenas de bienes á la

[1] Psal. 144. 15. [2] Psal. 146. 9. [3] Psal. 103. 21. [4] Matt. 15. 26. [5] Psal. 106. 8.

Digitized by Google

vacía. Tú das manjar á toda carne, porque tu misericordia dura para siempre. O alma mia, arroja, como dice David [1], tus cuidados en Dios, y él te sustentará, y no permitirá que andes fluctuando de una parte á otra, porque su providencia será ama que te crie, escudo que te defienda, áncora que te establezca, y corona que te galardone por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO. — *Quién de vosotros con su pensamiento y cuidado podrá añadir un codo á su estatura? Luego si no podeis lo que es tan poco, para qué andais solícitos de lo demás* [2]?

En esta sentencia se ha de considerar, como la divina providencia ha trazado la estatura de nuestro cuerpo, de tal manera, que no es posible por ninguna solicitud y cuidado grande, añadir algo á lo que Dios tiene ordenado, conforme á la complexion de cada uno. De donde Cristo nuestro Señor infiere. Lo primero, que como la divina providencia secretamente de noche y de dia vá haciendo que nuestros cuerpos crezcan, y lleguen á tener su debida estatura, sin saber nosotros como lo hace; así tambien nos dará el sustento necesario para esto, y el vestido conveniente, conforme á su medida; pues quien dá lo mas, dará lo menos, siendo esto necesario para conservar lo que es mas. Y muchas veces lo dá por medios muy secretos, sin saber por donde nos viene, para que mas claramente echemos de ver el cuidado que tiene de nosotros, y aprendámos á confiar en su providencia, y á servirle con mas diligencia. Lo segundo infiere, que pues nuestra solicitud no es poderosa para añadir á nuestro cuerpo un codo, ni un dedo de grandeza, y por consiguiente seria vana, por ser de cosa imposible, tambien es justo que quitemos la demasiada solicitud de la comida y vestido, como si á solas pudiésemos haberlo, porque tambien será solicitud vana, pues sin la providencia de Dios no podemos

[1] Psal. 54. 23. [2] Matth. 6. 27. Lucæ 12. 26.

Digitized by Google

alcanzarlo: *Si neque quod minimum est potestis, quid de cæteris solliciti estis?* Si no podeis lo que es tan poco, para qué estais solícitos y congojados por lo demás, pues sin mí no podeis alcanzarlo, y yo tomo á mi cargo el proveerlo? O Padre celestial, gracias doy á tu soberana providencia, porque no solamente me das el cuerpo sino su aumento y perfeccion: y aunque yo esté durmiendo ó velando en otras cosas, tú tienes cuidado de esta. Suplícote, Señor, que del mismo modo cuides del aumento y perfeccion espiritual de mi alma, que vale mucho mas que el cuerpo; pues el que planta ó riega no es nada, sino tú que das el crecimiento[1]. De esta misma verdad puedo tambien sacar el contento que debo tener con la estatura y proporcion de miembros que me ha cabido en suerte, pues nace de la divina providencia para mi provecho y gloria del que me la dió, el cual se glorifica con el pequeño y con el grande, con el flaco y con el grueso, y cada uno le debe gracias por la estatura que tiene: ni el que la tiene grande se ha de vanagloriar por ella, ni el que la tiene pequeña se ha de desconsolar, pues es verdad que[2], *Ipse fecit nos, et non ipsi nos.* Dios nos hizo, y no nos hicimos nosotros; y pues Dios lo hizo, quién le dirá[3]: *Cur ita facis?* Porqué lo hiciste así? Básteme, Señor, que tú lo hayas hecho, para que yo esté contento con ello; y cuando estuviera en mi mano deshacerlo, yo lo pusiera totalmente en la tuya, porque no hay para mí mayor acierto, que fiarme de tu gobierno.

Punto quinto. — *Porqué estais solícitos del vestido? Considerad los lirios del campo, como crecen sin hilar ni trabajar. Digoos de verdad, que ni Salomon en toda su gloria, estuvo vestido como uno de ellos. Pues si Dios viste de esta manera al heno del campo que hoy es, y mañana le echan en el fuego, cuánto mas vestirá á vosotros, hombres de poca fe?*

[1] 1. Cor. 3. 7. Marc. 4. 27. [2] Psal. 99. 3. [3] Job. 9. 12.

Digitized by Google

Sobre esta maravillosa doctrina se ha de considerar. Lo primero, como la divina providencia dió á todos los vivientes, vestido conforme á su naturaleza, porque á los peces vistió de escamas, á las aves de plumas, á los demás animales de lanas ó recios cueros; y á los árboles de duras cortezas. Pero mas adelante pasó la divina providencia con el hombre, porque careciendo de todo esto por su naturaleza, le vistió maravillosamente con su gracia, adornándole en el estado de la inocencia con la justicia original; en virtud de la cual podia pasar sin vestido corporal, sin padecer daño ni vergüenza con su deznudez. Mas despues que Adan y Eva por su pecado perdieron esta vestidura [1], haciendo ellos otra de hojas de árboles, para cubrir su deznudez, viendo la divina providencia cuán mal vestido era este, luego los proveyó de otro mejor, vistiéndoles con vestidura de pieles de animales, hechas por su misma mano, ó por ministerio de sus ángeles: lo uno para remediar su necesidad presente; y lo otro, para enseñarles el modo de vestirse en lo porvenir; y sobre todo para que entendiesen ellos y nosotros, que la culpa cometida no habia sido parte para que totalmente nos excluyese de su divina providencia, ni perdiese el cuidado que tenia de darnos vestido conveniente á estado de pecadores, como le habia dado conveniente al estado de justos. O Padre amantísimo y amorosísimo, quién no te amará y alabará por tan amorosa providencia como tienes por nosotros? No era mucho que pues diste de vestir á todos los animales, tambien lo dieras á los hombres: pero lo que me admira es, que habiéndose los hombres hecho peores que animales por la culpa, no les desampare tu divina providencia. Quien habia rasgado la riquísima vestidura de la justicia original, digno era de quedarse desnudo para siempre, con perpétua confusion de cuerpo y alma; pero tu infinita misericordia vis-

[1] Genes. 3. 7.

Digitized by Google

tió con pieles de animales muertos al cuerpo, deseando por la penitencia, vestir con tu gracia al alma. Alábente, Señor, mi alma y mi cuerpo, por el cuidado que tienes de darles el vestido conveniente, y ambos se ocupen totalmente en tu servicio, porque si tanto cuidado tienes de los pecadores que te ofenden, cuánto mayor le tendrás de los justos que te sirven?

Lo segundo se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor, para quitar de nosotros la demasiada solicitud del vestido, nos trae por ejemplo la providencia que tiene de vestir á los lirios ó azucenas, y no las que se crian en los jardines con industria de hombres, sino á las que nacen en el campo, las cuales no tienen necesidad de hilar como las mujeres para vestirse, ni de trabajar como los varones para ganar el vestido, sino por sola providencia del Criador, nacen vestidas con tal belleza y hermosura, que Salomon en toda la pujanza de su gloria, nunca alcanzó vestido tan glorioso. Pues quien tiene cuidado de vestir de esta manera al lirio que hoy es, y mañana se seca, y se echa en el fuego, cuánto mayor le tendrá del hombre cuya vida es mas larga, y no fué criado para el fuego, sino para el cielo? O alma mia, si los príncipes del mundo, aunque sean mas sabios y poderosos que Salomon, no pueden vestirse tan gloriosamente como Dios viste á un lirio, mejor es confiar en el Señor [1], que en los príncipes, pues de él puedes recibir lo que ellos no te pueden dar.

Lo tercero, ponderaré dos causas, por las cuales Cristo nuestro Señor no trajo por ejemplo de esta providencia el vestido que dá á los peces y animales, sino á los lirios que hoy son, y mañana se echan en el fuego.

La primera, para significar la liberalidad de su providencia en darnos no solamente el vestido necesario, que bastara ser grosero, como de pieles de animales, sino tambien el precioso y vistoso para adorno de nues-

[1] Psal. 117. 9.

Digitized by Google

tras personas, conforme á nuestro estado; para lo cual nos proveyó de brocados, sedas y telas preciosas, de las cuales no se ha de usar por vanidad, sino para gloria del que las dá. La segunda causa mística es, para significar la largueza de su providencia en repartir estos vestidos tan preciosos, no solamente á los justos que tiene escogidos para el cielo, sino á los mundanos, que son como heno, que hoy resplandecen, y mañana pararán en el fuego del infierno. Para que se vea, que si tan liberal es con los reprobados, mucho mas lo será con los escogidos; y si viste de tanta gloria á los que han de ser cebo del fuego sempiterno, de cuánta mayor gloria vestirá á los que han de ser ciudadanos de su reino! O Gloria mia, gracias te doy por las vestiduras tan gloriosas que das á tus criaturas, para mostrar la providencia que tienes de ellas. Con mucho gusto, por tu amor renuncio la vestidura de gloria temporal, deseando que vistas mi alma con la vestidura preciosa de tu gracia, y despues con la de tu eterna gloria. Amen.

Punto sexto. — *No querais ser solícitos, diciendo: Qué comerémos y beberemos, y con qué nos vestiremos? Et nolite in sublime tolli. Y no querais levantaros en alto, porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo; y vuestro Padre celestial sabe que teneis necesidad de todas ellas* [1].

Lo primero, se ha de considerar el gran deseo que Cristo nuestro Señor tiene de que sus discípulos pierdan la demasiada solicitud de estas cosas temporales, fiados de que Dios tiene cuidado de ellos, y este deseo significa con repetir tantas veces, que no seamos solícitos de la comida, ni aun de la bebida que es menos; y por san Lucas, añade, que no nos levantemos en alto, en lo cual nos prohibe la demasía en algunas cosas que están á cargo de su providencia. Lo primero, que no andemos ansiosos de la gloria, honra y fama, ni de las dignida-

[1] Matt. 6. 31. Lucæ 12. 29.

Digitized by Google

des, oficios, ó preeminencias del mundo. Lo segundo, que no nos engriamos con los bienes que Dios nos diere, levantándonos á mayores, é hinchándonos con ellos. Lo tercero, que no busquemos lo que es sobre nuestras fuerzas[1], ó nuestros merecimientos, quèriendo lugar mas alto, ó cosas mas levantadas de lo que nuestra pequeñez merece en cualquier materia que sea. Lo cuarto, que no andemos con los ojos levantados curiosamente á mirar los signos de los planetas y cielos[2], como quien espera de ellos el suceso de las cosas que pretende, pues no ha de venir de ellos, sino de la divina providencia, á cuyo cargo están todas estas cosas, y el suceso de cualquier cosa grandiosa que pretendemos, ora se haya de proveer por votos de hombres, ora por suertes, ora por voluntad de reyes, porque nada de esto sucede acaso, sino por la providencia de Dios, en cuyas manos están nuestras suertes[3]. Y como dice el Sabio[4], él las endereza, y en su mano está el corazon del rey, por muy voluntarioso que sea, y le hace inclinar á la parte que él quisiere. Y él principalmente provee los imperios y pontificados, las dignidades, cátedras, beneficios y oficios honrosos de ambas repúblicas, eclesiastica y seglar. Y aunque en estas provisiones se mezclen ambiciones, sobornos, injusticias y otros pecados, que permite la divina providencia por secretos fines, pero ella endereza los sucesos para sus intentos soberanos. De donde se sigue, que es grande agravio de la divina providencia andar solícito de estas cosas con demasiadas congojas, desvelado, y derramado en pensar como salir con ellas; y muy mayor agravio es tomar malos medios contra la divina voluntad, porque, como luego dirémos, en el grado que estas cosas me convienen, la divina providencia podrá y querrá dármelas sin tales medios, por otros lícitos que yo tomaré, ó que ella inventará sin saberlo yo. Y por esta causa dijo tambien Cristo nuestro

[1] Tim. 6. 17. [2] Jer. 10. 3. [3] Psal. 30. 16. [4] Prov. 16. 33. et 21. 1.

Digitized by Google

Señor: *Nolite in sublime tolli.* No andeis con solicitud y congoja, levantando los ojos á lo alto, suspirando y gimiendo, vagueando por una y otra parte, buscando como alcanzar la alteza que pretendeis. O Dios altísimo que moras en lo alto, y desde allá con tu providencia miras y provees las cosas de acá bajo, yo me sujeto á tu divina disposicion, y con grande confianza levantaré los ojos á lo alto donde tú estás, esperando que de allí me ha de venir lo que me conviene, para vivir de tal manera en la tierra, que suba á gozar de tí en el cielo.

Luego consideraré dos admirables razones que alega Cristo nuestro Señor para quitar esta demasiada solicitud. La primera es [1], *Hæc enim omnia gentes mundi quærunt?* Porqué todas estas cosas las gentes del mundo las buscan? que es decir, buscar estas cosas con tal solicitud, y por tales medios, es propio de los gentiles, que niegan, como se dice en Job [2], la divina providencia; y de los mundanos que la niegan con las obras, ó de los imperfectos, que por su corta confianza en ella, se congojan como los infieles. O Maestro soberano, cuya doctrina tienen los gentiles por locura, y los sabios del mundo por necedad [3], blasfemando lo que ignoran, porque no alcanzan los secretos de tu alta providencia: ilústralos con tu celestial luz, para que la conozcan y veneren; y pues yo por tu misericordia la creo, concédeme que la vida concierte con la fe, para que goce los admirables efectos que proceden de ella.

La segunda razon regaladísima es: *Scit enim Pater vester cœlestis, quia his omnibus indigetis.* Sabe vuestro Padre celestial que teneis necesidad de todas estas cosas. En las cuales palabras cifró Cristo nuestro Señor los tres divinos atributos en que se funda la confianza que debemos tener en su providencia: es á saber, su sabiduría, á quien están manifiestas nuestras necesidades; su bondad, para querer remediarlas por ser Padre; y su

[1] Luc. 12. 30. [2] Job. 22. 13. Ps. 72. 11. [3] 1. Cor. 1. 23. Epist. Jud. 10.

Digitized by Google

omnipotencia, para ejecutar el remedio por ser Padre celestial, y Señor de todo lo criado: pues siendo esto así, certísimo es que con su providencia paternal proveerá de remedios para todas en el grado que nos conviene. De donde infiero una razon eficacísima para tener paz y consuelo en todo lo que pretendiere, diciéndome á mí mismo: O esta cosa que deseo y pretendo me conviene, ó no: sino me conviene, porque me ha de ser ocasion de otros mayores daños de cuerpo y alma, no la quiero, y espero en Dios que con su providencia la impedirá. Pero si me conviene, cierto estoy que con esta misma providencia me la dará, porque desea mi bien como Padre, y conoce el medio para dármela como sabio, y puede ponerla por obra, como todopoderoso. Con esta consideracion quedaré contento con cualquier cosa que me sucediere, cumpliéndose en mí lo que dice Salomon [1]: Al justo no le entristecerá cualquier cosa que le suceda; porque sabe que todo viene trazado por la providencia de su Padre celestial. O Padre amorosísimo, desde hoy mas deseo servirte con grande paz y alegría, fundada en tu divina providencia, pues bástame creer que tú sabes mis necesidades, para que seguramente espere el remedio de ellas.

Punto séptimo. — *De la providencia que tiene Dios con los que buscan primero su reino celestial. — Buscad primero el reino de Dios, y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura.*

En esta maravillosa sentencia se declara el órden que debemos tener en la pretension de nuestras cosas, para hacernos dignos de que la divina providencia mire por ellas. Y porque cada palabra tiene especial misterio, ponderarémos cada una por sí. La primera es, *primum*, primero buscad el reino de Dios, esto es, ante todas cosas, y sobre todas las cosas, y en primer lugar, poniendo vuestro primero y principal cuidado en pretenderle,

[1] Prov. 12. 21.

Digitized by Google

tomando esto por último fin de vuestras intenciones: de modo, que ninguna otra cosa habeis de estimar mas, ni tanto, como este reino, ni mezclarla con él, si es agena de su grandeza. Y no dice: Sed solícitos, sino *quærite*, buscad, porque la solicitud congojosa, aunque desea buscando este reino, no agrada á Dios, como está dicho, por estar llena de dudas y desconfianzas de su providencia. La tercera palabra es, *regnum Dei*, el reino de Dios; esto es, el reino celestial y eterno, en el cual veais á Dios, y reineis con él para siempre. Y esto sea en primer lugar, no solo por ser bien vuestro, sino para que el mismo Dios reine en vosotros, y su reino se dilate por el mundo, y su nombre sea santificado de todos[1]. Pero tambien habeis de buscar *justitiam ejus*, su justicia, esto es, la justicia de Dios, ó de su reino, que os hace justos, y abraza todas las virtudes y obras que son títulos y medios para alcanzar este reino, y ganar la corona de justicia. Y con gran misterio Cristo nuestro Señor no dijo: buscad en primer lugar el reino de Dios, y en segundo la justicia, sino juntamente dice, que en primer lugar busquemos uno y otro, porque no se puede buscar uno sin otro: y quien dice que busca el reino de Dios, sino busca tambien la justicia y santidad, engáñase á sí mismo; porque poco aprovecha desear ir al cielo, sino se ponen medios para ello, por cuanto la divina providencia, como no quiere que seamos demasiadamente solícitos y congojosos, así no quiere que seamos flojos y descuidados. O Rey eterno, pues me mandas buscar tu reino y tu justicia, prevéngame tu misericordia, ayudándome á ejercitar los medios con que se alcanza.

La última palabra es: *Et hæc omnia adjicientur vobis*; y todas estas cosas se os añadirán. En la cual Cristo nuestro Señor, por modo de promesa, asegura á los que buscan primero su reino y justicia, que tendrá especial

[1] Medit. 15. par. 3.

Digitized by Google

providencia de ellos, y les proveerá de todas las cosas necesarias para la vida, con mas suavidad que á las gentes del mundo; que las buscan con tanta congoja, conforme á lo que dice David [1]: Los ricos tuvieron necesidad y hambre, pero los que buscan al Señor, no carecerán de todo bien. Como quien dice, aunque los que confian en sus riquezas vengan á tener falta de muchas cosas: pero los que buscan á Dios, y en él ponen su confianza, no les faltará bien alguno, espiritual ó corporal, como sea bien para ellos. Y si alguna vez le faltare la comida, ó vestido del cuerpo, será por otro mayor bien del alma.

Pero tiene misterio que Cristo nuestro Señor no dijo: Buscad en segundo lugar estas cosas temporales, porque aunque sea lícito buscarlas con cuidado moderado, no quiso decirlo, por alejarnos mas de la solicitud que con ello se mezcla; y así, quien las busca, ha de ser como dice san Pablo [2], como si no las buscase, quitando toda turbacion y ocasion de pecado. Y buscarlas de esta manera, es buscar la justicia del reino de Dios, pues Dios manda, que pongamos los medios convenientes para buscar lo necesario para no morir. Tambien no dijo Cristo nuestro Señor: todas estas cosas se os darán, sino añadirán; para que entendamos que no dá Dios á los justos estas cosas temporales por premio principal de sus obras, sino por añadidura y cosa muy accesoria, en cuanto son medio para vivir. Y así el dia de la paga no las tomia en cuenta mas que si no las hubiera dado, porque no se precia de pagar nuestros servicios con tan bajos premios. Y por la misma razon he yo de tener por gran bajeza servirle por ellas, ó prenderlas por paga principal de mis obras, sino generosamente buscar la gloria de este Señor y de su reino, dejando á su providencia que añada lo que quisiera de lo temporal, mucho ó poco, con determinacion de servirle de cualquier

[1] Psal. 33. 11. [2] 1. Cor. 7. 31.

Digitized by Google

modo que me tratare. Y por este camino no solo no perderé lo temporal, pero si me conviene lo acrecentaré, porque quien sirve á Dios, tanto mayor interés alcanza cuanto menos interés propio pretende.

Punto octavo. — En confirmacion de todo lo dicho, últimamente se ha de considerar, como es tan amorosa la providencia de Dios con sus escogidos, que cuando no son posibles medios humanos y ordinarios, para proveerlos de la comida y vestido, y de lo demás necesario para la vida, inventa medios extraordinarios y milagrosos para proveerlos de todo esto, como lo hizo con los israelitas por espacio de cuarenta años en el desierto, dándoles milagrosamente pan del cielo, sacándoles agua de la piedra [1], conservándoles el vestido y calzado.

Pero en especial ponderaré tres medios milagrosos que la divina providencia descubrió en sustentar á Elías [2]. El primero fué, mandando á los cuervos que le trajesen pan y carne, mañana y tarde, para comer y cenar. Los cuales obedecieron al mandato de Dios, y con ser tan tragadores, se lo quitaban de la boca para darlo al profeta. En lo cual se nos representa, que los grandes pecadores, figurados por los cuervos, aunque sean muy codiciosos, suelen por inspiracion de Dios sustentar con sus haciendas á los justos. O Padre amantísimo, quién no te obedecerá, dejando por tu amor lo que le diere gusto, pues los cuervos te obedecen dejando su gusto por darle á tus amigos: el mio pongo en solo servirte con amor, fiado de tu providencia, que si es menester, cuando me desamparen los hombres, me servirán los animales. El segundo modo fué por medio de una pobre viuda [3], que no tenia mas que un poco de harina y aceite, á quien Dios mandó que le sustentase con ello, multiplicándoselo cada dia milagrosamente, de modo que bastase para el profeta, y para ella y su hijo, en testimonio de la providencia, que tiene de sus-

[1] Exod. 16. 35. et 17. 6. [2] 3. Reg. 17. 6. [3] 3. Reg. 17. 12.

Digitized by Google

tentar á sus siervos por medio de otros hombres devotos y limosneros, multiplicando sus bienes, en premio de la limosna que les hacen. Porque puesto caso que la divina providencia provee á todos, pero con mas cuidado provee á los que toma por instrumentos de su obra, dándoles porque dan, y para que den á sus pobres. El tercer modo fué por medio de un ángel [1], poniéndole pan y agua, que comiese al tiempo que estaba durmiendo, y bien descuidado de esto, porque los ángeles son ministros de la divina providencia para sustentar á los escogidos en tiempo de necesidad, cuando les falta socorro humano, como otro ángel tomó por un cabello al profeta Abacuch que llevaba de comer á sus segadores, y le llevó por el aire donde estaba Daniel en el lago de los leones, para que le diese de comer. Y así le dijo Abacuch [2]: *Daniel, siervo de Dios, toma la comida que te envia el Señor*. Y admirado el santo Daniel de está infinita, caridad dijó: *Recordatus es mei Deus*. Acordado te has, Señor, de mí, y no has desamparado á los que te aman. O Dios de mi alma, millones de gracias te doy por la memoria que tienes de tus siervos, amparando y sustentando á los que esperan en tu misericordia. Y no te contentaste con tapar las bocas á los leones hambrientos, para que no comiesen á tu siervo, sino tambien quitas la comida á los hambrientos segadores para darle de comer á él. Bendita sea tu amorosa providencia, y alábente por ella los ángeles y los hombres, aumenta en mi corazon la fe y confianza de ella, para que haciendo con esta fe lo que me mandas, vea por experiencia lo que me prometes. Amen.

Con esta doctrina han de vivir muy consolados los religiosos, como dice Casiano [3], los cuales dejan todas las cosas, por librarse de cuidados congojosos, arrojándolos en la divina providencia, por seguir á Cristo con perfeccion.

[1] 3. Reg. 19. 6. [2] Dan. 14. 36. [3] Collat. 19. c. 5. 6. et 8.

Digitized by Google

MEDITACION XXXII.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS ACERCA DE LAS COSAS ADVERSAS DE ESTA VIDA, Y DE TODOS LOS MALES, ASÍ DE PENA, COMO DE CULPA.

PUNTO PRIMERO. — Lo primero, se ha de considerar, como la divina providencia comprende debajo de su gobierno todas las cosas adversas que suceden en esta vida[1], y todas las miserias que padecen los hombres en el cuerpo y en el alma, trazando y ordenando los males que no son culpa, y permitiendo los que son para fines muy altos y secretos de su gobierno en bien de sus criaturas, especialmente de los hombres escogidos para el cielo. Por lo cual dijo san Agustin[2]: que el omnipotente Dios en ninguna manera consintiera que hubiera algun mal ó defecto en sus obras, si no fuera tan poderoso y bueno, *ut benè faceret etiam de malo*, que sacará bien del mal; y de un solo mal, muchos bienes: estos se pueden reducir á tres géneros.

El primero es, la manifestacion de su bondad y omnipotencia, de su justicia y misericordia, y de otros atributos y perfecciones, cuyas obras se ejercitan cerca de estas miserias, y resplandecen mucho en lo que hacen por atajarlas ó remediarlas.

El segundo bien, es la conservacion del universo mundo, el cual está compuesto de tales cosas que no se pueden conservar, sino es destruyéndose unas, para que se engendren ó sustenten otras; no donde nace la enemistad natural de unos animales, peces y aves, con otros, porque los unos son manjar y sustento de los otros.

El tercer bien, es el provecho de los mismos hombres, así el natural como el sobrenatural, porque ambos bienes andan mezclados con muchas miserias, y con ellas sue-

[1] D. Th. 1. p. q. 22. art. 2. ad 3. et 4. et q. 103. art. 7. [2] In Enchir. c. 11. tom. 3.

Digitized by Google

len perfeccionarse, y las virtudes ejercitan sus obras con gran resplandor cerca de las miserias del cuerpo y alma, propias ó agenas. Debajo de estos tres géneros de bienes, se encierran otros innumerables, que la divina providencia saca de nuestros males, como se verá en los puntos siguientes, discurriendo por todas las suertes de males y trabajos que padecemos, advirtiendo para mi consuelo, que tengo siempre de poner los ojos, no tanto en el mal que padezco, cuanto en el bien que la divina providencia pretende, gozándome de tener un Dios tan bueno y poderoso, que de mis males saca bienes, ni permitiera el mal, sino supiera, quisiera y pudiera sacar de él algun bien. O bien infinito, gracias te doy por la bondad que muestras en sacar bienes de nuestros males, permitiendo la miseria, para que resplandezca mas tu infinita misericordia: muestra, Señor, conmigo tal providencia, que ataje del todo el mal de culpa, y convierta en bien el mal de pena. Amen.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar la maravillosa providencia que tiene Dios cerca de las aflicciones y tentaciones que nos vienen por medio del demonio, ponderando principalmente tres cosas. La primera, que Dios nuestro Señor con su providencia dá licencia permisiva al demonio para afligirnos [1], sin la cual no puede tocarnos en el hilo de la ropa, ni entrar en los puercos, con ser animales tan viles: pero siempre dá esta licencia con tasa y limitacion, señalándole las cosas en que nos ha de castigar, y el número de veces, y la gravedad y el tiempo que ha de durar, sin que pueda pasar un punto de lo que Dios le permitiere.

La segunda cosa es, que aunque la voluntad del demonio es perversa, y pide licencia de tentarnos por destruirnos: pero la divina providencia no se la dá sino por nuestro bien, sirviéndose de su malicia para nuestro provecho, pretendiendo con estas tentaciones y afliccio-

[1] Matt. 8. 31.

Digitized by Google

nos ejercitarnos en la mortificion, humildad y oracion, y en todas las virtudes contrarias al intento del demonio. Porque si el demonio pretende con la tentacion derribarme en lujuria, Dios pretende fundarme en perfecta castidad. Y si con los trabajos quiere moverme á impaciencia y desesperacion, Dios con los mismos quiere arraigarme en paciencia y confianza.

La tercera cosa es, que la divina providencia siempre mide las aflicciones y tentaciones, conforme á nuestras fuerzas, así de la naturaleza como de la gracia que piensa darnos: de modo que, como dijo el Apóstol [1], nunca seamos tentados ni afligidos sobre lo que podemos, deseando que salgamos con victoria y aprovechamiento, y para esto nos provee de muchos y admirables medios, ó por los confesores y buenos consejeros, ó por los santos ángeles que resisten á los demonios, por secretas inspiraciones, asistiendo el mismo Señor para favorecernos, de modo, que podamos alcanzar el fin de su providencia, si por nosotros no queda [2].

De estas tres consideraciones sacaré dos avisos importantes para tener consuelo en semejantes aflicciones. El primero es, no poner los ojos en el demonio que me aflige, sino en Dios que lo permite, mirando la afliccion como venida de su mano, pues pudiéndola estorbar, no la estorba; y así diré con Job [3]: Si recibí de la mano del Señor tantos bienes, porqué no recibiré estos males? El Señor con su providencia me dió salud, hacienda, honra, paz y alegría; él con la misma providencia me lo quitó, dando para ello licencia al demonio: bástame que él lo haya hecho, para que yo lo tenga por bueno: sea su nombre bendito por lo que me dió, y bendito por lo que me quitó, por todos los siglos. Amen [4].

El segundo es, poner los ojos, no en los males que el demonio me amenaza, sino en los bienes que Dios pretende, confiando en su providencia, que será mas po-

[1] 1. Cor. 10. 13. [2] En la medit. 27. de la 5. p. [3] Job. 2. 10. [4] 1. Joan. 4.

Digitized by Google

derosa en salir con sus intentos, que el demonio con los suyos; y así quitaré los ojos de mi flaqueza para no desmayar, y de la fiereza del demonio para no temerle, y pondrélos en la omnipotencia de Dios, y en la eficacia de su gracia, suplicándole que con su providencia me aplique tan eficaces medios, que alcance el fin de sus soberanos intentos. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar, la providencia de Cristo nuestro Señor, cerca de las persecuciones que nos vienen por manos de hombres, ora sean tiranos públicos, ora enemigos particulares, ora amigos fingidos, ó falsos hermanos.

En lo cual se ha de ponderar. Lo primero, como la divina providencia tiene atadas las manos á todos estos enemigos nuestros, de tal manera, que sin su licencia no pueden quitarnos un cabello de la cabeza, como Cristo nuestro Señor lo dijo á sus discípulos[1]: *Por ventura no se venden cinco pájaros por un real, y ni uno de ellos tiene Dios echado en olvido, ni cae en la tierra sin vuestro Padre: y aun los cabellos de vuestra cabeza están contados? No querais pues temer, porque muy mejores, y muy mas estimados sois vosotros que muchos pájaros.* En las cuales palabras apunta Cristo nuestro Señor dos razones muy regaladas de la divina providencia. La primera es, que nuestro Padre celestial tiene cuidado de la vida de los pájaros, por viles que sean, y no está olvidado del menor de todos, de tal manera, que ninguno cae en el lazo, ni cae muerto en la tierra sin su providencia; luego mucho mayor cuidado tendrá de nosotros: porque de los pájaros no es Padre, sino Señor, y de nosotros es Señor y Padre: y el Padre que tiene cuidado de la salud y vida de los esclavos, mayor la tendrá de los hijos: y quien no se olvida de un vil pajarillo, no se olvidará de un hombre, y mas si es amigo suyo, porque uno vale mas que infinitos pájaros: y si

[1] Matt. 10. 29. Luc. 12. 6.

Digitized by Google

el cazador no puede cazar, ni matar un pájaro sin la voluntad de Dios que lo consienta, mucho menos podrá el tirano afligir, ni matar al justo, sin licencia y permision de su celestial Padre. La segunda razon es, porque Dios tiene contados los cabellos de nuestra cabeza; y tiene cuidado de ellos, como la tienen los hombres de la cosa que tienen por cuenta: y así ninguno, sin su licencia, nos puede quitar un cabello de este número. Pues quien tanta providencia tiene de mis cabellos, que es la cosa mas vil del hombre, y de muy poca importancia que sea uno mas ó uno menos, cuánta mayor providencia tendrá de mi salud, vida, y honra, y de todas las cosas graves que me tocan? Y si mis enemigos no pueden quitarme un solo cabello sin licencia de mi Padre celestial, mucho menos podrán quitarme la salud, honra ó vida. Con esta confianza tengo de vivir muy contento y seguro, como quien está debajo de la proteccion de Señor tan poderoso, y tan amoroso, que dice[1]: Quien os toca á vosotros en el pelo de la cabeza, me toca á mí en la niñeta del ojo. O Amado mio[2], guárdame como los hombres guardan las niñetas de sus ojos: ponme debajo de tus alas, como las aves ponen á sus polluelos debajo de las suyas, defendiéndome de mis perseguidores, como ellas los defienden de los milanos.

De aquí subiré á ponderar lo segundo, como la divina providencia permite que seamos perseguidos de los hombres malos, por los grandes bienes que de aquí se nos siguen: de modo, que no diera tal licencia á nuestros enemigos, sino pretendiera tomarlos por instrumentos para estos bienes, como permite tiranos, para que haya esclarecidos mártires, en lo cual hace dos cosas muy señaladas. La primera es, sacar de las persecuciones el bien totalmente contrario al mal, que nuestros enemigos pretendian con ellas. Y á veces los mismos medios que toman para hundirnos, toma Dios

[1] Zach. 2. 8. [2] Ps. 16. 8.

Digitized by Google

para ensalzarnos. La segunda es, convertir la persecucion en bien de nuestros mismos enemigos, haciéndoles bien por los medios que tomaban para hacernos mal. Ambas cosas resplandecieron en la persecucion de José, á quien Dios levantó á ser virey de Egipto, por los medios que sus hermanos tomaron para hundirle. Y por los mismos trazó de remediarlos, como lo declaró el mismo José, diciéndoles [1]: *Vos cogitastis de me malum, sed Deus vertit illud in bonum, ut exaltaret me.* Vosotros tramásteis contra mí un grande mal, pero Dios le ha convertido en un grande bien, para ensalzarme [2]: y vine á Egipto, no tanto por vuestro consejo, cuanto por la voluntad de Dios, para vuestra salud, y de otros muchos. Con esta consideracion me consolaré cuando me viere perseguido, diciendo con David: Callé y no abrí mi boca, *quoniam tu fecisti*, porque tú, Señor, lo hiciste, y por tu ordenacion y permision me viene este trabajo; y haciéndolo tú, no es razon que me queje yo. Y como el mismo David, cuando le maldecia Semei, dijo á sus criados: El Señor le ha mandado que me maldiga [3]: *Et quis est qui audeat dicere, quare sic fecerit?* Y quién hay que se atreva á decir porqué lo mandó? Quizá el Señor hoy convertirá esta maldicion en bendicion para mí; así yo diré á mí mismo: No pienses que es acaso la maldicion y trabajo que padeces, porque ninguno podria decir, ni hacer mal contra tí, si Dios no le diese licencia para ello: no pienses que la dá para tu daño, pues por esto se dice que lo manda, porque lo permite para tu provecho. Y si él lo manda de esta manera, quién le pedirá razon porque lo manda? Bástame, Señor, que tú lo mandes, para que sea bien mandado, porque siempre es acertado y justo tu gobierno.

Punto cuarto. — Lo cuarto se ha de considerar, la paternal providencia de nuestro Señor, cerca de las ad-

[1] Gen. 50. 20. [2] Gen. 45. 5. [3] 2. Reg. 16. 10.

Digitized by Google

versidades corporales, así comunes, como particulares, ora nazean de causas naturales solas, ora tambien de alguna malicia, ó descuido de los hombres, como son tempestades, diluvios, guerras, pestes, enfermedades, y dolores del cuerpo, con otros innumerables achaques y miserias que padecemos: pero todas vienen registradas por la divina providencia, sin la cual, ni una sola sucediera. Y por esto dijo un profeta [1]: No hay mal en la ciudad que no haya hecho el Señor. Pero en particular ponderaré como la divina providencia muy por menudo tiene tanteadas las enfermedades que me suceden, midiéndolas conforme á mis fuerzas, cuanto al número, calidad, intension, y duracion de ellas, sin que el humor que aflige la cabeza, pueda pasarse á otra parte, ni crecer ó durar mas horas de las que Dios tiene determinadas. Y así mismo la divina providencia dispone los sucesos de la cura, y los aciertos ó yerros de los médicos, y la aplicacion de buenas ó malas medicinas en buena ó mala coyuntura: de modo, que nada de esto es acaso para nuestro Señor, el cual se sirve de todas estas cosas para salir con sus intentos; porque como dice el Sabio [2]: *A Deo est omnis medela.* De Dios nace toda la medicina, y el suceso de ella: y en sus manos está la vida y la muerte, la salud y la enfermedad [3]; y con su providencia hiere y sana, mortifica y vivifica, pone en la sepultura y saca de ella. De donde sacaré, que en semejantes casos, aunque puedo y debo poner medios humanos, convenientes para librarme de estos trabajos; pero mi principal confianza no ha de ser en ellos, sino en Dios, á quien he de acudir con oraciones, porque su providencia es la que ha de dar buen suceso á los medios que yo tomaré, ó poner otros mayores.

Lo segundo he de ponderar, como la divina providencia traza ó permite estas enfermedades y traba-

[1] Amos. 3. 6. [2] Eccles, 38. 2. et 11. 14. [3] Oseæ. 6. 2. 1. Reg. 2. 6.

Digitized by Google

jos del cuerpo para bien del alma, para que con ellas se purifique de culpas, venza las pasiones, ejercite las virtudes, y alcance la perfeccion de ellas, porque *virtus in infirmitate perficitur*, la virtud se perfecciona en la enfermedad. Y así mirándola, no en cuanto aflige mi cuerpo, sino en cuanto procede de Dios para mi provecho, tengo de gozarme, diciendo con el Apostol [1]: De muy buena gana me gloriaré, y gozaré de mis enfermedades, porque habite en mí la virtud de Cristo. Y si la carne rehusare tales trabajos, la diré con fervor de espíritu [2]: *Calicem quem dedit mihi Pater, non vis ut bibam illum?* No quieres que beba el cáliz que me dá mi Padre? Esta enfermedad y trabajo, y las amarguras que andan con el cáliz, es recetado por la providencia de mi Padre celestial: y por consiguiente de gran provecho, pues basta que él le recete, para que yo le acepte; y pues él quiere que le beba, yo quiero beberle, por hacer lo que él quiere, y no apartarme de lo que manda.

Punto quinto. — Lo quinto, se ha de considerar la providencia que tiene Dios nuestro Señor cerca de las miserias de nuestra alma, las cuales son en dos maneras, unas involuntarias que nos afligen mal que nos pese [3], como son las pasiones de la carne rebelde contra el espíritu, las vagueaciones de la imaginacion, y otros defectos semejantes, los cuales resultaron del pecado original: y la providencia de Dios los dejó, no para nuestro daño, sino para nuestro ejercicio, por los grandes bienes que resultan de esta guerra, á los que valerosamente pelean en ella. Y así nuestro Señor con su providencia paternal modera la furia de estas tentaciones interiores, para que no nos ahoguen, y dá bastante gracia para pelear con ellas, y vencerlas.

Otras miserias son queridas por nuestra libre voluntad desordenada, como son los pecados, los cuales en ninguna manera son pretendidos por la divina providencia,

[1] 1. Cor. 12. 9. [2] Joan. 8. 12. [3] Rom. 7. 15. et 8. 13.

Digitized by Google

antes salen fuera de su órden, y contradicen al fin principal de su gobierno, que es nuestra salvacion para gloria suya. Pero con todo eso los permite, por dejar al hombre en su libertad; y con su bondad infinita sáca de ellos, por su altísima providencia, grandes bienes. Unas veces para el que los hizo, haciéndole con esta ocasion mas humilde y desconfiado de sí, mas recatado para adelante; y mas fervoroso en el divino servicio. Otras veces para otros, porque con la crueldad y malicia de los malos, ejercita, labra, y perfecciona á los buenos, y siempre saca de ellos manifestacion de su bondad, ó esperando, y perdonando con misericordia, ó castigando severamente con justicia. Y todo, como dice san Pablo [1], se convierte en bien de los escogidos, los cuales, por la providencia de nuestro Señor, de los pecados propios sacan humildad, y de los agenos escarmiento; y del perdon sacan amor y agradecimiento á la divina misericordia, y del castigo sacan temor y reverencia de la divina justicia. O Dios eterno, cuya providencia convirtió la culpa de Adan en bien de todo el mundo, tomando de ella ocasion para darnos á tu Hijo por Redentor. Convierte con tu misericordia en mi bien lo que yo miserable hice para mi mal. O Redentor del mundo, que redimes de él los pecados, perdonando, y preservando; perdóname los que ya he cometido, y preservame de los que puedo cometer, aplicándome con tu amorosa providencia todos estos efectos de tu copiosa redencion. Amen.

Ultimamente, ponderaré los innumerables beneficios ocultos que proceden de la divina providencia en todas las cosas referidas, atajando innumerables males de cuerpo y alma, particulares y generales que sucederian en el mundo, y me tocarian á mí particularmente, si Dios no los impidiera. Por los cuales, como arriba se dijo [2], he de alabarle, y como le pido perdon de mis

[1] Rom. 8. 28. [2] Supr. medit. 28. p. 2.

Digitized by Google

pecados ocultos; porque aunque son ocultos para mí, no lo son para Dios, y algun dia serán manifiestos. Así he de darle gracias por sus beneficios ocultos, pues aunque me sean ocultos[1], no dejan de ser muy grandes; y algun dia me serán manifiestos, y me halláré corrido sino los hubiere agradecido. Gracias te doy, soberano Bienhechor, por el bien que me haces, librándome secretamente de los males que yo haria, y de las miserias en que caeria, si tú no las atajases. Lleva, Señor, adelante este soberano beneficio, para que con tal providencia sea cierta mi perseverancia en tu gracia, y alcance la corona de la gloria. Amen.

MEDITACION XXXIII.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN OIR NUESTRAS ORACIONES, Y DESPACHARLAS Á SU TIEMPO, Y CUAN SOBERANO SEA ESTE BENEFICIO.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como la divina providencia ha tomado la oracion por instrumento y medio principalísimo[2], para ejecutar las trazas de su gobierno con los hombres, cerca de las cosas dichas, y otras que se dirán; porqué viendo la falta que los hombres tenemos de muchos bienes, así corporales, como espirituales, temporales y eternos, y tambien la muchedumbre de males á que estamos sujetos en el cuerpo y en el alma, sin tener fuerzas para alcanzar los bienes, y librarnos de los males, ordenó que nuestra oracion fuese medio para lo uno, y para lo otro, dándonos palabra, de que nos concederia cuanto le pidiésemos, pidiéndoselo con las condiciones que se debe pedir. Y así dice Cristo nuestro Señor[3]: *Petite, et accipietis*. Pedid lo que os falta, y lo recibiréis, porque[4], *omnis qui petit accipit*, cualquiera que pide recibe. En

[1] Psal. 18. 13. [2] D. Th 2. 2. q. 38. art. 2. et 1. p. q. 23. art. 8. [3] Matt. 7. 7. [4] Luc. 11. 10.

Digitized by Google

lo cual ponderaré, como la oracion es medio para todo esto eficacísimo, suavísimo, y universalísimo. Es eficacísimo, porque como arriba se dijo, estriba en la palabra y promesa de Dios, que no puede faltar, porque es sumamente fiel en cumplir lo que dice, y todo poderoso para hacer lo que promete. Es suavísimo, porque no hay cosa mas suave y fácil, que pedir lo que me falta al que me ama, y me manda que se lo pida, y desea darme lo que le pido, mas que yo recibirlo. Es universalísimo, porque vale para negociar todos los bienes que me convienen [1], y para librarme de todos los males que me dañan. Y finalmente, es medio de la divina providencia, para ejecucion de las obras que proceden de los divinos atributos y perfecciones que arriba se han puesto, porque es medio para que la bondad de Dios se nos comunique, su caridad nos ame, su misericordia nos remedie, su justicia nos galardone, y para que su omnipotencia ejecute lo que su sabiduría ha trazado y si es menester para que altere y mude el órden de las cosas naturales, haciendo obras milagrosas; porque la oracion alcanza, que la divina omnipotencia dé vista á los ciegos, vida á los muertos, haga parar los cielos, y trueque unas cosas en otras.

Finalmente, tambien es medio de la divina providencia, para el adorno y perfeccion de las criaturas que hizo al principio del mundo, en provecho del hombre, porque por medio de la oracion fertiliza la tierra, envia agua del cielo, multiplica el ganado y los animales provechosos, destruye los dañosos, amansa los bravos, quita las pestes, purifica los aires, y hace otras muchas cosas propias de la omnipotencia de Dios: el cual por este camino comunica del modo que es posible [2], su mismo poder á los que nada pueden sin él. O Dios omnipotente, gracias te doy por la omnipotencia que has comunicado á la oracion, para alcanzar de tu bondad y

[1] En la medit. 18. y 19. de la 4. p. [2] Psal. 65. 20.

Digitized by Google

misericordia lo que ha dispuesto tu soberana providencia. Aficióname, Señor, á este santo ejercicio, porque cierto estoy, que si yo no aparto de mí la fervorosa oracion, tú no apartarás de mí tu copiosa misericordia.

Punto segundo. — Lo segundo se ha de considerar, como la divina providencia con gran liberalidad nos concede lo que le pedimos, si es provechoso, y con grande caridad nos lo niega, si es dañoso, queriendo que la oracion sea medio de nuestro provecho, y no de nuestro daño. Esta verdad declaró Cristo nuestro Señor á sus discípulos, por esta parábola [1]: *Qué hombre hay que si le pide su hijo pan le dé una piedra? ó si le pide pez, le dé una serpiente? ó si le pide un huevo, le dé un escorpion? Pues si vosotros siendo malos, dais á vuestros hijos los bienes que habeis recibido [2], cuánto mas vuestro Padre celestial dará bienes, y el buen espíritu al que se lo pidiere?* En la cual parábola Cristo nuestro Señor nos enseña, que así como el padre cuando su hijo le pide algo de comer, no le dá una piedra, porque es inútil, ni le dá una serpiente ó escorpion, porque es dañosa; así tambien, cuando yo pido á nuestro Señor, salud, hacienda, honra, regalo, ó alguna otra cosa temporal, si vé su Majestad que esto no ha de ser para mi alma de provecho, sino de daño, no me lo dá, porque me ama como padre, y con amor de padre no quiere dar á su hijo lo que há de ser piedra de escándalo en que tropiece, ó serpiente que le enponzoñe con malicia, ó escorpion que le muerda la conciencia con pecado. Y el negarme esto, es oir mi oracion, porque de razon cuando se lo pido, ha de ser debajo de condicion que sea para mi provecho, y no para mi daño. Y de la misma manera, como el padre, cuando su hijo le pide de comer, le dá lo necesario y lo conveniente, como es, pan, huevos y peces: así nuestro Señor nos dará lo que le pidiéremos, no solamente lo necesario, como el pan,

[1] Matt. 7 9. [2] Lucæ 11. 12.

Digitized by Google

sino lo decente y conveniente, como pez y huevos. Porque si vosotros, dice, siendo de vuestra cosecha mal inclinados, teneis esta buena inclinacion de dar á vuestros hijos los bienes que habeis recibido de Dios, cuánto mas vuestro Padre celestial, que de su naturaleza es bueno, y tiene inclinacion á hacer bien á todos, dará sus bienes á quien se los pidiere, especialmente su espíritu bueno; esto es, el espíritu con que somos buenos, y nos dispone á recibir el Espíritu santo, de quien toda bondad procede, y con quien vienen todas las cosas que son para nuestro bien. Gracias te doy, ó Padre amantísimo, por la providencia que tienes en negarme lo que me daña, y concederme lo que me aprovecha, y tantas gracias te doy por lo uno, como por lo otro, pues uno y otro procede de igual amor: concédeme, Señor, que siempre te pida lo que te agrada, para que siempre me des lo que te pido para gloria tuya y provecho mio. Amen.

Lo segundo, tengo de ponderar la infinita liberalidad de esta soberana providencia, la cual se muestra en no dejar vacía la oracion de sus hijos, cuando por ignorancia le piden lo que les haria daño, porque de tal manera se lo niega, que en su lugar les dá otra cosa que les entre mas en provecho, como cuando san Pablo [1] pidió tres veces á Dios que le quitase el aguijon de su carne, aunque se lo negó, dióle otra cosa muy mejor, que era su gracia, para que el aguijon no le dañase, antes le aprovechase, aguijándole en su salvacion. Por lo cual dijo san Bernardo [2]: Ninguno desprecie su oracion, porque Dios no la desprecia: y antes que salga de nuestra boca, la tiene escrita en su libro, é indubitablemente podemos esperar una de dos cosas, ó que nos dará lo que le pedimos, ó lo que nos será mas provechoso. O Dios de mi alma, no quiero tener mi oracion en poco, pues tú la tienes en tanto: y aunque vale

[1] 2. Cor. 12. 8. [2] Ser. 5. in quad.

Digitized by Google

poco, en cuanto sale de mí, vale mucho, en cuanto estriba en tí: en quien confio que nunca saldrá vacía de tu presencia, dándome lo que te pido, ó lo que de razon te debiera pedir.

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar, la providencia que tiene Dios nuestro Señor en dar lo que se le pide, en buen tiempo y sazon, cuando es mas conveniente para su gloria y bien nuestro, sin anticipar, ni posponer este tiempo. Y quizá por esto dijo el mismo Señor [1]: *In tempore accepto exaudivi te.* Yo te oí en el tiempo que me fué acepto y agradable. Y los santos que saben ya algo de estos tiempos, piden á Dios remedio de sus necesidades, como dice David [2]: *In tempore opportuno*, en su sazon y coyuntura. Y cuando se ven apretados, suplican á Dios, que el tiempo en que oran sea el tiempo oportuno para ser oidos, como decia él mismo David [3]: Á tí, Señor, enderezo mi oracion; sea este tiempo aceptable á tí para que me oigas: óyeme, por la muchedumbre de tu misericordia, y por la verdad que tienes en cumplir lo que prometes. De aquí es, que cuando es conveniente dar luego lo que se pide, luego lo dá Dios si se pide como conviene, y sino hay estorbo para recibirlo. Y esto principalmente nos sucede cuando le pedimos perdon de los pecados; para lo cual todo tiempo es oportuno. Y en estos casos se cumple lo que dice Isaías [4]: Clamarás á Dios, y luego te dirá: aquí estoy. Y aun mas adelante dice [5]: Antes que clamen les oiré; y aun estando hablando haré lo que me piden; pero otras veces, aunque oye, y entiende nuestras peticiones, y se determina de hacer lo que le pedimos, dilata la ejecucion para otro tiempo mas conveniente, ó porque hay otro que le pide lo contrario por otro justo título, como sucedió á Daniel, que pedia á Dios la libertad de su pueblo [6]: y aunque le oyó lue-

[1] Isai. 49. 8. 2. Cor. 6. 2. [2] Psal. 31. 6. [3] Psal. 68. 14. [4] Isai. 58. 9. [5] Isai. 65. 24. [6] Dan. 10. 3.

Digitized by Google

go, pero dilató veinte y un dia la respuesta, porque otro ángel pedia lo contrario, por el bien de los persas, que le tenian cautivo: ó lo dilata, por haber de nuestra parte algun impedimento de culpa ó ingratitud, ó tibieza en el pedir, ó remision en el desear; y con esta dilacion se quita el estorbo, y se aumenta el deseo, y nos hacemos dignos de recibir lo que pedimos; y así todo vá ordenado á nuestro bien. Alabada sea, Padre mio, tu providencia paternal, así por las veces que me mandas lo que te pido, como por las que dilatas el concederlo. Cierto estoy, Señor [1], que si te detuvieres en oirme, no te tardas; porque aunque te tardes conforme á mi deseo, no te tardas, conforme á lo que pide mi necesidad.

Lo segundo, ponderaré la liberalidad de este gran Señor, cuando con su providencia dilata el concedernos lo que le pedimos, porque si perseveramos pidiendo, recompensa la dilacion con darnos mucho mas de lo que habíamos pedido. De esto nos avisa Cristo nuestro Señor en la parábola del hombre [2], que á media noche fué á casa de su amigo á pedirle tres panes prestados; y aunque le despidió la primera vez, perseveró en llamar á su puerta, hasta que su amigo le abrió, vencido de su importunidad, y le dió no solamente tres panes, sino todos los que habia menester, y no prestados, sino dados. De esta manera, quien acude á las puertas de Dios, que es nuestro verdadero amigo, en cualquier tiempo y hora que acuda es oida su oracion, porque Dios nunca duerme; y aunque algunas veces dá respuestas desabridas, como á la Cananea [3], á fin de probar nuestra fe y perseverancia, si somos fieles en perseverar, despues nos dá mucho mas de lo que le pedimos. Danos los tres panes de la fe, esperanza y caridad, y todas las demás virtudes necesarias y convenientes para nuestra perfeccion. Danos tambien los tres

[1] Abac. 2. 3. [2] Lucæ 11. 5. [3] Matt. 15. 26.

Digitized by Google

panes cotidianos, el corporal que sustenta el cuerpo, y el espiritual de la gracia, y el del santo Sacramento, que sustenta el alma. O alma mia, acude confiadamente á las puertas de Dios, que es tu verdadero amigo; llama con instancia y perseverancia, porque no le cansa el importuno sino el tibio; y si te hace del dormido, es porque gusta de oirte llamar con mas fervor, para darte lo que le pides con mas abundancia [1].

Punto cuarto. —Lo cuarto, se ha de considerar como la divina providencia en este medio de la oracion, se extiende á todos los hombres del mundo, sin excluir á ninguno, porque con todos habla aquella sentencia general de Cristo nuestro Señor, que dice: *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad y os abrirán. Porque todo hombre que pide, recibe, y el que busca halla: y á quien llama abren la puerta.* En la cual promesa resplandece grandemente la inmensa largueza y omnipotencia de nuestro gran Dios, porque con haber en el mundo innumerables hombres cargados de innumerables deseos, y de innumerables necesidades, acudiendo todos innumerables veces á sus puertas por remedio, á todos atiende, y oye las peticiones de todos, como si fuera uno solo el que le pidiera, sin cansarse ni enfadarse de que le pidan tantos, y tantas cosas, y unas contrarias á otras, y con tanta importunidad, antes gusta de que le pidan: y declara su gusto con la repeticion de estas tres palabras, que casi significan lo mismo: *Pedid, buscad, llamad:* como quien dice [3]: Mirad que deseo mucho que me pidais: pedidme, pedidme, pedidme. O caridad inmensa, ó largueza infinita! Qué te vá, Dios mio, en que los hombres te pidan algo, para que con tantas ganas nos pidas que te pidamos? Los príncipes del mundo se cansan de que les pidan, y tú de que no te pidan? Aquellos no dan entrada en su presencia, sino á los privados, ó nobles de su rei-

[1] Eph. 3. 20. [2] Matt. 7. 7. Luc. 11. 9. [3] D. Aug. lib. 1. retr. c. 19.

Digitized by Google

no, tú admites á los mas viles y despreciados del mundo; aquellos muchas veces no quieren, ó no pueden dar lo que se les pide; tú siempre quieres lo que conviene, porque eres bueno, y siempre lo puedes dar, porque eres todopoderoso. Y pues todos gozan de tu copiosa liberalidad, todos te alaben y glorifiquen por ella. Amen.

Lo segundo, se ha de considerar el deseo que tiene nuestro Señor de que le pidamos con gran deseo y fervor, de suerte, que nuestro deseo y fervor en el pedir, sea semejante al que él tiene de que le pidamos. Y por esto, con la repeticion de estas tres mismas palabras: *Pedid, llamad, buscad*, nos enseña que pidamos con instancia y fervor, como quien dice: Pedid con fe y confianza, buscad con gran diligencia, y llamad con grande perseverancia, y no os canseis de pedir, hasta que alcanceis lo que pedís porque os conviene siempre orar[1], y nunca desfallecer.

Lo tercero, se ha de ponderar, como no solamente los justos, sino los pecadores gozan de esta providencia, y son oidos en sus oraciones, con tal que pidan cosas buenas, con buen fin, y con buen modo[2], perseverando, y quitando los estorbos que ponen para recibir lo que piden; porque de otra manera diríales el Apóstol[3]: Pedís y no recibís, porque pedís mal. Y Cristo nuestro Señor les dirá como á los hijos del Zebedeo[4]: No sabeis lo que os pedís. O Dios misericordiosísimo, que con grande gusto haces la voluntad de los que te temen[5], y oyes la oracion que hacen; concédeme que haga siempre tu voluntad, para que sea digno de que tú hagas la mia, en cuanto fuere conforme á la tuya. O alma mia[6], procura que tu corazon no te reprenda de culpa, para que crezca la confianza, y merezcas ser oida: no cierres[7] tu oido para oir la ley de Dios, y el clamor del pobre, porque no cierre Dios el suyo para oir tu oracion.

Finalmente, ponderaré la suavidad de la divina pro-

[1] Lucæ 18. 1. [2] D. Th. 2. 2. q. 82. art. 16. [3] Jacob. 4. 3. [4] Matt. 20. 22. En la med. 23. de la 3. p. [5] Psal. 144. 19. [6] 1. Joan. 3. 21. [7] Prov. 7. 9.

Digitized by Google

videncia, en la aplicacion de este medio, porque no contentándose con exhortar generalmente á todos que oren, y enseñarles el modo de orar, como se ha dicho, en particular hace esto con cada uno, por sus secretas inspiraciones, inspirándonos lo que hemos de pedir, imprimiendo el deseo y fervor de pedirlo; y las razones y títulos que hemos de alegar para alcanzarlo, conforme á lo que dijo san Pablo: No sabemos lo que hemos de pedir como conviene, y así el Espíritu santo pide por nosotros con gemidos[1], que no se pueden explicar. Y cuando oramos de esta manera, es señal que Dios quiere concedernos lo que le pedimos, porque del deseo que tenia de concederlo, procedió inspirar tal modo de pedirlo. Y así la divina predestinacion, como dice san Gregorio[2], para salir con sus intentos, se sirve de la perfecta oracion. O Espíritu divino, cuya providencia me gobierna, gracias te doy por el cuidado que tienes de mí, para que no falte en la oracion: si no sé lo que tengo de pedir, tú me lo enseñas: si me olvido, tú me lo acuerdas: si desmayo, tú me alientas; y si quiero cesar, tú me haces perseverar, pidiendo, buscando, y llamando, hasta que reciba y halle lo que pretendo. O Padre amantísimo, muestra conmigo siempre esta soberana providencia, dándome tal espíritu en la oracion, que pueda llamarte Padre, y alcanzar de tí todo lo que me conviene para ser tu perfecto hijo, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXIV.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN DARNOS ÁNGELES QUE NOS GUARDEN, Y CUÁN GRANDES BIENES ENCIERRA ESTE BENEFICIO.

Punto primero. —Lo primero, se ha de considerar, como la divina providencia ordenó, que todos los hom-

[1] Ro. 8. 26 [2] Lib. 1. dial. 8.

Digitized by Google

bres tuviesen ángeles que les guardasen y encaminasen al fin de su eterna salvacion[1], ponderando los motivos que Dios nuestro Señor tuvo para ello.

El primero fué, para mostrar el grande amor que tiene á los hombres, y la grande estima y deseo que tiene de su salvacion, pues quiso que los espíritus angélicos, como dice san Pablo[2], fuesen ministros suyos en esta obra, enviándolos del cielo á procurarla. De suerte, que no solamente todas las criaturas del cielo y tierra sirviesen al hombre, sino tambien las que están sobre el cielo, y son mayores que él en la naturaleza, se ocupasen en ayudarle. Y por esta causa dijo Cristo nuestro Señor que no despreciásemos á ninguno de los pequeñuelos[3]: *Quia angeli eorum semper vident faciem Patris mei qui in cœlis est:* porque Dios los estima tanto que les ha dado ángeles que están siempre viendo el rostro de mi Padre, que está en los cielos. Gracias te doy, Padre eterno, por este amor y estima que tienes de nosotros, dándonos por gente de guarda á los mas privados de tu casa. Ya no me admiro, como David[4], de que hayas puesto todas las cosas debajo de mis piés, haciéndome poco menor que tus ángeles, pues me das á los mismos ángeles, para que me sirvan por tu amor: sírvate yo, Señor, como ellos te sirven, y en agradecimiento del bien que por tí me hacen.

El segundo motivo fué, porque vió la divina providencia nuestra grande flaqueza, y las grandes necesidades y peligros en que vivimos, y aunque por sí solo pudiera favorecernos, quiso tambien servirse de los ángeles para ello, encomendándoles que tuviesen cuidado de nosotros; y así dice David[5]: *No te tocará el mal, ni el azóte se acercará á tu morada, porque Dios ha mandado á sus ángeles que tengan cuidado de tí, y te guarden en todos tus caminos, llevarte han sobre las palmas de sus manos, porque tus piés no tropiecen en las piedras.* En las

[1] D. Th. 1. p. q. 113. [2] Heb. 1. 14. [3] Matt. 18. 10. [4] Psal. 8. 8. [5] Psal. 90. 10.

Digitized by Google

cuales palabras apunta David tres grandes favores. El primero, que ha dado Dios cuidado de mí, no solo á un ángel, sino á sus ángeles; dando á entender, que muchos cuidan de mí, como luego verémos. El segundo, que me guardan, *in omnibus viis*, en todos mis caminos, y pasos, en cualquier parte del mundo que esté, y ande por mar, ó por tierra, y en todos los negocios que trato, y en todas las obras que hago. El tercero, que me traen en las palmas de sus manos, porque no tropiece, preservándome de las ocasiones en que podia tropezar y peligrar, sirviéndome sus manos de litera que me lleva, ampara, y levanta del suelo, y me defiende de las injurias del aire, y de los tropiezos de la tierra. O providencia amorosísima y regaladísima de nuestro Padre celestial: qué gracias te podré dar por el cuidado que has tenido de remediar por tal camino mi flaqueza! O si yo tuviese tal cuidado de servirte como tienen los ángeles de ampararme! O si en todos mis pasos y caminos les obedeciese para que en todos te agradase! O si me dejase llevar siempre de sus manos, para que nunca me soltases de las tuyas! O ángeles benditísimos, tened cuidado siempre de mí, para que ni el mal se me acerque, ni el castigo me derribe, ni cese de servir á quien nunca cesa de ampararme.

El tercer motivo fué, porque viendo nuestro Señor, que los malos ángeles que habian sido echados del cielo, habian de tentar y perseguir á los hombres con grande rabia y envidia, proveyó con su amorosa providencia, que los ángeles buenos que quedaron en el cielo, viniesen á defenderlos de los demonios, para que el hombre tuviese espíritus invisibles que le defendiesen de los enemigos invisibles que le molestaban. Y así en el mismo estado de la inocencia, como hubo demonio que tentó á los primeros padres, así hubo ángeles que los guardasen y amparasen [1]: y si Eva atendiera á las

[1] D. Thom. 1. p. q. 213. art. 4. ad 2.

Digitized by Google

inspiraciones del ángel bueno, no diera crédito á las palabras del malo. Y por la misma causa trazó esto la divina providencia, para que nos defendiésemos de otros enemigos, que aunque visibles, pero son ocultos y encubiertos; y era menester que tuviésemos algun amigo tambien oculto que los conociese, y nos pudiese defender de ellos. De todo esto sacaré grande confianza y ánimo contra los demonios, y contra los demás enemigos secretos, por tener de mi parte los ángeles que son mas poderosos que ellos. O alma mia, si te abriese Dios los ojos, como al criado de Eliseo, para ver cuantos mas y mejores son los que pelean por tí, que contra tí [1], sin duda tendrias grande ánimo en pelear, y grande confianza de vencer; alaba, y glorifica la providencia de tu supremo Capitan, que te ha dado tantos y tan valerosos defensores, contra tantos y tan poderosos enemigos.

Punto segundo. —Lo segundo se ha de considerar, como esta soberana providencia se extiende á todos los hombres del mundo, con un modo maravilloso [2]. Ponderando lo primero, como no solamente tienen ángeles de guarda los predestinados para el cielo, sino los reprobados; y no solamente los justos, sino los pecadores; ni solamente los cristianos, sino los paganos, y todo género de infieles, sin excluir á ninguno, hasta el mismo Antecristo le tendrá; porque como Dios desea [3], que todos se salven, así provee á todos de este medio, para su salvacion; y porque ninguno lo atribuya á sus merecimientos, á todos se señalan ángeles desde que el alma es criada y unida con su cuerpo, ó desde el punto de su nacimiento.

Y lo que mas admira es, que siendo un ángel solo suficientísimo para guardar muchos hombres que viven en una ciudad ó reino, con todo eso quiso la divina providencia, que un solo ángel se emplease en la guarda de un solo hombre, en cualquier parte y lu-

[1] 4. Reg. 6. 17. [2] 1. p. q. 113. art. 4. [3] 1. ad Tim. 2. 4.

Digitized by Google

gar del mundo que fuese, y que este solo le sirviese de perpétuo ayo y compañero todos los dias de su vida, sin desampararle del todo, aunque le fuese muy rebelde [1]. O Padre amorosísimo, qué gracias te daré por tan soberano beneficio como haces á los hombres, mandando á los ángeles tus amigos, que sean ayos de tus mismos enemigos. Del vientre de mi madre nací hijo de ira, y desde allí diste cargo de mí al que era vaso de misericordia, para que procurase hacerme semejante á sí. Sírvate yo, Señor, como él te sirve, para que llegue á gozar de tí como él te goza. Amen.

De aquí sacaré grande amor y estima de cualquier prójimo, por víl que sea, pues con ser tan vil, le dió Dios un ángel totalmente dedicado á su guarda; y por esto dijo Cristo nuestro Señor: No desprecieis [2], *unum ex his pusillis*, á uno de estos pequeñuelos; pues por muy pequeñuelo que sea, tiene un ángel muy grande y poderoso que le guarda. Y si yo no me atreviera á murmurar de un hombre ausente delante de un grande amigo suyo, ni á injuriarle en su presencia, estando con él su ayo ó guarda muy poderosa, razon es que no me atreva á hacer esto, considerando que mi prójimo tiene un ángel por ayo y guarda, el cual oye mi murmuracion y agravio, y es poderoso para pedir á Dios justicia y venganza contra mí, y para ejecutarla sin resistencia.

Luego ponderaré como la divina providencia, no contenta con dar á cada uno su ángel de guarda, del último coro de la ínfima jerarquía, tambien dá arcángeles, y principados que gobiernen y defiendan á los reyes y príncipes, á los reinos y ciudades. Además á la Iglesia universal, y á las matrices de ella, á las religiones y provincias, ó conventos de cada una, y á los prelados y personas constituidas en dignidad, para que por medio de estos soberanos espíritus se ejecuten

[1] D. Th. art. 6. [2] Matt. 18. 10.

Digitized by Google

las trazas del divino gobierno con mas suavidad. De donde se sigue, que no solamente tengo yo un solo ángel que me guarda, sino tambien me ayuda el arcángel, ó principado, que guarda el reino y ciudad en que vivo, y el que defiende la Iglesia universal y particular en que resido, y la religion y convento en que moro, y el que por razon de mi dignidad ú oficio me está señalado. Y demás de esto, los ángeles de la segunda jerarquía, virtudes ó potestades, que tienen poder para reprimir á los demonios, me ayudan en las tentaciones. Y es tan suave la divina providencia, que por respeto del hombre ha señalado ángeles que miren por la conservacion de las especies de las cosas corruptibles: para que nunca falten, ni el hombre carezca del bien que recibe de ellas, ni se frustre el fin para que Dios las crió. Todo esto me ha de ser motivo de nuevas alabanzas, gozándome del amor que Dios nos muestra en esta amorosa providencia, provocando al ángel de mi guarda, y al arcángel, principado, y potestad, debajo de cuyo gobierno estoy, que le den gracias por mí, y por el bien que hace á los fieles que no le conocen, ni se le agradecen.

Punto tercero.—Lo tercero, se ha de considerar el gusto y contento con que acuden los ángeles á cumplir con este oficio de guardarnos, sin reparar en su grandeza y nobleza, ni en nuestra pequeñez y bajeza, ponderando las causas de este gusto, y aplicándolas á mí mismo para imitarlos en ellas.

La primera y principal causa es, mandárselo Dios, y esta basta, porque como le aman, desean entrañablemente cumplir cualquier cosa que les manda, y ninguna cosa tienen por vil, ni baja, en siendo mandada de Dios, á quien servir es reinar. Y así con tanto gusto el ángel Rafael, con ser uno de los siete principales, que asisten delante de Dios, servia á Tobías por los caminos y mesones, como gobernara un reino, ó moviera

Digitized by Google

el cielo estrellado, porque no miraba tanto la cosa mandada, cuanto al que se la mandaba; y tanto gusto tiene en su oficio el angel que guarda al esclavo, como el que guarda al emperador ó papa [1]. O ángeles de Dios, poderosos en virtud para hacer lo que os manda, y oir su palabra, cumpliendo con prontitud todo lo que quiere, bendecidle por este buen afecto que os ha dado, y suplicadle me ayude, para que os imite, preciándome de obedecer á cuanto me quisiere mandar.

La segunda causa es, la grande caridad y amor que tienen á los hombres, como á prójimos suyos, porque viendo que Dios los ama, no pueden dejar de amarlos; y viendo que Dios los amó tanto que se hizo hombre por ellos, tambien ellos gustan de amarnos tanto, que se hacen como siervos por nosotros. Y así queriendo san Juan adorar á uno de ellos, por su grande excelencia, el ángel no se lo consintió, diciendo [2]: No lo hagas, porque yo tambien soy siervo como tú, y como todos tus hermanos, los que tienen en sí mismos el testimonio de Jesus: que es decir: No me precio tanto de ser ángel, como de siervo de Jesus, de quien tú, y tus hermanos sois siervos, y por quien yo gusto de servir como siervo, y no de ser adorado como señor. Y llega este amor á tanto, que no solamente aman á los siervos de Dios, sino tambien á sus enemigos, deseando hacerlos bien para convertirlos en amigos, y por esto con grande gusto les guardan.

De estas dos causas procede la tercera, por el gran deseo que tienen de poblar las sillas del cielo, que dejaron vacías sus compañeros, y así ponen grande esfuerzo en procurar nuestra salvacion, para llevarnos consigo. Y de aquí es, que cuando un pecador hace penitencia, se alegran [3], y hacen fiestas en el cielo, y si fueran capaces de tristeza lloraran [4] los ángeles de la paz por la caida de los justos: porque ninguna cosa pu[illegible]

[1] Psal. 102. 20. [2] Apoc. 19. 10. et 22. 9. [3] Lucæ 15. 10. [4] Isai. 33. [illegible]

Digitized by Google

ra moverles á lágrimas sino esta; y por la misma razon se entristecen al modo dicho, de nuestra tibieza, y se alegran de nuestro fervor, y tienen deseo de que crezcamos en toda virtud, aun sobre la que ellos tienen; porque tan lejos están de tener envidia, que se gozan los ángeles de la guarda, de que los hombres sean colocados en el cielo en lugar mas alto que ellos entre los querubines y serafines. Por tanto, alma mia, reconoce la caridad tan encendida de estos espíritus soberanos, y procura imitarla sin envidia, doliéndote de los que pecan, alegrándote de los que se justifican, y gozándote de los que han llegado á mayor alteza que la tuya; y pues tu ángel pone su contento en tu aprovechamiento, no hagas cosa que le ofenda, ni dejes de hacer cosa que le agrade, dando materia de gozo al que con tanto gusto procura tu provecho.

PUNTO CUARTO. —Lo cuarto, se ha de considerar la providencia y cuidado que tienen con nosotros los ángeles de la guarda, y los grandes bienes espirituales que por su medio nos vienen. Ponderando primero la causa de su gran providencia, la cual tocó Cristo nuestro Señor, cuando dijo [1]: *Que nuestros ángeles custodios ven el rostro de mi Padre celestial*, porque de esta vista les vienen las tres propiedades necesarias para la perfecta providencia, que arriba se tocaron: conviene á saber, sabiduría, bondad y potencia, la que basta para saber lo que deben hacer con nosotros, y para quererlo con grande amor y ejecutarlo con gran poder. Y cuando no les consta de lo que Dios quiere, cada uno hace lo que juzga mas conveniente para el bien del que está á su cargo, aunque sea contrario á lo que el otro pretende, como sucedió á los ángeles que guardaban al pueblo de los judíos, y de los persas [2]: pero en revelándoles Dios su voluntad, y la traza de su providencia, luego se aunan para ejecutarla. Y en esta fe tengo

[1] Matt. 18. 10. [2] Dan. 10. 13. D. Th. art. 8.

Digitized by Google

de arraigarme, trayendo á la memoria lo que dijo el Eclesiastés[1]: No digas delante del ángel no hay providencia, porque no se enoje Dios con tus palabras, y deshaga todas tus obras; que es decir: Mira que estás delante de tu ángel, y en su presencia no digas que ni Dios, ni él tienen providencia, porque eso será parte para que no recibas provecho de ellas, sinò el castigo que merece tu blasfemia.

De aquí subiré á ponderar los efectos maravillosos de esta providencia de los ángeles, cuanto á lo espiritual, reduciéndolos á los tres actos jerárquicos, que llama san Dionisio[2], purgar, ilustrar y perfeccionar: los cuales ejercita la suprema jerarquía con la media, y la media con la ínfima, y esta con los hombres; y aun alguna vez extraordinaria lo hacen tambien los de la suprema jerarquía. Segun esto, los ángeles primeramente nos purifican de errores y pecados, ayudándonos á salir de ellos, inspirándonos los ejercicios de la via purgativa, como el serafin, que con una brasa purificó los labios de Isaías diciendo[3]: Yo te he tocado tus labios, y con este tocamiento será quitada tu maldad, y quedarás limpio de tu pecado. Ellos tambien nos alumbran, ilustrando nuestras almas con verdades, y adornándolas con virtudes, porque con sus ilustraciones interiores nos descubren lo que no sabemos, y nos aficionan á obrar lo que debemos, y por este medio aprovechamos en la via que llaman iluminativa. Y otras veces nos inspiran que vamos á los maestros que nos pueden enseñar, y ayudar, y á los mismos maestros inspiran, que nos enseñen y ayuden, como sucedió á Cornelio[4], al modo que arriba se dijo.

Lo tercero, los ángeles nos perfeccionan en toda virtud y en los ejercicios de la union con Dios; y así tienen especial cuidado de nuestros ejercicios de oracion, meditacion y contemplacion, por medio de los cuales se

[1] Eccles. 5. 5. [2] Cap. 4. Cel. Hierarch. [3] Isai 6. 7. [4] Actu. 10. 17.

Digitized by Google

alcanzan los efectos dichos. Y como dice David[1], nos previenen para que oremos solicitándonos á la oracion, y nos acompañan cuando oramos, quietándonos en ella y avivándola con fervor. Y, como dijo san Juan en su Apocalipsis[2]: En habiendo orado representan á Dios nuestras oraciones, y negocian el despacho de ellas. Y así cuando sintiere deseos repentinos de orar, puedo presumir que mi ángel me convida á que ore, y es justo obedecerle: y cuando orare, ha de ser, como lo hacia David[3], en presencia de los ángeles, alabando á Dios, adorándole en su santo templo, y confesando su santo nombre, teniéndoles á ellos por testigos, para no pensar en su presencia cosa que me avergonzara pensar en presencia de los hombres, porque de otra manera no presentarán mi oracion delante de Dios. O Príncipe soberano que asistes á mi guarda, purifícame de vicios, ilústrame con virtudes, y perfeccióname con la union de caridad, solicitando para que ore; acompáñame cuando oro, inflama mi oracion con encendido fervor, para que suba por tu mano á la presencia de mi Criador, y de ella salga con el buen despacho que deseo; uniéndome con él por todos los siglos. Amen.

Finalmente, de esta providencia procede, que los ángeles con particular cuidado asisten á quitar los estorbos de nuestra salvacion, y como se reveló á san Juan en su Apocalipsis[4], pelean valerosamente por nosotros contra los demonios, y asisten en nuestras batallas y tentaciones para defendernos. Y si queremos aprovecharnos de su valor y consejo, será nuestra la victoria, y el demonio quedará vencido. Y con el mismo valor nos defienden de los demás enemigos. Por lo cual dijo David[5], que el ángel del Señor cercaba por todas partes á los que le temen, y los libraba de todas sus tribulaciones, trayendo consigo un ejército de soldados celestiales que los cogiesen en medio, y defendiesen de sus enemigos,

[1] Ps. 67. 26. [2] Apoc. 8. 3. [3] Ps. 137. 1. [4] Apoc. 12. 7. [5] Psal. 33. 8.

Digitized by Google

como sucedió á Eliseo[1]. Gracias os doy, espíritus bienaventurados, por el cuidado con que acudís á mi defensa, pues es cosa cierta que no seréis menos vigilantes en defenderme, que los demonios en perseguirme; ni será menos solícita vuestra caridad para mi bien, que su maldad para mi mal. Y pues ellos como leones andan bramando[2], cercándome por todas partes para tragarme, venid como leones valerosos, cercándome tambien para defenderme, pues será vuestra la honra, si con vuestra ayuda saliere yo con la victoria.

Punto quinto. — Lo quinto se ha de considerar, la providencia de los ángeles con nosotros, cuanto á los bienes corporales, en órden á los espirituales de nuestra salvacion, por razon de la cual miran por nuestra vida, salud, honra, hacienda, comida, vestido, y lo demás necesario para nuestra conservacion, conforme á nuestro estado; y del mismo estado que nos conviene tener, tienen cuidado conforme á la disposicion de la divina providencia. Y así tambien nos ayudan en las enfermedades, tristezas, peligros y miserias que padecemos, ó librándonos de ellas, ó moderándolas, ó consolándonos, ó inspirando á los que nos pueden librar y consolar, y abogando delante de Dios por nosotros, sin dejar de hacer todo lo que á su oficio pertenece, con grande amor y cuidado; á la manera que san Rafael lo hizo con Tobías, á quien libró del pez, que queria tragarle, y le animó para que le cogiese, y de sus carnes hizo sustento para todo el camino: de su corazon se aprovechó para ahuyentar al demonio Asmodeo, que pretendia ahogarle: y de su hiel hizo medicina para sanar á su padre ciego; cobró el dinero; trató de casarle honrada y ricamente: llenóle de bienes temporales: dióle admirables consejos, antes y despues de casado, hasta dejarle rico, contento, y próspero en casa de su padre. Y lo que hizo este santo ángel visiblemente con Tobías, ha-

[1] 4. Reg. 6. 17. [2] 1. Petr. 5. 8.

Digitized by Google

ce invisiblemente con todos: y así puedo yo decir al mio, lo que le dijo Tobías [1]: *Si me ipsum tradam tibi in servum, non ero condignus providentiæ tuæ.* Angel mio benditísimo, aunque me entregue por tu siervo, no será digna paga de tu amorosa providencia; vesme aquí me entrego por tu esclavo: lleva adelante lo que has comenzado, teniendo cuidado de mi cuerpo y mi alma, hasta que me pongas en casa de mi Padre celestial, rico y bienaventurado, por todos los siglos. Amen.

De aquí subiré á ponderar, lo que yo debo hacer con mi santo ángel, en agradecimiento del cuidado que conmigo tiene. Porque lo primero, es razon que tenga de él frecuente memoria, mirándole presente, como testigo de mi vida, procurando no hacer cosa á solas, en lo secreto y escondido de mi casa ó aposento, que pueda ofender los ojos de tan buen amigo. Y como dice san Pablo [2], que las mujeres cubran sus cabezas en la iglesia por los ángeles, así yo procuraré ser casto, modesto, templado, y muy compuesto en todas mis acciones públicas y secretas, por respeto del que está á mi lado; y con él he de tener frecuente trato y conversacion: porque como él hace conmigo oficio de ayo, maestro, consejero, gobernador, defensor, amigo y compañero, es razon haya de mi parte correspondencia, hablándole familiarmente, ya como á maestro, pidiéndole luz contra mis ignorancias; ya como á consejero, pidiéndole consejo en mis dudas; ya como defensor, pidiéndole favor en mis peligros; ya como con amigo, pidiéndole consuelo en mis trabajos. Unas veces le daré gracias por las mercedes que me hace, otras me gozaré de los bienes que tiene; y otras alabaré á Dios por los dones que le ha dado. Y porque algunas veces se ausenta, y se vá al cielo, aunque desde allá me mira y tiene de mí gran cuidado, yo le llamaré para que venga y esté conmigo á mi lado; y es tan amoroso que lo hará, y aun me da-

[1] Tom. 6. 4. [2] 1. Cor. 11. 10.

Digitized by Google

rá testimonios interiores de su presencia con los júbilos que sentirá mi corazon con ella. Y sobre todo, procuraré ganarle por amigo para la hora de la muerte; porque como es ejecutor de los medios de nuestra predestinacion, la cual depende de la perseverancia hasta una buena muerte, allí son mayores sus diligencias para que me salve, como son mayores las del demonio para que me condene. Y quien le ha servido y obedecido en la vida, tendrále muy mas propicio y favorable en la muerte, no dejándole un punto, hasta llevarle como al alma de Lázaro, al seno y descanso de la gloria. Para todo esto será bien hacerle cada dia algun servicio, ó alguna oracion especial, diciéndole: Dios te salve, ángel de Dios, príncipe nobilísimo, guarda mia, y ayo amorosísimo. Dios te salve. Gózome de que Dios te haya criado en tanta grandeza, y santificádote con su gracia, perseverando en ella hasta que alcanzaste la gloria. Gracias doy al todopoderoso Dios por las mercedes que te ha hecho, y á tí por los bienes que me haces, y por el amor y gusto con que me guardas. Yo te encomiendo hoy mi cuerpo y mi alma, mi memoria, entendimiento y voluntad, mis apetitos y sentidos, para que me guardes, rijas, defiendas y gobiernes, y juntamente me purifiques, alumbres y perfecciones, de tal manera, que lleno por tí de todos los bienes, persevere siempre en gracia, hasta que juntamente contigo, vea y goce de Dios en la gloria. Amen.

MEDITACION XXXV.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA REPARACION DEL MUNDO, POR LA ENCARNACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE SU MARAVILLOSO GOBIERNO.

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar la excelentísima providencia que Dios nuestro Señor tuvo de la salvacion de los hombres perdidos por el pecado

Digitized by Google

de Adan, comparándola con la que tuvo del mismo Adan, y de sus descendientes en el estado de la inocencia. Porque primeramente crió Dios á Adan en gracia, y justicia original [1], como cabeza de todo el linaje humano, con tal pacto, que si perseverara en su servicio, todos los descendientes nacieran con la misma gracia, en la cual pudieran fácilmente perseverar toda la vida, porque les quitó los tres mayores estorbos que ahora padecemos. Es á saber, la rebeldía de la carne contra el espíritu, y de las pasiones contra la razon. Además, las miserias del cuerpo mortal, que apesgan á la pobre alma. Y las persecuciones y contradicciones de los malos que inficionan y turban á los buenos, porque si entonces hubiera algun malo [2], luego le apartara de ellos. Y aunque dejó un tentador, que era el demonio, era fácil de vencer; porque no podia tentar como ahora, alterando los humores, ni despertando las pasiones, ó imaginaciones, sino solamente proponiendo por defuera lo que pretendia, para engañar, cuyo engaño fuera fácil de conocer, si se aprovecharan de la ciencia y gracia que Dios les habia dado. Por todo lo cual se vé las grandes ganas que nuestro Señor tenia de que Adan y sus descendientes perseveraran en su gracia, y alcanzaran la corona de la gloria. Y por ello he de darle muchas gracias; pues aunque no goce de esta providencia, su voluntad era, que todos los hijos de Adan gozasen de ella.

Luego ponderaré, como viendo nuestro Señor que por el pecado de Adan se habian deshecho las trazas de su providencia para la salvacion de los hombres en aquel estado, no por eso los desamparó como merecian, sino determinó tomar otro modo de providencia, para remediarlos, muy mas excelente que el pasado, porque es tan grande su bondad, que no permitiera que Adan pecara con pérdida de todo el linaje humano, sino pu-

[1] D. Th. 1. p. q. 95. art. 1. et 2. et q. 100. art. 1. [2] D. Th. 2. 2. quæst. 105.

Digitized by Google

diera, y quisiera sacar de este pecado otros mayores bienes, manifestando su infinita caridad en el amor de sus enemigos; lo cual hasta entonces no habia hecho. porque los bienes que en el principio del mundo hizo para ángeles y hombres, aunque no se los habian merecido, tampoco se los habian desmerecido, pues entonces no eran, y por consiguiente no eran amigos ni enemigos. Mas en pecando Adan, aunque le privó de la justicia original, pero dejóle en señorío de este mundo visible; y el sol que solia nacer para los buenos, comenzó tambien á nacer para los malos: y la lluvia que caia para los justos, tambien comenzó á caer para los pecadores; y Dios comenzó á ser benigno con los ingratos, haciendo bien á quien le habia servido tan mal, queriendo perdonar al enemigo, y convertirle otra vez en su amigo.

Para esto con su infinita caridad, como se ponderó en el principio de la segunda parte, de muchos medios que tenia, escogió el mas glorioso que pudo inventar su sabiduría, y ejercitar su omnipotencia, y querer su bondad, trazando que de los descendientes de Adan y Eva, naciese otro hombre que juntamente fuese Dios, por cuyos merecimientos el pecado de Adan fuese perdonado, y reparados los daños que de él habian procedido.

De suerte, que no solamente quiso tener providencia de los hombres perdidos, sino ser el mismo ejecutor de esta providencia, por un modo inefable, haciéndose hombre por ellos. Y el que era su Gobernador y Cabeza invisible, quiso hacerse su Gobernador y Cabeza visible, uniendo la naturaleza humana con su divina Persona, honrándolos infinitamente mas que antes de la culpa, remediándola con infinitos modos de misericordia [1]. O venturosa culpa, que mereció tener tal y tan grande Redentor! O dichosa quiebra, que se reparó

[1] Eccles. in sabb. sanct.

Digitized by Google

con tan admirable providencia! O Padre celestial, á dónde pudo mas llegar tu providencia, que á dar el Hijo por remediar al esclavo? O Hijo de Dios benditísimo, qué mas pudo hacer tu sabiduría que vestirse de carne mortal, por vivificar con tu gracia la carne muerta por la culpa? O Espíritu santísimo, qué mayor señal podias dar de tu infinita caridad, que dar infinitos dones al que infinitamente era digno de ellos? O Trinidad bealísima, pues quisiste repararnos conforme á la imágen de Jesucristo[1], Dios y hombre verdadero, muestra conmigo tu amorosa providencia, reparando la imágen de mi naturaleza manchada con la culpa, con la semejanza viva de tu gracia. Amen.

Punto segundo. — De aquí subiré á considerar en particular, que como el segundo Adan Cristo excede infinitamente al primero, así los bienes que nos vienen por medio del segundo, exceden incomparablemente á los que nos vinieran por el primero, si no pecara; porque primeramente, si los hijos de Adan nacieran en gracia, los que son engendrados por Cristo en el bautismo reciben mayor gracia, porque aquella daba Dios á los niños por sola su liberalidad, y esta la dá tambien por los infinitos merecimientos del que se la ganó con su pasion y muerte. Lo segundo, aunque los hijos de Adan en aquel estado no tuvieran guerra de pasiones, y ahora la tienen los hijos de Cristo, pero trazólo así la divina providencia, para que fuese mas ilustre su victoria, cuanto era mas terrible la pelea: y para que fuesen sus obras mas meritorias por la parte que vencen mayores dificultades, acudiendo nuestro Redentor con mas copiosa gracia á los hijos que tenian mayor flaqueza. Lo tercero, aunque los hijos de Adan carecieran de la muerte y miserias corporales que ahora padecen los hijos de Cristo, pero el mismo Señor las honró tanto, vistiéndose de ellas, que es gran dicha tenerlas, porque

[1] Rom. 8. 29.

Digitized by Google

todas las convierte en materia y ejercicio de heróicas virtudes, cuyos excelentes actos cesaran en aquel estado, porque no hubiera ocasiones de pobreza y paciencia, ni de martirio y amor de enemigos, ni de resignacion en lo que tanto se ama, como es salud y vida.

Finalmente, la grandeza de la misericordia sobrepuja infinitamente á la grandeza de la miseria que causó la culpa de Adan; pues como dijo el Apóstol[1]: no tuvo tanta eficacia el delito como el don, ni pudo Adan hacernos tanto daño, que no pueda Cristo hacernos mayor provecho, perdonándonos el pecado que de él heredamos, y los demás que por nuestra voluntad añadimos, y haciéndonos tantos favores despues de haber sido pródigos de tantos bienes, que los de aquel estado pudieran en muchas cosas tener envidia de las grandezas, sacramentos, y sacrificios que tenemos en este, por los merecimientos de nuestro Redentor. O Redentor dulcísimo, gracias te doy, cuantas puedo, por la providencia paternal que tienes de nosotros, supliendo la felicidad del estado de la inocencia, con la abundancia que nos das de tu divina gracia: mas quiero contigo vivir en estado de guerra, que sin tí vivir en estado de paz, porque la paz sin tí se perdió en un dia, y la guerra con tu gracia, ganará paz sempiterna.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar la providencia soberana que resplandece en el gobierno de Cristo nuestro Señor, con sus propiedades y efectos maravillosos, reduciéndolos á cuatro que apunta san Pablo, cuando dice de Cristo nuestro Señor[2]: *Qui factus est nobis, sapientia, justitia, sanctificatio, et redemptio,* que se hizo para nosotros sabiduría, justificacion, santificacion y redencion.

Lo primero, es para nosotros sabiduría, porque es Gobernador sapientísimo[3], en quien están los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, con la cual gobierna sin

[1] Rom. 5. 15. [2] 1. Cor. 1. 30. [3] Col. 2. 3.

Digitized by Google

error, con suma eficacia y suavidad, y conoce las inclinaciones de todos, y á cada uno ofrece gracia y socorro poderoso para vencer las malas, y seguir con perfeccion las buenas, y su gobierno vá enderezado á hacernos sabios, no con sabiduría mundana[1] y terrena, sino celestial y divina, comunicándola con[2] abundancia á sus siervos. Por lo cual dijo Isaías: que en tiempo de su gobierno, la tierra estaria llena de ciencia, y que todos sus hijos serian doctos[3], y enseñados por el Señor; el cual juntamente seria gobernador y maestro, enseñándonos las verdades necesarias para nuestra salvacion, y gobernándonos segun ellas, para alcanzarla. O Gobernador sapientísimo, que siendo sabiduría de los ángeles en el cielo, te hiciste sabiduría de los hombres en la tierra, poniéndoles delante tu vida y doctrina, tus ejemplos y palabras; guíame con esta tu sabiduría, para que no pierda el fin que pretende tu providencia.

Lo segundo, Cristo nuestro Señor es para nosotros justicia, porque es Gobernador justísimo, y por excelencia se llama el Justo[4], en quien no pudo haber injusticia, y siempre ajustó sus obras con la voluntad de su eterno Padre; y por consiguiente su gobierno siempre es con justicia y equidad, sin agraviar á nadie, ni aceptar personas, ni torcer por respetos humanos de lo justo, dando á cada uno lo que merece, premiando los buenos, y castigando los malos como Juez universal de todos, aunque su deseo mas es gobernar de modo que pueda premiar con corona de justicia, que castigar con celo de venganza. Y de aquí es, que su gobierno vá ordenado á[5] justificar los hombres con verdadera justicia, haciéndolos delante de Dios justos y limpios de toda culpa, y llenándolos de la paz que acompaña la justicia. Por lo cual dijo David[6]: que en tiempo de su

[1] Rom. 8. 7. [2] Jacob. 1. 5. [3] Isai. 11. 9. et 54. 13. [4] Jer. 33. 16. et 23. 6. [5] Isai. 53. 11. [6] Psal. 71. 7.

Digitized by Google

gobierno naceria la justicia, y la abundancia de la paz; y los que se dejaren gobernar por él, alcanzarán, como dice Isaías[1], un rio de paz, y mar de justicia. O Gobernador justísimo, tú eres mi justicia, porque me justificas con tu gracia, mereciéndome la de justicia, y me ayudas á merecer de justicia la corona de la gloria.

Tus obras son mi justicia, porque son merecimiento del perdon de mis culpas, satisfaccion de las penas que debo por ellas, título para que sean oidas mis oraciones, y derecho para alcanzar el reino de los cielos. Por ellas te suplico me ayudes á imitarlas, para que yo tambien sea justo en mis obras, como tú lo fuiste en las tuyas.

Lo tercero, Cristo nuestro Señor es para nosotros santificacion, porque es Gobernador santísimo[2], y Santo de los santos en quien están los tesoros de la santidad, de cuya plenitud reciben los hombres, no solamente la justicia que limpia de la culpa, sino la santidad; esto es, grande aumento de las gracias, virtudes y dones celestiales, con gran firmeza. Yá este fin vá encaminado su santísimo gobierno con santas leyes, santos consejos, y santos ejemplos; y así dice á todos[3]: Sed santos como yo soy santo[4]; y sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. O Gobernador santísimo, sé mi santificacion[5], santificándome en verdad con tus esclarecidas virtudes, pues tú te santificaste por mí, ofreciéndote á la muerte por llenarme de ellas.

Lo cuarto, Cristo nuestro Señor es para nosotros redencion, porque es Gobernador poderoso[6] para librarnos de la servidumbre del demonio[7], y del pecado de la carne y sus pasiones; del mundo, y sus tiranías, poniéndonos en la libertad del espíritu, propia de los hijos de Dios[8], y á esto vá enderezado su gobierno; porque juntamente es Redentor del mundo, redimiendo á los que gobierna, y gobernando á los que redime, para que

[1] Isai. 48. 18. [2] Dan. 9. 24. [3] 1. Petr. 1. 16. [4] Matt. 5. 48. [5] Joan. 17. 19. [6] Rom. 6. 18. [7] Gal. 5. 13. [8] Rom. 8. 15.

Digitized by Google

alcancen el fin de su redencion, que es la perfecta adopcion de hijos de Dios, libres de toda miseria con la herencia de la gloria. O Gobernador amabilísimo, gracias te doy porque eres mi redencion, librando á mi alma del infierno, á mi espíritu de la esclavonía de su carne, y á la carne de las miserias que padece, y á su tiempo la librarás de la muerte y corrupcion. Aplícame, Señor, el fruto de tu copiosa redencion, para que redimido por tu gracia, goce de tí para siempre en la gloria. Amen.

Estas cuatro excelencias de Cristo nuestro Señor, al modo que se han puesto, he de traer siempre en la memoria, diciéndole muchas veces con gran afecto: Dulcísimo Jesus, *esto mihi sapientia, justitia, sanctificatio, et redemptio*. Sé para mí, sabiduría, justicia, santificacion, y redencion, aplicándome con eficacia lo que eres para todos con tanta suficiencia. Lo demás que toca á este beneficio, se ha puesto largamente en las meditaciones de la segunda, tercera, y cuarta parte, sin otras muchas cosas que se han tocado en las meditaciones de la bondad, caridad, y misericordia de Dios.

MEDITACION XXXVI.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA FUNDACION DE LA IGLESIA CON TODOS LOS MEDIOS NECESARIOS PARA NUESTRA SALVACION, Y CUAN SOBERANOS SEAN ESTOS BENEFICIOS.

Esta meditacion fundarémos en lo que dice el Sabio [1], que *la divina Sabiduría edificó para sí una casa con siete colunas: en ella ofreció sus sacrificios; puso mesa con pan y vino, y envió sus esclavas para que llamasen gente que subiese al alcázar, y muros de la ciudad, diciéndoles de su parte: Venid, y comed mi pan, y bebed el vino que os tengo aparejado.*

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar,

[1] Prov. 9. 1.

Digitized by Google

como Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría edificó en medio de este mundo una casa para tí, que es la santa Iglesia [1], proveyéndola con admirable providencia de todos los medios necesarios para la salvacion de todos los que viviesen en ella. Esto es, para que se librasen de las dos mayores miserias que puede haber en esta vida, y en la otra, que son pecado é infierno, y alcanzasen las dos felicidades contrarias, que son gracia, y gloria.

La grandeza de esta providencia se puede ponderar. Lo primero, por la grandeza del fin á que se ordena esta casa é Iglesia, que es la gloria del mismo Dios, y de Jesucristo nuestro Redentor, para que fuese su casa de recreacion en la tierra, y su especial morada, donde habitase y conversase con los hijos de los hombres, y para que los mismos hombres pudiesen salvarse, y alcanzar la vida eterna; y pues el fin es el mas alto que puede ser, tambien lo serán los medios, y la providencia de Dios en disponerlos para tal fin. Porque si es tan grande y admirable, como se ha dicho, la providencia que tiene del hombre, cuanto á lo natural de su cuerpo y vida temporal, cuánto mayor y mas admirable será la que tiene del mismo, cuanto á lo sobrenatural de su alma y vida eterna? Y quien de tantos medios le proveyó para conservar la vida del cuerpo, que hoy es, y mañana perece, cuánto mas le proveerá para granjear y conservar la vida espiritual del alma, que nunca ha de perecer? Sin duda cuanto excede el espíritu á la carne, y lo eterno á lo perecedero, tanto excede una providencia á otra. Y como dijo san Pablo [2]: Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes, para mandar en su ley, que no les tapen la boca cuando aran? Dando á entender, que aunque Dios verdaderamente tiene cuidado de los bueyes, pero todo es en órden á los hombres, de los cuales tiene tanto cuidado, que ese otro es como si no fue-

[1] Tim. 3. 15. [2] 1. Cor. 9. 9.

Digitized by Google

ra: así todo el cuidado que tiene Dios nuestro Señor del cuerpo, y de la vida temporal, y los medios que nos ha dado con su providencia para conservarla, es en órden al alma, y á la vida eterna; y en comparacion de este cuidado, ese otro es muy pequeño. Y por esto dice el Sabio, que la divina Sabiduría cuida de los escogidos[1], *cum omni providentia*, con toda providencia, porque en esta se encierra toda su perfeccion. Por lo cual he de dar muchas gracias á nuestro Señor, reconociendo mi indignidad, y la grandeza de este beneficio, diciéndole lo que dijo Tobías al Angel[2]: *Si me ipsum tradam tibi in servum, non ero condignus providentiæ tuæ.* O Padre amantísimo, aunque me entregue por tu esclavo, no será paga digna de tu grande providencia: yo me ofrezco de ser tu perpétuo siervo, pues con tu providencia me gobiernas como á hijo.

Punto segundo.—Lo segundo, se han de considerar, los admirables medios que la divina providencia ha puesto en su Iglesia para nuestra salvacion, reduciéndolos á siete, como siete colunas fortísimas y hermosísimas de esta casa. El primero[3], es verdadera fe y conocimiento del verdadero Dios, y del Medianero y Redentor que nos dió, que es su Hijo Jesucristo, cuyo conocimiento es principio y fundamento de la vida eterna, porque[4] sin esta fe es imposible agradar á Dios, y sin el nombre de este Señor[5], no hay salud debajo del cielo.

El segundo medio es, ley purísima y santísima, en la cual están todos los mandamientos de las cosas necesarias para entrar en la vida eterna, y todos los consejos que nos pueden ayudar para alcanzarla con seguridad y perfeccion. El tercero, es religion observantísima con los sacrificios y ceremonias exteriores, ordenadas á la honra y culto del verdadero Dios; y aunque la Iglesia antigua tenia un templo con muchos sacrificios, ahora nuestra Iglesia tiene muchos templos con un solo sa-

[1] Sap. 6, 17. [2] Tobiæ 9, 2. [3] Joan. 17. 3. [4] Hebr. 11. 6. [5] Actu. 4. 12.

Digitized by Google

crificio, que vale infinitamente mas que todos los otros, porque en él se ofrece el mismo cuerpo y sangre del Redentor, en especies de pan y vino.

El cuarto medio es, siete sacramentos excelentísimos, ordenados para remedio y medicina de nuestros pecados, entre los cuales uno es mesa del mejor pan y vino que Dios nos pudo dar para nuestro sustento. Y todos siete son como siete colunas exteriores, en que estriba la grandeza y firmeza de esta casa.

El quinto es, siete virtudes verdaderas y sólidas, fe, esperanza, y caridad, prudencia, justicia, fortaleza, y templanza; y siete dones del Espíritu santo, que son como siete colunas interiores en que estriba la santidad y hermosura espiritual de este edificio, con admirables labores de obras virtuosas en órden á Dios, y á los prójimos, y á sí mismos.

El sexto es, promesas ciertas y grandiosas de la vida eterna, y de los premios excelentísimos que en esta vida y en la otra se dan á los virtuosos que viven dentro de esta casa. Y juntamente terribles amenazas de infierno, y castigos horrendos que en esta vida y en la otra se dan á los que viven fuera de ella, ó en ella no viven como deben.

El séptimo medio es, la divina Escritura [1], en que están reveladas todas las cosas que se han dicho, y es como una mesa regaladísima de pan y vino, para sustento de las almas; las cuales con la fe, y verdades que allí están escritas, por revelacion de Dios se sustentan, consuelan, y alientan hasta alcanzar la vida eterna que en ellas se encierra.

Ponderando estos siete medios que la divina providencia ha trazado para nuestra salvacion en la casa de su Iglesia, y mirándome á mí dentro de ella como morador que puedo gozar de todos para salvarme, glorificaré á este Señor por tan soberana merced como me

[1] Rom. 15. 4.

Digitized by Google

ha hecho, diciéndole: Siete mil veces, Señor, te alaben los ángeles del cielo por estos siete medios que para mi salvacion me has dado en la tierra. Y pues me has hecho por tu gracia morador de esta casa, concédeme que goce de sus bienes, viviendo de tal manera, que llegue á ser morador de la casa que tienes en el cielo. Amen.

PUNTO TERCERO. — Lo tercero, se ha de considerar, como esta Iglesia y casa de Dios vivo, no es mas que una en todo el mundo; en la cual pueden salvarse todos los que se aprovecharen de sus medios, y fuera de ella todos infaliblemente se condenarán. De suerte, que como en tiempo del diluvio no hubo mas que una arca [1], y todos los que se quedaron fuera de ella perecieron, y los que entraron se salvaron, así ahora no hay mas que una Iglesia, una fe, una religion, una ley, unos sacramentos y sacrificios, una Escritura sagrada, y unos medios de nuestra salvacion; así como [2] no hay mas que un Dios, un Criador y Santificador, un fin último de todos, y un Medianero de todos: y siendo una la cabeza, no ha de ser mas que uno el cuerpo místico, que es la congregacion de los fieles que creen y profesan las siete cosas que se han dicho; y todos los infieles en cualquiera otra ley y secta que vivan, serán condenados para siempre.

Y de aquí tambien es, que como el arca de Noé no tenia mas que una puerta, así para entrar en la casa de la Iglesia hay una sola puerta, que es Cristo nuestro Señor, y su fe profesada por el santo bautismo, conforme á lo que el mismo Señor dijo [3]: *Yo soy la puerta, si alguno entrare por mí, se salvará; quien creyere en mí, y fuere bautizado, será salvo; quien no creyere, será condenado* [4]. Con esta consideracion ponderaré mas la grandeza del beneficio que Dios me ha hecho, entrándome dentro de esta divina arca: dejando fuera de ella innumerables infieles que perecen en el diluvio de la

[1] Gen. 6. 14. 1. Petr. 3. 20. [2] Eph. 4. 5. [3] Joan. 10. 9. [4] Marc. 16. 16.

Digitized by Google

infidelidad, y aun entre cristianos, muchos niños no alcanzan esta buena dicha, ó por morirse en el vientre de sus madres, ó porque despues de nacidos se mueren sin aplicarlos el bautismo: y con no desmerecerlo estos mas que yo, ni yo merecerlo mas que ellos, quiso la divina providencia librarme de estos peligros, y que recibiese el beneficio del bautismo, sin saber lo que recibia, haciéndome Dios por pura gracia su hijo [1], antes que supiese llamarle Padre. O Padre amantísimo: qué gracias te daré por este tan soberano beneficio! Antes que yo supiese escoger el bien, y reprobar el mal, me quitaste la culpa, y me justificaste con tu gracia, para que supiese reprobar lo malo, y escoger lo bueno: aun no sabia hablar, cuando tu omnipotencia destruyó en mí la fortaleza de Damasco, que es el demonio, echándole de la posesion que habia tomado, desde el dia en que habia sido concebido. Consérvame, Señor, en tu Iglesia militante, peleando de tal manera, que llegue á gozar de tí en la triunfante, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXVII.

DE LA VOCACION DE DIOS PARA ENTRAR EN LA IGLESIA, Y RECIBIR LA GRACIA DE LA JUSTIFICACION.

Cerca de este soberano beneficio de la vocacion, se han de ponderar seis cosas: en qué consiste, qué bienes trae del cielo, porqué medios se encamina, á qué personas se extiende, cuánto tiempo dura, y los títulos que nos obligan á oirla.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como la vocacion es una inspiracion ó ilustracion del Espíritu santo, con la cual toca el corazon del pecador, y de pura gracia, sin sus merecimientos, le previene, despierta y ayuda para convertirse, y alcanzar la gra-

[1] Isai. 8. 4.

Digitized by Google

cia de la justificacion, de tal manera, que sin ella no puede por sus propias fuerzas, ni entrar en la Iglesia, ni salir de pecado; por lo cual dijo Cristo nuestro Señor, que ninguno podia venir á él, si su Padre nó le trajese: y como Lázaro cuando estaba muerto en el sepulcro, se quedara muerto, hasta convertirse en polvo, si la voz de Cristo no le llamara, diciéndole: Sal á fuera; así yo para siempre me quedaré muerto en mis pecados, si la voz de la divina inspiracion no me llama y ayuda á salir de ellos.

De aquí es, que la divina vocacion é inspiracion [1], es único instrumento del Espíritu santo, para todos los medios de nuestra santificacion. Esta nos trae del cielo el don de la fe, sin la cual no hay agradar á Dios: y la virtud de la esperanza, por la cual entra la salud: y el espíritu de temor que comienza á echar fuera el pecado: y el dolor de la contricion que quebranta el corazon por haberle cometido: y el fuego de la caridad que consume la escoria de nuestras culpas: y el resplandor de la divina gracia que nos purifica y limpia de ellas. Ella es la semilla para ser engendrados en el ser de hijos de Dios por el bautismo: y si le perdemos, es semilla para recobrarle por la penitencia. Y este beneficio se nos dá sin merecimientos nuestros, conforme á lo que dice san Pablo [2]: Dios nos llamó con su santa vocacion, no por nuestras obras, sino por el beneplácito de su voluntad, y por la gracia que nos hizo por Jesucristo. O Dios eterno, gracias te doy por esta inmensa liberalidad de tu amorosa providencia, con la cual nos envias del cielo lo que nos trae las dádivas buenas, y los dones perfectos que han de venir de allá. Si tú no me llamaras nunca resucitara de la muerte, y si tu inspiracion no me previniera sin merecerlo, ya yo pagara la pena que merecia. Y pues por tu sola misericordia me llamaste, por ella te suplico me ayudes, que responda dignamente á tu santo llamamiento. Amen.

[1] Hebr. 11. 6. Rom. 8. 24. Eccles. 1. 27. [2] 2. Tim. 1. 9.

Digitized by Google

PUNTO SEGUNDO.— Lo segundo, se han de considerar los medios maravillosos por donde nuestro Señor encamina la vocacion de los hombres; á unos llama por medio de los predicadores, ó confesores, ó por pláticas, y conversaciones con personas devotas; á otros por leccion de buenos libros, ó viendo algunos buenos ejemplos [1]. A unos trae por adversidades y trabajos; á otros por prosperidades y beneficios. A unos llama por caminos ordinarios, dejando caminar las cosas por su curso natural, y de los sucesos saca ocasiones para convertirlos; á otros llama por medios extraordinarios y milagrosos, usando de su omnipotencia para reducirlos, porque son increibles las fuerzas del amor, cuando se junta con el poder; y como Dios ama infinitamente á los hombres, el amor mueve á la omnipotencia, para que los llame y traiga, *miris modis*, con modos maravillosos á su servicio. De todo lo cual hay ejemplos muy esclarecidos en la Escritura, especialmente en el Evangelio, como consta por las vocaciones y parábolas que á este propósito se meditaron en la tercera y quinta parte. Y aplicando esto á mí mismo, ponderaré el soberano beneficio que Dios me ha hecho, en que habiendo caido en graves pecados, me ha llamado á penitencia por mil vias. Unas veces cercando mis caminos con espinas y abrojos de adversidades, para que me volviese á él. Otras veces trayéndome con cuerdas de caridad [2], y con cadenas de beneficios, para que me entregase á su servicio; y otras veces con inspiraciones repentinas, trayéndome á la memoria la muerte, juicio, infierno, ó gloria, y otros innumerables motivos con que me daba batería continua al corazon, para que le abriese [3]; y aunque muchas veces le he dado con la puerta en los ojos, y otras veces despues de admitido, le he echado

[1] D. Greg. hom. 36. in Evang. D. Gregor. Naz. in sua vita quam scripsit metrice. D. Aug. contra duas epist. Pelag. c. 19. [2] Oseæ 2. 6. et 11. 4. [3] Apocal. 3. 20. Cant. 5. 2.

Digitized by Google

de mi amada, él se ha quedado á la puerta para tornar á llamar, hasta que le tornase á abrir, para darme su gracia y amistad. O Padre amorosísimo, qué gracias te podré dar por este cuidado que de mí has tenido? Bendita sea tu misericordia, que así ha solicitado á tu providencia, por la cual te suplico lleves adelante lo que has comenzado, para que alcance la vida eterna. Amen.

Lo segundo ponderaré, como no hay hombre en el mundo á quien nuestro Señor no llame por un camino, ó por otro; porque todos los fieles de cualquier secta que sean, y en cualquier lugar, ó rincon del mundo que vivan, están debajo de su soberana providencia. Y como el Sol de justicia Cristo nació para todos, y la lluvia de su doctrina bajó del cielo para todos, y para todos edificó la casa de la Iglesia, y puso los sacramentos que hay en ella: así á todos llama, ya por el dictámen de la lumbre natural, moviéndoles á dejar lo malo y seguir lo bueno, ya por su especial ilustracion, alumbrando á todo hombre que entra en el mundo [1], por el uso de la razon, con deseo de que reciba su divina gracia, y despues entre en su gloria, como lo mostró á san Pedro en la vision del lienzo que bajó del cielo, segun se declaró en la quinta parte [2]. Y porque muchos no conocen este beneficio, he de glorificar por ellos al que se le hace. O Sabiduría eterna, que por las calles, plazas, y rincones del mundo levantas la voz, llamando á todos los pasajeros para que vengan á tu casa á gozar de tus convites, gracias te doy por la soberana providencia con que los llamas, alegándoles razones tan claras, que las entiendan, y tan eficaces, que les muevan á entrar. O si todos te obedeciesen, para que entrando en tu escuela, todos alcanzasen la vida eterna, por todos los siglos. Amen.

Lo tercero ponderaré, como esta providencia dura con todos los hombres por todo el tiempo de su vida, sin

[1] Joan. 1. 9. [2] Prov. 1. 20.

Digitized by Google

desamparar á ninguno totalmente, ni negarle los medios necesarios para su salvacion, antes como buen Padre de familias [1], sale á llamar á cada uno en la mocedad, y si entonces resiste, sale otra vez en la juventud, y en la vejez. Y cuando está cercano á la muerte, y en cualquier hora y punto que oye su llamamiento, le admite á su amistad. Y aunque á los endurecidos en su pecado suele negar los especiales favores que les ablandarian el corazon, y por esto se dice desampararlos; pero no les niega la vocacion suficiente y los medios necesarios para su justificacion.

De donde sacaré aviso para no desconfiar de la salvacion de ningun pecador por malo que sea, y mucho menos de la mia, por muy caido que me vea, porque yo y todos estamos siempre debajo de la divina providencia que nos tiene á su cargo: y quien hoy es rebelde, mañana quizá será llamado con tanta fuerza, como el buen ladron, que de la cruz y de la cama vaya al paraiso. Pero tampoco he de descuidarme, dejándolo todo á la divina providencia, porque sino procuro quitar los estorbos del divino llamamiento, quizá me hallaré burlado, aunque ella no quedará burlada, porque siempre saldrá con el fin principal de su gloria, ó justificándome si consiento, ó castigándome si resisto. O Padre amorosísimo, cuya providencia tiene dos brazos de su gobierno, uno de misericordia, para hacer bien á los rendidos [2]; y otro de justicia, para castigar á los rebeldes: pon debajo de mi cabeza el brazo izquierdo de tu justicia, y abrázame con el derecho de tu misericordia, sustentándome con el temor de tus castigos, para que no te resista, y alentándome con la esperanza de tus dones para que te obedezca, y me sujete á tu gobierno por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — De todo lo dicho concluiré los varios títulos que me obligan á oir con presteza la divina

[1] Matt. 20. 1. [2] Cant. 2. 6.

Digitized by Google

vocacion, cuando me llama Dios para salir de pecado, y de tibieza, reduciéndolos á seis.

El primero, por la infinita grandeza del Señor que me llama para que le sirva, no por tener necesidad de mí, sino porque yo la tengo de él; y porque gusta de hacerme este bien por ser bueno, y en él concurren todas las razones que pueden obligarme á oir su voz, pues no hay cosa mas puesta en razon que oir la criatura la voz de su Criador, el vasallo la de su rey, el esclavo la de su señor, el hijo la de su padre, el enfermo la de su médico, el discípulo la de su maestro, y el cautivo la de su redentor.

El segundo título es, por la infinita bajeza del que es llamado á quien le viene muy ancho, que Dios se digne llamarle y servirse de él, mereciendo ser dejado y desamparado en el abismo de sus miserias [1].

El tercero, por la infinita miseria del pecado, de donde Dios quiere librarme, sacándome de un estado, que es peor que el mismo infierno, cuanto á lo que es pena, como en su lugar se dijo.

El cuarto, por la infinita grandeza de los bienes para que Dios me llama, pues me convida para recibir la vida de la gracia, la hermosura de las virtudes, la paz que sobrepuja todo sentido, los dones y gozos del Espíritu santo, y al mismo Espíritu santo dador de los dones con prendas de que despues me llamará, para gozar de los bienes eternos de su gloria.

El quinto [2], por el modo tan amoroso como me llama, usando de tantos medios interiores y exteriores con que ablandar mi corazon, y aficionarme á que le oiga, como si le importara á él lo que me importa á mí.

El sexto, por los gravísimos daños que se me pueden seguir si resisto á la divina vocacion [3], pues si me hago siempre sordo á su llamamiento, será cierta mi eterna condenacion, como la de los convidados que no quisie-

[1] 1. p. medit. 6. [2] 5. p. medit. 22. [3] 3. p. medit. 56.

Digitized by Google

ron venir á la cena: á quienes dijo [1], que nunca mas la gustarian.

En estas seis cosas se descubre tambien la grandeza de este beneficio, y los que son títulos para oir la divina vocacion, son títulos para glorificar á Dios por la merced que me hizo en llamarme, ayudándome para que le oyese. O Dios eterno, gracias te doy por este soberano beneficio, que por tantos títulos es como infinito. Bendita sea tu providencia, de donde mana; y bendita tu omnipotencia, que por él tantas grandezas obra. Llama, Señor, con tu santa vocacion á todos los hombres que criaste, para que entren todos en la ciudad de tu Iglesia, y suban al alcázar de la perfeccion cristiana, y despues á la de tu eterna gloria. Amen.

MEDITACION XXXVIII.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA INSTITUCION DE LOS SIETE SACRAMENTOS, PARA LA JUSTIFICACION Y SALVACION DE TODOS LOS HOMBRES.

La excelencia de esta soberana providencia, mostró un ángel al profeta Zacarías [2], en figura de un grande candelero de oro, que representaba la Iglesia universal, sobre el cual estaba una grande lámpara, que era figura de Cristo nuestro Señor, cabeza de la Iglesia, y en su contorno estaban otras siete menores, que representaban la muchedumbre de todos los fieles, y para cebarlas estaban junto á ellas siete vasijas de oro, á modo de aceiteras, llenas de aceite, figura de los siete sacramentos; los cuales son como vasos en que se encierra el óleo de la divina gracia, para dos fines: es á saber, para sanarnos de todo género de culpas y enfermedades espirituales, y para fortalecernos y perfeccionarnos en todo género de gracias y virtudes: de modo que seamos como lámparas que resplandezcan y ardan delante

[1] Lucæ 14. 24. [2] Zachar. 4. 2.

Digitized by Google

de Dios en medio de su Iglesia, por los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, de cuyas dos naturalezas humana y divina, unidas en una persona, procede el óleo de la gracia que tienen los sacramentos. Y para significar esto estaban los siete vasos colgados de dos picos que tenia la lámpara mayor; todo lo cual se irá ponderando en los puntos siguientes.

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar, los fines particulares, para que la divina providencia ordenó estos siete sacramentos, dentro de la casa de su Iglesia; discurriendo brevemente por cada uno [1].

El bautismo, es como un vaso de óleo celestial, para sanar la llaga del pecado original. Y demás de esto, nos engendra en un nuevo ser de gracia, para vivir nueva vida en Cristo, en cuyo testimonio los bautizados son ungidos con el óleo, para que sean semejantes á Cristo, que quiere decir ungido. La confirmacion, se ordena para curar nuestra flaqueza, y fortalecer á los nuevos soldados de Cristo en la fe y gracia que recibieron, ungiéndolos con crisma; compuesta de óleo y bálsamo, en señal de que han de pelear valerosamente contra los enemigos de su rey, y de su ley, dando de sí buen olor de suavidad. El sacramento de la Eucaristía, se ordena contra la perversa inclinacion del amor propio, que vá consumiendo la vida del espíritu, y encierra dentro de sí al mismo Cristo, que es médico y medicina, y nos unge con el óleo de devocion y alegría espiritual, para conservar y perfeccionar la vida del espíritu.

El sacramento de la penitencia, se ordena para curar las llagas mortales de nuestros pecados actuales, y reparar la vida de la gracia, que por ellos perdimos, ungiéndonos como el piadoso samaritano, con vino y aceite, para que nuestras heridas queden perfectamente sanas. El sacramento de la extremauncion, todo es vaso de óleo, para ungir al enfermo, y curarle las reliquias de

[1] D. Th. 3. p. q. 65. art. 1.

Digitized by Google

los pecados, y fortalecerle para pelear contra el demonio en la batalla de la muerte, y disponerle para entrar en la vida eterna.

El sacramento del órden, unge con este divino óleo los sacerdotes y ministros de la Iglesia, contra la desunion, y poca inclinacion que los hombres tienen á las cosas comunes, dándoles gracia para que ofrezcan el sacrificio del precioso cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor por los pecados de los vivos y difuntos; y administren los demás sacramentos y remedios necesarios para nuestra salvacion.

El sacramento del matrimonio, es medicina de flacos, para curar las concupiscencias carnales; de modo, que los casados, unidos en caridad, sin daño de sus almas, engendren hijos que reciban estos sacramentos, y puebien la Iglesia militante, y despues la triunfante.

Ponderando esta traza tan soberana, glorificaré á Dios por el cuidado que ha tenido de proveernos de tantos remedios, tan fáciles y suaves, y tan proporcionados, para el fin á que se ordenan, diciéndole[1]: O Sabiduría infinita, pues alcanzas de un fin á otro con fortaleza, y dispones todas las cosas con suavidad, gracias te doy por estos siete sacramentos que instituiste dentro de tu Iglesia, por los cuales me favoreces, desde el principio de mi vida, hasta el fin de ella, ordenándola con dulzura y eficacia, para que gane la vida eterna. Amen.

Punto segundo. — Lo segundo se ha de considerar, la excelencia de estos siete sacramentos, cuanto á su eficacia, porque no son como los sacramentos de la ley vieja[2], vasos vacíos de lo que significaban, sino llenos del óleo y gracia que significan, causándola en el que debidamente los recibe. De modo, que diciendo el que bautiza[3]: Yo te lavo, ó te bautizo, en el nombre del Padre, etc. En virtud de este sacramento, queda el alma lavada del pecado original, y de cualquier otro que tuvie-

[1] Sap. 8. 1. [2] Gal. 4. 9. [3] Trid. Sess. 7. can. 6.

Digitized by Google

re. Y en diciendo el sacerdote: Yo te absuelvo de tus pecados, queda el pecador libre de ellos, recibiendo la gracia de la justificacion. Y demás de esto, hacen de atrito, contrito, porque recibiéndolos el pecador con un dolor imperfecto, que llaman atricion, en virtud de ellos recibe la gracia, supliendo el sacramento la falta de la contricion, que era dolor perfecto. Y aun quien comulga, con sola atricion, pensando que vá en gracia, la recibe por el sacramento, y queda justificado.

Finalmente, todos dan gracia[1], *ex opere operato:* porque además de lo que cada justo puede merecer con sus propios actos, recibe otros grados de gracia, en virtud del sacramento. Todo lo cual trazó la divina providencia. Lo uno para facilitar mas nuestra salvacion, supliendo la falta de nuestras cortas disposiciones, porque muchos mas se condenaran, si fuera necesaria la perfecta contricion. Y lo otro, para enriquecernos con mas abundancia de gracia y gloria por tales medios, supliendo la falta de nuestros merecimientos, que son muy cortos. Por donde veré la gran dicha de los que vivimos en la ley de gracia, gozando de tan amorosa y eficaz providencia: y la razon que tengo para animarme á recibir á menudo los sacramentos de confesion y comunion, que se pueden frecuentar. O alma mia[2], acude con grande gozo á estas fuentes del Salvador, para sacar agua de gracias celestiales, con que te laves de tus culpas y hartes tus deseos, hasta que dentro de tí se haga una[3] fuente de agua viva, que salte, y te lleve trás sí á la vida eterna. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar, como la divina providencia ofrece estos siete sacramentos á todos los hombres, en el grado, y estado que son necesarios ó convenientes para su salvacion y perfeccion.

Porque primeramente á todos los pecadores infieles ofrece el sacramento del bautismo, y á los pecadores

[1] Trid. can. 8. [2] Isai. 12. 3. [3] Joan. 4. 14.

Digitized by Google

fieles, el de la penitencia, sin excluir á ninguno. Y por esto los llama un profeta fuentes patentes[1] en medio de Jerusalen, que es la Iglesia, para lavar las manchas de los pecados, etc. A todos convida con la confirmacion, y con la comida de la Eucaristía; y á todos los enfermos en peligro de muerte, ofrece la extremauncion. Y á la divina providencia pertenece que no falte quien reciba el sacramento del órden, para que haya bastantes ministros en su Iglesa. Y así, aunque yo no reciba este sacramento, no por eso deja de ser para mi provecho, pues le reciben otros, de cuya mano yo he de recibir los demás sacramentos.

Finalmente ponderaré, como estos sacramentos son vasos, no de vidrio que se quiebra, sino de oro rico y macizo, que durarán hasta la fin del mundo, sin que jamás se agote el óleo y gracia que tienen, aunque se dé á innumerables hombres; porque la fuente de donde recibe su virtud y licor celestial es Jesucristo nuestro Señor, cuyos merecimientos son infinitos, y no pueden agotarse. Y como el aceite de la otra pobre viuda[2], por la palabra de Eliseo, nunca se agotó mientras hubo vasos vacíos en que se recibiese, y manó con tanta abundancia, que pagó sus deudas, y sobró para conservar su vida: así el óleo de la divina gracia no cesará de manar de estos sacramentos, mientras hubiere hombres que puedan recibirla, para pagar las deudas de sus pecados, y alcanzar y conservar la vida de la gracia. Y en un mismo hombre, como fuere recibiendo los que se pueden iterar, perpétuamente irán manando y aumentando la gracia, mientras le durare la vida, y el vaso de su alma estuviere capaz y bien dispuesto para recibir este aumento. Gracias te doy, Redentor misericordiosísimo, por la providencia que has tenido de mi pobre alma cargada de deudas, proveyéndola tan ricos vasos de óleo con que pagarlas, con tanta abundancia, que

[1] Zacha. 13. 1. [2] 4. Reg. 4. 1.

Digitized by Google

sobre para vivir rica con virtudes. Concédeme que los reciba de tal manera, que por ellos alcance la vida eterna. Amen.

Del bautismo y penitencia no harémos especiales meditaciones, porque bastan las que se han hecho en la tercera y cuarta parte.

MEDITACIONES

DEL SOBERANO BENEFICIO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR.

Presupuestas las meditaciones del santísimo Sacramento, que se pusieron en la cuarta parte, entre los misterios de la cena, pondré aquí otras del mismo, en cuanto es principalísimo medio de la divina providencia para nuestra salvacion y perfeccion, y en cuanto es suma ó memorial de las grandezas de Dios, y de sus beneficios, para que los sacerdotes, y los que comulgan á menudo puedan sin fastidio, con esta variedad de meditaciones, aparejarse para hacerlo con provecho.

MEDITACION XXXIX.

DE LA SINGULAR PROVIDENCIA DE DIOS NUESTRO SEÑOR EN LA INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, PARA SUSTENTO DE NUESTRAS ALMAS.

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar, la excelencia singular de la divina providencia en sustentar nuestras almas con este soberano Sacramento, comparándola con la que tuvo de Adan en el estado de la inocencia; para cuyo sustento hizo muchos árboles en el paraiso, y entre ellos el árbol de la vida [1], cuya fruta, comida de cuando en cuando, bastase para conservar la vida para siempre.

De esta misma manera la divina providencia en el paraiso de la Iglesia, aunque puso muchos manjares

[1] Genes. 2. 9. D. Th. 1. p. q. 97. art. 4.

Digitized by Google

para nuestras almas; pero sobre todo ordenó este divino Sacramento como árbol de la vida[1], porque es Pan de vida sempiterna.

En lo cual excede infinitamente al otro árbol, porque aquel era terreno, hecho de la tierra; este es celestial, y venido del cielo; aquel daba vida al cuerpo, este al alma; aquel solamente conservaba la vida de los vivos, este, al modo que se ha dicho, alguna vez dá vida á los muertos. De aquí es, que mucho mejor se puede comparar al árbol de la vida que está en el paraiso celestial; de quien dice san Juan[2], que lleva doce frutos, cada mes el suyo, ó diferentes en especie, para deleitar con la variedad, ó uno mismo doce veces al año, para recrear con la novedad; y sus hojas son salud de las gentes. Así este soberano Sacramento, en quien está aquel Señor, que dijo[3]: Yo soy camino, verdad, y vida, lleva doce frutos, produciendo en nuestras almas toda variedad de virtudes, y moviéndola al ejercicio de los doce frutos que san Pablo llama frutos del Espíritu santo[4]: es á saber, caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Y estos renueva cada vez que debidamente se recibe, y sus hojas, que son las palabras que de él están escritas, son poderosas para dar salud perfecta, porque de ellas dijo el mismo Señor[5]: Las palabras que os he dicho, son espíritu y vida. O Padre amorosísimo, gracias te doy por esta regalada providencia que has tenido de nosotros, plantando tal árbol en medio de tu Iglesia, para darnos vida eterna. Concédeme que pueda vencer mis pecados y pasiones, para que guste la fruta de este árbol del paraiso, que prometiste al victorioso[6].

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar la excelencia de esta providencia, comparándola con la

[1] Joan. 6. 35. [2] Apoc. 22. 2. [3] Joan. 14. 6. [4] Gal. 5. 22. D. Th. 2. 2. q. 70. art. 3. [5] Joan. 6. 24. [6] Medit. 50. Apoc. 2. 7.

Digitized by Google

que nuestro Señor tuvo en sustentar al pueblo de Israel con el maná, el cual en cuatro excelentes propiedades que tenia, fué figura de este divino Sacramento, que las tiene con infinitas ventajas.

Lo primero, el maná era Pan del cielo y de ángeles, porque por su ministerio se fabricaba en la region del aire, y como rocío caia en la tierra, y se cuajaba, despues se molia, y se amasaba, y cocia en el fuego; y así se comia [1]. Pero este divino Pan vino del supremo cielo, por obra no de ángeles, sino del Espíritu santo [2], á quien se apropia la encarnacion del Verbo divino, el cual [3], como rocío bajó á la tierra, y juntándose con la pequeñez de nuestra humanidad, fué molido con trabajos corporales, amasado con agua de aflicciones interiores, y cocido con fuego de tormentos y amorosos afectos, y de este modo se hizo nuestro manjar, cubierto con accidentes de pan y vino, trocando la pena que nos puso, cuando dijo [4]: Con el sudor de tu rostro comerás tu pan, porque con sus fatigas y sudor de sangre ganó el pan que nosotros [5] comemos sin tanto trabajo. O Padre amantísimo, gracias te doy por haber dado á tus hijos Pan tan soberano: Pan verdaderamente de ángeles, con el cual se sustentan, aunque de otro modo que los hombres [6]: Pan por excelencia verdadero, en cuya comparacion, el que diste á los hebreos, no fué mas que figurativo. Y pues tan á costa tuya le aparejaste, de modo que pudiese comerle; yo tambien con tu ayuda me aparejaré para recibirle, moliendo mi corazon con dolor de sus pecados, y mi cuerpo con penitencias; amasando y uniendo mis potencias con el agua viva de tu gracia, y sazonándolas con el fuego encendido de tu caridad.

Lo segundo, el maná era pan medicinal, preservando de enfermedades; y así todo el tiempo que le co-

[1] D. Th. 3. p. q. 73. art. 6. Exod. 16. 4. Num. 11. 8. Psal. 77. 24. [2] Sap. 16. 20. [3] Psal. 71. 6. [4] Gen. 3. 19. [5] Sap. 16. 20. [6] Joan. 6. 32.

Digitized by Google

mieron los israelitas, no hubo, como dice David [1], enfermo alguno en sus tribus, aunque muchos murieron muertes arrebatadas en castigo de sus culpas, y despues todos vinieron á morir por lo menos de vejez: pero este divino Sacramento, sana las enfermedades del alma, preserva de la muerte de muchas culpas, y de la muerte eterna que incurriéramos por ellas. Y á su tiempo tambien librará de la muerte á nuestro cuerpo, segun aquello del Salvador que dice [2]: *Quien come mi carne, y bebe mi sangre, tiene en sí la vida eterna, y yo le resucitaré el dia postrero.* O Salvador poderosísimo, médico y medicina nuestra, cuán admirable ha sido tu providencia, destruyendo la muerte que incurrimos por una comida, con la vida que nos das por medio de esta? No permitas, Señor, que la coman los hombres con tan poca reverencia, que mueran [3] ó enfermen, convirtiendo en veneno por su culpa, lo que tú instituiste para su remedio, con tu misericordia.

Lo tercero, como el maná tenia un solo sabor natural [4], mas para los justos tenia todo sabor, sabiendo á cada uno á lo que queria. Así este divino manjar, aunque tiene un solo sabor natural de las especies de pan y vino, mas para los justos tiene todos los sabores espirituales que cada uno puede desear, conforme á su necesidad, porque encierra dentro de sí á la fuente de todo sabor y dulzura; y para descubrirla á sus hijos, sirve, *uniuscujusque voluntati*, á la voluntad del que le recibe. Al que le recibe con ansias de obediencia ó paciencia, dá el sabor de estas virtudes, endulzurándoselas, para que guste de ellas; y á los que dignamente comulgan, dá el sabor y dulzura del espíritu que encierra en sí con eminencia los sabores de las cosas que dan gusto á la carne. O providencia dulcísima! O fuente de toda dulzura! De dónde á mí tanto bien, que sirvas á mi voluntad? O quién se ocupase siempre en servir á

[1] Psal. 104. 37. [2] Joan. 6. 55. [3] 1. Cor. 11. 30. [4] Sap. 16. 20.

Digitized by Google

la tuya, cumpliéndola en la tierra con el gusto que la cumplen los ángeles del cielo!

Lo cuarto, cada uno cogia la medida señalada del maná, grande ó pequeña [1]: y esta le bastaba para su sustento, quedando tan harto quien cogia poco, como quien cogia mucho. Así cualquier medida que uno coma de este Sacramento, basta para su entero sustento espiritual, porque todo Cristo está en la hostia grande, y en la pequeña, y en cada partecica de ella. Y tanto recibe quien toma grande hostia, como quien toma la mitad de ella; y tanto recibe uno como mil, y mil como uno, porque todos reciben un mismo Cristo suficientísimo para hartar á todos. Y por la misma razon, tanto recibe con la hostia sola, como con hostia y caliz, porque todo Cristo con su carne y sangre está en las especies de pan y vino. O Pan de vida por extremo pequeño, y por extremo grande! Qué cosa mas pequeña que una migajica de este Pan? Y qué cosa mas grande que Dios y hombre dentro de él? O Pan soberano, hazme pequeño y grande; pequeño en mis ojos, y grande en los tuyos. Y pues tú solo bastas para millones de almas, harta los deseos de la mia, para que de hoy mas totalmente sea tuya, por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar, como la divina providencia ha ordenado, que nosotros cooperemos con ella, para buscar y gustar este divino Pan, al modo que mandó á los israelitas que madrugasen á coger el maná antes de salir el sol, porque en saliendo lo derretia, en castigo de los perezosos, para que entendiesen todos, como dice el Sabio [2], que convenia prevenir la luz del sol, para recibir la bendicion de Dios y bendecirle por ella. En lo cual se nos avisa que madruguemos con gran fervor y diligencia para tres cosas.

La primera, para meditar las grandezas de este divi-

[1] Exod. 16. 18. En la 3. p. medit. 17. [2] Sap. 16. 28.

Digitized by Google

no Sacramento, y coger el maná dulcísimo de la devocion que se saca de la consideracion de ellas, antes que el sol de las ocupaciones y tentaciones que suceden entre dia, nos derramen y sequen el espíritu.

La segunda, para alabar y glorificar á Dios, con ánimo muy agradecido por este beneficio, asistiendo al sacrificio que para este fin se celebra, y teniendo de él perpétua memoria [1]. Porque si nuestro Señor deseó tanto hubiese memoria del maná, con que sustentó solos cuarenta años al pueblo hebreo, que para esto mandó guardar un vaso lleno de él en el arca del testamento, cuánto mas querrá que tengamos perpétua memoria con grande agradecimiento de este divino manjar, con que ha sustentado al pueblo cristiano mas de mil y quinientos años, y le sustentará hasta la fin del mundo?

Lo tercero, en especial hemos de madrugar el dia de la comunion, para disponernos á ella diligentísimamente, tomando esta ocupacion por la primera y principal de aquel dia, acordándonos de lo que dice la Escritura, que cada dia se cogia el maná, y el viernes doblada medida [2], porque el sábado no se hallaba, y padecia mucha hambre quien se habia descuidado en cogerle: así tambien, si en los seis dias de esta vida no cojo el fruto de este Sacramento, en el sábado de la otra vida no le hallaré, y padeceré perpétua hambre, ni será para mí sábado de descanso sino dia de tormento. Por tanto, alma mia, cuanto mas te acercas al fin de la vida, tanto mas aparéjate para coger doblada medida, con la cual alcances hartura sempiterna. Para la buena ejecucion de las tres cosas dichas, ayudarán mucho las meditaciones que se siguen.

[1] Exod. 16. 32. [2] Exod. 16. 22.

Digitized by Google

MEDITACION XL.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES SUMA Y MEMORIAL DE LAS GRANDEZAS Y OBRAS MARAVILLOSAS DE DIOS, EN BENEFICIO DE LOS HOMBRES.

Esta meditacion se fundará en aquel verso del salmo 110 [1]. *El Señor misericordioso, y hacedor de misericordias, hizo un memorial de sus maravillas, dándose en manjar á los que le temen.* Estas maravillas reducirémos á siete ú ocho cabezas, para que puedan meditarse en los siete dias de la semana.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como este santo Sacramento es un memorial de las grandezas maravillosas de la Divinidad y Trinidad que en él están encerradas. Porque lo primero, aquí está la persona del Verbo divino, unida con su sacratísima humanidad, en quien, como dice san Pablo [2], mora la plenitud de la divinidad corporalmente. Y por consiguiente está en su compañía la santísima Trinidad: porqué no es posible apartarse una Persona de otra, por ser todas un mismo Dios; y todas las obras que en este Sacramento hace el Hijo, tambien las hacen el Padre y el Espíritu santo, aunque con un modo especial se atribuyen al Hijo, en cuanto sola su Persona sustenta la carne y sangre que se nos dan en manjar. De aquí es, que tambien en este Sacramento están todas las perfecciones y atributos de Dios, pues, como dijo el mismo Apostol: En Cristo están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, y tambien los de su bondad y caridad, los cuales resplandecen admirablemente en esta obra. La sabiduría, en haber inventado tal medio, que Dios y hombre se haga manjar y bebida de los hombres: la bondad, en comunicarse á sí mismo de esta manera á sus fieles: la caridad, en unirse y entrañarse con sus ami-

[1] Psal. 110. 4. [2] Col. 2. 9.

Digitized by Google

ges, y no negarse á sus enemigos: la misericordia, en darse por manjar de los hambrientos, y bebida de los sedientos, y venir personalmente á visitar y curar los enfermos: la liberalidad en darnos de pura gracia cuanto tiene; y la omnipotencia en hacer tantos milagros, para la ejecucion de todo esto: en cada una de estas perfecciones se puede hacer grande pausa, trayendo á la memoria lo que de ellas á este propósito se ha dicho en las meditaciones precedentes, y en la 11 de la cuarta parte, sacando de todas grande admiracion, por la mucha estima que tiene Dios de nosotros, diciéndole con David [1]: O Dios y Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! Admirable fué en la creacion del hombre: mas admirable en su reparacion; y no menos admirable en su sustento, haciendo una suma de tus maravillas, para sustentar al que es suma de tus obras.

Punto segundo. — Lo segundo se ha de considerar, como este divino Sacramento es un memorial de las maravillas de la omnipotencia de Dios, la cual obra aquí muchos y muy grandes milagros, invisibles á los ojos del cuerpo, pero admirables y estupendos á los ojos del alma, que los mira con la lumbre de la fe.

El primero es, deshacer Dios con su palabra la union y trabazon natural que tenian los accidentes de pan y vino con su sustancia, destruyendo la sustancia, y conservando los accidentes sin aquel arrimo; de modo, que aunque percibo con los sentidos color, sabor, y olor de pan y vino, pero realmente no está allí la sustancia del vino, ni del pan, sino la carne y sangre de Jesucristo, en quien milagrosamente se convirtió. O Verbo divino [2], mas penetrador que cuchillo de dos filos, pues con sola una palabra divides esta trabazon de los accidentes con su sustancia; divide tambien mi alma de mi espíritu, para que viviendo yo esta vida natural y exterior, que

[1] Psal. 8. 2. [2] Heb. 4. 12.

Digitized by Google

perciben los sentidos, no viva la vida interior que solia, sino tú vivas en mí, de modo que pueda decir con tu Apóstol [1]: Vivo yo, ya no yo, sino vive Cristo en mí.

El segundo milagro es, convertirse una sustancia tan pequeña de pan y vino, en un cuerpo tan grande y perfecto, como el de Cristo. De modo, qué debajo de los accidentes que permanecen, está todo con la entereza y gloria que tiene en el cielo. Allí está su sacratísima cabeza, con aquellos divinos ojos, que roban el corazon, y con su vista destruyen todo mal. Allí están sus benditísimos piés y manos, con las señales de las llagas que hicieron los clavos; y el costado con la llaga que hizo la lanza; y el corazon encendidísimo con el fuego de amor que le movió á recibirlas; y todo el cuerpo con las dótes de la claridad y hermosura que excede á la del sol, luna, y estrellas. Pues qué mayor maravilla puede ser, que hacer Dios en un instante una conversion y mudanza tan extraordinaria, de una cosa tan pequeña, en otra tan grande; de una tan vil, en otra tan preciosa, sólo para sustentar al hombre? O gloria mia, múdame en otro varon, para que pueda servirte por esta mudanza que por mí has hecho. Si tú me das todo lo que eres para mi sustento, yo te quiero dar todo lo que soy para tu servicio: mi cuerpo con mis sentidos, mi corazon, y cuanto tengo emplearé en servirte, pues tú lo has empleado todo en sustentarme.

El tercer milagro estupendo es, estar todo el cuerpo de Cristo en el Sacramento á modo de espíritu indivisiblemente. De suerte, que todo él está en toda la hostia, y todo en cada parte de ella. De donde resulta, que aunque la hostia se divida, Cristo nuestro Señor no se divide, sino todo él entero queda en cada partecica de ella. Y de aquí es tambien; que la vida que vive Cristo en el Sacramento, no es vida de carne, sino como vida de espíritu; porque allí aunque tiene piés no anda,

[1] Gal. 2. 20.

Digitized by Google

y aunque tiene manos no palpa, y aunque tiene lengua no habla, solamente usa de las potencias espirituales, propias del espíritu! O Amado mio, qué gracias te podré dar, por haber amasado tu divina carne con modo tan milagroso, que permaneciendo verdadera carne, tenga las propiedades del espíritu! O quién me diese, que viviendo yo en carne no obrase segun la carne, sino segun el espíritu, ejercitando solamente las obras del espíritu[1], y mortificando las que son propias de la carne! O quién pudiese conservar entero y sin division el corazon, y lo interior del alma, aunque se dividiese en muchas partes la ocupacion exterior del cuerpo! Obra, Dios mio, estas maravillas en mí, pues por mí las obraste en tí.

El cuarto milagro es, que estando Cristo nuestro Señor en el cielo empíreo, ocupando el lugar que su soberana grandeza merece, sin dejar de estar allí, baja al Sacramento, y juntamente está en diferentes partes del mundo, donde quiera que fuere consagrado, sin exceptuar lugar alguno; y con tanta vigilancia atiende á la consagracion de cualquier sacerdote, que en diciendo: Este es mi cuerpo, en el mismo instante saca verdaderas las palabras, y hace todos los milagros que quedan referidos. O omnipotencia soberana de Jesus, que así te empleas en provecho de los hombres, ofreciendo poner á tu cuerpo en cualquier lugar de la tierra, donde puede estar el suyo! Qué te daré, Señor, por tan admirable beneficio, sino dedicarme todo, en todo tiempo y lugar, á tu servicio?

Punto tercero.—Lo tercero se ha de considerar, como este divino Sacramento es un memorial de los oficios que Cristo nuestro Señor ejercitó con los hombres viviendo en el mundo, renovándolos todos en este santo Sacramento, con cada hombre en particular. Para lo cual discurriré por cada uno de estos oficios, ponderan-

[1] 1. Cor. 10. 3. Ro. 8. 1.

Digitized by Google

do tres cosas: El modo como Cristo nuestro Señor lo hizo en la tierra: el modo como lo hace en el Sacramento; y la grande necesidad que yo tengo de que haga conmigo este oficio, allegándome á la comunion con este espíritu y deseo, conforme á mi necesidad.

Lo primero, consideraré como Cristo nuestro Señor, viviendo en carne mortal, hizo con los hombres oficio de médico, dando vista á los ciegos, salud á los enfermos, y vida á los muertos, y esto no con medicinas corporales, sino con sola su palabra, ó tocándolos con la mano, ó con su vestidura: y de la misma manera sanaba las enfermedades del alma, con la infinita virtud que de él salia para bien de todos. Luego ponderaré, como se puso en este Sacramento para ser médico y medicina de cada uno de nosotros, hasta la fin del mundo; porque con el tocamiento de su cuerpo y sangre, mediante las especies sacramentales, sana las enfermedades espirituales del que le recibe, cura sus llagas, enfrena sus codicias, y le dá entera salud en el espíritu, y á veces tambien, si conviniere, se la dará en el cuerpo. Luego me miraré á mí mismo, ponderando la extrema necesidad que tengo de este soberano Médico, por estar enfermo con graves y peligrosas enfermedades, exagerándolas todas, contándoselas como lo hacen los enfermos, suplicándole que las cure con su divina presencia, pues para este fin me visita. O Médico celestial, que vienes del cielo á visitar los enfermos que viven en la tierra, gloria será tuya sanar á un enfermo tan miserable como yo! Sáname de todas mis enfermedades, para que sano y salvo, me ocupe en alabarte y servirte por el bien que me hicieres, librándome dé ellas. De este modo puedo tambien considerar, como Cristo nuestro Señor hizo en esta vida mortal oficio de maestro, al modo que se ponderó en la meditacion 12 de la tercera parte. Y de esta manera le hace en este Sacramento con el que le recibe; porque mientras está en el breve mundo del

Digitized by Google

hombre, es tambien luz de este mundo [1], y le alumbra interiormente, enseñándole dentro del corazon las verdades que están escritas en el Evangelio. Y mirando la necesidad que tengo de este divino Maestro, le diré con grande afecto: O Maestro soberano, que vienes del cielo á enseñarme el camino de la perfeccion, destierra mis ignorancias, y alumbra mis tinieblas, para que mi alma con tu presencia quede llena de luz verdades y virtudes.

Lo tercero, puedo tambien considerar, como Cristo nuestro Señor hizo oficio de salvador y redentor, sacando del poder y tiranía del demonio los cuerpos de muchos endemoniados, y las almas de muchos pecadores, dando su vida y sangre con terribles dolores y desprecios, en premio de esta redencion. Y de la misma manera hizo oficio de pastor de su rebaño, cumpliendo todo lo que está á cargo de un buen pastor, hasta dar la vida por sus ovejas. Y los mismos oficios hace en este Sacramento; porque viene principálmente para aplicarnos el fruto de su copiosa redencion, librándonos de la tiranía del demonio, de la esclavonía de la carne y de sus pasiones, y de la servidumbre de los vicios. Y tambien hace oficio de pastor, cuidando de cada alma, como si fuera ella sola, apacentándola con su propio cuerpo y sangre. De suerte, que no solamente la oveja come de la mesa del Pastor, como dijo Natan á David [2], sino come de la misma carne de su Pastor; al contrario de los pastores de la tierra, que comen las carnes de sus ovejas. Luego mirándome á mí mismo, ponderaré la servidumbre y esclavonía en que vivo, y los peligros grandes en que ando de perecer de hambre y de flaqueza, y de dar en manos de los lobos infernales; y con este sentimiento clamaré á mi Redentor y Pastor, para que me favorezca, diciéndole: O Redentor misericordioso, y Pastor soberano, líbrame de las bocas de estos

[1] Joan. 9. 5. [2] 2. Reg. 12. 3.

Digitized by Google

lobos y leones del infierno; y pues has puesto delante de mí [1] esta mesa celestial contra los que me atribulan y persiguen, apaciéntame y fortifícame con ella, de modo que alcance la victoria, y goce de la mesa que me tienes aparejada en tu gloria. Amen.

A este modo se pueden considerar otros oficios, que Cristo nuestro Señor hizo en la tierra, de abogado, consolador, protector, y Padre universal de todos.

PUNTO CUARTO.—Lo cuarto se ha de considerar, como este divino Sacramento es memorial de las virtudes esclarecidas que Jesucristo nuestro Señor ejercitó en la tierra, ejercitándolas tambien aquí; de suerte, que como vino al mundo á darnos ejemplo de vida, y ponernos delante el dechado de virtudes que todos debíamos imitar, así tambien viene ahora en el Sacramento, para darnos cada día nuevos ejemplos de estas mismas virtudes, especialmente de las que son mas necesarias para nuestra salvacion y perfeccion.

La primera es, humildad, encubriendo su infinita grandeza y resplandor con una figura tan vil, como es de pan y vino, de donde resulta que muchos le desprecian y tratan como puro pan, y puro vino.

La segunda es, obediencia pronta y puntual al sacerdote que consagra, acudiendo luego que dice aquellas palabras, aunque sea malo, y las diga con mala intencion, y para mal fin, y en cualquier lugar y hora que las dijere, sin réplica ni dilacion alguna.

La tercera es, mansedumbre, y paciencia admirable en todas las injurias que se le hacen, así por los herejes é infieles, como por los pecadores que le reciben en pecado, ó por los descuidos de los flojos sacerdotes, sin que sea parte ninguna de estas cosas, para que deje de estar en la hostia todo el tiempo que duran las especies sacramentales.

La cuarta es, la caridad y misericordia con que vie-

[1] Psal. 21. 22.

Digitized by Google

ne al Sacramento, para ejercitar todas las obras de misericordia con todos los hombres, grandes y pequeños, sin aceptar personas, no mirando mas que al bien de cada una de las almas, dándose todo á cada una; en testimonio de que murió por cada una.

La quinta es, perseverancia, así en permanecer en la hostia y cáliz, hasta que se consuman las especies sacramentales, como tambien en cumplir todo lo dicho, hasta la fin del mundo, sin que ningunos pecados sean poderosos para que deje de cumplir lo que ha prometido[1].

En cada una de estas cinco virtudes, se pueden hacer grandes ponderaciones, como se hicieron en la cuarta parte, y en las meditaciones precedentes. Pero cuando fuere á comulgar, he de pedírselas á nuestro Señor, poniendo los ojos de la fe en las cinco señales de las llagas que tiene allí su cuerpo glorificado, y diciéndole: Dulcísimo Jesus, pues vienes á mi pobre morada con tus cinco llagas, por ellas te suplico me des estas cinco virtudes. Por las dos llagas de tus sagrados piés, te pido humildad y mansedumbre: por las dos llagas de las manos, obediencia y perseverancia: y por la llaga del costado, me llena de tu encendida caridad, para que amándote y obedeciéndote con perseverancia, alcance la corona de la gloria. Amen.

Punto quinto. — Lo quinto, se ha de considerar, como este soberano Sacramento, en cuanto es señal de cosa sagrada, tiene una cosa especial sobre los demás sacramentos, que es ser señal y suma de los tres mayores beneficios que Dios ha hecho, ni hará á los hombres; uno pasado, que es la redencion; otro presente, que es la santificacion; y otro futuro, que es la glorificacion: todo lo cual representa con un modo singularísimo, asistiendo el mismo Cristo dentro del Sacramento que lo significa, como consta de aquella antífona que canta la Iglesia: *O sacrum convivium etc.* O sagrado convite,

[1] Medit. 11., 15. y 16.

Digitized by Google

en el cual se recibe Cristo, renuévase la memoria de su pasion, el ánima se llena de gracia, y se dá en prendas de la futura gloria. De estas tres cosas se irá tratando en las meditaciones siguientes, reduciendo á ellas todo lo que nos resta por decir de este venerable Sacramento.

MEDITACION XLI.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES MEMORIA DE LA PASION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Deseando el Redentor que en su Iglesia hubiese perpétua memoria de su pasion y muerte, y del soberano beneficio que nos hizo en ella, instituyó para esto este sagrado convite, en que cada dia nos dá á comer y beber su cuerpo y sangre, debajo de especies de pan y vino[1].

Punto primero. — Sobre esta verdad de nuestra fe se han de considerar primeramente, las causas porque quiso Cristo nuestro Señor, que habiendo sido su pasion y muerte afrentosa, y dolorosa la señal y memoria de ella, fuese un convite lleno de dulzura y suavidad, pues parece que venia mejor que la señal y memoria fuera algun sacramento, en que derramáramos nuestra sangre, como en la circuncision, ó comiéramos alguna cosa amarga, como se comian lechugas amargas con el Cordero pascual, y bebiéramos algun poco de vinagre, en memoria de la hiel y vinagre que él bebió. Nada de esto quiso, sino que la memoria fuese en especies de pan; y no pan de cebada, cual se comia otras veces, sino en pan de trigo, y no en vinagre, sino en vino incorrupto. Las causas principales fueron cuatro, todas llenas de suavidad.

La primera, para descubrirnos su infinita bondad, y la caridad y amor que nos tiene como Padre, escogien-

[1] Luca 22. 19. et 1. Cor. 11. 24.

Digitized by Google

do para sí las cosas penosas, y dando á nosotros las suaves, en memoria de sus penas, y para aplicarnos el fruto y provecho que se nos sigue de ellas: porque propio es de padres tomar para sí lo trabajoso, y dar á sus hijos lo suave; y este espíritu quiere que tengamos todos sus hijos para con nuestros hermanos y prójimos.

La segunda, para que por aquí viésemos el gusto con que padeció los trabajos de su pasion, en cuanto era en beneficio nuestro[1], y para nuestro bien: y así quiere que su memoria sea en cosa de gusto y suavidad, y en banquete de grande regocijo, para que con mas gusto nos acordemos de ella, y se la agradezcamos. De suerte, que como el dia de su pasion fué para él dia de desposorio, y bodas con la Iglesia esposa suya, así la memoria ha de ser convite de regocijo, como en las bodas se acostumbra.

La tercera, para que viésemos la suavidad de su ley, de la cual habia dicho que era carga ligera[2], y yugo suave; y así todos sus sacramentos fueron suaves, y este sobre todos, con haber salido de su costado herido con cruel lanza.

La cuarta, para obligarnos con esto á que nosotros imitemos las cosas amargas y afrentosas de su pasion, pues cuanto él se mostró mas liberal en querer que su memoria fuese en convite lleno de tanta suavidad, tanto mas nos obliga á que á ley de agradecidos nos acordásemos de ella con cosas de amargura, abrazando la penitencia y el ayuno, la mortificacion y humillacion, y todo lo que es conforme á Cristo crucificado y despreciado, diciendo con Jeremías[3]: Con grande memoria me acordaré de tí, y mi ánima se secará dentro de mí, consumiendo con la mortificacion todo lo que me apartare de tu servicio, y abrazando las penas que padeciste por mi amor. O Amado de mi corazon, qué haré yo por tí en recompensa de tan soberano beneficio, y del

[1] Lucæ 22. 15. [2] Matt. 11. 30. 4. p. medit. 61. punt. 5. [3] Jerem. 3. 20.

Digitized by Google

amor tan excesivo que en él me muestras? Si te miro como Padre, eres amorosísimo; si como Redentor, eres dulcísimo; si como Legislador, eres suavísimo: por todas partes me coronas con misericordia, y con innumerables obras que proceden de ella[1]. Deseo por tu amor coronarme con corona de innumerables espinas, pagando con innumerables trabajos tus innumerables tormentos llenos de innumerables misericordias.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar las causas porque quiso Cristo nuestro Señor quedarse él mismo real y verdaderamente en este Sacramento, para ser memorial de su pasion, pues bastáran para esto solo el pan y el vino, como basta el agua pura en el bautismo, que tambien es figura de su muerte y sepultura[2]. La primera causa fué, para descubrirnos la estima grande que tiene de su pasion; queriendo él mismo ser el memorial de ella, para obligarnos á tener grandísima estima, y continua memoria de este beneficio, agradeciéndolo mucho, pues Cristo se hace despertador de la memoria contra nuestro olvido, y atizador del agradecimiento contra nuestra ingratitud. La segunda causa fué, para descubrirnos mas su infinita caridad, y el deseo inmenso que tiene de padecer por nuestro bien, porque cada vez que se dice misa, como el mismo Cristo hace representacion de su pasion y muerte, así está aparejado por nuestro amor á padecer y morir real y verdaderamente si fuera menester para nuestro provecho: pero como esto no es necesario, ni conveniente, gusta de padecer y morir, siquiera con la representacion. Y como se llama en el Apocalipsis[3]: Cordero muerto desde el principio del mundo, porque murió en las figuras de los animales que se mataban en su memoria; así le podemos llamar, Cordero que muere hasta la fin del mundo; porque de la misma manera muere él mismo en esta representacion de su muer-

[1] Psal. 102 4. [2] Rom. 6. 3. [3] Apoc. 13. 8.

Digitized by Google

te, que durará hasta la fin del mundo. Con lo cual nos obliga á que nosotros mismos, real y verdaderamente procuremos tomar parte en su pasion y muerte, así por su amor, cómo por el bien de nuestros hermanos, diciendo con san Pablo [1]: Siempre traemos en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesucristo [2], por cuya causa somos mortificados todo el dia, y tratados como ovejas del matadero, y cada dia, hermanos mios [3], muero por vuestra gloria.

La tercera causa fué, para suplir con su presencia la falta de agradecimiento que tienen los hombres, no solo por el beneficio de su redencion, sino por los demás beneficios que han recibido de Dios, los cuales por ser infinitos, no pueden ser agradecidos bastantemente por pura criatura, y así él mismo quiere por su persona en este Sacramento ser el que agradece por nosotros todos estos beneficios. De modo, que como dice san Pablo [4], que el Espíritu santo pide mercedes por nosotros con gemidos inenarrables: así podemos decir, que Cristo nuestro Señor en este Sacramento, agradece estos beneficios con afectos inenarrables, moviéndonos á ejercitarlos con gran virtud. De donde vino á llamarse este Sacramento, Eucaristía, que quiere decir, accion de gracias. O Dios de amor, qué es lo que ordenas? O Bienhechor infinito, qué es lo que haces? Si para agradecerte los beneficios recibidos, me haces de nuevo otro tan grande como todos ellos, con qué tengo de agradecer este nuevo beneficio? Alábete, Señor, tú mismo á tí mismo, por este, y por todos los demás, y este mismo beneficio te alabe por sí y por los otros [5], pues tu obra es confesion, y engrandecimiento, dándote por manjar á los que te temen: y pues yo no puedo darte cosa nueva por las grandes mercedes que me has hecho, recibiré este cáliz de mi salud, alabando y glorificando tu santo nombre.

[1] 3. Cor. 4. 10. [2] Ro. 8. 36. [3] 1. Cor. 15. 31. [4] Ro. 8. 26. [5] Psal. 110. 3.

Digitized by Google

PUNTO TERCERO. — Lo tercero, se ha de considerar las causas porque quiso Cristo nuestro Señor quedarse en especies de pan y vino, para ser memorial de su pasion, pues sin duda tienen con ella alguna semejanza.

La primera, fué para significar, que así como en este Sacramento se junta Cristo con pan hecho de granos de trigo despezados y molidos, y con vino hecho de granos de uva, pisados y estrujados: así en su pasion, fué su cuerpo sacratísimo atormentado, y molido con azotes, espinas y clavos, y tambien fué pisado con graves ignominias, y estrujado hasta sacarle toda la sangre, y dejarle exprimido como uva en el lagar[1]. Y así con la presencia de estas especies de pan y vino, quiere que nos acordemos de los dolores y afrentas que representaban; y que como comemos el pan, y bebemos el vino, así comamos y bebamos, é incorporemos con nosotros las penas de su pasion y muerte. Y en especial hemos de quebrantar, y moler nuestro corazon con la contricion de nuestros pecados, y castigar nuestra carne con penitencias, y gustar de ser despreciados por imitarle. Pero mas adelante pasa la caridad de este Señor, porque en el bautismo, el bautizado representa, como dice san Pablo, la muerte y sepultura de Cristo, cuando és sumido debajo de las aguas[2], como él fué sumido debajo de las olas de sus trabajos y aflicciones, y colocado en el sepulcro debajo de una grande losa. Pero en este Sacramento, el mismo Cristo representa su muerte y sepultura, cuando es comido y partido con los dientes, y cuando es tragado, y puesto dentro del estómago, en memoria de que fué desmenuzado con los dientes de sus perseguidores, y tragado de la muerte, y puesto en una sepultura. Y á todo esto asiste el mismo Señor, para que se haga con reverencia y espíritu, comunicando los frutos de su pasion y muerte al que le recibe. O alma mia, acuérdate cuando comulgas, que eres se-

[1] Isai. 63. 2. [2] Psal. 68. 15.

Digitized by Google

pulcro del mismo Jesucristo, recibiéndole dentro de tí, vivo en sí mismo, pero muerto en la representacion. Mira que su sepulcro fué glorioso [1], nuevo, y cavado en piedra, para que entiendas que tambien tú has de ser gloriosa por las virtudes, nueva por la renovacion del espíritu, y fundada en la imitacion de la piedra viva que es Cristo. O Cristo dulcísimo, santificad este sepulcro en que ahora entrais, para que mientras estais en él, seá digna morada vuestra! Y como en vuestro sepulcro ningun otro fué jamás sepultado, así en este no entre de aquí adelante cosa que os desagrade, ni criatura que le profane, conservándole siempre nuevo y puro para vuestra gloria, por todos los siglos. Amen. En la meditacion 13 de la cuarta parte, están otras consideraciones á este propósito, de lo que significa consagrar por sí el cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor en diferentes especies de pan y vino.

MEDITACION XLII.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES CAUSA DE LA GRACIA Y SANTIFICACION QUE SE DÁ DE PRESENTE, Y DE LA MARAVILLOSA UNION CON CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar como habiendo Cristo nuestro Señor determinado instituir siete sacramentos, que fuesen siete señales sensibles de la gracia, y siete instrumentos para aplicarnos el fruto de su pasion, que es nuestra santificacion, determinó, que el uno de ellos no fuese pura criatura, como es pura agua, ó puro aceite, ó bálsamo, ó puro pan y vino: sino quiso el mismo Cristo, Dios y hombre verdadero, real y verdaderamente juntarse con la criatura, y encubrirse milagrosamente debajo de los accidentes del pan y del vino, para darnos él mismo la gracia, y aplicarnos el fruto de su pasion, mostrando en

[1] Isai. 11. 10. Matt. 27. 60. 4. p. medit. 35. punt. 3.

esto la infinita caridad y amor que nos tiene, y lo mucho que estima nuestra santificacion, y el aumento y perfeccion de ella. Lo cual puede ponderarse por algunos ejemplos. Porque nuestro amorosísimo Jesus no es como el médico que ordena la medicina, y encarga al enfermero, que la aplique sin tocar él al enfermo, antes él mismo es el médico y la medicina, y el que invisiblemente la aplica, entrando como manjar en nosotros, dándonos la gracia que sana nuestra dolencia.

No es como el hombre rico y poderoso que dá el precio para redimir al cautivo, y manda á su criado que le rescate: sino él mismo es el redentor, y el precio de nuestro rescate, y el que aplica este precio de su sangre, y por sí mismo nos dá la perfecta libertad de la gracia y adopcion de hijos de Dios.

No es como la madre que pare con dolor su hijo, y despues le dá á otra ama para que le crie con su leche, sino él mismo que nos engendró con dolores en la cruz, quiere criarnos como amorosa madre, con su mismo cuerpo y sangre. No es como el rey que convida á sus vasallos, y manda á sus criados que le sirvan á la mesa, antes él mismo quiere ser el que nos convida, y el convite, y el que nos sirve á la mesa, dándonos á sí mismo en manjar y bebida. Y aunque los sacerdotes son sus instrumentos para esto, pero él real y verdaderamente asiste á todo unido con las especies del pan y del vino. O Médico misericordiosísimo! O Redentor liberalísimo! O Rey piadosísimo! O Madre amantísima! Qué haré por tu servicio en recompensa de lo mucho que haces por mi provecho? Cómo no amaré á quien tanto me ama? Cómo no estimaré la gracia de mi santificacion, pues el mismo Santificador viene en persona á comunicármela? Cómo no tendré hambre de tan soberano convite, pues el mismo Dios que me convida, es el mismo manjar que tengo de comer, para recibir con él la vida? Gracias te doy, Padre amantísimo, por es-

Digitized by Google

la merced tan soberana, y no permitas que sea corto en agradecerla, ni tibio en aprovecharme de ella. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — Lo segundo se han de considerar, los dones que Cristo nuestro Señor dá al alma, cuando entra en ella por el Sacramento, porque con su entrada, *mens impletur gratia*, el ánima se llena de gracia y de caridad, y de todas las virtudes sobrenaturales, y de los siete dones del Espíritu santo, con grande aumento y perfeccion, mayor que todos los demás sacramentos, por estar aquí la misma fuente de las gracias, y el dador de ellas. Como cuando el rey dá limosna por mano de su limosnero, bien se sufre que la dé pequeña, mas cuando él mismo la dá por su mano ha de ser dádiva grande, como dádiva de un rey; así en este Sacramento, como el mismo Cristo por sí mismo dá limosna de la gracia y virtudes, dála muy copiosa, como limosna dada por la mano de Dios, cumpliendo aquí lo que dice David [1], que nos corona con su misericordia, y con grandes obras que nacen de ella, llenando nuestro deseo de grandes bienes: y así puedo imaginar, que cuando entra por mi boca, me dice aquello del salmo [2]: *Dilata os tuum, et implebo illud*: Abre bien la boca, y yo la llenaré; dilata y ensancha los senos de tu alma, y los deseos de tu corazon, porque vengo con propósito de llenarlos y cumplirlos. O alma mia, oye la voz de tu Amado, y pues quiere ser largo en darte sus dones, no seas corta en aparejarte para recibirlos; ensancha tu corazon con la esperanza, dilátale con la caridad, y adórnale con fervientes actos de devocion, para que cuando entre, te le hincha de sus dones, y le llene de su copiosa bendicion. Amen.

Luego ponderaré el convite espiritual que nos hace Cristo dentro del alma, comunicándola en su entrada la refeccion espiritual, que es la gracia propia de este Sacramento; lo cual se puede entender al modo que di-

[1] Psal. 102. 5. [2] Psal. 80. 11.

Digitized by Google

ce san Gregorio [1], que las virtudes y dones del Espíritu santo, figurados por las tres hijas y siete hijos de Job, hacen banquete muy solemne al alma con el ejercicio de sus actos, meneándolos Cristo nuestro Señor con su presencia, para que los ejerciten con grande júbilo. Hácenos banquete por medio de la caridad, moviéndola á que ejercite actos de amor de Dios, de gozo espiritual, de celo de su gloria, y de ánsias para unirse con su Amado. Mueve la virtud de la religion, para que ejercite actos de reverencia, alabanza, agradecimiento y mil afectos de oracion y devocion. Mueve el don de la sabiduría, para que brote altos sentimientos de Dios, con admiracion de sus grandezas, con grande fe y luz de sus verdades, con grande sabor y dulzura por sus perfecciones: y de esta manera menea la fe y esperanza, la humildad y la obediencia, con las demás virtudes y dones del Espíritu santo, cuyos actos son refeccion, sustento, y hartura espiritual del alma. De donde sacaré un entrañable deseo de convidarle yo tambien como él me convida [2], animándome á ejercitar estos actos con mi libre albedrío, ayudado de su gracia, aunque esté seco y pesado; porque Cristo nuestro Señor gusta mucho de esta comida, y de cenar con nosotros dentro de nuestro corazon. Y por esto dice el Espíritu santo; que si nos sentáremos á comer con el Príncipe, miremos lo que nos dá de comer [3]. *Sciens quod talia te oportet præparare,* sabiendo que le has de aparejar otro tanto para que él coma. O Príncipe soberano, entrad en esta pobre morada á cenar conmigo y traed con Vos la cena de que gustais, porque de mi parte me ofrezco de aparejarla, haciendo con todas mis fuerzas lo que os diere gusto en ella [4].

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor particularmente instituyó

[1] Lib. 1. Moral. c. 15. [2] Apocal. 30. 20. [3] Prov. 23. 1. Juxt. LXX. [4] D. Aug. tract. 17. et 48. in Joan. D. Ambr. 1. offl. c. 13.

Digitized by Google

este divino Sacramento, para unirse con nosotros con union de caridad todo el tiempo de esta vida, que es el mayor beneficio que aquí hace á sus escogidos. Esto significó cuando dijo [1]. *Quien come mi carne, y bébe mi sangre, en mí permanece, y yo en él.* Que es decir: Está en mí por caridad, como el que ama está en la cosa amada, y yo estoy en él por gracia, comunicándole los bienes que proceden de ella. Y esto no es solamente mientras dura este manjar sensible en el cuerpo, sino de asiento, y con permanencias, porque consumidas las especies sacramentales, aunque Cristo en cuanto hombre no queda con nosotros, pero queda en cuanto Dios unido con nosotros, y nosotros con él con amor de amistad mútua, amándonos, y amándole, poniendo por obra lo que dijo san Juan [2]: Dios es caridad, y quien permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios en él: porque Cristo en cuanto Dios es la misma caridad por esencia, y de él nace, por medio de este Sacramento, la caridad participada, y el que le come queda unido con la caridad, y así está en Dios, como en su casa de refugio, y Dios está en él como en su templo, y casa de recreacion. O alma mia, cómo no sales de tí, considerando la grandeza de este beneficio, y la eficacia de la caridad que te dá Cristo en este Sacramento? Si Cristo es caridad, qué cosa hay mas buena? Si quien está en caridad está en Cristo, qué cosa hay mas segura? Si Cristo está con él, qué cosa hay mas alegre? Y si todo esto alcanzas en este convite, qué cosa hay mas amable? O convite de infinita caridad, donde la misma caridad cubierta con especies de pan y vino, entra dentro de mí para mudarme en sí [3]! O Amado mio, múdame todo en tí, para que siempre te ame, alabe, y glorifique por todos los siglos. Amen.

En esta consideracion tengo de hacer pausa, ponderando las tres cosas que se han apuntado: es á saber,

[1] Joan. 6. 57. [2] 1. Joan. 4. 16. [3] D. Th. Ibi. ex. D. Ber.

Digitized by Google

que quien me convida en este Sacramento, es Dios, que es la misma caridad; y movido de esta caridad, hace este soberano convite. A mas, que la comida que aquí se me dá, principalmente es la misma caridad, que es Dios nuestro Señor, y ella entra dentro de mí, y se sienta en medio de mi corazon, como Salomon, el amable del Señor, se sentaba en medio de su litera [1], aficionando con su presencia las hijas de Jerusalen, que son las almas santas. Y finalmente, que el fin y fruto de esta comida es la union de caridad, permaneciendo Dios nuestro Señor en mí como en su litera, y lugar de su descanso, y yo en él, como en mi protector, y en lugar de mi refugio.

Punto cuarto. — Lo cuarto, se ha de considerar las excelencias de esta soberana union, por la semejanza que Cristo nuestro Señor las declaró, cuando dijo [2]: *Como yo vivo por el Padre, así quien me come vive por mí.* En las cuales palabras puso Cristo nuestro Señor la mayor semejanza que podia traer para este intento: la cual consiste, en que así como el Hijo de Dios, mediante la generacion eterna, recibe de su Padre el ser y vida de Dios, y todas las perfecciones, virtudes, y obras de Dios: de suerte, que el Hijo, por esta generacion, es un Dios con su Padre, vive en él, y por él; y es sabio, bueno, santo, infinito, y todopoderoso como él, y con él tiene un mismo sentir, querer, y obrar en todas las cosas. Así tambien el que dignamente come á Cristo nuestro Señor en este Sacramento, en virtud de esta comida, recibe por participacion, el ser y vida de Cristo, sus perfecciones y virtudes, y la conformidad con Cristo, en el sentir, querer, y obrar, lo mismo que Cristo nuestro Señor. De suerte, que sea un espíritu con él, y pueda decir aquello de san Pablo [3]: Vivo yo, ya yo no, sino Cristo vive en mí: y mi vivir es Cristo [4], porque vivo en él, y por él, y para él.

[1] Cant. 3. 9. [2] Joan. 6. 58. [3] Gal. 2. 20. [4] Phil. 1. 21.

Digitized by Google

O dulcísimo Jesus, pues tantas ganas tienes de que sea una cosa contigo, como tú lo eres con tu Padre: entra dentro de mi alma, por medio de este Sacramento, y obra en ella la union que por él me has prometido, para que por ella seas glorificado, por todos los siglos. Amen.

En esta consideracion tengo de ponderar aquella palabra, *propter me*, por mí, la cual abraza todos los géneros que hay de causa, dando á entender, que será causa perfectísima de todas las obras vivas que hiciere quien le come, porque será principio de ellas por su inspiracion, moviéndole á que las haga; será fin último á cuya gloria las ordene, ejemplar y dechado de quien las saque, y materia de las palabras, pensamientos y afectos que tuviere, de modo que siempre viva, *propter Cristum*, como quien no sabe otra cosa sino á Cristo, y ese crucificado [1]; ni quiere amar, ni hablar sino es de Cristo, ni obrar sino por Cristo y para Cristo. De este modo Cristo será nuestra vida, la cual nos comunica en el santísimo Sacramento, y por esto se llama por excelencia, Pan de vida [2], porque por él vivimos vida de Dios, y vida de Cristo en union con él, como él vive la vida misma de su Padre. O Pan de vida, vivifícame con tu vida celestial y divina, para que de hoy mas no viva en mí, sino en tí, y no viva vida de hombre, sino vida de Dios unido con él, por todos los siglos. Amen.

Punto quinto. — Lo quinto, se han de considerar los efectos maravillosos de esta union, por algunas semejanzas. La primera es, del pan y vino en que se hace este convite. Porque así como el manjar uniéndose, con el cuerpo, le pega sus mismas calidades, de donde procede que manjares gruesos crian humores gruesos, y manjares delicados humores delicados y saludables; así Cristo nuestro Señor entrando en nosotros, y uniéndose con nuestras almas, nos comunica sus propiedades y

[1] 1. Cor. 2. 2. [2] Joan. 6. 51.

Digitized by Google

calidades del cielo, su caridad, humildad, obediencia, paciencia, y las demás virtudes; de modo que quedemos renovados á imágen de este hombre nuevo, y de este Adan celestial, y se pueda decir de nosotros, cual es el segundo hombre celestial[1], tales son los celestiales; y cual es Cristo, tales son los que le comen. Y aunque es verdad que comunica todas las virtudes, pero señaladamente dá á cada uno la que mas ha menester, y la que mas desea, y pretende con aquella comida, á semejanza del maná, que aunque sabia á todo sabor, pero servia á la voluntad de cada uno de los justos, como arriba se ponderó.

A este modo puedo considerar tambien, como en este Sacramento está aquel Señor que dijo[2]: *Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos: quien permanece en mí, y yo en él, llevará mucho fruto.* Y para cumplir esto entra en nosotros, y como cepa se pone en medio de nuestro corazon, y une consigo el sarmiento de nuestra alma con las varas de todas sus potencias, y las dá virtud para que broten frutos dulcísimos de bendicion, devotos pensamientos, fervorosos afectos, santas palabras, y perfectas obras. Pero no solamente es la vid, sino tambien es el labrador y podador que poda el sarmiento para que lleve fruto. Y así entrando en el hombre, le inspira lo que ha de podar, y mortificar, y le ayuda á ello, para que se conserve la union, y saque mas copioso fruto de ella. O alma mia, pues sabes que el sarmiento apartado de la vid, no puede llevar fruto, ni vale para otra cosa que para el fuego; júntate con esta vid soberana, que es Cristo nuestro Señor, recíbele dentro de tus entrañas, y poda cualquier cosa que de él te aparta, para que libre del fuego del infierno, ardas siempre en el fuego de su amor. Amen.

Tambien puedo considerar, como en este Sacramento está aquel Señor que llama el glorioso apóstol San-

[1] 1. Cor. 15. 48. [2] Joan. 15. 5.

Digitized by Google

tiago[1], Verbo ingerido que puede salvar nuestras almas, porque mediante la encarnacion, se engirió y juntó con la humanidad, como un árbol fructuoso se ingiere en un tronco de árbol estéril, y por ella hizo obras mas que humanas. Este mismo Señor, mediante la comunion de este Sacramento, viene á entrar dentro de mi alma, y á ingerirse en ella por gracia. Y siendo yo de mi naturaleza tronco estéril, y que no produce sino frutos amargos de pecados, ingiriéndose en mí, me hace llevar frutos dulces y divinos, no como quien yo soy, sino como quien él es, al modo que un tronco de almendro[2] amargo, por el ingerto produce frutas dulces. O Amado mio, árbol dulcísimo, traido del cielo para salud del mundo, ya no me contento solamente como la Esposa[3], de sentarme á tu sombra, y coger de tus dulces frutos, sino tambien deseo que entres dentro de mí, y me hagas una cosa contigo, para que con tu virtud lleve yo frutos dulces, como los tuyos, que permanezcan hasta la vida eterna. Amen.

Punto sexto. — Ultimamente, de todo lo dicho subiré á considerar, como Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento en accidentes de pan y vino, mas que de otro manjar mas precioso y raro, para significar la frecuencia con qué se ha de recibir[4]; de qué personas; con qué disposicion; y la union y efectos que obra en ellas.

Lo primero, por aquí declaró el entrañable deseo que tiene de hacernos cada dia este banquete, y de que cada dia nos aparejemos para tener parte en él: porque los reyes de la tierra tienen por grandeza que sus convites sean muy preciosos, pero muy raros, dos ó tres veces al año. Mas el Rey del cielo, tiene por grandeza que su convite sea preciosísimo, y cada dia por toda la vida: y así le instituye en forma de pan y vino, que es manjar de cada dia, para que entendamos, que como

[1] Jacobi 1. 21. [2] Rom. 11. 17. [3] Cant. 2. 3. [4] 4. p. medit. 1. punt. 3.

Digitized by Google

el cuerpo, aunque no hubiera precepto de conservar la vida, solo por su necesidad y gusto come cada dia el pan y vino con que se sustenta; así el alma, aunque no hubiera precepto de comulgar, ha de hacerlo muy á menudo, por la necesidad que tiene de conservar la vida espiritual, y por el gusto que hay en esta comida, y por dar gusto al que nos convida con tanto amor, y nos manda que le pidamos cada dia este pan cotidiano, por lo mucho que desea dárnosle. Y para mas aficionarnos, tambien nos amenaza, que si no comiéremos su carne, y bebiéremos su sangre [1], no tendrémos vida en nosotros, ni vida de gracia, ni la eterna de la gloria. O Padre amantísimo, hazme digno de comer cada dia este pan de cada dia. Y pues quieres que le coma con tanta frecuencia, ayúdame con tanta gracia, que saque provecho de ella.

Demás de esto, el pan y vino, son sustento ordinario de toda suerte de personas, ricos y pobres, grandes y pequeños; así Cristo nuestro Señor, quiere que este Sacramento sea sustento de todos los fieles en cualquier estado y suerte que tuvieren, alta ó baja, porque á todos convida, como se vé por la parábola del hombre que hizo una grande cena [2], y convidó hasta los cojos y mancos; y sintió grandemente que muchos se excusasen, como ponderarémos en la meditacion de esta parábola [3].

Lo tercero, se juntó Cristo nuestro Señor en especies de pan y vino, que se hacen de muchos granos de trigo y de uva, unidos entre sí, para significar que por este Sacramento no se junta espiritualmente, sino es con almas unidas en caridad consigo mismas, y con sus prójimos. De suerte, que así como no se pueden consagrar los granos de trigo ó de uva, hasta que se hacen pan y vino con la dicha union, así tambien aunque Cristo nuestro Señor entre por la Comunion sacramental en el

[1] Joan. 6. 54. [2] Lucæ 14. 21. [3] 3. p. medit. 63.

Digitized by Google

hombre, no se unirá espiritualmente con él si está dividido y desunido con falta de caridad, y si no se dispone debidamente para quitar los impedimentos de ella; lo cual alcanzarémos, si como trigo nos molemos con la contricion y penitencia, y como uvas nos dejamos pisar con la verdadera humildad y sujecion á todos por amor de Dios. De aquí resulta grande fortaleza para todas las obras de la vida espiritual, con grande alegría del ánima, porque como el pan, segun dice David [1], conforta el corazon del hombre, y el vino le alegra, y aunque sean manjar ordinario, no enfadan, ni causan fastidio, antes suelen ser como salsa que acompaña la otra comida: así tambien este pan y vino del cielo conforta y alegra el espíritu [2], y aunque se coma cada dia no causa fastidio, si se come dignamente, antes despierta nuevas ganas de comerle otra vez, porque encierra en sí todo género de suavidad [3], no terrena como el maná que enfadó á los hijos de Israel, sino celestial que recrea á los ángeles del cielo. O Amado de mi alma, que por tantas vias y modos me provocas á gozar de este soberano convite, no permitas que me excuse con el amor desordenado de los bienes de la tierra, ni tampoco que venga á él sin la vestidura de bodas [4], que es la caridad. Desnuda mi corazon de todo amor terreno, y vístele del divino, para que asista con amor á convite de amor, y alcance por su medio la perfeccion del amor, uniéndome contigo con perfecta caridad. Amen.

MEDITACION XLIII.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES SEÑAL Y PRENDAS DE LA GLORIA QUE ESPERAMOS.

Deseando Dios nuestro Señor darnos alguna señal y prenda de la gloria que nos prometió para nuestro consuelo, y para seguridad de nuestra confianza, instituyó

[1] Psal. 103. 15. [2] Eccles. 24. 29. [3] Sap. 16. 20. [4] Matt. 22. 12.

Digitized by Google

este santísimo Sacramento, en quien concurren todas las cosas que se pueden desear para este fin, como se verá en los puntos siguientes.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como este santísimo Sacramento, es señal y prenda de la gloria que nos está prometida, por encerrar en sí la cosa mas preciosa y amada que Dios tiene, cuyo valor es infinito, y vale tanto como la misma gloria que nos prometió; así como entre los hombres, para asegurar la paga de alguna deuda, ó el cumplimiento de alguna palabra que han dado, ó promesa que han hecho, dan en señal y prenda alguna joya, ó cosa muy estimada y querida, y que sea de tan gran precio, que exceda ó iguale á lo que se ha de dar despues. Esto se puede considerar, discurriendo por las Personas divinas que dan esta prenda, y por lo que ella es. Lo primero, no pudo el Padre eterno darnos prenda mas preciosa y amada que á su mismo Hijo, que es tan bueno como él; así como los reyes y príncipes para asegurar las paces, ó treguas, ó alguna gran deuda, suelen dar en prendas, ó rehenes á su hijo mayorazgo [1]: y pues en este Sacramento nos dá á su Hijo unigénito Jesucristo por prendas de la gloria, diónos lo sumo que pudo, no solo en prendas de ella, sino de todas las demás cosas que nos ha prometido con tanta seguridad cuanto es de su parte, como si ya nos las hubiera dado, conforme á lo que dice san Pablo [2]: El que no perdonó á su propio Hijo, sino le entregó por todos nosotros, por ventura no nos dió con él todas las cosas? Como quien dice: Quien me dió á su Hijo por Redentor, y me le dá por manjar y comida, por ventura no me dará su gracia y su gloria, y todas las cosas que ha prometido? Tan cierto estoy que me las dará cuanto es de su parte, como si me las hubiera dado, porque en esta dádiva se encierran las demás que me ha de dar. Gracias te doy, ó Padre aman-

[1] Mach. 13. 16. [2] Rom. 8. 32.

Digitized by Google

tísimo, por tal prenda como me das de mi salvacion y perfeccion. Suplícote, Dios mio, que lo que es tan cierto de tu parte, no falte por la mia, favoreciéndome, para que me aproveche de la prenda que me das, para alcanzar lo que me prometes.

Lo segundo, el mismo Hijo de Dios, Salvador nuestro, no pudo darnos mayor prenda que á sí mismo encubierto en este Sacramento, en el cual se encierran todos los títulos y derechos que tenemos para nuestra salvacion, como quien promete un grande mayorazgo, y dá en prendas el privilegio y escritura en que se funda. Porque este Señor que aquí está, es nuestro hermano mayor [1], mayorazgo del eterno Padre, y heredero de su cielo, el cual se hizo hombre, como dice el apóstol san Pablo [2], para salvar á los que estaban predestinados para la gloria, por cuyo medio han de alcanzar el fin de su predestinacion, y con el precio de su sangre nos compró el cielo, y abrió sus puertas, para que pudiésemos entrar en él por los medios que para ello nos ofrece. Pues si todo esto está aquí encerrado, qué mayor prenda nos pudo dar para seguridad del cielo que nos ganó y prometió?

Finalmente, el Padre y el Hijo no pueden darnos mayor prenda invisible de la gloria, que es al mismo Espíritu santo, de quien dice san Pablo [3], que es *pignus hæreditatis nostræ*, prenda de nuestra herencia celestial, la cual prenda, como dice el Apóstol [4], nos dá Cristo en nuestros corazones, para seguridad de todas sus promesas, y para esto vino al mundo, y viene tambien en este santísimo Sacramento. De suerte, que aquí recibimos dos prendas de la gloria, las mayores que puede haber: una visible, que es el Sacramento en que está Cristo, Dios y hombre verdadero, y otra invisible, que es el Espíritu santo, que se nos dá por el mismo Sacramento. O Trinidad beatísima, gracias te doy innumerables,

[1] Heb. 2. 11. Col. 1. 15. [2] Rom. 8. 29. [3] Eph. 1. 14. [4] 2. Cor. 1. 22.

Digitized by Google

por tales prendas como me das de tus promesas soberanas. Bien se vé, Señor, que eres buen pagador, pues no te duelen prendas, dándome tantas y tan buenas. Alégrate, ó alma mia con tales prendas; gózate con la esperanza que se funda en ellas, procura glorificar y servir al que te las dá, para que llegues á poseer la gloria que te promete. Amen.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar como este santísimo Sacramento es prenda de la gloria que nos está prometida, en cuanto es medio eficacísimo y poderosísimo para alcanzarla, pues no puede haber prenda mas cierta, para alcanzar un fin, que el medio eficacísimo para alcanzarle.

Lo necesario para alcanzar la gloria con efecto, es perdon de las culpas pasadas, preservacion de las futuras, sustento de la gracia recibida, con perseverancia hasta la muerte. En todo esto tiene eminencia este Sacramento, con la presencia de Cristo nuestro Señor, porque aunque el sacramento del bautismo ó penitencia perdonan los pecados; pero este confirma mucho el perdon, admitiéndonos el mismo Rey que nos perdona á su mesa, en señal de habernos perdonado. Tambien nos preserva de culpas, porque enfrena las pasiones de la carne, dá fortaleza contra las tentaciones del demonio, y previénenos contra todos los peligros del mundo. Además, sustenta la vida de la gracia, como el manjar sustenta la vida del cuerpo; pero con tanta eficacia, que puede conservar el aumento que ha dado hasta la vida eterna. Todo lo cual se funda en la promesa de Cristo nuestro Señor, que dice [1]: *Este es el Pan que bajó del cielo, para que si alguno comiere de él, nunca muera. Yo soy Pan vivo que bajé del cielo; si alguno comiere de este Pan, vivirá para siempre: y el que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el dia postrero.* En las cuales palabras

[1] Joan. 6. 50.

Digitized by Google

Cristo nuestro Señor nos asegura, que este divino Pan, como arriba se apuntó, con su virtud celestial nos libra de todo lo contrario á la vida eterna, porque nos libra de la muerte primera que es la culpa [1], y de la muerte segunda del alma, que es la condenacion; y á su tiempo nos librará de la muerte del cuerpo en la resurreccion. Demás de esto nos concede todo lo que es vida eterna, porque nos dá la vida de la gracia, y la conserva hasta el fin, y despues nos dará la vida de la gloria de que goza el alma; y á la fin del mundo la vida gloriosa de que ha de gozar el cuerpo.

De todo esto tenemos prendas en este Sacramento, porque para todo tiene virtud, y dá fuerzas al que le come con la frecuencia y reverencia que debe [2]. O árbol de vida puesto en medio del paraiso de Dios, en señal y prendas de la inmortalidad y vida eterna, dame á comer tu dulce fruto, para que preserve mi alma de todo género de muerte, y la conceda todo género de vida. O alma mia, si deseas vida eterna, come con espíritu este manjar, que es prenda y causa de ella. O cuerpo mio, si deseas resucitar á vida bienaventurada, come este preciosísimo cuerpo, que es prenda cierta de tu resurreccion, y de la vida gloriosa que te está prometida.

Pero aun mas adelante pasa la excelencia de esta prenda, porque con su presencia causa en nosotros algo, que es parte de la vida eterna, como raiz y fuente de ella, con la cual ha de permanecer para siempre, y es imposible que se niegue la vida eterna al que lo tuviere; es á saber, la union con Cristo nuestro Señor, por medio de su gracia, y de la caridad del Espíritu santo, que es fuente de agua viva [3], que salta hasta la vida eterna; y como nota santo Tomás [4], no solamente es prenda de nuestra herencia, sino arra, porque la prenda dase solamente hasta que se hace la paga, y luego

[1] Apoc. 21. 8. [2] Apoc. 2. 22. [3] Joan. 4. 14. [4] Lect. 5. in Eph. 1. 14. Arrha. hæreditatis nostræ.

Digitized by Google

cesa; pero las arras dánse para siempre; así el Sacramento del altar, y el don de la fe y esperanza no es mas que prenda de la gloria, que dura por el tiempo de esta vida: pero la union con Cristo que se hace en el Sacramento, y el Espíritu santo que se nos dá con union de caridad, es arras de la gloria, y durará por toda la eternidad, si por nosotros no queda; porque la caridad nunca perece [1], y el Espíritu santo permanece con nosotros *in æternum*. O Esposo dulcísimo de las almas justas, que por arras las dás á tí mismo, juntándolas contigo en union de caridad; aunque mi alma no sea digna de tan soberana grandeza, no la excluyas de ella por tu infinita misericordia.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar, como este Sacramento es prenda de la gloria, en cuanto es un convite excelentísimo, en el cual nos dá Dios á comer y á beber lo mismo que dá en la gloria; pero guisado y acomodado á nuestro estado de caminantes debajo de velo y oscuridad. En lo cual he de ponderar, que Cristo nuestro Señor en el cielo, como lo prometió á sus apóstoles, tiene consigo á todos los bienaventurados sentados á su mesa [2], haciéndoles un solemnísimo convite, cuyo manjar es su misma divinidad y humanidad, viéndola claramente, y hartando con ella todos sus deseos, embriagándose con el vino del amor beatífico, y bebiendo del rio caudaloso de sus deleites celestiales. Y en este convite, el mismo Señor, como dice por san Lucas [3], se ciñe, y los sirve, porque él mismo les dá este premio de justicia, pero cíñese porque es tan infinito, que ninguno le puede comprender, ni verle, sino es ceñido y ajustado á sus merecimientos. De aquí bajaré á ponderar, como este Dios infinito, que hace este banquete en el cielo, acordándose de los hijos que tiene en la tierra, se ciñe mucho mas para convidarlos, poniéndose todo con su divinidad y humanidad debajo de

[1] 1. Cor. 13. 8. Joan. 14. 16. [2] Lucæ 22. 30. [3] Lucæ 12. 37.

Digitized by Google

estas especies de pan y vino, tan pequeñas y estrechas, para que allí con los ojos de la fe le veamos presente, y recibiéndole dentro de nosotros, hinche tambien nuestros deseos, como acá pueden llenarse, y nos embriague tambien con el vino de su amor, y nos dé á gustar la suavidad de sus deleites, dándonos todo esto como prendas, en esperanza de lo que despues nos dará en cumplida posesion. Por lo cual le daré inmensas gracias, con deseos entrañables de ceñirme, y mortificarme, y estrecharme por servirle, pues él se ciñe tanto por regalarme. O Amado mio, si tú estando en el cielo vienes á ceñirte á la tierra por mi regalo, qué mucho que para subir yo de la tierra al cielo, me ciña por tu servicio? Aviva, Señor, mi fe, para que de tal manera guste del banquete que me haces en esta vida, que llegue á gozar del que me prometes en la otra. Amen.

Con este espíritu me alentaré á procurar una vida celestial, para ser digno de este convite, en que se me dá lo mismo que en el cielo; pues por esto Cristo nuestro Señor, en la oracion del *Pater noster*, primero nos mandó decir [1]: Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Y luego dijo, que pidiésemos este Pan cotidiano y sobresustancial, significando, que quien le ha de comer dignamente, ha de aspirar á la pureza del cielo, cumpliendo acá todo lo que Dios manda, como allá se cumple.

Finalmente sacaré de aquí, que este Sacramento, por ser prenda de la gloria, y principio del convite que se hace en el cielo, es Viático, para pasar de esta vida á la otra; el cual se ha de recibir en aquel peligro con grande fe y confianza. Pues como Elías, en virtud del pan que le dió el ángel, caminó hasta el monte de Dios, Horeb [2]: así yo, en virtud de este divino Pan haré mi jornada seguramente hasta el monte de la gloria. Y para recibirle entonces con provecho, me importaria acos-

[1] Matt. 6. 10. [2] 3. Reg. 19. 8.

Digitized by Google

tumbrarme cada vez que comulgo, á hacerlo con el mismo espíritu que si fuera por Viático, imaginando que quizá aquella comunion será la postrera de la vida, cumpliendo lo que dijo el Sabio [1], que al tiempo de esta comida entrásemos un cuchillo por la garganta: esto es, comiendo, como quien tiene ya el cuchillo á la garganta, y está á punto de morir. Y por esta causa Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento la noche antes de su muerte, para significar, como en su lugar se dijo, que esta comida fortalecia para padecer y morir, y pasar de esta vida á la eterna. O Redentor dulcísimo, que á la partida de este mundo dijiste á tus apóstoles [2]: *Yo volveré otra vez, y os llevaré conmigo, para que esteis donde yo estoy.* Ven á mi alma, visitándome con la gracia y presencia de tu venerable Sacramento, y en virtud de ella llévame á donde tú estás, para que allí vea lo que ahora creo, y posea lo que espero, y goce de tu soberana compañía, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLIV.

POR APLICACION DE LOS SENTIDOS DEL ALMA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Este modo de oracion, por aplicacion de los sentidos, el cual se declaró en la segunda parte [3], es muy provechoso cerca del santísimo Sacramento, negando los cinco sentidos del cuerpo, y avivando los del alma. Algo de esto toca san Buenaventura en su tratado de los siete caminos de la eternidad, al modo que se dijo en el párrafo 11, de la introduccion de este libro. Pero aquí lo pondrémos con otro modo mas fácil para todos.

Punto primero. — El primer punto será, ver con la vista interior del alma, ilustrada con la fe, todo lo que es objeto de esta vista, cerca de este Sacramento, sacando varios afectos, conformes á lo que hubiere visto.

[1] Prov. 23. 2. [2] Joan. 14. 3. [3] Medit. 26.

Digitized by Google

Lo primero, veré la cantidad y el color, y figura de pan y vino, apartadas de su sustancia; porque Dios con su omnipotencia la destruyó, para poner en su lugar su cuerpo y sangre; y actuando esta fe, continuaré mi entendimiento á que crea esto, negando el juicio que procede de los sentidos, y confesando que puede Dios hacer con su omnipotencia mas de lo que puede percibir nuestra corta razon. Y así diré: creo, que aunque veo color de pan, y percibo olor y sabor de pan, no hay sustancia de pan, porque la fe lo dice, y Dios así lo revela.

Luego veré con la mísma vista la majestad de Cristo, tan entero y glorioso como está en el cielo: veré su sagrada cabeza con corona de gloria, su divino rostro, con rayos de inmenso resplandor, sus manos, piés y costado, con las llagas hermosísimas que están en ellos, y todo su cuerpo, incomparablemente mas resplandeciente que el sol, y hermosísimo sobre todos los hijos de los hombres. Y luego subiré mas alto, viéndole como es Dios, resplandor de la gloria del Padre, figura de su sustancia, de tan infinita belleza, que hace bienaventurados á los que le ven con claridad. Y mirándole de esta manera, unas veces sacaré afectos de reverencia y humildad, bajando los ojos, y encogiéndome en su presencia. Otras sacaré afectos de gozo y alegría de verle tan hermoso y resplandeciente, y tan cerca de mí. Otras prorumpiré en afectos de alabanza y accion de gracias, por haberse puesto allí con toda su gloria y majestad.

Lo tercero, veré la junta de aquel exterior de pan, con la majestad de Cristo; admirándome de ver juntos dos extremos tan distantes, uno tan pequeño y bajo, como es accidentes de pan y vino, y otro tan grande y alto, como es hombre y Dios, encubriendo la grandeza de su resplandor con el velo de tan vil criatura, provocándome á que le imite en tal modo de humildad. O Amado mio, que en este Sacramento visible estás con modo

Digitized by Google

invisible: véate yo con la fe, y reverencie tu grandeza, como si te viera con claridad, pues eres el mismo en el Sacramento y en el cielo, y tan digno de ser reverenciado y amado en la bajeza del uno, como en la alteza del otro.

PUNTO SEGUNDO. — El segundo punto es, oir con el oido del alma lo que Cristo nuestro Señor me dice en el Sacramento, imaginando que desde allí me habla al corazon, y me dice varias cosas á mi propósito. Unas veces imaginaré que me convida á que le coma, diciéndome aquello de la Sabiduría [1]: *Venid, comed mi Pan, y bebed mi vino, que os tengo aparejado: dejad la niñez, vivid, y andad por las sendas de la prudencia.* Que es decir: Venid á recibirme en este Sacramento, pero dejad primero las niñerías de esta vida, porque soy manjar de grandes, y de gente que vive con recato y prudencia. Y á este modo puedo tambien imaginar, que me dice aquello de los Cantares [2]: *Comed, amigos, bebed, y embriagaos los muy amados.* Y aquello de Isaías [3]: *Los que teneis sed, venid á las aguas, oidme con atento oido: comed lo bueno, y se alegrará vuestra alma con su gusto.* De donde sacare deseos de recibirle, obedeciendo á su voz, diciéndole: De dónde á mí, Señor, que me convideis á vuestra mesa? Yo me llego á ella porque me lo mandais, habladme mientras como, para que mi corazon se derrita en vuestro amor. Otras veces imaginaré, que desde allí me exhorta á que le imite, diciéndome [4]: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon: aprended de mí á humillaros, á encubriros, y á convidaros con caridad unos á otros. Otras veces miraré como está allí rodeado de ángeles, los cuales me están diciendo [5]: *Ecce Sponsus venit, exite obviam ei.* Mirad que viene el Esposo de vuestras almas, salidle á recibir con lámparas encendidas, con afectos muy abrasados de uniros con él en perpétua caridad. Finalmente, despues que le hu-

[1] Prov. 9. 5. [2] Cant. 5. 1. [3] Isai. 55. 1. [4] Matt. 11. 29. [5] Matt. 25. 6.

Digitized by Google

biere recibido le diré aquello de Samuel [1]: Habla, Señor, que tu siervo oye, y atenderé á las inspiraciones que me comunicare para oirlas y obedecerlas con presteza, diciendo con David [2]: Oiré lo que habla en mí el Señor que está dentro de mí, porque bien sé que hablará palabras de paz, y de vida eterna.

Punto tercero. — El tercer punto es, con el olfato del alma percibir el olor y fragrancia de Cristo nuestro Señor en este Sacramento; el cual en la misa se ofrece á sí mismo al Padre, en hostia y sacrificio, en olor de suavidad. O cuán bien huele al Padre eterno este sacrificio, aplacando por él su ira! O cuán poderoso es su olor, para deshacer y aniquilar el mal olor de todos los pecadores y pecados del mundo! O Padre soberano, pues tanto os agrada el olor suavísimo de este sacrificio, perdonadme por él mis graves pecados, y aplacad la ira que contra mí teneis por ellos.

Tambien percibiré el olor de las virtudes de este santo Sacramento, porque como el ámbar, y bálsamo, y otras cosas olorosas, confortan con su fragrancia, no solo al que las toca, sino á otros, aunque estén algo apartados: así el olor de este Sacramento, no solo conforta al que le recibe, sino al que le mira, y adora, y desea recibirle. Y como dice el mismo Señor [3], que adonde está el cuerpo, allí ván las águilas, atraidas de su olor, para comerle, y sustentarse de sus carnes. Así las almas, que como águilas vuelan en la oracion y contemplacion, percibiendo este olor suavísimo del cuerpo de Cristo, se van adonde está para comerle, y sustentarse con su preciosísima carne. O carne olorosísima de Jesus, confórtame con el olor de tus virtudes: dame á sentir la fragrancia de tu caridad, y llévame tras tí al olor de tus ungüentos, para que me junte contigo en union de perfecto amor. Amen.

Punto cuarto. — El cuarto punto es, con el gusto

[1] 1. Reg. 3. 9. [2] Psal. 84. 9 [3] Matt. 24. 28.

Digitized by Google

del alma, gustar lo primero el grande gusto y sabor con que Cristo nuestro Señor está en este santo Sacramento, y en cualquier hostia, aunque le pongan en lugar vil y despreciado, y el gusto grande que tiene en ser comido. Los otros manjares, como son cosa muerta, dan gusto al que los come, pero no tienen gusto en ser comidos: pero este manjar, como es Pan vivo, tiene gusto grandísimo en que lo coman, y mas desea ser comido de los hombres, que ellos desean comerle. O Pan de vida, gracias te doy por este gusto que tienes en ser nuestra comida y sustento, purifica el gusto de mi alma, para que perciba tu dulcísimo sabor, de modo que guste de recibirte, con el gusto que tienes de ser recibido.

Luego percibiré la suavidad de Cristo en este Sacramento, mirando como comunica á los que dignamente le reciben un sabor de divinidad, mucho mas vario y dulce que el maná [1], porque tiene el sabor de todos los manjares espirituales, y sabe á todas las virtudes, y con tanta dulzura, que èndulzura todas las cosas amargas que hay en esta vida, y en el ejercicio de la mortificacion, y de todas las obras virtuosas, é imaginaré que me están diciendo aquello del salmo [2]: Gustad, y ved por experiencia cuán suave es el Señor! O dulcísimo Jesus, cuán dulce eres para los que te aman y reciben con amor! O Fuente de dulzura, que te dás á gustar con abundancia por los caños de estas dos especies sacramentales, llena mi alma de tu suavidad soberana, para que deseche toda la terrena.

Punto quinto. — El quinto punto es, con el tacto tocar espiritualmente, y á su tiempo corporalmente este Sacramento, de cuyo tocamiento sale virtud para sanar, vivificar, alegrar, y perfeccionar á todos los que le tocan debidamente, como antiguamente salia de las vestiduras de Cristo nuestro Señor, para sanar los

[1] Sap. 16. 20. [2] Psal. 33. 9.

Digitized by Google

flujos de sangre y las enfermedades de los que las tocaban [1], como se ponderó en la tercera parte [2]. Otras veces imaginaré, cuando llego con mis labios á la hostia consagrada, que con gran reverencia y temblor doy ósculo á Cristo nuestro Señor, y le recibo amorosamente de su dulcísima boca, diciéndole aquello de los Cantares [3]: Béseme con el beso de su boca, porque mejores son sus pechos que el vino, llenos de fragrancia de suavísimos ungüentos. O Salvador dulcísimo, dadme ósculo de paz, pacificándome con vuestro Padre [4]! O especies sacramentales de pan y vino, que sois como los pechos de mi Amado, llenos de leche de deleites celestiales, muy mas preciosas que el vino de los deleites terrenos, tocadme, y hartadme con vuestra leche, para que se me haga desabrida toda carne.

Otras veces amaré la fe, para creer, y ver con ella las llagas sacratísimas de Cristo nuestro Señor, tocando con el espíritu sus piés, y manos, y costado, como quien se llega á beber del agua y sangre que de él salió, y tocándolas con viva fe, como santo Tomás, exclamaré: Señor mio y Dios mio! O Dios de mi alma, llaga con el dardo de la caridad mi corazon, por las llagas que recibiste en tu sagrado cuerpo: harta la sed de mi alma, por la sangre y agua que salió de tu costado: lávame con ella, purifícame, enciéndeme, y perfeccióname: dame licencia para que con el espíritu entre dentro de esas llagas glorificadas. Y pues tú con ellas moras dentro de mí, yo con toda mi alma quiero morar dentro de ellas, y de tí, uniéndome contigo con union de amor, hasta que sea uno contigo en tu eterna gloria. Amen.

[1] Lucæ 6. 19. Marc. 5. 30. Matt. 15. 20. [2] Medit. 31. [3] Cant. 1. 1. [4] Joan. 20. 21.

Digitized by Google

MEDITACION XLV.

PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, Y PARA ANDAR CON ESPÍRITU LAS PROCESIONES DE ESTE DIA, Y SUS OCTAVAS.

PUNTO PRIMERO. — Lo primero, se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor en este Sacramento, viene á nuestra tierra á renovar lo que hizo cuando vivió en ella. Ponderando, como entonces anduvo por todas las calles y plazas de Judea y Galilea, y por las sinagogas y casas particulares, y en el mismo templo de Jerusalen, haciendo bien á todos. Y como dice san Pedro[1]: *Pertransiit bene faciendo, et sanando omnes oppressos à diabolo, quoniam Deus erat cum illo.* Pasó, y caminó, haciendo bien, y sanando todos los oprimidos del demonio, porque Dios estaba con él, no solo por gracia, sino por unidad de persona, y el bien que hacia era en todo género de cosas, ejercitando los varios oficios que arriba se dijeron; de suerte, que por donde quiera que iba dejaba rastros de su divinidad y omnipotencia, y de su inmensa caridad y misericordia.

De esta misma manera imaginaré ahora que anda Cristo nuestro Señor en este Sacramento por los templos, y plazas, y calles de la cristiandad, haciendo bien á todos los que con viva fe se llegan á él, confesándole, adorándole, y alabándole con todo su corazon; porque tambien ahora este divino Sacramento, *pertransiit bene faciendo*, pasa haciendo bien, y sanando á los oprimidos del demonio; porque Dios está dentro de él, y así les vá comunicando todo género de bienes, con resplandores de su celestial luz, é inspiraciones de su divino Espíritu, enseñándoles como maestro, curándoles como médico, perdonándolos como salvador, y apacentándolos como pastor con su mismo cuerpo y sangre. Y aun-

[1] Actuum. 10. 38.

Digitized by Google

que todo ésto hace mas copiosamente con los que le reciben, pero tambien dá alguna parte á los que con viva fe le miran, adoran, y glorifican. Y con este espíritu tengo de acompañarle en las procesiones, como le acompañara cuando vivia en carne mortal, si tuviera la fe que ahora tengo, y como le acompañaba la gente devota que se iba trás el Salvador por gozar de su dulce compañía. O Amado mio, gracias te doy, por haberte quedado con nosotros tan de asiento, que aunque tienes tu morada en los cielos llenándolos de alegría, quieres tambien estar en nuestra tierra, llenando sus plazas y calles de tu misericordia. Y pues tan poderoso eres debajo de este velo, como lo eres en el cielo, y como antes lo eras en la tierra, ven á esta pobre morada de mi alma, pasea todas las potencias y sentidos de ella, haciendo bien á todas, para que te sirvan y glorifiquen todas, por todos los siglos. Amen.

Punto segundo. — Lo segundo, se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor quiere ahora renovar espiritualmente la entrada que hizo en Jerusalen el dia de Ramos[1]; porque entonces entró en Jerusalen manso y humilde, sentado en un jumentillo, saliéndole á recibir grande muchedumbre de hombres, y llevándole todos en procesion con grande pompa. Unos echaban por tierra sus capas para que pasase por ellas, otros desgajaban árboles, para enramar el suelo, y otros llevaban palmas en las manos, y todos á voces le alababan, diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor: Rey de Israel, sálvanos en las alturas. Y esta entrada tan solemne hizo Cristo nuestro Señor, para mostrar de su parte el gusto con que estaba entre ellos, sin embargo de que le perseguian y maltrataban, y para que sus discípulos y la gente devota diese tambien aquella muestra de la fe, amor y devocion que le tenian, y por otras causas que ponderamos en la cuarta parte.

[1] Matt. 21. 8. Joan. 12. 13.

Digitized by Google

De esta misma manera quiere ahora ser llevado en el santísimo Sacramento por las calles y plazas de la Iglesia, con grande pompa y majestad. Vá en la hostia manso, humilde, y disfrazado, cubierto con aquel velo y nube ligera de los accidentes de pan; pero todos los fieles y príncipes de la Iglesia se honran de acompañarle, adornando las calles con ramos y con ricos doseles, llevando hachas y luminarias, y con cantores y músicas de alegría, celebrando su venida al mundo, con la mayor pompa y honra exterior que se le puede dar en la tierra. De todo lo cual me tengo de alegrar y regocijar, porque si me gozo de la honra que el dia de Ramos hicieron á este Señor, con haber parado en mayor ignominia, cuánto mas me gozaré de la honra que todos ahora le hacen, ordenándose toda á su mayor gloria?

Y luego ponderaré, como Cristo nuestro Señor traza esta solemne pompa, para darnos á entender el gusto que tiene de estar con nosotros, y que no está cansado, ni enfadado, aunque hay mucho porque lo esté, á causa del mal tratamiento que algunos pecadores le hacen comulgando mal ó diciendo misa con indecencia: y aunque es razon dolerme de este agravio que se le hace, tambien le alabaré, porque sin embargo de él, no se cansa de estar con los pecadores, por hacer bien á los justos. De donde sacaré un gran deseo de que todos celebremos con espíritu estas devotas procesiones, de modo que guste Cristo nuestro Señor de la honra que le hacemos, porque no se paga de lo exterior si está vacío del interior. O Amado mio, si tendiésemos todos por tierra nuestras vestiduras, poniendo á tus piés todas nuestras cosas, para que tú hicieses lo que quisieses de ellas! O si todos se postrasen en tierra con humildad profunda, dejándose humillar y pisar de todos, para que fueses ensalzado y glorificado por todos! O si todos te acompañásemos con palmas en las manos, alcanzando de nuestros enemigos gloriosas victorias, atribuyendo

Digitized by Google

á tí solo la gloria de ellas! O si todos con grande espíritu te alabasen y glorificasen por las victorias que ganas cada dia, por medio de este soberano Sacramento, deseando que tuviese en ellas parte todo el mundo! O alma mia, alaba y glorifica á este Señor cuando le acompañas ó asistes en su presencia, juntando el cántico de los serafines, con el cántico de los hebreos, diciendo con el espíritu [1]: Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de las batallas; llenos están los cielos y la tierra de tu gloria, sálvanos en las alturas: Bendito sea el que viene en nombre del Señor; sálvanos en las alturas. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar, como el Padre eterno quiere con estas procesiones tan honrosas premiar en la tierra las estaciones afrentosas y dolorosas que su hijo Jesucristo nuestro Señor anduvo la noche y dia de su pasion, por las plazas y calles de Jerusalen. Ponderando como entonces fué desde el huerto de Getsemaní á casa de Anás y Caifás, llevándole atado, con hachas y linternas, con lanzas y espadas, y con grande estruendo de soldados, triunfando del preso con escarnio: y otro dia le llevaron con la misma ignominia, de casa en casa, de tribunal en tribunal, hasta que salió al monte Calvario con la cruz á cuestas y con voz afrentosa de pregoneros, y fué colocado en el trono horrendo de la cruz, en medio de dos ladrones, á donde era blasfemado y escarnecido, con grandísima ignominia y crueldad.

En premio de estas jornadas quiere el Padre eterno, que su Hijo en la tierra sea honrado en estas procesiones, llevando todos hachas y luminarias en las manos, en señal de que es luz verdadera que alumbra á todo el mundo, y acompañándole los fieles soldados de su Iglesia, cantándole mil cantares de alabanza, llevándole sobre sus hombros los sacerdotes, y colocándole en tronos

[1] Ecclesia in præfatione missæ.

Digitized by Google

de grande majestad, donde todos le hincan la rodilla, y le adoran como á su Dios y Redentor, mandando á todos que lo hagan así, mucho mejor que el rey Assuero mandó honrar á Mardoqueo, llevándole con grande pompa por todas las calles de la ciudad, clamando sus privados [1], así ha de ser honrado el que quiere el rey que lo sea. O Padre eterno, gracias te doy por la honra que quieres se haga á tu Hijo unigénito en la tierra, en premio de la deshonra que recibió en ella. O dulcísimo Redentor, gózome de la honra que hoy os hacen vuestros fieles, pues la teneis bien merecida, por la deshonra que sufrísteis por ellos. Yo hinco mi rodilla ante el trono donde estais colocado en este santo Sacramento, y arrojo mi corona y cuanto tengo á vuestros piés, diciendo como los ancianos del Apocalipsis [2]: Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la honra, la gloria, y la virtud, porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad son y fueron criadas. Redime, Señor, y salva con tu preciosa sangre al que criaste por tu graciosa voluntad. Amen.

De aquí sacaré, cuán fiel es Dios en premiar en esta vida á los que le sirven, ensalzándolos en la misma cosa que ellos se humillan. Y si yo honro á Cristo en este Sacramento, él tambien me honrará; y si le trato con poco respeto, tambien quedaré deshonrado: para lo cual ayudará ponderar la historia del Arca del testamento, que llevó David en procesion, con grande acompañamiento de sacerdotes y levitas, y de todo el pueblo, con grande música de varios instrumentos, saltando el mismo David delante del Arca, con grande fervor de espíritu; y aunque Michol le despreció [3], él no se arrepintió de lo hecho, antes propuso de humillarse y envilecerse mas delante de Dios: pero al contrario Oza, que con temeridad y poco respeto tocó al Arca, quedó muerto de repente por ello, para significar, que si trato

[1] Ester. 6. 7. [2] Apoc. 4. 11. [3] 2. Reg. 6. 14.

Digitized by Google

con poca reverencia este divino Sacramento, seré castigado como Oza, y tanto será mas terrible mi castigo, cuanto debia tener mayor reverencia al que la merece mucho mas que el Arca. Pero si le honro como David, tañendo y saltando en mi corazon, con júbilos y afectos de amor, humillándome y apocándome en su presencia, sin hacer caso de los dichos de los hombres, él me honrará en la tierra, y mucho mas en el cielo. Pero yo, gloria mia, no quiero otra mayor honra que honrarte: tu honra es la mia, y de que tú seas honrado me honro yo: y si tú te honras con mis deshonras, esas tendré yo por suma honra, por glorificarte á tí que eres digno de infinita honra y gloria por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto. — Lo cuarto, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor quiere que se le haga en la tierra alguna fiesta, como la que se le hace en el cielo, para que por este medio bajen del cielo bendiciones á la tierra, ponderando, como este Señor está en el cielo, cercado de ángeles y santos que continuamente le hacen fiesta[1]. Unos, como los veinte y cuatro ancianos, arrojan las coronas á sus piés, diciendo, que solo él es digno de honra y gloria: otros, como los cuatro animales, están diciendo: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios todopoderoso, que es y era, y ha de venir. Otros le ofrecen vasos de oro, llenos de incienso muy oloroso, que son las oraciones de los santos, y cada uno á su modo le glorifica y ofrece cánticos de agradecimiento y alabanza. De suerte, que por las calles y plazas de aquella celestial Jerusalen siempre se oye aleluya[2], voz de alabanza y accion de gracias, gozo y alegría sempiterna.

Con ser esto así, gusta Cristo nuestro Señor de bajar á nuestra aldea en este santísimo Sacramento, y quiere que á nuestro modo le pongamos en su trono, y le ha-

[1] Apoc. 4. 10. et 5. 8. [2] Tob. 13. 22. Isai. 51. 3.

Digitized by Google

gamos fiesta, aunque aldeanos, imitando en lo que pudiéremos á sus cortesanos celestiales, pretendiendo en esto, no su provecho, sino el nuestro, para que descubriendo el amor que le tenemos, tenga él ocasion de honrarnos y hacernos grandes bienes. Y así á imitacion de los bienaventurados, le tengo de honrar con tres géneros de afectos principalmente. El primero, de humildad, como los ancianos, desnudándome de cuanto tengo, y confesando que no es mio, sino suyo, dándole la gloria de todo. El segundo afecto, ha de ser viva fe de su grandeza, y del oficio á que viene y ha de venir á juzgarnos, alabándole como los cuatro animales por su santidad y omnipotencia, por su eternidad é inmutabilidad, y porque viene ahora para salvarme como Padre, y despues vendrá para coronarme como juez. El tercer afecto, será de ofrecimiento, presentándole el vaso de mi corazon, dorado con el fino oro de la caridad, lleno de incienso de fervorosas oraciones, mezcladas con mortificaciones de mí mismo, deshaciéndome en el fuego del amor, por oler bien á este Señor, á quien he de hacer fiesta con el mejor modo que pudiere, admirándome de que un Señor que tan festejado es en el cielo, se digne y guste de la fiesta que se le hace en la tierra, como el rey, que despues de haber visto las fiestas que se le hacen en su corte, gusta tambien de la que se le hace en una aldea. Persuadiéndome tambien, que como Cristo nuestro Señor por los servicios que se le hacen en el cielo, dá nuevos gozos accidentales, así premia á los servicios que los justos le hacen en estas fiestas de la tierra, con nuevas gracias, y aumento de virtudes. O Rey soberano, quién pudiese hacer de la tierra cielo, santificando tu nombre [1], y haciendo tu voluntad en este valle de lágrimas, como lo hacen los espíritus bienaventurados en su paraiso de deleites! Cierto estoy, que si así lo hiciese, el valle de lágrimas seria

[1] Matt. 6. 10.

Digitized by Google

para mí valle de consuelos, y el paraiso de deleites vendria al valle de lágrimas, convirtiendo mi llanto en gozo, y llenándome de alegría. Venga, Rey mio, á mí tu reino, y pues tú estás conmigo en el Sacramento, aviva mi fe, enciéndeme con tu caridad, para que te conozca y ame, de modo que reines en mí, y yo goce de tí reinando contigo en el reino de tu Padre, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLVI.

DE LA PROVIDENCIA PATERNAL DE DIOS EN REPARTIR LOS ESTADOS Y OFICIOS, DANDO Á CADA UNO EL QUE MAS LE CONVIENE PARA SU SALVACION.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como Dios nuestro Señor por excelencia es nuestro Padre, y hace este oficio con nosotros infinitamente mejor que todos los padres de la tierra [1], pues en su comparacion ninguno merece este nombre; de donde se sigue, que no solamente nos cria y engendra en el ser de la naturaleza y gracia, y despues de engendrados nos conserva y sustenta en el uno y otro ser, con medios y modos muy admirables, como se ha dicho, sino tambien su paternal providencia tiene cuidado de ponernos en estado y oficio conveniente para nuestra salvacion, inspirando, moviendo, y aficionando á cada uno al que mejor le está para este fin. A unos mueve á estado de matrimonio; á otros á estado de continencia, ó religion; y á otros escoge para estado de prelacia [2], porque como en el cuerpo natural hay muchos miembros con diferentes oficios, así quiere que los haya en el cuerpo místico de la Iglesia y de la república civil, y con su providencia ordena, que unos sean como cabeza que gobiernen á los demás; otros como ojos que resplandezcan en virtud y doctrina; otros co-

[1] Matt. 23. 9. [2] 1. Cor. 12. 13.

Digitized by Google

mo manos que ejerciten obras de vida activa; otros como pecho y corazon, que se escondan en lo secreto de la vida contemplativa y unitiva; otros como piés, que se ocupen en ministerios serviles y humildes; y como nuestro Señor conoce las complexiones, ingenios, y caudales de cada uno, así con su providencia les acomoda en el estado y oficio que dice con su natural, sino es que el hombre quiera salirse de la direccion del divino gobierno, y escoger el estado y oficio por su antojo, para malos fines, y por malos medios.

De esta verdad bien ponderada, he de sacar grande agradecimiento á nuestro Señor, por esta providencia paternal que tiene de nosotros, con dos advertencias. La primera, que sino he tomado estado, he de acudir muy de veras á pedírsele, poniendo medios lícitos, que no desdigan de su divina providencia, la cual me dará el estado y oficio que me conviene por tales medios, si pongo mi confianza en ella. Y si estos que yo alcanzo no fueren bastantes, sabrá poner otros que salga con su intento. De lo cual hay innumerables ejemplos en la Escritura, como son el casamiento de Isaac con Rebeca; de Tobías con Sara, por medio de san Rafael; la eleccion de José por virey de Egipto, y la de David por rey de Israel. Pero si ya he tomado estado por traza de la divina Providencia, he de estar muy contento en él, confiando de alcanzar la vida eterna por tal medio, pues para este fin me le dió nuestro Señor. Y si el estado ó el oficio fuere bajo, no tengo de correrme, ni tenerme por desfavorecido, como ni al contrario si fuere alto, tengo de envanecerme ni engreirme, sino, como dice el Apostol [1], contentarme con la suerte que me ha cabido de siervo, ó de libre, de grande, ó de pequeño, viviendo en la grande con humildad, y en la pequeña con confianza; porque mas vale siendo piés de la Iglesia alcanzar el cielo, que siendo ca-

[1] 1. Cor. 7. 20.

Digitized by Google

beza bajar al infierno. Por tanto, alma mia, alégrate en tu Dios, en cuyas manos están tus suertes [1], y cualquiera que te diere, recíbela con alegría; porque la suerte del estado y oficio que te diere en esta vida, vá por su providencia encaminada, para que alcances la suerte bienaventurada de la otra.

Punto segundo. — Lo segundo se ha de considerar, la suavidad de la divina Providencia, en el repartimiento de los estados y oficios, la cual resplandece en una cosa tan propia de Dios, que no hay príncipe, ni monarca que pueda hacerla; porque como es Gobernador universal de todo el mundo, y se precia tanto de gobernar con suavidad [2] y fortaleza, reparte entre los hombres las inclinaciones á diversos estados y oficios, con tan admirable suavidad, que no hay oficio, por pesado y vil que sea, al cual no tenga algun hombre vehemente inclinacion, sin inclinarse á otra cosa; y aunque sean hijos de unos mismos padres, y hermanos de un vientre como Esaú y Jacob, suelen nacer con inclinaciones muy contrarias [3], porque como el ollero de una misma masa hace vasos con diferentes figuras, aplicados á diferentes ministerios, y de una misma materia se hacen diferentes miembros de un cuerpo, para diferentes oficios; así la sabiduría y omnipotencia de Dios, de la masa del género humano, saca diversos hombres, aplicados con diversas inclinaciones á diversos oficios: por lo cual he de glorificarle, mirando como todas estas inclinaciones surten en mi provecho; para que haya hombres que con gusto me defiendan en la guerra, y me gobiernen en la paz, y labren el campo, y hagan el vestido, y lo demás de que tengo necesidad. Porque, como dice san Pablo: Si todos los miembros fueran ojos, quién anduviera? si todos fueran piés, quién mirara? si todos fueran lengua, quién obrara? y si todos fueran manos, quién hablara? Luego como los oficios de todos los miembros

[1] Psal. 30. 16. [2] Sap. 8. 1. [3] Genes. 25. 25.

Digitized by Google

son para bien de cada uno, así los estados y oficios de todos los hombres, y las inclinaciones que tienen á ellos, son para provecho mio, y como beneficio mio me han de ser motivo para glorificar á Dios, que con su providencia los repartió de esta manera: y conforme á esto he de mirar bien la inclinacion buena que Dios me ha dado, y aprovecharme de ella tomando con gusto el estado y oficio que conforme á ella me dió, dándole gracias por la suavidad con que me gobierna, queriendo que no vaya violentado, y remando en el estado de mi vida, especialmente en el que ha de ser perpétuo, y de mucha dura. O Padre amantísimo, gracias te doy por la dulzura con que gobiernas á los hombres, haciendo sabrosa á los unos la carga que es pesada á los otros, para que cada uno lleve la suya con facilidad [1], y todos se ayuden unos á otros con alegría. Concédeme, Señor, que lleve yo la mia, con tal aplicacion, que sea provechoso para mis prójimos, como deseo que ellos lo sean para mí.

Lo segundo, se ha de ponderar en esta misma suavidad de la divina Providencia, que cuando falta inclinacion natural para el estado y oficio que nos quiere encargar, nos dá liberalmente inclinacion sobrenatural, por medio de las divinas inspiraciones é ilustraciones, las cuales suelen descubrirnos tantas razones de utilidad en el estado y oficio, que aunque sea árduo y dificultoso, le hacen sabroso y fácil. Y así vemos por experiencia, que muchos por este toque de Dios, tienen vehemente inclinacion á dejar el mundo, y abrazar el estado religioso, y el oficio trabajoso y humilde, con mayor gusto que otros abrazan otros estados y oficios de mas dulzura y facilidad para la carne, porque la gracia suple abundantemente lo que falta á la naturaleza.

Y si alguna vez nuestro Señor no dá esta inclinacion y gusto sensible en la eleccion del estado, por lo menos

[1] Gal. 6. 5.

Digitized by Google

dá razones tan eficaces, que convencen el entendimiento, y le hacen juzgar que le conviene tomarle, y la voluntad lo acepta con gran resolucion, venciendo la repugnancia natural con la luz superior del espíritu. O Dios de mi alma, en tus manos me arrojo, fiado de tu divina providencia, que me darás gusto y consuelo en llevar la carga que me pusieres. Y si la carne no sintiere los gustos que apetece, bástame que lo sienta el espíritu, tomando por su propio gusto hacer el tuyo. Esta sea mi única inclinacion, hacer en todo tu voluntad, por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar, la eficacia de la divina Providencia en proveer de ayudas suficientes para cumplir con el estado y oficio que por su traza se escoge; porque á ninguno manda lo imposible, ni quiere ponerle mayor carga de la que puede llevar, conforme á las fuerzas que tiene, y al caudal de gracia que le dá. Y así á los casados para llevar las cargas de su oficio les dá gracia especial por el sacramento del matrimonio; y á los sacerdotes para las cargas del suyo, les dá el Espíritu santo por el sacramento del órden: y á los religiosos dá la gracia, conforme á las cargas de la religion que cada uno profesa; y á los prelados y gobernadores dá espíritu bastante para su gobierno; y cuando el gobierno es mas pesado, tanto es mas copioso el Espíritu que les dá. Y así cuando Dios quitó á Moisés parte del gobierno del pueblo, le dijo[1]: que tambien le quitaria de su espíritu, y le daria á los setenta ancianos que habian de ayudarle, como quien dice: Yo te daba caudal para toda esta carga, mas pues das parte de ella á otros, daré á estos la parte de ayuda que te daba á tí, para que puedan llevar la parte de su carga. De donde procede, que tan fácil me será por la providencia de Dios llevar la carga doblada, como la sencilla, porque me dará fuerzas dobladas para llevarla.

[1] Num. 11. 17.

Digitized by Google

Y así con grande fervor puedo decir á nuestro Señor aquello del salmo[2]: Pruébame y tiéntame, abrasa mi corazon, y mis renes, cárgame con la carga de oficios y trabajos que quisieres, porque delante de mis ojos está siempre tu misericordia, y me agrada tu fidelidad, por la cual estoy cierto que aumentarás las fuerzas, si aumentares los trabajos.

De todo lo dicho he de sacar, que es cosa peligrosísima tomar estado contra la voluntad de Dios, y por medios prohibidos, porque con esto corto el hilo de los medios que la divina Providencia trazó para mi salvacion, y á mi cuenta irán los yerros que sucedieren, y merezco que Dios no me dé ayuda para llevar la carga que yo tomé por mi propia voluntad, contra la suya, y sucederáme lo que dijo Cristo nuestro Señor: Toda planta que mi Padre no plantó, será arrancada; pero sin embargo de esto, si el yerro está hecho, y no tiene remedio por ser el estado perpétuo, ó por otra causa, no tengo de desconfiar de la divina misericordia; porque es tan infinita su caridad, que si uno se sale por un camino de la traza de su paternal providencia, sabe, y puede por otro camino volverle á ella, sacando de los males bienes, y de los yerros aciertos, con tal condicion, que con arrepentimiento de lo hecho, como el hijo pródigo, vuelva confiadamente á ponerse en sus manos, porque no desampara á los que se arrojan en ellas. De los avisos para elegir estado se dijo algo en la meditacion 7 y 8 de la tercera parte.

MEDITACION XLVII.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA INSTITUCION DEL ESTADO RELIGIOSO CON VARIEDAD DE RELIGIONES, Y EN LLAMAR Á ALGUNOS PARA ELLAS.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como la divina Providencia ordenó, que dentro de la

[2] Psal. 25. 2.

Digitized by Google

Iglesia hubiese casas y familias de religiosos, dedicados á su divino servicio, por muy altos y soberanos fines, ponderando sumariamente los mas principales.

El primero es, para que la religion sea escuela de la perfeccion cristiana, la cual consiste en la perfecta caridad y union con Dios, y con los prójimos, dando de mano á todas las demás cosas que desvian de esto [1]: de modo que se pueda cumplir el precepto del amor con la mayor perfeccion que se pudiere. Y por consiguiente, la religion es casa de la caridad [2], linaje de los que buscan á Dios, morada de los que viven en union, y congregacion de los hijos de la sabiduría, cuya nacion y condicion es obediencia y amor [3]. De aquí es, que la religion es tambien escuela de la imitacion de Dios y de Cristo, en la cual los religiosos estudien por imitar las virtudes ejemplares de Dios, procurando ser perfectos, como su Padre celestial lo es, y tambien imiten al mismo Cristo, guardando no solamente sus preceptos, sino tambien sus consejos al modo que él los guardó. El tercer fin fué, para que la religion fuese casa de refugio, donde los fieles se recogiesen, huyendo los peligros del mundo, y asegurasen mas su salvacion, por los medios que para esto tiene, poderosos para huir de las culpas y ocasiones de ellas, y para ganar las virtudes con perseverancia hasta la muerte. De suerte, que por medio de la religion se cumpla lo que deseaba David, cuando dijo á nuestro Señor [4]: Sé para mí Dios y amparador, y casa de refugio, para que me hagas salvo. El cuarto fin es, para que la religion sea casa de recreacion para Dios nuestro Señor, en medio de la tierra, y su paraiso de deleites; porque como sus regalos son estar con los hijos de los hombres, trazó su providencia que hubiese casa particular de algunos especiales amigos y privados con quien conversase [5], y se regalase, dedi-

[1] D. Th. 2. 2. q. 186. [2] Psal. 23. 6. et 132. 1. [3] Eccles. 3. 1. [4] Psal. 30. 3. [5] Isai. 56. 6. Cant. 2. 4.

Digitized by Google

cándose ellos á conversar familiarmente con él; y así la religion es casa de oracion, bodega de los vinos del cielo, retrete del Rey celestial, á donde entra á sus queridos, y les descubre sus secretos. El quinto fin es, que la religion fuese como candelero de la Iglesia, y ciudad puesta sobre un alto monte, para dar luz á los demás fieles, así luz de doctrina, como de ejemplar vida, la cual confirmase la verdad y pureza de la religion cristiana, y exhortase á todos á seguirla, y á glorificar á nuestro Padre que está en los cielos, cumpliéndose en los religiosos lo que dice san Pablo [1]: Vivid sin queja como sinceros hijos de Dios, sin reprension en medio de la nacion perversa de los hombres, entre los cuales resplandeceis como lumbreras del mundo. El sexto fin fué, para que la religion fuese lugar diputado para granjear muchos merecimientos, y grandes aumentos de virtudes, de modo que subiesen los hombres á muy altos grados de gloria en compañía de los mas aventajados ángeles que hay en ella, por ser la vida que hacen mas angélica que humana.

Con la consideracion de estos seis fines, si soy religioso, he de procurar estos seis afectos y deseos, que sean como las seis alas de los serafines que vió Isaías; es á saber, perfecto amor de Dios y del prójimo; deseo de imitar la perfeccion de Dios y de Cristo; huir las ocasiones de culpas é imperfecciones para asegurar lo mas que pudiere mi salvacion; conversar familiarmente con nuestro Señor; vivir ejemplarmente, para edificacion de los prójimos; y crecer en las virtudes, hasta alcanzar grandes aumentos de gloria. Con estas alas volaré para cumplir las obligaciones de mi estado, fiándome de la divina Providencia que con su espíritu avivará mi vuelo. O Padre de misericordias, pues me has llamado á estado tan alto por fines tan soberanos, suplícote que la vida no sea baja, sino que concuerde la alteza de

[1] Phil. 2. 14.

Digitized by Google

la vida con la del estado, para que con ambas alcance la alteza de la gloria. Amen.

Estos seis fines han de servir de reglas para conocer las vocaciones á estado de religion, porque las que son de Dios, siempre estriban en alguno de los motivos que están dichos.

Punto segundo. — Lo segundo se ha de considerar, como la divina Providencia ordenó que hubiese mucha variedad de religiones con diversos institutos y reglas, para alcanzar con mas suavidad los fines referidos, ponderando tres causas principales de esto. Primeramente, como la perfecta caridad tiene varios actos en órden á la gloria y culto de Dios, y al provecho del prójimo, ejercitando con él varias obras de misericordia, así corporales como espirituales, y una religion sola no podia resplandecer con eminencia en todas juntas, ordenó la divina Sabiduría que hubiese varios institutos de religiones, y que unos se señalasen en la contemplacion y amor unitivo de Dios; y otras en las cosas del culto divino; otras en la penitencia y afliccion rigurosa de la carne; otras en obras de misericordia espirituales con los prójimos, enseñándoles, predicándoles, y administrándoles los sacramentos; otras en obras de misericordia corporales, sirviendo á los enfermos, ó redimiendo cautivos, ó defendiendo la Iglesia de sus enemigos. Y de esta manera en todas las religiones juntas resplandecen todas las obras de caridad con excelencia; señalándose unas en lo que no se señalan otras. Por lo cual la religion es como la casa de la divina Sabiduría, fundada en siete colunas [1], que son los siete institutos referidos, labradas con varias labores de medios muy eficaces para alcanzar sus fines, como son frecuencia de sacramentos, exámenes de conciencia, direccion de maestros espirituales, silencio y clausura conveniente, y otras tales.

Lo segundo, como Cristo nuestro Redentor es decha-

[1] Prov. 9. 1.

Digitized by Google

do de infinita perfeccion en todo género de virtudes, de tal modo, que no puede una religion esmerarse con eminencia en imitarle en todas, por ser grande nuestra flaqueza para tan alta empresa, trazó la divina Providencia varias religiones, y que unas le imitasen con excelencia en la pobreza, otras en la obediencia, otras en el celo de las almas, otras en la humildad y ejercicios humildes, dando cada una ejemplo de estas virtudes á la otra, y al resto de la Iglesia, la cual por esta causa es como reina y esposa de Jesucristo, vestida, como dice David, con vestidura rica de varios colores, semejantes á los de su Esposo, cuyos pasos sigue. Y conforme á esto, si soy religioso, he de mirar cual es la cosa principal en que mi religion se señala, así en la imitacion de Cristo nuestro Señor, como en las obras de caridad que ha escogido por su amor, y procurar señalarme en ellas, no descuidándome de las otras, para que se pueda decir de mí por esta singular diligencia, lo que dice la Iglesia de cada uno de los santos[1]: No se halló otro semejante que así guardase la ley del Señor. Lo tercero, como Dios nuestro Señor conoce, que son muy diversas las inclinaciones y complexiones de los hombres, y que era muy dificultoso acomodarse todos á un modo de caminar á la perfeccion, trazó con su divina providencia que hubiese varios modos, para que todos hallasen alguno á su propósito, acomodado á su inclinacion y fuerzas, y por este camino asegurasen mas su salvacion, y creciesen mas en la virtud. Unos son inclinados á soledad, y les daña el trato con hombres; otros al contrario, son inclinados á conversar con hombres, y les daña la soledad: Unos tienen fuerte complexion, y se inclinan á grandes asperezas. Otros son mas flacos, y no pueden sufrirlas tan grandes. Pues para que todos puedan ser perfectos, quiere nuestro Señor haya caminos apropiados para todos, y á cada uno, con su providencia pater-

[1] Eccles. 44. 20.

Digitized by Google

nal, encamina por el que mas le cuadra[1]. O Sabiduría infinita, que haces todas las cosas con fortaleza, y las dispones con suavidad, gracias te doy por haber edificado dentro de tu Iglesia la casa de la religion con mucha variedad de institutos, que como colunas la sustentan, y con mesa llena de varios manjares de reglas y documentos acomodados al gusto y necesidad de sus moradores. Y pues tu soberana providencia se ha dignado arrimarme á una de estas colunas, átame fuertemente con ella, para que perseverando siempre en tu servicio, conforme á mi estado, llegue á ser coluna en el santo templo de tu gloria[2]. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar, el cuidado que tiene la divina Providencia en llamar gente para este estado de religion, y para cada una de las religiones, ponderando las cosas mas señaladas que hay en esta vocacion. Lo primero, que ninguno puede tomar este soberano estado, ni entrar en la religion como debe, sino es llamado de Dios con vocacion especial para ello, porque la castidad, obediencia, y pobreza religiosa exceden tanto á nuestra naturaleza, que no puede por sí mismo atreverse á prometerlas, ni podrá guardarlas. Y así dijo Cristo nuestro Señor de la castidad, que no todos alcanzaban á entenderla, *sed quibus datum*[3], sino solamente aquellos á quien era concedido; y ninguno[4] puede venir á Cristo imitando su perfeccion, si su Padre celestial no le trajere, llamándole con sus inspiraciones, y ayudándole para que venga.

Lo segundo ponderaré, que como el estado de religion no es necesario para entrar en el cielo, así Dios nuestro Señor no llama á todos los hombres para que le tomen, sino solamente á los que quiere, y esto no por sus merecimientos, sino de pura gracia y misericordia; y así muchas veces deja á los muy buenos en el siglo, y llama á otros no tales para mejorarlos, por-

[1] Sap. 8. 1. [2] Apoc. 3. 12. [3] Matt. 19. 11. [4] Joan. 6. 44.

Digitized by Google

que quiere hacerles este bien, conforme á lo que dijo á sus apóstoles [1]: No me escogísteis vosotros, sino yo os escogí: yo os puse en el estado que teneis, para que vayais por el mundo, y lleveis fruto que permanezca. Gracias te doy, Maestro soberano, porque me escogiste para ser discípulo tuyo en la escuela de perfeccion, dejando á otros que merecian mejor entrar en ella. No pudiera yo escoger este estado, si tu misericordia no me previniera para ello; y pues ya me has escogido, suplícote me ayudes, para que lleve frutos que permanezcan hasta la vida eterna. Amen.

Lo tercero ponderaré, que los que son llamados de Dios para este estado, han de responder á su llamamiento, por ser grande la merced y favor que en esto les hace; y resistirle, es grande descortesía é ingratitud, y ocasion de grandes caidas: porque quizá nuestro Señor con su eterna sabiduría ha visto que este estado es el medio de su salvacion; y si le rechazan, decirles ha como á los convidados que no quisieron venir á su convite, que nunca mas gustarán de su cena [2]. Y lo que dijo al otro que dilataba seguirle [3]: Quien echa mano al arado, y se vuelve atrás, no es apto para el reino de Dios. Y así con gran cuidado he de mirar si soy de los llamados, porque si consiento, será señal que soy de los escogidos; y si resisto, puedo temer que soy de los reprobados.

Lo cuarto ponderaré, como la divina Providencia con especial vocacion llama á cada uno para la religion que mas le conviene, atendiendo juntamente á dos cosas; porque en cuanto Gobernador universal de las religiones, provee á todas de personas que las vayan conservando; y en cuanto Gobernador particular de cada hombre, inspira á cada uno de los que así llama á la religion, que mas le ayudará para su salvacion y entera perfeccion; y resistirla es gran yerro, porque

[1] Joan. 15. 16. [2] Lucæ 14. 24. [3] Lucæ 9. 62.

Digitized by Google

fácilmente podrá alcanzar su fin con suavidad en la religion, para que es llamado, y quizá en la otra no podrá, ó no perseverará, por faltarle el caudal para ello, al modo que se dijo en la meditacion pasada. Con esta consideracion daré gracias á nuestro Señor por el cuidado que tiene de todas las religiones, confiando en su providencia que las conservará para su gloria. Y cada uno puede confiar que le llamó para la religion que mas le convenia, animándose á perseverar con aumento de virtudes en el lugar donde le ha puesto, hasta que le vea claramente en la santa Sion [1]. Amen.

MEDITACION XLVIII.

DE LOS BIENES QUE ENCIERRA EL ESTADO RELIGIOSO, Y CUÁN SOBERANO SEA ESTE BENEFICIO.

Para ponderar la grandeza de este beneficio, se han de poner los ojos en las miserias del mundo de donde saca Dios al religioso, y en las excelencias del estado en que le pone, y en los premios que en esta vida y en la otra le promete.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como dentro de este mundo visible, que es bueno, y hechura de Dios, hay otro mundo fundado en maldad, cuyo príncipe es el demonio, y cuyo empleo, como dice san Juan [2], es codicia de carne, y de ojos, y soberbia de la vida. De suerte, que este mundo es una congregacion de hombres rendidos al amor desordenado de los deleites carnales, de las riquezas y honras vanas, de donde proceden las espinas de las culpas y congojas que punzan á los mundanos [3], y ahogan la semilla de las divinas inspiraciones, y despues son cebo de los fuegos eternos. Este mal mundo tiene dos partes. Una está fuera de la Iglesia, que es la congregacion de los infieles, los cuales como carecen de fe, se

[1] Psal. 83. 7. [2] 1. Joan. 2. 16. [3] Lucæ 8. 14.

Digitized by Google

deslizan en innumerables vicios, y no paran hasta despeñarse en los infiernos. Y de este mundo saca Dios nuestro Señor, por su misericordia, á todos los fieles, poniéndoles dentro de su Iglesia, donde pueden salvarse. Otra parte está dentro de la misma Iglesia, que es la congregacion de los pecadores que poseen ó pretenden con desórden los regalos, riquezas, y dignidades con pérdida de la caridad, y con riesgo de su salvacion; porque llevados de este amor, resisten al divino llamamiento, como resistieron los tres que fueron llamados á la cena, y fueron para siempre excluidos de ella. En medio de este mundo viven los justos seglares que poseen lícitamente estas cosas, las cuales tambien tienen grande peligro, por las ocasiones que nacen de los bienes temporales que gozan, y del mal ejemplo de los mundanos con quien viven, y por las calumnias y molestias que reciben de los que pretenden lo mismo que ellos poseen, por lo cual Cristo nuestro Señor, hablando de un rico que era justo, y resistió á la vocacion para ser perfecto, dijo [1]: Que era mas fácil entrar un camello por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de los cielos.

De este mundo tan peligroso, saca nuestro Señor por su misericordia á los religiosos, poniéndoles en un estado desnudo de estas riquezas, deleites, y vanas libertades, para que vivan libres de los pecados y peligros que trae consigo. Y así tantos beneficios recibo de Dios en la religion, cuantos son los vicios y congojas que veo en los que viven fuera de ella: por lo cual he de darle continuas gracias. O dulcísimo Jesus, de dónde á mí tanto bien, que me hayas dicho al corazon como á Abrahan [2]: Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que te mostraré? Gracias te doy cuantas puedo, porque me sacaste de *ur Chaldæorum* [3], del fuego de los caldeos,

[1] Matt. 19. 24. [2] Genes. 12. 1. [3] Genes. 11. 31.

Digitized by Google

para que no pereciese abrasado con el fuego de mis codicias; y pues ya me alejaste de este fuego, no permitas que me acerque á él, antes abrásame con el fuego de la caridad, para que del todo muera en mí la codicia.

Pero mas adelante ponderaré la traza de la divina Providencia en este caso, porque cuando algunos están pegados á las cosas que poseen en el mundo con peligro de perderse, sino quieren dejarlas de grado por las inspiraciones amorosas con que los llama, suele casi forzarlos á que las dejen, permitiéndoles caer en trabajos, enfermedades y tentaciones, y á veces en graves pecados, para que viendo al ojo su peligro, procuren huir de él [1]. Al modo que los ángeles, viendo que Loth no acababa de salir de Sodoma, por estar aficionado á las cosas que allí tenia, le asieron de la mano, y le sacaron medio por fuerza, para que no fuese abrasado con el fuego que cayó sobre ella. O Padre amorosísimo [2], qué gracias te daré por haberme compelido á entrar en tu casa para huir del fuego que abrasa al mundo! Consérvame dentro de ella, aunque sea con fuerza de trabajos, para que libre de los fuegos que me amenazan, alcance los premios que me esperan. Amen.

Punto segundo. — Lo segundo se ha de considerar, como el estado religioso encierra con gran excelencia los tres géneros que hay de bien. El primero, es el bien honesto, que abraza todas las virtudes, así morales, como teologales, con los dones del Espíritu santo. El segundo, es el bien deleitable que abraza la paz de Dios nuestro Señor, que sobrepuja á todo sentido, y el gozo del Espíritu santo, con los deleites que nacen de las obras de las virtudes. El tercero, es el bien útil y provechoso que encierra los medios convenientes para conservar y aumentar la vida del alma, y alcanzar la vida eterna: y tambien los que ayudan para pasar esta vida temporal del cuerpo, con provecho del espíritu. Todo

[1] Genes. 16. 17. [2] Lucæ. 14. 23.

Digitized by Google

esto se halla en la religion excelentísimamente; de modo, que podemos decir de ella, lo que dice el Sabio de la divina Sabiduría [1]: Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y por su medio alcancé innumerables riquezas, y no sabia que era madre de todos los bienes. Y así es, que la religion es madre de todas las virtudes en su perfeccion; ella las cria y sustenta con la leche de su doctrina, y las hace crecer con los medios que pone para que ejerciten sus actos; y las encierra con los cerrojos de los votos dentro de su casa, para que no se vayan fuera de ella, y las levanta á tanta grandeza, que compiten con la angélica; porque, como dice san Basilio [2], no es otra cosa religion, que un traspaso del modo de vivir humano, al que tienen los santos en el cielo: y por la semejanza de lo que pasa en el cielo, se puede conocer la vida que los religiosos profesan en la tierra. Porque acá toman posesion especial del reino de Dios [3], que es justicia, paz y gozo en el Espíritu santo, el cual con particular asistencia es Padre de todos estos géneros de bienes, de los cuales la religion es madre, llenando de ellos á sus hijos. O Padre amantísimo, gracias te doy por haberme traido á vivir en la casa de la santidad, haciéndome hijo de la que es madre de las virtudes, para que me crie en ellas. O alma mia, oye los consejos de tu madre, que dice [4]: Reciba tu corazon mis palabras, guarda mis preceptos, y vivirás, no la vida que solias, sino otra mas que humana, vida santa, alegre, pacífica, celestial y divina. Comienza á ejercitar luego lo que te manda, y probarás por experiencia lo que te promete. En cada uno de estos tres géneros de bienes se puede discurrir en particular, ponderando como la religion es madre de la caridad, de la contemplacion, de la templanza, etc., y de los deleites y provecho que de ella se siguen, al modo que se

[1] Sap. 7. 11. [2] Reg. 8. ex just. et de const. Monast. c. 19. [3] Rom. 14. 17. [4] Prov. 6. 20.

Digitized by Google

verá en los ejemplos del punto siguiente.

PUNTO TERCERO. — Para penetrar mas las riquezas inestimables de estado, se ha de considerar el coloquio entre san Pedro y Cristo nuestro Señor, que cuentan los Evangelistas, por estas palabras[1]: *Dijo Pedro á Jesus: Nosotros hemos dejado por tí todas las cosas, y te hemos seguido, qué premio nos darás? Respondió el Señor: Dígoos de verdad, que vosotros que me habeis seguido en la regeneracion del mundo, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su majestad, os sentaréis en docetronos, para juzgar las doce tribus de Israel. Y cualquiera que dejare por mi causa, hermanos ó hermanas, padre ó madre, mujer ó hijos, ó heredades, recibirá cien doblado en este siglo, y despues la vida eterna.* En esta pregunta y respuesta se ha de ponderar, como la religion es un admirable concierto entre Dios y el hombre, por el cual se ofrece el hombre de hacer lo sumo que puede por Dios, y Dios ofrece excelentísimos favores y premios al hombre.

De lo que el religioso hace por Dios.—Lo primero, ponderaré lo que el religioso hace por Dios, reduciéndolo á las dos cosas que dijo san Pedro. La primera es, dejar por él todas las cosas que se pueden dejar, porque con el voto de pobreza renuncia el dominio de los bienes temporales que tiene, y el derecho de haberlos, y aun la voluntad de pretenderlos; de modo, que si todo el mundo fuera suyo, le dejara, contentándose con el uso de lo necesario para pasar la vida. Y esto con dependencia de la voluntad del prelado. Con el voto de castidad, renuncia los deleites de la carne, no solamente los ilícitos, sino los lícitos del matrimonio, renunciando el derecho de tener mujer[2], hijos y familia. Y para conservar esta pureza de la carne, se ofrece á mortificarla con la penitencia, clausura y guarda de los sentidos. Con el voto de obediencia renuncia su propia libertad,

[1] Matt. 19. 27. Lucæ 18. 27. [2] D: Basil. reg, 8. ex fusis.

Digitized by Google

ofreciéndose á negar su propio juicio y propia voluntad, por hacer la de Dios, y la de los prelados, que en su nombre le gobiernan. Y para cumplir bien todo esto, deja su padre y madre, hermanos, amigos y vecinos, y su propia tierra, negándolos á todos, como si no los conociera, y está aparejado á perder la salud y vida, cuando la ley de la caridad y obediencia lo pidiere. De donde se sigue, que el religioso ofrece á Dios de sí mismo y de todas sus cosas un perfecto holocausto, dándole, como dice san Gregorio [1], todo lo que tiene, sabe y puede. Pero qué mucho, dulcísimo Jesus, que ofrezca yo tal holocausto de mí por tu servicio, pues tú ofreciste otro muy mayor de tí por mi provecho? Tú renunciaste todas las cosas de esta vida, por remediarme, razon es que yo las deje por servirte.

La segunda cosa es, seguir á Cristo nuestro Señor, imitando cada uno, conforme á su caudal, las esclarecidas virtudes que en él resplandecieron, y los consejos de perfeccion que nos enseñó, mirándole como á dechado de su vida, conversando con él familiarmente en la oracion [2], siguiendo á este Cordero donde quiera que vá, sin perderle de vista ni alejarse de su compañía. Y para que se vea lo mucho que estas dos cosas encierran, puedo aplicar á los religiosos lo que dice san Pablo de los santos antiguos [3], porque con esclarecida fe salen como Abrahan de su tierra, y de la casa de su padre, y viven como peregrinos, esperando la ciudad eterna cuyo fundador es Dios. Y como el mismo Abrahan ofrece en holocausto su hijo unigénito Isaac, degollando por el voto de obediencia su propia voluntad, por cumplir la divina, confiando que Dios podrá resucitarla con mejor vida que antes tenia. Y como otro Moisés niegan la afiliacion y generosidad del mundo, escogiendo vivir afligidos con los justos, antes que gozar los deleites de los pecadores, teniendo los desprecios de

[1] Hom. 12. in Ezech. [2] Apoc. 14. 4. [3] Heb. 11.

Digitized by Google

Cristo por riquezas mas preciosas que los tesoros de Egipto, no haciendo caso de lo que dirán los hombres, porque miran presente al invisible Dios. Con esta fe salen de la tiranía de Faraon, que es el demonio; pasan el mar Bermejo á pié enjuto, rompiendo el muro de dificultades que tiene la entrada en la tierra de la promision eterna; tapan las bocas de los leones, que son sus pasiones; apagan el fuego de sus codicias; sacan fuerzas de flaqueza en las enfermedades; están fuertes en las batallas y tentaciones; vístense de pieles groseras, y de cilicios ásperos; sufren hambre y sed buscando las soledades; moran en las cuevas, y hacen vida tan excelente, siguiendo los pasos de su capitan Jesus, que no merece el mundo su compañía. Cuando hubiere cumplido estas dos cosas como san Pedro, en virtud de la fe y confianza en la gracia y omnipotencia del Salvador, puedo decirle: *Quid ergo erit mihi?* Qué me darás por todo esto? O Salvador dulcísimo! no pretendo servirte principalmente por interés, porque harto premio es servirte por quien tú eres: mas para alentar mi flaco corazon, dime lo que quieres hacer por mí, en premio de lo que yo hago por tí.

De lo que Dios hace por el religioso. — Luego ponderaré lo que hace Dios por el religioso, reduciéndolo á tres cosas que prometió á san Pedro, por el órden que las dijo.

La primera, es darle el dia del juicio un lugar y trono excelentísimo [1], por el lugar que dejó en el mundo, y tomó el de la religion. De modo, que cuando los demás hombres han de parecer ante el tribunal de Cristo para ser juzgados, estarán ellos con los apóstoles sentados en tronos de gloria á modo de jueces, con un gozo y honra especial, por haber imitado al Juez en la pobreza, castidad y obediencia, y en las demás virtudes que nos aconsejó en su Evangelio [2], porque es ami-

[1] D. August. Bed. et. alii. [2] 1. Reg. 2. 30. Matt. 23. 12.

Digitized by Google

go de honrar, á los que le honran, y de ensalzar á los que se humillan por honrarle.

La segunda promesa es, darle por lo que dejó ciento tanto en esta vida. Y esta paga unas veces es de contado en la misma moneda, porque, como dice san Casiano, y la experiencia lo enseña [1], dejando una casa ó heredad, un padre, hermano, y amigo, ó fiel criado, halla todas las casas, rentas y limosnas de la religion, y muchos centenares de personas que hacen con él oficio de padre, hermano y amigo, y le sirven con mas fidelidad que los seglares; y por la honra que dejó en el mundo, recibe sin pretenderla, honra cien doblada. Y la providencia especial de Dios, es cien mil veces mas que todas las cosas que dejó, pues por el mismo caso que las dejó por su amor, toma á su cargo darme las convenientes, al modo que arriba se dijo, como lo experimentaron los apóstoles, á quien dijo Cristo: Cuando os envié sin bolsa, ni alforja [2], *numquid aliquid defuit vobis?* por ventura faltóos alguna cosa? Y respondieron todos: *nihil*, ninguna cosa. Otras veces la paga se hace en otra moneda mas preciosa, dándonos en lugar de las cosas que dejamos, tanto consuelo en haberlas dejado, que excede cien veces al que tuviéramos poseyéndolas; porque los deleites del espíritu exceden incomparablemente á los de la carne, y mas gusto halla el perfecto religioso en la deshonra y pobreza, que el ambicioso y avariento en la honra y riqueza [3]. Y para asegurarnos de esto dijo el Salvador por san Marcos, que nos daria el cien doblado, con las persecuciones. O Padre amorosísimo, qué gracias te daré por haberme traido á tu casa? pues vale mas un dia de ella, que mil de otra parte; y mas quiero ser en ella despreciado, que vivir muy honrado en los palacios del mundo, por que no hay mayor honra y regalo, que vivir debajo

[1] Coll. última, cap. último. [2] Lucæ 22.35. [3] D. Bas. de const. Monast. cap. 6.

Digitized by Google

de tu amparo. Qué puedo dejar por tí, que no vuelvas por ello cien doblado? Si dejo mis padres, tú entras á ser mi padre: si renuncio las herencias, tú eres mi herencia: y si dejo todas las cosas, tú eres para mí todas las cosas. O cambio celestial! O trueco divino! Tómame, Señor, por tuyo, pues con tanta liberalidad te das por mio.

La tercera promesa es, de la vida eterna, añadiendo á lo que se promete á todos los fieles, una especial providencia de encaminarles á esta vida por medios tan seguros, que la alcancen con mas facilidad, y con mayores ventajas. Por lo cual dicen los santos, que la perseverancia en la religion, es señal de predestinacion [1]; porque en premio de haber renunciado su propio parecer, y el gobierno de sí mismos, los gobierna Dios con especial cuidado, para que alcancen su dichoso premio. O alma mia, alégrate por haberte Dios escogido para este dichoso estado: sea para tí la celda, cielo, viviendo en la celda con la pureza que viven los ángeles en el cielo; porque si perseveras en ella fielmente hasta la muerte, de ella serás trasladada al cielo, donde reines con Cristo por todos los siglos Amen.

MEDITACION XLIX.

DE LA PROVIDENCIA ESPECIALÍSIMA QUE TIENE DIOS CON LOS PREDESTINADOS CERCA DE SU BUENA MUERTE Y PERSEVERANCIA EN LA GRACIA, Y CUÁN SOBERANO SEA EL BENEFICIO DE LA PREDESTINACION.

El supremo beneficio que Dios en esta vida nos hace, es disponer con su providencia de tal manera nuestras cosas, que tengamos buena muerte en gracia y amistad suya; en lo cual consiste totalmente nuestra salvacion, y se suman los beneficios propios de los predes-

[1] D. Ber. ad fratr. de Mont. Dei. D. Laur. Justin. de perfect. Monast. convers. cap. 7.

Digitized by Google

tinados, de quien dijo san Pablo [1], *Que predestinó Dios á muchos, para que fuesen conformes con la imágen de su Hijo: y á los que predestinó, llamó; y á los que llamó, justificó; y á los que justificó, glorificó.* En las cuales palabras pone tres singulares beneficios de los predestinados. El primero, es llamarlos antes de la muerte, de modo que con efecto se justifiquen. El segundo, justificarlos de tal manera, que perseveren en la justicia hasta la muerte. De donde se sigue el tercero, que es glorificarlos con el premio de la gloria [2]. Y á la providencia que Dios tiene de todo esto, llamamos predestinacion [3], de cuyas causas, efectos y señales, dirémos lo que hace á nuestro propósito, para nuestro consuelo y provecho.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, la particularísima providencia que tiene Dios nuestro Señor de llamar y justificar á algunos pecadores antes de la muerte, porque los tiene predestinados para el cielo. Esta vocacion tan singular consiste en llamarlos en tal tiempo y coyuntura, con tal frecuencia y eficacia de inspiraciones, y con tales toques interiores y exteriores, que vienen á consentir con el divino llamamiento, y alcanzar la gracia de la justificacion, como sucedió al buen ladron en la cruz [3]: y á veces usa de medios extraordinarios y casi milagrosos, como la experiencia de cada dia nos lo muestra. De esto se dijo en la meditacion 37.

Luego consideraré la especial providencia que tiene nuestro Señor con la muerte de los justos predestinados, para que perseveren en gracia y mueran en ella: porque lo primero, les previene con especiales favores para que no sean vencidos de las tentaciones, y les preserva de muchas que pudieran derribarles. Además, traza el modo de muerte que les conviene para su salvacion, ó con muchos dolores, ó sin ellos, ó poco á poco,

[1] Rom. 8. 29. [2] D. Th. 1. p. quæst. 23. [3] Lucæ 23. 41.

Digitized by Google

ó de repente [1]; porque la malicia no mude su corazon, ni el verse morir les cause grande afliccion. Además, á unos lleva por grandes temores, porque no se envanezcan ni se pierdan por soberbia: á otros por grandes regalos, porque no desmayen ni se pierdan por desconfianza; y á otros hace singulares favores, en premio de singulares servicios [2]. Finalmente, por medios maravillosos y secretos les concede el gran don de la perseverancia, de quien dijo Cristo nuestro Señor: El que perseverare hasta la fin, será salvo. Y porque este don no cae debajo de nuestros merecimientos, hemos de pedírsele, y suplicar á los santos le pidan por nosotros con fervientes oraciones, pues ellas tambien son medio de la predestinacion [3]. O Dios eterno, cuyas obras son perfectas, pues has comenzado en mí la obra de mi salvacion, acábala perfectamente, dándome el don de la perseverancia con que alcance la corona. O santos del cielo, á quien nuestro Señor concedió este don tan soberano, negociadle para mí, suplicándole tenga tal providencia de mi muerte, que sea principio de mi eterna vida. Amen.

Punto segundo.—Lo segundo, se ha de considerar las causas de donde procede este soberano beneficio, para que tengamos confianza de alcanzarle. La primera es, la infinita bondad y misericordia de Dios, el cual viendo que todos los hombres de su naturaleza eran mudables, y que por su libertad y flaqueza era fácil condenarse, resistiendo á los medios de su general providencia, quiso tener otra especialísima de algunos, en los cuales sin sus merecimientos, mostrase como dice el Apóstol [4], las riquezas de su gloria. Y por esto los llama vasos de misericordia, aparejados para gloria suya, como se ponderó en la meditacion 12.

La segunda causa es, los infinitos merecimientos de

[1] Sap. 4. 11. [2] Trid. ses. 6. can. 26. [3] D. Th. 1. 2. q. 109. art. 114. art. 9. [4] Eph. 1. 7. Rom. 9. 23.

Digitized by Google

Cristo nuestro Señor, por los cuales quiso el Padre eterno asegurarle alguna familia de escogidos; conforme á su imágen [1], para que fuese primogénito entre muchos hermanos, parecidos á él en el ser de gracia y de la gloria., como lo eran en el ser de naturaleza. Y de aquí es, que aunque estos predestinados son pocos, respecto de los que por su culpa se condenan, y desechan la conformidad con Cristo; pero absolutamente, como dice san Juan [2], son muy muchos, y como innumerables, porque así convenia á la grandeza de la misericordia de Dios, y á la dignidad del Salvador, y á la eficacia de sus merecimientos.

De estas dos fuentes he de sacar afectos muy gozosos, por esta eleccion que hizo Dios de tantos predestinados, confiando que yo seré uno de ellos, pues en tales prendas estriba mi salvacion, con tal que, pues he sido llamado al cristianismo, que procure, como dice san Pedro, [3] por medio de buenas obras, hacer cierta mi vocacion y eleccion, porque de parte de Dios nunca me faltará bastante ayuda para alcanzar la perseverancia y buena muerte; aunque quiere su Majestad que todo esto me sea oculto, para que no afloje en su servicio. Por tanto, alma mia, no te turbes con demasiadas congojas, sino arrójate confiadamente en las manos de Padre tan amoroso, y de Redentor tan misericordioso, esperando acabarán en tí con perfeccion la obra que comenzaron por su gracia. Y pues tu voluntad es, que la predestinacion y perseverancia sea oculta, alábale por ello, y cesa de escudriñarla, porque no es razon querer saber lo que Dios no ha querido revelar. Escudriña, como dice el Sabio [4], las cosas que Dios te manda, para cumplirlas, y así llegarás con los predestinados á gozar el premio de ellas.

Punto tercero. — Ultimamente consideraré, como hay muchas señales y conjeturas para conocer los que

[1] Rom. 8. 29. [2] Apocal. 7. 9. [3] 2. Petr. 1. 10. [4] Eccles. 3. 22.

Digitized by Google

son predestinados, las cuales deberíamos procurar, así para nuestro consuelo, como para nuestro aliento; pues como dijo el Salvador: No hay mayor motivo de alegría que estar nuestros nombres escritos en el cielo. Estas señales son: oir de buena gana la palabra de Dios; obedecer á sus secretas inspiraciones; procurar cumplir sus mandamientos y consejos, especialmente el dejar por él todas las cosas; frecuentar los sacramentos, y el ejercicio de la oracion; ser muy devoto de la Vírgen, y muy inclinado á obras de misericordia: y el mismo temor continuo de Dios, y de sus juicios, es señal de predestinacion, porque imprime Dios este miedo, para que guarde la viña. Finalmente, por medio de estas obras, el mismo Espíritu santo, como dice san Pablo [1], y declara san Bernardo, vá dando testimonios interiores á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y si hijos, tambien serémos herederos con Cristo. O Rey eterno, y Pastor soberano, cuyas ovejas se conocen por oir tu voz, y seguir tu vida [2]: concédeme que oiga lo que me dices, y cumpla lo que me mandas, para que tenga prendas de ser oveja de tu escogido rebaño, y el dia del juicio me pongas á tu mano derecha, llevándome contigo al reino de tu gloria. Amen.

Para quitar la congojosa solicitud de nuestra perseverancia y predestinacion, ayudará lo que se dijo en la meditacion 31. Y para asegurarla del modo que acá se puede, ayudará mucho la meditacion que se sigue.

MEDITACION L.

DE LA HUMILDAD Y RESIGNACION QUE DISPONEN PARA COGER COPIOSOS FRUTOS DE LA DIVINA PROVIDENCIA.

La humildad, que dispone para ser favorecidos de la divina Providencia, no solamente es la que pertenece á los que han sido pecadores, y se funda en el conocimien-

[1] Rom. 8. 16. Serm. 2. de oct. Pas. [2] Joan. 10. 14.

Digitized by Google

to de nuestros pecados, del cual se trató en la primera parte [1], sino la que pertenece á los muy santos, y á la misma alma de Cristo nuestro Señor. Y se funda en el conocimiento de la nada que tenemos de nuestra cosecha, del cual se ha tratado en las meditaciones de esta sexta parte, en las cuales se han ponderado cuatro puntos principales. El primero, que todo el ser de mi cuerpo y alma, con todos mis miembros y potencias, y con el adorno que tienen añadido, así natural, como sobrenatural, no es mio, sino de Dios que me lo dió, y si él no me lo diera, yo siempre estuviera en el abismo de la nada, como se ponderó en la meditacion 2 y 17. El segundo, despues de recibido todo este ser, yo no puedo conservarle, y si Dios no le conservase actualmente, luego se volveria en nada, como se dijo en la meditacion 28. El tercero, el uso de todas mis potencias y sentidos; y todas mis obras están tan pendientes de Dios, que sin su actual concurso nada puedo hacer ni aun pensar, como allí se ponderó. El cuarto, por mucho que tenga recibido, todo es nada, en comparacion del ser de Dios, y de sus perfecciones y virtudes, como se dijo en la meditacion 6. Añado lo quinto, que de mi cosecha soy fuente de todo lo que es nada, y menos que nada, que es el pecado, al modo que se ponderó en la meditacion 4, de la primera parte. Todo esto se verá recogido en la meditacion que se sigue, fundándola en la semejanza de que Cristo nuestro Señor usa muchas veces, diciendo [2]: *Si no os hiciéreis como pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos, y el que se humillare como este niño, será mayor en el cielo, y dejad á estos infantes llegarse á mi, porque de estos es el reino de Dios.*

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar la humildad heróica que en esta comparacion se representa, y los frutos que en ella se cogen de la divina providencia: para lo cual en la presencia de Dios me

[1] D. Th. 2. 2. q. 191. art. 1. ad 4. [2] Matt. 18. 3. Luca 18. 16.

Digitized by Google

imaginaré como un niño pequeño, cuyas propiedades son. La primera, que si está sucio, no puede limpiarse, sino le limpian. La segunda, si está caido en tierra, no puede levantarse, sino le levantan. La tercera, si le ponen en pié, no puede tenerse, si no le tienen, ni dar paso, sino le llevan. La cuarta, si tiene hambre, ó sed, no puede comer, ni beber sino se lo dan. La quinta, si tiene frio, ó cualquier otro trabajo, ó peligro de enemigos, no se puede librar, sino le libran, ni defenderse, si no le defienden. La sexta, por remate de sus miserias, no sabe ni puede pedir lo que le falta, ni aun lo conoce para pedirlo. Eslas son las miserias del niño, para las cuales no tiene otro remedio que la piedad y amor de su madre, y la providencia maternal que tiene de su hijo. De este modo me tengo yo de imaginar delante de Dios, aplicándome las seis cosas dichas.

Lo primero, es tan grande mi flaqueza, que por mi solo albedrío puedo pecar, y mancharme con muchas culpas: pero despues que peco, no puedo yo solo lavarme, ni limpiarme de ellas, si Dios no me lava y limpia. Y así tengo de decirle como David [1]: Lávame, Señor, de mi maldad, y limpiame de mi pecado.

Lo segundo, con el peso de mis ruines inclinaciones, y de este cuerpo corruptible que apesga al alma, fácilmente caigo en tierra, y estoy postrado en ella con la afliccion desordenada á las cosas terrenas, porque soy hijo del Adan terreno: pero una vez caido, no puedo levantarme á solas, si Dios no me dá la mano, y me levanta. Y así para siempre quedaria caido como la casa de Israel, de quien dice un profeta [2]: Cayó, y nunca mas se levantará.

Lo tercero, si Dios por su misericordia me levanta, y pone en pié dándome alguna virtud, ó espíritu de devocion, no puedo por mí solo tenerme, ni conservar

[1] Psal. 50. 4. [2] Amos. 5. 1.

Digitized by Google

lo que me ha dado, ni dar paso adelante, si él mismo no me ayuda á ello, y así siempre he de estar con temor de caer, conforme al dicho del Apóstol [1]: El que está en pié, mire no caiga.

Lo cuarto, si padezco hambre y sed de los manjares espirituales, como son los Sacramentos, la palabra de Dios, y las obras de justicia, no puedo por mí solo buscarlos, ni comerlos, de modo que me entren en provecho, si Dios no me ayuda á todo esto; y si tengo algun deseo de mejorarme, no puedo cumplir mi deseo, si Dios que me le dió, no me dá tambien gracia para cumplirle.

Lo quinto, estoy tan rodeado de tentaciones y peligros del demonio, mundo, y carne, que no es posible por mis solas fuerzas librarme de ellos, si Dios no me libra; ni tengo armas para defenderme, si Dios no me las dá. Siempre estaria frio con pecados y tibiezas, si Dios no me calienta con el fuego de su amor; y siempre estaria encendido con el fuego del amor propio, si Dios no me refresca con el agua viva de su gracia.

Finalmente, es tanta mi miseria, que no se orar [2], ni pedir lo que he menester, como me conviene, si el mismo Espíritu de Dios no me lo enseña, ni aun sé conocer mis peligros y necesidades, si Dios no me descubre la gravedad de ellas. Esta es la miseria que tengo de mi cosecha: de donde se sigue, que hacerme niño, no es ser ignorante de estas cosas, ni estar caido actualmente en estas miserias, sino reconocerme por sujeto á caer en ellas; y de aquí, como de raiz nace la perfeccion. Por lo que dijo san Pablo [3]: No seais niños en el sentir y conocer, sino en la malicia y astucia; pero en el sentir y conocer sed perfectos.

Despues de haber ponderado estas miserias que tengo de mi cosecha, he de levantar los ojos á ponderar, como la infinita caridad y providencia paternal de Dios

[1] 1. Cor. 10. 12. [2] Rom. 8. 26. [3] 1. Cor. 14. 20.

Digitized by Google

acude á remediarlas todas, con mucho mayor cuidado que las madres acuden á remediar las de sus hijuelos pequeñitos, porque será posible que las madres se olviden de ellos, pero, como dice el mismo Señor, nunca se olvida de los suyos [1]; y así con su providencia acude á lavarme, á levantarme de la tierra, á tenerme en pié, á darme el manjar conveniente, á defenderme de mis enemigos, y á enseñarme á orar, de tal manera, que nunca faltará por su providencia mi remedio, mucho mas á punto que si estuviera en mi sola libertad. Y así con el afecto de humildad y desconfianza de mí mismo, por verme tan flaco como un niño, he de juntar el afecto de amor y confianza en Dios, por ver el cuidado con que asiste á mi remedio, para que la consideracion de mi niñez no me haga pusilánime, antes me aliente mucho mas; porque como la madre tiene mayor providencia y cuidado del niño pequeñito que no puede cuidar de sí ni de su remedio, que no del hijo grande, que puede por sí valerse; así Dios nuestro Señor tiene providencia mas regalada y especial de los humildes, que se tienen por niños en sus ojos, que no de los que presumen, y se tienen por grandes. Y así dice por Isaías [2], que como madre los regalará, y dará su pecho, y los pondrá sobre sus rodillas, y se alegrará con ellos, de la manera que la madre suele hacerlo con su hijo. O dichoso el justo que se hace niño con la humildad, pues por ella goza de tan admirable y regalada providencia! O humildad bienaventurada, por la cual la divina Providencia produce frutos tan copiosos! O Padre misericordiosísimo, cuanto mas conozco mis miserias, tanto mas te amo, por el cuidado que tienes de librarme de ellas. Y pues salí de tu omnipotencia como niño necesitado de tu continua ayuda, dámela con tu paternal providencia, para que nunca cese de alabarte, pues de la boca de los niños, y de los que maman, sa-

[1] Isai. 49. 15. [2] Isai. 66. 12. Psal. 8. 3.

Digitized by Google

len las alabanzas que te agradan, y agradarán, por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — Lo segundo se ha de considerar, la resignacion humilde que en esta misma comparacion se representa, y los frutos que con ella se cogen de la divina Providencia. Ponderando que el niño naturalmente descuida de todas las cosas que ha menester, dejándolas á la providencia y cuidado de su madre. No tiene cuidado de la leche que le han de dar, si es buena ó mala, ni repara en que le envuelvan en pañales de lino delgado ó grueso, y en mantillas de seda ó jerga; con cualquiera cosa se contenta. No advierte si mora en palacios suntuosos, y si le echan en cuna blanda y rica, ó si mora en una pobre choza, y está echado en un vil pesebre. No se envanece con la honra que le hacen, por ser hijo de rey, ni se aflige de que le desprecien por ser hijo de esclavo. Finalmente, descuidando él de sí, tal es su suerte, cual es la de su padre y madre, y tal su crianza, cual es la providencia de los que de él tienen cuidado.

De esta manera he de procurar hacerme niño delante de Dios nuestro Señor, haciendo con virtud lo que hace el niño por naturaleza, apartando de mí todos mis congojosos cuidados, y arrojándolos en Dios [1], *et ipse me enutriet*, y él me criará y cuidará de mí, como de niño hijo suyo, proveyéndome de la comida, vestido, honra, y lo demás que arriba se ha dicho. Por lo cual he de gozarme de la buena suerte que me ha cabido en tener tal padre y madre como Dios, cuya providencia y cuidado para conmigo excede infinitamente al que todos los reyes y príncipes, y todos los padres y madres del mundo pueden tener de sus hijos. Porque si es verdad, como dice el Apóstol [2], que quien no tiene cuidado de los suyos, especialmente de los domésticos, negó la fe, y es peor que el infiel, cómo es posible que Dios nues-

[1] Psal. 54. 23. 1. Pet. 5. 7. [2] 1. Tim. 5. 8.

Digitized by Google

tro Señor que ha dado palabra de cuidar de nosotros, y es imposible negarse á sí mismo, ni faltar en la fidelidad, deje de tener muy gran cuidado de los suyos, que están á su cargo, y mucho mayor de sus hijos que están en su casa, y no tienen otro amparo sino el suyo; por ser niños? De lo cual es regalado testimonio lo que dijo nuestro Señor al profeta Jonás [1]: No quieres que perdone á la ciudad de Nínive, en la cual hay mas de ciento y veinte mil hombres, que no saben cual es su mano derecha, ni cual es la izquierda? Como quien dice: Cuando no me movieran á compasion los varones que hay en Nínive, bastará para enternecerme ciento y veinte mil niños inocentes, los cuales no hacen caso de las prosperidades, significadas por la mano derecha, ni de las adversidades, significadas por la mano izquierda, porque todo esto descuidan como niños; pero no quiero descuidar yo que soy su padre. O Padre amorosísimo, gracias te doy cuantas puedo, por la providencia especial que tienes de los que con humildad y resignacion se arrojan en tus manos. No permitas, Señor, que caiga en la ignorancia de Ephraim, que siendo tú como su ama, y trayéndole en tus brazos, no supo conocer el bien que le hacias [2], ni el remedio de sus miserias que le dabas. Conózcame á mí, y conózcate á tí, para que mi propia miseria me fuerce á confiar en tu infinita misericordia. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar, otros cinco favores y privilegios de los pequeñuelos y humildes, que se tocan en la sentencia referida.

El primero, que por su pequeñez hallarán entrada en el reino de los cielos, de tal manera, que los que no se hicieren como niños [3], no entrarán allá. Y por consiguiente perderán los medios y fin de la providencia paternal de Dios sin gozar de ella.

El segundo, que serán grandes en el mismo reino, á

[1] Jon. 4. 11. [2] Oseæ 11. 3. [3] Matt. 19. 14.

Digitized by Google

la medida que acá se hicieron pequeños, porque cuanto mas humildes, tanto serán mas santos en esta vida, y mas copiosamente premiados en la otra. Por lo cual dijo san Basilio [1], que el crecimiento en humildad, es crecimiento en toda virtud; y cuanto la humildad es mas profunda, tanto la virtud es mas alta.

El tercero, que quien recibe á uno de estos pequeñuelos en nombre de Cristo, recibe el mismo Cristo, porque como está unido con ellos por amor, cualquier bien que se les hace, le toma como si se hiciese á él mismo. Y si Cristo nuestro Señor tanto gusta de que todos reciban á los pequeñuelos, y les traten como á su misma persona, con qué gusto los recibirá él debajo de su proteccion en su casa, en su reino, y en su cielo? porque siempre se preció este Señor de hacer lo que enseñaba, y de que su ejemplo precediese á su doctrina.

El cuarto, que quien escandalizare á uno de estos pequeñuelos, dándole ocasion de tropezar en la virtud, será terriblemente castigado, y le valiera mas con una gran piedra á la garganta ser echado en el mar, que ser piedra de escándalo para los tales; porque como toma á su cuenta el bien que se les hace, así tiene por injuria propia la que padecen ellos.

El quinto es, que tienen ángeles de guarda, que ven el rostro del Padre celestial, porque aunque todos los hombres los tienen, como arriba se dijo, pero los humildes especialmente gozan de esta providencia, así de parte de Dios, como de parte de los mismos ángeles, que con mas particular cuidado acuden á los pequeñuelos porque conocen mas su necesidad, y son mas rendidos á su Gobernador, y mas agradecidos al bien que reciben. En cuya prueba dice la Escritura [2], que estando Agar con su hijo pequeñito Ismael, á punto de perecer de sed, echó al niño junto á un árbol, y ella se apartó por no verle morir. Y llorando el niño, se le apareció un

[1] Ser. de abdicatione rerum. [2] Genes. 21. 17.

Digitized by Google

ángel, y le dijo, que Dios habia oido la voz del niño, proveyéndole de agua, y prometiendo de hacerle cabeza de grande gente. De suerte, que padeciendo madre é hijo la misma necesidad, no dice la Escritura que oyó Dios la voz de la madre, sino la del niño; ni vino el ángel por respeto de la madre, sino por respeto del niño, y por él proveyó de agua á ella, para que en este suceso vea dibujado el cuidado tan amoroso que Dios y sus ángeles tienen de los pequeñuelos, cuyas necesidades y lágrimas son voces que les enternecen. Y cuando su padre [1] y madre los dejan, y echan de sí, Dios los ampara, y envia sus ángeles que miren por ellos. O dichosa niñez, que tanto privas con Dios y con sus ángeles! tú eres puerta del cielo, medida de la grandeza y perfeccion: sobre tí abre Dios sus liberales manos, y te llena de copiosa bendicion [2]. Por tí ama al que te recibe, y aborrece al que te desecha: al que te ama mira desde cerca para remediarle y ensalzarle: y al que te aborrece mira desde lejos para humillarle y castigarle. Callando tu boca, clama tu necesidad, y tus gemidos llegan al tribunal de Dios; y de allí despacha ángeles que te remedien. O quién me diese que te amase y abrazase de todo mi corazon, por imitar al que se hizo niño por mí! O dulcísimo Jesus, que amaste tanto la niñez purísima del espíritu, que por ella tomaste tambien la del cuerpo, haciéndote niño por nosotros, dándonos ejemplo de hacernos niños por la humildad, concédeme que me haga pequeñuelo, á imitacion tuya, para que participándo de esta pequeñez que escogiste en esta vida, llegue á participar de la grandeza que tienes en la otra, por todos los siglos. Amen.

[1] Psal. 26. 10. [2] Psal. 137. 6.

Digitized by Google

MEDITACIONES

DEL ÚLTIMO Y SOBERANO BENEFICIO DE LA GLORIA.

Con las meditaciones de la gloria daré fin á este libro: porque ella es el fin último de nuestra vida, y de los demás beneficios divinos, que son medios ordenados por la divina Providencia para alcanzarla, entre los cuales, uno muy eficaz, es suplicar á nuestro Señor nos dé ojos de fe muy esclarecidos, para verla y contemplarla, al modo que los dió á san Juan, cuando dijo[1]: *Vi la santa ciudad de Jerusalen nueva, que bajaba del cielo, adornada por Dios, como esposa para su esposo: y luego oí una grande voz que salia del trono, y decia: Veis aquí la morada de Dios con los hombres.* O Dios eterno, que haces bajar del cielo la celestial Jerusalen, dando noticia de ella á los que viven en la tierra, esclarece los ojos de mi alma, para que conozca la soberanía de esta ciudad, su grande santidad, y su vista de paz, su novedad nunca oida, su adorno maravilloso, y el desposorio inefable que contigo tiene. O si sonase en mis oidos la voz de tu inspiracion, que me dijese: mira la morada de Dios con los hombres, descubriéndome la belleza de esta morada, y la union que tienes con tus dichosos moradores! Ea, Esposo dulcísimo de las almas, muéstrame tu rostro, porque es bello; háblame con tu voz[2], porque es dulce, y descúbreme los bienes que me prometes, para que me anime á pretenderlos de modo, que los alcance para gloria de tu santo nombre. Amen.

MEDITACION LI.

DE LA GLORIA CUANTO AL ESTADO, LUGAR Y COMPAÑÍA DE LOS BIENAVENTURADOS.

PUNTO PRIMERO. — Lo primero se ha de considerar, en comun, qué cosa es gloria, paraiso, y bienaventu-

[1] Apoc. 21. 2. [2] Cantic. 2. 14.

Digitized by Google

ranza, la cual, como dicen los teólogos [1], es un estado perfecto en quien se juntan todos los bienes, ó es un estado eterno, seguro, é inmutable, libre de todos los males de culpa y pena que se pueden temer, y lleno de todos los bienes de naturaleza y gracia que se pueden desear; y así aquel es bienaventurado, como dice san Agustin [2], que tiene todas las cosas que quiere, y no quiere cosa mala. Esto se puede fácilmente ponderar, discurriendo por los males que tengo, ó imagino que me pueden suceder, y por los bienes de cuerpo y alma que razonablemente puedo desear, quitadas las imperfecciones de este estado en que vivimos, y en su lugar poniendo estas cuatro excelencias. La primera es, eternidad, porque ha de durar cuanto durare Dios, cuyo reino no tendrá fin [3]. La segunda es, seguridad de que será eterno, porque saben los santos, que ni puede haber culpa, porque Dios se le quite, ni mudará el decreto que ha hecho de no excluirlos jamás de su cielo. La tercera es, inmutabilidad, porque la gloria esencial nunca se menoscabará, ni el gozo se disminuirá, antes se aumentarán á menudo nuevas glorias accidentales que la harán muy mas amable. La cuarta es, hartura sin fastidio; de modo, que la inmutabilidad sea sin tedio, y el descanso sin cansancio de gozarle con una continua novedad en el gusto, como el primer dia que comenzó. Estas propiedades se irán ponderando en cada punto; ahora en general puedo ponderarlas, comparando este dichoso estado con el estado de esta vida mortal, en el cual por muy próspero que sea, hay falta de muchos bienes, y mezcla de muchos males, y es estado temporal, mudable, inquieto, lleno de tedios y fastidios. Por lo cual Cristo nuestro Señor dijo á sus discípulos [4]: *No querais allegar tesoros en la tierra, donde la herrumbre y la polilla los destruye, y los ladrones es-*

[1] D. Thom. 1. 2. q. 3. et seq. et q. 82. addi. [2] Lib. 13. de Trin. c. 4. et 5. [3] Luc. 1. 33. [4] Matt. 6. 19. Lucæ 12. 33.

Digitized by Google

calan la casa y los roban. Atesorad en el cielo, donde no hay estos peligros. En las cuales palabras pone la diferencia que hay entre los tesoros de la tierra y del cielo: que aquellos son perecederos, y con efecto perecen por una de tres causas; ó porque se gastan con el uso, como los manjares; ó porque de su interior nace algo que los destruye, como perece el vestido por la polilla que de él procede; ó porque alguna causa exterior nos lo quita, como los ladrones, y los que por engaño ó calumnia se alzan con ellos. De dónde resulta, que quien tiene puesto su corazon en estos tesoros, está sujeto á mil zozobras y amarguras. Pero los tesoros del cielo son incorruptibles y eternos por todas vias: porque no se menoscaban con el uso, sino con la entereza que comenzaron, durarán por toda la eternidad, sin marchitarse ni envejecerse. No puede nacer de ellos polilla de culpa que los consuma; y el vaso en que están, aunque de su cosecha es de barro quebradizo, está fortalecido con la divina Omnipotencia, sin que pueda quebrar: no pueden ser robados con violencia, ni por engaño, porque en el cielo no pueden entrar ladrones, ni tentadores, como dijo san Juan [1]. Y aunque los tesoros de la gracia y virtudes corren estos peligros en esta vida; pero hay esta diferencia entre estos tres tesoros: que los temporales pueden ser destruidos mal que nos pese; los espirituales de la gracia solamente consintiendo nosotros por nuestra culpa, mas no contra nuestra voluntad; pero los de la gloria de ninguna suerte, ni es posible querer carecer de ellos. O alma mia, si deseas verdaderos tesoros, desprecia los primeros con fe viva, procura los segundos con diligencia, para que goces de los terceros con seguridad. O dichoso estado, que con tales tesoros está enriquecido! O Sabiduría divina, que eres para los hombres tesoro infinito [2], del cual los que usan bien, participan la amistad de Dios; dame

[1] Apoc. 22. 15. [2] Sap. 7. 14.

Digitized by Google

parte de este tesoro de tu gracia, para que alcance los infinitos tesoros de la gloria. Amen.

Punto segundo. — Descendiendo á lo particular de la gloria, se ha de considerar ante todas cosas la excelencia y belleza del cielo empíreo, y de aquel mundo superior que crió Dios para morada de sus escogidos, el cual está libre de todos los males y defectos que hay en este mundo inferior, que se llama valle de lágrimas, por estar lleno de innumerables cosas que nos provocan á llorar continuamente, y de todas está vacio el cielo, á donde, como dice san Juan [1], no habrá ni una sola lágrima, porque no habrá ocasion de ella: pero juntamente tiene todos los bienes que hay en este mundo visible, quitadas sus imperfecciones, y con grandes ventajas. Y así, cuando dice san Juan [2], que sus plazas son de oro claro como vidrio, sus muros adornados con piedras preciosas, sus fundamentos y puertas de margaritas y perlas de inestimable valor; todo esto es pintura, por no haber acá cosa mas preciosa á que comparar lo que hay en el cielo, en cuya comparacion es como pintado lo que hay en la tierra, porque, como dice el apóstol san Pablo [3], ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni en corazon de hombre pudo caber cuán grandes bienes tiene Dios aparejados para los que le aman, los cuales exceden incomparablemente á todas las cosas que perciben los sentidos, y los discursos que proceden de ellos. Pero particularizando lo que toca al cielo empíreo, ponderaré cuatro excelencias de este lugar.

La primera, que es clarísimo, sin que jamás haya en él tinieblas, ni noche, sino un perpétuo dia, con una luz apacible, celestial y divina, porque el mismo Dios es su sol, y le alumbra con una claridad digna de Dios; y el Cordero, que es Cristo nuestro Señor, con el resplandor de su sacratísima humanidad, le esclarece y llena de alegría.

[1] Apoc. 7. 17. et 21. 4. [2] Apoc. 21. 18. [3] 1. Cor. 2. 9. Isai. 64. 4.

Digitized by Google

Lo segundo, es lugar templadísimo, sin la variedad de tiempos que acá nos molestan, porque no hay inviernos, ni estíos, ni otoños, ni calores, ni sequedades, ni humedades, sino un temple uniforme y tan divino, que no cansa ni enfada. Y así es lugar quietísimo y sanísimo, porque no llegan allá tempestades, ni terremotos; ni truenos, ni rayos; ni pestilencias, ni aires corruptos; ni las maldiciones de esta miserable tierra, porque es tierra de bendicion muy cumplida, y tierra propiamente de vivos, donde no puede llegar ni aun la que es sombra de muerte.

Lo tercero, es lugar seguro, durable y eterno, sin temor ni recelo de que se acabará ó arruinará, ni puede entrar allá cosa que le turbe, inquiete ó desmorone su entereza, y así en todos habrá perpétua quietud, serenidad y suavidad perfecta.

Finalmente, es lugar hermosisimo, amenísimo, y deleitable incomparablemente mas que todos los lugares deleitables y apacibles de esta vida, mucho mas que el paraiso terrenal, que se llamó paraiso de deleites, porque es lugar diputado no para buenos y malos, ni para peregrinos y viandantes, sino para solos buenos, y para premiar á los escogidos que han trabajado fielmente en servicio de su rey. Pues si tantos bienes puso Dios en este mundo visible, lugar comun á los hombres y bestias, á justos y pecadores, qué bienes, qué deleites, qué riquezas habrá puesto en el lugar comun á hombres y ángeles, pero propio de solos justos? O lugar dichoso y bienaventurado! O paraiso de deleites inefables, y morada digna de nuestro Dios[1]! O cuán amables son tus tabernáculos y moradas, Señor Dios de las virtudes! mi ánima los desea, y por la grandeza del deseo desfallece, pensando en estos palacios de mi Señor. O cuándo tengo de morar en ellos, gozando de su hermosura! Cerraos ojos mios, y no mireis lo que hay

[1] Psal. 83. 2.

Digitized by Google

en la tierra, porque todo es vileza, respecto de lo que veréis en el cielo.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar la belleza y excelencia de los ciudadanos de aquella soberana ciudad, en cuya compañía espero vivir. Ponderando lo primero, como el número de ellos es sin número, pero de tal manera, que con ser innumerables, todos se conocen y conversan unos con otros, con tanta familiaridad como si fueran pocos; lo cual es materia de grande gozo. De solos los ángeles dice Daniel[1], que millaros de millares asistian delante de Dios, y diez veces cien millares le servian. Y de los hombres, dice san Juan[2], que era una multitud tan grande, que ninguno la pódia contar, porque aunque es verdad que su número es pequeño, en comparacion del infinito número de los condenados[3]: y por esto dijo Cristo nuestro Señor[4] que era estrecha la puerta del cielo, y que pocos entraban por ella: pero absolutamente son muchos, y por eso dijo, que en la casa de su Padre habia muchas moradas[5], moviéndonos con lo primero á temor, y con lo segundo á confianza de alcanzar lugar, donde tantos le han de hallar.

Lo segundo, la calidad de estos ciudadanos es gloriosísima, todos son nobilísimos, santísimos, sapientísimos, prudentísimos, afabilísimos y eminentísimos, en todas las partes que se pueden desear, de condicion, complexion, cortesanía, discrecion, y de toda virtud, porque no puede entrar allí demonio, ni pecador, ni persona que esté manchada[6], con resabio de culpa, ni de otra imperfeccion. Todos son lirios sin espinas, grano sin paja, trigo sin cizaña, porque las espinas, paja, cizaña se quedan fuera del cielo, para cebo del fuego del infierno. Pues si tanto gusto recibo en conversar con un hombre sabio, discreto y santo, qué gusto recibiré

[1] Dan. 7. 10. [2] Apocal. 7. 9. [3] Eccles. 1. 15. [4] Matt. 7. 14. [5] Joan. 14. 2. [6] Apoc. 21. 27.

Digitized by Google

en tratar con tantos y tan grandes en sabiduría, discrecion y santidad?

Lo tercero, el órden con la variedad que tienen es admirable, porque no son todos iguales en las partes que se han dicho, sino como las estrellas [1] del cielo son diferentes en la claridad y grandeza; así ellos tienen gran diversidad en hermosura y claridad celestial, pero con sumo concierto y órden en sus grados. Hay tres jerarquías, y nueve coros de ángeles, arcángeles y principados, virtudes, potestades, dominaciones, tronos, querubines y serafines, diferentes en las naturalezas y en los dones de la sabiduría y gracia, con una belleza indecible. Y entre ellos están los hombres mezclados con sus coros, y algunos sobre todos ellos, porque les exceden en la santidad. Hay coros de patriarcas y profetas, de apóstoles y evangelistas, de mártires y confesores, de pontífices y doctores, de sacerdotes y religiosos, de vírgenes y viudas, y de otros estados, todos con sumo concierto: de modo, que podemos decir de ellos aquello de los Cantares [2]: qué veréis en la Sunamites, sino coros de guerreros? O ciudad pacífica, esposa del pacífico Salomon; qué otra cosa hay en tí sino coros de santos, que cantan con alegría, y fueron guerreros con gran fortaleza, y ahora gozan la paz que ganaron con su victoria? O quién pudiese pelear como estos valerosos soldados pelearon, para que mereciese vivir siempre en su dulce compañía! De aquí sacaré un deseo de servir á Dios, con la mayor excelencia que pudiere: porque si puedo llegar al coro de los serafines, no tengo de contentarme con otro menor, sino comprar, como este Señor dice, oro encendido y muy probado [3] para amar con gran fervor y pureza al que es digno de su infinito amor.

Lo cuarto, sobre todo campea la union de tanta muchedumbre, con tanta variedad, la cual union es estrechísima y amabilísima: porque todos se aman con un

[1] 1. Cor. 15. 41. [2] Cant. 7. 1. [3] Apoc. 3. 18.

Digitized by Google

amor ardentísimo en Dios, con suma conformidad de sus voluntades, sin encuentros, ni pleitos, ni ambiciones, ó envidias. Los mayores aman tiernamente á los menores, y les desean dar cuanto pueden. Los menores aman intensamente á los mayores, y se gozan del bien en que les exceden. El bien de uno es bien de todos, y el bien de todos es bien de cada uno: porque cada uno toma por suyo el bien del otro, y se goza de él, como si fuera suyo, por la eminencia de su caridad: todos comen á una mesa de la Divinidad, beben de una copa celestial, tienen unos mismos ejercicios, sirviendo á un mismo Dios con un mismo espíritu: porque [1] Dios está en todos, y es todas las cosas á todos, uniéndolos entre sí mismos, y consigo mismo. O compañía bienaventurada, en la cual, ni la multitud confunde, ni la grandeza envanece, ni la variedad turba, ni la desigualdad causa desunion, ni entibia el amor! O alma mia, si te agrada tan dulce compañía, procura desde luego imitar las virtudes que ves en ella. Sigue su obediencia, cumpliendo la divina voluntad en la tierra, como ellos la cumplen en el cielo: imita su fraterna union y caridad, amando á todos los prójimos como á hermanos, y teniendo paz con todos ellos. Sujétate á los mayores, honra á los menores, gózate del bien de todos, y con esto imitarás en la vida á los que deseas imitar en la gloria.

Estos son los principales frutos que he de sacar de este punto, pidiendo á nuestro Señor me los conceda, por los merecimientos de estos nobilísimos ciudadanos, á los cuales tambien he de pedir lo mismo, diciéndoles: O Santos bienaventurados, que os vísteis en los peligros en que yo me veo, y gozais ya de la quietud que yo deseo, ayudadme con vuestras oraciones, para que imite vuestras virtudes, y llegue á tener parte en vuestras coronas, gozando de vuestra compañía, por todos los siglos. Amen.

[1] 1. Cor. 13. 18.

Digitized by Google

MEDITACION LII.

DE LA GLORIA ESENCIAL DEL ALMA Y DEL CUERPO CON SUS SENTIDOS.

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar la grandeza de la gloria que es propia del alma y la hace enteramente bienaventurada, la cual es tan grande, que, como dice santo Tomás [1], no pudo darla Dios otra bienaventuranza mayor, por encerrar en sí al mismo Dios, y así consiste en que toda estará como endiosada, llena de Dios, y hecha un Dios, por participacion eterna é inmutable, uniéndose con ella como el fuego suele apoderarse del hierro y penetrarle, comunicándole su luz y resplandor, su calor y las demás propiedades que tiene, de modo que parece fuego. De donde resulta, que el alma queda harta y llena de todo el bien que desea, conforme á lo que dice David [2]: Quedaré harto, cuando se me descubriere tu gloria. Esto se puede ponderar, discurriendo por las tres potencias espirituales del alma.

La memoria entrará en las potencias del Señor [3], y se engolfará en el abismo de su divinidad, acordándose de sola su justicia. Estará llena de Dios, teniéndole siempre presente, sin poderse olvidar de él, ni divertirse en otra cosa. Acordaráse continuamente de los bienes que ha recibido y recibe, y espera recibir con sumo gozo, sin olvidarse jamás de lo que tanto gusto le causa, ni acordarse de cosa que le dé pena, porque si se acuerda de los trabajos y peligros de esta vida, y de los pecados que hizo, de todo saca gozo y alegría, y motivos de continuas alabanzas á Dios, dándole continuas gracias por los beneficios que le ha hecho, hace y hará sin fin; cumpliéndose lo que dice David [4]: Bi

[1] D. Th. q. 82. addi. 1. p. q. 25. art. 6. ad 3. [2] Psal. 16. 15. [3] Psal. 16. [4] Psal. 144. 7.

Digitized by Google

tarán tus alabanzas con la memoria de la abundancia de tu suavidad, y se alegrarán con tu justicia, acordándose cuán justo y fiel has sido con ellos, cumpliéndoles todo lo que les habias prometido. El entendimiento estará lleno de Dios, con la vista clara de su Divinidad y Trinidad. Allí verá sin figuras [1], ni enigmas rostro á rostro á todo Dios, al Padre, y al Hijo, y al Espíritu santo; y como el Padre engendra al Hijo, y los dos producen al Espíritu santo, y los tres son un Dios infinito, eterno, inmenso é incomprensible: verá todas sus divinas perfecciones, su infinita bondad, sabiduría, caridad, omnipotencia y providencia. Verá los soberanos misterios de la encarnacion del Hijo de Dios, de su sacratísima humanidad, y las obras maravillosas que Dios ha obrado de naturaleza y gracia: de modo que cesen las ignorancias, errores, dudas, y opiniones que acá tenia. Cesará la fe, porque verá lo que creyó; y la esperanza, porque poseerá lo que esperó; y en especial verá claramente los secretos juicios de Dios, que acá le daban pena en el gobierno de los hombres; y mas particularmente verá los secretos inmensos de la providencia paternal con que Dios le gobernó y encaminó su salvacion, para que tuviese efecto; los peligros de que le libró, y los beneficios ocultos que le hizo, dándole con esto motivo de sumo gozo. Finalmente, allí se hartará el deseo insaciable que los hombres tienen de saber, viendo á Dios, en quien están todas las cosas, y alcanzarán por un modo inefable lo que la serpiente dijo en el paraiso [2], que es ser como dioses que saben de bien y de mal, gozando de lo bueno, sin tener parte en lo malo.

La voluntad estará llena de Dios, unida con su divinidad, con una union de amor que sea perpétua, continua, entrañable, y amigable, con todos los géneros y títulos que hay de amor santo, porque todos caben en

[1] 1. Cor. 13. 12. [2] Genes. 3. 5.

Digitized by Google

Dios claramente visto, á quien amará como á padre, amigo, esposo, bienhechor infinito, bien sumo, primer principio, y último fin suyo. Y de este amor resultará un rio continuo y perpétuo y caudalosísimo de deleites, del cual beberá y se embriagará [1], y estará toda engolfada dentro de los infinitos gozos de su Señor [2]. De aquí es, que el alma estará llena de todas las virtudes, ejercitando sus actos con sumo deleite.

La obediencia obedecerá á Dios con gran gozo. La humildad se le rendirá con amoroso reconocimiento. La religion le dará su culto y adoracion con grande reverencia, y la gratitud continuo agradecimiento con júbilos y cánticos, y aleluyas perpétuas: porque allí no habrá pasiones, ni contradicciones, ni cosa que estorbe ó entibie la variedad de estos gustos, los cuales serán tan divinos, que no pueden ser conocidos sino son probados [3]; porque son como el maná escondido, cuyo favor no conoce quien no le prueba.

Finalmente, para entender de una vez la grandeza y hartura de la gloria, ponderaré esta razon que las abraza todas. Lo que hace á Dios bienaventurado, y le harta, y dá infinito gozo, bastante será para hacer en mí proporcionalmente otro tanto [4]: luego como Dios desde que es Dios, y por toda su eternidad sea bienaventurado, y esté harto y gozoso, sin fastidio alguno, con solo verse y amarse, sin tener necesidad de otra cosa alguna fuera de sí, tambien yo seré bienaventurado, y estaré harto y gozoso con solo ver á Dios, amarle y gozarle, sin tener necesidad de otra cosa fuera de él, y sin que en esta obra haya fastidio, ni cansancio, sino una novedad eterna, y una eternidad siempre nueva, viendo siempre á Dios, y deseando siempre verle, y gozándome de verle sin cesar. O Gloria mia, cuándo tengo de verte con tanta claridad que hartes los deseos de mi corazon? Cuándo tendré tal limpieza de alma, que pue-

[1] Psal. 35. 9. [2] Matt. 25. 21. [3] Apoc. 2. 17. [4] D. Th. 1. p. q. 27. art. 1.

Digitized by Google

da ver tu divino rostro? O quién nunca hubiera hecho cosa que desagradara á tu bondad, y me impidiera tan dichosa vista! Toma, Señor, todas mis potencias, y ocúpalas desde luego en lo que siempre han de hacer. Siempre se ocupe mi memoria en mirarte, mi entendimiento en conocerte, mi voluntad en amarte, mi lengua en bendecirte, mis sentidos y miembros en obedecerte, gozándose todos en tí, de tí, y por tí, por todos los siglos. Amen.

De lo dicho he de sacar, como el ejercicio de la oracion mental, que es obra de las tres potencias interiores del alma, como arriba se dijo, es un retrato de la gloria en el cual consiste la bienaventuranza de esta vida, que llaman comenzada, á semejanza de la que nuestra alma tendrá en la otra. Por lo cual, con mucha razon, dijo san Bernardo [1], que la celda para el religioso es cielo, porque los ejercicios que se hacen en el cielo, se hacen en la celda, conociendo y amando á Dios, gozando de él, y alabándole con todo su corazon. Y por esto los mismos ángeles se alegran en las celdas, como en los cielos, porque ven allí la obra de la oracion, que es obra de ángeles. Y de la misma manera á cualquiera que trata de oracion, el oratorio será su cielo, si ora como conviene [2].

Punto segundo.—Lo segundo se ha de considerar, la grandeza de la gloria del cuerpo bienaventurado, con sus cuatro dotes de gloria, discurriendo por cada una de ellas.

La primera dote es, claridad con admirable hermosura; porque cada uno resplandecerá como el sol [3], á semejanza del cuerpo de Cristo nuestro Señor; aunque el mas bienaventurado tendrá mayor resplandor, y el de Cristo sobre todos, tendrá mayor entereza en todas sus partes con grande proporcion y con un color y figura

[1] Ad fratres de monte Dei. [2] S. Juan Climaco gradu. 28. Matt. 13. 13
[3] D. Thom. q. 82. addit.

Digitized by Google

maravillosa, sin fealdad, ni mancha, ni ruga, ni cosa que desdore su resplandor. Y si alguna herida ó llaga recibió en esta vida por Cristo, y queda su señal en el cuerpo, será como esmalte de perlas preciosísimas que le harán muy mas hermoso. Y demás de la hermosura exterior, será vistosísima y apacibilísima la interior del mismo cuerpo por su transparencia, descubriéndose la armonía de los huesos, venas, arterias, y con grandísimo resplandor de todas. Y por esto se compara al oro, que es resplandeciente, y al vidrio [1] ó cristal, que es tan transparente.

La segunda dote es, impasibilidad inmortal, ó inmortalidad impasible [2], porque nunca mas tendrá hambre, sed, ni dolor, ó enfermedad, ni recelo de muerte; aunque esté en medio del fuego no le quemará, y aunque penetre rios y mares, no le humedecerán. Siempre tendrá un vigor que no se puede marchitar, y una salud que no se puede menoscabar, y una impasibilidad eterna, con sumo gozo de la carne, la cual con el [3] corazon se alegrará en Dios vivo, de quien recibe tan alegre y dichosa vida.

La tercera dote es, agilidad ó ligereza, por la cual tendrá el ánima tanto dominio de su cuerpo, que le podrá mover de una parte á otra, sin cansancio, ni fatiga ó tardanza penosa, sino con suma presteza y velocidad, como centella ó rayo [4], discurriendo por el cielo empíreo á su gusto, ya al trono de Jesucristo nuestro Señor, ya al de su Madre, ó de otros santos.

La cuarta dote es, sutilidad ó espiritualidad, porque no estará sujeto á las obras de la vida vegetativa mas que si fuera espíritu, y así pasará sin comidas, ni bebidas, sin sueño, y sin las demás obras que son comunes á las bestias, y por esto dijo el Salvador: Que en la resurreccion no habrá casamientos [5], ni bodas; y que

[1] S. Greg. lib. 18. Mor. c. 27. D. Th. q. 85. add. art. 1. [2] Apoc. 7. 16. [3] Psal. 83. 3. [4] Sap. 3. 7. [5] Matt. 22. 30.

Digitized by Google

todos serán como ángeles, pareciéndose en esto á los puros espíritus. Tendrá tambien sutileza para poder, en virtud de Dios, penetrar los cielos, y otro cualquier cuerpo, sin que le sea impedimento, como entró Cristo nuestro Señor en el cenáculo cerradas las puertas, y salió del sepulcro, penetrando la losa con que estaba cerrado, dando con esto muestras de la delicadeza de su cuerpo glorificado [1].

Estas son las cuatro dotes del cuerpo glorioso, con cuya consideracion me alentaré á padecer de buena gana las miserias de esta vida, teniendo por dicha padecerlas, pues han de ser tan bien premiadas. O dichosas ignominias, cuyo fin es tanto resplandor! dichosas penalidades que causan ser tan impasible! y dichosos trabajos, que son premiados con tantos alivios! O cuán bien dijo el apóstol san Pablo [2], que no igualan las pasiones de esta vida con la gloria que esperamos en la otra. Anímate, ó alma mia, á traer en tu cuerpo la mortificacion de Jesucristo, pues tu cuerpo humillado, será conforme con el suyo glorificado. Abraza en tu carne sus dolores y tormentos [3], pues tan inmensa es la gloria que has de recibir por ellos.

Punto tercero.—Lo tercero, se ha de considerar, la gloria y deleite de los cinco sentidos corporales, discurriendo por cada uno [4].

La vista tendrá sumo deleite, viendo la hermosura de tan innumerables cuerpos gloriosos, con la variedad que habrá en ellos de rostros y figuras apacibles. Y sobre todo se deleitará en ver la humanidad sacratísima de Cristo nuestro Señor, y sus resplandecientes llagas, cuya vista será tan gloriosa, que el santo Job en medio de sus llagas y dolores se consolaba con la esperanza de ella, diciendo [5]: Sé que mi Redentor vive, y el dia último tengo de resucitar, y en mi carne tengo de ver

[1] D. Th. lect. 6. in 1. ad Cor. 15. [2] Rom. 8. 18. [3] 2. Cor. 4. 10. [4] D. Th. in 4. sen. dist. 49. [5] Job. 19. 25.

Digitized by Google

á Dios, al cual tengo de ver yo mismo, y mis ojos le han de mirar, y no otro por mí.

El oido se deleitará con oir las dulces palabras que se dirán unos á otros llenas de sabiduría, discrecion y santidad, y las alabanzas que con sus lenguas darán á Dios, al modo que se dice en el Apocalipsis [1], que los santos cuatro animales no cesaban de decir: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios todopoderoso. Y David dice [2], que los santos se alegrarán en la gloria, y las alabanzas de Dios sonarán en sus gargantas: tambien se recrearán oyendo músicas celestiales, y sonidos nuevos, inventados por la sabiduría de Dios, para recrear los oidos que gustaron en esta vida de oir sus palabras, para creerlas, y sus preceptos para cumplirlos.

El olfato se recreará con el olor suavísimo que tendrán los cuerpos glorificados, especialmente el de Cristo nuestro Señor, de quien él dice [3]; que adonde está el cuerpo van las águilas llevadas de su olor. O qué fragrancia y variedad de olores inventará la divina piedad, para recrear la carne que dió de sí olor de santa vida!

El gusto tendrá una hartura y satisfaccion celestial sin fastidio alguno, comunicándole nuestro Señor sin manjares la suavidad que pudiere recibir de ellos, con otro modo mas sabroso y soberano, porque si el maná siendo uno contenia el sabor de todo manjar con grande excelencia para regalar á los justos, tambien sabrá Dios hacer tal modo de sabor, que abrace con eminencia todos los sabores, para regalar á los bienaventurados.

Finalmente, el sentido del tacto que está derramado por todo el cuerpo, estará lleno de deleites santos y puros: de modo, que todo el bienaventurado estará como empapado en el rio de los deleites de Dios. O cuán bien premiados quedarán allí los sentidos, por las mortificaciones que en esta vida padecieron, pues conforme á la [4] muchedumbre de los dolores, será la muchedum-

[1] Cap. 4. 8. [2] Psal. 149. 5. [3] Matt. 24. 28. [4] Psal 93. 19.

Digitized by Google

bre de los consuelos en el alma y en el cuerpo. O cuerpo mio, anímate á padecer por Cristo, para que gocen tus sentidos del gozo que tienen los suyos [1]. Alégrate con las nuevas que te han dado, de que has de ir á la casa del Señor.

Y aunque tus piés anden sobre la tierra, ténlos con el deseo fijos en los palacios del cielo, y en los patios de la celestial Jerusalen. O Jerusalen madre nuestra [2], que á modo de ciudad eres edificada de las piedras vivas de tus ciudadanos, unidos con grande paz entre sí mismos, recibe desde luego mi corazon, admíteme dentro de tí con el espíritu, para que á su tiempo me admitas con alma y cuerpo. O Dios infinito, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por tu grande misericordia nos engendráste en el ser de gracia, y nos diste esperanza viva de alcanzar la herencia que no puede perecer, ni mancharse ó marchitarse, la cual tienes guardada en los cielos, y la guardas por viva fe en tus escogidos, para manifestársela en los dias postreros: engéndrame por tu bondad, en el ser de hijo tuyo, conservando en mí la gracia, para que alcance esta soberana herencia de tu gloria. Amen.

MEDITACION LIII.

DE LA GLORIA EN CUANTO ABRAZA LOS PREMIOS DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS.

La grandeza de la gloria declaró Cristo nuestro Señor en el sermon del monte, por los siete premios que prometió á los actos de virtud heróica que llamó bienaventuranzas, de las cuales se trató en la meditacion 11 de la tercera parte; presupuesto lo que allí se dijo, meditarémos estos siete premios como se hallan en la gloria.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como la gloria es el reino de los cielos que Cristo nues-

[1] Ps. 121. 1. [2] Gal. 4. 26.

Digitized by Google

tro Señor promete á los pobres de espíritu, y á los que sufren persecuciones por la justicia, el cual no es otra cosa que la vista clara de Dios, y la posesion de sus infinitas riquezas [1], con la santidad, justicia, paz y gozo que tienen los santos en el cielo empíreo: y cada cosa de estas está allí con grande excelencia, porque la vista es sin mezcla de oscuridades; las riquezas, sin mengua ni pobreza; la santidad, sin género de malicia; la justicia, sin desigualdad ni agravio; la paz, sin cosa que cause discordia; y el gozo, sin rastro de dolor ni de tristeza [2]. Este reino está dentro de cada uno, y le posee enteramente, sin dependencia del otro: porque aunque no hubiera mas que un bienaventurado solo, este tuviera su reino entero, aunque tambien se le recrece no pequeño gozo de la compañía de los otros bienaventurados. De aquí es, que todos los moradores del cielo reciben este reino por suyo, de tal manera, que son verdaderos reyes, y se gozan grandemente de su dignidad real, y reinan juntamente con el supremo Rey de todos, que es Dios: y así la Iglesia triunfante se llama reina [3], la cual está á la diestra de su esposo Cristo, con vestido de oro, adornada con mucha variedad de dones y virtudes, cuales conviene á esposa de Rey tan soberano. Pues qué cosa puede haber mas gloriosa, que poseer tal reino, y ser rey en compañía de tan esclarecidos reyes [4], el menor de los cuales es incomparablemente mayor que todos los reyes de la tierra? O Rey de los reyes, Señor de los señores, gracias te doy porque das á tus siervos en galardon de cualquier pequeño servicio, un tan excelente reino! O reino infinito y cielo inmenso, estrechado en el corazon del justo, y comparado con las obras de su justicia [5]! Si todos los bienes de esta vida se dan por añadidura, al que busca este reino, cuán infinitos serán los bienes que se dan por paga principal al que es digno de alcanzarle? O dichosos los que se humillan

[1] Rom. 14. 17. [2] Lucæ 17. 21. [3] Psal. 44. 10. [4] Matt. 11. 11. [5] Matt. 6. 33.

Digitized by Google

y empobrecen por su voluntad, ó son humillados y perseguidos por la justicia, pues con tal reino serán premiados. Venga, Señor, á mí tu reino, entre dentro de mí, para que yo entre dentro de él, y goce para siempre de tí. Amen.

Punto segundo.—Lo segundo se ha de ponderar, como la gloria es la dichosa posesion de la tierra que se promete á los mansos, y excede tanto á esta que pisamos, cuanto la excede el cielo estrellado, en grandeza, hermosura y resplandor, porque esta tierra de acá es tierra de los que han de morir, y sepultura de los que mueren en ella, convirtiéndolos en tierra. Es valle de lágrimas, destierro de nuestra patria, y lugar lleno de toda miseria, porque es tierra de maldicion, seca y estéril por la culpa de su primer morador. Pero la tierra[1] que aquí se promete, es region de vivos, donde ninguno puede morir, y todos truecan la vida terrena en celestial. Es valle de deleites que mana leche y miel de divinas consolaciones, sin suspiros ni lágrimas, ni ocasiones de ellas. Es tierra de bendicion y de regadío, con milagrosa fertilidad; porque como dice san Juan[2], continuamente se riega con un rio de agua viva y cristalina, que procede del trono de Dios y del Cordero, y en su ribera, por ambas partes tiene muchedumbre de árboles de vida que llevan doce frutos al año, y sus hojas son salud de todas las gentes. O tierra dichosísima, donde perpétuamente mana el agua viva y clara de la vista de la divinidad de Dios, y de la humanidad del Cordero Cristo Jesus, cuyos moradores son como árboles de vida, que siempre viven bañados con el agua de este divino rio, en cuya virtud producen innumerables frutos de nuevos gozos y deleites! O dichosos árboles, cuyas hojas dan salud á las gentes que vivimos en la tierra, porque con las sentencias que de ellos oimos, y con la proteccion que en ellos tenemos, esperamos vivir con ellos en el cielo!

[1] Psal. 114. 9. [2] Apoc. 22. 1.

Digitized by Google

O quién me diese la posesion de esta dichosa tierra! O alma mia, ama la mansedumbre del cordero Jesus, para que te dé en posesion esta soberana tierra, donde no pueden entrar los cabritos que estarán el dia del juicio á su mano izquierda, sino solamente los corderos que han de estar á su mano derecha.

Punto tercero. —Lo tercero se ha de considerar, como la gloria es el consuelo que se promete á los que lloran; en el cual se ha de ponderar, quién es el que consuela, con qué cosas, con qué modo, y por cuánto tiempo. Quien consuela, es el que por excelencia se llama *Paraclitus* [1], Consolador, *et Deus totius consolationis*, Dios de todo consuelo, y de quien procede todo lo que nos puede consolar, y en el cielo lo hace con eminencia, porque allí hay innumerables cosas que consuelan con suma grandeza. Consuela la vista clara de Dios y de la humanidad de Cristo, la presencia de su gloriosa Madre, la compañía de las jerarquías de los ángeles, la suave conversacion con los coros de los patriarcas y profetas, apóstoles, mártires, y los demás santos de aquella dichosa corte. Cada uno es consolador del otro, en cuanto los bienes de todos consuelan á cada uno. Consuela la seguridad del lugar, la eternidad del estado, la paz de la conciencia que sobrepuja á todo sentido [2]. Pero quién dirá el modo de consolar? No consuela Dios allí perdonando culpas, y moderando tristezas, sino desterrando para siempre las unas y las otras, con una perpétua música de alabanza y accion de gracias, y un continuo aleluya que recrea el corazon. Y todo este consuelo será eterno [3] sin interrupcion, porque todos están dentro del corazon de su Señor [4], y ninguno habrá que pueda quitarles el gozo que les ha dado. O vida bienaventurada, donde el consuelo es tan eterno como la vida, y la vida tan eterna como el consolador! O dichoso

[1] Joan. 14. 16. 2. Cor. 1. 3. [2] Isai. 51. 3. Tob. 13. 22. [3] Matt. 25. 21. [4] 16. 22.

Digitized by Google

el que llora en esta vida mortal, pues tal consuelo ha de recibir en la inmortal! O Dios de la esperanza, lléname de gozo y de consuelo en creer las grandezas de tu gloria, para que sufra los dolores y tormentos de esta vida, con la firme esperanza de los eternos consuelos que me darás en la otra.

Punto cuarto.—Lo cuarto se ha de considerar, como la gloria es la hartura que se promete á los que tienen hambre y sed de la justicia: la cual hartura es una abundancia de todos los bienes, que los hombres podemos razonablemente desear. En lo cual se ha de ponderar, que la tierra es lugar de perpétua hambre y sed; porque unos tienen hambre de manjares y deleites de la carne; otros de riquezas, honras y dignidades del mundo; otros de ciencias y curiosidades de los sentidos; y otros de las virtudes y gracias celestiales. Y ninguno se puede ver harto en esta vida, porque los bienes temporales no pueden llenar nuestro deseo, y los espirituales dánse con tasa, y siempre hay gana de crecer en ellos: pues por esto dice la divina Sabiduría [1], que quien la come, siempre queda con mas hambre. Pero el cielo es lugar de hartura muy cumplida, porque, como dice David [2], todos quedarémos hartos con la vista sola de Dios; la cual enriquece y engrandece tanto, que quita las ganas de todas las riquezas y grandezas de este siglo, porque todas en su comparacion son miserias y bajezas. Ella harta el deseo de saber, porque con ver á Dios se ven todas las cosas que se pueden desear. Ella tambien llena el deseo de las virtudes, porque dá cumplimiento y última perfeccion en todas: y con durar esto por toda la eternidad, nunca causa fastidio, antes cada dia se gusta con la misma novedad que al principio. Finalmente, allí se cumplirá lo que está escrito [3], que los escogidos no tendrán hambre ni sed, ni les afligirá el sol, ni el estío: porque el Cordero los regirá,

[1] Eccles. 24. 29. [2] Psal. 16. 15. [3] Isai. 49. 10. Apocal. 7. 16.

Digitized by Google

y los llevará á las fuentes de agua viva, y enjugará las lágrimas de sus ojos. O alma mia, ten hambre y sed de esta gloria; pues esta sola basta para darte cumplida hartura. Ten tambien hambre y sed de la justicia, porque sin ella no podrás alcanzar su grandeza.

Punto quinto.—Lo quinto se ha de considerar, como la gloria es la plenitud de misericordia que se promete á los misericordiosos, ponderando tres lugares que hay para diversas suertes de hombres, conviene á saber, infierno, cielo, y tierra en medio de ellos, la cual, como dice san Pablo [1], es como una grande casa, en que hay vasos de oro y plata, y tambien de madera y barro: unos para servir en cosas de honra, y otros en cosas de menosprecio. Unos son vasos de ira, diputados para la muerte en pena de sus pecados, y otros son vasos de misericordia [2], diputados para la vida, en premio de sus buenas obras, fundadas en la divina gracia. De este lugar medio se proveen moradores para los otros dos extremos. El infierno, es lugar diputado para los vasos de desprecio y de ira, en los cuales muestra Dios la suprema ira y venganza de sus enemigos, castigándoles con el supremo castigo que su rigurosa justicia señaló contra ellos. Pero el cielo es diputado para los vasos de honra y de misericordia, en los cuales muestra Dios la suprema misericordia que desea hacer con los justos por su infinita bondad y caridad, premiando en ellos las obras de su gracia, con el soberano premio de la gloria: de suerte, que el cielo es como una casa ó aparador lleno de hermosísimos vasos, todos de oro y plata, sin que entre ellos haya vaso de madera ó barro que pueda quebrarse con golpe, ó corromperse con carcoma, ó abrasarse con fuego. Todos son vasos de honra y gloria, y ninguno hay de desprecio ó infamia. Todos son vasos de misericordia, porque desde la eternidad los escogió Dios por su misericordia, y los coronará con

[1] 2. Tim. 2. 20. [2] Rom. 9. 22.

Digitized by Google

infinitas misericordias, como dice David [1], llenando de bienes su deseo, y renovando como águilas su juventud, sin temor de volverse á envejecer. De donde inferiré, que la gloria [2], aunque es corona de justicia, pero como esta se funda en gracia, mucho mas es corona de misericordia infinita, la cual alcanzarán los vasos de misericordia, por haber sido misericordiosos. Por tanto, alma mia, pues vives entre cielo é infierno [3], procura ser vaso de oro por la caridad, y de plata por la pureza: purifícate de las culpas y pasiones, y serás vaso de santificacion, en quien deposite Dios los tesoros de su gracia, y despues los de su gloria. Amen.

Cerca de este punto se puede ver lo que se dijo en las meditaciones de la caridad y misericordia de Dios.

Punto sexto.—Lo sexto se ha de considerar, como la gloria es la vista clara de Dios, que se promete á los limpios de corazon, y en ella consiste nuestra bienaventuranza esencial [4], en lo cual se ha de ponderar, que así como en la tierra los padres dotan á sus hijas cuando las casan, y las dan ricos dones con que se adornan, y el mismo esposo, el dia que lleva su esposa á su casa, la dá ricas joyas: así tambien el Padre eterno á cada una de las almas que es esposa de su Hijo, en el dia que entra en la casa del cielo, donde se perfecciona este matrimonio espiritual, dá tres riquísimas dotes de gloria que responden á las virtudes teologales que tuvo en esta vida, con las cuales se adorna y hermosea, y queda cumplida su bienaventuranza. En premio de la fe, le dá una lumbre de gloria excelentísima con la cual vé claramente á Dios, y todos los misterios que en esta vida creyó, sin que se le encubra ninguno, cumpliéndose lo que dice David [5]: Con tu lumbre verémos la lumbre [6]: y con la lumbre de tu rostro andarán, y en tu nombre se alegrarán, porque tú eres la gloria de

[1] Psal. 102. 4. [2] 2. Tim. 4. 8. [3] Tim. 2. 20. [4] D. Th. in addit. q. 95. art. 1. et 5. [5] Psal. 35. 10. [6] Psal. 88. 16.

Digitized by Google

su virtud. O cuán dulce es esta lumbre [1], y cuán deleitable á los ojos ver el sol? O Sol de justicia, lléname de esta divina lumbre, para que te vea en tu gloria y resplandor. En premio de la esperanza, le dá otra segunda dote, que llaman comprension, que es tener presente siempre, y como en propiedad y posesion, todo lo que en esta vida esperaba y deseaba: allí tiene presentísimo á su Dios, á su Padre y esposo, á su último fin y todo su bien, y goza de él como de cosa que tiene en su poder, y con quien está abrazada con seguridad de nunca perderle, ni ausentarse de él, porque ya corrió de modo que comprendiese. Y en aquella primera entrada del cielo, dijo [2]: He hallado al que buscaba mi alma, tenerle he, y no le soltaré.

En premio de la caridad, se le dá la otra tercera dote de gloria, que llaman fruicion ó amor, que es amar sumamente el bien que está viendo, y gozarse de la conveniencia y bondad que tiene, con un gozo y deleite inefable, que nace de verse unida con quien tanto ama, amando como es amada, y gozándose de este mútuo amor; y así dice [3]: Mi Amado todo para mí, y yo todo para él. O alma mia, ama la limpieza de corazon, avivando estas tres virtudes, para que Dios te dé sus tres gloriosas dotes. O Padre de las lumbres, dame la lumbre de tu gloria, para que vea lo que creo con la lumbre de la fe. O Verbo divino, Esposo de las almas, dáteme á tí mismo, para que posea con seguridad lo que deseo con la esperanza. O Espíritu santísimo, muéstrame tu bondad, para que goce con hartura de lo que amo con caridad.

Punto séptimo. — Lo último se ha de considerar, como la gloria es la perfecta adopcion de hijos de Dios, que se promete á los pacíficos, ponderando, que así como Cristo nuestro Señor fué declarado por Hijo de Dios dos veces, una en el bautismo, y otra en la transfigu-

[1] Eccles. 11. 7. [2] Cant. 3. 4. [3] Cant. 2. 16.

Digitized by Google

racion, viniendo sobre él el Espíritu santo en figura de paloma ó de nube, y sonando la voz del Padre, que decia: Este es mi Hijo muy amado. Así el justo es declarado y publicado de Dios por su hijo adoptivo otras dos veces. La primera, es en esta vida mortal, cuando le llama y justifica por los sacramentos, y le engrandece con tales gracias y dones, que descubren la dignidad de Hijo de Dios; como se declaró en la meditacion del bautismo [1]. Pero esta adopcion de hijos es imperfecta, por cuanto corre peligro de perderse por nuestra culpa. Y así aun los muy santos, como los apóstoles, que recibieron las primicias del espíritu, gimen dentro de sí, *adoptionem filiorum Dei expectantes*, esperando la adopcion de hijos de Dios: esto es, el cumplimiento y perfeccion de la primera adopcion con otra mas perfecta, figurada por la transfiguracion de Cristo; la cual se comunica al alma el dia que entra en la gloria, y toma posesion de la herencia debida á los hijos con derecho, para recibir á la fin del mundo un cuerpo glorificado con las cuatro dotes de gloria que arriba se dijerón [2], y entonces descubre Dios la dignidad de los que son sus hijos, porque, como dice san Juan [3], ahora somos hijos de Dios: pero no se ha descubierto lo que serémos; cuando se descubriere, serémos semejantes á él, porque le verémos como es. O Padre amantísimo, gracias te doy por la herencia soberana que das á tus queridos hijos, aunque ahora los tienes humillados y maltratados [4], porque castigas al que recibes por hijo, para honrarle y ensalzarle, haciéndole tu heredero. O si me gloriase con la esperanza de esta perfecta filiacion, viviendo como hijo de tal Padre en la tierra, para que me glorifique y corone de su gloria en el cielo! Amen.

[1] 3. p. medit. 3. [2] 3. p. medit. 21. et 22. [3] 1. Joan. 3. 2. [4] Prov. 3. 11. Hebr. 12. 6.

Digitized by Google

MEDITACION LIV.

DE LA GLORIA EN CUANTO ABRAZA LOS SIETE PREMIOS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PROMETE EN EL APOCALIPSIS Á LOS QUE VENCEN.

La grandeza de la gloria declaró tambien Cristo nuestro Señor en el Apocalipsis, por otros siete géneros de premios que promete á los que vencen[1]: esto es, á los que vencen al demonio y sus tentaciones: á la carne, y sus pasiones: al mundo, y á sus honras vanas: á los tiranos, y á sus persecuciones: y á los que se vencen á sí mismos, y á su propia voluntad con todos sus quereres, mortificándose con perseverancia hasta la muerte. Y en la promesa siempre se vá proporcionando el premio y corona, con el modo de la batalla en que se ganó la victoria, como se verá por los puntos siguientes.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como la gloria es el premio que Cristo nuestro Señor promete á los que perseveran en el primer fervor, ó con la penitencia se reducen á él, diciéndoles[2]: *Al que venciere daré á comer del árbol de la vida que está en el paraiso de mi Dios.* En las cuales palabras se ha de ponderar; qué árbol de vida sea este, en qué paraiso está, qué es comerle, y á quién se dá por comida. Lo primero, este árbol de vida es el mismo Dios, con todas las grandezas y perfecciones que tiene. Los frutos son las obras que de él proceden, ó dentro de sí mismos, como es la generacion del Verbo eterno, por el conocimiento y la produccion del Espíritu santo por el amor: ó fuera de sí, como es la creacion y gobierno del mundo, la santificacion y glorificacion de los escogidos: y llámase árbol de vida porque siempre vive[3] en sí mismo, y es la misma vida infinita, y es fuente de la vida, así de la vida de naturaleza y gracia, como de la gloria y vida

[1] Apocal. 2. 3. [2] Apocal. 2. 7. [3] Joan. 1. 4. Psal. 35. 10.

Digitized by Google

eterna. O Trinidad beatísima, gózome de que seas árbol de la vida, de quien proceden vidas tan preciosas. Consérvame, si conviene, la vida natural, aumenta en mí la vida de la gracia, y dame déspues la vida de la gloria. Amen.

El paraiso donde está este árbol, es el cielo empíreo, en donde brota con grandísima abundancia los deleites que son propios de Dios, de los cuales goza quien come de él, y la comida es mediante la vista clara de la divinidad, y tambien de la humanidad de Cristo nuestro Señor, en cuyo conocimiento está la vida eterna, y es tanta la eficacia de esta comida, que convierte en árboles de vida á los que la comen, por la semejanza grande que tienen con su Dios; y así el mismo san Juan al fin del Apocalipsis llama á los bienaventurados árboles de vida [1], que están á las riberas del rio que riega la ciudad de Dios, y llevan cada uno doce frutos, porque perpétuamente viven y brotan nuevos y muy sabrosos afectos y gustos, con que conservan y van continuando sin fastidio su dichosa vida. Esta es la gloria disfrazada por nombre de comida tan gloriosa, que Cristo nuestro Señor promete á los que vencen; y sino venzo no podré recibirla. Por tanto, toma el consejo de tu Redentor, y si has perdido la primera caridad procura recobrarla y vencer la tibieza: vive como árbol plantado á las corrientes de las aguas de la gracia, para que comas los frutos de este árbol de vida, por todos los siglos Amen.

Punto segundo. — Lo segundo se ha de considerar, como la gloria es el segundo premio que promete Cristo nuestro Señor á los que son fieles en todas las tentaciones y persecuciones hasta la muerte, diciendo [2]: *Que les dará la corona de vida, y el que venciere no recibirá daño de la muerte segunda.*

En lo cual se ha de ponderar. Lo primero, que los que en esta vida son vencidos del demonio y de sus mi-

[1] Apoc. 22. 2. [2] Apoc. 2. 10.

Digitized by Google

nistros, y por temor ó flojedad se rinden al pecado, aunque se escapen por un poco de tiempo de la muerte primera, que es la muerte natural, pero caen en la muerte segunda del pecado, y despues en la muerte eterna del infierno. De suerte, que no solamente no gustarán del árbol de la vida, que está en el paraiso de los deleites, sino serán echados en el abismo de las penas, donde les darán á comer del árbol, si así se puede decir, de la muerte, cuyos frutos son fuego[1], piedra azufré, gusanos, serpientes, llantos, crujir de dientes, y beberán el cáliz amarguísimo de la ira de Dios hasta la hez.

Pero al contrario, los vencedores, aunque padecen algun daño de la muerte primera, porque suelen quedar muertos cuanto al cuerpo en la batalla, como quedaron los mártires, pero ningun daño reciben de la muerte segunda del pecado, ni del infierno, porque Dios los libra de ella, coronándoles con corona de vida: esto es, con corona inmortal, que siempre viva, y con una vida tan dichosa, que sea corona de su victoria: y de aquí es, que la muerte primera del cuerpo no les daña, antes les aprovecha, y se alegran con ella, y les sirve de paso para la vida; porque, como dice la Sabiduría[2], están sus almas en manos de Dios, y así no puede tocarles lo que es tormento y malicia de la muerte. Y finalmente, el dia del juicio les librará tambien de la muerte primera del cuerpo; porque los vencidos resucitarán á una vida, que será segunda muerte, siendo echados[3] en los estanques eternos de fuego y piedra azufre. Pero los vencedores resucitarán á nueva vida gloriosa, y no tendrá en ellos poder alguno esta segunda muerte, porque su cuerpo no solamente será inmortal, sino impasible, resplandeciente y gozoso con su nueva vida. O Salvador mio, abre los oidos de mi alma para que oiga lo que tu divino Espíritu dice á las Iglesias; y ayúdame á pelear contra mis enemigos y tuyos

[1] Apoc. 14. 10. [2] Sap. 3. 1. [3] Apoc. 20. 9.

Digitized by Google

con tal fervor, que aunque muera el cuerpo, no muera el alma, ni me toque la muerte eterna. Concédeme que persevere fielmente en tu servicio hasta la muerte, para que reciba de tí la corona de la vida. Amen.

Punto tercero. — Lo tercero se ha de considerar, como la gloria es el tercer premio que Cristo nuestro Señor promete á los que resisten á sus enemigos, y huyen de su perversa compañía, diciéndoles [1]: *Al que venciere, daré un maná escondido, y una piedra blanca, y en ella escrito un nombre nuevo, el cual ninguno le conoce, sino quien le recibe.*

En las cuales palabras se ha de ponderar, qué maná sea este, y qué piedra blanca, qué nombre nuevo, y quién es el que le recibe y conoce.

Lo primero, este maná es la dulzura de la divinidad que se gusta en la gloria, la cual como el maná, con un modo excelentísimo, abraza todos los géneros de deleites que pueden dar las riquezas, dignidades, amigos y todas las cosas criadas, y cuantos pueden percibir los sentidos, con lo cual descubre Dios la dulzura con que regala á sus hijos, pero llámala maná escondido, porque es secreta y desconocida de los hombres en la tierra, aunque es manifiesta, y muy experimentada de los justos en el cielo: y aun acá tienen algunos barruntos de ella. Por lo cual dijo David [2]: O cuán grande es la muchedumbre de la dulzura que tienes escondida para los que te temen, es mucha por la variedad de favores celestiales que encierra, y es grande por la grandeza que tiene cada uno de ellos. O cuán dulce es la sabiduría de Dios al que la vé, y cuán dulce su bondad al que la ama! cuanta dulzura puede apetecer nuestra voluntad, tanta, y mucho mayor nos dará en la gloria su divinidad.

Lo segundo, la piedra blanca que se dá en la gloria, es un preciosísimo testimonio interior que dá Dios al

[1] Apoc. 2. 17. [2] Psal. 30. 20.

Digitized by Google

bienaventurado, por el cual conoce que está aprobado y escogido, para gozar siempre de él, con grandísima seguridad de que nunca será reprobado, ni excluido de la gloria; ni le darán la piedra negra que se dá á los malaventurados, en señal de su eterna reprobacion y condenacion: y llámase piedra blanca, porque la dá el Espíritu santo á los que lavaron y blanquearon sus almas con la sangre del Cordero; y es piedra preciosa que se dá con esta regalada comida del maná, para enriquecer á los convidados, y asegurarlos de la perpetuidad de su convite. Y si en esta vida tanto alegran al justo los testimonios que dá el Espíritu santo, de que su nombre está escrito en el libro de la vida; qué alegría será verse ya, no con testimonios inciertos ó dudosos, sino ciertos y evidentes, de que para siempre ha de gozar la dulzura que ha gustado? Y el dia del juicio á los escogidos que vencieron, dará Cristo nuestro Señor esta piedra blanca, que es la sentencia de pública aprobacion, con que dirá[1]: Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os tengo aparejado desde el principio del mundo; y á los reprobados que fueron vencidos, dará la piedra negra de la sentencia de su condenacion. Por tanto, alma mia, mira como vives, porque en la hora de la muerte se ha de ver y votar tu pleito, y el voto no es mas que uno, porque uno solo es el juez; y si has vivido mal, declarará su voto con piedra negra de tu condenacion: pero si has vivido bien, declarará su voto en tu favor, dándote la piedra blanca de tu aprobacion y salvacion.

Lo tercero, el nombre que está escrito en esta piedra, es el nombre de hijo de Dios, y heredero de su reino: el cual se declara con esta aprobacion, porque entonces el Espíritu santo dará testimonio interior á los escogidos que son hijos de Dios, y si hijos, herederos, y herederos de Dios[2], en compañía de Cristo. Y llámase este

[1] Matt. 25. 34. [2] Rom. 8. 16.

Digitized by Google

nombre nuevo, porque la perfecta adopcion de hijos, y la herencia de la gloria se les dá de nuevo, y se conservará perpétuamente con esta novedad, cuya excelencia es tan grande, que no es posible conocerla, ni estimarla como merece, sino es recibiéndola en la gloria. O dichosos los que vencen los pecados, pues tal premio han de recibir por su victoria! O qué alegres estarán con la comida del maná! qué ricos y contentos con la piedra blanca de su perpétua aprobacion! y qué honrados [1] y gloriosos con el nuevo nombre de hijos de Dios! hasta los mismos condenados, con una vislumbre que tendrán de todo esto el dia del juicio, dirán á voces: Nosotros locos, teníamos su vida por locura, y su muerte por infame [2]: *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei.* Mirad como han sido contados entre los hijos de Dios, y su suerte les ha cabido entre los santos. O santos gloriosos, cuya suerte fué tan dichosa que os cupo la piedra blanca de la eterna aprobacion: alcanzadme del Padre celestial, que os ha tomado por hijos y herederos, que viva yo de tal manera en la tierra, que alcance con vosotros la misma suerte en el cielo, por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto. — Lo cuarto se ha de considerar, como la gloria es el cuarto premio que Cristo nuestro Señor promete al que vence y guarda hasta el fin sus obras: esto es, sus preceptos, haciendo las obras que él hizo, al cual dice [3]: *Yo le daré potestad sobre las gentes, y las regirá con vara de hierro, quebrantándolas como vaso de barro, al modo que yo recibí esta potestad de mi Padre. Y juntamente le daré la estrella de la mañana.* En lo cual se ha de ponderar, lo primero, la grande honra que Cristo nuestro Señor hace á los santos que en esta vida fueron oprimidos y afligidos por los pecadores, trocando las suertes de unos y otros; porque á los justos dará señorío y potestad sobre las gentes que les afligie-

[1] 1. Joan. 3. 1. En la med. pasada punto 7. [2] Sap. 5. 4. [3] Apoc. 2. 26.

Digitized by Google

ron, aunque sean reyes y príncipes: á los cuales tendrán debajo de sus piés, y se alegrarán de la justicia y severidad con que Dios les castigará con vara de hierro rigurosa, quebrantándolos como vasos de barro, que no son de provecho. Por lo cual dijo David en un salmo [1]: *Alegrarse han los santos en la gloria, y regocijarse han en sus moradas: las alabanzas de Dios sonarán en sus bocas, y tendrán cuchillos de dos filos en sus manos, para vengarse de las naciones, y castigar á los pueblos, y aprisionar á los reyes con grillos, y á los nobles con esposas de hierro, para hacer de todos el juicio determinado. Gloria hæc est omnibus sanctis ejus.* Esta gloria tendrán todos los santos. O gloria verdadera; gloria maciza é inefable, ordenada por Dios para honrar á sus santos! O cuán honrados son [2], Señor, tus amigos, y cuán ennoblecido es su principado, pues les das la potestad que tú recibiste de tu Padre, porque vivieron sujetos á tu gobierno! Gracias te doy, por la honra que les haces, y concédeme que los imite en la vida, para que tenga parte en su gloria. Amen.

La estrella de la mañana que aquí se promete, es Cristo Dios y hombre, el cual se llama á sí mismo con este nombre; porque en cuanto Dios [3] fué engendrado de su Padre como resplandor eterno, antes del lucero. Y en cuanto hombre nació en el mundo, y despues resucitó como principio de la luz, y primicias de la resurreccion. Esta estrella dá Cristo á los que vencen, y le imitan en sus obras, para que le vean, y gocen, y vengan á ser, á su imitacion, estrellas del firmamento, y tengán parte en su gloriosa resurreccion, resucitando con un cuerpo glorificado semejante al suyo. O amantísimo Jesus, que naciste como estrella de la mañana, para desterrar del mundo las tinieblas de la ignorancia, y las tristezas y amarguras de la culpa, hazme estrella en tu Iglesia militante, para que resplandeciendo con

[1] Psal. 149. 5. [2] Psal. 138. 17. [3] Psal. 109. 3.

Digitized by Google

la luz de la vida y doctrina, sea despues estrella resplandeciente en la Iglesia triunfante, por todos los siglos. Amen.

PUNTO QUINTO. — Lo quinto se ha de considerar, como la gloria es el quinto premio que Cristo nuestro Señor promete á los que no mancharon las vestiduras de su alma, y tuvieron obras llenas en la presencia de Dios, á los cuales dice: *El que venciere, será vestido con vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, antes le confesaré delante de mi Padre, y de sus ángeles.* En las cuales palabras se incluyen tres excelencias de la gloria con que premia Dios á los que vencen. La primera es, vestirlos de vestiduras blancas, adornando sus almas con la riquísima vestidura de la gracia, y de la lumbre de la gloria, con una pureza divina, llenándolos de perpétua alegría, y vistiendo tambien sus cuerpos con la rica vestidura de la inmortalidad impasible, y de la impasibilidad resplandeciente, y del resplandor hermosísimo, mucho mas que el sol, cumpliéndoles lo que está escrito[1]: En su tierra serán vestidos con doblada vestidura. O dulce Redentor, gracias te doy por estas vestiduras de gloria que tienes aparejadas en el cielo, para los que se vistieron la vestidura de tu gracia en la tierra: vísteme, Señor, con esta, para que sea digno de que me vistas con esotras.

La segunda excelencia es, no borrar su nombre del libro de la vida; esto es, asegurarles de que para siempre estarán con él en su gloria; y que como desde su eternidad los escribió en su entendimiento y voluntad, escogiéndolos para ser bienaventurados, así permanecerán por toda la eternidad. Y por consiguiente les asegura que nunca serán echados en el estanque de fuego[2], donde han de estar los que no estuvieren escritos en este libro.

La tercera excelencia es, confesarlos y alabarlos de-

[1] Isai. 61. 7. [2] Apoc. 20. 15.

Digitized by Google

lante de su Padre, y de sus ángeles, preciándose de tenerlos en su compañía, y publicando los servicios que le han hecho, para que sean honrados de todos. Lo cual hará mas extendidamente el dia del juicio delante de todos los hombres, y aun de los mismos malos, así para confundirlos, como para que vean cuán bien cumple la palabra que dió de honrar á los que le sirven con fidelidad. O Dios eterno, que no te desdeñas de llamarte Dios de Abrahan [1], y de los demás justos que peregrinan en la tierra, porque les tienes aparejada una riquísima y nobilísima ciudad en el cielo; gracias te doy por esta honra que les haces, y humilmente te suplico, no te desdeñes de tomarme por tu esclavo, para que no me deseches para siempre de tu reino. Amen.

Punto sexto. — Lo sexto se ha de considerar, como la gloria es el sexto premio que Cristo nuestro Señor promete á los que perseveran en retener el bien que han recibido, diciéndoles [2]: *Al que venciere, haré coluna en el templo de mi Dios, y nunca mas saldrá fuera, y sobre él escribiré el nombre de mi Dios, y de su nueva ciudad Jerusalen, que viene del cielo, y mi nombre nuevo.* Aquí se ha de ponderar. Lo primero, como los que vencian á los enemigos de Cristo, y son como colunas [3] que sustentan la fe y la Iglesia, con su vida y doctrina, serán en el cielo honrados como colunas, alabándoles todos por la santidad y fortaleza que tuvieron en la tierra, y allá les hará Dios colunas de su templo celestial, para adorno y atavío suyo, labrándolas mucho mejor que Salomon labró las colunas de su templo, con mil labores de gracias y virtudes. Y serán colunas fuertes é inmutables, porque nunca dejarán el lugar que Dios les diere, ni saldrán jamás del cielo, al estado que antes tenian. En lo cual se diferencian de los justos que son colunas de la Iglesia, los cuales por ser de su cosecha [illegible], algunas veces vienen á caer de su estado.

[1] 16. [2] Apoc. 3. 12. [3] 3. Reg. 7. 15.

Digitized by Google

Y por esto dijo Cristo nuestro Señor: *Ten lo que tienes, porque no lleve otro tu corona: y si vences, yo te haré coluna en mi templo, y nunca saldrás fuera de él.* O dulce Redentor, coluna de la Iglesia militante y triunfante, que edificaste tu casa en la tierra sobre siete[1] colunas de grande fortaleza, concédeme que viva con tal firmeza en tu servicio, que llegue á ser coluna en tu santo templo.

Lo segundo se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor, para honrar mas á estas colunas celestiales, promete que ha de escribir en ellas tres nombres; conviene á saber, el nombre de Dios, el de la ciudad nueva de Jerusalen, y su nombre nuevo que es Jesus y Salvador, para significar que Dios los toma por cosa suya, y ellos son obra de sus manos, de la cual se precia, y que son ciudadanos perpétuos de la celestial Jerusalen, gozando para siempre la dichosa vista de paz que su nombre significa. Y finalmente el mismo Jesus imprime en ellos los frutos de su nombre, manifestando en ellos las riquezas de salud que ganó para todos. O qué hermosas estarán estas celestiales colunas, con la escultura de estos tres gloriosos nombres! O Dios de mi alma, imprime tu nombre en mi corazon, de modo que no se borre por mi culpa. O dulce Jesus, estampa tu dulce nombre en mis entrañas, imprimiendo en mí los afectos de la eterna salud. O ciudad de Jerusalen, que bajas del cielo, dándote á conocer en la tierra, tómame por ciudadano, mediante la amorosa confianza, y despues con la eterna posesion. Amen.

Punto séptimo. — Lo séptimo se ha de considerar, como la gloria es el séptimo premio que Cristo nuestro Señor promete á los que vencieren la tibieza de vida que le provoca á vómito, diciéndoles[2]: *Al que venciere, yo le concederé que se siente conmigo en mi tro-*

[1] Prov. 9. 1. [2] Apoc. 3. 21.

Digitized by Google

no, así como yo vencí, y me senté con mi Padre en su trono.

En las cuales palabras se ha de ponderar, la suprema grandeza que tendrán los santos en la gloria, por la grande conformidad con Cristo nuestro Señor en ella: la cual aunque no llega á igualdad, pero para manifestar su grandeza se declara por palabras que significan igualdad. Y por esto dice: Al que venciere, yo le concederé que esté en mi reino, no en pié, como criado que sirve, sino sentado con grande quietud y majestad, como príncipe y grande de mi corte. Y estará sentado, no apartado de mí, sino *mecum*, junto conmigo, en mi compañía y en mi presencia, conversando conmigo familiarísimamente, y participando de mis bienes. Y estará sentado conmigo, no como quiera, sino *in trono meo*, en mi mismo trono, sin que haya entre nosotros cosa partida: de modo, que tambien tenga parte en la honra que se me hace, que es decir: daréle la dignidad de Dios, del modo que es capaz de ella, para que goce de la excelencia que Lucifer pretendió por malos medios, y no alcanzó, cuando dijo [1]: *Subiré al cielo, pondré mi trono sobre las estrellas, sentaréme en el monte del Testamento, subiré sobre la altura de las nubes, y seré semejante al Altísimo.* O Dios altísimo, gracias te doy cuantas puedo, porque concedes á los hombres que vencen la soberbia, lo que negaste á Lucifer y á sus ángeles, que fueron vencidos de ella. Tú levantas del polvo al pobre, y del estiércol al mendigo, para sentarle con los príncipes [2]: *Ut solium gloriæ teneat*, para que tenga silla y trono de grande gloria. En esta vida estuvo en pié velando y trabajando; en la otra estará sentado, reposando y descansando. Acá estuvo en el mas bajo lugar, postrado en el polvo y hez de la tierra; allá estará en el mas alto lugar, levantado en el trono y grandeza del cielo. Acá fué semejante al Altísi-

[1] Isaiæ 14. 13. [2] 1. Reg. 2. 8.

Digitized by Google

mo en las virtudes; y allá lo será en los premios que mereció por ellas. O Rey eterno, si en esta vida mortal honras tanto á los que te sirven, que dices de ellos [1]: Yo dije, dioses sois vosotros, é hijos del muy Alto, cuánto mas los honrarás en la vida inmortal, dándoles la dignidad de dioses, del modo que son capaces? Dichosos los que te sirven, pues tanta grandeza alcanzan.

Luego ponderaré la comparacion que Cristo nuestro Señor pone para declarar mas la grandeza de este premio, diciendo: *Sentaráse conmigo en mi trono: así como yo vencí, y me senté con mi Padre en su trono,* que es decir: Yo padecí grandes trabajos y persecuciones del demonio y de sus ministros, y de todos salí victorioso; y por esta victoria mi Padre me levantó sobre los cielos, y me sentó á su mano derecha en su trono. Pues de esta manera, á los que padecieren por mi causa, y pelearen hasta vencer, yo les haré la honra que mi Padre me hizo, conforme á los merecimientos de cada uno, poniéndoles á mi mano derecha, y en mi trono, dándoles la preeminencia de la gloria que sus servicios hubieren merecido. O dichosos trabajos con los cuales se alcanzan tan soberanos premios! O dulce victoria, aunque penosa á la carne, á la cual responde trono tan glorioso para el espíritu! Anímate, alma mia, á pelear por Cristo, hasta alcanzar la victoria, pues te promete que reinarás con él en el trono de su gloria.

Conclusion de todo lo dicho. — De lo dicho en estos puntos concluyo con una sentencia admirable, que abraza cinco cosas que se han meditado en todo este libro, poderosas para aficionarnos al divino servicio: es á saber, que no igualan todos los trabajos de esta vida, ni con el infierno que he merecido por mis pecados; ni con el cielo que me está prometido; ni con lo mucho que mi Redentor hizo y padeció por mi remedio; ni con la infinita bondad y majestad de Dios, á quien sirvo;

[1] Psal. 81. 6.

Digitized by Google

ni con los innumerables beneficios que me ha hecho, y espero que me hará, concediéndome los premios de la gloria. Y esta confianza de alcanzarlos, ha de estribar principalmente en la bondad y caridad de Dios que los promete, y en los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor que los ganó, y en el deseo que muestra de hacerme participante de ellos, y en los muchos medios que me ha dado para que los negocie, y en la posesion que el mismo Salvador ha tomado, no solamente para sí, sino tambien para todos los que quisieren unirse con él como miembros vivos con su cabeza, acordándome para todo esto de lo que dice san Pablo, haciendo una suma de todos estos títulos de confianza, por estas palabras [1]: *Dios que es rico en misericordia, por la grande caridad con que nos amó, estando muertos por nuestros pecados, nos vivificó á Cristo, por cuya gracia habeis sido salvos, y nos resucitó juntamente con él, y nos hizo sentar en las sillas celestiales, juntamente con Cristo Jesus, para descubrir en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia, por su bondad para con nosotros, por los merecimientos de Jesucristo.* O Dios riquísimo en misericordias, con qué te podemos pagar los innumerables beneficios que nos has hecho, y las inestimables riquezas de misericordia que nos has comunicado? Tú nos amaste con inmensa caridad, y por ella nos diste á tu amado Hijo por nuestro Redentor; estando muertos por la culpa, nos diste graciosamente la vida de la gracia; muriendo tu Hijo por nosotros, nos vivificaste con su muerte; resucitando despues de muerto á vida gloriosa, nos aseguras que resucitarémos con él, á tener parte en su gloria; y subiendo á los cielos para sentarse á tu mano derecha, nos das prendas que estarémos sentados con él en su trono. Y todo esto haces no por nuestra bondad, sino por la tuya; no por nuestros merecimientos, sino por los de tu Hijo, para descubrir en tus escogidos la

[1] Eph. 2, 4.

Digitized by Google

grandeza de tu misericordia, y las riquezas inestimables de tu gracia, y la inmensa dignidad del Salvador que la mereció. Y pues estas cosas te movieron á comenzar la obra de nuestra salvacion, estas te muevan á perfeccionarla en nosotros, para que haya muchos que llenen las sillas del cielo, y se ocupen en cantar tus alabanzas, y las de tu Hijo unigénito Jesucristo, y del Espíritu santo, por todos los siglos de los siglos. Amen.

FIN DEL TOMO SEXTO Y ÚLTIMO.

Digitized by Google

bres, y del modo como las podemos imitar. . . . 84
Medit. 11. — Del deseo que Dios nuestro Señor tiene de ser amado de los hombres, y del precepto que de esto pone, y de las ayudas y premios que ofrece. . . . 94
Medit. 12. — De la infinita misericordia de Dios. . . 102
Medit. 13. — De la infinita liberalidad de Dios con los hombres. 116
Medit. 14. — De la inmensidad de Dios, y de su presencia en todo lugar y en todas las cosas. 121
Medit. 15. — De la infinita sabiduría y ciencia de Dios. . 131
Medit. 16. — De la omnipotencia de Dios. 143
Medit. 17. — De la omnipotencia de Dios en la creacion del mundo, y de la grandeza de este beneficio. . . 149
Medit. 18. — De las cosas que crió Dios en el primer instante ó principio del tiempo. 154
Medit. 19. — De las cosas que hizo Dios en el primer dia. 163
Medit. 20. — De las cosas que hizo en el segundo dia. . 168
Medit. 21. — De las cosas que hizo en el tercer dia. . . 174
Medit. 22. — De las cosas que hizo en el cuarto dia. . . 187
Medit. 23. — De las cosas que hizo en el quinto dia. . . 196
Medit. 24. — De las cosas que hizo en el sexto dia. . . 202
Medit. 25. — De la creacion del hombre en el sexto dia. . 207
Medit. 26. — Del modo como Dios formó el cuerpo del hombre y le infundió el alma, y formó á Eva. . . . 219
Medit. 27. — De la reflexion que hizo Dios sobre las obras de estos seis dias, declarando que eran muy buenas, y de la santificacion del dia séptimo. 229
Medit. 28. — Del beneficio de la conservacion, y de la dependencia que todas las cosas tienen de Dios, en el ser, y en el obrar. 236
Medit. 29. — De la providencia de Dios con sus criaturas, en qué consiste, y los innumerables bienes que de ella proceden. 244
Medit. 30. — De la providencia de Dios en el gobierno del mundo y de los hombres. 251
Medi. 31. — De la providencia de Dios en el sustento de las criaturas, especialmente de los hombres, cuanto á su comida, vestido, honra, y bienes temporales. . . 258

Digitized by Google

Medit. 32. — De la providencia de Dios cerca de las cosas adversas de esta vida, y de todos los males, así de pena, como de culpa. 278
Medit. 33. — De la providencia de Dios en oir nuestras oraciones, y despacharlas á su tiempo, y cuán soberano en este beneficio. 287
Medit. 34. — De la providencia de Dios en darnos ángeles que nos guarden, y cuán grandes bienes encierra este beneficio. 295
Medit. 35. — De la providencia de Dios en la reparacion del mundo, por la encarnacion de Cristo nuestro Señor, y de su maravilloso gobierno. 307
Medit. 36. — De la providencia de Dios en la fundacion de la Iglesia, con todos los medios necesarios para nuestra salvacion, y cuán soberanos sean estos beneficios. . 314
Medit. 37. — De la vocacion de Dios para entrar en la Iglesia, y recibir la gracia de la justificacion. 319
Medit. 38. — De la providencia de Dios en la institucion de los siete sacramentos, para la justificacion y salvacion de los hombres. 325
Medit. 39. — De la singular providencia de Dios en la institucion del santísimo Sacramento del altar para sustento de nuestras almas. 331
Medit. 40. — Del santísimo Sacramento, en cuanto es memorial de las grandezas y obras maravillosas de Dios en beneficio de los hombres. 336
Medit. 41. — Del santísimo Sacramento, en cuanto es memoria de la pasion de Cristo nuestro Señor. . . . 344
Medit. 42. — Del santísimo Sacramento en cuanto es causa de la gracia y santificacion que se dá de presente, y de la union con Cristo nuestro Señor. 349
Medit. 43. — Del santísimo Sacramento, en cuanto es señal y prendas de la gloria que esperamos. 359
Medit. 44. — Por aplicacion de los sentidos del alma al santísimo Sacramento. 366
Medit. 45. — Para la fiesta del santísimo Sacramento, y para andar con espíritu las procesiones de este dia, y de sus octavas. 372

Digitized by Google

Digitized by Google

TABLA

DE LAS MEDITACIONES SOBRE LOS EVANGELIOS DE ALGUNAS DOMINICAS, FERIAS Y FIESTAS DEL AÑO.

—

Parte 2.ª

Vigilia de Natividad. *Cum esset desponsata* (Mat. 1.) pag. 43 y 117.
Nacimiento de Cristo nuestro Señor. *Exiit edictum* (Luc. 2.) pag. 129. *Pastores loquebantur*, pag. 146. *Verbum caro* (Joan. 1.) pag. 11.
Los santos Inocentes. *Angelus Domini* (Mat. 2.) pag. 208.
Dominica infra octava de la Natividad. *Erant pater ejus et mater* (Luc. 2.) pag. 183.
Circuncision. *Cum consummati* (Luc. 2.) pag. 149.
Vigilia de la Epifanía. *Defuncto Herode* (Mat. 2.) pag. 210.
Epifanía. *Cum natus esset Jesus* (Mat. 2.) pag. 162.
Dominica infra octava. *Cum factus esset Jesus* (Luc. 2.) pag. 212.

FIESTAS DE LOS SANTOS.

La Concepcion de Nuestra Señora, pag. 29.
La Espectacion del parto. *Missus est angelus* (Luc. 2.) pag. 123.
La Purificacion de Nuestra Señora, pag. 177.
S. José. *Cum esset desponsata* (Mat. 1.) pag. 43 y 115.
La Anunciacion de Nuestra Señora. *Missus est* (Luc. 1.) pag. 32.
La Encarnacion del Hijo de Dios, pag. 78.
S. Juan Bautista, pag. 110.
Visitacion de Nuestra Señora, pag. 91.
Natividad de Nuestra Señora, pag. 32.
Presentacion de Nuestra Señora, pag. 36.

Digitized by Google

Digitized by Google

TABLA

DE LAS MEDITACIONES SOBRE LOS EVANGELIOS DE ALGUNAS DOMINICAS, FERIAS Y FIESTAS DEL AÑO.

Parte 3.ª

Dominica III de Adviento. *Miserunt Judæi* (Joan. 1.) pag. 30.
Dominica IV de Adviento. *Factum est Verbum* (Luc. 3.) pag. 26.
Octava de la Epifania. *Vidi Spiritum descendentem quasi columbam* (Joan. 1.) pag. 36.
Dominica II despues de la Epifanía. *Nuptiæ factæ sunt* (Joan. 2.) pag. 86.
Dominica III. *Cum descendisset de monte* (Mat. 8.) pag. 294.
Dominica IV. *Ascendente eo in naviculam* (Mat. 8.) pag. 174.
Dominica V. *De zizania* (Mat. 13.) pag. 361.
Dominica VI. *De grano synapis* (Mat. 13.) pag. 371.
Dominica de septuagésima. *De operariis*, pag. 426.
Dominica de sexagésima. *Exiit qui seminat* (Mat. 13.) pag. 355.
Dominica de quinquagésima. *Cœcus quidam* (Luc. 18.) pag. 303.
Feria IV, ó miércoles de ceniza. *De jejunio*, pag. 48.
Feria V. *Accessit ad eum centurio* (Mat. 8.) pag. 275.
Feria VI. *Estote perfecti* (Mat. 5.) pag. 129.
Sábado. *Erat navis in medio mari*, pag. 178.
Dominica I de cuaresma. *Ductus est* (Mat. 4.) pag. 48.
Feria III. *Ejiciebat omnes vendentes* (Mat. 21.) pag. 95.
Feria IV. *Sicut fuit Jonas* (Mat. 12.) pag. 97.
Feria V. *De cananea* (Mat. 15.) pag. 271.
Feria VI. *Est autem Jerosolymus* (Joan. 5.) pag. 286.
Sábado. *Post dies sex* (Mat. 17.) pag. 200.
Dominica II. *Post dies sex* (Mat. 17.) pag. 200.
Feria IV. *Accessit ad eum mater filiorum Zebedei* (Mat. 20.) pag. 211.
Feria V. *Homo quidam erat dives* (Luc. 17.) pag. 222.
Feria VI. *De vinea* (Mat. 21.) pag 434.
Sábado. *Homo quidam habuit duos filios* (Luc. 15.) pag. 390.
Dominica III. *Et erat ejiciens dæmonium* (Luc. 11.) pag. 313.
Feria VI. *Venit in civitatem Samariæ* (Joan. 4.) pag. 242.
Sábado. *Adducunt mulierem* (Joan. 8.) pag. 256.
Dominica IV. *Post hæc abiit Jesus trans mare Galileæ* (Joan. 6.) pag. 164.
Feria II. *Invenit in templo vendentes* (Joan. 2.) pag. 95.
Feria IV. *Prætteriens Jesus* (Joan. 9. pag. 308.
Feria V. *Ibat Jesus* (Luc. 7.) pag. 329.

Digitized by Google

Feria VI. *Erat quidam languens* (Joan. 11.) pag. 233.
Feria V. *Rogabat Jesum* (Joan 7.) pag. 232.
Feria VI. *Collegerum* (Joan. 11.) pag. 346.
Dominica infraoctava del *Corpus*. *Homo quidam fecit cœnam* (Luc. 14.) pag. 439.
Dominica III despues de Pentecostés. *Quis ex vobis homo* (Luc. 15.) pag. 383.
Dominica IV. *Relictis retibus* (Luc. 5.) pag. 64. *Exi a me, Domine*, pag. 186.
Dominica VI. *Misereor super turbam* (Marc. 8.) pag. 164.
Dominica VIII. *De villico* (Luc. 16.) pag. 415.
Dominica X. *Duo homines ascenderunt* (Luc. 10.) pag. 422.
Dominica XI. *Adducunt ei surdum* (Marc. 7.) pag. 313.
Dominica XII. *Homo quidam descendebat* (Luc. 10.) pag. 399.
Dominica XIII. *Occurrerunt decem viri leprosi* (Luc. 17.) pag. 298.
Dominica XV. *Ibat Jesus* (Luc. 7.) pag. 329.
Dominica XIX. *Simile factum est* (Mat. 22.) pag. 439.
Dominica XX. *Erat quidam regulus* (Joan. 4.) pag. 327.
Dominica XXI. *Simile est regnum cœlorum* (Mat. 18.) pag. 407.
Dominica XXIII. *Ecce princeps* (Mat. 9.) pag. 325. *Mulier quæ sanguinis*, pag. 280.

FIESTAS DE LOS SANTOS.

S. Andrés. *Vidit Jesus duos fratres* (Mat. 4.) pag. 64.
S. Juan Bautista, pag. 23.
S. Pedro. *Quem dicunt homines* (Mat. 16.) pag. 190.
Octava de los santos apóstoles. *Jussit Jesus* (Mat. 14.) pag. 178.
Santa Maria Magdalena. *Rogabat eum* (Luc. 7.) pag. 232.
Santiago. *Accessit ad Jesum* (Mat. 21.) pag. 211.
Transfiguracion de Cristo nuestro Señor, pag. 200.
S. Bartolomé. *Erat pernoctans* (Luc. 6.) pag. 18 y 64.
La degollacion de S. Juan Bautista, pag. 158.
S. Mateo. *Vidit Jesus* (Mat. 9.) pag. 64.
La fiesta de todos los Santos. *Videns Jesus* (Mat. 5.) pag. 101.
Dedicacion de la Iglesia. *Ingressus Jesus* (Luc. 19.) pag. 263.
Comun de los evangelistas. *Designavit* (Luc. 10.) pag. 150.
De un mártir. *Si quis vult venire* (Mat. 10.) pag. 75. *Si quis venit ad me* (Luc. 14.) pag. 81.
De muchos mártires. *Descendens* (Luc. 6.) pag. 101.
De pontífices. *Homo quidam* (Mat. 25.) pag. 455.
De doctores. *Vos estis sal terræ* (Mat. 5.) pag. 122.
De confesores. *Homo quidam nobilis* (Luc. 19.) pag. 455.
De vírgenes. *Simile est regnum cœlorum decem virginibus* (Mat. 25.) pag. 448. *Simile est regnum cœlorum homini negotiatori* (Mat. 13.) pag. 377.

Digitized by Google

TABLA

DE LAS MEDITACIONES SOBRE LOS EVANGELIOS DE ALGUNAS DOMINICAS, FERIAS Y FIESTAS DEL AÑO.

—

Parte 4.ª

Dominica de quinquagésima. *Ecce ascendimus* (Luc. 18.) pag. 42.
Feria VI. *De dilectione inimicorum*, pag. 332.
Feria IV. De la segunda semana de cuaresma, pag. 42.
Dominica de Pasion. *De memoria illius*, pag. 1. *Abraham exultavit* (Joan. 8.) pag. 3.
Dominica de Ramos. *Cum appropinquasset* (Mat. 11.) pag. 49.
Feria II. *Ante sex dies* (Joan. 12.) pag. 63.
Feria V. *Ante diem festum* (Joan. 13.) pag. 84.
Feria VI. La historia de la pasion está en toda la cuarta parte. *Mulier cum parit*, pag. 152.
Dominica V. *Amen, amen dico* (Joan. 16.) pag. 149.
Feria II. De las Rogaciones. *Quis vestrum* (Luc. 11.) pag. 149.
Vigilia de la Ascension. *Sublevatis oculis* (Joan. 16.) pag. 155.
Fiesta del *Corpus*, pag. 95.
Dominica IV despues de Pentecostés. *Videns civitatem* (Luc. 19.) pag. 57.
Del comun de los apóstoles. *Hoc est præceptum* (Joan. 14.) pag. 155.

Digitized by Google

Digitized by Google

TABLA

DE LAS MEDITACIONES SOBRE LOS EVANGELIOS DE ALGUNAS DOMINICAS, FERIAS Y FIESTAS DEL AÑO.

—

Parte 5.ª

Dominica de Ramos, pag. 17.
Feria II. *Duo ex illis* (Luc. 24.) pag. 51.
Feria III. *Stetit Jesus in medio* (Luc. 24.) pag. 31.
Feria IV. *Manifestavit se ad mare* (Joan. 21.) pag. 83.
Feria V. *Maria stabat* (Joan. 20.) pag. 31.
Feria VI. *Undecim autem* (Mat. 28.) pag. 96.
Sábado. *Una autem sabbati* (Joan. 20.) pag. 47.
Dominica *in albis*. *Cum esset vero* (Joan. 20.) pag. 61.
Dominica II despues de Pascua. *Ego sum pastor bonus* (Joan. 10.) pag. 89.
Dominica III. *Modicum* (Joan. 16.) pag. 108.
Dominica IV. *Vado ad eum* (Joan. 16.) pag. 115 y 152.
Fiesta de la Ascension. *Recumbentibus undecim*, pag. 96, 115 y 121.
Dominica infraoctava. *Cum venerit* (Joan. 15.) pag. 148.
Dominica de Pentecostés. *Dum complerentur dies* (Act. 2.) pag. 156.
Dominica de la santísima Trinidad. *Data est mihi* (Mat. 28.) pag. 97.

FIESTAS DE LOS SANTOS.

De santo Tomás apóstol. *Et post dies octo* (Joan. 20.) pag. 73.
De S. Estéban. *Stephanus autem* (Act. 6.) pag. 202.
De S. Juan Evangelista. *Sequere me* (Joan. 22.) pag. 95.
De la conversion de S. Pablo. *Saulus autem* (Act. 9.) pag. 212.
De S. Matías. *Exurgens Petrus* (Act. 1.) pag. 142.
De la invencion de la Cruz. *Quod natum est, ex spiritu* (Joan. 3.) pag. 185.
De S. Pedro. *Diligis me plus* (Joan. 21.) pag. 92.
De S. Pablo, pag. 212 y 236.
De la Magdalena, pag. 31.
De la Asuncion de Nuestra Señora, pag. 271.
De todos los Santos, pag. 316.

Digitized by Google

Digitized by Google

TABLA

DE LAS MEDITACIONES SOBRE LOS EVANGELIOS DE ALGUNAS DOMINICAS, FERIAS Y FIESTAS DEL AÑO.

—

Parte 6.ª

Feria IV, ó miércoles de Ceniza. *Nolite thesaurizare* (Mathæus. 6.) pag. 399.
Dominica V despues de Pascua. *Amen, amen dico* (Joannes. 16.) pag. 287.
Feria II. De las rogaciones. *Quis vestrum* (Luc. 11.) pag. 287.
Dominica de la santísima Trinidad. *Estote misericordes*, pag. 103.
Fiesta del *Corpus*, pag. 330.
Dominica XII despues de Pentecostés. *Diliges Dominum* (Luc. 10.) pag. 4 y 94.
Dominica XIV. *Ne solliciti sitis* (Mat. 6.) pag. 258.
Dominica XVII. *Quod est mandatum magnum?* (Mathæus. 22.) pag. 95.
Dominica XII. *Cujus est hæc imago?* (Mat. 22.) pag. 215.
De S. Miguel. *Nisi conversi fueritis* (Mat. 19.) pag. 404. *Angeli eorum*, pag. 296.
De todos los Santos, pag. 427.
Del comun de los apóstoles. *Ecce nos reliquimus*, pag. 395.

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS SECRETOS

DEL

PROTESTANTISMO.

NOVELA HISTÓRICA,

POR

D. JOSÉ HERNANDEZ DEL MAS,

Profesor que fué de Humanidades y Filosofía, en los Reales estudios de San Isidro de Madrid, y conocido escritor público.

Con licencia y aprobacion de la Autoridad eclesiástica.

—

Esta composicion abraza junto con la historia del Protestantismo, el plan de los que lo concibieron, el carácter de sus propagadores, el móvil de sus empresas, los medios de que echaron mano, y la diversidad de formas con que lo revistieron en Alemania, en Suiza, en Francia, en los Paises Bajos, en Inglaterra y en España. Al final de la obra se pone una interesante coleccion de documentos que sirven al mismo tiempo que de comprobacion de los hechos que se refieren, de manual de controversia con los protestantes é incrédulos. El precio de cada entrega es de 1 real en Barcelona y Madrid, y 1 y cuartillo en el resto de España. Toda la obra constará de 60 entregas formando dos tomos regulares. Han salido las 14 primeras entregas.

Digitized by Google

VIRGINIA

Ó

LA DONCELLA CRISTIANA,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

D.ª Cayetana de Aguirre y Rosales.

NUEVA EDICION.

—

De esta obra se han hecho repetidas ediciones, como que no la dejan ni deben dejarla de la mano cuantas jóvenes aspiran á la virtud propia y necesaria á cada estado. — Dos tomos 8.° á 10 rs. en Barcelona y 12 rs. fuera francos de porte.

MÉTODO

PARA LA MEDITACION,

TRADUCIDO DEL ORIGINAL LATINO QUE COMPUSO

EL

M. R. P. Juan Roothaan

GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

—

Un tomito en 16° su precio 10 cuartos en Barcelona, y 12 cuartos fuera.

Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001133257

BC Biblioteca de Catalunya
Adq. C-Tus
CB. 1001133257
Top. Tus - 8
9205
Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura
Digitized by Google

Digitized by Google